IMPRENTA
LIBRERIA
S. RODRIGUEZ
ALMACEN
PAPEL
16283
8330.

BIBLIOTECA DE EL CATOLICO.

TOMO XVIII.--V.

HISTORIA

GENERAL

DE LA IGLESIA,

DESDE LA PREDICACION DE LOS APOSTOLES

HASTA

EL PONTIFICADO DE GREGORIO XVI.

III.

BIBLIOTECA DE EL CATOLICO.

TOMO XVIII.—V.

HISTORIA

GENERAL

DE LA IGLESIA,

DESDE LA PREDICACION DE LOS APOSTOLES

HASTA

EL PONTIFICADO DE GREGORIO XVI.

III.

HISTORIA

GENERAL

DE LA IGLESIA,

DESDE LA PREDICACION DE LOS APOSTOLES HASTA EL PONTIFICADO DE GREGORIO XVI.

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR EL ABATE BERAULT-BERCASTEL,

canónigo de Noyon,

corregida y continuada desde el año 1719, en que la dejó su autor, hasta el año 1843,

Y ADICIONADA CON IMPORTANTES DISERTACIONES,

POR EL BARON HENRION,

Comendador de la orden de San Gregorio el Grande, caballero de la Real orden de San Mauricio y San Lázaro é individuo de la Academia romana de la Religion católica.

TRADUCIDA AL ESPAÑOL Y ANOTADA EN LO RELATIVO A ESPAÑA.

TOMO III.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE HUESCA

MADRID: 1853.

Con licencia del Ordinario.

IMPRENTA DE **EL CATOLICO**, A CARGO DE D. JOSE MARIA CAÑADA,

calle de Colon, número 10, cuarto bajo.



HISTORIA

GENERAL

DE LA IGLESIA.

LIBRO VIGÉSIMO-OCTAVO.

Desde la espulsion de Focio en el año 886, hasta el pontificado de Juan XII en el de 956.

El cisma de los griegos, parecido al fuego que yace oculto bajo de la ceniza, apenas dió señal alguna de existencia en casi todo el siglo décimo, causando por consiguiente muy poca inquietud á los Sumos Pontífices. Parecia que de todo punto quedaba estinguido el espíritu de secta, ó á lo menos nunca se vió transcurrir tanto tiempo sin suscitarse heregía alguna. La Iglesia habia de esperimentar una especie de prueba que era absolutamente nueva para ella, esto es, el abatimiento y la confusion á que se veria reducida por la conducta escandalosa de muchos Pontífices romanos; y en la larga duracion de un ataque tan peligroso, quiso el Omnipotente tener como encadenados á todos los demas enemigos. Parecia á las veces que el mismo mal se trocaba en bien, ó á lo menos en una especie de recurso y preservativo. Por un efecto de la simplicidad que en este siglo fué mayor que en los anteriores, ó mas bien, por una atencion particular de la sabiduría eterna en sacar su gloria de aquello mismo que se dirige á eclipsarla, estos pastores viciosos no perdieron nada de la autoridad necesaria para el gobierno del rebaño de Jesucristo, pues quizá en ningun otro tiempo mostraron los

fieles mas reverencia á la Cátedra de San Pedro. La ignorancia del siglo X, bien deplorable sin duda, pero tambien muy malignamente exagerada por los novadores, no impidió de modo alguno que el espíritu de verdad estuviese aun visiblemente con la Iglesia y le suministrase contra el error todos los auxilios que la han sido prometidos y que deben igualar su duracion con la de los siglos.

Tan pura fué la enseñanza comun en aquellos dias tempestuosos y sombríos, como en el siglo mas luminoso. Permanecieron sia ninguna mezcla que alterase su sustancia la esplicacion de los principales misterios, los símbolos de la fé, y la confesion de todos sus artículos; las santas observancias que dimanan de ellos, el culto, los sacramentos y el sacrificio perpetuados sin interrupcion. Es cierto que ya no se escuchaba la voz elocuente de los Ambrosios, Agustinos, Leones, Basilios, Gregorios y Crisóstomos; pero tambien lo es que estos santos Padres sobrevivian en sus escritos inmortales, y que de ellos salian torrentes de luz que se esparcian hasta sobre los tiempos y lugares mas tenebrosos. No llegaban á igualarles los doctores que les sucedieron; pero conocian el valor de los tesoros que habian heredado. Interpretaban la sagrada Escritura segun estos modelos, estaban acordes en las mismas confesiones de fé, adoptaban las decisiones de los mismos Concilios, y habian aprendido en las mismas iglesias las santas observancias puestas en práctica en ellas desde el tiempo de los Apóstoles. Y aun muchos de estos maestros aunque carecian del gusto de los antiguos, de la elegancia y gracias de su estilo, no les cedian en erudicion, en talento, en vigor y vehemencia y aun quizá en penetracion, es decir, en todo lo interesante para defender la verdad y conservar el sagrado depósito. Y ¡cuántos habia ademas entre ellos que autorizaban sus máximas con el ejemplo de grandes virtudes y de una santidad eminente! ¡Testimonio visible de la contínua proteccion que dispensaba Dios á su Iglesia! Nunca brilló en ella mayor número Sde antos que en el desgraciable siglo que vamos á describir.

No obstante, es necesario confesar que ninguna vez esperimentó el reinado pacífico de Cristo mas obstáculos. El imperio francés, que era una de sus mayores y mas hermosas porciones, vióse sumido al fin del siglo IX en el mas horroroso caos, siendo la primera causa de este desórden la poca energía de los descendientes de Carlo-Magno. Parecia que esta familia heróica habia agotado toda su fecundidad produciendo consecutivamente tres príncipes como Cárlos Martel, Pipino y Cárlo-Magno. Los hijos de este último carecieron casi enteramente de las virtudes augustas de su padre. Cuando Cárlos el Calvo, su nieto y tercer sucesor en el imperio, dió el ducado de Francia á Roberto el Fuerte, bisabuelo de Hugo Capeto, echó los primeros fundamentos de la dinastía que habia de encumbrarse sobre las ruinas de los carlovingianos. Consintiendo despues que estos gobiernos como tambien los principales empleos de la corona se hiciesen hereditarios, causó la mudanza total de la constitucion del Estado y preparó su ruina. Cárlos el Craso que le sucedió en el imperio despues de tres años de interregno, esto es, en el 881, y heredó el reino de Francia en el de 885, se mostró todavía mas inepto en el manejo de las riendas de un gobierno tan vasto y agitado.

En tiempo de este príncipe débil y apocado redoblaron su audacia los feroces enemigos del nombre cristiano, que el Norte abortaba sin cesar para hacer sus correrías en las posesiones mas hermosas de la Iglesia. Acababan de devastar toda la Picardia donde pusieron fuego á la ciudad de San

Quintin, á la abadía de Nuestra Señora de Arras, y á una infinidad de iglesias del campo, cuando Cárlos el Craso llegó de Alemania donde habia nacido de la estirpe carlovingia de Germania. Apenas fué reconocido rey por los señores que le habian llamado para que hiciese frente á aquellos bárbaros, cuando regresó á su pais. Los normandos que al pronto se habian asustado con su llegada, luego que supieron su regreso dieron principio á sus devastaciones con un furor que escedia á cuanto habian hecho hasta entonces. Todos los lugares por donde pasaban quedaban cubiertos de cadáveres, no solo de algunos hombres valerosos que les habian resistido, sino de hombres y mugeres de todas clases, de los nobles mas ilustres, de eclesiásticos, de religiosas, de ancianos y de niños. Por último, fué tan terrible la calamidad, que haciendo traicion muchos cristianos á su patria y á su Religion, se confundieron con los idólatras para cometer en compañía de ellos los escesos de que por ningun otro medio creian poderse libertar (1). Pensaron los normandos en apoderarse de Paris y de otras ciudades que estaban situadas en lo interior del reino. Para contenerlos se habian fortificado algunas plazas en las orillas de los rios, y entre otras Pontoise, la que sitiaron y quemaron no obstante de haber capitulado. Pasaron desde allí al Sena, donde se embarcaron y llegaron á las cercanías de Paris con un número tan prodigioso de barcos, que en el espacio de dos leguas no se distinguian las aguas de aquel rio (885).

A pesar de la barbárie que caracterizaba entonces á los normandos, sabian disimularla en caso de necesidad (2). Su rey Sigefredo fué á conferenciar con Gozlin, obispo de Paris, pidiéndole el paso para sus tropas, y le aseguró que no pretendian ninguna otra cosa: á lo que respondió el obispo, que el emperador Cárlos habia confiado aquella ciudad á unos súbditos fieles, y que la defenderian con todo el cuidado que exigian su fidelidad y prudencia. Todo Paris estaba todavia encerrado en la isla que hoy forma la ciudad, y que no tenia entonces mas que dos puentes, el grande que se llama hoy puente del Cambio, y el Pequeño que no ha mudado de nombre. Tenian uno y otro por defensa un torreon en la parte esterior, donde se edificaron despues los dos castillos demolidos pocos años há. No tardó en presentarse Sigefredo con su ejército por el lado del puente grande. Acometieron al torreon con encarnizamiento, y no cesaron de dar asaltos durante mas de dos meses. Pero Eudon ó Eudes, conde de Paris, Roberto el Fuerte su hermano, y el obispo Gozlin, que combatia en persona al lado de su sobrino el abad Ebolo, los rechazaron valerosamente é inutilizaron todos sus esfuerzos. Cansados por último los normandos desistieron del ataque el último dia de enero del año 886; pero tuvieron bloqueada la ciudad hasta el año siguiente, en que despues de haber enviado el emperador un refuerzo se presentó él mismo para hacer una paz vergonzosa que hubiera evitado sin duda con su ausencia y con el valor de sus oficiales. Abbon, monge de San German de los Prados, que habia presenciado el peligro de Paris, hizo una pintura de él en versos latinos, en que atribuye la libertad de esta ciudad á la proteccion de San German y de Santa Genoveva.

No habiendo podido conseguir los normandos que pasasen los barcos por debajo de los puentes de la ciudad, los llevaron por tierra á distancia de mas de dos mil pasos. Los volvieron á echar al agua cuando les pareció que no podian incomodarles las

(1) Fulc. *ap. Flod. lib. 4, cap. 5.*
(2) *Chron. Norm. gest. Duch. tom. 2, pag. 527;* Abb. 60 *de Bell. Paris.*

máquinas de guerra, y navegaron contra la corriente del Sena y del Yonne hasta llegar á la ciudad de Sens, que tuvieron sitiada por espacio de seis meses. Mas no habiendo sido mas felices en esta espedicion que en la de Paris, destruyeron á sangre y fuego una parte considerable de la provincia de Borgoña (1).

Tantas calamidades, atribuidas justamente á la incapacidad del emperador Carlos, le atrajeron el desprecio de los grandes y del pueblo hasta en el centro del imperio. Para colmo de tantas desgracias aconteció que asistiendo al parlamento en el castillo de Tribur cerca de Maguncia en el dia de San Martin del año 887, cayó en una debilidad que causaba tan grandes estragos en su espíritu como en su cuerpo. Abandonáronle á un mismo tiempo todos los señores de Germania, y reconocieron por rey á su sobrino Arnulfo, hijo ilegítimo de Carloman. Vióse reducido el desgraciado Carlos á una miseria tan estremada, que no hubiera podido subsistir en los primeros dias á no haber sido por los ausilios que le suministró Luitberto, arzobispo de Maguncia. Tuvo despues de esto que mendigar su subsistencia del mismo que acababa de subir á su trono, el cual le dió por conmiseracion el señorío de algunas aldeas de Alemania donde murió pocos meses despues.

Al punto que se estendió la noticia de su muerte, se dividieron los Estados que le habian obedecido. Una parte de Italia dió la corona á Berengario, hijo de Everardo, duque de Friuli, y otra coronó á Guido, hijo de Lamberto, duque de Espoleto. Los dos partidos llegaron á las manos peleando con todo el ardor que puede inspirar una esperanza igual de apoderarse del trono. Guido en fin quedó vencedor, viéndose precisado Berengario á refugiarse en Germania cerca del rey Arnulfo ó Arnoldo. En Francia los Estados dieron la corona á Eudon ú Odon (887), aquel valeroso conde de Paris y de Orleans que los habia defendido tan bien del furor de los bárbaros. Prestó el rey de Germania su consentimiento á la eleccion de un gefe de quien tenia el reino tanta necesidad en aquellas circunstancias. Pero no se miró del mismo modo la empresa de Raulo ó Rodulfo, el cual se hizo rey de la Borgoña alta, esto es, del pais situado entre los Alpes y el monte Jura. De allí á poco tiempo el arzobispo de Viena fué á manifestar al Papa el lamentable estado en que se encontraban las provincias meridionales que se veian asoladas por los normandos y por los sarracenos, y al oir su relato el Papa Esteban no pudo contener las lágrimas y escribió luego á los obispos de la Galia cisalpina en favor del jóven Luis, hijo de Boson y de la reina Ermingarda, hija del emperador Luis II. Reuniéronse, pues, en Valencia (890) los metropolitanos de Lyon, de Arlés, de Viena y de Embrun con la mayor parte de sus sufragáneos, y allí, siguiendo el consejo del Papa, eligieron al jóven Luis que fué consagrado en el Concilio. No tenia mas de diez años; pero se contaba con los buenos consejos de su tio Ricardo, duque de Borgoña, y con los de la reina Ermingarda su madre. Tal fué el principio del reino de Arlés ó de Provenza. En lo sucesivo y siempre con el pretesto de reprimir el furor de los bárbaros ó la insolencia de los pueblos se erigieron muchos mas soberanos, cuyas disensiones y tiranía fueron mas insufribles que los males á que pretendian poner remedio.

En medio de esta especie de anarquía producida por la multitud de tantos pequeños soberanos, no dejaban los prelados eclesiásticos de celebrar sus asambleas y de imponer á lo menos penitencias rigurosas por los delitos que no podian impedir. En un

(1) Regin. *ann.* 888; *Ann. Met. eod. an.*

Concilio celebrado en Maguncia el año 888 por los obispos de aquella provincia con los de las metrópolis de Colonia y Tréveris, se quejó Arnon, obispo de Wurtzburgo, de que unos malvados se apoderaron de un sacerdote venerable, le raparon la cabeza, le cortaron las narices, y le dieron tantos golpes que le dejaron por muerto (1). El Concilio los excomulgó y arregló por punto general del modo siguiente la penitencia de cualquiera que quitase la vida á un sacerdote: «No volverá jamás á comer carne ni á beber vino; ayunará todos los dias hasta la noche, escepto los domingos y las fiestas: no llevará armas y andará siempre á pie. Por espacio de cinco años no entrará en la iglesia, sino que empleará el tiempo que dure la misa y los demas oficios haciendo oracion á la puerta del lugar santo. En los siete años siguientes se le concederá la entrada en la iglesia, pero no la comunion. Pasados doce años podrá comulgar observando lo demas de su penitencia tres veces en la semana.» ¡Tal era el rigor y la severidad de la disciplina en unos tiempos tan infelices!

En otro Concilio, celebrado en Metz en el mismo año 888, se reclamó fuertemente contra el robo y usurpacion, tan comunes entonces, de los bienes eclesiásticos (2). Se prohibió con especialidad á los señores legos que se apropiasen ninguna parte de los diezmos en la estension de sus patronatos. Se decretó que un párroco no pudiese tener dos parroquias; que no llevase nada por la sepultura; que los sacerdotes manifestasen al obispo en el Sínodo sus libros con sus ornamentos sacerdotales, y que no pudiesen llevar armas ni vestir como los seglares. Se renovaron las prohibiciones de comunicar con los excomulgados, esceptuando á los señores con respecto á sus siervos, libertos y vasallos: restriccion prudente y muy digna de notarse en un siglo tan vilipendiado. Habiendo tenido un sacerdote un hijo con su propia hermana, se mandó con motivo de este delito, igualmente contrario á la naturaleza que á las costumbres de todos los siglos, que ningun sacerdote tuviese habitualmente en su casa muger alguna, ni aun á su madre ó hermanas. Habiéndose casado públicamente otro sacerdote en la diócesis de Chalons del Marne, indignó de tal modo á algunos fieles piadosos esta union escandalosa y sin ejemplar, que se opusieron á ella con todas sus fuerzas, ó impidieron que el sacrílego esposo cohabitase con la que habia elegido por muger. El obispo Lancion escribió despues al metropolitano para que le castigase de tal modo que sirviese de escarmiento á los demas.

Las instrucciones dadas por Riculfo de Soissons en el año de 889 á los sacerdotes de su diócesis, son uno de los mejores documentos para apreciar en su justo valor las contínuas y exageradas declamaciones de muchos novadores y de algunos ortodoxos poco reflexivos que los han copiado ciegamente. «Cuidad, dice (1), de cantar las horas canónicas, prima, tercia, sesta, la misa que celebrareis todos los dias, nona, vísperas, completas y maitines. Exhortad á vuestros feligreses á que por lo menos asistan frecuentemente á la misa, y á que los domingos y fiestas no falten á maitines, á la misa y á las vísperas. Todos vosotros debeis saber de memoria los salmos, el símbolo de San Atanasio y el cánon de la misa. Tambien debeis tener un misal, un breviario, un libro de los Evangelios, un martirologio, un antifonario, el salterio y las cuarenta homilías de San Gregorio:

(1) *Tom. 9 Concilior. pag.* 401.
(2) *Ib. pag.* 412.

(1) *Annalect. tom.* 3, *pag.* 438.

todo esto conforme á los ejemplares que existen en nuestra catedral. Si no podeis tener todo el Antiguo Testamento, tened á lo menos el Génesis.» Esta escepcion proviene de que siendo las copias de la sagrada Escritura de mucha mayor importancia que las de los libros comunes, eran mucho mas raras; pero por lo demás es necesario confesar que era esto muy bastante atendiendo á los pocos libros manuscritos que habia entonces y al alto precio á que se vendian.

Riculfo prohibe tambien que en la celebracion de los santos misterios se haga uso del alba que se llevaba ordinariamente, porque los eclesiásticos tenian siempre una alba encima de la túnica, y se queria que hubiese otra mas aseada para el altar. De aquí vino el uso del roquete acortando el alba, y despues el de la sobrepelliz. Recomienda y encarga que se dé la Eucaristía inmediatamente despues del bautismo, y al advertir que debe mezclarse el agua con el vino en el cáliz para la consagracion, asegura que en este misterio se consagra realmente la verdadera Sangre de nuestro Señor. Por último, dice que en las calendas, esto es, en el primer dia de cada mes, se juntarán los sacerdotes por deanatos, no para pasar el tiempo en banquetes y diversiones, sino para conferenciar acerca de sus obligaciones y de las necesidades de sus iglesias. No quiere que los sacerdotes se dediquen de tal modo á las faenas de la agricultura que por ello pueda faltarse al servicio divino. Les manda instruir con cuidado á sus estudiantes y que jamás admitan muchachas en su escuela. Les autoriza á recibir lo que se les ofrezca gratuitamente por el enterramiento de los muertos; pero prohibe enterrar en las iglesias.

No se mostraba menos exactitud en órden á las reglas concernientes á los derechos respectivos y mas delicados de las diferentes clases de la gerarquía. Habiéndose elegido á un mismo tiempo dos personas para el obispado de Langres (1), Aureliano, arzobispo de Lyon, aprobó la eleccion de Argrim. Teutboldo su competidor se quejó al Papa Esteban V, y pasó á Roma con el objeto de que le consagrasen allí; pero temiendo el Papa ofender los derechos de las iglesias, le remitió á su metropolitano para que le consagrase sin demora, si su eleccion era canónica. Si le parecia que no lo era, debia consultar al Papa, guardándose de establecer otro obispo en Langres sin recibir antes el permiso formal de Roma. Para la egecucion de esta órden envió Esteban á Oiran, obispo de Sinigaglia, en calidad de legado. Aureliano, á quien se presentó desde luego el legado, hizo que marchase á Langres prometiéndole que se verian allí muy pronto; pero ni cumplió su palabra, ni dió razon al Papa de los motivos de su conducta. Los partidarios de Teutboldo volvieron á enviarle á Roma con el decreto de su eleccion, para que allí fuese consagrado. Queriendo el Sumo Pontífice conservar los derechos del metropolitano, le escribió diciendo que consagrase á Teutboldo, ó que declarase las razones que tenia para no querer hacerlo. Pero el arzobispo, sin dar alguna respuesta, consagró á Argrim y le puso en posesion del obispado. Entonces el Pontífice consagró á Teutboldo, y para darle la posesion comisionó á Fulco, sucesor de Hincmaro en la silla de Reims, lo que se difirió á causa de algunas intrigas, pero en fin se quedó Teutboldo por obispo de Langres. Despues le sacaron los ojos, cuyo cruel tratamiento fué efecto del odio que le tenian tres caballeros, y le sucedió Argrim.

Poco despues de la decision de este asunto, murió el Papa Esteban, el cual en una

(1) Flod. *lib.* 4 *hist. cap.* 1.

grande hambre que afligió á Roma durante su pontificado dió pruebas de su grande caridad, sacando de su patrimonio, que era considerable, la mayor parte de sus limonas, pues cuando tomó posesion del palacio de Letran, todo lo habia encontrado saqueado, tesoro, muebles, graneros y bodegas. Su muerte acaeció el dia 7 de agosto de 891, y á fines del mismo mes, ó segun otros el 19 de setiembre, fué reemplazado por Formoso, obispo de Porto, el cual, sin duda como ya era obispo, no recibió nueva consagracion, siendo este el primer egemplar de obispo trasladado de otra Silla á la de Roma; pues eran todavía muy raras las traslaciones en Occidente, mucho mas fiel que el Oriente en observar este punto de disciplina. Muy pronto se verá con cuánta tenacidad se seguia esta máxima por los escesos á que dió lugar la dispensa de que se habiau sado con Formoso, sin embargo de que esta dispensa no tenia otro objeto que el mayor bien de la Iglesia, supuesto que el obispo de Porto fué promovido al sumo pontificado por su adhesion sincera á la Religion, por su celo y ejemplares virtudes, por su actividad y esperiencia, y por sus grandes conocimientos en la Sagrada Escritura y en las demas ciencias: cualidades muy raras especialmente en aquellos tiempos, y que se juzgaron mucho mas necesarias en el Gefe de la Iglesia que en un simple obispo (1). Habia trabajado Formoso con fruto en la conversion de los búlgaros, y se concilió la veneracion y la confianza de aquellos pueblos en tanto grado, que le pidieron por arzobispo al Papa Nicolao de quien fué estimado constantemente. Juan VIII le condenó despues en un concilio de un modo duro y humillante; pero este procedimiento de un Papa, engañado quizá entonces como lo fué despues para el restablecimiento de Focio, no podia perjudicar á la reputacion de Formoso, cuyo mayor delito era verosimilmente el no haber aprobado las usurpaciones de Cárlos el Calvo en el reino de Italia contra el órden natural de la sucesion. El Papa Marino no siguió las preocupaciones de Juan, antes bien restableció á Formoso en el obispado de Porto.

Luego que se vió este colocado en la Silla apostólica, cuidó ante todas cosas de poner el sello á la condenacion de Focio (1), cuyas falsedades no podian ya engañar á nadie. Stiliano, celoso obispo de Neocesarea en el Ponto, habia escrito al Papa Esteban con este objeto, y al mismo tiempo para obtener alguna indulgencia á favor de los que solo por miedo se habian mostrado adictos al autor del cisma. Habiendo muerto el Papa Esteban antes que llegasen á Roma los diputados de Stiliano, envió Formoso legados á Oriente con una carta concebida en estos términos: « Ante todas cosas, la condenacion de Focio será perpetua é irrevocable. En cuanto á los que él ordenó, les concedemos el perdon del modo siguiente: presentando un libelo ó súplica en que reconozcan su pecado y pidan perdon con promesa formal de no volver á cometerle, serán admitidos á la comunion de los fieles legos, segun la instruccion que enviamos, á la cual os arreglareis con la mayor exactitud.»

Fulco de Reims, uno de los prelados mas respetables de Francia por su ilustre nacimiento y por sus cualidades personales, escribió inmediatamente al Papa Formoso para tributar el debido homenage á este digno sucesor de San Pedro, y para dar el parabien á la Iglesia romana por una eleccion que en su juicio era una señal visible de la proteccion que dispensaba Dios á toda la Iglesia (2). El año siguiente (893), habiendo

(1) Luitpr. *lib. 1, cap. 8.*

(1) *Tom. VIII Concilior. pag. 1410.*
(2) Flod. *lib. 4 hist., cap. 1.*

hecho este poderoso prelado que Cárlos, hijo de Luis el Balbo, fuese reconocido por rey, volvió á escribir al Papa pidiéndole sus consejos y buenos oficios á favor del jóven monarca (1). Este príncipe, que no pasaba de catorce años, era el único descendiente legítimo de Carlo-Magno; y á fin de libertarle de los peligros que le amenazaban, se dispuso que pasase á Inglaterra despues de la eleccion del rey Eudon, á quien no quisieron reconocer por soberano muchos señores franceses; bien que nadie hizo el menor movimiento mientras no pudo concebirse esperanza alguna de ponerle en posesion de sus derechos. Mas pasando Eudon á Aquitania para pacificar los alborotos que habia en aquella provincia y deteniéndose allí largamente se dieron las disposiciones oportunos para que volviese Cárlos, y le condujeron á Reims, donde los señores de su partido le hicieron coronar con grandes aclamaciones. Toda la Neustria se declaró por él; pero la misma estension y justicia de sus pretensiones fué causa de que tuviese por enemigos al gran número de soberanos y usurpadores que se habian apropiado el imperio y los diversos reinos de Carlo-Magno.

El Sumo Pontífice escribió, á instancia de Fulco, en favor del jóven rey á sus dos competidores mas poderosos, Eudon y Arnulfo (2). Pero cualquiera que fuera el efecto de esta mediacion tan respetable por sí sola, pero tan débil ordinariamente en semejante materia, las continuas conmociones de Francia y Germania fueron mucho mas útiles á Cárlos, el cual conservó la dignidad Real, ó por mejor decir, el vano título de rey con el dictado de Simple á causa de su incapacidad. Mantúvose Eudon en la posesion de las provincias que se estienden desde el Sena hasta los Pirineos, y Cárlos quedó reducido á los paises que están entre el Sena y el Mosa, hasta el año 898 en que murió el rey Eudon, y en que á consecuencia de esto reconocieron generalmente á Cárlos en la Neustria, Borgoña y Aquitania con tanta mayor facilidad cuanto la sumision de los grandes no pasaba de los límites de un homenage estéril. Ejercitaban á porfía los duques y los condes su ambicion, sus exacciones y venganzas en estos gobiernos hereditarios en que habian establecido el sistema feudal (pues por lo menos cada señor disfrutaba de independencia en su distrito), y agotaban toda la sangre de la patria en sus pendencias particulares sin que se atreviese el rey á inmiscuirse en estos debates. Puede inferirse de aqui cuál seria el desórden en todas las partes de la sociedad, y cuán natural era el recurso de los oprimidos al Tribunal del Gefe de la Iglesia.

Empero esta época de anarquía en que tantas ocasiones habia de pervertirse y de caer, ofreció tambien modelos de las mas grandes virtudes. Un santo religioso, llamado Grimlaico, dió en aquellos tiempos la regla de los reclusos, los cuales eran unos solitarios que se encerraban en una celda, despues de haber hecho voto de no salir nunca de ella (1). Nadie era admitido allí sin tener el permiso de su obispo y de su abad, y esto despues de unas pruebas muy prolijas. Despues de cumplidos todos estos requisitos, se probaba todavía á estos solitarios por espacio de un año en los monasterios á que estaban anejas sus celdas, de las que no salian en todo ese tiempo. Hacian despues voto de estabilidad en presencia del obispo y en la iglesia, desde donde se les conducia á sus celdas, y el prelado ponia su sello en la puerta. La celda debia ser pequeña y estar cerrada exactamente por todas partes: el recluso tenia en ella todo lo que necesitaba, y ademas si

(1) *Tom. IX Concilior. pag.* 434.
(2) Flod. *lib.* 4, c. 3.

(1) *Cod. Reg. tom.* 2, *pag.* 463.

era sacerdote, un oratorio consagrado por el obispo. En la misma celda hacian una ventana que correspondia á la iglesia, á fin de que pudiese presentar su ofrenda para el sacrificio, unir su canto con el del coro y conferenciar con las personas que fuesen á hablarle; pero habia cortinas por dentro y por fuera para que el solitario no pudiese ver ni ser visto. En el recinto de su retiro podia tener este un jardinito para solazarse y para coger en él algunas yerbas. Fuera de este recinto, pero pegada á su celda, estaba la de sus discípulos, con una ventana por donde le servian y recibian sus instrucciones. Si tenian por conveniente que hubiese dos ó tres reclusos juntos, entonces estaban contiguas sus celdas y tenian ventanas para comunicarse; y si querian consultarles algunas mugeres ó confesarse con ellos, lo hacian en presencia de todos por la ventana que correspondia á la iglesia.

La regla de Grimlaico recomienda á los reclusos el estudio de la sagrada Escritura y de los autores eclesiásticos para descubrir los lazos del infierno, evitarlos y hacer que los evitasen las personas que fuesen á aconsejarse de ellos. En caso de que hubiese dos solitarios juntos, solo debian tratar de las cosas del cielo y decir la culpa mútuamente entre sí: el que estaba solo debia hacer esta especie de humilde confesion consigo mismo. Recomienda particularmente el exámen de conciencia, la oracion mental, la comunion ó la celebracion cotidiana de la misa con las disposiciones convenientes. Ordena el trabajo de manos en los intervalos de la oracion y de la lectura, así para mortificar el cuerpo como para alejar las tentaciones, tener ocupado el pensamiento y complacerse en la soledad. Y por esto manda que trabajen los solitarios aun cuando tengan lo necesario para mantenerse. Con todo, les permite que reciban lo que les diesen voluntariamente, ya para sus necesidades, ya para el alivio y socorro de los pobres. Érales permitido bañarse en su celda, especialmente á los sacerdotes; pues no solo tenian este aseo por saludable para el cuerpo, sino que le consideraban como una preparacion esterior para acercarse con mas decencia á los sagrados misterios. Cuando estaban enfermos los solitarios, se abria la puerta de sus celdas para asistirlos, sin que salieran jamás de ellas bajo ningun pretesto.

Por este mismo tiempo fundó San Geraldo de Aurillac en Auvernia otro establecimiento piadoso, al cual destinó el terreno cuyo nombre lleva (1). Edificó primeramente una iglesia y luego una casa espaciosa distribuida en celdas y en cuartos comunes para los ejercicios regulares. Despues de esto tomó las providencias que le parecieron mas oportunas para formar unas instituciones capaces de establecer y acreditar la vida regular, de la cual queria que fuese un modelo aquella comunidad. Habia en el Languedoc un monasterio muy famoso que llegó despues á ser obispado de Vabres, hoy suprimido, y habia sido fundado en el año 862 por Raimundo, conde de Tolosa. A él envió Geraldo algunos jóvenes no menos distinguidos por su nacimiento que por su piedad para que aprendiesen la regla que allí se observaba. Pero no quedó satisfecho con la conducta de estos discípulos, los cuales habiendo vuelto sin llevar consigo maestros esperimentados y capaces de dirigirlos, tuvieron que elegir un superior entre ellos mismos. Habia formado el piadoso fundador una idea tan alta de la perfeccion religiosa, que solia decir que un buen religioso es un ángel en la tierra, y aun se hubiera consagrado él mismo á Dios en su monasterio para dar ejemplo de fervor, á no habérselo estorbado San Gausberto, obispo de Cahors y director

(1) *Act. SS. Bened. Saec. V, pág. 7, etc.*

suyo, juzgándole mucho mas útil al prójimo en la esfera en que habia nacido.

Era hijo de otro Geraldo, conde que fué de Aurillac, de una casa de ilustres ascendientes, muy poderosa y de conocida virtud; y la condesa Adaltraudis, su madre, no estaba dotada de menos piedad que su esposo; en una palabra, la virtud parecia hereditaria en esta familia, en la cual se contaban dos grandes santos, esto es, San Cesario de Arlés y el abad Irier, siendo para ella esta ventaja el timbre mas glorioso de su nobleza. Nació el jóven Gerardo en el año 855, y le educaron sus piadosos padres conforme á las máximas mas puras del cristianismo, y cuidaron tambien de acostumbrarle á los ejercicios de la caza y de las armas, que á la sazon se reputaban indispensables, especialmente en un niño á quien destinaba el conde para sucesor suyo. Pero habiendo sobrevenido una larga indisposicion al jóven Geraldo, varió su padre el plan que habia formado, y quiso se dedicase al estudio, al cual se dió gustoso y muy particularmente á la lectura de los libros sagrados. Sus padres murieron cuando tenia él aun muy pocos años; pero la virtud y la aplicacion suplieron la falta de esperiencia, y gobernó sus grandes posesiones, su numerosa familia y poderosos vasallos con una prudencia digna del juicio mas reflexivo. El espíritu de órden y de justicia fué la regla por donde se dirigió invariablemente: no gustaba de la guerra, aunque la hizo con buen éxito, sin abrigar jamás proyectos ambiciosos ni proponerse otro objeto que el de repeler la fuerza con la fuerza y contener á los señores ó á los opresores circunvecinos. ¡Dolorosa necesidad para su alma sensible! Mas se portó siempre con la mayor moderacion, y recibió algunas veces tales pruebas de la proteccion divina que parecieron milagrosas.

No se encuentra en la vida de Geraldo mas que una sola mancha, que lavó muy pronto con un arrepentimiento tal, que es uno de los mas bellos rasgos de su vida. En una de aquellas ocasiones fatales en que la virtud mas fuerte suele ser frágil, puso imprudentemente los ojos en una doncella, hija de un siervo suyo y hermosa sobremanera. Geraldo, estando entonces en la flor de su edad, no supo contener su corazon así como no habia contenido sus miradas, y dió al punto una cita secreta al objeto de su repentina pasion. Pero habiendo acudido al lugar señalado, fué tan eficaz el influjo de la gracia divina y el poder de la buena costumbre, que despidió á la doncella luego que la tuvo á la vista y volvió á montar á caballo precipitadamente, sin embargo de que era de noche y hacia un frio cruel. A fin de estinguir para siempre su pasion y de perder la esperanza de satisfacerla, dió libertad á la sierva, instó á sus padres á que la casasen y la dotó. Despues de este suceso perdió la vista, y en el espacio de mas de un año que duró esta triste privacion, no cesó de bendecir al Señor porque queria mas bien castigarle en esta vida que en la otra. Pudo últimamente curar, y Guillermo de Aquitania le brindó con el casamiento de su hermana; pero llorando Geraldo el desliz en que habia incurrido, conoció todo el valor de la virtud contraria y quiso poseerla en el mas alto grado de perfeccion. Renunció pues esta union lisongera, tomó el partido de no abandonar el celibato en toda su vida y le honró con la práctica de todas las buenas obras.

Descolló especialmente por su amor estraordinario á la justicia y por su tierna caridad para con los pobres. Sus limosnas no tenian otros límites que los de las miserias que llegaban á su noticia. Nunca dejó de admitir á ningun pobre; y además de dar de comer á todos los estrangeros, tenia provisiones reservadas para los que llegaban

de contínuo á su casa; y no contento con atender al socorro de esta multitud, alimentaba siempre un cierto número de personas. Presenciaba todas las distribuciones para asegurarse de su puntualidad y de la buena calidad de los alimentos, los cuales probaba él antes que nadie. Sin embargo de sus muchas riquezas tenia una vida sumamente frugal y austera: ayunaba tres veces en la semana sin faltar jamás á este sistema, trasladando el ayuno si ocurria alguna fiesta y anticipando en el sábado el del domingo; práctica admitida universalmente desde aquel tiempo hasta hoy dia. Nunca cenaba, y convidaba á comer en su compañía á varias personas piadosas é instruidas para conferenciar con ellas acerca de lo que se leia durante la comida. Lo demas del tiempo lo empleaba en administrar justicia, en arreglar sus asuntos, en pacificar las familias, en instruir á sus criados, en visitar enfermos, en orar y leer y en todo género de ejercicios cristianos. Vestia con modestia y sencillez, y se habia privado absolutamente del uso de la seda y de toda especie de galas. Procuraba, en cuanto lo permitia su estado, seguir la vida monástica de la cual hacia el mayor aprecio; y sin raparse enteramente como hacian los monges, tenia la barba mucho mas corta que los legos. Hizo siete peregrinaciones á Roma.

Habiendo perdido nuevamente la vista muchos años antes de su muerte, supo aprovechar para bien de su alma esta penalidad. Conociendo se acercaban los últimos momentos de su vida, pidió se le dijese en su cuarto el oficio; parecia ya muerto cuando se le llevó el Santo Viático que recibió con grandes sentimientos de piedad; despues de lo cual espiró dulcemente el 13 de octubre, en cuyo dia venera la Iglesia su memoria.

Por este mismo tiempo murió tambien en opinion de santidad la emperatriz Ricarda, esposa de Cárlos el Craso, en el monasterio de Andelau en Alsacia, que habia fundado ella misma para canonesas, y subsistia todavia á fines del siglo XVIII sin haber variado su institucion primitiva. Habia sufrido la emperatriz con una paciencia heróica las acusaciones vergonzosas que intentó contra ella aquel emperador débil y suspicaz, las que rebatió probando que no habia perdido aún la virginidad. La separacion que resultó de este suceso escandaloso permitió á la princesa entregarse enteramente á la piedad y adquirir en su retiro una santidad que se juzgó digna de honrarse y venerarse públicamente.

Arnulfo, rey de Germania, dió en el año 895 un testimonio notable de su proteccion para con la Iglesia. Hallándose en su palacio de Tribur, cerca de Maguncia, hizo que se celebrase un Concilio general de los paises de su obediencia en el que se hallaron veintidos obispos, inclusos los tres metropolitanos de Maguncia, Colonia y Tréveris (1). «Pastores del rebaño de Jesucristo (dijo á los Padres que reclamaban su proteccion), desempeñad fielmente vuestro ministerio y vivid seguros de que no seré yo menos religioso en cumplir con el mio persiguiendo á los enemigos de la Iglesia y á los vuestros.» Con cuyo motivo, habiéndose quejado los obispos de los pecadores incorregibles que no se presentaban á recibir la penitencia debida por sus culpas, mandó el rey que todos los condes que residian en sus dominios hiciesen prender á aquellos pecadores excomulgados y los llevasen á su presencia, teniendo entendido qne si se rebelaban cuando se fuese á prenderlos y morian en la demanda, no se impondria ninguna penitencia á los autores de su muerte. De este modo se empezaba á mezclar la coaccion con la persuasion y dulzura para re-

(1) *Tom. 9 Concilior. pag.* 439.

ducir á los pecadores á que hiciesen penitencia: método que por consiguiente debió su orígen á la potestad secular y del cual se echó mano sin duda alguna para contener unos escesos que hubieran turbado el órden público á pesar de los demas medios que pudieran haberse empleado. Habiendo empezado ya á introducirse la compensacion de las obras satisfactorias, permitieron los obispos á los penitentes que redimiesen ciertos ayunos con limosnas, pero solamente en caso de enfermedad y de viage ó en los últimos años de su penitencia. Vemos tambien por este Concilio que no se observaba todavia el ayuno ó abstinencia del sábado, y que en la celebracion del santo sacrificio se acostumbraba mezclar una tercera parte de agua en dos de vino, sin contentarse con echar en él algunas gotas. Del cánon XXX de este Concilio ha deducido Natal Alejandro la nulidad de las letras apostólicas contra los cánones recibidos en Francia (1); mas para demostrar al lector cuán errónea es esta consecuencia, bastará ponerles á la vista el testo: «Debemos honrar á la Santa y apostólica Iglesia de Roma en memoria del Apóstol San Pedro y como Madre que es para nosotros de la dignidad sacerdotal y la Señora de la potestad eclesiástica. Por tanto, aun cuando nos imponga un yugo casi intolerable, es un deber guardar la humildad con dulzura y someternos piadosamente á sus órdenes. Empero si algunos individuos del clero fuesen convencidos de haber traido una *falsa letra* apostólica para servirse de ella contra nuestro ministerio, salva la fé y respeto debidos á la Santa Sede, los obispos podrán arrestarlos, hasta que la sublimidad apostólica por medio de una carta formal ó por sus legados acordare el justo castigo que deba imponérseles (1).» Como se vé bien claro, en este cánon no quiere el Concilio que se reciba una carta falsa traida por un clérigo; quiere antes bien que el obispo pueda poner preso al falsario hasta que llegue la respuesta del Papa señalando el castigo que haya de imponérsele. Nada mas justo: ¿quién ha dicho jamás que se deba admitir como oráculo á un falsario porque venga en nombre del Papa? La cuestion versa sobre las cartas verdaderas, no sobre las falsas. Pues bien: los PP. de Tribur, sin examinar si las letras apostólicas eran contrarias ó no á sus cánones, se creyeron en la necesidad de recibirlas desde el momento en que su autenticidad no pudiera ponerse en duda.

Concluida que fué esta asamblea pasó el rey Arnulfo á Italia, á donde le habian llamado Berengario y el Papa Formoso (2). No creyéndose Guido, competidor de Berengario, en estado de resistir á tantas fuerzas reunidas, huyó con precipitacion y Arnulfo se apoderó de Roma. Le recibió el Papa con grandes honores y le coronó emperador á principios de abril del año 896, despues de lo cual el pueblo romano le prestó juramento de fidelidad con esta cláusula notable: *salva la fé debida al Papa Formoso*.

Murió este Pontífice á poco tiempo de haberse verificado esta revolucion. Algunos autores cuentan su muerte el dia 4 de abril; pero consta por algunos hechos posteriores que vivia aún á mediados de este mes. En este tiempo de anarquía, Bonifacio, que habia sido depuesto del subdiaconado y del sacerdocio, fué elegido por una faccion popular para que le sucediese, y murió de gota á los quince dias. Su eleccion fué declarada nula en un Concilio celebrado dos años despues en Rávena, por lo que mu-

(1) *Sacc. IX, c. 4. art. 30.*

(1) *Labb. t. IX, p. 435.*
(2) Regin. *ann.* 895; Luitpr. *lib. 1, cap. 8.*

chos historiadores no le colocan en el número de los Sumos Pontífices.

La faccion que habia elevado á Bonifacio al trono pontificio colocó en él á Esteban IV que fué consagrado en el mes de agosto del mismo año, aunque era muy poco digno de ocupar la Cátedra de San Pedro. Se le recibió para evitar un cisma, mas peligroso todavía que un mal Papa. Su pontificado no pasó de catorce meses, pero es notable por un rasgo menos honroso á su gobierno que lo fuera un olvido absoluto. Habiendo congregado un Concilio de algunos obispos y sacerdotes semejantes á él, no solo tuvo la temeridad de condenar á su predecesor Formoso, sino que hizo desenterrar su cadáver, y mandó que le presentasen en medio de la asamblea (1). Estaba el difunto revestido de las insignias pontificales, y en esta forma se le puso en la Silla apostólica, y se le dió un abogado para que respondiese en su nombre. Entonces el Papa Esteban, dirigiendo la palabra al cadáver cual si estuviese vivo, le dijo: «obispo de Porto, ¿por qué te impelió la ambicion á usurpar la Silla de Roma?» y en seguida pronunció la sentencia que ejecutaron inmediatamente, despojando al difunto de sus vestiduras sagradas, cortándole tres dedos, decapitándole y arrojándole despues al Tiber. Añadiendo luego Esteban el sacrilegio á la barbarie, degradó de las órdenes sagradas á todos aquellos á quienes las habia conferido Formoso, y volvió á ordenar de nuevo á los que no tuvieron firmeza para resistirle. Pero no tardó en recibir el castigo que merecian estos escesos, porque fué arrestado por unos facciosos tan violentos como él, los cuales le escluyeron de la Silla pontificia, le cargaron de cadenas, le pusieron en una prision y en ella le dieron garrote (891).

Sucedióle inmediatamente Romano Gallesino, cuyo pontificado no llegó á cuatro meses. Habiéndole reemplazado Teodoro, gobernó la Iglesia mucho menos tiempo; pero en los veinte dias que ocupó la Santa Sede trabajó útilmente en la pacificacion de los ánimos y en la edificacion de la Iglesia. Mandó que volviesen á sus Sillas los obispos que habian sido separados de ellas; restableció los eclesiásticos ordenados por Formoso, y dispuso que se llevase solemnemente á la sepultura de los Papas el cadáver de este Pontífice que habian encontrado unos pescadores. Romano fué muy amado del clero y generalmente estimado de todo género de personas por su genio apacible, su sobriedad, su castidad y su liberalidad para con los pobres.

Hizose igualmente recomendable por su prudencia y piedad Juan IX que fué su sucesor (898). Sin embargo, en su eleccion estuvieron divididos los votos, y tuvo Sergio algunos en su favor. Pero prevaleció el partido de Juan, y habiendo sido Sergio echado de Roma, tuvo que retirarse á Toscana en donde permaneció siete años bajo la proteccion del marqués Adalberto. Juan IX ocupó la Silla apostólica dos años, cuatro meses y quince dias; á saber, desde mediados de julio de 898, hasta 30 de noviembre de 900 en que murió.

Declaróse el Papa Juan no menos que su predecesor Teodoro contra las violencias escandalosas de Esteban VI, y para estirpar de raiz el mal, dispuso se celebrase en Roma un Concilio en que se examinaron con la mayor madurez los artificios é intrigas de Esteban. Averiguaron que á la mayor parte de los obispos que habian suscrito al concilio de este Papa contra la memoria de Formoso, se les obligó á ello tiránicamente (1), y que muchos le acusaron de perjurios y de otras acciones infames sin co-

(1) Regin. *ann.* 395; Luitpr.; Flod. *lib.* 5, *pag.* 606.

(1) *Mus. Ital.* Mabill. *t.* 1, *p.* 86.

nocimiento de causa y sin ningun exámen. Reprobóse por lo tanto el concilio del Papa Esteban, y se acordó que se quemasen sus actas, como se quemaron, segun se dice, las del concilio de Rimini y las del segundo de Éfeso. Habiendo pedido perdon los obispos y los demas eclesiásticos complicados en esta vil condescendencia, se les trató con benignidad, atendiendo á que en su culpa habia tenido mas parte el temor que la malicia; pero se prohibió severamente á todo género de personas, de cualquiera clase y dignidad, impedir la libertad de los concilios, despojar de sus bienes á los prelados con este objeto y encarcelarlos ó violentarlos de cualquier otro modo. Prohibieron tambien, con arreglo á lo dispuesto en los concilios de Africa, que se reiterasen las ordenaciones y el Sacramento del bautismo. En fin, confirmó el Concilio el justo aprecio que se tenia de Formoso, y declaró que este obispo habia sido trasladado de la Silla de Porto por necesidad y por su mérito. Sin embargo, prohibe que en lo sucesivo se haga uso de este ejemplar, con cuyo motivo recuerda la severidad de los cánones observados sin interrupcion en Occidente, en los cuales hasta se negaba la comunion laical á los que contravenian á ellos.

En cuanto al presbítero Sergio, cuya eleccion habia causado division en la Iglesia romana, le declararon condenado y espulso, como tambien á sus fautores, con prohibicion de ejercer las órdenes sagradas. Atribuye el Concilio esta especie de turbulencias y discordias al abuso que se habia introducido de consagrar á los Papas sin noticia del emperador, y de anticiparse contra los cánones y la costumbre á la llegada de sus comisionados instituidos para impedir tales desórdenes. «Por tanto, dice, queremos que en lo sucesivo se haga la eleccion del Papa en junta de los obispos y de todo el clero, á instancia del senado y del pueblo; que despues le consagren solemnemente ante los comisionados imperiales, y que nadie exija de él juramentos nuevos.» Tambien se habia introducido otro abuso, á saber, que luego que moria el Papa se saqueaba el palacio pontificio, y desde allí se estendia el latrocinio por toda la ciudad: igual suerte sufrian las casas episcopales despues de la muerte de los obispos. Estas rapiñas no solo se prohibieron amenazando con censuras eclesiásticas á los que las cometiesen, sino que hicieron saber á todos que las personas que se abandonasen á semejantes escesos incurririan en la indignacion del emperador.

Este emperador, en cuya presencia se celebró el Concilio, era Lamberto, hijo de Guido, coronado por Formoso en el año 892, y que por fin habia podido hacerse superior á Berengario, duque de Friuli. Habíase retirado el emperador Arnulfo á Alemania inmediatamente despues de su espedicion de Roma, y tornó á Italia en el año 899 para castigar á los rebeldes; pero murió en el sitio de Fermo el dia 8 de diciembre del mismo año, segun inscripcion hallada en su sepulcro. Hay algunos que quieren persuadir que murió envenenado por Agiltrudis, viuda de Guido, muger revoltosa é intrépida, que viéndose encerrada en la fortaleza y próxima á caer en manos del emperador halló medio para hacer que le diesen una bebida mortífera.

Al principio del siguiente año (900) se reunieron en Forcheim los señores de Germania y reconocieron por rey á Luis, niño de siete años é hijo legítimo del emperador Arnulfo, que acababa de morir. Los obispos dieron aviso de esta eleccion al Papa en los siguientes términos: «Hemos dudado algun tiempo sobre si elegiriamos rey y sobre la persona en quien habia de recaer la eleccion; sin embargo, viendo el temor en que

estábamos de dividirse el reino en muchos partidos, hemos elegido unánimemente, y creemos que por un impulso del Espíritu Santo, al hijo de nuestro señor, aunque muy jóven, en lo cual hemos querido conservar la antigua costumbre, segun la cual los reyes de los franceses siempre han venido de la misma raza. Y si lo hemos efectuado sin vuestro permiso, estamos persuadidos de que sabeis cuál es el motivo, que es el que los paganos que ocupan el territorio intermedio entre vos y nosotros nos interceptan el camino. Y pues ahora hemos hallado proporcion de escribiros, os rogamos confirmeis con vuestra bendicion lo que habemos hecho.» Estos infieles, que infestaban los confines de la Alemania y de la Italia, eran los húngaros, nuevos bárbaros que habian salido de lo interior de la Scitia y hacia cerca de diez años que se dejaban ver en el imperio francés. Al principio entraron en la Panonia y en el pais de los ávaros, donde se mantenian con la caza y pesca. Despues hicieron frecuentes incursiones en Carintia, Moravia y Bulgaria. Todas sus armas se reducian al arco; pero le manejaban con una destreza indecible. No se jactaban de poseer el arte de sitiar una plaza, ni de pelear sin moverse de su lugar, sino que segun el método que observan aun estos pueblos, acometian precipitadamente á sus enemigos y se dispersaban al punto. Estaban siempre á caballo, ora caminasen, ora estuviesen parados y hasta cuando celebraban sus consejos. Su esterior, sus costumbres singulares, sus cabezas rapadas, su aspecto sombrío, su silencio feroz que casi siempre correspondia á todas las proposiciones con hechos sangrientos; en suma, todo en ellos contribuía á que inspirasen terror (1). Las mugeres eran tan intrépidas y desapiadadas como los hombres (1).

Al principio hicieron su incursion por la Moravia á instancias del emperador Arnulfo que los habia llamado para sujetar á los rebeldes de esta provincia; pero muy luego no haciendo distincion entre amigos y enemigos, se internaron en Baviera y despues en Italia, donde inundaron de sangre todos los lugares por donde pasaron. Habiéndose juntado los fieles en el pais de Pádua, les presentaron batalla á orillas del Brentan y quedaron derrotados, siendo muchísimos los que perecieron en la accion y los que se ahogaron, con un gran número de condes y algunos obispos, entre ellos Luitardo de Vercelli, antiguo privado de Cárlos el Craso, el cual perdió á un mismo tiempo la vida y sus inmensos tesoros. Los bárbaros mataron en Nonántula en el Modenés á todos los monges que no habian huido, quemaron el monasterio y su preciosa biblioteca, y robaron todo lo demás. Roma y la Italia entera se hallaban en la mayor consternacion, cuando los infieles suspendieron contra toda esperanza esta primera correría, y contentos con lo que habian saqueado no pensaron mas que en ir á gozar de ello á los paises salvages que les servian de guarida.

El Papa Juan IX se aprovechó de esta interrupcion inesperada para compartir su solicitud pastoral entre las diferentes iglesias de la cristiandad. En España, Alfonso III, llamado el Magno, habia hecho respetable su poder, así á los árabes que hacia mucho tiempo que ocupaban el centro de la Hesperia, como á los codiciosos normandos que infestaban continuamente sus costas y todas las del Océano. A pesar de estas dificultades y estorbos contínuos, habia reedificado y vuelto á poblar muchas ciudades, y entre otras á Oporto, Braga, Viseo y Tuy,

(1) Regin. *an.* 889.

(1) Luitpr. *lib.* 1 *cap.* 5.

en las cuales edificó iglesias é hizo que se instituyesen y nombrasen obispos. Fortificó á Oviedo mas que á ninguna otra ciudad, y formó de ella como un baluarte inespugnable donde pudiesen estar seguros de las invasiones de tantos bárbaros los efectos mas preciosos de sus Estados, y en especial las reliquias de todas las ciudades. Juzgando demasiado reducida y sencilla la iglesia que habia levantado Alfonso el Casto en el sitio donde estaba el cuerpo de Santiago en Compostela, la reedificó magníficamente con piedras preciosas y con columnas de mármol, y la enriqueció con ornamentos y vasos de un valor inestimable, asi por el material como por la hechura (1).

Envió despues embajadores al Papa Juan para obtener la celebracion de un Concilio, en que se hiciese con la mayor pompa y solemnidad la dedicacion de dicha iglesia, y pidió al mismo tiempo que la de Oviedo fuese erigida en metrópoli (2). Asistieron á esta dedicacion (900) diez y siete obispos, y se halló tambien presente el rey con la reina su esposa, los príncipes sus hijos, trece condes y un gentío innumerable. Consagraron tres altares nuevos; pero no se hizo la consagracion del cuarto altar debajo del cual estaban las reliquias de Santiago, porque se creía que la habian hecho en tiempos muy antiguos sus mismos discípulos, que se decia eran siete, y que se conservaba aun la memoria de sus nombres (3). Al año siguiente (901) los obispos que habian ido á Compostela se reunieron en Oviedo por los cuidados de Alfonso, y conforme á las respuestas recibidas de Juan IX, que se leyeron en este Concilio, fué declarada metropolitana la iglesia de Oviedo, y se acordó allí que el nuevo arzobispo, llamado Hermenegildo, estableceria obispos en las ciudades de esta provincia que los habian tenido anteriormente, y que se nombrarian arcedianos para que visitasen dos veces al año las iglesias y monasterios. Concedió el rey posesiones considerables á esta metrópoli, y á proporcion á los obispos que dependian de ella, queriendo que tuviese cada uno su iglesia y sus posesiones en la provincia de Asturias, como en un lugar seguro donde pudiesen hallar un refugio en caso de necesidad. En el mismo año fué elegido y consagrado arzobispo de Tarragona el abad Cesario; pero se opuso á ello el arzobispo de Narbona y aun los obispos de España que le reconocian por metropolitano. Cesario apeló al Papa, pero no pudo este terminar entonces esta cuestion. Alfonso III reinó gloriosamente por espacio de cuarenta y seis años, hasta el de 910 en que abdicó á favor de su hijo García, príncipe indigno de la corona, pues que habia tomado las armas para quitársela á su padre. Solo por un efecto de cariño á su segundo hijo Ordoño, dividió Alfonso sus Estados en dos partes, dando una á este; ejemplo que imitaron sus sucesores con gran detrimento del pais. Alfonso murió dos años despues de su abdicacion (a).

(1) Sampit. *Astur. pag.* 56.
(2) Ambr. Mor. *lib.* 15, *c.* 9.
(3) *Tom.* 9 *Concilior. p.* 219 *et seq.*

(a) Añadiremos aquí dos palabras á lo que de Alfonso el Magno refiere nuestro historiador, asi por ser cosa perteneciente á nuestra patria, como por continuar la série de los reyes de España.

A Alfonso III habia precedido Ramiro I y Ordoño I, reyes que se hicieron harto célebres con sus señaladas victorias para que dejemos de hacer aquí mencion de ellos. Del primero de estos dos antecesores de don Alonso el Grande, y que á su vez fué sucesor de don Alonso el Casto, dice el P. Mariana entre otras cosas lo siguiente: «El reinado del rey don Ramiro en tiempo fué breve, en gloria y hazañas muy señalado por quitar como quitó de las cervices de los cristianos el yugo gravísimo que les tenian puesto los moros y reprimir las insolencias y demasías de aquella gente bárbara. A la verdad, el haber España levantado cabeza y vuelto á su antigua dignidad, despues de Dios se debe al esfuerzo y perpétua felicidad de este gran príncipe. En los negocios que tuvo con los de fuera fué escelente, en los de dentro de su reino admirable; y aunque se señaló mucho en las cosas de la paz, pero en la gloria militar fué muy aven-

Habia perdido antes la Inglaterra uno de sus mejores reyes en la persona de Alfredo el Grande, el cual murió el dia 25 de octubre del año 900, dejando á su hijo Eduardo I la monarquía entera de la Gran Bretaña, que habian poseido su padre y su abuelo. Lejos de disminuirse su virtud, desde su mas tier-

---

tajado. A los nigrománticos y hechiceros castigó con pena de fuego: á los ladrones, en que andaba gran desórden, hacia sacar los ojos; pena cortada á la medida de su delito, quitarles la ocasion de codiciar lo ageno y hacerles que no pudiesen mas pecar.» En el segundo año del reinado de Ramiro I ocurrió, segun Mariana y Morales, la célebre batalla de Clavijo en el año 844, á consecuencia de la cual y de la proteccion que en ella dispensó á la España el Apóstol Santiago, espidió el célebre diploma en el que se obligaba á toda España «á pagar desde entonces para siempre jamás (son palabras del P. Mariana), de cada yugada de tierras y viñas cierta medida de trigo ó de vino cada un año á la Iglesia del Apóstol Santiago, con cuyo favor alcanzaron la victoria, voto que algunos Romanos Pontífices aprobaron adelante, como se ve por sus letras apostólicas.» Este voto, que se llamó voto de Santiago, hizo el ejército vencedor despues de dar gracias á Dios y al Santo Apóstol por la victoria que habian conseguido, y en el diploma de don Ramiro se añadió un otrosí en el que se manda que para siempre, cuando los despojos de los enemigos se repartiesen, Santiago se contase por un soldado á caballo y llevase su parte; «pero esto, prosigue Mariana, con el tiempo se ha desusado; lo que toca al vino y trigo algunos pueblos lo pagan.» Otros autores niegan haya habido tal batalla, ni tal diploma, siendo uno de los argumentos contra este la fecha que se le atribuye en las copias, toda vez «que el original no parece,» segun Mariana; fecha que este sábio historiador asi como Morales supone equivocada y lo atribuyen á error del copista que al escribir el año puso una X menos, y asi en lugar de decir Era DCCCLXXXII, puso DCCCLXXII. Ortiz en su «Compendio cronológico de la Historia de España» pone una disertacion contra la existencia de esa batalla de Clavijo y del diploma de D. Ramiro; fuera sin embargo de desear, en nuestro concepto, hubiera usado un lenguage mas moderado. Tal vez en el Apéndice de este tomo hablemos estensamente de este punto histórico; entretanto diremos aquí que las Córtes acordaron años atrás suprimir este voto, en favor del cual, si mal no recordamos, pronunció un estenso discurso un respetable eclesiástico, diputado que era entonces y que hoy ocupa una de las sillas episcopales de nuestra patria.—Con los despojos de dicha batalla, dice Mariana, hizo el rey edificar á media legua de Oviedo una iglesia de obra maravillosa, con advocacion de Nuestra Señora, á las faldas del monte Naurancio ó Naranco, y allí cerca se edificó otra iglesia con nombre de San Miguel. El citado Ortiz no niega que don Ramiro pelease contra los moros; ni era fácil negarlo, pues don Alonso III en su crónica dice que su abuelo don Ramiro peleó dos veces contra los moros, y salió triunfante; mas Ortiz, empeñado en negar el triunfo de Clavijo, supone que estas no serian batallas formales, sino escaramuzas ó correrías; conviene además Ortiz en que don Ramiro edificó en Naranco la mencionada iglesia.—Don Ramiro derrotó tambien y ahuyentó á los normandos que quisieron hacer correrías por Galicia, y asimismo desbarató y venció algunas sublevaciones que contra él se formaron en su reino.

A don Ramiro sucedió su hijo don Ordoño en el año 850, segun Mariana, el cual hace de este rey el siguiente retrato: «Fué de condicion manso y tratable: sus costumbres muy suaves, y por toda la vida en todas sus acciones usó de singular moderacion con que ganó las voluntades de la nobleza, del pueblo, y los ánimos de todos se los aficionó de manera que ninguno de los reyes fué mas agradable en aquella edad y en los años siguientes. Gran celador de la justicia: virtud necesaria, pero sujeta á engaño en los grandes príncipes, si no rigen con prudencia el ímpetu del ánimo y procuran no ser engañados por las astucias de hombres malos.» Esto cuenta el citado historiador haber sucedido con D. Ordoño en el siguiente lance: «Cuatro esclavos de la iglesia compostelana acusaron delante del rey de un caso muy feo á su obispo Ataulfo, persona de grande y conocida santidad. La historia compostelana dice le acusaron del pecado nefando. Fué citado y hecho venir á la corte para responder por sí. Antes que fuese al palacio Real dijo misa, y vestido de pontifical como estaba, se fué á ver con el rey. Lo que le debiera reprimir y ponelle temor, le alteré mas ó por haber dado crédito á los acusadores, ó por estar disgustado por no venir luego el obispo á su presencia y por el hábito y trage que traia: mandó soltar un toro bravo, azorado con perros y con garrochas contra el dicho prelado; lo cual era injusto, condenar á ninguno sin oir primero los descargos. En tan gran peligro Athaulfo armóse de la señal de la cruz: cosa maravillosa, el toro dejada la braveza, allegóse á él con la cabeza baja, dejóse tocar los cuernos, que con gran espanto de los que lo vian, se le quedaron en las manos. El rey y nobles desengañados por aquel milagro y enterados de su inocencia, echáronsele á los piés para pedirle perdon: dióle él de buena gana diciendo que nunca Dios quisiese que pues habia recobrado su dignidad y librádose de la afrenta, y pues el buen nombre que le habian quitado le era restituido, que él hiciese en algun tiempo por donde se mostrase olvidado del oficio de cristiano y de la virtud del ánimo y de la paciencia que nunca perdiera. Quién dice que descomulgó á los que le acusaron; lo que se averigua es que librado de aquel peligro renunció el obispado y se retiró á las Asturias, en que vivió en soledad largo tiempo santísimamente. Los cuernos del toro colgaron del techo de la iglesia de Oviedo, donde estuvieron muchos años para memoria y testimonio de aquel caso tan señalado. Esto sucedió al principio del reinado de don Ordoño.» Asi el P. Mariana.—Don Ordoño obtuvo una gran victoria en la batalla que dió al moro Muza que pretendia ser tambien rey de una gran parte de España y que con asombrosa celeridad se habia apoderado de muchas poblaciones. Derrotado Muza dedicóse don Ordoño á reedificar las ciudades que por la incuria de los tiempos pasados y de las guerras estaban desiertas y asoladas, y al efecto no perdonó gasto ni cuidado; esas ciudades fueron Tuy, Astorga, Leon, y Amaya que el cronicon del rey don Alonso llama Amagia Patricia. Combatió tambien á los moros Reit y Mozaro y se apoderó de las ciudades que estos ocu-

na edad hasta los cincuenta años en que murió, tomó nuevo incremento en el tumulto y distraccion de los asuntos públicos, en las revoluciones y turbulencias, en medio de los sucesos mas felices y á pesar de las tentaciones violentas con que tuvo que luchar en la juventud, en cuyo tiempo solia levantarse ocultamente á media noche, y se postraba en la iglesia arrostrando el frio riguroso de la estacion, para pedir al Señor que amortiguase los ardores de la carne que se rebelaban contra el espíritu. Aplicóse constantemente en los veintiocho años que duró su reinado á buscar los medios de que floreciese la Religion, la justicia y las artes. Hizo tres divisiones de los habitantes de cada provincia, destinando las dos al ejercicio de las armas y la otra á la agricultura. A este príncipe debió la marina de Inglaterra el orígen de su grandeza y del estado respetable en que se ha mantenido casi

paban. Falleció en Oviedo en el año 862, como se muestra por el letrero de una cruz que el rey don Alonso su hijo presentó al templo de Oviedo, cruz que era de grande primor y hermosura.

Estos dos reinados que antecedieron al de Alfonso el Magno, prepararon la felicidad que en los dias de este gran príncipe gozó la nacion. Así Alfonso III vino á sentarse en un trono consolidado por la victoria, y ennoblecido con los laureles de todos aquellos triunfos. Apenas habia cumplido los diez y ocho años segun el Albeldense y aun antes segun otros, cuando fué ungido el domingo de Pentecostés á 26 de mayo, un dia antes de morir su padre don Ordoño I. Su reinado fue uno de los mas felices que vió la monarquía. Piedad, benignidad, religion, valor y triunfos en las armas, fidelidad en los súbditos, todo concurrió á ilustrarlo, y á grangear al rey el renombre de Magno con que siempre ha sido distinguido de los demas Alfonsos. Solo fué desgraciado en sus hijos, que llegaron con el tiempo á usurparle su corona por la ambicion de reinar. Mas no bien habia entrado á reinar cuando comenzó á esperimentar inquietudes y rebeldías. Don Fruela, conde de Galicia, fué el primero que se propuso usurparle la corona, y sus fuerzas ó partido debia ser poderoso, pues el jóven monarca tuvo que huir de las Asturias y salvarse en Álava como en otro tiempo don Alonso el Casto, si bien el Albeldense dice *in Castellam*. Poco debió durar la rebeldía, pues una escritura de donacion á la iglesia Iriense dada en 20 de diciembre de 867, ya le dá los bienes confiscados al rebelde Fruela Bermudez. El Senado de Oviedo le quitó la vida y dió aviso á don Alonso, el cual regresó á la corte donde fué recibido con aclamaciones. Desde entonces empezó el reinado de don Alonso á ser uno de los mas prósperos y felices de la monarquía goda. Restauró y pobló á Leon, á Sublanca, Coya y adyacentes; y hallándose ocupado en obras tan árduas, tuvo noticia de que se le rebelara la provincia de Alava. Marchó allá D. Alonso con su correspondiente ejército, y en poco tiempo redujo á su obediencia los inquietos, al parecer acaudillados por el conde Eulon. Cogióle prisionero y lo guardó encarcelado hasta su muerte. Volvió luego las armas contra los moros y ganó de ellos tantas victorias cuantas fueron las batallas. Tomóles el castillo de Deza á fuerza de armas, y por capitulacion la ciudad de Atienza. Ganó luego á Coimbra, y sacando de ella á los moros, la pobló de gallegos. Apoderóse de Braga, Porto, Auca, Emina, Viseo, Lamego y poblaciones comarcanas en la frontera, ensanchando los límites de su reino hasta el Tajo en algunas partes; cosa, dice Ortiz, que ninguno de sus antecesores habia hecho ni aun intentado. — Pero habríamos de estendernos demasiado si hubiéramos de referir todas las hazañas de tan glorioso príncipe, tan afortunado en todo menos con su muger doña Jimena, con quien casó en 870, y con sus hijos que se rebelaron contra él. Limitándonos, pues, á lo que mas hace á nuestro propósito diremos que no solo reedificó de un modo magnífico la iglesia de Santiago, sino que además confirmó un privilegio de su padre con otro en que estiende el territorio de Santiago, que antes era de tres millas en ruedo, á seis, siendo la fecha de este documento el año 862.—En el Concilio de Oviedo de que habla nuestro autor concurrieron diez y siete prelados españoles y Teodulfo como enviado del rey de Francia; conforme con lo dispuesto por Su Santidad, á quien al efecto habia acudido el rey, se declaró metropolitana la silla de Oviedo, y se formaron además algunos cánones de disciplina cerrándose el Concilio el 15 de junio del año 900.—Tantos triunfos del rey don Alonso y tan singular acierto en el gobierno, parecian deber alejar las rebeliones; mas por desgracia no fué así, que la ambicion todo lo arrolla y atropella. García, hijo primogénito de Alfonso, fué el primero que alzó el grito de rebelion contra su propio padre. Este movimiento parece que fué escitado principalmente por el suegro del jóven príncipe, el conde de Castilla Nuño Fernandez. Supo el rey la conspiracion, hizo prender á su hijo en Zamora, y le encerró en el castillo de Gauzon. Empero García se habia ya formado un fuerte partido; aun los mas adictos al rey murmuraron del castigo dado al príncipe; el conde de Castilla puso en campo un numeroso ejército, y por todas partes resonaron las aclamaciones al futuro monarca. Conoció Alfonso que no podia hacerse obedecer sino á costa de mucha sangre, y deseando solo el bien de sus pueblos cedió voluntariamente, y se retiró al sepulcro del Apóstol Santiago, resuelto á vivir únicamente para el cielo. No salió de allí sino para pelear y domar de nuevo á los moros, no como rey, sino como un súbdito de su hijo; ganó entonces una cumplidísima victoria, sin haber perdido un soldado, y murió de allí á poco en Zamora con los sentimientos del mas piadoso y perfecto cristiano. Alonso III ha dejado una interesante Crónica en que se describen las hazañas de diez y seis reyes sus predecesores. Véanse Morales, lib. 15, c. 1 y siguientes; Mariana, lib. 7, cc. 17 y 19; Ortiz, lib. 6, cc. 10 y 11. (*N. del E.*)

siempre. Estableció escuelas en Oxford, y por ello fué mirado como el fundador de la Universidad de aquella ciudad, famosa desde entonces por el estudio de las bellas letras y de la filosofía. Llevó á sus Estados un gran número de sábios de los paises inmediatos, fomentó con mas particular cuidado á los naturales del pais, y los llenó á todos de riquezas y dignidades. Aser, monge instruido que habitaba en el monasterio de San Davis en el pais de Gales, fué elevado á la Silla episcopal de Schirburn. Flemundo, que habia sido ermitaño mucho tiempo, fué nombrado arzobispo de Cantorberi. El mismo Alfredo adquirió un conocimiento muy profundo en las ciencias, sin embargo de haberse dedicado al estudio en una edad bastante adelantada; y no solo escribió la coleccion de leyes por la cual se le dió el nombre de padre del derecho y de la legislacion británica, sino que tradujo al sajon la historia eclesiástica de Beda, el Pastoral de San Gregorio, los libros de consolacion de Boecio, de cuya lectura gustaba en estremo, y dió á luz diferentes obras originales. Mostró siempre además de esto un respeto muy grande al Papa, á quien no contento con pagar el dinero de San Pedro, solia enviar de cuando en cuando magníficos regalos (1).

La vigilancia de Juan IX no se limitó á las iglesias del Norte y de la Hesperia, sino que se estendió tambien á las de Oriente; y como Stiliano de Neocesarea seguia distinguiéndose con su celo por la unidad católica y por la total estincion del cisma, se dirigió el Sumo Pontífice á este digno obispo para tratar de la reunion de todos los griegos á quienes se pudiese hacer desistir del cisma. «Otorgamos la comunion (le dijo) á todos los que se sometan; pero queremos que sean inviolables los decretos de nuestros predecesores. Pensamos como ellos acerca de Focio, y asi Ignacio como Esteban y Antonio nos merecen el propio concepto que les merecieron á ellos.» Este Antonio, llamado Cauleo, fué el sucesor inmediato de Esteban en la Silla de Constantinopla, y estos tres Patriarcas consecutivos están colocados en el catálogo de los Santos.

Antonio habia muerto en el año 895, y le sucedió Nicolás el Místico, llamado asi á causa del empleo de secretario que habia egercido cerca del emperador Leon. Durante su patriarcado mandó este príncipe edificar en Constantinopla un monasterio de eunucos, con una iglesia á donde se llevaron por su órden, segun refiere un autor muy antiguo (1), los cuerpos de San Lázaro y de su hermana Santa Magdalena.

Mas el episcopado de Nicolás el Místico se distinguió con otro suceso de mayor importancia. Aunque el emperador Leon habia contraido ya sucesivamente tres matrimonios, no tenia ningun hijo que le sucediese; y habiendo muerto la tercera muger volvió á casarse otra vez, mas no se atrevió á coronar á esta última esposa ni á recibir con ella la bendicion nupcial, porque en la iglesia griega estaban prohibidas las cuartas nupcias. Por las segundas y terceras se hacia penitencia y á las cuartas se las trataba de poligamia. Habia mandado el mismo Leon por una constitucion espresa que las penas impuestas con este motivo se cumpliesen puntualmente y aun las hizo estensivas á las terceras nupcias. Con todo, habiendo su cuarta muger llamada Zoe (905), dado á luz un niño, quiso que se la mirase como á su esposa legítima. Bautizar la criatura con las solemnidades que se acostumbraban en semejantes casos con los hijos de los emperadores, fué la primera dificultad,

(1) *Vit. per Spelm. Asser. passim.*

(1) Theophil. *p.* 224.

porque el patriarca Nicolás, sostenido por un gran número de obispos, reclamó la observancia de los cánones con tanta energía que se vió obligado el emperador á prometer con juramento que despediria á la madre. Pero á los tres dias volvió á presentarse Zoe en el palacio como emperatriz, y se celebraron las bodas con pompa, aunque sin el ministerio de los sacerdotes. El patriarca fué á verse con el emperador, se postró á sus pies y le pidió encarecidamente que respetase la dignidad imperial, diciéndole que en el cuerpo del Estado ocupa esta el mismo lugar que el rostro en el cuerpo humano, donde los menores defectos causan una fealdad disforme, y suplicándole que por lo menos no pasase adelante hasta que se llamasen legados de Roma y de las Sillas patriarcales para examinar con los obispos del imperio lo que debia egecutarse.

En efecto, escribió Leon al Papa, y convidó á los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalen para que pasasen á Constantinopla á examinar y decidir si su matrimonio era válido ó no lo era (1). Pero aunque trataron inmediatamente de enviar legados, ya habia hecho Leon que el presbítero Tomás le diese la bendicion nupcial á él y á Zoe, y declaró emperatriz á esta muger. Depuso al presbítero el patriarca (906), y prohibió la entrada en la Iglesia al emperador, el cual se sujetó á esta penitencia no pasando de la sacristía. Parecerá sin duda alguna bastante difícil de esplicar la conducta incierta y contradictoria de este príncipe; pero además de la transgresion de las leyes puramente canónicas de la Grecia, habia cometido otras faltas de mucha mas consideracion en materia de costumbres; pues en vida de su primera muger, la virtuosa Teófano (á quien la iglesia griega venera como Santa y en cuyo honor hizo él mismo que se edificase una Iglesia), habia tenido públicamente una concubina con la cual se casó y la coronó emperatriz despues de la muerte de Teófano; de manera que Leon estaba ya desacreditado por la incontinencia, y si se le dió el nombre de sábio y de filósofo, no fué ciertamente por sus costumbres, sino, segun el estilo de aquel tiempo, por los progresos que habia hecho en las ciencias.

Los legados del Papa, habiendo llegado á Constantinopla, y esparcida por la córte la voz de que estaban en ánimo de confirmar el matrimonio del emperador, no quiso verlos en público el patriarca, guardando en esto poca consecuencia supuesto que él mismo se habia referido á la decision del Papa. Mandó, pues, que se les propusicse una conferencia secreta, á lo cual se opuso el emperador, y entretanto aprobaron su pensamiento varios obispos de su obediencia. El dia 1.° de febrero en que se celebraba la fiesta de San Trifon y solia el emperador dar un convite público, llamó al patriarca á palacio, y durante la comida le hizo grandes instancias para que aprobase su matrimonio. Pero Nicolás, cuyo carácter no le permitia variar una resolucion fija y determinada, se mostró inflexible: por lo cual le sacaron inmediatamente del palacio y le llevaron desde el banquete á un destierro en donde quedó bien asegurado.

Despues de esto se celebró un Concilio en que presidieron los legados y autorizaron el matrimonio del emperador, no porque despreciasen los cánones que se observaban en Oriente, sino en virtud de una dispensa que creyeron debian conceder para tranquilidad de la Iglesia y del imperio en un asunto puramente eclesiástico, y tratándose de una costumbre que no era general en la Iglesia. Habiendo sido depuesto el patriarca Nicolás por las mismas conside-

(1) Eutych. *tom* 2. *pag.* 484.

raciones y por temor de que se originasen mayores males, nombraron en su lugar al sincelo Eutimio, hombre virtuoso y de una piedad eminente. Dícese que si aceptó esta dignidad fué por inspiracion, para evitar que irritado el emperador con la resistencia de Nicolás espidiese alguna ley contraria á la santidad del matrimonio cristiano. Despues Nicolas fué restablecido por Alejandro, hermano y sucesor de Leon, y Eutimio fué depuesto y arrojado ignominiosamente, pero sin manifestar la menor impaciencia ni proferir una sola palabra que pudieran interpretar como queja ó muestra de resentimiento, justificando con la facilidad de la cesion la pureza del motivo que habia tenido para permitir que se le elevase á aquella dignidad.

Miguel, obispo melquita, cuyo largo episcopado duró desde el año 872 hasta el 905 ó 908, fué el patriarca de Alejandría á quien consultó el emperador Leon acerca de su matrimonio. Habiendo muerto el obispo jacobita de la misma silla en 907, no proveyeron su vacante hasta despues de seis años. Subsistia tambien esta diversidad de régimen y de doctrina en la silla de Antioquía, la cual tenia tambien su patriarca melquita, esto es, de la religion imperial ú ortodoxa, cuando lo era el emperador, y su patriarca jacobita ó eutiquiano (1). En las disputas que los tenian divididos entre sí no se mezclaban de modo alguno los príncipes musulmanes que trataban solamente de cobrar los terribles impuestos con que los oprimian (2). Habíase introducido el espíritu de secta y de disputa en el seno del mahometismo que no se contentaba ya con su fé sorda y muda. Por consiguiente, se presentó el Corán bajo nuevas formas; se queria reformar y perfeccionar, y nacieron una multitud de partidos cuya tendencia era á destruirse unos á otros.

Manifestóse el mas famoso de estos impostores á principios del siglo X en Carmath, en la parte de Arabia llamada Irac, que es la antigua Caldea (1). Quiso que se le mirase como un nuevo enviado de Dios, y valiéndose de los mismos medios que Mahoma, logró adquirir en poco tiempo un poder formidable: varió las fórmulas de orar, que los musulmanes creian eternas é inmutables como Dios; abolió muchas prácticas incómodas, y permitió entre otras cosas el uso del vino. Sus secuaces se hicieron temibles por su fanatismo y por los muchos escesos que cometian. Guiados por caudillos valientes y llenos de entusiasmo, esparcieron por todas partes el terror y la muerte. Se apoderaron de la Meca, saquearon su templo y se llevaron la piedra negra, tan reverenciada de los musulmanes, despues de lo cual parecia que no habia ya para ellos nada sagrado. Infestaron de tal modo el pais de Medina y todos los caminos inmediatos, que estuvo interrumpida por muchos años la peregrinacion de la Meca, la cual es una de las partes mas esenciales de la devocion de los musulmanes. Nunca se hicieron con tanta crueldad y encarnizamiento las guerras de religion que tanto suelen algunos echar en cara á los cristianos.

Esforzáronse los califas aunque en vano en esterminar á unos sectarios tan furibundos. Aquellos gefes del poder y de la religion musulmana no eran ya mas que un vano simulacro de su antigua grandeza, y se habia acabado toda subordinacion y union entre los diversos miembros del cuerpo político: entorpecida la cabeza no tenian los miembros ninguna actividad. A consecuencia de las conquistas y de la opulencia, el

(1) *Chron. Orient. pag.* 111.
(2) Elmac. *lib.* 2.

(1) *Bibl. Orient. Fathem. pag.* 342.

lujo y la afeminacion, el goce de los placeres y deleites mas lascivos, el libertinage mas vergonzoso, y el olvido de todo honor y decencia habian reemplazado á las costumbres duras y marciales de los primeros califas, los cuales vivian lo mismo que sus soldados, sin mas provisiones que un saco de arroz ó harina, y sin mas utensilios que un plato y una olla. Sostúvose esta sencilléz durante el reinado de todos los Ommiadas, y con ella se conservó la fuerza del Estado. Mas despues de los primeros Abasidas cuyo genio superior tuvo bastante energía para subordinar al valor el lujo y elegancia que introdujeron ellos mismos con las artes; y luego que sus sucesoros, hombres de un talento comun y sumergidos en los placeres que gozaran desde el instante de su nacimiento, confiaron á sus subalternos el mando de los ejércitos y la direccion del gobierno, se suscitó una porcion de tiranos domésticos que se atribuyeron sucesiva y rápidamente la independencia. Tal fué en tiempo de los emires, á la manera que en Occidente en tiempo de los condes y de los duques hereditarios, el estado de languidéz de todos los grandes imperios en el siglo décimo, y tales fueron con respecto al de los árabes los recursos que el cielo proporcionó contra ellos á la Iglesia y al imperio de Oriente, cuya seguridad y algunas ventajas que logró entonces fueron efecto de las divisiones y del poco poder de aquellos irreconciliables enemigos.

Pero volviendo á tratar de las cosas de Italia, el Papa Juan IX murió el último dia de noviembre del año 900, y en el mes siguiente fué consagrado Benedicto IV, Pontífice digno todavia de los mejores tiempos, y que en los dos años y cerca de diez meses que ocupó la Santa Sede no cesó de honrar su dignidad con sus virtudes, y en especial con su amor al bien público y con su liberalidad para con los necesitados (1). Tuvo por sucesor á Leon V, natural de Ardea, que fué consagrado el dia 28 de octubre del año 903, y no duró dos meses su pontificado, habiendo sido despojado de él por Cristobal ó Cristóforo y puesto en una prision en la que murió de tristeza pocos dias despues. El usurpador no gozó mucho tiempo el fruto de su delito, pues á principios de junio del año siguiente fué espulsado á su vez por Sergio III, aquel sacerdote de la Iglesia romana que disputó la dignidad pontificia á Juan IX y habia estado oculto por espacio de siete años. Se cree comunmente que Sergio fué restablecido por la faccion del marqués Adalberto su constante protector; pero Muratori prueba de un modo por lo menos muy plausible, que le volvieron á llamar los romanos para que ocupase el lugar de Cristóforo á quien trataban de usurpador. Se le atribuye tambien un comercio infame con Marocia, hija de Adalberto, famosa por su hermosura, talento, desarreglo de costumbres, inteligencia en los negocios públicos y autoridad absoluta que se arrogó en Roma. Esta es la primera acusacion de este género intentada contra un Papa, bien que es muy sospechosa; pues solo tiene por autor entre los antiguos á Luitprando, tan propenso á la sátira. Al contrario, Flodoardo, que vivia por aquel tiempo, elogia el gobierno de este Pontífice por muchos títulos. Él fué el que concluyó el asunto delicado concerniente á las cuartas nupcias del emperador Leon; reparó enteramente la iglesia de Letrán arruinada en tiempo de Esteban VI, y se manifestó siempre liberal y magnífico. Pero aprobó el indigno procedimiento de Esteban contra Formoso; miró como un usurpador á Juan IX que habia competido con él sobre obtener el pontificado, y trató de un modo igualmente injurioso á los tres

(1) Papebr. *conat.*

Papas siguientes. Obliganos la verdad á confesar tambien que sin merecer toda la censura con que le tacha en sus costumbres el parcial y satírico Luitprando, dió Sergio por lo menos motivo de escándalo á causa de su amistad sobrado íntima con Marocia, y sobre todo por los ausilios que recibió de esta muger infame para establecerse por fin en la Cátedra de San Pedro.

¡Triste época del desencadenamiento del espíritu inmundo contra Roma, en que por una larga série de años, Marocia y su hermana Teodora, igual á ella en libertinage, crearon y depusieron prelados segun el capricho y furor de sus pasiones, é hicieron coronar á unos Pontífices dignos de eterno olvido, y que solo se cuentan entre los Papas, digámoslo asi, para designar el órden de los tiempos y de los sucesos (1)! Entonces apenas se observaba ninguna formalidad en las elecciones; á las veces ni aun cuidado se tenia de salvar las apariencias; parecia haberse olvidado los ritos antiguos y sagrados, las costumbres y tradiciones, y era cosa muy comun hollar los cánones y los decretos de los Padres y de los Concilios. Dormia el Salvador en la barca de Pedro mientras la agitaban los vientos y estaba amenazada de quedar sumergida en las olas; pero iba á dispertar para libertarla muy pronto con un prodigio proporcionado á lo grande del riesgo. Esta prueba solo podia dañar á los discípulos infieles, que injuriando á la Verdad increada se habian persuadido que las potestades infernales eran capaces de prevalecer contra el arca de la salvacion. El verdadero creyente al contrario, debia confirmarse mas y mas en la fé, porque si la nave de la Iglesia no se estrelló contra tales escollos, debe atribuirse á que la rigió y rige siempre la mano del Señor y no el brazo de los hombres; y asi habiendo evitado aquel naufragio, es imposible que perezca en otro alguno.

Celebróse en Troli, cerca de Soissons, durante el pontificado del ya citado Sergio, un Concilio (909) en que se encuentran tantos vestigios preciosos de piedad como de doctrina eclesiástica (1). Hervéo, sucesor de Fulco en el arzobispado de Reims, se hacia tan recomendable á pesar de sus pocos años, como lo habia sido constantemente hasta el punto de su muerte su ilustre y desgraciado predecesor, al que asesinaron en el año 900 unos vasallos de Balduino, conde de Flandes. Renovóse en este Concilio la excomunion que habia fulminado el de Reims contra los asesinos de Fulco; se prohibió que se les diese sepultura, y se pronunciaron contra ellos terribles maldiciones, y al mismo tiempo los obispos apagaban las velas encendidas y rompian las lámparas. Este Concilio de Reims es el que nos sumininistra en el discurso del año 900 el primer ejemplo de una fórmula tan terrible de anatema. Era estraordinario efectivamente el sentimiento que habia causado la muerte de Fulco; pues no solo era este prelado el padre de su pueblo, sino el bienhechor del Estado. Dió acogida á una multitud de clérigos y religiosos que huian de todas partes para libertarse de la crueldad de los normandos, y los trataba cual si fuesen hijos suyos: reedificó las murallas de la ciudad de Reims; proveyó á la seguridad de los demas lugares de la diócesis, edificando en ellos castillos y fortalezas, como el de Aumont y Epernai, y restableció las dos escuelas fundadas en otro tiempo en su ciudad episcopal, así para los canónigos como para los eclesiásticos de los pueblos, y casi enteramente arruinadas por la calamidad de los tiempos.

En el Concilio de Troli se trató séria y

(1) Luitpr. *lib.* 11, *c.* 13.

(1) *Tom.* 9 *Concilior. pag.* 520 *et seq.*

ordenadamente de restablecer el plan que debia observarse en los varios estados de la república cristiana, y mas particularmente en el clero, que debe servir de guia y modelo á las demas personas de otras clases y condiciones. Podemos ver aquí, por la costumbre que se habia introducido de robar despues de la muerte de los obispos los efectos y halajas de sus iglesias, á qué estremo habia llegado la aficion á las rapiñas y al latrocinio. Despues de haber proscrito este abuso los Padres de Troli, tomaron en consideracion el triste estado de las instituciones y de las casas regulares. «De estas, dicen dolorosamente, unas han sido arruinadas ó quemadas por los bárbaros y por los impíos, y otras despojadas de las cosas mas necesarias y casi reducidas á la nada. Las comunidades de que quedan algunos vestigios no conservan ninguno de su antigua regla. No tienen ya superiores legítimos los monges, ni los canónigos, ni las religiosas. Con los inspectores mercenarios que se les han dado por gefes, y con la indigencia ruinosa que de aquí ha resultado, se ha introducido la corrupcion de costumbres en los mas santos asilos de la penitencia. La necesidad de buscar el sustento y la aplicacion á los asuntos temporales, ha sido causa de que los solitarios mas retirados se olviden de la santidad de su profesion. Se han visto obligados muchos de ellos á salir de sus monasterios para no perecer en ellos de hambre; y viviendo en medio de los seglares no han tardado en inficionarse con el aire contagioso que respiraban. Aun en el seno de las casas consagradas á Dios se ven abades legos con sus mugeres é hijos, con sus criados armados, con sus caballos y con sus perros. ¿Cómo han de hacer observar estos superiores la regla que están ultrajando ellos mismos, y que ni si quiera saben leer?» El Concilio, despues de pintar estos desórdenes, manda que en lo sucesivo se nombren para gobernar las abadías religiosos instruidos y de buenas costumbres, y que quitando los abades á sus monges todo pretesto para salir de sus casas, les suministren, segun las reglas, cuanto necesiten para vestirse y alimentarse. «El rey, dice este Concilio, debe considerar la cuenta que habrá de dar á Dios, si tolera por mas tiempo abusos tan opuestos á los cánones y á los capitulares de sus predecesores. La potestad Real y la autoridad de los grandes deben sostener la de los obispos; porque si el rey y las potestades del siglo conservan la autoridad de la Iglesia, Dios aumentará la suya. Si desprecian á Dios, Dios los despreciará y arruinará sus tronos...» «Y para que no se crea que nosotros nos echamos fuera, dicen en el Prefacio, nosotros que debemos corregir á los demas, llevamos el nombre de obispos, pero no cumplimos con los deberes de tales; descuidamos la predicacion; vemos que aquellos que están confiados á nuestra solicitud abandonan á Dios y vegetan en el vicio sin hablarles ni alargarles una mano caritativa para sacarles de sus estravíos; ó si les queremos reprender, dicen como aquellos de que se habla en el Evangelio, que les abrumamos con cargas insoportables y que nosotros ni siquiera las tocamos con la punta del dedo. Asi la grey de Jesucristo perece por nuestro silencio. Examinemos si algun pecador se ha convertido alguna vez por nuestros sermones, si algun pecador ha renunciado á la avaricia, al orgullo y á los desórdenes. Sin embargo, algun dia hemos de dar cuenta del ministerio que se nos ha confiado; y entonces ¿qué frutos podremos mostrar como sacados de él?...» «Por nuestra negligencia, dicen tambien los PP. al fin de los cánones, por nuestra negligencia, nuestra ignorancia y la de nuestros colegas se hallan actualmente en la Iglesia multitud innumerable de personas de todo sexo y de todas clases y condicio-

nes que llegan á la vejez sin estar instruidas en la fé hasta el punto de que ignoran el Símbolo y la Oracion dominical. Y aun cuando se les vea practicar alguna accion laudable ¿cómo podrán hacer buenas obras sin el fundamento de la fé?»

Empero á vista de las llagas que desfiguraban á la Iglesia de Francia, siendo el ejemplo mas eficaz que todos los reglamentos, nada contribuyó tanto como la fundacion de Cluny á restaurar la disciplina monástica. Debió esta institucion su orígen á las virtudes y sabiduría de Bernon, que de monge de San Martin de Autun, habia llegado á ser abad del monasterio de Baulme (despues Beaume-les-Messieurs, cerca de Lons-le-Saunier) donde restableció al punto la regularidad. Habiéndose alojado en esta casa algunos dependientes de Guillermo Pio, duque de Aquitania, hicieron despues tan grandes elogios de ella al duque, que pensó en proporcionar á sus Estados un espectáculo igual de edificacion. Convidó, pues, á Bernon para que pasase á Cluny en el Maconés, y le dijo que buscase en todas sus posesiones el paraje mas oportuno para este nuevo establecimiento. El abad de Baulme iba acompañado de su mayor amigo San Hugo, monge entonces de San Martin de Autun, de cuyo monasterio suponen algunos autores que era abad, aunque no presentan ninguna prueba en apoyo de ello. Contestaron al duque los dos santos religiosos: «Señor, en estos bosques y en las pacíficas faldas de estos montes quiere Dios que resuenen sus elogios: en vano buscaríamos otro lugar mas á propósito para celebrarlas.» El duque que gustaba cazar en Cluny, les dijo que tenia allí sus perros. «¡Y qué! replicó Bernon sonriéndose, ¿tan sensible os es sacar de aquí unos perros, para admitir á los siervos de Dios?» El duque no se opuso mas, y dió rienda suelta á todos los sentimientos de su religion y generosidad.

Hállanse consignados en el acta de fundacion fecha en Bourges en el año undécimo del rey Cárlos, esto es, del reinado pacífico de Cárlos el Simple en Aquitania, que corresponde al año 910 (1). Hé aquí cómo se esplica en este documento el duque Guillermo. «Queriendo emplear en beneficio de mi alma las riquezas que Dios me ha dado, he creido que debia buscar la amistad de los pobres de Jesucristo, y hacer perpétua esta buena obra, fundando una comunidad monástica. Sepan, pues, todos los fieles que doy por el amor de Dios y de Jesucristo nuestro Salvador á los Apóstoles San Pedro y San Pablo el territorio de Cluny, situado á la orilla del Grone, con todas sus adyacencias que están en el condado de Macon y en los alrededores. Yo Guillermo y mi esposa Engilberga hacemos esta donacion por el alma del rey Eudon nuestro señor, por las de nuestros parientes y servidores, por nuestra salvacion, y por todos los cristianos unidos con los vínculos de la fé y de la caridad; pero con la condicion de que en Cluny se ha de edificar en honor de San Pedro y San Pablo un monasterio que sea siempre un refugio para los que, saliendo pobres del siglo, vengan á buscar en el estado de religion los tesoros de la virtud. Los monges y la hacienda estarán bajo la potestad del abad Bernon mientras viva; despues de su muerte elegirán los religiosos otro abad de su órden, segun la regla de San Benito, sin que Nos ni ninguna otra potestad tengamos derecho para impedírselo. Cada cinco años pagarán diez sueldos de oro á San Pedro de Roma para el alumbrado; estarán bajo la proteccion de los Santos Apóstoles y tendrán al Papa por defensor. Os suplico, pues, oh santos depositarios de las llaves del cielo, y á vos, Pontífice romano, que separeis de la Iglesia y escluyais del

(1) *Bibl. Clun. num.* 2; Mabill. *act.* 5, *pag.* 78

reino de los cielos á los usurpadores de los bienes y hacienda del monasterio de Cluny, y que protejais eficazmente á los monges que en él sirvan al Señor.»

Aunque en el principio no se contaban sino doce religiosos en Cluny, segun la regla de San Benito, se estendió mucho por todas partes la reputacion de su regularidad, y en breve se pusieron otros monasterios bajo la direccion de Bernon, que gobernó siete á un mismo tiempo. Mas no bastaba restaurar la regularidad; era necesario restablecer la mayor parte de los monasterios, que habian sido arruinados por los normandos, y seguian espuestos á este azote terrible. En fin, cuando menos se esperaba, quiso el Omnipotente que cesase enteramente ese azote.

Parecia mas obstinado que nunca en continuar las hostilidades Rollon ó Raulo, el caudillo mas esforzado y mas hábil de aquella nacion. Triunfante en todas partes, hacia mas de treinta años que no cesaba de robar y saquear los Estados de Francia, y no podia llevar en paciencia la afrenta que acababa de recibir en los muros de Chartres, donde se vió obligado á levantar vergonzosamente el sitio de esta ciudad, dando por primera vez muestras de un terror tan ageno de su carácter, que se tuvo por milagro, y se creyó que asi este terror como la derrota de su ejército eran efecto de la proteccion de la Santísima Virgen, cuya túnica, enviada por el emperador Nicéforo á Carlo-Magno, segun se cree, se conservaba en la iglesia de Chartres. Estando dudosa la victoria entre los normandos y los borgoñones que habian ido con su duque Ricardo á socorrer á la ciudad, el obispo Antelmo, revestido de las vestiduras pontificales, como si fuese á celebrar los divinos misterios, se presentó en medio de los combatientes con la cruz en una mano y en la otra la santa túnica. Al punto principiaron á ceder los normandos, y huyó tan precipitadamente el mismo Rollon que en lo sucesivo trató de lavar esta mancha por todos los medios posibles (1).

El rey Cárlos, que por los medios ordinarios no podia salir de los apuros en que se hallaba, tomó el partido de tratar con el terrible normando, y persuadió á Francon, arzobispo de Ruan, que pasase á verse con Rollon, el cual era ya dueño de esta ciudad y principiaba á mirar á su obispo y á los habitantes de ella como si fuesen súbditos suyos. «Gran capitan, le dijo Francon con una firmeza no comun (2), ¿quereis seguir la guerra hasta la muerte? ¿os teneis por inmortal? ¿Por ventura sois un Dios y no un hombre formado de tierra y que ha de volver á la tierra como todos los demas? Aspirais solamente á una gloria que huye como la sombra, en vez de pensar en lo que ha de ser de vos y en el que os ha de juzgar. Si moris como habeis vivido hasta ahora, persiguiendo y molestando á los siervos de Dios, vuestro destino será sin duda alguna padecer en las llamas eternas. Al contrario, si abjurais los errores y furores del paganismo, gozareis las dulzuras de la paz en este mundo y en el otro. A esto os convida el rey Cárlos dándoos toda esa costa marítima que habeis asolado vos y Hasting, y en prenda de su amistad os ofrece tambien en matrimonio á su hija Gisela.»

Mucho agradaron estas proposiciones al normando; pero como era no menos hábil político que esforzado campeon, quiso antes de aceptarlas fingir por lo menos que consultaba á su ejército, ya por no manifestar demasiada impaciencia, y ya tambien para sujetar á las obligaciones de la vida civil sin ningun acto de coaccion á unas gentes connaturalizadas por costumbre con la violen-

(1) Vill. Gemmet. *lib.* 2, *cap.* 13.
(2) Dul. *lib.* 2, *pag.* 79.

cia y el latrocinio. Se determinó que para concluir el tratado se avistaria Rollon con el rey en la aldea de San Claro á orillas del Epta. Sin embargo, al despedir al arzobispo Francon le dió el encargo de hacer presente al rey que estando incultas y despobladas á causa de las calamidades anteriores las tierras que le ofrecia, no podrian subsistir en ellas sus vasallos si no se le agregaba alguna provincia inmediata de donde pudiesen sacar los víveres que necesitasen. Forzoso fué, pues, hacer un nuevo sacrificio que fué menos costoso y sensible á los franceses por la gloria y ventaja que les resultaba de civilizar con las costumbres evangélicas á la formidable nacion de los normandos. Habiéndoseles ofrecido el pais de Flandes, no quisieron admitirle y aceptaron la Bretaña que se les cedió aunque solo por un tiempo determinado (911).

Arreglados estos puntos, pasó Rollon á verse con el rey y se reunió toda la córte para mirar de cerca aquel rayo de la guerra de cuya presencia habian huido por espacio de tanto tiempo y con tan gran terror. La gravedad de su presencia, de sus miradas, de todas sus acciones y cierta nobleza en que se echaba de ver su natural ferocidad, produjeron en los espectadores una parte de sus impresiones antiguas. Rollon prestó homenage al rey poniendo sus manos, segun el uso recibido entonces, en las del soberano, y Cárlos le declaró que le daba todo el pais que corre desde el Epta hasta el mar de Bretaña, á la princesa Gisela por esposa y además la provincia de Bretaña para que pudiesen subsistir sus vasallos hasta que volviese á poblarse y cultivarse la Neustria que tomó entonces el nombre de Normandía. Rollon prometió por su parte que viviria en paz con los franceses y se haria cristiano. Habiéndole dicho que un estrangero á quien prodigaba el rey unos dones tan magníficos, debia postrarse en su presencia y besarle los pies, no quiso sujetarse á este ceremonial el orgulloso normando; sin embargo, permitió que un oficial suyo le cumpliese por él; pero el vasallo, que no era menos altivo que su amo, cogió el pie del rey para besarle, y le levantó con tanta fuerza que el príncipe cayó de espaldas. Los normandos dieron grandes carcajadas, y los franceses, despues de haberse quejado de esta accion, se dejaron persuadir que la caida habia sido efecto de una mera casualidad, con lo que se separaron al parecer muy satisfechos por una y otra parte.

Rollon cumplió su palabra; y habiéndole instruido el arzobispo Francon, recibió el bautismo en el año 912, siendo su padrino Roberto, duque de Francia, el cual mandó que se le pusiese su mismo nombre. El duque de Normandía, llamado Roberto despues de haber recibido el bautismo, hizo instruir y bautizar en muy poco tiempo á sus condes y caballeros, como tambien á todo su ejército. Para manifestar su fé con las obras, preguntó á su prelado qué iglesias y qué Santos eran los mas reverenciados en sus nuevos dominios. Francon le nombró las catedrales de Ruan, Baieux y Evreux, dedicadas á la Santísima Vírgen, la iglesia de San Miguel edificada en una roca en medio del mar, la de San Pedro, llamada ahora San Ouen, en un arrabal de la capital, y la de Jumiega, dedicada tambien á San Pedro. «Y en estas inmediaciones (replicó Roberto) ¿cuál es el Santo á quien se mira como mas poderoso?» «El gran San Dionisio», respondió Francon.—«Pues bien, dijo Roberto, antes de dividir las tierras entre mis vasallos, quiero dar una parte de ellas á Dios, á la Vírgen María y á estos otros Santos, los cuales quiero que sean mis protectores.» Efectivamente, en la semana en que fué bautizado, estando todavía con el vestido ó túnica blanca segun costumbre, dió cada dia una

posesion á cada una de estas iglesias por el órden con que se han nombrado. No vivió mas que cinco años despues, y en este corto tiempo hizo tanto bien que apenas puede concebirse. Restableció la poblacion, proveyó abundantemente á la provincia de cuanto necesitaba, restauró las ciudades arruinadas, reedificó muchas iglesias, hizo que floreciese la Religion por todas partes, dió escelentes leyes, cuidó de que se observasen con la mayor puntualidad, é inspiró de tal modo á sus súbditos el amor del órden y de la justicia que los caracteriza todavía, sin embargo de haber pasado tanto tiempo. Prohibió el robo con tal severidad, que no habia quien se atreviese á levantar del suelo una alhaja aunque estuviese perdida; con cuyo motivo se refiere que, habiendo colgado el duque su brazalete de la rama de un árbol en medio del campo, permaneció allí tres años sin que le tocase nadie. Era tan temido su nombre, que bastaba invocarle para aterrar á cualquiera que estuviese cometiendo alguna violencia. Pero no es cierto que el grito ó esclamacion *Haro* (*a*), provenga de la invocacion del nombre de Raulo ó Roullon, antes bien parece que es la palabra tudesca *Haro,* que significa grito ó clamor. El nombre de Raulo tan temible á sus súbditos los normandos, aun lo fué mucho mas á los bárbaros indisciplinados que continuaban cruzando los mares é infestando las costas del Océano. El ducado de Normandía vino á ser una barrera contra los mismos normandos, los cuales no se atrevieron á acercarse á él; ó si alguna vez se fueron reuniendo allí insensiblemente retirándose de otros paises de Francia, fué solo para deponer su ferocidad y barbarie, y sujetarse á las leyes y á todos los usos de un pueblo civilizado. De este modo el azote terrible que habia sido por tanto tiempo la desolacion de la Francia, cesó de repente con el ausilio visible y como por el ministerio inmediato de su ángel tutelar; pues no parece verosímil que se pueda atribuir este feliz resultado á un príncipe como Cárlos el Simple, que no tenia talento ni carácter. Como quiera que sea, lo cierto es que á este suceso, en el cual no pudieron influir por su parte meditaciones profundas ni grande provision, se debió la conservacion de la monarquía; de suerte que la cesion oportuna de una provincia sirvió de baluarte á todas las demas.

Los normandos, que estaban dispersos en las varias provincias de Francia, siguieron muy en breve el ejemplo de los súbditos de Roberto ó Raulo; y ya en tiempo de Juan X era tan grande el número de convertidos que habia en los paises sujetos á la metrópoli de Reims, donde abundaban aquellos bárbaros mas que en ninguna otra parte, que el arzobispo Herveo le consultó acerca del modo con que debia dirigir á aquellos nuevos cristianos. Juan X habia sucedido á fines de abril del año 914 al Papa Lando ó Landon, sucesor inmediato de Anastasio III, siéndolo este de Sergio, y habiendo ocupado la Santa Sede estos dos Pontífices el corto tiempo de dos años y ocho meses, á saber: Anastasio desde el mes de agosto del año 911 hasta octubre de 913, y Lando desde este mismo mes de octubre hasta abril del año siguiente. Anastasio mereció elogios por la suavidad de su gobierno; y se reprende á Landon por haber trasladado á Juan al arzobispado de Rávena desde la Silla de Bolonia, para la cual todavia no habia sido consagrado. La jóven Teodora, digna émula de Marozia, su hermana mayor, era la que contribuía á ensalzar en tanto grado á este clérigo de la iglesia de Rávena sin otro mérito, segun Luiprando y muchos historiadores modernos,

(*a*) Como si dijésemos en español: *favor al rey ó á la justicia.*

que el de ser bien parecido y tener con ella un comercio vergonzoso. Al contrario, Muratori le llama hombre de grande alma y de gran valor; y el antiguo panegirista del emperador Berengario le presenta como un Pontífice lleno de prudencia y muy exacto en el cumplimiento de sus obligaciones. Otros autores, pero modernos y protestantes, ó amigos de sus sectas, llegan hasta decir que hallándose Teodora en Roma con motivo de sus intrigas, y pareciéndola que su amante estaba muy lejos de ella en Rávena, hizo que se le diese el pontificado bajo el nombre de Juan X para satisfacer mejor su pasion. Mas sea lo que fuere de esta variedad de opiniones (*a*), ello es que el gobierno de este Papa fué ventajoso á la Italia y aun á la Iglesia. Desde el año siguiente marchó al frente de un ejército contra los sarracenos, que ya muchas veces habian amenazado á Roma; los derrotó y espulsó de la posicion que ocupaban en el Garillano; acerca de lo cual es muy justo hacer observar que estas tropas iban mandadas por Alberico, hijo de Marozia, y que eran apoyadas por una division de griegos enviada de Constantinopla.

A la consulta de Herveo, arzobispo de Reims, dió Juan X una respuesta muy juiciosa, y mucho mas conforme á la santidad de la Silla apostólica que á la pretendida depravacion del ministro que proferia sus oráculos (1). Despues de manifestar la alegría que le causaba la conversion de los normandos, enseña cómo se debia proceder con los que habiendo recibido ya el bautismo, incurrian en algunos pecados de idolatría ó en las atrocidades bárbaras y sacrílegas á que estaban acostumbrados, y particularmente con los que habian quitado la vida á un gran número de personas consagradas á Dios. «Si hubiese pasado mucho tiempo, dice, desde que abrazaron la Religion cristiana, se les juzgará segun el rigor de los cánones; pero cuando haga poco que se hayan sujetado al yugo de la fé, no conviene tratarlos con todo el rigor de las reglas, no sea que les parezca insoportable esta carga á que no están acostumbrados y vuelvan á vivir del mismo modo que antes. Por lo que toca á la práctica y á las mortificaciones particulares, os autorizamos para que arregleis estos puntos como mejor os parezca, porque hallándoos inmediato á esa nacion podeis conocer mejor que otro alguno sus disposiciones y costumbres; pero si entre ellos hay quienes sean capaces de cumplir la penitencia canónica, no debeis en tal caso dispensarles de ella. Proponiéndoos así por único objeto la salvacion de las almas, participareis, por vuestro celo apostólico en favor de los normandos, de la corona inmortal del gran San Remigio, apóstol de los franceses.»

Las irrupciones de los húngaros, los cuales seguian las huellas de los primeros normandos, dieron motivo á cuestiones de otra naturaleza (1). Era opinion comun entre la gente del pueblo, que las predicciones de Ezequiel y del Apocalipsi acerca de Gog y Magog, anunciaban los destrozos causados por estos nuevos destructores. Vicfrido, obispo de Verdun, consultó sobre este punto á un abad instruido que dió á esta creencia el nombre de preocupacion vulgar. Por todas las circunstancias de la profecía de Ezequiel que el abad combina con mucha sagacidad, y por la noticia que tenia de los diferentes intérpretes, de los antiguos monumentos de una erudicion sólida, de los autores judíos y cristianos, y particularmen-

(*a*) Ya se ha dicho en otro lugar lo que en esta parte debe desconfiarse de Luitprando y de los que le siguen. (*N. del E.*)

(1) Flod. *lib. 4, cap. 14.*

(1) *Tom. 12 Spicil. pag. 349.*

te del historiador Josefo, demostró que los rasgos de la pintura de Gog y Magog no podian aplicarse de un modo ni aun medianamente plausible á unos pueblos nuevos y desconocidos, como eran los húngaros, cuya patria se ignoraba y cuyos nombres ni aun llegaron á saber los antiguos: y en cuanto á los pasages del Apocalipsi que se les aplicaban, hizo ver que esta aplicacion no tenia mas orígen que los terrores vulgares, y que el único fundamento de ella era el término de mil años, que es indefinido, en el que, dice San Juan, que saldrá Satanás de su prision, y que por medio de Gog y de Magog seducirá los pueblos que están á los cuatro ángulos de la tierra. «¿Pero quién duda, añade, que esta profecía, llamada tan justamente Apocalipsi ó revelacion, es muy misteriosa y necesita esplicarse figuradamente en muchos pasages? No conviene, pues, entender por Gog y Magog unas naciones corporales, sino el espíritu de orgullo y de destruccion que se ha suscitado contra la ciudad de Dios ó contra la Iglesia. Gog significa *el techo*, esto es, la soberbia y altivez de los heresiarcas; y Magog *lo que viene ó procede del techo*, ó sus secuaces.»

La Germania era la que estaba mas espuesta á los furores de los húngaros. En el año 912 saquearon sin ningun obstáculo la Thuringia y la Franconia, y despues talaron la Alemania, esto es, el pais del Alto-Rhin, donde murieron muchos de ellos á manos de los alemanes y de los bávaros: lo que en vez de acobardarlos los estimuló á entrar á sangre y fuego en el centro de la Germania hasta lo mas interior de Sajonia. En Brema pasaron á cuchillo un número infinito de habitantes, cargaron de cadenas á los demas, degollaron á los sacerdotes al pie de los altares, quemaron las iglesias, y se mofaron de las cruces y de todo lo que estaba destinado al culto divino. Pero se levantó de repente un huracan que arrebatando las maderas encendidas de las iglesias que ellos habian quemado, las llevaba á larga distancia sobre sus batallones dispersos, de modo que hallaron el castigo en sus mismos sacrilegios (1). Fueron muchísimos los que quedaron ahogados en el rio, á donde se arrojaban precipitadamente para libertarse de las llamas (917).

Otros pasaron el Rhin y se esparcieron por los reinos de Lorena y Borgoña, y aun por las provincias mas meridionales de Francia. Una ilustre y santa reclusa llamada Viborada que vivia cerca del monasterio de San Galo, tuvo revelacion de su próxima llegada, y cuidó, en cuanto fué posible, de la seguridad de sus vecinos, pero no quiso abandonar su celda en la cual desde el momento de su consagracion habia entrado como si fuese su sepulcro (2). En efecto, murió allí de tres hachazos que la dieron aquellos enemigos del nombre cristiano (925), y es venerada como mártir. Segun la prediccion de la santa, no hicieron ningun daño á su discípula Richilda que estaba reclusa en una celda contígua á la suya.

En Flandes, donde estos bárbaros lo llevaban todo á sangre y fuego, los monges de Lobes salieron precipitadamente de su monasterio, en donde no dejaron mas que algunos ancianos, y fueron á atrincherarse lo mejor que pudieron á un monte inmediato, cerca de las reliquias de San Ursmaro y de San Erminio sus antiguos abades. Los húngaros cargaron de cadenas á los monges que habian quedado, y fueron con ellos á sitiar á los fugitivos. Para intimidar á los sitiados cortaron los bárbaros la cabeza á dos monges de los que tenian cautivos, y azotaron cruelmente á todos los demas. Los

(1) Adam. *cap.* 46.
(2) *Vit. ap. Bolland. et Mabill.*

otros que estaban viendo este espectáculo desde sus atrincheramientos, se acobardaron en gran manera y se llenaron de consternacion en tales términos, que se les cayeron las armas de las manos cuando vieron que sus feroces enemigos corrian impetuosamente hácia su débil asilo, al que miraban ya como una defensa inútil. Entonces se abrazaron unos á otros, y esperando el momento en que iban á perecer todos, esclamaron á una voz: «Señor, compadeceos de nosotros; San Ursmaro, socorred á vuestros hijos.» En efecto, les prestó el cielo el socorro que deseaban, porque habiendo sobrevenido de repente una lluvia copiosísima, no solo quedaron inutilizados con la humedad los arcos de los sitiadores, sino que la violencia de la tempestad infundió en estos un terror pánico tan grande, que fué mayor su precipitacion en huir que la furia con que se habian presentado al combate.

En medio de esto la Austrasia y la Germania empezaban á respirar con el gobierno de unos príncipes mas dignos del imperio que los débiles descendientes de Carlo-Magno. Habiendo muerto á principios del año 912 el jóven Luis IV, rey de Germania, eligieron por rey los austrasianos el dia 19 de octubre del mismo año á Conrado, duque de Franconia. Segun el órden de sucesion observado hasta entonces, debia ser reconocido Cárlos el Simple por rey de los franceses orientales y occidentales; pero este competidor era despreciado, y podia serlo sin ningun peligro. Los grandes se dirigieron desde luego á Oton, duque de Sajonia, el cual con un desinterés y desprendimiento poco comun se escusó, protestando que no podia encargarse del gobierno á causa de su edad avanzada, y con una generosidad mucho mas rara les aconsejó que eligiesen al duque de Franconia, diciéndoles que, sin embargo ser su enemigo personal, era mas á propósito que él para gobernar la nacion (1). Proclamaron, pues, de comun acuerdo á Conrado, y tuvieron la felicidad de que reinase tranquilamente los siete años que vivió, correspondiendo á las esperanzas de los autores de su elevacion, y atendiendo con todo su poder al bien del Estado y de la Iglesia.

San Ratbodo, obispo de Utrecht, fué uno de los prelados que promovieron con mas utilidad sus ideas benéficas, pero reduciéndose, con una delicadeza que era muy rara entonces, al órden de las cosas que concernian directamente á su ministerio (2). Por mas instancias que le hizo el príncipe para obligarle á que se emplease en el servicio del Estado, respondió constantemente que un obispo no debe tratar de los negocios del siglo, sino solo de los intereses del cielo y del cuidado de las almas; y que rogando por el rey y por el pueblo, santificándolos y exhortándolos á cumplir sus obligaciones recíprocas, serviria mucho mejor al Estado que consagrando á la política un tiempo tan necesario á la Religion. Aunque era de una familia muy ilustre, pues descendia por línea materna del antiguo duque de Frisia, cuyo nombre llevaba, temia de tal modo las distinciones y los honores, que fué necesario obligarle á que suscribiese á los votos unánimes del clero y del pueblo que le habian elegido por prelado (899), y solo le sirvió de consuelo en esta dignidad la ocasion que se le ofrecia para abrazar la vida y el hábito monástico á ejemplo de sus predecesores San Willebrodo y San Bonifacio. Se le atribuye el don de milagros y de profecía. Su residencia ordinaria era en Deventer desde que los normandos arruinaron á Utrecht y la mayor parte de los obispados del pais. Visitando la Frisia para estirpar los vestigios

(1) Ditm. *Leg.* 1. *Supp. Reg.* 911. Herm. *contr.* 912
(2) *Act. SS. Bened. saec.* 5, *pag.* 25.

de idolatría que aun habia en ella, acudieron tumultuariamente aquellos bárbaros para oponerse á su designio; y habiéndolos exhortado á que se convirtiesen, le respondieron con blasfemias y con amenazas furiosas, diciéndole que le quitarian la vida. Al ver esta obstinacion los maldijo, é inmediatamente les acometió una enfermedad pestilencial de cuyas resultas murieron casi todos. Un dia que estaba celebrando misa dijo á dos de los que le ayudaban, que no viviria mas que tres años y medio, y que tendria por sucesor á un jóven llamado Baudri; lo que se verificó puntualmente en el año 918.

Sigismundo, obispo de Alberstad, se distinguia en este mismo tiempo por sus talentos y virtudes, por una instruccion profunda en las ciencias divinas y humanas, y por una firmeza verdaderamente episcopal. Enrique, hijo de Oton, duque de Sajonia, se habia casado con Raterburga, viuda opulenta y muy hermosa, la cual habia tomado el velo en un monasterio. Hallándose este príncipe en la diócesis de Alberstad, le reprendió el obispo con mucha valentía, y le prohibió que habitase con aquella muger (1). Poco despues, esto es, en el año 919, obtuvo Enrique el trono de Germania por un efecto del agradecimiento del rey Conrado, el cual, antes de morir, pagó á Oton en la persona de su hijo el oficio generoso que habia recibido de él, y logró que los grandes del reino le nombrasen por sucesor suyo, como un príncipe el mas digno de gobernarlos (2): testimonio que merece muchos elogios, porque en esta accion no tuvo menos parte la justicia que el agradecimiento. Enrique fué llamado el Pajarero, porque estaba cazando pájaros cuando le envió Conrado las insignias Reales por medio de su hermano Eberhardo. La elevacion de este príncipe, lejos de corromper sus costumbres, solo sirvió para acrisolarlas mas y mas. No vió Enrique en el trono otra cosa que una mayor obligacion de recomendar las leyes, y de dar ejemplo de todas las virtudes; y acordándose entonces de los consejos saludables del obispo Sigismundo, rompió los lazos que le unian con Raterburga, y estrechó otros mas religiosos y honoríficos con Matilde, que era de la casa ilustre de Wittekind.

La Iglesia de España, atormentada continuamente por los musulmanes, tenia tambien muchos obispos, que con sus virtudes é ilustrado celo honraban su santo ministerio. Se hace mencion especialmente de Sisenando de Compostela y de Genadio de Astorga, los cuales son venerados como santos. Vivian en el reinado de Ordoño II, que sucedió en el año 914 á su hermano Garcia, y trasladó su córte de Oviedo á Leon, tomando el reino el nombre de esta última ciudad (*a*). La fama de las virtudes

(1) Ditm. *l.* 1.
(2) Regin. *ann.* 919.

(*a*) «El poder adquirido malamente, no suele ser duradero,» dice el P. Mariana al hablar del rey don Garcia; y con efecto, el rey don Garcia solo tuvo tres años el reino; sin embargo, en ese tiempo supo conservar la gloria de sus mayores con las victorias que obtuvo peleando casi sin cesar contra los sarracenos. Señaló tambien su piedad con la fundacion del monasterio de San Isidoro cerca de Dueñas, de benedictinos, el que dotó con munificencia verdaderamente régia, fundándose tambien en su tiempo el monasterio de San Pedro de Arlanza, muy célebre en los siglos siguientes. El rey murió de enfermedad en Zamora el año 914, segun la mas comun cronología. Inmediatamente despues de su muerte fué proclamado su hermano don Ordoño, segundo de este nombre, y que ya reinaba en Galicia que fué la parte que le destinó su padre D. Alonso el Magno. Su reinado, escepto algunas cortas treguas, en las que se ocupó el monarca en reedificar y fortificar las ciudades de sus dominios y las que iba conquistando, y en promover el engrandecimiento y honor de la Religion, fué una campaña contínua contra los moros, de los que reportó las mas cumplidas victorias, ya por sí solo, ya juntamente con D. Sancho Abarca, rey de Navarra. Despues de haber sentado su córte en Leon, consagró su propio palacio en un magnífico templo dedicado á la Santísima Vírgen, al que trasladó la cátedra episcopal que

de Sisenando habia penetrado hasta la capital del mundo cristiano, y habiendo enviado el Papa Juan X un legado para que fuese en clase de peregrino al sepulcro de Santiago, lo cual indica por lo menos en Juan decoro y apariencias de piedad, escribió al santo obispo á fin de que intercediese por él continuamente con el Apóstol á quien se daba un culto tan especial en su iglesia (1). Sisenando respondió al Papa por medio de un sacerdote que llevó tambien cartas del rey y regalos magníficos para el Pontífice. Este diputado de un obispo santo y de un rey celoso de la Religion de sus padres, fué recibido en Roma con grandes honores; y en el espacio de un año que permaneció allí tuvo muchas conferencias con los romanos acerca del rito usado en España, y conocido con el nombre de mozárabe. Luego que volvió á Galicia, dió cuenta á su obispo de lo que habia visto y aprendido en Roma. El respeto de la doctrina y tradiciones de la Iglesia romana fué causa de que al momento se celebrase en España un Concilio, en el cual se examinaron atentamente y sin preocupacion los varios puntos de cada observancia; pero hubo el consuelo de ver que estas eran igualmente conformes á la fé católica. Por tanto, no se creyó oportuno variar unos usos respetables por su ántigüedad, y que podian ser útiles sin embargo de su forma particular. Solamente se determinó conformarse con el rito romano del modo mas literal en cuanto á las fórmu-

estuviera hasta entonces fuera de los muros de la ciudad, y en dicha nueva iglesia se hizo coronar rey por el obispo en presencia de los grandes. Fué esto despues de la célebre batalla de San Esteban de Gormaz, donde fueron derrotados los dos ejércitos moros, digámoslo así; pues irritado el rey moro de Córdoba por los triunfos de Ordoño, y no creyéndose con fuerzas suficientes para vencerle pidió socorro al África de donde le vino en ayuda un ejército á las órdenes de Almotafat, ejército que junto con el del rey moro de Córdoba, ambos á las órdenes de Avolalpaz fueran completamente deshechos por Don Ordoño. No fué tan afortunado este en la accion de Junquera. Fué el caso que despechado el rey moro de Córdoba Abderraman por las derrotas sufridas hizo grandes esfuerzos y reunido un numeroso ejército entró por tierras de cristianos y particularmente por Navarra y Vizcaya. Voló don Ordoño en auxilio del rey de Navarra don Sancho Garcia por sobrenombre Abarca, que tan gran peligro corria con la irrupcion de los moros. Dióse la batalla en el valle de Junquera, peleóse de ambas partes con singular denuedo; pero al fin quedó la victoria por los moros, si bien despues en otros encuentros lograron desquitarse don Ordoño y don Sancho causándoles grandes destrozos á su regreso de la Galia. En dicha accion de Junquera quedaron prisioneros los obispos Dulcidio de Salamanca y Hermogio de Tuy, el primero de los cuales se cree fuera aquel eclesiástico de Toledo que el rey don Alonso el Magno envió con una embajada al rey de Córdoba de cuya ciudad se llevó luego á Oviedo los santos cuerpos de san Eulogio y santa Leocricia. Tratóse del rescate de estos dos obispos, é interin le pagaban quedó en rehenes especialmente por Hermogio un sobrino de este, llamado Pelayo, muchacho de unos trece años y medio, pero tan grande en virtud y castidad que sufrió el martirio por no condescender á los impuros deseos del rey moro, quien prendado de la hermosura de Pelayo y encendido en torpe amor no perdonó caricias ni amenazas para hacerle acceder á su impura pasion. Pero el jóven Pelayo se mantuvo firme; é irritado de esta constancia el rey moro mandó atenazeasen é hiciesen pedazos á Pelayo y le arrojasen al Guadalquivir. Sucedió este martirio un domingo á 26 de junio del año 925. Dióse á Pelayo honra como á mártir y fué puesto en el número de los Santos. Los cristianos pudieron recojer los trozos del cuerpo del santo mártir y los sepultaron en S. Ginés de Córdoba, y la cabeza en el cementerio de San Cipriano. Rosvitha, doncella de Sajonia, cantó por este mismo tiempo en verso heróico, aunque algo diferentemente, dice Mariana, la muerte del jóven mártir Pelayo. Fueron tambien célebres por este tiempo San Atilano, obispo de Zamora, y algo antes su antiguo abad y maestro San Froilan, obispo de Leon, el abad Sanson, el bienaventurado Vintila, la mártir santa Eugenia, que padeció en Córdoba en el año 923; San Víctor de Cerezo, en la Rioja, varon de ejemplar virtud y que vivió retirado en la soledad, siendo luego martirizado por los sarracenos por haber anunciado su irrupcion y hecho se previniesen los cristianos; tambien cuentan por este tiempo algunos autores

á santa Eurosia, ú Orosia, muy venerada en Jaca, donde se conserva su cuerpo, y que martirizaron los moros cortándola pies y manos.

Volviendo al rey don Ordoño, además de dicha catedral de Leon, levantó otras muchas iglesias, dotó monasterios, y honró con grandes privilegios y riquezas las fundaciones de sus antepasados. Fue príncipe de gran valor, muy celoso por el honor de la Religion y de su trono, templado en las costumbres y verdadero padre de sus pueblos: mas algunos autores dicen afeó su gloria en los últimos dias de su vida, manchándose con la sangre de los condes de Castilla, aunque no faltan otros graves autores que justifican al rey, suponiendo rebeldes á aquellos desgraciados. Véase Ambrosio de Morales, lib. 15, cap. 34 y siguientes; y Mariana lib. 7, cap. 20. (*N. del E.*)

(1) Ambr. Moral. *lib.* 13, *cap.* 47.

las de la consagracion (a). ¡Tal era aun en los tiempos mas tenebrosos, el cuidado con que atendia la Iglesia á conservar en toda su integridad las partes mas pequeñas de una tradicion santa!

San Genadio habia pasado al obispado de Astorga desde la abadía del Bierzo (1), llamada por otro nombre San Pedro de los Montes, que era un monasterio fundado por San Fructuoso de Braga en una posesion suya á mediados del siglo séptimo, desde cuyo tiempo apenas se habia podido habitar en él; de modo que Genadio y sus monges tuvieron que romper los campos herizados de espinas y de árboles silvestres, plantar de nuevo frutales y viñas y levantar los edificios arruinados. Cuando se vió promovido á la dignidad episcopal, restableció otros muchos monasterios casi destruidos por los sarracenos, é hizo que floreciese en ellos la regularidad y el estudio de las ciencias eclesiásticas. Como los libros eran muy escasos en aquellos tiempos, principalmente en España, donde apenas habia cosa que estuviese libre del furor de los sarracenos, dispuso Genadio que sus comunidades se prestasen mútuamente los pocos volúmenes que poseían, pero con la condicion de devolverlos al monasterio que fuese dueño de ellos, como lo vemos por su testamento, el cual se ha conservado hasta nuestros tiempos (a). Este obispo renunció voluntariamente su dignidad y se retiró al monasterio llamado Monte del Silencio (920), para emplearse en este asilo del recogimiento en preparar la cuenta que habia de dar al Juez Supremo. De este modo las iglesias de Occidente que quedaron mas asoladas con la inundacion de los bárbaros, procuraban á lo menos poner algun dique al progreso de la ignorancia y á todos los desórdenes que traía consigo.

Al contrario, en Oriente caminaban al mismo paso hácia su fin la magestad de las leyes y la pureza de la Religion. Leon el Filósofo no cesó de deshonrar su filosofía con sus costumbres, hasta que dejó de vivir en el dia 11 de mayo del año 911. Tuvo por sucesor á su hermano Alejandro, á quien habia declarado emperador estando muy próximo á morir, y á su hijo Constantino, niño de seis años, coronado en el anterior. Alejandro fué el oprobio y el escándalo del imperio en la corta duracion de su reinado que apenas pasó de un año (1). La vida afeminada y la embriaguez, los escesos de la caza, de la mesa y de las mugeres son las menores manchas con que afeó su vida. Concedió una confianza tan impía como insensata á los magos y adivinos. En una corrida de caballos que hubo de su orden en la plaza del Hipódromo, mezcló los candeleros y las tapicerías de las iglesias con los monumentos de idolatría que formaban lo demas de la decoracion. Se añade que mandó ofrecer sacrificios á sus ídolos, y que un dia dijo suspirando: «¡Ay de mí! Cuando los romanos adoraban estas divinidades eran invencibles.» Su muerte fué digna de su vida, pues habiendo bebido escesivamente en medio de los calores de la ca-

(a) De este Concilio que aquí cita Henrion no se ve ejemplar en las colecciones de los Concilios de España. El Emmo. cardenal de Aguirre, cuya erudicion, crítica y esactitud en esta parte son bien conocidas, dice únicamente que el presbítero Zanelo, ó Janelo, legado del Sumo Pontífice, examinó con todo cuidado y escrupulosidad los libros del rito mozárabe, y que habiéndolos encontrado perfectamente católicos y sin defecto ni mezcla alguna de error, tornó á Roma junto con algunos enviados españoles, donde hecha relacion al Papa y á su Concilio y examinados de nuevo aquellos libros, todos los alabaron y confirmaron con su autoridad. Esta indagacion se renovó en tiempo del Papa Alejandro II y del rey Fernando I por los años 1063 y siguientes, y entonces fué cuando se tuvieron algunos Concilios en España sobre este asunto como se dirá en su lugar. Véase Aguirre, t. 3, pág. 174; Villanuño, *t. 1.°, pag. 401 edit. barc.*

(1) Bolland. *die 28 Maji.*

(a) Puede verse en Morales, lib. 15, c. 45.

(1) *Post. Theoph. pag.* 233.

nícula, se puso á jugar á la pelota y le sobrevino una hemorragia, de cuyas resultas murió despues de un reinado de unos trece meses.

Todo el peso del imperio cayó enteramente sobre el jóven Constantino, llamado Porfirogénito, ya sea á causa del cuarto ó habitacion adornada de pórfido en la cual parian las emperatrices, ó ya porque habia nacido en la púrpura, esto es, de un padre que era emperador: ventaja de que carecia su colega. El jóven emperador manifestó al principio un amor muy grande á su madre Zoe, aquella emperatriz famosa por las cuartas nupcias de Leon; hizo que volviese al palacio de donde la habia arrojado Alejandro, y la confió todo el cuidado del gobierno. Pero algunos años despues se hizo dueño del corazon de Constantino el almirante Romano-Lecapeno, consiguió que este emperador se casase con su hija Elena y encerró en un monasterio á la emperatriz Zoe. En el mismo año 919 persuadió á Constantino que se le asociase al imperio, y despues asoció él mismo á sus tres hijos Cristóforo, Esteban y Constantino, de modo que Constantinopla tuvo cinco emperadores á un tiempo. Pero la familia de Romano, que habia sido elevada por la intriga, dió muy pronto en tierra á causa de los celos y de la discordia, siendo derribado el padre por su hijo, y los hermanos por la ingratitud, la cual los movió á conspirar, aunque inútilmente, contra el primer autor de su grandeza. Constantino, hijo de Leon, quedó por único emperador para hacerse mas odioso, abandonando las riendas del gobierno á su muger Elena, princesa avara que agovió á los pueblos con el peso de nuevos impuestos, y todo lo puso en venta, así las cosas sagradas como las profanas. Despues de haber reinado cuarenta y nueve años murió Constantino envenenado por su propio hijo.

Romano Lecapeno tenia otro hijo llamado Teofilacto, á quien destinó á la Silla patriarcal de Constantinopla, cuando estaba todavia en el trono. Pero siendo muy jóven Teofilacto para ocupar esta dignidad despues de la muerte del patriarca Esteban, sucesor de Nicolás el Místico, fué elegido el monge Trifon (928), á quien presentan los griegos como Santo, sin embargo de que se dice permitió, contra las reglas establecidas, que se le consagrase solamente por cierto y determinado tiempo, hasta que el príncipe estuviese en edad de ser patriarca: ejemplo famoso y de los mas antiguos del abuso que se condenó despues con tanto rigor bajo el nombre de *confidencia*. Despues de cerca de cinco años de posesion, se retiró Trifon al monasterio de donde le habian sacado y acabó allí sus dias. Pero no siendo decente que el depósito que se le habia confiado pasase á manos de un niño que apenas habia llegado á la pubertad, estuvo todavía vacante el patriarcado cerca de año y medio (1). En fin, el dia de la Purificacion, que fué el 2 de febrero del año 933, se dió la posesion á Teofilacto, siendo de edad de diez y seis años. Luego que se vió dueño de sí mismo, se portó como debia esperarse del modo con que habia llegado á la dignidad episcopal. Era tan aficionado á la caza y á los caballos, que tuvo mas de dos mil de estos, y los mantenia con una suntuosidad que tenia mucho de locura; pues no los alimentaba con paja y cebada, sino con dátiles, pistachos, avellanas, higos y pasas, puestas en infusion en un vino escelente con aromas esquisitos; y no contento con disipar de este modo el santo patrimonio, daba tambien por dinero las órdenes de los clérigos y las promociones de los obispos. Parecia que su única ocupacion era el cuidado de sus caballos, á todos los

(1) *Anon. num.* 32. *Sim. Mag.* 43.

cuales conocia por sus nombres. Estando un jueves Santo celebrando los oficios, fueron á avisarle que una yegua de las que él mas estimaba acababa de parir un potro. Al oir esta noticia, se retiró inmediatamente del altar para ir á verle, y volvió despues á concluir los oficios. En fin, su loca pasion fué la causa de su muerte, porque corriendo en un caballo tan fogoso como bien cuidado, recibió tan gran golpe contra una pared, y perdió tanta cantidad de sangre, que le resultó una hidropesía, de la cual murió, siendo de edad de cuarenta años con corta diferencia.

Ocupaba á la sazon la Silla de San Pedro Juan XI, hijo de la famosa Marocia y de Guido, duque de Spoleto, y no del Papa Sergio como pretende Luitprando sin mas fundamento que los rumores populares. Despues de la muerte desgraciada de Juan X, ahogado por órden de Marocia á mediados del año 928, habia habido otros dos Pontífices, de los cuales el primero llamado Leon VI, mirado sin razon como intruso por algunos modernos, reinó como unos siete meses, y Esteban VII poco mas de dos años. Juan XI fué consagrado el dia 20 de marzo del año 931 á los veinticinco años de edad; edad poco conveniente al Padre comun de todos los fieles; y así sucedió que en los cinco años que vivió este Pontífice despues de su elevacion, no presentó ningun rasgo que fuese digno de un carácter tan augusto. Su hermano uterino, llamado como él Alberico, se habia apoderado de toda la autoridad en Roma, y no cesó de dominarle y maltratarle hasta que habiéndole puesto en una cárcel, donde le tuvo por espacio de mas de tres años, murió á principios de enero de 936 este jóven y desgraciado Papa, víctima de la loca pasion y del bárbaro furor de sus parientes. Durante la cautividad de Juan XI (por el hecho de Alberico mas bien que del Papa, el cual por lo demas nunca fué dueño de sí, dominado como estaba por su madre ó por su hermano) fué cuando se enviaron legados á Constantinopla con una carta sinódica para autorizar la ordenacion de Teofilacto; y hasta se concedió á este el palio perpétuamente, sin embargo de que hasta entonces no parece hubiesen recibido de los Papas esta condecoracion los patriarcas y demas prelados de Oriente. Mas sea lo que fuere lo que pasase en Roma en esta deplorable época, todavia causará todo ello menos sorpresa si se considera la anarquía que reinaba en todas las demas partes. En el estado de confusion en que la sociedad se hallaba, ¿puede por ventura estrañarse el que los tiranuelos que alternativamente se hacian señores de Roma hayan dispuesto á su capricho de la Santa Sede para colocar en ella sus hijos ó sus hechuras? ¿No debe antes bien llenarnos de admiracion la divina Providencia, pues que en medio de tantos escándalos supo conservar puro en la Iglesia el depósito de la enseñanza? Porque, nótese bien, en los archivos de esta época tan desacreditada no se encuentra decreto alguno que sea contrario á la fé, ó á las costumbres ó á la disciplina general.

Pocos dias despues de la muerte de Juan XI fué elegido sucesor suyo Leon VII, llamado Leon VI en muchos catálogos que tratan de intruso al anterior Papa de este nombre. Leon VII se mostró muy diferente de todos los que en aquel siglo tan infeliz fueron piedra de escándalo para la fé que debian sostener y corroborar; pues lejos de codiciar una dignidad, ambicionada por tantos temerarios que solo consideraban su brillantez esterior, hizo los mayores esfuerzos para eximirse de ella, conformándose con las máximas antiguas casi olvidadas entonces. No alteró en su pontificado el método de vida que observaba anteriormente, ni dejó de aplicarse con la frecuencia que antes

á la oracion y á la meditacion de las verdades eternas; mostrándose al mismo tiempo afable con todos, grande en sus ideas, prudente en sus resoluciones y conducta, atento y lleno de amenidad en sus discursos. Así le pinta Flodoardo, que vivió familiarmente con él (1).

En este pontificado fué cuando Gerardo, arzobispo de Lorck, cuya Silla fué trasladada á Salzburgo, hizo un viage á Roma para consultar al Papa acerca de muchos puntos, asi en su nombre como en el de los obispos de Francia y de Alemania. Por la respuesta, dirigida á todos los obispos de las Galias y de la Germania, vemos cuáles eran las cuestiones que se habian sometido á la deliberacion de la Santa Sede. En ella se declara que no era culpable el haber condenado, segun las leyes humanas, á los sortílegos, agoreros y hechiceros; pero que ante todo debe exhortárseles y tratar de escitarlos á penitencia. Quiere que los obispos sigan el uso de la Iglesia romana y digan *Pax vobis* en todas las fiestas y domingos en que se dice el *Gloria in excelsis*. «Se nos ha propuesto otra cuestion, dice el Papa, muy propia para hacernos gemir y derramar copioso llanto, á saber, si pueden ser promovidos á las órdenes los hijos de los sacerdotes que se han casado públicamente. Estos matrimonios son un crímen condenado por la Escritura y por los cánones que prohiben á los sacerdotes habitar con mugeres, y con mayor razon casarse. Sin embargo, los hijos de estos sacerdotes no participan de su crímen, y por otra parte el bautismo perdona todos los pecados.» Los corepíscopos (pues todavia los habia á pesar de los cánones) no deben consagrar las iglesias, ni ordenar sacerdotes, ni dar la confirmacion. Los que se han casado, siendo parientes, sin saberlo, en tercer ó cuarto grado, deben estar sujetos á la penitencia.—Al fin de esta respuesta previene Leon VII á los obispos de las Galias y de la Germania, que ha nombrado vicario suyo en sus provincias á Gerardo y les intima le obedezcan en todo lo concerniente al órden eclesiástico y al restablecimiento de la disciplina (938).

Habiéndose indispuesto Alberico, hermano de Juan XI y señor absoluto de Roma, con su suegro Hugo, rey de Provenza y de Italia, llamó Leon á San Odon, abad de Cluny, cuyo mérito y reputacion le eran bien conocidos, para que los reconciliase (1). El santo abad hizo en esta ocasion dos prodigios, porque no solamente resucitó los sentimientos de la naturaleza que estaban estinguidos en el corazon de ambos príncipes, sino que sofocó tambien en el alma del orgulloso Alberico el resentimiento del ultraje que le habia hecho el rey Hugo dándole en público una bofetada. Fué tan grande el respeto y amor que Alberico concibió del Santo, que habiendo levantado la mano un hombre grosero y brutal para darle un golpe, se la habria hecho cortar el príncipe, á no haber intercedido por el reo el Santo á quien se ultrajaba. Odon dió pruebas visibles de su moderacion y de su caridad en otras muchas ocasiones. Hacia limosnas abundantes en todos los lugares por donde pasaba, y el modo con que mostraba su liberalidad cautivaba los corazones aun mas que sus mismos beneficios. En Sena, que se veia afligida con el cruel azote del hambre, vió en la calle tres hombres, que por la nobleza que mostraban en medio de una miseria estremada, le parecieron personas de distincion; y por no ofender su delicadeza, aparentó que tenia grandes deseos de unas semillas que les habian que-

(1) Flod. *Chron. ann.* 936.

(1) *Vit. lib. 1 et 2*; Luitpr. *lib 4, cap. 1.*

dado y dió una suma considerable de dinero en cambio de ellas.

Odon habia nacido en el pais del Maine (879) de unos padres ilustres y tan piadosos, que á ejemplo de su hijo abrazaron despues la vida religiosa. Habiendo logrado del cielo con el fervor de sus oraciones este hijo de bendicion, cuya madre era de edad muy avanzada cuando le concibió, le ofrecieron á San Martin poco despues de su nacimiento. La escelente índole de Odon, sus virtudes prematuras y todas las gracias con que el cielo le habia favorecido anticipadamente, le inclinaron aun mas que sus padres á consagrarse todo á Dios. Los canónigos de San Martin de Tours, que eran ciento y cincuenta, y ocupaban el lugar de los trescientos monges de que habia constado en lo antiguo el clero de aquella iglesia, observaban todavía las reglas principales de la vida religiosa, cumplian exactamente con la obligacion de rezar y cantar en ciertas horas, á cuyo ejercicio estaba ya reducida la salmodia perpétua, y vivian separados de los peligros del mundo, y especialmente del trato y comunicacion con las mugeres, las cuales no entraban en su clausura. Odon se cortó el cabello y fué admitido con las solemnidades acostumbradas en el número de aquellos canónigos reglares (898), habiendo llegado á ser muy en breve el dechado de todos y la mas brillante antorcha de la casa. Como estaba adornado de unas disposiciones admirables para las ciencias, le enviaron á estudiar á Paris, en cuya escuela no habia impedido la barbárie que la doctrina se perpetuase por medio de una sucesion contínua de escelentes maestros. Allí estudió bajo la direccion de Remigio, sábio monge de San German de Auxerre, que habia tenido por maestro á su compañero Herico, discípulo de Lupo de Ferrieres y de Haimundo de Alberstad, instruidos uno y otro por Rábano, y éste por Alcuino. Aprovechó tanto Odon en el arte de raciocinar y de escribir, que despues de haberle ordenado de sacerdote Turpion de Limoges, prelado de los mas distinguidos de su tiempo por su ciencia y virtud, le dió el cargo de que coordinase y publicase en forma de conferencias lo que le habia inculcado con tanta frecuencia, así contra la relajacion de los clérigos como acerca de la escelencia del sacerdocio. Este escrito fué, por decirlo así, un ensayo ó muestra de la capacidad de Odon, y un preludio de otras muchas obras sólidas que de él nos han quedado.

Era entonces monge de Cluny, á donde le habia llevado el deseo de servir á Dios mas perfectamente. Despues de haber recorrido las regiones de Francia mas célebres por sus monasterios, no halló otro alguno en que pudiese seguir el plan de perfeccion que se habia propuesto, pues estaban casi todos destruidos con las guerras civiles y las desolaciones de los bárbaros, que habian durado sesenta años, no quedando de ellos mas que montones de ruinas, con algunas paredes ahumadas que apenas pudieron librarse del furor de los incendios que habian consumido todo lo demas. En muchos parages y aun en provincias enteras era cosa difícil averiguar dónde habian estado aquellos claustros inmensos y aquellas magníficas iglesias, y solo podian conocerse por la desigualdad de la tierra y por los montecillos cubiertos enteramente de espinas y malezas, debajo de las cuales estaban sepultados los monges y los monasterios. Los religiosos que no habian perecido, pasaban una vida errante y vagabunda, y si hallaban alguna parte donde poder respirar, hacian á toda prisa unas malas chozas, donde se ocupaban mas bien en buscar su subsistencia que en practicar su regla. Disminuyéndose de dia en dia el número de estos religiosos, y habiéndose restablecido la tranquilidad, ocuparon los clérigos en muchos

lugares las casas que ellos abandonaban, siendo este el origen de tantas fundaciones regulares poseidas despues por el clero secular.

Habiendo hallado Odon en Cluny lo que habia buscado inútilmente en otras muchas partes, fué recibido en esta casa como lo exigian la pureza de sus intenciones y el conocimiento que en ella se tenia de su doctrina. Desde luego se le confió la escuela ó el cuidado de la juventud. Entonces tenia Odon treinta años, y á los cuarenta y ocho recibió la consagracion abacial en vida y á instancias del abad Bernon, que estaba muy cerca del fin de su carrera, y por una órden espresa de los obispos, los cuales tuvieron que luchar bastante con la modestia del santo coadjutor. Bernon murió poco despues (927), sin haber formado jamás un cuerpo de congregacion de los varios monasterios que estaban sujetos á su autoridad; de modo que su sucesor Odon fué propiamente el fundador de esta asociacion ó congregacion de Cluny, incorporando en ella una multitud de monasterios antiguos y considerables que se pusieron á su cargo, no solo en Francia, sino tambien en Italia y aun en la misma ciudad de Roma. Todas estas casas en general le reconocian por abad; mas no por eso dejaba de poner en cada una un abad particular, que era como un vicario suyo. Entre las principales abadías que reformó en Francia se cuentan las tres siguientes: Aurillac, Sarlat y Tule, que despues han sido erigidas en otros tantos obispados. En vida de Odon recibió tantas donaciones la sola abadía de Cluny, que se conservan todavia ciento ochenta y ocho escrituras. Vivió el santo abad hasta año 942, último del pontificado de Esteban VIII, que habia sucedido á Leon VII á mediados del año 939, y ocupado la Santa Sede tres años y cuatro meses. Es digno de notarse que al pasar este Papa desde la Silla de Pavía á la de Roma, dejó el nombre de Pedro por respeto al Príncipe de los Apóstoles, y que ningun sucesor suyo ha tenido jamás este nombre. De órden suya habia hecho Odon tres viajes á Roma; y aunque enfermó en el último, tuvo bastantes fuerzas para volver á Francia y llegar á Tours á la fiesta de San Martin, creyendo que debia á la intercesion de este Santo el haber vivido hasta entonces. Celebró su fiesta con una devocion estraordinaria, y murió el dia de la octava á los sesenta y cuatro años de edad.

No careció de imitadores en los varios paises de las Galias este santo restaurador de la disciplina monástica. La Bélgica ejercitó principalmente el celo de San Gerardo, abad de Brogna, el cual habia nacido en el territorio de Namur de una familia ilustre, y mostró desde los primeros años de su juventud un gran fondo de religion y una aversion estremada á los vicios de esta edad (1). En la carrera de las armas, á que se dedicó desde luego por razon de su nacimiento, conservó toda la pureza de sus costumbres y adquirió la reputacion de una probidad incorruptible, de un juicio y prudencia tal, que por este concepto mereció ser el consejero íntimo del conde de Namur, de quien era tan querido y estimado que no le costó poco vencer este obstáculo cuando se creyó llamado á una vida mas perfecta. Pero se hizo sordo á la voz del favor apoyada por sus parientes. Se cortó la barba y el cabello y tomó el hábito monástico en San Dionisio (918), donde vivió diez años; despues de lo cual sacó de allí doce monges, los puso en lugar de los clérigos que servian en la iglesia de Brogna y formó de ella un monasterio que no tardó en hacerse célebre con las virtudes del santo abad y de sus discípulos. Arnoldo, conde de Flandes, y Gisleberto, duque de Lorena, quedaron tan

(1) *Saec. V. Act. SS. Bened. pag.* 248.

edificados cuando supieron los piadosos egercicios en que se empleaba, que le suplicaron reformase todos los monasterios de sus Estados. La reforma se estendió hasta Francia, en las abadías de San Remigio de Reims y de San Riquier. En lo sucesivo se unió la mesa abacial de Brogna al obispado de Namur.

Los bárbaros destructores de los monasterios y de la disciplina monástica fueron despues sus restauradores. Guillermo, hijo y sucesor de Raulo ó Roberto, primer duque de Normandía, se dedicó á hacer que floreciese la piedad en sus antiguos asilos, luego que vió los efectos de su celo por el restablecimiento de la calma y tranquilidad entre sus súbditos. Reedificó un gran número de monasterios y entre otros el de Jumiega con el motivo que vamos á esponer (1). Un dia que estaba cazando en sus inmediaciones, vió dos solitarios ocupados en hacer escavaciones en las ruinas para construir algunas celdas. Habiéndose internado en el bosque para perseguir á un javalí, el animal se volvió furioso contra él, le derribó del caballo y faltó poco para que le matase. Libre el duque de una muerte tan próxima, volvió á Jumiega, donde se le ofrecieron algunos ausilios que aceptó, y cuyo valor consistia en la caridad activa y respetuosa de aquellos pobres solitarios. Era tal su indigencia, que no tuvieron otra cosa de qué echar mano para obsequiar al príncipe que pan de cebada y agua. Enternecido el duque les prometió al momento que reedificaria su monasterio; lo que hizo sin tardanza y de un modo digno de él. Como al mismo tiempo que poseia todas las cualidades propias para el trono, tenia tambien mucha piedad, mucho celo y unas ideas muy sanas en punto de religion, dispuso que fuesen á Jumiega doce religiosos de conocida virtud y perfectamente instruidos, para que restableciesen allí la regularidad, de la cual quiso dar ejemplo él mismo; y hubiera puesto en práctica inmediatamente la resolucion que habia tomado desde la edad juvenil, si no le hubiese representado el abad, que siendo todavia niño su hijo Ricardo, se haria él responsable de las turbulencias que no dejarian de originarse despues de su retiro (1). Guillermo dilató la ejecucion de su designio sin alterarle en nada, y se proveyó de un hábito monástico para ponérsele luego que se lo permitiese el bien de los pueblos; esperaba poder cumplir su promesa despues de la paz ajustada con Arnoldo, conde de Flandes; pero al salir de la conferencia fué asesinado por órden de este príncipe perjuro cerca de Pequigny, pueblo de Picardia, á 17 de diciembre del año 943.

Adalberon, obispo de Metz, cuidó del restablecimiento y reforma de los monasterios de su diócesis, empezando por reparar el de Gorza, del que hizo una especie de seminario, desde donde pudiesen esparcirse por todos los demas el espíritu y las virtudes religiosas. Colocó en este monasterio siete eclesiásticos de gran piedad, los cuales pensaban pasar á Italia para servir á Dios mas libremente. Juan, que habia nacido en la aldea de Vendieres entre Metz y Toul, de padres ricos aunque de mediana esfera, fué el mas célebre entre ellos, y mereció ser honrado con el título de Santo y de bienaventurado (2). Su primer maestro habia sido un solitario llamado Lamberto, que vivia en la selva de Argona. Pero Lamberto era un hombre grosero é ignorante, cuya feroz virtud no tenia otra guia que los arranques del capricho y la aspereza del genio. Vivia de un modo tan estraordinario,

(1) Will. Gemmet. *lib.* 3, *cap.* 7.

(1) Will. Gemmet. *l.* III, *c.* 8.
(2) *Saec. V. Bened. Vit. num.* 9, *pag.* 308.

que mas bien era un objeto de risa que de edificacion. Vestia con el mayor desaseo, y á las veces con una desnudez y negligencia tan grande que era ofensiva del pudor. Trabajaba en estremo, pero intempestivamente, y solo comia cuando no podia resistir al hambre, y esto en el momento en que lo exigia la necesidad, fuese de dia ó de noche. Su alimento consistia en un pan muy grande que hacia él mismo y le duraba sesenta dias, de suerte que muchas veces tenia que partirle con una hacha para comerle despues en cantidad determinada, á cuyo efecto cuidaba siempre de pesarle. No obstante la crítica que se hace de este siglo de la Iglesia, se conservaban todavia en el espíritu de los fieles unos vestigios tan profundos de la noble sencillez del Evangelio, y del juicio con que debe dirigirse la mortificacion cristiana, que no era fácil confundir sus disformes apariencias con la realidad. Los que habitaban en las cercanias de aquel sitio no tardaron en hacer la distincion conveniente entre Lamberto y Juan, y aconsejaron á este que se apartase de la compañía de un visionario, á cuyo lado nada podia aprovechar: lo que hizo por último, luego que se convenció de que aquella vida era tan inútil para él como para el público. En Gorza se le encargó el cuidado de los negocios temporales.

Pero tenia una elevacion y estension de genio aun mas propia para el manejo de los negocios del Estado que para el ministerio oscuro de procurador de monges, y además de esto sabia conciliar con la piedad de un solitario toda la intrepidez de un héroe. Oton, rey de Germania desde el año 937 y que en 951 fué hecho rey de Lombardía por su matrimonio con Santa Adelaida, viuda de Lotario, recibió una embajada de Abderraman, rey de los sarracenos en España, y queriendo enviarle unos embajadores capaces de sostener el honor de la Religion, no se le pudo proponer otra persona mas á propósito que el monge Juan para desempeñar una comision tan peligrosa (1), como que su objeto era presentar y apoyar de viva voz la respuesta del emperador á la carta de Abderraman, carta en la que se habian deslizado algunas palabras injuriosas al cristianismo (954).

Habiendo llegado Juan á Tortosa, que era la primera ciudad del imperio de Abderraman, le detuvo en ella el gobernador igualmente que á su comitiva por espacio de un mes hasta saber la voluntad del rey. Entonces se le permitió que pasase á Córdoba, que era la capital, y allí se le trató con mucha distincion, pero sin hablar todavia de admitirle á la audiencia del príncipe. Todos los dias ocurrian nuevas demoras causadas por las esplicaciones recíprocas en que intervenia siempre una tercera persona, sin que el embajador pudiese dar cumplimiento á su comision. Habia descubierto Abderraman que las cartas de que Juan era portador combatian la ley de Mahoma; y era un delito digno de muerte, aun en el mismo rey, oir con indiferencia semejantes discursos ó diferir su castigo hasta el dia siguiente: por lo cual se hizo saber á Juan el gran riesgo á que se esponia presentando sus despachos; pero respondió con la intrepidez que se habia esperado de él cuando se le dió este encargo, que si supiese que le habian de cortar en menudos pedazos, no faltaria á la fidelidad que debia á Dios y á su rey, y que por lo demás no entregaria los regalos de Oton sin presentar al mismo tiempo sus cartas. Lejos de irritar á Abderraman la firmeza de esta respuesta, agradó mucho á este príncipe que gustaba de las almas fuertes. Tomó, pues, el partido de enviar un diputado al rey de Germania para saber su última resolucion

(1) *Saec. 5. Bened. vit. num.* 115.

acerca de su carta, cuyos términos parece que mandó modificar.

Entonces se dió permiso á Juan para que se presentase á la audiencia, y pretendieron de él que se pusiese un vestido magnífico para comparecer ante el soberano, segun la costumbre de la nacion; pero Juan contestó: «un pobre de Jesucristo no tiene vestidos que mudarse.» Habiendo sabido Abderraman esta respuesta, le envió diez libras de plata para que se equipase; pero Juan las distribuyó á los pobres y declaró que por ningun título dejaria el hábito de su profesion: lo que sabido tambien por el rey: «me agrada, dijo, la firmeza y teson de ese monge: venga, aunque sea vestido de un saco, que por eso no tendré menos gusto en verle.» Luego que fué admitido á la presencia del rey, el cual estaba solo en su cuarto sentado en una rica alfombra, le dió el sarraceno la mano para que se la besase por la parte interior, lo que, en el concepto de aquellos príncipes, era la mayor distincion que podian conceder; y despues hizo que se sentase en una silla que habia mandado llevar allí para este efecto. Inmediatamente que cumplió Juan su comision con una libertad que acabó de cautivar el afecto del sarraceno, le pidió su permiso para retirarse. Sorprendido Abderraman, le replicó con semblante risueño y gracioso, que despues de haberle esperado tanto tiempo no era regular separarse tan pronto. En otra audiencia que le dió le habló del rey Oton en términos muy honoríficos, discurrió con mucha estension acerca de su poder y gobierno, y dió pruebas de su prudencia vituperando la autoridad que se concedia á los grandes de Germania. Aquí acaba la relacion de Juan, abad de San Arnulfo ó Arnoldo de Metz, único autor contemporáneo de la vida de su maestro San Juan de Gorza. Sabemos por otra parte que el bienaventurado Juan de Gorza sucedió en el año 960 á Aginoldo, primer abad de este monasterio despues de su restauracion, y que murió siendo superior de él en el año 973, habiendo estado detenido en España mas de dos años.

Las santas instituciones de Gorza pasaron á Gemblours, cerca de Namur, y á San Miguel de Tierache, por medio de San Guiberto y San Maccalano, que habian profesado la vida cenobítica en esta comunidad fervorosa. Guiberto convirtió su casa de Gemblours en un monasterio, y puso en él por abad á otro monge de Gorza llamado Erluino (920). Maccalano, natural de Irlanda, estableció el monasterio de San Miguel con los ausilios que para ello le suministró una señora virtuosa llamada Hórsenda. San Kadroe, su compatriota y compañero hizo que se adoptase en Vassor la regla de Cluny, que habia profesado él en el monasterio de Fleury del Loira (1). Las virtudes de que dió brillantes pruebas en esta primera abadía, movieron despues al obispo Adalberon á confiarle la de San Clemente de Metz, viendo lo inútiles que habian sido las muchas tentativas que el mismo obispo habia hecho para corregir la vida mas que relajada de los canónigos que habitaban en ella. Tales fueron los principios del fervor que se reanimó entonces en otros muchos monasterios.

Hubo por este mismo tiempo varios obispos dignos de los mejores siglos de la Iglesia. San Udalrico (2), llamado vulgarmente Ulrico, fué colocado en el año 925 en la silla de Augsburgo, ya por consideracion á su familia, una de las mas ilustres de Alemania, de donde era duque su hermano Buchardo, ya tambien y mucho mas por la ciencia y virtud que habia adquirido en San Galo, donde fué educado.

(1) *Vit. S. Kadr. ap. Bolland. die 6 Maji.*
(2) *Saec. V. Bened. p. 415.*

Debió particulares favores á Santa Viborada, que era una de las reclusas de aquel pais, y de la que iba frecuentemente á recibir instrucciones, de modo que la miró toda su vida como segunda madre y solia llamarla directora de su espíritu y tutora de su inocencia. Luego que se le confirió el obispado, miró esta dignidad como una obligacion mas estrecha de dar á su pueblo ejemplos de piedad y de todas las virtudes: y así cantaba todos los dias las horas canónicas con su clero, y además el oficio parvo, el de la cruz y parte del de todos los santos; rezaba diariamente el salterio en cuanto se lo permitian sus ocupaciones; celebraba misa todos los dias, y cuando tenia tiempo ofrecia el santo sacrificio dos ó tres veces, segun la devocion practicada en aquellos tiempos; no comia de carne; tampoco gastaba camisa ni ninguna otra ropa blanca; dormia encima de una estera, y observaba todas las prácticas monásticas que eran compatibles con la dignidad episcopal. Los primeros platos que se ponian en su mesa, que no se resentia de su austeridad personal, eran casi todos para los pobres, sin contar los enfermos á quienes daba de comer todos los dias en su presencia. Administraba con el mismo celo el pasto del alma, cuidaba particularmente de la instruccion de su clero; oía con bondad las quejas de su pueblo, y aun las de los siervos, y era el árbitro de sus desavenencias. Celebraba anualmente dos sínodos segun la regla, y visitaba su diócesis en un carro tirado por bueyes, para cantar con quietud los salmos en compañía de un capellan, al abrigo del numeroso gentío que le seguia por respeto. En estas visitas predicaba, examinaba á los eclesiásticos, se hacia cargo de los asuntos que ocurrian, decidia las causas de agravios, administraba el sacramento de la confirmacion, y solia continuar este trabajo hasta muy entrada la noche para que nadie se retirase quejoso.

El año 955 inundaron los húngaros la Alemania con un ejército innumerable, y asolaron todas las provincias que hay desde el Danubio hasta la Selva Negra. Pusieron sitio á Augsburgo, cuyas murallas, además de ser muy bajas, no estaban defendidas con almenas, y aunque los vasallos del santo obispo le habian llevado unas tropas bastante buenas, su fuerza principal consistió visiblemente en la virtud del prelado (1). Combatieron con feliz suceso delante de una puerta de la ciudad estando con ellas su pastor, el cual sin vestirse de la cota como muchos obispos de su tiempo, y sin mas armas que su estola y su confianza en el Dios de los ejércitos, se mantuvo espuesto á un diluvio de flechas, las cuales no le hicieron el mas leve daño. Habiéndose interrumpido el combate por ser ya de noche, dió sus órdenes á los combatientes para la seguridad de la plaza ínterin amanecia, y despues hizo dos divisiones de las mugeres piadosas, una para que recorriese la ciudad por la parte interior implorando en alta voz el auxilio del Señor, y otra para que postrada en la iglesia dirigiese sus preces á la Virgen. Hizo tambien que llevasen todos los niños, y los pusiesen en el suelo delante de los altares, para que con sus gritos inocentes orasen á su modo, mientras que postrado él mismo delante de ellos suplicaba al Eterno que volviese los ojos hácia aquellas víctimas puras que estaban todavía teñidas con la sangre de Jesucristo, la cual no habian borrado despues de su bautismo, y que apartase de ellos los golpes de su ira supuesto que no los merecian. Celebró el Santo sacrificio de la misa al rayar el alba, dió la comunion á todos los concurrentes, y los exhortó á que solo pusiesen su confianza en Dios; confianza que no salió frus-

(1) *Succ. V. Bened. pag.* 436.

trada. Disponiéndose los húngaros á dar el asalto luego que fué de dia, se supo que el rey Oton llegaba con tropas para socorrer á la ciudad. El santo obispo salió con muchos hombres esforzados á buscar este guerrero cristiano, el cual para prepararse al combate oyó misa, comulgó de mano del Santo, que era su confesor, é hizo voto de erigir un obispado en Mersburgo si le concedia Dios la victoria. En efecto, el dia 10 de agosto de 955 consiguió la victoria mas completa que hasta entonces se habia conseguido contra aquellos terribles infieles, y cumpliendo su promesa en el año 962 convirtió en obispado el monasterio de Mersburgo.

Atton, francés de origen, que vivia en tiempo de San Udalrico, á quien el rey Lotario habia colocado en la Silla de Verceill desde el año 945 y héchole uno de sus consejeros, ha dejado muchos escritos que pintan bien los desórdenes de su época. Cuando despues de la muerte de Lotario tomó Berengario, marqués de Ivrea, el título de rey de Italia (950), sus vejaciones le hicieron tan odioso que temió una revolucion, y para prevenirla exigió que los obispos le enviasen rehenes. Atton entonces, escribiendo sobre este particular á sus colegas que no podian reunirse libremente les dice: «Si tales garantias pueden pedirse, es á los que no tienen temor de Dios; un hombre prudente y cristiano no hará por rehenes lo que no le impidiesen hacer el temor de Dios y el interés de su eternidad. Nosotros debemos fidelidad á los reyes que son nuestros soberanos; pero no les debemos servir de otro modo que nuestros predecesores; si nos es posible añadir algo no puede ser sino por algun gran motivo de utilidad pública, por la autoridad del Papa y el consejo de los mas sábios obispos.» El mismo autor, en su tratado de *Los Padecimientos de la Iglesia* (1), prueba que los obispos no deben tener por acusadores ó por testigos sino á personas intachables; por jueces, los que ellos mismos hayan escojido; y que además solo por el Papa pueden ser definitivamente condenados, aun cuando el Concilio de la provincia pueda instruirles el proceso. Los eclesiásticos deben ser juzgados segun los cánones y por medio de los obispos, sin que, á no ser á ruego de estos, puedan mezclarse en ello los legos. «Pero ahora, dice Atton, ahora (en tiempo del tirano Berengario) la potestad secular oprime muchas veces á la autoridad de la Iglesia; y de aquí resulta que, por el defecto de ser malos los jueces, ni el crímen hace perder la dignidad eclesiástica, ni esta dignidad pone á cubierto de la acusacion.» En la segunda parte de dicho Tratado declara que las ordenaciones de los obispos que se verifican segun los cánones deben ser consideradas como venidas del mismo Dios. «Pero, añade, los príncipes poco religiosos, menospreciando estas reglas, quieren que solo se siga su voluntad y sus caprichos y llevan á mal que un obispo sea elegido por otros que no sean ellos, cualquiera que sea su mérito; ó que se deseche al que ellos han elegido, cualquiera que sea su indignidad. En nada tienen la ciencia y la virtud y solo atienden á las riquezas, al parentesco ó á los servicios; bástales cualquiera de estas cualidades. Si no venden por dinero los obispados, los dan á sus parientes ó á los que les hacen la corte. Otros son tan ciegos que elevan al obispado unos niños y constituyen jueces y doctores á los que todavia necesitaban ir á la escuela á aprender los primeros rudimentos. Así estos obispos, ordenados contra lo que previenen los cánones, son acusados sin respeto, oprimidos sin justicia, espulsados con violencia, y á las veces hasta condenados con crueldad á muerte.» No es pues de estrañar que con tales prelados fuese asombrosa la relajacion en to-

(1) *De pressuris ecclesiasticis*: Spicil. *t.* 8.

das las clases de la sociedad. Atton escribió tambien contra la incontinencia de los clérigos.

En el año anterior al en que Othon batió tan gloriosamente á los infieles, habia hecho erigir en metrópoli el monasterio de Magdeburgo, fundado por el mismo Othon cuatro años antes. Como esta plaza, situada en Sajonia á las orillas del Elba, estaba inmediata á la nacion de los esclavones sojuzgados por las armas de Othon, y reducidos casi todos al yugo de la fé, se estableció en ella un arzobispo con facultad para nombrar y poner obispos en los lugares convenientes, luego que los demas esclavones hubiesen abrazado el cristianismo; y se edificaron inmediatamente en el pais de estos bárbaros un gran número de iglesias, y aun muchos monasterios asi de hombres como de mugeres, pues nada habia que temer de ellos desde que Othon, despues de una guerra de catorce años, habia sujetado enteramente á Boleslao, duque de los esclavones de Bohemia, que era el principal apoyo de la idolatría en toda esta nacion. Sin embargo, habia penetrado en ella el cristianismo en tiempo de Wratislao, padre de Boleslao; pero este, que en nada se parecia á su padre, el cual es reputado por el primer duque cristiano de Bohemia, y mucho menos á su hermano Wenceslao, venerado como santo, no solo fué adorador de los ídolos, sino tambien perseguidor sanguinario de los fieles y verdugo de su santo hermano, á quien por esta razon se le honra como mártir. La rebelion de Boleslao contra el rey Othon, de quien era vasallo, y los escesos de su impiedad, le atrajéron una guerra que al mismo tiempo que abatió su tiranía proporcionó insensiblemente la conversion de todos los esclavones. De este modo, aun en los mas malos tiempos, se convertian en beneficio de la fé cristiana los obstáculos mismos que á su propagacion oponian los hombres.

LIBRO VIGÉSIMO-NONO.

Desde el principio del pontificado de Juan XII en el año de 956, hasta la renovacion del cisma de los griegos en el de 995.

El pontificado de Juan XII presenta en verdad una de nuestras épocas mas tristes; pero las brillantes virtudes de una multitud de santos prelados cubren tan ventajosamente la mancha con que pareció eclipsar el esplendor de la Iglesia este primer Pastor, que no tememos proponer la verdad en toda su estension para que pueda ser examinada bajo todos sus aspectos. No importa que observemos á un Pontífice en la edad de la adolescencia abandonado á todas las pasiones y á todos los movimientos impetuosos propios de sus pocos años, y mas militar que eclesiástico, pues en cambio veremos tambien res-

plandecer las virtudes mas puras y la perfeccion mas sublime en todos los demas órdenes de la gerarquía. Admiraremos, con San Udalrico de Augsburgo, á los Brunos de Colonia, á los Odones y á los Dunstanos de Cantorberi, á los Adalbertos de Magdeburgo y á los Adaldagos de Bremen, que escitaron la admiracion aun de los mismos idólatras, con otra infinidad de insignes prelados igualmente llenos del espíritu apostólico, sin contar los clérigos, religiosos y demas fieles que les igualaban en santidad en las clases inferiores. La misma Santa Sede acababa de ofrecer un poderoso preservativo contra el contagio del escándalo en los Papas Esteban VIII, Marin II ó Martin III, y Agapito II; pues el primero se esforzó en apaciguar las turbulencias de la iglesia de Reims, y envió á Francia un legado con cartas dirigidas á los grandes rebelados contra el rey Luis de Ultramar, en que les escitaba á reconocer por su rey á Luis, y les amenazaba con la excomunion si continuaban haciéndole la guerra (941); el segundo en los tres años que duró su pontificado, y el tercero en los diez que le tuvo, honraron constantemente á la Santa Sede con la pureza de sus costumbres y con la exactitud en el cumplimiento de las sagradas obligaciones de su ministerio.

Muy distinto de estos dignos sucesores de Pedro Juan XII, llamado antes Octaviano, y el segundo Papa que mudó de nombre al subir á la Silla del príncipe de los Apóstoles, era hijo de Marozia, como Juan XI, y de Alberico, tirano de Roma con el nombre de patricio. En el año 954 habia sucedido Juan en la dignidad y autoridad de su padre, no obstante de haber abrazado el estado eclesiástico y de no pasar de diez y seis años. Rayaba á lo sumo en diez y ocho cuando á instancias de los romanos intrigantes y curedadores se apoderó de la Santa Sede y se hizo consagrar en el mes de enero del año 956. Conducíase Berengario II como un verdadero tirano, asi en sus propios Estados como en los Estados vecinos; y habiendo el clero, el pueblo y los grandes llamado al rey de Germania para que los libertara, á los diputados de estos agregó Juan XII sus legados (960), á fin de hacerle ir á Italia. Othon, recibido en todas partes sin resistencia, fué coronado emperador por el Papa, quien, á peticion suya, hizo alianza con él y le juró fidelidad. Por su parte el emperador le colmó de regalos segun costumbre, y confirmó las antiguas donaciones de Pipino y Carlo-Magno por una acta auténtica escrita con letras de oro, que se conserva original en el castillo de Sant-Angelo. Añadió Oton á estas primeras liberalidades las ciudades de Rieti, de Amiterno y otras cinco plazas de Lombardía, pero con la siguiente cláusula: «Salva en todo nuestra potestad y la de nuestros descendientes, segun el convenio y decreto del Papa Eugenio y de sus sucesores; es decir, que el clero y la nobleza de Roma, á causa de la necesidad de las circunstancias y para prevenir las injusticias para con el pueblo y las desmedidas pretensiones de los prelados, harán juramento de seguir exactamente los cánones en la eleccion del Papa y no permitir que el electo sea consagrado sin que se hallen presentes los enviados del emperador.» Estas medidas, que tenian únicamente por objeto impedir las turbulencias en la muerte de los Papas, que eran exigidas por lo calamitoso de los tiempos y que el Papa Eugenio, inquietado por el antipapa Zizimo, habia arreglado por sí mismo, Oton debia mantenerlas y hacerlas ejecutar, no á título de soberano de Roma, sino en calidad de patricio. Esto es tan cierto, que las donaciones precedentes, que él confirmaba segun el uso de los emperadores coronados en Roma, estipulaban, asi como la suya, que en las ciudades y provincias, que eran ob-

jeto de la donacion, no se reservaban estos príncipes parte alguna del territorio, ni potestad alguna de disponer ó juzgar, de distraer ó disminuir, sino cuando se lo pidiera el que á la sazon ocupase el gobierno de la santa Iglesia. Si pues á las veces administraban allí justicia los emperadores, era únicamente en las épocas de turbulencia, bien á peticion espresa del Papa, verdadero soberano temporal, bien al menos á peticion suya presunta, cuando el estado de conflagracion en que se hallara Roma le impidiera formularla de una manera esplícita. Tal es el sentido en que debe entenderse lo que añade Oton, á saber, que habrá en estas ciudades comisarios imperiales y pontificios que rendirán cuenta todos los años del modo con que los duques y los jueces administran justicia: dirigirán en primer lugar al Papa las quejas que reciban, y este, si no pudiere remediarlas por sí mismo, dejará que las remedien los comisarios del imperio, quienes en este caso harán sus veces. Así pues si los Papas mandaban hacer juramento de fidelidad al emperador, era por su propio interés; y quizá su protectorado ó patriciato jamás habia sido mas necesario que en el reinado de Juan XII. Pero como veremos muy luego, el inconstante Pontífice faltó muy pronto á la fidelidad de sus promesas, á pesar del sello del juramento con que las habia autorizado.

Durante este triste pontificado fué San Adalberto, primer arzobispo de Magdeburgo, uno de los santos personages que se mostraron mas dignos sucesores de los Apóstoles (1). Habia aprendido las ciencias y la vida regular en el monasterio de San Maximino de Tréveris, escuela célebre desde que fué restaurada por el rey Enrique, y se habia acostumbrado tambien á los trabajos apostólicos en una mision que tuvo en el país de los rujos (habitantes de la Pomerania), cuya reina llamada Olga ó Elena habia pedido al rey Othon que la enviase sacerdotes y un obispo. Fué promovido con esta ocasion Adalberto á la dignidad episcopal (961); pero no procediendo aquellos pueblos con la debida rectitud, se vió obligado su nuevo pastor á abandonarlos. Muchos de los que le acompañaban fueron asesinados al regresar á su patria, y á él mismo le fué muy difícil evitar la muerte. Deseando Othon indemnizarle, hizo que el Papa le nombrase arzobispo de Magdeburgo (970), igual en dignidad, dicen los autores contemporáneos, á los de las Galias, esto es, á los de Colonia, Maguncia y Tréveris, y primado de los arzobispos de Germania; y añadió á estos títulos el de obispo cardenal de Roma. De este modo fué instituido metropolitano de toda la nacion de los esclavones al otro lado de los rios Elba y Sala, con facultad sobre los obispos que debian establecerse en las ciudades en que los bárbaros habian practicado principalmente sus supersticiones. En su consecuencia, consagró Adalberto tres nuevos obispos, á saber, el de Mersburgo, el de Meissen y el de Ceits, cuya Silla ha sido trasladada á Naumburgo. Los antiguos obispos de Havelberg y Brandeburgo, que eran antes sufragáneos de Maguncia, quedaron igualmente bajo la dependencia de Magdeburgo, cuyo arzobispado tuvo así cinco sufragáneos, á los que añaden aun algunos historiadores la silla de Posnania. Trabajó mucho San Adalberto en esta nueva mision durante su vida entera, dejando al morir (981) algunos discípulos que perpetuaron su obra. Hubo otro San Adalberto, no menos recomendable, que fué obispo de Praga, y logró despues en Prusia la palma del martirio (997).

Por este tiempo fué erigido tambien y con el mismo objeto que el de Magdeburgo

(1) Mabill. *saec. V. Bened. pag.* 342.

el obispado de Praga (1), siendo su primer obispo un monge sajon llamado Dítmaro, que era ya sacerdote y muy estimado por su doctrina; aunque la causa principal de su eleccion fué el perfecto conocimiento que tenia del difícil idioma de los esclavones (2). Boleslao el Cruel ó el asesino de su santo hermano, tuvo por sucesor á su hijo llamado tambien Boleslao, pero con el renombre de Bueno que mereció por sus virtudes (967). Era en efecto sinceramente cristiano, tenia una fé viva y una caridad generosa, y era enemigo de la opresion, protector declarado de todos los desvalidos, y tan celoso por la propagacion y la gloria de la Religion que fundó y dotó con magnificencia hasta veinte iglesias. Erigió en catedral aquella en que era ya venerado su tio San Wenceslao con otro santo mártir llamado Vito. Mas al propio tiempo que el Papa otorgó á los pueblos de Bohemia un obispo, les prohibió el uso de la lengua esclavona en su iglesia y la continuacion del rito de los búlgaros ó de los rusos, esto es, el rito griego, mandando que se conformasen con todas las costumbres latinas que efectivamente han conservado. Tenia Boleslao el Bueno una hermana llamada Mlada que le igualaba en virtud, la que consagró su virginidad al Señor, teniendo la devocion de dirigirse en clase de peregrina á la ciudad de Roma, donde aprendió la disciplina monástica recibiendo con el nombre de María la bendicion de abadesa. Luego que regresó á su patria fundó en la iglesia de San Jorge un monasterio de religiosas, que ella gobernó segun la regla de San Benito.

Mostró tambien San Adaldago de Bremen un celo estraordinario por la conversion de los bárbaros (3). Fué sucesor del arzobispo Unni que habia tenido el valor suficiente para anunciar el Evangelio en Dinamarca al rey Gurmo, enemigo formidable del nombre cristiano y que convirtió al príncipe Haroldo, hijo de este tirano, aunque no llegó á bautizarle. Atravesó Unni el mar Báltico y llegó á Suecia, donde no habia osado penetrar todavía ningun misionero en los setenta años que trascurrieron desde la muerte de San Anscairo. Allí contribuyó á renovar la fé que habia estado como amortiguada en los reinados tempestuosos y sangrientos de un sin número de Soberanos. Dedicóse Adaldago, del mismo modo que su predecesor, á la conversion de los paganos del Norte, y principalmente de los dinamarqueses, entre quienes comenzó por entonces á arraigarse el cristianismo.

Estos pueblos tomaron las armas contra Oton, quien obligó á su rey Haroldo á pedir la paz, y se la concedió con la condicion de que habia de depender de él en cuanto á la sucesion de su reino y admitir la Religion cristiana. Recibió Haroldo al momento el bautismo con su muger y su hijo, teniendo mas parte el convencimiento que la política en una resolucion tan pronta. En un convite en que se habló de la Religion á presencia del rey, convinieron los dinamarqueses en que Jesucristo era Dios; pero sostuvieron que habia otros mayores y mas poderosos. Un cristiano llamado Poppon, defendió por el contrario que Jesucristo era el único Dios con el Padre y el Espíritu Santo. Preguntóle Haroldo si podia confirmar esta creencia con alguna prueba, y habiéndose ofrecido Poppon á sufrir la prueba del fuego, caldearon una barra de hierro hasta que se hizo ascua, y la asió en la mano con entera confianza, teniéndola todo el tiempo que quisieron los convidados, y mostrándoles luego la mano para que vieran no habia recibido la menor lesion. A vista de esto no vaciló ya el rey en tomar el partido que de-

(1) *Chron. Sax. apud Mabill. sacc. V. Bened. pag.* 833.
(2) *Vit. per Rain. pag.* 120.
(3) Adam. *lib.* 2, *cap.* 1.

bia, y así publicó que solo Jesucristo era Dios, y proscribió los ídolos.

Despues de una declaracion tan gloriosa para la fé cristiana la Jutlandia ó la parte de Dinamarca que está á este lado del mar, se dividió en tres obispados sujetos á la metrópoli de Hamburgo, poniendo sus Sillas en las ciudades de Slesvic, Ripen y Ahus (948), en las que consagró Adalberto á sus respectivos obispos, y como sus derechos de metropolitano se estendian al otro lado del mar Báltico, en los paises mas septentrionales que la Dinamarca, les recomendó las iglesias de Zelandia, Finlandia y Suecia. Desde la época de este establecimiento la Religion cristiana hizo rápidos progresos en todas las regiones del Norte.

Los dinamarqueses, que por tantos años habian sido funestos á la Inglaterra, fueron por último un manantial de felicidad y bendicion para esta Iglesia, en la persona de San Odo ú Odon, que llegó á ser su primado. Era hijo de uno de aquellos vencedores bárbaros y todavía idólatras que se habian establecido en gran número en la Gran Bretaña. Habia conservado este un ódio tan vivo á la Religion cristiana, que no consentia en que su hijo, prevenido de la gracia desde su mas tierna infancia, ni aun pronunciase el nombre de Jesucristo. Sin embargo, no por eso dejó el jóven Odon de seguir asistiendo con frecuencia á las iglesias y poniendo en práctica en la casa paterna las máximas que en ellas oia. Irritado, en fin, su padre al ver su perseverancia, le desheredó. En estremo alegre Odon por asegurar la posesion del cielo á costa de todo lo que podia esperar en la tierra, abandonó su casa y entró en la de uno de los principales señores de la corte del rey Alfredo. Este grande, llamado Athelmo, cuya piedad era aun mucho mayor que su poder, le trató como verdadero padre y cuidó de educarle en las ciencias y en la virtud, en las que descolló de un modo tan asombroso, que siendo todavía muy jóven le promovieron al subdiaconado. Luego que le ordenaron de sacerdote, fué el confesor y director, no solo de Athelmo, sino tambien de una multitud de caballeros los mas respetables de la corte. El rey Eduardo, hijo de Alfredo, le apreció mucho, y el rey Adelstan, hijo de Eduardo, opinó que habia debido á sus oraciones una gran victoria conseguida contra los infieles en el año 938, por lo que le obligó á aceptar el obispado de Schirburn, para el cual habia sido pedido por el pueblo y elegido por el clero (1).

Muerto Vulfemo de Cantorberi en el reinado de Edmundo, hermano de Adelstan, este príncipe juzgó que no existia persona alguna tan digna como Odon de ocupar aquella primera Silla de Inglaterra; pero costó un trabajo inmenso vencer su humilde resistencia, particularmente tratándose de traslacion. Por último, despues que le citaron varios ejemplares de semejantes traslaciones verificadas en la misma Inglaterra por algunos santos obispos, accedió á ello, aunque con la condicion de que habia de profesar la vida monástica como todos sus predecesores en la Silla de Cantorberi. Poco despues de ocupar esta dignidad (943), formó unas constituciones para la enseñanza de los pueblos, de los grandes, del clero y del mismo rey, con quien parece procedió siempre de acuerdo. Recomienda en ellas la inmunidad de las iglesias, y prohibe que se las imponga ningun tributo; y entre las obligaciones de los obispos insiste principalmente en la visita anual de la diócesis. Dió el rey Edmundo por su parte varias leyes, entre las que hay muchas que tienden á secundar las miras del santo arzobispo, observándose principalmente que imponen á los sacerdotes la obligacion de la conti-

(1) *Act. SS. Bened. saec. V, pag. 40 et seq.*

nencia, so pena de perder sus bienes temporales y de quedar privados de sepultura.

Muerto el rey Edmundo (946) por un ladron á quien quiso detener en su cuarto, le sucedió su hermano Edredo, á causa de los pocos años de Edui, hijo de Edmundo, y siguió las ideas religiosas de este buen príncipe. Aunque murió despues de haber reinado nueve ó diez años, era todavia muy jóven el príncipe Edui para gobernar con prudencia. No tuvo para esto otras guias que sus inclinaciones y las gentes de su edad. Apenas acabó de comer con los prelados y señores del reino el mismo dia de su coronacion, los abandonó de repente para encerrarse con una muger á quien obsequiaba. Propuso el arzobispo Odon que pasasen algunos hombres de juicio y autoridad á fin de que le manifestasen cuán estraña era su conducta. San Dunstano, que era entonces abad de Glastemburi, fué elegido para esta comision con un obispo pariente suyo, y representó al rey con tanta viveza las consecuencias que podia tener su pasion imprudente, que habiéndole separado de los brazos de aquella infeliz muger, volvió á ponerle la corona y le llevó á la presencia del arzobispo. Mas aquella muger ejerció la venganza con mas ahinco que el rey, y asestando su rábia contra el santo abad, no dejó tranquilo á Edui hasta que logró su destierro, siendo despojado su monasterio de todos los bienes que poseia (1).

No obstante esto, el arzobispo con un procedimiento no menos singular que el genio de su nacion, consiguió que saliese de la córte aquella concubina, despues de haberla desfigurado y marcado con un hierro hecho ascua. Teniendo el atrevimiento de presentarse segunda vez al cabo de algun tiempo, la cogieron los criados del arzobispo, la cortaron los jarretes, y acabaron con ella miserablemente. Formóse despues un partido fuerte y numeroso que destronó al rey Edui, y puso en su lugar á su hermano Edgar (959). Celebró el nuevo rey una junta general de todo su reino despues de esta revolucion, anuló las disposiciones injustas de su hermano, y procuró reparar todas sus violencias. Al punto levantó el destierro al santo abad Dunstano, y habiendo vacado despues el obispado de Worchester, le obligó Edgar á que le aceptase. Le consagró el arzobispo Odon; pero en la ceremonia en vez de llamarle obispo de Worchester, le llamó arzobispo de Cantorberi, con cuyo motivo le avisaron los que estaban á su lado, creyendo que habia padecido equivocacion. «Hijos mios, les dijo, yo sé muy bien lo que hago, ó por mejor decir, lo que hace en mí el Espiritu de Dios. A la verdad, es ahora Dunstano obispo de Worchester, pero despues de mis dias gobernará toda la iglesia de Inglaterra.» Habiendo muerto luego el obispo de Lóndres, las necesidades urgentes de esta iglesia y de la Gran-Bretaña en general fueron causa de que se diese tambien este obispado á San Dunstano, quien de este modo fué á un mismo tiempo obispo de Lóndres y de Worchester. Muchos años antes habia reunido San Medardo los dos obispados de Noyon y de Tournai en las Galias.

Despues de la muerte del santo arzobispo Odon, no parecia que hubiese de verificarse su prediccion relativa á que habia de sucederle en la silla que él ocupaba. Hubo en efecto dos prelados que obtuvieron sucesivamente esta gran dignidad por haberla dorehusa Dunstano con una constancia invencible en estas dos ocasiones de vacante. Pero el primero de estos dos arzobispos, llamado Elfino, que habia ganado los votos á fuerza de dinero, murió de frio yendo á Roma á buscar el palio; y el segundo, que se llamaba Berthelin, dió muestras de tan poca

(1) *Vit. S. Od. num.* 12.

capacidad que fue preciso deponerle al cabo de algunos dias: por lo que se recurrió tercera vez á Dunstano, á quien persuadieron los obispos, de acuerdo con el rey, que debia sacrificar su escrúpulo particular al bien general de la iglesia de Inglaterra. Marchó pues inmediatamente á Roma, donde recibió el palio, cumpliéndose asi la prediccion de San Odon acerca de San Dunstano, que era sobrino suyo segun algunos historiadores y le sucedió en su dignidad (961).

Habia nacido en el pais de Ouessex cerca de Glastemburi, monasterio antiguo, cuyas posesiones se habian apropiado los reyes y en el cual no quedaba ningun monge (1). Sus padres cuidaron de que se le educase en esta casa, ocupada entonces por algunos irlandeses que enseñaban á la juventud. Despues de haber recibido las órdenes menores, pasó á la córte donde su ilustre nacimiento y su alta sabiduría le conciliaron la estimacion y aprecio del rey Edmundo, el cual le cedió el territorio de Glastemburi. Pero la corrupcion del siglo hizo que se olvidase de las obligaciones en que estaba empeñado, sin que bastasen para recordárselas los disgustos que son inevitables en los validos y ciertas desgracias nada comunes que le sobrevinieron. El piadoso obispo de Winchester Elfego, que era pariente suyo y le habia recogido en su casa, le exhortaba tambien aunque inútilmente, cuando le acometió una enfermedad que le puso á las puertas de la muerte; y la eternidad, mirada de cerca, triunfó de todos los obstáculos. Luego que curó, recibió el hábito monástico de mano de Elfego, el cual le ordenó de sacerdote despues de los intersticios convenientes, y le dió por título la iglesia de Nuestra Señora de Glastemburi, segun la costumbre que no permitia ordenar á ningun secular ni regular sin que tuviese algun título.

Despues de haber hecho unos progresos muy sólidos en la piedad bajo la direccion del obispo Elfego, marchó á Glastemburi á servir en su iglesia, y formó al lado de ella una celda mas parecida á un sepulcro que á la habitacion de un hombre vivo; no tenia mas que cinco pies de larga, dos y medio de ancha y la altura precisa para poder estar de pié. El trabajo y la oracion, acompañada de ayunos rigorosos, le ocupaban todo el tiempo y le atrajeron un gran número de admiradores que publicaron sus virtudes por todas partes. Habiendo muerto sus padres, y no estando en Inglaterra escluidos los monges del derecho de heredar, como no lo estaban tampoco en otros varios paises, se halló heredero de inmensas riquezas en calidad de hijo único. Dió á la iglesia de Glastemburi las tierras que estaban mas inmediatas á ella, y estableció allí una comunidad numerosa de la cual fué el primer abad, fundando además otros cinco monasterios en varios parages, desde donde se esparcieron por todo el reino la piedad y la doctrina; de suerte que San Dunstano es mirado justamente como el restaurador de la Religion en toda la Inglaterra.

Pero fué aún mucho mayor su celo cuando se vió colocado á la cabeza de la gerarquía británica; pues visitó todas las ciudades del reino y de los paises adyacentes, buscando á los que no eran todavia cristianos para convertirlos, y moviendo á los antiguos fieles á abrazar la virtud con tan devoto celo y elocuencia que era casi imposible resistirse á ella. Él hizo que el rey Edgar castigase severamente á los ministros de la Iglesia que deshonraban su profesion con su incontinencia, ó con la aficion á la caza y con la solicitud de los negocios temporales y de los empleos lucrativos. Por medio de esta noble y sabia dis-

(1) *Act. SS. Bened. saec. V, pag.* 669; Bolland. *in* 19 *Maji.*

ciplina dió tal estimacion al estado eclesiástico en Inglaterra, que las casas mas ilustres tenian á mucho honor que le abrazasen sus hijos; y mostraron toda la emulacion que inspira la virtud cuando no se asciende á las dignidades por medios vergonzosos. Se limpió el reino de todos los habitantes capaces de inficionarle, y salieron de él, por la autoridad del rey Elgar, todos los ladrones, sacrílegos, perjuros, envenenadores, sediciosos, parricidas y las mugeres que conspiraban contra la vida de sus maridos; en una palabra, todos los que podian escitar la ira del cielo y turbar el órden y la seguridad pública.

El santo primado daba el primer impulso y ponia la última mano á todas estas buenas obras. Jamás se vió mayor actividad y perseverancia en el trabajo. Estaba continuamente ocupado, y la oracion era, por decirlo asi, su único descanso. Además de esto se empleaba en terminar las desavenencias que se suscitaban, en pacificar los ánimos irritados, en refutar á los hereges, en corregir los ejemplares defectuosos de los libros sagrados, en dar una idea exacta de la verdadera disciplina, en anular ó revalidar los matrimonios segun lo exigian los casos, en reparar los lugares santos ó construirlos de nuevo, y en socorrer con las rentas de la Iglesia á las viudas, á los huérfanos y á las personas desvalidas de cualquier clase y condicion que fuesen.

Su firmeza era igual á su actividad y beneficencia. Un caballero de los mas poderosos del reino se habia casado con una parienta suya y no queria separarse de ella, sin embargo de que Dunstano se lo habia advertido ya hasta tres veces. El arzobispo le prohibió la entrada en la iglesia. Pero el incestuoso imploró la proteccion del rey contra el esceso de severidad que suponia en su pastor, y engañado el soberano escribió al arzobispo para que levantase la censura. Lejos de conceder Dunstano la absolucion á un hombre que se habia valido de la mentira y del favor, escomulgó públicamente al reo hasta tanto que se corrigiese. Obstinándose mas y mas este grande, recurrió al Papa, y halló el secreto de obtener unas letras subrepticias, por las cuales se mandaba espresamente al arzobispo que le reconciliase con la Iglesia. «Cuando yo le vea penitente, respondió el Santo, haré con mucho gusto lo que pide el Papa; pero no permita Dios que la Cabeza de la Iglesia me obligue á hacer despreciables sus censuras, y que ningun mortal me impida observar la ley del Señor.» El vigor del santo ministro puso á cubierto el honor del ministerio, y movió en fin á aquel hombre obstinado á que se arrepintiese sinceramente, de modo que no solo renunció su matrimonio ilícito, sino que celebrándose un concilio general del reino (969), se presentó en él con los pies descalzos, con un vestido grosero, y con un azote en la mano en señal de sumision; se arrodilló delante de su obispo llorando amargamente, y enternecido este al ver sus lágrimas, le admitió á la penitencia y alzó la excomunion con grande aplauso de todo el concurso.

La autoridad pastoral de San Dunstano no fué menos severa respecto del mismo rey. Sin embargo de que Edgar era muy religioso, llegó á olvidarse de esta religiosidad y cayó en la impureza mas enorme y escandalosa. Habiendo ido al monasterio de Vilton, quedó prendado de la hermosura de una ilustre jóven que estaba en clase de educanda entre aquellas religiosas, y quiso hablarla á solas. La virtuosa y tímida pensionista tomó el velo de una religiosa y se cubrió con él la cabeza, como si fuera una salvaguardia contra el peligro que temia. Díjola el rey cuando ya estaba á solas, y acercándose á ella: «¡qué pronto te has hecho monja!» y pasando de las palabras á ciertas

libertades criminales, y aun á la violencia, la quitó el velo y se abandonó al último esceso; infamia que fué tanto mas escandalosa, dice el historiador de Edgar, cuanto que el rey estaba ligado con el vínculo del matrimonio (1). Penetrado San Dunstano de un amargo dolor, fué á verse con el rey, el cual salió á recibirle alargándole la mano como lo tenia de costumbre, para hacerle sentar en su trono; pero el arzobispo retiró la suya y dijo: «¡qué! ¿os atreveis á tocar con vuestra mano impura la mano consagrada por la consagracion del Hijo de la Vírgen, vos que sois el corruptor de una vírgen y el robador de una esposa destinada al Hijo de Dios? No creais que habeis de aplacar al amigo del esposo con las demostraciones lisongeras de vuestro afecto. Yo desprecio la amistad de los enemigos de Jesucristo.»

Edgar creia, como la mayor parte de los príncipes que se dejan llevar de sus pasiones, que estaba muy oculto lo que tenia ya escandalizado á todo el reino. Hicieron en él una impresion vivísima las reconvenciones de Dunstano, en tales términos que se postró á sus pies, confesó su delito y pidió perdon llorando amargamente. El buen pastor le levantó inmediatamente sin poder contener las lágrimas, le dió las mayores pruebas de un celo tierno y puramente paternal, y le puso á la vista toda la enormidad de su delito. Habiéndole dispuesto de este modo para una satisfaccion plena, le impuso una penitencia de siete años, en los cuales debia hacer limosnas muy abundantes, ayunar dos dias á la semana y no ponerse la corona; prohibicion muy singular, segun nuestras ideas, pero interpretada de un modo muy diferente en una época en que la sociedad estaba constituida sobre una base católica. A fin de reparar aún mas directamente la falta cometida por el príncipe y restituir en proporcion de ciento por uno, si es permitido esplicarse asi, la esposa que habia robado al Señor, ordenóle Dunstano que levantase un monasterio de vírgenes, que desterrase de las iglesias á los clérigos de malas costumbres y pusiese en su lugar religiosos santos, y por último, que promoviese el aprecio debido á la justicia y á todas las virtudes con leyes que hiciera observar rigorosamente.

Cumplió el rey Edgar exactamente toda su penitencia, y sin duda dió á luz entonces las leyes que tenemos de él acerca de varias materias eclesiásticas. Prescribe en ellas estirpar del todo los restos de la idolatría, como la adivinacion, los encantamientos y ciertos honores, muy semejantes á la adoracion, que se tributaban á los hombres (1): encarga bautizar á los niños dentro del primer mes de su nacimiento, poco mas ó menos, y renueva la prohibicion apostólica de comer sangre. Establece tambien reglas para la confesion y cánones penitenciales: señala siete años de ayuno por el homicidio y por el adulterio, tres á pan y agua, y los cuatro restantes al arbitrio del confesor. Mas estas penitencias son conmutables y redimibles, y por lo menos los enfermos pueden trocar el ayuno por limosnas, con cuyo objeto regula cada dia de ayuno en un dinero, moneda de aquel tiempo, suficiente para sustentar á un pobre. Puede trocarse igualmente cada dia de ayuno por sesenta genuflexiones y otros tantos *Pater noster*, ó por cierto número de Salmos. Equivale una misa á doce dias de ayuno: los ricos podian disminuir el tiempo de la penitencia si ayunaban por ellos otros todos los dias á que ésta se estendia; pero debian dar limosnas considerables, y hacer muchas obras penosas que se les prescriben

(1) *Vit. Edg. num.* 38.

(1) *Tom. 9 Concilior. pag.* 688.

personal é indispensablemente. Cita otra especie de penitencia muy recomendada entonces, y que se llamaba penitencia profunda, acostumbrada por las personas legas, y que consistia en ir con los pies descalzos á una peregrinacion distante, presentándose en todos los lugares devotos sin entrar en las iglesias, no acostándose dos veces en un mismo sitio, ni durmiendo en blando lecho, privándose de los baños calientes, no cortándose el cabello ni las uñas, y no probando la carne ni ninguna bebida capaz de producir la embriaguez.

En el mismo reinado y con la autoridad del Papa y del rey, convocó San Dunstano un Concilio de toda la nacion (969), al que concurrió Edgar, pronunciando contra el libertinage del clero un discurso vehemente, en el que brillan algunas imágenes que nos admirarian si no conociésemos la horrible confusion de que apenas acababa de salir la Inglaterra despues de las incursiones y larga tiranía de los normandos. Reprende el rey no solo los vestidos indecentes de los clérigos, sus ademanes disolutos y sus conversaciones obscenas, sino que representa á muchos de estos miembros gangrenados del santuario como á hombres entregados á los últimos escesos de la intemperancia y de la impureza, de tal modo que sus casas pasaban plaza de lugares infames, ó á lo menos de punto de reunion de los charlatanes y bufones, donde gastaban las noches en juegos de suerte, en cantar y bailar con un estrépito que escandalizaba á todos. «Pero yo empuño el acero de Constantino, dice el rey á los obispos, y vosotros la espada de Pedro: hagamos uso de ellas al propio tiempo para limpiar la casa de Dios de todo aquello que la deshonra.» Y dirigiendo despues la palabra al santo arzobispo: «ahí teneis, le dice, á Ethelvoldo de Winchester y á Osualdo de Worchester, quienes os prestarán todo género de ausilios. En manos de vosotros tres deposito mi autoridad Real para que uniendo á ella la del sacerdocio espelais de las iglesias á los clérigos que las profanan con su vida impura, y pongais en su lugar eclesiásticos de buenas y ejemplares costumbres.» A vista de semejantes comisiones no debemos estrañar que los obispos de aquellos tiempos usasen de la potestad esterior, y aun de la aflictiva en ciertos casos. En este espidió San Dunstano un decreto, prescribiendo á todos los canónigos, presbíteros, diáconos y subdiáconos que ó guardasen continencia, ó dejasen su iglesia; y cometió su ejecucion á los dos obispos que el rey le habia designado: prelados dignos en efecto de serle asociados, y venerados con culto público despues de haber sido en compañía de Dunstano los restauradores de la vida regular en la iglesia de la Gran Bretaña.

San Ethelvoldo, natural de Winchester, recibió en esta misma ciudad juntamente con San Dunstano el sagrado órden del sacerdocio, de manos de su obispo Elfego, colocado tambien en el catálogo de los Santos (1). Retiróse despues á Glastemburi bajo la direccion de Dunstano, que le dió el hábito monástico; mas la fama de sus virtudes y de su ciencia, particularmente en la sagrada Escritura y en las observancias y prácticas regulares, llegó hasta la córte, y fué causa de que le diesen el monasterio de Abbendon, que estaba en la mayor decadencia. Habia ya restablecido en él toda la regularidad de los antiguos solitarios, cuando habiendo vacado el obispado de Winchester, el rey Edgar le encumbró á esta Silla para que estableciese la disciplina entre los clérigos, como lo verificara entre los monges. Principió Ethelvoldo por el clero de su iglesia á desempeñar la comision que habia recibido

(1) *Act. SS. Bened. saec. V. pag.* 609.

del Concilio y del rey. Mas eran tan viciosos, tan indóciles é insolentes los canónigos de esta catedral, que toda la autoridad del santo obispo Elfego no habia podido conseguir enfrenarlos. Despues de haberles dirigido Ethevoldo muchas advertencias infructuosas, hizo venir algunos monges de Abbedon, monasterio enteramente reformado, y único, á escepcion del de Glastemburi, en que se observaba una regularidad perfecta en Inglaterra.

Llegaron á principios de Cuaresma cuando se celebraban los Divinos Oficios. La corte y el obispo tenian ya tomadas de comun acuerdo las providencias que creyeron convenientes; y habiéndose presentado en la Iglesia en el mismo acto un ministro enviado por el rey, intimó á los canónigos que ó tomasen el hábito monástico ó cediesen el lugar á los monges. Aterrados con la sola idea de semejante mudanza salieron todos precipitadamente, y solo regresaron tres de ellos despues de algun tiempo, sujetándose á las observancias regulares. Este cabildo, convertido así en un establecimiento monástico, se llenó muy pronto de dignos varones, acudiendo en gran número las personas piadosas atraidas del buen ejemplo de los monges. Eran tan acreedores á esta humillacion los clérigos espulsos, que no podia esperarse la perdonasen fácilmente; y así se vengaron con toda la infamia que es natural á unos eclesiásticos disolutos y justamente deshonrados, envenenando á Ethelvoldo un dia que comió en la mesa de los huéspedes. Sintió el obispo el efecto del veneno, y creyendo inevitable su muerte se levantó de la mesa y corrió á recostarse en la cama. Recobrado de este primer susto, dijo dentro de sí mismo: «¿dónde está tu fé, Ethelvoldo? ¿No dijo Jesucristo que á los que creyesen no les harian ningun daño los venenos mas mortíferos?» Calmó al punto el dolor, siendo perfecta su curacion, y el Santo perdonó á los envenenadores.

Era San Osualdo sobrino de San Odon, quien le impuso en las letras y en la piedad: fué canónigo y despues dean de Winchester (1). Mas no produciendo ningun efecto los esfuerzos que hizo para corregir las costumbres licenciosas de los canónigos, se vió obligado á abandonar su dignidad y aun su propia patria, buscando un género de vida menos peligroso para su alma. Retiróse, pues, á Francia, donde tomó el hábito monástico en la abadía de Fleuri del Loira, reputada por los ingleses como la fuente mas pura de la perfeccion ascética. Despues regresó á Inglaterra en fuerza de las repetidas instancias de Odon, que se proponia hiciese participantes á sus compatriotas de los tesoros de gracia que habia corrido á grangearse á tanta distancia. Mas no tuvo el consuelo de volver á ver á su santo tio, cuya muerte supo al desembarcar en Douvres (961). Cumplidos los deberes que prescribe el parentesco, buscó la compañía de Osquetil, obispo de Dorchester, que era tambien deudo suyo y que fué trasladado al cabo de algunos años al arzobispado de York. San Dunstano que miraba de contínuo por los progresos de la Religion, dió entonces una idea del mérito de Osualdo al rey Edgar, quien le dió el obispado de Worchester. Estableció desde luego el nuevo obispo un monasterio de doce religiosos en Westburi, á fin de conservarse allí él mismo en espíritu de recogimiento, y despues fundó otro mas considerable en Remsei. Por comision del rey y del Concilio transformó en monasterios dentro de su diócesis siete iglesias en que habia unos clérigos de perversas costumbres: reformó tambien fuera de su diócesis las iglesias de Eli y de San Albano, y al fin espiró á 29 de febrero de 992, des-

(1) *Act. SS. Bened. sacc. V, pag.* 728.

pues de un santo y glorioso episcopado de de treinta años.

San Ethelvoldo de Winchester, su digno cooperador en el restablecimiento de la disciplina, habia muerto ocho años antes. Habiendo ido á Cantorberi con el obispo de Rochester, San Dunstano, de quien eran ambos discípulos, los recibió con un afecto estraordinario, y los detuvo cuanto le fué posible sin poder resolverse á dejarlos. Cuando llegó el caso de ausentarse, los acompañó hasta una distancia muy considerable; pero en el momento de la separacion principió á suspirar, á derramar copiosas lágrimas, y á sollozar de tal modo que no podia pronunciar una palabra. Los dos obispos enternecidos y maravillados, le preguntaron cuál era la causa de una tristeza tan grande. «¡Ay de mí! les dijo, vuestra muerte está muy cerca: ya no volveremos á vernos en este mundo.» En efecto, apenas llegó á su ciudad el obispo de Rochester, cuando le acometió una enfermedad violenta que en pocos dias le llevó al sepulcro. San Ethelvoldo enfermó antes de llegar á su casa, y murió á primero de agosto del año 984, en cuyo dia venera la Iglesia su memoria.

Trascurridos cuatro años, dia de la Ascension, 17 de mayo, observaron que el el santo arzobispo de Cantorberi esperimentaba una conmocion estraordinaria al celebrar la misa. Mas no obstante, predicó como lo tenia de costumbre despues de leido el Evangelio, y continuó la misa con gran serenidad hasta la comunion. Volvió entonces á predicar, y exhortó eficazmente á su pueblo al desprendimiento de todas las cosas terrenas. Dado el ósculo de paz, no pudo ya contenerse, suplicó á los concurrentes que no se olvidasen de él, y les afirmó que se acercaba el dia de su muerte. Levantóse una gritería confusa en todo el concurso al oir estas palabras; corrieron torrentes de lágrimas, y salió el prelado de en medio de aquel pueblo desconsolado. Despues de comer regresó á la iglesia á señalar el lugar de su sepulcro, y al punto se vió cercado de un inmenso gentío, al que exhortó á bendecir en todas las cosas la voluntad de Dios y á confiar en la divina misericordia. Todavia les estaba hablando cuando advirtió que sus fuerzas se disminuian considerablemente; y no obstante siguió todo este dia y el viernes inmediato consolando é instruyendo á los muchos fieles que corrian á todas horas á pedir su bendicion. El sábado mandó celebrar en su presencia los divinos misterios; recibió el Viático del cuerpo del Señor, y despues de unas acciones de gracias muy fervorosas, entregó su alma al Criador (988). El número de milagros obrados en su sepulcro fué tan grande por espacio de muchos años, que ocupan una parte considerable de su vida escrita en el siglo siguiente por el monge Osberno. Debió la Inglaterra á San Dunstano el restablecimienso de las ciencias ó de los estudios, como igualmente el de la disciplina, que es una consecuencia ordinaria de él (1).

Por este mismo tiempo, como ya ha debido notarse, otros prelados ilustres y piadosos protegidos eficazmente por el rey Oton, trabajaban tambien en Alemania y con los mismos felices resultados; además de los Santos Udalrico, Adalberto y Adaldago, citaremos al bienaventurado San Bruno, hermano de aquel príncipe. Dotado de tanto ardor como disposicion para las ciencias, ni el fausto ni la delicadeza de su noble alcurnia, ni la multitud de hombres frívolos de que estaba rodeado, fueron capaces de distraerle de su estudio. A la edad de cuatro años le enviaron á la escuela de Utrecht, donde el sábio obispo Baudri habia reuni-

(1) *Act. SS. Bened. saec. V, pag.* 334; Sur. *die* 11 *octobr.*

do escelentes maestros. Aprendió allí los primeros elementos de la gramática y recorrió despues todos los autores clásicos griegos y latinos. Brillaban su doctrina y su virtud en la córte del rey su hermano, donde llegaban sin cesar muchos hombres instruidos desde los lugares mas remotos de Grecia. Esplicábase Bruno en medio de estos hombres profundos con la modestia propia de un discípulo sobre los puntos mas difíciles de los historiadores, oradores, poetas, filósofos y escritores de todas facultades, y muchas veces el alumno servia de intérprete á los maestros. Como la córte no tenia residencia fija, llevaba el Santo consigo su biblioteca; no se distraia á pesar de esta agitacion contínua, y aun en los viages se ocupaba de mil modos. Con esta aplicacion y con un celo igual por el honor de las ciencias, restableció por último en la Germania el estudio, tan famoso en otro tiempo, de las siete artes liberales.

La piedad de Bruno y los ejercicios de su caridad no sufrian detrimento alguno por su aplicacion al estudio. Era tan exacta su asistencia á los divinos oficios, cuanto admirable su devocion mientras se celebraban. Acudian á él siempre los infelices, de cualquier clase que fuesen, y jamás mostraba el menor enfado por sus importunidades. Las irreverencias mas ligeras en las cosas pertenecientes al culto divino las calificaba de atentados que podian acarrear consecuencias muy funestas. Un dia que vió al príncipe Enrique su hermano conferenciando con Conrado, duque de Lorena, mientras se celebraba la misa, dijo que una amistad tan poco religiosa no podia menos de producir funestos resultados. Al contrario, bastaba amar á la Religion para conseguir su cariño; de modo que todos los obispos, los eclesiásticos ó las personas legas que por un impulso de piedad emprendian alguna cosa para el servicio de Dios, le contaban siempre por su protector y patrono.

Preparóse al gobierno episcopal con el mando de algunos monasterios, en los que dejó pruebas de su prudencia, aun en sus mas floridos años. A unos de grado y á otros por fuerza, los redujo á la mas exacta regularidad, al propio tiempo que valiéndose de la autoridad del rey les restituia sus antiguos privilegios, con la particularidad de que no tomaba de sus rentas para su propia persona ni para sus familiares sino lo que le presentaban voluntariamente los superiores inmediatos. Muerto Vicfrido, arzobispo de Colonia, en el año 953, reunió Bruno como de comun acuerdo todos los votos del clero, de la nobleza y del pueblo y segun la costumbre germánica fue elegido antes de dar sepultura á su precedesor. El brillo del nacimiento moderado por la humildad y la dulzura, su liberalidad igual á su reputacion, su modestia mucho mayor que su ciencia y talento, sus pocos años compensados ventajosamente con la madurez de su juicio y de sus costumbres, y un gran número de cualidades esteriores y personales le grangeaban la general estimacion. Temióse empero que la dignidad á que se le queria elevar no correspondiese á mérito tan distinguido. Enviaron al rey Othon cuatro diputados del clero de la catedral é igual número de señores para presentar la súplica, á la que suscribió con tanto agrado este príncipe religioso, que Bruno tomó al punto el camino de Colonia, donde le recibieron con un indecible regocijo, siendo consagrado sin perder un momento y colocado desde luego en su silla. Confirióle el rey al mismo tiempo el gobierno del reino de Lorena con el objeto de que tuviese mayor proporcion de hacer bien.

Othon I que mereció el renombre de Grande, y que en otras circunstancias mas favorables hubiera quizá renovado los dias gloriosos de Carlo-Magno, principiaba á

conceder á los prelados de los condados y ducados unos privilegios semejantes á los de los señores legos, para contrarestar el escesivo poderio de estos. Un príncipe tan ilustre por sus talentos políticos y militares fué el primer autor de la grandeza temporal del clero germánico, que la ignorancia ó mala fé de tantos declamadores representaba poco há como una usurpacion ignominiosa por parte de la Iglesia. Othon conocia del mismo modo que sus censores el peligro que habia en la multiplicacion de estos soberanos subalternos; pero habian llegado las cosas á un punto tan delicado, que era tan difícil remediar el mal como arriesgado el manifestar que se temia. Sin embargo, para evitar los abusos del nuevo poder á que elevaba á los obispos y abades, dispuso que no usasen de él, á no ser con la asistencia y direccion de ciertos ministros que les dió con el título de asesores, quienes dependian del rey y le estaban siempre subordinados. Si despues se libertaron de esta dependencia, debemos atribuirlo, no menos que en los señores legos, al tiempo, á las circunstancias, y algunas veces á las pasiones que la Iglesia ha condenado constantemente en las personas que están dedicadas á su servicio con mayor rigor que en los demas fieles.

Tambien Othon I libertó á la Italia de la anarquía y opresion que la destrozaban por espacio de cerca de un siglo, á causa de las facciones y celos de una multitud de tiranuelos; los unos, duques de Friuli ó de Spoleto: los otros, reyes de Arlés ó de una parte de Borgoña; y los últimos, simples marqueses de Ivrea en el Piamonte, todos se arrogaban y se usurpaban á la vez, con la preponderancia en Italia, el título augusto y estéril de emperador. Adelaida, viuda de Lotario, hijo de Hugo, rey de Provenza, é hija de Rodulfo II, rey de la Borgoña Transjurana, reunia en sí los derechos de estas dos casas al reino de Italia ó de Lombardía é imploró el auxilio de Othon contra las violencias de Berengario II, que descendiendo por las mugeres del emperador Berengario I, se habia elevado desde el rango de marqués de Ivrea al sólio de los reyes de Italia (1). Mas la presencia de Othon bastó para desvanecer esta faccion despreciable, y conseguido este golpe contrajo el mismo Othon segundas nupcias con Adelaida, por ser él tambien viudo. De este modo reunió la Lombardía á sus propios Estados, y así dió orígen á la dominacion de los alemanes en Italia, á fines del año 951. Dejóse vencer en el siguiente de las súplicas de Berengario, que corrió en su busca á Alemania, y le restituyó sus Estados con la condicion de que los tuviese en feudo de la corona de Germania y le tributase homenage. Pero el ambicioso y turbulento vasallo tornó muy pronto á tender nuevas redes, escitó sediciones por todas partes, y ejerció una tiranía tan general y tan insoportable, que casi todos los obispos y los condes de Italia, como tambien el Papa, escribieron á Othon ó le enviaron diputados para que los libertase cuanto antes de aquel azote. Lo hizo así, y despues de haber despojado de sus Estados á Berengario y á su hijo Adalberto, depuestos por órden suya en la dieta de Pavía, se dirigió á Roma, donde recibió la corona imperial de manos del Papa el dia 2 de febrero del año 962, segun ya hemos dicho mas arriba. De esta suerte pasó el imperio de Occidente á los príncipes de Germania, quienes le han conservado siempre desde aquella época.

En este año Juan XII, que todavía seguia ocupando la Cátedra de San Pedro, temiendo quizá que un emperador virtuoso tratase de enfrenar sus pasiones, ó mas bien por un efecto de su inconstancia natural,

(1) *Chron. Cassin. lib. 1, cap. 61.*

volvió á llamar á Adalberto, hijo de Berengario, no obstante de que antes habia contribuido á su espulsion, y asi violó la fé jurada solemnemente á Othon. No pudiendo persuadirse este príncipe religioso y moderado una ingratitud y perfidia tan grande, envió á Roma algunas personas para que averiguasen la verdad. «Los romanos, dice Luitprando (1), respondieron por todas partes: nada mas positivo que la rebelion del Papa Juan contra el emperador; mas si deseais saber la causa, buscadla en el odio de Satanás á su Criador. El emperador desea el bien del Estado y de la Iglesia; y el Papa se complace en producir en uno y otra todo género de turbulencias y escándalos.» Referia cada uno en prueba de ello algun pasage particular de la vida del Pontífice. Pero estas acusaciones, que ninguna prueba jurídica confirmó despues y que la malevolencia acreditó, tenian por base principal los pocos años de Juan XII y por consiguiente su ligereza. Othon, que no queria dejarse preocupar con las exageraciones de un pueblo descontento, se limitó á responder hablando del Papa: «Es todavía jóven, y podrá corregirse con los ejemplos y consejos de los hombres de bien.» Habiendo ido Othon á sitiar á Montefeltro, Juan XII le envió por diputados á Leon, protoscrinario de la Iglesia romana, y á Demetrio, primer grande de Roma, prometiendo corregirse, dice Luitprando, de las faltas que hubiera podido cometer por la ligereza de su juventud, y quejándose de que el emperador hacia se prestase juramento á sí mismo y no al Papa en las poblaciones que iba reduciendo á su obediencia. Leon y Demetrio volvieron á Roma, acompañados de los obispos de Munster y de Cremona, á quienes Othon habia encargado le justificasen y delegasen sus vasallos, que les seguian, para en caso necesario justificar su inocencia con el duelo. Pero ni por juramento, ni por duelo, fué admitida su justificacion; y el Papa, al mismo tiempo que enviaba á Othon nuevos diputados para tratar de un acomodamiento, avisó á Adalberto para que fuese á Civitavecchia y de allí á Roma, donde fué recibido con grandes honores. No bien hubo acabado Othon el sitio de Montefeltro, en que empleó todo el verano, marchó sobre Roma; pero al acercarse á ella, huyeron Juan y Adalberto con todo lo que consigo pudieron llevarse del tesoro de San Pedro.

Los enemigos de Juan XII pedian á Othon hiciera que el Papa no pudiera volver á Roma, y al mismo tiempo no osaban hablar en su favor sus partidarios, aunque eran adictos á su poder por odio á los alemanes, y á su persona porque era Papa legítimo, y aunque por otra parte no estaban en minoría. Los obispos que iban en la comitiva de Othon, los que se hallaban en las inmediaciones bajo su obediencia, el clero de Roma, la milicia y muchos otros seglares se reunieron el 6 de diciembre en la iglesia de San Pedro. Hallábase presente el príncipe en este conciliábulo; pero como los romanos no entendian la lengua sajona que hablaba Othon, llevó la palabra Luitprando en nombre del emperador. Al punto que guardaron todos silencio, dijo el príncipe: «Muy útil seria que el Papa Juan presidiese una asamblea tan venerable.» Interrumpiéronle entonces mil voces que decian: «¿Ignorais vos lo que es público en todo el orbe y hasta en lo mas remoto de las Indias? Tan grande es la publicidad de sus delitos como su descaro en cometerlos; y él mismo no practica diligencia alguna para ocultarlos.» — «Es pues necesario, contestó el emperador, proponer individualmente las acusaciones.»

Pedro, presbítero cardenal, se levantó y dijo, que el Papa Juan se burlaba de la

(1) Luitpr. *lib.* 6, *cap.* 6; *Suppl. Regin. ann.* 963.

Religion, y que él le habia visto celebrar el santo sacrificio de la misa sin comulgar. Juan, obispo de Narni, y Juan, cardenal diácono, declararon que habian presenciado cómo ordenó á un diácono en una caballeriza. Testificaron muchos clérigos y legos que no rezaba las horas canónicas, que no se persignaba, que habia ido públicamente á caza, y bebido vino por el amor del diablo, y que jugando á los dados habia invocado á Júpiter, á Venus y á los demas dioses del paganismo. Benito, cardenal diácono, leyó una acusacion en nombre de todos los presbíteros y de todos los diáconos, afirmando que el Papa vendia las consagraciones episcopales, y que habia consagrado para la Silla de Todi á un niño de diez años. Repitieron como un hecho indudable, ademas de los concubinatos, que habia mandado sacar los ojos á Benito, su padre espiritual, de cuyas resultas espiró al instante: que fué autor de la muerte de Juan, cardenal subdiácono, mutilándole vergonzosamente; que habia mandado hacer algunos incendios; y por último, que despreciando todo decoro y circunspeccion, habia aparecido en público vestido de cuantas armas puede llevar un guerrero.

Despues de tantas acusaciones dijo todavia el emperador: «acontece muchas veces, y lo sabemos por esperiencia, que las personas constituidas en dignidad son calumniadas por los envidiosos y murmuradores. Por tanto os ruego en nombre de Dios, á quien no podreis engañar, en nombre de su Santa Madre, y por el cuerpo de San Pedro, en cuya iglesia estamos, que no pronuncieis contra el Papa hecho ninguno de que no haya sido verdaderamente autor, y que no haya sido visto por testigos de toda escepcion.» Respondieron los obispos, el clero y el pueblo romano todos á una voz: «si el Papa Juan no es reo de todo lo que acaba de leer el diácono Benito, y de otros muchos delitos tan vergonzosos que no hay quien ose revelarlos, ¡ciérrenos el Príncipe de los Apóstoles la entrada en el cielo y pónganos Dios á la izquierda como objetos de anatema. Si no nos dais crédito, dadlo al menos á vuestro ejército que hace cinco dias le vió á la otra orilla del Tiber con espada, adarga, morrion y coraza; y á no haber sido por el rio le hubieran sorprendido en este traje.» El emperador convino en que habia tantos testigos de este hecho cuantos eran los soldados de su ejército.

Bien diferentes de los setenta y seis obispos que reunidos por Teodorico (502) rehusaron juzgar al Papa Símaco, contra el que se hacian tambien las mas graves acusaciones, y que si despues entendieron en ello fué á peticion formal de este Pontífice, el cual suplió asi el poder que ellos no tenian; estotros, indignados de que Juan XII hiciese causa comun con un príncipe aliado de los sarracenos, acordaron dirigir al Papa las citaciones canónicas. En una carta que no iba firmada por prelado alguno y que se creia escrita por Othon, se rogaba á Juan se presentase á justificarse ante la asamblea, en la que se le aseguraba que nada se haria sino conforme á los cánones. Pero Juan no ignoraba que Dios es, y no el rebaño, quien debe juzgar al Pastor; y como por otra parte penetraba los proyectos de la Asamblea, contestó á los obispos: «Hemos oido decir que tratais de poner otro Papa; pero tened entendido que si lo haceis os excomulgo de parte de Dios Omnipotente y os privo de toda potestad.»

En la segunda sesion, á la que concurrieron un obispo de Lorena y tres italianos que acababan de llegar, fueron de parecer estos últimos recien llegados de que los obispos escribiesen en su nombre al Papa, y entonces osaron decirle: «que su respuesta nada sólido contenia; que habria debido enviar diputados para alegar sus razones;

que si no venia al Concilio para justificarse, no se tendria consideracion á su autoridad; y que, á no mediar impedimentos y escusas legítimas, despreciarian su excomunion y la volverian contra él.» Pretension absurda, pues impondria al Soberano Pontífice, cualquiera que fuese, la necesidad de comparecer ante algunos obispos cuantas veces el espíritu de indocilidad ó el capricho de los príncipes los reuniese contra él. Y yendo todavia mas lejos, y dando por sentado que un ministro criminal no tenia ya jurisdiccion, añadian aquellos obispos: «Judas habia recibido con los demas Apóstoles el poder de atar y desatar; pero despues de su crímen no pudo atar sino á sí mismo.» De donde deducian que Juan XII, á causa de sus crímenes, admitidos como positivos, habia perdido la potestad de suspender á aquellos prelados; error no menos peligroso que absurda era la pretension que poco antes hemos condenado; porque las consecuencias de este error, que escluye de la Iglesia á todos los pecadores y que la supone formada de solos justos, tienden á hacerla invisible. Tal vez estas consecuencias, echadas poco antes en cara á los donatistas y que mas adelante veremos condenadas en los Valdenses, no las echaron de ver los individuos del conciliábulo, el cual, escitado ya contra el Pontífice, debia estar todavia mas incomodado por sus amenazas. Como quiera que sea, no se pudo hacer al Papa esta segunda monicion ni la tercera, porque se habia huido y nadie sabia su paradero.

Hecha relacion de todo esto en la tercera sesion, aquellos obispos, olvidándose de que su asamblea no pasaba de ser un Concilio particular, y que al fin y al cabo el gefe de la Iglesia no dependia de ellos de modo alguno; estimulados además por el emperador, el cual, sin embargo, no echando al Papa otra cosa en cara que el haberse aliado con su enemigo, daba bastante á entender con esto que no reputaba suficientemente probadas las demas imputaciones hechas contra Juan XII, espresáronse en los siguientes términos aquellos obispos: «A un mal tan estraño, es menester un remedio estraordinario. Si este Pontífice solamente se causase daño á sí mismo, se le deberia tolerar; pero es un mónstruo pernicioso que solo ocupa su dignidad para perdicion de las almas y oprobio de la Silla apostólica.» Y dirigiéndose despues al emperador le dicen: «Os rogamos que libreis de él á la Iglesia, y que contribuyais á la eleccion de un Pontífice capaz de remediar tan graves males.»—«Convenimos en ello con mucho gusto, dijo el príncipe, porque nada puede sernos mas grato que ver dignamente ocupada la Santa Sede.»—Todos al momento nombraron unánimemente á Leon, primer oficial de los que estaban encargados de la custodia de los archivos romanos; hombre de gran probidad, pero que sacado con tanta precipitacion de un ejercicio puramente lego, se encumbraba á la Santa Sede contra lo prevenido por los cánones. Por esta razon se han equivocado algunos modernos acerca de la verdadera causa de hallarle en el número de los antipapas, pues la verdadera y única causa era la nulidad de la deposicion de Juan XII, á quien se le sustituia contra lo prevenido en los cánones.

Elegido asi Leon en 22 de noviembre de 963, fué ordenado en el dia 6 de diciembre siguiente, y en menos de quince dias recibió todas las sagradas órdenes. Pero si alguna vez llegó á ser Papa legítimo, no fué hasta el mes de junio del año siguiente (964), en que el emperador se vió precisado á volver á Roma para hacerle reconocer de nuevo despues de la muerte de Juan XII, acaecida en 14 de mayo de 964, y despues de la dimision de Benedicto V, á quien los romanos habian elegido

canónicamente y hecho ordenar despues de la muerte del verdadero Papa. En efecto, no bien Othon habia vuelto á sus Estados, cuando los romanos, libres de la influencia estrangera y disgustados de lo que habia ocurrido, tomaron las armas contra el emperador; Juan XII, recibido con generales aclamaciones, habia juntado un concilio en el que se anuló todo lo que contra él se habia hecho; pero muy luego dió con él en el sepulcro una enfermedad que le duró ocho dias. Entretanto el prefecto de Roma, los tribunos y el Senado quisieron poner de nuevo en vigor las antiguas leyes, y por eso Othon volvió á Roma, la sitió é hizo mutilar á todos los que intentaron escaparse de la ciudad. El valor de los romanos hubiera resistido á sus esfuerzos, si una hambre horrible no los hubiera precisado á la sumision. Dueño ya de la ciudad Othon, reunió de nuevo los obispos que iban en su comitiva y los que se hallaban en las inmediaciones de Roma; Benedicto V, que acababa de ser ordenado, fué llevado ante estos obispos, presididos por Leon y se arrojó á sus pies, dice el anónimo y sospechoso continuador de Luitprando, reconociéndose culpable de haber usurpado la Santa Sede. Quitósele su palio, Leon rompió la férula ó baston pastoral que Benito llevaba en la mano, le quitó la casulla y estola, diciendo á la asamblea que le degradaba del honor del Pontificado y del sacerdocio, pero que le dejaba el órden del diaconado por consideracion al emperador y con la condicion de que no habia de vivir en Roma. Fué pues llevado prisionero á Alemania el sabio y virtuoso Benedicto. El emperador, que le habia visto lo bastante para apreciar su mérito, estaba á punto de restituirle á los romanos cuando supo que este legítimo Pontífice habia muerto en Hamburgo á 5 de julio del año 965, esto es, tres ó cuatro meses despues de la muerte de Leon que comunmente se pone acaecida el 17 de marzo de este mismo año. Entonces fué elegido con el nombre de Juan XIII el obispo de Narni, el cual fué entronizado el primer dia de octubre de este mismo año, en presencia de los obispos de Spira y de Verona, nombrados por el emperador para concurrir á la eleccion y confirmarla.

En una de estas dos asambleas arriba indicadas, fué donde Othon hizo dar, dicen los jurisconsultos alemanes, una especie de constitucion en la que Leon VIII, con todo el clero y pueblo de Roma, habia concedido y confirmado para Othon y sus sucesores el derecho de establecer el Papa, asi como todos los arzobispos y obispos de sus Estados; el de nombrarse el sucesor que él quisiere para el reino de Italia (lo cual pareceria probar, dice Feller, que en este conflicto de pretensiones los emperadores se reputaban como dependientes de Roma al mismo tiempo que querian ser sus señores). Y todo esto habria sido concedido de tal suerte que no se pudiese elegir ni patricio, ni Papa, ni obispo, sin el consentimiento del emperador, sopena de excomunion, de destierro perpétuo y de muerte. Si este decreto fuera auténtico, no tendria ningun valor, como emanado de un antipapa y aun arrancado con violencia. Pero este supuesto decreto está tan lejos de presentar un caracter de autenticidad que no se ha tenido noticia de él, y por consiguiente no fué conocido, hasta el tiempo de Tierri de Niem, á principios del siglo XV; es decir, en aquellas lamentables circunstancias del gran cisma de Occidente que favorecieron su fabricacion. En cuanto á la calificacion de antipapa que hemos dado á Leon y que generalmente se le da, haremos observar que de ella le exime Fleury, el cual, dando al reinado de Leon una duracion de un año y cuatro meses, en vez de solos diez meses, le considera como Papa legítimo en vida de Juan XII y de Be-

nedicto V; de donde se sigue que este autor atribuye simultáneamente tres gefes á la Iglesia, ó que reconoce en Othon el derecho de hacer deponer por algunos obispos de sus Estados á un Papa legítimo.

Al partir para Italia el rey Othon habia dejado sus Estados de Alemania, y su hijo, llamado tambien Othon, bajo la direccion de su hermano Bruno, arzobispo de Colonia y al mismo tiempo, como ya dijimos, duque ó gobernador de Lorena. Unos cargos tan distintos y por lo comun tan incompatibles no lo fueron para el santo prelado. No lograron distraerle de los egercicios de la Religion y ni aun del estudio, los cuidados del gobierno, cuyo encargo desempeñó á satisfaccion del príncipe y de los vasallos; antes bien con sus ejemplos y persuasiones inspiraba el amor á las ciencias á cuantos andaban á su lado. El objeto de su mayor atencion fué formar obispos ilustrados y virtuosos en la parte occidental del reino de Lorena, en donde el clero habia caido en gran relajacion. No obstante, parecia que todos sus deseos tendian al único fin de la felicidad de la vida futura, por la que suspiraba con frecuencia en el discurso de la noche. Condenado á vivir en medio del fausto, y á tomar parte en las frívolas diversiones de la córte, lloraba en el fondo de su corazon por la sujecion á que estaba reducido. Apenas probaba nada en los mayores convites, y sin embargo mostraba tanto regocijo como otro cualquiera. En medio de sus criados y de sus vasallos cubiertos de púrpura y de oro, solo se le distinguia por la dignidad que resplandecia en sus acciones, y por la noble sencillez que eclipsaba todas las pompas de la vanidad mundana.

Luego que regresó de Italia el emperador su hermano, corrió á Colonia á manifestarle lo muy satisfecho que estaba del modo con que se habia portado durante su ausencia. Celebraron juntos la fiesta de Pentecostés, tributando gracias al Señor con muestras estraordinarias de piedad y de ternura. Al separarse parecia que habia tomado incremento su afecto recíproco como por un presentimiento secreto de que no volverian á verse, y se abrazaron vertiendo uno y otro copiosas lágrimas. En efecto, habiendo ido á Francia el santo arzobispo, con miras muy superiores á las de la política, para reconciliar á sus príncipes, á quienes no miraba como rivales sino como hermanos, cayó peligrosamente enfermo en Compiegne. Mandó le llevasen á Reims, á cuyo arzobispo Odalrico apreciaba mucho por sus virtudes. Sabiendo que estaba cerca su última hora, aunque contaba solo cuarenta años, se confesó, pidió el Sacramento del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor, y le recibió postrado en tierra con unos sentimientos de humildad y compuncion que arrancaron las lágrimas á una multitud de obispos y de caballeros que se hallaban allí, atraidos de la fama de su virtud aun mas que de la nobleza de su sangre. Así pues espiró Bruno, con general sentimiento, el dia 11 de octubre del año 965, duodécimo de su episcopado (1). Las reliquias de un pastor tan querido fueron trasladadas á Colonia y depositadas en el monasterio de San Pantaleon, que él mismo habia fundado.

Odalrico de Reims, á quien San Bruno mostró mucho aprecio en unos momentos en que no son engañosas las demostraciones, habia sido colocado en aquella Silla para remediar las funestas consecuencias de un cisma que habia afligido durante mucho tiempo á aquella iglesia. Herberto, conde de Vermandois, en el año 925 habia elevado á ella á su hijo menor llamado Hugo, que contaba á lo sumo cinco años. Encumbrado este niño á la dignidad de obispo contra todos los principios del derecho y

(1) Sigeb. *Chron. ann.* 965.

de la razon, y defendido por un padre inquieto y poderoso que se hacia temer de los mismos reyes, habia sido confirmado por el Papa Juan X, ya porque se le hubiese sorprendido con artificios, ó ya porque con eso creyera restablecer la paz. No pudiendo lisongearse de conseguir el desistimiento de un conde mas poderoso que el rey de Francia, á quien Herberto no tardó en tener prisionero, y obrando como si la Silla de Reims estuviese vacante, encargó Juan al obispo de Soissons la administracion de esta iglesia. Pero Herberto, sin guardar consideracion alguna á tamaña condescendencia, y no cuidando por otra parte mas que de lo temporal, encargó el cuidado espiritual á Odalrico que habia sido espulsado de la Silla de Acqs por los húngaros y que se habia refugiado en los dominios de Herberto. Al sétimo año de esta invasion fué elegido otro arzobispo, á saber, Artaldo, monge de la abadía de San Remigio; pero tres Concilios celebrados en Mouson, Verdun é Ingelheim cerca de Maguncia, y confirmados por la Santa Sede, apenas si pudieron conseguir fuese desposeido Hugo, que habia sobrevivido á Artaldo. La contienda de la iglesia de Reims, cuya Silla era aun menos importante por sus grandes posesiones que por su situacion en las fronteras de los reinos de Francia y de Germania, dividió los ánimos de los príncipes que con sus facciones contrarias conmovian y trastornaban todo el imperio francés.

Próxima estaba á su total ruina la casa de Carlo-Magno. Cárlos el Simple, que descendia de ella, habia visto ya subir sucesivamente al trono de sus antepasados tres príncipes de otra sangre, Eudon y Roberto, ambos hijos de Roberto el Fuerte, duque de Francia, y Raulo de Borgoña, yerno del rey Roberto. Mas su familia contaba un émulo mucho mas temible, aunque mas prudente y moderado en Hugo el Grande, hijo y sucesor de Roberto en el ducado de Francia, quien habia decidido la suerte de la batalla de Soissons, en la que murió el rey su padre á manos de Cárlos el Simple, convirtiendo el triunfo de este vencedor inhábil en una fuga vergonzosa, y aunque hubiera podido coronarse entonces, no queria una elevacion que no habia de ser durable. Parecióle, pues, que no habia llegado aun la época de dar fin á esta grande obra, y cedió á su cuñado Raulo un reinado que debia finarse muy pronto. Muerto Raulo en el año 936, Luis el ultramarino, llamado así porque la Inglaterra habia sido su asilo en la infancia, volvió á subir en el mismo año al trono de Cárlos su padre, que habia muerto en 929 en la prision en que le sumió el conde de Vermandois. Cedió tambien Hugo el Grande á las circunstancias, y reconoció por rey á Luis, practicando despues lo mismo con su hijo Lotario que fué coronado en Reims el dia 12 de noviembre del año 954.

Florecia entonces San Mayeul ó Mayol de Cluny, uno de los principales ornamentos de la iglesia de Francia (1). A pesar de su inclinacion á una santa oscuridad, y de su estraordinaria aversion á todas las grandezas mundanas, era de la mas distinguida nobleza, siendo su padre tan poderoso en el pais de Aviñon, que dió veinte posesiones al monasterio de Cluny. Murieron los padres de Mayeul cuando era todavia muy jóven, y se retiró á Macon á casa de un caballero pariente suyo, desde donde pasó á Lyon á estudiar en el monasterio de Isle-Barbe, que era entonces la escuela mas célebre de todos aquellos paises. Allí hizo tan grandes progresos asi en las costumbres como en la doctrina, y adquirió tanta reputacion, que por unánime consentimiento del príncipe, del clero y del pueblo, fué

(1) *Elog. sacc. V. Act. Bened. pag.* 322; Bolland. *die* 11 *Maji.*

elegido obispo de Besanzon, no siendo todavia mas que diácono. Pero como lo que deseaba era huir del mundo y de los honores, rehusó aquella dignidad con una constancia invencible. Todo su placer era visitar con frecuencia á los piadosos solitarios que habia en aquellos contornos, cuyo instituto abrazó por último. Despues de seis años de profesion fué nombrado coadjutor del abad Aimardo (949), quien temiendo que su avanzada edad y sus enfermedades diesen márgen á la relajacion de la observancia, acordó compartir con él su título y funciones de comun acuerdo de todos los hermanos. Y á fin de que el humilde Mayeul no pudiese eximirse de esta obligacion, se autorizó Aimardo con el voto del obispo diocesano y con el de otros muchos prelados. Ignoramos cuánto tiempo vivió despues de su abdicacion San Aimardo, á quien se da esta calificacion en muchos martirologios; pero San Mayeul fué abad por mas de cuarenta años. Este largo gobierno, no menos sabio que santo, contribuyó en gran manera á dar á su órden el alto grado de aprecio en que se mantuvo aun mucho tiempo despues de sus dias.

Unia Mayeul á la piedad el amor y la aplicacion á las ciencias. Agradábale tanto la lectura, que aun viajando á caballo solia llevar un libro en la mano. Se instruyó principalmente en las leyes y cánones y en la disciplina monástica. Añadia á la doctrina una gran facilidad en esplicarse, y una amenidad que hacía amable su virtud á todos los que le escuchaban. Consistia su mayor cuidado en conservar entre sus religiosos la pureza que se manifestaba en su persona por su candor y por la modestia y sencillez en todos sus modales. Movidos de sus sólidas exhortaciones muchos caballeros de todos paises, profesaron la vida monástica bajo su direccion, y esto aumentó á un mismo tiempo el esplendor religioso y los bienes temporales de la órden.

No tardó en estenderse mas allá de los confines de Francia la reputacion de Cluny y de su santo abad. Heldrico, que por abrazar esta vida religiosa habia abandonado su muger, sus grandes riquezas y un puesto de los mas distinguidos entre los señores de Italia, proporcionó al emperador Othon el conocimiento particular de Mayeul. Este príncipe, á quien malos consejos estraviaron en el asunto del antipapa Leon VIII, pero que no dejaba de mostrarse tan solícito del bien de la Religion y aun de la regularidad monástica como de el del Estado, llamó cerca de sí al santo abad, resuelto á darle el gobierno de todos los monasterios de sus dominios, así en Italia como en Germania. Mayeul principió por la reforma del monasterio de Classe cerca de Rávena, y á instancia de la emperatriz Santa Adelaida restableció la famosa abadía del Cielo de Oro, fundada en las cercanías de Pavía por el rey Luitprando. Eran tan grandes el respeto y veneracion con que miraba al siervo de Dios esta piadosa princesa, que hubiera querido servirle aun en aquellos ministerios en que con dificultad se emplean las personas de la clase mas humilde. Mostrábanle igual respeto y cariño todos los señores de la corte. En cuanto al emperador, parece que en solo él habia puesto toda su confianza; por lo menos los que ansiaban conseguir alguna gracia del príncipe, no podian valerse de mejor mediacion que de la de Mayeul.

Al repasar los Alpes (969) cayó Mayeul en poder de los sarracenos, que habian hecho su plaza de armas de la fortaleza de Fressinet (entre Tolon y Frejus), desde donde infestaban los paises de Francia y de Italia con sus violencias y latrocinios. Quedaron cautivas en su compañía una multitud de personas de distintos puntos, que habian buscado su seguridad en ir en com-

pañía de un hombre tan santo. Y esto, aun mas que su interés personal, fué lo que le movió á tratar de su rescate por parte de Cluny, á donde dió aviso de su cautiverio. Esta noticia llenó de consternacion, no solo á sus religiosos, que le querian como á tierno padre, sino tambien á cuantos hombres honrados habia en aquellas inmediaciones. Contribuyeron todos generosamente, y con estos donativos y la plata del monasterio reunieron la suma que habian fijado los bárbaros en mil libras de plata, para que tocase una libra á cada uno de los que contribuyeron á la prision de los viajeros. Entretanto la santidad de Mayeul le habia hecho casi tan respetable á aquellos infieles como lo era ya entre los cristianos. En el primer ímpetu de su celo furioso que el Santo habia querido corregir é ilustrar, le cargaron de cadenas; pero encontrándole de allí á breve rato enteramente libre de los hierros en medio del calabozo en que le habian sumido, trocóse todo su resentimiento en un respeto religioso. Hollando uno de ellos la Biblia que Mayeul llevaba siempre consigo, los otros le reprendieron con indignacion. Riñó este sarraceno en el mismo dia con otros musulmanes, y le cortaron el pie con que habia pisado la sagrada Escritura. Despues del rescate de San Mayeul fueron arrojados todos los sarracenos de la fortaleza de Fressinet (973), y reputaron este acontecimiento como un castigo del insulto hecho al siervo de Dios.

Sin embargo del estado de decadencia á que habia llegado la Iglesia de Oriente ó de Grecia, tenia aun algunos modelos capaces de resucitar el fervor primitivo, ó á lo menos de conservar su memoria. Causaba entonces admiracion, entre otros, el solitario San Lucas, llamado el Mozo para diferenciarle de otro Santo del mismo nombre que en el siglo precedente habia sido abad cerca del monte Etna en Sicilia (1). Acostumbróse Lucas el Mozo desde la infancia á no comer carne, huevos ni lacticinios, á no alimentarse mas que de pan de cebada y á beber solamente agua. Desde la misma edad se mostró tan compasivo con los pobres como rígido consigo mismo, dándoles mas de una vez sus vestidos y regresando casi desnudo á la casa paterna (2). Entró á vivir como religioso en un monasterio de Atenas en los primeros años de su adolescencia, y á los diez y ocho tomó el hábito monástico en el monte de San Joannicio, en donde aumentó sus ejercicios de penitencia y de piedad, recibiendo el don de hacer milagros y el conocimiento de las cosas futuras y mas ocultas.

Un dia dijo á algunos hermanos que estaban con él: «Va á venir un hombre que trae una carga pesada y necesita de alivio.» Llegó poco despues un hombre solo que no llevaba nada, y preguntó por Lucas, diciendo que tenia necesidad de que le socorriese. Aparentando el Santo una dureza que no le era natural, le hizo esperar siete dias sin querer hablarle. Luego que se presentó á él, despues de esta primera prueba, le dijo: «¿cómo osas venir aquí cargado de tan enormes delitos? ¿Qué es lo que buscas entre nosotros? Tú no tienes necesidad de hombres ignorantes y sin autoridad, sino de los pastores de la Iglesia. Sin embargo, confiesa el homicidio que has cometido para prepararte á obtener el perdon.» Admiróse el homicida al ver leidos sus secretos de un modo tan milagroso, y dijo temblando: «Varon de Dios, yo te confesaré lo que ya sabes, aunque lo he ejecutado en secreto.» Declaró al punto todas las circunstancias de su delito, se hincó de rodillas á los

(1) Bolland. *die 7 febr.*
(2) Combef. *auct. tom. 2, pag. 969.*

pies del Santo, y le rogó que se compadeciese de su alma. Levantóle Lucas con gran caridad, le dió los consejos convenientes, y le prescribió, entre otras cosas, que hiciese celebrar por el difunto el oficio del dia tercero, noveno y cuadragésimo. Sobre todo le encargó que llorase amargamente su pecado durante toda su vida. Observamos aquí la especie de confesion que acostumbraban hacer algunas veces los pecadores con monges que no eran sacerdotes, y que las penitencias que estos legos imponian no eran mas que un preparativo para la absolucion sacramental.

Lucas demostraba en todas ocasiones el respeto mas profundo y la mas religiosa docilidad á los obispos, á quienes miraba como príncipes de la Iglesia é interpretes del Señor respecto de los fieles. Al pasar el arzobispo de Corinto por cerca del monte de San Joannicio, buscó el santo solitario las mejores yerbas de su jardin, y corrió á presentarle este corto obsequio, el único que le permitia su respetable pobreza. El prelado enternecido, mandó que le diesen una porcion de monedas de oro, pero el Santo se negó á admitirlas, y dijo: «Señor, el oro me es inútil: de lo que tengo gran necesidad es de la oracion y de instrucciones.» No obstante, observando que el obispo sentia esa negativa, tomó una moneda, y luego le rogó que añadiese á aquella liberalidad temporal los tesoros inestimables de la palabra de la salvacion. «Señor, le dijo, ¿cómo hemos de participar nosotros de los misterios sagrados del Cordero sin mancha, cuando nos vemos reducidos por nuestros pecados á vivir sin sacerdotes en los desiertos y en los montes?» A lo que respondió el arzobispo: «es necesario que no omitais diligencia alguna para tener un sacerdote. Cuando esto sea del todo imposible, colocad en el altar el vaso de los presantificados si hay oratorio, ó en un banco muy limpio si no hay mas que la celda. Desplegad despues los corporales y poned en ellos las partículas; quemad incienso, y cantad luego los salmos convenientes ó el trisagio con el símbolo de la fé. Despues de hechas tres genuflexiones, plegad las manos é inclinaos para tomar con la boca el cuerpo de Jesucristo, diciendo *Amen*. En lugar de la preciosa Sangre, bebed vino en una copa que solo sirva para este uso. Guardad con los corporales el residuo de las partículas en el vaso sagrado, y tened mucho cuidado de que no caiga en el suelo el menor fragmento de ellas.» De este modo en los casos mas estraordinarios se trataba á la sagrada Eucaristía con un respeto singular, y á los anacoretas mas solitarios no se les escluía nunca de la participacion del Sagrado Cuerpo de Jesucristo ni aun de su frecuentacion. Vióse obligado San Lucas á mudar muchas veces de residencia á causa de las incursiones de los bárbaros; mas por último se estableció y murió (946), en la Atica, en un lugar llamado Soterion. Convirtióse su celda en un oratorio, en el que se obraron tantos milagros que la iglesia griega colocó á este varon religioso en el número de los Santos.

Las virtudes de San Pablo de Latra no ilustraron menos la parte de Asia dependiente de Constantinopla. Tenia Pablo un hermano llamado Basilio, que huyó al monte Olimpo porque sus padres querian casarle, y abrazó la vida monástica en la laura de San Elías. Mas importunándole tambien allí sus parientes y amigos, se retiró mas adentro cerca del monte de Latra, á donde llamó á su hermano Pablo, que le debió sus primeros progresos en la carrera de la perfeccion. Pedro, amigo de Basilio y abad del monasterio de Carya cerca de Latra, tuvo mucho gusto en cultivar las escelentes disposiciones del jóven Pablo. Mas no tardó en observar que esta alma privilegiada tenia menos necesidad de espuela que de freno en

un camino en que los principios, tan espinosos para otros muchos, parecian demasiado suaves á este prosélito fervoroso. Declaró desde luego una guerra á muerte á las inclinaciones menos peligrosas, hasta empeñarse absolutamente en vencer el sueño. No se acostaba para dormir, y solo descansaba algunos instantes apoyado en un árbol ó en la punta de una peña. No hablaba palabra alguna inútil, y era tal su recogimiento en medio de los varios ejercicios de la cocina á que le destinaron, que en vez de distraerle los objetos que tenia á la vista, solo servian para recordarle las verdades eternas. El fuego material le representaba con tanta viveza el del infierno, que le observaron muchas veces anegado en lágrimas y gimiendo amargamente por la ciega temeridad de los pecadores. Pidió con muchas instancias á su abad que le concediese permiso para retirarse al desierto y vivir en un perfecto olvido de todas las cosas de este mundo; pero mientras vivió el abad Pedro no se lo consintió á causa de sus pocos años.

Comunicando Pablo su pensamiento á su amigo Demetrio despues de la muerte del abad, se retiraron juntos á la cima del monte de Latra, en el que habia una gruta llamada de la Madre de Dios. Receloso Demetrio de que no pudiesen subsistir en ella, propuso que convendria acercarse á la laura de los Celibares, situada en el mismo pais. «No, dijo Pablo: es necesario permanecer aquí.» — «¿Y con qué nos hemos de sustentar,» replicó Demetrio? — «Con el fruto de esos árboles,» respondió Pablo, señalando unas encinas cargadas de bellotas. Despues de haber permanecido ocho dias sin comer, probaron este alimento, que les causó unos vómitos terribles; y como Demetrio se quejase de ello, le dijo Pablo riéndose: «Con eso estaremos mas sanos y robustos, pues nos hemos purificado de los malos humores.»

Demetrio, á quien el espíritu de Dios no llamaba á una austeridad tan grande, se acercó á la laura y se puso bajo la direccion de un anacoreta muy anciano y de mucha virtud. Le refirió lo que le habia sucedido con Pablo, y cuánto sentimiento le causaba haberle dejado sin auxilio. «No te aflijas, hijo mio, le respondió el santo anacoreta: nosotros partiremos con él los alimentos que el Señor se digne suministrarnos.» No tardó Demetrio un momento en ir á dar cuenta á Pablo, quien le dijo derramando lágrimas de gratitud: «ya ves, hermano mio, como no abandona Dios á los que se entregan en sus manos.» Mas adelante fué Pablo á buscar á un santo abad llamado Atanasio, el cual despues de haber gobernado un monasterio, vivia como anacoreta cerca de la laura del Salvador, situada en el mismo monte. Rogóle Pablo que mandase edificar una columna cerca de la laura; pero Atanasio le señaló una roca escarpada que formaba una columna natural, coronada de una gruta como si fuese su capitel, la cual habia servido de asilo á un santo solitario durante la persecucion de los iconoclastas. Vivió en ella Pablo doce años sin tener mas muebles ni utensilios que una lámpara con un poco de aceite y un pedernal. Consistia su alimento en algunos pedazos de pan que le llevaba un aldeano de aquellos contornos. Bebia el agua de una fuente que él mismo hizo brotar de su roca, y que en lo futuro siguió siempre manando. Mas con el objeto de que no careciese del divino alimento de nuestras almas, le enviaba de cuando en cuando el abad Atanasio un sacerdote que subia con el auxilio de una escalera de mano, y celebraba el santo sacrificio (1).

Esta vida tan prodigiosa escitó la admiracion y la emulacion de un gran número

(1) *Ms. Biblioth. Reg. fol.* 204. *num.* 2450.

de personas. Estableciéronse unas en las cavernas inmediatas, otras construyeron chozas; levantaron un oratorio con la advocacion de San Miguel, y poco á poco se fué formando una comunidad numerosa. Pablo, que cuidaba tan poco de su subsistencia, atendió con particular esmero á la de sus discípulos para cerrarles toda puerta á la inconstancia. Consistian todas sus delicias en la oracion y en el recogimiento, de suerte que se le veia alegre ó triste, segun la precision que tenia de hablar, ó la libertad que disfrutaba de tratar solo con Dios. Necesitó advertir esta circunstancia para edificacion de sus hermanos, que estaban absortos al observar una mudanza tan notable en su genio. Importunándole en estremo las visitas de sus discípulos y de otras muchas personas que iban sin cesar á su gruta, se retiró en secreto al sitio mas desierto del monte, espuesto á la inclemencia del aire y sin mas compañía que la de las alimañas. Halláronle por último, logrando de él que pasase alguna vez á la laura con el pretesto de la urgente necesidad de instruir y animar á los hermanos. Esto le obligó á tomar la resolucion de trasladarse á la isla de Samos; pero allí le siguió tambien su celebridad. Restableció en poco tiempo las tres lauras de aquella isla, arruinadas por los sarracenos. Insistiendo sin embargo en buscarle por todas partes los solitarios de Latra, y habiendo tenido la dicha de encontrarle le obligaron á regresar con ellos; porque del mismo modo que estaba siempre pronto á seguir las impresiones del espíritu de Dios, temia tambien confundirlas con sus propios gustos y con su satisfaccion personal.

A pesar de su inclinacion al retiro y á la abstinencia solia celebrar algunos banquetes en las fiestas mas solemnes, convidando á muchísima gente. Cierto domingo de la octava de Pascua, destinado á uno de estos banquetes de caridad, se hallaba falto de todo género de provisiones el despensero de la comunidad y corrió apresurado á participarlo al Santo con una inquietud muy grande. Reprendióle Pablo su poca fé, y al momento llegaron unos machos cargados de pan blanco, vino, queso, huevos y todo género de frutas que enviaban los vecinos caritativos. Tales eran los manjares que aquellos verdaderos solitarios miraban como delicados y los reservaban para sus banquetes. Pero aun de esto se privaban á sí mismos por distribuirlo á sus huéspedes y á los pobres; y en especial su santo prelado tenia tal inclinacion á hacer limosna, que daba hasta su pan y sus vestidos. Un dia que no tenia nada que dar, quiso venderse como esclavo á fin de socorrer á unos desgraciados á costa de su propia libertad.

Estendióse hasta Constantinopla y Roma la reputacion de tan acendrada virtud. El Papa dispuso que se examinase su modo de vivir y le hiciesen relacion de él. Pedro, rey de los búlgaros, le escribió muchas veces para encomendarse á sus oraciones. Consultóle el emperador Constantino Porfirogénito acerca de varias espediciones de grande importancia, cuyo éxito no dejó de dar causa al arrepentimiento, cuando no se conformó la política con los dictámenes del siervo de Dios. Empleó Pablo eficazmente su valimiento con este príncipe para hacer espulsar de Mileto y de sus cercanías á los peligrosos maniqueos, y espiró en la laura de Latra á 15 de diciembre del año 956, en cuyo dia honra la iglesia griega su memoria. Exhortó á sus monges hasta el último aliento, sin querer nunca nombrar sucesor por mas instancias que le hicieron para ello; pues queria que su libertad en la eleccion de superior fuese tan grande como la perfeccion que habia exigido siempre de ellos en su obediencia.

Fueron tantos y tan singulares los milagros obrados en su sepulcro poco despues

de su muerte, que los solitarios se quejaron sériamente al mismo Santo, porque eran un motivo de distraccion que los privaría del fruto y de las santas dulzuras de su retiro. Un dia en que la curacion de un energúmeno habia causado mucho tumulto en la iglesia, se acercó al sepulcro del Santo uno de los ancianos de la comunidad, llamado Simeon, y le dijo como si estuviera vivo: «¿es esto lo que nos habeis recomendado sobre huir del mundo y de su estrépito? ¿No veis que nos preparais infinitas inquietudes? No tardará este lugar en verse lleno de mugeres y niños, igualmente que de hombres de todas clases. Y entonces, ¿qué será del recogimiento y de la regularidad? Decidnos desde ahora si estais en ánimo de continuar estos milagros, porque en tal caso os bajaremos del monte, y os dejaremos hacer en el llano cuanto os plazca.» Esta queja singular y respetable por su sencillez, produjo el efecto que se deseaba, pues desde aquel punto no volvió el santo á curar en público á ningun endemoniado, aunque obró otros muchos milagros como los habia hecho durante su vida.

Habia profesado siempre una devocion muy particular á la imágen de Jesucristo, impresa milagrosamente, segun lo creian todos, en obsequio de Abgaro ó Abagaro, rey ó señor de Edesa, en un lienzo con que el Salvador se limpió el rostro. Mandó Pablo aplicar al sudario de Edesa un lienzo del mismo tamaño, y aseguran que al desplegarle vió en él una imágen semejante al original. Llamaba entonces la atencion universal en todo el Oriente este divino monumento, y con especialidad en Constantinopla, adonde habia sido trasladado poco antes por la solicitud del emperador Romano-Lecapeno, que le compró por doscientos sarracenos y doce mil piezas de plata. El historiador Evagrio (1), que escribia en el siglo quinto, es el primer autor antiguo que habla de él, y le atribuye la libertad de Edesa, cuando en su tiempo sitió esta ciudad el ejército de Cosroas, rey de Persia. La historia oriental habla de su traslacion (1), y leemos toda la série de este prodigio en un discurso atribuido al emperador Constantino Porfirogénito (2), que, además de los milagros obrados en los primeros tiempos con ocasion de esta imágen, cuenta una multitud de portentos acaecidos en su traslacion mientras duró el viage desde Edesa á Constantinopla. El dia 15 de agosto del año 944 llegó á esta última ciudad, y fué colocada al principio en la iglesia de nuestra Señora de Blanquernas, donde celebraba el emperador la fiesta de la Asuncion. El dia siguiente fué trasladada á la iglesia mayor, esto es, á Santa Sofia, para darla un culto mas brillante. Colocáronla por último en la iglesia del Faro, que era la capilla principal de palacio. Celebra la iglesia griega la fiesta de esta traslacion en el dia mismo de su primera celebracion en Constantinopla, á saber, el 16 del mes de agosto.

El emperador Constantino escitó á Simeon ó Simon Matafraste á que secundase el celo que le movia á manifestar las maravillas que obra Dios en favor de su Iglesia por el ministerio de sus Santos (3). Simeon habia nacido (882) de una familia poderosa, y dotado de un genio feliz, educado con esmero, empleado en las negociaciones mas importantes, y encumbrado á las primeras dignidades del imperio, poseia todos los talentos y cualidades necesarias para hacer no menos sólida que interesante la coleccion de las Vidas de Santos que se propuso escribir.

(1) Evagr. *lib. 4 hist., cap.* 27.

(1) Elmat. *pag* 213.
(2) Combef. 16 *Aug.*
(3) *Psell. ep. Allat. de Sim*; Bolland. *Praef. gen. t.* 1, *cap.* 1 *etc.*

Reunió á este fin una multitud de libros, memorias y documentos originales. Pero además del gusto de su siglo, que ciertamente no era el de la verdad sencilla y desnuda, era Metafraste muy inclinado á lo maravilloso. Encontrando, pues, demasiada sencillez en los monumentos antiguos, en las primeras actas de los mártires y en los originales de la vida de muchos Santos, cambió, ó por mejor decir, desnaturalizó del todo su estilo, las amplificó con énfasis, añadió muchos hechos tomados de otras partes, y acaso inventados por un celo indiscreto, y suprimió algunos rasgos poco brillantes, pero muy necesarios á las veces, cuya importancia se ocultaba á su entendimiento que tenia mas de brillante que de juicioso. Es fácil convencerse de la justicia de esta censura, comparando sus historias de los Santos Táraco, Probo y Andrónico con las actas primitivas de estos mártires que se han descubierto en nuestros dias. Diéronle estas obras el nombre de Metafraste, cuyo nombre no solo significa traductor, sino tambien autor de glosas y paráfrasis. Habia adquirido mucha celebridad con sus escritos, y ademas de las muchas Vidas de Santos que publicó, se le atribuyeron otras varias que es difícil distinguir de las suyas. Por cuya razon todas las de aquel tiempo, ó las que están escritas por el mismo estilo, son justamente sospechosas, y solo se las puede dar crédito cuando tienen á su favor monumentos mas seguros. Simeon Metafraste murió hácia el año 976, y los griegos celebran solemnemente su fiesta el 27 de noviembre.

Hizo Constantino Porfirogénito los mayores esfuerzos para poner en un estado floreciente todas las ciencias y artes, abandonadas en sumo grado por la negligencia de sus predecesores (1). Reinó todavía este emperador por espacio de quince años despues de haberse librado de Romano-Lecapeno y de sus hijos. Libre entonces y único dueño del imperio, buscó por todas partes á los hombres de talento y habilidad, y de ninguna otra cosa cuidó tanto como de multiplicarlos. Restableció las escuelas, honró aun á los estudiantes con sus liberalidades y con su favor; hablaba familiarmente con ellos, les ofrecia recompensas y los sentaba á su mesa. Él mismo habia hecho tan grandes progresos, aun en las artes mecánicas, que corregia á los mejores artistas. Pero no se estendieron á mas las esperanzas concebidas de él cuando se vió libre y único dueño del imperio. Es cierto que manifestó siempre mucha religion en lo esterior, y que jamás iba á la iglesia en los dias solemnes sin presentar ofrendas magníficas de ornamentos preciosos, de vasos de oro y de pedrerías de sumo valor; pero se dejaba llevar de la ira, era muy inclinado al vino, usaba de tal severidad en los castigos que rayaba en el estremo de cruel, y estaba tan dominado de la pereza que daba los empleos sin ningun discernimiento; con lo cual rayó en los últimos escesos la corrupcion de los ministros, viniendo á ser todo venal en la corte.

En el año 948 habia hecho coronar emperador á su hijo Romano, que contaba solo diez años; y apenas llegó á los veinte cuando se cansó de su dependencia, y dispuso que se le diese veneno en un medicamento. Aunque Constantino tomó solo una parte de él, cayó en una languidez incurable, de cuyas resultas murió por fin en el mes de noviembre del año 959, con la reputacion de haber sido un sabio de primer órden y un príncipe muy mediano. Para distinguir á su sucesor del último emperador del mismo nombre, se le llamaba Romano el Mozo. Su reinado correspondió á lo que podia esperarse de un parricida. No

(1) *Post. Theoph. Ced.*

se condujo mejor el nuevo príncipe con su madre Elena que con su padre el emperador, pues la arrojó de palacio privándola hasta del consuelo de vivir en compañía de las princesas sus hijas, á quienes obligó á tomar el hábito de religiosas. Esto causó tal pesar á la emperatriz, que de sus resultas murió de pena. Abandonóse despues Romano á un libertinage sin límites, y murió á los veinticuatro años, habiendo reinado menos de tres y medio. Dejó por herederos á sus hijos Basilio y Constantino; pero su corta edad estorbó que subiesen entonces al trono.

Nicéforo Focas, capitan ilustre por las muchas victorias que habia conseguido contra los musulmanes y los rusos, fué proclamado emperador el dia 2 de julio del año 963 por el ejército de su mando, y el 6 de agosto siguiente fué coronado en Constantinopla. Casóse algunas semanas despues con la emperatriz Teofanía, viuda de Romano, siendo igualmente viudo el mismo Focas.

El emperador Othon solicitó la alianza de los griegos á favor del jóven Othon, su hijo, á quien el Papa Juan XIII habia coronado emperador de Occidente el dia de Navidad del año 967 (1). Envió á Constantinopla el año siguiente á Luitprando, obispo de Cremona, encargándole que pidiese en matrimonio para el jóven Othon la princesa Ana, hija del emperador Romano el Mozo y de la emperatriz Teofanía, casada en segundas nupcias con Nicéforo. Aún no habian puesto en olvido los griegos la afrenta que suponian haber recibido con la elevacion de los príncipes de Occidente al imperio de la antigua Roma. Al punto que desembarcó el embajador, se vió en cierto modo preso en un palacio donde no tenia comunicacion con nadie. Lleváronle pasados tres dias al pie de un trono en que estaba sentado, segun la pintura que él nos ha dejado de Nicéforo, un hombre de muy corta estatura, de cabeza grande, de color muy moreno, ojos pequeños, de larga barba y cabellera, cara ancha, el vientre grande y las piernas muy cortas. Aparecieron á la izquierda de Nicéforo, pero en lugar inferior, los dos jóvenes príncipes Basilio y Constantino sus hijastros. Tomó la palabra el emperador y dijo á Luitprando: «Yo hubiera querido recibiros con grandes honores; pero los procedimientos de vuestro amo no me lo han permitido.» Quejóse con este motivo de los actos de autoridad y de rigor ejercidos por Othon en la ciudad de Roma, y de sus tentativas contra muchas ciudades que ocupaban todavia los griegos en Italia.

Luitprando, en quien ninguna sensacion hizo esta gravedad teatral, contestó en los términos siguientes: «Mi amo no ha ejercido tiranía en la ciudad de Roma, antes bien la ha libertado del yugo de sus opresores, pues gemia bajo el poder de unas prostitutas y de unos hombres aun mas despreciables. ¿En qué letargo dormian entonces vuestros predecesores, esos emperadores romanos, que solo lo eran en el nombre, sin cumplir ninguna de sus obligaciones? No se ha conducido asi el grande Othon: animado este por el deseo de restituir á la Iglesia su primitivo esplendor, se dirigió desde las estremidades del mundo á romper las cadenas que los perversos habian tendido á la gran ciudad de Roma, y restablecer el poder del sucesor del Príncipe de los Apóstoles. Y cuando se han rebelado algunos contra una autoridad tan santa, los ha castigado como parricidas y sacrílegos, segun las leyes de Teodosio, Justiniano y otros emperadores.» Respondió Luitprando en seguida á las quejas de Nicéforo acerca de las tentativas del emperador de Occidente contra la Pulla, desde donde atizaban los

(1) *Legat. Luitpr.*

helenos las turbulencias de los demas paises de Italia, y aun las incursiones de los sarracenos. Propuso luego el matrimonio del jóven emperador Othon con la princesa Ana; pero Nicéforo difirió la respuesta con pretesto de una procesion que de órden suya se celebraba aquel dia y cuya hora habia llegado ya.

La descripcion que de ella hace Luitprando nos suministra una idea de la magestad de aquellos emperadores que corresponde á la de su ridículo orgullo. Dice, pues, que desde el palacio hasta Santa Sofía habia una multitud de mercaderes y menestrales colocados en dos filas, la mayor parte de ellos descalzos y armados de dardos y de escudos mohosos. Los grandes que acompañaban al emperador llevaban vestidos de gala, pero tan viejos y andrajosos que hubiera sido mucho mas lucida la comitiva si se hubiesen presentado con el trage ordinario. Solo el emperador llevaba oro y pedrería; pero estos adornos imperiales, hechos para otros hombres de diferente estatura que la suya, parecian prestados, siendo mas á propósito para una farsa que para una ceremonia augusta. Al pasar Nicéforo levantaron la voz unos cantores que estaban colocados en un tablado, y dijeron: «ved ahí la estrella de la mañana, la aurora de los dias claros y serenos, el azote de los musulmanes: pueblos, adorad á vuestro emperador, y doblad la cerviz bajo su poder inmortal.»

Nicéforo despues de esta especie de apoteosis convidó al embajador á comer á su mesa. Mas queriendo prolongar su triunfo, y dejándose llevar con bastante altanería de su maligna vanidad, le dijo: «vosotros no sois romanos, sino lombardos.» «En eso, respondió Luitprando, nos haceis justicia; porque nosotros los occidentales, ya seamos francos, ya sajones ó lombardos, si os place darnos este nombre, no podemos injuriar á otro en los tiempos presentes mejor que llamándole romano: dictado que nos ofrece á la vez la idea de la bajeza, del fraude, de la avaricia, de la deshonestidad y de la cobardía.» Otro dia que Nicéforo convidó á su mesa á Luitprando, al Patriarca y á varios obispos, hizo que la conversacion recayese sobre Religion, y le preguntó qué Concilios admitian los occidentales; á lo que respondió Luitprando: «los santos Concilios de Nicea, de Constantinopla, de Éfeso, de Calcedonia, de Antioquía, de Cartago y de Ancira.» Replicó el emperador con una sonrisa maligna: «se os olvida el de Sajonia, bien que es tan reciente que todavia no le tenemos por escrito.» Contestó Luitprando diciendo: «como el remedio se debe aplicar á la parte enferma, se han celebrado los Concilios en vuestro pais porque en él han tenido orígen las heregías. Si la fé es nueva en Sajonia, tambien está allí floreciente y sostenida por las obras. Aquí por el contrario se conoce bastante su ancianidad en su abatimiento y decadencia.»

Este modo de proceder estaba muy lejos de conducir al objeto de la alianza que habia ido á negociar el embajador, y éste habia conocido claramente su imposibilidad al oir las proposiciones estravagantes de los griegos, pues tuvieron el descaro de pedir por preliminar la restitucion de Rávena, de Roma y de toda la Italia meridional, ó á lo menos que Othon dejase á Roma en libertad y abandonase los príncipes de Cápua y de Benevento. No pensando ya Luitprando en otra cosa que en sostener la dignidad del emperador á quien servia, contestó en estos términos enérgicos: «¿Quién es el que tiene á Roma en esclavitud? ¿Por ventura no deja mi amo á la Iglesia romana la libre posesion de todos los bienes que la han concedido los emperadores en toda la estension del Occidente? En cuanto á la Italia en particular, á la Sajonia, á la Baviera y á todos los reinos del grande Othon, á fé de cristiano que no conserva ninguna ciudad

ni aldea, ni usurpa el menor de los vasallos ó siervos del Papa. El emperador vuestro amo es el que ha de volver á la Iglesia romana toda su libertad y su antiguo poder, restituyéndola los bienes que, así en Oriente como en Occidente, la concedió el Gran Constantino, fundador de esta ciudad.»

Llegaron en este propio tiempo los embajadores que envió el Papa Juan XIII á Nicéforo, á fin de facilitar la alianza de los dos emperadores. Pero el Papa daba á Othon en sus letras el nombre de emperador de los romanos, y á Nicéforo el de emperador de los griegos: irritáronse, pues, estos en estremo, y manifestaron á las claras en sus discursos que olvidaban el sentido comun, y que ni aun conocian la decencia y decoro en las espresiones. «¡Qué insolencia, decian, en un miserable bárbaro! ¿Cómo ha tolerado el mar á este blasfemo y no se ha tragado el navío en que se embarcó? Pero ¿qué hemos de hacer con estos infelices? Profanaríamos nuestras manos si las manchásemos con su vil y despreciable sangre.» Cristóbal, eunuco y patricio, tuvo una conferencia con Luitprando sobre este punto. «El Papa de Roma, le dijo, si es que debemos llamar Papa al amigo del hijo adúltero y sacrílego de Alberico; ese Papa dá en sus cartas al gran Nicéforo el nombre de emperador de los griegos, y no puede dudarse lo haya escrito así por consejo de vuestro amo. ¿No sabeis que cuando Constantino trasladó aquí el imperio, trajo consigo el senado con toda la nobleza de Roma, sin dejar en aquella ciudad degradada sino viles esclavos, algunos artesanos y la gente mas despreciable del pueblo? Respondió Luitprando con una deferencia irónica: «lejos de pensar en ofender el Papa al emperador habrá juzgado que le complaceria, porque habiendo alterado vosotros enteramente las costumbres de los romanos, como tambien su trage y lengua, habrá pensado que os desagradaria el nombre de romanos. Pero no reparemos en esto, que en lo sucesivo variará, si quereis, el sobrescrito de sus cartas.» Aparentaron que esta respuesta no dejaba nada que desear, y se entregó al embajador una carta de Nicéforo para Othon. «En cuanto al Papa no le creemos digno, dijeron, de que reciba cartas imperiales. Bástale esta respuesta que le da el Curopalates, y no queremos enviársela con los miserables que ha elegido por nuncios. Vos os encargareis de ella, y dadle á entender, que si no se corrige está perdido para siempre.» Estos eran el tono y la conducta de los que se reputaban sucesores de los romanos, mas á propósito para representar un papel de comedia que para remedar la gravedad noble y magestuosa de la antigua Roma.

No nos da Luitprando una idea mas ventajosa de los obispos griegos con quienes trató durante su viaje, y en cuyas casas no halló miramiento alguno ni hospitalidad. «La mayor parte de ellos, dice, son eunucos; amontonan mucho dinero en sus cofres y viven en la mayor miseria. Poseidos del afan de atesorar y de su bajeza de alma, comen solos en una mesita desnuda. Reluce todos sus manjares á una galleta con algunas yerbas y agua caliente. Venden y compran en público ellos mismos, abren y cierran las puertas de sus casas. No solo sus inclinaciones sórdidas los obligaban á vivir de este modo, sino tambien los tributos que pagaban.» El obispo de Leucata dijo á Luitprando que su iglesia pagaba todos los años cien sueldos de oro á Nicéforo, y las otras á proporcion.

Este emperador no solo suprimió las pensiones que sus predecesores habian concedido á las iglesias y á todas las casas de piedad, sino que ademas les prohibió por una ley general el que pudiesen aumentar sus fincas, aunque fuesen pequeñas, con

el vano pretesto de que los obispos abusaban del patrimonio de los pobres. Cuando espiraban los obispos, enviaba comisarios para arreglar los gastos del funeral y arrebataba para sí el resto de sus bienes. Otra innovacion que se tuvo todavía por mas asombrosa fué una ley á que suscribieron algunos prelados palaciegos, y que prohibia elegir ó consagrar en lo sucesivo ningun obispo sin órden espresa del emperador. Estas y otras providencias inconsideradas le grangearon un odio que no pudieron estinguir las grandes victorias que logró contra los musulmanes. Tales fueron la conquista de las islas de Creta y de Chipre, la toma de Tarsis y de las principales plazas de Cilicia, y otros triunfos aún mas brillantes en la Siria y Fenicia. Habríase tambien apoderado de Antioquía, si por una debilidad muy comun entonces entre los griegos, no hubiese dado crédito á las supersticiones del vulgo, que estaba persuadido de que habia de morir el emperador al punto que fuese conquistada aquella ciudad. Dió en su consecuencia órden al patricio Burzes para que solo la cercase, y persiguió á los musulmanes con tanta fuerza, que llenos de rabia y desesperacion quemaron á Juan, patriarca de Jerusalen, y la magnífica iglesia del Santo Sepulcro (969). Mas el patricio, despreciando las preocupaciones populares, y aprovechando con destreza la ocasion que se le presentaba, estrechó fuertemente á los sitiados y se apoderó de Antioquía.

Los tratamientos injuriosos con que pagó Nicéforo este servicio pusieron el colmo al descontento general. No pudiendo la misma emperatriz Teofania sufrir ya á su esposo, conspiró contra él, llamando á Juan, denominado Zimisques ó el Pequeño, á causa de su pequeña estatura, gran guerrero, célebre por sus muchas victorias, quien se hallaba al otro lado del estrecho en la ciudad de Calcedonia de órden de Nicéforo por algunas sospechas que este tenia de su fidelidad. Llegó de noche á las ventanas de palacio donde le subieron con otros cinco en unos cestos atados con cuerdas. Al punto que estuvieron arriba asesinaron á Nicéforo, que estaba durmiendo; cortáronle la cabeza y la mostraron á los que iban á ausiliarle. Juan Zimisques fué reconocido al punto por emperador con los dos jóvenes príncipes Basilio y Constantino, hijos de Teofania y de Romano el Mozo. Coronóle algunos dias despues en la fiesta de Navidad del año 969 el patriarca Polieucto, habiendo vencido la débil resistencia de este prelado afirmándole que él no habia puesto la mano en Nicéforo, sino que otros le habian quitado la vida por órden de la emperatriz. Exigió el patriarca que á esta princesa la arrojasen de palacio, y que se desterrase á los asesinos. Ejecutólo al pie de la letra Zimisques, complacido de coger asi el fruto de su delito, y de que recayese en sus cómplices todo lo que tenía de odioso. Revocó tambien las leyes publicadas por Nicéforo en perjuicio de la Iglesia, y levantó el destierro á los obispos que habian sufrido este castigo por no haber querido suscribir á ellas.

Poco despues de regresar Luitprando de Constantinopla, escribió la relacion de su viaje, en la que hace la pintura que hemos copiado de las costumbres griegas de su tiempo: esta fué la última obra que escribió. Habia publicado anteriormente, siendo diácono de Pavía, la historia de los acontecimientos de Italia, y con particularidad desde el establecimiento de los sarracenos en Fressinet el año 891, hasta el conciliábulo de Othon contra Juan XII en 963 segun dijimos. En su narracion se descubre tanto ingenio como en sus conferencias con el emperador y con los grandes de Constantinopla; pero no se ve en ella buen gusto ni un juicio recto. Su erudicion, admira-

ble en un siglo acusado de tan ignorante, es intempestiva y muchas veces pueril. Lo mas particular y chocante de esta obra, escrita por un diácono y dedicada á un obispo, es el tono de burla que raya en chocarrería, y á las veces en tal licencia que en el dia ofenderia al pudor.

Vivia quizá todavia por este mismo tiempo Atton, obispo de Vercelli, que por sus sentimientos y gravedad contrastaba notablemente con Luitprando. Si en la primera parte de su *Tratado de las calamidades de la Iglesia*, de que ya nos hemos ocupado, sostiene que solo pueden ser condenados por el Papa los obispos, es porque habla de una condenacion definitiva y perpétua; pues por lo demás confiesa que puede formarles causa el Concilio provincial (1); ó en otros términos, que pueden juzgarse en primera instancia. Ahora bien: esta doctrina, siendo mucho mas antigua que las falsas decretales, no habria podido ser establecida por ellas. En general «los que han imaginado, dice Bergier (2), que la autoridad de los Papas estaba fundada en las falsas decretales, no han sido muy hábiles. Esta autoridad se hallaba establecida ya por el uso cuando aparecieron las falsas decretales. El falsario que las forjó, no hizo otra cosa que erigir en leyes antiguas la disciplina y jurisprudencia que veia vigentes en su tiempo; y para ello no habia sido escitado ni pagado por los Papas. Grocio conviene (*Lib. de Antichristo*) en que estos, lejos de sostener y favorecer á los falsarios, siempre los han condenado y reprimido, y que no han cesado de estimular y fomentar á los críticos hábiles.» Atton demuestra tambien mucho talento y penetracion cuando habla contra las pruebas abusivas y principalmente contra los desafíos. «En todos los casos, dice, en que se usa del reto, se tienta al Señor, que no tiene obligacion de obrar milagros para que triunfe la buena causa; y aun en el caso de salir felizmente, siempre es ir contra los cánones derramando sangre humana, y tal vez sangre inocente, puesto que el campeon no es el reo, y asi se comete un delito verdadero por libertarse de una acusacion falsa.» En cuanto á la prueba del juramento que se acostumbraba á falta de otros medios para justificarse, no solo para que el acusado, aun cuando fuese un obispo, mostrase su inocencia con el juramento, sino obligando á jurar tambien con él á sus compañeros, Atton defiende, que segun el derecho natural basta para absolver al acusado el que no haya ninguna prueba contra él, y que es igualmente contrario á la razon que al Evangelio forzar á un hombre á que jure en este caso por su propia inocencia, porque esto es jurar en vano ó juzgarle reo porque no encuentre quienes quieran jurar en favor de un desgraciado.

En la segunda parte trata el autor de la consagracion de los obispos, y ya recordarán nuestros lectores la energía con que reprende á los príncipes que despreciando las leyes de la Iglesia pretenden que su voluntad sea la única regla de las elecciones. «Arbitros imperiosos, dice, que se ofenden de que un prelado, cualquiera que sea su mérito, sea elegido por otros, ó que no se admita al que ellos protegen por indigno que sea. La manía de la proteccion llega al estremo de ensalzar á la dignidad de obispos y de constituir en la clase de doctores y de padres espirituales á unos niños que ignoran los primeros rudimentos de la Religion. Obligan no obstante al pueblo á que consienta en la dignidad de un sugeto, de quien consta á las claras que no pudo adquirir el necesario mérito. La mayor parte de los asistentes se rien de una ilusion tan

(1) *Spicileg. tom. 8, pag. 44.*
(2) *Dicc. de Teol. art.* Papa.

palpable, y estos fantasmas de pastores son por siempre el objeto del desprecio, de la opresion y tal vez de una violencia homicida.» La tercera parte, en que habla de los bienes eclesiásticos, nos manifiesta hasta qué grado habia llegado la costumbre de usurparlos cuando moria ó era depuesto algun prelado. No dejaban cosa alguna en la casa, en los graneros ni en las bodegas, y vendian los frutos que estaban todavia en el campo, y aun las mismas heredades, tomando para ello el nombre del sucesor, cuya consagracion dilataban hasta haberlo consumado todo.

Tenemos tambien un reglamento de Atton de Vercelli por el mismo estilo que el de Teodulfo de Orleans, esto es, una instruccion general para el pueblo y el clero, tomada principalmente de los Concilios (1), en la que se vé que todos los sacerdotes, los diáconos y los subdiáconos debian saber de memoria la fé católica, esto es, segun el estilo de aquel tiempo, el símbolo de San Atanasio; y que las conferencias de los párrocos y demás eclesiásticos, instituidas en el siglo precedente, como vemos por los estatutos sinodales de Riculfo de Soissons, se celebraban al principio de cada mes, por cuya razon se les ha dado el nombre de Calendas. Enséñanos tambien esta instruccion que las penitencias públicas se imponian el miércoles de Ceniza. Tenia el párroco una lista de ellas, y debia observar con atencion la conducta de los penitentes. Si advertia en ellos un fervor estraordinario ó los veia en peligro de muerte, debia dar parte al obispo, y en su ausencia á los cardenales, esto es, á los presbíteros de la catedral, á fin de adelantar la absolucion.

En algunas otras instrucciones en forma de cartas acerca de varios puntos de disciplina, prohibe Atton á sus diocesanos celebrar el viernes á ejemplo de los musulmanes, y creer en las señales del cielo, en los agüeros y en las predicciones de ciertos charlatanes que querian ser tenidos por profetas. Afirma que el ahijado no puede casarse con la hija de su padrino, y los nombres de sacerdotisas y diaconisas que se encuentran en algunos cánones los esplica asi por la costumbre antigua de valerse de las mugeres para la instruccion familiar y para las ceremonias del bautismo de las personas de su sexo, como tambien por el uso comun de hacer estensivos á las casadas los títulos de sus maridos, esto es, de dar el nombre de sacerdotisas y diaconisas á las mugeres con quienes habian estado casados los sacerdotes y los diáconos antes de recibir las órdenes sagradas. Este pasage, y mucho mas los que siguen, demuestran claramente que se miraba como esencial y necesaria la continencia de los clérigos á pesar de las tinieblas y desórdenes de aquel siglo. «Algunos eclesiásticos (dice el mismo autor) son tan esclavos del vicio de la carne, que tienen en sus casas concubinas, con las cuales viven tranquilamente y comen á presencia de todos. El deseo de hacer fortuna los obliga á fingir á los principios que guardan continencia; pero luego que se les agrega al estado eclesiástico, visten á estas infelices con los despojos de los pobres; y cuando mueren, las nombran herederas de las limosnas de los fieles. Asi es blasfemado el nombre del Señor; porque si estas esposas inciertas ó sus hijos equívocos tienen alguna quimera ó desavenencia con sus vecinos, el empeño con que los socorren los clérigos da á entender que son padres de ellos, y á un mismo tiempo revela los sentimientos de la naturaleza y su propia infamia. Si llegan los ministros de justicia para llevarse la concubina por saberse públicamente que lo es, entonces se descubre mas la impureza del clérigo con el

(1) *Spicil. t. 8, p. 1.*

sobresalto que manifiesta en sus ruegos y con sus ofertas.» No será inoportuno traer á la memoria que los Cánones condenaban á la esclavitud á las concubinas de los clérigos (1). Así manifestaban su celo por la disciplina y su instruccion en las ciencias eclesiásticas Atton de Vercelli y otros muchos obispos de Italia.

Por este mismo tiempo, Flodoardo ó Frodoardo, canónigo de Reims y cura párroco de Cormicí y de Coroy, fué en el segundo órden del clero uno de los primeros ornamentos de la iglesia de Francia, tanto por sus virtudes como por su ciencia é ingenio (2). Nació por los años de 894 en Epernai del Marne, y murió en 966. Así es que su Crónica, la cual empieza en 917 y acaba en 965, no contiene sino lo que él pudo ver y examinar por sí mismo en el periodo mas floreciente de su vida; por lo que se encuentra en ella una eleccion tan juiciosa de los sucesos interesantes y memorables de Francia y de los paises vecinos, que nos ha parecido que no podíamos consultar á un autor mas apreciable y fidedigno. Su historia de la Iglesia de Reims dividida en cuatro libros, comprende toda la série de los hechos que ocurrieron desde su fundacion hasta el tiempo del mismo Flodoardo, el cual los tomó de los archivos que estaban á su cargo, de las actas de los mártires y otros Santos, de las de los Concilios, de las cartas de los Papas y de otros documentos originales. Flodoardo fué elegido obispo de Noyon; pero cedió esta dignidad al dean de San Medardo, llamado Foucher, con un desinterés que bastaria por sí solo para calificar la solidez de todas sus virtudes. Tambien se distinguió muy particularmente por la pureza de sus costumbres.

Santa Matilde, madre de Othon I, mostró en el trono unas virtudes que seguramente hubieran causado admiracion en una santa religiosa (1). Habiéndose criado desde su infancia en el monasterio de Erford, bajo la direccion de su abuela que era la abadesa, y no habiendo salido de él hasta que se casó con el emperador Enrique, no solo no se corrompió con las vanidades del siglo, sino que parecia que el verse rodeada de ellas servia únicamente para que comprendiese mejor la ninguna solidez que tienen y el verdadero peligro que las acompaña. Obligada á presentarse con adornos de oro y piedras preciosas, se consolaba considerando los medios que la proporcionaba su estado para entregarse mas y mas al egercicio de su caridad. Para hacer oracion por la noche, se levantaba dejando en la cama el rey su esposo, el cual conmovido del respeto con que miraba su virtud fingia no advertirlo. Despues del fallecimiento de este príncipe, se retiró al monasterio de Quedlimburgo que habia fundado la misma reina, y observó toda la disciplina regular. A la magestad que brillaba en todas sus acciones y discursos reunia una circunspeccion y modestia que podia competir con la de las mas tímidas doncellas. Además de los oficios de comunidad á que asistia de noche con la misma exactitud que de dia, estaba en oracion mucho tiempo antes y despues de ellos. Mandaba celebrar misas frecuentemente por el alma de su esposo, y mientras vivió hizo siempre particular memoria del dia 8, del 30 y del aniversario de la muerte del rey.

Dió pruebas singulares de su paciencia y de su desinterés en una persecucion que sufrió por parte de los príncipes sus hijos, ante los cuales fué acusada de haber consumido en limosnas una porcion considerable de las rentas del Estado, y se la redujo

(1) *Conc. Hisp. can.* 3.
(2) *Elog. Sacc. V. Bened. pag.* 325.

(1) *Act. ibid. pag.* 247.

á que cediese todo lo que le habia dado en dote el rey Enrique; pero atribuyendo el rey Othon á esta dureza algunas desgracias que esperimentó en la guerra, pidió perdon á la santa reina, la restituyó todas las posesiones que se le habian quitado, y la protegió despues en la mayor parte de sus buenas obras. Con el auxilio de Othon fundó Matilde muchas iglesias y cinco monasterios, entre otros el de Polden en el ducado de Brunswick, en el que llegaron á reunirse hasta tres mil monges. Daba de comer á los pobres dos veces al dia, y tenia tanto gusto en egercer esta beneficencia evangélica, que cuando iba de viage hacia llevar comestibles y provisiones de todas clases. En las ciudades donde pasaba el invierno, cuidaba de que hubiese hogueras encendidas de dia y de noche para los pobres. Habia encargado á una religiosa de confianza que la asistia, que no dejase pasar ninguno sin darle limosna. El sábado, dia en que habia muerto el rey su esposo, ejercitaba mas que nunca su caridad, hacia preparar un baño para los pobres pasageros, les servia muchas veces por sí misma, y despues los llevaba á un cuarto donde les daba los vestidos que necesitaban.

Cayó enferma en el monasterio de Quedlimburgo, al cual acudieron al momento una infinidad de personas de todas clases, justamente interesadas en su salud. La visita que la hizo su nieto Guillermo, arzobispo de Maguncia, la causó un gozo estraordinario. «No dudo (le dijo luego que le vió) que el mismo Dios te envia aqui, porque nadie, despues de la muerte de mi hijo Bruno, es mas á propósito que tú para asistirme en este último trance. Empieza pues por oir mi confesion, y vete luego á la iglesia á decir misa por mis pecados y por el alma del rey mi esposo y tu padre.» Despues de celebrar volvió á verla el arzobispo, la dió otra absolucion, y sucesivamente la administró la Uncion y el Viático. Viendo al cabo de algunos dias que no estaba aun tan cerca su fin, la pidió licencia para volverse á su rebaño. Quiso la emperatriz hacerle algun regalo para que le sirviese de memoria; pero como lo habia dado ya todo, solo pudo ofrecerle una bayeta de las que habia guardado para su entierro, diciendo que él la necesitaba mas que ella misma. En efecto, el arzobispo Guillermo murió de repente en el camino. Su santa madre le sobrevivió doce dias, y en el último hizo que llamasen muy de mañana á los sacerdotes y á las religiosas; despues mandó que no se negase la entrada á ninguna de las muchas personas de ambos sexos que habian concurrido con el objeto de verla; dió los consejos convenientes á cada uno, y en especial á la abadesa su nieta, llamada Matilde como su santa abuela; mandó que celebrasen misa; volvió á recibir el Cuerpo de nuestro Señor; se puso en el suelo encima de un cilicio; se echó ceniza en la cabeza por sus propias manos, y murió en esta disposicion á 14 de marzo del año 968, en cuyo dia honra la Iglesia su memoria.

San Udalrico, obispo y libertador de Augsburgo, continuaba haciendo feliz á su pueblo y edificando con sus virtudes á toda Alemania (1); pero viéndose en edad muy avanzada, y queriendo aplicarse con mas libertad á la meditacion de las cosas eternas, resolvió tomar el hábito del estado monástico, asi como practicaba ya su regla. Como el emperador Othon amaba en estremo al santo obispo, le suplicó Udalrico que le permitiese limitarse á sus funciones espirituales, que diese á su sobrino Adalberon la administracion de los bienes temporales de su obispado, y que asegurase al administrador el título de prelado y la Silla episcopal. Habiéndolo concedido todo el

(1) *Act. Elog. Saec. V, pag.* 415.

emperador, tomó inmediatamente el obispo un hábito de monge, y su sobrino Adalberon llevó en público el báculo pastoral. El conocimiento de la verdad no es ciertamente una prerogativa inseparable de la piedad mas acendrada. Un gran número de obispos, los cuales no tenian por la mayor parte la misma santidad que Udalrico, se escandalizaron de que su sobrino se atribuyese, contra lo dispuesto por los cánones, los honores del episcopado, viviendo aún el obispo titular. Se examinó el asunto en un Concilio que se celebró en Ingelheim durante el otoño del año 972, y se determinó que Adalberon fuese escluido del obispado si no juraba que se habia apoderado de la potestad episcopal por ignorancia ó por inadvertencia y sin ningun desprecio de los cánones. Adalberon se presentó en el Concilio con su tio, é hizo el juramento que se le pedia, despues de lo cual propuso Udalrico que consagrasen á su sobrino. Pero los prelados mas instruidos le llamaron á parte, y le hablaron en estos términos: «vos que habeis vivido siempre de un modo irreprensible, que sabeis tan perfectamente los cánones, estais en la obligacion mas estrecha de cerrar la puerta á los abusos que pueden resultar, si viviendo un obispo se consagra otro en su lugar.» Despues de esto le aseguraron que teniendo Adalberon todas las cualidades que se requerian para obtener el obispado, seria ciertamente su sucesor. Pero la repentina muerte de Adalberon, acaecida en la primavera del año siguiente, fué el desenlace mas sencillo de este asunto.

Poco tiempo despues murió el emperador Othon, el dia 7 de mayo del año 973, que fué el miércoles antes de Pentecostés, en cuyo dia habia asistido á maitines, á la misa y á vísperas, y habia hecho las limosnas acostumbradas. Despues del *Magnificat* se puso de repente tan malo que lo tuvieron por muerto. Pero se logró que volviese en sí, recibió el Cuerpo y Sangre de nuestro Señor, y espiró tranquilamente luego que le hubo recibido. La sabiduría de su reinado, su vigor, sostenido en cuanto lo permitia el orgullo receloso de los grandes vasallos del imperio, las gloriosas hazañas con que señaló su valor, y sus virtudes imperiales y cristianas le merecieron el renombre de Grande. El dia siguiente al de su fallecimiento, su hijo Othon II, que ya habia sido coronado emperador por el Papa (967), fué elegido de nuevo por el pueblo, y este le prestó inmediatamente el juamento de fidelidad.

En los dos meses que vivió San Udalrico despues del fallecimiento del emperador, hizo muchas oraciones y limosnas por este príncipe. No dejó de celebrar diariamente el santo sacrificio mientras tuvo fuerzas para mantenerse en pie, y cuando ya no podia decir misa hacia que le llevasen á la iglesia para oirla. Luego que acababa de rezar el oficio divino y todo el salterio, se ocupaba en oir leer libros devotos y en hablar de Dios con personas piadosas. Un dia empezó á gritar como si dispertase de un sueño profundo: «ay de mí! ay de mí! ¡Ojalá no hubiera yo visto jamás á mi sobrino Adalberon! No quieren admitirme en el cielo sin que reciba antes el castigo que merezco por haber condescendido con sus deseos.» El dia de San Juan se sintió, como por una especie de milagro, con bastantes fuerzas para ir á la iglesia y celebrar dos misas sin interrupcion. Un domingo, víspera de San Pedro, creyó que habia llegado su última hora; se bañó, se puso el hábito que estaba preparado para su entierro, y en esta forma esperó la muerte. Pero vivió hasta el dia 4 de julio, en que conociendo que estaba muy próximo á morir, hizo que echasen ceniza en el suelo, estendiéndola en figura de cruz y rociándola con agua bendita, y permane-

ció en ella hasta que espiró. En su sepulcro se hicieron muchos milagros, los cuales fueron examinados en Roma, como tambien sus virtudes, y por ellos fué colocado solemnemente en el número de los Santos veinte años despues de su muerte (993). La bula fué espedida por el Papa Juan XVI, y firmada de este Pontífice, de cinco obispos de las cercanías de Roma, de nueve presbíteros cardenales y de tres diáconos, siendo este el primer acto auténtico que tenemos de una canonizacion hecha en forma por la Santa Sede.

El Papa Juan XIII habia muerto un año antes que San Udalrico, el dia 5 ó 6 de setiembre de 972, habiendo ocupado cerca de siete años la Cátedra de San Pedro. Este Pontífice fué el que erigió los arzobispados de Cápua y de Benevento en la parte meridional de Italia, donde hasta entonces no se habia conocido mas iglesia metropolitana que la de Roma. Los griegos por su parte erigieron en metrópoli la iglesia de Otranto, y el Patriarca de Constantinopla escribió al obispo de esta ciudad nombrándole arzobispo, y dándole facultad para consagrar cinco obispos de nueva creacion, así en la Pulla como en la Calabria, donde dominaban los griegos, llegando la rivalidad hasta no permitir que se celebrasen en latin los divinos oficios en ninguna iglesia de estos distritos.

Los desórdenes que afligieron á la Iglesia romana despues de la muerte de Juan XIII, aumentaron la aversion y el desprecio, así en los griegos como en los demas enemigos de la santa unidad. El sucesor de Juan fué Benedicto VI, consagrado á fines del año 972. Ocupó la Santa Sede como unos diez y ocho meses, y queriendo conservar los derechos de la Iglesia y del imperio, el sedicioso Crescencio, hijo de la famosa Teodora, se apoderó de Benedicto y le puso en una cárcel, donde, se dice, fué ahogado en el discurso del año 974. Francon, diácono de la Iglesia romana, elevado al trono pontificio con el nombre de Bonifacio VII, sea antes de la muerte de Benedicto VI, ó sea despues de ella segun las varias opiniones de los autores, fué desechado generalmente como Antipapa un mes despues de su eleccion, y huyó á Constantinopla. Entonces se eligió á Dono II, á quien algunos historiadores colocan equivocadamente antes de Benedicto, y aun no falta quien le borre del catálogo de los sucesores de San Pedro; pero el número y la autoridad de los antiguos que le reconocieron por Cabeza de la Iglesia, no permite poner en duda la legitimidad de su título, que solo puede haber sido disputada á causa de la oscuridad de su pontificado, pues no se sabe cosa cierta del tiempo de su eleccion ni del de su muerte. Su sucesor Benedicto VII, obispo de Sutri y sobrino del famoso patricio Alberico, fué elegido y colocado en el trono pontificio á fines del año 974, ó en el mes de marzo del año siguiente. Su pontificado, que duró como unos ocho años y medio, se concluyó al mismo tiempo que su vida, el dia 10 de julio de 983. Le Febre de S. Marc, en una obra que no puede tacharse de favorable á la Santa Sede (1), pretende que Benedicto VI es el mismo que Benedicto VII, que pasaba por muerto en su prision, y que habiendo subido de nuevo á la cátedra de San Pedro, fué tenido por los estranjeros por otro Benedicto. Esta opinion es tanto mas probable, cuanto que segun los autores del *Arte de verificar las fechas*, no nos vienen de los italianos las antiguas listas de los Papas del siglo X. De ahí resultaria que los romanos de aquella época no habrian dejado consumar la muerte de Benedicto VI, de que no hay por otra parte prueba segura.

En medio de estas turbulencias y ca-

(1) *Abregé chronologique de l'histoire d'Italie.*

lamidades de la Iglesia romana, el emperador Othon II y la emperatriz Adelaida su madre, formaron el proyecto de darla por Pastor á San Mayeul de Cluny, á cuyo fin le llamaron y le hicieron grandes instancias para que aceptase el pontificado (974). El santo abad respondió sin deliberar, que queria morir pobre como habia vivido (1). Pero instándole de nuevo el emperador y la emperatriz, y valiéndose ademas de esto del empeño de los obispos y de los grandes, consultó al cielo en la oracion, y respondió despues con un tono que no daba lugar á ninguna esperanza: «ciertamente estoy muy lejos de tener las cualidades convenientes para el régimen de toda la Iglesia; pero soy aun menos á propósito para gobernar á los romanos, porque hay mas diversidad entre sus costumbres y las mias que entre los paises en que hemos nacido.» Esta resistencia, que jamás pudo vencerse en Mayeul, despues de haber sido ineficaz en otros muchos, debe mirarse quizá como el rasgo mas maravilloso de toda su vida.

Poco tiempo despues se vió un efecto muy singular del ascendiente que tenia sobre el jóven emperador. La ambicion de los favoritos y de los aduladores que no podian sufrir la privanza de la emperatriz madre, habia logrado introducir una division tan grande entre ella y Othon, que esta santa princesa se vió obligada á retirarse á Borgoña con el rey Conrado su hermano. Todos los buenos se afligieron con este suceso, y fué tal la pesadumbre que causó á Mayeul que hizo un viage á Pavía con la princesa para hablar al emperador en órden á la novedad ocurrida. El santo abad pintó vivamente á Othon la obligacion que tenia de honrar á su madre á ejemplo del mismo Jesucristo, y los golpes terribles con que el Autor de la naturaleza venga ordinariamente unos derechos tan sagrados. Enternecido el príncipe y lleno de temor se arrojó á los pies de su madre, la cual le recibió arrodillada, derramando uno y otra copiosas lágrimas, y fué su reconciliacion tan constante como sincera (1). Santa Adelaida vivió todavía mucho tiempo sin apartarse jamás del camino de la virtud, y conduciéndose tan cristianamente en la prosperidad como se habia conducido en las desgracias que habia padecido. Se mostró tan desprendida de la tierra, que sus bienes parecian ser de los pobres y de los siervos de Dios: fué tan amante del bien público, que se la dió el renombre de Madre de los reinos, y fundó tantos monasterios cuantas eran las coronas que poseia su augusta casa. Muger, madre y abuela de los tres primeros emperadores de la línea alemana, llamados todos tres Othones, amó tan constantemente á la Francia su patria, como si nunca hubiera tenido otras conexiones, y vino á morir en el seno de su familia (999) á la provincia de Borgoña, despues de haber enviado unos regalos dignos de su alta esfera y de su piedad á San Benito del Loira, á Cluny y á San Martin de Tours.

San Mayeul murió antes que esta santa princesa, el dia 11 de mayo del año 994 en el priorato de Souvigni, cuatro años despues de haber hecho elegir en su lugar á San Odilon, de la ilustre casa de Merceur en Auvernia. Cuando Mayeul se sintió enfermo, conoció que habia llegado su última hora; miró la muerte con la firmeza que dá á los Santos la magnanimidad cristiana, y consolaba á sus religiosos que lloraban amargamente alrededor de su cama. «Supuesto que me amais, les decia, ¿por qué os aflige mi felicidad? Despues del combate me convida Dios con la corona.» Le pidie-

(1) *Vit. per Syr. lib. 3, cap. 8.*

(1) *Vit. per Odil. Bibl. Clun. p. 354.*

ron la bendicion, y se postraron para recibirla. Desde este instante no pensó en otra cosa que en conversar amorosamente con su Dios. «Señor, esclamaba como si ya hubiese gozado de las dulzuras celestiales; ¡cuán amables son vuestros tabernáculos! Vuestro siervo no puede contener la alegría al ver la hermosura de vuestra casa.» Profiriendo estas palabras pasó al descanso eterno.

San Wolfango, obispo de Ratisbona, murió en el mismo año que San Mayeul, el dia último de octubre, en el cual celebra la Iglesia su memoria. La humildad y la dulzura, una conducta prudente, igual y moderada, una modestia tanto mas admirable en la elevacion cuanto era menos ilustre la familia del Santo, pues sus padres apenas eran conocidos en la Suabia; estas fueron, con la profundidad de la doctrina y el talento de la palabra, las cualidades que por espacio de mas de veinte años le hicieron conservar la pureza de las costumbres, asi entre los pueblos como en el clero, y sacar no pocas veces á las almas mas empedernidas en el crímen del miserable estado en que se hallaban.

Por el mismo tiempo se vió en la Bélgica y en la Lombardía el espectáculo de un celo tan diferente de este en sus efectos como en su orígen y progresos. Rathier, obispo de Verona y luego de Lieja, abad de San Amando, y luego de Haumont, y por último de Lobes, en donde habia sido monge, ocupando sucesivamente estos varios destinos por una consecuencia de su genio descontentadizo, censuró en todas partes los vicios y errores de que no estaba exento él mismo; enseñó los cánones, en los cuales estaba muy instruido aunque los observaba poco; y sin embargo de que tenia algun mérito y cierta rectitud de intencion, se hizo insufrible á los buenos y á los malos con sus estravagancias, con la aspereza de su genio, con sus discursos y con sus escritos mordaces. Mas hábil para obtener empleos que para conservarlos, logró que se le restableciese dos veces en la silla episcopal de Verona, de la cual fué por último privado para siempre. Publicó contra Baudri, que le fué sustituido en la de Lieja, un escrito tan furioso que se le dió el título de *frenesí*, á cuya denominacion suscribió el mismo autor.

Tal era el carácter de este hombre arrebatado, mas digno de ser asociado á los antiguos cínicos por los arranques violentos de su celo que á los sucesores de los Apóstoles. Un dia dió doce escudos á un hombre que le habia estado llenando de injurias por espacio de muchas horas consecutivas. En una obra suya, que se intitula: *Conjeturas sobre el carácter de un quidam*, se deprime neciamente á sí mismo, refiriendo todo lo que le echaban en cara sus enemigos, y manifestando que lo aprobaba. Pero en medio de esta humildad bufonesca se trasluce toda la desvergüenza y presuncion cínica. Veamos cómo hace hablar de él á sus censores (1): «Es un charlatan perpétuo, y tan atrevido en criticar que á nadie perdona. ¿Será estraño que se desaten contra él las lenguas de todos, cuando él ejercita su lengua y su pluma contra todo el mundo? Ha escrito una historia de su tiempo, en que desde el principio hasta el fin habla mal de sí mismo y de todos los demas. Es hijo de un carpintero: ¿y nos admiraremos de que guste tanto de edificar y reparar iglesias? Viste y calza con desaseo, duerme por lo comun en el suelo ó en un banco, convida á comer á toda clase de gentes, y se emplea en cosas bajas y serviles cuando no está metido entre los libros; porque es una especie de salvage que huye de la sociedad: no va jamás al ejército, y rara vez á la corte; no pide ni da nada á los gran-

(1) *Spicil. tom. 2, pag. 199.*

des: apenas tiene ningun trato con sus iguales y solamente se halla bien en los lugares habitados de los osos.»

Sin duda se debe inferir del carácter de Rathier que seria una necedad tomar al pie de la letra lo que se lee en sus declamaciones contra los desórdenes del clero de Italia; por ejemplo, que apenas se encuentra en aquel pais un sugeto digno de ser elegido por obispo ó un obispo digno de imponer las manos al que es elegido; que los clérigos de Roma no se distinguen de los legos sino en que se hacen la barba y se afeitan la parte superior de la cabeza, y que se ocupan en el servicio de Dios á fin de agradar á los hombres. Contradiciéndose Rathier á sí mismo, dice en otro pasage que en ninguna parte hay mas proporcion que en Roma para instruirse, y que nada se ignora allí de lo que puede saberse acerca de los dogmas eclesiásticos. «En aquella ciudad, continúa, han brillado los pastores, los doctores supremos y los príncipes de la Iglesia universal. Allí se dan los decretos pontificios, allí se disciernen los Cánones aprobando unos y reprobando otros, y como lo que allí se anula no tiene fuerza en ninguna parte, en ninguna parte se anula lo que allí se observa.»

En la carta sinódica de Rathier, dirigida al clero de su diócesis, se lee entre otros muchos puntos importantes de instruccion que los sacerdotes no debian conceder la reconciliacion á los penitentes sino segun la medida del poder que se les atribuia por los Cánones: lo que prueba que habia casos reservados al obispo. Despues de esto se dice en términos formales que los sacerdotes pueden imponer penitencia por los pecados ocultos, pero en cuanto á los públicos no deben hacer mas que dar cuenta al obispo.

El dogma de la presencia real no puede esplicarse con mas claridad que lo ejecuta Rathier en su carta á un eclesiástico llamado Patric. «Siento, le dice (1), que esteis tan poco instruido acerca de un Sacramento que administrais todos los dias. Si engañado por la voz de los sentidos juzgais que es una simple figura, es mas acertado llorar vuestro error que burlarse de él. Creedme, hermano mio; asi como en las bodas de Caná se convirtió el agua en un vino verdadero y no figurativo, asi el vino en la Eucaristía no se convierte en una sangre figurativa sino en verdadera sangre, y el pan se convierte del mismo modo en carne verdadera. Si el color y el sabor os dan á entender otra cosa, acordaos de lo que dice la Escritura, que el hombre fué formado del barro de la tierra, y sin embargo el hombre no tiene la figura de barro, sino solamente su sustancia. Aquí al contrario, aunque el color y el sabor quedan en el misterio como estaban antes, lo que recibís es carne y sangre verdaderas. La curiosidad humana puede muy bien formar objeciones; pero la sabiduría cristiana debe despreciarlas, pues se trata de la fé y de uno de sus artículos que es de los mas misteriosos. Si es un misterio, es imposible comprenderle; y si es un punto de fé, es necesario creerle y no examinarle.» Tal era la profesion de la fé católica aun en el siglo menos instruido y en boca de un prelado cuyo epitafio hecho por él mismo anuncia que no era poco libre (2). Rathier murió en Namur en 974.

Por entonces San Bernardo de Menthon, arcediano de Aoste, de una de las familias mas ilustres de Savoya, fundaba establecimientos cuya utilidad han reconocido y confesado hasta los mismos impíos. Contristado y afligido al ver la ignorancia de los habitantes de los Alpes, que en su mayor parte eran todavía idólatras, los ilustró y derribó los ídolos que se conservaban todavía en la

(1) *Spicil. tom. 12, pag. 37.*
(2) *Conculcate, pedes hominum, sal infatuatum.*

cumbre de las montañas mas altas. Afligíanle tambien los padecimientos que los peregrinos alemanes y franceses tenian que sufrir cuando iban á Roma, y fundó para ellos dos hospederías, célebres por los socorros y auxilios que aun hoy dia reciben allí los viajeros que pasan por el grande ó pequeño San Bernardo. El hombre de Dios llevó tambien la luz de la fé á muchos cantones de la Lombardía, donde logró muchas conversiones, pasando despues á Roma donde consiguió se aprobase el instituto que habia formado para el servicio de sus dos hospederías. Regresó luego á los pueblos que él habia evangelizado y allí murió en la práctica de egercicios piadosos y del mas desinteresado celo, á los 85 años de edad. Atendidas sus eminentes virtudes y sus milagros fué canonizado al año siguiente (1009).

En España, combatiendo continuamente los cristianos con los árabes, triunfando unas veces y viéndose otras reducidos al último apuro, conservaban invariablemente el patriotismo y la Religion con ese celo, cuyos triunfos pueden ser retardados, pero no impedidos por los obstáculos y reveses. Ordoño II, hijo de Alfonso el Magno, rey de Oviedo, y que en lugar de este título fué el primero que tomó el de la ciudad de Leon donde estableció su corte, señaló el primer año de su reinado con la conquista de Talavera, de cuya plaza se apoderó por asalto despues de haber destrozado un ejército numeroso de mahometanos. Dos años despues consiguió una victoria todavía mas completa contra el rey Abderraman III. En seguida fué derrotado por este peligroso enemigo en la funesta batalla del valle de Junquera (*a*), con Sancho, rey de Navarra, al que habia ido á socorrer, y que fué el primero que tomó el título de rey en lugar del de conde. Pero en el mismo año reunió Sancho sus tropas, esperó á las de Abderraman que volvian de una espedicion intentada al otro lado de los Pirineos despues de su victoria, las derrotó y las quitó de un solo golpe el fruto de todos sus anteriores esfuerzos. Ramiro II, hijo de Ordoño, libertó á Madrid de la opresion de los árabes, y consiguió contra Abderraman una victoria en que se dice que hizo pasar á cuchillo ochenta mil infieles (938). Los cristianos creyeron tan firmemente que habian debido este triunfo á la intercesion de Santiago, que desde entonces empezaron los españoles á invocar el nombre de este Apóstol en las batallas, así como los franceses invocaban el de San Dionisio. Ordoño III, hijo de Ramiro, se apoderó de la ciudad de Lisboa (955). Sancho su hermano, primero de este nombre entre los reyes de Leon, el cual le destronó, tuvo muchos disgustos domésticos, y murió en fin envenenado por un caballero á quien acababa de perdonar la vida (*a*).

(*a*) Dijimos ya de esto en la nota de la pag. 37. (*N. del E.*)

(*a*) En esta sucinta narracion de los asuntos de España omite el autor los dos reinados que mediaron entre Ordoño II y Ramiro II; por manera que segun su relacion, aparece este segundo príncipe inmediato sucesor del primero. Ordoño, de quien ya hablamos en la página 36, murió en Zamora á fines del año 923, ó principios del siguiente. Parecia entonces consecuente que subiese al trono su primogénito, que, segun la mas comun opinion, era don Alfonso, apellidado el *Monge;* pero no fué así (*Véase Ortiz, lib. 7, c. 2*). Ocupólo don Fruela II, hermano de Ordoño, que ya gobernaba en Oviedo; mas su reinado fué de muy corta duracion, pues murió á principios del año 925. «Conforme á los principios, dice Mariana (lib. 8, c. 3), fueron los medios y los acabos; no le duró mucho el poder; reinó solos catorce meses. Señalóse solamente en afrentas, torpeza y crueldad, por lo que le pusieron el nombre de Cruel.... Dió muerte á los hijos de un hombre principal llamado Olmundo, cuyo hermano, llamado Fruminio, obispo de Leon, fué forzado á salir en destierro; que por ser persona eclesiástica no quiso el rey poner en él las manos, dado que no era nada escrupuloso ni templado.... Sepultóse don Fruela en Leon. Su memoria y fama quedó afeada no mas por la enfermedad de lepra de que murió, que por la cobardía de toda su vida y por la rebelion y enagenamiento de Castilla que entonces sucedió.» Habíansele rebelado los naturales y negádole la obediencia,

Sucedióle su hijo Ramiro III (1), no teniendo mas de cinco años (967). Su tia Elvira, princesa piadosa que se habia consagrado á Dios, gobernó por él y conservó prudentemente la paz con los sarracenos. Pero los grandes, que anhelaban la guerra y los azares, se fastidiaron de un gobierno que acusaban de afeminado, y reconocieron por rey á Bermudo (982), primo hermano de Ramiro (*a*). Para conciliarse el nuevo rey

---

nombrando con el nombre de jueces dos sugetos de los principales, Nuño Rasura y Lain Calvo, aquel para que cuidase de la administracion de justicia, y este de la guerra. Existia aun entonces, y mandaba en Oviedo el cuarto hijo de don Alfonso el Grande, llamado Ramiro; sin embargo no sucedió á su hermano en la corona de Leon como era de presumir, sino que entró á reinar el primogénito de Ordoño, Alfonso IV ó el Monge. A los cinco años y medio de su reinado, ó seis y medio segun Mariana, muerta ya la reina su esposa, determinó don Alfonso dejar el cetro á su hermano don Ramiro, y retirarse á un monasterio. Manifestóle su resolucion, y hecha solemne renuncia á su favor, tomó el hábito en el monasterio de Sahagun: mas le duró poco tiempo su vocacion. Apenas habia llamado D. Ramiro sus ejércitos para emprender de nuevo la guerra contra los moros, cuando supo, hallándose en Zamora, que su inconstante hermano habia vuelto á Leon pretendiendo otra vez ceñirse la corona que abdicara. Irritado contra semejante ligereza y temeridad retrocedió con todas sus fuerzas, puso sitio á Leon, la rindió en muy pocos dias, é hizo prisionero al Monge encerrándole en un calabozo. Poco despues los tres hijos de D. Fruela se le rebelaron en Asturias. Diósele aviso de esta rebelion, y se le prevenia que para que cojiese á todos los rebeldes descuidados fuese á Asturias «sin asonada de guerra ni armas.» Pero D. Ramiro (dice Ortiz) entendió la trama y fué allá con todo su ejército, y sin resistencia se le rindieron los tres hermanos Alonso, Ordoño y Ramiro; condújolos á la cárcel donde tenia á su hermano el *Monje* y en un dia mandó sacarles los ojos á todos cuatro, y los encerró juntos en el monasterio de San Julian cerca de Leon. Quedó con esto pacificado en lo interior y afirmado su trono; y principió entonces don Ramiro sus grandes jornadas contra los sarracenos. Madrid, Osma, Simancas, Talavera, las orillas del Ebro, del Duero y del Tormes, vieron desbaratados los innumerables ejércitos de infieles que osaron oponerse á la espada siempre vencedora de Ramiro. Por todas partes triunfó de los enemigos del nombre cristiano, conquistó gran parte de sus posesiones, reedificó muchos pueblos y ciudades y fortificó todas las fronteras de su reino.—Sujetó tambien al célebre conde de Castilla Fernan Gonzalez que se le habia rebelado; mas le tornó otra vez sus estados, prestando este juramento de fidelidad y vasallage. Por último, murió este valeroso príncipe con muy señaladas muestras de Religion y virtud, despues de haber elevado al trono á su hijo Ordoño, en el año 950. Levantó en su tiempo el monasterio de San Salvador en Leon para su hija doña Elvira, y los de San Andrés, de San Cristóbal, de Santa María y de San Miguel.

Ordoño III era muy prudente y diestro en las armas; pero la brevedad de su vida y reinado, dice Ortiz, no le dejó mostrar por largo tiempo estas prendas en beneficio de la corona. No obstante, sofocó las rebeliones de su hermano don Sancho y otra en la Galicia, cuyo autor y causa se ignoran; se apoderó de Lisboa, destruyó en Portugal todas las fuerzas de los sarracenos, y se hizo temer de todos sus enemigos. Hallándose en Zamora á mediados del año 957, murió

(1) *Sampir. pag.* 70.

---

y su cuerpo fué llevado á Leon y enterrado en la iglesia de San Salvador junto al de su padre. Dejó un hijo llamado Veremundo ó Bermudo, que reinó mas adelante. Subió entonces al trono que tanto apeteciera su hermano D. Sancho (apellidado el Gordo por la notable grosura y obesidad de su cuerpo), primero de este nombre entre los reyes de Leon. En el segundo año de su reinado se vió precisado á huir por la rebelion de Ordoño el *Malo*, hijo de Alonso el *Monge*; mas en el 961 recobró su corona ausiliado del rey de Navarra y del rey moro de Córdoba, á cuya ciudad, dicen los historiadores, fué á curarse de su obesidad por la pericia de los médicos árabes, y lo consiguió. En 966 despues de haber sujetado con sola su presencia los alborotos de Galicia promovidos por el conde D. Gonzalo, y habiendo perdonado á este rebelde, recibió de su traidora mano una manzana envenenada que le dió la muerte á los tres dias en el año 966 ó 967. Debemos añadir aquí que durante la estancia de Don Sancho en Córdoba tuvo largas noticias del martirio y reliquias del santo jóven Pelayo, martirizado en aquella ciudad por los años de 925, segun ya digimos en la pág. 37. D. Sancho hizo relacion de aquel martirio y de su piadosa causa á su hermana doña Elvira y á la reina, y la grande piedad de ambas señoras indujo á D. Sancho á que enviase embajadores al nuevo rey de Córdoba Alhacken con algunos regalos, y suplicándole les concediese el cuerpo y reliquias del Santo mártir que conservaban allí los cristianos, y al mismo tiempo continuara la paz que con su padre Abderraman habia Leon tenido. Mientras los enviados bajaron á Córdoba con tan pía diligencia, uno de los cuales fué el obispo de Leon, don Velasco, mandó el rey edificar el monasterio de San Salvador para depositar el santo cuerpo del mártir Pelayo, cuyo nombre tomó luego la casa. (*N. del E.*)

(*a*) Ramiro III comenzó á reinar bajo la tutela de su madre Teresa y de su tia la religiosa Elvira, señoras de consumada madurez, piedad y prudencia. Los primeros pasos de su gobierno se emplearon en la decente colocacion del cuerpo de San Pelayo que vino de Córdoba por entonces con los tratados de paz con Alhacken. Aquella pia funcion fué muy solemne por el grande número de prelados y gentes que concurrieron. En el año primero de su reinado aportaron los normandos con un ejército poderosísimo, conducido en cien naves, á las costas de Galicia. Talaron el pais, y ejecutaron todo linage de crueldades, especialmente en la comarca de Compostela. Viendo el estado miserable á que iban á quedar reducidos, se alistaron los gallegos bajo las banderas del conde Gonzalo Sanchez, y el dia 29 de marzo de 969 acometieron con tal denuedo á los normandos, que desbarataron todas sus fuerzas, degollaron la mayor parte de ellos y á su caudillo Gunderedo, y quemaron todas sus naves juntamente con los que se habian salvado de su espada. La inesperiencia del jóven rey de Leon, y algunos vicios que se comenzaron

la estimacion del pueblo, adjudicó á la iglesia de Santiago los bienes de un mártir que habia muerto sin dejar herederos y en el reinado precedente habian sido aplicados al fisco. Este mártir, llamado antes Sarraceno, y despues Domingo en el acto de recibir el bautismo, era de la ciudad de Simancas, que habian ganado los infieles á los reyes de Leon. Despues de haber pasado á cuchillo á la mayor parte de los habitantes, se llevaron cautivo á Domingo con los pocos compatriotas que habian quedado, los cargaron de cadenas y los tuvieron presos dos años y medio, en cuyo tiempo no cesaron de alabar á Dios aquellos cristianos confesando su fé; pero al fin los quitaron á todos la vida en castigo de su constancia.

San Rudesindo ó Rosendo, obispo de Mondoñedo (*a*), aunque no derramó su sangre por la fé, no dejó de confesarla con sus obras (1). Era hijo de Gutierre Mendez, de sangre Real, y de Ilduara, señora no menos ilustre por su piedad que por su nacimiento. En su epitafio se la llama confesora, esto es, religiosa, segun el estilo de aquellos tiempos, en que se daba tambien á los religiosos el nombre de confesores. La virtud y la sabiduría prematura de Rudesindo le elevaron á la dignidad de obispo á los diez y ocho años. A los veintiocho fundó el monasterio de Celanova, donde fijó su residencia, y cuyos monges se cree que formaban su clero como en otros muchos paises. La iglesia del Padron, cuya Silla se trasladó despues á Santiago, no tenia, ni con mucho, un pastor tan recomendable. Sisenando, que ocupaba esta Silla, estaba enteramente entregado á las vanidades y á las diversiones del siglo, y al fin se hizo tan despreciable con sus desórdenes que se vió el rey precisado á mandar que se le prendiese, y por consentimiento del pueblo y del clero puso en su lugar á Rudesindo que era pariente suyo; es decir, que Rudesindo se encargó del cuidado de esta iglesia en defecto de su pastor, sin ser obispo titular de ella, porque en todas sus actas se titula siempre obispo de Mondoñedo, lo que no le estorbó para defender al pueblo del Padron, igualmente que al de Mondoñedo con todo el celo de un pastor y la magnanimidad de un héroe. Hallándose espuestos los fieles á los mayores peligros con motivo de la doble invasion de los normandos y de los árabes, y estando el rey ausente, juntó tropas Rudesindo, marchó contra los enemigos del nombre cristiano, arrojó del continente á los idólatras, y rechazó á los infieles obligándolos á pasar mas allá de Portugal. Habiéndose escapado de la prision el obispo Sisenando, fué á buscar de noche á Rudesindo y le amenazó con espada en mano. Pero el Santo, no menos tranquilo que si aquel furioso estuviese cargado de cadenas, le reprendió con mucha dignidad, y le hizo temblar prediciéndole que moriria muy pronto de muerte violenta. En efecto, en otra irrupcion en que los normandos hicieron horribles destrozos en las cercanías de Santiago, pereció Sisenando á manos de ellos. San Rudesindo murió en su monasterio de Celanova (977) despues de haber renunciado el obispado, segun se dice, y tomado

---

á notar en él, fueron causa de que los gallegos se alzasen y proclamasen rey á D. Veremundo ó Bermudo II, hijo de Ordoño III, segun ya dijimos. Súpolo Ramiro y con grande ejército fué contra Veremundo; hallábase este prevenido, y así se dió una batalla reñidísima que quedó indecisa, retirándose cada cual por su lado los dos contendientes. D. Bermudo fué coronado en la iglesia de Compostela el 15 de octubre de 982. Sobrevivió poco Ramiro á esta batalla que parece fué en la primavera de 988, segun Ortiz, pero otros suponen fué años antes, y que D. Ramiro murió en 982. Como quiera que sea, muerto que fué D. Ramiro quedó Bermudo II en pacífica posesion de su trono y reinó hasta 1002. (*N. del E.*)

(*a*) El autor le llama obispo de Dumio; lo mismo le llama Mariana; pero Morales le llama obispo de Mondoñedo y esto mismo se lee en las lecciones del Breviario. (*N. del E.*)

(1) *Bolland. die 1 Mart.*

el hábito monástico. Se refieren muchos milagros hechos en su sepulcro, los cuales sirvieron de edificacion á toda España.

Por otra parte la Inglaterra cogia el fruto del celo y de las sábias leyes del rey Edgar. En el reinado de Eduardo, su hijo y sucesor inmediato, los clérigos que habian sido espulsos de las iglesias catedrales á causa de su vida desarreglada, se quejaron altamente, ó por mejor decir, prorumpieron en amenazas sediciosas sostenidas por varios grandes. Se calmó el tumulto por la vigilancia de los obispos reunidos en Winchester para celebrar un Concilio (1); pero los clérigos relajados hicieron tales instancias al jóven rey que estaban todos en espectacion, cuando el Eterno Pastor á quien nada cuestan los prodigios para el bien de su Iglesia, pronunció por sí mismo la decision. Se refiere que un crucifijo que estaba clavado en la pared del refectorio donde se celebraba el Concilio, abrió la boca y dijo con voz clara y perceptible: *no habrá nada: no habrá nada.* El rey y los grandes llenos de espanto, empezaron á gritar fuertemente, y sostuvieron unos decretos que el cielo mismo confirmaba. Se dice que este prodigio sucedió en el año 975, en que murió en una edad sumamente avanzada San Turquetul, sobrino del rey Eduardo el viejo, y abad de Croiland.

Habia sido durante mucho tiempo canciller de Inglaterra, y se distinguió tambien por su raro valor en las batallas, sin embargo de que en cuantas se halló no mató jamás á nadie (2). Tenia ya mucha edad cuando abrazó la vida monástica; pero guardó siempre la continencia mas perfecta, y por amor á esta virtud rehusó muchas bodas ventajosas que le propuso el rey su tio. Igualmente rehusó muchos obispados de los mas considerables de Inglaterra. Luego que tomó la resolucion de hacerse monge, quiso distraerle de su designio el rey Edredo, conociendo cuán necesario le era este grande hombre. «Señor (le respondió el canciller), he consagrado mis mejores años á vuestro servicio y al de los reyes vuestros hermanos. Permitidme á lo menos que sirva á Dios en mi vejez. Ya no me hallo en disposicion de pelear, ni de ayudaros de ningun modo con mi brazo; pero si os pueden ser útiles mis consejos, no os faltarán mientras yo viva.» Le acompañaron á Croiland muchos personajes ilustres, y diez de ellos tomaron el hábito monástico con él. Los demas, temiendo que no podrian observar la regla con todo rigor, conservaron el trage de seglares, bien que se vistieron de negro y con uniformidad. Se les dió una habitacion separada, con una capilla donde rezaban el oficio del dia y el de la noche á las mismas horas que los monges; pero en cuanto á la regla, no observaban mas que la continencia y la obediencia.

El monasterio de Croiland, que en otro tiempo habia sido muy célebre, estaba casi enteramente destruido por el furor de los normandos hacia ya mas de setenta años. Dando Turquetul al rey las posesiones que tenia en número de sesenta, se reservó seis en las cercanías de Croiland y las adjudicó á este monasterio como un diezmo de sus bienes. Reedificó la fábrica y se informó exactamente del primer estado de la casa por medio de cinco religiosos muy ancianos que la habian visto en su antiguo esplendor. Estableció un método digno de servir de modelo á la direccion y gobierno mas acertado. Toda su comunidad fué dividida en tres clases. Los religiosos mozos estaban encargados del coro, del refectorio y de los demás trabajos manuales, desde su entrada en el monasterio hasta los veinticuatro años

(1) *Tom. 9 Concilior. pag.* 721.
(2) *Act. SS. Bened. saec. V. pag.* 807.

de profesion. Los de la segunda clase, desde los veinticuatro años de profesion hasta los cuarenta, atendian principalmente á los asuntos de afuera y al cuidado de la casa. Los antiguos estaban dispensados de las obediencias esteriores y de los egercicios comunes, dejándose todo esto á su discrecion y piedad. A los ancianos que tenian cincuenta años de profesion se les daba un cuarto á cada uno en la enfermería con un criado que les asistiese, y un religioso mozo, el cual comia con ellos, asi para su propia instruccion como para consuelo de los viejos, á quienes no se hablaba jamás de ningun asunto que pudiese incomodarles. El abad Turquetul vivió hasta el año 975, en que Eduardo II subió al trono.

Este príncipe y su hermana Editha habian nacido del matrimonio ó concubinato del rey Edgar con la religiosa Ethelfreda (1), á quien este príncipe, cuyas virtudes se eclipsaron alguna vez, habia sacado violentamente de su monasterio. Despues de haberse separado de ella, se casó con Elfrida, de la cual tuvo otro hijo llamado Ethelredo. Elfrida se persuadió fácilmente de que la diferencia del origen de los dos hijos del rey hacia preferible el suyo con respecto á Eduardo, á pesar de la última disposicion del padre de ambos relativamente al trono. Pero no habiendo podido impedir que subiese á él Eduardo, resolvió precipitarle con la mayor crueldad y perfidia. Hallándose el rey en una batida cerca de la casa de campo de Elfrida, fué á visitarla con la seguridad que le inspiraba la disimulacion de la artificiosa madrastra, la cual le conoció desde lejos, y dió órden á uno de su comitiva para que le asesinase. Ella fué la primera que salió al encuentro del rey con grande afectacion de ternura, y sin dejar que se apease del caballo, le estuvo hablando algunos momentos con el objeto de dar tiempo al asesino para que le hiriese por la espalda. De este modo pereció Eduardo II en el año 978, á la edad de quince años, príncipe maduro ya para el cielo, y que por sus virtudes, dignas de un reinado mas largo, asi como por los milagros que se hicieron en su sepulcro, mereció ser colocado en el número de los santos mártires. Se hizo tan célebre su memoria, que el martirologio británico señala para la celebracion de su fiesta tres dias diferentes, que son el de su muerte y los de sus dos traslaciones. Su hermana Editha borró como él la mancha de su nacimiento con tan singulares virtudes, que la merecieron tambien el culto público. Se cuentan por santas otras tres princesas del mismo nombre que vivieron en Inglaterra en el siglo de que tratamos. Esta tomó el velo de las vírgenes, rehusó tres abadías que la ofreció el rey su padre, y murió simple religiosa á la edad de veintitres años, el dia 16 de setiembre de 984 en que la Iglesia honra su memoria. La reina Elfrida hizo una penitencia ejemplar por su parricidio, pues no contenta con haber fundado dos monasterios de mugeres, se vistió de cilicio, durmió en el suelo y practicó otras varias austeridades por espacio de muchos años consecutivos.

La Dinamarca, que habia sido tanto tiempo execrable á la cristiandad, tuvo tambien príncipes dignos del título de santos y de mártires (1). El rey Haroldo, despues del convenio que hizo con el emperador Othon el Grande, sostuvo y aun estendió con perseverancia la Religion católica. Luego que la edad y las enfermedades le privaron de su vigor y actividad acostumbrada, su hijo Suen ó Suenon, que se habia obstinado siempre en el paganismo, se aconsejó de los grandes que habian abrazado el cristia-

(1) Bolland. *die* 13 *Mart.*

(1) Adam. Brem. *lib.* 2, *cap.* 18.

nismo por respetos humanos, y resolvió quitar la corona á su padre. Asi la conjuracion estalló á la vez contra el rey y contra la Religion. Suenon, coronado por los rebeldes, declaró la guerra á Haroldo. El anciano rey, tan terrible en otro tiempo, pero muy diferente entonces con las máximas del Evangelio, tenia mucha repugnancia en tomar las armas contra su hijo y contra sus vasallos. Sin embargo, se resolvió á defender una causa que era la del cielo, y puso toda su confianza en Dios, como lo habia hecho siempre desde su conversion; pero el Señor que tenia sus designios ocultos con respecto á lo porvenir, solo queria por entonces acabar de santificar al primer rey cristiano de Dinamarca. Quedó Haroldo vencido y herido en la primera batalla que presentó, y tuvo que refugiarse á una ciudad de los esclavones, los cuales no obstante que eran paganos, le recibieron con humanidad y respeto. Pero al cabo de algunos dias murió de resultas de la herida á primero de noviembre de 980, con unos sentimientos de fé y de caridad que unidos á la causa de su muerte le dieron digno lugar en el catálogo de los mártires. Su cuerpo fué trasladado á Roschild, á la iglesia de la Santísima Trinidad, que habia hecho edificar el mismo Haroldo. No solo estableció el cristianismo entre los dinamarqueses, sino que llenó el Septentrion de iglesias y de operarios evangélicos.

La luz de la fé iba penetrando de dia en dia en estas naciones salvages. Los bohemios la habian comunicado algunos años antes á los polacos, que formaban parte de la misma nacion de los esclavones. La hermana del antiguo Boleslao, duque de Bohemia, llamada justamente Dubrava, esto es, buena ó virtuosa, se habia casado con Micislao, duque de Polonia (1), y deseando con vivas ansias la verdadera felicidad de su esposo, al mismo tiempo que lloraba la ceguedad funesta con que estaba todavia adicto á las supersticiones paganas, le exhortaba continuamente á que abandonase el camino de la perdicion, y procuraba hacer eficaces sus exhortaciones con todo género de condescendencias. Por último, bendijo el Señor sus deseos y recibió Miscilao el bautismo con gran número de sus vasallos, habiendo ido siempre en aumento la Religion en Polonia desde esta feliz mudanza, sucedida en el año 965. El primer obispo de los polacos fué Jordan, el cual trabajó infatigablemente con el duque y la duquesa en el establecimiento del cristianismo.

Se introdujo tambien la verdadera Religion entre los rusos, nacion igualmente esclavona, pero mas numerosa y mucho mas feroz que los polacos (1). Se cree que fué Vlodimiro el primer príncipe cristiano que tuvieron. Pero ya habia penetrado la fé en Rusia desde el siglo precedente por la solicitud de San Ignacio, Patriarca de Constantinopla, bien que hizo entonces tan pocos progresos, ó se sostuvo despues tan mal, que hablando en rigor no se puede empezar á contar el establecimiento del cristianismo en aquellos pueblos, ó á lo menos la conversion de la mayor parte de la nacion, hasta el ejemplo que la dió el duque Vlodimiro en 989. Algunos autores atribuyen la gloria de este suceso á la princesa Ana, muger del duque ó rey Vlodimiro y hermana de los emperadores griegos Basilio y Constantino; pero debe mirarse como su primera causa despues de Dios á la hija de Boleslao, duque de Polonia, que se casó con el hijo de Vlodimiro, y llevó consigo á Rusia á Reimbern, obispo de Colberg. Este santo misionero no menos sabio que virtuoso, despues de haberse conciliado la veneracion de

(1) Ditm. *lib.* 4, *p.* 45.

(1) Ditm. *lib.* 7. *p.* 104; Ced. *p.* 699 *et* 716.

los paganos con su estraordinaria abstinencia, sus vigilias y oraciones continuas, les hizo quemar sus templos, y abolió las supersticiones á que estaban más apegados. Las costumbres del rey Vlodimiro no correspondieron siempre á su creencia. Se le atribuyen grandes crueldades y una pasion desordenada á las mugeres; pero hizo una penitencia ejemplar, y no cesó desde entonces de redimir sus pecados con grandes limosnas hasta que murió en una edad sumamente avanzada. Fué enterrado en la gran ciudad de Kiovia, y se le erigió un sepulcro muy alto en la iglesia de San Clemente, como un objeto que se ofrecia á la veneracion de los pueblos. Los moscovitas colocan en efecto á este príncipe en el número de los santos y le miran como el apóstol de su nacion.

En Italia, despues de haber hecho el emperador Othon II que se designase á su hijo Oton III por sucesor suyo en una Dieta que se tuvo en Verona el año 983, murió en Roma el dia 7 de diciembre del mismo año. Habiendo muerto el Papa Benedicto VII en 10 de julio anterior, hizo Othon que fuese colocado en la Santa Sede en el mes de noviembre el obispo de Pavía que habia sido su canciller. Llamábase Pedro este obispo; pero por un testimonio de respeto dado ya al Príncipe de los Apóstoles, y que despues se convirtió en costumbre entre todos sus sucesores, dejó su nombre y tomó el de Juan XIV. No ocupó la Santa Sede mas que ocho ó nueve meses, y aun en este corto tiempo no logró poseerla tranquilamente, porque habiendo vuelto de Constantinopla el antipapa Francon ó Bonifacio VII luego que tuvo noticia de la muerte de Benedicto VII, cuya eleccion habia ya perturbado, desposeyó al Papa Juan y le encerró en el castillo de Sant-Angelo, donde murió de miseria el dia 20 de agosto del año 984. El usurpador se mantuvo en su intrusion como unos siete meses, y murió tan aborrecido de todos que el populacho furioso arrastró su cadáver por las calles y se ensangrentó en él haciéndole mil heridas. Se eligió despues á Juan XV, del cual se cree que no fué consagrado, y solo se le cuenta entre los Papas por no interrumpir su série. En fin, Juan XVI, que ocupó mas de diez años la Cátedra de San Pedro, fué exaltado á ella en el mes de julio del año 985.

Al mismo tiempo se vió en Francia una revolucion de primer órden, pero que ya no debia sorprender á vista de los sucesos que la habian preparado. La línea de los Capetos, mas poderosa por espacio de muchas generaciones que la casa reinante, llegó por último á apoderarse del trono. Habiendo muerto el rey Lotario el dia 2 de marzo del año 986, su hijo Luis V, que le sucedió á los diez y nueve años, no supo conservar á favor de los príncipes de su sangre los débiles restos de veneracion que aún se advertia en los pueblos. No le faltaba valor; y las hazañas con que se distinguió en un año y dos meses de reinado, su intrepidez en el sitio de la ciudad de Reims, de la cual se hizo dueño, y las disposiciones que tomó para ir al socorro del conde de Barcelona contra los sarracenos, prueban que no han tenido razon algunos historiadores franceses para darle el título de desidioso. Pero entre todas las cualidades que se requieren para reinar, no basta ciertamente el valor. Luis era al mismo tiempo violento y apocado, y se dejaba llevar de las pasiones de todos los que le rodeaban. Habiendo hecho sus ministros que aborreciese á la reina Emma su madre, princesa únicamente digna de su confianza, hicieron fuese odiado él mismo con el príncipe Cárlos su tio, que era el que mas le escitaba contra la reina. Cárlos se hizo personalmente despreciable á los franceses haciéndose vasallo del imperio por la Lorena,

de cuyo Estado era duque. Habiendo muerto el jóven rey sin dejar hijos varones, en el mes de mayo del año 987, envenenado, segun dicen, por la reina Blanca su muger, á la que trataba con tan poco miramiento como á su propia madre, correspondia la corona por el órden de sucesion al duque Cárlos, hijo de Luis el ultramarino, y por consecuencia heredero natural de los descendientes de Carlo-Magno.

Pero la Francia volvia á hallarse en las mismas circunstancias en que doscientos treinta y seis años antes se habia apropiado el título de rey el gefe que tenia toda la potestad Real. Hugo, llamado Capeto, no tanto por el gran tamaño de su cabeza, como creen algunos observadores pueriles, cuanto por la grandeza de su genio, hijo de Hugo el grande y superior á su padre, igualmente esforzado, menos altivo ó menos fanfarron, mas hábil en la política y mas moderado en su ambicion, era duque de Francia, conde de París y de Orleans, dueño de una porcion de ricas posesiones, en una palabra, incomparablemente mas poderoso que los débiles Carlovingios, los cuales tenian en su tiempo el nombre de reyes. Era su hermano Enrique duque de Borgoña, y su cuñado Ricardo duque de Normandía. Su abuelo Roberto y su tio Eudon se habian ceñido ya la corona de Francia, y habiéndose hecho electiva esta por la esclusion de Cárlos, su único heredero, no podia menos de recaer en Hugo. Animados, pues, los grandes por sus parientes, y acostumbrados á ver á sus progenitores á la cabeza del gobierno, le colocaron en el trono con unanimidad de votos en una asamblea celebrada en Noyon el año 987. Poco despues fué consagrado en Reims con mucha solemnidad el domingo dia 30 de julio del mismo año. Para asegurar la corona y fijarla en su casa, asoció al imperio á su hijo Roberto, el cual fué consagrado en Orleans el primer dia de enero del año siguiente.

A pesar de una fortuna tan rápida, tuvo que vencer muchos obstáculos, y se distinguió con muchos rasgos de valor y política, que no hacen á nuestro intento (1). La asamblea de San Bale, cerca de Reims (991), aun que condecorada con el nombre de Concilio, no fué mas que una faccion política, cuyas intrigas tampoco deben tener lugar en nuestro plan. Baste saber, que Arnulfo, hijo natural del rey Lotario, arzobispo de Reims y hombre de bien, fué depuesto en este conciliábulo. El rey Hugo, queriendo esterminar la raza de Lotario, le hizo degradar y espulsar de Reims. El arzobispo de Sens, que temia á Dios mas que al rey de la tierra, jamás quiso consentir en ello; los demas obispos obraron á pesar suyo y por temor; y Gerberto, monge sabio, pero ambicioso, que como veremos mas adelante llegó á ocupar, despues de su retractacion y arrepentimiento, la Silla de San Pedro, obtuvo el arzobispado de Reims en premio de haber sido preceptor del príncipe Roberto, hijo de Hugo; pero el Romano Pontífice, informado de lo ocurrido, puso entredicho á aquellos obispos por haber espulsado á Arnulfo y consagrado á Gerberto, siendo restablecido el primero en un Concilio celebrado en aquella ciudad, y presidido por un legado apostólico en el mes de julio de 995 (2). El nuevo monarca, que sintió ver unas disposiciones tan contrarias á sus designios, mostró una sumision religiosa y toda la moderacion que exigian las circunstancias para asegurar el trono en su familia: lo que era muy fácil de ejecutar, por cuanto habiendo sido preso en Laon el duque Cárlos, desde donde fué trasladado despues á una prision de Orleans, en la cual murió, quedaba Hugo

(1) *Abbon. Flor. Epist. ad. Leon. abbat.*
(2) *Tom. 10 Concilior. pag. 750.*

en pacífica posesion de la corona. Habia dejado Cárlos algunos hijos, pero los abatió de tal modo la desgracia de su padre que no hicieron ninguna tentativa para sostener sus derechos.

Nada padeció la Religion con esta revolucion ni con todos estos movimientos, antes bien empezó á adquirir en Francia su antiguo lustre y su primitivo vigor. Volviendo los reyes de la tercera linea á apoderarse con una habilidad incomparable de los derechos de la soberanía casi anonadada por la incapacidad de los Carlovingios, y dirigiendo invariablemente hácia este objeto todas sus miras, restituyeron por fin al gobierno aquel nervio y vigor con que se conservan la seguridad del Estado, y la paz y el órden en la Iglesia. Estos hombres tan dignos por eso de mandar á los demas, estos padres de los pueblos, y estos hijos respetuosos de la Iglesia sirvieron de modelo á los demas príncipes de Occidente, los cuales manifestaron desde entonces mucho mayor celo por la Religion y la unidad católica: revolucion ó restauracion visiblemente dispuesta por la Providencia, en la época precisa en que los orientales volvian á sumergirse en el cisma para no abjurarle sino por interés ó por inconstancia, y para consumarle por último sin esperanza de remedio.

LIBRO TRIGÉSIMO.

Desde la renovacion del cisma de los griegos en el año de 995, hasta la muerte del emperador San Enrique en el de 1024.

Desde que Focio habia causado en la iglesia griega el trastorno y violentos sacudimientos que debian producir una subversion total, las naciones tudescas y esclavonas mas numerosas y mas enemigas del cristianismo, esto es, los normandos, dinamarqueses, polacos, bohemios y rusos, habian abrazado sinceramente el catolicismo; de suerte que la pérdida que la Iglesia iba á esperimentar en el Oriente, se hallaba compensada de antemano y con ventajas. Entonces todavia los orientales ó los griegos, ocupados únicamente en el punto particular de su disciplina, violada por las cuartas nupcias del emperador Leon, nada habian intentado aun contra la doctrina ó la autoridad de Iglesia romana, no obstante de que la conducta de algunos Pontífices la cubriese de la mayor humillacion. Mas así como despues de las guerras intestinas emplean los ciudadanos en los paises estrangeros las armas de que servian antes unos contra otros, del mismo modo, poniendo fin los griegos en un Concilio á la disputa que los dividia entre sí, comenzaron de nuevo á separarse del cuerpo de la Iglesia, y reanimaron el partido de Focio, que estaba muy lejos de haber quedado destruido.

A la sombra de esta paz, ansiada de todos, porque estaban ya cansados de una discordia que habia durado ochenta años,

hallaron medios los partidarios secretos de Focio, que eran muy numerosos, para rehabilitar su memoria (1). Entre las aclamaciones dadas en este Concilio, único vestigio que de él nos ha quedado, desearon una memoria eterna á los patriarcas difuntos de Constantinopla, á quienes nombraron sin escepcion, colocando en una misma clase á San Ignacio y á Focio, y condenando sin distincion todo lo que se habia escrito contra uno y otro. Asi con el pretesto de la paz autorizaron la ordenacion, la conducta y aun la doctrina del autor del cisma.

Siguió á este primer triunfo una tentativa mucho mas atrevida por parte de Sisinio, que sucedió en el año 996 á Nicolás Crisoberga, cuya muerte acaeció en aquel tiempo. Observando el nuevo patriarca, enemigo jurado de la Iglesia romana, que las circunstancias eran tan favorables á sus designios, creyó que contemporizando con aquella paz fingida, y no combatiendo la memoria del patriarca Ignacio, podria sostener seguramente todas las pretensiones de Focio contra la Silla apostólica, y no vaciló en tomar el título fastuoso de patriarca ecuménico. Buscó despues de esto la carta circular que habia escrito Focio á los patriarcas de Oriente, que contenia los puntos de doctrina y de disciplina que zaheria el cismático en los Papas; y sin hacer en ella mas alteracion que la de mudar el título, tuvo la osadía de poner su propio nombre en lugar del de Focio, y envió el escrito en esta forma á los prelados que ocupaban entonces las sillas de Alejandría, Antioquía y Jerusalen, para escitarlos á unirse con él contra Roma. No vemos sin embargo que esta tentativa, atribuida por Allacio y por Maimbourg á Sisinio, quizá sin mucho fundamento, tuviese un éxito muy favorable, ya porque aquellos patriarcas temieran empeñarse ligeramente en un paso tan peligroso, ó ya porque habiendo muerto Sisinio á los tres años de patriarcado, no hubiese tenido bastante tiempo para llevar á cabo su proyecto. Al contrario, vemos que mucho despues, en tiempo de Juan, patriarca de Antioquía y contemporáneo de Miguel Cerulario, se hacia todavía en la misa conmemoracion del Papa en la iglesia de Siria (1).

Aun en Constantinopla no se atrevió Sergio, sucesor de Sisinio (996) y mucho mas interesado en favor de Focio de quien era pariente, á separarse tan pronto de la comunion del Papa; antes bien durante mucho tiempo dejó todavía su nombre entre los que se publicaban durante la celebracion de los sagrados misterios. Siguiendo sin embargo el ejemplo de su predecesor, divulgó desde luego, como si fuese suya, una carta de Focio llena de injurias y de acusaciones calumniosas contra los latinos; y como su episcopado fué mucho mas largo que el de Sisinio, y en los veinte años que le obtuvo logró mucha autoridad en el clero; reunió un concilio en su iglesia luego que pudo contar con una porcion de obispos, y borró de los dípticos el nombre del Sumo Pontífice, sin que los emperadores Basilio y Constantino contuviesen estos desórdenes. Por lo demás, con este hecho, referido por los historiadores, sucede lo que con el anterior, no es incontestable, y tanto menos lo es cuanto que en los tiempos de los patriarcas Sisinio y Sergio no hubo rompimiento alguno entre las iglesias griega y latina.

Era Constantino un príncipe cobarde y disoluto, entregado del todo al libertinage y á los placeres mas vergonzosos. Basilio, á quien no faltaba grandeza de alma y activi-

(1) Cedr. *tom. 2, pag. 702.*

(1) *Epist. Joann. Antioch. ap. Allat. de Consens. lib. 11, cap. 28.*

dad, solo pensaba en las espediciones militares, en las cuales consiguió mucha gloria. Pero la oscureció con la barbarie que egerció contra los búlgaros, cuyo reino convirtió en provincia del imperio. En una de las victorias señaladas que obtuvo contra ellos, y en la que hizo mas de quince mil prisioneros, los dividió en partidas de cien hombres, mandó sacar los ojos á los noventa y nueve, dejando tuerto á uno de ellos para que sirviese de guia ó lazarillo á los otros. Cometida esta atrocidad, los envió Basilio á su rey Samuel, quien á pesar de la constancia con que habia sobrellevado todos sus infortunios, no pudo resistir á un espectáculo tan horrible, y murió de dolor al cabo de dos dias. El emperador Basilio habia hecho voto de abrazar el estado monástico si ponia fin segun sus deseos á la guerra de Bulgaria. No pudo ser el éxito de ella mas satisfactorio; pero las prosperidades mundanas no suelen predisponer á desprenderse de ellas. Opinó, pues, que para cumplir el voto bastaria llevar debajo de la púrpura un hábito pequeño de monge, guardando continencia y absteniéndose de comer carne. No cumplió mejor la promesa que habia hecho de aminorar la carga escesiva de los impuestos; y asi como el patriarca le permitia interpretar sus votos á su modo, de la misma suerte dejaba él hacer libremente al patriarca todo lo que tendia á renovar el cisma.

No obstante de hallarse la iglesia griega en este estado de decadencia, florecieron en San Nicon de Armenia unas virtudes dignas de sus mas felices tiempos (1). Este Santo habia nacido en el Ponto de una familia poderosa; pero apenas salió de la infancia, huyó, eludiendo la vigilancia de sus padres, al monasterio de la Piedra de Oro, situado á la entrada de Paflagonia, y célebre por su observancia, donde permaneció doce años, consagrado enteramente á la práctica de la vida perfecta. Tuvo entonces su abad revelacion de que Nicon habia de ser instrumento de salvacion para muchos pueblos, y le envió á Oriente, donde recogió mucho fruto, principalmente en la Armenia, de la que tomó el sobrenombre de Armenio. Llamábanle tambien Metanoite, porque tenia siempre en la boca esta palabra griega, que significa *haced penitencia*. Habiendo sacado á los armenios de muchos errores peligrosos, le inspiró el cielo que pasase á la isla de Creta, que habia sido recobrada de los musulmanes por el emperador Nicéforo Focas y en la que habian echado profundas raices las impiedades de aquellos infieles en los ciento y treinta años que la dominaron. A pesar de tan grandes obstáculos conciliósse el afecto y confianza de los isleños con sus modales afables, con unas palabras llenas de dulzura y caridad, y sobre todo, descubriéndoles sus pecados y los movimientos mas ocultos de sus corazones, mediante el conocimiento que de ellos le daba el Señor. Le miraban como un ángel enviado del cielo para conducirlos á la vida eterna: estendió se su reputacion por todas partes, y acudian á él desde los sitios mas retirados de la isla. En los dos años que permaneció en ella, todos abjuraron la impiedad y se administró el bautismo á los que no lo habian recibido. Reedificaron las iglesias, se establecieron sacerdotes, diáconos y clérigos inferiores, y recobró el culto divino su antiguo esplendor y toda su magestad.

Concluida la mision de Creta, se retiró San Nicon al Peloponeso, donde el Señor le hizo venerar de los grandes y del pueblo por el don de profecía y el de milagros. Veíase todos los dias rodeado de una multitud de enfermos, á los cuales daba la salud del cuerpo y la del alma moviéndolos á hacer penitencia. Habiendo sido arrojados por respeto suyo los judíos de Amicla, donde

(1) *Vit. ap. Bar. ann.* 961.

su autoridad é insolencia eran un motivo de escándalo para los fieles, fijó su residencia en aquella ciudad. El gobernador de ella, llamado Gregorio, habiéndose puesto á jugar á la pelota cerca de la iglesia un domingo durante el tiempo de vísperas, enfadado Nicon porque los distraian con el ruido, salió de la iglesia y reprendió con mucha libertad á los jugadores. Gregorio, que estaba ya de mal humor porque perdia, se irritó contra el Santo y le obligó á salir de la ciudad. Deseando continuar despues el juego se vió súbitamente acometido de una paralisis, esperimentando dolores crueles en todo el cuerpo. No produciendo ningun efecto cuantos remedios se hicieron, llamó á San Nicon por consejo del obispo y le pidió perdon. Dióle el Santo la salud sin reprenderle por su conducta anterior, y consiguió que fuese uno de sus mas celosos defensores contra los enemigos de la virtud. San Nicon murió (998) un año antes de que empezase el patriarcado de Sergio, á 26 de noviembre, en cuyo dia celebran su memoria las iglesias griega y latina. Fué enterrado en su monasterio de Lacedemonia, donde se conservó su retrato con un respeto religioso. Era de alta estatura y de pelo negro; cuidaba poco ó nada del adorno de la cabeza, y llevaba un vestido de ermitaño muy raido y un báculo que remataba en una cruz.

Estos grandes ejemplos de virtud, que de tiempo en tiempo solia presentar la Providencia á la Grecia infiel, contribuian á la salvacion de muchos particulares, pero sin ser poderosos á estorbar que el cuerpo de la nacion corriese á su ruina. Correspondia á los sucesores de Pedro alargar la mano para socorrer á sus hermanos estraviados y confirmarlos en la fé; pero estaban los Papas tan llenos de cuidados en Roma, que no podian pensar en el Oriente. Gregorio V, llamado antes Bruno, hijo de Othon duque de la Francia rhiniana, y de Lieutgarda hija de Othon el grande, habia sucedido á los veinticuatro años á Juan XVI, el dia 3 de mayo de 996, por el influjo y autoridad de su pariente Othon III, que se hallaba entonces en Rávena, y á quien coronó emperador el dia 31 del mismo mes. Este fué el segundo aleman encumbrado á la Santa Sede. Othon habia resuelto desterrar á Crescencio, patricio, senador y tirano de Roma, que habia maltratado á los Papas anteriores; pero Gregorio intercedió por él. Mas apenas hubo salido de Italia el emperador, hizo Crescencio espulsar á su bienhechor Gregorio, para poner en su lugar (997) á un griego ó calabrés, hombre de humilde nacimiento, llamado Filagato, aventurero ingenioso y osado, que á fuerza de intrigas habia obtenido el obispado de Plasencia con el título de arzobispo, sustrayendo abusivamente esta iglesia de la de Rávena; lo que corrigieron despues. El Papa Gregorio en un Concilio numeroso, celebrado en Pavía el año 997, excomulgó al antipapa que habia tomado el nombre de Juan XVII; y todos los obispos asi de Francia como de Italia y Germania, pronunciaron el mismo anatema. Mas estos rayos invisibles no fueron armas suficientes contra el usurpador y su fautor impío. El emperador volvió desde Alemania con fuerzas mas á propósito para aterrarles. Encerróse Crescencio en el castillo de Sant-Angelo; pero Filagato no creyéndose seguro en ningun parage de Roma, huyó en secreto de la ciudad y cayó en poder de unos soldados del emperador, quienes, desconfiando de la clemencia de su soberano, cortaron al falso Papa las narices y la lengua, le arrancaron los ojos y le encerraron en una estrecha prision.

Interesóse San Nilo, tambien calabrés como Filagato, en la suerte de su desgraciado compatriota (1). Habia visto la luz este ilus-

(1) *Vit. ap. Bar. interpret. Carioph.*

tre solitario en Rosana, capital de la provincia y la única ciudad que habian conservado en ella los griegos; pero sus esclarecidas virtudes le habian hecho igualmente venerable á todos los príncipes y á todos los pueblos, á pesar de la aversion con que miraba las distinciones y todas las vanidades mundanas. Habia concebido este horror al mundo desde el primer paso que dió en él, y que fué la ruina de su inocencia. Nilo tenia hermosa presencia, genio alegre y una voz melodiosa y poco comun, lo cual, junto con las demas apreciables cualidades que le adornaban, le sirvió de una recomendacion muy particular para con las personas del bello sexo, y solicitáronle con mucho ahinco luego que salió de la infancia. A pesar de una educacion muy cristiana, cayó por efecto de su inesperiencia, en los lazos de una, aunque era de humilde nacimiento, y sin consultar otra guia que los ojos y la embriaguez de los sentidos, tuvo de ella una hija. Mas la consideracion de las verdades eternas en una alma sensible, que por decirlo así, las habia mamado con la leche, escitó muy pronto el arrepentimiento; y el temor de la muerte en una calentura violenta de que se vió acometido, se le hizo eficaz. Al punto, y aun antes de curarse de la calentura, se levantó y corrió á encerrarse en el monasterio de Mercurio, donde se recibieron casi al mismo tiempo unas cartas terribles del gobernador de la provincia, amenazando que haria cortar la mano á cualquiera que se atreviese á ordenar á aquel mozo y aun confiscaria las rentas del monasterio. Con este motivo resolvió Nilo pasar al monasterio de San Nazario, que no estaba sujeto á la dominacion de los griegos.

Encontró en el camino á un sarraceno, que le preguntó con imperio quién era, de dónde venia y á dónde iba. Manifestóle Nilo con ingenuidad su designio; y considerando el sarraceno sus pocos años y la riqueza de sus vestidos, porque llevaba todavía el trage seglar, le dijo: «á lo menos deberias esperar hasta la vejez para abrazar la vida monástica, ya que tienes ese capricho.»—«No, respondió él, no es un sacrificio digno de Dios el ser bueno como por necesidad. Un viejo que no tiene fuerzas para llevar las armas en defensa de su príncipe, ¿será mas á propósito para servir al rey de los Reyes?»—Movido el sarraceno con este discurso, le enseñó el camino, llenándole de elogios y animándole á que siguiese este proyecto, y aun le regaló algunos panes, sintiendo mucho no tener otra cosa mejor que ofrecerle. Estando el santo mozo cerca de San Nazario, encontró á un caballero que puso en nuevo peligro su vocacion: Despues de proferir mil injurias contra los monges, á quienes trataba especialmente de glotones: «apostaria, dijo, á que quepo yo con mi caballo dentro de su olla.» No teniendo Nilo ningun esperanza de convencer á un hombre tan arrebatado, huyó tapándose las orejas, y entró en el monasterio pidiendo el hábito con la condicion de que al cabo de cuarenta dias habia de volver á la casa de Mercurio, donde habia sido recibido anteriormente. Dióle el abad el hábito con mucho gusto, pero despues quiso poner á su cargo el gobierno de otra comunidad; propuesta que pareció tan terrible á la modestia del santo novicio, que desde entonces hizo voto de no aceptar jamás dignidad alguna.

Volvió al cabo de cuarenta dias al monasterio de Mercurio, y habiéndose detenido en él algun tiempo, y despues de haber dado todas las pruebas convenientes, se retiró con el consentimiento de los Padres á una caverna inmediata donde habia un altar dedicado á San Miguel. Ahora debemos esplicar qué método de vida era el suyo, y los muchos egercicios de piedad en que se em-

pleaba; porque tenia por máxima que un solitario, libre de todo otro cuidado, debe entregarse á ellos mucho mas que los que viven en comunidad. Dedicábase desde el amanecer hasta tercia á copiar libros, pues tenia entre otras habilidades la de escribir bien y muy de prisa. Desde tercia hasta sesta rezaba el Salterio, estando de pie delante de una cruz y haciendo frecuentes genuflexiones: y de sesta á nona estudiaba sentado la Santa Escritura y los Santos Padres. Despues de rezar nona y vísperas salia de su celda para pasearse y recrearse, contemplando al Señor en sus criaturas. Sentábase á la mesa despues de puesto el sol, y comia unas veces un pedazo de pan seco, y otras unas yerbas cocidas ó alguna fruta sin pan, segun la estacion del año. Era su única bebida el agua y esto en corta cantidad y con medida: su mesa una piedra, su plato un cascote, y su silla y su lecho la dura tierra: en una palabra, amaba tanto la pobreza, que carecia de silla, cama, cofre, y aun de saco, á escepcion de su vestido hecho en forma de saco de un tegido de pelo de cabra, y sujeto con una cuerda que le servia de ceñidor. No tenia hábito para mudarse, de suerte que no se lo quitó de dia ni de noche por espacio de un año entero, á pesar de la grande incomodidad que le causaba. No dormia de noche mas que una hora, despues de la cual rezaba segunda vez el Salterio, y luego decia las oraciones de los nocturnos y maitines. Pasó muchas Cuaresmas sin tomar mas alimento que la Comunion. No bebió por espacio de un año sino una sola vez al mes; pero abandonó este género de austeridad, no por mitigar la sed, que no le incomodó mas que los ocho primeros dias, sino para evitar la resecacion de los pulmones.

En medio de una vida tan estraordinaria tuvo varios discípulos que usaron de una especie de violencia para permanecer en su compañía, porque tenia todas las delicias en la soledad y en el perfecto desprendimiento de todos los cuidados y distracciones. Como no conocia otro placer que el de conversar con Dios, afligíale el trato de los hombres, y solia decir que viviendo con ellos se pierde en vez de progresar en la virtud. Llegó su primer compañero á fastidiarse despues de unos principios tan fervorosos, y pretendió darle motivo para que se enfadase. Pero Nilo dijo con dulzura: «Hermano mio, Dios nos ha llamado á la paz. Si no puedes ya sufrirme, ¿por qué te detienes aqui? Márchate á donde quieras.» Al retirarse al desierto este discípulo inconstante habia llevado tres monedas de plata, y el santo le obligó á que las diese al punto á los pobres. «Vuélveme mi dinero, le dijo con arrogancia, y me marcharé.» A lo que respondió Nilo: «Hermano mio, dame una seguridad competente por medio de un escrito que pondrás en el altar, y yo te lo devolveré al punto.» Quiso ver el compañero cómo saldria Nilo de aquel apuro cuando carecia hasta de un maravedí, é hizo lo que le habia propuesto. Corrió Nilo á pedir prestada esta suma al monasterio de Castel, y para pagarla copió tres veces el Salterio en doce dias. El mal solitario se ausentó con su dinero y murió de allí á muy poco tiempo.

Como los sarracenos no cesaban de hacer continuas correrías en el pais en que estaba la gruta del Santo, marchó este á establecerse cerca de Rosana en un sitio cuya propiedad le pertenecia, y que se convirtió poco á poco en un monasterio numeroso. Mas nunca quiso tomar el título de egúmeno ó de abad, procurando que esta dignidad recayese siempre en otros. En todo el discurso de su vida quiso mas bien obedecer que mandar, y era para él una mortificacion oir que le daban el nombre de maestro.

Ofrecióronle grandes riquezas, pero se negó constantemente á admitirlas porque no quería que sus discípulos tuviesen nada mas que lo indispensable para vivir. «Hermanos mios, les decia con frecuencia usando de las palabras del Salmista (1), sereis dichosos mientras vivais con el trabajo de vuestras manos. Todo el mundo bendecirá al Señor viendo que lo poseeis todo sin tener nada.»

Un dia que estaba en Rosana, fueron á visitarle Teofilacto, metropolitano de Calabria y un caballero llamado Leon, hombres de talento é instruccion, acompañados de otras personas respetables, de magistrados, eclesiásticos y de mucha gente del pueblo, y le preguntaron acerca de varios puntos de la Escritura, no tanto por instruirse como por probarle. Trataron del número de los escogidos, el que sostuvo el Santo, segun el Evangelio, que era muy reducido. La multitud al oir esto, esclamó: «no es asi, porque de ese modo en vano habriamos sido bautizados, en vano participariamos del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, y de nada nos serviria tener el nombre de cristianos.» Nilo, admirado de que el arzobispo no contuviese estas voces, replicó con modestia: «¿qué respondereis si os hago ver que San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Efrén, San Teodoro Studita, San Pablo y los Evangelistas dicen lo mismo que yo? Sin duda no osariais oponeros á todas estas reglas de nuestra creencia, porque esto seria declararse hereges, y en tal caso os apedrearia el pueblo.» Mezclando despues los sentimientos patéticos con las pruebas: «¿de qué modo, añadió, viven en estos tiempos perversos la mayor parte de los cristianos, para que el mayor número de ellos pueda heredar el reino de los cielos, á donde no entra ninguna cosa manchada?» Insistió con tanta fuerza en este principio, que quedaron consternados todos los circunstantes, y empezaron á esclamar: *¡ay de nosotros los pecadores!*

Sin embargo, uno de ellos tomó la palabra y dijo: «Padre mio, yo quisiera saber si Salomon se condenó ó salvó (1).» Conociendo Nilo que el que le hacia esta pregunta era un hombre de malas costumbres, le respondió: «Y yo quisiera saber, no cuál fué la suerte de Salomon, sino cuál será la tuya. ¿Qué nos importa á tí y á mí el destino de aquel sabio, que fué juguete de sus pasiones? Para nosotros está escrito: *cualquiera que mira á una muger con espíritu de concupiscencia, ha cometido ya un adulterio en su corazon* (2).» No bastó esta respuesta para contener la curiosidad de un clérigo, que se levantó y dijo: «Padre mio, ¿de qué árbol tomó Adan la fruta que comió en el paraiso terrenal?» Corrigiendo Nilo con la mofa la ridiculez de la pregunta, respondió, que de un manzano silvestre; y como se riesen todos á carcajadas: «¿cuál es, les dijo, el motivo de vuestra risa? La respuesta es conforme á la pregunta. En vez de pensar en la causa por qué perdimos el Paraiso y en los medios de recobrarle, me preguntais el nombre de un árbol. Si os lo dijese, me preguntariais al momento si era grande ó pequeño, cuál era el color del tronco, la figura y quizá el número de las hojas, curiosidad muy digna sin duda de que la razon eterna la hubiese dejado satisfecha.»

Cuando llegó á Constantinopla la reputacion de las virtudes y de la sabiduría del Santo, formaron empeño de atraerle á aquella capital; mas el temor con que miraba al mundo y á sus falsos honores le obligó á negarse á unas instancias que le parecian muy peligrosas. Mucho mas terror le causó el designio que habian formado de encum-

(1) *Ps.* 127, 2.

(1) *Vit. p.* 82.
(2) *Matth. cap.* 5, *v.* 28.

brarle á la Silla arzobispal de Rosana despues de la muerte de Teofilacto. Estando ya en camino los magistrados y los principales del clero para sorprenderle y obligarle á ocupar aquel puesto, se adelantó uno que no conocia su carácter, juzgando darle una noticia grata. Nilo le agradeció su atencion, y aun le obsequió segun sus facultades; pero sin perder un punto se fugó á los montes, permaneciendo oculto en ellos hasta que cansados todos los ciudadanos de buscar y esperar, eligieron por fin otro arzobispo.

Invadieron los sarracenos algun tiempo despues las cercanías de Rosana, y habiendo aprisionado á tres monges de San Nilo, los llevaron á Sicilia. El Santo practicó grandes diligencias para rescatarlos, y reunió cien piezas de oro, que envió en un macho con un hermano de su confianza. Habló el emir con respeto de la virtud del Santo: mandó que le presentasen los monges cautivos, los colmó de honores y quedándose solamente con el macho, los envió con el dinero de su rescate y muchos regalos: además de esto les dió una carta para Nilo, concebida en estos términos: «Tú tienes la culpa de que tus monges hayan sido maltratados. ¿Por qué no has querido que yo te conozca? Te habria enviado un salvo-conducto, con lo que hubiera estado seguro tu monasterio. Si quieres avistarte conmigo, podrias establecerte aquí en el lugar que mas te agradase, y yo te trataria con todo favor y respeto.»

El hombre de Dios se resolvió al contrario á abandonar la Calabria, por haber sabido proféticamente que toda aquella provincia habia de ser muy en breve asolada por los musulmanes; y figurándose que estaria menos honrado entre los latinos que entre los orientales, se dirigió á Cápua, donde se vió espuesta su modestia al mayor peligro. Habia resuelto el príncipe Pandulfo con los principales de la ciudad nombrarle su obispo, y no hubiera podido librarse de ello á no haber muerto el príncipe en estas circunstancias. Fué á visitar el monasterio de Monte-Casino, y salió á recibirle toda la comunidad en procesion con velas encendidas, con incensarios y con los ornamentos reservados para los dias de fiesta. Poco despues el abad Aligerno y sus principales monges le llevaron al monasterio de Valdelucio, dependiente de Monte-Casino, y se le entregaron por recomendacion de los magistrados de Cápua. Obligáronle despues á que fuese al monasterio grande con toda su comunidad, que pasaba de sesenta monges, y que en él celebrase el oficio nocturno en griego. Luego que se concluyó el oficio, fueron á verle todos los religiosos latinos para tomar lecciones de un solitario tan perfecto, y se llenaron de admiracion al observar que estaba muy versado, no solo en el conocimiento de los libros ascéticos, sino tambien en las obras mas profundas de los Padres de la Iglesia. Uno de aquellos hombres que se tienen por chistosos y gustan de alambicar todas las cosas, le dirigió la palabra, y le dijo: «Padre mio, ¿qué mal puede haber en comer carne siquiera una vez al año?» —«¿Y qué mal puede haber (replicó el Santo) en que despues de haber pasado todo el año sin dar ninguna caida, tropieces el último dia y te rompas las piernas?»

En los quince años que vivió San Nilo en el monasterio de Valdelucio consiguió con su prudencia, su doctrina y sus eminentes virtudes aquel alto grado de aprecio entre todos los grandes de Italia de que resultó mas de una vez que su mediacion fuese muy útil á pueblos enteros. Mas habiéndose llenado de riquezas aquella casa, vió que los monges se separaban de su primitiva observancia. Salió entonces de Valdelucio y buscó un sitio en que la esca-

sez les obligase á conformarse con el desprendimiento, y donde solo pudiesen subsistir con el trabajo de sus manos. No quiso admitir por esta razon las ofertas de muchas ciudades que le prometian riquezas y aun monasterios en buen estado. «La vida cómoda y libre de cuidados, decia, no es útil á los monges de estos tiempos, quienes en los ratos ociosos no se entregan á la oracion, á la meditacion y á la lectura de los libros santos, sino á curiosidades peligrosas, á discursos vanos y á malos pensamientos. El trabajo vence todos estos peligros y una infinidad de males. No hay cosa mejor para los monges que comer el pan con el sudor de su rostro.» No conformándose con esta severidad algunos hermanos, se quedaron en Valdelucio, de donde fueron espulsados muy pronto por su independencia, por sus discordias y por su disolucion. Encontró Nilo con los otros cerca de Gaeta un lugar desierto, árido y estrecho, que le agradó por lo mismo y le movió á fijar en él su residencia. Nada tenian allí al principio; pero en breve tiempo el trabajo les suministró con abundancia todo lo que necesitaban. Estraordinario era el gozo que sentia el santo en aquel asilo pacífico, donde no habia ningun objeto que le estorbase pensar en Dios. Absorbia muchas veces de tal modo este pensamiento todas sus facultades, que no oia á las personas que le hablaban. Cuando volvia en sí de su éstasis y le preguntaban qué era lo que le habia sucedido: «ya soy viejo, hijos mios, respondia; está poco firme la cabeza y no sé lo que me hago.»

Su quietud se turbó en este amable retiro con la noticia de la intrusion de su compatriota Filagato en la Silla apostólica. Al punto que supo esta usurpacion sacrílega, escribió al usurpador amonestándole á abandonar la gloria peligrosa de este mundo, y buscar el descanso inocente de la vida solitaria. Cuando despues le dijeron que Filagato habia sido preso y tratado del modo que hemos visto, entonces lleno de dolor y de consternacion, juzgó que debia interponer su valimiento, y marchó á Roma, á pesar de la circunstancia del santo tiempo de Cuaresma, de su avanzada edad y de una enfermedad aguda que entonces le atormentaba. Sabiendo el emperador Othon y el Papa Gregorio que iba á llegar, salieron á su encuentro: le cojieron cada uno de una mano y se la besaron, le llevaron al palacio pontificio y le dispensaron la honra de darle asiento en medio de los dos. El siervo de Dios, suspirando á vista de unos honores que solo podian ser tolerables á la fuerza de la caridad que le habia impelido á hacer aquel viaje, les dijo lloroso y confuso: «en nombre de Dios os pido que no me trateis así. Soy el mas desdichado de todos los pecadores, y un viejo medio muerto é inútil, que no debe hacer mas que postrarse á los pies de vuestras dignidades supremas. No he venido á que me honreis, sino á socorrer al desgraciado que os sacó de pila á uno y á otro, y al cual habeis privado de la vista. Os pido me le entregueis para que venga á sepultarse en la oscuridad de nuestro retiro y lloremos juntos nuestros pecados.»

El emperador, enternecido hasta el estremo, vertiendo copiosas lágrimas, accedió á lo que pedia Nilo; pero el Papa, irritado sin duda al ver lo mal recompensada que habia sido su clemencia con Crescencio, hizo que paseasen á Filagato por toda la ciudad con el vestido lleno de girones, y puesto en un asno mirando hácia la cola (1). Abandonóse Nilo entonces al esceso de su dolor, é inflamándose su celo esclamó: «Pues no se compadecen del que ha puesto

(1) Petr. Damian. *lib.* 1 *Epist. ep. ult. ad Cadal.*

Dios en sus manos, tampoco se compadecerá de sus pecados el Padre celestial.» (1) Salió al punto de la ciudad con los hermanos que le acompañaban, estuvo andando toda la noche, y llegó al otro dia á su monasterio.

Habiendo entretanto celebrado en Roma el emperador la fiesta de la Pascua, que en este año de 998 fué el 17 de abril, trató de apoderarse del patricio Crescencio en el castillo de Sant-Angelo, donde vivia encerrado aquel rebelde. Valióse para esta espedicion de un aleman llamado Thamma, hombre cuya habilidad se ponderaba mucho y que tenia toda su confianza. Mas como la fortaleza pasaba por inconquistable, suplió Thamma el arte con el artificio y la traicion, ofreciendo seguridad á Crescencio bajo la fé del juramento, con anuencia del emperador y del Papa; y sin embargo que se rindió el patricio, mandó Othon que se le cortase la cabeza el 29 de abril; castigo merecido sin duda por el perturbador de la Iglesia, pero que le fué impuesto faltando á la fidelidad del juramento.

Sublevároнse por este mismo tiempo los tiburtinos, despues de haber quitado la vida á su duque Mazolino; pero San Romualdo, mas feliz que San Nilo, logró por ellos hacer la paz con el emperador. Este ilustre solitario, de la casa de los duques de Ravena, conocido ya en las dos Hesperias, á las que habia admirado con la austeridad de su vida y con su celo por la disciplina regular, gobernaba entonces la abadía de Classe que Othon III, muy adicto al estado monástico, le habia dado para establecer en ella la reforma (2). No consiguió reducir á aquellos monges relajados al camino estrecho de la perfeccion, y juzgando que él mismo se relajaba allí, se presentó delante de Tibur para devolver el báculo pastoral al emperador, renunciando la abadía en presencia del arzobispo de Ravena. Los tiburtinos, estrechados fuertemente por el emperador, estaban ya para rendirse, y Romualdo les hizo tomar la resolucion de someterse demoliendo una parte de sus murallas y entregando el asesino del duque Mazolino á la madre de este caballero; mas al propio tiempo logró de esta señora el perdon. Tambien convirtió en Tibur al aleman Thamma, que habia engañado á Crescencio con un perjurio, y le convenció á que abandonase todas las ventajas del favor estraordinario que gozaba con Othon para abrazar la vida monástica.

El talento propio de Romualdo consistia en inspirar á los grandes el temor de Dios, y convertir los pecadores mas obstinados. Habia obligado ya al duque de Venecia, Pedro Urseolo, sugeto de gran piedad y de costumbres verdaderamente cristianas, á hacer penitencia de lo que en una revolucion de su república habia contribuido á la muerte de su predecesor; el duque dejó su muger y su hijo para ir, acompañado de un noble veneciano, á encerrarse en el monasterio de San Miguel de Cuxa, en el Rosellon, donde murió en olor de santidad (987). Por la misma virtud de las palabras terribles que salian de la boca de Romualdo, concibió un temor tan vivo de los juicios de Dios el conde Oliban, caballero principal de España y reo de crímenes enormes, que dió á su hijo la posesion de sus bienes y dejó su pais para ir á tomar el hábito monástico en Monte-Casino. Esta virtud rígida de Romualdo le hizo superior al miedo escesivo que habia tenido en otro tiempo á su padre. Llamábase Sergio y era de un carácter interesado y violento; y despues de haber muerto por sus propias manos á un pariente suyo, con motivo de un prado, sobre cuya

(1) *Vit. p.* 151.
(2) *Vit. per Petr. Dam*; Bolland. *die 7 febr.; Act. Bened. saec. VI, pag.* 281.

posesion pleiteaban, habia amenazado á su hijo con que le desheredaría porque no podia este disimular el horror que le causaba semejante asesinato. Sergio concibió despues un vivo arrepentimiento de su delito, y tomó el hábito en el monasterio de San Severo cerca de Ravena. Mas despues de algun tiempo vaciló en su resolucion y quiso volver al siglo. Los monges participaron esta novedad á Romualdo, quien se hallaba á la sazon en el monasterio de Cuxa ó Cusan en Cataluña. Marchó al punto descalzo y con un baston en la mano, llegó á Ravena, se presentó á su padre que estaba ya para salir del camino de Dios; y usando de una conducta muy distante de las reglas ordinarias, pero justificada por el éxito que tuvo, le aprisionó y le trató con dureza, hasta que volvió á su vocacion primera. Sergio manifestó mucha docilidad y no tardó en morir santamente.

El emperador mismo dió muestras de una entera condescendencia á los consejos de Romualdo. Descubrióle francamente las llagas de su alma, y despues fué en peregrinacion con los pies descalzos desde Roma á San Miguel del monte Gargano. No faltaron razones para creer que Othon se habia convertido sinceramente; pues pasó en el monasterio de Classe toda la Cuaresma del año 999, ayunando y cantando, en cuanto podia, en los divinos oficios, llevando el cilicio debajo del oro y la púrpura, y durmiendo encima de una estera regada con sus lágrimas, al lado de la cama magnífica que le estaba preparada. Romualdo le aconsejó despues que abrazase la vida monástica. «Lo haré, dijo, cuando haya reducido á los romanos á tributarme la obediencia que me deben.»—«¡Ah Señor! replicó Romualdo, si regresais á Roma, no vereis otra vez á Ravena.» En efecto, como luego se verá, no tuvo tiempo Othon para cumplir su promesa.

§ Al volver del monte Gargano, pasó al monasterio de San Nilo, é instó al Santo para que le pidiese cuanto quisiera con la confianza de un padre que hablaba á su hijo (1). El siervo de Dios contestó poniendo la mano en el pecho del emperador: «Nada tengo que pediros sino la salvacion de vuestra alma. No obstante de que sois emperador, morireis como el último de los hombres y dareis cuenta de todas vuestras obras.» Othon lloró al oir estas palabras, y despojándose de la corona quiso recibir la bendicion del Santo antes de ausentarse. Quejáronse despues los monges de que Nilo no hubiese admitido á lo menos un monasterio del príncipe; y él les contestó: «confieso que he hablado como un necio; pero el suceso os dirá si vosotros teneis mas razon que yo.» Cuando supieron de allí á poco tiempo la muerte de Othon, se quedaron admirados del conocimiento casi divino de su santo maestro.

Conociendo Nilo que se aproximaba su muerte, y sabiendo que el príncipe de Gaeta se habia esplicado ya sobre el designio que tenia de trasladar su cuerpo á la ciudad luego que espirase, para que todo el pais tuviese en él un defensor, acordó ir á morir en un sitio desconocido. Temia en tal estremo que le reputasen por Santo, que solia fingir defectos, y algunas veces se mostró impaciente y colérico; de modo que engañó á los que no habian formado una idea perfecta de su santidad. Juzgando vivir incógnito en las cercanías de Frascati, se retiró á aquel pais, no lejos de un pequeño monasterio de griegos fundado en honor de Santa Agueda. Mas Gregorio, conde de Frascati, á pesar de lo muy desacreditado que estaba con motivo de sus violencias é injusticias, le buscó y le dijo postrándose á sus pies: «Yo no soy digno de que

(1) *Vit. S. Nil. pag.* 155.

tan gran siervo de Dios entre en mi territorio; pero supuesto que á ejemplo de nuestro divino Maestro habeis preferido á los justos un hombre cubierto de iniquidades, ahí teneis mi palacio y todas mis posesiones, disponed de ellas como mas os plazca.» Le pidió el Santo un sitio retirado, á fin de hacer oracion con quietud, y el conde le dió un residuo de la casa de campo que habia sido de Ciceron, y se llamaba la gruta de la Herradura. Fueron á buscarle allí sus discípulos fieles, y levantaron un monasterio que subsistió bajo la regla de San Basilio, en el que se decia la misa en griego, pero segun el rito latino. San Nilo murió en este lugar (1005) encargando mucho que no le diesen sepultura en la iglesia, ni pusiesen ningun distintivo en su sepulcro. Vivió noventa y nueve años, sin disminuir ninguna de sus austeridades, sin comer ni beber antes de la hora acostumbrada, sin haberse bañado jamás y sin haber comido de carne ni una sola vez desde el momento en que se retiró. Se habia connaturalizado tanto con la abstinencia, que le habria sido mas penoso quebrantarla que cumplirla exactamente.

El emperador Othon III honró constantemente con su proteccion y amistad á todas las personas que en su tiempo trabajaban en la edificacion de la Iglesia, á cada una segun su estado y el espíritu de su vocacion; mas á nadie profesó tanto cariño como á San Adalberto de Praga y á San Bernuardo de Hildesheim (1). Habia el emperador conocido en Roma todo el mérito de Adalberto en las muchas conversaciones familiares que tuvo con él, cuando este santo prelado dejó á su pueblo con el consentimiento del Papa para retirarse al monasterio de los Santos Alejo y Bonifacio. La corrupcion de costumbres y la indocilidad de los bohemios, entre quienes temia esta alma pura perderse mas bien que esperar santificarlos, le obligaron á solicitar el permiso del Sumo Pontífice para abrazar la profesion monástica. Nada tenia contra sí el prelado, ni en su elevacion á la dignidad episcopal, ni en el gobierno de su diócesis. Hijo del conde Slaving, uno de los caballeros mas poderosos del pais, habíase distinguido desde su edad juvenil por su capacidad, por su piedad, y por una caridad humilde y generosa que le hacia recorrer de noche y con las manos llenas de oro las casas y aun las chozas de los pobres mas infelices; pero despues de mucha resistencia vióse en la necesidad de condescender con el deseo unánime del clero, del duque Boleslao el Piadoso, y de todos los grandes, que le encumbraron á la dignidad episcopal con estraordinarias demostraciones de alegría por parte del pueblo. Colocado en la Silla de Praga (985), ofreció ejemplos de virtud á todos los estados y condiciones, sin olvidar ninguno de los deberes propios de su dignidad. Dividió, segun los cánones, en cuatro partes las rentas de la Iglesia, la primera para la fábrica y ornamentos, la segunda para los canónigos, la tercera para los pobres y la cuarta para él. Guardaba silencio como los monges desde completas hasta prima, despues de lo cual daba audiencia, y luego se aplicaba al estudio de los libros santos, alternando con el trabajo de manos. Aunque tenia una habitacion aseada y una cama muy decente, dormia en el suelo, y á lo mas encima de un cilicio. Era su sueño muy corto, y pasaba en oracion la mayor parte de la noche. Predicaba con frecuencia, visitaba á los enfermos y presos, alimentaba diariamente á doce pobres, y los dias de fiesta repartia abundantes limosnas. Nada omitia para captarse los corazones, uniendo con gran prudencia la dulzura y la severidad.

(1) *Act. SS. Bened. sacc. VI, pag.* 581.

Pero su pueblo, todavia bárbaro, intratable y tan maligno como grosero é ignorante, afectaba entregarse á los desórdenes que parecian mas insufribles á su santo prelado. Odiaba Adalberto sobre todo la multitud de mugeres entre aquellos malos cristianos, el concubinato de los clérigos y la venta de los esclavos cristianos á los judíos, y no pudo inculcar ningun sentimiento de estos á su rebaño disoluto. Creció el mal luego que se marchó el santo obispo, y se temió con razon que aquel pueblo, que acababa de convertirse y tan imperfectamente, recayese en sus antiguas supersticiones. El duque Boleslao, despues de haber celebrado consejo con el clero, manifestó su recelo al metropolitano, que era Villegiso, arzobispo de Maguncia. Envió este prelado diputados á Roma para que pidiesen á Adalberto, y en efecto le entregó el Papa; pero con la condicion de que su pueblo se habia de mostrar mas dócil, y con la amenaza de que si perseveraban en sus desórdenes los abandonaria para siempre el obispo. Púsose al momento en camino Adalberto, y pasó por Maguncia, donde se habia detenido el emperador cuando volvió de su viaje de Italia. En el mucho tiempo que permaneció alli, vivió con este príncipe en una grande intimidad y en una libertad santa. «No penseis, le decia con frecuencia, en que sois un príncipe poderoso, sino mas bien en que sois un hombre mortal.» Y como Othon estaba todavia en la flor de su edad y era uno de los hombres mas hermosos de su tiempo, «no olvideis, añadia, de que ese cuerpo tan bien formado se ha de convertir en polvo y en corrupcion.»

Cuando Adalberto llegó á Praga, salió á su encuentro un numeroso gentío haciendo grandes demostraciones de alegría y ofreciendo seguir todos sus consejos; mas no tardaron mucho en volver á caer en sus vicios y en su obstinacion. Corrió el santo obispo á buscar algun consuelo entre los húngaros, gente vecina á Bohemia y sumergida en la idolatría. Dió alli principio al establecimiento del cristianismo, y bautizó al hijo de Geisa, cuarto duque de los húngaros, despues de la entrada de estos en la Panonia; esto es, al príncipe Esteban, quien fué tan fiel á la gracia de su conversion, que mereció ser colocado en el número de los Santos. Volvió Adalberto entretanto á pasar á Roma, y el metropolitano renovó sus quejas, defendiendo en un Concilio que era cosa inaudita y contraria á los cánones verse una iglesia privada de su pastor, cuando este era todavia robusto y estaba en estado de servirla. Adalberto conocia muy bien que nada podria lograr de los bohemios, pero vióse precisado á ceder y volver de nuevo á aquel pais. Consolábase con la esperanza de que muy en breve se le presentaria ocasion de evangelizar á los infieles.

En efecto, su pueblo no quiso recibirle, y no sirviendo de nada la mediacion de Boleslao, duque de Polonia, trató Adalberto de atender á la conversion de los idólatras. Como la Prusia, poco distante de la Polonia, respetaba sobre manera al duque con motivo de la proteccion que recibia de él, el obispo de Praga se hizo á la vela en un navío que se tripuló de órden de aquel príncipe, con una escolta, y pasó á Dantzick, donde bautizó un gran número de personas. Volvió allí á embarcarse, y despues de algunos dias de navegacion por la costa, saltó á una isleta formada por un rio, en la que principió á predicar la doctrina de Jesucristo; pero llegando al mismo tiempo los dueños de la isla le arrojaron de ella á golpes. No contentos con este cruel tratamiento, le sacudieron tan fuertemente con un remo que le derribaron en tierra. «Bendito seais, Señor, esclamó, pues á lo menos he recibido un golpe por amor de aquel que

padeció tanto por mí.» Pasando al otro lado del rio, acudieron los bárbaros y le obligaron á embarcarse con sus compañeros, diciéndoles que no les hacian poco favor en perdonarles la vida.

Cuando Adalberto estuvo libre de este peligro, dijo á sus compañeros: «dejémonos crecer el pelo y la barba, vistámonos del mismo modo que estos pueblos, y pasemos á algun otro distrito donde no seamos conocidos. Viviremos allí con el trabajo de nuestras manos, trataremos familiarmente con ellos, y los sacaremos del precipicio en que quieren perecer.» Pasado el tiempo conveniente se pusieron en camino atravesando grandes selvas, y llegaron á una llanura espaciosa donde no era fácil que dejasen de verlos. Acudieron al punto los paganos, y lo primero que hicieron fué atarlos. El Santo estaba exhortando á sus compañeros á que sufriesen con valor por Jesucristo, cuando un sacrificador de los ídolos, llamado Siggo, se acercó lleno de rábia, y le disparó un dardo que le hirió de muerte. Arrojáronle casi al mismo tiempo otros cuatro dardos á cuyos golpes espiró, pidiendo en alta voz por su salvacion y por la de sus asesinos (997).

San Bernuardo, sajon y obispo de Hildesheim en Sajonia, habia sido preceptor de Othon, debiendo á sus raras cualidades que se le confiriese este empleo importante desde su edad juvenil. Habia nacido con un carácter idóneo para la virtud y con un genio á propósito, y tenia igual disposicion para las ciencias profundas que para los asuntos políticos y para las artes. Escribia bien, manejaba con destreza el pincel, entendia de arquitectura, desentrañaba con facilidad los asuntos mas enredosos, conocia perfectamente á los hombres, y parecia haber encontrado la llave de todos los corazones. Conciliése en tal grado la confianza de la emperatriz Teofania, griega de nacimiento, y de los señores alemanes, que le eligieron de comun acuerdo por primer maestro del emperador, cuya estimacion se grangeó tambien, no obstante de oponerse á la voz de los aduladores que solo le hablaban de diversiones, y aun á la condescendencia estremada de la emperatriz para con su hijo. Pero sabia conducirse con tal arte y con unos modales tan finos, que conservó sin cesar el aprecio de cuantos le rodeaban. El jóven Othon, despues de la muerte de su madre, puso toda su confianza en Bernuardo, y rigiéndose por sus consejos daba el justo valor á los de los lisongeros, aprendiendo desde muy temprano á temer sus artificios y seduccion.

Siendo todavía bastante jóven Bernuardo fué elegido para la Silla de Hildesheim y preferido unánimemente á otros muchos eclesiásticos de ilustre nacimiento que servian en palacio; pero escedia á los ancianos en cordura y en virtud (1). Su devocion le obligaba á pasar la mayor parte de la noche en oracion. Nadie asistia con mas frecuencia á los divinos oficios, y despues distribuia comida y dinero á mas de cien pobres. A pesar de su aplicacion á las funciones eclesiásticas, nunca dejó de cultivar ni de fomentar las artes, cuidando de hacer copiar libros, y formando una rica coleccion de ellos, sin olvidarse de la pintura y de las obras de plata y de hierro. Buscaba y proporcionaba esmerada educacion á los jóvenes de buena índole y que daban muestras de talento. Al mismo tiempo y por un efecto de la elevacion de su genio, servia al Estado en las materias mas importantes con mayor conocimiento y fruto que los grandes del reino. No se contentó con levantar un cuerpo de escelentes tropas para preservar á su pueblo de las correrías de los bárbaros que infestaban la Sajonia, á

(1) *Act. SS. Bened. saec. V. pag.* 202.

quienes ellas derrotaron muchas veces, sino que construyó dos fortalezas en los dos sitios mas espuestos de la diócesi, y de este modo afirmó la seguridad de todo el pais, sin que tantos cuidados le impidiesen enriquecer á su iglesia con la adquisicion de muchos territorios nuevos, edificando allí una porcion de casas considerables, adornando su catedral con pinturas esquisitas, y dándola mucha plata labrada, y entre otras cosas un cáliz de oro que pesaba veinte libras. Una administracion tan digna de alabanzas y de aplausos fué turbada por el arzobispo de Maguncia, que usurpó una parte de la jurisdiccion de Bernuardo en un monasterio de mugeres llamado Gandersheim. Despues de varias representaciones que dirigió el santo prelado al arzobispo sin ningun fruto, se quejó al Papa, y marchó á Roma donde estaba entonces el emperador.

Habia sucedido Silvestre II el dia 2 de abril de 999 á Gregorio V, que no sobrevivió un año á la amenaza de San Nilo, y murió á los veintisiete de su edad, despues de un pontificado de menos de tres años (1). Silvestre, llamado antes Gerberto, habia adquirido mucha celebridad en los varios estados por donde habia pasado antes de llegar á la dignidad pontificia. Nació en Auvernia, de una familia oscura, tomó el hábito desde muy pequeño en la abadía de Aurillac, fué abad de Bobbio, estuvo luego encargado de la escuela de Reims, donde fué su discípulo el rey Roberto: sustituyó en esta iglesia al arzobispo Arnulfo, fué luego depuesto de ella, y trasladado por el favor de Othon III á la Silla de Ravena, y en fin á la Cátedra de San Pedro, en la que no se habia sentado antes ningun francés. En todas partes mostró una penetracion y una ciencia tan prodigiosa para sus contemporáneos, que estos en su simplicidad creyeron y aun le acusaron de que tenia pacto con el demonio. Entre las útiles invenciones debidas á Gerberto antes de que fuese encumbrado á la Silla apostólica, es la principal la del reloj de volante, que estuvo en uso hasta 1650, en cuya época Huyghens sustituyó la péndola al volante. Tambien se le atribuye el honor de haber inventado las máquinas de vapor, de lo cual aparece que no son un descubrimiento moderno. Este sábio fué un Papa equitativo y prudente, que lejos de atentar á los derechos de los príncipes ó de los obispos, usó de los suyos propios con gran moderacion.

Gerberto, convencido de su estravío por el abad Leon, que en calidad de legado apostólico habia presidido el Concilio en que fué restablecido Arnulfo ó Arnoldo de Reims, habia mostrado un sincero arrepentimiento de todo lo que habia escrito en favor de su intrusion en dicha Silla; y despues de su retractacion y reforma fué muy bien recibido por el Papa Gregorio V. Se sabe efectivamente que por consideracion á él aumentó este Papa los privilegios de la Iglesia de Ravena. Hay motivo para creer que Arnoldo de Reims, que entonces estaba ya reconciliado con el rey y con Gerberto, hecho ya Papa con el nombre de Silvestre II, deseó que este confirmase su restablecimiento, porque hay una carta de Silvestre á Arnoldo autorizando lo que se habia hecho en favor de este; y es muy notable la manera con que en esa carta se habla de los derechos de la Santa Sede que Gerberto habia combatido en otro tiempo: «A la Santa Sede apostólica, dice el Papa, compete restablecer en su dignidad á los que de ella han sido privados, á fin de conservar de este modo á San Pedro la libre potestad de atar, y á fin tambien de que

(1) Papebr. *conat.*

brille por todas partes el esplendor de la gloria romana. Por tanto, creemos conviene usar de misericordia con vos, oh Arnoldo, arzobispo de Reims, que por algunos escesos habeis sido depuesto: y pues vuestra deposicion se efectuó sin el consentimiento de Roma, es menester mostrar que Roma puede reparar lo que se ha hecho; porque ese es el poder concedido á San Pedro.» Silvestre, al restablecer á Arnoldo en todos los derechos de su Silla, cuenta en el número de estos el de bendecir á los reyes de Francia, es decir, el de consagrarlos.

Poco despues de la eleccion de Silvestre y á instancia suya, dió el emperador Othon la ciudad y el condado de Vercelli al obispo de esta diócesis con toda la potestad pública, pena de mil libras de oro á cualquiera que inquietase al prelado en esta posesion; providencia muy notable, pues á egemplo de las donaciones de Pipino, Carlo-Magno, Luis el Piadoso, etc. atribuye espresa y formalmente la potestad pública á una iglesia. Hízose la donacion en Roma á 7 de mayo del año 999 (1).

En el último viage de Othon á aquella capital, que fué en 1001, el Papa Silvestre congregó el concilio que habia de decidir la controversia entre San Bernuardo y Villegiso de Maguncia. Quejóse principalmente Bernuardo de que despues de haberse puesto en camino para ir á Roma, y á pesar de sus protestas, habia celebrado Villegiso un sínodo en Gandersheim. El Papa preguntó al concilio si debia reputarse sínodo una asamblea celebrada por aquel arzobispo y sus partidarios en una iglesia que habian poseido siempre los obispos de Hildesheim. Los Padres, que eran veinte, á saber: diez y siete italianos y tres alemanes, contestaron que semejante sínodo era un acto cismático y de ningun efecto, segun los cánones; y entonces pronunció Su Santidad la decision en estos términos: «Por la autoridad de los Apóstoles y de los Padres anulamos lo que en ausencia de nuestro hermano Bernuardo ha sido egecutado en Ganderseim en su diócesis por el arzobispo Villegiso y sus fautores.» Esta conducta de los occidentales del siglo XI, puede compararse con la observada en el V por Teófilo de Alejandría en su concilio de la Encina contra San Juan Crisóstomo, y entonces podrá conocerse prácticamente si la ignorancia é imbecilidad atribuidas á la segunda edad de la Iglesia merecen cuanto han dicho contra ella sus detractores.

El emperador Othon, que quiso asistir al concilio romano, fundó durante este viage un monasterio cerca de Ravena en honor de San Adalberto de Praga. En la misma ciudad de Roma, en la isla del Tiber, mandó edificarle tambien una iglesia en que se colocaron con otras muchas reliquias, las manos del Santo mártir adornadas con oro y piedras preciosas. Habíalas llevado Othon desde Gnesne, que era entonces la capital de Polonia, adonde habia ido, movido de los muchos milagros obrados en el sepulcro del Santo desde que el duque Boleslao consiguió le cediesen su cuerpo los bárbaros, y le hizo enterrar en aquella iglesia. Cuando el emperador descubrió la ciudad de Gnesne, se descalzó y caminó así hasta la iglesia, donde vertió muchas lágrimas invocando al Santo mártir. Con el objeto de honrarle mas, erigió en arzobispado á Gnesne que ni aun era ciudad episcopal, y colocó en ella por primer arzobispo á un hermano del Santo llamado Gaudencio (999). Pero como esta ereccion se hizo sin el consentimiento del metropolitano y del obispo diocesano, que lo era el de Posnania, la trataron de irregular los autores contemporáneos. Quedó Posnania por esta razon bajo la antigua dependencia

(1) Baron. *ann.* 999 *circ. fin*

del arzobispo de Magdeburgo, y el de Gnesne tuvo solo por sufragáneos á los obispos de Colberg, Cracovia y Vrotisla ó Breslau en Silesia; todo de acuerdo con el Papa.

Othon se esforzaba por expiar de todos modos las flaquezas que le habian obligado á suspirar de contínuo y que su piedad sincera no cesaba de echarle en cara (1). Hacia algun tiempo que padecia una debilidad muy estraordinaria para sus pocos años, y que dió márgen para sospechar que le habia envenenado el antiguo objeto de su pasion, es decir, Estefanía, la viuda de Crescencio. Antes de morir tuvo el consuelo de volver á ver á San Heriberto, arzobispo de Colonia, uno de sus principales confidentes, y de morir en sus brazos. Este prelado, que hacia dos años residia en Colonia, habia acompañado antes en todos sus viajes al emperador, ejerciendo el empleo de canciller, ya por el arzobispo de Maguncia, archicanciller de Germania, y ya por el obispo de Como, gran canciller de Italia, segun los sitios en que se hallaba. Habíase grangeado de tal suerte el aprecio y el afecto de su señor, que fué necesario á este príncipe toda su religiosidad para consentir en separarse de él, siendo indispensable resolverse á este sacrificio para evitar el peligro de la division en la iglesia importante de Colonia, y por la dificultad de reunir los votos en otra persona que en el virtuoso Heriberto.

El príncipe mostró mucha alegría al ver los ausilios que le llevaban á Italia el arzobispo y los demas señores de Alemania; pero la presencia del prelado le llenó de contento y tranquilizó del todo su espíritu. Hacia algun tiempo que llamaban mas su atencion los intereses de su alma que los de su poder. Los honores que recibia en público, no le impedian llorar en secreto los estravíos de su mocedad. Velaba durante el silencio de la noche, oraba, entregábase á toda la amargura de su compuncion, y derramaba un torrente de lágrimas. Prodigaba infinitas limosnas, y muchas veces ayunaba todos los dias feriados de la semana, á escepcion del jueves. Tratando de las cosas eternas con Heriberto, convinieron en que cualquiera de los dos que sobreviviese y regresase á Alemania, fundaria un monasterio en honor de la Santísima Vírgen. A este efecto, dió desde entonces el emperador muchas tierras al arzobispo, quien despues de la muerte de Othon, acaecida en 23 de enero de 1002, cumplió su palabra, levantando la célebre abadía de Duit cerca de Colonia. Este jóven príncipe, que por sus virtudes y escelentes prendas fué llamado *la maravilla del mundo*, murió á los veinte y dos años de edad en Paterno, pequeña ciudad de Italia situada en la campiña de Roma. No dejó herederos, ni aun llegó á casarse: lo que puede escusar hasta cierto punto su inclinacion á Estefanía, y dar quizá algun colorido al nombre que esta tuvo de concubina suya. Enrique, duque de Baviera, fué elegido el dia 6 de junio del mismo año, para suceder á Othon en calidad de rey de Germania.

En Francia causó mucho escándalo el casamiento del rey Roberto, quien habia sucedido á Hugo Capeto en el año 996. Amaba este príncipe tiernamente á Berta, con quien se habia casado á pesar de su afinidad espiritual, unida á los vínculos de la sangre, pues habia sido padrino de un hijo que tuvo esta parienta en su primer matrimonio. Declaróse al punto el Papa Juan XVI contra este escándalo; pero no pudo ponerle fin por impedírselo la muerte. Continuó su sucesor Gregorio V con inflexible firmeza lo que habia principiado Juan, y acordó absolutamente anular aquel matrimonio incestuoso segun la disciplina de aquel tiempo.

(1) Ditm. *lib. 4, pag. 44.*

Roberto, que tenia un gran fondo de Religion, como podremos observar en este asunto, delegó desde luego á una persona que se presentase en su nombre al Sumo Pontífice, y eligió por su negociador á un Santo, esto es, á Abbon de Fleury, que desaprobaba el casamiento del rey. Iba encargado al parecer de prometer que Roberto se separaria de Berta, y á suplicar que concediese Su Santidad tiempo al príncipe para tomar las disposiciones necesarias con respecto á esta princesa que era hija de Conrado, rey de Provenza y de la Borgoña Transjurana, y estaba además enlazada con las casas mas poderosas del imperio francés. No vaciló el Papa en acceder á una peticion tan justa, pero sin dejarse engañar, y sin dejar de promover la ejecucion de lo que habia prometido el enviado. El rey por el contrario, seducido por su pasion, y obedeciendo mas bien á esta que á los consejos de la política, solo pensaba en diferir el cumplimiento de sus promesas, al mismo tiempo que las reiteraba cada dia.

Por último, el Papa, á quien corresponde de derecho velar por la observancia de los cánones, juntó un Concilio en la iglesia de San Pedro (998), y se resolvió en él, pena de anatema, que el rey Roberto se separase de Berta, é hiciese penitencia por espacio de siete años (1). Cuando supo Roberto esta noticia, vióse combatido por los dos sentimientos mas poderosos, pues por una parte manifestaba mucha piedad, y por otra amaba con ternura á una esposa en cuya compañía no podia vivir sin faltar á la Religion. Quiso conciliar dos disposiciones tan incompatibles; y careciendo de suficiente valor para romper sus lazos, se sujetó á la sentencia fulminada contra él. Pedro Damiano afirma que este príncipe fué efectivamente excomulgado, y que los franceses le miraron con tanto horror por semejante censura, que evitaban todo trato y comunicacion con su rey (1); de suerte que no le quedaron mas que dos criados, y aun estos cuidaban de purificar con el fuego todos los muebles de que se servia para comer y beber. Este autor, que escribia como unos sesenta años despues del suceso, añade que nació un monstruo de este matrimonio incestuoso, lo que parece estuvo persuadido tambien el rey Roberto, segun se infiere de su arrepentimiento y docilidad. En el mismo año de 998, sometiéndose á una ley que le obligaba como al último de sus súbditos, y dando con su sumision un grande ejemplo á su pueblo, se separó por fin de Berta, confesó públicamente su pecado, y se esforzó á expiarle con sus lágrimas y con grandes austeridades. A fines del año se casó con Constanza, hija de Guillermo, conde de Arlés, princesa virtuosa que coadyuvó á sus designios por el bien de la Religion; pero cuyo genio imperioso acibaró mas de una vez la vida privada de este buen rey, y causó grandes turbulencias en los asuntos públicos.

El reinado de este príncipe, despues de su generoso sacrificio, fué una continuada série de buenas obras. Edificó hasta catorce monasterios, y entre otros los de San Agnano y San Vicente en la ciudad de Orleans, de donde era natural, y en la que le habian bautizado y coronado rey; el de San German en Laya, y el de Nuestra Señora de Poissi. Mandó edificar tambien otras ocho iglesias, y regaló á una infinidad de ellas vasos y ornamentos preciosos. Su costumbre laudable y favorita era contribuir con toda magnificencia al culto divino y hacer celebrar dignamente el augusto Sacrifi-

(1) *Tom. 9 Concilior. pag.* 772.

(1) Petr. Dam. *Epist. 5 ad Desid.*

cio de nuestros altares, en que parecia que la viveza de su fé le mostraba al Hijo de Dios en su gloria, mas bien que bajo una forma estraña. Complacíase del mismo modo en honrar y adornar con esmero y primor las reliquias de los Santos. Habiéndose descubierto en su reinado las de San Sabiniano y San Potenciano, apóstoles de Sens, hizo que se colocasen en una urna de oro y plata guarnecida de piedras preciosas, y la llevó él mismo en sus hombros con su hijo Roberto, en medio de un concurso prodigioso, no solo de las Galias, sino tambien de Italia y de los paises ultramarinos. Mostrábase la piedad del monarca en todas las ocasiones que se ofrecian. Pasaba velando y orando todas las noches de Navidad, de Pascua y de Pentecostés. Dormia en el suelo desde Septuagésima hasta Pascua, y pasaba la Cuaresma en peregrinaciones; rezaba todos los dias el Salterio; asistia á todos los oficios eclesiásticos, y movido de una devocion muy distante de las ideas de nuestros dias, pero que en aquellos tiempos producia un grande efecto, cantaba en el facistol en ciertos dias solemnes revestido de una capa de coro y con el cetro en la mano. Enseñaba á los demas las lecciones, las antífonas y los himnos, y fué autor de algunas de estas composiciones que se cantaron públicamente en las iglesias. Cuentan en este número, aunque sin ningun fundamento, la prosa que se dice todavia el dia de Pentecostés, y que compuso el Papa Inocencio III (1). Con mas razon se le atribuye el himno que se halla en algunos breviarios, y empieza por estas palabras: *O constantia martyrum*, escrito para reirse de la vanidad de la reina Constanza, que pretendia ser elogiada en verso, y como no entendia el latin, quedó muy satisfecha oyendo su nombre.

(1) *Art. de verif. las dat. RR.*

Su caridad igualaba á su piedad. En Paris, en Orleans y en las otras ciudades donde residia, sustentaba por lo comun trescientos pobres, y algunas veces mil. Aumentaba en Cuaresma sus limosnas, y ademas de la comida hacia distribuciones en dinero. El jueves Santo servia de rodillas á los pobres, les lavaba los pies, daba doce dineros de plata á cada uno, y dos sueldos á los que eran eclesiásticos. Servia con mas complacencia á los enfermos mas asquerosos. Les regaba las úlceras con sus lágrimas, y curó á muchos solo con tocarlos, siendo este, segun varios autores, el primer orígen del antiguo privilegio atribuido á los reyes de Francia de curar los lamparones. La caridad y bondad de Roberto degeneraron algunas veces en escesos que no dejaban de admirar, atendido el principio de que procedian. Estando orando en una iglesia, le cortó un pobre la mitad de la orla del manto, y preparábase ya á llevarse lo restante cuando lo advirtió el rey, y le dijo; «Amigo mio, basta eso para tí, lo demas podrá servir para otro.» Viendo en otra ocasion á un eclesiástico robando un candelero de su capilla, no le habló palabra por no deshonrarle; pero sabiendo que la reina, mucho menos indulgente que él, estaba empeñada en averiguar quién era el ladron para castigarle de muerte, le llamó, le dijo que huyese al punto con lo que habia robado, y le dió dinero para facilitarle la fuga.

Fijaba principalmente su atencion en que fuesen elegidos buenos obispos. Cuando vacaba una Silla, pensaba desde luego en proveerla, y recomendaba con particular cuidado el que no atendiesen tanto á la nobleza del sugeto como á su virtud y doctrina. Esto escitó el descontento de los grandes, quienes se hacian por la mayor parte dueños de las elecciones, á ejemplo de los reyes, y para las prelacías querian únicamente personas de su familia; mas nada de

esto bastó á hacerle variar de sistema. Hubo algunos movimientos mucho mas peligrosos bajo el gobierno de un rey que miraba mas por el servicio de Dios que por el suyó propio; pero en medio de ellos fué su mas firme apoyo aquella misma bondad que á las veces perjudicó á su poder. El amor, mas poderoso que el temor servil en la buena índole de sus vasallos, y su equidad, preciosa para sus vecinos, le proporcionaron una defensa mucho mas segura que la de las armas. No era cobarde; pero prefirió siempre una paz útil á una guerra gloriosa, queriendo mejor tener por amigos á los príncipes de su tiempo que no por rivales ó admiradores. Así es que conservó imperturbable amistad con todos los soberanos inmediatos á sus Estados, á saber: con el santo emperador Enrique, segundo de este nombre y sucesor de Othon III; con Ethelredo, rey de Inglaterra; con Raulo, rey de Borgoña; y con Sancho, rey de Navarra; política cristiana y sólida, que á pesar de la dulzura escesiva del rey Roberto y de lo difícil de las circunstancias, mantuvo á los grandes del reino en el debido respeto y en el cumplimiento de sus obligaciones. Tal fué la constante conducta de este buen príncipe, despues que se levantó de una caida en que tuvo menos parte su propia debilidad que la ignorancia ó la prevaricacion de algunos prelados que se la legitimaban.

No tuvieron tan dichoso fin los desórdenes de Veremundo ó Bermudo II, rey de Leon (1). Habia abandonado este príncipe á su esposa legítima por casarse con otra, y se entregó á un concubinato incestuoso con las dos hermanas. Miróse como un castigo de este escándalo, y de las violencias cometidas contra los obispos, una larga sequía de que resultó el hambre en sus Estados, y principalmente la irrupcion que hicieron en ellos los moros, y eso que estos tenian un gefe como el caudillo Issem, rey de Córdoba. Mas este príncipe, á quien llamaron el Desidioso los mismos sarracenos, tenia un ministro muy distinto en Mahomet Almanzor, que levantó un ejército muy poderoso aumentado con algunos señores españoles, á quienes habia maltratado el rey Bermudo. Sitió Almanzor á Leon, y aunque esta ciudad se defendió cerca de un año, al fin la tomó por asalto y la arruinó enteramente (990). Penetró desde allí en Portugal, donde lo llevó todo á sangre y fuego, entró en Galicia, se apoderó de la ciudad de Santiago, la saqueó y despojó todas las iglesias sin esceptuar la del patron de España (997); en una palabra, en los doce años que sostuvo guerra contra los cristianos, los redujo á un estado comparable con los desgraciados tiempos de la primera entrada de los árabes en España (*a*).

(1) Roderic. *lib.* 4.

(*a*) En la nota de la página 90 hablamos ya de la elevacion de Bermudo II, llamado el Gotoso, á causa de la enfermedad de gota que padecia. En los principios de su reinado manifestó mucha prudencia en el gobierno, confirmó las leyes godas del rey Wamba; mandó que los cánones de los Pontífices romanos tuviesen fuerza y vigor en los juicios y pleitos seglares; «que fué, dice el P. Mariana, una ordenacion santísima;» amó la Religion, la piedad y la justicia, y castigó indistintamente todo género de vicios. Por desgracia afeó y obscureció su gloria con su lujuria y á las veces con su crueldad, lo cual es tanto mas de sentir cuánto que aun en medio de sus vicios conservaba siempre ardoroso celo por defender sus Estados y su Religion, y aun habria llegado á ser uno de los mejores reyes á pesar de haber tenido que habérselas con un enemigo tan poderoso y terrible como el general moro Mohamad-Almanzor. Habia principiado este en el año 990 á invadir y devastar las provincias cristianas, recorriendo con asombrosa rapidez la Cataluña, Aragon, Navarra Galicia, etc.; pero todavia no se habia atrevido á la ciudad de Leon hasta el año 994, gastando los anteriores en quitar estorbos del paso, arrasando las fortalezas de Simancas, de Zamora y otras, dejando por allí puerta franca pasado el Duero. En la primavera pues de 994, fiado Almanzor en el grande número de guerreros que tenia, marchó para Leon resuelto á apoderarse de esta ciudad. Sabedor de ello D. Bermudo, procuró prevenirse cuanto pudo, á pesar de hallarse entonces muy aquejado de la gota; y ni aun quiso dejarse sitiar en Leon por el feroz enemigo, sino que le salió al encuentro hasta el Ezla en el confluente de Benesga y Torio. Acometióle pues con sus secuaces, y con tanta valentía que del primer ímpetu desordenó de tal modo á los enemigos que empezaron estos á huir por todas partes. Quisiéronles

Brillaban en este pais dos prelados ilustres por sus virtudes, esto es, San Froilan, obispo de Leon, y San Atilano de Zamora (1). Habian uno y otro renunciado desde los primeros años de su edad juvenil todas

seguir al alcance los leoneses; pero lo hicieron con tanta precipitacion y desórden, que dieron lugar á que Almanzor se aprovechase de la ocasion. Así que revolvió improvisamente sobre los nuestros cuando menos lo esperaban, mató muchísimos y metió á lanzadas en Leon á los restantes perdiendo así una victoria que nadie les podria quitar sino la necia satisfaccion de tenerla por segura. Grande fué, sin embargo, la pérdida del moro, tanto que resolvió levantar el campo en medio del verano y regresar á Córdoba, aunque con ánimo de volver al año siguiente con mayores fuerzas.—No dudaba D. Bermudo de los intentos del moro y de que sin remedio alguno tomaria por armas á Leon, como que esta ciudad carecia de la competente guarnicion y defensa; y así recogiendo las sagradas reliquias, vasos, ornamentos y cuanto habia de precioso en Leon, como tambien las cenizas de los reyes allí enterrados, se retiró á Oviedo, renovándose las lágrimas de todos, acordándose de lo mucho que esta fuga se parecia á la de D. Pelayo. Sin embargo, dejó en Leon alguna guarnicion al mando de D. Guillen Gonzalez, caballero gallego, de conocido valor. Vino pues, Almanzor como se temia, en el año 995; se puso sobre Leon, y la tuvo sitiada cerca de un año dándola recios y repetidos combates. Los impetuosos golpes de los arietes, ballestas y catapultas demolieron en mucha parte los muros; abrieron brechas, y los moros hicieron repetidas entradas, sin atender al destrozo que les causaban los leoneses alentados por su valeroso caudillo; pero por desgracia cayó este gravemente enfermo y hubo de guardar cama. Pasados algunos dias entró en la ciudad un inmenso número de moros; y luego que D. Guillen lo supo, se mandó llevar en brazos al parage mas urgente y que mas necesitaba de su presencia. Reanimó, inflamó, sostuvo su poca gente en lance tan apretado, para no rendirse á los bárbaros y enemigos de Jesucristo, sino que antes muriesen peleando por la Religion y patria. Ya con esto los moros habian ocupado los mas ventajosos puntos de la ciudad, y el conde se arrojó sobre ellos con los suyos resueltos á morir matando. Vendieron á caro precio sus generosas vidas, haciendo en el enemigo una terrible matanza y destrozo; pero cargando sobre ellos innumerable morisma, murieron allí gloriosamente todos. A continuacion las máquinas de guerra demolieron los muros y demas edificios casi del todo; robaron los moros lo poco que quedara, y pusieron fuego á la ciudad por varias partes: solo quedó libre, como se veia en nuestros dias, un torreon por memoria de su triunfo y por indicio de lo que Leon habia sido antes.—Reducida esta ciudad al espectáculo mas triste y casi á una lastimosa mole de ruinas, pasó Almanzor á ocupar á Astorga, la cual se le rindió despues de una leve resistencia para que no la desolase como solia. Destruyó despues á Coyanza, que es hoy Valencia de D. Juan, robó el monasterio de Sahagun y el de Eslonza, degollando á sus monges como de paso regresando á Córdoba, donde para el año 996 disponia volver á las Asturias y acabar con aquel corto recinto, último recurso de los cristianos en España. Volvió en efecto con tales ánimos y prevenciones; pero no pudo conseguirlo. Estaban las plazas de Gordon, Alba, Lena, el Vierzo, Arbolio y otras en el mejor estado de defensa y como custodiadas por el favor divino. A vista de esto, echóse el moro sobre Castilla y saqueó á Berlanga, Osma, Atienza, Alcocer y todos los lugares abiertos. A los que no ocupó les impuso tributos anuales, y juntando riquezas sin cuento se volvió á Córdoba á fines del otoño. En esta jornada de Almanzor parece sucedió la muerte de D. Garcia Fernandez, conde de Castilla, entre Alcocer y Berlanga. Quiso con un ejército reducido, pero resuelto, oponerse á los rápidos progresos de Almanzor; pero fué herido de dos botes de lanza y murió prisionero pasados dos dias. Llevóse Almanzor el cadáver á Córdoba como en triunfo, y los cristianos pecheros que en ella habia consiguieron darle sepultura. Mas adelante fué rescatado y enterrado en San Pedro de Cardeña. Sucedióle en el condado su hijo D. Sancho Garcia, que ya de algunos años atrás parece lo pretendia por traicion y fuerza.—«En la primavera de 997 hé aquí que Almanzor amanece con ejército formidable por Lusitania y Galicia. Tomó por armas á Coimbra, Viseo, Lamego, Braga, Tuy, Montemayor, Oporto, con otras fortalezas, castillos y plazas importantes, dejando en ellas competentes guarniciones. Entró luego en Galicia, llevándola en general á sacomano. Arrastrado de la misma riqueza que su imaginacion le fingia depositada en la iglesia Compostelana, corrió á desnudarla con ánimo de profanar el sepulcro del Apóstol; pero no lo pudo poner en obra. Un repentino rayo de luz celeste le deslumbró los ojos y mente de forma que se apartó huyendo de aquel lugar sagrado, como fuera de sí mismo y sobrecogido de espanto. Ni paró aquí la pena de su mal intento. Cogió á todo su ejército una pertinaz diarrea, disenteria y aun pestilencia, tanto que morian á millares. Hubo, pues, Almanzor de levantar el campo arrebatadamente y retirarse á Córdoba con los que le quedaban antes que le llegara el contagio.»—Así el señor Ortiz, conforme en esto con los demas historiadores; pero esas palabras son tanto mas notables en Ortiz y deben hacer tanta mayor impresion cuanto que ese historiador parece en muchos otros lugares muy poco propenso, si es que no abiertamente opuesto, á reconocer la proteccion dispensada por Santiago á los españoles especialmente en las batallas contra los moros.—«Pero para memoria de esta jornada se llevó algunas campanas de la iglesia de Santiago y las hizo servir de lámparas en su oratorio. D. Juan de Ferreras escribe que fueron las puertas del templo las que se llevó Almanzor y no las campanas, sin citar autor antiguo que lo diga. Sabemos que D. Fernando el Santo hizo restituir en hombros de moros desde Córdoba á Compostela estas mismas campanas.»—Así Ortiz; y sin duda San Fernando las hizo conducir en hombros de moros á Compostela, porque segun otros historiadores Almanzor las condujo á Córdoba en hombros de cristianos. Tambien Morales dice que se llevó Almanzor las puertas de la iglesia del Santo Apóstol, y añade «que las puso en las vigas de la mezquita tambien por trofeo, y estas, como inútiles ya por la vejez, no se volvieron cuando las campanas; y así se ven el dia de hoy clavadas en las vigas de la iglesia mayor de Córdoba, siendo la gran mezquita que los moros tuvieron.»—No parece estaba descuidado ni distante don Bermudo cuando el desastre de Almanzor en Santiago, pues al ver lo mal parado del ejército moro, le fué picando la retaguardia con tan buen efecto, que fueron muy pocos

(1) *Act. SS. Bened. saec. V, pag. 38 et seq.*

las ventajas de la nobleza y de la fortuna para abrazar la vida monástica. Levantó Froilan un monasterio en que bajo su direccion fué prior Atilano. Edificó tambien despues, mediante la liberalidad de Ramiro III, predecesor de Bermudo, el monasterio de Tábara, y en seguida el de Morerue-la, donde reunió mas de doscientos monges, y restableció otras muchas fundaciones monásticas. Eleváronle, por último, á la silla episcopal de Leon, y á Atilano á la de Za-

---

los que con Almanzor llegaron á Córdoba —Para reparar tamaña pérdida, cree Ortiz que Almanzor necesitaria mas de un año, y que así la nueva jornada contra nuestras provincias no debió de ser hasta 999 ó 1000. Así, luego que tuvo reunida suficiente morisma para sus intentos y para reparar su crédito militar, eclipsado por la pasada fuga y derrota, se puso en marcha para las fronteras cristianas, pues nada menos se habia propuesto que no dejar ni un cristiano en España. Nada de esto ignoraba don Bermudo y así no se descuidó en aprontar ejército capaz de hacer frente á los ímpetus del moro y frustrar su vasto designio. Confederóse con el nuevo conde de Castilla don Sancho García y con don García el Trémulo ó Tembloso de Navarra, á quienes valiéndose para ello de la mediacion de algunos celosos monges persuadió de la necesidad de unirse todos, sofocando cada cual sus particulares pretensiones, para acudir al comun peligro y quebrantar el orgullo é insolencia del moro. Juntáronse pues todas las fuerzas militares que por entonces tenia la España cristiana, si no queremos esceptuar las del conde de Barcelona D. Ramon Borrel, que no se dice concurriese. No pudo conducir sus tropas el rey de Navarra en persona por la natural enfermedad que padecia de temblarle las principales partes de su cuerpo, por lo cual era llamado el Tembloso ó *Trémulo*. No así nuestro Bermudo, porque aunque casi privado de movimiento en pies y manos á violencia de la gota y no poder montar á caballo, se mandó llevar en silla de manos al frente del ejército delante de la primera fila para dar el último egemplo de valor, ó morir en defensa de la Religion y del reino.—En tanto, ya el formidable moro pisaba el pais de los Arévacos pasado el Ebro y sentaba su campo en las Navas de Clunia y Osma; y en direccion á este punto púsose nuestra gente en presurosa marcha. Avístanse los dos ejércitos junto á Calatañazor, pueblo á cuatro leguas de Osma, y sin detencion se dá la mas sangrienta batalla que se cita en aquel siglo. Duró todo el dia sin descansar ni declararse la victoria por ninguno, hasta que, cerrada la noche, se recogieron los moros á sus reales y pabellones. Los cristianos, con D. Bermudo á la cabeza, permanecieron ordenados en sus filas y sobre las armas, ignorando la pérdida del enemigo. Durante la noche vió Almanzor por la poca gente que le quedaba, haber perdido setenta mil infantes y cuarenta mil caballos; cosa apenas imaginable en un hombre de su orgullo. Así que, antes de que amaneciese el dia siguiente, se puso en salvo con unos pocos que pudieron seguirle, si bien el cansancio de la batalla les dejaba caminar poco, no faltando tambien heridos y contusos. Amanecido el dia, cuando los cristianos se disponian á nuevo combate, vieron abandonados y desiertos los reales enemigos, que ocupaban mas de una legua, y no se descubria moro alguno en cuanto alcanzaba la vista. Hallaron las tiendas, real y pabellones llenos de víveres, municiones y bagages, y todo el campo cubierto de sangre y de cadáveres de moros. Ocupóse Veremundo en el despojo, y el conde don Sancho siguió y alcanzó los moros fugitivos cansados y medio muertos, en los cuales hizo la mayor carniceria sin peligro ninguno. Huyeron solamente los de á caballo y Almanzor fué uno de ellos; pero fueron tales los ímpetus de sus iras y afrenta de verse vencido y con tanta gente perdida, con la cual creia poder conquistar el mundo, que negándose á tomar alimento, murió desesperadamente en Medinaceli. «Vióse clara, dice Ortiz, la mano del Todopoderoso.» El arzobispo don Rodrigo y don Lucas de Tuy refieren que el mismo dia que así fué vencido Almanzor á mas de noventa leguas de Córdoba, se oyó junto á esta ciudad en la ribera del Guadalquivir una voz lamentable que decia: «En Calatañazor perdió Almanzor su atambor;» y añaden que aunque los de Córdoba veian uno como pastor que así se lamentaba, cuando iban á él desaparecia.—No están acordes los historiadores en señalar el año en que ocurrió esta importante batalla y por consiguiente la muerte de Almanzor; Morales y Mariana creen fué en el año 998: Conde con referencia á historiadores arábes la pone en la Egira 392, que comenzó en 1.° de noviembre del año 1001; y Ortiz reputa muy probable que en este año fué dicha batalla y que á fines de él murió Almanzor. Tambien se ofrecen dudas acerca del año en que murió don Bermudo; Morales y Mariana, que referian al año 998 la batalla de Calatañazor, ponen la muerte de don Bermudo en 999, fundados quizá en la inscripcion que Alonso V, su hijo, le puso despues en Leon á donde trasladó su cadáver, y que Ortiz dice estar equivocada; pero los Anales compostelanos dicen que murió en 1009, y los anales toledanos, que en 1005, y á esto último se adhiere dicho Ortiz. Como quiera que sea, ello es que no sobrevivió mucho tiempo á aquella memorable victoria, despues de la cual apenas se cuenta de don Bermudo, otra cosa, sino que ya al fin de su vida se ocupó todo en hacer muchas buenas obras para enmienda y satisfaccion de los males que en vida habia hecho: en la iglesia de Santiago y en otras muchas procuró reparar los daños causados por los moros; y aconsejándose mas á menudo con los obispos y abades de su reino, hizo muchas limosnas y otras buenas cosas con mucho sentimiento de penitencia, no siendo la menor de ellas, dice un historiador, el sufrir con paciencia su grave enfermedad y perpétuos dolores de la gota, de la cual murió. La arriba citada inscripcion asegura tambien que D. Bermudo hizo penitencia al fin de su vida: *Iste* (D. Bermudo) *in fine vitae suae dignam Deo poenitentiam obtulit, et in pace quievit.* Habia fallecido en el Vierzo, y su cuerpo fué depositado en Villabuena, de donde despues su hijo Alonso V, segun ya hemos dicho, le trasladó á Leon. Véanse Morales, lib. XVII, cap. 23 y siguientes; Mariana, lib. 8, c. 9; Ortiz, lib. 7, c. 4; Conde, parte 2, c. XVII. (*N. del E.*)

mora (990) (*a*). Ofrecieron un dilatado campo á su caridad las desgracias y las desolaciones de su patria. Pero no alcanzando sus fuerzas y facultades para el socorro de tantos infelices, recurrieron al Todopoderoso y le pidieron con eficacia que tomase la defensa de su pueblo. Confederándose entonces el rey Bermudo con García, rey de Navarra, y Fernan-Gonzalez, conde de Castilla, marcharon contra Almanzor, pelearon contra él un dia entero, dispersaron á los infieles, y los obligaron á abandonar armas y bagages para huir con mas celeridad (998). Dicen que Almanzor murió de pesadumbre. Este suceso prodigioso alentó el valor y dió nueva fuerza al poder de los cristianos, pero la posteridad de Bermudo no gozó mucho tiempo de estas ventajas. Despues de los reinados de su hijo Alfonso V, y de su nieto Bermudo III, que murieron en la flor de su edad, quedó estinguida la línea masculina de los reyes de Oviedo, y del gran Recaredo, rey de los godos. Pasó el trono de Leon á Fernando de Navarra, soberano de Castilla, que habia sido erigida en reino por Bermudo III en el año 1033. Dos años despues se condecoró á Aragon con el mismo título en favor de Ramiro I, hermano natural de Fernan ó Fernando, y su hijo Sancho Ramirez reunió luego los reinos de Aragon y Navarra (*b*).

Por este mismo tiempo se estableció en las regiones mas orientales de Europa un nuevo reino que no fué menos ventajoso á la propagacion de la fé (1). Parecia que Esteban, hijo de Geisa (2), duque de Hungría, no habia heredado el poder de su padre sino para hacer que en una nacion que poco antes era tan bárbara reinase entonces Jesucristo con mas gloria. Es cierto que Geisa se habia convertido con su familia, y que habia prometido hacer que abrazasen el cristianismo todos sus vasallos; mas el Dios de paz que eligió en otro tiempo á Salomon con preferencia á David para la exaltacion de su culto, quiso valerse de Esteban mas bien que de Geisa para la ejecucion del proyecto formado por este de consolidar la verdadera Religion, fundando muchas iglesias episcopales. Geisa tuvo un sueño en que le pareció que oía estas palabras: «no ejecutarás tú lo que meditas, porque tus manos están manchadas con sangre; pero tu hijo, que ha sido elegido por el Altísimo, cumplirá tus deseos, y despues de haber reinado en la tierra, reinará en el cielo» (3). Se añade que durante la preñez de la duquesa tuvo esta una vision en que se la apareció San Esteban Proto-Mártir, mandándola que pusiese su nombre al niño que habia de dar á luz, y revelándola que seria el primer rey de su nacion. Y en efecto, el príncipe se lla-

(*a*) Don Juan de Ferreras en el tomo 5 de su historia sostiene que San Froilan murió en el año 1006 el dia 3 de octubre; y que san Atilano no subió á la Silla de Zamora hasta el 1024, en que fué reedificada aquella ciudad. Morales discrepa de Ferreras en la cuenta de los años en que murieron estos Santos; pero conviene en que no gobernaron á un mismo tiempo sus diócesis. (*N. del E.*)

(*b*) Por la muerte de Bermudo II entró á reinar su hijo Alfonso V, siendo de edad de solos diez años segun unos, de cinco segun otros, y aun de tres segun el Silense. Al principio gobernaron en su nombre don Melendo Gonzalez y su esposa doña Mayor, condes de Galicia, observando suma fidelidad y prudencia durante la minoría del rey, aunque tambien parece tomó mucha parte en el gobierno la reina viuda doña Elvira su madre. Por los años de 1012 seguian tan enconadas las disensiones que los moros de España tenian entre sí, que todas sus miras eran destruirse recíprocamente, sin pensar en mover las armas contra los cristianos. Con esto tuvo lugar D. Alfonso de restaurar á Leon y repoblarla con tanta presteza y perfeccion, que en el año 1020 pudo ya celebrarse en ella un Concilio nacional á presencia del rey. Asistieron á este Congreso gran número de prelados, abades y señores de la córte, formaron siete cánones acerca de la disciplina eclesiástica, y cuarenta y dos leyes gubernativas y civiles, siendo asi á un mismo tiempo Concilio y Córtes del reino. Véase Ortiz, lib. 1, c. 5, y el tomo 3 de Aguirre, pág. 189. Alfonso V reinó hasta el 5 de mayo del año 1029, que fué el de su muerte, como diremos en las notas al libro XXXI. (*N. del E.*)

(1) Glab. *lib.* 3 *hist.*

(2) *Vit. p. Chart. ap. Sur. die* 20 *August.*

(3) Gab. *ap. Sur.* 28 *aug.*

mó Esteban. Despues de haberle dado una educacion conveniente al destino de un niño tan precioso, su padre, que era ya de edad muy avanzada, le declaró sucesor suyo con aplauso y aclamaciones de todo el reino, y murió de allí á poco tiempo en el año 997.

Siendo el objeto de los mas ardientes deseos del duque Esteban la entera conversion de su pueblo, principió por ajustar una paz sólida con todos sus vecinos; pero aquellos súbditos suyos que se conservaban adictos á la idolatría, se rebelaron bajo la direccion de algunos grandes. Púsose en camino contra ellos, llevando en sus banderas las imágenes de San Jorge y San Martin, y los venció delante de la ciudad de Vesprin que habian sitiado; consagró al primer autor de sus victorias, las tierras de los sublevados y con estos despojos levantó un monasterio en honor de San Martin. Fué edificada esta abadía en una altura llamada el Monte Sagrado, donde se creia que San Martin, natural de Hungría, iba á hacer oracion cuando era jóven. Fundó Esteban otro monasterio en honor de San Benito, y habiendo encargado su gobierno al abad Astric, discípulo de San Adalberto, recogió en él á los demas discípulos de este santo mártir, que con motivo de las rebeliones y de la indocilidad de los bohemios se habian visto obligados á retirarse del mismo modo que su santo maestro. Recibia con gozo, y no cesaba de pedir á Dios semejantes cooperadores para la consolidacion y propagacion del Evangelio. Entre el gran número de clérigos y monges que abandonaron su pais por dedicarse á una obra tan buena, no estimó menos á los dos santos personages Andrés y Benito, que corrieron desde Polonia para abrazar la vida eremítica, que á los que egercian con el mayor fruto el ministerio apostólico. Su viva fé le representaba en estos dos amigos de Dios dos nuevos Moisés, que hablando cara á cara con el Todopoderoso, atraian con la virtud de sus oraciones la bendicion del cielo sobre los que peleaban contra sus enemigos.

Con el objeto de dar la consistencia y forma convenientes á la iglesia de Hungría, dividió Esteban las tierras de sus dominios en diez obispados, señalándose por metrópoli á Estrigonia, situada á la orilla del Danubio en la embocadura del Gran, cuyo nombre tiene ahora. Eligieron arzobispo al santo monge Sebastian, que residia en el monasterio de San Martin; y al abad Astric, que tomó el nombre de Anastasio, le eligieron obispo de Colocza. Fué este prelado enviado á Roma (1000) para pedir la confirmacion de estos obispados, y la del título de rey para el duque Esteban, y refirió al Papa Silvestre todo lo que habia hecho este príncipe en beneficio de la Religion. El Pontífice se admiró en estremo, y habiéndole dado segun la costumbre de aquellos tiempos el título de apostólico: «si yo soy el apostólico, dijo, Esteban es el apóstol, pues ha sometido un pueblo tan grande al yugo de la fé.» No solo concedió la corona que le pedian, sino que dió además una cruz para que la llevasen delante del nuevo monarca, como una señal de su apostolado. Reconocieron por rey al duque Esteban todas las clases del reino, y fué consagrado y coronado con grande aparato en el año 1000: lo que confirmó algunos años despues el emperador Enrique, el cual le dió en matrimonio su hermana Gisela.

El rey dotó con magnificencia y riqueza la metrópoli y todas las Sillas episcopales de sus Estados, cuidando mucho de poner en ellas dignos pastores. Concedió tambien tierras y siervos á las abadías para que no tuviesen los monges ningun motivo de distraerse del servicio de Dios. Rayaba tan alto su celo, que se informaba con exactitud de su vida y costumbres, reprendia á los negligentes, y escitaba la emulacion dando muestras particulares de estimacion y

benevolencia á los mas puntuales en el cumplimiento de sus obligaciones. Estendió su liberalidad religiosa á mucha distancia fuera de su reino, pues estableció en Jerusalen un monasterio y le dió copiosas rentas; mandó levantar en Constantinopla una iglesia muy hermosa, y en Roma fundó una colegiata de doce canónigos, con casas de hospitalidad para los peregrinos húngaros. En fin, al salir de la barbarie, y enseñando el camino con seiscientos años de antelacion á la nacion mas cristiana y civilizada pronunció un voto particular, poniendo su reino y su persona bajo la proteccion de la Santísima Vírgen, en cuyo honor edificó una iglesia magnífica en Alba Real, en la que entre otras cosas eran dignas de admiracion muchas mesas de altar, que siendo todas de oro macizo, parecian de ningun valor en comparacion de las piedras preciosas que brillaban en ellas por todas partes. Quiso el rey por un privilegio muy estraordinario y no visto hasta entonces, que esta iglesia estuviese exenta de la jurisdiccion de obispo alguno, dependiendo sola é inmediatamente de él. El príncipe elegia el prelado que debia celebrar en su presencia, absolver á los penitentes, y consagrar el santo Crisma. Ningun obispo, ausente el monarca, podia ejercer allí funcion alguna sin el permiso del superior y de los monges, que eran tambien los únicos que cobraban los diezmos del pueblo que dependia de aquella iglesia. Debemos notar, por ser muy digno de nuestra atencion, que el Papa Silvestre habia concedido al rey Esteban la facultad de disponer y arreglar los asuntos eclesiásticos de su reino, así futuros como presentes, en calidad de vicario del romano Pontífice, lo que equivalia al título de legado perpétuo de la Santa Sede; y fué confirmado despues por el Concilio de Constanza, á ruegos del emperador Sigismundo como rey de Hungría.

Unos tres años despues de esta concesion murió Silvestre II el dia 11 de mayo de 1003, dejando la reputacion de haber sido uno de los hombres mas sábios é ingeniosos. Se cree que fué el que introdujo en Francia el uso de los números arábigos. Sucedióle Juan XVII (llamado antes Siccon ó Secco) y ocupó la Santa Sede unos cinco meses; fué consagrado á 13 de junio, cuatro dias despues de su eleccion, la cual se habia efectuado con grande acuerdo y fué recibida con general aplauso, prueba grande de lo muy estimado que era; pero murió á 31 de octubre del mismo año 1003. En su lugar consagraron Papa el dia 26 de diciembre siguiente al cardenal Faciano, presbítero del título de San Pedro, y tomó el nombre de Juan XVIII.

San Abbon de Fleuri fué en el año siguiente víctima de su celo por la disciplina monástica (1). Habiendo llegado al monasterio de la Reola, á orillas del Garona, con el designio de reformarle, esperaba el auxilio del conde de Burdeos y del vizconde, que era el patrono de la abadía. Riñeron en este corto intervalo los que le acompañaban con las gentes del país. Reprendióles con severidad, y creyó que con esto quedaba ya todo sosegado; pero el descontento tenia otro principio que no imaginaba el santo abad. Reprendiendo igualmente á un monge relajado, mostró éste mucho furor, á que se siguieron mil declamaciones sediciosas. Encendióse de nuevo la discordia entre los gascones y los franceses que acompañaban al abad. De las injurias pasaron á los golpes, y cayó en tierra un gascon. Corrió Abbon para tranquilizar el tumulto por entre una lluvia de piedras sin que le alcanzase ninguna; mas uno de aquellos furiosos le dió tal lanzada en el costado izquierdo, que le atravesó las costillas. «No ha errado

(1) Glab. *lib.* 3, *cap.* 3.

el golpe,» dijo sin alterarse; y notando que habia mudado de color, y que temblaba el monge Aimoino que le acompañaba: «¿qué harias, añadió, si fuese tu propia sangre la que bañase el suelo?» Espiró en el propio dia y le enterraron en la iglesia de aquel pueblo en la que cuentan se obraron muchos milagros: ello es que le veneran como mártir. Bernardo, duque de Gascuña, condenó á muerte al asesino y á sus cómplices, y adjudicó al monasterio de Fleuri el de Roela, que le pertenecia de derecho aunque le disputasen la posesion.

Nos han quedado una coleccion de cánones y una apologia de este sábio abad, que habia cultivado los estudios con mucho fruto y buen gusto en las célebres escuelas de Reims y París, y habia enseñado en Fleuri antes de ser abad de este monasterio. En vez de oponerse á que los monges estudiasen, los invitaba á ello como el egercicio mas útil á la piedad despues de la oracion y el ayuno. La disension que tuvo con Arnoldo de Orleans fué causa de la composicion de su apología. Este obispo, en cuya diócesis estaba Fleuri, defendia que además del voto de dependencia en cuanto á lo espiritual, debia tambien el abad jurarle fidelidad como vasallo suyo; pretensiones muy comunes entre obispos y abades desde que no estuvieron sujetas las abadías á señores legos ó á otros obispos. Reconocia Abbon todos los derechos de suyo episcopales, pero pretendia que su monasterio dependia únicamente del rey en lo temporal. Pasaron de esta cuestion á la de los diezmos, de los cuales pretendieron despojar á los monges y á los legos los obispos reunidos en concilio en San Dionisio de Francia. Mas estas tentativas produjeron una sedicion que obligó á huir á los obispos sin haber determinado cosa alguna; y atribuyéndose á Abbon esta violencia, escribió su apología para justificarse, dirigiéndola á los reyes Hugo y Roberto, protectores declarados de los monges (1).

En su Coleccion de cánones dirigida á los mismos príncipes, no pierde ocasion de referir las autoridades contrarias á las tentativas de los obispos contra las libertades monásticas (2). Cita tambien algunas que son casi demostrativas en órden á la continencia de los clérigos. Pero lo mas digno de notarse en esta obra es lo que se dice en ella acerca de los patronos de las iglesias, que eran unos hombres nobles á quienes los obispos ó los abades les habian dado ciertas tierras en feudo, bajo la condicion de defenderlos y protegerlos. Refiere Abbon su orígen á los concilios de Africa, los cuales habian acordado pedir á los emperadores algunos escolásticos ó abogados para defender los intereses de la Iglesia en los trinales seculares. Desde la confusion del gobierno en el imperio francés, esta clase de tutores defendia á la Iglesia solamente con las armas; y muchas veces, en lugar de protegerla, abusaban de este título honorífico para tiranizarla y arrebatar la mayor parte de sus rentas.

La doctrina del ilustre abad acerca de la preeminencia y potestad de la Santa Sede está consignada en una carta que escribió á los canónigos de San Martin con motivo de una desavenencia que habia entre estos canónigos y el arzobispo de Tours. «He sabido, dice, que el señor Archambaud, arzobispo de Tours, se opone á los privilegios de San Martin, vuestro comun patrono. ¿Y habria alguno tan insensato que creyese que un prelado de tanta autoridad y de tanta mansedumbre quiera combatir los decretos de los Papas y de los SS. cánones? La Iglesia romana por su preeminencia sobre

(1) *Post. cod. can. Pith.*
(2) *Analect. tom. 11, pag. 248.*

todas las iglesias, tiene el derecho de dar privilegios á sus miembros que están esparcidos por las cuatro partes del mundo. El que se opone á la Iglesia romana se separa de su gremio y se declara del número de los adversarios de Jesucristo. El gran Concilio de Nicea mandó que se conservasen á cada iglesia sus privilegios. Lo mismo mandó el Santo Papa Gregorio al obispo Juan. ¡No permita pues Dios que los decretos de los Santos, y principalmente de los antiguos Pontífices romanos, se vean espuestos á la revision y censura de los modernos! ¡No permita Dios que nuevos críticos desprecien los escritos de los antiguos cuya memoria honran (1)!»

Cuando los negocios públicos tomaron mejor aspecto en Francia y en Italia, durante el gobierno de los primeros Capetos y de los emperadores alemanes, renació por todas partes el celo de la casa de Dios; y sin limitarse á tratar de su seguridad, se esforzaron, por lo menos en todas las Galias, en darla mayor lustre y esplendor. Nunca se levantaron tantas iglesias como en los principios del siglo XI, y á esta época á la que tanto se pretende desacreditar debemos una multitud de monumentos que nos admiran todavia, y con dificultad podemos imitar. Renováronse casi todas las catedrales, los monasterios y aun las ermitas (2). Fué reedificada la iglesia de San Martin de Tours por su tesorero Herveo, que se retiró despues á una celda vecina, donde murió en olor de santidad. Impulsado del temor de Dios el conde de Anjou, Fulco, despues de haber pasado la vida ejerciendo crueldades y rapiñas, emprendió por penitencia el viage de Jerusalen, y de regreso en su pais levantó el monasterio de Beaulieu, á una milla de Loches, donde construyó una iglesia (1010). Ricardo, duque de Normandía, restableció la abadía de Fecamp, arruinada antiguamente por los idólatras de su nacion, espulsando de ella á algunos canónigos seculares que habian usurpado el lugar de las religiosas para quienes se fundó, y cediéndola á Guillermo, abad muy virtuoso de San Benigno de Dijon (1001). Hasta el hijo disoluto del duque Ricardo, Roberto arzobispo de Roan y conde de Evreux, que se habia casado y habitaba públicamente con su muger, dió señales de algun resto de Religion, reedificando su catedral desde los cimientos: fé muerta á la verdad, ó á lo menos de una inconsecuencia digna de lástima, pero mucho menos calamitosa que esa pretendida fuerza de espíritu, que en medio de la blasfemia y del ateismo cree poder faltar sin pudor á lo que exigen las costumbres y la conciencia.

Por lo demas, este ardor general para construir iglesias en el siglo XI, pudo tener en algun tiempo, con respecto á muchas gentes tímidas, una causa particular. Hubo en el discurso del siglo X gran número de hombres sencillos é ignorantes que estaban esperando sin cesar el fin del mundo. Los desórdenes y calamidades de aquel tiempo, dos seductores semejantes al Anti-Cristo, á saber, Leutardo y Vilgardo, que aparecieron precisamente en el discurso del año 1000, el primero en Francia, y el segundo en Italia; todos estos sucesos, cotejados con algunos pasages mal entendidos del Apocalipsis sobre el término de mil años, habian persuadido que el universo estaba próximo á su destruccion, á pesar de las reclamaciones de los hombres doctos y sensatos, y en particular de Abbon de Fleury. Pero el celo de la casa del Señor sobrevivió á estos terrores imaginarios. Cuando se creyó ver renacer un nuevo órden de cosas, é imaginaron todos recibir una vida nueva,

(1) *Ep. Abbon. in App. ad Cod. can. Peleterii, p.* 404. 248. *Hist. de l'Eglis. Gal.* hácia 993.
(2) Glab. *lib.* 2 *et* 3.

duraron todavia por mucho tiempo las mismas inclinaciones, aunque alentadas de una santa alegría, y dirigidas por el espíritu de gratitud al Señor que habia librado á su pueblo.

El santo rey Enrique de Germania mandó levantar un templo augusto y adornado con magnificencia en la ciudad de Bamberg, que era de su patrimonio y le gustaba mucho desde su infancia (1). Como carecia de heredero y habia hecho voto, segun la opinion pública, de guardar continencia con su muger Cunegunda, queria dejar al mismo Dios por heredero de sus posesiones, y anticipar de este modo la conversion de los esclavones estableciendo un obispado cerca de su pais. Delegó diputados á la Santa Sede con el objeto de erigir en catedral su nueva iglesia, y el Papa Juan XVIII la sujetó á la metrópoli de Maguncia. Esta decision fué recibida y confirmada en Francfort el año 1007 en un concilio de treinta y siete obispos, á pesar de la oposicion del de Wirstburgo, del que dependia Bamberg, y que en premio de su consentimiento para la ereccion habia pedido, aunque inútilmente, el título de arzobispo. Además de la iglesia catedral estableció Enrique dos comunidades en el mismo sitio, al Mediodia una de canónigos, y al Septentrion otra de monges. Everardo, canciller de Enrique, fué el primer obispo de Bamberg.

Pero entre todos estos prelados ninguno se distinguió tanto como San Anfredo de Utrech (2). Habia sido conde de Lovaina, y brillaron siempre en él la equidad y la firmeza en reprimir los robos, que eran tan comunes en la Bélgica como en los demas paises. Habian formado todos tan ventajosa idea de su rectitud y de su instruccion, que le escuchaban como á un oráculo en cuantos tribunales y dietas asistia. Estudiaba sin cesar las leyes divinas y humanas, y consagraba á la lectura las horas de recreo; de modo, que un gusto tan estraordinario para los caballeros de su tiempo les hacia decir que Anfredo vivia mas bien como monge que como conde. De acuerdo con su muger Hilsuinda fundó la abadía de Thoron, de la que fué primera abadesa su hija Benita. Retiróse Hilsuinda despues á este monasterio, y murió en él santamente. El mismo Anfredo queria abrazar la vida monástica, cuando el emperador Othon III le instó para que aceptase el obispado de Utrecht. Opuso por escusa su avanzada edad, empleada casi toda en el tumulto de las armas. Pero al fin, estrechándole mas y mas el emperador en Aquisgran donde se hallaban juntos, tomó su espada y la puso en el altar de la Vírgen, diciendo: «Hasta aquí he protegido con todo mi poder á los pobres de Jesucristo. En este dia me pongo bajo la proteccion de su Madre, con mi nueva dignidad.» Quedó ciego en los últimos dias de su vida, y se retiró á una casa de monges que habia fundado; y aunque tomó el hábito monástico, no dejó de asistir á los Concilios y á las dietas. Murió en el año 1012, y está colocado en el número de los Santos, como tambien su esposa Hilsuinda.

Fué en su tiempo á predicar á los rusos San Bruno, llamado por otro nombre Bonifacio. Era de la principal nobleza de Sajonia, y enlazado con reyes. Llamóle á su córte Othon III, y le amó con tanta ternura, que no solia darle otro nombre que el de «alma mia» (1). Mas el destino y las inclinaciones de Bruno eran muy superiores á las de los favoritos de los príncipes de la tierra, y asi todo lo abandonó por abrazar la vida regular,

(1) Ditmar. *lib.* 6.
(2) Bolland. *die* 3 *Maji*; Mabill. *saec. VI Bened. pag.* 85.

(1) Ditmar. *lib.* 6, *pag.* 82.

acompañando á San Romualdo á Monte-Casino y á Perea cerca de Ravena, donde vivió con el trabajo de sus manos, andando siempre descalzo, no comiendo mas que dos veces á la semana, y restregándose algunas veces entre las ortigas y espinas como para disponerse al martirio que ansiaba con mucho ardor.

Habiendo adquirido la firmeza necesaria en todas las virtudes con un largo egercicio de la vida eremítica, tuvo inspiracion de evangelizar á los infieles, y se puso al punto en camino para impetrar el permiso del Sumo Pontífice. Hizo descalzo el viage á Roma, como acostumbraba, pensó que era un esceso de relajacion alimentarse todos los dias para poder sufrir las fatigas del viage, y no probó jamás otra bebida que el agua. El Papa no solo le confirió la mision, sino que le encargó tambien que se hiciese consagrar arzobispo, dándole anticipadamente el pálio. Tomó Bruno un caballo para volver mas pronto á Alemania, pero siempre con los pies descalzos, á pesar del rigor de la estacion; de suerte que algunas veces era necesaria agua caliente para separarle el pie del estribo. Luego que llegó á Mersburgo, donde estaba Enrique encumbrado ya al trono fué consagrado por el arzobispo de Magdeburgo, quien hizo tambien la ceremonia de darle el pálio que habia llevado él mismo (1002). El nuevo arzobispo despues de su consagracion añadió el oficio canonical al monástico, y continuó todas sus austeridades, no obstante del escesivo trabajo que tenia. Boleslao, duque de Polonia, y la mayor parte de los señores á quienes visitó en su tránsito, le hicieron regalos de mucho valor; pero él lo distribuyó todo entre los pobres ó entre las iglesias: porque decia que «queria permanecer sin riquezas para anunciar la fé de un Dios que se despojó de todo á fin de enriquecernos.» Predicó al principio en Prusia, donde solo recogió injurias y desprecios. Pasó desde allí á los confines de Rusia, y anunció el Evangelio con intrepidez, aunque despues de la muerte del duque Vlodimiro no se hallaban mejor dispuestos para recibirle los habitantes de aquel pais que los de Prusia. Pero era este el campo que le habia destinado el Señor, si no para coger sus frutos, á lo menos para hacerle fértil regándole con su sangre. Asegurároнse por último de su persona aquellos hombres ingratos y crueles, y le cortaron la cabeza con otros diez y ocho compañeros, el dia 14 de febrero del año 1009; pero la Iglesia celebra la memoria de este santo mártir el dia 15 de octubre.

En el propio año y á últimos del mes de mayo, abdicó Juan XVIII el pontificado y abrazó la vida monástica en la abadía de San Pablo de Roma. Estuvo vacante la Santa Sede tres meses lo mas, y elevaron á ella á Pedro, obispo de Albano, natural de Roma, quien tomó el nombre de Sergio IV, y en el discurso de su pontificado, que no llegó á tres años, honró su dignidad con virtudes muy sólidas, distinguiéndose principalmente por su liberalidad para con los pobres.

En su tiempo arruinaron los musulmanes en Jerusalen la iglesia del Santo Sepulcro que habian incendiado ya los persas en el siglo séptimo. Se supo entonces que los principales autores de esta última maldad fueron los judíos de Francia, quienes escribieron al califa Haquem, que si no demolia al punto aquel objeto de las peregrinaciones tan frecuentado de los cristianos, no tardarian estos en despojarle de sus Estados (1). Un peregrino reconoció en Orleans al que habia llevado la carta por haber estado con él en Oriente. Le prendieron y le azotaron con tanta crueldad, que confesó su delito. Al punto le condenaron los ministros del rey á ser quemado vivo, y

(1) Glab. *lib.* 3 *hist. cap.* 7.

todos los judíos que habia en Orleans, que eran muchos y muy ricos, fueron arrojados de la ciudad.—Corrió por todo el reino, y aun por todo el mundo, la noticia de su infame y execrable maldad; lo que obligó á los príncipes cristianos á tomar la resolucion unánime de espulsarlos enteramente de sus dominios. Manifestóse al mismo tiempo el odio público en todas las regiones (1010). Echáronlos de las ciudades, persiguiéronlos en los campos como animales dañinos, fueron ahogados algunos de ellos, y perecieron muchos mas con el hierro y con otros géneros de tormentos; suicidáronse otros por desesperacion, y hubo varios que pidieron el bautismo para librarse de la muerte; por manera que apenas volvieron á verse algunos en toda la estension de la cristiandad por espacio de cinco años consecutivos.

Disminuyóse entonces el ardor por vengar un crímen habiéndose sabido su reparacion. La madre del destructor de la iglesia del Santo Sepulcro, fué la que se mostró mas activa para reedificarla (1). Esta señora era cristiana, y tuvo la satisfaccion de ver que coadyuvaron á sus designios una multitud de fieles de todas las naciones, quienes no solo dieron dinero, sino que corrieron personalmente á Jerusalen á trabajar en la obra. No se opuso su hijo á este pensamiento, porque, segun los historiadores árabes (2), era un príncipe inconstante en sus resoluciones é inconsecuente en toda su conducta, añadiendo á estos defectos la mas impía crueldad y un genio tan raro que rayaba en estravagancia. Persiguió á los cristianos y á los judíos, demolió las iglesias y las sinagogas, y le reputaron por el Neron del Oriente. Despues de haber hecho apostatar á algunos pueblos, les permitió abrazar otra vez su religion y restablecer todos sus monumentos. Quiso que le adorasen, á ejemplo de Calígula, y formó una lista de los que le reconocian por criador del universo. Imposible parece que llegase á quince mil el número de estos hombres, como afirman, si no fuese cierto de que no hay error ó absurdo que no sea capaz de tener sectarios. Un persa llamado Dárari fué el gefe de esta impostura, el que aumentó despues mucho el número de sus prosélitos. Irritóse por fin el pueblo contra él en tales términos, que le quitó la vida en la misma carroza del califa. Su sucesor se llamó Hamsa, el cual predicando una moral análoga á sus dogmas, no prohibia á sus sectarios casarse con sus hermanas, con sus hijas y con sus madres, dispensándoles de todo ejercicio de religion. Sus discípulos fueron muchos, y puso doctores en Siria, en Arabia y en las diferentes regiones de Africa; esto es, en todos los dominios de los califas fatimitas, que se estendian, fuera de Egipto, por todos estos paises.

Haquem, su dios y su apoyo, era el tercer califa que creian ellos descendiente de Fatima, hija de Mahoma. Habiendo unido su abuelo Moez la conquista del Egipto al Africa que habia heredado de su padres, añadió tambien á su título de mahadi ó director de los fieles el de califa ó gefe de la religion, y desde entonces ordenó que hiciesen á nombre suyo la oracion que se hacia en el del califa abasida que residia en Bagdad, lo que ocasionó un cisma que duró cerca de doscientos años, pues una parte de los musulmanes se declaró á favor del califa abasida, y otra al del califa fatimita. Edificó este príncipe por entonces la ciudad del Cairo, llamada en árabe Al-Caira, esto es, la victoriosa, y la dió todo el esplendor que correspondia á este título y al de capital de sus vastos dominios, que su hijo Aziz estendió despues hasta lo in-

(1) *Bill. Orient. Moez.*
(2) Elmac. *pag.* 259.

terior del Asia. Mas su nieto, el insensato Haquem, mandó abrasar una parte considerable de esta ciudad, y pasar á cuchillo á muchos habitantes de ella. Por último, este príncipe fué asesinado á los treinta y seis años de edad por órden de su hermana, segun se cree (1012).

Algun tiempo despues de la ruina del Santo Sepulcro, recibió tambien el Papa Sergio IV la triste noticia de que los piratas dinamarqueses habian asaltado la ciudad de Cantorberi en Inglaterra, llevándolo todo á sangre y fuego, sin perdonar á las mugeres y á los niños. Ocupaba entonces esta silla San Elfegio, que habia sido trasladado á ella (1006) desde la de Winchester, donde se habia hecho célebre con sus virtudes (1). Acostumbrado en su juventud á las austeridades monásticas, y habiendo sido despues abad del monasterio de Bath, fundado por él mismo, conservó en la Silla episcopal todo su espíritu de abnegacion y de penitencia. Levantábase á media noche durante los mas crudos frios del invierno, y salia á hacer oracion al aire libre, con los pies descalzos y cubierto el cuerpo con una túnica ligera. Su caridad era tan vigilante y liberal, que desterró del todo la mendicidad en su diócesis, y ningun pobre estrangero salia de ella con las manos vacías. Este fué el sucesor en la silla de Cantorberi el piadoso y sábio Alfrico, célebre por la traduccion de algunos libros de la Escritura en lengua sajona ó inglesa, y contado del mismo modo que Elfegio en el número de los Santos.

San Elfegio huyó de las manos de sus monges que le detenian en la iglesia, en medio del saqueo de la ciudad y de todo el horror de la carnicería (1012), y mezclándose entre los moribundos y los facinerosos, esclamó diciendo á estos: «perdonad á esas víctimas débiles é inocentes, y avergonzaos de sacrificarlas sin causa. Convertid vuestra ira contra mí, que he sacado tantos cautivos de vuestras manos, y os he dado en rostro tantas veces con vuestras iniquidades.» Arrojáronse sobre él al oir esto, le maltrataron del modo mas inhumano, y le apretaron la garganta para impedir que continuase hablándoles. Encerráronle despues en una estrecha prision, teniéndole en ella siete meses, durante los cuales sufrieron sus tropas una enfermedad agudísima; de suerte, que en muy poco tiempo murieron dos mil hombres con horribles dolores en las entrañas. Los cristianos que tenian algun trato con aquellos bárbaros, les dieron á entender que aquel azote era un castigo de Dios, con cuyo motivo corrieron á pedir perdon al arzobispo, y le pusieron en libertad, haciendo con él grandes demostraciones de veneracion y respeto. «Debemos imitar, les dijo, el ejemplo del Salvador, que levantó á los emisarios de sus tiranos despues de haberlos echado en tierra.» Pronunciando estas palabras bendijo una porcion de pan, les dió á comer de él, y curó así á todos los que padecian. En el primer ímpetu de su gratitud le enviaron cuatro de sus gefes para darle gracias en nombre de todos los demas.

Pero volviendo á enardecer la sed del oro el alma de aquellos saqueadores, le pidieron grandes cantidades de dinero. El santo pastor, que hacia mejor uso de él, se le negó animosamente, y ellos le ataron otra vez, le dieron un tormento cruel el dia de Pascua 13 de abril de 1012 y luego le metieron en la cárcel. Sacáronle de ella el sábado siguiente, y le dijeron: «Entréganos hoy mismo lo que te hemos pedido, si no quieres morir en este instante;» y como les pintase los terribles juicios de Dios, y los horrorosos estravíos en que el culto de sus

(1) *Act. Bened. pag.* 115, *saec. VI*; Bolland. *die* 19. *Apr.*

falsas divinidades los precipitaba, se abalanzaron contra él llenos de furor, le hirieron brutalmente con todo lo que hallaron á mano, y le dejaron allí medio muerto. En fin, uno de aquellos dinamarqueses á quienes habia confirmado el dia anterior, movido de una compasion digna de un monstruo, y deseando dar fin á sus tormentos, le sacudió un hachazo en la cabeza con cuyo golpe espiró al punto. La Iglesia le honra como mártir el mismo dia de su muerte, que fué el 19 de abril.

A mediados del año 1012 murió el Papa Sergio, sucediéndole con el nombre de Benedicto VIII el obispo de Porto, el dia 6 de julio. Algunos romanos se declararon por un hombre atrevido llamado Gregorio, y formaron un partido tan poderoso, que Benedicto, no juzgándose seguro en Roma, se refugió al lado del rey Enrique II, que celebraba la fiesta de Navidad en Polden, ciudad de Sajonia. Presentóse el Papa con todo el aparato de su dignidad, y demostró de un modo patético, en presencia de todos, las muchas indignidades que habia sufrido. El santo rey penetrado de dolor y de indignacion hubiera corrido al punto á vengar los ultrajes cometidos contra el Vicario de Jesucristo si los intereses de la Religion no le obligaran á permanecer todavia algun tiempo en Alemania.

Los esclavones habian apostatado y se abandonaban á los desórdenes mas espantosos en la Sajonia baja. La muerte de San Libencio ó Lievizo, acaecida en estas circunstancias, se reputó como una nueva calamidad, pues por ella vacaba la Silla metropolitana de Bremen y Hamburgo, cuando mas importaba sentar en ella un prelado que siguiese las huellas de su predecesor. En la noche antes de morir dirigió el santo arzobispo á su clero una exhortacion patética y acomodada á las circunstancias en que se hallaban con motivo de la division de la Iglesia romana. «Hijos mios, les dijo, aprended de mí á no desconfiar jamás de la bondad de Dios. Yo he servido al Papa Benedicto, refugiado en este pais, por mas que han trabajado para apartarme de su obediencia (1). Le he sido fiel mientras ha vivido, y despues he sido elegido por prelado vuestro, como habeis visto, aunque indigno de esta distincion.» Es claro que hablaba de Benedicto V, depuesto en tiempo de Othon I, y conducido á Hamburgo donde murió. Pero hablando asi de este Pontífice daba bien á entender que no le miraba como realmente depuesto por el conciliábulo de Othon y de Leon VIII, sino que antes bien el santo arzobispo habia reconocido siempre á Benedicto por legítimo sucesor de Juan XII. En la *Crónica* de Sigeberto de Gemblours se lee que todos los que habian sido ordenados por Leon fueron tratados como si no hubieran recibido órden alguna y volvieron al estado en que estaban antes de esta ordenacion. Luego Leon VIII fué usurpador ó intruso, mientras vivieron los Papas Juan XII y Benedicto V; y aun muchos le borran de la lista ó catálogo de los romanos Pontífices, porque no admiten la dimision de este último. Mas sea lo que fuere de este hecho á que aludia Leivizo, continuó este en los siguientes términos: «Perdonémonos con gusto todas las faltas que hemos cometido unos contra otros; y si teneis alguna confianza en mis consejos, elegid para el gobierno de nuestra iglesia á vuestro colega Othon, y pedid á Dios que esta vuestra eleccion merezca el beneplácito del rey.» Eligieron en efecto á Othon; pero el rey no quiso consentir en ello, y presentó á su capellan Unvano, al que admitieron sin dificultad los diputados de la iglesia vacante, dándole el palio el Papa Benedicto VIII. No solo era recomendable Unvano por su nacimiento,

(1) Adam. *lib.* 2.

sino tambien por el santo uso que hacia de sus grandes riquezas. Era no menos afable que caritativo, y tenia un carácter y unos modales que le grangearon el amor de todos. El deplorable estado de su diócesis y de los paises circunvecinos, ofreció un campo muy vasto á su liberalidad (1013).

Trataron á los esclavones con tanta dureza el duque Bernardo en la Sajonia alta, y el marqués Teodorico en la baja, que aquellos pueblos, poco instruidos aun y débiles en la fé, sacudieron al propio tiempo el yugo del imperio y el de la Iglesia. En los primeros movimientos de su desesperacion recorrieron armados de hierro y fuego todo el pais que está al Norte del Elba; abrasaron y demolieron todas las iglesias; despojaron de la vida con todo género de suplicios á los sacerdotes y á los demas ministros de la Religion; y en fin, destruyeron al otro lado del rio hasta el último vestigio de cristianismo. En Hamburgo hicieron cautivos á muchos, así del clero como de los demas habitantes, y á los restantes, que eran muchos mas, los pasaron á cuchillo en ódio del nombre cristiano. En Aldimburgo, que era una de las ciudades de aquel pais, donde eran mas numerosos los fieles, los degollaron como animales encerrados en una carnicería, á escepcion de sesenta eclesiásticos que reservaron para ejercitar con ellos mas lentamente su crueldad. Les cortaron en cruz la piel de la cabeza, les abrieron el cráneo, de suerte que se les veian los sesos, y atándoles despues las manos á la espalda, los pasearon por todas sus villas y lugares sin cesar de atormentarlos, hasta que exhalaron el último aliento. Los autores contemporáneos añaden que podria escribirse una larga historia, si se hubieran de referir los tormentos que sufrieron todos los mártires inmolados por los esclavones en esta horrible sublevacion. Así desertaron del cristianismo aquellos bárbaros que habitaban entre el Elba y el Oder, despues de haberle profesado mas de setenta años, esto es, durante los reinados de los tres Othones, porque hasta despues de la muerte del último de estos príncipes no recurrieron á las armas para recobrar su libertad, aprovechándose de las dificultades suscitadas á causa de la sucesion.

Luego que el rey Enrique tomó las providencias mas eficaces para contener los desórdenes de la rebelion, trató con el mayor empeño de restablecer al Gefe de la Iglesia en el goce de todos sus derechos. Y habiendo bastado su llegada á Italia para tranquilizarlo todo, no tuvo dificultad el Papa en presentarse en Roma mientras aquel príncipe arreglaba en Pavía los asuntos de Lombardía. Pasó el rey poco despues á la capital del mundo cristiano, y el dia 14 de febrero (1014), fiesta de la Cátedra de San Pedro, fué á la iglesia del Santo Apóstol para ser coronado emperador. Iba con la corona Real en la cabeza, acompañado de la reina Cunegunda su esposa, y rodeado de doce senadores, seis afeitados á la romana, y los otros seis con largos bigotes á la francesa y con baston en la mano. El Papa le aguardaba á la puerta de la iglesia, y antes de introducirle en ella le preguntó si queria ser el protector de la Santa Sede, y mostrarse fiel en todo á los Vicarios de Jesucristo. Habiendo respondido el rey que lo prometia, tomó el Papa la corona que llevaba antes Enrique, y se puso colgada delante del altar de San Pedro, le consagró, y en seguida le coronó emperador con la reina su esposa. Hecho esto, le presentó una manzana de oro en que habia una cruz del mismo metal, y adornada con dos órdenes de piedras preciosas puestas en forma de cruz. Queríanse representar con ella la concordia del imperio con la Religion y el resplandor de las virtudes necesarias para conservarla. Entendió el emperador la sig-

nificacion de este presente simbólico, y dijo al recibirle: «Quereis enseñarme, Padre Santo, cómo debo gobernar mis Estados; pero este globo no conviene perfectamente sino á los que han renunciado las pompas del mundo para seguir mas religiosamente la cruz.» Aludia con estas piadosas palabras á los piadosos solitarios de Cluny, cuyo monasterio tenia la reputacion de ser el mas exacto en la observancia de la regularidad entre todos los del mundo, y á él destinó desde entonces aquel regalo honorífico. «Parece muy razonable y muy bien fundado, dice Glaber, que refiere esta circunstancia, que á fin de conservar la paz, ningun príncipe tome el título de emperador, sino aquel á quien el Papa haya elegido por su mérito y dádole el distintivo de esta dignidad.» De hecho, y sin entrar á examinar si en 996 arregló Gregorio V en un Concilio, cuyas actas no han llegado hasta nuestros dias, el modo con que en lo sucesivo seria elegido el emperador, ello es constante que el título de emperador, trasmitido sucesivamente de Othon I á su hijo y á su nieto, sin dificultad, en virtud de la concesion real ó supuesta de Leon VIII, no ha sido concedido sino al príncipe elegido en la forma regular y consagrado ó confirmado por el Papa. Inmediatamente despues de Othon III, San Enrique, elegido rey de Germania en 1002, no tuvo el título y las insignias de emperador hasta el año 1014 y lo mismo se verá con su sucesor Conrado.

Concluida la coronacion dió el Papa una gran comida al emperador y á la emperatriz. Estando platicando este príncipe con los sacerdotes de la Iglesia romana, les preguntó por qué no cantaban el símbolo despues del Evangelio, como se practicaba en las demas iglesias; á lo que contestaron, que no habiendo caido la Iglesia de Roma en ninguna heregía, no tenia necesidad de declarar su fé por medio de esta confesion solemne. El emperador, sin contradecir este motivo, consiguió del Papa Benedicto que en lo sucesivo se cantase el símbolo en la misa los dias festivos. Logró tambien de él antes de salir de Italia, que consintiese en la ereccion del obispado de Bobio, que parecia necesaria á los obispos de la provincia, y que él fundó con gran liberalidad.

Hecho esto, tomó el camino de Alemania, dirigiéndose por Francia, donde queria ofrecer por sí mismo sus regalos en Cluny y volver á ver al santo abad Odilon, á quien veneraba mucho profesándole una amistad verdadera. Habia sucedido Odilon en el año 994 á San Mayeul, cuyo coadjutor habia sido cuatro ó cinco años antes. Habíase hecho recomendable Mayeul con los reyes y con los varios príncipes de Francia, quienes le movieron á restablecer la regularidad monástica en sus Estados; y se concilió además de tal modo el aprecio de Othon el Grande, que este príncipe puso á su cargo todos los monasterios Reales de Italia y Alemania. Conformóse Odilon con las miras de su predecesor en todas estas ocupaciones, sostuvo su crédito y consiguió el mismo favor de estos soberanos (1). Mas entre todas estas personas augustas se puede decir que el santo emperador Enrique fué principalmente el amigo y protector de Odilon, visitándole con la mayor frecuencia que podia y llevándole algunas veces á su córte. En la visita que le hizo despues de haber sido coronado emperador, puso en el tesoro de la iglesia de Cluny el globo de oro que acababa de recibir del Papa, el manto imperial, la corona, el cetro y un Crucifijo, todo de oro, cuyas alhajas eran de peso de cien libras. A esto añadió un terreno considerable de la Alsacia, encomendándose eficazmente á las oraciones de los religiosos; y juzgando obtener un favor de mucho pre-

(1) *Vit. Act. Bened, Saec. V.*

cio por haber sido asociado á aquella santa comunidad (1).

El emperador tenia en su compañía al santo obispo Meinverco, cuya modesta virtud habia conocido en medio del tropel de los cortesanos y por ello le habia elevado á la silla de Paderborn (2). Meinverco, pariente del último emperador que le habia nombrado capellan suyo, gozaba de unos bienes de fortuna proporcionados á su ilustre nacimiento; y si aceptó aquella silla, que hasta entonces no habia sido muy rica, fué con el objeto de hacerla una de las mas poderosas de Alemania, asi por los grandes donativos que la hizo como por su inclinacion á una noble economía. Cuando tomó posesion de ella reedificó magníficamente la catedral, arruinada por los bárbaros. Sin embargo, los cuidados temporales eran los que menos ocupaban su actividad. Era tal la vigilancia con que visitaba su diócesis, que algunas veces iba solo y disfrazado de mercader, de iglesia en iglesia, á fin de averiguar mejor su estado. Los estudios le merecieron mucha atencion; tanto que logró que la escuela de Paderborn fuese una de las mas florecientes de aquel siglo, asi en las artes liberales como en la poesía, en la historia, en el arte de escribir y aun en la pintura. Apreciaba tanto el instituto y regularidad de Cluny que pidió á San Odilon algunos religiosos para fundar un monasterio cerca de Paderborn. Hizo llevar, con la regla y los libros del canto, el peso del pan y la medida del vino, y luego que llegó fundó en honor de San Benito una capilla que, mediante la beneficencia del emperador que le secundó, se convirtió en una célebre abadía.

Al salir de Francia pasó Enrique al monasterio de la nueva Corbia, situado en Sajonia en la diócesis de Paderborn; mas aquella famosa cuna de la vida regular en Germania no tenia ya nada de su antigua regularidad (1). La vida relajada de unos monges tan diferentes de sus padres estimuló el celo del emperador y trató de reformarlos. Parecíales que la inveterada costumbre de vivir en medio de los vicios, era un título legítimo para no desprenderse de ellos; y asi se resistieron con tanta arrogancia que fué necesario encarcelar á diez y seis de los mas revoltosos. Meinverco, su obispo diocesano, quiso despues celebrar allí el Santo Sacrificio, y el sacristan tuvo la osadía de negarle los ornamentos; y el obispo, en lugar de castigarle como merecia, se limitó á hacerle entender y confesar el desacato que habia cometido; y luego, no pudiendo conseguir de aquel orgulloso la mas pequeña reparacion, se contentó con citarle ante el tribunal Dios. El abad Valon, autor de la relajacion y del tumulto, fué depuesto canónicamente y se puso en su lugar al monge Drutmaro, de la abadía de Lorescheim; lo que disgustó tanto á los monges de Corbia, que todos ellos, á escepcion de nueve, tomaron el partido de retirarse; bien que despues volvieron muchos y se sujetaron á la reforma.

Era tal la estimacion que merecia la vida monástica al religioso emperador, que quiso renunciar el trono para profesarla. Entre los dignos solitarios con quienes se ocupaba en tratar frecuentemente, llegó á ser íntimo amigo suyo y tener mucha familiaridad con él el beato Ricardo, abad de San Vannes de Verdun (2). Principió á conocerle el emperador por medio del conde Federico, pariente de Ricardo, á cuyo ejemplo este señor renunció el mundo, llegando al mas alto grado de abnegacion y de hu-

(1) Bolland. *t.* 19, *p.* 521.
(2) *Vit. S. Meimberc.*

(1) *Chron. Sax.*
(2) *Mirac. B. Rich. núm.* 8. *Act. Bened. saec. VI, p.* 533.

mildad religiosa. Lo demás fué obra del mérito y carácter de Ricardo. Su ciencia y talento, su superior sabiduría, un discernimiento esquisito, aquel genio igual é inalterable, efecto de la moderacion de todas las pasiones, y unos modales afables é insinuantes, todo contribuia en él á hacer que amasen la virtud aquellos á quienes exhortaba á abrazarla; y poseía en tan alto grado el talento de apoderarse de los corazones, que le habian dado el sobrenombre de *Gracia de Dios*. Poseyó no solo la confianza del santo emperador Enrique, sino tambien la del rey Roberto, de Balduino, conde de Flandes, y de la mayor parte de los prelados de la Galia Bélgica, quienes á porfia pusieron bajo su direccion los monasterios de sus diócesis en que era necesaria la reforma. Estos fueron, entre los mas considerables, los de la antigua Corbia, San Amando, San Bertin, San Waast de Arras, San Huberto, Lobes en el pais de Lieja, San Vandrillo en Normandía, San Vicente de Metz y San Evro de Toul. Asi el monasterio de San Vannes, poco conocido, aunque de mucha regularidad en tiempo del santo abad Fingen, irlandés, adquirió bajo el gobierno de su sucesor Ricardo tal reputacion que bastó á fijar la eleccion del emperador.

Cuidando el abad Ricardo del lustre esterior de su casa, no menos qne de la observancia religiosa, aumentó considerablemente sus edificios. Un dia en que el emperador visitaba las obras que se habian restablecido, esperimentó al entrar en el claustro cierta impresion religiosa, y dijo estas palabras del salmo: «Este es el lugar de mi descanso: esta es la morada que he elegido para siempre.» Reflexionó sobre ellas el obispo Heimon que acompañaba al emperador con el abad, y cuando tuvo ocasion de hablar á solas con este, le dijo: «El emperador trata de abrazar la vida monástica y de quedarse con vosotros. Mirad lo que haceis, porque si le admitís vais á hacer infeliz el imperio.» Meditólo bien Ricardo, y halló un espediente para satisfacer á la piedad del príncipe sin perjudicar al Estado.

Reunió su comunidad y rogó al emperador que se esplicase delante de todos los religiosos. Enrique, vertiendo copiosas lágrimas dijo que habia resuelto dejar las vanidades del siglo y consagrarse al servicio de Dios en el monasterio en que estaba. «¿Quereis, dijo el abad, ser obediente hasta la muerte, segun la regla y el ejemplo de Jesucristo?» Respondió que lo anhelaba con todo su corazon. «Pues yo, dijo el abad, os admito desde este momento en el número de los monges, y me encargo del cuidado de vuestra alma, si por vuestra parte prometeis ejecutar en obsequio del Señor todo lo que yo os mande.» Enrique volvió á ofrecer que lo haria, y continuó el abad: «quiero, pues, y mando que os encargueis del gobierno del imperio que os ha confiado la bondad divina, y que en cuanto os sea posible procureis la salvacion de todos vuestros vasallos por medio de vuestra vigilancia y de vuestra firmeza en hacer justicia.» Sintió mucho el emperador este precepto no esperado, y aunque le obedeció, se consideró ya como discípulo del abad Ricardo. Acudia muchas veces á conferenciar con él, y los consejos y máximas de este varon santo fueron siempre la regla de su conducta.

Conoció desde luego la Italia la discrecion con que habia obrado Ricardo y la necesidad en que estaba el imperio de un gefe como Enrique. Los sarracenos, aprovechándose de la ausencia de este príncipe, desembarcaron en Toscana y se apoderaron de una estension considerable del pais (1016). El Papa Benedicto temió el peligro que amenazaba á la ciudad de Roma; pero sin duda como no se trataba entonces, para

el supremo Pastor, de derramar la sangre de sus ovejas, sino de defenderlas de los asaltos de rapaces lobos, temiendo menos á un ejército de infieles que lo que habia parecido temer á un puñado de cismáticos, reunió á toda prisa los obispos y los defensores de las iglesias, y los condujo él mismo al enemigo. Al mismo tiempo envió muchísimos barcos pára cogerle por la retaguardia y cortarle la retirada. Observando el emir estas disposiciones, temió caer vivo ó muerto en manos de los fieles y se fugó con muy pocos de los suyos. El resto de su ejército sarraceno peleó con obstinacion, y consiguió grandes ventajas por espacio de tres dias; pero al fin tuvo que ceder, y fué derrotado enteramente, siendo tan grande la confusion y desórden de los sarracenos, que cercados por todas partes quedaron todos ellos en el campo de batalla, y no se pudo contar el número de los muertos, ni valuar el precio del botin. Su reina cayó en poder de los cristianos y la decapitaron. Irritado el emir ó rey de los sarracenos, y sintiendo este tratamiento inhumano mas que todo, envió al Papa un costal de castañas, diciéndole que al verano siguiente llevaria contra él igual número de soldados. El Pontífice creyó que podia usar tambien de semejantes jactancias, le remitió un costal de trigo, y le dijo que si no estaba contento con su primera espedicion volviese otra vez y hallaria igual ó mayor número de vengadores (1).

Conoció sin embargo Benedicto VIII que para librarse del temor de los sarracenos, á quienes solian auxiliar los griegos de Italia, era necesario humillar á unos hermanos pérfidos que se armaban contra su madre comun por un efecto del ódio con que miraban á los latinos. Habia invadido poco antes una parte del ducado de Benevento el catapan ó gobernador de las posesiones que conservaban los griegos en la Italia meridional, con pretesto de cobrar unos tributos exigidos en nombre del emperador Basilio, y se sospechó que su verdadero designio era subyugar la ciudad de Roma si le fuera posible. Careciendo el Papa de un oficial bastante diestro para mandar una espedicion tan importante y arriesgada, supo que habia llegado á sus Estados un caballero normando llamado Raulo, que habia caido en desgracia del duque Ricardo (1). Eran conocidos en Italia el valor y magnanimidad de las gentes de aquella nacion desde el año 1000, en que regresando de la Tierra Santa cuarenta normandos, y llegando á Salerno á tiempo que la habian sitiado los sarracenos, acometieron á estos con tanta oportunidad y con tanto esfuerzo, que los obligaron á levantar el sitio; y lo que habia causado mas admiracion fué, que ofreciéndoles Gaimar, príncipe de Salerno, unos regalos dignos de los libertadores de la patria, se negaron á admitirlos con una perseverancia invencible, diciendo que el único fin que se habian propuesto era la gloria de Dios y el bien de la Religion (2). Al ver el Papa, diez y seis años despues de aquel suceso memorable, á Raulo, que por su estatura y su continente guerrero era muy parecido á aquellos primeros héroes, le dijo para sondearle, que no encontraba entre los italianos una persona capaz de reprimir á los griegos. Ofrecióse á ello el normando: se aceptó la proposicion, corrió al punto á Benevento, y animó de tal modo á los habitantes del pais, que desde luego lograron por sí solos unas ventajas de consideracion. Pero la fama de estas hazañas atrajo un número infinito de normandos á Italia, donde notaremos muy pronto las con-

(1) Ditmar. *lib.* 7, *pag.* 96.

(1) Glab. *lib.* 3, *cap.* 1.
(2) *Chron. Cass. lib.* 11, *cap.* 37.

secuencias de la primera acogida que recibieron en ella.

Por lo que hace á Raulo observando que se disminuian sus tropas con la misma continuacion de sus victorias, y encontrando pocos recursos entre los italianos, resolvió presentarse al emperador Enrique para hacerle ver el estado de las cosas. El Papa, á quien este príncipe habia rogado fuese á confirmar con su presencia el obispado de Bamberg, recientemente erigido, marchó tambien á Alemania, y llegó á Bamberg el 14 de abril, dia de Jueves Santo del año 1020. Consagró allí la iglesia de San Esteban, y con esta ocasion el emperador dió la ciudad y el obispado de Bamberg á la Iglesia romana, bajo la obligacion de contribuir anualmente por este donativo con un caballo blanco y cien marcos de plata. Pero en tiempo de Leon IX y Enrique el jóven, se conmutó el señorío de Bamberg por el de Benevento (1). Tambien confirmó Enrique las donaciones que habian hecho á la Santa Sede sus predecesores, así de la ciudad de Roma como de sus pertenencias, pero con la cláusula de sin perjuicio de la soberanía de los ducados de Toscana y de Espoleto, cargados con censos y pensiones particulares para la iglesia de San Pedro, y de los cuales Enrique á ejemplo de Othon declara retener la dominacion en todo, segun habia sido estipulado entre el Papa Adriano y el emperador Cárlos. Inmediatamente despues de esta reserva especial, añade Enrique que respecto de todos los demas lugares confirma y corrobora la donacion á la Santa Sede, de tal suerte que quedan en su derecho su principado y su dominacion, queriendo espresamente que nada se quite á la Santa Sede y que en nada se disminuya allí la autoridad ó poder del Papa, ni por él que era el emperador, ni por sus sucesores, bajo pretesto ni motivo alguno (1).

El Papa no se detuvo mucho tiempo en Alemania, y por consiguiente es mas verosímil, á pesar de algunas opiniones contrarias, que Benedicto no hizo confirmar en este viaje el Concilio de Pavía á que asistió, y que no principió á celebrarse hasta el 1.° de agosto del año 1020 (2); pero es indudable que el Pontífice reclamó en él contra la vida licenciosa del clero, y manifestó que los clérigos estaban obligados á la continencia, asi por las decretales de San Siricio y de San Leon, como por los cánones de Nicea que les prohiben hasta el habitar en compañía de mugeres. En su consecuencia se prohibió de nuevo á los subdiáconos y á los de órdenes superiores el que tuviesen mugeres ni concubinas; y se declaró que los hijos de los clerigos fuesen esclavos de las iglesias á que estuviesen agregados sus padres, aun cuando en sus madres concurriese la circunstancia de ser libres. Como esta disposicion parecia contraria á la regla del derecho, que fuera del matrimonio legítimo aseguraba al hijo la condicion de su madre, advirtió el Papa que los legisladores no se habian propuesto hablar de los hijos de los clérigos, porque los clérigos no debian tener hijos (3). Hé aquí cuál fué, aun en los tiempos mas deplorables, el espíritu de la Iglesia y de todas las potestades legislativas con respecto á la pureza clerical. El emperador confirmó estos decretos en cuanto tenian relacion con el órden civil, y decretó penas temporales contra los infractores y sus fautores; y para quitar hasta la ocasion del mal condenó á esas mugeres y concubinas de los clérigos á ser azotadas y desterradas. Castigó des-

(1) Leo Ostiensis, *lib.* 2, *c.* 47.

(1) Labb. *collect. t.* 9, *p.* 813.
(2) El *Arte de verificar las fechas* no pone este concilio hasta el año 1022.
(3) *Tom.* 9 *Conc. pag.* 819.

pues de esto á Othon, conde de Hamerstein, á quien tuvo que sitiar en su castillo, desde el que saqueaba los pueblos sujetos á la iglesia de Maguncia en odio del arzobispo que le habia excomulgado á causa de un matrimonio ilícito.

Por último, en el año 1022, cediendo á las repetidas instancias de los normandos, del Papa y de los italianos, marchó bien acompañado contra los griegos de Italia que amenazaban á Roma; se adelantó con un cuerpo formidable de ejército hácia la costa del mar Adriático, y envió por el pais de los marsos á Poppon, arzobispo de Tréveris, con un destacamento de once mil hombres, destinando á Roma á Filegrim de Colonia con un cuerpo de veinte mil. Estos dos santos prelados estaban dedicados por órden de un emperador igualmente santo, ó mas bien por las preocupaciones de aquellos tiempos, al servicio personal en los ejércitos. Tenia el arzobispo de Colonia el encargo de apoderarse del abad de Monte-Casino y del príncipe de Cápua su hermano, que se habian puesto de acuerdo con los griegos. El príncipe, llamado Pandulfo, se rindió con la condicion de que le conservasen la vida; mas el abad Atenulfo huyó á Otranto y se hizo á la vela para pasar á Constantinopla, pero pereció en el mar (1). Volvió al punto Enrique con la mayor parte de su ejército á ocupar á Benevento y las demas plazas en que habian entrado los griegos, á escepcion de Troya en la Pulla, que con la esperanza de recibir el socorro ofrecido por el emperador Basilio, sufrió un sitio de tres meses. Al cabo de este tiempo, viéndose los ciudadanos reducidos al mayor apuro, y temiendo el resentimiento del vencedor, llamaron á un solitario de los muchos que habia en aquella parte de la Italia, y le enviaron al emperador con todos los niños de la ciudad, quienes iban gritando en lengua griega: *Señor, tened misericordia de nosotros*. El príncipe que habia amenazado á aquella ciudad osada con reducirla á cenizas y mandar ahorcar á todos los hombres que habitaban en ella, contestó al principio diciendo que los padres de aquellos niños eran los autores de su desgracia. Mas presentándose de nuevo al otro dia estos intercesores inocentes dando voces todavia mas lastimeras que el dia anterior, no pudo resistir mas el príncipe piadoso, y vertiendo lágrimas profirió estas palabras del Salvador: *Me compadezco de este pueblo*. Habiendo firmado las capitulaciones con la ciudad, pasó con el Sumo Pontífice á la abadía de Monte-Casino (1). Opinaban que era este empleo de bastante importancia para resolverlos á asistir á la eleccion de un nuevo abad, pero sin oponerse á que los monges le eligiesen libremente segun la regla. Nombraron por sucesor del intrigante y rebelde Atenulfo al preboste Tibaldo, que hizo mucho bien al monasterio en los trece años que le gobernó. La mortandad que se esperimentó despues en el ejército del emperador no le permitió lograr mayores ventajas contra los griegos, y le obligó á pasar los Alpes á toda prisa.

El dia 11 de agosto del mismo año 1022 mandó celebrar un concilio en Selingstadt cerca de Maguncia (2), en el cual el arzobispo Aribon y cinco prelados sufragáneos suyos formaron veinte cánones. He aquí un resúmen de los principales. Decretaron quince dias de abstinencia de carnes antes de Navidad, y catorce antes de San Juan, y algunos ayunos estraordinarios, como las vigilias de la Epifanía, de S. Lorenzo y de las fiestas de los Apóstoles. Se prohibe á los sacerdotes decir mas de tres misas al dia.

(1) *Chron. Sax.*; *Chron. Cass. lib.* 2.

(1) Glab. *lib.* 3, *cap.* 1.
(2) *Tom.* 9 *Concilior.* 844.

El sacerdote que en verano haya bebido por la noche despues del canto del gallo, no celebrará al dia siguiente la misa; y si en el invierno bebiese de noche despues del canto del gallo, no podrá decir misa sino en caso de necesidad: esto era porque á falta de reloj se suponia que el canto del gallo marcaba en verano la media noche, y que en invierno, en que las noches son mas largas, no indicaba con tanta certeza este canto la media noche. Se prohibe á toda persona llevar espada en la iglesia, á no ser la espada Real. Se prohibe echar un corporal en el fuego para apagar un incendio. Se prohibe á todo lego confiar su iglesia á un sacerdote que no haya sido examinado y recibido al efecto por su obispo. Los que quebrantan el ayuno prescripto por el obispo, tienen obligacion, segun el concilio, de dar de comer á un pobre en aquel dia. No puede el sacerdote propio permitir á los penitentes públicos la entrada en la iglesia, y ni aun dividir, sin órden del obispo, la penitencia que les está impuesta. Como habia muchos pecadores que iban á Roma para librarse de las reglas ordinarias de la penitencia, se declara que de nada les servirá la absolucion que allí se les dé si no cumplieron antes la penitencia que les hubiesen impuesto sus pastores; y si despues de esto quieren ir á Roma, se les obliga á llevar por escrito cartas de su obispo. Y para que á pretesto de peregrinacion no se dispensaran los penitentes públicos de reparar el escándalo en el mismo lugar donde le habian dado, se prohibe en general ir á Roma sin permiso del obispo ó de su vicario. Al fin de este sínodo se ven insertas las oraciones ó preces que deben hacerse durante la celebracion de un concilio (1).

Bucardo de Worms, uno de los Padres que concurrieron á este concilio, nos ha conservado sus decretos en la coleccion de cánones que formó (1): obra que le dió mucha celebridad, no obstante que no consultó su autor los escritos originales, antes bien se funda muchas veces en las falsas decretales autorizadas entonces á porfia por los jurisconsultos; tan antigua é incontestable les parecia la doctrina que contenian. El mismo Bucardo ó Burcardo, prelado virtuoso y lleno de celo, da á conocer en el prólogo el objeto de su obra, dividida en veinte libros. Trata en ella por estenso de la autoridad del Papa, de la consagracion y de las obligaciones de los obispos, del modo de juzgarlos, de los diferentes órdenes del clericato, de las iglesias y de sus bienes temporales, y por último de los sacramentos. Su principal objeto era instruir á los sacerdotes encargados del gobierno de las almas, dándoles noticia de las penitencias canónicas, miradas con negligencia, ó tal vez ignoradas por muchos. Esplica muy por menor el modo de imponer y de cumplir la penitencia; pero enseña tambien los medios de redimirla, para que no incurriesen en la desesperacion aquellos á quienes eran imposibles las austeridades. Por ejemplo, el que no podia ayunar, debia por cada ayuno á pan y agua cantar cincuenta salmos de rodillas en la iglesia y dar de comer á un pobre en aquel dia, y con esta condicion tomaba el alimento que juzgaba necesario, á escepcion del vino y de la carne. Tambien se redimian los cincuenta salmos con cien genuflexiones, y los ricos conseguian este beneficio por medio de las limosnas. Pero debemos advertir que estas redenciones ó conmutaciones de las penitencias eran solo para los que estaban imposibilitados de cumplirlas al pie de la letra, y que en todo caso estaba obligado el pecador á castigarse del modo que le era posible.

(1) Labb. *t.* 9, *p.* 847, *et seq.*

(1) *Vit. Burch. cum decr. edit. Col.*

En el mismo año del Concilio de Selingstadt se celebró otro en Orleans para reprimir en su principio una secta abominable que se formaba en el centro de la Francia (1). Habia en Orleans dos eclesiásticos llamados Esteban y Lisedo, que gozaban gran reputacion de doctrina y de santidad, y eran conocidos y muy estimados del rey Roberto. Dejáronse estos seducir, con otros muchos, de una aventurera que habia ido de Italia, y que al mismo tiempo que aparentaba una gran piedad se entregaba á las prácticas mas detestables de los maniqueos y de los antiguos gnósticos. Comunicóse la corrupcion del corazon con tanta rapidez al entendimiento, que los principales individuos del clero quedaron enteramente inficionados antes que el mal se apercibiese esteriormente. Un clérigo llamado Herberto, que habia pasado á Orleans desde Normandía para perfeccionarse en los estudios, fué seducido por los errores de los nuevos sectarios, y llegó á ser uno de sus discípulos mas obstinados. Era vasallo de un caballero normando llamado Arefasto, firme y bien instruido en su Religion, y tan hábil político que su príncipe le habia confiado las negociaciones mas delicadas. Herberto, obcecado con el espíritu de fanatismo, juzgó que iba á atraer á su partido un varon tan apreciable y trató de inclinarle á la nueva doctrina. Pero Arefasto conoció todo su veneno, dió cuenta al duque Ricardo, le pidió que escribiese al rey Roberto, y se ofreció á cooperar por sí mismo al bien de la Religion en un asunto de tan general interés. El duque, de acuerdo con el rey, comisionó á Arefasto, para que partiese á Orleans; y este sábio y virtuoso caballero pasó por Chartres para consultar al obispo Fulberto, que era uno de los prelados mas instruidos del reino; pero no estando en su capital por haber salido á emprender la peregrinacion de Roma, se dirigió al tesorero de la Iglesia, llamado Everardo, hombre muy estimado á causa de su sabiduría.

Siguiendo sus consejos Arefasto, juzgó que podia usar de una estratagema para confundir la impostura. Hizo, pues, que mediante la recomendacion de Herberto, le admitiesen en los conventículos de los hereges, quienes le dieron el último asiento. Disfrazaron primeramente sus dogmas y sus máximas con palabras de la Escritura, y le exhortaron de un modo vago y alegórico á que saliese de las tinieblas en que habia estado sepultado hasta entonces y á que recibiese con accion de gracias la luz de la salvacion que principiaba á alumbrarle. Escuchaba el caballero normando este discurso con un silencio modesto y con una apariencia de docilidad que encantaba á sus maestros. Luego que le reputaron del todo convencido, se esplicaron sin figuras, y trataron de delirios las verdades mas santas del antiguo y nuevo Testamento. Dijéronle que el cielo y la tierra, eternos por su naturaleza, no tenian causa ni principio; que Jesucristo no habia nacido de la Virgen, ni padecido verdaderamente por los hombres, ni resucitado; que su Cuerpo y su Sangre no se reproducian por la consagracion del sacerdote; que el pecado no se borra por el bautismo, sino por la imposicion de sus manos, la cual comunicaba al mismo tiempo la plenitud del Espíritu Santo; que era inútil hacer oracion á los santos mártires ó confesores; y en fin, que las obras de piedad eran un trabajo inútil, pues no habia que esperar por ellas ninguna recompensa, así como no habia que temer ningun castigo por los escesos mas desordenados de la concupiscencia.

Practicando esta moral detestable se congregaban de noche en alguna casa reti-

(1) *Tom. 2 Spicil. pag. 670; Tom. 9, Concilior. pag. 838; Glab. lib. 3; Ademar. Chron.*

rada, donde teniendo cada uno una vela en la mano rezaban en forma de letanías los nombres de los demonios, hasta que, ya fuese por prestigio ó por superchería, se les aparecia alguno en forma de un animalejo. Apagaban entonces todas las luces, y se abandonaban á la brutalidad de su pasion, cogiendo cada uno á la primera muger que encontraban á mano. Cogian á uno de los niños que nacian de este comercio brutal, y á los ocho dias le quemaban en sus asambleas. En seguida recogian las cenizas con un respeto igual al que manifestaban los fieles con respecto al cuerpo de Jesucristo, las daban á los nuevos discípulos para iniciarlos, y las administraban por viático á los que estaban en peligro de muerte: prácticas infernales, dicen los escritores contemporáneos, de que resultaba en aquellos miserables una ceguedad de espíritu y una obstinacion tan grande, que en cierto modo imposibilitaban su conversion.

Instruido perfectamente Arefasto en estos misterios de tinieblas, y conociendo á las personas que los practicaban, comunicó sus descubrimientos al rey Roberto, que corrió á toda prisa á Orleans, acompañado de gran número de obispos. Al dia siguiente al de su llegada mandó prender á todos los sectarios y al mismo Arefasto, para ocultar mejor el autor de la delacion. Congregóse al momento el Concilio en la iglesia de Santa Cruz en presencia del monarca, y se mandó que compareciesen los presos. Tomó la palabra Arefasto, y dijo al rey: «Señor, yo soy vasallo de Ricardo, vuestro conde de Normandía, y no hay ninguna razon para traerme aquí cargado de cadenas.» A lo que contestó el rey: «Para que podamos juzgar con conocimiento, esplicadnos á qué fin habeis venido á esta ciudad.» Arefasto respondió diciendo, que la buena opinion de los que estaban presos con él le habia movido á emprender aquel viaje para aprovecharse de sus instrucciones. Despues, trazando á estos con mucha naturalidad y como sin intencion el camino que debian seguir, y dándoles ejemplo de la sumision á la autoridad de la Iglesia, añadió: «Los obispos que están reunidos en este sitio en nombre del Señor, pueden juzgar si he procedido mal en esto. Manden, pues, á los que me han instruido que espongan su creencia.» Dieron órden al punto los prelados y el príncipe á los hereges para que declarasen su sentir; pero ellos se obstinaron en usar del lenguage oscuro y figurado que tomaban de la Escritura para engañar á los sencillos, y no fué posible reducirlos á que se esplicasen con claridad.

Arefasto respondió entonces con indignacion: «yo me lisonjeaba con la esperanza de encontrar en vosotros la franqueza heróica de los doctores de la verdad y no la ficcion tímida y baja de los maestros del error. Cuando me enseñábais vuestros dogmas como si fuesen la doctrina de la salvacion, protestábais que el temor de los mas crueles suplicios no os obligaria á dejar de confesarlos. Pero ahora á vista de la vileza con que perjurais, veo ya lo que debo pensar de vosotros. En cuanto á mí quiero obedecer al rey, y declarar vuestra creencia á los obispos para aprender de los que ha dado el Señor por guias á su Iglesia lo que es conforme ó contrario á la fé cristiana. Vosotros me habeis enseñado que el Bautismo no tiene ninguna virtud para borrar el pecado; que Jesucristo no nació de la Vírgen, ni murió por los hombres, ni fué sepultado ni resucitó; y que el pan y el vino no se convierten por la consagracion del sacerdote en el cuerpo y sangre de Jesucristo.» Guerin, obispo de Beauvais, oido este discurso, preguntó á Esteban y á Lisedo, como cabezas de la secta, si en efecto era aquella su creencia. La fuerza y claridad del raciocinio de tal suerte los despecharon, que

dejando á un lado todo temor y todo miramiento, dieron á nuestros divinos misterios el nombre de invenciones humanas y cuentos pueriles, que «pueden escribirse muy bien, decian, en los pergaminos, pero que nunca profundizarán en nuestros corazones, en los cuales grabó el Señor por sí mismo su ley verdadera.» Desde el amanecer de aquel dia hasta las tres de la tarde no se cesó de trabajar para librarlos de los errores en que vivian. Mas ellos respondieron, que pues en vez de abrazar la verdad solo se trataba de obligarlos á renunciarla, era ya tiempo de poner fin á unos esfuerzos inútiles y que podian hacer de ellos cuanto les viniese en gusto. «Si á la mayor brevedad, se les dijo, no mudais de parecer, vais á ser abrasados vivos, porque el rey no puede negar esta justicia al órden público.» Respondieron, riéndose de los que querian convertirlos, que nada temian y que se saldrian de la hoguera sin lesion alguna.

Al punto se procedió á su castigo; y principiaron los obispos por degradar á los que habian recibido las órdenes sagradas, despues de lo cual condenaron al fuego á todos aquellos desgraciados. Eran quince, y solo se libertaron del castigo un clérigo y una religiosa que abjuraron su falsa doctrina y se convirtieron. Era tanta la irritacion del pueblo que estaba fuera del tribunal, que la reina, temiendo que entrase la gente y los despedazase se estuvo á la puerta. Mas al salir los reos mostróse esta princesa tan indignada contra Esteban, que habia sido su confesor, que le sacó un ojo con la punta de una varita que llevaba en la mano. Condujéronles fuera de la ciudad hácia la cabaña á la que habian prendido fuego, y les enseñaron el fuego desde lejos para ponerles pavor. Al ver este horrible espectáculo crecieron su ardor y su obstinacion: apresuraron el paso, y hacian esfuerzos para desprenderse de las manos de los que los llevaban á fin de arrojarse cuanto antes en medio de las llamas. Mas no tardaron en desmentir este desesperado arrojo; porque luego que se vieron encerrados en aquella prision encendida, y esperimentaron los efectos del fuego, principiaron á dar unos alaridos horribles, esclamando que los habia engañado el demonio. Los circunstantes se compadecieron de ellos y acudieron al punto á abrirles la puerta; pero ya era tarde, puesto que habian quedado ahogados en un instante. Entre estos fanáticos habia diez canónigos de Santa Cruz; y sabiendo que Teódoto, chantre de aquella iglesia, habia muerto tres años antes con el mismo modo de pensar, le desenterraron y arrojaron en un muladar todo lo que quedaba de su cadáver. Se hizo este castigo siendo obispo Odalrico, que en aquel mismo año (1022) habia sucedido á San Thierri, de donde se infiere que el Concilio de que hemos hablado no se celebró en el año 1017, como lo han afirmado algunos autores.

El rigor con que trató el rey á unos sectarios no menos perjudiciales á la república que á la Religion, preservó de este contagio á la ciudad de Orleans y á los demas Estados de Roberto; y aunque se introdujo en algunos sitios de Aquitania, procuró desvanecerle con la mayor vigilancia y severidad el duque Guillermo V, hijo de Guillermo *brazo de hierro*. Los hereges fueron perseguidos con tanto rigor en todos sus dominios, que se dispersaron por las provincias vecinas, donde procuraron obrar esteriormente de modo que no escitasen la execracion del público. Este fué el primer gérmen de la heregía de los albigenses en los paises meridionales de la Francia, en los que la molicie y descuido de los que mandaban la dieron los medios de fortificarse y de inundar, en fin, de sangre aquellas hermosas provincias.

El duque Guillermo amaba mucho su religion y su pueblo para dejarlos espuestos

á tan grandes peligros. Era el padre de los pobres, el protector de los monges y de los hombres de bien, y el defensor ilustrado de la Iglesia. Habíanle instruido con perfeccion cuando era jóven; tenia muchos libros en su palacio, y á ejemplo de Cárlo Magno ocupábase en la lectura los ratos ociosos y estaba siempre rodeado de eclesiásticos sabios. No faltaba por esto á su grandeza y á su dignidad. Así cuando viajaba, como cuando vivia en su córte, parecia mas bien un rey que un duque, y tenia amistad muy estrecha no solo con el rey Roberto, sino tambien con todos los monarcas mas célebres, á saber, con Alfonso, rey de Leon, con Sancho de Navarra, con Canuto de Dinamarca y de Inglaterra, y particularmente con el emperador Enrique. Siguió el ejemplo de todos los varones piadosos de su tiempo visitando los santuarios mas célebres; tan distante estaba de emplear su talento é instruccion, de todos conocida, en desacreditar unas prácticas que pueden tener sus escesos, pero cuyo desprecio es un escándalo mayor todavía que el abuso de ellas. Acostumbróse desde su edad juvenil á hacer todos los años la peregrinacion de Roma ó de Santiago de Galicia (1).

Descubrióse por entonces (1010) en el monasterio de Angeli en Saintonge, segun se creia, la cabeza de San Juan Bautista, que dicen fué llevada allí en el reinado de Pipino, rey de Aquitania, fundador del monasterio. Observando Guiberto de Nogent los anacronismos contenidos con un escrito que estaba unido á la reliquia, se declaró contra su autenticidad (2), y publicó que la cabeza del santo precursor era entonces venerada en Constantinopla, desde donde fué trasladada despues á Amiens, segun la opinion de algunos autores respetables, quienes añaden que la reliquia de Angeli era la cabeza de un San Juan de Edesa. Mas esta devocion acarreó una ventaja real á aquel monasterio, pues sirvió para restablecer en él la disciplina religiosa. Habiendo llamado el duque Guillermo al santo abad Odilon, le entregó la abadía de San Juan, en la que floreció muy en breve la regularidad de Cluny, bajo el gobierno sucesivo de los abades Reinaldo y Aymerico, discípulos de Odilon.

Algun tiempo despues ilustró el duque de Aquitania su piedad y religion de un modo tanto mas admirable cuanto que triunfó de una pasion que por lo regular suelen erigir en virtud los grandes de la tierra. Vacó el trono de Italia por muerte del emperador, á los italianos, que principiaban á cansarse de la dominacion germánica, fijaron los ojos en el rey de Francia. Juzgando Roberto que sus Estados eran ya de bastante estension, y prefiriendo acrecentar su poder con la adquisicion de los antiguos derechos de la dignidad Real mas bien que con adquirir nuevos dominios, no vaciló un instante en rehusar la oferta de los italianos (1024). Dirigiéronse pues estos á Guillermo, quien al pronto pareció recibir bien sus homenages. Pasó á Italia para ponerse de acuerdo con los señores principales, los que le propusieron que arrojase de sus Sillas á una multitud de obispos irreprensibles en su ministerio, y que sin duda no tenian mas delito que el de haber nacido alemanes. Empero rehusó comprar una corona con una condescendencia tan contraria al honor como á la Religion, y escribió en estos términos lacónicos al marqués Magenfredo: «Los designios de vuestra nacion no se conforman con el honor, y no puede haber seguridad en un pueblo de ese carácter (1).» Leon, arzobispo de Ravena, que entonces estaba espulsado de su Sil'a,

(1) Ademar. *pag.* 172 *et. seq.*
(2) Ademar. *in Chron. tom.* 2. *Bibl. Labb.*

(1) *Epist. Guill. inter ep. Fulb.*

afectaba ser uno de los mas adictos al duque; pero se descubrieron sus ideas interesadas por haberle pedido con la mayor desfachatez algunas cosas raras de Aquitania, y entre otras un hermoso tapiz y alguna mula maravillosa de aquella provincia. Trató el duque al avaro italiano con el desprecio irónico que merecia, y le contestó que cuando encontrase un mula con cuernos ó con muchas colas, le enviaria aquel fenómeno; y esplicándose despues con mas seriedad: «no tengo por qué quejarme, añadió, de la infidelidad de los lombardos, á vista de la que han cometido contra Dios. Seria mio el reino de Italia si yo hubiese querido oprimir á sus mas dignos obispos; pero no permita Dios que ultraje yo á la Iglesia que honraron siempre mis padres.»

Mediaron estas contestaciones poco despues de la muerte del emperador Enrique, que fué á recibir la recompensa de todas las virtudes que constituyen los grandes príncipes y los grandes Santos, el dia 14 de julio del año 1024. Viajando en compañía de todos los grandes y de la emperatriz Cunegunda, le fué preciso detenerse en Grona, ciudad de Sajonia, á causa de las muchas incomodidades que sufria, y que le redujeron muy en breve al último estremo, aunque solo tenia entonces cincuenta y dos años de edad. Conociendo que se aproximaba el fin de su vida, llamó á los parientes de la emperatriz su esposa, y les dijo, segun la relacion de muchos historiadores, á pesar de que hay otros que no piensan así (1): «os la devuelvo vírgen como me la entregásteis;» y pronunciadas estas palabras espiró, vertiendo copiosas lágrimas todos los circunstantes por la memoria de su bondad y por la admiracion de sus virtudes. Trasladaron su cuerpo á la catedral de Bamberg, fundada por el mismo Enrique. Los milagros allí obrados convirtieron muy pronto el sentimiento en una veneracion religiosa, y movieron á la Santa Sede á canonizarle con gran solemnidad en el siglo siguiente.

Podemos juzgar de los inmensos bienes que hizo á la Religion (que está por lo comun en los pueblos en el mismo grado que en los prelados eclesiásticos) por la multitud de dignos obispos que colocó ó protegió en las diversas Sillas de Alemania. Fueron de este número Meingaldo y Poppon de Tréveveris, Eriberto y Filegrim de Colonia, Archambaldo de Maguncia, Burcardo de Worms, Bernuardo y Godhardo de Hildesheim, Meinverco de Paderborn, con otros muchos que murieron en olor de santidad, venerándose á la mayor parte de ellos con culto público. Tales son las ventajas inapreciables que puede proporcionar á la Iglesia un príncipe que atienda con tanta constancia como lo hizo este santo emperador á la eleccion de los obispos. Sucedióle Conrado, llamado el Sálico, duque de Lorena, de la familia de Othon el grande. Conrado fué elegido rey de Germania por los Estados reunidos entre Worms y Maguncia, y despues fué consagrado en Aquisgran á 8 de setiembre de 1024. Pasados dos años y medio recibió en Roma la corona imperial con la reina su muger el dia de Pascua 26 de marzo.

Viéndose la emperatriz Cunegunda libre de la esclavitud del mundo, corrió al punto á consagrar al Señor la virginidad que segun la opinion general habia conservado durante su matrimonio. Retiróse al monasterio de Kaffungen, fundado por ella cerca de Cassel, en la diócesis de Paderborn; y en el mismo dia del aniversario de su esposo, en que se celebraba la dedicacion de la iglesia, se presentó, mientras se decia la misa, al pié del altar revestida de todas las insignias imperiales, y ofreció un pedazo de la verdadera cruz. Concluido el Evangelio, se quitó la púrpura y los demás dis-

(1) *Vit. S. Henr. lib.* 2, *cap.* 27; Sur. 24 *jul.*

tintivos de su grandeza, vistióse una túnica de color oscuro que habia trabajado ella por sus propias manos y estaba bendecida por los obispos; dispuso que la cortasen el pelo, y cantando las oraciones señaladas para la consagracion solemne de las vírgenes, recibió de los sagrados ministros el velo y el anillo. Vivió nueve años en este monasterio, siempre en la clase de simple religiosa, y como si fuese la mas inferior de las monjas, temiendo la ostentacion aun en el egercicio de la humildad, consagrándose al trabajo de manos, como si lo practicase por necesidad y apropiándose aquellas palabras del Apóstol: *el que no trabaja no debe comer*. Murió consumida de las abstinencias y penitencias (1038), y la dieron sepultura en Bamberg al lado de su santo esposo habiendo ella prohibido, por un efecto de su humildad, que asi en el funeral como en el sepulcro le hiciesen la menor distincion. Las ofrendas de los enfermos que recobraron la salud en su tumba la condecoraron con mas honrosos trofeos; y acumuláronse en tanto grado las pruebas de sus heróicas virtudes, que la Iglesia la colocó en el número de los Santos en el año 1200 (1).

LIBRO TRIGÉSIMO-PRIMERO.

Desde la muerte del emperador San Enrique en el año de 1024, hasta la consumacion del cisma de los griegos en el de 1054.

Falleció el Papa Benedicto VIII en el mismo año, y segun la cronología mas exacta, en el mismo mes que el emperador San Enrique, es decir, á últimos de julio del año de 1024. Sucedióle su hermano Juan XIX, hombre secular, senador, cónsul y duque de Roma (1), que probablemente fué encumbrado al sólio pontificio en el discurso del mes de agosto siguiente. Afirman algunos escritores contemporáneos que su eleccion fué obra del soborno: lo que quizá carece de otro fundamento que la sed del oro, atribuida por estos autores al pueblo romano, en el que, si hemos de darles crédito (2), parece que esta pasion, reina del universo, habia fijado la capital de su imperio. Como quiera que sea, lo cierto es, que se propagó demasiado este rumor vergonzoso, causando tal impresion en los griegos, que osaron proponer al nuevo Pontífice un tráfico de la misma especie. Puesto de acuerdo con el emperador Basilio el patriarca de Constantinopla Eustacio II, pretendió comprar á Juan XIX el título de obispo universal en la iglesia de Oriente; título que habian negado siempre los Papas á sus predecesores. Envió diputados á Roma, y les dió regalos preciosos, así para el Pontífice como para los romanos que se declarasen favorables á

(1) Papebr. *conat.*; *Chron. Cass. lib.* 11, *cap.* 57.
(2) Hug. Flav. *Chron.*

(1) *Act. Bened. Saec. VI, pag.* 458; Bolland. *die* 3 *mart. t.* 6, *p.* 266.

su pretension (1). Pero no fué posible manejar con tanto secreto este negocio que no llegase á traslucirse algo en público y bastó el solo temor de semejante iniquidad para alarmar hasta en Francia á muchos hombres llenos de celo por la verdadera gloria de la Iglesia romana.

El beato Guillermo, abad de San Benigno de Dijon, y natural de Italia, donde habia sido discípulo de San Mayeul, desplegó el mas loable celo por conservar el honor de la eminente Cátedra en que consistia mas el glorioso esplendor de su patria (2). Este celador de la disciplina religiosa llamado *Regla viva* á causa de su vigilancia y de su exactitud egemplar, con la que restableció la regularidad en cuarenta comunidades que comprendian mil doscientos monges sujetos á su obediencia, hablaba á los soberanos con tanta franqueza como á sus religiosos y con el valor y resolucion que inspira la virtud heróica. Dijo un dia al rey Roberto y á la reina su esposa, que estaban inconsolables por la muerte de su hijo primogénito, que él tenia por feliz á aquel príncipe jóven y virtuoso que habia muerto antes de ocupar el trono, pues no encontraba estado mas peligroso para la salvacion que el de los reyes. Y pareciéndole que estas palabras ofendian á los que no estaban acostumbrados á tanta franqueza, añadió para darles mas fuerza: «¿No habeis leido alguna vez en los libros sagrados, que de treinta reyes apenas existen tres buenos? Dejad pues de llorar á un hijo que debia reinar algun dia; antes bien alegraos de que descanse en paz.»

Cuando llegó á noticia de este varon intrépido lo que se urdia en Roma, escribió al Papa de un modo muy enérgico, aunque sin faltar al debido respeto. «El Doctor de las naciones, le dijo, nos avisa que no reprendamos con dureza á las personas constituidas en dignidad; pero tambien añade: *Si soy insensato, vosotros me habeis obligado á serlo*. Somos á la verdad vuestros hijos, y debemos venerar á nuestro padre. Mas el amor filial es el que nos impulsa á interesarnos por vuestra gloria, y el que por nuestra boca os presenta por modelo á aquel de quien sois Vicario. No rehusaba el Hijo de Dios preguntar á sus discípulos qué pensaban de él. Preguntad del mismo modo á vuestros hijos mas queridos, á algunos de vuestros amigos íntimos lo que se opina de vos. Se dice públicamente que los griegos han conseguido lo que por un mero afecto de vanidad han pedido á aquel que, á pesar de la division del imperio romano entre muchos potentados, conserva todo el poder primitivo de atar y desatar. Sabed que este rumor escandaloso tiene llenos de amargura á todos los que están dotados de alguna virtud.» El asunto no habia llegado al estremo que creian en Francia, pues ni el Papa habia concedido todavia nada á los griegos, ni lo otorgó en lo futuro; y parece que despues de haber recibido esta epístola adquirió un nuevo grado de firmeza y de circunspeccion.

La vigilancia de los prelados franceses dióse á conocer de un modo no menos brillante en el Concilio celebrado en el año 1025 en un lugar llamado Ansa, distante algunas leguas de Lyon (1). Gauzlin de Macon se quejó de que Burcardo de Viena habia ordenado sin su consentimiento á unos religiosos en el monasterio de Cluny, que era de la diócesis de Macon. Respondió el arzobispo de Viena en estos términos: «El abad Odilon que está presente, y me suplicó que confiriese aquellas órdenes, se halla en estado de establecer su legitimidad.» Odilon se levantó, y presentó un privilegio obtenido del Papa, en que se concedia á los mon-

(1) Glab. *lib. 6 hist. cap. 1.*
(2) *Vit. Guill. Act. SS. Bened. saec. VII.*

(1) *Tom. 9 Concilior. pag. 869.*

ges de Cluny esencion de la jurisdiccion del obispo diocesano, y se les daba libertad para llamar al obispo que quisiesen, á fin de conferir en su monasterio las órdenes y hacer las consagraciones. Es probable que este privilegio fuese de los que habian sido falsificados y de los cuales se veian tantos en aquel siglo; por lo menos los obispos le examinaron y le desecharon porque le creyeron apócrifo; lo cual no impidió que despues fuese recibido en Chalons, en atencion á que, si bien en él se hacia una escepcion del derecho comun, se reconocieron entonces en él los caractéres de autenticidad. Con efecto, este privilegio se vió despues confirmado de un modo auténtico en el año 1049 por San Leon IX, cuya bula está dirigida al abad Hugo, el cual la presentó en 1063 á los PP. de Chalons. Ahora bien; los católicos que miran á la Iglesia como una monarquía, no pueden negar al Soberano Pontífice, sin ser inconsecuentes, el derecho que el Papa tiene de esplicar las leyes ó los cánones, de restringirlos ó de dispensar de ellos cuando juzga que de ello resulta un bien. Que la jurisdiccion de los obispos venga inmediatamente de Jesucristo ó que venga del Romano Pontífice, ello es necesario reconocer que de tal modo depende de este último que, segun confiesan todos los católicos, puede por su plena autoridad restringirla y aun anularla por legítimos motivos. San Leon al aprobar el Concilio de Calcedonia, citado por el de Ansa, dijo formalmente que solo aprobaba y confirmaba en él aquellas cosas á que él habia dado su asentimiento y para las cuales habia reunido aquel Concilio, de acuerdo con los príncipes cristianos, es decir, para la causa de la fé. A esto, dijo, se reduce mi definicion. Despues por la plenitud de su autoridad anuló el cánon hecho por los 318 PP. de aquel Concilio en favor de Constantinopla y en perjuicio de las Sillas de Alejandría, de Antioquía y de Jerusalen. Y si San Leon tuvo esta autoridad y eso que se trataba de unas cosas acordadas en un Concilio ecuménico, ¿por qué se ha de querer privar de ella á sus sucesores por la declaracion de los doce obispos de Ansa?

Entretanto algunos sectarios semejantes á los que habian sido castigados en Orleans, se habian introducido en muchas diócesis por la negligencia de los prelados. Uno de estos se habia limitado á despedirlos absueltos porque no habian confesado sus dogmas impíos. »Obrando asi, le escribia Gerardo de Cambray, habeis encerrado al lobo en el aprisco, y puesto á esos falsos doctores en disposicion de hacer mucho mas mal que antes; era preciso hacerles profesar y suscribir las verdades contrarias á las abominables impiedades de que se les acusa.» Gerardo, que habia sido educado en la escuela de Reims, al lado de Adalberon, y que por su celo y sus talentos habia sido reputado digno de que, haciéndose una escepcion á lo prescrito por los cánones, gobernase las dos iglesias de Cambray y de Arras, procedia con mas vigilancia y mejor éxito, como se vé por el sínodo de Arras (1025) (1). Sabedor de que algunos pretendidos reformadores trataban de corromper su pueblo, les instó con sus preguntas de tal manera que les habria hecho confesar la fé católica si ellos la hubieran tenido en su corazon; pero adivinando por sus ambíguas respuestas todo lo que ellos querian ocultar, los hizo arrestar, y mandó á su clero y á los monges de su diócesis ayunasen al dia siguiente] á fin de alcanzar de Dios la conversion de aquellos desgraciados. Al otro dia que era domingo, tuvo un Sínodo solemne en su catedral, donde les hizo comparecer, y despues de haberles he-

(1) *Synod. Attrebat. t.* 13 *Spicil.*

cho confesar sus errores, pronunció un discurso en que fueron estensamente refutados. En él demuestra la necesidad del bautismo y aun su utilidad para los niños. Y como aquellos hereges pretendian que la mala conducta de los ministros les impide procurar la salvacion de los niños, contesta que la indignidad del ministro no perjudica al Sacramento, porque el Espíritu Santo es quien obra, y porque Judas bautizaba como los demas Apóstoles. Esplica despues la naturaleza y propiedades de la Eucaristía, y dice asi: «Cuando el pan y el vino mezclado con agua son consagrados en el altar por la cruz y por las palabras del Salvador de un modo inefable, se convierten en el verdadero y propio Cuerpo, en la verdadera y propia Sangre de Jesucristo, aun cuando parezcan otra cosa á los sentidos; porque no se ve mas que pan material, y sin embargo es realmente el Cuerpo de Jesucristo, asi como nos lo asegura espresamente la verdad misma en estas terminantes palabras: *Este es mi Cuerpo* etc. Pero, añade, ¿cómo el Cuerpo del Salvador está presente á la vez en tantas iglesias, y se distribuye todos los dias á tantas personas, y sin embargo permanece siempre el mismo? Para responder á esto os pregunto yo: ¿cómo el Hijo de Dios pudo estar todo entero en el seno de su Padre, y sin embargo estar tambien todo entero en el seno de la Virgen? Antes de su Ascension, viendo se entristecian sus Apóstoles porque les habia dicho que se iba á su Padre, les prometió que no dejaria de estar con ellos hasta la consumacion de los siglos.... Luego á Aquel que se fué á su Padre con el cual está siempre, y que sin embargo se quedó con sus discípulos, no le ha sido imposible conservar su Cuerpo glorioso en el cielo y hacer que en la tierra participemos del Sacramento de su Cuerpo.» Estas palabras son un monumento de la fé del siglo XI acerca de la presencia real de Jesucrísto en la Eucaristía, aun antes de que Berengario hubiese turbado la Iglesia acerca de este punto. Por último, y volviendo á los sectarios de que hablábamos, obrando la gracia en sus corazones, se postraron en tierra pidiendo humildemente misericordia. El obispo los consoló y les dijo que si detestaban sinceramente sus errores, él les aseguraba del perdon de sus pecados.

San Romualdo continuaba granjeándose en Italia la estimacion y respeto de todos por los mismos medios de que se valia para ocultar su mérito (1). Habiendo manifestado en la córte imperial los conocimientos proféticos con que le favorecia el Señor, especialmente para disponer á los reyes de la tierra á comparecer ante el tribunal del Juez Supremo, se sepultó en una península retirada de la Istria, en la que levantó desde luego un monasterio. Mas muy pronto no pareciéndole aún esta casa bastante humilde para él, puso en ella un abad y se encerró en una celda de recluso. Logró allí del cielo los mas distinguidos favores: el Espíritu Santo le comunicó un don tan escelente de ciencia y de profecía, que ni se le ocultaban las cosas futuras, ni muchos de nuestros misterios incomprensibles, agregándose á este conocimiento tal don de lágrimas, que no se atrevia á decir misa en público. Muchas veces, cuando estaba entregado á la contemplacion, dejaba escapar unas palabras superiores á todo lenguaje mortal, cayendo en unos éxtasis de amor divino, que no le era posible disimular ni contener.

Suplicáronle los religiosos de los demas monasterios suyos que se dignase edificarlos tambien á ellos con sus ejemplos y con sus instrucciones, y accedió á sus ruegos con tanto mayor gusto, cuanto que veia que le prodigaban ya demasiados honores en

(1) *Sacc. VI. Bened. pag.* 296.

aquel sitio de la diócesis de Parenzo, donde no llevaba mas de tres años. Alarmado el obispo cuando llegó á su noticia el primer rumor de esta determinacion, publicó un edicto amenazando con la pena de destierro á cualquiera que diese al Santo una barca para su viaje. Llegaron entretanto dos barquichuelos estrangeros, que se disputaron como una gran fortuna la dicha de recibir al siervo de Dios y le condujeron á Caorla. Pasó á su monasterio de Bifolco, cuyo edificio le pareció demasiado magnífico, y no habiendo podido hacer se variase, pidió á los condes de Camarino que le diesen un parage donde poder retirarse, y estos le ofrecieron gustosos todas las tierras de sus Estados. Eligió un sitio muy retirado llamado Val-de-Castro, rodeado de montes y selvas, en el que se estendia una llanura fértil y cubierta de arroyuelos. Enamorado de esta soledad, edificó en ella muchas celdas, se estableció allí con un gran número de discípulos y recogió frutos increibles en aquellas inmediaciones. Acudian á él gentes de todas partes, abrazaban la penitencia, distribuian los bienes á los pobres y renunciaban todas las cosas de la tierra por tomar el hábito monástico. Pero lo que mas se admiró y con justa causa, entre tantos frutos de salvacion, fué el arrepentimiento de una multitud de simoniacos esparcidos por todo aquel pais, en el que apenas se habia mirado hasta entonces la simonía como pecado; «porque esta llaga venenosa (dice el piadoso y sábio Pedro Damiano que refiere todos estos sucesos en su historia de San Romualdo) es tan difícil de curar, especialmente en los obispos, que costaria menos trabajo triunfar de la obstinacion judáica.»

Romualdo mudó todavia muchas veces de habitacion, y fundó otros varios monasterios, buscando en todas partes la oscuridad que no podia hallar en ninguna. Por esta razon, luego que formaba una comunidad, nombraba en ella un superior y pasaba al punto á establecer otra nueva. Pero la Divina Providencia se valia de este medio para que sin dejar de ser solitario fuese modelo y apóstol de mayor número de fieles. Nunca hizo mas conversiones que en la profunda soledad de Sitria en la Umbria, donde permaneció siete años encerrado guardando un silencio apenas interrumpido, y aun parece que se opuso el cielo á la resolucion que este apóstol solitario habia tomado de comunicar el Evangelio á los infieles de la Panonia. Podemos de aquí inferir cuánto interesa el no dejarnos seducir por los principios de algunos hombres que no tienen mas que la apariencia de sábios, y convencernos al propio tiempo de que la santa quietud y la aparente inaccion de los solitarios no son menos útiles á la Iglesia que los trabajos y todas las funciones esteriores del apostolado. En efecto, Romualdo emprendió su viaje á Panonia; pero le acometió una enfermedad rebelde que le detuvo mucho tiempo en la frontera de aquella vasta provincia. Cuando desmayaba de su proyecto, principiaba á convalecer, y al punto que volvia á su idea recaia. Asi es que conoció por fin que contentándose Dios con su buena voluntad no queria que llevase á cabo su proyecto.

A su regreso á Italia se alojó cerca del castillo de un tal Rainiero, hombre poderoso, que fué despues marqués de Toscana, y que celebró como la adquisicion mas preciosa tener en sus Estados á un hombre tan santo. Mas sabiendo Romualdo que este cristiano inconsecuente, despues de haber desechado á su esposa bajo pretesto de parentesco, se habia enlazado con la viuda de un pariente suyo, rehusó recibir de él cosa alguna sin pagarla porque no pareciese que aprobaba su conducta. No causó tanta admiracion á Rainiero esta santa firmeza como su propia timidez y condescendencia, de modo que no se entendia á sí mismo y es-

clamaba frecuentemente : «Yo no sé qué tiene para mí este Romualdo : no hay soberano ni persona alguna viviente que me cause tanto terror. No hallo escusa para él y ni encuentro palabras para esplicarme en su presencia.» En efecto, por un don visible del cielo, este solitario destituido de todas las cosas que llaman la atencion del mundo, tenia tal ascendiente sobre los pecadores, y en especial sobre los grandes del siglo, que temblaban delante de él, como si se les representase de un modo visible la magestad divina.

A pesar de esto, un monge perverso llamado Roman, se atrevió á ultrajarle, llegando al estremo de denigrarle con una calumnia atroz. Queriendo el santo abad corregirle con la severidad que merecia un monge de costumbres impuras, le atribuyó el culpable un delito de la misma clase. La ancianidad del santo y su cuerpo estenuado demostraban ya bastantemente la impostura de semejante acusacion ; pero permitió el Señor, para acrisolar la virtud de su siervo, que creyesen la calumnia hasta sus propios discípulos, quienes le prohibieron que celebrase los santos misterios. Sujetóse á esta sentencia como si en efecto fuese delincuente, y estuvo seis meses sin acercarse al altar. Por fin, en una de aquellas revelaciones en que, por decirlo asi, hablaba el Señor cara á cara con él, le mandó bajo pena de perder su gracia, que abandonase una simplicidad tan escesiva y celebrase sin ningun temor. Hízolo asi al dia siguiente, y mientras celebraba el santo sacrificio tuvo un éstasis que demostró á todos los circunstantes cuán digno era de los favores de aquel que solamente mora en las almas puras.

Fundó despues de este suceso el monasterio de Camáldula, que fué uno de sus últimos establecimientos y que logró mas fama que todos ellos. Tomó el nombre del sitio donde le levantó, que se llama en latin *Campus Malduli*, y está situado en la diócesis de Arezzo en medio de los montes mas ásperos del Apenino. Riéganle siete fuentes que le hacen sumamente fértil, y forman un contraste admirable con la multitud de rocas áridas que en cierto modo le sirven de muralla.

Mas sin embargo San Romualdo no quiso exhalar allí el último aliento. Habia profetizado á sus discípulos veinte años antes de morir, que finaria sus dias en el monasterio de Val-de Castro ; asi que se trasladó á él luego que conoció que se acercaba su última hora, ordenando que le construyesen una celda separada con un oratorio para encerrarse en ella y guardar el mas profundo silencio hasta la muerte. Dispuesto ya su retiro, sintió que crecian sus males, y en especial una opresion de pecho que le atormentaba ya por espacio de seis meses; mas no por esto disminuyó en nada el rigor de sus ayunos, ni las demas austeridades con que atormentaba su cuerpo. Cuando estaba próximo á espirar, mandó á la caida de la tarde á dos hermanos que se hallaban presentes, que saliesen de la celda, que cerrasen la puerta y no volviesen hasta el amanecer. Érales muy sensible obedecer este precepto, y en vez de irse á acostar quedaron á la puerta escuchando con atencion, y al cabo de un breve rato no oyeron ya las oraciones contínuas que hacia el Santo, ni advirtieron movimiento alguno. Abrieron pues al punto, y despues de haber tomado una luz, se acercaron á él y le encontraron tendido boca arriba sin respiracion y sin vida á 19 de junio del año 1027, en cuyo dia principió cinco años despues á ser honrada universalmente su memoria. Obró durante este corto tiempo tantos milagros en su sepulcro que sus monges consiguieron entonces de la Santa Sede el permiso de erigir en él un altar, lo que era un modo de

canonizar á los Santos. En la vida de San Romualdo, escrita quince años despues de su muerte por San Pedro Damiano, está escrito que vivió ciento y veinte años; pero es muy verosimil que en esto haya algun error de los copiantes, porque calculando con exactitud la serie de sus acciones, no se le pueden conceder mas de setenta y uno á setenta y cinco años de vida (1).

Por este tiempo ó poco antes prestó un servicio interesante á su diócesi y á toda la Iglesia el monge Guido, natural de la ciudad de Arezzo en Toscana, contribuyendo á la magestad del culto público con la invencion de un método para aprender á cantar (2). Este fué el que inventó la solfa y las seis notas UT, RE, MI, FA, SOL, LA, que tomó de los tres primeros versos del himno de San Juan, *Ut queant laxis resonare fibris*: método muy sencillo, pero ignorado hasta entonces, por cuyo medio aprende un niño en algunos meses lo que pocos hombres aprendian antes con trabajo en muchos años. Los mas ilustres prelados de Italia recibieron con aplausos este método, y de allí se estendió por toda la cristiandad. Llamó á Guido el Papa Benedicto VIII (1023), mostró un gozo estraordinario al saber que habia llegado á Roma, le hizo muchas preguntas, examinó su libro y sus reglas, y sin moverse del sitio en que estaba quiso ponerlas en práctica por sí mismo. Aprendió en efecto en pocos momentos la música de un versículo que jamás habia oido cantar, y esperimentando por sí mismo lo que apenas habia creido cuando se lo referian otros, hablaba de esta invencion como de un prodigio.

En el pontificado de Juan XIX adquirió la Religion otras ventajas todavia mas sólidas por medio de muchos príncipes virtuosos, cuyo ejemplo y celo no contribuyeron menos que los predicadores del Evangelio á acreditarla en los reinos del Norte. Canuto, hijo y sucesor de Suenon, rey de Dinamarca, pasó á Inglaterra á ejemplo de su padre, para vengar á su nacion de las crueldades del rey Ethelredo (1). Este jóven príncipe, prudente, valeroso, constante en los reveses y lleno de recursos para repararlos, hubiera despojado fácilmente á Ethelredo de sus Estados, si este rey sin virtudes y sin mérito no hubiese encontrado un apoyo poderoso en su hijo Edmundo, cuya fuerza en los consejos y en las campañas igualaba á la fuerza de su cuerpo, que le grangeó el renombre de *espalda de hierro*. Mientras existió este digno rival, Canuto conservó la soberanía de una parte de la Gran Bretaña; pero luego de la muerte de Edmundo (1017), quedó único dueño de la isla, y reinó en ella cerca de veinte años. Era religioso, equitativo, naturalmente benéfico, y si durante la guerra manifestó algunos restos de la ferocidad dinamarquesa, no fué tanto un efecto de su índole, como una consecuencia desagraciada de las ocasiones y de un furor pasagero. Cuando se vió poseedor tranquilo de toda la Inglaterra, se aplicó con tanto esmero á restablecer la tranquilidad y el buen órden y á procurar la abundancia, que nunca estuvo el reino tan floreciente como en el tiempo que duró su reinado. Derramaba sus gracias y sus liberalidades entre los grandes y los pueblos, protegiendo á los ingleses del mismo modo que á los dinamarqueses, de suerte que se grangeó el amor general á pesar de las preocupaciones nacionales, consiguiendo restablecer entre ellos una concordia y armonía tal que se tuvo por una obra maestra de política.

La piedad sincera de este príncipe era el alma de todas sus régias virtudes y las

(1) *Art. de verif. les dates.*
(2) *Saec. VI Bened. p.* 808.

(1) Adam. Brem. *lib.* 2, *cap.* 38.

dió un gran realce. Canuto reedificó todos los monasterios asolados durante las guerras, y levantó iglesias en todos los sitios donde habia dado batallas, á fin de que se hiciese oracion en ellas y se ofreciese el santo sacrificio por los difuntos. Como su padre Suenon, siendo todavia pagano, habia violado sacrílegamente en Glastemburi el sepulcro de San Edmundo, por eso mandó Canuto edificar allí un monasterio magnífico en honor de este ilustre mártir. Fué en estremo liberal con las iglesias y con los pobres, sin limitarse á los de sus Estados. En Roma, donde tuvo la devocion de visitar el sepulcro de los Santos Apóstoles, se admiró su piadosa magnificencia y el espíritu de Religion de que estaba animado, y que edificaba á todos (1027). Viéndose obligado Fulberto, obispo de Chartres, á reconstruir enteramente su catedral, que habia quedado arruinada de resultas de un incendio, le envió Canuto considerables sumas de dinero, como lo justifica la carta de gracias que le escribió este prelado.

A estas obras esteriores, que á la verdad eran fáciles para un príncipe poderoso, Canuto añadia los sentimientos del corazon; y á pesar del orgullo que naturalmente inspira el cetro, reconocia su contínua dependencia del Todopoderoso, al que tributaba siempre el homenage de la porcion de autoridad recibida de su mano. Hallábase un dia cerca de Winchester á la orilla del mar, y le dió un cortesano el título soberbio de Rey de los Reyes y Señor de mar y tierra, por una especie de lisonja, que aunque se parece á la idolatría, no suele causar escrúpulo alguno en las cortes mas cristianas. El príncipe, sin responder, dobló su manto, le puso á la orilla de las olas, y se sentó sobre él. Viendo despues de esto que llegaba el momento del flujo: «pues estás sujeto á mis órdenes, dijo al mar, te mando que respetes á tu señor, y que no te acerques á donde está.» Escucharon todos con asombro estas palabras, cuando bañando los pies del rey las primeras olas: «Ya veis, dijo, cómo soy señor del mar. Aprended de aquí lo que es el poder de los reyes mortales, y entended que propiamente hablando no hay mas Rey que aquel Soberano Ser que crió y gobierna el cielo, la tierra y todos los elementos.» Habiéndoles dado esta importante leccion, se levantó, se fué en derechura á la iglesia de Winchester, acompañado de todos los que le rodeaban, y poniendo en la cabeza de un crucifijo la diadema que acostumbraba llevar, protestó que solo merece llevar la corona aquel á quien obedecen todas las criaturas; despues de esto no quiso ya usar de ella en adelante. Murió Canuto á poco tiempo de haber hecho una accion tan digna de terminarun reinado que habia sido una série casi no interrumpida de buenas obras (1036). Se atribuye un gobierno tan cristiano á la direccion de San Elnoth, arzobispo de Cantorberi y sucesor de Living, que lo era de San Elfegio. Los dos hijos de Canuto I, Haraldo y Canuto II, sucedieron uno despues de otro á su padre en la soberanía de la Gran Bretaña. Cuando murieron, volviendo otra vez esta corona á la familia de sus antiguos poseedores (1042), pasó á la cabeza de San Eduardo, hermano de Edmundo *espalda de hierro*.

Mientras que el rey Canuto era con sus virtudes la edificacion de la Inglaterra y Dinamarca, regia los paises bárbaros de la Noruega un príncipe igualmente virtuoso que mereció el título de mártir por su muerte heróica y santa (1). Sin embargo, los dos reyes Olaf ú Olaus y Canuto, tan dignos de una amistad recíproca, se declararon una guerra obstinada que duró casi todo su reinado, aspirando nada menos que á reunir en una sola cabeza las dos coronas de Di-

(1) Adam. Brem. *lib.* 11, *cap* 40.

namarca y Noruega, que á pesar de los mares que la separan, se ha creido desde la mas remota antigüedad que debian estar sujetas á un solo soberano. Dedicóse Olaf particularmente á arrojar de sus dominios los adivinos y magos de que estaban inficionados y que perpetuaban las supersticiones mas insensatas del paganismo. Caian especialmente en esta debilidad las mugeres, sin esceptuar las de los principales caballeros del pais; y fué tal la severidad del rey, que castigó á muchas de ellas con pena de muerte, á causa de los maleficios que mezclaban con sus observancias impías. Esto ocasionó una rebelion, de que se aprovechó Canuto para hacer que le reconociesen por rey de Noruega, que obedeció entonces por primera vez á los reyes de Dinamarca, aunque duró muy poco esta reunion. No se desanimó Olaf por un revés cuya causa habia sido el ardor de su celo; antes bien, poniendo toda su confianza en Dios, reunió los vasallos que habian permanecido fieles á su rey y á su Dios, recibió socorros del rey de Suecia, llamado tambien Olaf, con cuya hija estaba casado, y reconquistó enteramente su reino. Creyó que debia mostrar á Dios su agradecimiento destruyendo la mágia y la idolatría, y en efecto convirtió á la mayor parte de su pueblo; pero los pocos idólatras que quedaron le quitaron la vida secretamente en el año 1028. Levantáronle un sepulcro honroso en Drontheim, capital del reino, en el que obró el Señor tantos milagros por la intercesion de su siervo, que le colocaron en el número de los santos mártires, siendo muy célebre su culto en todos los pueblos del Norte.

Aunque Olaf de Suecia era neófito, no desplegó menos celo que el rey su yerno por la propagacion del Evangelio (1). Tuvo el mayor empeño en destruir un templo famoso de los idólatras que habia en Upsal en el centro de sus Estados y venia á ser el arsenal general de la idolatría. Recelando los paganos que lo consiguiese pidieron composicion, y le dijeron que eligiese el mejor pais de la Suecia para establecer en él el cristianismo; mas con la condicion de dejarlos en libertad para servir á sus dioses en lo demas del reino. Olaf aceptó estas condiciones y fundó al punto una iglesia episcopal en Scaren, que era entonces una ciudad muy considerable de la Gothia cerca de Dinamarca. El primer obispo, llamado Turgot, desempeñó su ministerio con tanta prudencia y actividad, que logró la conversion de dos pueblos célebres de godos. El rey por su parte convirtió á su esposa y á sus dos hijos, llamados Edmundo y Anon. Sucedióle este último, el cual logró reunir tan perfectamente la piedad y todas las virtudes cristianas con las del trono, que no hubo nunca otro rey de Suecia tan amado de sus vasallos. Entre los varios misioneros célebres por su piedad y por lo mucho que contribuyeron á realizar las ideas religiosas de estos príncipes, se distinguió principalmente un inglés llamado Wolfredo, que predicó el Evangelio en Suecia con grande intrepidez y convirtió muchos infieles. Mas declamando en un concurso numeroso contra el mas famoso de sus dioses llamado Torstan, le despedazaron al instante los bárbaros (1028).

Al paso que la luz del Evangelio se dilataba de este modo por los climas nebulosos y helados de lo último de la Germania, de la Sarmacia y de la Escandinavia, se disminuia en la misma proporcion en las hermosas provincias de la Grecia, y de aquella parte privilegiada del Asia que ella habia ilustrado con sus primeros rayos. El Concilio celebrado en Constantinopla el año 1027, siendo patriarca Alejo, nos suministra una

(1) Adam. Brem. *lib.* 11, *cap.* 41.

idea del mísero estado á que estaba reducida entonces aquella iglesia ambiciosa. Los príncipes, cuyas débiles manos no podian ya sostener el coloso vacilante del imperio, procuraban apoyarle con miserables recursos, empleando para ello todos los medios sagrados y profanos, y en particular las cargas y contribuciones con que agoviaban á los prelados y á todo el clero de sus dominios. Los obispos, para eximirse de unos impuestos de que eran personalmente responsables los metropolitanos, se ausentaban de sus iglesias, daban á sus rentas distinto destino del que debian tener, arrendaban tierras, y se ocupaban servilmente en todo género de negocios tempoles. No observaban los límites de la jurisdiccion eclesiástica, usurpaban los derechos de sus hermanos y ordenaban clérigos de otras diócesis. A su vez los eclesiásticos pasaban de una provincia á otra, y especialmente se iban á Constantinopla donde era muy frecuente ver que ejercian impunemente las funciones sagradas unos clérigos depuestos ó revestidos de los hábitos clericales sin haberse ordenado en ninguna parte (1).

El estado monástico que tanto habia florecido en otro tiempo en Oriente, donde tuvo su origen, hacia mucho tiempo que yacia en la decadencia por un resultado del espíritu de error, de cisma y de discordia; y caminaba á su total ruina con mas precipitacion todavía que el estado clerical. Habíanse acostumbrado los emperadores, especialmente desde la heregía de los iconoclastas, á poner los monasterios y los hospitales en manos de los seglares ricos y condecorados con dignidades. El objeto de la institucion de esta especie de encomienda, era proporcionar protectores y bienhechores á estas casas, y restablecer el gran número de las que habia arruinado el impío Coprónimo (1); pero poco á poco las fueron dando á toda clase de personas, sin esceptuar á las mugeres y á los paganos, que las reputaron propiedades suyas. Estas concesiones eran vitalicias, y algunas veces se otorgaban á favor de dos personas que las disfrutaban sucesivamente. Dábanse á los hombres monasterios de mugeres, y á las mugeres monasterios de hombres, y acontecia con frecuencia que una sola persona tenia muchos á un mismo tiempo. Estos donatarios, llamados *Caristicarios*, gozaban de todas las rentas sin rendir cuenta de ellas, mandaban aun á los abades, obligábanlos á recibir los monges que á ellos les caian en gusto, y moraban en el monasterio las personas de su familia y de su séquito, que solian igualar en número á los monges. No es difícil imaginar los desórdenes que por precision habian de resultar de este abuso, siendo el menor inconveniente la omision en reparar la iglesia y las celdas, la tibieza en el culto divino, la suspension de las limosnas de costumbre, y aun la falta de subsistencia de los monges, quienes por carecer de lo necesario, abandonaban su retiro ó se entregaban en él á la inquietud, al desabrimiento y á la disolucion. Esforzóse el Concilio de Constantinopla á estorbar por lo menos que los caristicarios poseyesen ningun monasterio de monjas, que transmitiesen sus encomiendas á otras personas, vendiéndolas como bienes profanos, y que enagenasen sus posesiones sin el permiso del patriarca ó del metropolitano.

El trono no se veia mas honrado que la Iglesia. El emperador Constantino, que murió tres años despues que su hermano Basilio, á 12 de noviembre de 1028, tuvo por sucesor al patricio Romano Argiro. Ha-

(1) *Jus Graeco-Rom. lib. 4, pag.* 250; Post. Zonar. *pag.* 786.

(1) *Monum. Graec. Cotel. pag.* 170.

bíase deshonrado Constantino con su vida ociosa, ó empleada enteramente en corridas de caballos, y en las diversiones que le proporcionaban los bufones, los eunucos y los vagabundos despreciables, á quienes concedia los gobiernos y las primeras dignidades del Estado (1). Mas acierto tuvo Romano Argiro ó Argirópilo en la eleccion de sus favoritos: colmó de riquezas y honores á las personas beneméritas á las que habia perseguido Constantino, aumentó las rentas de la catedral de Constantinopla con una pension de ochenta libras de oro que la señaló sobre el tesoro imperial, alivió la suerte de muchas personas que estaban reducidas á la indigencia, especialmente entre los eclesiásticos, dió grandes limosnas para descanso de los difuntos, é hizo muchos de aquellos actos de Religion que edifican á los pueblos, pero que por lo comun sirven solo para producir una calma funesta en la conciencia del que los ejecuta. Por medio de estas obras de virtud parecia en efecto que se hallaba Romano muy tranquilo en el matrimonio adúltero que le habia facilitado el camino para encumbrarse al trono. Es el caso que deseando Constantino colocar en él á su propia hija con Romano-Argirópilo, le llamó tres dias antes de su muerte, que juzgaba ya inevitable, y le propuso que repudiase á su muger. Habiendo contestado Argirópilo que no podia alegar ningun motivo de queja contra ella, le dijo el emperador: «Escoje: ó ser por este medio mi sucesor y mi yerno, ó de lo contrario mando sacarte los ojos.» Aun en medio de esta estraña alternativa, vacilaba Romano, y su esposa para librarle del peligro, se mandó cortar el cabello y se encerró en un claustro. Tratóse luego sobre cuál de las tres hijas del emperador consentiria entrar en este matrimonio. Eudosia, la mayor de todas, resolvió al punto hacerse religiosa. La tercera llamada Teodora, se negó á las claras á casarse con Romano; pero Zoe, que era la segunda, vino en ello con mucho gusto. Lo que caracteriza de un modo todavia mas notable la religion hipócrita y el alma falsa de aquellos griegos, es el que mirando con tanta indiferencia el delito de adulterio, solo mostrasen escrúpulo por cierto grado de parentesco que habia entre los esposos delincuentes. Agitóse con mucha seriedad esta cuestion subalterna, y decidió á favor de ellos el patriarca Alejo de acuerdo con su clero. Parece que Romano-Argirópilo no mostró la menor inquietud respecto de esto en los cinco años que duró su reinado.

Los prelados de Occidente, aunque ocupaban unas Sillas mucho menos ilustres que la de Constantinopla, estaban muy lejos de tener un temor tan vil de desagradar á las potestades del siglo. Ansiando la reina de Francia coronar á su hijo Roberto con perjuicio de Enrique, que era el primogénito, creyó Fulberto de Chartres, quien debia toda su autoridad á su instruccion y á sus virtudes, que no podia consentir una injusticia, cuyas consecuencias podian ser tan perjudiciales (1). Mirando, pues, con indiferencia la ira de la reina, apoyó fuertemente al rey, mas justo que ella para con su hijo primogénito, y despreció los clamores de algunos prelados cortesanos menos adictos á la autoridad del monarca que á la faccion que pretendia usurparla. Prevaleció por fin el dictámen de Fulberto, y se cumplieron los justos deseos del rey, siendo coronado en Reims el príncipe Enrique á 14 de mayo del año 1027, dia de Pentecostés. Pero al mismo tiempo que los prelados intrigantes que se habian manifestado mas opuestos á la consagracion de Enrique, concurrian á ella por un principio de adu-

(1) Cedr. *pag.* 719 *et seq.*

(1) Glab. *lib.* II, *c.* 9.

lacion, el de Chartres, contentándose con haber contribuido á que se verificase, se negó con modestia á asistir á ella, motivando su negativa en el temor de desagradar á la reina con su presencia.

Aunque de edad no muy avanzada, se hallaba ya entonces al fin de su carrera, como lo atestigua un antiguo epitafio. «El año de la Encarnacion 1028, á 10 de abril, murió nuestro Padre Fulberto, de venerable memoria, ornamento de los obispos de su tiempo, luz del mundo, nutricio de los pobres, consolador de los afligidos y azote de los malos. Distinguióse mucho por su elocuencia y tambien por su habilidad en las ciencias divinas y en las artes liberales.» Por espacio de veinte y un años habia ocupado la Silla de Chartres, cuya catedral, quemada en el año cuarto de su episcopado, fué reedificada por él casi en la misma forma que hoy existe, mediante las liberalidades de los príncipes de su tiempo, tales como Canuto, rey de Inglaterra; Guillermo, duque de Aquitania; y Ricardo, duque de Normandía. Fulberto no debió su elevacion sino á su mérito; él mismo dice que no era recomendable por su nacimiento ni por su fortuna, y que además era estranjero; se cree que era romano. Despues de haber estudiado desde su infancia con escelentes maestros, enseñó en Chartres con el mayor aplauso, y llegó á ser cancelario ó maestrescuela de aquella iglesia. Progresó rápidamente en todas las ciencias y aun en la medicina, que ejerció caritativamente, aunque dejó de ejercerla desde que fué obispo. Habia formado una idea tan alta del episcopado, que durante mucho tiempo creyó deber ceder á los que, segun se esplicaba, eran mas dignos que él de que se les colocase en tan sublime gerarquía, y temblaba sin cesar por el recelo de no haber sido llamado á ella de un modo conveniente. Procuraba algunas veces tranquilizarse á sí mismo, diciéndose que su elevacion no era efecto de ninguna recomendacion humana, y como el pobre que, sin saber cómo, se ve sacado del polvo de la tierra. Para calmarle del todo fué necesaria toda la autoridad de San Odilon de Cluny, á quien llamaba arcangel de los monges, y con el cual tenia íntima amistad. Por fin, cedió á las representaciones del santo abad, rogándole que le dirigiese en el cumplimiento de sus deberes, que le sostuviese en sus trabajos, y le ayudase á llevar una carga que habia tomado sobre sí por acceder á sus consejos.

Nos han quedado algunos sermones de Fulberto de Chartres, y mas de cien cartas bastante concisas por la mayor parte, pero muy instructivas. En un sermon que escribió sobre la Natividad de la Vírgen, nos da á entender que habia instituido esta festividad en su diócesis. Descúbrense en sus cartas un juicio recto, unas ideas sanas, y una fuerza de alma superior á las preocupaciones de su siglo, como tambien á todo respeto humano. Habiéndole exigido su dictámen el rey Roberto acerca de la propuesta hecha á favor de Francon para el obispado de Paris, contestó que aprobaba su eleccion, si ademas de las buenas costumbres y de la doctrina, tenia igualmente gran facilidad para predicar; «porque no están, dijo, menos obligados á ello los obispos, que á la solicitud y á la actividad en el gobierno pastoral.» Escribiendo al mismo Francon, cuya iglesia sufrió mucho con pretesto de la proteccion que aparentaban dispensarla algunos señores, le previno contra la costumbre abusiva de defenderla con las armas: «no sea, añadió, que usando de una espada que no corresponde á los obispos, deis márgen á que se desprecie la que les es propia.» Murió un dignidad de la iglesia de Chartres, y Roberto de Senlis pidió esta plaza para sí ó para su hermano Guido: contestó Fulberto que no era conveniente

al primero por ser obispo, ni al segundo porque era demasiado jóven ; y sin temer el resentimiento ni las amenazas de aquel obispo colérico, concedió la dignidad á un clérigo sin proteccion, pero virtuoso y sabio.

En una carta dogmática en que trata de esplicar los principales artículos de la Religion, afirma que la Eucaristía no es el símbolo de un misterio vano, sino el verdadero cuerpo del Señor, producido por la operacion del Espíritu Santo (1). «¿Y puede dudarse, añade, que el que lo formó todo de la nada, convierta con el mismo poder la materia terrestre en la sustancia de Jesucristo?» Las cartas de Fulberto nos enseñan tambien (2) la costumbre establecida en muchas iglesias, de que al ordenar á un sacerdote le daba el obispo una hostia consagrada para consumirla poco á poco en el espacio de cuarenta dias, tomando cada dia una partícula de aquel alimento divino. Hallamos la misma práctica en un pontifical antiquísimo de la iglesia de Soissons. Fulberto esplica esta ceremonia diciendo que representa no solo la unidad del sacrificio del obispo y del sacerdote, sino tambien las apariciones de Jesucristo á sus discípulos en los cuarenta dias siguientes á su Resurreccion. «Así como para confirmar su fé todavía débil, dice, les era aun necesario este ausilio antes de entregarse á los peligros del siglo, por lo que no se contentó con aparecérseles una sola vez, sino que por espacio de cuarenta dias los vigorizó con las apariciones frecuentes de la carne, que es el pan de los ángeles; del mismo modo el obispo que ocupa el lugar de Jesucristo, antes de enviar los sacerdotes á las funciones del apostolado, les hace partícipes por espacio de cuarenta dias del alimento que comunica la vida y el vigor á nuestras almas.»

Cuatro años despues de la coronacion del rey Enrique, murió el piadoso rey Roberto en Melun, el dia 20 de julio del año 1031. Poco antes acabó el Señor de purificarlo en esta vida con una pesadumbre muy sensible para el corazon de un buen padre. Declaráronle guerra sus dos hijos Roberto y Enrique, á causa de la predileccion de la reina á favor del mas jóven. Este príncipe, mas justo que su madre, desaprobó su infundado odio á Enrique, y compadeciéndose de este hermano desgraciado se declaró abiertamente á favor de sus intereses. Cuando llegó á noticia de la reina, persiguió á uno y á otro, con cuyo motivo huyeron de la corte y tomaron las armas para defenderse; de modo que el buen rey se vió forzado á sostener una guerra civil contra sus propios hijos. Púsola fin sin embargo muy pronto con la prudente moderacion que le sirvió de guia. Cuando regresó de esta espedicion, pasó toda la Cuaresma en peregrinaciones, haciendo ricas ofrendas á una multitud de iglesias que visitó, y repartiendo cuantiosas limosnas á los infinitos pobres que le cercaban en todas partes. Empleó así el poco tiempo que le quedaba, enriqueciendo la corona de que es de creer piadosamente goza en el cielo. El autor antiguo (1) que escribió la vida de este príncipe, le atribuye milagros, y no teme asegurar que él le invocaba del mismo modo que á cualquiera otro Santo. Pero las lágrimas de sus súbditos, y en especial de los pobres que le miraban particularmente como á su padre, son un testimonio aun mas glorioso ó mas incontestable. Al exhalar el último aliento, esclamaron todos á voz en grito: «Señor, ¿por qué nos privais de un padre

(1) *Epist.* 1, *p.* 82.
(2) *Ep.* 2.

(1) Helgaud., *p.* 4 *ap. Duch.*

tan tierno? Era el amigo del pueblo, la antorcha de la justicia y el apoyo de los buenos. Tuvo fin ya el hermoso reinado en que vivíamos en paz y sin temer ningun peligro ni infortunio.»

Coronado ya Enrique, sucedió sin obstáculo al rey su padre; pero su madre desnaturalizada no tardó en levantar contra él algunos señores sediciosos. Enrique, á quien ella habia reputado siempre como á un príncipe indolente y afeminado, desmintió muy pronto tales suposiciones con el valor y actividad con que calmó estas sediciones en su origen. La reina, que no vivió mas de un año despues del fallecimiento del rey su esposo, hizo cesar felizmente los temores de que pudieran renacer. El reino consternado con el azote del hambre mas horrible que se habia conocido jamás, no hubiera podido resistir al mismo tiempo el de la guerra civil sin quedar enteramente arruinado.

Un trastorno inesperado en las estaciones y unas lluvias casi contínuas por espacio de tres años consecutivos desde el 1030 impidieron llegasen á la debida madurez los granos y demas frutos. No es difícil adivinar la escasez que resultaria de esta intemperie; pero son casi increibles los delitos y atrocidades que causó una hambre cruel, ó por mejor decir, una rabia que constituyó á los cristianos, no solo inferiores al hombre, sino aun á las bestias mas feroces. Agotados los recursos que ofrecian las yerbas de los prados y las raices de los árboles, desenterraban los cadáveres para alimentarse con ellos. Principiaron despues á comer la carne de las personas vivas á quienes mataban, saliendo los hombres á cazarse unos á otros. Se aguardaban y acometian en los caminos, no para robarse, sino para devorarse; y los que entraban en las posadas á buscar algun alimento, eran degollados en ellas para sustentar á los demas. Parece que la calamidad se dejó sentir con mas fuerza en el antiguo reino de Borgoña (1), pues cerca de Macon prendieron á un mesonero que habia muerto en su casa cuarenta y ocho personas, cuyas cabezas hallaron en ella, y cuya carne habia servido de pasto á los pasageros; y aunque le quemaron vivo por órden del conde Othon, no bastó esta severidad para estorbar que otro vendiese carne humana en la plaza de Tournus. Tambien le condenaron al fuego, y se enterraron á toda prisa los restos de su abominable carnicería. No bastó, sin embargo, este castigo para contener el hambre de un miserable que habiendo observado el sitio donde habian sido enterrados, no de otra manera que si se tratase de un tesoro, sacó aquel manjar horrible para alimentarse con él, y sufrió igualmente el suplicio del fuego. Pero corramos el velo á unos horrores tan injuriosos á la humanidad, que hemos tocado de paso para dar el realce conveniente al espíritu de fé y de caridad que repararon con ventaja su honor.

Los obispos y los abades distribuyeron los bienes de la Iglesia con una santa profusion, sin pensar siquiera en reservarse lo necesario para libertarse ellos mismos de la calamidad (2). A mas del dinero que tenian repartieron el trigo y el vino que habian acopiado, desnudaron los altares, vendieron los vasos sagrados, emplearon el influjo y la autoridad que gozaban con los príncipes, y aun interesaron á los reyes estrangeros para contribuir por todos los medios imaginables á la subsistencia de los desgraciados. San Odilon en particular redujo á la indigencia su monasterio de Cluny, que era uno de los mas ricos del orbe cristiano; y se vió despues obligado por la estrema penuria que padeció con sus súbditos por espacio de dos años, á implorar la asistencia del rey don Gar-

(1) Glab. *Chron.* Hug. Flav.
(2) *Chron. Vird. ad ann.* 1031.

cia de Navarra (1). El hambre ocasionó tan gran mortandad, que no bastaban los vivos para enterrar los muertos, y quedaban sus cuerpos en las calles y en los caminos, en los mismos sitios donde habian caido desfallecidos; causando este incidente otro azote mas funesto y mas horrible que los dos primeros, porque acostumbrados los lobos á alimentarse con los cadáveres, se aficionaron á la carne humana, y acometian indistintamente á los vivos y á los muertos, casi igualmente incapaces de defenderse. Por último, la nacion se acercaba á su ruina, cuando el Señor, que con el espectáculo de las mas horribles calamidades queria destruir en ella los restos que aun conservaba de ferocidad, envió de repente una abundancia prodigiosa despues de tan escesiva miseria (*a*).

Despues de tres años de esterilidad, la cosecha de solo el de 1033 escedió á la de cinco años comunes. Los pueblos recibieron este beneficio del cielo con tanta mas grati-

(1) Spicil. *tom.* 12, *pag.* 388.

(*a*) Mientras tantas calamidades afligian la Francia, caminaban rápidamente los Estados cristianos de España á su engrandecimiento y prosperidad. Es cierto que no faltaron algunas desavenencias; pero la larga paz que tuvieron con los sarracenos, ocasionada por las disensiones en que estos andaban revueltos, les permitió atender esclusivamente á la reforma de costumbres y al bien de sus pueblos. Alonso V, de cuya elevacion al trono hablamos ya en la nota de la página 119, siempre piadoso, favoreció las iglesias y monasterios enriqueciéndolos con sus dones, guardó justicia, ejercitó la misericordia, é hizo florecer la Religion en su reino. Pero en el año 1029, queriendo ensanchar sus dominios, trató de recobrar la ciudad de Viseo, de que se apoderaran los moros en la primera campaña de Almanzor; púsola sitio, y andando cierto dia á caballo reconociendo sus muros, un moro diestro flechero le dirigió desde el muro una flecha tan acertada, que entrándole por la espalda, donde por el gran calor no llevaba reparo alguno, le hirió de muerte. Conducido á los reales recibió los sacramentos, y murió á pocas horas dia 6 de mayo de 1029. Su cuerpo fué llevado por los obispos á Leon y enterrado junto al de sus padres. Así pues Alonso V murió en la flor de su edad, y su muerte por sus circunstancias fué muy lamentable, atendidas las bellas cualidades que como hemos dicho le adornaban. Algunos autores afean á don Alfonso la resolucion de comprar la paz de Abdalla, rey de Toledo, dándole por muger á la infanta doña Teresa su hermana; pero el erudito anotador de la historia de Mariana dice se debe tener por fábula semejante casamiento, ya porque entonces no habia rey en Toledo, sino solamente alcaide ó gobernador dependiente del rey de Córdoba; ya porque las guerras civiles de los musulmanes duraron desde el 1009 hasta el 1026, en cuyo tiempo no hay memoria que atestigüe haber estos atacado á los cristianos; ya principalmente porque en la inscripcion del sepulcro de Doña Teresa que publicó Morales en el cap. 32 del lib. 17 de su *Crónica*, se da á la infanta el título de *Christo dicata* que se daba únicamente á las vírgenes que se consagraban á Dios abrazando el instituto religioso. Mas aun dado que sea cierto el hecho que el referido anotador desmiente, la manera con que Ortiz, Mariana y otros lo refieren parece le hace algo disculpable, siendo de notar que el mismo Morales en dicho cap. 32, y no 18 como algunos citan, al insertar la mencionada inscripcion, llama á la infanta doña Teresa «viuda del rey de Toledo y monja en el monasterio de San Pelayo de Oviedo.» El mismo P. Mariana que reputa «gran desórden y mengua notable» ese casamiento, dice en seguida que don Alonso al consentir en él, «lo que pretendia con aquel casamiento era que las fuerzas del uno y del otro reino quedasen mas firmes con aquella alianza; demás que se presentaba ocasion de ensanchar la Religion cristiana si el moro se bautizaba, segun lo mostraba querer hacer.» Prosigue Mariana relatando en estos términos lo ocurrido y que vienen á confirmar lo que en elogio de doña Teresa se dice en la inscripcion copiada por Morales: «Con esto engañada la doncella, fué llevada á Toledo: celebráronse las bodas con grande aparato, con juegos y regocijos, y convite que duró hasta gran parte de la noche. Quitadas las mesas, la doncella fué llevada á reposar. Vino el moro encendido en su apetito carnal. «Ella afuera (dice) tan grave maldad, tanta »torpeza. Una de dos cosas has de hacer; ó tú con los »tuyos te bautiza y con tanto goza de nuestro amor; »ó si eso no haces, no me toques. De otra manera, »téme la venganza de los hombres, que no disimularán nuestra afrenta y tu engaño, y la de Dios que »vuelve por la honestidad sin duda y castidad de los »cristianos. De la una y de la otra parte te apercibo »serás castigado. Mira que la lujuria, peste blanda, no »te lleve á despeñar.» Esto dijo ella. Las orejas del moro con la fuerza del apetito desenfrenado estaban cerradas: hízole fuerza contra su voluntad. Siguióse la divina venganza, que de repente le sobrevino una grave dolencia: entendió lo que era, y la causa de su mal. Envió á doña Teresa en casa de su hermano (D. Alonso V) con grandes dones que le dió. Ella se hizo monja en el monasterio de San Pelagio de Leon, en que pasó lo restante de la vida en obras pias y de devocion con que se consolaba de la afrenta recibida.»

D. Alonso dejó dos hijos, Veremundo que le sucedió en el reino de Leon, y doña Sancha que casó con Fernando, hijo de Sancho rey de Navarra y en quien se juntaron despues las coronas de Navarra, Leon y Castilla. Once años segun unos, y diez y ocho segun otros, tenia Veremundo ó Bermudo III cuando murió su padre: desde que subió al sólio de Leon, se dió á la paz, á la religion y á la justicia y demas virtudes morales; mas á pesar de esto no gozó pacíficamente su reino. D. Sancho el Mayor, rey de Navarra, habia heredado por su muger doña Mayor Elvira el condado de Castilla despues de la muerte violenta del último conde D. García. Este aumento de poder, y el carecer Bermudo III de sucesion (pues un hijo que tuvo de su muger doña Jimena Teresa, hija del difun-

tud cuanto era mas conocida la diferencia entre el estado anterior y el presente. Los obispos y todos los buenos utilizaron estas disposiciones para poner freno á los desórdenes pasados, y sobre todo para contener, juntamente con las guerras de los señores particulares, el vicio antiguo del latrocinio, los saqueos no interrumpidos, la profana-

---

to don Sancho, conde de Castilla, murió en edad infantil), escitó la ambicion del príncipe de Navarra, que comenzó ya á mirar como suyo el reino de Leon. A principios del año 1032 entró don Sancho con grandes fuerzas en los Estados de Bermudo, se apoderó de todos escepto Galicia, única provincia que permaneció en la obediencia de sulegítimo rey, y en la cual retirado éste pudo rehacer sus fuerzas para oponerse al usurpador. Mas antes de emprender de nuevo la guerra se ajustó la paz por la mediacion de los obispos, siendo sus condiciones el casamiento de don Fernando, hijo segundo del rey de Navarra, con doña Sancha, hermana del de Leon, la misma que iba á casar con el desgraciado conde de Castilla don García, cuando mataron á este al ir á la iglesia á celebrar las bodas; el navarro les habia de ceder el condado de Castilla, ya de su muger; y don Veremundo les habia de conceder el título de *reyes*, con una parte de la tierra de Campos (que poco antes habia quitado don Sancho á los moros), que sirviese de dote á la desposada. Concertadas así las partes se efectuaron las bodas y entraron con general aplauso don Fernando y doña Sancha en sus Estados con el título de reyes de Castilla. D. Sancho vivió ya poco, y antes de morir dividió su reino entre sus hijos creyendo precaver disensiones; pero esto jamás ha solido tener buen resultado. A D. García dejó la Navarra, á D. Fernando la Castilla, á D. Gonzalo dió lo de Sobrarbe y Ribagorza con título de condado, yá D. Ramiro, que era el mayor, aunque ilegítimo, le dió el Aragon, reducido entonces á lo que baña el rio Aragonés desde el Pirineo á Jaca. Cogió poco despues la enfermedad á don Sancho y murió en febrero de 1035. Su cuerpo dicen fué enterrado en el monasterio de Oña.—Esto dice Ortiz; pero Mariana refiere que D. Sancho fué muerto en una celada que le armaron cuando iba á Oviedo por espíritu de devocion á visitar y venerar los cuerpos de los Santos que en Oviedo se conservaban y que hicieron tan célebre dicha ciudad. Mariana añade que pasados algunos años D. Fernando, rey de Castilla y de Leon, hizo que los restos mortales de D. Sancho su padre fuesen trasladados á Leon y sepultados en la iglesia de San Isidoro.—Las cosas que D. Sancho hizo en los treinta y cinco años de su reinado, fueron muy esclarecidas, y no solo le dieron renombre de D. Sancho el Mayor, sino tambien vulgarmente le llamaron emperador. En su menor edad habia tenido por maestro á Sancho, abad del monasterio de San Salvador de Leyre, quien le enseñó todo lo que un príncipe debe saber y amaestró en todas buenas costumbres. Puso el príncipe su asiento y morada en la ciudad de Nájera por estar á las fronteras y raya de Castilla y de Navarra. Cuidaba del gobierno de sus Estados y de las cosas de la paz, mas de manera que nunca se olvidaba de la guerra, y la hizo con feliz éxito contra los moros. Era D. Sancho muy celoso del bien de la Religion, y tenia los mejores deseos de que el culto fuese aumentado. «En aquella sazon, dice Mariana, era famoso el monasterio de los monges de Cluni, que está situado en Borgoña, como en el que se reformara con leyes mas severas la religion de San Benito, que por causa de los tiempos se habia relajado. Para que el fruto fuese mayor, desde allí enviaban colonias y poblaciones á diversas partes de Francia y de España, en que edificaban diversos conventos. El rey D. Sancho movido por la fama de esta gente los hizo venir al monasterio de San Salvador de Leyre, antiguamente edificado por la liberalidad de sus predecesores los reyes de Navarra. Lo mismo hizo en el monasterio de Oña, ca las monjas que en él vivian pasó al pueblo de Bailen, y en su lugar puso monges de Cluni. El primer abad de este monasterio fué uno llamado García, que con los otros monges vino de Francia. Despues de García, Iñigo. De la vida solitaria que hacia en los montes de Aragon, el rey le sacó y forzó á tomar el cargo de aquel nuevo monasterio. Su virtud fué tal que, despues de muerto, aquellos monjes de Oña le honraron con fiesta cada año y le hicieron poner en el número de los Santos. (Morales añade que «allí en el monasterio de Oña está su bendito cuerpo en capilla de su advocacion y la iglesia de Burgos reza de él»). El monasterio de San Juan de la Peña, que dijimos está cerca de Jaca, famoso por los sepulcros de los antiguos reyes de Sobrarbe, fué tambien entregado á los mismos monges de Cluni para que morasen en él; y porque no fuese necesario hacer venir de Francia tanta muchedumbre de monges como era menester para poner tantos monasterios, el rey con su providencia envió á Francia á Paterno, sacerdote, y doce compañeros para que acostumbrados á la manera de vida del monasterio de Cluni y cultivados con aquellas leyes trajesen á España aquella forma de instituto.—»No pararon en esto los pensamientos de este buen príncipe; antes, considerando que por la revuelta de los tiempos hombres seglares por ser poderosos se entrárán en los derechos y posesiones de las iglesias, las puso en su libertad. Hállase un privilegio del rey don Sancho, en que con la autoridad de Juan XIX, Pontífice romano, dió poder á los monges de Leyre el año de nuestra salvacion de mil y treinta y dos para elegir en aquel monasterio el obispo de Pamplona. Las ordinarias correrías de los moros y el peligro forzaron á que los obispos de Pamplona pasasen su Silla al dicho monasterio de Leyre por estar puesto entre las cumbres de los Pirineos y por el consiguiente ser mas segura morada que la de la ciudad. Al presente por la paz de que gozaban por el esfuerzo y buena direccion del rey don Sancho, se tuvo en Pamplona un Concilio de obispos sobre el caso. Juntáronse estos prelados: Poncio, arzobispo de Oviedo; los obispos García de Nájera, Nuño de Álava, Arnulfo de Ribagorza, Sancho de Aragon, es á saber, de Jaca, Juliano de Castilla, es á saber, de Auca. En este Concilio lo primero que se trató, fué de la pretension de don Fray Sancho, abad de Leyre y juntamente obispo de Pamplona, que por tener gran cabida con el rey causada de que fué su maestro, procuraba se restituyese la antigua Silla al obispo de Pamplona, y volviese á residir en la ciudad. Dilatóse por entonces su pretension; que ordinariamente los hombres quieren perseverar en las costumbres antiguas, y las nuevas como se desechan de todos, dificultosamente se reciben y mal se pueden encaminar;

cion de los lugares santos, y todas las violencias y sacrilegios que de aqui resultaban. Este gran proyecto tuvo por nombre la paz de Dios (1). Para establecerla se celebraron concilios en la mayor parte de las provincias, á las que dieron ejemplo las de Aquitania, Arlés y Lyon. A fin de calmar ante todas cosas la ira de Dios, acordaron los prelados la abstinencia de vino el viernes de cada semana, y de carne el sábado, escepto cuando lo impidiese una enfermedad grave ó que concurriese en esos dias alguna fiesta solemne. Para que este acuerdo fuese mejor recibido, algunos de esos concilios declaraban que estos ayunos del viernes y del sábado bastarian para la remision de todos los pecados sin añadir ninguna otra penitencia. Para establecer invíolablemente la paz entre los particulares, acordaron que la usurpacion de los bienes agenos fuese castigada esactamente segun las leyes: que en lo su-

---

mas en tiempo de su sucesor don Pedro de Roda se puso esto que se pretendia en egecucion.

»A lo último de su vida, prosigue Mariana, hizo el rey que se reedificase la ciudad de Palencia por una ocasion no muy grande. Estaba de años atrás por tierra á causa de las guerras, solo quedaban algunos paredones, montones de piedras y rastros de los edificios que allí hubo antiguamente, demás de esto un templo muy viejo y grosero con advocacion de San Antolin. El rey don Sancho, cuando no tenia en qué entender, acostumbraba ocuparse en la caza... sucedió cierto dia que en aquellos lugares fué en seguimiento de un javalí, tanto que llegó hasta el mismo templo á que la fiera se recogió por servir en aquella soledad de albergue y morada de fieras. El rey sin tener respeto á la santidad y devocion del lugar pretendia con el venablo herirlo sin mirar que estaba cerca del altar, cuando acaso echó de ver que el brazo de repente se le habia entumecido y faltádole las fuerzas. Entendió que era castigo de Dios por el poco respeto que tuvo al lugar santo; y movido de este escrúpulo y temor invocó con humildad la ayuda de San Antolin; pidió perdon de la culpa que por ignorancia cometiera. Oyó el Santo sus clamores: sintió á la hora que el brazo volvió en su primera fuerza y vigor. Movido otrosí del milagro acordó desmontar el bosque y los matorrales á propósito de edicar de nuevo la ciudad, levantar las murallas y las casas particulares. Lo mismo se hizo del templo, que lo fabricaron magníficamente, con su obispo para el gobierno y cuidado de aquella nueva ciudad.»

Tambien se refiere al tiempo de don Sancho la traslacion del cuerpo de San Millan de la Cogulla, á cuya solemne ceremonia, verificada el 3 de abril de 1030, concurrió el rey, la reina, sus hijos, varios obispos y un numeroso gentío, habiendo sido colocado el cuerpo del Santo en una rica caja de plata que regaló el rey y espuesto á la veneracion de los fieles.

Años antes habia muerto tambien don Sancho, conde de Castilla, el cual se hizo temible á los moros: edificó el monasterio de Oña para religiosas (que segun ya hemos dicho trasladó luego á otro punto don Sancho de Navarra para poner á los monges de Cluni), y de él fué luego abadesa doña Tigrida, tercera hija del mismo conde don Sancho; él abrió tambien y allanó á su costa un nuevo camino para que los estrangeros pasasen á Santiago con mas comodidad, pues era muy crecido el número de peregrinos que iban á visitar el cuerpo del Santo Apóstol. El nuevo camino iba por Navarra, Rioja, Briviesca y tierra de Burgos.—A don Sancho le sucedió su hijo don Garcia, el cual segun ya digimos fué muerto al ir á la iglesia para casarse. Con don Garcia terminó el condado de Castilla, pues don Fernando tuvo el título de rey.

Por muerte de don Sancho de Navarra comenzó Bermudo III á proyectar el recobro de lo que habia cedido al rey de Castilla; quitóle en efecto algunos pueblos, pero marcharon contra él don Fernando con sus castellanos, y con los socorros que le envió su hermano el rey de Navarra, le presentó batalla en el valle de Támara cerca de Carrion. En lo mas recio de la pelea tuvo Veremundo la temeridad de meterse en medio de las huestes enemigas buscando á los dos reyes hermanos, para matarles por su mano; pero fué atravesado de una lanzada y cayó muerto de su caballo. Quedó con esto el campo y todo el reino de Leon por don Fernando, como marido de doña Sancha á quien pertenecia por no tener don Veremundo hijos que se la disputaran, pasó entonces á la capital con su muger y ejército, y fué coronado rey á 22 de junio del año de 1037, á los diez y nueve de su edad, siendo así á un tiempo rey de Castilla y de Leon, y uniéndose de este modo castillos y leones. Así, dice un historiador, terminó en Bermudo III la línea masculina del rey don Pelayo, y pasaron todos sus derechos á la augusta casa de Navarra.

Don Fernando, llamado justamente el Grande, primero de este nombre, y tambien el primer Rey de Castilla y Leon, comenzó desde luego á poner el mejor órden en el gobierno de sus Estados ya bastante dilatados. Confirmó y dió nueva fuerza y vigor á las leyes godas, y añadió muchas de nuevo segun los tiempos exigian. Fué suavizando con suma prudencia los ánimos de los grandes, no muy adictos á su servicio y no poco exasperados con la muerte de don Bermudo. La Religion y las letras tuvieron en D. Fernando un protector tan celoso que jamás omitió circunstancia alguna ú ócasion de dilatarlas y ennoblecerlas. Su poder, mayor que el de todos los príncipes que á la sazon dominaban en España, la grandeza de su alma y otras muchas virtudes en que fué muy acabado, junto con su gloria militar, le elevaron á tal grado que solo su nombre imponia un terror indecible á los moros, mientras que era el objeto del amor y bendicion de todos sus pueblos. Mas adelante tendremos ocasion de describir algunas de las grandes acciones con que ilustró su largo y feliz reinado.

En 1034 acaeció la muerte de san Ermengaldo, obispo de Urgel, el cual por sus grandes virtudes mereció que los pueblos le venerasen luego como Santo. Habia heredado de sus antepasados no pocos bienes, pero los cedió á favor de la iglesia y de otros lugares santos. (*N. del E.*)

(1) Glab. Rod. *lib. 4, cap. 5.*

cesivo no usasen armas los hombres libres ni los esclavos: que nadie recurriese á la fuerza para recobrar lo que le hubiesen robado, ni vengase su sangre ni la de sus parientes; y que las iglesias serian asilos inviolables para todo el mundo, á escepcion de los que hubiesen violado la paz, para quienes no valdria este recurso, pues hasta del altar se les podria sacar. Se dispuso tambien que cada cinco años habria una reunion para renovar esta paz; que todos jurarian observarla; que quien á ello se negase seria excomulgado, y que nadie le visitase en la hora de la muerte ni le diese sepultura (1).

Tal vez porque en estos Concilios llevaban los obispos su celo hasta el esceso, no creyó Gerardo de Cambrai deber adoptar para su vasta diócesis los reglamentos que en ellos se habian hecho. Alegaba para ello que no se podia prohibir en general llevar las armas ni hacer devolver lo que se hubiera tomado por fuerza; que seria irritar al que prosiguiera el castigo de un homicidio el imponerle el deber de renunciar á ello sin una satisfaccion conveniente, y que mas bien lo que convenia era reconciliarle con el homicida, con arreglo á lo que se prescribe en el Evangelio; que no se podia imponer á todo el mundo el ayuno del viernes y del sábado porque no todos tienen las mismas fuerzas, ni pretender que este ayuno bastase á todos porque no todos deben hacer la misma penitencia; y por último, que obligando á todo el mundo á jurar esas observancias, resultaría de ahí que casi nadie estaria esento de perjurio (2). A este escrito de Gerardo respondieron los obispos acusándole de oponerse al bien; empeñaron á su amigo Leduino, abad de San Vast de Arras, á que le instase á unirse con ellos; y aun se añade que hubo contra él una sublevacion en Douai. Al fin, cediendo Gerardo á las instancias de sus colegas, publicó el decreto en su diócesis. Pero no tardó en reconocerse que habia tenido razon en oponerse especialmente al juramento de guardar inviolablemente la paz, porque la mayor parte de los que la habian jurado se mostraron perjuros.

En los concilios de Bourges y de Limoges, celebrados en las mismas circunstancias, se decidió la cuestion tan célebre y tan poco fundada del apostolado de San Marcial (1). Hacia ya mucho tiempo que se agitaba con calor esta disputa, interesándose grandemente en ella toda la Francia, á ejemplo de sus soberanos. Lo mas singular era que los lemosinos, y en especial los monges de la abadía de San Marcial de Limoges, reprobaron al principio como cosa contraria á la costumbre en cuya posesion estaban, el título que todo lo demas del reino pretendia aplicar á su patron. Admitiéronle al fin todos, con arreglo á lo decretado en el concilio de Bourges del año 1031, y lo confirmaron aquel mismo año en su propio concilio. Tuvieron presente para esto una vida de San Marcial, publicada bajo el nombre de su discípulo Aureliano, en la que se dice que era uno de los setenta y dos, que fué bautizado por San Pedro, instituido obispo por el mismo Jesucristo el dia de la Ascension y enviado por él á las Galias, despues de haber recibido el Espíritu Santo con los Apóstoles el dia de Pentecostés. Esta obra era desconocida antes del siglo diez, y es mirada hoy generalmente como apócrifa. Tales eran en la época mas desacreditada de la edad de la ignorancia los errores y equivocaciones de los obispos y de los concilios, esto es, únicamente relativos á discusiones de crítica y cronolo-

(1) Baldervic. *in Chron. Camer. lib.* 3, *c.* 52; Sigeb. *Chron. ad ann.* 1031.
(2) Bald. *in Chron. Camer. lib.* 3, *c.* 26.

(1) *Tom.* 9 *Concilior.*

gía, á hechos puramente históricos que en nada tocan al dogma, á la sana moral ni á ninguna verdad de la Religion.

Pretendieron no obstante apoyar el apostolado de San Marcial en tradiciones antiguas y en testimonios suministrados por las iglesias mas remotas, como el de un santo monge del monte Sinaí, llamado Simeon. En cuanto á las tradiciones, se contentaron con citarlas en general sin especificar ningun tiempo determinado. En cuanto al testimonio del monge Simeon, á quien se atribuia el dicho de que los orientales reconocian unánimemente á San Marcial por apóstol ó por uno de los setenta y dos discípulos, solo puede servir para suministrar una idea del respeto con que miraban en Francia á aquel virtuoso estranjero. Habia nacido en Siracusa (Sicilia), y era hijo de padres ilustres entre los griegos, quienes procuraron darle una educacion muy cristiana (1). Llevóle su padre á Constantinopla á los siete años, donde le entregó á la direccion de los maestros mas sabios. Cuando Simeon salió de la infancia, tuvo la devocion de visitar la Tierra Santa, haciéndose discípulo de un solitario que se habia encerrado en una torre á las orillas del Jordán. Aprendiendo despues con la lectura de la vida de los Padres que antes de seguir la vida heremítica era menester ejercitar la obediencia en una comunidad, corrió á Belen, tomó el hábito de monge en el monasterio de Santa María, y al cabo de dos años se trasladó al monasterio del monte Sinai. Retiróse desde allí con el permiso de su abad á una gruta que habia á la orilla del mar Rojo. Mas como sus eminentes virtudes atraian una multitud de viajeros que navegaban por aquel mar, buscó la oscuridad y recogimiento entre la comunidad de que habia salido únicamente para hallar mas fácilmente uno y otro en la vida heremítica.

Su superior le obligó no obstante á visitar las Galias, para recoger en Normandía las copiosas limosnas que daba anualmente á los monges del monte Sinai el duque Ricardo II, que era muy compasivo para con los peregrinos de Levante. La causa de haberle elegido para este viage, que emprendió con gran repugnancia, fué el que además de todas las virtudes de que estaba adornado, era un hombre de mucha instruccion, principalmente en las lenguas, pues sabia el siriaco, el árabe, el egipcio, el griego y el latin. Llegó por fin á dicha provincia despues de haber sufrido muchos trabajos, y haber estado espuesto á grandes peligros en el camino, si bien en este tuvo la felicidad de encontrar al venerable Ricardo de San Vannes acompañado de setecientos peregrinos cuyos gastos pagaba el duque de Normandía. Pero no fué mas dichoso en el término que en el discurso de su viage, pues acababa de morir el duque (1026), y no pudo recoger Simeon las limosnas destinadas á su monasterio. No obstante, le acogió muy favorablemente un caballero llamado Gosselin, que levantó por consejo suyo una casa religiosa cerca de la ciudad, en un monte que con este motivo se llamó de Santa Catalina, porque dejó en él Simeon unas reliquias de esta ilustre mártir que habia llevado del monte Sinai donde estaba su cuerpo. Es muy probable que entonces tuvo principio la celebridad de esta Santa en Francia.

Entretanto Simeon regresó á Oriente con Poppon, arzobispo de Tréveris, que á ejemplo de otros muchos europeos de los mas ilustres, tuvo la devocion de ir á Jerusalen en clase de peregrino. Mas fué tan grande el afecto de este prelado para con su santo compañero de viaje, que no pudo resolverse á separarse de él, y logró traérsele consigo. Juzgando que haria un bene-

(1) Bolland. *tom.* 19, *pag.* 81.

ficio muy grande á su diócesis si lograba establecer en ella un hombre tan santo, cualquiera que fuese su género de vida, le ofreció á su regreso el lugar que mas le agradase para seguir el espíritu de su vocacion y dedicarse á la vida solitaria que tanto atractivo tenia para él. Simeon eligió una especie de aposentillo dentro de una torre vecina á una de las puertas de la ciudad, y el arzobispo le consagró allí recluso en presencia de su clero (1028). En los siete años que vivió todavia logró tanta veneracion por su vida todo angelical, y obró tales prodigios despues de su muerte, que Poppon escribió á Roma para que le colocasen solemnemente en el número de los Santos. La súplica estaba concebida en estos términos: «acaba de morir aquí un hombre que por su vida santísima y sus milagros, creemos que existe ya entre los bienaventurados: por esta razon nuestro clero y pueblo nos han pedido encarecidamente que os remitamos la relacion exacta de sus obras y milagros, con el objeto de que si lo teneis á bien, nos deis vuestro decreto apostólico permitiendo escribir su nombre entre los de los Santos, y que le tributemos los demas honores debidos á la santidad (1035).»

El Papa Juan XIX habia muerto en el mes de mayo del año 1033, y en el propio año fué elevado á la Santa Sede con el nombre de Benedicto IX por las intrigas y liberalidades de Alberico, conde de Tusculi, un muchacho de doce años, hijo de este conde y sobrino de los Papas Benedicto VIII y Juan XIX. Sin embargo, los PP. Labbe y Cossart dan á Benedicto unos diez y ocho años, y se fundan en que San Pedro Damiano vitupera en este Pontífice su inmoralidad desde que fué elevado á la Santa Sede. El mismo Santo hace notar que los Papas tales como Benedicto IX siempre han sido impuestos á la Iglesia, la cual únicamente los ha recibido por evitar el cisma, desórden todavia mas deplorable en sus resultados que las malas costumbres de un Pontífice. Por lo demás, es de observar, como un especial beneficio de la Providencia, que en tiempo de los Papas viciosos ó ineptos no se han visto turbulencias ni heregías, y que la Iglesia ha gozado de una tranquilidad que no tuvo en tiempo de los Pontífices mas sábios: tan cierto es que si el Señor permite á pilotos indignos colocarse en el gobernalle, él mismo se encarga entonces de dirigirle. Benedicto IX, tan despreciable por su ligereza y sus costumbres como por el modo con que ocupó el Pontificado, no se dió mucha priesa á tomar en consideracion objetos tan distantes de sus ideas cual lo eran las virtudes y canonizacion de un Santo (1). Hasta el mes de noviembre del año 1042 no se verificó, pues, solemnemente la de San Simeon, despues de haber enviado el Papa con su decreto un legado al pais donde habia fallecido. Este es el segundo ejemplar indudable de canonizaciones pedidas á la Santa Sede; porque en los tiempos anteriores, cada obispo, despues de examinar las virtudes y los milagros de las personas que en sus respectivas diócesis morian en olor de santidad, permitia tributarles un culto religioso. Pero como muchas veces se anticipaban los pueblos al juicio y declaracion de los obispos, se temió que esta ligereza pudiese degenerar en supersticion; y á fines del siglo décimo se reservó la Silla apostólica el derecho de decidir sobre un objeto tan importante. Luego que canonizaron á San Simeon, fundó el arzobispo de Tréveris en el lugar de su retiro y de su sepultura una iglesia colegiata.

Benedicto IX se habia visto antes muy espuesto con motivo de su conducta escandalosa, rayando en tal estremo el desprecio y

(1) Glab. *lib.* 4, *cap.* 5, *et lib.* 5 *cap.* 5.

la indignacion pública, que en el año 1038, y á pesar del crédito y autoridad de sus criminales parientes, le arrojaron de su Silla los romanos. Restituyóle á ella en aquel mismo año el emperador Conrado que habia pasado á Italia para disipar las turbulencias que la desolaban por todas partes. Habiéndose internado hasta Monte-Casino, no pudo contener las lágrimas al oir la relacion que los monges le hicieron de los males que por espacio de doce años les estaba causando Pandulfo, príncipe de Cápua, que tenia preso á su abad Teobaldo, habiéndose apoderado de todas sus haciendas cuya administracion habia puesto en manos de sus criados, y reducido á tal miseria aquel monasterio opulento, que en el dia de la Asuncion careció de vino para las misas. No perdonó ningun medio el religioso emperador para que en lo futuro no volviese á esperimentar semejantes vejaciones una comunidad tan respetable, en que se contaban doce Santos desde el principio de aquel siglo. Despues de esto tomó de nuevo Conrado el camino de Alemania, y murió de repente en Utrecht el dia 4 de junio de 1039, despues de haber reinado cerca de quince años como rey de Germania, y algo mas de doce con el título de emperador que recibió con la corona imperial del Papa Juan XIX, el dia de Pascua 26 de marzo del año 1027. Las leyes y decretos que dió á luz en el imperio, han hecho se le mire como autor del derecho escrito acerca de la feudalidad. Tambien este príncipe dió ocasion al establecimiento del reino de Nápoles, permitiendo á los normandos que se estableciesen en la Pulla. Le sucedió su hijo Enrique III, llamado el Negro, y coronado rey un año antes de la muerte de su padre.

Muerto el emperador Conrado, se hizo mas odioso que nunca el Papa Benedicto con sus escesos y violencias, y le arrojaron segunda vez de Roma á principios del año 1044. Pusieron en su lugar á Juan, obispo de Sabina, que tomó el nombre de Silvestre III, y solo ocupó la Silla como unos tres meses, despues de los cuales logró Benedicto ser restablecido en ella con el ausilio de sus parientes. Pero continuando sus escándalos, y viéndose despreciado del clero y del pueblo, se resolvió á dejar una dignidad, cuyo carácter y respeto no le permitian entregarse á sus vicios con toda la libertad que deseaba. Para facilitar esta cesion, le dieron una suma de dinero, y colocaron en su lugar al arcipreste Juan Gracian ó Graciano, con el nombre de Gregorio VI. Algun tiempo despues le desposeyó el inconstante Benedicto, apoyado siempre por su familia como lo habia hecho con Silvestre, y volvió á subir otra vez á la Silla apostólica. De este modo contaba Roma tres Pontífices á un mismo tiempo, cuando Enrique el Negro fué á remediar tantos desórdenes el año 1046.

Cerca de Navidad hizo celebrar un Concilio en Sutri, ciudad inmediata á Roma, en el cual fueron depuestos los tres como simoniacos, segun dicen muchos autores. Otros pretenden con mas razon que cedió Gregorio voluntariamente por el bien de la paz, porque sin simonía se habia podido libertar á la Iglesia, á fuerza de dinero, de una plaga tan terrible, como lo era en efecto la faccion de Benedicto; y á la verdad, seria mucho atrevimiento denigrar de un modo tan infame á un hombre de quien Glabert, autor contemporáneo, dice que era muy piadoso, de una santidad conocida y de una reputacion que reparó todo el escándalo causado por su predecesor. Lo que no tiene duda es que Gregorio se despojó de las insignias pontificias, y renunció la dignidad pontificia que habia poseido como unos veinte meses. Declarada así vacante la Santa Sede, se eligió por unánime consen-

timiento de los romanos y de los alemanes que acompañaban al rey Enrique, al sajon Suídgero, obispo de Bamberg. El nuevo Papa tomó el nombre de Clemente II, fué consagrado el dia de Navidad, y en el mismo dia dió la corona imperial al rey Enrique y á la reina Inés. Clemente, que aunque estrangero, habia sido elegido como mas digno del pontificado que todos los romanos, trató desde luego de acreditar con las obras la buena opinion en que le tenian, y especialmente con su celo contra la simonía, que era el abuso mas escandaloso de aquellos tiempos. Pero no ocupó la Santa Sede mas que nueve meses y medio, pues murió á 9 de octubre de 1047, no en Alemania, como creyeron algunos historiadores fundados en el viaje que hizo á aquel pais en el corto espacio de su pontificado, sino segun el exacto Muratori, en la abadía de Santo Tomás de Aposelo en Italia, cerca de Pésaro. Entonces volvió Benedicto IX á ingerirse en el pontificado, y se mantuvo en él hasta que habiéndose arrepentido repentinamente en el mes de julio del año siguiente, llamó al abad de la Gruta de la Herradura cerca de Túsculi, y movido de los consejos de este Santo, llamado Bartolomé y dotado de un talento eminente para la conversion de los pecadores, comprendió que solo debia tratar ya de hacer penitencia, y entonces renunció para siempre su dignidad.

A principios de este año 1048 murió San Poppon, abad de Stavelo en la diócesis de Lieja. (1). Era natural de Flandes, y abrazó en su juventud la profesion de las armas; pero favorecido oportunamente con las bendiciones del cielo, manifestó siempre un desprendimiento admirable de todas las cosas terrenas. Estimándole mucho por sus bellas cualidades Balduino el Barbudo, conde de Flándes, y hallándose bien quisto de todos los grandes, uno de los principales de estos le ofreció su hija en matrimonio. No quiso admitir Poppon una oferta tan lisongera, haciendo este sacrificio por ir á abrazar la vida monástica en la abadía de San Tierri cerca de Reims. Habiéndole visto en ella el beato Ricardo de San Vannes, quedó tan prendado de él, que se le llevó á Verdun con el consentimiento de su abad. Llamó Poppon á esta ciudad á su madre Adelueva, que hallándose viuda mucho tiempo habia, se hizo reclusa y llegó á tal grado de santidad, que es venerada con culto público. Habiendo entregado el conde de Flandes al abad de San Vannes el monasterio de San Vast de Arras, fué elegido Poppon superior de esta casa en el reinado de San Enrique. Habló al emperador á favor de los intereses de su monasterio, y le inspiró los mismos sentimientos que á todas las personas con quienes trataba. Consiguió de él que aboliese la costumbre bárbara de ofrecer en espectáculo á ciertos malhechores, presentándolos desnudos y untados de miel para que fuesen pasto de los osos que estaban preparados para devorarlos. Algun tiempo despues le dió este emperador la abadía de Stavelo (1040), y en seguida la de San Maximino de Tréveris, cuyos monges, llevando á mal que tratase de obligarlos á observar una regularidad exacta, le dieron veneno; bien que este atentado no produjo el efecto que ellos deseaban. Quiso el emperador Conrado darle el obispado de Strasburgo, y para impedirlo Poppon llegó al estremo de atribuirse algunos defectos que le escluían de la dignidad episcopal segun los cánones. Reprendiéndole despues el emperador porque se habia valido de aquel artificio le respondió: «¡ah príncipe! ¡ojalá pudiera yo daros tambien á entender cuán indigno soy de egercer el cargo de abad!» Estimándole Conrado mas y

(1) Bolland. *tom.* 2, *pag.* 638; *Act. Bened. saec. VI, pág.* 569.

mas con este motivo, tomó la resolucion de sujetar á su obediencia todas las abadías que vacasen en sus Estados, por cuyo medio restableció Poppon la regularidad en catorce monasterios.

Por el mismo tiempo acreditaba admirablemente San Gonthier el honor de la vida eremítica (1). Habiendo nacido en Turingia de una familia de las mas ilustres emparentada con San Esteban, rey de Hungría, y disfrutando los bienes y dignidades convenientes á su nacimiento, no supo al principio preservarse de tantos escollos. Pero arrepintiéndose luego de los pecados de su juventud, dió sus ricas posesiones al monasterio de Hersfeld con anuencia de sus herederos, y se puso bajo la direccion de San Godehardo, que era entonces abad de esta casa y fué despues obispo de Hildesheim. Profesó en el monasterie de Altaha sujeto al mismo superior, y con su permiso se retiró al cabo de algun tiempo á un desierto de las selvas de Bohemia (1008). Habiéndose llevado consigo algunos monges de los que vivian en su compañía, edificaron muchas ermitas ó celdas que formaban una especie de monasterio. En el principio de su conversion se le resistia sobremanera la práctica de la pobreza y del trabajo; pero en su último retiro, en el cual permaneció treinta y siete años, así él como sus compañeros tenian las mayores delicias en las mortificaciones y las austeridades, usando del alimento mas insípido, sin tener mas bebida que agua, y aun tomando uno y otro con medida. Aunque su pariente el santo rey de Hungria consiguió de él, no sin gran dificultad, que fuese á hacerle una visita, y le puso á comer en su mesa, no pudo lograr que consintiese en probar la carne.

Vivió Gonthier siete años despues de la muerte de este santo rey, el cual murió el dia de la Asuncion del año 1038 (1). Esta muerte sumergió á la Hungría en una desolacion tanto mas grande, cuanto su hijo Emerico, el único que quedaba entre una porcion de hermanos que murieron de muy corta edad, habia fallecido algun tiempo antes que su padre. Está colocado, como este, en el número de los Santos (1): alma pura y guiada estraordinariamente por el espíritu de Dios para los fines altísimos de su adorable providencia. Siguiendo el rey Esteban las reglas ordinarias de la prudencia, quiso casarle para asegurar la sucesion de la corona y la felicidad de los pueblos. Emerico, que habia prometido secretamente á Dios conservar la virginidad, lo resistió al principio, y cedió luego á las instancias de su padre: pero persuadió á su esposa que viviesen los dos en perfecta continencia, como lo aseguró ella misma despues de la muerte del príncipe (1031), ocurrida á poco tiempo de haber celebrado su matrimonio.

Despues de la del rey, fué elevado al trono Pedro, hijo de su hermana. Pero como era aleman, y parecia que dispensaba su principal favor á los de esta nacion, eligieron los húngaros á Aba, cuñado del rey Esteban, y se vió obligado Pedro á huir á Alemania cerca del emperador Enrique el Negro. Fué Aba pródigo de sangre, sacrificó durante la Cuaresma á los mas considerables individuos del Consejo, y pasó despues á Chonad á celebrar la Pascua. Tenia entonces aquella ciudad un obispo digno de los siglos mas felices de la Iglesia. Gerardo, veneciano, que desde la infancia habia seguido en la vida monástica, gozaba de una reputacion tan bien acreditada de virtud y de

(1) Bolland. *t.* 3, *p.* 638; *Act. Bened. saec. VI. pág.* 475.

(1) Sur. *ad* 20 *Aug.*
(2) *Id.* 4 *Nov.*

doctrina, que pasando por Hungría para ir en peregrinacion á Jerusalen fué detenido por el rey San Esteban, el cual no contento con esto le puso guardas de vista á fin que no se le escapase. Se retiró Gerardo al monasterio de Beel, edificado por el rey á instancias de San Gonthier; pero le sacaron de allí para colocarle en la Silla de Chonad, cuando Esteban, usando de las facultades que le habia conferido el Papa Silvestre II, estableció obispados en las principales ciudades de su reino. Unió la vida solitaria con el episcopado, y mostró tanta aversion al siglo, que no queria alojarse en las ciudades adonde iba á predicar, sino que hacia que levantasen una cabaña al estremo de un bosque ó en algun otro paraje retirado para pasar en ella la noche como un solitario, despues de haber ejercido durante el dia las funciones de apóstol.

Un prelado tan desprendido de los bienes de la tierra, era muy superior á las esperanzas y á los temores humanos. Habia entonces la costumbre de que los reyes llevasen la corona á todas las fiestas principales, y de que se la pusiese el obispo local. Convidaron á Gerardo los grandes y los prelados á que fuese á hacer esta ceremonia; pero Gerardo se opuso á ello con un teson invencible. Suplieron por él los demas obispos, y el rey se encaminó inmediatamente á la iglesia con la corona en la cabeza, acompañado de una multitud de grandes, de eclesiásticos y de gente del pueblo. Subió el santo obispo al púlpito sin que le intimidase el aparato, hizo que le acompañase un intérprete, porque no sabia él la lengua húngara, y desde allí habló al rey en estos términos: «La Cuaresma fué instituida para proporcionar el perdon á los pecadores contritos, y vos la habeis profanado con la efusion de sangre de mis ovejas y con la muerte de mis hijos mas queridos. Sí: habeis reducido para mí el dulce nombre de padre á un título sin objeto. Oid, pues, de boca de un hombre que está pronto á morir por Jesucristo: oid, en vez de las palabras de paz de que os habeis hecho indigno, lo que dispone de vuestra suerte el Todopoderoso. En el año tercero de vuestro reinado se levantará contra vos la espada vengadora, y perdereis juntamente con la vida la corona que es el fruto de vuestros crímenes.» Los cortesanos que entendian la lengua latina, en la cual se esplicaba el obispo, hacian señas al intérprete para que disimulase; pero viendo el intrépido pastor que estaba sobrecogido y temblando: «teme á solo Dios, le dijo, y no omitas ninguna palabra de las que pronuncia su ministro.» Obedeció puntualmente el intérprete, y acreditó el suceso que el obispo tenia espíritu profético. Predijo tambien su propia muerte (1047), la cual se verificó despues de la de Aba, honrándola la Iglesia como la de un mártir (1).

Entretanto Enrique el Negro restableció en el trono de Hungría al rey Pedro, el cual se apoderó de Aba y mandó que le cortasen la cabeza. Pero descontentos los húngaros con este príncipe, llamaron á algunos grandes que andaban fugitivos, de cuyo número era Andrés, pariente de San Esteban, y estendiendo desde luego el ódio del nombre aleman al nombre cristiano en general, pasaron á cuchillo á todos los latinos que pudieron sorprender, echaron del país á todos los demas fieles asi clérigos como legos, é incendiaron una infinidad de iglesias. Cogieron á San Gerardo en Pest, le derribaron brutalmente con el carro en que iba, y le mataron á golpes, diciendo el Sante en alta voz: «Señor, no les imputeis este pecado, porque no saben lo que se hacen.» Al rey Pedro le sacaron los ojos, y murió de tristeza al cabo de pocos dias, des-

(1) *Act. Bened. sacc. VI.*

pues de lo cual fué colocado en el trono el duque Andrés. Pero estaba este muy distante de aprobar los furores egercidos contra la verdadera Religion que profesaba sinceramente. Llamó á Alba Real en aquel mismo año de 1047 á tres obispos que se habian libertado de los efectos de la persecucion anterior, hizo que le pusiesen la corona que habia servido á San Esteban, y que despues todos sus sucesores se honraron en llevar, y luego prohibió, pena de la vida, á todos los húngaros las observancias del paganismo. Desde el reinado de este príncipe permaneció la Hungría fiel al cristianismo.

No causó menos desórdenes en Polonia el fuego de la discordia, que en Hungría el furor de los idólatras. Desde el año 1034 en que murió el rey Micislao, siendo demasiado jóven su hijo Casimiro para gobernar, y habiéndose hecho generalmente aborrecida la reina Rixa, hubo en aquel pais siete años de anarquía. Pensando todos los grandes en promover esclusivamente sus propios intereses, y tratando aun menos de la Religion que del bien del Estado, cayó esta en tal desprecio, que los obispos se veían precisados á ocultarse y se saqueaban á porfía las iglesias. Wratislao, duque de Bohemia, y muy enemigo de los polacos, penetró en lo interior del pais, sin embargo de que era cristiano, se apoderó de las mejores ciudades, con inclusion de Gnesne que era la capital: despojó la iglesia mayor que era sumamente rica, y entre otras cosas se llevó un crucifijo de oro de trescientas libras de peso, con tres mesas tambien de oro, esmaltadas de las piedras mas preciosas. Los obispos de Polonia recurrieron á Roma quejándose de estas violencias; pero ocupaba entonces la Santa Sede Benedicto IX, y los cardenales que tenian toda su confianza dieron muy buenas palabras á los infelices polacos, hallando en los regalos de los bohemios escelentes razones para absolver á los culpables (1039) (1).

Cansados por último de esta funesta anarquía, resolvieron los polacos colocar en el trono al hijo de su último rey; pero habiendo huido este con su madre mucho tiempo habia, ignoraban ellos su paradero. Enviaron, pues, diputados á esta princesa, la cual sabian que estaba refugiada en Alemania, y les dijo que Casimiro habia pasado á Francia y habia tomado el hábito en el monasterio de Cluny. Con estos informes pasaron allá, y habiendo obtenido del abad Odilon el permiso de hablar al príncipe: «venimos, le dijeron, de parte de los grandes y de toda la nobleza de Polonia á suplicaros con el mayor encarecimiento que os compadezcais de aquel reino deplorable, y vayais á poner término á sus escesivos males.» Respondió Casimiro que él no era dueño de sí mismo, y que dependia de tal modo de su abad, como acababan de verlo, que no habia podido hablarles sin su licencia. Dirigiéronse inmediatamente á San Odilon, el cual les dijo que no tenia facultades para acceder á su súplica, y que nadie sino el Papa podia hacer lo que pedian con respecto á un monge profeso y ordenado de diácono (2).

Fueron los diputados á Roma (1040), é hicieron á Benedicto IX una viva pintura de las calamidades de Polonia y de lo necesario que era Casimiro para la conservacion de la Religion y del reino. El caso era estraordinario y la dispensa no tenia todavía ningun ejemplar. Despues de consultarlo bien el Papa (dicen los historiadores de Polonia (3), los cuales escribieron con mucha posterioridad al suceso, y son los únicos garantes de un hecho tan estraño), accedió

(1) Dubrav. *lib.* 7, *pag.* 32.
(2) Longin. *Annal. Polon. ad an.* 1044.
(3) *Ib.*

á la súplica, y no solo permitió al monge Casimiro que volviese al siglo, sino tambien que se casase, con la condicion de que cada noble polaco habia de pagar todos los años un dinero á la Santa Sede. Volvió efectivamente Casimiro á su patria, fué proclamado rey, y se casó con Maria, hermana del príncipe de Rusia, de la cual tuvo muchos hijos. Mostró siempre grande estimacion y afecto al órden de Cluny, y le estableció en Polonia.

Las virtudes que atraian á la vida monástica á estos prosélitos augustos desde unos paises tan distantes, no estaban concentradas en los límites del claustro. Los religiosos Odilon de Cluny y Ricardo de San Vannes fueron los principales instrumentos de que se valió Dios para reducir los pueblos numerosos del imperio francés á aquella suavidad de costumbres que no es menos favorable á la sociedad que gloriosa al Evangelio, y que vino á ser el objeto de la emulacion general en las demas naciones. El dique opuesto algunos años antes a torrente de las violencias y de las barbáries por medio del establecimiento de la paz de Dios, se habia formado con tanta precipitacion, que no era capaz de resistir á la fuerza de una costumbre inveterada. Se temió, pues, que nada se conseguiria exigiendo demasiado (1041), y se redujo esta paz al término de una tregua; es decir, que en vez de sujetar toda infraccion de la paz á las penas establecidas anteriormente, no se impusieron estas sino á los que las violaban en ciertos dias de la semana y en ciertos tiempos del año, y se limitó la cesacion de las hostilidades á los dias y tiempos en que se verificaron los misterios de nuestra salvacion (1). Así, desde el miércoles á la caida de la tarde hasta el lunes por la mañana; desde el primer domingo de adviento hasta despues de la octava de Epifania; desde el primer domingo de Cuaresma hasta despues de la octava de Pascua; desde el domingo antes de la Ascension hasta despues de la octava de Pentecostés, y lo mismo en las vigilias y en los dias de las festividades, asi de la Vírgen como de los Santos á quienes se tributaba un culto solemne, se prohibió, como lo estaba antes, bajo las penas mas graves, acometer á su enemigo, ya fuese para hacerle algun daño, ó ya para apoderarse con mano armada de lo que él hubiese invadido (*a*).

(1) *Tom. 9 Concilior. pag.* 913; Glab. *lib.* 5, *cap.* 1.

(*a*) Tambien en España, dice un historiador, comenzó á establecerse esa misma tregua ó paz de Dios en el concilio llamado Helenense, celebrado el año 1027 en el condado de Rosellon y en un lugar llamado Prado de Tulujes, si bien en este sínodo solamente se trató de lo que pertenecia á dicho condado, y mandó observar la tregua desde el sábado despues de nona hasta el lunes por la mañana en todos los lugares, y todos los dias con respecto á los clérigos que anduviesen sin armas, y á cualquiera fiel que se dirigiese á la iglesia junto con su familia ó con alguna muger, estendiendo además el derecho de asilo de las iglesias hasta treinta pasos en derredor, y por último, confirmando los decretos de los anteriores sínodos de la misma provincia. Puede verse el tomo 3 de Aguirre, página 197. Otro sínodo se celebró en el año 1032 en el monasterio de Ripoll en la diócesis de Ausona ó Vique, para la consagracion de la iglesia de dicho monasterio, reedificada nuevamente por el obispo de aquella ciudad, y con el mismo motivo se tuvo en 1038 una asamblea en Gerona, donde consagraron la nueva iglesia que la condesa de Barcelona Ermesinda y su hermano Pedro, obispo de Gerona, habian levantado y dotado con grandes posesiones para que se estableciese en ella la vida canónica; es decir, una congregacion ó comunidad de canónigos regulares. Asimismo en 1040 se dedicó la nueva iglesia de Urgel: en una palabra, donde quiera que los templos ó monasterios habian sido arruinados por los sarracenos, se iban restableciendo, y muchos de ellos con mayor magnificencia, siendo escusado añadir que para hacer la dedicacion de esas iglesias se juntaban ordinariamente los obispos de la provincia y aprovechaban esta ocasion para acordar disposiciones encaminadas á la reforma de las costumbres y á hacer reinar la paz y la religion.

Por este mismo tiempo murió San Gregorio Ostiense á quien el Papa Benedicto IX habia enviado á Navarra para libertar este reino de la cruel plaga de la langosta y predicar al mismo tiempo la divina palabra, como lo hizo con gran fruto, refiriéndose ademas muchos milagros que por su intercesion hizo el Señor. Discípulo de este Santo fué Santo Domingo de la Calzada, quien al lado de tal maestro hizo admirables progresos en la virtud. Por último, despues de haber trabajado con infatigable celo en la Navarra y Rioja y logrado grande reforma en las costumbres de los pueblos, murió S. Gregorio de Ostia el 9 de mayo de 1044, siendo enterrado en Berrueza. V. Ferreras, p. 5, s. XI. (*N. del E.*)

Entretanto, San Odilon y el beato Ricardo, emplearon todo el ascendiente de su santidad y de su genio superior para que volviesen á florecer las virtudes sociales juntamente con las cristianas. Las turbulencias causadas en Normandía con motivo de la menor edad del duque Guillermo, llamado despues el Conquistador, no permitieron que tuviese efecto la tregua en aquella provincia. Pasó Ricardo á predicar á sus habitantes, y al principio fué muy corto el fruto de sus tareas apostólicas, pero parece que quiso Dios vengarle de semejante indocilidad, porque toda la provincia fué afligida con una enfermedad pestilencial, á que se dió el nombre de *mal de los ardientes* (era un fuego que devoraba las entrañas), y los que llegaban á padecerla, creian que no podian hallar su remedio sino en el santo orador á quien habian despreciado (1). Recibíalos este con afabilidad, hacia que juasen la observancia de la tregua, y luego les daba á beber de un vino en que habia puesto ciertas reliquias. De este modo curó una multitud de enfermos, no solo de Normandía sino tambien de otras muchas provincias á donde se habia estendido el contagio. Era tan numerosa y continua la concurrencia de los que iban á buscar su curacion, que habia siempre un vaso lleno de aquel vino para que pudiesen beber á cualquiera hora que llegasen. Habiendo muerto Ramberto, obispo de Verdun, quiso el emperador dar este obispado al abad Ricardo; pero él se negó constantemente á admitirle, y murió algunos años despues (1045) en una edad muy avanzada con gran reputacion de santidad. Se citan algunos milagros que hizo aún antes de su fallecimiento.

Tampoco quiso admitir San Odilon el arzobispado de Lyon (1025), tan codiciado entonces por una multitud de ambiciosos, no habiendo sido capaces de moverle las inquietudes de aquella iglesia, á la que aspiraban tantos pretendientes indignos, ni las instancias de los fieles, ni las amenazas del Sumo Pontífice, al cual estaba tan subordinado en todo lo demas. Si no se le obligó á aceptar fué por las reflexiones que con motivo de su constancia se hicieron sobre la utilidad inapreciable que de la conducta y virtudes de Odilon resultaba á todo el órden monástico. La dulzura de su carácter contribuia particularmente á dar una eficacia muy singular á su celo. Solo era inexorable con aquellas pestes de las comunidades que siembran la cizaña entre los hermanos, y que él espulsaba irremisiblemente; pero en cuanto á las demas faltas siempre se mostraba dispuesto á perdonar. Solia decir, que en caso de haber de ser reprendido por el Juez Supremo, queria serlo mas bien por un esceso de bondad que de rigor. Sin embargo, cuidaba de que se observase puntualmente la regla, haciendo que la amasen los monges, y usando mas bien de la bondad de un padre, ó por mejor decir, de la ternura de una madre, que del imperio de un abad. Parecia que le habia formado la gracia para hacer generalmente amable la virtud á todos los hombres que tenian alguna relacion con él. La sencillez que le era natural, la franqueza de su conducta, la ingenuidad de sus discursos, su estremada condescendencia, la cual, cuando era necesario, se prestaba á la diversion y al recreo y á todo lo que no podia ofender á la decencia; un esterior lleno de gracia y de nobleza, sin embargo de que su estatura era mediana, la blancura de su cabello, la viveza de sus ojos, una voz animada é insinuante, y los demas rasgos con que le pinta un discípulo suyo, le hacian amar y respetar de toda clase de personas. Por sus cartas y por sus respues-

(1) Hug. Flav. *pag.* 187.

tas se ve en cuánto aprecio le tenian los mayores príncipes de su tiempo.

Además de las cartas que escribió, tenemos de él la vida de su predecesor San Mayeul, la de la emperatriz Santa Adelaida, y muchos sermones sobre los misterios de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen, á la cual profesaba una devocion muy particular. Procuró agradarla especialmente con el amor á la pureza, y cuidó siempre con tanto esmero de la conservacion de esta virtud en toda su integridad, que hasta la edad de ochenta y ocho años en que murió, mostró siempre el pudor y recato propio de una tímida doncella; de suerte que le llamaban la vírgen de cien años. Acabó sus dias ejerciendo su celo infatigable en la visita del monasterio de Souvigni, el dia 1.° del año 1049, y el cincuenta y cinco de su gobierno. No quiso designar su sucesor, temiendo que llegase á adquirir fuerza de ley esta costumbre observada desde la fundacion de la órden, y asi despues de su muerte se eligió á Hugo, prior de Cluny, de edad de veinte y cinco años, pero de una virtud que le hizo ser colocado tambien en el número de los Santos.

Se debe á San Odilon el establecimiento de la devocion que se solemniza por todos los difuntos el dia siguiente á la fiesta de Todos-Santos, y se cree que le movió á ello un santo ermitaño que vivia retirado en un islote inmediato á las costas de Sicilia. Habiendo sido arrojado á este peñasco un peregrino francés que volvia de Jerusalen, fué á visitar al ermitaño, el cual le preguntó si tenia noticia del monasterio de Cluny y si conocia al abad Odilon. «En efecto, respondió el peregrino, no me es desconocido uno ni otro, y me glorío de ello. ¿Pero por dónde habeis tenido noticia del monasterio y del abad, y por qué me haceis esta pregunta?» —«Oigo muchas veces, replicó el solitario, á los espíritus malignos quejarse de las personas piadosas que con sus oraciones y limosnas libran á las almas de las penas que padecen en la otra vida; pero el principal objeto de sus quejas son Odilon y sus religiosos. Te pido, pues, en nombre de Dios que cuando llegues á tu patria, exhortes á este santo abad y á sus monges á que redoblen sus buenas obras á favor de aquellas pobres almas (1).» Desempeñó el peregrino su encargo, y en cumplimiento de él mandó Odilon que en todos los monasterios de su instituto se celebrase todos los años, el dia siguiente á la fiesta de Todos-Santos, la conmemoracion de los fieles difuntos, cantando la tarde anterior las vísperas propias de esta funcion, con maitines y misa solemne al dia siguiente, y tocando todas las campanas. Se conserva todavia el decreto que se formó en Cluny, así para este monasterio como para todos los que dependian de él. No tardó en comunicarse á otras iglesias una práctica tan piadosa, y despues de algun tiempo fué adoptada por todo el mundo católico.

Mientras que el Evangelio y la simplicidad de la fé iban suavizando de dia en dia las costumbres de los occidentales, y hacian que tomasen interés por la suerte de sus hermanos difuntos, se despedazaban los griegos unos á otros aun en el mismo trono, y parecia que miraban con el último desprecio las costumbres y la piedad, el Estado y la Religion. Romano Argirópilo no pensaba mas que en gozar pacíficamente del imperio á que habia subido por un adulterio, cuando fué arrojado de él por un nuevo adulterio, manchado además con el crímen del parricidio. La emperatriz Zoe, por la que habia abandonado una digna esposa, se enamoró de un paflagon, llamado Miguel, cambiante de letras y monedero falso, pero

(1) *Vit. S. Odil. cap.* 13; Glab. *lib.* 5 *hist. cap.* 1.

hombre de bella presencia y hermano del eunuco Juan, que poseia toda la confianza de Argirópilo. Despues de haberse entregado secretamente Zoe á este miserable, se valió de su hermano el eunuco para dar al emperador un veneno lento que le causó una enfermedad de larga duracion, acompañada de crueles dolores. Mas al observar que tardaba demasiado en morir, mandó que le ahogasen en el baño el jueves Santo, dia 11 de abril de 1034 (1).

Aquella misma noche, mientras cantaban la Pasion, dijeron al patriarca Alejo de parte del emperador que corriese al punto á palacio. Habian preparado la habitacion dorada, y estando sentada Zoe en el trono, presentó esta á Miguel al patriarca, exigiéndole que les concediese la bendicion nupcial. Hizo vacilar al patriarca el primer movimiento de horror; pero quedaron allanadas todas las dificultades con darle cincuenta libras de oro y otra tanta cantidad á su clero. Celebraron pues el matrimonio, y declararon emperador á Miguel de Paflagonia, el cual cayó poco despues en un estado de demencia, que parecia una verdadera posesion del espíritu maligno, y la atribuyeron á la divina venganza. Ocurrió una larga sequía que dió motivo para temer una esterilidad total. No buscaron empero el fin de estos males en la reparacion de los crímenes que reputaban causa de ellos, y se contentaban aquellos despreciables hipócritas con las meras esterioridades de Religion. Miguel tenia muchos hermanos, á quienes el eunuco Juan habia concedido los principales empleos de la córte. Dispusieron, pues, una procesion en que cada uno de ellos debia representar su papel. Juan llevaba la santa imágen de Edesa, el mayordomo mayor la carta de Jesucristo á Abgaro, y el protovestiario la sábana Santa. Vióse tambien en público el patriarca con su clero; pero en vez de la lluvia que pedian, cayó un pedrisco tan fuerte que rompió los techos, destrozó los árboles y disipó las pocas esperanzas que dejaba la sequía.

El eunuco Juan, que era mas emperador que Miguel, quiso tambien ser patriarca, y hubo muchos metropolitanos que no tuvieron dificultad en condescender con sus deseos. Pero el patriarca Alejo, que no habia hallado recursos para hacer observar la ley divina, los encontró para lo que le interesaba personalmente, y entregó á los prelados que le eran contrarios un escrito concebido en estos términos: «supuesto que pretendeis que no fué canónica mi entrada al pontificado, es necesario deponer al mismo tiempo á los obispos á quienes he conferido la consagracion en el discurso de once años de episcopado: entonces cederé la Silla al que quiera sentarse en ella.» Leida esta declaracion, los prelados intrigantes, á quienes habia consagrado en gran número Alejo, temieron perder su propia dignidad y no osaron llevar á cabo sus ideas, con lo que se vió obligado Juan á ceder de su empeño (1037).

El año siguiente quejóse al emperador el clero de Tesalónica, diciendo que el arzobispo Teófanes no les suministraba las retribuciones anuales. Miguel, que en medio de su demencia lograba algunos lucidos intervalos, le exhortó al principio con prudencia y suavidad á que las pagase, mas negóse á obedecer el avaro metropolitano. Disimuló Miguel, dejando que transcurriese algun tiempo sin hablar palabra, y despues envió á pedirle cien libras de oro prestadas hasta que cobrase ciertos derechos que le debian. Protestó el arzobispo en nombre de Dios, que no tenia mas de treinta libras. El emperador que con justa causa miraba como sospechoso el juramento de un avaro, mandó abrir el tesoro, en el que encontra-

(1) Cedr. *pag.* 733.

ron tres mil trescientas libras de oro en vez de las treinta; y de esta suma exorbitante para un obispo, mandó distribuir al clero todo lo que era suyo, repartiendo lo restante á los pobres. Espulsaron de su silla al prelado perjuro, é impusieron al sucesor la obligacion de pagar al príncipe una suma anual (1).

Temiendo Miguel que la enfermedad que padecia, ademas de atacarle á la razon le quitase la vida, sintió vivos remordimientos de sus crímenes, por lo que renunció el cetro en el año 1041, y se retiró á un monasterio donde murió con el hábito monástico el dia 10 de diciembre del mismo año. Veíase Zoe por este medio libre del eunuco, que reinaba verdaderamente bajo el nombre de su hermano el emperador. Esta muger, no menos ambiciosa que disoluta, hubiera querido conservar ella sola el poder que acababa de recobrar; pero no conformándose entonces las disposiciones del pueblo con las suyas, adoptó por hijo á un sobrino de Miguel el paflagon, llamado tambien Miguel, y por sobrenombre Calafate, á causa del oficio de su padre Esteban que habia sido calafateador de navíos. Cuatro dias despues de la muerte de su tio, dispuso Zoe que le proclamasen emperador, y no juzgando que su autoridad estaba bastante asegurada por la humildad del ministro que habia elegido, le obligó á que la prometiese con los mas terribles juramentos que toda su vida la respetaria como á su madre y señora y que no haria mas que ejecutar sus órdenes.

No obstante, como el emperador depositó despues toda su confianza en su tio Constantino, y temia morir como sus predecesores á manos de Zoe, la desterró á la isla del Príncipe. Quiso luego justificar en público su conducta, pero irritados los ciudadanos, le llamaron ingrato y perjuro, y ya que no podian restablecer de pronto á Zoe en el trono, proclamaron emperatriz á su hermana Teodora. Miguel y Constantino se refugiaron al monasterio de Studio, de donde los obligó á salir el pueblo y, sacándoles los ojos, los desterró (1042). Habiendo regresado Zoe á Constantinopla, quiso reinar por sí sola; pero el pueblo la obligó á tener por compañera á su hermana, siendo aquella la primera vez que se vió el imperio entregado á dos mugeres, cuya novedad no duró dos meses; pues Miguel Calafate fué depuesto á 21 de abril, y Constantino Monómaco fué reconocido en 11 de junio siguiente. Los historiadores que dan tres meses de duracion á este reinado de las mugeres, se equivocaron á causa del método de los griegos, quienes cuentan por meses enteros ó completos aquel en que principia el suceso y aquel en que acaba. No obstante Zoe con sus artificios y con sus liberalidades, que rayaban en el estremo de la profusion, logró tener siempre mucha mas autoridad que Teodora. Empero como una y otra mezclaban con los asuntos mas sérios las diversiones frívolas de su sexo, conoció el pueblo que eran incapaces de gobernar. Dedicáronse especialmente á hacer perfumes, y parecia que en su reinado era esta la funcion principal de la soberanía. Luego que la altiva y viciosa Zoe llegó á una edad avanzada, incurrió en todas las pequeñeces de una devocion supersticiosa. Honraba á una imágen del Salvador que habia adornado ella misma con un esmero pueril, la saludaba con familiaridad, la hablaba en alta voz como á una persona viva y ordinaria, y algunas veces vertia delante de ella un torrente de lágrimas que corrian á su arbitrio, y servian para que sus viles aduladores la llamasen santa.

Conoció, por último, la necesidad de nombrar un emperador. Habia tenido por amante á Constantino, llamado Monómaco,

(1) Cedr. *pag.* 740.

á quien desterró Miguel el Paflagon. Alejó pues de la corte á su hermana Teodora, levantó el destierro á Constantino, casóse con él en 11 de junio de 1042, á los sesenta y tres años de edad, y el dia siguiente dispuso que el patriarca le coronase emperador. Estas terceras nupcias no ofrecieron al parecer la menor dificultad al condescendiente Alejo ni á sus griegos, tan celosos de la pureza de su disciplina cuando les acomodaba. Este patriarca á 20 de febrero del año siguiente subió á dar cuenta al Juez Supremo de diez y siete años de pontificado que empleó como hemos visto. Encontraron en su casa veinte y cinco centenares, es decir, dos mil y quinientas libras de oro, de las que se apoderó el emperador. A Alejo sucedió Miguel Cerulario, desterrado por delitos de Estado, y fué el que consumó el cisma de los griegos (1). Pero antes de esta revolucion funesta y á fin de fortificar á las demas iglesias contra un escándalo tan grande, quiso la Providencia remediar el que tanto tiempo habia desolaba á la Silla apostólica, colocando en este centro de la unidad un Pontífice capaz por su mérito y virtudes de restituirle su antiguo esplendor. Desde la muerte del Papa Clemente II habia estado la Santa Sede mas de nueve meses sin Pontífice legítimo, pues no nombraron por sucesor suyo á Dámaso II hasta el 17 de julio de 1048, en cuyo dia renunció de veras Benedicto IX para seguir los consejos del santo abad Bartolomé y encerrarse con él en el monasterio de Grutaferrata, donde vivió todavía seis años en la práctica de los ejercicios de penitencia. Nunca hubo necesidad mas urgente de que no permaneciese vacante esta gran Silla; y el emperador Enrique III tenia bastante celo para contribuir á una acertada eleccion. Pretendian sentar en ella á Halinardo, arzobispo de Lyon, quien por un desprendimiento ejemplar permaneció oculto mucho tiempo á fin de evitar su eleccion, mientras otros se esforzaban á conseguir esta dignidad á fuerza de dinero. El emperador eligió, pues, en Alemania con los diputados de la Santa Sede, á Poppon, obispo de Brixen, y le envió á Roma, donde le recibieron con aplauso, y donde tomo el nombre de Dámaso; pero ocupó la Silla solo veinte y tres dias, muriendo en Palestrina á 8 de agosto de 1048.

A últimos del mismo año dispuso Enrique que se celebrase en Worms una junta numerosa de prelados y grandes con los diputados de Roma para deliberar sobre la eleccion de un Pontífice capaz de remediar los males de la Iglesia. Asistia á ella Bruno, obispo de Toul y pariente del emperador. Tenia este prelado cuarenta y seis años; era de buena presencia, de una afabilidad que le grangeaba todos los corazones, de una virtud nunca desmentida en veintidos años de episcopado, y de una inviolable fidelidad hasta en los mas pequeños artículos de la disciplina (1). Reunió todos los votos, y á nadie causó esto sorpresa sino á él. Resistióse con todas sus fuerzas: hizo una confesion pública en que exageró sus pecados para que le creyesen indigno del pontificado, y vertia un torrente de lágrimas, cuyo espectáculo hizo llorar á todos los concurrentes, pero sin que por eso cambiasen de resolucion. Cedió por último á unas señales tan manifiestas de la voluntad de Dios, declarando sin embargo que no consentiria en su eleccion sino con tal que la confirmasen unánimemente el clero y el pueblo romano.

Salió de Worms sin perder un instante, corrió á celebrar la fiesta de Navidad á su iglesia de Toul, y partiendo despues para Roma pasó por Cluny, de donde á la sazon

(1) Cedr. *pag.* 738.

(1) *Act. Bened. sacc. VI, p.* 2, c. 68; Bolland. 19, *Apr.*

era prior Hildebrando. Este le vituperó que vistiese ya la púrpura, porque el Soberano Pontífice no debia llegar visiblemente por manos de un lego al gobierno de toda la Iglesia; añadiendo que si queria seguir sus consejos, no por eso se ofenderia su dignidad imperial, al paso que en su eleccion seria restablecida la libertad de la Iglesia. Accediendo el piadoso Bruno á este aviso dictado por un santo celo, se quitó la púrpura, vistióse un trage de peregrino, y así se encaminó á Roma, llevando consigo al prior que habia de hacer fuese elegido por el clero y por el pueblo romano, y que mas adelante ocupó él mismo la Santa Sede con el nombre de Gregorio VII. Asi Bruno hizo de su viage un ejercicio de penitencia y procuró con todo género de buenas obras atraer las bendiciones del cielo sobre las primicias de su ministerio. Aumentábase su comitiva de ciudad en ciudad con un gentío inmenso que acudia de todas partes. Al acercarse á Roma salió á recibirle toda la ciudad cantando salmos y cánticos. El nuevo Pontífice los acompañó en este ejercicio piadoso, se apeó del caballo y anduvo descalzo un largo trecho. Antes de poner los pies en la ciudad, dijo al pueblo y al clero: «He sido elegido del modo que sabeis para gobernar vuestra iglesia; pero segun los cánones, la eleccion del clero y el testimonio del pueblo deben preceder á cualquiera otro voto. Os suplico por tanto me declareis vuestros sentimientos con entera libertad. Como he venido aquí á pesar mio, me volveré con mucho gusto, y á ello estoy resuelto á no ser que mi eleccion sea aprobada por vuestro unánime consentimiento.» Los romanos que estaban acostumbrados á una conducta muy distinta, contestaron á este discurso con bendiciones y con voces de alegría. «Está muy bien, replicó Bruno; ya que os es grata la eleccion de mi persona, ayudadme en mis esfuerzos para la reforma de las costumbres, y haced que con vuestras oraciones me sea menos pesada la carga que me han impuesto.» Por todas partes gritaron que solo encontraria hijos dóciles, y cooperadores celosos. Al punto entró en Roma á 2 de febrero dia de la Purificacion, y le elevaron al solio el 12, que era el primer domingo de Cuaresma del año 1049. Se cuenta desde este último dia la duracion del pontificado de Leon IX, que fué de cinco años, dos meses y siete dias.

Cuando se vió encumbrado á la Silla apostólica este santo y laborioso Pontífice, se consagró á la reforma de los muchos abusos que afligian á la Iglesia. La simonía en particular era tan comun en Italia, que al primer rumor que se esparció de que iban á quedar suspensos del ministerio todos aquellos que habian sido ordenados de un modo simoniaco, publicaron los sacerdotes y los obispos que iban á cesar las funciones eclesiásticas y aun las misas en casi todas las iglesias. La gravedad del mal obligó al Papa á aplicar el remedio sin ninguna tardanza. Tomó solamente el tiempo necesario para congregar á los obispos, y celebró un Concilio en Roma el dia 26 del mes siguiente al de su instalacion. Entretanto, habiéndosele manifestado que, segun el decreto de Clemente II, los clérigos ordenados por ministros simoniacos podian ejercer sus funciones despues de cuarenta dias de penitencia, adoptó Leon esta regla. Despues de las solemnidades de Pascua, y en la misma semana de Pentecostés fué á celebrar otro Concilio á Pavía, para hacer observar en aquellos paises las disposiciones del Concilio romano. Atravesó en seguida los Alpes, confirmó de camino la exencion de la abadía de Cluny, contra la cual si habian reclamado algunos prelados de Borgoña era porque la creian apócrifa, y pasó á Colonia para celebrar allí con el emperador la fiesta de San Pedro, como lo hizo. Conce-

dió muchos privilegios á Heriman, arzobispo de aquella ciudad.

Publicó allí, á instancia de Herimaro, abad de San Remigio de Reims, y con el beneplácito de Enrique rey de Francia, que iria á colocar las reliquias del apóstol de los franceses el primer dia de octubre, y al siguiente haria la dedicacion de la nueva iglesia que se le habia construido. Añadió que los tres dias inmediatos los destinaria á la celebracion de un Concilio; pero el rey, sin oponer una resistencia formal, respondió que no podria concurrir él ni sus obispos, porque le era preciso hacer una espedicion con todos los prelados de su reino contra algunos vasallos rebeldes. Esta aversion al Concilio no procedia tanto del rey como de los prelados simoniacos y de los principales señores que habian contraido matrimonios incestuosos, ó incurrido en otros desórdenes sujetos á la censura de la Iglesia. Opinó Su Santidad que era tanto mas necesario el remedio cuanto mas le temian. Emprendió, pues, el viage con la esperanza de que por lo menos tendria de su parte un buen número de prelados: volvió á ver de paso su amada iglesia de Toul, de la que le habian separado contra su voluntad, y cuyo título conservó siempre con el Sumo Pontificado; y llegó á Reims el dia de San Miguel, como lo habia anunciado.

No se equivocó cuando creyó que debia contar con el amor y veneracion de los franceses para con la Cabeza de la Iglesia (1). Presentáronse al Vicario de Jesucristo entonando mil cánticos y aclamaciones una multitud prodigiosa de fieles que habian acudido de los estados vecinos, gentes de distintas lenguas, de todas clases y condiciones, y de uno y otro sexo, sin escepcion de monges y solitarios, de sacerdotes y obispos. Se apeó en la iglesia de San Remigio, que se llenó al instante de un gentío tan inmenso, que no pudiendo el Papa volver á entrar en ella se vió precisado á oir misa en su cuarto. Creciendo el concurso la víspera de la ceremonia, sin que pudiese lograrse que saliese nadie de la iglesia, les amenazó de que regresaria á Roma sin celebrar la dedicacion. Retiróse al momento respetuosamente todo aquel concurso, sin necesidad de otra providencia. El dia del Concilio asistieron veinte obispos, cincuenta abades y otros muchos eclesiásticos de distincion (1).

Para evitar toda controversia en cuanto á la preferencia de asientos, especialmente entre los arzobispos de Reims y de Tréveris que se disputaban la primacía de las Galias, se colocaron las sillas en círculo en medio del coro, las de los abades detrás de los obispos, y el Papa entre el arzobispo de Reims y el de Tréveris, vuelto de cara al sepulcro de San Remigio. Hecha señal para que todos guardasen silencio, y rezadas algunas oraciones, propuso Pedro, diácono de la Iglesia romana, los artículos de que se habia de tratar; á saber, de la simonía, de las usurpaciones y exacciones de los legos contra las iglesias, de los matrimonios incestuosos y adulterinos, de la apostasía de los monges y clérigos, y de algunos escesos de impureza introducidos verosímilmente en las Galias con las prácticas y observancias de los últimos maniqueos. Dirigiendo luego el Papa la palabra á los obispos, les mandó por autoridad apostólica y bajo pena de anatema que confesasen públicamente y con juramento si alguno de ellos habia dado ó recibido las órdenes sagradas por simonía. Juraron todos al momento que estaban libres de semejante delito, á escepcion de cinco.

El de Nevers declaró que sin él saberlo

(1) *Hist. Dedic. in sæc. VI. Bened. pag.* 715.

(1) *Tom. 9. Concilior. pag.* 1036.

habian dado sus parientes crecidas sumas de dinero para conseguirle el episcopado; que desde que era obispo habia cometido muchas faltas que le daban motivo para temer la justicia de Dios; y por último, que si el Papa y el Concilio consentian en ello, preferia dar su dimision á perder su alma; y al momento dejó su báculo pastoral á los pies del Papa, el cual conmovido á vista de la humildad de este obispo, le pidió únicamente que afirmase con juramento que el dinero por cuyo medio le habian comprado el episcopado le habian dado sin él saberlo; y habiéndolo asi asegurado, el Papa le devolvió su Silla, pero dándole otro báculo pastoral. El obispo de Coutances sabia antes de su ordenacion que su hermano habia comprado para él el episcopado; al principio habia rehusado le ordenasen, pero despues ese mismo hermano le habia hecho tal violencia que se encontró ordenado á pesar suyo; mandósele, pues, jurase ser cierto lo que habia referido, y habiéndolo efectuado, se le declaró purgado de simonía. El de Langres, sintiéndose harto culpable, huyó, y fué depuesto. Pero el de Nantes, creyendo poder justificarse, dijo que le habian dado el obispado en vida de su padre, que era obispo de esta misma ciudad; que despues de la muerte de su padre habia él mismo dado dinero para que se le conservase en su Silla. A vista de esta confesion, el Concilio falló contra él, se le quitó el anillo y báculo pastoral, si bien por indulgencia se le permitieron las funciones del presbiterado. Hubo un número proporcionado de culpables entre los abades, y una sinceridad igual en todos los estados, siendo muy natural que lo que sucedió al arzobispo de Besanzon inspirase á todos los demas un temor tan grande del disimulo y mala fé.

Acusábase al obispo de Langres, además de la simonía, de violencias tiránicas contra su clero, de homicidios, de adulterios y de infamias execrables. Sin embargo, empeñó al arzobispo de Besanzon á que tomase á su cargo su defensa. Mas al ir á hablar este, enmudeció de repente, y fué el primero que publicó como un milagro lo que le sucedia. Acordáronse entonces los circunstantes de que San Remigio, á quien se miraba como presente en sus reliquias, hizo antiguamente otro prodigio igual, privando del uso de la palabra en un Concilio á un obispo arriano. El Papa esclamó vertiendo lágrimas: «sí, sí; todavia vive San Remigio»; y levantándose con todos los Padres corrió á postrarse ante el sepulcro del Santo, entonando una antífona en alabanza suya. Inspiró este suceso mucha docilidad y un terror muy grande. Los que se habian retirado furtivamente del Concilio, ó habian dejado de asistir á él sin escusa legítima, y aun los que habian sido excomulgados ó citados al Concilio de Roma para el año siguiente y habian pretestado la necesidad de hacer la guerra á los rebeldes, todos sin la menor reclamacion sobre la falta de formalidad, ni sobre lo acelerado de los procedimientos, ni sobre la insuficiencia de un Concilio de tres dias para el exámen y despacho de una infinidad de asuntos, reconocieron por último sus faltas, y se sujetaron casi sin escepcion á la sentencia fulminada contra ellos. Hasta los mismos pueblos mostraron el celo mas vivo en hacerlo llevar á efecto contra el corto número de los que permanecieron refractarios ó eran sospechosos de indocilidad; y asi es que habiendo sabido los habitantes de Sens que su arzobispo Gelduino habia sido excomulgado *nominatim* por no haber asistido al Concilio, y quizá tambien por haber intrigado contra su celebracion, le arrojaron de su Silla y eligieron otro pastor.

Hubo tambien algunos señores excomulgados nominalmente por haber contraido matrimonios ilegítimos, y se prohibió á

Guillermo, duque de Normandía, casarse con la hija del conde de Flandes á causa del parentesco que tenian. Formaron despues doce cánones, que no son mas que una renovacion de los antiguos, y por lo mismo seria inútil repetirlos. Observamos en este Concilio una cosa muy notable; desde la primera sesion se declaró que solo el Papa era primado de la Iglesia universal; pero es necesario recordar que se estaba ya muy cerca del momento de la independencia cismática á que aspiraban mucho tiempo habia los patriarcas de Constantinopla, atribuyéndose el título soberbio de ecuménicos, y que existia ademas alguna causa para temer que con estas denominaciones ambiciosas se introdujesen insensiblemente entre los occidentales semejantes ideas y pretensiones, y ya el arzobispo de Santiago en España habia tomado el título de Apostólico, que era entonces propio del sucesor de San Pedro. Para reprimir esta temeridad, se quiso dar á entender que el uso de tales dictados era una usurpacion de los derechos del Vicario de Jesucristo; por lo que en la sesion tercera excomulgaron al arzobispo español que daba un ejemplo tan peligroso al Occidente. Observamos igualmente en este Concilio de Reims, que al principiar dicha sesion se cantó el *Veni Creator*, siendo este el primer monumento que nos resta de la antigüedad de este himno cuyo autor se ignora.

Arreglados en Francia los asuntos pertenecientes á la Religion, volvió el Papa á Alemania y celebró en el mes de noviembre el Concilio de Maguncia que habia indicado anteriormente. Concurrieron á él como unos cuarenta obispos, inclusos cinco metropolitanos, entre quienes se distinguia como uno de los mas ilustres San Bardon, arzobispo de aquella diócesis. Estaba tambien presente el emperador Enrique con los señores de Germania, y se trató del mismo modo que en Francia de remediar los desórdenes que reinaban en el pais, particularmente la simonía y los matrimonios de los clérigos. Acusaron de incontinencia á Sibicon, obispo de Spira, y con justa causa; pero tuvo la temeridad sacrílega de querer demostrar su inocencia con la prueba del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, y al momento fué acometido de una paralisis que le dejó torcida la boca para todo el resto de sus dias (1). En este Concilio creó el Papa archi-cancilleres de la Iglesia romana y presbíteros cardenales de la iglesia de San Juan *ante Portam latinam* á los arzobispos de Colonia; pero cayeron en desuso estas dos dignidades y solo quedó á los arzobispos de Colonia el derecho de vestir de encarnado como los cardenales.

Murió San Bardon año y medio despues de este suceso, á 10 de junio de 1051 (2). Habia sido monge de la abadía de Fulda, donde no pensaba mas que en vivir con la mayor sencillez y humildad, sin embargo de que era pariente de la emperatriz. Un dia en que se reían de él sus hermanos porque estaba leyendo el pastoral de San Gregorio, les respondió en tono de chanza: «Acaso, les dijo, habrá algun rey que, no sabiendo á quien hacer obispo, ponga los ojos en mí.» Entretanto, como habia adelantado mucho en los estudios bajo la direccion y enseñanza del abad Archambaldo, que fué despues arzobispo de Maguncia, y mostrado no menos prudencia que doctrina, le encargó el abad Ricardo el gobierno de un nuevo monasterio fundado cerca del antiguo. El emperador Conrado, que miraba con particular inclinacion á los religiosos de Fulda, visitó aquel nuevo establecimiento y quedó prendado del buen órden que en él hacia observar Bardon, tomó cariño á este

(1) *Tom. 9 Concilior. pag.* 1046.
(2) *Saec. VI. Bened. part.* 2, *cap.* 6.

piadoso pariente de su esposa, le dió la abadía de Verthina cerca de Colonia, en seguida la de Herfeld, inmediata á Fulda; y en fin, despues de la muerte de Aribon, arzobispo de Maguncia, le encumbró á esta Silla, siendo de edad de cincuenta años con corta diferencia. Mas no tardó en temer que este buen monge no pasaria de la clase de un obispo muy mediano.

Hallándose Bardon con el emperador en Goslar en las fiestas de Navidad, ofició el primer dia, segun la prerogativa de su gerarquia. Era costumbre que el celebrante predicase despues del Evangelio: lo ejecutó el nuevo arzobispo, y sin duda no dió motivo para que se admirase su elocuencia. Hablaron de esto muchos críticos con gran libertad: no faltó quien repitiese por todas partes las declamaciones de estos, y se vituperó sin ninguna circunspeccion á los que habian elevado á un simple monge á una dignidad tan eminente. Al otro dia, que era el de San Esteban, cantó la misa Thierri, obispo de Metz, y predicó un sermon elocuente: «esto es, decian, lo que se llama predicar: este sí que es obispo.» El dia de San Juan preguntaron á Bardon quién habia de oficiar, y respondió que lo egecutaria él. Temiendo sus amigos las resultas se valieron de varios pretestos para que desistiese de semejante pensamiento; pero él no dió oidos á nadie, subió al púlpito y escitó de tal modo la admiracion de todo el concurso que no hubo quien pudiese contener las lágrimas. Cuando despues, segun costumbre, fué á sentarse á la mesa con el emperador: «hoy es para mí el dia de Navidad, le dijo Conrado: la envidia y la malignidad quedan confundidas.» En una palabra, no sabia cómo manifestarle su alegría. Mas el arzobispo hizo tan poco caso de los elogios de este dia, como del desprecio de los precedentes: se retiró de la córte lo mas pronto que pudo, y fué á confinarse en su diócesis, la que gobernó por espacio de veinte años de tal modo, que mereció ser colocado en el número de los Santos que venera públicamente la Iglesia.

Tuvo por sucesor á Liupoldo, dean de la iglesia de Bamberg. Celebrando este prelado el santo sacrificio de la misa delante de Leon IX en otro viage que hizo este Papa á Alemania, un diácono del pais cantó, segun el uso de su iglesia, una leccion despues de la primera oracion de la misa. Habia en Roma diferente costumbre, y algunos romanos de la comitiva del Papa le persuadieron que prohibiese al diácono continuar su epístola. El diácono, que era un jóven de bastante viveza y nada cobarde, continuó cantando (á pesar de habérselo prohibido por segunda vez el Papa) en el mismo tono de voz con que habia empezado, y el Santo Pontífice, afectado por la arrogancia del jóven clérigo, le mandó llamar despues de haber cantado su leccion y le degradó inmediatamente. Prosiguió el arzobispo pacificamente hasta el momento del sacrificio; pero entonces se sentó en su silla y protestó que ni él ni otro alguno acabaría la misa si no se le restituia su diácono. Leon IX, á quien tachan algunos de que tenia un celo tal vez demasiado vivo, mostró en esta ocasion que sabia templar su ardor cuando era necesario, y aun reprobar los consejos que se dirigian á escitar su indignacion. Al momento entregó el diácono revestido de todos sus ornamentos, y rehabilitado por este mismo hecho, despues de lo cual concluyó Liupoldo el sacrificio. Se debe considerar aqui, dice el abad de Usperg (1), por una parte la firmeza del metropolitano en sostener su dignidad delante del Papa, y por otra la oportuna humildad con que conoció el Papa la necesidad de ceder al metropolitano en su provincia.

(1) *Chron. Sax. ann.* 1052. *Abb. Usperg.*

Mas para que el lector pueda apreciar el hecho y la reflexion del autor original, debemos advertir que el abad de Usperg que escribia bajo el imperio de Federico II en la época de sus contestaciones con Gregorio IX, juzgó mal de este suceso á consecuencia del ódio que habia concebido contra los romanos Pontífices. El Gefe de la Iglesia no tiene necesidad de someterse á los usos de una iglesia particular en que se encuentre. Si el Papa cedió en esta ocasion, es señal de que mostró mas prudencia y virtud que Liupoldo, y que al paso que sostenia la censura que habia pronunciado no quiso contribuir al escándalo dado por el diácono y al que ademas podia resultar de la conducta del prelado.

Despues de haber remediado los desórdenes de Alemania, volvió el Papa Leon á Italia, esforzándose á restablecer la pureza de las costumbres y de la disciplina durante su viaje, y procurando con todo su poder el mayor bien de la Religion. Al pasar por la Lorena se llevó consigo á Humberto, abad de Moyen Moutier, y le hizo obispo y cardenal. Pronto veremos cómo se distinguió este prelado entre los mas ilustres de su siglo, así por su ciencia como por los importantes servicios que prestó á la Iglesia. En Siponto, ciudad situada á la falda del monte Gargano, celebró Leon otro Concilio en que depuso á dos arzobispos simoniacos (1050).

Poco despues de las solemnidades de Pascua celebró por fin en la iglesia de Letran el Concilio romano que habia indicado (1), al cual asistieron cincuenta y cinco entre obispos y arzobispos, siendo muchos de ellos del reino de Francia, como interesados principalmente en los asuntos que habian de tratarse en él á consecuencia del Concilio de Reims. Se confirmó la deposicion de Gelduino de Sens; pero creyó el prudente Pontífice que debia rehabilitar al sucesor que se le habia dado de un modo irregular, aunque con justicia en el fondo de las cosas. Hugo de Langres, acusado de tantos delitos, habia conservado siempre la fé, y aun mucho celo contra los hereges, pues es el primer autor de quien se tiene noticia de que haya escrito contra Berengario. El horror de la excomunion y el estado deplorable de su conciencia escitaron sus remordimientos. Fué descalzo á Roma, y no solo confesó sus pecados al Papa, sino que se presentó al Concilio con la espalda desnuda y con varas en la mano, suplicando á los Padres que por medio de una correccion saludable le libertaran de los castigos eternos que reconocia haber merecido por sus grandes maldades. Se enternecieron y lloraron los obispos: el Papa estaba inclinado á tratarle con toda indulgencia, y deseaba restablecerle en su dignidad episcopal haciendo una escepcion á las reglas comunes; pero Hugo no quiso emplearse en otra cosa que en llorar sus estravíos, se retiró á San Vannes de Verdun, donde era abad su hermano Valleran, tomó allí el hábito monástico, y murió algun tiempo despues con los mas vivos sentimientos de penitencia. Se habia citado tambien al Concilio de Roma al obispo de Dol en Bretaña, y á los que decian ser sus sufragáneos, para que respondiesen sobre su resistencia á sujetarse al arzobispo de Tours; y no habiendo comparecido, fueron excomulgados como contumaces y sospechosos del delito de simonía de que tambien se les acusaba. El Papa Leon canonizó en el Concilio de Letran á San Gerardo (1), que habia sido uno de sus predecesores en la Silla de Toul (1050) (a).

(1) Herm. *Conc. ann.* 1050.

(1) *Mabill. Praef. Saec. V. Bened. part. 2; Vit. S Leon. IX. ap.* Bolland. *tom.* 10, *pag.* 645.

(a) En este mismo año 1050 en que se celebró el Concilio de Letran, se tuvo tambien otro en Coyan-

Pero el asunto mas importante que se trató en él, fué el exámen de los errores de Berengario, delatados al mismo Concilio. Este falso doctor, que puede mirarse como el primer heresiarca propiamente tal que hayan producido las Galias, habia nacido en el pais de Tours con todas las cualidades que caracterizan á los novadores; pero sobre todo con una inclinacion declarada á las ideas

---

za, ó sea Valencia de Don Juan en Asturias, por la solicitud y desvelo del ínclito príncipe de Leon y Castilla D. Fernando, para la restauracion de la disciplina eclesiástica. Concurrieron el rey D. Fernando y su esposa doña Sancha, los obispos Froilan de Oviedo, Cipriano de Leon, Diego de Astorga, Siro de Palencia, Gomez de Viseo, Gomensio de Calahorra, Juan de Pamplona, Pedro de Lugo, y Gresconio de Iria ó Santiago, con gran número de abades y de grandes del reino. Formáronse trece cánones. En el primero se manda que cada obispo celebre con órden en sus diócesis y con sus clérigos las funciones eclesiásticas. En el segundo se prescribe que en todos los monasterios de España, así de varones como de mugeres, se observe la regla de San Benito, y que estén sujetos á los obispos. Esto ha dado márgen á algunos para suponer que en virtud de este cánon se introdujo en España la regla de San Benito; pero basta leer atentamente el cánon para conocer cuán fuera de razon es semejante propósito, porque de que se mandase ahora que todos los monasterios observaran la regla de San Benito, no se sigue de modo alguno que antes no se observase en ninguno. Así arguye el P. Villanuño, benedictino, á Ferreras y otros. En el cánon tercero se manda que las iglesias y los eclesiásticos estén bajo la jurisdiccion del obispo y no de los legos. «Se habia introducido en España, dice Villodas y lo habia dicho antes Tomasino, el abuso de dar en Encomiendas á los legos las parroquias y monasterios; y aunque en el Concilio de Valencia de 546, cánon II, vemos algun vestigio de *Encomiendas*, dando el título de *comendador* al obispo vecino, que debia concurrir á enterrar á su coepíscopo difunto y cargar con el cuidado de su iglesia en sede vacante, no se ven apoyadas en nuestros Concilios las encomiendas laicales.» Se manda además en dicho cánon II de nuestro Concilio de Coyanza, que «las iglesias permanezcan íntegras y no divididas, con sus presbíteros y diáconos, con los libros correspondientes para todo el año, y con los ornamentos eclesiásticos, de manera que no se celebre con cáliz de madera ni de barro. Las vestiduras del sacerdote al celebrar el Santo Sacrificio deben ser: amito, alba, cíngulo, estola, casulla y manípulo; las del diácono, amito, alba, cíngulo, estola, dalmática y manípulo; el ara del altar debe ser toda de piedra y estar consagrada por el obispo; la hostia, de trigo, sana y entera; el vino, puro; y el agua, limpia; de modo que entre el vino, la hostia y el agua se signifique la Trinidad. El altar debe estar decentemente adornado, y encima un paño limpio de lino. Debajo y encima del caliz debe haber un corporal limpio y entero de lino. Los presbíteros y diáconos que ejercen su ministerio en la Iglesia, no lleven armas bélicas, tengan siempre abierta la corona, aféitense la barba, no tengan en su casa mugeres á no ser madre ó hermana, ó tia ó madrastra; el vestido que usen sea cual corresponde y de un solo color.» El cuarto cánon dispone que todos los arcedianos y presbíteros llamen á penitencia á los adúlteros, incestuosos, ladrones, homicidas, etc., y que si estos tales no quisieren arrepentirse sean separados de la Iglesia y de la comunion. En el quinto se prescribe que los que el arcediano presente al obispo en las cuatro témporas para ser ordenados deberán saber perfectamente todo el salterio, los himnos, cánticos, epístolas, evangelios y oraciones, y que los sacerdotes no concurran á las bodas, sino para dar la bendicion. Dispone el cánon sesto que todos los cristianos santifiquen el domingo asistiendo á la iglesia la tarde del sábado y en la mañana del domingo á la misa y á todo el oficio divino: que se abstengan de obras serviles y tambien de emprender viages como no sea para actos de devocion, ó para enterrar los muertos ó visitar enfermos, ó por precepto del rey, ó á causa de guerra con los sarracenos. Manda tambien que ningun cristiano viva ni coma con ningun judío. En el sétimo se encarga á los condes, etc., que administren con justicia y no opriman á los pueblos. En el octavo se manda que en Leon, Galicia, Asturias y Portugal se juzgue por las leyes del rey don Alfonso V, y en Castilla por las del conde don Sancho que se llamaron despues *Fuero viejo de Castilla*. El cánon once manda que se ayune todos los viernes. El doce prohibe sacar violentamente de las iglesias á los que á ella se refugien, y confirma así el derecho de asilo concedido á las iglesias y le estiende á treinta pasos en derredor como hizo el sínodo helenense. Finalmente, el XIII prescribe y recomienda á los súbditos la fidelidad y obediencia debida al rey, escomulgando á cualquier transgresor y privándole de todos los honores; y por el mismo decreto confirma el rey así á los de la corona de Leon como á los de Castilla sus fueros y libertades.

«Por este tiempo dice el P. Mariana, dos hijas de dos reyes moros se tornaron cristianas y se bautizaron, la una fué Casilda hija de Almenon, rey de Toledo (en las lecciones de los Santos toledanos se le llama Cinon); la otra Zaida, hija del rey Benhabet de Sevilla. La ocasion de hacerse cristianas fué de esta manera: Casilda era muy piadosa y compasiva de los cautivos cristianos que tenian aherrojados en casa de su padre, de su gran necesidad y miseria; acudíales secretamente con el regalo y sustento que podia. Su padre avisado de lo que pasaba y mal enojado por el caso, acechó á su hija. Encontróla una vez que llevaba la comida para aquellos pobres; alterado preguntóla lo que llevaba, respondió ella que rosas; y abierta la falda las mostró á su padre, por haberse en ellas convertido la vianda. Este milagro tan claro fué ocasion que la doncella se quisiese tornar cristiana; que de esta manera suele Dios pagar las obras de piedad que con los pobres se hacen, y fruto de la misericordia suele ser el conocimiento de la verdad. Padecia esta doncella flujo de sangre; avisáronla (fuese por revelacion ó de otra manera) que si queria sanar de aquella dolencia tan grande, se bañase en el lago de San Vicente que está en tierra de Briviesca. Su padre que era amigo de los cristianos, por el deseo que tenia de ver sana á su hija, la envió al rey don Fernando para que la hiciese curar. Cobró ella en breve la salud con bañarse en aquel lago: despues recibió el bautismo segun que lo tenia pensado; y en reconocimiento de tales mercedes olvidada de

nuevas y á las aventuras arriesgadas, con un amor desordenado de la preferencia, con el talento de recomendarse, y con un espíritu al mismo tiempo obstinado y flexible, incapaz de variar y siempre pronto á retractarse. Enseñó en su patria, conservó la escuela de Tours siendo arcediano de Angers, y adquirió la reputacion de ser uno de los maestros mas hábiles que habia en las Galias.

En este tiempo un jóven italiano llamado Lanfranco, que acababa de concluir la carrera de sus estudios en Pavía con un crédito estraordinario, fué á buscar á Francia la fama y la gloria que entonces amaba con pasion. Tuvo con Berengario una disputa pública en la que estuvo muy lejos de recibir aplausos el profesor tan celebrado. Aunque solo se trató de cuestiones muy indiferentes, muchos discípulos de Berengario perdieron la alta idea que tenian de su sabiduría, y le abandonaron. Yendo Lanfranco algun tiempo despues á la capital de Normandía, fué acometido por unos ladrones que le robaron en un selva, y le dejaron atado á un árbol. Inspirándole sentimientos de piedad el peligro y la desgracia, quiso cantar las alabanzas de Dios; pero como no sabia ninguna de memoria, se avergonzó del honor que habia adquirido en las ciencias profanas, cuando era tan ignorante en la de la salvacion. «Señor, esclamó, libradme del peligro en que me hallo, y con vuestra gracia yo aprenderé á serviros.» Hecha esta oracion, oyó que pasaban unos caminantes y les pidió socorro. Luego que le desataron, les suplicó que le dijesen cuál era el monasterio mas pobre de aquel pais. «No conocemos otro mas pobre ni mas santo, le dijeron, que el que ha edificado aquí cerca un buen hombre;» y le pusieron en el camino que guiaba á él (1).

Era el del Bec (Pico), llamado así en lengua céltica por el arroyo en cuya orilla se construia en un estado muy diferente de lo que llegó á ser despues. Herluino era el abad, el fundador, el arquitecto y el albañil, con algunos pobres compañeros que habia reunido. Descendia no obstante de Ansgor, de la familia de los primeros príncipes normandos que pasaron de Dinamarca, y de Heloisa, parienta de los condes de Flandes; y por las pruebas que habia dado de valor, le estimaba muy particularmente Gisleberto, conde de Brionne y nieto del duque Ricardo I; pero habia dejado todas estas ventajas por entregarse á los trabajos mas viles y á una vida tan austera, que consistia todo su alimento en pan de centeno y en algunas yerbas cocidas con agua y sal. Su madre renunció igualmente los bienes del siglo, y se retiró á un paraje inmediato á aquel monasterio para lavar los hábitos de los monges y servirles en otras tareas de esta clase (2).

---

su patria en una hermita que hizo edificar junto al lago, pasó muchos años santamente. En vida y en muerte fué esclarecida con milagros que Dios obró por su intercesion; la Iglesia la pone en el número de los Santos que reinan con Cristo en el cielo, y en muchas iglesias de España se la hace fiesta á 15 de abril.» (En el arzobispado de Toledo se la celebra el 9).—«La Zayda, quier fuese por el ejemplo de Santa Casilda, ó por otra ocasion, se movió á hacerse cristiana, en especial que en sueños le apareció San Isidoro y con dulces y amorosas palabras la persuadió pusiese en ejecucion con brevedad aquel santo propósito. Dió ella parte de este negocio al rey su padre; él estaba perplejo sin saber qué partido debria tomar. Por una parte no podia resistir á los ruegos de su hija; por otra temia la indignacion de los suyos si le daba licencia para que se baptizase. Acordó finalmente comunicar este negocio con Don Alonso, hijo del rey D. Fernando: concertaron que con muestra de dar guerra á los moros hiciese con golpe de gente entrada en tierra de Sevilla, y con esto cautivase á la Zayda, que estaria de propósito puesta en cierto pueblo que para este efecto señalaron. Sucedió todo como lo tenian trazado; que los moros no entendieron la traza, y la Zayda llevada á Leon fué instruida en las cosas que pertenece saber á un buen cristiano. Bautizada se llamó doña Isabel, si bien el arzobispo D. Rodrigo dice que se llamó doña Maria.» (*N. del E.*)

(1) *Vit. saec. V. Bened. part.* 1, *pag.* 635; Bolland. *tom.* 17, *pag.* 838.

(2) *Saec. VI. Bened. part.* 2, *pag.* 343.

Cuando llegó Lanfranco al Pico, encontró á aquel santo hombre empleado en construir por sí mismo un horno. No puedo ver esta santa simplicidad sin enternecerse, y postrándose á los pies del abad se los besó con gran respeto. Herluino por su parte se admiró de la humildad de un hombre tan sábio, y creyó haber encontrado el sugeto que hacia ya algun tiempo pedia al Señor para instruir á sus discípulos, porque él se reconocia incapaz de ejecutarlo. En efecto, apenas sabia leer, pues antes de su retiro no se habia dedicado á las letras, segun la costumbre de la nobleza de aquellos tiempos. No obstante, pasó Lanfranco tres años en la mas perfecta soledad, á fin de instruirse en las obligaciones de la vida monástica, y particularmente en los divinos oficios segun la promesa que habia hecho á Dios.

Estableció despues una escuela, y enseñó desde luego con tanta reputacion, que acudian á ella de todas las Galias, no solo los niños y los clérigos, sino tambien los maestros mas famosos. Viéndose entonces Berengario mas abandonado que nunca de sus discípulos, buscó en la carrera teológica, que le era enteramente desconocida, un nuevo pábulo para mantener la curiosidad, ó por lo menos un freno contra la desercion. Interpretó de un modo contrario á toda la antigüedad los pasages de la Escritura que enseñan la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía, se declaró contra Pascasio Ratberto, célebre entre los doctores que la habian sostenido unánimemente en el siglo nono y en todos los demas, y dió grandes elogios á Juan Escoto, que parecia haberla impugnado en el mismo tiempo, bien que con poco estrépito y con menor efecto. Escandalizado Lanfranco de la celebridad peligrosa que daba el novador de Tours á Juan Escoto, se esforzó á refutar en su escuela á aquel escritor pernicioso, y á vindicar la doctrina católica de Pascasio; con cuyo motivo le escribió Berengario en estos términos: «He sabido, hermano mio, por Enguerran de Chartres, que censuras y tienes por herético el modo de pensar de Juan Escoto acerca del Sacramento del altar en todo lo que es contrario á tu favorito Pascasio. Si esto es asi, no has hecho buen uso de tu ingenio, el cual no es despreciable, pero le falta todavia mucho estudio en la ciencia de la Escritura; y si te parece herege este doctor, cuyas opiniones apruebo yo, debes pensar lo mismo de Ambrosio, Gerónimo y Agustin, por no hablar de los demas.» Por esta carta, que fué delatada al concilio de Roma, se juzgó de los sentimientos heréticos de Berengario, el cual fué condenado en él y privado de la comunion. Pero como estaba ausente, se le citó al concilio convocado en Vercelli para el dia 1.° de setiembre del mismo año, á fin de oir su defensa.

Entretanto se aprovechó de la ausencia de Lanfranco, que fué llamado al concilio de Roma, y procuró esparcir sus errores hasta en Normandía. Fué al monasterio de Preaux, que acababa de fundarse en la diócesis de Lisieux y respiraba todo el fervor de un instituto primitivo. Roberto, último duque de Normandía, le habia favorecido con sus beneficios; y á fin de trasmitir sus sentimientos de benevolencia á Guillelmo su hijo y heredero, eligió á este príncipe por testigo de las disposiciones de su liberalidad con otros muchos jóvenes distinguidos, á quienes se dió una bofetada para que conservasen la memoria de lo que veian: práctica antigua desde entonces, y que sirve para esplicar lo que se ejecuta cuando se da la confirmacion á los niños. Luego que Ansfredo, abad de Preaux, oyó á Berengario, se horrorizó de una doctrina tan contraria á la creencia comun (1), por lo cual pasó prontamente el novador á verse con el duque Guillelmo,

(1) Durand. Troarn. *part.* 9, *pag.* 106.

figurándose que le seria mas fácil sorprenderle á causa de su corta edad; pero mostrando ya este príncipe la superioridad y rectitud de juicio de que dió despues unas pruebas tan brillantes, creyó que no debia decidirse por sí solo en materias de Religion. Detuvo, pues, á Berengario y reunió las personas mas hábiles de sus Estados en la pequeña villa de Brionne cerca de la abadía de Pico. Compareció Berengario con un discípulo suyo, en cuya elocuencia confiaba mucho; pero fueron refutados con tanto vigor, que se vió reducido á un silencio vergonzoso, y despues á la confesion forzada de la fé católica (1050); pero apenas salió de esta conferencia, escribió á sus ciegos sectarios una carta llena de sus blasfemias acostumbradas, y aun tuvo la audacia de tratar en ella de herética á la Iglesia romana y de imponer la misma nota al Papa San Leon, para vengarse de los normandos que estaban unidos en la fé con la Santa Sede, y de la excomunion fulminada contra él en el concilio de Roma. Sin embargo, no tuvo por conveniente entrar en una esplicacion individual de lo que habia pasado en Brionne, difiriendo responder á ello, como él decia, hasta que hubiese confundido al Papa y á los romanos en el concilio que iba á celebrarse en Vercelli.

Pero se guardó muybien de asistir á esta augusta asamblea, á la que dan muchos autores el título de concilio plenario, y en efecto asistieron á ella obispos de todas las partes del mundo (1). No obstante, deseando guardar todavia algun miramiento, ó por mejor decir, proponiéndose el objeto de alucinar mas y mas á sus partidarios, envió dos eclesiásticos que pudiesen denigrar despues sus procedimientos y hacer sospechosa su legitimidad. Lanfranco, á quien desde el concilio de Roma habia obligado el Papa á quedarse en su compañía, como que era un hombre de los que mejor conocian el sistema del heresiarca, concurrió puntualmente á Vercelli. Se leyó allí en público el libro de Juan Escoto, que fué proscrito por unánime consentimiento de todos. Se espuso despues la doctrina de Berengario, el cual desde el último concilio no habia hecho otra cosa que suministrar nuevas pruebas de sus errores, y se confirmó su condenacion á pesar de los artificios de sus emisarios. Apenas abrieron la boca para defenderle, manifestaron todos los obispos el horror con que miraban aquella doctrina. En este mismo Concilio suspendió el Papa de sus funciones á Hunfredo de Ravena por haber faltado algun tanto al respeto debido á la Iglesia de Roma. Desde que aquella ciudad empezó á ser la principal residencia de la autoridad de los griegos en Italia, conservaban sus arzobispos una altivez y unas pretensiones exhorbitantes, las cuales perjudicaban especialmente á los patriarcas de Grado. Al mismo tiempo que Leon IX castigaba á Hunfredo, concedió el pálio á Domingo de Grado, con la prerogativa de hacer que llevasen la cruz delante de él. Pero esta antigua disputa no quedó todavia decidida, ni lo fué hasta tres años despues en que el mismo Papa decretó en su Concilio que el patriarca de Grado, por otro nombre la nueva Aquileya, seria metropolitano de las dos provincias de Istria y Venecia, segun los privilegios de los Sumos Pontífices.

Sin esperar el resultado del Concilio que se celebraba en Italia, iba Berengario haciendo de dia en dia nuevos progresos en las Galias; y como le era muy sensible la humillacion que habia sufrido en la conferencia de Brionne, publicó una carta dirigida á un sábio religioso del Pico, llamado Ascelino, que habia sido uno de sus mas terribles antagonistas en la disputa, propo-

(1) Herm. *Chron. ad ann.* 1050.

niéndose con esto cubrir la confusion y vergüenza de su derrota y sostener á sus partidarios en medio de la indecision en que se hallaban. Niega en este escrito (1) que se le hubiese reducido á confesar que Juan Escoto habia errado en materia de fé, y con su doblez y sus artificios ordinarios esplica la confesion que se le habia obligado á hacer en este punto: á lo cual añade, que no se puede tratar de herege á aquel autor sin temeridad, injusticia é impiedad, y que al contrario, opinando con la única autoridad de Pascasio, que no queda nada de la sustancia del pan y vino en el Sacramento del Cuerpo del Señor, se adoptaba una opinion no menos contraria al sentido comun que á la doctrina del Evangelio y del Apóstol San Pablo. En la refutacion que de esa carta publicó Ascelino, empieza manifestando la nueva impostura de Berengario, y á fin de confundirle con argumentos de hecho, pone por testigos á cuantos asistieron á la conferencia, de que habia convenido en que era herética esta proposicion particular de Juan Escoto: «esto se hace en la apariencia y no en realidad:» *specie ista geruntur, non veritate.* Despues demuestra que la opinion que él atribuia únicamente á Pascasio es un dogma de la Iglesia universal; que es en todo conforme á la doctrina de los Evangelistas y á la del Doctor de las naciones; y en fin, que no contiene ninguna cosa contraria á la naturaleza, cuyas leyes esenciales no son mas que la voluntad omnipotente del Criador.

En las mismas circunstancias Adelman, maestrescuela de la iglesia de Lieja y despues obispo de Brescia, escribió á Berengario una carta concebida en estos términos (2): «Hermano mio, carísimo hermano mio, porque bien puedo darte este tierno nombre en memoria de la dulce compañía en que hemos vivido en Chartres, tú mas jóven, y yo de alguna mayor edad, en la santa escuela del Sócrates cristiano nuestro venerable Fulberto: acuérdate, hermano mio, de las conversaciones que este Padre eternamente memorable tenia por la noche con nosotros en el huertecito inmediato á la capilla. Dirigiéndonos alli la palabra con tanta ternura que muchas veces no le permitian hablar las lágrimas, no cesaba, bien lo sabes, de repetirnos: «hijos mios queridos, seguid siempre los caminos trillados, y andad cuidadosamente por donde anduvieron los Padres, sin apartaros jamás á derecha ni á izquierda.» Líbrete Dios, carísimo hermano mio, de caminar por senderos estraviados. Apresúrate á desmentir los rumores que se han esparcido contra tí aun en Germania, y aumentan de dia en dia mi dolor en esta tierra estrangera. Me dicen continuamente que te has separado de la unidad de la Iglesia, enseñando que la hostia inmaculada que se ofrece todos los dias y en todas partes en nuestros altares, no es el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo, sino una simple figura y una semejanza. Te suplico, pues, por las misericordias eternas, y por la memoria inmortal de nuestro incomparable maestro, que no turbes la paz de la Iglesia católica, por la cual han peleado tantos millares de mártires y santos doctores, y han prodigado su sudor y su sangre, defendiéndola de tal modo que están ya igualmente confundidos todos los hereges que ha habido y los que pueda haber en lo sucesivo.»

Esta exhortacion patética, y los argumentos sólidos con que establecia Adelman en la misma carta la creencia comun de la Eucaristía, eran sin duda alguna muy á propósito para hacer una sensacion eficacísima; pero los que llegan á formar un partido, solo atienden por lo comun á su sistema

(1) *Ap. Lanfr. t. 9, p. 24.*
(2) *Ib.*

y á su falsa gloria. Así sucedió á Berengario que continuó trabajando en aumentar su secta con sus discursos, con sus escritos y con sus emisarios, y se dedicó con especial cuidado á adquirir protectores y partidarios entre los obispos, seduciendo en efecto á Bruno de Angers y á Frolando de Senlis. Temieron entonces los demas obispos del reino el peligro que amenazaba á la Religion, y dieron parte de sus recelos al rey, el cual convocó un concilio en París para mediados de octubre del año 1050, mandando á Berengario que concurriese á él.

Al plazo indicado llegaron al concilio un gran número de prelados, de sabios eclesiásticos y de señores piadosos, juntamente con el rey Enrique (1); pero lejos de comparecer el herege, se mantuvo oculto en Angers á la sombra del obispo que le favorecia. Sin embargo, se procedió contra él. Se leyeron sus escritos con atencion, y al principio se oyeron con mucho silencio; mas su doctrina impía escitó muy en breve la indignacion general. El autor fué condenado al momento y de comun acuerdo, como tambien el libro de Juan Escoto. Habiéndose mostrado el rey y los señores mucho mas irritados que el clero contra los enemigos del misterio adorable que forma el objeto mas sagrado del culto público, se decretó que si no confesaban y condenaban sus errores aquellos sectarios iria á castigarlos el ejército francés, llevando al frente á los eclesiásticos en hábitos sacerdotales. Quedaron consternados los novadores luego que llegó á su noticia esta resolucion, y los menos obstinados adjuraron sin dificultad la nueva heregía. Pero no tardaron los gefes de la secta en hallar el medio de conjurar esta tempestad á fuerza de artificios y con la proteccion que supieron conseguir; en especial el obispo de Senlis dominó de tal modo el ánimo del rey, y le hizo tantos elogios de las virtudes y de la piedad de Berengario, que engañándose el príncipe, como suele suceder á todos los grandes en esta clase de materias, no pudo persuadirse que fuese herege un eclesiástico tan piadoso, y aun temió ser el instrumento de la envidia, enemiga y perseguidora del mérito. En una palabra, sin mudar de sentir el rey Enrique, mudó de procedimientos, ó á lo menos mostró mucha condescendencia en este punto. Así se inutiliza frecuentemente por la intriga y la hipocresía el celo de los mejores príncipes; y el error que pudieran sofocar en su orígen sin ningun trabajo, echa despues tales raices que es casi imposible estirparlo.

El deseo de remediar enteramente los males de la iglesia de Francia, movió al Papa Leon á volver á este reino poco despues del Concilio de Vercelli; pero disimularon por entonces los novadores, y no vemos que tuviese ningun motivo para quejarse de que se mostrara negligencia en reprimirlos. Allí se empleó en otro objeto mucho mas acomodado á sus piadosas inclinaciones, nombrando á San Roberto abad de la *Chaise-Dieu*, asilo sagrado de las mas puras virtudes, llamado con justa razon Casa de Dios, *Casa Dei*. El santo fundador era hijo del conde Geraldo, descendiente de la familia de San Geraldo de Aurillac (1). Pasó la juventud en una inocencia admirable adelantando de dia en dia en el camino de la virtud, y no obstante que era sacerdote y canónigo de San Julian de Brioude, tomó por último la resolucion de consagrarse á Dios en la soledad, llevándose consigo á Esteban y á Dalmacio, dos hombres de distincion, á quienes habia inspirado los sentimientos mas religiosos, y se retiraron los tres á una iglesia medio arruinada, que era

(1) Durand. Troarn. *ubi supr.*

(1) *Saec. VI. Bened. part.* 2, *pag.* 188.

propia de dos hermanos canónigos de Puy, los cuales se la cedieron fácilmente con el desierto que habia en sus inmediaciones. Uno de estos dos hermanos, llamado Arberto, pasó despues á acompañarlos en aquel género de vida. Tuvieron mucho que padecer, no solo con motivo de la esterilidad del terreno, sino tambien por la grosería y dureza de las gentes del pais que les insultaban todos los dias. Pero triunfaron de todos los obstáculos con su trabajo y paciencia; y fueron tantas las personas que se presentaron, solicitando vivir bajo la direccion de Roberto, que formó este el designio de establecer un monasterio en regla; lo que ejecutó con la aprobacion del obispo de Clermont, y consentimiento del rey Enrique y del Papa Leon, los cuales espidieron al efecto sus respectivos decretos en este año de 1052. Sin contar el santo abad con mas ausilios que los de la Providencia, reparó cincuenta iglesias que se arruinaban, y vió hasta trescientos monges en su monasterio, que fué despues cabeza de una congregacion numerosa bajo la regla de San Benito. Gobernó su comunidad por espacio de quince años, obrando tantos milagros despues de su muerte (1067), que sus religiosos, tan lejos de esparcir prodigios falsos en honor suyo, le rogaron que no turbase su soledad y recogimiento con unas maravillas que conducian á su desierto un concurso incesante de todo género de personas.

Recibió tambien el santo Papa Leon IX mucho consuelo con los frutos saludables que producia entonces en la iglesia de Francia la santa institucion de los canónigos reglares que principiaba á estenderse por este reino. Habíase visto mucho tiempo antes á los clérigos de varias iglesias vivir en comunidad, guardando una regla determinada y con superiores que les mandasen; pero como en medio de este género de vida conservaban la propiedad de sus bienes y la facultad de disponer de ellos segun les pareciese, no se les podia dar propiamente el nombre de religiosos. San Agustin instituyó en Africa esta clase de canónigos que no poseian cosa alguna en particular; pero es muy dudoso que los hubiese en las Galias antes del establecimiento de la congregacion de San Rufo de Aviñon, cuyos fundadores fueron en el año de 1039 cuatro eclesiásticos piadosos llamados Arnaldo, Odilon, Poncio y Durando. Al otro estremo de Francia en un sitio llamado Falempin, estableció Sasuvalon en el mismo año otra comunidad de la misma clase, con la aprobacion y mediante las liberalidades de Hugo, obispo de Noyon y de Tournai; despues se formaron muchos establecimientos de esta clase.

Cuando el Sumo Pontífice confirmó á los franceses en todos sus designios piadosos, pasó de nuevo á Alemania, donde asistió con San Hugo de Cluny al bautizo de un hijo del emperador de quien era padrino el santo abad. Diéronle al abad Hugo una prueba todavia mas importante de confianza y estimacion, enviándole á Hungría para contener las turbulencias de aquel reino, y negociar entre el emperador y el rey la paz que en efecto quedó ratificada. Restituyóse inmediatamente Leon á Italia, donde celebró otro concilio y depuso á algunos obispos escandalosos. Este Pontífice infatigable volvió por tercera vez á Alemania en el mismo año de 1052. Algunos juzgarán sin duda agenos del Gefe de la Iglesia unos viages tan largos y tan frecuentes; pero eran tan grandes los desórdenes en muchas partes, y de un ejemplo tan pernicioso la multitud, las circunstancias y la audacia de los culpables, que sola la presencia de Pedro, encargado de confirmar en la fé á sus hermanos, podia poner un dique al torrente de la corrupcion y dar á las iglesias de

Occidente el vigor necesario para resistir al mayor de los escándalos que iba á ofrecerlas el Oriente, llevando á cabo su separacion cismática.

Creyó entretanto Leon IX que estaba tambien obligado á pasar á aquellas provincias de Italia, que por último habian sujetado los normandos á una dominacion tan débil en sus principios. Desde la gloriosa defensa de Salerno por los cuarenta peregrinos de aquella nacion, que volvian de Tierra Santa, no habian despreciado sus hábiles compatriotas las repetidas escitaciones de los italianos, que los habian invitado á que corriesen á participar de la suavidad de su clima y de los bellos frutos de una tierra tan feliz. Pero el amor de la gloria fué un aliciente mucho mas fuerte para el valor de los normandos, quienes pasaron desde luego en gran número á Calabria, como hemos visto, á probar fortuna con el conde Rodulfo, y despues con el famoso Roberto Guiscardo. Ejecutaron prodigios de valor contra los sarracenos y los griegos, pues con un puñado de hombres libraron á la Italia en muy corto tiempo del yugo de estas dos naciones. Pero estuvieron muy lejos de imitar el desprendimiento y la moderacion de los libertadores de Salerno, y procuraron recompensarse de sus trabajos con invasiones y tiranías. A tal punto habian llegado sus violencias y latrocinios en tiempo del Papa Leon IX, que este Papa sintió que los infelices calabreses hubiesen sacudido el yugo de los griegos, y asi solicitó el ausilio de estos. Hé aquí en qué términos escribió sobre el particular á Constantino Monómaco, emperador de Constantinopla: «Viendo á la nacion de los normandos levantarse contra la Iglesia de Dios con una impiedad mas que pagana, y atormentar y degollar á los cristianos, y no perdonar ni la edad mas tierna, ni el sexo mas débil, ni hacer diferencia alguna entre lo sagrado y lo profano, y despojar las iglesias y derribarlas y quemarlas, he creido que la solicitud que me obliga á velar por el bien de todas las iglesias, me imponia el deber de oponerme á estos males. He reprendido á sus autores; les he rogado, conjurado y amonestado; pero todo ha sido en vano. Por tanto, he creido que era preciso hacer temer la venganza de los hombres á los que no temen la de Dios. Y no es esto decir que yo quiera la muerte de ningun normando ni de persona alguna, no; lo que yo trato es de reprimir con el temor de las armas á los que no hacen caso del temor de los juicios de Dios (1). Asi, despues de haber empleado sin ningun fruto todos los otros medios, y aun haber echado mano de los rayos de la Iglesia, tomó Leon IX el partido de marchar contra los normandos con un ejército compuesto de alemanes é italianos.

No seria justo acusar por esta accion á Leon IX de haberse dejado llevar de los movimientos demasiado impetuosos de su celo. Los que citan la Crónica de Herman y hacen decir á este que el Papa no debia combatir con otras armas que con las espirituales, no la citan con exactitud; lo único que dice este autor contemporáneo es que convenia mejor que Leon se limitase á emplear los rayos de la Iglesia. Porque, en principio, todos los teólogos convienen en reconocer que el Papa puede servirse de las censuras para hacer se guarde justicia, aun respecto de bienes temporales; en lo único que difieren es en fijar los casos en que en esto hay realmente abuso: ahora bien, para juzgar de esto con acierto, es menester referirse á la época en que ocurrieron los hechos y no apreciar lo pasado por las ideas de los tiempos en que vivimos. Es verdad que Pedro Damiano, abad entonces de los solitarios de Fontavelle, y

(1) *Hist. de l'Eglise gallic. t. 9, p. 347.*

ordinariamente tan respetuoso para con los Sumos Pontífices desaprobó altamente esta espedicion; pero como la Iglesia universal piensa de distinto modo que él, no hay para qué tener en cuenta su desaprobacion. El piadoso ermitaño clamaba entonces contra los obispos alemanes y franceses que sin escrúpulo alguno tomaban el casco y se ponian la coraza, y en el ardor de su celo traspasó los justos límites (1). Por otra parte Leon IX no imitó á los prelados cuyas costumbres guerreras criticaba Pedro Damiano; Leon IX juntó á sus tropas las que le habia enviado el emperador de Alemania, y si bien creyó deber acompañarlas, tambien es cierto que no se halló en la batalla. Además, así como se alaba á Juan X por haber espulsado á los sarracenos de la posicion que ocupaban en el Garillano (966), así quizá no se ha vituperado á Leon IX sino porque el resultado no pareció justificar su empresa. El ejército pontificio quedó completamente derrotado; y el Papa, que se hallaba en una pequeña ciudad allí cerca, fué muy luego sitiado y obligado á rendirse. Sin embargo, los normandos le trataron con mucho respeto, y en cambio de su libertad le pidieron tan solo la absolucion de las censuras que habia fulminado contra ellos, las que creyó deber revocar. Tuviéronle sin embargo en Benevento desde el mes de junio de 1053 en que se dió la batalla, hasta el mes de marzo del año siguiente.

Recibió en este intervalo la triste noticia de que Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla, se habia declarado sin rebozo contra la Iglesia romana. El ataque estaba preparado muy de antemano. habiánse tratado con calma los medios de asegurar el golpe, estaban firmes en su resolucion los principales actores, y su gefe se hallaba en estado de poder levantar sin temor el estandarte de la rebelion. Es cierto que el imitador de Focio no tenia el ingenio, ni la erudicion, ni las demas prendas de su modelo; pero la herida hecha antes á la iglesia griega, y tan mal cerrada despues, no habia cesado de sangrar: habianse ido consumiendo de un modo imperceptible las fuerzas de esta iglesia, y en el deplorable estado á que se hallaba reducida en tiempo de Miguel, la habilidad subalterna de este último corruptor bastaba para lo que restaba que hacer. Cuidó además de atraer á su partido dos hombres muy idóneos, el uno por su audacia y el otro por su erudicion, para asegurar completamente el triunfo. El primero era Leon de Acrida, metropolitano de Bulgaria, y el otro Nicetas, monge del monasterio de Estudio. Miguel escribió en su nombre y en el de Leon á Juan, obispo de Trani en la Pulla, una carta que queria hacer llegar mucho mas lejos (1). Repetia en ella los cargos que habia dirigido Focio á los latinos; é impulsado de aquella especie de vanidad con que procuran los sectarios descollar los unos entre los otros, suponia que el Occidente habia incurrido en un crímen enorme con el uso de los ácimos, de lo cual no habló nunca el primer autor del cisma. Humberto, á quien el Papa Leon habia llevado consigo desde Lorena y héchole ya cardenal del título de Santa Rufina, tuvo noticia al pasar por Trani de la carta del patriarca de Constantinopla; y como estaba muy versado en la lengua griega, la tradujo fielmente al latin y la presentó al Papa, quien previó desde entonces todas las consecuencias de un ataque tan brusco y tan destituido de fundamento.

El Sumo Pontífice escribió sin tardanza para contener á aquellos osados que pretendian ilustrar, ó por mejor decir denigrar á la Iglesia romana, establecida por Jesu-

(1) Labb. *Conc. t. 9, p. 948.*

(1) *Ap. Baron. ann.* 1054.

cristo la primera y la maestra de todas las demas. «¿Con que la Silla Apostólica, dice (1), habrá ignorado por espacio de mas de mil años trascurridos desde que padeció muerte nuestro Redentor, cómo debe hacerse la memoria del sacrificio de esta víctima adorable?» Descubre despues de esto los errores, las negligencias y muchas faltas inescusables y graves de que se podia acusar á los griegos con mas razon que á los latinos, dándoles en cara especialmente con el abuso de conferir la dignidad episcopal á los eunucos; «lo cual ha dado motivo, dice, para publicar que habia sido colocada una muger en la Silla de Constantinopla.» Notemos aquí de paso el ningun aprecio que debe hacerse de la historia de la Papisa Juana, que sus inventores colocan en una época muy anterior al Papa Leon IX. «En cuanto á los usos indiferentes, continúa el Pontífice, y á las varias costumbres recibidas en diversas iglesias, seria una cosa irracional y muy culpable separar de la comunion á alguna de ellas con este vano pretesto. Dando de este modo la Iglesia romana ejemplo de condescendencia y de caridad, no solo permite que los griegos sigan en Roma sus usos particulares, sino que los exhorta á observarlos religiosamente, mientras que en Constantinopla se cierran las iglesias á los latinos, segun ha llegado á nuestra noticia. Nosotros sabemos que lo que perjudica á la salvacion no es la diversidad de costumbres, sino la falta de fé y de caridad.»

Entretanto el emperador Constantino Monómaco, necesitando al Papa y al emperador Enrique contra los normandos, escribió al Sumo Pontífice á fin de restablecer la buena armonía entre la iglesia griega y la latina, y obligó al patriarca Miguel á que escribiese con el mismo objeto. El Papa que ansiaba vivamente la union, envió tres legados á Constantinopla (1054), que eran el cardenal Humberto, Pedro obispo de Amalfi, y Federico, diácono y cancelario de la Iglesia romana, pariente del Papa y del emperador Enrique, y que despues fué Pontífice con el nombre de Esteban IX. Llevaban estos legados letras pontificias para el emperador y para el patriarca de Constantinopla, y en ellas no se daba á este último mas que el título de arzobispo. Dábale en cara el Santo Pontífice, como una usurpacion insensata, el dictado que se atribuia de patriarca universal; dictado, dice, que no quiso recibir jamás San Pedro ni ningun sucesor suyo (1). En la carta al emperador, ensalza el celo de este príncipe por haber sido el primero que propuso la concordia y la reunion (2). Despues trata del asunto de los normandos, y nos enseña que tomó las armas contra ellos, no para darles muerte, sino para reducir por el temor de los hombres á los que se mostraban inaccesibles al temor de Dios, circunstancia que conviene notar y que justifica la conducta de este santo Papa contra ellos; que mientras procuraba atraerlos de nuevo á los principios de la Religion por medio de exhortaciones paternales, y cuando ellos le daban mil seguridades de su obediencia con todo género de promesas, habian envestido á los de su comitiva cuando menos era de esperar.

Cuando el santo Pontífice escribió estas cartas estaba todavía en poder de los normandos, á quienes edificó y confundió en medio de sus triunfos con el contínuo espectáculo que les ofrecia de la austeridad y santidad de su vida. Dormia en el suelo encima de un simple tapiz, con una piedra por cabecera y con un cilicio pegado á la carne. Permanecia echado muy poco tiempo: reza-

(1) *Leo IX, Epist. 5.*

(1) *Epist. 6.*
(2) *Ep. 7.*

ba todas las noches el Salterio, y hacia un sinnúmero de genuflexiones. Todos los dias celebraba el santo sacrificio de la misa, y volvia á rezar el salterio con una infinidad de oraciones (1). Eran inmensas sus limosnas; no consintió jamás que se retirase desconsolado ningun pobre de cuantos se le presentaban. Desde el fatal combate de sus tropas con las de los normandos, pareció apoderarse de él una tristeza mortal, y cayó despues en un abatimiento para el que no bastaron todos los recursos del arte. Volvió sin embargo á Roma á pesar de la enfermedad que padecia; pero apenas estuvo allí algunos dias, cuando conociendo que sus fuerzas estaban del todo consumidas, aunque solo tenia cincuenta y dos años de edad, hizo que le llevasen á la iglesia de San Pedro para recibir la Estremauncion y despues el Sacramento del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor. Murió á 19 de abril de 1054, el año sesto de su pontificado, cuya dignidad estuvo despues vacante cerca de un año. Habia obrado muchos milagros durante su vida, y acontecieron muchos mas en su sepulcro. La Iglesia honra su memoria el dia de su muerte.

Entretanto los legados llegaron felizmente á Constantinopla, y los recibió el emperador con demostraciones muy honoríficas (2). Mientras permaneció en aquella capital Humberto, que era el gefe de la legacion, dió por escrito una respuesta estensa y sólida á la carta del patriarca Miguel y de Leon de Acrida contra los latinos. La comunicó al punto al emperador, que quedó muy prendado de ella, mandando traducirla en griego y publicarla por todas partes. Tambien contestó al tratado del monge Nicetas, llamado por otro nombre Pectorato, que se reducia con corta diferencia á los mismos puntos que el escrito de Miguel Cerulario; aunque además acusaba en él Nicetas á los latinos de que quebrantaban el ayuno de cuaresma, celebrando misa todos los dias antes de la hora de nona, pues en semejantes dias solo celebraban los griegos la misa de los presantificados á la hora de nona y sin consagrar, como lo verifican todavía. Habiendo demostrado el sábio cardenal la frivolidad y ridiculez de estas objeciones, hace ver que los latinos observaban la cuaresma mucho mejor que aquellos orientales, que deteniéndose en unas bagatelas despreciables, solian faltar de todo punto á la ley del ayuno, llevando á la iglesia legumbres ú otros manjares que comian públicamente. Tambien mandó el emperador que tradujesen este segundo tratado de Humberto.

No contento con esta providencia, fué en persona con los legados y con un gran número de cortesanos al monasterio de Estudio del que era monge Nicetas, mandó entregar su libro á las llamas en presencia de todos, y obligó al autor á anatematizarle con todos los osados que negasen la primacía de la Iglesia romana, ó reprendiesen un solo punto de su fé siempre ortodoxa. Parece que Nicetas se convirtió con sinceridad, pues al otro dia fué por su propia voluntad á buscar á los legados en su palacio, propuso algunas dificultades, y despues de haber recibido su solucion, volvió á condenar todo lo que habia dicho y escrito en perjuicio de la Santa Sede; de suerte que no solo le admitieron los legados á su comunion, sino que se valieron de él útilmente para la comision que llevaban, distinguiéndole con su confianza.

No aconteció así con el artificioso patriarca. Como la especie de satisfaccion que habia dado al Sumo Pontifice, no tenia mas fundamento que el deseo de complacer á Constantino, y quizá estaba de acuerdo con el emperador de una nacion, cuya rectitud,

(1) *Vit. cap.* 12.
(2) Baron. *juxta cod. Vatican.*

por mas alarde que se haga de ella, deja siempre alguna sospecha y desconfianza, lejos de retractarse como Nicetas, se negó siempre á hablar y á ver á los legados, tratándolos de excomulgados. Pasaron estos á Santa Sofía el sábado 16 de julio, cuando estaba ya el clero preparado para celebrar la misa, se quejaron de la obstinacion cismática del patriarca Miguel, pusieron en el altar mayor una sentencia de excomunion, y despues salieron sacudiendo, segun el Evangelio, el polvo de sus pies. Hecho esto, dieron á las iglesias latinas de Constantinopla los consejos que tuvieron por convenientes, despidiéronse del emperador y emprendieron su viage á Roma llevando muchos regalos para San Pedro y tambien para San Benito de Monte-Casino.

Dos dias despues, cuando estaban ya en Silimbria, los llamó el emperador á instancias del patriarca, que ofrecia por último conferenciar con ellos y proceder á la reunion. Pero el pérfido cismático, bajo el pretesto de una conferencia pública que habia pedido, queria hacer morir á los legados á manos del pueblo, persuadiéndole que habian fulminado la excomunion contra todos los griegos, y que pretendian sujetarlos á los latinos como esclavos. El emperador, que conocia á su patriarca, no quiso que se celebrase conferencia ni Concilio sin su asistencia personal; y despues de haber comprobado sus sospechas y estorbado el designio del cismático, mandó al instante que volviesen á salir los legados. Miguel Cerulario, irritado al ver frustrado su proyecto, escitó una sedicion contra el emperador, acusándole de que procedia de acuerdo con los latinos para oprimir la libertad de los griegos; y tomó este asunto un aspecto tan sério, que el príncipe se vió reducido á poner en manos del patriarca los intérpretes de los legados que no habian salido aún de Constantinopla. Toda la venganza que tomó entonces de Cerulario, hombre temible por el gran número de cismáticos, se redujo á quitar los empleos á los parientes y amigos de este prelado revoltoso y alejarlos de palacio. La muerte de Constantino, que anticiparon sus desórdenes, y que acaeció á últimos de este año 1054, no permitió á este emperador castigar con mas severidad. Habia muerto algun tiempo antes la emperatriz Zoe, por lo que subió al trono segunda vez su hermana Teodora, y fué reconocida por única soberana en todo el imperio. Aunque supo hacer este segundo reinado temible á las potencias estrangeras y amable á sus propios vasallos, tuvo siempre gran temor de que el patriarca sedicioso intrigase contra ella, como lo habia hecho contra Constantino, y asi es que Miguel Cerulario tuvo en tiempo de esta emperatriz todo el poder necesario para llevar á cabo lo que tan bien preparado habia dejado Focio.

No se contentó con espedir contra los legados de la Santa Sede un decreto de anatema aprobado por catorce arzobispos, y con esparcir el cisma por todos los medios posibles en el imperio de Oriente, cuya estension era ya bastante limitada, sino que quiso tambien que le adoptasen las demas iglesias patriarcales, las que al principio se resistieron á romper abiertamente con la Silla del príncipe de los Apóstoles. Pedro, patriarca de Antioquía, contestó á estas solicitaciones de un modo conforme á su primera conducta, porque al tomar posesion del patriarcado en el año anterior, pidió la comunion del Papa Leon IX, y confesó públicamente la primacía de la Iglesia romana. Hizo presente al agente de la discordia que la mayor parte de sus quejas contra los latinos estaban reducidas á unos usos indiferentes; que los griegos por su parte tenian tambien otras prácticas muy particulares; que en los cargos mas serios que se hacian á

los occidentales se debia considerar la buena intencion, y que mientras no peligraba la fé, era necesario temer ante todas cosas el rompimiento de la unidad y de la caridad fraternal. Observó asímismo en las cartas de Miguel muchos rasgos groseros de ignorancia ó de mala fé; como, por ejemplo, la imputacion hecha á los latinos de que comian sangre y carne sofocada, siendo así que en Occidente se abstenian todavía de estos manjares del mismo modo que en Oriente; que no honraban las reliquias y las santas imágenes, siendo así que el patriarca mismo de Antioquía confiesa que veia él mismo á los peregrinos francos rendirlas un culto piadoso; y en fin, el anacronismo relativo á los dípticos de Constantinopla y al Papa Vigilio, de quien el ignorante y fogoso Miguel decia que habia sido borrado de ellos por no haber querido presentarse en el sesto concilio, siendo así que este se habia celebrado un siglo despues de la muerte de este Papa. «Considerad, continuaba Pedro de Antioquía, que de la division entre nuestras iglesias y la gran Silla apostólica han dimanado todas las desgracias: que por esta causa los pueblos están llenos de inquietudes y conmociones, las ciudades y las provincias desoladas, y nuestras armas no prosperan en parte alguna.» Parece que el artículo de la procesion del Espíritu Santo era el único que disonaba á este patriarca, como tambien á la mayor parte de los orientales, sin embargo de que segun la carta de San Tarasio de Constantinopla, habian confesado en el segundo Concilio de Nicea que la tercera Persona de la Trinidad procedia del Padre por el Hijo. Como quiera que sea, estos ligeros orientales fueron debilitando los vínculos de su union con la Silla de San Pedro, borraron de sus dípticos á los Romanos Pontífices, y se confundieron muy en breve con el partido cismático de Cerulario.

LIBRO TRIGÉSIMO-SEGUNDO.

Desde la consumacion del cisma de los griegos en el año 1054, hasta el Pontificado de San Gregorio VII en el de 1073.

La circunstancia de carecer de Pastor por largo tiempo la Santa Sede despues de la muerte de Leon IX, dió oportunidad á Miguel Cerulario para estender por Oriente y consolidar á su placer el cisma de los griegos. La corta duracion de la mayor parte de los pontificados hasta el de San Gregorio VII, los antipapas que se levantaron en este intervalo y otras muchas dificultades domésticas, estorbaron á estos Pontífices seguir ocupándose en un asunto que exigia por otra parte mucha habilidad y tacto. Hildebrando, que por su mucha virtud y santidad estaba ya muy acreditado antes de subir á la Silla de San Pedro, tenia sin duda alguna bastante ingenio y valor para las mayores empresas; pero los desórdenes de Occidente apenas le dejaban tiempo para

someter la Grecia. Conformándose con las máximas y decretos de la antigüedad acerca de las censuras y deposiciones de los obispos, se ocupó en restablecer la disciplina eclesiástica; y al mismo tiempo, fiel al ejemplo de sus predecesores y siguiendo las opiniones de su época, reprimió la ambicion y las injustas empresas de los príncipes. Mas para que el lector no se preocupe de antemano contra la línea de conducta que observó este santo y grande Pontífice, consignaremos aquí las confesiones que han hecho sobre el particular escritores nada sospechosos: «Si los Papas, dice el filósofo Hume, se han engañado creyendo poseer una autoridad temporal, ello es que ordinariamente han hecho de ella un uso laudable y humano, ora manteniendo la paz entre los príncipes cristianos, ora uniéndolos contra las hordas bárbaras que de dia en dia iban estendiendo sus conquistas sanguinarias, ora reprimiendo la simonía, la violencia y los escesos de todo género que algunos señores orgullosos y crueles no temian cometer contra unos súbditos débiles y oprimidos. Esta autoridad ha servido, como observa un hombre célebre, para hacer de todo el mundo cristiano una sola familia, cuyas desavenencias se juzgaban por un padre comun, Pontífice del Dios de la concordia y de la justicia; grande é interesante idea de la administracion mas vasta y mas magnífica que se puede imaginar.» Otro protestante, Juan Voigt, que ha publicado una Historia del Papa Gregorio VII y de su siglo, hace en ella á este Pontífice mas justicia que la que le han hecho algunos historiadores franceses. Asi es que el conde de Maistre escribia: «Llegará un tiempo en que los Papas contra quienes mas se ha clamado, como por ejemplo Gregorio VII, serán mirados en todos los paises como los verdaderos genios que constituyeron la Europa. Nadie dudará de ello desde el punto que los sabios franceses sean cristianos y que los sabios ingleses sean católicos; lo cual sin embargo ha de suceder alguna vez (1).»

Hildebrando, natural de Toscana, hijo de padres humildes, instruido en las letras y en la piedad por el cuidado y vigilancia de una tia suya, que era abadesa del Monte Aventino, fué monge de Santa María en el mismo sitio, y despues de Cluny, abad de San Pablo de Roma, subdiácono, y poco despues arcediano de la Iglesia romana, teniendo desde muy jóven una parte muy principal en todos los asuntos de importancia (2). Mucho antes de ser Papa, parecia tener la principal autoridad en el gobierno de la Iglesia. Despues de la muerte de Leon IX el pueblo y el clero de Roma le enviaron á Alemania con facultad de elegir el sugeto que creyese digno de suceder á aquel Pontífice, cuyas virtudes hacian desear un nuevo Papa de la misma nacion. Hildebrando hizo en una asamblea celebrada en Magunda que eligiesen los obispos á Gebehardo de Eichstet, pariente inmediato del emperador. Sintiólo mucho este príncipe, ya por la tierna amistad que le profesaba, y ya tambien por los grandes servicios que le prestaba con su estraordinaria capacidad para los negocios. Gebehardo por su parte agradeció tan poco sus buenos oficios á Hildebrando, que profesaba todavía la vida monástica, que solo por esto aseguran que mostró siempre poco afecto á los monges. Cedió no obstante, temiendo resistir á la disposicion del cielo, y marchó á Roma donde le reconocieron por unánime consentimiento con el nombre de Victor II, encumbrándole al Sólio Pontificio el Jueves Santo, 13 de abril de 1055. Ocupó la Santa Sede sola-

(1) *Essai sur le princ. generat. des Constit. polit.*
(2) Bolland. *tom.* 17, *pag.* 113; *Act. Bened. saec. VI, part.* 2, *p.* 407.

mente dos años y algunos meses, y conservó hasta su muerte el obispado de Eichstet. Su celo por la disciplina le granjeó varios enemigos que pretendieron quitarle la vida, poniendo veneno en el cáliz con que estaba celebrando; pero libró Dios á este virtuoso Pontífice de un modo milagroso, segun cuenta un autor fidedigno y contemporáneo (1).

Pasó á Italia el emperador en el mismo año que el nuevo Papa, y se celebró en Florencia un Concilio numeroso, asi para estirpar los abusos renovados despues de la muerte del santo Papa Leon, como para proscribir otra vez los errores de Berengario. Con el objeto de hacer participantes de estos frutos saludables á las iglesias vecinas, envió Victor á Francia en calidad de legado al subdiácono Hildebrando, á quien no podia menos de apreciar, conociendo por esperiencia propia su perseverancia invencible aun en medio de los mayores obstáculos.

Celebró el legado un Concilio en la provincia de Lyon, y depuso á seis obispos reos de simonía. Estando contaminado con el mismo vicio el arzobispo de Embrun, llamado Hugo, y empleando para conservar su dignidad los mismos medios de que se habia valido para conseguirla, sobornó á sus acusadores, se presentó despues en el Concilio con mucha satisfaccion, y preguntó en tono altivo, dónde se hallaban sus acusadores. Guardaban todos los concurrentes un profundo silencio; pero el legado preguntó al culpable, lanzando un profundo suspiro: «¿Crees que el Espíritu Santo es de la misma naturaleza que el Padre y el Hijo?»—«Lo creo firmemente, respondió Hugo.»—«Di, pues, el *Gloria Patri*,» replicó Hildebrando. Principió Hugo pronunciando los nombres del Padre y del Hijo, y no pudo nombrar jamás al Espíritu Santo, aunque lo intentó por tres veces. Reconociéndose entonces el prelado simoniaco indigno de proferir el nombre de la Persona adorable, cuyos dones habia profanado con su comercio sacrílego, se confesó públicamente culpable, y sufrió sin resistencia la pena de deposicion. Por un milagro de otra clase, menos admirable á la verdad pero mas feliz para el prelado que el primero, acompañó hasta Cluny al santo abad Hugo que habia asistido al Concilio, y se hizo monge de aquella abadía para llorar sus pecados y reparar el escándalo causado con ellos (1). Pedro Damiano y Didier de Monte-Casino, que fué despues Papa, atestiguan este milagro, diciendo que lo habian oido de boca de Hildebrando (2); pero la prueba menos equívoca de semejante prodijio fué el gran número de simoniacos á quienes inspiró un terror saludable, pues hubo cuarenta y cinco obispos y veintisiete abades ó priores que se confesaron reos de simonía y renunciaron voluntariamente sus dignidades (3).

Hildebrando acompañó á San Hugo hasCluny, donde habia sido monge, y en la visita de esta comunidad numerosa solo halló motivos para aplaudir la regularidad, la concordia y todas las virtudes que no habian cesado de reinar en ella. Pasó desde allí á Tours para condenar á Berengario en el mismo sitio que habia sido la cuna y la escuela del error. No pudo menos de comparecer el heresiarca, y concurrió tambien Lanfranco, su mas terrible antagonista, como que nadie mejor que él podia seguir al sofista en los subterfugios de su vana dialéctica. En efecto, Berengario no pudo resistir á este hombre profundo y penetrante, y tomó el partido de abjurar y protestar que acerca de la Eucaristía no pensaria ya de distinto modo que la Iglesia católica. Aunque

(1) Lamb. ann. 1054.

(1) Guill. Malmesb. *de Reg. Angl. lib.* 3.
(2) Petr. *Opusc.* 19, *cap.* 6.
(3) Pet. Arag. *de gest. Rom. PP.*

Berengario estaba muy lejos de cumplir este juramento, siguiendo la conducta que observan generalmente los sectarios cuando puede serles útil el perjurio, sirvió su confesion para desengañar á muchos partidarios suyos, preparando á Bruno de Angers, que era su mas ardiente protector, á una conversion sincera.

En este Concilio de Tours se trató de un asunto muy semejante en el fondo y en la forma á muchos otros de que se han servido ciertos críticos para hacer recriminaciones contra los Papas. El emperador Enrique III habia enviado diputados á Tours para quejarse de que Fernando I, rey de Castilla y de Leon, en vez de reconocerle á él por emperador, tomaba él mismo este título, y para pedir que á quien asi obraba contra el derecho y el uso antiguo se le obligase á renunciar á su usurpacion, y que si rehusaba obedecer al Concilio presidido por el legado, fuese separado de la sociedad cristiana. De este modo Enrique hacia árbitros de su derecho á los Padres del Concilio, y reconocia al mismo tiempo en la Iglesia un poder coactivo para la ejecucion de su sentencia. Los obispos y el Papa, á quien se habia consultado, reputaron justas las quejas del emperador y asi enviaron embajadores al rey Fernando.—Consultó este á los obispos y grandes de sus Estados, y habiéndole estos aconsejado que no resistiese al Papa, respondió (1) á los embajadores que no volveria á atribuirse la cualidad de emperador y que seguiria en un todo cuanto habia prescrito la Silla apostólica (*a*).

(1) Mariana; Baron. *ad ann.* 1055

(*a*) Aunque el Henrion cita aqui al P. Mariana, no está del todo acorde lo que este refiere en su Historia con lo que aquel narra. Veamos cómo se espresa el P. Mariana, al hablar de este suceso en su libro IX: «El rey (D. Fernando), oida esta embajada (la de los PP. del Concilio de Tours), se halló perplejo sin resolverse en lo que debia hacer. De la una parte y de la otra se le representaban grandes inconvenientes, no menores en obedecer que en hacer resistencia. Creyendo el legado que era sincera la conversion de Berengario y que estaba segura la fé, trató de ocuparse en la reforma

Acordó juntar Córtes del reino para tratar en ellas como era razon un negocio tan grave y que á todos tocaba. Los pareceres no se conformaron. Los que eran de mejor conciencia, aconsejaban que luego obedeciese, porque no indignase al Papa y se revolviese España y alterase como era forzoso: que las guerras se debian evitar con cuidado por estar España dividida en muchos reinos, y estos gastados con guerras civiles, y quedar dentro de la provincia tantos moros enemigos de la cristiandad. Otros mas arriscados y de mayor ánimo decian que si obedecia, se ponia sobre España un gravísimo yugo que jamás se podria quitar: que era mejor morir con las armas en la mano que sufrir tal desaguisado en su república y tal mengua en su dignidad.—»Rodrigo Diaz de Vivar, que adelante llamaron el Cid, estaba á la sazon en la flor de su edad, que no pasaba de treinta años, estimado en mucho por su gran esfuerzo, destreza en las armas, viveza de ingenio, muy acertado en sus consejos. Habia pocos dias antes hecho campo con D. Gomez, conde de Gormaz; vencióle y dióle muerte. Lo que resultó de este caso fué que casó con doña Jimena, hija y heredera del mismo conde. Ella misma requirió al rey que se le diese por marido, ca estaba muy prendada de sus partes, ó le castigase conforme á las leyes por la muerte que dió á su padre. Hízose el casamiento, que á todos estaba á cuento: con que por el grande dote de su esposa que se allegó al Estado que él tenia de su padre, se aumentó en poder y riquezas de tal suerte que con sus gentes se atrevia á correr las tierras comarcanas de los moros, en especial venció en batalla cinco reyes moros que pasados los montes Doca hacian daños por las tierras de la Rioja...—»Estaba el Cid entretenido con el nuevo casamiento, y ocupado en negocios tocantes á su casa; por esto no se halló en las Córtes cuando se trató de lo que el emperador pedia y el Papa mandaba tocante al reconocimiento que pretendian debia hacer al imperio de Alemaña. El rey de su condicion y por su edad se inclinaba mas á la paz y no quisiera la guerra, si bien entendia que de aquel principio, si disimulaba, se podria menoscabar en gran parte la libertad de España. Pero antes que en negocio tan grave se tomase resolucion, hizo llamar al Cid para consultalle y que dijese su parecer. Vino al llamado del rey, y preguntado sobre el caso respondió que no era negocio de consulta, sino que por las armas defendiesen la libertad que con las armas ganaron; que no era razon pretendiese nadie gozar de lo que en el tiempo del aprieto no ayudó á ganar en manera alguna: "¿No será mejor y mas acertado morir como buenos que perder la libertad que nuestros mayores con tanto afan nos dejaron, y que estos bárbaros hagan burla y escarnio de nuestra nacion? gente que en su comparacion no estiman á nadie. Sus palabras afrentosas, sus soberbias y arrogancias, sus desdenes con los que los tratan, sus embriagueces y demasías no se pueden sufrir. Apenas habemos sacudido el yugo de la sujecion que los moros tenian puesto sobre nuestras cervices, ¿será bien que nos dejemos avasallar y hacer esclavos de otros cristianos? Hacen sin duda burla de nuestras cosas, como si todo el mundo y toda la cristiandad prestase obediencia y reconociese vasallaje á los emperadores de Alemaña. Toda la autoridad, poder, honra, riquezas que se ganaron con la sangre de nuestros mayores

y restauracion total de la disciplina. El artículo que presentaba mas dificultades era el celibato de los clérigos, principalmente en Normandía, ya por el mal ejemplo de los últimos arzobispos de Rouen, y ya por un efecto de la ignorancia y de la indisciplinable rudeza de los primeros conquistadores de aquella provincia. El arzobispo Mauger, que habia tenido muchos hijos durante su episcopado, fué depuesto en un Concilio celebrado en Lisieux, segun las intenciones de su sobrino el duque Guillermo, quien le habia advertido con frecuencia, pero sin ningun fruto, que viviese de un modo mas digno de su estado. Maurilo, su sucesor, honró con su conducta el monasterio de Fecamp, de donde se le habia sacado; y trabajó con sus sabias disposiciones en impedir por lo menos que la incontinencia prescribiese contra los cánones. Pero aún atendió con mas particular cui-

---

¿serán suyas, y para nos quedarán solo trabajos, peligros, cautiverios y pobreza? El yugo pesado del imperio romano, que sacudieron de sí nuestros antepasados ¿nos le tornarán á poner ahora los alemanes? ¿Seremos por ventura como canalla sin juicio y sin prudencia, sin autoridad y señorío, sugetos á los que, si tuviéramos ánimo, temblaran en pensallo? Récia cosa es, dirá alguno, hacer resistencia á las fuerzas y poder del emperador bravo y dura no obedecer al mandato del Papa. De ánimos cobardes y viles es por temor de una guerra incierta sujetarse á daños manifiestos y grandes. El valor y brio vence muchas veces las dificultades que hacen desmayar á los perezosos y flojos. Muchos á lo que veo se dejan llevar de esta pusilanimidad, que ni se mueven por honra, ni los enfrena el miedo de la afrenta; que parece tienen por bastante libertad no ser azotados y pringados como esclavos. No creo yo que el Sumo Pontífice nos tenga tan cerradas las orejas que no dé lugar á nuestros justísimos ruegos, y le mueva la razon y justicia que hace por nuestra parte. Envíense personas que con valor defiendan nuestra libertad en su presencia, y declaren cuán fuera de camino va lo que pretenden los alemanes. Cuanto á mí, resuelto estoy de defender con la espada en el puño contra todo el mundo la honra, la libertad, que mis mayores me dejaron, y todo lo al. Con esta espada haré bueno que cometen traicion contra su patria todos aquellos que por escrúpulo de conciencia, ó por cualquiera otra consideracion y recato se apartaren deste mi parecer y no desecharen con mayor cuidado que ellos la pretenden, la sujecion y servidumbre de España. Cuanto cada cual se mostrare en defensa de la libertad, en el mismo grado le tendré por amigo, ó por enemigo capital."—»Este parecer del Cid Ruy Diaz, dió á todos contento: hasta los mismos que al principio flaqueaban, le aprobaron, y conforme á esto se dió la respuesta al Papa. Para hacer rostro á los intentos del emperador, levantaron gente por todo el reino hasta número de diez mil hombres, demas de los socorros que acudieron de los moros que les pagaban parias y les eran tributarios. Nombraron por general de aquella gente al mismo Cid para que el que dió principio á la empresa, la llevase adelante y la acabase. Acordó para dar muestra de las fuerzas y valor de España de pasar los montes Pirineos. Entró por Francia hasta llegar á Tolosa, ciudad que (segun yo entiendo) en aquel tiempo estaba á devocion ó era sujeta á España; por lo cual hace la letra y lucillo del rey don Sancho el Mayor. Desde allí despacharon una embajada muy principal al Papa, en que le suplicaban enviase personas á propósito que oyesen las razones que por parte de España militaban. Los principales y cabezas de esta embajada, que fueron el conde don Rodrigo diferente del Cid, y don Alvar Yañez Minaya, alcanzaron del Pontífice que enviase á España sobre el caso por su Legado á Ruperto, cardenal sabinense, y que juntamente viniesen embajadores del emperador para que el pleito oidas las partes se ventilase y concluyese. En el entretanto el rey don Fernando de Francia dió la vuelta á España. El legado y los embajadores repararon en Tolosa: allí se trató el negocio; y finalmente, sustanciado el proceso con lo que de la una parte y de la otra se alegó, y cerrado, vinieron á sentencia que fué en favor de España, y que para adelante los emperadores de Alemania no pretendiesen tener algun derecho sobre aquellos reinos.—»De este principio quedó muy asentado, lo que se confirmó por la costumbre del pueblo, por la aprobacion de las otras naciones, por el parecer y comun opinion de los juristas que adelante florecieron, que España no era sujeta al imperio, ni le reconocia ni reconoce algun vasallage: tanto importa para semejantes negocios el valor de un hombre prudente y arriscado.»

Asi el P. Mariana (lib. IX, cap. 5) acerca del suceso de que habia nuestro historiador, y á que dió márgen lo acordado en el Concilio de Tours, en lo cual apoyándose algunos historiadores han pretendido dar como cosa cierta la dependencia de España del imperio; pero los mas juiciosos, dice un escritor, han desechado toda su narracion como fabulosa, de suerte que el Dr. Ferreras (tomo 5, año 1060) se atreve á decir «que no habia hallado ni en los escritores germánicos ni en otros de aquella edad rastro de tal dependencia.» Lo cierto es, añade dicho escritor, que el trono de España desde los tiempos de Leovigildo siempre se consideró como independiente de toda potestad estranjera, y aun al restablecer Carlo Magno el imperio de Occidente, reconoció los derechos y soberanía de la corona de Asturias, y mas adelante se verá cómo D. Alonso VII tomó y conservó hasta la muerte el título de emperador sin que nadie se lo impidiese.—Este título le habian dado á D. Fernando sus mismos súbditos, sin duda por haber sublimado tanto el trono de Castilla y de Leon y reducido á casi todos los príncipes de España á reconocer su superioridad y á pagarle tributo, á lo cual se agregó en el año 1054 un nuevo motivo por haber derrotado al rey de Navarra y conquistado y reunido á su corona una gran parte de este reino. (*N. del E.*)

dado á preservar á su pueblo del contagio de la heregía; y para asegurarse de la fé de los pastores directamente encargados de la enseñanza, dispuso que en el mismo año de su eleccion se formase en un Concilio celebrado en Rouen una fórmula ó profesion de fé capaz de obviar á todos los artificios de Berengario, la que debian firmar todos los prelados antes de su consagracion.

Este testimonio, que es uno de los mas satisfactorios y terminantes de la presencia real de Jesucristo en el Sacramento de su amor, estaba concebido en estos términos (1): «Creemos con el corazon y confesamos con los labios que el pan que se ofrece en el altar no es mas que pan antes de la consagracion; pero que en virtud de las palabras sagradas, la sustancia ó naturaleza del pan se convierte por el poder de Dios en la sustancia de aquella misma carne que fué formada por obra del Espíritu Santo, que nació de la Virgen María, que fué azotada y sepultada, y que resucitada luego al tercero dia está sentada á la diestra de Dios Padre. Creemos igualmente que el vino mezclado con agua y puesto en el cáliz para ser consagrado, se convierte verdadera y substancialmente en aquella misma sangre que fué derramada por la redencion del mundo. Excomulgados sean todos aquellos que piensan ó hablan de una manera opuesta á esta creencia apostólica.» El concilio en que se dispuso este formulario fué celebrado el año 1055.

El emperador Enrique convidó al Papa el año siguiente á que fuese á verle á Sajonia; y el Pontífice, que era aleman, se prestó á ello al instante, como acabamos de ver. Admirarán tal vez estos largos viages de los Papas, multiplicados especialmente desde que una tierra tan lejana del sepulcro del príncipe de los Apóstoles habia principiado á ser, por decirlo asi, el plantel de sus sucesores. Sin embargo, á unos hombres revestidos de un carácter tan superior á la naturaleza, nos guardaremos muy bien de imputarles una predileccion ó inclinacion muy natural á su propio pais; pero no elogiaremos menos la sabiduría y acierto de las providencias tomadas despues por la Iglesia romana para tener Pontífices que mirasen con igual amor á todos los sitios y á todos los pueblos. El emperador pasó desde Goslar á Botfeld en los confines de la Turingia, á donde le acompañaron el Pontífice y una multitud estraordinaria de señores; pero parece que Enrique habia reunido toda la grandeza del imperio con el único objeto de que asistiesen á su muerte. Apenas llegó, cayó enfermo: hizo que el Papa y los señores eclesiásticos y legos confirmasen la eleccion de su hijo llamado tambien Enrique, ya coronado dos años antes; y murió á los siete dias de enfermedad, el 5 de octubre de 1056, siendo de edad de treinta y ocho años. Aunque Enrique el Negro era piadoso y poseia muchas virtudes, lloráronle poco á causa de su despotismo, que se estendió hasta á la colacion de los beneficios. Fué el primero que en Alemania pretendió tener este derecho en virtud del de las investiduras que le habian trasmitido sus predecesores.

Algun tiempo despues de haber regresado á Italia el Papa Victor murió en Toscana á 28 de julio de 1057. Llegando inmediatamente á Roma esta noticia, corrieron muchas personas del clero y del órden de los ciudadanos á buscar al cardenal Federico, que era uno de los tres legados que habian pasado á Constantinopla para el asunto de Miguel Cerulario. Regresado que hubo de su legacion habia abrazado la vida monástica en Monte-Casino, de donde habia llegado á ser abad, y se hallaba en Roma, donde gozaba gran reputacion de sabiduría y virtud. Los romanos le consultaron

(1) Analect. *tom. 2, pag. 441.*

sobre la la eleccion del Papa; y Federico les indicó al cardenal Humberto, al subdiácono Hildebrando y á los obispos de Veletri, Perusa y Túsculi, como los cinco sugetos que conocia mas dignos del pontificado entre todos los que vivian en Italia. Algunos romanos querian se esperase el regreso de Hildebrando que estaba entonces en Toscana; pero declarándose los demas á favor del mismo Federico, á quien causó esta noticia no menos consternacion que sorpresa, le sacaron á pesar suyo del monasterio de San Andrés, donde residia, lo llevaron á la iglesia de San Pedro *ad vincula*, en la que le eligieron Papa, y le dieron el nombre de Esteban IX, porque era la fiesta de san Esteban Papa, dia 2 del mes de agosto. Condujéronle desde alli al palacio patriarcal de Letran en medio de las aclamaciones de toda la ciudad, y al dia siguiente muy de mañana fueron á buscarle todos los cardenales, el clero y el pueblo, para llevarle á San Pedro, en donde le consagraron.

Principió Esteban IX su pontificado celebrando muchos concilios para poner un freno á la vida escandalosa de los clérigos. Procuró indagar quiénes eran los que habian quebrantado las leyes de la continencia despues de la prohibicion de Leon IX; y aun aquellos que abandonaron sus mugeres y abrazaron la penitencia fueron escluidos del santuario por cierto tiempo y privados para siempre de la facultad de celebrar los santos misterios.

Poco despues el Papa Esteban sacó á Pedro Damiano de la soledad en que vivia y le nombró cardenal obispo de Ostia, esto es, el primero de los cardenales. Aplaudieron todos esta eleccion, escepto Pedro que la resistió con todas sus fuerzas (1). Fué necesaria una órden espresa del Sumo Pontífice, acompañada de amenazas en caso de que continuase resistiéndose. El humilde solitario se sujetó al yugo brillante que se le imponia; pero solo lo miró por el lado peligroso, y no cesó de llorar hasta que por último logró libertarse de él. Poco despues de su promocion escribió á los obispos sus hermanos y compañeros, esto es, á los siete obispos cardenales, á quienes llama obispos de la Iglesia de Letran, porque eran los que tenian derecho para oficiar en ella en lugar del Papa (1). Llamábaseles tambien hebdomadarios, porque servian alternativamente por semanas; y colaterales, porque en cierto modo eran inseparables del lado del Pontífice. Observamos por esta carta cuán penetrado estaba su autor del espíritu de su estado, cuya dignidad dice que consiste en la pureza y santidad de vida y en evitar todo fausto y toda pompa esterior. Declama principalmente contra aquellos que sin dejar las costumbres del siglo, ni tener mas méritos que los servicios que prestan á los reyes en sus ejércitos, se esfuerzan por obtener las primeras dignidades de la gerarquía. «Por dominar al clero, dice (2), padecen mucho tiempo una dura servidumbre. Seríales mas fácil adquirir este derecho á peso de oro, que comprarle así con servicios propios de esclavos; porque hay tres géneros de valores ó compras, y de consiguiente tres géneros de simonía: la de la mano que cuenta el dinero, la que presta servicios, y la de la lengua que lisonjea. Por lo tanto, los que adquieren las dignidades eclesiásticas por estar sirviendo al lado de los príncipes, lejos de estar exentos de la simonía, suelen ser reos de las tres especies á un mismo tiempo.»

Aplicó tambien el Papa Esteban los talentos y virtudes del abad Didier al bien general de la Iglesia. Era Didier uno de los mas distinguidos personajes de su siglo,

(1) *Vit. Petr. Dam. cap.* 14.

(1) *Cod. Vatican. ap. Baron. ann.* 1057.
(2) *Lib.* 2. *Epist.* 1.

descendia de la ilustre casa de los príncipes de Benevento, habia mostrado una rara piedad desde la infancia, y esperimentó todo género de obstáculos y persecuciones por parte de sus parientes por huir de sus ideas ambiciosas y abrazar la pobreza evangéliza (1). Al pasar Esteban al pontificado desde la abadía de Monte-Casino que deseaba conservar, hizo que eligiesen á Didier abad de aquel monasterio, sin embargo de que habia manifestado ya el designio que tenia de enviarle á Constantinopla en calidad de legado. Por un convenio muy particular, resolvieron á principios del año 1058, que si Didier volvia viviendo Esteban se encargaria del gobierno de la abadía bajo las órdenes de este Pontífice, y que si el Papa moria en este intervalo, reconocerian á Didier absolutamente por abad. Pasó este desde luego á Bari á esperar viento favorable para hacerse á la vela.

El imperio de Oriente habia mudado de soberano en el discurso del año anterior. La anciana emperatriz Teodora, que fundada en las predicciones de algunos monges griegos se habia lisonjeado de vivir siglos enteros, no reinó mas que unos diez y ocho meses, sin desvanecerse sus locas esperanzas, hasta que se vió, por decirlo así, en los brazos de la muerte. Consiguieron entonces de ella sus eunucos que declarase emperador á Miguel Estratiótico, que gozaba reputacion de hombre versado en las cosas de la guerra; pero era sumamente viejo y no entendia nada de gobierno, de modo que se vió muy pronto en mil apuros de que no pudieron sacarle los autores de su elevacion, que solo eran á propósito para dominarle.

Despues de diferentes revueltas, Isaac Comneno, que era de una casa ilustre originaria de Italia, segun se cree, fué proclamado Augusto en 8 de junio de 1057 por las tropas que mandaba en Asia. Miguel sostuvo la guerra por espacio de algunos meses; pero habiéndose presentado Comneno delante de Constantinopla, fueron á Santa Sofía muchos patricios acompañados de un gran número de ciudadanos, y llamaron al patriarca Miguel Cerulario, que estaba muy bien instruido de esta conspiracion premeditada, aunque procuraba disimularlo. Mantúvose encerrado en su casa, y envió á sus sobrinos para que se presentasen á los principales autores de la conjuracion, quienes fingiendo estar irritados contra ellos, los amenazaron con que los habian de ahorcar si no se presentaba el patriarca. Mostróse, pues, revestido de las insignias pontificales, y afectó una indignacion muy grande contra la supuesta violencia que le hacian. Lleváronle al altar, le pidieron que obligase al emperador Miguel á entregar el juramento que se le habia hecho por escrito, y sin esperar la ejecucion de esta formalidad ilusoria, proclamaron emperador á Comneno el dia 31 de agosto del año 1057, declarando enemigos del Estado á todos aquellos que no prestasen su consentimiento. Miguel Cerulario fué el primero que dió su aprobacion, ejecutando lo mismo Teodoro, patriarca de Antioquía, que estaba presente, y que propuso demoler las casas de los grandes que opusiesen resistencia (1).

Arrojando entonces la máscara Miguel Cerulario, envió á decir á Comneno que se presentase cuanto antes y que no se olvidase del favor que acababa de hacerle; y al viejo emperador le dió á entender por medio de algunos metropolitanos que se retirase de palacio en donde no tenia ya autoridad alguna. El miserable anciano preguntó qué recompensa se le ofrecia: *el reino de los cielos*, respondieron los prelados, empleando

(1) *Chron. Cass. lib. 3, cap. 2, etc.*

(1) Zonar. *lib. 17, cap. 29.*

sacrílegamente su carácter para burlarse del Evangelio y consumar la rebelion. Despojóse al momento de la púrpura con mucha docilidad y abandonó el palacio. Perdonaron la vida á un soberano depuesto, que no era capaz de inspirar el menor recelo: habia reinado un año y algunos dias. Entró Comneno al otro dia en Constantinopla, y el patriarca Miguel lo coronó solemnemente en la iglesia mayor.

En los dos años y tres meses que reinó el nuevo emperador, fué las delicias de sus súbditos por la sabiduría de su gobierno; y á la verdad nada le hubiera faltado si hubiese ascendido á él por un medio mas legítimo (1). Reparó los desórdenes de los reinados precedentes y la entera decadencia de las rentas públicas: restituyó á la iglesia de Constantinopla la administracion de sus bienes, usurpada por sus predecesores, y redujo á la costumbre antigua los derechos de los obispos, así en cuanto á las contribuciones de las parroquias como en cuanto á las ordenaciones; á saber, una moneda de oro por la ordenacion de un clérigo inferior, tres por el diaconado, y tres por el presbiterado; lo que nos da á entender el estado en que habia venido á parar la pureza de la disciplina entre aquellos presuntuosos émulos de los latinos, al propio tiempo que trataban á estos con un desprecio tan insultante. Tambien cercenó este emperador las rentas de algunos monasterios, cuya providencia bastó para mejorar la situacion del Estado. Despues de calcular lo que bastaba á los monges para las necesidades limitadas del género de vida que habian abrazado, les quitó todo lo demás.

Entretanto Miguel Cerulario encarecia sobremanera los derechos que pretendia tener á la gratitud del emperador Comneno. Cansábale con súplicas contínuas y algunas veces insolentes. Cuando le negaba lo que pedia, prorumpia en amenazas; y le oyeron decir mas de una vez que él sabria derribar el poder que habia levantado. Rayó su orgullo en el estremo de querer usar el calzado de escarlata, adorno reservado á los emperadores, y aun llegó á decir que apenas habia diferencia, si es que alguna que habia, entre el imperio y el patriarcado. De este modo los obispos de Bizancio, colocados en una altura tan eminente por los emperadores de Constantinopla, convertian su grandeza é independencia contra sus propios autores. El príncipe llegó á saber todo esto y resolvió anticiparse al sedicioso patriárca; aprovechó la ocasion de la fiesta de los Arcángeles, esto es, de San Miguel, que celebraban los griegos el dia 8 de noviembre, y que iban á celebrar los obispos de Constantinopla á la iglesia de los Angeles, estramuros de la ciudad. Unos guardias ingleses, llamados *barangas* por los griegos, prendieron en ella al patriarca, de órden del emperador, y le condujeron ignominiosamente encima de un mulo hasta la orilla del mar, donde se hicieron á la vela con él, y no se apartaron de su lado hasta que llegó á Proconeso, que era el lugar de su destierro. Dijéronle allí de parte del emperador que renunciase su dignidad, si queria escusar la deshonra de que le depusiesen en un concilio. Pero Miguel se portó con el mismo orgullo que le habia escitado á negar la obediencia debida al Gefe de la Iglesia, y respondió con tal firmeza y altivez, que á pesar de que Isaac Comneno era hombre de mucho talento, estuvo muy perplejo acerca del partido que debia tomar, cuando la muerte del patriarca, ocurrida poco despues, libró de este cuidado al emperador.

Fué elegido en su lugar Constantino Licudas, el cual no habia seguido la carrera eclesiástica, pero tenia reputacion de hombre

(1) *Jus Graec. Rom. lib.* 2.

muy inteligente en los negocios de Estado, y desempeñaba entonces el empleo de gefe de la guarda-ropa: celebran mucho su generosidad así con el clero como con el pueblo. Isaac Comneno conservó siempre con él la mejor armonía; pero escrupulizó reinar hasta la muerte en el imperio que habia usurpado. Estando cazando le causó tal sensacion un relámpago, que cayó del caballo. Ocasionóle este susto unas convulsiones epilépticas, cuyas accesiones iban aumentando de dia en dia, de suerte que desesperaron de su curacion. Persuadióse él de que esta enfermedad era un castigo de sus pecados, y para aplacar la ira de Dios renunció la púrpura y abrazó la vida monástica, creyéndose que su penitencia era muy sincera porque no eligió á ninguno de su familia para que le sucediese, sino á Constantino Ducas, á quien juzgó el mas digno de todos, aunque muy equivocadamente, y dispuso que le coronasen en 25 de diciembre del año 1059. Al principio la emperatriz Catalina, muger de Comneno, se opuso al designio de su esposo; pero despues le confirmó en su resolucion, y se encerró ella tambien en un claustro con su hija María. Elogian, entre otras virtudes, la castidad constante de Isaac Comneno.

Es de presumir que una legacion del Gefe de la Iglesia hubiera producido admirables efectos en la Grecia bajo el reinado de este emperador lleno verdaderamente de sabiduría y de temor de Dios. Pero aun no habian emprendido el viage á Constantinopla los legados del Papa Esteban, cuando murió este en Florencia á 29 de marzo de 1058: los monges de Monte-Casino comunicaron al punto la noticia de esta muerte al abad Didier, que era el principal legado, y le hicieron las mayores instancias para que regresase al monasterio. Púsose en camino al instante, llegó el dia de Pascua muy de mañana, y al punto le dió la posesion de la abadía el cardenal Humberto, que se habia visto precisado á salir huyendo de Roma á causa de las turbulencias de aquella ciudad.

A la primera noticia de la muerte del Papa, procedieron Gregorio, hijo del conde de Túsculi, y Girardo de Galera, con algunos romanos de los mas poderosos, á formar una asamblea nocturna y tumultuaria en la que eligieron sucesor de Esteban IX á Juan, obispo de Veletri, á quien llamaron Benedicto; nombre que ocupa el lugar de Benedicto X entre los Sumos Pontífices, aunque este Benedicto no fué mas que un antipapa y un intruso. Los romanos concibieron una idea tan baja de él, que le dieron el renombre de Minchione, que significa estúpido. Los cardenales, presididos por Pedro Damiano, no desaparecieron hasta despues de haber protestado contra esa eleccion y fulminado anatema contra los que habian osado hacerla. Correspondia á Pedro Damiano en calidad de obispo de Ostia consagrar al Pontífice; pero en lugar de él se apoderaron los revoltosos de su arcipreste, hombre tan ignorante (dice el mismo Pedro) que no era capaz de leer una página, ni aun deletreando, y le obligaron á coronar á Benedicto el dia 5 de abril de este año 1058. Conservóse sin embargo en el trono este usurpador cerca de diez meses.

Antes de marchar á Toscana el Papa Esteban habia reunido en la iglesia á los obispos, al clero y al pueblo romano, y les habia mandado que en caso de que él muriese durante la ausencia de Hildebrando, á quien enviaba á Alemania, dejasen vacante la Santa Sede hasta el regreso de este legado y ejecutasen entonces la eleccion con arreglo á sus consejos. Hildebrando supo á su retorno á Italia la eleccion cismática de Benedicto, por lo que se detuvo en Florencia, y desde allí escribió á los romanos que miraban con horror el cisma. Habiéndole

remitido estos una autorizacion ilimitada, dispuso que en un Concilio celebrado en Sena á 28 de diciembre de 1058 fuese elegido Papa el obispo de Florencia, llamado Gerardo, que era natural de Borgoña. Era este un hombre de juicio recto, bastante instruido, segun el testimonio de Pedro Damiano á quien consultaron, de una pureza de costumbres superior á toda sospecha, y muy limosnero. Entretanto, y conociendo todo el mal que el cismático Benedicto podia causar á la Iglesia si fuera sostenido por los alemanes, se envió una comision á la emperatriz, que gobernaba en nombre del jóven Enrique, para que apoyase la eleccion de Gerardo. Tuvo tan feliz éxito esta comision, que este Papa no solamente fué reconocido en nombre del rey de Germania, sino que Godofredo, duque de Lorena y de Toscana, fué comisionado para que le acompañase á Roma, donde le recibieron con aclamaciones el clero y el pueblo, sentándole en la Santa Sede los cardenales segun costumbre, y coronándole el dia 18 de enero de 1059 por un honor estraordinario de que la historia no hace mencion respecto de ninguno de sus predecesores. Algunos dias despues presentóse el antipapa al Pontífice legítimo, llamado Nicolao II, y protestó que le habian violentado, confesándose sin embargo reo de usurpacion y de perjurio, y pidiendo perdon con todas las señales de un arrepentimiento sincero. No fué inexorable el Papa, antes bien levantó la excomunion fulminada contra Benedicto, si bien le depusieron del episcopado y del sacerdocio.

El Papa Nicolao ordenó el dia 6 de marzo del mismo año al abad Didier presbítero cardenal del título de Santa Cecilia, y le dió al dia siguiente la bendicion abacial con el título de Vicario apostólico para reformar los monasterios de la Campania, de la Pulla y Calabria. En el mes de abril próximo celebró un Concilio de ciento trece obispos, con una multitud de abades y otros eclesiásticos (1). Cuando principiaron las sesiones, manifestó lo que habia sucedido al tiempo de la muerte de su predecesor. «A fin pues, dijo, de que no vuelvan á esperimentarse jamás semejantes desgracias, mandamos, segun las disposiciones de los Padres, que luego del fallecimiento del Papa traten de la eleccion antes que otro alguno los obispos cardenales reunidos, y que estos llamen despues á los clérigos cardenales, para que presten su consentimiento lo demás del clero y el pueblo. No debemos olvidarnos de lo que dijo nuestro predecesor Leon, de santa memoria, á saber, que no deben reputarse pastores los que no son elegidos por el clero, ni pedidos por el pueblo, ni consagrados por los obispos de la provincia de acuerdo con el metropolitano. Pero como el Papa carece de metropolitano, corresponde hacer sus veces á los obispos cardenales. Debe hacerse la eleccion en el seno de la misma iglesia que se trata de proveer, si hay en ella un sugeto digno de ello, y sino en alguna otra, salvo el honor debido á nuestro amado hijo Enrique, que es al presente rey y será emperador, mediante la voluntad de Dios, segun se lo hemos concedido ya. Igual honor se tributará á aquellos sucesores suyos, á quienes la Santa Sede haya concedido personalmente el mismo derecho.» De este modo manifestaba Nicolao II su gratitud al rey de Germania, el cual, dominando en Italia, habia protegido su eleccion y consagracion, y contribuido asi á la estincion del cisma de Benedicto X. «Si el poder de los malos, sigue diciendo Nicolao, se opone á que se haga en Roma una eleccion legítima, los cardenales-obispos reunidos con el clero y con los seglares temerosos de Dios, aunque sean en corto número, tendrán derecho

(1) *Tom. 9. Concilior. pag.* 1105.

para elegir Papa en el sitio que juzguen á propósito; y si el electo no puede ser entronizado en la Santa Sede segun costumbre, no carecerá por eso de la autoridad competente para gobernar la Iglesia romana y disponer de todos sus bienes, como lo hizo San Gregorio antes de su consagracion. Si alguno es elegido, consagrado ó entronizado con desprecio de este estatuto, sea anatematizado y depuesto con sus cómplices.» Firmaron este decreto los Padres del Concilio y tambien los presbíteros y diáconos.

Tomáronse asimismo varias providencias contra los clérigos concubinarios y simoniacos, debiendo estos ser depuestos sin misericordia. Hacia mucho tiempo que se controvertia sobre la suerte de los que ellos habian ordenado gratuitamente, y á causa de su gran número se resolvió que se les permitiese el ejercicio de las funciones propias de sus órdenes; mas no fijaron como regla general una indulgencia que concedian á causa de la necesidad de los tiempos; antes bien determinaron que cualquiera que en lo sucesivo fuese ordenado por un simoniaco notorio, incurriria con él en la pena de deposicion. A los presbíteros, diáconos y subdiáconos que despues de la prohibicion de Leon IX hubiesen tomado ó conservado concubinas se les prohibe la celebracion de la misa, cantar la Epístola y el Evangelio, asistir á los divinos oficios en el santuario, y además se les priva de la parte que pudiese corresponderles de las rentas de la Iglesia. Prohibióse igualmente oir la misa de un sacerdote de quien se supiere con certeza que tiene concubina. Segun la misma constitucion, los clérigos deben comer juntos y dormir en una misma casa cerca de su iglesia, poseyendo en comun todas sus rentas eclesiásticas. La Santa Sede adoptaba asi la institucion de los canónigos regulares, cuyos principios hemos visto en Francia.

Hallábase en Roma Berengario cuando se celebró allí el Concilio que formó unos decretos tan acertados. Aunque este obstinado sectario hubiese pasado á aquella ciudad para sembrar los errores, como lo persuade la serie de sus imposturas, parece temió al Papa Nicolao cuando llegó á conocerle. Abrazó el partido de la ficcion que le era tan familiar, y rogó al Pontífice con su Concilio que le diese por escrito la profesion de fé que debiese seguir. Encargaron esta comision al cardenal Humberto, y este prelado, tan docto como hábil, dispuso una confesion de fé que no dejaba lugar alguno á los equívocos y artificios ordinarios del heresiarca (1). Berengario, despues de confesarse allí culpable, declaraba que el pan y el vino despues de la consagracion no solo son el Sacramento, sino tambien el verdadero cuerpo y la verdadera sangre del Señor; y que no solo se tocan y rompen sacramentalmente, sino en verdad, por las manos de los sacerdotes y en la boca de los fieles. En una palabra, decia en los términos mas claros, que su modo de pensar y hablar acerca de la Eucaristía era en todo conforme al de la Santa Sede apostólica, al del Papa Nicolao, y al de su Concilio. Juraba todo esto por la Santísima Trinidad y los Evangelios, y reconocia que los defensores de cualquiera otra creencia y todos sus sectarios eran dignos de un anatema eterno. Habiendo leido y releido el hipócrita esta fórmula, no se contentó con jurar y firmar, sino que hizo encender fuego en medio del Concilio y arrojó en él todos los escritos que contenian sus errores. Derramaban lágrimas de gozo el Papa y todos los Padres por una conversion tan generosa, y Nicolao juzgó que estaba obligado á comunicar á toda la Italia, á la Germania y á las Galias una noticia tan interesante. Mas

(1) Lanfr. de Corp. *cap.* 1 *et* 2.

apenas salió del Concilio el sectario perjuro, principió á escribir contra esta profesion de fé, y profirió las injurias mas atroces contra el cardenal que la habia escrito.

Llamaron entretanto la principal atencion del Sumo Pontífice los desórdenes que causaban en la iglesia de Milan la simonía y la incontinencia de los clérigos (1). A ruegos de esta iglesia envió á ella al obispo de Ostia, Pedro Damiano, y á Anselmo, obispo de Luca. Mas al dia siguiente al de su llegada estuvieron muy espuestos á ser víctimas de una horrible sublevacion contra la dignidad de legados de que estaban revestidos. El populacho, ignorante y conmovido por algunos eclesiásticos perversos, principió á gritar que Milan en nada estaba sujeta á las leyes de Roma, y que el Papa no tenia ningun derecho para juzgar ó gobernar aquella iglesia. Tocaron á rebato; corrió con precipitacion la turba al palacio episcopal, y tuvo aviso Pedro Damiano de que conspiraban contra su vida. Pero él subió al púlpito sin ningun temor, se presentó á la multitud, y despues de haber conseguido el silencio con mucha dificultad, habló en estos términos: «sabed, hermanos mios, que he venido por vuestra salvacion, y no por la gloria de la Iglesia romana. ¿De qué puede servirla el ministerio de un mortal despreciable, despues del elogio que recibió de la boca del Salvador? Los hombres son los que han fijado los límites y los privilegios de los patriarcados, de las metrópolis y de las diócesis de cada obispo; pero Jesucristo mismo fué quien fundó la Iglesia romana, entregando á Pedro las llaves de la vida eterna. Es una injusticia privar de sus derechos á cualquiera otra iglesia; pero disputar á la de Roma su prerogativa es una heregía.» Para establecer principalmente la superioridad de la Iglesia romana con respecto á la de Milan, añade Pedro Damiano, que los primeros pastores de esta fueron enviados á ella por San Pedro, siendo digno de observarse que nombrando aquí á San Gervasio y San Protasio, como tambien á los Santos Celso y Nazario, no habla palabra de San Bernabé, á quien sin embargo cuenta la ciudad de Milan por su primer obispo. El pueblo que solo pecaba por ignorancia, y por haberse dejado llevar del furor que le habian inspirado, se tranquilizó cuando quedó instruido con este discurso, y ofreció ejecutar sin demora lo que propusiesen los legados.

No obstante, fueron grandísimas las dificultades que se les ofrecieron: ¡tan general era la simonía en aquella iglesia! Se acostumbraba en ella como regla inviolable pagar una suma determinada por todas las órdenes, aun antes de recibirlas, y sin esceptuar el episcopado. En una palabra, apenas existia un solo eclesiástico que hubiese sido ordenado gratuitamente; y hubiera sido una parcialidad odiosa perdonar á unos y castigar á otros. Poniendo por otra parte entredicho á todos los sacerdotes de una ciudad y de una provincia tan considerable, se arruinaba en cierto modo la Religion en todo su distrito. No olvidó el sabio cardenal la regla de San Agustin y del Papa Inocencio, de que no se debe usar de todo el rigor de los cánones contra la multitud; y gobernándose por este principio de una prudente economía, se contentó con poner fin á los abusos, y restablecer el vigor de las leyes para lo sucesivo sin vindicarlas con rigor por las infracciones pasadas.

Guido de Velate ocupaba entonces la Silla de Milan, en la que, sin embargo de que era sumamente odioso á los milaneses, habia sido colocado en virtud del dinero que entregó al emperador Enrique, y con perjuicio de cuatro sacerdotes de aquella iglesia mucho mas dignos que él. Presentado al

(1) *Gest. Rom. Pontif. ann.* 1059.

juicio de Leon IX, habia tenido bastante destreza para hacer que este santo y vigilante Pontífice le declarase arzobispo legítimo, y en trece años que llevaba de pacífica posesion, esto es, desde el 1046, habia tenido todo el tiempo necesario para consolidar su autoridad. De suerte, que no lograron poco los legados cortando los abusos mediante el perdon de lo pasado. Redujeron al obispo y á su clero á que ofreciesen por escrito y con juramento que no volverian á tomar nada por la promocion á las órdenes, ni por la institucion de los abades y capellanes, ni por el santo crisma, ni por la investidura, ni por la consagracion de las iglesias. Obligáronse tambien á separar, en cuanto fuese posible, á los sacerdotes, diáconos y subdiáconos de sus mugeres ó concubinas. Impusieron á los culpables largas y rigorosas penitencias, principiando por el arzobispo, en lo cual se tuvo tambien en cuenta los diferentes grados de ignorancia de los eclesiásticos, muchos de los cuales estaban tan poco instruidos en esta materia, que apenas creian pecar como no pagasen mas que el precio determinado por cada órden. Condenóse al arzobispo á cien años de penitencia, pero con la facultad de redimir una parte de ellos con limosnas, marcándosele la cantidad equivalente á cada año. Arreglóse tambien en cuanto á los demas penitentes, que los que, por ejemplo, no pudiesen ayunar sino con grande incomodidad, tuviesen el arbitrio de redimir un dia de ayuno cada semana rezando el Salterio, ó sustentando á un pobre despues de lavarle los pies. A pesar de los abusos en que degeneraron estas redenciones ó conmutaciones de penitencias, contra la intencion y las sábias precauciones de la Iglesia, debe aplaudirse por lo menos la circunspeccion con que procedian en esta materia sus dignos ministros.

En el discurso de la legacion de Pedro Damiano, le regaló el abad de San Simpliciano un vasito de plata. Como era una máxima de los legados de la Santa Sede no recibir nada de las personas que tenian alguna causa pendiente, examinó Pedro si se hallaba en este caso el abad; y aunque se convenció de que aquella corta espresion no tenia ninguna mira interesada, no dejó de tener muchos escrúpulos el santo legado. Consintió por último en admitirle para un monasterio que acababa de fundarse; pero vió que volvian á renacer sus inquietudes, y no pudo calmar su conciencia hasta que devolvió el regalo al que se lo habia dado (1).

Cuando hubo cumplido su comision, escribió al Sumo Pontífice que le eximiese del episcopado (2), pues miraba esta dignidad como una carga superior á sus fuerzas, y aun la renunció devolviendo el anillo pastoral en señal de una renuncia absoluta é irrevocable. Pero Nicolao no quiso condescender con los deseos de un ministro que era todavia tan necesario á la Iglesia, y hasta el pontificado siguiente no logró el humilde prelado lo que con tanta perseverancia solicitaba.

Dió entretanto oidos Nicolao á las proposiciones de los normandos de Italia, quienes mostraban grandes deseos de reconciliarse con la Santa Sede, y principiaron restituyendo todas las posesiones de que se habian apoderado pertenecientes á la Iglesia romana. Eran entonces sus principales caudillos Ricardo y Roberto, llamado Guiscardo, esto es, hábil y astuto: Roberto, señor del principado de Cápua que habia quitado á los lombardos, y Ricardo ó Rogerio, duque de la Pulla y de Calabria, provincias conquistadas á los griegos, y señor de una parte de Sicilia, de que habia empezado á apoderarse espulsando á los sarracenos. Con-

(1) Petr. Dam. *Opusc.* 53, *cap.* 4.
(2) *Lib.* 1, *Epist.* 8.

firmóles el Papa estas posesiones, y ellos le prestaron juramento de fidelidad. Convino Roberto en pagar un tributo anual á la Santa Sede, y se hizo vasallo suyo (1). Tal fué en 1059 el orígen que se atribuye comunmente al reino de Nápoles, y que segun el mismo principio se podria remontar á los tratados anteriores de Leon IX con los mismos normandos, quienes no tardaron en mostrarse los mas intrépidos defensores de la Iglesia romana. Reunieron sus tropas y se encaminaron contra las ciudades de Preneste, Túsculi y Nomento, á las que castigaron por haberse rebelado contra el Papa su señor. Pasando despues el Tiber arruinaron la ciudad de Galera con todos los castillos del conde Gerardo, insigne bandido que tenia desolado todo el contorno, y restituyeron á los romanos su antigua pujanza contra una multitud de pequeños señores que no cesaban de tiranizarlos.

En el mismo año envió Nicolao II á Francia dos legados que asistieron á la coronacion de Felipe, hijo primogénito del rey Enrique. Felipe tenia solamente siete años; pero imitando el rey su padre el ejemplo de los dos primeros soberanos de su familia, queria asegurar en ella la corona, haciendo que viviendo todavía él reconociesen por rey á su hijo. Esta primera consagracion de los reyes de la tercera línea, de que tenemos un acta auténtica, se ejecutó en Reims con un aparato magnífico el dia de Pentecostés 23 de mayo del año 1059. Hizo Felipe profesion de la fé católica, y juró conservar á los obispos y á sus iglesias todos sus derechos segun los cánones, defenderlos como es obligacion de un soberano, y administrar justicia á los pueblos segun las leyes. Despues, con el permiso del rey Enrique, Gervasio, arzobispo de Reims, eligió por rey al príncipe Felipe. Aprobaron esta eleccion los obispos, los abades y los grandes, y con ella se conformaron los caballeros particulares y aun el pueblo, esclamando todos á un tiempo por tres veces: *lo aprobamos y lo queremos*. Se pidió tambien el voto á los legados romanos, pero solo por hacerles este honor, porque no era necesario el consentimiento del Papa, como lo dice en términos espresos el acta de la coronacion (1). Las providencias que tomaba el rey Enrique eran mas urgentes de lo que él mismo podia imaginar, atendida su edad; pues murió el dia 29 de agosto del año siguiente, á los cincuenta y cinco de su vida y treinta de reinado.

No llegó á sobrevivirle un año entero el Papa Nicolao, pues falleció el dia 21 ó 22 de julio de 1061 en Florencia, cuya Silla habia conservado con la de Roma. Así iba convirtiéndose en costumbre este método estraño: ¡tan peligroso es dar el ejemplo de la dispensa, aun con los pretestos mas plausibles, en aquellas materias en que la virtud misma puede padecer error! Cuentan de Nicolao que fué tan grande su caridad respetuosa para con los miembros indigentes de Jesucristo, que no pasó un dia sin que lavase los pies á doce pobres. Hubo grandes alborotos en Roma para la eleccion de su sucesor; y para evitar los efectos de la division, se dispuso á toda prisa que el cardenal Esteban pasase á verse con el nuevo rey de Germania. Mas ora sea porque en este punto no estaban los ánimos mejor dispuestos en Alemania que en Italia, ó bien porque toda la atencion de la córte de Germania se fijase únicamente en las facciones de la menor edad del rey que tantos disturbios causaban, lo cierto es que el legado no pudo conseguir una audiencia, y que ni aun siquiera abrieron sus cartas. Por fin, despues de unos tres

(1) *Chron. Cass. lib.* 3, *cap.* 6, 13 *et* 16.

(1) Duchesne, *tom.* 9 *Conc. lib.* 30.

meses de vacante, Hildebrando que habia sido promovido á la dignidad de arcediano de la Iglesia romana por el Papa difunto, tuvo consejo con los cardenales y los nobles romanos, en el que acordaron no dejar mas tiempo la Santa Sede en una situacion tan peligrosa, y cuidar de elevar á ella un varon agradable á la córte imperial (1). Eligieron en su consecuencia á Anselmo, obispo de Luca, que tomó el nombre de Alejandro II, y fué coronado á 30 de setiembre de 1061.

En 28 de octubre siguiente, la emperatriz Inés, madre del rey Enrique y gobernadora de sus Estados, resentida de que sin esperar su consentimiento hubiesen encumbrado á Alejandro, convocó una dieta en Basilea, é hizo que con el nombre de Honorio reconociesen en ella por Papa á Cadaloo, obispo de Parma, el cual era simoniaco y concubinario, y por lo mismo muy grato á los obispos y clérigos de Lombardía, que por la mayor parte se hallaban contaminados con los mismos vicios (2). Reuniéronse en gran número escitados por Guiberto de Parma, canciller y virey de Italia, y principiaron á vocear diciendo que necesitaban un Papa que tuviese condescendencia con sus debilidades y que no le recibirian como no fuese del paraiso de Italia: así llamaban á su provincia. Esta viciosa y despreciable faccion, que no alegaba en su favor mas que los intereses del mismo vicio, tuvo el mayor influjo en la eleccion que en Basilea se hizo del obispo de Parma para Gefe de la Iglesia.

Despues de esta eleccion, juntó el intruso muchas tropas y dinero y corrió de improviso el dia 14 de abril del año 1062 á presentarse delante de Roma como conquistador, ó por mejor decir, como un vil corruptor. Sobornó allí muchas personas con profusiones simoniacas. Sentó los reales en los prados de Neron cerca del Vaticano, y dió un combate en que perecieron muchos romanos. Mas habiendo acudido entretanto al socorro de la Santa Sede Godofredo, duque de Toscana, se vió tan apurado el Anti-papa, que solo pudo salvar su persona á fuerza de dinero, y tuvo que huir á Parma, donde reunió nuevas tropas para sostener su empresa; pero se concluyó la campaña sin que pudiese realizar sus designios. En fin, el último dia del año de su eleccion, 27 de octubre, fué condenado y depuesto por todos los obispos de Italia y Alemania. Mas no por esto cedió, antes bien despues de dos años volvió á hacer otra irrupcion que no le fué mas favorable que la primera; y por último, á pesar de que tuvo que andar errante y fugitivo, esperimentando la mayor pobreza y abandono durante el corto tiempo que sobrevivió, no dejó este miserable de considerarse como Sumo Pontífice.

San Annon, arzobispo de Colonia, contribuyó mucho á desacreditar á este usurpador vicioso y sacrílego (1). Debia Annon únicamente á su mérito la dignidad á que le habian elevado, pues se concilió la estimacion y amistad, asi del emperador Enrique el Negro, como de todos los hombres de bien por su elocuencia, doctrina y virtud, y especialmente por su amor á la justicia, y por el valor y libertad con que la sostenia. A estas prendas unia lo mucho que le habia favorecido la naturaleza en la bella disposicion de su persona. Esperimentó al principio de su episcopado varias contradicciones de algunos sugetos á quienes no parecia su nacimiento bastante ilustre para una dignidad tan sublime. Mas no tardó en hacer que

(1) *Discept. synod. P. Dam. Opusc. 4.*
(2) Petr. Dam. *lib. 1, Epist. 20.*

(1) Sur. *die 4. Decembr.*; Herm. et Lamb. *Chron.*

cesasen todas las quejas, mostrando no menos grandeza que piedad en su modo de vivir. Ilustró su silla tanto como el que mas, y desempeñó sus obligaciones en el Estado tan exactamente como en la Iglesia. Animaba todas sus obras con el espíritu de fé, vivia en un recogimiento contínuo, pasaba en oracion la mayor parte de las noches, visitaba entonces descalzo las iglesias acompañado de un solo criado, ayunaba con frecuencia y se trataba con mucha aspereza. Sus limosnas y liberalidades inmensas alcanzaban á todo género de indigentes, diocesanos, peregrinos, estrangeros, eclesiásticos, legos y monges. Dicen que no hubo en su diócesi ni una sola comunidad á la que no favoreciese dándola tierras, pensiones ó casas. Pero observando que se relajaba en Alemania la disciplina regular, juzgó que haria un beneficio mucho mayor á los monasterios con la reforma que con las limosnas. Como poseia un talento poco comun para persuadir y un crédito muy grande en todo el reino, tenia muchos imitadores en el episcopado, y volvió á florecer la regularidad monástica en la mayor parte de las diócesis. Annon estaba dotado del don de la palabra en grado tan superior, y se penetraba tanto de los afectos que deseaba inspirar, que hacia llorar á los hombres mas endurecidos, y en todos sus sermones resonaba la iglesia con los sollozos y gemidos de cuantos le oian.

Viendo con dolor que se abusaba de la infancia del rey en perjuicio del Estado y de la Iglesia, y sintiendo mas que todo la familiaridad sospechosa de Enrique, obispo de Augsburgo, con la emperatriz, de la que era principal ministro, se encargó del gobierno del rey y de sus Estados, de acuerdo con los grandes del reino; y al punto exoneró á Guiberto de Parma de su empleo de canciller, le privó de la autoridad que egercia en Italia, y congregó un concilio en Osborna, ciudad de Sajonia, en el que hizo que se declarase la deposicion del antipapa Cadaloo (1062).

Compuso con este motivo Pedro Damiano en defensa del legítimo Papa un escrito que, segun afirman, causó mucha impresion en los Padres del Concilio. Pero bastaba que estuviese el gobierno en manos de un ministro como Annon para librar á Alejandro de su rival. Entonces se consideró Pedro Damiano como en un todo libre de la carga del episcopado. Renovando en tiempo del Papa Alejandro, que condescendió con sus deseos, la renuncia que habia puesto en manos de Nicolao, se consagró enteramente á la vida monástica y á la composicion de las muchas obras que nos ha dejado. A mas de las que dió á luz con el título de opúsculos, y que forman la parte mas considerable de sus escritos, tenemos tambien de él una copiosa coleccion de cartas, un gran número de sermones y las vidas de muchos Santos. En todas sus obras muestra un celo muy grande por la pureza de las costumbres y por la conservacion de la disciplina, comunicándonos noticias muy interesantes acerca de ella y particularmente por lo que toca á la vida religiosa. Infatigable cuando se trataba de combatir los abusos que atacaban á la religion y á la disciplina, se muestra decidido en favor de la severidad de las reglas, como lo anuncian principalmente las obras en que trata de los deberes de los eclesiásticos y de los religiosos. Este autor es uno de los mas fecundos y mas célebres de su siglo, y no se le puede negar una erudicion prodigiosa atendidos los tiempos en que vivia. Su estilo es nervioso y fuerte, al mismo tiempo que fácil y claro (1).

Entre las vidas escritas por este autor

(1) Vida de los PP., mártires y otros principales Santos escrita en inglés por Albano Butler y traducida al francés por Godescard, t. 2, p. 100.

piadoso, una de las mas estraordinarias es la de su discípulo Santo Domingo, llamado por lo comun el Lorigado (1); renombre que le dieron á causa de la loriga ó cota de hierro que llevaba puesta de dia y de noche por penitencia. Habia recibido ya las primeras órdenes, y dieron sus padres al obispo una piel de macho cabrío para que le ordenase de sacerdote, cuyo precio simoniaco, á pesar de su vileza, le causó tanto horror que se retiró del siglo y se abstuvo toda su vida de las funciones sacerdotales. Abrazó la vida monástica, y despues se hizo ermitaño bajo la direccion de Pedro Damiano, en un lugar de la Umbría llamado Luceola. En este santo asilo, distribuidos los solitarios en diez y ocho celdas tenian por regla no beber vino jamás, no sazonar la comida con ninguna cosa sustanciosa, y no comer nada caliente sino los domingos y jueves: los otros cinco dias ayunaban á pan y agua, se ocupaban sin interrupcion en la oracion y en el trabajo de manos, observaban el mas profundo silencio todos los dias de la semana, y no hablaban el domingo sino durante el tiempo que mediaba entre vísperas y completas. En su celda estaban desnudos de pie y pierna; en una palabra, vivian estos ermitaños con una austeridad poco comun, aun para aquellos tiempos en que la penitencia y las virtudes iban acompañadas de cierta aspereza propia de los pueblos septentrionales, que se habian derramado en gran número por todo el Occidente. Mas este modo de vivir pareció aun muy suave al ardor de Domingo. No obstante de que el hábito de los demas llegaba hasta el suelo para preservarlos del frio, el de Domingo le llegaba solo á la mitad de las piernas, á pesar de que las llevaba desnudas como ellos. Tenia pegada á la carne una camisa de mallas de hierro, que solo se quitaba para darse la disciplina. Cuando descansaba serviale de ropa un tejido de la misma clase, de modo que la piel se le puso del todo negra. Llevaba además de esto cuatro aros de hierro, dos en los muslos y otros dos en las piernas, á los que añadió despues otros cuatro. Los jueves y domingos, en cuyos dias permitia la regla añadir al pan alguna cosa cocida, no usó jamás de esta indulgencia, y aun asi se juzgaba afeminado y sensual. Despues de haber estado ausente algun tiempo Pedro Damiano, le preguntó este vigilante director cuál habia sido su modo de vivir. Díjole su discípulo que los jueves y domingos vivia como hombre carnal. «¿Pues qué? le dijo Pedro, ¿comes huevos ó queso?»—«No lo permita Dios,» respondió Domingo.—«¿Comes fruta ó pescado?»—«Ese es un regalo que reservo para los enfermos.» Vinieron por fin á parar en que aquella relajacion consistia en alimentarse con hinojo y pan, como se acostumbra en Italia. Era su principal ejercicio el de rezar salterios, azotándose con unos manojos de varas que tenia en ambas manos, á lo que sustituyó despues unas correas de cuero, porque eran mas ásperas. Los dias que para él eran de relajacion, cantaba dos salterios azotándose de esa manera. En la Cuaresma ó cuando hacia penitencia por otro, segun la costumbre de aquel tiempo, le rezaba por lo menos tres veces cada dia, sin dejar de azotarse mientras duraba la oracion. Rezaba muchas veces dos salterios seguidos, disciplinándose de contínuo y sin sentarse ni un solo momento. Permanecia de pié, para que los golpes pudiesen alcanzar mejor á todo el cuerpo y para añadir á este ejercicio las frecuentes genuflexiones que eran entonces comunísimas. Hacia ciento mientras rezaba quince salmos, y por consiguiente mil en cada salterio. Corrió una noche con la cara acardenalada de resul-

(1) *Vit Dom. Loric. apud. Petr. Dam. saec. VI. Bened.*

tas de los golpes que se habia dado, á manifestar á su director el estado de su conciencia. «Maestro mio, le dijo, hoy he hecho por la gracia del Señor lo que no me acuerdo de haber ejecutado en toda mi vida; pues en un dia y una noche he rezado ocho salterios.» Mas confesó que no habia pronunciado las palabras, contentándose con repasarlas en su interior, lo que le parecia aun mas penoso por los esfuerzos necesarios para conservar la atencion en medio de una celeridad tan grande. Llegó una vez á rezar en una noche doce salterios y parte del trece sin dejar de azotarse en todo este tiempo. A pesar de una penitencia tan estraordinaria, llegó á una edad muy avanzada, muriendo á 14 de octubre del año 1062, en cuyo dia honra la Iglesia su memoria (*a*).

El Juez Eterno, que solo atiende á las disposiciones del corazon, se acomodaba en cierto modo á la singularidad de las costumbres é inclinaciones de un siglo propenso á las cosas estraordinarias y á las prácticas análogas á la dureza del carácter de aquel tiempo. El uso de la disciplina, que principió en el siglo XI, y del que se dice dió el pri-

(*a*) Por este tiempo tambien florecia en España otro Santo Domingo. Habia nacido en la Cantabria y desde su niñez se mostró aficionado á la vida monástica, tanto que dejando el pastoreo del ganado de sus padres se retiró al monasterio de San Millan, donde por sus virtudes llegó á ser prior. El rey D. Garcia quiso apoderarse de parte de los bienes del monasterio; pero se opuso Domingo, y por ello fué desterrado con otros dos monges. Acojióse entonces á la proteccion del rey de Castilla D. Fernando, el cual le encargó del monasterio de San Sebastian de Silos, y al mismo tiempo se le dió el título de abad. Falleció en 20 de diciembre de 1073. Las virtudes de su vida y los milagros obrados por su intercesion en vida y en muerte, hicieron sumamente célebre el nombre de Santo Domingo de Silos, el cual adquirió años adelante nueva celebridad con su aparicion á la beata Juana de Aza, madre de Santo Domingo de Guzman fundador del órden de predicadores.—Distinguiéronse tambien por el mismo tiempo otros varios Santos, como Iñigo, abad de Oña, que falleció en 1057; S. Aloito ó Alvito, obispo de Leon, á quien se le apareció San Isidoro revelándole donde yacia oculto su sagrado cuerpo, el cual fué trasladado de Sevilla á Leon de órden del rey don Fernando, en lugar del cuerpo de Santa Justa que habia pedido al rey moro de Sevilla; San Veremundo, abad de Santa María de Irache; San Ermengaldo obispo de Urgel; y Santa Aurea, religiosa del monasterio de S. Millan, insigne por su pureza y por su amor á la oracion, y favorecida por Dios con singulares mercedes.

Celebráronse asimismo diferentes juntas de obispos y Concilios en nuestra España por este mismo tiempo. En 1056 se celebró uno en Santiago en el que se formaron los estatutos que debian observar los canónigos reglares; se mandó en él que los obispos y sacerdotes digesen misa, ó si estaban impedidos la oyesen todos los dias; que los canónigos llevasen silicio en los dias de ayuno, letanías y penitencia; que en las iglesias se renovase el agua bendita todos los domingos ó se hiciese aspersion con ella (*salis sparsionem*, dice); que los que hubiesen de ser elegidos abades ó párrocos estuviesen instruidos en los cánones y Escritura Santa, y que luego tuviesen sus escuelas donde se ensayasen los que abrazaban el estado eclesiástico; que ninguno pudiese ser ordenado de subdiácono sin tener 18 años, de diácono sin tener 25, y de presbítero sin tener 30, debiendo además tener todos la instruccion necesaria para el egercicio de sus respectivos ministerios. Se prohibió rigorosamente á los clérigos la simonía, llevar armas y barba larga, prescribiéndoseles además el modo de la tonsura. Vedó el concilio á todo cristiano la poligamia añadiendo que se separasen los que estuviesen casados con parientes. Se encargó á los jueces templasen el rigor con la piedad, que no oprimiesen á los pueblos, ni recibiesen regalos antes de fallar en las contiendas y pleitos. Por último, se prohibió todo género de supersticion, agüeros etc.—En 1058 hubo una reunion de obispos en Barcelona para la dedicacion de la nueva iglesia de aquella ciudad y al mismo tiempo se declararon cuáles eran los límites de aquella diócesis para evitar dudas y contiendas con los obispados limítrofes. Otra junta de obispos habia habido en la misma ciudad en 1054, en la que se trató de reprimir á los que invadian los bienes de la Iglesia.—En 1060 ó 62 se celebró otro Concilio en el monasterio de San Juan de la Peña para el restablecimiento de la disciplina, á instancias del rey de Aragon don Ramiro, y se acordó que los obispos de Jaca se eligiesen siempre de entre los monges de dicho monasterio, y añade tambien un historiador se determinó que el obispo llamado de Aragon residiese en Jaca hasta la conquista de Huesca.—Otro Concilio de nueve obispos hubo tambien en Jaca, en tiempo del mismo rey don Ramiro, por los años 1063 ó 1060 en el que se mandó que las causas de los clérigos se sustanciasen en el tribunal eclesiástico, y se formaron además otros reglamentos de disciplina para remediar los desórdenes causados por las guerras anteriores.—En 1068 se tuvo otro en Barcelona en el que se establecieron varios decretos á favor del asilo de las iglesias y de la pública tranquilidad; se reencargó la continencia á los eclesiásticos y se adoptó el rito romano relativo á la liturgia sagrada.—Tambien en el mismo año 1068, segun Masdeu, ó en 1078, segun otros, se celebró otro en Vich, llamado de la *Paz* y *Tregua del Señor*, en que se acordó esta en los términos que ya digimos hablando de ella; bien que todo eso estaba ya prevenido en España, sin embargo de que por la misericordia de Dios no habian penetrado en ella, dice un escritor, los desórdenes para cuyo remedio se adoptaba. Véanse Aguirre, Villodas, Villanuño, etc. (*N. del E.*)

mer ejemplo San Guido de Pompona, se generalizó muy pronto. Muchas personas declamaron contra esta novedad; mas Pedro Damiano, que estaba alentado por un celo muy ardiente á favor de todas las prácticas piadosas, contestó con tanta energía que les tapó la boca. Entre las grandes austeridades de los antiguos ascetas, no habia ejemplar de semejantes flagelaciones; mas él citó el de San Gerónimo, que se creia habia sido azotado por los ángeles, el de los mártires y el del mismo Jesucristo, que sufrieron la misma pena. Podia sin embargo haberse escusado este trabajo y no hacer uso de unas comparaciones cuya desigualdad saltaba á los ojos. De la máxima general de que es necesario crucificar la carne, y que el mismo Pedro no dejaba de presuponer, se inferia con bastante claridad que las disciplinas podian considerarse como tantas otras maceraciones no menos singulares practicadas con edificacion en la antigüedad.

Trató tambien de justificar las compensaciones y redenciones de las penitencias, que principiaban por aquel tiempo á acreditarse sobremanera; apología sencilla y fácil, conteniéndose en los límites fijados por la Iglesia. En efecto, ¿qué inconveniente hay en que esta Madre, no menos prudente que tierna, conmute á algunos hijos suyos ciertos géneros de penitencia impracticables para ellos, por otros que puedan cumplir con mayor facilidad? Tampoco se podia mirar como un abuso en esta clase de penitentes la devocion que tenian de que en cuanto fuese posible se supliese su propia insuficiencia con las oraciones y austeridades de los santos monges y de los santos eclesiásticos. El abuso de las conmutaciones ó la abolicion insensible de las penitencias canónicas provenia especialmente de la generalidad del principio con que parecia autorizarse el mismo apologista, mas piadoso en sus intenciones que exacto en sus razonamientos. Muchas eran las personas que estaban convencidas entonces, de que por cada pecado era absolutamente necesario, sin ninguna distincion de casos ó de circunstancias, que la penitencia señalada por los cánones se cumpliese al pie de la letra. Asi, cuando un pecador habia incurrido, por ejemplo, veinte veces en una falta que merecia diez años de penitencia canónica, habia que cumplir doscientos años de esta; y como era manifiestamente imposible cumplirla por sí mismo, no habia mas arbitrio que valerse del auxilio de otros. Con este objeto especificaron los pecados que se expiaban con tal y tal obra determinada. Pedro Damiano dice haber oido á su discípulo Santo Domingo, que se cumplian cien años de penitencia con veinte salterios acompañados de disciplina, es decir, que ciento cincuenta salmos y quince mil azotes, pues se recibian ciento á cada salmo, equivalian á cinco años de penitencia canónica (1). De suerte, que en algunos dias un hombre tan austero como Domingo podia dejar libre á un pecador de esta penitencia de cien años. Mas no debemos creer que estas ideas estuviesen generalmente recibidas, supuesto que el mismo Pedro Damiano nos afirma (2) que padecieron grandes contradicciones en su tiempo antes que hubiese demostrado la esperiencia cuán peligrosas eran, y vemos tambien por un Concilio celebrado mucho tiempo antes (813) en Chalons del Saona, que la Iglesia habia previsto el peligro y procurado evitarle (3). Hicieron reclamaciones sobre este punto en todos los siglos una multitud de pastores ilustrados.

Se ha acusado tambien á Pedro Damiano de haber acreditado muchas devocio-

(1) Petr. Dam. *Opus.* 51. *cap.* 8.
(2) *Id. lib.* 5, *Epist.* 8.
(3) *Conc. Cabil. ann.* 813.

nes nuevas, como la práctica establecida poco antes de consagrar el lunes en honor de los ángeles, el viernes á la cruz, y el sábado á la Vírgen. Algunos de estos censores, usando de una dureza poco comun entre los modernos, y procediendo con una acrimonia aun mas estraña entre ortodoxos, se detienen principalmente en el gran número de misas, y en el oficio parvo de la Vírgen, y refieren con este motivo algunos rasgos de credulidad á propósito para desacreditar esta práctica. ¿Y qué otro objeto puede tener el ejemplo que citan, por no hablar de otros, de un gran pecador á quien afirmó María en el artículo de la muerte, que le habian sido perdonados sus pecados por haber rezado con mucha exactitud y puntualidad el oficio parvo? La circunspeccion tan necesaria cuando se trata de estas materias, y aun la misma justicia, ¿no exigia que no se diese márgen á creer falsamente que un doctor tan respetable como Pedro Damiano hubiese enseñado que podian salvarse los pecadores devotos de la Vírgen sin tener un arrepentimiento sincero de sus pecados? Que de ahí se quiera inferir algo mas que la inutilidad de estos oficios y de estas prácticas es un punto acerca del cual es tan inútil la refutacion como temerario es el ataque, pues basta recordar la advertencia tantas veces repetida, aunque por desgracia con poco fruto, de que es necesario distinguir entre los abusos, y la cosa misma en que se introducen. Basta que la Iglesia apruebe el oficio parvo de María de un modo tan auténtico, como lo hace, adoptándole en todas partes, para que los fieles todos respeten y deban respetar su uso. Y aun poniéndonos á penetrar sus intenciones, al multiplicar los oficios y las oraciones vocales, quedaria cualquiera convencido de su sabiduría y prudencia por las solas circunstancias de los tiempos y de los lugares en que se han multiplicado estas devociones esteriores, si semejante exámen se hiciese sin preocupacion y con la rectitud conveniente. ¿No eran ellas por ventura las mas á propósito, y casi las únicas, que convenian á unas naciones groseras, que empleadas de contínuo en escursiones y tumultos, eran incapaces de aplicacion y de reflexion? Desde que la Iglesia ve mas moderacion en las costumbres y mas capacidad en sus hijos para pensar y meditar, ¿hay ocupacion que recomiende con mayor esmero que la oracion mental, la lectura de los libros santos, y la meditacion de las verdades eternas?

San Rodulfo, obispo de Eugubio, cuya vida escribió Pedro Damiano con la de Santo Domingo, murió cerca de un año despues que su santo condiscípulo, á la edad de treinta años con corta diferencia (1), y en una carrera tan breve honró sucesivamente la vida monástica y la episcopal. Sin embargo, no se retiró del siglo hasta siete años antes de su muerte, y entonces dió libertad á sus siervos, y habiendo obtenido el consentimiento de su familia, hizo donacion de su castillo, que se tenia por inconquistable, y de todas sus tierras al monasterio de Fontevellana, donde abrazó la vida eremítica con su hermano mayor. Admiraron uno y otro á todos los solitarios con su regularidad, con su austeridad y con una humildad tan profunda, como era grande la elevacion que les habian dado el nacimiento y la fortuna. Obligado Rodulfo á aceptar la dignidad episcopal, conservó su corazon siempre afecto á la soledad. Miró su palacio como una simple hospedería, y su celda como su verdadero domicilio. Nunca se despojó del cilicio ni de los hábitos monásticos: por lo comun comia solo pan de cebada, y esto en corta cantidad; y en los frios mas rigurosos dormia en camisa, sin ningun otro

(1) *Vit. S. Rod. ap. Petr. Dam. Saec. VI. Bened.*

abrigo, y encima de unas tablas. No obstante, lejos de agradecerle tantos sacrificios su pueblo indócil y vilmente interesado, solia no conformarse con sus instrucciones sino cuando queria obtener de él algunas gracias temporales; y á pesar de esto, les administraba infatigablemente el pan de la divina palabra, celebraba con puntualidad el sínodo anual y vivia con la mayor economia para socorrer á los pobres. No cesó hasta la muerte de cumplir con una constancia heróica todas las obligaciones de una dignidad que fué siempre para él una carga muy pesada.

De este modo se empleaba Pedro Damiano, desde que logró dejar su obispado de Ostia, en inspirar á sus discípulos todo género de virtudes, y en perfeccionarse á sí propio en ellas, cuando su amistad con San Hugo de Cluny y la estimacion con que le miraba el Papa Alejandro le obligaron á pasar á las Galias en calidad de legado (1). Habia ido á Roma el santo abad de Cluny á quejarse de Drogon, obispo de Macon, por haber vulnerado éste de un modo muy irregular las inmunidades de su monasterio. Muy en breve terminó Pedro Damiano esta causa en Chalons del Saona en un concilio de trece obispos de las diócesis inmediatas, en el que procuraron estinguir para siempre aquella antigua desavenencia. Los Padres del concilio dispusieron se leyese el acta de la fundacion de Cluny por el conde Guillermo y los diversos privilegios de los Soberanos Pontífices, y habiéndose asegurado de su autenticidad reconocieron que en virtud de estas concesiones de la Santa Sede el monasterio estaba exento de la jurisdiccion del Ordinario; los prelados franceses estaban muy distantes de negar al Papa el derecho de derogar los cánones. Pero no se limitaban á esta comision las facultades del legado, como aparece de sus credenciales dirigidas á los arzobispos de Reims, Sens, Tours, Bourges y Burdeos. Despues de llamar el Papa á Pedro Damiano ojo de la Santa Sede y columna de la Iglesia romana, añade, que le confiere plenos poderes para que lo que resuelva y ordene en sus provincias, sea tan válido como si lo hubiese dispuesto él mismo despues de un maduro exámen. Asi el santo legado, revestido de este poder, persiguió con infatigable teson la simonía y tomó las providencias mas eficaces para que volviese á florecer la antigua pureza de los cánones.

Algun tiempo despues fué encargado de otra nueva legacion que exigia toda la firmeza que en él habia observado el Sumo Pontífice en tantas ocasiones. El rey de Germania Enrique IV, que á los diez y ocho años anunciaba ya los escándalos que habia de dar en lo sucesivo, queria se declarase nulo su matrimonio con Berta, hija de Oton, marqués de Italia y coronada con toda solemnidad. El libertinage era el único motivo que tenia este príncipe, pues él mismo hacia justicia á la virtud de su esposa. Pedro Damiano llenó todas las esperanzas del Papa, supuesto que en un concilio congregado en Maguncia (1069) se declararon contra el rey todos los grandes, aplaudieron mucho la conducta del legado, y el príncipe que temia á la familia poderosa de la reina tomó el partido del disimulo (1). Por último, volviendo de otra legacion á Ravena, de que tambien fué encargado Pedro á pesar de su avanzada edad, murió en Faenza (1072), y es honrado como santo y doctor. Es célebre en toda la Iglesia por la piedad de sus escritos, por la austeridad de su vida, por la firmeza de su celo, y por sus contínuas tareas para restablecer la disciplina. La Providencia dis-

(1) *Bibl. Clun. pag.* 509; *Tom.* 9 *Concilior. pag.* 1177.

(1) *Tom.* 10 *Concilior. pag.* 1200.

puso que pasase por el estado clerical y monástico, para que hiciese una guerra mas viva á los abusos introducidos en uno y otro, y les presentase en su propia conducta el modelo de todo lo que enseñaba.

Los mismos ejemplos dió San Vulstano en Inglaterra, y con el mismo buen éxito (1). Habíase inclinado á la piedad y á la perfeccion evangélica en la casa de sus padres, que no solo eran muy piadosos, sino que ellos mismos abrazaron la vida monástica. Muertos estos, se puso bajo la direccion de Brithegio, obispo de Worchester, que le ordenó de sacerdote siendo todavia muy jóven, y trató de conferirle un beneficio pingüe; mas no quiso admitirle Vulstano, y abrazó el estado de monge en la catedral de la misma ciudad. Por su mérito, su regularidad y su virtud sublime fué elevado á la dignidad de dean, en la que supo conciliar las funciones del celo y de la beneficencia con la mortificacion y el mas profundo recogimiento. Empleaba las noches en cantar el Salterio, segun la devocion de aquel tiempo, haciendo frecuentes genuflexiones. No tomaba alimento alguno tres dias á la semana, y se abstenia de toda conversacion con los hombres; y en los otros cuatro no comia mas que pan y algunas legumbres comunes, á escepcion del domingo en que comia pescado y bebia vino. Todos los dias indistintamente daba de comer á tres pobres y les lavaba los pies.

Unos legados llegados de Roma con Aldredo, arzobispo de Yorck, que habia ido en peregrinacion á aquella ciudad, visitaron en su compañía casi todas las iglesias de Inglaterra. Durante la Cuaresma estuvieron alojados en el monasterio de la catedral de Worchester, donde se admiraron al ver el método de vida del dean Vulstano, y manifestaron en la corte los sentimientos de que iban penetrados. Como se trataba en ella de elegir obispo de Worchester, se creyó que nadie era mas digno de ocupar aquel puesto que el santo dean. Toda la dificultad consistia en vencer su resistencia, á cuyo fin se echó mano de un recluso llamado Vulfino, que estaba en opinion de Santo habia ya cuarenta años. Pero á unos consejos tan capaces para vencer la modestia de Vulstano, fué necesario que los legados añadiesen toda la autoridad apostólica de que estaban revestidos. Obedeció al fin, pero gimiendo (1061), y en treinta y cuatro años que gobernó el obispado se mostró tan digno de él como incapaz se habia él juzgado de desempeñar sus funciones.

La Inglaterra estaba entonces regida por las leyes del santo rey Eduardo. Despues de la muerte de los reyes Haraldo y Canuto II, hijos tan poco dignos del gran Canuto su padre, se acordaron los ingleses del valeroso Edmundo y de la querida sangre de sus príncipes naturales. Pero los hijos de Edmundo, que eran todavia de muy corta edad, estaban al otro estremo de Europa con el rey de Hungría, el cual no se hallaba en estado de hacerlos superiores á la faccion dinamarquesa. Pusieron, pues, los ojos en sus tios paternos, Alfredo y Eduardo, que además de la edad propia para gobernar, tenian un protector poderoso en Guillelmo, duque de Normandía, á cuya corte se habian refugiado. Pudieron en efecto mas que los dinamarqueses; pero Godwino, conde de Kent, hizo que á Alfredo, que era el mayor de los dos, le asesinasen al entrar en el reino. Aquel hombre ambicioso y de grande poder entre los ingleses se lisongeaba con la esperanza de que le seria mas fácil dominar al pacífico y tranquilo Eduardo que á Alfredo; y efectivamente, al principio parecia que el nuevo rey, el cual fué consagrado el dia de Pascua del año 1054, no

(1) *Vit. ap.* Bolland. *tom.* 11, *pag.* 239; *Act. Ben. saec. VI, part.* 2, *cap.* 848.

habia tomado el nombre de tal mas que para poner sus funciones y toda su autoridad en manos de Godwino, á cuya hija Editha eligió por esposa.

Este suegro tiránico no perdonó á la madre del rey, la reina Emma, temiendo verosimilmente los derechos que tenia para hacerse dueña de un corazon tan bien formado como el de Eduardo. Despues de haberla perseguido mucho tiempo con varios pretestos, quiso arruinarla para siempre, y la acusó de que tenia un comercio vergonzoso con el obispo de Winchester. Emma, que habia sufrido con paciencia la pérdida de todos sus bienes, no pudo tolerar que se pretendiese quitarla tambien su honor. Se ofreció á padecer la prueba del hierro hecho ascua, y anduvo en efecto con los pies descalzos encima de nueve barras ardiendo, sin recibir ninguna lesion (1). Por mas imperio que tuviese el conde en el ánimo del rey, no pudo resistir este buen príncipe á la voz de la naturaleza y á la del cielo que clamaban á un mismo tiempo. Pidió perdon á su madre, la restituyó, como tambien al obispo de Winchester, todo lo que se les habia quitado, y empezó á vigilar con atencion la conducta de su ministro.

Estaba el orgulloso conde tan acostumbrado al imperio, que no era fácil reducirle á la obediencia; y asi, á la primera ocasion que tuvo, levantó el estandarte de la rebelion y se armó contra su soberano; pero el poder del virtuoso Eduardo estaba sólidamente establecido en el corazon de sus súbditos. No habiendo podido Godwino seducir mas que á un corto número de ellos, se vió precisado á huir del reino, y aunque despues logró que se le perdonase su delito, verosímilmente por la mediacion de la reina su hija, le trató siempre el rey con la autoridad de soberano, ya que habia sabido recobrarla. Para contenerle mejor y darle á entender que no se le perdia de vista, quiso significarle las justas sospechas que habia contra él con relacion al asesinato del príncipe Alfredo, á pesar de que habia fingido ignorar quién hubiese sido su autor. Un dia que comian con el rey muchos grandes, entre los cuales se hallaba Godwino, el page que servia la bebida al rey tropezó, pero no vertió ni dejó caer nada; y para dar á entender que un pie habia sostenido al otro, se valió el jóven de la sentencia de los libros sagrados, en que se dice que al hermano sostenido por el hermano no se le puede derribar. «Cierto es, dijo el rey, que si yo tuviese á mi hermano, seriamos recíprocamente un grande apoyo el uno para el otro.» Al proferir estas palabras, miró con severidad al conde, el cual se lisonjeó de que con un juramento lograria disuadir á aquel príncipe religioso. «Sea este bocado (dijo Godwino llevando un pedazo de pan á la boca) el último que coma en mi vida, si he tenido culpa alguna en la muerte del príncipe Alfredo.» Se le atravesó el pan en la garganta y le ahogó, dando motivo á los convidados para discurrir sobre si aquel accidente seria un castigo de Dios ó un efecto natural de la turbacion con que estaba agitado el culpable (1053).

Agradecido el rey á los favores que le dispensaba la Providencia, prometió ir en peregrinacion á Roma (1); pero temiendo con razon los grandes de Inglaterra que su ausencia diese motivo para que volviesen á suscitarse las conmociones que apenas acababan de apaciguarse, le disuadieron de semejante idea, proponiéndole que egerciese allí mismo su piedad con limosnas y con otras buenas obras que cediesen en edificacion del reino sin causarle ninguna inquietud. Temiendo el rey que, si les complacía, fal-

(1) Bolland. 5 *Jan. tom.* 1, *pag.* 230.

(1) *Char.* 1. *Ed. tom.* 9. *Concilior.*

taria á su obligacion de conciencia, fué necesario recurrir al Papa para tranquilizar á Eduardo con la conmutacion de su voto; y le contestó el Pontífice en estos términos: «supuesto que se hallaria en peligro la Inglaterra con vuestra ausencia, os dispensamos de la obligacion que os habeis impuesto, y en su lugar os mandamos que deis á los pobres lo que habeis de gastar en el viage, y que edifiqueis ó restablezcais un monasterio en honor de San Pedro. No dudeis que Dios está cerca de todos los que le invocan con sinceridad en cualquiera punto donde se hallen.» A consecuencia de esta respuesta restableció el rey Eduardo el monasterio de Westminster, fundado cerca de Lóndres desde el principio de la conversion de los ingleses, y ya entonces casi del todo destruido. Eduardo envió despues regalos magníficos á Roma juntamente con el producto del dinero de San Pedro, que estaba destinado á lo menos en parte para una iglesia llamada la Escuela de los ingleses.

Dedicándose enteramente á procurar la felicidad de Inglaterra, hizo ver que sin estar dotado de un espíritu belicoso y político, le son suficientes á un rey la prudencia y la fuerza evangélica asi para hacer respetables sus armas á sus enemigos como para derramar sobre sus pueblos las dulzuras de la paz; pues reprimió á los dinamarqueses, repelió á los escoceses, y sometió á los rebeldes que se sublevaron en el seno de la Gran Bretaña. Mas ninguna de estas guerras alteró largo tiempo la paz, que se conformaba mas que el tumulto de las armas con las inclinaciones de un príncipe que solo ansiaba la felicidad de su reino, y sobre todo la del humilde pueblo. Así lo manifestó con el código que formó (1044) de las mejores leyes dadas por sus predecesores, y principalmente de las que eran mas favorables al órden comun de los ciudadanos, por cuya causa se les dió el nombre de leyes comunes (1). En ellas se tuvo cuidado de señalar la cuota que debia satisfacerse por razon del dinero de San Pedro; y los ingleses las miraron siempre con tanto aprecio, que en todas las revoluciones posteriores nada les incomodó tanto como las mudanzas que en ellas se quiso hacer.

Las virtudes de San Gotescalco, príncipe de los esclavones, brillaban al mismo tiempo entre aquellas naciones feroces, á las cuales ofreció en su persona una de las victorias mas señaladas de la gracia (2). El príncipe Uton su padre, que habia abrazado ya la Religion cristiana, le puso en el monasterio de Limburgo para que se entregase allí al estudio de las ciencias; mas Gotescalco sacó tan poco fruto de las lecciones allí recibidas, que habiendo sido muerto su padre por un desertor de Sajonia, salió furioso del monasterio y renunció el cristianismo. Pasó á los Estados de los vínulos, al otro lado del Elba, inspiró su furor á aquellos idólatras, y confundiendo el nombre cristiano con el de los sajones, hizo perecer á millares de fieles para vengar á su padre. Bernardo, duque de Sajonia, le prendió tratándole como un capitan de bandidos; pero tanto le agradó su intrepidéz, que el duque se hizo amigo suyo y le puso en libertad. Este buen tratamiento produjo un efecto muy inesperado en el ánimo de Gotescalco, que tornó á entrar poco despues en el gremio de la Iglesia. Pero despojado de los bienes paternos por los esclavones, se vió en la precision de refugiarse á la córte del rey Canuto, que le dió su hija en matrimonio, y le llevó á su espedicion de Inglaterra.

Pero si estas hazañas dieron pábulo por algun tiempo á su valor, habia causado tan honda impresion en aquella alma en estre-

(1) *Tom. 9 Concilior. pag.* 1010.
(2) Adam. Brem. *lib.* 2.

mo heróica la pérdida de sus propios Estados, que no habia cosa alguna capaz de borrarla. Gotescalco pasó segunda vez los mares y peleó contra los esclavones verosimilmente con el ausilio de los dinamarqueses y quizá con el de los sajones. Como quiera que fuese, no solamente recobró los bienes y todo el poder de su padre, sino que consiguió la autoridad de rey, no faltándole sino el nombre de tal: fué á un mismo tiempo el terror de sus enemigos y de los del nombre cristiano; ilustró sus conquistas dando á conocer el verdadero Dios á los pueblos que vencia y trajo de nuevo su nacion al cristianismo, que casi lo habia olvidado ya (1).

Yendo siempre en aumento sus proezas y virtudes, formó el gran designio de sujetar todos los paganos del norte al yugo de Jesucristo, y principió convirtiendo una multitud de apóstatas. Antes del fin de su reinado contábanse ya siete pueblos enteramente cristianos en la nacion de los esclavones. Habia gran número de iglesias en todas sus provincias, y muchos sacerdotes en estas iglesias, en las que ejercian sus funciones con plena seguridad y con una pompa muy solemne. Era tan ardiente el celo del príncipe Gotescalco, que muchas veces hablaba él en la iglesia en esclavon para esplicar con mas claridad en esta lengua lo que decian los sacerdotes y los obispos. Establecíanse en todas las ciudades comunidades de canónigos, de monges y de religiosas, llegando á haber tres casas de esta clase en Mecklemburgo, capital de los obotritas. Adalberto, arzobispo de Bremen, á quien así como á sus sucesores hizo el Papa vicario suyo hasta las estremidades del norte, nombró un obispo en aquella ciudad, así como tambien en las de Altemburgo y Ratzburgo. La ciudad de Bremen, á pesar de su mediania, vino á ser como la Roma del Norte. Los diputados de los pueblos del continente y de las islas, de las estremidades del polo, de las Orcadas, de la Islandia y de Groenlandia, iban á ella diariamente á pedir ministros del Evangelio que salian de su seno para todas partes (1).

El arzobispo Adalberto instituyó tambien nueve obispos en Dinamarca, á saber: en Sleswick, Ripen, Athus, Wiburgo, Wenzuzel, Fari, Finnen, Zeland y Schonen; y despues dividió en cuatro diócesis la de Sleswick (2). Ordenó en Suecia seis obispos, y dos en Noruega; pero parece que estas ocho Sillas, cuyos nombres no declaran los historiadores, no eran todavía fijas en tiempo de Adalberto. En todo ordenó veinte obispos. Por último, queriendo mostrar la Religion en todo su esplendor en medio de tanto número de cristianos recien convertidos y de paganos próximos á abrazar la Religion de Jesucristo, y con la autoridad del Papa, cuyo legado era, convocó en Sleswick el primer Concilio celebrado en Dinamarca (1061) (3).

Reinaba entonces Suen ó Suenon II, sobrino de Canuto el grande, y respetaba mucho al cristianismo: mostraba mucho afecto á los eclesiásticos sábios y virtuosos, mucho celo para consolidar la Religion en su reino, y gran liberalidad en adornar y edificar iglesias; pero afeábalo todo con el vicio de la incontinencia. Reprendiéndole el arzobispo Adalberto hasta el estremo de amenazarle con la excomunion, le contestó Suenon amenazándole á su vez con que le haria la guerra; pero con tanta ira y con tales apariencias de una pronta ejecucion, que el arzobispo se retiró precipitadamente desde Hamburgo á Bremen. Calmada luego

(1) Helm. *lib.* 1, *cap.* 20.

(1) Helm. *lib.* 1, *cap.* 26.
(2) Adam. Brem. *lib.* 4.
(3) Alex. *part.* 2, *ep.* 7.

por una y otra parte la primera impresion, Adalberto, que al mismo tiempo que gustaba del fausto y de la dominacion tenia unas costumbres puras, una piedad tierna y un celo muy grande, quiso reconciliarse con el soberano, sabiendo que para los progresos de la fé es siempre muy útil esta buena armonía. Fué, pues, á buscarle á Sleswick, dió los banquetes que entre aquellas naciones formaban uno de los mayores lazos de la sociedad, y derramó los regalos con la liberalidad que le era natural y con una magnificencia digna de corresponder á la del rey. Diéronse por espacio de ocho dias consecutivos, segun la costumbre del pais, uno á otro suntuosos festines, en que trataron de los asuntos eclesiásticos y tomaron eficaces providencias para que prosperasen las misiones. Mas calló el arzobispo en cuanto á las costumbres del príncipe, el cual mientras así procuraba la salvacion de los infieles, continuaba deshonrando su fé con vergonzosas flaquezas.

El honor de su conversion estaba reservado á un prelado menos distinguido segun el mundo, pero mas distante de la pompa y de las funciones seculares. El inglés Guillelmo, obispo de Roschild, tomó sobre el orgulloso Suenon el ascendiente que, sin buscarle, adquiere casi siempre la sencillez unida con la capacidad y la virtud. Habíase el rey separado de un largo concubinato para contraer un matrimonio incestuoso con la princesa Gutta su parienta, é hija del rey de Suecia; mas no solo logró Guillelmo que la alejase de su lado, sino que dispuso tan perfectamente á aquella esposa culpable, que habiendo vuelto á casa de su padre, tomó el hábito de las viudas consagradas al servicio de los altares, y pasó el resto de sus dias guardando continencia, y ocupada en trabajar para el adorno de las iglesias (1).

(1) Portan. *lib.* 5; Saxo. Gram. *lib.* 11.

Subyugó el obispo de Roschild la altanería de Suenon, igualmente que sus inclinaciones vergonzosas. Este príncipe, implacable todavía en su ira, aunque arreglado en las costumbres, supo que algunos caballeros le habian zaherido en secreto. A la mañana siguiente, dia de la Circuncision, mandó que se les diese muerte en la iglesia. Ocultó el obispo en su pecho el vivo dolor que le habia causado aquel asesinato sacrílego, y se dispuso pacíficamente á celebrar los divinos Oficios. El rey se presentó sin ningun temor para asistir á la funcion; pero no salió á recibirle el obispo como acostumbraba, y sin embargo no se detuvo el príncipe en pasar adelante. Púsose entonces el obispo en la puerta del santuario, presentó el báculo pastoral para cerrar la entrada, trató al rey de homicida y profanador, y despues le declaró excomulgado (1072). Al momento cercaron los guardias al prelado, y con espada en mano no aguardaban mas de una señal de la ira del rey para quitarle la vida. Mas el espíritu de Dios que habia inspirado al santo ministro, conmovió el corazon del culpable, el cual reconociendo su delito, regresó á palacio y trocó las insignias Reales en un hábito penitente.

Entretanto el obispo dió principio á la misa con tanto recogimiento como si nada hubiese acontecido; y aún no habia entonado el *Gloria in excelsis*, cuando le dijeron que estaba el rey á la puerta en trage de suplicante. Hizo señal para que cesasen los cánticos, y trasladándose desde el altar á donde estaba el príncipe, le dirigió algunas preguntas, á las que respondió Suenon con lágrimas y con todas las demostraciones de compuncion, y postrándose en su presencia, confesó su delito con amargura, pidiendo misericordia y ofreciendo reparar el escándalo que habia causado. El sábio prelado pronunció al momento la sentencia de absolucion á favor del excomulgado, le abrazó

para levantarle del suelo, enjugó sus lágrimas inundándole con las suyas propias, y le dijo que tornase á ponerse las insignias Reales. Despues de haberle impuesto la penitencia, llamó al clero para recibirle en medio de los cánticos sagrados y de las aclamaciones de todos los concurrentes, y le condujo hasta el altar, donde concluyó los santos misterios. Volvió el rey á la iglesia despues de tres dias con las vestiduras Reales, subió al púlpito durante la misa, y habiendo impuesto silencio por medio de un heraldo, confesó segunda vez con las mas vivas señales de arrepentimiento la enormidad de su culpa y del escándalo que habia dado. Dió gracias al obispo por su indulgencia, y declaró que para reparar los dos delitos cometidos por su órden, daba á la Iglesia la mitad de la provincia de Steffen.

Desde este acontecimiento vivieron el rey y el obispo en la mas perfecta armonía hasta la muerte, y ni aun esta parece que pudo desunirlos. Habiendo muerto Suenon en 1074, despues de un reinado de veinte y seis años, preparó el obispo Guillelmo dos ataudes, é hizo que los llevasen en pos de sí, yendo él delante del príncipe difunto (1). Mientras celebraban las exequias, espiró Guillelmo, y fueron enterrados en un mismo sitio en la catedral de Roschild. Despues de la muerte de Suenon hubo algun tiempo de interregno y de division entre su hijo Haraldo y el príncipe Canuto, mucho mas digno del trono que Haraldo; pero este venció y obligó á Canuto á refugiarse á Suecia.

Volviendo al príncipe de los esclavones, todavía fué mas dichosa su muerte, segun los principios de la fé, que la del rey de Dinamarca. Despues de haber convertido Gotescalco gran número de los esclavones que habitaban la parte septentrional de la Sajonia al otro lado del Elba, asesináronle otros infieles, á quienes queria sujetar al yugo del Evangelio, logrando la corona del martirio en la ciudad de Lentz á 7 de junio del año 1065 (1) (*a*). Martirizaron juntas

(1) *Saxo. Gram. lib.* 11, *pag.* 192.

(1) Adam. Brem. *lib.* 4, *cap.* 11.

(*a*) En este mismo año murió tambien y del modo mas edificante el esclarecido rey de Castilla y de Leon don Fernando I; mas antes de dar algunos pormenores acerca de esta edificante muerte, justo es hagamos una ligera reseña de sus memorables hechos. Digimos ya las buenas disposiciones con que habia inaugurado su reinado, en el que gozaban de gran paz él y su esposa doña Sancha juntamente con su familia, pues antes de ser reyes eran ya padres de una infanta llamada doña Urraca, y luego tuvieron otros cuatro hijos, don Sancho, que sucedió á su padre en Castilla, doña Elvira, don Alonso, que tambien reinó y ganó á Toledo, y don Garcia. Escusado es decir que unos padres tan cristianos dieron á sus hijos una esmerada educacion en virtud y letras. Pero en medio de la paz que gozaba esta familia y de la creciente prosperidad del reino que tenia á su frente tan dignos príncipes, levantóse una gran borrasca que costó cara al mismo que la movió. Don García, rey de Navarra, envidioso de la felicidad de su hermano don Fernando, é imaginándose que se le debia á él por primogénito, comenzó á dar indicios de que si las fuerzas le bastaran moveria guerra contra Castilla con cualquier pretesto. De muy diferente modo se portaba con él su hermano don Fernando; pues aunque este sabia muy bien lo que aquel maquinaba, no perdia ocasion de complacerle. Supo que don Garcia se hallaba enfermo en Nájera, y al punto don Fernando pasó personalmente á visitarle. Recibióle aquel con apariencias de cariño, pero secretamente dió órden para que le pusiesen preso; por fortuna llegó á saberlo don Fernando, y se retiró disimuladamente á su reino, avergonzado de tamaña vileza. Sin duda lo conoció asi el mismo D. García, pues habiendo caido luego enfermo D. Fernando fué á visitarle en Burgos; y entonces este para darle á entender que habia penetrado bien sus antiguos designios mandó ponerle preso en un castillo, aunque con poca guardia para que pudiera escaparse, como se escapó efectivamente á su reino. Ya con todo esto, D. García (que miraba como una cosa tan segura el apoderarse de Castilla que ya de años antes en algunas escrituras que de él se conservan se suponia reinar en ella) rompió abiertamente la guerra contra su hermano D. Fernando. Al efecto puso en armas todo su reino y se confederó con los régulos moros de Tudela y de Zaragoza, y entróse ciegamente por tierra de Castilla. D. Fernando, que no estaba desprevenido y conocia la ligereza de cascos de su hermano y que iba á perderse sin remedio, le envió personas recomendables, brindándole con varias propuestas á fin de que no se derramase sangre; pero solo consiguieron verse menospreciadas y mandadas salir de su campo, añadiéndoles que «presto ellos y su reino con todos sus ejércitos vendrian cautivos á Navarra.» Marchó en seguida D. García con suma rapidez y sentó sus reales á cuatro leguas de Burgos en el valle de Atapuerca, á vista del ejército castellano que le aguardaba prevenido. De nuevo intentó D. Fernando desviar á su hermano

mente con él al sacerdote Ippon, inmolándole en el altar; y sufrieron diferentes suplicios por Jesucristo otros muchos, así eclesiásticos como legos. Cayó en poder de los infieles en Mecklemburgo la viuda del príncipe Gotescalco con otras personas de su sexo, y padeció tanto por la desnudez á que la redujeron, como por los furiosos

---

de su tan arriesgado como injusto empeño, enviándole por medianeros á dos santos varones de quienes ya hemos hablado, S. Iñigo, abad de Oña, y Sto. Domingo de Silos; D. García desoyó sus consejos y siguió pertinaz en su propósito. Fué pues inevitable para D. Fernando la batalla. Destacó, pues, este una gran partida de caballería que durante la noche ocupó un cerro ventajoso que dominaba todo el valle y los reales enemigos. Venida la mañana y dada la señal de acometer, travóse la pelea comenzando por las azagayas y saetas, pero muy luego vinieron á las espadas y lanzas. En lo mas encendido de la lid déjase caer la caballería del cerro sobre una ala del ejército navarro y le pone en desórden por aquella parte. La misma caballería unida acometió de improviso lanza en ristre hácia donde se hallaba D. García, el cual no tuvo lugar ni fuerza para resistir el impetuoso torbellino de caballos que cayó sobre él. Pasáronle á lanzadas, y ya moribundo y vertiendo copiosa sangre, cayó del caballo; tuvo por fortuna tiempo para confesarse con el santo abad de Oña que acudió al punto. Castellanos y leoneses gritaron victoria, y esparcida por el campo navarro la noticia de la muerte de su rey, declaráronse en precipitada fuga, siguiéndoles al alcance las tropas de don Fernando, pero con órden espresa de que solo matasen ó prendiesen á los moros que habian ido en auxilio de los navarros, y que á estos solo los ahuyentasen dándoles tiempo para ponerse á salvo. Recogió don Fernando el cuerpo de su hermano don García con la pena que es de inferir, y le dió sepultura en Santa María de Nájera. Segun el Silense, autor de aquel tiempo, esta batalla sucedió en el año de 1054.

Tranquilo ya don Fernando en su reino, no se tomó otros cuidados que la guerra contra los moros y la restauracion de las iglesias por ellos arruinadas. Pasado pues aquel invierno, juntó un ejército fuerte y disciplinado; sitió el castillo de Cea y le tomó por asalto, con otras plazas y fortalezas de la frontera, pasando á cuchillo las guarniciones que no se le rendian. Púsose sobre Viseo, deseoso de vengar la muerte de su suegro don Alonso; y á pesar de la obstinada resistencia de la plaza, la tomó á viva fuerza y la dió al saco de sus tropas. Dícese que entre los cautivos que se le rindieron halló al moro flechero que mató á don Alonso, y mandó le fuesen cortadas las manos: sentencia desaplaudida, dice un historiador, y muy agena de un monarca soldado.—Apoderóse luego de Lamego á viva fuerza, pasando á cuchillo la mitad de la guarnicion y llevándose cautiva la restante morisma para que trabajase en la restauracion de las iglesias y monasterios por ella destruidos. Despues de la toma de Lamego se apoderó del castillo de San Justo junto al rio Malva, del de Tarauca y de otros comarcanos demoliéndolos hasta el suelo para que los moros no se hiciesen fuertes en la frontera. «Marchó luego á Coimbra, y considerada su mucha fortificacion de muros, torres y guarnicion, antes de combatirla visitó el sepulcro de Santiago y pidió por su intercesion el ausilio del Todopoderoso. No fueron vanas sus oraciones. Vuelto sobre Coimbra, la dió los mas vigorosos ataques. Las máquinas hicieron un miserable destrozo de sus muros y torreones que casi enteros se venian abajo, socabados sus fundamentos. Viéronse los moros en la necesidad de pedir partido, suplicando por las vidas y algun viático para retirarse á donde pudiesen. Quedó la ciudad por don Fernando con sus grandes riquezas... Ocupada Coimbra, no quedó poblacion de moros del Mondego arriba. Grato pues el pio rey á los favores divinos, volvió á Santiago para dar á Dios las gracias y sus ofrendas al Apóstol; y de allí partió para Leon colmado de fama, despojos y laureles.» Así se espresa Ortiz, y de ese modo se ve precisado á confesar la intervencion que el Santo Apóstol tuvo en los triunfos de los españoles contra moros.—En todas esas victorias de don Fernando cupo tambien mucha parte á doña Sancha su esposa, por haber sido la principal abastecedora del ejército cristiano en los dos años que duró esta jornada desde 1056 á 1058.

El rey tuvo Córtes generales de Castilla y de Leon en esta ciudad, y en ellas se acordó otra jornada contra moros el año siguiente de 1059, singularmente contra los de la provincia de Cartagena y reino de Zaragoza quo no cesaban de infestar las fronteras y habian ocupado por armas algunas plazas y castillos en la ribera izquierda del Duero, cautivando sus habitantes. Habiendo, pues, juntado el rey el conveniente ejército en la primavera del año 1060 marchó contra Gormaz, plaza fronteriza y muy importante; la tomó como de paso, avitados los moros que la defendian, y á su ejemplo se rindieron Vado del Rey, Berlanga, Aguilera, el castillo de San Justo que habian recobrado los moros, Santa Mayra y Guernos. En esta espedicion no dejó don Fernando atalaya de moros que no demoliese; pues estos, para avisarse y precaverse, tenian una multitud de ellas en las cimas de los montes. Aseguradas por esta parte y por la de Celtiberia las fronteras de Castilla, movió el rey su ejército á tierra de Cartagena; pasó rápidamente los montes, acometió los pueblos y gentes enemigas al contorno de Talamanca, desmanteló cuanto le vino delante, dando la presa á los soldados; marchó contra Uceda, Guadalajara y Alcalá, pueblos poderosos y defendidos. Cercó fuertemente á esta última ciudad despues de arrasada la campiña en algunas leguas alrededor para que no la viniesen vituallas; y creyéndose perdida Alcalá, si Almenon, rey moro de Toledo á quien obedecia, no iba en su socorro, envióle un mensaje manifestándole el peligro en que se veia, y que perdida Alcalá tuviese por perdido todo su reino. Almenon, que segun ya dijimos era el padre de Santa Casilda, no se hallaba con fuerzas para resistir, envió á don Fernando un mensage con un riquisimo regalo en que la plata y el oro eran lo de menos valor, y le suplicó «fuese servido de recibir aquella corta dádiva de su afecto, y no molestar aquellos sus vasallos; que si así lo hiciese, su reino de Toledo seria tributario de Castilla.» Poco fiaba D. Fernando en la palabra del moro; pero acercándose ya el invierno creyó prudente recibir el regalo, levantar el campo y regresar á Leon.

golpes con que la maltrataron en aquel estado. A Juan, obispo de la misma ciudad, le apalearon, y sin respetar su venerable ancianidad le llevaron con escarnio de pueblo en pueblo, y viendo que no cesaba de confesar á Jesucristo, le cortaron los pies y las manos, y por último le degollaron en

---

Para el año 1061 publicó jornada á las Andalucías y Lusitania de Mondego abajo. Entró demoliendo cuanto hallaba al paso y recogiendo riquezas sin cuento. Bajó al reino de Sevilla ejecutando lo mismo, y temiéndole el rey moro de esta ciudad le envió regalos y medianeros suplicándole no destruyese sus indefensos pueblos. Conferenció don Fernando con los prelados y caballeros acerca de lo que habia de responderse al mensage, y se acordó pedir á Abenhabet, que era el susodicho rey moro de Sevilla, el cuerpo de Santa Justa mártir, sevillana, y llevársela á Leon. Otorgóle Abenhabet, y retirándose á Leon don Fernando dispuso bajasen á Sevilla con el encargo de recibirle San Alvito, obispo de Leon, de quien ya hablamos en la nota anterior; D. Ordoño, obispo de Astorga; el conde Muñoz y otros señores. No fué sin duda voluntad de Dios que el cuerpo de Sta. Justa saliese de su patria y compañía de su hermana Sta Rufina como lo fueron en el martirio; pero llevaron consigo el de S. Isidoro, descubierto entonces por revelacion del mismo Santo al obispo S. Alvito (el cual falleció allí mismo, segun tambien le fué anunciado en la revelacion) mas de cuatrocientos años despues de su muerte. Don Ordoño y los demas comisionados volvieron á Leon con aquel rico y sagrado depósito, y fué solemnemente colocado en su iglesia con asistencia de los reyes, prelados y numeroso pueblo el dia 23 de diciembre de 1063.

Encontrábase ya don Fernando en edad avanzada y con tres hijos capaces de reinar; y para que no se destruyeran con opuestas guerras intestinas despues de su muerte, juntó Córtes de sus reinos, y con su acuerdo y el de la reina dispuso dividírselos en esta forma: á don Alonso, que era á quien mas queria, le dió el reino de Leon; al primogénito, que era don Sancho, le hizo rey de Castilla; y á don García, que era el menor de todos, dió Portugal y Galicia; á sus dos hijas Urraca y Elvira dió el Infantado, las ciudades de Zamora y Toro con las regalías de los monasterios que él habia fundado, mientras se mantuviesen célibes. Donó muchas joyas y preseas á la Iglesia de San Juan, llamada de San Isidoro por haberse colocado en ella el cuerpo de este Santo en la traslacion de que hace poco hemos hablado. Don Fernando además frecuentaba esta iglesia, asistiendo á los oficios divinos por el dia y por la noche, teniendo un singular placer en ponerse á salmear con los cantores, edificando así á todos. Ni se limitó á esta sola iglesia su piadosa liberalidad sino que se estendió á todas las iglesias, sin olvidarse de distribuir abundantes limosnas á los pobres.

Pero aún no estaba satisfecho su celo: emprendió una nueva jornada contra los sarracenos de la Mancha, Murcia y Valencia, que con correrías y cabalgadas infestaban las fronteras, y no dejó en sus confines lugar llano, quintería ni granja que no desmantelase; tanto que llegó á ponerse á vista de Valencia, y es de presumir la hubiera tomado si no hubiera caido enfermo de peligro. Reducidos, pues, á su obediencia innumerables pueblos, retiróse á Leon sin hallar remedio á su dolencia. Dícese que estando cerca de Valencia se le apareció San Isidoro, de quien era muy devoto, y le anunció estaba próxima su muerte y que así se confesase y preparase para la eternidad. En su regreso á Leon le conducian en una especie de silla de mano, llevada por los soldados y gente principal que miraban esto como un honor. Llegó finalmente á Leon en un sábado á 24 de diciembre de 1065, y derechamente se fué á la iglesia de San Isidoro. Allí postrado adoró las sagradas reliquias, pidiendo á Dios con abundantes lágrimas llevase al cielo su alma, limpia de culpa y de mancha terrena. Todavía en aquella alegre noche de Navidad alternó con el clero los maitines; y á la mañana siguiente, conociendo se le acababa la vida, pidió le cantasen una misa, en la que recibió el Santísimo Viático. Fué luego conducido al claustro donde se le puso cama; pero el dia 26 por la mañana mandó se le volviese á llevar á la iglesia vestido con los adornos Reales; llegado allí se puso de rodillas en medio de los obispos, prelados y córte, que estaban enternecidos, y con voz vigorosa dirigió á Dios la siguiente fervorosa oracion: «Tuyo, Señor, es el poder; tuyo es el reino. Tú eres el Monarca de todos los monarcas, y á tu poder se postran los reinos terrenos y celestiales. Por esto, Señor, el reino que recibí de tu liberal mano, y he regido mientras á tu voluntad ha placido, te lo devuelvo humildemente, y solo te suplico recibas mi alma en el eterno descanso luego que salga de mi cuerpo.» Hecha esta oracion, se quitó el manto Real y la corona, y bajando su rostro hasta la tierra, pidió á Dios con muchas lágrimas le dispensase sus misericordias, imponiéndole los obispos la penitencia conveniente segun el estilo de aquellos tiempos, cubriéndole su cuerpo con un rústico cilicio por manto, y su cabeza con ceniza por corona. Todavia vivió el dia siguiente que fué la fiesta de San Juan Evangelista; y hácia el medio dia rindió su espíritu al Criador en brazos de los obispos y de los sacerdotes, cantando todos: *pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

Asi murió el gran rey D. Fernando I, despues de haber reinado en Leon veinte y ocho años, seis meses y nueve dias. Bajo cualquiera punto que se considere fué uno de los mas grandes reyes que ha tenido España. Grande en el gobierno de sus Estados, no lo fué menos en virtud. «La vida del rey D. Fernando, dice el P. Mariana, fué señalada en cristiandad y toda virtud en tanto grado que en la ciudad de Leon cada año se le hace fiesta como á los demas que están puestos en el número de los Santos. Muchas iglesias de su reino hizo de nuevo, otras reparó con mucha liberalidad y franqueza, especialmente en Leon fundó las iglesias de S. Isidoro y de Santa María de Regla, y el monasterio de Sahagun en Castilla, donde ya que era viejo, cuando mas se dió á la oracion y devocion, residia muy de ordinario, y cantaba muchas veces en el coro y comia en el refitorio con los frailes lo que estaba aderezado para ellos.» Su cuerpo fué sepultado en la misma iglesia de S. Isidoro en que murió; y junto á él fué luego enterrada su esposa Doña Sancha, que murió dos años despues el 15 de diciembre; muger no menos cristiana que D. Fernando, pues en toda su vida y principalmente en su viudez se ejercitó en toda virtud y devocion. (*N. del E.*)

Rethra, capital de aquellos bárbaros. Abandonaron el cadáver, pusieron la cabeza en la punta de una pica, y fueron á presentarla como una ofrenda agradable á su dios Rigast. Apedrearon en Ratzburgo al monge Ansuero con muchos religiosos jóvenes discípulos suyos; y temiendo este santo maestro que el espectáculo de su propia muerte desanimase á sus discípulos, logró de los idólatras con otros pretestos ser el último á quien quitasen la vida. Cuando hubieron espirado aquellos se puso de rodillas, dió gracias á Dios, pidió por sus verdugos, y hecho esto se ofreció á la muerte recibiéndola con alegría.

Entraron despues los esclavones á sangre y fuego en la provincia de Hamburgo, y arruinaron enteramente la ciudad, cometiendo antes todo género de profanaciones. Destruyeron tambien la grande y opulenta ciudad de Sleswick. Por último, convinieron todos ellos en volver á abrazar el paganismo, resolviendo quitar la vida á cuantos perseverasen en la fé; y esta fué la tercera apostasia de aquella nacion inconstante y feroz, convertida en primer lugar por Carlo-Magno, despues por la actividad y vigilancia del grande Othon, y la tercera vez por el príncipe Gotescalco. Pero la fuerza de la gracia es muy superior á la perversidad del hombre, y los recursos de la Iglesia triunfan de los esfuerzos del infierno. Muy luego veremos á estos mismos esclavones indómitos abrazar otra vez el Evangelio para no abandonarle jamás, y hasta dar ejemplos heróicos de firmeza y perseverancia.

Hubo tambien por el mismo tiempo algunos mártires en Escandinavia; los de que principalmente se habla son los Santos Erico y Alfardo, en cuyos sepulcros se obraban muchos milagros (1). Habiendo vivido Alfardo mucho tiempo en Noruega con unas costumbres edificantes, murió á manos de sus propios amigos. Erico, estrangero en Suecia, á donde le habia conducido su celo, fué degollado cuando estaba predicando el Evangelio en las provincias mas remotas. El rey Estenquilo, que reinaba á la sazon, era cristiano y estaba dotado de grande piedad; pero se veia precisado á usar de tolerancia, á causa de la grande adhesion que tenia el pueblo á la idolatría, que ejercian con imperio y con mucho aparato en Suecia. La idolatría tenia en Upsal un templo famoso entre todos los demas, todo cubierto de oro, y donde se veian las estatuas de tres dioses: Thor, el mas reverenciado de los tres, sentado en medio de ellos en un trono, y á los lados Vodan y Friccon: Thor, á quien miraban como el dios del aire y del rayo, de los vientos, de las lluvias, de las estaciones y de los frutos de la tierra, tenia el cetro en la mano, á ejemplo del Júpiter de la antigua Roma: Vodan, armado como Marte, era tenido por el dios de la guerra; y Friccon, dios de la paz y de los placeres, estaba representado con la figura y escandalosos atributos de Príapo. Los suecos adoraban tambien á algunos hombres que juzgaban haber pasado á la clase de dioses por sus ilustres acciones. Cada nueve años se celebraba en Upsal una fiesta tan solemne, que todos sin ninguna escepcion estaban obligados á enviar sus ofrendas; de suerte que los cristianos se veian reducidos á redimir á un precio muy subido esta supersticion. Se sacrificaban nueve machos de todo género de animales, y sus cuerpos se colgaban en un bosque que habia cerca del templo, cuyos árboles se tenian por sagrados. Adan, canónigo de Bremen, de quien es esta descripcion, añade, refiriéndose á un testigo ocular, que se habian visto sesenta cuerpos humanos colgados con los de las bestias. Los obispos Egenon y Adaluardo

(1) Adam Brem. *lib.* 4, c. 16.

se resolvieron á arrostrar todos los peligros para hacer demoler ó quemar el templo, que era como el arsenal de aquella atroz idolatría; pero el rey Estenquilo, no menos prudente que piadoso, moderó su ardor, poniéndoles á la vista que lejos de promover por aquel medio los progresos de la verdadera Religion, la arruinarian sin recurso; que á ellos les quitarian la vida, sin darles ni aun el consuelo de oirlos; que le perseguirian á él mismo como cómplice de los malhechores públicos; y que como los cristianos recien convertidos estaban todavía débiles en la fé, volverian á abrazar el paganismo, segun acababan de ejecutarlo los esclavones. Estas consideraciones contuvieron á ambos obispos, quienes ejerciendo mas útilmente su celo, recorrieron todas las ciudades de la Gothia, donde arruinaron otros muchos ídolos y convirtieron millares de idólatras.

El estado del cristianismo en Noruega era con corta diferencia el mismo que en Suecia; pero aunque el rey Haroldo era cristiano y hermano de un mártir, estaba muy distante de tener tan buenas disposiciones como Estenquilo. Era todavia, como sus feroces súbditos, muy dado á los sortilegios ó maleficios, á los que el rey Olaf habia mostrado tanto horror con peligro de su vida (1030). En vez de conmoverle los milagros obrados en el sepulcro de este ilustre mártir, predecesor y hermano suyo, robaba sus ofrendas y las distribuia entre los soldados. Quitó la vida á muchos cristianos con crueles suplicios, y destruyó algunas iglesias. Las advertencias que le dirigió el arzobispo de Bremen ó Brema, solo sirvieron para encolerizarle mas y mas, por lo que dió parte este prelado al Papa Alejandro II, quien escribió al príncipe en estos términos (1): «Hallándoos todavia poco instruido en la fé y en la santa disciplina, á Nos, que tenemos el cuidado de toda la Iglesia, toca ilustraros con frecuentes instrucciones; pero no permitiéndonos la larga distancia ejecutarlo personalmente, hemos dado esta comision al arzobispo de Bremen nuestro legado. Estad seguro de que oyendo su voz, y poniendo en práctica lo que él os dijere, obedeceis á la Santa Sede.» De esta carta aparece que habia ma ignorancia que impiedad en la conducta del rey Haroldo y en la de la mayor parte de aquellos bárbaros que apenas acababan de recibir la luz del Evangelio.

Las primeras naciones que se convirtieron, y que por lo mismo estaban mas firmes en la fé, no tenian menos necesidad de los ausilios del cielo contra la codicia y todas las demas pasiones humanas. La simonía, fuertemente reprimida, ejercia secretamente su pernicioso influjo hasta en el centro del imperio cristiano; y ese mónstruo, enemigo de toda piedad, solia dar lugar algunas veces á los escándalos mas enormes. El obispo de Florencia Pedro, hijo de Theuzon Mezzabarba, hombre distinguido y de gran sencillez, se habia hecho sospechoso á su pueblo en esta materia odiosa. Habiendo ido Theuzon á ver al obispo su hijo, le hablaron así algunos florentinos astutos: «Señor Theuzon, una Silla como la de Florencia os habrá costado muy cara.» Theuzon respondió con su acostumbrada franqueza y marcialidad: «por el cuerpo de San Ciro, que no es posible conseguir del rey ni un molino sin dar mucho dinero. Vuestro obispado me ha costado tres mil pesos como un ochavo (1).» San Ciro habia sido el primer obispo de Pavía y le veneraban mucho en todo aquel pais.

En vista de una declaracion tan poco equívoca, se hacia muy vehemente la pre-

(1) *Epist. 2 tom, 9 Concilior.*

(1) *Ital. sacr. tom. 11, pag. 93.*

suncion; pero la prueba no era todavía completa. El obispo negó el hecho, y no le faltaron defensores. Los que tenian celo por la disciplina, y en especial los monges, empezaron inmediatamente á tratar al obispo de simoniaco, de sacrílego y de herege, y deduciendo las consecuencias prácticas con el mismo rigor, publicaron que no se podian recibir de su mano los Sacramentos, ni de la de los sacerdotes que él habia ordenado. Hallándose entonces en Florencia Pedro Damiano, intentó, aunque inútilmente, aquietar los ánimos, pretendiendo persuadir que nadie debia separarse del obispo, mientras no estuviera condenado, ni convicto jurídicamente; que la simonía era en efecto una heregía, ó que seria un herege el que quisiese justificarla; pero que perteneciendo á la Iglesia toda la plenitud de la gracia, los malos que estaban en su seno podian conferirla por medio de los sacramentos (1). No dieron oidos á este sábio cardenal, y llegó la division al último estremo. Querian mas los fieles morir sin sacramentos, que recibirlos de ministros reputados por simoniacos, y en poco tiempo murieron mas de mil personas sin un ausilio tan necesario. El horror con que se miraba á los obispos sospechosos, se estendió á las iglesias consagradas por ellos, en las cuales nadie queria entrar, y hasta se temia manifestarlas alguna señal de veneracion al pasar por delante de sus puertas.

Entre todos los italianos que sobresalian en la vida monástica, ninguno lograba con mas justicia una veneracion igual á la que obtenia el santo abad Juan, fundador de la congregacion de Valumbrosa en 1051 (2). Hijo de un noble florentino llamado Gualberto, cuyo nombre conservó, siguió al principio la profesion de las armas á ejemplo de sus padres. Habiendo sido muerto un pariente suyo, el homicida huia cuidadosamente del encuentro de todas las personas de la familia, quienes, segun las leyes bárbaras, tenian derecho para vengar la muerte. Encontróle sin embargo Juan Gualberto en un camino estrecho donde era imposible escapar. El culpable, viéndole acompañado de dos escuderos, juzgó perdida su vida y se postró en tierra con los brazos puestos en cruz aguardando el golpe mortal. Impelido Juan de un movimiento súbito de la gracia, le dijo que se levantara y que en lo sucesivo no tuviese ningun temor. Fiel á esta primera inspiracion del cielo, entró Gualberto en la iglesia del monasterio de San Miniato, donde formó al punto la resolucion de huir de los peligros del siglo y entregarse todo á Dios. Puso por obra sin perder un momento su designio en el mismo monasterio, á pesar de la horrorosa pintura que el abad le hizo de los rigores de la vida monástica, y de los esfuerzos hechos por su padre para disuadirle de su idea. El deseo de mayor soledad y de una vida mas perfecta, le impulsó á pasar despues con otro monge á un valle profundo del Apenino, tan sombrío, á causa de los muchos árboles que hay en los montes vecinos, que se le dió por esto el nombre de Valumbrosa (valle umbrío). Fijóse pues en un retiro tan conforme á su espíritu de recogimiento; pero muy en breve acudieron á él tan gran número de discípulos, que se vió precisado á establecer varios monasterios, siendo considerado el de Valumbrosa como la metrópoli de todos ellos.

Juan Gualberto, en quien recayó la eleccion de superior general á pesar de su mas viva resistencia, eligió la regla de San Benito, cuidando de que se observase con mucha esactitud en todos sus puntos, y principalmente en cuanto á la clausura, á la que él mismo era tan adicto que pasando

(1) Petr. Dam. *Opusc.* 30.
(2) *Vit. succ. VI Bened. part.* 2.

por aquellas cercanías el Papa Esteban IX, y convidándole á que fuese á verle, mostró el santo solitario una repugnancia que parece mereció la aprobacion del cielo, porque al disponerse para obedecer despues de haber pedido al Señor no permitiese que se escandalizasen los monges al verle salir, sobrevino una tempestad tan estraordinaria, que los enviados del Papa dijeron al abad que se quedase en el monasterio y regresaron solos. El Pontífice al verlos esclamó: «No, ya no quiero que venga: él es un Santo: pida á Dios por mí y por la Iglesia.»

No agradaban menos al santo abad la modestia y sencillez en todo lo concerniente al modo de vivir. Él y sus religiosos vestian una tela parda y grosera, á la que destinaban la lana negra y blanca de sus ganados, mezclada una con otra y sin teñirla. Visitando el monasterio de Muscetano, que era uno de los de su obediencia, juzgó que sus edificios eran demasiado vastos y suntuosos. Dijo sin embargo con mucha moderacion y dulzura á Rodulfo que era el abad: «Sois magnífico, pues habeis edificado palacios.» Y volviéndose despues hácia un arroyuelo que se derrumbaba del monte vecino: «Dios omnipotente, dijo, vengad á vuestros miembros indigentes de una suntuosidad que les es perjudicial.» Apenas se habian retirado, cuando creciendo el arroyo y precipitzándose con ímpetu desde lo alto del monte, arrastró consigo tal multitud de peñas y de árboles que arruinaron del todo el monasterio, y el abad lleno de temor quiso edificarle en otra parte; pero el Santo le aseguró que no tenia ya nada que recelar. En efecto, las aguas respetaron constantemente la sencillez religiosa que se subrogó en lugar de una magnificencia profana. Casi del mismo modo castigó Gualberto á otro monasterio por haber recibido todas las riquezas de un hombre que, abrazando en él la vida monástica, privaba á sus herederos naturales del derecho que tenian á aquellos bienes. Cuéntanse otros muchos milagros que obró San Juan Gualberto á fin de inspirar á sus discípulos el desprecio con que miraba él las cosas terrenas, y le imitaron en esto tan perfectamente, que gozando de la estimacion universal y de la benevolencia de las personas mas poderosas, se vieron muchas veces faltos del alimento necesario, sin que el rigor del hambre les hiciese faltar á la santidad de su regla. Un dia entre otros, en que el santo abad no tenia mas que tres panes para su numerosa comunidad, mandó matar un carnero para distribuirle entre los monges y evitar que muriesen de debilidad; pero ellos no quisieron probar la carne y se contentaron con algunos bocados de pan. Bendijo la Providencia esta regularidad heróica; pues al dia siguiente les llevaron una multitud de acémilas cargadas de abundantes provisiones para su uso. Se mira como el primer ejemplo de los hermanos conversos ó legos, el que el santo abad de Valumbrosa recibia sugetos distintos por su estado de los monges de coro, los cuales por el mismo hecho eran ya casi todos clérigos, ó destinados á serlo (1). Tenia tanto respeto á las órdenes sagradas, que escluia de ellas á todos los que antes de su conversion habian sido concubinarios, simoniacos, ó se habian contaminado con algun otro vicio infamante.

No temió Gualberto con unas virtudes tan puras y tan eminentes pronunciarse por el honor de la Iglesia contra el obispo de Florencia que infundia ya tantos recelos, y que muy en breve vino á confirmar con sus escesos y violencias las sospechas que se habian concebido de su intrusion simoniaca. El intruso envió de noche una partida de gente de á pié y de á caballo para abrasar el monasterio de San Salvio que

(1) Mabill. *praef. 2, in saec. VI. Bened.*

dependia del de Valumbrosa, y matar todos los monges, entre quienes se suponia estar Gualberto; pero habia salido de allí el dia anterior. Esta espedicion sanguinaria, en que realmente pasaron á cuchillo á muchos religiosos, despertó en el mas alto grado el desprecio y la indignacion pública contra Pedro de Florencia. Denunciáronle poco despues jurídicamente en un Concilio celebrado en Roma el año 1063 (1). Al momento propusieron los monges la prueba del fuego para convencer al obispo Pedro; pero ni el Papa quiso permitirla, ni deponer á Pedro por meras presunciones (2).

Es digno por otra parte de notarse este Concilio romano, á causa del cánon cuarto, que se considera como la primera aprobacion formal del instituto de los canónigos reglares. Está concebido en estos términos: «Decretamos que los presbíteros y los diáconos habiten juntos de dia y de noche cerca de las iglesias á que están agregados, como corresponde á unos eclesiásticos religiosos: queremos que sea comun en ellos lo que perciben de la Iglesia; y los exhortamos á que trabajen en adquirir la perfeccion apostólica de la vida comun.» Así se restituia la vida canonical al primitivo estado en que la instituyó San Agustin. Este Santo Doctor, en los sermones de la vida comun que han servido de fundamento á la regla de los canónigos, dice espresamente que solo quiere conservar entre sus clérigos á los que no tengan cosa alguna propia (3). De donde se infiere que esta regla era mas perfecta que la de Aquisgram, que les permitia tener bienes propios, ya fuesen de su casa ó de las rentas de la Iglesia. La aprobacion de este Concilio y el ejemplo de los eclesiásticos regulares y fervorosos, ocasionaron el que la reforma canonical se fuese estendiendo insensiblemente á los clérigos de varias iglesias, los cuales fueron llamados canónigos relígiosos ó canónigos regulares.

El mismo Concilio decidió que los grados de consanguinidad con respecto al matrimonio debian contarse segun los cánones que colocan en el primer grado á los hermanos y hermanas, y no segun las leyes romanas que los ponen en el segundo; decision necesaria en aquellos tiempos para contener los progresos de una doctrina, á que dieron el nombre de heregía de los incestuosos, y que por medio de nuevos cálculos y de otras sutilezas semejantes, solo se dirigia á favorecer los enlaces incestuosos.

Pero volvamos á Pedro de Florencia. Como no le condenó el Concilio del Pontifice, llegó á concebir tal arrogancia que hizo sufrir mucho á su clero (1). La violencia con que procuró vengarse de los que se habian separado de él, los obligó á refugiarse con el arcipreste en el monasterio de Séptimo, situado segun la etimología de su nombre á siete millas de Florencia y dependiente de Valumbrosa. Esta espulsion motivó muchos rumores y conmociones en la ciudad (1067). El clero juntamente con un gran número de ciudadanos se quejaron al obispo de que los separaba de su cabeza en un tiempo en que necesitaban mas que nunca de sus consejos y de su ausilio. «Esto es ya demasiado, añadieron: ¿cómo hemos de continuar unidos con un obispo, á quien no podemos acercarnos sin que nos grite el pueblo: *andad, hereges, con vuestro herege*? Nos acusan de que esponemos su ciudad á una ruina cierta y á todos los horrores de la venganza del cielo, y de que arrojamos de ella á San Pedro para dar entrada á Simon Mago y adorarle en lugar de Jesucris-

(1) *Tom. 9. Concilior. pag.* 1175.
(2) *Vit. S. J. Gualb. cap.* 62.
(3) August. *Serm.* 355 *et* 356.

(1) *Vit. S. J. Gualb. cap.* 63 *et* 64.

to.» Los eclesiásticos mas moderados pidieron sériamente al obispo que evitase los graves conflictos que no podrian menos de ocurrir si se empeñaba en seguir con su obstinacion. «Si estais inocente, le dijeron, hablad, que ya es tiempo. Aquí nos teneis prontos á sufrir por vos el juicio de Dios. Si os place mas deber vuestra justificacion á los santos solitarios, ahora mismo vamos á pedirles que insistan en la prueba que habian propuesto.»

En vez de aceptar Pedro estas ofertas, como que conocia en su conciencia lo que en aceptarlas arriesgaba, obtuvo una órden del gobierno para obligar á los clérigos á reconciliarse con su obispo so pena de destierro y confiscacion de bienes, y al punto se procedió de un modo tan tiránico á la ejecucion, que sin ningun respeto á las inmunidades mas sagradas, sacaron á muchos de ellos de la iglesia de San Pedro, donde habian creido encontrar un asilo seguro. Este nuevo atentado conmovió á toda la ciudad: reunióse un inmenso tropel de gente del pueblo, y especialmente de mugeres: quitáronse estas sus velos y todos los adornos de la cabeza: corrieron desgreñadas, dándose golpe de pecho y al propio tiempo dolorosos gritos: postráronse en medio de las calles despreciando la lluvia y los lodos, y esclamando llenas de consternacion: «¡desgraciadas de nosotras! Señor Dios nuestro, os obligan á abandonarnos. Vos no os desdeñais de habitar con nosotras, pero no podeis estar con Simon Mago. Bienaventurado San Pedro ¿cómo no defendeis á los que en estar unidos con vos buscan la salvacion? Creíamos nosotras que habiais encadenado para siempre á Simon en el lugar mas profundo del infierno; pero vedle ahí que os injuria violando vuestros propios altares.» A su vez los hombres poseidos de una afliccion mas tranquila, pero mas profunda y siniestra, decíanse unos á otros: «Es claro que Jesucristo abandona esta ciudad porque no se resiste en ella á sus enemigos. No los dejemos gozar el fruto de su impiedad: entreguemos á las llamas este lugar de maldicion; y nosotros con nuestras mugeres y con nuestros hijos huyamos á cualquier parte donde se retire Jesucristo.» En medio de estas revueltas y desórdenes son de notar los efectos de la perseverancia de los pastores en desengañar á los pueblos. El olvido pasajero de los verdaderos principios hace resaltar mas los recursos que suministró el Señor á su Iglesia para la conservacion, no solo de la sana creencia, sino tambien de aquella fé viva y activa que santifica las costumbres.

Entretanto la consternacion de los florentinos se comunicó aún á los eclesiásticos que sostenian el partido del obispo Pedro, de modo que cerraron las iglesias, y no osaron tocar las campanas, ni celebrar misa, ni cantar los oficios, aunque era primer domingo de Cuaresma. Celebraron por último una junta, y despues de examinar el asunto con toda reflexion, delegaron á algunos de ellos á los monges de Séptimo para rogarles que les manifestasen la verdad, pues estaban resueltos á seguirla. Aceptaron la propuesta, y fijaron su ejecucion para el miércoles siguiente. Hiciéronse con este objeto oraciones particulares el lunes y martes: el miércoles por la mañana comisionaron á uno de aquellos eclesiásticos para que se presentase al obispo, á quien no daban ya otro nombre que el de Pedro de Pavía, del lugar de su nacimiento, y le habló en estos términos: «En el nombre de Dios, si es cierto lo que los monges dicen de vos, confesadlo sinceramente, y sin tentar al Señor recurrid á su misericordia. Y si estais inocente, venid con nosotros sin ningun temor.» Pedro, sin esplicarse, no quiso acompañar al diputado, antes bien hizo todo lo posible para detenerle en su casa. «Indudablemente, replicó este, iré á ver el juicio de

Dios y me conformaré con él. Hoy es el dia en que os honraré mas que nunca, ú os miraré con horror.»

Al regresar este eclesiástico, estaba ya lleno de gente todo el camino del monasterio de Séptimo. No se detenian las mugeres por lo áspero ni por lo largo del camino, que estaba casi intransitable, á causa del mal temporal. Hasta los niños acudieron, no obstante ayunar del mismo modo que sus padres, y sin arredrarse al ver que algunos de ellos se quedaban atascados en el lodo. Rodearon en pocos momentos el monasterio cerca de tres mil personas; y habiéndolas preguntado los monges qué era lo que querian, respondieron: «queremos, conocer la verdad y la voluntad de Dios.»—«¿Por qué medio, replicaron los monges, pedís que se manifiesten?»—Los eclesiásticos que estaban mezclados entre el tropel del pueblo, tomaron la palabra, y digeron: «Probad por medio del fuego lo que se dice de Pedro de Pavía.»—«¿Y qué fruto sacareis de esto, digeron los monges, y qué honor dareis por ello á Dios?»—Todo el concurso esclamó entonces: «Detestaremos la impiedad, y daremos á Dios gracias inmortales.»

Al punto el pueblo hizo dos hogueras, cada una de diez pies de larga, cinco de ancha y cuatro y medio de alta. No habia mas que dos varas de distancia entre una y otra, y este intervalo estaba cubierto de leña seca. Mientras se hacian estos preparativos, se cantaban salmos y letanías en un tono muy lúgubre. Fué elegido para la prueba un monge llamado Pedro, como el obispo acusado, pero que gozaba gran reputacion de virtud. De órden del abad celebró la misa, que fué cantada con mucha devocion y lágrimas de todos los concurrentes. Al llegar al *Agnus Dei* salieron del circo cuatro monges, y con paso lento, la vista clavada en el suelo, tristes, pálidos, trémulos y casi sin poder sostenerse, fueron á encender la hoguera. Llevaba uno un crucifijo, otro el agua bendita, el tercero el incensario, y el cuarto doce velas benditas y encendidas. Dieron todos un grito terrible al ver este espectáculo, y despues cantaron el *Kyrie eleison* con un tono tan lúgubre que aterraba á los mas alentados. Pidieron á Jesucristo que defendiese su causa, é invocaron á la Vírgen María, al Príncipe de los Apóstoles y á San Gregorio Papa, para que vindicasen el honor de la Iglesia.

Habiendo concluido entonces la misa el monge Pedro, se quitó la casulla, quedóse revestido con los demas ornamentos y con la cruz en la mano, cantando las letanías con los monges y muchos abades, se acercó á las hogueras que estaban ya encendidas. El pueblo redobló sus oraciones con una voz sumamente fuerte, despues de lo cual se impuso silencio para oir las condiciones de la prueba. Leyó un abad al pueblo en voz alta y clara una oracion que contenia lo que se pedia á Dios. Esplicó otro las condiciones en estos términos: «hermanos y hermanas mias, Dios nos es testigo de que hacemos esta prueba por la salvacion de vuestras almas, para que en adelante evitéis la simonía que hace en la Iglesia unos destrozos tan funestos, y entendais que es tan abominable que comparados con ella los demas delitos apenas merecen el nombre de tales.»

Estando ya casi hechas carbon las dos hogueras, y ofreciendo á la vista un fuego espantoso el espacio que las separaba, pronunció el monge Pedro en voz alta la oracion siguiente: «Dios Todopoderoso, asistidme en este juicio terrible. Si Pedro de Pavía usurpó por simonía la Silla de Florencia, preservadme de los efectos del fuego, así como en otro tiempo conservásteis sanos y salvos en el horno á los tres niños.» To-

dos los circunstantes respondieron *amen*, derramando un torrente de lágrimas. Dió despues el ósculo de paz á todos sus hermanos, quienes preguntaron al pueblo cuánto tiempo queria que Pedro permaneciese en el fuego; á lo que respondió la multitud: «basta que pase por él con alguna lentitud.»

Santiguóse Pedro, fijó la vista en la cruz que llevaba, y sin mudar de color ni aun mirar á la hoguera, entró en ella descalzo y principió á andar con un paso lento y uniforme. El viento causado por la llama le agitaba el cabello, le levantaba el alba, movia la estola y le arrojó el manípulo en medio de una de las hogueras. Fué Pedro á recogerle, continuó andando como antes, y se presentó por último fuera de las llamas sin que hubiesen hecho estas la menor impresion en su persona ni en su vestido. No habia perdido ni un solo cabello, ni un pelo de los párpados ni de las cejas. Cuando salió de enmedio del fuego quiso volver á pasar por él otra vez; pero deteniéndole los concurrentes se apresuraron todos á besarle los pies, á hacer con él las demostraciones mas espresivas de veneracion, y á tocarle por lo menos las vestiduras tan maravillosamente conservadas. Todos cantaban las alabanzas de Dios, derramando lágrimas de alegría, ensalzando á San Pedro y detestando á Simon Mago.

Tal es la relacion que de este suceso hicieron por escrito al Papa Alejandro II el pueblo y el clero de Florencia, pidiéndole que los librase de los simoniacos; y fué tan grande la impresion que causó en el ánimo del Pontífice, que procedió desde luego á deponer al obispo Pedro, y aun este mismo quedó tan afectado que para reparar los muchos escándalos que habia causado abrazó la vida monástica en el monasterio mismo de Séptimo (1). Así acabaron las turbulencias de la iglesia de Florencia, á la cual se dió luego un obispo tan distinto de su predecesor, cuyo nombre tenia tambien, que mereció ser llamado Pedro el Católico. El monge Pedro, que habia pasado por el fuego, quedó con el nombre de Pedro Igneo. Era de la familia de los Aldobrandinos, llegó á ser cardenal y obispo de Albano, y murió como habia vivido con gran reputacion de santidad.

Tambien se restableció la regularidad en la iglesia de Milan, cuyo arzobispo, á pesar de sus juramentos, habia cometido unos escesos mas enormes que antes de su aparente conversion. Él fué quien hizo martirizar al diácono San Arialdo, aún mas ilustre por su celo contra la simonía y la incontinencia de los clérigos, que por los timbres de su casa condecorada con la dignidad del marquesado, que era entonces poco comun (1). Diez años habia que Arialdo defendia la disciplina con aquel carácter de autoridad que es propio de la nobleza y de la virtud reunidas, cuando su indigno pastor, Guido de Milan, mandó que le prendiesen á traicion y le llevasen á un desierto al otro lado del Lago Mayor. La sobrina del arzobispo, mas perversa que su tio, y capaz de todos los escesos que suelen atribuirse á este género odioso de nepotismo, temió que aquellos mismos que habian egecutado la prision de Arialdo le perdonasen la vida respetando sus virtudes. Envió, pues, dos clérigos viciosos, como mas seguros egecutores de una atrocidad que sus primeros satélites. Cuando llegaron al sitio destinado, preguntaron dónde estaba Arialdo; los que le habian conducido respondieron que ya estaba muerto. «Muerto ó vivo, replicaron aquellos, es necesario que nos le presenteis, porque esta es la órden que traemos de la sobrina de nuestro arzobis-

(1) *Ital. sacr. tom.* 3, *pag.* 951.

(1) Bolland. 27. *Jun. tom.* 23, *pag.* 270.

po:» y mirando por todas partes descubrieron á Arialdo que estaba todavía atado y sentado en una piedra.

Abalanzáronse á él con espada en mano; pero en vez de sacrificarle en el momento le cojió cada uno de una oreja, é hicieron los mayores esfuerzos para obligarle á desaprobar lo que habia dicho en defensa de los santos cánones. Viendo que nada adelantaban, le cortaron las orejas: volvieron á estrecharle de nuevo, pero tan infructuosamente como la primera vez; y esta segunda resistencia les movió á cortarle la nariz y el labio superior. Sacáronle los ojos, cortáronle luego la mano derecha porque habia escrito al Sumo Pontífice reclamando su auxilio en favor de la iglesia de Milan; en seguida le mutilaron de un modo aun mas indigno, burlándose de la castidad que habia guardado fielmente y defendido con generoso esfuerzo; y por último le arrancaron la lengua por debajo de la barba; diciendo: «impongamos un silencio eterno al perturbador del clero.» Arialdo espiró á manos de estos monstruos el dia 28 de junio de 1066 y al año siguiente fué canonizado por Alejandro II. Su cuerpo, que habia sido arrojado en lo mas hondo del lago Mayor, fué hallado al cabo de diez meses sin la menor corrupcion.

En 30 del mismo mes y año (1066) murió en las cercanías de Vicenza y de un modo mas suave y no menos precioso á los ojos del Señor, San Thibaldo de Provins, francés, y emparentado con los condes de Champaña (1). Teniendo desde jóven una inclinacion muy grande á la vida eremítica, habia abandonado en secreto la casa paterna con un caballero amigo suyo llamado Gautier ó Galtiero, y pasado ambos al pais de Tréveris despues de haber trocado sus vestidos con los de dos pobres peregrinos. Allí vivieron mucho tiempo en una suma pobreza, ganando su vida con el trabajo y ejercicios mas viles, como segar el heno, limpiar los patios y las cuadras y hacer carbon. Como no estaban bastante diestros en unas funciones tan nuevas para ellos, fueron muchas veces maltratados por sus amos groseros sin darse jamás á conocer. Entretanto Thibaldo quiso aprender á leer para instruirse mas perfectamente en las verdades eternas. Buscóle Galtiero por maestro un clérigo piadoso, pero tan pobre, que no tenia ni un Salterio, y los dos ermitaños carecian de dinero para comprarle. Consiguió Galtiero del clérigo que pasase á Provins á pedir á Arnulfo, padre de Thibaldo, el libro que necesitaba su hijo. Arnulfo y Guilla, su muger, honraban con su religiosidad el alto puesto en que se hallaban constituidos. La larga ausencia de su hijo les habia causado unas inquietudes mortales, pero esperimentaron el mas dulce consuelo al saber que los habia dejado únicamente por Dios. Dieron gracias al Señor, porque encontraban un santo en vez de un hijo pródigo; pero Arnulfo no quiso enviar el Salterio, sino que dijo que le habia de llevar él mismo; y en efecto fué con el maestro hasta Tréveris.

Estando cerca de la ciudad, entró solo el maestro, y dejó á Arnulfo junto á un árbol á donde solia ir Thibaldo á dar leccion. Al momento llevó allí á su discípulo con el pretesto de ver los progresos que habia hecho durante su ausencia; pero luego que á lo lejos descubrió Thibaldo á su padre, esclamó diciendo: *me hacen traicion*, y huyó precipitadamente. Arnulfo le siguió deshecho en lágrimas y gritando: «Hijo mio, ¿por qué huyes de un padre que respeta en tí la obra de la gracia? No pretendo distraerte de tus piadosos designios; solo quiero edificarme contigo, y llevar á una madre moribunda noticias capaces de res-

(1) *Vit. saec. VI Bened. part.* 2.

tituirla la vida.»—Thibaldo respondió á esto: «Señor (porque no volvió jamás á llamarle padre desde el punto en que se retiró), vivid felices uno y otro, y dejadme vivir en la paz de Jesucristo.»—Replicó Arnulfo: «Todo te falta, hijo mio, mientras nosotros vivimos en medio de la abundancia. Recibe lo que necesitas para subsistir, siquiera para que te acuerdes de nosotros.»—Pero el Santo respondió: «Nada puedo recibir de lo que he abandonado por Dios.» Alejóse despues de esto, y fué tan fiel á las obligaciones que se habia impuesto, que temió ponerse á peligro de faltar á ellas volviendo á ver á su padre. Galtiero, igualmente fiel á la ley de la mas rígida pobreza, dijo á Arnulfo que su hijo no necesitaba mas que un Salterio, y no quiso recibir de él ninguna otra cosa.

Para evitar en lo sucesivo semejantes visitas, pasó Thibaldo á Roma con la resolucion de ir mucho mas adelante y de llegar hasta Jerusalen. Pero Galtiero, que era ya muy anciano, quedó tan quebrantado con solo el viaje de Italia, que fué necesario detenerse cerca de Vicenza, en un lugar llamado Salanico, donde murió al cabo de dos años. Thibaldo, que vivió siete años mas, no trató de otra cosa que de aumentar sus austeridades y su desprendimiento de las cosas terrenas, progresando cada dia mas en todo género de virtudes. Despues de haberse sustentado algun tiempo con pan de cebada y un poco de agua, se abstuvo enteramente del pan, y solo comia algunas yerbas, raices ó frutas silvestres, sin ninguna especie de bebida. No se acostaba nunca, y los pocos momentos que dormia era sentado. Por respeto á su virtud le obligaron á que se dejase ordenar de sacerdote, y en el último año de su vida recibió el hábito monástico. Emprendió su padre la peregrinacion de Roma para verle segunda vez; y temiendo su madre Guilla, por la relacion que de su santo hijo la hizo Arnulfo, que no habia de tener el consuelo de volver á verle, hizo que su esposo la llevase á Italia. Cuando se vió al lado de su hijo esta piadosa y tierna madre, no quiso separarse de él, y á ejemplo suyo se consagró al servicio de Dios en la soledad. En fin, doce años despues de haber abandonado Thibaldo su pais, murió en su retiro de Salanico: la Iglesia honra su memoria el dia primero de julio.

Para terminar de un modo duradero las turbulencias de Milan, envió el Papa á esta ciudad algunos sugetos con el carácter de legados, los cuales publicaron varias constituciones y tomaron eficaces providencias para que se observasen. Al mismo tiempo los doctores mas ilustrados se declararon contra las pretensiones de la ignorancia, ó por mejor decir, de la licencia y de la obstinacion. Un principio de los mas fecundos en abusos era que muchos obispos estaban empeñados en que sus inferiores no tenian facultad para acusarlos; con cuyo motivo los doctores mas profundos y circunspectos sostuvieron, muy al contrario, que en caso de sospecha no habia cosa mas racional que obligar á los obispos, como tambien á los eclesiásticos de segundo órden, á dar razon de su inocencia ó á confesarse humildemente culpables. En apoyo de esta doctrina y para mejor demostrar su verdad, dijeron que si los prelados no pudiesen ser juzgados, nadie querria sujetarse á las leyes canónicas; y que si no fuese permitido á los hijos de una iglesia abrir la boca contra su pastor, resultaria en el primer órden una licencia arrogante y una impunidad destructora de toda disciplina, puesto que es casi imposible hallar en agena diócesis testigos de su conducta (1).

(1) Petr. Dam. *lib.* 2, *Epist.* 12.

El Papa Alejandro persiguió la incontinencia de los clérigos con la misma severidad que la simonía. La Dalmacia, que estaba contígua al imperio de Oriente, pero que seguia todavía los usos de la Iglesia latina, no se eximió de la vigilancia de este Pontífice, el cual envió al clero de esta provincia (1069) un decreto imponiendo entredicho, esclusion del coro y privacion de las rentas eclesiásticas, no solo á los obispos, presbíteros y diáconos que se casasen en lo sucesivo, sino tambien á los que conservasen las mugeres con quienes se hubiesen casado. De aqui se infiere, que las prevaricaciones de esta clase no procedian únicamente de la ignorancia y relajacion, sino que el ejemplo y la proximidad de los griegos contribuian á darlas un colorido bastante especioso en un tiempo en que estos puntos de disciplina no tenian aun toda la estabilidad fija y precisa que adquirieron despues. Pero el mal ejemplo, la rebelion de las pasiones, la corrupcion del siglo, y todos los esfuerzos del infierno reunidos para manchar la pureza de la Iglesia, solo sirvieron para aumentarla ó para hacerla mas inalterable.

Habiendo escitado en Inglaterra la muerte del santo rey Eduardo algunas turbulencias no menos perjudiciales á la Iglesia que al Estado, Guillermo, duque de Normandía y primo-hermano de este monarca, que se dice le habia instituido sucesor suyo, restableció en todo el reino un órden que jamás se habia visto en él (1). Murió Eduardo el dia 4 de enero del año 1066, y en él acabó la raza de los reyes ingleses, seiscientos veinte años despues de la primera entrada de esta nacion sajona en la Gran Bretaña. Se refieren muchos milagros de este santo rey, el cual guardó virginidad perpétua en el matrimonio, y fué canonizado solemnemente noventa y cinco años despues de su fallecimiento. Se le llama San Eduardo el Confesor para distinguirle del rey de Inglaterra del mismo nombre que era ya reverenciado como mártir.

Guillermo, que habia sido llamado al trono, era hijo natural del duque Roberto II y de Arleta. Su elevada estatura, su estraordinaria corpulencia, la fuerza de su temperamento, y todas las cualidades que constituyen á los héroes, compensaban ventajosamente el vicio de su nacimiento. Sin embargo, tuvo muchos obstáculos que vencer para ponerse en posesion, y aun mas para conservarse en el goce pacífico de la corona que se le habia legado. Una batalla en que manifestó la superioridad de su valor y talento para la guerra, le libró de Haroldo, que era cuñado de Eduardo y se habia coronado rey inmediatamente despues de la muerte de este; pero le fué preciso recurrir muchas veces á las armas para domar una nacion orgullosa é inquieta, que le obligó, á pesar de su natural bondad, á ejercer un imperio muy duro y á revestirse de una severidad que conservó toda su vida. Llamó á Inglaterra muchos normandos, á quienes enriqueció con las confiscaciones hechas á los rebeldes, é introdujo las leyes normandas, si bien interpoladas con algunas de los antiguos reyes ingleses. No se olvidó de incluir en ellas el dinero de San Pedro. Su actividad sin igual y el deseo del buen órden le movieron á tomar conocimiento de los asuntos eclesiásticos; pero si al principio lo hizo por miras políticas, como era sólidamente cristiano, se guió siempre por los motivos superiores de la fé y se mostró fiel á las reglas de una circunspeccion religiosa.

En el mismo campo de Hastings, donde habia conseguido la victoria que le puso en posesion de la corona, edificó en honor de San Martin un monasterio que se llamó de la Batalla ó el Bel, en latin *de Bello*. Habia

(1) *Gest. Guill. pag. 196 et seq.*

fundado ya otro en Caen (1063) bajo la invocacion de San Esteban. Su muger Matilde estableció en la misma ciudad el de la Trinidad para las personas de su sexo. Estas dos fundaciones fueron una especie de penitencia por el pecado que el rey y la reina habian cometido casándose no obstante el parentesco que tenian, cuya dispensa les concedió el Papa con aquella condicion; porque la separacion de los consortes, segun las representaciones que hizo al Pontífice el sábio Lanfranco, hubiera atraido á la nacion una guerra peligrosa por parte del conde de Flandes, padre de Matilde.

Guillermo que sabia apreciar los talentos, no se contentó con hacer á Lanfranco primer abad de San Esteban, donde este doctor profundo compuso su tratado de la Eucaristía contra Berengario, sino que habiendo vacado el arzobispado de Cantorberi, juzgó el rey que no habia otro mas digno que este piadoso y sábio cenobita de ser elevado á la primera Silla de Inglaterra; este juicio que habia formado fué lo único que le movió á hacer fuese colocado en ella el abad de San Esteban, porque sin embargo de que el rey Guillermo gustaba de dar los principales empleos á sus vasallos de Normandía mas bien que á los de Inglaterra, no era menos justo en su predileccion que en su severidad. Lanfranco se mostró tanto mas digno de esta elevacion cuanto mayor fué la resistencia con que se opuso á aceptarla, pues habiendo rehusado ya el arzobispado de Rouen, solo prestó su consentimiento á aceptar el de Cantorberi en vista de las instancias unánimes de todos los obispos, y movido del temor de resistir á la voluntad de Dios (1070). No por esto dejó de escribir despues al Papa para que le exonerase de una dignidad de que siempre se reputó indigno. Pero no consiguió lo que deseaba, y asi fué arzobispo toda su vida. Solo para el bien de la Iglesia se aprovechó de la benevolencia, ó por mejor decir, de la intimidad de su soberano, el cual le comunicaba sus mas ocultos pensamientos; lo cual no estorbaba á este generoso prelado contradecirle en todo lo que se oponia al bien de la Religion. Asi es que conservó el clero monástico en todas las catedrales de Inglaterra contra la inclinacion del rey, que se manifestaba muy á las claras en el hecho de elegir de entre los individuos del clero secular casi todos los obispos. Cuidó Lanfranco de que confirmase el Papa Alejandro las disposiciones de San Gregorio relativas á este punto, y dió unas providencias tan eficaces para que se observasen en lo sucesivo, que subsistió esta costumbre hasta el cisma de Enrique VIII.

Algun tiempo despues de la revolucion de Inglaterra, esperimentó el imperio de Oriente una fermentacion cuyas resultas fueron mucho mas funestas (1). Habiendo muerto Constantino Ducas en el mes de mayo del año 1067, su muger Eudosia, despues de poner en manos del patriarca Xifilino la promesa de no volver á casarse, reinó con sus tres hijos Miguel, Andrónico y Constantino. En menos de un año se esperimentaron los mas tristes efectos de este gobierno asi compartido. Entonces fué cuando los turcos selyúcidas tomaron un ascendiente que presagiaba todo lo que de ellos habia que temer. La nacion de los turcos, que formaba parte de la de los hunnos, y que como estos descendia de la gran Tartaria, se dividia antiguamente en nueve ramas, de las cuales la de Selyuc, hijo de Decac (el primero que se hizo musulman) invadió despues todo el imperio de los Califas con el de Constantinopla. Las conquistas de estos infieles en el pais de los griegos empezaron por las provincias mas orientales del Asia menor, en las que hicieron

(1) Curopal. *pag.* 817.

horribles estragos en los primeros meses del reinado de Eudosia. Para contener sus progresos se conoció era necesario un emperador capaz de mandar los ejércitos, y se dió á entender esto á la emperatriz, la cual no se mostró sentida de la obligacion que se la imponia de volver á casarse. No tardó mucho tiempo en elegir esposo, fijándose en Roman Diógenes, gefe del guarda-ropa, á quien habia perdonado ya la vida despues de algunas rebeliones. Pero á esto se oponia un obstáculo, que era la promesa que habia hecho al patriarca de no volver á abrazar el estado del matrimonio; veamos pues á qué ardid se apeló para obviar esta dificultad.

Envió la emperatriz un eunuco muy listo y de toda confianza con encargo de decir al patriarca que en él consistia hacer emperador á su hermano Bardas; que para esto no necesitaba mas que suprimir la promesa injusta que se habia exigido violentamente á Eudoxia, y que al momento se casaria con él. El tal Bardas era un libertino sin ningun mérito ni reputacion; mas no por eso dejó de caer torpemente en el lazo el ambicioso patriarca. Fué este á visitar á todos los grandes, les exageró los inconvenientes de la viudez de Eudosia y la necesidad de tener un emperador al frente de los ejércitos y de los asuntos públicos, y no hubo ni uno solo que dejase de ceder á sus insinuaciones. Luego que estuvieron bien dispuestas todas las cosas, Roman Diógenes entró de noche y bien armado en el palacio, donde se casó con la emperatriz (1068). Esta conducta del patriarca Xifilino nos da á entender lo que debemos pensar de los elogios que de su virtud hacen los griegos. Se le ha atribuido falsamente el compendio de Dion Casio; pero hoy dia una crítica mas ilustrada no permite confundirle con Xifilino el historiador, autor de este compendio.

Al principio fué feliz Roman Diógenes en la guerra contra los musulmanes; pero en 1071 fué derrotado su ejército, y él quedó prisionero del sultan Asan. Habiendo mandado el vencedor que se le presentase, le hizo echarse en tierra y le pateó, conformándose con la costumbre bárbara de su nacion, aunque no sin repugnancia, pues le levantó inmediatamente, le abrazó y le sentó á su mesa. Despues le preguntó cómo se habria portado él si hubiese quedado vencedor. Creyendo Diógenes que se honraria mostrándose intrépido en el cautiverio, respondió que le hubiera hecho morir á golpes. «Pues yo, replicó el sultan, en vez de portarme contigo cual merecias por tu arrogancia, quiero seguir las máximas de tu Cristo que manda que se olviden las injurias. Recibe pues la paz y la libertad de aquel á quien aborreces.» En efecto, le envió libre despues de haber concluido con él un tratado. Pero á la primera noticia de la derrota de Diógenes, los grandes habian encerrado en un convento á la emperatriz Eudosia despues de haber hecho que la cortasen el pelo, y luego que regresó el emperador le prendieron y le sacaron los ojos con tal crueldad que murió muy en breve. Despues de esta revolucion fué reconocido por único emperador Miguel Ducas, hijo primogénito de Eudosia, el cual fué un príncipe cobarde y desaplicado, sin mas talento que para ganar fraudulentamente en el comercio de trigo, por cuya razon se le dió el nombre de Parapináceo.

Parece que este emperador conservó todavía alguna especie de comunion con la Santa Sede, supuesto que el Papa Alejandro le envió un legado, que fué bastante bien recibido, y permaneció un año en Constantinopla, esto es, hasta la muerte de aquel Pontífice, que sucedió á 21 de abril de 1073. Ningun otro era mas á propósito que este legado llamado Pedro para hacer

fuese honrada en su persona la Silla que representaba, porque además de estar emparentado con los príncipes de Salerno, habia abrazado desde la infancia la vida monástica, y estaba tan penetrado del espíritu de abnegacion, que fué necesario arrancarle del claustro para hacerle obispo de Anagni. Gobernó esta iglesia por espacio de cuarenta y tres años con tanta edificacion, que fué colocado solemnemente en el número de los Santos por una bula de Pascual II espedida á 4 de junio de 1109.

No era mas estimable ó por lo menos no era mas virtuoso que Miguel Parapináceo el príncipe que gobernaba el imperio de Occidente. El rey Enrique IV, que á la edad de seis años habia sucedido á su virtuoso padre Enrique el Negro (1056), reinó primeramente bajo la tutela de su madre la emperatriz Inés, y luego bajo la de San Annon, arzobispo de Colonia; pero no faltaron aduladores que le pervirtieron muy luego y le arrastraron á los mas espantosos desórdenes. En vano para remediar la impureza que le devoraba hizo el santo arzobispo de Colonia que se casase en 1066 con la princesa Bertha, hija de Othon, marqués de Suze, con la que estaba desposado: el jóven Enrique no tenia mas de 18 años y ya era uno de los hombres mas viciosos y corrompidos (1). No contentándose con tener á un mismo tiempo dos ó tres concubinas, su libertinage desenfrenado no respetaba á la inocencia virginal ni á la fidelidad conyugal. Cuando oía hablar de la hermosura de alguna persona jóven, hacia que se la presentasen de grado ó por fuerza: iba algunas veces él mismo á apoderarse de ella, esponiendo su propia vida; y entonces, si no lograba seducirla, usaba de la opresion y de una violencia brutal. Su impudicicia le hizo cruel, de modo que no tenia Enrique el menor reparo en perder á los maridos, cuando le servian de obstáculo para hacerse dueño de sus mugeres. Sus cómplices y sus confidentes, entre los cuales habia pocos que le igualasen en depravacion, eran igualmente sacrificados cuando con una palabra ó con un solo gesto daban á entender que desaprobaban sus escesos. Por poco sospechosa que le fuese su discrecion, le bastaba esto para deshacerse de ellos cautelosamente, porque supo conciliar la hipocresía y la perfidia con las pasiones mas fogosas. No menos disimulado que implacable en su ira, mandaba asesinar á los que le habian desagradado, cuando ellos estaban mas distantes de pensar que habian incurrido en su indignacion, y luego fingia sentir tanto su muerte que derramaba copiosas lágrimas. La simonía, perseguida con tanto celo por los hombres de probidad, fué el menor abuso que cometió en la distribucion de los beneficios eclesiásticos. Si obtenian los obispados aquellos que le daban mas dinero, solo podian tener seguridad de poseerlos los que servian de ministros á sus pasiones vergonzosas. Hacia deponer á los primeros como simoniacos, y ponia en su lugar á los otros; de suerte que una misma Silla solia tener dos obispos, tan justos acusadores uno de otro como indignos competidores.

Los desórdenes que esta conducta introdujo en la Iglesia y en el imperio á pesar de todas las representaciones de la emperatriz madre y de algunos piadosos prelados, como San Annon de Colonia, los obligaron á abandonar la corte. El arzobispo se retiró al monasterio de Sigeberg que él mismo habia fundado, y allí por espacio de tres años del mas severo retiro acabó de santificarse con la oracion, con las austeridades y con el contínuo ejercicio de todo género de

(1) *Hist. bell. Sax. pag.* 102; *Chron. Magd. Ms. ann.* 1068.

buenas obras (1). La emperatriz pasó á Roma y se puso bajo la direccion de Pedro Damiano, con quien, segun nos dice él mismo, hizo una confesion general desde la edad de cinco años, no solo de las acciones malas, sino de todos los movimientos desordenados del corazon, y hasta de los pensamientos y de las palabras ociosas, en cuanto pudo acordarse; á lo que añade este autor piadoso, que no se la impuso otra penitencia que la de continuar con la vida humilde y austera que habia abrazado (2). Y en efecto, perseveró en ella hasta la muerte (1077) orando sin interrupcion, haciendo asombrosas limosnas, vistiendo con mucha pobreza, y practicando unas mortificaciones que parecian superiores aun á las fuerzas de los santos solitarios. El rey Enrique, abandonado á sí mismo y á sus aduladores, y careciendo de freno y de moderacion, se entregó á aquellas sus pasiones desarregladas, que poco despues contenidas por la firmeza inflexible de Gregorio VII, ocasionaron entre las dos potestades un choque tan funesto.

LIBRO TRIGÉSIMO-TERCERO.

Desde el principio del Pontificado de San Gregorio VII en el año 1073, hasta el de Urbano II en el de 1088.

San Gregorio VII, tan célebre por sus desavenencias con el emperador Enrique IV, habia recibido de la naturaleza, como hemos podido observar por lo que de él habemos dicho hasta aquí, aquella fuerza de carácter y aquel ascendiente inesplicable que, á pesar de un humilde nacimiento y de otros mil obstáculos, dan infaliblemente la superioridad sobre toda clase de personas. En el discurso de los tres últimos pontificados que, por decirlo así, principiaron bajo sus auspicios, habia egercido el principal influjo en todos los asuntos de importancia. Negóse muchas veces á subir á la Silla Pontificia, siendo al parecer el árbitro de ella. Por último, despues de la muerte de Alejandro II se vió obligado á aceptarla en 22 de abril de 1073; pero aun entonces escribió al rey Enrique, rogándole que no consintiera en su elevacion; y para obligarle mas á ello, le declaró que si continuaba en el pontificado, no dejaria impunes sus delitos. Sin embargo, confirmó este príncipe la eleccion, y comisionó al obispo de Vercelli para la consagracion de Gregorio, cuya ceremonia no se verificó hasta el dia 30 de junio. Esta fué la última eleccion pontificia cuya acta ó decreto se envió al rey de Italia para que la confirmase. Debemos observar que Hildebrando, no siendo entonces mas que diácono, recibió el órden de presbítero antes de ser consagrado Papa: nueva prueba de lo falsas que son las im-

(1) *Lamb. ann.* 1075.
(2) Petr. Dam. *Opusc.* 36, *cap.* 3.

putaciones de los griegos en esta materia.

Gregorio VII era muy digno del pontificado por sus cualidades superiores, por sus costumbres puras y verdaderamente eclesiásticas, por el grado eminente en que poseia todas sus virtudes, y principalmente por su estraordinario amor á todo lo bueno. Educado en la disciplina monástica mas regular, tenia los mas vivos deseos de expurgar de la Iglesia los vicios de que la veia infestada; y si hubiese tenido que habérselas con otro que no fuera Enrique IV, cuyas fogosas pasiones y odiosos vicios acabamos de delinear, no se habria visto desolada la Europa con tantas guerras. Principiaron los disturbios por la cuestion de las investiduras, que agitó á la Iglesia cincuenta años contínuos, y se suscitó en el segundo año del pontificado de San Gregorio VII.

Pero en el primero la Religion ofreció un espectáculo muy edificante en el ilustre y santo fundador del órden de Grammont. Llamábase Esteban, era hijo del vizconde de Thiers en Auvernia, y fué prevenido de las bendiciones del cielo desde su mas tierna edad (1). Contaba apenas doce años cuando dispuso su padre que le acompañase en una peregrinacion á Italia; pero cayó tan gravemente enfermo en Benevento, que tuvo que dejarle su padre en casa de su paisano el arzobispo Milon. Era este prelado un santo, á quien en efecto honra la Iglesia como tal el dia 23 de febrero. El jóven Esteban se aficionó tanto á esta escuela de virtud, que despues de restablecido permaneció allí doce años, esto es, hasta la muerte de su santo maestro. Habíale muchas veces oido hacer grandes elogios de una comunidad muy regular de monges benedictinos, que edificaba á toda la Calabria donde estaba situada y á la que habia concurrido él con bastante frecuencia. Despues de repetidas instancias á Gregorio VII que le amaba tiernamente y desconfiaba de la delicadeza de su complexion, logró por último el permiso para establecer un órden monástico por aquel modelo. Espidióse la Bula en Roma en 1.° de mayo del año 1073, y en ella se prohibió á cualquiera persona, ya fuese lega ó eclesiástica, inquietar á Esteban ó á sus compañeros en el sitio que eligiesen para hacer penitencia, declarándole inmediatamente sujeto á la Santa Sede. Volvió Esteban al momento á su patria con esta concesion, pero permaneció en ella muy poco tiempo. Apenas le habian declarado sus padres la particular alegría que les causaba su presencia, cuando huyó secretamente de sus caricias y se retiró al monte de Muret en el Lemosin, donde levantó en medio de las selvas una cabaña con ramas de árboles, hizo voto de virginidad y se consagró irrevocablemente al Señor. Tenia entonces treinta años, y vivió cincuenta en aquel desierto con tal pureza y austeridad, que no tardó en verse rodeado de un gran número de discípulos. Tal es el orígen del órden de Grammont, llamado asi por razon del lugar donde se vieron precisados á trasladarse, distante una legua de Muret, despues de la muerte de su santo fundador (1124); aunque hacia cincuenta años que estaban establecidos en Muret, prefirieron, segun el espíritu del Santo, abandonar este sitio, á pleitear con unos monges vecinos que les disputaban su propiedad.

Mucho tiempo antes habia formado el Papa Gregorio el vasto proyecto de reformar toda la Iglesia. Abrasado del celo de la casa de Dios, no estuvo un año entero en el trono pontificio sin dar principio á su ejecucion. Persiguió con el mayor rigor la simonía y el concubinato de los clérigos, como que eran los dos abusos mas perniciosos y mas arraigados, á pesar de la vigilan-

(1) Bolland. 8 *Febr. tom. 4, pag.* 203.

cia de los últimos Pontífices (1). La primera semana de cuaresma del año 1074, se celebró en Roma un Concilio, en el que se dispuso que los que hubiesen recibido las órdenes sagradas por simonía, no pudiesen ejercer sus funciones; que los que hubiesen dado dinero para obtener iglesias, esto es, beneficios, los dejasen irrevocablemente; y que los que vivian amancebados no pudiesen celebrar misa, y que si la celebraban no pudiese oirla el pueblo, porque tales intercesores sirven mas bien para atraer la ira de Dios que para aplacar su justicia (2). Los dos últimos cánones muestran que el Papa no solamente puede condenar á los prelados sino tambien á los súbditos de estos, y que los fieles están mas estrechamente obligados á obedecer al obispo apostólico que á su propio obispo; doctrina que era muy importante confirmar para combatir eficazmente algunos desórdenes que encontraban fautores hasta en el alto clero. Roberto Guiscardo, duque de Calabria y de Sicilia, fué excomulgado con sus partidarios por haber invadido algunas tierras de la Iglesia. Muchos obispos de España, que asistieron al concilio, prometieron por escrito seguir el órden y oficio romano en lugar del de Toledo, llamado Mozárabe (*a*). Como la Santa Sede habia excomulgado á los fieles de la diócesi de Beauvais, asi clérigos como legos, en castigo de que habian perseguido cruelmente á su obispo, éste, que se llamaba Guillelmo, escribió al Papa rogándole levantase la excomunion. Gregorio alabó su caridad, leyó su carta en el concilio y levantó efectivamente las censuras.

Publicáronse inmediatamente estos decretos por toda Italia. A Alemania los llevaron unos legados que quisieron congregar allí un concilio; pero se opusieron fuertemente á ello todos los obispos, á pretesto de que era una pretension contraria á sus derechos y á sus costumbres, y declararon en términos espresos, que jamás concederian á nadie sino al Papa en persona la prerogativa de presidirlos en concilio; como si unos legados que pueden presidir los concilios ecuménicos no pudieran con mas razon presidir los concilios provinciales; como si, admitiendo que el derecho comun atribuyese esta presidencia á los metropolitanos, no fuera necesario derogarle en esta parte desde el momento en que los metropolitanos mismos se hallaban en el número de los culpables á quienes se trataba de corregir; como si, en fin, para acceder á la estraña pretension de los obispos alemanes hubiese estado obligado el Papa á dejar á cada instante el centro de unidad católica y trasladarse sucesivamente á los diversos paises en vez de enviar á ellos legados que le representasen! El verdadero motivo de los prelados alemanes en aquella ocasion, fué el temor de las penas establecidas contra la simonía, de que eran culpables muchos de ellos, y la indolencia de muchos mas que no se atrevian á inquietar á los clérigos incontinentes en la especie de posesion en que estaban de tener mugeres ó concubinas. Como quiera que sea, no llegó á tener efecto el concilio, á pesar de los esfuerzos del rey Enrique, que apoyó á los legados con toda su autoridad, no tanto por disimulo político á que no habia renunciado aun en público, como por el ódio con que miraba al obispo de Worms y á algunos otros prelados que le habian ofendido.

Pero el Papa San Gregorio no cedia ni se acobardaba por los obstáculos que se le presentaban. Escribió una carta tras otra, reiteró las legaciones, acusó á los obispos de ne-

(1) Gregor. 7, *epist.* 51 *et* 52.
(2) *Cap.* 18, *t.* 10, *p.* 334.
(*a*) En el libro 34 se hablará mas estensamente de la supresion del oficio Mozárabe en España. (*N. del E.*)

gligencia y debilidad, les amenazó con los rayos de la Iglesia, y se mostró pronto á fulminarlos si no ejecutaban sus órdenes sin la menor dilacion (1). Sigefredo, arzobispo de Maguncia, teniendo por razon de las prerogativas de su Silla el mayor influjo en el régimen del clero de Germania, temió ser el primero contra quien descargase la tempestad. Habiendo exhortado á los culpables á que hiciesen por su propia voluntad lo mismo que tendrian que hacer á pesar de su resistencia, les concedió algunos meses para que se resolviesen, y en seguida reunió un Concilio en Erford. Estrechóles entonces á que renunciasen inmediatamente el matrimonio ó el ejercicio de las funciones sacerdotales. Pero el mal habia profundizado tanto sus raices que no era fácil arrancarle con tanta prontitud. Murmuraron sin ninguna reserva, y dijeron que el yugo era insoportable, y hasta irracional y contrario á la naturaleza humana, de la que se queria exigir, decian, la virtud de los ángeles, esponiéndola, añadian, con el pretesto de la pureza á todos los escesos de una disolucion brutal. Como el arzobispo no se rindió á estas declamaciones, gritaron algunos tumultuosamente que era necesario separarle de su Silla y despedazarle antes que pronunciase una sentencia que trastornaria todas las iglesias. Aunque Sigefredo tenia aquella especie de virtud que basta para amar el bien, carecia de la constancia necesaria para hacer que se ejecutase, ni era tampoco irreprensible él mismo en órden al santo desinterés que convenia al promotor de la reforma, ni en cuanto á la administracion gratuita de las órdenes sagradas. Además de esto tuvo la imprudencia de mezclar sus intereses temporales con los de la Religion, renovando sus pretensiones sobre los diezmos de la Turingia, que deseaba percibir mucho tiempo habia. Al oir esta proposicion, se olvidó todo miramiento. Los turingianos salieron furiosos del concilio, se esparcieron por todas partes gritando que era necesario tomar las armas, y habiendo reunido en un instante una gran porcion de gente del pueblo, volvieron á entrar profiriendo terribles amenazas. Todos los obispos y los eclesiásticos se dispersaron llenos de temor y consternacion, y se ocultaron en los sitios mas retirados que habia en la iglesia. Dirigiéndose al arzobispo los sediciosos, rodearon su Silla, resueltos á asesinarle en ella; y si sus vasallos, que no eran los mas fuertes, no se hubiesen reducido á la clase de suplicantes, y no los hubiesen apaciguado á fuerza de ofertas, indudablemente habria sido víctima de su inconsiderada codicia.

Altmano, obispo de Passau, procedió con mayor generosidad que Sigefredo; pero no logró mejor éxito (1). Despues de haber dicho á su clero que las estrechas órdenes del Papa le ponian en el caso de no disimular su incontinencia, y que temia hacerse culpable á sí mismo, porque su inaccion mas bien que tolerancia sería una aprobacion del desórden, subió al púlpito el dia de San Estéban, patron de su iglesia, la cual con este motivo estaba llena de un inmenso concurso de gente del pueblo y de caballeros, y publicó con intrepidez el decreto. Oyéronse al punto por todas partes gritos furiosos, y hubiera perecido allí mismo el prelado si no hubiesen refrenado la sedicion algunos varones respetables que habia en la iglesia.

Llegaron á noticia del Papa estos movimientos; mas lejos de desistir por eso de sus justas pretensiones escribió cartas terribles á los prelados mal intencionados, suspendió á algunos del ejercicio de sus funciones, aterró á los débiles, estimuló á los

(1) *Tom. 10. Concilior. pag.* 313.

(1) *Vit. ap. Tegnag. pag.* 49.

mas valientes y hasta mandó á los legos que no reconociesen por obispos á los que permitiesen á su clero tener concubinas. Rodulfo y Bertoldo, el uno duque de Suavia y el otro de Carintia, honraban su alta gerarquía con su piedad y con su celo por el bien de la Iglesia. San Gregorio no temió prevenirlos contra aquellos obispos que, mas adictos que las gentes del mundo á la gloria y á los placeres del siglo, comprenden hasta sus propios vicios en la veneracion que exigen para su carácter. «Os rogamos, les dice (1), y os mandamos por la autoridad apostólica, que no participeis de los divinos oficios celebrados por aquellos de quienes sepais que fueron promovidos por simonía, ó que no guardan continencia; impedidles antes bien, en cuanto os sea posible, que asistan á dichos oficios como ministros, ya sea en la córte, ya en las dietas del reino, ó en cualquiera otra parte. Emplead para ello la fuerza en caso de que no baste la persuasion. Si alguno se queja, decidle que lo haceis en virtud de órden nuestra, y enviad á los descontentos á que se entiendan con Nos. Parécenos mucho mas fácil y espedito restablecer el órden con nuevas disposiciones que dejarle aniquilar con las leyes antiguas.»

San Gregorio escribió tambien al rey de Germania para confirmarle en la buena resolucion que suponia haber tomado de estirpar de sus dominios la simonía y la incontinencia de los clérigos. Le ensalza por lo bien que habia recibido á sus legados, le da gracias por las pruebas efectivas de su amistad, le asegura que por su parte no cesa de tenerle presente ante los cuerpos de los Santos Apóstoles, y concluye exhortándole á que tome los consejos de los que solo pretenden su salvacion. Juntando los hechos á las palabras, habia escrito Gregorio en favor de Enrique á muchos obispos y señores de Alemania, porque toda la Sajonia se habia sublevado contra este príncipe, y Gregorio consiguió de ellos una suspension de hostilidades, ínterin pudiera restablecerse enteramente la paz.

Desde el primer año de su pontificado habia recibido quejas acerca de la conducta del rey de Francia, príncipe naturalmente indolente, á quien la ociosidad sumergió en las mas sucias liviandades, que no tuvo escrúpulo en vender los beneficios, y que á la sazon se negaba á permitir la ordenacion de un obispo canónicamente elegido. Este príncipe era Felipe, primero de este nombre, que en el año 1060 habia sucedido á su padre Enrique, el cual habia hecho fuese consagrado en Reims el año anterior. Gregorio le escribió dándole avisos y consejos paternales; y despues, habiendo recibido nuevas quejas con motivo de las violencias que impunemente se cometian en el reino, creyó deber habérselas con los obispos. En su carta dice que el rey, á quien trata de tirano, es la causa de todos estos desórdenes, dando á sus súbditos ejemplo de fraudes, de rapiñas, de saqueo de las iglesias, de adulterios y de todos los demas vicios con los crímenes á que se entregaba; quéjase tambien de que Felipe habia mandado robar á unos comerciantes estrangeros que habian ido á una feria en su reino. «También vosotros, añade hablando con los obispos (1), tambien vosotros sois culpables. ¿Pensais acaso que es faltar á la fidelidad que habeis prometido al rey impedirle cometer esas faltas? No digais que temeis su indignacion; porque uniéndoos todos vosotros tendreis bastante autoridad para sacarle del desórden, y al menos habreis descargado vuestras conciencias. Pero aun cuando todo tuviérais que temerlo de su

(1) Gregor. VII, *lib.* 2, *Epist.* 45.

(1) Gregor. VII, *lib.* 2, *Epist. ad episcop. Gall.*

indignacion, ni aun la muerte misma debiera dispensaros de cumplir con libertad vuestros deberes de obispos.» Mándales en seguida se reunan para conferenciar acerca de las necesidades del reino y que vayan á representar á Felipe el peligro á que se espone; que si el rey no se enmienda deben poner entredicho general á toda la Francia; y que si este primer anatema no le hace volver en sí, él como sucesor de San Pedro, con el ausilio del Señor supremo, tomará las medidas convenientes para que una nacion, tan justamente célebre, se vea libre de la opresion en que un solo hombre la tenia. En el mismo sentido escribió poco despues San Gregorio á Guillermo, conde de Poitiers (1), rogándole se uniese con otros muchos grandes y dirigiesen al rey las mismas representaciones. Felipe, á pesar de la viveza de estas reprensiones, dejó en libertad al Papa para que citase á Roma á los obispos de su reino y depusiese por medio de sus legados á los que fuesen culpables.

Por estas gestiones de San Gregorio VII cabe Enrique IV, rey de Germania, y Felipe I, rey de Francia, se ve que el Pontífice no temia subir al origen mismo del mal. Desde ahora pueden ya los lectores cristianos apreciar al Pontífice magnánimo cuya memoria tanto han ultrajado los enemigos de la Iglesia. (Véase la Disertacion que pondremos en el apéndice á este tomo.)

Entre tantos objetos de solicitud pastoral la actividad prodigiosa de San Gregorio VII se estendió á los cristianos oprimidos por los musulmanes en las regiones ultramarinas. A pesar de los muchos peligros que ofrecia la peregrinacion de Jerusalen, no dejaban por eso de emprenderla los mas remotos occidentales. Algunos años antes habian salido de Alemania gran número de peregrinos bajo la direccion de Sigefredo de Maguncia, acompañado de Gonthier de Bamberg, de Oton de Ratisbona, de Guillermo de Utrecht, y de otros muchos personages de consideracion (1). Eran tan magníficos sus vestidos y equipages, que salian á verlos los habitantes de las ciudades y del campo; pero muy en breve la codicia sustituyó á la admiracion. Apenas fijaron el pié en las tierras de los infieles, mas allá de la Lycia, cuando fueron acometidos por los árabes que corrieron de todas partes á la fama de su opulencia. Los peregrinos fueron retirándose hasta llegar á una aldea, donde se fortificaron lo mejor que pudieron, rechazando con prodigios de valor todos los asaltos del enemigo, lo que obligó á este á bloquearlos con el objeto de rendirlos por hambre. Entretanto no cesaban de inquietarlos, teniendo á su favor la superioridad de doce mil combatientes contra siete mil viageros de todas clases y condiciones. Viendo estos por último que naturalmente no podian dejar de sucumbir, y que por otra parte no tanto se conspiraba contra su vida como contra sus riquezas, juzgaron que seria tentar á Dios el esponerse á mayores peligros, y pidieron capitulacion. El caudillo de los árabes entró con diez y siete oficiales principales en el recinto donde estaban atrincherados los cristianos: dejó á su hijo á la puerta para impedir que se acercasen los demás, y subió á un cuarto donde estaban el arzobispo de Maguncia y el obispo de Bamberg, quienes le dijeron que tomase todo lo que tenian y les permitiera seguir su camino. El soberbio y pérfido bárbaro respondió, que no les tocaba á ellos darle la ley. «No, no, añadió, no quedareis libres con lo que me entregueis por fuerza, sino que despues de despojaros de todo, quiero devoraros y beber vuestra sangre.» Gonthier de Bamberg, que estaba entonces

(1) *Lib.* 2, *Epist.* 18.

(1) Lamb. *ann.* 1064 et 1065; Sigeb. *ann.* 1065.

en la flor de su edad, tenia una estatura tan recomendable y era tan hermoso, que en cualquier parte que se presentaba llamaba la atencion de todos y se llevaba trás sí á cuantos le veian. Cuando le descubrió el feroz sarracèno, le destinó para que fuese el primer objeto de su brutalidad. Desató al punto el turbante, y aseguró con él al obispo echándosele al cuello. Gonthier era de unas costumbres tan suaves como puras, y no menos modesto que hermoso, pero no pudo sufrir semejante indignidad, y acordándose de que era jóven y vigoroso, descargó una bofetada tan terrible en el árabe, que le derribó á sus piés. Pidió socorro, acudieron á toda prisa los cristianos, cogieron al sarraceno y á los oficiales que le acompañaban, les ataron los brazos á la espalda, y para asegurarlos mejor les apretaron de tal modo las muñecas que les salia la sangre por las uñas. Principiaron de nuevo los asaltos con mayor violencia que antes; pero á fin de contener á los árabes les presentaron sus gefes con un hombre que tenia una espada en la mano y amenazaba degollarlos. En tan estremo conflicto y contra toda esperanza los cristianos se vieron libertados por otros infieles que verosímilmente serian turcos selyúcidas que poco antes se habian apoderado de aquellas provincias. El gobernador de Ramla mandaba la espedicion, y agradeció mucho á los cristianos el que hubiesen reprimido con tanto valor á unos ladrones públicos que asolaban todo el pais. En seguida, y mediante la recompensa que estipularon, les dió una escolta para que los llevase á Jerusalen con toda seguridad (1065). Visitaron todos los santos lugares de la ciudad, y dieron sumas considerables para reparar las iglesias arruinadas, y despues se embarcaron en una flota genovesa que los dejó en Italia, donde pintaron la tiranía de los enemigos del nombre cristiano con los mas vivos colores que les ofrecia la memoria reciente de lo mucho que ellos mismos habian padecido por su causa.

A consecuencia de esta relacion y de otros muchos sucesos de igual naturaleza, San Gregorio VII, fecundo en planes nuevos y grandes, formó antes que otro alguno el de las cruzadas. Escribió por todas partes, y aun al rey de Germania, á fin de alentar la caridad de los occidentales en favor de sus hermanos de Oriente; pero la multitud y la dificultad de las demas empresas de Gregorio no le permitieron ejecutar esta, que no se verificó hasta veinte años despues.

En una carta dirigida á San Hugo, abad de Cluny, pinta este Pontífice los males que afligian en aquella época á la Iglesia. «Donde quiera que vuelvo la vista, dice, no encuentro sino motivos de tristeza. La Iglesia de Oriente se ha separado de la fé católica. Si vuelvo los ojos al Occidente, al Mediodia y al Septentrion, apenas si veo algunos obispos que hayan ascendido por medios canónicos al episcopado ó que vivan como obispos. Entre los príncipes seculares no conozco uno que prefiera la gloria de Dios á la suya y la justicia al interés. Aun á los mismos entre quienes vivo, es decir, los romanos, lombardos y normandos (de Italia), les reprendo frecuentemente diciéndoles son peores que los judíos y paganos. Cuando paso á considerarme á mí mismo, me hallo tan abrumado con el peso de mis pecados, que solo en la misericordia de Jesucristo espero mi salvacion.» Su humildad, empero, en nada debilitaba su valor. Conformándose con los cánones de la antigüedad, cuya severa aplicacion era reclamada por los desórdenes que turbaban principalmente la Alemania, decretó en el Concilio romano del año 1075 la deposicion de los simoniacos, de los clérigos incontinentes, y de los usurpadores de los bienes eclesiásticos, excomulgándolos si persistian en sus crime-

nes. Así excomulgó cinco cortesanos que eran los consejeros del rey Enrique para la venta de los beneficios; pero solo en el caso de que rehusaran ir á justificarse de sus faltas, aun cuando ya estaban suficientemente probadas las acusaciones dirigidas contra ellos. Usando de justas consideraciones con el rey Felipe, se limita á amonestarle primeramente esperando dará seguridades de su correccion á los Nuncios que iba á enviar inmediatamente á Francia. Si San Gregorio confirma la excomunion fulminada contra Guiscardo, duque de la Pulla, es despues de haberle estado suplicando durante largo tiempo y esperándole á penitencia. Respecto á algunos prelados á quienes habia reprendido ya por sus cartas, como quiera que eran mucho mas culpables que algunos legos, de acuerdo con el Concilio que se componia de cincuenta obispos y de multitud de abades, los trató con menos indulgencia. Fué depuesto Dionisio de Plasencia; suspensos de sus funciones Guillermo de Pavía, Cuniberto de Turin, Enrique de Spira y Garnier de Strasburgo; Liemaro, arzobispo de Bremen ó Brema, además de suspenso, fué entredicho de la comunion eucarística; y el obispo Herman, sucesor de Gonthier en la silla de Bamberg, fué declarado suspenso, si no iba á Roma á justificarse ante el próximo Concilio.

En esta conducta del Soberano Pontífice Gregorio VII, el lector cristiano ve á la Providencia atenta siempre en oponer á las inundaciones de la corrupcion unos diques proporcionados á su ímpetu violento. No podemos menos de admirar aquella magnanimidad que tuvo siempre por principio al espíritu de Dios. En cuanto á los sucesos particulares, no estamos en el caso de formar un juicio decisivo por falta de documentos suficientes para ello en la mayor parte de los hechos; pero Dios ha fallado ya y justificado á su siervo con el esplendor de sus milagros.

Las noticias mas circunstanciadas que tenemos acerca de la causa de Herman de Bamberg, prueban evidentemente que el Papa San Gregorio tuvo justos motivos para usar de todo el rigor de los cánones en ciertas ocasiones (1). Al principio este prelado fué reprendido porque sin causa alguna, y llevado de un mero capricho, despidió á los canónigos que habia establecido en una iglesia fundada por él mismo. Pero despues aconteció que este hombre, que hacia fundaciones y otras buenas obras, se hizo sospechoso de haber cometido los delitos mas odiosos en un obispo y aun en cualquier cristiano. No solo se le acusó de haber adquirido el obispado con dinero, y de haber vendido despues las dignidades subalternas y los menores beneficios, sino tambien de haberse abandonado en su juventud á todos los escesos de aquella edad, y aun á algunos vicios que no son comunes en la gente moza, por ejemplo, el deseo de atesorar y los préstamos usurarios, á que se entregó luego con mucho mas ardor despues de haber obtenido el obispado. Tenia tambien el concepto de ser tan ignorante, que no podia entender ni un solo versículo del Salterio. Este fué uno de los obispos á quienes puso entredicho el Papa San Gregorio. Citado además á Roma con motivo de las acusaciones de todo el clero de Bamberg, se puso en camino llevando consigo gran número de regalos á fin de corromper al mismo Papa y al consejo pontificio. Pero se detuvo fuera de la ciudad, envió á sus emisarios para que tanteasen el terreno, y no tardó en ver frustradas sus esperanzas, contribuyendo además estos pasos á que sufriese una con-

(1) Lamb. *ann.* 1075; Greg. VII *lib.* 2, *epist.* 213.

denacion mas denigrativa y á que fuese depuesto irrevocablemente.

Regresó muy pronto á su diócesis, donde al verse defendido aun por sus vasallos, despojó de sus bienes á aquellos eclesiásticos que le eran mas opuestos: pero no osó ejercer ninguna funcion episcopal. Declaróse entonces contra él sin miramiento alguno el cuerpo del clero, y fueron tantas las instancias elevadas al rey, que no pudo menos de hacer ordenar otro obispo. Herman reconoció luego sus escesos; abrazó la vida monástica en el monasterio de Schouartz, bajo la direccion de un santo abad llamado Egberto, y sin perder un punto corrió á Roma en compañía de su abad, consiguiendo allí que le absolviesen de la excomunion y le restableciesen en las funciones sagradas, pero solo de sacerdote, no de obispo. Estos repetidos ejemplares de hombres escandalosos que despues llegaron á ser generosos penitentes, demuestran que en aquel siglo tan desacreditado no arrastraba consigo el furor de las pasiones, como sucede en el dia de hoy, la estincion de todas las luces de la fé y aquel desesperado y monstruoso estoicismo que produce una perseverancia casi irremediable en el mal.

Suscitáronse muy en breve en el centro de la cristiandad unos disturbios mucho mas funestos que todos los que afligian á la Iglesia en los otros paises (1). Despues del Concilio romano del año 1075, habíase quedado Guiberto, arzobispo de Ravena, al lado del Sumo Pontífice. Soñaba Guiberto en hacerse Papa, y procuró atraer á su partido con regalos y promesas á todos los romanos que le parecia estaban disgustados de San Gregorio. Se unió especialmente con Cencio, prefecto de Roma, hombre abismado en el libertinaje, acostumbrado á los asesinatos y no menos astuto que malvado. Este bandido habia edificado en el puente de San Pedro una torre muy fuerte, desde donde cometia las exacciones mas enormes con todos los pasajeros, y no pocas veces estendia sus vejaciones á las tierras de la Iglesia romana. Despues de haberle hecho muchas advertencias el intrépido Pontífice, llegó por último al estremo de la excomunion. Cencio, que habia sostenido el cisma de Cadaloo contra el último Papa, resolvió renovar este escándalo contra San Gregorio. Pasó á la Pulla para ponerse de acuerdo con Roberto Guiscardo y los demas excomulgados, envió á su hijo al arzobispo de Ravena, y escribió al rey de Germania cuyas disposiciones habia llegado á penetrar, á pesar de todas las ficciones de este príncipe. Estando ya bien puestas las baterías, trataron solo de apoderarse de la persona del Papa, y Cencio estuvo al cuidado para aprovechar la primera ocasion que se presentase.

La noche de Navidad del año 1075 fué el Pontífice, segun costumbre, á celebrar á Santa Maria la Mayor, á pesar de que caia una lluvia tempestuosa y tan abundante que apenas se atrevian á salir de casa las gentes del pueblo, con cuyo motivo fueron muy pocos los que asistieron á la funcion. Cencio no perdió una ocasion tan favorable, antes bien acudió á la iglesia con un tropel de gente armada. El Pontífice, que estaba celebrando la primera misa, llegaba á la comunion del pueblo, cuando de repente se oyó una gritería furiosa. Los conjurados recorrieron toda la iglesia con espada en mano, apartando á golpes á todos los concurrentes. Apoderáronse del Papa, y queriendo uno de ellos cortarle la cabeza, le hizo una herida de la que manó mucha sangre. Sacáronle del templo tirándole de los cabellos y maltratándole en estremo, aunque no opuso la menor resistencia, contentándose con dirigir al cielo sus secretas

(1) Bolland. *tom.* 17, *pag.* 123 *et* 148.

quejas. Quitáronle precipitadamente el palio, la casulla, la túnica y la dalmática, y se le llevaron con el alba y estola.

No tardó en difundirse por todos los barrios de la ciudad el rumor de este atentado sacrílego. Cesaron los Oficios divinos en todas las iglesias, se quitaron los adornos de los altares, se tocaron las campanas y las trompetas, y se pusieron guardias en todas las puertas para impedir que sacasen de Roma al Pontífice, en caso de que no estuviese ya fuera de la ciudad, porque ignoraban su paradero. Habiéndose por último reunido el pueblo en el Capitolio, dijeron algunas personas que el Papa se hallaba preso en la torre de Cencio. Corrieron al momento á la casa del malvado y acometieron con furor á cuantos cómplices y satélites suyos se presentaban, quienes huyeron al primer choque encerrándose en la torre. Buscaron arietes y todo género de máquinas para embestirla, llevó el pueblo una gran porcion de leña, y encendieron hogueras al rededor para que no se escapase ninguno de aquellos mónstruos. Entretanto un fiel generoso y una señora de distincion que se habian determinado á acompañar al Papa hasta dentro de la torre, trabajaron en curarle la herida y en abrigarle con pieles. Al contrario la hermana de Cencio no cesaba de ultrajarle; un malvado criado, no contento con prorumpir en amenazas y blasfemias, estaba ya desenvainando la espada para cortarle la cabeza, cuando una flecha disparada con destreza hirió en la garganta al blasfemo, y le dejó muerto allí mismo.

Viendo Cencio que era imposible escapar de su odiosa guarida, se echó á los pies del Papa y le pidió perdon, prometiendo hacer penitencia. Habiéndole perdonado el Pontífice, se asomó este á una ventana, y se esforzó á dar á entender al pueblo por señas que se tranquilizase. Pero creyendo la multitud que pedia socorro, redobló sus esfuerzos, escaló la fortaleza, y sacaba ya de ella al Papa, cuando viéndole todo cubierto de sangre, se encolerizó de tal manera que apenas pudo contener sus primeros ímpetus; pero dirigiéndose al punto otra vez á Santa María la Mayor, donde quiso acabar los divinos oficios, se llevó consigo todo el concurso del pueblo, el que trató menos de la venganza que de la conservacion de aquel á quien habia tenido la fortuna de volver á encontrar despues de tantos peligros. Aprovechóse Cencio de este momento para escaparse con su familia y sus cómplices. Fueron saqueados todos sus bienes, se destruyó á sangre y fuego, no solamente la torre, sino todo lo que tenia Cencio en la ciudad y fuera de ella, y se le condenó á un destierro perpétuo. No tuvo mas arbitrio que renunciar una morada donde no habia ya para él ninguna seguridad; pero prolongó los tristes efectos de la sedicion, é hizo horribles estragos fuera de Roma.

Guiberto de Ravena fomentó por su parte poderosamente esta rebelion impía: conspiró en secreto con Thedaldo de Milan y con todos los malos obispos de Lombardía; se unió con el cardenal Hugo el Blanco, legado avaro y tirano que deshonró el ministerio cuyas prerogativas ensalzaba con el mayor entusiasmo. Escitaron fuertemente todos juntos á Roberto Guiscardo contra el Papa, é inspiraron al rey Enrique la audacia necesaria para que descubriese ya claramente toda la malignidad que habia tenido oculta hasta entonces. Lo que á ello animó principalmente á este príncipe fué el que acababa de terminar una guerra civil, cuyos peligros le habian inspirado un respeto fingido para con la Santa Sede y una moderacion poco conforme á su carácter.

Como empezaba ya á quitarse la máscara, le escribió el Papa con el vigor que acostumbraba. Comparó los testimonios de amistad y de veneracion que le habia reite-

rado tantas veces este príncipe, con unos procedimientos que solo demostraban odio y desprecio. Le reprendia especialmente San Gregorio por haber comunicado con los enemigos de la Santa Sede, conocidos por tales y anatematizados ya; le mandaba que se separase de ellos, que los obligase á hacer penitencia, y que la hiciese él mismo; y le negaba la bendicion pontificia hasta que hubiese sido absuelto, y se tuviese en Roma noticia positiva de la satisfaccion que se hubiera obligado á dar (1).

No guardó ya el rey ningun respeto ni miramiento. Pasó á Worms con un número muy considerable de obispos y de abades, el domingo de Septuagésima 23 de enero del año 1076 (2). El cardenal Hugo el Blanco, que acababa de ser depuesto como fautor de simoniacos y reo de otras muchas prevaricaciones, no dejó de concurrir á aquella junta de iniquidad, llevando consigo unas memorias fabulosas de toda la vida del Papa desde su infancia, del modo con que se suponia que habia usurpado la Santa Sede, y de otros delitos imaginarios que en ellas se decia haber sido cometidos por él antes y despues de su exaltacion. Parece que estas calumnias no se diferenciaban de las que se contienen en los escritos del cardenal Bennon, que era tambien partidario del antipapa Guiberto. Para hacer juicio de la obra y del autor basta al lector la simple inspeccion de estos libelos, llenos de citas vagas y destituidas de toda verosimilitud, de prodigios ridículos, de operaciones de mágia, de nigromancia y de mil cuentos absurdos. Presentó igualmente Hugo unas cartas supuestas de los cardenales, del senado y del pueblo romano, en que despues de las acusaciones mas graves contra San Gregorio, pedian al rey Enrique su deposicion y la eleccion de otro Pontífice. Los prelados reunidos oyeron á este calumniador impío como si fuese un ángel enviado del cielo, y declararon desde luego á Hildebrando indigno del pontificado. Mas cuando vino el caso de firmar, se observó que la mayor parte de los obispos, espantados ya del primer paso que habian dado, no pusieron su firma sino con repugnancia y á la fuerza (1).

El rey dirigió cartas á todos los de Lombardía, para que se adhiriesen á la condenacion del Papa; y los obispos, que estaban ya muy mal preparados en aquellas provincias, se reunieron en Pavía, donde juraron que no reconocerian ya á San Gregorio por Sumo Pontífice; despues de lo cual enviaron diputados á los que no habian podido asistir para exigir de ellos el mismo juramento. Osó tambien Enrique escribir al clero y al pueblo de Roma, esponiendo primeramente los cargos formulados contra San Gregorio, que eran haber tratado indignamente á los obispos, haber puesto la mano en ellos, haber procurado sublevar el reino de Italia, y haber llegado su furor al estremo de declarar al rey, que aunque peligrase su propia existencia le habia de despojar de la vida y del reino. De aqui deducia que el vasallo mas fiel debia ser el mas mas ardiente en rebelarse contra aquel falso pastor, y que no habia mas que un partido que tomar, y era, arrojarle de la Silla apostólica y poner otro en su lugar. El conciliábulo de Worms habia unido sus cartas á la del rey, y en ellas intimaba al Papa cediese el pontificado que habia invadido contra las leyes de la Iglesia, y que desde aquel dia se tendria por nulo cuanto mandase y dispusiese.

Hubo quien tuviese la osadía de llevar semejante intimacion. Rolando, clérigo de la iglesia de Parma, se puso en camino con aquellas cartas, y llegó á Roma cuando

(1) Greg. VII, *lib.* 3, *Epist.* 10.
(2) Lamb. *pag.* 234. *Vit. Greg. VII, cap.* 7.

(1) Brun. Bed. *Sax. p.* 129.

iba á celebrarse el Concilio anual de la primera semana de Cuaresma (1076). Reunidos los PP., entró en el lugar de la asamblea, presentó sus despachos al Papa, y le dijo con descaro: «el rey mi amo y todos los obispos ultramontanos y cismontanos os mandan que dejeis al punto la Silla que habeis usurpado.» Volviéndose despues al clero romano: «os advierto, hermanos mios, añadió, que para el dia de Pentecostés habeis de presentaros al rey, á fin de recibir de su mano otro Pontífice, porque ese no es pastor, sino lobo rapaz.» La sorpresa que causó una escena tan inesperada, tuvo á todos los espectadores en una incertidumbre y en una especie de estupor, que proporcionó al osado parmesano todo el tiempo necesario para representar bien su papel. Luego que acabó, se levantó Juan, obispo de Porto y empezó á gritar diciendo: *detenedle, prendedle*. Arrojándose sobre él el prefecto y la milicia de Roma con espada en mano, se puso el Papa delante, y le defendió con su cuerpo para salvarle la vida (1).

Refrenado con bastante trabajo el primer ímpetu, y hecha señal para que guardasen todos silencio: «hijos mios, esclamó, prefiramos la paz y la caridad de Jesucristo al espíritu de venganza. Estos son los tiempos tempestuosos que se nos predicen en los libros santos: es necesario, segun la palabra del Señor, que haya escándalos, y que nos consideremos como ovejas en medio de los lobos. Debemos reunir á la prudencia de la serpiente la mansedumbre de la paloma, odiar el delito sin aborrecer al delincuente, y compadecer á los insensatos que violan la ley de Dios. La Iglesia ha gozado una paz bastante larga, y el Dios Omnipotente quiere regar todavía su mies con la sangre de los Santos. Preparémonos al martirio, y no violemos la ley de amor que le hace tolerable. Pero tan generosos como debemos mostrarnos en el olvido de nuestros intereses personales, tan celosos debemos manifestarnos por la causa de la Iglesia. Tenemos sus rayos en la mano; muramos si es menester, pero aplastemos antes la cabeza del dragon que quiere destruirla.» Al punto los PP. del Concilio dijeron al Pontífice que pues Enrique habia osado hacerle deponer, era á su vez necesario privarle tambien á él de todo el honor de la dignidad Real excomulgándole asi como á sus secuaces. De aquí aparece que la deposicion de Enrique fué el justo castigo del mas odioso atentado; el rey de Germania habia puesto el colmo á sus escesos y comenzado un cisma, haciendo deponer en su conciliábulo al Papa (1). Despues de la resolucion que acababan de tomar pasó la noche y no por eso se hizo en ella variacion alguna.

Al dia siguiente cuando volvieron á reunirse, mandó el Papa que se leyesen las cartas del rey, declaró que habia sido elevado á pesar suyo á la Silla apostólica y de ello puso por testigos á la Madre de Dios y á los Santos Apóstoles; en seguida pronunció la sentencia de condenacion en estos términos: «En el nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y usando de la potestad que he recibido de atar y desatar en el cielo y en la tierra, prohibo á Enrique, hijo del emperador Enrique, que gobierne los reinos de Italia y Germania: absuelvo á todos los fieles del juramento que le han hecho ó le hagan, y declaro que nadie debe servirle ya como rey. El que atenta asi contra la autoridad de la Iglesia, merece perder la dignidad de que está revestido. En el nombre de Pedro, quede oprimido con la carga del anatema, para que sepan los pueblos por esperiencia, que sobre esta piedra edificó su Iglesia el

(1) *Chron. Magd. Ms. ad ann.* 1076.

(1) *Hist. de l'Eglise gall. lib.* 21.

Hijo de Dios vivo y que no prevalecerán contra ella las puertas del infierno (1).» Este decreto fué enviado inmediatamente á los fieles de todas clases y condiciones, y agradó mucho á los buenos católicos; pero entristeció sobremanera á los simoniacos y fautores de los crímenes de Enrique (2). Es verdad que Othon de Frisinga, nieto del príncipe depuesto y sobrino de Enrique V, cuyas contestaciones con Pascual II con motivo de las investiduras veremos mas adelante, pretende que todo el imperio miró con indignacion esta sentencia y que es la primera que se ha pronunciado contra un emperador romano (3); pero la reflexion interesada de este historiador puede combatirse con la contraria autoridad de San Anselmo de Luca, de San Anselmo de Cantorbery, y de Gebehardo de Saltzburgo. Este último, á quien algunos miran tambien como Santo, disputando con Wezilon de Maguncia, sostuvo en público que el príncipe habia sido privado justamente del reino y de la comunion eclesiástica; y su opinion prevaleció de tal modo en un Concilio que el parecer opuesto fué llamado entonces la heregía de Wezilon (4); tal era la conviccion que se tenia de que el Papa, con la Iglesia universal, no ejercia una autoridad sobre lo temporal de los príncipes cristianos por causas espirituales, sino porque la Iglesia en virtud de su institucion habia recibido de Dios esta jurisdiccion y autoridad. Estos hombres, que creian en la existencia permanente del Espíritu de Dios en la Iglesia, preferian pensar asi á suponer que invadiera los derechos de los príncipes. Este mismo fué tambien, mucho tiempo despues de ellos, el sentir de Tomasino aun respecto de la autoridad de solo el Papa. «Es preciso confesar de buena fé, dice, que todas las ventajas y poderes de este primado, instituido por Jesucristo, que para bien de la Iglesia se han ido desarrollando unos despues de otros en la larga série de tantos siglos, estaban alli todos en alguna manera contenidos desde su primer orígen... En el uso y en el ejercicio de ellos es donde hubo variaciones, mas no, nunca, en el poder en sí mismo: que la Iglesia obre por los Concilios ó por los Pontífices romanos, que tienen su soberano principado, su poder queda siempre intacto, siempre puro; no hay mas sino que le muestra y le despliega de diferentes maneras, segun lo exigen la oportunidad de los lugares, de los tiempos y de las cosas: esta es una regla cierta que debe seguirse siempre para conciliar la disciplina antigua con la nueva.» Hoy sin duda, aunque el poder radical sea el mismo, como ha cambiado el derecho público y no es tan viva ni tan general la fé de los pueblos, la Iglesia, divinamente ilustrada, no obra ya como antes; pero esto no nos autoriza á desconocer que la estension que en la edad media tuvo su autoridad fué siempre útil y á menudo necesaria á la sociedad cristiana. Para juzgar los acontecimientos el apreciador imparcial se remonta á los tiempos en que acaecieron y deja á un lado las preocupaciones particulares de su siglo.

San Gregorio VII, en presencia de una parte de Alemania y de Italia sublevada contra él, y no temiendo multiplicar el número de sus enemigos cuando se trataba de disminuir el de los malos obispos, excomulgó en este mismo Concilio á todos los prelados cómplices en el cisma, alemanes y lombardos, y particularmente á Guillermo de Utrecht, á Roberto de Bamberg y á Sigefredo de Maguncia, que fué además depuesto como principal autor del escándalo.

(1) *Tom. 10 Concilior. pag.* 556; Lamb. *ann.* 1076.
(2) Marianus Scotus, *in Chron. ad an.* 1075.
(3) *Gest. Frid. c.* 1.
(4) Conr. *abbas Usperg. ad ann.* 1085.

Sin aterrarse al ver el número y la gravedad de las dificultades que se suscitaban en todas partes, el intrépido Pontífice, que perseguia sin descanso á los obispos simoniacos ó concubinarios, fulminó tambien la excomunion por varias causas contra el arzobispo de Viena en Francia, contra los obispos de Grenoble, Puy y Agde, y contra otros muchos eclesiásticos y señores de la misma nacion.

Ardia entretanto en Alemania contra el Pontífice un volcan de sediciones. Principalmente Guillermo de Utrech no cesaba de ultrajarle con invectivas y calumnias, y apenas habia fiesta en que predicando durante la misa no hiciese resonar el santuario con los dictados de traidor, adúltero y perjuro, con que infamaba al Vicario de Jesucristo. Estando el rey Enrique por Pascua en la ciudad de Utrech, el fogoso prelado abusó mas que nunca de su elocuencia escandalosa. Mas poco despues de partir el rey, acometió á Guillermo súbitamente una enfermedad violenta y dolores agudísimos; esplicóse entonces en muy distinto lenguage, esclamando con voz lamentable en presencia de todos, que por justo castigo de Dios perdia la vida presente y la eterna por haber favorecido contra su conciencia la impiedad del rey, llenando de oprobios al Papa Gregorio, cuando le constaba que era un santo y el verdadero sucesor del Príncipe de los Apóstoles. Se cree que murió sin sacramentos en medio de esta especie de desesperacion (1).

El temor de Dios por una parte, y por otra el espíritu de adulacion, tenian divididos los ánimos entre el Papa y el rey en Alemania y en Italia. Muchos obispos, consultados por los señores seculares, respondieron que nadie podia juzgar, y mucho menos excomulgar al Papa. Los partidarios del rey decian tambien que un soberano no podia ser excomulgado; pretension que no era dificil confundir, supuesto que el poder de atar y desatar concedido á Pedro no esceptuaba á nadie, como lo demostró el Papa San Gregorio. Por ambas partes se convenia en que un príncipe separado de la Iglesia no puede ya gobernar el Estado; y como por otro lado se veian precisados á confesar que un príncipe cristiano puede ser escomulgado tan válidamente como el último de sus súbditos, de ahí es que de la excomunion de Enrique resultaba naturalmente su deposicion. Enrique, rey por simple eleccion, y emperador por concesion de la Iglesia romana, tenia la corona con la condicion de profesar y proteger la fé cristiana. De una parte se veía amenazado por los sajones de ver elegido otro rey si no dejaba de sí sus consejeros y sus concubinas, si no vivia con su muger, y si no cesaba de oprimir á los pueblos para sufragar á los gastos que le ocasionaban sus desórdenes; por otra parte habia sido advertido y hasta rogado por el Gefe de la sociedad cristiana para que renunciase á la venta de los obispados, de las abadías y beneficios, para que dejara de ser el fautor y protector de los simoniacos y concubinarios; y en fin, para que tuviese una conducta mas digna de su rango y conforme á sus promesas. Tal era el príncipe con cuya ocasion se suscitaba la discusion sobre los efectos políticos de la excomunion en el seno de una sociedad cristianamente constituida, y sobre el ejercicio de un derecho reconocido como inherente al soberano pontificado.

La doctrina aplicada á Enrique por San Gregorio VII se ve esplicada y espuesta en la carta de este Papa á Heriman, obispo de Metz (1), el cual despues de haber seguido por debilidad el partido del rey, habia vuel-

(1) Lambert, *pag.* 235.

(1) *Lib.* 4, *ep.* 2.

to á la obediencia del Pontífice. Siendo la deposicion del príncipe la consecuencia necesaria de su excomunion, porque los pueblos no querian un rey infiel, bastaba al Papa probar que Enrique no estaba exento de la excomunion; y esto es lo que él prueba cuando á las palabras y ejemplos de los PP. remite á los que pretenden que no se debe excomulgar á los príncipes. Alega la conducta de San Ambrosio con el emperador Teodosio; y cita algunos pasages de San Pablo en que se trata igualmente de la excomunion. «Acaso, dice, piensen los partidarios de Enrique que Dios, al confiar á Pedro el cuidado de su Iglesia, diciéndole: *Apacienta mis ovejas*, esceptuó de ello á los reyes; pero ¿no advierten que dando principalmente á Pedro la potestad de atar y desatar en el cielo y en la tierra, á nadie ha esceptuado, nada ha sustraido del alcance de su poder? El que niega á la Iglesia el poder de atarle ¿no se ve precisado tambien á negarla el de absolverle? Y quien tiene la impudencia de negarle esto ¿no se separa enteramente de Jesucristo? Luego si la Silla apóstolica, en virtud de la potestad principal que ha recibido de Dios, juzga de las cosas espirituales, ¿por qué no juzgará tambien de las temporales? No ignorais de quién son miembros los reyes y los príncipes que prefieren sus honores y ventajas de este mundo al honor y á la justicia de Dios; porque así como los que anteponen á su voluntad la de Dios y le obedecen mas bien que á los hombres son miembros de Jesucristo, así los otros son miembros del Anticristo. Luego si cuando es menester se juzga á los hombres espirituales, ¿por qué los seculares no han de estar tambien obligados á dar cuenta de sus malas acciones? Pero creen tal vez que la dignidad Real es superior á la episcopal; entiendan pues y conozcan cuán diferente es por su orígen: aquella ha sido inventada por el orgullo humano, está instituida por la bondad divina; la una busca continuamente la vanagloria, y la otra siempre aspira á la vida celestial. Sepan lo que el Santo Papa Anastasio II escribia al emperador Anastasio acerca de estas dos dignidades, y lea lo que San Ambrosio dice en su Pastoral, á saber, que la sublimidad del episcopado es tan superior al trono como el oro al plomo. No desconocia esta diferencia Constantino el Magno, y asi no escojió el primer asiento entre los obispos, sino el último: sabia que Dios resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes.... (1).» Además, San Gregorio VII no se limita á probar que los príncipes pueden ser excomulgados; sino que se remite al Registro de Gregorio I, en el que se trata de muchos privilegios en seguridad de cuyo cumplimiento no solo se amenaza con la excomunion á los que los violaren, sino que se declara además espresa y terminantemente que tales usurpadores quedarian privados de sus dignidades. El Papa cita tambien una carta de San Clemente á Santiago, donde se hace hablar á San Pedro contra el que no está bien con el obispo; carta apócrifa, pero que entonces pasaba por incontestable, y de la que, por otra parte, solo deduce San Gregorio una doctrina rigorosamente conforme con la de San Pablo acerca de la excomunion. La doctrina de S. Pablo estaba harto bien impresa en el espíritu de este Pontífice, uno de los mas sabios que han ocupado la Cátedra de San Pedro, para que al decir que la dignidad Real ha sido inventada por el orgullo humano, haya querido indicar que el poder no viene de Dios. En ese pasage de su carta á Herimán no habla San Gregorio sino de la dignidad ó brillo esterior de que puede rodearse la vanidad del príncipe, dignidad que no lleva consigo un carácter indeleble, ni

(1) Labb. t. 10, p. 150.

una consagracion sacramental ó divina, que pueda compararse con la dignidad de un obispo. Dando otro sentido á las palabras del Pontífice, se le haria citar falsamente á San Anastasio y á San Ambrosio.

Los obispos y señores abandonaron en gran número el partido del rey; muchos enviaron diputados al Papa para pedirle les impusiese penitencia, y hubo prelados que fueron descalzos á Roma con el mismo objeto. Todos huían de tener la menor comunicacion con el príncipe y con sus confidentes ó sus ministros. El Papa recibia con los brazos abiertos á los peregrinos, y enviaba cartas consolatorias á los demas penitentes. Encolerizados Enrique y sus partidarios, se valieron de las amenazas y de la violencia, pero en vano: de dia en dia iba creciendo el número de los que le abandonaban, de suerte que tuvo que recurrir á la suavidad, y tratar de defenderse haciendo su apología. A pesar de que dos Concilios romanos celebrados en los dos años anteriores habian pronunciado la sentencia de que los simoniacos y los concubinarios serian privados de sus iglesias y de las sagradas funciones; á pesar de que, en lugar de procurar justificarse, como á ello se les invitaba, los culpables, y quizá algunos otros ganados por ellos, se habian esforzado en impedir la publicacion de estos decretos en Alemania, y llegado hasta suscribir á la deposicion de San Gregorio en el conciliábulo de Worms; á pesar de todo esto, los pocos prelados que permanecian adictos al rey, publicaron que se les habia condenado sin haberlos convencido, y aun sin haberlos citado canónicamente: que el respeto de la Religion y de la autoridad pontificia no era mas que un pretesto para destruir el poder del rey: que los que le empleaban habian conspirado mucho tiempo antes contra el Estado; y que el príncipe, segun el Apóstol, habia recibido la espada para castigar á los malos y conservar la dignidad que habia recibido del mismo Dios. Mientras así se espresaban los partidarios de Enrique, este príncipe, violentando su carácter, contemporizaba lo mejor que sabia con las circunstancias, y procuraba atraer á los grandes y demas personas principales con una afabilidad y una moderacion afectadas.

El deplorable estado á que se vió reducida entonces la iglesia de Africa, contribuyó á calmar algun tanto estas turbulencias. A todo atendia la solicitud inmensa de San Gregorio; y descubrió que el arzobispo de Cartago no podia reunir tres obispos, en todo el pais que correspondia á su jurisdiccion, para consagrar otro. Ocupaba entonces esta Silla Ciríaco, prelado virtuoso é intrépido, que habia preferido esponerse á la indignacion cruel del rey musulman, antes que violar las leyes canónicas. El Papa le escribió que eligiese un sugeto digno del episcopado y le enviase á Roma para que ordenado allí pudiesen luego ordenarse otros en Africa cuando se restituyese á aquel pais (1). Tambien ordenó San Gregorio al presbitero Servando para el arzobispado de Hipona ó Hipa, ciudad de Mauritania, y por consiguiente distinta de la Hipona de San Agustin situada en Numidia. Se lo habian suplicado asi el pueblo y el clero de aquella iglesia, y aun el rey de Mauritania, llamado Anzir, que no obstante ser musulman envió regalos al Papa y algunos esclavos cristianos á quienes habia puesto en libertad. El Papa le dió gracias en una carta muy atenta (2), en la que trata con mucha estension del conocimiento del verdadero Dios, comun á los musulmanes y á los cristianos. Al mismo tiempo exhortó á los fieles de Hipa á vivir con tal edificacion que pudiesen ganar enteramente para Dios

(1) *Lib.* 3. *Epist.* 19
(2) Ibid. *Epist.* 20.

aquellas tribus de sarracenos, mucho mejor dispuestas que las demas (1).

A pesar del estado de abatimiento en que yacia la fé cristiana en Africa, consiguió allí un triunfo muy brillante de unos enemigos aun mas obstinados que los musulmanes. Samuel, distinguido por unos talentos raros entre los judios de Marruecos, no solo abrazó el cristianismo, sino que compuso un tratado de controversia á fin de disipar los errores de sus hermanos (2). De la opresion que padecian entonces infinitamente mas dura y mas larga que la cautividad de Babilonia, y que tenia todos los caractéres de la desolacion irremediable anunciada por Daniel, infiere desde luego en general que habian cometido algun delito mayor que la idolatría de sus padres, y despues aplica á la muerte de Jesus las diferentes circunstancias de aquella profecía, que refiere á la muerte del Mesías la destruccion de Jerusalen y la abolicion de los sacrificios judáicos. Por la manera con que se espresa Samuel, vemos que los judíos no habían inventado aun las interpretaciones frívolas que dieron despues á la profecía de Daniel. «Yo no hallo, dice, ningun efugio para eludir esta profecía, cumplida mas de mil años há por la mano de Tito.» Contra las preocupaciones mas antiguas de los que en los divinos oráculos no veían mas que un libertador triunfante, distingue Samuel las dos venidas del Mesías, la primera con humildad, y la segunda rodeado de gloria; y prueba sólidamente una y otra por los profetas. En fin, contra los judíos y contra los musulmanes con quienes vivia, se vale de todo lo que se leia entonces favorable á Jesucristo en el Coran y en sus comentarios; de donde tenemos que los sarracenos reconocian á Jesus por el libertador prometido: que le atribuian el don de milagros, la potestad de curar todas las enfermedades, de lanzar los demonios, y de resucitar los muertos, y que hasta le reconocian por el Verbo de Dios.

Entretanto las condescendencias forzadas del rey Enrique no habian podido disipar la tormenta que se formaba sobre su cabeza (1). Reuniéronse en Ulm los duques de Suavia, Baviera y Carintia, y los obispos de Worms y Wurzburgo con algunos otros señores, para tratar de los medios de poner término á los males del imperio y de la Iglesia. Señalaron para el dia 16 de octubre de este año de 1076 una asamblea nacional: invitaron á ella á todos los señores, asi de sus propios Estados como de Sajonia, Franconia y Lorena, y les pidieron en nombre de Dios que dejasen sus asuntos particulares por la salud pública. En una palabra, la convocacion se hizo de un modo tan propio asi para mover los ánimos como para descubrir sus ocultas disposiciones, que las personas que hasta entonces se habian mostrado mas adictas al rey Enrique, sin esceptuar al arzobispo de Maguncia, se separaron de ese príncipe, compitiendo en cierto modo su ardor con el de los primeros que contra él se habian declarado. «No es de estrañar, dice Fenelon (2), que unas naciones profundamente adheridas á la Religion católica sacudiesen el yugo de un príncipe excomulgado; porque si ellas estaban sujetas al príncipe era en virtud de la misma ley que obligaba al príncipe á estar sujeto y sumiso á la Religion católica. Ahora bien: el príncipe, excomulgado por causa de heregía ó de su administracion criminal é impía, no era tenido por el mismo príncipe piadoso á quien toda la nacion se habia sometido; y en su consecuencia se creia des-

(1) Lib. 3, *Ep.* 21.
(2) *Bibl. Patr. tom.* 4, *pag.* 251.

(1) Lamb. *pag.* 242 *et seq.*
(2) *De Summi Pontif. auct. cap.* 30.

obligada ó absuelta del juramento de fidelidad.»

En el dia señalado concurrieron de toda Alemania á Tribur, con la resolucion de deponer al rey Enrique y de elegir otro en su lugar. Ha debido notarse, en efecto, que la palabra *deposicion* no se encuentra en el decreto de San Gregorio VII, el cual, despues de haber hablado de los crímenes de Enrique, declara solamente que por esto le contradice y absuelve á todos los cristianos del juramento que le han hecho, prohibiendo servirle como rey. Y esta sentencia, pronunciada por San Gregorio en calidad de Soberano Pontífice, puede decirse que al mismo tiempo la habia pronunciado en calidad de árbitro, si se considera que siendo Enrique un rey electivo y habiéndose presentado contra él despues de su eleccion graves quejas ante el tribunal del Papa, este habia dado su fallo en una causa en que se le habia tomado por árbitro; sentencia cuyas resultas podia prevenir y evitar Enrique no persistiendo en su rebelion contra la Iglesia, pero cuyas consecuencias le hizo sufrir su obstinacion. Concurrieron tambien á Tribur dos legados de la Santa Sede, Sigehardo, patriarca de Aquileya, y Altmano, obispo de Passau. Tenia este mucha reputacion de virtud, y en efecto llevaba una vida del todo apostólica, lo que no bastó para impedir que el rey le arrojase de su diócesis á mano armada. Refugióse á Roma, espuso al Papa San Gregorio lo ocurrido y aun renunció su Silla en manos del Pontífice, porque tenia escrúpulo de haber recibido la investidura de un lego. Obligóle el Papa, á pesar de la mucha resistencia que opuso, no solo á tomar de nuevo el obispado, sino tambien á volver á Alemania en calidad de legado apostólico. Acompañáronle algunos legos piadosos, que eran antes poderosos señores y estaban á la sazon reducidos á la vida privada por un espíritu de humildad y de abnegacion. Llevaban el encargo de declarar á todo el mundo de parte del Papa que el rey Enrique habia sido excomulgado por justas causas, y de ofrecer el consentimiento y la intervencion de la autoridad del Papa para la eleccion de otro rey.

Empleáronse en la asamblea siete dias enteros en deliberaciones y exámenes. Se hizo presente toda la vida del rey Enrique, los vergonzosos delitos con que habia manchado los primeros años de su juventud, y las injusticias que habia cometido en perjuicio del Estado y de los particulares. Se dijo que habia despojado á los señores para elevar á las primeras dignidades á unos hombres de humilde nacimiento, por cuyo medio se proponia destruir la nobleza; que dejando en paz á los bárbaros y á los infieles habia vuelto sus armas contra sus propios vasallos, y causado turbulencias y terribles estragos en el reino que sus padres le habian dejado en un estado muy floreciente; que habia arruinado las iglesias y monasterios, y empleado las rentas de los altares en edificar fortalezas, no para la seguridad del pais, sino para esclavizar á una nacion libre; que por los arrebatos y estravagantes caprichos de un solo hombre no habia ya en ninguna parte apoyo para los menesterosos, ni refugio contra la violencia y la perfidia, ni respeto á las leyes, ni rastro de honestidad en las costumbres, ni dignidad en el imperio, ni autoridad en la Iglesia. De este preámbulo sacaban la consecuencia de que el único remedio para tantos males y el preservativo necesario para evitar la última calamidad, era elegir cuanto antes otro rey, capaz de dar la firmeza conveniente al Estado que estaba al borde de su ruina.

Mientras deliberaban de este modo en Tribur, el rey, de cuya suerte se trataba, y que se hallaba á la sazon en Oppenheim, ciudad situada un poco mas arriba al lado

de acá del Rhin, enviaba con frecuencia diputados con el encargo de hacer las promesas mas brillantes; llegó hasta ofrecer que abandonaria á los grandes el gobierno del reino, con tal que le dejasen á él el nombre y las insignias de la dignidad Real. Pero le contestaron que no podian tener ninguna seguridad en sus ofertas, pues los habia engañado tantas veces con sus frecuentes perjurios; que habiéndolos absuelto el Sumo Pontífice de los juramentos que le habian prestado, querian aprovecharse de una ocasion tan favorable para elegir un rey bueno, y que en conciencia ni aun podian comunicar con él despues que habia sido excomulgado. Dispusiéronse al punto á pasar el Rhin para acometer al rey; pero la reflexion contuvo en el momento decisivo aun á los mas osados, y así enviaron á decirle que querian referirse todavía al juicio del Papa; que verian si podian inclinarle á que pasase á Augsburgo para la fiesta de la Purificacion; que despues de oir á las dos partes en presencia de todos los grandes del reino, el Papa condenaria á Enrique ó le enviaria absuelto; y que si por su culpa el rey no ponia los medios para ser absuelto antes de cumplir el año y dia de su excomunion, quedaria privado del reino sin ninguna esperanza de volver á poseerle. En caso de que aceptase estas proposiciones, pedian para seguridad de su buena fé que alejase de sí á todos los excomulgados, y retirase la guarnicion que habia puesto en Worms.

Teniendo á gran dicha Enrique el libertarse de una desgracia completa, aceptó estas condiciones vergonzosas y se retiró á Spira, donde vivió algun tiempo segun se le habia prescrito. Volvieron los señores triunfantes á sus casas despues de haber enviado diputados al Papa, así para instruirle de lo que habia ocurrido como para suplicarle que no dejase de concurrir á Augsburgo en el dia señalado. Pero el rey juzgó que no era seguro esperar la llegada de aquel juez severo, á quien no dejarian de irritar mas y mas los muchos acusadores que se presentarian á declarar contra él; y lo que mas temia era el que espirase el término que se le habia fijado para que dentro de él alcanzase la absolucion. Resolvióse por tanto á presentarse al Papa en Italia, y á procurar obtener su absolucion á cualquier precio que fuese. Púsose en camino pocos dias antes de Navidad de este año de 1076 con su muger y su hijo, el cual era muy niño, abandonado de toda la nobleza, escepto un solo aleman de distincion (1), y sin haber hallado apenas ausilio alguno en las demas clases del Estado; teniendo además que dar un largo rodeo, porque los duques de Baviera y Carintia habian puesto guardas en todos los pasos de los montes que separan la Alemania y la Italia. Encaminóse, pues, por Borgoña, cuyo duque, llamado Guillelmo, era tio de su madre, y desde allí entró en Saboya, donde el conde Amadeo, aunque era cuñado suyo, no quiso concederle el paso sino mediante la cesion de una provincia. Padeció infinito en la travesía de los Alpes, á causa del rigor de aquel invierno, que fué tan largo y cruel que estuvo helado el Rhin desde el dia de San Martin hasta el mes de abril. Ni la abundancia de las nieves en que se esponia á quedar sepultado, ni los helados declives de las horribles simas que á cada paso le ofrecian un precipicio, nada fué capaz de detenerle; y parecia que todo su temor era que pasase el término que le habian fijado sus vasallos para obtener la absolucion.

Sin embargo, los obispos y señores de Lombardia fueron á buscarle como á competencia, luego que supieron que estaba en

(1) Lamb. *p.* 46.

Italia, adonde no se habia cesado de invitarle á ir desde el principio de su reinado. Viése en pocos dias al frente de un ejército formidable. Habia corrido la voz de que irritado el rey contra el Papa iba con ánimo de deponerle; y los lombardos excomulgados se aprovechaban de aquella ocasion, asi para vengarse de San Gregorio, como para perpetuar el libertinage por el que incurrieron en la excomunion. Pero Enrique queria absolutamente quedar absuelto antes del término, cuya proximidad le estremecia.

Habíase ya puesto en camino el Papa para ir á la asamblea de Ausgburgo, y le acompañaba la condesa Matilde con un séquito y fuerzas respetables. Era Matilde señora de una parte muy principal de Italia; á saber, de la Toscana, del pais de Luca, de Parma, de Reggio y de Mántua. Habiendo quedado viuda, á los treinta años de edad, de Godofredo el Jorobado, duque de Lorena, que fué asesinado en Amberes y habia sido siempre muy fiel al rey Enrique, estaba casi siempre al lado del Papa, á quien mostraba el afecto de una hija para con su padre. Esta circunstancia sirvió de pretesto principalmente á los clérigos estragados, que son los mas licenciosos en sus juicios asi como lo son en su conducta, para acusarla de un comercio criminal con Gregorio. «Pero todas las personas sensatas, dice el historiador Lambert (1), veian tan claro como la luz del medio dia que todo esto no era mas que una calumnia. Matilde habia dado pruebas de su virtud en ocasiones infinitamente mas críticas. Era la mas absurda calumnia (continúa) acusarla de fragilidad con un anciano, en quien la condesa Beatriz su madre la habia acostumbrado á no ver mas que al Vicario de Jesucristo. Hubiera sido absolutamente imposible que á no ser quimérico este delito quedase en el estado de una mera sospecha, porque la princesa no habria podido ocultar su mala conducta á tantos ojos enemigos que la estaban observando de contínuo. El Papa Gregorio por su parte, dice tambien Lambert, hacia una vida tan ejemplar y tan pura, que muchas veces la acreditó el cielo con milagros.»

Sabiendo Matilde en el camino la llegada del rey á Italia, inclinó al Papa á retirarse cerca de Reggio á la fortaleza de Canossa, distinta de la ciudad del mismo nombre situada en el reino de Nápoles, con el objeto de observar allí la conducta del rey y penetrar sus intenciones, que eran interpretadas de muy distintas maneras. Llegaron entretanto á Canossa muchos obispos y señores alemanes á quienes habia excomulgado el Papa, y por esta razon los habia separado el rey de su persona. Habiendo llegado á Lombardía, despues de haber estado espuestos á mil peligros como el príncipe, fueron descalzos y vestidos de lana á pedir la absolucion al Pontífice. Respondió este que nada deseaba con mas ardor que la reconciliacion de los pecadores; pero que una obstinacion tan larga pedia penitencia y pruebas convenientes. Como se mostraron sumisos á todo lo que quisiera prescribirles, mandó que estuviesen los obispos en celdas separadas, privados de toda comunicacion y reducidos á una comida frugal que debian tomar al anochecer. A los señores les impuso penitencias conformes á su estado, y proporcionadas á las fuerzas de cada uno de ellos. Despues que pasaron de este modo algunos dias los llamó, los reprendió sin acrimonia, les dió la absolucion, y los despidió encargándoles que no comunicasen con el rey Enrique, ni le hablasen como no fuese para escitarle á penitencia.

En fin, tomó Enrique las disposiciones mas eficaces para quedar absuelto. Despues

(1) Lamb. *pag.* 234.

de haber logrado tener una conferencia con la condesa Matilde, hizo que esta señora se presentase al Papa (1) con la comision de prometer cuanto se exigiese, y de dar todos los testimonios posibles de sumision y respeto; y consiguió además Enrique que su suegra la condesa de Saboya y el conde su hijo acompañasen á Matilde con algunas otras personas de las mas apreciables para el Pontífice, de cuyo número fué San Hugo de Cluny. Llevaban el encargo de pedir la absolucion para el rey y de dar á entender al Papa la injusticia de las acusaciones apasionadas de los alemanes. Respondió San Gregorio que los cánones prohibian examinar á un acusado estando ausentes sus acusadores, y que si el rey se creía inocente no debia temer la asamblea de Augsburgo, donde el Vicario de Jesucristo decidiria segun las reglas de la equidad sin aceptacion de personas y sin ninguna preocupacion. Replicaron los diputados que no temia el rey sujetarse al juicio del Papa en cualquier parte que fuese, sino que le estrechaba el año de su excomunion, pues estaba próximo á espirar, y que luego que se cumpliese le declararian los señores privado para siempre de la dignidad Real sin querer oirle. «Por tanto, añadieron, os suplicamos que absolvais al rey de la excomunion solamente, y con las condiciones que gusteis, supuesto que promete justificarse luego de las acusaciones formadas contra él, y en caso de no ejecutarlo, ofrece renunciar la corona.»

Como San Gregorio tenia bastante esperiencia de la ligereza del rey Enrique, estuvo dudando algun tiempo, y respondió despues: «Si está verdaderamente arrepentido, ponga en nuestro poder la corona y las demas insignias de la dignidad Real, y declárese indigno de ellas.» Juzgando los mediadores que estas condiciones eran demasiado duras, suplicaron al Papa que no hiciese de modo que aquel príncipe se dejase llevar á peligrosos estremos. Cediendo por último San Gregorio, aunque con mucho trabajo, «Venga (dijo) y repare con su sumision la injuria que ha hecho á la Santa Sede.» Fué el rey en efecto á la fortaleza de Canossa, dejando fuera toda su comitiva, y entrando él solo en la plaza, que tenia tres órdenes de murallas. Se le mandó que se quedase en el segundo, sin ninguna señal de dignidad, sin calzado, y sin mas ropa que una capa de paño muy grueso. De este modo pasó el resto del dia, y los dos siguientes sin tomar mas alimento que un poco de pan que le daban al anochecer.

En fuerza de las repetidas instancias de la condesa Matilde y del santo abad de Cluny, de quien hacia el Papa un aprecio muy particular, fué admitido Enrique á los cuatro dias á la audiencia pontificia. Despues de muchas discusiones se determinó que se le absolveria con las condiciones siguientes: que compareceria Enrique ante los grandes de Alemania en el dia y lugar que indicase el Papa, y que alli responderia á las acusaciones de que habia de ser juez el Sumo Pontífice: que con arreglo á esta decision conservaria ó dejaria la corona, sin intentar jamás ninguna venganza por estos procedimientos; que entretanto no llevaria ninguna insignia de la dignidad Real, ni tendria ninguna parte en el gobierno del Estado sino para cobrar las rentas que exigiese la manutencion de su casa; que el efecto de los juramentos que se le habian prestado, quedaria suspenso en este intervalo; que apartaria para siempre de su presencia á las personas que le habian dado malos consejos, y en especial á Roberto, obispo de Bamberg; que si se justificaba y conservaba la dignidad Real, se mostraria siempre sumiso al

(1) Lamb. *pag.* 249 *et seq.*

Gefe de la Iglesia, y le ayudaria con todo su poder á corregir en su reino los abusos contrarios á las leyes eclesiásticas; y en fin, que si faltaba á alguna de estas condiciones seria nula la absolucion, quedaria condenado irrevocablemente, y los grandes en plena libertad para elegir otro soberano.

Aceptó Enrique todas estas cláusulas, y firmó el acta solemne en que se estendieron. Quiso tambien el Papa que los mediadores del tratado fuesen garantes de él, y juraron todos sobre las santas reliquias, escepto el abad de Cluny, que por razon de su carácter empeñó sencillamente su palabra en presencia de Dios. Tomadas todas estas precauciones fué absuelto el rey, y despues celebró el Papa el santo Sacrificio de la misa. Despues de la consagracion, llamó al penitente y á sus antiguos cómplices, tomó en la mano el Cuerpo de nuestro Señor, y habló en estos términos: «Me habeis acusado de que he usurpado la Santa Sede, y de que he cometido antes y despues de mi entrada en el pontificado unos delitos que me hacen indigno de esta sagrada dignidad. Aunque estoy bastante justificado con la virtud de los autores de mi promocion, y con el testimonio de los que han presenciado toda mi conducta desde mi infancia, sin embargo, para disipar hasta las menores sombras, sea en este momento el Cuerpo de Jesucristo una prueba de mi inocencia; ó si soy culpable, entre solamente en mi seno para darme la muerte.» Dichas estas palabras, dividió la santa hostia y consumió la mitad á vista del pueblo, el cual dió mil gritos de alegría y de bendicion.

Imponiendo despues silencio, dijo al rey (1): «Haz, hijo mio, si quieres, lo que me has visto hacer. Los señores alemanes te imputan una porcion de delitos que te escluyen para siempre, no solo de la Comunion de los fieles, sino tambien de toda funcion civil y política. Supuesto que temes el error de los juicios humanos, á los cuales quieren que te sujetes; si te sientes inocente, toma esta otra mitad de la víctima sagrada, y cierra así la boca á todos tus enemigos. En tal caso, nadie mostrará mas actividad que yo para reconciliarte con los grandes, y terminar de una vez las inquietudes de los ciudadanos y el escándalo de los fieles.» No esperaba el rey este género de desafío. Sorprendido y sin saber qué hacerse, retrocedió algunos pasos, habló aparte con sus confidentes, y deliberó lleno de temor y de sobresalto acerca del partido que debia tomar. Habiéndose tranquilizado un poco, respondió, que hallándose ausentes casi todos sus acusadores y los grandes del reino, darian poco crédito á todo lo que hiciese para justificarse, y que suplicaba al Papa reservase enteramente el asunto para la dieta general. Condescendió el Pontífice con la súplica del rey, y sin embargo le dió la Comunion. Le convidó tambien á comer al salir de la misa, y le trató con mucho honor. Despues de instruirle con particular cuidado en todo lo que debia observar, le envió con sus gentes que se habian quedado fuera de la fortaleza. Sin perder un momento escribió el Papa á los señores de Alemania todo lo que acababa de pasar, y les participó que estaba resuelto á ir á su pais para procurar definitivamente la paz de la Iglesia y del Estado.

No se olvidó de hacer fuesen tambien absueltos los excomulgados de la comitiva del rey, para que este príncipe no volviese á incurrir en la excomunion comunicando con ellos. Pero luego que Eppon, obispo de Ceitz, á quien se dió este encargo (1), espuso á los lombardos el objeto de su lega-

(1) Lamb. *pag.* 250.

(1) Lamb. *pag.* 250 y 251.

cion, se sublevaron con la mayor audacia contra el Papa, tratándole de usurpador y de simoniaco, de deshonrado con homicidios, con adulterios y con todo género de maldades, y de excomulgado por todos los obispos de Italia. Añadieron, que el rey se habia cubierto de un oprobio eterno, sometiéndose á un hereje que se titulaba Pontífice, abandonándolos vilmente despues que se habian declarado por él con tanto valor contra un enemigo público, y en fin, haciendo traicion á la Iglesia y al imperio. Estas violentas invectivas, esparcidas por el pueblo, produjeron una sublevacion general contra el rey. Fué tal el descontento que se advirtió en el espacio de muy pocos dias, que se resolvió unánimemente separar al rey Enrique, poner en su lugar á su hijo, aunque era todavia un niño, llevarle desde luego á Roma, y elegir allí otro Papa que le coronase emperador y anulase, decian, todo lo que habia hecho Hildebrando.

Consternado el rey con esta rebelion, envió todos los señores que tenia consigo para que aquietasen á los lombardos, haciéndoles presente, que si habia procedido de aquel modo era por la necesidad urgentísima de quedar absuelto antes que se consumase la rebelion en Alemania. Pero los señores de Lombardía, á quienes la sumision de Enrique quitaba la esperanza de seguir vendiendo como antes, los beneficios á los simoniacos bajo su proteccion y á ejemplo suyo, le abandonaron casi todos. Las ciudades que estaban en el camino que llevaba el rey, creian hacer demasiado con no cerrarle las puertas. Por último, juzgó que el único medio de adquirir lo perdido era romper el tratado que acababa de concluir, y le rompió en efecto á los quince dias. Llamó, pues, á sus ministros y á sus confidentes excomulgados, empezó á declamar contra el Papa, é invitó á los lombardos á que concurriesen con él á vengar sus injurias comunes. Con este artificio volvió á conciliarse sensiblemente su afecto, y en muy poco tiempo tuvo á sus órdenes un ejército numeroso.

Al contrario, los alemanes se empeñaron mas y mas en su primera resolucion. Los duques Rodulfo, Guelfo y Bertoldo con los obispos de Maguncia, de Wirsburgo, y de Metz y gran número de señores convocaron á todos los demas en Forchein, ciudad de Franconia, para el dia 13 de marzo (1077), y al mismo tiempo escribieron al Papa, diciéndole que pues Enrique con sus ardides no le habia permitido hallarse en Augsburgo el dia de la Purificacion, no dejase á lo menos de concurrir á Forcheim para el dia que se señalaba de nuevo. Estaba todavia San Gregorio en Canossa, ó en alguna otra de las fortalezas inmediatas, resuelto á no volver á entrar en Roma hasta haber efectuado el viage á Alemania. Aunque se hallaba muy bien informado de la mudanza de Enrique, le envió legados para advertirle que aun era tiempo de cumplir sus promesas, y para exhortarle á que concurriese á Forcheim, donde se decidiria su causa de un modo completo y definitivo por el Gefe de la Iglesia. Disimulando el rey por su parte, respondió que era demasiado corto el término de la citacion, atendida la multitud de asuntos mayores que tenia que despachar en el primer viage de Italia, y pidió al Papa el permiso para recibir del modo acostumbrado la corona de Lombardía; lo que rehusó San Gregorio diciendo, que solo le habia admitido á la comunion de la Iglesia, y no á la dignidad Real, «para lo cual, añadia, era indispensable el consentimiento de los grandes.» Y en efecto, como gefe de la sociedad cristiana, el Papa, sin deponer por sí mismo al rey Enrique, no habia hecho mas que declarar que el pueblo no estaba ya obligado á guardarle obediencia, porque el príncipe habia violado publicamente sus promesas para con sus súbdi-

tos y para con la Iglesia; pero como los grandes fueron los que poco antes le habian elegido rey, á ellos les tocaba admitirle de nuevo como tal, despues de su reintegracion, si lo juzgaban á propósito para gobernarlos en adelante.

Enfurecido Enrique, pero sin olvidarse jamás de la simulacion, quiso apoderarse del Papa y de la condesa Matilde, y á este efecto hizo que se les propusiese una conferencia. Pero le conocian demasiado bien para caer en este lazo. Advertida oportunamente la princesa, se retiró con el Pontífice á los desfiladeros de las montañas. Desde esta época no volvió á ver Enrique á San Gregorio ni á Matilde, la cual tuvo al Papa en su casa por espacio de tres meses; y para consolarle, con su abnegacion, de la rebelion de tantos hijos desnaturalizados, hizo donacion de todos sus Estados á la Iglesia romana, reservándose el usufructo durante su vida. De este modo adquirió la Santa Sede un derecho á la Toscana y Lombardía, derecho legítimo, pero que apenas fué para la Santa Sede mas que un manantial de calamidades (1). Esta donacion aumentó el amor de los romanos al Papa San Gregorio, el cual fué recibido con una alegría estraordinaria cuando, contra lo que habia resuelto, volvió á entrar en Roma por el mes de setiembre sin haber estado en Alemania. Pero envió legados con la comision de que representasen su persona en Forcheim, y manifestasen á los señores alemanes lo que acababa de suceder, y les dijesen que no habiéndole dejado Enrique hacer el viaje cuidasen de conservar el mejor órden posible en los asuntos, pero sin determinar ninguna cosa definitivamente hasta que pudiese vencer los obstáculos que le impedian pasar á donde ellos estaban.

Reunidos ya todos los grandes, y hecha una larga enumeracion de los daños que les habia causado Enrique, y de los que debian temer todavía de un príncipe incorregible y perjuro, respondieron á los legados que se esponia el reino á una desgracia irremediable si no se elegia un rey en aquella misma asamblea (1). Bernardo, abad de San Victor de Marsella, gefe de la legacion y célebre por su gran virtud, de acuerdo con su colega que era cardenal diácono, y se llamaba tambien Bernardo, dijo: «mucho mejor seria diferir la eleccion hasta la llegada del Papa si pudiéseis hacerlo sin peligro; pero vosotros teneis la autoridad en la mano, y conoceis mejor que nosotros el interés del imperio.» La prudencia impedia á los legados declararse mas abiertamente en un negocio tan grave y que al fin y al cabo interesaba especialmente á la asamblea; pero los señores alemanes, impelidos por la perfidia de Enrique y por la consideracion del peligro á que los espondria el aplazar su decision, eligieron inmediatamente por rey á Rodulfo, duque de Suavia y cuñado de su predecesor. Doce dias despues, el 27 de marzo de 1077, dispusieron que le consagrasen los arzobispos de Maguncia y de Magdeburgo con sus sufragáneos en presencia de los legados. El duque se opuso con todas sus fuerzas á la eleccion y pidió por lo menos una hora para deliberar, pero no pudo conseguir que se la concediesen, antes bien se apresuraron todos á prestarle el juramento de fidelidad. Pero él no quiso jamás asegurar la sucesion á su hijo, y declaró formalmente, que despues de su muerte elegirian los señores al que juzgasen mas digno del trono. Inmediatamente despues de su eleccion envió una embajada al Papa para darle parte de ella y prometerle obediencia.

Parece que los legados, al temer las con-

(1) *Chron. Cassin. lib, 3, cap. 49.*

(1) *Vit. S. Greg. VII, c. 10.*

secuencias de esta determinacion precipitada, habian presentido bien las disposiciones reales del Papa San Gregorio, pues lejos de aplaudir este Pontífice la eleccion de Rodulfo, declaró en una carta dirigida á todos los fieles (1), que no habia precedido órden ni consejo suyo para que ese príncipe fuese elevado á la dignidad Real. «Hemos determinado en un concilio, añadió, que si los arzobispos y obispos que le han consagrado no dan una razon suficiente de su conducta, serán depuestos de sus sillas, y Rodulfo del trono.» Por otras cartas dirigidas á sus legados y á los alemanes se vé que estaba muy distante de mirar como incontestable el derecho de Rodulfo. Quiere que queden suspensas las pretensiones de los dos competidores al trono, hasta que con el consejo del clero y de los grandes del reino pueda decidir á cual de los dos pertenece mas justamente la corona, y aun manda que se resista de todos modos al que no se sujete en este punto; que no se le permita gobernar el reino y que se le escomulgue con todos sus partidarios; y que al contrario se sostenga á aquel que obedezca, y se le confirme en la dignidad Real. Esta conducta que revela su prevision, la apoyaba en la autoridad de San Gregorio el Grande, pues pretendia que este Pontífice se atribuyó la potestad de deponer á los soberanos; pero no alega otra prueba positiva que el privilegio de que ya hemos hablado.

Los alemanes del partido de Rodulfo le representaron amargamente los gravísimos males á que su conducta les esponia; y añadian que no por consejo de ellos ni por sus intereses, sino por las injurias hechas á la Santa Sede habia excomulgado á Enrique, y prohibido con penas terribles que se le reconociese por rey en lo sucesivo (2): que por obedecer á sus órdenes habian procedido á nombrar sucesor despues de las mas maduras deliberaciones, despues de un año de anarquía, despues de haber sufrido todos los horrores de la violencia tiránica y de las guerras civiles, la pérdida de sus bienes, la proscripcion de sus parientes, homicidios sin número, robos, incendios, la disipacion de los bienes eclesiásticos y de las posesiones de los reyes, y la abolicion de las leyes divinas y humanas: que estos desastres no podian menos de aumentarse con su irresolucion y con su nueva conducta diametralmente opuesta á la que á ellos les habia precisado á seguir; y en fin, que hallándose espuestos al furor de los lobos por haber obedecido al pastor, no podian considerarse ya, si el pastor se volvia contra ellos, sino como blanco de todos los tiros de la perversidad.

Estas vivas y sentidas instancias no pudieron mover entonces al Papa San Gregorio á dar ningun paso mas contra Enrique, porque esperaba conciliar á los pretendientes y sus partidos si lograba ir á presidir su asamblea. Por desgracia, los cismáticos de Italia, acaudillados por el arzobispo de Ravena á quien no tardaremos en ver antipapa, los concubinarios y los simoniacos, cuya insolencia y seguridad se aumentaba con la perfidia de Enrique, apenas permitian al Soberano Pontífice ocuparse esclusivamente en los asuntos de Alemania (1). Tomáronse las armas en todas las provincias por los dos competidores. Enrique, valiéndose de aquella habilidad y destreza que en ninguna ocasion manifestaba mejor que en los peligros estremados, logró oponer una barrera formidable delante del trono que se le disputaba. Se dieron tres batallas sangrientas entre los vasallos de una misma corona, y padecieron estos un sin número

(1) *Lib. 9, Epist. 28.*
(2) *Hist. Bell. Sax. pag. 140.*

(1) *Hist. Bell. Sax. pag. 140.*

de calamidades. En la tercera que se dió en Flandenheim (Sajonia), á 27 de enero de 1080, fué derrotado Enrique por Rodulfo, y tuvo que escapar á uña de caballo. El vencedor envió al momento la noticia á Roma, á donde llegaron los embajadores cuando se estaba celebrando el Concilio ordinario de cuaresma. Este suceso parecia privar ya de la fuerza (en la que habia mucho tiempo hacia consistir su único derecho) á un príncipe que rey por mera eleccion habia conculcado las promesas hechas á sus pueblos; con el cual en los tres años y mas que habian transcurrido desde que fué absuelto de la excomunion, no habia cesado el Papa de usar de miramientos y consideracion; que en vez de prestarse á los esfuerzos de los legados enviados á Alemania para restablecer en ella la paz, habia puesto obstáculos al desempeño de su mision; que lejos de cumplir la palabra dada por sus embajadores, destruia la Religion, no perdonaba ni lugares ni personas consagradas á Dios, y trataba como viles esclavos no solo á los sacerdotes, sino tambien á los obispos, los encarcelaba y aun á muchos les quitaba la vida: la humanidad y la Religion condenaban á este tirano cruel y sin fé, mientras que Rodulfo, cuya autoridad parecia desde aquel momento bien afirmada, no habia dado motivo á San Gregorio para sospechar de la sinceridad con que se habia sometido á la decision de la Santa Sede. En estas circunstancias, el Soberano Pontífice pronunció la condenacion definitiva de Enrique IV, rey de Germania (1).

Dirigiendo en ella la palabra á los santos Apóstoles, se esplica en estos términos: «Bien sabeis que no he entrado yo por mí mismo en las órdenes sagradas; no he hecho mas de obedecer, y con temor, á los Papas Gregorio y Leon mis superiores; y despues os he servido, cuanto he podido, en la iglesia que os está especialmente consagrada. A pesar mio y con el mayor dolor, vosotros fuisteis testigos de ello, á pesar de mi sentimiento y de mis lágrimas y sin tener en consideracion mi indignidad fuí elevado á vuestra eminente Silla. Si hago esta declaracion, no es para decir que yo os he escogido, sino que vosotros mismos me habeis impuesto la carga tan grave del gobierno de vuestra iglesia; y porque vosotros me habeis hecho subir á esta montaña santa y me habeis mandado clamar y reprender al pueblo de Dios y á los hijos de la Iglesia sus prevaricaciones y sus crímenes, por eso los obreros de Satanás se han levantado contra mí y no han temido atentar contra mis dias. Los reyes de la tierra, los príncipes seculares y eclesiásticos, los cortesanos y la gente del pueblo, se han reunido contra el único Señor y contra vosotros que sois sus Cristos; ellos han dicho: *hagamos pedazos su yugo y arrojémosle lejos de nosotros*; y desde ese momento no han dejado piedra por mover para quitarme la vida ó desterrarme.

»De este número es principalmente Enrique, que es llamado rey, hijo del emperador de este nombre. Despues de haber formado una conspiracion con muchos obispos de Alemania y de Italia, se levantó contra vuestra Iglesia y nada dejó por hacer para derribarme y ponerla bajo su yugo; empero su orgullo ha sido repelido por vuestra autoridad y abatido por vuestro poder; confuso entonces y humillado, vino á suplicarme le absolviese y le levantase la excomunion. Viéndole yo asi abatido y contando con las reiteradas promesas que muchas veces me hizo de mudar de conducta y de corregirse, le he vuelto la comunion de la Iglesia, pero no el trono de que habia sido depuesto en el sínodo romano. En cuanto á la fidelidad de que en el mismo concilio habia ab-

(1) *Tom. 10 Concilior. pag.* 388.

suelto y declarado libres á los que se la habian jurado, no he mandado que se le guardase. Y he obrado asi, ya porque debia yo pronunciar y fallar despues entre él y los obispos ó señores del otro lado de los montes que obedeciendo á vuestra Iglesia se habian declarado contra él, ya porque debia yo ajustar la paz entre ellos y él, con arreglo al juramento que el mismo Enrique habia hecho por dos obispos de observar y guardar sus condiciones.

»Pero los obispos y los señores ultramontanos, informados de que él no cumplia lo que me habia prometido, y desesperando de su correccion, eligieron por su rey y sin mi consejo (y os pongo por testigo de ello) al duque Rodulfo. Este me envió inmediatamente un correo anunciándome que habia aceptado á pesar suyo el gobierno del reino, y que estaba pronto á obedecerme en todo; y en efecto, desde ese dia, ha tenido siempre conmigo el mismo lenguage y hasta ha llegado á ofrecerme en rehenes su propio hijo y el de su amigo el duque Bertoldo.

»Asi las cosas, comenzó Enrique á suplicarme le diese ausilio contra Rodulfo; le respondí que lo haria con mucho gusto, pero despues de haber oido á las dos partes, á fin de saber de qué parte estaba la razon y el mejor derecho. Pero Enrique, creyendo poder vencer con sus propias fuerzas, despreció mi respuesta. Pero cuando vió que no podia hacer lo que esperaba, envió á Roma los obispos de Verdun y de Osnabruck, quienes de su parte me pidieron le hiciese justicia, en lo cual consintieron tambien los diputados de Rodulfo. En fin, acordé en Concilio que se tendria una conferencia al otro lado de los montes, para tratar de la paz ó de conocer mejor de parte de quién estaba la justicia.

»Por mi parte, como bien sabeis vosotros, que sois mis padres y mis maestros, no he tomado hasta hoy medida alguna para ayudar á ninguna de las dos partes, deseando pronunciar únicamente en favor de aquella que tuviese en su favor mayor derecho. Y persuadido de que seria la mala causa la que desechase la conferencia, al paso que la causa justa esperaria sin temor el juicio, sometí á la excomunion y al anatema á todas las personas, reyes, duques ú obispos, que por cualquier medio que fuese impidieren la celebracion de esta conferencia. Ahora bien: dicho Enrique no ha temido con sus fautores violar esta sentencia, lo cual en este caso le coloca en el número de los idólatras. Oponiéndose á esta conferencia, ha incurrido en la excomunion y en el anatema; es causa de la muerte de una multitud de cristianos, del saqueo de gran número de iglesias y de la casi completa desolacion del reino de Alemania.

»Por tanto, lleno de confianza en el juicio y en la misericordia de Dios y en la de María, su piadosísima Madre siempre Virgen, apoyándome en vuestra autoridad, someto á la excomunion y á los vínculos del anatema á dicho Enrique y á todos sus fautores; y de parte de Dios omnipotente y de la vuestra, prohibiéndole de nuevo el reino de Alemania y de Italia, le quito todo poder y dignidad Real; prohibo á todos los cristianos obedecerle como á rey, y absuelvo del juramento de fidelidad á todos los que se le hubieren prestado ó prestaren en adelante como soberano. ¡Que dicho Enrique no alcance en los combates fuerza ni victoria alguna! En cuanto á Rodulfo, á quien los teutones han elegido por su rey, deseando que gobierne y defienda su reino y que siempre os sea fiel, le concedo de vuestra parte y á todos los que le están fielmente adheridos, la absolucion de todos sus pecados y vuestra bendicion en esta vida y en la otra. Y como Enrique está justamente decaido del reino en castigo de su

orgullo, de su desobediencia y de sus perjurios, asi el poder y la dignidad Reales son concedidas á Rodulfo, en consideracion á su humildad, á su sumision y á su fidelidad.

»Ahora pues, ó santos Apóstoles, haced comprender y conocerá todo el mundo que, si podeis atar y desatar en el cielo, tambien podeis en la tierra quitar ó dar los imperios, los reinos, los principados, los ducados, los marquesados, los condados y los bienes de todos los hombres segun sus méritos. Porque muchas veces habeis quitado á los indignos y dado á los buenos los patriarcados, los primados, los arzobispados y los obispados; pues si juzgais de las cosas espirituales, ¿qué no deberá creerse de vuestro poder sobre las cosas temporales? Y si juzgais á los ángeles que dominan sobre todos los príncipes soberbios, ¿qué no podreis sobre sus esclavos? Que entiendan pues ahora los reyes y todos los príncipes del siglo cuál es vuestra grandeza, cuál vuestro poder; que teman despreciar las órdenes de vuestra Iglesia, y que vuestra justicia se ejecute tan prontamente sobre Enrique, que todos sepan que no caerá por una casualidad, sino por vuestro poder. ¡Dios le confunda para traerle á penitencia, á fin de que su alma se salve en el dia del Señor!» (1080).

Enrique, castigado por San Gregorio VII, llevó las cosas al último estremo. Luego que tuvo noticia de la sentencia de condenacion fulminada contra él, reunió diez y nueve obispos en Maguncia el mismo dia de Pentecostés. Despues casi todos estos mismos prelados, reunidos á algunos otros, entre todos treinta, y muchos señores alemanes é italianos, obispos y señores cortesanos de Enrique á quien estaban unidos por su igualdad de crímenes, se reunieron precipitadamente en Brixen (Tirol), depusieron del pontificado á San Gregorio VII, y reconocieron en su lugar á Guiberto de Ravena, que tomó el nombre de Clemente III. El decreto de su eleccion, dado á 25 de junio, está lleno de injurias atroces contra San Gregorio, á quien la *Crónica* de Verdun, escrita por Hugo de Flavigny y Gebehardo de Strasburgo, presenta sin embargo como amador y defensor de la justicia. Estos autores añaden que la eleccion de Guiberto, excomulgado ya muchas veces en el espacio de siete años y empedernido á fuerza de perjurios, era la elevacion de un Anticristo; que la deposicion de Gregorio, santo y legítimo Pontífice, era un atentado de indecible furor, un acto de locura incomparable, porque el Pontífice de la Iglesia romana, que es superior á todos, no puede ser excomulgado por los que deben estarle sumisos. El crímen de sus perseguidores se hizo bastante sensible en el desastroso fin de Teodorico de Verdun, de Pibon de Toul, y de Guillermo de Utrecht. Este último, dice Hugo de Flavigny, se halló solo en Maguncia para pronunciar contra San Gregorio; los demas, aunque adictos á Enrique, se fugaron la víspera, porque en este punto no se atrevieron á ir contra los cánones y los decretos de los PP. Dicho obispo Guillermo fué castigado por Dios con una plaga incurable, de tal modo que todos se llenaban de asombro y de horror al oirle gritar: ¡*me abraso, me abraso*! Apenas éste desgraciado tuvo tiempo de reclinarse en su silla, invocando á María, pereció con tan horrible muerte. El autor añade que habia sabido esto por testigos oculares, y que este castigo terrible movió á Teodorico de Verdun á enviar al abad Rodulfo con otros diputados á pedir al Papa Gregorio la absolucion de las censuras en que habia incurrido comunicando con Enrique; y á fin de manifestar su arrepentimiento y sumision al Papa, envió por cartas á San Gregorio su estola y su anillo. Pero al paso que así se

condenaba á sí mismo, dice el historiador, sin embargo obedecia al rey, porque era su hora y la del poder de las tinieblas (1). Despues de la eleccion del Antipapa, acompañada de estas tan horribles circunstancias, Enrique volvió á tomar el camino de Sajonia y Guiberto marchó á Italia, revestido con las insignias de la dignidad pontificia.

El rey fué atacado á la orilla del rio de Elster, cerca de Mersburgo, quedó derrotado su ejército, y se apoderaron de su bagage las tropas de Rodulfo, las cuales adquirieron grandes riquezas; pero cuando estaban ya cantando cánticos de acciones de gracias en el campo de batalla, recibió Rodulfo una herida mortal en el vientre, con lo que se acabó su alegría y todos los frutos de su victoria. Habiendo sacado tambien este príncipe cortada la mano derecha, se miró este golpe como un castigo que Dios le enviaba por haber violado el juramento hecho á su soberano. Pero mas adelante se verá que el fin de Enrique, justamente separado de la Iglesia, y en un consecuencia privado de su corona, pareció mucho mas humillante é indigno del rango que habia tenido. Rodulfo fué muy llorado, especialmente de los pobres, que en él perdieron un padre. Los sajones hicieron inmensas limosnas en descanso de su alma, y le enterraron magníficamente en Mersburgo.

Cuando supo San Gregorio el atentado de Guiberto, dió á entender que miraba con el mayor desprecio á una faccion desesperada que se desacreditaba con sus propios escesos. Anunció á los pueblos su próxima ruina, y representó esta conspiracion insensata como materia de un triunfo mas glorioso para la Iglesia y como medio para conseguir una correccion mas ejemplar de los abusos. Fijó un término preciso, en el cual prometió ir con mano armada á castigar á los impíos en sus atrincheramientos, y libertar de su furor á la Iglesia de Ravena. Pero luego que llegó la noticia de la muerte del rey Rodulfo, quedaron consternados todos los romanos, y le comunicaron parte de sus temores. La estrecha union que contrajo inmediatamente con Roberto Guiscardo y con los normandos de Italia, despues de haberlos excomulgado tantas veces, no bastó para tranquilizarle. Roberto, á quien dió la investidura con la obligacion de pagarle anualmente doce dineros por cada yugada, se obligó sin embargo á defenderle con todo su poder que era muy respetable en Italia, pues se estendia á los ducados de la Pulla, Calabria y Sicilia. Pero por otra parte las tropas de la condesa Matilde habian sido derrotadas en Lombardía el mismo dia en que murió el rey Rodulfo; de modo que Enrique hallaba desembarazado el camino de Roma, y tenia á su favor á todos los lombardos, y pocos obstáculos que temer por parte de los alemanes, los cuales estaban en la mayor consternacion. Hasta vasallos de Matilde se rebelaban contra ella, y trataban abiertamente de locura su adhesion al Papa; tanto que esta princesa casi se vió reducida á la dura alternativa de abandonar á San Gregorio ó de perder sus Estados.

En estas críticas circunstancias, la mayor parte de los servidores del Papa le exhortaron á que se reconciliase con el rey Enrique. Como, atendida la vacante del trono por muerte del rey Rodulfo, podia hacer cambiar las disposiciones de este príncipe la esperanza de recobrar la corona por medio de la paz que hiciese con el Papa, San Gregorio escribió á Altmano, obispo de Passau y su legado en Alemania, que advirtiese á los que manifestaban mas ardor por la libertad de la Iglesia que no se dejasen ganar por el favor ó dominar por el

(1) Labb. *t.* 10, *p.* 386 *y sig.*

temor, y sobre todo que no se precipitasen para dar un trono que pedia costumbres ejemplares y un celo ardiente en defensa de la Religion, sino que multiplicasen las limosnas y dirigiesen á Dios fervientes oraciones á fin de que arrepentidos sus enemigos volviesen á la santa Esposa del Salvador que no se desdeñó de morir por ella (1). Despues señala la fórmula del juramento que prestará el rey electo. «En cuanto á los eclesiásticos, somos de dictámen (le dice), á causa de los disturbios de las provincias y de la escasez de buenos operarios, que los sufrais segun su estado actual, moderando el rigor de las leyes canónicas; salvo, empero, la fidelidad que os deben, tal como vos mismo la habeis prometido á San Pedro.» En otra carta del mismo año (1081), el Papa invita á Altmano á que se entienda con el arzobispo de Satzrburgo y con los demas obispos. «A todos los que quieran volver, añade, recibidlos como hermanos, y sobre todo al obispo de Osnabruck, de cuyas buenas disposiciones hemos tenido noticia.

Antes de todos estos resultados de los crímenes y de la impiedad de Enrique, cuya série nos ha parecido que no debíamos interrumpir, se tomó en consideracion en el mismo concilio en que el Papa dió la sentencia contra él, la antigua disputa renovada dos años antes entre el arzobispo de Tours y el obispo de Dol en Bretaña. Habiendo concedido el Papa en el año 1073 el pálio al obispo de Dol, cuyos predecesores habian estado por espacio de dos siglos en la posesion del título de arzobispos y de la jurisdiccion sobre los obispos de Bretaña, dirigió sus quejas á Roma el arzobispo de Tours. Le respondió San Gregorio, que habia creido deber conceder aquella gracia provisional á los señores del pais que se ofrecian á acabar con los abusos de la investidura y del dinero que se daba por las ordenaciones episcopales; pero que la dignidad de la iglesia de Tours se hallaba conservada por las mismas letras de la concesion, en que habia insertado la cláusula, *sin perjuicio de los derechos del arzobispo de Tours.* «Por lo cual (concluía el Papa) debeis esperar con resignacion el exámen y la decision de esta causa, la que terminaremos lo mas pronto que nos sea posible.» Habiendo concurrido dos años despues al concilio de Roma los interesados, se quiso proceder al exámen de sus derechos respectivos. El arzobispo de Tours probó claramente por las bulas y breves de muchos Papas, que la Bretaña debia reconocerle por su metropolitano. El obispo de Dol no presentó ninguna prueba sólida; sin embargo, como alegase que habia dejado en su palacio un documento perentorio, le concedió el Papa una próroga, y prometió enviar legados para que juzgasen la causa en el mismo lugar á que era relativa, lo que se verificó efectivamente en el pontificado de San Gregorio VII, aunque sin terminar esta larga contienda, la cual no quedó concluida hasta el año 1095 en el concilio de Clermont, en el que obligó el Papa Urbano II al obispo de Dol á sujetarse con todos los bretones al arzobispo de Tours, y á darle satisfaccion por la desobediencia anterior (1).

Pero el concilio de San Gregorio VII terminó la causa de Manasés de Reims, condenado el año precedente en un concilio que celebró en Lyon el legado Hugo, obispo de Dié. Se habia hecho odioso aquel arzobispo por su intrusion simoniaca, por la disipacion de los bienes de su iglesia, por las exacciones y vejaciones con que molestaba á sus clérigos, por la usurpacion de las abadías, y por el abuso que hacia de las

(1) *Lib. 9, Epist. 3 et 10.*

(1) *Can. 7, pag. 589.*

censuras para satisfacer su pasion. Era de familia noble; pero solo lo demostraba en la altivez, en el tono imperioso, en el amor del fausto y en la familiaridad con los grandes, despreciando á los eclesiásticos, y olvidándose con respecto á ellos hasta de los principios de la urbanidad, de la humanidad y de la decencia. No se avergonzaba de manifestar públicamente el disgusto que le causaban sus funciones, ni de que en el episcopado solo le agradaba el fausto, las delicias y la opulencia. Sin embargo, no se atrevió á recurrir al Papa, el cual tuvo intencion de señalarle todavia un plazo para justificarse. Muchos actos semejantes, dieron márgen en 1078 á la carta siguiente que escribió á San Gregorio el legado Hugo: «No continúe vuestra Santidad esponiéndonos á recibir afrentas. No ignoramos que los culpables á quienes hemos condenado acuden inmediatamente á Roma, donde léjos de tratarlos con mas rigor cual convendria, se aumenta su audacia con una indulgencia ruinosa.» Sea cual fuere la idea que se hubiese formado de la severidad de San Gregorio VII, ello es que se le temia menos que á su legado. Este Papa, inflexible con los orgullosos y refractarios, se dejaba ablandar por la humillacion y el arrepentimiento. Queria que sus legados juzgasen segun el rigor de los cánones; pero él moderaba muchas veces sus sentencias, y despues de haber hecho sentir la autoridad de maestro y la severidad de juez, mostraba á las veces una ternura de padre, concediendo á la clemencia todo lo que creia no deber lastimar la justicia. Así lo esperimentó Manasés. San Gregorio le recibió con bondad, y á vista de la esposicion que este prelado le hizo de su causa, le restableció en sus funciones obligándole á jurar sobre el sepulcro de San Pedro que se presentaria al legado para justificarse cuando á ello se le requiriese. Jurólo Manasés; pero el tiempo hizo ver que con esto lo que habia hecho era añadir el perjurio á sus demás crímenes (1). Al mismo tiempo que escribia Hugo la carta que nos ha sugerido las reflexiones que acabamos de hacer, enviaba á la Santa Sede cuatro ó cinco obispos de las Galias que acababa de condenar en Poitiers, en un Concilio que nos ha dejado algunos cánones instructivos. Se encuentra en ellos la prohibicion de que reciban los clérigos la investidura de los legos, y de que tengan muchos beneficios, como tambien de que los abades y los monges impongan penitencias sino por comision de los obispos. Se estableció tambien en este concilio que los abades y los arciprestes recibiesen el órden del presbiterado, y que los arcedianos recibiesen el diaconado, ó perdiesen su beneficio (1078).

Celoso Hugo de la observancia de los cánones, se habia grangeado mucho tiempo antes la estimacion del Papa San Gregorio, el cual creyó que debia señalar las primicias de su pontificado con la elevacion de aquel canónigo de Lyon al episcopado (2). Giraldo, obispo de Ostia y legado de Alejandro II en Francia y Borgoña, supo al pasar por Dié que el obispo Lancelin era simoniaco: le citó, y el reo, condenado ya por su propia conciencia, se mantuvo encerrado en el palacio episcopal, resuelto á defenderse en él á mano armada. El legado convocó el clero á la iglesia con los principales ciudadanos. Estando ya reunidos, entró á hacer oracion en la misma iglesia Hugo que pasaba por Dié para ir en peregrinacion á Roma. Repentinamente se oyeron grandes gritos á favor de aquel piadoso peregrino, que creian enviado por la Providencia para reemplazar al obispo indigno, cuando buscaban un sucesor que ocupase

(1) *Hist. de l'Eglise gall. lib.* 21.
(2) *Chron. Hug. Flav. pag.* 191.

su Silla. Cogieron á Hugo en la misma disposicion en que se hallaba, y á pesar de la resistencia que opuso lo presentaron al legado, el cual, interpretando la voz del pueblo como la del mismo Dios, le obligó por la autoridad de la Santa Sede á aceptar la dignidad episcopal. Restituido á Roma el legado, dió parte de esta eleccion al Papa San Gregorio que acababa de suceder á Alejandro. Poco despues llegó el mismo Hugo, que no tenia mas órdenes que la primera tonsura. En menos de tres meses le confirió el Papa todas las órdenes, y al punto le envió á gobernar su pueblo. Algun tiempo despues le nombró legado suyo en Francia, donde este hombre animado de un celo ardiente se empleó con todo su poder en el restablecimiento de las leyes canónicas. Ultimamente fué elevado á la Silla honorífica de Lyon.

En esta ciudad fué donde pronunció en nombre del Papa la sentencia de condenacion contra Manasés de Reims (1). Entre el gran número de enemigos del reo, ó por mejor decir, de vengadores celosos de su iglesia, eran los dos mas temibles un eclesiástico llamado Manasés como él, y un doctor de la escuela de Reims llamado Bruno. Era este natural de Colonia, canónigo de San Cuniberto en la misma ciudad, y recomendable ya entonces por su doctrina, por su virtud y por aquellas ideas de perfeccion que le movieron despues á fundar el único órden antiguo, en que no han tenido todavia entrada el espíritu del siglo y la relajacion. La vida del sacerdote Manasés no habia sido siempre tan irreprensible como la de Bruno; pero despues de haber adquirido por medios poco canónicos el deanato del cabildo de Reims, reparó sus faltas con un valor no menos glorioso que la inocencia: hizo dimision de su dignidad en manos del legado Hugo, y solo se portó en lo sucesivo como un defensor sincero de la fé y de la disciplina, lo que fué causa de que veinte años despues se le elevase á la misma Silla de Reims. El arzobispo Manasés creyó que le seria mas fácil corromper á su juez que á semejantes acusadores, y asi luego que se vió citado al Concilio de Lyon, envió diputados, por cuyo medio ofreció al legado trescientas libras de oro, y á sus criados regalos proporcionados, á fin de que no se exigiese otra justificacion que la del juramento; pero el legado desechó con horror estas ofertas perjuras.

Tomó el arzobispo el partido de quedarse en Reims, y envió una apología en que se hacia visible su mala fé aun á los menos advertidos. Envió tambien al Papa una carta escusatoria en que no alegaba ninguna razon plausible. Se mantuvo firme el Papa en que se le juzgase en las Galias, donde se hallarian sus defensores y acusadores con mas facilidad que en Roma, y le mandó que entretanto se retirase al monasterio de Cluny ó al de la Casa de Dios, con un eclesiástico y dos criados solamente. No habiendo ejecutado nada de lo que se le habia prescrito, el Papa le declaró excomulgado y depuesto sin esperanza de ser restablecido (1080). Queriendo Manasés sostenerse con mano armada, fué arrojado por los señores, por el clero y por el pueblo, y se retiró á los Estados del rey Enrique, donde murió sin tener domicilio.

Muchos grandes del siglo dieron por el mismo tiempo unos ejemplos muy capaces de reparar este escándalo (1). Hugo de Borgoña, biznieto del rey Roberto, y nieto de Roberto, primer duque de Borgoña, de la fámilia Real de Francia, y duque él mismo de esta bella provincia, despues de tres años

(1) *Chron. Vird.* 205; *Tom.* 10 *Concilior. pag.* 390.

(1) Mab. *saec. VI. Bened. part.* 2, *pag.* 373.

de gobierno que le conciliaron el afecto de todo su pueblo, deseando asegurar su salvacion, y movido de los grandes ejemplos de su pariente San Hugo de Cluny, se consagró á Dios para siempre en esta célebre escuela de perfeccion (1079), confirmándose mas en su generoso designio con el ejemplo de Simon, conde de Crepi en Valois, y uno de los señores mas poderosos de Francia. La primera noche de sus bodas persuadió Simon á su esposa que se consagrase como él al Señor, y fué inmediatamente á tomar el hábito al monasterio de San Claudio en la Alta Borgoña. Poco despues San Gregorio le hizo ir á Roma, donde se valió de su mediacion para hacer las paces con el duque de la Pulla. Habiendo caido enfermo Simon, fué el Papa á visitarlo, le confesó y le dió el Viático (1082); se le atribuye la cualidad de bienaventurado. Igual ejemplo de virtud dió Guido, conde de Macon, el cual se retiró á Cluny con toda su familia; de suerte que por falta de herederos quedó reunido este condado á Borgoña, y sujeto como esta al duque Eudon, hermano y sucesor de Hugo.

Luego que supo el Papa el retiro del duque de Borgoña, culpó de ello como una especie de crímen al santo abad de Cluny, cual si hubiese preferido la ventaja de su monasterio al interés general de la Iglesia. En los tres años que reinó este príncipe habia sido constantemente el apoyo de los hombres de bien y el terror de los malos. Le estimaba tan particularmente el Papa San Gregorio por su adhesion á la Iglesia en un tiempo en que tenia esta que sufrir tantas contradicciones; fué tal la piedad del duque, que restituyó á la Santa Sede todas las posesiones de que la habian despojado algunos antecesores suyos, y aun su mismo padre. Escribió pues el Pontífice en estos términos al abad de Cluny: «¿en qué habeis pensado al llevaros á vuestro monasterio un príncipe que resistia tan valerosamente á los impíos, que no hubiera temido morir por la verdad, y que sostenia con el mayor empeño la causa de Jesucristo y de su Iglesia? Si huyen ó buscan el sosiego los que defienden el rebaño, ya no es posible resistir á los lobos y á los ladrones. Mostraos enhorabuena poco sensible á mis inquietudes y á mi dolor; pero ¿podeis mirar con indiferencia las lágrimas de las viudas y de los huérfanos, las quejas del clero, y la ruina de las provincias y de las iglesias? Monges hay muchos que temen á Dios, pero príncipes apenas se encuentra uno que sea bueno.» Fueron ineficaces los deseos del Papa, porque el duque de Borgoña se mantuvo inflexible en su resolucion. En los quince años que vivió en el monasterio fué la admiracion de todos, especialmente por su humildad, para cuyo ejercicio se empleaba en servir á sus hermanos en los ministerios mas viles.

Habiendo fallecido en Normandía el venerable Herluino, abad del monasterio del Pico (Bec), le sucedió San Anselmo (1). La reputacion de Lanfranco habia atraido á este hombre singular desde la Lombardía, de donde era natural y donde habia empezado sus estudios con mucho aprovechamiento. Los continuó con este sabio maestro, cuya amistad se grangeó muy en breve, así por su buena índole, como por su talento y disposiciones para la virtud. Antes de hacerse religioso estaba inflamado de una caridad ardiente para con sus condiscípulos, se complacia en ayudarlos en sus estudios, estudiaba él mismo sin intermision; y para conservar con mas seguridad su inocencia, añadia á sus trabajos los ayunos, las vigilias, maceraciones estraordinarias, y un retiro inviolable. Reflexionando un dia acerca de este método de vida, con una exactitud

(1) *Vit. per Edmer. ap. Bolland. die 12 Apr. t. 10*

que es la mejor prueba de su buen juicio y mucho mas de la gracia que guiaba sus pasos, se dijo á sí mismo, que no haria mas en el estado monástico, y que abrazándole aseguraria mejor su salvacion. Entretanto habiendo sabido la muerte de su padre, por la cual quedaba heredero de cuantiosos bienes, dudó si se consagraria á la vida solitaria, ó si seria mas acertado dedicarse á aliviar á los pobres con las riquezas que habia heredado. Consultó á Lanfranco, y este le decidió á favor de la vida monástica, de acuerdo con Maurilo, arzobispo de Rouen. Solo trató ya Anselmo de elegir monasterio, y movido de una consideracion muy importante para un mozo que deseaba con ánsia hacerse célebre por su talento, entró en el monasterio del Pico, siendo su prior Lanfranco, con el objeto de quedar oscurecido con la presencia de este grande hombre. Tres años despues, habiendo sido nombrado Lanfranco abad de San Esteban de Caen, le sucedió Anselmo, á los treinta años de su edad. Inmediatamente empezó á dar pruebas de su destreza para el gobierno. Murmuraban algunos hermanos de que hubiese sido preferido á ellos en la prelacía teniendo muchos menos años de profesion; y la defensa que opuso á esto fué aumentar su caridad, su paciencia y modestia, y tratar á todos con aquella dulzura angelical que le caracterizaba, y que muy luego le hizo dueño de los corazones de todos.

Un abad, que tenia gran reputacion de virtud, se quejaba un dia en su presencia de los niños que se educaban en su monasterio. «Estamos, dijo, corrigiéndolos contínuamente, y sin embargo cada vez son peores.»—«Y cuando llegan á cierta edad, replicó Anselmo, ¿qué es de ellos?»—«Son estúpidos, y lo mismo que brutos,» respondió el abad.—«Vé ahí, dijo Anselmo, una educacion escelente que convierte al hombre en bruto. Pero decidme, P. abad, si despues de haber plantado un árbol le estrecháseis por todas partes, de modo que no pudiese estender las ramas ni crecer con libertad, ¿dejaria de salir torcido y no menos estéril que desagradable? Oprimiendo así á esos pobres niños, haceis que den lugar á pensamientos tristes y á inclinaciones perversas que se consolidan con los golpes, de modo que la misma continuacion de las correcciones los hace incorregibles. De ahí es que su corazon oprimido no puede abrirse á la confianza ni á las dulces impresiones de la amistad y de la caridad. Las almas fuertes se perfeccionan con los trabajos y humillaciones; pero las débiles necesitan ser convidadas con dulzura y afabilidad á la carrera de la virtud.» Penetrado de este discurso el abad se echó á los pies de Anselmo, confesando que no habia procedido con discrecion y prometiendo enmendarse.

La misma destreza mostraba el santo doctor en la direccion de todas las almas. Estaba tan versado en la ciencia práctica de las costumbres, que descubria á cada uno los movimientos mas imperceptibles de su corazon, el orígen y los progresos de las virtudes y de los vicios, y los medios mas á propósito para corroborar aquellas y estirpar estos. No se mostró menos profundo en las ciencias especulativas. Tenia una metafísica que le era propia, y la adaptaba admirablemente á las verdades de la Religion y á los testimonios de la sagrada Escritura, resolviendo de ese modo muchas cuestiones de teología, oscurísimas en su tiempo y que no habian sido tratadas hasta entonces. Donde manifestó particularmente la sagacidad de su espíritu fué en la primera obra que escribió, intitulada el *Monálogo*, en sus tratados *de la Verdad*, del *Libre Albedrío*, y de la *Caida del demonio*, en que esplica el orígen del mal, y en su obra de dialéctica acerca de las sustancias y

sus modificaciones. En el *Monólogo*, al cual añadió despues el *Prólogo*, se propone buscar con las fuerzas de la razon natural las pruebas metafísicas de la existencia de Dios, de donde pasa al conocimiento de su naturaleza y de las divinas Personas, en cuanto puede alcanzar la razon con el auxilio de la fé. En el *Prólogo* se encuentra el descubrimiento que hizo San Anselmo relativamente al Ser Supremo, cuya existencia, dice, se establece con la sola idea de él, supuesto que siendo la existencia una perfeccion, está necesariamente comprendida en esta idea. Por estos varios escritos ha sido mirado su autor como el mejor metafísico que ha tenido la Iglesia latina despues de San Agustin.

Aunque tenía mucha inclinacion á las ciencias, no pudo satisfacerla como deseaba, á causa de los muchos asuntos que le distraian del estudio, y principalmente porque no pudiendo trabajar ya el venerable Heluino por su edad avanzada, tenia que llevar Anselmo todo el peso del gobierno. Le ocurrió el pensamiento de hacer renuncia de su priorato, y fué á Rouen á consultar al arzobispo Maurilo. Este prelado estaba muy versado en el conocimiento de la vida interior y de la disciplina monástica que habia practicado en Fecamp, de donde le sacaron contra su voluntad para colocarle en la Silla arzobispal. «Hijo mio, dijo á Anselmo, no te dejes engañar de la indolencia, que se oculta muchas veces bajo el horror aparente de los empleos y dignidades. En mi larga carrera he visto muchos que, habiéndose retirado de la direccion de las almas, cayeron en una verdadera pereza y en una relajacion funesta, en vez de encontrar el santo reposo que al parecer se proponian. Por tanto, te mando en virtud de santa obediencia, que conserves tu empleo todo el tiempo que quiera tu abad; y cuando seas llamado á un puesto superior, guárdate de resistirte. Yo sé que la Providencia no tardará en sacarte del grado en que te hallas.» Esta respuesta, que causó á Anselmo una gran afliccion, se verificó en el año 1078, en que inmediatamente despues de la muerte del abad Heluino fué elegido por sucesor suyo, sin faltarle ni un solo voto. Hizo todo lo posible para eximirse de este nuevo cargo, y si cedió al fin, fué por el temor de resistir á la órden de Dios, en vista de lo que le habia dicho el arzobispo Maurilo.

Los bienes que esta nueva abadía poseia en Inglaterra, obligaron al nuevo abad á hacer algunos viages á aquel pais; á lo que le movia tambien en parte el amor que conservaba á su antiguo maestro Lanfranco, que algunos años antes se habia visto precisado á subir á la gran Silla de Cantorberi. En todos los lugares por donde pasaba Anselmo le recibian con distincion, no solo los religiosos, las religiosas y el clero, sino tambien los condes, las condesas y los señores mas poderosos del reino. Sabia, como el apóstol, hacerse todo para todos; se acomodaba á su genio y á sus modales en cuanto podia ejecutarlo religiosamente, y no hablaba con el tono severo de un doctor, sino con el lenguage fácil y afectuoso de un padre que busca la verdadera felicidad de sus hijos. Se tenia por feliz cualquiera que le oia: las personas mas distinguidas eran las que mostraban en esto mayor solicitud, y no habia una en Inglaterra que no creyese desmerecer para con Dios si no prestaba algun servicio al abad del Pico. El mismo rey Guillermo el conquistador, que trataba con tanto imperio á los ingleses, era tan afable para Anselmo, que delante de él parecia otro hombre.

Al advenimiento de Gregorio VII á la Cátedra pontificia le escribió Guillermo felicitándole, y el Papa le contestó en 1074 hablándole de los males que sufria la Iglesia. Viendo que los reyes y los señores, á

pretesto de que sus abuelos habian fundado algunos establecimientos religiosos daban los obispados y los beneficios, no al mérito y á la virtud, sino casi siempre á los que mas ofrecian por ellos ó á los aduladores de su poder ó de sus vicios, no desaprovechaba ocasion alguna de remediar estos males. Exhortó pues á Guillermo á que defendiese la Iglesia, le recomendó estuviese siempre sumiso á la Santa Sede y cuidase como los suyos propios los bienes ó rentas de San Pedro que se recaudaban en sus Estados. En otra carta del año 1077, relativa á la causa del obispo de Dol que habia sido depuesto y que debia ser juzgado de nuevo por sus legados, dice el Papa al rey que no duda de su aquiescencia á lo que ellos decidan, y que el legado Haberto, persona de toda su confianza, le referirá con exactitud lo que por el momento no cree necesario escribir. Pero en ninguna de estas cartas propone San Gregorio al rey, como falsamente se le ha acusado de haberlo propuesto, que prestase juramento de fidelidad á la Iglesia romana. Puede haber dado pretesto á esta acusacion un paso imprudente del legado Teuzon, paso desaprobado por el Pontífice en una carta escrita en 1079 á Huberto. Guillermo respondió á San Gregorio que enviaria cuanto antes el dinero de San Pedro, pero que se negaba á prestar el juramento. «Si la colecta, añade, se ha hecho con negligencia por espacio de tres años, ha sido porque entonces me hallaba yo en Francia. Ahora que estoy en mi reino, os envío lo que se ha recogido en virtud de mis órdenes. Lo demás irá muy pronto. En cuanto al juramento de fidelidad, jamás he querido ni quiero hacer todavia lo que no veo haya hecho ninguno de mis predecesores.» El Papa que fué el primero en desaprobar el paso de Teuzon acerca de este último punto, no dejó de quejarse de que el rey de Inglaterra no permitia á sus obispos que fuesen á Roma, y en particular de que no habia ido Lanfranco en los nueve años que llevaba de arzobispado, por lo cual mandó á este prelado, pena de suspension, que se presentase en aquella capital en el término de cuatro meses. Respondió el arzobispo con modestia y firmeza, que en ningun lugar se apartaria del afecto y respeto que profesaba al Sumo Pontífice, pero que habia solicitado en vano el permiso para ponerse en camino. Aunque el Papa no quedó satisfecho, creyó que no convenia insistir en estos objetos delicados con un príncipe del carácter de Guillermo.

San Gregorio estendió su solicitud pastoral hasta á las estremidades del Norte (1). «Estamos tanto mas obligados á cuidar de vos (escribió á Olaf, rey de Noruega), cuanto reinando al estremo del mundo teneis menos facilidad para instruir á vuestros pueblos y afirmarlos en la Religion. Como la diferencia de lenguas aumenta tambien estos obstáculos, os suplicamos que enviéis á la córte apostólica algunos jóvenes nobles de vuestro pais, para que instruidos á fondo en la ley de Dios, puedan llevar y esparcir entre vuestros súbditos la ciencia de la salvacion (1078).» Tambien escribió á Canuto Ericson, rey de Suecia, pidiéndole que enviase á Roma algunos obispos ó algun otro eclesiástico sueco, hombre capaz y que pueda, dice, darnos idea de las costumbres de vuestra nacion, é instruirse en nuestros usos y leyes, para la santificacion de sus compatriotas (1080).

Boleslao, llamado el cruel, habia sucedido en Polonia al rey Casimiro su padre, que se casó con la hija del duque de Rusia, obteniendo dispensa para dejar la vida monástica. Despues de la muerte de este príncipe, que habia correspondido á las esperanzas de sus súbditos, hizóse generalmente

(1) *Lib. 6 Epist. 13.*

odioso su hijo por su libertinage y su inhumanidad. Habiéndole reprendido muchas veces en público y en secreto San Estanislao, obispo de Cracovia, creyó por último que debia excomulgarle. Se enfureció Boleslao, y le mató por su propia mano, cuando acababa de celebrar el santo sacrificio de la misa, el dia 17 de mayo de 1079. Se refieren muchos milagros que se hicieron en su sepulcro (1), y fué colocado en el número de los santos mártires por Inocencio IV el año 1252.

La iglesia de Armenia ofreció un nuevo campo al celo del Papa San Gregorio. El arzobispo Armenio de Sinnada en Frigia se quejó al Sumo Pontifice por medio de un sacerdote llamado Juan, de que un tal Maquero, arrojado del pais por herege y refugiado en Roma, habia pretendido hacer creer en esta ciudad que sus errores eran la doctrina de los armenios. Hizo San Gregorio varias diligencias para prender á aquel calumniador herético; pero quiso tambien asegurarse perfectamente de la fé de los armenios, á cuyo fin exigió que el arzobispo le enviase una esposicion circunstanciada de la creencia y de los ritos de su iglesia, que aceptase formalmente los cuatro primeros concilios generales, y que condenase al heresiarca Dióscoro (1080) (2).

Nicéforo Botoniate ocupaba entonces el trono de Constantinopla. En 1077, esto es, dos años antes, habian tomado la púrpura él y Nicéforo Brienne, sostenidos por facciones contrarias; pero Botoniate, ausiliado de los turcos, marchó rápidamente hácia la capital del imperio, obligó á sus habitadores á que le abriesen las puertas, é hizo su entrada en ella á 25 de marzo de 1078. El dia 3 de abril siguiente fué coronado por el patriarca Cosme. Miguel Paraspináceo, que habia incurrido en el desprecio público por ocuparse únicamente en diversiones y en tráficos sórdidos, huyó con su familia al palacio de Blanquernas, donde enviaron á buscarle con un mal caballo para llevarle á que tomase el hábito en el convento de Estudio, de donde le sacaron despues para hacerle arzobispo de Éfeso. Derrotado Brienne por Alejo Comneno, general de Botoniate, fué llevado á Constantinopla, donde le sacaron los ojos. Tuvo un hijo de su mismo nombre, el cual escribió despues la historia griega de su tiempo. Nicéforo Botoniate era de una edad muy avanzada, y naturalmente afeminado. Habiéndose puesto en manos de dos esclavos que le indispusieron con Alejo, vistió este la púrpura en el mes de marzo de 1081, y fué coronado el primer dia del siguiente abril. Botoniate se retiró á un monasterio donde tomó el hábito y murió poco despues.

El imperio de Occidente no estaba menos agitado que el de Oriente. San Gregorio VII que tenia que combatir incesantemente la simonía y concubinato de los ministros de la Iglesia, habiéndoselas con príncipes impíos, protectores de los simoniacos y de los concubinarios, y especialmente con un hombre de quien el mismo Voltaire ha dicho que «los emperadores nombraban para los obispados y Enrique IV los vendia;» San Gregorio VII, decimos, procuraba estirpar los abusos usando del derecho que la jurisprudencia de aquella época le atribuia; es decir, que Gefe de la sociedad cristiana, se servia de todo el poder de que estaba revestido para obligar á los reyes, católicos entonces como sus pueblos, á observar las reglas de esta sociedad. Ahora bien: el ejercicio de su poder consistia en castigarlos con penas espirituales, tales como la espulsion de la Iglesia, porque toda sociedad tiene necesariamente potestad para alejar de su gremio á los que la

(1) Bolland. 7, *die Maji*, *t.* 12, *p.* 198.
(2) Greg. *l.* 8, *ep.* 1.

turban; y como la union con la Iglesia, union que quedaba rota por la excomunion, era en el derecho de aquel siglo una condicion para tener dignidad Real, seguíase de ahí que el príncipe, separado asi de la comunion de los fieles y vuelto á la condicion de los paganos, veia por este nuevo hecho desobligados á sus súbditos del juramento de fidelidad que solo se le habian prestado en cuanto profesara el cristianismo y protegiera á la Iglesia. Soberano en lo espiritual y en lo temporal, en cuanto, dice Feller, lo temporal pudiera perjudicar ó favorecer á lo espiritual, San Gregorio acreditaba en todas partes con sus cartas los principios que servian de regla á su conducta, fundándose en la dignidad del poder eclesiástico. «¿Quién hay, dice (1), por poco instruido que sea, que no prefiera el sacerdocio al trono? Y si los reyes, por sus pecados, pueden ser juzgados por los sacerdotes, ¿por quién deberán ser juzgados con mas justicia que por el romano Pontífice?» Llega hasta decir que los buenos cristianos, de cualquier clase que sean, siendo miembros de Jesucristo, merecen mejor ser reputados reyes, que los malos príncipes que son esclavos de Satanás. De aquí lo único que se sigue es que á los malos no se les debe reconocer por *buenos* príncipes; proposicion que es igualmente verdadera tratándose de los prelados de la Iglesia; mas esto no impide se obedezca á los unos y á los otros en todo lo que Dios y su Iglesia no hayan prohibido. Haciendo despues San Gregorio la aplicacion de estas máximas, añade que hay pocos santos y muchos pecadores entre los reyes, y que estos hacen muchos pecados y poca penitencia, en vez de que la Santa Sede hace Santos á los que la ocupan; pero al espresarse así no habla San Gregorio sino de los Pontífices elegidos y ordenados canónicamente, diciendo de estos que se hacen mejores por los méritos de San Pedro y que, si desde luego carecieran de méritos propios, son sostenidos por los de su santo predecesor; de lo cual no se infiere que no puedan pecar. Por otra parte, en esta carta, que está dirigida á Heriman de Metz, siempre habla el Papa de los ministros santos de la Iglesia y de los reyes ó príncipes malos. Cuando se trata de personas, nunca se pone de otro modo la comparacion.

Mientras San Gregorio trabajaba asi en defender la Iglesia contra la corrupcion de sus propios miembros y contra la ambicion y codicia de sus pretendidos protectores, el rey Enrique apelaba á medios decisivos. En el año 1081, á principios del mes de marzo, pasó los montes con un ejército, y el 22 de mayo, víspera de Pentecostés, se presentó delante de Roma acompañado del antipapa Guiberto. Los romanos le cerraron las puertas, y las defendieron con mano armada. Por otra parte no cesó de inquietarle la condesa Matilde, y le trastornó muchos de sus planes con motivo de las plazas inconquistables que tenia en muchos parages. Por esta razon, y quizá mas principalmente por los movimientos que se suscitaron en Alemania, se vió precisado el rey á retirarse sin haber hecho nada (1).

A 9 de agosto siguiente los sajones y los demas alemanes sublevados contra Enrique tuvieron una dieta, y eligieron por rey á Herman de Luxemburgo, que fué coronado en Goslar á 26 de diciembre del año siguiente (1082) por el arzobispo de Maguncia (2). No habiendo podido Eurique evitar este golpe, volvió á entrar furioso en Italia, tuvo sitiada ó bloqueada la ciudad de Roma durante la primavera y casi todo el verano, y aun intentó poner fuego á San

(1) Lab. *t.* 10, *p.* 271.

(1) *Act. Greg. VII. ap. Boll.*, *c.* 3.
(2) Berthold. *ann.* 1081.

Pedro para sorprender á la ciudad mientras los romanos se ocupasen en apagar el incendio; pero San Gregorio, marchando el primero á apagar el fuego, detuvo el que un traidor habia prendido ya en las casas contíguas. Por último, los calores que eran estremados obligaron á Enrique á abandonar su empresa. Se habia esparcido además la voz de que el rey Herman iba á llevar socorro al Papa, y en efecto llegó con este designio hasta Suavia. Volvió, pues, Enrique á Lombardía, dejando guarnicion en algunos castillos de los mas internados, bajo las órdenes del antipapa, el cual le facilitaba de este modo la libre entrada en las cercanías de Roma, é hizo grandes estragos en todo el pais. Entretanto habiéndose restituido Herman á Sajonia, por exigirlo así las circunstancias, renovó Enrique las hostilidades y se halló bajo los muros de Roma en la primavera del año siguiente 1083. Pero como estas violencias no producian otro efecto que el de aumentar el valor de los romanos, tampoco adelantó nada en esta espedicion. De cuatrocientos hombres que habia dejado en un castillo cerca de San Pedro, solo treinta sobrevivieron á una enfermedad que los habitantes miraron como un castigo del Santo Apóstol.

Disimulando entonces su furor, recurrió á sus artificios ordinarios, y procuró atraer á su partido al santo abad de Cluny, que se hallaba entonces en Italia con otros muchos santos personages, diciendo que queria recibir la corona imperial de mano del Papa San Gregorio, y dando muestras de arrepentimiento por su conducta pasada. Se entabló una negociacion, y se convino en celebrar un concilio que efectivamente se celebró del 20 al 23 de noviembre de 1083. Pero Enrique no se presentó en él, y aunque habia prometido con juramento proteger á los que á él fueran, hizo prender en el camino á los diputados de Alemania y á muchos obispos, especialmente á los que tenia por adictos al Papa, tales como Hugo de Lyon, Anselmo de Luca y Renaldo de Como. En esta asamblea, á quien su discurso conmovió hasta prorrumpir en llanto, San Gregorio VII, sin renovar la excomunion contra Enrique, la fulminó contra los que habian impedido á los prelados asistir al Concilio. Entretanto, el rey corrompia con regalos y con amenazas á los diferentes órdenes del pueblo, cansados todos en estremo de un sitio que duraba casi sin interrupcion tres años habia.

En este tiempo, viéndose el emperador Alejo Comneno fuertemente estrechado en Grecia por los ejércitos de Roberto Guiscardo, escribió al rey Enrique, pidiéndole que le llamase la atencion por otra parte, y le envió ciento cuarenta y cuatro mil sueldos de oro, con cien piezas de escarlata. Enrique se sirvió de estas riquezas para corromper enteramente al pueblo de Roma, el cual le abrió por último las puertas y el palacio de Letran, donde entró á 25 de marzo con el antipapa Guiberto, á quien hizo le entronizasen el dia siguiente, y en el de Pascua, 31 del mismo mes, recibió la corona imperial de mano de su Papa. Asi un falso Papa estableció un falso emperador. Inmediatamente pasó Enrique á sitiar á San Gregorio que se habia retirado al castillo de Sant-Angelo; pero le fueron tan fieles la mayor parte de los nobles romanos que no permitian á Enrique ni á Guiberto ir á la Iglesia del Príncipe de los Apóstoles, y aun habia en medio de Roma varias fortalezas que estaban por San Gregorio.

No podia este menos de ceder si no recibia algun ausilio estraordinario. Dos años hacia que no cesaba de instar á Roberto Guiscardo, ocupado en pelear contra los griegos, para que fuese á libertarle (1). Sen-

(1) Gaufr. de Malater. *lib.* 3, *cap.* 35.

tia el valeroso normando dejar unos enemigos que le proporcionaban grandes conquistas; pero sabiendo el apuro á que se hallaba reducido el Papa, y cumpliendo con fidelidad las obligaciones que habia contraido de mirarle como á su señor y de portarse siempre como un hijo afectuoso para con la Iglesia romana, dejó á su hijo Boemundo con una parte de su ejército para continuar la guerra de Grecia, y pasó á Italia con el resto de sus tropas. Estaba personalmente irritado por la amistad del emperador Enrique con Alejo, y por la imprudencia de los lombardos que indiscretamente se habian jactado de que arrojarian de Italia á los normandos luego que hubiesen acabado con el partido del Papa San Gregorio. Apenas desembarcó en Otranto el duque Roberto se dirigió á Roma, á donde llegó á principios del mes de mayo del año 1084 (1).

Enrique, que no se hallaba en estado de resistirle, se habia retirado ya hácia la Lombardía, desde donde quiso que esperimentase los efectos de su despecho la condesa Matilde, sin ninguna consideracion á los vínculos de la sangre, los cuales parecia que le inspiraban un ódio mas implacable; pero habiendo ocurrido nuevas turbulencias en Alemania, se vió obligado á pasar á aquel pais sin pérdida de tiempo. Estando los lombardos en guerra con la animosa Matilde, no tuvo Roberto mas enemigos que los romanos sublevados contra el Papa; y aunque le opusieron resistencia los venció sin gran dificultad, sirviendo solo aquella para que Roberto permitiese á su tropa el saqueo para castigar á los romanos por su traicion. Al momento sacó al Papa del castillo de Sant-Angelo, le restableció en el palacio de Letran, y despues, habiendo salido de Roma, redujo en poco tiempo á la obediencia de San Gregorio gran número de castillos y ciudades.

No fueron mas felices los cismáticos en Toscana ni en Lombardía. Al principio hicieron una invasion tan repentina en los Estados de Matilde, que sorprendidos sus vasallos apenas pudieron reunir alguna gente. San Anselmo, obispo de Luca y director de la princesa, suplió la escasez de tropa con el valor que supo inspirarla (1). Tenia tan gran reputacion de sabiduría y de santidad, que se creia no poder errar ni dejar de recibirse las bendiciones del cielo en las cosas que se emprendian por consejo suyo. En realidad tenia tal delicadeza de conciencia que por haber recibido del príncipe, aunque con la aprobacion del Papa, la investidura de su obispado, fué á Cluny á abrazar la vida monástica, conservando toda su vida el hábito de monge, y no volvió á ejercer las funciones episcopales hasta que se lo mandó espresamente el Papa San Gregorio. Fué tal su desinterés que teniendo el mayor influjo con su soberana vivió siempre pobre él y los suyos. Desechaba con indignacion los regalos, á veces de mucha consideracion, que se le ofrecian con el objeto de conseguir mercedes de la princesa. «Si es injusto lo que piden, decia, seré yo cómplice de su injusticia; y si es justo, seria un robo obligarlos á comprar lo que les es debido.»

Envió su penitenciario á los combatientes para darles su bendicion, para absolverlos particularmente de las censuras en que pudiesen haber incurrido, y para instruirlos de qué modo y con qué intencion debian pelear, á fin de que sus trabajos y peligros sirviesen para la expiacion de sus pecados. Dieron la batalla con tanto denuedo que á la primera acometida volvieron la espalda

(1) Berthold. *ann.* 1084.

(1) *Vit. S. Anselmi, saec. VI Bened. part.* 2, *pag.* 471.

los cismáticos. Hicieron prisioneros á muchos señores y á un sin número de soldados, y cogieron una cantidad prodigiosa de caballos, armas y bagages; pero lo mas asombroso y que se miró como un efecto visible de la proteccion del cielo fué que no podian contarse los cismáticos que habian quedado muertos en el campo de batalla, y que entre todos los católicos no hubo mas que tres hombres muertos y pocos mas heridos. Esta victoria abatió considerablemente el partido opuesto al Papa San Gregorio, y redujo á su obediencia una multitud infinita de penitentes. Para reconciliarlos y suplir en todo lo demas la falta de obispos católicos, que eran muy raros en Lombardía, fué instituido Anselmo legado de la Santa Sede en toda esta provincia.

Como habia aun mucha fermentacion en Roma y no podia detenerse allí, Roberto Guiscardo, aconsejó al Papa que se retirase á Monte-Casino, donde estaria con mas quietud y seguridad. Siguió San Gregorio este consejo, y pasó despues de algun tiempo á Salerno, donde se hallaba en la primavera del año 1085, cuando fué acometido de una enfermedad que desde luego tuvo por incurable. Los obispos y los cardenales que estaban á su lado le suplicaron que designase un sucesor capaz de defender á la Iglesia en el estado de desolacion en que se hallaba; y él les respondió que la eleccion no podria menos de ser acertada siempre que recayese en el cardenal Didier, abad de Monte-Casino, el cual le sucedió efectivamente, ó en Othon, legado y obispo de Ostia, que fué tambien Papa con el nombre de Urbano II; ó bien en el legado Hugo, arzobispo de Lyon. Como Othon estaba en su legacion de Alemania, y Hugo en las Galias, aconsejó principalmente San Gregorio que se eligiese á Didier, el cual habia ido á ver al Papa luego que tuvo noticia de su enfermedad, con ánimo de asistirle en la hora de la muerte; pero el Santo le predijo que no se hallaria presente cuando esta ocurriese. Y efectivamente sucedió asi, pues el abad tuvo que dejarle muy luego para ir á socorrer su monasterio que se vió atacado por algunos normandos.

Entretanto, dice el cismático Sigeberto (1), como en vista de los principios y de los procedimientos asombrosos de San Gregorio VII habia algunas inquietudes, que no se le pudieron ocultar, acerca de su conciencia y del destino próximo de su alma, levantó los ojos al cielo y dijo: *subiré á él y no cesaré de encomendaros á Dios.* Procuraron sostenerle en esta esperanza con la memoria de lo que habia hecho y padecido por la Iglesia. «Hermanos mios, replicó, de lo que menos caso hago es de mis trabajos. El único motivo de mi confianza consiste en que he amado la justicia y aborrecido la iniquidad.» Le preguntaron tambien si antes de comparecer en el tribunal del Juez Supremo queria usar de indulgencia con aquellos á quienes habia anatematizado, á lo que respondió: «excepto Enrique, Guiberto y sus principales fautores, doy la absolucion y mi bendicion á todos los que creen sin vacilar que tengo especialmente esta potestad como vicario de los Apóstoles San Pedro y San Pablo. De parte de Dios, añadió, y por la autoridad de los SS. Apóstoles, os prohibo reconocer por Papa á ninguno que no haya sido elegido canónicamente.» Entró despues en una dulce agonía, y habiendo repetido: *he amado la justicia y aborrecido la iniquidad, por esto muero en el destierro*, espiró el domingo 25 de mayo del dicho año.

La *Vida* de este gran Papa fué escrita unos cincuenta años despues de su muerte por Pablo Benriendens, canónigo de Baviera, y en ella refiere muchos milagros que

(1) Sig. *ann.* 1085.

atestiguaron la santidad de Gregorio VII. Como unos sesenta años despues de la muerte del Pontífice, mandó el Papa Anastasio IV que le pintasen con la aureola y el título de Santo en un oratorio de San Nicolás. En 1577 Marco Antonio Colonna, arzobispo de Salerno, halló su cuerpo entero é incorrupto con los ornamentos pontificales. En 1584 hizo insertar su nombre Gregorio XIII en el martirologio romano. Paulo V, por su Breve de 1609, permitió al arzobispo de Salerno honrarle como Santo con oficio público. Por último, en el pontificado de Benedicto XIII, se puso su oficio en el Breviario romano con unas lecciones, que han sido violentamente criticadas por los jansenistas, suprimidas por los parlamentos en Francia y por el emperador en Alemania como contrarias al derecho de los reyes. Los príncipes, que de ese modo rechazaban en San Gregorio VII la autoridad de la Iglesia, no debian tardar en expiar su criminal locura (*a*).

El famoso Roberto Guiscardo, que habia libertado á este Pontífice, murió poco despues digno de su reputacion y de su fortuna, que él mismo se habia labrado. Habiendo nacido en Normandía en la clase de simple caballero, sin mas bienes que su espada, su habilidad y su grandeza de alma, dejó á sus dos hijos Rogerio y Boemundo un Estado floreciente, siendo él mismo respetado de los italianos que miraban con grandes celos sus progresos, infundiendo terror á los sarracenos y haciéndose temible hasta en lo mas remoto del Oriente, donde fué de los primeros que ilustraron el nombre francés.

Diez meses despues de la muerte del Papa San Gregorio murió tambien San Anselmo de Luca á 18 de marzo, en cuyo dia honra la Iglesia su memoria (1). Estaba desterrado de su iglesia hacia muchos años de resultas de la rebelion de su clero que habia abrazado el cisma de Guiberto y recibido un nuevo obispo de mano del rey Enrique. Se hallaba en Mántua cuando conoció que estaba cercana su muerte. En medio del torbellino mas impetuoso de los negocios y contradicciones, jamás perdia de vista las verdades eternas. Era tan amado de los buenos eclesiásticos como insufrible á los que no querian revestirse del espíritu propio de su estado. Solia decir que querria mas que la Iglesia no tuviese clérigos ni monges que tenerlos desarreglados. Rodeado en sus últimos momentos de los discípulos que le habian sido fieles, les dió su bendicion, encargándoles que perseverasen en la pureza de la fé y en la santa unidad, despues de lo cual espiró tranquilamente. El autor de su *Vida*, que fué su penitenciario y que estuvo siempre á su lado por espacio de muchos años, refiere algunos milagros que hizo San Anselmo mientras vivió, y otros en mayor número que se hicieron en su sepulcro. Este santo obispo fué siempre muy adicto al Papa San Gregorio, cuyos procedimientos defendió con sus escritos.

Conforme al deseo de San Gregorio VII, que aun despues de su muerte era decisivo en la Iglesia, se hicieron las mas vivas instancias al abad de Monte Casino, para dar cumplimiento á las intenciones de aquel Pontífice (2). Pero en el espacio de cerca de un año, en que no se cesó de representar á Didier la Silla de San Pedro abandonada como un navío sin piloto á las tempestades mas peligrosas, no fué posible determinarle á que tomase en la mano su timon.

(*a*) Acerca de San Gregorio VII véase la Disertacion que pondremos al fin de este tomo, donde se vindica su memoria y se refuta á sus acusadores. Puede verse tambien el conde de Maistre en su obra titulada *Del Papa*. (*N. del E.*)

(1) Vit. S. Anselmi, *cap.* 4 *et* 6.
(2) Chron. Cass. *lib.* 3, *cap.* 63.

Viendo por último los que estaban encargados de elegir el nuevo Pontífice, que el antipapa Guiberto se aprovechaha de esta vacante, y que nada se adelantaba con Didier, se valieron de otros medios mas seguros que el de la persuasion. Ya no le hablaron de pontificado, y duró tanto la disimulacion que se le dió motivo para pensar que los electores habian puesto los ojos en otro. Se juntaron despues en Roma los cardenales y los obispos, y llamaron al abad de Monte-Casino, el cual habia prometido que ya que no se creia en disposicion de poder gobernar la Iglesia, la serviria en todo lo demas que dependiese de él. Se puso en camino sin ningun recelo, y llegó el dia 23 de mayo, víspera de Pentecostés. En el mismo dia se le repitieron las súplicas que tantas veces se le habian hecho sin conseguir el objeto á que se dirigian. Una y otra vez se echaron á sus pies los prelados, y muchos de ellos acompañaron esta demostracion con lágrimas. Pero él se negó invenciblemente á condescender con sus deseos, protestó que jamás consentiria en admitir dignidad que le ofrecian, y dijo que se encerraria en su monasterio, sin volver á tomar ninguna parte en los asuntos de la Iglesia. Duraron las instancias hasta la noche sin adelantar nada, y los prelados se retiraron llenos de desconsuelo (1086).

El dia siguiente, que era la Pascua de Pentecostés, volvieron todos muy de mañana á hacerle las mismas instancias; pero persistió en su negativa con tanta firmeza que perdieron la esperanza de vencerle, y faltó poco para elegir al obispo de Ostia, á quien proponia Didier en su lugar. Sin embargo, habiendo esclamado un cardenal que jamás consentiria en semejante cosa, esta su perseverancia, como si fuera inspirada, redujo á los demas á su primer designio. Inmediatamente, y de comun acuerdo, los obispos, los cardenales, el clero de segundo órden y los ciudadanos de todas clases, rodearon á Didier, le cogen por fuerza y le trasladan á la iglesia de Santa Lucía, donde le eligen por Papa segun las formalidades canónicas y le dan el nombre de Victor III. Le revistieron de la capa encarnada, á pesar de su resistencia, pero no pudieron ponerle el alba. Cuatro dias despues escitaron en Roma tales alborotos los partidarios del emperador Enrique, que se vió precisado el nuevo Papa á salir de la ciudad, con todos los que se habian declarado á su favor. Luego que llegó á Terracina, dejó la cruz, la capa y las demás insignias del pontificado, sin que fuese posible estorbárselo ni persuadirle á que volviese á ponérselas. Estaba resuelto á pasar en peregrinacion el resto de sus dias, queriendo mas vivir de este modo que aceptar aquella dignidad. No obstante, se restituyó á Monte-Casino, donde permaneció inaccesible durante un año entero. Al fin en 9 de mayo de 1087, habiendo sido arrojado el Antipapa Guiberto de la iglesia de San Pedro, de la que se habia apoderado violentamente, fué consagrado en ella el Papa Victor con las ceremonias de estilo, en medio de las aclamaciones del pueblo y del clero. El duque de Calabria, Rogerio hijo de Roberto Guiscardo, y Jordan, príncipe de Cápua, ayudaron poderosamente á los prelados á sostener y á persuadir á Victor, el cual temió por último incurrir en la ira de Dios si abandonaba mas tiempo á la Iglesia dejándola espuesta á los terribles males que padecia. Despues de haber estado en Roma como unos ocho dias, volvió otra vez á Monte Casino, pero considerándose ya encargado del régimen universal de la Iglesia (1).

El mismo dia en que fué consagrado el Papa Victor, llegaron á Bari, ciudad de la Pulla, las reliquias de San Nicolás de Mira,

(1) *Chron. Cass. lib. 3, c. 55.*

conducidas por algunos comerciantes de la misma ciudad, que las habian robado, creyendo honrarse con esta accion (1). Aunque estas reliquias eran muy célebres en Oriente y aun en Occidente, como se ve por los martirologios de Adon y de Usuardo, estaban fiadas al cuidado de solo tres monges en una iglesia del pais de Mira, situada en un parage casi desierto. Los comerciantes italianos hicieron en una costa inhabitada un desembarque con cuarenta y cuatro hombres que sacaron de sus navíos, se internaron hasta la distancia de tres millas, y consumaron su robo piadoso, sin haber hallado la menor resistencia. Los habitantes de Mira, que no era ya mas de una aldea situada encima de un monte á una milla de la iglesia en que descansaban las reliquias, no supieron que se las habian llevado hasta que estaban ya en alta mar. Al momento acudieron á la orilla bien provistos de armas; pero solo pudieron dar vanos testimonios de furor y de desconsuelo, cosas que se llevaba el viento con los robadores de su santo tesoro. Luego que llegó este á Bari, hubo un concurso prodigioso de las ciudades y pueblos inmediatos, y despues de toda Italia y de los demas paises de Occidente. En el primer dia hubo mas de treinta personas que sanaron de toda género de enfermedades, y muy en breve fué imposible contar estos milagros, segun refiere el arcediano Juan que habia sido testigo de ellos, y escribió poco despues la historia de esta traslacion. La gran celebridad del culto de San Nicolás en todo el Occidente desde aquella época es por sí sola una prueba irrefragable de las maravillas que allí se hicieron.

En este mismo año fallecieron dos santos personages, honrados por la Iglesia con culto público. El primero es San Arnulfo ó Arnoldo, obispo de Soissons, que murió en el monasterio de Aldemburgo, fundado por él mismo en Flandes (1). Habia nacido en Brabante, de padres nobles, y al principio se distinguió en el ejercicio de las armas. Favorecido desde entonces con las bendiciones del Señor, se negó á varios matrimonios honoríficos que se le propusieron con grandes posesiones; y con pretesto de pasar á la córte de Francia, abandonó su pais, y fué á abrazar la vida monástica en San Medardo de Soissons. Algun tiempo despues se constituyó en el estado de recluso, con el permiso de su abad. En este retiro austero no comia mas que un poco pan de cebada, ni tenia mas bebida que el agua; estaba á cielo descubierto de dia y de noche, y observaba un silencio tan rigoroso que estuvo tres años y medio sin hablar, esto es, hasta que le sacaron de su reclusion, para que se encargase del gobierno de la abadía. Luego que le mandó su obispo Thibaldo tomar el báculo que le habian destinado los monges, pidió por escrito (temiendo quebrantar el silencio) que se le concediese espera hasta el dia siguiente á fin de examinar despacio la voluntad de Dios. Se condescendió con sus deseos, pero se le pusieron guardas de vista para que no huyese aprovechándose de las tinieblas de la noche; mas habiéndose dormido los que le guardaban, saltó las tapias y huyó á las cercanias de Laon. Supo allí que le buscaban con grande anhelo, y descubriendo al mismo tiempo un lobo se puso á seguirle, figurándose que aquel animal silvestre le alejaria seguramente de los hombres; pero sucedió todo lo contrario, porque yendo detrás de la guia feroz que habia elegido, se acercó á Soissons por caminos desconocidos y no tardó en ser descubierto. Conociendo entonces la voluntad de Dios, rom-

(1) Sur. *die 9 Maji.*

(1) *Saec. VI. Bened. part. 2, pag.* 528.

pió el silencio y se rindió á los deseos de sus hermanos.

Muy en breve manifestó su talento estraordinario para el gobierno. En poco tiempo volvió á poner el monasterio (que estaba casi arruinado) en el mejor pié, así en lo espiritual como en lo temporal. Como tenia disposicion para todo, y habia sido anteriormente gran soldado, exigió el rey Felipe que le acompañase á la guerra con los vasallos de la abadía, segun la costumbre antigua; pero el Santo quiso mas bien dejar el báculo, que volver otra vez al tumulto del siglo despues de haberle renunciado, y abrazó de nuevo la vida de recluso, donde se ilustró con todas las virtudes propias de aquella profesion, y aun con grandes obras de caridad, con prodigiosas conversiones, con el espíritu de profecía y con milagros brillantes. Esto era San Arnulfo cuando le arrancaron segunda vez de la soledad, para colocarle en lugar de Ursion, intruso en la Sila de Soissons despues de la muerte del obispo Tibaldo. Se le obligó al humilde Arnulfo á presentarse, pena de excomunion, en el concilio de Meaux, donde el legado Hugo le mandó en virtud de santa obediencia que aceptase el obispado (1080). Al ponerse en camino para Soissons, envió á decir á la reina Berta, la cual le habia suplicado pidiese al cielo que le diese hijos, que estaba embarazada de un niño que se llamaría Luis y sucederia al rey su padre. Cumplióse puntualmente la prediccion con el nacimiento de Luis el Gordo, verificado en aquel mismo año, que era el de 1087. Algun tiempo antes habia profetizado el santo á la misma princesa, la cual desterró á Geraldo, abad de San Medardo, que seria desterrada del reino, y moriria llena de afliccion y de vilipendio: lo que se cumplió con menos prontitud, pero con igual puntualidad, como veremos mas adelante.

Tantas virtudes y dones maravillosos no bastaron para hacer que Arnulfo viviese con mas tranquilidad en su Silla; porque si bien su pueblo y todas las personas estimables de su clero le manifestaban la mas completa adhesion; con todo, el usurpador Ursion, protegido por el rey, se mantuvo en posesion de la Silla, y el obispo legítimo se vió reducido á establecerse en el castillo de Ouchi, en la misma diócesis, donde ejercia sus funciones mediante la proteccion de Tibaldo, conde de Champaña. En el año 1084, pasó á Flandes de órden del Papa, con una comision tan delicada, que nadie se habia atrevido á encargarse de ella; tratábase de interceder con el conde Roberto, príncipe violento y celosísimo de conservar su dominio, á favor de algunas personas acusadas de conspiracion contra él; y no solo aplacó el Santo á aquel príncipe terrible, sino que restableció la concordia y la caridad cristiana entre unos pueblos tan acostumbrados al derramamiento de sangre que los parientes mas cercanos se mataban por las menores desavenencias. Entonces fundó un monasterio de monges benedictinos en Aldemburgo. En el mismo año volvió á su diócesis para atender al gobierno de ella; pero como continuase atormentándole el rey Felipe, renunció un obispado en que no podia hacer ningun bien, y fué á encerrarse en su antigua celda de recluso, para pensar únicamente en la muerte. Habiéndose renovado en Flandes los desórdenes al cabo de dos años, fueron las principales personas de la ciudad de Aldemburgo con un monge de aquel monasterio á suplicarle que los socorriese. No pudo negarse á sus instancias y á sus lágrimas, pero cayó enfermo á los siete dias de su llegada, y murió á las tres semanas. Lo que no habia podido conseguir de los flamencos por medio de sus palabras, lo logró con la elocuencia muda de sus reliquias, las cuales les representaron viva-

mente todo lo que les habia dicho acerca de la felicidad de servir en paz al Señor.

San Canuto, rey de Dinamarca, el mismo, segun se cree, á quien se dá el nombre de Acon en las cartas de San Gregorio VII, mereció ser colocado entonces en el número de los mártires por el celo de la fé, que fué causa de su muerte. Con el objeto de estender la Religion mas bien que de hacer conquistas, continuó las espediciones de su padre contra los bárbaros que habitaban al oriente del mar Báltico (1). Despues de haber acabado con los reinos de Curlandia, Sembria y Estonia, se aplicó principalmente á establecer el reinado de la justicia y el esplendor de la Iglesia. A fin de conciliar á los obispos la veneracion de los pueblos, en quienes tiene tanto influjo el lustre esterior, los igualó con los duques que formaban el primer órden del Estado. Eximió al clero de la jurisdiccion secular, y permitió á los jueces eclesiásticos imponer castigos por los delitos contra la Religion, atribuyéndoles el conocimiento esclusivo de estos asuntos. Quiso tambien que se pagasen los diezmos; pero esta providencia causó una revolucion general, y los señores de quienes esperaba mayor fidelidad fueron sus mas peligrosos enemigos. Se vió precisado á huir á Sleswick, y despues á la isla de Fionia, donde estando oyendo misa, como lo tenia de costumbre todos los dias, fué acometido por los rebeldes. Viendo que echaban abajo las paredes, llamó un sacerdote, se confesó con grandes sentimientos de penitencia, y luego se postró delante del altar con los brazos en cruz. En esta postura recibió mil heridas sin hacer el menor movimiento. Los milagros que se hicieron en su sepulcro manifestaron muy pronto su santidad. Fueron tales, que no pudiendo negarlos los autores de su muerte y no queriendo confesar su delito, dijeron que se habia santificado por medio de la penitencia en los últimos momentos de su vida.

No se debe confundir á este santo rey con su sobrino el duque Canuto, tambien mártir, á quien honra la Iglesia el 7 de enero. La reina Adela, viuda del rey Canuto, se retiró con su hijo Cárlos á los Estados de su padre Roberto el Frison, conde de Flandes. Heredó luego Cárlos este condado, en el cual se mostró digno de la sangre de los santos que circulaba por sus venas, y mereció ser colocado tambien en el número de aquellos que reciben culto público de la Iglesia. Algunos cronologistas de buena nota refieren la muerte del rey Canuto al año 1086.

La de Guillermo el Conquistador hizo tanta sensacion en el mundo cristiano, que no era posible se dudase de la época en que sucedió (1). Habia entrado en Francia este príncipe para vengarse del rey Felipe por una chanza que se le escapó contra él, y le dió en efecto una leccion eternamente memorable á todos los príncipes burlones. Habiendo preguntado Felipe, á causa de la gordura escesiva de Guillermo que le obligaba á estar mucho tiempo en cama, ¿cuándo se levantaba despues de su parto? «Por el esplendor de Dios (dijo Guillermo) que sabrá cuándo me levanto, al ver la luz funesta de las hachas encendidas que le he de llevar.» Cumplió su palabra, entró inmediatamente en Francia, lo incendió todo, consumió las viñas y las mieses, y deteniéndose algun tiempo en la ciudad de Mantes, redujo á cenizas la iglesia de Nuestra Señora y algunos reclusos, cuyas celdas estaban contiguas á ella. Al momento fué acometido de la enfermedad que le

(1) *Bell. Saw. lib.* 11, *pag.* 194.

(1) Oderic. *lib.* 7, *pag.* 665.

quitó la vida, y luego que calmó su furor, creyó que era un castigo de sus atrocidades. Mandó que le llevasen á Rouen, donde Guiberto, obispo de Lisieux, y Gontardo, abad de Jumiega, que eran sus médicos, le anunciaron que le faltaban muy pocos dias de vida. No pudo menos de gemir cuando oyó una noticia tan fatal. Sin duda temia poco este héroe á la muerte, pues la habia arrostrado tantas veces en los combates; pero le estremecia el juicio terrible del Señor, al cual iba á presentarse antes de haber hecho penitencia.

Sin embargo, trajo á la memoria los grandes sentimientos de Religion que jamás habia perdido, aunque no siempre los puso en práctica. A fin de expiar, en cuanto se lo permitian las circunstancias, los pecados que habia cometido, legó sus tesoros á las iglesias y á los monasterios, y en particular mandó dar una cantidad considerable de dinero al clero de Mantes, para reedificar las iglesias que habia quemado en la última guerra. Hecho esto, se confesó, detestó públicamente los escándalos de su conducta, y recibió el Santo Viático con vivas demostraciones de arrepentimiento. Despues concedió la libertad á todos los prisioneros, escepto Odon, hermano suyo uterino, obispo de Bayeux. Le pidieron que no hiciese una escepcion que podria dar motivo para sospechar algun resentimiento. Pero Guillermo, digno del trono hasta la última hora de su vida, supo distinguir entre la causa de este y la de sus intereses personales. «Vosotros me pedís, dijo, por un obispo que es la deshonra de la Religion, y por un sedicioso que luego que se vea en libertad volverá á ser el azote del reino.» No obstante cedió á sus ruegos, no por un vano escrúpulo, cuya debilidad era incompatible con el carácter de este grande hombre, sino porque veia que era inútil insistir en su empeño, y que despues de su muerte no dejaria de quedar libre un cautivo tan ilustre (1087).

Quiso evitar Guillermo, en cuanto estuviese en su mano, todo motivo de disturbio, disponiendo él mismo de sus Estados. Tenia tres hijos, que eran Roberto, Guillermo y Enrique. Roberto se habia rebelado muchas veces, y estaba todavia en la córte del rey de Francia: Guillermo y Enrique permanecian con su padre. Aunque era Roberto el primogénito no se le dió mas que el ducado de Normandía; á Guillermo que era el segundo de los tres se le adjudicó el reino de Inglaterra, y á Enrique se le dieron pensiones, con una cantidad considerable de dinero. Tomando despues el rey la palabra delante de todos, y proponiendo á sus hijos lo que debian imitar en su conducta, dijo con un tono muy patético: «Yo he honrado siempre á la Iglesia y jamás he vendido las dignidades eclesiásticas; al contrario, he creido que una de mis obligaciones mas principales era la acertada eleccion de prelados. Ahí teneis á Lanfranco, arzobispo de Cantorbery, y á Anselmo, abad del Pico, entre otras tantas personas piadosas y sábias, á quienes he constituido en dignidad. Los llamaba de todas partes para tenerlos á mi lado, y me gobernaba por sus consejos. Mis padres habian fundado en Normandía nueve abadías de monges y una de religiosas; y gracias á Dios han florecido mas y mas en mi reinado, y mediante mis beneficios. Tambien he confirmado gratuitamente todas las donaciones que han hecho mis barones á la Iglesia, asi en Inglaterra como en Normandía. Desde que soy duque, se han edificado diez y siete monasterios de hombres y seis de mugeres, en los que se sirve al Señor con edificacion. Estas son las mas seguras fortalezas de la Normandía; debeis, pues, defenderlas de la impiedad, asi como ellas os defienden de los insultos del infierno.» Algunos momentos despues de este

discurso, oyó tocar á prima en la catedral, y levantando los ojos y las manos al cielo, dijo: «me encomiendo á nuestra Señora la Santísima Virgen Maria Madre de Dios, y la suplico me reconcilie con su Hijo.» Diciendo estas palabras espiró.

Asi murió á los sesenta años de su edad el mayor príncipe de su siglo, de una fuerza y de una estension de espíritu rara en todos tiempos, muy amante de la justicia, celoso del buen órden, tan enemigo del latrocinio, que llegó á esterminarle de sus Estados, y de tan buen corazon que supo conciliar la magestad y soberanía del imperio con la cordialidad y la dulzura de la amistad. Honró y protegió constantemente á la Religion, siendo en este punto tal cual nos le representa el discurso que acabamos de trascribir. Dócil hasta la muerte á las lecciones de Lanfranco, temia tomar la menor parte en el cisma que continuaba desolando á la Iglesia.

El Antipapa Guiberto seguia siendo dueño de la mayor parte de Roma, y habitaba en medio de la ciudad, en la iglesia de la Rotunda. Entretanto manifestando la condesa Matilde la misma adhesion al Papa Victor que á su predecesor, pasó á Roma, y envió á Monte-Casino á invitar al Pontífice á que fuese á tratar con ella de los medios de dar la libertad á la Iglesia. A pesar de su quebrantada salud, no quiso Víctor perder una ocasion tan favorable, y el dia de San Bernabé celebró la misa en la Basílica de San Pedro, de la cual era todavia dueño el Pontífice legítimo, como tambien de la isla del Tiber, en donde se estableció, del barrio de Transtiber ó Transtevere al otro lado del rio, del castillo de Sant-Angelo, y de las ciudades de Ostia y de Porto. Tenia á su favor la mejor parte de la nobleza y casi todo el pueblo, lo que no impidió á los partidarios del Antipapa hacer el dia 28 de junio algunas tentativas contra la iglesia de San Pedro, las que á la verdad les fueron infructuosas; pero interrumpieron el culto divino, de suerte que la fiesta del Príncipe de los Apóstoles fué tan tumultuosa, que no se pudo celebrar en su iglesia ningun oficio de dia ni de noche.

Se aumentaron las inquietudes con la noticia de que el famoso legado Hugo, arzobispo de Lyon, unos de los tres sugetos designados por San Gregorio VII para sucederle, se habia declarado contra la eleccion de Victor (1). La larga resistencia del abad Didier dió motivo á Hugo para concebir algunas esperanzas de su propia eleccion, las que habiéndose desvanecido, ocupó su ánimo el mas furioso despecho. Asi degenera con demasiada frecuencia la virtud de aquellos ardientes promotores de reformas, y de aquellos que muestran un celo inquieto por todas las buenas obras ruidosas que solo sirven de ocultar el gusano del amor propio para que roa sordamente su fruto. Tal es por lo menos la sospecha que se concibió contra Hugo en vista de sus invectivas, pues publicó contra Victor unas calumnias que no tenian ni aun sombra de verosimilitud, atendida la constante humildad de aquel Pontífice, pero que contribuyeron á aumentar las turbulencias y á confirmar á los cismáticos en su rebelion.

No menos indiferente Victor á las injurias que á los elogios, solo trató de la exaltacion de la Iglesia, de cuyo gobierno se le habia obligado á encargarse, siendo él el primero que á pesar de los desastres que la afligian en su centro, intentó llevar á cabo el proyecto concebido por San Gregorio VII, de echar por tierra el coloso del poder musulman. Despues de confirmar la excomunion del emperador Enrique, de acuerdo con los cardenales y obispos, reunió un ejército de casi todos los pueblos de Italia,

(1) *Chron. Vird. pag.* 233.

les dió el estandarte de San Pedro con la esperanza de obtener el perdon de sus pecados, y les hizo marchar con intrepidez al Africa. Desembarcaron cerca de Mehedia, derrotaron cien mil sarracenos, y se apoderaron de la ciudad. En el mismo dia llegó la noticia á Italia, lo que se tuvo por milagro. Sin embargo, no vemos que esta espedicion tuviese por entonces grandes resultados; pero enseñó á los occidentales lo que de su valor, animado por la Religion, podian prometerse contra los infieles. Esta fué la primera levadura de la fermentacion general que no tardó en armar por siglos enteros al Occidente contra el Oriente.

A fin de remediar al propio tiempo las turbulencias que conmovian á la Iglesia y que eran causa de que no pudiesen congregarse en Roma los prelados, se trasladó el Papa á Benevento para celebrar un Concilio. Despues de pronunciar en él la sentencia de deposicion y de anatema contra Guiberto, escomulgó tambien como á cismáticos á Hugo de Lyon, y á Ricardo, abad de Marsella, su cómplice; y en seguida prohibió generalmente, pena de anatema, á los legos dar la investidura de los beneficios, y á los eclesiásticos recibirla. Estos decretos fueron recibidos con respeto por todos los obispos. Pero no vió Victor su ejecucion. Cayó enfermo mientras se celebraba el Concilio, el cual no duró mas que tres dias. Luego que se concluyó, volvió el Papa á Monte-Casino, donde hizo dimision de la abadía que habia conservado hasta entonces, y estableció por abad á Oderiso, diácono de la iglesia romana (1). Habiendo llamado despues á los obispos y cardenales, les encargó que eligiesen por Papa, segun la intencion de San Gregorio VII, á Oton, obispo de Ostia. Mandó preparar su sepulcro en la sala del capítulo, y murió tres dias despues á 16 de setiembre de 1087, á los cuatro meses y siete dias de haber sido consagrado; de manera que, habiendo sido elegido en 24 de mayo del año anterior, empleó menos tiempo en el gobierno del pontificado que en determinarse á aceptarle (2). Despues de su muerte estuvo vacante seis meses la Santa Sede, y fué combatida de tantas tempestades que nunca se conoció con mas evidencia la solidez de la basa divina en que está fundada.

(1) *Chron. Cass. lib.* 3, *cap.* 69; Bertold. *ann.* 1083.
(2) *Chron. Cass. lib.* 3, *cap.* 73.

DISCURSO

SOBRE

LA SEGUNDA EDAD DE LA IGLESIA.

La historia del establecimiento de la Iglesia y de sus primeros progresos, ha debido convencer de su origen divino á todo hombre recto y amante de la verdad. En efecto, procediendo con esta rectitud y amor al bien, es imposible, á no ser que se sofoquen todos los sentimientos que dicta la equidad, dejar de rendirse á las vivas impresiones de la luz que despidió constantemente la Iglesia en todo el discurso de su primera edad. El campo que acabamos de recorrer, no es sin duda alguna tan ventajoso; á un dia tan brillante no podian menos de seguirse dias nebulosos. Se necesitaban sombras en este cuadro magnífico; pero están dispuestas por una mano infinitamente sábia, y lejos de confundir sus rasgos magestuosos, contribuirán á hacer que resalten mas y mas.

Algunos sectarios, á quienes no se puede negar el título de sabios, pero que tenian mucho mas artificio que doctrina, han dado á esta segunda edad el nombre de *edad de ignorancia*; pero tenian designios é intereses, que debian sin duda impedir á los ortodoxos adoptar este nuevo lenguage. Sin embargo, no nos quejaremos de esta denominacion que tiene cerca de tres siglos de antigüedad; porque ¿qué importa la espresion, con tal que se comprenda su verdadero sentido? No tendremos dificultad en confesar que la luz no fué tan resplandeciente en los cinco siglos que hemos recorrido ahora, como en los seis anteriores; y en este sentido comparativo dése enhorabuena si se quiere el nombre de siglos de ignorancia al décimo é inmediatos. Pero persuadirse que en esta larga série de años ó en un solo momento de la duracion de la Iglesia se haya apagado enteramente la lámpara del santuario, es suponer un rompimiento total de la alianza del Señor con su pueblo, y destruir toda la economía de la Religion.

Aquí es donde importa sobre todo añadir á la relacion de los hechos algunas observaciones que muestren en ellos la obra del Altísimo. Las que hemos hecho sobre los seis primeros siglos han manifestado la divinidad de la Religion ó de la Iglesia en su establecimiento. Reconozcámosla pues igualmente en su conservacion contra los peligros de la segunda edad, esto es, contra las tinieblas de la ignorancia que fueron en ella mas densas que en los tiempos que la precedieron y siguieron. Como quiera que sea, y á pesar de cuanto se haya dicho, son incontestables las proposiciones siguientes, cuya sencilla esposicion formará toda la materia de este discurso:

La ignorancia real ó supuesta de la segunda edad de la Iglesia, no tiene nada que deba escandalizarnos, ni aun sorprendernos.

En realidad no fué, ni con mucho, tal como la pintan los últimos sectarios.

Por grande que se la suponga, suministró la Providencia preservativos superabundantes contra este género de peligros.

Cuanto mayor haya sido, tanto mayor debe parecer el milagro de la conservacion de la Iglesia.

En efecto, la ignorancia de los tiempos, cuya historia acabamos de presentar, no es una piedra de escándalo capaz de hacer que tropecemos, por poca que sea nuestra circunspeccion. Al contrario, en medio de estas sombras despide la obra de Dios un resplandor mas brillante, así como la fuerza comunicada á la Iglesia desde lo alto en su nacimiento se manifestó sobre todo en las persecuciones y en los esfuerzos del mundo y del infierno conjurados para acabar con ella en su cuna. Los bárbaros, primeros autores de esta segunda prueba, destruyeron el capitolio, rompieron el cetro de los Césares, allanaron hasta los orgullosos montes que la soberbia Roma se gloriaba de encerrar en su recinto, la sepultaron debajo de nuevos montes de cenizas y de ruinas, y trastornaron el universo entero; pero la Iglesia, cual baluarte inespugnable y como una roca inmoble, vió á estas olas embravecidas irse á estrellar á sus pies, bramar todavia algun tiempo furiosas porque no podian derribarla, y suceder por último la calma á su ardoroso pero inútil ímpetu. Los sucesores de Augusto y de Trajano fueron el juguete de los nuevos dominadores; pero los leones, convirtiéndose en ovejas dóciles, se pusieron bajo el cayado de Pedro y de los sucesores pacíficos del divino Pastor.

Es verdad que conservaron algunos restos de su ferocidad natural. El Señor habia venido á reparar la naturaleza y no á destruirla; á enderezar con prudente mano las inclinaciones naturales, y no á romperlas, tratándolas con demasiada violencia ó precipitacion: porque al fin el Criador, despues de haber sacado de la nada á los varios seres del universo, vió y dijo que todos ellos eran buenos. Sabe conciliar el órden de la naturaleza con el de la gracia; y para ingertar el olivo en el acebuche, debió conservar á este la existencia, y aun dejarle adquirir el incremento conveniente. Sin embargo, no podian entrar en la Iglesia tantas personas silvestres, por decirlo asi, sin hacer que mudase de semblante, ni podian tampoco confundirse tantos hijos de tinieblas con los hijos de la luz, sin amortiguar por algun tiempo su esplendor. Unos hombres reducidos por un largo hábito á la vida animal, debian comunicar necesariamente la falta de inteligencia, la estúpida ignorancia, la grosería y la barbarie á la sociedad en cuyo seno entraban en tan crecido número.

Así es que en la época de esta mezcla, á fines de la primera edad, habia esperimentado ya una especie de descrédito la cultura de las letras y el amor del estudio. Los bárbaros, inmediatamente despues de los primeros triunfos de sus armas, miraron á las bellas artes como la herencia esclusiva y vergonzosa de las naciones afeminadas que acababan de subyugar, y á las cuales trataban con el desprecio propio de un vencedor que debe sus laureles á la fuerza de su brazo. De aquí resultó aquella gloria estraña y casi increible con que se figuraban honrarse haciendo que los llamasen bárbaros: nombre ofensivo para nosotros, pero lisongero y honorífico para ellos, en cuanto era opuesto al de los romanos, hombres degradados en su concepto, á quienes dejaban los trabajos pacíficos de las leyes y de las letras.

Como las costumbres del pueblo dominante vienen á ser tarde ó temprano la regla de los pueblos subyugados, estas ocupaciones pacíficas fueron perdiendo insensiblemente su atractivo para los antiguos súbditos de Roma en la mayor parte de los estados y condiciones, y no tardaron en verse relegadas á la oscuridad del santuario y del claustro. Entretanto, ó á lo menos en el siglo sétimo, se vieron ya algunos bárbaros que humanizados, y aun dóciles á las dulces impresiones de la piedad, abrazaban la profesion clerical, como ha podido observarse con solo parar la atencion en los nombres, tan fáciles de distinguir de los romanos ó latinos.

A su nuevo estado llevaron parte de los usos y costumbres á que estaban habituados. Como las regiones en que habian nacido y sido educados no tenian otra ocupacion que la caza y la guerra, y ellos carecian de toda idea de respetos y atenciones sociales, se contentaban con abstenerse, luego que entraban en el estado eclesiástico, de las cosas que eran malas por su naturaleza, y continuaban siendo cazadores y guerreros. Esta es la razon de que antes del segundo concilio de Chalons de Saona, celebrado en el año 643 ó 644, no veamos cánones que prohiban á los clérigos la caza

ó el ejercicio de las armas, porque no existiendo antes el abuso, hubieran sido supérfluas las prohibiciones. Las que se publicaron con tanta frecuencia poco tiempo despues prueban la rapidez con que prevaleció en esta materia la relajacion causada por las costumbres bárbaras.

El espíritu militar, que en cierto modo era consiguiente á la naturaleza del gobierno, fué todavía mas contagioso en el clero. No solo se fundaba este espíritu en la antigua costumbre y en la estimacion casi única que de él se hacia, sino que los títulos y las posesiones que los primeros reyes de Francia dieron á los eclesiásticos, les impusieron en cierto modo la necesidad de dedicarse al egercicio de las armas. Desde el principio de la primera línea ó raza hasta la mitad de la tercera no se sostenia la guerra sino por medio de los vasallos á quienes los príncipes habian concedido las tierras ó posesiones, cuyos títulos tomaban, con el gravámen del servicio militar; y los prelados fueron desde el siglo VI los que tuvieron la mayor y mejor parte en este género de gratificaciones tan halagüeñas. Por consecuencia cada uno de ellos estaba obligado á suministrar tantos caballos y tantos hombres, que debia capitanear él mismo cuando se le mandaba. Aun durante la paz mas profunda y en el régimen ordinario del Estado, tomaban parte los obispos en el gobierno político, asistian á las asambleas generales de la nacion, y tenian entrada en los consejos del soberano, donde como mas instruidos que los señores legos, eran tambien mas deseados. ¡Cuántos motivos de distraccion, y cuántos obstáculos para el estudio, especialmente en un tiempo en que el monarca estaba casi siempre empleado en espediciones militares, y en que la córte y los parlamentos no tenian residencia fija! Ya hemos visto al mismo Carlo-Magno tan pronto en Aquisgran, como en los Pirineos, hoy en el centro de Sajonia, y al cabo de algunas semanas en Roma ó en Pavía. ¿Será de estrañar que en unas circunstancias y con unas costumbres tan contrarias á los progresos de las artes, esperimentasen estas una rápida decadencia? ¿No deberá antes bien causarnos mas admiracion que no padeciesen todas las ciencias un naufragio eterno? ¿Podremos menos de reconocer la obra de la Providencia en la conservacion de las ciencias y de los talentos que eran precisamente necesarios para trasmitirnos en toda su integridad la verdad de la salvacion? Luego está muy distante de ofrecer ningun motivo para escandalizarnos la ignorancia real ó supuesta de la segunda edad de la Iglesia.

Para disipar todos nuestros recelos, examinemos ese desórden en todas sus consecuencias, y veamos si fué efectivamente como le han representado los enemigos de la Iglesia, y en particular los últimos sectarios. Yo pretendo por el contrario, en primer lugar que esta ignorancia no fué en ningun tiempo tan grosera como ellos afectan creerlo: en segundo, que aun fué mucho menos perniciosa; y en tercero, que por mas peligrosa y monstruosa que se la suponga, el cielo ofreció á la Iglesia preservativos superabundantes contra este peligro.

Si el comun de los hombres estuviese dotado de circuspeccion, equidad é imparcialidad, la lengua del detractor serviria solamente para desacreditarle con el público; pero este, que al principio es equitativo, suele dejarse luego seducir por la perseverancia del detractor y la seduccion va apoderándose poco á poco del espíritu ligero é inconsecuente de lo que se llama pueblo, en cuya denominacion se comprende casi todo el género humano. En vista de la multitud de escesos que cometieron contra su patria y contra la Religion de sus padres los dignos discípulos de un fraile y de un clérigo apóstatas, era necesario precaverse contra sus imputaciones, no menos que contra sus atrocidades y sacrilegios, y sin embargo esta es la época y el orígen de la revolucion casi universal causada en las ideas de los europeos con respecto á los Padres de los cuatro ó cinco siglos que forman la segunda edad de la Iglesia, y principalmente del siglo décimo. Aquellos doctores de iniquidad, y muchas veces de inepcia, prevalecieron con su audacia y entusiasmo, y con la continuacion obstinada y la repeticion eterna de un neologismo que fué ininteligible por espacio de mucho tiempo, lograron alterar el lenguage comun; de modo, que no solo el siglo décimo, sino tambien los inmediatos á

él, y los siglos de ignorancia son en el dia palabras sinónimas. Pero no hagamos caso de los términos, y tratemos de asegurar lo que se ha pretendido significar con ellos, convenciéndonos de que en aquellos tiempos escesivamente calumniados y muy poco conocidos, la ciencia, que sin duda alguna era menos comun que en algunos otros, no llegó á degenerar de tal manera que cayese en el estado de ignorancia que han imaginado unos dogmatizadores interesados en acreditar esta paradoja. Hijos legítimos de Jesucristo y de su Iglesia, y depositarios privilegiados de los divinos oráculos, sepamos á lo menos preservarnos de una ilusion que toda ella es obra del artificio de los hereges, y que ha seducido por mucho tiempo á nuestros hermanos.

Si Grocio y otros muchos sábios, imbuidos en los mismos principios, quisieron adquirir nombradía con opiniones y métodos singulares; si desecharon las pruebas que parecieron concluyentes á los Belarminos, á los Petavios, á los Bossuet, y á tantos otros doctores de esta clase; en una palabra, á todos los hombres de talento á quienes estos nuevos maestros no llevaban otra ventaja que su gusto por cosas estraordinarias; y si segun las espresiones del grande obispo de Meaux (1), ostentan siempre una erudicion judáica, y prefieren los supuestos descubrimientos del rabinismo á los testimonios constantes de los Padres, tenian en esto unas intenciones y un interés que hacian en cierto modo consecuente su conducta; pero no sucede esto con un gran número de ortodoxos preocupados, que se han determinado á imitarlos por un efecto de su frivolidad. Vemos ya en el siglo quinto que San Celestino Papa se quejaba (2) de semejantes escritores noveleros, que solo atendian á presentar alguna novedad en sus producciones, y pensaban acreditarse de hombres sagaces y astutos cuando únicamente engañaban al vulgo estúpido. Si hubo espíritus vanos que merecieron esta acusacion en el siglo mas luminoso de la Iglesia, ¿cuántos no deberán hallarse en el siglo del refinamiento y de la presuncion? Dejémoslos que se pierdan en las fuentes inficionadas en que gustan de beber: que tengan una confianza ilimitada en los escritos de los enemigos declarados de la Iglesia, y que elogien escesivamente esos montones indigestos de notas, glosas é injurias, que son en su concepto unas disertaciones admirables, y esos repertorios de aserciones atrevidas y de paradojas, de los que muchos de ellos no han leido mas que los títulos y prólogos: nosotros con los hechos y con las consecuencias muy sencillas que de ellos inmediatamente resultan, y no con alambicados razonamientos, pretendemos dar á conocer el verdadero estado de los conocimientos humanos en los cinco siglos que se siguieron á los seis primeros.

Pero en esta larga duracion de quinientos años, ¿cuántas supresiones de ellos hay que hacer desde luego en una época tan exagerada de barbarie é ignorancia? En la naturaleza todo está enlazado entre sí, y lejos de estar separadas con rasgos indivisibles y manifiestos las estremidades respectivas de dos objetos inmediatos, tienen siempre un colorido comun que parece las confunde. La marcha del entendimiento humano y de las costumbres es mas imperceptible que la de los objetos que están bajo la jurisdiccion de los sentidos. Así hemos advertido ya que el estado de las ciencias y del entendimiento humano en el siglo sétimo, fué casi el mismo que en el sesto. Discurriria muy mal cualquiera que dedujese contrarias circunstancias de la carta escesivamente modesta que escribió el Papa Agaton con motivo del sesto Concilio: monumento muy mal presentado por una mano ordinariamente mas hábil. Se nos pinta á todos los sacerdotes y obispos de Italia como unos miserables jornaleros, que apenas podian ganar el pan de cada dia con su trabajo mecánico, y que por consiguiente estaban muy lejos de tener el tiempo necesario para dedicarse al estudio de las ciencias propias de su estado. Pero ¿quién será el que no descubra aquí, ó el esceso de la humildad del virtuoso Agaton, ó la hinchazon del estilo y las hipérboles que con tanto aplauso se recibian en su tiempo, y mucho mas el deseo de interesar con mayor empeño al emperador en la tranquilidad de Italia y de

(1) Boss. *C. Dupin, pag.* 608.
(2) *Epist. ad Nest.*

la Iglesia romana, á la que tanto daban ya que hacer sus enemigos domésticos? Basta la misma carta del Pontífice para que así á él como á su clero los consideremos exentos de toda sospecha de ignorancia en las materias eclesiásticas. En efecto, se encuentra en ella toda la erudicion que convenia á las circunstancias, los pasajes mas concluyentes de los Padres griegos y latinos, á saber, los de los griegos en su original, y los de los latinos traducidos al griego; una aplicacion muy exacta de estos pasajes, su oposicion á los principios impíos de los novadores, y la conformidad de estos con la doctrina de los antiguos herejes. En la conducta de los siete legados que enviaba el Papa al sesto Concilio se advierte la misma erudicion, y aun una crítica fina y asombrosa con respecto á la cronología y á la diversidad de las ediciones, una dialéctica exacta y segura, y mucha sagacidad en hacerse cargo de las diversas relaciones de las proposiciones mas especiosas, y en descubrir los errores ocultos con el mayor artificio. Así se vé que aun por el lugar mas desfavorable al siglo sétimo nos convencemos de que las tinieblas de la barbárie no habian eclipsado en él la antorcha del santuario.

Bastan los primeros elementos de la historia para desvanecer esta frívola presuncion. Hemos observado ya que no fueron admitidos los hijos de los bárbaros en el número de los clérigos hasta el siglo sétimo, y que este fué el orígen principal del espíritu de disipacion, de los gustos é inclinaciones que tanto hacian decaer á las ciencias y á los estudios. No subsistiendo, pues, la causa, no podia seguirse el efecto; y solo el tiempo podia producir por grados y de un modo poco perceptible la energía y actividad necesarias para mover á los varios sugetos segun sus disposiciones progresivas.

Por la misma razon el último de los siglos atribuidos á la edad de la ignorancia debia tener algunos caractéres comunes con el primero de la edad siguiente. Al siglo duodécimo se refiere la renovacion, á lo menos en bosquejo, de las ciencias y estudios; y en efecto, nunca se vió que el entendimiento humano tomase un vuelo mas rápido en el arte de pensar ó de discurrir. Pues ahora bien: así como las mudanzas notables en el órden moral no se hacen jamás de repente, de la misma manera este entusiasmo por los ejercicios intelectuales no pudo ser tan vivo en el siglo duodécimo sin haber sido concebido y fomentado hasta cierto punto en el undécimo. La razon nos dicta que esta revolucion no debia ejecutarse de otro modo, y la historia nos enseña que asi se verificó en efecto. La luz, concentrada casi toda desde muy antiguo en los claustros, y aumentada con un cultivo pacífico y contínuo, hizo de repente aquella esplosion que tanto admiró como ilustró al universo. Esta grande obra habia sido preparada desde el siglo VIII por Carlo-Magno, cuyo reinado brillante debe tambien escluirse de las tinieblas de la segunda edad, y con tanta mas razon, cuanto mayor y mas singular es el contraste que forma. La brillantez de este reinado se sostuvo, á lo menos en cuanto á las ciencias eclesiásticas, en el de Ludovico Pio, y aun mas en el de Cárlos el Calvo, el cual protegió constantemente á los sabios, y aun hizo que se emprendiesen y ejecutasen con acierto las traducciones latinas de los Padres griegos. Aun fué mas resplandeciente la luz en las islas británicas durante el reinado del grande Alfredo. Pero veamos la prueba de ello en la serie de los sucesos.

La Iglesia de Oriente, menos espuesta que la de Occidente á los insultos y al tumulto de la barbarie, conservó mas tiempo las ciencias y las artes amantes del sosiego. Dejando á un lado los conocimientos que no tienen relacion con la fé, hemos hallado en el sesto Concilio, celebrado el año 680 contra los monotelitas, toda la profunda doctrina con que ciento treinta años antes por lo menos se habian condenado los errores de Eutíques y de Dióscoro, y aun se notó un grado mayor de penetracion cual se requeria contra unos sectarios mas sutiles, que por medio de algunas nuevas modificaciones lograban todavia propalar unos errores tan solemnemente anatematizados y hacer creer que eran la doctrina mas pura de la Iglesia. Pero el velo de la superchería fué rasgado de antemano por dos doctores, cuyo destino no fué menos divino ni se cumplió menos fielmente que el de lo

Padres suscitados contra los primeros heresiarcas.

Todos los artificios de Ciro y de Sergio, que estuvieron á punto de sorprender al Gefe mismo de la Iglesia, no fueron capaces de engañar á San Sofronio de Jerusalen, el cual resistió fuertemente á aquellos soberbios patriarcas de Alejandría y Constantinopla, cuyas intrigas y perfidia veia tan de cerca; descubrió al Papa Honorio los lazos que se le tendian bajo la apariencia del mayor bien, y preservó á los Pastores y á los pueblos con instrucciones dignas de los elogios y de la adhesion de un Concilio ecuménico. Ya hemos visto al santo abad Máximo distinguirse todavia con mayor brillantez por sus cualidades superiores, y hacer admirar la fuerza de su ingenio igualmente que el heroismo de su constancia. Pobre de Jesucristo, y destituido de todas las ventajas del siglo, de las cuales habia hecho un sacrificio religioso, abatió el orgullo de un gefe de partido, del pastor presuntuoso de la ciudad imperial, confundió al momento todas las sutilezas de su vana dialéctica, le redujo en una conferencia pública á la retractacion mas formal y mas ejemplar, y le persuadió que fuese á Roma á reparar el escándalo de su temeridad con una humilde sumision á la Cabeza de la Iglesia. No hizo mayor impresion en Máximo el poder de los soberanos de la tierra que el lustre esterior de la gerarquía. Su vida sucumbió de resultas de los bárbaros tratamientos de sus perseguidores, pues le arrancaron la lengua que tan poderosamente habia defendido la verdad, le cortaron la mano que la habia consignado en sus escritos inmortales, y acabaron con él en un destierro, privándole de los alivios que se le habian hecho indispensablemente necesarios; pero sus perseguidores mismos desconcertados anunciaron su propia derrota en el hecho de proscribirle, y conciliaron tanta mayor autoridad á sus obras cuanto mas se empeñaron en acabar con su autor.

En los siglos cuarto y quinto, en los siglos mas ponderados de la Iglesia, hubiera parecido que Máximo procedia por inspiracion divina, al ver el modo sublime con que espuso todas las profundidades del misterio de la Encarnacion, y especialmente las dos voluntades del Verbo humanado. Trató del dogma incomprensible de la Trinidad con la misma fuerza y con tanto acierto que esta obra fué atribuida al grande Atanasio; y ni aun se le ocultó la procesion del Espíritu Santo, tan dificil de entender para otros muchos sabios de su nacion. Aquel genio profundo y universal concibió la relacion esencial de este punto delicado de creencia con la union é inseparabilidad de sustancia entre las personas divinas. No se hizo menos célebre por el conocimiento de la moral; y en la ciencia de la vida interior, en la que unió con tanta edificacion la esperiencia á la teoría, mereció ser comparado con San Juan Clímaco, que fué casi contemporáneo suyo, y cuya ilustracion podria reivindicar el siglo sétimo si de ello tuviese necesidad.

¿Pero cuántas otras personas ilustres hubo, cuya detenida enumeracion no permiten los estrechos límites de este discurso? Hasta en las abrasadas arenas de la Libia hemos visto que se inmortalizó el obispo Cresconio con la coleccion de cánones que forma la basa de la que han hecho modernamente Justo y Voel. En España, antes de la invasion de los moros, hemos visto que se distinguieron entre otros muchos sabios San Isidoro, y el arzobispo de Toledo San Ildefonso: Isidoro con una erudicion que abrazó casi todas las artes y ciencias, que nada dejó ignorar de cuanto hay que saber en la disciplina eclesiástica, y que le hizo tan célebre, especialmente en la ciencia de los divinos oficios, que toda la Hesperia se glorió de recibir de él la liturgia mozárabe; é Ildefonso con la union que acertó á establecer entre las bellas letras y la poesía con la teología sublime, cuyas profundidades puso á la vista esplicando las maravillas de la virginidad de María y de las propiedades de las divinas Personas.

Las Galias, tan diferentes de lo que eran antes, desde el punto en que fueron sojuzgadas por los conquistadores germánicos, y aun mas desfiguradas por sus conexiones y frecuente trato con aquellas naciones bárbaras, no dejaron de presentar algunos vestigios preciosos de la ciencia, y aun de la elocuencia de sus primeros doctores, como se ha podido ver por los fragmentos que

hemos insertado de las homilías de San Eloy, sin embargo de que este Santo habia empleado los mejores años de su vida en ejercicios muy diferentes. En medio de su sencillez, ¡cuántos pasages ingeniosos hemos encontrado en ellas, y cuántos rasgos de elocuencia, de aquella elocuencia animada, natural y persuasiva que era la mas acomodada al carácter y al gusto de la nacion á quien se dirigian, y cuyas verdaderas disposiciones parecia conocer ya tan bien San Eloy! ¡Cuántos rasgos patéticos, figuras, novedad en el modo de presentar las cosas, imágenes terribles de las grandes verdades de la Religion, especialmente del pecador en el artículo de la muerte y del alma acusada por sus propias obras en el tribunal del Juez Supremo! Pero lo que nos interesa mucho mas, despues de haber oido las insípidas é infundadas chocarrerías de los hereges, es la solidez de estas instrucciones, la pureza de su moral, la sublimidad de la perfeccion que inspiran, y la nobleza de miras que sugieren para servir dignamente al Señor en espíritu y en verdad. Lejos de limitarse, segun las ironías calumniosas de estos insultantes sectarios, á la exaltacion de las indulgencias, al pago de los diezmos, y á las donaciones en favor del clero, no cesa el santo orador de inspirar el verdadero espíritu del cristianismo, el desprecio de las cosas terrenas, el amor de Dios sobre todas las cosas, la concordia y fraternidad entre todos los hombres, el horror del pecado, el temor de los juicios eternos, el ejercicio de todas las virtudes, y la mortificacion de todas las pasiones.

Ni nos hemos propuesto ni nos seria posible ofrecer en este discurso ni siquiera un ligero bosquejo de todos los hombres instruidos que ilustraron la época de que vamos hablando. Reduciéndonos á los que se distinguieron entre sus contemporáneos, y que merecieron por muchos títulos la estimacion de todos los tiempos posteriores ¿qué no podriamos decir en el siglo VIII del venerable Beda, de San Juan Damasceno, azote de los iconoclastas, y de los juiciosos historiadores Fredegario y Pablo, diácono de Aquileya? ¿En el IX, de la erudicion del abad Alcuino, y, á pesar de todos los defectos de su estilo, de su ingenio capaz de dirigir el de Carlo-Magno en la restauracion de las letras? ¿de las sanas instrucciones de Teodulfo de Orleans á su clero? ¿de los escritos sólidos y aun limados de Agobardo y de Amolon de Lyon contra los errores y supersticiones de su tiempo? ¿del tratado de Jonás de Orleans contra Claudio de Turin? ¿del discernimiento y crítica de Adon de Viena, y de Usuardo en sus martirologios? ¿de las obras de Ratramno de Orbais, de Rabano de Maguncia, y de Pascasio Ratberto: monumentos tanto mas desacreditados por los profanadores heréticos de nuestros santos misterios, cuanto mas victoriosamente confundidas se ven en ellos sus novedades sacrílegas? ¿Hablaré de Hincmaro de Reims, capaz por sí solo de ilustrar los tiempos en que vivió, cualesquiera que fuesen ellos, ó cualquiera que sea el concepto en que algunos críticos pretenden se les tenga? ¿Podrá creerse que nació en los tiempos de ignorancia, ó que los tiempos en que nació y floreció merecen todavia esta calificacion infamante? No solo fué el hombre de su siglo mas versado en el conocimiento de los cánones, y el mas adicto por principios á las reglas sagradas de la disciplina, sino que supo tambien descubrir los artificios de los novadores mas sutiles é ingeniosos, derramó torrentes de luz en los Concilios, disipó en ellos sobre la marcha con la fuerza de sus razonamientos y con la superioridad de su talento las preocupaciones mas inveteradas, y esto á pesar de los contínuos obstáculos que se originaban de su genio altivo y carácter chocante; redujo y sujetó á la razon y verdad á los prelados que mas distantes estaban de ellas por sus opiniones erróneas, por su mal entendida compasion, y por sus conexiones é intereses personales.

En el siglo décimo y en los principios del undécimo, esto es, en las mas profundas tinieblas de la edad de ignorancia (porque no tenemos inconveniente en usar de esta espresion tan bien esplicada por los hechos); en esta época, que seguramente es la mas maltratada por los escritores de todo partido, ¿cuánta instruccion y cuántos talentos no hemos hallado recomendables para todos aquellos que han querido juzgar con conocimiento de causa? Entre la multitud de

hombres inaccesibles á la incuria y á los desórdenes de su tiempo, hemos visto que se distinguió Flodoardo en el género histórico por su juicio y por su exactitud, y Luitprando por el interés de las anécdotas, por el desenvolvimiento de los resortes mas imperceptibles de la política y de la fortuna, y por la sal, quizá prodigada, de la ironía y de la censura. Podríamos añadir Simeon Metafraste, por lo que toca al arte inimitable de los griegos en la narracion, si no hubiese abusado de su talento y de sus conocimientos, sacrificando la verdad de la historia al amor de lo brillante y maravilloso. Pero tenemos en la misma nacion y en el mismo siglo al emperador Leon VI, ó el Filósofo, digno de eterno renombre por sus discursos elocuentes y por su Tratado de táctica. En cuanto á la esplicacion del dogma y de la disciplina, ¿ quién habrá dejado de admirar á Atton de Vercelli, á Abbon de Fleury, á Fulberto de Chartres, á Burcardo de Worms, á Udalrico de Ausburgo, en particular sobre el celibato de los clérigos, y á Lanfranco de Cantorbery en la delicadeza de su dialéctica y en la fuerza de sus razonamientos contra Berengario, de quien triunfó del modo mas completo? Y para concluir en dos palabras, ¿no hemos visto reunidos en el incomparable primado de Inglaterra San Dunstano, y en el rey Edgaro que se guió siempre por sus consejos, todos los conocimientos, todos los talentos y todas las cualidades concernientes á la pureza y á la gloria de la Religion?

No hablaremos de la poesía en una edad que en efecto era demasiado tumultuosa para el dulce sosiego que necesitan las musas. Sin embargo, en los himnos, *Salve Regina*, y *Alma Redemptoris*, atribuidos á Herman, ó Hermano de Richenou; en el *Veni Creator*, y en los himnos del piadoso rey Roberto, tenemos unos monumentos, poco elegantes á la verdad, pero preferidos de mas de siete siglos á esta parte, por su uncion y religiosos sentimientos que respiran, á las producciones mas bien trabajadas de la elegancia moderna. ¿Hablaré de aquella profundidad de cálculo y de aquellos prestigios matemáticos, por los que fué acusado de mágia Gerberto de Reims, ó Silvestre II Papa? Fué tan grande su habilidad en estas ciencias sublimes que se le atribuyó la introduccion de los números arábigos en Francia, y por consiguiente los progresos que hizo por este método el arte de contar y de medir. En el mismo tiempo, esto es, en las mas densas tinieblas del siglo décimo inventó Guido de Arezo aquella maravilla del arte que en el discurso de algunos meses proporciona una instruccion infinitamente mayor en la ciencia de la música que todas las especulaciones y métodos antiguos y modernos acerca de los principios de la armonía. Pero volvamos á nuestro objeto. En vista de tantas pruebas, muchas de las cuales van todavía mas allá de lo que nos habiamos propuesto probar, y que se fundan todas ellas en los hechos que han podido examinarse despacio en el discurso de esta *Historia*, ¿no estamos autorizados para concluir que la ignorancia de la segunda edad de la Iglesia no fué tan grande como han vociferado los hereges de los últimos siglos, y lo han creido ciegamente muchos ortodoxos alucinados, dejándose llevar de una autoridad tan sospechosa? Añadamos ahora que esta supuesta ignorancia tampoco fué tan perniciosa como han querido figurarse algunos.

Lorenzo Valle, que aunque italiano y honrado con la proteccion de algunos Papas, parece que fué el primero que abrió el camino á las temerarias críticas de los escritores protestantes, redujo casi todo el mérito del ingenio al de la elegancia y de la pura latinidad, á cuya renovacion contribuyó en efecto mas que otro alguno, despues del trastorno que habian causado los godos en el gusto de la antigua Roma. Gerardo Vossio hizo mas general esta censura, procediendo con toda la malignidad que el espíritu de secta es capaz de inspirar contra la Iglesia y los escritores eclesiásticos. El arte de la crítica que no nació hasta el siglo siguiente, y el buen gusto en las obras de ingenio, que le debió su restauracion, como tambien el estilo, la precision, la claridad, el órden y el método, ignorados por espacio de tanto tiempo, hicieron que se mirase sin escepcion alguna á todos los autores de la edad media como á unos ignorantes, y poco menos que fátuos, y se les proscribiese sin siquiera dignarse de abrir sus volúmenes.

No disputaremos sobre los defectos que

les echaron en cara estos gramáticos y literatos quisquillosos; pero pretendemos que semejante ignorancia no causó ningun perjuicio, ó á lo menos ningun daño esencial á la ciencia de la Religion. En efecto, ¿á qué se estendió esta ignorancia en el cuadro que acabamos de bosquejar con la mas severa imparcialidad? Con corta diferencia la hemos visto reducida á la falta de crítica, de elocuencia y de método. Y por lo que toca á la crítica ¿no podriamos preguntar si este arte, empleado en el sentido de sus panegiristas estremados, ha sido mas perjudicial que ventajoso á la ciencia de la salvacion, atendida la especie de pirronismo en que ha venido á degenerar? El poco uso que los Padres y los santos doctores hicieron de estos procedimientos modernos ¿ha hecho por ventura menos eficaces las obras dogmáticas de San Agustin, por ejemplo, ó las patéticas homilías de San Juan Crisóstomo? ¿Eran acaso mas necesarias estas sutiles discusiones á las naciones góticas, tudescas y esclavonas que á los griegos y romanos? Tratábase de que aquellos pueblos bárbaros abandonasen las prácticas monstruosas del paganismo mas brutal y estúpido; de acostumbrarlos despues á las obligaciones del cristianismo, de la sociedad y de la humanidad que eran casi totalmente nuevas para ellos; de estar continuamente alerta y de preservarlos á ellos mismos de los ímpetus y estravagancias de su increible instabilidad. Y para esto ¿de qué hubiera servido el prolijo exámen de las señales, no pocas veces equívocas, con que se pretende discernir los escritos auténticos de los monumentos supuestos? ¿Dónde estaba el peligro que podia resultar de esta falta de discernimiento? Se publicaban de buena fé, y se creian con sencillez algunos milagros, algunas acciones virtuosas, no comprobadas suficientemente, y poco dignas, si se quiere, de la magestad del culto cristiano, entendido segun nuestras costumbres. Pero entonces causaban una edificacion general estas maravillas, ya fuesen reales ó imaginarias, y estos modelos, cualesquiera que fuesen, tenian una multitud de sinceros imitadores. La crítica tiene su utilidad en nuestros dias, en estos dias de presuncion y de refinamiento; pero en la infancia de los pueblos que reemplazaban á los de Roma y Atenas, hubiera sido un arte estéril y casi nulo. Confesamos no obstante que este género de ignorancia produjo ó acreditó algunas supersticiones; pero si la simplicidad tiene sus peligros, ¿son por ventura menos funestos los de ese espíritu de observacion y de discusion que todo lo hace problemático? ¿hay menos peligro en hacer incrédulos que en fomentar la credulidad de los hombres sencillos?

Y la elegancia y la delicadeza de la elocucion, ¿hubiera sido mas útil que la crítica en aquella mezcla y confusion de pueblos groseros que ni tenian todavia forma propia ni lenguage constante? En cuanto al órden del discurso, á la claridad y á la precision, sin duda son estas unas cualidades útiles para tratar con todo ser racional; pero ¿son de una necesidad absoluta y universal? ¿No habrá podido sustituírselas alguna otra cosa, á lo menos con respecto á la clase de oyentes de quienes se trata? La prolijidad, las repeticiones, y hasta el énfasis y la ostentacion y hacinamiento de lugares comunes, si es que para ellos eran nociones comunes y triviales: este método, que en sí mismo es el mas imperfecto, ¿no era quizá el mas acomodado á la torpeza de su comprension? ¿No era mas á propósito que todas las gracias y la precision del aticismo para inspirarles las verdades de la salvacion, y para grabarlas en su alma con los caractéres mas profundos y durables que fuese posible? No se instruye á los niños ó á la gente del campo del mismo modo que á los habitantes instruidos de las ciudades; y la diferencia de los tiempos no influye menos que la de los lugares en la capacidad de los hombres.

Se nos dirá tal vez que la ignorancia de la segunda edad alcanzaba á los maestros igualmente que á los discípulos; que todas las semillas del genio se hallaban sofocadas bajo aquellas densas tinieblas, ó que entonces no habia ingenio ni espíritu de invencion. A estos cargos, enteramente infundados, podríamos responder que los hombres son los mismos con corta diferencia en todos tiempos, y que los talentos dependen sobre todo del cultivo y de las circunstancias mas ó menos felices que sirven para su desen-

volvimiento; pero sin entrar en un género de discusion, en que puede sostenerse la afirmativa y la negativa de un modo casi igualmente plausible, abandonemos lo que tan poco interés tenemos en defender. Suponiendo que ni en el siglo X ni en los inmediatos á él hubo ingenio ni espíritu de invencion, ¿qué podrá inferirse de aquí? Por esto ¿se habrá oscurecido mas la ciencia de la Religion, que es de la que aquí se trata únicamente? ¿Son obra del entendimiento humano el Evangelio enviado del cielo, las reglas de la fé divina, y las máximas celestiales que deben guiarnos por el camino de la salvacion? Pues de estos tesoros de sabiduría estuvieron abundantemente provistos los doctores y pastores de los tiempos mas estériles en los demas géneros de conocimientos; y de esta verdad hemos podido convencernos por la simple noticia que en esta *Historia* habemos dado de sus escritos, y mucho mas todavía por las reglas prácticas que nos han ofrecido ellos mismos en su conducta.

Si tenian poco ingenio é invencion, en cambio seguian con el mayor esmero la doctrina de los Santos Padres y de los primeros escritores eclesiásticos. No producian, pero compilaban, reunian los fragmentos dispersos de la tradicion, y se limitaban (sea así en buen hora) á estractar y á copiar. ¡Felices disposiciones, visiblemente dadas por el que es único en disponer de lo que él ha puesto en el espíritu del hombre, puesto que á ellas debemos los preciosos monumentos que se han conservado en los monasterios y en las demas escuelas cristianas! Hé aquí otra ventaja que lleva aun mas visiblemente en sí misma el sello de la mano santa y sábia que hasta del mal sabe sacar bien: ese ingenio limitado de la edad media halló en sus mismos límites un preservativo contra la manía de innovar y de dogmatizar. De aquí es que nunca se vió la Iglesia tanto tiempo ni tan perfectamente tranquila por lo que toca á las sectas y á las heregías, como en el período mas tenebroso de la edad que tanto se pretende deprimir. ¡Maravilla sin ejemplo en las demas épocas y aun en los dias mas brillantes de la Esposa de Cristo: en toda la duracion del siglo décimo no se levantó ningun apóstol de Satanás!

Pero aun hay otra maravilla mas asombrosa: en tiempo de los indignos Pontífices, que fueron el oprobio y la desolacion de la Iglesia romana durante los siglos décimo y undécimo, y que debieron su elevacion á las violencias, á la cábala, á la simonía y á la proteccion de mugeres disolutas, se vió á los pueblos obedecer con el mas profundo respeto á estos indignos sucesores de Pedro. Las formalidades y el aparato que cohonestaban su título les conciliaban completa autoridad, y así se recibian sus decretos con una sumision inalterable. Concluyamos, pues, sin ningun género de duda que la ignorancia de la segunda edad no fué fatal á la Religion, y aun añadiré que era imposible que fuese tan general ó tan profunda como se ha pretendido hacer creer.

¿De cuántos rasgos imaginarios é incoherentes han formado los sectarios de los últimos siglos la estraña pintura con que han fascinado á tanto número de personas? Sin detenernos en la esposicion individual de sus quimeras, bastará traer á la memoria en dos palabras cuál era su objeto y la necesidad de la secta. Con el pretesto de reformar la Iglesia, se proponian, no solo alterar la fé profesada en todos los siglos, sino tambien echar por tierra sus mas memorables monumentos, y romper, por decirlo así, todas las líneas de comunicacion que subsistian entre el cuerpo y los miembros divididos para hacer irremediable la separacion. Antiguamente los discípulos de Arrio, de Nestorio, de Eutiques y todas las sectas mas atrevidas y poderosas, conservaron por lo menos los Sacramentos, el Sacrificio y todo el órden esterior del culto público. Por medio de esta semejanza con los ortodoxos se habian acercado á ellos insensiblemente y se hallaban por fin reunidos. Dirigiendo por esta esperiencia su política infernal los dos Anticristos del siglo décimo-sesto, con la mira de eternizar su cisma sacrílego y de que los pueblos seducidos no pudiesen volver al centro de la santa unidad, procuraronno dejarles cosa alguna comun con el tronco de que se habian separado aquellas ramas marchitas; y á este fin les fabricaron

una religion sin sacrificio, sin sacerdocio, sin dignidad y casi sin culto.

A pesar del entusiasmo y del espíritu de libertinaje, que eran las bases de esta monstruosa reforma, era necesario buscar pretestos bastante especiosos para paliar un atentado tan repugnante y para autorizar el trastorno total de la antigua Religion, ó á lo menos de la Religion que existia entonces; era pues necesario persuadir tambien que el culto recibido era abusivo, y que habia sido añadido á las instituciones de Jesucristo y de los Apóstoles. ¿Pero de qué modo podia hacerse verosímil semejante imputacion, y á qué tiempo habia de referirse esta innovacion imaginaria? Fué, pues, indispensable imaginar tambien una edad de ignorancia, ó por mejor decir, de estravagancia é imbecilidad, en que solo se diferenciasen los hombres de las bestias por la figura y por el habla. Tal es en efecto la pintura que hicieron de ella los discípulos de Lutero y de Calvino, y así debian hacerla necesariamente para acreditar la mas inverosímil de todas las suposiciones.

De otra manera ¿cómo era posible figurarse que en el espacio de algunos años hubiera sido alterado en su esencia el culto cristiano, y depravado en todas partes, y variado totalmente, y absolutamente desnaturalizado? ¿que la idolatría se hubiese introducido generalmente en la Iglesia, que se tuviese en ella la figura del Cuerpo y Sangre de Jesucristo por su sustancia, y que se adorasen unos meros símbolos en lugar de la realidad? Cuando los blasfemos empezaron á publicar estos horribles delirios; cuando pusieron sus manos sacrílegas en nuestros tabernáculos, y se atrevieron á hollar sus misterios mas formidables, ¿qué reclamaciones tan vivas, qué gritos de indignacion y de espanto no resonaron por todas partes, no solo de los doctores y pastores, sino tambien del pueblo sencillo de la clase mas comun de los fieles, de las mugeres y aun de los niños? El horror y la execracion se comunicaron á las sociedades cismáticas de Grecia y de los parajes mas remotos del Oriente.

Por la misma razon, si desde del establecimiento de la Religion de Jesucristo, pura y perfecta desde su orígen, hubiera habido alguna época en que unos hombres profanos hubiesen propuesto á la adoracion pública viles elementos y figuras sin objeto ¿cuántas contradicciones, ó por lo menos cuántas quejas y cuánto asombro no habrian escitado? Sin el ausilio de la erudicion ni de investigaciones científicas, tenia á la vista y á la mano el pueblo fiel los medios mas seguros para hacer manifiesta la innovacion y confundir á los novadores. Se celebraba aunque menos veces que ahora, pero siempre con bastante frecuencia, el santo sacrificio de nuestros altares; se recibia todavía tres veces al año su adorable víctima; no dejaba nadie de fortalecerse con este viático saludable en el último trance; se miraba como la pena mas terrible verse privado de él durante la vida, y en el artículo de la muerte parecia intolerable y desesperadora esta privacion, ¿y se podrá presumir por ventura que no se conociese lo que se deseaba con tanto ardor, lo que se recibia con tanto respeto y consuelo?

Para no dejar ninguna incertidumbre sobre este punto, fijemos la vista en algunos hechos de los que han de servir de materia á la continuacion de esta *Historia*, y veremos que las personas mas virtuosas, y los Santos de todas clases y condiciones, suspiraban en los últimos instantes de su vida por aquel Cordero sacrificado para su salvacion, que muchos de ellos mandaban que los pusiesen en el suelo con ceniza y cilicio, y que todos se anonadaban en su presencia, le rendian los homenajes que la criatura debe únicamente á su Criador, y le llamaban su seguro apoyo, su única esperanza, su Redentor y su Dios. Atendamos á las instrucciones de los doctores y pastores: abramos, recorramos sus numerosos escritos, y los hallaremos siempre de acuerdo con los Padres de la primera edad. Nada añaden á sus espresiones, se esplican como ellos con sencillez y con total seguridad; hablan de un tesoro cuya posesion se vé que no les habia sido todavía disputada, é ignoran las sutilezas de los contradictores impíos, no imaginándose que estos hubieran de existir jamás. Si alguno de ellos se esplica con alguna inexactitud, de la que pretenden

valerse los hereges para interpretar las cosas á su modo, es constante, que dando á sus espresiones el verdadero sentido y justificándolas los defensores mas circunspectos del sagrado depósito, prueban sin ningun género de duda que nunca fué indiferente su creencia en esta materia.

Cuando á fines del siglo décimo empezó Berengario á esparcir sordamente en el polvo de su escuela, en sus cartas y en sus conversaciones familiares los errores de que estaba imbuido contra el sacramento de nuestros altares, ¿con qué horror no levantaron el grito todos los cristianos, tratándole de herege y de impío? Sus propios amigos, varios eclesiásticos á cuyas manos llegaron algunos escritos furtivos del heresiarca, los buenos solitarios de la abadía de Preaux en Normandía, el duque Guillermo, Enrique, rey de Francia, todos los fieles unánimemente, clérigos y legos, sabios é idiotas, mundanos y religiosos, soberanos y particulares, todos miran aquella doctrina como escandalosa y blasfema, se comunican de provincia en provincia sus inquietudes y sobresaltos recíprocos, y resuenan sus voces hasta en los pórticos del Vaticano. Roma reunida en concilio priva inmediatamente de la comunion al novador; en una conferencia pública, celebrada de órden del jóven duque de Normandía, es confundido por los doctores mas célebres de aquella provincia; congrega el monarca francés un concilio numeroso en su capital, y asiste á él con su nobleza; pero los oidos cristianos quedan de tal modo ofendidos de la doctrina inaudita del sacramentario, que apenas pueden sufrir la lectura de una de sus cartas. El Sumo Pontífice convoca con el mismo objeto otro concilio en Vercelli, y luego otros dos en Roma; y el blasfemo que se habia retractado ya en el Concilio de Tours, se vé obligado á ejecutarlo de nuevo en presencia del Gefe de la Iglesia. Despues de su muerte volvió á ser condenada su doctrina impía en el Concilio de Plasencia. Antes y despues de su fallecimiento levantaron la voz por todas partes los predicadores y los doctores para presentar á los fieles un preservativo contra sus blasfemias.

Y en este combate, ¿cuál fué la conducta de los sábios y de los concilios? La de toda la antigüedad, la de los dias mas luminosos de la Iglesia. Se toma por principio la fé que se profesa en cada iglesia particular: se pregunta acerca de ella á los obispos, testigos necesarios de la tradicion, se consultan y comparan los monumentos sucesivos, se acredita su invariable perpetuidad, y se hace ver la contradiccion que hay entre los novadores y los Padres mas antiguos y respetados, subiendo de siglo en siglo hasta el de los Ambrosios y Agustinos, hasta el foco de aquella luz primitiva y superabundante que debia reflejarse en todas las edades siguientes. Asi ha podido verse en los escritos de Lanfranco contra aquel heresiarca. A pesar de las ventajas que llevaba en el arte de la dialéctica al soberbio y envidioso Berengario, no procedió contra él por este medio filosófico y natural. ¿Qué es lo que le hemos oido responder á aquel novador presumido? Que habia sido condenado por los concilios de varias provincias, por el voto unánime de los prelados católicos, por la Iglesia romana y por los Sumos Pontífices: que la fórmula de fé dispuesta contra él en el concilio de Roma por el cardenal Humberto no tanto era la obra y la creencia de este doctor particular, sino la del mismo concilio y de todas las iglesias que la habian recibido con alegría, dando gracias á Dios por la abjuracion del culpable que creian sincera; que tal era la creencia comun á la que él insultaba; pero que era muy propio de los hereges burlarse de la fé de los sencillos, y querer subordinarlo todo á las supuestas decantadas luces de la razon. «Por lo que á mí toca, decia Lanfranco, quiero que sepas tú y el universo, que aun cuando no tuviese erudicion ni razones para probar mi creencia, quisiera mas ser con el vulgo un ortodoxo ignorante y grosero, que ser contigo un herege culto y sabio. Dios me es testigo de que cuando se trata de las sagradas letras no querria yo proponer ni resolver este género de cuestiones por medio de la dialéctica.» Sin embargo de unas protestas tan humildes y religiosas, confundió el doctor católico al heresiarca, no menos con las reglas mas finas de este arte, que con los medios perentorios de la tradicion.

Por su parte el cardenal Humberto dispuso, como hemos visto, una fórmula de abjuracion tan clara y exacta, que fué un objeto de desesperacion y de oprobio eterno para su suscritor perjuro. Otros muchos doctores le confundieron con la misma facilidad y buen éxito. Apenas tuvo algunos sectarios oscuros, que no ocuparon la menor ciudad ni aun una sola aldea, como lo observó en el mismo siglo Guimon, monge de San Leufredo en la diócesis de Evreux (1). Casi tan luego como nació la secta volvió á caer en las tinieblas de donde salia, y permaneció sepultada en ellas por espacio de cuatro siglos, hasta que el Señor permitió al padre de los hijos de perdicion suscitar contra la Iglesia una de las mas crueles pruebas que ha tenido que sufrir en tiempo alguno. Y ¿no podremos inferir de aquí por lo menos una de estas dos consecuencias, ó que las tinieblas de la edad de ignorancia no eran tan profundas como se supone, ó que los conocimientos de que se pretende despojarla no eran necesarios para la conservacion del sagrado depósito?

Pero concluyamos con seguridad en vista de tantos hechos ciertos, cuya lectura ha debido convencer á todo hombre racional y desapasionado, que la luz evangélica, aun en medio de las mas densas tinieblas que ha exhalado el infierno, ha despedido siempre unos rayos bastantes vivos para dirigir la enseñanza de los pastores y la sumision de los fieles: que ni el siglo nono ni el décimo, ni ningun período ni ningun punto de la larga duracion de la Iglesia estuvieron tan cubiertos con la sombra de la ignorancia, que se pudiese variar sin obstáculo ni reclamacion la creencia universal, la fé práctica, y el culto público y diario, ó que se pudiese introducir la idolatría en nuestros santuarios, ó que se erigiesen en objeto de adoracion cotidiana unos elementos viles y puramente figurativos: concluyamos que la ignorancia de la segunda edad no fué tan funesta como se han atrevido á sostener algunos sectarios sin pudor; y por último que esta ignorancia monstruosa, quimérica é imposible no es mas que una torpe invencion de una secta que no tenia otra cosa mejor que aducir en su favor.

Pasemos mas adelante, y demostremos á mayor abundamiento que cualquiera que sea ó se suponga esta ignorancia, suministró la Providencia unos preservativos superabundantes contra los peligros que de ella podian resultar. Desde luego el Salvador, por medio de sus divinos oráculos acerca de las varias pruebas por las cuales debia pasar su Iglesia, nos dió un preservativo suficiente contra este género de peligros. Como era necesario, segun sus designios, que la Religion triunfase de la violencia del paganismo, de la sutileza de las heregías, y del abuso de la ciencia y del poder, debia triunfar tambien de la ignorancia y de la barbárie, de la confusion y depravacion que de ellas se originan, y aun del mal ejemplo de los primeros pastores. Habia de cumplirse necesariamente aquel precepto evangélico: *haced lo que dicen, y no lo que hacen*; y nunca fué mas admirable su observancia que en el reinado de aquellos Pontífices viciosos, cuya autoridad, fundada únicamente en la dignidad de su Silla, no fué por eso menos reverenciada de los fieles del siglo décimo. Pero no insistamos en la disposicion de los ánimos en aquella edad, ni en la feliz sencillez que ni dió ni parece podia dar entrada á la heregía, ni en la docilidad con que por solo el título colorado de muchos Sumos Pontífices se recibieron sus decretos con la sumision mas religiosa.

Tampoco hablaré con mas estension acerca de los ausilios que proporcionó el cielo para perpetuar la santa doctrina. Tales fueron, y con una abundancia que bastará solo indicar, las decisiones de los Concilios, los decretos de los Papas, los escritos de los Padres, conservados con tanto esmero; y por último, los monumentos y noticias de todas clases, como las santas imágenes espuestas en nuestros templos, los ornamentos sagrados, las ceremonias, las litúrgias, los rituales y todos nuestros libros eclesiásticos, la enseñanza pública y continua, las instrucciones familiares ó catecismos, y la sucesion no interrumpida de los pastores y aun de los doctores, cuya série, y por decirlo asi, su genealogía y descendencia hemos visto hasta ahora en

(1) *Bibl. PP. Paris. Tom. 6, pag.* 367.

el curso de esta *Historia*. Podriamos citar tambien muchas instituciones, en las cuales manifestó el cielo visiblemente que proporcionaba sus ausilios á las necesidades propias y particulares de la Iglesia en cada situacion; por ejemplo, las reglas prudentes y rigurosas que estableció Juan XI para la canonizacion de los Santos, y la forma de la eleccion de los Papas que dura todavia desde el tiempo de Nicolao II que fué su autor. Pasemos á lo que es mucho mas propio de la sencillez de la segunda edad que el esceso incomprensible de ignorancia que se le atribuye, esto es, á las grandes virtudes y á la multitud casi increible de Santos que fueron el recurso principal de que se valió el adorable Fundador de la Iglesia para defenderla de la malignidad del príncipe de las tinieblas. A pesar del trastorno casi general de las ideas acerca de este punto, no recelamos que se tenga nuestro dicho por una paradoja, despues de la relacion imparcial y el exámen ilustrado de los hechos.

En la edad de la barbárie, en los siglos calamitosos que conservaron por mucho tiempo su carácter feroz, es innegable que hubo maldades y atentados enormes, ímpetus frecuentes de furor, ejemplos de perversidad, y mil espectáculos horribles que no pueden recordarse sin estremecimiento. Pero por lo mismo, y para oponer el dique de la edificacion al torrente de la perversidad y del escándalo, hizo el Señor que brillasen en aquel tiempo unas virtudes de primer órden, y en número prodigioso, proporcionando la multitud y el lustre de los buenos ejemplos al peligro de la corrupcion. No acabariamos jamás, si hubiésemos de hacer mencion de todos los grandes modelos propuestos á la emulacion de la virtud, ó suministrados contra el contagio del vicio en la larga série de años que una secta hábil ha comprendido indistintamente bajo la denominacion con que pretendia y la importaba infamarlos. Concretémonos, pues, al periodo mas desacreditado de esta edad, que es el siglo décimo y los principios del undécimo. Pasemos en silencio á los Santos que nacieron ó se formaron en los climas donde tuvieron menor influjo las tinieblas de la barbárie. Olvidemos una multitud de anacoretas comparables con los mas ilustres Padres del desierto, un San Lucas de Tesalia, un San Pablo de Latra, un San Nicon de Armenia, un San Nilo de Calabria, al cual puede reivindicar la Grecia, como que pertenecia á ella esta provincia, y un San Simeon de Tréveris, que pasó en esta ciudad la mejor parte de su vida, pero que habia adquirido la perfeccion religiosa en el antiguo y santo monasterio del monte Sinaí. Limitándonos, pues, rigurosamente á nuestra Europa, y aun á los paises del Occidente que estuvieron mas espuestos al furor y á la impiedad de los bárbaros, ¿cuántas omisiones habremos de hacer, si en vez de un cuadro interesante no queremos presentar una enumeracion árida y una especie de calendario?

La abundancia de la materia me reduce casi inevitablemente á la aridez y á la ingrata concision del estilo. ¡Qué multitud, qué nube de Santos de todas clases y estados, á quienes se honra con culto público y que solo puedo recorrer aquí con mucha brevedad! En los lugares incultos, en la sombra del claustro, en los trabajos del episcopado y del apostolado, en medio del torbellino de los negocios, de las intrigas y de las pasiones, cuyo centro tempestuoso son los tronos, y en la confusion de las rebeliones, revoluciones, destrozos y desórdenes, veo en todas partes una multitud de hombres superiores á su siglo, á su propia naturaleza, y formados al parecer de otra masa que el comun de los mortales. En la sola institucion de Cluny, faro brillante de la Iglesia en toda la duracion de aquellos tiempos nebulosos, hubo tantos Santos como abades, casi tantos modelos de virtud como religiosos, y muchos mas alumnos dignos del episcopado y aun del pontificado, que los buenos obispos y grandes Pontífices que se vieron entonces. Muchas veces fueron á buscarlos á aquella escuela de santidad, y por desgracia para aquel tiempo no se sacaron de ella todos. Una de las mayores calamidades de Roma en particular, como hemos visto, fué la escesiva modestia del santo abad Mayeul ó Mayolo, á quien no pudieron obligar á ocupar la Silla Apostólica, para escluir de este modo á los indignos competidores que las intrigas ó la violencia imponian á la Santa Sede.

Ya hemos admirado en la misma profesion al beato Juan de Gorza, sábio evangélico que hizo respetable la piedad por su dejamiento de lo singular y estraordinario, y solitario magnánimo que admiró á los príncipes infieles con la elevacion de los sentimientos que inspira la abnegacion cristiana: al beato Ricardo de Verdun, hombre tan interior que fué llamado *Gracia de Dios*, panegirista de la vida regular, tan bien preconizada con la voz elocuente de las obras que los emperadores bajaban del trono á porfía para hacerse humildes imitadores suyos; y al beato Guillermo de Dijon, apellidado *Regla Viva*, por su fervor ejemplar, y por su celo infatigable en la exacta observancia de la vida regular. ¿Hablaré de San Abbon de Fleury, mártir de esta disciplina religiosa? ¿de San Popon de Stavelo, á quien un emperador, tan buen juez como gran santo, confió el gobierno general de todas las abadías del imperio? ¿de San Romualdo, anacoreta asombroso aun despues de todos los prodigios de la Tebaida? ¿de San Pedro Damiano, obispo, cardenal, legado, á cuyo cargo se pusieron todas las legaciones de importancia y que se halló en un estado violento hasta que, desprendido de todas estas ocupaciones pomposas, pudo volverse á sumergirse, y por decirlo así, á enterrarse vivo en la santa oscuridad de la vida solitaria?

No son menos admirables en las funciones pastorales y apostólicas el gran San Dunstano de Cantorbery, San Osualdo de Yorck, San Bruno de Colonia, cuyo menor realce fué la sangre Real que circulaba por sus venas; los dos Santos Adalbertos, el uno Apóstol de los rusos y primer arzobispo de Magdeburgo, y el otro obispo de Praga y martirizado en Prusia; el humilde y docto Wolfango de Ratisbona; San Udalrico de Augsburgo, que fué el primero á quien por sus sublimes virtudes se colocó con las nuevas solemnidades en el número de los Santos; San Bernuardo de Hildesheim, San Bardon de Maguncia, San Gerardo de Hungría y otros infinitos. La Cátedra misma de San Pedro tan enormemente profanada en este siglo calamitoso por algunos Pontífices, los cuales, sin embargo, no dieron ni siquiera un decreto contrario á la fé, ó á la disciplina general, ó á las buenas costumbres, volvió á recobrar todo su antiguo y santo esplendor despues de ese fatal eclipse, eclipse que aun se vió interrumpido por Benedicto V, el cual es venerado como Santo en la ciudad de Hamburgo donde murió. En efecto, ¿qué manchas dejaron de ser borradas por la pureza de vida y por los grandes ejemplos del santo Papa Leon IX, por su actividad, su vigilancia, su constancia é inalterable firmeza, y por el desprecio de todo respeto humano, de todas las preocupaciones, contradicciones y peligros?

Finalmente, en el trono mismo, en la augusta dignidad en que parece dudó Tertuliano que se pudiesen cumplir las leyes del cristianismo, mostró Enrique, duque de Baviera, despues emperador, que era posible ser gran Santo, y se hizo célebre por sus heróicas virtudes dignas de la emulacion de los mas perfectos solitarios. Santa Cunegundis su esposa, despues de muchos años de matrimonio, se encerró en un monasterio de vírgenes, conservando una integridad de inocencia que las llenó de admiracion. Las emperatrices Ricarda, Matilde y Adelaida hallaron igualmente su santificacion en una gerarquía que suele ser funesta á la inocencia de muchas. Los santos reyes Eduardo de Inglaterra, Haroldo de Dinamarca y Olaf de Noruega, cogieron en este campo ingrato la palma del martirio. En Hungría, no tanto parecia San Esteban el rey como el apóstol de su pueblo, y con todo eso hemos visto que su hijo y sucesor San Emerico fué superior á la virtud de su padre por su vida enteramente angelical. No acabaríamos, aun cuando no hubiésemos de presentar mas que los prodigios y los fenómenos; pero basta para nuestro intento la ligera enumeracion que acabamos de hacer. Dígasenos ahora si la segunda edad de la Iglesia debe tomar su denominacion de la ignorancia que sofoca los dones de Dios, ó de la dichosa sencillez que los hace fecundos. Pero dejemos á la heregía su triunfo imaginario, y supongamos que esta ignorancia fué como ella ha querido pintarla, ¿qué otra cosa inferirá de aquí todo hombre imparcial y de principios, sino que el milagro de la conservacion de la

Iglesia es por lo mismo mucho mas visible?

Al fin y al cabo, las verdades fundamentales de la salvacion, esto es, todos los artículos verdaderamente de fé, y la disciplina propiamente evangélica, no han padecido jamás ninguna alteracion. Las decisiones que se dieron en la primera edad tienen la misma autoridad en la última. Los símbolos de Nicea y de Constantinopla se hallan enteros en los santos decretos de Trento. Lo mismo sucede con los principios esenciales de la moral y de la disciplina, con el régimen eclesiástico, con la forma de la gerarquía, con la distincion y subordinacion entre los diversos órdenes del clericato, con el culto público, con las ceremonias y ornamentos sagrados, con la celebracion de los santos misterios, con lo sustancial de la liturgia y de todos sus puntos capitales, con las oraciones por los difuntos, con el respeto debido á las reliquias y á las santas imágenes, con la necesidad de las obras de penitencia, y hasta con la virginidad y con los demas votos monásticos: en una palabra, ya sea en lo tocante al dogma, ya en cuanto á los principios de la moral, todo aquello que la Iglesia, en cualquiera situacion en que se hallase, y todo lo que un solo concilio ecuménico declaró alguna vez necesario ó útil para la salvacion, ha permanecido en la misma estima hasta nuestros dias. Compárese el estado presente de la Iglesia en que tenemos la felicidad de vivir, con lo que hemos leido hasta ahora acerca de la historia del dogma y de la disciplina, con las decisiones de los concilios, con los decretos de los Sumos Pontífices, con las instrucciones unánimes de los Padres, y con las antiguas liturgias, por ejemplo con la de San Juan Crisóstomo: ¿no encontraremos en todo esto la mas exacta conformidad, ó por lo menos, pues queremos alejar hasta la sombra de disputa, una conformidad suficiente para que nuestro argumento sea irrefragable y para convencernos de que la Iglesia de estos tiempos es todavia la de los Leones, Agustinos, Gerónimos, Crisóstomos, Basilios, Ambrosios y Atanasios?

En cuanto á las reglas de las costumbres, como que son mas familiares á todos los fieles, comparemos mas particularmente sus instituciones primitivas con la enseñanza de nuestros dias, con la de todos los tiempos, y mas especialmente con la de los siglos para cuyo descrédito se ha recurrido á tantas hipérboles malignas. Los preceptos evangélicos, la ley de la abnegacion cristiana, del desprendimiento de las cosas terrenas, del esclusivo aprecio de los bienes invisibles, de la necesidad de crucificar la carne y sus concupiscencias, de la unidad é indisolubilidad del vínculo conyugal, del perdon de las injurias, y del amor de los enemigos; estas leyes, mejor observadas en los tiempos primitivos que en los siglos siguientes, no fueron menos conocidas en estos, ni se tuvieron por menos indispensables. Los mandamientos de la ley llamada natural y divina, que á pesar de estar grabados en nuestros corazones, no bastan para refrenar todo el ímpetu de las pasiones que nos dominan, fueron en todos los siglos cristianos los elementos de la primera instruccion, y son todavia hoy tan familiares al pueblo sencillo como á los doctores consumados. Los mandamientos mismos de la Iglesia, ó para hablar con mas esactitud, sus divinos derechos á nuestra obediencia, propuestos con mayor ó menor estension, y modificados segun las necesidades de los tiempos y las reglas de un prudente gobierno, se han conservado siempre, en cuanto á la sustancia, en el mismo grado de actividad y vigor; y si examinamos individualmente las leyes canónicas y clericales, hallaremos en todas las edades un mismo régimen en todo lo que toca á la disciplina verdaderamente evangélica, y aun á la dignidad del estado clerical.

Por desgracia es demasiado cierto que hubo algunos tiempos estraordinariamente nebulosos, cuyos densos y malignos vapores empañaron hasta los vasos del santuario, hasta la integridad de las costumbres sacerdotales que son la primera leccion de los pueblos. A principios del siglo XI llegaron á tal estremo la simonía y la incontinencia de los clérigos que parecia no menos peligrosa la correccion que la impunidad. Hemos visto á los príncipes, á los protectores naturales de los cánones, y á su cabeza el emperador Enrique IV, sacar, por decirlo así, á pública subasta las dignidades eclesiásticas, y por medio de las sumas que

les proporcionaba este sacrílego comercio hacerse indulgentes en órden á la disolucion de los viles mercenarios á quienes habian revestido con ellas. De aquí las muchas contradicciones y reveses que tuvo que sufrir el animoso San Gregorio VII, sin apartarse jamás del plan de reforma que habia concebido, ó á lo menos perfeccionado, imitando á algunos predecesores suyos, y en especial á Leon IX. Si no tuvo tiempo para consumar esta grande obra, y no esterminó enteramente la simonía y la incontinencia, dió por lo menos un golpe mortal á estos dos mónstruos, que quedaron ya sin ningun vigor, y solo opusieron unos movimientos convulsivos y unos esfuerzos impotentes contra los justos vengadores de los cánones. De este modo, los corruptores de aquella disciplina inmutable, encontraron su ruina y su castigo en la misma edad que los vió nacer.

Sin embargo, ciertos críticos pretenden que San Gregorio VII, al vindicar el honor de la Iglesia y restablecerla en la posesion de sus derechos inenagenables, desconoció sus verdaderos límites, y atentó á los del imperio. ¡Gregorio VII! esclaman; pero este nombre está desterrado para siempre del templo de los filósofos, y hasta muchos católicos parece se avergüenzan de pronunciarle. ¡Gregorio VII! pero ¿qué hombre prudente querria resucitar á este enemigo de la paz y del trono, desenterrar los huesos y reanimar el esqueleto de este Papa sedicioso, gefe de rebeldes, de usurpadores y de asesinos? Críticos ciegos, esa locura, si es que lo fuere, será la nuestra; nosotros que somos católicos, que tememos á Dios y obedecemos á la Iglesia, ¿cometeremos la bajeza de arrancar á Gregorio el título y la corona de Santo por complacer á los hijos de las tinieblas? No es de Gregorio VII, sino de San Gregorio VII, de quien tomamos la defensa. Pensadores, perdonadnos; católicos, no nos abandoneis; defendemos la causa de un santo Pontífice con la devocion propia de filósofos y con la filosofía propia de cristianos. ¿Por qué no hemos de poder ser al mismo tiempo filósofos y cristianos? Sin meternos á profundizar la opinion del dominio de los Papas sobre los reinos, nos será fácil defender la prudencia de San Gregorio VII en este punto. Sin examinar si para el bien espiritual de la Iglesia tiene autoridad el Papa de quitar el reino temporal á los príncipes cristianos cuando de él se hacen indignos por su rebelion contra la Iglesia, podríamos sostener, y victoriosamente, que San Gregorio, al excomulgar á Enrique, no obró con precipitacion, ni con ira, ni con imprudencia; porque tenia el ejemplo de sus predecesores, porque ha sido aprobado por las personas mas respetables de los siglos posteriores, y porque ha sido imitado hasta por los concilios de la Iglesia. Pues ahora bien: un hombre que obra conforme al ejemplo de los demas hombres virtuosos, que no sigue sus caprichos sino el consejo de las personas mas ilustradas; un hombre cuya conducta es aprobada por los hombres sábios y prudentes de muchos siglos, é imitada por la Iglesia, no es, no, un imprudente, sino un hombre muy circunspecto. Luego debe ser una temeridad y gran temeridad acusar de ira, de imprudencia y fanatismo á San Gregorio VII.

Pero en vez de limitarnos á justificar asi á este gran Papa, ¿por qué habíamos de disimular que la Iglesia ha creido poder emplear la misma autoridad que San Gregorio VII sobre lo temporal de los príncipes? Los partidarios de la potestad temporal indirecta del Papa han establecido precisamente sobre este hecho un argumento que miran como inespugnable en favor del Soberano Pontífice. Hé aquí lo que han dicho:

«La Iglesia universal, ó el Papa con la Iglesia universal, ha puesto la mano en lo temporal de los príncipes cristianos por causas espirituales y aun absuelto á sus súbditos del juramento de fidelidad; luego la Iglesia universal ha creido haber recibido de Dios en virtud de su institucion esta jurisdiccion y esta autoridad.» El antecedente es un hecho histórico, y la consecuencia es evidente. Segun esto van todavia mas lejos y añaden: «O la Iglesia se ha engañado en esta opinion, ó no: si no se ha engañado, entonces venís vosotros mismos á reconocer la autoridad eclesiástica sobre lo temporal de los príncipes; y si se ha engañado durante tanto tiempo y tan constantemente,

mostradnos en la Iglesia la asistencia permanente del Espíritu Santo que la fué prometida. ¡Cómo! El Espíritu Santo asiste perpetuamente á su Iglesia y ha permitido en ella durante tantos siglos una opinion falsa, despótica, tiránica, sediciosa! Es verdad, que la Iglesia no ha dado acerca de este punto una decision formal; pero se puede decir que ha hecho de ella una decision práctica, cuando ha prescrito sobre el particular leyes que debian observarse en todo el cristianismo. Y una Iglesia asistida por el Espíritu Santo ¿podria prescribir leyes despóticas, tiránicas, sediciosas? ¿Quién entonces estaria ya obligado á obedecer á una Iglesia de esta clase, puesto que desde ese momento no seria ya una Iglesia, sino una sociedad de fanáticos y de rebeldes?» —Confieso que este argumento me ha hecho palidecer y temblar, porque me parecia que estos papistas querian á la fuerza arrastrarme á su opinion; y tanto mas cuanto que leyendo últimamente la respuesta del decano de la facultad de Lovaina en 1789 á la quinta pregunta doctrinal del cardenal arzobispo de Malinas, he visto que dice, de acuerdo con los teólogos, que «en cuanto á la disciplina general no puede suceder que la Iglesia universal prescriba una disciplina nociva é ilícita.» ¿Cómo pues, he vuelto á decirme yo mismo, cómo la Iglesia universal ha prescrito que los príncipes fautores de hereges queden privados de su dignidad, si esta fuera una ley nociva é ilícita? ¿Cómo los teólogos, los doctores, los Papas, los Santos y los concilios ecuménicos han obrado conforme á esta opinion durante tanto tiempo y se han engañado todos á la vez? Confieso que á esta objecion no puedo hallar una respuesta clara y concluyente.

He querido consultar un autor moderno, católico francés, el autor de la obra intitulada *De las dos potestades*, el cual se esfuerza en responder á estas objeciones (*p.* 2, *c.* 1, *part.* 1); pero si he de decir la verdad, sus respuestas han aumentado mi dificultad, porque parecen ser las de un hombre que conoce no puede responder clara y directamente. Apreciemos su sistema aun cuando para combatirle nos veamos obligados á citar y discutir hechos que pertenecen ya á la continuacion de nuestra *Historia*. Dice primeramente (*n.* 4.) que los Concilios III y IV de Letran no eran competentes para despojar de sus bienes á los hereges; pero que los decretos de estos Concilios acerca de estas materias estaban autorizados por el consentimiento de los príncipes que á ellos asistieron ó personalmente ó por medio de sus embajadores. Mas si estos Concilios no tenian competente jurisdiccion sobre este punto, ¿por qué obraban de esa manera? Esto es lo que yo pregunto, y se me responde que «porque los príncipes autorizaban sus decretos.» Pero, en primer lugar, esta es una esplicacion arbitraria. En los decretos de estos dos Concilios no se hace mencion alguna de los príncipes, y esos decretos están juntos y mezclados con los demas relativos á materias eclesiásticas. En el cuarto de Letran se dice que para castigar á los fautores de hereges se recurra al Papa, y no á los príncipes: *significetur hoc Summo Pontifici, ut ex tunc ipse vassallos ab ejus fidelitate denuntiet absolutos.* En segundo lugar, no es verosímil que los príncipes diesen su consentimiento á un decreto que les llegaba á lo mas vivo, al menos sin la condicion de recurrir á su autoridad. Por último, si el Concilio no fuera competente para despojar de sus bienes á los hereges, si el Papa no tiene en ciertos casos la autoridad de declarar á los vasallos absueltos del juramento de fidelidad hecho á sus soberanos, mucho menos competente en esta parte debe reputarse á la autoridad de los príncipes, los cuales no pueden ingerirse en la Religion de los Estados de sus iguales. ¿Cómo, pues, podian comunicar á la Iglesia ó al Papa una autoridad que ellos mismos no tenian?

Acerca de la deposicion de Raimundo, conde de Tolosa, hace observar dicho autor (*n.* 5.) que Felipe Augusto, de quien dependia el condado, habia cometido al Papa el juicio de su vasallo. Pero ¿á qué enviar y cometer este juicio al Papa, si este no tenia ninguna jurisdiccion en este negocio? En este recurso al Papa se descubre mas bien que el rey de Francia le reconocia como juez de esta causa. Acerca de la autoridad del Concilio de Lyon responde asi el autor (*n.* 6): La deposicion de Federico II es un hecho, y no un decreto dogmático, y ade-

más este hecho personal á Inocencio IV no decide nada: la sentencia solo fué pronunciada en su nombre y únicamente en presencia del Concilio, *praesente concilio*, no *approbante concilio* como se dice en los decretos á cuya formacion concurrió el concilio con el Papa.—Es verdad que la deposicion de Federico es un hecho; pero si el Papa Inocencio no tenia el derecho competente, era un hecho despótico, tiránico, sedicioso, no solamente *praesente concilio*, sino despues de una madura deliberacion con el concilio: *cum fratribus nostris et sacro concilio deliberatione praehabita diligenti*, y acompañado de una demostracion pública por la cual el concilio no solamente lo aprobaba, sino que concurria á él con todas las formalidades: *candelis accensis in dictum imperatorem Fredericum, qui jam jam imperator non est nominandus, terribiliter fulgurarunt*. Estas circunstancias son bien notables para dar á conocer que el concilio aprobaba la deposicion de Federico. Y cuenta que los príncipes no prestaron á ello su consentimiento, ni Federico contra quien se procedia, ni los demas que no tenian jurisdiccion alguna sobre el emperador. Luego fué el Papa quien procedió en esta deposicion con autoridad eclesiástica en presencia y con la deliberacion y concurso del concilio ecuménico. Por lo que hace á Julio II, al concilio de Letran de 1512, y al de Trento, responde este autor lo que sigue (*ib. n.* 9, 10): «Desaprobamos la conducta de Julio II y no contamos en el número de los concilios ecuménicos el concilio que este Papa celebró en Letran en 1512. Confesamos que los cánones del Concilio de Trento, en cuanto á las disposiciones relativas á lo temporal, traspasan los límites de su jurisdiccion; pero es una máxima generalmente recibida que tales decretos emanados de la una ó de la otra potestad reciben su validez del consentimiento espreso ó tácito de la potestad competente.» Aun cuando no se quisiera mirar como ecuménico el Concilio de Letran, siquiera le miren como tal la mayor parte de los autores católicos, debe sin embargo confesarse que fué un Concilio bastante numeroso, compuesto de 114 obispos, de 18 cardenales, de muchos abades y doctores, y que no basta desaprobar á Julio II, sino que es menester desaprobar tambien á todo el Concilio, el cual aprobó el decreto del Papa. La esplicacion de los decretos del Concilio de Trento, por la cual se supone el consentimiento de la potestad secular, es enteramente arbitraria. El Concilio obra siempre de su propia autoridad, y no seria perdonable en un Concilio ecuménico disimular la concesion de los príncipes, si de ella hubiera tenido necesidad para sus decretos. Pero la verdad es que un príncipe no tiene derecho de despojar á otro príncipe de su jurisdiccion á causa del abuso del duelo, y ni aun querria yo decir que pueda deponer por esta razon á sus feudatarios. ¿Cómo pues la potestad secular ha comunicado al Concilio de Trento la autoridad que ella misma no tenia?

El autor alega principalmente, con Bossuet, la paridad de los príncipes seculares, y dice que estos se han arrogado tambien algunos derechos eclesiásticos y que esto se ha hecho con el consentimiento al menos tácito de la Iglesia; luego (concluyen) tambien puede la Iglesia haberse arrogado algunos derechos temporales con el consentimiento tácito de la potestad secular.—Pero esta paridad nada vale, porque no es de estrañar que un príncipe se haya apoderado de un poder que no tenia, y que la Iglesia por prudencia lo haya algunas veces disimulado; mas seria muy de estrañar que toda la Iglesia, asistida del Espíritu Santo, hubiese invadido los derechos de los príncipes, y no lo seria menos el que lo hubiesen consentido los príncipes sin que á consentirlo se creyeran obligados. Nada habria de estravagante en la usurpacion de los príncipes y en el silencio de la Iglesia; pero habria mucha estravagancia en la usurpacion de la Iglesia y en el silencio de los príncipes. Asi esta paridad no tiene aquí fuerza alguna. En todo lo que se quiere demostrar, para saber si se ha hallado el centro de la verdad, es menester principalmente atacar la objecion mas fuerte de los adversarios y ver si los principios que se han asentado la destruyen clara y directamente, de suerte que los oyentes esclamen espontáneamente: «Habeis vencido.» De lo contrario se podrán escribir muchos y abultados volúmenes, pero no se logrará con ellos hacer que el lector com-

prenda bien la tésis que se quiera establecer. Siempre me ha estrañado á mí la marcha que sigue el autor del libro titulado *Defensio declarationis conventus Cleri Gallicani ann.* 1682. Sostiene que el Papa no tiene potestad alguna directa ni indirecta, por ningun motivo y en ninguna circunstancia, de declarar á los súbditos absueltos del juramento de fidelidad para con el soberano legítimo. He leido este libro con la mayor atencion, con la idea principalmente de hallar la solucion del argumento fundamental de los que sostienen que el Papa tiene esta potestad indirecta; pero no la he encontrado. He hallado sí un exámen muy minucioso de hechos históricos; pero no se combate la razon fundamental de los adversarios, y lejos de eso hasta parece se la mira con el mayor respeto. Pero si ellos se jactan de que es inespugnable, ¿qué deberemos responderles? Si el autor hubiera probado desde el principio que el juramento de fidelidad es indisoluble por su naturaleza, aun cuando el príncipe contravenga evidentemente y con violencia á las condiciones espresadas en el juramento, y que por consiguiente el Papa jamás puede declarar relajado un juramento que intrínsecamente y por su naturaleza es obligatorio en todos los acontecimientos estraordinarios, entonces se habria atacado al enemigo en sus atrincheramientos, y los espectadores habrian podido juzgar con seguridad á qué partido debian adherirse; entonces el exámen de los hechos habria podido ser mas sucinto, porque no hay hecho que pruebe un derecho, cuando este derecho es insostenible. El autor se habria ahorrado las dos terceras partes de su trabajo, y el lector que quiere ser instruido y persuadido habria quedado mas satisfecho.

San Francisco de Sales, respondiendo á una persona que le habia preguntado acerca de los derechos del Papa sobre este particular, dice lo siguiente: «Me pedis una decision difícil é inútil. Difícil, no en sí misma, porque los que la buscan por la via de la caridad la hallan fácilmente; sino difícil, porque en este siglo en que hay tantas cabezas calientes y amigas de disputar, no es fácil decir cosa alguna que no ofenda á los que se precian de adictos al Papa y á los príncipes, que no quieren alejarse de los estremos y no advierten que á un padre no se le puede hacer ninguna cosa peor que quitarle el amor de sus hijos, ni á los hijos que quitarles el respeto que deben á su padre. He dicho inútil, porque el Papa nada de eso pide á los reyes y á los príncipes; los ama á todos tiernamente, desea la firmeza y estabilidad de sus coronas, vive en paz y amor con ellos, y apenas hace nada en sus Estados, aun en punto á negocios puramente eclesiásticos, sin contar con ellos. Así pues ¿á qué viene examinar su autoridad sobre lo temporal y abrir con esto la puerta á la disension y á la discordia?... Hay una grande y recíproca obligacion entre el Papa y el rey, obligacion invariable que se estiende hasta la muerte inclusive, obligacion natural, divina y humana, por la cual el Papa y la Iglesia deben auxiliar con sus fuerzas espirituales á los príncipes, y los príncipes con sus fuerzas temporales al Papa y á la Iglesia.» Esto es lo que dice San Francisco de Sales. El hecho es que los Papas de los últimos siglos no han ejercido esta potestad; pero habria sido preciso haber leido con atencion la historia de la edad media en la que, estando como aniquiladas las ciencias, no respiraban los pueblos mas que usurpaciones, destrozos y homicidios, y los pequeños soberanos entre quienes estaba dividida la Europa, especialmente Alemania é Italia, se hallaban en guerra contínua unos con otros. Entonces se comprenderia fácilmente por qué se adoptaban algunas máximas mas eficaces sin que esto causase admiracion ni estrañeza. Entonces se comprenderia cómo los Papas eran, por decirlo así, los árbitros de la paz y de la guerra en Europa, y cómo los mismos príncipes dependian de su decision en estos negocios porque sabian que sin un juez y un árbitro comun no podian ni subir al trono con seguridad, ni permanecer tranquilos en él, cualesquiera que fuesen los derechos y razones que tuvieran para su posesion. Entonces se podria conjeturar prudentemente que, sin la influencia de los Papas en los negocios políticos de Europa, probablemente se habria visto esta despedazada sin cesar por guerras intestinas, de tal manera que jamás habria

podido levantarse de sus cenizas. Cualesquiera que fuesen los desórdenes que pudiese producir la autoridad de los Papas de aquellos tiempos, no hay nada comparable á los males mucho mas grandes que habrian desolado esta parte de la tierra, si la autoridad pontificia no hubiera intervenido para impedirlos ó para hacer que cesasen. Tambien se reconoceria que si los turcos y los sarracenos no han vuelto ya á hacer destrozos en Europa, si los moros abandonaron la España y no infestaron toda la Italia, todo esto es debido á los Papas, quienes por la liga de las cruzadas y con el socorro de las rentas de la Iglesia impidieron que las hordas de Asia y de Africa devastasen para siempre estos bellos paises, trayendo á ellos sus costumbres bárbaras y su feroz ignorancia. Entonces se aprenderia que la salvacion y la vida radical de las ciencias de nuestros dias es debida en gran parte á la estension del poder de los Papas, quienes, mientras los demas príncipes habian abandonado su cuidado y proteccion, se ocuparon en erigir y sostener con su autoridad y sus privilegios las mas famosas academias de Europa. Se veria entonces que la regeneracion del buen gusto, el retorno de las artes y el estudio de las lenguas son debidos especialmente á los Papas, no solo por efecto de la proteccion que les concedió la corte romana, sino tambien porque esta corte atrajo á Italia los hombres mas sábios de los dichosos paises del Asia con ocasion de la reunion de los griegos á la Iglesia latina. Se veria con la mayor claridad que las opiniones de aquel tiempo, acerca de la autoridad temporal del Papa, fueron las que facilitaron y autorizaron las nuevas conquistas de los príncipes europeos en América, las que proporcionaron á la Europa tantas nuevas producciones y tan grandes riquezas. Y á vista de esto, afectar disimular unas ventajas tan manifiestas producidas por el influjo de los Papas de aquellos siglos y de las cuales participamos nosotros, publicar, por el contrario, el cuadro infiel de la supuesta ambicion pontificia en un siglo en que no queda de ella rastro alguno, no puede ser sino efecto de la animosidad y de la ingratitud. El filósofo preferirá admirar la divina Providencia que supo entonces proporcionar tantas ventajas á la Iglesia y al imperio.

Pero volviendo á nuestro principal objeto, ¿quién despues de todas las reflexiones que acabamos de hacer no ve que no se puede absolutamente incriminar á San Gregorio VII, puesto que nadie dudaba que su opinion fuese verdadera en su siglo y en los siglos posteriores, y que aun en el siglo de las luces un buen filósofo no podria demostrar que fuese falsa? Dejad pues á este celoso Pontífice la corona de Santo, ó demostradme claramente que ha merecido perderla. ¿Puedo por ventura ser menos exigente?

Con las supersticiones que se atribuyen al reinado de la ignorancia sucede lo mismo que con los demas abusos, pues debieron su primer orígen, no á la falta de instruccion, sino á la indocilidad presuntuosa que se desdeñaba de ella, no contentándose con la sencillez de la enseñanza comun. Si bien se considera se verá que la supersticion, á lo menos la que forma secta y se perpetúa, proceden de la misma causa que la heregía y la impiedad sistemática, esto es, del orgullo y de la obstinacion. De aquí es, que por lo comun incurren en las prácticas mas supersticiosas los que mas suelen preciarse de espíritus fuertes. Pero sin salir de nuestro asunto, ¿cuántas pruebas de hecho no nos suministran aquí los cánones de los concilios, las advertencias y decretos de los Papas, y los escritos de gran número de doctores contemporáneos contra las supersticiones de entonces? Traigamos á la memoria lo que, entre otros, escribian Hincmaro de Reims y Amolon de Lyon contra los diferentes modos de tentar á Dios, condecorados con el nombre especioso de pruebas ó suertes de los Santos. Todos los vicios, desórdenes y errores de cualquier clase que fuesen y en cualquier siglo en que se conociesen, fueron marcados con la señal que les convenia, y pintados con tales rasgos que solo se podia incurrir en ellos voluntariamente.

No, no hay cargo ni acusacion alguna que el hombre ingrato pueda hacer con la menor apariencia de razon á la Iglesia, á la divina maestra y universal bienhechora del género humano. ¡Qué vasto campo se nos presenta aquí, y cuántas co-

sas podríamos decir todavía, si no temiésemos esceder los límites de un discurso! ¡De cuántos conocimientos, de cuántas ventajas y comodidades es deudor el género humano al órden gerárquico aun en esos tiempos que se nos dice fueron! tan tenebrosos! ¿Dónde sino en las escuelas de las catedrales y claustros se han conservado los escritos de los Padres y santos doctores, las instituciones de los legisladores y de los filósofos, los fastos de los pueblos y de los imperios, las obras maestras de la elocuencia y de la poesía, los elementos de todas las ciencias y artes, y hasta las lenguas, los números y los cálculos, con la escritura y el uso de la lectura? Ya sea que Gerberto de Reims bebiese en esta fuente ó en los libros árabes, ¿no será siempre cierto que por ello la Europa debe á una escuela cristiana del siglo décimo el orígen ó el uso de los métodos matemáticos y de tantos otros conocimientos comprendidos bajo este nombre? El uso de los himnos y de los cánticos sagrados en nuestros templos, ¿no nos conservó tambien, si no las gracias de la poesía, al menos su mecanismo y artificio, y en algunas composiciones como el *Dies iræ* y el *Stabat Mater*, mas afectos, mas energía y elevacion que la que se encuentra en el poema secular, por ejemplo, del primer lírico de la antigua Roma? El cultivo y los progresos modernos de la música, ¿no son debidos á los cánticos de nuestras iglesias, á aquellos coros augustos en que no se desdeñaban de cantar los mismos reyes, y cuyas composiciones se aprovechan todavía hoy como á porfía los coros profanos? No es menos indubitable, antes bien es un punto de hecho, que el arte de la palabra debe su existencia á las instrucciones y á las exhortaciones sólidas, al menos en cuanto al fondo de las cosas, que no han dejado jamás de resonar en el santuario. ¿Y qué diré de la arquitectura, tan floreciente á principios del siglo undécimo en que se construyeron nuestras mas bellas catedrales, y aun mucho mas en el tiempo en que se edificaron las magníficas iglesias de Pisa y Florencia, de las cuales tomó Miguel Angelo sus mejores diseños para la de San Pedro de Roma?

El arte mismo de la legislacion y de la política, y la ciencia del gobierno, hallaron sus principios y sus modelos en los decretos de los Concilios, y tuvieron por cuna aquellas asambleas mistas de prelados y señores, en que los asuntos del Estado se trataban en comun con los de la Religion. Las negociaciones entre los varios Estados, y la armonía entre los diferentes miembros de un Estado mismo, la policía, el comercio, el ejercicio de las artes de primera necesidad, en una palabra, todas las ventajas de la vida social y aun la misma sociedad, en unos tiempos en que parecia que la barbárie iba á arruinarla enteramente, se sostuvieron y han subsistido por medio de las fiestas y juntas religiosas, que eran las que formaban casi el único vínculo que quedaba entre los hombres. Sin esto, ¿qué hubiera sido del Occidente despues de las irrupciones y destrozos de los godos, vándalos, hunnos, esclavones y normandos, gente feroz é inhumana? Seria sin duda una tierra semejante á la de los caníbales y hotentotes, dispersos en las selvas con los tigres y leopardos, ó comparable á lo sumo con las costas de Berbería y del Indostan. Los bárbaros del norte debian hacer naturalmente de la Europa lo que los árabes y los tártaros han hecho de la India y del Africa; pero la Europa cristiana comunicó á aquellos hombres, que apenas tenian de r cionales mas que la figura, un grado de civilizacion y de virtud que todo el poder y destreza de los romanos no habian sido capaces de dar á sus pueblos.

Pero sin profundizar mas en esta materia, ¿no basta lo que hemos dicho para concluir que los siglos llamados tan generalmente tenebrosos no estuvieron tan cubiertos de tinieblas como se ha pretendido persuadir? Esta es la consecuencia que deduce y adopta aun el mismo Fleury. Añadamos con él, que es necesario buscar la luz y la virtud en donde se hallaron en cada tiempo.

En el discurso del siglo sétimo y del octavo se debilitó la Religion en Francia y en Italia; pero mostró toda su fuerza en Inglaterra. En el siglo nono volvió á florecer en Francia, y desde allí ilustró en el décimo las regiones mas incultas de la Germania. Mientras que bajo el yugo de los musul-

manes esperimentaba la suerte mas deplorable en el Oriente, en Africa y en España, hacia por el contrario inmensas conquistas en Sajonia, Dinamarca, Suecia, Noruega, Rusia, Polonia y Hungría. La España misma, aun en medio de sus ruinas y de sus conflictos, renovó el grande espectáculo de los primeros mártires con una heroicidad digna de sus mas bellos dias. A pesar de todos los asaltos y triunfos de la barbarie, á pesar de la destruccion de los tronos y del trastorno de toda la tierra, la Iglesia, fundada sobre la piedra, permaneció siempre inmoble, sirviendo siempre de señal y de faro á los pueblos, despidiendo en todos los tiempos una luz brillante, y siempre atrayendo á sí todas las miradas, siempre magestuosa en el órden de su culto, en la dignidad de sus ceremonias, y en la celebracion de aquel sacrificio augusto, cuyo espectáculo causaba religioso terror aun á la misma impiedad,

Siempre tuvo la Iglesia sus pastores, sus doctores y sus apóstoles, sus mártires si era necesario, una sucesion continua de vírgenes y de pobres voluntarios, ejemplos ilustres de virtud en todos los estados y condiciones, y modelos tanto mas multiplicados y brillantes cuanto menos fecundos eran los otros conocimientos científicos. No se puede inferir cosa en contrario por los desórdenes particulares ni por los abusos considerados y condenados como tales, porque nunca impidieron que la fé comun y las costumbres públicas se dirigiesen conforme á la Escritura y á la tradicion, sin que se estudiase una y otra con fruto, ni que se enseñasen y profesasen, no solo los principios fundamentales, sino tambien todos los artículos de la creencia y de la moral cristiana. Cuanto se ha dicho contra estas verdades ha sido un efecto visible de la irreligion y de la corrupcion; porque se arruinaría la Iglesia ó no tendria mas que una existencia precaria y fortuita, si se pudiese señalar un tiempo en que se hubiese acabado la ciencia de la Religion: lo cual bastaria por si solo para tenernos en guardia contra las interesadas alegaciones de la heregía, aun cuando por otra parte no tuviesen contra sí, como efectivamente los tienen, los hechos y los monumentos de todos los siglos. Pero aun suponiendo que ella hubiese llegado á alterar todas las ideas, una vez que ya se sabe la historia de este trastorno efímero, nada hay que sea capaz de pervertir un juicio recto y sano. No nos olvidemos jamás de que un impostor astuto, algunos hombres viles, y cierto número de entusiastas bastan por sí solos para producir esa clase de revoluciones.

LIBRO TRIGÉSIMO-CUARTO.

Desde el principio del Pontificado de Urbano II en el año 1088, hasta la conquista de Jerusalen por los cruzados en el de 1099.

La relajacion de la disciplina y la depravacion de las costumbres son efectos naturales de la ignorancia y olvido de las santas reglas. Menos deben admirarnos los abusos establecidos en los tres siglos que van á servir de materia á la tercera parte de esta *Historia*, que la pureza no interrumpida de la enseñanza pública, y los ejemplos de virtud que no cesaron de turbar la culpable seguridad de los que se separaban de ella. Este es el punto fijo que jamás debe perderse de vista, al observar las diferentes innovaciones y los escándalos que van á referirse. Los escándalos son alarmantes sin duda para la fé sencilla y la tierna piedad; pero trocado este sobresalto en admiracion, la piedad tomará incremento y la fé se afirmará al ver los verdaderos principios triunfar constantemente de aquellos errores ó de aquellos estravíos particulares. Porque, al fin, todas aquellas nubes se han disipado, y la santa verdad, como un astro mas radiante despues del eclipse, ha salido de aquellas sombras con todo su esplendor ó su pureza primitiva, y ha llegado hasta nosotros en toda su integridad para pasar del mismo modo á las generaciones futuras hasta la consumacion de los siglos. Cuanto mas trabajan las potestades de las tinieblas en corromper el santo depósito, tanto mas se manifiesta la mano del Todopoderoso en la conservacion de este divino tesoro y de la Iglesia que es su depositaria.

Nunca habia parecido esta tan vacilante como despues de la muerte del Papa Victor III, cuya repugnancia á admitir el pontificado y cuyas largas incertidumbres y súbita muerte alentaron prodigiosamente la presuncion del Antipapa Guiberto y de sus partidarios cismáticos. Todo el partido católico quedó consternado; y los mas esperimentados no sabian que hacer en semejantes circunstancias para preservar á la Iglesia romana de una total ruina. Habiéndose dispersado por todas partes los obispos buscando su propia seguridad, los romanos que se veian en el mayor peligro, la condesa Matilde y otros muchos italianos les enviaron frecuentes diputaciones suplicándoles que se reuniesen y diesen un piloto á la Iglesia agitada por tantas tempestades. Habiéndose convenido entre sí los prelados, escribieron al clero y pueblo católico tanto de Roma como de la Campania, de la Apulia y de otras provincias, para que se reuniesen en Terracina en la primera semana de Cuaresma, y que aquellos á quienes no fuera posible concurrir enviasen por lo menos un diputado con poder por escrito para dar en su nombre su consentimiento.

Celebróse efectivamente la reunion en el sitio señalado, el miércoles de la primera se-

mana de Cuaresma dia 8 de marzo de 1088. Reuniéronse á la mañana siguiente en la iglesia catedral, en donde examinaron los poderes de los diputados, principalmente los de Juan, obispo de Porto, representante de todo el clero romano, y los del prefecto Benito, comisionado por los legos. Los diputados de las diferentes iglesias eran cuarenta entre todos, tanto abades como obispos. El de Tusculum, ahora Frascati, representó lo que el Papa Victor, y antes de él San Gregorio VII, habian prescrito para el gobierno de la Iglesia: toda la asamblea lo aprobó, y convinieron en pasar todo aquel dia y los dos siguientes en ayunos, oraciones y obras de caridad para conocer la voluntad de Dios.

Volviéronse á congregar el domingo muy de mañana, y despues de algunas deliberaciones, los obispos de Porto, de Frascati y de Albano, esto es, los tres cardenales que estaban al frente del Concilio, subieron al púlpito, y todos á una voz dijeron que su parecer era se eligiese Pontífice á Oton, obispo de Ostia, pidiendo segun costumbre el consentimiento de la asamblea. Esclamaron todos que Oton era digno del pontificado, y que aprobaban esta eleccion; en seguida el obispo de Albano le nombró Urbano, y luego los Padres se acercaron á él, le despojaron de su capa de lana, le pusieron una de púrpura, le condujeron al altar de San Pedro en medio de las aclamaciones y de los santos cánticos, y le colocaron en el trono pontifical; acto contínuo celebró solemnemente la misa. Notificó al punto su eleccion á los católicos de todas las naciones, quienes ensalzaron sobremanera las seguridades que les daba de seguir las huellas de sus predecesores los mas regulares (1). No olvidó á San Hugo de Cluny, de quien era discípulo, entre aquellos á quienes dirigió tales testimonios de distincion. El Papa Urbano, segundo de este nombre, era francés, nacido en Chatillon, junto al rio Marne, de la casa de Lageri.

Como el antipapa Guiberto continuaba siendo sostenido vigorosamente en Roma, el Pontífice legítimo poco despues de su eleccion se trasladó á Monte-Casino, en donde nombró cardenal diácono al monge Juan Cayetano que fué despues Papa con el nombre de Gelasio II. Pasó despues á la Pulla y hasta la Sicilia, cuyos duques, descendientes de aquellos valerosos normandos que se habian hecho soberanos en ella, se esforzaron en indemnizarle, con los mas sinceros homenages, de la inconstancia ó flaqueza de los romanos ya degenerados. El partido cismático sufrió entretanto algunos reveses de consideracion, y con esto cobraron ánimo en Roma y arrojaron de ella á Guiberto, el cual regresó á Ravena despues de haber ofrecido con juramento que no subiria ya á la Silla apostólica. Entró entonces el Papa Urbano en la ciudad y celebró un concilio de ciento y quince obispos, en el que confirmó los estatutos de sus predecesores (1089).

Con el objeto de disminuir mas y mas el cisma, hizo que la condesa Matilde se casase con Guelfo, hijo del duque de Baviera. Despues de trece años de viuda, y á los cuarenta y tres de su edad, no se resolvió á este enlace sino para defender mejor á la Iglesia romana: despues de su muerte, Guelfo protestó que habian vivido constantemente unidos como dos hermanos.

Trasladóse segunda vez el Papa á la Pulla, y tuvo en Melfi un concilio en que se reunieron setenta obispos, doce abades y todos los señores del pais con el duque Rogerio que prestó pleito homenaje al Papa (1). Estableciéronse en él va-

(1) Bertold. *ann.* 1088.

(1) *Tom.* 10. *Concilior. pag.* 478.

rios cánones contra los desórdenes ocasionados ó aumentados por el cisma. Recorrió el Pontífice diferentes provincias, y tuvo otro Concilio en Benevento, en donde se determinó que todos los fieles, clérigos y legos, hombres y mugeres, recibiesen la ceniza en la cabeza el primer dia de Cuaresma, y que no se contrajesen matrimonios desde el Adviento hasta la octava de la Epifanía, y desde la Septuagésima hasta la octava de Pentecostés (1091).

Mientras el Papa ejercia así su solicitud en las provincias, los cismáticos que habian permanecido en Roma fueron recobrando poco á poco sus fuerzas. Desde la Campania, donde recibió Urbano la noticia, hubiera podido fácilmente aproximarse con pueblos enteros celosos de su gloria y someter los rebeldes con la fuerza de las armas; pero no queria sostener sus derechos por medio de la violencia. Los partidarios del emperador Enrique tomaron por sorpresa el fuerte Adriano, llamado entonces Torre de Crescencio, y hoy castillo de Sant-Angelo, y el mismo Enrique se apoderó en Lombardía de la fortísima ciudad de Mántua. Estas ventajas permitieron que el antipapa perjuro tomase otra vez la tiara dos años despues de su juramento de no volver á sentarse en la Silla de los Pontífices.

Sin embargo, algun tiempo despues entró Urbano nuevamente en Roma, pero agobiado de deudas, falto de las cosas mas necesarias, y reducido á buscar un asilo entre los ciudadanos que le eran mas afectos. En este estado le halló Gofredo, abad de Vandoma, en casa de Juan Frangipan, en donde no osó por el pronto visitarle sino de noche: despues se disfrazó de criado para servirle con mas seguridad y aligerar sus penas sin ser conocido. Informado de la necesidad á que el Papa se veia reducido, habia salido Gofredo de Francia con sumas considerables que ascendian á mas de cien marcos de plata. Tenia la Providencia en esta visita miras aun mas superiores á las del generoso abad. Un cierto Ferrucho, encargado por el antipapa Guiberto de la guardia del palacio de Letran, propuso en aquellas circunstancias al Papa Urbano entregarle el palacio y la torre que le defendia, siempre que se le diese cierta cantidad: el abad Gofredo entregó tambien las sumas necesarias para concluir este tratado; y despues de haber apurado todo su dinero, vendió hasta sus equipages y sus caballos (1094). Así pusieron á Urbano en posesion del palacio de Letran y de la Silla pontificia, en que el Pontífice legítimo habia casi perdido las esperanzas de sentarse. Admitió antes de todos á Gofredo á besar los pies, y honróle al punto con el título de cardenal para él y sus sucesores, cuyo título han disfrutado en efecto por espacio de trescientos años.

Los partidarios de Guiberto conservaron el castillo de Sant-Angelo, desde donde causaban sobresaltos y temores perpétuos á los católicos, y particularmente á los estrangeros que habian de transitar por el puente del Tiber para ir á rendir sus homenages al Vicario de Jesucristo. En cuanto al antipapa, pasó él mismo á Lombardía á alentar ó ausiliar el furor del emperador Enrique; y ya fuese por las espediciones de este príncipe, ó ya por los enredos que Guiberto fomentaba en Roma, lo cierto es que sostuvo su faccion durante todo el reinado de Urbano como lo habia hecho en el de los dos Papas precedentes, y no acabó su cisma sino con su vida en tiempo de Pascual II, despues de haber turbado tambien los principios de este cuarto pontificado.

Durante estas contínuas revoluciones, que causan la oscuridad que reina en la série y fechas de las acciones del Papa Urbano, principalmente en sus primeros años, se mostró este Pontífice tanto mas aplicado

á sus obligaciones, cuanta mayor era la oposicion que encontraba para el ejercicio de sus derechos. Despues de su instalacion estendió su solicitud desde la Iglesia de Oriente hasta las estremidades del Occidente. Envió legados al emperador Alejo Comneno para que no molestase la conciencia de los latinos que vivian en Grecia, á quienes se prohibia el uso de los ázimos en el sacrificio. Recibió Alejo sin disgustarse esta reconvencion, hecha con un afecto paternal, y parece que perseveró constantemente en la comunion de la Iglesia romana.

Recibió Urbano por otra parte las quejas de Bernardo, arzobispo de Toledo, contra Ricardo, abad de San Victor de Marsella y legado de San Gregorio VII en España, en donde habia desempeñado mal su legacía. Bernardo, francés de nacion y discípulo de San Hugo, habia sido enviado por este aventajado maestro á Alfonso, rey de Castilla (*a*), que le habia pedido un abad capaz de poner en España el monasterio de Sahagun sobre el pié en que Cluny estaba en Francia. Habiendo conquistado el rey Alfonso á Toledo de los moros, trescientos

(*a*) Dijimos ya que el gran rey D. Fernando, poco antes de su muerte ocurrida en 1065, dividió sus Estados entre sus tres hijos, dando á D. Alfonso, que era el mas querido, el reino de Leon, que comprendia la tierra de Campos, parte de Asturias hasta el Deva que baña á Oviedo y algunas plazas que se le dieron en Galicia; al primogénito D. Sancho hizo rey de Castilla, que comprendia por entonces el espacio que cierra los tres rios Ebro, Duero y Pisuerga, á que se añadia la Rioja, ganada por su padre D. Fernando en la batalla de Atapuerca; y á D. García que era el menor le dió Galicia y Portugal. Esta division que se adoptó como un medio de evitar la guerra entre los tres hermanos, fué por el contrario la causa de largas y muy sangrientas luchas que describen estensamente nuestros historiadores. D. Sancho, á quien tocó Castilla, descontento por la particion y creyéndose con derecho á todos los dominios de su padre por ser el primogénito, movió guerra contra su hermano don Alonso, y le venció en Plantada. Retiróse aquel á Leon, donde reunió sus fuerzas, y siendo nuevamente atacado (1070) por don Sancho, logró vencer á este. Pero fuéle costosa la victoria, porque ufanos con ella los vencedores, y no queriendo don Alonso persiguiesen á los contrarios para evitar derramamiento de sangre cristiana, se durmieron sobre sus laureles. Previólo el Cid, don Rodrigo Diaz de Vivar, y así aconsejó á don Sancho con quien militaba, que recojiendo sus huestes fugitivas volviese contra los vencedores que se hallarian descuidados. Hízose así y salió como el Cid habia previsto, los ayer vencedores quedaron hoy vencidos; el mismo don Alonso quedó preso y fué conducido á Burgos. A instancias de doña Urraca, á quien don Alfonso habia dado para su defensa buena guarnicion en Zamora, accedió su hermano don Sancho á que no se le quitase la vida sino que pasase á Sahagun y se metiese monge. Unos dicen que efectivamente tomó el hábito, otros que no; pero todos convienen en que con apoyo de los caballeros Anzures ó Peranzules se fugó á Toledo donde se acogió á la hospitalidad que le dió Almenon rey de Toledo. Siguiendo don Sancho en su proyecto de apoderarse de todo lo que fué de su padre y quejoso de lo que doña Urraca habia hecho á favor de su comun hermano, proyectó ponerla en reclusion. Pasó pues á sitiar á Zamora; pero hallábase esta prevenida y muy en favor de Urraca Andando pues un dia D. Sancho sin las oportunas precauciones en derredor de los muros, salió disimuladamente de la ciudad un caballero llamado Vellido Dolfos, que buscando la espalda al rey le atravesó improvisamente de una lanzada, de que cayó cadáver, y cogiendo Vellido el caballo del rey, huyó á meterse en la ciudad. Esta muerte desconcertó á las tropas de D. Sancho, las cuales se retiraron todas. Acaeció esto segun parece el 7 de octubre de 1072. Doña Urraca avisó al punto á don Alonso lo que habia ocurrido, y este despues de despedirse de Almenon y reiterar el pacto de paz con él, pasó á Zamora para tomar las riendas del gobierno. Para que con el otro hermano don García no sucediera lo que con don Sancho se acordó prenderle, como así se verificó, si bien don Alonso por no tener hijos queria se le tratase bien para que lueg le sucediese en el reino; pero no llegó el caso, porque don García murió en la prision el 22 de marzo de 1090. Muertos pues don Sancho y don García, y despues de haber jurado en manos del Cid que no habia tenido parte en la muerte de don Sancho, quedó Alfonso único señor de todos los reinos que dividieron sus padres. Hizo dar el título de Reina á su varonil hermana doña Urraca, y fué tal la prudencia de entrambos, que muy pronto se vieron tan bien quistos, tan amados, tan respetados y temidos, que todo era paz y serenidad en sus reinos. Defensores de la Iglesia, y propagadores incansables de la Religion, no omitieron medio alguno de hacerla florecer, y reprimieron con mano fuerte á todos los que la afeaban con sus depravadas costumbres. — Así gobernaban sus reinos don Alfonso VI de Leon y I de Castilla, cuando en el año 1074 principió á mover sus armas contra los moros. Despues de algunas campañas en las que desbarató el poder de los reyes de Córdoba, se dirigió en 1085 contra Toledo, de que ya no era soberano Almenon, pues habia muerto así como su hijo Isen, sino su hijo segundo Hiaia, cuyas costumbres eran muy opuestas á las de su padre y hermano, y con quien don Alonso no tenia hecha alianza alguna. Auxiliado además don Alonso con los socorros de Aragon y Navarra, y aun de Francia, Italia y Alemania, se apoderó de aquella capital el 25 de mayo. A la toma de Toledo se siguió la de todas las plazas fuertes que no se habian rendido, á saber: Talavera, Santa Olalla, Maqueda, Alfamin, Arganza, Madrid, Olmos, Olmedo, Canales, Casatalifa, Talamanca, Uceda, Guadalajara, Hita, Rivas, Ca-

sesenta y ocho años despues de estar en poder de estos, el abad francés, universalmente amado y venerado, fué elegido á una voz para arzobispo de esta gran Silla (*a*). No solo le dió el pálio el Papa Urbano, sino que le nombró primado de toda España (1088). En las palabras del privilegio ó bula de institucion observamos que él no pretendia crear la primacía de Toledo (1), sino establecerla, como si hubiese subsistido antes de la irrupcion de los sarracenos. Por lo demas, la primacía de que se trata apenas era otra cosa que una primacía de honor, que constituia á Bernardo el primero de los metropolitanos de España, «tal dice Urbano, como lo han sido antiguamente los obispos de esta misma ciudad. Los demas obispos, añade, os mirarán como su primado, salva la autoridad de la Iglesia y los privilegios de cada metropolitano.» Estas últimas palabras contestan á Fleury, el cual dá á entender que Urbano pretendió conferir á Bernardo una jurisdiccion sobre los demas arzobispos, y que creyó que los antiguos arzobispos de Toledo tenian esta jurisdiccion. Estos últimos habian estado únicamente en posesion de consagrar á los reyes de la nacion de que entonces era capital Toledo, y aun desde el año 682 consagraban á todos los obispos de España: esta es toda la primacía que restableció Urbano II.

No parece fuera del caso recordar aquí, á propósito de este acto de Urbano, otro semejante de San Gregorio VII, el cual confirmó cuidadosamente todo lo que habia sido concedido á la iglesia de Lyon por la Santa Sede mucho tiempo antes, y por los Santos Padres cuyos ejemplos, dice, deseaba seguir mediante la divina gracia. Ahora bien, por la constitucion y autoridad de la Santa Sede habia obtenido la iglesia de Lyon, habia ya muchos años, el primado ó primacía sobre las cuatro provincias de Lyon, Rouen, Tours y Sens; sin duda porque no habia habido en las Galias una iglesia mas antigua y mas ilustre que la que habia sido regada en el segundo siglo por la sangre de sus primeros obispos, Potino é Ireneo, y porque en aquella época era Lyon una ciudad mas importante que las otras tres citadas por San Gregorio VII. Con esta ocasion espone este Santo Pontífice la manera con que los Apóstoles y san Clemente, su predecesor, admitieron ó renovaron la division de las provincias y arreglaron la gerarquía eclesiástica, subordinando los obispos de las ciudades inferiores á los de las mas considerables. Su lenguage en esta parte es el mismo que el de los historiadores de los siglos IV y V; además la antigüedad de estas distinciones es tan incontestable que el protestante Mosheim confiesa que antes de Constantino los obispos de las grandes Sillas tenian ya una preeminencia sobre los demas. Que despues, y segun la diversidad de los tiempos, hayan sido llamados unos metropolitanos ó arzobispos, y otros primados ó patriarcas, el nombre no hace nada para el fondo de las cosas, como lo declara San Gregorio VII. Aplicando esta doctrina á la Silla de Lyon, el Papa se li-

---

racoya, Alvende, Mora, Alarcon, Valera, Consuegra, Uclés, Cuenca, Masatrigo, Almodovar, Coria, Alahejos, Lisboa, Sintra, Santaren y otras. Pobló el rey todas estas ciudades, las de Estremadura y otras muchas que escaseaban de habitantes en Castilla, ensanchando así maravillosamente sus Estados, y preparándose nuevos dias de gloria. Véanse Ortiz, Mariana, etc. (*N. del E.*)

(*a*) En el año siguiente al de la toma de Toledo, esto es, en 1086, á 18 de diciembre, el católico rey don Alonso hizo se juntase un Concilio en la misma ciudad, con objeto de nombrar arzobispo. Era ya entonces don Bernardo abad de Sahagun, y estaba reputado en toda España por hombre de gran probidad y sabiduría; con lo que, como dice nuestro historiador, obtuvo el voto unánime de los electores. Dotó el rey la catedral y mitra de Toledo, adjudicándoles varias tierras y pueblos nuevamente conquistados, con huertas, molinos y quinterías en gran número. El nuevo arzobispo comenzó á gobernar santamente su diócesi y toda su provincia, y aun añaden que sobre toda la España católica se estendió en algun modo su autoridad en calidad de primado. (*N. del E.*)

(1) Tom. 10 Concilior. pag. 4338.

mita, por lo demás, á recomendar á los arzobispos de Rouen, Tours y Sens honren á la Silla de Lyon como ellos mismos quieren ser honrados por sus sufragáneos. La primacía de Lyon, que hoy no es mas que un título honorífico, se reducia á recibir las apelaciones de los juicios de los metropolitanos; asi como los primados de Bourges, Burdeos, Narbona y Viena podian recibir tambien estas apelaciones, pero solo de su provincia respectiva.

Volvió tambien Urbano II á Tarragona el título y privilegios de metrópoli (1). Esta ciudad que bajo el poder de los romanos daba nombre á una tercera parte de España, estaba de tal suerte arruinada despues de la invasion de los moros, que su Silla fué unida á la de Ausona ó Vich en Cataluña, y la provincia sometida al arzobispado de Narbona durante cuatrocientos años; pero hacia ya algunos años que los condes de Barcelona y Urgel, el señor de Besalú y toda la nobleza trabajaban por restituir á Tarragona su antiguo esplendor. Llegó al mismo tiempo á Roma Berenguer, obispo de Ausona, á solicitar tambien su restablecimiento en el órden gerárquico. Suscribió á sus deseos el Papa Urbano, sin embargo de la oposicion de Dalmacio de Narbona que pasó igualmente á Roma á fin de defender el derecho de primacía que pretendia tener sobre la provincia Tarraconense, fundado solo en un privilegio concedido por un Papa llamado Esteban bajo el reinado de un emperador llamado Odon que nunca existió. Sea cual fuere el estado defectuoso en que en aquel tiempo se hallase la crítica, no por eso dejaron de despreciar semejante documento ridículo. El conde de Barcelona, llamado Berenguer como el nuevo arzobispo, en reconocimiento del beneficio apostólico y por consejo de este prelado y del obispo de Gerona, llamado tambien Berenguer, dió la ciudad de Tarragona á la Iglesia romana, esto es, se obligó á sí y sus sucesores á pagar cada cinco años veinte y cinco libras de plata en reconocimiento de no tenerla sino como vasallo del Papa (a).

El primado Bernardo de Toledo asistió el año de 1091 á una asamblea de obispos congregados en Leon para los funerales de García, rey de Galicia y hermano de Alfonso, á quien este conservaba aprisionado por espacio de veinte años. En esta especie de concilio se trató del oficio canónico dispuesto mucho tiempo antes. Los pueblos seguian adictos al oficio mozárabe al que se habia sustituido el romano, llamado Galicano, porque se usaba en la célebre iglesia de la Galia. El rey Alfonso, y aun mas la reina Constanza juntos con el legado Rainero, se inclinaban mucho al oficio nuevamente adoptado. En esta division de gustos y de opiniones se convinieron en dar fin á la controversia por medio del duelo como si se tratase de una contienda profana. Nombraron dos campeones, uno por el rey y otro por el pueblo: pero habiendo vencido el de este al del rey, el príncipe estimulado por la reina supuso que el duelo no era prueba bastante: pasaron pues á la prueba del fuego. Despues de un ayuno y muchas oraciones, encendieron una grande hoguera, en la que echaron los dos libros que contenian los dos oficios: el del oficio

(1) *Tom. 10 Concilior. pag. 426.*

(a) El conde de Barcelona D. Ramon Berenguer habia lanzado á los mahometanos de toda la comarca de Tarragona por los años 1089, y en 1090 principió á reedificar con gran cuidado y magnificencia aquella antigua metrópoli, enviando á ella pobladores de todos sus Estados. Avanzada ya la reedificacion en 1091, accedió el Sumo Pontífice Urbano II á la solicitud de dicho conde, de los otros señores de Cataluña y del obispo de Vich. Restituyéronse entonces á la Silla de Tarragona todas las sufragáneas antiguas, y hecho primer arzobispo el mismo prelado de Vich don Berenguer, puso todo su cuidado en adelantar y reparar en ella así lo eclesiástico como lo civil. Véase el Mtro. Florez, *España Sagrada*, tom. 25, trat. 63, cap. 4. (*N. del E.*)

galicano se consumió, y el del mozárabe ó de Toledo se levantó, dicen, por encima de las llamas. Sin embargo, el rey, lejos de ceder, mandó recibir el oficio galicano bajo penas tan terribles, que desde aquella época quedó adoptado en toda España, á escepcion de algunas pocas iglesias que conservaron con su oficio acostumbrado la antigua version del salterio. Dejamos al lector juzgue de esta historia, escrita ciento cincuenta años despues por Rodrigo, arzobispo de Toledo (*a*).

En Alemania seguian agitándose los cismáticos á fin de engrosar el número de

(*a*) El oficio divino de rezo y misa que usaron nuestros padres desde los tiempos primitivos de la Iglesia, fué llamado despues *Mozárabe*, ora fuese por el tratado formal con que los árabes lo permitieron desde la primera conquista autorizado por *Muza*, ora en sentir del P. Burriel, sábio jesuita, en su carta á don Pedro de Castro, porque «cuando Alonso VI conquistó la ciudad de Toledo, año 1085, se hallaron en ella muchas familias cristianas, conservadas por casi cuatro siglos en aquella cautividad, divididas en siete parroquias, de las cuales quedaron feligreses perpétuos por razon de sangre y genealogía como descendientes de los *godos*: estas familias, á quienes justamente honró mucho el conquistador, confiándoles el supremo gobierno de la ciudad, se llamaron con vocablo morisco *muzárabes* ó *mozárabes*, á distincion de los nuevos pobladores *castellanos* y *francos*, para quienes se erigieron nuevas parroquias distintas de los *muzárabes* de Toledo.» Este oficio divino, dice un historiador de quien vamos á estractar la presente reseña, era el mismo de que usaban los godos, entregado á la santa iglesia de España por los siete varones apostólicos discípulos del grande Apóstol Santiago, y aumentado sucesivamente con devotas oraciones, himnos, responsorios y versículos por los santos padres y doctores de España Pedro de Lérida, Juan de Zaragoza, Conancio de Palencia, Eugenio III de Toledo, San Leandro y San Isidoro de Sevilla, San Braulio, San Ildefonso y San Julian. Algunos escritores modernos se empeñan en sostener que contenia errores en materia de fé, pero no suelen aducir mas pruebas ni razones que las de haberlo viciado los antiguos priscilianistas de Galicia, y el haber citado Elipando en el siglo VIII varios testos de aquel misal en confirmacion de su heregía. Es cierto que los priscilianistas corrompieron nuestro misal para dar curso á sus errores; pero tambien lo es que en el primer concilio que se tuvo en Galicia, despues de la conversion de los reyes suevos, se condenó el oficio priscilianístico, y cuando se unió el reino de Galicia al de los príncipes godos, recibieron los gallegos el misal y breviario en su antigua pureza, particularmente desde el concilio de Toledo de 633. Es asimismo verdad, que Félix y Elipando citaban testos de nuestro misal, y de nuestros padres y doctores en prueba de su heregía; pero véase cómo habia, no un español ni un moderno, sino el doctísimo inglés Alcuino en sus obras dirigidas á los mismos Félix y Elipando: «Llamas en tu favor, dice á Elipando, á los venerables PP. toledanos, y citas las oraciones que ellos recitan en el sacrificio de la misa: yo he leido las obras de los PP. españoles, y en ellos no hay rastro de lo que tú les atribuyes. Alguna mano moderna de los que siguen el nuevo error debe haber corrompido para su propia perdicion las palabras de los santos doctores de Toledo, y deshonrado asi con horrible atrevimiento el nombre de sus propios padres. Por cierto no debe estrañarse, que habiendo llegado tu osadía á inventar nuevos profetas, te hayas atrevido á fingir cartas y sentencias de padres para confirmar con ellas tu error.» —Sin embargo, estas suposiciones de error indujeron á los grandes Pontífices Alejandro II, San Gregorio VII, y Urbano II á obrar con todo su celo y actividad en esta causa. Ya anteriormente, por los años de 920, siendo Pontífice Juan X, y rey de Leon Ordoño II, pasó á España por órden del Papa un presbítero llamado Zanelo, con encargo de examinar nuestros misales, breviarios y sacramentales. El Pontífice tuvo en Roma un concilio en el año 924, y en él, oidas las relaciones y averiguaciones que presentó Zanelo á su vuelta á Italia, alabó y confirmó la liturgia española, mandando solamente que se dijesen las oraciones secretas de la misa *segun la costumbre de la Iglesia Apostólica*. Es difícil, por no decir imposible, adivinar con qué fundamentos aseguran algunos escritores que entonces se introdujeron en la misa mozárabe las palabras de la consagracion segun el rito romano; pues el documento de 924, en que todos fundamos la noticia, no habla de consagracion, sino de oraciones secretas. Mas como quiera que esto fuese lo cierto es que siguió entonces toda la iglesia de España usando su rito mozárabe, contra el que nada se habló ya despues de aquel notable acontecimiento hasta el año 1064.—En dicho año nombró el Papa Alejandro II por Nuncio apostólico de España al cardenal Hugo Cándido, con el fin de prohibir aquella liturgia; mas el legado hallándola aprobada y confirmada por la Santa Sede desde los tiempos de Juan X, se volvió por entonces á Roma sin atreverse á condenarla. No obstante, Alejandro persistió en su designio, y envió á España otros cardenales para que absolutamente procurasen la prohibicion del oficio. La iglesia española, á vista de tan repetidas instancias, resolvió defender su causa en la ciudad de Roma, y dió el encargo de tan importante defensa á tres obispos de entera confianza Nuño de Calahorra, Gimeno de Oca, y Fortuño de Álava. Presentáronse los tres en Roma con los libros eclesiásticos para que el Papa los mandase examinar: en efecto, Alejandro II examinó por sí mismo el sacramental, y entregó á otros sabios el misal y el Breviario, y todos los alabaron y aprobaron sin darles la menor censura. No contentos aun los españoles con esta aprobacion, llevaron sus libros al concilio que estaba para celebrarse en Mántua con asistencia del mismo Pontífice y del cardenal Hugo Cándido. Tornóse á examinar allí nuestra liturgia en el año 1067; se juzgó y declaró que era católica y purísima, y se mandó con autoridad apostólica y sinodal que nadie en adelante se atreviese á condenarla, censurarla ó alterarla. Mas, á pesar de todo esto, el sucesor de Alejandro el gran Pontífice San Gregorio VII insistió nuevamente y con todo el ardor de su celo en la reprobacion del oficio mozárabe. Envió nuevos y repetidos legados á nuestra España, escribió á todos sus príncipes y á los primeros obispos, y no omitió me-

sus partidarios (1). Valtramo, arzobispo de Magdeburgo, escribia al conde de Turingia tratando de atraerle al partido de Enrique: «*Todos*, dice San Pablo, *estén sujetos y sumisos á las potestades soberanas, porque no hay poder que no venga de Dios; y quien le resiste, resiste á la órden de Dios.* Sin embargo, nuestros amigos repiten á las mugeres y á la plebe que no se debe obedecer á la autoridad Real. ¿Quieren, pues, resistir á Dios? ¿son mas fuertes que él? ¿No dice el Profeta: *todos los que combaten contra vos, Señor, serán confundidos, y los que os resisten perecerán?* Rodulfo, Hildebrando y muchos otros han resistido á la órden de Dios en la persona del rey Enrique, y han perecido; y un fin tan malo, ¿no prueba un principio malo?» Pero el obispo de Halberstadt respondió por el conde de Turingia: «Entendeis mal el precepto del Apóstol; porque si toda potestad viene de Dios del modo que vos esplicais, ¿por qué dice por su Profeta (Osee VIII, 4): *Han reinado, pero no por mí; se han hecho príncipes, pero yo no los conozco?* Cuando el Apóstol dice «que toda potestad viene de Dios,» ¿no dice tambien: *y las que vienen de Dios están ordenadas?* ¿Por qué habeis suprimido estas palabras? Dadnos, pues, un poder ordenado, y desde ese momento se acabará la resistencia, estaremos sumisos. Pero ¿no os ruborizais en decir que el señor Enrique es rey y ordenado de Dios? ¿Qué órden es el que autoriza el crimen y confunde todo derecho divino y humano? ¿es órden el pecar contra su propio cuerpo y abusar de su muger de una manera inaudita? ¿es tener órden prostituir las viudas que van á pedir justicia? No recordaré sus crímenes sin número, incendios, homicidios, mutilaciones, saqueos de iglesias; sino únicamente lo que mas aflige á la casa de Dios: el que vende las dignida-

---

dio alguno para establecer la deseada uniformidad. Congregáronse en España diferentes concilios, trató se en ellos de mil maneras sobre este grave asunto, se logró persuadir á algunos prelados y príncipes y atraerlos al partido de los romanos. Aragon y Navarra primero, y despues algunos otros pequeños Estados, aceptaron el oficio romano y dejaron el gótico; pero costó mucho mas trabajo llevar á cabo esta mutacion en los reinos de Leon y Castilla. El pueblo, constante en su carácter y apegado á lo antiguo, se empeñaba con la mayor tenacidad en conservar la antigua liturgia; por manera que fué necesaria toda la autoridad y fuerza del Papa y del rey don Alonso para moderar el ímpetu del pueblo y evitar que se alborotase. Por último, despues de largos debates, muertos ya los Pontífices San Gregorio VII y Victor II, gobernando la Iglesia Urbano II, y siendo ya don Bernardo arzobispo de Toledo, se verificó aquella mutacion y quedó establecido que en las iglesias antiguas que se llamaban mozárabes se conservase el rito antiguo, y que en todas las demas se admitiese el rito romano. Esta concordia se conserva aun en una capilla de la iglesia mayor de Toledo en la cual hay cierto número de capellanes mozárabes que dotó de sus rentas el arzobispo cardenal D. Fr. Francisco Gimenez, los que rezan y celebran conforme al misal y breviario mozárabe que aquel sábio prelado hizo corregir y publicar de nuevo; lo cual se observa hasta hoy, conservándose de este modo un monumento histórico tan importante, y observándose en las demas Iglesias la uniformidad con la Iglesia romana. La mayor parte de nuestros historiadores insertan en la narracion de este suceso las pruebas del duelo y del fuego, apoyados en sola la autoridad del arzobispo don Rodrigo; y aun añaden que con motivo de haber salido triunfante en la prueba el oficio muzárabe y á pesar de eso haberse empeñado el rey en que se siguiese el romano, provino de ahí el adagio de «allá van leyes do quieren reyes;» pero muchos dudan, y al parecer con razon, de un hecho de que no hay otro testimonio que el de este escritor que vivió ciento y cincuenta años despues. —Como quiera que sea ya de mucho antes se habia adoptado el oficio romano en Aragon, por lo cual asi como por la piedad del rey don Ramiro, le elogia en una Bula San Gregorio VII. Era en efecto don Ramiro muy adicto á la Santa Sede, «en tanto grado, dice el P. Mariana, que estableció por ley perpétua para él y sus descendientes que fuesen siempre tributarios al Sumo Pontífice: grande resolucion y muestra de piedad.» Don Ramiro, despues de reinar 31 años, murió en campaña el año 1067, sucediéndole don Sancho Ramirez su hijo.

Volviendo á lo del rito mozárabe, no debe estrañarse que los Papas mostrasen tan vivos deseos de que la España se conformase con el rito romano; la uniformidad de ritos y ceremonias, al menos en las partes principales, es una señal muy consoladora de la unidad de la Iglesia, y de que, pues unos son los dogmas, una la doctrina, una la Iglesia, uno el Dios á quien adoramos, una sea tambien la forma del culto que le tributamos. Así vemos tambien en nuestros dias á las diócesis de Francia ir abandonando sus liturgias particulares por abrazar la liturgia romana, accediendo á los deseos de los romanos Pontífices. (*N. del E.*)

(1) Dodechin. anu. 1090.

des espirituales es herege. Pues bien; ese Enrique, que se llama rey, ha vendido por dinero los obispados de Constanza, de Bamberg, de Maguncia y otros muchos; por asesinatos, los de Ratisbona, Augsburgo y Strasburgo; por un adulterio, la abadía de Fulda, y el obispado de Munster por un crimen todavia mas detestable. Luego es herege. Y estando excomulgado por la Santa Sede á causa de todos estos crímenes, no puede tener autoridad sobre nosotros que somos católicos: nosotros no le contamos ya como hermano nuestro y le odiamos con ese odio perfecto con que el Salmista odiaba á los enemigos de Dios. Y si felicitais á vuestro señor por haber sobrevivido al Papa Gregorio y al rey Rodulfo, entonces debeis reputar bienaventurado á Neron por haber sobrevivido á San Pedro, á Herodes por haber sobrevivido á Santiago, y á Pilatos por haber sobrevivido á Jesucristo.»— Esta respuesta prueba que los católicos estaban entonces persuadidos de que solo debian sumision á un príncipe que fuese sumiso á la Iglesia; y esta conviccion animará todavia á los católicos franceses en tiempo de la Liga.

Sin embargo, á pesar de los esfuerzos de los cismáticos, iba debilitándose considerablemente el cisma. Guelfo, duque de Baviera, padre de Guelfo, esposo de Matilde, y otros muchos príncipes llenos de fervor por el catolicismo, libertaron ciudades y provincias enteras de las manos del emperador Enrique: de los obispos cismáticos unos fueron espulsados, otros se convirtieron, y algunos de los mas acreditados murieron, entre ellos Vecillon de Maguncia, y Meinard de Wurtzburgo. Herman, obispo católico de Metz, volvió á su Silla despues de un largo cautiverio, y recobró su ascendiente sobre el usurpador Brunon, á quien la infamia de sus costumbres hizo caer en el general desprecio. Lutoldo, duque de Carintia, que acababa de repudiar su muger legítima para tomar otra con permiso del antipapa Guiberto, murió repentinamente. Por este mismo tiempo un santo abad, llamado Thiemon, fué elevado á la Silla importante de Saltzburgo vacante año y medio, esto es, desde la muerte del arzobispo Gebehardo, gefe de los católicos en aquellas provincias. San Adalberon de Wurtzburgo, desposeido por los cismáticos, de quienes era uno de los mas formidables adversarios, contribuyó con todo su poder á la eleccion, y quiso asistir el legado Altman de Passau á la ceremonia de la consagracion. Parecia haber aguardado esta ocasion de servir á la Iglesia para entregar su alma á Dios: retiróse despues inmediatamente á su pais natal, al monasterio de Lambach, fundado en Austria por su padre, y allí murió en el dia 6 de octubre del mismo año. Refiérense un gran número de milagros obrados en su sepulcro.

Murió tambien Altman de Passau al año siguiente (1091) en un honrosa ancianidad, despues de veinte y seis años de un episcopado ilustrado por una constancia invariable contra el cisma, y por persecuciones y peligros sin número que no le estorbaron sin embargo el fundar tres monasterios de canónigos regulares. Habia muerto tambien algunos meses antes el abad Guillermo, dando el mismo egemplo de perseverancia en su abadía de Hirsauge que habia llegado á ser por sus afanes el modelo de la regularidad en Alemania. Él fué el principal restaurador de la disciplina monástica: fundó ó restableció quince monasterios, y formó muchos discípulos ilustres, entre otros San Thiemon de Saltzburgo, de quien acabamos de hablar; Gebehardo, obispo de Constanza, y legado de la Santa Sede; otro Gebehardo, obispo de Spira, y San Theogero encumbrado á la Silla de Metz. Con las mismas virtudes Volfelmo, abad de Brunviller junto á Co-

lonia, habia demostrado la profundidad de su doctrina en un tratado que dió á luz en forma de carta contra el heresiarca Berengario, que murió por aquel tiempo, verosímilmente arrepentido de su impiedad, á pesar de todas sus variaciones y perjurios.

Parece que el estado religioso tornó á tener entonces grande consideracion en la Germania. Como ya los monges eran encumbrados al rango clerical, y por lo comun admitidos á las sagradas órdenes; las gentes del mundo, que por la mayor parte no sabian leer, escogitaron un nuevo modo de observar el retiro y la vida comun. Renunciaban al siglo, y se entregaban con todos sus bienes á las comunidades regulares de monges y de canónigos para vivir bajo su direccion (1). No faltaron bufones y censores virulentos que vituperaron esta institucion; pero el Sumo Pontífice manifestó su sentir en un escrito concebido en estos términos: «Aprobamos este modo de vivir que hemos examinado Nos mismo: le reputamos laudable y digno de ser observado como una imágen de la primitiva Iglesia; y por nuestra autoridad apostólica le confirmamos en virtud de las presentes.» La confirmacion del Pontífice aumentó mucho esta devocion, particularmente entre el buen pueblo del campo. Viéronse en él una multitud de personas de uno y otro sexo ofrecerse así al servicio de las que estaban consagradas á Dios, y seguirlas á porfía por los senderos de la virtud y de la santidad. Hubo pueblos enteros que abrazaron este método de vida.

Sin embargo, no debemos confundir á los legos que se unian así á los monasterios con aquellos que eran llamados conversos, oblatos ó donados que tuvieron tambien principio en el siglo XI (2). En los primeros tiempos se llamaban conversos, esto es, convertidos, aquellos que en la edad de la razon se consagraban ellos mismos á la vida monástica y penitente; y oblatos, los que sus padres habian obligado á ello ofreciéndolos á Dios desde la infancia. Llamáronse en el siglo XI conversos ó hermanos legos, los que por carecer de instruccion y letras eran destinados tan solo al trabajo corporal y á los cuidados esteriores. A Guillermo, abad de Hirsauge se le considera en su *Vida* como el fundador de estos legos; pero esto debe entenderse de los monasterios de Alemania; porque los primeros monges que tuvieron de esta clase de hermanos fueron los de Valleumbrosa en Italia. Habia además en los monasterios una tercera clase de individuos, llamados donados ó entregados, y que sin hacer profesion y aun llevando un vestido poco diferente de los seculares, se daban ó entregaban con sus bienes al monasterio, principalmente en honor de los Santos ilustres que eran sus patronos. Obedecian en todo á los superiores, y guardaban el celibato, en lo que se diferenciaban de los siervos de nacimiento, que eran casados: aquellos eran considerados como siervos ó servidores de devocion.

Los cartujos, igualmente que los monges de Hirsauge y de Valleumbrosa, tuvieron hermanos conversos á quienes daban el nombre de barbones, pero que hacian votos solemnes y eran verdaderos religiosos. Este órden, que apenas acababa de nacer, servia ya de modelo á las instituciones mas regulares y perfectas. Bruno, aquel piadoso canónigo de la iglesia de Reims, que vimos ya levantarse contra los desórdenes del arzobispo Manasés, no habiendo podido hacerlos cesar, ni pudiendo tolerarlos, habia salido de la ciudad con algunos otros eclesiásticos de los mas virtuosos con el objeto de abandonar el siglo para abrazar la vida solitaria. Buscando un lugar apto

(1) Berthold. *ann* 1091.
(2) Mab. *praef. saec. VI, part.* 2.

para la ejecucion de sus designios, tuvieron noticia de las virtudes de Hugo, obispo de Grenoble. Estaba tambien este prelado tan disgustado de las cosas del siglo, y profesaba tanta inclinacion al retiro, que habia dejado su Silla para encerrarse en el monasterio de la *Chaise-Dieu*; pero despues de haber pasado en él un año, el Papa le habia obligado á tomar otra vez el gobierno de su iglesia. Bruno, lleno de confianza, fué á buscarle con seis compañeros: habia visto Hugo en sueños algunas noches antes siete estrellas que le conducian á las montañas llamadas Cartujas en las cercanías de Grenoble, en donde le pareció que Dios se edificaba una habitacion. Recibió á Bruno y sus compañeros como á los obreros destinados por el cielo para edificar aquel santuario misterioso. Estableciéronse por consejo suyo en el año de 1084 en medio de aquellas montañas salvages, cercadas de precipicios y de rocas que amenazaban caer y parecian inaccesibles. Con ellas se hicieron una clausura natural, en donde bien pronto edificaron un oratorio y celdas para cada uno de ellos. San Hugo reverenció de tal suerte aquel piadoso asilo, que prohibió no solo á las mugeres poner los pies en las tierras de los cartujos, sino á todos sin escepcion el distraerlos cazando ó pescando, ó llevando rebaños á pastar en ellas.

Su modo de vivir, que se ha conservado hasta nuestros dias con una fidelidad de que no se halla otro ejemplar en las congregaciones de su antigüedad, era el siguiente (1). Distribuíales el dispensero su alimento que consistia las mas veces en pan y legumbres, y ciertos dias en pescado y queso: el agua de un arroyuelo que corria por delante de todas las celditas era su bebida, aunque no les estaba prohibido el vino. Sus vestidos eran muy pobres, y debajo de ellos llevaban siempre el cilicio. No tenian para su gobierno mas que un prior, y el obispo hacia las veces de abad. Era tan exacto el silencio, que si necesitaban alguna cosa la pedian por señas. Como todos los demas religiosos se reunian en la iglesia á horas señaladas, pero nunca fuera de estas. No podian recibir de nadie ni oro ni plata, y ponian en práctica esta pobreza hasta en el culto divino, en el que no hacian uso de la plata sino para el cáliz. Pero como estimaban en gran manera los tesoros incorruptibles de la sana doctrina y de la piedad, reunieron una riquísima biblioteca. Cultivaban pocas tierras, y conservaban muchos rebaños á fin de poder subvenir á sus necesidades con menos distraccion. Cuando se escribieron estas reglas eran solo trece monges, pero ya habia á las faldas de la montaña veinte legos bajo su direccion.

El Papa Urbano habia sido discípulo de Bruno en la escuela de Reims, en donde este santo fundador, canciller entonces y maestro de estudios mayores, pasaba por uno de los mas célebres doctores de su tiempo (1). Seis años despues de la fundacion de la Cartuja, el Pontífice le obligó á pasar á Italia para que le ayudase con sus consejos en los negocios eclesiásticos (1090). Sus religiosos, que le eran en estremo adictos, cruzaron los montes casi detrás de él; pero él les persuadió, aunque no sin trabajo, á que regresasen á su primera soledad; y él mismo no pudo tolerar mucho tiempo el tumulto inseparable de una corte en que se trataban todos los grandes negocios del orbe cristiano. Habiendo vacado en este tiempo el arzobispado de Regio, el Papa quiso elevarle á esta Silla, pero él lo rehusó con tanta y tan convincente humildad, que no creyó Urbano que debia emplear la violencia, y aun le permitió que con algunos compa-

(1) Guib. *de vita sua*, c. 11.

(1) *Bibl. Labb. tom.* 1 *pag.* 638.

ñeros que habia ganado para Dios en Italia se retirase á una tierra que Rogerio, conde de Calabria, les regaló en la diócesis de Squillace. Edificaron allí por el modelo de la Cartuja un monasterio llamado la Torre.

Escribió desde este punto á Radulfo el Verde, preboste entonces de la iglesia de Reims, y despues arzobispo de la misma, recordándole la resolucion unánime que habia tomado de renunciar al mundo. Por esta sola carta es fácil persuadirse de que no sin razon pasaba el santo solitario por uno de los ingenios mejor cultivados de su tiempo, y que carecia de aquel humor salvage que los detractores de la piedad atribuyen con tanto afan á sus mas sábios celadores. «¿Os describiré, le decia, la hermosura del sitio donde habitamos? Es una llanura amena y espaciosa que se dilata entre montañas, y en donde se encuentran praderas siempre verdes y siempre esmaltadas de flores. No me es posible pintaros la perspectiva maravillosa de las colinas amontonadas como por una magia unas sobre otras; y menos aun la sombría frescura de los valles en que se reunen las aguas de mil fuentes para dividirse de nuevo en mil distintos arroyuelos. Estiéndese luego la vista y se detiene sobre jardines deliciosos, sobre árboles infinitamente variados, sobre frutas magníficamente coloreadas. Pero ¿á qué fin presentaros este cuadro de una soledad en que el sábio encuentra placeres enteramente divinos? Porque el espíritu fatigado por la meditacion y los ejercicios regulares, como un arco que ha estado tirante largo tiempo, necesita de reposo y de un descanso inocente.»

San Bruno vivió pacíficamente en su monasterio de la Torre hasta su muerte, acaecida á 6 de octubre de 1101, dia en que la Iglesia le venera con culto público desde que Leon X le colocó solemnemente en el número de los Santos. Antes de espirar quiso dar á sus discípulos el ejemplo que con tanta constancia han seguido, de odiar toda doctrina sospechosa, y principalmente los errores introducidos por los novadores de su tiempo. A este fin, haciendo su última profesion de fé, declaró contra la impiedad de Berengario, aunque habia sido su maestro, que el pan y el vino, consagrados en el altar, son despues de la consagracion la verdadera carne y la verdadera sangre de Jesucristo. Este santo y sábio solitario nos ha dejado muchos monumentos de su erudicion; pero á escepcion de sus comentarios sobre los salmos y las epístolas de San Pablo, y de sus dos cartas á Radulfo y á los hermanos de la Cartuja, los demas escritos publicados en dos tomos y con su nombre pertenecen á Bruno de Aste.

Por este mismo tiempo logró gran celebridad San Ulrico, monge de Cluny, por sus virtudes y por la coleccion de las costumbres y prácticas de su monasterio. Habia nacido en Ratisbona de padres ilustres, quienes siendo todavia jóven, aunque ya muy adelantado en las ciencias y en la piedad, le enviaron á la corte imperial. En ella conservó la pureza de sus costumbres, y consiguió la veneracion de las personas mas augustas, tanto por la prudencia de sus consejos, como por sus virtuosos ejemplos. Habiéndole llamado á su palacio el obispo de Frisinga su tio, le ordenó de diácono, y le hizo preboste de su iglesia. Despues de algunos años de una virtud que siempre iba en aumento, tomó Ulrico la resolucion de abrazar la vida monástica, y desde aquel punto repartió sus bienes parte entre los pobres y parte entre sus parientes. Entró en Cluny á la edad de cerca de treinta años siendo abad San Hugo, que dispuso fuese ordenado de sacerdote. Empleáronle despues en diversas fundaciones de su órden en Alemania su patria, en donde por la regularidad de la observancia adquirió á su ins-

tituto tanto aprecio como este se habia grangeado en las demas provincias. Levantó entre otros el establecimiento de *La-Celle*, situado como Hirsauge en la Selva Negra en el pais de Spira, circunstancia que le proporcionó particular amistad con el santo abad Guillermo (1).

Un dia que conferenciaban los dos sobre la manera de servir perfectamente al Señor: «vuestro monasterio, le dijo Guillermo, tiene grande reputacion entre nosotros; no se conoce aqui un modelo mas perfecto de la disciplina regular, dignaos pues instruirnos en vuestras piadosas prácticas y darnos á o menos motivo de que parezcamos todos unos, si no podemos conseguir el igualaros.» Escusóse Ulrico por el pronto con que no habia pensado sino en las cosas del mundo hasta la edad de treinta años, y con que siendo estrangero, y casi bárbaro entre los religiosos franceses, él no habia podido imponerse con tanta exactitud en las observancias de Cluny, como una persona criada desde la infancia en aquel monasterio. «No obstante, añadió, os diré con gusto lo que he podido aprender en él.» Le esplicó efectivamente de palabra las diversas prácticas e su casa, pero con tal exactitud que con dificultad la habrian tenido aquellos á quienes creia él mucho mas hábiles. Escribió despues estas conversaciones, y de ellas formó su coleccion de reglas y prácticas de Cluny, que buscaron como un monumento nestimable, no solo los monges de Hirsauge, sino tambien otros infinitos, principalmente de la alta Alemania.

Está dividida esta coleccion en tres libros precedidos de una carta al abad Guillermo (2), en la que el autor se queja de un abuso que le parece ser la causa principal de la ruina de las observancias regulares; este era que las familias cargadas de hijos procuraban desprenderse de ellos, ofreciendo á los monasterios los que eran desgraciados por la naturaleza, de donde nacia que estos monges rara vez igualaban á aquellos que en una edad madura se habian entregado á Dios de su propio movimiento: esta especie de inválidos, no pudiendo sujetarse á muchos puntos de la regla, perjudicaban sumamente á la regularidad general.

En el cuerpo de la obra, lleno de circunstancias poco interesantes para la mayor parte de los lectores, solo notaremos alguno que otro artículo. Notamos desde luego en los usos concernientes al oficio y culto divino, que los benedictinos de Cluny habian aumentado mucho la salmodía prescrita por San Benito, principalmente la misa y el oficio de los difuntos con nueve lecciones que decian todo el año. Ocho dias despues de Pentecostés celebraban el oficio de la Trinidad, no recibido en la Iglesia romana hasta cerca de doscientos años despues. Por último, era tal la multitud y lo dilatado de los oficios, que no quedaba casi tiempo alguno para el trabajo de manos: asi no era mirado este sino como un ejercicio de distraccion entre ocupaciones mas sérias, y se reducia á arrancar las malas yerbas del jardin y á mondar algunas legumbres, y aun esto no lo practicaban todos los dias. Despues de una larga série de años se habia mudado generalmente de método y aun de ideas en este punto, pues desde el tiempo de Luis, llamado el Piadoso, se acostumbraron á mirar el trabajo grande corporal como indigno de manos religiosas y consagradas por la uncion sacerdotal.

No obstante, los religiosos de Cluny, á pesar de que en su mayor parte eran de distinguido nacimiento, y á pesar tambien de la opulencia de su casa, comian todavia pobremente. Su ordinario alimen-

(1) *Spicil. t. 4, p. 21.*
(2) *Ib., pag. 121.*

to eran las yerbas y legumbres mas comunes, al que añadian en los dias de domingo y jueves un poco de pescado. Si mezclaban alguna grasa con las legumbres, lo hacian solo por perpetuar la antigua observancia fundada en el horror á las heregías que proscribian el uso de la carne; pero se abstenian de ella durante el Adviento, y desde la Septuagésima hasta Pascua. Esta pobreza de vida, que se estendia con el mismo rigor al vestido, les ponia en estado de poder hacer prodigiosas limosnas. En la distribucion que entre otras se hacia regularmente al principio de Cuaresma, dice San Ulrico que ascendieron en el año en que él escribia hasta diez y siete mil los pobres socorridos.

Era tan escrupulosamente guardado el silencio, que á escepcion de los cortísimos intervalos de prima á tercia, y de nona á vísperas, en todo el resto del tiempo sin ninguna escepcion, en la iglesia, en el dormitorio, en el refectorio y en la cocina no se proferia una sola palabra. Si era necesario darse á entender, se esplicaban por señas ya convenidas; de estas habian formado un arte y un método ordinario para estas ocasiones. Todas las infracciones de la regla estaban sometidas á penitencias proporcionadas á su gravedad, y estas eran públicas cuando la falta habia sido cometida delante del pueblo, en cuyo caso el culpable era espuesto á la puerta de la iglesia en tanto que los legos entraban á oir misa: las faltas de mas consideracion se castigaban con disciplina en medio de la plaza. Solia decir con este motivo el santo abad Hugo, que los monasterios no eran deshonrados por las faltas de los monges, sino por su impunidad.

Es muy digno de notarse el respeto con que trataban todo lo perteneciente al santo sacrificio del altar (1). Hacíase en ayunas el pan que debia servir de materia para él: se escogia grano á grano el trigo por muy puro que fuese, lavándole luego con mucho cuidado, y poniéndole despues en un saco destinado únicamente para este uso. Un criado de mucha confianza le llevaba al molino, lavaba las piedras y las rodeaba de cortinas: hecho esto se vestia él con un alba y un amito, molia el trigo, lavaba el tamiz, y preparaba la harina; tres sacerdotes ó diáconos con un novicio, vestidos igualmente de albas y de amitos, despues de haberse lavado las manos y el rostro se empleaban en hacer el pan: uno de ellos desleia la harina y hacia la masa en agua fria para que fuese mas blanca, formando en seguida las hostias; los otros dos hacíanlas cocer entre hierros grabados sobre fuego de madera seca escogida y preparada con el mayor cuidado; y durante todo este trabajo cantaban salmos. Con la misma reverencia disponian los corporales en que se pone la hostia en el tiempo del sacrificio: solos los sacerdotes ó diáconos los podian lavar, y esto lo verificaban por el pronto metiéndolos repetidas veces en vasos con agua, que no servian sino para esto. Despues les daban una legía ligera, y los metian por último en agua blanqueada con harina muy pura. Colgábanlos para secarlos en una cuerda que se conservaba en una bolsa preciosa, y que no se sacaba sino para este uso; y mientras estaban colgados al aire los guardaban con cuidado para que las moscas no se parasen en ellos.

A fin de precaver los abusos ocasionados por los oblatos en los monasterios, y de que Ulrico se queja en el principio de su coleccion, tiene cuidado de indicar en ella las precauciones estraordinarias con que educaban á estos niños. Desde el punto en que habian sido ofrecidos á Dios, segun las solemnidades prescritas por la regla (1), se

(1) *Lib. 3, cap. 13.*

(1) *Cap. 8.*

les daba el hábito; pero se diferia su profesion hasta que hubiesen llegado á lo menos á la edad de quince ó diez y seis años. Con solos seis que hubiese se les ponian dos maestros para que tuviesen siempre un guarda de vista sin separarse de ellos jamás; y asi iban acompañados siempre á cualquiera parte que fuesen: tenian un sitio separado en el dormitorio, y en general nadie se acercaba á ellos en parte alguna sino sus maestros. El mismo cuidado tenian de su salud que de sus costumbres: eran mejor alimentados que los monges: gastaban lienzo en lugar de sargas; y en una palabra, empleaban tanto cuidado en su educacion, que era dificil, como dice Ulrico, que los hijos de los reyes fuesen tan bien educados en sus palacios.

Acabó sus dias este piadoso escritor en el monasterio de *La-Celle* por los años 1093. Dos años antes de su muerte perdió el único ojo que le habia quedado desde hacia ya mucho tiempo: en este estado de enfermedad y de una vejez decrépita, San Hugo le llamó á Cluny, tanto para proporcionarle el alivio y consuelos necesarios, como para enriquecer la Iglesia madre con las reliquias de un hombre tan santo. Pero San Ulrico, hallando su felicidad en las tribulaciones, quiso consumar su sacrificio en el sitio en que el Señor habia principiado á probarle.

Odon ú Odarto, doctor famoso del mismo tiempo, honró tambien la vida religiosa (1). Habia nacido en Orleans, y se empleó en la enseñanza primeramente en Toul; pero la cátedra que ocupó con mas esplendor fué la de la escuela de Tournay en donde adquirió tanta fama, que desde los estremos de Alemania acudian á oir sus lecciones. Aunque manifestaba igual atencion en cultivar la piedad en el corazon de sus discípulos que en formarlos para las ciencias; sin embargo, se entregaba á la lectura de Platon y de los filósofos modernos mas que á la de los Santos Padres. Un dia que esplicaba un un pasage de Boecio en que se trataba del libre albedrío, se acordó que habia un tratado de San Agustin sobre esta materia, y le hizo traer al punto. Apenas hubo leido algunas páginas, en el pasage en que San Agustin compara la miseria del pecador á la condicion de un esclavo condenado á limpiar un lodazal inmundo, cuando se penetró todo de la santa uncion que respiraban, y esclamó: «¡ah, cuánto difiere esta santa elocuencia de nuestra verbosidad y de nuestros vanos pensamientos! Ilusionados con el sonido de palabras sin objeto, y con el esplendor de una gloria perecedera, no hacemos caso del alimento del alma, y nos consumimos en trabajos que nos hacen indignos de la gloria inmortal.»

Despues de estas palabras, levantóse deshecho en lágrimas y se fué á orar á la iglesia: siguiéronle sus discípulos con una admiracion que bien pronto cundió por toda la ciudad. Sostuvo Odon este primer paso, redoblando su piedad cada vez mas. Fué dejando poco á poco sus lecciones; asistia frecuentemente á las iglesias, distribuia sus bienes entre los desgraciados siempre que los encontraba, con especialidad entre los pobres clérigos, y ayunaba con tanto rigor que generalmente su alimento consistia en dos onzas de pan por dia. Habiendo por fin resuelto consagrarse del todo á Dios con cuatro compañeros, se retiraron fuera de la ciudad á una iglesita resto de una abadía antigua que demolieron los bárbaros. Tomaron allí por el pronto el hábito de canónigos regulares, y algunos años despues establecieron en aquella casa la vida monástica. Con el tiempo fué elevado Odon á la Silla de Cambray, en donde resplandecieron sus virtudes con tanto esplendor y perseverancia, que despues de su

(1) *Spicil. pag. 360 et seq.*

muerte le dieron el título de bienaventurado.

No consiguió menos gloria Ivon de Chartres por sus virtudes y sus uces; pues pasaba por el primer hombre de su tiempo. Era abad del monasterio de San Quintin de Beauvais, su patria, fundado para canónigos regulares por el obispo Guido, antiguo dean de San Quintin en el Vermandois, cuando e eligieron sucesor de Geofredo, obispo depuesto de Chartres (1090). No obstante de ser difícil hallar un prelado mas digno que sucediese á un obispo mas escandaloso, uvo que sufrir á pesar de esto tantas con tradiecciones cuanta repugnancia habia mostrado antes de consentir en que le eligiesen. Geofredo era sobrino del obispo de París del mismo nombre, y este era gran canciller de Francia, hermano de Eustaquio conde de Boloña, y por consecuencia tio del amoso Godofredo de Bullon, hijo de Eustaquio: Ivon por el contrario, aunque de ilustre nacimiento, no tenia otra recomendacion que su mérito y la justicia de su causa; débiles medios contra el peso del crédito y las ntrigas de la política. Negóse á ordenarle Richerio, arzobispo de Sens, protestando algunas de aquellas formalidades judiciarias tan á propósito para revestir las negativas con los colores de la justicia. Recurrió Ivon al Sumo Pontífice, y pasó á Italia, en dónde le ordenó Su Santidad mismo. A su regreso halló aun dificultades que combatir; pero su paciencia y su mérito todo lo allanaron: no solo se grangeó todos los ánimos, sino tambien cautivó la admiracion pública por la pureza de sus costumbres, por su doctrina y por el fervor y prudencia de su celo. Su grande obra, titulada el *Decreto* y que forma una coleccion completa de los cánones, le habia cautivado la estimacion universal que fué causa de su elevacion al episcopado; y se mostró aun mucho mas digno de él por el teson inflexible con que defendió contra el rey Felipe I la autoridad de las leyes, cuyas máximas habia él recopilado. Bertrada, hija del conde Simon de Monfort, y tercera muger de Fulco Rechino, conde de Anjou, con quien habia contraido matrimonio viviendo las dos primeras, quiso asimismo enlazarse con el rey Felipe, casado largo tiempo habia con la reina Berta, de la que tenia tres hijos. Poco atento á su gloria este príncipe estaba frenéticamente enamorado de Bertrada; pero el brillo de la diadema halagaba principalmente á aquella muger artificiosa. Obcecado Felipe pretendió colocarla en sus sienes, y con este fin espulsó primero á la reina á Montreuil junto al mar (1092). Queriendo despues ganar á los obispos de su reino, como Ivon de Chartres era el mas sábio y el mas estimado, formó particular empeño en lograr su voto.

Mandóle venir á su córte, le acarició, le halagó con dulces promesas, despues se esforzó en convencerle de que su divorcio con Berta era fundado sobre causas legítimas reconocidas tales por los obispos; y por último le rogó que concurriese al matrimonio que se proponia contraer con Bertrada. Respondió Ivon que no tenia noticia de que los obispos hubiesen resuelto cosa alguna sobre este punto, y que á menos de poseer toda la certidumbre conveniente, no aprobaria de manera alguna con su presencia una accion tan justamente sospechosa. Escribió tambien á Rainaldo (1), arzobispo de Reims, á quien correspondia celebrar la ceremonia del matrimonio y de la consagracion de la nueva reina, exhortándole, así como tambien á sus sufragáneos, á que no sometiesen las leyes divinas al arbitrio de las potestades terrenas. «En cuanto á mí, añadió, prefiero verme privado de las funciones y del título de pastor, que escandalizar

(1) *Ep.* 13.

con mi cobardía al rebaño que se me ha confiado.»

Hallando el rey en los obispos mas firmeza de la que presumía, abrazó el partido de evitar un rompimiento público que hubiera puesto en evidencia el modo de pensar del mayor número de prelados y producido una impresion peligrosa en el animo de los pueblos. En consecuencia de esto hizo que el obispo de Senlis le casase en presencia de otros dos prelados solamente, á saber, el arzobispo de Rouen y el obispo de Bayeux, que no eran de sus Estados. Levantaron altamente el grito contra este escándalo la mayor parte de los obispos franceses, y algunos señores descontentos tomaron de aquí ocasion para sublevar los pueblos. Por otra parte el Pontífice escribió á todos los obispos del reino para que examinasen canónicamente este negocio, declarasen nulo el matrimonio si como parecia era contrario á las leyes de la Iglesia, y obligasen al príncipe á entrar dentro de sí mismo, empleando al efecto, si era preciso, las censuras eclesiásticas.

Felipe, á diferencia del rey de Germania, poseia el trono, no en virtud de una eleccion sino por derecho de nacimiento; heredero de Clodoveo, que era rey antes de ser cristiano, no tenia de solo la Iglesia el cetro; por consiguiente la deposicion de Felipe no debia seguirse necesariamente de su excomunion, y los franceses, respecto de los cuales sus yerros enteramente personales no tenian por otra parte una consecuencia directa, debian permanecerle siempre sumisos, pues la Religion no podria autorizar la rebelion contra un príncipe que cumple con el pacto hecho con sus pueblos. Sin embargo, Ivon que conocia el espíritu de faccion y toda la destreza de los revolucionarios en valerse de la Religion misma para para lograr sus intentos, juzgó que debia representar al rey (1) no solo el mal que hacia á su alma, sino tambien los riesgos á que esponia su reino. Felipe, lejos de agradecerle su celo, principió desde entonces á causarle pesares en todas las ocasiones que podia. Mandóle por el pronto fuese á encontrarle en Chaumon, ó en Pontoise con las tropas de su iglesia: el obispo se escusó, alegando el respeto mismo que profesaba á la magestad Real, y el peligro en que se hallaría de hacer públicas las debilidades y el oprobio que el príncipe debia procurar encubrir por lo menos con un velo aparente. «Bien sabeis, le dice, que el Papa Urbano en virtud de su autoridad apostólica os ha prohibido vuestra union con la muger que mirais como esposa vuestra y que no habeis querido permitir que se hiciese juramento para la seguridad del concilio que de órden de Su Santidad debian celebrar los obispos. Si no os separais de Bertrada, la misma autoridad os priva de la comunion y prohibe á todos los obispos ponerle la corona. Por respeto pues á V. M. no quiero presentarme en vuestra presencia, porque estando obligado á deferir á la Santa Sede á la que debo obedecer como á Jesucristo, tal vez me viera entonces obligado á publicar muy alto lo que aqui digo en secreto. Por último, V. M. sabe tambien que para mí no hay seguridad en vuestra córte; todo lo temo de la ira de un sexo que si muchas veces es infiel á sus amigos ¿qué no será con los que mira como enemigos? (2).»

Con este motivo el rey retó al obispo de Chartres, esto es, segun el lenguage del tiempo, le declaró la guerra, y entregó al pillage los bienes del obispado. Hugo de Puiset, vizconde de Chartres, por hacer al rey la córte, se apoderó de la persona de

(1) *Ep.* 15.
(2) *Ep.* 28.

Ivon y le encerró en un castillo. Indignado el pueblo corrió á las armas para libertar á su virtuoso pastor; pero este, reputando por gran dicha el sufrir por la justicia, les prohibió recurrir á semejantes medios.

El Pontífice Urbano, tomando vivamente la defensa de un prelado tan apreciable, obligó á los obispos del reino á dirigir al rey y al vizconde representaciones urgentes por su libertad; y aun añadió que excomulgasen á Puiset, y pusiesen entredicho en sus posesionos si no cedia de modo alguno á sus instancias. Habiendo sabído que el obispo de Senlis habia celebrado el matrimonio del rey, escribió al arzobispo de Reims y á sus sufragáneos una carta llena de reconvenciones sobre la negligencia con que toleraban la prevaricacion de su colega. Fuese por religion, ó fuese por política, ello fué qne el rey Felipe mandó poner en libertad á Ivon; y despues negoció con el Papa para que aprobase su matrimonio, ó por lo menos no publicase la sentencia de excomunion que ya habia dado.

Celebróse con este objeto en el año de 1094 un Concilio en Reims, en que por las intrigas concertadas á fin de ganar los votos, parecieron los prelados bastante favorables á la nulidad del matrimonio de Felipe y de Berta. Pero Su Santidad, que aguardaba este resultado por lo que el obispo de Chartres le habia escrito acerca de este Concilio, á que no quiso concurrir, habia mandado celebrar otro en Autun fuera de los Estados del rey, para que los obispos gozasen en él mas libertad. Fué encargado de presidirle el antiguo legado Hugo de Lyon, el cual despues de haber cumplido con honor las mas importantes legaciones en el pontificado de San Gregorio VII, habia empañado su reputacion con sus celos y sus cábalas cismáticas contra Victor III; pero acababa de ser reconciliado entonces perfectamente con la Santa Sede (1), y en esta nueva legacion mostró un celo y un valor que hicieron el fin de su carrera tan glorioso como lo habian sido sus principios. Como repugnaba encargarse de una comision que era tan delicada en aquellas circunstancias, le escribió Ivon de Chartres en los siguientes términos (2): «Los que están buenos, no han menester de médicos; pero no sucede así con los enfermos. Si se levanta un nuevo Acab en el reino de Italia y una nueva Jezabel en el de Francia, Elias no puede decir que se ha quedado solo; Dios se ha reservado siete mil hombres que no han doblado la rodilla ante Baal. Aunque Herodías baile delante de Herodes y pida y consiga la cabeza de Juan Bautista, es preciso que Juan diga: *no os es permitido repudiar sin razon vuestra muger.* Aunque Balaam enseñe á Balac á seducir á los israelitas por amor á las mugeres, Fineés no debe perdonar al israelita que peque con una muger madianita. Aunque Neron, por sugestion de Simon, mande poner preso á Pedro, Pedro no debe dejar de decir á Simon: *tu dinero sea tu perdicion.* Cuanto mas fuertes contra la Iglesia sean los malos, mas valor es menester mostrar para defenderla y para reparar sus quebrantos. No digo esto para enseñaros, sino con el objeto de persuadir á vuestra paternidad á que ponga la mano en el arado para arrancar las espinas del campo del Señor.»

El Concilio de Autun, compuesto de treinta y tres obispos y muchos abades, excomulgó al rey Felipe por haber celebrado nupcias con Bertrada en vida de Berta, su esposa legítima; y porque habia amenazado abrazar el cisma de Guiberto, se renovó el anatema contra este Antipapa

(1) *Tom. 10 Concilior. pag. 416.*
(2) *Ep. 18.*

y contra su fautor el emperador Enrique, sin tener miramiento alguno con sus partidarios infamados, cuya simonía é incontinencia fueron atacadas con nuevos decretos. Por mas adhesion que el rey tuviese á su pecado, se vió que sus amenazas no pasaban de palabras dictadas por una pasion mas impía en las conversaciones que en los efectos; así es que tuvo bastante religion para no mirar con indiferencia las censuras de la Iglesia. Sufrió en su consecuencia con resignacion el que cesase el oficio público en todos los lugares por donde pasaba: él mismo, despues que publicaron su excomunion, se abstuvo de ponerse la corona, y por esta razon no celebró ninguna de aquellas fiestas en que por costumbre debia presentarse con los ornamentos Reales; y solo con dispensa de los respectivos obispos de los lugares por donde pasaba, hacia le dijesen una misa rezada en su oratorio.

Esta sumision del rey, unida á la muerte de la reina Berta, acaecida en estas circunstancias, dió esperanza de que el Papa ratificaria por último el matrimonio de Bertrada. Habia convocado el Pontífice un Concilio general en Plasencia (1) en medio de la Lombardía y de los cismáticos, sobre los cuales habia logrado ya tal superioridad, que se vieron en él hasta doscientos obispos de Alemania, Francia é Italia, con casi cuatro mil clérigos y mas de treinta mil legos, de suerte que fué necesario tener las sesiones en el campo por no haber iglesia bastante capaz. Envió el rey Felipe embajadores para decir que se habia puesto en camino para asistir á él; pero que le detenian algunos negocios urgentes, y así esperaba que le aguardarian hasta Pentecostés. Concedióronle la peticion con tanto mas gusto cuanto la dilacion no era larga, en atencion á que el Concilio habia principiado el jueves de la semana que media la Cuaresma, que en aquel año de 1095 era el primer dia de marzo.

Llegaron tambien los embajadores de Alejo Conneno, emperador de Oriente, que por estar en comunion con los latinos, les rogaba le enviasen socorros contra los turcos, quienes habian conseguido tal grado de poder, que egercian su desolacion hasta bajo las murallas de Constantinopla. No tardaremos en observar los resultados que estas peticiones produjeron aun en el pontificado de Urbano II. Tambien la emperatriz Adelaida vino á quejarse del emperador Enrique su esposo. Habíase fugado de la prision en que éste la encerrara, y se habia refugiado al lado de la condesa Matilde que la condujo al concilio. Allí reveló las infamias con que su esposo queria profanar la santidad del matrimonio, cuya narracion escitó la indignacion pública, y separó de Enrique un gran número de sus partidarios. Mostró Matilde tanto mayor interés por la suerte de esta esposa desgraciada, cuanto que ella misma acababa de ser abandonada por Guelfo su segundo esposo, no obstante de que segun su declaracion no habia usado nunca del matrimonio con ella (1095).

Confirmó el concilio todos los decretos anteriores contra la simonía, y aun prohibió absolutamente exigir cosa alguna por el Santo Crisma, por el Bautismo y por la sepultura. Condenó la heregía de los nicolaitas, esto es, de aquellos que pretendian que los ordenados de mayores órdenes no estaban obligados á la continencia; y vedó á los culpables el egercicio de sus funciones y al pueblo concurrir á ellas. Renovó tambien la condenacion de la heregía de Berengario, y declaró que el pan y el vino consagrados en el altar se convierten, no solamente en figura, sino real y esencialmente, en el Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo. Prohibióse igualmente á todo sacerdote

(1) *Tom. 10 Conc.*

recibir á persona alguna á penitencia sin la delegacion del obispo. Fijaron asimismo los PP. el ayuno de los cuatro tiempos ó témporas en los dias en que hoy le observamos, y se cree que en este concilio el Papa Urbano instituyó el décimo prefacio para la misa, que es el de la Vírgen.

Habíase celebrado algunos años antes (1092) un concilio en la diócesis de Soissons contra los errores de Roscelino de Compiegne, así llamado porque era canónigo de San Cornelio de esta ciudad, aunque breton de nacimiento. Gozaba la opinion de uno de los doctores mas célebres de su siglo, pero estaba mucho mas versado en la dialéctica que en la teología. Era gran partidario, y, segun algunos autores, gefe celoso de la secta de los nominales combatidos por los realistas con un calor estraordinario. San Anselmo, á pesar de su moderacion natural, decia que eran menos filósofos que hereges en materia de filosofía; pero Roscelino, pretendiendo aplicar las sutilezas de su escuela á las materias sublimes de la Religion, incurria ciertamente en el error, ó por lo menos en aquella novedad profana de espresiones que produce los mismos escándalos. Llegó á decir que supuestas tres personas en Dios, habia en él tres cosas separadas, tanto como lo son tres ángeles; y que si el uso lo permitiese, podria decirse que habia tres Dioses (1). Aunque falsos reformadores hayan pretendido en estos últimos tiempos justificar proposiciones tan temerarias, este modo inaudito de esplicarse dispertó los mas vivos rumores al punto que de él se atrevió á usar Roscelino. Obligáronle en consecuencia á presentarse ante el Concilio, á reconocer la impiedad de sus espresiones, y á abjurar los detestables errores que ellas enunciaban. Mas justificando con su pertinacia la conducta del Concilio, principió poco despues á dogmatizar y publicó que habia abjurado solamente por temor. Como deseaba retirarse á Chartres, el obispo Ivon le dijo que no estaria seguro en una ciudad que por su fé constante era contraria hasta del nombre de Roscelino, y que así corria peligro de que le apedreasen en ella. No esperando el novador mejor acogida en ninguna de las otras ciudades del reino, él mismo se desterró de todas ellas, refugiándose en Inglaterra, de donde tambien le espulsaron.

Para disminuir el horror de sus novedades, publicó que el docto Lanfranco, arzobispo de Cantorbery, habia profesado en otro tiempo las mismas opiniones, y que Anselmo, abad del Bec, opinaba todavia del mismo modo. Lanfranco, muerto algunos años antes, no podia desmentir al impostor; pero el santo abad del Bec le confundió, tanto en su nombre propio como en el de su antiguo maestro (1). A este efecto escribió á su discípulo Fulco, obispo de Beauvais en la provincia de Roscelino, afirmando que Lanfranco nunca habia dicho cosa semejante. «En cuanto á mí, continuó, protesto á la faz del universo que creo de corazon y confieso con mis lábios la fé contenida en los símbolos de los Apóstoles, de Nicea y de San Atanasio; y anatematizo en particular las blasfemias atribuidas á Roscelino.» Ruega despues á Fulco que hiciese ver su carta á cuantos hablasen de él, á fin de justificarle en el punto capital de la fé, acerca del cual ningun fiel debe consentir caiga la menor mancha contra su reputacion.

Vengando así el honor de la Silla de Cantorbery en la persona de Lanfranco, estaba San Anselmo muy lejos de imaginar que él mismo habia de ocupar bien pronto aquel grande puesto. Habia muerto el arzobispo en el año de 1089, con la reputacion que se

(1) *Tomo 10 Concilior. pag.* 484.

(1) *Lib.* 2 *Epist.* 41.

habia grangeado de ser uno de los mas piadosos y mas sábios prelados de su siglo. Entre las obras que justifican esta reputacion se cuentan su tratado de la Eucaristía contra Berengario, sus comentarios sobre las epístolas de San Pablo, muchas de sus cartas, sus estatutos monásticos, y su tratado sobre el sigilo de la confesion. Aun estaba vacante la Silla de Cantorbery cuatro años despues de su muerte, porque Guillermo, rey de Inglaterra, rehusaba darle sucesor por apoderarse de sus grandes rentas. Contentábase con dar una moderada subsistencia á los monges que componian el clero de aquella iglesia, y reservaba para sí todo lo demás: lo mismo hacia en las demas catedrales y en los monasterios, de cuyos bienes se apoderaba al punto que espiraba algun obispo ó abad, y no permitia que se les nombrase sucesor. Guillermo el Rojo introdujo este abuso del todo desconocido en el reinado de su padre, y no habia apariencias de que pensára en desistir de él (1093).

Entretanto Hugo, conde de Chester, suplicó á San Anselmo que pasase á Inglaterra para el establecimiento de un monasterio que queria fundar (1). Mas la voz esparcida contra toda verosimilitud, de que si el abad del Bec pasaba á aquel reino seria arzobispo de Cantorbery, fué bastante para sobresaltar su humildad y estorbarle el que condescendiese con las instancias del conde. No fué necesario menos que una enfermedad grave que acometió á este señor, para empeñar á Anselmo á acudir al ausilio de su amigo en una ocasion decisiva para su salvacion. La caridad cristiana, unida á la amistad, le hizo superior á los recelos de la modestia. Halló Anselmo al conde Hugo convaleciente, pero fuéle necesario detenerse cinco meses en Inglaterra, tanto para establecer la regla en el nuevo monasterio que el conde habia levantado, como para dar cima á algunos negocios de la abadía del Bec que tenia ricas posesiones en la Gran Bretaña. Durante esta mansion muchos prelados, apoyados por los señores, rogaron al rey mandase celebrar en el reino rogativas públicas, con el objeto de conseguir un digno pastor para la iglesia de Cantorbery. Vino el rey, como por juego, en permitir que se rogase en público por una cosa que dependia de él y que estaba bien resuelto á no conceder. Entonces justamente eran tan contrarias sus intenciones á los deseos públicos, que pronunció el juramento, que era tenido por el mas inviolable, de no condescender con ellos.

Platicando uno de los señores como por casualidad con este príncipe, le dijo, qne no conocia á un hombre tan santo como el abad del Bec; «no ama sino á Dios, dijo, y no tiene aficion á ningun objeto terreno.»—«No, contestó Guillermo riéndose, ni aun al arzobispado de Cantorbery»—«Sin duda, respondió el señor, eso es lo que menos desea: estoy plenamente convencido de ello, y todo el mundo le hace la misma justicia.»—«Y yo, añadió el príncipe, estoy persuadido de que si le ofreciese esta Silla opulenta, correria á ella con todas sus fuerzas; pero por el santo rostro de Luca que ni él ni ningun otro se sentará allí viviendo yo.» El santo rostro era un Crucifijo vestido que creian haber sido hecho en Judea por Nicodemo, y llevado despues con el tiempo á Luca de Toscana, desde donde habian corrido muchas copias.

Apenas Guillermo el Rojo profirió estas palabras, cuando le acometió una enfermedad que en poco tiempo le puso en el último apuro. Al punto mandaron llamar á Anselmo para que le ayudase á morir cristianamente: el santo abad le exhortó al arrepentimiento, á la confesion sincera de todas sus culpas, y á reparar los escándalos que habia dado con una larga série de ac-

(1) Edm. hist. nover. lib. 1.

ciones poco dignas de un príncipe cristiano: el rey, de cuya vida se desesperaba del todo, se sometió á cuanto le pedian por una promesa escrita en su nombre, que mandó depositar sobre el altar como para servir de testimonio contra él en caso de que la violase. Cuando le vieron tan bien preparado, le hablaron de dar pastores á las iglesias vacantes, y especialmente á la de Cantorberi: respondió que lo pensaria, y pocos momentos despues nombró á Anselmo, en quien causó esta eleccion una impresion tal, cual si le hubiera herido un rayo, de suerte que faltó poco para caer muerto de espanto (1093).

Sacáronle los obispos á un sitio separado y le dijeron: «¿dudais todavia viendo el estado deplorable en que se halla entre nosotros la Religion por el despotismo de este hombre? ¿Quereis oponeros tan claramente á Dios, que nos presenta un remedio á nuestras desgracias en vuestra persona? ¿Preferís vuestro reposo personal á nuestra felicidad comun?» Anselmo, que tenia ya sesenta años, se escusó alegando su edad avanzada y su poca destreza en los asuntos, á los que nunca habia tenido aficion. Añadió que se habia dedicado á Dios en un género de vida del todo distinto, que se debia irrevocablemente á sus religiosos, y por último, que siendo abad en otro pais estaba sometido á un obispo y á un soberano que formaban para él otros tantos lazos indisolubles. Respondieron los prelados á todas estas dificultades, y se empeñaron fuertemente en que prestase su consentimiento como lo exigian la necesidad y las circunstancias. Mas no consiguieron triunfar de la resistencia de Anselmo, que concluyó asegurando que no haria nada de cuanto pretendian.

Al punto y sin malgastar el tiempo en discursos inútiles le llevaron por fuerza al rey enfermo, como un obstinado á quien no querian ya convencer sino obligar á la sumision. Afligido Guillermo hasta verter lágrimas, le habló asi: «¿por qué quereis tenerme mas tiempo en el camino de la condenacion? Recordad la amistad generosa que os han profesado mis antecesores, lo propio que á vuestros religiosos, y no me dejeis perecer para siempre. Para mí no hay salvacion si muero reteniendo el arzobispado.» Acercáronse todos los asistentes con empeño á Anselmo, y le dijeron en medio de un confuso murmullo: «¿habeis olvidado toda razon y toda Religion? ¿quereis dar el último golpe al rey, llenando su alma de amargura y de desesperacion en el peligro en que se halla? ¿A quién sino á vos se atribuirá en adelante las turbulencias y crímenes que desolarán la Inglaterra?» Instado Anselmo de este modo, se volvió hácia dos monges suyos que le acompañaban, y les dijo: «hermanos mios: socorredme en este apuro.» Balduino, uno de ellos, respondió: «si esta es la voluntad de Dios, ¿quiénes somos nosotros para resistirla?»—«¡Ah, replicó Anselmo, cuán pronto os habeis rendido!»—Dijo el rey á los que rodeaban al Santo, que se arrojasen á sus pies para ablandarle; pero sin concederles nada se postró él tambien: entonces todos los asistentes á una voz unánime se acusaron de debilidad, y gritaron tumultuosamente: «venga el báculo pastoral, que se le dé el báculo.» Asiéronle entonces muchos del brazo derecho, y le llevaron por fuerza al lecho del príncipe. Presentóle el rey el báculo pastoral, pero Anselmo tuvo la mano cerrada. Los obispos le abrieron algunos dedos con tal esfuerzo que le hicieron gritar de dolor, y le pusieron en la mano el báculo, manteniéndole en ella apretado mientras todos los concurrentes clamaban: *viva el arzobispo*. Al instante entonaron el *Te Deum*, y tomaron el camino de la iglesia á donde llevaron á Anselmo que hacia

todos sus esfuerzos para fugarse, diciendo que nada se hacia con esto.

Hechas las ceremonias de costumbre, volvió á presentarse al rey, á quien dijo: «sabed, oh príncipe, que no morireis de esta enfermedad, y así ved cómo poner remedio á lo que acaban de hacer, porque yo declaro que no he consentido ni consiento en ello.» Habiendo salido de la habitacion del rey, dijo á los obispos y á los señores que le seguian: «¿sabeis lo qué quereis? atar al mismo yugo un toro indómito y una oveja vieja. Pero la oveja que podia ser útil de otro modo, será hecha pedazos por el toro: considerad bien las consecuencias de esta union estraña. Y si mi suerte no os interesa, temed los infortunios que os aguardan despues que el rey agoviándome á mí haya desalentado á todos aquellos que podian oponerse á sus violencias.»

El rey para desvanecer los terrores de Anselmo mandó que le pusiesen en posesion de todos los bienes del arzobispado, y que la ciudad de Cantorberi y la abadía de San Albano, que Lanfranco habia disfrutado tan solo en feudo, perteneciesen en adelante en propiedad á aquella iglesia. Ofreció además mirar al arzobispo como á su padre, seguir todos sus consejos en los negocios eclesiásticos, y principalmente prestar obediencia como á Pontífice legítimo al Papa Urbano, á quien hasta entonces habia rehusado reconocer. En una palabra, prometió mas de lo que le pedian; y hasta que el santo abad aceptó el arzobispado, esto es, durante su enfermedad, mostró todas las disposiciones de un pecador arrepentido y de un rey cristiano. Para conformarse exactamente con las leyes y costumbres de la Iglesia, rogó al duque de Normandía, al arzobispo de Rouen y á la comunidad del Bec que llevasen á bien la eleccion de Anselmo, lo que hicieron con muchísimo gusto á pesar del sentimiento que tenian en verse privados de un hombre tan grande. Guillelmo, arzobispo de Rouen, envió además una órden formal al santo abad, mandándole aceptar el episcopado. Por último, fué consagrado en Cantorberi en 4 de diciembre de 1093, por Tomás, arzobispo de York, con un aplauso y un concurso tan estraordinario, que de todos los obispos del reino solo dos dejaron de asistir, y esto fué por hallarse enfermos. Fué sucesor suyo en la abadía del Bec Guillelmo, prior de Poissi, en latin *Pexejum*, que ciertos autores han traducido Pessé, nombre del todo desconocido.

En el año de la consagracion de San Anselmo murió Santa Margarita, reina de Escocia, de la familia de los últimos reyes ingleses (1). Dió la Providencia á la Escocia, todavía bárbara, esta santa reina que pasó cerca de veinte y cuatro años en ella para aniquilar los restos de la barbárie que empañaban la pureza del cristianismo. En union con el rey Malcolmo su esposo hizo se reuniesen muchos concilios, á los que concurrió ella misma, señalándose no menos por su talento y sus conocimientos que por su celo y piedad. Contribuyó á que entre otras cosas resolviesen que nadie pudiese contraer matrimonio con la viuda de su padre ni de su hermano; que se santificase el domingo absteniéndose del trabajo; que todos los fieles, hasta los pecadores, se pusiesen en estado de comulgar por Pascua, confesándose y haciendo obras de penitencia; y que el ayuno de Cuaresma principiase el miércoles de ceniza en vez del lunes siguiente. Era en estremo celosa de la magestad del culto divino, y se dedicaba con gusto al adorno de las iglesias, al propio tiempo que procuraba con todo su poder el esplendor de la casa Real, y ponia el mayor cuidado en la educacion de sus hijos. Celebraba dos Cuaresmas, una antes

(1) Bolland. *ad 10. Jun.*

de Pascua y otra antes de Navidad; rezaba cada dia el Salterio y varios oficios; y por último, servia la comida con el rey su esposo todos los dias á mas de trescientos pobres, y repartia limosnas inmensas. Sintiéndose enferma de muerte, hizo una confesion general: el último dia quiso recibir el Viático en su oratorio, oyó misa en él, y despues la volvieron á su lecho. Estaba con grande inquietud por no saber del rey su esposo, que se hallaba en la guerra con sus dos hijos, cuando el mas jóven entró en la cámara; pidióle noticias de su padre y de su hermano, y él respondió que estaban buenos, pero tan cortado que la reina no quedó satisfecha. Instóle esta con tanta fuerza, que él no pudo conservar por mas tiempo el disimulo, y confesó que habian sido muertos uno y otro tres dias antes. Alzando la Santa los ojos al cielo dió gracias á Dios porque la enviaba aquella aflicion para expiar sus culpas, y murió al momento siguiente de este sacrificio. Honra la Iglesia su memoria el 10 de junio, aunque murió el 16 de noviembre.

Al año siguiente (1094) murió en la Pulla San Nicolás, llamado el Peregrino, porque no era del pais; hombre que era ya venerable por sus virtudes en una edad en que ordinariamente aun los mas avanzados en la via de la perfeccion apenas si comienzan su carrera (1). Habia nacido en Grecia en una ciudad de la Atica, de padres pobres, que no pudieron darle la menor tintura de las letras ni aun hacerle aprender un oficio; y esta fué la razon porque á la edad de ocho años se vió en la necesidad de guardar ovejas. Pero esta alma dirigida por el Espíritu Santo, supliendo con el fervor de los afectos la instruccion esterior y la diversidad de oraciones, principió desde entonces á repetir de contínuo y en voz alta esta pequeña súplica: «Señor, tened piedad de nosotros.» Pronunciábala sin cesar noche y dia, y esta devocion la conservó toda su vida por mas esfuerzos que hicieron para apartarle de una singularidad que se miró muchas veces como un acto de demencia. Retiróse á la montaña de Esterion, construyó en ella una cabaña con palos, y allí vivió algun tiempo solo, trabajando y repitiendo sin cesar la misma plegaria. Pasó despues á Lepanto, en donde se unió con un monge llamado Bartolomé, de quien no se volvió á separar y con el cual se embarcó para Italia. Ayunaba aquí todos los dias, permaneciendo sin comer nada hasta el anochecer, en que tomaba un poco de pan y agua, y despues gastaba toda la noche en orar en pié. Todo su vestido consistia en una túnica ligera que no le llegaba mas que hasta las rodillas, de modo que quedaban desnudas las piernas y los pies, así como la cabeza; llevaba una cruz en la mano, y colgado del hombro un saco donde ponia las limosnas que le daban, y que él distribuia despues á los pobres y á los niños que le rodeaban en tropel por todas partes. Exhortaba á todo el mundo á la penitencia, y sus discursos eran apoyados con milagros. No obstante, en muchas partes sus estraordinarios modales le ocasionaron burlas ó malos tratamientos; pero en Trany, donde espiró siendo todavia muy jóven, corrió la gente en tropel á honrarle y á pedirle su bendicion. Fué aún mayor el concurso en sus funerales, celebrados con pompa en la iglesia catedral, donde adquirió su sepulcro mucha fama por una multitud de milagros: le invocaban principalmente en los naufragios como al santo obispo de Mira, cuyo nombre tenia.

Principiaban á fortalecerse el órden y la disciplina en aquellas provincias meridionales de Italia, y aun mas allá de los mares, en la Sicilia, ocupada despues de mas de

(1) Bolland. ad 2 Jun.

dos siglos por los musulmanes. Despues de haber conquistado casi toda aquella isla opulenta el conde Rogerio, mostró su reconocimiento á Dios como político verdaderamente cristiano; esto es, poniendo freno á los desórdenes introducidos por la dominacion prolongada de los infieles. Restableció la justicia y la tranquilidad pública, dispensó su proteccion á los débiles y distinguióse por su beneficencia con todos los desgraciados. Fué muy asíduo á los divinos oficios; reedificó las iglesias, mandó que las pagaran los diezmos, y aumentó además sus rentas con grandes liberalidades. Pero á lo que principalmente se consagró fué al restablecimiento de los obispados: en solo el año de 1093 fundó los de Mesina, Catana, Girgento y Masara (1). Fundó despues el de Siracusa: teniendo en todos cuidado de poner buenos pastores que traia de lejos, especialmente de Normandía de donde era originario. Además de los obispados, restableció tambien gran número de monasterios y levantó otros nuevos, tomando para todas estas buenas obras los consejos del Papa Urbano, de quien obtuvo reglamentos á los que se recurrió despues por largo tiempo, lo que hizo mirar á este Pontífice como restaurador de la iglesia de Sicilia.

Tambien fué Urbano quien restableció el obispado de Arras, que desde San Vaast, es decir, hacia ya mas de 500 años, estaba unido al de Cambray. Como este formaba parte del reino de Lorena y por consiguiente de los Estados del emperador de Alemania, no se cuidaba Enrique de favorecer al Papa en el ejercicio de su autoridad, aun cuando estuviese apoyada por el rey Felipe y por los artesianos sus súbditos. Habíanse dirigido desde luego estos á Urbano, el cual, conociendo tambien las intenciones del rey, les permitió proceder á la eleccion de un obispo, y escribió al arzobispo de Reims para que le consagrase. Ocupaba entonces esta Silla Rainaldo, el cual por no comprometerse con Enrique y por no ver separada de su metrópoli á Cambray, volvió á enviar al Papa los diputados de Arras y de Cambray. Los de esta última ciudad no fueron; pero los otros, luego que regresaron á su país, hicieron ejecutar las órdenes que habian recibido. Despues de tres dias de ayuno, Lamberto de Guisnes, canónigo y chantre de Lille, sugeto distinguido por su mérito y su virtud, fué elegido unánimemente é instalado á pesar suyo obispo de Arras. El mismo Papa le consagró en Roma el dia 19 de marzo del año 1094.

En Lombardía tomaron los negocios un sesgo no menos favorable á los intereses del Pontífice legítimo que en Sicilia. Los indignos procederes del emperador Enrique contra su esposa Adelaida, movieron á Conrado su hijo, aunque de otra muger, á declararse contra él. Dícese que Enrique despues de haber puesto en una cárcel á esta princesa desgraciada, permitió á muchos disolutos que la violentasen, y que instó al mismo Conrado á que abusase de su madrastra. No contestando el príncipe sino con señales de horror y de indignacion, dijo el emperador que no era hijo suyo sino de un señor de Suavia, á quien en efecto era muy parecido (1). Arrebatado Conrado de despecho abandonó á su padre, y se alió al partido de la condesa Matilde y de los demas católicos. Las ciudades de Milan, Cremona, Lodi y Plasencia se declararon en su favor, y formaron una liga de veinte años contra Enrique, lo cual redujo á este príncipe á tal estado de debilidad y desesperacion, que se habria suicidado si sus gentes no se lo hubieran impedido. En su lugar fué reconocido Conrado por rey de Italia, y coronado con so-

(1) Gaufr. Malater. *lib.* 4, *c.* 7.

(1) Dodech. *ad an.* 1093.

lemnidad en Milan por el arzobispo Anselmo, tercero de este nombre (1093).

Marchó luego á ver al Papa Urbano á Cremona en donde le juró fidelidad, ofreciendo defender con todo su poder los derechos del Pontífice legítimo. Por su parte ofreció Urbano su socorro para conservarle en el reino de Italia, y alcanzarle la corona imperial. Fué tan vivo y tan general el júbilo que este acontecimiento causó á los católicos, que el sabio obispo de Chartres escribió al Papa felicitándole por la reduccion del reino de Italia á su obediencia, y por los piadosos sentimientos del nuevo rey que renunciaba á las investiduras. Viéndose entonces afligidas con una espantosa mortandad la Alemania y especialmente la Baviera, este azote hizo que muchos cismáticos entrasen dentro de sí mismos y se arrepintiesen, y Urbano los recibió con la mayor bondad. Arnoldo habia recibido de manos de Enrique el anillo y el báculo para el arzobispado de Milan, pero el legado habia anulado su eleccion. Sometióse Arnoldo á esta sentencia y se retiró á un monasterio; informado de lo cual el Papa á su llegada á Milan, asi como de su conducta, y sin duda por no dejar estuviese vacante mucho tiempo esta iglesia, hizo que Arnoldo fuese consagrado por el arzobispo de Salzburgo, asistido de los obispos de Constanza y de Passau, que despues del Concilio de Plasencia regresaban á sus diócesis.

Fué tambien reconocido el Papa Urbano por Guillermo el Rojo, rey de Inglaterra, que hasta entonces habia estado indeciso entre el Pontífice legítimo y el antipapa. Habia enviado á Roma dos capellanes suyos á fin de aclarar este grande negocio, menos por celo del órden gerárquico que por odio contra el santo obispo de Cantorbery, á quien pretendia hacer deponer. La penitencia y las buenas disposiciones de Guillermo no habian durado mas tiempo que el que estuvo próximo á la muerte, pues luego que recobró la salud se olvidó de todas sus promesas. Un dia que Gandulfo, obispo de Rochester, quiso hacerle temer que esta conducta le atraeria algun nuevo castigo de la ira de Dios, el príncipe, usando del juramento que le era familiar, dijo con enfado: «Por el Santo Cristo de Luca, jamás Dios me hará bueno haciéndome mal.» Á este príncipe intratable, y por otra parte muy indiferente en órden á la conservacion de la disciplina eclesiástica, no tardó en incomodarle el celo de un prelado santo que utilizaba todas las ocasiones de pedir el restablecimiento del órden antiguo; pero la pasion de Guillermo por el dinero fué la que hizo estallar el rompimiento.

Procurando por todos los medios despojar de la Normandía al duque Roberto su hermano, subió á dos mil libras de peso de plata las que pretendió sacar por contribucion del arzobispo de Cantorbery. San Anselmo, que con el designio de grangearse para la Iglesia la proteccion del rey le habia ofrecido desde luego quinientas, que no admitió, opinó despues que este donativo, aunque gratuito, podria tomarse por promesa que hubiera hecho al soberano con la mira de obtener el arzobispado; y á consecuencia de esto cerró los oidos á cuanto se le representaba de parte de este príncipe. Con esta ocasion, Guillermo, obispo de Duran, uno de esos hombres frívolos cuyos méritos consisten en la intriga y la verbosidad de la corte, puso en movimiento esta habilidad para saciar su ambicion. Con la esperanza de sentarse en la Silla de Cantorbery metió en la cabeza al rey Guillelmo que hiciese renunciar á Anselmo ó al arzobispado, ó á la obediencia del Papa Urbano. El santo prelado, que en Normandía habia reconocido á este Pontífice por Gefe de la Iglesia, estaba preparado á perderlo todo antes que faltar á su conciencia. El rey, por

el contrario, presentó como un atentado hecho á su corona el que sin su permiso se reconociese en Inglaterra un Papa, y en consecuencia declaró que ya no miraba á Anselmo como arzobispo, y mandó á los obispos no solo que le negasen toda obediencia, sino tambien que no tuviesen en adelante comunicacion alguna con él. Tuvieron estos la cobardía de obedecer semejante órden, seducidos unos por su propia ambicion, y otros por las intrigas de los ambiciosos. Tratóse despues de seducir á los señores, pero mas libres de este género de interés que los prelados, y mostrando mas rectitud, contestaron que Anselmo era su pastor legítimo encargado de gobernar la Religion, y que siendo cristianos no podian dejar de estar bajo su direccion. El pueblo, estimulado con este ejemplo, miró con indignacion á los obispos prevaricadores llamándolos á este Judas, á aquel Pilato, á otros Caifás, Herodes, etc., dándoles todos los nombres mas ofensivos á los oidos cristianos. En una palabra, el rey á pesar de su genio imperioso, temió llevar mas adelante su empeño, y para salir del apuro señaló un plazo al arzobispo para que meditase y tomase por último su resolucion.

Así las cosas, regresaron los dos capellanes enviados á Roma por el rey, trayendo consigo al legado Gautier, obispo de Albano. Habíanse convencido de que el Papa Urbano era el Pontífice legítimo, y Gautier traia el pálio para el arzobispo de Cantorbery (1). Habia exigido Guillelmo que se le enviasen para darle á quien mejor le pareciese, y disponer así la deposicion de Anselmo. Al pasar el legado por Cantorbery no vió al arzobispo, ni dijo palabra alguna del pálio que llevaba consigo, y quiso tener siempre á los dos capellanes por testigos de todas sus conversaciones y de todos sus pasos. Cuando se avistó con el príncipe habló solamente de aquello que sabia le habia de lisongear, y no dijo una palabra siquiera á favor de Anselmo. Hizo en suma tan perfectamente su papel, que las gentes de bien temieron que Roma hubiese preferido el dinero ó el poder á la defensa de la justicia. Con esta conducta se ganó tan bien el corazon del rey, que publicó en todo el reino una órden absoluta de reconocer á Urbano II por Papa legítimo.

Quiso á su vez persuadir al legado que usase de la autoridad pontificia para deponer á Anselmo; pero aunque prometió enviar á Roma todos los años una gran suma de dinero, el legado fué incorruptible. Así todas las baterías que el rey Guillelmo habia levantado contra el santo arzobispo de Cantorbery con tanto riesgo para el órden gerárquico de la Gran Bretaña, solo sirvieron para arrancar las últimas semillas del cisma. No pudiendo ya volverse atrás quiso por lo menos salvar su dignidad, y tener el mérito de congraciarse con aquel á quien no habia podido destruir. Solicitó del arzobispo que le hiciese un regalo por lo menos con la ocasion del pálio, el cual á no haber sido por la embajada del rey habria tenido que irle á buscar á Roma con grandes gastos. Respondió el Santo que esto seria dar una apariencia de venalidad á la benevolencia de su Soberano, y hacerle injuria. Vióse reducido por último el príncipe á captarse gratuitamente la voluntad del arzobispo; y conviniéndose en una reconciliacion en forma, dijeron de una parte y de otra que olvidarian todo lo pasado. Propusieron á Anselmo algunos mediadores que recibiese por lo menos el pálio de mano del rey; pero él representó que esta era una gracia de la Santa Sede y no una merced del monarca: por lo que se dispuso que el legado llevaria el pálio á Cantorbery, le depositaria sobre el altar, y Anselmo le tomaria.

(1) Edmer. *hist. Novor. lib.* 2.

ria en él. Ejecutáronlo así con mucho aparato en medio de las aclamaciones de un pueblo innumerable. Despues de esta reconciliacion forzada, el rey Guillelmo dejó por algun tiempo en paz al Santo.

Cuando Anselmo se vió establecido en la Silla arzobispal, escribió de nuevo, y con mas estension que siendo abad, contra los errores de Roscelino, porque juzgó que un obispo, especialmente hallándose colocado en una Silla tan eminente, en nada debia pensar tanto como en desvanecer hasta las menores nubes que pudiesen eclipsar su fé. Convencido al propio tiempo de que el mejor modo de justificarse de una heregía, es establecer los principios contrarios sobre la unanimidad de sentir entre la Cabeza y miembros del cuerpo episcopal, sometió al juicio del Papa Urbano el tratado que compuso con este motivo sobre la fé de la Trinidad y de la Encarnacion. Así todo el mundo cristiano se convenció plenamente de la falsedad de las imputaciones de Roscelino.

Una refutacion tan satisfactoria enseñó generalmente á todos á desconfiar de las calumnias de un impostor que denigraba con preferencia á los personages mas virtuosos. La carta envenenada que publicó contra el bienaventurado Roberto de Arbrisel, no mereció mas que el desprecio de los hombres de bien. Si la reputacion de Roberto se eclipsó por algun tiempo para una porcion de espíritus ligeros, la verdad penetró por fin la nube, y la inocencia reconocida sacó nuevo esplendor de la malignidad de los calumniadores. Este santo varon, breton de nacimiento, llevaba su apellido ó sobrenombre de la aldea de Arbrisel, hoy Arbresec, en la diócesis de Rennes (1). Como en su patria no habia maestros hábiles, fué desde muy jóven á cultivar sus felices disposiciones á la escuela de París, donde sobresalió muy pronto; y llegando esto á oidos de su obispo Silvestre de la Guerche, le llamó cerca de sí y le nombró su arcipreste. Correspondió Roberto á las esperanzas del prelado, combatiendo con fruto la simonía y la incontinencia de los clérigos. Acarreóse con esto el ódio de los culpables, quienes despues de la eleccion de Mardobio, sucesor de Silvestre, no encontraron ya límites á su rencor, y quitaron al santo arcipreste el consuelo de ser apoyado en las empresas de su celo y hasta la esperanza de hacerlas eficaces. En su consecuencia hizo dimision del arciprestazgo y se retiró á la selva de Craon en los confines de la Bretaña y del Maine; pero la reputacion de su virtud y de su habilidad convirtió pronto este desierto en un punto de reunion de todas las almas deseosas de su salvacion y de su perfeccion. Roberto, que tenia una gracia particular para anunciar la palabra de Dios, contó un gran número de asiduos discípulos que sometió á la regla canonical despues de haber edificado, con las liberalidades de Renaldo de Craon, la abadía de nuestra Señora de los Bosques, ó nuestra Señora de la Rueda. Fué abad de allí, pero este campo era demasiado estrecho para contener en su recinto la estension de su celo. Recorrió todos los paises vecinos predicando penitencia, tanto con su ejemplo como con sus palabras, y esto con un fruto que correspondia al concurso prodigioso de sus oyentes. Por entonces (1095) llegó el Papa á Francia, y habiendo oido á aquel hombre apostólico, le mandó ir á sembrar por todas partes las semillas del Evangelio, lo que verificó con una edificacion tal, que causó una santa revolucion en las costumbres de todos los Estados, é infundió, hasta en el sexo mas débil, toda la fuerza y elevacion del heroismo. Entre los motivos que conducian á Urbano II á Francia, donde habia nacido, contábase la

(1) Bolland. *ad 25 Febr.*

espedicion tantas veces proyectada, aunque sin efecto, y pronta por fin á ejecutarse contra los infieles opresores de la tierra consagrada por la Sangre de nuestro Redentor. Habíase ya tratado de ella en el Concilio de Plasencia, donde sola la esperanza de una cosa tan deseada habia reunido millares de asistentes; y el Papa no dudó de que esta obra quedaria consumada en otro Concilio que quiso celebrar en el pais mas á propósito para favorecer este magnánimo proyecto.

El primer móvil de tan grande obra era un simple sacerdote de la diócesis de Amiens, llamado Pedro, y apellidado el Ermitaño, á causa de la vida solitaria con que edificaba á todos (1). Era pequeño de cuerpo y de una fisonomia poco agradable; pero tenia un valor heróico, un espíritu elevado, y tal viveza y energía en sus afectos, que los hacia pasar de un modo irresistible al alma de aquellos á quienes hablaba. Su vida pobre y austera le daba mayor grado de autoridad: llevaba una túnica de lana con una mala capucha: iba por lo comun con los pies descalzos, ó montado sobre un jumento cuando le faltaban ya las fuerzas: distribuía todo lo mejor que se le daba: no comia mas que pan, ni bebia mas que agua; y todo lo hacia sin afectacion y con la piedad juiciosa que correspondia á un genio de aquel órden: Pedro sabia oportunamente hacer que cediese la mortificacion á la condescendencia.

En el seno mismo de la dominacion tiránica de los turcos y de los árabes habia formado este hombre el proyecto de libertar de su poder los Santos Lugares. En la peregrinacion que hizo á Jerusalen tuvo el mayor sentimiento al ver una mezquita edificada sobre los cimientos del templo, las caballerizas contíguas á la iglesia del Santo Sepulcro, y profanados de mil modos la mayor parte de los lugares en que se habian obrado nuestros primeros misterios. Como tenia ya formado su plan, inquirió y se informó de su patron que era cristiano, y de algunos otros fieles, tanto de su miseria presente, cuanto de los males que habian sufrido despues de muchos años. Pasó despues á conferenciar sobre esto con Simeon, patriarca virtuoso de Jerusalen, le pintó en presencia de algunos otros prelados y de muchos cristianos del pais, el valor y poder de los príncipes de Europa, el celo y la grande autoridad del Papa, y por último añadió: «no dudeis, ó Santo Padre, que si la Iglesia y los soberanos del Occidente fuesen informados y se les pidiese su auxilio por una persona tan digna como vos de su veneracion y confianza, correrian con empeño y prontitud á romper el yugo opresor bajo del cual gemis. Escribid al Papa y á los príncipes cartas circunstanciadas y selladas con vuestro sello; yo me ofrezco á ser el portador, y á hacer por todas partes con la ayuda del Señor eficaces instancias por vuestra libertad.» Los obispos y cada uno de los fieles que estaban presentes dieron á Pedro muchas gracias y escribieron las cartas que pedia.

Orando despues por el buen éxito de su empresa en la iglesia del Santo Sepulcro se quedó dormido, y vió en sueños á nuestro Señor que le dijo: «levántate, Pedro, y apresúrate á egecutar tu mision: ya es tiempo de ausiliar á mis siervos, y vengar la santidad de mi casa: no temas nada; yo estoy contigo.» Sea lo que se quiera de la naturaleza de este sueño, el Patriarca Simeon, á quien Pedro le contó al punto, y que segun todos los monumentos era un hombre de mucho juicio y de una grande virtud, le tuvo por una revelacion divina despues de mirarlo con detencion. Pedro el Hermitaño se sintió tan prodigiosamente

(1) *Mus. Ital. pag.* 131.

alentado con esta vision, que se hizo á la vela apresuradamente para Italia.

Entregó la carta del Patriarca de Jerusalen al Papa Urbano, muy inclinado ya á la espedicion que en ella se solicitaba, y no perdonó medio alguno, tanto para abreviar la egecucion, como para proporcionar medios formidables. No solamente recorrió la Italia, sino tambien cruzó los Alpes, preparando asi el camino al Soberano Pontífice, y buscó uno tras otro á todos los príncipes de este lado de los montes. Cuando el espíritu de los grandes y de los pueblos se hubo enardecido, principalmente en la nacion generosa de los franceses, el Papa pasó inmediatamente á ella por mar: atravesó el pais del Ródano, dirigióse á Pui en Velay, y convocó desde allí, con dos ó tres meses de anticipacion, el concilio que se debia celebrar en Clermont en el mes de noviembre de 1095. Ocupó este intervalo en visitar los monasterios de la *Chaise-Dieu*, de Souvigni y de Cluny, en donde habia sido monge y prior, á fin de escitar á los Santos que los habitaban en gran número, á que rogasen al Señor por el buen éxito del Concilio; pero en ninguna parte parecia estar tan complacido como en Cluny, en donde tuvo la satisfaccion de hallar con perfecta salud, aunque en una edad muy avanzada, á San Hugo, que le habia dado el hábito monástico: allí consagró el altar mayor de la grande y magnífica iglesia que este santo abad acababa de edificar.

Entretanto poníanse en movimiento los prelados y señores en todo el mundo cristiano. Doce arzobispos, ochenta obispos y mucho mayor número de abades, sin contar una infinidad de otros eclesiásticos y sabios de todos estados llegaron á Clermont de todas las provincias de la Francia y de los reinos vecinos. Adoptaron todos los decretos de los Concilios que el Papa Urbano habia tenido en Melfi, Benevento, Troyes (Pulla) y Plasencia (1); formaron algunos cánones nuevos para la seguridad de los primeros y para estirpar los restos de algunos abusos que se perpetuaban á la sombra de disfraces y de vanas interpretaciones. No solo prohibieron á los clérigos tener concubinas, sino tambien que durmiesen en su casa otras mugeres que las señaladas por los cánones antiguos como libres de toda sospecha; y escluyeron de los sagrados órdenes á los hijos de estos clérigos, y en general á todos los hijos ilegítimos, á menos que no hubiesen profesado la regla canónical ó monacal.

En cuanto á la adquisicion de los beneficios, además de las convenciones simoniacas, prohibieron poseer dos prebendas en distintos pueblos, ó dos dignidades eclesiás- en la misma iglesia; prohibieron tambien á los reyes y demas príncipes dar la investidura de las dignidades eclesiásticas, y á los obispos y sacerdotes hasta el hacer pleito homenage de ellas en sus manos ó en las de cualesquiera otros legos: proscribieron como simoniaco lo que se llamaba rescate de los altares, práctica establecida á imitacion del rescate que se hacia de los feudos en las mudanzas de los señores, y que consistia en dar al obispo una suma de dinero á cada mudanza de los titulares que servian aquellos altares ó capillas. Perteneciendo muchos de estos beneficios á monasterios, el Concilio les confirmó la propiedad de aquellos que poseian mas de treinta años antes; pero quitó á los monges la cura de almas aneja á estos títulos, y resolvió que hubiese un capellan nombrado por el obispo y presentado por ellos para gobernar al pueblo, esto es, para ser cura, y cuya institucion ó deposicion perteneceria al obispo diocesano. Estendieron algunos prelados este

(1) *Tom. 10 Concilior. pag.* 416.

reglamento á los canónigos regulares; pero el sábio Ivon de Chartres desaprobó con energía que se les escluyese de este modo del gobierno de las parroquias (1).

Como el proyecto de llevar la guerra al pais de los musulmanes hacia mas necesaria que nunca la paz y la concordia, confirmaron cuidadosamente la tregua de Dios y el derecho de asilo que se estendió á las cruces puestas en los caminos reales; y de aquí vino la costumbre de ponerlas de trecho en trecho para que sirvieran como de refugio á los viajeros. Prohibieron tambien tomar, sino separadamente, en la comunion el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, esceptuando el caso de necesidad ó de precaucion, es decir, quizá como el de cuando se temia que se vertieran algunas gotas de la preciosa Sangre. El verdadero sentido de este cánon no es obligar siempre á los legos á comulgar bajo las dos especies, sino proscribir el uso de dar el Cuerpo del Señor empapado en la Sangre, como se hacia en la Iglesia griega y en tantos lugares de la Iglesia latina que Ivon de Chartres era de parecer que se tolerase este abuso; pero se le condenó porque era contrario á la institucion del Sacramento. De aquí aparece que todavía el uso comun era comulgar bajo las dos especies. Despues de la conquista de Jerusalen fué cuando insensiblemente se fué introduciendo en las iglesias occidentales el uso en que estaba esta Iglesia de no dar mas que la especie de pan en la comunion. Entre los asuntos particulares discutidos en el Concilio de Clermont, el principal fué asegurar á la iglesia de Lyon los derechos de primacía que la habian ya concedido. Concluyó tambien el Papa Urbano en este Concilio la larga contienda del arzobispo de Tours con el que se llamaba arzobispo de Dol, á quien condenó á estar sometido al primero y á darle satisfaccion por la desobediencia pasada.

Vinieron por último á tratar del objeto capital del Concilio, esto es, de la liga proyectada contra los musulmanes. Alzando el Papa los ojos al cielo é imponiendo silencio con una seña hecha á este fin, habló del siguiente modo (1): «Bien sabeis, hermanos mios, que el Salvador del mundo ha honrado con su presencia la tierra prometida en la antigüedad mas remota al pueblo de Dios: aquella es su eterna herencia y el lugar fijo de su habitacion; y aunque es verdad que le ha abandonado por algun tiempo á la tiranía de los infieles, no por esto ha de creerse que le haya dejado para siempre. Hace mucho tiempo que el árabe sacrílego ejerce su bárbara impiedad en los Santos Lugares: él ha reducido á los fieles á la esclavitud y los agobia con tributos, exacciones y tratamientos indignos: roba á sus hijos, los violenta para que renuncien al bautismo, y si hacen resistencia los borran del número de los vivientes. El templo del Señor ha sido convertido en asiento de los demonios; el Santo Sepulcro está trasformado en establo, todos los parajes consagrados por la sangre y los vestigios del Hijo de Dios no son ya mas que lugares de carniceria y de prostitucion: allí se degüella á los sacerdotes y á los diáconos, y se quita á las mugeres y á las vírgenes la vida despues de violarlas. Armaos pues de celo todos vosotros, queridos hijos mios, y marchad sin dilacion al socorro de vuestros hermanos casi desesperados de la Palestina: la fé está á punto de perecer en el lugar mismo en que ha nacido. ¿Qué digo? Los tiranos furiosos no ponen ya límites á su rabia: como un torrente que no conoce diques, no contentos con las inmensas posesiones que han usurpado en el imperio de

(1) *Ep.* 93.

(1) Guill. Tyr. *lib.* 2, *pag.* 32.

los griegos, quieren invadir los últimos restos, y estenderse despues por nuestro imperio, y por todos nuestros reinos: su ambicion sacrílega nada menos se propone que estinguir hasta el nombre cristiano. Muchos de entre vosotros han sido testigos oculares de sus escesos, y ninguno puede dudar de ellos á la vista de estas cartas de nuestros hermanos de Palestina, traidas por el venerable Pedro que está aquí presente. Por lo que á Nos toca, confiando enteramente en la misericordia del Todopoderoso, por nuestra autoridad apostólica remitimos á los que marchen contra los infieles las penitencias que merecen por sus pecados: aquellos que mueran con un verdadero arrepentimiento en los lugares en que Jesucristo murió por nosotros, no deben dudar de obtener la remision de sus culpas y la vida eterna; y no será menor la recompensa muriendo en el camino.» Esta promesa mal entendida á las veces por algunos ignorantes, que limitaron las condiciones de ella á solo los trabajos de la guerra, esplica cómo el nuevo género de expiacion prevaleció sobre las penitencias canónicas, que hasta entonces se habian sostenido muy bien. Apenas hubo pecador que no prefiriese á los rigores humillantes de la penitencia pública los ejercicios militares, los cuales por lo demás no tenian eficacia sino en cuanto iban acompañados de la conversion del corazon.

A fin de alejar mas y mas los obstáculos, prohibieron con rigor todas las guerras particulares que se hacian los señores unos á otros; y acordaron que los bienes igualmente que las personas de los guerreros peregrinos quedasen especialmente bajo la proteccion de la Iglesia. Para atraer despues las bendiciones del cielo se obligó á los clérigos á rezar el oficio parvo de la Virgen, que San Pedro Damiano habia puesto en uso entre los monges; y se dice que Urbano II ordenó que el sábado fuese especialmente consagrado á la Virgen Nuestra Señora, y que en este dia se hiciese su oficio (1).

Las exhortaciones del Papa, inspiradas por la desgracia de los cristianos oprimidos, movieron fuertemente los ánimos: un entusiasmo religioso se apoderó de todo el concurso, y en un mismo instante y como por inspiracion se oyó en todas partes clamar: *Dios lo quiere, Dios lo quiere.* Entonces el Sumo Pontífice volviendo á tomar la palabra, dijo: «hermanos mios, ya veis claramente que el Señor se encuentra en medio de los que se reunen en su nombre. ¿Hubiérais proferido á una voz el mismo clamor si él mismo no le hubiese puesto en vuestra boca? Ese, pues, será vuestro grito de guerra y de reunion.» Apresurándose por todas partes las gentes á alistarse, y presentándose en tropel y confusamente, se convino en una señal de alistamiento, que fué una cruz de tela encarnada que cada uno podria ponerse por sí mismo en el hombro derecho; y de aquí provino el nombre de cruzados y de cruzada. Cualquiera que tomaba la cruz, estaba obligado bajo pena de excomunion á cumplir el voto que hacia de un modo implícito al cruzarse.

El Papa, procuran lo evitar en cuanto fuese posible todos los desórdenes, añadió, que los viejos, los enfermos y generalmente todos aquellos que no fuesen aptos para las armas, no emprenderian de modo alguno aquel viaje; que tampoco le harian las mugeres casadas sin sus maridos, ni las solteras sin un hermano ú otro hombre igualmente seguro, que pudiese responder de ellas, y que los eclesiásticos no irian sin el permiso de su obispo, de quien hasta los mismos legos deberian tomar la bendicion. El primero que se cruzó fué Aimar ó Ademaro de Monteil, obispo de Pui en Velai,

(1) Ganfrid. *Prior. Voiens.*

quien por su grande reputacion de prudencia, virtud y doctrina, fué nombrado, aunque á su pesar, legado para el ejército de los cruzados.

Tantos asuntos importantes se acordaron en Clermont en menos de quince dias. Salió de allí el Papa en 2 de diciembre, y no obstante las incomodidades de la estacion, recorrió una multitud de provincias, haciendo en todas partes publicar y predicar la Cruzada, distribuyendo por sí mismo las cruces. Penetró en las montañas salvages de la Auvernia, pasó á Saint-Flour, priorato de Cluny, cuya iglesia dedicó; despues á Aurillac y al monasterio de Userche, de donde el primado Bernardo, arzobispo de Toledo, que iba en su comitiva, sacó un monge llamado Burdino, distinguido por unos fatales talentos, que en lo sucesivo se hicieron famosos por el cisma de que fué gefe. Bernardo, nacido tambien en Francia, en donde habia sido monge de Cluny, y de donde sus cualidades superiores le hicieron pasar á la primera Silla de España, hizo otras elecciones mas acertadas que la de Burdino, dando otros muchos franceses por pastores á las principales iglesias de que era primado.

El Papa siguiendo las correrías de su celo llegó á Limoges dos dias antes de Navidad, y celebró allí esta fiesta: el dia despues de los Inocentes consagró la iglesia catedral, y el dia de San Silvestre la de San Marcial. De aquí pasó á Poitiers á la fiesta de San Hilario en 14 de enero; y á principios de febrero á Angers, donde fijó la salida de los cruzados para el dia de la Asuncion de nuestra Señora del mismo año de 1096. Desde Angers fué á Mans, y despues al monasterio del generoso abad Geofredo, esto es, al de la Trinidad de Vandoma, y de aquí á Tours, en donde la prodigiosa concurrencia de fieles de toda condicion que en ninguna iglesia cabian, le obligó á predicar en las orillas del Loira. El cuarto domingo de Cuaresma, que en aquel año era el 23 de Marzo, hizo la bendicion de la rosa de oro como está señalada en el órden romano. Coronóse tambien de palmas segun el uso de Roma, nacido probablemente de que haciéndose la estacion de este dia en la iglesia de Santa Cruz de Jerusalen, se llevaba en ella la palma como símbolo de los peregrinos de Palestina. El Papa dió por honor la rosa á Fulco, conde de Angers, que se obligó á sí y á sus sucesores á llevarla todos los años en la procesion del domingo de Ramos, de donde provino la costumbre de llevar en ella flores con los ramos, y de aquí segun algunos escritores vino el dar á este dia el nombre de Pascua florida.

Volvió Urbano II á pasar por Poitiers, y fué á celebrar la fiesta de Pascua en Saintes; despues fué á Burdeos, y de allí á Tolosa, en donde el dia 24 de mayo dedicó la iglesia de San Sernin. Pasó desde Tolosa á Montpeller, y al punto se trasladó á Maguelona, en donde estaba la Silla episcopal de aquella diócesis, que permaneció allí hasta el año de 1556. El autor de la *Historia* de los obispos de esta Silla, que ocupó él mismo, dice, que este Pontífice consagró toda la isla de Maguelona, y que concedió la remision de los pecados á los que estaban y estuviesen en lo sucesivo enterrados en ella. Como aquí no se trata de la absolucion sacramental, no puede decirse que esta remision concedida por Urbano II fuese tan inútil á los muertos como contraria á los cánones, los cuales en último resultado dependen del Gefe supremo de la Iglesia (1096).

Antes de dejar el reino de Francia, Urbano, que en su largo y laborioso viage habia arreglado en Concilio una multitud de negocios concernientes á los particulares, tuvo por último la satisfaccion de ver al rey

Felipe sometido á la autoridad apostólica (1). No pudo este príncipe, á pesar de la pasion violenta que le unia á Bertrada, sostener por mas tiempo el peso de su vergonzosa cadena y del justo anatema en que ella le habia hecho incurrir. Hizo esfuerzos que debieron parecer sinceros para libertarse de él, y de los cuales pudo esperarse mayor perseverancia. Él mismo, despues de haberse separado de su concubina, se presentó en el Concilio que el Papa tenia en Nimes (1096), y prometió no tener mas trato en adelante con ella: el Papa lleno de júbilo le levantó la excomunion; mas este júbilo se disipó bien pronto por la ligereza de Felipe, que no renunció para siempre al objeto de su pasion, sino cuando esta diestra seductora, movida ella misma del escándalo y de las turbulencias del reino, consintió voluntariamente en la separacion, que era lo único que podia poner fin á ellas.

Despues del asunto de Felipe y de Bertrada, el objeto mas notable del concilio de Nimes es el que se encuentra decidido en el cánon segundo. Algunos ignorantes llevados de un celo amargo, segun las propias espresiones de los PP. de este concilio, tenian á los monges, como hombres muertos ya para el mundo, por indignos de las funciones sacerdotales, é incapaces de administrar el bautismo, la penitencia y la absolucion. El concilio combate esta preocupacion como un error insostenible, oponiendo á él los ejemplos de San Gregorio Papa, de San Agustin el apóstol de los ingleses, y del grande Martin, que tan felizmente pasaron del estado monástico al episcopado. Es verdad que dejaban sus soledades y volvian á entrar en el trato ordinario con los fieles para ejercer el ministerio sacerdotal, en lugar de que á los monges que quedaban en los monasterios se les daba libertad para ejercer las funciones eclesiásticas aun con los seglares; pero esta objecion estaba reservada á la sutileza de los censores modernos: la sencillez de los tiempos antiguos no pensó jamás en hacer problemática la autoridad ni la sabiduría de la Iglesia relativamente á las mudanzas que tiene por conveniente hacer en los puntos arbitrarios de su disciplina.

Queriendo en fin el Papa volver á Italia, fué de Nimes á San Gil, de aqui á Aviñon, y despues á Viena, en donde continuando con un celo infatigable las funciones de la solicitud pontificia, hizo dar al cuerpo de San Antonio los honores que merecian tan preciosas reliquias. Habian sido estas llevadas alli desde Constantinopla cerca de un siglo antes por un señor del pais llamado Goselino, que las colocó en una posesion suya llamada de la Mota, inmediata á Viena, en donde tenia designio de edificar una iglesia (1). Habiendo muerto de repente, pasaron á sus herederos, y estos á su ejemplo las llevaban á todas partes consigo, como su mas segura defensa. Urbano II tuvo por cosa indecente que anduviesen perpétuamente errantes por lo comun en medio de los peligros de la guerra y entre las manos sangrientas de hombres entregados á las armas, é inmediatamente las hizo depositar en un oratorio que se construyó de prisa en el lugar en que debia estar la iglesia que se edificó despues en la Mota, y que al principio fué priorato de benedictinos, sacados del monasterio de Monte-Mayor de la diócesis de Arlés.

Hubo tambien desde entonces en el mismo sitio un hospital y una hermandad secular de hospitalarios para alivio de las

(1) *Tom. 10 Concilior.*; Bertold. *ann.* 1096.

(1) Bolland. *tom.* 2, *pag.* 25; Baill. 17 *Jan. pag.* 13.

personas acometidas de una enfermedad pestilente que habia hecho espantosos estragos en muchas de aquellas provincias: era una especie de fuego devorador que consumia con dolores inesplicables las partes del cuerpo en que se cebaba: con este fuego, ó mas bien con el remedio que habia preparado allí para él en las reliquias de San Antonio, queria Dios honrar á su siervo, tanto en las Galias como en el Oriente. Los enfermos encontraron, pues, en la iglesia de la Mota el alivio que inútilmente habian buscado en las oraciones y procesiones hechas en otros muchos parajes. Algunos impíos que profirieron en esta ocasion ironías sacrílegas fueron atacados de aquel contágio abrasador, que se llamó por esto fuego sagrado ó fuego de San Antonio; prodigio bastantemente comprobado por haber hecho impresion en el ilustre y sábio Pico de la Mirándula, que le celebró en verso. El concurso de los que venian á buscar remedio en las santas reliquias era tan contínuo, que movió la conmiseracion y piedad de Gaston y su hijo Gironda, señores de aquella provincia, á consagrar tanto sus personas como sus bienes al alivio de los enfermos, y habiéndoseles unido algunos compañeros, formaron una hermandad que dió orígen á la congregacion de canónigos reglares de San Antonio. Mas adelante se les trasmitió el priorato de la Mota, que el Papa Bonifacio VIII erigió en abadía, de la que fué abad su superior general.

En medio de tantos y tan diferentes negocios, Urbano II se aplicaba con particularidad al objeto principal de su viaje, esto es, al feliz éxito de la cruzada. La publicaba principalmente en los Concilios que celebraba en el camino, y los obispos la predicaban despues en sus diócesis, á cuyo efecto recorrian todos los pueblos que en ellas se comprendian. Por otra parte, el celo y actividad infatigable de Pedro el Ermitaño, parecia que multiplicaban su persona. La vehemencia de sus discursos y la reputacion de sus virtudes trasportaban igualmente á los habitantes del campo que á los de las ciudades y de las cortes, y los pueblos le seguian en tropas. Le tenian tanta veneracion, que se estendia hasta sus nvestidos, á cuanto habia tocado y aun al animal sobre que iba montado, del cual arrancaban pelos para conservarlos como reliquias.

Bien pronto se vió todo en movimiento en toda la estension de las Galias, en la Italia, en la Alemania y hasta en las playas heladas de Dinamarca y de la Noruega. En todas las clases habia igual empeño en ponerse la cruz: los labradores abandonaban sus empezadas labores, y los artesanos sus talleres, para alistarse bajo el estandarte santo; hasta los ladrones y los malhechores públicos confesaban sus pecados y se ofrecian á expiarlos por medio de la guerra santa. Las mugeres, los viejos, los niños y tropas de clérigos, de monges y aun de reclusos, seguian con intrepidez, si no para combatir, por lo menos para dar su sangre en testimonio de la fé. Para proveer á los gastos del viaje vendian sus posesiones al precio que queria dar el comprador, y aun las abandonaban como un simple donativo á las comunidades religiosas, con sola la carga de orar, por lo que adquirieron aquellas bienes inmensos. Pero lo que mas edificó fué el ver que las enemistades y guerras particulares que habia en la mayor parte de las provincias cesaron de repente, lo mismo que las violencias y robos. La justicia y la concordia parecian haber tomado las riendas del gobierno en todos los Estados cristianos para dejar á los fieles la libertad de llevar la guerra contra los enemigos de la Religion y de la virtud.

Entre los señores franceses que se dis-

pusieron á marchar, los mas distinguidos fueron Hugo el Grande, hermano del rey Felipe y conde de Vermandois; Roberto, duque de Normandía y hermano del rey de Inglaterra; Raimundo de San Gil, conde de Tolosa y de Provenza; Roberto, conde de Flandes; Esteban, conde de Chartres y de Blois, y el famoso duque de Lorena, Godofredo de Bullon, con sus dos hermanos Eustaquio y Balduino. Además de estos habia un gran número de señores de menos consideracion, y una infinidad de caballeros. El primero que se puso en camino fué Gautier, mas valiente que opulento, llamado por esta razon el Pobre; salió el dia 8 de marzo de 1096.

Fué seguido de Pedro el Ermitaño, que de predicador de la cruzada consintió en ser su general, pues se puso al frente de un grueso cuerpo de ejército, compuesto por lo menos de cuarenta mil hombres que habia juntado en Francia y Alemania, la mayor parte sin disciplina ni esperiencia, y en fin, tan malos soldados como malo era el capitan. No tardó en conocer que el talento de reclutar tropas no bastaba para conducirlas y formarlas para la guerra, y así bien pronto se vió obligado á dividir su ejército en dos cuerpos, de los cuales dió el mando de uno á Gautier el Pobre, y se reservó el otro; pero si Pedro carecia de capacidad, la indigencia de Gautier privaba á este, sin embargo de su valor, de la autoridad necesaria á un general. A ejemplo de Pedro el Ermitaño, un sacerdote aleman llamado Godescalco, se puso al frente de quince mil hombres, pero tan mal disciplinados que no pasaron de la Hungría, donde fueron hechos pedazos en castigo de sus escesos y robos. Otras muchas tropas salieron con el mismo desórden en esta primera campaña desde el mes de marzo hasta el de octubre.

Los mayores escesos que se cometieron fueron efecto del celo mal entendido de una multitud confusa de cerca de doscientos mil hombres de á pié sin gefe y sin ninguna disciplina, los cuales creyeron que yendo á combatir contra infieles debian empezar esterminando los judíos que encontraban al paso. Subiendo por el Rhin y las provincias inmediatas de Colonia hasta Worms, mataron sin piedad á cuantos judíos pudieron descubrir. Los obispos tomaron su defensa, y Juan de Spirs llegó hasta castigar con la muerte á algunos cristianos en esta ocasion; pero otros celadores sanguinarios se obstinaron por todas partes en no dar cuartel sino á los que recibiesen el bautismo, y la mayor parte de estos desgraciados querian mas perecer y matarse á sí mismos despues de haber degollado á sus hijos, para que fuesen delante y los esperasen, segun decian, en el seno de Abraham; las mugeres que no tenian resolucion para clavar el puñal en su seno, se precipitaban en los rios. Hubo sin embargo un gran número de judíos, hombres y mujeres, que se bautizaron en Tréveris; pero á escepcion del rabino Miqueas, que estaba á su frente y que se convirtió sinceramente, todos los demás apostataron el año siguiente.

Pedro el Ermitaño, que salió de los primeros para la Tierra Santa, se dirigió á Constantinopla, donde le esperaba un ejército de cruzados italianos: fué bien recibido del emperador Alejo, el cual le aconsejó que esperase á los príncipes cruzados para pasar al otro lado del Bósforo á las tierras ocupadas por los turcos. Bien pronto los robos y escesos de aquella multitud indisciplinada hicieron mudar de disposiciones al emperador, por lo que les hizo pasar inmediatamente el estrecho. Luego que llegaron á Nicomedia, los italianos y los alemanes se separaron de los franceses, cuya altivez, decian, no podian sufrir, y nombra-

ron por su gefe á Reinaldo, que á la incapacidad juntó la perfidia y la bajeza. Este se dejó bloquear en un fuerte, donde careciendo todas sus tropas de agua, y reducidos por la sed á sangrar los caballos para beber la sangre, murió el mayor número, quedando los demas tan lánguidos, que apenas podian llevar sus armas. Reinaldo entonces fingió querer pelear, pero habiendo ordenado á aquellos infelices en batalla, se marchó al enemigo, dejándolos á merced de los infieles, que con sable en mano se empeñaron en hacerlos renegar de Jesucristo; pero los sentimientos de la Religion y de la penitencia renacieron en su corazon en momento tan decisivo, y el mayor número confesando generosamente antes su fé se dejó cortar la cabeza. Por otra parte la gente de Gautier el Pobre, batida muchas veces por los turcos, se vió precisada á encerrarse en un castillo cerca de Nicea, donde casi todos fueron reducidos á la esclavitud. Pedro el Ermitaño, viendo por fin lo que debia esperar de aquellos á quienes no podia conducir, tomó el partido de volverse á Constantinopla, adonde acababan de llegar los príncipes franceses en diversas tropas por mar y tierra.

Godofredo de Bullon, que fue el primero que llegó, habia venido por la Hungría, donde habia hecho observar la mas exacta disciplina: aunque no era ni con mucho el mas poderoso de aquellos príncipes, su ejército sin embargo era de los mas florecientes, porque la reputacion de su valor y de su capacidad habia atraido bajo sus banderas un tropel de jóvenes nobles, ansiosos de aprender bajo su mando el arte de la guerra, y á quienes supo contener en el órden y en la dependencia. Por otra parte, sus virtudes cristianas y la dignidad con que sabia acompañar las prácticas de la Religion con los ejercicios militares, su probidad generalmente reconocida, su rectitud y su desinterés le hacian respetar hasta de los griegos, y disipaban hasta las sospechas de su receloso emperador.

Pero las primeras disposiciones de Alejo no fueron bastantes para libertarle del sobresalto que le causaba la llegada diaria de tantos príncipes á las inmediaciones de su capital con ejércitos tan formidables, que todo el Occidente, segun la espresion de la princesa Ana Comneno (1), parecia haber pasado al Oriente. Lo que pareció darle mas inquietud fué la llegada de Boemundo, príncipe de Tarento y de la Pulla, hijo del famoso Roberto Guiscard, cuyo solo nombre era el terror de los griegos. Boemundo tenia puesto el sitio á Amalphi con su hermano Rogerio, conde de Sicilia, cuando los señores franceses llegaron á embarcarse en Italia para la guerra santa. Una virtuosa emulacion le hizo convertir inmediatamente sus fuerzas contra los infieles, y partió con su sobrino Tancredo, héroe distinguido entre los mismos héroes. El emperador exigió que los príncipes cruzados le hiciesen juramento espreso de entregarle las plazas del imperio que tomasen á los musulmanes, ó de mantenerlas como vasallos suyos; hizo su amigo á Boemundo, prometiéndole mas acá de Antioquía un Estado que tuviese quince jornadas de largo y ocho de ancho. Los otros gefes reclamaron llenos de indignacion, teniendo por cosa vergonzosa á los franceses el rendir especie alguna de homenage á un príncipe estranjero; y aun el viejo conde de Tolosa opinó que debia declararse la guerra á los griegos; pero Hugo el grande, Roberto, conde de Flandes, y con especialidad el virtuoso Godofredo, respondieron que ellos no habian tomado la cruz para hacer guerra á los cristianos. En consecuencia se hizo el juramento, y se creyó deber disimular acerca de la política in-

(1) *Alexiad.*

juriosa y carácter falso de Alejo que habian llegado ya á comprender. A éste tambien se le obligó á jurar que seguiria con su ejército á los occidentales y que les ayudaria á apoderarse de Jerusalen.

Poco despues pasaron el Helesponto los cruzados y marcharon á Nicea, á la cual pusieron sitio el dia de la Ascension, 14 de mayo de 1097. Esta plaza, ilustre por la celebracion del primer Concilio general, estaba en poder de Soliman, nieto de Selyouc y fundador del imperio de los turcos en Natolia, y era de grande importancia, aunque de menos consideracion que Coni ó Iconio, de la que Soliman habia hecho su capital. No pudo resistirse contra cien mil hombres de á caballo que servian en el ejército de los cruzados, sin contar con los de á pié que con las mugeres subian á seiscientos mil; y así fué tomada por capitulacion en 20 de junio, y entregada por consentimiento de los franceses al emperador Alejo, que habia tratado secretamente con los sitiados.

Continuando los vencedores su camino, tomaron en la Natolia ó Asia menor otras muchas plazas, en que pusieron guarniciones y comandantes que las guardasen en su nombre, creyéndose dispensados de sus obligaciones contraidas con Alejo Comneno, porque este habia faltado á la fé de los tratados dejando de darles tropas y víveres. Habian tomado ya á Tarso y todo el resto de la Cilicia, cuando Balduino, hermano del duque Godofredo se separó del grueso del ejército, y dirigiéndose por la izquierda hácia el Oriente penetró hasta el pais del Eufrates, poblado casi únicamente de cristianos. En todas partes se le iban entregando y se le convidó á ocupar á Edesa, donde fundó un principado considerable del que fué reconocido como soberano. El grueso del ejército, que atraia la principal atencion de los enemigos, fué atacado en su marcha por una multitud de infieles compuesta, segun dice un historiador que estaba presente (1), de trescientos sesenta mil hombres, sin contar los árabes, cuyo número solo Dios podia conocer. Los cristianos largo tiempo incomodados y fatigados con continuas escaramuzas, arrebatados por fin de furor, cayeron sobre aquellos agresores importunos, á quienes derrotaron, haciendo una horrible carnicería durante un dia entero.

Adelantándose despues por la Siria fueron á poner sitio á Antioquía el 21 de octubre: era esta todavía una ciudad muy grande y muy fuerte, casi toda llena de cristianos, y residencia del patriarca de Oriente, que tenia veinte provincias bajo su jurisdiccion, seis de ellas hereges, tres al Norte hácia el orígen del Eufrates llenas de eutiquianos, y tres de nestorianos bajando aquel rio hácia el Mediodia. El año de 1084, Soliman, por órden de Malec, sultan del Iran, la habia conquistado de los griegos; Malec la habia dado despues á otro príncipe de su sangre llamado Arstan ó Soliman el jóven, para defender aquella frontera contra el califa fatimita de Egipto, cuyo imperio se estendia en Siria hasta Laodicea; pero con motivo de la muerte prematura de Malec, que ocasionó grandes turbulencias en la Persia, donde estaba el centro de su imperio y de los principales negocios, se pensó entonces muy poco en las empresas de los cruzados.

Sin embargo, el sitio duró ocho meses enteros; y apenas habia sido puesto cuando los cristianos se vieron sitiados ellos mismos en su campo por un ejército turco mucho mas numeroso que el suyo; pocos dias pasaban sin que tuviesen que sostener algun ataque: en ellos, es verdad, tenian casi siempre la ventaja; pero se consumian

(1) Tudeb. *ap. Duchesn. tom. 4.*

insensiblemente por sus propias victorias, y mas aun por la escasez de víveres que no podia dejar de arruinarlos en aquella posicion, y que les causó efectivamente grandes desercicnes. Los generales se resolvieron por fin á vencer, ó á ser derrotados sin recurso, dando una batalla general; pero en ella ganaron una completa victoria en que perecieron mil y quinientos gefes turcos, y entre ellos doce oficiales de los principales que llamaban emires.

El gobernador de Antioquia se vengó de esto en algunos cruzados que habia hecho prisioneros, con cuya ocasion un caballero llamado Renaldo Porchet, acabó sus dias en un glorioso martirio. Habiéndosele puesto sobre las murallas con el pretesto de tratar de su rescate y suspender los esfuerzos de los sitiadores, les dijo asi: «señores y hermanos mios, yo no he muerto todavía, pero me falta poco: olvidadme, y no consulteis mas que al ardor celestial que os inspira el recuerdo del Santo Sepulcro: Jesucristo ha combatido y combatirá siempre por vosotros. Sabed ahora vuestras ventajas: habeis muerto á doce emires, y mil quinientos guerreros de los mas valientes, y nadie hay aqui que pueda resistiros.» Furioso el gobernador con este discurso, quiso hacer que Porchet renegase de la Religion que se le dictaba: Porchet pidió algunos momentos como para deliberar, y lo que hizo fué arrodillarse hácia el Oriente, y elevadas las manos rendir en voz alta sus adoraciones al Salvador de los hombres y suplicarle con fervor que recibiese su alma. A vista de esto, no pudiendo ya contenerse mas el bárbaro comandante, le hizo cortar la cabeza. Al mismo tiempo mandó traer á todos los prisioneros cristianos, atarlos en círculo con una gran cuerda las manos á la espalda, y habiendo hecho encender paja y leña en medio del círculo que formaban, los mandó quemar á fuego lento.

Al fin la ciudad fué tomada por inteligencias privadas (1098): un apóstata arrepentido, llamado Pirro, entregó una torre á Boemundo, que fué reconocido príncipe de Antioquía por los demas señores. Pero los momentos urgian; se habia llegado á entender que en socorro de los sitiados venia un nuevo ejército de mas de trescientos mil hombres al mando de Curbalan, general del soldán de Persia. Los turcos conservaban aun el castillo de Antioquía, donde se habian retirado con la mayor parte de la guarnicion. Estándose disponiendo para este nuevo sitio tres dias despues de la toma de la ciudad, se vieron los cruzados repentinamente acometidos por el soberbio Curbalan, que se lisongeó con arrogancia de sacar buen partido. Se dice, no obstante, que su madre vino de Alepo con el fin de hacerle desistir del combate, anunciándole la suerte funesta de sus armas si las convertia contra los servidores queridos del Todopoderoso (1). Él no hizo caso alguno de este aviso, y cercando la ciudad, donde se habian retirado, los redujo en veinte y seis dias á las estremidades mas horribles del hambre. Un gran número de cruzados desmayó enteramente y escapó como pudo; y el mas rico de todos los gefes, Esteban, conde de Blois, volvió á tomar el camino de Constantinopla.

Habian ya comido hasta á los camellos y los asnos, cuando el sacerdote Esteban, segun dice el historiador Tudebod que estaba presente (2), fué á buscar á los príncipes, y les aseguró, á consecuencia de una vision que habia tenido la noche precedente, que los Santos Jorge, Demetrio y Teodoro combatirian por ellos si comulgaban despues de haber borrado sus culpas con la penitencia y la confesion. Otro sacerdote, provenzal de

(1) Tudeb.
(2) *Ib. ap.* Duchesne, *t.* 8, *p.* 707.

nacimiento, llamado Pedro Bartolomé, dió nueva fuerza á su ánimo declarándoles que el Apóstol San Andrés se le habia aparecido, señalándole en la grande iglesia de Antioquía dedicada á San Pedro el sitio donde estaba enterrada la lanza con que habia sido abierto el costado de Nuestro Señor. Con esta noticia estuvieron cabando un dia entero trece obreros, hasta que por fin pareció la reliquia, y con esto ya no se dudó de la proteccion divina.

En consecuencia se resolvió dar una batalla, y para ella se prepararon con tres dias de ayuno, durante los cuales todos los soldados se confesaron y recibieron la comunion. En el combate el legado Aimardo llevaba la santa lanza para animar á los combatientes. Los demas obispos y sacerdotes con hábitos sacerdotales seguian el ejército con cruces en la mano y cantando salmos. Nada pudo resistir al valor animado por la Religion. En pocos momentos toda aquella multitud de infieles fué derrotada por todas partes, y se hizo en ella una matanza espantosa. Lo que sostuvo admirablemente el valor de los cruzados en aquella ocasion, fué el rumor que en confirmacion de las promesas del sacerdote Esteban corrió por todas las filas de haberse visto caballeros montados en caballos de una blancura resplandeciente, caer desde la montaña sobre los batallones infieles. El gobernador del castillo de Antioquía quedó tan sorprendido de esta inesperada victoria, que inmediatamente no solo se entregó sino que abrazó la fé de Jesucristo con muchos de sus súbditos (1098).

Los vencedores miraron como una obligacion la mas urgente el dar todo el honor correspondiente al culto divino; y para esto purificaron las iglesias profanadas por los infieles, del botin inmenso de que se habian apoderado escogieron el oro, la plata, las piedras y las telas mas preciosas para los ornamentos sagrados; restablecieron al clero en sus funciones, y le asignaron rentas convenientes. El patriarca, á la primera hostilidad de los cruzados, habia sido puesto en una prision por los musulmanes, y fué inmediatamente restablecido en su Silla, donde permaneció tratado con el mayor respeto todo el tiempo que quiso subsistir en ella. Si se retiró despues á Constantinopla fué por su propia voluntad, y porque conoció que siendo griego nunca podria gobernar con fruto á los latinos. Se le dió por sucesor á Bernardo, obispo de Arta en el Epiro, que habia seguido al legado Aimardo en calidad de capellan suyo. Se instituyeron igualmente obispos en las ciudades inmediatas en que habia catedrales. El legado murió poco despues de una enfermedad contagiosa, que de resultas de la miseria y de los trabajos escesivos desoló á los cruzados, y les obligó á diferir la espedicion de Jerusalen hasta el año siguiente. Tenia el legado una grande devocion á la Vírgen Nuestra Señora, y se le cree autor de la *Salve Regina*, que por eso es llamada por los antiguos la antífona de Puí. (Véase por lo demas la pág. 291.)

Al anunciar su muerte al Papa, los gefes de los cruzados invitaron á Urbano á que fuera á ponerse á su frente. «En Antioquía, le decian, fué donde tuvo principio el nombre cristiano, y donde primero puso San Pedro su Cátedra. Vos que sois el Vicario de San Pedro, venid á sentaros en su Silla y á hacer desde ella la guerra que conviene á vuestro ministerio; porque si bien nosotros hemos vencido á los turcos y paganos, no hemos podido traer á la unidad los griegos, los armenios, los sirios, ni los jacobitas. Esto nos mueve á rogaros vengais á poneros á nuestra cabeza. En nosotros hallareis hijos sumisos y dóciles, y tendreis la gloria de estinguir todas las heregías y de ese modo reunir al universo entero bajo vuestra

obediencia (1).» Pero las circunstancias no permitian al Soberano Pontífice acceder á esta peticion.

Apenas las armas cristianas acababan de conseguir estas primeras ventajas en el Oriente, cuando la Europa tuvo que deplorar turbulencias y desórdenes causados por la ausencia de tantos príncipes. Roberto, duque de Normandía, al tomar la cruz habia cedido el usufructo de su ducado al rey Guillelmo su hermano, en recompensa de las grandes sumas que habia necesitado para esta espedicion. Para reunir este dinero, que le habia sido preciso anticipar, el rey Guillelmo saqueó las iglesias de su reino, tomando de ellas toda la plata, y hasta las cajas de reliquias y las guarniciones de los santos Evangelios. San Anselmo fué obligado á dar el valor de doscientos marcos de plata, y poco satisfecho todavía el rey con esto, procuró disgutarle en adelante en cuantas ocasiones se le presentaban (2). El santo obispo no habria pensado mas que en perfeccionar su virtud con estas tribulaciones, si no hubiesen sido el escándalo de todo un reino, en donde se minaban los fundamentos de la equidad igualmente que los de la Religion; por esto resolvió ir á consultar al Sumo Pontífice, tanto para poner remedio á un mal tan grande si era posible, como para dejar el arzobispado si no podia restablecer entre las dos potestades la armonía necesaria para el gobierno de su Iglesia. Obtuvo para este viage con grandísimo trabajo el consentimiento de su soberano, é inmediatamente que el Papa Urbano supo que habia llegado á Roma, le señaló su habitacion en el palacio pontificio, donde le hizo descansar aquel dia. Al siguiente por la mañana le admitió con honor á su audiencia, para la cual se le habia preparado una silla delante del Papa, y la nobleza romana concurrió de su propio movimiento á esta ceremonia. Anselmo se postró segun costumbre á los pies del Vicario de Jesucristo, pero Urbano le levantó inmediatamente, le abrazó con afecto, y se esplicó respecto de él en los términos mas honrosos. Ensalzó principalmente su humildad, que le hacia buscar los consejos de aquellos de quienes era maestro por su sabiduría, y que le llevaba desde tan lejos y por entre tantos peligros á honrar á San Pedro en una persona de quien era casi igual en calidad de patriarca de otro mundo. Urbano trató inmediatamente de que se le hiciese justicia, y á este fin escribió al rey de Inglaterra, diciendo al santo arzobispo que esperase á su lado la respuesta; pero Anselmo quiso mas retirarse al monasterio de Selavia, cuyo abad Juan habia sido monge en la abadía del Bec. Contento en las dulzuras de aquella soledad agradable y sana de la tierra de Labor, Anselmo volvió á tomar sus antiguos ejercicios con la misma tranquilidad que podria tener si fuese todavia simple religioso. Entonces fué cuando acabó el Tratado que sobre las causas de la Encarnacion del Verbo habia empezado en Inglaterra en lo mas fuerte de su persecucion. Este Tratado consiste en dos libros, de los cuales el primero trata á fondo del misterio de la satisfaccion de Jesucristo. Con respecto al segundo debe advertirse, que todo lo que se dice en él contra la inmaculada Concepcion de la Madre de Dios, es solo una objecion y no una asercion del autor.

La reputacion de Anselmo le siguió á su soledad: á ella corrian de todas partes á pedir consejos y recibir instrucciones. Rogerio, duque de la Pulla, le suplicó que pasase á verse con él cerca de Cápua que tenia sitiada, y le dió las pruebas mas lisongeras de amistad y de veneracion. Habiendo pasado tambien allí el Papa Urbano con la espe-

(1) *Hist. de l'Egl. Gallic. t.* 22.
(2) *Vit. per Edmer. num.* 41 *et.* 42.

ranza de conseguir la paz, entre el numeroso concurso que atrajo la presencia del Sumo Pontífice, Anselmo no fué menos honrado por su virtud que Urbano por su dignidad. Era venerado hasta de los mismos sarracenos, que el conde Rogerio, tio del duque, habia llevado de Sicilia. Sin embargo, se retiró lo mas pronto que pudo á la santa soledad de Selavia, y á fin de practicar la obediencia hasta en la prelatura, hizo que el Papa nombrase superior suyo al monge Edmero que le acompañaba.

Urbano II tenia una estrecha amistad con el conde de Sicilia, el cual la merecia por su adhesion á los intereses de la Iglesia; pero el Papa le dió un testimonio bien estraordinario de su afecto. Despues del sitio de Cápua, que él no pudo estorbar, le confirió la legacion de Sicilia con unos derechos casi ilimitados. La bula de concesion, dirigida al conde Rogerio, nos la refiere en estos términos el monge Geofredo de Malaterra (1): «Como por vuestro valor habeis estendido mucho la Iglesia de Dios en las tierras de los sarracenos, y siempre habeis tenido un grande afecto á la Santa Sede, os prometemos que durante vuestro reinado y el de vuestros herederos legítimos, no estableceremos legado alguno en las tierras de vuestra obediencia sin vuestro consentimiento. Queremos por el contrario que hagais lo que nosotros haríamos por medio de nuestros legados aun cuando os enviásemos alguno de nuestra iglesia para la salud de las que están en vuestros Estados, y en honor de la Silla apostólica: que si se celebrase un concilio y yo os pido que me enviéis los obispos y abades de vuestros dominios, podais enviarlos, y retener para servir las iglesias aquellos que os parezca.» Esta bula tiene la fecha en Salerno á 5 de julio del año 1098, undécimo del pontificado de Urbano II. En virtud de este privilegio pretenden los sicilianos que su rey es legado nato de la Santa Sede; pero los romanos sostienen que, si esta bula no es supuesta, por lo menos ha debido ser revocada en lo sucesivo. Baronio no niega la autenticidad de esta bula, pero sostiene que ha sido alterada por el historiador de los normandos de Italia. Mas esta suposicion no nos parece necesaria, porque basta leer á Labbe, que publica íntegra dicha bula con sus variantes, para convencerse de que no contiene mas que un privilegio personalmente concedido á Rogerio y á su hijo Simon, ó bien á otro legítimo heredero de Rogerio. Las espresiones de Urbano II no pueden claramente aplicarse mas que á dos generaciones. Dispensando á estos condes de Sicilia el honor de nombrarlos legados de la Santa Sede, el Papa recompensaba la piedad de Rogerio I, y de ese modo le obligaba á no confirmar la usurpacion de los patriarcas de Constantinopla que habian estendido su jurisdiccion á esta isla mientras estaba bajo la dominacion de los griegos y de los sarracenos. En cuanto á la ereccion de la monarquía ó reino de Sicilia, que algunos críticos han querido deducir de esta bula, bastará para contestarles recordar que hasta el año 1130 no recibió y conservó Rogerio II el título de rey, que le fué dado primeramente por el antipapa Anacleto, con cuya hermana se habia casado.

El Papa Urbano habia prometido hacer justicia á San Anselmo en el concilio de Bari convocado para el mes de octubre. En él se hallaron ciento ochenta y tres obispos, delante de los cuales se hicieron muchas esclamaciones contra el rey de Inglaterra, principalmente por lo respectivo á la simonía y á la opresion de las iglesias. Todos los Padres fueron de parecer que habiendo sido aquel príncipe amonestado ya por tres veces segun los cánones, no que-

(1) *Lib. 4 cap. últ.*

daba mas que hacer que imponerle el anatema. Anselmo, que habia guardado hasta entonces un profundo silencio, se arrojó inmediatamente á los pies del Papa, y como veia su soberano en su mismo perseguidor, intercedió por él con tan afectuoso corazon, que escitó la admiracion de todos los asistentes y contuvo los efectos de la severidad pontificia. No señaló menos su sabiduría en la fuerza y claridad con que refutó á los griegos, que en aquel concilio quisieron probar por el Evangelio que el Espíritu Santo procede solo del Padre: despues reunió las razones triunfantes que habia espuesto, y compuso con ellas un Tratado sobre la procesion del Espíritu Santo del Padre y del Hijo (1098).

Al regreso del Sumo Pontífice á Roma, legó un enviado del rey de Inglaterra encargado de las respuestas de este príncipe, que fueron reputadas tan insignificantes como inescusable su conducta. El apologista no pudo conseguir otra cosa que un plazo hasta San Miguel del año siguiente; plazo que pareció demasiado largo á San Anselmo, quien por lo mismo se resolvió á pasar á Francia; pero Su Santidad le detuvo todavia algun tiempo en Roma, en donde procuró por todos los medios hacerle olvidar los disgustos consiguientes á la dilacion de sus negocios. Visitábale el Pontífice frecuentemente en su habitacion, ó por mejor decir, estaba sin cesar con él. En todas las ceremonias y asambleas obligaban á Anselmo, á pesar de resistirlo su modestia, á ocupar el primer puesto junto al Papa: todo el mundo se empeñaba á porfia en prodigarle distinciones y honores, y hasta los mismos cismáticos, encarnizados siempre en despedazar el seno de la Iglesia romana y en perseguir hasta en medio de Roma á los partidarios del Pontífice, hacian una escepcion única en favor de las virtudes eminentes del arzobispo de Cantorbery.

En el Concilio anual celebrado en Roma en 25 de abril de 1099, Reingero, obispo de Luca, encargado de promulgar los decretos, se exaltó repentinamente con tal entusiasmo, que dió á conocer bien las disposiciones habituales de los prelados italianos en órden al santo arzobispo (1). Apenas habia principiado la lectura de los decretos, cuando mudando de semblante y tomando una voz y un gesto animados, esclamó como por inspiracion: «¿en qué pensamos, hermanos mios? Estamos cargando de leyes y de observancias á los hijos humildes de la Iglesia, y no tratamos de oponernos á las violencias de sus opresores. Un venerable prelado, venido de las estremidades del mundo, se halla modestamente sentado entre nosotros; pero su modestia, su silencio mismo clama elocuentemente y pide justicia por las indignidades que ha sufrido. Ya hace casi dos años que anda errante fuera de su iglesia, y no obstante le vemos sin defensa. Si alguno de vosotros, añadió, golpeando tres veces el suelo con su báculo; si alguno, repito, no entiende de quién hablo, sepa que es del grande Anselmo, del ilustre primado de la Iglesia de Inglaterra.» Interrumpióle el Papa diciendo: «basta, hermano, basta; ya proveeremos lo necesario á ese efecto.» Urbano, como hemos visto, habia concedido un año de plazo al rey de Inglaterra y no juzgó oportuno anticipar el fin de este término. San Anselmo salió entonces de Roma y regresó á Francia.

Acelerose el Papa por otra parte á confirmar la eleccion de San Juan de Teruana, natural de Varneton (Flandes), y que habia sido canónigo de la colegiata de San

(1) Edmer. 2 *novor.*

Pedro de Lille, y despues canónigo reglar del Monte San Eloy cerca de Arras á donde le habia conducido el deseo de adquirir mayor perfeccion (1). Solo se ocupaba en santificar su alma en la oscuridad del retiro, cuando Lamberto, primer obispo de Arras, despues que esta iglesia fué separada de la de Cambray, á la que estuvo unida por mas de quinientos años, le obligó con harto trabajo á recibir la dignidad de arcediano. Desolada la iglesia de Teruana despues de veinte años por las facciones y escándalos sucesivos de tres ó cuatro intrusos, eligieron para hacer frente á estos males al santo arcediano de Arras, célebre en particular por su desinterés. En aquellos tiempos de rapiña y de violencias no se cansaban de admirar, que en vez de abrumar al clero con nuevas contribuciones como sus predecesores, le descargase aun de aquellas que estos habian impuesto. Cuando trataron de elegirle para el obispado, hubo otro que aspiraba á él, á quien sostenian los arcedianos y el clero de la catedral; pero los abades y los legos presentes acudieron al Papa sin saberlo Juan, cuya humildad les hacia temer nuevos obstáculos. Y esta es la causa por que el Sumo Pontífice en su Breve de confirmacion, le prohibió espresamente que se negase á admitir el obispado, lo que le afligió hasta el punto de hacerle desear la muerte. Sin embargo, se sometió á las órdenes de la Providencia y gobernó santamente aquella iglesia por mas de treinta años.

Algunos meses despues del Concilio de Roma, el Papa Urbano II terminó en esta capital su gloriosa carrera en 29 de julio de 1099. Su pontificado, de cerca de once años y medio en un tiempo borrascoso, mostró no menos su prudencia que su actividad y grandeza de alma. Obligado á combatir á la vez á un antipapa poderoso y soberbio, á un emperador cismático y sin religion, á reyes sin costumbres y sin respeto á la Iglesia, y á sus propios pastores que la deshonraban en gran número con sus simonías y con sus concubinatos, resistió á tantos y tan diversos enemigos con un celo ejemplar al que se atribuyen milagros; y consumó el gran designio, tantas veces concebido sin efecto antes de él, de atajar los progresos de los enemigos del nombre cristiano en el Oriente.

La capital de Judea estaba en poder del califa de Egipto, que la habia recobrado de los turcos adictos al califa de Bagdad adversario suyo. Para conquistarla se habia aprovechado de las victorias del ejército cristiano, cuya alianza habia solicitado; pero habiendo llenado sus miras y colmado sus deseos, no pensó en devolverla á los cruzados, declarando á estos que no consentiria la entrada en ella á sus peregrinos sino bajo ciertas condiciones humillantes. Respondieron los príncipes, que no recibirian de él la ley y que irian con todo su ejército á Jerusalen. En efecto, marcharon despues de algun tiempo de detencion en Antioquía, en donde en vez de descansar sufrieron una enfermedad contagiosa que se llevó mas de las tres cuartas partes de sus tropas, por lo que apenas quedaron de estas cuarenta mil hombres, y entre estos con dificultad se hallarian treinta mil en estado de combatir (1). Tratábase sin embargo de sitiar una plaza fortificada segun todas las reglas del arte, provista de toda clase de municiones y de una guarnicion mas numerosa que los sitiadores. Carecian estos de agua é iban á buscarla á cinco ó seis millas, y para construccion de máquinas no tenian mas madera que la que llevaban por mar. Sin embargo, el sitio no duró mas que cinco se-

(1) Bolland. *tom.* 2 *pag.* 796.

(1) Guill. Tyr. *lib.* 8.

manas: los cruzados, luego que en 7 de junio de 1099 llegaron delante de la ciudad, hicieron tan grandes esfuerzos á la vista del santo término de sus deseos, que se apoderaron de ella el viernes 15 de julio á las tres de la tarde, cosa que fué muy notada por ser el dia (entre los de la semana) y la hora en que Jesucristo habia muerto.

Distinguiéronse á porfia con prodigios de valor los príncipes y los particulares. Pedro el Ermitaño, que se encontró igualmente en esta espedicion, exhortó de un modo patético en el momento del asalto general, peleando todo aquel dia con encarnizamiento y una gran parte del dia siguiente, hasta que la plaza fué tomada. Defendiéndose los sitiados con igual valor dos horas antes de su entrega, el duque Godofredo desde la torre de madera en que mandaba un ataque, gritó á los cruzados, diciendo que un caballero que descendia del cielo al monte de las Olivas iba volando en su ausilio. A estas palabras, un caballero llamado Lethot, saltó desde la torre en que combatia al lado del duque á la muralla de la ciudad, y siguiéronle al punto Godofredo, el conde Eustaquio, su hermano y algunos otros señores que aniquilaron á los infieles llenos de admiracion y de horror y casi yertos de espanto. Roberto, de Normandía, que presidia á un segundo ataque, saltó al propio tiempo sobre la muralla, seguido del valiente Tancredo y de la flor de los señores normandos. Observando el prudente conde de Tolosa, que mandaba el tercero, la turbacion general de los sarracenos, mandó echar el puente levadizo de su torre y bajó bien acompañado á la ciudad: mató ó hizo retirarse á los que guardaban la puerta vecina, y esta se abrió para el resto del ejército. En pocos momentos fueron los cristianos dueños de la plaza en donde en el primer furor de la victoria hicieron una carnicería de que ellos mismos se horrorizaron bien pronto. Quedaron muertos cerca de veinte mil sarracenos, de suerte que todo el interior de la ciudad estaba inundado de sangre.

Algunos momentos despues de esta horrible matanza, los cristianos, dando un espectáculo mas digno de su fé, abandonaron sus armas y sus vestidos ensangrentados, se lavaron las manos, se vistieron ropas modestas, y derramando torrentes de lágrimas, fueron con los pies descalzos á la iglesia del Santo Sepulcro. Confesaban unos sus culpas con ánimo de no recaer mas en ellas; otros repartian grandes liberalidades entre los pobres, teniéndose por bastante dichosos con participar de aquel glorioso triunfo; algunos visitaban los Santos Lugares andando, ó mas bien arrastrándose sobre sus rodillas desnudas: cada uno por su parte se esforzaba en dar las mayores señales de piedad que le dictaba su emulacion. Los obispos y los sacerdotes ofrecieron en todas partes nuestros adorables misterios, rindiendo gracias al Eterno por un beneficio tan visiblemente divino.

Ocho dias despues de esta feliz conquista, eligieron rey de Jerusalen á Godofredo de Bullon, duque de Lorena. Habia entre los vencedores príncipes mas distinguidos por su poder, y aun por su nacimiento; pero él era principalmente recomendable por su valor, por su piedad y por todas las virtudes. Enrique IV tenia tanta confianza en su valor que le entregó su estandarte en la batalla contra su competidor Rodulfo, y aun se dice que Godofredo dió el golpe mortal á Rodulfo. Luego que le eligieron los príncipes, le trasladaron en pompa á la iglesia del Santo Sepulcro para hacerle consagrar; mas él protestó en términos espresos que no llevaria la corona Real en los lugares en que el Hijo de Dios habia llevado la de espinas. Señaló los primeros dias de su reinado con la derrota de un ejército in-

numerable, con que el soldán de Egipto volaba al socorro de la plaza. Despues procuró hacer florecer el culto divino: fundó un cabildo de canónigos en la iglesia del Santo Sepulcro, otro en la iglesia del Templo, y levantó un monasterio en el valle de Josafat. Distribuyéronse en estos establecimientos diversas lámparas de oro y plata, y todas las inestimables riquezas de una soberbia mezquita que el califa Omar habia edificado sobre las ruinas del antiguo templo, la que tambien fué convertida en iglesia. Daimberto, arzobispo de Pisa, que llegó á fines del mismo año de 1099 para suceder á Aimardo en calidad de legado de la Santa Sede, fué elegido patriarca de Jerusalen por los señores cruzados que quedaban en Palestina. Godofredo recibió de este patriarca, que representaba al Soberano Pontífice, la investidura de su reino, y Boemundo la del principado de Antioquía; y desde entonces aquella antigua iglesia y aquel nuevo reino tomaron una forma regular.

LIBRO TRIGÉSIMO-QUINTO.

Desde la conquista de Jerusalen por los cruzados en el año 1099, hasta el primer Concilio general de Letran en el de 1123.

El nuevo reino de Jerusalen, sin embargo de su magnificencia, solamente era considerable por su fama y por los heróicos hechos de armas de su soberano (1). Cuando los grandes creyeron cumplido su voto con la conquista de los Santos Lugares, se retiraron todos á su patria, y Godofredo quedó solo con Tancredo. Reunidas sus tropas, apenas llegaban á trescientos caballos y á dos mil hombres de infantería. Eran muy pocas las ciudades sometidas, y separadas unas de otras por plazas enemigas que hacian su comunicacion casi impracticable. Los infieles ocupaban toda la campiña y arruinaban las tierras para consumir á los cristianos con la carestía, aun á riesgo de morir ellos mismos de hambre. No reinaba mayor seguridad en las ciudades mal reparadas, á las que llegaban casi todas las noches gruesas partídas de sarracenos á causar sobresaltos y á quitar á muchos cristianos la vida.

La conquista de Jerusalen acaeció catorce dias antes de la muerte de Urbano II, quien por consiguiente no tuvo el consuelo de saber la noticia de una conquista que tanto habia ansiado. Estaba reservado este placer á Pascual II, que un mes despues de este acontecimiento, en 13 de agosto, fué elegido por sucesor de Urbano; mas su alegría fué bien pronto acibarada por la muerte del rey Godofredo que solamente vivió un año escaso en el trono. Apenas el nuevo Pontífice envió á Mauricio, obispo de Porto, para suceder á su legado Daimberto, que fué elegi-

(1) Guill. Tyr. *lib.* 9, *cap.* 19.

do patriarca, murió el nuevo rey en 18 de julio de 1100. Su hermano Balduino, conde de Edesa, que tenia tanto valor como Godofredo, aunque no su prudencia, fué reconocido por rey, y algunos meses despues durante los cuales concibió Daimberto contra él prevenciones que por fortuna no tuvieron consecuencias, fué coronado por este patriarca en Bethleem el dia de Navidad del mismo año.

Entretanto en Europa, habiendo sabido San Anselmo en Lyon la promocion del Papa Paseual, le rogó por cartas que no olvidase las desgracias de la iglesia de Inglaterra, que sentia mucho mas que las suyas propias. Representóle (1) que la especie de destierro que sufria era solo por no querer acceder á los caprichos de un príncipe que miraba como derechos Reales los trastornos de la ley divina; que el rey Guillelmo estaba ofendido solo por haberle rogado que le permitiese ir á consultar al Sumo Pontífice; que no solo prohibia á los obispos el escribir al Papa y recibir sus cartas, sino tambien reconocer sin órden suya al Papa en Inglaterra; que despues de trece años que reinaba, no habia permitido se celebrase allí un concilio; que regalaba las tierras de la Iglesia á sus vasallos, y retenia para sí mismo todos los bienes de la de Cantorbery desde el tiempo en que le obligó á salir de allí. Por último, rogaba al Papa que no le mandase regresar, á menos que no pudiese observar allí la ley divina y se constituyese el rey en la obligacion de reparar los males que habia causado.

Pero Dios mismo parece que quiso castigar en este mundo al príncipe Guillermo. Poco despues de estas quejas del santo primado de Inglaterra, en 2 de agosto de dicho año de 1100, murió Guillelmo el Rojo en una cacería, pero de un modo tan súbito, que no dió señal alguna de arrepentimiento (1). Persiguiendo á un ciervo á quien hirió, un caballero llamado Tirriel, que quiso acabar de matar al animal, despidió una flecha que se clavó en el corazon del rey, á quien dejó muerto en el acto. Lloróle amargamente su santo pastor; y protestó de un modo capaz de persuadir á todo el mundo que mas hubiera deseado perecer él propio que ver espirar asi á aquel desgraciado príncipe. Recibió bien pronto San Anselmo una diputacion de su iglesia, instándole para que regresase á ella; y apenas se habia puesto en camino cuando otra diputacion del nuevo rey Enrique y de los señores del reino llegó á suplicarle que acelerase su venida, ofreciendo el rey gobernarse por sus consejos y disculpándose de haberse hecho consagrar sin esperarle. Las circunstancias críticas en que se hallaba esplicaban esta medida: el rey Guillelmo no dejaba hijos; y como Roberto, conde de Normandía, su hermano mayor, no habia llegado todavia de la cruzada, Enrique, hermano menor, que se habia aprovechado de su ausencia para hacerse elegir rey, temió dejar intervalo alguno entre la eleccion y la coronacion. Proporcionó Anselmo su diligencia al empeño de todas las órdenes del reino, siendo recibido en este con las mas vivas demostraciones de alegría. Sostúvose el rey Enrique contra todos los esfuerzos de su hermano, y reinó mas de treinta y cinco años. Tuvo tambien en lo sucesivo vivas contiendas con su santo arzobispo, mas por el pronto quiso al parecer enjugar las lágrimas de la iglesia de Inglaterra.

La de Roma vióse tambien libre, por este mismo tiempo, de las turbulencias y de los escándalos que venia sufriendo despues de veinte años enteros por la intrusion del antipapa Guiberto. Desde que Pascual as-

(1) *Lib. 3, Epist. 40.*

(1) *Hist. Novor. lib. 3.*

cendió al pontificado, los romanos, indignados repentinamente de que aquel tizon de la discordia hubiese tenido agitada á la Iglesia durante tres pontificados consecutivos, instaron á su Pastor legítimo para que los libertase de este azote, ofreciendo al efecto su sangre con todas sus facultades. Por otra parte, los diputados que de parte del conde Rogerio acudieron á cumplimentar al nuevo Pontífice, pusieron á sus pies ciento veinte y cinco marcos de oro. Así pues pudo ya el Papa Pascual obrar con eficacia. Espulsó muy luego de Albano á Guiberto, y este fué el desenlace de esta larga y desastrosa usurpacion del pontificado, porque el antipapa murió repentinamente en su fuga, dando algunas señales de arrepentimiento, porque mandó poner en libertad á muchos eclesiásticos que tenia prisioneros, entre otros á Berardo, obispo de Macon, á quien encargó fuese á Roma á suplicar al Papa rogase á Dios por él (1). En vano los cismáticos quisieron reemplazar sucesivamente á Guiberto con Alberto, Teodorico y Maginulfo, nombrado por su faccion Silvestre IV, porque los dos primeros fueron cogidos al momento y encerrados en monasterios, y el tercero tuvo que huir, muriendo espulsado en tal miseria que quitó á otros las ganas de sucederle.

Aprovechóse el Papa Pascual del modo mas conveniente de la tranquilidad que recobraba para la edificacion de los príncipes y de los pueblos. Felipe, rey de Francia, habia olvidado las ofertas con que logró de Urbano la absolucion. Observó Pascual una conducta mas severa ó mas espedita. Nombró legados de su parte que fueron á buscarle, y le notificaron que dejase su concubina; y como no les dió ninguna esperanza de enmienda, convocaron contra él un Concilio en Poitiers; celebróse efectivamente en el dia señalado (1100), y en él fué excomulgado nuevamente el rey igualmente que Bertrada. En vano el conde Guillelmo de Poitiers, aun mas disoluto que el rey Felipe, infundió pusilanimidad á algunos prelados, porque el mayor número, y entre ellos Bernardo, abad de San Cipriano de Poitiers, y el bienaventurado Roberto de Arbrisel, con quienes se habian asociado, se distinguieron por una firmeza á toda prueba. Algunos perversos que querian agradar al conde, hicieron volar desde el coro una granizada de piedras; y habiendo ya roto la cabeza á un eclesiástico al lado de los legados, los Padres permanecieron inmobles y algunos se quitaron sus mitras como para recibir mejor los golpes, lo cual causó la mayor impresion en los sediciosos y se calmó la sedicion.

La excomunion pronunciada contra Felipe y Bertrada causó tanta sensacion en los ánimos, que habiendo ido el rey algun tiempo despues á Sens con su concubina halló cerradas todas las iglesias, teniendo que permanecer quince dias sin poder oir misa. Bertrada, de un carácter mas violento que el rey, mandó abrir á la fuerza la puerta de una iglesia, y obligó á uno de sus capellanes á celebrar en su presencia. Felipe, en quien la disolucion jamás llegó á estinguir los sentimientos de la Religion, declaró por el contrario que queria ir á Roma á pedir al Papa la absolucion. Sin embargo, Ivon de Chartres escribió al Papa diciéndole que no creia efectuase este viaje, y le previno desconfiase de las promesas del rey (1). En efecto, Orderico Vital dice que el endurecimiento que Felipe opuso á estos nuevos rayos de la Iglesia, así como á las representaciones de muchos obispos, fué castigado con graves enfermedades que el cielo le envió. El débil príncipe siguió algun tiempo todavía encenagado en su pecado, y no

(1) Hugo Flav. *in Chron.*

(1) *Ep.* 104.

recibió la absolucion del Pontífice hasta que en el Concilio celebrado en París el dia 2 de diciembre de 1104 se la dió en su nombre Lamberto, obispo de Arras. Entonces una humildad ejemplar, y las pruebas mas claras de compuncion, no dejaron duda alguna sobre la sinceridad de las promesas del rey. No obstante los rigores de la estacion, fué descalzo al Concilio, y juró entre las manos del delegado del Papa, no solo no conservar en lo sucesivo trato alguno criminal con Bertrada, sino tambien no hablar con ella, á no ser en presencia de testigos libres de toda sospecha. Esperaba todavía obtener dispensa para casarse con ella; pero el Papa permaneció inflexible á causa de la enormidad del escándalo y de los malos tratamientos que habian ocasionado la muerte á la reina Berta. Sometióse Felipe en un todo, y ya no pensó mas que en expiar los pecados de que él propio se reprendia, y aun quiso abrazar la vida monástica para mejor aplacar la ira de Dios. Sabemos esto por una carta de San Hugo de Cluny (1), escrita á este príncipe á fin de confirmarle en esta segunda resolucion, que sin embargo no llevó á efecto. Dios queria por todos estos medios disponerle á una muerte cristiana, cuyo término no estaba lejos.

Muy distante estuvo el emperador Enrique de tener valor para imitar la sumision del monarca francés. Mas exasperado cada dia contra la Santa Sede, perseguia con todo esfuerzo á los prelados que rehusaban tomar parte en su cisma, ó que no entraban por lo menos en sus miras en el punto de las investiduras. Sin embargo no puede negarse que trató con bondad, y aun honró con su confianza á algunos obispos constantemente adictos á los principios fundamentales de la unidad. Aunque Bruno de Tréveris era de la comunion de los católicos, lo cual justificaba con sus virtudes, ningun señor tenia mayor autoridad en los consejos, ni mayor parte en la confianza del emperador, el cual le daba el nombre de padre. Este prelado, habiendo recibido la investidura por el báculo y el anillo, renunció su obispado de acuerdo con el Concilio de Roma; pero en atencion á su arrepentimiento y á los servicios que podia prestar á la Iglesia, fué restablecido tres dias despues á peticion del mismo Concilio. Se le impuso sin embargo por penitencia que durante tres años no usase dalmática en la misa. Unido al Gefe de la Iglesia no cesó por eso de servir á Enrique que era su bienhechor; «pero, dice la *Historia* de su Iglesia, no se manchó de tal modo con la comunion de los imperiales que por ello causase escándalo á los católicos.»

Dió tambien Enrique IV grandes señales de estimacion á San Oton, obispo de Bamberg, á quien él mismo elevó á esta Silla del modo mas inesperado (1). Nacido Oton en Suavia de padres nobles, aunque poco afortunados, pasó en su juventud á la Polonia, en donde en aquella época no descollaban muchos hombres de talento. Su aplicacion á las ciencias, su aptitud para los negocios, su carácter afable é invariable, junto todo á su hermosura y á su esterior agradable, le proporcionaron la familiaridad de los grandes, de quienes era por lo comun el mediador, empleándole estos en negociaciones delicadas. Habiendo perdido el duque su esposa, y deseando casarse segunda vez con la hermana del emperador, estuvo Oton encargado de ir á pedírsela. Con este motivo dió tan claras muestras de su mérito, que el emperador le pidió al duque, quien no le cedió sin gran pesar. Fué nombrado en seguida capellan y canciller de Enrique, y habiendo vacado el obispado de Bamberg,

(1) *Epist. Hug. tom.* 2 *Spicil. pag.* 401.

(1) *Vit. lib.* 1, *cap.* 3; Canis. *tom.* 2, *pag.* 333.

el príncipe mismo, despues de una dilacion de seis meses, mandó venir á su corte diputados de la diócesis, y les dijo que el afecto particular que tenia á su iglesia le habia hecho tomar aquella larga dilacion, con el objeto de hacer una eleccion acertada. En seguida tomando de la mano á Oton, «Aqui teneis, añadió, vuestro obispo y señor: una larga esperiencia nos ha dado á conocer su mérito, y sentiremos por mucho tiempo el vacio que va á dejar en nuestra corte y la falta de sus consejos (1103).»

Sorprendidos los diputados se miraban unos á otros, y aquellos cortesanos que habian esperado para sí ó para sus parientes esta dignidad, descubrian en su esterior su ambicion y su sombría envidia. Oton por el contrario se arrojó á los pies del emperador, dijo con lágrimas que él no era mas que un hombre oscuro, indigno de aquel distinguido puesto, y rogó que fuese colocado en él un personage capaz de ocuparle con honor. «¿Veis, dijo el emperador, cuál es su ambicion? Pues esta es la tercera vez que se niega á admitir el obispado: he querido darle el de Ausburgo, y despues el de Halberstad; pero Dios le reservaba para el feliz pueblo de Bamberg.» Hablando asi, puso en sus manos el báculo y el anillo pastoral en el dedo, dándole por este medio la investidura, sin que el nuevo obispo reparase casi en ello. Esto fué para el virtuoso Oton un motivo mas de pena luego que volvió de su admiracion; asi es que inmediatamente prometió á Dios no conservar el obispado, como no recibiese del Papa una nueva investidura con la consagracion, precediendo el consentimiento de su iglesia. No obstante, permaneció algunas semanas en la corte, y celebró la fiesta de Navidad con el emperador.

Luego que llegó á Bamberg dió cuenta al Sumo Pontífice de sus disposiciones y propósitos; y Pascual respondió reconociéndole al punto por obispo electo de Bamberg, é invitándole á pasar á Roma con entera seguridad. Oton partió en efecto con los diputados de su iglesia, quienes en los términos acostumbrados le pidieron por pastor: él espuso fielmente al Papa las circunstancias de su eleccion, y puso á sus pies el báculo y el anillo, pidiéndole perdon de su culpa ó de su irreflexion. Mandóle el Pontífice volver á tomar las insignias de su dignidad, y como su conciencia timorata no podia aun determinarse á cargar con el peso terrible del obispado, Pascual le mandó en virtud de santa obediencia someterse á las órdenes del cielo. Por último, él mismo le consagró con mucho aparato en 17 de mayo de 1103, dia de Pentecostés.

Gobernó San Oton la iglesia de Bamberg durante treinta y seis años con toda la edificacion que debia esperarse de sus talentos y virtudes. Amaba tanto á los pobres, que llenó de ellos la ciudad episcopal y las aldeas vecinas para cuidar él mismo de su alivio. Proveyó con la misma generosidad al sostenimiento y magestad del culto divino. Fundó hasta quince abadías y seis prioratos, tanto en su diócesis como en otras muchas de Alemania. Y sabiendo que se quejaban de tantas fundaciones, contestó que por muchas que fuesen, nunca podian reputarse escesivas tratándose de edificar posadas para los que se miran como viageros en este mundo. Tuviéronle siempre en la mayor consideracion en la Polonia donde habia pasado su juventud, lo que empeñó al duque Boleslao, que queria establecer el cristianismo en Pomerania, á elegirle para esta empresa que no exigia menos que un apóstol, y el éxito colmó las esperanzas de este príncipe. Tales fueron las consecuencias de la eleccion de Oton hecha por Enrique IV para el obispado de Bamberg.

Pero asi como no siempre son santas todas las obras de los Santos, asi tambien

pueden las almas perversas ejecutar algunas acciones virtuosas sin interrumpir la carrera de sus malas inclinaciones. Despues de la sorprendente promocion de San Oton, persiguió Enrique á Odon, honrado por sus virtudes con el título de bienaventurado, y sustituido canónicamente á Gochero, obispo cismático y simoniaco de Cambray. No pudo Gochero ser espelido de la ciudad mientras vivió el emperador, y así Odon se vió reducido á ejercer las funciones episcopales en el resto de la diócesis (1105).

No estaba sin embargo distante el término señalado á los escesos de Enrique. Para hacerle el castigo mas sensible, permitió el cielo que su hijo segundo, del mismo nombre que él, fuese el fatal instrumento. Su primogénito Conrado, rebelado ya contra él catorce años antes, no habia conseguido hacerle entrar en razon. Al contrario, despues de la muerte de Conrado, acaecida en 1101, intentó Enrique, aunque en vano, elegir otro Papa que Pascual. Hizo coronar rey á su hijo Enrique en el año 1102, declarando que queria cederle tambien el imperio, y que él partiria para Tierra Santa; pero transcurrieron dos años sin que pusiese en ejecucion sus promesas. Enrique el jóven se cansó de tan larga tardanza (1), y aprovechándose de la animadversion que el príncipe se habia atraido por sus persecuciones contra la Santa Sede, enarboló el estandarte de la rebelion (1105). No era menos diestro que Enrique IV en el arte de fingir, y así aparentó una grande modestia y un sumo respeto á la Religion y sus ministros, protestando en varias juntas, y poniendo á Dios por testigo, y por lo comun con las lágrimas en los ojos, que no tomaba el soberano poder por mira alguna de ambicion, sino por hacer que cesase un cisma de cuarenta años, que habia trastornado el imperio reduciéndole á la apostasía y casi al paganismo; que no deseaba de modo alguno la deposicion de su padre y señor; que solamente trataba de oponerse á su irreligion y á su obstinacion cismática; y que si consintiese en humillarse al Príncipe de los Apóstoles y á sus sucesores, se apresuraria á prestarle obediencia como el último de sus vasallos. Estas declaraciones artificiosas del jóven rey atrajeron á su bando á los pueblos en tropel, y á la mayor parte de los señores.

Queriendo Enrique IV contener la desercion, escribió una carta muy humilde al Papa Pascual, para tratar de hacer sus paces con la Iglesia. En Roma confiaron muy poco de las promesas de un príncipe que tantas veces habia violado hasta sus mismos juramentos; pero bien pronto su hijo Enrique llevó las cosas á un estremo tal, que toda mediacion pareció inútil. Reunió un poderoso ejército, y marchó contra su padre, que por su parte tenia tambien fuerzas considerables. Encontráronse los dos ejércitos cerca de Ratisbona, en donde se detuvieron tres dias en presencia uno de otro, separados solo por el rio Regen, que allí desagua en el Danubio. En esta posicion Enrique el hijo, que conocia el peligro de venir á las manos con un guerrero esperimentado y de un valor heróico, corrompió al duque de Bohemia y al marqués Leopoldo cuyas tropas componian la fuerza principal de su padre: retiráronse estos al principio del combate, y abandonado el emperador se vió reducido á huir furtivamente con los pocos que le seguian.

Poco seguro el jóven Enrique mientras vagaba en libertad su padre, propúsole una conferencia en Maguncia como para poner fin á todas sus desavenencias. Convenido en ello el emperador, el pérfido hijo al encontrarse con él le pidió perdon, se arrojó á sus pies, y los regó con lágrimas, las que

(1) Usperg. *ann.* 1105.

tenia siempre á su disposicion. Despues tomaron los dos juntos el camino de Maguncia, y habiendo persuadido el jóven rey á su padre que podrian descansar juntos en el castillo de Binghen, le mandó arrestar, y le detuvo alli prisionero. Trasladáronle algunos dias despues á Ingelheim, en donde le manejaron de tal modo que le persuadieron se confesase culpable y renunciase el imperio; y aun protestó que hacia voluntariamente esta renuncia, y que ya no queria ocuparse en otra cosa que en la salvacion de su alma. Entregó al punto todas las insignias de la soberanía á su hijo, que fué reconocido unánimemente sucesor suyo por todos los señores eclesiásticos y legos. Hubo una asamblea en Maguncia en el dia de la Epifanía del año de 1106 de las mas numerosas que se habian visto mucho tiempo habia. Esta asamblea, á la que asistieron cincuenta y dos grandes del imperio y un crecidísimo número de prelados, nombró una diputacion de los personages mas distinguidos para que fuese á Roma á consultar al Papa Pascual y rogarle trabajase con ellos en el restablecimiento del órden y de la disciplina casi enteramente destruida en las iglesias de Alemania. En su consecuencia los legados del Papa confirmaron la eleccion con la imposicion de las manos.

No tardó Enrique IV en arrepentirse de lo que habia hecho: retiróse á Colonia, despues á Lieja, y allí tomó otra vez las insignias de su dignidad. Escribió despues al rey de Francia una carta muy larga y patética para interesarle por su causa. Escribió tambien al santo abad de Cluny, su padrino, ofreciéndole guiarse por sus consejos, tanto en lo perteneciente á los asuntos de la Religion como á los del Estado. Asi las cosas, el jóven Enrique, incomodado de que su padre pretendiese tomar otra vez el nombre de emperador, se acercó á él con todas sus fuerzas, y le hizo intimar que le presentaria la batalla si no accedia en el término de ocho dias á la conferencia para que le citaba á Aquisgran. El emperador, que con la poca gente que sus desgracias habian traido al rededor de él, no estaba para combatir con su hijo, contestó con una carta que dirigió á los príncipes y prelados del imperio (1). En ella apela á todos los hombres de bien y á todos los cristianos en general, é invoca en defecto de los hombres los ausilios de Dios, de la Santísima Vírgen y de San Pedro, á quien tantas veces habia ultrajado en la persona de sus sucesores. «Hemos apelado, añade, y apelamos por tercera vez al Papa Pascual y á la Iglesia romana.» Pero bien pronto hubo de comparecer ante un tribunal mucho mas formidable.

Este desgraciado príncipe vióse reducido á tanta miseria en los últimos meses de su vida, que suplicó al obispo de Spira le concediese una prebenda laical en su iglesia, ofreciéndose á desempeñar en ella el cargo de lector ó sochantre; pero le fué negada. Por último, murió en Lieja á 7 de agosto de aquel año de 1106, á los cincuenta y cinco de su edad y cincuenta de su reinado. El obispo Otberto, que seguia aun en el cisma en que Enrique le habia comprometido, le hizo por el pronto enterrar en la iglesia de San Lamberto; pero poco despues este prelado no fué recibido en la comunion de la Iglesia sino con la condicion de desenterrar el cadáver de Enrique, el cual fué trasladado á Spira y depositado en un sepulcro de piedra donde permaneció cinco años fuera de sagrado. Este fué el deplorable fin de un príncipe que por los recursos de su talento y de su valor supo dar ó sostener sesenta y seis batallas, de que salió vencedor siempre que no le vendieron; pero que por su ciega confianza en ministros incapaces, por su brutal pasion

(1) *Ep. Henr. IV, ap. Baron. ann.* 1106.

á los placeres, por su desprecio á la Religion, por su tráfico sacrílego de los beneficios eclesiásticos, y por su crueldad y su perfidia, se hizo harto merecedor de sus desgracias.

Despues de su caida, y luego de su deposicion por la dieta de Maguncia, se procedió contra sus partidarios cismáticos. Fueron espulsados de sus Sillas muchos obispos, colocados en su lugar otros mas católicos, y puesto entredicho general á todos los clérigos ordenados por prelados partidarios del cisma hasta que se hiciera de todo un detenido exámen. Algunos, llevados de su celo, llegaron hasta desenterrar los obispos que no habian muerto en el seno de la unidad, arrojando sus cadáveres fuera de las iglesias, comprendiendo entre ellos al del Antipapa Guiberto, que yacia despues de cinco años en la catedral de Ravena.

El nuevo rey de Alemania y de Italia autorizaba todos estos arranques de un celo desordenado, é intentaba encubrir debajo de estos velos de Religion el atentado que él habia cometido contra el emperador su padre. Mas no tardó en dar á conocer que la barbárie de un hijo no es inspirada por un amor sincero de la Iglesia. Cuando por la muerte del emperador su padre se vió señor absoluto, reclamó como un derecho inenagenable de su corona aquellas mismas investiduras que habian dado márgen á su rebelion. El Papa, invitado á remediar por sí mismo los abusos inveterados de la Iglesia de Alemania, hallábase ya en la Lombardía cuando llegó á columbrar las tortuosas maniobras del nuevo emperador por algunas proposiciones que llegaron á sus oidos. «No, no, dijo suspirando: la puerta de la Germania no está todavía abierta para los sucesores de San Pedro;» y al punto resolvió pasar á Francia para tomar en tan críticas circunstancias medidas prudentes con el rey Felipe, sinceramente convertido, y con su hijo Luis el Grueso, nombrado rey.

A su llegada le dieron los dos príncipes los testimonios mas espresivos de su afecto, prometiéndole postrados á sus pies todas las fuerzas de su reino. Ofreciéronle consagrar sus propias personas á la defensa de la Iglesia romana, á ejemplo de Carlo-Magno y de tantos otros monarcas franceses. Sabedores de que el rey de Germania enviaba embajadores al Pontífice para conferenciar sobre el asunto espinoso de las investiduras, mandaron preparar lo necesario para tener estas sesiones con toda seguridad en Chalons del Marne; y por el honor de la Silla apostólica le dieron para el viaje una comitiva numerosa de abades, obispos y arzobispos. Apenas bastaron todas estas precauciones contra la audacia de los ministros germánicos, de quienes el duque Velfon, que era el principal, tenia una estatura colosal y una voz de trueno, y además hacia llevar siempre delante de sí una espada desenvainada (1). Parece que todos en general venian mas bien á intimidar al Papa Pascual que á conferenciar. Habiendo representado por parte del Papa que era cosa indigna hacer entrar en la esclavitud de los príncipes de este mundo á la Iglesia libertada por el Hijo de Dios, encolerizáronse los feroces embajadores, y dijeron: «no es aqui donde se ha de decidir esta cuestion con vanos raciocinios, sino en medio de Roma á sablazos (1107).»

La firmeza del Sumo Pontífice fué un pretesto para renovar el cisma en Alemania, pero produjo efectos enteramente contrarios en las islas británicas. Ya fuese por horror á las turbulencias que habian asolado el imperio y precipitado al emperador Enrique IV en un abismo de calamidades, ó ya por miedo de participar del odioso renombre que Gui-

(1) Suger. *Vit. Lud. cap.* 9.

llelmo el Rojo habia dejada entre los ingleses, ó ya mas bien por la dificultad de superar la magnanimidad verdaderamente episcopal de San Anselmo y el alto crédito que le habian dado sus virtudes, lo cierto es que Enrique, sucesor de Guillelmo, despues de haber probado de mil modos la constancia del santo arzobispo, y obligádole á emprender segundo viage á Roma, y apoderádose de todos los bienes de la Iglesia y tenídole largo tiempo desterrado fuera del reino, firmó por último un convenio razonable y cristiano (1). Instó despues al Santo á que volviese á entrar en el reino, en el que á su desembarco fué recibido como el ángel tutelar de la nacion y el precursor de la felicidad pública. La reina en particular, despues de haber ido á rendirle los homenages afectuosos de su piedad filial, fué delante de él todo el resto del camino para prepararle alojamiento. Obligóse el rey á restituir todos los bienes de la iglesia de Cantorbery, que habia usurpado durante la ausencia del arzobispo, á descargar á todas las iglesias de las contribuciones impuestas por Guillelmo el Rojo; y finalmente, á no dar otra vez ni permitir que diese ningun lego la investidura de un obispado ó abadía por la entrega del báculo y el anillo. Declaró Anselmo por su parte, que la supresion de las investiduras en nada disminuiria el respeto ni la obediencia de los prelados hácia su monarca. Al punto se dieron pastores á las muchas iglesias que de ellos carecian ya durante largo tiempo (1107).

Restablecidas así la inteligencia y la concordia entre las dos potestades, procedieron de acuerdo á restablecer tambien las costumbres y la disciplina en el clero. Para desterrar de él eficazmente el amancebamiento, resolvieron que todos los sacerdotes incontinentes abandonasen sus mugeres si querian continuar diciendo misa, que perdiesen sus bienes muebles con sus mancebas, y quedasen en entredicho el tiempo de cuarenta dias para hacer penitencia. Y que si preferian renunciar al altar antes que á sus vergonzosas costumbres, el entredicho seria perpétuo, y quedarian privados de todo beneficio eclesiástico y declarados infames.

Poco tiempo sobrevivió San Anselmo á esta feliz concordia: tenia ya muchos años, y sus últimos trabajos habian agotado sus fuerzas. No pudiendo ya andar, hacia le llevasen todos los dias á la iglesia para asistir al Santo sacrificio. Sin embargo, la necesidad en que se vió de defender la preferencia de su Silla, disputada por la de York, pareció volverle todo el vigor de su primera edad. Elegido Tomás para este arzobispado, hacia mucho tiempo que dilataba su consagracion, aguardando algun incidente favorable al designio que habia formado, y aun manifestado, de participar de la primacía de Inglaterra. De acuerdo con él sus canónigos, al ver el estado de languidez á que estaba reducido San Anselmo, le escribieron con audacia que la iglesia de York era igual á la de Cantorbery. Conoció Anselmo todas las consecuencias de esta pretension y de la preocupacion que dejaria despues de su muerte si no se apresuraba á reprimirla; y así respondió á Tomás en estos términos: «Sabed, que en presencia y en nombre de Dios Todopoderoso, os privo de toda funcion sacerdotal, y os prohibo ejercer el ministerio de pastor hasta que dejando de rebelaros contra la iglesia de Cantorbery, vuestra Madre, la ofrezcais obediencia como han hecho vuestros predecesores; y si persistis en vuestra rebelion, prohibo bajo la pena de anatema perpétuo á los obispos de la Gran Bretaña os impongan las manos y os reciban en su comunion si os haceis ordenar por estranjeros.» Envió esta carta á todos los prelados

(1) Edmer. *Novor. lib. 4.*

de Inglaterra, y les intimó en virtud de santa obediencia que llevasen á efecto su contenido (1108).

Este golpe de vigor produjo su efecto aun despues de la muerte del Santo, quien, como fuese siempre decayendo durante unos seis meses, entregó por fin su alma al Criador en 21 de abril de 1109, al año décimo sesto de su pontificado y setenta y seis de su edad. Su carta contra Tomás, leida entonces en presencia del rey que reunia su corte en Lóndres, causó en ella una impresion tal, que once obispos declararon que se conformaban exactamente con todo su contenido aunque fuese necesario perder su dignidad. Sanson de Worchester, padre de Tomás, hizo la misma declaracion, á la que tambien suscribieron el rey y toda la concurrencia. Por último, el ambicioso arzobispo de York ofreció con juramento á la Iglesia de Cantorbery la obediencia que la habian rendido sus predecesores, y aun en el resto de su vida tuvo grande pesar de no haber sido consagrado por la mano de San Anselmo.

Nos quedan de este santo doctor muchas obras dogmáticas que han hecho sea tenido por el mejor metafísico de la Iglesia latina despues de San Agustin, y en las que se observa un encadenamiento de ideas muy notable. Tenemos tambien de él gran número de meditaciones y oraciones que respiran una tierna piedad; y mas de cuatrocientas cartas, de donde pueden sacarse muchas noticias útiles para la inteligencia de los negocios en que tuvo parte.

—Ocho dias despues que este grande hombre, murió San Hugo, no menos grande en el órden de la prelatura inferior que ejerció durante sesenta años sobre la floreciente congregacion de Cluny, la cual llegó en su tiempo al mas alto grado de esplendor, del que despues de su muerte no tardó en decaer. Ponce, que fué su sucesor, y que por el pronto mostró sabiduría y modestia, se dejó luego llevar de un orgullo tal, que le hizo incurrir en ligerezas y debilidades ridículas que hicieron muy poco favor á su órden y le originaron muchos disgustos. Habia tenido San Hugo por amigos á todos los personages mas santos y mas ilustres de su tiempo: fué constantemente querido y reverenciado de Didier, abad de Monte-Casino y despues Papa con el nombre de Victor III, del Papa Urbano II que le miró siempre con la afectuosa atencion de un discípulo para con su maestro; del emperador Enrique el Negro, de la emperatriz Inés, y aun de su hijo Enrique IV. Ganó tambien el corazon y la confianza de Alfonso VI, rey de Leon y de Castilla, por cuyas liberalidades levantó la magnífica iglesia que subsistió durante mucho tiempo en Cluny; y tambien y con mas utilidad le apreció su soberano el rey Felipe, á quien la Providencia hizo le sobreviviese el tiempo necesario para confirmarle en los sentimientos de penitencia que él (San Hugo) habia contribuido tanto á inspirarle.

Este príncipe murió en Melun nueve meses antes que San Hugo, mas verosimilmente en 28 ó 29 de julio que en 3 de agosto, como dicen algunos autores (1108). Es por lo menos incontestable que en este último dia fué consagrado Luis VI en Orleans por los consejos de Ivon de Chartres, y que Ivon no asistió á la muerte de Felipe. A causa de algunos señores que estaban descontentos con Luis se escojió para esta ceremonia que era tan importante para la tranquilidad del Estado, la ciudad de Orleans mas bien que la de Reims, que estaba muy agitada por un cisma, pero que no dejó de reclamar sus antiguas prerogativas.

Alfonso de Castilla murió en 29 ó 30 de junio de 1109, despues de haber quitado á los moros la importante ciudad de Valencia, y de haber logrado contra los mismos otras muchas victorias que parecieron

maravillosas (*a*). Nada hubo mas señalado, en clase de maravillas que el valor del general Rodrigo Diaz de Vivar, tan famoso en la historia de España bajo el nombre del el Cid, que en lengua morisca significa *señor*. Habiéndole saludado con este nombre de Cid los diputados de cinco reyes musulmanes á quienes él habia vencido, quiso el rey Alfonso que en adelante no llevase otro nombre. Despues de la muerte de este héroe invencible, las tropas castellanas fueron derrotadas muchas veces por Ben Abad, rey de los mahometanos almoravides de Africa, que habian subyugado al rey musulman de Granada y amenazaban á todas las Españas. Era Alfonso el hijo segundo de Fernando I, rey de Castilla, y nieto del rey de Navarra Sancho III, llamado el Grande, que nombró tambien rey de Aragon á Ramiro su hijo natural. Garcia, primogénito de Sancho, heredó la Navarra, la que despues de su muerte prematura recayó en su hermano Fernando. Y hé aquí como este reino, uno de los de menos consideracion en España, dió orígen á los de Castilla y Aragon que absorvieron insensiblemente todos los demas. No es nuestro ánimo desentrañar el caos de las muchas revoluciones verificadas por los motivos indicados, pues lo que acabamos de decir basta para aclarar los grandes acontecimientos y darles el interés conveniente. Alfonso, por falta de hijos varones dejó sus Estados de Castilla y Leon á su hija Urraca, que tuvo por sucesor (1126) á su hijo Alfonso Ramon, nacido de su matrimonio con Raimundo ó Ramon, conde de Galicia (*a*).

(*a*) En nuestra nota de la página 310 dimos ya algunos pormenores de las muchas victorias del rey don Alonso el VI; victorias que á vueltas de algunos otros sucesos desgraciados se continuaron despues, y que hubieran tal vez bastado para destruir todo el poder de los infieles en España, á no haber entrado en ella los almoravides de Africa. Habíalos llamado el mismo rey don Alfonso á instancias del rey moro de Sevilla, con cuya hija Zaida (luego María ó Isabel despues que se convirtió) estaba casado don Alfonso. Proyectaba el rey moro de Sevilla sujetar á los demas moros de España con el apoyo de Jufet rey de los almoravides de Africa; por esto los llamaron, aunque no tardaron en conocer su error, pues sin prestarles auxilio, se alzaron con todo el dominio de los moros y se manifestaron enemigos de los cristianos. Para oponerse á sus proyectos hizo D. Alfonso estrecha alianza con Felipe, rey de Francia, por cuya órden pasaron á España los condes de Borgoña y Tolosa y Enrique de Besanzon que en adelante fundó el reino de Portugal. Dicho conde de Borgoña llamado D. Ramon casó con doña Urraca, hija legítima de Alfonso VI, y fué nombrado conde de Galicia. Con este auxilio y con nuevos ejércitos que reunió el rey en Castilla y Leon volvió á hacerse superior á los almoravides, cuyo gefe ni aun se atrevió á recibir la batalla que le presentaron los cristianos, antes bien huyó de noche abandonando su campo, y procurando despues ajustar algunas treguas. Y cuenta que fué el mismo rey Jufet, el cual viendo que Hali, que era el general que primero habia enviado, se habia alzado con la autoridad soberana, pasó de Africa á España con grande ejército, y apoderado de Sevilla mandó cortar la cabeza á Halí, y se propuso hacer cruda guerra á los cristianos para enseñorearse de todo.—Durante esta campaña conquistó el valiente Ruy Diaz de Vivar, despues de grandes luchas, la ciudad de Valencia, llamada desde entonces Valencia del Cid, como antes se decia de los Edetanos. Todos nuestros historiadores refieren á la larga tanto esta como otras muchas acciones notabilísimas de aquel hombre estraordinario; pero nosotros nos limitaremos á mencionar su piedad y celo por la Religion, de que dió una brillante muestra inmediatamente despues de su principal conquista. Estaba entonces la iglesia de Valencia, como la mayor parte de las ciudades dominadas tan largo tiempo por los moros, sin pastor y con muy corto número de sacerdotes y ministros inferiores, de suerte que los cristianos que permanecian en ella se veian privados en su mayor parte de los ausilios espirituales. Viendo el celoso conquistador en tan triste situacion á los fieles valencianos, negoció con el arzobispo de Toledo don Bernardo y con el rey don Alfonso, que se nombrase un obispo para Valencia; y fué elegido y consagrado un canónigo de Toledo llamado Gerónimo Vique ó Visquio, francés, hombre de grandes prendas y virtud. Ocupó este la Silla de Valencia, purificó nueve mezquitas consagrándolas en otras tantas parroquias, y puso en órden todas las cosas pertenecientes á la Religion, hasta que despues de la muerte del Cid ocurrida en 1102, tornó otra vez la ciudad á poder de los moros, en cuyo tiempo pasó á ser obispo de Salamanca y administrador de Zamora. Pueden verse Escolano, Ortiz, P. Mariana etc. (*N. del E.*)

(*a*) En 1.° de julio de 1109 y no en 29 ó 30 de junio como dice Henrion murió Alfonso VI de Leon y I de Castilla. Hallábase ya en edad avanzada, pues tenia 79 años, y habia ya mucho tiempo estaba agoviado de diferentes enfermedades viniendo á agravar sus males la noticia de la desgraciada batalla de Uclés en que pereció su hijo único D. Sancho quedando vencidos los cristianos aunque con notable pérdida de los moros. Viendo cercana su muerte, dispuso que su hija doña Urraca, viuda entonces del conde D. Ramon, fuese reconocida y proclamada reina de Castilla y Leon, quedando el hijo de Urraca D. Alfonso

En Italia, aterrado el Papa Pascual de las amenazas que los embajadores de Enrique V le habian hecho en Francia, procuró sostener los derechos de la Iglesia, que creia siempre ofendidos esencialmente por las investiduras. Salió de Roma y pasó á la Pulla, á fin de asegurarse de los príncipes y señores normandos que le juraron todos defender la Iglesia contra las violencias del rey de Germania. Al punto volvió á Roma y obtuvo de todos los grandes la misma promesa. Eran muy fundados sus temores y urgente el peligro. Por el mes de agosto del año 1110, declarando Enrique que iba á hacerse coronar emperador, pasó los montes al frente de un ejército formidable y seguido de muchos sábios, á fin de sostener sus pretensiones con la pluma igualmente que con la espada. Atravesó la Lombardía sin que ninguna plaza osase resistirle, á escepcion de Novara, que bien pronto se vió forzada á rendirse, y de Milan que se negó á reconocerle por su señor y á pagarle contribucion alguna. Desde Florencia, donde celebró las fiestas de Navidad, envió diputados á Roma para tratar con el Sumo Pontífice. El sobresalto era general en esta ciudad: sin embargo, se obtuvo la promesa de que el emperador al recibir la corona renunciaria á las investiduras de las iglesias; que no atentaria contra la vida ni contra la libertad del Papa ni de sus fieles servidores, ni pretenderia quitarle el pontificado. Por su parte los romanos prometieron que el Pontífice, los obispos y los abades renunciarian á las regalías, esto es, á los ducados, marquesados, ciudades, castillos, monedas, mercados y patronatos que habian pertenecido incontestablemente á la corona. Juráronse estos artículos, y se dieron rehenes de una parte y de otra, despues de lo cual Enrique llegó á Roma, donde le recibieron con honor (1111).

Esperábale el Papa en lo alto de las gradas de la iglesia de San Pedro, en donde todo estaba preparado para la coronacion. Postróse el rey y le besó los pies, y despues se abrazaron por tres veces. Cuando entraron en la iglesia le propuso Pascual que renunciase por escrito á las investiduras segun habian convenido; pero Enrique se retiró hácia la sacristía para conferenciar sobre el particular con los obispos y señores de su comitiva. Fingiendo estos escrupulizar como si se tratase de convenciones hechas inconsideradamente por los diputados, respondieron que no podian ratificar un convenio contrario al Evangelio que manda dar al César lo que es del César. Reclamaron al propio tiempo los obispos del partido romano contra la promesa hecha en su nombre de ceder las regalías; y estándose disputando vivamente por una y otra parte, uno de los partidarios del rey, dejando á un lado la ficcion dijo: «¿de qué sirven tantos discursos? Sabed qne el emperador mi amo quiere recibir la corona como fué dada á los emperadores Cárlos y Luis (1).» Habiendo declarado el Papa que no coronaria á Enrique, si este príncipe no cumplia lo que habia prometido, este mandó al punto le arrestasen con los cardenales allí presentes, y fueron conducidos violentamente á una casa inmediata; y amenazó al

con la Galicia segun la tuvo su padre, y llamado al mismo trono de Leon y Castilla despues de los dias de su madre. Con motivo ó pretesto de esta sucesion ocurrieron grandes movimientos y guerras con que se agitaron los reinos cristianos de España por las pretensiones del rey de Aragon D. Alonso el Batallador, hijo del rey D. Pedro, el cual habia sucedido á su padre D. Sancho Ramirez, muerto ante los muros de Huesca, que tenia sitiada, y cuyo sitio continuó luego su hijo D. Pedro como lo habian jurado á su padre él y los grandes, los cuales al fin lograron tomarla.—Volviendo al rey D. Alonso VI, hé aquí el elogio que de él hace el P. Mariana: «Fué modesto en las cosas prósperas, en las adversidades constante.» Fundó diferentes monasterios. (*N. del E.*)

(1) *Chron. Cass. lib. 4, cap. 38.*

Papa con que sino abandonaba las investiduras al rey de Germania, mandaria le sacasen los ojos y hasta que le quitasen la vida. En seguida los soldados de Enrique robaron las tapicerías y todos los efectos preciosos que se habian puesto en público para honrar la entrada del emperador: golpearon ferozmente á los clérigos y á los legos, asesinaron é hirieron un gran número de personas de todos estados, y aun á los niños que habian ido en procesion delante del príncipe con palmas y flores. En un instante la iglesia de San Pedro quedó cubierta de cadáveres é inundada de sangre.

A esta novedad el pueblo romano corrió á las armas, acometió á cuantos alemanes hallaba, y forzó al emperador á retirarse precipitadamente á su campamento, que estaba á las puertas de la ciudad; pero se llevó consigo al Papa, á quien despojó de sus ornamentos, y ató como á un malhechor. Exhortaba entretanto el obispo de Túsculum á los romanos á inmolar su vida para contenes unos atentados mas horrorosos que todas las calamidades. «¿Qué desastre mayor, decia, podemos temer? Gime cargado de cadenas el vicario de Jesucristo entre las manos de los impíos. Un velo tenebroso cubre á vuestra madre la Iglesia, la que no se mantiene sino de lágrimas, mientras vosotros no agoteis su manantial. ¿Qué es lo que puede deteneros, romanos magnánimos? Estos bárbaros cobardes, insolentes cuando cedemos, no pensarán sino en la fuga cuando vosotros querais decididamente castigar su insolencia. Pero si es necesaria mayor esperanza para estimular vuestra virtud, confiad en la justicia de Dios y en el poder de los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo. Nosotros concedemos en su nombre indulgencia plenaria de todos los pecados á cuantos perezcan en defensa de tan buena causa.» Obligáronse al punto los romanos, y bajo los juramentos mas terribles, á no prestarse nunca á las miras criminales de rey Enrique.

En efecto, permanecieron siempre fieles al Papa Pascual, aunque el rey devastó todas sus tierras, procurando al mismo tiempo seducirlos con toda clase de promesas y de artificios. Por último, no pudiendo corromperlos, y no osando tampoco combatirlos, convino en soltar al Papa despues de dos meses de detencion, con tal que el Papa le cediese las investiduras. Protestó por otra parte que él no pretendia dar ni los derechos ni las funciones eclesiásticas, sino únicamente las regalías, esto es, los dominios y las otras ventajas que dependian ó habian dependido de la corona. Sin embargo, en el privilegio arrancado al Soberano Pontífice, se acordó que el que hubiera sido elegido canónicamente, no podria ser consagrado por persona alguna antes de haber recibido del rey la investidura; y esta investidura para la consagracion del elegido, y no la de regalía, es la que mas tarde fué declarada en Concilio contraria al Espíritu Santo y á la institucion canónica. Deshecho en lágrimas Pascual, cedió á las circunstancias y al peligro próximo de un cisma que él habria querido evitar, segun se esplicó, aun á costa de su sangre, el tratado fué firmado por diez y seis cardenales, y se ofreció olvidar todo lo pasado.

Cinco dias despues, en 13 de abril, el rey fué coronado solemnemente emperador en la iglesia de San Pedro. El Sumo Pontífice celebró los santos misterios, y cuando llegó á la fraccion de la hostia (dice Sigeberto, fautor de los emperadores cismáticos), tomó una parte, y la otra se la dió al emperador diciendo: «como ha sido separada esta parte del Cuerpo vivificante, asi sea escluido del reino de Jesucristo el que violare este tratado.» Despues de la ceremonia regresó el emperador á su campamento, y el Pontífice con los obispos volvió á entrar

en Roma en medio de las aclamaciones de un pueblo numeroso. Era tan grande el tropel, que no se pudo llegar hasta la noche al palacio pontificio. Envió el emperador ricos regalos al Papa, á los cardenales y al resto del clero, y despues emprendió su regreso á Alemania. Habia arrancado tambien á Pascual el permiso de tributar los honores fúnebres al emperador Enrique IV, á consecuencia del testimonio de muchos obispos que juraron haber muerto penitente. Y asi, luego que llegó á Spira, donde el cadáver permanecia despues de cinco años privado de sepultura eclesiástica y de las oraciones de la Iglesia, congregó á los señores y á un gran número de prelados, y le hizo funerales mas magníficos que los que se habian acostumbrado con ninguno de sus predecesores.

Cuando parecia restablecida la concordia entre Alemania y la Santa Sede, temiéronse turbulencias en el seno mismo de Roma, y quizás mas terribles aún que todas las que se habian ya calmado. Los cardenales, que permanecieron en ella durante la prision del Papa, el obispo de Tusculum que habia alentado tan eficazmente á los romanos contra la tiranía de Enrique, Bruno, obispo de Segni y abad de Monte-Casino, ilustre por su nacimiento, por las honrosas embajadas que habia desempeñado, y mucho mas aun por las virtudes que le colocaron en el número de los Santos, se reunieron con otros muchos prelados mientras el Papa estaba fuera de Roma, y calificando de prevaricacion su condescendencia, dieron y firmaron un decreto tanto contra él como contra la concesion de las investiduras; y muchos de aquellos que habian consentido y adherido al tratado del Papa, se conformaron con el parecer de estos rigurosos censores. Pascual, alarmado con esta fermentacion que supo en Terracina, reprendióles por escrito la indiscrecion de su celo, ofreciendo sin embargo corregir lo que solo habia firmado por evitar mayores desgracias. No dejó al propio tiempo de demostrar algun resentimiento contra el obispo de Segni el mas acreditado de los coligados; y bajo el pretesto de incompatibilidad entre las obligaciones de abad y de obispo, incompatibilidad acerca de la cual se habia negado antes constantemente á las frecuentes representaciones del mismo Bruno, dispuso le fuese nombrado un sucesor en la abadía, y á él le envió á su diócesis.

Este proceder no sofocó el descontento. Para precaver el cisma de que estaba amenazada la Iglesia, juntó Pascual en 18 de marzo de 1112 en la iglesia de Letran un concilio al que asistieron unos cien obispos, gran número de abades y una estraordinaria multitud de clérigos y de legos (1). Espuso el Papa en términos patéticos el modo con que habia sido tratado y forzado por el emperador á concederle lo que le habia exigido. «Reconozco, añadió con un humilde candor, la falta que he cometido en ceder á la fuerza sin tomar consejo de mis hermanos; y á fin de que ni la Iglesia ni mi alma padezcan por esto, deseo que aquí mismo se rectifique mi error. En cuanto á el modo de hacerlo me remito igualmente al juicio de esta santa asamblea; sin embargo, habiendo yo jurado no inquietar mas al rey en lo futuro, no le excomulgaré nunca aun cuando él haya violado su propio juramento. Sea Dios el juez del monarca y de sus cómplices.» Godofredo de Viterbo, que era entonces secretario del emperador, añade que el Papa quiso hacer dimision del pontificado, y que se despojó al punto de la mitra y de la capa, pero que los Padres se las volvieron á hacer poner: resolvieron sin embargo que los mas sábios y los mas esperimentados de entre ellos deliberasen con madurez sobre el fondo de la cuestion, para dar

(1) *Tom. 10 Concilior. pag.* 767.

la respuesta á la mañana siguiente. En este intervalo los cardenales Roberto y Gregorio, Leon, obispo de Ostia; Gregorio, obispo de Terracina, y dos prelados franceses, los únicos que habia en el concilio, á saber, Gerardo de Angulema, legado en Aquitania, y Galon de Laon, estendieron el decreto que Gerardo tuvo el encargo de leer en medio del concilio: estaba concebido en estos términos (1): «Nosotros todos, reunidos con el Papa nuestro señor en este santo concilio, condenamos por la autoridad de la Iglesia, como opuesto á la direccion del Espíritu Santo y á la institucion canónica, el privilegio sacado con estorsion del Papa Pascual por la violencia del rey Enrique, el que juzgamos nulo, y le anulamos absolutamente, prohibiendo bajo pena de excomunion tenerle en consideracion para cosa alguna.» Dieron todos los Padres su consentimiento con estas palabras: *asi sea*.

Gerardo de Angulema, llevado de aquel ardor de carácter que le precipitó despues en estravíos funestos, tuvo la osadía de llevar este decreto al emperador, y desempeñó esta comision peligrosa con una firmeza tal, que admiró al príncipe y tuvo desarmada su venganza el tiempo suficiente para que el legado pudiera evadirse de ella. Enrique, vuelto de su admiracion, enfurecióse mucho mas contra la Iglesia y sus defensores, y no tardó largo tiempo en darlo á conocer asi.

Entretanto el convenio sacado violentamente del Papa, y anulado ya, causó una agitacion general en el mundo cristiano. Celebráronse con este motivo concilios en Francia, Borgoña, Lorena, Sajonia, Hungría, y hasta en la Grecia y la Palestina. Los hombres mas grandes de estos tiempos, Joscerán ó Juan, sucesor de Hugo en el arzobispado de Lyon, el bienaventurado Ivon de Chartres, Hildeberto de Mans, contado tambien entre los santos y sábios de su siglo y el famoso Geofredo de Vandoma, se esplicaron sobre este punto cada uno con mas ó menos energía segun la dulzura ó aspereza de su carácter. Los de la metrópoli de Sens, aunque disculpaban la falta del Padre comun de los fieles como seguida de un pronto arrepentimiento, llegaron á compararla con la negacion de San Pedro y con la supuesta caida del Papa San Marcelino en la idolatría. Pero Hildeberto de Mans, en una Apología del Papa Pascual, demuestra que «á la prudencia del que gobierna la Iglesia toca dar ó derogar las leyes segun las circunstancias; que debemos interpretar favorablemente y en buen sentido lo que hacen los superiores, aun cuando ignoremos los motivos; que no toca á las ovejas reprender al Pastor; que al fin y al cabo el Papa Pascual, luego que se vió libre, habia anulado lo que habia hecho á la fuerza cuando le tenian preso, y que habia parecido como un atleta, que despues de haber recibido algunas heridas, vuelve al combate con mas valor y precaucion.»

Causa hoy admiracion la animosidad que produjo la disputa de las investiduras; mas esta cuestion complicada, y no aclarada todavía en parte alguna, presentaba entonces un punto de vista muy distinto. Tenia dos objetos, de los que el uno, respectivo al modo de investir, no merecia ser combatido con tanto calor, y mucho menos prolongar las turbulencias que trastornaron la Iglesia y el imperio durante siglos enteros. Algunos Papas y una multitud de obispos trataban de sacrilegio el uso introducido, principalmente en Alemania, de poner el báculo y el anillo, señales sagradas de las dignidades espirituales, entre las manos profanas de los legos antes que llegasen á las santificadas por la uncion del sacerdocio; y persistian en creer, á pesar de las decla-

(1) *Chron. part.* 17, *pag.* 503.

raciones contrarias hechas por los mismos príncipes, que dando los símbolos de la autoridad pastoral se arrogaban el derecho de conferir la autoridad misma y sus divinas funciones.

En cuanto al fondo de las cosas, los gefes de la Iglesia tenian muchas razones para reclamar contra una innovacion que anulaba las elecciones eclesiásticas hechas segun las leyes mas antiguas, que transferia á los príncipes el derecho esclusivo de proveer los obispados y abadías, de colocar en ellos hombres indignos, y muy frecuentemente de venderlos al que ofreciese mas. Era sin duda muy anterior á estos desórdenes la ceremonia de la investidura. Habia principiado desde que los soberanos concedieron al clero, igualmente que á la milicia, tierras y señoríos de su dependencia, llamados indistintamente beneficios; denominacion que no se apropió hasta mucho tiempo despues á los que hoy se llaman así. Segun las leyes que entonces regian y que se han conservado siempre despues, ni los clérigos ni los legos podian entrar en posesion de estos dominios sin haber prestado juramento de fidelidad y homenage al príncipe, y sin haber recibido de él los símbolos de convencion por los cuales se transferia su propiedad. Hé aquí lo que llamaban investidura y vestidura segun los capitulares de Carlo-Magno, donde observamos que el príncipe ponia en la mano del investido un puñado de yerba, un ramo, una vara, un palo ó cualquiera otra produccion de la tierra.

La costumbre de investir por medio del báculo y el anillo, es mucho mas moderna. El abuso en que degeneró despojando al pueblo del derecho de dar testimonio y al clero del derecho de elegir sus pastores, no empezó á parecer insoportable hasta el siglo undécimo. Para sustraer las iglesias de la direccion de personas que no fuesen elegidas por ellos, aunque fuesen investidas todavía por el ceremonial usado con los condes y con los caballeros, los que tenian originariamente el derecho de estas elecciones introdujeron con arte el método de luego que espiraba un abad ó un obispo, nombrarle un sucesor y hacerle consagrar sin pérdida de tiempo. Una vez consagrado, la eleccion era irrevocable y el soberano quedaba burlado en sus miras de interés ó de simonía, ó de gracia y favor. Cuando los príncipes conocieron esta especie de astucia, inventaron ellos tambien otra, que fué mandar, que al punto que espirase un obispo les entregasen el báculo y el anillo, que era costumbre dar al sucesor en la ceremonia de la consagracion, de modo que no osaban hacerla sin este requisito. Apoderado el príncipe de estas dos prendas que le entregaba el gobernador ó el magistrado de la ciudad en que el obispo acababa de morir, se hacia dueño absoluto de la consagracion, porque el metropolitano no osaba conferirla sino á la persona que se las presentaba despues de haberlas recibido de su soberano.

Es fácil conocer por esta esposicion, la causa que tuvieron los Papas para combatir las investiduras con tanta perseverancia. Al principio no intentaron otra cosa que contener las consecuencias abusivas, esto es, la violencia de los príncipes con respecto á la eleccion de los prelados, y principalmente el tráfico sacrílego de las prelaturas. Como despues se aseguraron de que la investidura de los beneficiados llevaba por necesidad consigo la distribucion arbitraria de los beneficios, y que mientras durase esta usurpacion se conservarian la simonía y otros muchos vicios, porque no seria fácil quitarlos, determinaron cortar el mal en su raiz atacando las mismas investiduras. Que este motivo fué el que guió su celo, lo muestra evidentemente la conducta de muchos Papas que confirmaron en el episcopado á sugetos

que habian recibido el báculo y el anillo de mano del príncipe, cuando por otra parte no les faltaban evidentes pruebas de su virtud y de las cualidades necesarias para aquella dignidad.

La Epístola escrita por el Papa Pascual á Enrique V luego que le obligaron á retractar la concesion que habia hecho, pone mas en claro esta verdad y suministra argumentos muy plausibles de la animadversion de la Santa Sede con respecto á la nacion germánica en particular. «Aunque la ley divina y los santos cánones, le decia (1), prohiben á los obispos ocuparse en asuntos del siglo, y aun ir á la córte sino es para defender á los oprimidos, se obliga en vuestros Estados á los obispos y á los abades á tomar las armas, de lo que necesariamente se siguen mil desórdenes. Los ministros del Dios vivo son hechos ministros de un príncipe mortal, porque de él han recibido ciudades, fortalezas, ducados y otros bienes pertenecientes á la corona. Nace de aqui el abuso de no consagrar á los prelados si antes no han recibido de mano del emperador el báculo pastoral. Estos abusos movieron á nuestros predecesores á condenar las investiduras en muchos concilios, bajo pena de excomunion, y en este confirmamos su juicio.» Tal fué la causa de las guerras estrañas que tanto tiempo duraron entre los Papas y los emperadores.

El desórden que quisieron contener no tenia límites: los escesos á que daba márgen eran espantosos. ¿Habian de desatenderse estos escesos para reprimir el desórden? ¿Habia de disimularse este desórden por el temor de los escesos? ¿Era posible corregir los abusos sin abolir la cosa misma de que se abusaba? Estas cuestiones suspendieron ó dividieron los pareceres de los grandes doctores de aquel tiempo, que se hallaban en mejor posicion que nosotros para decidir con conocimiento de causa. El mismo Ivon de Chartres, el mas ilustrado acaso y mas juicioso de su tiempo, disculpando la condescendencia del Papa Pascual, por no haber cedido á la violencia sino por el temor de un cisma en un asunto que no era contrario por su naturaleza á la ley eterna, vituperа no obstante, al menos indirectamente, esta condescendencia (1). Tratábase en el fondo de un interés tan considerable para la Religion, que era muy difícil señalar el punto en que era necesario detenerse. El derecho incontestable que la Iglesia tiene de hacer la institucion de sus ministros y de no recibir sino los que sean dignos de su estado, exigia sin duda que esta trabajase cuanto pudiese antes de abandonar á los príncipes una parte que de la Iglesia han recibido, y principalmente antes de tolerar las trabas vergonzosas, que entonces pretendian imponerla respecto de este punto.

Hasta los griegos se mostraron resentidos de las usurpaciones violentas del rey de Germania. El emperador Alejo Comneno envió una embajada honrosa al Papa Pascual cuando supo los indignos tratamientos que este Pontífice habia sufrido del rey Enrique V (2). Despues de haber prodigado mil elogios á los romanos por el celo y valor con que se habian opuesto á este príncipe, les ofrecia su auxilio; añadiendo, que si querian, iria á Roma, ó les enviaria su hijo Juan, á fin de administrar el poder imperial de un modo bien distinto del que usaba el rey su opresor. Aceptaron la propuesta, pero no tuvo resultado alguno; sin duda porque Alejo estaba bastante ocupado en conservar un resto de imperio, cuyos límites le iban estrechando de dia en dia los turcos.

(1) *Ep.* 22.

(1) *Epist.* 237.
(2) *Chron. Cass. lib.* 4, *cap.* 46.

Su desavenencia con los peregrinos armados del Occidente, y la mala fé que se le ha atribuido, verosimilmente con exageracion, no le impedian estar sumiso á la Santa Sede; enviaba con frecuencia regalos á la Iglesia romana, á Monte-Casino y aun á Cluny (1). Empleaba por lo regular una parte del dia en la lectura de los libros santos y en platicar con los doctores piadosos; y su celo por la conversion de los hereges le hacia pasar las noches enteras con ellos para sacarlos de sus estravíos.

Mostráronse los mas obstinados ciertos búlgaros, llamados bogomilos en su idioma, esto es, los que imploran la divina misericordia (2). Semejantes en algunos puntos erróneos á los mesalianos, seguian en el fondo los principios odiosos de Manés, y no eran sino una rama del paulicianismo, que se reproducia bajo una nueva forma. La ficcion y la hipocresía, la perfidia y el perjurio, no les eran menos familiares que á los primeros maniqueos. Alejo, que sabia muy bien fingir, aparentó con su hermano Isaac querer abrazar su doctrina, y mandó que le presentasen su gefe. Era este un médico de edad avanzada, llamado Basilio, de talla, cuerpo y aire magestuoso, rostro macilento, barba poco poblada, aunque venerable por su blancura: vestia el hábito monástico, segun la costumbre establecida entre aquellos artificiosos sectarios. Levantóse el emperador de su silla para recibirle, mandó se sentase á su lado y comiese en su mesa: y despues le dijo, que recibiria todas sus palabras como otros tantos oráculos, si queria encargarse del cuidado de su alma. Basilio, ejercitado en fingir, se resistió por el pronto; pero la astucia herética no siempre está á prueba de los prestigios de la corte, y asi se dejó sorprender por las adulaciones de los dos príncipes que procedian de acuerdo, y les descubrió sin ficcion todos los misterios de su tenebrosa doctrina.

Inmediatamente despues el emperador reunió el senado y el clero; y el herege, viéndose harto convicto para que pudiese negar con fruto, confirmó todo lo dicho, y declaró que estaba pronto á sostenerlo en medio de las llamas y de los mas horribles tormentos. La ceguedad de estos miserables llegaba hasta persuadirse de que nada tenian que temer de los suplicios, y que los ángeles los librarian hasta del mismo fuego. Permaneciendo inflexible Basilio á pesar de las exhortaciones del emperador, que le mandó sacar muchas veces de la prision para amonestarle, fué por último condenado á ser quemado vivo con una multitud de sus discípulos arrestados despues que él; mas entre estos, muchos negaron que fuesen bogomilos. Para conocer con seguridad los que eran culpables, Alejo, fecundo en estratagemas, mandó encender dos grandes hornos, y delante de uno de ellos enarbolar la cruz, que estos hereges miraban con horror. Dirigiendo despues la palabra á los presos, les dijo: «todos sois acusados, y asi id todos al punto al fuego, no sea que algun herege á favor de la mentira evite el castigo que merece. En cuanto á los que se llaman católicos, mejor es que mueran inocentes que no el que vivan con una reputacion que eternizaria el escándalo.» Juzgando los presos que no habia medio alguno de librarse, tomaron cada uno su partido y se dirigieron al horno que denotaba respectivamente su religion. Tocaban ya unos y otros el fuego, y los innumerables espectadores principiaban á murmurar contra el emperador, cuyas miras no conocian, cuando este mandó á los presos que se detuviesen: llenó de elogios á los que habian elegido el horno

(1) Zonar. *lib.* 18, *num.* 20.
(2) *Ib.*

en que estaba la cruz, y los puso en libertad. Perdonó tambien á los otros la vida, pero sin darles libertad; trabajó largo tiempo en su conversion, consiguiéndolo en algunos y dejando á los otros en la cárcel hasta que murieron. Solo el heresiarca Basilio fué condenado á la pena del fuego, y en él dió únicamente pruebas de obstinacion.

Mas adelante tuvo tambien que reducir el emperador á otros paulicianos herederos de las máximas y del espíritu revolucionario de aquellos á quienes Juan Zimisce habia trasportado en otro tiempo desde el Asia á Tracia. Fué necesario emplear las armas contra estos; pero Alejo, luego que fué posible, volvió á su moderacion natural, y á los medios de persuasion, y tuvo la dicha de atraer una multitud á la sana creencia, y aun á algunos de sus gefes. Poco tiempo despues de tan dignas obras murió Alejo, primero de este nombre, en 15 de agosto de 1118, dejando la corona á su hijo Juan Comneno, llamado el hermoso ó Calo-Juan.

Nos quedan de Alejo muchas constituciones ó declaraciones que suministran noticias interesantes acerca de la disciplina y régimen eclesiástico de los orientales de aquel tiempo. En ellas se ve la cantidad con que los fieles contribuian en primicias ú oblaciones anuales en provecho de su obispo. Una aldea de treinta familias daba una pieza de oro, dos de plata, seis medidas de harina, otras tantas de cebada, seis tambien de vino, un carnero y treinta gallinas. La retribucion aumentaba ó disminuia en razon del mayor ó menor número de personas de que constaban las familias. Por conferir las órdenes recibia el obispo siete piezas de oro: una por las órdenes inferiores, tres por el diaconado, y tres por el sacerdocio. Podia el emperador arreglar segun su prudencia (y este poder le habia sido dado por un Concilio) todo lo perteneciente á la eleccion de los obispos y á la disposicion de obispados. Tenia tambien el poder todavía mas singular de erigir los obispados en metrópolis. Por otra parte la visita y la correccion de los monasterios estaban encargadas al patriarca en toda la estension de su jurisdiccion ordinaria. Eran declarados nulos los esponsales contraidos á la edad de siete años, y se exigia para ellos que los contrayentes tuviesen la edad de doce ó catorce años.

No faltan tampoco algunas particularidades notables en las constituciones que la emperatriz Irene, muger de Alejo, dió segun el derecho y uso de los griegos á la comunidad de mugeres que ella habia fundado en Constantinopla. Este monasterio, consagrado á la Virgen nuestra Señora bajo el nombre de *Llena de Gracia*, debia tener veinticuatro religiosas, número que podia subir hasta cuarenta si las rentas fueran en aumento. Gozaba de una completa esencion respecto del emperador, y aun del patriarca, y en general de todo poder eclesiástico y secular; pero respetaba principalmente bajo el título de protectora á la emperatriz Irene, á quien despues de su muerte debia reemplazar en esta cualidad una princesa de su familia. No tenia mas que un padre espiritual ó director, dos capellanes sacerdotes y un mayordomo para los negocios de fuera, y todos cuatro debian ser eunucos. Todas las religiosas dormian en un aposento comun, á la vista unas de otras; trabajaban tambien todas juntas, y una leia durante la labor. Ninguna tenia cosa alguna propia, y la pobreza evangélica era rigurosamente observada. Sin embargo, si una princesa de la sangre tomaba el velo en aquella casa, no estaba obligada á la observancia de la regla tan estrechamente como las demas. Para todas en general la clausura era menos severa que en estos últimos tiempos: las mugeres, especialmente las parientas cercanas, podian entrar en

lo interior del monasterio; y los hombres hablaban junto á la puerta á la religiosa á quien hacian llamar y esta acudia acompañada de una anciana. Las que eran de una esperimentada virtud podian salir en ciertas ocasiones, como por ejemplo, cuando sus padres estaban enfermos.

La iglesia de Jerusalen iba adquiriendo de dia en dia una nueva prerogativa, porque los gefes del principal Estado de los latinos en Oriente, y los Papas solicitados de contínuo por ellos, creian ser poco todo lo que concediesen para el esplendor de una iglesia tan maravillosamente libertada del yugo de los infieles, y mirada como el precio inestimable y el término afortunado de tantos peligros. Habiendo el rey Balduino, sucesor de Godofredo, pedido al Papa Pascual que todas las ciudades y provincias que pudiese conquistar quedasen sometidas á la jurisdiccion del patriarca de Jerusalen, no tuvo el Papa dificultad alguna en concederlo, bien que suponiendo la imposibilidad de conocer los límites respectivos de los antiguos distritos, confundidos por la larga tiranía de los musulmanes (1). Balduino y Gibelino, que era entonces patriarca, procedieron á una ejecucion absoluta, como si no tuviese la bula cláusula alguna de escepcion; y esta fué la causa por qué Bernardo, patriarca de Antioquía, se quejó al Papa, el cual entonces escluyó formalmente de la concesion las iglesias cuyos límites permanecian ciertos y conocidos, ordenando en cuanto á estas que prevaleciese la antigua posesion (1113) (2).

Gibelino, arzobispo de Arlés, habia sido enviado á Jerusalen en calidad de legado, para restablecer el órden gerárquico en aquella primera Silla, de la que el patriarca Daimberto habia sido espulsado sin causa por la violencia del rey Balduino y las maniobras del arcediano Arnulfo ó Arnoldo. Con este motivo acudió Daimberto con sus quejas á Roma, y habiendo conseguido justicia le mandaron volver á ocupar su Silla; pero puesto en camino murió en Sicilia (1107). Antes de su muerte y tan luego como fué espulsado, le habian dado en Jerusalen un sucesor llamado Ebremar, y á este intruso, hombre ignorante é instrumento pasivo de la ambicion refinada de Arnulfo, le depuso el legado Gibelino con los obispos de Palestina. Cuando se trató luego de elegir un patriarca legítimo, todos los votos se reunieron á favor del legado. Se dice que tambien fué esto un efecto de las intrigas de Arnulfo, que encumbrando á la Silla patriarcal á un viejo casi decrépito, se preparaba los medios de ascender él mismo muy en breve á esta dignidad; y en efecto, muerto Gibelino en el año de 1112, el ambicioso y vicioslsimo arcediano llegó por último á ser patriarca.

En el año anterior habia muerto en la Pulla Boemundo, príncipe de Antioquía, estando á punto de volverse al Oriente. Era este el segundo viaje que verificaba á Europa á fin de alentar mas y mas á los héroes cristianos á que fuesen á recojer la rica cosecha de gloria, los grandes dominios y los principados que les aguardaban, segun les decia, en Asia. Llegó hasta Francia en su primera mision, donde recorrió todas las ciudades de alguna consideracion, siendo recibido por el clero y por los pueblos con una especie de veneracion religiosa (1). Regalaba á las iglesias reliquias insignes que se habian recobrado en el Oriente, diferentes porciones de un rico botin, vestidos de seda, piezas de púrpura, armaduras célebres y muebles curiosos y únicos en su clase. En Chartres y en Poitiers, subió á

(1) *Pasch. II, ep.* 18.
(2) *Epist.* 28.

(1) Guill. Tyr. *lib.* 11, *cap.* 2.

una tribuna, enumeró las batallas en que se habia hallado, y con la pintura de sus ventajas ó de sus riesgos escitó la esperanza de llegar, imitándole, á la soberanía, ó el noble deseo de reprimir la audacia y orgullo impío y de los infieles. Como Limosino colgó unas cadenas de plata en el sepulcro de San Leonardo, en reconocimiento, segun decia, de haberse libertado de la esclavitud por su invocacion.

Difundió Boemundo por todas partes el heroismo y entusiasmo que respiraba : muchos tomaron la cruz y emprendieron el viaje de ultramar con el mismo júbilo que si cada uno estuviese seguro de ir á tomar posesion de un trono, ó de hallar allí abierta la puerta del cielo. Todo el mundo salia al encuentro por donde quiera que iba Boemundo: los obispos y los abades disputaban sobre quién habia de ser el primero en recibirle y en detenerle mas tiempo consigo; y los señores le rogaban que fuese el padrino de sus hijos. El rey Felipe, que vivia aun, le dió en matrimonio (1106) á su hija Constanza, que habia tenido de su esposa la reina Berta, y le concedió á Cecilia, hija de su matrimonio adulterino con Bertrada, para su primo ó sobrino Tancredo, regente en su ausencia del principado de Antioquía. No recogió Boemundo los frutos que podia esperar de su viaje á Europa, porque espiró antes de volver al Asia, dejando un hijo demasiado jóven para gobernar un Estado cuya defensa exigia un héroe, razon por que el valiente Tancredo fué declarado príncipe de Antioquía ; pero no sobrevivió á su tio mas que un año.

En Jerusalen, la conducta del rey Balduino fué tal, cual podia esperarse de un príncipe gobernado por un obispo disoluto; porque si la vida de Arnulfo habia sido escandalosa en la clase inferior de arcediano, cuando se vió patriarca no guardó límites algunos. No se avengonzó de despojar á su iglesia de los bienes adquiridos á costa de la mas preciosa sangre de los cristianos, para adjudicarlos á personas de su familia. Para casar á una de sus sobrinas con Eustaquio, señor de Sidon y Cesarea, la dió en dote Jericó y sus dependencias, que eran la mejor posesion de la iglesia patriarcal. Balduino, gobernado por este prelado sin freno, y aunque casado legitimamente, solicitó como si estuviera libre la alianza de Adelaida, condesa de Sicilia, viuda del conde Rogerio, hermano del célebre Roberto Guiscard, y tia de Boemundo, familia ilustre, cuya venganza provocaba con la avaricia y la supercheria mas insultante. Pero estaba tan exhausto su erario que tocaba ya en la miseria; y la condesa regenta de Sicilia, que reunia al deseo de grandes títulos el de los grandes tesoros, habia acumulado sumas inmensas. Era su flaco principal la ambicion de elevarse, y no fué difícil ganarla para un matrimonio que la hacia reina. Al punto que se lo propusieron consintió sin mas exámen, y se puso precipitadamente en camino para Palestina, donde con su corazon llevó tambien su dinero (1113), y se casó con Balduino, ignorando, segun se dice, que viviese todavia la muger de este que él habia alejado de allí. Cuatro años despues, á consecuencia de una órden del Papa, tuvo Arnoldo ó Arnulfo que anular este último matrimonio, y Adelaida fué despedida justamente por su esposo sacrílego, el cual no tuvo escrúpulo en quedarse con los tesoros que le habia llevado. Murió por fin Balduino al año siguiente 1118, siendo su sucesor en el reino Balduino del Burgo, pariente suyo, á quien habia cedido el condado de Edesa cuando se encumbró á la dignidad Real. Murió tambien en el mismo año el Patriarca Arnulfo, y le sucedió Gormundo, natural de Pequigny en la diócesis de Amiens. Estos nuevos gefes del Estado y del sacerdocio en Oriente tenian las cualida-

des mas á propósito para hacer olvidar el desenfreno é ignominia de sus predecesores.

Si las continuas emigraciones de Europa llevaban muchos vicios al Oriente y muchísimos escesos capaces de escandalizar á los infieles, tambien ofrecian á menudo virtudes tan inaccesibles bajo todos concepetos á la corrupcion á que arrastra el tumulto de las armas, como dignas del primer móvil que las habia puesto en accion. Así se mostró Eustaquio, conde de Bolonia, á quien se habia invitado á tomar la corona de Jerusalen, que ya se habian ceñido sus dos hermanos Godofredo y Balduino I (1). Aunque á su pesar, habíase puesto en camino para este efecto; pero habiendo sabido en él que estaba ya coronado Balduino de Burgo, «Dios me libre, dijo al punto, de llevar la discordia á un reino que mi familia ha establecido sobre la paz de Jesucristo, y por el que mis hermanos de eterna memoria han derramado su sangre;» y sin detenerse, por mas que se le dijo, regresó á su casa.

Mientras la Europa cristiana, y en especial la Francia, llamada tan justamente el reino de los cristianos, seguia aumentando sus esfuerzos en favor del Oriente, hubo tambien hombres llenos del espíritu de Dios y comparables á los antiguos Patriarcas que se esforzaban por todas partes y á un mismo tiempo en repoblarla de Santos de uno y otro sexo. A ejemplo de Roberto de Arbrisel, sus discípulos Bernardo de Abbeville, Vidal de Mortain y Raoul de la Fustaye, hicieron conversiones innumerables con el santo fervor de su elocuencia, y mucho mas aun con el ejemplo maravilloso de su abnegacion y de su vida enteramente angelical. Despues de haber adquirido en la soledad las verdades eternas y la uncion del Espíritu Divino, salian de ella como otros tantos Elías ó Juanes Bautistas, y se dispersaban por los lugares habitados de todas la provincias, caminando con los pies descalzos, comiendo pan de avena ó legumbres groseras, bebiendo muy rara vez vino, y no tomando mas que el descanso necesario á la naturaleza sobre un poco de paja. Tras sí arrastraban numerosa multitud de personas de todo sexo, de todas edades y condiciones, clérigos, legos, mugeres casadas, viudas y doncellas. Muchos luego que los escuchaban, rehusaban tornar á separarse de ellos; y practicaban á porfía la austera penitencia de que les presentaban el modelo en sus propias personas.

A fin de prevenir los desórdenes que podian introducirse entre personas de diferente sexo, y para confundir las sospechas que bien pronto afectó la malignidad, buscó Roberto un retiro proporcionado para fijar á sus oyentes que mas asistian, con separacion absoluta de los dos sexos (1). Descubrió en los confines de Anjou y del Poitou una tierra toda cubierta de espinas y abrojos, que bien pronto obtuvo de los propietarios: en ella levantó por el pronto cabañas, un oratorio, y un buen cercado de que rodeó la habitacion de las mugeres destinadas principalmente á la oracion. Los hombres ocupados en trabajar para la comunidad, y los clérigos empleados en el oficio divino, vivian juntos con perfecta concordia y con ejemplar modestia; y no se daban otro nombre que el de pobres de Jesucristo, porque efectivamente no vivieron al principio sino de lo que les remitian voluntariamente los caritativos vecinos, no obstante que muy en breve les dieron tierras con que proporcionarse la abundancia. Pedro, obispo de Poitiers, protegió este establecimiento, y el Pontífice Pascual le confirmó (1106), reservando al obispo la debida

(1) Guill. Tyr. *lib.* 13, *cap.* 3.

(1) *Vit. cap.* 3, *ap.* Bolland. 25. *Febr.*

reverencia, esto es, segun el estilo del tiempo, dejándole sometido á la jurisdiccion episcopal (1).

Aumentábase indeciblemente el número de personas que abrazaban este instituto, y deseando Roberto dar á su institucion la estabilidad conveniente, consiguió levantar en Fontevrault dos grandes monasterios, uno para los hombres y el principal para las mugeres, á quienes concedió toda la autoridad. Poco despues fué necesario establecer otros en muchas provincias por el modelo de este y bajo su dependencia. Presentábanse á millares los prosélitos, y el caritativo fundador á ninguno desechaba; pecadores y pecadoras públicas, hasta leprosos, nobleza y populacho, todo le era igual con tal que tuviesen afecto sincero de penitencia, y se sometiesen á los sábios reglamentos que dió para evitar la comunicacion contagiosa tanto de los cuerpos como de las almas.

Entre las personas ilustres que tomaron el velo, cuéntase á la célebre Bertrada, que convirtió su palacio de la alta Bruyera, diócesis de Chartres, en casa de penitencia, donde no omitió nada de cuanto fué necesario para reparar el escándalo de su matrimonio adulterino (1115). La primera abadesa de Fontevraul fué Petronila de Craon-Chemillé, á la que eligieron no tanto por su ilustre nacimiento como por su inteligencia y esperiencia en los negocios, porque juzgaron que una muger acostumbrada en el mundo á observar los hombres y las circunstancias, seria mas al caso para un gobierno tan dilatado y tan complicado, que una doncella encerrada desde su primera juventud y ejercitada tan solo en cantar salmos ó en meditar las verdades del Evangelio. En la dependencia en que el bienaventurado Roberto puso á los religiosos con respecto á las religiosas, señaló á estas por modelo á la Madre de Dios, y á aquellos á San Juan Evangelista que recibió órden de Jesus, muriendo en la cruz, de mirar á Maria como su madre. Quiso en consecuencia que todas las iglesias de su órden se consagrasen á la Santísima Virgen María con un oratorio en honor de San Juan.

Roberto no tomó nunca el dictado de abad, ni de don ó de señor; pero no dejó de gobernar por sí mismo su órden, hasta que debilitadas sus fuerzas con los trabajos y las austeridades, cayó en una enfermedad que le hizo presentir su último fin; y hasta entonces tampoco nombraron abadesa ó superiora general de Fontevrault á Petronila. Sin embargo del estado de decadencia de su salud, todavía pasó Roberto desde Fontevrault á Chartres, á restablecer la paz entre el conde y los canónigos, que le llamaban en auxilio de aquella iglesia desolada. Despues de haberlos reconciliado efectivamente y contra toda esperanza, su infatigable caridad le llevó hasta Berri á su monasterio de Oursan, donde murió en 25 de febrero de 1117.

Se han empeñado algunos en denigrar ó ridiculizar el celo de este hombre apostólico para con el sexo femenino; pero los avisos que le dieron algunas personas de consideracion, como Marbodo, obispo de Rennes, y Geofredo, abad de Vandoma, no exigen respuesta, porque no estriban sino en esos discursos vagos é inciertos rumores que la malignidad ha esparcido en todos tiempos, aun contra los directores mas irreprensibles, y asi no aminoraron en nada el aprecio que hacian de aquel hombre estraordinario. No necesitan los detractores de toda santidad pretestos mas plausibles para que se esciten sus necias y sacrílegas ironías; y por lo mismo no intentaremos tampoco contestar á esta clase de gentes, siendo nuestro objeto la conviccion de las almas religiosas, y no la estéril confusion de los blasfemos.

(1) *Gall. Christ. tom. 4, pag. 409.*

Las turbulencias que Roberto de Arbrisel estinguió en la iglesia de Chartres, eran efecto de la oposicion del conde á la instalacion de Geofredo, juzgado canónicamente digno de suceder á Ivon. Este santo y sábio prelado, que habia sido mucho tiempo la gloria de la Iglesia de Francia, murió segun el Martirologio de su catedral en 23 de diciembre de 1116. Dejaron una impresion tan duradera la veneracion y las pruebas de sus virtudes, que el Papa San Pio V en el siglo XVI permitió á los canónigos de Letran el que le diesen culto público. Los monumentos que nos quedan de su doctrina dan inmortal testimonio de su incomparable superioridad, por lo menos sobre los canonistas de su siglo. Firme y moderado á un mismo tiempo en su celo, defendió con valor los derechos del sacerdocio, sin ofender nunca los de la corona. Hablando á favor de las verdaderas libertades de la Iglesia en el punto de las investiduras tan mal entendido por otros, su ingenio exacto y penetrante hizo la debida distincion entre el abuso y la cosa, y entre una dispensa concedida con prudencia y sabiduría, y una cobarde connivencia. Ademas del decreto de Ivon de Chartres tenemos gran número de cartas suyas, preciosos monumentos de la disciplina eclesiástica y de la historia de su tiempo.

San Bernardo de Abbeville, mas frecuentemente llamado San Bernardo de Tiron, tomó este nombre de la célebre abadía que fundó en la Percha. Aplicóse primeramente á las ciencias con mucho fruto este insigne varon; y despues, estimulado del deseo de una vida mas perfecta, abandonó su familia que vivia en Ponthieu, y se retiró al monasterio de San Cipriano en Poitou, donde no tardó en adquirir por sus virtudes una estimacion, que á pesar de su repugnancia hizo recaer en él el gobierno de la casa con el título de abad. Pero Ponce, abad de Cluny, que se arrogaba fastuosamente el título de archi-abad, queriendo sujetar la abadía de San Cipriano, dió bien pronto ocasion á Bernardo para satisfacer su modestia, abdicando la dignidad bajo el pretesto de no dejar menoscabar los derechos de una institucion libre hasta su tiempo. Asocióse entonces á los trabajos apostólicos de Roberto de Arbrisel y fué á predicar á Normandía, combatiendo con toda la intrepidez necesaria el amancebamiento de los clérigos que allí se casaban descaradamente. Corrieron entretanto sus religiosos á buscarle con cartas del obispo de Poitiers, y le rogaron que pasase á defender sus inmunidades á Roma, cuyo penoso viaje le fué preciso emprender hasta dos veces por la obstinada insistencia de los monges, ó mas bien del abad de Cluny, yendo las dos veces en un asno y con un mal vestido de ermitaño, y por dos veces el humilde mediador triunfó del fausto y opulencia intrigante del pretendido abad de los abades. En recompensa pidió al Papa permiso para dejar su cargo, lo que obtuvo con mucho trabajo y con el objeto de continuar sus tareas apostólicas.

Por fin, algunos discípulos fervorosos que de nuevo se unieron á él, le obligaron á edificar su monasterio de Tiron en la tierra que les dió Rotrou, conde de Percha (1), é inmediatamente se trasladaron á él en gran número. Estos hombres, muertos enteramente al mundo, no conservaron nada de los usos del tiempo y de los lugares, ni aun del vestido ó del color adoptado por los otros monges. Estaban vestidos de un paño tosco, de pelo largo y un color gris ahumado, y de una forma rara y enteramente desconocida en el país. Algunas gentes de la comarca se figuraron, y bien pronto se estendió la voz, de que eran sarracenos que habian ido por

(1) *Vit. S. Bern. Tir. cap. 7.*

subterráneos ignorados para asolar la provincia, y en consecuencia de esta idea fueron á observarlos diferentes veces y en varias horas del dia y de la noche; pero habiendo advertido que no hacian ni torres, ni murallas, sino celdillas de solitarios, y que no se ocupaban mas que en la oracion y en cantar salmos, la desconfianza y los temores se convirtieron en veneracion. Mas ni aun aquí los dejaron tranquilos los monges de Cluny, porque pretendieron que el priorato de Nogent tenia derechos sobre aquel terreno, lo cual obligó á Bernardo, mas bien que á entrar en una disputa, á abandonarle con los edificios construidos y á volver á edificar cerca de allí, en una tierra que le dieron los canónigos de Chartres.

Tal fué el origen de la congregacion de Tiron, que en poco tiempo contó hasta cien celdas ó prioratos de monges bajo su dependencia. A los tres años de su fundacion, se vió Bernardo con quinientos discípulos, de los cuales conservó trescientos junto á sí, y repartió los demas por diferentes casas á doce en cada una. Su reputacion se esparció por toda la estension de las Galias, y aun llegó á las provincias ultramarinas, de suerte que el rey de Inglaterra y el de Escocia, igualmente que el de Francia, el duque de Aquitania, el conde de Anjou, los de Glocester y Warwik, y una infinidad de ilustres personages le hicieron como á porfía regalos, y le rindieron grandes honores. Algunos fueron en persona á visitarle y admirar sus raras virtudes; sin embargo, nunca abandonó su modestia, ni mitigó sus austeridades admirables, ni aun en su última hora. Murió en Tiron el 14 de abril de 1117.

Vidal de Mortain, otro compañero de Roberto en la vida regular y en las funciones apostólicas, habia sido al principio capellan de Roberto, conde de Mortain, y canónigo de San Evroul de la misma ciudad; y despues de haber trabajado con fruto en la salvacion de los fieles, se dedicó al perfeccionamiento de las almas inspiradas de una gracia particular. Apenas se habia establecido con Bernardo de Tiron en la isla de Chausey en la costa de Normandía, cuando llegaron unos piratas que robaron la capilla, y profanaron los vasos sagrados con tal impiedad, que le llenó de un indecible horror, por lo que huyó de allí como de un lugar de maldicion, y se retiró á la selva de Savigni en el continente, donde poco despues por las liberalidades del conde de Fougeres edificó un monasterio considerable, en que con las observancias conocidas en Europa estableció los usos de una austeridad en todo particular, y en poco tiempo la reputacion de Savigni movió á un gran número de prioratos y abadías á abrazar esta reforma.

Raoul de la Fustaye, compañero tambien de Roberto de Arbrisel, se consagró principalmente á la direccion de las mugeres, y logró que el conde Alain-Fergeant fundase en la ciudad de Rennes el rico monasterio de San Sulpicio, del que fué la primera abadesa la princesa María. Fulco, conde de Angers y de Mans, estableció bien pronto junto al rio Mayne el priorato de la Fuente de San Martin, y á su ejemplo otros varios señores fundaron tambien muchas casas que dependieron de San Sulpicio.

Por mas que se estendiese la fama de tantas instituciones piadosas, ninguna produjo frutos de salud mas abundantes, ó por lo menos mas duraderos, que la del Cister desde el tiempo de San Bernardo de quien ha tomado el nombre (1). Sin embargo, no hacia mas de quince años que se habia establecido (1098) y estaba reducida todavia al pequeño número de aquellos primeros celosos varones con que empezó. Los que veian un

(1) *Exord. Cist. cap.* 10 *et seq.*

modo de vivir tan estraordinario, y aun los que solo oian hablar de él, la miraban como una empresa superior á las fuerzas humanas en que el fervor mismo de sus fundadores no dejaria de desfallecer. San Roberto, primer abad de Molemo (1075) en la diócesis de Langres, no habia preferido á este establecimiento ventajoso los pantanos incultos del Cister, de donde fué instituido abad por el obispo de Chalons, sino para hacer florecer aqui sin ninguna alteracion la regla de San Benito y toda la perfeccion de los primeros cenobitas; pero llamado de nuevo á Molemo por aquellos mismos monges que le habian reducido á abandonarlos por no querer admitir la reforma, y obligado á volver por el Sumo Pontífice, dejó en el Cister veinte religiosos que habian hecho voto de estabilidad, y que eligieron por abad al bienaventurado Alberico.

El espíritu de Roberto se quedó entre ellos, á pesar de su ausencia, y asi proscribieron todas las relajaciones que el regalo ó la vanidad habian sustituido á los puntos de la regla y á los usos primitivos. Las pellicas, las caperuzas, las capillas y toda superfluidad en los vestidos; las telas finas en las camas y en las demas ropas, el guisado de los manjares hecho con manteca, se reputaron prácticas contrarias á la regla antigua, y aun se desterró del culto divino todo lo que tenia visos de opulencia, como los vasos magníficos de oro ó de plata, la seda y los bordados. Considerando tambien que en la antigua distribucion de los bienes eclesiásticos en cuatro partes, no habian sido comprendidos los monges que podian vivir con su trabajo cultivando algunas tierras y manteniendo en ellas rebaños, no quisieron recibir diezmos, ni altares dotados, ni aldeas, ni siervos, ni molinos feudales (1), esceptuando solo las tierras lejanas de la habitacion de los hombres para poner en aquella especie de cortijos ó granjas hermanos conversos y no monges, los cuales no debian respirar sino el aire del claustro; de donde se infiere que estos hermanos no eran propiamente monges, y asi llevaban la barba larga como señal de no ser destinados á la clericatura, de lo cual les vino el nombre de hermanos barbones ó barbudos. La separacion del mundo y de la disipacion fué en el Cister, del mismo modo que entre los primeros discípulos de San Benito, el artículo mas esencial, de modo que se resolvió no fundar monasterios sino lejos de las ciudades y de las aldeas, no tener en cada casa mas que doce monges con el abad, y no permitir que las mugeres pusiesen los pies en sus iglesias. No obstante, se hizo una variedad en una de las prácticas de San Benito, que fué la de llevar hábito blanco; pero se hizo por mandato de la Madre de Dios, segun es tradicion en la órden, y como símbolo de un ofrecimiento especial á esta Reina de las vírgenes. Las murmuraciones que por tan pequeña causa se suscitaron entre los demas monges, dieron á la austeridad del nuevo instituto un aspecto aún mas desagradable en la estimacion general.

Para triunfar de esta equivocada opinion, era necesario un hombre dotado de aquel ascendiente de ingenio, á cuyo imperio todos los demas hombres se someten de un modo como irresistible. En tanto que en el Cister lloraban delante de Dios por causa del corto número de sus hijos, pidiéndole una santa fecundidad, la Providencia preparaba á esta casa en el jóven Bernardo, nacido cerca de Dijón en el pueblo de Fontaine, aquel niño estraordinario que debia ser padre de tantos monges. Era hijo de Tescelino, señor del lugar, y de Aletha, de la casa de Montbard, uno y otra tan distinguidos por sus virtudes como por su clase y familia, que era de las mas ilustres de la Bor-

(1) *C.* 13.

goña. Aletha en especial miraba con una fé tan viva todas las obligaciones de una madre cristiana, que habiéndola dado el cielo siete hijos, seis de ellos varones, quiso criarlos por sí misma temiendo que tomasen con una leche estraña algunas semillas de corrupcion capaces de infestar el tierno depósito que la confiaba el Criador. Advertida por un hombre piadoso que pareció tener espíritu de profecía, de que Bernardo, el tercero de sus hijos, estaba destinado á servir con mucha utilidad á la Iglesia, puso un cuidado muy particular en su educacion, y sin perder tiempo alguno le dedicó á los estudios, en los que no tardó en anunciar toda la estension y claridad de sus talentos. Sus costumbres y modales le hacian todavia mas apreciable. Tenia estremado horror á los placeres peligrosos de su edad, daba á los pobres todo el dinero que podia haber, amaba el retiro y la oracion, hablaba poco y reflexionaba mucho, sin que su reserva tuviese nada de incivil; pues al contrario, se manifestaba en todas ocasiones dulce, cortés, afable y modesto en sumo grado. Su madre veia con el mayor gusto aumentarse tantas felices disposiciones en el corazon de este niño precioso, cuando la muerte la arrebató, teniendo Bernardo unos catorce años de edad.

Poco despues entró en el mundo que no podia menos de sonreirle y poner á su inocencia lazos tanto mas peligrosos, cuanto á las buenas cualidades del alma unia los atractivos de la buena figura (1). Una dama, en cuya casa se alojó un dia, le cobró una pasion tan viva, que ella misma le allanaba todos los obstáculos del crímen; pero no hizo mas que escitar su execracion, pues Bernardo dió tan grande grito de sobresalto como si se hubiese encontrado con un ladron dispuesto á robarle un tesoro mas precioso que su vida. Hacia tanto aprecio de esta virtud angélica, que habiendo otro dia mirado con demasiada atencion á una muger fué inmediatamente á meterse en un estanque helado, donde permaneció hasta que hubo extinguido la última chispa de la llama encendida por su imprudencia; y conociendo que su corazon era naturalmente afectuoso, hizo desde entonces un pacto irrevocable con sus ojos de no mirar de frente á ninguna muger.

Los escollos de que veia lleno el mundo le inspiraron el designio de ocultarse de él, y no encontró asilo mas seguro que el Cister. La regularidad y la austeridad de aquella nueva observancia, que eran para todos una causa de desvío, tuvieron para él un atractivo irresistible. Habiendo tomado decididamente, aunque en secreto, la resolucion de abrazarla, sus hermanos y los amigos que lo llegaron á entender, no omitieron medio alguno para desviarle de este pensamiento, y consiguieron por el pronto trastornarle; pero el recuerdo de su santa madre reanimó su flaqueza: se la representaba como indignada de su cobardía, y reconviniéndole con los cuidados de una educacion que no habia tenido otro objeto que el servicio del Señor. Ocupado enteramente de esta idea entró en una iglesia y se puso á orar deshecho en lágrimas: á los pocos momentos se sintió de tal modo fortificado en su primer designio, que trabajó inmediatamente en inspirarle á los demas, empezando por las personas que á él se habian manifestado mas opuestas.

La elocuencia patética y persuasiva que le era natural, con la uncion de la gracia que destilaba de sus labios, triunfó muy pronto de los mayores obstáculos. Todos sus hermanos, á escepcion del mas jóven que dejó para consuelo de su padre en su vejez, y aun su tio Guilderico de Tuillon, señor poderoso y no menos celebrado por su madu-

(1) Guill. *Vit. S. Bernard. lib. 1, cap. 2 et 3.*

rez en la conducta que por su valor, fueron casi tan pronto vencidos como invitados. Las riquezas y las grandezas fantásticas del siglo, la quimera todavía mas imponente de los temores y de las esperanzas humanas, fueron holladas valerosamente, y no sirvieron de obstáculo los lazos mas tiernos á que algunos se hallaban sujetos. La afligida esposa del hermano mayor convirtió bien pronto su desconsuelo y sus lágrimas en emulacion, y se consagró tambien al Señor. Además de sus parientes, ganó Bernardo multitud de amigos ilustres, entre los cuales, Hugo, de la casa de Macon, fué el que al principio dió mas que hacer á su celo, pero que luego manifestó mas ánimo en la perseverancia de su vocacion, é hizo tan rápidos progresos en la carrera de todas las virtudes, que fué instituido primer abad de Pontigni, de donde mereció ser elevado á la Silla episcopal de Auxerre. En fin, las conquistas religiosas de Bernardo fueron tan ruidosas y en tan grande número, que las madres ocultaban á sus hijos por temor de que le siguiesen, y las mugeres impedian á sus maridos que le hablasen. De este modo aun antes de entrar en el Cister habia reunido ya mas de treinta prosélitos, la mayor parte de ilustre nacimiento.

Como muchos de ellos tenian negocios que terminar antes de dejar el mundo, su prudente gefe, temiendo que se resfriase su fervor, les persuadió á vivir entretanto juntos en Chatillon del Sena, en una misma casa, que fué como el primer noviciado bajo el hábito secular. Despues de pasados seis meses de este modo, rotos ya todos los lazos, y llegado el momento de consumar su sacrificio, marcharon todos juntos al Cister (1113). Antes de esto pasaron los cinco hermanos á la casa paterna á pedir la bendicion de su padre; y Guido, el mayor de la familia, viendo al salir al mas jóven llamado Nivard jugando en la calle con otros niños de su tiempo: «hermanito mio, le dijo, tú quedas único heredero, porque nosotros te dejamos todos nuestros bienes.»—«Bien sabeis lo que haceis, respondió el niño; los bienes del cielo para vosotros, y los de la tierra para mí: ¡buena igualdad por cierto en la particion!» Nivard quedó no obstante con su padre hasta que estuvo en edad de consagrarse al Señor; pero entonces ni parientes ni amigos pudieron impedirle que fuese á reunirse con sus hermanos. Su hermana Humbelina y Tescelino su padre abrazaron tambien despues el estado monástico.

El bienaventurado Alberico, abad del Cister, habia muerto ya hacia cuatro años, y habiéndole sobrevivido poco tiempo San Roberto en el gobierno de Molemo, que le habian obligado á tomar de nuevo, Esteban, sucesor de Alberico, se hallaba abandonado á sus propios consejos en la escasez de individuos que continuaba sufriendo el nuevo instituto, cuando Bernardo, al frente de su numerosa y floreciente recluta, llegó en el año de 1113, á los veintidos de su edad, á pedirle la gracia de hacer bajo su mando la guerra á los vicios y á las vanidades del mundo, y fué recibido como un ángel del cielo, enviado para la prosperidad de aquel establecimiento.

El aprendiz de la vida religiosa fué bien pronto el modelo de todos; pero aunque fueron grandes sus progresos en los primeros pasos, jamás aflojó en su marcha. Si el peso de una carne corruptible cargaba alguna vez al espíritu, para hacer á este recobrar su fuerza le bastaba traer á la memoria los motivos de su retiro por medio de estas pocas palabras: *Bernardo, ¿á qué has venido aquí?* Nada le era gravoso á escepcion del cuidado que se le hacia tomar de su cuerpo; y en especial la mesa le parecia el mas penoso de todos los ejercicios. La guarda de los sentidos, los ojos en par-

ticular, era tal en él, que al cabo de un año de noviciado ignoraba si el cuarto donde le habia pasado estaba embovedado ó á cielo raso, ó si era un simple techo de tablas. Ni la delicadeza de su complexion, ni las grandes incomodidades causadas por la abstinencia le hicieron jamás aflojar en la observancia regular; y si alguna vez sus fuerzas no le permitian entregarse á los trabajos mas pesados, compensaba con la humildad el mérito de la mortificacion, reservando para sí los ejercicios mas viles y despreciables. Sus devotas conversaciones, y aun mas sus ejemplos, inspiraron el mismo espíritu á todos sus compañeros.

El Cister, tan largo tiempo estéril, debia sin duda adquirir una dichosa fecundidad con unos frutos de tanta edificacion. En menos de tres años se hizo madre de cuatro hijas, que lo fueron despues de otras muchas. En el mismo año del retiro de San Bernardo, para dar asilo á los pretendientes que seguian en tropel sus huellas, fué establecida la abadía de la Ferté en la diócesis de Chalons del Saona, por las liberalidades de dos señores del pais, llamados Goderico y Guillelmo. Hildeberto, canónigo de Auxerre, fundó en el año siguiente otra abadía llamada de Pontigni, en una tierra de este nombre que le pertenecia en Champaña junto á los confines de la Borgoña; y en fin, al tercer año de la feliz llegada de Bernardo se vió fundar en Langres casi á un mismo tiempo las dos abadías de Claraval y de Morimon (1115).

La tierra dada por Hugo, conde de Champaña, para edificar en ella la abadía de Claraval, se llamaba antes el Valle de Ajenjo, y tomó con razon el nombre de Valle Ilustre (*Clara Vallis*); pero este esplendor fué todo evangélico, porque en los principios no tuvo el brillo arrogante del siglo, ni el regalo de los sentidos. Bernardo, que no tenia mas que veinte y cuatro años de edad y uno de profesion, fué su primer abad, y bajo un gefe jóven que habia concebido tanto horror al mundo, y que respiraba todavía todo el heroismo de su primer sacrificio, los edificios, los vestidos, la mesa, todo tomó el gusto y aspecto de la pobreza y de la abnegacion. Él mismo estaba tan pobremente vestido, y además tan desfigurado por las austeridades, que habiendo ido á Chalons á recibir la bendicion abacial del obispo de aquella Silla por estar enfermo el de Langres, todos le estaban viendo y preguntaban donde estaba el abad.

De Claraval, que era al principio pobre en estremo, hizo una perfecta imágen de la Tebaida: los nuevos solitarios se mantenian con pan mezclado de cebada, algarroba y mijo, y comunmente se veian reducidos á cocer hojas de haya para hacer su potage. Todo esto afectó, hasta hacerle derramar lágrimas, á un monge estrangero que pasó por allí, y se llevó un pedazo de aquel pan para manifestarle á todo el mundo, y comunicar así á los mas indiferentes la admiracion que le habia causado el espectáculo de una austeridad tan estraordinaria en sugetos de un mérito tan singular. Tenian repartido todo el dia entre la oracion y el trabajo de manos, el que desempeñaban con el mas profundo silencio; y cuando la calma de la noche habia sucedido por todas partes al ruido y al tumulto, entonces era cuando ellos hacian resonar con mas aparato los lamentos de su compuncion y las alabanzas divinas. La mayor parte de la noche la pasaban en este ejercicio angélico, y no concedian algunas horas al sueño, sino deplorando la humana flaqueza que los precisaba á tan penosa condescendencia.

El santo abad especialmente casi no tomaba reposo alguno, mirando como un tiempo perdido todo aquel que se veia precisado á conceder al sueño, y de este modo

pudo proporcionarse tiempo para adquirir aquella profunda doctrina, aquella tierna y patética elocuencia, y aquella hermosura de diccion que en un tiempo todavía bárbaro le igualaron á los doctores de la edad mas floreciente. En todos los momentos que tenia libres, estaba continuamente aplicado á orar, ó á leer y meditar; pero aunque leyese con humildad los escritos de los Padres y de los intérpretes, lo que él estudiaba principalmente era la Sagrada Escritura en su mismo testo, leyéndola y releyéndola muchas veces de seguida; y penetrado enteramente de aquellas nociones celestiales, las meditaba despues durante el trabajo, en medio del campo y de los bosques, por lo que solia decir que sus maestros habian sido las hayas y las encinas.

Guillelmo de Champeaux, obispo entónces de Chalons, fué el primero que supo apreciar, ó por lo menos hacer recomendable al ilustre abad de Claraval; pues desde el primer instante que le vió para darle la consagracion abacial, se sintió penetrado de veneracion hácia él, y desde entonces permanecieron siempre los dos unidos en estrecha amistad (1). La estimacion de tan gran prelado atrajo bien pronto al nuevo abad la de toda la provincia de Reims, y despues la de toda la Francia. Guillelmo nacido en Brie en el lugar de Champeaux, cuyo nombre tomó segun la costumbre de aquel tiempo, no ilustró menos su patria por su eminente piedad que por su habilidad en las ciencias y su celebridad en las escuelas: enseñó largo tiempo la retórica, la dialéctica y la teología á gran número de discípulos atraidos á París de todas las regiones. Los celos y la presuncion de uno de ellos, llamado Pedro Abelardo, y las ventajas que este alcanzó contra el sistema de tanta importancia entonces de la existencia metafísica de una naturaleza universal, no disminuyó en nada la celebridad de Guillelmo en cuanto á la ciencia de la religion; y aun dió éste una coleccion de sentencias teológicas que fué tan estimada, que empeñó en esta carrera á Pedro Lombardo, llamado despues el maestro de las sentencias.

No obstante, despues de su célebre disputa con Abelardo sobre los Universales, dejó su cátedra, y se retiró seguido de algunos de sus discípulos á la celda ó priorato de San Victor, á alguna distancia de París, que apenas era todavía mas que lo que hoy se llama la ciudad, y tomando el hábito de canónigo regular, dió orígen á la congregacion de San Victor. Algunos autores modernos (1), citando vagamente á los antiguos, han hecho sospechar que no habia abrazado la profesion religiosa sino con el fin de llegar mas fácilmente al episcopado; pero todos estos supuestos testimonios se reducen al de Abelardo, cuya envidiosa vanidad le quita toda la fuerza. Guillelmo, á peticion de sus discípulos y á solicitud de los prelados mas estimados, volvió á emprender el curso de sus lecciones en San Victor, de cuyo establecimiento hizo al mismo tiempo una escuela célebre de ciencias eclesiásticas y de virtudes religiosas. La justa estimacion que se llegó á formar de su piedad, igualmente que de su capacidad, fué lo que despues de largas pruebas le elevó á la Silla de Chalons (1113). Su intimidad constante con San Bernardo bastaria por sí sola para responder de sus cualidades episcopales y religiosas.

El retiro de San Godofredo, obispo de Amiens, aunque no pudo al cabo verificarse, no causó menos edificacion (2). Habia sido necesario hacerle violencia para sacarle de la abadía del Monte de San Quintin y ha-

(1) *Hist. Pat.* 11, *cap.* 7 *et* 9.

(1) Du-Pin., *Bibl. Eccles. saec. XII, part.* 1.
(2) *Vit. ap. Sur.* 8 *Novembr.*

cerle tomar la de Nogent-sous-Couci, y todavía fueron necesarios mayores esfuerzos cuando se trató de colocarle en la Silla de Amiens, sin embargo de que para ella habia sido elegido de unánime consentimiento y con aplauso del rey (1104). Cuando supo esto se resolvió á huir; pero se le detuvo por órden de los obispos, quienes por fin le obligaron á aceptar el episcopado; mas permaneciendo su corazon y sus afectos enteramente en la soledad, no esperó mas que un pretesto plausible para satisfacerlos; y las comunidades que se establecieron en su tiempo en Amiens, como en otras muchas ciudades del reino, no tardaron mucho en dársele. Estas eran una confederacion de ciudadanos autorizados para hacerse justicia en ciertas ocasiones, y aun para tomar las armas en caso de necesidad bajo la proteccion del rey, que queria de este modo poner freno á las violencias de los grandes. Engelran de Bovés, conde de Amiens, intentó destruir con la fuerza la comunidad de esta ciudad; pero los vecinos resistieron vigorosamente á su tiranía, y para ello imploraron el poder del rey Luis, llamado el Grueso, que acudió inmediatamente á su socorro; y toda la diócesis de Amiens, igualmente que la ciudad, se hizo el teatro de una guerra intestina donde se cometieron toda clase de escesos y de horrores.

El santo obispo, en el abatimiento que le causaba su pena, se persuadió de que el no haber podido impedir tantos desórdenes entre las ovejas divididas, consistia en que no estaba dotado de las cualidades necesarias para gobernarlas; y despertándose entonces toda su aficion á la soledad, y habiendo oido hablar de la santa vida que se hacia en la cartuja de Grenoble, cuya reputacion se habia estendido ya por toda la Francia, salió de su diócesis y fué á encerrarse en aquel santo desierto (1112). Guigo, tan distinguido por su prudencia como por las virtudes de la soledad, y que desempeñaba entonces el cargo de prior, recibió con júbilo al santo obispo y le señaló una celda, pero no se atrevió á admitirle en el número de sus religiosos, temeroso de que un paso contrario á las reglas comunes fuese reprobado por el Papa y por el cuerpo de los obispos. En efecto, Conon, legado de la Santa Sede, habiendo juntado Concilios para los negocios de la Iglesia en Beauvais, Soissons y Reims, se trató en ellos de restituir tan digno pastor á su grey; y á pesar de la dimision enviada por el santo obispo, se comisionó al abad del Monte de San-Quintin, que habia sido superior de Godofredo, y á Huberto, monge célebre de Cluny, con órden á los monges de la Cartuja de que inmediatamente enviasen al obispo de Amiens á su Silla. En el primer sentimiento de su afliccion, Godofredo se echó á los pies de los cartujos, suplicándoles con lágrimas que no permitiesen que se le arrancase de su compañía: ellos mezclaron tambien sus lágrimas con las del obispo, pero respondieron que no podian resistir á la autoridad de la Iglesia apoyada además por el rey; y asi fué necesario que se resolviese á marchar, al cabo de tres meses de mansion en aquel lugar tan de su gusto, al cual no dejaba de volver continuamente, mientras caminaba, sus ojos inundados en lágrimas, con el sentimiento de no haber podido acabar en él sus dias. Se habia estenuado tanto con las maceraciones, que cuando le volvieron á ver en su diócesis se enternecieron hasta derramar lágrimas. Vivió poco, despues de su vuelta. Yendo á Reims á tratar algunos asuntos con su metropolitano, murió en Soissons en 8 de noviembre de 1115, en el año once de su episcopado y cincuenta de su edad.

Al fin de este mismo año hubo en Colonia una junta de obispos y señores, con motivo de las turbulencias y desórdenes que

continuaban en Alemania, y en ella se publicó un decreto de excomunion contra el emperador que tenia su córte en Spira con una corta comitiva. De su órden llegó al Concilio el obispo de Wurtzburgo, con cuya adhesion contaba; pero este prelado tambien fué tratado como excomulgado, á vista de lo cual se reconcilió tan sinceramente con la Iglesia, que en lo sucesivo se negó hasta á comunicar con el emperador, de quien esperimentó la mas inexorable venganza. Sin embargo, este príncipe temiendo los efectos del descontento de los señores, aceleró su partida á Italia, en donde queria recoger la herencia de la condesa Matilde (que habia muerto en el mes de julio del mismo año), no obstante las donaciones reiteradas que esta princesa hizo de sus Estados á la Iglesia romana. Invitado por las cartas de sus partidarios fué con tropas el emperador (1116) para posesionarse de todos los bienes de Matilde. «Pero no se vé claramente, dice Muratori, con qué título. Mientras no pretendió mas que los bienes Reales y feudales, como la marca de Toscana, Mántua y otras ciudades, se concibe que tenia razon de pretender; pero quiso tambien los bienes alodiales y patrimoniales, y esto fué un semillero de nuevas contiendas entre los Papas y los emperadores; y asi hallamos disputada entre ellos durante un gran número de años esta sucesion, hasta que al fin el tiempo, médico de muchas enfermedades políticas, puso término á sus contestaciones.» Sin embargo, añade Feller, á la larga tuvo que ceder á la Santa Sede una parte de la herencia de Matilde.

La tercera semana de Cuaresma de 1116 tuvo el Papa Pascual en la iglesia de Letran un concilio calificado de universal, aun cuando no es tenido por ecuménico; pero se hallaron en él prelados, señores y diputados de la mayor parte de los Estados cristianos. Tratábase en él de dar toda la autenticidad posible á la condenacion del privilegio arrancado violentamente por Enrique acerca de las investiduras, y anulado ya en otro Concilio de Roma menos solemne que este. Despues de ocuparse las dos primeras sesiones en tratar de asuntos particulares, levantándose un prelado en medio del Concilio, dijo que era menester saber cuál era el sentir del Papa á fin de que cuando los obispos regresasen á sus diócesis supiesen lo que habian de enseñar. Entonces el Papa Pascual se espresó del modo siguiente: «Despues que el Señor hubo hecho lo que le plugo de su siervo y me hubo entregado con el pueblo romano en manos del rey, veia cometerse todos los dias y por todas partes robos, incendios, homicidios y adulterios. Queriendo pues librar de tantos males á la Iglesia y al pueblo de Dios, hice lo que hice. Confieso que he obrado mal y os ruego á todos pidais á Dios me perdone. Por lo que hace á ese escrito malo que firmé en medio de las tiendas enemigas, le condeno con perpétuo anatema, á fin de que sea siempre odiosa su memoria, y os ruego á todos hagais lo mismo.» Entonces todos á una voz dijeron: «Asi sea, asi sea.»

Habiendo añadido Bruno de Segni que debia darse gracias á Dios porque el Papa condenaba por su propia boca un privilegio que contenia una heregía, y dicho otro Padre chanceándose que si el privilegio contenia una heregía era herege el que le habia dado, Juan, obispo de Gaeta, respondió con viveza á Bruno: «¡Cómo! ¡con que aqui, en nuestra presencia, en medio de un Concilio, tratais de herege al Pontífice romano! El escrito que firmó el Papa nuestro señor era malo, pero no era una heregía.»—«Pero aún mas, añadió otro Padre; ni siquiera se le debe llamar malo, porque si es un bien libertar al pueblo de Dios, un bien fué lo que el Papa hizo. El Evangelio no solamente nos enseña que libertemos al pueblo de

Dios, sino que nos manda dar nuestra misma vida por nuestros hermanos.» Oyendo pronunciar esas palabras odiosas de herege y heregía, el Papa, herido hasta el fondo de su alma, alargó sus manos y dijo (1): «reflexionad, señores y hermanos mios, que la Iglesia romana jamás ha sostenido heregías, y que antes bien siempre las ha perseguido y aterrado. La heregía de Arrio despues de tres siglos de insolencia halló su ruina en Roma: Sabelio, Fotino, Eutiques y todos los heresiarcas han sido anatematizados aqui y por esta Silla, que es por la que el Hijo de Dios dijo á Pedro: *he orado para que no perezca tu fé.*» Varios obispos al oir esto tomaron la defensa del Pontífice, manifestándose indignados y escandalizados en cierto modo de las reconvenciones injuriosas dirigidas contra él en tan augusta asamblea.

En la penúltima sesion, que se tuvo un viernes, habiendo los partidarios del rey suscitado una viva discusion con el legado Conon, obispo de Preneste, que queria esplicar la excomunion de Enrique, el Papa les impuso silencio y dijo: «La Iglesia primitiva del tiempo de los mártires ha sido floreciente delante de Dios y no delante de los hombres. Despues se convirtieron los reyes, los emperadores y los príncipes romanos, y han honrado á su madre la Iglesia dándola tierras y dominios, honores y dignidades seculares asi como los derechos é insignias de la dignidad Real. Esto hicieron Constantino y los demas fieles príncipes, y entonces la Iglesia comenzó á estar floreciente, asi delante de los hombres como delante de Dios. Ella pues debe conservar lo que ha recibido de los reyes y de los príncipes y dispensarlo á sus hijos, segun lo estime conveniente.» Para borrar despues el Papa Pascual el privilegio que parecia haber concedido en el campamento, renovó la prohibicion, hecha por San Gregorio VII, de recibir de manos de un lego la investidura de las dignidades eclesiásticas (1). Aunque esta prohibicion llevaba la pena de anatema para el que daba ó recibia la investidura, no fué nominalmente excomulgado Enrique; el Papa lo único que hizo fué aprobar en general lo que los legados habian hecho en sus concilios en los que este príncipe habia sido excomulgado muchas veces.

Apenas habian pasado quince dias despues de la conclusion de este concilio, cuando se levantó una violenta sedicion contra el Papa, con motivo de haberse resistido á confirmar la eleccion de prefecto de Roma, hecha en un niño por un tropel de revoltosos. Previendo Pascual que seria difícil reprimir los sediciosos sin derramar mucha sangre, prefirió salir de Roma, y tomó el partido de retirarse á Albano. Supo el emperador estas noticias en Liguria con un júbilo que no pudo tener oculto, pues inmediatamente envió regalos imperiales al nuevo prefecto, asegurando á los revoltosos su proteccion, y prometiendo llevarles en persona un socorro poderoso.

Llegó en efecto á Roma en el año siguiente 1117 con un numeroso ejército, y el Papa que habia vuelto á entrar en la misma ciudad, salió de nuevo y se retiró á Monte Casino. El motivo que alegaba el emperador era el de recibir la corona de la mano del Sumo Pontífice, lo cual no dejaba de tener un colorido plausible; porque como su primera coronacion no se habia hecho sino despues de haber sacado con violencia las investiduras, de un modo que habia sublevado á todo el mundo cristiano, siendo por lo mismo condenado generalmente, temió acaso que se sacasen de aquí consecuencias contra la legitimidad de su

(1) *Tom. 10 Concilior. pag.* 809.

(1) *Tom. 10 Concilior. pag.* 809.

título. Por lo mismo manifestó gran deseo de restablecer la union entre las dos potestades, y se quejó de la desconfianza que habia hecho tomar á Pascual el partido de huir, llegando hasta asegurar que miraba como una desgracia para sí mismo la ausencia del Papa. Despues de este solapado preámbulo, pidió que el clero de Roma le diese la corona en ausencia del Pontífice; pero el clero se negó abiertamente y fundó su negativa con intrepidez, demostrando la contradiccion entre las palabras y la conducta de un príncipe, que habiendo llegado con las armas en la mano se manifestaba mucho menos emperador que enemigo de Roma y tomaba la proteccion de los excomulgados, de los revoltosos, de unos tiranos insoportables, y ejercia al mismo tiempo toda clase de hostilidades contra la patria.

Al oir tal respuesta se dirigió Enrique á Mauricio Burdino, aquel monge francés que habia seguido á Bernardo de Toledo á España (*a*), que habia llegado á ser arzobispo de Braga, y ganado de tal modo la confianza del Papa Pascual, que habia conseguido ser elegido legado para tratar la paz con el emperador; y este ministro pérfido y sin pudor no tuvo dificultad en poner á un príncipe excomulgado la corona delante

(*a*) Burdino fué uno de los monges franceses que el arzobispo de Toledo don Bernardo trajo consigo á España. El motivo y circunstancias de este llamamiento lo refiere del siguiente modo el P. Mariana: = «Bernardo, arzobispo de Toledo, como quier que era de gran corazon, dado que hobo asiento en las cosas de aquella su diócesi, y puesto en la iglesia mayor de Toledo para su servicio treinta canónigos y otros tantos racioneros, tomada la señal y divisa de la cruz, se partió para esta guerra (la de Tierra Santa). De su partida resultó un gran desórden: apenas era salido de la ciudad, cuando los canónigos que dejó, sea por odio que le tuviesen por ser estrangero, ó entender que no volveria, arrebatadamente se juntaron y nombraron nuevo prelado en lugar de Bernardo. Defendian algunos la razon; pero los mas votos, como muchas veces acontece, prevalecieron contra los menos aunque sintiesen mejor, y los echaron de la ciudad. Bernardo avisado de lo que pasaba, con aquella mala nueva tornó á Toledo y allanó la revuelta: echados aquellos sacerdotes que fueron autores y ejecutores de aquel mal consejo, puso en su lugar monjes del monasterio de Sahagun en que él fuera antes abad: ocasion segun dicen algunos que muchas maneras de hablar y vocablos propios de monges y ceremonias se pegaron á la iglesia mayor de Toledo, que de mano en mano se han conservado y usado hasta el dia de hoy.—»Hecho esto, se puso de nuevo en camino: llegado á Roma fué forzado por el Pontífice Urbano á volver atrás por quedar en España tanta guerra y porque Toledo por ser de nuevo ganada parecia tener necesidad de la ayuda, presencia y diligencia de quien la gobernase. Absolvióle del voto que tenia hecho de ir á la Tierra Santa, á tal que los gastos y dinero que tenia apercebido para aquella guerra, emplease en reedificar á Tarragona, ciudad que por el esfuerzo y armas del conde de Barcelona en esta sazon era vuelta á poder de cristianos. Era muy noble antiguamente, y poderosa por su antigüedad y ser Silla del imperio romano en España; mas en aquel tiempo se hallaba reducida á caserías y era un pueblo pequeño. Reparóla pues don Bernardo, y en ella puso por arzobispo á Berengario obispo de Vique, ciudad que quiso asimismo fuese sufragánea de Tarragona para mas autorizarla; la verdad es que el nuevo arzobispo Berengario olvidado deste beneficio puso despues pleito á Bernardo que le habia entronizado, sobre el derecho de la primacía por antiguas historias, ejemplos y doctrinas desusadas de que se valia para defender los derechos y libertad de su iglesia, como quier que el de Toledo por concesion muy fresca del Pontífice Urbano no solo alcanzó para sí y para siempre el Primado de toda España, sino de presente como Legado del Pontífice romano tenia superioridad sobre todas las iglesias, y poder de ordenar sus cosas y enderezallas, dalles prelados y reformallas.—»Con este intento de ejecutar lo que le ordenó el Papa, de Francia cuando por aquella provincia volvió á España, trajo consigo á Toledo algunas personas de grande erudicion y bondad, honrólos de presente con cargos y gruesos beneficios que les dió, y su virtud el tiempo adelante los promovió á mayores cosas. Estos fueron Gerardo de Mosiaco, que luego le hizo primicierio ó chantre de Toledo, despues arzobispo de Braga; Pedro, natural de Bourges, de arcediano de Toledo pasó á ser obispo de Osma: al uno y al otro la santidad de la vida y escelente virtud puso en el número de los Santos. Fuera de estos vinieron Bernardo y Pedro naturales de Aagen: Bernardo de primicierio de Toledo fué obispo de Sigüenza y despues de Santiago; Pedro, de arcediano de Toledo subió á ser prelado de Segovia; otro Pedro, obispo de Palencia; Gerónimo, natural de Perigueux, que á instancia del Cid tuvo cuidado de la iglesia de Valencia luego que la ganó de los moros; y despues que se perdió, hizo oficio de vicario de obispo en Zamora; muerto este, otro Bernardo, del mismo número, fué el primer obispo de aquella ciudad. En este mismo rebaño, bien que de diferentes costumbres entre sí, se cuentan Raimundo y Burdino: Raimundo, natural de la misma patria del arzobispo Bernardo, despues de Pedro de suso nombrado fué obispo de Osma, y adelante prelado de Toledo por muerte y en lugar de dicho Bernardo; Burdino, natural de Limoges, de arcediano de Toledo pasó á ser obispo de Coimbra y de Braga: últimamente se hizo falso Pontífice romano, de que resultó discordia sin propósito y scisma en el pueblo cristiano, y él por el mismo caso se mostró ser indigno del número y compañía de los varones escelentes que de Francia vinieron en compañía de Bernardo.» (*N. del E.*)

del cuerpo de San Gregorio en la iglesia de San Pedro. Inmediatamente despues el emperador, que temia los calores del estío, salió de la ciudad de Roma dejando en ella tropas alemanas y ofreciendo volver bien pronto.

Habiendo sabido el Papa la traicion de su legado, tuvo en Benevento en el mes de abril un Concilio, en que pronunció contra él sentencia de excomunion, y luego al punto se acercó á Roma sin pensar siquiera en lo que tenia que temer. En el camino fué acometido de una enfermedad que hizo desesperar de su vida; pero habiendo curado contra todos los pronósticos de la medicina, apenas se creyó convaleciente prosiguió su camino con toda celeridad. Su presencia y su intrepidez impusieron temor á sus enemigos; y habiendo celebrado las fiestas de Navidad y de la Epifanía, los sediciosos le pidieron la paz, y los gefes de la faccion, temiendo ser sacrificados, anduvieron errantes de una parte á otra sin atreverse á presentarse en público. El Pontífice hacia todas las diligencias necesarias para restablecer una tranquilidad duradera, cuando por el esceso de la fatiga volvió á caer enfermo, y reducido bien pronto al estremo, murió á 18 ó 21 de enero de 1118, despues de haber satisfecho á todas las obligaciones de la Religion, y recomendado con especialidad á los cardenales la concordia fraternal, como un baluarte seguro así contra los artificios del espíritu del cisma como contra el furor de la ferocidad germánica.

La Santa Sede estuvo vacante pocos dias. El 25 de enero, los cardenales en número de cuarenta y cinco, muchos obispos, un gran número de clérigos y algunos senadores y consulares romanos, despues de haber deliberado maduramente, se convinieron en elegir á Juan, apellidado de Gaeta, lugar de su nacimiento, y que era cardenal diácono y canciller de la Iglesia romana, y le proclamaron sin dilacion bajo el nombre de Gelasio II, por mas que lo resistió su sincera humildad. Era Juan de ilustre nacimiento y de esclarecida piedad, ofrecido desde la infancia á Monte-Casino, donde su memoria era venerada por su fidelidad en las observancias de la vida regular. No adquirió menos reputacion en la carrera de sus talentos, con particularidad en las artes liberales, de suerte que un autor de su tiempo (1) decia que el designio del Papa Urbano II en hacerle canciller habia sido el de restablecer en la Iglesia romana el gusto casi aniquilado de la bella antigüedad. Durante todas las turbulencias del Pontificado de Urbano, Juan de Gaeta le fué siempre adicto y su mayor consuelo en las penas que le afligieron.

Un Papa de este carácter no podia ser del gusto de los partidarios del emperador Enrique, especialmente cuando por lo calamitoso de las circunstancias y el temor de las divisiones habia sido preciso hacer la eleccion en un lugar mas secreto que de ordinario y con cierto aire de misterio. Luego que Cencio Frangipan, vendido al emperador, lo supo desde su palacio que estaba inmediato, corrió á las armas con un tropel de furiosos: en un momento las puertas de la iglesia fueron forzadas. Cencio se avalanzó al Papa, le asió por el cuello, le dió de patadas hasta ensangrentarle con sus espuelas, y arrastrándole por los cabellos á su palacio le cargó de cadenas. Los cardenales y todas las personas allí reunidas que no pudieron ocultarse con una pronta fuga, fueron del mismo modo arrestados y encerrados cubiertos de sangre.

Al ruido de este audaz sacrilegio, el pueblo en todos los barrios, un gran número de señores seguidos de sus gentes, y hasta el prefecto, sin embargo de lo descontento que estaba con el clero, se arma-

(1) Pandolf. Alatr.

ron con indignacion y corrieron al Capitolio dando alaridos espantosos. Se enviaron diputados sobre diputados á los Frangipanes, pidiéndoles con amenazas el Vicario de Jesucristo; y á la primera vista del peligro el susto sucedió á la ferocidad en todos aquellos viles asesinos de los ungidos del Señor. Leon, uno de los Frangipanes, se arrojó á los pies del Papa, y le pidió la vida con el perdon de su crímen.

Libertado así Gelasio no estuvo mucho tiempo tranquilo. El emperador que no estaba muy distante marchó prontamente á Roma para apoderarse segunda vez del Sumo Pontífice. Gelasio no tuvo mas tiempo que para ausentarse; y por medio de toda clase de incomodidades y peligros se fué á Gaeta su patria, donde bien pronto tuvo un numeroso cortejo de prelados y personas de la mayor consideracion que de todas partes llegaron á juntársele. El artificioso emperador envió tambien á manifestar al Papa el júbilo que habria tenido en asistir á su consagracion y autorizarla con su presencia, y le invitó á volver sin temor á Roma, tanto para hacer en ella esta ceremonia, como para acabar de desterrar la discordia. Para caer en este lazo, tendido con tan poco disimulo, tenia Gelasio demasiado presente el modo con que Pascual II, y él mismo que le acompañaba, habian sido arrestados y tratados por aquel príncipe que tomaba el tono de la benevolencia y de la cordialidad. Por lo mismo respondió que iba á hacerse consagrar inmediatamente, y que despues se le hallaria pronto á tratar de la paz y de la concordia en cualquier parte donde el emperador quisiese. En efecto, sin salir de Gaeta, fué primeramente ordenado de sacerdote, y despues consagrado Papa en los primeros dias de marzo, en presencia de una multitud de prelados y de señores, entre ellos el duque de Pulla y el príncipe de Cápua, y todos le aseguraron de su fidelidad con el mayor celo y con juramento.

El emperador, irritado de no haber salido bien con su engaño, hizo inmediatamente elegir y consagrar como Papa á Mauricio Burdino, á quien llamó Gregorio VIII; pero la intrusion era tan notoria, que ninguno del clero ni del pueblo católico abrazó su partido: solos los guibertinos se declararon en favor de este nuevo antipapa. El Pontífice legítimo se apresuró á escribir al pueblo y clero romano, á Francia y aun á España, á fin de prevenir á los fieles contra estos nuevos peligros (1), y despues fué á celebrar un concilio en Cápua donde excomulgó al emperador y á su antipapa. Burdino por su parte, despues de haber dado la corona imperial á Enrique, envió por todas partes bulas que no consiguieron casi en ninguna mas que el desprecio y la indignacion: sin embargo, él estaba instalado en Roma, y el Pontífice legítimo no se atrevió á entrar en ella ni aun secretamente hasta que los príncipes normandos de Italia, que vinieron á su socorro, obligaron al emperador á volverse á Alemania.

Habiendo creido entonces Gelasio que podia celebrar en la iglesia de Santa Práxedes, los frangipanes, á quienes el temor habia reducido á sumisiones tan bajas, volvieron de nuevo á acometerle con las armas en la mano; hubo un obstinado combate á la puerta de la iglesia, durante el cual el Papa pudo escaparse, y montando precipitadamente en un caballo huyó á rienda suelta medio vestido con sus ornamentos pontificales. Las gentes del campo y especialmente las mugeres que le vieron correr á la ventura seguido solo de su cruciferario, daban gritos lamentables. Sus partidarios lo hallaron por fin agoviado y suspirando muy lejos de la ciudad, cerca de la iglesia de

(1) Gelas. *ep.* 1.

San Pablo, y le volvieron á llevar casi contra su voluntad, prometiéndole sacrificarse por su seguridad; pero á la mañana siguiente, habiendo tenido consejo, les dijo: «hermanos mios, sigamos el ejemplo de nuestros Padres y lo que nos enseña la Escritura; pues que no podemos vivir en este Egipto, huyamos á lugares menos peligrosos: lo digo delante de Dios, quisiera mas no tener sino un emperador por malo que fuese, que estar esclavizado por tantos tiranos subalternos. Un malvado en la independencia perderia á lo menos á los que fuesen mas malos que él, hasta que llegase el tiempo en que la justicia del Señor Supremo le juzgase á él.» Todos aprobaron el parecer del Papa, y este inmediatamente arregló todas las cosas necesarias para el gobierno de la Iglesia durante su ausencia.

Entonces fué cuando dió su bula con fecha de primero de setiembre en favor de Gautier, sacado á su pesar del claustro para la Silla de Ravena (1). Desde el arzobispo Guiberto que fué antipapa, esta iglesia habia estado en el cisma, y privada por los Papas de su jurisdiccion sobre las Sillas de Plasencia, Parma, Reggio y Bolonia. Habiendo el nuevo arzobispo reunido su pueblo á la Iglesia romana, logró que Gelasio restituyese por su bula á la Silla de Ravena todos sus derechos de metrópoli, concediendo tambien á Gautier el pálio.

El Papa escogió por asilo la Francia, tan generosamente consagrada en todos tiempos á la Iglesia romana, y se embarcó el segundo dia de setiembre acompañado de seis cardenales y de algunos señores romanos con su comitiva. Descansó en Pisa, donde fué recibido con grandes honores, y predicó con una elocuencia que justificó la opinion que el Papa Urbano II habia formado de sus talentos. Algunos dias despues se volvió á embarcar, y llegó felizmente á la Provenza al puerto de San Gil, donde el abad Hugo salió á recibirle con su comunidad, pagándole con liberalidad todos los gastos que tuvo que hacer en su larga mansion para descansar de las fatigas del mar. Allí concurrieron todos los obispos del pais, mucha nobleza y gente sin número de los pueblos á ofrecerle sus obsequios y servicios. El Papa habia escrito al abad de Cluny que elegia su monasterio para residir mientras permaneciese en aquel reino, y Ponce, que no era menos generoso que el abad de San Gil, y que por otra parte gustaba mucho mas de lucir, fué apresuradamente á presentarse al Pontífice. El abad Hugo regaló al Papa diez caballos, y Ponce treinta; le proveyó de los carruages necesarios para el viage desde San Gil á Cluny, y quiso correr con todos los gastos de aquel largo camino, no solo del Papa, sino tambien de los cardenales de su comitiva.

Pero nada dió mas consuelo á Gelasio que la llegada de un señor aleman jóven, que habia renunciado las grandezas del siglo para entregarse á la humildad y á todos los rigores de la cruz de Jesucristo. Llamábase Norberto (1), era natural de Santen en el ducado de Cleves, se habia agregado á Federico, arzobispo de Colonia, despues de recibir el subdiaconado, y luego á la corte del emperador. La naturaleza y la fortuna le habian dado todas las ventajas necesarias para agradar en el mundo; una sangre ilustre, muchos bienes, gusto á la magnificencia, y todas las gracias del talento y del genio juntas á las de la figura; pero si tuvo tantas cualidades para agradar en el mundo, el mundo á su vez tampoco dejó de agradarle y con esceso. Constituido en el clericato, hecho canónigo y disfrutando de muchos beneficios, toda su renta la emplea-

(1) Gelas. II, *Epist.* 4.

(1) Bolland. *die* 6 *Jun.*, *t.* 19.

ba en el lujo y en las diversiones: los empeños sagrados de su estado se ofrecian siempre á su imaginacion como el medio mas grato de satisfacer su ambicion, elevándose por medio de las dignidades pacíficas de la Iglesia á los primeros puestos del imperio.

Un dia yendo á caballo, vestido con su acostumbrada elegancia, á divertirse al campo en una concurrencia festiva, fué sorprendido por una tempestad espantosa, que le pareció tener algo de estraordinaria; un criado fiel que le seguia, y que no separaba los ojos de la nube, le avisó repentinamente que se volviese atrás; al mismo instante el rayo cayó á sus pies, derribó al caballo y al caballero, é hizo un hoyo profundo en la tierra. Norberto quedó tendido sin conocimiento por mas de una hora, despues de lo cual, volviendo como de un letargo, á ejemplo de Saulo arrepentido esclamó: *Señor ¿qué quereis que haga?* Y una voz penetrante le hizo oir interiormente estas palabras del salmo: *Sepárate del mal, haz lo que es bueno, y busca infatigablemente la paz.* En el instante formó el designio de fijar todos sus afectos en Dios, y se volvió á su casa resuelto á una conversion perfecta.

Retiróse por el pronto al monasterio de Sigebert cerca de Colonia, para hacer alli el aprendizaje de una vida nueva, y disponerse á reparar el escándalo de su vida mundana. Persuadiéndose bien pronto despues que haria mas fruto recibiendo el sacerdocio, fué á buscar al arzobispo Federico, y le suplicó que le ordenase de diácono y de sacerdote en un mismo dia. El arzobispo sorprendido de este empeño en un hombre que tan constantemente se habia resistido á recibir estas órdenes en ocasion de habérselas ofrecido, le preguntó la causa de tan repentina mudanza. Norberto se arrojó á sus pies, confesó con lágrimas todas sus culpas, y le declaró la resolucion que la divina clemencia le habia inspirado. Federico creyó que en efecto habia inspiracion en una conducta tan particular, y que asi podia dispensarse de las reglas comunes. En el momento de la ordenacion, cuando el sacristan entregó á Norberto como á los demas ordenandos los ornamentos con que habia de revestirse, tomó de uno de sus criados una pellica de pieles de cordero, que habia hecho llevar secretamente, y dejando entonces el rico vestido que llevaba, se vistió con aquella pellica tenida por muy despreciable, segun las ideas de aquel tiempo y de aquel pais. Hecho esto, recibió del sacristan los ornamentos eclesiásticos, y despues de la ceremonia, se volvió al monasterio de Sigebert, donde durante un retiro de cuarenta dias, se ejercitó en las funciones de las órdenes que acababa de recibir, y mucho mas aún en la oracion y en todas las prácticas mas á propósito para poder cumplir con todas sus obligaciones.

Inmediatamente despues pasó á su patria á servir en la iglesia de Santen, de donde era canónigo. El dean y todo el cabildo suplicaron al nuevo sacerdote que celebrase la misa mayor, y él aparentó recibir con mucho gusto aquel honor; pero despues del Evangelio hizo un discurso patético en que, sin señalar á ninguno en particular, insistió principalmente sobre los vicios y defectos habituales de sus compañeros. Al dia siguiente, hallándose en el capítulo, dirigió la palabra al dean, y recordándole los principales artículos de la regla canonical, le representó la obligacion en que estaba de conducir á los demas por el camino recto. Algunos canónigos juiciosos y amigos de la virtud aplaudieron la fuerza de sus razones, ó por lo menos el principio de su celo; pero muchos, especialmente los jóvenes, se mofaron, guardando sin embargo alguna moderacion en su presencia; bien que esta moderacion forzada

no duró mucho tiempo. En los capítulos siguientes, habiendo vuelto el santo canónigo á reprender las faltas y escándalos que no se podian desconocer ni disimular, quedó notado para lo sucesivo de censor incómodo; y la acrimonia llegó á tal punto, que un simple clérigo le llenó públicamente de injurias y le escupió á la cara. El santo se limpió sin proferir una palabra, aunque el que le habia ofendido, dice un historiador del tiempo, era de tan baja condicion, que si Norberto le hubiese hecho arrojar al lodo por sus criados de cocina, todo el mundo lo hubiera aplaudido. El piadoso canónigo fué insultado en otras muchas ocasiones por personas de todos estados á quienes sus ejemplos y sus predicaciones eran insoportables; pero él siempre hizo consistir sus delicias en sufrir por el nombre de Jesucristo y por la salvacion de sus hermanos. La pobreza de sus vestidos, tanto como la impunidad, animaban á la osadía é insolencia; pero él no esperaba los progresos del Evangelio sino de los medios con que se habia establecido, y no buscaba su consuelo sino en Dios ó en sus siervos mas fieles que el Señor se habia reservado en algunos monasterios y ermitas de la comarca.

En el año de 1118 se celebró un Concilio en Frislar, en el cual hicieron los Padres comparecer á Norberto, y le reprendieron porque predicaba sin mision y afectaba una singularidad chocante en sus vestidos, dando á entender en esto la pellica de cordero, y que hacia la vida de religioso sin haber renunciado sus bienes. Respondió humildemente que creia haber recibido el poder de predicar cuando fué ordenado de sacerdote, y que San Pedro en una de sus Epístolas dice que no es la riqueza de los vestidos lo que nos hace agradables á Dios. Pero esta corta justificacion no fué generalmente aprobada, y así hizo dimision de sus beneficios, vendió sus tierras y sus muebles, y distribuyó el precio entre los pobres: en lugar de la pellica tomó una túnica tosca de lana blanca y un manto del mismo color; y en cuanto á sus escursiones apostólicas, partió inmediatamente con este trage grosero y con los pies descalzos á pedir al Papa, que estaba en la Provenza, se sirviese autorizar su mision.

Lo primero que pidió al Pontífice fué la absolucion de la culpa que, no teniendo todavía la instruccion necesaria, habia cometido en recibir el diaconado y sacerdocio en un mismo dia. Despues le propuso la vocacion que creia haber recibido del cielo para santificarse á sí mismo, trabajando en santificar á los demas. Gelasio no solo se enterneció al ver tan maravillosa piedad, sino que tambien descubrió tanto juicio y tanta prudencia enmedio de aquel santo entusiasmo, que quiso agregarle á su córte como un genio superior muy á propósito para servirle en los negocios difíciles en que se veia empeñado; pero Norberto le suplicó deshecho en lágrimas, que no espusiese á esta prueba su obediencia. «En la córte de los prelados, igualmente que en la de los príncipes, añadió, es donde he encontrado escollos desgraciadamente harto funestos á mi inocencia. Conviene mal á mi edad, aun mas frágil que corta, y á la penitencia á que tan justamente me he condenado, el volverme á sumergir en las distracciones y en los peligros de que apenas acabo de salir. Ordenadme cualquiera otra cosa, oh santo Padre; sea la vida canonical, sea la monástica ó eremítica, ó sea hasta andar errante en peregrinacion todo el resto de mi vida: nada hay que yo no acepte con mas gusto que la proximidad contagiosa de la grandeza.» El Papa respetó la circunspeccion de tan heróica y tímida virtud, y le dió un ámplio poder para predicar la palabra de Dios, prohibiendo á los que habian querido oponerse á ello que inquietasen en

lo sucesivo á tan digno ministro; y para que ninguno pretestase en ello ignorancia alguna hizo espedir una bula espresamente á este efecto. Con estos poderes se volvió Norberto colmado de satisfaccion caminando con los pies descalzos, como habia ido, á pesar de los grandes rigores del invierno, y de llegarle muchas veces la nieve á las rodillas, comiendo solo por la noche, á escepcion del domingo, y no usando otros alimentos que los mas insípidos de Cuaresma (1118).

El Papa salió tambien de San Gil, y pasó á Maguelona, donde recibió nuevos homenages de un eclesiástico y de un religioso, aunque muy diferentes de los de Norberto. El célebre Sugero, despues abad de San Dionisio, y desde entonces representante de los reyes, llegó en nombre de Luis el Grueso para dar testimonio de su afecto y piedad filial hácia el Padre comun de los fieles. El Papa, no pudiendo ya dudar de las felices disposiciones del monarca, le hizo suplicar que pasase á Vecelai, frontera de sus dominios por el lado de Cluny, para tratar de comun acuerdo de hacer que triunfase la Iglesia. Tambien envió un diputado al rey de Inglaterra que se hallaba en Normandía, á fin de procurarse sus auxilios.

En estas circunstancias, Pedro Librana, nombrado arzobispo de Zaragoza, llegó tambien buscando al Papa Gelasio para obtener su autorizacion y hacerse consagrar por su mano. Esta ciudad se hallaba todavía en poder de los infieles; pero Alfonso I, rey de Navarra y de Aragon, llamado el Batallador por el gran número de victorias que habia ganado á los moros, la estrechaba vivamente y contaba con reducirla en breve. En efecto, habiendo ganado otra nueva victoria contra una multitud de reyes mahometanos, reunidos con el de Marruecos á fin de salvar una plaza de tanta importancia para toda su nacion, cuatro dias despues, esto es, en 18 de diciembre de 1118, la libertó de la tiranía musulmana, bajo la cual gemia despues de cuatrocientos años, y estableció en ella su córte al año siguiente. Otras ocho ciudades y muchos castillos siguieron la suerte de este poderoso baluarte (*a*). La

(*a*) Aunque en las notas anteriores hemos hablado ya del reino de Aragon y de sus reyes D. Ramiro, don Sancho y D. Pedro, no estará de mas hacer aqui una ligera reseña de lo relativo á este reino, el cual puede decirse tuvo principio desde que el caballero Aznar, hijo de Eudon, llamado duque de Aquitania, pasó á España en tiempo de García Iñiguez, rey de Navarra, y conquistando de los moros algunos lugares en la ribera del rio Arga ó Aragon, se intituló conde de Aragon, pero con reconocimiento y sujecion á Navarra. Incorporado este condado con el reino de Navarra por los años 888 permaneció unido por espacio de ciento cuarenta años, hasta que D. Sancho el Mayor, dividiendo los Estados de su corona en sus hijos, segun á su tiempo dijimos, dió á Ramiro el de Aragon con el título de rey en 1035, comenzando desde entonces á estenderse y florecer este nuevo reino. Ramiro I, por muerte de su hermano Gonzalo, añadió á su corona los Estados de Sobrarve y Ribagorza, y reinó hasta el 1063. Sancho I su hijo, despues de algunas campañas que tuvo con los sarracenos, y en las que se apoderó de Bolea, Loharre, Tudela, Monzon y otras plazas y fortalezas, murió en el sitio de Huesca de un saetazo, segun ya tenemos dicho anteriormente, en 1094. Sucedióle su hijo Pedro I, el cual vengó la muerte de su padre, tomó á Huesca y á Balbastro, y causó infinitos daños á los moros, reportando de ellos las mas cumplidas victorias hasta el 1104 en que murió, con luto general del reino por su raro valor y virtudes, y tambien por haber fallecido pocos dias antes su hijo el infante don Pedro. Por lo que su hermano don Alfonso I, llamado el Batallador, rey de Navarra, subió entonces al trono de Aragon.—Comenzó manifestando un valor estraordinario pero no menos ambicion. Habia quedado única señora de Castilla y Leon la reina doña Urraca, por muerte de su padre Alfonso VI; y el rey de Aragon, viendo asi la corona en las sienes de una muger y pretestando además el derecho de sangre que por ser él varon calificaba de indisputable, entró con grandes fuerzas por tierras de Castilla con designio de apoderarse de su corona. Temiendo los castellanos esta guerra, acordaron el enlace de Alfonso con Urraca, con lo que se hizo la paz, aunque duró muy poco. El rey se llevó á su reino á doña Urraca; mas sea por hallarse esta inquieta reputándose incestuoso su matrimonio, por ser los contrayentes primos segundos y no acostumbrarse en aquel tiempo las dispensas de parentesco, sea por haberse efectuado contra la voluntad de la reina, sea en fin por cualquiera otra causa, ello es que á los dos ó tres años la reina se volvió á Castilla. Preparóse don Alonso á la guerra y á poco principiaron de nuevo las hostilidades, acompañadas de grandes disturbios y ruinas. Vencieron repetidas veces los ejércitos de Alfonso; pero la insolencia que les daban sus victorias y la ferocidad con que trataron á los vencidos sin perdonar iglesias ni monasterios, aun de las vírgenes consagradas á Dios, les

bula de institucion concedida á Librana por el Papa Gelasio con fecha de 9 de diciembre, ocho dias antes de la rendicion de Zaragoza, concede la remision de sus pecados á los que muriesen en aquella espedicion despues de haber recibido penitencia; y tambien indulgencia á discrecion de sus obispos, aunque á proporcion de sus buenas obras, á los que trabajasen en el restablecimiento de las iglesias sustraidas del yugo infiel, y proveyesen á la subsistencia del clero (*a*).

Gelasio, al pasar á Viena, no dejó de conferenciar sobre los intereses de la Santa Sede con el arzobispo Guido, prelado de los mas ilustres de su siglo; y al partir le convidó con el mayor empeño á que le siguiese de cerca á Cluny. Pero tan sábias medidas no debian tener el efecto que se proponia. Llegado á Macon despues de fatigas escesivas para un viejo enfermo y atormentado de una gota obstinada, fué acometido de una pleuresía que dió muchísimo que temer de sus dias; sin embargo, se hizo llevar á Cluny para tener á lo menos el consuelo de morir en una casa célebre tanto tiempo habia por su piedad; y en ella, despues de haber manifestado en un Papa todas las disposiciones mas capaces de edificar á los religiosos de mas fervor, espiró en 29 de enero de 1119, hallándose ya el rey Luis en camino para la conferencia de Vecelai.

Con este motivo concurrió un gran número de señores y prelados á Cluny á honrar los funerales del Sumo Pontífice; y como las necesidades de la Iglesia en las circunstancias de un cisma eran tan urgentes, y la mayor parte de los cardenales se habian reunido á Gelasio en Francia, se resolvió elegir allí inmediatamente un nuevo Papa (2). La nave de San Pedro tenia necesidad de un piloto que no tuviese menos ánimo y fortaleza que virtud y luces. El arzobispo de Viena, que habia llegado pocos dias antes á Cluny, tuvo al momento los votos de todo el congreso por reunir en sí todas esas diferentes cualidades. Era hijo de Guillelmo el grande, conde de Borgoña; pariente del

---

acarrearon un odio general. Castilla y Leon unidas á Galicia proclamaron por rey junto con su madre al jóven Alfonso, hijo de Urraca y del conde Ramon de Galicia, juntaron de nuevo sus ejércitos y derrotaron mas de una vez á los aragoneses, en 1113 y 1114. Trató entonces el arzobispo de Toledo D. Bernardo de poner remedio á tantos males; congregó un Concilio en Palencia en octubre de 1114, en el que los Padres procuraron concordar las amistades entre el rey de Aragon y Doña Urraca, despues de haber declarado nulo su matrimonio; pero como por ello quedaba el aragonés escluido del gobierno de Castilla y de Leon, no pudo á pesar de tantos trabajos ponerse fin á la discordia. Tratóse además en este Concilio de remediar los males y desastres que por causa de la guerra sufrian las iglesias, y tambien se proveyó de pastor á la iglesia de Lugo y se leyeron las letras apostólicas en que se excomulgaba al antipapa Burdino, arzobispo de Braga, cometiendo la egecucion el Concilio al prelado de Santiago, en cuya ciudad se celebró tambien otro Concilio en el año 1114 y se acordaron 25 cánones de disciplina. Al fin, en 1115, por las reiteradas amonestaciones de los Concilios, por la excomunion con que le amenazó el Sumo Pontífice, por las solicitudes de los prelados, ó porque no pudo sostener ya sus fuerzas, vino á confesar el rey de Aragon que su matrimonio con doña Urraca habia sido nulo; renunció á los derechos que pretendia tener sobre sus reinos, y volvió sus armas contra los moros que hostilizaban los dominios de Aragon por todas sus fronteras.—En esta guerra puede decirse comenzaron las grandes y verdaderas glorias del rey Alfonso I. Dió veinte y nueve batallas á los moros, en las que vino á destruir todo su poder por esta parte de España. Apoderóse desde luego de Tudela, Tahusto, Borja, Magalona y otras plazas, de las que algunas ya habian sido de los cristianos. Fúeles despues tomando en varias jornadas á Tarazona, Calatayud, Albarracin, Épila y otras muchas muy importantes. Acercóse finalmente y puso sitio á Zaragoza, la dió repetidos asaltos sin ningun efecto, derrotó cerca de sus muros un poderosísimo ejército de los régulos moros de Valencia, Tortosa, Denia y demas comarcanos que venia á ausiliarla, y por último en 18 de diciembre de 1118 se apoderó de la ciudad. Ganada Zaragoza, crecieron en D. Alfonso los deseos de esterminar de todo punto á los mahometanos de Aragon, y lo consiguió en pocos años, haciéndolos retirar hasta los confines de Valencia, quedando asi todo Aragon libre de ellos, y poblando lo conquistado con cristianos de Navarra, Cataluña y aun de Francia. Véanse Ortiz, lib. 8 c. 1; Mariana, lib. 10. (*N. del E.*)

(*a*) *Epist.* 5.—Puede verse en el P. Mariana, lib. 10, c. 11, que la inserta, autorizada además con las firmas del arzobispo de Toledo, del obispo de Huesca, de del de Calahorra, del Lascurrense, y del cardenal Boso. (*N. del E.*)

(2) *Vit. Gelas. II, per Pandulf.*

emperador, del rey de Inglaterra y de la mayor parte de los soberanos; tio de Adelaida, reina de Francia; venerado por sus costumbres y su sabiduría, largo tiempo esperimentado en el gobierno de su diócesi, y en fin, tanto mas á propósito para el pontificado, cuanto mas conocia el cargo y menos deseos manifestaba de verse elevado á él. Esta eleccion hecha en Francia, y no en un cardenal, causó á un tiempo mucha sorpresa y alegría á la nacion francesa. Guido, mas sorprendido que ninguno, se negó á consentir en su eleccion, á menos que no fuese ratificada en Roma, y á este fin envió allá inmediatamente diputados; pero cuando vió el consentimiento de los prelados de Alemania y el de los franceses, no dudó ya del de los romanos, y no esperó hasta la vuelta de sus enviados. Poco despues de su eleccion pasó á Viena, donde fué coronado en 9 de febrero, y llamado Calisto II.

Su primer cuidado fué procurar la reunion de la Iglesia y ahogar hasta los principios del cisma en Alemania. A este efecto convocó un gran Concilio en Reims para el mes de octubre de aquel año de 1119. Interin llegaba este plazo, celebró otro en Tolosa en 8 de julio para reprimir los sectarios de Pedro de Bruis y Enrique su discípulo, que restablecian los dogmas y prácticas detestables de los maniqueos bajo nuevas formas (1). Concurrieron á Reims prelados de todas las regiones del Occidente, y entre ellos quince arzobispos, mas de doscientos obispos, y una infinidad de abades y otros eclesiásticos constituidos en dignidad. Alberto, arzobispo de Maguncia, en otro tiempo canciller de Enrique V y cómplice de sus violencias contra el Papa Pascual, pero convertido ya con una magnanimidad que le hizo despreciar las cadenas y todas las violencias de la tiranía, llegó al Concilio acompañado de siete obispos y de quinientos caballeros. El rey de Inglaterra envió tambien sus obispos, de los cuales la mayor parte reconocian con él al Papa Calisto, mientras otros continuaban reconociendo á Burdino ó permaneciendo neutrales; pero les prohibió hacer ni sufrir nada contrario á los privilegios de su reino. «Escuchad con respeto, les dijo, las órdenes del Pontífice, pero no vengais con novedades algunas que puedan turbar mis Estados (1).» El rey Luis no dejó de concurrir tambien en persona, acompañado de un gran número de señores, y fué colocado en el estrado mismo en que estaba la Silla del Papa.

Despues de las letanías y las oraciones de costumbre, propuso el Pontífice el objeto principal del Concilio; á saber, la estirpacion de la simonía, y por una consecuencia necesaria, la abolicion de las investiduras, lo cual concernia principalmente á la Alemania. Habia antes tomado la precaucion de diputar cerca del emperador á Ponce, abad de Cluny, y á Guillelmo de Champeaux, que supo manejar tan bien al príncipe, que le habia persuadido á renunciar las injustas pretensiones que tenia y hacer la promesa con juramento. En consecuencia, Enrique se adelantó desde Strasburgo, donde se habia hecho el convenio, hácia Muson, en el pais de Meusa. El Papa pasó en persona á Muson á fin de ejecutar lo que estaba convenido; pero el emperador no estaba dispuesto á ceder con tanta facilidad. Por el pronto quiso negar todo lo que habia prometido; pero reducido á una palinodia vergonzosa por el testimonio de los diputados y de las gentes de su misma comitiva, se quejó de que se le habia inducido por sorpresa á prometer lo que no podia cumplir sin perjudicar los intereses de la corona, y pidió de término hasta el dia siguien-

(1) *Tom. 10 Concilior. pag.* 856.

(1) Edmer. *lib.* 5, *hist.* Novor.

te para conferenciar durante la noche sobre el particular con su consejo, lo cual se le concedió no sin inquietud. Despues de esto dijo, que la importancia y la naturaleza misma del asunto exigian una asamblea general de la nacion.

Tenia consigo tropas numerosas, por lo que al ver tantas tergiversasiones é indicios de mala fé, se debia temer algo mas que intriga (1). Las gentes de la comitiva del Papa, además de parecerles que la dignidad Pontificia estaba comprometida, se acordaron de repente, y no sin sobresalto, de la perfidia y violencias que Enrique en igual ocasion habia usado con el Papa Pascual. Así que, creyendo que Calisto no estaba seguro en el castillo de Muson, bajo la guardia poco respetable del arzobispo de Reims á quien pertenecia esta fortaleza, le hicieron pasar precipitadamente á una fortaleza inmediata perteneciente al conde de Troyes. Continuando todavia la inquietud y susto, al dia siguiente, que era domingo, salió Calisto antes de amanecer, y caminó con tanta diligencia, que en el mismo dia celebró misa en Reims, distante veinte leguas, despues de lo cual se halló tan incomodado que por dos dias tuvo que suspender los asuntos del concilio.

Por fin, el miércoles 29 de octubre hizo leer los cinco cánones que habia formado contra la simonía, las investiduras, las usurpaciones de los bienes eclesiásticos, la incontinencia de los clérigos, y contra los que dejaban sus beneficios por derecho de herencia, ó exigian retribuciones tanto por la administracion de sacramentos como por la sepultura. Estos decretos fueron recibidos en su mayor parte con general aplauso; pero el de las investiduras, por el contrario, escitó disputas tan vivas que la sesion duró hasta la noche sin poderlas terminar. El decreto estaba concebido en estos términos: «prohibimos absolutamente recibir de una mano lega la investidura de ninguna iglesia, ni de bien eclesiástico alguno.» Los señores creyeron que se pretendia quitarles de este modo los derechos de patronato, los feudos eclesiásticos y los diezmos que poseian desde largo tiempo, y esta fué la razon porque el Papa modificó este artículo, limitando el cánon, que fué leido y recibido al dia siguiente, á la prohibicion de las investiduras de los obispados y abadías. Luego que todo el mundo pareció estar satisfecho, se trajeron cuatrocientas veintisiete velas de cera para otros tantos obispos y abades que estaban presentes: despues Oldegario de Barcelona, prelado dotado de virtudes que le han hecho merecer el título de Beato, trató con tanta sabiduría como elocuencia de la distincion entre el poder Real y el sacerdocio; y así que concluyó, el Papa fulminó el anatema contra el antipapa Burdino y su fautor: en el mismo instante, estremeciéndose todos los espectadores de un religioso espanto, cada prelado apagó su vela segun la costumbre antigua. Los obispos que en este concilio se distinguieron mas por su capacidad, y que eran seguramente los hombres mas sábios de su tiempo, fueron Guillelmo de Chalons ó de Champeaux, Gerardo de Angulema, Atton de Viviers y Geofredo de Chartres.

Durante la celebracion del concilio de Reims se presentó San Norberto en esta ciudad á pedir al Papa Calisto la confirmacion de las Letras que habia obtenido de Gelasio. Los frutos de su predicacion desde que habia sido autorizada con el sello de la bendicion apostólica, eran prodigiosos. Al volver á su pais habia tomado tres compañeros para recoger con mas abundancia la feliz cosecha que se presentaba por todas partes á su celo; pero cayeron enfermos y

(1) *Tom. 10 Concilior. pag.* 880.

murieron todos tres en Valencienes (1). Estando él detenido aquí por este contratiempo, llegó á la misma ciudad Buchard, obispo de Cambray, tan conocido y amigo de Norberto en el mundo, que este no pudo dispensarse de ir á visitarle. Presentósele como se hallaba, esto es, con su mal vestido de lana blanca y los pies descalzos, aunque era insoportable el frio: despues de algunos discursos el obispo le conoció, y no pudiendo contener sus lágrimas se le arrojó al cuello, esclamando: ¡*ah Norberto, quién hubiera esperado jamás esto de ti*! Hallábase presente un hombre de bien, llamado Hugo de Foses, que tenia deseos de dejar el mundo, aunque todavía no se habia declarado á nadie; y viendo al prelado tan conmovido con la presencia de aquel pobre, se acercó poco á poco al obispo y le preguntó: ¿qué significaba aquello? «El hombre que veis en este estado, respondió Buchard, ha sido educado conmigo en la córte del emperador: es de ilustre nacimiento, y gozaba de tan alto favor que, porque él no le ha querido, tengo yo el obispado que poseo.» Hugo se decidió inmediatamente, y poco despues fué á buscar al Santo, á quien se unió para siempre.

Luego al punto salieron á recorrer los campos, los castillos y las ciudades, predicando con un fruto prodigioso, principalmente contra los ódios mortales que asolaban aquellas provincias. Eran tan venerados que los pastores y trabajadores del campo, así que los veian, lo dejaban todo para ir á anunciar su llegada: se tocaban las campanas, concurrian en tropel á la iglesia, asistian con compuncion á la misa, ó á las dos misas que Norberto decia por lo comun segun el uso antiguo, y despues escuchaban como si Dios mismo hablara, tanto el sermon como la conferencia que acostumbraba á tener despues sobre las obligaciones prácticas de los diversos estados. Al anochecer llevaban á los dos apóstoles á su alojamiento, teniéndose por muy feliz el que conseguia recibirlos en su casa: unos tomaban la rienda del asno que traia el equipage reducido á lo necesario para la misa, con el salterio y algunos libros instructivos, otro se llevaba el conductor de la bestia, y todos á porfía buscaban lo mejor que tenian para regalar á sus santos huéspedes. Pero Norberto, sentándose en la tierra como si se hubiese criado con aquellas buenas gentes, comia sobre sus rodillas las cosas mas comunes, no usando de otro ingrediente para sazonarlas que la sal y no bebiendo mas que agua. No recibia ningun regalo, temiendo, como un escándalo y un verdadero oprobio, parecer capaz de moverse por un pequeño interés despues de haber renunciado todas las riquezas de su primera fortuna, de que no se acordaba sino en tales ocasiones.

No obstante, cuando algun obispo ó abad le obligaban á comer con ellos, tenia mucho cuidado de evitar la singularidad, y no se distinguia de los demas convidados sino en la sobriedad. Estos prelados lo llenaban de honores, y le convidaban á predicar en sus iglesias y en sus capítulos, donde despues se le proponian muchas cuestiones, por lo comun delicadas, empeñándose algunos en verle como cortado fingiendo instruirse. Norberto, acostumbrado á vivir en la córte, y superior á la mayor parte de aquellos antagonistas, tanto en la ciencia del mundo como en el conocimiento de los caminos de Dios, penetraba sin trabajo su malignidad; pero teniendo oculta la prudencia de la serpiente y no manifestando mas que la sencillez de la paloma, sin equivocarse continuaba combatiendo los vicios y haciendo muy comunmente de sus propios mofadores penitentes ejemplares.

(1) *Vit. S. Norber. ap.* Bolland.

Llegó á Reims al principio del concilio; pero el Papa estaba ya tan agoviado de negocios y de cuidados, que el humilde penitente despues de tres dias de diligencias desesperó de poder conseguir audiencia y tomó el partido de volverse. A poca distancia de la ciudad encontró á Bartolomé, obispo de Laon, que llegaba á ella, y este prelado distinguiendo la calidad de aquel hombre bajo un vestido menos que popular, le saludó con cierto aire de interés y quiso saber quién era. Lleno de gozo por haberse encontrado con el hombre apostólico de quien tanto habia oido hablar, le prometió proporcionarle la audiencia que él deseaba y le volvió consigo á Reims. Calisto le vió en efecto, le trató con bondad, le aseguró que despues del concilio pasaría á Laon donde le oiria despacio, y le recomendó á Bartolomé quien le tuvo en su compañía todo el tiempo que duró el concilio, llevándolo despues á su diócesi en tanto que llegaba el Papa. No tardó mucho en verificarse esto; pero en el corto intervalo que medió, supo el obispo Bartolomé el aprecio que merecia su huésped; y así, cuando llegó el Papa, no se trató mas que de fijar á Norberto en la diócesis de Laon por la autoridad del Sumo Pontifice. Se le ofreció una iglesia de San Martin situada en el arrabal, y servida por algunos canónigos; pero costó mucho trabajo el hacérsela aceptar, de suerte que solo la obediencia pudo vencer el atractivo que para él tenia la soledad; mas en medio de esta obediencia puso por condicion que aquellos canónigos habian de seguir su modo de vivir, lo cual ellos ni aun se atrevieron á intentar, atemorizados del cuadro que les diseñó y de la sola vista de su persona.

El obispo de Laon queriendo absolutamente retener una persona tan santa, y viendo por otra parte su aficion á los lugares solitarios aptos al recogimiento, le condujo inmediatamente, despues que partió el Papa, á diferentes parajes de su diócesi para que eligiese una habitacion conforme á su gusto en que pudiese fijarse perpétuamente. Despues de haber recorrido muchos sitios desiertos, cuando llegaron al mas áspero de todos, llamado Premostre, á la primera vista esclamó el Santo usando de las palabras del Salmista : *Este es el lugar de mi reposo.* Luego añadió : *Un pueblo de religiosos encontrará aqui su salud.* En muy poco tiempo se vió con trece discípulos del estado eclesiástico con muchos legos; y tales fueron las primeras columnas del orden premostratense. Queriendo conciliar las funciones del apostolado con el recogimiento de la soledad, escogieron la regla de San Agustin y el hábito blanco, que era el de los antiguos canónigos; pero le hicieron todo de lana tosca, sin mas lienzo que el de la sobrepelliz ó roquete, á fin de celebrar el oficio divino con la decencia que este órden ha observado siempre con esmero. Aquellos primeros fundadores no se desdeñaban de ningun trabajo por mas vil que fuese : guardaban un silencio continuo, no hacian en tiempo alguno mas que una sola comida al dia, y sin embargo ejercian la hospitalidad con una santa profusion. Despues de haberse probado algun tiempo para este género de vida, el dia de Navidad del año 1120 hicieron su profesion solemne con promesa de estabilidad.

Dios echó tantas bendiciones á este órden naciente, que treinta años despues contó cerca de cien abades en el capítulo general. En lo sucesivo llegó á haber hasta mil abadías de hombres, sin contar trescientos prebostazgos, quinientas abadías de mugeres y muchos prioratos (1). Los príncipes, los señores y los obispos se empeñaban en dar tierras para establecer en ellas tan santos religiosos : solo el obispo

(1) Bolland. *tom. 1 jun. pag.* 819.

de Laon les fundó cinco abadías en la estension de su diócesis. Godofredo, conde de Capenverg en Westphalia, á la edad de veinte y cinco años abrazó este instituto, le dió todos sus bienes, y fundó en Capenverg un monasterio famoso, que fué despues cabeza de otros muchos: murió cinco años despues en 13 de enero de 1127, dia en que la Iglesia le honra como bienaventurado. Tibaldo IV, conde de Champaña, estremadamente movido por este ejemplo se determinó á imitarle, y á dar á Norberto los condados de Chartres y de Blois que le pertenecian; pero el Santo, considerando delante de Dios que un señor tan poderoso y cristiano haria todavia mas bien en el mundo que en la Religion, olvidó todo interés propio y obligó al conde á conservar su poder para protejer constantemente la causa y los individuos de la Religion de Jesucristo.

Las mugeres que se alistaron en este nuevo instituto fueron por el pronto colocadas en edificios anejos á los monasterios de los hombres, pero esactamente cerrados. No se las hablaba sino por una ventana en presencia de testigos de confianza y sobre cosas de su oficio, todas relativas á las necesidades de los hermanos; porque despues de rezar el oficio de la Virgen y algunas otras oraciones, se ocupaban en hacer ó componer los vestidos de los religiosos, y en lavar la ropa de la sacristía; mas bien pronto se conoció que no hay precauciones que sean bastantes contra las menores ocasiones cuando son frecuentes. Para evitar las consecuencias de la relajacion que se introdujo á poco tiempo en la clausura, se mandó en un capítulo general no recibir religiosas en el recinto de las abadías de los hombres; y en consecuencia se asignaron á todas las hermanas sin escepcion monasterios particulares en que se las puso el coro que antes no tenian.

El Papa Calisto, antes de dejar la Francia, se abocó en Gisors con el rey de Inglaterra su pariente, para tratar de lo que importaba al bien de aquella Iglesia: volvió á pasar por Paris, desde donde el rey Luis el Grueso y la reina Adelaida, sobrina del Pontífice, con la mayor parte de los señores franceses le acompañaron por honor hasta Corbeil: tomó el camino por la Borgoña, y queriendo hacer brillar algun rayo de su nueva gloria sobre la Silla de donde habia pasado á la Cátedra de San Pedro, concedió á aquella antigua capital del reino de Borgoña la primacía no solo sobre el Delfinado y la Provenza, sino tambien sobre las provincias de Bourges, Burdeos, Auch y Narbona; y como los arzobispados de Narbona y Bourges tenian título de primados, el de Viena á quien se les sometió tomó el de primado de los primados (1). Pero esta concesion, que apenas tenia otro fundamento que la predileccion, tampoco tuvo mas efecto que este título pomposo; solo los obispados de Dié y de Viviers permanecieron sometidos á la metrópoli de Viena, la que de este modo los adquirió de la de Arlés.

Desde que Calisto entró en Italia, los pueblos corrieron en tropel á rendirle los homenages como á Pontífice legítimo, y á ofrecerle sus servicios. Las tropas toscanas se juntaron á las procesiones que fueron á recibirle en esta provincia. Las de Roma se adelantaron á su encuentro hasta tres jornadas de distancia, dándole pruebas del deseo que tenian de vengar sus agravios que no distinguian de los de la Iglesia. Entró por fin en la ciudad en 3 de junio de 1120. El antipapa se habia retirado á Sutri, resuelto á defenderse bien en aquella fortaleza, esperando socorros del emperador. Calisto, despues de haberse detenido cerca de un mes en Roma ganando todos los corazones con aquellas nobles gracias y los demas medios

(1) Marc. *de primat. Lugd. num.* 132 *et* 133.

que cuestan tan poco á las gentes de ilustre nacimiento, pasó á ver á Guillelmo, duque de Pulla y de Calabria, á fin de obtener de él un socorro mas pronto, y abatir de un golpe el orgullo del intruso. Volvió á Roma á celebrar las fiestas de Pascua, é inmediatamente despues envió un ejército numeroso á Sutri con el cardenal Juan de Crema, á quien no tardó en seguir. Así que los habitantes de la plaza vieron batir sus murallas, se apoderaron de la persona de Burdino, que hacia tres años llevaba el nombre de Papa, y le entregaron á los sitiadores. Los soldados, despues de haberle llenado de injurias, le hicieron montar al revés en un camello, y le pusieron sobre los hombros una piel ensangrentada de carnero para representar burlescamente la cabalgata en que el Papa se presenta vestido con la gran capa de escarlata. De este modo entró el antipapa en Roma (1121), y á un espectáculo tan digno de conmiseracion, el pueblo no solo no se enterneció, sino que le hubiera sacrificado á su furor si el Papa Calisto no le hubiese hecho sacar prontamente de sus manos. Inmediatamente le envió al monasterio de Cava para que hiciese penitencia. Este desdichado sobrevivió á Calisto, y murió aprisionado en Fumon, cerca de Alatri, en el pontificado siguiente.

El Papa restableció el buen órden y la seguridad pública; demolió las fortalezas tanto de los Frangipanes como de otros pequeños tiranos, y puso en razon á todos los grandes de Roma, ante quienes sus predecesores apenas se habian atrevido á respirar, por decirlo así. Las ofrendas de San Pedro, que estaban en posesion de ser impunemente robadas, las hizo poner á su disposicion para emplearlas en utilidad de la Iglesia (1). El espíritu de interés tan estraño á su carácter como á su alto nacimiento influia en él tan poco, que persuadió á los ingleses á que hiciesen la peregrinacion de Compostela mas bien que la de Roma, á causa de lo largo del camino, y esta es la razon por qué aplicó las mismas prerogativas á la iglesia de Santiago que á la de San Pedro. Tambien concedió á los cruzados que fuesen á pelear contra los sarracenos de España, la misma indulgencia que á los que combatiesen por la Iglesia de Oriente (1). Y es bien estraño que con unos rasgos tales del desinterés de Calisto, el autor mismo que los presenta como nosotros, añada hablando de las órdenes dadas por este Papa para el restablecimiento de Tourstain de York, que este arzobispo *las obtuvo por aquellos medios con que en Roma se obtenia todo*; esto es, con el dinero; porque esta es la palabra del enigma, mas fácil de adivinar sin duda en la boca de un protestanto que en la de un ortodoxo.

La caida del antipapa, animando por todas partes á un tiempo el valor de los católicos y el despecho de sus adversarios, causó una fermentacion universal, y puso sobre las armas á toda la Alemania. El emperador emprendió reducir á Maguncia, cuyo arzobispo Alberto ó Adalberto se habia hecho un contrario de este príncipe tanto mas temible, cuanto mas parte habia tenido en su confianza (2); y para poner el sitio á la ciudad reunió tropas de todas partes. El arzobispo por su parte conmovió toda la Sajonia, adonde juzgó oportuno retirarse menos para combatir al gefe del imperio que para impedir sus escesos infundiéndole terror. No se engañó en sus miras. Viendo Enrique levantada toda la Germania, se acordó vivamente de que estaba herido con las mismas censuras y hacia el mismo papel que le habia servido de pretesto para des-

(1) *Malmesb. V, reg. pag.* 169.

(1) Bolland. *tom.* 6, *p.* 488.
(2) Usperg. *ann.* 1121.

tronar á su padre. Así que, hácia el medio de la campaña de 1121, habiéndose avistado los dos ejércitos, deseando uno la paz, y temiendo el otro el éxito de la guerra, se enviaron de una parte y otra parlamentarios para tratar de convenio. El emperador convino en remitirse á los señores, por lo cual se nombraron doce de cada parte, y se convocó una asamblea general en Wurtzburgo para el 30 de setiembre al otro dia de San Miguel. En ella fué determinado que pasaria á Roma Bruno, obispo de Spira, y Arnulfo, abad de Fulda, á suplicar al Papa que convocase un Concilio general en que este grande negocio quedase terminado.

Se prepararon para este Concilio los sabios, ejercitando sus plumas sobre las materias oscuras y delicadas que debian tratarse en él. El cardenal Pedro de Leon entre otros consultó á Geofredo de Vandoma tambien cardenal, quien con esta ocasion compuso su Tratado de las investiduras (1). En él estableció los mismos principios que Ivon de Chartres; á saber, que la ordenacion hace al obispo, como el bautismo hace al cristiano; pero que no confiére ningun derecho, si no es precedida de una eleccion canónica. Despues sostiene, que la investidura es una heregía como la de la simonía; esto es, que es herético decir ó creer que los legos pueden dar jurisdiccion espiritual ó la investidura por medio del báculo y el anillo, que son las señales visibles del poder pastoral, y que por consiguiente pertenecen al sacramento del órden: «Usurpacion tanto mas culpable, añade, cuanto que es simoniaca, porque los príncipes no se manifiestan tan celosos de ella sino por el dinero ú otras ventajas temporales que sacan por su medio.» El resto del Tratado, poco conforme á la exactitud de sus primeras decisiones, prueba bien cuánta necesidad de ilustracion tenia todavia la materia. Mas razonado quizá nos parece este Tratado en lo que dice contra el abuso de las dispensas. El autor, cardenal de la Iglesia romana, escribiendo á otro cardenal, clama fuertemente contra aquellos que decian que en materia de dispensa todo le era permitido á esta Iglesia. «Puesto que el sucesor de Pedro, dice, no tiene mas poder que Pedro mismo, ni ciertamente mas que Jesucristo que vino á cumplir la ley, y no á abolirla, debe usar del poder que le es confiado, no segun su voluntad sino segun la tradicion. Si alguno, aun de sus inferiores, le hiciese conocer los justos límites de que se ha propasado, debe recibir este aviso.» En otro escrito dirigido á Calisto, sostiene tambien Geofredo, que la investidura por el báculo y el anillo es una heregía, porque es una empresa de los legos para conferir un sacramento. Este escritor es tambien el primero, segun Fleury, que empleó la alegoría de las dos espadas, tan famosa en lo sucesivo en las largas divisiones del sacerdocio y del imperio. «Jesucristo, dice, ha querido que estas dos espadas fuesen empleadas para la defensa de la Iglesia; pero si la una embota á la otra, no se cumplen sus intenciones; entonces la justicia ya no está en el Estado, ni la paz en la Iglesia; y de ahí los escándalos y los cismas, la pérdida de los cuerpos y la de las almas (1).»

El obispo de Spira y el abad de Fulda, diputados á Roma, habiendo preparado la materia y allanado las principales dificultades, se volvieron á Alemania con tres cardenales que el Papa enviaba al emperador, y en consecuencia se tuvo una dieta imperial en Worms, donde despues de muchas conferencias se arregló por fin la paz felizmente (1122). El emperador renunció las

(1) *Opusc.* 2.

(1) *Opusc.* 4.

investiduras por el báculo y el anillo, restableció la libertad de las elecciones y dió por escrito la declaracion siguiente: (1) «Yo Enrique, por la gracia de Dios augusto emperador de los romanos, por amor de Dios, de la santa Iglesia romana y del señor Papa Calisto, y por la salvacion de mi alma, devuelvo á Dios y á los Santos Apóstoles toda investidura por el báculo y el anillo, y concedo á todas las iglesias de mi imperio la libertad de elegir y consagrar sus prelados. Restituyo, tanto á la Iglesia de San Pedro como á las demas iglesias, asi á los clérigos como á los legos, los bienes que les he usurpado, y procuraré con todo mi poder la restitucion de los que les han sido invadidos por otros. Doy una paz verdadera al señor Papa Calisto, á la santa Iglesia romana y á todos los que sostienen ó han sostenido sus intereses. Socorreré fielmente á la Silla apostólica siempre que recurra á mí, y la haré exacta justicia cuando me pase alguna queja.»

Los legados del Papa por su parte firmaron un escrito en que el Gefe de la Iglesia habla asi al del imperio: «Yo Calisto, siervo de los siervos de Dios, os concedo á vos, Enrique, augusto emperador de los romanos y querido hijo mio, que las elecciones de los obispos y de los abades del reino teutónico se hagan en vuestra presencia, pero sin restriccion de libertad y sin simonía, y á fin de que, si hay division, protejais el partido mas justo segun el juicio del metropolitano y de los comprovinciales. El elegido recibirá de vos por el cetro los derechos de regalía, pero á escepcion de lo que pertenece á la Iglesia romana, y él os corresponderá con las obligaciones de derecho. Cuando me pidais socorro, os le prestaré segun las obligaciones de mi cargo. Concedo una paz verdadera á vos y á todos los que son ó han sido de vuestro partido en el curso de esta desavenencia.»

Estos empeños recíprocos fueron firmados y entregados con grande aparato en una llanura de las orillas del Rhin, á causa de la multitud prodigiosa que componia la asamblea. Se tributaron vivas acciones de gracias á Dios, y despues el legado Lamberto, cardenal y obispo de Ostia, que sucedió al Papa Calisto bajo el nombre de Honorio II, celebró la misa, en la cual dió el beso de paz y la comunion al emperador. Los legados dieron tambien la absolucion á las tropas de Enrique y á todos los que habian tenido parte en el cisma; despues de lo cual se separaron con una entera satisfaccion de una parte y otra.

Para dar toda la estabilidad y autenticidad conveniente á un asunto de tanta importancia, se tuvo en Roma durante la Cuaresma del año siguiente (1123) un concilio reputado por el primero ecuménico de Letran, y el nono de los generales. Hallaronse en él mas de trescientos obispos, y mas de seiscientos abades, y al todo cerca de mil prelados. Nada nos ha quedado de este concilio de lo respectivo á su objeto directo, que era la confirmacion de la paz entre la Iglesia y el imperio; pero se sabe con toda certidumbre por otra parte, que fué tan felizmente ratificada como habia sido concertada. Nada de este concilio se ha libertado de la desgracia de los tiempos mas que los cánones que estableció en número de veintidos, y son en gran parte repetidos de los concilios precedentes.

Pero aunque el cisma y la discordia hubiesen sido abjuradas sinceramente, la cizaña estaba demasiado arraigada para que se pudiesen estirpar tan prontamente sus profundas raices. Todavia veremos renovarse estos violentos conflictos de las dos jurisdicciones con todas sus trágicas escenas. Por fortuna la calma restablecida en el

(1) *Tom. 10 Concilior. pag.* 890.

último concilio romano, consoló por algun tiempo á la Iglesia de haberse visto precisada á emplear sus armas espirituales para hacer entrar en razon á los reyes y emperadores y para que ellos mismos observasen las máximas de órden y de justicia que asi obligan á los príncipes como á los pueblos.

LIBRO TRIGÉSIMO-SESTO.

Desde el primer Concilio general de Letran en el año 1123, hasta la muerte de San Bernardo en el de 1153.

Es ciertamente muy humillante para el espíritu el que las sectas mas insensatas y mas corrompidas hayan sin embargo disfrutado mas larga duracion. Desde los primeros siglos de la Iglesia, los gnósticos y los maniqueos habian horrorizado hasta á los mismos paganos, pues los reputaron dignos de los últimos suplicios. Perseguidos con la misma severidad por los príncipes cristianos, trocaron el nombre, el método y el lenguaje; pero conservaron las mismas estravagancias, las mismas impiedades y la misma disolucion que resucitaron bajo mil formas distintas desde el Oriente hasta las estremidades del Occidente. Viéronse los paulicianos en Asia, los priscilianistas en España y otros muchos corruptores igualmente perversos, aunque menos famosos, infestar hasta el corazon de las Galias y la capital del mundo cristiano, siendo unos mónstruos mas propios para inspirar la execracion que para acreditar la seduccion: mónstruos que sin duda con este objeto permitió la Providencia se reprodujesen mientras rehusaba á otras sectas la facultad de perpetuarse de ese modo. Veremos bien pronto á los discípulos de Pedro de Bruis, los enricianos ó enriqueños, los waldenses y los albigenses, sucederse casi sin intervalo y estenderse con rapidez por las mas hermosas provincias de la Francia; de suerte que para preservar el cuerpo de la nacion, fué necesario cortar sin piedad los miembros gangrenados, y para purificar su sangre fué preciso casi agotarla.

En la época á que hemos llegado, aparecieron en la Bélgica estos monstruosos errores con una audacia sorprendente. En la ciudad de Amberes, entonces ya muy considerable y poblada, pero que sin embargo no tenia para su gobierno espiritual mas que un solo sacerdote que vivia amancebado con una sobrina suya, un dogmatizante llamado Tanchelmo ó Tanquelino, se aprovechó del descrédito en que estaba pastor tan despreciable para hacer grandes estragos en aquel rebaño casi abandonado (1105). Era Tanquelino un simple lego, de costumbres disolutas, pero hábil en disfrazarse, fecundo en intrigas, sutil en las disputas y naturalmente elocuente. Insinuó por el pronto sus errores por medio de las mugeres á quienes habia corrompido, y á quienes ensayaba bastante en artificios para engañar has-

ta á sus propios maridos. Luego que tuvo ya formado un partido temible aun al poder público, se presentó con insolencia escoltado de tres mil hombres que le seguian á todas partes, y tenian la espada levantada en tanto que él predicaba: estaba magníficamente vestido, hacia llevar delante de sí un estandarte, y en todo obraba como un soberano.

Decia que la Iglesia estaba encerrada en su persona y en sus discípulos; que el sacerdocio, el episcopado y el pontificado supremo no eran mas que una quimera; que todos los sacramentos de los católicos eran otras tantas abominaciones; que si Jesucristo merecia adoracion por haber recibido el Espíritu Santo, mas digno era él de este culto supremo por estar lleno del mismo Espíritu Santo (1). Algunos le adoraron en efecto, y los enfermos se apresuraban á beber el agua en que se habia bañado como un remedio saludable al alma y al cuerpo. Correspondiendo la corrupcion de sus costumbres á la de su doctrina, las mugeres se ingeniaban por conseguir los vergonzosos favores de aquel infame profeta: las madres aplaudian el deshonor de sus hijas, y los maridos el de sus mugeres; ni los unos ni los otros se daban por ofendidos sino cuando escogia fuera de sus familias los cómplices de su incontinencia.

La liberalidad en favor de los intereses de la secta y de su gefe, igualmente que la complacencia inmoral de las mugeres que él fanatizaba, era la primera virtud que tenia cuidado de inspirar, y se picaban de emulacion entre los dos sexos sobre quién habia de regalar mas. No correspondiendo sin embargo las larguezas á la codicia del sectario, asegurado del absoluto y necio abandono de sus prosélitos, y de que las maniobras mas claramente infernales no impedirian que se le escuchase como un ángel de luz, usó del estratagema siguiente. En un concurso de pueblo de los mas numerosos que habia juntado hasta entonces hizo que le trajesen un cuadro de la Madre de Dios, y tocándola la mano la dijo: «Vírgen María, hoy os tomo por esposa.» Despues volviéndose hácia la multitud dijo: «ved que me he casado con la reina del cielo; á vosotros os toca hacer los regalos de boda.» Inmediatamente hizo poner dos cepos ó arcas, uno á la derecha y otro á la izquierda del cuadro, y mandó que los hombres pusiesen sus regalos en uno y las mugeres en otro, á fin de conocer cuál de los dos sexos le tenia mas afecto, como tambien á su esposa. Las mugeres, mas celosas siempre de su predileccion, superaron tambien en este caso ofreciendo hasta sus collares, sus pendientes y sus mas estimadas joyas sin escepcion ni reserva.

Este fanático hizo grandes progresos en la Zelandia, en la ciudad y pais de Utrecht, y en otras muchas ciudades de los paises Bajos, y llegó hasta Roma disfrazado de monge. A su vuelta fué arrestado por el arzobispo de Colonia y encerrado con algunos de sus discípulos en una estrecha prision. Encontró sin embargo medio de escaparse, pero fué muerto estando en una barca pronto á huir. Sus errores no murieron con él, antes por el contrario hubo otros muchos gefes de secta que infestaron al mismo tiempo diferentes provincias de las Galias, desde la Bélgica hasta el Narbonés, y cuyas imposturas y observancias vergonzosas es inútil describir. Lo que hemos dicho de Tanquelino es bastante para conocer lo que puede contra las costumbres la reputacion de santidad adquirida por la hipocresía y el fanatismo.

El obispo de Cambray, que estendia entonces su jurisdiccion hasta Amberes, puso en esta ciudad, la mas infestada de todas con los nuevos errores, doce eclesiás-

(1) *Epist. Traject. ad Freder. Colon.*

ticos para ayudar al pastor ordinario á desengañar los numerosos discípulos que Tanquelino tenia en ella. Pero siendo la comision superior á sus fuerzas, llamaron á San Norberto con los mas hábiles religiosos, quienes se aplicaron á instruir á aquel pueblo engañado. El santo en especial trataba con dulzura estremada á aquellas gentes que no mantenian el error, sino porque se las habia dado por verdad, y que segun sus espresiones habrian tomado con el mismo fervor el buen camino si se las hubiese manifestado el primero. Sus tiernas exhortaciones y las obras maravillosas con que las sostenia, ganaron los corazones y quitaron insensiblemente la venda que les ocultaba la luz (1124).

No quiere decir esto que la Iglesia careciese por otra parte de doctores y predicadores ilustrados; pues Guiberto, entre otros muchos, desde su abadía de Nogent, en la que habia sucedido á San Geofredo de Amiens, no dejaba de hacer escursiones apostólicas y de instruir á los pueblos con toda la ventaja de un maestro del arte, que ha dado reglas en él dignas de los tiempos mas cultivados. En su tratado sobre las reliquias de los Santos, se encuentra el mismo gusto y el mismo juicio, junto con mucha erudicion y crítica; compuso esta obra con ocasion de un diente de Nuestro Señor, que la abadía de S. Medardo de Soissons suponia conservar en su tesoro. Guiberto declara desde luego que debemos venerar las reliquias; pero sostiene que se necesitan pruebas ciertas de su autenticidad y de la santidad de aquellos á quienes se atribuyen; añade que los milagros solos no prueban siempre la santidad, sobre lo cual alega la tradicion ya recibida de que los reyes de Francia, sin ser todos santos, tenian el don de curar los lamparones. «Se deberia, continúa, castigar severamente á los inventores de milagros falsos, porque atribuyendo á Dios lo que no ha hecho, le hacen cómplice en cuanto pueden de sus imposturas.» Sobre este punto refiere muchos ejemplos de leyendas apócrifas y de reliquias falsas; y para manifestar la reserva de la Iglesia en esta materia, dice que «ella no se atreve á asegurar que la Madre de Dios haya resucitado, y eso que tiene las mas fuertes razones para creerlo, y asi solo permite que los fieles lo crean piadosamente (a).»

Volviendo en seguida al objeto de su disertacion, á saber, el diente de Jesucristo que pasaba por un diente de leche, dice, que se debe juzgar de él lo mismo que del santo ombligo y otras reliquias semejantes, que diferentes iglesias se gloriaban de poseer, cuya autenticidad niega como contraria á la fé de la resurreccion, en la que el Salvador volvió á tomar su cuerpo entero; además de que no es verosímil que la Santísima Vírgen haya conservado semejantes cosas, no menos que su leche que se enseñaba en Laon. Estas reflexiones sensatas de Guiberto hacen tanto mas honor á su siglo, cuanto él no era ni con mucho el doctor menos susceptible de credulidad, como se vé en algunas otras obras suyas llenas de historias milagrosas desaprobadas, ó por lo menos desatendidas por la tradicion comun. Asi en todos los tiempos la enseñanza general tiene el sello de la divina sabiduría que no dejará jamás de dirigirla.

El abad Guiberto infiere tambien del Sacramento adorable de nuestros altares la falsedad y aun la inutilidad de toda otra reliquia de Jesucristo, el cual no nos ha dado su cuerpo bajo especies estrañas,

(a) Si esto era en tiempo de Guiberto, la Iglesia luego, guiada siempre por el Espíritu Santo, y despues de pensado con la madurez que acostumbra, estableció la fiesta de la Asuncion de Nuestra Señora, siendo de notar que ya en el siglo VII San Juan Damasceno predicó de la Asuncion de la Santísima Vírgen, lo cual indica que en la Iglesia griega habia ya entonces esta fiesta. (*N. del E.*)

sino porque no juzgó conveniente dejárnosle en todo ni en parte bajo su forma natural. «Y sobre todo, continúa, ¿qué necesidad teníamos de que nos dejase algunos restos mutilados de aquel cuerpo adorable, cuando le tenemos entero en la Eucaristía?» Aquí el autor combate á todos los enemigos de la presencia real, y especialmente á los partidarios artificiosos del sentido figurado. Ya lo habia hecho antes con buen éxito en su preciosa carta al abad Sigefredo, en que se lee este pasaje (1): «Si la Eucaristía no es mas que una sombra y una figura, hemos venido á caer de la sombras de la antigua ley en otras todavía mas vacías.» Además de las obras teológicas de Guiberto, tenemos de él una historia de las primeras espediciones de las cruzadas con este título enfático: *Obras de Dios ejecutadas por los francos.* (Gesta Dei per Francos). Este sábio y virtuoso abad, despues de haber gobernado veinte años el monasterio de Nogent del Cuci, murió en él en el año 1124.

A fines del mismo año el Papa Calisto II fué acometido de una enfermedad violenta que le arrebató en 12 ó 13 de diciembre con gran sentimiento de todo el mundo cristiano. En menos de seis años de pontificado habia pacificado la Iglesia y el imperio, restablecido la autoridad de la Santa Sede y todo el lustre del órden gerárquico. Habia tambien encontrado medio de volver la abundancia y el esplendor á Roma, donde no solo repuso en honor los monumentos antiguos, sino que añadió muchos acueductos para la comodidad de los diferentes cuarteles de la ciudad; reedificó la iglesia de San Pedro, la dió ornamentos magníficos, y no celebró jamás en ella el santo sacrificio sin hacerla algun regalo considerable. Como tenia una devocion particular á Santiago, hizo arzobispado á Compostela. Por desgracia dió la púrpura romana, y concilió un gran crédito á Pedro de Leon; pero este cardenal jóven, entonces muy celoso contra los cismáticos, no daba motivo para sospechar que pudiese él mismo en ningun tiempo ser fautor de un nuevo cisma.

Tres dias despues de la muerte de Calisto los cardenales y los obispos se juntaron en San Juan de Letran y eligieron Papa á Tibaldo, cardenal presbítero de Santa Anastasia, á quien llamaron Celestino. Pero apenas se le revistió con la capa encarnada, cantando el *Te Deum*, cuando Roberto Frangipani y algunos otros revoltosos entraron gritando: *Lamberto, obispo de Ostia, Papa; Lamberto Papa de los romanos.* El terror se esparció por toda la asamblea, y se veian de cerca los peligros de la division: por otra parte Lamberto de Ostia era persona muy apreciable: Celestino cedió de buena voluntad, y en el dia mismo de la primera eleccion todos se reunieron en favor de Lamberto, que fué proclamado con el nombre de Honorio II. Sin embargo, como este paso no era muy canónico, algunos dias despues dejó la capa y la tiara en presencia de los cardenales, quienes en atencion á esta humildad y por la tranquilidad de la Iglesia rectificaron lo que habia habido de defectuoso, le reconocieron de nuevo por Sumo Pontífice, y le pusieron en el trono en 21 de diciembre.

El dia 23 de mayo del año siguiente, el emperador Enrique V murió en Utrecht, de resultas de una úlcera en el brazo, á los cuarenta y cuatro años de su edad, diez y nueve de su reinado despues de la muerte de su padre, y á los quince de su imperio. Como no dejaba hijos, acabó en él la rama de los emperadores de la casa de Franconia que habia ocupado el trono ciento y un años. En la dieta de Maguncia compuesta de sesenta mil personas, entre las cuales se ha-

(1) *Pag.* 283.

llaron legados del Papa, se eligió en 30 de agosto siguiente á Lotario II, hijo del conde de Supplemburgo, y que habia tomado el título de duque de Sajonia á causa de su muger, descendiente de un tio del emperador San Enrique.

Al empezar el pontificado de Honorio II, San Oton de Bamberg fué á trabajar en la conversion de los pueblos de la Pomerania. Hacia ya veinte años que desempeñaba todas las obligaciones de un escelente obispo, cuando Boleslao, despues de haber agregado esta grande provincia á la Polonia, donde Oton era conocido por la mansion que habia hecho en ella en su juventud, le escribió en estos términos (1): «Vos sabeis sin duda que los bárbaros de Pomerania, de los que el cielo me ha hecho vencedor, han pedido entrar en la Iglesia; pero despues de tres años que me ocupo en esta grande obra, no puedo encontrar cerca de mí ni obispo ni sacerdote que sea capaz de ponerla en ejecucion y que quiera emprenderla. Como vos estais siempre pronto á hacer lo que es de la gloria de Dios, os ofrezco esta ocasion oportuna para ello, y os invito á partir sin dilacion. Os daré al efecto la escolta necesaria, intérpretes y sacerdotes que os ayuden, y proveeré de mi tesoro á los gastos del viage y á cuanto sea necesario.»

Oton recibió esta carta como venida del cielo, y dió gracias á Dios porque tenia á bien servirse de él para esta santa empresa: envió á pedir su bendicion y licencia al Papa, y despues se preparó para el viage sin dejarse vencer de los gemidos de su pueblo, que lloraba á su pastor como si estuviese ya muerto. Entretanto se informó detenida y prudentemente de los usos y costumbres de la Pomerania, y supo que el pueblo hacia tanto desprecio de la pobreza, que algunos obreros evangélicos que se habian presentado bajo un esterior que no indicaba mas que la modestia, solo habian sido reputados por miserables y sin otro empeño que el de buscar algun alivio á su indigencia. Para hacer ver por el contrario que él no queria ganar mas que las almas, quiso presentarse en el pais no ya solamente al abrigo de la miseria, sino en un estado de opulencia capaz de socorrer las necesidades agenas. Además de los vasos sagrados, los ornamentos y todo lo conveniente á la magestad del culto, llevó víveres en abundancia, gran número de telas preciosas y otros muchos regalos para los principales de la nacion.

Atravesó la Bohemia y la Polonia, donde en todas partes le recibieron como á un apóstol los nobles y el pueblo ordenados en procesion. En Gnesne, entonces capital del pais, salieron tambien á su encuentro el duque y todos los grandes con los pies descalzos á doscientos pasos de la ciudad: celebraron fiestas en su honor durante una semana, y despues le dieron intérpretes y todos los demas ausilios que se le habian ofrecido. Estando tan bien provista la tropa de los misioneros, se despidieron del príncipe, y adelantándose hácia las fronteras hallaron una selva inmensa que apenas pudieron atravesar en seis dias, y al fin de ella un rio que servia de límites á la Polonia. Wratislao, duque de Pomerania, cristiano ya aunque secretamente, habia llegado hasta aquel sitio á salir al encuentro de los predicadores del Evangelio con aquellos vasallos suyos que reconocia mas afectos al cristianismo. Al punto que los vió, pasó el rio con una parte de su comitiva, saludó al santo obispo, á quien tuvo largo tiempo abrazado, y le declaró los sentimientos de su alma con gesticulaciones tan elocuentes, que dieron á conocer sin trabajo lo que él no podia esplicar en su idioma bárbaro. Le presentó

(1) *Vit. S. Othon. lib.* 2.

sus regalos el obispo, despues de lo cual él y su comitiva entraron con confianza en Pomerania.

Dirigiéronse por el pronto á Pirits, encontrando en el camino algunas aldeas arruinadas por la guerra, donde bautizaron treinta personas que fueron las felices primicias de esta cosecha apostólica. Advirtieron en las cercanías de la ciudad un tropel de cerca de cuatro mil hombres que se habian reunido de toda la provincia, y celebraban una fiesta idolátrica con regocijos tumultuosos: temieron esponerse durante la noche que estaba próxima á una multitud exaltada por la licencia, el entusiasmo y la supersticion. Mas al dia siguiente diputaron personas á los principales de la ciudad para anunciarles la llegada del obispo, á quien los duques de Polonia y de Pomerania les mandaban escuchar con respeto, añadiendo que era un hombre de gran distincion, de riquezas considerables en su tierra, y que lejos de exigirles nada venia á colmarlos de bienes; que se acordasen de los horrores de la guerra apenas concluida, y de las promesas que habian hecho para obtener la paz, y que temiesen provocar de nuevo las venganzas del Ser Supremo: que todo el mundo era cristiano, y que ellos no podian resistir solos á todas las naciones.

Los principales de los paganos, despues de algunos artificios empleados sin fruto para ganar tiempo, contestaron que reconocian el ningun poder de sus dioses, y que no querian resistir mas al Dios Supremo que rompia todas sus medidas. Al punto comunicaron su resolucion al pueblo que permanecia aun reunido, y todos á una voz clamaron que desde luego llegase el obispo para poderle ver y oir antes de separarse. Llegó Oton con toda su comitiva, y acampó en una gran plaza á la entrada de la ciudad. Corrian los bárbaros en tropel, y abalanzados por todas partes hácia aquellos estraordinarios huéspedes, tenian fija sin cesar la vista en ellos, observando con una estremada curiosidad sus menores acciones.

Presentóse el obispo revestido con sus hábitos pontificales en un lugar elevado, y por medio de un intérprete les habló así: «Benditos seais de Dios Todopoderoso, en honor del cual nos recibís: os manifestais no menos movidos que convencidos de la causa que nos ha hecho venir desde tan lejos: solo vuestra salvacion, solo vuestra felicidad eterna es lo que pretendemos: sí, sereis felices para siempre si quereis adorar y servir á vuestro Criador con la fidelidad que se merece.» Oido esto, levantóse una gritería general de aplauso y de sumision. Empleó Oton siete dias en instruirlos cuidadosamente con sus sacerdotes y clérigos, y les hizo ayunar otros tres dias; despues les administró el bautismo con una decencia y circunspeccion que los autores del tiempo juzgaron que debian trasmitírnosla como un monumento respetable del pudor de aquellas naciones septentrionales.

Sin embargo, la gentílica supersticion habia introducido entre ellos como entre los antiguos paganos, la pluralidad de mugeres y el uso desnaturalizado de ahogar sus hijas en la cuna cuando creian que era demasiado el número que tenian de ellas. Así en las tres semanas que Oton y sus discípulos permanecieron entre aquellos neófitos, les inspiraron horror á tales prácticas contrarias á la naturaleza; esplicáronles la doctrina de los siete sacramentos; les instruyeron acerca de la observancia de las fiestas y de los ayunos, y les recomendaron oir misa con frecuencia y comulgar por lo menos tres ó cuatro veces al año. Prohibiéronles tambien comer sangre y animales sofocados. A falta de iglesia, que no se habia podido construir en tan poco tiempo, se les dejó una capilla con un altar consagrado, un sacerdote, un cáliz, los libros y otros

muebles necesarios; lo cual sostuvo la piedad de aquellos nuevos fieles, que llegaban á unos siete mil, y les hizo concebir mas y mas horror á sus antiguas supersticiones. Al dejarlos Oton pidióles algunos de sus hijos para hacerles estudiar, con el fin de que tuviesen, como las demas naciones, sacerdotes y clérigos de su lengua.

De Pirits pasó á Camin, donde halló á la duquesa de Pomerania, la cual, cristiana ya en el corazon, le recibió con mucho júbilo. Permaneció aquí seis semanas, bautizando tanta gente, que del trabajo tenia el alba humedecida de sudor no obstante de ayudarle en este ejercicio sus sacerdotes. Fué tambien á esta ciudad el duque Wratislao, y renunció en público las mugeres que tenía, que eran de veinticuatro sin contar con la duquesa su esposa; y el ejemplo del soberano contribuyó prodigiosamente á desacreditar la poligamia en la nacion.

No progresó tan rápidamente el Evangelio en Vollin, ciudad numerosa y de mucho comercio, situada en una isla á la embocadura del Oder. Los habitantes, naturalmente altaneros y feroces, acometieron furiosos al obispo y á su comitiva, sin respetar al duque que los habia alojado en su palacio. Fué allí general la consternacion entre los cristianos, y solo el santo pastor se regocijaba con la esperanza del martirio: libertóse sin embargo despues de haber caido en el lodo y recibido alguna ligera herida. Apaciguados por fin los ánimos, principiaron las conferencias, y los idólatras prometieron seguir el partido que tomase la ciudad de Stetin, capital entonces de toda la Pomerania.

Apresuróse el obispo á pasar á ella y personarse con los principales ciudadanos. Aquellos bárbaros para quienes el latrocinio era desconocido respondieron: «entre los cristianos hay ladrones á quienes se corta los pies y se arranca los ojos: allí se ven toda clase de crímenes y de suplicios, y el cristiano detesta al cristiano. No queremos nosotros tal religion, y estamos contentos con la nuestra.» Dos meses persistieron en esta obstinacion, durante los cuales el celoso pastor utilizaba todos los medios mas á propósito para vencerla. Dieron por último esperanzas de que abrazarian el cristianismo siempre que el duque de Polonia les concediese una paz estable con diminucion de tributo. Entretanto el obispo y los sacerdotes tuvieron la libertad de anunciar el Evangelio, lo que hicieron regularmente dos veces en la semana, esto es, los dias de mercado en la plaza pública. Como predicaban revestidos con los ornamentos sacerdotales y la cruz en la mano, la novedad del espectáculo atrajo mucha gente, en especial del campo. Ganó luego San Oton dos jóvenes de una de las principales familias de la ciudad: ellos convencieron á sus madres y demas parientes, y despues á un gran número de estraños cuyas preocupaciones desvanecieron con la pintura de la vida prodigiosa del Santo á quien observaban tan de cerca y con tanto cuidado. «Él emplea el dinero, decian, en dar libertad á los cautivos; abraza con ternura á los que están en prisiones, los alimenta como hijos suyos, los viste y les da con que volver al seno de sus parientes. Juzgaríamosle un Dios si no protestase que no es mas que el siervo de Dios Todopoderoso que le envia para hacernos del todo felices.»

Hallábase en tan venturoso estado la predicacion del Evangelio, cuando regresaron los diputados de Polonia. Habia concedido el duque generosamente cuanto se le pedia; y despues de la lectura de sus cartas los ciudadanos por deliberacion pública determinaron abrazar la Religion cristiana. Hízoles consentir el obispo tambien en la destruccion de sus ídolos; pero como un terror pánico les impedia derribarlos por

sus propias manos, corrió él mismo seguido de sus sacerdotes, quienes principiaron á egecutarlo en su presencia. Cuando el pueblo vió que no les acontecia ningun daño, no le quedó mas que el desprecio hácia aquellas divinidades que no podian defenderse; y este desprecio se estendió por todos con tanto ardor, que arruinaron hasta el último asilo de la supersticion. El templo principal de los ídolos contenia grandes riquezas que ofrecieron al obispo y á sus sacerdotes; pero él dijo: «¡no quiera Dios que nosotros nos enriquezcamos con vuestros bienes! Tenemos bastantes en nuestras tierras, y así conservad todo eso para vuestro uso.» Recibió solo la cabeza de un ídolo que envió al Papa como un trofeo de la victoria ganada al infierno (1). Despues de tan felices sucesos creyó deber permanecer aun tres meses en Stetin para instruir aquellos nuevos fieles y consolidar fuertemente aquella naciente iglesia.

Entretanto los habitantes de Vollin habian enviado secretamente emisarios que observasen lo que pasaba en una ciudad que habian elegido por modelo, y se cercioraron de que no habia miras de interés ni impostura alguna en la conducta de aquellos estrangeros; que su doctrina era igualmente irreprensible, y que habia sido recibida con unánime consentimiento en Stetin. Sabido esto, desearon en Vollin el regreso de Oton como de un bienhechor generoso, á quien luego que estuvo allí todo el mundo se apresuraba á hacer olvidar las ingratitudes con que habian pagado las primeras pruebas de su benevolencia. Apenas bastaron dos meses de un escesivo trabajo para bautizar á todos los que se presentaban. Como Vollin estaba en el centro de la provincia, los duques de Polonia y de Pomerania eligieron aquella ciudad para establecer en ella la Silla episcopal. Los pueblos hicieron todos sus esfuerzos para que se quedase allí Oton, prometiéndole una docilidad perfecta en caminar bajo su direccion por los caminos de la salvacion, causa muy capaz de hacer sensacion en el pecho de un Santo, y que le hizo consentir efectivamente en dejar el esplendor y todas las ventajas de su primera Silla. Mas su clero, atacándole por el punto de la sensibilidad y de la virtud, le hizo mudar de resolucion. Regresando, pues, á su iglesia por la Polonia despues de haber anunciado las verdades del Evangelio en Colberg, Belgart y en otras muchas ciudades paganas, el duque Boleslao nombró, siguiendo sus consejos, para obispo de Pomerania á Alberto, uno de los tres capellanes que habia enviado á la mision de aquella provincia. En menos de un año produjo San Oton todos estos frutos de salud, y se halló por la Pascua en Bamberg como habia prometido á su salida.

Cuatro años despues emprendió segundo viaje á Pomerania, pero por diferente via (1). Quiso al paso sembrar la semilla del Evangelio por el pais de los lutecianos, que ocupaban una parte de Meklemburgo y de Brandeburgo; y cuando habia ya convertido allí á muchos, y aun demolido algunos templos de ídolos y consagrado iglesias, supo que Stetin habia reincidido y vuelto á la idolatría, y tomó al punto la resolucion de ir allá; mas los eclesiásticos de su comitiva, menos animosos que él, emplearon todos sus esfuerzos en hacerle cambiar de resolucion. Cansado de oir tales reconvenciones, y mucho mas de los disfraces de su pusilanimidad, les dijo: «Veo bien que hemos venido á buscar los placeres, no la cruz. ¡Que no pueda yo conduciros conmigo al martirio! No pretendo sin embargo coartar á ninguno; mas si os negais á participar de

(1) *S. Othon. Vit. c. 25.*

(1) *S. Othon. Vit. lib. 3.*

mi corona, al menos no pretendais quitármela; dejadme la libertad que yo os concedo.» Habiendo pronunciado estas pocas palabras, se encerró solo y estuvo orando hasta la noche; dijo despues á uno de sus fámulos que cerrase todas las puertas, y que no las abriese á ninguno sin órden suya. Púsose entonces los vestidos de viaje, colocó sus ornamentos, su cáliz y demas utensilios del altar en un saco que cargó sobre sus espaldas, y solo, aprovechándose de las tinieblas, emprendió el camino de Stetin y caminó con alegría lo restante de la noche. Levantándose sus clérigos á maitines y buscándole por largo tiempo inútilmente, se llenaron de una cruel zozobra; partieron al punto unos á pié, otros á caballo; estendiéronse á lo lejos por el campo, y le hallaron por último al vislumbrar el dia cuando iba á darse á la vela en un barco. Precipitáronse del caballo al verle, arrojáronse á sus pies bañándolos con sus lágrimas: él llorando tambien se postró á sus plantas, rogándoles que no le estorbasen seguir su resolucion y que regresasen al sitio de donde habian salido; pero ellos le contestaron que nunca le dejarian, y que irian en seguimiento suyo por el universo entero, bien fuese á vivir, bien fuese á morir.

En efecto, todos juntos se fueron á Stetin y se alojaron en una iglesia que estaba á la entrada de la ciudad. Los ciudadanos estaban divididos entre sí; pues unos habian conservado la fé y otros en mucho mayor número habian vuelto al paganismo. La mayor parte de estos pareció inquieta y muy aturdida con la llegada del santo obispo; pero los sacrificadores de los ídolos, transportados de furor, cercaron la iglesia con tropel de gente armada, gritando como rabiosos que era necesario echarla á bajo y pasar á cuchillo á cuantos estaban dentro. El Santo, que deseaba con ardor el martirio, se revistió con sus hábitos pontificales, y tomando en lugar de armas la cruz y las reliquias, se puso á cantar salmos con sus capellanes. Los bárbaros al ver esto quedaron desarmados, y no pudieron dejar de admirar aquellos hombres estraordinarios que en el artículo de su muerte no se defendian sino con cánticos y bendiciones: los mas discretos de ellos llamando á parte á sus sacerdotes, les hicieron presente que el modo mejor de defender su religion era el de la razon y no el de la fuerza, con lo que el motin calmó insensiblemente y la gente se separó (1130).

Llegado el domingo, el santo obispo, despues de haber celebrado el santo sacrificio, salió revestido todavía con los sagrados ornamentos yendo la cruz delante de él, y llegando á la plaza pública subió á una tribuna desde donde se acostumbraba á arengar al pueblo. Asi que empezó á hablar, y á dar pruebas la mayor parte de la gente de que le escuchaba con gusto, un sacrificador atravesó por todo el concurso, y con voces desentonadas llenó de injurias al predicador y animó al pueblo á sacrificar aquel enemigo de sus dioses (1). Todos tenian dardos en la mano, y muchos se pusieron en actitud de lanzarlos; pero se quedaron inmobles, sin poder ni usar de sus armas, ni bajar sus manos, ni aun moverse del lugar en que estaban. Este fué un triunfo muy agradable para los fieles, y de él tomó el Santo ocasion para exaltar el poder infinito del verdadero Dios. Los discretos y los ancianos de la ciudad se juntaron inmediatamente en el lugar del consejo, en donde permanecieron hasta media noche, y resolvieron por fin estirpar enteramente la idolatría y adherirse para siempre á la Religion cristiana. Desde el dia siguiente, el obispo reconcilió á los apóstatas con la imposicion de las manos, bautizó á las personas que

(1) *S. Othon, Vit. c. 16.*

no lo estaban todavía, y confirmó su fé con muchos milagros. En poco tiempo aquella iglesia de la capital se halló en estado de servir de modelo á toda la provincia, la cual miró como un deber conformarse con ella. San Oton, despues de haber dado asi la última mano á esta conquista apostólica, vivió todavía siete ú ocho años en su iglesia de Bamberg, donde no dejó de presentar en sus obras la fé viva, el celo laborioso, la caridad, el espíritu de abnegacion y todas las virtudes de un Apóstol.

Otras muchas iglesias tenian tambien á su frente prelados de una eminente virtud. En el año de 1125 fué trasladado el bienaventurado Hildeberto del obispado de Mans á la Silla metropolitana de Tours, como á un campo mas apto para desplegar toda la estension de su mérito y talentos (1); pero él no aceptó este mayor honor sino con estrema repugnancia, aunque en Mans tuvo que sufrir toda clase de contradicciones por la rivalidad de los príncipes que se disputaban aquella ciudad. En Tours vivió como en su primera Silla, ocupado sin interrupcion en reformar y santificar su clero, instruir á su pueblo, socorrer á los indigentes, y reparar y adornar las iglesias. Él en particular llevaba una vida muy austera, ayunaba frecuentemente, hacia servir su mesa con una simplicidad ejemplar, llevaba puesto el cilicio, dormia en el duro suelo, y pasaba la mayor parte de la noche en la meditacion de los libros santos y en la oracion. Tuvo además gran cuidado de celebrar sínodos y de visitar su provincia.

Conon, conde de Bretaña, le convidó á pasar á sus Estados á reformar algunos abusos, y con este motivo se tuvo en Nantes un Concilio, que nos dá una prueba clara del socorro que el derecho natural puede sacar de la fé cristiana para la observancia de sus mas evidentes principios (1). Se habian introducido en Bretaña dos costumbres inhumanas: por la primera, á la muerte de un marido ó de una muger, todos los muebles del difunto pertenecian al señor; y por la segunda, cuando un navío tenia la desgracia de naufragar, lejos de alargar la mano para socorrer á los infelices que la tempestad habia perdonado, los restos de sus bienes eran confiscados en provecho del príncipe. El conde que asistia al Concilio renunció generosamente este derecho bárbaro, é hizo pronunciar el anatema contra todos los que ejercian el otro (1127). Hildeberto envió estos decretos al Papa Honorio que los confirmó. Gobernó ocho ó nueve años el arzobispado de Tours, y adquirió por sus escritos una justa celebridad.

Nos han quedado de él cartas, sermones, las vidas de Santa Radegunda y de San Hugo de Cluny, gran número de poesías, y algunos tratados de Religion, entre los cuales el mas considerable forma un cuerpo abreviado de teología, que fué el modelo de los que despues acreditaron admirablemente la forma escolástica. En él se halla una pureza y una exactitud rara para aquel tiempo, con un sábio discernimiento en la eleccion de las pruebas. En general, se observa en las obras de Hildeberto un juicio sano, y una verdadera fuerza de espíritu contra las preocupaciones de su siglo, y particularmente contra los abusos de las largas peregrinaciones y de las interminables apelaciones al Papa (2). Aunque habia sido discípulo de Berengario, estuvo siempre muy distante de los errores de su maestro; y dice espresamente que despues de la consagracion del Cuerpo de nuestro Señor, la sustancia de pan no queda en la Eucaristia. Se sirve en esta materia de la palabra

(1) *Vit. in gest. episc. caenom.*

(1) *Tom. 10 Concilior. pag. 918.*
(2) *Lib. 1. Epist. 15; et lib. 2, epist. 41.*

transubstanciacion (1), y es el primer autor en cuyos escritos se halla usada.

Hácia el tiempo en que el bienaventurado Hildeberto pasó á la Silla de Tours, San Norberto fué á pedir al Papa la confirmacion de su instituto que habia sido aprobado por los legados Gregorio y Pedro de Leon. Se le recibió en Roma con mucho honor, y obtuvo sin trabajo lo que deseaba, como resulta de la bula de Honorio de 16 de febrero de 1126, en que se reserva sin embargo la jurisdiccion á los obispos. De vuelta á Francia, á ruego del conde de Champaña, á quien el mismo Norberto habia exhortado á santificarse en el siglo, y que queria recibir una esposa de su mano, pasó á Alemania á acelerar este matrimonio ya convenido con la virtuosa Matilde princesa de Carintia.

Norberto llegó á Spira en ocasion de tener el emperador Lotario allí una dieta en que se hallaban diputados del clero y del pueblo de Magdeburgo para elegir un arzobispo (2). Así que se supo la llegada de una persona tan famosa y tan celebrada particularmente por su santa elocuencia, se le convidó á predicar un sermon que llenó todas las esperanzas del auditorio. Habia en él con una multitud de señores un cardenal legado llamado Gerardo, que despues fué Papa bajo el nombre de Lucio III, y por su consejo los diputados propusieron para la Silla vacante tres sugetos recomendables, en cuyo número se hallaba Norberto, que ni aun lo imaginaba. Estándose deliberando entre los tres, Alberon, primicerio de la iglesia de Metz, y despues arzobispo de Tréveris, hizo seña á los diputados, mostrando con el dedo á San Norberto. Inmediatamente se apoderaron de él clamando en altas voces: «este es nuestro pastor y nuestro padre;» y llevándole sin darle tiempo á pensar, le presentaron á Lotario, que aplaudió esta eleccion con todos los asistentes. El legado la confirmó, y al momento fué conducido Norberto á Magdeburgo, donde esta noticia causó indecible júbilo (1126).

Desde lo mas lejos que pudo ver la ciudad, caminó con los pies decalzos, y siguió así á la procesion que salió á recibirle y conducirle á la iglesia, y despues al palacio arzobispal. Estaba tan pobremente vestido, que el portero le negó la entrada y le apartó con aspereza, diciéndole: «vete á colocar entre los demas pobres, y no vengas á incomodar á estos señores.» Todo el mundo al ver esto empezó á dar voces al portero, diciéndole que era el arzobispo; de suerte, que de confuso no sabia dónde ocultarse; pero Norberto le detuvo, diciéndole con agrado y con rostro risueño: «no temas nada, amigo mio; tú me conoces mejor que los que me obligan á ocupar un palacio en que haré precisamente muy mal papel.» Gobernó ocho años la diócesis de Magdeburgo con un celo que consiguió grandes frutos, aunque le suscitó enemigos, cuyo furor llegó hasta quererle dar de puñaladas; pero su caridad, su dulzura admirable y su perseverancia triunfaron de todos los obstáculos. A pesar de esta promocion al episcopado, muchos de sus religiosos no querian otro superior que él, y se mantuvieron tan firmes en esto, que el órden se vió próximo á una funesta division; pero él mandó llamar á los mas principales y los obligó á que eligiesen un abad general, que fué Hugo, su primer discípulo.

Hubo tambien entonces en Cluny una division mucho mas vituperable, porque hizo suceder sin intervalo á la edificacion pública todos los escandalosos escesos del cisma. Hacia ya tres años que el abad Ponce, que se habia hecho insoportable á sus

(1) *Serm.* 93, *pag.* 689.
(2) *Vit. ap. Bolland. cap.* 15.

hermanos por sus caprichos altaneros y sus fastuosas profusiones, habia hecho dimision de su cargo en un acceso fantástico de fervor, y habia pasado á la Tierra Santa, donde se proponia acabar sus dias. Los monges se apresuraron á poner en su lugar á Hugo, prior de Marcigni, que murió al cabo de cinco meses. Inmediatamente despues eligieron á Pedro Mauricio, descendiente de la antigua casa de Montboissier, y dotado de cualidades personales que le han granjeado el nombre de venerable. Ponce por su carácter no podia estar contento mucho tiempo en las soledades oscuras y estériles de la Palestina, por lo que volvió á acercarse al teatro de su antigua grandeza, y edificó un pequeño monasterio en Italia en el obispado de Treviso. Esta renovacion de fortuna, lejos de fijar su ligereza, sirvió solo de cebo á su ambicion, que no cesaba de retratarle las imágenes de la magnificencia de Cluny, hasta que al fin le volvieron la cabeza en términos que le hicieron tomar el partido de recobrar de un modo ó de otro su antigua posicion. Mas para volverse á presentar en Francia con algun éxito favorable á sus ideas, creyó deber hacer un papel nuevo para él y se resolvió á fingirse santo. Empezó buscando partidarios que hiciesen correr por todas partes la voz de que estaba contínuamente orando; que llevaba cadenas de hierro debajo de los hábitos; que pasaba semanas enteras sin comer, y que curaba con sus oraciones toda clase de enfermedades.

Habiéndose adelantado á él esta reputacion en el camino de Cluny, donde habia declarado no querer presentarse, se fué acercando poco á poco; y habiendo sabido que Pedro estaba en Aquitania á negocios de la órden, recogió algunos monges fugitivos y muchos legos armados, redobló su marcha y acometió de repente al monasterio (1). Echó de él al prior Bernardo, anciano venerable, dispersó los monges, obligó con amenazas y tormentos á algunos de los que pudo detener á que le prestasen juramento de fidelidad, y puso á los demás en una dura prision. Hecho asi dueño absoluto de todo, se apoderó de las cruces, de los relicarios y de los cálices, los hizo fundir, y sacó una gran cantidad de oro para pagar el sueldo á los bandidos que tenia consigo, sin esceptuar las mugeres sin pudor, las que no se avergonzaba de llevar en su comitiva. Por último, se apoderó de las granjas y castillos del monasterio; todo lo llevó á sangre y fuego, y sostuvo aquella guerra sacrílega desde el principio de Cuaresma hasta el mes de octubre, defendiéndose el prior y los principales religiosos como podian en los lugares mas difíciles de forzar (1125).

Habiendo llegado el ruido de este escándalo á los oidos del Papa, envió al momento legados que pronunciaron el anatema contra Ponce y su faccion; y despues mandó á Pedro Mauricio y á Ponce que se presentasen en Roma para juzgarlos por sí mismo. Pedro se puso inmediatamente en camino con las personas mas distinguidas que tenia la órden, entre ellas Mateo, prior de San Martin de los Campos de Paris, que estaba encargado de llevar la palabra. Ponce tuvo la osadia de comparecer acompañado de algunos monges de su partido. Como estaba excomulgado, mandó el Pontífice decirle que se pusiese en estado de obtener la absolucion, segun los cánones, antes de presentarse al juicio. Mas él contestó que no habia en la tierra quien pudiese excomulgarle, y que solo San Pedro en persona tendria poder para ello. El Papa, indignado con este delirio de orgullo, abandonó al insensato á su ceguedad voluntaria y encargó se exhortase á sus secuaces á que fuesen mas dóciles. Confesáronse estos culpables, entraron con los pies descalzos en el palacio, pi-

(1) Petr. Vener. *lib. 2 de mirac.*

diendo con humildad la absolucion y la lograron. Procedióse acto contínuo al juicio; y siendo claro el derecho, únicamente se trató de comprobar los hechos. Retiróse el Papa con toda su comitiva por algunas horas, despues de haber oido á las dos partes: regresó luego, ocupó su asiento y mandó pronunciar la sentencia en estos términos: «La Santa Iglesia romana depone para siempre á Ponce, usurpador sacrílego y cismático, y asegura al abad Pedro el monasterio de Cluny con todas sus dependencias.» Apenas fué pronunciada esta sentencia, los monges engañados por Ponce se reunieron cordialmente á sus hermanos, y todo el fuego de aquel horrible cisma se estinguió en un momento. El Papa hizo encerrar á Ponce en una torre, donde aquel génio soberbio perseveró en la impenitencia y murió poco tiempo despues: no obstante, por consideracion al ilustre monasterio de que habia sido abad, el Pontífice le mandó enterrar en sagrado, aunque sin ningun aparato.

En el mismo año del cisma de Cluny, el monasterio de Monte-Casino, que tenia en Italia la alta preeminencia de honor y de mérito que los cluniacenses gozaban en Francia, cayó tambien en un cisma que no fué menos escandaloso (1). Su abad Oderiso, de carácter muy semejante al de Ponce, se abandonó á los mismos estravíos. Cuando el Papa Honorio no era mas que cardenal obispo de Ostia, habia sufrido de aquel un desaire humillante; y cuando le elevaron al pontificado, el abad imprudente, naturalmente mordaz, soltó algunas impertinentes proposiciones sobre el nacimiento del nuevo Pontífice, y puso de algun modo en ridículo su literatura. Algun tiempo despues Honorio, hallándose en el castillo de Fumona, hizo venir á Oderiso, y en presencia de muchos legos le reprendió fuertemente sobre la disipacion de los bienes del monasterio, llegando á decirle que no era un abad, sino un grande del mundo y un oficial militar. Habiéndose exasperado de este modo de una parte y otra los ánimos, el conde de Aquino, que no amaba á Oderiso, escribió á Honorio que este abad soberbio hablaba mal de él en cuantas ocasiones se le ofrecian, y citó casos particulares y bastante circunstanciados para que el Pontífice llamase á Oderiso á su tribunal. Negóse el abad á comparecer; y el Papa, habiendo repetido por dos veces la citacion segun las formas canónicas, pronunció contra él la sentencia de deposicion, añadiendo que aun cuando no tuviese otra culpa que su contumacia y orgullo, bastaban para condenarle.

Despreció Oderiso la sentencia, y algunos dias despues se sentó en la silla abacial con el báculo en la mano, ejerciendo todas las funciones de costumbre. Justamente irritado Su Santidad, le excomulgó públicamente con todos sus cómplices, lo que causó una division muy acalorada entre los monges y los pueblos de las cercanías dependientes de la abadía, hasta que estos, habiéndose hecho los mas fuertes, obligaron á los monges á echar á Oderiso y á elegir otro abad. En efecto, eligieron á su dean Nicolás; pero algunos religiosos antiguos escribieron en secreto al Papa que la eleccion era irregular, y obra solo de la intriga. Quedó bien justificada esta acusacion por la conducta de Nicolás; pues para sostener su partido se apoderó de la mucha plata de la iglesia, sin perdonar á un altar de oro adornado de pedrería, ni á otros muchos regalos de un precio inestimable, consagrados por la devocion de tantos Papas y príncipes. En una palabra, la profanacion rayó tan alto, que el afecto que le tenian sus monges se trocó en horror y ódio implacable. Pero su robo le habia puesto en estado de sostener la guerra que siguió con tanta obstinacion

(1) *Chron. Cass. lib. 4, cap. 31 et seq.*

como furor. Oderiso, por el contrario, amaestrado por la adversidad y por la firmeza inflexible del Papa, se arrojó á sus pies, y renunció la abadía en sus manos. Depuso despues el Pontífice á Nicolás, excomulgó á todos sus secuaces, é hizo elegir abad al preboste del monasterio de Cápua, llamado Seignoret (1127). Sometióse entonces Nicolás y abandonó las fortalezas que ocupaba. Causó tanta satisfaccion á Honorio el haber dado fin á este escándalo, que contra su costumbre se trasladó á Monte Casino para dar á Seignoret la bendicion abacial que sus predecesores habian ido siempre á recibir á Roma. No obstante, quiso que el nuevo abad le prestase juramento; mas los monges replicaron que este juramento se exigia de los obispos y de los demas abades porque muchas veces habian caido en la heregía ó sostenido doctrinas contrarias á la de la Iglesia romana; pero que no sucedia asi con sus abades. El Papa cedió ante estas razones que equivalian á un juramento formal.

El órden de Cluny en el espacio de trece años de un gobierno como el de Ponce, no habia podido dejar de sufrir golpes considerables en la regularidad de sus observancias; pero los religiosos conservaban toda la altivez de la preeminencia en que los habia establecido la reputacion de sus padres; y asi no vieron sin emulacion al instituto del Cister, que estaba en el mas alto grado de su fervor, tomar el primer lugar en punto á la regularidad, y quitarles la estimacion pública que siempre da acompaña. No habiendo causa alguna para criticar la pureza de sus observancias, procuraron hacerlas pasar por impracticables, al menos de un modo indirecto, quitándoles algunos sugetos, con el pretesto de haberse comprometido sin reflexion á una perfeccion á que su debilidad no podia llegar nunca. Habia ya el abad Ponce corrompido así á un jóven profeso llamado Roberto, primo-hermano de San Bernardo, y que vivia bajo su direccion en Claraval. Habia enviado para ello á su gran prior, que tratando de indiscrecion y de locura la austeridad, persuadió al jóven Roberto á que abandonase el monasterio, y le llevó á Cluny donde hizo una nueva profesion. Escribió en vano San Bernardo á Roberto cuanto la ternura de la amistad y la union de la piedad pueden inspirar mas á propósito para mover, y cuanto puede dictar la elocuencia mas eminente (1). Pareció el desertor insensible mientras Ponce conservó su dignidad, y no volvió á Claraval hasta que Pedro Mauricio fué abad de Cluny.

Habíase terminado la contienda; pero las reflexiones producidas por una y otra parte sobre el valor y cumplimiento de las respectivas observancias, no proporcionaron ventaja alguna á Cluny. Los agresores, á quienes tan mal habia salido el ataque, volviéronse quejosos y acusaron á San Bernardo de que los deshonraba. Formalizaron esta queja con tanta publicidad, y tantas veces la repitieron, que sus amigos le obligaron á justificarse. Escribió en efecto para ello una apología dividida en dos partes (2), de las que la primera se dirigia á disculparse de las invectivas que se le imputaban falsamente, y la otra á dar á conocer las justas razones que habia tenido para reprender algunas relajaciones verificadas. «Sin duda seriamos, dice, los mas infelices de todos los hombres, si cubiertos de andrajos, como nos dicen muy bien, osásemos desde nuestras cabañas infamar vuestro ilustre instituto, y desde el fondo oscuro de nuestro desierto desacreditar á los que son luces del mundo, atentando á la reputacion de tantos santos que viven entre vosotros.

(1) S. Bern. *Ep.* 1.
(2) *Opusc.* 5, *tom.* 1.

Si así fuese, ¿de qué nos servirian nuestros trabajos y nuestras austeridades, sino para precipitarnos mas tristemente en el abismo eterno por la odiosa senda de la detraccion y de la hipocresía?» Protesta despues, que ha profesado siempre mucho aprecio y afecto al órden de Cluny: que venera y ama mucho á todos los órdenes, que con los fieles de toda condicion, de todo sexo y de toda edad componen una misma iglesia. Dice que es imposible que un instituto solo abrace á todos los hombres, ó que un solo hombre abrace todos los institutos: que él los abraza por la caridad que puede producirle el fruto de la observancia que no practica, y tal vez con mas abundancia que á aquellos que la practican; y por último, reprende á aquellos hermanos suyos que censuraban á los monges de Cluny.

Sin embargo, en el resto de la apologia, al justificar las correcciones que encontraba necesarias en las instituciones de Cluny en cuanto á la práctica, sigue los vivos impulsos de su celo, y critica fuertemente la relajacion introducida en ellas. Hablando primeramente en general: dice, «admiro de dónde ha podido nacer entre los monges tanta intemperancia en las comidas, tan vanas superfluidades en los vestidos, muebles y equipages, y un trastorno tal en las ideas mismas, que á la economía y á la frugalidad se trata de avaricia, á la templanza de rústica austeridad, al silencio y recogimiento de humor atrabiliario. Pasa al contrario por discrecion la relajacion, la profusion por liberalidad, y la locuacidad y disipacion por afabilidad y cortesanía.»

Desciende en seguida al pormenor de los puntos dignos de reforma, condenando el esplendor de los banquetes donde se amontonan manjares sobre manjares, y en vez de carnes, de que están obligados á abstenerse por su estado, se sirven pescados enormes, ó mas bien monstruos esquisitos «sazonados con tanto arte que el apetito se renueva á medida que se apaga, y que despues de haber traspasado muy mucho los límites de la templanza se halla mas irritado que despues de haber pasado un largo ayuno. En cuanto á la bebida, se ha perdido el uso del agua con el del vino, y pluguiese á Dios que el vino fuese la única bebida para satisfacer á la necesidad; mas para escitar la sed igualmente que la gana de comer, se acude á licores y á otras bebidas artificiales. Han hallado tambien el secreto de quebrantar la abstinencia mas sagrada para nuestros padres; algunos religiosos jóvenes, cuya gordura y frescos y encendidos colores anuncian una salud robusta, declarados enfermos porque andan con un baston ó báculo, van á favor de este artificio ridículo á la enfermería á llenarse y regalarse con toda especie de carnes. ¿Vivian pues así, concluye, los santos abades Odon, Mayeul, Odilon y Hugo?»

San Bernardo no es menos elocuente tratando sobre el lujo de los vestidos y de los equipages. «¡Ah! dice, no puedo pensar en esto sin dolor! Nuestro vestido que era el símbolo de la humildad, no es ya mas que una ostentacion de orgullo. Apenas encontramos en nuestros climas telas bastante hermosas con que vestirnos. El oficial y el monge compran un mismo paño, el uno para su uniforme, y el otro para su manto. En cuanto á la comitiva y equipages hay abad que viaja con tanta pompa y caballos, que su comitiva bastaria para muchos obispos. He visto á uno caminar con sesenta caballos, de suerte que se les tendria por gobernadores de provincias, y no por superiores monásticos, ó mas bien por príncipes que por pastores.» Reprende por último la magnificencia de las iglesias que agota el patrimonio de los pobres, y que es inútil para solitarios, gentes del todo inte-

riores, que no tienen que pretestar como los obispos la necesidad de sostener el culto público y de reanimar la devocion de los pueblos con el aparato esterior (1120).

A esta censura, propuesta bajo el título de apología, respondió Pedro el Venerable, sin faltar á la caridad mas circunspecta, y dando al mismo tiempo á San Bernardo pruebas de una estimacion y amistad muy tiernas (1). Conocia la ventaja de su santo antagonista en muchos artículos que sin duda habria querido él mismo reducir á su perfeccion primitiva, conviniendo en que los abusos que en ellos se reprendian eran unos lenitivos de la regla; pero añade que por un espíritu de discrecion y de caridad se podian mudar ciertos puntos que parecia haber sido censurados por otros monges del Cister: que estando muy mudadas las costumbres despues del tiempo de los primeros solitarios, no parecia ya decente que los seculares viesen á los mismos religiosos guardar sus rebaños, labrar sus tierras y subir despues al altar para celebrar el santo sacrificio. En cuanto á la independencia en que estaban del ordinario, dice que si ellos no reconocian en todo la autoridad de los obispos diocesanos, se gloriaban de tener por obispo á aquel á quien por derecho divino tocaba la primacía sobre todos los pastores, y que esta clase de privilegios estaba en uso desde el tiempo de San Gregorio. De este modo los dos santos abades dieron cada uno á sus razones los colores mas plausibles. Ellos no se persuadieron, pero no por esto padeció nada la caridad. En otras muchas cartas suyas se hallan pruebas constantes de la amistad recíproca que la estimacion les habia inspirado, y que no acabó sino con la vida.

Bernardo, famoso por sus luces, por sus virtudes, y ya por algunos milagros que se contaban de él, empezó bien pronto á ser buscado para los asuntos mas importantes de la Iglesia y del Estado. Era conocido particularmente de Mateo, antiguo prior de San Martin de los Campos, que acompañó á Pedro el Venerable en su viaje á Roma, y cuyo mérito fué tan apreciado por el Papa Honorio, que le retuvo á su lado y le hizo cardenal y obispo de Albano. La semejanza de las inclinaciones y de las virtudes era el sólido fundamento de su grande afecto á Bernardo. Mateo conservaba tan entero el espíritu de su primer estado, que debajo de la púrpura nada cercenó de las observancias monásticas (1). Conservó la salmodia larga de Cluny, continuó diciendo misa todos los dias, y vivió tan solitario en el palacio pontifical, que Honorio decia algunas veces que Mateo era mas monge que cardenal. Este sábio y piadoso prelado habiendo sido enviado de legado á Francia, llamó á San Bernardo al concilio que tuvo en Troyes el año de 1128. En vano el santo abad se quejó de que se le arrancaba de su claustro para hacerle pasar la mayor parte del tiempo en el tumulto del siglo que habia abjurado: que si los negocios en que se queria que tomase parte eran fáciles, podian tratarlos sin él; y que si no podian hacerse sin su asistencia, la voz de Dios le habia engañado llamando á la vida monástica á un hombre sin el cual no podian despacharse (2). A pesar de su repugnancia le fué necesario partir, y tomar puesto entre los señores y los mas ilustres prelados.

Hugo de los Paganos, gran maestre de la nueva milicia del Temple, ya establecida nueve años antes y todavía reducida á nueve caballeros, era el sesto de su órden, y se halló en este Concilio. Su primer voto, aprobado por el patriarca de Jerusalen y por los

(1) *Lib.* 1, *ep.* 28.

(1) Petr. Vener. *lib.* 2 *de mirac. cap.* 14.
(2) *Epist.* 21.

demas obispos de Palestina, fué de proteger las peregrinaciones contra los infieles y los bandidos que infestaban los caminos. El rey Balduino II les dió alojamiento en el palacio que tenia cerca del templo, de donde les vino el nombre de templarios. El gran maestre habia venido al Concilio de Troyes con los principales caballeros para proponer en él las observancias que añadian á los votos ordinarios de religion, y hacer aprobar solemnemente aquel órden nuevo, religioso y militar todo á un tiempo. Habiendo juzgado los Padres que era necesario darles una regla fija y exacta que fuese aprobada por el Papa, la redactó Juan de San Miguel, por haberse negado á ello San Bernardo y á peticion del Concilio.

Segun esta regla (1) deben los caballeros asistir á los oficios tanto de dia como de noche; y cuando el servicio militar se lo impida, rezarán trece Padre nuestros en lugar de maitines, siete por cada una de las horas menores, y nueve por vísperas. Comerán de pescado los lunes, miércoles, viernes y sábados, y además en los viernes se abstendrán de huevos y leche lo mismo que de carne. Cada caballero puede tener un escudero y tres caballos: se les prohibe la caza, pero deben perseguir las fieras cuando se les presente la ocasion de hacerlo: no pueden tener hermanas de su órden como tenian muchos religiosos, y no deben dar el beso á ninguna muger ni aun á sus mas próximas parientas. Habiendo sido confirmada esta regla por la Santa Sede, se acreditó la órden en todos los Estados cristianos, y se multiplicó maravillosamente en poco tiempo el número de sus individuos, adquiriendo por último aquella grande opulencia que les fué luego tan funesta. Los templarios llevaban una cruz encarnada sobre su hábito blanco para distinguirse de los caballeros del hospital de San Juan, que llevaban cruz blanca sobre el hábito negro.

Estos habian sido instituidos religiosos por una Bula del Papa Pascual II, dada en Benevento en 15 de febrero de 1113. Antes que los cruzados se hubiesen hecho dueños de Jerusalen, algunos mercaderes italianos habian edificado para los peregrinos cerca del Santo Sepulcro un hospital en honor de San Juan Bautista. El beato Gerardo, provenzal de nacion, era director de él cuando los cruzados conquistaron la Tierra Santa; y como muchos de ellos se consagraron con sus bienes al servicio de este hospital, los hermanos hospitalarios se vieron en estado no solo de alojar con comodidad á los peregrinos, sino tambien de defenderlos contra las violencias y latrocinios de los sarracenos. Gerardo creyó entonces que convenia obligarse, tanto él como sus hermanos, con los votos religiosos; y efectivamente, hicieron los tres de religion en manos del patriarca de Jerusalen y obtuvo luego la confirmacion del Sumo Pontífice. A su muerte, acaecida por los años de 1121, no dejó por regla mas que el recuerdo de los grandes ejemplos de su humildad y caridad; pero Raimundo de Pui, que fué elegido entonces gran maestre, formó estatutos de acuerdo con todos los hermanos, tanto clérigos como legos.

Sobre la observancia de los tres votos de castidad, obediencia y pobreza, se les prescribió no exigir como de justicia nada mas que pan, agua y un vestido vil cual conviene á los servidores de los pobres: no deben viajar solos, sino acompañados con los hermanos que designase el gran maestre, á fin de ayudarse mútuamente á conservar la pureza de costumbres: su circunspeccion con respecto á las mugeres debe llegar hasta no permitir que les hiciesen la cama; tambien se dispone que no estén jamás á oscuras,

(1) Mabil. *Admonit. in opusc.* 6, *S. Bern.*

sino que tengan siempre luz delante en cualesquiera casas que se alojen: cuando vayan á pedir limosna para los pobres, pedirán hospedaje por caridad; y si se les niega ó no le encontrasen en casa de personas honradas, vivirán á sus propias espensas; pero no comprarán mas que una sola clase de manjares; no recibirán ni regalos ni tierras; y en el pan, vino y otras cosas de esta especie, tendrá el maestre la tercera parte, y si hay sobrante se distribuirá entre los pobres de la ciudad. Los hospitalarios no harán mas que dos comidas al dia; los miércoles y sábados, y desde la Septuagésima hasta la Pascua no comerán carne: en la mesa observarán silencio, y con mas rigor todavia en la cama. Despues se prescriben penitencias proporcionadas á la naturaleza y escándalo de las faltas: son tan severas para los pecados de impureza (1), que cuando se han hecho públicos, el culpable debe ser despojado el domingo al salir de misa y azotado á la vista de todo el mundo.

Por los años 1128, un aleman rico que habia fijado su residencia en Jerusalen, comenzó á recojer en su casa los pobres peregrinos de su nacion, y no tardó en hacer construir un hospital cuya dotacion fué aumentada por otros alemanes que se consagraron como él al servicio de los pobres y de los enfermos. Por último, despues de la toma de Ptolemaida ó San Juan de Acre en 1191, Enrique de Walpot, de una ilustre familia del Rhin, fundó en aquella ciudad otro hospital para los de su nacion que no entendiendo el francés no sabian á quién dirigirse en sus cuitas. Los servicios que Walpot habia prestado durante el sitio, juntamente con los hospitalarios de Jerusalen, sugirieron á Federico, hijo del emperador, llamado *Barbaroja*, el proyecto de reunirlos en órden de caballería; y este fué el origen de la órden Teutónica, cuyo primer gran maestre fué Enrique de Walpot. Celestino III, al confirmarla, la puso bajo la regla de San Agustin con los mismos privilegios de que gozaban las otras dos órdenes militares y religiosas de que acabamos de hablar. Los hermanos tomaron el hábito blanco como los templarios, de quienes se distinguieron poniéndose una cruz negra en vez de la encarnada.

El gran maestre de los templarios y los caballeros de su comitiva, á su salida de Jerusalen habian sido encargados por el rey y los señores del reino de animar el celo de los pueblos al socorro de la Tierra Santa. La ciudad de Tiro habia caido en poder de los cruzados (1124) mientras que el rey Balduino permanecia prisionero entre los musulmanes; y despues de su libertad, que fué comprada muy cara, meditaba este príncipe vengar su afrenta con la importante conquista de Damasco. Habiendo llevado consigo los templarios un gran número de nobles, intentó inmediatamente esta conquista en diferentes espediciones, cuyo éxito no correspondió enteramente á su valor. No dejó sin embargo de aumentar considerablemente el reino de Jerusalen, que antes del fin de su reinado comprendia toda la Siria á escepcion de Alepo, Damasco, Emesa, Hamach y sus territorios.

Cuatro años despues de la toma de Tiro, se dió á esta iglesia un digno pastor en la persona de Guillelmo, inglés de nacion y prior del santo Sepulcro; pero durante este intervalo, se habia dispuesto de las iglesias y bienes de esta metrópoli, y no le habian dejado al nuevo arzobispo mas que lo que habian querido; pero inmediatamente que fué consagrado, se puso en camino para Roma, por mas que se hizo para contenerle. El Papa Honorio le recibió con honor, le dió el pálio y le hizo acompañar por un legado que tenia comision de obligar al pa-

(1) *Preuv. hist. de Malt. tom. 1.*

triarca de Antioquía bajo pena de suspension á restituir á la iglesia de Tiro sus sufragáneos en el espacio de cuarenta dias.

Cerca de un año despues murió Honorio en 14 de febrero de 1130, á los cinco años y dos meses de su pontificado. En el mismo dia de su muerte, como lo dice en términos espresos el autor contemporáneo de la crónica de Benevento, los principales y mas sábios de la Iglesia romana, á fin de precaber las turbulencias, convinieron en hacer la eleccion del sucesor en la iglesia de San Marcos. Entretanto los cardenales que habian sido mas íntimos de Honorio no se atrevieron á presentarse en aquel lugar á causa de las facciones que fermentaban entre los romanos, y antes de que fuese publicada la muerte del Papa, eligieron en su lugar á Gregorio, cardenal diácono, del título de San Angel, á quien llamaron Inocencio II. En el mismo dia, aunque algunas horas mas tarde, los que eran afectos á Pedro de Leon, se juntaron en San Marcos, para conformarse de comun acuerdo sobre este punto, y quedó elegido bajo el nombre de Anacleto II por muchos cardenales, obispos, sacerdotes y nobles romanos.

Inocencio habia sido monge de San Juan de Letran; hecho cardenal, ni el trato con el gran mundo, ni el favor de los Pontífices romanos, le habia hecho perder nada de su piedad, desprendimiento y modestia. Aunque su penetracion y prudencia le hubiesen hecho juzgar digno del pontificado mucho tiempo antes de haber sido elevado á él, se opuso con todo su poder á su elevacion, desgarró la capa cuando se la presentaron, y tentó todos los medios imaginables de huir. Fué necesario emplear la fuerza para detenerle, y no se consiguió su consentimiento hasta que se le amenazó con la excomunion si se resistia mas tiempo.

Pero las riquezas enormes de Anacleto y el poder casi soberano de su familia, aunque de origen judío, bastaban para contrarestar tanto mérito y acreditar la eleccion mas irregular. Leon su abuelo (convertido y bautizado por el Papa Leon IX que le dió su nombre), á favor de sus riquezas, de su gran capacidad en las ciencias y de su destreza en manejar los ánimos, habia casado á sus hijos en términos de emparentar con las mas ilustres familias romanas. Pedro de Leon, esto es, Pedro hijo de Leon y padre de Anacleto, sirvió útilmente á la Iglesia romana con las armas y con el consejo; tuvo el gobierno del castillo de Sant-Angelo y la principal confianza del Papa, y llegó al mas alto punto de grandeza á que un romano podia entonces aspirar. No destinó menos á su hijo, llamado tambien Pedro de Leon, que el supremo y sagrado poder de los autores de su fortuna, y para disponerle á ello le envió á estudiar á Francia donde los estudios tenian mas crédito. El jóven Pedro de Leon, despues de haber pasado allí una juventud libertina, se hizo monge de la abadía de Cluny, mirada como un seminario de cardenales y aun de Sumos Pontífices. Habiendo vuelto á Roma fué nombrado cardenal por el crédito de su familia, y empleado despues en muchas legaciones donde se reconoció con el mayor escándalo que la profesion religiosa no habia podido conseguir otra cosa que suspender en él el desarreglo de sus costumbres. Si todas las infamias que le atribuyen los escritores de su tiempo (1) no son incontestables, es por lo menos evidente que su conducta no podia ser mas equívoca. Se dijo que llevaba en sus viages una muchacha vestida de clérigo para satisfacer mas libremente su incontinencia; y se le acusó de ser padre de sus sobrinos y tio de sus hijos, esto es, de ha-

(1) Arnulf. Lexov. *de Schism.*

ber tenido trato ilícito con su propia hermana Tropea.

Poco satisfecho de las grandes riquezas que su padre le habia dejado, y de las que él habia aumentado con sus exacciones tanto en Roma como en sus legacías, asi que se dió el título de Papa fué bien acompañado á San Pedro, á Santa María la Mayor y á otras iglesias, las despojó de todos sus tesoros, y robó gran cantidad de oro, plata y piedras preciosas, sin perdonar las cosas mas sagradas, ni los monumentos mas venerados, cuya vista apenas se concedia á la humilde piedad de los fieles en las solemnidades mas augustas. Se dice que no pudo encontrar ningun cristiano que se atreviese á quebrantar los cálices y los Crucifijos para aplicar el oro á los usos que queria hacer de él, y que se vió obligado para ello á recurrir á gentes de la religion de sus padres, esto es, á los judíos. Por medio de las larguezas que pudo hacer con este latrocinio sacrílego, acabó de ganar al pueblo y á la mayor parte de los grandes.

Despues escribió al emperador Lotario, al rey Luis el Gordo, y á todos los soberanos sin olvidar á Juan Comneno, emperador de Constantinopla, ni al rey de Jerusalen en las estremidades del Oriente; pero la mayoría de estos le mostró solo una indiferencia de desprecio hasta el punto de no dignarse responder á sus reiteradas cartas. No obstante, sedujo á Rogerio II, duque de Calabria y conde de Sicilia, dándole su hermana en matrimonio con el título de rey, y la soberanía feudal en las ciudades de Nápoles y de Cápua, todo con la condicion de tributar homenage á la Santa Sede, y de pagarle todos los años seiscientas piezas de una moneda de oro que tenia la figura de una copa, llamada por esta razon Schifate. Este es el primer título del reino de Sicilia establecido por una bula de Anacleto, dada en 27 de setiembre de aquel año de 1130.

Inocencio no podia encontrar seguridad en Italia. Habíase visto ya reducido con sus partidarios mas celosos á buscar un asilo en las casas fortificadas de los Frangipanes, hecha antes la ceremonia de haber tomado posesion en los sitios acostumbrados dada por diez y nueve cardenales, y recibidos los honores de uso segun las circunstancias lo permitieron. No dejó de hacer saber á los príncipes y prelados la legitimidad de su eleccion, la cual creyeron sin dificultad á vista del general desprecio con que era mirado su vicioso competidor. Huyendo de Roma y llegando felizmente á Pisa, donde fué recibido con señales de afecto, envió nuncios á Francia para instruir particularmente á aquella iglesia de lo que habia pasado. Hecho esto, se resolvió á pasar á aquella nacion generosa y sólidamente cristiana, que prefiere á su interés privado, dice un autor de aquel tiempo (1), la utilidad general de la Iglesia, que no es inclinada á fomentar el cisma, y que jamás ha levantado ídolos ó fantasmas de pastores sobre la Cátedra de San Pedro. Antes que se presentase allí ya se le habia hecho justicia. Se tuvo primeramente un Concilio en Pui, al que asistió San Hugo de Grenoble, no obstante sus enfermedades y su edad de setenta y ocho años. Este santo prelado no tuvo ningun respeto á los motivos humanos ni á los buenos oficios que Anacleto y su padre habian hecho por él en otro tiempo; de acuerdo con los otros obispos le excomulgó como á cismático, lo cual fué de gran peso á causa de la autoridad de aquel santo anciano. Este golpe de su celo fué la última accion notable de tan digno pastor, que vivió aun dos años despues, añadiendo hasta el último dia de su vida á los trabajos episcopales el recogimiento de los santos solitarios de la Cartuja, á los que constantemente protegió. Qui-

(1) Ernald. *Vit. Bern.* l. 2. c. 1

se retirarse entre ellos real y corporalmente como lo habia estado siempre en el corazon y el espíritu, y fué espresamente á Roma para conseguir el permiso del Papa; mas el Pontífice no quiso consentir en la dimision de un obispo tan difícil de reemplazar. Mas adelante, en atencion al triste estado de su salud, logró el permiso necesario para elevar, viviendo él, á su Silla otro santo llamado tambien Hugo. Dió este tanta reputacion á la Cartuja de donde habia salido, que casi en el espacio de un siglo la iglesia de Grenoble no le eligió sucesores sino de entre sus hermanos. Su santo predecesor fué canonizado dos años despues de su muerte.

El Concilio de Puy, celebrado en el mes de marzo, formaba una poderosa prevencion en favor de la eleccion del Papa Inocencio. No obstante, para no arriesgar nada en un negocio de tanta importancia, y tan urgente al propio tiempo, el rey Luis el Gordo mandó juntar otro en Etampes en todo el mes de abril siguiente. Acababa de fundar la abadía de Montmartre, y los religiosos de San Martin de los Campos, á quienes pertenecia el sitio, le habian pedido una indemnizacion, y luego que concluyó este negocio, dándoles con asenso del obispo de Paris la iglesia de San Dionisio de la Chartre y las tierras anejas á ella, pasó él mismo á Etampes con gran número de señores. Además de las informaciones en regla recibidas de Roma, se hallaron en el Concilio muchos testigos oculares de lo que habia pasado en las dos elecciones. No hubo quien no declarase contra Anacleto. Hasta Gerardo de Angulema, que fué luego el mas acérrimo fautor del cisma, pero reputado entonces por uno de los mas grandes prelados de su tiempo, envió un diputado desde Aquitania donde le detenian los asuntos de su legacion, con encargo de presentar sus cartas, en las cuales declaraba, con arreglo á las mas escrupulosas informaciones, que prescindiendo de la enorme diferencia de costumbres y fama entre los dos competidores, la justicia estaba toda de parte de Inocencio. El rey y los principales obispos quisieron todavia tener por árbitro al santo abad de Claraval, mirado ya como el prodigio y oráculo de su siglo. Toda la asamblea, de comun acuerdo, convino en remitirse á él y pasar por lo que decidiese.

Bernardo tembló al oir esta proposicion; mas por consejo de algunos piadosos y discretos amigos aceptó, por bien de la Iglesia, el cargo terrible que le habian impuesto (1). Examinó con cuidado el asunto delante de Dios: observó el órden y la forma de ambas elecciones, las cualidades de los electores respectivos, la vida y reputacion de aquel á quien habian elegido primero y era reconocido Pontífice legítimo por el mayor número de iglesias: volvió á entrar en la asamblea, donde espuso lo que debia hacer mas fuerza así á él como á una multitud de prelados que tenian las miras igualmente puras, y despues concluyó que no podia dispensarse de reconocer á Inocencio II por el Vicario verdadero de Jesucristo. Respondieron con aclamaciones y voces de júbilo todos los Padres y los señores, y cantaron el *Te Deum* en accion de gracias. Por último, el rey y todos los obispos aplaudieron la eleccion de Inocencio y le juraron obediencia y respeto como á Padre comun de los fieles. Participaron esta resolucion á los prelados del reino que no habian podido asistir al concilio, quienes la confirmaron por unanimidad.

Uno de los mas prontos y empeñados en ello fué Gerardo de Angulema, mas sirvió solo para descubrirle muy luego y hacerle aparecer como un impostor adornado de aquella devocion equívoca que busca

(1) Ernald. *Vit. S. Bern. lib.* 2, *cap.* 1.

únicamente el interés en la piedad. Inocencio, que le conocia mas bien que el vulgo admirador, no creyó oportuno que continuase en la legacion de Aquitania; y Gerardo se arrebató tanto con esta negativa, que no se avergonzó de pedírsela inmediatamente al antipapa Anacleto, quien aprovechó con júbilo esta ocasion de ganarle. Él llenó todas las esperanzas de su digno amo con la obstinacion con que mantuvo en Francia las turbulencias y discordias.

El Papa Inocencio fué abundantemente indemnizado de esta desercion con la publicidad con que el abad y monges de Cluny abrazaron su obediencia. Luego que llegó por el camino tan conocido de sus predecesores al puerto de San Gil en el Languedoc, Pedro el Venerable le convidó á que fuese á olvidar sus desgracias entre sus fieles hijos, y le envió gran número de caballos y mulas para el camino. Esta recepcion en una abadía en que Anacleto habia sido monge, previno á todos los occidentales en favor de Inocencio.

Despues de once dias de descanso fué á tener un concilio en Clermont, donde excomulgó al antipapa. De Clermont pasó á San Benito junto al Loira, adonde el rey Luis fué á honrarle y á ofrecerle sus ausilios. Entretanto muchos obispos de Normandía é Inglaterra preocupados por Gerardo de Angulema se inclinaban á Anacleto, y comunicaban al rey Enrique impresiones poco favorables á Inocencio. Corrió San Bernardo á avistarse con este príncipe, instándole á que reconociese á un Pontífice cuyos derechos se habian examinado con tanto cuidado y comprobado con tanta claridad. Dudaba aun el príncipe y temia comprometer su conciencia; pero el Santo abad le dijo: «Príncipe, pensad solo en responder á Dios de los demás pecados vuestros, que yo cargo con el peso de este.» Con estas pocas palabras quedó completamente convencido el rey, y saliendo de las tierras de sus dominios marchó á Chartres á someterse en persona al Papa, y de allí le condujo á Rouen donde le hizo reconocer por todos los obispos de sus Estados.

Prevenido el emperador Lotario por Luis el Gordo, reconoció tambien á Inocencio en un concilio celebrado en Wurtzburgo, al que asistió Gautier, arzobispo de Ravena, enviado por el Papa. Enviaron tambien á asegurarle su obediencia los dos reyes de España, Alfonso el Batallador, rey de Aragon, y Alfonso Raimundo, rey de Castilla. Pasó á Lieja al año siguiente, en donde el rey Lotario que se hallaba allí con su esposa, seguido de un gran número de señores y prelados, sirvió de escudero á Su Santidad, asiendo con una mano la brida de su caballo, y con la otra una vara con que apartaba el tropel de la gente. Este príncipe por un interés inoportuno é inconsiderado quiso no obstante aprovecharse de esta ocasion para recobrar las investiduras. Perdieron los romanos el color á la primera proposicion que les dirigió; pero San Bernardo, que estaba presente, tomó la palabra con tanta energía y pintó tan bien la inoportunidad de la pretension, que al punto hizo ceder de la demanda (1131).

Desde Lieja volvió el Papa á Francia; pasó por San Dionisio, donde le recibió magníficamente el abad Súgero, y celebró allí la fiestas de Pascua con todo el aparato pontifical. Tres dias despues entró en París cuyas diferentes corporaciones se apresuraron á rendirle en el mismo camino sus homenajes. Los judíos que mostraban el mismo ardor que los fieles, presentaron al Pontífice un ejemplar de la ley envuelto en un velo: y tomando el Papa de este símbolo el objeto de su respuesta, les dijo alzando los ojos al cielo: «¡Quiera el Padre de las luces romper la venda que cubre los ojos de vuestros corazones!»

Refirieron al Papa por este tiempo un milagro obrado recientemente en París, y confirmado por tantos testigos como ciudadanos habia en aquella gran ciudad. La enfermedad llamada fuego sagrado hacia estragos espantosos en el reino, y particularmente en la capital en el año 1130, y con este motivo el obispo Esteban mandó á los canónigos de Santa Genoveva, que no eran aun regulares, que sacasen en procesion la caja de la Santa como se verificaba en las grandes calamidades. La concurrencia del pueblo fué tan grande, que apenas podia la procesion pasar por las calles. Los enfermos que se hallaban en estado de poder ser conducidos esperaban en número de ciento y tres en la iglesia catedral; y en el momento en que las reliquias entraron en ella, quedaron todos curados á escepcion de tres que no tuvieron la fé necesaria, y además el contagio cesó en todo el reino (1). La catedral resonó con aclamaciones tan vivas y tan largo tiempo reiteradas, que no se pudieron cantar los himnos ordinarios en honor de la Santa. El Papa Inocencio mandó celebrar todos los años la memoria de un prodigio tan incontestable como público y ruidoso. «Ninguno, dice el autor de esta relacion, ponga en duda la verdad de nuestras palabras, porque no contamos lo que hemos sabido, sino lo que hemos visto.» En reconocimiento de tan gran beneficio, y para perpetuar la memoria de él, se edificó cerca de la catedral una iglesia que fué llamada de Santa Genoveva de los Ardientes.

Pero el júbilo fué bien pronto turbado por la muerte imprevista de Felipe, hijo mayor de Luis el Gordo, coronado rey pocos meses antes. Este príncipe, de unos quince años de edad, daba las mayores esperanzas y era ya la delicia de los pueblos. Haciendo ejercicio á caballo en la orilla del Sena, que se llama hoy la Greve, se enredó un cerdo entre las piernas del caballo y le hizo caer sobre el príncipe, el cual quedó estrellado y murió en la noche siguiente. Se habia convocado en Reims un Concilio de todos las naciones para confirmar de comun acuerdo la eleccion de Inocencio, y ya este Papa estaba en Compiegne esperando la llegada de los Padres, cuando supo tan funesta noticia: envió inmediatamente quien en su nombre consolase al rey, á quien afligia esta pérdida tanto mas peligrosamente cuanto su propia salud estaba cada vez mas vacilante. Sin embargo, se le aconsejó que pasase al concilio, como lo efectuó, para aprovechar aquella ocasion de hacer coronar á Luis su hijo segundo, y precaver de este modo las turbulencias con una ceremonia tan augusta.

A este concilio que se abrió en 19 de octubre de 1131, asistieron trece arzobispos, doscientos sesenta y tres obispos, una infinidad de abades, clérigos y monges españoles, franceses, alemanes é ingleses. El prelado mas distinguido, aunque del segundo órden de la gerarquía, fué sin duda San Bernardo, á quien el Papa hizo asistir con los cardenales á las deliberaciones públicas, no permitiendo que se volviese á separar de él. La eleccion de Inocencio fué unánimemente ratificada, y Pedro de Leon excomulgado si no venia á verdadero arrepentimiento, despues de lo cual se publicaron diferentes cánones de disciplina. Por el sesto se prohibió á los monges y á los canónigos regulares egercer la profesion de abogados ó de médicos: «el amor al dinero, dijo el concilio (1), es lo que los mueve á ello. Es vergonzoso segun las constituciones imperiales que algunos clérigos quieran ser hábiles pleitistas, y que unas bocas consagradas á las alabanzas divinas se espongan á ser los órganos de la iniquidad. No deshonran menos su es-

(1) *Excell. Genov. ap. Bolland.* 3. *Januar.*

(1) *Tom.* 10 *Concil. p.* 982.

tado, prefiriendo la curacion de los cuerpos á la salud de las almas, y deteniéndose á mirar objetos, cuyo nombre ni siquiera deben pronunciar.» Admirará sin duda que el concilio no prohiba sino á los religiosos profesos ser abogados y médicos, y que lo permita de un modo tácito á los clérigos seculares; pero las razones en que funda la prohibicion prueban claramente que toleraba un mal en cierto modo necesario por la dificultad de encontrar fuera del órden clerical el conocimiento de las letras que exigen estas profesiones. Por el cánon doce se prohiben, bajo la pena de privacion de sepultura eclesiástica, las fiestas en que los caballeros hacian prueba de su fuerza y destreza; esto es, los torneos en que ponen en peligro la vida del cuerpo y la del alma; pero esta prohibicion no logró estinguir ese abuso, pues subsistió por espacio de cuatro siglos.

En 25 de octubre, el hijo segundo de Luis el Gordo, llamado tambien Luis, de unos diez años de edad, fué consagrado por el Papa. Por la mañana muy temprano salió Inocencio del palacio arzobispal donde estaba alojado, y seguido de su comitiva y de todos los Padres del Concilio pasó á la abadía de San Remigio, donde el rey se hospedaba con el príncipe, que él tomó y condujo á la iglesia metropolitana: revestido allí con sus ornamentos mas solemnes, puesta la tiara, y acompañado el jóven Luis de innumerable nobleza volvieron á la iglesia de Nuestra Señora, donde encontraron al rey, que los esperaba á la puerta con la multitud de señores y prelados. Se dice que en esta ocasion se vieron por primera vez los doce pares, y que el Papa Inocencio fué quien persuadió á Luis el Gordo el establecimiento de los seis pares eclesiásticos. Luego que entraron en la iglesia fué presentado el príncipe al altar, «y el Papa, dice un autor de aquel tiempo, le consagró con el aceite de que San Remigio habia usado para ungir al rey Clodoveo en el bautismo, y que habia recibido de mano de un ángel (1).»

Al dia siguiente el santo arzobispo de Magdeburgo presentó al Papa cartas de Lotario, en que le daba aviso de que, en testimonio de su afecto al Pontífice legítimo, se preparaba á marchar con todas las fuerzas de su reino contra todos los cismáticos de Italia; por lo que Su Santidad pensó solo en dar fin al Concilio para seguir al rey de Germania, á quien Norberto debia tambien acompañar. En los cinco años que este santo arzobispo llevaba de tan grave cargo, habia sido puesta su virtud á todo género de pruebas. Cuando recibió el obispado encontró los negocios temporales de su iglesia en el mas deplorable y ruinoso estado, y le fué necesario poner remedio á un desórden que suponia otros muchos. Al efecto mandó notificar á los que poseian las tierras de la iglesia que fundasen su derecho en títulos legítimos ó que hiciesen una pronta restitucion. Estos usurpadores, la mayor parte de ellos poderosos, y algunos parientes de arzobispos que habian sido connivientes con sus usurpaciones, se ofendieron en gran manera de tal órden, «y principalmente, segun decian, del tono imperioso que tomaba un hombre sin tropas, sin armas, y, en fin, un miserable que habia llegado allí caballero sobre un asno.» Creyeron que las injurias y amenazas les serian bastantes para defenderse, y que el prelado no osaria nunca llegar á la ejecucion. Mas él pronunció excomunion contra ellos; y como los que permanecian un año excomulgados eran notados de infamia sin poder obtener audiencia en los tribunales, abandonaron antes de este término una gran parte de las tierras usurpadas, pero concibieron un ódio mortal contra el arzobispo.

(1) *Chron. Maurin. V. Labbe, t. 10, p. 982.*

Se atrajo tambien el resentimiento del clero, porque obligó á todos los que tenian los sagrados órdenes á guardar continencia ó á dejar sus beneficios. Procuraron desacreditarle con el pueblo: llenáronle de injurias, y atentaron muchas veces contra su vida. Mas la Providencia veló de un modo muy especial para la conservacion de la vida y aun del honor de un pastor tan útil á la Iglesia. No sirvió la calumnia sino para redoblar hácia él la estimacion y veneracion del rey Lotario. Quiso este príncipe absolutamente que Norberto le acompañase en su espedicion á Italia, y que hiciese en ella la funcion de canciller por falta del arzobispo de Colonia que habia fallecido poco antes.

Por mas prisa que el Pontífice Inocencio tuviese de pasar á Italia, juzgó no deber abandonar la Francia sin dar á San Bernardo una muestra honrosa de su reconocimiento, visitando el monasterio de Claraval (1). No le convidaron allí como en otras abadías con regalos de caballos, mulas y ricos equipages; mas la sencillez en un todo evangélica, y la cordialidad religiosa con que le recibieron, lisongearon mucho mas á aquel virtuoso Pontífice. Salieron los monges á recibirle vestidos pobremente, llevando una cruz de madera, cuya hechura no era mas fina que la materia, y espresando en el tono mismo de sus cánticos la humilde compuncion de que estaban penetrados. Quedó atónita toda la córte pontificia al ver la santa gravedad y el aire celestial que respiraban, por decirlo así, todos aquellos ángeles mortales, y lágrimas de devocion corrieron abundantemente de los ojos de todos los prelados. Entretanto los monges que eran el objeto de tantas miradas, conservaban sin cesar sus ojos fijos en la tierra, sin que á ninguno de ellos le hiciese levantarlos un motivo tan particular de escitar su curiosidad. Entrando los romanos en la iglesia y recorriendo la casa, hallaron en todas partes la imágen de la probreza y lecciones mudas de todas las virtudes. En el refectorio, cuando trataron de comer, se sirvieron yerbas despreciables, legumbres mal sazonadas, con pan negro y algun pescado de los mas comunes para el Papa. Al ver esto los romanos, no volvian de su sorpresa y arrobamiento, sin dejar de comparar una vida tan pobre con la autoridad de aquel abad tan poderoso que hacia los Papas, aterraba á los príncipes soberbios, subyugaba los pueblos, y regia los concilios y los imperios. Mas nada les admiró tanto como el ver la violencia que fué necesario emplear para arrancarle de su claustro, y los esfuerzos reiterados en vano para imponerle la mitra. Habíase negado el año anterior á recibir el obispado de Génova, y en aquel año de 1131 el de Chalons, sin que se pudiese tranquilizar hasta que hizo poner en él á Geofredo, abad de San Medardo de Soissons.

Obligáronle no obstante esta vez á acompañar al Papa á Italia para ayudarle con sus consejos así como el santo arzobispo de Magdeburgo se vió precisado á seguir al rey Lotario (1132). Reuniéronse en Roncalla en Lombardía, y desde allí el Pontífice se adelantó á Pisa, en donde encontró el fuego de la guerra vivamente encendido entre pisanos y genoveses, por lo que envió al punto á Génova al abad de Claraval para que tratase de restablecer la paz. Habia concedido Dios á Bernardo la gracia de vencer todos los obstáculos, y de hallar un feliz desenlace en las negociaciones mas desesperadas. Así nada se resistió á su elocuencia poderosa, ó mas bien al espíritu divino que hablaba por su boca, y que arrastró los ánimos despues de los corazones. Solo una contrariedad encontró en esta oca-

(1) *Vit. S. Bern. lib. 2, cap. 1.*

sion en las nuevas instancias que le hicieron para que aceptase el obispado de Génova, porque entonces le costó mas trabajo que la primera vez el negarse á aceptarlo. No obstante, el Papa halló mas fácil de satisfacer á los genoveses elevando su iglesia á la dignidad de arzobispado, que hacer consintiese Bernardo en ser hecho obispo. Y en efecto, para recompensar su docilidad, y establecer entre ellos y los pisanos una igualdad que cimentase la paz, Inocencio II confirió los derechos de metrópoli á la iglesia de Génova, como Urbano II los habia concedido á la de Pisa. Y porque la aplicacion que habia hecho Urbano de todos los obispados de la isla de Córcega á la metrópoli de Pisa, era el manantial de las contiendas y de la discordia entre estas dos ciudades poderosas, Inocencio tomó de la primera tres obispados de aquella isla, y los dió por sufragáneos al arzobispo de Génova. Concluido este negocio, siguió el Papa su camino hácia Roma; el rey Lotario le alcanzó á algunas millas de la ciudad, y entraron juntos en ella en 1.° de mayo, introducidos con mucho honor por el prefecto Thibaldo y muchos nobles romanos.

Observando el antipapa cuán mal aspecto tomaban sus negocios, se retiró al castillo de Sant-Angelo con la esperanza de que las tropas alemanas no sostendrian largo tiempo las incomodidades del clima, ni tardarian en volver á tomar segun su costumbre el camino de su pais. Para amortiguar su primer ardor, intentó Anacleto divertir al rey con palabras de paz y ofertas seductoras, hasta ofrecerle en seguridad rehenes y fortalezas (1). Empero pronto se persuadieron de que solo trataba de ganar tiempo, pues habiéndole tomado la palabra para evitar la efusion de sangre, fué retrasando de dia en dia la ejecucion de sus promesas. Despues de mil inútiles advertencias, el rey con los señores de su corte le condenó como reo de lesa magestad divina y humana. Con este motivo escribió á todos los demas soberanos, á los obispos y á los fieles católicos, diciéndoles que él habia sido establecido por Dios para defender la Iglesia romana y hacer renacer en ella la paz; que cansado de la mala fé del antipapa, habia seguido, para condenarle, los consejos de Norberto de Magdeburgo, su canciller, y de Adalberon de Brema. Habiendo jurado el rey de Germania defender la Iglesia y conservar las tierras de la Santa Sede, Inocencio le coronó emperador en 4 de junio de 1133, no en la basílica de San Pedro que estaba entonces en poder de Anacleto, sino en la del Salvador en Letran. En 8 del mismo mes y á fin de aumentar el poder de Lotario para la defensa de la Iglesia, le confirió el Papa por un acta auténtica (1) el usufructo de los dominios legados á la Santa Sede por la condesa Matilde; pero con la obligacion de pagarle todos los años á él ó á sus sucesores cien libras de plata. En esta concesion de Inocencio se fundaron los romanos para sostener que el imperio era feudatario de la Santa Sede, al menos respecto de las tierras que habian pertenecido á Matilde. Durante este tiempo, el Antipapa desde las torres y alturas que ocupaba, no dejaba de incomodar con sus máquinas á las gentes de Lotario, sin permitir á los suyos arriesgarse en empeño alguno decisivo. Así aconteció lo mismo que él se habia pensado: esto es, que el emperador al cabo de siete semanas tuvo precision de abandonar á Roma, no solo sin haber echado de ella al Antipapa, sino tambien sin dejar un asilo fijo y seguro al Papa Inocencio que se vió obligado á volverse á Pisa.

San Norberto, que seguia al emperador,

(1) *Tom. 2 Spicil. pag.* 480.

(1) Labb. *t.* 10, *p.* 646.

no tardó en regresar á su rebaño, emprendiendo de nuevo con fervor las funciones acostumbradas de la vigilancia y de la caridad pastoral. Mas debilitado despues de tanto tiempo por las austeridades de la penitencia, y del todo estenuado en su último viaje por andar de contínuo mudando de posicion y de modo de vivir, cayó, casi á su llegada, en una enfermedad que duró cuatro meses, y de la que murió en 6 de junio de 1134, de unos cincuenta y cuatro años de edad, despues de haber gobernado ocho años la iglesia de Magdeburgo. No le canonizaron hasta dos siglos despues de su muerte, efectuándolo el Papa Gregorio XIII; y el emperador Fernando II, receloso despues de que tan preciosas reliquias fuesen profanadas por el luteranismo que habia abrazado Magdeburgo, mandó trasladarlas á Praga, donde están en grande veneracion, y á donde en nuestros dias ha querido el último abad general de premostratenses fuese llevado su corazon (1).

Tambien San Bernardo abandonó la Italia; mas no pudo gozar tan pronto de las dulzuras de la soledad, por las que suspiraba sin cesar. Conrado de Franconia, sobrino del emperador Enrique V, se habia hecho coronar rey (1128), y ocasionaba turbulencias que retardaban la estincion del cisma; y el santo abad tuvo tambien el encargo de negociar esta paz, que en efecto se concluyó por su mediacion. La gloria de este feliz suceso le atrajo nuevos obstáculos. La ciudad de Milan se habia hecho del partido de Conrado y comprometido igualmente en el cisma de Anacleto; y el Papa Inocencio para remediar tantos males convocó un Concilio en Pisa, al que llamaron á Bernardo inmediatamente, siéndole preciso emprender de nuevo el viaje á Italia. Parecia que nada se podia hacer sin él en toda la estension de la Iglesia, y que el Sumo Pontífice habia depositado toda su autoridad en manos de aquel hombre que no poseia cosa alguna del mundo, y que no aspiraba á mas que á ser olvidado. Se le hacia asistir á todas las deliberaciones y á todos los juicios, y se le encargaban todas las comisiones de confianza. Se veia á los doctores y á los obispos esperar á su puerta, por mas cuidado que tuviese el santo solitario de hacerse accesible; pero estaba agoviado con el peso de los negocios y por la multitud de los que iban á tratar con él. La pena mayor para su sencilla modestia era verse reducido á parecer aceptar y hacer el papel que ordinariamente es propio del fausto y la opulencia.

Se vió obligado á ir hasta Milan, donde se habian formado las mas lisongeras esperanzas á vista del buen éxito de su mediacion entre Conrado y Lotario. Desde Pisa escribió cartas llenas de pruebas de benevolencia, pero esto no sirvió mas que para aumentar el deseo que tenian de verle allá en persona; y así, despues del Concilio le envió el Papa los cardenales Guido de Pisa y Mateo de Albano. En presencia de estos dos ilustres prelados, de los cuales el segundo era un santo que en esta legacion acabó de agotar sus fuerzas con las austeridades añadidas á sus grandes trabajos, todos los homenages fueron hechos á Bernardo, decorado solo con su virtud y que jamás tuvo tanto que sufrir por ello. Los milaneses salieron á recibirle en tropas numerosas hasta siete millas de distancia: le besaban los pies por mas que hacia para impedirlo; le arrancaban el pelo de sus vestidos como reliquias; se apiñaban delante y detrás de él haciendo vivas aclamaciones, y así le condujeron hasta su habitacion. Cuando llegó el caso de tratar el negocio que le llevaba, que era la re-

(1) *Annuaire biographique* (1830-1834), *t.* 2, *p.* 102, *art.* L'Ecuy.

conciliacion de los milaneses con la Iglesia, á la primera propuesta que hizo, toda la ciudad se sometió con la mas perfecta unanimidad, y no hubo mas empeño que el que formaron entre sí sobre quién habia de ser el primero á dar pruebas efectivas de su docilidad.

Los milaneses pidieron humildemente que se volviese á su ciudad la dignidad de metrópoli que el Papa Inocencio les habia quitado en castigo de su cisma. Se les prometió hacer empeño para ello con el Padre Santo, quien efectivamente se lo concedió, con lo cual la confianza en el santo abad no tuvo ya límites: se le miraba como el depositario del poder divino igualmente que del humano, y así se le suplicó que libertase á una muger que le presentaron poseida del demonio siete años habia, y conocida de todos. El santo se halló en una estraña perplegidad. Por una parte estaba confundido con la grande opinion que se tenia de él, y por otra temia engañar la confianza de aquel buen pueblo que le manifestaba todas las disposiciones á que el Todopoderoso ha prometido subordinar las leyes mismas de la naturaleza. Por último, se abandonó al Espíritu Santo, oró por la muger y quedó inmediatamente curada (1). Los asistentes trasportados de júbilo levantaron las manos al cielo, é hicieron resonar sus acciones de gracias; y habiéndose estendido la voz por la ciudad, y bien pronto por el campo, todo el pais se puso en movimiento: se juntaban de todas partes; corrian de las aldeas y ciudades inmediatas; no se hablaba sino del hombre de Dios, ni se hartaban de verle y oirle, apiñándose para recibir su bendicion, ó á lo menos para tocar las estremidades de su vestido. La concurrencia del pueblo á su puerta era tan prodigiosa desde la mañana hasta la noche, que no pudiendo resistir á ella la debilidad de su cuerpo, le fué preciso mantenerse en su ventana para manifestarse y darles la bendicion. Le llevaron una multitud de energúmenos y enfermos de toda especie, atormentados de fiebres ardientes, paralíticos y ciegos, y en presencia de una infinidad de testigos los curó á todos tocándolos ó haciendo sobre ellos la señal de la cruz (1).

En medio de tantas maravillas y aplausos, Bernardo, lejos de envanecerse, se confundia de tener menos fé que aquel pueblo que era á quien él atribuia el mérito de los beneficios celestiales, no reputándose él mas que por un instrumento despreciable; y asi es como juzgó de sí mismo cuando los milaneses reconocidos llegaron á ofrecerle la Silla episcopal de su ciudad, suplicándole con lágrimas en los ojos que añadiese al título justo de padre suyo el de pastor. Las instancias mas urgentes y mas reiteradas no pudieron jamás vencer una resistencia fundada en el sentimiento de su propia indignidad, y asi les hizo elegir para aquella gran Silla á Ribaldo, de quien solo Bernardo creia era mucho mas merecedor de ella que él mismo. El santo abad de Claraval entre otras conversiones empeñó tanto á los milaneses á abrazar la perfeccion evangélica, que para satisfacerles tuvo precision de fundar en la inmediacion un monasterio de su órden que llamó Caravalle. Desde Milan pasó por órden del Papa á Pavía y á Cremona, á fin de pacificar toda la Lombardía; pero las victorias sin mezclas de amargura no son el patrimonio de los amigos de Dios, y asi permitió que los cremoneses fuesen indóciles á todas las instancias de su siervo.

Despues de esto se apresuró á tomar el camino de Francia, y fué á reunirse á sus queridos hijos de Claraval, donde tuvo el consuelo de no hallar nada que reprender

(1) *Vit. lib. 2, cap. 2, num. 10.*

(1) *Vit. lib. 2, cap. 2, num. 18.*

despues de tantas ausencias, ni una contienda que terminar, ni una queja que recibir, ni el menor abuso que reformar ó castigar. Pero apenas habia estado un año entre ellos, se le sacó de nuevo, no obstante lo embarazado que se hallaba para la reedificacion de su monasterio, que no bastaba ya para la multitud de los que á él acudian para consagrarse á Dios. Geofredo, obispo de Chartres, nombrado para la legacion de Aquitania, pidió y obtuvo que le acompañase el santo abad para trabajar con él en la reduccion de los cismáticos que desolaban todavía aquella provincia.

Guillelmo IX, duque de Aquitania y conde de Poitiers, arrastrado al cisma por Gerardo de Angulema, era el único y digno apoyo de él al otro lado de los Alpes: príncipe violento y disoluto, sin decencia en la conducta, y acaso menos en sus palabras, se divertia comunmente á espensas de la Religion; porque á los vicios groseros juntaba la manía de censurar y los escesos de un bufon malvado: asi, habiendo hecho construir una casa en que habia muchas pequeñas habitaciones semejantes á las celdas monásticas, como se le preguntase la razon de un género de construccion entonces tan rara, respondió que pretendia fundar una abadía de mugeres de facil acceso, y dispuso muchas damas que destinaba, segun decia, á ejercer alli los principales oficios. Aunque contrajo un matrimonio muy conveniente, y muy de su gusto durante un corto tiempo, despidió á su muger sin formalidad alguna, para casarse con otra que le gustaba mas. El obispo de Poitiers, donde él residia, que era entonces un santo prelado llamado Pedro, no pudo disimular tan grande escándalo; y despues de haber hecho uso de todos los medios, creyó deber excomulgar al duque. Empezaba á pronunciar el anatema, cuando Guillelmo se arrojó furioso sobre él con la espada en la mano, diciéndole: *Eres muerto si te atreves á proseguir*. El santo obispo fingiendo tener miedo, le pidió un momento para pensar lo que fuera mas conveniente: el duque se lo concedió, y el obispo acabó con valor el resto de la fórmula de excomunion; despues de lo cual alargando el cuello: *Herid ahora*, le dijo; *pronto me teneis*. El asombro que esta intrepidez causó al duque desarmó su furor; y pasando á la ironía, le dijo: *No te amo lo bastante para enviarte al cielo:* y se contentó con desterrarle (1).

Asegurado de la proteccion de este príncipe, Gerardo de Angulema empleaba toda suerte de violencias para sostener el cisma. Poco contento con haber invadido la Silla metropolitana de Burdeos sin dejar la suya, echó tambien de sus Sillas al obispo de Poitiers y al de Limoges, y de su monasterio al abad de San Juan de Angely; pero como los obispos de la provincia permanecieron constantes en la unidad, no pudo hacer consagrar sus intrusos. La resistencia de aquellos prelados le causó tanto despecho, que no pensó sino en hacerlos odiosos al duque. A fuerza de indignidades y vejaciones se les puso en la precision igualmente que á sus canónigos de abandonar sus casas y desterrarse á sí mismos.

Tales eran las circunstancias y el estado del cisma, cuando San Bernardo puso manos á la obra para estinguirle. Habia ya escrito al duque de Aquitania (2) en nombre de Hugo, duque de Borgoña, pariente suyo, todo cuanto podia decirse de mas enérgico contra las facciones cismáticas, y para imprimir en él el terror de los juicios de Dios sobre los príncipes que hacen servir para la perdicion de los pueblos el poder que Dios les ha confiado principalmente para contenerlos en los caminos de la salvacion. Tam-

(1) Guillelm. Malmesb. *de gest. Henric. I lib.* 5.
(2) *Epist.* 127.

bien habia hecho un viaje á Aquitania, donde Guillelmo no habia podido resistir á la virtud y elocuencia del Santo; pero despues de su partida el primer seductor del príncipe precipitó á este en la recaida.

Habiendo llegado por segunda vez Bernardo á Aquitania con Geofredo de Chartres y algunos otros prelados, suplicaron á varias personas de autoridad que se empeñasen con el duque á fin de que les concediese una conferencia (1135); y tanto le suplicaron, ó por mejor decir, el que convierte á su voluntad los corazones mas inflexibles dispuso de tal modo el de aquel príncipe intratable, que consintió con mucho gusto en lo que se le proponia. En la conferencia que se tuvo en Parthenai, el discurso del legado y el de su santo cooperador hicieron tanta impresion en el ánimo del duque, que manifestó poca repugnancia en reconocer á Inocencio por verdadero Gefe de la Iglesia: pero añadió que los obispos de su obediencia le habian ofendido demasiado para que pudiera jamás prestarse á su restablecimiento.

Como se insistiese fuertemente de una parte y otra sobre este artículo, y la negociacion se alargase con riesgo de frustrarse el resultado como la primera vez, Bernardo, recurriendo á otras armas fué á celebrar misa seguido de todos los que habian asistido á la conferencia. El duque y los demás cismáticos se quedaron á la puerta de la iglesia: hecha la consagracion y dada la paz, Bernardo, animado de un fuego celestial que brillaba en sus ojos y en su aspecto, tomó en la mano la patena con el cuerpo de nuestro Señor, bajó á la puerta del lugar santo, y dijo al duque con una voz terrible: «os hemos suplicado, y nos habeis despreciado, y en otra asamblea habeis despreciado tambien á todos los siervos de Dios: hé aquí el Hijo de Dios mismo, Gefe y Señor de esta Iglesia que perseguís: he aquí vuestro Juez, aquel Juez formidable á cuyo nombre toda potencia dobla la rodilla. Algun dia caereis en manos de este formidable Juez, ¿y le despreciareis entonces como habeis despreciado á sus enviados (1)?» Al oir estas palabras todos los asistentes se deshacian en lágrimas, y temblaban esperando lo que sucederia. El duque cayó en tierra como si le hubiese herido un rayo; y habiéndole levantado sus gentes volvió á caer inmediatamente, y sin mirar ni oir á ninguno daba profundos suspiros, y su boca echaba espumarajo como la de un epiléptico (1135).

El siervo de Dios, acercándosele mas, le tocó ligeramente con el pié, mandándole que se levantase y escuchase las órdenes del Señor. El duque se levantó, y el Santo dijo: «Ved ahí el obispo de Poitiers que habeis arrojado de su iglesia; reconciliaos con vuestro pastor, satisfaced á Dios y á los hombres, y dad al Papa Inocencio la obediencia que le da toda la Iglesia.» Entonces el duque corre al encuentro del obispo, le da el beso de paz, y quiere él mismo llevarle á Poitiers, donde poco despues le restableció efectivamente en su Silla con aplauso de toda la ciudad. Despues de ese tono imperativo, tomando Bernardo el lenguage de la dulzura y de la ternura paternal, exhortó al duque á no provocar mas la venganza del cielo, y á perseverar constantemente en las buenas disposiciones en que le dejaban. Guillelmo en efecto permaneció firme en la unidad católica, y reparó con obras de grande edificacion los escándalos que habia dado.

Por el mismo tiempo casó á su hermana Matilde con el príncipe Ramiro, que fué sacado de la abadía de San Pons, donde hacia cuarenta años era monge, para subir en el de 1134 al trono de Aragon, vacante por la muerte de su hermano Alfonso I llamado el

(1) *Vit. lib. II, cap. 6.*

Batallador (*a*). Ramiro, aunque era sacerdote, se casó despues de haber obtenido la dispensa necesaria, como nos lo aseguran los historiadores españoles, y lo confirma la continuacion de su vida virtuosa. Luego que se vió con una hija que pudiese heredar sus Estados, la concedió en matrimonio aunque no tenia mas que tres años, á Raimundo IV, conde de Barcelona, que se hallaba en edad de gobernar: despues abdicó la corona, y volvió á tomar su primera profesion. En vano se le ofrecieron los obispados de Barcelona y Tarragona, pues tambien sacrificó la mitra despues de la corona, y acabó sus dias en su monasterio (*a*).

En la misma provincia y por el propio tiempo, un señor del pais llamado Ponce de Lavaza, dió un ejemplo no menos heróico que el sacrificio de un reino (1). Despues de haber sido por mucho tiempo el terror

(*a*) El esforzado guerrero Alfonso el Batallador de cuyos brillantes hechos de armas hablamos ya en la nota de la página 391 murió despues de la accion de Fraga ocurrida en 17 de julio de 1134. Desde que segun ya dijimos ajustó las paces por la mediacion de los obispos con Alfonso Ramon, rey de Castilla, Leon y Galicia, ó sea don Alonso el emperador, prosiguió ensanchando los límites de su reino de Aragon á costa de los mahometanos fronterizos. Quitóles, además de otras muchas plazas de que ya hicimos mencion, la fortísima ciudad de Mequinenza, y pasó á sitiar á Fraga en la campaña de 1133; pero si bien estrechó el cerco, y causó innumerables pérdidas á los moros, no pudo en aquel año rendir aquella plaza que era entonces muy fuerte. A principios de la campaña siguiente se juntaron contra Alfonso los príncipes moros de Lérida, Valencia, Murcia y aun de las Andalucías, proponiéndose forzarle á alzar el sitio de Fraga. Marcharon hácia la ciudad con un poderoso ejército, y acometieron á los cristianos con indecible furor el 17 de julio. Peleóse por ambas partes con el mayor encarnizamiento, pero venció la muchedumbre de los moros y desbarataron de todo punto á los cristianos. Murieron en la accion muchos obispos (entre ellos los de Huesca y Roda), prelados y generales de gran mérito; el rey se vió precisado en su fuga á empeñar nueva lucha junto á Sariñena, donde derrotado el pequeño número de gente que le seguia, quedó muerto en el campo, si bien Ferreras opina que despues de pelear con el mayor denuedo logró salvarse y se retiró al monasterio de San Juan de la Peña y que allí murió de tristeza. D. Alfonso I de Aragon fué uno de los mayores reyes que ha tenido España. Veinte y nueve batallas tuvo con los moros y las ganó todas, perdiendo solo la de Fraga por que perdió la vida: fué justiciero, piadoso, y muy religioso en sus años maduros: reinó treinta y vivió mas de sesenta. No dejando hijos que le sucediesen en la corona pasó esta á su hermano D. Ramiro II, llamado el Monge, que habia sido abad de Sahagun, y obispo electo, primero de Burgos, despues de Pamplona, y últimamente de Roda y Barbastro. La Navarra se separó entonces de Aragon, y nombró por su rey propio á D. García Ramirez, nieto del rey D. Sancho. Véase Ortiz lib. 8, c. 3. (*N. del E.*)

(*a*) Los historiadores de Aragon han dejado pocas memorias del rey D. Ramiro. Trátanle algunos de rudo en las armas, y sin las cualidades necesarias para reinar en paz y guerra. Pero lo primero es notoriamente falso, pues en aquellos tiempos y siguientes hasta el siglo XV los obispos eran los primeros capitanes de los ejércitos, mayormente contra moros; y de lo segundo no hay prueba alguna, á no ser que se tome por el mejor rey el mas guerrero y conquistador. Se le atribuye tambien haber dado la muerte á quince caballeros por los consejos del abad de Tomer; mas semejante inculpacion carece del apoyo que desea la historia. Hizo la cesion de su corona á favor de su hija doña Petronila en el año 1137, á los tres de su reinado y cincuenta y tres de edad. Vivió todavia en su retiro hasta el de 1147. Ortiz ib.

Por este tiempo segun Mariana (lib 10) fué descubierto por revelacion de un pastor, aunque entonces no se hizo caso de ella por la humilde clase á que este pertenecia, el cuerpo de San Ildefonso arzobispo de Toledo que yacia olvidado por la perturbacion de los tiempos, averiguándose luego en tiempo de Alonso VIII la verdad del dicho del pastor, cuando siendo Severo obispo de aquella ciudad, al abrir los cimientos de la iglesia de San Pedro que se iba á reedificar, se halló un sepulcro de mármol con el nombre de San Ildefonso, de que salió un olor de maravillosa fragancia. — A la misma sazon y por el Papa Calisto II fué hecha arzobispal la iglesia de Santiago, trasladando á ella los derechos y prerogativas de la de Mérida, que continuaba en poder de moros, señalándole por sufragáneos los doce obispados siguientes: Salamanca, Avila, Zamora, Ciudad-Rodrigo, Coria, Badajoz, Lugo, Astorga, Orense, Mondoñedo, Tuy, y despues Plasencia.

Florecieron tambien por este tiempo varios Santos; entre ellos Oton, obispo de Urgel, que murió en 1122; San Ramon ó Raimundo, obispo de Barbastro, que falleció en 1126; San Isidro Labrador, cuya piedad y virtud brilló en el oficio humilde de jornalero ó mozo de labranza en Madrid al servicio de don Ivan de Vargas, y que el Señor ha hecho tan célebre que hoy es patron de la capital de las Españas, conservándose en Madrid su santo cuerpo, que despide gratísimo olor, y existiendo todavia la fuente que hizo brotar en el campo (donde hay edificada una ermita en su honor) para apagar la sed de su amo: falleció en 15 de mayo de 1120; por último, mencionaremos á San Olegario, obispo de Barcelona y despues arzobispo de Tarragona, que murió en 1137.—Olvidábasenos decir que tambien por este tiempo se introdujo en España el órden del Cister, á peticion de doña Sancha y del rey de Castilla D. Alonso que escribieron á San Bernardo, el cual envió algunos religiosos y se edificaron muchos monasterios de cistercienses.

(*N. del E.*)

(1) *Miscell. Baluz.* 3, *pag.* 203.

del pais inmediato y el azote de toda la provincia, fué de repente tocado del temor de los juicios de Dios en términos que resolvió hacer una penitencia tan pública como lo habian sido sus escándalos, y mudó al instante de vida y de conducta. Sus antiguos amigos, aprobadores y cómplices de sus desórdenes, fueron á verle con admiracion, y les habló con un lenguage tan patético que conquistó á seis de ellos para el mismo género de vida que él se proponia abrazar.

Resolvió por el pronto vender todos sus bienes para distribuirlos en piadosas liberalidades, satisfaciendo primero todas las obligaciones de justicia antes de abandonarse á los movimientos de su ardiente caridad. Hizo publicar la venta que habia resuelto, y reunió en dia convenido á los compradores de todas condiciones; y como era muy rico, pronto se agotaron los bolsillos antes que fuese todo vendido: entonces declaró que por lo que quedaba recibiria en pago granos, ganados y todo lo que pudiese servir á los usos de la vida, y despues hizo notificar á todos los que tuviesen de qué quejarse de sus robos y de sus injusticias, que se presentasen en Peguerolles en los tres primeros dias de la Semana Santa que estaba próxima.

El domingo de Ramos, habiendo pasado á Lodeva, esperó que la procesion llegase á la plaza pública, donde habia hecho levantar un tablado para predicar desde él un sermon al pueblo. Entonces se hizo conducir Ponce á aquel sitio con una cuerda al cuello y las espaldas desnudas, sobre las cuales los que le acompañaban iban descargando por su órden récios golpes con varas. Luego que llegó al sitio del tablado en donde el clero habia tomado puesto, subió á él, se postró á los pies del obispo, le presentó un papel en que habia escrito todos sus pecados, y le rogó que le leyese en presencia de todo el pueblo. El obispo quiso dispensarle de esta vergüenza; pero el penitente hizo tantas instancias, que al cabo fué necesario hacer la lectura. Todo el tiempo que duró ésta, que fué largo, hizo que le azotasen de nuevo con las varas, pidiendo contínuamente que apretasen las manos, y confesándose culpable de todas aquellas iniquidades. La edificacion fué tan grande entre los asistentes, que todos se deshacian en lágrimas; y muchos, á quienes la vergüenza habia cerrado la boca aun en las confesiones secretas, hicieron á su ejemplo una generosa penitencia.

Al dia siguiente, término señalado para la reparacion de los daños que habia hecho Ponce, pasó éste á Peguerolles y encontró un gran número de personas que esperaban restituciones de él. Cuando llegó se postró á los pies de cada uno pidiéndoles perdon, y despues les volvió en la misma especie lo que les habia tomado, dinero, efectos, ganado y frutos de toda clase, y ellos creyeron encontrar las mismas cosas que les habian faltado, de suerte que fué tan grande su júbilo como su sorpresa; y el nombre de Ponce, que habia sido largo tiempo objeto de maldiciones públicas, fué pronunciado en adelante con admiracion y entusiasmo. Como todo el mundo se volviese contento, y advirtiese Ponce que un aldeano no habia reclamado nada: «¿Por qué, amigo mio, le preguntó, no me pides nada cuando ves que satisfago á todos?»—«Yo, señor, respondió el aldeano, lejos de tener que reclamar contra vos, tengo muchos beneficios que agradecer, pues me habeis protegido siempre contra mis enemigos.»—«¿Y no te acuerdas, le dijo Ponce, de haber perdido en tal tiempo una noche todo tu rebaño? Pues yo fuí quien te lo hice quitar.» El aldeano, que apenas se acordaba de aquella pérdida, reparada mucho tiempo antes, no queria admitir el reintegro; pero Ponce le obligó á recibir otro rebaño.

Despues de estas obras de obligacion distribuyó el resto de sus bienes á los pobres, y en la noche del jueves ó viernes Santo salió con sus compañeros para una peregrinacion, no llevando cada uno mas que un pobre vestido, un baston y un morral: primero fueron á San Guillen del Desierto, esto es, de Gellon; despues á Santiago de Galicia, volviéndose despues al monte de San Miguel, á San Martin de Tours, á San Marcial de Limoges, á San Leonardo en la misma provincia, y concluyendo su viage en Salvanés, lugar solitario de la diócesis de Rhodez, que les dió un señor llamado Arnaldo del Puente, el cual los recibió como ángeles bajados del cielo, pidiéndoles que escogiesen en su territorio, y diciéndoles: «sembrad, plantad, edificad donde mas os acomode; yo estoy contento con que rogueis por mí.» Ellos eligieron el lugar mas áspero y mas inculto, todo erizado de abrojos y malezas, y construyeron en él miserables cabañas.

Hallándose el pais afligido de un hambre cruel, proveyeron, á pesar de su indigencia, á la subsistencia de una infinidad de miserables, y los pobres corrieron de todas partes en número tan crecido, que aquellos tiernos solitarios viéndose ya sin medio alguno de socorrerlos, pensaron la mayor parte de ellos en huir, para no ver perecer los desgraciados á su vista; pero Ponce les dijo: «Aquí hemos venido á combatir hasta el último suspiro, y no á ceder á los obstáculos: vendamos hasta las correas de nuestros zapatos para socorrer las necesidades de nuestros hermanos, y si es menester, muramos tambien con ellos.» Habiendo llegado esta resolucion generosa á los oidos de Arnaldo del Puente, les envió en el momento trigo; y el Señor, ayudando su caridad de un modo maravilloso, hizo que aquellos granos, insuficientes con mucho á tan grande escasez, se multiplicasen de tal modo entre sus manos que fueron bastantes para mantener á todos los necesitados hasta la cosecha.

Su caridad y todas sus virtudes les atrajeron un gran número de compañeros que formaron con Ponce el designio de abrazar alguna observancia regular. Tratóse desde luego de elegir entre el instituto de la Cartuja y el del Cister, que eran los mas perfectos de que tenian noticia; y para asegurarse fué Ponce á consultar á los cartujos; pero estos dignos religiosos fueron tan modestos, que le aconsejaron que se determinase por el Cister, como efectivamente se verificó; y asi es como aquel órden mas famoso de dia en dia adquirió en el año de 1136 la abadía de Salvanés, de que Ademaro, discípulo de Ponce de Lavaza, fué primer abad, pues él no quiso tener otra clase que la de hermano lego ó converso, teniéndose todavía por muy honrado en servir á los servidores de Jesucristo en los oficios mas bajos.

El cisma de Aquitania no quedó enteramente estinguido por la conversion del duque Guillelmo, pues Gerardo de Angulema persistió obstinadamente en él hasta la muerte; pero en su obstinacion renovó el ejemplo de la mayor parte de los seductores y dió tambien una prueba formidable de la severidad de los juicios de Dios para con los hombres inícuos, tan diestros en sembrar el contagio, como poco dispuestos á repararle. Algun tiempo despues de la reunion de su provincia, se le encontró muerto en su cama sin haber dado ninguna señal de penitencia. Sus sobrinos, á quienes habia enriquecido á espensas de la Iglesia, le hicieron enterrar en sagrado; pero el legado Geofredo de Chartres le hizo desenterrar, y despojó tambien á sus sobrinos de las dignidades eclesiásticas de que los habia revestido aquel prelado, que sin la ambicion, la avaricia y el cisma en que estas pasiones desmascaradas por fin le habian

precipitado, habria dejado despues de su muerte la reputacion de uno de los obispos mas grandes de su tiempo. Geofredo de Chartres dió en su legacion pruebas admirables de desinterés. Todo el tiempo que aquella duró, esto es, en los continuos viajes que hizo durante muchos años, vivia á sus espensas y no recibió regalo alguno; llegando hasta tal estremo esta delicadeza, que habiéndole llevado un sacerdote un esturion (pescado), no le quiso recibir hasta que obligó al sacerdote á recibir confuso su precio.

San Bernardo, creyéndose por fin tranquilo en su claustro, volvió á emprender con un gusto enteramente nuevo la composicion de aquellos piadosos y sabios escritos que le han merecido el título de Padre de la Iglesia. A ruegos de diferentes amigos de distincion, habia trabajado ya sobre las obligaciones sublimes del episcopado, sobre las materias de la gracia y del libre albedrio, y sobre la unidad de la Iglesia y los peligros del cisma. Sus respuestas á las cartas que se le dirigian de todas partes, eran además otros tantos luminosos tratados sobre las cuestiones mas espinosas. Entonces compuso sobre el Cántico de los Cánticos los sermones mas convenientes á sus religiosos, á los cuales hacia falta, como dijo él mismo, un alimento diferente del pan de los débiles. Despues hizo á los templarios, dignos entonces de sus cuidados y de sus elogios, aquella hermosa exhortacion que se tiene con justicia por uno de los monumentos mas respetables, y por la cual se puede valuar el juicio tan diferente y temerario de algunos censores modernos que se atreven á tratar de estravagancia la union de la vida militar con las observancias religiosas. Así sucede que todos los panegiristas afectados de la antigüedad vienen á ser comunmente sus primeros detractores.

No gozó San Bernardo dos años del retiro laborioso que era tan conforme á su gusto. En principios de 1137 le escribió el Papa que acudiese otra vez al socorro de la Iglesia, y el santo abad no pudo dispensarse de hacer tercer viage á Italia. El emperador Lotario habia entrado en ella con fuerzas capaces de hacer respetar su autoridad y la del Papa Inocencio. Esta espedicion no fué mas que un encadenamiento de victorias: atravesó como conquistador toda la Lombardía, la Romanía todavía sometida entonces al imperio, la Marca de Ancona y el ducado de Espoleto. De allí pasó á la Pulla, en la cual quitó casi todas las plazas al duque Rogerio hecho rey de Sicilia: sometió tambien á sus leyes y á las del Pontifice legítimo el monasterio de Monte-Casino, que despues de la muerte del abad Seignoret, y la eleccion poco regular de Reinaldo su sucesor, habia manifestado mucha adhesion al partido del rey Rogerio y de su Papa Anacleto. Pero al mismo tiempo que se ganaban con las armas las plazas y las provincias, se requeria por la fuerza de la persuasion triunfar de los corazones, y presentar la verdad con tal esplendor que acabase de disipar todas las preocupaciones. Ninguno era mas á propósito para este género pacífico de victorias que el santo abad de Claraval, y esta era la razon por que se le habia mandado á llamar, en medio de las prosperidades y de los triunfos militares.

Desde luego fué de parecer que cesasen por entonces las guerras y las conquistas, y despues de haberse informado cuidadosamente de las disposiciones de los principales cismáticos, conoció que la inquietud sobre su suerte venidera y el temor de verse despreciados eran las únicas causas que los contenian. Manifestó mucho sentimiento por su situacion, les inspiró confianza, y obtuvo conferencias particulares con muchos de ellos, y en estas disipaba sin trabajo sus sospechas y respetos humanos, y con su

elocuencia acostumbrada les hacia conocer que la felicidad y el verdadero honor no podian consistir en perpetuar facciones contrarias á las leyes del imperio y de la Iglesia. Este modo de proceder fué disminuyendo considerablemente el partido de Anacleto, que no hizo mas que irse arruinando de dia en dia. Él mismo perdió tambien el ánimo al ver que sus propias pérdidas aumentaban el poder de Inocencio: carecia de dinero: su córte no era mas que una sombra de lo que habia sido: su mesa mal servida no tenia ya convidados: se veia abandonado de la mayor parte de sus oficiales, y los pocos que le uedaban, cargados de deudas y sin ninguu crédito, llevaban la imágen de la miseria hasta en sus figuras estenuadas y en sus sórdidos vestidos.

Bernardo, despues de conseguir tantas ventajas entre los cismáticos, fué enviado por el Papa al rey Rogerio, su principal apoyo, con los cardenales Aimeri y Gerardo (1). El Antipapa por su parte envió tambien tres cardenales de los suyos, entre los cuales iba el cardenal Pedro de Pisa, reputado por el orador mas elocuente y el canonista mas hábil de su siglo. Rogerio no dudó de que un hombre tan sábio confundiria al abad de Claraval, á pesar de toda su celebridad entre los católicos; y con esta confianza hizo tener una conferencia pública en Salerno, lugar de su ordinaria residencia (1137). Pedro de Pisa pronunció en ella un discurso en que despues de haber desplegado toda su elocuencia y su profundidad en los cánones, se esforzó en probar la legitimidad de la eleccion de Anacleto. Bernardo respondió: «¿quién duda de que sois un escelente orador? ¡Pluguiese á Dios que defendiéseis una causa digna de vuestra elocuencia! Por lo que á mí hace, mas acostumbrado á manejar la hazada que á hacer arengas, guardaria profundo silencio si el interés de la Iglesia no me instase á hablar. Una es esta Iglesia, así como no hubo mas que un arca, fuera de la cual todo pereció por el diluvio. Ahora pues, la Francia, la Germania, la España, la Inglaterra, todo el Oriente igualmente que el Occidente, los mas dignos hijos de Dios, los camaldulenses, los cartujos, los religiosos de Cluny, de Grandmont, de Premostre y del Cister, están unidos á la comunion de Inocencio como al arca de salvacion. ¡No quiera Dios que todos estos hijos de los Santos con los sucesores de los Apóstoles que se les han dado por guias en las personas de los obispos, sean confundidos en el abismo eterno, y que el cielo no se abra sino á la codicia de Pedro de Leon, y al único príncipe que ha logrado hacer cómplice suyo.»

Acercándose despues Bernardo á su antagonista, y tomándole por la mano, le dijo en aquellos términos que tantas veces triunfaron de los corazones: «creedme, no resistais al Espíritu de Dios, y entrad con nosotros en el arca de salvacion.» Estas palabras subyugaron al instante al altivo orador, y Pedro de Pisa abandonó á los cismáticos y fué á reconciliarse con el Papa Inocencio. El rey Rogerio quedó consternado con esto; pero las razones de Estado, mas fuertes entonces en su corazon que las de la Religion, limitaron á esta momentánea emocion los efectos de tan grande ejemplo, como tambien los de un milagro ruidoso que San Bernardo hizo en la misma ocasion. Además de su título de rey que Rogerio tenia solo de Anacleto, habia usurpado los patrimonios de la Santa Sede cerca de Benevento y de Monte-Casino, y queria esperar tiempo oportuno para negociar la conservacion de ellos.

Las victorias de Lotario en Italia fueron tan ruidosas, que llegó la fama inmediata-

(1) *Vit. lib. 2, cap. 2.*

mente á Constantinopla ; y con este motivo recibió una embajada magnífica con las felicitaciones del emperador Juan Comneno, que habia sucedido á su padre Alejo. Habia entre los embajadores un hombre que se tenia por filósofo, y que se puso á declamar contra la Santa Sede y toda la Iglesia de Occidente. Poco contento con censurar á los latinos porque sus prelados llevaban púrpura é iban á la guerra, y que el Papa era mas bien un emperador que un obispo, los trató de azimitas y de corruptores de los sagrados símbolos. Pedro, diácono, emprendió responderle, y el emperador Lotario los hizo disputar en su presencia. Se ignora cuál fué el fruto de esta conferencia ; pero se presume que ella dió motivo á esperanzas muy bien fundadas para enviar á los griegos algunos doctores que acabasen de despreocuparlos en esta materia. A esta ocasion se refiere el viaje de Anselmo, obispo de Havelberg, que salió como embajador de Lotario para Constantinopla.

Ganóse allí los corazones con su dulzura, afabilidad y modestia, y la estimacion universal con su capacidad (1). Compadecíase frecuentemente de las preocupaciones y mala inteligencia, que exasperando á los orientales contra los latinos, los separaban del camino de salvacion. El emperador Juan Comneno, movido por sus razones ó picado de emulacion por la gloria de la iglesia griega, tomó el partido de hacer tener sobre este asunto conferencias con mucho aparato. Habia entonces en Constantinopla una compañía de doce sábios llamados maestros por escelencia, que gobernaban todos los estudios y eran los árbitros de las controversias en toda clase de materias, presididos siempre por Nechites ó Nicetas, arzobispo de Nicomedia, el mas famoso entre ellos. Este fué el que el emperador hizo entrar en la lid contra Anselmo de Havelberg. Todos los hombres sábios y científicos mas famosos de la Grecia, y los de mas consideracion entre los latinos que se hallaban en Constantinopla, en especial venecianos, genoveses y pisanos, asistieron á las dos conferencias que se tuvieron, una en la iglesia de Santa Irene, sobre la procesion del Espíritu Santo, y otra en Santa Sofía, sobre la primacía del Papa y los panes ázimos.

Los dos prelados espusieron allí lo mas fuerte que se podia objetar de una parte y otra; pero sin acrimonia, sin altivez y con una modestia y moderacion de que jamás se ha visto mas hermoso ejemplo en disputas de esta naturaleza. Los latinos reconocieron que Nicetas, amigo sincero de la verdad, no tenia en vano el título de sábio. No se acaloró sino cuando habló del poder arbitrario de los Papas, segun él se le figuraba, y de su dominacion imperiosa sobre los otros obispos á quienes despojaba, decai él, de su cualidad de jueces en materias de religion, y del carácter divino de primeros hijos de la Iglesia, para no hacer de ellos mas que viles y mudos esclavos. Anselmo respondió á esto con la dulzura que le era natural, diciendo: «Si conociérais como yo la piedad de la Iglesia romana, su rectitud y equidad, su caridad sin límites, su sabiduría, y sobre todo su exactitud en el exámen de las causas eclesiásticas y la libertad del voto en los juicios, lejos de hablar así, os someteriais con empeño á su obediencia.» Nicetas volvió sobre sí, y reconoció que las preocupaciones de la Grecia formaban el mayor obstáculo á su reunion: «pero esta dificultad, añadió, me parece terrible; para superarla seria necesario juntar un Concilio general de las dos iglesias por la autoridad del Papa, y de consentimiento de los emperadores.» Convino en lo mismo Anselmo, y los asistentes

(1) *Prolog. tom.* 13 *Spicil. pag.* 88.

espresaron el mismo deseo con sus aclamaciones; pero este proyecto no tuvo ejecucion hasta mucho tiempo despues.

Roberto ó Ruperto, segun la pronunciacion alemana, abad de Duits junto á Colonia, sostuvo tambien con su doctrina la gloria de la iglesia germánica; y se adquirió, especialmente con su tratado de los oficios ú obligaciones del cristiano, la mayor celebridad. En sus tratados teológicos y en sus comentarios sobre la Escritura, se ve hasta qué alto grado de favor habia llegado el método escolástico. Se censura á Ruperto por haber dicho que la sustancia de pan y de vino no se muda mas en la Eucaristía que la sustancia del Verbo en la Encarnacion. Pero si el espíritu de sistema le hizo usar de una analogía mal comprendida ó mal presentada, este piadoso escritor, uno de los católicos mas famosos de su tiempo, que por sus virtudes ha sido contado por algunos autores en el número de los Santos, se esplica él mismo en otras mil partes del modo mas ortodoxo y mas exacto. En sus cartas particularmente, despues de haber repetido que no se mudan las sustancias de pan y vino, añade: *en cuanto á las especies visibles*. Y despues concluye en estos términós: «creemos sobre la palabra del Salvador lo que no vemos, esto es, que el pan y el vino se han convertido en la verdadera sustancia de su Cuerpo y de su Sangre (1).»

El emperador Lotario, viendo que ya no habia mas enemigos que temer en derredor de Roma, donde el Antipapa temblando y retirado en sitios aislados se iba acabando de consumir con los restos de su faccion, se acercó con el Pontífice legítimo, el cual no tardó en entrar en ella. Lotario, despues de haber encargado la defensa de la Santa Sede á Rainulfo, á quien habia hecho duque de Pulla, cuya eleccion habia ya justificado este con una gran victoria ganada al rey Rogerio, se volvió á Alemania. Aunque cayó enfermo en Verona, continuó su marcha; pero como el rigor de la estacion agravó su enfermedad, murió á la edad de sesenta y dos años en la noche del 3 al 4 de diciembre de 1137 con los mas vivos sentimientos de piedad; su cuerpo fué trasladado desde el pueblo de Bretten cerca de Trento al monasterio de Lieutern en Suavia. Este príncipe se hacia acompañar á todas partes por eclesiásticos y personas piadosas para aprovecharse de sus consejos y ejemplos: velaba mucho, dice un autor del tiempo (1): estaba frecuentemente en oracion, y en ella derramaba torrentes de lágrimas: era mirado como el padre de los pobres y el protector de los desgraciados. El género de vida que se le vió seguir constantemente durante su espedicion de Italia era el siguiente; al amanecer oia una misa por los difuntos, despues otra por el ejército, y por último la misa del dia: luego con la emperatriz Richila ó Richensa lavaba los pies á cierto número de huérfanos y les distribuia su alimento: despues oia las quejas de las iglesias, y en seguida se entregaba á los negocios del imperio. Como todos los emperadores virtuosos y mas dignos del trono, se manifestó inviolablemente adherido á la Santa Sede. Para sucederle fué elegido y coronado en 13 de marzo del año siguiente Conrado III, duque de Franconia, nieto del emperador Enrique IV por su madre Inés.

En el mismo año el rey Luis el Gordo dió á los franceses el mismo espectáculo de edificacion. Habiendo caido enfermo volviendo de una espedicion de Turena, hizo reunir obispos, abades y otros muchos sacerdotes, y despues pidió los últimos socor-

(1) *Epist. ad Curon. ante Evang. Joan.*

(1) *Chron. Cass. l. 4, c. 3.*

ros de la Iglesia. Cuando supo que se acercaba la sagrada Eucaristía, se levantó con grande admiracion de todos, y á pesar de su debilidad salió al encuentro del Cuerpo de nuestro Señor. Allí, en presencia de una multitud de asistentes, clérigos y legos, confesó que habia cometido muchos pecados en el gobierno de sus dominios; despues dió la investidura á su hijo Luis, haciéndole prometer que protegeria la Iglesia y los pobres, que conservaria á cada uno sus propiedades y sus derechos, y no haria arrestar á persona alguna de su corte que no hubiese cometido algun crímen. Mandó distribuir á los pobres sus vestidos y todos sus muebles, á escepcion de su oratorio, que destinaba á la abadía de San Dionisio. Luego se puso de rodillas delante del santo Viático, que le habian llevado en procesion luego que se concluyó la misa celebrada con este objeto; hizo profesion de fé, y en ella insistió especialmente sobre la santa Eucaristía. «Creo firmemente, dijo, que este es el mismo Cuerpo que nuestro Redentor tomó de la Vírgen y dió á sus discípulos para permanecer con ellos; que esta Sangre sagrada es la misma que corrió en la cruz; Viático adorable con que deseo fervorosamente ser fortificado contra los peligros de la muerte.» Confesó despues sus pecados, recibió con una tierna devocion el Cuerpo y Sangre del Salvador, y pareciéndole sentirse mejor, se volvió á su cuarto sin que nadie le ayudase (1).

Habiendo vuelto á continuar su camino, los pueblos, de quienes era venerado, corrian por todas partes á verle pasar dejando sus arados, abandonando sus rebaños, llenándole de bendiciones y recomendándole al Señor con lágrimas y sollozos. Él mismo no pudo contener las suyas, y dando gracias á aquellas buenas gentes con una familiaridad paternal las pidió que continuasen en sus plegarias. Llegó por fin á San Dionisio, y su primer cuidado fué ir á dar gracias á Dios y á los santos mártires, postrado delante de las reliquias, junto á las cuales habia deseado ardientemente morir. Aquí recibió enviados de Guillelmo, duque de Aquitania, quien despues de una larga série de obras de penitencia habia muerto en Compostela delante del altar de Santiago, el viernes Santo 9 de abril de aquel año de 1137. Guillelmo, al salir para esta última peregrinacion, habia encargado que fuesen á recomendar su hija Leonor al rey como á un padre, y suplicarle que dispusiese de ella y de sus Estados, casándola segun su nacimiento. El rey prometió darla por esposo á Luis, su hijo mayor, á quien hizo marchar inmediatamente á Aquitania. Entre tanto recayó enfermo en Paris, donde apenas habia llegado de San Dionisio, y en poco tiempo se vió reducido al último estremo. Se confesó de nuevo con su confesor ordinario Hilduino, abad de San Víctor, cuyo monasterio habia reedificado desde los cimientos. Tambien volvió á recibir el Viático, y quiso ser llevado otra vez á San Dionisio para tomar allí el hábito monástico; pero la enfermedad no le dió tiempo. Habiendo hecho tender una alfombra en el suelo y poner encima ceniza en forma de cruz, se echó sobre ella con señales de contricion; se persignó devotamente, y hecho esto murió en primero de agosto. Luis el Jóven, llamado así para distinguirle de su padre, tenia diez y siete años de edad y tomó inmediatamente el gobierno del reino.

Enrique I, rey de Inglaterra, habia muerto cerca de año y medio antes, es decir, en 1.° de diciembre de 1135. Recibió los sacramentos de Penitencia y Eucaristía, dice Hugo, arzobispo de Rouen, escribiendo al Papa, despues de haber prometido enmendar su vida, y mandado que se pagasen sus deudas y se diese el resto de su tesoro

(1) Suger. *vit. Lud. pag.* 319.

á los pobres. Era hijo de Guillelmo el Conquistador, cuya sucesion masculina se estinguió en él, por lo que no dió mas que tres monarcas á la Inglaterra conquistada con tanta gloria. Enrique tenia una hija llamada Matilde, casada con Geofredo Plantagenet, conde de Anjou, la cual debia heredar el reino; pero se anticipó su primo-hermano Esteban de Boloña, que se hizo coronar en 22 del mes en que murió Enrique.

Por último, en 7 ó mas bien 25 de enero de 1138 murió en Roma el antipapa Pedro de Leon, despues de haber llevado cerca de ocho años el nombre de Anacleto II, poniendo fin su muerte á aquel largo y funesto cisma. Sin embargo, los cardenales de su partido volvieron á elegir Papa en la persona de Gregorio, cardenal presbítero, á quien llamaron Victor; pero solo con la mira de ganar tiempo y proporcionarse una reconciliacion ventajosa. Al cabo de dos meses, el supuesto Papa fué de noche á buscar á San Bernardo, quien le hizo quitar la mitra y la capa, le llevó á los pies del Papa Inocencio, y logró que le recibiese en su gracia. Todos los cismáticos se apresuraron á seguir su ejemplo, y en poco tiempo se volvió á ver florecer por todas partes el órden y la felicidad pública.

El santo abad trató de huir cuanto antes de su triunfo. A los cinco dias despues de la sumision del cardenal Gregorio, salió de Roma donde todo resonaba con la gloria de su nombre; y conducido por el clero, por el pueblo y por toda la nobleza, volvió á tomar el camino de Claraval, á donde por toda riqueza llevó diferentes reliquias. Si dejó algo con sentimiento en Italia fué principalmente á Balduino, el primero de los monges del Cister que fué hecho cardenal y elegido arzobispo de Pisa su patria. En medio de tantos y tan penosos trabajos habia sido el mas dulce consuelo de San Bernardo, á quien honró tanto que sin embargo de ser cardenal no se desdeñaba de servirle de secretario.

El Papa Inocencio, viéndose tranquilo en Roma, convocó en ella un gran Concilio que se celebró en 8 de abril de 1139, y se cuenta por el segundo general de Letran y décimo ecuménico (1). Halláronse en él hasta mil obispos, y á lo menos otros tantos abades; y entre estos millares de prelados, dice un autor de aquel tiempo (2), pareció Inocencio el mas respetable, tanto por el aire de magestad que resplandecia sobre su rostro, como por los oráculos que salian de su boca. Este mismo autor dice tambien, que pronunció un discurso en que comparando en cierto modo aquel Pontífice á los feudos dados por los príncipes la concesion que él hacia de las dignidades eclesiásticas no espresa, sin embargo, la idea de que la dignidad episcopal (*ecclesiastici honoris celsitudo*) dependa del Papa de la misma manera que un feudo depende del que le ha concedido. En efecto, dice á los prelados que la dignidad de su institucion ó carácter auténtico les confiere la propiedad ó el derecho de obrar; lo cual no puede decirse absolutamente del poseedor de un feudo. Cuando añade que la cumbre del honor eclesiástico se recibe por el permiso del Pontífice romano, segun la costumbre de un derecho casi feudal (*quasi feodalis juris consuetudine*), quiere mostrar que los cismáticos que han sido ordenados sin permiso de ese Pontífice, no han recibido la institucion auténtica que confiere la propiedad de operacion ó de ejercicio para las funciones de sus órdenes; y que esta propiedad, de que sin embargo han usado, debe serles prohibida, como la posesion de un feudo á quien de él se ha apoderado contra la

(1) *Tom. 10 Concilior. pag. 999.*
(2) *Chron. Maurin.*

voluntad del legítimo concesionario. El objeto principal del Concilio era consumar la estincion del cisma que quedó anatematizado, con el resto de sus fautores, de un modo unánime y definitivo; despues de lo cual se confirmaron los cánones de disciplina establecidos en muchos Concilios precedentes, y en particular en el que Inocencio habia tenido en Reims en el año de 1131: se prohibió además á los legos retener los diezmos eclesiásticos, cualesquiera que fuesen las personas, obispos ó príncipes de quienes los hubiesen recibido. Se condena tambien á los nuevos maniqueos que desechaban los Santos Sacramentos, y despues se condenaron los errores de Arnaldo de Brescia, pero en general y sin nombrarle todavia. Este declamador herege, simple lector de la iglesia de Brescia, pero envanecido con su talento para la sutileza, con aplicaciones malignas de la Santa Escritura y una elocuencia entusiasta, animaba á las gentes del pueblo contra el clero, é introducia por todas partes la turbulencia en su patria. Se sospechaba de él que pensaba mal del Sacramento del Altar y del Bautismo de los niños; pero no se podia dudar de su atrevimiento en querer trastornar con todo su poder la constitucion del órden gerárquico. Aseguraba altamente y sin ambigüedad, que no podian salvarse los clérigos y los monges que poseian bienes en propiedad; y que aun los obispos debian vivir de las ofrendas voluntarias del pueblo, sin tomar de ellas mas que lo necesario para una vida frugal y penitente. Despues de haber estudiado largo tiempo en Francia, principalmente bajo la direccion de Abelardo, otro genio mas sutil que sólido y por su presuncion digno maestro de tal discípulo, se volvió á su pais donde se puso un hábito religioso para hacer escuchar mejor las invectivas que no dejaba de vomitar contra los mas grandes prelados incluso el Papa. Por último, fué echado de Brescia, donde hizo muchos partidarios, y se refugió á la Suiza donde hizo muchos mas.

Apenas se habia terminado el concilio de Letran, Rogerio, que habia sido excomulgado en él espresamente, volvió de Sicilia á la Pulla, cuyas ciudades sometió con la misma rapidez con que se las habian quitado. El Papa reunió las tropas que pudo para oponerse á sus progresos, y se adelantó hasta Monte-Casino. Sin embargo, se habló de paz, y se enviaron parlamentarios de una parte y otra; pero al mismo tiempo el hijo del rey de Sicilia se metió detrás de las montañas con mil caballos, sorprendió al Papa, le hizo prisionero, y le presentó al rey su padre. Si el Pontífice tuvo razon para quejarse de esta infraccion de la fé pública, tambien la habia, dicen ciertos críticos, para acusarle de haber faltado el primero á la palabra, confundiendo con los cismáticos obstinados á Pedro de Pisa, que por la mediacion de San Bernardo habia vuelto á entrar en el seno de la unidad con tanta edificacion y á quien Inocencio habia prometido mantener con honor en su dignidad; pero estos críticos olvidan que Pedro de Pisa debió sufrir, como los demas obispos ilegítimamente ordenados, la formalidad de la deposicion, porque fué una medida general ejecutada en pleno Concilio, y no era faltarle á la palabra asimilarle un momento á los demas obispos partidarios de Anacleto; y pues tuvo tal arrepentimiento que se le restableció en seguida, la sinceridad de sus pesares no debió permitirle quejarse de haber sido comprendido en una sentencia comun cuyo rigor era saludable á la Iglesia. Por lo demás, la conducta observada con Pedro de Pisa no podia justificar de modo alguno la violacion de la tregua que hizo caer al Papa en poder de Rogerio. Este lo conoció bien, y así él mismo se humilló delante de su cautivo, y

postrado á sus pies le pidió paz y perdon. Concedióle de buena gana el Papa esta paz que fué jurada el dia de Santiago 25 de julio, y el Papa hizo espedir inmediatamente su bula, en la que sin decir una palabra de la concesion de Anacleto, concede á Rogerio el reino de Sicilia, el ducado de Pulla á uno de sus hijos, y al otro el principado de Calabria con la obligacion de rendir vasallage de bienes y persona á la Santa Sede, con el censo anual de ciento veinte schifates.

Habiendo vuelto el Papa á Roma recibió á San Malaquías, obispo de Downe en Irlanda, hombre verdaderamente apostólico y digno representante de todos aquellos venerables varones que habian adquirido en otro tiempo para las islas Británicas el título de tierra de los Santos. Despues de haber hecho sus estudios en la ciudad de Armagh, se habia puesto bajo la direccion de un hombre santo llamado Imario, haciendo á su ejemplo una vida muy austera. El arzobispo Celso le obligó, á pesar de su resistencia, á recibir el órden de diácono, y despues el de sacerdote, aun antes de la edad observada por los antiguos cánones; á saber, la de veinticinco años para el diaconado y treinta para el sacerdocio. Habiéndole hecho inmediatamente el arzobispo vicario suyo, Malaquías se aplicó cuidadosamente á instruir á aquellos pueblos ignorantes y bárbaros, restableció entre ellos la magestad del culto purificado de toda supersticion, el uso de los Sacramentos, y las reglas cristianas del matrimonio, é hizo mudar enteramente de aspecto á aquella iglesia. Reedificó el antiguo monasterio de Bancor tan famoso en tiempo de San Columbano, pero arruinado despues por los piratas y convertido en guarida de animales peligrosos. Habiendo vacado la Silla episcopal de Conneret, separada entonces de Downe á la cual fué unida despues, Malaquías fué elegido á su pesar, teniendo solo unos treinta años, y obligado á aceptarla por órden de su metropolitano. No se puede imaginar lo que tuvo que sufrir con aquel pueblo: aquellos hijos de los Santos habian degenerado enteramente y no conservaban de la Religion cristiana mas que el nombre: en lo demas eran salvajes mas parecidos en sus obras á brutos que á cristianos, y aun que á hombres. No perdió por esto el ánimo su santo pastor: exhortó en público y en particular, visitó la diócesis, pasó noches enteras en oracion, y sufrió fatigas y penas increibles, insultos y malos tratamientos, hasta que por fin venció la dureza de aquel pueblo haciéndole someterse de nuevo al yugo del Evangelio.

Apenas recogia el fruto de tantos trabajos, cuando su arzobispo, atacado de la enfermedad de que murió, le designó para sucesor suyo, y mandó elegirle por la autoridad de San Patricio, á la cual en Irlanda nadie se atrevia á resistir; y fué en efecto ordenado arzobispo de Armagh, donde tuvo aun mas que trabajar y sufrir que en Conneret (1130). No lo aceptó sino por la esperanza del martirio, segun se esplicó él mismo, y con condicion de que si sus trabajos tenian un éxito mas feliz para aquella segunda iglesia, se le habia de permitir volverse á su primera Silla. En el espacio de tres años restableció la paz, la disciplina y las costumbres en la diócesi de Armagh y en toda la Ultonia, á donde se habian estendido los desórdenes de esta iglesia madre. Habia unos doscientos años que no se sufria en Armagh arzobispo que no fuese de cierta familia. Si no se encontraban clérigos de esta parentela, se entregaba el arzobispado á legos casados, y se contaban ya ocho de estos, que sin ningun caracter eclesiástico le habian poseido así antes de Celso. En cuanto á Celso, aunque hubiese sido nombrado arzobispo de Armagh siendo todavia lego, como él fué quien confirió las

sagradas órdenes á San Malaquías y le designó para sucesor suyo, puede creerse que á pesar de la irregularidad de su eleccion no carecia de mérito. El escándalo de que veniamos hablando debia probablemente su orígen á la autoridad temporal que, en vez de proteger la libertad de las elecciones canónicas, no temió apoderarse de ellas y dar la investidura de los obispados; una vez manifestadas estas pretensiones por los príncipes, el favor se fijó en los hombres mas hábiles de esplotarlo; y unos abusos que el poder cubria con su égida, convertidos muy luego en costumbre, merced á la ignorancia y á las sugestiones del interés, se arraigaron hasta el punto de adquirir la autoridad de leyes. De aquí resultaba, como acaeció especialmente en una gran parte de Irlanda, una relajacion que se diferenciaba poco de una estincion total de la Religion. Despues de haber remediado Malaquías tantos males, dejó la Silla metropolitana segun la condicion con que la habia aceptado, colocó en ella por consentimiento del pueblo y del clero á un sugeto esperimentado llamado Gelasio, y se volvió á su antigua diócesi (1135).

Cuatro años despues y con este motivo pasó á Roma á fin de asegurar su conducta, dice el ilustre autor de su vida (1), haciéndola aprobar por la Silla apostólica. De allí fué y volvió á Claraval, trabó estrecha amistad con el santo abad que gobernaba tan religiosamente aquel monasterio, y manifestó los mas vivos deseos de acabar en él sus dias; pero jamás pudo conseguir para ello permiso del Papa, porque le creia muy necesario en Irlanda. Para desquitarse cuanto le fuese posible, envió muchos de sus discípulos á aquella escuela de virtud para aprender en ella sus instituciones, y dos años despues fundó bajo la misma observancia, en la diócesi de Armagh, la abadía de Millefond, que produjo bien pronto otras cinco. Habiéndole hecho el Papa legado suyo en Irlanda, restableció por todas partes las tradiciones y las antiguas reglas que es hallaban casi abolidas. Sus virtudes sostenidas con el don de los milagros, hacian recibir como si viniese del cielo todo lo que él mandaba, y se procuraba ponerlo por escrito y se conservaba preciosamente su memoria. Jamás tuvo nada propio, ni aun permitió que se le señalase dotacion alguna particular para la mesa episcopal: vivia con la sencillez del mas pobre religioso, y aunque era legado, hacia sus visitas á pie. Algunos años despues de su primer viaje á Roma, volviendo á esta ciudad para recibir el palio de mano del Papa, murió en Claraval el dia de la Conmemoracion de los difuntos como él habia predicho y deseado por mucho tiempo, por la viva confianza que tenia en los socorros particulares que los difuntos reciben de los vivos en aquel dia (1148).

San Bernardo tuvo relaciones bien diferentes con Pedro Abelardo, nacido en las estremidades de la Francia cerca de Nantes en Bretaña, y lastimosamente célebre en el centro del reino por el brillo y frivolidad de sus talentos, por el estraño uso que hizo de ellos, por el castigo no menos estraño que se le hizo padecer, y en fin, por la presuncion turbulenta con que procuró encubrir tanta ignominia é irrision. Nos guardaremos bien de presentar las individualidades novelescas y sucias de sus primeros años, en las que no solo no debe ocuparse una pluma consagrada á la Iglesia, pero ni aun otro escritor alguno honrado y juicioso. ¿Qué nos importan el corruptor y raptor de su propia educanda, el celibatario forzado y apasionado siempre, ni aun el dialéctico hinchado con los vanos triunfos de su habilidad sofística, entregado á su manía por la

(1) Bern. *Opusc.* 12, *cap.* 15.

novedad y lo estraordinario en todo género? Él no puede llamar la atencion sino por sus errores ó sus aserciones inauditas en materia de fé, ni debe fijar nuestras miradas sino por la penitencia á que el esceso de sus humillaciones pareció conducirle sinceramente al fin de sus dias. Solo á los cínicos del siglo XVIII correspondia disfrazar este pedante libertino en personage de importancia.

Habian pasado ya diez años desde que fué condenado en un concilio reunido en Soissons, cuando olvidando esta censura canónica añadida á tantas otras tachas, y empezando de nuevo á desfigurar nuestros misterios con las ideas estravagantes de su dialéctica, fué amonestado caritativamente por el docto y santo abad de Claraval. Prometió por el pronto retractarse; pero su presuncion poco comun y el recuerdo de sus antiguas victorias en la disputa hicieron que no tardase en olvidar aquella resolucion. Habiendo sabido que Bernardo habia tenido una viva contienda con el arzobispo de Sens, se ofreció á justificar su propia doctrina en un concilio que debia celebrarse en aquella ciudad, é hizo que se convocase á él al santo abad, á quien por otra parte se le intimó que se presentase cuanto antes. No necesitaba tanto la vanidad de Abelardo para triunfar anticipadamente con el enjambre de admiradores que acostumbraba llevar tras de sí. El concilio se celebró en 2 de junio de 1140, y la asamblea, anunciada con afectacion por los partidarios y discípulos del novador, no fué menos numerosa que augusta. Además de los prelados de las provincias de Sens y de Reims, asistió á ella el rey Luis el Jóven, con los condes de Champaña y de Nevers, y una infinidad de curiosos de todas clases atraidos á la disputa como á una funcion de teatro.

El éxito no estuvo mucho tiempo dudoso. Habiendo leido Bernardo en alta voz las proposiciones erróneas estractadas de las obras de Abelardo, dijo á este que si las confesaba por suyas las probase ó las corrigiese (1). Al oir esto, todo el orgullo del dialéctico cayó en tierra: el espíritu, la memoria, y hasta la misma palabra que manejaba con tanta facilidad le faltaron en un mismo instante; y despues confesó á sus amigos que todas las potencias de su alma se habian hallado como encadenadas. Apenas pudo tartamudeando apelar al Papa, é inmediatamente despues se retiró confuso, seguido de sus partidarios igualmente aturdidos. Su apelacion no era canónica, supuesto que los jueces eran de su eleccion; sin embargo, por deferencia á la Santa Sede, los Padres se abstuvieron de sentenciar sobre la persona de Abelardo; pero haciéndose la condenacion de su doctrina mucho mas urgente por el peligro de la seduccion, condenaron sus proposiciones despues de haberse convencido, por la tradicion de los santos doctores, de que eran falsas y aun heréticas. Así es como se espresa la carta sinodal que los obispos encargaron á San Bernardo que estendiese, á fin de obtener del Papa la confirmacion de su sentencia.

Entanto Abelardo tomó el camino de Roma con el designio de seguir su apelacion; mas al pasar por Cluny se encontró con Renaldo, abad del Cister, hombre de una virtud que le ha hecho poner en el número de los Santos canonizados de su órden; y éste de acuerdo con Pedro el Venerable, dotado como él del espíritu de paz y del don de persuadir, persuadió á Abelardo á reconciliarse con el abad de Claraval. Se ignora á qué clase de retractacion ó esplicacion se sometió; pero se sabe que fué suficiente la desaprobacion que hizo de sus errores, supuesto que con ella quedó satisfecho aquel piadoso y santo abad. Durante esta negocia-

(1) Bern. *Epist.* 537.

cion, confirmando el Papa las decisiones del Concilio de Sens, condenó no solo los errores, sino tambien la persona de Abelardo, y aun le confundió con Arnaldo de Brescia, mandando arrestarlos á uno y otro como herges, y encerrarlos separadamente en un monasterio. Esta noticia fué para Abelardo como un rayo, aunque al mismo tiempo un medio salvacion. Disgustado de la gloria del mundo que paraba en tales oprobios, le renunció sinceramente, y se fijó hasta la muerte en el puerto adonde la Providencia le habia conducido. En él no hizo mas que irse aniquilando en los dos años que todavia vivió; pero á todo el mundo persuadió con su fervor, y especialmente con su docilidad y modestia, de que si el disgusto habia sido la ocasion de su penitencia, la gracia era ya el sólido principio de ella (1142).

El venerable abad de Cluny no se desdeñó de avisar la muerte de Abelardo y de enviar su epitafio lleno de elogios á la harto célebre Heloisa, víctima ciega de la seduccion y de todos los caprichos de su corruptor (1). A persuasion del dueño despótico de sus gustos y de todas sus facultades, se habia entrado religiosa en Argenteuil, donde sus talentos la elevaron bien pronto al cargo de priora; pero llena totalmente todavia de sus penas y de sus vergonzosos amores, aquella directora de vírgenes sagradas se halló poco apta para dirigirlas en la práctica de la virtud mas esencial á su estado. La irregularidad de la conducta que observaban, sin que haya necesidad de buscar otra causa, hizo que se las echase de Argenteuil para poner alli monges de San Dionisio. Heloisa con muchas de sus discípulas se retiró á la casa de Paracleto que Abelardo habia establecido en la diócesis de Troyes, y que en lo sucesivo se hizo una abadía considerable. Alli fué donde curada en el fondo, pero siempre resentida del veneno que habia abrigado largo tiempo con complacencia á pesar de su consagracion, recibió la noticia de la muerte de Abelardo, cuyo cuerpo hizo llevar y enterrar en su nuevo retiro. Ella murió veinte años despues, y quiso ser enterrada en el mismo sepulcro.

Por aquel tiempo en que Abelardo fué condenado, tuvo San Bernardo una nueva ocasion de manifestar su celo por la uniformidad de las observancias, igualmente que por la unanimidad de la doctrina. Los canónigos de Lyon sin haber esperado el juicio de la Iglesia, y sin participacion alguna de la autoridad episcopal, habian instituido por una simple acta capitular la fiesta de la Concepcion de la Vírgen. Hallándose ya muy multiplicadas las devociones particulares, el santo doctor, que temia sobremanera las novedades en materia de Religion, se creyó obligado á mantener en aquella augusta iglesia la adhesion particular que siempre habia manifestado á la antigüedad. «¿Querremos ser nosotros, les dijo (1), mas perspicaces ó mas piadosos que nuestros padres? Guardaos bien; la novedad es hija de la ligereza, madre de la temeridad, y hermana de la supersticion.» No obstante, el santo doctor despues de haber opuesto un gran número de argumentos á la institucion de la nueva fiesta, concluye con estas palabras: «Sin embargo, todo cuanto digo es sin perjuicio del sentir de las personas mas ilustradas, principalmente de la Iglesia romana, á cuyo exámen y autoridad remito esta cuestion y todas las de esta naturaleza, pronto siempre á corregir mis sentimientos si difiriesen de los suyos.» Reserva muy discreta y prudente, pues efectivamente la Iglesia autorizó despues la fiesta de la Inmaculada Concepcion en el Concilio de Basilea. En el fondo la opinion de San Bernardo

(1) Petr. Ven. *lib.* 4, *Epist.* 21.

(1) *Epist.* 174.

no parece contraria al sentir comun de los teólogos sobre esta materia; porque los críticos mas versados en la inteligencia de este Padre (1) pretenden con mucha razon que, negando que María fuese concebida sin pecado, toma el término de concepcion por el primer instante en que su cuerpo fué concebido, y no por el momento de la union de su alma con el cuerpo.

Todos los fieles, de cualquier órden ó clase que fuesen, tenian á mucho honor el seguir las luces del ilustre abad de Claraval. Los monges de San Pedro de Vallee le consultaron acerca de la obligacion de la regla de San Benito, y él les dirigió inmediatamente por respuesta su tratado del Precepto y de la Disciplina, en que se hallan las reglas de la dispensa examinadas con toda la exactitud conveniente (2). Despues fué consultado sobre algunas opiniones particulares por Hugo, prior de San Victor en Paris, teólogo famoso, llamado la lengua de San Agustin por su habilidad en penetrar la doctrina y en imitar el estilo de este Padre. Las preguntas de Hugo versaban principalmente sobre la materia de los Sacramentos, no obstante que él la habia profundizado con mucho fruto, y sobre la cual nos ha dejado una obra que es la mas celebrada de todas las suyas. La respuesta de Bernardo fué tambien una obra considerable (3). Sus soluciones razonadas y sólidamente probadas llenaron todas las esperanzas de Hugo, que por su parte nos enseña que cuando se administraba el bautismo á los niños se les daba tambien la Eucaristía, esto es, la especie de vino, haciéndosela chupar con la punta del dedo. Como añade, vituperándolo, que algunos sacerdotes ignorantes les daban vino ordinario en lugar de la sangre preciosa, hay fundamento para inferir de aquí que este uso no era una forma rigorosamente prescrita. Hugo murió en el mismo año que Pedro Abelardo con los mas vivos sentimientos de piedad (1142). Despues de haber recibido el Cuerpo adorable de Jesucristo, tuvo durante mucho tiempo pegada su boca á los pies del Crucifijo, pareciendo querer chupar la sangre que allí estaba pintada y que se representaba correr de las sagradas llagas; lo cual indicaria que solo habia comulgado bajo la especie de pan.

Entretanto los negocios de que Bernardo se veia encargado le acarrearon contrariedades á que no fué insensible. Desde el año anterior hallábase despedazada la Francia por una guerra intestina y aun era de temer un rompimiento con la Santa Sede. Habiéndose dividido el cabildo de Bourges, con motivo de una eleccion de arzobispo, entre dos sugetos, uno de los cuales era Pedro de la Chatre, primo del canciller de la Iglesia romana, y el otro, el cortesano Cadurque que agradaba á Luis el Jóven, fué nombrado Pedro mientras Cadurque habia ido á quejarse de su competidor; pero el rey no quiso ratificar la eleccion. Pedro se dirigió á Roma, y allí le consagró el Papa y le envió á tomar posesion. Aunque Luis habia jurado públicamente que La Chatre jamás seria arzobispo de Bourges, este se ocultó en las tierras que Thibaldo, conde de Champaña, poseia en Berry, y desde allí ejerció su autoridad en su diócesis, y habiéndose fulminado un entredicho, sea por él, sea por el Papa, sobre lo que de su diócesis pertenecia al rey, todas las iglesias se sometieron al arzobispo que de este modo fué causa de la guerra declarada á Thibaldo.

Al mismo tiempo el conde Vermandois, favorito de Luis VII, habia repudiado la sobrina del conde de Champaña á pretesto de parentesco; y tres obispos, uno de los cua-

(1) Mabill. *in not. ad epist.* 174.
(2) *Opusc.* 12.
(3) *Id.* 10.

les era hermano suyo, le habian permitido casarse con una hermana segunda de la reina Leonor. Consultóse á San Bernardo, y el Santo reprobó este adulterio y se declaró en favor de Thibaldo, que habia dado asilo al arzobispo de Bourges. Segun sus cartas y las quejas de las partes ofendidas, el Papa hizo entendiese en esto su legado el cardenal Ives; pero luego que este excomulgó al conde de Vermandois y á su nueva esposa, y suspendió á los tres prelados fautores del divorcio, fueron taladas las tierras de Thibaldo; particularmente en Vitry (1142), habiéndose refugiado unas mil trescientas personas en una iglesia, fueron quemadas ó ahogadas en ella por órden del rey, que mandó prenderla fuego. Ajustóse empero una paz por la mediacion de San Bernardo y de algunos obispos, y el legado levantó las censuras. Pero en estas circunstancias murió este cardenal; y como ni el rey ni el conde de Vermandois cumplieron las condiciones estipuladas, el Papa amenazó con reiterar la primera sentencia. Entonces el rey escribió al abad de Claraval para que contuviese todo procedimiento contra el conde, pues de lo contrario resultarian funestas consecuencias. «Aun cuando pudiera, contestó el Santo, no creo debiera prestarme á ello, porque no debemos hacer un mal para que de él resulte un bien.» En vano probó á Luis que habia traspasado los límites de su derecho; la guerra volvió á renovarse con la misma barbárie: entonces Bernardo escribió al rey echándole enérgicamente en cara que seguia consejos diabólicos y una política homicida (1). Luis, aunque estaba furioso, solo se mostró irritado contra Thibaldo; pero sus ministros Joselino, obispo de Soissons, y Súgero, abad de San Dionisio, se irritaron contra San Bernardo, que no habia temido hablarles con la misma energía (1). La respuesta del obispo de Soissons, mortificante para el santo abad, fué recibida con humildad y valor. Bernardo tuvo tambien la pena de ver frustrados sus deseos en una conferencia en que el rey se olvidó de todo miramiento, hasta el punto de enfurecerse desde las primeras palabras que se le dirigieron. A pesar de esto no se cansó el Santo de escribir hasta conseguir la paz; pero este doble y desgraciado negocio no se terminó hasta el año siguiente en el pontificado de Celestino II. Luis, á pesar de su indiscreto juramento, reconoció entonces á Pedro de la Chatre, que ocupó dignamente su Silla durante treinta años; restituyó la libertad de las elecciones para las Sillas vacantes, y sus embajadores fueron recibidos solemnemente en Roma, donde se levantó el entredicho. Tambien parece fueron absueltos los tres obispos suspensos, al mismo tiempo que el conde de Vermandois, á quien se vió despues unido con Súgero. Por lo que hace á San Bernardo, á quien su celo habia impulsado á escribir, ora en favor de Thibaldo, ora en favor del rey, Dios, para probar su virtud, permitió se resfriase para con él la benevolencia de Inocencio. Reconociendo el Santo que merecia esta desgracia por haberse prestado con sobrada facilidad á las miras de la corte, lejos de desatarse en quejas y murmuraciones, escribió al Papa y le decia: «Tal vez he abusado de vuestra indulgencia, y os he cansado con la multitud de mis cartas; pero ya me enmendaré en lo sucesivo. Si he presumido demasiado de mí, olvidando quién sois vos y quién soy yo, vuestra bondad me habia inspirado ese atrevimiento. Me veia apremiado por amigos á quienes aprecio y creia poder servir, y si he sido importuno con vos no ha sido por mí; pero vale mas desagradarlos á

(1) *Epist.* 221.

(2) *Epist.* 222.

ellos que desagradar á Vuestra Santidad. Ya no me he dirigido á Vos para hablar de los peligros que amenazan á la Iglesia y del cisma que tememos en Francia, sino que he escrito á los obispos que están cerca de Vos y que podrán informaros de ello (1).» Esta fué la última carta que el Santo escribió al Papa Inocencio, el cual á poco tiempo murió en 24 de setiembre de 1143 á los catorce años de su pontificado.

Dos dias despues fué elegido el cardenal de San Marcos, á quien llamaron Celestino II. Esta eleccion fué la mas pacífica que se habia visto en mucho tiempo; pero el nuevo Papa murió en 9 de marzo de 1144. En 12 del mismo mes Lucio II, llamado antes Gerardo, cardenal de Santa Cruz, fué elegido y coronado inmediatamente, y su pontificado, que no duró un año entero, fué muy borrascoso. Los romanos que en los últimos dias de Inocencio II habian concebido el proyecto imaginario de resucitar la república, animados en tiempo de Lucio por las declamaciones sediciosas de Arnaldo de Brescia, se propasaron á los mayores escesos. Queriendo este Pontífice oponerse á sus empresas, recibió una pedrada de que murió en 25 de febrero de 1145. En este corto pontificado fué en el que se desvaneció por fin la obstinada y frívola pretension de los obispos de Dol á la dignidad metropolitana. El Papa Lucio, á ejemplo de Urbano II y de otros muchos de sus predecesores, estableció definitivamente que el obispo de Dol y todos los demas obispos de Bretaña reconociesen por metropolitano suyo al arzobispo de Tours. Tantas decisiones dadas unas sobre otras, domaron, á lo menos por algun tiempo, la obstinacion bretona, y fueron puestas en ejecucion.

La Santa Sede despues de la muerte violenta de Lucio no estuvo vacante mas que un dia entero, porque al otro, 27 del mismo mes de febrero, los cardenales reunidos en la iglesia de San Cesareo, eligieron Papa bajo el nombre de Eugenio III á Bernardo, natural de Pisa, simple abad del monasterio de San Anastasio de Roma, que Inocencio II habia dado al órden del Cister. Formado en Claraval bajo la disciplina de San Bernardo, y lleno del espíritu de su estado, vivia en el mas profundo olvido de las intrigas del siglo, cuando el voto unánime del Sacro colegio le sacó de su soledad, y le hizo subir, á pesar de su resistencia, al trono Pontificio. Cuando le iban á consagrar á San Pedro, fué avisado de que algunas tropas de sediciosos, idólatras de su fantástica república, se disponian á hacerle que confirmase el senado que habian ya restablecido: é inmediatamente y sin aguardar mas salió de Roma, y se retiró al monasterio de Farfo, donde fué consagrado en 4 de marzo.

Cuando San Bernardo supo la elevacion de su discípulo á una dignidad tan eminente y peligrosa, escribió á los prelados romanos en estos términos llenos de sobresalto (1): «¡Dios os perdone el haber sacado á un muerto del sepulcro, y vuelto á sumergir en el tumulto de los negocios á un hombre que no hallaba felicidad sino en el retiro! Además, ¿en qué habeis pensado para echaros repentinamente sobre un solitario agreste, hacerle soltar de las manos la hazada y el hacha, y llevarle por fuerza atónito y palpitando de susto al palacio? ¿No os parece tan estraño como á mí haber ido á escoger á un monge vestido de andrajos para vestirle con la púrpura y ponerle al frente de los príncipes y de los obispos? ¿Ha sido esto una estravagancia ó una maravilla? Creemos que sea una maravilla, cuando por todas partes me dicen que es obra del

(1) *Epist.* 224.

(1) *Epist.* 237.

Señor. Pero ¿por eso deberé temer menos? ¿Es menos digno de lástima el que es arrancado repentinamente de las dulzuras de la soledad y de la contemplacion, como un niño del pecho de su madre, para arrastrarle como una víctima á funciones tan nuevas y formidables? ¿No habia entre vosotros alguno, sobre cuya prudencia y esperiencia se pudiese contar con mayor seguridad?»

Escribió tambien el santo abad, aunque no tan pronto, al nuevo Papa. «Mi hijo Bernardo, le dice (1), por una mudanza desconocida á la naturaleza, ha venido á ser mi padre Eugenio. Es necesario que esta metamórfosis aproveche tambien á la Iglesia vuestra esposa, para que prospere cada vez mas, y que á este fin deis vuestra misma vida si tuviese necesidad de ella. Confieso que me he estremecido de júbilo al oir esta noticia; ¿y podria yo dejar de tomar parte en la comun alegría? Sí, me he regocijado, pero con temor: los arrebatos mismos de mi alegría han sido acompañados de temor y espanto. Estais sin duda elevado; pero por lo mismo estais espuesto á mayor caida. La Iglesia tiene no obstante motivo de complacerse, pues tiene derecho á esperar de vos mas que de ninguno de cuantos os han precedido por largo tiempo. Ya habiais aprendido á no ser vuestro; y asi puede prometerse que sereis todo suyo, y que os creereis llamado á servir y no á ser servido. Considerad para esto cuántos Pontífices habeis visto pasar delante de vos en muy pocos años: la brevedad de su vida os anuncia la fragilidad de la vuestra. Pensad, pues, cuando les sucedeis, que lo que os lisonjea se os va, y que vuestro poder como el suyo debe ir rápidamente ó por lo menos indudablemente á estrellarse contra el sepulcro.»

Eugenio se aprovechó de estas advertencias y gobernó con mucha equidad y sabiduría la Iglesia, durante un pontificado de cerca de ocho años y medio, casi siempre agitado por facciones y turbulencias. Este solitario, levantado de repente al trono Pontificio, fué inaccesible al deslumbramiento y ofuscacion que rodean la cima de las grandezas. A ella habia llevado la modestia y el humor tranquilo de su primer estado, y en la misma adquirió habilidad y grandeza de alma, y asi se manifestó tan distante de la debilidad como de la aspereza y de todos los demas estremos en que dan comunmente los hombres que pasan sin intervalo al punto en que él se hallaba. Con respecto á su santo maestro, le conservó tanto afecto y le dió tanta parte en su confianza, que se decia por todas partes que no era Bernardo de Pisa, sino Bernardo de Claraval el que habia sido hecho Papa.

Las turbulencias de Roma obligaron á Eugenio á hacer por algun tiempo su mansion en Viterbo, en donde recibió diputados de los obispos de Armenia y de su católico ó patriarca, que tenia, segun dijeron, mas de mil obispos bajo su jurisdiccion; venian á consultar á la Santa Sede sobre algunas diferencias que tenian con los griegos, é hicieron homenaje al Sumo Pontífice en nombre de todas sus iglesias. Lo que sirvió mucho á confirmarlos en sus buenas disposiciones, fué que en la misa que celebró el Papa en su presencia el dia de la dedicacion de San Pedro, uno de aquellos diputados, segun declaró delante de toda la córte romana, vió un rayo de luz celestial y dos palomas sobre la cabeza del Sumo Pontífice. Tal es el testimonio de Oton, obispo de Frisinga, que se hallaba presente. (1).

El obispo de Gábalo en Siria acompañaba á estos armenios. Él era el que mas esfuerzos habia hecho para someter la iglesia

(1) *Epist.* 238.

(1) *Chron. part.* 8, *cap.* 33.

de Antioquía á la Santa Sede, y se interesaba eficazmente en los progresos de los católicos entre los orientales. El objeto principal de su viaje era solicitar socorros para los cruzados que estaban consternados con la pérdida de Edesa. A fin de animar á los occidentales, celebró mucho el poder de un príncipe cristiano, aunque nestoriano, llamado el Preste Juan, que vivia al otro lado de la Persia, á la cual habia ganado grandes victorias y se disponia á socorrer la iglesia de Jerusalen. Este es el primer monumento en que se hace mencion del príncipe llamado el Preste-Juan. El obispo de Gábalo hizo con lágrimas en los ojos una patética pintura de la desgracia de los cristianos de Edesa. Sitiada esta ciudad dos años enteros por Zengui, soldan de Alepo y de Nínive, sin recibir ningun socorro, se habia rendido por fin el dia de Navidad de 1144, habiéndose hecho una espantosa mortandad de habitantes, que no habiendo estado jamás bajo la dominacion de los infieles, todos sin escepcion eran cristianos. Pereció tambien el arzobispo, y las iglesias sufrieron horribles profanaciones, particularmente la que habia poseido hasta entonces las reliquias de Santo Tomás.

Los turcos con esta conquista se creyeron en estado de poder echar de todo el Oriente á los cristianos. Zengui murió poco despues de su bárbaro triunfo; pero su hijo Noradino, que le sucedió, era tan valiente como su padre y mucho mas hábil, y estaban muy lejos los fieles de poder oponerle iguales gefes. Joselino el jóven, despojado del condado de Edesa, se habia atraido su desgracia por el regalo y disoluciones contínuas en que vivia en sus casas de placer á las orillas del Eufrates. Raimundo, príncipe de Antioquía, habia sido humillado por los griegos hasta el punto de pedirles con sus súplicas la paz, y de no avergonzarse de ir á Constantinopla á rendir homenage sobre el sepulcro de Juan Comneno. En Jerusalen, Fulco de Anjou, yerno y sucesor del rey Balduino II, despues de haber tenido contínuamente las armas en la mano contra los bárbaros, habia muerto de una caida del caballo, y no habia dejado mas que dos hijos de poca edad. La reina Melisenda, madre de estos, habia hecho coronar á Balduino que era el mayor, aunque no tenia mas de doce años, y dos despues de esta época fué cuando Edesa cayó en poder de los musulmanes, y toda la Palestina se vió amenazada de la misma suerte; esto es, cuando tenia por rey y casi único recurso un príncipe de catorce años.

Lo grande de este peligro llenó de sobresalto á todos los fieles hasta las estremidades del Occidente, y dispertó por todas partes aquel celo fervoroso que se habia visto cincuenta años antes en el Concilio de Clermont, donde se acordó la primera cruzada. El rey Luis el Jóven, movido por otra parte de sentimientos de penitencia por haber hecho abrasar, segun ya hemos dicho, sobre mil y quinientas personas en una iglesia de Vitry durante las guerras con el conde de Champaña, formó el designio de tomar la cruz. Todo el mundo aplaudió los deseos del monarca, y la guerra santa iba á quedar resuelta cuando San Bernardo, á quien él habia llamado dijo que era preciso antes consultar al Sumo Pontífice. El rey envió inmediatamente embajadores al Papa Eugenio, el cual muy enternecido por su parte por las solicitaciones del obispo de Gábalo, se alegró infinito de que el rey Luis se hubiese anticipado á sus deseos, y concedió para aquella segunda cruzada (1145) las mismas indulgencias que Urbano II habia concedido para la primera.

Aunque el Papa se hallaba muy ocupado en esta grande empresa, concibió al mismo tiempo el designio de estinguir las facciones de Roma. Empezó excomulgando á Jordan,

nuevo patricio, con sus principales partidarios: despues acudió á los tiburtinos, antiguos enemigos de los romanos, y bien pronto redujo á estos á pedirle la paz. Concedióela con gusto; pero con la condicion de abolir el patriciado y de reconocer que los senadores no tenian su autoridad sino del Papa. Despues de este tratado volvió á entrar en Roma en medio de las generales aclamaciones de aquel pueblo envilecido, cuya fogosa audacia, único resto de su antiguo valor, se convertia al primer golpe de autoridad en una miserable adulacion. Demasiado prudente para dar su confianza á tan bajas almas, Eugenio, despues de haber tomado posesion del palacio de Letran, fué á establecerse al otro lado del Tiber, probablemente en el castillo de Sant-Angelo; y allí fué donde terminó el negocio entablado desde el pontificado de Urbano II, relativo al restablecimiento del obispado de Tournay que una larga continuacion de intrigas habia dejado siempre sin concluir. Eugenio muy desinteresado personalmente, y no menos atento á reprimir la codicia de sus ministros, encargó el exámen de este negocio á San Bernardo. Fundado en las cartas de este santo abad y en el consentimiento de la iglesia de Tournay, nombró para obispo de ella al abad de San Vicente de Laon que se hallaba en Roma, y despues le consagró solemnemente en el cuarto domingo de Cuaresma, que aquel año de 1146 era el 10 de marzo. Así el obispado de Tournay fué separado del de Noyon, despues de haber estado unido á él desde el principio del episcopado de San Medardo, durante seiscientos años.

En la fiesta de Pascua, el rey Luis el Jóven tuvo para la cruzada un gran parlamento en Vecelai en Borgoña. San Bernardo, que al efecto habia tenido órden espresa del Papa, predicó sobre este asunto con su ordinaria elocuencia; tambien habló el mismo rey, y se leyeron las letras pontificias en que se concedia la indulgencia. Se habian dispuesto paquetes de cruces; pero antes que el orador hubiese acabado de hablar, todas fueron arrebatadas, y como no bastasen tuvo que hacer pedazos sus mismos hábitos para satisfacer á un ardor que no admitia ninguna dilacion. Con el rey se cruzaron la reina Leonor su esposa, su hermano Roberto, conde de Dreux; los condes de Tolosa, de Champaña, de Soissons, de Nevers, y otros muchos señores; entre los prelados se cuentan Geofredo de Langres, Simon de Noyon, y Arnulfo de Lisieux.

Para arreglar el viage se tuvo otro parlamento en Chartres el tercer domingo despues de Pascua; y como los bienes eclesiásticos eran el fondo principal con que se contaba para la subsistencia de los cruzados, acudieron á esta asamblea tantos obispos que algunas veces se la da el nombre de Concilio (1). A él asistió tambien San Bernardo, y se le quiso elegir por gefe de la cruzada; pero aunque el calor y fruto de su elocuencia le designaban como digno sucesor de Pedro el ermitaño, suplicó al Papa por el reconocimiento que Eugenio se gloriaba de conservarle, que no le impusiese ese cargo. «¿Quién soy yo, le dijo (2), para hacer de general de ejército, ordenar en batalla las tropas, y marchar á su frente? Considerando mis fuerzas nunca hubiera podido llegar á este grado aunque yo hubiese seguido únicamente esa carrera; mas aun cuando tuviese para ello la fuerza y capacidad necesaria, ¿qué cosa mas distante de mi profesion?»

Exhortó no obstante al Papa á proseguir esta empresa con todo el celo posible, y á hacer servir para la defensa de la Iglesia de Oriente las dos espadas que pertenecen

(1) *Hist. de l'Eglise gallic. l.* 25.
(2) *Epist.* 256.

á Pedro. «No debeis tener menos celo, le dice, que aquel cuya cátedra ocupais.» Entretanto en una circular dirigida á todas las naciones cristianas (1), combatió fuertemente el fanatismo cruel del monge Rodulfo, que metiéndose á predicar la cruzada en el pais del Rhin, escitaba á matar los judíos como los mayores enemigos del Evangelio. El Santo no quiere ni aun que se los eche de los paises que habitan en los Estados cristianos; «porque son, dice, unos testigos permanentes de nuestros santos misterios. Esta es la razon por que están dispersos por todos los paises del mundo, en donde marcados con el oprobio debido á su infidelidad, dan un testimonio irrefragable de la verdad de nuestra Religion. Si hacemos la guerra á los infieles, es porque ellos han empezado á atacarnos, y porque los que entre nosotros tienen el derecho de la espada pueden rechazar la fuerza con la fuerza. Pero si conviene á nuestros guerreros domar á los soberbios, tambien es propio de su piedad perdonar á los sumisos.» Al fin de esta carta el hombre de Dios da á todos los cruzados unos consejos llenos de sabiduría; consejos que si ellos hubieran seguido, su triunfo habria sido infalible y el resultado habria justificado plenamente las promesas que de la victoria habia hecho San Bernardo.

Fué este á predicar la cruzada hasta la Alemania, y aunque no pudo hacerse entender sino imperfectamente de aquellos oyentes estrangeros, su aspecto, su fama, y mas que todo sus milagros, produjeron por todas partes efectos prodigiosos; en Spira, delante del rey Conrado y de toda su corte, en que se hallaba un enviado del emperador de Constantinopla: en Friburgo, en Basilea, en Schafusa, en Constanza, en Colonia, en Aquisgran, en Mastricht, en Lieja, y en la mayor parte de los pueblos que se encontraban en el camino; y despues á su vuelta en el pais de Claraval. A escepcion de los libros santos, nada se lee que pueda compararse á la relacion que nos queda de este viage, tanto por el número y grandeza de los prodigios, como por su notoriedad (1). Es un diario exacto y claro en que se especifican el tiempo, los lugares, las personas, en que se ha querido mas bien dejar truncadas las relaciones que hablar sobre voces vagas, y en que no se refiere la menor circunstancia de que el autor no esté perfectamente asegurado. Un arcediano de Lieja llamado Felipe, fué el que formó esta relacion por lo que habia visto con sus propios ojos, con Herman, obispo de Constanza, y Everardo su capellan, los abades Balduino y Fruino, los monges Gerardo y Geofredo, los clérigos Oton, Francon y Alejandro; diez testigos oculares de gravedad y probidad reconocidas. El arcediano Felipe quedó tan penetrado de este cúmulo de maravillas, que renunció todas las esperanzas del siglo, y tomó el hábito de monge en Claraval.

El sabio Anselmo de Havelberg no fué solamente testigo, sino objeto de la virtud maravillosa que el cielo habia como prodigado al santo abad de Claraval. Durante la asamblea de Spira fué acometido de un mal de garganta que le quitó casi la palabra y la respiracion. Dijo familiarmente á San Bernardo: «tambien deberiais curarme á mí.»—«Si tuviéseis la fé que tiene este buen pueblo, respondió Bernardo, acaso podria hacer algo por vos.»—«Si no tengo bastante fé, respondió el obispo, supla la vuestra.» El Santo le tocó haciendo la señal de la cruz, y al instante la hinchazon y el dolor desaparecieron (2).

(1) *Epist.* 322, alias 363.

(1) *De mirac. Bern.*
(2) *Vit. lib.* 11, *cap.* 5.

A pesar de tantos prodigios que parecian autorizar la cruzada, el rey de Germania no aprobaba esta espedicion. Bernardo, que jamás hablaba en público sin que se lo pidiesen, un dia que estaba diciendo misa delante del príncipe se sintió fuertemente inspirado de predicar en aquel momento en que nadie lo esperaba, é hizo un discurso sobre el juicio final, en que pareció á sus oyentes no ser un hombre, sino el mismo Soberano Juez el que oian. El rey interrumpió al orador y pidió la cruz derramando un torrente de lágrimas. Sus hermanos Enrique duque de Suavia, y Oton obispo Frisinga, Federico su sobrino, y una multitud de príncipes y de señores manifestaron el mismo deseo. El duque de Bohemia, el marqués de Stiria, y el conde de Carinthia se cruzaron poco tiempo despues; y en algunos meses el rey de Germania se vió al frente de doscientos mil hombres que no deseaban mas que el momento de combatir (1).

Al salir de la iglesia el santo predicador, para afirmar su obra volvió á hacer otros muchos milagros. Conduciéndole Conrado con los príncipes por miedo de que le atropellase la multitud, le presentaron un niño cojo, al que curó en presencia de todo el mundo. Al mismo tiempo le llevaron una jóven corcobada y una muger ciega, que fueron igualmente curadas. Multiplicándose los prodigios y la concurrencia del pueblo cada vez mas, fué necesario cerrar y asegurar las puertas de la casa en que estaba el Taumaturgo, á quien, puesto á una ventana, le presentaban los enfermos por una escalera. Un dia que le sorprendió el concurso, costó muchísimo trabajo poderle sacar, y la felicidad que hubo de llevarle sano y salvo á su casa fué mirada como uno de los mayores milagros.

(1) *De mirac. Bern. cap.* 4.

Una parte de los alemanes que habian tomado la cruz, á saber, los de las cercanías del Rhin y del Weser, fueron destinados á España. Pasaron á la Gran Bretaña, donde encontraron doscientas embarcaciones tanto inglesas como flamencas, y todos juntos se hicieron á la vela para Portugal, en el que Lisboa estaba ocupada todavia por los moros. Esta grande ciudad sostuvo un sitio de cuatro meses, al cabo de los cuales se entregó por capitulacion (1147). La plaza quedó por Alfonso Enriquez, primer rey de Portugal, y el botin para las tropas auxiliares. Este fué todo el triunfo de aquellos cruzados (*a*). Los de Sajonia volvieron sus armas contra los paganos del Norte, donde sus ventajas, por el pronto mas brillantes, fueron no obstante menos sólidas. Despues de haber llevado el terror y la desolacion á las tierras de los esclavones por espacio de tres meses, todo vino á parar en bautizar bárbaros consternados y no convertidos; despues de lo cual el ejército victorioso compuesto de cien mil hombres con los dinamarqueses que se le habian incorporado, hizo la paz con condiciones que los vencidos observaron solamente hasta que se deshizo la liga.

Los cruzados destinados á Oriente, tanto alemanes como franceses, convinieron en

(*a*) Aunque ya en las notas anteriores hemos indicado cuáles fueron los principios del reino de Portugal, añadiremos aquí que desde que á don Enrique de Borgoña, casado con doña Teresa, hija natural de don Alonso VI de Castilla, se dió el título de conde de Portugal, no cesó de dilatar sus dominios, conquistando todos los años alguna parte del territorio ocupado por los moros. Su hijo y sucesor Alfonso Enriquez fué el primero que tomó el nombre de rey, que le dieron sus tropas dos dias antes de la célebre batalla de Ubrique, hoy Cabezas de Reyes, dada en 25 de julio de 1139, en que logró la mas completa victoria contra los moros, cogiéndoles entre otros despojos cinco banderas ó estandartes. Ausiliado luego en 1147 por el ejército de los cruzados, tomó á Lisboa, y tras de ella se le rindieron Sintra, Alanquer, Obidos, Ébora, Yelbes, Serpa, Mura, Beja, Palmera y otras muchas ciudades hasta el Algarbe, con cuyas conquistas afirmó su reino. Véase Mariana, lib. 10; y Ortiz, lib. 8, cap. 2 y 3. (*N. del E.*)

tomar su ruta por la Grecia, aunque separados para no incomodarse con la multitud, debiéndose reunir á la entrada del Asia. Rogerio, rey de Sicilia, que conocia la perfidia de los griegos, intentó por medio de enviados hacer mudar esta resolucion, y ofreció navíos para hacer el viage por mar; pero los dos gefes de la cruzada, uno y otro de menos de treinta años, ambos casi de una misma edad, y cada uno al frente de doscientos mil hombres valientes y robustos, teniendo en nada las fatigas y peligros, no hicieron caso de un consejo que les hubiera ahorrado muchos pesares. El rey Conrado salió primero, tomando su camino por la Hungría.

En Francia, antes de la partida del rey, era necesario todavía nombrar un regente que gobernase en su ausencia. En esta parte el rey se remitió á lo que hiciesen los señores, y estos nombraron á Guillermo, conde de Nevers, y á Súgero, abad de San Dionisio; eleccion que aplaudió todo el mundo á escepcion de aquellos sobre quienes recaia. El conde Guillermo era uno de aquellos grandes que conociendo el vacío de las grandezas, habia hecho voto de abrazar las santas instituciones de la Cartuja; y este aumento de honor le determinó á ejecutar inmediatamente su promesa sin que las súplicas del rey y de todos los príncipes pudiesen estorbarlo. Súgero, hombre de Estado, habia por algun tiempo, bajo el hábito monástico, unido esta profesion con el fausto y las ocupaciones de la vida secular; pero habia muchos años que su persona y su monasterio estaban sujetos á una regularidad que le habia merecido los elogios de San Bernardo (1); y aun este santo abad fué el primero que sugirió el pensamiento de nombrarle regente, preparó para ello á los señores, y fué á anunciárselo á Súgero, el cual opuso las mas vivas reclamacione pero estas al cabo fueron inútiles despues de la negativa decidida del conde de Nevers, y así quedó él solo encargado de la regencia, la que no quiso aceptar sin preceder una órden espresa del Sumo Pontífice.

Los dos reyes cruzados partieron sucesivamente á Grecia en todo el corriente año de 1147. Habian ya pasado cuatro despues de la muerte de Juan Comneno, que habia sostenido muy bien su imperio vacilante contra las diferentes naciones musulmanas que le desquiciaban por todas partes. Dícese de él que volviendo á Constantinopla despues de una victoria ganada á los persas, no quiso subir al carro triunfal, sino que puso en él un cuadro de la Vírgen, á la cual atribuia el suceso de sus armas, y que iba delante á pié con una cruz en la mano. Habia designado para sucesor suyo á Manuel, el mas jóven de sus dos hijos, á quien reputaba mas digno de reinar; y no se engañó, si en la disimulacion y el engaño consiste el mérito de un emperador.

Manuel habia afirmado su autoridad, cuando los reyes Conrado y Luis llegaron uno tras de otro á sus dominios. Bien hubiera querido poder estorbarles la entrada, pero no estaba en estado de contenerlos por la fuerza; y así, despues de haberles concedido el paso, y dado las palabras mas lisongeras como á dos ausiliares deseados y amigos generosos, agotó contra ellos todos los recursos de la malignidad y la perfidia. Hacia atacar á sus tropas en los desfiladeros, y en todas partes donde podia sorprender á alguno de sus destacamentos separados. Cuando iban á comprar víveres, se les cerraban las puertas de las ciudades, se les echaban cuerdas por donde despues de haberles tomado el dinero, les daban algo de pan y algunas otras cortas provisiones y algunas veces desaparecian sin darles nada. A las ve-

(1) *Epist.* 78.

ces mezclaban cal en la harina que les vendian, y en fin no hubo superchería ni maldad que no usasen con ellos. No se avergonzó Manuel de hacer acuñar moneda de liga baja para el comercio de los cruzados con sus súbditos.

Cuando á pesar de tantas traiciones, la mayor parte premeditadas, el emperador Conrado, que era el primero que habia salido, llegó á Constantinopla, el pérfido griego no se manifestó turbado: los dos eran cuñados, como casados con dos hermanas hijas de Berenguer, conde de Luxemburgo, y Manuel llenó á Conrado de caricias, le hizo regalos magníficos, manifestó tomar grande interés en el éxito de su empresa, y le ofreció guias para conducirle por caminos desconocidos á Iconio, donde los turcos, decia, no le esperaban. Estos guias le hicieron tomar víveres para solos ocho dias, prometiéndole ponerle antes de este término en lugar abundante de todo; pero le llevaron á montañas desiertas donde abandonaron el ejército sin provisiones, y espuesto á contínuas escaramuzas con los bárbaros que acercándose solo á tiro de ballesta, les disparaban desde la cima de las rocas y los consumian insensiblemente sin correr riesgo alguno. La lanza, el sable, el hacha de armas y toda la valentía de los alemanes armados de todas armas, fué inútil contra enemigos á quienes no se podia alcanzar. Fué necesario retirarse hácia Nicea; pero habia diez ó doce dias de camino, y asi cuando Conrado ya lo consiguió á fines de noviembre, su ejército arruinado por contínuos ataques, y mas todavía por el hambre y la fatiga, se encontró reducido á menos de veinte mil hombres sin equipages y casi sin armas.

Los franceses esperimentaron en Grecia las mismas perfidias que los alemanes; no obstante, parece que al llegar á Constantinopla se les tuvo algun mas miramiento, y que el emperador trató de ganarse la benevolencia de su monarca. Algunas personas respetables habian aconsejado á Luis que se hiciese dueño de Constantinopla, como podia fácilmente hacerlo; pero él quiso mas arriesgarlo todo que convertir contra los cristianos las armas que se habia obligado á conducir contra sus enemigos. Pasó, pues, felizmente el Helesponto, y marchó derechamente á Nicea, donde animó lo mejor que pudo al rey de Germania; pero Conrado, avergonzado del estado á que se veia reducido, tomó el partido de volverse á Constantinopla á pasar el invierno. No se quejó de las maldades que no estaba en estado de vengar, y su cuñado que ya no le temia, volvió á aparentar toda la cordialidad que convenia á sus lazos recíprocos. El rey Luis continuó su marcha, y forzó el paso difícil de Meandro á pesar de las tropas innumerables de los turcos sobre quienes logró considerables ventajas; pero luego, habiéndose dejado cortar su ejército, perdió su retaguardia que era numerosa: apresuró no obstante su marcha, y despues de muchos dias de imponderables fatigas y casi sin víveres, llegó á la ciudad de Atalia que pertenecia á los griegos. El viage por tierra era todavía largo y por un pais enteramente enemigo, y asi se resolvió á terminarle por mar; pero como no se encontraban bastantes navíos, no pudo embarcar consigo mas que la parte de ejército mas embarazosa para la marcha, y el resto fué precisado á continuar á todo riesgo por tierra bajo el mando del conde de Flandes que apenas pudo salvar una mitad.

Raimundo, príncipe de Antioquía, hizo todos sus esfuerzos para que el rey le ayudase á tomar á Alepo; pero Luis, observador puntual de su voto, quiso ir en derechura á visitar el Santo Sepulcro y se dió prisa á llegar á Jerusalen. Su marcha por tierra en medio de tantos obstáculos y peligros

se retardó tanto, que Conrado, despues de haber pasado el rigor del invierno en Constantinopla, llegó por mar á Palestina algunos dias antes que los franceses. Inmediatamente se tuvo una asamblea de príncipes y señores, tanto de Europa como del Asia, para concertar las operaciones de la campaña, y quedó resuelto el sitio de Damasco, y asignado el punto de reunion en Tiberíades para el 25 de mayo (1148).

Damasco fué efectivamente atacada y estrechada tan vivamente, que los sitiados no pensaban mas que en los medios de escaparse de la plaza, cuando algunos señores cristianos que habian nacido en Siria despues de la última cruzada, y degenerado de la grandeza de alma de sus padres, se dejaron corromper por dinero, é hicieron creer que siendo del pais debian conocer mejor que los estranjeros que el ataque debia darse por cierto lado, que era el mas fuerte; y así despues de algunos dias en que se sufrió mucho, fué necesario levantar el sitio. El rey Conrado, indignado de la traicion que por último llegó á conocer, se embarcó inmediatamente para volverse á Alemania. El rey Luis pasó el resto de la campaña y el invierno en Siria; pero á la primavera del año siguiente (1149) se volvió tambien á Europa. Así el rey de Jerusalen Balduino III, de edad de diez y nueve años nada mas, despues de haber concebido tan grandes esperanzas, quedó sin recurso alguno á merced de los infieles, los cuales espectadores de los vanos esfuerzos de los mas poderosos príncipes del Occidente, no pusieron ya límites algunos á su arrogancia.

El año en que el rey Luis salió para Tierra Santa y aun antes de su partida, el Papa Eugenio pasó á Francia en donde las turbulencias de Italia le habian obligado, á ejemplo de sus predecesores, á buscar un asilo; celebró un concilio en Paris, que empezó en la fiesta de Pascua 20 de abril de 1147, y en él se examinaron los errores de Gilberto de la Poirée, obispo de Poitiers. Este prelado, natural del mismo Poitiers, habia pasado toda su vida en estudiar la filosofía de su tiempo; y como muchos espíritus ligeros del mismo siglo, habia dado en los estravíos á que los estudios, siempre superficiales en la época de su renovacion, suelen conducir comunmente á los arrogantes y presumidos. Quiso profundizar nuestros principales misterios, y entre otros absurdos escandalosos llegó á decir que la esencia y los atributos divinos no son Dios: que las propiedades de las Personas de la Trinidad no son las Personas mismas; y en fin, que la naturaleza divína no ha encarnado. Se disputó vivamente de una parte y otra en el concilio de Paris, sin sacar otra ventaja que la de conocer el miserable juego de ingenio del dogmatizante, y manifestar que hacia uso de aquella novedad profana de espresiones que reprueba el Apóstol. Por tanto el Papa, no viendo que la materia estuviese suficientemente aclarada, remitió el juicio á otro concilio que debia celebrarse en Reims en la Cuaresma del año siguiente.

Antes de este tiempo envió el Papa á Tolosa, en calidad de legado, á Alberico, obispo de Ostia. Mucho mas atrevidos que el filósofo ininteligible que se perdia en la oscuridad de sus vacías ideas, los discípulos de Pedro de Bruis, los henricianos, los renuevos del maniqueismo diversificados de mil modos, trastornaban el culto y las ceremonias mas santas, arruinaban todos los lazos de la sociedad, corrompian las costumbres y aniquilaban la fé en una gran parte de las provincias meridionales de la Francia. Pedro de Bruis, despues de veinte y cinco años de predicaciones impías y de atentados sacrílegos, víctima en fin de la indignacion de los pueblos, habia sido precipitado en las llamas en que se disponia á quemar un gran

monton de cruces que habia derribado. Su suerte no asustó á Enrique, italiano de nacimiento, monge fugitivo y disoluto, que infestaba principalmente el pais de Tolosa. El legado Alberico, que habia sido monge de Cluny (1), quiso ir acompañado de Geofredo de Chartres, y con especialidad de San Bernardo, á una legacion que exigia otras cualidades que los talentos humanos, y que asustó por el pronto al mismo San Bernardo hasta hacerle dar algunas señales de desaliento.

Dios lo permitió asi para reservarse la gloria del éxito. Todo el imperio que habia tenido Bernardo sobre las enfermedades y la naturaleza cuando predicaba la cruzada, se le dió de nuevo el Todopoderoso contra los corruptores de la doctrina y de las costumbres cristianas. Seria interminable referir todos los prodigios que obró en el curso de esta legacion. La vivacidad de su fé y de su confianza llegó hasta tal punto, que se sobresaltó la prudencia de los prelados á quienes acompañaba. Antes de llegar al término de su mision, los habitantes de Sarlat en Perigord vinieron á presentarle panes para que los bendijese, y el Santo, accediendo inmediatamente á sus ruegos, les dijo: «Por aqui distinguireis de las impiedades heréticas la verdad que os anunciamos; dad á comer este pan á vuestros enfermos, y quedarán curados.»—«Quedarán curados, añadió Geofredo, si lo comen con fé viva.» —«No es eso solo lo que yo prometo, replicó Bernardo, entiéndaseme; todos en general los que coman de este pan quedarán curados para que no duden de que somos enviados de Dios y que les anunciamos la verdad.» El efecto correspondió de tal modo á la promesa, que á su vuelta el Santo no se atrevió á pasar por el mismo pais de miedo de ser atropellado por la multitud (1).

En Tolosa un canónigo regular de San Sernin, aunque muy célebre por su habilidad en la medicina, se hallaba reducido al último apuro por una paralisis que hacia siete meses le estaba aniquilando. De dia en dia esperaba la muerte, cuando llegó el Santo á quien se hizo llevar con mucho trabajo por seis hombres, y haciendo su confesion le suplicó que le curase. El Santo le echó su bendicion, y saliéndose de la sala habló á Dios con esta santa familiaridad: «Bien veis, Señor, que son necesarios milagros para este pueblo: sin esto no haremos nada.» Al instante el paralítico se levantó, dirigióse á su bienhechor, y echándose á sus pies le abrazaba los pies sin querérselos soltar. A la voz de este suceso acudió toda la ciudad, y el legado y el obispo los primeros, y fueron á la iglesia cantando el *Te Deum* con el paralítico que iba delante andando por su pie. Este no quiso volver á dejar á San Bernardo, se fué con él á Claraval, donde se hizo monge y en lo sucesivo llegó á ser abad de Valdeagua (2).

En la ciudad de Albi hizo otro milagro de un órden muy diferente, pero que el obispo Geofredo tiene por el mayor de todos (3). Esta ciudad, de la cual los nuevos maniqueos tomaron su nombre en lo sucesivo, era ya la mas inficionada de aquella heregía en toda la provincia. A la llegada del legado los habitantes salieron á recibirle montados por irrision en asnos y con tambores: no obstante, San Bernardo fué recibido dos dias despues con muchas señales de respeto y afecto. Al dia siguiente, que era la fiesta de San Pedro, predicó un sermon á que asistió tan gran multitud que no

(1) Bern. *Epist.* 241.

(1) *Epist. Gaufred. Vit. Bern. lib. 6, cap. 6.*
(2) *Id. Ibid. núm. 5.*
(3) *Ibid. num. 4.*

cabia en la iglesia, aunque era espaciosa. El santo predicador recorrió todos los artículos de sus errores, y despues todos los puntos de la fé católica que les eran opuestos; y por último les dijo que escogiesen. Jamás quizá se ha visto una mudanza tan milagrosa como la que entonces se vió en los corazones: todos esclamaron á un mismo tiempo que detestaban la heregía, y que volvian con júbilo á la creencia católica. «Sepamos, pues, replicó Bernardo, quiénes son los que se arrepienten con sinceridad, y para que los conozcamos levanten las manos al cielo:» todos sin escepcion levantaron la mano derecha, y tal fué el fruto del primer sermon.

San Bernardo llevó con mas empeño la luz á los lugares en que la seduccion habia hecho mas estragos: persiguió al seductor de lugar en lugar; á aquel soberbio Enrique que mudado de repente no se atrevió á permanecer en Tolosa, y huyó de allí igualmente que de todos los lugares donde Bernardo le seguia las huellas. Hubiera sido necesario que el Santo hiciese mas larga mansion en aquel país á fin de esterminar de él hasta las últimas semillas del error; pero la decadencia de su salud y el sobresalto que sus hijos le manifestaban sin cesar en sus cartas, le obligaron á volver á Claraval. No obstante, despues de su partida fué perseguido Enrique con tanta perseverancia y tan cuidadosamente buscado, que por último se le cogió, y fué cargado de cadenas y conducido al obispo, el cual le hizo encerrar en una estrecha prision donde acabó sus dias.

Mientras llegaba el dia señalado para la apertura del Concilio de Reims, el Pontífice que en Chalons y Verdun habia hecho la dedicacion de las dos catedrales, se dirigió á Tréveris á fines de este año 1147, acompañado de diez y ocho cardenales y un gran número de obispos y abades, todos á espensas del arzobispo Adalberon que habia invitado al Papa á que fuese á su diócesis de Tréveris. Enrique, llamado el Feliz, arzobispo de Maguncia, se aprovechó de esta ocasion para ir á consultar al Papa sobre la revelacion de una religiosa llamada Hildegarda, que tenia grande reputacion de santidad (1148). Retirada desde la edad de diez y ocho años en el monasterio de San Disibodo en el condado de Spanheim, donde habia procurado aprender solamente á conservar su inocencia y practicar las virtudes modestas de su estado, no sabia mas que leer en el breviario (1). A la edad de cuarenta años recibió repentinamente una profunda inteligencia de los libros sagrados, y otros favores tan estraordinarios, que los hombres mas versados en la direccion de las almas temieron una ilusion y juzgaron que este acontecimiento debia ser referido al Sumo Pontífice. Este diputó á Alberon, obispo de Verdun, y á otros sábios esperimentados para preguntar á Hildegarda sin ruido y sin estrépito. Ella respondió con mucha sencillez. Despues que el obispo hizo relacion de lo ocurrido, el Papa mandó que le llevasen tambien algunos escritos que ella habia compuesto por órden de su confesor, los cuales leyó él mismo en presencia de los cardenales y de todo el clero, esponiendo además lo que le habian referido sus comisionados; y todos los asistentes bendijeron por ello al Señor. San Bernardo, que estaba presente, contó tambien lo que sabia de aquella santa muger á quien habia oido alguna vez con admiracion. El Papa creyó que era glorioso á la Iglesia publicar esta maravilla; escribió á Hildegarda y la autorizó para establecerse como deseaba en el monte de San Ruperto á cuatro leguas de Maguncia, como en efecto lo ejecutó con diez y ocho doncellas nobles que habia

(1) *Vit. Stae. Hildeg. ap. Sur. 17 Septembr.*

atraido con su reputacion, y ella fué la primera abadesa de este nuevo monasterio. Sus virtudes y sus milagros la han hecho poner en el número de los Santos.

El Concilio de Reims se tuvo en el dia señalado, 21 de marzo (1); y á él asistieron además de los prelados franceses y alemanes, algunos de Inglaterra y España. Raimundo, arzobispo de Toledo, se quejó de parte de su rey de que en perjuicio de la corona de Castilla habia el Papa Eugenio concedido el título de rey de Portugal á Alfonso Enriquez, ó hijo de Enrique, de la casa de Borgoña, mediante un tributo anual de cuatro libras de oro. Desde la creacion del nuevo reino, el arzobispo de Braga y sus sufragáneos no querian reconocer la primacía de Toledo, y Eugenio mandó que estos prelados continuasen obedeciendo al arzobispo de Toledo como á su primado: pronunció tambien la suspension contra el de Braga si en el término de tres meses no se sometia, y escribió al rey de Castilla diciéndole que jamás habia pretendido perjudicar en nada á la dignidad ni á los derechos de su corona, prometiéndole tambien ausiliar poderosamente sus empresas contra los infieles. El arzobispo de Braga se sometió á estas órdenes; pero esto no impidió que el de Tarragona empezase por el mismo tiempo á desconocer la primacía de Toledo bajo el mismo pretesto de diversidad de reino, porque Raimundo Berenguer, conde de Barcelona, se habia hecho rey de Aragon. El Papa intimó tambien á este prelado llamado Bernardo, presente en el concilio, que reconociese como antes al arzobispo de Toledo por superior suyo; pero Bernardo obtuvo esperas para tomar consejo. Entre las cartas de Eugenio se encuentran dos dirigidas á Bernardo en las cuales le recomienda tenga por primado al arzobispo de Toledo; y hay además otra dirigida simplemente al *arzobispo de Tarragona, legado de la Santa Sede*, en la que el Papa le hace la misma recomendacion (*a*). Ahora bien, parece increible que un legado se haya negado á dar egemplo de sumision á la Silla Apostólica (1).

El objeto del concilio de Reims era contener el desórden de las costumbres y las novedades impías de los sectarios; y así pronunció el anatema contra cualquiera que diese la menor proteccion á los nuevos maniqueos ó les dejase siquiera morar en su casa cuando fuesen de viage. Tambien juzgó las causas de Eon de la Estrella y Gilberto de la Poirée que estaban ya bien aclaradas. La aproximacion de estos dos novadores, uno tan ignorante que rayaba en imbécil, y otro tan sútil que sus ideas eran quiméricas, formaba un contraste singular. A Eon de la Estrella, hidalgo breton, buen cristiano al principio y muy concurrente á su parroquia, le hizo cierta impresion la

(1) *Tom. 10. Concilior. pag.* 1107.

(*a*) En la coleccion de concilios del Emmo. señor cardenal Aguirre puede verse por estenso toda la correspondencia del Papa Eugenio III con los príncipes y obispos de España acerca especialmente del primado de Toledo; tambien la pone, aunque algunas cartas en estracto, el P. Villanuño. Doce fueron las cartas que escribió sobre este asunto aquel Sumo Pontífice, y en ellas manda espresamente reconocer los derechos del arzobispo de Toledo y su primacía sobre todas las iglesias de España. Ya antes habian mandado lo mismo Lucio II y Calisto II, y despues de Eugenio, lo confirmaron Anastasio IV y Adriano IV. Añadiremos tambien que en la carta del Papa Eugenio III al rey de España Alfonso le anuncia además que retenia á su lado al obispo de Coria por la pobreza en que este se encontraba y no poder ejercer su ministerio en su diócesis, y al mismo tiempo dice al monarca español que por conducto del obispo de Segovia le enviaba *la rosa de oro* que en señal de la Pasion y Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo acostumbra llevar todos los años el Papa en la Dominica *Laetare*, y dice se la envia en testimonio de su benevolencia para con él y á fin de «que escitado por el recuerdo de esa rosa procure completar en su cuerpo con el auxilio de Dios lo que faltara de los padecimientos de Cristo y mediante los auxilios y consuelos de la divina clemencia llegar á la gloria de la Resurreccion.» En la carta al clero y pueblo de Toledo manda Eugenio III que los mozárabes obedezcan al arzobispo de esta ciudad y no sigan diferentes ritos. Aguirre, tóm. 3, pág. 352 y siguientes; Villanuño, t. 1. (*N. del E.*)

(1) Labb. t. 10, p. 1198.

palabra *eum* que oía repetir continuamente, (*per eum qui venturus est, etc.*) y que entonces se pronunciaba absolutamente como su nombre propio; y se le puso en la cabeza que era á él mismo á quien se nombraba é invocaba, que vendria á juzgar á los vivos y á los muertos, que era el Hijo de Dios y Señor de todas las cosas. Mas lo que debe admirar aquí no es tanto la singularidad de este delirio, como la secta bastante numerosa á que dió orígen. Pero ¿quién puede ignorar que aunque no hay absurdo que no pueda hacer partido, tampoco hay partido por numeroso que sea que pueda justificar ni el absurdo á los ojos del buen juicio, ni la impiedad, ni aun la novedad á los de la fé? Eon fué presentado al concilio y sufrió un interrogatorio á que no contestó mas que con impertinencias: juzgado mas por insensato que por herege, fué puesto en una prision, donde murió poco despues (1).

Con mas seriedad se trató el asunto de Gilberto de la Poirée; pero nada se adelantó por el raciocinio con este sofista el mas elocuente y refinado de su siglo, y así fué necesario venir á la confesion de la fé de nuestros misterios en su santa sencillez. Para ello se hizo un símbolo directamente opuesto á las vanas especulaciones de Gilberto, y se le preguntó si creía su contenido. Viendo que su indocilidad no podia ya libertarse de una pronta condenacion, respondió á los Padres: «Si vosotros creeis y hablais de otro modo que yo hasta ahora lo he hecho, quiero creer y hablar lo mismo que vosotros.» En consecuencia de esta declaracion, condenó el Papa las aserciones de Gilberto sin pronunciar cosa alguna contra su persona. Hubo tanto mayor motivo para contar con su sinceridad, cuanto que su doctrina no encontró defensores y bien pronto se disipó por sí misma. Murió seis años despues en la comunion de la Iglesia.

Este Concilio hizo tambien muchos cánones, la mayor parte renovados, segun costumbre, de los Concilios precedentes, y así solo dos merecen ser referidos por tener algo de originales. El décimo prohibe poner en las iglesias sacerdotes mercenarios por comision. Se quiere que cada una tenga su sacerdote propio, á quien se asigne la conveniente subsistencia de los bienes de la Iglesia, y que no pueda ser destituido sino por el juicio canónico del obispo ó del arcediano. No puede presentarse un monumento mas auténtico de los curas titulares. El décimo-tercero declara sacrilego y excomulgado á cualquiera que ponga violentamente las manos en un clérigo ó monge. Esta excomunion quedó desde entonces reservada al Papa, con prohibicion á todo obispo de absolver de ella, á no ser en el artículo de la muerte.

Despues del Concilio de Reims, el Papa Eugenio, que se disponia á volver á Italia, no quiso dejar la Francia sin visitar sus antiguos hermanos de Claraval, á quienes llenó de edificacion con todas las virtudes religiosas que habia sabido hacer compatibles con las virtudes pontificales. Llevaba sobre la carne una túnica de lana sin sarga, y no se quitaba la cogulla ni de dia ni de noche: por honrar su dignidad permitia que se le llevasen almohadones ricamente bordados y que fuese cubierta con púrpura su cama; pero ésta no era mas que de paja y las ropas de lana. Una tierna piedad, que muchas veces se descubria á su pesar con lágrimas y suspiros, animaba sus conversaciones con los monges. Su franqueza y su tierna familiaridad no les dejaban ver en él mas que un hermano, haciendo desaparecer el Pontífice.

Para manifestarles toda la estension de esta caridad y cordialidad verdaderamente

(1) Othon. Frid. *cap.* 44 *et* 45.

fraternales, fué desde Claraval al capítulo general de los abades del Cister, no para presidir en él como Papa, sino para asistir como otro cualquiera de ellos. Estas asambleas, tan útiles para evitar los abusos y tan religiosamente imitadas por todos los demas órdenes, habian sido instituidas desde el principio del Cister con el fin de mantener la uniformidad y la concordia en todos sus monasterios. Este es el punto capital de esos reglamentos, llamados por esta razon *carta* ó *patente de caridad*, que fué estendida en el capítulo del año 1119, y despues confirmada por el Papa Calisto II. El vigor de la observancia no dejó de acreditarse desde este tiempo y de aumentar el órden; pues en solo el año de 1147 contó veintitres fundaciones nuevas, y sesenta y seis en los cuatro años precedentes. En el capítulo en que se halló el Papa Eugenio en el año de 1148, acudieron congregaciones enteras, pobladas ya de Santos, á buscar medios de adelantar aun mas en la perfeccion de su estado por medio de su reunion con el órden del Cister tan justamente celebrado. La mas numerosa era la de Savigni en la diócesis de Abranches, compuesta de treinta y tres abadías, incluso el monasterio de la Trapa, autorizado ya para esta reunion por el concilio de Reims. La congregacion menos antigua de Obasina en el Lemosin la siguió de cerca con las cuatro casas de su dependencia.

Solo hacia seis años que su fundador San Esteban habia sido reconocido abad de ella (1). Toda su vida precedente la habia empleado en ejercicios de una piedad angélica y de la caridad mas laboriosa, especialmente desde que era sacerdote. Habiéndose entonces asociado á otro eclesiástico que aspiraba á la misma sublime virtud, se retiraron á la selva de Obasina, desierto espantoso á dos leguas de Tulle. Sus ejemplos admirables atrageron fervorosos discípulos que formaron prontamente una comunidad, en que las flaquezas ordinarias y mas inseparables de la humanidad parecieron desde luego aniquiladas: estraviar la vista, reirse inmoderadamente, proferir una palabra en el tiempo del silencio, eran faltas imperdonables y casi desconocidas entre unos hombres que vivian solo del espíritu. Tales eran el santo fundador y los primeros solitarios de Obasina, cuando creyeron no servir sino imperfectamente al Señor mientras no se reuniesen á los del Cister.

San Gilberto de Semprignan desde el fondo de Inglaterra vino tambien á este capítulo con el mismo designio que el fundador de Savigni y Obasina; pero el Papa le mandó continuar en su pais la obra del Señor como la habia empezado. En él fundó diez y siete monasterios, cuatro de canónigos y trece de religiosas, y muchos hospitales tanto para enfermos como para viudas y huérfanos, despues de lo cual nombró un superior, y él mismo le prometió obediencia y vivió hasta la muerte como el último de sus hermanos.

Tanta era la veneracion que en todos los paises se tenia á los monges del Cister, y principalmente á San Bernardo. En su mision de Languedoc habia ya incorporado á su órden el monasterio de Selvagrande, muy famoso en lo sucesivo por el gran número de santos y sábios que salieron de él para el episcopado. Esta comunidad habia sido establecida unos treinta años antes por un santo varon llamado Geraldo, con otras seis abadías de Aquitania que abrazaron igualmente el instituto del Cister.

Solo el ver la edificacion que reinaba en este instituto, hizo algunas veces las conquistas mas asombrosas. El príncipe Enrique, hermano de Luis el jóven, habiendo ido á Claraval (1146) á negocios puramente

(1) *Miscel. Baluz. pag.* 69; Bolland. *t.* 6, *p.* 900.

temporales, quiso no obstante ver á los religiosos en sus santos ejercicios; y asombrado de este espectáculo, como pudiera sucederle á vista de los coros celestiales postrados delante del Eterno, declaró que no volveria á dejar la sociedad santa á donde el Señor le habia conducido, y pidió inmediatamente que se le recibiese en ella (1). Fué este un motivo de gran júbilo para la comunidad; pero toda la comitiva del príncipe echó á llorar como si este hubiese muerto.

Uno de los señores que le acompañaban llamado Andrés, mas violento que los otros, se desató en injurias contra los monges y contra el mismo príncipe, diciendo que ó estaba borracho ó era un insensato. Enrique que le amaba, suplicó á San Bernardo que hiciese por convertir á un hombre tan ciego por el amor del mundo, y el Santo respondió: «Dejémosle ahora que un dolor exaltado le arrebata; mas no temais, que nuestro es;» y como el príncipe sumamente inquieto y sentido de la ceguedad de aquel hombre repitiese sus instancias, San Bernardo en tono de severidad le replicó: «Pues qué, ¿no os he asegurado que será nuestro?» Andrés dijo entonces dentro de sí mismo, segun confesó despues: «Es preciso que este hombre sea un falso profeta, porque estoy bien seguro de que lo que acaba de prometer no se verificará jamás.» Se marchó este al dia siguiente echando mil imprecaciones contra el monasterio en que dejaba á su amo, y hasta deseando que se tragase la tierra el valle con todos los que le habitaban. Continuó alejándose todo aquel dia; pero á la noche siguiente se sintió vivamente vencido y como obligado por el espíritu de Dios, se levantó al amanecer y se volvió apresuradamente á someterse tambien él mismo al yugo del Señor.

Enrique no gozó mucho tiempo de las dulzuras de la soledad, en la que no pensaba mas que en hacer le olvidasen los hombres, y en enterrarse anticipadamente con la esperanza de una bienaventurada inmortalidad. Se le arrancó á su pesar y con esfuerzos increibles para ponerle en la Silla de Beauvais, elegido por el pueblo y el clero para obispo suyo en el año de 1149. Temblaba viéndose jóven y con resoluciones que todavía no habian tenido tiempo de arraigarse; pero su virtud no se desmintió jamás ni en aquella Silla ni en la de Reims á que fué trasladado despues. No obstante, no llenó todas las esperanzas que habia habido motivos de concebir, porque con virtudes y talentos realzados por su ilustre nacimiento era natural que diese el principal impulso al clero del reino, y que tomase un ascendiente útil á todas las iglesias; pero su ardor por el bien, su severa regularidad, la rectitud misma de sus miras, que le hacia no tomar precauciones algunas y despreciar los obstáculos, le enagenaron muchas veces los ánimos y ocasionaron desavenencias siempre funestas entre el gobierno y la gerarquía eclesiástica. Se grangeó no obstante el nombre de grande, que le vemos dar despues de su muerte. La posteridad parece haber perdonado á este príncipe su falta de habilidad en atencion á su bondad de alma y á su candor.

El rey Luis el jóven, generoso y sensible como su hermano Enrique, tuvo que sufrir pesares que la política le hizo disimular por algun tiempo, pero que ni aun el esplendor del trono pudo disipar jamás. En el viaje de la Tierra Santa, adonde la reina Leonor le habia seguido, desmintiendo esta princesa un testimonio tan señalado de afecto al rey su esposo, y olvidando cuánto se debia á sí misma, tuvo con el príncipe de Antioquía relaciones contrarias al decoro y á las obligaciones mas esenciales de su sexo.

(1) *Metrop. Rem. lib.* 3, *cap.* 1; *Vit. S. Bern. lib.* 4, *cap.* 4.

Tal fué acaso el mayor obstáculo á que el rey obtuviese ventajas en la Palestina. Todo lo que pudieron alcanzar los motivos reunidos de la conciencia y de la política, fué impedir el ruido del escándalo; no obstante, cuando estuvieron de vuelta en Francia, llenos todavía uno y otro de resentimiento y antipatía, al abad Súgero manejó tan bien aquellos dos ulcerados corazones, que al parecer no pensaron recíprocamente mas que en olvidar lo pasado. En esta coyuntura la muerte arrebató á este sábio conciliador, de cuya habilidad se puede juzgar por sólo este hecho. Inmediatamente los aduladores fueron escuchados en lugar de él, y hasta la política y la conciencia se doblegaron al gusto del soberano. Es verdad se le convenció de que estaba con Leonor en un grado de parentesco que hacia ilegítima su union; pero el escrúpulo venia muy tarde despues de catorce años de matrimonio, del cual habia tenido dos hijos.

En 18 de marzo de 1152 el rey hizo tener en Beaugenci en el Orleanés un Concilio, que muchos escritores refieren al año precedente por no reparar en el modo entonces variable con que se contaba el principio del año. En este Concilio se presentaron testigos que confirmaron con juramento el parentesco, y siendo reputada suficiente la prueba, los prelados declararon nulo el matrimonio por consentimiento de las partes. Leonor se casó poco despues con Enrique, duque de Normandía y conde de Anjou, que luego fué rey de Inglaterra, y asi pasó la Aquitania á esta corona con gran detrimento de la Francia. El rey Luis se casó con Constanza, princesa de Castilla.

En 15 de febrero del mismo año, Conrado III, rey de Germania, habia muerto en Bamberg, despues de haber reinado cerca de trece años sin haber sido coronado por el Papa; pero lo habia sido en 13 de marzo de 1138 en Aquisgran por Teoduino, legado de la Santa Sede: fué enterrado en el mismo lugar junto al sepulcro del emperador San Enrique, canonizado poco tiempo antes por el Papa Eugenio, el cual en su bula dirigida al obispo y canónigos de Bamberg declara que aunque una peticion de esta clase no *se acostumbre* admitir sino en los Concilios generales; sin embargo, *por la autoridad de la Santa Iglesia romana que dá su fuerza á todos los concilios*, consiente en acceder á la solicitud que se le ha hecho sobre el particular (1). No habiendo dejado Conrado hijos en edad de reinar, nombró para sucesor suyo á Federico su sobrino, jóven, de buena figura, valiente, magnánimo, justo y aun prudente, cuando no se abandonaba á la impetuosidad altiva que le ha hecho aborrecer en Roma bajo el nombre de Barbaroja. Fué elegido en Francfort diez y ocho dias despues de la muerte de su tio, en 4 de marzo, y coronado en Aquisgran en 9 del mismo mes.

Sus contiendas con el Papa y sus frecuentes guerras en Italia, le impidieron continuar las operaciones que el emperador Lotario habia entablado para el progreso del Evangelio hasta las estremidades septentrionales de la Alemania. Lotario, despues de haber edificado el castillo de Sigebert para contener á los esclavones, á quienes queria hacer cristianos, habia tambien fundado una iglesia, cuya direccion confió igualmente que la de Lubeck á un santo sacerdote llamado Vicelino. No habiéndose sostenido este proyecto, Vicelino fué consagrado obispo de Oldemburgo por Hartuic, arzobispo de Brema, que restableció al mismo tiempo los obispados de Ratzburgo y Mecklemburgo situados en el pais de los esclavones y vacantes dos siglos habia; queriendo con esto indemnizarse de la jurisdiccion que perdia sobre los obispos de Dinamarca y de la Es-

(1) Labb. *t.* 10, *p.* 1051.

candinavia, donde se trabajaba al mismo tiempo en erigir nuevas metrópolis. El legado Nicolás, obispo de Albano, estableció en efecto un arzobispado en Dronthein (Noruega), hizo primado de este reino igualmente que de la Suecia al arzobispo de Lunden, y confirmó despues esta primacía cuando llegó á ser Papa bajo el nombre de Adriano IV. Tambien quiso establecer un arzobispo en Upsal; pero no pudiéndose poner de acuerdo en este punto los godos con los suecos propiamente tales, no tuvo este proyecto por entonces ejecucion.

El santo rey Erico era quien procuraba tantos establecimientos favorables á la Religion (1). Este príncipe, el nono de este nombre, y sin embargo el primero que puede contarse en una cronología exacta de los reyes de Suecia, habia sido elevado al trono en 1141. En el año de 1150 emprendió la conquista ó mas bien la conversion de Finlandia, y la empezó ofreciendo la paz á los paganos de esta provincia que habian merecido su resentimiento, siempre que quisiesen abrazar el cristianismo. Llevó consigo á Enrique, obispo de Upsal, capital de su reino, y ganó á los finlandeses una completa victoria, despues de la cual se postró en el campo de batalla á dar gracias á Dios; pero deplorando con torrentes de lágrimas la pérdida de tantos infieles que habian perecido en su ceguedad (2). Inmediatamente concedió la paz á todos los que habian salvado la vida, y no se ocupó mas que en proporcionarles por las luces del Evangelio unas ventajas preferibles infinitamente á las que acababan de perder. Ellos se apresuraron á recibir el bautismo: se edificaron iglesias, se establecieron sacerdotes, y el rey á su vuelta á Suecia dejó al obispo Enrique con los nuevos cristianos para que los confirmase en la Religion.

Este Santo Pastor fué bien poco despues mártir de su celo. Habiendo cometido un homicidio un finlandés bautizado, quiso este prelado celoso someterle á la penitencia canónica á fin de imprimir en aquel pueblo bárbaro el horror debido á estos escesos muy comunes antes de su conversion. En el primer arrebato de su feroz despecho el homicida asesinó al obispo, cuya santidad confirmada por muchos milagros le ha hecho poner en el número de los mártires que honra la Iglesia con culto público. El año siguiente de 1151 el rey Erico murió tambien á manos de los enemigos que se habia grangeado con su piedad y su celo por la conservacion de las costumbres, y es igualmente venerado como mártir. De este rey hay un código de leyes que lleva su nombre. Durante su vida habia practicado penosas austeridades hasta tomar baños de agua fria aun en la estacion mas rigurosa, á fin de evitar las rebeliones de la carne. Despues de su muerte se halló un cilicio debajo de sus vestidos, y por su intercesion obró Dios una multitud de milagros que han hecho muy célebre su culto.

Por el mismo tiempo la Religion y la gerarquía volvieron á parecer en Irlanda sobre un pie de regularidad cual jamás se habia visto en una larga série de dias nebulosos, dias que entre aquellos duros insulares, mas que en ninguna otra parte, eran fecundos en preocupaciones estravagantes, prácticas supersticiosas y abusos de toda especie. Despues de lo mucho que costó, segun queda referido, á San Malaquías volver á introducir el verdadero espíritu del cristianismo en las diócesis de Downe y de Armagh, ó solamente para establecer en ellas pastores que tuviesen el carácter de tales y la santa autoridad, el legado Juan Paperon siguiendo aquel modelo,

(1) Bolland, *tom.* 2, *pag.* 249.
(2) Joan. Magn. *Hist. Goth. lib.* 18, *cap.* 18.

además de la Silla de Armagh que conservó los derechos de primacía, estableció en el año de 1152 arzobispos en Dublin, Cassel y Touarn; y al mismo tiempo desterró los abusos especialmente en el punto de los matrimonios, en los que las leyes canónicas y naturales parecian casi igualmente ignoradas de los irlandeses.

El Papa Eugenio gozaba pacíficamente en Roma el fruto de sus muchos trabajos útiles á la Religion. Habia no obstante sufrido todavía algunas rebeliones á su vuelta de Francia; pero disfrutaba por fin la tranquilidad que Santa Hildegarda le habia profetizado, la cual no fué alterada despues en el poco tiempo que aun vivió. Entretanto no dejaba de suspirar bajo el peso de los negocios y distracciones inseparables de su clase, con cuyo motivo el santo abad de Claraval, á quien el Pontífice no ocultaba nada de cuanto pasaba en su alma, emprendió su tratado de la *Consideracion*. Dividió este tratado en cinco libros, que forman su obra maestra; esta opinion está justificada por el fondo de las instrucciones siempre nobles y siempre dignas de atencion, por la fuerza del raciocinio, por el fervor y uncion santa de su elocuencia, por la grandeza de las imágenes, por la claridad de las ideas, por la exactitud, cortesanía y elegancia de las espresiones. Los cinco libros no fueron compuestos de seguida, sino con diferentes intervalos desde el año de 1148 hasta el de 1152, segun las ocasiones diversas que están señaladas en la série de la obra.

Cuando compuso el segundo libro, la noticia de la triste suerte de la cruzada consternó á todas las provincias de Occidente, y dió lugar á que se desatasen sin moderacion contra el Santo, que principalmente la habia predicado, aunque no lo habia hecho sino á instancias reiteradas de su soberano y por órden espresa del Gefe de la Iglesia. Este oprobio le hubiera servido de delicia si no hubiese tenido trascendencia alguna; pero como se le hacia pasar por falso profeta con grande escándalo de una infinidad de espíritus débiles, juzgó que la edificacion pública debia ser primero que una humildad que no seria útil mas que para él solo. No dejó de citar los ejemplos de la Escritura, donde se vé, que aunque los oráculos del Señor confirmados con prodigios incontestables hicieron tomar las armas á los israelitas, no por esto dejaron de ser derrotados en muchos encuentros por haberse hecho indignos de la proteccion del cielo por su negligencia é infidelidad. Tampoco le fué difícil, por las noticias recientes de la mala conducta de los cruzados, demostrar que estos no habian sido ni menos rebeldes á la voz de Dios, ni menos dignos de su abandono que el pueblo guiado por Moisés y por tantos otros profetas, que no siempre lo pusieron al abrigo de los mas inesperados reveses. Nosotros mismos hoy, despues de tantos años como han pasado desde aquellas espediciones, si el filosofismo enemigo de los Santos y de toda santidad no nos hace olvidar los principios ordinarios de la equidad y del discernimiento, ¿no encontraremos causas naturales y muy suficientes de las desgracias de la cruzada de Conrado y de Luis el jóven en la falta de disciplina y en la necia seguridad de las tropas germánicas, en las intrigas del príncipe de Antioquía y de la reina Leonor, y en fin, en la avaricia de los señores cristianos de Siria que impidieron la toma de Damasco? San Bernardo habia acreditado la empresa con milagros; pero no habia salido por fiador del éxito contra la falta de conducta y la perfidia de los mismos guerreros empleados en ella. Sobre estos prodigios incontestables y que habian tenido tantos testigos oculares se esplica de este modo: «no me toca á mí, dice al Papa Eugenio, hablar sobre este sello de una mision

divina; mi pudor me lo impide. Responded por mí y por vos mismo sobre lo que habeis oido, sobre lo que habeis visto con vuestros propios ojos.» Los hechos eran tan notorios que bastaba que el Santo apelase á la persuasion general. Despues de la desgracia de los cruzados, el Señor, para la justificacion de su siervo, volvió á hacerle instrumento de su poder. Cuando la primera noticia de la derrota llegó á Francia, fué un hombre á presentarle su hijo que estaba ciego y le suplicó con instancias que le volviese la vista; y él, imponiéndole las manos, dijo: «Señor, si me habeis enviado, si me habeis asistido predicando, hacedlo ver curando á este ciego.» Un instante despues esclamó el niño que veía, en presencia de un gran número de testigos de todas clases y estados, que hicieron subir sus aclamaciones hasta el cielo.

En el libro tercero de la *Consideracion*, tratando el santo doctor del abuso de las apelaciones multiplicadas con esceso, reconoce el derecho y la utilidad de estas apelaciones sujetas á límites convenientes; pero exhorta al Papa á no permitir aquellas cuyos medios no estaban especificados, ni las que se anticipaban á la sentencia del juez inmediato y que eran dirigidas á eludir su jurisdiccion, ni las que ataban las manos á los obispos en el uso legítimo de su autoridad, ni en general nada de lo que favorecia á la parte ofensora en perjuicio de la parte ofendida ó del rigor del régimen y de la conservacion de la disciplina.

El Papa Eugenio no pudo hacer largo uso de estos consejos saludables. Un año á lo mas despues de la composicion de los últimos libros de la *Consideracion*, murió en Tívoli en la noche del 7 al 8 de julio 1153, despues de un pontificado de mas de ocho años, muy agitado, aunque merecia serlo poco. Los romanos no conocieron lo grande de su pérdida hasta que se les llevó el cuerpo de este magnánimo y moderado Pontífice que regaron con sus lágrimas. Se cuentan de él muchos milagros que le han hecho tener por Santo, aunque la Iglesia no le ha decretado este título. En el dia siguiente de su muerte, 9 de julio, fué elegido para sucederle Conrado, cardenal obispo de Sabina, que tomó el nombre de Anastasio IV.

Uno de los rasgos de la vida de Eugenio, que merece ser conocido, es que cuidó de hacer traducir en latin muchas obras de los PP. griegos, valiéndose para ello del literato Burgondion ó Burgoñon, juez de Pisa. Este escritor en el prólogo de su traduccion de las homilías de San Juan Crisóstomo sobre San Mateo asegura que la emprendió de órden del Papa Eugenio III, y por obedecerle tradujo tambien las esplicaciones del mismo Padre sobre San Juan, el libro de San Gregorio de Nisa *de la naturaleza del hombre*, y las obras de San Juan Damasceno (1).

El santo abad, á quien Eugenio miró invariablemente como á su maestro hasta el último suspiro, no le sobrevivió sino unas seis semanas; pero antes de ir á reunirse con el Dios de amor y caridad, hizo un nuevo viage á Metz para restablecer allí la concordia entre los diferentes órdenes de ciudadanos que estaban en una guerra cruel. De vuelta á su abadía, colmado de triunfos y de las bendiciones que acompañaban todos los pasos de este ángel de paz, cayó en una debilidad de fuerzas que fué aumentándose cada vez mas hasta que apagó por fin aquella luz, la mas brillante de la iglesia de Francia, en el dia 20 de agosto de 1153, á los sesenta y tres años de su edad, cuarenta de su profesion y treinta y ocho de la fundacion de Claraval, donde fué siempre abad. Todas sus grandes obras, ó mas bien las

(1) Martenne, *t.* 1, *p.* 30.

de la Iglesia de que fué el móvil, como tambien el fenómeno mas incomprensible de su siglo, la perfeccion de sus escritos, obra maestra en un tiempo bárbaro, que le han hecho llamar, al parecer como con esclusion de los tiempos sucesivos, el último Padre de la Iglesia, le pintan con tales colores que no se haria mas que debilitarlos si se les quisiese añadir algo de nuevo.

LIBRO TRIGÉSIMO-SÉPTIMO.

Desde la muerte de San Bernardo en el año 1153, hasta el tercer Concilio general de Letran en el de 1179.

La muerte de un Pontífice como Eugenio III, y la de San Bernardo acaecida por el propio tiempo, dejaron en la Iglesia tal vacío, que si al pronto causó un sentimiento general y confuso, no se tardó mucho tiempo en percibir de una manera clara y distinta las justas razones que habia para ese llanto universal. Se conoció principalmente la necesidad que habia de la mediacion y del ascendiente de Bernardo sobre el espíritu de los pueblos y de los reyes en las guerras cismáticas que volvieron á comenzar muy luego á trastornar la Alemania y la Italia, y en las tristes disputas que se suscitaron entre el primado y el rey de Inglaterra.

El Papa Anastasio IV, anciano de grande esperiencia y de insigne virtud, vivió harto poco para que la Iglesia pudiese recoger los frutos que de él tenia derecho á esperar. Sin embargo, durante su pontificado, que no duró año y medio, restableció en la Silla de York á Guillelmo, sobrino del rey de Inglaterra, prelado de costumbres muy puras, de una dulzura admirable, de una liberalidad sin límites para con los pobres, y que no obstante esto habia sido depuesto en el Concilio celebrado en Reims el año de 1148. Acusáronle en él y convenciéronle de no haber sido elegido libremente, sino que habia sido nombrado por el rey antes de su eleccion. Sufrió esta humillacion sin quejarse de nadie, sin dar oidos á las sugestiones de los que procuraban alentarle contra sus adversarios, y se retiró á un pais distante del tumulto del siglo, donde se ocupó solamente en la oracion y en los ejercicios de la penitencia (1). Uno de los que juzgaron que no debian deponerle fué el cardenal Conrado; y habiendo llegado á ser Pontífice con el nombre de Anastasio, y habiendo muerto Enrique Murdas, elevado á la Silla de York, Guillelmo, sin quejarse de la sentencia fulminada contra él, se dirigió á Roma implorando misericordia. Le restableció el nuevo Papa en su dignidad, de acuerdo con los cardenales, y le concedió el palio de que hasta entonces habia carecido; mas apenas regresó á su diócesis, le acometió

(1) Bolland. 8 *Jan. t.* 10.

una enfermedad de la que predijo que no saldria. Además señaló á sus domésticos el dia de su muerte, despreció los ausilios inútiles de la medicina, y murió en el dia indicado 8 de junio, el mismo en que la Iglesia honra su memoria desde que le canonizó el Papa Honorio III en 1225. La traslacion de su cuerpo efectuada despues de un siglo fué acompañada de muchos milagros.

En el mismo año de su muerte (1154) murió tambien el rey Esteban su tio. Enrique Plantagenet de la casa de Anjou, cuya madre fué Matilde, hija del rey Enrique I, el cual era ya duque de Normandía, fué en fin coronado rey de Inglaterra en 19 de diciembre del mismo año. Habia casado con la famosa Leonor, duquesa de Aquitania, despues que se separó del rey Luis el jóven. Poseyendo de este modo por su madre el reino de Inglaterra y el ducado de Normandía, por Godofredo su padre los condados de Anjou, de Turena y del Maine, y por parte de su esposa el ducado de Aquitania con el condado de Poitou, se halló el mas poderoso de los príncipes cristianos. Esta circunstancia no pudo sin embargo ponerle á cubierto de los reveses, de las guerras civiles y de todo género de aflicciones, siendo una de las mas sensibles haber encontrado aduladores que creyeron ganar su gracia viniendo á ser verdugos de un santo.

El rey Enrique, segundo de este nombre, poco tiempo despues de su advenimiento á la corona, escribió al Papa Adriano IV, que habia sucedido á Anastasio algunos dias antes de la coronacion de Enrique, es decir, en 3 de diciembre de 1154. Adriano, que antes se llamaba Nicolás Brekspeire, esto es, Rompe-lanzas, nació en Inglaterra, de humilde familia, y el rey al cumplimentarle por su elevacion, felicitó á la nacion por haber producido en su suelo una tierna planta que trasplantada habia llegado á ser un árbol tan grande y fértil. Pidióle al mismo tiempo el permiso de hacerse dueño de Irlanda (1) para restablecer en ella el cristianismo en toda su pureza; lo que le concedió el nuevo Papa, fundado en que todas las islas que habian recibido la fé cristiana pertenecian á la Iglesia romana, como lo espresa la bula. El Pontífice, en señal de investidura, envió al rey un anillo de oro adornado de esmeraldas que se guardó en los archivos.

Adriano era hijo de un notario llamado Roberto, que se hizo monge de San Albano, y el mismo Adriano en sus primeros años subsistió algun tiempo de las limosnas de aquel monasterio; pero creciendo con la edad y con las instrucciones paternales el espíritu y los sentimientos, se avergonzó de esta dependencia, pasó el mar, y penetró al Mediodía de la Francia hasta San Rufo, monasterio famoso de canónigos regulares cerca de Aviñon. Como su aspecto era hermoso, su carácter amable, su espíritu vivo, lleno de inteligencia, y al mismo tiempo de reserva y de juicio, encantó á toda la comunidad y esta le propuso tomar el hábito. Vivió muchos años entre estos religiosos, señalándose por su regularidad y por su aplicacion á las ciencias y á la elocuencia, en la que hizo muchos progresos. En fin, de tal modo se grangeó la estimacion de todos, que habiendo muerto el abad le nombraron para sucederle.

Pero este afecto no fué duradero: el capricho de sus compañeros llegó tan adelante, que se quejaron contra él al Papa Eugenio. Esta primera tentativa no produjo mas que una reconciliacion paliada y poco durable; pero importunado el Papa segunda vez de las quejas de los canónigos, les dijo: «Id con Dios, y elegid un abad con el cual po-

(1) Petr. Bl. *Ep.* 168.

dais vivir: por lo que toca al que os es tan gravoso, á mí me será útil.» Despachólos de este modo, y retuvo consigo á Nicolás para que le ayudase en el gobierno de la Iglesia, á cuyo fin le hizo cardenal y obispo de Albano. Despues le confirió la legacion de Noruega, en la cual se dedicó con celo infatigable á hacer verdaderos cristianos aquellos pueblos todavía muy bárbaros. A su regreso fué elevado á la Silla apostólica en el dia siguiente al de la muerte de Anastasio.

Hallábase en Roma Arnaldo de Brescia, donde sostenido siempre por ciudadanos poderosos, y principalmente por los senadores, continuaba sus invectivas sediciosas contra el clero. Inflamados sin cesar por este entusiasta algunos de sus partidarios, se arrojaron sobre el cardenal Gerardo, que iba á visitar al Pontífice, y le hirieron gravemente. En castigo de este crimen se puso entredicho en la ciudad de Roma, suspendiéndose los oficios divinos, hasta que los senadores, obligados por el pueblo, se presentaron al Papa y le juraron sobre los Evangelios que arrojarian á Arnaldo y á sus secuaces. En efecto, fueron desterrados, y por consiguiente levantado el entredicho. Entonces el Sumo Pontífice salió de la ciudad Leonina, donde habia permanecido desde su consagracion, atravesó por medio de Roma con un séquito numeroso de cardenales, obispos y nobleza, y fué á establecerse en el palacio de Letran con gran regocijo del pueblo.

Poco tiempo despues supo el Papa que el rey Federico marchaba á Roma con mucha diligencia. Este príncipe, aunque estaba dotado de buenas cualidades, tenia una ambicion desmesurada con las preocupaciones consiguientes á esta pasion. Su quimérica idea era creerse el sucesor de los Césares y querer á su ejemplo tratar á todos los príncipes de la tierra como sus lugartenientes ó vasallos. Deseaba principalmente subyugar la Italia, que él miraba como patrimonio de los emperadores y que aun en su decadencia era todavia la mas rica porcion de su imperio (1). Como Federico se hallaba al frente de un ejército numeroso y habia cometido muchas hostilidades en Lombardía antes de hacerse coronar por rey, temia Adriano que fuese á Roma con miras de conquista, y temíalo con tanta mas razon cuanto que Federico tenia consigo á Arnaldo de Brescia, al que algunos señores de la Campania habian libertado poco tiempo antes de las manos de las gentes del Papa y remitido al rey (2). El Papa juntó su concilio, envió tres cardenales al encuentro de aquel príncipe, y les prescribió los artículos segun los cuales debian tratar. No dejaron de reclamar el revoltoso sectario, y el rey se le entregó desde luego, dándoles por otra parte una acogida que disipó enteramente sus temores.

Despues de otras muchas seguridades que el Papa creyó debia exigir además de estas, salió de Citá-di-Castello, fortaleza reputada por inespugnable, en la cual se habia ya encerrado, y fué á encontrar al rey en su campamento, cerca de Viterbo. De allí pasaron uno y otro á Roma. Al dia siguiente de su llegada, 18 de junio de 1155, recibió Federico solemnemente de manos del Papa la corona imperial. La ceremonia se hizo pacíficamente á pesar del descontento de los romanos, cuyo consentimiento no se habia esperado; mas habiéndose retirado el emperador á su campamento bajo los muros de la ciudad, los descontentos salieron del castillo de Sant-Angelo, de que se habian apoderado, se arrojaron sobre algunos alemanes que quedaron en San Pedro, y los asesinaron en la misma iglesia. Acudió el emperador con sus tropas. Los romanos se

(1) *Art de verifier les dates.*
(2) Othon, *lib.* 2.

atrevieron á sostener el combate, y perecieron en él cerca de mil, sin contar doscientos prisioneros, cuya libertad solicitó y obtuvo el Pontífice.

Fomentaba la rebelion de los romanos Guillelmo, rey de Sicilia, por sobrenombre el Malo, que en el año anterior habia sucedido á su padre Rogerio. El nuevo rey estaba irritado contra el Papa Adriano por haberle negado la confirmacion de la dignidad Real y escitado al emperador Federico á que le hiciese la guerra; pero obligado Federico á emprender la ruta de Alemania por causa de los calores del estío y de las enfermedades que se introdujeron en el ejército imperial, invadió Guillelmo las tierras de la Iglesia romana y tomó muchas plazas en la Campania. En fin, habiendo ido el Papa á Benevento, donde Guillelmo fué á sitiarle, reconoció á este por rey de Sicilia, y convino, con respecto al régimen eclesiástico, en diferentes artículos que muchos cardenales que le acompañaban tuvieron por poco honrosos á la Santa Sede. El rey por su parte prometió pagar el tributo anual, conforme lo habian practicado sus predecesores, y en compensacion del reino de Sicilia dió al Papa el ducado de la Pulla, el principado de Cápua y todas sus dependencias. Estos tratados recíprocos del Papa y del rey tienen la fecha del mes de junio de 1156.

Durante las turbulencias que les precedieron, un varon de Dios llamado Guillermo, libre de las pasiones é inquietudes que agitaban al mismo clero, despues de haber mudado muchas veces de domicilio, fué á establecerse en Toscana en las inmediaciones de Sena, en un valle estéril llamado por esta causa Malavalle (1). Vivió allí diez y ocho meses, mas bien como ángel que como hombre, y dejó en su muerte grande opinion de santidad (1157). Un jóven llamado Alberto habia ido desde luego á alistarse por su discípulo. Despues de su muerte, Reinaldo se reunió á Alberto é imitáronle otros muchos, los cuales formaron poco á poco una congregacion de solitarios llamados guillerminos, bajo la regla de San Benito. Venera la Iglesia la memoria de San Guillermo de Malavalle en el dia de su muerte 10 de febrero. Como se ignora el pais donde nació y aun la mayor parte de su vida que varios escritores han interpolado con muchas fábulas, se le ha confundido algunas veces con Guillermo, duque de Aquitania y conde de Poitiers, muerto en Compostela. Ha llegado la falta de crítica hasta confundirle con Guillermo, duque de Aquitania en el reinado de Carlo-Magno y fundador del monasterio de Gellona ó San Guillen del desierto en el territorio de Lodeva.

Floreció por el propio tiempo Santa Isabel de Schonauge ó Bellavista, llamada así del sitio del monasterio á donde se retiró en la diócesis de Tréveris (1). Fué favorecida como Santa Hildegarda, á quien profesaba estrecha amistad, con éxtasis, revelaciones y otras muchas gracias sobrenaturales y estraordinarias á la vida comun. En su tiempo se descubrieron en Colonia muchos sepulcros, cuyas inscripciones decian ser los de Santa Ursula y de sus compañeras, veneradas en aquella ciudad por espacio á lo menos de trescientos años. Temiendo Gerlac, abad de Duits, que los mismos que hicieron el descubrimiento de estos cuerpos santos hubiesen hecho las inscripciones, comunicó las principales á Isabel con la esperanza de que Dios la favoreciese con alguna nueva revelacion acerca de ellas. Muy verosímil es que la Santa, temiendo tentar al Señor, no pidió ni obtuvo luces milagrosas para un género de descubrimientos que solo deben examinarse por medio de la

(1) Bolland. 10 *Februar. t.* 4.

(1) Bolland. 18 *jun. t.* 21.

historia y de la crítica segun las reglas del arte y los principios de la razon. No sabemos en todo caso cuál fué verdaderamente su respuesta á las preguntas de Gerlac pertenecientes á Santa Ursula y á sus compañeras. Mas en cuanto á la historia de estas mártires, segun la hallamos en el libro cuarto de las obras de Isabel de Schonauge, no solo parece supuesta, sino que es insostenible y á las claras fabulosa. Hállanse en ella Papas y soberanos que nunca existieron, y hechos contrarios á las historias y á los monumentos mas auténticos. Por tanto no se puede dudar que esta parte del libro cuarto, que nada tiene del tono de sabiduria de los tres primeros, fué añadido poco despues que estos fueron publicados, pues fué el tiempo en que reinaba principalmente el gusto indiscreto de los descubrimientos y multiplicaciones de reliquias.

El dia de Navidad del año 1156, contado, segun costumbre del pais, por el primer dia del año siguiente, Pedro el Venerable, abad de Cluny, terminó su larga y honrosa carrera. En el espacio de treinta y cuatro años que llevaba al frente de su congregacion, sostuvo su honor y su reputacion en todas las provincias de la cristiandad. Compartió siempre con San Bernardo y con el abad Súgero la superioridad del mérito y la celebridad sobre los hombres grandes sus contemporáneos. Sus cualidades, aunque no tan brillantes como las de sus dos émulos, no eran menos sólidas; y los Gefes de la Iglesia las emplearon muchas veces con igual éxito en el desempeño de los negocios de mas importancia. En las negociaciones delicadas que le confiaron mostró prudencia y aun destreza, pero sin doblez ni afectacion. Grangeándose la confianza con los atractivos de su candor y de su dulzura, nunca afeó su conducta con una débil condescendencia ó con una simplicidad imprudente.

No se distinguió menos por su doctrina que por su arte en ganarse los corazones. Su tratado de la Divinidad de Jesucristo, probada por las palabras mismas de este Dios hecho Hombre; otro contra los judíos, y el que refuta los errores de Pedro de Bruis, le acreditan con razon por uno de los doctores mas grandes de su tiempo. Aunque sus razonamientos no tienen el fuego y el vigor de San Bernardo, propone y desenvuelve poco á poco sus pruebas de un modo que no subyuga los espíritus con el mismo imperio, pero logra igual persuasion en aquellos que no se cansan de seguirle. Su estilo es ordinariamente limpio y correcto, sobre todo en sus cartas, que se han conservado en número de cerca de doscientas, y muestran un discernimiento y un juicio propio de su rara prudencia. En un viaje que hizo á España compró muy cara una traduccion del Coran y de un escrito árabe contra el mahometismo, y de él se sirvió para componer en cinco libros una refutacion de la ley musulmana, refutacion que no ha llegado á nuestros dias.

En el mismo año en que murió Pedro el Venerable, concluyó la última obra Otton de Frisinga, compuesta bajo el título de *Historia del Emperador Federico*. Acabando en 1156 los dos libros que tenemos de Otton no contienen mas que los tres ó cuatro primeros años de un reinado de 38. Radevic su discípulo, canónigo de Frisinga, añadió á ellos una continuacion sumamente difusa que no contiene mas que los cuatro años siguientes y termina en el año 1160. Otton habia dado antes una *Crónica* que comienza desde la creacion del mundo y acaba en 1146; esta obra, que puede ser de alguna utilidad, á pesar de las fábulas de que está llena, fué continuada hasta 1210 por Otton de San Blas. El libro VIII, que el obispo de Frisinga habia unido á su *Crónica*, es un tratado del fin del mun-

do. De este modo tenemos, á lo menos por lo perteneciente á los sucesos de su tiempo, un testigo de toda escepcion, de una rectitud y de un discernimiento dignos de su cuna, y á quien su elevado rango le puso en estado de instruirse perfectamente en todos los acontecimientos relativos al órden público; solo sí que para esplicar algunos pasages de su *Historia* es necesario tener presente que era nieto del famoso Enrique IV. Su padre fué Leopoldo IV, marqués de Austria, contado en el número de los Santos; era hermano uterino del rey Conrado, y tio como él del emperador Federico. Obligóle su gran piedad á abrazar la vida regular en el Cister: fué abad de Morimond, de donde le sacó el rey su hermano para hacerle obispo de Frisinga y le llevó despues consigo á Tierra Santa. Gobernó su diócesis por espacio de veinte años enteros con toda la edificacion que podia esperarse de un príncipe que se habia consagrado al Señor con la intencion mas pura, y para quien el fausto de la córte llegó á ser tan estraño, que no quiso dejar en el obispado el hábito monástico. Murió en su abadía de Morimond, al volver del Capítulo del Cister, cuyo espíritu conservó siempre del mismo modo que el hábito. No le faltó no obstante de qué arrepentirse, y antes de espirar formó escrúpulo de haber culpado en otro tiempo á San Bernardo de preocupacion contra Gilberto Porretano, y de haber defendido la persona de Gilberto, de quien habia sido discípulo, y aun defendídole con tanto calor que hizo sospechar que favorecia sus opiniones. Protestó que queria morir en la fé católica, del modo que Roma y la Iglesia universal la profesan, y entregó sus obras á hombres doctos y piadosos, á fin de que corrigiesen lo sospechoso que pudiera habérsele escapado. Despues de esta declaracion recibió el Viático, y murió en medio de una multitud de abades y de obispos, atraidos por el respeto debido á su nacimiento y á su mérito (1158).

Fué esta una desgracia para Federico su sobrino, pues quedó privado de los consejos de un prelado tan religioso y tan sábio, en vísperas de las funestas desavenencias de este emperador con los Papas. Estando Federico en Borgoña para tener allí su córte, recibió por medio de unos legados romanos cartas de Adriano cuyo objeto era el siguiente (1). Al regresar de Roma el arzobispo de Lunden, habia sido atacado, así como su comitiva, por algunos impíos quienes despues de haberles robado los habian metido presos. Habia ocurrido esto en los dominios del emperador y allí continuaba detenido el arzobispo sin que Federico hubiese castigado á los autores del crímen. «Sin embargo, esta atrocidad no os es desconocida (así le escribia el Papa). Pero en vez de usar de la espada que habeis recibido de Dios para castigar á los malos, se dice que habeis disimulado y desatendeis vuestro deber hasta el punto de que los que han tenido la osadía de cometer ese inaudito atentado ni siquiera tienen que temer arrepentirse de él. No concebimos la razon de semejante conducta, porque nuestra conciencia no nos arguye de haberos ofendido en nada; nos dice antes bien que siempre os hemos amado como á hijo querido nuestro y tratádoos como á un príncipe que sabemos ser por la gracia de Dios sólidamente adicto á la fé Apostólica. Debeis recordar y tener presente el placer con que vuestra madre la Santa Iglesia romana os recibió el año pasado, el afecto os manifestó, la plenitud de honor y dignidad que os atribuyó, y cómo *al conferiros de tan buena gana la insignia de la corona imperial*, cuidó de fomentar tambien en su benéfico seno vuestra sublime elevacion, y

(1) Labb. *t.* 10, *p.* 1144 *et seq.*

procuró muy particularmente no contradecir en nada la voluntad Real. Y no nos arrepentimos de haber satisfecho en todo vuestros deseos; antes por el contrario, cuanto *mayores beneficios*, si posible fuera, hubiérais recibido *de nuestra mano*, tanto mas nos alegraríamos atendiendo á los auxilios y ventajas que podeis proporcionar á la Iglesia de Dios y á Nos mismo. Así pues, cuando dejais impune un crímen enorme que ultraja públicamente á la Iglesia universal y á la autoridad imperial, tememos que el haber vos disimulado en esta ocasion y dejado de cumplir con vuestro deber haya sido por sugestion del hombre perverso que siembra la cizaña contra la Santa Iglesia romana, vuestra clementísima madre, y que (lo que Dios no permita) hayais concebido contra Nos algunos sentimientos de aversion, etc.» Federico, cuyo orgullo no reconocia freno, se irritó al pensar en la idea, sugerida por sus cortesanos, de que el Papa manifestaba en algunos parajes de esta carta la pretension de haberle conferido el imperio como un beneficio que de él únicamente dependiese. Vino á aumentar este su descontento el saber que en el palacio de Letran habia un cuadro en que se representaba al emperador Lotario recibiendo de rodillas la corona de mano del Sumo Pontífice, con esta inscripcion: «El rey, despues de haber reconocido con juramento los derechos de Roma, recibe la corona imperial y se hace vasallo del Papa.» Federico habia pedido se borrase ó inutilizase esta pintura y todavía no lo habia sido, lo cual no podia depender enteramente de Adriano; pero el emperador concluyó de ahí que los romanos, entre quienes algunos defendian que los reyes de Alemania solo por donacion de los Papas habian recibido hasta entonces el imperio de Roma y el reino de Italia, querian hacer de esta suposicion un artículo de creencia general para la posteridad. Al dia siguiente despidió los legados prohibiéndoles que se detuviesen en parte alguna en casa de los obispos ó abades de su dependencia. En seguida espidió por todas partes cartas circulares, quejándose en ellas amargamente del Pontífice, y declarando que no reconociéndose deudor del imperio mas que á Dios por la eleccion de los señores, estaba resuelto á sostener toda la dignidad de su corona á costa de su vida. Pero Federico se olvidaba de que por la eleccion de los señores el príncipe electo venia á ser rey de Germania y era designado y nada mas que designado para recibir la corona imperial. Por manera que para ser consecuente habria debido sostener que de los señores tenia la autoridad Real y del Papa la corona imperial, que habria podido serle negada como lo fué á los fautores del cisma, y que la primera condicion que habia tenido que cumplir para obtenerla habia sido entregar Arnaldo de Brescia á los cardenales. El voto del Papa, como señor temporal, era tan importante en aquella época para Federico como el de los electores alemanes; pero como Gefe de la sociedad cristiana tenia entonces el Soberano Pontífice una autoridad tan reconocida que ni los pueblos ni los príncipes daban en Occidente el título de emperador sino á aquel á quien el Papa habia conferido esta cualidad. Además, el mismo Federico en sus cartas circulares reproduce la alegoría de las dos espadas, cuya doctrina está muy lejos de serle favorable: ¡tan general era entonces esta doctrina!

El Pontífice, instruido por sus legados de cuanto habia pasado con el emperador, escribió de nuevo (1) á este príncipe para esplicar las primeras cartas que tan vivamente le habian incomodado. Le dice, que al usar de aquellas espresiones, *Nos os ha-*

(1) *Epist.* 4.

hemos conferido la corona, no quiso significar otra cosa sino que él se la habia puesto; de la misma manera que, llamando al imperio *un beneficio*, no habia querido entender por esto un feudo, segun la acepcion moderna de este término, sino simplemente un acto de beneficencia; en una palabra, que de ningun modo habia pretendido que el emperador fuese su vasallo. Añadió que semejantes malas interpretaciones no podian provenir sino de la intencion dañada de algunas gentes. Mostró el emperador que quedaba satisfecho de estas esplicaciones, dió el beso de paz á los legados portadores de esta segunda carta, y los despachó llenándolos de presentes, segun costumbre.

Sin embargo, poco tiempo despues partió para la Italia, donde habia convocado una asamblea general en Roncaille, entre Plasencia y Cremona (1158). Además de los prelados y los señores concurrieron muchos magistrados de las ciudades de Lombardía, y los jurisconsultos mas célebres de Bolonia (1). Federico se habia formado tan alta idea de su dignidad de emperador que á título de sucesor ó heredero de los soberanos que mas habian estendido la grandeza romana, él mismo, á pesar de la revolucion de los tiempos y de los Estados, á nada menos aspiraba que á exigir de grado ó por fuerza restituciones de que las demas potencias se reputaban muy esentas. Pero en concepto de Federico, aun lo que ellas tenian de mas legítimo no era mas que una usurpacion de lo que era de él y una verdadera desmembracion de su corona (2). Pidió pues Federico una nota exacta de las regalías que le pertenecian en Lombardía á título de emperador. Reuniéronse los jurisconsultos y los jueces en número de treinta y dos: y despues de haber hecho separadamente sus investigaciones, y tenido luego sus conferencias en comun, pasaron á manos del emperador en presencia de los señores y de los gefes de las corporaciones de la ciudad el escrito que habian trabajado teniendo presentes los monumentos mas seguros. Todos los prelados de Lombardía, á cuyo frente estaba Oberto, arzobispo de Milan, renunciaron públicamente en manos del príncipe todos los derechos que los jurisconsultos daban por regalías; pero él les devolvió desde luego todos aquellos cuya posesion pudieron justificar por cualquier título plausible; mas se hallaron otros claramente usurpados, cuyo valor ascendia á mas de quince mil libras de plata de renta anual; sin embargo, esta suma debe considerarse como el producto anual de todos los bienes que los señores legos y los señores eclesiásticos poseian sin títulos suficientes á los ojos de Federico. Empero por elevada que sea esta suma, no deberá causar estrañeza si se atiende á que estas regalías ó derechos realengos, comprendian ducados, marquesados, condados, dominios é imposiciones de toda especie, molinos y pesquerías, peazgos sobre los mercados, sobre los caminos y sobre los rios, y aun el derecho de acuñar moneda, el censo Real y la capitacion personal. Fué esta operacion tanto mas desagradable al Papa, cuanto habia sido hecha por doctores legos, y los obispos se habian sometido.

Federico por el contrario colmó de beneficios á estos doctores (1), y con ocasion suya á los estudiantes de todas las facultades; hizo esto porque habian sabido lisonjear la necia ambicion de que habia dado pruebas desde el principio de su reinado en tiempo de Eugenio III á quien habia prometido restablecer la grandeza del imperio y de someter fácilmente á Roma toda la tierra,

(1) Ott. Mor. *pag.* 818; Radev. *lib.* 2.
(2) *Histor. de l'Eglise gall. l.* 26.

(1) *Authent. tit.* Ne fis.

con tal que el Pontífice excomulgase á todos aquellos á quienes el emperador declarase la guerra. Pero este príncipe no pudo hallar un Papa que estuviese dispuesto á semejante iniquidad. Mucho mas accesibles los legistas de Bolonia, á quienes consultó para la asamblea de Roncaille, le atribuyeron no solamente los derechos de regalía de que hemos hablado, sino tambien el imperio del mundo entero, tal como le habian poseido los emperadores de los primeros siglos. Y aun hubo quienes llegaron á declarar hereges á todos los que osaran dudar de la monarquía universal de los emperadores romanos. «Por esta aduladora decision, dice Feller, se ve que la jurisprudencia de los emperadores no estaba mejor ordenada que la de los Papas, y que los que tanto declaman contra la segunda afectan respecto de la primera un silencio que raya en injusticia y mala fé.» Antes de salir de Roncaille formó Federico una constitucion dirigida á procurar la seguridad y la tranquilidad, asi de los maestros como de los discípulos, tanto en los viages que hacian para sus estudios como en los sitios donde estaban las escuelas, y de su ejecucion hace responsables á los gobernadores de las ciudades. En el caso de intentarse algun proceso contra los estudiantes, les concede el derecho de elegir por juez ya sea á su señor, ya á su profesor, ó ya al obispo de la ciudad, imponiendo á los que quisieren llevarlos á otro tribunal la pena de perder su derecho. Este es el privilegio mas antiguo que desde la renovacion de los estudios se ha concedido de un modo auténtico y legal á los estudiantes.

El principal objeto que tuvo esta ley, fué sin duda la escuela de Bolonia que ya gozaba gran celebridad. Hacia principalmente unos veinte años que el estudio del derecho civil florecia en ella asi como en otras muchas ciudades de Italia y del resto de la Europa. Sin embargo, aunque el ejemplar de las Pandectas de Justiniano, que se ve hoy en Florencia y que fué hallado en el botin que los pisanos cogieron en Amalfi, durante la guerra del emperador Lotario contra el primer rey de Sicilia Rogerio el Jóven (1135), sea el mas antiguo que se conoce, tan lejos está de que solo en tiempo de Lotario II se comenzara á difundir el derecho romano, que por los fastos de la universidad de Bolonia sabemos que la princesa Matilde le habia ya hecho enseñar públicamente; el Papa Nicolao II en el *Decretum* refiere pasages enteros de las leyes de Justiniano para esplicar el modo de contar los grados de parentesco; el emperador Otton III citó tambien la Instituta en dos de sus cartas, y Carlo-Magno permitió á los italianos vivir *lege romana*.

Renovóse tambien por el mismo tiempo el derecho canónico, cuando el famoso Graciano, toscano de nacion y monge benedictino en Bolonia, publicó su *Concordia de los cánones discordantes*, llamada comunmente *Decreto de Graciano* (1151). Los Papas gustaron mucho de esta obra, y fué tan bien recibida de los doctores de Bolonia, que la tomaron desde luego por testo de sus lecciones (1). Los de Paris fueron los primeros que siguieron este ejemplo; y esta presteza prueba bastantemente que en Graciano lo mismo que en Isidoro se encontraban las máximas de los siglos que les habian precedido. Y efectivamente, ¿cómo las ideas de un particular habrian podido formar el derecho del universo católico sin que la Iglesia hubiese sido abandonada de aquel que prometió estar con ella hasta el fin de los siglos? La coleccion de Graciano, dividida en tres partes, trata en primer lugar del derecho en general; despues, de los ministros de la Iglesia, desde el Pontífice hasta el ínfimo clero; de las reglas de la penitencia, de la ad-

(1) *V. Bossuet sup. 4 art. cleri gallic.*

ministracion de los sacramentos, de las ceremonias, etc. Habiéndose propuesto Graciano conciliar los cánones que parecia estaban en contradiccion (lo cual hace distinguiendo las diversas circunstancias de los tiempos y de los lugares), no es de estrañar que esta vasta compilacion parezca en algunos pasages sobrado recargada y confusa; bien que si se atiende á las que le habian precedido, aun inclusa la de Ivo de Chartres que habia gozado de tanta autoridad, brilla por el método y el órden de las materias. A mediados del siglo XVI el abogado general Riant recomendaba el estudio de esta obra *como la mas provechosa de lo que se enseñaba en las escuelas*, y se quejaba de que se la mirase con desdén. Concluyamos pues de aqui que el *Decreto* es uno de los mas bellos monumentos que en la edad media se han erigido á la ciencia del derecho canónico, y que á pesar de la baja liga que está mezclada con la materia preciosa de esta rica coleccion, su autor tiene algun derecho al reconocimiento y gratitud de la posteridad. Este es un testimonio que todos los hombres sensatos tributarán á Graciano, á despecho de los críticos que le han acusado de haber ido aun mas allá que las falsas decretales, avanzando que el Papa es superior á los cánones. Dos palabras bastarán para refutar esta acusacion poco considerada. «A causa de la dificultad de reunir concilios, dice Bergier (de cuyas palabras, sin embargo, no debe inferirse que la potestad de la Santa Sede no fuera mas que un poder de ocasion escepcional), viéronse obligados los Papas á hacer todo lo que hubiera podido hacerse en un concilio general para el bien de la Iglesia, dar decisiones sobre el dogma, sobre la moral, sobre el decoro del culto, *dispensar en los cánones*, cuando el caso parecia exigirlo... Los detractores de la Santa Sede han querido suponer que los Papas han obrado asi por ambicion; pero una prueba evidente de lo contrario la tenemos en que ordinariamente no han dado decisiones sino cuando se les ha consultado, y que no han dictado leyes sino cuando la necesidad obligaba á que se recurriese á ellos (1).» Los errores de Graciano provienen, en parte, de que no consultó los mismos concilios, las Memorias sobre los romanos Pontífices, ni los escritos de los Santos Padres de la Iglesia, sino los compiladores que le habian precedido; y asi Graciano adoptó las faltas que la ignorancia, la falta de atencion ó la precipitacion hicieron cometer á estos, en lo cual tampoco es inescusable Graciano. Pero por otra parte debe atribuirse al siglo en que vivia el mayor número de esas faltas. Porque á la verdad, no habiéndose descubierto todavia el arte de la imprenta, las obras de los sábios no eran conocidas sino por los manuscritos; los copistas de que habia que servirse para copiarlos, eran por lo comun personas poco exactas é ignorantes; las faltas que cometian se perpetuaban cuando de una misma obra no habia muchos manuscritos para cotejarlos, ó cuando se omitia tomarse este trabajo. Confesemos además, para no ser injustos, que en medio de las falsas autoridades que alega Graciano ó de las que interpreta mal, refiere cánones fieles de la antigua disciplina: así, separando lo verdadero de lo falso, su obra es de grande utilidad para conocer bien la disciplina que la Iglesia prescribió en otro tiempo, que siempre ha deseado y que todavia desea retener, en cuanto lo permitan las circunstancias de los tiempos y de los lugares, ó restablecer en los puntos que estén descuidados. En todos tiempos ha exhortado ella á los prelados á que trabajen en esta reforma, y ha estado haciendo esfuerzos continuamente

(1) *Art.* Papa.

para poner de nuevo en vigor la práctica de los usos antiguos (1).

Yacian en un estado de languidez ó de una infancia aun mas imperfecta los otros estudios, cuyo esplendor se procuraba resucitar del mismo modo que el de las leyes. Durante los tres ó cuatro siglos precedentes limitábanse todos los conocimientos humanos á las siete artes liberales, cuya enseñanza por lo comun se reducia á divisiones estériles y á áridas nomenclaturas. Dividianlas todavía en dos clases, de las cuales la mayor parte de los sábios no se atrevian á llegar mas que á la primera; la cual, bajo el nombre de *Trivium*, comprendia la gramática, la retórica y la lógica. En cuanto á aquellos que pasaban hasta el *Quadrivium*, que abrazaba la aritmética, la geometría, la astronomía y la música, eran mirados como los prodigios de su siglo y las antorchas del universo. En la época á que hemos llegado se aumentó el número de las artes liberales, contándose entre ellas la teología, la jurisprudencia y la medicina, del mismo modo que la filosofía. Reuniéronse despues insensiblemente las siete artes bajo el solo título de filosofía; y esta ciencia con las otras tres formaron las cuatro facultades en que debian sobresalir los talentos que aspiraban á la reputacion de universales, de donde tomaron esos brillantes liceos el nombre de *Universidad*.

Nuestro siglo no tiene por qué admirarse de los estravíos en que cayeron aquellos antiguos filósofos, los unos adictos esclusivamente á los principios y á las tablas descarnadas de Porfirio, los otros á las profundidades inaccesibles de Platon ó á la simple esplicacion del testo abstracto de Aristóteles; al paso que otros, llamados libres, que hacian profesion de no sujetarse á autoridad alguna sino tan solo á la razon, tomaron por razon las vanas sutilezas de su metafísica, el amor de la disputa y el gusto del sofisma. Mas no hace á nuestro intento seguir la historia de estos estudios profanos, que solo pueden interesarnos en razon del influjo que ejercieron en las ciencias eclesiásticas.

La misma teología se sujetó á los nuevos métodos, y metiéndose los novadores en un laberinto de cuestiones estrañas y ociosas, tuvo que seguirles los pasos; porque para combatir y refutar el error, vióse precisada la verdad á seguirle paso á paso. No obstante, debe confesarse que esta teología filosófica ó escolástica, que subia hasta los primeros principios, y de allí por un encadenamiento metódico y palpable descendia á las consecuencias mas remotas, fué útil para confundir á los sectarios, á quienes ponia en contradiccion consigo mismos. Depuró este método Santo Tomás en el siglo siguiente, y le dió un grado de perfeccion digno aun en el dia de escitar la emulacion de los maestros mas grandes.

Aun en el siglo doce hubo sabios que supieron evitar los defectos de los nuevos métodos. Pedro Lombardo, natural de la provincia que le hizo darle este nombre, y que llegó á ser el doctor mas célebre de la escuela de París, asombrado de los errores de Roscelino, de Abelardo y de Gilberto de la Poirée ó Porretano, estraviados por los principios de Platon y de Aristóteles, se abrió un camino opuesto, con el designio, nos dice (1), de combatir á los que se empeñaban en sostener sus propias ideas con perjuicio de la verdad. Su obra intitulada: *Libro de las sentencias*, y por la que se ha dado á su autor el nombre de *Maestro de las sentencias*, es una coleccion de pasages de los Santos Padres, principalmente de San Agustin, donde sin citar los filósofos profanos, ni

(1) *Encyclopedie methodique, art.* Decret.

(1) *Praef. in lib. Sent.*

entregarse á las sutilezas de la escuela, se ocupa en conciliar las contradicciones aparentes de los testos. Es un cuerpo entero de teología que comprende cuatro libros, donde no obstante omite el autor algunas materias importantes, tales como la Iglesia, la autoridad de la Escritura y de la tradicion, que no eran impugnadas entonces, para estenderse acerca de otros varios artículos que agitaban á la sazon los novadores de entonces y que era menester poner á cubierto de sus sutilezas. Mereció esta obra tantos aplausos, que por espacio de siglos enteros la mayor parte de los maestros en teología formaban de ella todo el fondo de las lecciones que daban á sus discípulos. Cuéntanse hasta doscientos cuarenta teólogos, los mas famosos de su tiempo, que han comentado este libro. El autor de este fué elevado á la Silla de París (1159), para la cual habia sido elegido Felipe, hermano del rey y arcediano de esta iglesia, el cual, segun dicen, tuvo la deferencia de ceder su derecho (1). La historia nos suministra con este motivo un título antiguo y de los mas formales de los reyes de Francia con respecto á la regalía, privilegio que ha sido orígen de los mayores abusos (2). Habiendo recaido el obispado y la regalía, dicen estos monumentos antiguos, despues de la muerte del obispo Tibaldo, predecesor de Pedro Lombardo, en poder del rey, dió la capiscolía que componian una parte de ellos, á los religiosos de Hieres para que la disfrutasen siempre que hubiera sede vacante. Habiendo sido mas favorecido que los otros el obispado de París por los reyes de Francia, estos tomaron de sus mismos beneficios el derecho de gozar de las rentas de la Silla durante la vacante; y luego, á pretesto de que algunas Sillas habian sido sujetas á la regalía, se pretendió que todas debian estar sujetas á ella; y á fin de aprovechar por mas tiempo las rentas, se retardó, y aun muchas veces se impidió la eleccion y consagracion de los obispos, y últimamente la regalía vino á ser la ocasion de la mas sensible contienda entre el sacerdocio y el imperio.

El éxito desgraciado que tuvo el viage de Luis el jóven á Palestina, no le inspiró aversion á esta clase de espediciones. Habiendo ido despues en peregrinacion á Santiago de Compostela (*a*), concibió é inspiró

(1) Rob. *an.* 1159.
(2) *Gall. Christ. tom.* 1, *ad. ann.* 1158; *Lib. Gall.* c. 16.

(*a*) A España vino el rey de Francia Luis el jóven en 1155, bien fuese por ver este país, bien por informarse de si su muger era hija legítima del emperador, aunque para ocultar este objeto de su viaje alegó el de una peregrinacion á Santiago, peregrinacion de que por otra parte habia hecho tiempo antes voto. Era ya entonces casado el monarca francés con doña Constanza, á quien en Francia llamaron Adelaida, hija del emperador y rey Alfonso VII, por cuyo motivo dispuso el soberano español hacer ostension de toda su grandeza en presencia de los reyes sus hijos y aliados. Muy ageno del objeto que, segun presume Mariana, inspiraba al príncipe francés este viage (en el que, y sea dicho de paso, vió el príncipe francés desvanecidas las sospechas que sin duda habian pretendido algunos infundirle contra la legitimidad de su esposa), salióle al encuentro en Burgos el emperador don Alonso y sus dos hijos, mostrándose á porfía todo el país en ostentar sus galas. Cumplida la peregrinacion de Santiago, volvieron á Toledo, donde don Alonso habia juntado Córtes, y donde fueron recibidos con tal magnificencia y aparato, que Luis y su comitiva quedaron sorprendidos. Halláronse al cortejo el primogénito de Alfonso don Sancho y su esposa doña Blanca, nombrados ya reyes de Castilla; don Fernando, su hijo segundo, don Ramon, príncipe de Aragon; don Sancho, rey de Navarra, muchísimos obispos y toda la nobleza de la córte, concurriendo todos con la mayor ostentacion y lucimiento. El rey Luis, considerada toda esta grandeza y visto el estraordinario presente que le preparaba su suegro, declaró no haber encontrado en Europa ni en Asia córte mas lucida; mas de todas las riquezas que se le habian ofrecido, solo quiso tomar un carbunclo muy grande y de inestimable valor.—Todo esto puede dar á conocer cuán glorioso fué para España el reinado de Alfonso VII. Efectivamente, pacificados con la muerte de su madre doña Urraca los reinos de Leon, Castilla y Galicia, y reconocido y proclamado unánimemente Alfonso rey y emperador á los veintiun años de su edad, principió á manifestar las grandes prendas de que fuera dotado para gobernar así en paz como en guerra; y en los treinta años y medio que reinó despues de la muerte de su madre, acaecida en 1126, no dejó pasar uno solo que no señalase con

al rey de Inglaterra el designio de ir á hacer la guerra á los infieles de España. Resolvieron la empresa, y ya se reunian tropas cuando envió á pedir indulgencias al Papa á fin de alentar á los franceses. Alabó Adriano el celo de este príncipe, mas no aprobó su ligereza. Recordóle que era muy propio de la urbanidad y de la sabiduría, antes de entrar en un dominio estrangero, esperar, si no un llamamiento formal, á lo menos el consentimiento de los príncipes y de los pueblos del pais (1). «Debeis traer á vuestra memoria, le dice, el viage de Jerusalen que emprendisteis otra vez con el rey Conrado, sin haber consultado á los fieles que estaban en aquellos lugares, ni haber tomado por otra parte bastantes precauciones. Conoceís las funestas consecuencias de esta empresa y las quejas á que dió pretesto contra la Iglesia romana por haber condescendido á ella.» El rey Luis aceptó esta sábia lentitud, y la espedicion, diferida al parecer por entonces, jamás tuvo efecto (1157).

Habiendo corrido por entonces la voz de que los árabes iban á acometer la villa de Calatrava en Castilla con un ejército formidable, los templarios, que tenian en su poder la ciudadela, la entregaron al rey Sancho III, temerosos de no poder salvarla (2). Aterró tambien á este príncipe el peligro que hacia temblar á una gente tan esforzada. Residia sin embargo en Toledo, donde estaba la corte, un monge de Fitero, del órden cisterciense, llamado Diego de Velasco, con

---

alguna accion heróica. Sujetó á los moros y venciólos repetidas veces hasta en medio de sus dominios de Andalucía. Fué por último uno de nuestros mayores reyes: «no hubo persona mas santa que él siendo mozo, dice Mariana, ni vió España cosa mas justa, fuerte y modesta siendo varon:... fué príncipe colmado de todo género de virtudes, y su memoria fué muy agradable á la posteridad por la voluntad que mostró perpetuamente de ayudar á la Religion cristiana.» Restableció muchas iglesias catedrales, enriqueció todas las de sus reinos, y fundó diferentes monasterios del órden del Cister. Murió en Fresneda (despues de confesarse con el arzobispo de Toledo don Juan, de cuyas manos recibió el santo Viático) á 21 de agosto de 1157, á los cincuenta y un años y medio de su edad. Dejó divididos sus Estados en sus dos hijos, don Sancho que fué rey de Castilla, y don Fernando de Leon y Galicia.

Durante el largo reinado de don Alfonso, se tuvieron en España doce concilios provinciales en diferentes ciudades del reino, en todos los cuales se trataron los puntos de disciplina que necesitaban de alguna reforma, y se establecieron decretos y cánones para el mayor lustre y buen régimen de nuestra Iglesia. Florecieron tambien por el mismo tiempo muchos santos é ilustres prelados segun ya dijimos en la nota anterior (p. 431), entre los cuáles, además de San Isidro labrador y su esposa Sta. María de la Cabeza y demás allí nombrados, mencionaremos á San Pedro, abad de Moreruela, San Martin de Soure, Santa Radegundis y San Aston, natural de Badajoz, quien en su juventud fué á Roma á visitar los sepulcros de los Santos Apóstoles, y abandonando el mundo se hizo monge en el monasterio de Valleumbrosa, donde llegó á ser general, y despues obispo de Pistoya, dejando este ilustre prelado algunos monumentos de su sabiduría, entre los que se cuenta un libro de la traslacion y milagros del Apóstol Santiago, patron de España; otro de la vida y milagros de San Juan Gualberto, y muchos sermones y cartas.—Ya que de Santos hablamos, y que hemos referido en esta nota la venida de Luis VII el jóven á España, oportuno nos parece mencionar la traslacion que entonces se hizo del brazo derecho de San Eugenio á Toledo, de donde habia sido primer arzobispo. Es el caso que en España se habia perdido la memoria del lugar donde reposasen los venerandos restos del primer arzobispo de Toledo San Eugenio. Yendo, pues, al Concilio de Reims, convocado por el Papa Eugenio III, segun queda dicho en esta historia, el arzobispo de Toledo don Raimundo, pasando por Paris y visitando todos los lugares algo notables, recorrió la iglesia de San Dionisio y tropezó en una capilla con esta inscripcion: «aquí yace Eugenio mártir, primer arzobispo de Toledo.» Agradablemente sorprendido con este hallazgo é informado de la veneracion en que era tenido el Santo y de los milagros que por su intercesion obraba Dios, y confrontados los libros y memorias de aquella iglesia que acreditaban la verdad de todo, dió luego la noticia á España. Túvose presente cuando vino Luis el jóven, y así se le pidió el santo cuerpo; negábanse á ello los franceses; pero al fin su príncipe ofreció enviar el brazo derecho del Santo. Cumplió su oferta, enviando esta preciosa reliquia con el abad de aquel monasterio de San Dionisio. Ya que llegaba cerca de Toledo salieron á recibirle el emperador don Alonso, los dos reyes sus hijos, los grandes, el pueblo y el clero. La sagrada arca fué en hombros del emperador y de sus dos hijos llevada á la iglesia mayor, y colocada en ella el 12 de febrero de 1156, siendo don Juan arzobispo de Toledo, y en ese mismo dia se celebra en toda esta diócesis esa traslacion con el nombre de primera para diferenciarla de la que en 1565 se hizo de todo lo restante del cuerpo del mismo Santo á la misma iglesia, en tiempo de Felipe II, y cuya traslacion con el nombre de segunda se celebra en este arzobispado el 18 de noviembre en cuyo dia se verificó.

(*N. del E.*)

(1) *Epist.* 23.
(2) Roder. *l.* 7, c. 14; Marian. *l.* 11. *c.* 6.

Raimundo su abad. Era de sangre noble, habia seguido la carrera de las armas, y la profesion monástica nada le habia quitado de su antiguo valor. Dijo á su abad que él daria al rey buena cuenta de la plaza si se la quisiese confiar; y habló en un tono y con un aire de tanta seguridad, que obligó al abad á hacer esta proposicion al rey, y á que este accediese á ella. Partieron sin dilacion el monge y el abad á tratar del asunto con el arzobispo de Toledo, el cual aprobó tambien su designio contribuyendo con sus bienes á la ejecucion, y concediendo á todos aquellos que tomasen las armas con este fin el perdon de todos sus pecados, es decir, indulgencia plenaria, la primera que sabemos haber otorgado un obispo. Se presume que en casos tan urgentes, en medio de un pais infestado por los infieles, estaban autorizados por el Gefe de la Iglesia para conceder esta especie de gracias que regularmente estaban reservadas al Papa.

Velasco no tardó en verse al frente de veinte mil hombres, y partió con Raimundo á encerrarse en Calatrava, que los árabes ni siquiera osaron insultar. Muchísimos de estos guerreros abrazaron el instituto cisterciense, pero bajo de un hábito particular y conveniente á los ejercicios militares. Raimundo hizo venir de su abadía los religiosos, los criados, los muebles y aun los ganados. Dejó solamente á los enfermos y algunas personas en un todo precisas para el cuidado de la casa, y espiró poco tiempo despues venerado como un santo. Estos fueron en 1158 los principios del órden militar de Calatrava, que en lo sucesivo sirvió de modelo para la fundacion de otros muchos (*a*). Aprobóle Su Santidad Alejandro III, que en el año siguiente sucedió á Adriano IV.

Pero antes de la muerte de Adriano, su querella con el emperador Federico, que mas bien hemos dejado adormecida que estinguida, volvió á suscitarse para sobrevivir con nuevo ardor aun á este Pontífice, que transmitió á su sucesor la Cátedra de San Pedro hecha el blanco de la ambicion, de la perfidia, de la cábala, de las agitaciones mas crueles, y de todos los precursores funestos del cisma y de la discordia. La principal causa de la irritacion de Federico fué el haberse negado la Santa Sede á confirmar la eleccion que este príncipe habia hecho de un arzobispo de Ravena (1159); sin embargo, esta negativa estaba motivada de una manera honrosa para el elegido á quien el Papa decia apreciaba y queria elevar en Roma mismo á mayor dignidad. Por otra parte, despues que los prelados de Lombardía reconocieron que habian recibido del emperador los derechos de regalía, habia escrito el Pontífice Adriano á este príncipe una carta muy comedida en las palabras, pero en la que sin embargo se traspiraba alguna amargura (1). Además de esto el

(*a*) Si bien la narracion que aquí hace Henrion acerca de la institucion del órden militar de Calatrava, concuerda con la de nuestros historiadores, se diferencia sin embargo en que estos atribuyen la mayor parte de la empresa á San Raimundo, abad de Fitero, y no al monge Diego Velazquez ó Velasco, aunque conviene advertir que Mariana dice que fué Diego quien persuadió al abad se encargase de la defensa de aquella plaza. Con la institucion de esta órden, y aun antes que muriese su primer abad San Raimundo (el cual falleció algunos años despues en Ciruelos), tuvieron los moros de España un nuevo y muy terrible enemigo, á quien jamás pudieron superar. Diego Velazquez, despues que vivió muchos años adelante, falleció en Gumiel en el monasterio de San Pedro. Véase Mariana, lib. 11, c. 6.—En 1156 tuvo tambien principio la órden militar española de Alcántara. «Fundáronla, dice Ortiz (lib. 8, c. 3), dos caballeros salamanquinos, D. Gomez y D. Suero. Inflamados de celo cristiano contra sus enemigos los moros por un ermitaño llamado Armando, de sus propios bienes edificaron un castillo estremadamente fuerte junto á una ermita de San Julian llamado *del Pereiro*. Este castillo fué la cuna de una milicia que tanto contribuyó á la restitucion de España á sus antiguos dueños, arrojando finalmente de ella á los moros sus usurpadores despues de casi ochocientos años.» (*N. del E.*)

(1) Radev. *lib.* 11, *cap.* 13.

portador era un hombre comun que desapareció antes de que se acabase la lectura de la carta. El emperador, príncipe jóven, naturalmente altivo y herido en lo vivo, no disimuló su descontento en la respuesta. Tomó el estilo de los antiguos romanos, puso en el título su nombre antes de el del Pontífice, y en el cuerpo de la epístola usa de la segunda persona del singular hablando con Su Santidad; baja venganza, pues el uso introducido mucho tiempo antes era nombrar en plural las personas de honor á quienes se hablaba. Adriano en su contestacion se queja primeramente de aquel lenguaje injurioso (1); despues acusa á Federico de haber violado la fé jurada, exigiendo el homenage de sus obispos, en vez de contentarse con el juramento de fidelidad, y prohibiendo á los legados de la Santa Sede no solamente la entrada en las iglesias, sino tambien en las ciudades de su reino; por último, llega hasta amenazarle con la pérdida de su corona si no usaba de una conducta mas prudente. Contestó el emperador con mayor altivez todavia, defendiendo que él no debia su corona sino á Dios, que los Papas por el contrario, asi como los obispos, debian sus bienes temporales á la liberalidad de los príncipes; y que todas las máximas contrarias eran sugestiones de una codicia y de un orgullo detestables, que con grande escándalo de los pueblos se habian introducido hasta en la Cátedra de San Pedro.

Exaltándose los ánimos mas y mas, Everardo, obispo de Bamberg, juzgó que debia contener las consecuencias de una tan peligrosa animosidad. Everardo era un prelado distinguido por su doctrina, por la pureza de sus costumbres y por una piedad tan prodigiosa que, aunque ocupado en los negocios públicos y aun en los de la guerra, dedicaba todos sus ocios al estudio y á la meditacion de las divinas Escrituras. El emperador, con una confianza enteramente particular en sus consejos, compartia con él la direccion de sus Estados. De esta suerte el prelado no tenia menos afecto al honor y al bien del imperio que á los intereses verdaderos de la Iglesia. Escribió al Papa y le manifestó con libertad respetuosa cuánto debia temerse que las palabras duras de una parte y otra, por un choque tantas veces reiterado, encendiesen un fuego cuyas llamas se estendiesen muy lejos en el sacerdocio y en el imperio, añadiendo que valia mas estinguir el fuego cuanto antes, que disputar de qué parte hubiese venido.

A pesar de estas representaciones, teniendo el emperador una asamblea en su campamento cerca de Bolonia, envió á ella el Papa legados para pedir la ejecucion del tratado hecho con el Papa Eugenio, para reclamar la restitucion de muchas tierras, especialmente las que habian sido dadas á la Santa Sede por la condesa Matilde, y tambien para exigir que los obispos de Italia no quedasen obligados á tributar homenage al príncipe, y que este reconociese que la magistratura y las regalías de Roma pertenecian á San Pedro. A estas demandas, aparentando el emperador grande moderacion, respondió con esta ironía: «aunque yo no deba esplicarme sobre semejantes objetos sin haber tomado antes el consejo de los señores, no me detengo en decir anticipadamente que yo no pido homenage alguno á los obispos, siempre que ellos no quieran poseer cosa alguna de mis regalías. Mas si se les dice: *¿qué teneis vosotros que hacer con el rey?* Yo á mi vez les diré: *¿qué necesidad teneis de dominios?* En cuanto á lo que se acaba de decir de la magistratura y de las regalías de Roma, compréndase por mi respuesta todo cuanto este artículo me

(1) *Ep.* 6.

da lugar de pensar: yo soy emperador romano por órden de Dios, y solo tendria un título vano si Roma no estuviese bajo mi potestad (1).» El ambicioso emperador pretendia efectivamente percibir del patrimonio de San Pedro, de que no era mas que protector, los mismos derechos que de los dominios del imperio.

Haciéndose cada vez mas espinosa la cuestion con estas negociaciones multiplicadas, y no habiendo apariencias de que el Pontífice ni el emperador tuviesen la disposicion de desistir de su intento, solo podia esperarse un funesto rompimiento, cuando la muerte del Papa Adriano vino á hacer olvidar por el pronto estos primeros temores. Murió en efecto pendiente este negocio, en el dia primero de setiembre de 1159, despues de haber ocupado la Santa Sede cuatro años y cerca de nueve meses. Este Papa, uno de los mas ardientes defensores de los intereses de la Iglesia, estuvo tan lejos de atesorar para sus parientes, que no les dejó ni siquiera un óbolo. Despues de su muerte, su madre que le sobrevivió no tuvo otro recurso en su vejez indigente que las limosnas de la iglesia de Cantorbery.

Seis dias despues de la muerte de Adriano, los cardenales y los obispos eligieron al cardenal Rolando, cancelario de la Iglesia romana: el clero y el pueblo aprobaron su eleccion y le dieron el nombre de Alejandro III (2). Solo hubo tres cardenales que no le dieron el voto, á saber: Octaviano, Juan de Morson, y Guido de Crema, los tres eran sacerdotes, y bastante temerarios los dos últimos para intentar nombrar por sí solos á Octaviano. Los que habian elegido á Alejandro se dieron prisa á revestirle de la capa de escarlata, que era el hábito particular del Sumo Pontífice y la señal de la investidura del pontificado. Alejandro resistió y huyó por la iglesia, protestando humildemente su indignidad; pero consiguieron en fin revestirle. Entonces Octaviano abandonándose á su despecho, arrancó la capa de los hombros de Alejandro; mas un senador indignado la arrebató de entre sus manos. Octaviano habia premeditado la escena impía que presentaba su arrojo. Tenia preparada una capa que hizo llevar anticipadamente, y se la revistió con tal precipitacion que lo de adelante se lo puso detrás, lo que le hizo llamar «el Papa al revés» con grandes carcajadas. Mas no tardó en suceder lo trágico á lo burlesco: abriéronse de repente las puertas de la iglesia, entró tumultuariamente mucha gente armada con espada en mano, nombrando á Octaviano Victor IV. El Papa Alejandro y los cardenales que le habian elegido pudieron á duras penas meterse en la fortaleza de la iglesia, y aun allí fueron inmediatamente atacados por gente armada, y la fortaleza fué para ellos una prision, de donde salieron únicamente para ser trasladados á otra mas estrecha al otro lado del Tiber.

Entretanto, toda la ciudad se puso en conmocion: hasta los niños gritaban contra Octaviano: las mugeres le cargaban de injurias, y le ajaban en sus canciones satíricas, no olvidando en ellas el modo ridículo con que se habia puesto la púrpura. Los cismáticos, temiendo insultos mas sérios, juzgaron á propósito poner en libertad al Pontífice y á los cardenales, los cuales se retiraron á los dominios del rey de Sicilia. El 20 de setiembre, Alejandro fué consagrado allí segun costumbre por el obispo de Ostia. Octaviano, habiendo buscado por espacio de un mes obispos para su consagracion, fué en fin consagrado en 4 de octubre por el obispo de Túsculo, que habia reconocido antes al Papa Alejandro, con asisten-

(1) Radevic. c. 30.
(2) *Art.* Pap. Alex.

cia de los obispos de Melfii y de Ferento.

Basta haber presentado á la vista estas dos elecciones para hacer palpable el crimen de la de Octaviano. No podria concebirse que este hubiera tenido por protector á Federico, á no estar habituados á ver representar tiempo habia estos papeles escandalosos por los reyes de Germania. Mas lo que no deja de causar alguna sorpresa es, que una maniobra tan destituida de colores plausibles pudiese alucinar á un emperador político y juicioso y de tal habilidad que gobernaba despóticamente la Alemania haciendo parecer no hacia otra cosa que seguir las decisiones de las Dietas: príncipe en quien los fuegos de la vanidad y las quimeras de la presuncion, casi siempre cedian á la razon despues de los primeros ímpetus: príncipe en fin que al parecer no miraba como un juguete la Religion. Pero Federico habia concebido y fomentado por largo tiempo una fuerte aversion al Papa Adriano; y es muy de temer que la preocupacion contra un Pontífice se estienda contra otro, y aun contra la misma Cátedra pontificia. Tambien pudo suceder que Federico conservase algun resentimiento particular contra Alejandro, el que habiendo sido enviado á este príncipe por el último Papa sostuvo con gran firmeza los delicados intereses que se habian confiado á su mediacion. Sea lo que fuese, el emperador se declaró desde luego por el antipapa, recibió muy mal á los nuncios que le envió el Papa legítimo, y no dió respuesta alguna á sus cartas. En ellas sin embargo se le informaba de cuanto habia pasado, con una individualidad fácil de justificar estando tan cerca del lugar de la escena. No dejó de advertírsele que contra el antipapa se habian ya fulminado los anatemas de la Iglesia. Los cardenales escribieron por su parte, decidiéndose veinte y dos por Alejandro; es decir, todos cuantos habia entonces allí, á escepcion de dos, que eligieron desde luego á Octaviano, y otros dos que le habian reconocido despues.

Omitimos la larga relacion de todas las maniobras empleadas por el emperador y el antipapa á fin de acreditar el cisma hasta en las naciones estranjeras; para seguir el órden y el hilo de la historia bastará recorrer rápidamente esta triste parte. Federico y Octaviano tuvieron algunos conciliábulos en Pavía y en Lodi (1160 y 1161), cuyas decisiones no dejaron de ser conformes á su voluntad: fué citado á ellos el Papa Alejandro, este rehusó comparecer y fué condenado como contumaz. El emperador obligó por un decreto, lleno de amenazas, á todos los obispos de sus Estados á reconocer al Papa Victor: muchos de ellos en Italia rehusaron obedecer y fueron echados de sus Sillas: todos los de Alemania tomaron alguna parte en el cisma, esceptuando el arzobispo de Saltzburgo, San Everardo, y el obispo de Brixen, que siempre se dirigia por las luces y virtudes de este: cualidades que resplandecian hasta en su rostro, y las cuales, por confesion del propio Federico, le imprimieron constantemente un respeto tan religioso, que no se atrevió jamás á disgustar á este santo contradictor (1).

No fueron mas felices las pretensiones del emperador con que intentó seducir á varios soberanos, principalmente á los reyes de Francia y de Inglaterra. Estos tomaron con denuedo el partido de Alejandro en un Concilio numeroso reunido en Tolosa y compuesto de los obispos de ambas naciones, donde se rasgó fácilmente el velo de las imposturas que se habian empleado para sorprenderlos (1161). Las tentativas del emperador con respecto á la Gran Bretaña en particular, solo sirvieron para hacerle el objeto de la execracion pública. Cundió la voz, como ya hemos referido segun un

(1) *Vit. Can. pag.* 296; Radevic, *lib.* 11, *c.* 73.

sábio inglés, el cual aseguró haber sido testigo del hecho en tiempo del Papa Eugenio (1), de que Federico habia prometido á este Pontífice someter toda la tierra á Roma, con tal que el Papa le ausiliase, excomulgando á aquellos á quienes el emperador hiciera la guerra; y que desesperando de hallar un Pontífice legítimo capaz de semejante iniquidad, habia querido elegir uno que condescendiese sin pudor con sus ideas. El rey de Jerusalen y otros muchos príncipes siguieron el ejemplo de los de Francia é Inglaterra. El mismo Manuel, emperador de Constantinopla, escribió al rey Luis el Jóven, que bajo su palabra reconocia á Alejandro por Papa legítimo (2). Hállanse otros muchos monumentos que comprueban la buena inteligencia que habia entre el Papa Alejandro y el emperador Manuel, de quien se cree con razon que no favoreció mas el cisma de la Grecia (3).

El Papa Alejandro por su parte hizo y sufrió lo mismo que hemos referido otras veces bajo los pontificados precedentes. Envió sus legados y su justificacion á los diferentes soberanos de la cristiandad: exhortó muchas veces al emperador Federico á que desistiese de su error, le excomulgó, y declaró absueltos del juramento de fidelidad á los que se la habian prometido (4). Alejandro á su vez fué condenado y anatematizado por los cismáticos, y dirigió sus quejas y manifiestos á los príncipes y á las iglesias; y sus doctores publicaron una multitud de disertaciones y de apologías. El emperador por su parte fomentó las facciones romanas; la familia de Octaviano, muy poderosa en Roma, redujo al Papa á estrañarse de ella, le quitó la mayor parte de los patrimonios de San Pedro, le puso asechanzas en todas partes, y despojó y encarceló á cuantos iban en su busca. Federico tomó y arruinó la ciudad de Milan, entre otras muchas, en venganza de la adhesion que el arzobispo y los cónsules profesaban al Papa: llegó á quitarles hasta las reliquias mas veneradas, tales como los cuerpos de los tres santos reyes, en cuya posesion pretendian estar, y fueron trasladados á Colonia, donde se veneran en el dia. En fin, no pudiendo Alejandro vivir ya en Italia con dignidad y seguridad, se refugió en el asilo abierto en todos tiempos á los Pontífices perseguidos.

Conocia las disposiciones particulares que tenia la Francia á su favor por medio del santo arzobispo Pedro de Tarantasia, que poco tiempo antes habia hecho venir cerca de su persona. Los religiosos del Cister, antiguos compañeros del santo prelado habian contribuido poderosamente á hacer reconocer al Papa legítimo, no solamente en los pueblos libres de preocupaciones, sino tambien en muchas partes de los Estados del emperador. Este órden se hallaba entonces en el grado mas eminente de su crédito. Contaba mas de setecientos abades y una multitud prodigiosa de monges, de los cuales muchos se hallaban elevados al episcopado. Los santos religiosos de la Cartuja dieron igualmente gran socorro al Papa Alejandro, y aun fueron los primeros que se declararon por él. El emperador se irritó de tal manera contra San Anthelmo, entonces cartujo y despues obispo de Bellay, que le hizo excomulgar en sus conciliábulos, como autor principal de la resolucion de sus hermanos. Por lo que hace á los monges cistercienses, mandó que todos los que se hallasen en su reino saliesen de él si no reconocian al Papa Victor, lo cual obligó á que muchos abades con sus comunidades enteras se refugiasen en Francia, del mismo modo que el Gefe de la Iglesia.

(1) Joan. Sarisb. *ep.* 59.
(2) Guill. Tyr. *lib.* 18, *cap.* 19.
(3) Cinn. *lib.* 5, *n.* 1.
(4) *Act. Alex. III, ap. Baron.*

Con todo, no se atrevió á maltratar, ni aun á inquietar al santo arzobispo de Tarantasia que estaba bajo su dominio, y que no cesaba de predicar contra el cisma con una libertad que producia el fruto mas maravilloso. Llegó hasta á recibirle con benevolencia y á tratarle con una atencion respetuosa; y como los cismáticos arrebatados de despecho le diesen por ello sus quejas, respondió: «¿puedo yo proceder de otra manera? El resistir al varon de Dios, ¿no seria resistir al mismo Dios?» Habiendo pasado el emperador á Besanzon, cuyo arzobispo Heberto era el mas fogoso de los cismáticos, se dirigió allá Pedro inmediatamente para sostener á los católicos. Los moradores de la ciudad y de los lugares vecinos acudieron en gran número á honrar al santo prelado como lo acostumbraban hacer en todas las partes por donde pasaba. Les dijo que orasen en comun para que Dios convirtiese á su obispo ó libertase de él á la Iglesia: oraron, y Heberto murió algunos dias despues (1).

Mientras que estuvo en Italia, aconteció tambien uno de aquellos sucesos que pueden ser casuales, pero que equivalen á los milagros aun en la opinion de aquellos á quienes mas incomoda el eco de este nombre. Como todo el afan era despojar á los obispos que iban á presentarse al Papa Alejandro, un señor, animado sin duda mas por el espíritu del cisma que por el aliciente del botin, acometió al santo arzobispo, cuyo equipage se reducia á cinco caballos; mas al tiempo de perseguirle cayó su caballo y se rompió una pierna. Este accidente le hizo entrar dentro de sí mismo: siguió al santo, corrió á echarse á sus pies, le pidió perdon, y le dió mil gracias por haberle alcanzado del cielo un aviso saludable en vez del último castigo que confesaba haber merecido. En este viaje de Italia predicó el santo animosamente contra el cisma aun en aquellas mismas ciudades cuyos obispos eran cismáticos; mas los pueblos solo consultaban á la veneracion que les inspiraba su santidad y sus milagros, porque á la verdad fué otro San Bernardo, asi por la muchedumbre de sus prodigios como por la brillantez de sus virtudes.

Afligido en estremo y verdaderamente temeroso de la veneracion pública, resolvió el santo arzobispo huir secretamente, y en efecto partió de noche con un solo compañero. Siguió sendas difíciles entre rocas y precipicios, mudó muchas veces de guías, y llegó solo á un monasterio de su órden, lleno de monges alemanes cuya lengua no entendia y de los cuales ni era entendido ni conocido. Fué recibido como un simple monge y gozó por algun tiempo de la oscuridad que habia buscado. Sin embargo, su familia y su pueblo, entregados al mas profundo dolor y á las mas crueles inquietudes, se dispersaron por todas partes, ó para encontrarle ó para adquirir á lo menos alguna noticia. En fin, un jóven á quien habia educado desde su infancia, habiendo llegado hasta aquella casa, le reconoció entre los monges que salian á trabajar al campo, y dió un grito que los paró. Estos buenos religiosos quedaron estrañamente admirados: toda la comunidad se echó á los pies del arzobispo derramando lágrimas y pidiéndole perdon de no haberle tratado como merecia; mas él lloró todavia con mayor amargura al verse arrancar de esta manera de las dulzuras de su humilde retiro, puesto que habiéndose propagado inmediatamente la nueva de tan dichoso descubrimiento, se vió obligado á volver á su rebaño.

Llenó completamente treinta y cuatro años de un santo y largo episcopado, durante los cuales vivió como el mas pobre y el mas austero de los monges. No solamente

(1) Bolland. *t.* 13, *ad* 8 *mai.*

conservó el hábito, sino que siempre le quiso vil y usado; y si alguna vez le precisaban á tomar otro mejor, le daba de limosna en la primera ocasion que se le presentaba. Su comida era un poco de pan moreno y algunas legumbres aderezadas como las que hacia servir á los pobres. No dejó de sostener con eficacia los intereses de su iglesia y restablecer su patrimonio, y de cumplir con no menos dignidad que vigilancia con todas las funciones pastorales. Entre todas sus virtudes resplandeció particularmente su ternura para con los pobres y enfermos. En este punto fueron tales sus solicitudes, cuales se conceden á aquellas almas tiernas con las que parece que el Padre celestial ha dividido los cuidados de su Providencia y la dulce uncion de su misericordia. Su casa era en todo tiempo un refugio abierto á los desgraciados; pero durante los tres meses que preceden á la cosecha, en que mas faltan los víveres en aquel terreno ingrato, parecia su casa mas bien un hospital que palacio de un obispo. Dos veces pasando los Alpes se quitó su túnica para que se cubriesen unas pobres mugeres que se morian de frio, no conservando él mas que su manto por encima del cilicio con peligro inminente de perecer él mismo. En una sola visita gastó en limosnas dos mil sueldos; es decir, cincuenta marcos de plata, importando entonces cada marco cuarenta sueldos.

El Papa Alejandro fué recibido en Francia con tal afecto y respeto, que dieron bien á conocer que ni el rey ni sus súbditos se cansaban de seguir siendo defensores de la Iglesia romana. El primer uso que hizo allí de su autoridad, fué concerniente á los clérigos empleados en servicio del rey (1162). Desde Montpellier adonde llegó, escribió al cabildo de Auxerre para que dejase disfrutar de la renta de su prebenda al canónigo Pedro aunque ausente, por cuanto hallándose empleado en el servicio de su soberano, debia considerársele como presente. No obstante, por alguna etiqueta de ceremonial, el rey Luis se manifestó repentinamente descontento del Pontífice, y el primer ímpetu del monarca llegó hasta declarar su arrepentimiento de haber reconocido á Alejandro mas bien que á Victor. Pero esto no fué mas que una nube pasagera, que no alteró de modo alguno el principio religioso de su adhesion á la unidad católica, como tuvo ocasion de manifestarlo muy luego con aquella magnanimidad que hacia el fondo de su carácter.

Atentos siempre los cismáticos á sostenerse por todos los medios imaginables, se aprovecharon del descontento del rey para empeñarle en una conferencia con el emperador, á pretesto de extinguir en todas las naciones las disensiones de la Iglesia (1). La pequeña ciudad de San Juan de Losne fué el lugar destinado para esta conferencia, por estar situada en los confines del reino de Francia y de la Borgoña que constituia parte del imperio. El rey se presentó en ella con unas miras muy puras y lleno de confianza, creyendo que todo se trataria de un modo canónico por los obispos de diferentes naciones que habian concurrido en gran número. Mas el emperador, sin presentarse en persona, le hizo declarar por su canciller Reinaldo, arzobispo de Colonia y el mas arriscado cismático de su comitiva, que se guardaria bien de transferir á otros el derecho que á él solo pertenecia de juzgar á la Iglesia romana; que el rey de Francia y sus obispos podrian asistir á la conferencia, pero en calidad de testigos solamente, y para recibir al Papa que fuese de la aprobacion del emperador y de los obispos del imperio. Sonrióse el rey al oir tan estravagante insolencia. «Esas son, dijo, unas quimeras con que podeis

(1) *Act. Alex. Duches. tom. 4, pag. 570 et seq.*

mantener la imbecilidad de vuestras gentes; pero me admiro de que hayan salido aquí de vuestra boca. ¿Ignora acaso el emperador que Jesucristo encargó á San Pedro y á sus sucesores que apacentasen su grey? ¿Qué idea, pues, se ha forjado de mí y de mis obispos?» Tomando inmediatamente á los asistentes por testigos del fraude y de la infraccion de las promesas que se habian hecho, volvió la brida, picó fuertemente á su caballo, y se libertó á tiempo del lazo en que conoció algo tarde que le querian coger.

Despues de haber dado las providencias necesarias para la seguridad de su frontera, se encaminó al pais del Loira á juntarse con el rey de Inglaterra, que habia juzgado mejor que él del designio de los alemanes, y que para socorrerle se adelantaba á marchas forzadas. Así estos dos príncipes rivales y tan frecuentemente armados uno contra otro, se manifestaron en esta ocasion conducidos por un mismo impulso y animados de un mismo interés al tratarse de la santa unidad. Mas el ejército imperial á quien empezaron á faltar los víveres, no tardó un momento en alejarse de la Francia, y de su propia voluntad la libertó de toda inquietud. Durante la negociacion de San Juan de Losme, el Papa Alejandro se detuvo en la abadía de Burgo de Dios, situada en la diócesis de Bourges, en los Estados del rey de Inglaterra, donde se creyó mas seguro en aquellas circunstancias, y luego salió de allí para conferenciar con los dos reyes que se habian juntado ya en Couci sobre el Loira. Ambos se disputaron la gloria en honrarle, los dos quisieron servirle de escuderos, y marcharon á sus lados, el uno á la derecha y el otro á la izquierda, teniendo cada uno las riendas de su caballo. Aunque varios príncipes dieron muchas veces este testimonio de veneracion al Vicario de Jesucristo, nunca como entonces, viendo el espectáculo que presentaban dos monarcas enemigos y desarmados por la Iglesia, se creyó verificado el cumplimiento de la profecía alegórica, de que el leon y el leopardo, semejándose á la oveja y al tierno corderillo, olvidaban bajo del cayado su natural antipatía.

Alejandro siguió con confianza al rey Luis á su capital, donde puso la primera piedra de la iglesia de Nuestra Señora, que se comenzó á edificar en aquel año de 1162, tal como se la ve en el dia. Mauricio de Sulli fué el que la construyó enteramente en el tiempo de su episcopado, á escepcion de la portada que mira al Mediodia y de algunos trozos de puro adorno. Este prelado, llamado así por el lugar de su nacimiento en la diócesis de Orleans, no obstante la oscuridad y la indigencia en que nació, dió á conocer desde su infancia la nobleza y la elevacion de sus sentimientos. Dicen que pidiendo entonces limosna, y fingiendo la persona á quien se dirigió no querer dársela á menos que no renunciase á la esperanza de obispar, la despreció con altivez (1). Sea lo que fuese, no tardó en desplegarse enteramente la grandeza de su alma, con la superioridad de espíritu que comunmente acompaña á la del sentimiento. Por el camino de las ciencias llegó muy luego á una cátedra de teología y á la dignidad de arcediano en la capital. Adquirió tanta estimacion en este primer puesto, que en la muerte de Pedro Lombardo, quien solo ocupó un año la Silla de Paris, en la dificultad ó conflicto de los votos, ocurrida en el modo acostumbrado de la eleccion, todos los vocales remitieron á Mauricio la eleccion del nuevo obispo. Esta se efectuó desde luego. «No leo, dijo, en la conciencia de los otros; pero debo conocerme á mí

(1) *Gall. Christ. tom. 1; Hist. eccl. par. tom. 11' pag.* 122.

mismo. En este supuesto creo poder responder por mí, que si yo tomo el gobierno de esta diócesis, procuraré gobernarla bien con la gracia del Señor.» Poniendo luego la mano en el pecho, dijo: «yo me nombro á mi mismo, y ved aquí á vuestro obispo.» Manifestó por los efectos que esta presuncion aparente no era mas que el sentimiento ingénuo de una alma grande y un aprecio justo de sí mismo.

De Paris fué el Papa á Tours para tener un Concilio que convocó para la octava de Pentecostés, y se abrió con efecto en este dia 19 de mayo de 1163 (1). Halláronse en él diez y siete cardenales, ciento veinticuatro obispos, de Francia, de Inglaterra y algunos de Italia, cuatrocientos catorce abades y una multitud proporcionada de otras personas eclesiásticas y legas. Se propusieron desacreditar á los cismáticos y llenarlos de confusion, como que estaban enteramente persuadidos de que así lo merecian. Queriendo el Papa dar desde luego cuenta al Concilio de la canonicidad de su eleccion, en el momento en que comenzó á esplicarse empezaron á resonar en toda la asamblea los gritos del anatema y maldicion contra el falso Pontífice. Declararon nulas las ordenaciones hechas por él y por los otros cismáticos, entre los cuales dos eran notados de heregía; á saber, el cardenal Guido de Crema, y Juan, abad de Strum (2), los cuales justificaron en adelante esta severidad, que se usó particularmente con ellos, haciéndose uno y otro antipapas. Intentó asimismo el Concilio atajar los progresos de los herejes maniqueos, que infestaban el Langüedoc y que despues fueron llamados albigenses. Prohibió bajo pena de excomunion todo comercio con ellos, aun para comprar ó vender, y prescribió todas las precauciones posibles para impedir sus maquinaciones. Tambien creyeron conveniente los Padres hacer frente á un abuso introducido en muchos monasterios: habia en ellos algunos religiosos, que con pretesto de caridad vivian en el siglo para estudiar las leyes civiles y lo que entonces llamaban física, esto es, la medicina, para ejercer despues la profesion de médicos y de abogados. Reprobó el Concilio esta costumbre en los monges, sin prohibirles absolutamente sus funciones con tal que no las ejerciesen fuera de sus claustros: temperamento que se creyó todavía necesario para el bien público, á causa de los restos de la antigua ignorancia.

Concluido el Concilio, los dos reyes de Francia y de Inglaterra hicieron uno y otro convidar al Papa Alejandro con sus respectivos Estados para fijar en ellos su residencia, ofreciéndole para su mansion el lugar que mejor le pareciese. Escogió la ciudad de Sens, la mas distinguida entonces en el órden gerárquico, como metrópoli de la capital de Francia. Estableciόse en ella á principios de octubre, y permaneció allí cerca de año y medio decidiendo los negocios de toda la Iglesia del mismo modo que si hubiese estado en Roma.

No se imaginaba por entonces que uno de los objetos mas tristes de su solicitud pontificia hubiese de ser en el año siguiente el arzobispo de Cantorbery, Tomás Becquet, el cual acababa de presentarse en el Concilio de Tours, con tanta distincion como si hubiera sido hermano de su rey. Con efecto, Enrique II tenia entonces tal confianza en su persona, y le profesaba tal intimidad, cual podia haber dispensado al primer príncipe de su sangre. Tomás añadia á su figura noble y agradable una penetracion que le hacia superior á los negocios mas difíciles, un espíritu varonil contra todos los obstáculos, toda la grandeza y ele-

(1) *Tom. 10 Concilior pag.* 1424.
(2) *Can.* 9.

vacion de sentimientos de un príncipe, y al mismo tiempo la flexibilidad de carácter, la urbanidad y amenidad del mas fino cortesano. Se prestaba á todos los gustos del rey, ya por la caza y por otros varios placeres, ya por la magnificencia en la representacion, en los palacios, en los muebles y aun en los vestidos; nada escluia de su complacencia mas que las bajezas y las injusticias, que miró siempre con horror en los diferentes estados de su vida. Así siempre su alma, honesta y llena de energía, en el seno mismo de las delicias y de la vanidad, se conservó pura con respecto á las mugeres.

Habia recibido una educacion virtuosa, digna de sus padres sólidamente cristianos. Su padre Guiberto, aunque originario de un pueblo corto, habiendo tenido valor de marchar contra los infieles de Palestina, fué hecho prisionero en un combate y llevado cautivo á Egipto. Vió allí la hija de un almirante musulman. Esta se compadeció de su suerte, y pasando insensiblemente de la compasion al amor, le ofreció su mano. Tratóse de recobrar su libertad y de hacerla cristiana: aceptó el partido, huyó con ella, y llegó felizmente á Inglaterra, donde se casó despues que hubo recibido el bautismo. Tomás fué el fruto de este matrimonio y recibió los sentimientos religiosos que podian esperarse (1). Hizo sus estudios en Oxford, los prosiguió en París, donde florecian siempre las bellas letras, y luego se aplicó al derecho en la escuela célebre de Bolonia. Bien pronto fué conocido de Thibaldo, arzobispo de Cantorbery, el cual añadió el arcedianato de esta iglesia á la prebostía de Beverley y á otros muchos beneficios que Tomás habia ya obtenido. Habiendo llegado Enrique II á ponerse la corona, el arzobispo Thibaldo, deseoso de ganar para la Iglesia el afecto de este jóven monarca naturalmente emprendedor, hizo de manera que eligiese á Tomas por canciller suyo.

En este puesto importante fué donde Becquet llegó al mayor favor y á un poder casi sin límites, no solo por sus cualidades amables y su cortesanía, sino tambien por las negociaciones hábiles y servicios esenciales que hizo en gran número al Estado. Nada hallaba el rey que fuese estraño á los talentos de su canciller. No solamente le confió el cuidado de la justicia universal del reino, sino tambien la educacion del jóven Enrique su hijo y su heredero presuntivo. En fin, habiendo fallecido Thibaldo de Cantorbery, propuso el rey esta mitra al canciller. Pero Tomás no estaba tan preocupado con su favor que le impidiese presentir todos los disgustos que los émulos de la córte no dejan de ocasionar al mas dichoso favorito. Frecuentemente y con lágrimas en sus ojos decia á sus mas íntimos amigos mientras que todo al parecer lisonjeaba su fortuna, que nada deseaba con mas ardor que el poder salir honestamente de su brillante esclavitud. Cuando el rey le propuso que queria hacerle primado del reino, le dijo: «Señor, yo no os lo aconsejo; es mucha vuestra bondad para conmigo, y tal vez el odio ocupará muy en breve su lugar; un obispo mira los negocios de la Iglesia con otros ojos que un canciller.» El rey no mudó de dictámen, y manifestó sus deseos al clero de Cantorbery, el cual tuvo á gran dicha la eleccion de Tomás. Este fué el primer inglés de nacion elevado á esta Silla despues de su fundacion. Antes de aceptar una dignidad que segun sus principios debia hacerle morir enteramente al siglo, pidió y obtuvo ser exonerado de todas las obligaciones que podia haber contraido en la corte; luego dejó á Lóndres para ir á consagrarse en Cantorbery (1162).

Desde entonces comenzó á reflexionar seriamente sobre la santidad del estado en

(1) *Vit. Quadrip. lib. 1, cap. 1; Coll. Lup. lib. 1.*

que iba á entrar. En el camino dijo á Heberto, individuo de su clero y digno de su confianza: «probablemente sucederá conmigo lo que con todos aquellos que ocupan grandes puestos, que por lo regular ellos solos ignoran las quejas que el pueblo tiene de su conducta. Comunicadme pues en lo sucesivo todo cuanto dijeren de mí: advertidme sobre todo las faltas que en mí observáreis.»

Luego despues de su consagracion pareció un nuevo hombre. Dejó sus vestidos suntuosos, vistió el hábito monástico sobre un áspero cilicio, trayendo encima de él otro vestido conveniente á su dignidad, pero sencillo, modesto y largo, de seda oscura y forrado solamente de pieles de cordero. Observó igual sencillez en sus muebles y en su método de vida, y reservó gran parte de sus rentas para alivio de los pobres. Alimentaba todos los dias á ciento y cincuenta, y á doce de ellos les lavaba tambien los pies. Además de estas limosnas ejemplares hacia otras infinitas que su humildad tímida y la delicadeza de sus desvelos á favor de los pobres vergonzantes, procuraban igualmente tener secretas. En cuanto á las limosnas establecidas en el arzobispado, duplicó las de Thibaldo su predecesor, el cual habia ya practicado lo mismo con las de aquellos que le habian precedido. Su aplicacion á la meditacion, á la oracion, á la lectura de libros devotos y al estudio de la Escritura y de los Padres, igualó á su caridad. Se le oia con frecuencia llorar como perdido aquel tiempo que habia empleado en los negocios del siglo. Su mesa era numerosa, pero sin lujo. En ella colocaba á los literatos á su derecha, y á los monges á su izquierda: los señores y demas seglares comian á parte, temiendo, les decia, no les causase fastidio la lectura latina que duraba todo el tiempo de la comida. Aunque el uso de manjares delicados llegó á serle necesario en fuerza del largo hábito que habia contraido, no dejó de guardar una rígida sobriedad.

Un prelado que se entregaba tan absolutamente á Dios, no podia ya dividirse de modo alguno entre la Iglesia y el siglo. Poco despues de su vuelta del Concilio de Tours, en el segundo año de su obispado, envió al rey los sellos, suplicándole nombrase otro canciller. El favor de los príncipes es un peso de que no es fácil descargarse cuando se quiere. Enrique miró como una injuria, que un hombre tan colmado de sus gracias manifestase despreciarlas de este modo. Concibió desde luego contra él una aversion, que solo necesitaba para manifestarse algun pretesto con que no quedase humillado su amor propio. Una competencia suscitada entre la jurisdiccion civil y la eclesiástica le ofreció ocasion oportuna. Enrique I habia concedido á los obispos el derecho de juzgar de los crímenes de sus clérigos, con esclusion de jueces seglares; y Enrique II, en la ceremonia de su consagracion, juró conservársele (1). Este príncipe, despues de su descontento con el arzobispo de Cantorbery, quiso someter á la justicia civil algunos clérigos culpables y el arzobispo lo desaprobó. El rey hizo juntar en Lóndres el arzobispo y los obispos, valiéndose primeramente de la persuasion para atraerlos á su dictámen. No habiendo podido lograr su intento, le faltó la paciencia; y mirándolos con ojos coléricos, les preguntó si no querian observar las costumbres de su reino. Lo que entonces llamaban costumbres no era mas, segun el historiador de Inglaterra (2), que un caos propio para confundir los usos legítimos con las usurpaciones de la violencia y de la tiranía. Es-

(1) *Vit. Quadrip. lib. 1, cap. 17 et seq.*; Matt. Paris. *ad ann.* 1163.
(2) Matt. Par. *p.* 97.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

trechados á contraer un empeño tan general y tan equívoco, opusieron los prelados algunas cláusulas igualmente vagas, y respondieron que observarian las costumbres, los unos *salvo su órden*, los otros *segun su conciencia*. El rey, ofendido de estas restricciones, disolvió de improviso la asamblea; y para atestiguar mejor su indignacion salió de Lóndres el dia siguiente antes de amanecer.

Entretanto se esparció el temor entre los prelados, y empezaron á separarse del arzobispo y prestarse á los deseos de la córte. Algunos se esforzaron en persuadir á Tomás haciéndole entender que el rey no queria mas que dejar bien puesto su honor á los ojos del público, mediante alguna apariencia de consentimiento de parte del clero. En atencion á esto fué el arzobispo á encontrar al príncipe en Oxford y le prometió mudar la cláusula que tan vivamente le habia ofendido. Enrique pareció ablandarse, y pidió que se cumpliese públicamente esta promesa en la asamblea de los obispos y de los señores.

En consecuencia de esto, se juntaron de todo el reino en Clarendon (1164), donde los señores mas poderosos, algunos obispos, y Ricardo, maestre de los templarios, personaje de mucha consideracion, suplicaron al santo arzobispo, que empezaba ya á temblar á vista de las resultas de su condescendencia, que reflexionase las desgracias á que se esponia con su clero. El terror los tenia abatidos de tal manera, que cada uno se figuraba ver la espada levantada sobre su cabeza. Rindióse por segunda vez á instancias tan eficaces y fué el primero que se obligó. Juró generalmente observar las costumbres, de buena fé y sin ninguna otra adicion; todos los obispos hicieron despues de él el juramento en la misma forma; mas no tardaron en reconocer un justo motivo de arrepentimiento por haberse comprometido tan absolutamente. En vez de algunos artículos justos y sin inconvenientes, á los cuales los ministros del rey habian prometido reducir aquella fantasma espantosa de las costumbres, solo pensaron en agravar su peso siguiendo los impulsos ó de la adulacion al monarca, ó de una envidia secreta contra el clero. Reclamó el arzobispo contra el abuso tan enorme que se hacia de la condescendencia de los obispos; y al fin, los agentes de Enrique limitaron su coleccion á diez y seis artículos, bastantes sin embargo para consternar las conciencias que fuesen algo timoratas. Esta supercheria sumergió al arzobispo en el dolor mas profundo; pero le contuvo encerrado en su corazon, hasta que pudo lograr una ocasion de retractarse sin irritar el carácter violento del príncipe. Habiendo propuesto Enrique al arzobispo que firmase el decreto junto con los otros prelados, y que pusiese su sello, respondió el Santo que la naturaleza del negocio exigia alguna dilacion á fin de concluirle, á lo menos de un modo decoroso. Con este pretesto ganó tiempo. Al retirarse se llevó un ejemplar de las actas de la asamblea.

Apenas hubo regresado á donde estaban los suyos, oyó entre ellos vivos rumores acerca de lo que acababa de suceder. El clérigo encargado de precederle con la cruz, prorumpia en mil invectivas amargas contra el yugo vergonzoso que se imponia al clero y contra los prelados que tenian la cobardía de someterse á él. «El arte de agradar y de lisonjear, decia, es la única sabiduría de que en el dia se hace aprecio. El contagio ha inficionado al pastor despues de las ovejas. ¿Qué refugio resta á la inocencia? ¿Quién combatirá por ella despues que el gefe ha sido vencido? ¿Cómo se podrá resistir á una tormenta que trastorna hasta las columnas de la Iglesia?» — «¿A quién aludes con esto, hijo mio?» le dijo el arzobispo. — «A vos mismo, respondió

el clérigo, á vos que acabais de perder vuestro honor y vuestra conciencia, trasmitiendo á la posteridad un ejemplo tan escandaloso cual es la aprobacion de unas costumbres tan abominables.» El santo arzobispo dijo suspirando: «He pecado, me arrepiento de mi culpa, y me juzgo indigno de las funciones del sacerdocio, hasta expiarla con la penitencia y obtener del Sumo Pontífice la absolucion.» Se impuso inmediatamente penitencias estraordinarias, y envió una persona al Papa á fin de que le absolviese. Alejandro III no aprobó de modo alguno que por una falta en que fué sorprendido, y reparada ya tan generosamente, se hubiese apartado del altar con peligro de escándalo un prelado de esta distincion. Le mandó expiarla delante de Dios en tanto que le remordiese su conciencia, y usar de la confesion sacramental, sin señalarle no obstante cosa alguna acerca de la reparacion que exigia respecto de los hombres. La solemne negativa que al fin dió Tomás al rey Enrique, previno bastantemente el escándalo.

Al primer rumor de esta novedad, aquel príncipe violento se dejó arrebatar de la cólera, aunque apenas creia lo que todo el mundo publicaba. Mas despues de haber hecho comparecer al arzobispo, viendo que se negaba claramente á firmar las actas de Clarendon, su negro resentimiento á nada menos parecia aspirar que á la muerte del prelado. Temia sin embargo el oprobio que semejante atentado imprimiria en su nombre, y aun mas tal vez las revoluciones funestas que escitaria en el reino. Probó por toda suerte de ardides y de malos tratamientos á reducir al arzobispo á que hiciese dimision de su dignidad. Habiéndole hecho citar en Northampton á una especie de concilio compuesto de todos los prelados y de todos los señores del reino, comenzó por hacerle acriminar el no haber comparecido en persona á una citacion precedente. Justificó el arzobispo que habia respondido por medio de una persona suficiente, segun los términos de la ley; mas no por esto dejaron de confiscarle todos sus muebles. Exigióle Enrique en seguida quinientas libras de plata que le habia prestado: el arzobispo afirmó que el príncipe le habia hecho donacion de ellas; pero á pesar de eso fué condenado á restituirlas sin demora. Sosteniéndose siempre con valor y sinceridad, se le pidió cuenta de los bienes inmensos que habia administrado siendo canciller, y cuya suma ascendia á doscientos treinta mil marcos de plata. Esta proposicion indignó á todo el mundo: murmuraban de todas partes, diciendo que el plan era perder al arzobispo. Por lo que toca á este, sin entrar en una justificacion circunstanciada que su poderoso enemigo estaba bien determinado á no admitir, cortó el enredo por el pie, recordando lo que era notorio, que el rey le habia eximido de todo cargo cuando le hizo aceptar el arzobispado.

Comenzaron no obstante á proceder en forma, y aun á opinar que se le sentenciase; pero la conmocion y la incertidumbre agitaron muy en breve la asamblea. Algunos obispos aconsejaron al Santo que renunciase una dignidad que escitaba borrascas tan peligrosas. Otros juzgaban que este ejemplo seria de una consecuencia perniciosa para toda la Iglesia, pues sujetaria las leyes mas sagradas el capricho del príncipe. El mayor número, sin ser los mas celosos, repugnaban fuertemente el pronunciar contra su primado, juntos con los legos, una sentencia manifiestamente contraria á los cánones. En fin, despues de haber meditado bien cómo saldrian de una situacion en la cual no quedaba otro partido que el de incurrir necesariamente en la indignacion del rey, ó el de hacer traicion á la Religion, convinieron en citar al arzobispo

atribunal del Papa, como reo de perjurio por no haber admitido las costumbres que habia jurado observar. El mismo Tomás apeló al Sumo Pontífice, y se salió al momento de la asamblea. Los cortesanos le llenaron de injurias; mas, contra toda esperanza, la violencia no pasó adelante. La injusticia de los grandes hizo tan poca impresion en el pueblo, que todos al verle bendecian mil veces al cielo por haberle sacado de un peligro que ya creian le habria causado la muerte. Era tan grande la muchedumbre que concurrió á recibir su bendicion, que apenas podia pasar con su caballo. Todos le acompañaron hasta su alojamiento.

Por la noche dos señores de los mas principales fueron á visitarle deshechos en lágrimas, y le aseguraron que ciertos hombres, no menos distinguidos por su rango que acostumbrados al crímen, se habian obligado mútuamente con juramento á quitarle la vida. Él habia ya pensado en evadirse, y este aviso le determinó inmediatamente á la fuga. Para encubrir no obstante su designio, hizo preparar su cama, fingió querer descansar, se acostó, y algunas horas despues se marchó en silencio por una puerta escusada, mientras que todos estaban en el primer sueño. No llevaba en su compañía mas que á su fiel Heberto y á un santo religioso del órden de Semprigan, con los cuales partió disfrazado y por caminos poco trillados hácia el mar (1164).

Al dia siguiente por la mañana, sabedor el rey de la fuga del arzobispo, juntó lleno de temor á los obispos y señores y les pidió sus consejos con inquietud. Atendiendo al curso que habia tomado este negocio, no hallaron otro espediente mejor que el de continuarle por aquel camino que el mismo Tomás seguia. Se esforzaron en ganarle la delantera, y tomaron todas las medidas para oprimirle en Francia, donde residia el Papa, á quien enviaron una embajada pomposa y acompañada de tan ricos presentes, que decian todos seria gran felicidad si los embajadores no eran robados en el camino. Entretanto el temor que tuvo la política de ofender á la corte pontificia, ó mas bien por un efecto señalado de los designios benéficos de la Providencia hácia su siervo, se publicó en Inglaterra, en nombre del rey, una prohibicion rigurosa de molestar las gentes del arzobispo y de tocar á sus propios bienes.

El Santo llegó primero á Lincoln, despues á una ermita dependiente de Semprigan, donde la delicadeza de su complexion le obligó á descansar tres dias á fin de recuperar algunas fuerzas (1). De alli volviendo hácia la costa meridional por el lado de Francia, y caminando siempre de noche, llegó á las inmediaciones de Sandwich, donde entró en una barca y al cuarto dia arribó á Boulogne. Andaba á pie vestido de monge, haciéndose llamar fray Cristiano; mas estando poco acostumbrado á viajar de un modo tan penoso, en el fin de un otoño molestísimo por la lluvia y los lodos, y muy incomodado ya de la mar, apenas se habia andado algo se echó en tierra estenuado de fatiga, y dijo á sus compañeros: «Es necesario que me lleveis ó que me busqueis una caballería.» Hallaronle un caballo que no tenia ni silla ni freno, acomodaron en él su manto, y le montaron con trabajo. Poco despues encontró gente armada, y le preguntaron si era él el arzobispo de Cantorberi. Les respondió sonriéndose: «Juzgad vosotros mismos si este es el equipage de un arzobispo;» y se marcharon sin conocerle.

No fueron menos los peligros que tuvo en el condado de Boulogne y en la parte de Flandes que hubo de atravesar, cuyos

(1) *Vit. Quadrip. lib. 11, cap. 2 et seq.*

dos condes, primos hermanos del rey Enrique II por su madre Sibila de Anjou, estaban prevenidos por este príncipe de que Tomás habia huido de su reino como un traidor. En Gravelinas, aunque sus compañeros manifestaron tratarle como al mas inferior entre ellos, el dueño de la posada donde fué á parar quedó prendado de sus modales nobles, de su bello semblante y de todo su esterior, á la verdad muy digno de reparo. Su talla era aventajada; tenia una fisonomía de carácter noble, la cara larga, la frente espaciosa, el mirar agradable, y además le tez y las manos muy diferentes de las gentes del trabajo. Como se habia esparcido en todo el pais el rumor de su fuga, y tal vez igualmente sus señas, el mesonero despues de haberle observado con mucha atencion llamó á su muger á parte y la manifestó sus sospechas. La muger fué apresuradamente á la mesa para considerar en ella al santo prelado, quien movido de su natural afabilidad estaba haciendo fiestas á los niños de la casa, dándoles de lo poco que le habian servido. Volvió ella sonriéndose y dijo á su marido: «en verdad lo habeis atinado, ciertamente es el mismo.» Inmediatamente fué á buscar lo mejor que habia, y lo puso en la mesa del que decia ser fray Cristiano, quien no dejó de sorprenderse mucho al ver estas nuevas atenciones. Acabada la cena se sentó en el suelo el mesonero á los pies del Santo, sin querer variar de postura por mas que se le dijo. Habiendo perseverado algunos momentos pensativo: «Señor, le dijo de improviso, doy gracias á Dios porque ha honrado mi casa con vuestra presencia.»—«¿Y quién soy yo, replicó el prelado? ¿de qué utilidad puede serviros el pobre fray Cristiano?»—«Seguramente, volvió á replicar el mesonero, vos sois cristiano, pues sois el arzobispo de Cantorbery.» Viendo el prelado que ya no podia disimular mas, procuró con caricias y con una confianza que ya era indispensable, obligar á su hospedero al secreto, y le convidó á acompañarle al dia siguiente.

Partió antes de amanecer, y despues de haber andado doce leguas á pie en un tiempo malísimo, siempre con agua y lodos, llegó al monasterio de Clair-marais, cerca de San Omer. En el mismo dia llegaron allí los embajadores que el rey de Inglaterra enviaba al Papa, por cuya causa se vió precisado el arzobispo, á pesar de estar rendido de cansancio, á abandonar de noche á Clair-marais despues de maitines, y retirarse á una ermita de San Bertin, donde permaneció oculto por espacio de tres dias, y despues á instancias del abad y de los monges pasó al propio San Bertin.

Entretanto los embajadores de Inglaterra llegaron á Compiegne donde estaba el rey Luis el jóven, y le entregaron las cartas por las cuales el rey su amo rogaba á Luis que no admitiese en sus Estados á Tomás, ex-arzobispo de Cantorbery. «¡Ex-arzobispo! replicó Luis todo inmutado. ¿Pues quién le ha depuesto, si ya no tiene esta dignidad? Yo soy rey tambien como el de Inglaterra, y con todo no me persuado poder deponer al menor de los clérigos de mi reino.» El doctor Herberto y otro compañero del Santo, que habian seguido á los embajadores sin perderlos de vista, fueron despues á ver al rey de Francia. Luego que se dieron á conocer como enviados del Santo prelado, les mandó el rey entrar con honor, corrió á abrazarlos, los escuchó y se informó con mucho cuidado. Al oir la relacion que le hicieron de las penalidades y trabajos de su maestro, el buen rey, sensiblemente enternecido, les dijo, para tranquilizarles, lo que habia respondido á los embajadores, y luego añadió: «antes de tratar así á un personage de ese rango y de ese mérito, deberia haberse acordado de aquel verso del Salmo: *irritaos y no que-*

rais pecar.» —«Señor, replicó uno de los enviados, tal vez se habria acordado si frecuentase como vos el oficio divino.» El rey se sonrió, les aseguró de toda su proteccion para con el arzobispo, y dijo al despedirlos: «es propio de la antigua dignidad de la corona de Francia, que los justos perseguidos, y sobre todo los ministros de la Iglesia, hallen socorros y seguridad en este reino.» Se retiraron muy contentos, y se dieron prisa á ir á presentarse al Papa en Sens, á donde habian llegado el dia anterior los embajadores del rey Enrique.

Tomás por su parte salió de San Bertin acompañado del abad y de Milon, obispo de Teruana, que le condujeron hasta Soissons. Luis el jóven concurrió allí al dia siguiente, y fué á apearse á donde estaba alojado el arzobispo, á quien él quiso adelantarse. Se mostró todavia mas afectuoso que en la buena acogida que habia dado á sus enviados, ocurrió con magnificencia á todas sus necesidades, y le hizo acompañar á Sens por sus oficiales.

El Papa se compadeció mucho de sus penas, le hizo esplicar la causa de ellas en presencia de los cardenales, le dió el primer lugar despues del suyo en la asamblea y quiso que hablase sentado. Tomás, despues de haber dicho con sencillez que creia sufrir por la justicia, y que si hubiese querido ser infiel á su conciencia no tendria necesidad de mediador, presentó el ejemplar de las costumbres, y dijo derramando lágrimas: «ved ahí lo que se me quiere hacer aprobar; á vos corresponde, Santo Padre, el juzgar si esto puede hacerse sin vulnerar la Religion.» El Papa habiendo leido y releido cada artículo con atencion, vió por sí mismo la justicia de la causa del Santo. Solo le reprendió su primera debilidad con que pareció dar alguna especie de aprobacion á dichos artículos, los halló contrarios en su mayor parte á las reglas canónicas, y reconoció no obstante haber algunos que podian tolerarse. En efecto, en la sentencia que no tardó en dar, despues de haber pronunciado que todos nacian de un mal principio, no dejó de señalar algunos como tolerables: todos los demas los condenó severamente.

La prolija enumeracion de estos artículos seria inútil. Mucho menos enojoso y mas instructivo será reducir la sustancia á las tres especies que los diversifican. La primera es de aquellos que segun las espresiones del mas ilustre de los doctores modernos de Francia (1), combatian las prerogativas que Jesucristo adquirió á su Iglesia con el precio de su sangre; es decir, aquellos que eran contrarios al derecho divino. De esta manera debemos calificar las trabas que Enrique II queria poner al ejercicio de la primacía pontificia, imposibilitando toda suerte de apelacion y de recurso á la Santa Sede. Tal es además la dependencia en que pretendia poner la potestad episcopal de atar y desatar, ó de pronunciar las censuras eclesiásticas, como de instruir á los ministros de la Iglesia. La segunda especie de artículos condenables, á juicio del sábio prelado que hemos tomado por guia en esta materia espinosa (2), comprende aquellos que aniquilan los privilegios concedidos á la Iglesia por los seglares piadosos. Siendo las dos potestades independientes una de otra, y soberanas cada una en su esfera, hallaba el santo arzobispo de Cantorbery que era muy propio de la equidad y del derecho natural, que un donativo hecho á la Iglesia por el príncipe no fuese menos irrevocable que tantas concesiones eclesiásticas como los príncipes procuran sostener despues de haber tomado posesion de ellas. En fin, la tercera especie de estos artículos condenables

(1) Bossuet, *Hist. variat. lib. 7, num. 114.*
(2) Bossuet, *ib.*

eran las costumbres reputadas injustas y perniciosas, segun la jurisprudencia de entonces. Así, por ejemplo, se pretendia que la potestad secular no tenia derecho alguno en las causas criminales de los eclesiásticos; y esta doctrina, que defendia Santo Tomás, lejos de ser reciente, habia sido enseñada y practicada antes de las falsas decretales y aun antes de las Novelas de Justiniano, de donde ciertos críticos suponian derivaba. Constantino probó haber comprendido cuánto perderia de su imperio la Religion asimilándose los eclesiásticos á los legos ante los mismos tribunales, cuando en una asamblea de obispos quemó las acusaciones intentadas contra ellos, diciendo que «seria una gran falta dar á conocer al pueblo los pecados de los sacerdotes, porque el pueblo se escandalizaria y se dejaria llevar mas fácilmente al mal (1).» Esta misma conviccion le hacia decir que «si hubiera visto á un obispo estar cometiendo un adulterio, le habria cubierto con su manto.» Con razon pues causaba general escándalo ver se negaba á la Iglesia el derecho de prohibir á los legos seglares, que son sus súbditos, el llevar ante sus tribunales á los que ella ha declarado ministros suyos. Sabianse por otra parte las interpretaciones que los ministros del rey Inglaterra daban á los artículos tolerables en sí mismos y los escesos que cometian en la ejecucion. Los que instigaban á Enrique II eran unos hombres turbulentos y vanos, los cuales en todos tiempos creen señalar la fuerza de su espíritu con innovaciones ó reformas, y que á procupaciones sin consecuencia hacen suceder las turbulencias y desórdenes. Por lo que hace á los sábios y á los políticos que tenian entonces religion, la causa de Tomás les pareció, como al rey Luis el jóven, la causa de la Iglesia y del cielo. Cuanto mas dudosa ha parecido á la sabiduría del siglo (esta es tambien una de esas ideas luminosas que caracterizan al oráculo moderno de la iglesia de Francia), tanto mas se ha declarado el poder divino en favor de este santo prelado por los castigos terribles que descargó contra su perseguidor, por la penitencia ejemplar de este príncipe, por los milagros tan brillantes que atraen á su sepulcro á los monarcas ingleses y á los estranjeros (1).

(1) Theod. *l.* 1, c. 11.

Mas no aceleremos el curso del tiempo. Hallándose el Santo en Sens en el tribunal del Sumo Pontífice, quiso hacer renuncia del arzobispado de Cantorbery: se arrepentia de haberle obtenido por medio del poder secular, aunque casi se le habia arrastrado con violencia á esta Silla eminente. «No quise hacer dimision, dijo, en fuerza de las amenazas del rey, por no dar mal ejemplo; mas puedo sin peligro renunciarle en manos de Vuestra Santidad.» El Papa, despues de haber deliberado con los cardenales, juzgó ser cosa interesante á toda la Iglesia el sostener á un prelado generoso que habia espuesto por ella sus bienes, su dignidad y su vida. No quiso aceptar la dimision; tranquilizó su conciencia timorata sobre lo que creia irregular en su ingreso al obispado, y le señaló para su retiro el monasterio de Pontigny, mientras se presentaba ocasion favorable de restablecerle honrosamente.

Guichardo, abad de Pontigny, que fué despues arzobispo de Lyon, se hallaba en Sens con algunos de sus religiosos. El Papa les recomendó el santo confesor: éste partió con ellos y quiso tomar el hábito monástico, movido de lo que habia leido en algunas historias, que nunca habian acontecido divisiones en el reino de Inglaterra sino cuando la Silla de Cantorbery habia sido ocupada por personas de otra profesion. Al hábito cisterciense añadió las austeridades: además

(1) Bossuet, *Hist. Variat. lib.* 7, *in fin.*

del cilicio que llevaba continuamente y de la disciplina que á menudo se hacia dar en secreto, salia con los monges al trabajo del campo y se empleaba en las obras mas duras segun sus fuerzas se lo permitian. Suplicó asimismo al hermano que le servia en la mesa que le administrase ocultamente la porcion de la comunidad, en lugar de otros platos regalados que se preparaban para su persona. No queria sustentarse de otras viandas que de las legumbres insípidas que se daban á los religiosos, y durante algunos dias fueron éstas su único mantenimiento. Mas un método de vida tan diferente de aquel á que estaba acostumbrado, le causó una enfermedad que le obligó á mudar de alimentos, lo que fué para él una pena tanto mas sensible, cuanto parecia una especie de sensualidad ó de delicadeza poco conveniente á su situacion. Consolóse con esta humillacion, y la aceptó como un suplemento al género de penitencia que habia llegado á serle imposible.

Empezaba á gustar de los placeres puros de este santo retiro, cuando una multitud de ingleses, desterrados por su causa, vinieron á derramar la amargura en su alma sensible (1). El rey de Inglaterra, irritado de no haber podido atraer al Papa á que condescendiese con sus deseos, mandó confiscar los bienes del arzobispo y de todas las personas que le eran afectas; estrañó del reino á todos sus parientes, amigos y domésticos, sin perdonar á los ancianos decrépitos, ni á los niños de pecho, ni á las madres recien paridas, é hizo jurar á todos los que se hallaban en edad de poder obligarse con juramento, que se irian con Tomás á cualquier parte donde estuviese. El furor llegó al estremo de prohibir que se orase por él. Llegaban, pues, diariamente al santo prelado cuadrillas de estos desgraciados, cuyas penas se reunian todas en su corazon sensible. Mas la caridad generosa de los franceses fué igual á la odiosa barbárie de Enrique II. La indignacion que escitaron estas persecuciones hizó dar á tantos proscritos socorros tan abundantes, que muchos se hallaban en su destierro mejor que habian estado en el seno de su patria.

Hubo algunos súbditos del perseguidor que señalaron igualmente su adhesion al Santo perseguido. Admiróse sobre todo la firmeza de San Gilberto, fundador de Semprigan (1) ó Simptingham. Llegó á la córte la noticia de que él y sus religiosos habian enviado grandes sumas de dinero á Tomás á su retiro de Francia, y se procedió inmediatamente contra todos los superiores y procuradores de la órden á fin de desterrarlos si se fuesen convencidos del hecho. Sin embargo, los jueces, por respeto á la santidad de Gilberto, no exigieron mas que su juramento contra el tenor de la acusacion para enviarle absuelto; mas aunque esta era en efecto muy falsa, y la rígida pobreza del Santo hacia imposibles semejantes liberalidades, quiso mas bien esponerse á todos los efectos de la tiranía, que prestar un juramento de tan mal ejemplo. No atreviéndose los jueces á condenar á un Santo, tan generalmente reverenciado, le concedieron cierto tiempo para que resolviese. En este intervalo sobrevino una declaracion del rey, el cual, para salvar las apariencias, se reservaba el conocimiento de esta causa; pero daba desde entonces libertad á Gilberto y á los demas superiores de su órden. Entonces fué cuando él declaró, sin necesidad de forma alguna de juramento, que la acusacion habia sido absolutamente falsa. El Santo vivió todavía mucho tiempo despues en una profunda tranquilidad y llegó á la edad de

(1) Gerv. *Chron.* 1165.

(1) *Vit. Gilb. Mont. Ang. tom. 2, pag.* 684.

ciento y seis años en que murió el 4 de febrero de 1190.

El enojo del rey Enrique causó una consternacion aun mucho mas terrible, pero que no fué de mayor consecuencia. Para amedrentar al Papa Alejandro, que se oponia á sus injustos deseos, fingió querer sustraerse de su obediencia y entrar en la rebelion de Federico contra la Santa Sede. Este emperador se aprovechó con ánsia de la ocasion para hacer abrazar á un gran reino el cisma, que de ningun modo habia podido estender fuera de sus Estados. En una dieta tenida en Wurtzburgo, donde asistieron dos diputados del rey de Inglaterra, les hizo traspasar sobre manera los límites de su comision: contrajeron empeños verdaderamente cismáticos, pero por su propio capricho y sin haber sido jamás autorizados (1165). El rey Enrique, en medio de tener una religion que practicaba á su modo, tenia principios de fé que manifestó siempre respetar; y asi quejándosele el Papa Alejandro de los procedimientos escandalosos de sus diputados, dió la desaprobacion mas formal y satisfactoria. «Os aseguramos en nombre del rey de Inglaterra, le escribieron de su parte muchos obispos ingleses y franceses (1), que no ha jurado ni prometido al emperador, ni por sí, ni por medio de persona alguna autorizada por su parte, renunciar á la unidad de la Iglesia y abrazar la comunion de los cismáticos.» Llegaron hasta esplicarse sobre una alianza que podia dar alguna sospecha. «Por lo tocante, añade la carta, al matrimonio de la princesa, hija del rey Enrique, con el duque de Sajonia, el rey ha puesto por primera cláusula que haya de guardar una fidelidad inviolable al Papa y á la Iglesia.»

Federico Barba-roja buscaba en su dieta ó conciliábulo de Wurtzburgo un apoyo capaz de sostener la faccion que se precipitaba hácia su ruina despues de la muerte de Octaviano acaecida en el año precedente (1164). Este antipapa fué tan aborrecido en aquellas mismas ciudades que el emperador habia sometido á su obediencia, que los canónigos de Luca donde murió no quisieron consentir que fuese enterrado en su iglesia. Al cabo de cuatro años de intrusion, no tenia mas que dos cardenales, de cuatro que le habian seguido; á saber, Guido de Crema y Juan de San Martin. Procedieron estos á una nueva eleccion; y en este cónclave tan estraño, compuesto solamente de dos cardenales, á los cuales asociaron cuantos prelados cismáticos pudieron reunir apresuradamente, fué instituido Papa el cardenal de Crema, con el nombre de Pascual III. Como sabian que el emperador estaba muy disgustado de su antipapa, se apresuraron á nombrar sucesor sin saberlo este príncipe, antes que pudiesen recibir sus cartas por las cuales prohibia en efecto crear un nuevo Pontífice. Pero el primer paso en la carrera del crímen, hace en los soberanos mismos una especie de necesidad de una culpable perseverancia. Federico aprobó la eleccion que habia prohibido, juró é hizo jurar á sus eclesiásticos que reconocerian siempre por legítimos Pontífices á Pascual y á sus sucesores, y por cismáticos á Alejandro con los suyos. De esta manera y contra su propio voto, se reanimó el cisma con su proteccion. Guido de Crema con el nombre de Pascual, llevó mas de cuatro años el nombre de Papa.

La muerte del antipapa Octaviano hizo sin embargo á los cismáticos de Italia mucho mas accesibles y causó la mayor alegría á los parciales de Alejandro. Algunos de sus cardenales la celebraban con tan poca reserva, que les reprendió generosamente de que se manifestasen mas sensibles á sus intereses pasageros, que á la suerte eterna de un alma arrebatada de este mun-

(1) *Tom. 10 Concilior. pag.* 1443.

do en estado tan deplorable. Habiendo el emperador en estas circunstancias dejado la Italia, perdió en ella casi todo su poder (1). Los venecianos hicieron contra él una liga formidable, en la cual envolvieron á la mayor parte de las ciudades de Lombardía. Los romanos prometieron con juramento someterse al Papa Alejandro, establecieron un nuevo senado enteramente de su devocion, pusieron en manos de su vicario la iglesia de San Pedro, el condado de Sabina y otros muchos puestos importantes que habian tomado á los cismáticos: despues enviaron una diputacion numerosa para reclamar su pastor, quien de acuerdo con los reyes de Francia y de Inglaterra determinó su regreso. Embarcóse para Sicilia donde el rey Guillermo disputó á los romanos el honor de aventajarse en su obsequio, haciéndole una acogida conforme al título de Padre y de Señor que le dió. Escoltado de cuatro galeras que le suministró este príncipe, y acompañado de los principales señores de la isla y de un arzobispo, llegó Alejandro á Roma el 24 de noviembre de 1165, y fué recibido con demostraciones estraordinarias de alegría por todas las clases de la ciudad.

Permaneció tranquilo hasta que Federico se puso en estado de volver á entrar en Italia al fin del año siguiente, despues de haber tenido una córte plena en Aquisgran para canonizar al emperador Cárlo-Magno. El cuerpo de este príncipe habia sido descubierto en el año de 1000 por Otton III, y aunque se halló incorrupto y se contaban de él muchos milagros, continuaron haciéndole el aniversario como á los demas difuntos. Federico Barba-roja, por consejo de los señores así legos como eclesiásticos congregados en gran número, exhumó el cuerpo con gran ceremonia y le metió en una caja ricamente adornada. Esta fué la época en que comenzó á celebrarse fiesta á Cárlo-Magno y á honrársele de un modo público con un culto que se estendió de Aquisgran á algunas otras iglesias. Aunque esta canonizacion fué hecha por un antipapa, los Papas legítimos jamás la han reprobado.

Partió Federico poco despues para Italia, resuelto á hacer los últimos esfuerzos para establecer á Pascual en lugar de Alejandro; fué en persona á sitiar á Ancona, de la cual se habia apoderado el emperador de Constantinopla, y mandó avanzar hácia Roma tropas numerosas á las órdenes del arzobispo electo de Maguncia. Apoderáronse de todas las ciudades circunvecinas, y no pudiendo forzar á Roma, intentaron con algun éxito ganar á los romanos á fuerza de dinero. Alejandro empleó los mismos medios para contener en su deber aquellas almas venales, que queriendo complacer á los dos partidos eran infieles á uno y otro. El rey Guillermo de Sicilia, por sobrenombre el Malo, que murió en este mismo año, le habia dejado cuarenta mil libras esterlinas, moneda de Inglaterra ya muy conocida, y su hijo Guillermo el Bueno le envió además otras tantas (1166).

Por otra parte el emperador de Constantinopla, Manuel Comneno, hizo entregar al Papa preciosas dádivas y le ofreció su ausilio contra Federico. Manifestóle la sumision mas religiosa, y le prometió restablecer la union entre las dos iglesias en el pie en que habia estado en sus mas felices dias de los tiempos primitivos. Pidió al Papa lo que ya muchas veces habia solicitado, que en coyunturas tan favorables volviese á sus sienes la corona imperial; la cual, decia, pertenece de derecho al sucesor natural de los Constantinos y Teodosios, y no al aleman Federico. Insistia diciendo que suministraria tanto dinero y un cuerpo de tropas tan formidable, que someterian de una

(1) Godofr. *ann.* 1164.

vez á la Iglesia romana, no solamente la infiel Roma, sino tambien toda la Italia. Aunque estas promesas parecieron quiméricas, no dejó el Papa de escucharlas lo bastante para enviar legados á Constantinopla (1166).

Pero derrotadas las tropas de Alejandro por el arzobispo de Maguncia, y habiendo caido Ancona en poder de Federico (1167), se acercó este príncipe con la mayor altivez á Roma, atacó el castillo de Sant-Angelo, y luego la iglesia de San Pedro, cometiendo la impiedad de ponerla fuego para obligar á que se la entregasen. El Papa Alejandro, lleno de espanto, abandonó el palacio de Letran, y por el pronto se retiró con los cardenales á las casas fortificadas de algunos nobles romanos; mas siguiéndole allí el terror, salió en traje de peregrino y buscó mas seguridad en los Estados del rey de Sicilia. Fué entonces el antipapa Pascual desde Viterbo donde habia esperado el éxito de las armas de Federico; celebró solemnemente en San Pedro el domingo 30 de julio, y el martes siguiente, dia de San Pedro ad-Vincula, coronó á este emperador y á la emperatriz Beatriz su esposa (1). El triunfo de los cismáticos fué tan pasajero como parecia completo. Al dia siguiente de la coronacion, el ejército imperial, despues de un poco de lluvia, fué herido de un sol tan ardiente que causó repentinamente una mortandad espantosa. Los soldados caian muertos sobre sus armas y casi en la marcha. La muerte hirió del mismo modo á los prelados y á los señores, entre los cuales principalmente fué horrible el fallecimiento de Reinaldo, arzobispo electo de Maguncia, uno de los principales ministros del emperador. En pocos dias fué tan grande la mortandad, que no habia brazos que pudieran bastar para enterrar los cadáveres. El dia 6 de agosto Barba-Roja se vió precisado á abandonar las inmediaciones de Roma. Para colmo del desastre, los pueblos sublevados de la Lombardía le cargaron en su retirada y acabaron de arruinar los débiles restos de sus tropas, mas semejantes á un hospital ambulante que á un ejército.

El Papa Alejandro, á ejemplo de Gregorio VII, como refiere Juan de Sarisberi (ep. 60), y usando de justas represalias habia absuelto á estos italianos y á todos los demas vasallos de Barba-Roja del juramento de fidelidad, despues de haber excomulgado al príncipe. Sin embargo, no creyó deber adoptar esta medida estrema, en un concilio celebrado en Roma (1167), hasta despues que Federico hizo excomulgar por sus cismáticos á Alejandro y á sus principales defensores, hasta despues que este príncipe hubo publicado en Italia y Alemania un edicto en que desterraba para siempre á los obispos que reconocieran á Alejandro y lo puso en ejecucion, hasta que, en fin, el emperador era ya casi su tercer anti-papa (1). Habiendo llegado en Francia la noticia de la derrota de Federico á oidos de Santo Tomás de Cantorbery, escribió al Papa una carta congratuloria, en la cual compara esta catástrofe al castigo de Sennaquerib. «¿Quién de los ministros de Jesucristo, concluye (2), se someterá en adelante á las pretensiones inicuas de los príncipes contra la Iglesia? Hágalo quien ose arrostrar la suerte de un culpable tan humillado: ciertamente no seré yo.»

El destierro y la indigencia en nada habian debilitado la magnanimidad del santo arzobispo. Habiéndole conferido el Sumo Pontífice, poco despues de su vuelta á Roma, la legacion de Inglaterra, Tomás se vió obligado á hacer respetar la Iglesia de

(1) *Acerb. Moren. pag.* 815.

(1) Labbe, *t.* 10, *p.* 1449 *et seq.*
(2) *Lib.* 1, *ep.* 22.

la cual era ministro. Excomulgó desde luego nominalmente junto con otras personas, á Juan de Oxford, que en la dieta de Wurtzburgo empeñó en cuanto estuvo de su parte al rey de Inglaterra para que entrase en el cisma. En cuanto al rey, que en el interin cayó gravemente enfermo, el nuevo legado no pronunció la excomunion contra él; pero le dió á entender que, si no entraba dentro de sí mismo, le excomulgaria igualmente y pondria entredicho en su reino. En fin, condenó públicamente la acta famosa de las costumbres de Inglaterra, absolvió á los obispos de la promesa que hicieron de observarlas, y declaró excomulgado á cualquiera que en adelante quisiese autorizarse con este escrito fatal. Notificó inmediatamente lo que acababa de practicar á los obispos de su provincia, y mandó al de Lóndres, dean de Cantorbery y su primer sufragáneo, que lo hiciese saber á las demas iglesias.

Esto causó una inquietud general acompañada de siniestros rumores en toda la estension de la Gran Bretaña. Gilberto, obispo de Londres, que teniendo alguna sombra de religion hacia la corte á espensas de su conciencia, tembló con solo saber que la legacion se habia conferido al santo arzobispo. Escribió inmediatamente al rey Enrique, suplicándole que permitiese á los obispos someterse á la autoridad que el Sumo Pontífice conferia á Tomás, y no exigiese de ellos una resistencia capaz de aniquilarlos y cubrirlos de oprobio; pues «cuando el Papa manda, decia en el primer movimiento de su terror (1), no hay subterfugio ó tergiversacion que pueda escusarnos : es necesario obedecer.» Quedó por otra parte mucho mas turbado cuando se halló encargado de cooperar por sí mismo á las vigorosas disposiciones del legado. No fué menor la sorpresa de la mayor parte de los obispos. Instruyeron al rey, se juntaron en Londres para concertar sus defensas, y por una inconsecuencia lastimosa de Enrique, que habia prohibido en su coleccion de costumbres el recurso á la Santa Sede, de consentimiento de este príncipe apelaron al Papa de todo cuanto pudiese hacer el arzobispo legado.

No obstante, como conocian la debilidad y todas las irregularidades de semejante apelacion, escribieron al santo prelado (1) para que usase de la mayor moderacion en un negocio tan delicado : añadiendo que esperaban mas paciencia y modestia de un hombre de quien se decia haberse reducido á la pobreza voluntaria entre religiosos fervorosos, y aplicado como ellos á los trabajos humildes, á los ayunos, á las vigilias, á las lágrimas de la compuncion y á todos los ejercicios de la vida espiritual y perfecta: que debia poner sus intereses en manos de la Providencia del Señor y de la clemencia del rey, mas bien que grangearse generalmente la acusacion de ingrato : que todo el mundo tenia presente, y aun él mismo podia recordar muy bien el estado de donde el rey le sacó para elevarle al mas alto grado de grandeza y de favor : que hasta la clase de que gozaba en la gerarquía la debia únicamente á este príncipe, quien para establecerle en ella habia desoido los consejos de su madre, las murmuraciones de su reino y los temores del clero; que debia horrorizarse á vista del cisma, y de los estremos funestos á la Religion á que su dureza podia reducir á un príncipe obedecido de tantos pueblos, y que habia resistido hasta entonces á las instancias de lo que habia de mas grande en el mundo, pero de quien tal vez arrancaria la indignacion lo que la seduccion no habia podido conseguir : en

(1) Thom. *lib.* 1, *ep.* 131.

(1) Thom. *lib.* 1, *ep.* 129.

fin, que el rigor apostólico estaba reservado para los pecadores obstinados, y que si el rey su señor habia pecado, estaba siempre pronto á dar satisfaccion.

El santo arzobispo manifestó desde luego en su respuesta (1), que no creia que semejante carta fuese dictada por todos los prelados en cuyo nombre se habia remitido, no pudiendo imaginar que le abandonasen de esa manera en la persecucion que sufria por la causa comun del episcopado. Parece sospechaba que el obispo de Lóndres, instigado del rey, habia tenido en ella la mayor parte. Despues de pintar las indignidades de esta persecucion, el peligro de la vida que le forzó á huir de Inglaterra, la miseria á que procuraban reducirle á él y á los suyos, la proscripcion de sus clérigos, de todas las familias que le eran adictas, ancianos, mugeres, niños, prosigue así: «Sin haberse pronunciado sentencia alguna, sin haberse atrevido á esperarme en el tribunal del Papa, se han confiscado los bienes de mi iglesia; una parte de la plata se ha convertido en provecho del rey, y si lo que se dice públicamente es cierto, otra parte en beneficio de vuestra iglesia y de vuestra persona, de vos mi hermano el obispo de Lóndres; en cuyo caso, en virtud de la autoridad que el Señor y la santa Iglesia me dan sobre vos, os mando los restituyais dentro de cuarenta dias contados desde la recepcion de esta carta.

»Decís que mi promocion ha causado afliccion al clero y murmuracion en el reino; consultad los monumentos y hablad segun vuestra conciencia. Ved la forma de la eleccion, el consentimiento de todos aquellos que tenian derecho á votar, la aprobacion del rey dada por el príncipe su hijo y por los comisarios. Si alguno se ha opuesto, aquel que lo haya oido que nos dé la primera noticia. Ved además las cartas del rey y las vuestras, de todos vosotros mis colegas, escritas al efecto de pedir para mí el pálio.» De aquí puede colegirse que los escrúpulos que tuvo el Santo acerca de su elevacion al obispado y la dimision que quiso hacer, le fueron únicamente inspirados por la humildad ó por la melancolía. «Si la ambicion (continúa, designando de nuevo al obispo de Lóndres), si la baja envidia aflige á alguno en órden á mi promocion, Dios le perdone, como lo hago yo, los sentimientos vergonzosos que no se detiene en manifestar. Vos me dais á entender que el rey me ha sacado de la nada: confieso que no soy de orígen augusto; pero amo mas mi pequeñez que degenerar de mi nobleza. Habré nacido, si lo quereis así, en una cabaña miserable; pero antes de entrar en el servicio del rey no ignorais que vivia honradamente en mi medianía. Pedro fué sacado de la barca, nosotros somos los sucesores de los Apóstoles y no de los Césares. Me acusais de ingratitud; pero este crímen solo consiste en la intencion que me atribuís, y en esta parte vuestra sagacidad, por mucha que os parezca, puede engañarse. Por lo que hace á mí, creo haberme propuesto hacer un servicio al rey, aunque á su pesar: quiero apartar del pecado por medio de la severidad pontificia al que se hace sordo á los acentos de la ternura paternal. En todo caso temo sobre todas las cosas ser ingrato para con Dios, para con el mas grande y el mejor de los señores.

»Me representais, en fin, el peligro de la Iglesia romana, y la amenaza de que el rey se separe de ella. No quiera Dios que, concibiendo de él idea tan infame, mida el mal que medita por todo aquello que puede hacer un príncipe que ejerce su poder en tantas naciones. No quiera Dios que tenga este pensamiento injurioso ninguno de sus vasallos, cuanto mas un obis-

(1) Thom. *l.* 1, *ep.* 137.

po: temed que lo que decís no sea para ruina de muchas almas, y que el objeto de estas aprensiones afectadas no se manifieste con infamia de muchos. En cuanto á la Iglesia, esta se asegura por las persecuciones: nada debemos temer por ella: «todo el peligro es para los que trabajan en arruinarla.» El arzobispo, antes de concluir, manifiesta á los obispos la nulidad de su apelacion y la irregularidad de sus procederes, con una fuerza de razones y una exactitud tan enérgica, que justifican al mismo tiempo su capacidad en el arte de escribir, y la reputacion que habia adquirido en el manejo de los negocios.

Una energía tan decidida y al mismo tiempo tan bien motivada, sacó al rey fuera de sí. Su inhumanidad llegó al estremo de perseguir á Tomás hasta en el asilo humilde que le quedaba fuera de su patria. Envió cartas llenas de amenazas al capitulo general de los monges del Cister, á fin de que arrojasen al santo huésped de la abadía de Pontigny. La hospitalidad que con él se ejercia, si hubiese continuado algun tiempo mas, debia haber sido castigada con la pérdida de cuanto poseian en los dominios del monarca en uno y otro lado del mar. Los solitarios virtuosos se vieron sin duda muy perplejos para esplicarse con el Santo sobre este particular; pero apenas oyó la primera palabra, les escusó que siguiesen adelante. La grandeza de su alma le cerró los ojos para no ver su propio interés, dejándolos solamente abiertos para reconocer el daño próximo de la subversion de tantos monasterios que hacian florecer la piedad en las dilatadas provincias de la dominacion británica. «Me afligiria en estremo, les dijo, si causase el mas leve perjuicio á aquellos que me han recibido con tanta caridad. En cualquiera parte donde fuere, aquel que alimenta las aves del cielo tendrá cuidado de mí y de los compañeros de mi destierro.»

Envió sin demora á comunicar esta resolucion al rey Luis, el cual no la recibió desde luego con la tranquilidad del Santo. «¡Oh Religion, esclamó, oh Religion! ¿dónde habitas? Ved ahí esos hombres que creemos muertos al mundo, y á quienes los bienes de la tierra, cuyo desprecio profesan por Dios, hacen abandonar la obra de Dios y aquellos que sostienen su causa.» Volviéndose luego hácia los enviados del prelado les dijo: «asegurad de todo mi afecto á vuestro amo. No, no: aun cuando fuese abandonado de todos como de aquellos que se dicen muertos al mundo, yo jamás le abandonaria. Le defenderé constantemente con todo mi poder de cualquiera opresion que sufriere de parte de Enrique, mi vasallo, pues sufre por la justicia. Que escoja en mis dominios el sitio que mejor le acomode, y le hallará preparado.» Poco despues sin embargo manifestó tomar parte en la pena de los religiosos de Pontigny, y les dió gracias de lo pasado. «La Francia es, les dijo, á quien habeis honrado recibiendo á este digno obispo, y yo soy el obligado por este favor (1166).»

El Santo escogió la ciudad de Sens, y el rey mandó que se adelantase un señor con trescientos hombres para conducirle allá desde Pontigny (1). Al despedirse de la comunidad no pudo contener sus lágrimas, por lo cual le dijo el abad: «admiro esta debilidad en una alma tan fuerte.»—«La causa no es la que vos pensais, replicó el arzobispo; es que Dios me ha dado á entender esta noche que moriré con espada.»—«¡Qué! continuó este buen solitario con una franqueza poco atenta, ¿vos sereis mártir, vos que no podeis vivir sin manjares delicados?» Igual prediccion hizo el Santo al abad de Valuisant. Habiendo primero exigido palabra de que se guardaria el secreto

(1) Gerv. *Vit. lib.* 3, *cap.* 18.

hasta despues de su muerte, dijo, que en la noche precedente se le habia figurado estar defendiendo la Religion dentro de la iglesia en presencia del rey de Inglaterra: que repentinamente habian entrado cuatro caballeros, quienes sacándole aparte le hirieron en la cabeza, causándole tanto dolor, que pensó caer desmayado. «Con todo, añadió, no es una muerte tan honrosa la que me aflige; yo bendigo por ella al Señor: siento lo que habrán de sufrir los que me han seguido.» Esta revelacion se supo de los abades mismos á quienes la refirió, y los cuales la publicaron despues de su muerte. En Sens se hospedó en el monasterio de Santa Colomba, donde durante el tiempo de cuatro años que permaneció, le visitó frecuentemente Luis el jóven proveyendo siempre con liberalidad á todas sus necesidades. Dos años fueron los que habia estado en Pontigny.

Durante este tiempo, Enrique II que parecia haber tomado este negocio con mas interés que el gobierno de todos sus Estados, le afligió con todas las penalidades y le armó todos los lazos imaginables. Hizo negociar en Roma, derramó el oro con tanta profusion y usó de tantos artificios que estuvo á punto de sorprender al Papa, é infaliblemente habria sobornado á un Pontífice menos íntegro que Alejandro III. Pocó faltó tambien para que sorprendiese el noble candor de Luis el jóven, no obstante el afecto con que este príncipe generoso miraba la virtud perseguida en la persona del arzobispo de Cantorbery.

Queriendo los dos reyes, tan frecuentemente en guerra y en negociaciones uno con otro, entenderse al fin sobre varios puntos, se abocaron en Montmiral en la Percha, el dia de la Epifanía del año 1169. Despues de haber concluido la paz, el rey de Inglaterra dijo al de Francia: «Señor, en este dia en que tres reyes presentan sus homenages al Rey de los reyes, yo y mis dos hijos, con mis Estados, nos ponemos bajo vuestra proteccion.» Entonces sus dos hijos Enrique y Ricardo se acercaron al rey Luis y le rindieron homenage por los Estados del dominio británico situados en Francia, que su padre acababa de dividir en tre ellos, y de los cuales Luis su soberano les dió la investidura. Con esta ocasion algunas personas de nota y de piedad persuadieron al arzobispo de Cantorbery que buscase la gracia del rey de Inglaterra. Aquel príncipe que hacia toda suerte de papeles para triunfar en el negocio de las costumbres, finjió querer cruzarse para ir á Palestina luego que hubiese hecho en su honor la paz de la Iglesia. Este motivo, uno de los mas urgentes que pudo emplearse entonces, determinó al arzobispo á ir á encontrar al rey Enrique. Habiéndole presentado el mismo Luis el jóven, se postró el prelado á los pies de Enrique, el cual se apresuró á levantarle. «Señor, dijo el arzobispo, vengo á implorar vuestra clemencia á favor de la Iglesia de Inglaterra. A vos mismo me refiero sobre nuestra discordia, salvo únicamente lo que debo á Dios.» A estas últimas palabras abandonándose Enrique á toda la fogosidad de su natural violento, llenó al Santo de baldones é injurias. Volviéndose luego al rey Luis: «Señor, le dijo, observad su artificio; todo cuanto se oponga á su dictámen no dejará de llamarlo contrario al servicio de Dios; de esta manera legitimará todas sus usurpaciones. Mas para convenceros de que el servicio de Dios no me es menos sagrado que á él, ved las ofertas que le hago: antes de mí ha habido muchos reyes en Inglaterra mas ó menos poderosos, y en Cantorbery igualmente muchos grandes y santos arzobispos antes que él. Pues bien; que me conceda lo que el mas grande de sus predecesores concedió al menor de los mios, y estoy contento.»

Esta proposicion capciosa y vaga no dejaba de ser muy especiosa, sobre todo en boca de un rey. Esclamóse por todas partes que el príncipe se humillaba aún mas de lo que podia pedírsele, y que el arzobispo debia estar muy contento. Tomás, esperimentado en los negocios y acostumbrado en particular á penetrar el espíritu falso de Enrique, conoció todo el peligro de este lazo y permaneció en silencio con un aire de sobresalto y de perplegidad. El rey Luis le dijo como agitado: «Señor arzobispo, ¿quereis vos ser mejor que los Santos? Ahí teneis la paz, solo se trata de aceptarla.»— «Príncipe, le respondió, mis predecesores fueron sin disputa mas beneméritos que yo. Pero si se les escapó alguna debilidad, ¿deberá esta servirme de modelo? Condenamos á Pedro cuando niega á Jesucristo; pero cuando resiste á Neron con peligro de perder la cabeza, es digno de nuestra estimacion y de nuestros elogios. No hay ejemplo ni razon que me induzcan á sacrificar la gloria de Dios para ganar la gracia de un hombre.» Una virtud tan pura y tan relevante no gustó á persona alguna. Los grandes de ambos reinos se levantaron contra él, y dijeron entre sí, con indignacion casi uniforme, que merecia que los dos reyes le abandonasen.

Estos príncipes montaron prontamente á caballo, y uno y otro partieron sin saludar al arzobispo. La tristeza y la incertidumbre estaban pintadas en todos los semblantes, á escepcion del rey Enrique que no pudo disimular su baja y maligna satisfaccion, diciendo al volverse: «hoy en fin me he vengado de mi traidor.» El rey Luis caminaba triste y taciturno, seguido del arzobispo, á quien no dió la mas leve señal de atencion, y aun cesó de suministrarle por espacio de algunos dias la subsistencia ordinaria. Al llegar Tomás á Sens, y no habiendo disposicion de que las cosas mudasen de aspecto, los compañeros de su suerte enteramente perturbados le preguntaron á dónde se retirarian. Él les respondió tranquilamente y con rostro alegre: «el tiro es solo contra mí; luego que yo os deje, no os perseguirán mas. Me entrego en manos de la Providencia.» Dicen que hácia el Saona, en Borgoña, son muy humanos los habitantes; yo iré hasta allí á pie del mejor modo que pueda, acompañado únicamente de uno de vosotros cualquiera que quisiere seguirme: tal vez se apiadarán de nosotros, y nos darán con qué poder vivir hasta que Dios provea de otro modo.»

Aun estaba hablando, cuando se presentó apresuradamente un oficial de la corte á decirle que el rey le llamaba. Uno de los asistentes dijo: «esto es para estrañarnos del reino:»— «Vos no sois profeta, le dijo el arzobispo, no os metais pues á hacer predicciones.»—Habiendo llegado á la presencia del rey, le hallaron sentado, la cabeza inclinada, y el rostro triste y pensativo. No se levantó como lo tenia de costumbre á recibir al prelado, y le convidó con frialdad á que tomase asiento. Todo les parecia un agüero funesto en el cual se les anunciaba á lo mas algun resto de piedad y alguna dificultad en desterrarlo. Pero sus conjeturas distaban mucho de lo que pasaba en el alma sensible de este príncipe. En toda la estension del camino que conduce desde Montmiral hasta Chartres, vió á los pueblos salir al encuentro del santo arzobispo, postrarse al tiempo que pasaba, y mostrársele unos á otros diciendo: «Ese es á quien el amor de dos reyes no ha podido hacer que abandone á Dios.» Todo esto le habia escitado á hacer profundas reflexiones, que no le permitia su candor conservar por mas tiempo en secreto. Se levanta como enagenado, se arroja á los pies del Santo, el cual se inclinó por su parte para levantarle, y vertiendo lágrimas, entre sollozos y gemi

dos, le dijo estas palabras que apenas podia articular: «Padre mio, vos teneis el espíritu de Dios, y solo vos habeis conocido bien las cosas: todos nosotros somos unos ciegos que os aconsejábamos sacrificar el honor de Dios á la voluntad de un hombre. Me arrepiento, Padre mio, me arrepiento con amargura y os suplico me perdoneis. Aquí teneis mi persona y mi reino; estoy resuelto á esponerlo todo por Dios y por vos. En tanto que me haga la gracia de concederme la vida, jamás os abandonaré ni á vos ni á los vuestros.»

En efecto, desde este momento fué inviolable la proteccion de Luis á favor del confesor, á pesar de las conjuraciones y amenazas que en vano continuó haciendo el rey de Inglaterra. Y estrechándole este mas vivamente por medio de sus enviados: «Id, respondió Luis, y decid á vuestro amo que si no quiere abandonar las costumbres que pretende tener de sus antepasados, y que son calificadas de contrarias á la ley de Dios, menos quiero perder yo el derecho propio y el mas apreciable de mi corona. De tiempo inmemorial está la Francia en posesion de proteger la virtud desgraciada, y de abrir su seno á los que son perseguidos por la justicia. Yo he recibido al arzobispo de Cantorbery de manos del Papa, único superior que reconozco en la tierra; y no hay rey, ni emperador, ni poder alguno en el mundo que sea capaz de hacérmele abandonar (1).»

En este tiempo vivia en Inglaterra un santo ermitaño llamado Godrico (2). Era un hombre sencillo y sin estudios, hijo de padres pobres, y que se dedicó al principio á un comercio poco importante. Despues renunció al mundo, y fué á pie descalzo en peregrinacion á Roma y á Jerusalen; y en fin, se retiró á un desierto en el distrito de Durham. Allí en medio del bosque cultivaba un pequeño campo, del cual sacaba para su subsistencia y para ejercer la hospitalidad. Su mortificacion era increible. Por espacio de cincuenta años llevó una camisa de mallas de hierro debajo del cilicio, y por encima un hábito de lana tosca. Su alimento consistia en un poco de pan de cebada mezclado con ceniza, y en algunas yerbas insípidas que conservaba cocidas ó arrolladas en forma de pelotones. No hablaba mas que tres veces en la semana para edificacion de los que iban á visitarle: desde la septuagésima hasta la octava de Pascua, como igualmente durante el Adviento, no proferia una sola palabra.

Habiendo ido á verle un monge de Westminster, poco tiempo despues de la elevacion de Tomás á la Silla de Cantorbery, Godrico le habló del nuevo arzobispo. «¿Le conoceis vos, padre mio?» le preguntó este religioso. — «Jamás le he visto con los ojos del cuerpo, respondió Godrico, pero muy bien con los del espíritu. Si se presentase delante de mí, le distinguiria entre miles de personas.» Admirado el monge y sobrecogido de una especie de temor, no se atrevió á preguntarle mas. «Saludadle de mi parte, continuó el solitario, y decidle que no abandone su designio, que es agradable á Dios. Esperimentará violentas contradicciones, le echarán de su iglesia, permanecerá largo tiempo fugitivo en pais estrangero; mas despues de esta penitencia, volverá á entrar en su Silla con mas honor que antes.» Esta prediccion fué referida al arzobispo, el cual se encomendó á las oraciones de Godrico. Algunos meses despues sucedió la desgracia del prelado.

Pareciéndole mas distante que nunca el fin de su destierro, despues de la conferencia de Montmiral, envió secretamente á saber de Godrico cuándo se acabarian sus

(1) *Lib. 3, ep. 79.*
(2) Boll. *tom. 16 ad 21 Maji.*

males (1170). El enviado estuvo cerca de ocho dias sin poder lograr que el solitario le abriese la puerta, verosímilmente á causa de la Cuaresma, pues era en el mes de marzo; mas, en fin, el varon de Dios le abrió, y le dijo: «decid á vuestro amo que no tardará en recobrar la gracia del rey, que será restablecido con honor en su iglesia, y que la alegría de los pueblos sobrepujará al dolor que les ha causado su destierro. Es verdad que esta ceremonia pasagera concluirá con una violencia y una atrocidad espantosa; pero entonces Godrico ya no existirá en la tierra. Decidle además y repetidle, que dentro de nueve meses se verificará todo lo relativo á su persona.» En el mes siguiente murió San Godrico, no menos célebre por otras muchas predicciones que hizo (cuyo cumplimiento confirmó su verdad) que por sus muchos milagros.

En fin, en el mes de julio se hizo la reconciliacion entre Tomás y su soberano. Este príncipe que temia sobre todo ver su reino sujeto al entredicho, previno al Papa, á quien escribió lo que quiso, y aun logró corromper al ministro de la primera legacion que le habia enviado Alejandro. El arzobispo por su parte escribió á Roma con la firmeza conveniente á la causa que sostenia, y ya la verdad se habia manifestado con evidencia á los ojos del Pontífice. Graciano y Viviano, dos legados incorruptibles enviados en su consecuencia, desconcertaron todas las tramas de Enrique. Tomás por otra parte en virtud de su noble título de primado de Inglaterra y de legado de la Santa Sede, hacia vibrar sobre este reino los rayos de la Iglesia desde el seno mismo de la Francia, con tanta resolucion como si estuviese sentado en su Silla con todo el esplendor de su primera gloria. Su celo debió estenderse todavía á corregir una nueva culpa que el rey acababa de cometer contra el derecho constante de la iglesia de Cantorbery, haciendo consagrar á Enrique su hijo primogénito por el arzobispo de York. El mismo rey Luis se creyó insultado de que su hija, prometida al jóven príncipe, no hubiese sido coronada con él.

Para salir de tantas dificultades, declaró Enrique que queria hacer la paz con el arzobispo segun el plan que el Papa habia dado. Debiendo imponerse el entredicho en sus Estados dentro del término de cuarenta dias si no se determinaba, envió con gran diligencia comisionados á Tomás, y él mismo fué en persona hácia el 20 de julio á los confines del pais de Chartrain y de la Turena, donde habia de tratar al mismo tiempo con el rey de Francia. Tomás llegó el 21, y al siguiente, dia de la Magdalena, se presentó muy de mañana el rey de Inglaterra en el lugar señalado con una córte numerosa. Llegó en seguida el arzobispo acompañado de señores franceses de la comitiva de su rey. Luego que el rey Enrique descubrió á Tomás se separó de los suyos, salióle al encuentro, y le saludó el primero con la cabeza descubierta. Diéronse la mano, se abrazaron desde el caballo, luego se retiraron á parte, y se esplicaron amigablemente con tantas demostraciones de franqueza como si nunca hubieran estado divididos; lo que sorprendió de un modo agradable á los espectadores y los enterneció hasta hacerles derramar lágrimas. El mismo rey se manifestó muy enternecido á los consejos paternales del arzobispo. Los escuchó no solamente con sumision, sino tambien en ademan de contento: prometió seguirlos y aplicarse seriamente á corregirse. No obstante, dijo el rey, «por lo que hace á aquellos que han hecho traicion á vos y á mí, los trataré como merecen.» A estas palabras el prelado bajó del caballo para echarse á los pies del rey; mas el rey asiendo del estribo le obligó á montar otra vez, le concedió todo y derramando lágrimas, aña-

dió: «en fin, señor arzobispo, volvamos á nuestra antigua amistad, hagamos todo el bien que podamos, y olvidemos enteramente lo pasado.» Y para cerrar la boca á todos aquellos que fomentaban la division, se acercó á los que le acompañaban, y dijo en voz alta: «Señores, he hallado en el arzobispo todas aquellas disposiciones que se podian desear; si por mi parte no procediese bien con él, seré el mas detestable de los hombres y acreditaré la verdad de todo el mal que se dice de mí. No me queda otro partido que tomar mas que el de estudiar el modo de aventajarle en la amistad y en los buenos oficios.» Todos lo aplaudieron con vivas aclamaciones.

Se decidió pues que el rey volveria á su gracia al arzobispo, que le daria paz y seguridad á él y á los suyos, que le restituiria la iglesia de Cantorbery y las tierras de su dependencia; y en fin, que repararia las faltas que habia habido en la consagracion de su hijo. Tomás por su parte prometió el amor, el honor y todo el servicio que un arzobispo puede hacer segun Dios á su soberano: despues de lo cual no pensó en mas que en volver á su iglesia estando todavia el rey á este lado del mar. Hízose preceder de algunos de los suyos, los cuales, siendo mal recibidos del jóven rey y de sus ministros, escribieron al arzobispo que no partiese hasta que la paz estuviese mejor asegurada. Los usurpadores de los bienes de su iglesia y sobre todo algunos prelados excomulgados, se manifestaron horriblemente irritados contra él. Algunos furiosos se habian gloriado en presencia de muchas personas de que le quitarian la vida antes que hubiese comido un pan entero en Inglaterra. Asi nos lo manifiesta el Santo en la última carta que escribió al rey su señor (1). En su consecuencia, su primer pensamiento fué presentarse de nuevo á este príncipe para lograr mayor seguridad; pero apremiándole luego la necesidad de la iglesia de Cantorbery, como lo dice en la misma carta: «Iré, señor, prosigue, y moriré antes que dejar perecer á esta iglesia desgraciada. Conozco todo cuanto arriesgo si no tomais medidas eficaces y prontas; pero sea que yo viva ó sea que muera, siempre soy vuestro fiel vasallo, y ruego al Señor derrame sus bendiciones sobre vos y sobre vuestros hijos.»

Al llegar á Rouen con el designio de embarcarse, supo que sus enemigos, entre los cuales se hallaban el arzobispo de York, y los obispos de Lóndres y de Sarisbury, estaban ya en Douvres para salirle al encuentro, amenazando altamente que le cortarian la cabeza si pasaba el Estrecho. Algunos amigos intentaron de nuevo detenerle; pero él les respondió: «Veo la Inglaterra y entraré en ella si es la voluntad de Dios; aunque sé ciertamente que voy al martirio.» La víspera de embarcarse envió cartas del Papa en las que se imponia suspension al arzobispo de York y al obispo de Durham; y otras cartas en que se volvia á excomulgar al obispo de Lóndres y al de Sarisbury; asimismo se suspendia en ellas á los obispos que habian asistido á la consagracion del jóven rey. Con todo, en lugar de ir á Douvres donde le aguardaban sus enemigos, abordó al puerto de Sandwich, distante solo seis millas de Cantorbery. Los gentileshombres que acompañaban á los tres prelados, salieron inmediatamente de Douvres, y se dirigieron armados al buque donde estaba el Santo. Por fortuna habia ganado los pasos un pueblo innumerable que cubria la ribera, gritando: ¡*Bendito sea el que viene en el nombre del Señor*! ¡*Bendito sea el padre de los huérfanos y el apoyo de las viudas*! Los unos lloraban de alegría y los otros de compasion: la multitud se postraba en el

(1) *Lib. 5, ep. 54.*

camino por donde habia de pasar, y muchos se adelantaron metiéndose en el agua para ser los primeros en recibir su bendicion. Sin embargo, sus enemigos tuvieron la osadía de exigir que los estranjeros que iban con el arzobispo prestasen juramento de fidelidad al rey y á las leyes del reino. Aunque no habia mas de un estranjero, que era el arcediano de Sens, y que no se negaba á hacer este juramento, no permitió Tomás que lo hiciese, temiendo las consecuencias de semejante sujecion para el clero de Inglaterra, y respondió que semejante exigencia con unos estranjeros era contraria á las buenas costumbres y al derecho de gentes. Habria sido arriesgado insultarle en medio de tantos admiradores, de los cuales una gran parte tomó la precaucion de armarse en su defensa. Dejáronle, pues, llegar tranquilamente á Cantorbery, donde fué recibido con iguales aplausos.

Al otro dia llegaron los furiosos cortesanos que le habian seguido y con ellos los clérigos de los tres prelados excomulgados para pedir la absolucion de sus amos. Respondióles con la mayor dulzura el santo arzobispo que él no tenia poder para levantar las censuras impuestas por el Papa; pero que si esos obispos juraban obedecer las órdenes del Soberano Pontífice, haria por la paz de la Iglesia y por respetos al rey y siguiendo el parecer de los demas prelados, cuanto estuviera de su parte. Prontos estaban ya á someterse los obispos de Lóndres y de Sarisbury, cuando les hizo mudar de resolucion el arzobispo de York, diciendo valia mas ir á verse con el rey que siempre los habia protegido y que sabria reprimir bien la terquedad de Tomás, el cual por otra parte no les podia hacer ya mas mal que el que les habia hecho. Casi siempre los obispos cortesanos se dejan llevar y dirigir por el orgullo mas que por la verdad. Partieron, pues, inmediatamente los tres para Normandía, y enviaron amigos dignos de ellos al jóven príncipe para que le persuadiesen de que Tomás queria deponerle. Esto era enteramente falso, como se ve por la última carta del Santo al Papa Alejandro, y aun envió comisionados al jóven rey para presentarle los motivos de la suspension de los tres prelados, y aun marchó él mismo para presentarle sus homenajes; pero llegado que hubo á las puertas de Lóndres recibió del príncipe, á quien con mentiras se habia prevenido contra él, la órden de regresar á su iglesia.

Subió al púlpito el dia de Navidad, y al fin del sermon predijo su cercana muerte, lo que hizo deshacerse en lágrimas á todo el auditorio. Inmediatamente con un aire inspirado y tomando el tono de la indignacion, habló fuertemente contra los enemigos de la Iglesia, y excomulgó en general á los obstinados y aun nominalmente á algunos. Entretanto los tres obispos, enemigos declarados suyos, acababan de llegar á la corte del anciano rey, y á tales hombres no les costó trabajo agriar de nuevo á tal príncipe. Dijéronle que Tomás, haciendo un abuso enorme de su indulgencia habia alborotado todo el reino despues de su regreso: que no cesaba de usar de invectivas y de censuras contra los que él llamaba enemigos de la Iglesia, y que sobre todo se mostraba implacable con los que habian tenido parte en la consagracion del jóven rey. «Por los ojos de Dios, esclamó el príncipe, si todos los que han participado de la consagracion de mi hijo están excomulgados, lo estoy yo tambien;» y dió otras mil señales de una cólera desenfrenada.

Sin ser malvado Enrique apenas se le conocia en los primeros movimientos de esta pasion; pues tanto en acciones como en palabras, se abandonaba á unos escesos indignos aun de la condicion mas ordinaria. Un dia quiso arrancar los ojos y llenó de san-

gre el rostro de un hombre porque le trajo una carta desagradable. En otra ocasion llenó de injurias indecentes á un señor que parecia interesarse por el rey de Escocia, tiró su gorro, rasgó sus vestidos, descubrió su cama, y le asió con los dientes como hubiera podido hacerlo un frenético ó un insensato. Quejas, baldones, imprecaciones, amenazas aun de muerte, eran su estilo ordinario en la mas leve contradiccion que esperimentase. Incitado pues contra Tomás por tres obispos, empezó á maldecir á aquellos á quienes habia colmado de beneficios, y profirió en fin estas palabras fatales que le causaron tan largo arrepentimiento. *¿No se hallará alguna persona capaz de vengarme de un sacerdote que alborota todo mi reino y quiere destronarme?*

Inmediatamente cuatro gentiles-hombres de palacio llamados Raimundo, Hugo de Morville, Guillermo de Traci y Ricardo de Breton, se retiraron juntos, tuvieron su conciliábulo la noche de Navidad, corrieron á embarcarse, y el viento les fué tan favorable que llegaron el dia de Inocentes cerca de Cantorbery. Entraron al dia siguiente en el palacio del arzobispo y le hicieron amenazas terribles si no levantaba las censuras. Respondió tranquilamente, que al Papa correspondia desatar lo que él habia atado; y sin dar oidos á mas se fué á la iglesia para cantar vísperas. Apenas entró en ella cuando se presentaron los cuatro conjurados con otros que les seguian, cubiertos de armas y con espada en mano. El clero quiso cerrar la puerta, mas el arzobispo les dijo: *Esta es la casa del Señor, cuya entrada no se defiende como la de un campamento.* Volviéndose luego hácia los conjurados les prohibió de parte de Dios hacer mal alguno á los suyos. Hizo en seguida esta oracion en voz alta: *Me encomiendo, junto con la causa de la Iglesia, á Dios, á la Santísima Virgen, á los santos patronos de esta iglesia, y al mártir San Dionisio.* Estas fueron sus últimas palabras, las cuales concluidas se puso de rodillas delante del altar, las manos juntas y los ojos elevados al cielo. Recibió cuatro golpes en la cabeza, de donde saltó el cerebro sobre el pavimento, y sin dar un grito ni hacer el mas leve movimiento de pies ó manos, cayó postrado como haciendo oracion. Así murió sin señal alguna de debilidad la mas natural el valeroso defensor de la Iglesia, en 29 de diciembre de 1170, á los cincuenta y tres años de su edad. Sus propios asesinos quedaron como asombrados y huyeron inmediatamente luego que acabaron de consumar su delito. Sin embargo, los monges de Cantorbery temiendo que volviesen á insultarle despues de muerto, le enterraron secretamente; hallaronle debajo de los hábitos un áspero cilicio, y, lo que no tenia ejemplo, calzones de la misma materia.

A la primera noticia de este atentado quedó consternada toda la ciudad: un pueblo inmenso corrió á recoger la sangre del mártir, ungiéndose con ella los ojos y tiñendo sus vestidos para guardarlos como reliquias. Bien pronto se esparció por todas partes la veneracion del santo mártir con la fama de los milagros obrados en su sepulcro. Todos los Estados del rey Enrique de una y otra parte del mar, esceptuando los mas fogosos cortesanos; el rey Luis, toda la Francia, y el Sumo Pontífice, no pudieron oir sin indignacion este asesinato sacrílego. El mismo Enrique se abandonó casi á la desesperacion (1). Sospechando el designio de los asesinos, habia despachado inmediatamente una órden prohibiendo toda violencia contra la persona del arzobispo; pero ya el golpe estaba dado cuando llegó el mandato. Apenas fué instruido del hecho, se prohibió por espacio de tres dias la entrada en la iglesia, no quiso ver á na-

(1) *Hist. Angl. Hum. vol. 1.*

die, y solo tomó un poco de leche de almendra, á que redujo todo su alimento. Envió muchos de sus clérigos á los monges de Cantorbery, que formaban todo el clero de esta iglesia, para que protestasen en su nombre de su inocencia y de su dolor; declaró que la conspiracion era una maniobra infernal, calificó á los conjurados de mónstruos, de vasallos detestables y oprobio de su reino, y se reprendió mil veces á sí mismo con lágrimas en los ojos de la imprudencia que habia cometido, dejando escapar la proposicion que habia animado á los asesinos (1).

Apresuróse á enviar á Roma para disculparse del asesinato y someterse á todo cuanto el Papa ordenase contra el arrebato que le habia causado (1171). Mil gritos de execracion habian llegado ya á aquella ciudad: todo el Occidente pedia justicia del enorme sacrilegio cometido en la persona del mas ilustre de sus prelados. Los diputados de la iglesia de Cantorbery enviados con diligencia para dar sus quejas á la Santa Sede: Guillermo, arzobispo de Sens, mas respetable todavía por sus virtudes que por la nobleza de su orígen, aunque era hijo del conde de Champaña, amigo constante del santo mártir y encargado para su defensa de la legacion de Inglaterra; su hermano Thibaldo, conde de Blois; el rey Luis el jóven y una infinidad de príncipes y obispos solicitaban la reparacion de este escándalo en los términos mas urgentes. «Un cristiano que está tranquilo á vista de este ultraje hecho á la Iglesia, escribia Luis (2), es un traidor á su Religion y se hace formalmente ingrato á Dios. Estinguir esta lumbrera brillante de la Iglesia y matar el mártir, cuyos milagros publican altamente la causa por la cual ha muerto, es haber herido á Jesucristo en el objeto mas delicado de su amor. Vuestro brazo, Santo Padre, está armado de la espada apostólica: toda la Iglesia reclama vuestra venganza, mas por sí misma que por él.»

El Papa quedó tan turbado, que en ocho dias los mismos romanos no se atrevieron á acercarse á su persona. Se reprendia de no haber defendido á Tomás con bastante vigor, y se lamentaba de la flaqueza humana que no conoce á los Santos hasta despues de su muerte. Prohibió que se permitiese á cualquiera inglés llegar á él, y todos sus negocios quedaron suspensos. No obstante, los embajadores de Inglaterra, en número, segun dicen, de mas de cincuenta, hicieron tanto por sus mediadores, que obtuvieron audiencia. Pero cuando se presentaron y pronunciaron el nombre del rey Enrique, *deteneos, deteneos*, esclamó toda la córte romana, y un estremecimiento de horror se apoderó de toda la asamblea. Ellos dijeron que el rey prometia sujetarse á cualquiera penitencia que se juzgase á propósito, y obedecer generalmente en todo cuanto tuviese por conveniente ordenar el Sumo Pontífice. El Papa, antes de resolver cosa alguna, quiso enviar legados á Normandía para que examinasen mas de cerca las circunstancias del crímen y para asegurarse mejor de la sumision del rey.

Enrique para separar de sí las ideas funestas que le atormentaban noche y dia, habia pasado á Irlanda, cuya conquista le habia permitido hacer catorce años antes el Papa Adriano. Sometió los reyes de Corck, de Limerick, de Oxeria y de Mida. Los arzobispos de Armagh y de Dublin, seguidos de veinte y ocho obispos, le prestaron juramento de fidelidad, y en su persona á todos los reyes de Inglaterra sus sucesores. Arregló el gobierno del pais é hizo celebrar un Concilio en Cassel para ordenar especialmente los bautismos y los matri-

(1) *Gesta post mart. cap.* 1.
(2) Baron. *ad ann.* 1171.

monios, en los cuales se habian introducido muchos abusos y supersticiones. Habiendo concluido todos estos negocios en seis meses, fué á juntarse con los legados en la abadía de Savigni, cerca de Avranches (1172).

Juró en su presencia sobre los Evangelios que no habia mandado ni permitido la muerte del arzobispo Tomás. Añadió que luego que la supo le causó mas afliccion que la que le habria causado la muerte de su propio hijo; que se acusaba no obstante, y se arrepentia amargamente de haber dado ocasion á ello por la irritacion y la cólera que manifestó contra el santo prelado; que en reparacion de esta culpa enviaria inmediatamente doscientos caballeros á la defensa de la Tierra Santa: que él mismo se cruzaria por tres años, á menos que el Papa juzgase no ser conveniente esta espedicion: que volveria á la iglesia de Cantorbery todas sus tierras y bienes sobre el pié en que las poseia un año antes que el arzobispo hubiera incurrido en su desgracia: que permitia que en adelante se apelase libremente á la Santa Sede; en fin, que desterraba absolutamente de todos sus Estados las costumbres ilícitas que él habia establecido. Además de esto le prescribieron los legados ayunos secretos, limosnas y otras obras de penitencia. Enrique lo aceptó todo con la mas perfecta sumision; despues de lo cual dijo delante de todos: «Señores legados, mi persona está en vuestras manos, estoy pronto á todo cuando gusteis añadir:» lo que enterneció de tal modo á los que estaban presentes, que no pudieron contener las lágrimas. El jóven Enrique prometió por su parte atenerse al juramento del rey su padre y hacer por este la penitencia si la muerte ú otro accidente no se la permitiese cumplir.

Multiplicándose de dia en dia los milagros en el sepulcro del santo mártir, el Papa Alejandro hizo constar por testimonios irrefragables lo que todo el mundo publicaba. Fundado en estas pruebas y en las de todas las virtudes heróicas del Santo, dos años y dos meses á lo mas despues de su muerte fué canonizado solemnemente, conforme á los deseos de todo el orbe cristiano, en 21 de febrero de 1173, é instituida su fiesta como la de un mártir célebre en toda la Iglesia católica y esta la observa todavía. En el reinado de Enrique VIII fueron saqueadas las riquezas con que por espacio de cuatrocientos años fué enriqueciendo la piedad el sepulcro de Santo Tomás Becquet y quemados los huesos del mártir (1535). En el año siguiente de la canonizacion de Santo Tomás, San Bernardo, que habia fallecido cerca de veinte años antes, fué igualmente canonizado como todo el mundo cristiano lo deseaba tiempo habia.

En el discurso de los tres años que siguieron á la muerte de Santo Tomás, la mano de Dios se descargó visiblemente sobre los cuatro asesinos del Santo. Despedazados por los remordimientos, luego que hubieron consumado su crimen, no se atrevieron á volver á la córte, á la que habian pretendido servir; se retiraron á una tierra distante que pertenecia á uno de ellos en la estremidad occidental de Inglaterra. El deshonor que llevaban impreso en la frente no pudo ocultarlos y fueron un objeto de horror para las gentes del pais. Las personas mas ordinarias no querian comer ni hablar con ellos, y echaban las sobras de su comida á los perros, y ni aun estos se llegaban á ellas si hemos de dar crédito á los escritores contemporáneos (1). Habiendo llegado á hacerse insoportables á sí mismos, fueron á ponerse á discrecion del Papa, el cual les impuso por penitencia la peregri-

(1) Roger. *Annal. pag.* 522.

nacion á Jerusalen. Guillermo de Traci fué atacado en Cosenza de Calabria de una enfermedad horrible, en que las carnes se le caian á pedazos, particularmente los pies y las manos. Murió en este estado manifestando un sentimiento sumo de su delito é invocando sin cesar al nuevo mártir. Sus tres cómplices aportaron á Palestina; pero murieron casi inmediatamente con las mismas agitaciones de conciencia. Enterráronlos delante de la puerta del templo y grabaron este epitafio sobre su sepulcro: *aquí yacen los desgraciados que martizaron al bienaventurado Tomás, arzobispo de Cantorbery.*

Parece que el Señor no quedó aun satisfecho con estas reparaciones. En su riguroso tribunal los soberanos son responsables de los pecados á los cuales sus pasiones ó su sola negligencia pueden dar márgen. Enrique II, no obstante haber desaprobado tan auténticamente el asesinato, fué el blanco de los golpes mas sensibles que el brazo de la divina justicia suele descargar en este mundo sobre un príncipe. Sus propios hijos y su esposa Leonor se rebelaron contra él. El rey de Francia y el conde de Flandes invadieron sus provincias de este lado del mar: Luis penetró en el seno de la Normandía y puso sitio á la capital. En tanto que el desgraciado Enrique se preparaba para socorrerla, supo que el rey de Escocia, de acuerdo con los sediciosos de Inglaterra, habia penetrado ya en el reino y asolaba el Northumberland. Dejó la Normandía y voló donde la desgracia podia llegar á ser mas fatal (1173).

Pero este príncipe que nunca parecia mas grande que cuando el peligro era estremado, conoció la insuficiencia de sus recursos contra los ministros de la venganza celestial y la necesidad de desarmarla enteramente. En vez de marchar contra el enemigo, se encaminó á Cantorbery (1174), y dejando su equipage fuera de la ciudad, se descalzó, vistióse una mala túnica, y se dirigió en silencio á la catedral poniéndose delante del sepulcro de Santo Tomás. Allí, sin haber tomado alimento alguno, pasó el resto del dia y toda la noche en oracion, postrado sin alfombra en el suelo. Luego desnudándose las espaldas quiso que cada obispo de los que estaban presentes y los religiosos de la comunidad en número de ochenta, le azotasen con varas uno despues de otro. No faltaron burlones insulsos que se divirtieron á espensas del rey; pero la inesperada vuelta de su primera fortuna les cerró bien pronto la boca. Al dia siguiente de su humilde penitencia, habiendo mandado Enrique que se le dijese misa en honor del Santo mártir, en la hora misma en que se celebraba, fué vencido y hecho prisionero el rey de Escocia por los ingleses que permanecieron fieles. Poco despues se levantó el sitio de Rouen, la paz se restableció entre la Francia y la Inglaterra, todos los proyectos de los enemigos de Enrique fueron desconcertados, su familia solicitó perdon bajo las condiciones que tuviese á bien prescribirla, y en menos de tres meses se vió tan poderoso cual nunca habia sido y mucho mas tranquilo.

Durante los disturbios de Inglaterra, y á pesar de los obstáculos que oponian al celo del Papa Alejandro, mucho mas agitado todavía por la obstinacion del emperador Federico en sostener el cisma, este Pontífice, precisado á estrañarse de Roma y á mudar á cada instante de domicilio en el resto de la Italia, no dejó de estender su solicitud aun mas allá de las regiones sometidas al yugo de Jesucristo. Entre los esclavones, tan frecuentemente convertidos como apóstatas, habia la idolatría establecido su último refugio sobre la costa de Pomerania, en la isla de Rugen, tan fortificada por la naturaleza que parecia inaccesible á todo es-

trangero (1). Valdemaro, rey de Dinamarca, constantemente sumiso á la obediencia de Alejandro, á pesar de todos los artificios de Federico para seducirle, halló medio de introducir un fuerte ejército en aquella isla, puso sitio á la capital llamada Arcon y la tomó por capitulacion. Los artículos principales se reducian á que los habitantes abrazarian el cristianismo, y que en testimonio de su sinceridad ofrecerian á las iglesias las tierras consagradas á sus falsos dioses y que destruirian sus ídolos. El principal de estos, llamado Suantovit, era un coloso monstruoso con cuatro cabezas, colocado en un templo magnífico en medio de la ciudad de Arcon, donde le sacrificaban una multitud de animales y algunas veces hombres. Todo el pais le llevaba tributos considerables en ofrenda y su pontífice era mucho mas reverenciado que el soberano. Suantovit, á quien adoraban entonces los esclavones como al primero de sus dioses, no era otra cosa que el mártir San Vito patron de la nueva Corbia, á quien los primeros misioneros de aquel pueblo sacados de esta abadía habian edificado una iglesia en la isla de Rugen bajo el reinado de Luis el germánico. Para que estos groseros insulares no recayesen de nuevo en la supersticion, el Papa Alejandro los confió al cuidado de Absalon, obispo de Roschild, cuya diócesis se estendió tambien á aquella isla, y le recomendó con la mayor instancia que cuidase mucho de que fuesen instruidos (1168).

Absalon llegó á ser con el tiempo arzobispo de Lunden, por dimision de Esquil, anciano piadoso y venerable que se retiró al monasterio de Claraval, donde tomó el hábito monástico y acabó santamente sus dias. Fué preciso que el Papa estrechase la modestia de Absalon para que aceptase esta Silla con la cual conservó la de Roschild. Este digno prelado, que hacia brillar las virtudes mas puras en aquellas tierras bárbaras, estableció en su diócesis de Roschild la observancia de Santa Genoveva en aquel mismo pie de regularidad en que la puso el Papa Eugenio III. A este efecto sacó de Paris al santo canónigo Guillermo que habia sido uno de los primeros en abrazar esta reforma. Guillermo no dejó de esperimentar duras contradicciones en este nuevo establecimiento, de suerte que tres de sus compañeros que le habian seguido se volvieron á Francia. En fin, su paciencia y su perseverancia triunfaron de todos los obstáculos, y fundó en aquellas tierras bárbaras un segundo monasterio de su instituto. En el discurso de treinta años que fué su abad hizo brillar cada vez con mayor esplendor las virtudes heróicas que le han merecido ser contado en el número de los Santos.

Dos cartas hay notables del Papa Alejandro relativas á aquellos paises. En la primera escita á los reyes de Dinamarca, de Noruega y de Gothia, á reprimir con las armas la ferocidad de los estonienses y de los demas paganos de aquellos cantones, y para esto les concede la misma indulgencia que á los peregrinos que visitaban el Santo Sepulcro. Por la segunda de estas cartas, dirigida al arzobispo de Upsal y á sus sufragáneos, quiere el Papa que se envien á Roma los penitentes culpables de ciertas abominaciones que individualiza, á fin de manifestar los escesos en que pueden precipitarse aun los hombres de mas felices disposiciones cuando están destituidos de las luces de la fé. Algunos observadores hallan aqui el principio de las reservas hechas por el Papa de ciertos casos atroces; pues por lo tocante á las reservas en sí mismas, presentan esos mismos observadores una multitud de ejemplares mas antiguos.

Desde el fondo del Norte volvió el Papa Alejandro sus cuidados hácia las potencias

(1) Helmold. *lib.* 2, *cap.* 12.

de Levante, las mas irritadas contra el nombre cristiano. Llegó hasta mantener relaciones habituales con el sultan de Iconio, y se esforzó en procurar su conversion; mas se ignora cuáles fueron las consecuencias de esta empresa. Este príncipe turco y musulman le habia enviado una embajada con cartas en que le manifestaba mucha inclinacion á la Religion católica. Habiendo llegado á sus manos los libros de Moisés, las profecías de Isaías y de Jeremías, con algunos escritos evangélicos, no pudo leerlos sin percibir rasgos brillantes de la divinidad del cristianismo: pidió al Papa personas capaces de instruirle con mas estension, y Alejandro se dió prisa á aprovecharse de una ocasion tan preciosa. Manifestó sin dilacion al príncipe musulman cuán agradable le habia sido su demanda, prometió enviarle misioneros cuyas costumbres y doctrina pudiesen edificarle, y le hizo remitir inmediatamente instrucciones por escrito (1169).

Estas consistian en una esposicion de la fé, particularmente sobre los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion. Hállase entre las obras de Pedro de Blois, como hecha en nombre del Pontífice, lo que induce á presumir que empleó para esta buena obra la pluma de aquel escritor, uno de los mas sábios y mas piadosos de su siglo. Era natural de Blois, de donde le vino el sobrenombre; pasó á Italia en compañía de un señor normando, tio de la reina Margarita de Sicilia, y fué nombrado preceptor y uno de los ministros del jóven rey Guillermo II. Mas viendo las revoluciones que afligian al Estado y á la Iglesia en un pais lleno de pueblos insociables, griegos, árabes, lombardos y normandos, se retiró á la córte del rey Enrique II que le habia llamado á Inglaterra, y murió siendo arcediano de Lóndres. Tenemos de él, entre otras obras, algunas cartas muy instructivas sobre los acontecimientos de su siglo, concernientes con especialidad á las cosas de Sicilia.

Sin embargo, se debe observar, por lo que respecta á sus sermones, que se publicaron con su nombre los de Pedro Comestor, otro escritor célebre del mismo tiempo. Este fué natural de Troyes, de donde con el tiempo llegó á ser dean, luego cancelario de la iglesia de París, y finalmente se hizo canónigo reglar de San Victor, donde murió dejando en el testamento todos sus bienes á los pobres y á las iglesias. Su historia escolástica particularmente le adquirió una reputacion singular. Erigida desde su publicacion en libro clásico, fué mirada durante trescientos años como el depósito público de la teología positiva, y puesta al nivel tanto de la Teología escolástica ó Libro de las Sentencias de Pedro Lombardo, como del Decreto de Graciano. De aquí sin duda provino la persuasion fabulosa que duró largo tiempo, de que estos tres autores fueron hermanos. Esta obra no es mas sin embargo que un compendio de la Historia santa, desde el principio del Génesis hasta el fin de las Actas de los Apóstoles, mezclada de incidentes apócrifos, y á veces poco sensatos, de la historia profana, de opiniones sistemáticas, de sentidos desfigurados, de esplicaciones arbitrarias, de etimologías violentas y de mil inutilidades que no sirven mas que para darnos á conocer el estado de infancia en que entonces se hallaban las letras.

A mediados del siglo doce fué tambien cuando renovándose los estudios entre los judíos, á ejemplo de los cristianos y de los musulmanes, dieron en mil ficciones y sutilezas desconocidas á sus padres. Desde las paráfrasis caldáicas compuestas en tiempo de Jesucristo, á escepcion del Talmud ó la esplicacion de su jurisprudencia, concluida unos quinientos años despues, no publicaron obra alguna digna de atencion hasta el rabino Abraham Aben-Esra, nacido en España á

fines del siglo undécimo y muerto en Rodas en 1174. Así es que casi todos habian entendido hasta entonces en su sentido natural las grandes profecías concernientes á la venida del Mesías. Los sentidos violentos y las esplicaciones artificiosas no fueron puestas en uso, sino á medida que el gusto de nuestros escolásticos por la argumentacion obligó á los doctores de la sinagoga á ejercitarse en la misma carrera y á buscar efugios en lugar de respuestas sólidas. Al mismo tiempo que Aben-Esra interpretaba la Escritura en España, Salomon-Jarchi, de nacion francesa, además de la Biblia, comentó en su patria casi todo el Talmud, y obtuvo de los judíos el título de intérprete por escelencia.

Moisés, hijo de Maimon, nacido en Córdoba en 1135 durante la dominacion de los musulmanes, adquirió aun mas fama que Aben-Esra. Los judíos se atrevieron á decir que éste era el hombre mas grande que se habia visto despues del legislador Moisés, no obstante las violentas contradicciones que tuvo que sufrir este aplaudido rabino y el cisma que ocasionó entre sus hermanos, el cual duró cuarenta años. Fué discípulo de su compatriota Averroes, uno de los mas grandes filósofos que tuvieron los árabes. La traduccion latina de sus comentarios árabes de Aristóteles es la que ha servido despues á nuestros filósofos. Entre las obras del rabino Moisés, las mas famosas son la esplicacion del Talmud y el modo de entender los lugares difíciles de la Escritura, cuyos sentidos diversos, como el literal, metafórico, analógico y alegórico no deja de indicar; pero sus medios artificiosos y multiplicados dan á conocer cuán estrechado se hallaba el ciego Israel acerca de los oráculos luminosos de los profetas. Uno de los mas fogosos partidarios de Moisés, fué David Kimhi, famoso tambien por su libro intitulado *Micol*, la mejor gramática que tuvieron los judíos á fines del siglo XII. Entonces solo hacia unos ciento cincuenta años que cultivaban este arte y le tomaron tambien de los árabes.

Por el año 1173 el judío Benjamin, natural de Tudela de Navarra, publicó una relacion de sus viajes que alcanza hasta este año, y en ella solo trata de ensalzar lo que interesaba á su nacion. Recorrió la Francia, la Italia, el Continente y las islas de la Grecia, la Siria, el Egipto, la Arabia y la Persia. Señala en cada lugar el número que habia de judíos: en Roma doscientos, en Constantinopla unos dos mil, adictos á la doctrina de los rabinos, sin contar quinientos caraitas que se atenian únicamente al testo de la Escritura, y eran reputados por cismáticos entre los demas. En la isla de Chipre halló muchos que los rabinistas nombraban epicúreos y los trataban como á hereges. Cerca de Sidon vió algunos drusos sumergidos en una ignorancia tan grande, que creian en la metempsícosis. Aun dentro de Jerusalen no cuenta mas que doscientos judíos, oscuros artesanos y alojados en un estremo de la ciudad, que él dice ser muy pequeña pero muy poblada. Señala muchos menos todavia en el resto de la Tierra Santa: dos en una ciudad, tres en otra, la mayor parte tintoreros de lana. En Tiberiades, cuya escuela celebran tanto otros judíos, no cuenta mas que cincuenta. El Estado de la Palestina era entonces muy conocido en Europa para que pudieran tener aceptacion las mentiras y noticias fabulosas.

Pero hablando de Bagdad, sometida al califa Abasida, empieza á dar la rienda suelta á su imaginacion. Segun él, el rabino Daniel, que hacia, dice, ascender claramente su genealogía hasta el rey David, era reconocido allí por gefe de la cautividad, y tenia la soberanía sobre todos los hijos de Jacob esparcidos en el imperio del califa: proposi-

cion que se destruye á sí misma por el solo nombre de cautividad, y por la dependencia en que este imaginado soberano se hallaba del príncipe mahometano, de quien compraba muy cara su dignidad, segun el mismo Benjamin. Añade que mas allá del imperio de los califas hácia el septentrion, habia judíos rechabitas independientes de los otros pueblos, y gobernados por el rabino Hanan, cuyos dominios comprendian diez y seis jornadas de un desierto inhabitable. Hanan tenia un hermano llamado Salomon que gobernaba otro imperio, y estos dos soberanos juntaban en todo bajo sus leyes trescientos mil judíos. Benjamin continúa citando en otras partes poblaciones numerosas de judíos independientes, teniendo siempre cuidado de colocarlas en paises lejanos é inaccesibles. Es manifiesto que todas estas ficciones no se dirigian mas que á eludir las profecías por las cuales quedaba demostrada la venida del Mesías, pues que en ninguna parte del universo reinaba ya la familia de Judá. La relacion de Benjamin es tanto mas sospechosa, cuanto abunda en faltas palpables contra la geografía, en historias visiblemente fabulosas, y yerros absurdos acerca de los objetos mas conocidos (*a*).

(*a*) Si no temiésemos apartarnos del principal objeto de esta Historia y traspasar los límites de una nota, podriamos estendernos aquí acerca de la cultura literaria de España en el tiempo de que venimos hablando; pueden verse sin embargo el Florez, t. 14; el Masdeu, t. 13; Yepes, t. 4, etc. Lo que dice Henrion respecto de los escritores judíos naturales de España puede dar ya una idea del estado de la literatura en nuestra patria, donde á pesar de las continuas guerras y hallarse dividida en tantos pequeños Estados, se cultivaron las ciencias, y se vieron establecidas en España Universidades, Academias y bibliotecas públicas cuando apenas se veia nada semejante en las demas naciones. Segun cálculo de algunos críticos los árabes tuvieron en España durante este período ciento cuatro escritores, sesenta y seis los cristianos y cinco los judíos. Los árabes adelantaron mucho en las ciencias naturales, las lenguas orientales tenian aquí públicos profesores, y las ciencias eclesiásticas se enseñaban en toda su pureza en los colegios y seminarios establecidos por nuestros reyes y obispos.
(*N. del E.*)

Mas allá de la Persia, hácia la parte septentrional de las Indias, donde Benjamin establecia su imperio rabínico, habia un rey muy conocido con el nombre de Preste Juan, cuyo dominio quedó estinguido en los primeros años del siglo siguiente por Gengiskan, fundador del grande imperio de los tártaros. En el tiempo cuya historia venimos ahora escribiendo, este príncipe indiano ó tártaro, famoso por sus grandes victorias conseguidas sobre los persas, manifestó á un viagero europeo llamado Felipe gran deseo de instruirse en la Religion católica, y de abrazar la fé pura de la Santa Sede. Era cristiano, pero preocupado como los de aquellos paises del Asia con los errores del nestorianismo. El Papa Alejandro le confirmó por sus cartas en sus buenos propósitos (1177), y le volvió á enviar á Felipe como un hombre instruido y prudente, en quien este príncipe podia tener confianza; pero sin embargo le exhortaba á que enviase á Roma como él lo habia propuesto, hombres sabios de su reino para que aprendiesen la verdad en su fuente y se instruyesen despacio en la doctrina católica (1). Estos proyectos de conversion, reiterados con tanta frecuencia despues por los nestorianos de las estremidades del Oriente, dan á conocer que aquellos sectarios mas bien se hallaban sumergidos en el error y en la ignorancia que en la heregía, ó cuando menos que eran mucho mas culpables de ligereza que de obstinacion.

Lo mismo sucedia con los eutiquianos de Armenia, cuyo católico ó patriarca Norsesis escribió al emperador Manuel Comneno á fin de ilustrarse sobre algunos puntos de fé y de disciplina de su iglesia, diferentes de los de los griegos (2). El emperador le envió un filósofo llamado Teoriano, el cual

(1) Alex. *ep.* 48.
(2) *Bibl. Patr. pag.* 439.

tuvo con él algunas conferencias, y en ellas se examinaron con mucha moderacion de una y otra parte todos los puntos de discordia. El piadoso armenio buscaba sinceramente la verdad, y no tardó en descubrirla. Por el testimonio de los Padres respetados en todas las comuniones, se le convenció que no podia confesarse otra fé diferente de la del concilio de Calcedonia. En cuanto á la disciplina, convinieron en que algunos antiguos usos, que no derogaban ni á la fé ni á las leyes recibidas, no debian ser suprimidos. Mas los armenios, conducidos por por el cisma al desprecio de los ritos sagrados y aun de las instituciones divinas, pretendian á causa de la escasez de olivos en su pais, poder usar de otro aceite para las unciones sacramentales. Teoriano les manifestó que el aceite de olivas era absolutamente necesario, así como para el sacrificio lo era el vino, y no otro licor que se le asemejara. Norsesis con su rectitud acostumbrada consintió tambien en reformar este abuso (1170).

Cuando todos los artículos quedaron establecidos de comun acuerdo: «quiero, dijo, hacer los esfuerzos posibles para salvar á todos mis hermanos conmigo: desde hoy escribiré á todos nuestros obispos á fin de juntarlos en concilio. Tengo en mi poder algunos escritos de uno de mis antiguos predecesores llamado Juan, comparable en doctrina y en virtud á los Padres mas ilustres, y cuya fiesta celebramos como de un Santo. Fué muy celoso contra los monofisitas, segun se vé por sus escritos aprobados mucho tiempo despues por el católico Gregorio, que ocupó esta Silla poco antes que yo. Por medio de este monumento y por los pasages que me habeis explicado, espero hacer conocer la verdad á mis ovejas; mas si no tuviese la suerte de reducirlas todas, espediré un decreto por el cual recibiré públicamente, junto con aquellas que me sigan, el concilio de Calcedonia y anatematizaremos á los que no le admitan.» A esta idea, enternecido el católico de su propio discurso, mandó retirar á todos, escepto Teoriano, y le dijo bañados los ojos en lágrimas: «os suplico que luego que llegueis á Constantinopla inclineis á vuestro Patriarca á pasar al lugar santo á rogar por los armenios difuntos, que solo pecaron por ignorancia, á tomar el Leño sagrado de la verdadera Cruz, y mirando el Oriente, bendecir la desgraciada Armenia.» A estas espresiones dictadas por una caridad tan pontificia, no pudo Teoriano detener sus propias lágrimas. El piadoso pastor le puso la mano sobre la cabeza, y dándole su bendicion le despidió en paz.

Mientras las estremidades del Oriente se acercaban de este modo á la verdad (1175), el centro del mundo cristiano continuaba siendo blanco de las violencias del cisma y de todos los desórdenes que le son inseparables. La impunidad, consecuencia inevitable de la division entre las potestades, hizo renacer aquellos vicios que mas se habian esmerado en desterrar un gran número de anteriores Pontífices. En Lieja, ciudad de los dominios de Federico, la simonía se atrevió á levantar de nuevo la frente con tanta desvergüenza, que el obispo Raul ó Radulfo ponia las prebendas en público mercado al que mas ofrecia. Un santo sacerdote llamado Lamberto, y por otro nombre el Tartamudo (Begue), arrebatado de una indignacion súbita é inspirada á vista de este escándalo, empezó á tronar contra los clérigos que le fomentaban (1). Toda la ciudad quedó conmovida con sus discursos, tuvo un séquito numeroso é hizo conversiones brillantes. Irritado el obispo, mandó conducirle á una prision. Al hacerle atravesar la iglesia de nuestra Señora, levantó los ojos

(1) *M. Chron. Belg. pag.* 193.

hácia el altar y dijo suspirando: «¡Ay de mí! Se acerca el tiempo en que los puercos hozarán la tierra que tú ocupas;» lo que confirmó el suceso.

El obispo, por no sabemos qué inconsecuencia, hizo conducir á Lamberto á Roma para que fuese allí castigado de su temeridad. El Papa Alejandro no solo volvió á enviarle absuelto, sino que le autorizó altamente para continuar el ejercicio de su celo. Este santo sacerdote habia congregado gran número de mugeres y de jóvenes piadosas, á quienes persuadió que viviesen en continencia, y tal fué el origen de las beguinas de Flandes, llamadas así del nombre de su fundador Begue, es decir, Tartamudo. Estas son unas comunidades de mugeres, las cuales sin ligarse con votos perpétuos, viven juntas con edificacion, ocupadas en el trabajo, en la oracion y en todos los ejercicios propios á preservar las costumbres del contagio del mundo.

Aun no se habia fijado en Roma el Papa Alejandro, cuando en el año siguiente aprobó un nuevo órden militar instituido en España con el nombre de Santiago. La bula suscrita por trece cardenales tiene la fecha en Ferentino en 5 de abril de 1175. Este órden, destinado como el de los templarios y el de los hospitalarios de Jerusalen á combatir contra los infieles, compuesto igualmente de clérigos y de caballeros, se diferencia por otra parte de una manera esencial. Generalmente no están obligados al celibato: entre aquellos nuevos caballeros unos guardaban continencia perfecta, otros estaban casados, y sus mugeres eran reputadas por hermanas de la órden. Vivian en comun, á ejemplo de los primeros fieles de Jerusalen, sin tener nada propio: cuanto conquistaban ó adquirian pertenecia á la órden á quien estaban ligados. No podian dejarla para volver al siglo, ni aun pasar á otra órden sin permiso del gran maestre. Sin embargo, las viudas de los caballeros tenian libertad para volver á contraer matrimonio. Los clérigos de la Orden vivian en comunidad y gobernaban las iglesias las cuales estaban exentas de la jurisdiccion episcopal: administraban los sacramentos á los caballeros é instruian á los hijos de aquellos que estaban casados. Este nuevo órden militar, asi como los antiguos, obtuvo del Papa la exencion de los diezmos y de las censuras generales; por manera que ni los caballeros, ni sus familias, ni sus gentes podian ser excomulgados, ni aun entredichos, á no ser por un legado *a latere* (*a*).

(*a*) En nuestras anteriores notas hemos hablado ya de las órdenes militares de Alcántara y de Calatrava; en cuanto á la órden militar de Santiago, hé aquí cómo se espresa el P. Mariana:=«En el tiempo que se descubrió el sepulcro del Apóstol Santiago comenzó la devocion de aquel lugar á estenderse no solamente por toda España, sino tambien acerca de las naciones estrañas: muchos de todas partes del mundo concurrian á visitarle, á otros muchos espantaba la dificultad del camino por la aspereza y esterilidad de aquellos lugares, y las correrías de los moros que se decia cautivaban á muchos de los peregrinos. Los canónigos de San Eloy (no se sabe puntualmente en qué tiempo) los años siguientes con deseo de remediar estos males edificaron en muchas partes por todo aquel camino, que llega hasta Francia, hospitales para recibir á los peregrinos. Entre otros el que se edificó en el arrabal de Leon con nombre de San Marcos fué el de mas cuenta y tuvo el mas principal lugar. —»Con este oficio de piedad no solo ganaron los ánimos del pueblo, sino tambien las voluntades de los principales, tanto que les dieron por entonces grandes riquezas y rentas; y adelante por su ejemplo algunos en Castilla ejercitados en la guerra, personas nobles y ricas, con el celo que tenian de ensanchar el señorío de cristianos, juntaron en comun los bienes particulares de cada uno á manera de religiosos. Estos por industria del cardenal Jacinto y á su persuasion, por estos tiempos determinaron de unirse y juntar sus fuerzas con los canónigos de San Eloy, que tienen su convento fuera de Santiago.—»Con este acuerdo se partieron para Roma para alcanzar aprobacion del Pontífice Alejandro de su instituto y manera de vida, que querian ordenar conforme á la regla de San Agustin que abrazaban los dichos canónigos. Pero Fernandez de Puente Encalada, que fué el principal en esta embajada, á persuasion de Cerebruno, arzobispo de Toledo, ganó una bula del Pontífice, su data á 5 de julio año de 1175, en que se señala á los soldados la manera de vivir, poniéndoles leyes muy buenas; á la cual manera de vida se reciben tambien mugeres con tal que no se puedan casar si no fuere con consentimiento del Maestre. —»Mandóse que de todo el número de los caballeros señalasen trece que

Asi el Papa Alejandro, casi siempre errante y fugitivo desde su advenimiento al pontificado, llenaba sus diversas funciones con el mismo desvelo que si hubiera gozado de una paz profunda en el palacio de Letran. Su avanzada edad y las falsas esperanzas de paz que en diferentes ocasiones le habian dado, no le permitian poder esperar una vida mas apacible. Instado Federico muchos años habia por un santo cartujo, y habiendo por fin esperimentado una desgracia considerable, quiso al parecer reconciliarse con la Santa Sede; pero el restablecimiento de sus negocios destruyó al punto estas veleidades ilusorias. Aconteció en aquel mismo tiempo la muerte de su Papa Pascual, y él reconoció por Cabeza de la Iglesia á Juan, abad de Strum, que establecieron los cismáticos en su lugar con el nombre de Calisto III. Abriendo los ojos á los partidarios del cisma una série de tres anti-papas, y viendo el emperador disminuir cada dia su faccion, fingió por segunda vez querer procurar la reunion de la Iglesia. Envió al Papa Alejandro el obispo de Bamberg que siempre le habia permanecido afecto; pero este obispo tenia el encargo de no tratar sino personalmente con el Pontífice, con esclusion de los señores de Lombardía; artificio maquinado para hacer nacer la desconfianza y la division entre el Papa y los apoyos principales de su poder; pero el hábil Pontífice se guardó muy bien de caer en este lazo.

Habiendo llegado por fin el tiempo que el Señor tenia señalado, el emperador, cuyas ideas eran en un todo contrarias á la paz de la Iglesia, reunió un ejército formidable de alemanes, é hizo una invasion repentina en el Milanesado que creyó sorprender, mas estaban prevenidos: salieron en buen órden; marcharon intrépidamente contra él, y en

---

nunca se apartasen del lado del Maestre, y juntamente con él todos los años en un lugar señalado hiciesen su capítulo general. Demas de esto otras muchas cosas se ordenaron que seria largo relatarlas. El mismo Pero Fernández fué criado por Maestre de aquella milicia y órden, y así fué el primero de los Maestres: las insignias de los soldados en manto blanco una cruz roja hecha á manera de espada. Señalóseles por convento el hospital de San Marcos que estaba en Leon. Tenian por este mismo tiempo en Castilla y en Leon grandes heredamientos, no pocos castillos y lugares, entre los demas se cuentan Uclés, Mora, Estriana, Almodovar, Larunda, Santacruz de la Zarza, que asi se llama en la bula del Papa un lugar que antiguamente se llamó *vicus cuminarius*, cerca de Ocaña.—....»No ignoramos que algunos le señalan (á esta órden) mas alto principio; unos de D. Alonso el Casto, otros del rey D. Ramiro; engañó sin duda á los unos y á los otros el deseo de ilustrar aquella milicia, y un privilegio que alegan en esta razon, de D. Fernando el Magno, primer rey de Castilla, con data y antigüedad de mas de cien años antes de este tiempo, que dicen concedió al monasterio de monjas de Salamanca que se llama de *Sancti Spiritus*; pero los mas eruditos le tienen por falso....»

Por estas fundaciones y por los rápidos progresos que lograron estas y otras órdenes militares en toda la estension de la Península puede inferirse los que hacian cada dia las armas y el poder de los cristianos. Cuando se instituyó la órden de Santiago, reinaba en Leon Fernando, segundo de este nombre, hijo segundo del rey y emperador Alfonso VII. En Castilla, despues de la muerte de Sancho III (llamado el *Deseado* por su juventud, afabilidad y religion), ocurrida en Toledo en 31 de agosto de 1159, y trascurridas las grandes disensiones que ocasionó la menor edad de su hijo Alfonso VIII (que á la sazon solo tenia tres años y cuya tutela se disputaban los Castros y los Laras), principiaba ya este gran monarca la carrera de sus gloriosos triunfos. En Aragon, cuyo rey don Ramon Berenguer el IV y último habia fallecido en 6 de agosto de 1162 en San Dalmacio, aldea del Piamonte, el hijo de la Reina viuda doña Petronila, Alfonso II, se adquirió no pequeña gloria en sus guerras contra los reyes moros de Valencia y de Murcia. Asimismo Alfonso I de Portugal y Sancho VII de Navarra, desbarataron en diferentes campañas el poder de los infieles. Por manera que á no haber mediado las luchas intestinas y las turbulencias de los Estados cristianos, escitadas en su mayor parte por la ambicion y mútuas discordias de los grandes, muy fácilmente hubieran podido los príncipes cristianos reunidos alanzar para siempre á los musulmanes y sacudir de toda España el yugo de su dominacion; pero no era aun llegado el tiempo señalado en los decretos del Señor. Esto no obstante, en medio de todas esas revueltas y agitaciones del Estado, la Iglesia en España iba progresando de dia en dia; erigíanse nuevos obispados en las ciudades conquistadas; se multiplicaban los concilios; y á consecuencia de estos la reforma iba desterrando los abusos y hacia brillar las virtudes; se levantaron monasterios, y los institutos de Cluni, del Cister y de la Cartuja, los canónigos reglares de San Agustin, y otras varias profesiones monásticas tenian en España, no menos que en las demas naciones cristianas, verdaderos discípulos y fieles observadores. Véanse Ferreras tom. 5; Mariana lib. 11 y 12; el M. Florez en su *España Sagrada*; Masdeu, t. 13; Ortiz, lib. 8, c. 4. *(N. del E.)*

29 de mayo de 1176 alcanzaron una victoria tan completa que destruyó sin recurso el poder germánico hasta la otra parte de los montes, y fué la época de la libertad de las ciudades de Lombardía. Matáronle al emperador el caballo y pasó mucho tiempo sin saberse su paradero, contándole todos en el número de los muertos.

Aunque los peligros que habia corrido le hicieran reflexionar sériamente sobre sí mismo, los señores que le seguian, movidos aún mas que él de un golpe tan inesperado, no le dejaron tiempo de volver á su acostumbrada inconstancia. Los que hasta entonces habian sido sus mas ciegos secuaces, así eclesiásticos como seglares, le amenazaron sin respeto alguno que le abandonarian si no hacia en fin la paz con la Iglesia. Resolvió, pues, reconciliarse sinceramente con el Pontífice legítimo y envió sin dilacion á hacerle declarar sus disposiciones (1). Esta primera conferencia se tuvo en Anagni, donde estaba Alejandro, quien exigió desde luego, como otras veces, que sus aliados y defensores debian comprenderse en el tratado, en especial el rey de Sicilia, los Estados de Lombardía, y, lo que parece mas singular, el emperador de Constantinopla. Tiempo se necesitaba para preparar y manejar una negociacion tan grave, que no pudo concluirse hasta el año siguiente en la ciudad de Venecia, señalada de comun acuerdo por todos los partidos para lugar de la asamblea. Mas los enviados de Federico, sin demora alguna y antes de dejar á Anagni, prometieron de su parte que daria la paz á la Iglesia romana y reconoceria al Papa Alejandro; que le volveria la prefectura de Roma, y que restituiria á la Santa Sede las tierras de la condesa Matilde (2).

(1) *Chron. Gaufr. Vos. Act. Romual. Saler.*
(2) Pagi, *ann.* 1176, *n.* 6.

Trasladóse el Papa de Anagni á Benevento, á donde el rey de Sicilia envió once de sus galeras para conducirle al lugar de la conferencia, con un lucido acompañamiento de señores, á cuyo frente se hallaban el arzobispo de Salerno y el gran condestable de la Pulla. En Venecia, el duque, el patriarca de Aquileya y todos sus sufragáneos, salieron á recibirle con un pueblo tan numeroso, que apenas se distinguian las aguas del mar por la multitud de las góndolas. El dia de la Anunciacion (1177) celebró solemnemente con los cardenales en la iglesia de San Marcos. Algunos dias despues subió por el Pó con sus galeras hasta Ferrara, á donde habia citado á los señores de Lombardía sin los cuales nada quiso hacer. Hallóse allí para el dia indicado, que fué el domingo de Pasion, 10 de abril, y el 11 llegaron el patriarca de Aquileya, los arzobispos de Ravena y de Milan, con los obispos de su dependencia, los marqueses, los condes, los rectores de las ciudades; esto es, todos aquellos lombardos que de los dos órdenes del Estado ejercian alguna autoridad. Habiéndolos reunido el Papa al siguiente dia en la iglesia de San Jorge, donde concurrió un pueblo muy numeroso, arengóles de esta manera: « No ignorais, queridos hijos mios, la persecucion que ha sufrido la Iglesia de parte del príncipe que mas debia defenderla; y de cierto os doleis del pillage, de la destruccion de los templos del Señor, de los incendios, de las muertes, de la muchedumbre de crímenes que son la consecuencia inevitable de la desunion y de la impunidad. Durante el largo espacio de diez y ocho años el cielo ha permitido estos males espantosos; mas ha disipado por fin esta terrible tempestad. Ha movido el corazon del emperador, y ha reducido su fiereza á pedirnos la paz. ¿Podrá, pues, desconocerse el milagro del Todopoderoso al ver á un sacerdote, desarma-

do y encorbado bajo el peso de los años, triunfar de la dureza germánica y vencer sin guerra á un príncipe formidable? ¿No es esto para que todo el mundo sepa que es imposible combatir contra Dios?» Luego, dirigiéndose á los lombardos, les dijo que no habia querido aceptar la paz sin contar con ellos, y encomió el valor religioso con que ellos habian defendido la Iglesia y la libertad de Italia.

No menos elocuentes que guerreros los italianos, respondieron con estilo pomposo á la urbanidad del Pontífice, le manifestaron su reconocimiento y aplaudieron el intento que llevaba de pacificar su patria. Prometiéronle tomar parte en sus designios y no rehusar cosa alguna al emperador de sus antiguos derechos sobre la Italia, salvo la libertad que ellos habian recibido de sus padres y que estaban resueltos á conservar á costa de sus vidas. En cuanto al rey de Sicilia manifestaron el deseo que tenian de verle comprendido en el tratado, como un príncipe amigo del órden y de la justicia, en cuyo reino añadieron, hay mas seguridad en medio de los bosques que en las ciudades de otros Estados. Si esta pintura no es una lisonja, hubo de hacerse en Sicilia mucha reforma en poco tiempo.

Volvieron de Ferrara á Venecia, donde se concluyó al fin la paz sólidamente en los primeros dias de agosto de 1177. Despues de haber rendido el emperador los honores de costumbre al Sumo Pontífice, declaró públicamente, que engañado por malos consejos habia atacado á la Iglesia creyendo defenderla: que daba gracias á Dios por haberle sacado del error: que renunciaba con sinceridad del cisma, reconocia á Alejandro por Papa legítimo, y volvia su amistad al rey de Sicilia, como tambien á los lombardos. Bajo esta abjuracion del cisma, se alzó por los cardenales el anatema fulminado contra Federico en nombre de San Pedro, lo cual llevaba consigo la rehabilitacion de este príncipe. El reconocimiento que de él, como emperador, hacia el Pontífice, llevaba consigo el de los pueblos fieles á su Pontífice, asi como el reconocimiento que Federico hacia del Papa legítimo, llevaba consigo el de sus súbditos y ponia fin al cisma. Algunos dias despues fué jurada la paz solemnemente. Se llevaron los Evangelios, las reliquias y la verdadera cruz; y de órden del emperador, Enrique, conde de Diessa, juró por el alma de este príncipe que observaria rigurosamente la paz entre la Iglesia y el imperio, una tregua de quince años con el rey de Sicilia y una de seis con los lombardos. Este era el convenio que los comisarios de una y otra parte habian arreglado y estendido por escrito. Doce príncipes del imperio, asi legos como eclesiásticos, hicieron igual juramento. El arzobispo de Salerno y el condestable de la Pulla prometieron igualmente que el rey de Sicilia juraria por medio de otros diez señores. Se advierte como una delicadeza inesplicable, que el emperador y el rey creyeron degradar su dignidad prestando juramento personalmente. Para confirmar la paz ajustada en Venecia, el Papa terminó el concilio excomulgando solemnemente á los que violasen sus condiciones. Cuando se pronunció la fórmula, los asistentes, asi clérigos como legos, los cuales tenian todos una vela en la mano, las echaron en tierra en señal de maldicion y esclamaron en alta voz asi como el emperador: *Asi sea, asi sea* (1). Despues de la reconciliacion de Federico, todos los otros partidarios del cisma concurrieron en gran número á abjurarle, y para reunirse á la Iglesia se les obligó á prometer sumision, obediencia y fidelidad al Papa Alejandro y á sus sucesores.

Restablecido en Roma el Papa Alejan-

(1) Romuald, Labb. *t.* 10, *p.* 1499.

dro, amenazó el emperador al antipapa Calisto, ó Juan de Strum, que le estrañaria del imperio con todos sus parciales si no prestaba cuanto antes obediencia al verdadero Pontífice. No vaciló Juan un momento: fué á encontrar á Alejandro que se hallaba en Túsculo, arrojóse públicamente á sus pies en el dia de la degollacion de San Juan, 29 de agosto de 1178, y pidió y obtuvo su perdon. El Papa Alejandro, cuyas largas desgracias no habian agriado en manera alguna su inalterable dulzura, no le dió la mas leve reprension; al contrario, le declaró que la Iglesia romana le recibiria con gozo por hijo suyo, y que él mismo procederia en todo tiempo volviéndole bien por mal; lo que cumplió exactamente, pues siempre le trató despues con mucho honor y le admitió frecuentemente á su mesa.

Con todo, un mes despues algunos cismáticos hicieron todavia un nuevo antipapa, cuyo nombre que era Lando Sitino, mudaron en el de Inocencio III; mas tuvo tan pocos parciales, que la mayor parte de los historiadores ni siquiera hacen mencion de él, y este resto de cisma fué sofocado en el año siguiente. Indignado Alejandro contra este perturbador audaz, que no tenia como sus predecesores un príncipe ó un partido poderoso que le sostuviese, le persiguió vivamente, y le obligó á comparecer como los demas y postrarse á sus pies: luego le hizo encerrar en el monasterio de Cave donde al fin murió Lando Sitino.

Antes de reducir á esta faccion despreciable, se tuvo un Concilio general, el tercero lateranense, á fin de remediar los abusos introducidos por tan largo cisma (1179). Con igual motivo fueron celebrados los dos primeros concilios de Letran, á consecuencia de los cismas de Mauricio Burdino, y de Pedro de Leon. En este se hallaron trescientos y dos obispos de todas las regiones, sin esceptuar el Oriente. Habia seis de Siria, de los cuales el mas ilustre era Guillermo, arzobispo de Tiro (1), autor de la mejor Historia que poseemos del imperio de los latinos en Jerusalen. El emperador Manuel envió por parte de la Grecia á Jorge, metropolitano de Corfú, y habiendo caido enfermo este prelado en Otranto, fué encargado de hacer sus veces Nectario, abad de Cásulas. Entre los obispos de Francia los mas distinguidos fueron Guillermo de Champaña, por sobrenombre Manos-blancas, trasladado de la Silla de Sens á la de Reims, y el sabio inglés Juan de Salisburi, que llegó á ser obispo de Chartres; uno y otro defensores celosos de Santo Tomás de Cantorbery. De Inglaterra no se hallaron mas que cuatro: esta nacion miraba como un derecho no enviar mas á los concilios generales. San Lorenzo, arzobispo de Dublin, vino de Irlanda ya de edad muy avanzada, y recibió grandes honores por parte del Papa, quien le nombró legado suyo en Hibernia; pero el santo anciano espiró poco despues en la ciudad de Eu en Normandía (1181). Luego que hubo recibido el Viático, le advirtió su confesor que hiciese testamento. «¿Qué he de legar yo? respondió. Sabe Dios que no tengo un cuarto debajo del sol.» Entre otras obras de caridad, sustentaba todos los dias por lo menos á treinta pobres. Respecto á la Alemania concurrieron de ella muchos obispos, muchos tambien de Escocia, uno de Dinamarca, y un arzobispo de Hungria que es el último que se nombra. Todos los asuntos de este concilio, que tuvo tres sesiones, se despacharon en menos de tres semanas, contándose desde el lunes de la tercera semana de Cuaresma, 5 de marzo de 1179. La mayor parte de sus disposiciones, cuya enumeracion interesaria muy poco, fueron relativas á la estincion del cisma. Cada uno de los que le habian seguido fir-

(1) *T. X Conc. pag.* 1550; *T. XII Spicil. pag.* 638

mó la siguiente fórmula: «Yo N... anatematizo y rechazo toda heregía contraria á la Santa Iglesia romana y principalmente el cisma de Octaviano, de Guido y de Juan; confieso son nulas (*en cuanto á la jurisdiccion*) las ordenaciones hechas por estos tres antipapas; desde ahora y para en adelante prometo obedecer y ser fiel á la Santa Iglesia romana, á mi señor Alejandro y á sus sucesores legítimos; le serviré contra toda persona segun mi clase y con sinceridad. Si me intima ó me confia sus consejos por escrito, siendo este auténtico, me obligo á no entregarlos á nadie, aun con peligro de mi vida. Tributaré honor al legado de la Iglesia romana y contribuiré á los gastos de su viaje. Asi Dios me ayude y estos Santos Evangelios (1).» Publicáronse despues veinte y siete cánones, de los cuales muchos son muy importantes y establecen aun en el dia varios puntos de disciplina. Desde luego se manda, que si en la eleccion del Sumo Pontífice los votos de los cardenales no llegasen á la unanimidad, deba á lo menos el que sea reconocido Papa haber tenido á su favor dos terceras partes de los votos; porque la Iglesia romana, dicen, no tiene como las otras iglesias superiores para decidir estas dificultades. En esto se conoce que la eleccion de los Papas estaba ya puesta absolutamente en manos de los cardenales.

Prohibieron hacer obispo alguno que no contase al menos la edad de treinta años, y elevar á la dignidad de deanes, de arcedianos y á todos los demas beneficios con cura de almas, á los que no hubiesen cumplido veinte y cinco años. Estableciόse (y este es el primer monumento de los títulos patrimoniales) que si el obispo ordenase un sacerdote ó un diácono sin título fijo ó beneficial con que poder subsistir, hubiese de darle con qué mantenerse hasta señalarle una renta eclesiástica. Los gastos de visita, antes arbitrarios, arruinaban á menudo las iglesias, y se creyó debia ponerse coto á un fausto que no se podia corregir del todo. Limitóse por esta razon el equipage de los arzobispos á cuarenta ó cincuenta caballos, el de los cardenales á veinte y cinco, el de los obispos á veinte ó treinta, el de los arcedianos á siete, el de los deanes y grados inferiores á dos. Ordenóse que los beneficios vacantes fuesen conferidos en los seis primeros meses, y que de otro modo el cabildo supliese el descuido del obispo, el obispo el del cabildo, y el metropolitano el de ambos; y que en todo caso no debian amontonarse beneficios en un mismo sugeto. El abuso en esto habia llegado á tal estremo que los clérigos avaros tenian hasta seis, y aun cargaban á menudo con muchos curatos, resultando por consecuencia que ninguno era bien administrado. Mandóse tambien que los bienes que los clérigos hubieran adquirido en el servicio de la Iglesia, quedasen á beneficio de esta despues de la muerte de sus poseedores, aun cuando hubieran dispuesto de ellos por testamento.

Del mismo modo se prohibió exigir retribucion alguna por la sepultura, por el bautismo, matrimonio y demas sacramentos, sin poderse alegar el uso en contrario. «La duracion de los abusos, dice el concilio, hace mas urgente la necesidad de reformarlos.» Muchas eran las quejas de los obispos contra los privilegios de las órdenes militares, ó por mejor decir, contra lo mal que usaban de ellos estos religiosos que habian degenerado mucho de su primer espíritu. A consecuencia de su escepcion personal, con respecto á las censuras generales, admitian á los sacramentos á toda clase de excomulgados y de entredichos y les concedian sepultura. Condenó el concilio todas estas licencias, tanto por lo respectivo á los

(1) Labbe, *t.* 10, *p.* 1490, 1505.

religiosos militares como á todos los demas. Asímismo prohibió admitir por dinero á algun instituto cualquiera que fuese, so pena, en el superior, de privacion de oficio, y en el particular, de ser escluido para siempre de los órdenes sagrados.

El cánon XVIII prueba que, si los estudios no florecian todavía, no era por culpa de la Iglesia. «A fin de proveer á la instruccion de los pobres habrá en cada iglesia catedral un maestro á quien se le asignará un beneficio competente para atender á sus necesidades y cuya escuela estará abierta á cuantos quieran ir á ella á instruirse gratuitamente. Lo mismo se hará en las demas iglesias y en los monasterios donde hubo en otro tiempo fondos destinados á este efecto. Nada se exigirá por el permiso de enseñar, ni aun á pretesto de costumbre alguna; y no se negará ese permiso al que sea capaz de ello, pues eso seria impedir la utilidad de la Iglesia.» Este cánon priva tambien de todo beneficio eclesiástico al que osára contravenir á lo en él acordado (1).

Renovóse la prohibicion de los torneos que de diaen dia iban estando mas en voga. Prohibióse á los cónsules y demas magistrados de las ciudades imponer carga alguna á las iglesias, ni atentar á sus dominios temporales. Decretóse la pena de excomunion contra los fieles que llevaran á los sarracenos armas, hierro, madera para los navíos, ó que les sirvieran en clase de pilotos.

El último cánon del concilio de Letran concierne á los hereges llamados entonces patarinos ó publicanos, y que veremos en breve tan famosos con el nombre de albigenses. Se comprenden tambien en él los salteadores reunidos de diversas naciones, que los señores empleaban en sus guerras particulares: gente sin religion y sin freno, azote de toda sociedad y execracion del género humano, cuyo nombre de ruteros y de coterales que entonces les daban, se pronunciaba con horror. Por preámbulo de la justa severidad que se ordena contra ellos, se recuerda lo que dice San Leon, que la Iglesia, aunque desaprueba las ejecuciones sangrientas, no deja de valerse de la potestad política, cuyos rigores temporales hacen ciertas veces recurrir á los remedios espirituales. No obstante el concilio solo pronuncia de su propia autoridad la excomunion, con la prohibicion de ofrecer el santo sacrificio por estos impíos y de darles sepultura eclesiástica. Es verdad que escita á los soberanos á confiscar sus tierras, á reducirlos á servidumbre y á tomar las armas contra ellos; concede indulgencias á los que se alistasen para esta guerra, y se dispensa de los juramentos que pudieran habérseles prestado; pero además de que la Iglesia tiene derecho de recurrir á la proteccion de los príncipes, aquellos perturbadores públicos eran tan enemigos del Estado como suyos propios. La conducta de la Iglesia no puede menos de redundar en su propia gloria, ni son menos dignos de encomio que su indulgencia sus saludables y prudentes rigores; el concurso de las dos potestades, para reprimir el desórden, tan solo podrá disgustar á los enemigos sediciosos de ambas. En cuanto á la dispensa de los juramentos, haremos notar que aquí la Iglesia (ó el Papa presidiendo un concilio general) se atribuye paladinamente el poder de absolver del juramento de fidelidad y de servicio, y que es ella misma, y no los particulares, quien juzga cuándo y cómo se puede y se debe absolver de ellos.

(1) Labb. *t.* 10, *p.* 1518.

LIBRO TRIGÉSIMO-OCTAVO.

Desde el tercer Concilio general de Letran en el año 1179, hasta la toma de Constantinopla por los cruzados en el de 1204.

Antes que terminase el siglo XII, el ardor con que se habia procurado el restablecimiento de los estudios habia hecho cesar ya el reinado de la ignorancia, ó mejor diremos, el desprecio á las ciencias y á los ejercicios mentales. Los estudios siendo tan defectuosos como debian serlo al principio de su renovacion y despues de una especie de aniquilacion, apenas habian sustituido á la antigua barbárie sino términos ininteligibles y un respeto servil hácia todo aquello que tuviera las apariencias de erudicion. El resultado de tales disposiciones fué una presuncion funesta: se creian sábios con solo pretender serlo: hiciéronse desaparecer todas las dificultades bajo el denso velo de artificiosas palabras: creáronse sistemas, queriendo sujetar á ellos hasta nuestros mas impenetrables misterios, y sondear las profundidades del Ser divino insiguiendo las huellas profanas de Aristóteles y de Platon, sin tener disposiciones para poderlos seguir con inteligencia. Fijáronse por fin principios arbitrarios de costumbres y de conducta poco conformes algunas veces con los del Evangelio y de la razon.

De aquí las sutilezas temerarias y escandalosas de Abelardo y de Gilberto Porretano; las heregías de Arnaldo de Brescia, de Pedro de Bruis y de los henricienses; el fanatismo y la corrupcion de los waldenses y albigenses, que ya habian consternado á tantas iglesias en el siglo anterior, y que van en este á incendiar las provincias mas florecientes de la Francia.

En otro órden muy diferente todavía nos entristecerá la vista de otros escándalos. La Iglesia tuvo que superar mas de un obstáculo y evitar grandes peligros en los tiempos á que hemos llegado; pero la sencilla narracion de los hechos nos convencerá, mejor que todas las reflexiones, de los recursos proporcionados por el cielo para mantener el reino de Jesucristo entre tantas naciones que el Eterno le ha dado por herencia.

La virtud saldrá del seno de la corrupcion: la luz resplandecerá en el centro de las tinieblas. La sal de la tierra casi habia perdido su virtud; las riquezas y las grandezas temporales habian introducido la disipacion, la relajacion, la molicie y la depravacion de costumbres en el clero secular y regular. Hasta los sucesores de un Antonio y de un Pacomio, poco satisfechos con dominar sobre el clero, contra la prohibicion del Doctor de las naciones, afectaban la dominacion secular, el fausto y el poder de los soberanos; pero al propio tiempo la tierra va á admirar otras nuevas órdenes que unirán el espíritu del claustro con el del apostolado, el retiro con la accion y la pobre-

za con la fuerza evangélica. Si la codicia sacrílega y la incontinencia de los clérigos los habian hecho despreciables á los pueblos, y habian casi anulado la virtud del sagrado ministerio; los discípulos de Domingo y de Francisco, sacrificándose á la mendicidad y á la fuga de todos los placeres sensuales que fomenta la abundancia, van á restituir su primitiva energía á la gracia de edificacion que se recibe del Espíritu Santo por la imposicion de las manos. Estos hombres del todo espirituales resucitarán al propio tiempo los dones de sabiduría y de inteligencia; harán brillar á la faz del universo una ciencia tan sólida y sublime, que se creerá no poderse nombrar dignamente á sus autores con solos títulos humanos. No será ya Tomás mirado como un hombre, sino como un ángel descendido del cielo para instruir á la escuela. La uncion celestial que destilará el corazon de Buenaventura y los dardos inflamados que saldrán de sus lábios, le grangearán el renombre de doctor seráfico.

Por el contrario en Oriente, el esplendor de la Silla de Crisóstomo, eclipsado despues de tanto tiempo, se amortiguará cada dia mas y mas y caminará á su total extincion. Sin embargo, algunos restos de las costumbres adquiridas y las efímeras relaciones de intereses entre los griegos y latinos, se conservarán entre ellos, ó impedirán á lo menos romper de un modo irremediable la comunion hasta que los occidentales hayan sujetado á Constantinopla bajo el yugo que ellos habian preparado á los infieles. Veinte y cuatro años antes de esta revolucion, esto es, en el de 1180, el 24 de setiembre, el emperador Manuel Comneno murió en la comunion de la Iglesia católica, que á ejemplo de su padre y de su abuelo habia procurado constantemente mantener durante su largo reinado de mas de treinta y siete años. El arzobispo latino de Tiro, Guillermo el historiador, que al volver del Concilio de Letran fué bien recibido de este príncipe, é hizo una larga mansion en Constantinopla, ensalza mucho su piedad y sus limosnas, y dice que su alma subió al cielo, y que su memoria es un objeto de bendicion. Los cruzados le acusaron de impío y de pérfido, como á la mayor parte de los griegos de aquel tiempo; pero á mas del temor que sin duda tenia de sus armas no le faltó frecuentemente suficiente fundamento para reprender en ellos el poco celo que los animaba por aquella religion cuyos derechos reclamaban. Viéndose Manuel Comneno acometido de la enfermedad de que murió, el patriarca Teodosio, que tres años antes habia sucedido á Chariton, exhortó á este príncipe á que, mientras todavía era tiempo, diera providencia acerca de los asuntos del imperio y sobre los intereses de su hijo Alejo que dejaba de poca edad (1). Manuel contestó que viviria aun catorce años. Contaba con la palabra de ciertos astrólogos que disfrutaban entonces de gran crédito en Oriente, y le habian prometido una pronta curacion y gloriosas conquistas. En fin, la gravedad del mal desvaneció sus esperanzas: se arrepintió de su credulidad supersticiosa, y por consejo del patriarca lo dejó consignado por escrito. Tomándose luego el pulso, pidió el hábito monástico dando un profundo suspiro. Instaban los momentos: echóse mano con precipitacion del primer hábito de monge que pudieron encontrar, y se lo pusieron sobre sus vestidos ordinarios: en este estado no tardó mucho en espirar. Aunque él mismo se lamentaba de que la vida monástica casi no se reducia ya mas que al hábito y á una luenga barba, quiso no obstante ser enterrado en el monasterio de Pantocrator, esto es, del Todopoderoso, que la empera-

(1) Nicet. *lib.* 7, *pag.* 142.

triz Irene su madre habia fundado, y que contaba hasta setecientos monges del órden de San Antonio. Tambien fundó él mismo un monasterio en la embocadura del Ponto Eusino; pero reunió en él los monges tenidos por mas perfectos, y sin darles posesion alguna les señaló toda su renta del tesoro imperial. Con igual objeto de quitar á los monges todo motivo de distraccion y relajacion, renovó la constitucion de Nicéforo-Focas que les prohibia adquirir nuevos bienes raices.

Sucedióle su hijo Alejo siendo de edad de trece años, bajo la direccion del gran maestre de la guarda-ropa, llamado tambien Alejo (1). El emperador Manuel habia sido muy favorable á los latinos, que atrajo en gran número á sus Estados, y á quienes confió con preferencia los asuntos mas interesantes, porque hallaba en ellos mas grandeza de alma y mas fidelidad que en los griegos. Túvoles el regente Alejo en la misma estimacion y observó con ellos la propia conducta. Pero las preferencias mas justas son las que con mas dificultad se perdonan: el encono de los griegos, y sobre todo la envidia de los grandes y de los príncipes de la sangre imperial, no tardó en llegar á su colmo. Los debates sobre la Religion y el respeto de los últimos emperadores á la Iglesia romana, á la que acusaban de heregía, justificando en su concepto los mas horribles intentos, no buscaban mas que la ocasion de satisfacer su ódio, esterminando los latinos de todo el imperio; y esta se la ofreció, en el segundo año del reinado de Alejo II, la avaricia y la altivez del regente.

Llamaron á Andrónico, descendiente de la misma familia de los Comnenos, genio turbulento y audaz, á quien el emperador Manuel su abuelo habia encerrado en una prision, y posteriormente por un efecto de indulgencia le concedió el gobierno del Ponto para tenerle en un destierro honroso. Vino Andrónico con un ejército á acampar sobre la riberas del Helesponto frente de Constantinopla. Alzaron los descontentos en todas partes la cabeza; se juntaron audazmente, cogieron al regente y le condujeron al campamento de Andrónico, quien mandó sacarle los ojos. Introdujo luego tropas en Constantinopla para sostener el proyecto que habian formado de degollar á todos los latinos en un mismo dia. Sin embargo, estos supieron la trama, y no hallándose en estado de poder resistir, se metieron cuantos pudieron en cuarenta galeras que habia en el puerto y se alejaron precipitadamente de la ciudad. Al dia siguiente supieron que sus demas hermanos, que por su edad, sexo ó salud no pudieron huir, habian sido abrasados con inhumanidad en sus mismas casas en número de siete á ocho mill y que todo el cuartel quedaba reducido á pavesas. No perdonaron los fanáticos ni aun á las iglesias: los lugares mas sagrados fueron presa de las llamas con todos los desgraciados que buscaron en ellos refugio, y no hicieron distincion de clérigos y monges á no ser por la mayor crueldad con que los trataron.

El furor no se limitó á atormentar á los vivos. Arrastraron ignominiosamente por la ciudad á los muertos, y llegaron á desenterrar para el propio efecto á los que ya estaban enterrados. Tenian un hospital en Constantinopla los caballeros de San Juan de Jerusalen, y todos los enfermos que habia en él fueron pasados á cuchillo. Los mas ardientes en apresurar la mortandad eran los sacerdotes y los monges griegos; recorrian todas las casas, registraban los parages mas recónditos, entregaban los desgraciados fugitivos á la inhumanidad de los asesinos, á quienes saciados ya y aun cansados de la carnicería procuraban estimular con el ali-

(1) Guill. Tyr. *lib.* 20, *c.* 10.

ciente del oro. Los mas humanos entre los griegos vendieron á los infieles los que se habian refugiado en sus casas con promesa de salvarlos. Hasta cuatro mil de estos esclavos de todas condiciones se cuentan que fueron de este modo víctimas de la profanacion del juramento y de la hospitalidad. Estos escesos de los griegos contra los latinos establecidos en Constantinopla son tanto mas dignos de execracion, cuanto las familias de las dos naciones estaban, digámoslo así, confundidas por la multitud de sus alianzas recíprocas; pero las represalias de que se sirvieron los latinos escapados en las galeras, hacen dudar si ellos ó los primeros agresores se hicieron culpables de mayores atrocidades.

Despues de estos horrores entró Andrónico en Constantinopla donde era ya señor absoluto, como tambien en todo el imperio: rindió no obstante todos los honores al jóven emperador Alejo y le hizo coronar junto con Inés de Francia su futura esposa. Para acreditar que le tenia el mayor respeto, le llevó á la iglesia sobre sus hombros derramando lágrimas y dándole todas las muestras del afecto mas tierno. A poco de esta ocurrió ceremonia la muerte de la emperatriz María, madre de Alejo. El autor de su muerte fué Andrónico, mandándola ahogar despues de haber reducido al emperador á que firmase la órden. Algun tiempo despues le obligó á asociarle en el imperio; y en la ceremonia de la coronacion se hizo nombrar antes que el jóven emperador, con pretesto de que era indecente que un niño precediera á un anciano. Celebróse la misa, recibieron ambos la comunion, y entre la recepcion del pan celestial y la del cáliz, Andrónico juró, por el Cuerpo y la Sangre del Señor, que no entraba á la participacion del imperio mas que para aliviar al jóven emperador. Pero pocos dias despues le mandó dar la muerte, pues de noche ahogaron al desgraciado Alejo con la cuerda de un arco, y luego llevaron el cadáver al pérfido tirano que le dió de puntillones en los costados, vomitando mil injurias contra toda su familia. Dijo que su padre habia sido un perjuro, su madre una deshonesta, y él un imbécil. Mandó despues cortarle la cabeza para guardarla, y arrojaron al fondo del mar el resto del cuerpo encerrado en una caja de plomo. De este modo acabó en el mes de octubre de 1183 el emperador Alejo II, antes de cumplir los quince años de edad.

Su parricida esperimentó al cabo de dos años un tratamiento aun mas horrible. Despues de otros mil atentados de una tiranía detestable, habiendo pretendido encerrar á Isaac Angelo, yerno del emperador Alejo, alzóse una sedicion que puso á Isaac sobre el trono. Huyó Andrónico por mar; mas le prendieron, y cargado de cadenas fué conducido á Isaac, quien le abandonó á la discrecion del populacho. Por espacio de muchos dias consecutivos fué juguete de todo un pueblo que le odiaba, y sobre todo de las mugeres á cuyos maridos habia mandado matar ó sacar los ojos. Muchos dias duró su suplicio, en los cuales sufrió toda suerte de ultrajes y todo género de tormentos que podian esperarse de un populacho de suyo feroz, y que no consultaba sino á su venganza. Por último, llevároule al teatro, donde le colgaron por los pies, y no cesaron de ultrajarle hasta que exhaló el postrer aliento. Así pereció en 12 de setiembre de 1185; uno de los mas abominables tiranos de cuantos menciona la historia. En su figura estaba tan bien pintada la atrocidad de su carácter, que el emperador Manuel entrevió por ella todo el mal que causaria al imperio. Su mirada era feroz, los ojos y las cejas de un hombre sumergido en sus pensamientos atrabiliarios y en sus malos proyectos, su andar era al-

tanero, sus modales artificiosos cuando queria reprimirse; pero fuera de esto, feroces y brutales. Sufrió al parecer su desgracia con una firmeza cristiana, y no dijo otra cosa mientras duraron sus tormentos que estas edificantes palabras: *Señor, compadeceos de mí.* ¡Maravilla bien consoladora de la divina misericordia, si en estos últimos momentos perdió la costumbre de fingir y de burlarse de la Religion!

Los cristianos occidentales, sustituidos á los orientales de Siria y de Palestina, se condujeron tambien con frecuencia de una manera que no hizo menor perjuicio á la Religion que los escándalos de la Grecia. Amauri ó Amalarico, patriarca latino de Jerusalen, que murió en el mismo año que el emperador Manuel Comneno, fué casi inútil á su iglesia por sus cortas luces. Su sucesor Heraclio, antes arzobispo de Cesarea, ofendió infinitamente á la Religion con el escándalo de su incontinencia. Se hallaba tan vergonzosamente avasallado por sus pasiones, que mantenia públicamente una muger cuyos adornos y cuya inmodestia no permitian mirar su amistad solamente como equívoca. Al verla el pueblo pasar por las calles, la nombraba altamente la patriarquesa. En la eleccion de este prelado vicioso (eleccion debida á la influencia de la potestad secular, porque generalmente los prelados escandalosos han sido impuestos á las iglesias particulares ó á la Iglesia madre de todas las demas), prorumpieron: *el emperador Heraclio recobró la cruz, y el patriarca Heraclio la hará perder* (1). El suceso confirmó tan triste augurio.

Precipitábase ya hácia su ruina el reino de Jerusalen, que acababa de agotar los combatientes de Europa. Para establecerle se habian aprovechado los francos de la division de los infieles, que tenian dividido el Oriente en una multitud de Estados, zelosos unos de otros. Noradino, hijo de Sanguin ó Zenghi, turco selyucida de la estirpe de los sultanes de Alepo, habiéndose apoderado de los Estados del sultan de Damasco y puesto fin por medio de sus lugar-tenientes á la dominacion de los califas de Egipto, hizo sentir desde luego á los cruzados el peso de tantas fuerzas juntas, y les quitó el condado de Edesa; pero Saladino, hombre mas grande aun y mas tranquilo poseedor de la vasta dominacion que habia verdaderamente usurpado, sacó de esto un partido del todo distinto contra los cristianos de Palestina (1).

Este famoso sultan era de la nacion de los curdos diseminados en las montañas que dividen la Siria de la Persia. Siendo jóven fué enviado con su tio Syracon á Abhed, califa de Egipto, que habia pedido á Noradino ausilios contra los francos. Despues de la muerte de Syracon obligó á Abhed á que le nombrase su visir. Muerto tambien este califa, último de los fatimitas, tomó Saladino posesion del Egipto en nombre de Noradino; pero tan solo le dejó el vano título de soberano de esta bella conquista, guardando para sí toda la autoridad. Noradino espidió órdenes y fulminó amenazas para reducir al usurpador: todo fué en vano, y la muerte le arrebató cuando se disponia á pasar á Egipto para castigar su rebelion (1173). Tomó al punto Saladino el título de sultan de este hermoso reino, y poco satisfecho con haber despojado de él á la familia de su soberano, le quitó sucesivamente los de Damasco y de Alepo. Con todo, despues de haber establecido su poder por la rebelion, la injusticia y la ingratitud, se señaló por la sabiduría de su gobierno, por su beneficencia magnífica y por una gran fidelidad á su palabra. Hé ahí la amal-

(1) *Sanut. III. Fidel. cruc. par. 8, cap. ult.*

(1) Guill. Tyr. *lib. 20, cap. 6 et seq.*

gama impura de las virtudes que solo tienen por base y norma la ostentacion ó las inclinaciones naturales.

Por su parte los cristianos de Siria parecia que habian olvidado las máximas puras del Evangelio. La corrupcion de sus costumbres habia enervado su valor, y así este habia llegado á ser raro en un estado que solamente podia sostenerse con el heroismo. Desde el tiempo del rey Amauri ó Amalarico se hallaban los negocios en un estado lamentable, segun vemos por una carta de este príncipe al rey Luis el jóven. Aun fué peor bajo el reinado de su hijo Balduino IV, príncipe jóven que apenas contaba trece años, y atacado por otra parte de una enfermedad molesta que vino á degenerar en lepra. Sin embargo, despues de cuatro años de reinado, no dejó de marchar en 1177, al socorro de Ascalon, sitiada por Saladino, que fué enteramente derrotado. Mas en el año siguiente, por culpa del conde de Trípoli, sospechoso de inteligencia con los infieles, el sultan sorprendió á Balduino en unos desfiladeros, dispersó todo su ejército y poco faltó para hacerle prisionero. Venció tambien Saladino á los cruzados en 10 de abril de 1179, y tomó la fortaleza del Vado de Jacob, llamada así por el lugar en que se creia que aquel patriarca habia pasado el Jordan al volver de Mesopotamia, y que fué edificada para oponerse á las guarniciones de las plazas inmediatas y á las incursiones de los árabes. Para cúmulo de desgracia, la lepra de Balduino empeoró, quedó ciego é incapaz de hacer nada. Así fué preciso elegir un regente para el reino, y al propio tiempo un tutor para el sobrino del rey, quien viéndose sin posteridad habia nombrado sucesor suyo á este jóven príncipe, y le hizo coronar á la edad de cinco años. Tales contratiempos fueron causa de una agitacion y unos trastornos que anunciaban la cercana ruina del reino.

Llegando al Occidente estas tristes noticias, escribió el Papa Alejandro dos cartas circulares (1): una á los príncipes y á los pueblos, y otra á los prelados á fin de escitar un vivo interés en favor de los cristianos de Levante, entre quienes, dice, faltan hombres valientes y buenos consejos. El Papa permite para este caso á aquellos que tuviesen necesidad de recibir prestado para el viage á los Santos Lugares, empeñar sus herencias á los eclesiásticos, mas únicamente en caso de rehusarlo sus parientes ó los señores de feudos. Fueron apoyadas estas cartas por los caballeros del Temple y de San Juan, los cuales las presentaron á los monarcas de Francia y de Inglaterra que se hallaban juntos para una conferencia en la provincia de Normandía. Mostráronse en gran manera conmovidos los dos reyes, y prometieron enviar poderosos ausilios; pero las promesas no pudieron cumplirse tan pronto.

Los nuevos maniqueos, cuyos conventículos escandalizaban hacia mucho tiempo algunas ciudades particulares, principiaron á formar crecidas asociaciones en muchos paises y particularmente en las provincias meridionales de la Francia. Ya en el año de 1165 los obispos de la provincia de Narbona se habian juntado en concilio para juzgar á una cuadrilla de estos hereges que se hacian llamar los buenos-hombres. Por los diversos interrogatorios que les hicieron quedó probado que despreciaban el antiguo Testamento y que no creian que los niños se salvasen por el bautismo: que, al contrario creian, que todo hombre de bien, tanto clérigo como lego, consagraba el sacramento de nuestros altares y que podia hacerse la confesion indistintamente con los sacerdotes y con los legos: que la confesion era bas-

(1) Alex. *ep.* 59 *et* 60.

tante, sin necesitarse la satisfaccion de los ayunos y demas obras de penitencia: que los que estaban ordenados sacerdotes ú obispos sin las cualidades que exige San Pablo, no eran ni obispos ni sacerdotes: que el matrimonio era malo, y prohibido el juramento en todo caso sin ninguna escepcion (1). Gaucelino, obispo de Lodeve, pronunció contra estos herejes la sentencia de excomunion, á la que suscribieron los demas obispos y los señores que habian asistido á la asamblea, y en su consecuencia se prohibió á la nobleza darles proteccion alguna.

Los mismos hereges con el nombre de cátaros causaron hasta la muerte vivos temores á San Galdino, arzobispo de Milan (2). Habiánse introducido en Lombardía á favor del cisma que por tanto tiempo asoló aquella provincia; mas se mantuvieron en ella é hicieron nuevos progresos despues que fué restablecida la union. El santo arzobispo, que no cesaba de temer por la fé de su pueblo, se forzó hasta el último aliento en prevenirle contra la seduccion. El dia mismo en que espiró fué á la iglesia de Santa Tecla; pero sus pocas fuerzas no le permitieron celebrar la misa: mandó que la cantase el tesorero de la catedral, y reuniendo las débiles fuerzas que le quedaban, subió al púlpito antes del Evangelio y pronunció un sermon en que probó con solidez la fé católica por las divinas Escrituras y por los Santos doctores. Luego que terminó su discurso se sintió tan estenuado, que fué preciso tenderle suavemente en el mismo púlpito, y allí espiró al concluir la misa y fué sepultado bajo el púlpito en memoria de la perseverancia de su celo. El Señor obró en su sepulcro infinitas maravillas (1176).

Habiéndose agotado en vano por espacio de diez y seis años todos los medios de persuasion para convertir á los albigenses ó nuevos maniqueos, hízose forzoso en el año 1181 marchar contra ellos á mano armada. Raimundo, conde de Tolosa, que sin duda estaba muy lejos de prever que su hijo Raimundo VI obligaria algun dia á los católicos á apelar contra él mismo á un remedio tan violento, habia pedido con las mayores instancias se emplease la fuerza para reprimir estos hereges. Hé aqui lo que escribia á los religiosos del Cister, cuyas oraciones para con Dios y cuyo valimiento con el rey imploraba: «Sabed que la heregía se ha hecho dueña de mis Estados, si Dios no despliega contra ella todo el vigor de su poder... Las armas espirituales no bastan, y las mias son tambien impotentes... Asi deseo empeñeis al rey de Francia á que venga á este pais para acabar con los grandes desórdenes que nos abruman. Puede contar con que yo le abriré mis ciudades y demas plazas, le indicaré los que están afiliados en la heregía, y aunque tuviese que verter mi sangre le asistiré en todo á fin de acabar con nuestros enemigos y con todos los que lo son de Jesucristo (1).» Sostenidos por muchos caballeros y por algunos señores poderosos del pais de Tolosa; unidos por otra parte, á pesar de su aparente rigorismo, con los bandidos tan detestados bajo el nombre de cotterales, los albigenses habian cometido ya mas allá de Tolosa los mayores escesos. Esteban, abad de Santa Genoveva en Paris, enviado por el rey á aquella ciudad, presenta en dos palabras un cuadro espantoso de estos desórdenes. «He visto, dice (2), en todas partes las iglesias quemadas y arruinadas hasta los cimientos: he visto las habitaciones de hombres transformadas en antros habitados por fieras.» Enri-

(1) *Tom. 10 Concilior. pag.* 1470.
(2) Boll. *ad* 18 *Apr.*

(1) Gervas. *p.* 1441.
(2) Steph. Tornac. *ep.* 730, *al* 9.

que, que de abad de Claraval habia subido á cardenal obispo de Albano, y que se hallaba legado de la Santa Sede en Borgoña, marchó contra estos temibles sectarios con un crecido ejército. Tomó el castillo de Lavaur, y obligó al conde de Beziers y á otros muchos señores á abjurar la heregía.

Habíase esta disfrazado lo mejor que pudo en el concilio de Albi, ó mas bien de Lambers, y solo á fuerza de interrogatorios y de inducciones sacadas de la confesion equívoca de los culpables, pudo descubrirse. Habiéndoles concedido los señores, de acuerdo con los obispos, toda la seguridad posible y una plena libertad de esplicarse, vomitaron todos los horrores que encubrian en su seno. Súpose que sus sectarios despreciaban como otras tantas abominaciones cuanto la Iglesia romana enseña y observa sobre el santo sacrificio del altar, sobre el bautismo de los párvulos y sobre todos los sacramentos y oficios divinos: que miraban toda union, bien fuera entre parientes bien entre estraños, como criminal: que no obstante, muchas mugeres habian llegado á concebir entre ellos, sin que se les viese hijo ninguno, por cuanto estas hacian morir sin reparo alguno el fruto de su vientre: que trataban de ilusion ó de simple apariencia todo lo que el Evangelio nos enseña de Jesucristo, la Encarnacion del Verbo, la Pasion de este Dios hecho hombre, su muerte, su resurreccion; por último, que reconocian á Satanás por criador de todas las cosas, tanto visibles como invisibles, y por autor de la ley Mosáica. A la verdad, abjuraban ellos estos errores cuando se hallaban apurados; mas luego que los dejaban libres (1), volvian otra vez á sus detestables observancias (a).

Cuando el legado Enrique pasó á Roma para dar cuenta al Papa de esta comision tan espinosa, halló á Lucio III en la Cátedra de San Pedro. Habia muerto el Papa Alejandro en este propio año de 1181, el 30 de agosto, con la reputacion de uno de los Pontífices mas sábios que en mucho tiempo habian existido, en particular por su conocimiento de los cánones y de las leyes romanas. Su largo pontificado de veintidos años menos algunos dias, durante los cuales vió morir cuatro antipapas, sirvió útilmente para restablecer la autoridad de la Iglesia, muy trastornada por el espíritu de cisma y de rebelion. Introdujo el uso de las monitorias, y dispuso que la canonizacion de los Santos se colocase en la clase de las causas mayores, reservándola á la Santa Sede. Habiendo exigido el concilio lateranense III, celebrado bajo su pontificado, las dos terceras partes de votos para los Papas que en adelante se eligiesen, se puso en práctica este estatuto en la eleccion de Lucio, que se hizo al dia siguiente de la muerte de Alejandro.

Hacia un año que el rey Felipe Augusto reinaba solo en Francia, habiendo muerto Luis el jóven el 18 de setiembre de 1180. En el año anterior habia sido coronado Felipe por la solicitud del rey su padre, que

(1) *Chron. Vosiens. pag.* 329, *tom.* 2 *Bibl. Labb.*

(a) Aunque los nuevos maniqueos habian establecido su principal asiento en las provincias meridionales de la Francia, sin embargo no dejaron de estenderse y pasar á infestar una parte del reino de Aragon. Con su refinada hipocresía y sus repetidas abjuraciones del error, lograron sustraerse por algun tiempo de las persecuciones del religioso monarca D. Alfonso, y aun parece consiguieron ocultarse al celo de los prelados aragoneses; pero al fin fueron descubiertos y detestados generalmente con el nombre de sabatarios, llamando la atencion de ambas potestades. El rey D. Alfonso, despues de un reinado de treinta y cuatro años, ilustrado con las frecuentes victorias que consiguió de los moros sus vecinos, habia fallecido en Perpiñan á 25 de abril de 1196, y su hijo y sucesor D. Pedro juntó al año siguiente (1197) en Gerona una asamblea de todos los prelados y señores de su reino, en la que se formó un decreto mandando que todos los hereges saliesen de los dominios de Aragon, bajo la pena de ser arrojados vivos á las llamas y confiscados sus bienes; con lo que queda-

aun cuando no contaba todavía sesenta años, se sentía muy achacoso. Antes de esta ceremonia el jóven príncipe, de edad de catorce años, habiéndose perdido yendo solo á caza por un bosque, fué asaltado de tal miedo que le causó una peligrosa enfermedad. El rey Luis, cuya piedad era grande, fué con este motivo en peregrinacion al sepulcro de Santo Tomás de Cantorbery, adonde le acompañó el rey de Inglaterra poseido de iguales sentimientos de veneracion hácia este santo mártir. A su vuelta á Francia, el rey encontró al príncipe su hijo del todo sano; mas casi al propio tiempo cayó él en una paralisis que no le permitió asistir á la consagracion del jóven rey, y que le condujo al sepulcro algunos meses despues. Luis VII, ó el jóven, era un monarca que unia á la penitencia y á la austeridad la mayor piedad. Por una carta del Papa Alejandro (1) á este príncipe nos consta que, además de la Cuaresma ordinaria, observaba el ayuno de Adviento, la cuaresma de San Martin, esto es, desde Todos Santos hasta el Adviento, y que el viernes hacia una abstinencia particular.

El jóven rey Felipe, educado por un padre tan cristiano, mostró en el principio de su reinado un celo ardiente por la Religion y grande aversion á los enemigos del cristianismo. Los judíos establecidos hacia muchos años en Paris habian llegado á ser tan poderosos, que poseian casi la mitad de la ciudad. Una gran parte de los cristianos se veian precisados á recibir de aquellos infieles la habitacion con condiciones que arruinaban su fortuna y algunas veces su salvacion. Nobles, plebeyos, artesanos, todos eran víctimas de la usura tan familiar á aquella nacion degradada. Enagenábanse

---

ron por entonces libres de la heregía los Estados de don Pedro. Por desgracia este príncipe, que tan celoso se mostrara en los primeros años de su reinado, le veremos mas adelante hecho el protector mas fuerte de los mismos hereges.

Durante el reinado de Alfonso II de Aragon, y en el año 1180, alcanzaron la corona del martirio S. Bernardo de Alcira y sus dos hermanas. Era Bernardo, llamado antes Amet, hermano del régulo de Carlet, Almanzor. Como en su juventud mostró grandes prendas y una estraordinaria disposicion para los asuntos del Estado, el rey de Valencia le mandó pasar como embajador á Barcelona, donde estaba entonces la corte del rey de Aragon. En su viage quiso Amet observar de cerca las costumbres de los cristianos y principalmente de los monges, á cuyo fin se detuvo algunos dias en el monasterio de Poblet, y allí fué donde el Señor le hizo conocer la verdad de nuestra divina Religion. Las palabras, y mas aun los ejemplos de los discípulos del Cister, penetraron hasta su corazon, y no solo abjuró su impiedad y abrazó la fé recibiendo el bautismo, sino que además renunció á todas las esperanzas del mundo, y se consagró al Señor en el mismo monasterio. Despues de vivir allí algunos años siendo un modelo de perfeccion y santidad, la que honró el cielo con repetidos prodigios, no pudiendo olvidar su caridad el estado de sus hermanos, determinó ir á anunciarles el Evangelio. Obtenida la licencia de su abad, tomó el camino de Lérida donde convirtió á una hermana de su padre; pasó luego á Carlet, manifestó á sus hermanos el motivo de su viage, y principió á combatir sus errores y manifestarles la verdad. Irritóse en estremo el fiero Almanzor al oir tal propuesta; pero ni sus amenazas, ni sus promesas, ni sus malos tratamientos fueron parte á desconcertar el proyecto del santo monge. Esforzado por la misma dificultad, repitió sus instancias y predicaciones, convirtió, bautizó, y agregó á la órden del Cister á sus dos hermanas, y viendo inflexible el ánimo de Almanzor las sacó de su palacio donde hubiera peligrado su fé. El tirano, luego que los echó de menos, siguió sus pasos con gran multitud de gente armada, y cogió á las tres víctimas en un bosque junto á Alcira. Viéndoles inalterables en la fé, y que á pesar de todas sus amenazas perseveraban alabando á Jesucristo, mandó á sus satélites que clavasen á Bernardo por la frente á un árbol y degollasen á sus dos hermanas, cuya crueldad fué ejecutada allí mismo, quedando los tres santos cuerpos espuestos á las fie-

---

ras. Mas parece que el Señor renovó entonces los milagros de los primeros mártires; pues un cuervo defendió las sagradas reliquias hasta que los cristianos les dieron honrosa sepultura. Las Santas mártires dícese fueron bautizadas por su hermano Bernardo y que tomaron los nombres de María y Gracia. La Iglesia de Valencia, por decreto de Benedicto XIII, celebra la fiesta de estos tres santos mártires el dia 23 de julio, que fué el de la traslacion de sus reliquias á Alcira, en cuyo sepulcro ha obrado Dios muchos milagros. Padecieron el martirio á 22 de agosto de dicho año 1180. Véase Beuter *Crónica de Valencia*, y los anales del M. Diago.—Algunos años antes, en 1171, en el año mismo en que Santo Tomás de Cantorbery sufrió el martirio, fué asesinado en 22 de abril Hugo de Cervellon prelado de Tarragona, por defender los derechos de la Iglesia; matóle Guillen Aguilon, hijo de Roberto, persona noble.—Floreció tambien por estos tiempos un presbítero de Leon llamado Martin que adquirió mucha celebridad por su virtud y por su ciencia, la cual se decia haber sido milagrosa. (*N. del E.*)

(1) Alex. *ep.* 53, *tom.* 10 *Conc.*

diariamente los patrimonios mas antiguos; los judíos atentaban aun á la libertad personal; y con desprecio enorme de las leyes, tenian muchos esclavos cristianos de ambos sexos á quienes hacian judaizar. Si algunas iglesias se veian reducidas á pedirles dinero prestado, tomaban en prendas los Crucifijos y los vasos sagrados que luego profanaban insolentemente (1).

Cundia por otra parte el rumor, y todo el mundo estaba persuadido de que cada año por Semana Santa degollaban los judíos un niño cristiano ofreciéndole en sacrificio. Efectivamente, muchos de ellos fueron convencidos de este delito en el último reinado y condenados á ser quemados vivos Venerábase como mártir un niño llámado Ricardo, crucificado de esta manera por los judíos en Pontoise, y llevado luego á Paris al lugar llamado los Campos, donde estaba el cementerio de la ciudad, y que vino á ser parroquia de los Santos Inocentes. La persuasion fué tan general de que en su sepulcro obraba milagros el Señor, que el rey Felipe mandó por respeto cercar todo aquel sitio (2). En el año 1171, Thibaldo, conde de Chartres, mandó tambien quemar á muchos judíos de Blois por haber crucificado en la Pascua un niño cristiano que pusieron luego dentro de un saco y le arrojaron al Loira, donde fué hallado (3). Los autores de mas crédito cuentan la muerte de otros muchos niños degollados de la misma manera por los judios en Inglaterra lo mismo que en Francia, y por el propio tiempo (4). Ciertamente son estrañas estas acusaciones; pero aun seria mas estraña la falsedad de tantas acusaciones unánimes.

Creyólas Felipe Augusto á lo menos suficientes para libertar á su reino de estos enemigos domésticos (1182). Por consejo de un santo anacoreta llamado Bernardo, que vivia en los desiertos de Vincennes, redimió á sus vasallos cristianos y á su Estado de las enormes usuras que ejercian los judíos, descargando á sus deudores de todo cuanto les debian y aplicando al fisco la quinta parte de lo que quedaba á su favor. Además confiscó sus tierras y todos sus bienes no muebles, y despues de haberles dado un tiempo suficiente para vender sus muebles, á pesar de todas las instancias que le hicieron, les obligó á salir del reino junto con sus mugeres, sus hijos y dependientes. ¡Dichoso él si la Religion, á la que se gloriaba de obedecer ejerciendo estas represalias contra unos hombres enriquecidos con rapiñas, no se hubiera visto despues menospreciada por él hasta el punto de que habiéndole los judíos ofrecido sumas considerables cuando se rebeló contra la Iglesia los volvió á llamar á su reino! En el año siguiente (1183) purificó todas sus sinagogas para convertirlas en iglesias; lo que no contribuyó menos á ganarle el corazon de su pueblo, que las cualidades superiores que en él se veian brillar.

Descubriéronse en el mismo año en Arras una multitud de nuevos maniqueos, los cuales al abrigo del disimulo y de las tinieblas llevaban el contagio á todos los climas. Llamábanse patarinos; y asi por sus artificios como por el cebo de sus prácticas disolutas, habian llegado á seducir clérigos, caballeros, paisanos, y en particular gran número de mugeres. Una muger fué la que los denunció, hallándose el arzobispo de Reims, Guillermo de Champaña, cardenal y tio del rey, en conferencia sobre varios asuntos secretos con Felipe, conde de Flandes. El arzobispo Guillermo, estimado con tanta justicia por sus estrechas relaciones con Santo Tomás de Cantorbery, no dejó de pintar al conde estos odiosos sectarios con

(1) Rig. *pag.* 8.
(2) Ib. *pag.* 21. Rob. 5; Mich. *ann.* 1171.
(3) Boll. 25, *Mart. tom.* 8, *pag.* 588.
(4) *Chron. Joan. Brem. pag.* 1043 *et seq.*; *Chron. Gervas. ad ann.* 1181.

toda la deformidad que merecian. Convencióseles por su propia confesion de las abominaciones que les imputaban, y el conde los condenó al fuego confiscándoles todos sus bienes (1183).

Los esfuerzos que estos hereges hacian, y por desgracia con bastante éxito, para propagar sus máximas perniciosas, y los velos casi impenetrables con que procuraban encubrirlas, dieron márgen á una larga y famosa constitucion del Papa Lúcio, y á procedimientos nuevos en un todo, de donde se cree tuvo su orígen la inquisicion (1). Atormentado contínuamente este Pontífice por los romanos, los cuales de su antigua elevacion de alma no conservaban ya mas que una altiva arrogancia y una indocilidad sediciosa, salió por fin de su ciudad con toda su comitiva y fué á establecerse en Verona, donde permaneció hasta la muerte. Habiendo concurrido allí (1184) el emperador Federico con una multitud de señores y de prelados, se celebró un concilio ó congreso de los dos órdenes del Estado, los cuales de comun acuerdo formaron el decreto que sigue, en el cual lleva el Papa la voz, pero cuida de notar que es apoyado por la potestad imperial:

«En presencia de nuestro querido hijo el emperador Federico, dice (2), y de acuerdo de nuestros hermanos los cardenales, los patriarcas, arzobispos, obispos y señores congregados de diversas partes de mundo, condenamos á los hereges, como quiera que se llamen, cátaros, patarinos, pasaginos, josepinos, arnaldistas, humillados ó pobres de Lyon, consolados, creyentes y perfectos, y los sometemos á perpétuo anatema con todos aquellos que les dieran acogimiento ó proteccion. Y en razon de que desprecian las penas eclesiásticas, ordenamos: que los que fueren claramente convencidos de estas heregías, si son clérigos ó religiosos, sean despojados de toda órden y beneficio, y despues abandonados al brazo secular para recibir el castigo oportuno, á no ser que el culpable, al punto que sea descubierto, abjure el error en manos del obispo del distrito. Si no abjurase el lego, sea castigado tambien por el juez secular. Serán tambien castigados de igual manera los que no resultasen mas que sospechosos si no acreditan su inocencia de un modo conveniente. Respecto á aquellos que recayeren despues de la abjuracion ó purgacion, serán entregados al brazo secular sin que se les oiga mas.

»Con arreglo á la proposicion del emperador y de los señores, añade el Papa, establecemos: que cada obispo visitará una ó dos veces al año, bien por sí mismo, bien por su arcediano ú otras personas capaces, los distritos de su diócesis que, segun la voz comun, sirvan de acogimiento á los hereges; en ellos tomará juramento á lo menos á tres ó cuatro hombres muy acreditados, y á todo el vecindario si lo juzgare conveniente, de que denunciarán al obispo ó al arcediano, tanto los hereges de que tengan noticia, como las personas que tengan juntas secretas ó que practiquen singularidades agenas del uso comun de los fieles. Además mandamos que los condes, barones y todas las personas de autoridad de las ciudades y de otros lugares, prometan con juramento prestar su ausilio cuando á ello fueren requeridos, y que se aplicarán de buena fé á ejecutar, segun su poder respectivo, lo que la Iglesia y el imperio han establecido contra los hereges y sus cómplices: de otro modo, además de la excomunion de sus personas y del entredicho en sus Estados, serán despojados de los empleos de que disfrutan, que-

(1) Véase la *Disertacion* que pondremos al fin de este tomo.

(2) *Decret. collect. 1 lib. 5, tit. cap. 6.*

dando inhabilitados para cualquier otro. En general, todos los fautores de la heregía serán escluidos de toda funcion pública y notados de infamia para siempre. Los que estén esentos de la jurisdiccion episcopal y sujetos solamente á la Iglesia romana sufrirán en esta materia el juicio de los obispos delegados al efecto por la Santa Sede.»

Vemos aquí claramente el concurso de las dos potestades para la estirpacion de las heregías, cómo se dan la mano una á otra, y se limitan cada una á los medios que le son propios. La Iglesia castiga con la excomunion y otras censuras: el emperador, los señores y los magistrados emplean las penas temporales. Así se reconocia que á mas de la pena espiritual es permitido emplear la pena temporal contra la misma persona y por el mismo crímen.

No todos los sectarios condenados en el Concilio de Verona eran maniqueos ni igualmente condenables. Hubo algunos que habian principiado de una manera edificante y verdaderamente evangélica. Tales fueron los humillados y los pobres de Lyon. Hubo al principio en Lombardía unos humillados, que no solo no eran maniqueos, sino que les eran muy formidables, pues los confundian en público, descubrian sus artificios y convirtieron un gran número. Eran unos hombres y mugeres que vivian en comun y con gran pobreza, y en cuyos vestidos groseros, en sus discursos, en su manera de obrar y en todo su esterior traian impresa la humildad de que estaban poseidos, y que les habia dado el nombre. Subsistian del trabajo de sus manos y nada poseian como propio; vivian en comunidad, rezaban el oficio canónico de dia y de noche, muchos se abstenian de carne, y no usaban de lienzo. Las mugeres estaban de tal modo separadas de los hombres que no se veian ni aun en la iglesia. Habia aprobado el Papa esta institucion permitiendo á los clérigos y á los legos letrados que la seguian dar instrucciones públicas. Además de estos que vivian en comunidad, habia otros muchos que persuadidos por ellos hacian una vida ejemplar en el mundo con sus mugeres é hijos. No fueron estos los humillados que condenó el Concilio de Verona, sino aquellos que usurpando este nombre, como tambien el ministerio eclesiástico, osaban predicar sin mision y administrar los sacramentos.

En la sentencia del Concilio se trataba de los waldenses ó pobres de Lyon, imitadores depravados de aquellos virtuosos modelos. Su secta, menos antigua que la de los albigenses, tuvo principio en el año 1160 con la ocasion que vamos á referir. Hallándose congregados muchos vecinos distinguidos de Lyon, uno de ellos murió de repente á su presencia. Pedro Waldo, que era de la reunion, quedó tan afectado de este acontecimiento, que distribuyó al punto sus bienes entre los pobres y estos se aficionaron á él en gran número. Exhortóles á mudar su primera indigencia en una pobreza voluntaria y meritoria parecida á la de los primeros fieles; y como poseia algunos conocimientos literarios, se puso á esplicarles los escritos evangélicos en lengua vulgar. Acusóle de temerario el clero y quiso imponerle silencio; mas él despreció las amonestaciones y reprensiones, hizo suceder la invectiva á la doctrina y presentó los sacerdotes á sus discípulos como gentes corrompidas en las costumbres y bajamente envidiosas de la pureza de su vida y de su doctrina. Llamóselos waldenses del nombre de su maestro, lyonistas del de su patria y sabateos ó insabateos á causa de su calzado, que era abierto por encima en forma de cruz. Al principio no tuvieron otra cosa reprensible mas que su ociosa pobreza junta con el desprecio de la autoridad eclesiástica, y por espacio de mucho tiempo

formaron un cisma, semejante al de los donatistas, mas bien que una heregía propiamente tal (1). Mas esta sola disposicion abria la puerta á todos los errores y solo faltaba una ocasion para precipitarse en ellos.

Entretanto, hallándose todavia en Verona el emperador Federico con el Papa Lucio, acudieron el patriarca de Jerusalen y los grandes maestres de los templarios y de los hospitalarios á pedir socorros en nombre del rey Balduino. Este pobre príncipe, incapaz de obrar á causa de su enfermedad y no hallando ya recursos en su reino, en tanto que Saladino hacia todos los dias nuevos progresos, habia tomado el partido de enviar sus embajadores para interesar á los occidentales en favor de la triste suerte de los cristianos de Oriente. Despues de haber dado la regencia de su reino á Guido de Lusiñan su cuñado, vióse precisado á despojarle de ella á causa de la incapacidad y altivez indómita de este jóven señor, y habiale reemplazado luego con el conde de Trípoli que habia gobernado ya durante la menor edad del mismo rey. Lusiñan, que era conde de Joppe y de Ascalon, plazas muy importantes, se retiró descontento á la última y negó paladinamente la obediencia á Balduino (1183).

No menor inquietud que el conde de Joppe causaba Boemundo III, príncipe de Antioquía. Dejó á su muger legítima por una concubina; y no atendiendo el patriarca Almerico á otros impulsos que á los de su celo, le excomulgó. Furioso el príncipe, persiguió sin ninguna reserva no solo al patriarca, sino tambien á los obispos y á todo el clero, asoló sus posesiones y robó los bienes de las iglesias y de los monasterios con brutalidad sacrílega. Vióse obligado el patriarca á encerrarse con su clero en una fortaleza que pertenecia á la Iglesia, y allí fué Boemundo á sitiarle. Un señor poderoso llamado Rainaldo Mansuer, se retiró tambien á uno de sus castillos tenido por inconquistable, y acogió en él á las personas de diversos estados que eran blanco de la persecucion. Escandalizados asimismo algunos otros señores de los escesos del príncipe abandonaron su servicio. Entretanto Saladino, siempre atento á aprovecharse de la mas pequeña ocasion, hacia temblar á todos los buenos ciudadanos por la suerte del Estado. Recelaban igualmente dejar á Boemundo abusando de su poder, y emplear la fuerza para reprimir á un príncipe arrebatado, capaz de llamar á los infieles en su auxilio y muy débil para desprenderse de ellos cuando quisiese.

En circunstancias tan tristes recibió la Iglesia algun consuelo de los maronitas, que el patriarca Almerico tuvo la fortuna de hacer volver á la comunion de la Santa Sede. Eran monotelitas, y tan famosos ya mucho tiempo por su adhesion á esta heregía, que para señalar á sus sectarios no se usaba otro nombre que el de maronitas, en lengua árabe que era vulgar en Siria. Así que tornaron al seno de la unidad con su patriarca y algunos de sus obispos, no solamente abrazaron la fé católica, sino tambien los ritos latinos, hasta tomar el báculo y la mitra, y sustituir las campanas á las matracas que nosotros usamos en Viernes Santo, y de las cuales los orientales y los griegos se sirven todo el año. Conservaron solamente de particular la lengua caldea para el oficio divino, en el cual la usan en el dia, aunque el árabe es su lengua nativa. Como esta nacion era muy guerrera y habia adquirido renombre de valor, los francos se alegraron mucho de una reunion de que tanta ventaja habrian podido sacar efectivamente contra los infieles (1183).

Pero no tanto les faltaban fuerzas cuan-

(1) Everard. *cont. Wald. cap.* 25.

to buena direccion y el talento necesario para emplearlas con utilidad. Los embajadores que el rey Balduino habia enviado á Europa conocieron esta verdad y la dijeron claramente al rey de Inglaterra, á quien fueron á presentar la relacion de sus desórdenes y de sus infortunios, lo mismo que á todos los príncipes mas poderosos de la cristiandad. Enrique II, creyendo no poder marchar en persona á la defensa de Oriente sin olvidar, contra el juramento hecho en su consagracion, los cuidados de su propia corona y los intereses de su pueblo, prometió ayudar con sus tesoros y con todo su poder á los que quisiesen ir (1). Dijóle agitado el patriarca de Jerusalen: «Señor, esto es no hacer nada; nosotros buscamos valor y no dinero, pues de todos los paises nos lo envian, pero nos falta un hombre.» Pidió que el rey enviase á lo menos á uno de sus hijos, y hallando el rey todavía dificultades, rompió el patriarca todos los límites del respeto y de la moderacion, amenazó al príncipe con el abandono de Dios, y lo que fué mas afrentoso, le echó en cara la muerte de Santo Tomás de Cantorbery. Mucho irritó efectivamente á Enrique este discurso. «Y bien, le dijo el patriarca con gravedad, haced de Heraclio lo que hicisteis de Tomás. ¿Qué me importa ser sacrificado en vuestras manos, ó en la de los musulmanes, cuando vos no sois menos hábil que ellos en hacer mártires?» Este era aquel mismo patriarca Heraclio, que, sin pudor y sin costumbres en Palestina, se esplicaba en Europa con el lenguaje de los mártires y de los Apóstoles (1185).

Contúvose prudentemente el rey Enrique, y no disminuyó en nada su buena voluntad para con los cristianos de Levante. Pasó á Normandía con sus embajadores, y despues de celebrar allí la fiesta de Pascua, tuvo cerca de Rouen con el rey de Francia una conferencia que duró tres dias. Fué el resultado que se enviaria á Tierra Santa un auxilio considerable, tanto de gente como de dinero. Muchos señores y prelados hubo que tomaron la cruz al instante, y entre otros Balduino de Cantorbery, colocado recientemente en esta Silla, y Gualterio, arzobispo de Rouen. Pero no correspondió la ejecucion á este primer ardor; los cruzados no se apresuraron á salir, y el patriarca de Jerusalen se volvió casi con tan poca compañía como la que habia traido.

Entretanto murió el rey Balduino IV el 16 de marzo de 1185. De este modo quedó en el trono un niño de siete años en la persona de Balduino V, coronado en vida de su tio. Llegó á ser mayor la desgracia cuando la muerte de este jóven rey hizo en el año siguiente pasar el cetro á Guido de Lusiñan, su padrastro, esposo en segundas nupcias de Sibila, hermana de Balduino IV. Este que se habia mostrado incapaz de la regencia, fué revestido de la dignidad Real por el crédito de su muger. Sin esto los grandes habrian visto con disgusto el elevamiento de un hombre que no era de sangre Real. El conde de Trípoli particularmente, Raimundo III, de la casa de los condes de Tolosa, quedó tan resentido de esta preferencia, que llegó al estremo de hacer traicion á la causa comun tratando con Saladino.

Aunque el Papa Lucio dió algunos pasos á consecuencia de la embajada de Balduino IV, á fin de sostener su reino vacilante, la muerte del Pontífice, acaecida casi al propio tiempo que la del rey, le impidió proporcionar á Tierra Santa los ausilios que pedian unas necesidades tan urgentes. Murió Lucio en 24 de noviembre del mismo año de 1185 (*a*), y algunos dias

(1) Joan. Brompt. *Chron.*

(*a*) Segun Mariana (lib. 11), dícese que este Pontífice envió á España un cardenal legado con grandes

despues le dieron por sucesor á Humberto Crivelli, natural de Milan, de donde era arzobispo tan solo siete meses.

Permanecia aun en Italia el emperador Federico, donde casó al rey su hijo, príncipe jóven de veintiun años, con Constanza, heredera presuntiva del reino de Sicilia, que contaba ya cerca de cuarenta. En el mismo dia se arrogó este jóven príncipe el título de César (1186). Con afliccion vió el nuevo Papa, llamado Urbano III, este principio arbitrario de imperio, y aun mas quizá una alianza dirigida á hacer al emperador todopoderoso en Italia. Además como milanés, apenas podia olvidar los males que este príncipe habia hecho á su patria; recordaba que si este príncipe, que entonces queria dominar en todas partes como déspota, habia visto frustrado en 1159 su proyecto de someter esta gran ciudad que tenia cónsules y gobierno municipal, al menos se habia, desquitado luego horriblemente en 1162; pues despues de un sitio de siete meses, habiendo ido á su campamento los milaneses para entregarle las llaves de la ciudad, llevando cada uno en la mano una cruz para implorar su clemencia, solo les habia concedido perdon de la vida, pero su ciudad quedó demolida asi como los torreones, las puertas, las murallas y casi todos los edificios públicos, á escepcion de algunas iglesias. Ptolomeo de Luca añade, aunque parece poco verosímil, que se llegó á pasar por ella el arado y á sembrarla de sal. Por lo demás, el jóven rey Enrique, de genio altivo, inquieto y colérico, contribuyó tambien mucho á fomentar la division entre el emperador su padre y el Sumo Pontífice (1). Tornó á promover resueltamente la cuestion de las investiduras que habia ocasionado tan funestos y largos disturbios, y porque un obispo, por otra parte muy reservado, no aprobó sus pretensiones, le mandó dar de bofetadas y arrastrarle por el suelo. Porque el Papa Urbano no se manifestaba propicio á sus proyectos, el príncipe se apoderó de una gran suma de dinero que se llevaba al Papa y mandó cortar la nariz al conductor. En cuanto al emperador, sin querer desautorizar lo que se habia arreglado tan dificultosamente con respecto á las investiduras, quiso á lo menos mantenerse en algunos otros usos que no habian sido abolidos de una manera tan auténtica y que Urbano III miraba sin embargo como abusivos. Cada uno de los contendientes se formó un partido entre los señores y los prelados. Fermentó la division con ardor: el emperador prorrumpió en quejas injuriosas contra el Papa; y el Papa amenazó al emperador con los rayos de la Iglesia, y para lanzarlos mas libremente habia salido ya de Verona, que era adicta á Federico, cuando ocurrió la muerte de este Pontífice.

Mas en tanto que estas tempestades agitaban la Iglesia hasta en su centro, la obra del Señor se adelantaba á lo lejos en las naciones bárbaras del Septentrion. Un celoso canónigo de Sigeberg, llamado Meinardo, hizo muchos viages á Livonia con mercaderes para efectuar un comercio bien diferente de aquel que al parecer se proponia. Con esta industria se insinuó en el espíritu de aquellos pueblos, les inspiró el gusto por las riquezas que la polilla y los gusanos no corrompen, y ganó gran número para Dios. Instruido el arzobispo de Brema del estado de las cosas, le confirió su mision en forma, y á fin de conciliarle mayor autoridad le ordenó de obispo. Meinardo estableció su Silla en Riga, capital del pais, y

poderes para asentar las paces entre los reyes cristianos que con gran detrimento del bien comun se hallaban divididos. El rey de Aragon, que iba en peregrinacion á Santiago, acompañó al legado hasta Castilla, y se logró que se concertáse la paz. (*N. del E.*)

(1) Arnol. Lubec. *Chron. Slav. III, cap.* 16.

edificó allí una iglesia catedral en 1186 (1). Su afabilidad, su dulzura, sus liberalidades, junto con sus virtudes atrajeron una multitud de paganos. Bertoldo, abad sajon del orden del Cister, fué á trabajar en su compañía, dejó su abadía para consagrarse á esta mision; y con los ejemplos de sus austeridades y de su desprendimiento, de su modestia y de su paciencia inalterable imprimió en los nuevos fieles, y aun en los infieles, un gran respeto al Evangelio. Estos fueron los apóstoles de la Livonia, y los dos primeros obispos de la iglesia de Riga, en la que Bertoldo fué sucesor de Meinardo.

A su vez la iglesia de Jerusalen lo mismo que el reino tocaban ya á su ruina. En medio de la decadencia en que se hallaba el Estado cometióse además la imprudencia de irritar á Saladino, y de darle márgen á quejarse justamente de la infraccion de los tratados y de las leyes mismas de la humanidad, sin respeto á la tregua concluida entre los cristianos y el sultan. Reinaldo de Chatillon, príncipe de Carac, continuaba sus incursiones contra los infieles, y de acuerdo con los templarios que abundaban en sus Estados, los cargaba por todas partes, y los trataba con bárbara dureza. Pasando tranquilamente, fiada en los tratados, una caravana muy numerosa desde Egipto á la Arabia fué acometida y presos todos los peregrinos. Reclamó estos prisioneros Saladino; pero Reinaldo, en vez de hacer justicia, se dejó llevar de los ímpetus de un falso celo y vomitó mil injurias contra Mahoma. Indignóse tanto Saladino, que tomando á Dios por testigo de la fé de los juramentos violados por los cristianos, juró hacerles la guerra con todo su poder, y quitar con su mano la vida á Reinaldo de Chatillon.

(1) Arnold. Lubec. *Chron. VIII, cap.* 8.

Poco despues entró en las tierras de los cristianos á la cabeza de un ejército de mas de cincuenta mil hombres (1). Cayó desde luego el peso de su venganza sobre los grandes maestres del Temple y del Hospital, Gerardo de Bideford y Rogerio de Moulins, á quienes sorprendió y destruyó en el dia primero de mayo de 1187. Marchó desde allí contra Tiberíades, perteneciente al conde de Trípoli, que se habia reconciliado, á lo menos en apariencia, con el rey Guido de Lusiñan; pues la fé de este señor permaneció siempre sospechosa desde de la elevacion de Guido al trono, y diferentes autores afirman que su ambicion desenfrenada aceptó la oferta que le hizo Saladino de darle la corona de Jerusalen si abrazaba el mahometismo. El sultan tomó por asalto la ciudad, pero le detuvo la resistencia de la ciudadela. Volaron entonces al socorro de la plaza el rey de Jerusalen y todos los príncipes reunidos por la grandeza del peligro. Halláronse los dos ejércitos uno enfrente del otro en Hittin, poco distante de Tiberíades, el 2 de julio, que era un viernes, dia feliz y sagrado para los musulmanes. Con gran corage se trabó desde luego el combate, y duró tres dias. En fin, los cruzados agoviados por el número, y exhaustos ya de fuerzas por el esceso de la fatiga, de la sed y del calor, fueron enteramente derrotados. El rey Guido, Reinaldo de Chatillon, los maestres del Temple y del Hospital quedaron prisioneros con una infinidad de guerreros. El conde de Trípoli, despues de haber hecho prodigios de valor, que sin embargo no pudieron restablecer su reputacion, se abrió paso con espada en mano por medio del enemigo y se retiró á Tyro, llevando consigo el desprecio de los infieles y la execracion de los cristianos. La pérdida

(1) G. Nang. *Chron. ann.* 1187; *Chron. Reichersp. ann.* 1187.

mas sensible fué la de la verdadera cruz que llevaron á la pelea, segun costumbre. Los orientales cismáticos no manifestaron con menos viveza su dolor que los latinos, y hasta los mismos mahometanos miraron este monumento sagrado como el fruto mas precioso de su tríunfo.

Concluida la batalla condujeron los prisioneros mas distinguidos á la tienda del sultan. Principió dando gracias á Dios por el buen suceso de sus armas, que menos atribuia á su valor que á los crímenes de los cristianos. Luego mandó sentar á su lado al rey Guido de Lusiñan, á Reinaldo de Chatillon y los otros señores. Como se hallaban devorados de la sed, trajeron sorbete y Saladino se le presentó al rey, el cual despues que bebió, pasó la copa á Reinaldo de Chatillon; pero Saladino dijo al rey por medio su intérprete: «yo os he presentado á vos la copa, y no á ese mónstruo que no debe esperar cuartel.» Entre los árabes, aun en el dia á pesar de su carácter inhumano, el derecho de hospitalidad es tan inviolable, que un prisionero á quien ellos dan de comer ó beber tiene asegurada la vida. Envió el sultan á los príncipes cristianos á tomar algun alimento en un paraje apartado.

Luego volvieron á llevarlos á su presencia, y dirigiéndose á Reinaldo con tono terrible y con formidable aspecto le reprendió el desprecio de la fé jurada, sus invectivas contra Mahoma, y aun el haber intentado saquear la Meca. «Debo, añadió, vengar á nuestro profeta y á su ley. Tan solo bajo una condicion puedo perdonarte, y es que abraces la religion que has blasfemado. Los beneficios y los favores mas señalados ocuparán entonces el lugar de los castigos que tienes bien merecidos.» Reanimándose entonces, á vista de este peligro estremo, toda la fé que Chatillon habia practicado muy mal, despreció con energía asi las promesas como las amenazas del musulman, y dijo con intrepidez que queria morir cristiano. Levantándose irritado Saladino, le descargó un golpe de cimitarra en la cabeza, y los que le acompañaban acabaron de matarle. Asi cuentan los escritores mahometanos el martirio de Reinaldo de Chatillon. Todos los templarios y hospitalarios cogidos con él fueron sucesivamente degollados. Cuéntanse hasta doscientos templarios asesinados de este modo á sangre fria. No daban estos cuartel á los musulmanes ni en paz ni en guerra, y Saladino creyó hacer un gran servicio al pais espurgándole, como él decia, de todos estos asesinos.

Apenas forzára la ciudadela de Tiberíades, su primer cuidado fué arrojar á los franceses de las plazas marítimas para quitarles toda comunicacion con la Grecia y el resto de la Europa. En efecto, consiguió quitarles la mayor parte, bien por composicion ó bien á viva fuerza, permitiendo á los cristianos de las ciudades que se rendian retirarse con sus familias y bienes, y tratando á los demas con una severidad proporcionada á su resistencia. Por esta causa Cesarea, que se defendió con vigor, fué entregada á las llamas y saqueada sin consideracion alguna.

Por último, en 19 de setiembre atacó el sultan la ciudad de Jerusalen, que era el objeto capital de su empresa. La ciudad tenia bastantes fuerzas, y aun se hallaba en estado de poderse defender largo tiempo; mas la derrota de Tiberíades, la toma de tantas otras plazas, y sobre todo la pérdida de casi todos los oficiales mas distinguidos, esparcieron la mas fatal consternacion. Acabó de desesperar á los sitiados el haber descubierto una conjuracion formada por los cristianos del rito griego que eran muchos; arrepintiéndose entonces, pero sobradamente tarde, de haberlos atormentado sin consideracion. Hiciéronse proposiciones al sultan,

que las desechó con altivez, contando con los conjurados que debian franquearle una puerta de la ciudad. Algunos escrúpulos propuso de su religion vengativa, y dijo que el honor y la conciencia le precisaban á vengar la sangre de tantos millares de musulmanes asesinados por los cristianos. Pero habiéndole replicado de parte de la reina y de los señores, que si no les otorgaba una capitulacion honrosa, no tenia que esperar mas que una defensa la mas obstinada y todo el resentimiento del valor ultrajado, temió reducirlos á la desesperacion, y capituló con las condiciones siguientes: que entregarian la ciudad en el estado en que se hallaba sin demoler cosa alguna: que la nobleza y los militares saldrian con armas y sin escolta para ir á Tiro, ó á cualquier otro lugar que quisiesen: que los ciudadanos llevarian sus muebles, y serian conducidos igualmente con seguridad, pagando antes un tanto fijo por cabeza.

Bajo de estas condiciones fué entregada Jerusalen, el viernes, segundo dia de octubre, á Saladino, que preciado de generoso y fiel á su palabra, las hizo observar con una rigorosa esactitud. Habiendo recogido el patriarca Heraclio todas las riquezas y los ornamentos de la iglesia, hasta las planchas de oro y plata de que estaba cubierto el Santo Sepulcro, pretendieron los oficiales del sultan que la capitulacion solo permitia llevar los bienes de los particulares; pero Saladino contestó, que supuesto que en ella no se esceptuaban los de las iglesias, no se agravase mas el infortunio de aquellos desgraciados con razones que no eran incontestables á la letra. En todas las cosas manifestó igual magnanimidad. Trató á la reina Sibila, como tambien á las princesas sus hijas, con mucho respeto, y la dió esperanzas de la libertad del rey su esposo á costa de un mediano rescate, que se verificó luego con la entrega de la ciudad de Ascalon. Seguian en gran número á la reina las mugeres y las jóvenes de Jerusalen, llevando los niños por la mano, y lamentándose lastimosamente. Preguntóles el vencedor qué podria él hacer para mitigar su dolor. «Señor, le contestaron, todo lo hemos perdido; pero podreis sin menoscabo de vuestro poder convertir nuestra desgracia en alegría. Volvednos nuestros padres, volvednos nuestros esposos que gimen entre cadenas, y os abandonamos gustosas todo lo demas. Confundidas sus lágrimas con las nuestras les quitarán toda su amargura; y el que alimenta á las aves del cielo, nos alimentará á nosotros y á nuestros hijos.» Inmediatamente mandó Saladino buscar entre los cautivos todos aquellos que reclamaban, pagó de su tesoro su rescate á los soldados, é hizo á estas familias desgraciadas diversos regalos proporcionados á su condicion.

Mas tanto como este príncipe infiel hacia brillar su humanidad, otro tanto el conde de Trípoli se mostraba indigno de la ley de gracia y de caridad que profesaba. Apenas aquellas infelices llegaron á él buscando su refugio, les quitó con vileza cuanto Saladino les habia dado, y las abismó en tal desesperacion, que viéndose una muger reducida á no tener con qué alimentar á su hijo, le echó en el mar. No tardó en recibir el premio de su detestable rapacidad. Saladino, lejos de tratarle como favorito y hombre de confianza, quiso poner guarnicion en Trípoli. El conde perdió el juicio, y asaltado de una especie de rabia, murió de repente.

Asi que los cristianos francos salieron de Jerusalen, los musulmanes derribaron todas las cruces, las pisaron, cometiendo en ellas toda especie de profanaciones, como en instrumentos de idolatría afrentosos al mismo Mesias, segun el Coran que dice que no fué Jesus el crucificado, sino Judas en su lugar. Todas las iglesias fueron con-

vertidas en mezquitas, escepto la del Santo Sepulcro, á causa de las peregrinaciones que hacian la riqueza de Jerusalen, aunque no fué permitido visitar los Santos Lugares á no ser sin armas, siendo pocos en número los peregrinos y pagando algunos derechos. Permanecieron en ella los cristianos sirios, armenios, griegos y de todos los demas ritos, esceptuando el latino. Tal fué el estado á que vino Jerusalen bajo la dominacion de los infieles, despues de haber agotado á la Europa durante ochenta y ocho años de casi todas sus riquezas y de sus mas distinguidos guerreros. No conservaron los latinos en Oriente mas que tres plazas considerables, Antioquía, Tyro y Trípoli.

Llegaron estas noticias á Italia con aquella rapidez que acompaña á la fama en sus anuncios funestos. En menos de tres semanas las supo Urbano III en Ferrara, cabalmente en los momentos en que se ocupaba de proporcionar socorros á los príncipes que combatian en Palestina (1), y murió de sentimiento el 19 de octubre de 1187, despues de un pontificado de menos de dos años. En su lugar y en 20 del mismo mes fué elegido Alberto, cardenal cancelario de la Iglesia romana, que tomó el nombre de Gregorio VIII, cuya eleccion hizo concebir las mayores esperanzas. El historiador Hugo de Auxerre nos le pinta como un hombre sabio, elocuente, de gran celo, de sanas costumbres y aun de vida ejemplar. Mas solo ocupó la Santa Sede un mes y veintisiete dias, habiendo muerto en Pisa, donde acababa de reconciliar esta república con la de Génova á fin de que trabajasen de comun acuerdo en la reconquista de la Tierra Santa. Tres dias despues de su muerte, el 16 de diciembre, eligieron en Pisa mismo por sucesor á Paulo ó Paulino, cardenal, obispo de Palestrina, á quien dieron el nombre de Clemente III.

Inmediatamente despues de su coronacion se dedicó á restablecer sólidamente la paz entre los romanos agitados por contínuas facciones durante muchos pontificados. El motivo principal de esta larga division era la ciudad de Túsculo, perteneciente al Papa, y que los romanos, despues de algunas batallas deshonrosas, querian enteramente someter para reparar su honor. Cedióles el Papa á Clemente sus derechos sobre las fortificaciones de esta plaza, y con esta condicion le volvieron su ciudad, su senado y el derecho de fabricar moneda, reservando con todo la tercera parte de ella para los senadores, hasta que las deudas contraidas con ellos por algunas iglesias fuesen del todo satisfechas. Además se obligaron, así que á ello fuesen requeridos, á marchar con sus tropas, las que tendria entonces el Papa á sus espensas, segun el antiguo método (1). Concluido este tratado, pasó Clemente III á Roma, donde se halló á 3 de marzo (1188).

Dió entonces las disposiciones oportunas para hacer predicar la cruzada en los diversos Estados de la cristiandad. Envió legados á Alemania, Francia é Inglaterra. Mandó ejecutar lo que habia ordenado su inmediato predecesor para aplacar ante todo la ira de Dios, á saber, ayunar por espacio de cinco años todos los viernes. Los que disfrutaban de completa salud, debian abstenerse tambien de comer carne los miércoles y sábados, á lo que los eclesiásticos añadian el lunes. Fué el primero en dar ejemplo de una reforma general en el gasto de la mesa, de los muebles, de los vestidos y equipages, á fin de asistir con mas liberalidad á los que se cruzasen. Impusiéronse los cardenales como un deber el imitarle. El arzobispo de Tyro, que habia pasado el mar pa-

(1) Gervas. *Chron. pag.* 1507.

(1) Rog. *pag.* 689.

ra interesar á los príncipes de Europa á favor de la suerte deplorable de los latinos orientales, dispuso entonces una conferencia entre los reyes de Francia y de Inglaterra que se hacian una guerra muy viva. En esta asamblea augusta y numerosa pintó con colores tan vivos la desolacion de la iglesia de Oriente, y los males aun mas espantosos que la amenazaban, que los dos reyes olvidando sus querellas particulares, no pensaron mas que en vengar la injuria de la Religion. Tomaron al punto la cruz, y á su ejemplo la tomaron tambien Ricardo, conde de Poitiers, hijo primogénito del rey de Inglaterra; Hugo III, duque de Borgoña; Felipe, conde de Flandes, y otros muchos señores de menor consideracion. Para distinguir las naciones convinieron en que los franceses llevarian una cruz roja, los ingleses una blanca, y los alemanes verde (1188).

Para impedir los desórdenes durante el viaje, se publicaron diversas ordenanzas, y tambien para mantener la paz en los dos reinos cuyos soberanos se habian cruzado. Tambien se estableció en estas circunstancias el impuesto famoso que fué llamado décima saladina, como exigida para hacer la guerra á Saladino. Todos los que no se cruzaban quedaron obligados á pagar durante el año de 1188 la décima parte de todas sus rentas y aun de sus muebles. Púsose anatema contra los refractarios; y para asegurar aun mejor la recaudacion, establecieron comisarios poderosos y vigilantes, entre ellos un templario, un hospitalario, un ministro del rey y uno del obispo. Quedaron sujetas á este impuesto las personas de todo estado y condicion, clérigos y legos, seculares y regulares, escepto los hospitales de leprosos, los religiosos cartujos, los cistercienses y los de Fontevrault. Murmuraron muchos eclesiásticos y publicaron sus quejas por medio del sábio Pedro Blesense. Dijeron que la Iglesia quedaba de este modo reducida á servidumbre; aplicando á las cosas temporales la idea de libertad santa, que solo se refiere á la esencion del pecado y de las ceremonias legales, y que por otra parte hace relacion al cuerpo de los fieles de la misma manera que al clero. Pero fueron desatendidas estas quejas, y la colecta se llevó á debido efecto.

Sobrevino entretanto entre los reyes de Francia y de Inglaterra una guerra nueva que retardó su partida. Habiendo Ricardo, primogénito del monarca inglés, abandonado al rey su padre para ponerse bajo la proteccion de Felipe Augusto, envió el Papa Clemente al cardenal Juan de Anagni para dar fin á una desavenencia tan inoportuna. Túvose una conferencia en Ferte-Bernard, donde el legado habia reunido los dos monarcas con el príncipe Ricardo. Desde luego exigió Felipe Augusto el cumplimiento del matrimonio que se habia prometido entre su hermana Alix y el conde de Poitiers. Por el contrario, queria el rey Enrique casar con Alix á Juan, su segundo hijo, de quien creia poder recelar menos que de Ricardo. Vista una diferencia tan poco conciliable, protestó el legado que si el rey Felipe no convenia con el rey de Inglaterra, pondria entredicho en todos los Estados de Francia. A su vez Felipe protestó que no habia en la tierra poder autorizado para impedir á los monarcas franceses reprimir á los vasallos rebeldes y vengar las injurias de su corona. Sostuvo Felipe con sus hazañas esta resistencia y el rey Enrique se vió reducido á firmar un tratado por el cual se puso á su discrecion. Entre otras cosas convinieron, en que por la primavera del año siguiente partirian para Tierra Santa; pero el rey de Inglaterra concibió una tristeza tan viva al verse abandonado de sus propios hijos, que cayó enfermo en Chinon de Turena, donde murió el 6 de julio de este año de 1189 (1). Muchos

(1) *Chron. Clarav. Rog. pag.* 632.

dias antes de su muerte echó la maldicion á sus hijos, y jamás quiso revocarla á pesar de las instancias que le hicieron los obispos y otras personas piadosas, bien que se hizo conducir á la iglesia, donde recibió el Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor, despues de absueltos sus pecados.

Ricardo su hijo, que ya era conde de Poitiers, le sucedió en todos sus Estados. Antes de ser consagrado juró delante del altar de Westmister que conservaria toda su vida la paz y el honor de la Iglesia: que gobernaria su pueblo siguiendo todas las reglas de la exacta justicia: que aboliria todas las malas costumbres y estableceria las buenas. Despues de esta ceremonia, mientras estaba dando á los obispos un convite solemne que servian los señores mas distinguidos, vinieron los judios á ofrecerle sus presentes. Estaba esta nacion muy notada de maleficios y por otra parte era un objeto de ódio en Inglaterra, lo mismo que en Francia, despues de los sacrificios de los niños cristianos que motivaron la espulsion que Felipe Augusto fulminó contra ellos. Quiso un cristiano impedirles la entrada al lugar del convite y dió una bofetada á uno de ellos. Otros muchos celosos á su ejemplo los repelieron con iguales ultrajes. La conmocion se hizo bien pronto general. El tumulto pasó del palacio á toda la ciudad de Lóndres, donde se divulgó la voz de que el rey habia mandado esterminar los judíos. El pueblo numeroso de esta gran ciudad, y los que la ceremonia habia atraido de las provincias que eran aun muchos mas, se armaron por todas partes y les cargaron con furor. Pusiéronse en fuga los judíos hácia sus casas, pero perecieron una infinidad antes de llegar á ellas. Prendieron fuego á aquellos sitios donde los demas se habian refugiado, y con un furor tan ciego que muchas casas de los cristianos fueron presa de las llamas. Vanos fueron los esfuerzos que hizo el rey para contener este desórden: el pueblo furioso no escuchó á los grandes señores que envió Ricardo al efecto, quienes se retiraron muy pronto, temiendo ser tambien víctimas del furor popular.

Tratando el monarca de impedir al menos que tal barbarie se estendiese á las provincias, espidió por todas partes órdenes rigurosas probibiendo hacer daño alguno á los judíos; pero antes de su publicacion, el egemplo de Lóndres habia arrastrado ya á muchas ciudades, y en el año siguiente fué tambien imitado por la ciudad de York. Acosados por los cristianos los judíos de esta ciudad, el viernes de la semana de Pasion, 16 de marzo, se encerraron en la torre y se negaron á entregarla. Al verse atacados en ella vivamente sin intermision noche y dia, ofrecieron una gran suma de dinero por su libertad y su vida, lo que no les concedieron. Uno de ellos entonces propuso la idea de degollarse unos á otros; hizola adoptar en general la desesperacion, y cada padre de familia tomó un cuchillo y cortó el cuello á su muger, á sus hijos, á sus domésticos y por último á sí mismo. De este modo perecieron los judíos de York en número de quinientos, contando tan solo los cabezas de familia. Luego que el rey Ricardo supo este deplorable acontecimiento tomó las medidas mas eficaces para prevenir los desórdenes mientras su ausencia, y para proporcionarse los fondos que habia de menester para la espedicion de Levante.

Habíase predicado la Cruzada en Alemania lo mismo que en Francia y en Inglaterra. En una dieta estraordinaria convocada por el emperador en Maguncia, se leyó públicamente una patética relacion de la toma de Jerusalen. Inmediatamente se cruzó el emperador junto con su hijo, llamado tambien Federico, y sesenta y ocho de los señores mas distinguidos, asi eclesiásticos como seculares. Fué tal el número de personas de toda clase que se cruzaron, que

temiendo el príncipe los desórdenes y obstáculos que podia ocasionar tanta multitud, hizo prohibir, bajo pena de excomunion, que marchasen con su ejército aquellos que no tuviesen á lo menos tres marcos de plata.

Partió inmediatamente despues de Pascua de 1189, y tomó su ruta por la Hungría, donde fué perfectamente acogido del rey Bela, tercero de este nombre. Pero en Bulgaria, por donde penetró poco despues, se vió frecuentemente precisado á abrirse paso con espada en mano. No esperimentó menos contradicciones de parte del emperador Isaac Angelo en los Estados del imperio de Oriente que las que ya habian sufrido los anteriores cruzados á causa de la perfidia de los griegos. Dando Isaac crédito á las predicciones de un monge de Studio llamado Dositheo, se le habia metido en la cabeza que Federico iba con intencion de coronar á su propio hijo por emperador de Constantinopla. Estaba persuadido de que él mismo debia el imperio á aquel visionario, á quien en premio hizo patriarca de Jerusalen, siguiendo los griegos en instituir patriarcas de su rito en esta iglesia y en la de Antioquía, á pesar de que los latinos estaban en posesion de efectuarlo. Tan mal procedió con los alemanes, á quienes no obstante habia prometido el paso libre, que Federico indignado desoló las tierras del pérfido griego, y se apoderó de Philippópolis, donde se hallaba de gobernador el historiador Nicetas. Hablando este escritor del suceso (1), tacha de iconoclastas á los alemanes: lo que no puede tener mas fundamento que, ó las preocupaciones nacionales, ó los escesos del soldado y sus profanaciones, casi inevitables en medio de su furor, sea cual fuere la fé que profese. De Philippópolis dirigióse Federico á Andrinópoli, donde pasó el invierno. Con su ejército, que era de ciento cincuenta mil hombres y su habilidad en el arte de la guerra, se habria sin duda apoderado de Constantinopla, si el griego no se hubiera humillado en su presencia con toda la bajeza de un traidor disfrazado; pero se contentó con sacar grandes sumas de dinero, víveres en abundancia y buques para pasar el estrecho.

Despues de haber atravesado el Helesponto, adelantóse confiadamente en Asia invitado por el sultan de Iconio Kilidge Arslan II, quinto de los Selyoucidas, á fin de reunir sus fuerzas contra Saladino su comun enemigo; pero habíanse reconciliado entretanto los sultanes de Iconio y de Egipto en honor de Mahoma, y acababa de casarse Melik, primogénito de Arslan, con la hija de Saladino, y éste le habia enviado sus mejores tropas. Por otra parte, el sultan de Iconio era el mas poderoso de los príncipes musulmanes despues de Saladino: poseia la Licaonia, la Pisidia, la Pamphilia, la Isauria y la Capadocia. Atacó, pues, con tan terribles fuerzas á Federico en los desfiladeros, famosos por la derrota de la retaguardia del rey Luis el jóven; fué espantoso el combate, y solo con una habilidad igual al valor pudo el emperador forzar el paso de las montañas de Licaonia y llegar al llano. Allí ganó otras dos batallas, y tomó por asalto la ciudad de Iconio, donde su ejército se enriqueció con el botin; pero se disminuyó mucho. Luego pasó los montes de Capadocia, y quiso dar descanso á sus tropas en un valle fértil y placentero bañado del rio Cidno. Era escesivo el calor; quiso bañarse como en otro tiempo Alejandro el Grande en el mismo sitio, y el éxito fué aun mas funesto: apenas Federico, de edad de setenta años, hubo entrado en el rio, cuyas aguas son estraordinariamente frias, cuando perdió el conocimiento, y solo le recobró para dar gracias al Señor por haberle hecho la merced de cumplir una parte

(1) Nicet. *lib.* 12, *cap.* 4.

de su voto, despues de lo cual espiró el 10 de junio de 1190.

Federico, duque de Suavia, su segundo hijo, tomó el mando del ejército, y venciendo obstáculos increibles llegó á Antioquía; pero se introdujo la peste en sus tropas, y en breve se vieron reducidas á siete mil hombres de infantería y seiscientos caballos. Tambien murió él al cabo de siete meses de la muerte de su padre, delante de la ciudad de Acre, ó Ptolemaida, que Guido de Lusiñan, libertado de la prision, tenia sitiada con los cristianos fugitivos de Jerusalen y algunos ausilios de Italia. Habia quedado en Europa Enrique VI, primogénito del emperador Federico, y fué proclamado rey de Germania. Entretanto los reyes de Francia y de Inglaterra perfectamente amigos, segun lo daban á entender tiempo habia, resolvieron marchar juntos al socorro de los cristianos de Palestina. De estos dos príncipes reunidos eran de esperar los sucesos mas brillantes. Ambos estaban en la flor de sus dias: Felipe Augusto tenia veinte y cuatro años; estaba dotado de toda la fuerza y aun de todas las gracias de cuerpo y de espíritu, de una grande elevacion de sentimientos, de gusto á todo lo bueno y á las cosas grandes, del valor hereditario en la casa de Francia, de una sabiduría y moderacion rarísimas en su edad, y mas aun en los príncipes revestidos tan pronto de la dignidad Real: escuchaba de buen grado el consejo de los ancianos, y no llevaba á mal que le advirtiesen sus faltas. El rey Ricardo, de edad de treinta y tres años, no tenia ni el cuerpo ni el espíritu tan bien formados como Felipe. Era duro y altanero, tanto mas exigente, cuando mas se condescendia con sus deseos, sin consideracion, sin respeto á los mismos derechos de la naturaleza, que no se detuvo en violar armándose contra su propio padre; mas poseia un brio heróico, é igual capacidad en el arte de la guerra; era emprendedor, intrépido, valeroso hasta el punto de no ceder á cosa alguna, lo que le adquirió el sobrenombre de *Corazon de Leon*.

Habiendo hecho en Normandía los preparativos para su viaje, fué á Tours á tomar la esclavina y el bordon de peregrino, y luego partió para Vecelay en Borgoña, á donde se citaron ambos reyes. Principió Felipe á tomar las medidas mas sábias y aun minuciosas para el buen gobierno del reino mientras su ausencia, cuyo cuidado encargó á su madre Alix. Proveyó hasta al nombramiento para los obispados y abadías reales; mandando que durante la vacante de estas dignidades conservara la regente la regalía en su poder hasta que el candidato fuera consagrado ó bendecido. Tambien estableció que los beneficios vacantes en regalía se confirieran en su nombre á personas virtuosas y literatas, segun el consejo del célebre solitario Bernardo que vivia con fama de santidad en los desiertos de Vincennes. Este es uno de los testimonios mas formales y antiguos del derecho de conferir los beneficios en regalía. Despues de estas prudentes disposiciones fué á San Dionisio acompañado de una córte numerosa, donde el dia de San Juan recibió junto con la esclavina y el bordon el estandarte llamado de Oriflama, cuya sola vista creian llenaba de terror á los mas formidables enemigos. Luego partió para Vecelay, lo mismo que Ricardo, el 4 de julio de este año de 1190.

Ambos monarcas seguidos de una multitud prodigiosa de vasallos, fueron á embarcarse separadamente, Felipe en Génova, y Ricardo en Marsella, para reunirse en Messina. Uno y otro llegaron en el mes de setiembre, y pasaron allí el invierno. Durante esta mansion, el rey de Inglaterra cuyo carácter estremado no conocia reserva ni en el bien ni en el mal, juntó en una capilla á todos los obispos de su comitiva, se postró

en camisa á sus piés, confesó sus vicios y la disolucion de su vida con señales las mas notables de arrepentimiento, y recibió la penitencia que le impusieron.

Gozaba entonces de una gran reputacion en todas aquellas comarcas por su virtud, su ciencia y su inteligencia en los escritos proféticos, Joaquin, abad de Curaco, del órden del Cister (1). La inquietud natural al espíritu del rey Ricardo le inspiró la curiosidad de oir las interpretaciones que hacia del Apocalipsis aquel genio exaltado, del cual se ha dicho mucho bien y mucho mal. El rey breton le consultó sobre el éxito de la cruzada que emprendia; y Joaquin, dice Rogerio de Hoveden, respondió que Saladino perderia Jerusalen y la Tierra santa; pero esto al cabo de siete años despues de la conquista que el sultan habia hecho de aquella ciudad. «¿Por qué pues, replicó con viveza Ricardo, nos hacen partir tan pronto?»—«Vuestra llegada, dijo Joaquin, no será menos útil, y hará famoso vuestro nombre sobre todos los príncipes de la tierra. No dudeis que Dios os dará la victoria contra los enemigos de su nombre.» Añadió, siempre á consecuencia de sus observaciones sobre el Apocalipsis, que el Anti-Cristo estaba ya en Roma, y que seria elevado á la Sede apostólica. Las muchas predicciones de esta naturaleza: acompañadas con frecuencia de la palabra *puede ser*, *quizá* ú otras espresiones llenas de ambigüedad y de incertidumbre, movieron á Santo Tomás de Aquino (2) á decir, que este autor de predicciones asi verdaderas como falsas, tenia, no el espíritu de profecía, sino el espíritu de congetura que casualmente acierta con la verdad. Acerca del misterio de la Trinidad cayó el abad Joaquin en errores que fueron condenados en el cuarto concilio general de Letran. Aseguraba que las Personas divinas no tienen una esencia comun, y que su union no es real sino solamente similitudinaria. Con todo, no fué tratado como herege, porque sometió sus escritos al juicio de la Santa Sede. Llevó siempre una vida edificante, laboriosa y muy solitaria. Distinguióse en especial por su celo á favor de la castidad. Eran austeras sus costumbres, y como tenia el temperamento robusto, se daba á las faenas mas pesadas para el cuerpo. Sufria alegre el frio, el calor, el hambre y la sed. Pareciéndole poco rigorosa la regla del Cister, fundó bajo de una observancia mas estrecha la abadía de Flora en los montañas de Calabria, y gobernó hasta su muerte (1202) esta casa ejemplar, donde es venerado como un Santo á pesar de que la Iglesia jamás le ha decretado culto alguno.

El primero que partió de Sicilia fué Felipe Augusto, y el 13 de abril de 1193 llegó delante de la ciudad de Acre, sitiada dos años habia por los cristianos. Saladino, que miraba este sitio como una estravagancia, no se habia movido á enviar auxilios á la plaza. Sin embargo, la llegada diaria de diversos cruzados, entre otros de una armada flamenca y brabanzona, principiaban á hacer respetable la empresa. Llegando el rey Felipe en estas circunstancias, se habria puesto muy en breve en estado de dar el asalto y tomar la plaza, si por un esceso de deferencia y de fidelidad á su palabra no aguardase al rey de Inglaterra como se lo habia prometido para compartir con él el honor de la primer victoria.

Pero Ricardo no partió de Messina hasta el 10 de abril, y fué arrojado por una tempestad á las costas de Chipre. Tuvo tan mal acogimiento de Isaac Comneno, que habia quitado esta isla al emperador Isaac Angelo, que se creyó bastante autorizado para arrojar de allí á un usurpador tan odios

(1) Roger. p. 681.
(2) *In IV Sent. dist.* 43, *quaest.* 1, *art.* 3.

por su rebelion como por el desprecio de la hospitalidad. Fácilmente hizo esta conquista, y, por decirlo asi, como de paso; pero no dejó de tomar las precauciones oportunas para asegurarla; hizo prestar juramento de fidelidad por los naturales del pais, echó á todos los griegos y puso guarniciones europeas en las plazas. Poco despues llegó al sitio de Acre, pero con mucho orgullo de haber conquistado un reino, y entregado á una vanidad, que junto á la aspereza natural de su carácter, dió mucho que sufrir á sus propios aliados, sin esceptuar á Felipe Augusto, su señor feudal y hasta entonces su amigo. Sin embargo, los dos reyes atacaron la ciudad como si hubieran estado de buena inteligencia y la redujeron á capitular despues de haber dado algunos asaltos. En la capitulacion se estipuló que los musulmanes volverian la verdadera cruz tomada en la batalla de Tiberíades, y que darian libertad á doscientos caballeros y á otros mil prisioneros de menor consideracion. Desde este tratado, Acre ó Ptolemaida vino á ser la plaza de refugio de los latinos en Palestina, y la escala donde esperaron largo tiempo, mas siempre en vano, la ocasion de restablecer el reino de Jerusalen.

Durante el sitio de Ptolemaida algunos alemanes de Brema y de Lubec, establecieron para sus enfermos privados de todo auxilio un hospital, donde el órden de caballeros teutónicos, de cuyo orígen hemos hablado ya, adquirió por fin su perfeccion y su forma regular (1). Segun hemos visto, habia ya un hospital en Jerusalen para los peregrinos de Alemania que no entendian la lengua franca, es decir, la francesa, que usaban ya los otros cruzados. Tambien se juntaron luego á estos hospitalarios varios caballeros y nobles que tomaban asimismo las armas para la seguridad de los peregrinos y defensa de los Santos Lugares. Adquirió esta devocion un nuevo grado de fervor en el sitio de Ptolemaida, y se formó una tercera órden militar por el modelo de los templarios y de los hospitalarios de San Juan. Luego fué aprobada por el patriarca y los obispos del pais, y confirmada en el año siguiente por el Papa. El hábito de la órden era un manto blanco con cruz negra. El hospital fué su principal casa, acompañado de una iglesia que hizo fabricar en Ptolemaida el primer gran maestre llamado Enrique de Walpot, aunque dándole el nombre de Santa Maria de Jerusalen.

Entretanto Felipe Augusto cayó en una enfermedad que agotó todas sus fuerzas, y á juicio de sus médicos debia partir al punto, á respirar los aires nativos. Estaba por otra parte muy poco satisfecho del rey de Inglaterra, con el cual solo pudo conservar la concordia, ó evitar un entero rompimiento, á fuerza de paciencia y de disimulo. Mas para no ser acusado de que vengaba sus disgustos personales á espensas de la Religion, dejó tropas considerables en Palestina al mando del duque de Borgoña, y antes de partir las exhortó á sostener de acuerdo con el rey Ricardo la gloria del nombre cristiano. Felipe, al pasar por Roma, quiso tambien impetrar la absolucion de su voto, por cuanto no le habia cumplido del todo; y el Papa, satisfecho de la prudencia y generosidad de sus procedimientos, le colmó de honores y de testimonios de reconocimiento.

Celestino III ocupaba entonces la Cátedra de San Pedro, á la que fué exaltado tres dias despues de la muerte de Clemente III, el 30 de marzo de 1191. Hallábase en edad muy avanzada; pues fué cardenal diácono por espacio de sesenta y cinco años; mas su espíritu y aun su cuerpo no se resentian todavia del peso de los años. Fué coronado de un modo nuevo, segun el ceremonial del órden

(1) *Chron. Prus.* c. 1; Jac. Vitr. *Hist. Hier.* c. 66.

romano, compuesto entonces por el camarero Cencio (1). «El Papa electo, dice este autor, se postra delante del altar mientras se canta el *Te Deum*: luego los cardenales obispos le conducen á su Silla detrás del altar donde ellos se postran á sus pies y reciben el beso de paz. De allí le llevan en seguida á una cátedra de piedra colocada delante de la basílica de Letran, y luego delante de la basílica de San Silvestre, donde sentado en una silla de pórfido recibe la férula en señal de su gobierno pastoral y las llaves del palacio de Letran. Pasa en fin á otra silla semejante, y en ella le ciñen una faja de seda roja de la cual está pendiente una bolsa de púrpura que contiene doce sellos de piedras preciosas mezcladas de perfumes, símbolos diversos que tiene cada uno su significacion mística; la faja ó cinturon, la continencia; la bolsa, la limosna; las piedras preciosas, el colegio apostólico cuya cabeza es el Papa; y los perfumes, el buen olor de Jesucristo.»

El rey Enrique VI, al saber la muerte de su padre Federico, salió de Alemania para hacerse coronar emperador en Roma. Dióle la corona el Papa Celestino y le hizo grandes honores, sin dejarle no obstante tomar autoridad alguna en la ciudad. A peticion del senado exigió Celestino de este príncipe la promesa de que restituiria la ciudad de Túsculo, lo que se ejecutó al siguiente dia martes de Pascua. Dos dias despues, conforme al tratado hecho con Clemente III, fué entregada esta desventurada ciudad á los romanos, los cuales abandonándose á la venganza fomentada por la envidia, la destruyeron hasta no dejar piedra sobre piedra. Desde entonces no ha sido reparada; solo algunos de sus desgraciados ciudadanos se formaron en las ruinas de uno de sus arrabales algunas chozas cubiertas con ramas de árboles, y de aquí tiene su orígen y nombre el pueblo de Frascati.

El Papa, señor feudal de Sicilia, prohibió espresamente al emperador que pasase á la Pulla contra el rey Tancredo, á quien Celestino queria sostener en la posesion en que estaba de aquel reino. Enrique, que hacia muy poco aprecio de las órdenes del Pontífice en tal materia, llevó inconsideradamente sus armas á aquella provincia, donde se apoderó de muchas plazas y aun de Salerno, que es la capital. Todo cedia á su presencia, y á no haber sido por la epidemia que se introdujo en sus tropas, se habria hecho dueño entonces de la Sicilia, como igualmente de la Pulla. Obligado por esta enfermedad á volver á Alemania, dejó á la emperatriz Constanza en Salerno; pero los habitantes, á quienes él habia irritado con sus crueldades, la entregaron á Tancredo, quien tuvo la generosidad de enviársela á Enrique en el año siguiente (1192). Habiendo muerto Tancredo dos años despues (1194), y dejado sus Estados á su hijo Guillermo todavia niño, no perdió el emperador esta ocasion tan favorable al triunfo de sus derechos. Volvió á la Italia con un nuevo ejército, se hizo coronar rey de Sicilia en Palermo y mandó sacar los ojos al rey Guillermo. Fué luego este jóven príncipe conducido á Alemania, en donde murió en una prision. Asi acabó la dominacion de los normandos en la Pulla y en Sicilia, despues de ciento veinte años de un glorioso reinado.

Cuando Felipe Augusto dejó la Palestina, el rey de Inglaterra, que quedaba sin freno y sin competidor, dió rienda suelta á la fogosidad de su carácter, y decidió en todo con una autoridad y una altivez despótica. Esto entibió mucho á la nobleza y ocasionó un descontento general; el marqués de Monferrato, uno de los cruzados mas poderoso como señor de Tyro, se retiró á su casa con sus tropas y sus naves, irritado

(1) Mabill. *Ms. Ital. tom. 2, pag.* 210.

de que Ricardo sostenia abiertamente contra él el partido de Guido de Lusiñan; los alemanes volvieron á embarcarse con Leopoldo, duque de Austria, para aproximarse á su pais; y otros muchos cruzados se persuadieron de que habian cumplido su voto con la toma de Ptolemaida; de este modo en breves dias y sin haber dado todavia una batalla formal, el ejército cristiano se vió debilitado en gran manera.

No obstante, todavia se hallaba en estado de intentar las mayores empresas; y si con cerca de cien mil hombres que aun quedaban, el rey Ricardo hubiera marchado sin detencion á Jerusalen, atendida la consternacion en que estaban los musulmanes, y aun el mismo Saladino, es muy probable que se habria apoderado de aquella ciudad, objeto de tantos votos y de tantos afanes. Pero entreteniéndose en reparar las fortificaciones de Acre, dió tiempo al enemigo para juntar un ejército considerable. Sin embargo, salióle al encuentro, y le acometió cerca de Cesarea (1191): la batalla fué reñida, y combatieron cuerpo á cuerpo Ricardo y Saladino que se cargaron con furor. Saladino quedó tendido en tierra: los suyos le creyeron muerto, y volvieron las espaldas. Ricardo no menos obstinado en perseguirlos que ardiente en cargarlos, quedó dueño del campo de batalla; pero tampoco supo aprovecharse de esta ventaja; pues en vez de volar en derechura á Jerusalen, empleó el resto de la campaña en alzar sobre las costas las fortificaciones de algunas plazas desmanteladas. No marchó contra esta capital hasta seis meses despues, cuando el rigor del invierno hizo imposible el sitio. Fué preciso acamparse y esperar la primavera; pero los soldados franceses llenos de desesperacion por tener que abandonar la ciudad Santa, cuando apenas habian descubierto las puntas de sus torres, acusaron á Ricardo de infiel á la Religion, y sin escuchar otra cosa quisieron volverse á Europa.

Muy presto este mismo príncipe se vió obligado tambien á volverse á ella, á causa de los peligrosos movimientos que su ausencia producia en Inglaterra, donde los príncipes sus hermanos habian ya sublevado la mayor parte del reino contra el obispo de Ely, encargado de la regencia. Dióse prisa á concluir con Saladino una tregua de tres años, tres meses, tres semanas y tres dias (1192). Quedó establecido que toda la costa desde Jaffa hasta Tyro seria para los cristianos, con Ptolemaida y Ascalon; y que los cruzados podrian ir en cortas partidas á visitar el Santo Sepulcro. Juró Saladino sobre el Coran; pero Ricardo, alegando con su comun altanería que era suficiente su palabra Real, dió tan solo la mano á los musulmanes. Luego dispuso de dos reinos: dió el de Chipre á Guido de Lusiñan, el que cedió sus derechos sobre el de Jerusalen al conde de Champaña, sobrino del rey Ricardo. Este jóven príncipe llamado Enrique acababa de casarse con la princesa Isabel, hermana de la reina Sibila, y viuda de Conrado de Monferrato, señor de Tyro, asesinado poco tiempo habia por el Viejo de la Montaña, que principió á adquirir fama por estos horribles crímenes.

Era gefe de una secta de musulmanes y la hizo muy numerosa, dispensándoles de los egercicios mas molestos de su religion y permitiéndoles toda especie de atrocidades. La vida de los príncipes mas poderosos que osaban resistirles no estaba segura. A las montañas donde se habia establecido, en los confines de la Persia, envióle el sultan Geladeddoulet un comisionado amenazándole con su indignacion; y entonces el Viejo, á presencia del enviado del sultan, mandó á uno de sus vasallos que se arrojase de lo alto de una torre, y á otro que se clavase un puñal en el pecho; y así lo ejecutaron sin vacilar y con cierto gozo. Entonces volviéndose al

enviado: «id, le dijo, y participad á vuestro amo que tengo setenta mil hombres prontos á egecutar mis órdenes de la manera que habeis visto (1).» Estos malvados sacrificaron á la venganza de su gefe una multitud de soberanos, sin que apenas pudiera nadie precaverse de su ciego furor. Como no traian mas armas que un puñal, les dieron el nombre de *hassassins* en árabe, de donde tomó orígen entre nosotros la palabra *asesino*.

Temiendo el rey Ricardo aportar á la Pulla, donde se hallaba con fuerzas formidables el emperador Enrique VI que no le era apasionado, tomó el camino de Dalmacia. Naufragó en el golfo de Venecia y se vió reducido á adelantarse por tierra en los Estados del duque de Austria, á quien habia ofendido vivamente en Palestina. Aunque disfrazado de templario, fué reconocido y conducido al duque, el cual le detuvo en Viena en una estrecha prision, y le entregó despues al emperador su enemigo: pero á fuerza de las vivas y reiteradas instancias de la reina Leonor, madre de Ricardo, escribió enérgicamente el Papa Celestino al emperador y al duque de Austria, los cuales por otra parte habian incurrido en la excomunion, que se habia impuesto en general contra todos los que atentasen á la persona y bienes de los cruzados. Fué preciso, no obstante, despues de un año de prision, que Ricardo pagase un rescate escesivo, dejando rehenes para seguridad del cobro de lo que no pudo pagar de pronto. Pero apenas se vió libre, no se creyó obligado á estos contratos forzados, y el Papa le dispensó de sus juramentos. El duque Leopoldo, que habia reputado esta conducta como mas propia de un pirata que de un soberano, se abochornó de sí mismo y dió á entender que se arrepentia con sinceridad. Herido, como él creyó, de la mano de Dios en sus Estados y en su persona, se confesó culpable y entregó los rehenes de Ricardo y mandó se restituyesen las sumas que ya habia percibido y que no podia entregar en persona. Habíase roto una pierna cayendo del caballo y nunca pudo restablecerse. Sobrevínole la gangrena, y fué necesario cortársela; pero subió la corrupcion mas arriba, y fué inevitable la muerte que sufrió prometiendo hacer una penitencia ejemplar si Dios le restituia la salud.

Por último, despues de tantas humillaciones, llegó el rey Ricardo á su reino (1194). Para borrar la mala impresion que los ultrages cometidos en la magestad Real podian dejar en el espíritu de los pueblos, se hizo coronar de nuevo con tanta solemnidad como si principiase su reinado. Godoffredo, arzobispo de York, su hermano natural, y el conde de Mortain, que reinó despues con el nombre de Juan Sin-Tierra, eran las causas principales de las conmociones que habian agitado el reino durante la ausencia del rey. En tanto que este prelado se ocupaba en las cábalas é intrigas, olvidaba escandalosamente todas las funciones del santo ministerio. Todos los dias iba á caza; no celebraba sínodo alguno, fulminaba las excomuniones segun la impetuosidad de su cólera y los caprichos de su fantasía. Quejóse su iglesia al Papa y éste comisionó al santo obispo Hugo de Lincoln para hacer una informacion jurídica.

Para reprimir el desprecio de la disciplina eclesiástica sin ceder á respeto alguno, no habia persona mas á propósito que este prelado (1). Presentado de edad de ocho años en un monasterio de canónigos reglares por su padre, valeroso y virtuoso caballero borgoñés (el cual despues se consagró tambien allí mismo al Señor), se

(1) Elmac. *pag.* 286.

(1) *Vit. S. Hug. ap. Sur.* 17 *Apr.*

arraigó desde muy temprano en los principios de una sólida piedad. El deseo de una vida mas perfecta, le hizo pasar luego al órden de los cartujos, donde siendo todavia de tierna edad, anunciaba su aficion á los ejercicios del celo y aquel carácter de firmeza que nos hace á propósito para ellos cuando le acompañan la prudencia y la modestia. Llegado el tiempo de ordenarle de sacerdote le preguntó uno de los ancianos, si deseaba recibir las órdenes sagradas. Respondió sencillamente, que nada deseaba tanto en este valle de lágrimas. «¿Pues cómo, replicó el anciano, osais desear lo que hace temblar á los mas perfectos?» Hugo, amedrentado de esta reprension, se postró y pidió perdon llorando. El anciano siguió con dulzura: «alzaos, hijo mio, y no os turbeis; veo el espíritu que os anima: sí, ya vais á ser sacerdote y sereis tambien obispo cuando haya llegado el tiempo que el Señor tiene señalado.» Despues que Enrique II hubo construido en el condado de Sommerset la cartuja de Ouitham, la mas antigua de las fundaciones de esta órden en Inglaterra, los dos primeros priores no pudieron sacar fruto alguno de los inaccesibles naturales del pais; pero Hugo, que fué su tercer prior, no solo se ganó el afecto de un pueblo intratable particularmente respecto de los estrangeros, sino que por el ascendiente de su genio y de sus virtudes adquirió tanto crédito para con el rey, que este príncipe, aunque muy pagado de su propio talento, decia á cada paso que habia encontrado su maestro en un monge.

De la soledad fué sacado Hugo á pesar suyo para ascender á la Silla de Lincoln (1186), y colmó todas las esperanzas que de él se habian concebido, asi por la rectitud de su alma, como por la rara penetracion de su espíritu. Habia recibido del cielo un don tan singular en discernir entre los buenos derechos y las pretensiones no justas, que los mas hábiles jurisconsultos le miraban como su oráculo en las decisiones de los asuntos espinosos aunque jamás habia estudiado la jurisprud encia. Cuantos tenian causas justas le pedian por juez, con tanta mayor confianza cuanto añadia á sus luces igual circunspeccion, y un valor incapaz de dejarse corromper por ningun respeto humano. Asi los Papas en cuyo tiempo vivió le encomendaron los mas importantes asuntos de la Iglesia en Inglaterra. La sangre Real que corria por las venas del arzobispo de York no impidió á Hugo vengar la disciplina de los golpes que recibió de este prelado por sus costumbres en todo aseglaradas. Procedió contra él intrépidamente, y si bien el arzobispo apeló á la Santa Sede, Hugo le prefijó término dentro del cual debia comparecer en Roma, y entretanto envió las informaciones que habia hecho en los mismos lugares. Por último, no habiendo comparecido el arzobispo, cuyo designio no habia sido otro que eludir el castigo con tergiversaciones y dilaciones, fué declarado suspenso del uso del palio, de las funciones episcopales y de toda administracion tanto espiritual como temporal de su iglesia (1195).

El santo obispo de Lincoln no mostró menos su firmeza respecto al mismo rey Ricardo, á pesar de tan absoluto como este era. Habia grande antipatía entre este príncipe y Felipe Augusto, y ambos monarcas orgullosos y valientes eran demasiado vecinos para permanecer mucho tiempo en paz. Poco despues que Ricardo fué sacado de las prisiones de Alemania, quiso vengarse de Felipe que habia entrado en sus Estados. Hallándose exhausto el Erario, hizo juntar los prelados para exigirles las grandes sumas que necesitaba. Examinando la cosa el obispo de Lincoln con aquella justificacion que le era tan propia, halló que iba á ponerse al clero en estado de no poder atender al auxilio de los pobres y á la magestad

del culto divino ; pero aunque espuso elocuentemente sus razones, solo pudo atraer á su dictámen á uno de sus compañeros, el cual se separó tambien de él poco tiempo despues.

Tanto mas irritado el rey con esta resistencia, cuanto que solo un obispo osaba distinguirse asi de todos los demas , envió gente armada para despojarlo de todos sus bienes y echarlo de su Silla; pero los que fueron encargados de esta comision no se atrevieron á ejecutarla. Cuando llegaron á su presencia los dejó admirados su aspecto firme é intrépido; el temor de los castigos divinos se apoderó de su espíritu , y se tornaron sin haber hecho cosa alguna. No obstante, temeroso el Santo de atraer sobre su rebaño los ímpetus de un príncipe tan colérico como Ricardo , quiso esponerse él solo á todo el riesgo, y marchó á avistarse con el rey. Al acercarse á la corte saliéronle al encuentro algunas buenas gentes diciéndole que no se presentase al rey, que no se espusiese á una muerte segura , y que no diese lugar á que se renovasen los atentados y calamidades que hicieron gemir por tanto tiempo á la Inglaterra despues de la muerte del santo mártir de Cantorbery. Viendo que no le movian estas pinturas horribles, y para obligarle mas eficazmente á retirarse, un señor muy virtuoso se ofreció por mediador. «Pero ¡cómo! le respondió, ¿quereis que huya yo del peligro para sumergiros en él á vos y á vuestros hijos?» Así que acabó estas pocas palabras, se adelantó y entró en el palacio.

Noticioso de que el rey estaba oyendo misa , fué en derechura á la capilla ; y sin esperar á que le dieran aviso , se presentó de repente á él y le dijo : «Dadme el beso de paz.» —«No lo mereceis,» le respondió el rey.—«He venido á buscarle desde muy lejos , replicó el obispo , y es forzoso que me le deis.» Inclinóse el rey sonriéndose y le dió el beso. Oyeron juntos el resto de la misa, y cuando trajeron al monarca el portapaz, le hizo presentar primero al santo obispo. Los otros prelados y todos los asistentes apenas podian creer lo que veian. El Santo le dijo acabada la misa : *aun no está hecho todo;* y le llevó detrás del altar.

Allí, sentándose junto á él, «venid acá, le dijo, decidme , ¿cómo va vuestra conciencia? Pues vos sois de mi diócesis, y tengo de responder de vuestra alma en el juicio de Dios.» Deponiendo Ricardo toda la altivez y la aspereza de su índole, le respondió : «Mi conciencia está en muy buen estado, á no ser que sea culpable el enojo que me obliga á perseguir á los enemigos de mi reino.» —«¿Qué me decís? replicó Hugo : ¿no vejais á vuestros propios vasallos? ¿no oprimís á los mas débiles y á los mas inocentes? ¿no haceis gemir á toda Inglaterra bajo el peso de vuestras contínuas exacciones? Por otra parte , he sabido que habeis faltado á la fé conyugal. ¿Y son estos pecados tan despreciables para que vuestra conciencia pueda estar tranquila?» El rey quedó á estas palabras tan sorprendido, que no se atrevió á desplegar los labios ; y siguiendo el santo pastor en su reprension, se disculpó Ricardo, tartamudeando, sobre algunas cosas , pidió con humildad perdon de otras, y prometió enmendarse. Luego, á presencia de toda la asamblea , enumeró el obispo todas las justas razones que habia tenido para oponerse á lo que deseaba el rey. «¿Y no me mostraria indigno del título de pastor, añadió , si me hubiese hecho cómplice en la vejacion de mis ovejas?» No pidió el rey mas apología, y aun se tuvo por feliz en que el Santo no pasase mas adelante en la correccion. Así que partió, volviéndose Ricardo hácia los señores de su comitiva , les dijo con voz todavía trémula : «Si todos los obispos se parecieran á este, los príncipes y los cortesanos

no tendrian imperio alguno sobre ellos.»

Haciendo el santo prelado la visita de su diócesis (1191), encontró en la abadía de Godestove un sepulcro soberbio, que le dijeron ser el de Rosemunda, manceba de Enrique II. «Esta fué, dijo, una prostituta: que la saquen de aquí: no se debe sufrir que la disolucion y el adulterio sean así honrados.» Inmediatamente se ejecutaron estas sus órdenes.

El emperador Enrique VI, sin ser tan duro como el rey Ricardo, no usó de la misma moderacion que este príncipe. A consecuencia del furor á que se abandonó, vióse renovar la escena sangrienta ocasionada por las quejas indiscretas del rey Enrique II contra el santo primado de Inglaterra. Habiendo muerto de un veneno Rodulfo, obispo de Lieja, al llegar cerca de su casa, de vuelta de la cruzada, á donde siguió al emperador Federico, los votos para la eleccion de su sucesor se dividieron entre dos concurrentes, llamados los dos Alberto, ambos arcedianos de la iglesia vacante. (1). Uno y otro eran igualmente de sangre ilustre, el uno hermano del duque de Lorena, y el otro del conde de Rethel; pero este, que era hombre sin letras y sin disposiciones para adquirirlas, no tenia mas mérito que el esplendor del nacimiento, y bajo este concepto le igualaba al menos Alberto de Lorena, quien indudablemente le sobrepujaba en todo lo demás. Sin embargo, el emperador, aunque no amaba al duque de Lorena, no se atrevió á declararse por Alberto de Rethel, notoriamente incapaz; pero pretendia que en este caso de division, la eleccion pertenecia á él solo; y dió la investidura al hermano del conde de Hontstad que le habia hecho señalados servicios. Apeló de ello al Papa el clero de Lieja, é hizo ver que la eleccion de Alberto de Lorena era canónica. Pasó este en persona á Roma, á pesar de los espías que el emperador habia puesto en el camino, viéndose en la precision de vestirse de criado para burlarlos. Fué presentado al Papa Celestino en este trage, quien llorando de compasion le consoló paternalmente, y le colmó de todos los honores debidos á la reputacion que se habia grangeado en Italia, y aun desaprobó con magnanimidad el consejo de algunos cardenales que temian el odio impetuoso de los alemanes, y confirmó públicamente la eleccion de Alberto de Lorena (1192).

Entretanto el protegido del emperador tomó posesion del obispado y de las fortalezas que dependian de él. Habiendo vuelto de Roma Alberto, el duque de Ardenna su tio le ofreció sus fuerzas y las de sus amigos para apoyar los derechos reconocidos por la Santa Sede; pero este prelado virtuoso protestó que queria mejor renunciarlos que hacerlos valer por unos medios tan poco eclesiásticos. Hallándose en Reims, donde se creia seguro contra el resentimiento del emperador, llegaron tres caballeros alemanes y cuatro escuderos que se suponian haber caido de la gracia de este príncipe. En clase de compatriotas fueron á saludar al nuevo obispo de Lieja, y se insinuaron tanto en su amistad, que en vano se trató de hacérselos sospechosos. Convidóles frecuentemente á comer, é insensiblemente llegaron á ser compañeros casi inseparables. En fin, un dia con pretesto de un paseo, le sacaron fuera de la ciudad, seguido solo de un canónigo y de un caballero. Al estar á medio cuarto de legua de los muros, dos de aquellos hábiles asesinos que iban á sus lados, le metieron de repente sus puñales por las sienes, y luego todos juntos le cargaron de golpes con espada y cuchillo hasta hacerle trece

(1) Ægid. *de episc. Leod. cap.* 56 *et seq.*

profundas heridas (1192). Picaron al punto la espuela á sus caballos y caminaron con tanta presteza, que habiendo dado el golpe al anochecer, á las nueve de la mañana ya estaban en Verdun, donde fueron muy bien recibidos del emperador. El muerto fué enterrado por de pronto en la catedral de Reims y venerado como mártir de la libertad eclesiástica. El año de 1612, de consentimiento con el arzobispo de Reims y por la piedad de Alberto, archiduque de Austria, fué trasladado con solemnidad á la iglesia de los carmelitas que este príncipe acababa de fundar en Bruselas. Cuéntanse varios milagros obrados en su sepulcro, y de él hace mencion el Martirologio romano á 21 de noviembre.

En el año de 1193 aconteció en el gobierno del Egipto y de la Siria una mudanza que aumentó las esperanzas de los cristianos de Palestina y reanimó el celo en todo el Occidente. Murió Saladino el 4 de marzo de este año en medio de sus triunfos, despues de haber dividido sus vastos Estados entre doce hijos que dejaba, sin dar cosa alguna á su hermano Safadino, que con tanto valor habia contribuido á su conquista. Desde entonces esta potencia dejó de ser formidable, no solo por motivo de la reparticion, sino mucho mas aún por las divisiones intestinas que de ella resultaron. Los soldados, conociendo el valor y la habilidad de Safadino, prefirieron su obediencia á la de unos niños inespertos y Safadino no tardó en hacer la guerra á sus sobrinos. Esta circunstancia movió al Papa Celestino á mandar publicar la cuarta cruzada. Con este objeto envió tres cardenales á Francia; dió igual comision á los obispos de Inglaterra, y verosimilmente escribió con el mismo objeto á los prelados de las demas naciones.

No habia cesado de llevar la cruz el rey Ricardo, y siguió protestando que al espirar el término de la tregua con Saladino volveria al Oriente; mas su carácter turbulento le presentaba cada dia nuevos obstáculos. Respecto de la Francia, el rey Felipe estaba implicado en un negocio que absorbia todos sus cuidados y que no le permitió salir del reino. Muerta que fué su primera muger Isabel de Hainaut, aunque le dejó un hijo que le sucedió con el nombre de Luis VIII, quiso contraer segundas nupcias. Pidió y obtuvo á la princesa Ingelburga, hermana de Canuto VI, rey de Dinamarca, cuya distinguida belleza y virtudes encomiaban todos. Fué á recibirla á Amiens, y quedó tan contento de ver por sí mismo lo que la fama divulgaba, que se casó en el mismo dia de su llegada (1193). Mas desde el dia siguiente concibió un disgusto tan grande, que el pueblo no pudo imaginarse causa mas plausible de ello que el sortilegio. Mes y medio despues de este matrimonio tuvo el rey en Compiegne con los obispos y los señores un parlamento en que presidió su tio Guillermo, arzobispo de Reims y legado de la Santa Sede en su provincia. Los obispos de Chartres y de Beauvais con los condes de Dreux y de Nevers, aseguraron con juramento mediar parentesco entre Ingelburga y la difunta reina Isabel de Hainaut, que eran primas hermanas por parte de Erico el Bueno, conde de Flandes, y Bathilde de Suecia, tronco de las dos familias. Por su parte el rey sostuvo que no habia consumado su segundo matrimonio, aunque Ingelburga afirmaba lo contrario. Habiendo, pues, juzgado los prelados que era nulo este matrimonio, el arzobispo legado pronunció por sentencia su nulidad.

Inmediatamente dejó el rey á la princesa, y quiso enviarla libre á Dinamarca; pero ella pidió entrar en un monasterio, prefiriendo pasar el resto de su vida en continencia á contraer un nuevo matrimonio que ella miraba como un crimen. Púsola el rey

en una comunidad de Flandes, dejándola en tal indigencia, que no hizo mucho favor á la causa del monarca. Esteban, que de la abadía de Santa Genoveva de París habia pasado al obispado de Tournay donde estaba esta princesa, se poseyó de la compasion mas viva y generosa. Esteban tenia el obispado por eleccion de Guillermo, arzobispo de Reims, encargado de esta parte de la administracion mientras el viage del rey Felipe al Oriente; además gozaba de tanto favor con el mismo rey, que fué uno de los padrinos del príncipe Luis, heredero presuntivo de la corona. Mas ninguna de estas consideraciones le detuvo para recomendar con eficacia la suerte de esta princesa al mismo prelado que sentenció contra ella, y le escribió de este modo (1194):

«Dejando para Dios el juicio de un asunto tan delicado, no puedo menos de compadecerme de una princesa reducida á mendigar el alimento, despues de haber vendido para su subsistencia su vajilla y sus mejores vestidos. ¿Quién no se compadecerá sobre todo al ver tanta miseria con tanta virtud? ¿Quién podrá observar con indiferencia la estraña desgracia de una jóven de sangre Real, mucho mas recomendable aun por su virtud que por su cuna? Pasa los dias enteros dada á la oracion, á la lectura y al trabajo; ocupan todas sus horas los ejercicios sérios y penosos; tan solo le falta el tiempo para la alegría y los divertimientos que la son absolutamente desconocidos. Cada dia ora sin interrupcion y con efusion de lágrimas desde la mañana hasta medio dia, y lo que fuera increible en una virtud menos acendrada, sus oraciones mas ardientes tienen por objeto, no su propia satisfaccion, sino la felicidad perfecta y la salud del monarca (1).»

Eran muy capaces de dar peso á su recomendacion las cualidades eminentes del obispo de Tournay. No solo era este uno de los hombres mas sabios y de los mejores escritores de su tiempo, sino tambien un prelado de los mas entendidos y prudentes. Ya hacia trescientos años que sitiando los normandos á París, habian arruinado la abadía de Santa Genoveva, y así continuaba aun sin reedificarse del todo; Esteban pues reedificó todo lo mas principal para el uso de la comunidad, construyó la iglesia, y en fin, mereció ser reputado como un segundo fundador.

Los gemidos de los buenos á vista de las desgracias de la reina y las quejas del rey de Dinamarca su hermano llegaron á oidos del Sumo Pontífice, el cual, lejos de haber cometido el exámen de este negocio á los obispos de Chartres y de Beauvais, no habia intervenido en nada. Procedió pues al punto con mucha viveza, y aun anuló en 5 de marzo de 1196 la sentencia de nulidad del matrimonio como contraria á los derechos de la Santa Sede en las causas mayores (1). Mas con todo, á pesar de haber contraido matrimonio el rey Felipe por el mes de junio del mismo año con Inés de Merania, no observamos que fuese molestado mas por el Papa Celestino. Este Pontífice, sumamente anciano, aunque conservaba cabal su razon, no tenia ya el vigor y la actividad que exigia semejante asunto, y por otra parte vivió ya muy poco.

No obstante, algun tiempo despues le pidieron se interesase por el obispo de Beauvais Felipe de Dreux, nieto del rey Luis el Gordo. Este prelado, con costumbres mas propias de un príncipe del siglo que de un príncipe de la Iglesia, y mas dado al arte de la guerra que al ministerio pacífico de los altares, fué cogido por los ingleses con las armas en la mano y le tuvieron mucho tiempo en una penosa prision. Despues de

(1) *Ep.* 261.

(1) *Apud Rad. de Die.* 681.

haber escrito muchas veces en vano al Papa Celestino, encargó al obispo de Orleans que iba á Roma la entrega de una carta mas fuerte que todas las anteriores. Atrevíase á decir entre otras cosas al Sumo Pontífice, que él se hacia cómplice de la violencia británica si no hacia justicia. Respondióle el Papa, que se quejaba sin razon, que tenia muy merecido lo que sufria por haber olvidado las máximas convenientes á su profesion (1). Sin embargo, escribió al rey de Inglaterra en favor del obispo prisionero; mas con tono de peticion y absteniéndose de toda frase que indicara autoridad: pedíale con lenguaje paternal pusiese en libertad á su querido hijo el obispo de Beauvais. En respuesta envió Ricardo la cota de malla con que el obispo habia sido hecho prisionero, y mandó decir al Papa: *mirad si es este el vestido de vuestro hijo*. Este prelado no fué puesto en libertad hasta el año 1202, el sesto de su prision y el cuarto de la muerte de Celestino III, acaecida en 8 de enero de 1198.

Este Pontífice no omitió nada para hacer que le sucediera el cardenal Juan de San Pablo, hasta ofrecer la dimision en favor suyo. Pero aunque este cardenal fuera digno del pontificado por su sabiduría, rigidez, equidad y otras muchas y grandes virtudes, sus colegas, poco dispuestos á escluirse de una dignidad que todos podian esperar, contestaron que no habia ejemplar de que un Papa renunciase, y que en todo caso la eleccion de su sucesor debia ser completamente libre. Verosímilmente á consecuencia de esta proposicion y de las resultas que de ella temian aún, se apresuraron en el mismo dia de la muerte de Celestino, y contra la costumbre establecida, á elegir al cardenal Lotario, de la casa de los condes de Segni, que fué llamado Inocencio III. Su edad era de solos treinta y siete años; mas no por eso merecia menos los primeros honores de la gerarquía, asi por sus buenas costumbres como por su doctrina. La sincera resistencia que opuso á su eleccion hasta derramar lágrimas y prorrumpir en espresiones las menos equívocas de sentimiento, justificó una precipitacion tan poco conforme á la costumbre hasta entonces seguida.

Inocencio llenó las esperanzas que de su eleccion se habian formado, y aun las superó por la grandeza de sus designios y de sus trabajos, por su vigor y su firmeza. Si su pontificado debió una parte de su esplendor á ese concurso de estraordinarios sucesos que sirve para desplegar toda la energía de las almas grandes, tambien puede decirse que este Papa halló siempre en sí mismo recursos proporcionados á las necesidades de las circunstancias en que tuvo que vivir. En las revoluciones de Alemania y de las regiones meridionales de la Italia, en la Francia, agitada por el matrimonio ilegítimo de Felipe Augusto, en todo el mundo cristiano donde el celo de las cruzadas produjo una fermentacion del todo nueva, halló abundante materia en que ejercitar todos sus talentos, y no hubo ocasion en que se mostrasen inferiores á su elevado destino.

Poco mas de tres meses antes de su exaltacion al pontificado, habia muerto el emperador Enrique VI en Messina, el 28 de setiembre de 1197, aborrecido de los sicilianos sus nuevos vasallos por las crueldades que con ellos habia cometido. Todos, hasta su esposa Constanza, descendiente de la casa Real de Sicilia, tomaron parte en los sentimientos de sus desgraciados compatriotas, y cundió la voz de que ella le habia hecho dar veneno. Tenia un hijo de edad de solos tres años que habia sido coronado ya rey de romanos en vida de su padre, y luego de la muerte de este fué coronado

(1) *Ep.* 150.

rey de Sicilia. En 8 de marzo del año siguiente, Felipe de Suavia, tio de este jóven príncipe, se hizo elegir á sí mismo, primeramente por la mayor parte de los señores de Alemania, y despues por los de la Pulla y Sicilia, declarando con todo, para dar colorido á su ambicion, que solo pretendia sostener la tutela y los derechos de su sobrino. Mas el resto de los señores alemanes declararon nula esta eleccion, y á su vez eligieron y coronaron en Aquisgran á Otton, duque de Brunswik.

Segun era de esperar, Inocencio III no permaneció mudo espectador de estos grandes movimientos. Para prevenirle en su favor la emperatriz Constanza, le envió ministros de confianza, quienes despues de una larga y penosa negociacion obtuvieron en fin la investidura del reino de Sicilia para ella y para su hijo. Mas para esto tuvo que renunciar á los privilegios arrancados en otro tiempo por los sicilianos al Papa Adriano IV, especialmente acerca de las apelaciones de Sicilia á Roma y de las legaciones de Roma á Sicilia. Poco despues de la conclusion de este tratado vióse acometida Constanza de la enfermedad de que murió. Al hallarse en el último estremo formó para el jóven rey su hijo un Consejo compuesto del obispo de Troyes, cancelario de Sicilia, y de los tres arzobispos de Palermo, Monreal y Cápua; y, lo que todos estaban muy lejos de pensar, hizo al Papa regente del reino, consignándole durante la regencia una renta anual de treinta mil de aquellas piezas de oro que se llamaban *tarines*.

Todas estas negociaciones y arreglos impidieron bastante tiempo á Inocencio III el tomar parte en la discordia del imperio y declararse en favor de la casa de Sajonia contra la de Suavia, «en la que se cuentan, dijo al fin (1) cuando se decidió, tantos perseguidores de la Iglesia, cuantos emperadores han salido de ella. Fuera suministrar contra la Santa Sede armas sobrado peligrosas el tomar mas emperadores de esta familia de odioso recuerdo y hacer el imperio como hereditario en los descendientes, ya de Enrique V, que detuvo por traicion al Papa Pascual y logró violentamente las investiduras, ya de Federico I que escitó contra el Papa Alejandro aquel horrible é interminable cisma que comprendió otros muchos, ya de su hijo Enrique VI, muerto excomulgado, y ya de Felipe, que es de quien se trata, el cual está haciendo todavia la guerra á la Iglesia romana.» Respecto á Oton de Sajonia, al contrario, ensalza mucho Inocencio la adhesion de este príncipe y de sus antepasados á la Santa Sede y en particular la del emperador Lotario II, de donde concluye que debia reconocerse á Oton por rey de romanos y llamarle á la corona imperial.

Como no podia prescindir de que Felipe de Suavia habia sido elegido por el mayor número de los príncipes del imperio, pretendió que su eleccion era nula, porque habia sido excomulgado por el Papa Celestino por haber invadido á mano armada el patrimonio de San Pedro. En cuanto al jóven Federico su sobrino, «como ya es rey de Sicilia, dice el Pontífice, puede temerse que reuniendo en su persona el imperio con este reino, niegue algun dia el homenage que de él debe hacer á la Iglesia romana. Además, un niño de dos años, que aun no está bautizado, se halla en una evidente incapacidad de regir el imperio cristiano: la Iglesia necesita de un emperador que la proteja y la magestad del imperio no permite ser administrada por procurador.» Por lo demás, el Papa Inocencio, siguiendo la jurisprudencia de la época, se hace juez competente y supremo en estas cuestiones políticas del primer órden. «Hace mucho tiempo, dice, que

(1) *Innoc. III, pag.* 26.

ha debido acudirse á la Santa Sede en el presente asunto, que la pertenece principal y finalmente: principalmente, porque ella transfirió el imperio de Oriente á Occidente; y finalmente, porque da la corona imperial.» Estendiendo tambien esta pretension á todos los Estados en general, prosigue: «cada rey tiene su reino particular; mas Pedro tiene la preeminencia sobre todos los Estados como Vicario de aquel á quien pertenecen el mundo y todos sus moradores.»

El escándalo que daba en Francia la conducta de Felipe Augusto respecto á su esposa legítima Ingelburga, no escitó menos la atencion del Papa Inocencio que las disensiones de Alemania. Muy diverso del Papa Celestino, que no habia podido sostener la energía con que al principio habia reprendido á este príncipe, Inocencio emprendió el mismo asunto y le prosiguió con vigor hasta su consumacion. Apenas se halló colocado en la Cátedra de San Pedro, escribió con este fin á Eudes, obispo de Paris, que tenia, como su predecesor Mauricio, el sobrenombre de Sulli. Era Eudes hijo de Archambaldo, señor de Sulli, y reunia á la nobleza de esta calidad una pureza de costumbres que principió á mostrarse desde sus primeros años, una caridad generosa que hacia de todos sus bienes el patrimonio de los pobres, y aquel espíritu de celo que en un obispo va siempre acompañado de la piedad. El Papa, no contento aun con haber puesto en movimiento á este virtuoso prelado, escribió por sí mismo al rey Felipe para exhortarle á que asegurase el estado de su conciencia.

Algun tiempo despues repitió otra carta cuando le envió el legado Pedro de Cápua, así para este asunto como para procurar la paz entre la Inglaterra y la Francia y promover una nueva cruzada. A su llegada á la capital de Francia supo este legado que todos los años el primer dia de enero, no obstante la fiesta de la Circuncision, se hacia en la catedral una diversion profana, llamada la fiesta de los locos. Cometíanse en ella mil indecencias y escesos de toda clase, que correspondian perfectamente al nombre que tenia. Usó Pedro de Cápua de la autoridad de que era depositario para corregir este abuso. Asimismo el obispo Eudes promulgó una ordenanza, por la que arreglaba individualmente el ceremonial de este dia; obligó á los canónigos á permanecer con modestia en sus sillas, y señaló las distribuciones que debian cesar si volvian á reproducirse los desórdenes. Es de presumir que quedaron reprimidos, mas no fueron abolidos del todo, pues hallamos aun la fiesta de los locos al cabo de doscientos cuarenta años despues.

Buscó entretanto el legado los medios de reconciliar á los dos monarcas, y pudo conseguir se tuviese una conferencia en los confines de ambos reinos, entre Andeli y Vernon. Numerosa fué la asamblea y las exhortaciones muy vivas, pero no se pudo conseguir el fruto de la paz. No obstante, concluyóse una tregua de cinco años, que apenas se observó por espacio de los tres meses empleados en pedir la confirmacion pontificia.

Bastaba la mas leve ocasion para que Ricardo lo alterase todo y se empeñara en las empresas mas peligrosas. Habiendo hallado un tesoro el vizconde de Limoges su vasallo, le envió aquella parte que creia corresponderle como á su señor feudal. Pretendió Ricardo que el tesoro le pertenecia por entero, y al punto fué á sitiar al vizconde en su castillo de Chatelus (1199). Aquí fué el término de las inquietudes y de la vida de este príncipe, hombre grande en la guerra, genio superior, soberano imperioso, vecino inquieto y aliado casi insociable. Al reconocer la plaza reci-

bió un golpe de ballesta, del cual murió el 6 de abril de 1199, dando muestras poco esperadas de penitencia. Fué tomada la plaza por asalto, y el que le hirió quedó á su discrecion. Mandándole que se acercase á su cama, éste hombre que creia caminar á la muerte, quiso antes hacerse honor despreciando los suplicios mas terribles; principió á echar bravatas y habló insolentemente al mismo rey Ricardo. Casi espirando le dijo éste con dulzura: «amigo mio, vos me dais la muerte, y yo os concedo la vida para imitar á nuestro Señor que perdonó á sus verdugos (1).» Quiso que le enterraran en Fontevrault á los pies del rey su padre, como para darle satisfaccion de la guerra con que le habia hecho tan grande ofensa.

No solo tuvo el rey Ricardo que acusarse de muchas debilidades y faltas secretas, sino tambien de muchos vicios capitales y tan notorios que no fueron menos conocidos en Francia que en Inglaterra. Foulques de Neuilli, aquel hombre estraordinario que en su tiempo arrastraba á todo el mundo con la vehemencia de sus predicaciones y de sus amonestaciones apostólicas, se dirigió cierto dia á este príncipe, y con el estilo figurado, que le era familiar, le dijo: «de parte de Dios Todopoderoso os encargo que caseis cuanto antes á tres jóvenes perdidas que teneis.» — «Hipócrita, contestó bruscamente Ricardo, tú mientes, yo no tengo esas jóvenes.» — «Tres teneis, replicó Foulques, y de las cuales es preciso que os separeis, no sea que os suceda alguna cosa peor: estas son la soberbia, la avaricia y la lujuria.» — «En horabuena, dijo el rey, volviéndose con maligna sonrisa hácia sus barones; doy mi soberbia á los templarios, mi avaricia á los monges del Cister y mi lujuria á los prelados de la córte.» A pesar de todos estos vicios, Ricardo tuvo la facilidad de conservar la fé, que se reanimó en la hora de la muerte y dió buenas esperanzas de su salvacion. Las flaquezas y los estravíos de aquellos tiempos de sencillez no llevaban en pos de sí, como sucede en un siglo que se cree mas filósofo y racional la adhesion inmutable al crímen y la desesperacion de la apostasía.

Foulques de Neuilli, llamado asi de la villa de este nombre, situada sobre el Marne entre París y Lagni, de donde era cura, fué encargado de predicar la cruzada, primero por el legado Pedro de Cápua, y despues por el Papa Inocencio, á consecuencia de la elevada reputacion que este buen sacerdote se habia adquirido hasta en las regiones mas distantes. La ignorancia y la mala educacion le habian precipitado al principio en una vida disoluta; mas habiéndole Dios tocado despues en el corazon, puso al punto su parroquia en el mejor estado, estendió luego su celo de uno á otro pueblo exhortando á todos al desprecio de las cosas del mundo, y haciendo una guerra irreconciliable á los escandalosos, en particular á las mugeres de malas costumbres y á los usureros de que abundaba mucho su vecindario; pero como era muy sencillo y poco versado en letras, apenas recogió mas fruto en el espacio de dos años que risas y desprecios.

Para adquirir la ciencia, cuya necesidad no se le ocultaba, se decidió á ir á Paris en el discurso de cada semana á oir á los doctores. En un librito de memorias recogia los testos mas convenientes de la Escritura, algunos pasajes notables de los Santos Padres y algunas máximas de moral: las meditaba luego y formaba las instrucciones que predicaba el domingo siguiente. Pedro el Cantor, uno de los doctores mas nombrados de su época, y cuyas lecciones iba frecuentemente á aprender, quedó prendado de su

(1) Roger. *ann.* 1199, *pag.* 790.

fervor y se interesó vivamente en el buen éxito de sus trabajos. Cierto dia le hizo predicar en Paris en la iglesia de San Severino, y asistió él al sermon acompañado de muchos de sus discípulos; y fué tal la eficacia que dió Dios á las palabras del piadoso orador, que llenos de admiracion su maestro y los demas concurrentes, esclamaron que el Espíritu Santo hablaba por la boca de Foulques. Desde este momento todos los doctores y estudiantes corrian en gran número á sus sermones, llegando á ser tan grande el concurso que no cabian en las iglesias.

Predicando en la plaza de los Campos, es decir, en los mercados, delante un numeroso concurso de clérigos y pueblo, habló de las postrimerías con tanta fuerza, que muchos se postraron compungidos en su presencia con los pies descalzos y en camisa haciendo una confesion pública de sus pecados, presentándole las varillas y las correas y abandonándose á su discrecion. Foulques, dando gracias á Dios, los abrazaba derramando lágrimas, los confirmaba en sus buenos propósitos, y daba á cada uno los consejos convenientes. Muchos usureros restituyeron lo mal ganado, las barraganas detestaban sus infamias y se cortaban los cabellos para consagrarse á una humilde penitencia, y él promovió la fundacion de la abadía de San Antonio á fin de asegurarlas un retiro.

Tal autoridad adquirió, que los escolares y los doctores concurrian á su vez con sus tabletas ó libritos de memoria para recoger lo posible de sus sermones y hacer uso de ello en sus propios discursos. Aunque sencillos en el fondo los de Foulques, por su claridad, por el tono de razon que sabia conciliar con el de la piedad, independientemente de la santa uncion que rebosaban, tenian mas atractivo que aquella masa de divisiones y subdivisiones arbitrarias, de lugares comunes, de alegorías forzadas y de alusiones pueriles que encontramos casi inertes y sin raciocinio en los sermones de entonces, sin esceptuar los de Esteban de Tournay y de Pedro de Blois. Tambien Foulques exhortaba á los doctores á abstenerse de las vanas sutilezas y de las cuestiones supérfluas, á buscar en sus instrucciones la esactitud y la utilidad, y á mezclar aquellas gracias juiciosas que las hacen gratas sin debilitarlas (1). Muchos sabios hubo que se gloriaron de ser sus discípulos y compañeros en su carrera apostólica; entre otros Pedro el Cantor, el abad de Perseigne del orden del Cister, y Alberico, arcediano de Paris, que despues fué arzobispo de Reims.

Igualmente ejerció Foulques su predicacion apostólica en toda la Francia, en la Flandes, la Borgoña y en gran parte de Alemania. Disputábanse los obispos la gloria de llevarle á sus diócesis, y por do quiera era recibido como un ángel descendido del cielo. Nada tenia de singular en su esterior ni en su método de vida: viajaba á caballo, y comia sin melindre lo que le presentaban. No dejó el Señor de comunicarle el don de milagros en grado muy elevado. Curaba toda especie de enfermedades con sola la imposicion de las manos ó con la señal de la cruz; pero no usaba de este poder indistintamente con todos los enfermos que se lo pedian. Negábalo absolutamente á algunos, por cuanto su curacion, decia, no era saludable á su salvacion; y á otros les decia que aún no habian hecho bastante penitencia. Un dia algunas personas de la nobleza que tenian un jóven de su familia imposibilitado de todos los miembros, se le presentaron para que le curase; principió dándoles una fuerte reprension sobre la vanidad de sus adornos, y despues curó inopinada y perfectamente al enfermo (2).

(1) Ott. a S. Blas. *cap.* 47.
(2) Ott. *ibid.*

Habiendo sido autorizado por la Santa Sede para emplear en la predicacion de la Cruzada á los que creyese á propósito elegir entre los monges negros ó cluniacenses, los monges blancos ó bernardos y los canónigos reglares, principió cruzándose á sí mismo. Siguieron inmediatamente su ejemplo una multitud de gentes de toda condicion, queriendo todos á porfía recibir de su mano la cruz, siéndole imposible complacer á todos por ser tantos. Prometíanse ellos el buen éxito de una empresa, á la cual sabian que les debia guiar. Los donativos de toda especie que pusieron en sus manos para los gastos de la espedicion, ascendieron á sumas prodigiosas; pero á pesar de su desapego de todas las cosas perecederas, decayó con eso considerablemente su reputacion y su autoridad: tan cierto es que se siguen muchos inconvenientes, aun á los eclesiásticos mas santos, de mezclarse en este género de administracion. Los principales señores que tomaron la cruz á impulso de sus predicaciones fueron Tibaldo V, conde de Champaña, y Luis, conde de Blois, uno y otro primos hermanos del rey de Francia y sobrinos del de Inglaterra; Simon de Monforte, tan famoso despues por sus triunfos contra los albigenses; Godofredo de Villa-Harduino, mariscal de Champaña y autor de la Historia de esta cruzada; los señores de Montmiral, de Montmorenci, de Laval y de Dampierre.

El celo de la guerra santa no impidió de manera alguna al legado Pedro de Cápua promover con viveza la causa de Felipe Augusto y de Ingelburga. Inocencio, cuya obligacion era sostener la santidad é indisolubilidad del Sacramento, aseguraba al rey que si comenzaba despidiendo la esposa ilegítima se le abririan todas las vias de derecho para proceder despues á la declaracion de nulidad del primer matrimonio; mas no habiendo hecho caso el rey de la primera ni de la segunda monicion jurídica, el legado recibió órden de obrar. Cuando ya iba á efectuarlo, apeló Felipe al Papa. Por último, despues de un plazo conveniente, que ni aun era necesario en aquellas circunstancias, se puso el entredicho y por consiguiente quedó vengada la regla de las costumbres. Armado Inocencio III con la fé y sumision de los pueblos, obligó de este modo á Felipe á observar la ley comun, y la hizo tanto mas sagrada para todos, cuanto que ni aun el mismo rey podia eximirse de ella. En cuanto á la medida en sí misma, era tan conforme al espíritu de aquel tiempo, que nadie puso en duda el derecho del Pontífice y su sentencia fué recibida y ejecutada por todas las iglesias del reino. Los obispos, luego que recibieron (1200) la órden de observar el entredicho sopena de suspension, se conformaron tan puntual y generalmente con las intenciones del Papa, que habiendo resuelto Felipe el matrimonio de Luis su hijo con doña Blanca de Castilla, se vió precisado á celebrarle entre Vernon y Andeli, en los Estados del rey de Inglaterra, tio de esta princesa (1). Enfurecióse Felipe contra el clero en los primeros impulsos de su resentimiento; arrojó á muchos obispos de sus Sillas; desterró sus canónigos y clérigos; desposeyó de sus curatos á los párrocos, y se apoderó de sus bienes. Sin embargo, poco despues, movido de los clamores de su pueblo y de los gritos de su propia conciencia, entabló una negociacion directa con el Sumo Pontífice, é intentó componerse mejor con él que con el legado. Inocencio exigió que este príncipe comenzase por volver á unirse con Ingelburga, mirando como de ningun valor la sentencia pronunciada en Compiegne.

Felipe, cuya aversion á Ingelburga igua-

(1) Roger. *pag.* 802; Rigord. *pag.* 44.

laba á la aficion que tenia á Inés, apeló en situacion tan penosa á los consejos de algunos prelados y señores para saber el partido que debia tomar. Respondiéronle todos á una voz, sin esceptuar el arzobispo de Reims su tio, que era forzoso prestar obediencia á la Santa Sede. «Luego la sentencia que pronunciásteis en Compiegne, replicó mirando al arzobispo, fué una pura ilusion.» Y no osando el prelado decir lo contrario, le trató el rey de juez inconsiderado y perverso. No obstante, separóse de Inés y volvió á tomar á Ingelburga á fin de reponer por este medio las cosas en su primer estado, y proceder en forma á un nuevo juicio. Entonces se levantó el entredicho, prefijóse tiempo para prepararse á este juicio definitivo, y el Papa escribió asi á la reina como al rey de Dinamarca su hermano, que se dispusiesen á defender bien su causa (1).

Esta prudente lentitud y la muerte de Inés de Merania que sucedió en este intervalo, y que fué mirada como un castigo del cielo, allanaron la mayor dificultad. El asunto se terminó en el año de 1201 en un concilio de Soissons, mas de un modo del todo inesperado. Los enviados del rey de Dinamarca, despues de haber propuesto el estado de la cuestion, interpusieron apelacion con Ingelburga al tribunal del Sumo Pontífice y se retiraron al punto. Alegaron por causa, que Octaviano, cardenal obispo de Ostia y legado apostólico, les era sospechoso. Llegó tambien tres dias despues á Soissons el cardenal Juan de San Pablo asociado á la legacion de Octaviano. La probidad de Juan no era equívoca. Señaló su desinterés y delicadeza rehusando admitir hasta los mas pequeños presentes del rey Felipe, é inspiró á todos la entera y justa confianza que en él depositaba el Papa Inocencio. No pudo la reina Ingelburga negarle los mismos sentimientos; pero despues de la precipitada marcha de los defensores que le habia enviado el rey su hermano, no tenia ya nadie que defendiese su causa. En tan crítica situacion y teniendo en poco todo respeto humano, un clérigo desconocido y pobremente vestido se adelantó de en medio de la multitud y pidió al rey y á los legados el permiso de defender la inocencia; permitiérónselo, y su elocuencia y su erudicion justificaron su magnanimidad. Todos quedaron enternecidos: el cardenal Juan de San Pablo persuadido de que este enlace era legítimo se dispuso á fallar en favor del matrimonio (1201).

Retiróse el rey Felipe muy turbado, salió de Soissons al amanecer sin anunciar su partida: llevó en su compañía á Ingelburga, é hizo decir luego al prelado que la reconocia por esposa y que no instaria mas en la separacion. Es verdad que la encerró inmediatamente en el castillo de Etampes, como en una prision honesta, donde la suministró lo preciso para su decorosa subsistencia. Durante esta detencion, que fué todavía larga, renovó Felipe sus tentativas para ablandar al Papa, quien permaneció inflexible, mas sin exasperar al rey con una precipitacion ó un rigor estraordinario. Se esforzó en hacer conocer las causas de su aparente dureza al mismo príncipe que tenia por objeto: le representó el escándalo que causaria la disolucion de un matrimonio tan solemne y de cuya consumacion no podia dudarse prudentemente; y concluia diciéndole que no tenia potestad para dispensar de una ley de disciplina general sin un motivo justo y razonable. Rindióse por fin el rey Felipe: sacó á la reina Ingelburga del castillo de Etampes, y esta accion causó en todos sus pueblos un gozo indecible.

Atento á todo Inocencio III, supo que Alfonso, rey de Leon, no queria de modo alguno separarse de Berenguela, hija de Al-

(1) *Gest. Innoc. num.* 52.

fonso rey de Castilla, su primo hermano, con quien habia casado contra las leyes canónicas. Para este objeto envió á España á Reinerio, monge del Cister, quien despues de reiteradas moniciones señaló al rey de Leon lugar y dia fijos para comparecer ante él. No se presentó el príncipe, y Reinerio pronunció excomunion contra su persona y el entredicho en todo el reino (1202). Habiendo declarado el rey de Castilla que estaba pronto á recibir su hija si se la enviaban, no se fulminó contra él ninguna censura (*a*).

Por este mismo tiempo confirmó Inocencio III la órden de la Santísima Trinidad para la redencion de cautivos. Despues de tan tristes revoluciones suscitadas en el trascurso de algunos años en los Estados cristianos del Oriente, era escesivo el número de los fieles conducidos al cautiverio, y sus soberanos no estaban en estado ni de cangearlos por otros cautivos ni de pagar su rescate. Pudríanse en las cadenas estos desdichados prisioneros sin esperanza alguna de libertad y, lo que era aun mas funesto, con gran peligro de perder su fé y su salvacion. San Juan de Mata, natural de la Provenza y afectado mas que otro alguno por tan grande calamidad, se unió con un santo solitario llamado Felix de Valois, quizá porque era de la familia Real de la casa de Valois, y los dos resolvieron consagrarse

(*a*) No era esta la vez primera que por igual motivo descargaba la Iglesia sus rayos sobre este monarca. Alfonso IX de Leon habia sucedido á su padre Fernando II, que despues de treinta y un años de reinado murió en Benavente á 21 de enero de 1188, y de quien dice el P. Mariana «fué tenido por mas aventajado y mas á propósito para la guerra que para el gobierno.» Al año siguiente de su coronacion se casó Alfonso con doña Teresa, infanta de Portugal, hija de su primo-hermano el rey don Sancho. Luego que el Sumo Pontífice Clemente III tuvo noticia de este matrimonio, procuró por medio de su legado que se declarase por nulo, como efectivamente lo era; pero los reyes alegaban varios pretestos para no separarse. Mas de nada sirvieron esos pretestos: el Papa nombró su legado para terminar esta cuestion á Jacinto, cardenal de Santa Maria en Cosmedin; pero habiendo fallecido entretanto Clemente III, y sido elevado Jacinto á la Santa Sede con el nombre de Celestino III, quedó por entonces suspendida la legacion. Celestino trató el negocio con grande cuidado, dió sus instrucciones y envió á España al cardenal Gregorio de San Angelo. Este juntó en Salamanca un Concilio de los prelados de Leon y Portugal, de los cuales la mayor parte declararon nulo el matrimonio; mas los obispos de Leon, Astorga, Salamanca y Zamora no asistieron al congreso, y persistieron en defender el matrimonio como válido, apoyados en los pretestos que alegaban los mismos reyes. El cardenal legado pronunció la sentencia de excomunion contra los cuatro prelados, y amenazó y por último puso entredicho en los reinos de Leon y Portugal. Finalmente, despues de muchas conferencias y deliberaciones, se resolvió Alfonso á la separacion y envió á doña Teresa á Portugal, la que en adelante vivió con tanta perfeccion y virtud que vino á merecer el título y veneracion de Santa, y como tal (dice Ortiz) fué declarada por Clemente XI en 1705.

Las mútuas guerras que ocurrieron despues entre Alfonso de Leon y Alfonso de Castilla y los deseos de ajustar las paces, dieron ocasion al enlace del rey de Leon con doña Berenguela, hija del rey de Castilla, enlace que se efectuó á mediados de 1197. La infanta era la muger de mas amables prendas que se conocia por su gran virtud, estraordinarios talentos, sensibilidad, hermosura y demas dotes personales, con las que se grangeó todo el corazon de su esposo y de su reino que gobernó ella misma con indecible acierto. Habíasela querido casar antes con Conrado, hijo del emperador Federico de Alemania llamado Barbaroja; pero doña Berenguela no queria ir á Alemania y así por autoridad de don Gonzalo, arzobispo de Toledo, y de Gregorio, cardenal de San Angelo, «se aparló este desposorio,» dice Mariana. El enlace que ahora contraia con don Alonso de Leon era incestuoso y semejante en todo al que se habia visto precisado Alfonso á disolver. El Papa Inocencio III renovó entonces todas las providencias que diera antes su predecesor, y se puso el entredicho en el reino de Leon. Enviaron los reyes de España sus embajadores á Roma para obtener la necesaria dispensa del parentesco, mas ninguna representacion bastó á inclinar el ánimo del Sumo Pontífice, queriendo este que quedase definido y asentado en España que no pertenecia á la potestad temporal dispensar en los impedimentos del matrimonio. Disolvióse en fin al cabo de siete años aquel enlace, y el rey fué absuelto de la censura en octubre de 1204, como lo nota él mismo en una donacion á don Lope, obispo de Astorga, diciendo: *Facta carta apud Asturicam mense octobris die illa qua ego praedictus rex Dominus Alfonsus absolutus fui a vinculo excommunicationis, Era MCCXLII.* No obstante la invalidez del matrimonio de Alfonso con Berenguela, fué él para nuestra España el principio de grande gloria, pues en 1200 dió á luz Berenguela al glorioso San Fernando, honor eterno de España y de sus augustos monarcas, azote de los moros y restaurador principal de la monarquía española. Alfonso tuvo otros cuatro hijos de Berenguela, los cuales al tiempo de la separacion quedaron todos legitimados, y el príncipe San Fernando jurado heredero y sucesor de su padre en aquel reino con aplauso general de los estados. Véanse Ferreras, *tom.* 5; Mariana, *lib.* 11; Ortiz, *lib.* 8, *cap.* 6. (*N. del E.*)

á la redencion de los cristianos cautivos de los infieles. Para perpetuar esta santa empresa concibieron el plan de un nuevo instituto religioso, y marcharon á Roma con el fin de que le autorizase el Papa. Cometió Inocencio el exámen de este asunto al obispo de París y al abad de San Victor, los cuales estendieron la regla de esta nueva órden de acuerdo con Juan de Mata, sacerdote y doctor célebre en aquella capital. El Papa, despues de haber hecho varias adiciones, conforme á los deseos del santo fundador, la confirmó con bula solemne (1198).

Prescríbese en ella que los religiosos reserven la tercera parte de todos sus bienes para la redencion de cautivos: que sus iglesias estén dedicadas generalmente á la Santísima Trinidad: que en cada convento no haya mas que tres sacerdotes y tres legos, á mas del ministro que ha de ser tambien sacerdote y el confesor de la comunidad: que vayan vestidos de blanco con una señal en sus escapularios para distinguirse de los demás religiosos: que no vayan en caballos, sino en asnos: lo que practicaron luego tan exactamente que por largo espacio de tiempo los llamaron los frailes de los asnos. Toda esta regla en general respira el espíritu de humildad y de mortificacion evangélica. Estos religiosos se abstenian habitualmente de comer carne, y aun del pescado, no yendo de viage. La casa principal de la órden fué Ciervo-frio en la diócesis de Meaux, donde Juan de Mata fué á reunirse con Felix de Valois, y cuyo edificio les concedió Margarita, condesa de Borgoña. Treinta años despues el cabildo de París les dió en esta ciudad una iglesia dedicada á San Maturino, de donde les vino el nombre de maturinos que tuvieron en Francia. Fueron tan rápidos sus progresos en este reino, en Italia, en España y aun mas allá de los mares, que en el espacio de cuarenta años tuvieron hasta seiscientas casas, las cuales, á ejemplo de los cistercienses se unieron en congregacion, y obedecieron á un superior general llamado ministro lo mismo que los superiores locales. Haciendo su encomio el monge Alberico, observa sin embargo desde entonces que sus largos viages eran peligrosas ocasiones de disipacion.

La órden de Val-des-choux fué establecida algunos años antes. Debió su orígen á un cartujo de Louvigni en la diócesi de Langres, llamado Viard, que se sintió inspirado á llevar una vida mas solitaria que la que permitia su estado de fraile converso ó lego. Con el permiso de sus superiores se estableció en lo interior de un desierto á dos leguas de Lugni ó Louvigni, y permaneció alli por mucho tiempo como sepultado en una caverna, donde egercitaba las austeridades mas asombrosas. Descubierto en fin por los pueblos vecinos, llegó á noticia del duque de Borgoña que le visitó frecuentemente. Al ir este príncipe á dar una batalla muy peligrosa, prometió al santo anacoreta, que si salia vencedor le fundaria un monasterio en el mismo lugar. Alcanzó la victoria y cumplió su promesa (1). Dió Viard constituciones á sus discípulos, y conforme al modelo de los cartujos los alojó en celdas pequeñas para que se entregasen tranquilamente á la oracion y á la lectura (2). Para evitar los cuidados esteriores no quiso tener rebaños ni tierras de labor; y fuera del recinto del monasterio les señaló límites bastante estrechos, de los que no podian pasar. Solo el prior podia salir, ya para visitar los varios conventos que estaban todos sujetos á su obediencia, ya para otros objetos indispensables; mas no obstante debia llevar por compañero en estas diligencias algun religioso de la casa. Tenian dentro de su recinto

(1) Alb. *Chron. an.* 1198.
(2) Jac. Vitr. *Hist. Occ. lib.* 17.

huertos y árboles frutales, y salian en comunidad á ciertas horas para cultivarlos y recoger los frutos. Para atender á sus demas necesidades, y á fin de evitar que una indigencia escesiva les arrastrase á la distraccion que se proponian precaver, ó les redujese á la mendicidad, tenian rentas anuales de fácil percepcion, y solo admitian en cada casa tantos sugetos cuantos podian mantener con tales rentas.

En el año de 1201 tuvo principio una nueva congregacion de canónigos reglares, establecida en el pontificado de Inocencio III y confirmada por su sucesor Honorio. Habia en Paris cuatro profesores de teología llamados Guillermo, Everardo, Ricardo y Manasses, no menos recomendables por su piedad que por su doctrina (1). Cierto dia, tratando de las cosas eternas, dijo Guillermo que habia visto por tres veces un árbol misterioso, cuyas ramas inmensas, estendiéndose por todas partes, daban venturoso abrigo á provincias enteras, y como los otros tres doctores afirmaron que ellos habian tenido muchas veces igual vision, despues de haber deliberado maduramente sobre el asunto con otros muchos sábios, se creyeron llamados á instituir un nuevo órden religioso. Fuéronse á los confines de la Champaña y de Borgoña, se metieron en un hondo valle, y se fijaron cerca de una fuente que descubrieron entre unas rocas muy ásperas y encumbradas. Pertenecia este desierto al obispo de Langres, Guillermo de Joinville, el cual les cedió fácilmente una parte. En ella fabricaron desde luego unas pequeñas celdas, y principiaron á practicar la regla de San Agustin segun los usos de San Victor de Paris. Algunos años despues Federico, obispo electo de Chalons, renunció este obispado para irse á reunir con los cuatro doctores. Siguiéronles muchos estudiantes, que formaron insensiblemente la nueva congregacion y le hicieron dar el nombre de Valle de los Estudiantes. La alta consideracion de que disfrutaba en Francia la cultura de las letras, hizo que se acreditase estraordinariamente el nuevo instituto.

En particular las escuelas de Paris tenian tal reputacion, y proporcionaron tantas ventajas á aquella ciudad, que el rey Felipe Augusto les dió grandes testimonios de su favor. Con motivo de una discordia suscitada entre un posadero y algunos estudiantes alemanes, acudió el preboste de Paris con paisanos armados, y fué muerto un noble aleman con algunos de sus criados. Al punto los doctores dieron sus quejas al rey, quien mandó poner en prision al preboste y á algunos de su comitiva; y habiendo huido los otros, hizo demoler sus casas y asolar sus tierras. Temiendo todavía que á pesar de este ejemplar los estudiantes malcontentos abandonasen á Paris, ordenó para lo venidero que si alguno de ellos fuese herido ó insultado, los paisanos que lo viesen quedasen obligados á apoderarse del culpable y entregarlo á los ministros Reales, que harian buena justicia. «Nuestro preboste y demas jueces, prosigue la ordenanza (1), no encarcelarán á ningun estudiante, ó si lo hiciesen, lo remitirán á la justicia eclesiástica. Si el caso fuese grave, nuestros jueces tomarán conocimiento de lo que debe hacerse por el estudiante; mas por ninguna especie de perjuicio ó agravio pondrán la mano en el gefe de las escuelas de Paris, esto es, en el rector; y si mereciera la prision, lo ejecutará la justicia eclesiástica. Respecto de los criados legos de los estudiantes, que no disfrutan el privilegio de vecindad, ni el de regnícolas, que no tienen ejercicio alguno y de los que no se sirven los estudiantes para alterar el órden público, no pon-

(1) Labb. *Bibliot. tom.* 1, *pag.* 391.

(1) *Conf. Ord. tom.* 1, *pag.* 985.

drán la mano en ellos nuestros ministros, á no ser en el caso que el delito sea manifiesto. Es nuestra voluntad que los canónigos de Paris y sus domésticos gocen del mismo privilegio.» Esta ordenanza en que vemos principiar la distincion del delito comun y del caso privilegiado, es del año 1200, y es el monumento mas antiguo que exime á los escolares, en calidad de clérigos, de la justicia secular.

En el año anterior habia quedado finalmente terminada la famosa contienda relativa á la metrópoli de Bretaña y que duraba ya por espacio de trescientos cincuenta años. Nunca se vió pretension tan mal fundada subsistir tan largo tiempo y molestar á tantos tribunales. Remitióse á tres concilios, fué examinada delante de cinco Papas; y el metropolitano que no tenia mas título en su favor que la innovacion profana de un duque de Bretaña, habia sido mirado constantemente como merecia. Pero el Papa Lucio II, creyendo preparar atemperadamente la aceptacion de la sentencia final que intentó dar, permitió al obispo de Dol que conservase el palio, y con esto dió márgen á que se renovara la contienda y se prolongase hasta el pontificado de Inocencio III. Este Pontífice, en fin, despues de haber examinado el asunto con un detenimiento capaz de cerrar para siempre la boca á la obstinacion, le decidió de una manera concluyente. Pronunció públicamente una sentencia que confirmaba las de sus predecesores, y estableció que la iglesia de Dol estaria siempre sujeta á la de Tours y su obispo privado para siempre del uso del palio, sin poderse admitir nueva contestacion, como antes, á pretesto de descubrimiento de títulos y de nuevos medios de defensa (1). La sentencia fué ejecutada de buena fé por el obispo Juan de Vaunoise, y desde su publicacion verificada en 1199, la iglesia de Dol, junto con todos los demas obispados de Bretaña, permaneció pacíficamente sujeta á la iglesia de Tours.

Tambien llamó la atencion del Papa Inocencio en el mismo año un negocio mucho mas triste en el seno mismo de la Italia, y aun muy cerca de Roma. Queriendo mortificar á los habitantes de Orbieto que le habian resistido, detuvo á su obispo en Roma cerca de nueve meses. Durante esta ausencia del Pastor, los nuevos maniqueos, que á fuerza de hipocresía venian sosteniéndose en la ciudad por espacio de cerca de cincuenta años, se envalentonaron con la llegada de algunos de sus doctores, se pusieron á predicar públicamente y sedujeron mucha gente. Llegaron á hacerse tan poderosos en Orbieto, que se disponian á arrojar de allí á los católicos y convertir aquella plaza, reputada por inconquistable, en un receptáculo de todos los hereges y en baluarte de la heregía. A vista de tamaño peligro los cristianos ortodoxos pidieron al Papa un gobernador que juntase las virtudes cristianas al valor y á la prudencia, y que pudiese salvar la libertad y la fé amenazadas á un mismo tiempo.

Persuadióse Inocencio que la mejor eleccion que podia hacer era enviarles Pedro de Parenzo, noble romano, jóven aún, pero sábio, valiente, lleno de talentos y de capacidad, y de aquella pureza de costumbres y virtud sincera que Dios se complace en coronar con las mas preciosas dotes en una alma cristiana (1). Logró reprimir la heregía; mas á pesar de la prudencia con que se condujo, no pudo ganar el corazon de aquellos hereges, cuyo poder era ya muy grande para que se dejasen despojar de él pacíficamente. Desde entonces previó el término hasta donde podria arrebatarles su

(1) Innoc. III, *lib.* 2, *ep.* 84 *et seq.*

(1) Boll. *tom.* 10 *ad* 21 *maji.*

furor, y no cuidó de otra cosa que de prepararse para el martirio. Habiendo vuelto á Roma para celebrar la Pascua con su familia, y pidiéndole cuenta el Papa de su arriesgado gobierno, le contestó: «Santo Padre, me he conducido de un modo capaz de merecer que los hereges me amenacen en público con la muerte.»—«Seguid, hijo mio, replicó el Pontífice, combatiendo generosamente por la fé: ellos solo os pueden quitar la vida del cuerpo; y si moris á sus manos, os aseguro en nombre de Dios y de los Santos Apóstoles la remision de todos vuestros pecados.» Inclinóse el santo gobernador, dió gracias al Papa, fué á su casa á disponer su testamento, y volvió á marchar á Orbieto arrancándose de los brazos de su madre y de su esposa que se deshacian en lágrimas.

Durante su ausencia formaron los sectarios una conspiracion y corrompieron con metálico á uno de sus domésticos llamado Rodulfo. A su vuelta persiguiólos con el mismo celo que antes; y lejos de temer sus amenazas, alzaba muchas veces las manos al cielo pidiendo al Señor y al príncipe de los Apóstoles, que si habia de morir con muerte violenta, fuese por mano de los hereges y por la defensa de la fé. En la noche del 20 al 21 de mayo al tiempo de acostarse, cogiéronle de improviso algunos sectarios introducidos por el traidor Rodulfo, le cubrieron la cabeza y le apretaron el gaznate para que no pudiese gritar, y sacándole del palacio le llevaron á un parage retirado. Alli le propusieron que si queria salvar la vida debia abandonar el gobierno de la ciudad y hacer juramento de que protegeria su secta en vez de perseguirla. Contestó con valor que no haria juramento alguno en favor de la heregía, y que no violaria el que habia hecho de gobernar á Orbieto durante un año. En tanto que aquellos furiosos le ostigaban de semejante modo, sobrevinieron otros aún mas furiosos, y uno de estos levantando el puño, dijo: ¿á qué vienen tantas palabras? y le descargó un golpe tan violento en la cara, que le quitó un diente saliendo de su boca arroyos de sangre. Otro le derribó dándole un garrotazo, y todos juntos con espadas y cuchillos acabaron de matarle, despues de lo cual huyeron precipitadamente de la indignacion del pueblo ortodoxo, á quien sumergió esta pérdida en una desolacion que no hay términos con qué espresarla. Llevaron el cuerpo á la iglesia catedral, y le enterraron por honor en el mismo lugar en que acostumbraba conferenciar con los católicos celosos sobre los medios de reprimir la heregía. El Señor obró luego en él insignes milagros, de los cuales se conservan las relaciones mas circunstanciadas y auténticas. La iglesia de Orbieto celebra solemnemente la fiesta de este santo mártir en el dia de su muerte (1199).

En el mismo año en que San Pedro de Parenzo fué víctima de la fé, otro santo lego llamado Homobono murió en paz despues de haber ganado á muchos hereges con su dulzura y virtudes atractivas, y á los dos años de su muerte le canonizó el Papa Inocencio (1). Era de Cremona, de una familia antigua, pero de mediana fortuna, lo que le redujo lo mismo que á su padre á ejercer algun tráfico. Aunque tomó el estado de matrimonio, parecia que su principal encargo era el de socorrer las necesidades de los pobres. Añadia á las limosnas los ayunos, las vigilias, la oracion continua y aun los oficios nocturnos de la Iglesia, á pesar de haber dejado ya de ser de uso comun para el pueblo; mas el sacerdote Oberto, que conocia la piedad de Homobono, tenia cuidado de abrirle todas las noches la puerta

(1) Sur. 13 *Nov.*

de la iglesia de San Gil, su parroquia. Concluido el oficio, permanecia en el lugar santo, postrado delante de un Crucifijo hasta la misa, que oia con los demas fieles. Tuvo el don de milagros, y el mas maravilloso aún de curar la ceguedad de los sectarios obstinados á quienes la elocuencia de los hombres mas doctos no habia podido persuadir. Un dia que asistió á maitines y perseveró en oracion hasta la misa, conforme lo tenia de costumbre, se postró al *Gloria in excelsis* estendidos los brazos en forma de cruz. Al ver que no se levantaba al Evangelio, creyeron todos que estaba dormido: quisieron despertarle y le hallaron muerto. Ocurrió esto el dia 13 de noviembre de 1197, dia en que la Iglesia venera su memoria.

Entretanto todo se iba disponiendo en el mundo cristiano para acontecimientos de muy diversa índole. La predicacion de la cruzada en todas las regiones del Occidente, desde la muerte de Saladino, esto es, durante el espacio de siete á ocho años, habia producido singular entusiasmo y reunido una infinidad de combatientes de todas las naciones. Creció tanto desde el tiempo del Papa Celestino en sola la Alemania el número de cruzados, que formaron tres ejércitos y llegaron todos á Palestina. Mas las facciones y trastornos que ocasionó en su patria la muerte del emperador Enrique VI, les hizo volver á ella sin haber proporcionado ninguna ventaja notable á los cristianos de Oriente, á quienes por otra parte escandalizaron en gran manera con su vida desarreglada, y aun sospecharon que tenian inteligencia con los sarracenos para hacerles perecer. El resto mucho mas numeroso de los occidentales que partieron despues de estos para la misma cruzada, todavia fueron menos provechosos á Tierra Santa, pues ni siquiera pusieron en ella los pies.

Disgustados de los viajes por tierra, casi todos funestos, acordaron ir por mar (1). Habiéndose reunido en el centro de la Francia, patria de la mayor parte de ellos, trataron con la república de Venecia, á fin de obtener los buques necesarios para el trasporte, y para esto determinaron que se entregaria la suma de noventa y cinco mil marcos de plata. En el ínterin el conde de Champaña, nombrado gefe de la espedicion, murió en la edad de veinte y cinco años, y ofrecieron el mando al duque de Borgoña y al conde de Bar; mas no habiéndole admitido, se le dieron por fin á Bonifacio II, conde de Monferrato. Dirigióse á Soissons, donde recibió la cruz de Foulques de Neuilli, que seguia siendo el alma de esta empresa, á la que, con gran sentimiento de los cruzados, no pudo acompañarlos por haber muerto al cabo de algunos meses en su parroquia de Neuilli. Volvió á sus Estados el conde de Monferrato para hacer los preparativos de su viage, y tornó luego á Francia con el fin de ponerse á la cabeza del ejército, el cual partió para Venecia hácia Pentecostés del año 1202. En el camino encontraron una muchedumbre de otros cruzados que gustosos se unieron á ellos, con el intento de embarcarse todos juntos para ir en derechura á Egipto, á fin de no romper la tregua que los cristianos de Palestina habian hecho con los infieles de Siria.

Pero en este largo intervalo, una armada mandada por Juan de Nesle, señor de Bruges, pasó el estrecho de Gibraltar, y una multitud de cruzados asi franceses como flamencos, á pesar de sus promesas, tomaron tambien una ruta diferente de la de Venecia, lo que puso á los que llegaron á esta república en la imposibilidad de pagar á los venecianos la suma estipulada. Despues de

(1) Vill. Hard. *n.* 7 *et seq.*; *Gest. Innoc. III n.* 83 *et seq.*

haber satisfecho la parte que les tocaba de lo que habian prometido, y aun despues que el conde de Monferrato, el de Flandes y los otros señores principales empeñaron su vagilla de oro y plata y cuanto pudieron, faltaban aún para completar la suma estipulada treinta mil marcos de plata. Enrique Dandolo, anciano venerable que hacia nueve años que gobernaba la república con mucha sabiduría, les propuso que en pago de esta suma que aún quedaban debiendo ausiliasen á los venecianos en la reconquista de la ciudad de Zara, en Dalmacia, que les habia sido quitada por el rey de Hungría: él se obligaba por su parte, aunque ciego y de mas de ochenta años, á acompañarles con cincuenta galeras para libertar el Santo Sepulcro. Los cruzados sentian tanto mayor repugnancia en volver asi contra un príncipe cristiano y tambien cruzado las armas preparadas para abatir á los enemigos del cristianismo, cuanto que el Sumo Pontífice lo habia prohibido espresamente, y su legado hacia ya vibrar sobre sus cabezas los rayos de la Iglesia; pero los deudores, estrechados por una especie de necesidad, aceptaron la propuesta. Sin embargo, el conde de Monferrato, á quien el Papa habia hecho esta prohibicion personalmente y de viva voz, pretestó prudentemente un motivo de ausencia, y no se halló en el sitio de Zara. Simon de Monforte tomó bajo de su proteccion al abad de Valdesernay, cuya vida estuvo en peligro por haber denunciado á los señores la prohibicion pontificia; además se separó del ejército junto con Guido su hermano y algunos otros generales, y se pasó al del rey de Hungría, de donde sin embargo volvió á Tierra Santa. Pasó adelante el sitio de la plaza, y fué tomada al quinto dia.

La proximidad del invierno forzó al ejército á esperar en Dalmacia una estacion mas propicia para acometer al Egipto. Entretanto el príncipe Alejo, hijo de Isaac Angelo, emperador destronado de Constantinopla imploró el ausilio de los príncipes cruzados. Hacia siete años que otro Alejo, hermano de Isaac, habia arrancado la corona á este infeliz emperador, despues de haberle mandado sacar los ojos el dia 18 de abril de 1195, y le tenia en una dura prision, donde le daban el alimento por medida como al mas desdichado de los hombres. Como al propio tiempo el hijo de Isaac era cuñado de Felipe de Suavia, electo rey de los romanos, fué á encontrarse con este príncipe para captar con mas facilidad por su mediacion la benevolencia de los otros príncipes latinos. Al efecto envióles Felipe inmediatamente embajadores, y habiendo llegado poco despues el mismo Alejo, ratificó lo que en su nombre se habia prometido; esto es, que sujetaria en primer lugar el imperio de Constantinopla á la obediencia de la Santa Sede: que suministraria doscientos mil marcos de plata para la empresa de los cruzados y víveres para todas sus tropas: que les acompañaria en persona ó que si les parecia mejor, enviaria diez mil hombres á sus espensas para hacer la guerra por espacio de un año, y que toda su vida pagaria quinientos caballeros para la defensa de los Santos Lugares.

Habia prohibido el Papa á los cruzados acometer á Constantinopla, de la misma manera que á Zara, por cuanto siempre se derramaba sangre cristiana, y se perdia de vista el objeto principal del viage. Por el contrario, ellos se persuadian que estableciendo un emperador que les fuera adicto, sus progresos en Siria y en Egipto serian mas rápidos, y llegaron á creer que el Papa nada podia desear mas que el ver restablecida su autoridad en Constantinopla, si fuese posible, y que el buen éxito de esta empresa les obtendria con facilidad el perdon. Mas las dificultades y riesgos eran

formidables. Su ejército, despues de la partida del religioso Simon de Monforte y de otros muchos señores que quisieron obedecer á la letra, quedaba reducido á unos cuarenta mil hombres, y se trataba de atacar á una ciudad muy bien fortificada, donde habia mas de doscientos mil hombres armados, si bien es verdad que, á escepcion de algunas tropas estranjeras asalariadas por los emperadores de Constantinopla, todos los demas eran gente poco aguerrida, y que además se contaba con la misma ciudad cuya parte mas sana ansiaba la llegada del jóven Alejo.

El tirano su tio no dejó de mostrar al pronto resolucion, y aun de revestirse de un tono muy orgulloso, que era harto jactancioso para ser inspirado por el verdadero valor. Envió á los latinos una especie de heraldo, de nacion italiano, con el mandato de decirles: «¿Por qué compareceis en mis dominios vosotros que sois cristianos como yo y que aspirais tambien al recobro de la Tierra Santa? Si necesitais de víveres ó de dinero, os los daré con gusto, con tal que saliendo de mis Estados continueis vuestra piadosa espedicion: pues yo no pretendo haceros ningun daño, aunque tengo fuerzas para ello. Aunque fueseis veinte veces mas, no evitaríais la muerte ó la derrota si yo quisiera desplegar mi venganza.» Conon de Bethune se levantó, y en nombre de los barones contestó del siguiente modo á aquellas baladronadas: «No es en los Estados de Alejo, el tirano, donde hemos entrado, puesto que el imperio no le pertenece. Cuanto podemos prometerle, si quiere restituir la corona á su dueño legítimo sentado aqui entre nosotros, es que pediremos á este jóven príncipe que le perdone sus atentados: el usurpador debe contentarse con disfrutar de la honrosa comodidad que su augusto sobrino, en consideracion á su sangre, tiene la generosidad de ofrecerle.» Y echando una terrible mirada al legado añadió: «Partid cuanto antes, llevad esta contestacion á quien os envia, y no tengais la audacia de volver otra vez, á no ser para prometer la satisfaccion que le importa dar sin demora (1).»

Los cruzados, al ver que no comparecia ningun diputado, se acercaron á la ciudad, forzaron la cadena que cerraba el puerto y pasaron á tiro de saeta por debajo del muelle y de las murallas, coronadas de tantos combatientes, que, segun cuenta Villa-Harduino en su verídica relacion, parecia una masa de armas relucientes. Los occidentales pasaron á cuchillo el ejército del tirano Alejo, que era seis veces mayor que el suyo, y le obligaron á encerrarse dentro de la ciudad. Alejo admirado del arrojo de los latinos, no se creyó seguro en su doble fortaleza, defendida por doscientos mil hombres; y metiéndose desesperado en un buque huyó hácia la Tracia. Al punto los senadores y los principales ciudadanos sacaron de la prision al emperador Isaac, y abrieron sus puertas á los cruzados que entraron con el jóven Alejo en medio de las aclamaciones del pueblo. Confirmó Isaac el tratado que hicieron con su hijo. Despues de coronado emperador este jóven príncipe en el primer dia de agosto del mismo año de 1203, escribió al Papa como á Cabeza de la Iglesia universal, y le prometió obligar á todos sus súbditos á renunciar el cisma.

Este era el aliciente ilusorio que empleaban los griegos, siempre que tenian necesidad de los occidentales. Olvidó Alejo sus promesas asi que creyó podia pasar sin sus bienhechores. Se separó de ellos insensiblemente, y se entregó sin reserva á uno de sus parientes, llamado como él, Alejo, y mas conocido aun por el nombre de Mursu-

(1) Vill. Hard. n. 72.

flo, que le dieron por el aspecto siniestro de sus cejas erizadas. Quejáronse al jóven emperador los príncipes latinos de la infidelidad á su palabra, y el elocuente y altivo Bethune, que iba á la cabeza de la diputacion, habló con tal entereza que los griegos, siempre insolentes cuando no se veian en peligro, estuvieron para pasar á cuchillo á los diputados y los despacharon con amenazas injuriosas. Estalló al punto el rompimiento, y se prepararon al combate: en el ínterin murió el emperador Isaac.

Formó entonces Mursuflo el proyecto de hacerse él mismo emperador. Habíase hecho el jóven Alejo muy odioso á los griegos por sus exacciones, que llegaron á estenderse á las iglesias, de cuyos ornamentos y vasos sagrados se apoderó á pretesto de satisfacer á los latinos. Los desórdenes ocasionados por la guerra que tuvo con ellos, despues de tantas contribuciones ruinosas, y las imprudencias de toda clase á que de intento le escitó el traidor Mursuflo, dueño absoluto de su corazon, pusieron el colmo al ódio y al desprecio público. Estalló de repente la revolucion sin que el imprudente Alejo tuviese de ella la menor sospecha. Mursuflo, despues de algunas vanas tentativas para envenenarle, tomó un medio mas seguro y espedito, que fué el de ahogarle con sus propias manos el 8 de febrero de 1204, seis meses y ocho dias despues de la coronacion de este desgraciado príncipe. Inmediatamente el parricida se hizo proclamar emperador y declaró la guerra á los príncipes cruzados.

Todos estos motivos reunidos animaban el valor de estos é hicieron creer que no debian considerar el prodigio de su primer triunfo sino como un suceso ordinario. En efecto, se apoderaron de la ciudad con tanta presteza como en la primera vez. Despues de un asalto que duró todo el dia, entraron en ella por escalada. Mursuflo, que se encontraba acampado sobre una altura con mas de cien mil hombres, se puso en fuga en la noche siguiente, y al otro dia toda la ciudad se dirigió en procesion á pedirles misericordia. Concedióronles la vida y se permitió el pillaje, pero prohibiendo á los soldados atentar contra el honor de las mugeres. Hallaron riquezas inmensas, á pesar de que los griegos tuvieron tiempo de enterrar la mayor parte, aunque se encontraron despues de hecha la paz. «Nunca, dice Villa-Harduino, nunca se cogió en parte alguna un botin tan rico de oro, plata y piedras preciosas.» Halláronse cuatrocientos mil marcos de plata para los franceses, y otros tantos para los venecianos; sin hacer mérito de lo que cada particular cogió para sí, contra la órden publicada de llevarlo todo á un mismo sitio, así para hacer una justa distribucion, como para deducir la cuarta parte del total á beneficio de aquel príncipe de los cruzados que fuere elegido emperador. Igualmente cogieron una multitud prodigiosa de reliquias insignes, que todos los emperadores desde Constantino el Grande se esmeraron en trasladar á la nueva Roma, y que de allí se esparcieron por todo el Occidente; mas en tal confusion no fué fácil hacer constar su autenticidad, y evitar las supercherías cuyos efectos se ven todavía en la multiplicidad de muchos de estos piadosos monumentos.

Luego se trató de elegir un emperador, y nombraron doce electores, seis franceses, todos eclesiásticos, y seis legos venecianos. La eleccion recayó en Balduino, conde de Flandes y de Hainault, el cual en la edad de treinta y dos años tenia todas las cualidades capaces de hacerle respetable. Fué elegido el segundo domingo despues de Pascua, y coronado con solemnidad en Santa Sofía el domingo siguiente 16 de mayo de 1204 (*a*). Habiendo convenido en

(*a*) Cuando Balduino I subió al trono de Constan-

que si un francés era exaltado al trono imperial, lo debiese ser al patriarcado un veneciano, eligieron por patriarca á Tomás Morosini, natural de Venecia y subdiácono de la Iglesia romana. Para indemnizar al conde de Montferrato, gefe de los cruzados, de la preferencia concedida al conde de Flandes, á quien emulaba en valor, en sabiduría y en otras cualidades dignas del trono, le nombraron rey del pais de Tesalónica. En fin, nada se omitió para establecer sólidamente el imperio de los latinos en Constantinopla; pero la accion de la Providencia estaba visiblemente en todas estas empresas del Occidente en Oriente. Despues de algunos reinados y mil agitaciones funestas, estos peregrinos conquistadores esperimentaron iguales reveses en Grecia que en Palestina, y tal vez sucedió así en castigo de las faltas individuales de los peregrinos y de la obstinacion de aquellos desgraciados paises que no volvieron á la unidad católica.

LIBRO TRIGÉSIMO-NONO.

Desde la toma de Constantinopla por los cruzados en el año 1204, hasta el primer Concilio general de Lyon en el de 1245.

La noticia de la toma de Constantinopla y de la eleccion del emperador Balduino puso en no poco embarazo al Pontífice Inocencio III para responder á este príncipe que le pedia la confirmacion de lo que se habia hecho; pues no podia aprobar que los cruzados hubiesen vuelto contra los griegos, cristianos como ellos, las armas que habian tomado para fin muy diverso. Los obstáculos que esos griegos cismáticos oponian á los progresos de los latinos en Palestina, y aun los atentados de los últimos usurpadores sobre los emperadores legítimos, no le parecian causas suficientes para cohonestar la venganza tomada contra unos culpables á quienes no estaban autorizados para castigar. Agradábale por otra parte la idea de ver otra vez en el centro de la unidad á la iglesia de Oriente, y la facilidad que ofrecia este medio para enviar ausilios á Tierra Santa. Así pues, en su respuesta tomó el partido de bendecir los designios de la Providencia, que con los procedimientos injustos de los latinos habia castigado con justicia á los griegos y sus muchos delitos. Y sin profundizar demasiado estas materias delicadas, contestó que

tinopla, apenas habia ya un simulacro del grande imperio que en Oriente fundó Constantino. Dejando á un lado las conquistas que ya habian hecho los califas de Egipto y de la Siria, las divisiones que se siguieron á esta ocupacion de los latinos desmembraron de tal modo el imperio que puede decirse vino á quedar reducido al estado de una potencia muy inferior á las monarquías de Occidente. Como verán muy luego nuestros lectores, erigiéronse á la vez tres tronos vecinos y por lo mismo émulos del de Constantinopla: el príncipe Bonifacio de Montferrato fué declarado rey de Tesalia ó de la Morea; Teodoro Láscaris, yerno del emperador Alejo Angelo, formó para sí un imperio en Nicea, capital de Bitinia: Alejo Comneno se coronó príncipe y despues emperador de Trebisonda: y los venecianos se apoderaron de varias islas del Archipiélago formando otro estado independiente. De este modo caminaba á su total ruina aquel imperio tan pujante en otro tiempo. (*N. del E.*)

podian conservar la Grecia conquistada por un secreto juicio de Dios, y que debian satisfacer á la divina justicia por lo pasado, é insistió principalmente acerca de las profanaciones que en el saqueo se habian cometido con los tesoros de las iglesias robados como bienes profanos, y mandó fuesen restituidos inmediatamente (1).

El patriarca electo para Constantinopla se hallaba todavía en Roma, de cuya iglesia era subdiácono. Confirmó Inocencio su eleccion, ó por mejor decir, suplió su legitimidad con la plenitud de su poder, como él mismo dice, pues le parecia irregular la forma y mas secular que eclesiástica. Confiriéle luego por sí propio las órdenes, le dió el pálio, previniendo que sus sucesores le enviasen á pedir á Roma, y le concedió muchos privilegios, entre otros el de consagrar los reyes en el imperio de Constantinopla, y absolver á los percusores de los clérigos que era uno de los casos mas rigorosamente reservados entonces á la Santa Sede. Dispensóle tambien la prerogativa negada durante tanto tiempo y tan justamente por los Pontífices á los patriarcas de Constantinopla; es decir, el primer lugar despues de Roma con respecto á las demas iglesias; pero al conceder esta gracia al patriarca latino Morosini, dice espresamente al Papa (2), que esta gracia se deriva de la Santa Sede, la cual, por la plenitud de la potestad apostólica, ha sacado como de la nada á la iglesia de Bizancio, y la ha elevado sobre las iglesias de Alejandría, Antioquía y Jerusalen. Por manera, que lejos de confirmar las antiguas pretensiones de los patriarcas de la nueva Roma y de reconocer en ellas el menor fundamento, las condenaba Inocencio III en el mero hecho de conferir espontáneamente el título que estos patriarcas habian querido arrogarse.

Para conservar el nuevo imperio de los latinos en Oriente, mandó el Papa á los occidentales, tanto clérigos como legos que residiesen en la Romanía, esto es, en el pais de Constantinopla, que perseverasen allí un año entero, si los cuidados de la Tierra Santa no los llamasen á otra parte (1). Escribió además á Francia persuadiendo á los varones recomendables por sus talentos y sus virtudes que pasasen á Grecia. Habíale suplicado el emperador Balduino que procurase estos socorros á la nueva iglesia latina de su imperio, y escitase generalmente á los occidentales de todos los paises, de todos los estados y sexo á ir á tomar posesion de los ricos dominios que les ofrecia, y á formar establecimientos en una region cuya fertilidad y delicias encarecia sobremanera. Acudieron en tan gran número, no solamente los peregrinos, sino tambien los cristianos nacidos en Palestina, que muy pronto se vió obligado el Papa á condenar estas emigraciones y á quejarse de que esta provincia quedaba tan falta de hombres como de dinero. Así la revolucion de la Grecia, que se habia creido tan favorable al socorro de los Santos Lugares servia por el contrario á acelerar ó consumar su pérdida por los crímenes de los occidentales así como por los de los orientales de Grecia y de Palestina.

Los sarracenos, mucho mas afligidos por la sujecion de Constantinopla á los occidentales que lo habrian sido por la toma de Jerusalen, olvidaron sus propias desavenencias y procuraron por todos los medios imaginables debilitar y dividir á los cristianos. Entre estos habia dos partidos que se disputaban el principado de Antioquía; uno era el de Boemundo, conde de Trípoli, y otro el

(1) *Lib.* 8, *ep.* 131.
(2) *Ibid. ep.* 19.

(1) *Lib.* 8, *ep.* 64 *et* 71.

de su sobrino Rupin, quien por su madre era tambien sobrino de Livon ó Leon, rey de Armenia, que estaba en comunion con los latinos. Declaróse por el conde de Trípoli el sultan de Alepo, hijo de Saladino; y Denefin, otro príncipe musulman poco célebre despues, apoyó el partido contrario. Defendian al conde los templarios y el pueblo de Antioquía; y el Patriarca y los hospitalarios estaban por el rey de Armenia que sostenia á su sobrino. En cuanto al reino de Jerusalen, el rey Amalarico II de Lusiñan, muerto en San Juan de Acre durante las revoluciones de Antioquía, á saber, el primero de abril de 1205, tuvo por sucesor á Juan de Briena, como esposo de María, hija primogénita de la reina Isabel, heredera del derecho de su padre Amalarico I de la casa de Anjou. Como Amalarico era tambien rey de Chipre, aunque por derecho de herencia, dejó esta corona á su hijo Hugo I, niño de corta edad: débil recurso para la situacion en que se hallaban los negocios de los cristianos en Oriente (1205).

Por otra parte los búlgaros se unieron á los cumanos y á los turcos para defender á los griegos contra los latinos. Eran sin embargo grandes enemigos de los griegos, cuyo yugo habian sacudido despues de haberle tolerado por espacio de ciento cincuenta años. Su rey Juan ó Joannicio, heredero del poder de sus hermanos Pedro y Asan, libertadores de su patria, habia recibido del Papa la corona Real, y sometido con el mayor aparato todas las iglesias de su reino á la Iglesia romana, cuyos ritos y usos abrazaron. Mas los griegos, supliendo la falta de fuerzas con los artificios y tramas secretas, separaron de los latinos al rey Joannicio, prometiéndole que le reconocerian por emperador si les libertaba de su dominacion (1). Despues de estas convenciones sublevároнse los griegos por todas partes, y se apoderaron de muchas plazas, y entre otras de la de Andrinópoli.

Púsose en campaña el emperador Balduino y formó el sitio de esta ciudad (1). Teniendo aviso de que el rey de los búlgaros se adelantaba á defenderla con un poderoso ejército, encargó el sitio al mariscal de Villa-Harduin y al dux de Venecia, y acompañado del conde de Blois salió al encuentro de los enemigos con fuerzas muy desiguales á las suyas. Disipó la caballería tártara que servia de vanguardia al rey de Bulgaria; mas dejándose llevar de su valor le persiguió tan lejos, que replegándose por una parte y por otra los búlgaros le cortaron la retirada cercándole por todos lados. Mataron el caballo al conde de Blois, y él mismo cayó herido; los suyos le aconsejaron que se retirase, ofreciendo que abririan camino con espada en mano. «No permita Dios, respondió, que jamás puedan echarme en cara que he huido del combate.» Murió junto con otros muchos señores, y el emperador quedó prisionero. Sucedió esta derrota el 15 de abril de 1205. Cuando esto llegó á oidos del Papa Inocencio, se apresuró á escribir para obtener la libertad de Balduino; pero Joannicio contestó que este emperador habia muerto en su prision (2). Un autor griego dice que el vencedor mandó cortar á Balduino los brazos y las piernas y arrojar el tronco por un precipicio, donde estuvo por tres dias luchando con los horrores de la muerte. Añaden que el cruel búlgaro mandó hacer luego una copa de su cráneo para beber en ella al modo de los antiguos scitas. Aun los mismos griegos ensalzan mucho á Balduino por su justicia y su castidad. Eligieron á Enrique su hermano para sucederle, y fué coronado el 20

(1) Vill. Hard. *n.* 118.

(1) Vill. Hard. *n.* 189, *et seq.*
(2) *Gesta Inn. III, p.* 117.

de agosto de 1206; pero en el mismo año proclamaron los griegos por su emperador á Teodoro Láscaris, que estaba casado con la hija del emperador Alejo Angelo y estableció su trono en Nicea, capital de Bitinia.

Mientras ocurrian estas revoluciones en la Iglesia de Oriente, Alberto, patriarca latino de Jerusalen y antes obispo de Verceli, compuso para algunos solitarios del Monte Carmelo una regla que no tardó en hacer muy numerosa esta asociacion, y en darla á conocer hasta en las estremidades del Occidente (1209). Debian su orígen á un monge venerable de Calabria, que á pesar de su avanzada edad fué, segun dicen, á establecerlos en aquel lugar por revelacion que tuvo del profeta Elías. Se veia todavia allí la caverna de este profeta y algunos vestigios de un antiguo monasterio que parecia haber sido considerable. El piadoso calabrés formó una pequeña clausura en medio de estas ruinas, y levantó una capilla y una torre, reuniendo allí de diez á doce frailes. En la regla que les dió el patriarca Alberto, les encargaba principalmente el trabajo y el silencio á imitacion de los antiguos solitarios (1). Vivian en celdas separadas, oian misa todos los dias cuando les era posible, rezaban el oficio, y los que no sabian leer decian cierto número de *Padre nuestros* por cada hora canónica. Jamás comian carne, y ayunaban desde la fiesta de la Exaltacion de la Santa Cruz hasta la Pascua. Poco antes de la institucion de los carmelitas, el Papa Inocencio habia establecido en Roma y á sus espensas un hospital para los enfermos y para los pobres (1204), y estaba á cargo de los religiosos del mismo instituto que los que servian el hospital de Santi-Spiritus de Montpeller, el cual habia sido fundado poco antes por el conde Guido que fué su primer gran maestre y á quien el Papa habia concedido la confirmacion de su órden.

Mientras el Oriente llamaba así la atencion y los esfuerzos de los occidentales, formábase sordamente contra la Religion una tempestad fatal en el seno de la nacion mas cristiana y refugio mas seguro de la Iglesia en todos sus peligros. Merced á las circunstancias de los tiempos y á la astucia, los waldenses y los nuevos maniqueos, esparcidos en tantas iglesias distintas, se habian hecho formidables en algunos sitios por su reunion, y avasallaban con insolencia insoportable las provincias de Francia confinantes con las de España. Sostenianles los señores del pais, sobre todo Raimundo VI, conde de Tolosa, y Raimundo Rogerio, conde de Fox. Para reprimirlos dió el Papa Inocencio el carácter de legado al abad del Cister, y á dos religiosos célebres del mismo órden llamados Radulfo y Pedro de Castelnau, sacados de la abadía de Fonfria, diócesis de Narbona; y para apoyar así á los legados como á los doctores y predicadores reclamó el Sumo Pontífice el poder y la proteccion del rey Felipe Augusto.

Diferentes prelados, aun de los mas distinguidos, habianse hecho culpables ya por connivencia respecto á los hereges, ya por debilidad en su conducta, ó al menos con obras indignas de su carácter causaban mas daño á la Religion que utilidad pudiera producirle sus vanos discursos. Por autorizacion espresa del Sumo Pontífice, informaron los legados contra Berengario, arzobispo de Narbona, suspendieron de las funciones episcopales á Guillermo de Roquesel, obispo de Beziers, y aun llegaron á deponer al obispo de Viviers, y usaron de la misma severidad con Raimundo de Rabastens, que se habia elevado por simonía á la Silla de Tolosa. En lugar de este último eligieron á un abad del órden del Cister, llamado Foulques ó Fouquet, prelado que sirvió mucho á la

(1) Canis. *tom.* 3, *pag.* 287; Boll. *tom.* 9, *pag.* 778.

Religion en este puesto importante. En su juventud se habia dedicado á la poesía, y tuvo fama entre los poetas provenzales, bajo el nombre de Fouquet de Marsella, lugar de su nacimiento. Habiendo despues renunciado á todas las diversiones del siglo, se hizo monge en la fervorosa casa de Gran Selva, de donde pasó á ser abad de Toronet, diócesis de Frejus, y de aqui al obispado de Tolosa (1206).

Entretanto preparaba el Señor un nuevo socorro á su Iglesia, contra las sectas corrompidas que infestaban una de sus mas bellas porciones, en la persona de un prelado que no era francés, pero que se hallaba en Francia por una de aquellas casualidades aparentes de que se vale la Providencia para ocultar sus designios (1). Diego de Azebes, obispo de Osma en Castilla, á su vuelta de Roma pasó por Montpeller, y encontró allí á los legados encargados de trabajar en la reduccion de los hereges, precisamente cuando iban á renunciar su legacía por el disgusto que les causaba la inutilidad de sus trabajos. Uno de los principales obstáculos que impedian el fruto de su celo, era la vida poco arreglada de los eclesiásticos, que los sectarios no dejaban de oponerles cuando se les exhortaba á abandonar sus errores. El obispo de Osma, recomendable por su nacimiento y su doctrina, lo era todavia mas por su virtud. Habia establecido en su catedral el instituto de los canónigos reglares: pasó á Roma para obtener del Papa el permiso de abdicar el obispado y de consagrarse á la conversion de la nacion bárbara de los cumanos, que habitaban cerca de la embocadura del Danubio. No habiendo podido lograr su solicitud, tomó el hábito monástico en su tránsito por el Cister, para juntar los ejercicios rigurosos del claustro á los trabajos del obispado que se le obligaba á conservar (1206).

Este prelado virtuoso y lleno del espíritu del Señor, concibió que era imposible reducir con solo las palabras á una secta que pervertia á los sencillos con una suma afectacion de santidad y de modestia, mientras que los misioneros católicos tuviesen grandes equipages, multitud de caballos y de criados y vistiesen y comiesen espléndidamente. Habiendo acudido los legados á tomar su consejo, como de un personage tan acreditado por su prudencia y por su piedad, les dijo este varon apostólico: «hermanos mios, nada adelantaremos mientras que los sectarios acrediten el error con la modestia y austeridad de que hacen alarde si no damos ejemplos enteramente contrarios á su modo de vivir. Es necesario combatir su virtud aparente con una piedad verdadera, ir á pie, no llevar dinero, imitar en todo la vida de los Apóstoles.» Y como los legados manifestasen temer ser censurados de singularidad abrazando una vida tan nueva, les declaró que los acompañaria para trabajar segun este método en la defensa de la fé. Despidió inmediatamente su equipage, todos sus caballos y todas las gentes de su comitiva, reservándose solamente á Domingo de Guzman, canónigo reglar y subprior de su catedral, es decir, primera dignidad despues del obispo, que era el prior. Despues de haber predicado el Evangelio por algun tiempo con fruto, segun este nuevo plan, el sabio prelado quiso volver á su diócesis para poner en órden sus negocios y suministrar de sus rentas para sus amadas misiones; pero apenas llegó á su casa murió en una dichosa senectud (*a*).

(1) Jord. *Princ. Fr. Praed. M. S. cap.* 7 *et seq.*; *Vit. S. Dom. ap. Sur.* 4 *Aug.*

(*a*) No ocurrió tan pronto como dice nuestro autor la muerte del venerable obispo de Osma, pues tuvo tiempo de visitar su diócesis; y despues, al prepararse para volver de nuevo á Francia á continuar la grande

Domingo, á quien habia escogido por contínuo compañero de sus trabajos apostólicos y que luego llegó á ser gefe de esta mision, era suscitado del cielo para servir á la Iglesia de un modo mas duradero, instituyendo el órden de frailes predicadores. Nació en Castilla, en la diócesis de Osma, y antes de nacer presumióse ya su destino por un sueño que tuvo su madre hallándose embarazada de él, en el que imaginó que llevaba en su seno una antorcha que abrasaba á toda la tierra (*a*). Hizo sus estudios con aprovechamiento en la escuela de Palencia, una de las mas famosas de España, desde que el rey Alfonso IX atrajo á ella de Francia é Italia los maestros mas sábios en todo género; pero todavia se distinguió mas por sus virtudes. Tomó tal gusto á la mortificacion cristiana, que pasó diez años enteros sin beber vino. Su amor á la pureza fué singular, y conservó sin la mas leve mancha su virginidad hasta la muerte. Su caridad llegó hasta el estremo de vender sus libros para socorrer á los pobres en tiempo de hambre.

A la fama de un mérito tan estraordinario en un estudiante, el obispo de Osma le sacó del lugar de sus estudios y le hizo canónigo reglar de su iglesia. Esto fué para Domingo un nuevo motivo de adelantar en la perfeccion, y sus nuevos progresos le merecieron ser elevado al primer puesto de su cabildo. Pero la conversion de los pecadores era su principal inclinacion, de lo que tardó poco en convencerse su santo obispo en las ocasiones que le ofreció su viaje á Francia. Hallándose hospedado con él en Tolosa en casa de un sectario, pudo tanto Domingo, ya con su modo dulce é insinuante, ya con la fuerza de sus razones, que en el mismo dia de su llegada convirtió á este herege. Noticioso del riesgo que corrian muchas jóvenes nobles ó indigentes, á quienes los sectarios prevenian con sus liberalidades para atraerlas á su partido, las fundó un monasterio en Pouille, cerca de Monreal, donde en esacta clausura, silencio, oracion y trabajo hallaron seguridad asi para el alma como para el cuerpo.

Era dificil verle y oirle sin prestarse á lo que deseaba. Sus ideas claras y muy fijas, sus resoluciones tan ajustadas á la razon que casi nunca se le vió obligado á mudarlas, la igualdad de su alma siempre inalterable, su rostro mismo donde brillaban la paz de la conciencia y la alegría que se gusta en el servicio del Señor, el fuego de su cara y de sus ojos, su voz dulce y penetrante, todo en él arrebataba á la vir-

---

empresa de la reduccion de los hereges, falleció á principios del año 1207. Escusado es decir que su iglesia y todas las de España lloraron amargamente la pérdida de este ilustre prelado, cuyo corazon abrasado de celo por la gloria de Dios y honor de la Religion, estaba igualmente lleno de amor hácia los pobres y de la caridad mas compasiva para con los pecadores. Su eminente santidad le habia ganado no solamente el afecto de los católicos sino hasta la estimacion de los mismos hereges. Algunos autores afirman que el Señor manifestó la gloria del santo obispo con repetidos milagros que se obraron en su sepulcro. Veánse Theodor. de Apold. *núm.* 32; Turon, *Vida de Santo Domingo*, lib. 1, cap. 3; y sig. (*N. del E.*)

(*a*) Este esclarecido español, fundador de la órden de PP. Predicadores, nació en Caleruega, pequeña villa de la diócesis de Osma, en el año de 1170. Fueron sus padres don Felix de Guzman y la B. doña Juana de Aza, tan recomendables por su fé viva y fecunda en toda clase de obras de justicia y caridad, como por la antigüedad de su nobleza y demás timbres que aprecia el mundo. Los diferentes enlaces que se efectuaron entre las personas de esta familia y los príncipes y soberanos de Castilla y Portugal, y el honor de que se glorian nuestros augustos monarcas declarando su parentesco con la B. Juana de Aza y con su hijo el gran patriarca Santo Domingo, prueban mucho mas, dice un escritor, de lo que nosotros pudiéramos decir. A ello ha venido á añadirse en estos últimos años uno de los mas gloriosos títulos de que puede envanecerse esta ilustre familia. Ya las virtudes de doña Juana de Aza la habian atraido la veneracion de todos aun durante su vida mortal, y mucho mas despues de su santa muerte, siendo venerada con culto público en Aza, Caleruega, Gumiel de Izan, Peñafiel y en otras muchas ciudades y pueblos, aun antes de haber pronunciado el oráculo de la Iglesia el decreto solemne de su beatificacion. Espidióse al fin en Roma este decreto por Su Santidad Leon XII en 27 de setiembre de 1828, con la solemnidad acostumbrada, despues de un rigoroso exámen de las virtudes de la venerable Juana de Aza y de las pruebas de su culto inmemorial. (*N. del E.*)

tud, y comunicaba á sus oyentes los ardores del amor divino que abrasaban su corazon. No obstante, faltó mucho para que produjese entre los sectarios de Languedoc los frutos de bendicion que se podian esperar. El conde de Tolosa, fautor obstinado y artificioso de esta secta abominable, frustraba los esfuerzos de los hombres mas apostólicos. Este príncipe, á quien ha hecho tan célebre como desgraciado la proteccion que daba á los albigenses, no sufrió cosa alguna que no tuviese bien merecida por sus desórdenes y violencias, aun prescindiendo de su heregía. Es verdad que no la profesaba abiertamente, pero era estremada y aun rayaba en locura su inclinacion, ó mas bien su pasion por los que la profesaban. Los colmaba de caricias, arrodillábase delante de ellos, los llamaba sus señores y hermanos, iba á media noche á sus asambleas, y cuando se le decia que con su afecto á esas gentes se esponia á ser despojado de sus Estados, contestaba: «Bien lo sé; pero estoy resuelto á ello, y estoy decidido á sacrificar por ellos hasta mi cabeza.» Aunque en lo esterior afectaba siempre ser católico, habia pocos albigenses que le superasen en impiedad y en los chistes que empleaba para burlarse sacrílegamente de nuestras mas santas prácticas. Esta horrenda mezcla, junta con los pillages y desordenadas costumbres de que se le acusaba, hacian de él una especie de mónstruo. A escepcion del único escritor de su partido, que nos dejó un romance de su vida para halagarle, todos los demas están acordes en hacernos de él un retrato el mas digno de un apóstata y de un perseguidor de la Iglesia (1).

El legado Pedro de Castelnau era para él un objeto particular de ódio, lo mismo que para todos sus protegidos hereges, á quienes perseguia este legado con tanta perseverancia como rigor (1). Formó una confederacion poderosa para la defensa de la fé, é hizo entrar en ella á la nobleza de Provenza (1207), dependiente del conde, quien se vió precisado á unirse á ella, tanto por esta razon como por el temor que le inspiraban las consecuencias de la excomunion publicada contra él. Mas despues de muchos juramentos reiterados, no hacia caso de sus mismas promesas siempre que creia poder violarlas sin peligro. Pedro de Castelnau penetraba demasiado su carácter para ser el juguete de estos artificios, y era muy grande su valor para disimularlos. Dió en rostro al conde con su mala fé y sus perjurios, y haciéndole presentes al legado los escesos á que este príncipe era capaz de dejarse arrebatar, y que su misma vida corria peligro, respondió: «La causa de Jesucristo no triunfará jamás en estas comarcas, á menos que alguno de nosotros muera por la fé. ¡Ojalá que el perseguidor me elija por su primera víctima!»

En fin, el pérfido conde hizo invitar á los legados á conferenciar con él en San Gil de Provenza (2). Habia prometido satisfacerles sobre todos los capítulos de que era acusado, y en efecto, al principio parecia recibir con docilidad sus consejos saludables; pero dejando bien pronto este papel violento, y quitándose la máscara sin reserva, les amenazó públicamente con la muerte, y al ellos retirarse les dijo que cualquiera camino que tomasen por tierra ó por mar no escaparian seguramente de su venganza. El abad y los magistrados de San Gil entendieron con razon esta amenaza reflexiva por una resolucion fija y determinada, por cuyo motivo condujeron á los legados con buena escolta hasta las orillas del Róda-

(1) *Hist. de l'Eglis. Gall. l.* 29.

(1) *Hist. Albig. cap.* 64.
(2) *Chron. S. Mat. Antis. ann.* 1208.

no; pero solo se procuraba evadir la violencia mientras era todavia mas temible la traicion. Dos hombres del conde, desconocidos á los legados, los habian seguido y los alcanzaron en el lugar donde pernoctaron antes de pasar el rio. Al dia siguiente por la mañana, despues que los legados celebraron misa, como lo acostumbraban antes de partir, uno de los desconocidos se acercó á Pedro de Castelnau y le dió una lanzada por debajo de las costillas. Pedro, cayendo en tierra, le miró y le dijo: *Dios quiera perdonarte como yo te perdono*, lo que repitió muchas veces con un aumento siempre nuevo de caridad y piedad, hasta que espiró (1208).

El rumor de este delito causó una conmocion universal, y llegó en poco tiempo hasta Roma. El Papa escribió en términos muy enérgicos á todos los señores y caballeros de las provincias de Narbona, Arlés, Aix, Embrun y Viena. Despues de referir el hecho, da el título de mártir al difunto, que efectivamente habia derramado su sangre por la fé, y como tal es venerado por la Iglesia el dia 5 de marzo, no obstante haber muerto lo mas tarde en el mes de febrero. Encarga á los arzobispos y á sus sufragáneos que publiquen la excomunion contra el asesino y todos sus cómplices, encubridores y defensores, y denunciarla de nuevo contra el conde de Tolosa, que con tanto fundamento se presumia culpable de esta muerte. En fin, usando de la autoridad que entonces se tenia por incontestable, declara absueltos del juramento á todos aquellos que hubiesen prometido al conde Raimundo fidelidad, sociedad ó alianza; pronuncia ser permitido á todo católico, tanto perseguir su persona como apoderarse de sus Estados, y concluye exhortando á la nobleza de aquellas provincias á armarse para la estirpacion de la heregía y la conservacion de la verdadera fé (1). El Pontífice escribió además al rey Felipe Augusto, suplicándole que fuese en persona á reprimir un vasallo, enemigo tan peligroso de la Iglesia, ó que enviase á lo menos á su hijo Luis. Como el rey corria mal con Otton, rey de los romanos, y con Juan, rey de Inglaterra, respondió que teniendo á sus lados dos grandes leones que solo aguardaban ocasion favorable para asolar sus Estados, no podian él ni su hijo ausentarse sin cometer una imprudencia, pero que permitiria á sus barones ir á esta espedicion. El Papa habia escrito al propio tiempo á todos los señores y á todos los pueblos de Francia, como igualmente á todos los prelados, prometiendo indulgencia plenaria á los que se cruzasen para combatir á los sectarios de la provincia narbonense, lo que hizo tomar las armas y la cruz á una infinidad de personas, que la traian sobre el pecho para distinguirse de los cruzados de Levante que la llevaban en el hombro. El estrépito de estos armamentos atemorizó de tal manera al conde Raimundo, que tomó él mismo la cruz contra la secta de la que él era el principal fautor.

Para reemplazar á Pedro de Castelnau y á Rodulfo, su colega en la legacía, que murió hácia el mismo tiempo, envió el Papa dos nuevos legados, Milon, clérigo de la Iglesia romana, no menos recomendable por la profundidad de su doctrina que por la solidez de su virtud, y el doctor Teodisio, canónigo de Génova. Encamináronse por la parte de Lyon para encontrarse con los cruzados que se juntaron de todas las regiones de la Francia en seguimiento del duque de Borgoña, de los condes de Nevers, de San Pablo, de Monforte, del arzobispo de Sens, de los obispos de Autun, de Clermont, de Nevers y de otros infinitos personajes de consideracion en el Estado y en la Iglesia. Raimundo se habia hecho ya absolver por los legados en el mismo lugar en que fué en-

(1) *Gest. Innoc. III, cap.* 8.

terrado el bienaventurado Pedro de Castelnau, para darle en alguna manera satisfaccion honrosa. Juró sobre el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo que observaria las órdenes del Papa para la paz de la Iglesia y espulsion de los hereges; que no haria sospechosa su fé dándoles su proteccion; que romperia con aquellas cuadrillas de bandidos llamados ruteros, y que no vejaria mas á sus pueblos ni á los prelados ortodoxos. Para mayor seguridad, entregó siete castillos de sus Estados y consintió en su confiscacion si no observase sus juramentos. No poniendo límites algunos á sus precauciones ni á su terror, se adelantó en persona hasta Valencia para unirse á los cruzados, con quienes renovó sus empeños, prometió sin reserva hacer cuanto quisiesen, y ofreció en rehenes á su hijo además de las plazas que habia ya entregado (1209).

Marcharon luego todos juntos á Beziers. Los moradores de esta ciudad, abandonada al maniqueismo, se habian hecho odiosos por sus rapiñas, por sus asesinatos y por todos los delitos que eran las consecuencias de su horrible doctrina. Inspiraba sobre todo la mayor indignacion el asesinato de Raimundo Trincavel su vizconde, á quien hicieron pedazos en la iglesia de la Magdalena, despues de haber quebrantado los dientes á su obispo que se esforzaba en disuadirles de ello. Comenzaron requiriéndoles que entregasen cierto número de hereges, cuya lista remitian, y que eran al parecer los principales autores de su perversion; pero no solo se negaron á ello con insolencia, sino que adelantándose algunos de ellos antes de ser acometidos, hicieron caer sobre los cruzados un diluvio de flechas. Llenos de furor los soldados católicos, aguardaban con impaciencia las órdenes de sus gefes, y en el interin los criados del ejército, sin observar disciplina alguna é ignorándolo sus amos, se acercaron á las murallas y tomaron la plaza por asalto. Pasaron á cuchillo á todos los habitantes, y pusieron fuego á la ciudad. Era el dia de santa Maria Magdalena, y en la iglesia que la estaba dedicada mataron hasta siete mil personas que en ella se habian refugiado; circunstancias que fueron notadas como una señal de la divina venganza, tanto por la muerte del vizconde Trincavel, como por las blasfemias que aquellos sectarios impuros se permitian particularmente contra esta santa amante de Jesucristo. Los cruzados marcharon luego á Carcasona, que habrian podido tomar fácilmente por asalto; mas la suerte que Beziers acababa de esperimentar les causaba todavía horror. Admitieron pues una composicion los de Carcasona, reducida á que los habitantes de ella lo abandonarian todo y saldrian en camisa.

Celebróse luego un consejo para determinar á quién establecerian señor y conservador de estas conquistas. El desinterés que manifestaron los principales señores dió á entender que no era el espíritu de ambicion el que los conducia. El conde de Nevers y el duque de Borgoña lo rehusaron absoluta y constantemente; y para que al fin lo aceptase Simon de Monforte no bastaron las mas vivas instancias, y asi fué necesario que los legados se lo mandasen por autoridad de la Sede apostólica. Ya observamos en la espedicion de Zara en la Dalmacia, el gran respeto que tenia á las órdenes del Vicario de Jesucristo este héroe piadoso, á quien el tumulto de las armas no impedia oir misa todos los dias, rezar el oficio divino y observar inviolablemente los ayunos de la Iglesia. Honraba su fé y su piedad con costumbres muy puras y virtudes sólidas, con una modestia y humildad tan estraordinarias que, á pesar de la superioridad de su mérito, se atemorizaba de su insuficiencia y se creia muy inferior á su destino. No obstante, su valor apenas tenia

igual, y era tan terrible en los combates, que todos sus enemigos huian con solo verle mover el sable; era activo, emprendedor, firme en sus designios y consecuente en sus miras: su destreza en los ejercicios militares era incomparable, su temperamento robusto, el talle alto, bien formado, y por la afabilidad de su trato no menos que por la facilidad en espresarse, era igualmente propio para conciliarse el respeto de sus nuevos vasallos que para conservar la estimacion de los señores sobre los cuales se le habia elevado. Si en la carrera de sus hazañas se hallan muchos hechos de una severidad asombrosa, conviene tener presente la clase de mónstruos, de cuya infeccion creyó no poder purgar de otra suerte las provincias, ó á lo menos no deben perderse de vista las costumbres y preocupaciones de su siglo.

La conducta de los albigenses y de sus fautores daba pretestos plausibles al rigor desplegado contra ellos. Consecuente pues con unos principios que entonces no eran disputados como lo han sido despues, el Papa Inocencio conmovió los fundamentos de otro poder que habia despreciado sus avisos, sus ruegos y sus órdenes. Habiendo el primer agravio sido orígen de otros muchos, por espacio de cuatro años, toda Inglaterra quedó entredicha (1208); el rey Juan excomulgado y depuesto de la corona (1212), á que se siguieron los desórdenes y desgracias inseparables de estas revoluciones, y todo por una causa tan estraña en la apariencia á este trastorno enorme, cual era la eleccion de un obispo. Habian sido elegidos á un mismo tiempo para la silla de Cantorbery el sub-prior del clero monástico de esta iglesia y el obispo de Norwich. Llevóse á Roma la causa, y ambas elecciones, á la verdad poco regular una y otra, fueron igualmente anuladas. En seguida propuso el Papa para este arzobispado al cardenal Esteban de Langton, que fué elegido en Roma por los monges diputados de Cantorbery, contra la voluntad del rey, declarada en favor del obispo de Norwich (1). Sin embargo, Esteban era natural de Inglaterra y de un verdadero mérito; pero habia estudiado en Paris, de cuya catedral fué doctor, canónigo de la catedral y cancelario de la universidad. Ya fuese por esta razon que le hacia muy odioso á Juan Sin-Tierra, enemigo declarado de todo lo que olia á francés, ya por la afrenta que creia este príncipe haber recibido en la persona del obispo de Norwich, Juan descargó el primer peso de su resentimiento sobre los monges de Cantorbery con toda la violencia de que era capaz, los espulsó de su iglesia y se apoderó de los bienes del arzobispado.

Escribió luego al Papa en estilo ágrio y picante, diciéndole que no podia recobrarse de la sorpresa que le habia causado el ver al Pontífice y á toda la corte romana olvidados al parecer de lo útil que les era su amistad: que sacaban mas beneficio de su reino que de todos los otros estados cisalpinos: que si la eleccion del obispo de Norwich no era ratificada en Roma, impediria á sus súbditos llevar allá las riquezas que él necesitaba para rechazar á sus enemigos que allí eran protegidos, y que la Inglaterra se abstendria de ir á buscar entre los estranjeros, tan mal dispuestos en su favor, la justicia y las luces que podia hallar en sus propios prelados.

El Papa Inocencio respondió al rey Juan con bastante moderacion; se justificó acerca de no haber esperado el consentimiento de este príncipe para la eleccion del cardenal Esteban, y declaró haberle pedido suficientemente, «á pesar, añade, de que no está en uso aguardarle para las elecciones

(1) Matth. Par. *ann.* 1206; *Gest. Innoc. III*, n. 131.

que se hacen en la corte romana.» Concluyó exhortando al rey que no resistiese al Señor y no reprodujese las costumbres fatales, á las que los reyes su padre y su hermano habian renunciado. Inocencio escribió en seguida á los obispos de Lóndres, de Worchester y de Eli, previniéndoles que si despues de sus representaciones no recibiese el rey al arzobispo Esteban, pusiesen en toda Inglaterra un entredicho general de las funciones eclesiásticas, escepto el bautismo para los niños y la penitencia para los moribundos. Esta carta amenazaba todavía al rey con mayores penas en caso de no triunfar de su resistencia.

Los tres obispos, obedeciendo á las órdenes del Papa, se presentaron al rey y le suplicaron con lágrimas en los ojos que asegurase su autoridad y su salvacion evitando el entredicho. El rey les interrumpió con furor, dijo mil injurias contra el Papa y los cardenales; y en los términos blasfemos que le eran familiares juró que si alguno de sus obispos osaba publicar el entredicho, le enviaria á Roma con todos los demas prelados y su clero, despues de haberles despojado de todas sus posesiones: que haria sacar los ojos y cortar la nariz á todos los romanos que se hallasen en sus Estados, y añadió: «¡ojála pudiese hacer distinguir de las demas naciones con esta señal de infamia á todo el resto de ese pueblo detestable!» En fin, mandó á los tres obispos que se alejasen prontamente de su presencia si querian salvar sus vidas.

Retiráronse en efecto los tres prelados, mas no les impidió el temor cumplir con su comision: el lunes de Pasion que cayó este año en 24 de marzo, pusieron entredicho en toda Inglaterra, y salieron cuanto antes del reino para sustraerse del furor del rey. El entredicho fué observado puntualmente y sin ninguna escepcion, no obstante cualesquiera privilegios, segun las órdenes del Papa: de suerte que llevaban los muertos de las ciudades y de las aldeas sin sacerdotes y sin rezo alguno, á manera de cadáveres de animales, y los arrojaban en cualquier hoyo donde los cubrian precipitadamente de tierra. Los clamores generales de los pueblos no tardaron en hacer temblar al inconsiderado monarca. Envió legados al Papa, é hizo todas las promesas que creyó podrian sacarle del embarazo en que se hallaba, porque le costaban poco en tales circunstancias. Pero tan temerario en la esperanza como débil y cobarde en el peligro, y así en el bien como en el mal siempre incapaz de fijeza, dilató mucho la negociacion, se abandonó por intervalos á las fogosidades de su resentimiento, y al fin rompió del todo.

Al cabo de dos años, el Papa excomulgó al rey de Inglaterra; mas no se halló en toda la estension de este reino un solo obispo que se atreviese á publicar la censura. No obstante, en poco tiempo llegó á noticia de todos sus súbditos, los cuales en las calles y plazas públicas se decian misteriosamente unos á otros que el rey estaba excomulgado. Hallándose Godofredo, arcediano de Norwich, en Westminster para negocios de su iglesia, dijo un dia á los que le acompañaban que no estaban seguros los beneficiados permaneciendo al servicio de un príncipe herido de anatema. Delatósele por esto al violento monarca, el cual mandó prender al arcediano, le aprisionó, dejándole sin alimento, cargado de cadenas y revestido de una capa de plomo, cuyo peso junto con el hambre le quitó la vida en pocos dias (1). La crueldad natural de Juan Sin-Tierra recibió todavía mayor estímulo con las insinuaciones de un aventurero, llamado Alejandro Masson, que se tenia por teólogo. Para adular al rey y alcanzar sus favores

(1) Matth. Par. *ann.* 1209.

decia que los bienes temporales de los príncipes y el gobierno de sus vasallos no pertenecian de modo alguno al Gefe de la Iglesia. Mas no cesaba de repetir que el rey era el instrumento de la ira de Dios, establecido para gobernar el pueblo con vara de hierro. Por mas agradable que se hiciese al rey con esta máxima tiránica, tuvo Inocencio III bastante crédito en Inglaterra para hacerle despojar de un gran número de beneficios que habia adquirido por medio de sus intrigas, y reducirle á un estado de miseria en que se le vió mucho tiempo mendigar el pan de puerta en puerta.

Despues de muchas conferencias con Pandolfo, subdiácono de la Iglesia romana y Durando, caballero templario, enviados por Inocencio al rey con la esperanza de restablecer la paz, sordo Juan á los consejos de la razon y de la justicia, rehusó devolver los bienes que habia confiscado á los obispos y canónigos desterrados; tres obispos de su córte y algunos cortesanos seglares le habian persuadido que era ya mucho conceder el consentir regresasen los que él habia precisado á huir. Por último, el Papa Inocencio, cediendo á los clamores del pueblo y del clero, declaró (1211) á todos los vasallos y súbditos de Juan, rey de Inglaterra, absueltos del juramento de fidelidad, y prohibió bajo pena de excomunion que persona alguna comunicase con él en cualquiera manera, ni aun en la mesa, ni por consejo, ni simplemente para hablarle. Pasó todavía mas adelante en el año siguiente: habiendo ido á Roma los obispos de Lóndres y de Eli, y el arzobispo de Cantorbery para esponerle la cruel persecucion que Juan hacia á la iglesia en Inglaterra, de acuerdo con los cardenales y de otras personas graves, pronunció sentencia espresando que el rey de Inglaterra fuese depuesto del trono y que á instancia del Sumo Pontífice se le diese un sucesor mas digno de reinar. El rey Juan, dice Fleury, se habia hecho odioso, no solamente á los eclesiásticos de su reino, sino tambien á la nobleza, al pueblo y á todos sus súbditos, con sus crueldades, sus exacciones y sus desórdenes. Habia abusado de las mugeres é hijas de muchos caballeros, á pesar de la resistencia que le oponian; á otros los habia reducido á la mayor indigencia con sus estorsiones; y habia desterrado los parientes y amigos de otros y aprovechádose de sus bienes. Todos ellos recibieron con el mayor gozo la absolucion que el Papa les daba de su juramento de fidelidad y hasta se decia que muchos señores habian enviado al rey de Francia sus cartas con sus sellos invitándole á ir á Inglaterra á recibir la corona (1). Inocencio escribió á Felipe Augusto que se encargase de esta empresa para obtener la remision de sus pecados, y á fin de que él y sus sucesores, despues de haber destronado al rey Juan, poseyesen perpétuamente el reino de Inglaterra. Escribió tambien una carta circular á todos los señores, caballeros y hombres de guerra de diversas naciones, para que no se detuviesen en cruzarse para deponer al rey de Inglaterra y vengar la injuria de la Iglesia universal. Añadia, que todo el que concurriese con sus bienes ó en otra manera á la destruccion de este rey perverso, recibiria de la Iglesia la misma proteccion que los que visitaban el Santo Sepulcro. Felipe Augusto, excomulgado en otro tiempo por el Papa, habia declarado nulas y abusivas sus censuras; pero, como observa oportunamente Feller, «pensó de muy diferente modo cuando se vió nombrado ejecutor de una bula que le hacia dueño de Inglaterra.» En el fondo, con los Papas que daban reinos que no les pertenecian, sucedia lo que se está viendo hacer á un magistrado que ad-

(1) *Lib.* 77, *n.* 6.

judica alguna cosa ó derecho que no es suyo. Al aceptar semejantes presentes ¿no convenian los príncipes en que los Papas tenian el derecho de disponer de las coronas y de deponer á los monarcas culpables? Nada prueba mejor que esta jurisprudencia estaba entonces generalmente recibida, que el ver que los mismos reyes no la ponian en duda, y que por consiguiente es muy injusto querer hoy acusar de usurpadores á los Papas.

La tempestad que de este modo se formaba sobre la cabeza del rey Juan, debia tener para él las consecuencias mas funestas. Conferíanse los derechos y la potestad de la Iglesia á Felipe Augusto, enemigo ya bastante temible y que tenia por su parte derechos muy plausibles para hacerlos valer contra el rey de Inglaterra. El príncipe Godofredo, hermano mayor del rey Juan, muerto en el año de 1186, dejó á su esposa en cinta de un hijo que fué llamado Artus, y á quien La Bretaña, el Anjou, el Maine y la Turena reconocieron por su señor. Su madre Constanza le procuró desde luego la proteccion del rey Felipe Augusto, y le puso en sus manos á la edad de doce años. Pero el rey Juan su tio habiendo encontrado medio de apoderarse de su persona, despues de haberle tenido algun tiempo encerrado en Rouen, le hizo pasar de la prision á una barca, donde le mató con sus propias manos, y arrojó su cuerpo al Sena (1203). Felipe Augusto hizo citar á Juan como vasallo suyo para responder de este crímen en el tribunal de los Pares, y negándose á comparecer, el tribunal con voto unánime confiscó á beneficio del rey Felipe todo cuanto poseia el rey Juan de este lado del mar. Entró inmediatamente el monarca francés en Aquitania y despues en Normandía, para ejecutar la sentencia con las armas en la mano, é hizo muchas conquistas. Sin embargo, el Papa deseaba mas la conversion del rey Juan que su perseverancia en el mal; y por otra parte la conversion de este príncipe habria sido el medio mas seguro de pacificar su reino; pero Felipe no pensaba en retardar una empresa tan favorable á sus intereses. Independientemente de la sentencia pontificia que le habia notificado el legado Pandolfo, veíase además escitado por una multitud de señores ingleses, que solo aspiraban á verse libres del yugo tiránico del rey Juan. Los obispos arrojados de Inglaterra, y que volvian de llevar sus quejas á Roma, rogaron tambien al rey Felipe, de parte del Papa, que entrase con mano armada en la Gran Bretaña, destronase al tirano y pusiese en su lugar un príncipe digno de reinar. Felipe, que solo aguardaba la ocasion, mandó á todos sus súbditos, so pena de felonía, que fuesen á juntarse con él en Rouen, de cuya ciudad ya se habia hecho dueño, é hizo equipar una flota cargada de toda especie de municiones. Este príncipe, que poco despues reprobó tanto que el rey Juan hubiese dispuesto de sus Estados en favor del Papa, no reputaba entonces censurable que el Papa se los ofreciese á él (1).

Entretanto el legado Pandolfo pasó á Inglaterra y encontró al rey Juan en Douvres. A su partida de Roma le dió el Papa con mucho secreto un proyecto de reconciliacion para este príncipe, en caso que resolviera someterse á las órdenes de la Santa Sede. Pandolfo, aprovechándose del terror, que no podian esterminar de una alma tan criminal sesenta mil hombres de buenas tropas y una armada superior á la de los franceses, le dijo estas palabras: «mirad al rey de Francia en la embocadura del Sena pronto á humillaros por la autoridad del Sumo Pontífice, y á apoderarse de vuestros Estados. Con él vienen los prelados de

(1) *Hist. de l'Eglis. Gall. lib.* 30.

vuestro reino, y una multitud de ingleses, asi clérigos como legos, animados de todo el ardor que puede inspirar la esperanza de volver á entrar en su patria y de recobrar sus bienes. Por otra parte él muestra las cartas de casi todos los señores de Inglaterra que le piden por soberano y le prometen fidelidad. A lo menos reflexionad sobre vuestros intereses, aplacad al cielo justamente irritado, someteos á la Iglesia y recuperad la gracia del Papa que está pronto á restituiros la corona que os ha quitado (1213).»

Este discurso no dejó de producir su efecto. Juan, todo fuera de sí y como desesperado, accedió á las proposiciones de Pandolfo y prometió someterse sin restriccion á las órdenes del Papa en todos los objetos que le habian acarreado las censuras de la Santa Sede. Dos dias despues declaró por una carta auténtica (1) que para expiacion de sus pecados daba de su libre voluntad y con consejo de sus barones, á la Iglesia romana, al Papa Inocencio y á sus sucesores los reinos de Inglaterra é Irlanda con todos sus derechos: que no los retendria sino como vasallo del Papa: que le prestaria homenage y haria liga con él, y en señal de su ejecucion, además del dinero de San Pedro, pagaria todos los años al Papa mil marcos de esterlinas; en fin, que obligaba á todos sus sucesores á mantener esta donacion, bajo la pena de perder su derecho á la corona. El rey entregó este documento al legado para que le llevase á Roma, y al momento, en presencia de todo el mundo, hizo homenage y juramento de fidelidad al Sumo Pontífice, representando por su ministro, el cual pisó algunas monedas presentadas en señal de la sumision del rey. Juan fué entonces absuelto de la excomunion por el arzobispo de Cantorbery y los demas obispos perseguidos que habia llamado apresuradamente á la Gran Bretaña. Hallándose restablecida ya la buena armonía con ellos y con los señores, juró el rey observar las leyes de San Eduardo y las de Enrique I.

Entretanto, el legado Pandolfo pasó otra vez á Francia, fué á verse con el rey Felipe, y le significó de parte del Papa, que desistiese de su empresa contra el rey de Inglaterra, respecto de haberse sometido ya á la Iglesia, y á quien ya no podia atacar sin ofender al Papa. Felipe quedó sin duda tan picado como sorprendido de esta mudanza, la que no le habria impedido llevar sus armas á las islas británicas, si el conde de Flandes «que fué el que mas le animó, no hubiese mudado tambien de modo de pensar para ligarse con el rey Juan. Este conde era Ferrando ó Fernando de Portugal, que habia casado con la hija mayor del conde Balduino, emperador que llegó á ser de Constantinopla, y que tuvo motivo para arrepentirse de su inconstancia. Marchó el rey Felipe contra este vasallo infiel que se habia confederado con el emperador Otton y con el conde de Sarisberi, hermano natural del rey de Inglaterra. Por una singularidad que conviene notar, todos los príncipes que atacaban á Felipe Augusto, tenian sobre sí los anatemas de la Santa Sede, y se proponian destrozar al rey de Francia para ir luego á vengarse de Roma esterminando al Papa, á los obispos, á los sacerdotes y á los monges, apoderándose de los bienes de todas las iglesias y obligar á vivir de las limosnas de los fieles á los pocos sacerdotes á quienes hubiesen perdonado la vida. La Providencia, pues, que dispone de los acontecimientos, y ordinariamente sin saberlo los mismos que ella emplea para realizarlos, habia dispuesto en esta ocasion las cosas de tal modo que la victoria que lograse el rey de Francia fuese un ver-

(1) *Lib. 16, ep. 77.*

dadero triunfo para la Iglesia. No desanimó á Felipe la desigualdad del número de los combatientes. Habiéndose encontrado ambos ejércitos cerca de Bovines, hizo á sus tropas esta corta arenga, copiada por el monge Rigordo, su capellan, que iba en su comitiva: «Toda nuestra esperanza está en Dios: el rey Otton y los suyos están excomulgados, son enemigos y destructores de la Iglesia: su sueldo es la sustancia de los pobres y el despojo del clero. Por lo que toca á nosotros, aunque pecadores, estando unidos íntimamente con la santa Iglesia, gozamos de su comunion, y defendemos sus inmunidades con todo nuestro poder. No dudamos que Dios nos hará triunfar de nuestros enemigos y de los suyos.» Despues que el rey hubo hablado de esta manera, le pidieron las tropas su bendicion con una sencillez respetable por el principio que la animaba. Dióse la señal de empezar la batalla, y durante esta, el capellan y los clérigos no cesaron de cantar salmos. La victoria fué completa para los franceses (1214), el emperador Otton se puso en fuga, y los condes de Flandes y de Sarisberi quedaron prisioneros. Para colmo de la felicidad supieron que el rey Juan, que hizo un desembarco en Francia y puso sitio al castillo de Roche de Maine en Anjou, acababa de verse obligado por Luis, hijo del rey Felipe, á levantar el sitio y retirarse vergonzosamente. En memoria de estos grandes sucesos fundó el rey cerca de Senlis la abadía de la Victoria, donde puso canónigos reglares de San Victor de Paris.

Mientras que Juan Sin-Tierra negociaba con el Papa, pero probablemente antes de haberse convenido con su legado, envió secretamente y con gran diligencia (1) una embajada á Miramamolin, rey de Marruecos. Los enviados que eran dos caballeros y un clérigo, presentaron una carta del rey su amo, quien se ofrecia á someter su reino al príncipe musulman, á pagarle tributo, y aun á dejar la Religion cristiana por la mahometana si queria darle socorros. Miramamolin estaba á la sazon leyendo las Epístolas de San Pablo, que habian llegado á sus manos. Quedó por algunos momentos muy pensativo, y despues respondió: «Ved aquí el libro de un cristiano sabio, cuyas obras y palabras me llenan de admiracion. No hallo en él otra cosa digna de reprension, sino el haber dejado la religion de sus padres. ¿Qué puedo yo pensar de vuestro amo, que quiere renunciar á una Religion tan santa y tan pura, que si yo no tuviera ya una la elegiria con preferencia á todas las demas?» Informóse luego del estado del rey y del reino de Inglaterra, y como los dos caballeros le hicieron la pintura mas lisongera, prosiguió, dando un grande suspiro: «Jamás he leido ni oido decir que el soberano de un Estado semejante haya querido hacerle tributario de un estrangero. Vuestro amo es un cobarde y un miserable. Es tal el desprecio que me inspira, que no le admitiria entre los mas viles de mis esclavos. Y vosotros, añadió lanzando sobre los dos caballeros una mirada espantosa que les hizo temer por su propia vida: vosotros, agentes y aduladores de un tirano despreciable, no tengais la audacia de volver mas á mi presencia.»

Al retirarse llenos de confusion, puso Miramamolin los ojos en el tercer enviado llamado Roberto, que estuvo á parte mientras duró la audiencia. Viendo á un hombre pequeño, en estremo moreno y de muy mala cara, juzgó que el mérito debia compensar lo innoble de la figura en un ministro encargado de una negociacion tan delicada. Le detuvo, y le propuso varias cuestiones, á las cuales satisfizo Roberto con un aire de seguridad y con una franqueza que

(1) Matth. Par. *an.* 1213, *p.* 204.

agradaron al musulman. El inglés dijo con ingenuidad, que su soberano era un tirano, tan débil respecto á los estrangeros como terrible para sus vasallos: que por su culpa habia perdido el ducado de Normandía con otros muchos grandes dominios: que no cesaba de arruinar el resto de sus Estados, y de hacerse odioso á sus pueblos por sus exacciones, sus usurpaciones, sus vicios y sus adulterios. Miramamolin vituperó la paciencia escesiva de los ingleses, y añadió nuevos desprecios á los que habia manifestado contra la persona de Juan Sin-Tierra. Tuvo otras muchas conversaciones con Roberto, le colmó de testimonios de su benevolencia, y le despachó cargado de presentes de oro, plata, piezas de seda y pedrería. Refiere todas estas particularidades el historiador Mateo Parisiense (1), y dice que las sabia del mismo Roberto. Añade que el rey Juan pensaba tan mal acerca de muchos artículos de la fé, que se le escapaban impiedades las mas estravagantes y escandalosas, cuya relacion no se atreve á escribir.

Hacia mucho tiempo que la Alemania no gozaba de mas tranquilidad que la Inglaterra. Siempre se veia despedazada por las dos facciones de las casas de Sajonia y de Suavia, que se disputaban esta corona electiva. A la muerte de Enrique VI se suscitaron á un mismo tiempo tres partidos, Felipe de Suavia, Oton de Sajonia ó de Brunswich, y Federico hijo de Enrique. En medio de los debates suscitados por los competidores, el Gefe de la Iglesia se declaraba en favor del que mas garantías ofrecia para el bien de los pueblos; pero los príncipes, lo mismo que los súbditos, se olvidan muy á menudo de cumplir sus promesas. Felipe de Suavia, elegido primeramente como simple tutor de su sobrino Federico, se habia hecho luego elegir y consagrar rey de Germania en Turingia. La mayor parte de los señores y el Papa Inocencio no le habian reconocido, ya fuese á causa de la excomunion que contra él habia fulminado el Papa Celestino III por sus usurpaciones en Italia, excomunion de que aún no habia sido absuelto, ya fuese por su injusticia para con su sobrino. Despues de ocho años de una concurrencia tan onerosa para los pueblos, se habia reconciliado al fin Felipe con el Papa Inocencio, cuando fué asesinado por el conde palatino de Baviera á quien habia rehusado dar su hija en matrimonio despues de habérsela prometido. Este acontecimiento (1208) que parecia deber acelerar el restablecimiento de la buena armonía la hizo sin embargo mas difícil que antes. A la verdad el rey Otton, que ya no tenia mas rival, fué desde luego coronado emperador (1209), y aun se obligó para con el Papa con juramento á condiciones cuya ventaja era proporcionada á las obligaciones que le debia. Pero despues los magistrados de las ciudades de Italia, ó mas bien los aduladores de este príncipe, le hicieron entender que habia sido sorprendido, á lo menos en la promesa de restituir á la Santa Sede las posesiones de la condesa Matilde: que la desmembracion de estos grandes dominios causaria un perjuicio irreparable al imperio, y que los Papas solo habian conseguido hacérselos ceder, abusando de la debilidad del sexo ó de la edad de la donante; pero nótese que esta no tenia mas de treinta y un años cuando en 1077 hizo su primera donacion, y solo cincuenta y seis cuando la renovó en 1102. Negóse pues Otton á efectuar su entrega, á pesar de sus juramentos que pretendia ser contrarios al que tenia hecho anteriormente de conservar los derechos del imperio. Por esta razon acometió al jóven Federico, rey de Sicilia y pupilo del Papa Inocencio, para reconquistar la Pulla, que pretendia pertenecer

(1) *Pag.* 206.

á la corona imperial. Sostuvo igualmente que antes que esta se hubiese fijado en sus sienes, el Papa y los Estados de Sicilia habian usurpado muchas posesiones que le pertenecian.

El Papa Inocencio representó á Otton diciéndole que se mostraba injusto con la Iglesia romana; además le hizo amonestar por medio del arzobispo de Pisa; pero todo fué inútil. En el año 1210 se vió obligado á recurrir á las censuras el Papa Inocencio, que habia estado sosteniendo durante diez años al ingrato emperador. Redoblando entonces Otton las persecuciones, prohibió salir de sus Estados para ir á Roma, y justificó mas y mas las acusaciones del clero cuyas inmunidades violaba sin cesar. Por último, de acuerdo con los obispos reunidos en Concilio, el Papa declaró (1211) á todos sus súbditos absueltos del juramento de fidelidad. Al año siguiente, despues de haberle enviado hasta por cinco veces el abad de Morimond para concertar la paz, ofreciendo soportar los destrozos que Otton habia hecho en la Campania de Roma, con tal que este príncipe renunciase al proyecto de invadir la Pulla y la Sicilia, prohibió so pena de anatema reconocerle por emperador. Desde entonces comenzaron á decaer las cosas de Otton. Habia hecho muchas conquistas en la Pulla y en Calabria, y se lisongeaba con la esperanza de quitar aun la Sicilia al rey Federico por medio de un señor del pais, que con los sarracenos que tenia á sueldo ocupaba plazas muy fuertes en las montañas; mas obligado á volverse á Alemania para contener á sus pueblos, á quienes la injusticia de su causa habia sublevado, quedó tan abatido en Nuremberg, que llegó hasta ofrecer dejar la corona, que por lo demás tan difícil le era conservar ya por mas tiempo. Desde el año 1211, la dieta reunida en Coblenza habia reconocido por emperador á Federico; y este jóven príncipe fué inmediatamente á presentarse á Inocencio, que era su tutor, y de allí pasó á Alemania, donde fué coronado en Maguncia el 6 de diciembre de 1212.

De acontecimientos mas consoladores para la Religion era entonces teatro la España. Alfonso VIII rey de Castilla, y Alfonso IX rey de Leon habian declarado la guerra á Miramamolin Abou-Abdallá, el cuarto de los Almohades, el mismo cuya amistad buscaba Juan Sin-Tierra, y que reinada en España igualmente que en Africa; pero los infieles consiguieron al principio tan grandes ventajas, que se esparció el terror por toda la cristiandad (*a*). El Papa escribió á todos

(*a*) Estas ventajas que obtuvieron los moros bajo la conducta de Miramamolin, pertenecen al año 1195. Alfonso rey de Castilla, despues de sosegados los disturbios del reino ocurridos durante su borrascosa minoridad, recobró en pocos dias cuanto los moros habian usurpado en Castilla, y se apoderó además de la ciudad de Cuenca (1177), conquista que tenia una importancia á la vez militar, eclesiástica y política; militar por la situacion que la ciudad ocupaba y los altos muros que la circulan; eclesiástica por haberse convertido la mezquita mayor en templo cristiano y sido erigido en catedral; y política, en fin, porque agradecido el monarca castellano á la ayuda que le prestó don Alfonso II rey de Aragon, alzó allí á este la obligacion del feudo y homenaje que desde el tiempo del emperador reconocian los reyes de Aragon á los de Castilla. Arregladas despues algunas desavenencias con el navarro, se dedicó á poner órden en el gobierno interior de un reino, recorriendo y visitando las diversas comarcas de sus dominios, y mostrando su piedad con las donaciones y mercedes que hacia á las iglesias y monasterios ya fundándolos de nuevo ó reedificándolos, pudiéndose contar entre las principales fundaciones la de la ciudad y catedral de Plasencia (1186) y la del célebre monasterio de las Huelgas de Burgos (1187) famoso por su singular jurisdiccion. «Conócese, dice el señor Lafuente (parte II, lib. 2), que el clero era objeto preferente de su atencion y de sus liberalidades, puesto que así lo consignó en un solemne documento en que eximió á los eclesiásticos, fuesen obispos, abades ó simples clérigos, de todo servicio, pecho ó tributo que se pagase al rey, sin que por eso dejára de otorgar tambien fueros civiles á algunas ciudades y entre las cuales fué uno de los mas señalados el que dió á los vecinos de Santander, ciudad que repobló y cercó de muros, castillos y muelles, con un suntuoso palacio para su habitacion.» Infundiendo luego los ánimos de los españoles, y exhortándolos á reunirse y pelear contra los infieles, pasó al frente de un ejército numeroso las montañas de Sierra Morena, asoló en su tránsito el territorio de Sevilla y llegó con sus triunfantes armas hasta las playas de Algeciras. Desde allí, dice Conde

los obispos de España para que reuniesen todos los príncipes cristianos contra el enemigo comun. No pareciendo todavía iguales las fuerzas, envió el rey de Castilla al arzobispo de Toledo, con otros embajadores, á diferentes naciones para pedirles socorros. La Francia era siempre el recurso de la Religion en las ocasiones en que además del valor se necesitaba franqueza y generosidad prontas á ejecutar. Empeñó particularmente el Papa á los franceses de las provincias meridionales, como los mas vecinos al teatro de la guerra, á que participasen de la suerte de una batalla decisiva que debia darse por Pentecostés de este año de 1212, y á este fin les concedia las indulgencias de la cruzada. Muchos prelados partieron inmediatamente, acompañados de un ejército formidable, entre otros Arnaldo, legado de la Santa Sede contra los albigenses, el cual de abad del Cister habia pasado á la Silla metropolitana de Narbona, el arzobispo de Burdeos, y á pesar de la distancia de los lugares el obispo de Nantes en Bretaña. Juntáronse dos mil caballeros franceses con sus escuderos, diez mil sargentos de á caballo y cincuenta mil

(*part.* III, c. 51), escribió al emperador de Marruecos la siguiente arrogante carta: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso: el rey de los cristianos al rey de los muslimes. Puesto que segun parece no puedes venir contra mí ni enviar tus gentes, envíame barcos, que yo pasaré con mis cristianos donde tú estás, y pelearé contigo en tu misma tierra, con esta condicion, que si me vencieres seré tu cautivo y tendrás grandes despojos, y tú serás quien dé la ley; mas si yo salgo vencedor, entonces todo será mio y seré yo quien se la dé al islam.» Enfurecido con este atrevido reto el emperador Aben Yussuf, llamado *Miramamolin ó príncipe de los creyentes*, hizo leer la carta á todos sus cabilas, almohades, alárabes, zenetes y mazamudes, y todos como él centellearon de ira pidiendo venganza contra el audaz cristiano; y llamando á su hijo Cid Mohamed, su futuro sucesor, le mandó escribir al respaldo de la carta de Alfonso lo siguiente: «Dijo Alá Todopoderoso: revolveré contra ellos y los haré polvo de podredumbre con ejércitos que no han visto y de los cuales no podrán escapar, y los sumiré en profundidad y los desharé.» Aben Yussuf entregó la carta á un mensagero para que la llevase, mandó sacar la espada grande y el pabellon rojo, escribió á todas las provincias de Almagreb para que acudiesen al algihed ó guerra santa; y vinieron, dicen sus crónicas, los moradores de los altos montes y de los valles profundos de todas las regiones, ordenó sus taifas, y saliendo de Marruecos el 18 de Giumada primera 591 (1195) se embarcó aquella infinita muchedumbre para Algeciras, donde se detuvieron solo un dia, no queriendo el emperador dar lugar á que se enfriase el fervor de que parecian venir poseidos sus soldados para la que llamaban guerra santa.—Habíase retirado á Toledo el rey de Castilla, y con noticia de las inmensas fuerzas enemigas que venian sobre él, escribió apresuradamente pidiendo auxilio á los de Leon y Navarra, Aragon y Portugal, exponiéndoles que en ello iban la comun libertad y que la causa de la Religion debia sobreponerse á todas sus anteriores discordias. Prometiéronle aquellos príncipes ayudarle con todas sus fuerzas, y que ellos mismos irian á reunirse con él en Toledo. Pero viendo Alfonso que, en tanto que la inmensa morisma avanzaba, los reyes sus aliados retardaban su venida, se adelantó á observar la marcha de los almohades y se encontró con el grande ejército musulman cerca de Alarcos. Entonces, sin arredrarse por la superioridad de fuerzas del enemigo, le presentó batalla en 19 de julio de 1195, en la que fué derrotado don Alfonso, despues de haber hecho su ejército prodigios de valor, especialmente las órdenes militares, que por ello perdieron casi todos sus caballeros. En tan crítico estado emprendió una difícil retirada, y no paró hasta que con los restos de su ejército pudo guarecerse en Toledo. Perecieron en aquella funesta jornada veinte mil infantes y toda la flor de la caballería stellana, quedando tan ufanos los moros con su victoria, que talaron una gran parte de Castilla y amenazaron á los demás Estados cristianos de España. Añadióse aun para colmo de tamaña adversidad, que

los reyes de Leon y Navarra, aliados de Alfonso, trataron de vengarse indignamente de la afrenta que creian haber recibido por no habérseles esperado para la batalla, é invadieron hostilmente á Castilla al mismo tiempo que los moros se apoderaban de muchas y muy importantes plazas. Para terminar estas contiendas con el rey de Leon se acordó su matrimonio con doña Berenguela, hija del monarca castellano, matrimonio que segun dijimos en la nota anterior fué declarado nulo, pero del cual nació el ilustre San Fernando. Habíase además aliado don Alfonso de Castilla con don Alfonso II de Aragon llamado el Casto, el cual falleció á poco, en 26 de abril de 1196, con harto sentimiento de sus pueblos, y sus restos mortales fueron conducidos al monasterio de Poblet, que habia elegido para su sepultura legándole su real corona y la dominicatura de Vinaroz, desde cuya época fué dedicado aquel monasterio para las sepulturas de los reyes de Aragon como antes lo habia sido el de San Juan de la Peña.—Hechas pues las paces con los reyes de Aragon y Navarra, y tambien segun ya hemos dicho, con el de Leon, D. Alfonso de Castilla no pensó ya sino en prepararse para vengar la derrota de Alarcos, y principió desde entonces á levantar nuevos ejércitos y tomar todas las disposiciones necesarias que tan gloriosamente coronó luego la victoria en la memorable jornada de las Navas de Tolosa. Mariana, lib. 11, cap. 18; Ortiz, lib. 8, cap. 5 y 6; Lafuente, part. 2, lib. 2, cap. 11. (*N. del E.*)

de á pié. Asi llamaban á aquellos que servian en la guerra inferiores á los caballeros, como si se dijese sirvientes ó gentes de servicio.

Para atraer las bendiciones del cielo sobre las armas cristianas, el miércoles de Pentecostés 17 de mayo, se hizo en Roma una procesion solemne en el órden siguiente: Muy de mañana se juntaron las mugeres en la iglésia de Santa María la Mayor, el clero en la basílica de los doce Apóstoles, y los legos en la iglesia de Santa Anastasia; salieron luego cada uno de estos cuerpos para reunirse en la plaza de Letran. Al frente de las mugeres iban las religiosas, siguiendo despues todas las personas de su sexo, sin adorno alguno de oro ni seda, y con los pies descalzos en cuanto lo permitian sus fuerzas. Los monges y los canónigos reglares precedian al clero, y los hospitalarios á los legos. Al llegar todos á la plaza, el Papa la con los cardenales y obispos entró en la iglesia, tomó la verdadera Cruz, y se colocó sobre las gradas, desde donde hizo un sermon al pueblo; despues de lo cual las mugeres fueron á la iglesia de Santa Cruz á oir la misa que les dijo un cardenal, y el Papa la celebró en la basílica de Letran para que la oyesen todos los hombres, clérigos y legos, quienes fueron en seguida con los pies descalzos á Santa Cruz para implorar en ella de nuevo todos juntos el auxilio del Dios de los ejércitos en favor de su pueblo. Juntaron con la oracion las limosnas y un ayuno riguroso, sin comer pescado ni cosa alguna cocida; y todos los que pudieron ayunaron á pan y agua. Tambien en las demas naciones se esforzaron del mismo modo los fieles con plegarias, votos y buenas obras á hacer al Señor una santa violencia.

No fué vana su esperanza. Dióse la batalla el lunes 16 de julio en unas llanuras llamadas las Navas de Tolosa, cerca de los montes á quien dieron el nombre de Cadena de los Moros (Sierra Morena). Algunos historiadores y aun testigos oculares aseguran que en esta batalla la derrota fué tan completa, que perecieron cerca doscientos mil musulmanes, y que los cristianos solamente perdieron unos treinta hombres. El botin fué inmenso. El rey de Castilla Alfonso, que escribió al Papa Inocencio tan feliz nueva, le envió regalos magníficos, como señales de este rico botin (1). Causó sobre todo admiracion una tienda de seda, cuyo trabajo parecia un prodigio, con un estandarte tejido de oro, que fué colgado en la iglesia del Príncipe de los Apóstoles. Halláronse en esta victoria, ademas del rey de Castilla, los reyes de Navarra y de Aragon, muchos prelados y entre ellos Rodrigo de Toledo y Arnaldo de Narbona, y una multitud de clérigos, que todos cantaron el *Te Deum* en el campo de batalla con toda la alegría que debieron inspirar sucesos tan admirables (*a*).

---

(1) Innoc. III, *lib.* 15, *ep.* 182 *et* 183.

(*a*) Siendo tan memorable esta batalla, creemos conveniente añadir algunos pormenores á los que ya refiere nuestro autor, que no son muchos en verdad en lo relativo á nuestra España y al rey de Castilla que tuvo la principal parte en tan gloriosa accion. No podremos estendernos cuanto quisiéramos por no traspasar los límites de una nota; pero diremos lo bastante para que se forme alguna idea quien no pueda consultar la carta que el mismo don Alfonso VIII escribió al Papa Inocencio III contándole lo ocurrido, la relacion que de ello nos dejó el ilustrado arzobispo de Toledo don Rodrigo Gimenez de Rada, el historiador, que tan activa parte tomó en esta cruzada y batalla; y en una palabra, cuanto sobre esto dicen nuestros historiadores.

El rey de Castilla, congregados sus prelados y ricos-hombres en Toledo para deliberar la forma en que habria de ejecutarse tan importante campaña, habia designado aquella ciudad como la plaza de armas y el punto de reunion á que habian de concurrir asi las tropas de las diversas provincias como las estrangeras que venian á ganar las gracias espirituales concedidas por la Sede apostólica. Por Real edicto se prohibió á los soldados de á pie y de á caballo presentarse con vestidos de oro y seda, con arreos de lujo y con ornamentos supérfluos que desdijeran del ejercicio militar. Ya el obispo electo de Segovia, don Gerardo, enviado á Roma por don Alfonso, habia obtenido del Papa Inocencio tan buena acogida como se puede colegir de lo que hizo y mandó hacer en Roma el mismo Inocencio, y de las gracias espirituales que concedió á los que

Poco despues de esta espedicion memorable, en que se distinguió mucho Pedro, rey de Aragon, apenas habia llegado á su reino cubierto todavia de laureles, cogidos á manos llenas de los enemigos de la Religion, cuando los lazos de la carne y de la sangre le empeñaron en una empresa y en otros mil procedimientos muy inconsecuentes en un príncipe que acababa de defender su fé con peligro de la vida. El protector obstinado de los albigenses, Raimundo VI, conde de Tolosa, era cuñado de este monarca. Aferrado siempre en su afecto á estos odiosos sectarios, que le habian hecho ya perder todas sus plazas á escepcion de las dos solas ciudades de Tolosa y Montalban, se trasladó personalmente á Aragon é hizo al rey su cuñado la pintura mas patética del estado á que se veia reducido. «Aunque estoy pronto, le añadió, como ya frecuentemente lo he protestado y os lo protesto todavia, á hacer todo cuanto me fuere ordenado por el Papa, pongo en vuestras manos, prosiguió, mis Estados, ó por mejor decir mis títulos, mi hijo Raimundo vuestro sobrino, y mi esposa Leonor vuestra hermana, para que los defendais si los quereis bien, y sino para que ratifiqueis con vuestra propia mano el decreto de nuestra desgracia.»

Enternecido el rey, y atendiendo mucho menos de lo que debia á los intereses de la Religion, comenzó por escribir al Papa, á quien informó de los procedimientos del conde de Monforte y de las verdaderas disposiciones del de Tolosa; de manera que Inocencio entró, respecto de muchos capítulos, en los designios del rey de Aragon. Tambien intentó este príncipe sorprender á los prelados de la provincia Narbonense, que se habian juntado en Lavaur para responder á muchas proposiciones capciosas que les habia hecho. Pero no tardaron en conocer que el verdadero objeto era entre-

---

tomasen parte en esta cruzada, y de la escitacion que para ello dirigió á los príncipes, prelados y señores. Tambien la voz del ilustre prelado de Toledo don Rodrigo habia logrado enardecer los corazones de los príncipes cristianos de Europa, y multitud de guerreros de Francia, de Italia y de Alemania habian tomado la espada y la cruz, y marchaban camino de Toledo, ansiosos de tomar parte en la gran cruzada apostólica. Calcúlase vinieron sobre dos mil caballeros con sus pages de lanza, diez mil soldados de caballería y cincuenta mil de infantería. Déjase conocer cuán costoso seria el mantenimiento de tan numerosa hueste auxiliar estrangera para un reino empobrecido con tan incesantes luchas y devastaciones; á todo, sin embargo, atendia el monarca castellano, y para todo encontró recursos, asistiendo con veinte sueldos diarios á cada ginete y con cinco á cada infante de aquella milicia; cantidad prodigiosa para aquellos tiempos, dice un historiador. Compuesta de gentes tan diversas aquella muchedumbre y no tan disciplinada como poseida de celo religioso, creyendo acaso hacer una obra meritoria, acometió á los judios de Toledo que eran en gran número y asesinó una parte de aquellos israelitas «que, dice Lafuente, habian presentado con orgullo al conquistador Alfonso VI una carta auténtica de sus hermanos de Jerusalen en que constaba que ellos no habian tenido la mas pequeña parte en la muerte del hijo de José y de María.» Pudo esto haber producido un lamentable conflicto; pero el clero intervino y procuró apaciguar á todos. Fuese para evitar nuevos choques, ó por haber llegado el rey don Pedro de Aragon con sus tropas aragonesas y catalanas, y no bastar el recinto de la ciudad para albergar tan numerosas huestes, fué preciso que acamparan en las huertas y contornos de Toledo, á donde acudieron tambien caballeros leoneses y portugueses llevados del deseo de tomar parte en esta cruzada contra los enemigos de la fé, siquiera los príncipes de aquellos dos Estados por particulares y sensibles motivos no concurriesen á la guerra santa.—En tanto que por los cristianos se hacian todos estos preparativos, no se estuvo ocioso el emperador de los Almohades Mohammed Aben-Yacub, llamado Miramamolin el *Verde* ó el *rey Verde*, por ser de este color el trage que vestia. Además del inmenso ejército que ya habia traido á España, conmoviase toda el África con enérgicas exhortaciones á la guerra que á su vez los moros tambien llamaban santa, y acudian á la espedicion y esterminio de los cristianos los innumerables moradores de Mequinez, de Fez y de Marruecos, los que apacentaban sus rebaños en las praderas del Zahara, los habitantes de las orillas del Moluca y los de las inmensas llanuras de Etiopía, que con los de las tribus alárabes, zenetas, mazamudes, sanhagas, gomeles y los voluntarios que habia ya en España, junto con los almohades de Andalucía, formaban el mayor ejército que habia pisado jamás los campos españoles. — Mas nada bastó para intimidar al monarca castellano, quien reunidas las provisiones necesarias para el mantenimiento del ejército cristiano, provisiones que segun el arzobispo cronista que acompañaba la espedicion, eran trasportadas en setenta mil carros (otros dicen acémi-

tenerlos y consumir en conferencias inútiles un tiempo necesario para obrar; y asi dieron cuenta al Papa no solo de esta tentativa, sino tambien de otras acciones dolosas del rey Pedro, á quien el Papa escribió prohibiéndole formalmente proteger en lo sucesivo á los tolosanos.

Pero Pedro habia penetrado ya en Languedoc con tropas aragonesas tan capaces de reanimar el valor de los tolosanos como de apoyar poderosamente las negociaciones (1). Juntando el ardid con la fuerza, y hallándose el monarca aragonés frente del conde de Monforte, le propuso suspension de armas y conferencias, que dando á los negocios un aire de incertidumbre y de indecision, estenuasen y amortiguasen el celo y el fervor, impidiesen la llegada de refuerzos al ejército católico, y aun obligasen á las tropas veteranas á desbandarse. Los progresos del valeroso conde de Monforte, en medio de los obstáculos y contratiempos de toda especie que se oponian á sus designios, fueron una maravilla inconcebible. Apenas fué nombrado gefe de la cruzada, cuando se retiró una gran parte del ejército á consecuencia de una contienda suscitada entre el duque de Borgoña y el conde de Nevers. Por otra parte, el empeño de los cruzados de Languedoc no era mas que para seis semanas, cuando el de otros cruzados se estendia ordinariamente á un año. Además, la que se predicaba entonces para Tierra Santa, perjudicaba en estremo á las empresas de Monforte, el cual sin embargo no decayó nunca de ánimo. Este grande hombre se vió con frecuencia reducido á recurrir á sí mismo ó á su familia. La condesa su esposa, que era de la casa de Montmorency, cooperaba perfectamente á la capacidad y valor de su esposo. Se la vió muchas veces llevarle en persona refuerzos arrostrando mil obstáculos y emboscadas. Simon hizo armar caballero para

milas), emprendió su movimiento con toda la hueste cristiana el 21 de junio de aquel año 1212. Guiaba la vanguardia don Diego Lopez de Haro, y componian este cuerpo los auxiliares estrangeros, en número de unos diez mil caballos y cuarenta mil infantes. Seguian los reyes de Aragon y de Castilla en dos distintos campos para no embarazarse, acompañando al de Aragon D. Garcia Frontin obispo de Tarazona, D. Berenguer electo de Barcelona, el conde de Rosellon y su hijo, D. Garcia Romeu, D. Jimeno Corneí, el conde de Ampurias y otros señores, llevando el estandarte Real D. Miguel de Luesia; al rey de Castilla, cuya comitiva era la mas numerosa y brillante, acompañaban entre otros muchos distinguidos personajes, el historiador D. Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo; los obispos de Palencia, Sigüenza, Osma, Plasencia y Ávila; los caballeros templarios y los de San Juan, Calatrava y Santiago, al mando de sus respectivos grandes-maestres; don Sancho Fernandez, infante de Leon; los tres condes de Lara, don Fernando, don Gonzalo y don Alvaro, alferez mayor este último del rey; don Gonzalo Rodriguez Giron con sus cuatro hermanos que mandaban la retaguardia, etc. etc. Iban tambien muchos principales señores de Portugal, de Galicia, de Asturias y de Cantabria, y seguian la bandera Real de Castilla los concejos ó comunidades de San Esteban de Gormaz, de Aillon, de Atienza, de Almazan, de Soria, de Medinaceli, de Segovia, de Ávila, de Olmedo, de Medina del Campo, de Arévalo, de Valladolid, de Madrid, de Guadalajara, Huete, Cuenca, Alarcon y Toledo, quedando los demas guardando sus hogares y fronteras. Todos ansiaban llegase el momento de medir sus armas con las de los infieles; y por si el ardor de alguno se entibiaba, alli iban los prelados y los monges, unos con solo la cruz, otros con la cruz en una mano y la lanza en la otra, para recordarles que combatiendo á los mahometanos de Andalucía ganaban las mismas indulgencias que si pelearan contra los infieles de la Palestina.—Al tercer dia de marcha, 23 de junio, llegadas las tropas estranjeras á Malagon, atacaron este punto y lo tomaron por asalto, á pesar de la porfiada defensa que de él hicieron los musulmanes, todos los cuales fueron pasados á cuchillo. Ya aquí empezaron á entibiarse algunos de los estranjeros, creyendo haber hecho lo bastante y cumplido su voto y eso que aun no eran transcurridos los cuarenta dias por que parece se habian comprometido; púdose sin embargo persuadirles de su sinrazon y siguieron hácia Calatrava. Habian los moros cubierto de puntas de hierro el camino de Calatrava como el cauce del Guadiana, para que ni caballos ni infantes del ejército cristiano pudiesen pasar por allí sin herirse los pies; pero nuestros valientes supieron vencer estos y otros obstáculos y se pusieron sobre Calatrava que estaba defendida por el valiente Aben Cadis con su partida de sarracenos que eran el terror de la comarca. Fué sin embargo tomada por asalto la poblacion, y Aben Cadis y los suyos se refugiaron al castillo y enviaron á pedir socorro al emperador Mohamed; pero el sultan de los Almohades, entregado á la influencia de dos favoritos, el vazzir Abu-Said y otro hombre oscuro llamado Aben Mu-

(1) Petr. *hist. Alb. c.* 66, *etc.*

esta guerra á Amalarico su hijo primogénito, de donde en lo sucesivo su Estado principal tomó el nombre de Monforte el Amalarico. Con las pocas tropas que podia sostener, y los socorros casuales que recibia por intervalos de diferentes pueblos adictos á la fé de sus padres, con su perseverancia y buena conducta, se fué apoderando sucesivamente de la mayor parte de las plazas de los hereges. Esto mismo le debilitó en estremo, y se hallaba casi abandonado, cuando se vió en la precision de hacer frente así al rey de Aragon como á los sectarios cuya arrogancia se exaltó hasta lo sumo con estos socorros. El príncipe Luis de Francia tomó entonces la cruz, y muchos caballeros imitaron su ejemplo; pero los fuertes ataques que hubo de sostener dentro de breve tiempo el rey Felipe su padre contra el rey de Inglaterra, llamaron á otra parte el valor de este jóven príncipe y el de los que con él se habian cruzado.

El estado de languidez en que se hallaba la causa de la Iglesia animó el celo de dos virtuosos hermanos, ambos obispos, Manasses de Orleans y Guillermo de Auxerre. Cuanto menos ardor observaban en una cruzada que interesaba á los mismos domésticos de la fé y á la salvacion de la patria, tanta mas prisa se dieron en juntar todas las tropas que les fué posible y conducirlas por sí mismos al lugar de su destino. El conde de Monforte que los recibió en Carcasona, donde se hallaba con un puñado de soldados, miró su llegada como una señal de los favores del cielo. Sin embargo, á fin de evitar en lo posible la efusion de sangre cristiana, envió algunos eclesiásticos al rey de Aragon para recordarle las intenciones del Sumo Pontífice, y exhortarle de nuevo á no proteger á los enemigos de la fé que él profesaba como los cruzados. El rey no hizo uso de la dilacion que llevaba consigo esta negociacion mas que para

---

neza, no llegó á saber el apuro de Calatrava que le ocultó Abu Said, envidioso de la gloria que entre los suyos gozaba el caudillo andaluz. Permitíalo así Dios para con las desavenencias de los infieles ir preparando el triunfo de los cristianos. Viéndose pues Aben Cadis sin esperanza de auxilio ofreció rendirse por capitulacion, saliendo libres él y sus soldados. Inclinábanse á concederla los reyes de Aragon y de Castilla con los nobles y barones de uno y otro reino; pero se oponian los estrangeros, empeñándose en que todos habian de ser degollados. Prevaleció sin embargo el parecer de los españoles, si bien con la modificacion de que los infieles saliesen desarmados. A pesar de esto todavía los estrangeros intentaron lanzarse sobre ellos y pasarlos á cuchillo, pero los generosos monarcas españoles, fieles á su palabra, libertaron de aquel ultraje á los sarracenos escoltándolos hasta ponerlos en seguro. El rey don Alfonso de Castilla entregó la poblacion y castillo á los caballeros de Calatrava de quienes antes habia sido y repartió los inmensos almacenes y riquezas que allí se hallaron entre los aragoneses y los estrangeros, sin reservar cosa alguna ni para sí ni para los suyos. Esto no obstante, no quedaron contentos los estrangeros, y á pretesto de que no se les daba todo el botin y alegando además lo caluroso de la estacion, volvieron á renovar sus quejas y acordaron retirarse y volverse á su pais, sin que para detenerlos bastaran los muchos esfuerzos que para ello hicieron los monarcas españoles: solo quedaron Arnaldo, arzobispo de Narbona, y Teobaldo Blascon, de Poitiers, español de nacimiento. Cuando los desertores pasaron por las inmediaciones de Toledo, quisieron entrar en la ciudad; pero los toledanos les cerraron las puertas, y desde los muros les denostaban llamándolos cobardes, desleales y excomulgados.—Harto sentimiento causó tan numerosa desercion en el ejército cristiano, el cual quedaba con ella grandemente debilitado. El cielo, sin embargo, pareció quererles consolar de esta pérdida y premiar su ardor y su constancia que no por ella flaquearon, pues se les apareció allí un refuerzo con que no contaban; era el rey de Navarra, que venia á tomar parte en la cruzada seguido de un brillante ejército. Supo el Miramamolin de los Almohades la desercion de los cruzados estrangeros, y causóle tal alegría que creia ya segura la destruccion de los adoradores de la cruz; pero no advertia que si el Señor permitió esto en el campamento cristiano, la division cundia en el mahometano y que el mismo Miramamolin con su orgullo la fomentaba. Dijimos ya que envidioso el favorito Abu Said de la gloria que alcanzaba el defensor moro de Calatrava Aben Cadis, no quiso enviarle auxilio y ni aun informar al sultan del apuro en que se hallaba. Llegado pues Aben Cadis al cuartel de Miramamolin quiso presentarse á él; pero aconsejado éste por Abu-Said ni siquiera quiso oirle y aun no contento con esto le mandó degollar; cosa que indignó tanto á los moros andaluces que se quejaron de ello amargamente y se mostraron públicamente tan resentidos que noticioso de ello el emir llamó á su presencia á los gefes y les dijo con acritud y altanería que hicieran cuerpo á parte, que para nada los necesitaba.—En tanto el ejército

aumentar sus tropas y proporcionar el medio de pagarlas. En fin, el 10 de setiembre de 1213 llegó al frente de un ejército muy numeroso, acompañado de los condes de Tolosa, de Fox y de Cominges; es decir, de los tres mas decididos fautores de los maniqueos, y puso sitio á Muret, ciudad situada en el Garona, á tres leguas mas allá de Tolosa. El valiente y religioso Monforte, seguido de siete obispos y de tres abades, no dejó de adelantarse con cuantas tropas pudo juntar, á fin de socorrer la plaza, donde tuvo el valor y la felicidad de encerrarse.

Al dia siguiente muy de mañana se confesó é hizo su testamento. Todos los obispos se dirigieron luego á la iglesia, y uno de ellos celebró la misa, durante la cual excomulgaron todos juntos á los condes de Tolosa y de Fox, á los príncipes sus hijos, al conde de Cominges, y en general á todos los fautores de la heregía, sin señalar en particular al rey de Aragon, cuyo nombre suprimieron por respeto. El jueves 12 de setiembre, al prepararse los cruzados al combate, el piadoso obispo Foulques de Tolosa se revistió de sus ornamentos pontificales y se encaminó á ellos llevando en la mano un pedazo de la verdadera cruz. Todos los que estaban á caballo se apearon por reverencia; los mas cercanos adoraron la cruz unos tras otros, y el resto de las tropas recibió la bendicion. Al propio tiempo el obispo de Cominges los exhortó en estos términos: «En nombre de Jesucristo, marchad con valor y con santa confianza. El que muriere en esta batalla, no pongais la menor duda que recibirá la corona del martirio, y entrará en el reino de los cielos sin pasar por el Purgatorio, con tal que vaya contrito y confesado, ó tenga á lo menos con un vivo dolor de sus culpas deseo sincero de confesarlas á un sacerdote, luego que le fuere posible.» Los otros obispos

---

cristiano, despues de la desercion de los estranjeros, poniendo mas y mas su confianza en Dios, prosiguió la marcha hasta Alarcos, lugar de funestos recuerdos para el rey de Castilla don Alfonso VIII por la derrota allí sufrida pocos años antes, pero ahora de feliz augurio para la batalla que preparaba, porque ahora al llegar á Alarcos huyeron á su vista los moros y él entró triunfante. Reunido ya tambien el ejército de Navarra, avanzaron los tres monarcas hasta Salvatierra, en cuyas inmediaciones pasaron revista á sus tropas, quedando altamente satisfechos del comportamiento de sus soldados y del ardor de que estaban poseidos. Llegaba ya al puerto de Muradal el ejército cristiano, cuando en 12 de julio una fuerte avanzada de caballería enemiga salió á impedirle el paso; pero don Diego Lopez de Haro con su hijo Lope Diaz y sus sobrinos Martin Nuñez y Sancho Fernandez, visera calada y lanza en ristre los atacaron á escape y sostuvieron con ellos una vigorosa refriega, y aunque acometidos por otro cuerpo musulman que guardaba una de las angosturas, lograron los cristianos apoderarse de la fortaleza de Castro Ferral, á la parte oriental de las Navas. Al anochecer llegaron los tres reyes al pié de la montaña con el grueso del ejército; quedaba, empero, por vencer el paso mas difícil y formidable, el llamado de la Losa, defendido por la innumerable muchedumbre mahometana. Colocados los moros entre riscos que les servian de parapetos casi inexpugnables, y encajonados á su vez los cristianos entre desfiladeros y angosturas que impedian desplegar su caballería, era sumamente crítica y apurada la situacion de estos. Túvose consejo para deliberar lo que convendria hacer. Unos opinaban por desalojar á todo trance de su posicion al enemigo; pero otros conociendo la imposibilidad que para esto ofrecian aquellas asperezas, estaban por la retirada. Opusiéronse á este último dictámen los reyes de Castilla y Aragon, persuadidos del mal efecto que haria en el ánimo del soldado esta retirada y alentados además con la confianza que en Dios habian puesto; confianza que por cierto no se vió frustrada. En efecto; cuando se hallaban en tan grande conflicto socorrió es Dios por el camino mas inesperado, segun acostumbra hacer para que el hombre no se envanezca y para que aprenda á confiar en Dios y en su gran poder. Mientras en tan congojosa perplejidad se hallaban los cristianos presentóse de improviso en sus Reales un hombre desconocido de todos (alguna historia dice se llamaba Martin Halaja), en trage de pastor ó aldeano, bastante despreciable en hábito y persona y sin ser preguntado dijo que con motivo de haber apacentado mucho tiempo sus ganados por aquellas sierras conocia muy bien todas las sendas y veredas y sabia una por donde el ejército cristiano podia subir, sin ser visto del enemigo ó sin que pudiera estorbarlo aunque lo viera, hasta la cumbre misma de la sierra, donde hallaria un sitio á propósito para la batalla. Tan increible parecia esta noticia que recelaban fuese algun ardid del enemigo; pero como por otra parte, era tan útil y ventajosa para los cristianos, caso de ser cierta, se creyó conveniente hacer una esploracion del terreno llevando al pastor por guía. Encomendóse esta arriesgada empresa á don Diego Lopez de Haro y á

confirmaron estas promesas; luego entraron en una iglesia vecina con sus clérigos, y en voz alta mezclada de sollozos y gemidos rogaron por el buen éxito de la accion, cuyo esplendor, poco diferente del de los milagros, no tardó en manifestar que sus súplicas habian sido atendidas.

Dícese que Simon de Monforte hizo una

---

don García Romeu, caballero aragonés, los cuales caminando por uno de los costados de la montaña, hallaron despues de algunos rodeos una estensa planicie como de diez millas, capaz por consiguiente de contener todo el ejército, variada con algunos collados y como fortalecida por la naturaleza y resguardada por el arte á modo de un anfiteatro. Estas llanuras eran las Navas de Tolosa que luego habian de dar su nombre á la batalla. Era exacto por consiguiente cuanto habia dicho el pastor, el cual parece que luego que hubo mostrado el camino desapareció y no volvió á ser visto, lo cual dió márgen á creer si sería algun ángel aparecido en forma de pastor y aun algunos escritores dijeron años adelante que habia sido San Isidro Labrador, el ahora patron de Madrid. Como quiera que sea, el hecho fué providencial y no puede menos de verse en él la mano de Dios que de un modo tan inesperado sacaba á su pueblo de la pena en que se veia.—Gozosos los esploradores regresaron al campamento con tan fausta nueva, y al siguiente dia (sábado 14 de julio), los tres reyes armados ya con la Penitencia y Eucaristía, y lo mismo el ejército con la absolucion de los obispos, movieron el campo por la nueva desconocida senda hasta llegar al llano. Con esto abandonó nuestra guarnicion el castillo de Ferral como ya inútil y lo volvieron á ocupar los moros, imaginándose que los cristianos, como no pasaban por la garganta de la Losa, huian amedrentados. Pero no tardaron en desengañarse, cuando con la mayor sorpresa vieron aparecer al ejército cristiano en lo alto del puerto plantando allí sus tiendas. El 15 de julio, que era domingo, presentóles la batalla el Miramamolin Mohammed, como ya lo habia hecho el dia anterior; pero el ejército cristiano, asi por ser domingo como por tomarse tiempo para descansar y reconocer el terreno, no quiso aceptarla entonces, ya que la ventaja de su posicion le brindaba á ello. Ufano con esto el rey moro, creyó que era miedo y cobardía, y al momento escribió á Baeza y á Jaen diciendo que tenia asediados á los tres reyes y sus ejércitos, y que no tardaria tres dias en hacerlos prisioneros á todos. ¡Desdichado! no sabia la triste suerte que le estaba reservada. Los nuestros entretanto se ocupaban en disponer lo necesario para la batalla, y los prelados y clérigos en exhortar á los soldados é inspirarles un santo y religioso fervor. A poco mas de media noche los heraldos hicieron resonar á voz de pregon en las tiendas cristianas la órden de prepararse á la guerra del Señor por medio de la confesion y de las oraciones. Gefes y soldados asistieron devotamente al santo sacrificio de la misa; todos oraron, y muchos con los tres reyes confesaron y comulgaron; animábanse unos á otros, y asi preparados con las prácticas y ejercicios piadosos, aguardaban impacientes la hora del alba, en que el rey de Castilla dió órden de ensillar los caballos y empuñar las ballestas, lanzas y adargas. Resonaron las trompetas y atambores y todo el campo se puso en movimiento. Todos querian pelear en vanguardia, el aguerrido veterano Dalmau de Crexel, catalan del Ampurdan, fué el encargado de ordenar las haces, y se formaron cuatro cuerpos ó legiones. Al romper el alba del dia 16 de julio, cristianos y moros se hallaban puestos en órden de batalla. Mandaba la retaguardia y centro, y en cierto modo el ejército cristiano todo entero, el rey D. Alfonso de Castilla, y ondeaba su estandarte, en que se veia bordada la imágen de la Virgen, el alférez D. Alvar Nuñez de Lara. El ejército musulman formaba una media luna y estaba repartido en cinco divisiones. Los voluntarios de las tribus del desierto constituian la vanguardia; los Almohades tremolaban en el centro sus vistosos pendones, y á retaguardia formaban los andaluces. La tienda del califa estaba rodeada de un círculo de diez mil negros de horrible aspecto, cuyas lanzas clavadas en tierra verticalmente hacian como un parapeto inexpugnable, y á mayor abundamiento resguardaba aquel cuadro un estenso semicírculo formado de gruesas cadenas de hierro con mas de tres mil camellos puestos en línea. Dentro de esta especie de castillo estaba el emir Mohammed vestido con el manto que solia llevar á las batallas su abuelo Abdelmumen, teniendo á sus pies un escudo, á su lado un caballo, en una mano la cimitarra y en otra el Coran, cuyos capítulos leia en alta voz recordando á los suyos la promesa del paraiso que su falso profeta prometia á los que morian por su doctrina.—Comenzaba el sol á dorar las altas colinas de Sierra Morena, cuando en ambos campamentos oyóse un sordo murmullo, anuncio de que iba á dar principio la batalla. Jamás en cinco siglos se habia visto reunido en España tanto número de combatientes; al menos por parte de los musulmanes, segun sus mismos historiadores, «nunca antes rey alguno habia congregado tan inmenso gentío, pues iban en aquel ejército ciento sesenta mil voluntarios entre caballería y peones, y trescientos mil soldados de escelentes tropas almohades, alárabes y zenetas, siendo tal la presuncion y confianza del emir en esta muchedumbre de tropas, que creia no habia poder entre los hombres para vencerle (Conde, *p.* 3, *c.* 55).» Serian los cristianos como la cuarta parte de este número, y bien era necesario que al número supliese el ardor y la fé. Suenan los atabales y clarines en uno y otro campo, y dada asi la señal del combate, moros y cristianos se arrojan con igual ímpetu y coraje á la pelea. El valiente D. Diego Lopez de Haro fué el primero de los nuestros en acometer con los caballeros de las órdenes y los concejos de Castilla; pero atacados por los voluntarios musulmanes en número de 160,000, no fué posible á los nuestros resistir la primera embestida de los infieles con sus largas y agudas lanzas. Cuéntase que don Sancho Fernandez de Cañamero que llevaba el pendon de Madrid con un oso pintado huyó con él en vergonzosa retirada, hasta que encontrado por el rey de Castilla le obligó lanza en ristre á volver otra vez rostro al enemigo y á recobrar el honor de su bandera. A su vez D. Diego Lopez, blandiendo su robusta lanza tantas veces teñida en sangre enemiga, auxiliado de los de Calatrava, y resguardado con su armadura de hierro, metíase por entre los infieles y se cebaba en matar. No obstante, envalentonados los moros con el

salida al frente de mil doscientos guerreros intrépidos, sorprendió al rey de Aragon en medio de cien mil hombres, y le quitó la vida con su mano, lo que infundió tal terror en sus tropas que se dispersaron, sin ser posible á los oficiales reunir siquiera cincuenta hombres. A lo menos está fuera de toda duda que este héroe ganó en Mu-

éxito de la primera carga volvieron á acometer con nuevo brio y rompieron las filas de los navarros; y aunque acudió con oportunidad el rey D. Pedro con sus aragoneses, lograron todavía algunos audaces moros penetrar hasta cerca de donde estaba el rey de Castilla, el cual á vista de aquello, aunque sin inmutarse, *nin en la color, nin en la fabla, nin en el continente*, dice la Crónica, se dirigió al arzobispo D. Rodrigo y le dijo en alta voz: *Arzobispo, yo é vos aqui muramos*; á lo cual contestó: *Non quiera Dios que aqui murades; antes aqui habedes de triunfar de los enemigos.* Entonces dijo el rey: *Pues vayamos á prisa á acorrer á los de la primera haz que están en grande afincamiento.* En vano Fernan García se avalanzó á la brida del caballo del rey para contenerle y evitar que se metiera en el peligro; en vano le decia: *Señor, id paso que acorrer habrán los vuestros*; el monarca castellano, al ver á un clérigo que revestido con casulla y llevando una cruz en la mano venia ya desalentado y perseguido por un peloton de moros que así se burlaban de su pusilanimidad como denostaban al sagrado signo que en la mano traia y le apedreaban, apretó los hijares á su caballo, y encomendándose á Dios y á la Vírgen y blandiendo su lanza, dióse á correr contra los atrevidos infieles, siguiéndole todas sus tropas con los obispos y clérigos. Don Domingo Pascual canónigo de Toledo y crucero del arzobispo, impelido de divino celo, atravesó dos veces el ejército mahometano, sin que las innumerables saetas y dardos que le tiraron le hiciesen daño ni le tocasen, ni tampoco le cerrase el paso ni le oprimiese la inmensa caballería, mayormente estando tan apretada que apenas podia maniobrar para su defensa. Con esto entusiasmó de tal modo á los cristianos, que todos arremetieron desesperadamente, derribando cuanto se les ponia por delante, haciendo perder á los sarracenos el terreno que habian ganado, hasta llegar cerca de la guarida de Mohammed. Entonces Abu Said que mandaba los voluntarios, mandó á los escuadrones andaluces avanzar en socorro de los almohades y africanos que sostenian todo el peso de la batalla y morian ya á millares heridos por las lanzas castellanas; pero aquellos, que segun ya dijimos estaban resentidos de la muerte dada al caudillo andaluz Aben Cadis, habian jurado vengarse del emperador y su vazzir, y picados tambien de verse colocados á retaguardia y formando cuerpo á parte como si no perteneciesen al ejército musulman, en vez de acudir al llamamiento de Abu-Said, volvieron riendas, y como si les sirviese de satisfaccion el destrozo que los cristianos comenzaban á hacer en sus rivales, se alejaron del campo entregando á sus correligionarios á su propia suerte. Desde este momento el combate sostenido hasta entonces con valor por los almohades se convirtió en un degüello general de aquella inmensa morisma. Quedaba no obstante íntegro, dice el señor Lafuente, el parapeto de los diez mil negros que circundaba y defendia la tienda de Miramamolin. Multitud de caballeros cristianos cargó con brío sobre aquellas murallas de picas; pero los hombres de atezado rostro, encadenados entre si é inmóviles como estátuas esperaron á pie firme la arremetida de los cristianos cuyos caballos quedaban ensartados en las agudas puntas de sus largas y erizadas lanzas. Pronto envistió la acerada balla otra muchedumbre de caballeros que pertrechados con bruñidas corazas, calada la visera que cubria su rostro, empujaban sus ferrados cuerpos con la misma confianza que si fueran invulnerables contra la falange inmóvil de los apiñados etíopes, cuya negra tez y horribles gesticulaciones provocaban mas la rábia de los guerreros cruzados. Pero á pesar de los esfuerzos de tantos campeones, los feroces negros con bárbara inmovilidad, bien que los grilletes los tenian como tapiados, dejábanse degollar, pero ni intentataban ni podian avanzar ni retroceder. El baluarte necesitaba ser roto ó saltado como un muro. Pero Dios tenia dispuesto que nada habia de haber inespugnable para los soldados de la cruz en aquella jornada. De repente mil gritos de aclamacion levantados á un tiempo en las filas españolas anunciaban haber ocurrido alguna novedad feliz; y en efecto: en medio del palenque de los bárbaros mahometanos descollaba un ginete tremolando el pendon de Castilla; era don Alvar Nuñez de Lara, que impulsado de su arrojo y ayudado de su fogoso y altísimo corcel, obediente al acicate, habia salvado de un prodigioso salto el acerado parapeto y corbeteando en medio de los enemigos con orgullosa alegría, como si estuviese dotado de inteligencia, parecia anunciar ya y regocijarse de la victoria. El ejemplo de Lara estimuló á otros caballeros; pero espantados los caballos vuelven las ancas hácia las filas, y cozeando contra las puntas de las lanzas parecia significaban á sus dueños la manera cómo se podia romper aquel baluarte; entonces los ginetes dando estocadas de revés lograron abrirse paso; pero al penetrar en el círculo se encontraron allí ya al rey de Navarra que rompiendo la cadena por otro lado habia entrado acaso antes que Nuñez de Lara. Al navarro siguieron varios tercios aragoneses como al abanderado de Castilla los castellanos, y ya entonces todo fué destrozo y mortandad en los obstinados negros que caian á centenares y aun á miles sin rendir las armas y blasfemando de los cristianos y de su religion en su algaravía grosera. El Miramamolin Mohammed, que á la sombra de un lujoso pabellon leia el Coran durante la pelea, cuando oyó los gritos de victoria de los cristianos y vió que faltaba poco para que llegaran á su tienda soltó el libro y pidió el caballo. «Monta, le dijo un árabe que cabalgaba en una yegua; monta, señor, en esta castiza yegua que no sabe dejar mal al que la cabalga, y quizá Dios te librará, que en tu vida consiste la seguridad de todos. Y no te descuides, añadió, que el juicio de Dios está conocido, y hoy es el fin de los muslimes.» Y montó el antes orgulloso emir, y dirigióse á todo escape á Jaen acompañándole el alárabe en un caballo, «y huyeron, dicen sus crónicas, envueltos en el tropel de la gente que huia, miserables reliquias de sus vencidas guardias.» Los cristianos persiguieron á los fugitivos hasta cerrada la noche; el rey de Castilla habia mandado pregonar que no se hiciesen cautivos, y en su virtud se cebaron los cristia-

ret una victoria de las mas brillantes que menciona la historia (1). Los obispos que se hallaban presentes, escribieron llenos de admiracion una carta á todos los fieles (2). «Los montones de enemigos, dicen entre otras cosas, que han quedado en el campo de batalla son tan grandes y tantos, que es imposible saber el número: de los nuestros

nos en la matanza hasta dejar tan espesamente sembrados de cadáveres todos aquellos campos que apenas podian dar un paso por ellos los mismos vencedores. El arzobispo de Toledo, volviéndose al rey de Castilla, le dijo con noble y digno continente: «Acordaos, señor, que el favor de Dios ha suplido á vuestra flaqueza, y que hoy os ha relevado del oprobio que pesaba sobre vos. No olvideis tampoco que al ausilio de vuestros soldados debeis la alta gloria á que habeis llegado en este dia.» Despues de esta vigorosa alocucion que revela el ascendiente del venerable prelado sobre el monarca, el mismo arzobispo, acompañado de los obispos castellanos Tello de Palencia, Rodrigo de Sigüenza, Menendo de Osma, Domingo de Plasencia y Pedro de Ávila, entonó con voz conmovida sobre aquel vasto cementerio el *Te Deum laudamus*, á que respondió toda la milicia llorando de gozo.—En cuanto al número de musulmanes muertos en la memorable jornada de las Navas de Tolosa, que los árabes llaman la batalla de Alacab (la colina), ascendió, segun el arzobispo don Rodrigo, á cerca de doscientos mil, al paso que el de los cristianos apenas si llegó á veinticinco. Los mismos árabes en sus crónicas dicen, segun refiere Conde, que «los cristianos los envolvieron con sus escuadrones haciendo en ellos atroz matanza... y perecieron inumerables voluntarios: de todos dieron cabo, hasta el último soldado murió peleando.» Y mas adelante: «siguieron los cristianos al alcance y duró la matanza en los muslimes hasta la noche... hasta no dejar uno vivo de tantos millares.» En este memorable dia todos pelearon con heróica bravura, castellanos, navarros, aragoneses, leoneses, vizcainos y portugueses. «Si quisiera contar, dice el arzobispo historiador, testigo y actor en aquella batalla, si quisiera contar los altos hechos y proezas de cada uno, faltaríame mano para escribir antes que materia para contar.» Sobre todo se distinguieron los tres reyes peleando como simples soldados y lanzándose los primeros al peligro. Fueron inmensos los despojos que se recogieron, multitud de cargas de camellos y de bestias de carga, infinitas vituallas; y lanzas, adargas en tanto número que á pesar de no haberse empleado en dos dias enteros otra leña para el fuego y para todos los usos del ejército vencedor que las astas de las lanzas y flechas agarenas, apenas pudo consumirse una mitad; incalculable fué tambien el botin de oro y plata, de tazas y vasos preciosos, de ricos albornoces y finísimos paños y telas, gran cebo y tentacion de pillage para la soldadesca si no la hubiera contenido la excomunion con que el prelado de Toledo habia conminado á los que se entretuvieran en pillar el campo enemigo. Todo era recogido por mano de los esclavos (dice el señor Lafuente; Mariana cuenta que se prefirió dejar á cada cual coger lo que le acomodare y pudiere), y el generoso rey de Castilla lo distribuyó despues entre los navarros y aragoneses, dejando para sí y sus castellanos ó ninguna ó la mas pequeña parte, y contentándose con recoger el mas rico de todos los despojos, la gloria. La lujosa tienda de seda y de oro del gran Miramamolin fué á la capital del orbe católico á servir de trofeo en la gran basílica de S. Pedro, segun ya refiere arriba nuestro historiador; Burgos conservó la bandera del rey de Castilla, Toledo los pendones ganados á los infieles, y con razon el rey de Navarra añadió al escudo bermejo de sus armas cadenas de oro atravesadas en campo de sangre, con una esmeralda que ganó tambien en el despojo, como en memoria de haber sido el primero á saltar las cadenas que ceñian el campamento enemigo.—A vista de tan prodigiosa victoria nada estraño es se contára haber habido varios milagros en aquella batalla; contábase que una cruz roja semejante á la de Calatrava se habia aparecido en el cielo durante la pelea; que en medio de tanta mortandad y carnicería de agarenos no se habia encontrado en el campo rastro ni señal de sangre; que los moros se habian quedado aterrados y sin accion al mirar el pendon de Castilla con el retrato de la Vírgen, y otros prodigios semejantes. Como quiera que sea, no puede menos de verse la mano de Dios en este memorable suceso. «La verdad es, dice el P. Mariana, que esta victoria nobilísima y la mas ilustre que hubo en España, se alcanzó no por fuerzas humanas, sino por la ayuda de Dios y de los Santos. Las plegarias y oraciones con que los procuraron aplacar por todo el mundo fueron muchas, principalmente en Roma.» «Vióse claro, dice Ortiz hablando de la huida de Miramamolin, que quiso Dios sobreviviese á su derrota y viese humillada su vana soberbia.... Muchas circunstancias concurrieron en esta victoria que la hicieron prodigiosa y admirable; pero dos en particular deben tenerse por milagrosas» (el aparecimiento del pastor que enseñó el camino y lo ocurrido con el canónigo Pascual, crucero del arzobispo de Toledo). «... Harto prodigio fué, dice el señor Lafuente, tan solemne y completo triunfo ganado contra el mayor ejército que habian podido congregar jamás los orgullosos sectarios del Profeta. Con fundamento, pues, se instituyó en toda España en memoria de tan gran suceso la fiesta que todavia celebra todos los años el 16 de julio con el nombre del *Triunfo de la Cruz*; fiesta que con particular solemnidad se celebra anualmente en Toledo llevando en procesion los pendones ganados en la memorable jornada de las Navas.» Dispénsesenos pues en gracia de tan prodigioso suceso si en relatarlo hemos escedido los límites de una nota.

A los tres dias del combate y despues que los reyes acopiaron y distribuyeron á las tropas el inmenso despojo de los reales enemigos y se emplearon la muchedumbre de víveres y municiones hallados en el campo y alrededores, ocuparon sin oposicion las fortalezas de Ferral, Baños, Bilches y Tolosa. Siguió luego el ejército vencedor, todavía reunido, el camino de Andalucía hasta Baeza, que halló abandonada de los moros retirados á Úbeda que era plaza mas fuerte. Creyeron estos podian defenderse y defenderla; pero les engañó su confianza. El viernes 20 de julio fué sitiada Úbeda por los nuestros, y el 23 hubo ya de rendirse y entregarse salvas las vidas. Su breve

(1) Petr. *cap.* 71 *et* 72.
(2) *Id.* 73; *Tom.* 11. *Conc. p.* 99.

no ha habido mas que un solo caballero muerto y muy pocos sargentos. Nosotros los obispos de Tolosa, de Nimes, de Uzés, de Lodeve, de Beziers, de Agde, de Cominges, con los abades de Clairac, de Vallemagna y de Santiberi, certificamos ser cierto todo lo espuesto.» El cuerpo del rey de Aragon, hallado desnudo en el campo de batalla, fué reconocido y enterrado por los caballeros de San Juan, á los cuales habia hecho mucho bien. Dejaba por sucesor á un hijo de solos cuatro años que cayó en manos del conde de Monforte, pero le dió libertad á instancia del Sumo Pontífice, y reinó con el nombre de Jaime I (*a*).

---

rendicion se debió á un intrépido aragonés, Juan de Mallen, que parece era page de lanza de don Lope de Luna, el cual tuvo resolucion de subir al muro en una escala de mano á vista de los moros que coronaban armados las almenas. Abandonaron tambien á Úbeda los enemigos, quedándose muchos de ellos cautivos de los caballeros de las órdenes, quienes los emplearon en reedificar iglesias; y no teniendo nuestros reyes gentes de que poblarla, demolieron sus muros y fortalezas. Los ardientes calores que sobrevinieron causaron enfermedades en el ejército, y en su vista determinaron los reyes emprender la retirada de Andalucía. En Calatrava encontraron al duque de Austria que venia con gran séquito á tomar parte en la guerra santa y ganar las indulgencias en ella concedidas; mas no siendo ya necesario volviése desde allí con el rey de Aragon, así como los de Navarra y Castilla se encaminaron á Toledo, donde fueron recibidos procesionalmente por el clero y pueblo entusiasmados, dirigiéndose todos á la iglesia catedral á dar gracias á Dios por la victoria que habia concedido al ejército cristiano. A los pocos dias el rey de Navarra se despidió del de Castilla, el cual en agradecimiento le devolvió quince plazas de su reino que le habia tomado y que con diversos pretestos retenia en su poder.—En cuanto á Miramamolin, despues de haber desahogado su rabia en Sevilla haciendo decapitar á los principales jeques andaluces, á cuya defeccion atribuia la derrota sufrida, pasó á Marruecos donde avergonzado de sí propio y despreciado de los suyos se ocultó en su alcázar, esforzándose en vano en templar con los vicios y deleites á que se entregó la amargura que le devoraba, y dejando el cuidado del gobierno á su hijo Cid Abu-Yacub, á quien juraron obediencia los Almohades, apellidándole Almostansir Billah. Así vivió Mohammed (el rey verde) hasta el 1213 en que murió envenenado.

Por su parte el rey de Castilla, mal avenido con la ociosidad se propuso en el año siguiente (1213) continuar sus conquistas en Andalucía, á pesar de la peste y hambre que asolaban aquellas provincias; tomó á Dueñas, Alcañiz y otras varias plazas, y hubiera continuado sus conquistas á no haberle arrebatado la muerte en la aldea de Gutierre Muñoz, á dos leguas de Arévalo, donde despues de recibidos de mano del arzobispo don Rodrigo los Santos Sacramentos, falleció el dia 6 de octubre de 1214, á los cincuenta y siete años de edad y casi cincuenta y cinco de reinado. Este monarca, célebre por su valor, su firmeza de carácter y sus triunfos, se hizo amar de sus súbditos por su desinterés y generosidad, al mismo tiempo que le respetan todos los pueblos y todos los soberanos por la elevacion de su alma y la nobleza de sus sentimientos. Siempre activo y laborioso, defendió su reino combatiendo los enemigos del nombre cristiano; ilustró la Religion mostrándose invariablemente hijo sumiso de la Iglesia; fué amigo y protector de las letras y artes, como lo manifestó, fundando la Universidad de Palencia; y por fin, Alfonso VIII, llamado el Noble, fué uno de los mas grandes príncipes que ha tenido España, y así como al nombrar á Alfonso VI se añade siempre *«el que ganó á Toledo,»* así al nombre de Alfonso VIII acompaña siempre la frase *«el de las Navas;»* que fueron los dos grandes triunfos que decidieron de la suerte de España y prepararon su libertad. Sus mortales restos fueron conducidos al monasterio de las Huelgas que él habia fundado; y terminados los regios funerales fué alzado y jurado rey de Castilla su hijo el infante don Enrique, bajo la tutela de doña Leonor su madre, pues él no tenia mas de once años. Mas como doña Leonor, agoviada por el dolor de la pérdida de su esposo, solamente le sobreviviese 25 dias, quedó el rey niño bajo la regencia y tutela de doña Berenguela, su hermana mayor, con arreglo á las disposiciones testamentarias de sus padres y por la voluntad de los prelados y señores de Castilla. Véanse Mariana, lib. 11; Ortiz, lib. 8, cap. 9; y Lafuente, part. 2, lib. 2.

(*N. del E.*)

(*a*) Don Pedro II de Aragon, á quien en el principio de su reinado vimos perseguir con tanto celo y lanzar de sus dominios á los hereges, vino despues á manchar su nombre y oscurecer toda su gloria por la union y estrecha alianza que hizo con el conde de Tolosa. A mas de aquella primera prueba y de la tan brillante que dió en la batalla de las Navas, habia mostrado el soberano aragonés su afecto á la verdadera Religion en otras muchas ocasiones. En 1204 deseoso de visitar los santuarios de Roma y de ser coronado con solemnidad, cosa que hasta entonces no acostumbraban los reyes de Aragon, quiso fuese el Papa quien le diese la corona. Esperábanle en Ostia algunos cardenales enviados por el Papa Inocencio, y el senador de Roma con un lucido acompañamiento. Condujéronle á la ciudad con grande regocijo y fiesta. Pasados dos dias salió el Papa á la iglesia de San Pancracio, en la cual, dia de la Presentacion de la Santísima Vírgen 21 de noviembre (así Ortiz; Lafuente dice 3 de noviembre, y ni una ni otra fecha concuerda con la de *tertio idus novembris*, 11 de noviembre, del documento que luego trascribimos) fué el rey ungido por Pedro, obispo Portuense; el Papa le puso la corona y fué adornado con las insignias y vestiduras Reales. El rey juró fidelidad y obediencia al Papa Inocencio y legítimos sucesores y á la Iglesia católica. Volvieron luego á la Basílica Vaticana, y el rey puso sobre el altar de San Pedro el cetro y la corona, y el Papa le ciñó la espada para defensa del nombre cristiano. En agradecimiento de estos tan distinguidos honores,

Esta victoria dió un golpe mortal al partido tanto tiempo temible de los albigenses. El celo de la cruzada se reanimó en todas partes. El duque Eudo III de Borgoña acudió de nuevo al socorro de Simon de Monforte, con los arzobispos de Lyon y de Viena. El príncipe Luis de Francia, hallándose ya libre por una tregua concluida entre Fe-

---

obligóse D. Pedro á dar en censo anual á la Santa Sede doscientas cincuenta doblas ó maravedís de oro por estas palabras: «Yo Pedro, rey de Aragon, aseguro y ofrezco ser siempre fiel y obediente al Papa señor Inocencio, á sus legítimos sucesores y á la Iglesia romana; y conservaré mi reino en su obediencia fielmente defendiendo la fé católica y persiguiendo la heregía. Guardaré la libertad y la inmunidad de las iglesias y defenderé sus derechos. Procuraré guardar paz y justicia en todo mi reino. Así Dios me ayude y estos Santos Evangelios.» En la obligacion del censo dice el rey: «Creyendo yo de corazon y confesando de boca que el Pontífice romano, sucesor de San Pedro, es Vicario de Aquel por quien los reyes reinan y los príncipes imperan, y domina en el reino de los hombres, y lo dará á quien quiera: Yo Pedro, por la gracia de Dios rey de Aragon, conde de Barcelona y señor de Montpeller, deseando ser protegido principalmente, despues de Dios, por San Pedro y por la Sede Apostólica, á vos reverendísimo Padre y Señor Sumo Pontífice Inocencio, y por vos á la Santa Sede Apostólica romana, ofrezco mi reino y le obligo á un censo de la Cámara Real de doscientas cincuenta doblas (el original pone *massæ mutinæ*, que parece seria moneda usual de Módena, y nuestros historiadores entienden dobla ó florin de Aragon) cada año perpetuamente para remedio de mi alma y de mis padres, y por amor de Dios; de forma que yo y mis sucesores quedamos á ello tenidos. Decreto, pues, por ley de perpetuidad cumplirlo, pues espero y confio firmemente que vos y vuestros sucesores defendereis á mí, á mis sucesores y á mi reino por autoridad apostólica, mayormente por haber sido coronado rey por vuestra mano en Roma como por las de San Pedro, habiendo venido á ella por mi gran devocion y cordial afecto. Y para que esta Real concesion tenga inviolable firmeza, la hago corroborar con mi sello, de consejo de los magnates de mi corte, principalmente el venerable Padre mio el arzobispo de Arlés mi tio, y Hugo de Baucio y Arnaldo de Tociano mis barones. Hecho en Roma en San Pedro, el año de la Encarnacion del Señor MCCIV, tertio idus novembris. Anno regni mei IIX.» El Papa le otorgó á su vez que en adelante los reyes de Aragon pudiesen ser coronados en sus dominios por manos del metropolitano de Tarragona; le nombró Gonfalonier y dispuso que en honra de la casa Real de Aragon los colores del estandarte de la iglesia fuesen de allí adelante los de las armas Reales, que eran el amarillo y encarnado. Concluidas las ceremonias, regresó el Rey á Provenza, y Mariana dice llevaron á mal los naturales que D. Pedro hubiese hecho feudatario de la Santa Sede el reino.—Como D. Pedro II de Aragon tenia fama de animoso y de ser uno de los mas denodados caballeros de su tiempo, ó al menos tales eran las noticias que habian llegado á Jerusalen, movidos de ellas los caballeros que gobernaban aquel reino requirieron al de Aragon para que tomase á su cargo su defensa contra los turcos que se habian apoderado de la mayor parte de la Tierra Santa y ofrecíanle el reino juntamente con la mano de su sucesora María, hija de la reina Isabel y del marqués Conrado. Tan adelante llevaron aquellos su propósito que María juró en presencia de los prelados y grandes maestres que recibiria por esposo al de Aragon siempre que este cumpliese lo que los embajadores le encomendarian como conveniente á Tierra Santa. Mas cuando esto se trataba allá en los Santos Lugares, ya el aragonés, dice Lafuente, se habia anticipado á casarse con María de Montpeller, hija única del conde Guillermo y de Eudoxia, la hija del emperador Manuel de Constantinopla, aquella misma con quien habia concertado desposarse su padre Alfonso II de Aragon. Estas bodas de don Pedro se celebraron en el mismo año de su coronacion en Roma (1204), y el rey de Aragon se tituló señor de Mompeller. De este matrimonio nació el célebre don Jaime I de Aragon, pues aunque don Pedro se habia separado de su esposa y no hacia vida conyugal con ella, y hasta siguió luego un largo pleito que al fin perdió para que se declarase nulo el matrimonio, viendo con harto dolor el clero y los principales de la ciudad que el rey se dejaba llevar de la lascivia, apelaron al ardid de introducir á oscuras una noche en la cámara del rey su legítima esposa en lugar de la amiga que esperaba. Descubierto por la mañana el caso, el rey lejos de sentirlo, aplaudió el ardid de sus fieles servidores; pero en aquel mismo dia montó el rey á caballo y salió de Montpeller. «Con que en aquella noche, dice Gerónimo de Zurita, fué concebido un varon que por disposicion divina lo fué para propagar la república y la Religion cristiana, como lo prueban las proezas que despues hizo.» Cuéntase que cuando nació en 1207, queriendo la reina su madre ponerle por nombre uno de los doce Apóstoles, mandó encender doce velas iguales con los nombres de ellos, resuelta á ponerle el de la vela que mas durase, y habiendo sido esta la del Apóstol Santiago, le puso el de Jaime, que en aquel reino es sinónimo de Santiago. Quien quiera ver mas pormenores acerca de estos sucesos puede leer la historia de Muntaner, que conoció á don Jaime, y de quien los copia el señor Lafuente.—Volviendo á don Pedro, habiendo presentado en Cataluña y Aragon algunos albigenses, juntó Córtes en Lérida en 1210 y allí se promulgó un edicto contra los excomulgados que dentro de un año no entrasen en el gremio de la Iglesia católica, reconociendo en el Pontífice la facultad esclusiva de absolverlos, y añadiendo además la inhabilitacion para heredar y testar y la pena de infamia. Tambien se acordó en estas Córtes una espedicion contra los moros de Valencia.—Solicitado don Pedro en 1210 por los legados pontificios y por los condes de Foix, de Tolosa y de Monforte, asistió á una conferencia en Narbona con muchos obispos y abades, y obligó al principal fautor de los albigenses á jurar que los arrojaria á todos de sus dominios. Tuvo despues otra conferencia con Simon de Monforte en Montpeller, y entonces dice Pedro de Valsernay, nuestro Ferreras y otros, le confió la educacion de su hijo Jaime I, y se acordó el casamiento de este con la hija del conde. Todas estas acciones verdaderamente cristianas, merecieron al rey de Aragon el renombre de Católico; pero arrastrado despues,

lipe Augusto y el rey de Inglaterra, se dió prisa á cumplir el voto que hizo tres años antes. En poco tiempo las plazas que les quedaban á los sectarios cayeron en poder del gefe de los cruzados, el cual se vió entonces dueño del Langüedoc, de Querci, de Agen, de Rovergue y de una parte de la Gascuña. El señorío de estos nuevos dominios le fué asegurado algun tiempo despues en el Concilio de Letran, y el conde de Tolosa quedó escluido para siempre como príncipe sin fé, en quien no se podia tener confianza alguna. Creyeron hacer demasiado permitiéndole retirarse á cualquiera lugar propio para la penitencia, con una pension de cuatrocientos marcos de plata, y reservaron para sus hijos algunas posesiones en Provenza. Respecto á la condesa su muger, cuya virtud y catolicismo ponderaban todos, se la conservó el goce pacífico de su dote.

Es difícil concebir cómo de una sangre tan buena cual era la de los condes de Tolosa, tan distinguidos particularmente por su religioso heroismo en las espediciones de Tierra Santa, pudo salir un príncipe tal como Raimundo VI. El conde Balduino su hermano tuvo tal afecto á la Religion de sus padres, que no pudo debilitarle el furor mas bárbaro. Hallándose en Querci durmiendo sin la menor sospecha, fué sorprendido y conducido por los ruteros, aliados de su hermano Raimundo, á uno de sus castillos que sus gentes defendian contra estos bandidos. No queriendo mandarle entregar como lo pedian, le tuvieron dos dias enteros sin comer. Resuelto á morir antes que condescender con estos enemigos de las buenas costumbres y de la Religion, hizo venir un sacerdote para confesarse y recibir el santo Viático. Mientras que el sacerdote le conducia, compareció un rutero furioso, el cual vomitando mil imprecaciones protestó que Balduino no comeria ni bebería hasta no haber entregado á otro rutero que tenia en las cadenas. «Hombre cruel, dijo el conde, yo no pido el alimento corporal, sí solo el augusto Sacramento que es el alimento divino de nuestras almas.» Como se obstinaban en negárselo, dijo: «que me le manifiesten siquiera y le adoraré devotamente.»

---

verosímilmente, por los lazos del parentesco que le unian al conde de Tolosa, perdió el mérito de todos sus hechos anteriores haciéndose el primer caudillo del ejército de los hereges, con lo que atrajo sobre su cabeza el castigo del cielo con la desgraciada muerte que tuvo en la accion que refiere nuestro historiador, en la que perecieron tambien los principales señores y grandes de Aragon que le habian seguido en aquella desastrosa campaña. Por lo demas, el rey don Pedro fué uno de los príncipes mas famosos de su tiempo, celebrado con encarecimiento por los antiguos escritores. Era de estatura heróica (dice un escritor), gallardo, liberal, magnífico hasta la prodigalidad, humano, amable y tan honrado y fiel á sus promesas, que por cumplir las que hiciera al conde de Tolosa perdió la vida. Fundó la caballería de San Jorge en el año de 1201, y le hizo donacion del desierto de Alfama, para que se erigiese la primera casa de la órden. Cultivó con tal primor la poesía provenzal, que es contado entre los mas célebres trovadores de su tiempo. Véase la histor. de Langüed. tom. 3, pág. 253.

El conde Simon de Monforte, lograda ya la victoria, permitió á los aragoneses y catalanes que recogiesen y diesen sepultura al cadáver de su rey, y ordenó que cuidasen y honrasen al príncipe D. Jaime. Este, que no contaba aun los cinco años, vió alzarse en torno de sí mil dificultades que le hacian casi inaccesible el trono de sus padres. Su tio don Fernando, abad de Montaragon, intentó volver al siglo y apoderarse del reino: iguales proyectos abrigaba en su interior el conde de Rosellon don Sancho, tio del difunto rey, sin embargo de ser muy anciano. Ambos pretestaban que el príncipe era bastardo por la supuesta nulidad del matrimonio de sus padres, aunque este habia sido declarado válido por el Sumo Pontífice, y por consiguiente legítimo el fruto de él. El mismo gefe de los cruzados ponia estorbos á la coronacion del príncipe, resistiéndose á su entrega bajo el pretesto de tener concluido un tratado con el rey don Pedro en el que se estipuló el casamiento de don Jaime con una de las hijas de Monforte. Mas el cardenal legado, Pedro de Benevento, siguiendo las instrucciones del Papa, congregó un concilio en Montpeller, al que asistieron cinco arzobispos, veintiocho obispos y muchos abades y señores, en el que se mandó al conde Simon, bajo pena de perder sus nuevos Estados y amenazándole con las censuras de la Iglesia, que entregase el niño rey á sus aragoneses. No pudo resistir mas el conde; y don Jaime fué conducido á Barcelona y á Lérida (1214), en cuyas córtes fué proclamado rey y teniéndolo en sus manos Aspargo arzobispo de Tarragona (pues don Jaime aun no tenia mas de seis años y medio), le juraron fidelidad y obediencia. Mariana, lib. 12, cap. 3; Ferreras, tom. 6 pág. 51; Ortiz, lib. 2, cap. 1; Lafuente, p. II, lib. 2. (*N. del E.*)

Llevároule luego á Montalban donde se hallaba el conde de Tolosa, y este hermano bárbaro le hizo poner inmediatamente el cordel al cuello para colgarle. Pidió de nuevo la confesion y el Viático, que le fué negado como la primera vez. Tomó á Dios por testigo de su buena voluntad y de la disposicion en que perseveraba de dar su vida por la defensa de la Religion. Entonces el conde de Fox, ayudado de su hijo y de un caballero aragonés, le levantó del suelo, y con la misma cuerda que los tres le habian puesto al cuello, le colgaron de un árbol. Por esta atrocidad puede juzgarse del carácter y de la impiedad del conde de Tolosa (1214).

Cuando Santo Domingo vió que las guerras de Religion habian llegado á semejantes furores, volvió á su patria, é hizo misiones en Aragon, en Castilla, en Portugal y hasta en las provincias ocupadas por los moros. Entonces fué cuando para interesar la poderosa proteccion de la Madre de Dios estableció por revelacion de la Santísima Vírgen la devocion del Rosario, conforme á las costumbres de un siglo y de un pais en que las guerras y contínuos desórdenes hacian todavía de la meditacion de los libros santos un ejercicio reservado á pocas personas (*a*).

Volvió sin embargo otra vez á Francia; pero con el fin de instituir misioneros pacíficos, ocupados en el ministerio puramente espiritual y en la salvacion de las almas. Recogiendo poco fruto los primeros discípulos, á causa de no tener vínculo alguno que los ligase á sus funciones, le ocurrió el pensamiento de formar un órden religioso que fuese consagrado á la predicacion del Evangelio, á la conversion de los hereges y á la propagacion del cristianismo. Encontró desde luego diez y seis compañeros que se comprometieron con él para estos trabajos apostólicos y para la vida pobre y mortificada del apostolado (*a*).

(*a*) Para suplir algun tanto el laconismo con que se espresa nuestro autor acerca de esta piadosa devocion y para que se conozca mejor el origen de una práctica tan santa y saludable como generalmente recibida, y la que tanto honor hace al grande español Santo Domingo de Guzman, añadiremos algunos mas pormenores. La institucion de esta práctica de piedad, dice un escritor, precedió al rompimiento de la guerra; pues que el ver Domingo aproximarse el momento fatal que iba á quitar á muchos los medios de salud y hasta el tiempo necesario para trabajar en su propia salvacion, fué lo que mas le penetró de dolor, é impulsó su celo á interesar en él con sus oraciones á la Madre de misericordia. La instruccion que esta Reina de los Angeles dió á Domingo, apareciéndosele cercada de gloria, fué el primer principio del Rosario, el que publicado luego á luego por aquel Padre de los predicadores, se mostró tan poderoso y útil por la multitud de prodigios que obró en todas partes, que en breve tiempo vino á ser la devocion mas general de la Iglesia de Occidente. Su escelencia y solidéz tan conocida, tan autorizada por la Iglesia, tan propia en fin para acostumbrar á los fieles á meditar con frecuencia los misterios de nuestra redencion, y á honrar á María Santísima con la imitacion de sus virtudes; las grandes ventajas que han sacado en todo tiempo los cristianos que procuran conformar su vida á la santidad de los objetos que el Rosario ofrece á su consideracion, prueban mas eficazmente que todo encarecimiento que es una práctica religiosa muy conforme al espíritu del cristianismo, muy agradable á la Reina de las vírgenes, y por consiguiente muy provechosa para los que desean merecer su proteccion y trabajar fructuosamente en la obra de su eterna salud. Por lo demás, los fundamentos que nos autorizan para reconocer en Santo Domingo el primer institutor del Rosario, aun dejando á parte la comun y constante tradicion de mas de seis siglos, son los testimonios espresos de los Soberanos Pontífices Leon X, San Pio V, Gregorio XIII, Sisto V, Clemente XI Benedicto XIII y otros muchos. Véase Touron, *Vida de Santo Domingo*, lib. 1, cap. 14. (*N. del E.*)

(*a*) Antes de principiar Santo Domingo la fundacion de la órden de los frailes predicadores (dice un historiador) instituyó una órden militar con el título de *Milicia de Jesucristo*, por los años de 1210. Algunos escritores han pretendido que este órden no fué instituido sino despues de la muerte del Santo; pero segun otros está ya hoy demostrado lo contrario. En esta, como se hacia en las demas órdenes militares, recibió el santo fundador personas de ambos sexos y de todos estados. Los hombres quedaban obligados por su profesion á tomar las armas cuando lo exigiesen las necesidades de la Iglesia, para oponerse á las violencias de los hereges y á sus usurpaciones. Las mugeres asociadas á esta sagrada milicia debian combatir á su modo á favor de la Iglesia, ya con sus oraciones, ya por medio de la práctica de todas las virtudes cristianas, y ya finalmente con obras de misericordia. Para este efecto les prescribió el santo fundador á unos y á otras, pero solamente de viva voz, cierta regla de conducta, una forma de hábito y algunas preces que debian rezar todos los dias en lugar de las horas canónicas. Cuando el nombre del bienaventurado fundador fué

En esta misma época de decaimiento de la fé y de las costumbres, proporcionó el Señor á su Iglesia un nuevo refuerzo de tropas ausiliares por medio da San Francisco, natural de Asis en Umbria (1). Su nombre propio era el de Juan Bernardon y tuvo el de Francisco por la facilidad con que aprendió la lengua francesa, necesaria para el comercio que ejercia, como otros muchos de los principales ciudadanos de las ciudades de Italia. Aunque inclinado al placer, sin abandonarse no obstante á la disolucion, manifestó desde sus primeros años tan grande sensibilidad para con los pobres, que llegó á prescribirse por regla no negársela á ninguno, á lo menos cuando interpusiesen el nombre de Dios para pedirle limosna. Sin embargo, cierto dia en que se hallaba estraordinariamente ocupado en sus negocios, negó la limosna á un pobre contra su costumbre, é inmediatamente sintió un remordimiento tan vivo, que corrió tras él y se esforzó en darle satisfaccion asi con las tiernas espresiones de su afliccion, como con la abundancia de su liberalidad. Luego prometió á Dios no negársela á ninguno en cuanto le fuese posible; lo que observó puntualmente toda su vida.

Algun tiempo despues, llevando un rico vestido que se habia mandado hacer poco antes, encontró á un hombre de buena familia, pero pobre y muy mal vestido. Causóle tanta lástima, que se quitó su ropa, y obligó al pobre á que se la pusiese. Otro dia, yendo á caballo por el campo, encontró á un leproso tan desfigurado que sintió desde luego un vivo horror; mas reprimiendo al punto esta primera repugnancia de la naturaleza, y reflexionando que para adelantar en el servicio del Señor es necesario aplicarse principalmente á vencerse á sí mismo, saltó de su caballo y besó al leproso dándole limosna. Volvió luego á montar, y mirando á todas partes no vió á persona alguna, aunque todo era campo raso. Los autores de su vida han creido que su caridad, como en otro tiempo la de San Martin, tuvo por objeto al mismo Jesucristo. Pero lo que es mucho mas dichoso, es que estos actos heróicos de virtud le fijaron irrevocablemente en la senda de la perfeccion, y que desde entonces pareció siempre un hombre enteramente nuevo.

Ya no tuvo mas objeto que el servicio del Señor, la meditacion de las verdades eternas, sobre todo la caridad de un Dios hecho víctima por los pecadores, el aumento del culto divino y el cuidado de los lugares destinados á él. Consagró desde luego las ganancias de su comercio á reparar las ruinas de una iglesia en otro tiempo célebre, á cuatrocientos pasos de Asís su patria; y despues dejó para siempre el tráfico de las cosas terrenas. Ofendido su padre de que hubiese abandonado la profesion de su familia, le hizo renunciar todo lo que podia esperar de la herencia paterna, y llegó su dureza hasta despojarle de sus vestidos. En vista de esto, Francisco, que aun no tenia veinte y cinco años, dijo estas palabras: « en hora buena, pues me veo abandonado del padre que tenia en la tierra, diré en adelante con mayor con-

puesto en el catálogo de los Santos, doce años despues de su gloriosa muerte, la órden de la Milicia de Jesucristo fué llamada tercera órden de penitencia de Santo Domingo. Mas como el Santo no habia dado regla alguna por escrito, acaeció que los superiores ó directores de las congregaciones de hermanos que se habian multiplicado en gran manera, mezclaron algunas prácticas segun su devocion particular que no estaban muy conformes con las primitivas. Entonces fué cuando Fr. Munio de Zamora, sétimo general de los frailes predicadores, escribió y redactó en veintidos capítulos la regla dada verbalmente por Santo Domingo, á fin de que se estableciese una perfecta conformidad en todas las casas y congregaciones de la tercera órden. En los siglos siguientes se hizo muy célebre esta órden, se estendió tanto como el de los frailes predicadores y fué ilustrada con un gran número de Santas y Beatas que han florecido en ella. Touron, lib. 1, cap. 17. (*N. del E.*)

(1) Alb. Stad. *an.* 1182; Vading. *Ann. S. Franc.*; *Vit. per. S. Bonav. c. 1 et seq.*

fianza: *Padre nuestro que estás en los cielos.* En seguida salió de la ciudad de Asís, y se internó en los bosques alabando al Señor, y dándole gracias por haberle libertado de la servidumbre del siglo. Habiendo recibido una mala túnica de uno de sus mas antiguos amigos, se dedicó al servicio de los leprosos y al ejercicio de las obras mas mortificativas de misericordia y de humildad. Domicilióse despues en una pequeña iglesia llamada nuestra Señora de los Angeles, y mas comunmente Porciúncula, por el lugar donde estaba situada, á seiscientos pasos de Asís.

Un dia oyó leer en la misa aquel pasage del Evangelio en que el Salvador dice á sus Apóstoles: *no llevéis oro, ni plata, ni moneda alguna en vuestro bolsillo, ni saco para el viaje, ni dos túnicas, ni calzado, ni báculo.* «Esto es, dijo, lo que yo busco hace tiempo y lo que deseo con todo mi corazon.» Inmediatamente dejó sus zapatos, su báculo, sus bolsillos, renunció al dinero, y no conservando mas que una simple túnica, arrojó el cinto de cuero y se hizo uno de cuerda, dedicándose á conformarse en todo con lo que acababa de oir como con regla practicada por los Apóstoles. En este estado comenzó á predicar la penitencia, y en breve se vió con siete discípulos que se redujeron á la misma pobreza, y concurrieron con igual ardor á la conversion de los pueblos. «Hermanos mios, les dijo, prediquemos penitencia mas bien con el ejemplo que con palabras. Confiemos en el Señor que ha vencido al mundo con su cruz. Hallaremos hombres duros que nos pagarán mal los bienes eternos que intentemos procurarles; pero ganaremos mucho sufriéndolo todo con paciencia y humildad. Muy luego muchos sábios y nobles vendrán á juntarse á nosotros, y llevarán las verdades de salvacion á los reyes y á los príncipes como tambien á los pueblos. Pero en todo tiempo guardémonos de censurar á aquellos que viven con mas delicadeza que nosotros, ó que traen en sus vestidos adornos superfluos. Ellos son como nosotros hijos de Dios, y por consiguiente hermanos nuestros: él puede llamarlos á sí, y hacerlos mas agradables que nosotros á sus ojos. Muchas veces aun sin haber gustado el don celestial, no dejan de procurar el servicio del Señor, socorriendo las necesidades corporales de sus siervos y de sus ministros.

Los discípulos de Francisco comenzaron á llenar segun este plan sus funciones apostólicas. Predicaban con sencillez y sin acepcion de personas, dirigiéndose á los primeros que encontraban, inclinando á todos á amar y servir al Señor, á temer sus juicios y los castigos eternos destinados para aquellos que no guardan sus preceptos. Algunos los escuchaban con atencion y usaban de caridad con ellos; mas la mayor parte miraban con asombro su vestido estraordinario y la austeridad no menos singular de su vida. Les preguntaban de qué profesion y de qué nacion eran. Negábanles frecuentemente el hospedaje como á vagabundos y malhechores; de suerte que se veían reducidos á pasar noches enteras debajo de los pórticos de las iglesias. Algunas veces los cargaban de injurias ó los ultrajaban sin prudencia: los muchachos y el populacho les tiraban piedras y basura, y los llevaban por las calles tirándoles del capuz, mientras que ellos se complacian en sufrir estos oprobios en el ejercicio de su ministerio evangélico. Su desinterés no menos que su invencible paciencia disiparon al fin todas las preocupaciones, y les conciliaron en todas partes la veneracion pública.

Cuando Francisco vió que su compañía llegaba al número de once hermanos, y entre ellos un sacerdote llamado Silvestre, el primero de la órden que estuvo revestido de este carácter, dispuso en estilo sencillo una forma de vida que no era mas que los con-

sejos evangélicos reducidos á práctica, con las pocas reglas necesarias para la uniformidad de la observancia; y despues resolvió hacer aprobar esta regla por el Papa, sin otro apoyo que la proteccion divina. Habiendo hallado medio de presentarse, no sin trabajo, al Sumo Pontífice, Inocencio III, que naturalmente era perspicaz y estaba muy versado en los caminos de Dios, reconoció á pesar del esterior despreciable de este hombre una sencillez verdaderamente evangélica, una pureza admirable de corazon, y esas grandes miras y firmeza de resolucion que caracterizan el celo que tiene por principio el espíritu de Dios. Un sueño decidió al Papa á tomar afecto á Francisco, y se sintió inclinado á concederle lo que pedia; pero muchos cardenales reputaron singular este instituto y muy superior á las fuerzas humanas. Por una feliz casualidad se hallaba en Roma, Guido, obispo de Asís, que hacia mucho tiempo conocia y admiraba á su virtuoso diocesano. Este prelado dijo al Papa y á los cardenales: «Si no accedeis á la demanda de este pobre de espíritu, temed que os opondreis al mismo Evangelio, puesto que la forma de vida cuya aprobacion solicita no es otra cosa mas que la observancia de la perfeccion evangélica. Ahora pues, ¿no seria blasfemar contra Jesucristo, que es autor de ella, pretender que contiene alguna cosa imposible ó menos razonable?» Movido el Papa Inocencio de estas razones, aprobó la regla del Santo, pero solo de viva voz. Acaecia esto en el curso del año 1210 (1).

Al salir de Roma Francisco y sus compañeros, llenos de confianza iban discurriendo juntos acerca de los medios de guardar fielmente su regla: no se detuvieron hasta que la flaqueza natural y la necesidad de alimento les obligó á ello; pero el lugar era desierto, y no sabian cómo buscar algun sustento. Entonces se presentó un hombre que les entregó algunos panes, y desapareció al momento. Este cuidado de la Providencia los confirmó en la resolucion de no separarse jamás de la pobreza absoluta que habian abrazado. Esta era tan estrecha, que en su cabaña donde volvieron cerca de Asís, no tenian siquiera libros para rezar el oficio canónico; por cuyo motivo en el espacio de mucho tiempo, sus oraciones comunes y continuadas fueron casi todas mentales. Una cruz de palo colocada en medio de la cabaña donde se reunian, era el libro eficaz, cuya muda elocuencia producia en sus almas una fuente inagotable de luces y de santos afectos. El espectáculo de la naturaleza servia igualmente á elevar sus corazones hácia el Supremo Hacedor del universo, que admiraban y bendecian en todas sus obras. Aumentándose su número de dia en dia, á pesar de su austera indigencia, y no cabiendo ya en los estrechos límites de su cabaña, pidieron la iglesia de la Porciúncula á los religiosos benedictinos á quienes pertenecia y que era la mas pobre que habia en el pais. Obtuviéronla fácilmente; y Francisco, haciéndola su primera casa y como la cuna de su órden, se aficionó mas á ella que á ningun otro parage de la tierra (1211).

De allí iba á predicar á las ciudades y pueblos vecinos. Sus discursos no eran estudiados; pero su solo aspecto prevenia y enternecia los corazones. Tenia siempre el rostro elevado hácia el cielo, adonde su alma queria al parecer lanzarse: hubiérasele tenido por uno de los moradores celestiales desterrado en la tierra y suspirando sin cesar por su libertad. Conocido en fin de todo el mundo, fué tenido en tal veneracion, que cuando entraba en alguna ciudad corrian á tocar las campanas, y acudia todo

(1) Vading. an. 1210.

el pueblo y el clero llevando palmas y entonando cánticos. Unos le besaban las manos y los pies, otros tocaban sus vestidos, y se tenian por dichosos en poder besar la tierra que habia pisado. Su compañero lleno de admiracion á vista de tantos honores como recibia, se lo hizo presente. «Hermano mio, le respondió, ¿ignorais que todos estos respetos se dirigen á Dios? A mí me corresponde devolvérselos, al modo de los homenages rendidos á una estátua que deben referirse al original. ¿Habremos de privar á este buen pueblo de la recompensa que merece su fé honrando á Dios en la mas vil de sus criaturas?» Hizo conversiones célebres, y redujo al camino de la mas elevada perfeccion á muchas personas distinguidas, entre las cuales la mas notable fué Santa Clara, natural como él de la ciudad de Asís.

Era Clara de una familia noble, sus parientes por parte de padre y madre todos eran militares, y su fortuna proporcionada á su nacimiento (1). Fué prevenida con las bendiciones celestiales en el seno de su madre que la dió el nombre de Clara, porque le fué revelado que traia una niña que esclareceria á todo el mundo. Desde su infancia manifestó una tierna caridad para con los pobres y una inclinacion muy particular á la oracion. No tardó en tomar un cilicio que llevaba contínuamente á raiz de sus carnes debajo de los vestidos preciosos que la obligaban á usar, y se negó á admitir un casamiento ventajoso, porque estaba resuelta á consagrar su virginidad al Señor. Penetrada de las máximas de perfeccion, casi olvidadas, que Francisco se esforzaba en recordar á los fieles, deseó conversar con este gran siervo de Dios, quien por su parte movido de la reputacion de tan ilustre virgen queria verla y unirla inseparablemente al Señor. En las disposiciones en que ella estaba, habria tomado bien pronto su partido bajo la direccion de un maestro tan santo. El domingo de Ramos del año 1212, y el diez y ocho de la edad de Clara, fué esta á la iglesia con las otras personas de su sexo y condicion adornada magníficamente, y al acercarse para recibir los ramos benditos, el obispo que estaba prevenido bajó al pie de las gradas del altar y la presentó una palma, en señal de la victoria que ella meditaba conseguir del mundo y de la carne. La noche siguiente vino acompañada como lo exigia la decencia á la iglesia de la Porciúncula, donde los frailes que cantaban maitines la recibieron con velas encendidas. Allí dejó todos los adornos del siglo, se hizo cortar el cabello, se revistió delante del altar de un hábito de penitencia, y luego la acompañó San Francisco al monasterio de San Pablo, que era de religiosas benedictinas, hasta que pudo proporcionarla otro domicilio.

Sus padres, que se creyeron deshonrados con la humilde profesion de su hija, hicieron todos los esfuerzos posibles para que desistiese de su intento, moviendo contra ella una verdadera persecucion; mas no solamente se mostró ella inalterable, sino que al cabo de diez y seis dias atrajo á su hermana Inés, de menos edad que ella, á quien estaba mas estrechamente unida por la semejanza de las virtudes que por los lazos de la naturaleza. Francisco, despues de haber cortado con su propia mano el cabello de Inés, estableció entonces á las dos hermanas cerca de la iglesia de San Damian, que él habia reparado algunos años antes. Allí reunieron ellas muchas compañeras de su vida penitente, y formaron una comunidad que dió principio al instituto de las clarisas, ó segun la denominacion italiana, al órden de las mugeres pobres, capaz de asustar por el rigor de su observancia aun á los hombres mas esforzados.

(1) Vading. *ann.* 1212; Sur. *ad* 13 *Aug.*

Por el mismo tiempo vivia de una manera no menos admirable, aunque en estado menos perfecto, la bienaventurada María de Ognies, llamada así del lugar donde pasó la mayor parte de sus dias en la Bélgica sobre las orillas del Sambra (1). En la edad de catorce años tomó el estado de matrimonio. Poco despues inclinó á su marido á caminar como ella á la perfeccion y á vivir en perfecta continencia. Ambos se dedicaron por algun tiempo al servicio de los leprosos cerca de Nivelles, lugar de su nacimiento; pero no pudiendo ella sufrir ya mas el concurso de aquellos que iban á visitarla por honor, se retiró cerca de un monasterio de canónigos regulares de Ognies, recien fundado y frecuentado de muchos ilustres siervos de Dios quienes se prometia grandes auxilios para su adelantamiento en la virtud. Ella con el buen olor de su vida atrajo allí tambien algunos, tales como el piadoso obispo Foulques de Tolosa, espulsado entonces de su Silla, y Jacobo de Vitry, sabio cura de Argueuteuil, á quien predijo que seria obispo de Tierra Santa, como en efecto lo fué de Ptolemaida. Hizo ella á este servicios mucho mas grandes que los que de él se podia prometer. La fama de la elocuencia de Vitry movió al Papa á darle la comision de predicar la cruzada contra los albigenses. Pero como tenia claro talento é ideas mucho mas sanas que las de su siglo con respecto á las cualidades de un orador, notaba con el mayor pesar que sus discursos no correspondian á sus conocimientos. Consolábase no obstante con las alabanzas que no dejaban de darle; pero la bienaventurada María le curó de la vana complacencia que tenia en esta especie de elogios, y corrigiendo el amor propio del predicador, remedió al mismo tiempo el defecto principal de sus sermones, que provenia de amontonar en ellos muchas materias, de las cuales no presentaba mas que lo brillante, sin poder desentrañarlas de un modo sólido y que interesara.

María observaba en su retiro un continuo ayuno, y aun practicaba unas austeridades poco imitables, pero muy dignas de ser respetadas por razon de la inspiracion divina de la que no es permitido dudar atendida la solidez de su espíritu y de sus virtudes. Una vez pasó los diez dias que median entre la Ascension y Pentecostés sin probar bocado, sin aflojar en sus ejercicios laboriosos, y sin sentir la menor flaqueza. Miraba el trabajo como una penitencia impuesta á todos los hombres despues del pecado de nuestros primeros padres. Esta razon fué la que la movió á abandonar todos sus bienes y á verse así en la necesidad de trabajar, tanto para procurarse el vestido y el alimento indispensable, como para satisfacer á la inclinacion que tenia á socorrer á los menesterosos.

Sus ejemplos contribuyeron poderosamente á mantener en su patria el espíritu de fé y de piedad que distinguia entonces á los flamencos entre todas las naciones cristianas. Los cruzados venidos de estas provincias para combatir á los albigenses fueron, aun en medio del estruendo de las armas, un espectáculo de edificacion y de admiracion á los ojos del piadoso obispo de Tolosa. Cuando este fué á Flandes como tambien Jacobo de Vitry, la admiracion de estos dos santos personages llegó hasta el entusiasmo. «Les parecia, dicen, haber dejado el Egipto y entrado en la tierra de promision.» Admiraron particularmente en el sexo devoto el profundo respeto de que se mostraba penetrado, tanto á las cosas santas como á sus ministros, tan despreciados en el Langüedoc, respeto que se manifestaba en todo el esterior y hasta en las

(1) Boll. t. 22, *ad* 23 *Jun.*

menores acciones. Vieron en diferentes lugares compañías de vírgenes que con la humildad mas austera solo vivian del trabajo de sus manos, no obstante que muchas de ellas eran de familias ilustres y opulentas. Algunas mugeres, igualmente consagradas á Dios, se aplicaban con desvelo verdaderamente maternal, á preservar aquellas almas puras del contagio del siglo, y arraigarlas en la práctica de la vida perfecta. Las viudas mas ocupadas en agradar á Dios que lo habian estado jamás en agradar á los hombres, pasaban su vida en los ayunos y vigilias, en la oracion, en el trabajo y en las obras de caridad. Tambien las mujeres ligadas con los cuidados del matrimonio, educaban sus hijos en el temor de Dios, guardaban á menudo continencia para vacar mejor á la oracion, y muchas la observaban habitualmente con consentimiento de sus esposos. Todas despreciaban los juicios y los discursos mundanos, que no atreviéndose á impugnarlas directamente, hacian de ellas el objeto de sus escarnios. Una brillante prueba del horror estremado que tenian á los pecados la dieron en los desórdenes que las guerras civiles ocasionaron en algunas ciudades de los Paises-Bajos. Muchas en Lieja se echaron en los rios y en las cloacas para salvar su honor, y atendiendo el Señor mas bien á la intencion que á esta conducta, la justificó en algun modo, no permitiendo que alguna de ellas pereciese. El cielo favoreció á algunas con los dones mas estraordinarios, los que Jacobo de Vitry tuvo el cuidado de trasmitirnos (1). Atribuye sobre todo el don de milagros á la bienaventurada María de Ognies; y en la historia que de ella compuso refiere muchas maravillas obradas durante su vida y despues de su muerte, que aconteció el 23 de junio del año 1213, el treinta y seis de su edad. Hace muchos siglos que es honrada como bienaventurada en el pais donde se retiró, y aunque largo tiempo despues de su muerte edificó con la memoria de sus virtudes.

Pero mientras que en un ángulo del mundo se ofrecian á la vista vestigios tan hermosos de la fé primitiva, la relajacion que cundia por todas partes hizo pensar sériamente en la reforma y en la celebracion del concilio general convocado ya para este fin. La corrupcion de costumbres llegó á infestar hasta el manantial antes mas fecundo y puro de la instruccion pública. Todos los estudios florecian con esplendor en la universidad de París. En ella se estudiaban no solo las artes liberales, sino tambien la medicina, el derecho civil y canónico, y con particularidad la teología. Concurrian de todos los climas una multitud prodigiosa de estudiantes, atraidos por lo delicioso del pueblo, por la abundancia de las comodidades de la vida, y por la proteccion especialísima que su esivamente les concedieron los dos reyes Luis el jóven y Felipe Augusto. Los innumerables estudiantes estaban divididos por naciones, ingleses, alemanes, italianos y franceses; y entre estos los normandos, potevinos, bretones, borgoñeses, brabanzones y flamencos; pero cada uno de estos grupos estaba aun mas caracterizado por algun vicio particular que por el lugar de su orígen. La diversidad de sectas y de sistemas producia una division todavia mas peligrosa que la de las opiniones. El menor de los defectos era estudiar por vanidad, por una emulacion envidiosa, por interés y por ambicion.

Un profesor de lógica llamado Amalarico, y aun mas abiertamente sus discípulos, vinieron con sus sutilezas á dar en la heregía y en los mas detestables principios de perversion. Sostenian que cada uno podia

(1) *Cap.* 66.

salvarse por la efusion interior de la gracia del Espíritu Santo, sin acto alguno esterior, y que por consiguiente la Confesion, la Eucaristía, el Bautismo y todos los sacramentos eran inútiles. Exaltaban la caridad hasta decir que lo que era pecado en sí cesaba de serlo luego que tenia por principio esta virtud. En consecuencia cometian el adulterio y los escesos mas infames bajo el nombre de caridad; prometiendo recompensas eternas en vez de castigos á las mugeres de que abusaban. Aquí pueden notarse los aspectos diferentes que el nuevo maniqueismo y los otros errores corrientes tomaban, segun las circunstancias de los lugares, de las personas y de las condiciones.

A esta doctrina monstruosa debe atribuírse principalmente la estraña corrupcion de costumbres que reinaba entonces en la Universidad de Paris, segun el testimonio de Jacobo de Vitry en la Historia de su tiempo (1). «No se contaba, dice, en el número de los pecados la simple fornicacion. Las mugeres prostitutas detenian en las calles á los clérigos que pasaban, conduciéndolos como por fuerza á sus habitaciones; tan acostumbradas estaban á no encontrar resistencia. Aun llegó á mirarse como punto de honor el tener muchas concubinas. Dentro de un mismo edificio, en el piso bajo estaban las escuelas y en el alto los lugares infames. Bien lejos de que la prostitucion imprimiese el deshonor y el desprecio, trataban de imbéciles ó hipócritas á los que vivian en la inocencia y en la piedad.» El cardenal Roberto de Courzon, legado en Francia para los negocios de la cruzada, creyó que debia tomar en consideracion estas escuelas célebres, donde, aunque inglés, habia estudiado y recibido el grado de doctor en teología. Por órden del Papa estableció para su reforma un reglamento (1) concebido en los términos siguientes: «Ninguno enseñará las artes en Paris que no haya llegado á la edad de veinte y un años, y las haya estudiado por lo menos seis y sufrido los exámenes acostumbrados. En cuanto á la teología, el que la enseñe deberá tener treinta y cinco años de edad y ocho á lo menos de estudio. Será igualmente examinado por lo tocante á las costumbres y á la fé antes de ser admitido á dar leccion alguna pública ó á predicar. Para esto tendrá todo estudiante un maestro determinado, y sin esta circunstancia ninguno será reputado por cursante.» Continúa el reglamento especificando los autores y los libros que han de esplicarse en las lecciones, á fin de evitar la alteracion de las sanas máximas y contener de este modo el mal en su orígen. La importancia de este negocio se miró como muy digna de ser tratada en un Concilio provincial (1215).

Poco despues se celebró el duodécimo Concilio ecuménico, cuarto de Letran, para la reforma general de todos los estados de la Iglesia y para proporcionar un poderoso socorro á Tierra Santa. Halláronse en él cuatrocientos doce obispos, comprendiéndose en este número el patriarca de Constantinopla Gervasio, sucesor de Tomás Morosini; Radulfo, patriarca de Jerusalen, y otros setenta y uno entre primados y metropolitanos. Radulfo habia sucedido al patriarca Alberto, asesinado en el año precedente (1214) en la iglesia de Santa Cruz de Ptolemaida por un hombre á quien reprendia sus desórdenes. Es venerado como Santo por los carmelitas que recibieron de él la regla. El patriarca latino de Antioquía, detenido por una grave enfermedad, fué representado por el obispo de Antarade; y

(1) Hist. Occid. *cap.* 7

(1) Hist. Univ. *tom.* 3, *pag.* 81.

el diácono German representó al patriarca melquita de Alejandría, que quiso comunicar con el Concilio; pues la dominacion de los musulmanes, bajo la cual se hallaba, no le permitió concurrir personalmente. El patriarca de los maronitas, reunidos á la Iglesia romana bajo el pontificado de Lucio III, vino tambien para instruirse plenamente en la fé y en los santos ritos, que procuró despues hacer observar puntualmente en sus pueblos. Además de los obispos, se hallaron en el Concilio de Letran mas de ochocientos abades ú otros superiores de monasterios, con los ministros de los príncipes mas poderosos y de la mayor parte de los Estados republicanos.

Duró el Concilio desde el dia de San Martin, 11 de noviembre de 1215, hasta el dia de San Andrés, último del propio mes (1). El Papa Inocencio hizo la apertura con un sermon que puede dar idea del gusto de su tiempo. Este Pontífice, uno de los ingenios mas grandes que han gobernado la Iglesia, tomó por testo estas palabras del Evangelio, en las cuales parecia anunciarse su próximo fin: *he deseado ardientemente celebrar con vosotros esta Pascua antes que yo padezca*, es decir, antes de mi muerte. «Porque Jesucristo es mi vida (dice al comenzar), y la muerte es para mí una ganancia, no rehuso, si Dios así lo hubiere dispuesto, beber el cáliz de los padecimientos, bien sea por defender la fé católica, bien por socorrer á Tierra Santa, bien por sostener la libertad de la Iglesia. Es verdad que segun la carne tambien yo quisiera vivir hasta que se llevase á cabo lo que aun no se halla mas que empezado; sin embargo, hágase la voluntad del Señor y no la mia.» Esplicando luego la palabra Pascua, que significa tránsito ó pasaje, distinguió tres especies de tránsitos, que hicieron la materia y la division de su discurso: el pasaje corporal de un lugar á otro; el espiritual de un estado á otro estado; y el pasaje eterno de esta vida á la otra. No es mas feliz el desenvolvimiento de estas tres ideas. Con respecto al pasage corporal, solo habla Inocencio del viage á la Tierra Santa, en cuya posesion parece quiere vincular la gloria y las ventajas mas preciosas del cristianismo. Hablando del pasage espiritual, trata de la reforma de la Iglesia, diciendo con el Apóstol que el juicio debe comenzar por la casa del Señor; «porque, dice, del clero es de quien principalmente viene la corrupcion del pueblo. Si se reprende á los legos, al momento se escusan diciendo que un hijo no puede hacer cosa mejor que imitar á su padre y que basta al discípulo ser como su maestro; así se verifica el oráculo: *como es el clero, así es el pueblo.*» Durante el Concilio ó al fin de él pronunció el Papa Inocencio otro discurso que es un tejido de testos de la Escritura, en el cual exhorta á los obispos al sostenimiento de la sana doctrina y á la reforma de las costumbres. Como era gran canonista, procuró se arreglase en este Concilio la forma de los juicios eclesiásticos. Los decretos de este cuarto Concilio ecuménico de Letran están comprendidos en setenta capítulos ó cánones y sirven todavía de fundamento á la disciplina que se observa en el dia.

En ellos se condenan desde luego todos los heréges, albigenses, waldenses y los discípulos de Berengario, y se define espresamente que el mismo Jesucristo es el sacerdote y sacrificio de la ley nueva; que en virtud de la potestad que concedió á los Apóstoles y á sus sucesores, los sacerdotes ordenados legítimamente son los únicos que pueden consagrar el Sacramento de nuestros altares: que el Cuerpo y la Sangre de este Dios hecho hombre se contienen en él

(1) *Tom. 9 Conc. pag.* 131.

verdaderamente, transubstanciándose el pan en Cuerpo, y el vino en Sangre mediante la Omnipotencia divina. Este término de *transubstanciacion*, que no espresa otra cosa que la doctrina invariable de la Iglesia, y que habia sido ya empleado por algunos doctores católicos, en particular por el célebre Lanfranco, fué consagrado en el duodécimo Concilio ecuménico para significar la conversion de las especies sacramentales en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, asi como la palabra *consubstancial* lo fué por el Concilio de Nicea para espresar que el Hijo de Dios tiene la misma naturaleza que su Padre. Condenáronse asimismo las sutilezas del abad Joaquin, de las cuales se seguia que la misma naturaleza divina no era Padre, Hijo y Espíritu Santo, y por consiguiente que la union de las personas en Dios no era propia y real, sino solamente similitudinaria, al modo de lo que se dice en los libros santos, que la multitud de los fieles no tenia mas que un corazon y un alma. Sin embargo, como este doctor sometió formalmente sus escritos al juicio de la Santa Sede, no se pronunció sentencia alguna contra su persona.

En cuanto á los sectarios que trastornaban los Estados y arruinaban las costumbres, el Concilio los abandonó á las potestades seculares, á fin de que estas les impongan el castigo conveniente, pero despues que los clérigos hubiesen sido degradados. «Los bienes de los legos, dice, serán confiscados, y los de los eclesiásticos aplicados á las iglesias de cuyas rentas disfrutaban. Se advertirá á los depositarios del poder político, y en caso necesario se los obligará con censuras á prestar juramento de limpiar sus Estados de todos los hereges notados por la Iglesia. Si despues de esta advertencia persevera el señor temporal en la inaccion, será excomulgado por los prelados de la provincia; y si dentro del año no satisface, se le denunciará al Papa, á fin de que este declare desde entonces absueltos del juramento de fidelidad á todos sus vasallos, y abandone sus dominios á las armas de los católicos que los poseerán sin contradiccion alguna despues de haber espulsado de ellos á los hereges y los conservarán en la pureza de la fé, salvo el derecho del señor principal, con tal que este no ponga impedimento ni obstáculo á la ejecucion de este decreto, manteniendo sin embargo el concilio la misma ley respecto de aquellos que no tienen señores principales. Los que para esto se cruzasen ganarán las mismas indulgencias que los que van á la Tierra Santa. Tambien excomulgamos á los fautores y encubridores de los hereges, de suerte que si no satisfacen en el año quedarán infamados *ipso jure*, y como tales escluidos de todos los oficios y consejos públicos, de los derechos de eleccion, del de ser testigos, de hacer testamentos y de recibir herencias. No se les contestará á sus demandas judiciales, y estarán obligados á responder á los demas. Si fuesen jueces, sus sentencias serán de ningun valor y no se llevará causa alguna á sus tribunales. Si abogados, no se admitirán sus defensas en los pleitos: si escribanos, serán nulas cuantas escrituras hicieren; y asi de los demas.» Véase aqui sin duda una de las disposiciones de la Iglesia, en la cual ha parecido entrometerse mas formalmente en lo que parece corresponder esclusivamente á los señores temporales; pero la presencia de los embajadores de estos en el concilio, sin que hiciesen reclamacion ni oposicion alguna contra esos decretos, equivalia de hecho á un reconocimiento esplícito de los derechos y de la autoridad de la Iglesia; derechos y autoridad que entonces tenia, pues que de ellos usaba soberanamente, y que conserva todavía, aun cuando no cree deber usar hoy de ellos como antes.

Se ordena asimismo la inquisicion ó pesquisa de los hereges en los términos siguientes: «Cada obispo visitará á lo menos una vez al año, sea por sí mismo ó por medio de un comisionado idóneo, aquellos lugares de su diócesi donde corra la voz de que haya hereges. Allí, llamando á tres personas de buena reputacion, ó mas si lo juzgase á propósito, les recibirá juramento de que manifestarán fielmente asi los hereges como los que tengan conventículos secretos, ó que practiquen singularidades agenas de la comun observancia de los fieles.» Despues de haber renovado la órden de tenerse anualmente concilios provinciales, se previene que para facilitar mejor la reforma de los abusos haya en cada diócesis personas idóneas encargadas de inquirir con diligencia los que se introdujesen durante el curso del año y dar luego cuenta de ellos al concilio del año siguiente. Los cabildos que estén en posesion de corregir las faltas de sus canónigos, serán mantenidos en este derecho, que el concilio funda únicamente en la costumbre, sin hablar de privilegio ni de títulos de exencion. Si no hicieren la correccion dentro del término prescrito por el obispo, entonces este será quien la tenga.

El cánon octavo, que arregla el modo de proceder al castigo de los delitos, ha llegado á ser muy famoso, como que ha servido de fundamento á los procesos criminales, aun en los instaurados en los tribunales seculares. Prescribe que, sobre notoriedad pública, deba el superior informar de oficio; pero que haya de estar presente aquel contra quien informa, á menos que no se haya ausentado por contumacia; que el juez le debe proponer los artículos cuya informacion intenta hacer, á fin de que el acusado tenga la facultad de defenderse: que no solo le declare las deposiciones, sino tambien el nombre de los testigos, y reciba sus escepciones con sus defensas legítimas. Señala tres maneras de proceder en estas materias criminales: la acusacion, que debe ir precedida de una inscripcion legítima segun el derecho romano (1): la denunciacion, precedida, segun el Evangelio, de una monicion fraterna; y la inquisicion, precedida de la notoriedad pública. Los que deseen mas estensos pormenores de los procedimientos que estaban entonces en uso, los hallarán en el cánon treinta y ocho. Observamos no obstante que se prohibe á los clérigos sentenciar en causas de sangre, ejecutarlas ó asistir á ellas, y aun escribir cartas para esta clase de ejecuciones sangrientas. Prohibe además á los sacerdotes, diáconos y subdiáconos el ejercicio de aquellas operaciones quirúrgicas para las cuales se hace uso del hierro ó del fuego.

Espone asímismo el concilio las prerogativas de los cuatro antiguos patriarcas, y da en fin el primer lugar al de Constantinopla. Desde que esta ciudad vino á poder de los latinos, ya el Papa no temió cosa alguna de las pretensiones cismáticas de la Grecia. Estableciόse además de esto para los patriarcas del Oriente el uso del palio que debian recibir del Papa despues de haberle prestado juramento de fidelidad, de suerte que puedan conferirle tambien á sus sufragáneos y recibir de estos la profesion canónica y la promesa de obediencia á la Iglesia romana.

Se ordena despues que en cada iglesia catedral haya un maestro de gramática, y en las metrópolis un teologal ó maestro de teología, á quien se señalará la renta de una prebenda para que disfrute de ella mientras dure la enseñanza, sin que por esto venga á ser canónigo.

En cuanto á las elecciones, se prohibe dejar vacante por mas de tres meses un

(1) *L. 19. Cod. Theod.*

obispado ó una abadía: de lo contrario quedarán privados por esta vez del derecho de eleccion los que le tuvieren, y esta se devolverá al superior inmediato, el cual á su vez estará obligado á proceder dentro de tres meses á la provision de la Sede vacante, tomando consejo del cabildo. Las elecciones hechas por abuso de la potestad secular, son declaradas nulas *ipso jure*. Cualquiera que teniendo un beneficio con cura de almas recibiese otro de la misma naturaleza, queda, por el solo hecho, privado del primero; y si se empeñase en retenerle, pierde uno y otro. El colator conferirá libremente este primer beneficio, y no haciéndolo dentro de tres meses, sea la colacion devuelta al superior. No obstante, podrá la Santa Sede dispensar de esta regla con las personas distinguidas por la eminencia de su clase ó de su mérito.

En cuanto á los Sacramentos se manda que «cada fiel del uno y del otro sexo, habiendo llegado á la edad de discrecion, confiese con su propio sacerdote, á lo menos una vez al año todos sus pecados, y cumpla la penitencia que le fuere impuesta: que cada uno asimismo reciba en la Pascua el Sacramento de la Eucaristía, á no ser que su propio sacerdote juzgue á propósito dilatarlo por algun tiempo; y que de lo contrario sea arrojado de la Iglesia y privado de sepultura eclesiástica.» Estaba ya introducida la costumbre de no comulgar mas que una vez al año en lugar de hacerlo como antes por Pascua, Pentecostés y Navidad. Este es el primer decreto auténtico que ha ordenado generalmente la confesion; decreto que se creyó necesario atendidos los errores de los albigenses y waldenses acerca del Sacramento de la Penitencia. Por igual razon se renovaron diferentes puntos de tradicion relativos á la confesion auricular y á la costumbre de guardar la Santa Hostia en las iglesias, y de llevarla á los enfermos con cirios encendidos, y se manda á los legos la Comunion bajo de una sola especie. Se limitan tambien de siete á cuatro los grados de parentesco que impedian el matrimonio. Condénanse los matrimonios clandestinos, y para obviar á la clandestinidad, generalizó el concilio la costumbre establecida ya en algunos paises, particularmente en Francia, de publicar las amonestaciones en la iglesia con cierto término, dentro del cual puedan proponerse los impedimentos del matrimonio antes de su celebracion.

Se trató, en fin, del grande objeto de este concilio y de otros muchos, á saber, de la reforma del clero, tanto regular como secular. La relajacion se habia introducido hasta en los monasterios que debian servir, y que efectivamente sirvieron largo tiempo, de modelo á los demas estados. La famosa abadía de Monte-Casino, de donde se esparció por todo el Occidente la regular observancia, habia caido, segun las quejas de Inocencio III, en un desórden que provocaba la detestacion del resto de los fieles (1). Los monges de Cluny por su ambicion, sus disensiones y su vida licenciosa causaban entonces un escándalo igual á la edificacion que habian dado por espacio de doscientos años. Peor sucedia todavia en los monasterios aislados que no tenian capítulos generales. Para remediar este desórden, acordó el concilio que todas las comunidades tuviesen un capítulo general á ejemplo de los monges del Cister, y que para instruirse en el método de celebrarle llamasen al principio á dos abades de este órden. «En él, dice, se tratará maduramente de la observancia regular, y lo que se estableciere será observado inviolablemente.» Añade, que se diputarán algunas personas sabias para visitar en nombre del Sumo Pon-

(1) *Ep. 5, ad Abbat. Mont. Cas.*

tífice todos los monasterios de la provincia, aun los de religiosas, y para reformar todo lo que fuere conveniente. Los canónigos reglares estarán obligados como los monges á celebrar sus capítulos y á cumplir y ejecutar segun su respectiva observancia lo restante del decreto.

«Oponiéndose tambien á la observancia del buen órden la mucha diversidad de institutos, continúa el concilio, prohibimos estrechamente fundar otros nuevos; y el que quisiere practicar la vida regular observará una de las reglas aprobadas.» Este cánon tuvo poco efecto; y despues del cuarto concilio de Letran se vieron establecer tal vez mas congregaciones religiosas que en los años precedentes. El Papa Inocencio, como ya hemos visto, habia aprobado verbalmente la regla de San Francisco, y presentándose este santo fundador al concilio de Letran, confirmó el Pontífice públicamente esta regla declarando haberla anteriormente aprobado, aunque sin bula. Compareció tambien Santo Domingo en compañía de Foulques, obispo de Tolosa, que habia dado ya á Domingo y á sus discípulos la sesta parte de los diezmos de su diócesis, y propusieron al Papa el plan de institucion de los frailes predicadores. Inocencio dijo á su fundador que volviese á juntarse con sus discípulos y eligiese con ellos una de las reglas autorizadas y que despues se presentase para obtener la aprobacion de su instituto. Sometióse Domingo sin repugnancia á este mandamiento sabio, que no se diferenciaba de el del concilio (*a*).

A continuacion de los cánones de Letran se halla un decreto concerniente á la cruzada, cuya espedicion se señala para el primero de junio de 1217. Además de las

(*a*) Añadiremos aquí algunos pormenores á lo que dice nuestro autor, y corregiremos alguna inexactitud. —Viendo Santo Domingo que, á pesar de todas las victorias de los cruzados, persistian en su obstinacion los herejes, y que por otra parte los compañeros que él se habia asociado para trabajar en la conversion de aquellos desgraciados solian disminuir hasta el punto de quedarse solo algunas veces, concibió el pensamiento de la fundacion de su órden, lo consultó con los prelados de la provincia, y obtenida su aprobacion reunió diez y seis compañeros de los que se habian mostrado mas celosos y perseverantes en la mision, los cuales se obligaron á no desampararle jamás y le prometieron una perfecta obediencia. En seguida Pedro de Sellan, que era uno de ellos, hizo donacion de las casas que poseia en Tolosa, y allí se formó un convento que despues se llamó el convento de la inquisicion. Para proveer á la subsistencia de esta naciente sociedad, el obispo de Tolosa de consentimiento de su cabildo cedió desde luego al santo fundador y á sus compañeros la sesta parte de los diezmos de su vasta diócesis, á cuyo objeto se aplicó tambien la donacion que hizo el conde de Monfort. Era á principios de 1215 cuando se puso este primer establecimiento. En el mes de marzo del mismo año pasó el santo fundador á Roma para solicitar la confirmacion de la nueva órden. Recibióle favorablemente Inocencio III, que no ignoraba ni su mérito, ni su reputacion, ni los frutos de su mision en el Langüedoc; é informado Su Santidad por los obispos franceses que acudieron á Roma para la celebracion del cuarto Concilio de Letran, hizo espedir un Breve confirmando al monasterio de Prulla en la posesion de sus tierras, casas, rentas y heredades; cuyo Breve lleva la fecha de 8 de octubre de 1215, y por consiguiente es anterior á la apertura de aquel Concilio verificada en noviembre. En cuanto al punto principal, afirman algunos historiadores que el Papa concedió fácilmente á Santo Domingo cuanto pedia, mas otros dicen que opuso al principio algunas dificultades á la creacion de un nuevo órden religioso. Sea de esto lo que fuere, ello parece cierto que el Pontífice, habiendo aprobado desde luego de viva voz el nuevo instituto, aconsejó al Santo alguna de las antiguas reglas aprobadas, á la que podria añadir sus particulares constituciones, segun la forma que quisiere dar á su órden. De este modo trató el Papa de conciliar la aprobacion que daba en el momento con el decreto que iba á publicar en el Concilio. No descansó ya un instante el santo fundador hasta que, despues de haber adoptado junto con sus compañeros la regla de San Agustin añadiéndole diversos puntos de constituciones particulares, y fundado algunos conventos en Francia y en Italia, obtuvo de Honorio III, sucesor de Inocencio, la bula solemne de confirmacion, dada en 22 de diciembre de 1216. En esta ocasion nombró el Papa á Santo Domingo maestro del sacro palacio, creando esta nueva dignidad cuyo cargo era esplicar las Santas Escrituras y hacer instrucciones familiares á todos los que frecuentaban la córte romana. Fué tan grande el fruto que hizo Domingo en aquellas lecciones, que este destino llegó á ser, y es aun en el dia uno de los mas considerables de la Iglesia. En efecto, el maestro del sacro palacio, dice un escritor, es el teólogo del Papa; y esta dignidad, tan distinguida desde su origen y que han ocupado desde entonces sin interrupcion alguna los hijos de Domingo, fué honrada en lo sucesivo con un gran número de privilegios. No se celebra consistorio público ó secreto, ni otro acto solemne á que esta-

prohibiciones y concesiones ordinarias en semejante caso, se prohiben aquí los torneos durante tres años y se ordena que por espacio de cuatro, á lo menos, se observe la paz por toda la cristiandad, bajo la pena de incurrir en las censuras eclesiásticas y en los efectos temporales que en aquellos tiempos se añadian á ellas.

Unos seis meses despues del concilio de Letran murió Inocencio III en Perusa, el 16 ó 17 de julio de 1216. Su pontificado, de mas de diez y ocho años, fué distinguido por los acontecimientos singulares en los cuales tuvo parte, y por el gran número de decretales que son otras tantas pruebas de su habilidad en la ciencia del derecho, de la grandeza de sus miras y de la firmeza de su carácter. Los autores de su siglo hablan de él con mucha variedad, y se manifiestan tan estremados en sus elogios como en sus censuras. El monge Rigordo (1) le tiene por un hombre incomparable, que no hizo mas que maravillas. Mateo Paris (2) le acusa de soberbio y avaro; pero Paris es un censor cuya malignidad así en éste como en otros muchos casos le hace juzgar muy mal. Inocencio III estaba tan poco apegado á las riquezas que vendió su vagilla de plata para socorrer á los pobres y la reemplazó con una vagilla de barro. Era por otra parte tan enemigo de la venalidad que su primer cuidado desde que ascendió al sólio pontificio fué proscribirla de la córte romana, donde antes de él reinaba impunemente (1). Mateo Paris habria podido á lo sumo censurar lo que el celo y jurisprudencia recibidas en aquella época hicieron arrogarse sobre lo temporal de los príncipes á un Papa que estendió la autoridad de su Silla mas allá que ninguno de sus predecesores, sin esceptuar á Gregorio VII. Dicen que Santa Ludgarda, religiosa del órden del Cister en el Brabante, vió á Inocencio despues de su muerte librarse con dificultad de las penas eternas, y condenado á un largo purgatorio (2); lo que prueba á lo menos (es Fleury quien lo dice) que algunos de sus mas virtuosos contemporáneos pensaban que este Papa habia cometido grandes faltas. Inocencio III fué el que arregló el tribunal y las atribuciones de la Inquisicion; pero no fué quien la fundó ó instituyó, porque existia ya muchos siglos antes. Además de las cartas de este Papa han quedado de él sus sermones, algunos tratados de piedad y otros muchos monumentos dignos de la estension y cultura de su ingenio. La Iglesia le es deudora, segun se dice, de la bella prosa: *Veni Sancte Spiritus*. Al otro dia ó al siguiente de su muerte, 18 de julio, eligieron en el mismo Perusa para sucederle al cardenal Cencio Savelli, que tomó el nombre de Honorio III.

Confirmado en el Concilio de Letran el instituto de San Francisco, y viviendo todavia el Papa Inocencio, pareció estar indeciso el humilde fundador sobre si ocuparia á sus discípulos en la predicacion del Evangelio, ó solamente en la oracion y en los ejercicios pacíficos del retiro (3). Aunque versado en los caminos de Dios y frecuentemente guiado por el espíritu de profecía,

ta el Papa, que no esté á los pies del sólio el maestro del sacro palacio. A él corresponde en la córte de Roma dar el bonete de doctor y nombrar los sugetos que antes han de examinar á los que aspiran á esta distincion; tiene el derecho de examinar las teses y los libros, de conceder ó negar su publicacion, y de dar licencias para leer los prohibidos. Elige los predicadores del Papa con facultad de corregir sus sermones, y aun en caso necesario á los mismos predicadores en presencia de Su Santidad. En sus ausencias puede nombrar otro en su lugar que goza de las mismas prerogativas. Todas estas facultades fueron confirmadas y estendidas por Calisto III en el año 1456. Véase Touron, lib. 2, cap. 1, 2 et 3. (*N. del E.*)

(1) *Pag.* 66.
(2) *Pag.* 106.

(1) *Art de verif. les Dat.*
(2) Sur. 16 *Jun.*
(3) *Vit. per Bonav. cap.* 12.

no se desdeñaba de tomar consejo hasta de los mas sencillos; y temiendo decidir esta cuestion (1), rogó á Fr. Silvestre, que estaba contínuamente ocupado en la oracion sobre una montaña cerca de Asís, que consultase al Señor y le comunicase las luces que recibiese. Pidió asimismo á Santa Clara que esplorase la voluntad de Dios acerca del propio objeto, tanto por sí misma como por medio de alguna de sus religiosas que tuviese mas sencillez y pureza. Clara y Silvestre, acordes perfectamente en sus respuestas, aseguraron ser la voluntad de Dios que los frailes se dedicasen al ministerio apostólico. Francisco adoptó esta decision, y los efectos manifestaron que habia venido del cielo.

Repartió como á otros tantos Apóstoles las provincias y reinos entre los frailes mas distinguidos por su ciencia y virtud. En España, Bernardo de Quintevalle, su primer discípulo, con cierto número de colaboradores proporcionados á la importancia de esta mision; Juan Bonella, con treinta y tres compañeros en Provenza; Juan de Strachia, establecido ministro ó superior en Lombardía; en la Marca de Ancona, Benito de Arezzo, muy querido del Santo; en Toscana, Elías de Cortona, despues general de la órden; todos fueron recibidos de estos diversos pueblos como enviados del cielo. Juan de Penna, destinado para la Alemania con sesenta frailes, fué al principio muy mal recibido en ella. El hábito pobre y singular que llevaban hizo que se los confundiese con aquellos falsos reformadores que propagaban la heregía á la sombra de su esterior mortificado. Pero algun tiempo despues parece que quiso esta nacion disputar á las demas la preferencia en el afecto á estos religiosos, cuyo verdadero mérito no habia tenido lugar de conocer. San Francisco resolvió ir á Francia y penetrar hasta la Bélgica, y escogió á Paris para su mansion, como una ciudad distinguida por su piedad, especialmente para con el Sacramento adorable del altar.

Partió con este designio y llegó hasta Florencia, donde estaba de legado el cardenal Hugolino, obispo de Ostia. Este prelado de insigne virtud deseaba ardientemente ver á Francisco. A la primera entrevista le concibió un afecto tan estable, como puro era el principio de donde nacia. No aprobó el designio que tenia el santo varon de salir de Italia hallándose todavía naciente su órden, que aun tenia enemigos ocultos. Francisco, que sacrificaba su propio dictámen al del mas inferior de sus hermanos, cedió hasta en su inclinacion por las misiones al modo de pensar del piadoso cardenal, y en su lugar hizo ir á Francia al hermano Pacífico. Era este un poeta convertido, cuyas composiciones le hicieron en otro tiempo tan famoso, que el emperador le dió públicamente la corona poética y le pusieron el sobrenombre de rey de los versos. Habiendo oido hablar del Santo, quiso verle, le oyó predicar y renunció inmediatamente el mundo para abrazar el nuevo instituto. Viéndole el santo fundador pasar de esta manera de la agitacion de las pasiones y de los remordimientos á la paz de la conciencia, le llamó Fr. Pacífico. Marchó, pues, á Francia cuatro ó cinco años despues de su conversion, y fué allí el primer ministro de los frailes menores. Iba acompañado de Fr. Angel, que fué tambien el primer ministro en Inglaterra, y de Fr. Alberto, que se hizo muy célebre por su doctrina y llegó á ser el cuarto general de la órden.

Entretanto, bien informado Francisco de que esta tenia enemigos en Roma, y recibiendo quejas de muchos de sus hermanos acerca de la dureza con que los trataban algunos prelados, tomó la reso-

(1) Vading. *ann.* 1212 *et seq.*

lucion de pedir al mismo Papa un protector para sus frailes cerca de la Santa Sede. El cardenal Hugolino le habia protestado en términos espresos que contase enteramente con su favor. Este prelado, despues que de su legacion de Toscana regresó á Roma, obligó no sin trabajo al humilde Francisco á predicar delante del Papa y del Sacro Colegio. El santo, por respeto á esta augusta asamblea, compuso cuidadosamente un sermon, y lo aprendió exactamente de memoria: pero cuando quiso hablar no se acordó de una sola palabra de lo que habia escrito, porque el Espíritu Santo quiso ser su único maestro. Despues de haber confesado el orador su perplejidad, se entregó segun costumbre al adorable guia que queria dirigirle. Habló con tal fuerza y uncion, que el Sumo Pontifice y toda la córte romana protestaron que no habian esperimentado jamás impresion tan viva. Al colmarle de caricias el Papa cuando salieron del sermon en presencia del cardenal Hugolino: «Santo Padre, le dijo el santo orador, las bondades que me manifestais á mí y á mis pobres hermanos, me confunden; pero me tendria por un usurpador de un tiempo debido á la Iglesia, si quitásemos algunos momentos muy preciosos á su Gefe en medio de los negocios importantes que le cercan. Dadnos este cardenal para que bajo vuestra autoridad vele por nuestros intereses.» Condescendió el Papa Inocencio á su demanda, y el cardenal Hugolino fué el primer protector de los religiosos franciscanos, á imitacion de los cuales la mayor parte de las otras órdenes procuraron en adelante tener en Roma cardenales protectores.

Francisco no limitó su celo á las regiones habitadas por los cristianos. Envió al pais de Marruecos cinco misioneros, llamados Berardo de Corbe, Pedro de San Geminiano, Otton, Ajut y Accurso. Tomaron su ruta por Coimbra, donde residian entonces los reyes de Portugal, y donde la reina Urraca, que dos años antes habia proporcionado un establecimiento á los frailes menores, los recibió con sumo agrado. Habiéndose luego puesto vestidos seglares sobre los suyos, entraron en las tierras de los moros, penetraron hasta medio de Sevilla, y se presentaron á la puerta de palacio, anunciándose como embajadores enviados al rey de parte de Jesucristo Señor de los reyes. Inmediatamente hubieran sido sacrificados si el hijo del rey no moderase la cólera de su padre, quien se contentó con mandarlos encerrar, y aun luego les dió libertad de pasar al reino de Marruecos (1).

No fué su celo allí menos vivo que en Sevilla; predicaban á los sarracenos en cualquier parte que los encontrasen; y un dia viniendo de paseo el rey, á tiempo que Berardo de Corbe estaba cercado de una multitud á la que se esforzaba en atraer al cristianismo, no intimidando la presencia de este príncipe al misionero, redobló la energía de sus exhortaciones. Túvole el rey por loco, y mandó enviarle con sus compañeros á pais cristiano, haciéndolos conducir á Ceuta para que allí se embarcasen. Todos cinco pudieron en el camino burlar la vigilancia de sus conductores, y vueltos á Marruecos se pusieron á predicar en la plaza pública. Los prendieron por segunda vez á fin de enviarlos á tierra de cristianos; pero tambien se escaparon, y fueron tercera vez á Marruecos, donde se presentaron al rey en cuya presencia comenzó Fr. Berardo á predicar el Evangelio, cuando el príncipe, furioso á vista de esta perseverancia tan intrépida, y mucho mas de la inutilidad de todo lo que pudiese decirle para trastornar su fé, les cortó la cabeza con sus propias manos el dia 16 de enero de 1220. Sus reliquias

(1) Vading. *ann.* 1219.

fueron recogidas por los cristianos de la ciudad, y trasladadas á Portugal al monasterio de Santa Cruz de Coimbra. El Señor obró allí muchos milagros que fueron causa de que se colocase á estos mártires en el número de los que la Iglesia venera públicamente.

Envió San Francisco otros siete de sus religiosos á predicar el Evangelio en Ceuta, primera ciudad de Africa sobre el estrecho que la separa de España. Al anunciar que no habia salvacion sino en Jesucristo, el príncipe musulman hízoles conducir á su presencia, y les ofreció grandes riquezas si querian abrazar el mahometismo. Viéndolos inalterables, los mandó separar y tentar á cada uno en particular bien con amenazas ó bien con promesas; y por último, en castigo de su constancia los condenó á ser degollados (1221). Algun tiempo despues fueron canonizados como los mártires de Marruecos (1).

No se contentó el santo fundador con poner á sus discípulos en accion; dióles el ejemplo del celo apostólico con tanta mas diligencia, cuanto menos religiosos literatos hallaba que llenasen sus deseos para esponerse á tan grandes riesgos. Este motivo, unido al ardor insaciable de caridad, movióle á enviar de antemano á Fr. Gil á los sarracenos que habitaban las regiones orientales del Africa: era hombre dotado de gran sencillez, y Francisco le apreciaba en estremo, y á cuya fé no veia nada imposible. Sin embargo, no pudieron adelantar cosa alguna contra la obstinacion musulmana Gil y algunos compañeros tan virtuosos como él, y entonces tuvieron motivo de convencerse de que lejos de ganar perdia la verdadera Religion presentando la luz á unos furiosos que á vista de ella se hacian profanadores y homicidas.

(1) Sur. 13, *Oct.*

Pasó no obstante Francisco en persona al Egipto, en uno de los buques de socorro enviados á los cristianos que sitiaban á Damieta. Poco despues de su llegada prepáraronse los sitiadores á dar una batalla á los infieles. El Santo tuvo revelacion de que el éxito no seria favorable á los cristianos, pero temió ser tenido por un visionario si anunciaba un acontecimiento tan impenetrable al espíritu humano. Comunicó su perplejidad al religioso que le acompañaba, y este le dijo: «hermano mio, temed mas á Dios que á los hombres, y tened en poco el juicio del mundo, que hace tiempo reputa en vos por locura la sabiduría evangélica.» Dirigióse luego Francisco al gefe de los cruzados para hacerle saber su revelacion, que se tomó en efecto por una ilusion; pero el hecho fué que los cristianos, habiendo dado el combate, fueron derrotados y perdieron cerca de seis mil hombres entre muertos y prisioneros. Créese fuera este el combate que dieron los cruzados alemanes y húngaros el 29 de agosto de 1219 (1).

Quedaron con todo los dos ejércitos el uno en frente del otro; pero los sarracenos estaban tan vigilantes que no podia cristiano alguno salir del campamento sin manifiesto peligro; y aun el sultan habia prometido un besan de oro á quien le trajese la cabeza de un cristiano. Pero nada fué bastante á intimidar á Francisco, el cual halló medio de sustraerse á la vigilancia de los infieles y marchó á su campo con solo un compañero. Encontraron dos ovejas y dijo al religioso que le acompañaba: «Animémonos, hermano mio, con las promesas de Aquel que nos envia como ovejas en medio de los lobos.» Pronto se vieron acometidos de los sarracenos que los ataron y cargaron de golpes y

(1) Bonav. *in vit. cap.* 19; Jac. Vitr. *Hist. occid. cap.* 32.

de injurias. Francisco les dijo con energía: «yo soy cristiano y tengo que tratar de un negocio con vuestro señor; no tardeis en conducirme á él.»

El sultan era Malec-Camel, hijo de Safadino y llamado Meledino por nuestros autores. Preguntó á los dos religiosos quién los enviaba: Francisco respondió: «El Señor Altísimo es quien nos envia, para mostraros el camino del cielo á vos y á vuestro pueblo.» Prendado de su firmeza el sultan, le dió muchas audiencias en el espacio de pocos dias, y le convidó á establecerse cerca de su persona. «Me quedaré gustoso, respondió Francisco, si quereis convertiros junto con vuestro pueblo. Si tal vez os ocurre alguna duda sobre la necesidad de abandonar la ley de Mahoma para abrazar la de Jesucristo, haced encender una grande hoguera y yo entraré en ella con los doctores de vuestra religion, á fin de que Dios Criador de los elementos os haga conocer cuál es la ley que es necesario seguir.»—«Dudo mucho, replicó Meledino, que haya alguno de nuestros imanes que quiera entrar en el fuego por su religion.»—En efecto, uno de los mas ancianos habia ya desaparecido temblando al primer desafío del santo varon, quien replicó al sultan: «Pues bien, yo entraré solo, si me prometeis que vos y vuestros vasallos abrazareis el cristianismo, suponiendo que salga sano y salvo.» Meledino respondió entonces mas sériamente que temia una sublevacion si hacia este pacto; ofreció ricos presentes al Santo, y rehusándolos este se hizo todavia mas venerable á sus ojos. Despidióle luego y le dijo suspirando: «rogad por mí, padre mio, á fin de que Dios me haga conocer la religion que le es mas agradable.»

A su regreso de Egipto convocó Francisco un capitulo general en Asís (1219). Durante su ausencia habia recibido grandes quejas contra Fr. Elías, á quien habia dejado, no sin cierta inquietud, por vicario general, como un hombre hábil para el gobierno, ó mejor diremos, muy acreditado entre los hermanos. Ya desde el primer capítulo celebrado el año anterior, manifestando Elías una sabiduría muy sospechosa á la humildad de Francisco, le hizo decir por medio del cardenal protector de la órden, que un hombre simple y sin letras debia oir los consejos de los religiosos versados en las ciencias y en los negocios, añadiendo á esto que no era cuerdo encarecer tanto el sistema de los antiguos padres de la vida cenobítica, y aficionarse solo á reglas nuevas superiores á la flaqueza humana. Descubriendo Francisco la maniobra, y penetrando hasta el fondo de los corazones, se levantó en medio del capítulo, y dijo en presencia del cardenal: «Hermanos, mis queridos hermanos, Dios nos llama á la vida sencilla y humilde para seguir la locura de la cruz. No me propongais otra regla que la que el Señor se ha dignado enseñarme. Nada hago por mí mismo en esta materia, y Dios me ha hecho conocer su voluntad con señales que no son sospechosas. Temed que los sabios que os sorprenden atraigan sobre sí ó sobre vosotros la cólera del cielo. Su prudencia carnal no engañará al Señor; mas ellos se engañan á sí mismos, esforzándose en destruir lo que Jesucristo ordena para su salvacion por el órgano de Francisco su indigno siervo.»

Las quejas que despues de esta tentativa se suscitaron contra las relajaciones de Elías no pudieron dejar de causar impresion en el santo fundador, el cual tardó poco en ver con sus propios ojos cuán bien fundadas eran. El discípulo degenerado osó presentarse delante de su maestro con un hábito mas pulcro, y de una tela mucho mas fina que los demas, una capucha mas ancha, parecida á la que llevaban todavia muchas gentes del siglo, las mangas mas largas y

un paso poco modesto. Sin esplicarse todavia el varon de Dios, le rogó que le prestase su hábito. Se le puso por encima del suyo, le plegó con elegancia por debajo de la cintura, levantó con orgullo la capilla, y marchando luego con pasos graves, la cabeza erguida y el pecho dilatado iba saludando á los presentes diciendo en tono de proteccion: *Dios os guarde, mis buenos hermanos*. Dió tres ó cuatro vueltas de esta manera en medio de la asamblea. Despojándose luego de aquel hábito con indignacion, le arrojó lejos de sí, y volviéndose al culpable: «Ved, le dijo, cómo serán espelidos los frailes bastardos de la orden. Y ved, añadió, volviendo á su sencillez natural, el modo que caracteriza á nuestros hermanos legítimos (1).» Proscribió todas las novedades que Elías habia introducido en la orden, le quitó el cargo de vicario, é hizo nombrar en su lugar á Pedro de Catania. Luego quiso renunciar á todo gobierno y someterse á Pedro, como á ministro general; mas los hermanos no pudieron consentir en ello, y declararon que, en tanto que él viviese, cualquiera otro superior seria solamente vicario suyo.

No se redujo á estas esterioridades la humildad de Francisco: se estendió hasta á las distinciones y prerogativas del estado, que los individuos de las comunidades sostienen á las veces con tanta mayor entereza, cuanto se hallan mas desprendidos de los intereses mundanos. Quejáronse á San Francisco muchos frailes de que en las provincias lejanas varios obispos no les permitian predicar, y le rogaron que les sacase un privilegio del Papa para anunciar sin tal permiso la palabra divina donde les pareciese oportuno. Manifestóse asustado de esta pretension el santo varon, y respondió: «¡Qué, hermanos mios! ¿asi olvidais el espíritu de vuestro estado? Vuestro privilegio natural es no tener alguno; las distinciones solamente servirian para ensoberbeceros y suministrar motivos de exasperacion y de discordia á los demas. El órden exije que os ganeis primero á los superiores con la humildad y sumision, y despues con la palabra y el buen ejemplo á los fieles que viven sujetos á sus leyes. Cuando los prelados vean que vivís santamente y que reverenciais su autoridad, ellos serán los primeros en pediros que coopereis á la salvacion de las almas que están confiadas á su cuidado (1).» Respuesta muy digna del humilde fundador, dice Feller; pero ella no impide que las exenciones y privilegios de los religiosos hayan sido útiles muchas veces á la Iglesia y aun necesarias en las diócesis cuyos obispos eran ó favorables al error, ó descuidados y negligentes en procurar la salvacion de sus ovejas.

Habiendo manifestado algunos frailes á Francisco que habian encontrado párrocos tan intratables, que todas las atenciones posibles y la mas ejemplar vida no podian reducirlos, replicó el Santo: «Nosotros hacemos en la santa milicia el papel de tropas ausiliares y no estamos revestidos del mando: nuestra recompensa será arreglada, no á los sucesos, sino al trabajo y á la buena voluntad. En cuanto á lo demás, si sois hijos de la paz ganareis al clero y al pueblo. Suplid el defecto de los pastores, y aun cubrid sus faltas; y despues de todo esto procurad sed cada vez mas humildes (2).» No obstante, como la falta de aprobacion por escrito y de un modo auténtico del instituto de San Francisco, dába motivo al clero secular para causar á sus religiosos una gran parte de estos disgustos; por consejo y ausilio del cardenal pro-

(1) Vading. *ann.* 1220.

(1) Vading. *ann.* 1219 *num.* 26.
(2) *Collat.* 12, *tom.* 3, *opusc.*

tector obtuvo del Papa Honorio una bula solemne de confirmacion con fecha 11 de junio de 1219, la primera que ha sido concedida al instituto de San Francisco.

El mismo favor habia recibido el de Santo Domingo á principios del pontificado de Honorio. Eran estas dos órdenes cual dos diques incontrastables, levantados en la Iglesia contra la avenida de la relajacion y de la corrupcion. El Señor, para animar la virtud de los maestros y de los discípulos, comunicó á los dos fundadores luces del todo celestiales sobre la alteza de su destino. Dícese que habiéndose encontrado en una iglesia de Roma, se conocieron sin nunca haberse visto. Propuso Domingo á Francisco reunir sus congregaciones y hacer una sola de las dos; pero Francisco respondió (1): «Hermano mio, la voluntad de Dios es que queden separadas, á fin de que esta diversidad suministre mas recursos á la flaqueza humana; y aquel á quien no convenga el rigor de la una, no deje de hallar en la otra el camino de la salvacion:» mas no por eso fué menos perfecta la union entre los dos fundadores y sus discípulos.

Al principio los frailes predicadores no eran mendicantes ni exentos del ordinario, sino canónigos reglares. La primera bula que aprobó su instituto, le califica espresamente de órden de canónigos bajo la regla de San Agustin, lo cual no era contrario al decreto de Letran, que solo prohibia el establecimiento de nuevas órdenes religiosas. Santo Domingo, disponiéndose á llevar la luz del Evangelio á los sarracenos, hizo tambien elegir, con el nombre de abad, un superior general llamado Mateo; pero este fué el único que tuvo aquel título. El general de la órden tuvo despues el nombre de maestro, y los superiores locales el de priores.

(1) *Opusc. tom. 3. Collat. 10.*

Los frailes Predicadores se esparcieron como los Menores por todos los paises cristianos. Domingo envió cuatro de sus frailes á España, á donde partió él despues y fundó dos monasterios, uno en Madrid, que casi inmediatamente fué entregado á las religiosas, y otro en Segovia, que fué la primera casa de la órden al lado acá de los Pirineos. Otros siete frailes fueron á Paris, donde adquirieron (1217) una casa en la calle de Santiago (Jacobo), que les hizo dar en toda la Francia el nombre de jacobinos. Siguió el brillante establecimiento de Bolonia en Italia, cuyo obispo, á ruegos del cardenal Hugolino, les dió la iglesia de San Nicolás de las Viñas, y muchos distinguidos personages se apresuraron á ilustrar esta naciente órden consagrándose ellos mismos al Señor. En Roma, el Papa Honorio les concedió la iglesia de San Sisto. Encargó casi al propio tiempo á Santo Domingo reformar y para ello reunir en este lugar á todas las religiosas diseminadas en diversos cuarteles de Roma, y los frailes predicadores fueron trasladados al convento de Santa Sabina, donde aun residen. Grandes dificultades esperimentó esta reforma, aunque continuada por tres cardenales que el Santo pidió humildemente por apoyo: empero lo que la autoridad de la púrpura no pudo conseguir, Domingo lo consumó con felicidad por la perseverancia de su virtud y por el esplendor de muchos milagros que atestiguaron una multitud de personas que los presenciaron. Entre otros prodigios, resucitó tres muertos en solo esta ocasion.

Ivon, cancelario de Polonia, electo obispo de Cracovia, que fué á Roma para hacer confirmar su eleccion, es uno de los testigos de estas maravillas (1). Tan admirado quedó, en particular, de la resurreccion de

(1) Tour. *lib. 2, cap. 3 et 6.*

Napoleon, sobrino del cardenal Esteban, que concibió un afecto sin límites á Santo Domingo y á sus religiosos. Poco satisfecho con atraerlos á su patria y de interesar á todo el mundo en favor suyo, les dió por cooperadores y hermanos á sus propios sobrinos, Jacinto, canónigo de Cracovia, y Ceslao, canónigo de Sandomir; ambos eran mas ilustres aún por su virtud que por su nacimiento; ambos poderosos en obras y en palabras, restauradores de la piedad entre los fieles del Norte, propagadores del Evangelio hasta los mas salvajes confines del mundo, y ambos por fin honrados por la Iglesia con pública veneracion.

El buen olor de sus virtudes y la veneracion de los pueblos, en vida de estos dos Santos, fué causa de que se instituyesen casas de su órden en todas las regiones septentrionales. No eran menos rápidos los progresos que este instituto hacia en las otras naciones. En el segundo capítulo general de los frailes Predicadores, que abrazaron el método de estos capítulos lo mismo que los demas religiosos establecidos despues de los monges del Cister, eligieron ocho superiores provinciales para que los gobernasen en otras tantas provincias, á saber: la España, la Francia, la Provenza, la Lombardía, la Romanía, la Alemania, la Hungría y la Inglaterra. Quiso Domingo renunciar la dignidad de general para ocuparse solo en su salvacion y prepararse á la muerte, y eso que no contaba entonces mas que cincuenta y un años; pero no consintieron en ello, y solo dispusieron que durante la celebracion de los capítulos se estableciesen definidores que tuviesen toda la autoridad aún sobre el mismo general.

En esto, habiendo ido á ver á algunos piadosos amigos que tenia entre los eclesiásticos de Bolonia, despues de haberles hablado del desprecio del mundo y de las cosas terrenas, les dijo al despedirse de ellos cerca de Pentecostés, que en 1221 cayó en 30 de mayo: «Vosotros me veis bueno y sano; pero no obstante, iré á gozar del Señor antes de la Asuncion de nuestra Señora (1).» No por eso dejó de trasladarse á Lombardía para tratar de los negocios de su órden con el cardenal Hugolino, legado en aquella provincia. A fines del mes de julio volvió á Bolonia fatigado en estremo del viage y rendido del calor que era escesivo. Entonces fué acometido de una fiebre acompañada de disenteria; y no dudando que su fin estaba próximo, hizo venir los novicios, á quienes encargó el espíritu de piedad y el amor á la observancia. Exhortó á todos los demas frailes á evitar con cuidado el trato con las mugeres, á edificar al prógimo y á honrar su estado por la integridad de su reputacion y el buen olor de sus virtudes. «Con la castidad, añadió, y la pobreza, que es el cimiento de nuestro instituto, sereis agradables á Dios y provechosos á la Iglesia.» Despues reuniendo todas sus fuerzas prohibió con voz muy animada, bajo la pena de maldicion divina y de la suya, introducir en la órden el uso de las propiedades temporales, y al punto espiró dulcemente, tendido sobre la ceniza, un viernes 6 del mes de agosto (1221). Halláronle despues de muerto una cadena de hierro en torno de su cintura. Fué enterrado en Bolonia: el Señor obró muchos milagros en su sepulcro, y se multiplicaron sus retratos como de uno de los mas esclarecidos siervos del Señor. Era mediano de talla, pero bien formado; las facciones del rostro eran regulares, tez encarnada y animada cual un rubin; barba y ojos de un rubio vivo, y aspecto interesante y noble que le atraía la aficion y el respeto general. Dulce era su voz, pero sonora y penetrante como una

(1) Tour. *lib.* 4, *cap.* 12; Jord. *cap.* 52.

trompeta, especialmente cuando tronaba contra el vicio.

Habia proyectado este hombre apostólico ir á predicar el Evangelio á Oriente; mas impidiéronselo los negocios de su órden y la situacion de los occidentales en aquella region. Casi no les quedaba ya en Palestina mas que las dos ciudades de Tyro y Ptolemaida, donde estaban como encerrados y en un contínuo temor de mayores escesos por parte de los sarracenos. Tenian por gefe á Juan de Briena, conde de la Marca y rey titular de Jerusalen, como lo habia sido Amalarico de Lusiñan, en cuyo título sucedió y cuya descendencia quedó en posesion del reino de Chipre. Juan de Briena, designado por el rey Felipe Augusto á los diputados de Palestina para suceder á Lusiñan, habia llevado de Francia en su compañía trescientos caballeros y algunas otras tropas de cruzados, con lo que comenzaron á respirar sus nuevos súbditos. La cruzada publicada en el concilio de Letran, y que agitó de nuevo todas las naciones de Europa, puso bien pronto á este príncipe en estado de emprender mas importantes hazañas.

Muy distante estaba aun de amortiguarse aquel celo belicoso y tan largo tiempo desgraciado. Pocos años antes se habia visto esta especie de fermentacion exaltar los ánimos aun de aquellas personas menos aptas para la guerra. Reunióse una multitud de niños de las ciudades y aldeas así de Francia como de Alemania, y cruzándose todos marcharon con presteza para Tierra Santa. Consternados los padres detuvieron á muchos, pero hallaron medio de escapar y continuar su ruta. A imitacion suya cruzáronse para ir con ellos gran número de jóvenes de ambos sexos. Tambien hubo algunos ladrones y malvados que se mezclaron con estas sencillas tropas y les robaron cuanto se les habia dado. Perdiéronse muchos de estos niños en los desiertos y montañas, donde perecieron de fatiga y de indigencia: algunos llegaron á la otra parte de los Alpes, donde los lombardos acabaron de despojarlos, y los restos miserables de esta tropa confusa y dispersa volvieron como pudieron á la casa paterna (1).

Entre las tropas reglamentadas, marcharon de los primeros Andrés, rey de Hungría, y Leopoldo, duque de Austria, con muchos señores y una multitud considerable de combatientes (2). Embarcáronse en el Mosa poco tiempo despues, Guillermo, conde de Holanda y muchos cruzados alemanes y pasaron á Lisboa en Portugal, que era el punto señalado de reunion á otras naves que debian seguirlos. Acababan los moros de quitar á los caballeros de la espada ó de Santiago el castillo de Alcazar y le habian sujetado á una contribucion anual de cien esclavos cristianos á beneficio del rey de Marruecos. Aquellos caballeros con los del Temple y del Hospital y el resto de la nobleza del reino, pintaron vivamente á los peregrinos la indignidad de esta servidumbre, y los no interrumpidos sobresaltos en que los tenia la proximidad de los infieles, de los cuales pidieron con las mayores instancias que los libertasen.

Como la estacion se hallaba ya adelantada y el arribo de la flota á Palestina no podia entonces ser muy útil, en atencion sobre todo á que el rey de los romanos y otros muchos príncipes de Alemania, empeñados en seguirlos, no se habian puesto en movimiento, cedieron los cruzados á sus instancias, esceptuando las tropas de Frisia que prosiguieron su ruta con ochenta naves. Inmediatamente formaron el sitio de Alcazar y le estrecharon vivamente. En vano los reyes moros de Sevilla, de Córdoba, de Jaen

(1) Alb. Stad. et Godef. *an.* 1216.
(2) *Chron. Godofr. an.* 1217.

y de Badajoz volaron al socorro de la plaza con un ejército mucho mas numeroso que el de los cristianos. Perdieron los infieles la batalla; los reyes de Jaen y de Córdoba con catorce mil de sus mejores soldados, fueron acuchillados y la multitud de cautivos fué innumerable. Alcazar se rindió á discrecion (1217). Este suceso es atribuido por los autores de aquel tiempo (1) á una proteccion milagrosa del cielo, que combatió tan á las claras por los fieles, que los sarracenos prisioneros les preguntaban dónde estaban aquellos guerreros resplandecientes que los habian forzado á ponerse en fuga. Pero la maravilla mas feliz é incontestable fué la sincera conversion del señor mahometano de Alcazar, que recibió el bautismo con otros cien musulmanes. Los frutos de esta espedicion inclinaron al Papa á permitir se emplease en socorro de los cristianos de España una parte del impuesto designado para el socorro de Jerusalen, y á conmutar el voto de ir á Tierra Santa en la obligacion de marchar contra los moros (*a*).

Sin estas quedaban todavia suficientes fuerzas para restablecer las cosas de Oriente. Con el rey de Hungría y los duques de Moravia y de Austria, llegaron á San Juan de Acre ó Ptolemaida una inmensa multitud de cruzados, caballeros y hombres de armas, tanto de Alemania como de otras regiones del Norte. Coradino, hijo de Safadino, sultan de Babilonia, con su hermano Meledino que mandaba ya en Egipto, habia amenazado á la ciudad de Acre y se adelantaba ya por la frontera hácia el pais del Jordan; pero los cristianos no solo le obligaron á retirarse, sino que hicieron gran botin y muchos cautivos, de los que Jacobo de Vitri, obispo de Acre, libró á cuantos niños pudo para bautizarlos y hacerlos criar por mugeres piadosas.

Con todo, el rey Andrés de Hungría tan ardiente al principio por la defensa de los Santos Lugares; y Hugo, rey de Chipre, hijo de Amalarico de Lusiñan, se separaron de los otros cruzados. Escitábanles estos á que no los abandonasen; pero Andrés, habiendo pasado tres meses en Palestina, tuvo por cumplido su voto y se creyó libre para volverse á sus Estados. En cuanto al rey de Chipre, murió el año siguiente (1219) en la flor de su edad, dejando por sucesor á su hijo Enrique de solos nueve meses. El ejército cristiano habia intentado, pero sin éxito, apoderarse de la fortaleza del Tabor que los sarracenos habian edificado algunos años antes encima del monte de este nombre, tan cercano á Acre que tenian á esta plaza en una contínua inquietud. Para suplir el defecto de esta conquista, el rey de Jerusalen y el duque de Austria, juntamente con los obispos de Munster y de Utrecht, restablecieron el castillo de Cesarea. Por otra parte, los templarios y los caballeros teutónicos edificaron sobre un promontorio poco distante una fortaleza á la que dieron despues el nombre de Castillo de los peregrinos.

Habiendo por último llegado á Oriente los cruzados de la Bélgica y de Alemania, que acababan de distinguirse en Portugal, el rey de Jerusalen y el duque de Austria se resolvieron á llevar el fuego de la guerra á Egipto y á poner sitio á Damieta. Con la noticia que de ello recibió el Papa, escribió

(1) Rain. *lib.* 11, *ep.* 97.

(*a*) Segun el P. Mariana, quien influyó grandemente para que los cruzados tomasen parte en la empresa del sitio y toma de Alcázar de la Sal ó Alcazadorsal, fué Mateo, obispo de Lisboa. Ocupaba entonces el trono de Portugal Alfonso II, llamado el *Gordo*, hijo de Sancho I, á quien habia sucedido en 1211. A mas de la de Alcázar, ganó otras muchas victorias á los moros; y á escepcion del odio que profesó á sus propios hermanos de que se originaron algunos disturbios, dice un historiador, tuvo un reinado glorioso y feliz, pues se coronó de laureles en su juventud, dió nuevas leyes, hizo reinar la justicia y procuró la reforma del clero. (*N. del E.*)

á Venecia, á Génova y á los demas puertos de Italia á donde llegaban diariamente nuevas tropas de cruzados franceses, alemanes y de todas las naciones, á fin de que partiesen en derechura á Damieta para la conquista de Egipto, que todo el mundo daba por segura. La muerte del sultan Safadino, hermano y digno émulo del gran Saladino, acontecida al cabo de cuatro meses de haberse puesto el sitio, en setiembre de 1218, aumentó considerablemente las esperanzas del ejército cristiano. Mas entre los quince hijos que dejó, Meledino el mayor, sultan de Egipto, y Coradino, sultan de Damasco, tenian todas las cualidades propias para sostener la gloria de su padre. Varios combates tuvieron en que los cristianos no consiguieron ventaja alguna. No obstante, á fuerza de constancia y recibiendo contínuamente nuevos refuerzos se hicieron dueños de la plaza al cabo de cerca de diez y ocho meses de sitio en 9 de noviembre de 1219 (1). Entre la muchedumbre de cautivos señaló su caridad el obispo de Acre, como ya lo habia hecho otra vez, con los niños, de los cuales mas de quinientos murieron poco despues de haber recibido el bautismo. El señorío de Damieta y sus dependencias fué adjudicado al rey de Jerusalen para acrescentamiento de su reino; mas no sin contradiccion.

Parecia que los cruzados no podian lograr una sola ventaja sin que al momento renaciese entre ellos la desunion con todos sus riesgos (2). Indispúsose el legado de la cruzada, Pelagio, cardenal obispo de Albano, con el rey Juan de Briena, disputándole el señorío de Damieta, y queriendo manejar de un modo absoluto todos los negocios. Descontento el rey, abandonó el ejército, seguido de casi todas sus tropas. Las de Chipre, los templarios y la mayor parte de los caballeros franceses, hicieron lo mismo. Asi es que los vencedores de Damieta, encerrados, digámoslo asi, en su conquista, y reducidos en breve á la indigencia y á los mayores trabajos, imploraron nuevamente el socorro del Occidente y pidieron al Papa que le acelerase.

Hacia ya mucho tiempo que el Papa Honorio instaba á Federico rey de Sicilia, y electo ya rey de romanos, para que pasase al Oriente, segun muchas veces le habia prometido. Entre las causas de dilacion que multiplicaba de contínuo, alegó por esta vez que queria afirmarse la corona imperial antes de una ausencia tan arriesgada. Otton su competidor habia muerto en el año 1218 en un abandono general, pero que le fué muy saludable y le dió lugar de concebir un arrepentimiento sincero de sus culpas. Mientras la larga enfermedad que precedió á su muerte, se hizo dar todos los dias la disciplina; y antes de espirar, quiso que los mas ínfimos de sus criados le pusiesen sus pies sobre el cuello. Federico, libre de las inquietudes que por esta parte le molestaban, dejó la Alemania, y vino á Roma donde fué coronado por el Papa en la iglesia de San Pedro, el domingo 22 de noviembre de 1220. Luego recibió la cruz de mano del cardenal Hugolino, y reiteró públicamente el voto que habia hecho de ir á la Tierra Santa. El duque de Baviera, otra multitud de príncipes y señores tanto de la Pulla como de Alemania en número de mas de cuatrocientos, con una infinidad de caballeros y gentes de á pie se cruzaron juntamente con el emperador, el que prometió que enviaria al Oriente un formidable ejército pasada la próxima primavera, y que partiria allá personalmente despues del mes de agosto siguiente. La falta de cumplimiento á esta promesa le acarreó mil disgustos y ocasionó horribles escándalos.

(1) Jac. Vitr. *lib.* 3 *ep.* 417.
(2) *T.* 8 *Spicil. pag.* 373.

Entretanto Honorio trabajaba por todas partes para aumentar los socorros que debian pasar á Damieta. Escribió al arzobispo de Rouen y á sus sufragáneos, que enviasen predicadores por toda la Normandía para mover á los fieles á cruzarse (1). A pesar de la muchedumbre de alemanes que ya lo estaban, encargó á su legado Conrado de Reisemberg, electo poco antes obispo de Hildesheim, que no olvidase con su nueva dignidad la predicacion de la cruzada. Delegó en Italia para el propio efecto al cardenal Hugolino, como el mas capaz por su ingenio y vida ejemplar para desempeñar fructuosamente este oficio.

Ardia al mismo tiempo otra guerra de religion contra los prusianos, los livonios y otros paganos del Norte. Alberto, arzobispo de Riga, habia instituido para defensa de los nuevos cristianos de estas regiones la orden militar de Cristo, á quien dieron tambien el nombre de orden de la Espada, porque traian sobre el manto una espada con una cruz. No se escapó cosa alguna á la vigilancia y solicitud del Papa Honorio. Exhortó á los sajones á tomar las armas contra los paganos de Livonia, y les concedió para esta guerra la indulgencia de la Tierra Santa. En cuanto á los de Prusia encargó al obispo de Breslau que examinase qué era mas conveniente, ó que el duque de Polonia ejecutase el designio que tenia de marchar al Oriente, ó que permaneciese en el pais para combatir á los idólatras. Apenas supo, poco despues, que los cristianos de estas regiones habian conseguido una insigne victoria, los exhortó á no mostrarse crueles y altivos con los vencidos, y á manifestarles una caridad que les facilitase el camino de la fé. Sirvióse el Señor de todos estos medios para la reduccion de la Livonia al yugo del cristianismo, y pronto se contaron en esta provincia multitud de iglesias, de obispos y de metropolitanos (1224).

En Oriente no se hallaba la Grecia en un pie mucho mas ventajoso que el reino de Jerusalen. Roberto, hijo del emperador Pedro de Courtenai, habia sucedido á su padre el año 1219 por renuncia de su hermano mayor Felipe, que prefirió su condado de Namur al imperio de Constantinopla. La indolencia del voluptuoso emperador dió margen al establecimiento de dos nuevos imperios, además del de Nicea; esto es, el de Trebisonda por David Comneno, y el de Tesalónica por Teodoro Angelo Comneno, que no debe confundirse con Teodoro Láscaris, fundador del imperio de Nicea. Con esto Roberto se dejó estrechar de suerte, que apenas reinaba mas que en el territorio de Constantinopla. Ratificó un tratado concluido poco antes con el clero de Romanía, por el que se advierte que en la iglesia griega no se usaba la percepcion de diezmos. Por esta razon se obliga á solos los latinos á pagar el diezmo entero, y á los griegos la treintena solamente durante diez años, con intento de acostumbrarlos insensiblemente á pagar la décima. Teodoro Láscaris se sostuvo no solo contra los latinos, sino que tambien se opuso á las empresas de los turcos y con tal felicidad, que le mereció la reputacion del militar mas hábil y el político mejor de su tiempo. De tal modo consolidó su poder, que no se alteró por su muerte, y pasó en el mismo estado á Juan Vatacio su yerno, que le sucedió en el año 1222.

El rey Felipe, á quien el monge Rigordo, historiador contemporáneo, llama Augusto en razon de sus conquistas, murió á los cincuenta y ocho años de su edad y cuarenta y tres de su reinado, en el dia 14 de julio del siguiente año. Durante el curso de su última enfermedad, que fué muy larga, redobló este gran rey todas las prue-

(1) *Ep. Honor. ap. Rain.*

bas religiosas que habia dado en mil ocasiones en la dilatada carrera de su reinado, y arregló su conciencia é hizo un testamento donde luce el espíritu de fé y de penitencia que le dirigia. Dá entre otros legados cincuenta mil libras, moneda de Paris, que equivalian á veinte y cinco mil marcos de plata, para reparar los daños que pudiera haber hecho: diez mil libras á la reina Ingelburga, con respecto á la cual se produce en términos que no dejan la menor duda de los sentimientos cristianos que le animaban ya en su favor: seis mil libras al rey de Jerusalen: cuatro mil al maestre del hospital de Tolosa: igual cantidad á los templarios ultramarinos; y además ciento cincuenta mil marcos de plata para socorro de Tierra Santa (1). En los funerales de este príncipe el legado de la Santa Sede y el arzobispo de Reims celebraron en San Dionisio la misa juntamente y pronunciando á una voz las palabras en dos altares diferentes, pero inmediatos uno al otro; los demas obispos y el resto del clero, dice Rigord, les respondian como si fuera uno solo el celebrante.

Felipe Augusto tuvo por sucesor á su hijo Luis, octavo de este nombre, llamado Leon por su valor, á quien la imprudencia del rey Juan de Inglaterra hizo tan formidable á sus pueblos. Llamado antes Luis á la corona de la Gran Bretaña por el cuerpo de la nobleza, como esposo de Blanca de Castilla, descendiente del rey de Inglaterra Enrique II, habia entrado allí felizmente con sus tropas, habia sido coronado en Lóndres, y derrotó al rey Juan, á quien sus vasallos reputaban indigno del trono por habérselo usurpado á su sobrino Artus despues de asesinarle. Conoció Juan entonces la necesidad que tenia de reconciliarse con la Santa Sede, y se hizo su vasallo; pero este paso no hizo mas que acrecentar el desprecio de sus súbditos, sin que la excomunion que despues se fulminó contra Luis impidiese los progresos de las armas francesas.

La muerte de Juan Sin-Tierra, causada por el dolor de sus pérdidas el 19 de octubre de 1219, despues de haber recibido los Sacramentos de la Iglesia, fué mas funesta al príncipe Luis. Esta muerte estinguió el resentimiento de los ingleses, quienes le abandonaron entonces y se declararon por Enrique III, hijo del rey muerto, príncipe jóven de solos nueve años, cuya inocencia le grangeó el afecto y ternura de todas las clases del reino. Luis, de regreso á Francia, volvió á emprender la guerra contra los albigenses, y sostuvo por do quiera la reputacion de valor que tenia adquirida.

Apenas se halló en el trono de Francia, le envió el rey de Inglaterra á pedir la restitucion de la Normandía. En respuesta hizo Luis publicar la confiscacion que el rey su padre habia hecho, no solo de esta provincia, sino de todos los feudos de la corona de Francia que poseian los ingleses. Pasó al siguiente año el Loira, se apoderó del Poitou, del Aunes, del Lemosin, del Perigord, y conquistó gegeneralmente cuanto restaba al rey de Inglaterra hácia este lado del Garona. No le quedaba por someter sino á Burdeos y la Gascuña, cuando á ruegos del Papa y de muchos obispos volvió nuevamente sus armas contra los albigenses.

A los reiterados esfuerzos de una secta tan pertinaz habia sucumbido al fin el valeroso Simon de Monfort, tantas veces su vencedor, y con tanta frecuencia reducido á los últimos estremos por la indómita obstinacion de las hereges. El viejo conde Raimundo de Tolosa, desposeido de sus Estados, despues de andar errante largo tiempo por Francia y España, cruzó los Piri-

(1) Alg. *p.* 89; G. Brito. *p.* 249.

neos, se aproximó á su capital, y por las inteligencias secretas que en ella mantenia halló medio de hacerse dueño de ella, sostenido por su sobrino el rey de Aragon Jaime I. En vano intentó el Papa Honorio reducir á este jóven príncipe á los sentimientos de un justo reconocimiento hácia la Santa Sede que despues de la triste muerte del rey su padre le habia sacado de las prisiones del conde Monfort (1); ni fueron mas eficaces las amenazas que le hizo de suscitar contra él las naciones estranjeras. Nada fué bastante á impedir al altivo aragonés el socorrer á los tolosanos hereges. Sin embargo, el intrépido Monfort despreciando todos los obstáculos y peligros, pasó á sitiar á Tolosa: mas al cabo de nueve meses de un desastroso sitio, lejos de hallarse en estado de reducir la plaza, se sintió tan falto de fuerzas, como lo estaba de dinero y de todo ausilio. Para colmo de su dolor, el legado que habia en su ejército, segun el uso constante de estas guerras de Religion, le trataba con injuriosa dureza, acusando de inhábil y casi de cobarde á este grande hombre. Los sitiados por otra parte manifestaban una insolencia escesiva. Al otro dia de San Juan, á tiempo que este héroe piadoso estaba en maitines, se le avisó que los hereges se disponian á hacer una salida. Pidió sus armas, se pertrechó de ellas, y creyó tener aun tiempo para oir la misa. Ya estaba principiada, y oraba con particular fervor, cuando recibió el aviso de que ya estaban atacando á los que custodiaban las máquinas. Continuando en su oracion, llegó otro correo que le dijo alterado: «apresuraos; los nuestros están muy cargados, y no podrán sostenerse mas.»—«Tenga yo todavía el consuelo de adorar á mi Salvador,» contestó de un modo que auguró algo de estraordinario. Cuando elevaron la Santa Hostia, segun el uso establecido algunos años antes, recitó el cántico *Nunc dimittis*, puesto de rodillas y las manos elevadas al cielo; luego, levantándose dijo vivamente: *vamos, ya es tiempo-muramos, si es necesario, por Aquel que se dignó morir por nosotros.* Los enemigos no pudieron resistir su presencia, y fueron rechazados hasta sus murallas; pero en medio de una espesa nube de dardos fué herido de una pedrada y de cinco flechas. Dióse golpes de pecho, y encomendándose á Dios y á la Vírgen (1) cayó sin vida (1218).

Amalarico, su hijo primogénito y sucesor suyo, se vió obligado un mes despues á alzar el sitio de Tolosa. Los peregrinos habian desconcertado muchas veces los proyectos de su padre con sus retiradas repentinas, y el hijo que no tenia igual grado de autoridad, ni igual ascendiente sobre los ánimos, se vió por esta causa abismado muy en breve en una multitud de obstáculos estraordinarios que, en su concepto, solamente podian ser superados por la energía de un poderoso monarca. Hizo cesion á Luis VIII de todos sus derechos ó pretensiones sobre los Estados del conde de Tolosa y de los demas albigenses (1224); y luego se retiró al seno de la Francia, donde despues de la muerte de Mateo de Montmorenci, recibió en resarcimiento el cargo de condestable. Guido de Levi, singularmente distinguido por su valor en esta guerra de religion, obtuvo del mismo Amalarico el título de mariscal de la fé, que se ha perpetuado en su descendencia.

En un concilio nacional y en un parlamento, tenidos en Paris el 28 de enero y el 20 de marzo del año 1226, el legado romano, cardenal de San Angel, confirmó al rey Luis la cesion de Amalarico de Monfort. El viernes siguiente al concilio, esto es, el 30

(1) Rain. *lib.* 1 *ep.* 692 822.

(1) Petr. *Hist. Alb. c.* 86.

de enero, despues de haber deliberado el rey con madurez, recibió la cruz de mano del cardenal legado, junto con casi todos los obispos y los barones del reino para ponerse en marcha contra los albigenses. A mas de la indulgencia plenaria y de la dispensa de toda especie de votos, fuera del de ir á Jerusalen, el legado con asenso de muchos obispos, concedió al rey por cinco años una suma anual de cien mil libras sobre la décima eclesiástica que el Papa habia impuesto.

El anciano conde de Tolosa habia muerto ya dando pruebas de un grande arrepentimiento y su hijo Raimundo VII estaba en posesion de la parte mas florida de sus Estados. Respecto á los hereges, observaba el mismo proceder, poco mas ó menos, que habia tenido su padre ; esto es, mantenia con ellos relaciones sumamente sospechosas, al paso que evitaba seguir sus principios y aun ser su fautor. En un concilio celebrado en Bourges en el año anterior (1225), pidió con instancias al legado que le presidia que pasase á todas las ciudades de sus Estados á informarse de la fé de sus vasallos, prometiendo hacer justicia contra todos aquellos que se hallasen culpables de heregía ; y por esto el rey de Inglaterra clamaba sin cesar diciendo, que era un abuso erigir en cruzada la guerra que el rey de Francia queria hacer á un señor cristiano.

Despreció Luis estas voces que nacian menos de generosidad que de política, esto es, del temor que tenia el rey de Inglaterra, como tambien el emperador y el rey de Aragon, de que el monarca francés adquiriera el derecho soberano de conquista sobre los Estados que el conde de Tolosa tenia en feudo de estos diferentes príncipes. Dirigióse en el mes de mayo de este año 1226 hácia el Ródano con un numeroso ejército. Precedíale el terror : los cónsules de las ciudades pertenecientes al conde de Tolosa, salieron al encuentro del rey para entregarle sus fortalezas y darle rehenes. Aviñon, que era la mas fuerte de estas plazas, no dejó de someterse al punto; pero quiso despues poner condiciones que ofendian á la magestad del vencedor. Sitióla pues, y la obligó á rendirse al cabo de tres meses, durante los cuales sufrió la ciudad una mortandad horrible, destruyó las murallas, é hizo derribar trescientas casas que estaban guarnecidas de torres. En seguida se adelantó por el Langüedoc, donde todas las ciudades fuertes y castillos se rindieron hasta á cuatro leguas de Tolosa. Al cabo de esta gloriosa campaña, volvió triunfante á su capital con ánimo de volver en la primavera á dar fin á su empresa ; pero acometióle en Monpensier de Auvernia una enfermedad mortal, que en medio de esta luciente carrera le arrebató, mártir de la castidad, un domingo 8 de noviembre, cuando contaba solos treinta y nueve años.

Realizáronse de este modo los temores de Felipe Augusto, cuando se esforzaba en moderar el celo de Luis, príncipe verdaderamente virtuoso y admirable, sobre todo en sus costumbres ; pero que consultó mas á los impulsos del fervor, que á las máximas de la prudencia humana. «A mi hijo, decia Felipe, solo le placen los consejos que le conducen á hacer la guerra á los enemigos de la Iglesia : él arruinará su salud en tales espediciones, y morirá quedando el reino de este modo en manos de una muger y de un niño.» Efectivamente, la corona pasó á un niño de once años, bajo la regencia de la reina madre ; mas la divina Providencia justificó al rey Luis de la acusacion de ser sobrado ardiente su fé como despues justificó á San Luis.

Causó quizá un vacío mas grande en el mundo cristiano San Francisco, que murió en el mismo año que este príncipe, en un

estado muy diverso de la magestad real. No habia region donde no floreciese su orden de la manera establecida por él, sin fondos, sin rentas, y sin mas ausilio que el trabajo de los frailes y la caridad de los fieles : dos cosas que el santo fundador no quiso separar nunca de la mas laboriosa de las sociedades regulares. Y ni aun adoptó la mendicidad sino como un medio de suplir al trabajo ó al salario que no fuese satisfecho. Despues de dos años que el Santo hubo recibido la impresion de las cinco llagas de nuestro Señor Jesucristo, segun lo refiere San Buenaventura (1), alegando muchísimos testigos oculares los mas virtuosos y calificados; despues de este favor estraordinario que ha llegado á ser tan famoso con el nombre de *Stigmata*, la salud de Francisco fué debilitándose de dia en dia, y sus enfermedades llegaron á tal grado, como tambien su paciencia, que sus discípulos creyeron ver en él otro Job. Antevió el tiempo de su muerte mucho antes que llegase; y aproximándose ya su postrer dia, declaró que saldria en breve de este valle de lágrimas, como el Señor se lo habia revelado. Mandó que le llevasen á su amada morada de la Porciúncula, á fin de dar el alma en el lugar donde habia recibido el espíritu de la gracia.

Entonces hizo su testamento como era de esperarse de un cristiano el mas pobre de espíritu y de hecho (2): no es mas que un compendio de los sentimientos de humildad y abnegacion que le caracterizaron desde que se entregó sin reserva al Señor. Quiere que sus discípulos se tengan siempre como los hombres mas ínfimos, conforme á su nombre de *frailes menores;* que la modestia y simplicidad de su alma resplandezcan en todo su esterior; que la pobreza se muestre en sus casas, hasta en sus iglesias, que deben ser bajas, reducidas y sin adornos esquisitos con pretesto de atraer á los pueblos; pues que, dice, cogerán mas fruto por la pobreza que los obligará á predicar en otras iglesias, que con los discursos mas bien ordenados. Prescribió hasta que las paredes fuesen de cañas arregladas, ó de palos y tierra amalgamada con paja. Consintió, aunque con dificultad, en que se fabricasen de piedras comunes, á fuerza de instancias que le hicieron representándole que serian menos costosas que la madera y menos sujetas á reparos. Luego encarga muy particularmente el respeto á los sacerdotes y á los pastores de las almas. «Y mando, dice con este motivo, mando absolutamente á todos los frailes, en virtud de santa obediencia, que en cualesquiera circunstancias en que se encuentren, no osen de modo alguno solicitar por sí mismos ó por algun mediador, sea el que fuese, Breve alguno de la corte romana, á efecto de poseer una iglesia ú otro lugar con pretesto de predicacion, y aun de seguridad para sus personas; y si no los recibieran en una parte, pasen á otra con la bendicion del Señor.» Acabó por vedar espresamente á todo fraile, clérigo ó ó lego, añadir interpretaciones á este testamento ó á algun otro de la regla; «sino así como Dios, añade, me ha hecho la gracia de esplicarlos con sencillez, así ellos lo entiendan y practiquen con la misma.»

Hacia ya bastante tiempo que se habia esplicado acerca de un punto de conducta que miraba con no menos interés que la pobreza y la modestia. Hablándole el cardenal protector de la órden sobre los monasterios de monjas de este instituto que principiaban á multiplicarse, respondió vivamente (1): «A escepcion de aquel en que coloqué á Clara, no he procurado la

(1) *Vit. cap.* 13; Vading. *ann.* 1224.
(2) *Opusc. p.* 120.

(1) Vading. 1219.

fundacion ni me he encargado del cuidado de ninguno. Nada me aflige tanto como que el que los frailes se hayan apresurado en establecer otros, encargándose del gobierno de las monjas, y sobre todo el que las hayan dado el nombre de menores.» Conjuró al cardenal que alejase cuanto posible le fuera á los religiosos del cuidado y trato familiar de las monjas. Habian sido interesantes y enérgicas sus esplicaciones sobre este artículo durante todo el curso de su gobierno. «¡Cuánto temo, esclamaba con frecuencia y cada vez con mayor emocion, cuánto temo que al propio tiempo que Dios nos ha quitado las mugeres, el diablo nos haya dado las hermanas!» Este rasgo muestra por sí solo la cordura de un Santo entregado enteramente á la sábia locura de la cruz.

Sintiendo el humilde Francisco cercana su última hora, se echó en la tierra desnuda, alzó las manos al cielo y bendijo al Señor porque iba á él con libertad perfecta y con entera desnudez. Volvió sus ojos á los frailes que estaban presentes, y les dijo: «he hecho lo que me corresponde, nuestro Señor os ayudará en lo que os toca hacer á vosotros.» Habiendo llegado allí deshechos en lágrimas los frailes que estaban en las cercanías, los exhortó á conservar el amor de Dios y del prójimo, la humildad, la pobreza, la paciencia, y en especial la fé de la Iglesia romana; lo que pidió con tanta eficacia que el horror particular con que sus hijos miran las novedades sospechosas, prueba aun despues de tantos siglos la eficacia de su ruego. Estendió sus brazos uno sobre otro en forma de cruz, y dió su bendicion á los presentes y á los ausentes. Luego mandó que le leyesen la Pasion del Salvador segun San Juan; recitó como pudo el salmo ciento cuarenta y uno, y al proferir aquellas palabras del último verso: *sacad mi alma de su prision para que celebre vuestra gloria: los justos esperan que vos me coroneis*: entregó dulcemente el espíritu en la noche del 3 al 4 de octubre del año 1226, el cuarenta y cinco de su edad, y el diez y siete de la institucion de su órden. El cielo no tardó en honrar el sepulcro de su siervo con estraordinarios prodigios, é hizo su nombre tan famoso en el universo, cuanto mas habia él estudiado en hacerse pequeño y despreciable á los ojos de los hombres.

Dos años despues de su muerte le canonizó con la mas ostentosa solemnidad el Papa Gregorio IX; y para ello pasó en persona á Asís, donde concedió indulgencias, imitando á su predecesor Honorio III, que fué el primero que introdujo este uso en la canonizacion de los Santos. Gregorio visitó en esta ciudad á Clara, discípula tan digna de Francisco, y la ofreció posesiones considerables aun en bienes raices, como indispensables para obviar varios inconvenientes que individualizó. Pero Clara respondió constantemente que la santa pobreza valia mas que todos los bienes y ventajas que la presentaba. «Hija mia, replicó el Papa, si es el voto lo que os detiene, yo os absuelvo de él.» —«Santo Padre, respondió con libertad evangélica, yo no pido mas absolucion que la de mis culpas (1).»

Este era el cardenal Hugolino, que con el nombre de Gregorio IX fué elegido por sucesor del Papa Honorio al dia siguiente de la muerte de este, en 19 de marzo de 1227. Hugolino procuraba con mucho celo el bien, como hemos visto; gran protector de la virtud, llevaba una vida muy ejemplar, y era hombre de mucho espíritu y de gran memoria, y muy versado con particularidad en el derecho. Contaba cerca de ochenta y tres años cuando fué exaltado á la Cátedra de San Pedro; y no obstante la ocupó catorce años, cinco meses y dos

(1) Sur. *Vit. S. Clar. cap.* 9.

dias; por manera que vivió cerca de un siglo.

Durante el último pontificado se indispuso con la Santa Sede el emperador Federico, desposeyendo á los condes de Anagni, hermanos de Inocencio III, protegidos por Honorio su sucesor. Este gérmen de division entre el Papa y el emperador estalló en varias ocasiones, y amenazaba llegar á los mayores estremos, cuando el rey Juan de Briena, que habia venido á promover los socorros de Europa, procuró entre ellos una reconciliacion pasagera, dando su hija primogénita en matrimonio á Federico. Entonces este príncipe ambicioso, guiado por su interés, intentó de veras el recobro de la Tierra Santa, que miraba ya como su propio dominio. Mas muy en breve mostró su ingratitud, despojando á su padre político de las rentas, y aun del título de rey de Jerusalen. Indignado Juan de Briena, se retiró á Roma, donde fué nombrado gobernador del Estado eclesiástico; pero el Papa Honorio que le amaba con ternura, murió sin haber podido restablecerle en sus derechos.

Gregorio su sucesor, y pariente cercano de Inocencio III, cuya familia habia ya sido despojada por Federico, principió desde luego á estrechar vivamente á este príncipe para que cumpliera su voto de la cruzada (1). El emperador, que desde su coronacion habia ido obteniendo plazo sobre plazo, no pudo menos de embarcarse, y estuvo algun tiempo en el mar; pero pretestando luego una enfermedad que habia muchos motivos para creer supuesta, volvió al puerto de Otranto, y fué causa de que la mayor parte de los cruzados se tornasen á sus hogares. Aconteció esto en el mes de agosto del año 1227, término dado al emperador por última próroga, pasado el cual consintió él mismo en ser excomulgado si no cumplia su voto de la cruzada. Pronunció la sentencia de excomunion el Papa Gregorio asistido de los cardenales y de un gran número de obispos, el 29 de setiembre siguiente, dia de San Miguel; la reiteró en otras varias ocasiones, y añadió el entredicho en todos los lugares donde llegase el emperador, y por todo el tiempo que permaneciese en ellos. Además amenazó á este príncipe, en el caso de despreciar sus censuras, de que le trataria como herege, esto es, conforme al estilo de aquel tiempo, que absolveria á sus vasallos del juramento de fidelidad. Mas no se crea que el Papa llevase las cosas hasta este estremo únicamente porque Federico no iba á Palestina. El mismo Gregorio, escribiendo á los obispos de Pulla, dice que excomulgó solemnemente á Federico, asi por no haber pasado á Tierra Santa ni dado las tropas y dinero que habia prometido, como por haber privado al arzobispo de Tarento ir á su iglesia y visitar su pueblo; por haber privado á los templarios y hospitalarios de los bienes que tenian en el reino de Sicilia; por no haber guardado el tratado celebrado entre él y unos señores de que á ruego suyo habia salido fiadora la Iglesia romana; por haber despojado de sus tierras al conde Rogerio, cruzado y acogido bajo la proteccion de la Santa Sede, y por haber rehusado sacar á su hijo de la prision en que injustamente le tenia. El Papa cita despues un decreto de Urbano II, en virtud del cual no habia obligacion de guardar fidelidad á un príncipe cristiano cuando se opone á Dios y á sus Santos y desprecia sus mandamientos. Ahora bien: para conocer hasta qué punto conculcaba Federico la ley de Dios, debe recordarse que habia roto el pacto celebrado con su soberano, héchose fautor de los mahometanos, engañado á los reyes de Jerusalen y á todos los cristianos que combatian en Asia, violado el voto renovado y solemnemente confirmado

(1) *Vit. Greg. ap. Rain. num.* 29.

de combatir á los sarracenos, y por esto habia sido excomulgado ya la primera vez. Pero despues que fué absuelto de las censuras, se le vió muy luego añadir á los crímenes que habia abjurado otros crímenes todavia mayores; no temió atacar las ciudades del territorio de la Iglesia y suscitar las dos facciones de Güelfos y Gibelinos que hasta despues de mas de doscientos años de guerras civiles no fueron extinguidas; llegó hasta el punto de dar á los sarracenos algunas plazas de la magistratura y cederles la ciudad que por eso fué llamada Luceria de los Sarracenos; despojaba las iglesias y los monasterios; oprimia con la mas dura tiranía á los sicilianos; estraviaba con sus conversaciones al sobrino del rey de Tunez que habia ido á Palermo á pedir el bautismo; obstruia los caminos en Roma, y retenia en la cárcel á los cardenales y á otros prelados que él habia arrestado. En estas circunstancias y por estas causas pronunció el Papa contra él la excomunion por segunda vez (1).

Federico, á quien los rigores de la Iglesia solo inspiraron venganza, sirvióse, para satisfacerla, de un ardid, que podrá dar una idea tanto de su espíritu artificioso, cuanto del esceso á que se llevó el abuso de la feudalidad (2). Llamó de Roma á los Frangipanes con otros romanos ilustres y poderosos de quienes estaba seguro, hizo valuar cuanto tenian en la ciudad en casas, jardines y otras tierras, y se lo compró devolviéndoselo luego á título de feudo. Habiendo vuelto á Roma estos nuevos y estraños vasallos, sublevaron el pueblo contra el Papa, fueron á insultarle á San Pedro, mientras la celebracion de la misa, con clamores y amenazas tan terribles que el Pontífice se vió obligado á buscar su seguridad fuera de Roma.

Tuvo despues el emperador una grande asamblea para arreglar los asuntos de Sicilia durante su viaje ultramarino, que las murmuraciones de toda la cristiandad le forzaron por último á emprender. Vedóle el Papa mezclarse en una guerra santa estando excomulgado; mas Federico no se detuvo en embarcarse, y despues de una navegacion bastante feliz llegó al puerto de Acre el 7 de setiembre de 1228, aunque con un ejército casi aniquilado por sus dilaciones multiplicadas, y por las enfermedades que le asaltaron antes de su partida. Fué entre otros víctima de ellas Luis, landgrave de Turingia, el mas poderoso de los príncipes alemanes que habian tomado la cruz. Para colmo de reveses, envió al Papa dos frailes menores en seguimiento de Federico, con órden al patriarca de Jerusalen de denunciar este príncipe excomulgado, y prohibir á los caballeros del Temple, del Hospital y órden Teutónico le obedeciesen.

No obstante, tuvo la fortuna de que Coradino, sultan de Siria y el mas peligroso enemigo de los cristianos, acababa de morir, y Meledino su hermano, sultan de Egipto, no queria la guerra. Envióle el emperador embajadores con presentes, y le ofreció la paz si queria entregarle el reino de Jerusalen. El sultan consintió en poner en sus manos esta ciudad; pero toda desmantelada, y bajo de otras condiciones aun mas duras y tan vergonzosas que los cristianos del pais rehusaron acceder á ellas. No por esto dejó Federico de hacer su entrada en esta ciudad, siendo este el último príncipe de Europa que se presentó en ella como soberano. Dirigióse con pompa régia al Santo Sepulcro acompañado de los caballeros teutónicos, y de gran número de pueblo y nobleza; pero no encontró un solo obispo para darle la corona, y así se vió

(1) Labbe, *t.* 11, *p.* 390.
(2) Usperg. *pag.* 325.

obligado á tomarla por sí mismo del altar. Así, aunque hacia mas de diez y ocho años que Juan de Briena habia sido coronado y reconocido como rey de Jerusalen y que por sus talentos, sus triunfos y sus trabajos se habia mostrado digno de este honor, mientras venia á Europa á solicitar y reunir los socorros de los príncipes cristianos, Federico su yerno, uniendo la bajeza á la crueldad, se apoderó de su trono. Al saber esta usurpacion tomó Juan de Briena el partido de permanecer en Italia; y entonces el Papa, compadecido de este rey despojado, le dió primero el gobierno de muchas tierras de la Iglesia romana, y despues, como ya habemos dicho, el mando de sus tropas. Federico marchó al dia siguiente por la mañana para volverse á Acre, sin haber hecho para la seguridad de la plaza otra cosa que exhortar á la nobleza á fortificarla. No obstante, escribió cartas triunfantes á Europa, y encareció su espedicion con un énfasis que el patriarca de Jerusalen no tardó en desmentir.

Entretanto, como de órden de Federico se hacia la guerra al Papa en Italia, el rey Juan de Briena, á quien el Papa Gregorio habia puesto á la cabeza de las tropas de la Iglesia, tomó á los tenientes del emperador las mejores plazas en el reino de Nápoles. Rainaldo, duque de Espoleto, que mandaba el ejército imperial, habia hecho ya una irrupcion en el patrimonio de San Pedro, trayendo de Sicilia sarracenos sujetos al emperador que ejercieron impiedades y crueldades inauditas. En efecto, Federico, de quien se creia constantemente estaba en inteligencia con estos enemigos del nombre cristiano, habia tratado de atraerlos á sus Estados de Italia y les habia dado la ciudad de Luceria ó Nocera que ellos habitaban esclusivamente; allí se celebraba como fiesta el viernes, y el islamismo se mostraba allí paladinamente; casi todos los oficiales de su hijo Manfredo eran musulmanes. Así pues, habiendo los infieles invadido ya todas las partes que entonces se conocian del Asia y del Africa, ocupando además la mitad de la España y amenazando á toda la Europa, ¿podia el Padre comun de los fieles ver sin espanto establecidos ya los sarracenos á solo algunas jornadas de Roma? ¿no debia parecerle un lobo cubierto con piel de oveja el príncipe que allí los mandaba? El Papa, despues de haber empleado inútilmente los rayos de la Iglesia, juzgó que era necesario rechazar la fuerza con la fuerza, y confió para esto un cuerpo numeroso de caballería y de infantería á Juan de Briena. Como se trataba de defender las posesiones de la Santa Sede, se llamaron estas tropas ejército de la Iglesia, y pretendian servir á la Religion como los cruzados; pero en lugar de cruz traian sobre sus vestidos las llaves, que son el símbolo de la potestad pontificia. El rey titular de Jerusalen hizo esta guerra á la manera bárbara del Oriente, ó por mejor decir, con el furor que le inspiraba la naturaleza ultrajada en su persona por el emperador su yerno; pero el Papa procuró moderarle. «Dios, le dijo, quiere conservar la libertad de su Iglesia; mas no quiere que los que tienen el encargo de defenderla se muestren sedientos de sangre, ni que trafiquen con la libertad de sus hermanos. Tratemos á nuestros prisioneros con una generosidad que á los hijos estraviados los vuelva al gremio de la Iglesia su madre (1).»

Con todo, enviaron á decir al emperador, que en tanto que él combatia los enemigos del nombre cristiano, el gefe de la Religion invadia sus dominios, y que sus vasallos de Italia eran víctimas de los tratamientos mas atroces. Apresuróse pues á concluir una tregua de diez años con Me-

(1) Matth. Par. *ann.* 1229.

ledino, y sin asegurar con las convenientes garantías su ejecucion aceleró su vuelta á Europa. Tambien pretendió que su propia persona no estaba segura en Palestina. Mateo Paris, autor contemporáneo pero muy amigo de murmurar, acusa á los caballeros del Hospital, y mucho mas á los del Temple, de haber dado aviso al sultán de Egipto de un viaje que por devocion hacia Federico á pié y con poco séquito al rio Jordan. Añade, que indignado el sultán de semejante perfidia, de la que no quiso aprovecharse, puso en noticia de Federico los autores; que este disimuló esperando sazon conveniente para vengarse, y que tal fué el orígen de su ódio contra los templarios. Bastó en Italia su sola presencia para disipar las tempestades que se formaban contra él. En poco tiempo recuperó todas las plazas que sus tenientes dejaron tomar; pero lo que fué mas interesante, y causó tanta mas alegría cuanto menos se esperaba, hizo las paces con el Papa en el año siguiente y recibió la absolucion de las censuras. Volvió Gregorio IX poco despues á entrar en Roma, cuyos ciudadanos se esforzaron en reparar sus faltas redoblando su respeto al Papa. Dicen que los movió á hacerlo así una terrible inundacion del Tiber, despues de la cual quedó en la ciudad una enorme multitud de descomunales serpientes que llenaron de espanto todos los cuarteles y atormentaron á los romanos con sus mordeduras venenosas (1).

Juan de Briena, que de Italia habia pasado á Francia, fué llamado al imperio de Constantinopla. El emperador Roberto de Courtenai habia muerto en el año de 1228, dejando por sucesor á su hermano Balduino, segundo de este nombre, de edad cuando mas de once años. Para gobernar el imperio durante su menor edad creyeron los francos de la Romanía que no podian hacer cosa mas acertada que recurrir al rey desposeido de Jerusalen, el cual conocia las costumbres y los intereses del Oriente. Convinieron en que una hija jóven que tenia todavia, á pesar de que él llegaba casi á los ochenta años, casaria con el jóven Balduino luego que uno y otro estuviesen en estado de casarse, y que el padre de la princesa seria entretanto coronado emperador y conservaria toda su vida el título y la autoridad (1229).

El landgrave de Turingia, á quien solo la muerte pudo impedir el pasar con el emperador Federico á Palestina, dejó viuda en la edad de veinte años á Isabel, hija de Andres, rey de Hungría, princesa de acendrada virtud, uno de los modelos mas bellos de su siglo y que la Iglesia ha propuesto solemnemente para la imitacion y el culto de los siglos siguientes (1). Desde la edad de catorce años fué educada en la corte de Turingia, donde su temprana virtud produjo copiosos frutos de edificacion y movió á imitarla, especialmente al jóven esposo que la estaba destinado. Su inagotable caridad y su heróica paciencia son las dos virtudes que mas la distinguen en su vida. Alimentaba habitualmente á nuevecientos pobres todos los dias. En una hambre que afligió la Alemania el año 1225, hizo distribuir á los pobres todo el trigo que se habia recogido de sus tierras; y quejándose los ministros al landgrave de esta que llamaban disipacion, «dejadla obrar, dijo el príncipe, digno en verdad de semejante esposa; dejadla, pues estoy seguro de que el Señor me acrescentará los bienes que ella gaste con los pobres.» Para comodidad de los ancianos y enfermos que no podian ir fácilmente á buscar la subsistencia á su palacio de Vartberg, situado so-

(1) Ric. S. Germ. *pag.* 1005.

(1) *Hist. Landgr. cap.* 40 *et seq.*; Bonav. *Serm. de S. Elis.*

bre una alta montaña, hizo edificar al pie de esta un hospital, á donde bajaba ella misma y los servia con sus propias manos; y como si todos sus cuidados y sus bienes no fuesen suficientes, se ocupaba de contínuo en hilar lana y en otros trabajos groseros á fin de proveerles de vestidos.

Muerto su esposo, el cual la dejó un hijo y dos hijas, Enrique su cuñado se puso en posesion del Estado con perjuicio de sus herederos legítimos; luego arrojó á la madre, despojada de todo y reducida á retirarse á una mala posada cerca de la ciudad de Eisenac, porque nadie se atrevia á darle acogida, temiendo irritar al príncipe reinante. Para colmo del dolor la enviaron sus tres hijos, con los cuales vivió algun tiempo en una indigencia é incomodidades tales que hicieron brillar toda su admirable paciencia. Cuando este infortunio llegó á oidos de sus ilustres parientes y sobre todo del rey su padre, todos se dieron prisa á hacerla olvidar con las pruebas de su ternura unos ultrages tan poco merecidos. Hasta el mismo usurpador Enrique, confuso del contraste que formaba su bárbara inhumanidad con la dulzura angelical de la princesa, la volvió á llamar al palacio de Vartberg, y se esmeró en indemnizarla de todo cuanto habia sufrido. Mas Isabel, contenta de que cuidasen de sus hijas y de su hijo Herman, que en lo sucesivo recobró los Estados de su padre, manifestó fijar sus delicias en la humillacion, se estableció en una casa sencilla, y se consagró enteramente á las obras de caridad. Abrazó ademas la regla de la orden tercera de San Francisco, establecida algunos años antes, y confirmada despues por el Papa Nicolao IV.

Era esta una asociacion en que los piadosos fieles de uno y otro sexo, aun los ligados con el vínculo matrimonial, sin dejar sus profesiones y casas, seguian una regla dada por San Francisco, y podian aspirar á la perfeccion de la vida religiosa sin practicar todas sus austeridades (1). Su vestido consistia en un hábito pardo y modesto, con un ceñidor lleno de nudos, y eran llamados los hermanos de la penitencia. Lucbesio, comerciante genovés, apasionado en otro tiempo á la faccion de los güelfos, los cuales con los gibelinos principiaban á desolar la Italia, fué el primero que abrazó esta vida penitente. No la practicó largo tiempo Santa Isabel, porque el cielo quiso coronar pronto sus virtudes ya consumadas, á pesar de no contar mas que veinte y cuatro años. Antes de cuatro despues de su fallecimiento fué canonizada por una bula de primero de junio de 1235, que manda celebrar la fiesta el 19 de noviembre, dia de su muerte.

Tuvo una tia y una prima hermana que son tambien contadas en el número de las Santas (2). Santa Eduvigis su tia, hija del duque de Carinthia, como la madre de Isabel, y esposa de Enrique el Barbudo, duque de Polonia y de Silesia, desde el principio de su matrimonio, que contrajo á la edad de trece años, guardó la continencia en cuanto la fué posible. Asi que vió asegurada la sucesion en la casa de su marido por el nacimiento de algunos hijos, le hizo consentir en guardar continencia perpétua, á la que se obligaron con voto, con aprobacion y bendicion solemne del obispo. Vivió el duque como un religioso, sin haber hecho profesion de tal, dejando crecer su barba cual los frailes conversos, de donde le vino el sobrenombre de Barbudo. Habiéndole inducido la duquesa á fundar cerca de Breslau en Silesia el monasterio de Trebnitz para religiosas del Cister, fijó allí su residencia la duquesa, aunque fuera de la cerca del monasterio, tomando así el hábito sin hacer la profesion, á fin de con-

(1) Vading. *not. in regul. tert. Ord.*.
(2) Sur. 15 *Oct.*

servar la libre disposicion de sus bienes en favor de los pobres. Allí ofreció á Dios á su hija Santa Gertrudis, que luego llegó á ser abadesa, y se hizo muy célebre por los favores estraordinarios con que la distinguió el cielo.

Florecia por el mismo tiempo San Antonio de Pádua, el mas ilustre de los frailes menores despues del santo fundador de esta orden (1). Nació en Lisboa, en Portugal, y recibió en el bautismo el nombre de Fernando. A la edad de quince años entró en el órden de San Agustin, esto es, en los canónigos reglares, en los cuales descollaba por su amor al estudio de las letras sagradas, cuando llevaron á Portugal las reliquias de los cinco frailes menores que habian sido martirizados en Marruecos. Concibió un deseo ardiente de sacrificarse como ellos por la fé, y resolvió abrazar su vida apostólica, como la mas adecuada para abrirle la senda del martirio. Habiendo tomado secretamente todas sus medidas para la ejecucion, recibió al punto el hábito de mano de algunos de ellos á quienes habia comunicado su secreto y encargádoles le llamasen en lo sucesivo Antonio (1221), para así mantenerse oculto. Obtuvo el permiso de pasar á Africa, y en efecto pasó; pero Dios le destinaba, no á padecer el martirio, sino á mantener el espíritu apostólico en un seminario entero de mártires, esto es, en la nueva órden cuya profesion abrazó, y á hacer florecer las virtudes de los primeros fieles en el centro del mundo cristiano. Apenas pasó el mar, le acometió una enfermedad tan grave y tan rebelde, que le obligó á reembarcarse para España. Pero tampoco era éste el lugar que Dios le tenia señalado; los vientos contrarios le condujeron á Italia, donde permaneció lo restante de sus dias.

Elías, depuesto por San Francisco, habia sido restablecido por el mismo Santo, el cual se persuadió despues que era suficiente esta humillacion para con un hombre dotado por otra parte de talentos muy propios para el gobierno de su órden, y aun le sucedió en toda la plenitud de autoridad que tenia el santo fundador, el cual durante su vida solamente tuvo vicarios generales. Pero si Elías se contuvo mientras su ministerio permaneció subordinado de ese modo á la inspeccion de un Santo, luego que se vió libre de este freno, dió rienda suelta á sus primeras inclinaciones diametralmente opuestas á la evangélica simplicidad de Francisco. Tomó para su uso privado una parte de las limosnas hechas á los frailes, se echó un buen caballo y criados; tomó la costumbre de comer separadamente en su cuarto donde tenia una comida espléndida; y llegó hasta decir claramente que el método de vida de San Francisco no era practicable para una multitud de religiosos que no todos podian ser tan santos como él. Y como tenia el arte de ganar los corazones, atraia el mayor número á su partido y contenia á los demas con el temor de su despotismo.

San Antonio fué casi el único que se atrevió á oponerse enérgicamente á esta subversion del instituto, lo que le hizo ser el blanco de toda especie de malos tratamientos. Por poco no le encarcelaron como un cismático que promovia la division de la órden. Sin embargo, halló medio de poder hacer el viaje á Roma, burlando la vigilancia de los espías que Elías habia puesto para que le detuviesen en el camino, y llegó con felicidad por sendas escusadas. Recibióle con los brazos abiertos el Papa Gregorio que conocia su sabiduría y veneraba su santidad, y se condolió de ver tan lastimosamente trastornado el edificio de Francisco á los solos cuatro años despues de su muerte. Citó á Elías á su tribunal: hizo constar la verdad de las quejas dadas contra él, le declaró privado del

(1) Bolland. 13 jun.

ministerio general, y al punto mandó eligiesen quien le sucediese. No obstante, encontramos una bula pontificia espedida ó confirmada en este mismo año, en que se interpreta la regla y testamento de San Francisco, el cual se habia declarado tan fuertemente contra esta clase de glosas. En ella se trata particularmente de la propiedad de los frailes menores, objeto de discusion en que veremos emplearse por mucho tiempo la sutileza escotística y agitar algunas veces la gravedad romana. Antonio, á quien se confirió el gobierno de la órden, sin perder el tiempo en estas sutilezas contenciosas, no se ocupó mas que en hacer florecer con esacta regularidad aquel amor y cultura de las letras que principió desde entonces á distinguir á sus hermanos, acusados de ignorancia antes de esta época.

Empero el amor á la oracion y el ministerio apostólico tenian para él mucho mas atractivo que los cuidados del gobierno. Hizo que le exonerasen de toda superioridad el capítulo general y el Papa, y fué á establecer su domicilio en Pádua. Logró tantos frutos de salvacion en menos de un año, y se hizo tan famoso en toda aquella gran ciudad, que se le dió el nombre de ella. Todos los dias de la Cuaresma predicaba, y sus sermones aumentaban el ansia de sus oyentes por el pasto evangélico. A bandadas venian de los lugares circunvecinos, caminando de noche y disputándose la preferencia del paso por encontrar puesto. Llegó á ser tan grande el concurso, que siendo ya las iglesias muy estrechas, se vió obligado á predicar en campo raso. Durante el sermon estaban cerradas las tiendas. Viéronse hasta treinta mil personas, todas tan atentas como las que estaban junto al púlpito. Hablaba con un fuego, con una uncion y dignidad, que mas bien parecia un serafin que un orador mortal. Al dirigirse al púlpito se veia obligado á ir acompañado de una escolta de jóvenes fuertes y vigorosos que fueran abriendo paso, porque todos se daban prisa á tocarle cuando pasaba, y procuraban cortar un pedazo de su hábito ó arrancar á lo menos algunos hilos, que guardaban como preciosas reliquias. Despues del sermon venian los mas grandes pecadores á arrojarse á sus plantas pidiendo misericordia, y no habia bastantes sacerdotes para administrar el Sacramento de la penitencia. Oia cuantas confesiones podia, supliendo á sus fuerzas el ardor de su caridad, y le indemnizaban ampliamente del esceso de la fatiga los testimonios nada equívocos del arrepentimiento. Reconciliábanse los enemigos mas mortales; restituian los usureros sus sórdidos lucros; daban libertad á los deudores que ya mucho tiempo estaban encarcelados, y frecuentemente les perdonaban sus deudas; en una palabra, las pecadoras públicas rompian todas las cadenas que las tenian esclavas del demonio, y abrazaban las costumbres de las vírgenes mas recatadas.

Antonio, despues de esta incomparable mision, se retiró á un lugar poco distante de Pádua, á fin de entregarse enteramente á la oracion y á la meditacion de las cosas eternas. Allí se sintió repentinamente acometido de una enfermedad violenta, de la cual antevió que no saldria, aunque no contaba mas que treinta y seis años (1231). Hizo que le condujesen á Pádua; recibió los últimos auxilios de la Iglesia, juntó sus fuerzas todas para cantar los salmos acostumbrados al administrar el Sacramento de la Estrema-Uncion, y al cabo de una media hora dió tranquilamente su espíritu al Criador. Los muchos y esplendorosos milagros obrados en su sepulcro fueron causa de que se le colocase solemnemente en el número de los Santos antes de acabarse el año de su muerte, acaecida el 13 de junio que es el dia que se señaló para su fiesta (1232).

Al propio tiempo, y no al abrigo de un claustro sino en medio de los escollos que cercan un trono, se formaba en la persona del jóven Luis IX, rey de Francia, un Santo que podemos poner en parangon con los mas perfectos solitarios, en la piedad, en la pureza de corazon, en el desprendimiento y desprecio de las cosas terrenas, y en la ciencia del trono, en el arte de vencer y gobernar, contando pocos iguales aun entre los príncipes de su misma prosapia, tan fecunda en grandes monarcas. La reina madre y regente se propuso formar un rey cristiano, inspirándole con sus repetidas y memorables exhortaciones mayor horror al pecado que á la muerte; y á proporcion de este celo en establecer ante todas cosas el reino de Dios en el imperio francés, parece que quiso esmerarse la Providencia en consolidar la autoridad de la reina y del jóven monarca. Los condes de Champaña, de Bretaña, de Bolonia, de la Marca y casi todos los príncipes y barones aliados entre sí fueron sometidos por un rey niño gobernado por una muger.

Blanca y Luis obligaron al conde de Tolosa, acérrimo protector de los albigenses, á reunirse á la Iglesia, y á poner en sus manos la suerte de su hija única y de sus Estados (1229). Este tratado, que fué confirmado en un Concilio de Paris, estaba concebido en términos correspondientes á toda la magestad de la corona de Francia. Dícese en él (1) que Raimundo habia ido á pedir á la Iglesia y al rey, no justicia, sino gracia y merced, prometiendo serles fiel en adelante. Las condiciones bajo las cuales le reciben, son, que arrojará de todos sus Estados á los hereges, y que hará de ellos una pesquisa rigurosa. En su consecuencia la Inquisicion fué establecida en 1229 en las provincias meridionales de Francia, y confiada generalmente á los dominicos en 1233. Añádese que el conde restituiria los bienes raices á las iglesias, y las pagaria los diezmos, aun de sus propios dominios: que daria diferentes sumas, que se especifican, para reparar los perjuicios que habia causado: que entre otras liberalidades suministraria cuatro mil marcos de plata para establecer catedráticos en Tolosa, esto es, dos de teología, dos de cánones, seis profesores de artes liberales y dos de gramática; y hé ahí el origen de la universidad de Tolosa. Inmediatamente despues de su absolucion, Raimundo VII debia además tomar la cruz para ir durante cinco años consecutivos á hacer la guerra á los sarracenos de Levante. El Viernes Santo, que en aquel año de 1229 cayó en 13 de abril, fué absuelto públicamente el conde Raimundo de las censuras eclesiásticas junto con aquellos que habian incurrido en ellas por la misma causa. A pesar de su poder se vió precisado á presentarse delante del altar con los pies descalzos, en camisa y calzoncillos. Juana, su hija y heredera, fué entregada al rey, quien la dió por esposa á su hermano Alfonso, conde de Poitiers, estipulando que, á falta de herederos que provinieran de este enlace, el condado de Tolosa volveria á la corona de Francia, como en efecto sucedió. Asi es que el reino debió á San Luis, apenas salido de la infancia, el fin de la desastrosa guerra de los albigenses y el recobro de uno de los mas bellos dominios que se habian separado de la corona.

Por el mismo tiempo de este tratado y en las regiones á que se referia, se publicó en nombre del rey una ordenanza cuyo preámbulo, objeto de discusion para muchos escritores (1), si bien contiene la pa-

(1) *Tom.* 11 *Conc. pag.* 415.

(1) Marca, *Conc. lib.* 3, *cap.* 1; Fleury *lib.* 19, *núm.* 50; *Hist. de l'Egl. Gall. l.* 31.

labra *libertades* de la Iglesia galicana, usa esa espresion en un sentido muy diferente del que hoy se le da. «Siendo deudores á Dios de un reino y de todo lo que somos, nada deseamos con mas ardor, dice San Luis, que consagrarle las primicias de nuestra vida y de nuestro reino. Queremos, pues, que en honor suyo y en agradecimiento á sus beneficios, su Iglesia, que durante tanto tiempo se ha visto afligida en aquellas provincias, no esperimente de una dominacion suave y feliz menos ventajas que nuestros demas Estados. Por tanto, de conformidad con el parecer de personas de distinguido mérito y categoría, acordamos que las iglesias y los eclesiásticos adscritos á ellas gocen en esas provincias las mismas *libertades é inmunidades* que la Iglesia galicana para que de ellas usen y disfruten plenamente segun la costumbre de dicha Iglesia.» Los artículos siguientes, que son como consecuencia de este, dan bien á conocer el sentido en que se toma la palabra *libertades* de la Iglesia galicana. Esta ordenanza, que tiene diez artículos, se dirige principalmente á la estirpacion de la heregía. Los señores de los lugares y los alcaldes Reales quedan obligados á hacer exacta pesquisa de los sectarios y á presentarlos á los jueces eclesiásticos, señalándose el premio de dos marcos de plata á todo el que coja á un herege. Luego en el reinado de San Luis las libertades galicanas no consistian precisamente en el privilegio de conformarse mas libremente á los antiguos cánones, de los cuales no habla el santo rey, sino que por lo menos comprendian la facultad concedida á la Iglesia de reclamar ó no el auxilio del brazo secular para apoyar sus decretos contra sus hijos rebeldes.

San Luis no habia llegado á la edad de los veintiun años que se requerian, hasta el reinado de Felipe el Atrevido, para la mayoría de los reyes de Francia, cuando sometió con espada en mano á los vasallos poderosos que se aunaron de nuevo en su contra, y habian atraido á su partido á Enrique III, rey de Inglaterra. La autoridad y el poder de Luis fueron creciendo con los años. Pedro Manclerc, duque de Bretaña, el mas acérrimo de estos perturbadores, vióse reducido á venir con la soga al cuello á postrarse á los pies del rey y á pedirle perdon de su felonía. Perdonósele la vida, porque era príncipe de la sangre, esto es, de la rama de los Dreux, y se le dejó la Bretaña, pero solo durante su vida y la de su hijo, debiendo luego volver á la corona. Fué humillado tambien en varias ocasiones el rey de Inglaterra, reducido á pédir la paz y á ceder por último á los franceses una buena parte de las provincias que poseía en Francia. Su aliado el conde de la Marca perdió la ciudad de Saintes, y una parte de la de Santonge. En todas estas adquisiciones hizo brillar el rey no menos su clemencia y generosidad que la sabiduría de su política y la firmeza de su valor.

Al amor de sus deberes y á la sana piedad que regulaban todos sus pasos, iban unidos en San Luis al mas profundo afecto y veneracion al Gefe de la Iglesia. Veamos la prueba en el siguiente hecho que podriamos llamar primero. Los obispos del siglo XIII, señores temporales con el mismo título, en la mayor parte, que los demas vasallos de la corona, gozaban de los mismos derechos que los poseedores de los feudos entonces establecidos. Habiéndose pues suscitado contestaciones acerca de negocios temporales entre los oficiales del rey y los de los prelados de Rouen, de Beauvais y de Reims, y habiendo prevalecido la fuerza, los obispos, siguiendo el uso de aquel tiempo, reclamaron el arbitrage y proteccion del Papa. Pues bien, á pesar de haber mandado San Luis secuestrar las temporalidades de

los prelados, lejos de rechazar la mediacion del Papa, se devolvieron al arzobispo de Rouen sus bienes con los frutos que habian producido durante el secuestro. El Papa, queriendo arreglar la cuestion del obispo de Beauvais, nombró mediador entre el rey y el obispo al dean de San Omer; pero habiendo muerto en aquel mismo año el obispo, su sucesor levantó el entredicho y hizo sus paces con el rey. En fin, San Luis no consintió que este asunto pasase mas adelante; y habiendo tomado conocimiento de él dió una sentencia favorable al arzobispo de Reims. En cuanto á la ordenanza que se habia espedido y ejecutado, el mismo Fleury conviene en que los términos vagos que presentaba autorizaban las reclamaciones del Papa. «El rey, dice Fleury, hizo una ordenanza en la que se decia que sus vasallos y los de los señores no estarian obligados á responder á los eclesiásticos ni á otros en el tribunal eclesiástico, *lo cual se debe entender en materia profana* (1).» El mismo espíritu de deferencia para con el Papa caracterizó la conducta que observó San Luis en lo relativo á la contienda entre Federico y Gregorio. «Es verdad, dice el P. Fontenay, que San Luis rehusó constantemente declararse por uno ú otro partido. Por lo demás, no mostró dificultad alguna, así acerca de la publicacion de la Bula que excomulgaba al emperador, como acerca de los socorros de dinero que el cardenal de Palestrina debia recojer de las iglesias (2).»

Federico, despues de tantas reconciliaciones fingidas ó sinceras, habia vuelto á romper con el Soberano Pontífice. Enrique ó Encio, hijo natural de aquel príncipe, habiendo casado con Adelaida, hija de un juez ó noble de Cerdeña, fué declarado rey de esta isla por el emperador (1238). Tuvo el Papa Gregorio esta empresa por una usurpacion de los derechos de la Santa Sede, no solo porque la Cerdeña le pertenecia, segun la antigua pretension de los Papas sobre todas las islas del mar y por la donacion, tanto de Luis el Piadoso como de los otros emperadores, sino tambien con especialidad porque el padre de Adelaida habia tenido su principado en feudo de la Iglesia romana y habia prestado homenage de tal al mismo Gregorio. Sostenia el emperador por el contrario, que la Cerdeña habia sido sustraida á la obediencia de los emperadores, mientras estos estaban ocupados en negocios mas urgentes, y que estaba obligado por el juramento que hizo en su eleccion á recuperar cuanto habia sido desmembrado del imperio; pretension absurda, porque segun ella habria podido tambien Federico sostener que estaba obligado por su juramento á recobrar todo lo que antiguamente habia poseido Cárlo-Magno.

La resistencia de Federico hizo renacer todos los agravios antiguos de los Papas contra él. Este príncipe, cuya persona y derechos durante su infancia habia protegido el Soberano Pontífice, y conservádole el reino de Sicilia, y hecho emperador y coronádole recibiendo sus juramentos; este príncipe ingrato, entre otros nuevos agravios acumulados en el espacio de once años, habia sobornado á los romanos para espulsar de su Silla al Papa, habia dejado sin pastores diez y nueve iglesias en los Estados de Sicilia, habia despojado de ellas á otros con exacciones tiránicas, habia sido un obstáculo perenne contra todo lo que se proyectaba en favor de Tierra Santa y de los latinos de Constantinopla, se habia difamado á sí propio de la manera mas escandalosa para sus pueblos con sus procedimientos y discursos impíos. Las quejas de Gregorio y los motivos de su conducta se ven espuestos en dos cartas escritas, una al cardenal Oton,

(1) *V.* l. 80, n. 16, 17 et 53.
(2) *Hist. de l'Eglise galic. l.* 31.

legado en Inglaterra, y otra al arzobispo de Cantorbery. En estos documentos auténticos se ve que al mismo tiempo que por sus embajadores ofrecia Federico satisfaccion al Papa, se apoderaba de la Cerdeña y de las diócesis de Massa y de Luna que pertenecian á la Santa Sede; que este emperador habia sostenido primeramente que no podia ser excomulgado; tan persuadido estaba de que para conservar su título á los ojos de los pueblos era preciso estar en la comunion de la Iglesia; que despues, recurriendo á la calumnia, pretendia que el Papa habia perdido su poder con la virtud. «Pero además de estos errores, dice el Pontífice, tenemos á la mano pruebas de sus impiedades contra la fé; este rey criminal ha osado decir que el mundo entero habia sido engañado por tres impostores, Jesucristo, Moisés y Mahoma, y que dos de ellos habian muerto en la gloria poniendo asi aun despues de ellos al Salvador crucificado. Tuvo tambien la desfachatez de decir que solo los insensatos pueden creer que Dios Criador de todo haya podido nacer de una vírgen; que nadie puede ser concebido sino por la union de los dos sexos, y que el hombre no debe creer cosa alguna que no pueda probar por la razon natural.» Parece que Federico habia adoptado estos errores en su trato con los griegos y los árabes, los cuales por la inspeccion de los astros le prometian la monarquía universal; y de tal modo le habian infatuado con esta idea que se creia un dios bajo la apariencia de hombre y decia en alta voz que habia habido tres impostores para seducir al género humano; pero que él se encargaba de destruir la cuarta impostura con que se habia engañado á los hombres sencillos, es decir, la autoridad del Papa. El mismo Mateo Paris conviene en que generalmente se decia que Federico habia blasfemado contra la Eucaristía, que creia mas en la religion de Mahoma que en la de Jesucristo, y que estaba aliado con los sarracenos y los amaba mas que á los cristianos.

Gregorio IX, que quiso proceder con regularidad, espidió muchas moniciones en forma y despues publicó solemnemente en Roma una excomunion contra el emperador (1239), que estaba concebida en estos términos: «Por la autoridad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y por la nuestra, excomulgamos y anatematizamos á Federico, que se llama emperador, y declaramos absueltos del juramento á todos aquellos que le hayan jurado fidelidad, prohibiéndoles estrechamente observar sus antiguos juramentos mientras permanezca excomulgado.» Declarábanse muy por estenso en la sentencia todos los motivos de queja que tenia el Pontífice, á fin de mostrar los fundamentos de su rigor. Fueron repetidos y divulgados en todas las iglesias y en todas las córtes por medio de una carta circular que el Papa hizo dirigir á sus legados, á los ordinarios locales, á los reyes, á los duques, á los condes y á los principales señores. No permaneció en silencio el emperador por su parte: mandó espedir manifiestos á todas las córtes, en los cuales no solo hacia su apología, sino que alegaba acusaciones graves contra Gregorio, el cual contestó con una réplica aun mas viva que la primera denunciacion. Prosiguió Federico volviendo amenazas por amenazas, injurias por injurias, y citando repetidas veces para este objeto los libros santos, á imitacion de sus adversarios, y acumulando alusiones y figuras segun el uso de aquel tiempo.

Despues de tantos manifiestos esparcidos con profusion en todos los Estados cristianos, vino el emperador á las obras (1) y mandó publicar un acto de abierto rompi-

(1) Ric. S. German. *pag.* 1031.

miento en su reino de Sicilia, como el mas vecino de Roma, y por consiguiente el mas temible para el Papa. Mandó espulsar á todos los religiosos originarios de otros paises de Italia, exigir de todo el clero secular y regular subsidios que pusiesen al príncipe en estado de vengarse con las armas en la mano, confiscar los bienes de todos los sicilianos que permaneciesen en Roma, impedirles ir y venir á esta ciudad en lo sucesivo sin órden de la córte imperial, y aun llevar cartas del Papa contrarias á las miras del emperador. El portador de estas cartas seria ahorcado. Si son cartas credenciales, estaria obligado á declarar lo que contienen, y si no son favorables á Federico seria castigado tambien con pena de muerte. En una carta del emperador al capitan del reino de Sicilia le manda condenar al fuego á toda persona, de cualquier clase, edad ó sexo que sea, que obedeciere á la sentencia del Papa en lo tocante al entredicho y excomunion, ó que haya llevado ó recibido sus cartas.

A estos actos de hostilidad respondió el Pontífice esforzándose en sublevar todos los príncipes cristianos contra Federico. Escribió al rey San Luis (1), y llegó hasta decirle que mas mérito habia en combatir contra el emperador que en sacar la Tierra Santa del poder de los infieles, pintándole á aquel príncipe como un enemigo declarado de la fé y como un impío detestable. Algunos historiadores que no merecen confianza alguna han supuesto que para asegurar mas el buen éxito de esta negociacion añadió los motivos de interés. «Sabed, cuentan decia al rey (2), que por madura deliberacion con todos nuestros hermanos los cardenales, hemos condenado y depuesto de la dignidad imperial á Federico, cuyo título toma, y que hemos elegido para ponerle en su lugar al conde Roberto vuestro hermano, á quien Roma y toda la Iglesia quieren dar todo género de socorros, tanto para establecerle en esta dignidad, como para mantenerle en ella.» Pero la única cosa que hay cierta es que Gregorio empeñó al rey á sostener las ciudades de Lombardia confederadas para defender su libertad contra la tiranía de Federico. Solo en Mateo Paris, el menos creible de los historiadores cuando se decide por alguna causa, solo, digo, en ese historiador se encuentra esa supuesta carta en que el Papa dice haber trasladado la corona imperial al hermano del rey de Francia. Pero ¿cómo un documento de esa clase, tan honroso para la nacion y para la familia de nuestros reyes, no se ha conservado en los archivos? ¿Cómo solamente Mateo Paris pudo obtener una copia de él en Inglaterra? Basta pasar la vista por él para ver que no está allí con otro objeto que para dar lugar á una respuesta hecha solo á nombre de la nobleza francesa, y que desde el principio hasta el fin está redactada conforme al espíritu de los manifiestos de Federico contra el Papa y en el mismo sentido. «Sponde, dice el P. Fontenay, no vacila en declarar que la relacion de Mateo Paris no es mas que un sueño de una cabeza acalorada; y Rainaldi la llama envenenada sátira de este escritor ó de algun otro que la haya interpolado (1).»

En Alemania los prelados, obedeciendo á un sentimiento de prudencia ó de timidez, rogaron al Papa no los obligase á publicar las censuras contra el emperador, y que hiciese mas bien la paz con este príncipe á fin de poner término al escándalo escitado en la Iglesia (2). En Italia, Bertoldo, patriarca de Aquileya, tuvo tan poca conside-

(1) Labbe, *t.* 11, *p.* 366.
(2) Matt. Par. 1237, *pag.* 464.

(1) *Hist. de l'Eglise gallic. l.* 31.
(2) Alb. Stad. *ann.* 1239.

racion á estas censuras, que osó comunicar con Federico aun en los ejercicios públicos de la Religion. Igualmente temieron romper con este emperador los caballeros teutónicos; y el Papa para obligarlos á ello, los amenazó aunque en vano con que revocaria sus privilegios, pues hasta despues que ellos tomaron sus medidas no obedecieron, efectuándolo al fin mas tarde en el pontificado de Inocencio IV. Tampoco sacó Gregorio mas ventajas de algunos príncipes de Alemania de quienes solicitó la eleccion de otro emperador, pues le respondieron que no tenia derecho para disponer del imperio, sino únicamente para coronar al que los príncipes hubiesen elegido.

Entretanto Balduino II, emperador de Constantinopla, habia llegado á Francia pidiendo ausilios contra los griegos que tomaban tambien el título de emperadores. Allí supo la muerte de Juan de Briena, acaecida en 23 de marzo del año 1237. La pérdida de este príncipe, que con el título y la autoridad de emperador continuaba al imperio los buenos oficios que le habia prestado durante la infancia de Balduino, puso en grande peligro el poder de los latinos en Grecia. Vióse el jóven emperador en la precision de regresar inmediatamente con cuantos cruzados pudo reunir; pero le faltaba el dinero necesario, si no para el viaje, á lo menos para trabajar con buen éxito en el restablecimiento de las cosas de su imperio cuando llegase á él. Ya habia esperimentado la generosidad magnífica del rey, y bien fuese por un sentimiento de gratitud ó por sacar nuevas sumas de un príncipe que nunca se dejaba vencer en liberalidad, le ofreció la corona de espinas que el Salvador habia llevado en la cruz, la que se conservaba de tiempo inmemorial en la capilla de los emperadores de Oriente. «Nos veremos infaliblemente reducidos, le dijo, á ver paar este monumento inestimable á manos estrangeras. Permitid, pues, que le remita á vos que sois mi pariente, mi señor y mi insigne bienhechor, y que la Francia mi querida patria sea la depositaria.» Admitió el santo rey la oferta con una alegria proporcionada á la viveza de su fé, y no perdió un momento para asegurarse la posesion de la corona de espinas.

Mas lo que Balduino recelaba, se habia ya realizado. Estrechados los barones del imperio por la necesidad, habian empeñado la santa corona á los venecianos por una gran suma de dinero á condicion de que, no devolviéndole en el término convenido, la santareliquia se quedaria en Venecia. Remitió San Luis sin dilacion esta cantidad á Italia, y mandó traer á Francia aquella prenda sagrada, tesoro de mucho mayor estima á sus ojos que todas las riquezas terrenas. Al propio tiempo tomó todas las medidas de la prudencia mas circunspecta para la autenticidad y el trasporte de la reliquia. Al saber que habia ya entrado en el reino, salió á recibirla hasta el pueblo de Villanueva del Rey entre Troyes y Sens, en compañía de la reina su madre, de los príncipes sus hermanos, y de una multitud de señores y de obispos. Se reconocieron los sellos, tanto de los señores latinos de Constantinopla como de los venecianos, puestos en la caja de plata, dentro de la cual estaba un vaso de oro que contenia la santa corona (1239).

No es fácil espresar la sensacion del monarca y de los distinguidos personajes que le acompañaban cuando la descubrieron. Todos derramaron lágrimas, y exhalaron tiernos suspiros, cual si mirasen al mismo Jesucristo coronado de espinas. Al siguiente dia, 11 de agosto, dia en que se celebra todavía el aniversario de tan memorable ceremonia, llevaron la reliquia á Sens; y el piadoso monarca no quiso compartir esta gloriosa carga mas que con Roberto, conde

Artois, el mayor de sus hermanos: ambos iban á pié descalzo y con túnicas blancas. Toda la nobleza les seguia con los pies descalzos; y la multitud, que era inmensa, á pesar de la agitacion inevitable en esta clase de concursos, no respiraba sino piedad y compuncion. Así que el rey hubo depositado la corona en la iglesia metropolitana, partió sin demora á París. Ocho dias despues recibió allí la reliquia con nuevas demostraciones de religion, en las cuales toda la córte y la capital quisieron tomar parte. Habíase dispuesto un gran tablado cerca de la abadía de San Antonio, desde donde muchos prelados revestidos de pontifical mostraron la caja al pueblo, el cual prorumpió en sollozos y suspiros. El rey y el príncipe su hermano, descalzos tambien y con túnica blanca, la llevaron sobre sus hombros hasta la iglesia catedral, y de allí al oratorio del palacio que tenia el nombre de San Nicolás y ocupaba el lugar en que se edificó poco despues la Santa Capilla.

El rey recibió por el propio tiempo otras muchas insignes reliquias, tales como el hierro de la lanza que penetró el costado del Salvador, un pedazo de la esponja que le presentaron empapada con hiel y vinagre, y una parte considerable de la verdadera cruz, la misma, segun dicen, que la emperatriz Santa Elena habia hecho trasladar de Jerusalen á Constantinopla. Determinó erigir dentro del recinto de su propio palacio un santuario, cuya riqueza y gusto fueran igualmente dignos en lo posible de estos preciosos monumentos. Mandó construir luego la Santa Capilla que aun se vé en el dia y que es muy superior á la idea que comunmente se tiene del gusto y habilidad de los artistas de aquel siglo (1242). Costó al monarca este edificio cuarenta mil libras de su tiempo. Además estableció en él un cabildo, el cual por sus liberalidades y las de sus sucesores vino á ser uno de los mas ricos del reino.

En el mismo tiempo la bienaventurada Inés de Bohemia, hija del rey Primislao, era la edificacion de todas las regiones del Norte (1). Sucesivamente fué destinada para esposa de tres soberanos y prometida á uno de ellos; pero no pudiendo unir su corazon mas que á su divino Esposo, se puso bajo la proteccion de la Reina de las vírgenes, á fin de poder cumplir el propósito que habia formado de permanecer para siempre semejante á ella. Dispuso el cielo las cosas segun sus deseos, y se rompieron sus lazos por sí mismos. El emperador Federico, que era el tercero de los pretendientes despues de haber muerto Yolanda, hija del rey de Jerusalen, fué el único que la causó algunas dificultades. Habian llegado ya á la corte de Bohemia los embajadores de este príncipe, y hacian los preparativos para conducir á la princesa con una magnificencia digna de su soberano (1233); pero Inés, bien informada de la vida escandalosa que llevaba el emperador durante su viudez, avisó secretamente al Papa Gregorio y le hizo requerir la eximiese de un yugo que la imponian contra su voluntad. Murió poco despues del contrato el rey Primislao que habia concertado las bodas, y su hijo Wenceslao IV le sucedió en el trono. Habiendo Inés recibido del Papa una bula conforme á sus deseos, se presentó al rey su hermano y le pidió que apoyase una resolucion autorizada por el Sumo Pontífice. Participólo el nuevo rey á los embajadores, los cuales á su vez lo participaron al emperador. Al pronto manifestóse muy irritado Federico; pero despues de algunas reflexiones mudó de sentir, ó por lo menos lo dió á entender asi en sus espresiones. «Si ella, dijo, me hubiese dejado por algun otro mortal, habria tomado

(1) Boll. 6 *Mart.*

terrible venganza; pero no puedo llevar á mal que á mi persona prefiera el Esposo celestial.»

Hasta entonces habia vivido Inés en la córte como en el mas austero de los claustros. A los ayunos de Cuaresma añadia el de Adviento y el de otros muchos tiempos particulares, durante los cuales su abstinencia era tan rigurosa, que apenas mezclaba algunas gotas de vino al pan y agua en que consistia toda su alimento. Pero tenia gran cuidado en ocultar su penitencia. Siempre llevaba un cilicio y una cadena de hierro debajo de los vestidos adornados de oro y piedras preciosas que su clase la obligaba á usar. Casi todas las mañanas las empleaba en diversas iglesias, y para poder mas libremente prolongar sus coloquios con Dios sin ser conocida, iba á ellas antes de amanecer, vestida de labradora ó de artesana. Por último, despues de haberse libertado de la brillante servidumbre á que se habian lisongeado reducirla, abrazó un género de vida en que pudo dar rienda suelta á su fervor. Edificada mucho tiempo habia del instituto de San Francisco, y de lo que la habian contado de la vida maravillosa de Santa Clara, fundó un monasterio en Praga, titulándolo de San Salvador, y en él se consagró solemnemente á Dios con otras siete doncellas de ilustre prosapia. Clara, con quien mantuvo correspondencia, la envió cinco de sus religiosas para instruir á esta comunidad naciente, y exhortó sobre todo á Inés al amor de la santa pobreza. Revistióse tan perfectamente Inés del espíritu de Clara, que no permitió nunca que el monasterio, del cual era abadesa y fundadora, tuviese rentas fijas, á pesar de las instancias que la hizo para esto el rey su hermano. Contaba treinta y un años cuando se consagró al Señor (1236), y vivió despues otros cuarenta y cinco.

Adolfo, conde de Olsacia, dió á los pueblos y á los príncipes cristianos igual ejemplo de desprendimiento. Despues de haber militado distinguidamente en el ejército de Federico y gobernado prudentemente su Estado, abrazó el humilde instituto de los frailes menores, sin que le detuviese la consideracion de tres hijos de tierna edad que dejó bajo la tutela del duque Abel de Dinamarca (1239). Perseveró así hasta la muerte, acontecida al cabo de catorce años de su entrada en religion.

Brillaba la virtud en el grado mas elevado desde el Norte al Mediodia (1). Fernando III, que juntó inseparablemente los reinos de Leon y de Castilla, se grangeó al mismo tiempo el título de Santo por su sólida piedad, y el de Grande por sus conquistas sobre los moros, á quienes quitó gran parte de las provincias usurpadas á sus predecesores (*a*). Hizo desde luego for-

(1) *Chron. S. Ferd. ap. Boll., tom.* 18.

(*a*) Tratándose de uno de los mas santos y gloriosos reinados, tratándose de un monarca español que al mismo tiempo que engrandeció la patria con sus conquistas edificó á la Iglesia con sus virtudes, justo es dediquemos algunas líneas y escedamos quizá los estrechos límites de una nota para apuntar siquiera algunos pormenores de la vida y hechos de un rey tan esclarecido, del grande y santo rey Fernando III de Castilla.

Habia muerto desgraciadamente á la edad de 14 años no cumplidos, y de resultas del golpe que recibió hallándose jugando con otros doncelos de su edad en el patio del palacio episcopal de Palencia, el hijo y sucesor de Alfonso VIII, Enrique I, único varon de entre los hijos que tuvo dicho don Alfonso. No nos detendremos en mencionar los disturbios que hubo en el reino con motivo de la regencia del reino durante la menor edad de Enrique, disturbios promovidos por los Laras, y para cuyo apaciguamiento cedióles generosamente la regencia la ilustre hermana de Enrique doña Berenguela; puede esto verse en nuestros historiadores. Pero por la muerte de Enrique recayó el derecho de la corona en doña Berenguela, no solo por ser la primogénita del rey Alfonso, sino tambien por haber sido jurada dos veces por sucesora suya á falta de su hermano. No faltaron sin embargo despues del fallecimiento de Enrique grandes disturbios y revueltas ocasionadas por los ya citados condes de Lara, enemigos irreconciliables de la reina, y fué necesaria toda la prudencia de esta muger incomparable para vencer las dificultades y allanarle el camino del trono á su hijo. Luego que tuvo noticia de la desgracia de Enrique, envió embajadores á Alfonso IX rey de Leon, un tiempo su esposo, pidiéndole que la enviase su primogénito Fernando, pues te-

midable su nombre la toma inesperada de Córdoba. Sus tropas sorprendieron de noche una batería avanzada, acudió Fernando con un corto número de soldados y sitió la ciudad. Afortunadamente el rey Abenhot habia salido de la ciudad para ir á socorrer á Valencia, acometida por el rey de Aragon, y murió en esta espedicion por la perfidia de uno de los suyos. Introdújose despues de su muerte la division entre sus vasallos, mientras que el ejército de Fernando crecia de dia en dia ante las murallas de Córdoba. Estrechada estaba la plaza por todas partes é interceptada la introduccion de víveres, y los innumerables moradores de aquella ciudad, una de las mas populosas del mundo despues de Roma y de Constantinopla, viéndose reducidos á los rigores del hambre pidieron capitulacion. Concedióseles por sola condicion que se les conservaria la vida, pero sin llevar nada consigo. De este modo fué arrancada Córdoba del dominio de los musulmanes, la víspera de San Pedro, 28 de junio de 1236, despues de haber sido su capital en España por espacio de quinientos veinte y tres años, es decir, desde el año 713 (1). Al dia siguiente, fiesta de los Santos Apóstoles, despues de haber purificado la mezquita principal, la mas grande y mas bien decorada de toda España, se celebró en ella misa solemne con sermon, siendo grande el contento del ejército y de los demas cristianos que concurrieron de toda la comarca. Como el pais de Córdoba es muy abundante y la situacion hermosa, la ausencia de los moros no dejó vacio alguno. Faltaron casas mas bien que ciudadanos nuevos para habitarlas. Restablecióse la Silla episcopal, como en otro tiempo, bajo la metrópoli de Toledo.

Despues de esta brillante hazaña tomó Fernando una preponderancia prodijiosa sobre los árabes (2). Quitóles en pocos años á Jaen, Sevilla, Cádiz y otras innumerables plazas de menos monta. Abusail ó Alhamar (el Bermejo) rey de Granada, dejándole

---

nia sumo deseo de verle. Concedióselo el rey, ignorante como estaba de los designios de su antigua esposa, y el príncipe fué recibido en Autillo con indecible ternura de la reina y con infinitas aclamaciones del pueblo y de los grandes que la seguian. Aumentáronse entonces los daños de la guerra civil, y hasta el rey de Leon invadió la Castilla con ejércitos poderosos en persecucion del príncipe y su madre; pero Berenguela, atrayendo á Valladolid muchos pueblos y grandes del reino, despues de haber sido ella reconocida y jurada como reina de Castilla, cedió en el acto todos sus derechos á su hijo don Fernando, que fué jurado y proclamado solemnemente á 31 de agosto de 1217.—Diez y ocho años tenia San Fernando cuando comenzó á reinar, y durante aun el primer año de su reinado restituyó la paz á Castilla, sojuzgó á los rebeldes condes de Lara, y tuvo Córtes en Búrgos donde se confirmó su coronacion. Sojuzgados los condes de Lara, tomadas sus plazas, y ellos muertos unos y otros fugitivos en Africa, el rey de Leon, libre ya de tales instigadores, se reconcilió con su hijo D. Fernando ajustándose un tratado de paz en el que el rey de Leon facultaba, si asi puede decirse, al arzobispo de Toledo y á los obispos de Burgos y Palencia para excomulgarle á él y poner entredicho á su reino, sin apelacion alguna, en el caso de quebrantarse por él la paz; y á su vez el de Castilla declaraba hiciesen lo mismo con él el arzobispo de Santiago y los obispos de Astorga y Zamora si él fuese el violador del tratado.

En 30 de noviembre de 1219, por consejo de su heróica madre, casó en Burgos San Fernando con Beatriz, hija de Felipe de Suavia, rey de los romanos; cuyo enlace y la numerosa prole que concedió el cielo á los augustos esposos, fueron nuevas prendas que atrajeron á Fernando el amor y respeto de sus súbditos, en cuyos corazones reinó como verdadero padre. Purgó su reino de ladrones, bandidos y hereges; concedió una amnistía general á todos los que al principio andaban alborotados, y por todas partes hizo resplandecer su prudencia, su justicia, su misericordia y las demas virtudes que tan perfectamente adornaron su alma y su cuerpo. Sosegadas de este modo las alteraciones, tuvo lugar el santo rey de dirigir todas sus miras contra los moros, y en 1224 comenzó la gran carrera de sus victorias.—Ya habia apaciguado varios alborotos suscitados por algunos turbulentos magnates, y el cielo habia bendecido su enlace con Beatriz, siendo el primer fruto de su matrimonio (23 de noviembre de 1221) aquel Alfonso que jurado al año siguiente (1222) en las Córtes de Burgos sucesor y heredero de la corona á instancia de su padre, reinó luego en Castilla y se adquirió el renombre de Sábio, siendo notable el año de su nacimiento, así por haber venido al mundo un tan ilustre príncipe como por haberse comenzado en él á edificar uno de los monumentos cristianos mas magníficos y una de las mas bellas obras de la arqui-

(1) Ric. S. Germ. 1236.
(2) *Annal. Sevil. lib.* 1.

Jaen, se vió precisado á hacerse su vasallo (1246). Los moros de Sevilla, en número de trescientos mil, al cabo de un sitio de quince meses, se vieron obligados como los de Córdoba á retirarse sin llevar cosa alguna, unos al Africa, otros al reino de Granada y á las demas posesiones que les quedaban aun en España (1248).

Por su parte el rey Jaime de Aragon pasó á la isla de Mallorca con una flota formidable, ganó una gran batalla á los infieles, hizo prisionero al rey y á uno de sus hijos, tomó por asalto la capital y se hizo dueño de toda la isla y de la de Menorca, cediendo luego una y otra al infante de Portugal en cambio del condado de Urgel (1). Despues de la conquista de Mallorca emprendió el monarca aragonés la del reino de Valencia. Durante el espacio de algunos años ganó muchas plazas y fué adelantándose hasta la capital (2). Era corto el número de sus tropas con respecto á la plaza que debia sitiar; pero le llegaron luego auxilios no solo de sus Estados, sino de Francia é Inglaterra. El rey legítimo Abuzeit, destronado por Zaen, se habia refugiado en Aragon, donde tuvo la felicidad de abrazar el cristianismo, cumpliéndose el ruego profético de los santos misioneros á quienes hizo padecer el martirio. El usurpador, al cabo de un sitio de seis meses, se vió obligado á entregar á Valencia, cuyos habitantes árabes fueron tratados con menos rigor que los de Sevilla y Córdoba. Concediéronles, además de la vida, escolta para salir de la ciudad con todo cuanto pudieron llevar consigo. Abuzeit, llamado despues de su conversion Vicente de Belvis, permaneció reducido á la fortuna de un particular, mas con una opulencia proporcionada á lo que habia sido. Siguió morando en Valencia, donde su piedad le inclinó despues á ceder su palacio para establecer en él un convento de frailes menores (1).

En estas diversas conquistas de los príncipes cristianos de España se iban restable-

---

tectura de la edad media, la catedral de Burgos, cuya primera piedra pusieron por su mano los piadosos reyes don Fernando y doña Beatriz, bajo la direccion religiosa del obispo don Mauricio. Pero vengamos á la época gloriosa de los triunfos de San Fernando que, como acabamos de decir, comenzó en 1224.—Aprovechándose el Santo rey de la consternacion en que habian quedado los árabes desde la famosa batalla de las Navas de Tolosa y de las divisiones y partidos en que mutuamente se veian despedazados, aprestóse en la primavera de dicho año para emprender la guerra contra el moro. Una parte de su ejército, aun sin aguardar órden ni nombrar caudillos, invadió el reino de Valencia de donde volvió cargado de despojos, y la otra al mando del Santo rey acompañado, entre otros, del arzobispo de Toledo don Rodrigo, penetró en Andalucía. En esta jornada se apoderó de Quesada y de otras seis plazas en las riberas del Betis y en el territorio de Jaen, pero las demolió por no poder poblarlas, y regresó á Toledo despues de haber pasado á cuchillo muchos millares de sarracenos. En 1225 entró al frente de su ejército en el reino de Valencia; mas el rey moro Zeit Abuzeit temiendo la ruina que le amenazaba, salió hasta Cuenca poniéndose en manos de San Fernando, que le recibió por vasallo, y le dejó libre el reino. Las campañas de 1226 y 1227 se redujeron á demoler to-

(1) *Index rer. Aray. tom.* 3; *Hisp. illustr. pag.* 75.

(2) Escolan. *lib.* 9, *cap.* 4.

dos los castillos y fortalezas que poseian los infieles en el reino de Jaen, y á la toma de Baeza, Andujar, Martos, Priego y Alhambra, en todas las cuales destrozó las fuerzas del enemigo é hizo diez y siete mil cautivos. El dia de San Andrés de dicho año 1227 viése brillar la cruz en las almenas de Baeza en cuya ciudad habia entrado el conde don Lope de Haro con quinientos caballeros de Castilla por la puerta que se llamó del Conde, y en celebridad del dia se puso en las banderas el aspa del Santo, de cuya ceremonia quedó á nuestros reyes la costumbre de llevar por divisa en los estandartes el aspa de San Andrés. — De regreso de una de estas espediciones, hallándose el rey en Toledo comunicó al arzobispo el pensamiento de erigir un templo digno de la primera capital de la monarquía cristiana y que reemplazára á la antigua mezquita árabe que hacia de catedral desde el tiempo de Alfonso VI. Acogió gozoso esta idea el ilustre prelado, y poniendo manos á la obra, el monarca y el arzobispo pusieron por su mano en 1226 la primera piedra que habia de ser el fundamento, dice el autor de las Memorias de San Fernando «de aquella magnífica obra que hoy celebramos con las plumas y admiramos con los ojos.» Así hermanaba el santo rey, dice el señor Lafuente, la piedad y la magnificencia como religioso príncipe con la actividad de las conquistas como monarca guerrero.— En los tres años siguientes, mientras que su padre el rey de Leon Alfonso IX hizo en Estremadura la guer-

(1) Vading. 1233.

ciendo los obispados en el pie en que estaban antes de la invasion de los moros; con todo, la mudanza acontecida en la dependencia política, la produjo tambien muchas veces en la jurisdiccion eclesiástica. Asi es que la Sede episcopal de Valencia, sujeta antiguamente á la metropóli de Toledo, quedó sufragánea de la de Tarragona, ciudad del reino de Aragon, en lugar de que Toledo era del reino de Castilla. Habiendo concedido los Papas antiguamente á los reyes de Aragon los diezmos de todas las posesiones que conquistasen á los moros, tuvo el rey Jaime con que dotar, de una manera conveniente á la dignidad de éstas iglesias, los obispados que se iban restableciendo.

Tuvo además este príncipe la gloria de contribuir al establecimiento del órden de la Merced, instituido como el de la Trinidad para la redencion de cautivos, cuyo número era mayor que nunca despues de tantas guerras recientes con los musulmanes (1). Mientras permaneció prisionero en el Langüedoc de resultas de la derrota y muerte

---

ra á los moros, obligó San Fernando al rey moro de Sevilla á rendirle homenage y pagarle tributo, desoló el reino de Jaen y acometió la capital, aunque no pudo tomarla por entonces: apoderóse de Alcalá la Real, y destruyó otros muchos lugares y fortalezas.—El fin de esta campaña fué muy sensible para el santo rey. Su padre Alfonso IX de Leon, que se coronó en ella de nuevos laureles conquistando á Cáceres (1227), Mérida y Badajoz, y destrozando en campo abierto (mediante la proteccion de Santiago y de San Isidoro, dicen algunos historiadores) al ejército del rey moro de Sevilla mucho mas numeroso que el suyo, se vió acometido de su última enfermedad y murió á 24 de setiembre de 1230 en Villanueva de Sarria en Galicia, yendo á dar gracias al Apóstol Santiago por su favor en las victorias pasadas. Luego que recibió San Fernando esta triste nueva, de consejo y á instancia de su madre, dejó la guerra de Andalucía, y con el arzobispo de Toledo don Rodrigo marchó á consultar con su madre y con los prelados y señores del reino lo que convenia practicar para la sucesion de Leon. Es de advertir que aunque San Fernando habia sido ya jurado en Leon por su mismo padre don Alfonso heredero del trono, á poco de su nacimiento, y sido reconocido como tal por prelados, ricos-hombres y barones del reino y hasta ratificado en la herencia de Leon por el Papa Honorio III, su padre el rey don Alfonso IX, olvidándose de todo esto y aun del apoyo que le habia prestado su hijo San Fernando para la conquista de Mérida, dejó en su testamento por herederas del trono á sus hijas doña Sancha y doña Dulce, habidas de su primer matrimonio con doña Teresa de Portugal, escluyendo por consiguiente del trono á su hijo Fernando. Para obviar á todo esto hizo venir doña Berenguela á su hijo don Fernando y salió á recibirle á Orgaz.

Resolvieron pasar sin tardanza al reino de Leon y hallaron en él las cosas en mejor estado de lo que creian. Los ánimos de los principales leoneses estaban inclinados á las virtudes y santidad del rey de Castilla; por lo que se apresuraron á proclamarle y jurarle por su rey, como lo efectuaron en la catedral de Leon con universal alegría, quedando así unidos para siempre ambos reinos. Restaba deliberar lo que habia de hacerse con doña Sancha y doña Dulce; pero arreglólo todo doña Berenguela. Avisó á la madre de ellas, doña Teresa, la cual se habia retirado á un monasterio, y las dos madres antiguas esposas de D. Alfonso, acordaron reunirse en Valencia de Alcántara, donde decidieron la suerte de las dos infantas, señalándoseles una pension vitalicia de quince mil doblas de oro, yendo luego D. Fernando á Benavente, donde en 11 de diciembre de 1230 firmó la escritura del pacto aprobado tambien por los prelados, ricos-hombres etc.—Adquirióse en breve S. Fernando el amor de sus nuevos súbditos, y con este aumento tan considerable de fuerzas pudo ya emprender mayores hazañas y conquistas. En efecto, en 1234 tomó á Úbeda, y principió la guerra contra Córdoba que concluyó con la toma admirable de aquella gran ciudad, plantándose el signo venerando de nuestra redencion en lo mas alto de la grande aljama de Córdoba el 29 de junio de 1236, fiesta de San Pedro y San Pablo. La misma importancia de esta gran conquista, los cuidados necesarios que á ella se siguieron para la repoblacion y arreglo de los negocios civiles y eclesiásticos y la enfermedad que sobrevino al santo monarca, le impidieron en los años siguientes continuar la guerra de Andalucía. Mas en 1243, su primogénito el príncipe don Alfonso comenzó de nuevo las hostilidades, y ocupó las plazas y fortalezas del reino de Murcia, cuyo rey moro se hizo vasallo y tributario de Castilla. En 1244 salió ya al campo San Fernando con un ejército destinado á la conquista de Jaen, la que efectuó despues de haber derrotado varias veces y llenado de terror á todos los infieles de aquel reino y del de Granada, cuyo rey se hizo tambien su vasallo y tributario. —Nada era ya bastante poderoso para detener la marcha triunfante de Fernando. Sin embargo, previno estraordinarios aparatos bélicos en 1245 para emprender la guerra de Sevilla, sobre cuya ciudad se hallaba ya el ejército cristiano el 20 de agosto de 1247. Duró el sitio y demas operaciones hasta el 23 de noviembre de 1248, dia de San Clemente, en que se firmó la capitulacion que se concedió á la ciudad. Dióse á los moros un mes de término para salir, y terminado este plazo hízose en 22 de diciembre la entrada solemne del ejército castellano. Iban delante los caballeros de las órdenes militares con sus estandartes desplegados, presididos por sus grandes maestres don Pelayo Perez Correa, de Santiago; don Fernando Ordoñez, de Calatrava; don Pedro Yañez, de Alcántara; don Fernando Ruiz, de San Juan, y don

(1) Boll. *ad* 16 *et* 29. *Jan.*

del rey su padre, Simon de Monforte encargó su educacion á un hidalgo del pais llamado Pedro Nolasco. Cuando fué puesto en libertad y restablecido en el trono de sus padres, fuése este piadoso fundador á encontrarle en Barcelona, le comunicó la inspiracion que creia haber tenido de sacar á los fieles de la servidumbre de los moros, y le pintó sobre todo vivamente el peligro en que se hallaban de perder la fé. Ya Pedro habia reunido algunos compañeros para su intento, apoyado en particular por Raimundo de Peñafort, santo y sábio dominico que fué su confesor. Afirman que en la misma noche apareció la Reina de los cielos á estos dos Santos y al rey de Aragon para confirmarlos en su religioso proyecto. Pedro Nolasco fué el primero que tomó el hábito, el cual consistia en una túnica, un escapulario, una capa ó manto todo blanco, y sobre el escapulario las armas de Aragon con una cruz encima. Espuso Raimundo en un discurso elocuente las ventajas del nuevo instituto, y despues formó las constitucio-

---

Gomez Ramirez, del Temple. A la cabeza de los seglares el clero presidido por los obispos de Jaen, de Córdoba, de Cuenca, de Segovia, de Ávila, de Astorga, de Cartagena, de Palencia y de Coria. Seguia un mágnifico carro triunfal, en cuya parte superior se veia la imagen de Nuestra Señora, como queriendo mostrar el vencedor que á la Reina del cielo, de quien era muy devoto, debia sus triunfos. A los lados del sagrado carro marchaban el rey don Fernando llevando la espada desenvainada; su esposa la reina doña Juana (hija de Simon, conde de Ponthieu y biznieta del rey de Francia Luis VII, con quien habia casado San Fernando en segundas nupcias en Burgos (1237), por haber fallecido su anterior esposa); los infantes don Alfonso, don Fadrique, don Enrique, don Sancho y don Manuel, hijos del rey; el príncipe don Alfonso de Molina, su hermano; el infante don Pedro de Portugal; el hijo del rey don Jaime de Aragon y el del rey moro que fué de Baeza, y Uberto, sobrino del Pontífice Inocencio IV. Seguíanlos don Diego de Haro, duodécimo señor de Vizcaya, y los ricos hombres, caballeros y nobles de Leon y de Castilla, cerrando la marcha las victoriosas tropas y los soldados de los concejos con sus respectivas banderas y variados pendones. Traspasaríamos nuestros límites si quisiéramos describir uno por uno todos los admirables sucesos que ocurrieron en esta grande empresa, que dió el golpe verdaderamente mortal al poder de los musulmanes en España. Pero no podemos olvidar el celo y magnanimidad del héroe que la llevó á cabo. No solamente perdonó San Fernando la vida á los vencidos, sí que de mas á mas les concedió entera libertad de retirarse con todos sus haberes á donde quisiesen, y aun les dió guias y bagages á los que se retiraron por tierra, y trece buques mayores á los que pasaron al África. Luego de entrado en aquella inmensa ciudad, puso la mano el santo conquistador en la restauracion de la Religion y del culto, que fué siempre el primero y principal objeto de todos sus anhelos: hizo purificar las mezquitas y consagrarlas en otras tantas iglesias que dotó abundantemente; designó para obispo á su quinto hijo el infante don Felipe, que estudió en Paris bajo la direccion del insigne maestro San Alberto el Magno, encargándose del gobierno de aquella metrópoli, mientras el electo llegaba á la edad de recibir las órdenes, el obispo de Segovia don Ramon, que despues (1260) fué trasladado á la catedral de Sevilla. Proveyó tambien el santo rey á la repoblacion de la ciudad que estaba desierta: concedió varias esenciones á los que fuesen á poblarla, y les señaló los mismos fueros de Toledo, cuyas franquicias eran sumamente estimables en aquellos tiempos.

A consecuencia de la toma de Sevilla y en el año siguiente de 1249, se apoderó Fernando de todas las plazas del reino desde el Guadalquivir hasta el estrecho. Las principales fueron Jerez, Medina-Sidonia, Velez, Alcalá de los Gazules, Sanlucar, Cádiz, Puerto de Santa María, Rota, Arcos, Nebrija y Tribujena. Comenzó luego sus preparativos para pasar al África y á la Tierra Santa, sabida la poco feliz jornada de San Luis, y aun llegó su armada á hostilizar las costas de Marruecos; empero cesaron bien pronto los estruendos militares á causa de la enfermedad que sobrevino al santo rey, á quien Dios llamaba ya al premio de tantas hazañas y virtudes.—Si gloriosa habia sido la vida del hijo ilustre de doña Berenguela, no fué menos gloriosa ni menos admirable su muerte, dice un historiador. Atacado de penosa enfermedad en Sevilla, cesó el guerrero, el triunfador, el conquistador insigne para dar espansion á su devocion y piedad mostrándose monarca sinceramente piadoso y héroe cristiano. Cuando vió al obispo de Segovia acercarse á su alcoba llevando en sus manos la Sagrada Hostia, arrojóse el rey del lecho de dolor en que yacia, postróse en el suelo ante la Magestad divina, y con una soga al cuello tomando humilde y con trémulas manos el signo de nuestra redencion y haciendo una fervorosa protestacion de fé, recibió con avidez el Santo Viático; despues de lo cual mandando que apartasen de su cuerpo y de su vista toda ostentacion ó signo de magestad, pronunció aquellas edificantes palabras: «Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo he de volver al seno de la tierra.» Rodeáronle en el lecho mortuorio sus hijos don Alfonso, don Fadrique, don Enrique, don Felipe y don Manuel, habidos de su primera esposa doña Beatriz (don Sancho no se hallaba allí, sino en Toledo, de donde era arzobispo electo, pues habia muerto el sábio don Rodrigo Jimenez de Rada, el historiador, como don Felipe lo era de Sevilla); y don Fernando, doña Leonor y don Luis, habidos de doña Juana. A todos les dió el rey su bendicion; y despues de dirigir á su primogénito y sucesor don Alfonso un tierno razonamiento lleno de piadosas máxi-

nes, que fueron aprobadas por el Papa Gregorio en el año de 1235.

San Raimundo de Peñafort, que sucedió en la superioridad general de su órden al bienaventurado Jordan (1238), es tambien célebre por su coleccion de decretales, la cuarta despues de la de Graciano. Están divididas las decretales en cinco libros bajo diversos títulos y colocadas por el órden cronológico, circunstancia omitida en las compilaciones anteriores: esta principia desde Alejandro III, donde acaba la obra de Graciano, y se estractan los decretos segun la materia de cada título. Autorizó Gregorio IX esta coleccion con esclusion de todas las demas. Fué enteramente cumplida su intencion, y tan bien recibida la coleccion, que desde entonces tiene simplemente el nombre de *Decretales* (*a*).

No brilló menos el celo de San Fernando de Castilla contra la corrupcion y las impiedades de la heregía que contra las del mahometismo. Habiendo descubierto en Palencia sectarios corrompidos y revoltosos, les hizo notar de infamia mandándoles marcar el rostro con un hierro candente (1). Cometíanse en Francia por el mismo tiempo igualmente que en España enormes violencias contra los judíos. Los cruzados hacian un punto de religion el pisarlos con sus caballos y matarles, sin perdonar á los niños, ni á las mugeres en cinta, y todo sin otra razon que negarse á recibir el bautismo. Los judíos se persuadieron que el Gefe de la Iglesia no aprobaria de manera alguna estos tratamientos tan contrarios al espíritu del Evangelio, y le dirigieron sus quejas. El Papa Gregorio escribió en efecto sobre este objeto á los obispos de Aquitania, de Poitou y de Bretaña, donde este desenfreno habia sido mayor. Les encargó que hiciesen presente á las tropas armadas por la causa del cielo, que no eran estos escesos el medio de atraer sus bendiciones sobre ellos, sino el respeto á la ley divina, la pureza de corazon y la caridad; que la entrada en la Iglesia, aunque abierta á todos los hombres, debe sin embargo ser voluntaria, porque el hombre que cayó por su libre alvedrío, debe igualmente levantarse por el libre avedrío ayudado de la gracia (2). Exhortó tambien el Papa á San Luis á que reprimiese un furor tan opuesto á la dulzura de su carácter como á la pureza de su fé.

Hállase este espíritu de la Iglesia no menos auténticamente consignado en un Concilio celebrado en Tours el 10 de junio de 1236. «Vedamos con todo rigor, dicen

---

mas y de saludables lecciones para el gobierno del reino que estaba llamado á regir, despidió á toda su amada familia y quedando solo con el obispo y el clero pidió una candela, tomóla en su mano, dijo que entonasen el *Te Deum*, como quien iba á gozar del mayor de los triunfos y entre los cantos sagrados de los sacerdotes entregó su alma al Señor el mayor monarca que hasta entonces habia tenido Castilla, el jueves 30 de mayo de 1252, á los 54 años no cumplidos de edad, á los 35 y 11 meses de su reinado en Castilla y á los 22 de haber ceñido la corona de Leon.—Tal fué el glorioso tránsito de Fernando III de Castilla, á quien por sus escelsas virtudes colocó despues la Iglesia en el catálogo de sus mas ilustres santos. Lloróse su muerte en todo el reino como la de un padre, y al dia siguiente fué aclamado y reconocido su hijo don Alfonso rey de Castilla y de Leon, bajo el nombre de Alfonso X. Mariana, lib 12; Ortiz, lib. 9; Crónica de San Fern.; Lafuente, p. 2, l. 2, c. 14. (*N. del E.*)

(*a*) A la relacion que del reinado de D. Jaime hace aquí nuestro historiador, añadiremos aquí algunos mas pormenores. Desde que Jaime I se sentó en el trono de Aragon, despues de las muchas turbulencias que agitaron el reino durante su minoridad y de que ya hemos hablado, se anunció como el héroe que con la conquista de tres reinos debia afirmar incontrastablemente el poder y gloria de su nacion. La primera de sus empresas tuvo por objeto á Mallorca. Juntó el rey para esta espedicion una escuadra de ciento sesenta velas, en la que á principios de setiembre de 1229 embarcó diez y seis mil infantes y dos mil caballos; y en el espacio de tres meses se apoderó de la capital y de toda la isla, aprisionando él por sus propias manos al rey moro. Restableció luego la Religion, erigió con aprobacion del Papa la Silla episcopal de Mallorca, dotóla magníficamente, nombrando por su primer obispo á Bernardo, abad de San Feliu de Guixols, como consta del privilegio espedido en esta ocasion; y en octubre de 1230 regresó triunfante á Cataluña. En el mismo

(1) *Lib.* 8, *ep.* 218 *ap. Rain.*

(2) *Lib.* 10, *ep.* 213 *ap. Rain.*

los Padres (1), matar ó herir á los judíos, quitarles sus bienes ó hacerles algun otro daño; pues son tolerados por la Iglesia, la cual no quiere la muerte del pecador sino su conversion.» Siendo el celo de la cruzada el pretesto con que pretendian dar colorido á tales escesos, añade el Concilio que serán presos los cruzados contra quienes se

---

año los moros de Valencia, enojados contra su rey Ceid Abu-Zeyd por la paz que tenia con don Jaime, por las parias que le pagaba y por otros varios actos de rendimiento y vasallage, instaron á Zaen (Ben Zeyan), gobernador de Denia, á que viniese con sus tropas á apoderarse del reino. Ejecutólo asi Zaen, y Ceid, abandonado de los suyos, se retiró con su hijo á Calatayud, donde le acogió el rey don Jaime benignamente, y se confederó con él para quitar el reino al usurpador. Empero mientras se hacian los aprestos para esta campaña, pasó el monarca aragonés por segunda y tercera vez á las islas Baleares por los años 1232, y se apoderó de Menorca, cuyos habitantes fueron á ponerse bajo su obediencia, dejando á los moros en libertad de salirse de ella, ó quedarse vasallos suyos con los pechos ordinarios. De este modo faltando á los infieles el abrigo de aquellas islas que servian como de escala á los africanos para pasar á Valencia, se hizo ya mas probable el buen éxito de la conquista de su reino. Sin embargo, la empresa pedia mas fuerzas de las que el rey tenia prontas, por lo que á fines del año juntó córtes en Monzon, en las que se publicó la cruzada que á sus instancias habia concedido el Papa Gregorio IX, alistándose primero el rey, y luego muchísimos caballeros y pueblos. Por otra parte, Ceid Abu Zeyd tenia en Valencia muchos partidarios, y con los ausilios de gentes y dinero de los pueblos que perseveraban en su devocion, iba recobrando otros que estaban por el usurpador.— Preparada asi la jornada, se le dió principio en la primavera de 1233 durante el cual se apoderaron los cristianos de todas las plazas y fortalezas sitas hácia el Norte del reino hasta seis leguas de la capital. En los años siguientes fueron coartando mas y mas á Zaen los límites de su reino. A los dos años de haberse sometido Menorca, presentóse al rey D. Guillermo de Montgri, arzobispo electo de Tarragona, esponiéndole que si les cedia en feudo á él y á los de su linage la isla de Ibiza, ellos tomarian sobre sí la empresa de conquistarla. No poniendo reparo el rey en acceder á la peticion del prelado, procedió este á la ejecucion de su proyecto; se embarcó con las gentes de armas llevando trabuquetes, fundíbulos, y otras máquinas é ingenios, y en poco tiempo tuvieron la fortuna de vencer á aquellos isleños, quedando Ibiza en su poder. De este modo se completó la conquista de las Baleares; bella agregacion que recibió la corona aragonesa y gran padrastro que habia sido para todas las naciones marítimas del Mediterráneo en los siglos que estuvieron poseidas por los sarracenos. Cedióselas, sin embargo, D. Jaime al infante D. Pedro de Portugal, casado con la condesa Aurembiaix, aquella á quien D. Jaime repuso en el condado de Urgel; cedióselas, pues, D. Jaime por este condado que, como enclavado en su reino, le convenia grandemente su posesion. Volvieron sin embargo á la corona de Aragon á los pocos años por haber muerto sin tener hijos el infante de Portugal. — Por enero de 1236 batió de nuevo á los moros hasta apoderarse del castillo del Puig de Enesa, á dos leguas de la capital, donde puso fuerte guarnicion para que incensantemente vigilase y combatiese á los infieles. El cielo se mostró en este lugar muy propicio á las armas de los cristianos. Con el corto número de tres mil infantes y cien caballos hicieron frente á un ejército de mas de cuarenta mil moros de todas armas, á los que al grito de «Santa María y Aragon» derrotaron tan completamente, que despues de matarles una tercera parte de gente, los acuchillaron hasta media legua de la capital. Tan prodigiosa victoria se atribuyó á un milagro, pues afirman algunos historiadores que se apareció visiblemente y peleó por los cristianos el mártir San Jorge á quien invocaron al principio de la accion. Si así sucedió, no fué este solo el milagro obrado en el Puig de Enesa; pues añaden que los centinelas del castillo, y todos los caballeros y eclesiásticos observaron repetidas veces bajar desde el cielo al anochecer diversas luces como otras tantas estrellas que se fijaban é iban á esconderse siempre en un mismo paraje. Tuvieron esta señal por prodigiosa, registraron cuidadosamente aquel lugar, y encontraron en él debajo de una campana la preciosa y milagrosísima imágen de Nuestra Señora que se venera aun en en el pueblo, y cuya solemnidad celebra la iglesia de Valencia el domingo primero de setiembre. Pertenecen estos sucesos al año 1236, en el cual el legítimo rey moro de Valencia Ceid Abu Zeyd abjuró el mahometismo y abrazó la verdadera Religion estableciéndose como un caballero particular en las tierras que le señaló D. Jaime. — La derrota del Puig infundió á los moros un terror pánico, y alentó sobremanera el valor de los cristianos, que no dudaron ya de la conquista de todo el reino. Acometieron á la capital con solos mil trescientos hombres, con los que no temió el gran corazon del monarca poner sitio á una ciudad que podia por sí sola sacar á campo un ejército diez veces mayor que el suyo. Mas con el arribo de los prelados y caballeros que venian á reunírsele de todas partes parece llegó á contar setenta mil infantes y mil caballos. Comenzáronse los combates á 16 de abril de 1238; pero la defensa fué tan obstinada y vigorosa, que se prolongó el sitio por seis meses. En fin, el 28 de setiembre víspera de San Miguel, determinó el rey moro rendir la ciudad, pero no entraron don Jaime y los cristianos hasta el dia de San Dionisio, nueve de octubre. Otros refieren la entrada al mismo dia 28 de setiembre, y dicen la verificó el rey don Jaime con la reina Violante, los arzobispos de Tarragona y de Narbona, los obispos de Barcelona, Zaragoza, Huesca, Tarazona, Segorbe, Tortosa y Vich, los ricos-hombres y caballeros de Aragon y Cataluña, las órdenes militares y los concejos de las ciudades y villas. Don Jaime hizo enarbolar el pendon de Aragon en las almenas de la torre que despues fué llamada la torre del Templo, y las mezquitas de Mahoma fueron convertidas para siempre en iglesias cristianas. En memoria de estos gloriosos dias mandó don Jaime levantar la ilustre parroquia dedicada á San Miguel y á San Dionisio: hizo asimismo purificar la mezquita mayor y dedicarla á la Virgen María erigiéndola en cátedra episcopal, cuyo primer obispo fué Ferrer de San Martin, preboste de Tarragona. Ganada así la capital, cayó muy pronto todo el

(1) *Tom.* 11, *Conc. pag.* 1504.

dirija esta acusacion, sin el menor respeto á sus privilegios, y aun se les quitará la cruz si se les convenciese de ser reos de homicidio ó de otros crímenes capitales.

Entretanto el cristianismo continuaba diseminándose por las regiones del Norte, asi por los trabajos de los operarios apostólicos, como por la proteccion de las potes-

---

reino en manos del conquistador, aunque no sin nuevas y admirables luchas que seria demasiado largo referir. Entre ellas fué estraordinariamente milagrosa, y no debe omitirse, la batalla de Luchente. Se habian adelantado, dice un historiador, seis caballeros cristianos con mil hombres hasta dar frente al castillo llamado Chio; la guarnicion hizo señal á los pueblos comarcanos pidiendo socorro, y en breve se vieron los fieles acometidos de un ejército de veinte mil hombres. Pero con el valor que les inspiraba la Religion que defendian, tomaron una resolucion mas aventurada y generosa que prudente. Preparábanse los seis caballeros á la lucha recibiendo el Sacramento de la penitencia, y pidiendo la sagrada Eucaristía para atraer á su favor el poder del Dios de las batallas: el capellan del ejército Mateo Martinez, cura de San Cristóbal de Daroca, celebró la misa consagrando seis hostias para la comunion de los capitanes; mas en el momento mismo de acercarse estos á la santa mesa, principiaron los soldados á tocar generala porque el enemigo acometia el campo. Partieron al punto los caballeros á tomar las armas y ordenar su gente: el sacerdote, confuso, envuelve las sagradas hostias en los corporales, corre á esconderlas en un matorral y alza sus manos al cielo en fervorosa oracion. Entretanto los cristianos se precipitan impetuosamente sobre los moros, rómpenlos por todas partes, y despues de haber muerto á muchos miles, los ponen en desordenada fuga. Derrotados de este modo y ahuyentados los enemigos, volvieron los piadosos gefes y el sacerdote á buscar los corporales, hallánronlos en el mismo parage; mas con asombro indecible vieron que las santas formas estaban pegadas al lienzo, bañadas en sangre fresca y como que se iban convirtiendo en carne. Lleno de un santo temor y reverencia el sacerdote, las enseñó á todo el ejército, y atónitos cuantos se hallaron presentes prorumpieron en lágrimas y sollozos, no encontrando palabras bastantes para significar su fé y gratitud al Dios de los ejércitos. Pero los infieles, corridos de verse vencidos por tan pocos cristianos, acometiéronlos de nuevo y con mayor osadía, aunque no con mejor éxito; pues alentados los fieles por el favor divino y la maravilla que tenian á la vista, se arrojaron otra vez al enemigo con tal denuedo que le derrotaron como en el primer choque, le siguieron al alcance por un largo trecho con tan buen efecto, que dejaron cubiertos de cadáveres los montes y valles circunvecinos: tomaron tambien entonces al castillo, pero lo demolieron por no poder conservarlo. Cada uno de los seis capitanes hubiera querido para sí el santísimo tesoro de los corporales; mas dejadas controversias, acordaron colocarlos en una arca preciosa, y que puesta sobre una acémila fuesen conducidos á donde Dios la guiase. Hízose así en efecto; y la bestia por instinto celestial tomó el camino de Aragon, llegó sin pasar á Daroca dia 7 de marzo de 1239, y entróse en la iglesia del hospital, sito fuera de los muros de la ciudad. Los corporales con sus formas se depositaron en la misma iglesia, y mas adelante fueron trasladados á la colegial donde se conservan y veneran, quedando aun en nuestros dias los mas auténticos testimonios de la verdad de este prodigio. Acerca de esto publicó EL CATÓLICO (en su número de 9 de julio de 1843, t. 14, p. 69) una estensa relacion escrita por un respetable prebendado de aquella ciudad. — Asi fueron progresando rápidamente los cristianos en la conquista de todo el reino, hasta que derrotados los moros en todas partes, tomadas sus ciudades, pueblos y fortalezas, fueron espelidos para siempre (si bien se quedaron todavia algunas familias confundidas entre los cristianos) por un decreto del rey conquistador, espedido en 1253. Comentar. Jac. I; Diago, *annal.* Mariana, Ortiz, Lafuente etc.

Si como de lo hasta aquí dicho aparece fueron muchas las grandezas temporales de España bajo los reinados de San Fernando de Castilla y de Jaime I de Aragon, no fué menor el lustre y esplendor que estos piadosos monarcas procuraron á la Iglesia. Jamás desde los tiempos del cautiverio se vió mas dilatada la Religion verdadera en nuestra Península, ni mas adorada la triunfante cruz de Jesucristo. A millares se levantaron los templos de nuestro santo culto en los reinos de Aragon, Valencia, Córdoba, Sevilla, Jaen, Algarbe y Niebla: estableciéronse muchísimas sillas episcopales, dotadas magníficamente por los reyes conquistadores, y se celebraron diferentes concilios para promover la reforma y santidad de las costumbres, y procurar la conversion de los infieles. Sobre estos concilios particulares y sobre la consagracion de las nuevas iglesias y creacion de obispados puede verse el tom. 3 del Emmo. Card. de Aguirre.—Fundóse tambien en tiempo de D. Jaime y con su apoyo la orden de la Merced, que á sus principios, segun el docto M. Fr. Mariano de Rivera, fué militar como las de Santiago y Calatrava, y hasta el año 1317 tuvo maestres seculares cuyo catálogo dió el mismo erudito autor. Contribuyó grandemente á la fundacion de esta orden San Raimundo de Peñafort, célebre en toda la Iglesia por su sabiduría, por sus virtudes y por sus estupendos milagros. Habia nacido en el castillo de su nombre, de que eran señores sus padres, descendientes de los antiguos condes de Barcelona y enlazados con la casa Real de Aragon. Dedicado desde sus mas tiernos años á los ejercicios de piedad y al estudio de las ciencias, manifestó muy pronto toda la belleza de su espíritu. Con su ingenio sólido, elevado y penetrante hizo tan rápidos progresos en las ciencias, que á los veinte años enseñaba ya públicamente la filosofía en Barcelona. Pasó despues á Italia, y se dedicó al estudio del derecho en la universidad de Bolonia, de cuya aplicacion tenemos el fruto en su coleccion de decretales de que ya habia arriba nuestro historiador. Llamado de allí á poco por su propio obispo, y elegido canónigo y arcediano de Barcelona, hizo resplandecer su humildad, su penitencia, su celo y todas las virtudes, que le granjearon ya entonces el renombre de santo. Reformó el cabildo de su iglesia, restituyó el esplendor y magnificencia del culto, y con una caridad sin límites vino á ser el padre de los pobres y el modelo de los mas perfectos. En el año 1222, ocho meses despues de la muerte de Santo Domingo, tomó Raimundo el hábito de la Orden de Predicadores, y atrajo al claustro con su ejemplo á muchos varones distin

tades temporales que les daban su apoyo contra el furor de los paganos. Habiendo los de Prusia cometido en la provincia de Mazovia crueldades y sacrilegios horribles, y mayores aún en Polonia, donde degollaron á los sacerdotes sobre los altares y pisaron las sagradas formas; el duque Conrado, que mandaba en estos paises, despues de algunas insuficientes tentativas acudió al valor y al poder acreditado de los caballeros teutónicos llamándoles á aquel pais y nombrándole ellos su gran maestre en el año 1239. Dióles el territorio de Culm para que le poseyesen perpétuamente y en plena propiedad con todas las tierras que pudiesen quitar á los infieles (1). Esta fué la basa del poder de estos caballeros en Prusia. El Papa por medio de cartas circulares exhortó á todos los fieles comarcanos á tomar las armas contra los prusianos bárbaros, y á dirigirse en todas sus empresas por los consejos de los caballeros teutónicos (1).

Empero fué insuficiente su gran poder: despues de su llegada á Prusia, se sublevaron de repente los paganos, asi los antiguos como los apóstatas, y animándose unos á otros se dirigieron á la frontera é incendiaron mas de diez mil aldeas y una multitud de monasterios é iglesias. Fué tan horrible la desolacion, que los fieles tuvieron que retirarse á los desiertos para vivir y para celebrar el oficio divino. Mas de veinte mil cristianos fueron muertos, sin contar los esclavos que sus señores hacian perecer á fuerza de escesivos trabajos. Los paganos dejaban morir de hambre, ó degollaban á los ancianos: sacrificaban las doncellas á los demonios, entregándolas á las llamas despues de haberlas coronado de flores, y empalaban á los niños, ó los estrellaban contra los árboles y las rocas. El Papa informado de estos horrores, conmutó los votos de los cruzados pobres ó achacosos de las regiones vecinas, para que marchasen contra estos enemigos furiosos del nombre cristiano.

Un fervoroso misionero llamado Balduino de Laune, cogió tanto fruto en Livonia, que el Papa le hizo obispo de Semigalia, parte de esta provincia, cuya capital es Mittau (2). Tambien le confirió los poderes de legado, no solo en Semigalia y en toda la Livonia, sino en Gothlandia, Finlandia, Estonia, Curlandia, y en general en las tierras adyacentes habitadas por paganos ó neófitos, y en las islas vecinas. Entre los pueblos que se convirtieron entonces, ofreciéronse á recibir la fé cristiana los curlandeses, con el

guidos por su nacimiento, por sus riquezas, por su sabiduría y por su piedad. Contaba á la sazon Raimundo cuarenta y siete años; y á pesar de su elevacion y conocimientos, se dejó ver como el menor de los novicios sometido enteramente á la mas pequeña insinuacion de sus superiores. Por su mandato compuso y dió á luz para utilidad de los confesores y penitentes la *suma de los casos de conciencia*, que fué muy apreciada de los sábios y la primera que se escribió en este género. Su celo no pudo ceñirse á la oracion y á la composicion de las obras dirigidas siempre al bien de sus prógimos, sino que además le empeñó en todos los trabajos del apostolado. Instruir á los fieles, atraer los pecadores á la penitencia, combatir á los herejes, judíos y mahometanos, adquirir para los pobres los tesoros de los grandes del mundo, emplear todo su crédito y ascendiente sobre los príncipes y reyes para la gloria de la Iglesia y bienestar de los pueblos, fueron los únicos cuidados de Raimundo, desde el dia de su profesion hasta el de su muerte; es decir, por espacio de mas de cincuenta años. La institucion de la órden de la Merced, á la que como hemos dicho contribuyó tan poderosamente; la legacion que desempeñó junto con el cardenal Juan de Abbeville, la reforma que promovió en la corte y en todo el reino de Aragon, los empleos de capellan mayor y gran penitenciario de la Iglesia romana, de confesor de Gregorio IX y del rey Jaime I, y otros muchos ó mas de los que insinúa Henrion, nos hacen conocer qué grado ocupó Raimundo de Peñafort en el Estado y en la Iglesia. Su muerte, ocurrida el dia 26 de enero de 1275 y su sepulcro fueron ilustrados con muchos milagros, que confirmaron su santidad y los que habia obrado durante su vida. Entre estos es muy célebre su viaje de Mallorca á Barcelona, verificado en seis horas y sin mas embarcacion que su propia capa tendida sobre las aguas. Fué canonizado por Clemente VIII en 1601. (*N. del E.*)

(1) *Chron. Prus. part.* 2, *cap.* 1, 2, 3.

(1) *Lib.* 4, *ep.* 61, 62, 63 *ap. Rain.*

(2) Rain. *ann.* 1231; Alber. *ann.* 1231.

rey Lammechin, prometiendo obedecer á las órdenes del Sumo Pontífice, y dieron rehenes en seguridad de su palabra. Como prenda de su fé y para atender á la defensa de los débiles por los medios que parecian indicados por las circunstancias, se les impusieron algunas condiciones. Obligóseles á defender á los sacerdotes como á sus propias personas, y á marchar á las espediciones que se hiciesen contra los infieles, tanto para la propagacion como para la conservacion de la fé. Por lo demás no se les sujetó á otro algun señor temporal mas que á su propio soberano, y se les prometió el goce de esta libertad ínterin permaneciesen fieles á su Religion.

En el estremo oriental de Europa, hácia la embocadura del Danubio, mostró tanto afecto al cristianismo la nacion de los cumanes ó comanos, que el arzobispo de Strigonia creyó deber preferir el cuidado de su conversion al viage de la Tierra Santa (1). Ya se hallaba en camino para Palestina, cuando un príncipe de aquella nacion, queriendo hacerse cristiano con todos sus vasallos, le envió su hijo único para pedirle que tuviese á bien comunicar á él y á su pueblo el conocimiento del verdadero Dios. No solamente concedió el Papa las dispensas necesarias al arzobispo, sino que le hizo su legado para predicar en nombre suyo, erigir iglesias, crear obispos, formar un clero, y hacer en general todo lo concerniente á la propagacion de la fé. Sirvieron los frailes predicadores para recojer los frutos abundantes de esta santa mies (1227).

Algunos misioneros de la misma órden hicieron conversiones mucho mas prodigiosas entre los sarracenos de Nocera ó Nuceria en el reino de Nápoles que hasta entonces habian mostrado tanto ódio contra el cristianismo. Era esta plaza como el baluarte del paganismo en aquellas provincias y la odiosa guarida donde se forjaba mucho tiempo habia la ruina de las iglesias de Italia, de modo que no la daban otro nombre que el de Nocera de los paganos. En el tiempo de que hablamos, comenzó siquiera á dividir su culto entre el cristianismo y las supersticiones musulmanas. Habiendo escrito el Papa al emperador rogándole favoreciese esta mision, le contestó en 1233 Federico diciéndole que efectivamente se habian ya convertido muchos.

En 1240 este mismo Federico y su hijo Enrique ó Encio hacia grandes destrozos en el ducado de Espoleto y en la Marca de Ancona, y el Papa Gregorio no hubiera podido sin dinero sostener las ciudades confederadas y defenderse á sí mismo. Ayudado por el clero de Francia, pues que Santiago, obispo de Preneste y legado suyo, obtuvo en la asamblea de los obispos de la provincia de Reims, reunidos en Semlis, la veintena de las rentas eclesiásticas (1), y San Luis, que fué favorable á la reunion del Concilio, estuvo seguramente muy distante de querer impedir el pago de esta veintena concedida por el clero, el cual era libre en disponer de sus rentas; no se descuidó el Papa en dirigirse tambien á los ingleses, los cuales desde el rey Juan se habian hecho en alguna manera tributarios de la Santa Sede. El cardenal Otton, legado en Inglaterra, reunió á los obispos y á los principales abades en Redingues con algunos señores, y les pidió en nombre del Pontífice la quincuagésima parte de sus rentas. Así que oyeron esto se mostraron muy descontentos los prelados; pero el arzobispo de Cantorbery, de dos males eligió el menor: consintió en este impuesto con la esperanza de recobrar por esta condescendencia la libertad de las elec-

(1) Du Cange sur Vill.—Hard. *p.* 336.

(1) Jacobus Meyerus, *Ann. Fland.* 2, *l.* 8, *ad ann.* 1240.

ciones, casi destruida por los reyes. No habia medios de que estos no se valiesen para impedir la provision de las iglesias vacantes, cuyas rentas se apropiaban hasta que tomaba posesion el nuevo titular, siendo esto lo que se llamaba *regalía*.

Este abuso, que producía otros mil desórdenes, no podia menos de afligir á un prelado como Edmundo, que estaba entonces á la cabeza del reino de Inglaterra (1). Nacido en Abington de una familia comerciante, recibió de su madre Mábila una educacion muy preferible á la del gran mundo. Enseñóle ella desde su infancia á ayunar los viernes á pan y agua. Cuando fué un poco mayor le envió á estudiar á la escuela de Paris, tan á propósito para que desplegara los raros talentos que principiaba á mostrar: dióle dos cilicios para que usase de ellos tres veces á la semana, y le encargó que en todos los domingos y fiestas rezase todo el Salterio antes de comer. Hizo voto de castidad por consejo de un santo eclesiástico, y le observó perfectamente; progresó rápidamente en las ciencias, y se adelantó con paso igual en la virtud. Habiendo sido hecho maestro en artes, y enseñando, siendo aun muy jóven, las artes liberales, oia misa todos los dias con sus discípulos, y contra la costumbre de otros profesores rezaba el oficio canónico. Cuando quiso pasar al estudio de la teología, añadió á las otras devociones la de asistir todas las noches á maitines en la iglesia de San Meri ó Mederico, cerca de la cual vivia. Ordenado de sacerdote aumentó sus austeridades, como tambien sus oraciones; no comia mas que una vez al dia, y además del oficio comun rezaba el de la Virgen y el de difuntos. Nunca quiso mas que un beneficio, á pesar de las vivas instancias que le hicieron frecuentemente para que aceptase otros muchos. Cuando los diputados de Cantorbery fueron á anunciarle su eleccion para aquella Silla, la renunció con entereza. Necesario fué mandarle en nombre de la Iglesia que no resistiera á la Providencia; mas no se rindió hasta que le declararon que estaba obligado á ello con riesgo de la salvacion de su alma (1234).

En efecto, esta dignidad, tan formidable á su modestia, no le causó mas que pesares. Su condescendencia respecto de la contribucion pedida por el Papa, no correspondió en manera alguna á las miras que se habia propuesto, ni sufrió menos en sus libertades la iglesia de Inglaterra sacrificando sus bienes temporales. En poco tiempo sus males llegaron á tal punto, que el santo prelado, abatido de dolor y mirando ya la existencia como un peso insoportable, se condenó á un destierro voluntario. Pasó el mar, cercenó el acostumbrado boato de los primados de la Gran Bretaña, y á ejemplo de Santo Tomás su predecesor, se retiró á la abadía de Pontigny y alli edificó á los religiosos por su no interrumpida aplicacion á la oracion, á la lectura, al ayuno y á todos los ejercicios de los solitarios mas perfectos. No interrumpia estos ejercicios humildes sino para ir á anunciar el Evangelio en los lugares inmediatos. No obstante, hizo poca mansion en un retiro tan amado de su piadosa modestia. Consumido de abstinencias y aflicciones, cayó enfermo de gravedad, y los médicos le hicieron trasladar á Soissi, monasterio de canónigos reglares cerca de Provins, cuyo clima fué juzgado á propósito para su restablecimiento. Para consolar á los monges de Pontigny, que esperimentaban singular pena en que se separase de ellos un prelado tan santo, les prometió volver para la fiesta de su patrono San Edmundo, rey de Inglaterra y mártir, que se celebraba en 20 de noviembre; mas el sentido de su prediccion era muy diverso del que aquellos

(1) Sur, 16 nov.; Matth. Par., p. 325 etc.

piadosos huéspedes se figuraban. Murió en Soissi el 16 de noviembre de 1241, y dejando allí su corazon, el cuerpo fué llevado á Pontigny, adonde llegó precisamente el dia de San Edmundo (1). Obró el cielo muchos milagros en los dos lugares donde reposan sus reliquias, y su memoria ha permanecido en gran veneracion en todo el país que le honra con el nombre de San Elmo.

Entretanto la guerra entre el Papa y el emperador continuaba con igual viveza. Ocupaba Federico la campaña y el mar con muchas fuerzas, poco á poco iba sitiando las plazas cercanas á Roma, y de esta manera se allanaba el camino para esta capital. El Papa habia convocado un concilio de todos los países cristianos, y una multitud de obispos franceses, ingleses y españoles se hicieron á la vela para llegar á Roma con mas prontitud; pero la flota del emperador batió la genovesa que los escoltaba, y la mayor parte de estos prelados fueron cogidos, enviados al emperador, tratados como cautivos y casi como esclavos, durando esta cautividad cerca de dos años y costando no poco trabajo á San Luis obtener la libertad de los prelados de su reino (2). Adelantábase entretanto el emperador en persona hácia Roma, adonde era llamado por el cardenal Juan Colonna, prelado guerrero y poco escrupuloso, que abandonó el partido del Papa y con tropas imperiales tomó algunas plazas de los romanos. Rindióse Tivoli al mismo emperador, quien acercándose mas y mas ocupó varios castillos, desde donde los alemanes hacian correrías hasta debajo de los muros de Roma. Muchos grandes de la ciudad, de acuerdo con Federico, trabajaban por entregársela, cuando el Papa anunció una procesion general, en la que se presentó llevando en sus brazos las sagradas cabezas de los dos príncipes de los Apóstoles. A su vista los romanos, cuyas fuerzas se reanimaron juntamente con su confianza, toman todos la cruz, y el ejército imperial que estaba muy ageno de pensar tomasen esta resolucion, se retiró para llevar á otra parte sus destrozos.

Tal era la posicion de Roma cuando el Papa Gregorio IX, sucumbiendo á la pena que le causaba la cautividad de los prelados que se habian embarcado para venir al concilio, murió de edad de cerca de cien años, el 21 de agosto de 1241. Sea cual fuese el fin que Federico se habia propuesto, hizo mejor uso de sus ventajas que el que se esperaba. Dejó proceder á la eleccion de un nuevo Papa, y puso para este efecto libres á los cardenales sus prisioneros. Eligieron á últimos de octubre á Geofredo, cardenal obispo de Sabina, que tomó el nombre de Celestino IV; pero murió al cabo de diez y seis dias, antes de llegar á consagrarse, de cuyas resultas la Santa Sede, perseguida de nuevo por el emperador y hecha el blanco de todos los reveses, estuvo vacante cerca de veinte meses, esto es, hasta fines de junio de 1243.

Cansados entonces los cardenales de ver asolar las cercanías de Roma, sus propias posesiones y las de la Iglesia romana, acordaron elegir al cardenal Sinibaldo de Fiesco, natural de Génova, de la ilustre casa de los condes de Lavaña. Fué elegido en Anagni, con el nombre de Inocencio IV, y consagrado en el mismo lugar el dia de San Pedro y San Pablo 29 de junio. Este era entre todos los cardenales al que mas amaba el emperador. Sin embargo, mostró bastante inquietud al recibir la noticia de su eleccion. Sorprendiendo esto á todos, dijo el emperador: «El Papa y el cardenal son dos personages muy distintos, y temo mu-

(1) Matth. Par. p. 486.
(2) *Hist. de l'Eglis. Gall. l.* 3.

cho que, en vez de un amigo cardenal, tendremos un Papa enemigo.»

Al principio Federico aprobó las condiciones que puso Inocencio á su reconciliacion con la Iglesia: prometió restituir todas las posesiones que tenia la Santa Sede antes del rompimiento, hacer otro tanto respecto de los aliados de Gregorio IX, y declarar por escrito en todas partes que nunca habia despreciado las sentencias pronunciadas por este Pontífice. Confesó que el Papa, aun cuando fuera pecador, tenia la plenitud de potestad en cuanto á lo espiritual sobre todos los fieles asi clérigos como legos, y aun sobre los reyes. Prometió reparar todos los agravios que habia hecho, y expiar sus faltas con limosnas, ayunos y otras buenas obras. Respecto á sus propios agravios, lo dejaba al juicio del nuevo Papa y de los cardenales (1244). Estas eran las condiciones bajo las cuales se le prometia la absolucion. Y si despues de la deposicion ordenada contra él tan públicamente, no se halla mencion alguna de rehabilitarle para la dignidad imperial y volver sus vasallos á su obediencia, la razon de ello es muy sencilla; porque asi como por el mero hecho de su separacion de la Iglesia perdia el emperador los derechos y honores de que gozaba á título de miembro de la Iglesia, asi tambien por el mero hecho de su reintegracion en la sociedad cristiana, quedaba naturalmente restablecido en sus derechos.

El emperador, despues de estos empeños solemnes que parece olvidó en el mismo momento de haberlos contraido, solo puso sus miras en sorprender á Inocencio (1). Habiendo salido de Roma este Pontífice para ir á concluir el tratado con aquel soberano, se vió de repente en tan gran riesgo, que le obligó á fugarse de Sutri á la hora del primer sueño; y montado en un caballo veloz caminó once leguas antes que se acordaran de perseguirle. Por el pronto se retiró á Citavecchia, donde se le reunieron siete cardenales, y con ellos marchó por mar á Génova su patria, la cual habia enviado á este efecto veintitres galeras al mando de su almirante y de sus ciudadanos mas distinguidos, parientes ó aliados del Papa. Temiendo todavía, ya los artificios del emperador, ya la proximidad de sus ejércitos, se decidió á buscar un asilo mas seguro en aquella nacion que habia tendido siempre sus brazos á los Pontífices perseguidos, y pidió el beneplácito al rey San Luis. Consideraciones de Estado, ó mas bien los señores de su reino impidieron á aquel piadoso monarca el condescender á los deseos de Inocencio, y la enfermedad de que se vió atacado el rey en aquellas circunstancias disuadió al Pontífice de hacer nuevas instancias.

Vióse en breves dias reducido el rey á tal estremo, que le creyeron muerto, y le habrian sepultado á no resistirlo una de las damas que le guardaban. Todo París quedó consternado, y la nobleza de toda la Francia corrió á Pontoise donde estaba el enfermo, quien antes de contar treinta años hacia ya la felicidad de su reino y era el apoyo de la Religion. El abad de San Dionisio sacó los cuerpos de los santos mártires de su bóveda, y se hizo al punto una procesion en que todo el pueblo con sus súplicas mezcladas de sollozos pedia á Dios la vida de su padre y de su rey. Recobró el príncipe el habla, y la primera palabra que articuló fué el nombre del obispo de París. Así que se presentó el prelado, le pidió que le pusiese en el hombro la cruz de peregrino para hacer el viaje de Ultramar. Las dos reinas, Blanca su madre, y su esposa Margarita de Provenza, le suplicaron que aguardase al menos hasta haberse restablecido; mas él declaró que no tomaria

(1) Matth. Par. *pag.* 556 *et* 560.

ningun alimento en tanto que no se le diera la cruz, y el obispo, no osando negársela, se la puso derramando abundantes lágrimas. Dos años empleó el rey en hacer los preparativos para su espedicion.

Entretanto el Papa habia escogido para su retiro la ciudad de Lyon, que entonces era plaza neutral, y solo dependia de su arzobispo y de su cabildo. Llegó á ella á mediados de diciembre del año 1244, y en el mes de enero siguiente hizo la convocatoria para el próximo San Juan, del concilio general, tan célebre por la sentencia que él se fulminó nuevamente contra el emperador Federico II. Tenemos algunas de sus cartas escritas con este motivo, una al arzobispo de Sens para él y sus sufragáneos, otra al cabildo de la misma iglesia, otra al rey San Luis y varias mas á algunos cardenales. En todas ellas el Papa representaba á la Iglesia animada de la sabiduría y poder de su Divino fundador como singularmente destinada á hacer reinar en el mundo la justicia y por medio de esta sofocar entre los hombres las divisiones y las guerras que les impiden gozar de una santa tranquilidad (1). Con arreglo á estos principios y persuadido de las obligaciones anejas al ministerio que la Providencia le habia confiado, buscaba, decia, en el consejo y auxilio de los fieles el medio de disipar la deshecha borrasca que tenia puesta en peligro á la Religion y á la Iglesia. Pero sin entrar detenidamente en menudo detalle de los males que pedian remedio, proponia en general lo que era necesario para rechazar á los infieles, sarracenos y tártaros, y para conciliar los diferentes intereses que de un modo tan funesto traian divididos á él que era el Vicario de Jesucristo y al emperador Federico. Este era principalmente el doble motivo que le impulsaba á convocar en una asamblea todo lo mas eminente que habia en la Iglesia y en el mundo cristiano (2).

(1) Labbe, t. 11, p. 636.
(2) *Hist. de l' Eglise galic. l.* 32.

LIBRO CUADRAGÉSIMO.

Desde el primer Concilio general de Lyon en el año 1245, hasta el fin del segundo en el de 1274.

Celebraronse en Lyon en menos de treinta años dos concilios generales, ambos célebres, aunque por motivos muy diferentes. Veremos en el segundo ahogada la division, á lo menos por algun tiempo, entre los griegos y los latinos, quitado al cisma el título de prescripcion, y abierto nuevamente el camino de la salvacion á los fieles de Oriente, que caminaban delante del Señor con mas rectitud que los gefes de la nacion, guiados principalmente por la política. Por el contrario, el grande objeto del primero de estos concilios fué la renovacion de la excomunion contra el emperador Federico.

Llegado que hubo el dia en que habia de celebrarse este concilio, hallábanse en Lyon, además del Papa y los cardenales, los dos patriarcas latinos de Constantinopla y de Antioquía, el patriarca de Aquileya y unos ciento cuarenta entre arzobispos y obispos de Italia, de Francia, de España y de las islas Británicas. En vano habria sido esperar otros de las iglesias de Grecia y de Siria, ó de las de Hungría y del Norte, pues el estado de desolacion en que estas se encontraban no les permitia concurrir (1); solamente se presentó el obispo de Berito (Palestina), que habia logrado salvarse de los destrozos que causaban los Corasmines. Despues de los obispos habia muchos abades, superiores conventuales, y los generales de las órdenes de Santo Domingo y San Francisco. Viéronse tambien algunos príncipes seculares ó sus diputados; Balduino, emperador de Constantinopla; Berenguer, conde de Provenza; Ramon ó Raimundo, conde de Tolosa; los embajadores del emperador Federico, los del rey de Francia y los del de Inglaterra.

Federico, desde la convocacion del concilio, habia mostrado respecto de este mas indiferencia que inquietud y cuidado para impedir se tratase allí algo contra él; sin embargo, no pudiendo ocultársele que habia cometido acciones que le ponian en evidente necesidad de procurarse votos en él, envió algunos señores ó ministros de su córte que hicieran en su favor el oficio de procuradores; entre ellos iba Tadeo de Suesa, gefe del consejo imperial, hombre entendido y elocuente, á quien se dá el título de caballero doctor en el estudio de las leyes.

Desde luego conoció Tadeo de Suesa cuán peligroso seria dejar se afirmasen en los PP. las desfavorables impresiones que de su amo habian concebido. Así que, apenas el Papa reunió por la primera vez los prelados para una conferencia preliminar, el hábil ministro deslumbró á todos con la magnificencia de sus ofertas. A vista de las seguridades que dió de la buena voluntad de Federico se estuvo á punto de empezar á

(1) Spond, 1245, *n.* 11 *et seq.*; Rain. *cod. ann. n.* 27 *et seq.*; Matth. Paris, *p.* 633, *ed.* 1616.

gustar ya la dulzura de ver por su medio reunida ó sometida á los latinos la cismática Grecia, espulsados de Palestina los Corasmines, domeñados los sarracenos, disipados los tártaros y (lo que aun era mas difícil de persuadir) él mismo, abjurando sus prevenciones contra la Iglesia romana, reparar todos los daños y satisfacer á todas las injurias de que esta se quejaba. No pudo menos el Papa de admirar la osadía del orador, y así su respuesta se redujo á la siguiente esclamacion: «¡Bellas y magníficas promesas! pero por desgracia son las mismas que ya me tenia hechas y de las que no espero mejor cumplimiento en lo adelante que el ninguno que hasta aquí han tenido. Es claro y evidente que el repetirlas ahora el emperador es únicamente para apartar la segur que está ya á la raiz del árbol, y para burlarse luego del concilio cuando ya no le tema: yo no le pido otra cosa sino que observe la paz bajo las condiciones con que acaba de jurarla por la salvacion de su alma; cúmplalas y me doy por satisfecho. Pe¿acaso deberé entregarme yo á su inconstancia y correr de nuevo el riesgo de una nueva infidelidad? Si yo aceptase ahora la palabra que me da, ¿qué garantía tendré yo, y quién podrá obligarle á cumplirla si la violare?»—«Los reyes de Francia y de Inglaterra», respondió Tadeo sin vacilar.—«No queremos eso, replicó el Papa, no sea que si el emperador faltase á su palabra, como ha faltado á ella hasta ahora, tengamos que reclamar contra los fiadores, y entonces tengamos tres enemigos de la Iglesia en lugar de uno, y cabalmente los príncipes mas temibles.»

Por muchos poderes que tuviese Tadeo para asistir al Concilio, no los tenia para el tratado jurado en Roma el año anterior, que era el que el Papa recordaba al emperador; y asi tomó el partido de callar.

Hasta el miércoles 28 de junio, víspera de la fiesta de San Pedro y San Pablo, no se abrió el Concilio, efectuándose su apertura en la iglesia catedral de San Juan. El Papa, que le presidia, predicó un sermon para el que tomó por testo las siguientes palabras de David: «Habeis proporcionado la grandeza de vuestros consuelos á la multitud de mis dolores;» ó segun Mateo Paris, estotras de Jeremías: «¡Oh! vosotros todos los que pasais por el camino, considerad y ved si hay dolor semejante á mi dolor.» Hacia aplicacion de los dolores de Jesucristo y de las cinco llagas que recibió en la cruz á las diferentes llagas que afligian á la Iglesia; á saber, el desarreglo en los prelados y en los pueblos, la arrogancia de los sarracenos, el cisma de los griegos, la crueldad de los tártaros, y la persecucion de Federico (1).

Si este último mal no era el mayor de los que tenia que deplorar, al menos creia que el Concilio podia remediarlo mejor que todos los demas; así pues hizo de él el objeto capital de su sermon, mostrándose tan enternecido al hablar de este fatal asunto, que derramando torrentes de lágrimas se veia precisado por sus sollozos á interrumpir el discurso.

El emperador tenia en Tadeo de Suesa un ministro activo é intrépido que no pudo estar mucho tiempo escuchando los capítulos de acusacion que alegaba el Papa, sin reclamar y ponerse á justificarle. Allí se reconoció cuán seguro estaba el Papa de todos los hechos que habia alegado; porque sufria pacientemente que Tadeo no solamente le contradijese y tratase de refutarle, sino que entrase en personalidades, y le opusiese sus propias cartas y hasta sutilizase y altercase con él llevando las cosas aun mas allá de lo que el respeto y aun solo la buena fé permitian. Pero por mas que

(1) *Tom. 2 Conc. p. 368; Matth. Par. an. 1245.*

Tadeo insistiese en sus recriminaciones, no podia menos de reconocer él mismo su debilidad, dice Mateo París; pues cotejadas las cartas del Papa con las del emperador, aparecia evidentemente mas injusto y en peor lugar este príncipe, porque el contraste que ofrecian no presentaba de su parte sino promesas absolutas al paso que las del Papa eran condicionales. Por manera que, no habiéndose cumplido las condiciones, el Papa siempre quedaba libre, y por el contrario, el emperador quedaba siempre obligado á cumplir su palabra. Pareció notoriamente convencido de haberla infringido tantas veces cuantas la habia dado sin cumplirla; es decir, tantas cuantas por sus cartas ó por sus agentes habia accedido á algun tratado de acomodamiento.

Tadeo, hombre de talento y de recursos, á pesar de verse batido, no por eso dejó de contestar; pero lo hizo con rodeos y con mil subterfugios pretendiendo justificar á su amo. No alegaba mas que débiles luces sin apariencias, continúa el historiador inglés. No fué mas feliz en su pretension de querer escusar á Federico de la acusacion de heregía; ó mas bien no hizo mas que tocar ligeramente este punto, contentándose con decir que ni él ni nadie podian hablar acerca de este con suficientes datos, sino el mismo Federico, pues que las faltas de que en este particular le acusaba el Papa eran puramente interiores. «Al menos, añadió, el emperador no toleraba usureros;» espresion que fué mirada como una maligna invectiva contra los oficiales del Papa; espresion que solo podia servir para distraer hácia esta parte los ánimos y que á nada conducia respecto de la cuestion de que se trataba.

Las acusaciones relativas á las relaciones de Federico con el soldan de Babilonia, á las gracias que concedia á los sarracenos establecidos en Sicilia y á los malos rumores á que daban márgen las mugeres de aquella nacion que tenia en su corte, no fueron menos rechazadas por su apologista que la de las falsas promesas.

Cuando Tadeo habia dicho ya lo bastante para amortiguar la primera indignacion del Papa é impedirle llevarse tras sí á la asamblea, mudó ya de tono. No le convenia ya la altanería al observar la situacion en que se encontraban los obispos y aun los legos; mostróse pues humilde y blando; pidió un plazo de algunos dias para informar al emperador acerca de lo que él estaba presenciando y empeñarle con las mas enérgicas representaciones ó á que él mismo se presentase en el concilio que le esperaba, ó le enviase poderes mas estensos que pudieran servirle cuando llegase el caso. «Dios me libre de aceptar vuestra proposicion, respondió el Papa. Sé muy bien todo lo de que es capaz el emperador y cuánto me costó el escaparme de sus asechanzas. No puede llevarse á mal que yo las tema todavia; si él viniera aqui, yo me marcharia: mi valor no llega hasta desear morir mártir ó arrostrar los rigores de una prision.»

El Papa, al acelerar cuanto podia la condenacion del emperador, creia descubrir en la asamblea deseos é intenciones tan conformes con las suyas que le costaba trabajo contemporizar; accedió sin embargo á las instancias de los embajadores de Francia y de Inglaterra que apoyaron la peticion del ministro imperial, y consintió en concederle á ruego de estos un plazo de unas dos semanas.

Entretanto Federico se entregaba á la impetuosidad de su genio que le hacia mudar de parecer á cada instante. Andaba dando vueltas por las fronteras de Italia, sin saber qué partido tomar: ya se acercaba á Lyon, como queriendo ir á dar razon de su conducta; ya se detenia en algunas ciudades al pie de los Alpes, avergonzándose

de reconocer jueces, ó de confesar tenia necesidad de justificarse. «El Papa, dijo Federico al saber las noticias que recibió en Turin, el Papa manifiesta claramente que quiere cubrirme de oprobio. Resentido de que yo hiciera apresar á los genoveses parientes suyos, escita hoy contra mí todo este fracaso; pero yo soy emperador, y se humillaria por mi sumision la magestad del imperio si me rebajara yo á sufrir el juicio de un concilio y principalmente de un concilio que me es contrario (1).»

Con este razonamiento creyóse autorizado para no pasar mas adelante; y esa fué toda la respuesta que dió á la invitacion de Tadeo de Suesa, desdeñándose hasta de enviarle nuevos poderes. No pudo decidirse á ello, aunque al mismo tiempo mandó marchasen al concilio tres nuevos agentes, á saber, el obispo de Frisinga, el gran maestre del orden teutónico y el célebre Pedro de las Viñas, que era de entre sus secretarios el que le inspiraba mayor confianza. Mas sea cual fuere la comision que les dió, ellos no hicieron por él cosa particular en el concilio. Segun las apariencias, se propusieron no llegar al concilio hasta despues de la tercera sesion que habia de ser la decisiva y que estaba señalada para el 17 de julio.

La segunda sesion que se habia celebrado el 5 del mismo mes y las conferencias particulares que entretanto se habian tenido, se emplearon en rudos altercados, especialmente cuando los PP. supieron la determinacion del emperador y el desprecio que hacia del concilio. Todos le trataron de contumáz y rebelde á la autoridad de la Iglesia; y segun la espresion del historiador (2) era menester se hubiesen coaligado contra él las cuatro partes de la tierra para multiplicar los acusadores. La acusacion que unánimemente se seguia con mas calor era la relativa á las crueldades ejercidas de órden suya contra los prelados que iban á Roma durante el pontificado de Gregorio IX. Tadeo de Suesa volvió á manifestar por algun tiempo su primera intrepidez en defenderle, á causa de lo fácil que le fué cebarse separadamente en muchos prelados de quienes estaba justamente descontento Federico; mas para dejar cortado al orador y en grande apuro, no hubo necesidad de examinar muy profundamente la manera con que en general se habia ensañado Federico contra los prelados llamados á Roma por el difunto Papa. Tadeo pasó por la condenacion en este artículo. «Mi amo, dijo, ha reconocido despues los escesos que habian cometido sus gentes, y los sintió muy de veras; si pues los inocentes han sido confundidos con los otros, debe atribuirse á la casualidad de un ataque brusco y repentino, y no á un premeditado designio de perderlos.»—«Pues ¿por qué, replicó el Papa, por qué ha permitido tenerlos presos, cuando estaba en su mano discernir entre unos y otros? ¿Por qué ha agravado sus padecimientos con una continuacion de males que solo puede atribuirse á una voluntad decidida y obstinada de no oir reclamaciones?»

Tadeo de Suesa trataba de disculpar á su amo contra una notoriedad harto pública. Conoció el Papa la ventajosa posicion en que se encontraba, y asi dijo claramente por primera vez que habia muchos títulos que pedian la pena de deposicion. Esta palabra ofendió á los embajadores ingleses á quienes la afinidad contraida entre Federico y el rey de Inglaterra hacia mas atentos. Reclamaron; pero desesperados de poder parar el golpe y precisados á abandonar á Federico á su desgracia, se limitaron á interceder por el príncipe Conrado su hijo

(1) Matth. Par. p. 645.
(2) *Ibid.*

á fin de que no fuese comprendido en la misma sentencia.

Tadeo de Suesa, aunque mas alarmado que nadie por estas disposiciones, no por eso pareció todavia desconcertado. En la tercera sesion se manifestó dispuesto á rechazar los ataques y al menos á vender muy cara su derrota. Miraba la apelacion como el último atrincheramiento jurídico; pero ¿á quién apelar de un concilio general que no se distinguia del cuerpo mismo de la Iglesia? Como este no era tan numeroso como podia serlo, apeló Tadeo á un concilio mas general; pero el Papa respondió que «el concilio, tal como era, nada mas exigia ó necesitaba para ser completamente general, y que lo era bastante por la asistencia de los patriarcas, de los arzobispos, de los obispos, de los príncipes, de los señores y de los agentes de muchos grandes príncipes, que alli habian concurrido de las diferentes partes del mundo cristiano. Trabajo les ha costado, añadió, haber esperado de vuestro amo un acto de sumision; pero hánle estado esperando en vano. Los que se hallan ausentes no han podido venir aqui por obstáculos que solo á sus artificios pueden imputarse. ¿Seria, pues, justo, hacer de esto un motivo de dilatar la sentencia de deposicion que merece y permitir que de su mismo fraude recoja el fruto que quiere sacar?»

El Papa, en la tercera sesion que por consideracion á Federico se aplazó para el 17 de julio, quiso primero satisfacer la devocion particular que él y los demas cardenales habian tenido á la Santísima Vírgen, durante el cónclave que le habia elevado á la cátedra pontificia despues de Celestino IV. Los cardenales, vejados por Federico y molestados por las intrigas y enredos que les suscitaba, habian recurrido á la Madre de Dios, cuya Natividad se celebraba en la Iglesia hacia ya mas de dos siglos (1). Habian hecho voto de emplearse todos en aumentar la solemnidad de esta fiesta tan luego como tuvieran Papa. El objeto del voto era establecer una octava que Inocencio IV (segun algunos) concedió el año mismo de su eleccion en 1243; pero esto no obstante no la hallamos públicamente decretada por un acto de su autoridad hasta dos años despues, en este primer concilio de Lyon, con aprobacion del concilio.

Añadió algunos otros reglamentos acerca de las contestaciones y formalidades judiciales. Desesperando de cortar los principios de codicia que mantenian el desórden en la administracion de justicia, el Concilio no creyó rebajarse en corregir los procedimientos de esta y regularizarlos con sus estatutos. Este es el objeto de los doce primeros artículos, llamados instituciones ó capítulos. Los cinco últimos versan sobre asuntos mas interesantes.

El trece, titulado de *Las Usuras*, trata mucho menos de las usuras que de las deudas contraidas imprudentemente en las iglesias y del peligro en que respecto de sus temporalidades las ponen estas deudas. «Se hace, dice, entre los beneficiados una sucesion de gentes que se empeñan y contraen deudas por la facilidad de cargar ó dar en garantía sus beneficios.»

Creíase que con los bienes eclesiásticos era con lo que mas se debia contar para atender á los gastos de las diferentes guerras que en Siria, Grecia, Alemania é Italia parecian indispensables, atendidas las entonces actuales necesidades de la cristiandad. Pero este fondo iba aminorándose miserablemente de dia en dia, mas por la negligencia que por la disipacion de los beneficiados. Los PP. del concilio de Lyon acusaban de ello asi á los vivos como á los muertos; á estos, porque no

(1) *Tomo 11 Conc., p.* 645.

habian dejado sino beneficios cargados con una infinidad de deudas; y á los vivos, porque en vez de tener mas economía, procuraban suplir los vacíos por medio de empréstitos y se entregaban á la rapacidad de los usureros. Las usuras (dice este texto, que quiere hablar de las cesiones enormes á que habia que sujetarse cuando se tomaba algun préstamo) son un abismo, en el que van á perderse la mayor parte de los bienes de las iglesias. Quejábase particularmente el concilio de que por empeñados que estuviesen los obispos, abades ú otros titulares, todos querian dejar algun monumento que cada cual pudiese mirar como propio y personal en los lugares de su dependencia. Pero «el principal, añade, seria velar por la conservacion de lo que se tiene y aplicarse á hacer las reparaciones que son de indispensable necesidad. Pero la vanagloria inspira otros pensamientos y todo conspira á proseguir en una profusion ó á autorizar una falta de aplicacion, lo cual no podrá menos de tener fatales resultados.» Se recomienda pues acerca de esto en muchos artículos todo lo que la inteligencia aun de las gentes del siglo puede sugerir como remedio para lo pasado y preservativo para lo porvenir. Se formaron leyes tocante á algunos puntos mas precisos. Pero el principio del mal provenia de vicios harto arraigados en la naturaleza y por consiguiente muy difíciles de corregir. Alegáronse para conseguirlo los motivos de conciencia y sobre todo la consideracion de Dios solo. Esto compone un estatuto muy estenso.

La presencia de Balduino, emperador de Constantinopla, en el concilio hacia aun mas sensible la pintura que en él se habia hecho de la suma desgracia que le amenazaba. Se imaginó un medio de socorrerle abundantemente, sin que la Iglesia emplease para ello levas que la gravasen en el servicio necesario ó en las retribuciones legítimamente debidas á los que la sirven (1). Este es el reglamento catorce. Para esto se destinó por espacio de tres años la mitad de la renta de los beneficios que los titulares no residian; pero al mismo tiempo se hizo mencion de las escepciones fundadas en razon acerca de muchas clases de escusas, tales como los empleos que redundaban notoriamente en beneficio de las diócesis, los estudios y los destinos que de derecho dispensaban de la residencia. Sin embargo, si los beneficiados dispensados de derecho gozasen de una renta que escediese de cien marcos, quedaban obligados á dar una tercera parte, y se denunciaba como excomulgado al que para no satisfacerla se valiese de fraudes. El Papa mostraba tanto mayor celo al imponer esta obligacion, cuanto que se imponia á sí mismo y á los cardenales la carga de pagar la décima parte de sus rentas.

La misma conducta observó respecto de Tierra Santa, que es el objeto del artículo diez y siete. El Concilio de Lyon decretó socorrerla con una cruzada. Pero el Papa no se contentó con renovar los principales reglamentos que se habian formado en las cruzadas anteriores, sino que él y su corte se condenaron á pagar un segundo diezmo mientras el Concilio se limitaba á imponer una veintena á todos los demas eclesiásticos.

Por mucho terror que inspirasen los tártaros, su manera de hacer la guerra no permitia tomar contra ellos ninguna medida fija para oponerse con regularidad á sus incursiones. Así, pues, respecto á ellos, solamente decretó el Concilio en el reglamento diez y siete se observasen todo lo posible sus pasos segun la naturaleza de los paises, y que para contenerlos no se perdonase trabajo ni medio alguno de cuantos fuesen mas á propósito para conjurar en

(1) *Conc. ib. p.* 650.

parte este espantoso azote, dado que no se pudiesen abrazar de una vez todos los medios necesarios para librarse de él completamente y de una vez.

Despues de estas deliberaciones y decisiones, el Papa habia concebido un proyecto muy ventajoso á la Iglesia romana, si lo hubiera podido llevar á cabo; á saber, el de repartir á la asamblea copias de todos los privilegios que los emperadores y demas soberanos la habian concedido en todos tiempos. Los habia hecho poner bajo la forma mas esacta, con el fin, decia, de que equivaliesen á los mismos originales (1). Pero sea cual fuese su autoridad y autenticidad, los embajadores ingleses tomaron de ahí margen para en nombre de la nacion volver á declamar contra las liberalidades de su rey, y vinieron á hablar particularmente y con mucho calor de lo que llamaban contribuciones inmensas que á título de subsidios y gratificaciones pagaba el reino. Segun algunos, lo que con todo esto pretendian los embajadores era ocupar la sesion para dilatar el juicio y sentencia de Federico. Pero se conocia muy poco al Papa si se pensaba distraerle de este objeto. Escuchó atentamente las quejas é invectivas de los ingleses, y despues, sin mostrarse irritado ni movido de sus declamaciones, les dejó todavía leer una Memoria muy difusa que versaba acerca de la colacion de los beneficios de Inglaterra en favor de los italianos, y respondió sencillamente que esto merecia ser examinado.

Todo el mundo quedó en silencio; y el Papa, ó por sí mismo ó escitado por una palabra que dijo Tadeo de Suesa, el Papa, digo, con aquella tranquilidad y calma que conservó siempre, volvió á llamar la atencion del concilio acerca de Federico. Manifestó lo mucho que siempre habia amado á aquel príncipe, las consideraciones que le habia guardado, el respeto que le habia manifestado siempre en medio de sus mútuas contestaciones, tanto que despues de haber comenzado el concilio habian dudado muchos si podria al fin decidirse á pronunciar sentencia contra él; que sin embargo se habia decidido á ello por las consideraciones mas poderosas y á consecuencia de reflexiones las mas maduras y atentamente pesadas. Estas consideraciones y reflexiones, juntamente con el pormenor de los compromisos jurados por el emperador en el tratado de 1244 y notoriamente violados, sirven efectivamente de motivos al cuerpo de la sentencia. De lo enunciado resultaba que el emperador habia merecido las mas rigorosas penas de la Iglesia, particularmente por cuatro especies de crímenes, el perjurio, el sacrilegio, la heregía y la falta de fidelidad á la Santa Sede en calidad de feudatario. Pero debe notarse que respecto á la heregía no tanto insistia el Papa en hechos alegados que formasen una demostracion formal, cuanto en indicios, probabilidades y presunciones. A consecuencia de estos agravios concluia Inocencio que, despues de haber deliberado diligentemente con los cardenales y el sacro Concilio, como Vicario de Jesucristo en la tierra y en virtud del poder de atar ó desatar que habia recibido en la persona de San Pedro, declaraba á dicho príncipe indigno del reino y del imperio por sus pecados, desechado de Dios y decaido de todo honor y de toda dignidad. Absolvía para siempre á sus súbditos del juramento de fidelidad y ponia excomunion, que se incurriria con solo el hecho, á todo el que en adelante le obedeciera y le diera consejo ó auxilio bajo cualquier especie de título ó bajo cualquier color de dependencia que fuese. En cuanto á la eleccion de otro emperador la dejaba enteramente libre á

(1) *Conc. ut sup. p.* 639; Matth. Par. *ut sup.*

aquellos á quienes de derecho correspondia y se reservaba á sí mismo y á los cardenales proveer al reino de Sicilia. Este documento está firmado el dia de la tercera sesion, 17 de julio. Durante la lectura de la sentencia, el Papa y todos los prelados tenian en la mano candelas encendidas, y todos los asistentes, dice Fleury, estaban sobrecojidos de temor como si hubiese sido un golpe de rayo acompañado de truenos y relámpagos.

Para parar este golpe no habia dejado piedra por mover Tadeo de Suesa, cual celoso ministro de Federico. Gualtiero de Ocre su colega y todas las personas de su comitiva cayeron en el mayor abatimiento cual si hubiesen visto caer un rayo sobre la cabeza de su amo. A pesar de los sentimientos de adhesion á los intereses del emperador, un sentimiento de religion no les permitió verle abrumado de los anatemas de la Iglesia con el aparato que acompañaba á estas solemnidades, sin darse golpes de pecho y prorrumpir en lamentables gritos, horrorizados á vista de aquel espectáculo. Fué para ellos, dicen los historiadores, una imágen del juicio mismo de Dios al fin de los siglos, y tan presente le tenia Tadeo, que lleno de consternacion esclamó parodiando las palabras que se recitan en el oficio de difuntos: «Este dia, dia es de ira, de calamidad y de miseria:» *Dies ista, dies irae, calamitatis, et miseriae* (1). Despues, no pudiendo ya sostener la vista del Pontífice y de todos los prelados del Concilio que con la vela en la mano y con voz terrible repetian el anatema, Tadeo y sus compañeros de embajada se retiraron con el dolor de no haber podido conjurar la tempestad que hacia tanto tiempo venia amenazando descargar sobre su amo.

Asi terminó el primer concilio general de Lyon, cuyas actas nada ofrecen tan notable como la sentencia de deposicion fulminada contra el emperador. El Papa habia querido que la causa fuese llevada al único tribunal que Federico II no habia recusado y que antes bien habia declarado seria el único á que él se sometiese (1); el Papa habia querido poner término al escándalo y emplear el último remedio contra el mal que el emperador hacia á la Iglesia. Por consiguiente Federico fué juzgado y condenado, no solamente por su señor feudal de quien él dependia por la Sicilia y por el imperio, sino tambien por el gefe de la Iglesia y por ciento cuarenta obispos reunidos con él en concilio ecuménico. Ahora bien: si la Iglesia universal, junta en concilio, creyó y profesó altamente que tenia este derecho sobre Federico II ¿no resulta de aqui, para todo católico, que le tiene todavia, porque ella no ha podido engañarse ni engañar á sus hijos? Pretender lo contrario, ¿no es declarar que no es infalible, que no ha conocido su poder, que ha errado en el uso que de él ha hecho, que en esta ocasion ha caido en error y puede volver á caer de nuevo? Y entonces ¿qué viene á ser de las divinas promesas de que las puertas del infierno jamás prevalecerán contra ella? Pero aunque la Iglesia haya hecho bien todo lo que ha hecho, aunque el derecho de que ella ha usado sea inamisible para ella; sin embargo, los tiempos y las circunstancias han cambiado, y el Espíritu Santo que siempre la asistirá no la permitiria obrar hoy como ella debió obrar castigando á Federico II.

Y véase cuán legítima y natural pareció entonces esta gran medida. En el año 1248 se tuvo en Valencia del Delfinado un concilio compuesto de cuatro arzobispos y de quince obispos, presididos por dos cardena-

(1) Matth. Paris.

(1) Fleury, *l.* 81, *n.* 21.

jes (1). «El cánon segundo, dice el P. Fontenay (2), representa claramente á Federico como un príncipe á quien ya nada se debe, á causa de su deposicion. El concilio quiere que, además del juramento ordinario de guardar la paz, se añada otro contra el cismático Federico, autor de todas las discordias; no se le dará apoyo ni ayuda, y en caso de que viniere á estas provincias, bien personalmente, bien por algun oficial autorizado por él para hacerse obedecer, no se le recibirá ni se le prestará obediencia, pues no tendria otra intencion que la de romper la unidad de la Iglesia y turbar la paz de los católicos.... El cánon XXII es una espresa sentencia de excomunion dada contra Federico, ex-emperador, y contra todos aquellos de quienes reciba favor, ó socorro, ó consejo.... Es muy de notar que este Concilio se componia enteramente de obispos que tenian sus diócesis en el Languedoc, en Provenza, en el condado Venesino y en el Delfinado, territorios que entonces eran reconocidos por imperiales.»

Despues de haber declarado vacante el imperio, escribió Inocencio á los electores, es decir, á los duques de Austria, de Baviera, de Sajonia, de Brabante, y á los arzobispos de Colonia, de Maguncia y de Salzburgo, para escitarlos á que cuanto antes procediesen á la eleccion; pero estos príncipes, y sobre todo el duque de Austria, aliado de Federico, se estremecieron á vista de los peligros á que se esponian. Por su parte Federico tampoco estaba de humor de dejarse quitar asi la corona. Cuando tuvo la noticia de su deposicion, «que me traigan mis cofres,» dijo lanzando terribles miradas; y asi que los abrió: «Véase, añadió, si mis coronas están perdidas.» Puso la mas brillante sobre su cabeza, y con ojos encendidos y voz espantosa añadió: «Vedme ceñido aún con la diadema; ni el Papa ni su consejo la quitarán de mis sienes, sin que antes se haya derramado mucha sangre. ¡Cómo! ¿Un hombre ordinario tendrá, en su insolencia, la satisfaccion de reducirme á la nada, á mí que no tengo igual entre los príncipes (1)?»

Tomó las medidas mas prontas y eficaces para ponerse en estado de defensa; y á fin de ganar el favor de los soberanos, les previno con sus cartas, y se esforzó en interesarlos por la consideracion de su propia suerte. «¿Qué no debereis temer cada uno en particular, les decia (2), si se conspira contra mi corona, teniendo yo el imperio y reinos tan vastos de sola la mano de Dios? No soy el primero contra quien el clero ha hecho tales abusos de su poder, y verosímilmente tampoco seré el último. Sus individuos sometieron en otro tiempo á los príncipes, mas no con las armas sino con sus virtudes. Conversaban con los ángeles, sanaban milagrosamente á los enfermos y resucitaban los muertos; pero en el dia, además de su ambicion sediciosa, ¡cuántas infamias degradan sus costumbres, cuya manifestacion no permite la decencia! Pero nosotros mismos somos los fautores de estos desórdenes. La opulencia que en ellos sufrimos con ruina de nuestros Estados, es el origen de ese orgullo insensato. Es una obra de celo quitar este pábulo á sus vicios: todos debeis trabajar conmigo en esta empresa.»

El emperador escribió en particular al rey San Luis, y tratando con un príncipe tan religioso, se esfuerza en persuadirle que el Vicario de Jesucristo habia traspasado los límites de su potestad. «Respecto á las penas espirituales, dice, y á las penitencias que merecen nuestros pecados, las re-

(1) *V.* Labb. *t.* 11, *p.* 696.
(2) *Hist. de l'Eglise gall. l.* 32.

(1) Matth. Paris, *p.* 593.
(2) Petr. Vin. *lib.* 1, *ep.* 2.

cibimos respetuosamente, y las observamos con fidelidad, ya nos sean impuestas por el Papa, á quien reconocemos por nuestro padre y nuestro maestro en Jesucristo, ó ya por el último de los sacerdotes. Mas él condena como criminal de lesa magestad al emperador romano. Somete á la ley á aquel cuya dignidad le hace superior á todas las leyes humanas; á aquel á quien solo Dios puede castigar en este mundo, y que no tiene sobre sí poder alguno coactivo (1). Aunque segun la fé católica reconocemos que Jesucristo ha dado á su Vicario plena potestad en materia espiritual, no se halla con todo ley alguna divina ni eclesiástica que le conceda el poder de transferir á su arbitrio el imperio, de juzgar á los reyes y los príncipes sobre lo temporal, y de castigarlos con la privacion de sus Estados. Es verdad que por derecho y por uso le pertenece el consagrarnos; mas no por esto tiene mayor facultad para deponernos que la que tienen los prelados de otros reinos respecto á la destitucion de los soberanos, á quienes tienen igualmente derecho de consagrar (2).»

Poco tiempo despues de esta carta en la que Federico se contradice á sí mismo, pues en ella conviene en que su eleccion y su destitucion dependen de los príncipes de Alemania, muy inquieto el emperador, á pesar de toda su fingida seguridad y de su esterior tranquilo, envió á Pedro de Viñas y á un clérigo llamado Gaulterio de Ocre, como embajadores al santo rey. Le representaba nuevamente los resultados perniciosos de las pretensiones del Papa sobre lo temporal de los príncipes, remitia su desavenencia con este Pontífice al juicio de los pares del rey de Francia, y se ofrecia á dar á la Iglesia aquella satisfaccion que ellos reputaran conveniente. Conociendo Federico todo el ardor del monarca francés por la libertad de la Tierra Santa, le ofreció igualmente su socorro para la cruzada aun en el caso que no tuviera efecto su composicion con el Papa. A consecuencia de estas solicitudes, el rey hizo espresamente dos viajes á Cluny, donde estaba el Papa (1246), y nada omitió para aplacarle. Inocencio opuso inflexiblemente á todas las instancias y á todas las promesas las supercherías y escesos tantas veces reprendidos en Federico. «Echad en olvido lo pasado, le dijo el santo rey, recibid al pecador que se humilla, y mostraos vicario del buen Pastor imitando su elocuencia.» El Papa, levantándose, dijo que no cederia. San Luis estaba persuadido de la sinceridad de Federico, así como de su doblez lo estaba Inocencio. Partiendo pues de principios tan diferentes no es de estrañar que, aunque ambos con las mas laudables intenciones, el uno persistiese constantemente en sus instancias, y el otro en su negativa. Mateo Paris dice que el rey se retiró irritado é indignado contra el Papa; circunstancia que apenas es creible si se atiende al bondadoso carácter de San Luis. Pero, sea de esto lo que fuere, lo cierto es que no por eso el rey dejó de volar en el año siguiente (1247) á la defensa del Papa cuando supo que Federico le amenazaba en Lyon á donde el Santo Padre se habia retirado (1).

En virtud de las órdenes de Inocencio IV, un Concilio celebrado en Beziers en el año siguiente al de Lyon, hizo tambien para pesquisa de los hereges el decreto de reglamento que ha servido de pauta en los procedimientos observados despues por los tribunales de la Inquisicion (2). Es verdad

(1) Fleury, *l.* 82, *n.* 32.
(2) Petr. Vin. *l.* 1, *ep.* 3.

(1) *Hist. de l'Eglise gall.*
(2) *Direct. Inquis. part.* 3, *pag.* 407; *Tom.* 11, *Conc. pag.* 676.

que hallamos las mismas ideas y casi las mismas reglas en un concilio de Narbona, tenido once años antes. Véase aquí lo que hay mas digno de notarse en unos y otros. «En el distrito de vuestra Inquisicion (dicen los PP. en respuesta á los inquisidores dominicanos que los consultaron) principiareis manifestando vuestra comision delante del clero y del pueblo reunidos. Luego á todos los que se sientan culpables de heregía, ó que conozcan á otros hereges, les prevendreis que comparezcan en vuestra presencia para declarar la verdad dentro del término prefijado, que llaman tiempo de gracia. Los que obedecieren, no serán condenados ni á la muerte, ni á la prision perpétua, ni á destierro, ni á confiscacion de sus bienes. Se tomarán sus confesiones bajo juramento y sus deposiciones que quedarán registradas juridicamente; y á aquellos que quieran tornar al seno de la Iglesia, se les hará hacer la abjuracion con promesa de denunciar y perseguir á los hereges. Por lo respectivo á los que no se hubiesen presentado dentro del término prescrito, los citareis nominalmente, y despues de haberles espuesto los hechos de los cuales se hallasen culpables, y haberles concedido libertad de defenderse con las dilaciones oportunas, si sus defensas no fuesen admisibles y no confiesan sus faltas, los condenareis sin misericordia aun cuando se sometan por entonces á las órdenes de la Iglesia. En cuanto á los sectarios mas culpables, llamados perfectos ó vestidos, si permanecieren obstinados, los condenareis en presencia del juez secular, y al punto los abandonareis á disposicion de este. Tratareis de igual manera á los rebeldes que se resistan á la prision ó se nieguen al cumplimiento de alguna otra penitencia y á los que recaigan despues de su abjuracion. El que se obstinase en negar despues de estar convencido juridicamente, será tratado como herege, aunque por otra parte procure mostrar que se ha convertido.

Tambien Portugal ocupó á Inocencio IV á título de arbitro entre el rey y los súbditos que de él reclamaban justicia. Sancho II gobernaba entonces este reino; pero en su lugar dejaba reinasen sus favoritos. Ya Gregorio IX, despues de muchas moniciones y de esperar mucho tiempo, habia puesto entredicho contra el reino y excomunion contra el rey. Habiendo sido observadas durante mucho tiempo estas censuras, prometió el rey reformar los abusos de que se quejaban, reparar los daños etc.; pero nada de esto se cumplió y el rey Sancho no se portó mejor que antes. De ahí provinieron las nuevas quejas que á Inocencio dirigieron los prelados y los señores en 1245. Inocencio, despues de haber amonestado á Sancho para que se enmendase, le excomulgó, puso entredicho á su reino y en seguida confirió la regencia de él á su hermano Alfonso, conde de Boloña, heredero presuntivo de la corona, puesto que Sancho no tenia hijos. El monarca, abandonado de los prelados y de la mayor parte de la nobleza, tomó el partido de fugarse al acercarse su hermano, y se retiró á Toledo donde el rey Fernando le acojió generosamente y hasta le proporcionó los ausilios que necesitaba para restablecerse. En el año 1247 volvió á Portugal con un ejército mandado por el infante de Castilla, logró una victoria, tomó varias plazas, y estuvo á punto de subir nuevamente al trono. Pero bastó la lectura de la bula del Papa que el arzobispo de Braga hizo publicar en el campamento del ejército castellano para sembrar en él la consternacion. A gefes y á soldados se les caian las armas de las manos, se desbandan, y Sancho, obligado á retirarse de nuevo á Toledo, murió en esta ciudad en el año 1458 sin dejar sucesion.

Inocencio IV entretanto estrechaba á los

príncipes de Alemania para que eligiesen rey de romanos, y propuso en particular á Enrique, landgrave de Thuringia (1). Como repugnasen los electores este paso que cerraba todo camino á la conciliacion y conociesen que este honor peligroso tenia pocos atractivos para el mismo Enrique, envió el Papa al legado Felipe Fontaine, hombre hábil y resuelto, con potestad de obligar aun con penas temporales á los señores legos á obedecer al rey que fuese elegido. Escribió tambien á los frailes predicadores y á los menores, empeñándolos á que se valieran del ascendiente que su virtud y su reputacion les daban sobre el espíritu de los pueblos, para atraer á los alemanes, aun con concesiones de indulgencias, á la obediencia del rey así que estuviera elegido. En fin, el dia de la Ascension, 17 de mayo del año 1246, se hizo la eleccion á gusto del Pontífice, en la dieta de Hochein, cerca de Wurtzburgo, por los arzobispos de Maguncia, de Colonia, de Tréveris etc., y por algunos señores legos. Inmediatamente predicó el arzobispo de Maguncia la cruzada contra los infieles, entre los cuales comprendia á Federico, á quien su cualidad de excomulgado denunciado le ponia, segun las palabras mismas de Jesucristo, en el número de los paganos y publicanos, ó infieles. Todos los príncipes y nobles de esta asamblea se cruzaron. Al mismo tiempo el Papa, considerando que Federico, feudatario de la Santa Sede por el reino de Sicilia, habia violado la cláusula de fidelidad y homenage con la guerra injusta que durante tantos años venia haciendo á su señor feudal, envió dos cardenales á Sicilia con una carta, su fecha 26 de abril de 1246, en la que á todas las clases de los ciudadanos les declara que habia depuesto á Federico con aprobacion del concilio de Lyon, y los exhorta á sacudir el yugo de este príncipe y á volver á la obediencia de la Iglesia romana de quien son hijos mas que los demas pueblos, á fin de que gocen de la paz y de una verdadera libertad (1).

No permaneció ocioso Federico. En tanto que él obraba en Italia, su hijo Conrado marchó á Francfort contra el rey Enrique, que habia convocado allí una dieta cerca de dos meses despues de su eleccion. Conrado se vió al principio obligado á huir, dejando algunos prisioneros de consideracion; pero habiendo reunido mayor número de tropas, al tiempo de estarse preparando la coronacion de Enrique, la que el Papa debia hacer muy solemnemente, volvió á presentarse con intrepidez, dió un combate sangriento en que la victoria, despues de haber balanceado por algun tiempo, se declaró por el partido de Conrado. Reducido el nuevo rey á la fuga, tuvo tal sentimiento de esta humillacion, que murió de pena en el discurso de la Cuaresma del año siguiente (2).

No fué menor la impresion que causó á Inocencio un revés tan súbito; pero tenia un alma mas fuerte, y su atencion solo se ocupó en repararle. Hizo salir á un tiempo cuatro legados, uno para Italia, el segundo para Alemania, otro para España, y el cuarto para los confines mas septentrionales de Europa ó la Noruega. Y para evitar en Inglaterra algunas formalidades y lentitudes embarazosas, comisionó á los frailes menores y predicadores que reemplazaban con ventaja á los legados. Además de las censuras eclesiásticas fulminadas contra todos aquellos que conservaran fidelidad alguna á Federico, ó que tuvieran tan solo alguna comunicacion con sus parciales, se llegó hasta declararlos incapaces de servir

(1) *Lib. 3, ep. 4*; Rain. 1246, *n.* 2, 7 *et* 36.

(1) Matth. Par. *p.* 622.
(2) Ibid. *p.* 633 etc.

de testigos en juicio, y á privarlos del derecho de asilo en las iglesias (1).

Estas persecuciones precipitaron á algunos en la desesperacion y en los mas enormes atentados. Hallándose en Lyon un caballero vasallo del emperador á quien habia abandonado por estar descontento de él, Gualterio de Ocre, uno de los enviados de este príncipe, le persuadió á que, para obtener mejor volver á la gracia de su amo, diese muerte al Papa, el cual solo pudo librarse de este sacrílego asesinato por la revelacion de uno de los conjurados atacado repentinamente de una enfermedad y á quien el temor de los juicios de Dios le hizo descubrir la trama. Apenas se habia salvado de este riesgo, cuando fueron sorprendidos dos nobles italianos que se preparaban á cometer igual delito, y aseguraron que cerca de otros cuarenta caballeros de una osadía á toda prueba se habian igualmente conjurado contra la vida del Papa. En el mismo año de 1247 ejerció vigorosamente el emperador su venganza en Italia contra los partidarios del Pontífice. Habiéndose estos apoderado de la ciudad de Parma, fué á sitiarla; y para manifestar su determinacion de hacer la conquista, formó de su campo una especie de ciudad, á la que dió el nombre de Victoria. Estaba tan seguro de reducirla, y se manifestó tan resuelto á tomar una terrible venganza, que no quiso recibir á los sitiados á discrecion. Entretanto estos, llevados de su desesperacion, hicieron una salida y se apoderaron de su campamento, el martes 18 de febrero de 1248. Federico, obligado á retirarse á Cremona, perdió su bagaje y su tesoro con Tadeo de Suesa, á quien habia confiado su custodia y que fué destrozado por los parmesanos. Esta derrota disminuyó mucho en Lombardía el crédito de Federico. Al año siguiente quedó destruido su ejército por los de Bolonia, y su bastardo Enrique ó Encio que le mandaba, á quien él habia elevado al trono de Cerdeña y que en 1241 habia apresado en el mar los prelados que iban á Roma para un Concilio, fué hecho prisionero y conducido á las cárceles de Bolonia, donde permaneció hasta su muerte, acaecida en 1272 (1).

Durante este tiempo, el legado del Papa en Alemania, cardenal del título de San Jorge al velo de oro, hizo uso de todas sus facultades para hacer dar un sucesor al rey Enrique y un rival formidable á Federico. Por fin, formó cerca de Colonia un Concilio de los prelados que pudo reunir, y en 3 de octubre Guillermo, hermano del conde de Holanda, fué elegido rey de romanos por los tres electores eclesiásticos y por algunos señores unidos á los obispos. Este jóven príncipe, de cerca de veinte años de edad, tenia á su favor al duque de Brabante su tio, á los condes de Gueldres y de Loz, al arzobispo y ciudad de Colonia, á los arzobispos de Brema con sus sufragáneos, sin contar los obispos de Wirsburgo, de Strasbourgo y de Spira (2). Federico, sin embargo, seguia siendo reconocido emperador por algunos señores poderosos de Alemania, esto es, por los duques de Sajonia y de Baviera, el marqués de Misnia, los grandes de Stiria y del Austria, de comun acuerdo con el arzobispo de Magdebourgo y los obispos de Passau y de Frisinga.

El cardenal Guillermo, obispo de Sabina, era el legado de Inocencio en Noruega. A mas de la comision de animar á los reinos del Norte contra el emperador y de sacar de ellos dinero para hacerle la guerra, estaba encargado de rehabilitar para el trono á Haquin, hijo ilegítimo del último rey de

(1) Ep. 113.

(1) *L.* 83, *n.* 4.
(2) *Ep. ap. Rain. n.* 5.

Noruega. Por una carta de Inocencio á este príncipe (1) vemos que el Papa, usando de la plenitud de su potestad, le concede dispensa á efecto de ser ensalzado á la dignidad Real y de trasmitirla á sus hijos legítimos, á pesar del vicio de su propio nacimiento. Dejó Haquin estraer de su reino, para los intentos del Papa, cantidades que ascendieron á quince mil quinientos marcos de esterlinas; pero no quiso empeñarse personalmente en la guerra que se hacia al emperador. Aquel príncipe, á quien Mateo Paris pinta como un hombre sábio, modesto y literato, llevado de su horror á los enemigos del nombre cristiano, proyectaba, segun la devocion de aquel tiempo, hacerles la guerra, y ya se habia cruzado con este intento.

San Luis, sabedor del designio del rey de Noruega, concibió el pensamiento de hacer con él el viage de la Tierra Santa, y de confiarle todo el gobierno de su flota, como á un príncipe universalmente respetado y muy esperimentado en el mar. Escribióle al efecto una carta muy afectuosa y atenta, y para facilitar la negociacion eligió al historiador Mateo Paris, quien al talento de escritor reunia cualidades estimadas por ambos reyes. Este benedictino inglés, del monasterio de San Albano, profundo en las matemáticas y en la teología, como asimismo en la historia de su siglo, buen poeta y buen orador para aquel tiempo, versado hasta en la pintura y arquitectura, era tambien famoso por su habilidad en la espedicion de los negocios, por su probidad, por su piedad, por su observancia, la que hizo reflorecer en muchos monasterios, y mas digno aun de estimacion y de confianza, si el amor demasiado ardiente del bien y la aspereza de costumbres que se contrae algunas veces en la soledad no le hubiesen inclinado á la acrimonia de la censura y á todas las licencias de la sátira. El rey Haquin, habiendo leido en presencia de Paris la carta de San Luis, le dió la siguiente contestacion (1): «Doy muchas gracias á este piadoso rey, pero yo conozco algo el carácter de los franceses; es ligero y mordaz; y el natural duro del novergiano no sabe sufrir. Podrian desavenirse, y ambos sufririamos males irreparables.» Haquin pidió únicamente la libertad de arribar en caso de necesidad á los puertos de Francia y de proveerse en ellos de víveres, lo cual le otorgó San Luis gustosamente. Sin embargo, no sabemos que el rey de Noruega saliese para la cruzada.

Nada fué bastante para mudar la resolucion de Luis. Habiendo señalado su partida para el dia de San Juan del año de 1248, hizo juramento de partir, y mandó hacerlo á los otros cruzados, bajo la pena de ser reputados como enemigos públicos (2). Como la cruzada predicada contra Federico perjudicaba á la de la Tierra Santa, inclinó al Papa á no permitir que se conmutasen los votos para el viage ultramarino, ni aun dentro de la misma Alemania. Con el intento de prevenir los desórdenes que con sobrada frecuencia ocasionaban estas espediciones, hizo escluir de la proteccion de la Iglesia á los cruzados que cometieran robos, muertes, raptos ú otros escesos semejantes. Mandó que en todo el reino se hiciese un informe exacto de los perjuicios que los mercaderes ú otros particulares pudieran haber sufrido. Si á favor de su Real nombre se hubiese exigido dinero ó víveres, la parte perjudicada estaba autorizada para formar su queja; y en virtud de las pruebas ordinarias ó del juramento, se le hacia una completa restitucion. Siguieron este bello

(1) *Lib. IV, Ep.* 189; Rain. 1246, *num.* 34.

(1) Mat. Par. *pag.* 643.
(2) *Hist. de S. Luis, p.* 22.

ejemplo los señores que debian acompañar al rey, como nos lo manifiesta de sí mismo el señor de Joinville, quien estando para marchar mandó llamar á sus vasallos y les dijo: «voy al viaje ultramarino y no sé si volveré. Asi, si alguno hubiere sufrido por mi parte algun daño, hable francamente, que quiero satisfacerle.» Sobre esto se remitió Joinville al arbitrage de las gentes del pais.

Aproximándose el término prefijado por San Luis para su partida, la reina Blanca su madre y los señores del reino se esforzaron para hacerle mudar de intento. Hiciéronle presente haber hecho su voto en una enfermedad grave, preocupado el cerebro y casi sin el uso de la razon; que no era dificil, fuera cual fuese su promesa, obtener la dispensa, á causa de las necesidades del reino y de la delicadeza de su salud; que en su ausencia, no solamente tendria que temer la Francia los disturbios que agitaban toda la Europa con motivo de las discordias del imperio, sino que tambien correria peligros muy particulares de parte de los ingleses envidiosos y de su artificioso monarca. La reina madre, tomando al rey por la bondad de su natural y por su piedad, le representó cuán agradable seria á Dios la deferencia á los deseos de una madre, y le exageró el daño de abandonarse á su propio parecer contra tan sábios consejos. Pero en todas estas representaciones no vió el santo rey otra cosa mas que las aprensiones sobrado vivas de la ternura maternal. Tan grande en la política como en la santidad, y tan prudente como piadoso, todo lo habia meditado maduramente: veia que el reino nada tenia que temer de parte de la Alemania, bastante ocupada en sus divisiones intestinas, en sus excomuniones y en sus guerras eclesiásticas y civiles. Por parte de Inglaterra, el carácter indeciso del rey Enrique III que no sabia permanecer ni en paz ni en guerra, podia dar alguna inquietud; mas como este príncipe no era gran guerrero y sus empresas se habian siempre desgraciado, se desvanecia con facilidad todo temor. El riesgo mayor y casi el único que pudo temerse con razon, era en lo interior mismo del reino las facciones, las sediciones, los movimientos y las contiendas domésticas; pero como los duques de Borgoña y de Bretaña, los condes de Flandes y de la Marca y todos los señores mas poderosos se habian cruzado con Luis, los promotores de la discordia y de las sublevaciones salian del reino al propio tiempo que el monarca.

No obstante, viendo que insistian principalmente sobre lo inválido de su voto, aparentó adoptar los sentimientos de aquellos que hacian valer este medio; arrancó la cruz de su manto y la envió á Guillermo de Auvernia, obispo de Paris, que se manifestaba de los mas activos en detenerle. La reina Blanca y todos los asistentes mostraron la alegría mas viva. Pero el monarca, mostrando un aire grave y resuelto, dijo volviéndose sucesivamente á los que le rodeaban: «vosotros creeis ciertamente que en este momento no tengo el espíritu enagenado; yo no estoy enfermo, y poseo toda mi razon. Ahora, pues, vuelvo á pedir la cruz, y pongo á Dios por testigo de que no entrará alimento alguno en mi cuerpo hasta que se me vuelva.» A estas palabras se mudaron en la asamblea todas las disposiciones de los ánimos: gritaron por do quiera que la voluntad de Dios no era dudosa, y nadie osó oponerse á la resolucion del rey (1). No tenia necesidad de levantar tropas, puesto que ya se habian presentado mas de las que podia desear: la dificultad solo consistia en proporcionarles su sueldo y su subsistencia en

(1) Mat. Par. *pag.* 648.

los paises asolados á donde les conducia, y á los cuales era forzoso llevar al mismo tiempo la mayor parte de las cosas indispensables á la vida. Mas conocian la sabia economía del rey, su probidad rígida, su fidelidad en los menores empeños, y toda la confianza que podia tenerse en su palabra. Los arrendatarios de sus dominios, entonces ya muy considerables, le adelantaron un año de renta, y todas las grandes ciudades del reino hicieron donativos estraordinarios.

Antes de partir hizo concluir por el cardenal Eudes de Chateroux, legado de la cruzada, un negocio principiado hacia mucho tiempo y que creyó importante al bien de la Religion. Un sabio judío de la Rochela (1), convertido como unos quince años antes, denunció una multitud de errores y blasfemias contenidas en un libro que las gentes de su nacion llaman Talmud; es decir, doctrina, y que es la coleccion de sus tradiciones. Segun ellos, esta doctrina oral fué enseñada á Moisés por el mismo Dios, lo mismo que la ley escrita, y se habia conservado en su memoria hasta que sus sabios la pusieron por escrito temiendo quedara sepultada en el olvido despues de la ruina de Jerusalen y la dispersion de sus moradores. Esta coleccion, sin embargo, á lo menos en toda su estension que es mucho mas considerable que la de la Biblia, no puede remontarse mas allá del principio del siglo sesto. Abunda en palpables rasgos de ignorancia, de delirios impertinentes y de cuentos impíos. Se encuentran allí, entre otras impiedades, la de que Dios se maldice tres veces cada noche por haber abandonado su pueblo y su templo; que ningun judío en el otro mundo padecerá mas de un año el fuego del infierno, ni otra pena alguna; y que aun los cuerpos y las almas de todos los malos serán allí reducidas á polvo, á escepcion de aquellos que hayan usurpado los honores divinos, y para quienes únicamente el infierno será eterno. Estas acusaciones fueron comprobadas en los libros por doctores tan versados en la lengua hebrea, que los mismos rabinos se vieron precisados á confesarlas sin réplica. En su consecuencia el legado pronunció su sentencia; se recogieron cuantos libros de estos pudieron descubrirse en toda la Francia, y se quemaron una asombrosa multitud de ellos. Escribió el Papa á los reyes de Inglaterra, de Castilla, de Aragon, de Navarra y Portugal para empeñarlos en hacer en sus Estados iguales pesquisas.

El 12 de junio de 1248 fué San Luis á San Dionisio á recibir el Oriflama de manos del legado Eudes, volvió á oir la misa á la iglesia de Nuestra Señora, y acompañado luego de muchas procesiones hasta la abadía de San Antonio, subió á caballo en medio de las aclamaciones del pueblo (1). En su seguimiento iban la reina Margarita su esposa, los condes de Artois y de Anjou sus hermanos, el legado y una multitud de señores y de obispos. Su tercer hermano, Alfonso conde de Poitiers, permaneció en el reino hasta el año siguiente para hacer respetar la regencia de que la reina Blanca quedaba encargada, y fomentar el impulso dado á los negocios bajo esta nueva administracion. Pasó el rey por Lyon donde vió otra vez al Papa, se confesó con él, pidió la bendicion pontificia y al despedirse le dijo: «os dejo el cuidado de mi reino;» prudente precaucion para el caso en que el rey de Inglaterra llegase á faltar á las promesas de fidelidad que habia hecho. Por parte de Federico que acababa de ser completamente derrotado y humillado delante de Parma, nada tenia que temer el reino. Cuando San

(1) Ech. *Summ. S. Th. vind. pag.* 583.

(1) Joinv. *Chron. S. Dyon.* 2. *Spicil. p.* 815.

Luis llegó cerca de Aviñon, propusiéronle algunos señores sitiase á esta ciudad que ellos llamaban guarida de maniqueos, acusando á estos de haber dado veneno al rey Luis VIII, padre del santo rey; pero él respondió que iba á vengar, no las injurias de su padre ni las suyas, sino las de Jesucristo, y continuó tranquilamente su ruta hasta Aguas-muertas, donde se embarcó el 25 del mes de agosto. Fué feliz la navegacion, y aportó el 17 de setiembre á la isla de Chipre. El rey Enrique de Lusiñan, á quien el Papa habia dado el reino de Jerusalen, como vacante por la condenacion de Federico, tomó la cruz con casi toda la nobleza y los prelados del pais.

Decidióse llevar la guerra al Egipto, cuyo sultan era dueño de Palestina; mas no habiendo llegado aun los buques de municiones y muchos cuerpos de tropas, difirieron la ejecucion hasta despues del invierno. Llegaron á Chipre en este intervalo embajadores tártaros, los cuales de parte de su soberano, llamado Ercalthai, presentaron al santo rey una carta escrita en lengua persa y con caractéres árabes (1). Despues de grandes cumplimientos, llenos de todo el énfasis oriental, se leia en ella lo que sigue: «Suplicamos al Todopoderoso que conceda la victoria á los reyes de la cristiandad sobre los enemigos de la cruz; y es nuestra voluntad que todos los cristianos, rogando por nosotros, disfruten de sus favores con seguridad y con plena libertad. Tal es el buen deseo de Kiocai, rey de la tierra.»

Este Kiocai era Caiouc-can, nieto y sucesor del famoso Genghis-can, fundador del imperio de los tártaros mogoles, el mas poderoso que existiera nunca en el mundo. Se estendia su dominio por el Norte del Asia, desde la China hasta las fronteras de la Rusia y de la Polonia, y al Mediodia hasta los Estados de los califas que los tártaros conquistaron el año 1258 de Mostuzem, cuya ruina acarreó la estincion del califato. Luego penetraron en la Siria y en el Asia menor hasta el Bósforo de Constantinopla. En tiempo del mismo Genghis-can habian adquirido alguna tintura del cristianismo en el imperio de Thogrul-onk, Kan de los tártaros keraitas, sacerdote cristiano de la secta nestoriana, y célebre en nuestras antiguas historias bajo el nombre de Preste Juan. Su envidia del poder musulman los inclinaba poderosamente á favor de los cristianos, enemigos suyos irreconciliables.

Tanto por estas lisonjeras esperanzas, cuanto por poner un término á las desolaciones que habian causado ya en el norte de Europa, les envió el Papa en el año 1245 algunos misioneros franciscanos con cartas dirigidas á Caiouc-can (1). Estos religiosos que llevaban por gefe á fray Juan de Plan-carpin, tomaron su ruta por la Rusia, donde fueron bien acogidos del duque Basilico, á quien exhortaron no sin fruto á reunirse á la Iglesia romana. Mas la consumacion de esta buena obra, en la que quisieron proceder con madurez, no tuvo lugar hasta la vuelta de estos misioneros. Esto no obstante, Basilico los hizo escoltar hasta Kiovia, metrópoli de Rusia, por temor de los lituanos tan fieros y mucho mas temibles que los tártaros. Libráronse de este peligro, y el 25 de febrero de 1245 llegaron á la primera guardia avanzada de los mogoles. Los detuvieron y preguntaron de dónde venian y qué asunto los llevaba al pais de los vencedores del mundo. Ellos contestaron: «nosotros somos ministros del Papa, Padre y Señor de los cristianos: él nos envia al rey, á los príncipes y á toda la nacion de los

(1) *Tom. 7 Spicil. pag.* 223; Duchesn. *pag.* 248.

(1) Vading. *ann.* 1247, *num.* 3; Vincent. Spic. *hist lib.* 31; Berger, *cap.* 9.

tártaros; pues desea que los tártaros y los cristianos sean amigos y vivan como hermanos. Desea á mas que la ilustre nacion de los tártaros sea tan grande en el cielo y en la eternidad como lo es sobre la tierra; mas se admira que hayan hecho perecer á tantos húngaros, móravos y polacos que son cristianos y que no les habian ofendido. Dios está muy irritado de estas violencias, y por eso exhorta al arrepentimiento y á que se abstengan de ellas en lo sucesivo. Les ruega además que le hagan saber lo que pretenden y lo que quieren hacer en lo venidero.»

Los guardias condujeron inmediatamente los misioneros á su gefe, que se llamaba Corenza, y guardaba el curso del Nieper del lado de la Rusia con un cuerpo de sesenta mil hombres. Fueron recibidos con mucha altivez, y no se les dió audiencia sino de rodillas, en presencia de este oficial y de todos los grandes que él habia reunido. No dejó de darles caballos y tres tártaros para conducirlos con presteza á Batou-can, acampado sobre el Volga, y el mas poderoso de los príncipes tártaros despues del emperador. Pusiéronse en camino el 29 de febrero, y aunque anduvieron muy aprisa, no pudieron llegar hasta 4 de abril, que era el miércoles de la Semana Santa. Es indecible lo que tuvieron que sufrir en el camino, durante una Cuaresma en que no tuvieron otro alimento que mijo, ni otra bebida que nieve derretida. Aun fueron mayores las ceremonias para la audiencia de Batou que para la de Corenza: las cartas del Papa fueron traducidas en tártaro y presentadas á este segundo general, que las leyó con mucha atencion, luego hizo decir á los misioneros que irian al emperador Caiouc.

A pesar de la estenuacion á que los habian reducido los ayunos y fatigas, marcharon aceleradamente bajo la direccion de dos tártaros, mudando de caballos cuatro ó cinco veces al dia, desde la octava de Pascua 15 de abril, hasta el 22 de julio. En el espacio de este largo viage vieron una infinidad de ciudades y fortalezas arruinadas, inmensas campiñas sembradas de cabezas y de miembros humanos, y á cada paso crecidos montones de cadáveres, horribles monumentos de las victorias y de la barbarie de esta nacion.

Viéronse obligados á esperar un mes para tener audiencia de Caiouc-can; pues no era aun electo emperador, aunque ya hacia un año que habia muerto su padre Octai, hijo de Genghiscan, designándole por sucesor, designacion que no privaba á esta nacion guerrera del derecho de elegirse un soberano, pues se preciaba de no reconocer á nadie como tal sino en consideracion á su mérito. Durante esta larga dilacion, precisa para reunir la asamblea general de una nacion innumerable, Tourakina, madre de Caiouc-can, estuvo encargada de la regencia. Era bastante favorable á los cristianos, pues se creia que ella misma era cristiana é hija del Preste Juan. Caiouc envió los frailes menores á esta princesa al lugar donde se celebraba la asamblea general y donde esperaron el tiempo de la eleccion. Por otra parte, de los dos principales atabecs ó ministros, el uno que se llamaba Cadac, era cristiano ya bautizado; y Chincai, que era el otro, sin haber recibido el bautismo no le cedia en benevolencia para con los fieles: ambos se esmeraban en conciliarles la del emperador; trataban con honor á los obispos y á los sacerdotes, y mostraban aprecio de los pueblos cristianos, particularmente de los francos.

Reconocido Caiouc por emperador, fué señalado para su exaltacion al trono el dia de la Asuncion de la Vírgen. Hízola diferir un granizo estraordinario que sobrevino; mas se efectuó en fin el dia de San Bartolomé, 24 de agosto. Compareció en público

sobre el trono; todos se presentaron á doblar la rodilla en su presencia, á escepcion de los misioneros, con quienes tuvieron la atencion de no obligarlos á esto por no ser súbditos suyos. El nuevo emperador era un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, de mediana talla, de aspecto grave y de un aire reflexivo que justificaba la reputacion de prudencia y talento de que disfrutaba. Afirmaron los cristianos de su córte que debia abrazar el cristianismo; y tenia ya cerca de su persona eclesiásticos, los mantenia á sus espensas, y habia delante de su tienda de honor una capilla donde cantaban públicamente el oficio divino y hacian la señal para asistir á él, lo cual no permitian los otros gefes de los tártaros. No reinó este príncipe tres años enteros. Su sobrino y su sucesor Mangou-can fué aun mas favorable á los cristianos, y en su reinado un número considerable de tártaros abrazaron la fé; mas parece que solo tuvieron de cristianos el nombre y la apariencia y que apenas distinguieron la verdadera Religion de las falsas. No supieron en adelante preservarse del contagio del mahometismo en Asia: con todo, mostraron por espacio de mucho tiempo un fondo de afecto, ó mucha menor aversion al cristianismo que las demas naciones musulmanas.

En cuanto á Caiouc-can, siguiendo la órden reputada por divina de Genghis-can, fundador del imperio, en la asamblea misma donde habia sido entronizado, hizo la ceremonia de la bandera, que consistia en levantar un gran estandarte hácia el Occidente, tremolándolo, y amenazando á estas regiones con el fuego y el hierro, si con toda la tierra no se sometiesen á él; pero ya fuera miramiento ó política, no quiso que los enviados del Papa tomáran conocimiento de esta ceremonia. En el mismo dia en que fué colocado sobre el trono los admitió entre el pequeño número de aquellos que fueron introducidos ante él. Despues los detuvo aun mas de un mes; y esta onerosa distincion les hizo sufrir mucha hambre. Les daban como á los tártaros, que se saciaban para cuatro dias, unas provisiones que no podian guardar, dejándolos en los postreros dias sin alimento que pudiera comerse. Por último, el emperador les dió su despedida, con cartas escritas en árabe para el Papa. Propuso tambien enviarle embajadores, lo que parece no desearon los misioneros, pues de semejante visita temian mucho mas que esperaban. Recelaban que instruidos los tártaros de las divisiones que reinaban en el imperio cristiano viniesen á ser mas atrevidos para invadirle. Así es que los enviados del Papa partieron el 13 de noviembre acompañados solo de algunos guias, y no llegaron á tierra de cristianos hasta el mes de junio de 1247 (1).

Por otra parte Inocencio IV envió por el mismo tiempo frailes predicadores á los mogoles, mandados en el Oriente de la Persia por Boiothnoi. Fueron muy mal recibidos de este bárbaro soberbio, á pesar de estar enteramente subordinado á Caiouc-Can. La sencilla propuesta que le hicieron de hacerse cristiano, por poco les cuesta la vida. Estaban ya condenados á muerte, y gracias á las representaciones de una de las mugeres del violento tártaro, revocó sus órdenes, por el temor que ella le inspiró de escitar contra él á todas las naciones cristianas; pues cuanto los tártaros despreciaban á los sarracenos y á todas las naciones infieles, otro tanto temian á los adoradores de Jesucristo. Súpose despues por otros embajadores tártaros llegados á Chipre, encontrándose allí San Luis, que Boiothnoi, llamado tambien Batou, tenia musulmanes por con-

(1) Fleury, *t.* 12, *p.* 574 *etc.*

sejeros, si es que puede darse crédito á estos pretendidos embajadores del kan Ercalthai, en cuyo nombre se presentaron y de quien ya no se oyó hablar en lo sucesivo.

Sin embargo, hallábase cerca de San Luis, cuando recibió esta embajada, un fraile predicador llamado Andrés de Longjumeau, que conocia á su gefe, cuyo nombre era David, por haberle visto en el numeroso ejército de los tártaros, donde él habia estado de parte del Papa con otros dominicos (1). El rey de Chipre y el conde de Joppe entregaron al santo rey una carta del condestable de Armenia que les habia sido dirigida, y que confirmaba la noticia de la buena disposicion de los tártaros. El mismo condestable habia sido enviado á su Gran Kan, ó emperador, y contaba acerca de su cristianismo las particularidades mas capaces de interesar la piedad. Decia que en la vasta estension de su imperio habia grandes naciones enteramente cristianas; que en la parte de las Indias, convertida por el Apóstol Santo Tomás, un rey cristiano auxiliado de los tártaros se habia hecho superior á todos los sarracenos, de quienes antes sufria mucho aquel príncipe: que en el pais que él llama Tangath, y que parece ser el reino del Preste Juan, todos los pueblos profesaban el cristianismo y que de ellos le habian recibido los tártaros. Añadió el armenio, que él mismo habia entrado en sus iglesias y visto en ellas pinturas de nuestros santos misterios, en particular de la adoracion de los Reyes Magos, que decia haber salido de aquel pais en busca del pesebre de Belen: que los mismos tártaros tenian iglesias y campanas para anunciar los oficios, y que cualquiera que llegase á sus príncipes, ya fuese musulmán ó cristiano, estaba obligado de grado ó por fuerza á ir al punto á la iglesia á adorar á Jesucristo. Habla de otras muchas cristiandades esparcidas en Asia, y de restos magníficos de muchas iglesias arruinadas por los mahometanos, contra los cuales el Kan de los tártaros tomaba siempre la defensa de los fieles (1).

Aunque asegurado Luis de todas estas particularidades por un hombre tan distinguido y testigo de vista de la mayor parte de estos hechos, para no omitir nada de todas las precauciones de la prudencia, quiso igualmente interrogar á los enviados de Ercalthai en presencia de su consejo y de los prelados mas sábios. Todas sus respuestas fueron conformes á esta relacion, y aun añadieron que el sultán de Mosul, distante de su patria solo dos jornadas de camino, era hijo de un cristiano; que amaba á estos con sinceridad, aunque él no lo era aun; que observaba sus fiestas, y no seguia en cosa alguna la ley de Mahoma, y que estaba dispuesto á abrazar el cristianismo á la primera ocasion favorable. Por último, advirtieron al santo rey, que los tártaros se proponian sitiar en el verano próximo al califa en Bagdad, y le suplicaron que acometiese al Egipto con intento de que este gefe de la religion musulmana no pudiera sacar de allí socorro alguno.

Dióles Luis tres frailes predicadores para que los acompañaran en su vuelta, y partieron juntos el 27 de enero de este año de 1249 con cartas y presentes, tanto para Ercalthai como para el Gran Kan de los tártaros. Los enviados y los religiosos tardaron un año en llegar al sitio donde residia el Kan, desde Antioquía donde tomaron tierra. Habia muerto Caiouc en este intervalo; y su sucesor Mangou, cuya eleccion vieron aun los frailes predicadores, los recibió con honor y dió muestras de amar mucho á los

(1) Duchesn. *pag.* 347.

(1) *Tom.* 7. *Spicil. pag.* 217.

cristianos. San Luis, al recibir estas noticias, escribió al Papa diciéndole que muchos tártaros habian recibido el bautismo, y que estos numerosos pueblos solo esperaban apóstoles caritativos que les dieran la mano para salir de las tinieblas de la infidelidad (1). Algunos años despues hizo marchar tambien para la Tartaria á un fraile menor, llamado Guillermo de Rubruquis, cuya relacion nada interesante añade á las precedentes. Sin embargo, no se sabe que los votos y solicitudes del santo rey tuvieran grandes resultados.

No obstante, gozoso de que su designio sobre el Egipto estuviera acorde con el de los tártaros, partió de Chipre el dia de la Ascension, 13 de mayo, y llegó el 4 de junio á vista de Damieta. Apenas llegó á descubrir la ciudad, dijo á los señores que le acompañaban (2): «Amigos mios, este es el momento de señalar nuestra fé y nuestro valor. Nada temamos: todo suceso nos será ventajoso. Si morimos, somos mártires; si alcanzamos victoria, el nombre francés y el nombre cristiano, y el Dios que adoramos será ensalzado. No tengais consideracion alguna á mi persona: yo no soy mas que un hombre cuya vida estinguirá el Señor con un soplo, cuando fuere su voluntad, lo mismo que la de otro cualquiera. La multitud es la que forma el imperio y la Iglesia; pero estad ciertos que el que dispone de todo no me ha conducido en vano hasta aquí.» Luis se hallaba entonces en la edad de treinta y cinco años; tenia los cabellos rubios, la barba rasa segun el estilo del tiempo, el aspecto naturalmente dulce y agradable, pero terrible cuando estaba armado, y de un talle tan ventajoso que toda su cabeza parecia sobresalir entre las filas (1). Se arrojó á la mar con sable en mano, seguido de los príncipes, de los caballeros y de todos los soldados, los que se precipitaron á competencia siguiendo sus huellas, llegándoles el agua hasta los hombros. Los infieles, despues de haber disparado sus tiros á la ventura, buscaron la seguridad en la fuga. Saltan á tierra los cristianos, enarbolan el oriflama sobre la ribera, y todo el ejército prorumpe en gritos de alegría y de triunfo. En la noche siguiente abandonaron los enemigos la ciudad, y para colmo de felicidad el conde de Poitiers, que el rey su hermano habia dejado por algun tiempo en Francia, llegó á esta sazon con nuevas tropas.

Detuviéronse unos cinco meses en Damieta, no tanto para descansar, como por dejar pasar las inundaciones del Nilo; pero la abundancia y la ociosidad produjeron en las tropas desórdenes y licencia. Luis, siguiendo el consejo de algunos señores y particularmente del conde de Artois, príncipe jóven, tan impetuoso como irreprensible en sus costumbres, el cual esclamó: *el que quiera matar la serpiente la debe quebrantar la cabeza*, se determinaron al ataque del gran Cairo, capital de todo el Egipto. Para esto partieron el 20 de noviembre con los ejércitos de mar y tierra en número de sesenta mil hombres. Supieron en el camino la muerte del sultan Melic-Salem; mas dejaba gefes hábiles y llenos de valor para dirigir la guerra, en tanto que volvia de la Siria Moadan, su hijo y sucesor. Facardin, general en gefe, seguido de tropas ejercitadas por espacio de ciento y cincuenta años contra los ejércitos cristianos, se puso á flanquear á los franceses, de los cuales solo estaba separado por el brazo del Nilo, que llamaban el rio Tanis. En el camino que conduce de Damieta al Cairo habia una

(1) *Ap. Rain.* 1253, *n.* 49.
(2) Matth. Par. *additam.* pag. 1090.

(1) Joinv. *p.* 43.

ciudad que tenia por nombre, desde entonces tan funesto, Massoura, y estaba situada al otro lado de este rio ó canal. Los franceses, habiendo llegado á aquel punto algunos dias antes de Navidad, trabajaron hasta el 8 de febrero (1250) con poco efecto, en hacer un puente ó malecon para pasarle. En fin, guiados de un árabe beduino, hallaron un vado, fueron á sorprender á Facardin en su mismo campo, le mataron mucha gente, y él quedó tambien en el número de los muertos (1).

Escitado el conde de Artois de su impetuosidad ordinaria, quiso apoderarse inmediatamente de Massoura, cuyas puertas veia abiertas. El maestre del Temple, que el rey habia colocado en la vanguardia con encargo de moderar el ardor del conde, hizo presente su recelo de que no fuese este un lazo tendido á un puñado de gentes que en breve se verian agoviados por la multitud. Roberto solo contestó con repulsas injuriosas y voló al alcance de los fugitivos. Temieron los caballeros parecer cobardes, y franceses y sarracenos todos entraron mezclados y atropelladamente en la plaza. Mas advirtiendo los infieles el pequeño número de cristianos, y viéndose ausiliados de los habitantes que de lo alto de las casas descargaban flechas al enemigo, hicieron la mas vigorosa resistencia. Bondochar, gefe no menos hábil que Facardin, á quien habia sucedido, y que se elevó mas adelante á la dignidad de sultan, envió un grueso cuerpo de tropas al encuentro del rey para impedirle que socorriera al conde su hermano. Cercó con el resto de sus fuerzas al infeliz conde, quien despues de haber hecho prodigios de valor, cayó sobre un monton de infieles, del cual se habia hecho como una especie de muralla. El conde de Sarisberi, el conde de Couci, mas de trescientos caballeros de su comitiva y doscientos del Temple ó del Hospital, murieron en este lance. Tan caras vendieron sus vidas, que su pérdida, á ser reparable, hubiera sido una victoria.

Mas los mismos triunfos arruinaban á los cruzados. Estos disiparon el cuerpo de tropas opuesto al rey, que se señaló personalmente con unos golpes de fuerza y de valor casi increibles. Por sí solo derribó á sus pies á seis sarracenos determinados que se habian concertado para prenderle. La noche separó los combatientes, é hizo abandonar á los franceses el campo de batalla, ó mejor diremos el teatro horrible de la muerte y de la carniceria. Al dia siguiente, nuevo ataque, nuevos prodigios de valor, igual constancia y triunfo de parte de los franceses: es decir, que cubriéndose de gloria, destruian su ejército. La dificultad de procurarse víveres en un pais ocupado por un gran rio y por una multitud innumerable de canales, en medio de una inmensidad de enemigos; los nuevos esfuerzos de estos, animados con la llegada del sultán Moadan; la infeccion de los cadáveres que cegaban los canales y se acinaban en varias partes de una á otra orilla, y las enfermedades pestilenciales que se originaron, redujeron en breve el ejército cristiano al estado mas deplorable. Vinieron á las negociaciones, cuya lentitud dió márgen á que el contagio arruinara el ejército; y por fin, tomaron la resolucion, tardía ya, de volver á Damieta.

En su marcha los cargaron los infieles el 5 de abril con todas sus fuerzas reunidas, las cuales no dejaron de esperimentar una gran resistencia, no obstante el pequeño número de franceses que estaban en estado de pelear. El rey que se hallaba enfermo, y tan débil que apenas podia dar las órdenes, permitió renovar la negociacion; pero la mala inteligencia de un heraldo hizo tomar su proposicion por una órden de bajar las

(1) Joinv. *passim*.

armas. Vióse en un momento cercado de bárbaros que se apoderaron de su persona y de sus dos hermanos los condes de Poitiers y de Anjou. El legado se salvó por el Nilo en Damieta, á donde llevó estas tristes nuevas á la reina. El rey fué conducido y encerrado en Massoura, donde sin embargo el sultán que supo el apuro á que se hallaba reducido por la fiebre y la disentería, le envió médicos que le curaron en cuatro dias. Por su parte los sarracenos le llevaron como un presente el mas agradable, su breviario y su misal, que cogieron con el resto del botin. Durante su detencion no dejó de rezar el oficio cada dia á las horas ordinarias, y de satisfacer á todos los deberes de la Religion en presencia de los infieles, á quienes confundia con su piedad. No se cansaban de admirar sus virtudes, su grandeza de alma, su paciencia en sufrir las incomodidades de una prision rigorosa, que duró un mes entero, y su igualdad de ánimo, no menos que su firmeza en rechazar las proposiciones que no juzgaba razonables. «Nosotros, le decian, te tenemos cautivo, y tú nos tratas como si nos hallásemos en tus cadenas.» Los emires mirándose unos á otros decian que era el cristiano mas orgulloso de cuantos jamás habian visto.

Habiéndole hecho pedir el sultan con amenazas la entrega, no solo de Damieta, sino tambien de todas las plazas que aún tenian los cristianos en Palestina, consintió por lo tocante á Damieta, respecto á que no estaba en disposicion de defenderse: mas en cuanto á las plazas de la Tierra Santa, respondió que no le pertenecian, y que este artículo no tenia relacion alguna con él. Le amenazaron con los bernículos; esto es, con magullarle todos los huesos entre dos tablas; pero replicó con serenidad que él era su prisionero y que podian hacer de su persona lo que gustasen. Viéndole inaccesible al temor, le hizo pedir el sultan, tanto por razon de su rescate como por los gastos de la guerra, la restitucion de Damieta, y además un millon de besantes de oro, equivalente entonces á la suma de quinientas mil libras moneda de Francia, y que valdrian en el dia mas de siete millones. «Concedo gustoso, respondió, las quinientas mil libras por mis vasallos; pero es cosa indigna de mi persona ser puesto en libertad á precio de dinero; daré por ella la ciudad de Damieta.» A esta respuesta esclamó el sultan lleno de admiracion: «Por mi ley, el francés es tan grande en las cadenas como con las armas en la mano. Le perdono cien mil libras; no pagará mas que cuatrocientas mil.» El tratado fué concluido bajo de estas condiciones, y con obligacion ademas de entregar los prisioneros hechos en Egipto desde la llegada de los franceses, y en el reino de Jerusalen desde la tregua con el emperador Federico. Pero el sultan debia igualmente dar libertad á todos los cristianos cogidos desde esta época con Luis y todos los fieles hechos prisioneros desde su llegada á Egipto. Se les conservaban además todos los muebles que habian dejado en Damieta y se daba seguridad y libertad asi á los enfermos como á los que quedasen para sus negocios. Por lo demás, los cristianos de Palestina conservaban todas las posesiones que tenian antes de la llegada de Luis.

El sultan marchó luego á Damieta para tomar posesion de esta ciudad; pero en el camino fué asesinado por sus emires descontentos de que no hubiese tomado sus consejos para este tratado. En él acabó la estirpe del gran Saladino que venia reinando por espacio de ochenta y dos años. Entonces comenzó la dinastía de los mamelucos, esclavos turcos comprados á los tártaros y colocados en los empleos militares por los sultanes, que se figuraban que estos hombres sin antepasados y sin patria serian úni-

camente adictos á su soberano. El general Bondochar estaba á su frente; mas Azeddin fué el primero de sus sultanes. Es imponderable lo que el santo rey tuvo que sufrir de su brutalidad, y mil veces se vió en peligro de ser su víctima. Uno de los emires, humeando todavia sus manos y espada con la sangre de su soberano, le habló y le dijo: «¿qué me darás por haber muerto á tu enemigo que te habria hecho morir si hubiese vivido?» Luis volvió la cabeza con indignacion sin responderle palabra. Este furioso, levantando la espada, y pronto á descargar el golpe, le dijo: «hazme caballero; si no, te mato.» El rey respondió sin inmutarse, que jamás haria caballero á un infiel. Esta firmeza de alma desarmó á toda aquella gente desalmada; bajaron los ojos y la cabeza, y con los brazos cruzados encima del pecho, saludaron al rey á su modo, y le dijeron con respeto: «nada temais, señor, estais seguro (1).» Llegaron hasta tratar de hacerle sultan, y habria tenido efecto la resolucion, á no haberse opuesto á ella los mas políticos de entre ellos, porque pensaron que todo debia temerse contra su religion de un príncipe tan piadoso como Luis. Se suscitó sin embargo un debate muy vivo sobre la forma de juramento que habia de emplearse en la confirmacion del tratado. Aquellos infieles, despues de haber hecho contra sí mismos sus imprecaciones ordinarias en caso de que contraviniesen á él, exigian que el santo rey jurase en los mismos términos tan poco conformes á la verdadera Religion. «¡No permita Dios, esclamó, que palabras tan execrables salgan jamás de mi boca!» A las amenazas mas terribles que pudieron hacerle, no respondió otra cosa, sino que harian de su cuerpo lo que les pareciese, pero que nada podrian sobre su alma que pertenecia á Dios. Joinville, no obstante, añade, que ignora si el juramento se hizo segun lo exigian los emires. Los prelados mas ilustrados habian asegurado al rey, que teniendo intencion de cumplir sus promesas, podia sin escrúpulo enunciarlas en los términos que deseaban. Cuando se trató de entregar á los infieles el dinero que se les habia prometido, se equivocaron en diez mil libras. Algunos señores participaron al rey este error como una cosa digna de aplaudirse, ó á lo menos como un objeto de burla; pero él la tomó de un modo bien diferente, y quiso que se les llevase aquella cantidad.

No fueron ni con mucho tan fieles á sus propios empeños los sarracenos. En Damieta degollaron á todos los enfermos cristianos y quemaron ó robaron todos sus efectos; tan solo devolvieron cuatrocientos prisioneros de mas de doce mil que habia; se esforzaron con el puñal en la mano por hacer apóstatas á muchos, y martirizaron á una multitud. La mala fé de estos infieles fué causa de que no volviese Luis á Francia tan pronto como habia resuelto: á fin de redimir á lo menos á los cautivos que pudiera y de preservar las cosas de Tierra Santa de una completa ruina, se contentó con enviar sus dos hermanos para consuelo de la reina madre y del reino, y se dirigió á Ptolemaida. Enviáronle entonces los musulmanes de Egipto nuevas tropas de prisioneros, pero aun fué mucho mayor el número de los que rescató con su propio bolsillo, y hasta seiscientos ó setecientos de una vez (1). No gozó de reposo en tanto que no logró sacar de Egipto todos los cautivos hechos en el espacio de veinte años. En Palestina reparó á sus espensas y puso en estado de defensa todas las plazas que restaban á los cristianos en esta provincia; y eran Ptolemaida,

(1) Joinv. Ducang. *pag.* 73.

(1) Joinv. *p.* 88; Duc. *pag.* 404.

el castillo de Hiffe, Cesaréa, Joppe y Sidon. Mas antes que esta última ciudad se hallara á cubierto de los insultos, los sarracenos vecinos acometieron á los fieles y mataron cerca de tres mil, quienes permanecieron tres ó cuatro dias sin sepultura. Acudió allá el santo monarca para honrarlos como á mártires, y mostró muchas veces envidiar su suerte. Trabajó por sí mismo en reunir estos cuerpos y meterlos dentro de unos sacos para trasportarlos, haciendo él todo esto en ayunas en testimonio del respeto que les profesaba. Durante el espacio de cinco dias que fué preciso emplear en un trabajo tan fatigoso, no dió la menor señal de disgusto; parecia insensible al hedor que los mozos y aun los pobres, atraidos á fuerza de dinero, soportaban con estrema repugnancia (1).

En Ptolemaida recibió embajadores del príncipe de los bathenienses ó asesinos establecidos en las montañas de los confines de Persia y llamado vulgarmente el Viejo de la Montaña. Apenas hubo llegado á sus oidos en el año 1236 que el santo rey se habia cruzado, cuando este déspota absoluto, terror de todas las testas coronadas, á quienes hacia temblar en sus propios tronos, envió á Francia dos de sus ciegos emisarios á fin de coserle á puñaladas en medio de su córte (2). Pero muy luego, mejor informado de las recursos del reino y de las grandes cualidades del monarca, despachó dos nuevos esclavos para advertirle se precaviera de los primeros (3). Los que llegaron á Ptolemaida, principiaron preguntando con altivez á Luis, si conocia á su soberano. «Tengo alguna especie, dijo con aire de indiferencia, de haber oido hablar de él.» —«No sabemos por qué, replicaron, no le habeis enviado todavia presentes, á ejemplo del emperador de Alemania y de todos los soberanos, cuya vida está en su mano, y él os advierte que no lo dilateis por mas tiempo.» El rey volvió la espalda á estos ministros desvergonzados, y les mandó decir, que á no ser por los respetos que exigia su carácter de embajadores, serian arrojados al mar; que procuraran retirarse cuanto antes, pero que dentro de quince dias volviesen ellos mismos á dar satisfaccion en nombre de su amo (1). Esta magnanimidad sin ejemplo desconcertó toda la audacia del Viejo de la Montaña. Antes de concluirse los quince dias, se vió comparecer á sus diputados en ademán de suplicantes y cargados de regalos que él mismo enviaba, entre otros, de una camisa y de un anillo de oro, en señal de la estrecha union que deseaba contraer con el rey. Entonces volvió á enviarlos con los dones que el rey hizo á su señor, los cuales consistian en túnicas de escarlata y en vajillas de plata. Luis, no respirando en todas las cosas mas que el bien de la Religion, quiso ganar á este mahometano formidable, al cual diputó un religioso llamado Ivo el Breton, para dárse-la á conocer; mas los ojos de este viejo malvado rehusaron abrirse á una luz tan pura. Poco tiempo despues fué destruida por el Gran Kan-Mangou esta detestable guarida de asesinos.

Desde Cesarea, que estaba fortificando, escribió San Luis á la reina su madre, á sus hermanos y súbditos, pidiéndoles un socorro, no solo de hombres y dinero, sino tambien de víveres y provisiones: tan destruida habian dejado aquella desgraciada provincia las contínuas desolaciones de la Palestina. Al recibir estas cartas, reunió Blanca toda la nobleza del reino, que se

(1) Joinv. *p.* 108.
(2) *Id. pag.* 85; Duch. *tom.* 5, *pag.* 332; Nang. *Chron. ann.* 1236.
(3) Laches. *lib.* 4, *núm.* 20.

(1) Joinv. *p.* 87.

quejó amargamente de la guerra que el Papa, decian, sin consideracion á los intereses de los cristianos de Levante, suscitaba nuevamente en el seno de la cristiandad. Habia muerto el emperador Federico el 13 de diciembre de 1250 en la Pulla, en donde el desórden de sus asuntos le habia obligado á refugiarse. Cargó á los pueblos de aquella provincia con la imposicion mas exhorbitante que jamás se habia visto, y mandó pagarla en un tiempo fijo y muy reducido, bajo pena de galeras. A pesar de estas ya últimas acciones tan poco convenientes á un emperador cristiano, no dejó de dar muestras de penitencia. Murió despues de haberse confesado y sido absuelto de sus pecados por el arzobispo de Palermo, y reconciliado de corazon con sus enemigos, disponiendo en su testamento se distribuyesen grandes sumas en limosnas y dejando á la equidad de la Iglesia el cuidado de indemnizarse de las pérdidas é injusticias que la habia causado. Otros, por el contrario, han pretendido que dejándose llevar de las mas violentas resoluciones contra sus súbditos de Italia que le abandonaban, habia llamado allí á los sarracenos para que ejecutasen el proyecto que tenia de saquearla; que hallándose en esta disposicion cayó enfermo en Fiorenzuela, pequeña ciudad de la Pulla; y por último, que se le halló muerto en su cama, donde habia sido ahogado bajo una almohada, ó envenenado por Mainfredo, uno de sus hijos naturales (1).

El Papa, luego que supo la muerte de este formidable adversario, no tardó en volver á Italia, despues de haber reiterado la excomunion contra la memoria de Federico y contra su hijo Conrado, que sin la aprobacion de la Santa Sede se atribuia tanto el imperio como el reino de Sicilia. Con todo, por órden espresa del Pontífice se predicó hasta en Francia la cruzada contra Conrado, con una indulgencia mayor que para Tierra Santa; pues dice Mateo Paris (1) se estendia al padre y á la madre del cruzado. La reina Blanca, que habia tenido la generosidad de ofrecer á Inocencio, cuando estaba para volver á entrar en Italia, cuanto dependiera de ella y de su reino, se dió por ofendida de esta multiplicacion de cruzadas, cuyo inevitable resultado era debilitar aquella en que el rey su hijo se sacrificaba por la fé. La regenta y los señores tomaron el partido de apoderarse de las posesiones de los nuevos cruzados, y así desbarataron la empresa, al ménos si hemos de estar al testimonio muy sospechoso de Paris.

Tal mezcla de armamentos y de piedad produjo sucesos mucho mas peligrosos. Un viejo apóstata del órden del Cister, llamado Jacobo, alma, segun se dice, de aquella cruzada de jóvenes alemanes y húngaros que se habia formado cuarenta años antes, se metió á profeta á causa del cautiverio de San Luis (2). Decia que los ángeles y la Madre de Dios le habian mandado predicar la cruzada, pero solo á la gente sencilla y en particular á los pastores, de donde los que le seguian tomaron el nombre de pastorales. Tenia una mano siempre cerrada, en la cual suponia que guardaba la órden por escrito que le habia dado la Santísima Vírgen. A la gente simple del campo que dejaron sus arados y sus rebaños para seguirle, se reunieron muy pronto desterrados, excomulgados, salteadores y ladrones; por fin todos aquellos, llamados segun el estilo del tiempo, bribones. Todos juntos formaron una multitud de cien mil hombres armados, unos de espadas y puñales, otros de hachas y garrotes, y en fin, de todo cuan-

(1) *Hist. de l'Egl. gall. l.* 325.

(1) Matt. Par. *pag.* 713.
(2) *Id. pag.* 710; Nang. *Chron. tom.* 6, *Spicil. pag.* 538.

to la precipitacion y el entusiasmo podian convertir en instrumento de muerte. Jacobo y aquellos subalternos suyos que despues de él se hacian llamar maestros, se echaron á predicar, aunque legos, y anunciaban muchas estravagancias, con frecuencia contrarias á la fé. Mas cercados de los mas bien armados de sus parciales, estaban dispuestos á quitar la vida á cualquiera que osase contradecirles. Pretendian ellos perdonar los pecados y hacian los matrimonios á su antojo. Declamaban contra los eclesiásticos y los religiosos, sin perdonar á los frailes predicadores ni á los menores, que entonces eran los mas venerados. Calificaban á los obispos y á sus oficiales de gentes insaciables de oro y sumergidos en el regalo. Respecto á la Santa Sede, no se libraba de sus odiosas invectivas (1251).

De los Paises Bajos donde habian principiado á reunirse entraron en Francia, y engañada la regenta al principio por su fingida sencillez y con la esperanza de procurar un socorro al rey su hijo, no les opuso el menor obstáculo. Supieron ellos servirse de esta ocasion, pretendiendo justificar su conducta con la ninguna oposicion que habian esperimentado en Paris, donde, decian, reinaba la sabiduría. Esta falsa integridad recibió un solemne mentís con su licencia desenfrenada en ejercer el pillaje y toda suerte de violencias. Predicando Jacobo en Orleans sus estravagancias ordinarias, se le acercó un escolar y le dijo: «tú has mentido á los incautos, infeliz seductor herege.» Apenas hubo pronunciado tales palabras, cuando uno de los pastorales le abrió la cabeza con una hacha. Dirigiéronse al punto con furor contra los eclesiásticos, rompieron las puertas y ventanas de sus casas, y asesinaron ó arrojaron al Loira hasta veinticinco.

Al saber la reina esta noticia, confesando con modestia que habia sido sorprendida, los hizo denunciar por excomulgados, y dió sus órdenes para perseguirlos militarmente. Cerca de Bourges los alcanzó el pueblo de esta ciudad, y hallándose Jacobo predicando con su insolencia de costumbre, un matarife le quitó la vida de un hachazo que descargó sobre su cabeza. La multitud confusa é indisciplinada que le seguia se disipó bien pronto, y por todas partes los acosaban y golpeaban como á animales dañinos. Algunos de ellos que lograron escaparse, pasaron á la Gran Bretaña, donde aborrecidos de todo el mundo se sublevaron contra el que los conducia y le hicieron pedazos. Muchos tomaron luego la cruz sériamente, guiados de un espíritu de penitencia, y caminaron á Palestina al servicio de San Luis. Asi acabó esta secta de entusiastas, mirada por los sábios de aquel tiempo como la mas peligrosa de cuantas habian aparecido despues de Mahoma. Su ruina fué una de las últimas acciones de la reina Blanca, la cual murió en Paris al año siguiente (1252). Antes de espirar hizo llamar á la abadesa de Maubuison, monasterio del órden cisterciense que ella habia fundado en Pontoise (1242), recibió el hábito é hizo profesion en sus manos. Despues de su muerte fué trasladada á aquella abadía donde habia elegido su sepultura.

En el propio año San Pedro de Verona murió mártir, como él lo deseaba, y á lo que se preparaba hacia ya mucho tiempo. Nació de padres hereges en la ciudad cuyo nombre tiene el S nto: mas guiado por la gracia del Señor que le habia marcado con el sello de los escogidos, desde la primera infancia, bebió en las escuelas una fé pura y firme, de la cual nunca pudieron separarle las instancias de sus deudos. Con igual fidelidad resistió á las tentaciones impuras que tuvo que combatir en los años siguientes. Pero para guardar eternamente un tesoro tan precioso, como frágil es el vaso en que le llevamos, entró á la edad de quince

ó diez y seis años en la órden de frailes predicadores que Santo Domingo aun gobernaba. Hízose célebre en ella por el ministerio de la palabra, principalmente en Lombardía, infestada de contínuo con la heregía de los nuevos maniqueos. Su celo y su capacidad hicieron se le confiase el cargo de inquisidor en Milan. Obró infinitas conversiones, y se adquirió no menos enemigos, pues los hereges obstinados ardian en furor al ver debilitarse cada dia su partido; pero cuanto mas inminente era el peligro que amenazaba á su vida, tanto mas se enardecian sus deseos de ser mártir. Cuando celebraba el Santo Sacrificio, su oracion ordinaria á la elevacion de la Hostia pura, era pedir á Dios morir por la fé. En fin, conoció que habia sido oida.

El Domingo de Ramos, 24 de marzo, predicando en Milan á un auditorio inmenso, compuesto de ocho á diez mil personas, dijo con voz muy elevada, que sabia de seguro que su muerte estaba resuelta por una cuadrilla de conjurados. Acabado el sermon no dejó de volver pacíficamente á Como, donde se hallaba entonces de prior, y llegó á aquella ciudad sin la menor novedad. Pero habiendo vuelto á salir el sábado despues de Pascua, 6 de abril, le alcanzaron en un bosque dos malvados asalariados, que le mataron á puñaladas y á golpes con una podadera, sin que hiciese el mas leve movimiento para evitar los golpes. Encomendóse pacíficamente á Dios, é hizo con la boca y con el corazon la profesion de aquella fé por la cual daba su vida. Su cuerpo fué conducido á Milan, y enterrado con grandes honores en la iglesia de su órden (1252). En el año siguiente, despues de las informaciones oportunas acerca de los milagros que habia obrado en vida y despues de su muerte, estando el Papa en Perusa, á presencia de una numerosa multitud de eclesiásticos y seculares, le puso solemnemente en el número de los Santos. Uno de los mas famosos entre sus milagros fué la conversion de uno de sus asesinos llamado Marin, el cual entró en la órden de su santo bienhechor en calidad de fraile converso y acabó en ella santamente sus dias.

En el año 1253 la Iglesia militante suministró tambien dos ilustres ciudadanos á la celestial Sion. Santa Clara, despues de una enfermedad de estenuacion que la duró veinte y ocho años, recibió en fin la recompensa de su pureza evangélica, de su fidelidad en observar y procurar la observancia de la regla de su santo padre Francisco, particularmente en lo respectivo á la pobreza perfecta; y en fin, de los tormentos voluntarios que su austeridad no cesó de añadir á los de sus enfermedades (1). Traia bajo de su hábito grosero un cilicio de clines de caballo ó de cerdas de puerco; dormia en el duro suelo ó sobre un haz de sarmientos, teniendo un leño por cabecera. Sus ayunos igualaban á sus demas mortificaciones. Su oracion era contínua y tan poderosa para con Dios, que producia algunas veces en los ánimos unos efectos mucho mas prodigiosos que la mudanza de las leyes esteriores de la naturaleza. Habiendo acometido á la ciudad de Asís las tropas del emperador Federico, compuestas en parte de sarracenos, y escalando ya los mahometanos los muros de las religiosas, la santa abadesa, moribunda como se hallaba, se hizo llevar con la Santa Eucaristía á la puerta del monasterio. Postróse allí, y dijo con lágrimas: «¿sufrireis, Señor, que estas vírgenes, que solo respiran vuestro amor santo, sean abandonadas á los infieles impuros?» Dichas estas palabras, los sarracenos, como si los hiriera un rayo, se precipitaron de los muros á donde ya ha-

(1) Sur. *ad 12 Aug.*

bian subido, y todos se pusieron en fuga. Al otro dia de San Lorenzo, 11 de agosto, espiró, despues de haber recibido la visita y bendicion pontifical del Papa Inocencio.

San Ricardo, obispo de Chichester, murió en Douvres en el ejercicio de todas las funciones apostólicas (1). Sin limitarse á la predicacion de la cruzada, cuya comision habia recibido del Papa, exhortaba á los pecadores á penitencia, confesaba, confirmaba, administraba los santos órdenes, hasta que el trabajo y la enfermedad le rendian enteramente. Fué vivamente perseguido por el rey que le impidió por mucho tiempo posesionarse de su Silla, á causa de su antigua adhesion á San Edmundo, arzobispo de Cantorbery. Se vió reducido á no poder subsistir sino por la caridad de aquellos que tenian la bondad de alojarle y darle algun alimento. No dejaba sin embargo de hacer sus visitas, y cumplir con todas las funciones episcopales y sacerdotales, no solo con firmeza sino tambien con alegría. Viendo un dia á sus canónigos muy afligidos por su suerte, «¿echais en olvido, les dijo con semblante risueño, que los Apóstoles se complacian en sufrir ultrajes por el nombre de Jesucristo?» Tan grandes penitencias practicaba que sus amigos se vieron con frecuencia obligados á hacerle una especie de violencia para que las moderase. A pesar de lo que habia padecido su iglesia y su fortuna, hacia limosnas prodigiosas; y como su hermano, á quien habia encargado del cuidado de sus rentas, le reprendiese sobre esto, contestó: «¿es justo que nosotros comamos espléndidamente en vagilla de oro ó plata, en tanto que Jesucristo padece hambre en sus pobres?» Luego añadiendo á la caridad el mérito mucho mas raro de la modestia y acordándose de la medianía de su nacimiento; «que me hagan comer en tierra, prosiguió, á ejemplo de mi padre; y si es menester que se venda hasta mi caballo.»

Por último, llegó á Palestina la noticia de la muerte de la reina Blanca. El legado á quien fué dirigida se encaminó á encontrar al rey con su guarda-sellos y su confesor, y le dijo que tenia cierta cosa secreta que comunicarle á presencia de aquellos dos hombres de confianza. Mandólos el rey pasar desde su cuarto á la capilla de palacio, y oyó de boca del legado lo siguiente: «Príncipe, dad gracias á Dios por los beneficios de que os ha llenado su mano liberal desde vuestra infancia, y en especial de haberos dado una madre que os ha educado tan santamente y que ha gobernado con tanta sabiduría vuestro reino (1).» Las lágrimas y suspiros del prelado, antes que sus entrecortadas palabras, anunciaron lo demás. El rey lanzó un gran grito, y derramando luego copiosas lágrimas se puso de rodillas delante del altar, y con las manos juntas dijo: «Señor, os doy gracias por haberme dado temporalmente una madre tan buena: veo que fué un empréstito el que me hicisteis, y le habeis recogido cuando ha sido de vuestro agrado. Yo la amaba mas que á ninguna criatura mortal, y ella era muy digna de mi amor. Mas dado que así lo quereis, sea vuestro nombre bendito por siempre.» Detuvo á su confesor y rezó con él todo el oficio de difuntos, sin que el dolor le hiciese cometer la mas leve falta de pronunciacion. Estuvo luego retirado en su cuarto por espacio de dos dias sin hablar á nadie. Mandó celebrar los oficios y una infinidad de misas; oyó una cada dia particularmente por la intencion de la difunta, todo el tiempo que permaneció en Palestina, y envió á las iglesias de Francia tanta multitud de piedras preciosas, que segun los

(1) Boll. *tom.* 9, *pag.* 280.

(1) Duchesne, *pag.* 457.

historiadores de aquel tiempo (1) no las podria llevar una mula; todo con el fin de que rogasen por ella y por él.

Todavía permaneció en Tierra Santa cerca de un año para concluir todo el bien que habia principiado en el pais, despues de lo cual los riesgos que corria su reino, amenazado tanto de la Inglaterra como de la Alemania, le hicieron abrazar el partido de volver á él cuanto antes. Entre las buenas obras que hizo en Palestina, una de las mas admirables fué la conversion de una infinidad de sarracenos, á quienes persuadió él mismo y llevó consigo para afirmarse de su perseverancia. Tal es, á lo que dicen, el origen de esa multitud de familias que tienen en Francia el nombre de sarracenos. Estuvo el santo rey en el mar dos meses y medio, durante los cuales se mostró igualmente apóstol que monarca. Hacia predicar en la embarcacion tres veces á la semana; y cuando el mar no estaba muy agitado, habia una instruccion particular para los marineros. Quiso que todos se dispusieran con la confesion para este viaje, y les hizo al intento una exhortacion en que les dijo entre otras cosas: «El que se llegue á los Sacramentos no tema faltar al servicio de la embarcacion; yo mismo le sustituiré en caso necesario, ya sea para tirar un cable, ó para cualquiera otra maniobra (2).» Este tono tan afectuoso y popular fué tan eficaz, que algunos marineros, que no se habian confesado hacia muchos años, se volvieron á Dios con todas las señales de una conversion sincera. Aportaron á Provenza, pues el rey llevaba intento de ir á Santa Belma, donde creian, dice Joinville que le acompañaba, tener el cuerpo de Santa Magdalena. Santa Belma, es decir, Santa Gruta, en Provenzal, era antiguamente una ermita célebre. Llegado á París, se dirigió el domingo 13 de setiembre (1254) á dar á Dios acciones de gracias en la iglesia de San Dionisio; mas perseveró cruzado para hacer ver que no pretendia haber cumplido su voto en toda su estension.

No pudo llegar el santo rey mas á tiempo que en medio de las borrascas que amenazaban porfiadamente al reino. El rey Conrado, que solo sobrevivió cuatro años al emperador Federico su padre, habia muerto en lo mejor de sus dias el 21 de mayo de este año de 1254; pero su hermano Manfredo, tan resuelto como él y mucho mas diestro, estaba al frente de los negocios en calidad de tutor del jóven Conradino su sobrino, hijo y heredero de Conrado. Viendo las disposiciones de los pueblos para someterse al Papa, tomó el partido de someterse tambien él; recibióle Inocencio en su gracia y le confirmó la concesion que Federico le habia hecho del principado de Tarento y de los condados de Gravina y de Tricarica, y aun le hizo su vicario ó lugarteniente en una gran parte del reino. Pero habiendo sido muerto por las gentes de Manfredo un señor que se habia unido al Papa, y atribuyéndose á Manfredo haber mandado cometer este homicidio, fuese Manfredo á unirse con los sarracenos de Nocera y formó un numeroso ejército con el que renovó la guerra, y al principio con ventajas. Mientras esto sucedia, falleció el Papa en Nápoles, donde habia sido llamado por la nobleza, el dia 7 de diciembre, despues de once años y medio de un pontificado agitado sin interrupcion. Inocencio IV amaba y protegia las letras; además de los escritos que compuso en defensa de la Iglesia contra la persecucion de Federico, hay de él algunos comentarios sobre el libro quinto de las Decretales; estaba versado en la jurisprudencia y se le llamaba el *Padre del Derecho*. En 12 de diciembre fué elegido para sucederle

(1) Joinv. *pag.* 110.
(2) Gaufr. *cap.* 23.

Rainaldo, cardenal obispo de Ostia, que tomó el nombre de Alejandro IV. Era piadoso, de costumbres irreprensibles y aun austeras.

Al año siguiente, 1255, á pesar de los obstáculos que le dejaba su predecesor, llevó las atenciones de su celo hasta los bárbaros del Norte, que estaban mas obstinadamente adheridos al paganismo. Hacia ya algunos años que Mindof, príncipe de Lithuania, habia abrazado la Religion cristiana con una buena parte de sus súbditos; los caballeros de Prusia le aconsejaron tomase el título de rey, y que al efecto se dirigiese al Papa y se pusiera bajo su proteccion. Inocencio, al aceptar la oferta que voluntariamente le hacia Mindof, erigió en reino su principado y le proveyó de un obispo (1). Con todo, desde el principio del pontificado de Alejandro, el nuevo rey, falto de perseverancia, volvió sus armas contra los cristianos de Polonia, entregó á las llamas la ciudad de Lublin, y se llevó una multitud de esclavos. Sus sucesores, imitando su ejemplo, permanecieron todavia paganos por espacio de mas de un siglo. Por el contrario, el cristianismo hizo sólidos progresos en la Livonia, y hé ahí la razon por qué, habiendo venido á vacar la silla de Riga, el arzobispo de esta provincia, que hasta entonces no habia tenido Silla fija, eligió esta iglesia para metrópoli, y el Papa Alejandro confirmó la eleccion por su bula de 20 de febrero de 1255 (2). Riga fué desde entonces metrópoli, no solo de Livonia, sino tambien de la Estonia y de la Prusia.

Entretanto los prusianos, pueblo de los mas adictos entre los septentrionales á las supersticiones y latrocinios, tenian aún algunos gefes y tropas idólatras que tenian á los fieles en contínua alarma. Ottocaro, elevado poco despues al trono de Bohemia, Otton, marqués de Brandebourgo su sobrino y mariscal, el duque de Austria, el marqués de Moravia, el arzobispo de Colonia y el obispo de Olmutz, marcharon en su ausilio con una multitud formidable de cruzados, que ascendia á sesenta mil combatientes (1). Despues de haber quemado y saqueado las tierras de los infieles, les dieron batalla, los derrotaron é hicieron una infinidad de prisioneros. Concedieron la vida á los que quisieron hacerse cristianos, y pasaron á cuchillo todos los demas. Reducidos los dos gefes principales de los idólatras al último estremo en un pueblo falto de provisiones, confesaron que hacian vanos esfuerzos contra el cielo y se rindieron á discrecion. Al instante fueron bautizados por el obispo de Olmutz, y tuvieron por padrinos el uno al rey de Bohemia, y el otro al marqués de Brandebourgo, que los colmaron de muestras de benevolencia y los honraron con el título de amigos. Movidos por este ejemplo los paganos de toda la Prusia, se dieron prisa á recibir el bautismo; pero á fin de poner freno á su inconstancia, el rey Ottocaro, despues de haber estendido su conquista hasta el mar Báltico, hizo construir en una montaña una ciudad muy fuerte, que tomó de allí su nombre de Koenigsberg, esto es, Monte Real.

El Papa Alejandro por otra parte se aplicaba á hacer florecer entre los antiguos fieles toda la perfeccion del Evangelio. Escribió á San Luis, cuya admirable piedad causaba honda y grata impresion en este soberano Pontífice, escitándole á adelantarse mas rápidamente cada dia hácia el reino de Dios. Le dice, que aunque el reino de Francia sea superior á todos los otros, es con todo menos distinguido por su propio

(1) Rain. *ann.* 1251.
(2) *Lib.* 1, *ep.* 294, *ap. Rain.*

(1) *Chron. Prus. lib.* 1, *p.* 173; Dubrav. *lib.* 17, *pag.* 137.

esplendor que por la virtud de un rey que, aunque en un todo aplicado al gobierno de sus Estados, mira como su principal negocio el del reino de Jesucristo. Al propio tiempo le concede que ni él ni los reyes sus sucesores puedan ser excomulgados ó entredichos, sin órden especial de la Sede apostólica (1).

Luis en efecto, desde su regreso de Tierra Santa, mostró muy á las claras que habia ido allá con disposiciones poco comunes entre los demas cruzados. Observóse en él un aumento visible de celo, de caridad, de bondad, de modestia y aun de equidad, á pesar de que se habia manifestado hasta entonces muy fiel á los deberes de esta virtud, que debe ser la primera de los monarcas. Noticioso en sus viages de que un soberano musulman habia buscado con desvelo y reunido á grandes espensas todos los escritos que podian servir á su religion, le causó rubor que los infieles se manifestasen mas celosos por el error que los cristianos por las verdades eternas. Tal fué la razon que le movió á formar, cerca de su capilla de París, una biblioteca de todos los buenos libros que pudo descubrir en los diversos monasterios, donde estos tesoros preciosos se hallaban ocultos. Sin embargo, no permitió que nadie los sacase ni aun pagando, sí solo que los copiasen y que multiplicaran los frutos con los ejemplares. Hizo partícipes de estas copias á los frailes menores y á los predicadores, á los que estimaba en particular, y á la abadía de Royaumont, que habia fundado para ciento y catorce monges del órden del Cister.

La escuela de Religion mas famosa del mundo cristiano debióle tambien su perfeccionamiento. En el año de 1250, Roberto de Sorbon (2), llamado así del lugar de su nacimiento en la diócesis de Sens, comenzó la fundacion de su colegio para los pobres cursantes de teología; y la reina Blanca, entonces regenta, le dió una casa en París cerca del castillo de las Termas; esto es, de los baños, resto del antiguo palacio de Juliano Apóstata. El rey añadió todas las casas que tenia en el mismo cuartel en cambio de algunas otras que Roberto por su parte cedió en la calle de la Bretonería, para establecer allí canónigos reglares de una congregacion de Flandes, intitulados de Santa Cruz. Movido por la gran fama de las virtudes de Roberto, antes canónigo de Cambray y despues de París, le llamó el rey cerca de su persona y muchas veces le hacia comer en su mesa.

La universidad de Salamanca, émula de la de París en materias de Religion, fué fundada algunos años despues, segun la bula de confirmacion del año 1255, en la cual se permite á todos los que en ella se graduaran de doctores, profesar en todas las universidades, esceptuando sin embargo las de París y Bolonia (1). Esta fué obra del rey de Castilla Alfonso X, por sobrenombre el Sábio, esto es, sábio, siguiendo el estilo de aquel tiempo. Habia sucedido en 30 de mayo de 1252 á su padre Fernando III, famoso por la conquista de Andalucía, y aun mas por todas las virtudes cristianas que han hecho fuese colocado solemnemente en el número de los Santos por Clemente X (2) (*a*).

Un establecimiento mas notable aun, de parte de San Luis, fué el de la Inquisicion, establecida á instancias suyas en toda la estension de sus Estados por el Papa Alejandro IV. Esta circunstancia prueba super-

(1) *Ap. Rain. num.* 42 *et* 45.
(2) Dubrevil. *Antiq. pag.* 677; Duboulay, *pag.* 242.

(1) Rain. *num.* 52.
(2) Boll. *tom.* 18, *pag.* 362.
(*a*) Acerca de los gloriosos hechos, heróicas virtudes y edificante muerte de San Fernando dimos ya abundantes noticias en la nota de la pág. 647. (*N. del E.*)

abundantemente que en ninguno de los reinos de la cristiandad ha sido establecida la Inquisicion sino con el consentimiento y aun algunas veces á instancia de los soberanos; hecho esencial y siempre callado por los declamadores que escriben contra este tribunal, los cuales afectan insinuar que esta jurisdiccion ha sido establecida por sola la autoridad de los Papas contra el derecho de los reyes, siendo asi que es cosa averiguada y fuera de toda duda que esa jurisdiccion jamás ejerció cargo alguno sino bajo la autoridad de los reyes (1). El Soberano Pontífice, á ruegos del santo rey, dió al provincial de los frailes predicadores de Francia, y al guardian de los frailes menores de París, el oficio de la Inquisicion en todo el reino (2). A pesar del respeto que la nacion profesa á la memoria de este santo rey, no ha podido subsistir en Francia esta institucion; pero asi fué, que no habiendo sido contenidas en ella á sus principios los primeros dogmatizadores, como lo fueron en España por la Inquisicion, se verá á la supuesta reforma engendrar en ella la guerra civil y causar innumerables desórdenes para daño del pueblo y del trono. Por manera que por haber retrocedido al principio ante la aplicacion de una medida estrema contra algunos individuos, se comprometió la salud de todo el Estado.

La moderacion de Luis con respecto al rey de Inglaterra, á pesar de lo gravosa que fué á los franceses, le valió vivos aplausos. Despues de una guerra de feliz éxito para la Francia, se ajustó entre las dos coronas un tratado de paz, por el que Enrique III renunciaba á sus pretensiones sobre la Normandía, el Maine, el Anjou, la Turena y el Poitou; y Luis le dejaba todo el ducado de Aquitania, pero con la condicion de tributarle vasallage de este Estado (1256). Los consejeros del santo rey manifestáronsele muy sorprendidos de que suscribiese á un desmembramiento de tanta consideracion que él y sus predecesores habian recuperado de los ingleses tan solo por culpa suya. «Me consta, respondió (1), que los reyes Juan y Enrique han perdido justamente las tierras que yo tengo y que no estoy obligado á esta restitucion. Hágola tan solo en bien de la paz para establecer una union durable entre dos casas augustas y unidas por otra parte tan estrechamente con los vínculos de la sangre. Notad, añadió, que el rey de Inglaterra me rendirá vasallage, cosa que aun no ha practicado.» Tal es la version del señor de Joinville, que conocia mejor estos asuntos y el temple sólido de la cabeza de Luis IX que el monge de San Dionisio, que le atribuye todas las puerilidades de un escrúpulo acerca de la confiscacion de la Normandía, hecha legalmente por Felipe Augusto.

Por el propio tiempo, Alejandro IV reunió cinco congregaciones de ermitaños en un solo cuerpo, el cual formó el órden de agustinos mendicantes (1256). A mas de los discípulos de San Guillermo de Malaval, muerto cien años antes, y sujetos como estos ermitaños á la regla de San Benito, se veian ya habia mucho tiempo otros muchos que hacian profesion de seguir la regla de San Agustin. La mas notable de estas congregaciones era la de Brictina de la Marca de Ancona, establecida en el pontificado de Gregorio IX por el Beato Juan Bono, convertido de un modo inesperado despues de practicar por mucho tiempo el oficio de truan. Desde luego estableció este Papa una forma de hábito fijo á los ermitaños que se confundian algunas veces con los frailes menores

(1) Bergier, *art.* INQUISICION.
(2) Rain. *ann.* 1255, *num.* 95.

(1) Joinv. *pag.* 14 *et* 119; Duch. *tom.* 5, *pag.* 369 *et* 370.

por la variacion de su vestido, y aminoraban la caridad de los fieles en favor de estos. Para poner aun mas uniformidad, el Papa Alejandro juntó todos estos solitarios indistintamente bajo la regla de San Agustin. Pero los guillermitas sintieron verse privados de la regla de San Benito, é hicieron su solicitud tan eficazmente, que el Papa Alejandro los volvió á poner como estaban antes bajo su general particular.

Los religiosos de San Francisco, aunque ya muy diversos de sus padres, y los de Santo Domingo, se distinguian aun entre las diferentes órdenes por su virtud y su capacidad. Los reyes y los pontífices se disputaban en cierto modo la gloria de protegerlos. Alejandro IV les concedió privilegios que escitaron la envidia de los doctores seculares, llenaron particularmente la universidad de Paris, por espacio de muchos años, de fermentacion y de cizaña, y causaron á los obispos, sobre la integridad de su jurisdiccion, algunos temores que han durado casi hasta nuestros dias. El rey San Luis profesaba tal afecto á estas dos órdenes, que decia frecuentemente, que si pudiera hacer dos partes de su persona, daria una á los frailes predicadores y otra á los menores (1). Formó la resolucion de entrar en una de ellas luego que tuviese un hijo en edad de poder reinar, y se lo manifestó á la reina, para preparar de antemano su consentimiento; pero esta juiciosa princesa manifestó razones tan sólidas para disuadirle de ello, que el rey, cuya piedad no tuvo nunca nada de temeraria ni de confiada en su propio parecer, se dejó persuadir de que no era aquello la voluntad de Dios.

Este aprecio y este favor de las personas mas distinguidas respecto de los religiosos mendicantes, acarrearon á estos mil quejas é injurias fundadas ó infundadas. De ellos decian que apetecian la mesa de los príncipes y de los prelados, ya por las buenas viandas, ó mejor para alimentar su orgullo con los humos de la vanagloria y satisfacer á su prurito de intrigar y de gobernar: que se inmiscuian en asuntos muy agenos de su estado, insinuándose en todos los consejos y en todas las empresas: que desde el soberano hasta el particular algo visible querian dominar sobre todos los ánimos, sobre todos los órdenes del poder, y que con este intento se hacian condescendientes, lisongeros, directores fáciles é ingeniosos en doblegar las leyes de la conciencia en favor de sus miras políticas. En una palabra, les cargaron de todas las acusaciones que tan á menudo se han renovado despues, y que jamás dejarán de repetirse contra los que vienen de nuevo, cuyo celo y talento hagan abrir los ojos sobre la degradacion de sus predecesores.

El que entre todos los acusadores se señaló mas en sus declamaciones é invectivas fué Guillermo de San-Amor, doctor de Paris (1). Los doctores del estado religioso no eran mirados con buenos ojos en aquella Universidad floreciente. Habia entonces en ella doce cátedras de teología, de las cuales tres estaban ocupadas por los canónigos de Paris y dos por los jacobinos ó sea dominicos. Pero á pesar de que de este modo no habia mas que dos profesores que fuesen propiamente del estado religioso, la Universidad temia la concurrencia. Pues bien: en la época de que venimos hablando, los profesores que la Universidad pretendia rechazar eran Santo Tomás de Aquino y Alberto Magno, ambos dominicanos y doctores de Paris. Entre los frailes Menores tenia tambien que luchar contra el célebre Alejandro de Halés y San Buenaventura su dis-

(1) G. *de Bello, l.* 12.

(1) Guill. S. Am. *pag.* 9, *etc.*

cípulo, que en aquel año (1256) habia sido elegido general de su órden. La negativa de la Universidad á promover á los grados los dos grandes Santos que acabamos de nombrar, puede dar una idea del espíritu que animaba al cuerpo de los doctores de Paris. Independientemente de esta hostilidad, fecunda en desavenencias que los Papas, sin embargo de la autoridad que entonces ejercian, apenas podian apaciguar, tambien se quejaban por otra parte muchos obispos de que los religiosos mendicantes, so pretesto de privilegios, trastornaban el órden gerárquito y violaban su jurisdiccion en el ejercicio de su ministerio. Mas San-Amor no se limitó á estas quejas. Exaltado por su bilis y por el impulso de sus compañeros, quienes en una carta escrita de mancomun á todos los prelados habian calificado á su escuela de fundamento de la Iglesia, vió en su querella á toda la Religion en peligro é intituló su declamacion: *Peligros de los últimos tiempos*. Pero no contento con presentar personalmente á sus adversarios como falsos apóstoles y seductores hipócritas, acometió directamente contra su estado de mendicidad, á pesar de estar aprobado por la Iglesia, la cuál (dice él con temeridad) debe revocar lo que ha instituido por error y contra la prohibicion de San Pablo (1).

Condenó el Papa este escrito como inicuo, criminal y escandaloso, le hizo quemar en su presencia, y bajo pena de excomunion mandó á todos aquellos que le tuviesen entregarle á las llamas dentro del término de ocho dias, y prohibió aprobarle ó sostenerle en manera alguna (2). Aumentó su benevolencia respecto de los religiosos mendicantes, en cuyo favor hizo mas de lo que habian hecho sus predecesores. Los príncipes, tomando parte en sus designios, les continuaron su confianza, y se los vió con placer cerca de sus personas augustas. No se ignoraba que el aire de la córte es contagioso para los ministros del Evangelio, tanto regulares como seculares; pero concediendo la Iglesia sus socorros asi á los príncipes como á sus súbditos, los ministros mas capaces de emplearse en ello con menos peligro, son aquellos que en su observancia y en su desprendimiento de las cosas terrenas hallan mas preservativos contra el contagio.

No poco contribuyó Santo Tomás de Aquino para dirigir la censura pontificia contra la temeridad del doctor parisiense. En Anagni pronunció, en presencia del Sumo Pontífice, en favor de los frailes mendicantes una larga apología, en la que, con la fuerza y precision que caracterizan todos sus escritos, contestó á las diferentes alegaciones de su injurioso agresor. Su sola persona, si es permitido esplicarse de este modo, era una apología muy espresiva del instituto que habia abrazado haciendo los mas heróicos sacrificios. Su familia, ilustre y poderosa desde el siglo décimo, poseia la ciudad y el condado de Aquino en la Campania (1). Para darle una educacion conveniente á su nacimiento y á las miras de fortuna que de él se concebian, le enviaron en sus primeros años á las escuelas mas famosas de Italia, primero al Monte-Casino, y despues á la Universidad de Nápoles, fundada poco tiempo antes por el emperador Federico. Pero eran muy diferentes los designios del cielo sobre este jóven, prevenido de los dones de la gracia igualmente que de los del ingenio. Dócil á las primeras inspiraciones de lo alto, apenas el jóven Tomás habia principiado á mostrar sus talentos para las ciencias, cuando en Nápoles mismo tomó

(1) Duboulay, *pag.* 56.
(2) *Id. p.* 312; G. Naug. *Chron.*

(1) Boll. *tom.* 6, *pag.* 657; Ech. *Summ. vind. pag.* 212.

el hábito en el convento de los frailes predicadores.

Con intento de huir de las persecuciones de sus parientes, que miraban como una grave ofensa esta humilde determinacion, le enviaron sus superiores primero á Roma, y luego á Paris. Pusiéronle espías sus hermanos, le sorprendieron en el camino, y le llevaron á un castillo perteneciente á su padre. Allí, durante un año que le tuvieron como preso, no omitieron ningun medio para arrancarle de una órden, cuya mendicidad miraban en su hermano como un desdoro para todos ellos. Rasgáronle el hábito; mas él guardó los pedazos, cubrióse con ellos de la mejor manera que pudo, y no quiso otro vestido. En su habitacion introdujeron una jóven licenciosa de una figura y de un humor á propósito para seducirle; pero apenas llegó á verla, cogió un tizon encendido y la obligó á huir. Inmediatamente con aquel mismo instrumento que habia servido de defensa á su castidad pintó una cruz en la pared, se postró y pidió con lágrimas la gracia de conservar por siempre íntegra esta pura y delicada virtud. Mostró en todo el curso de su vida que el Señor habia oido aquella súplica acompañada de circunstancias tan dignas de moverle. Tomás, durante su prision, inspiró el deseo de imitarle á una de sus hermanas, la cual abandonó como él todas las esperanzas del siglo y se hizo religiosa. En fin, su madre, viéndole inmutable en su propósito, permitió que le dejasen escapar como sin saberlo ella.

De nuevo emprendió el camino de Paris, de donde partió al punto á estudiar la teología en Colonia bajo la direccion de Alberto Magno, maestro digno de un discípulo que le dejó muy atrás, en especial respecto de la solidez y de la precision. Mas Alberto supo al menos discernir al ángel de las escuelas bajo la taciturnidad y las apariencias de rudeza. Formando los condiscípulos de Tomás un objeto de burla de su esterior poco ventajoso, y llamándole frecuentemente el buey mudo, Alberto acostumbraba decirles que dia vendria en que los doctos mugidos de aquel buey, serian oráculos para toda la Iglesia. Pasó luego Tomás á estudiar á Paris tambien con Alberto y despues con otro de sus compañeros llamado Brunet, y entonces principió como bachiller á esplicar el libro de las Sentencias. En 1254 debia obtener la licencia, para continuar sus lecciones en calidad de doctor; mas las cuestiones que se trabaron entre la Universidad y los religiosos mendicantes, retardaron su doctorado hasta el dia 23 de enero del año 1257. Esta fué la época de la publicacion de su Apogía en defensa de los frailes mendicantes, predicadores y menores, cuando él contaba unos treinta años de edad.

Sobre todo insistió acerca de la mendicidad religiosa y rechazó la obligacion que del trabajo de manos se queria imponer á todo religioso sin escepcion alguna (1). Observó que lo que dice San Pablo se dirige tanto á los seculares como á los religiosos, pues en tiempo de los Apóstoles no habia aun religiosos que se distinguiesen de los seculares. Respecto á la autoridad de San Agustin, de que se prevalia Guillermo de San Amor como de la de San Pablo, puso de manifiesto que el objeto de este santo doctor, en su Tratado del trabajo de manos, era combatir la ociosidad encubierta con la apariencia de abandono en manos de la Providencia; pero que esta especie de trabajos deben ceder á ocupaciones mas provechosas, cuales son evidentemente las funciones apostólicas; que los que las llenan en el dia, no estando inspirados como los Apóstoles, están obligados á instruirse con un con-

(1) S. Thom. tom. 17, opusc. 19.

tínuo estudio; y que, por consiguiente, aquellos cuyas almas dirigen en los caminos de la salvacion y para cuyo provecho estudian, deben ausiliarles en su manutencion, pues que el Señor ha ordenado que los que anuncian el Evangelio vivan del Evangelio. Así los religiosos mendicantes pueden pedir esta subsistencia, ó lo que viene á ser lo mismo, pueden ejercer la mendicidad segun las reglas de su estado, las cuales, limitándolos á lo simple necesario, los previenen contra la lisonja servil y las condescendencias criminales, perniciosos frutos de sola la codicia.

Entre los frailes menores ocupaba San Buenaventura el mismo lugar que Santo Tomás de Aquino entre los predicadores (1). Su vocacion, aunque de otro género que la de Santo Tomás, no es menos notable. Habiendo caido peligrosamente enfermo en la edad de cuatro años, su madre que residia en Bañoreal en Toscana, le encomendó á las oraciones de San Francisco, que aún vivia, y prometió, si curaba, ponerle bajo su direccion. Rogó el Santo por el niño, y viéndole inmediatamente sano, esclamó: ¡*O buena ventura*! nombre que le quedó despues, en lugar del de Juan que habia recibido en el bautismo. En 1243 Buenaventura, siendo de edad de veinte y dos años, cumplió el voto de su madre tomando el hábito de su bienhechor. Enviáronle á estudiar á Paris lo mismo que Santo Tomás, y no menos que él, tuvo tambien un maestro célebre en la persona de Alejandro de Halés, el cual poseido de la bondad natural de su discípulo y de la inocencia de sus costumbres, decia de él que parecia no haber participado del pecado de nuestro primer padre. Era Buenaventura doctor y enseñaba la teología en Paris cuando le eligieron general de su órden á la edad de treinta y cinco años. Además fué diputado por los frailes menores, como Tomás por los predicadores, para solicitar ante el Papa la condenacion del doctor de San-Amor. Igualmente escribió, primero diversos tratados y despues una grande Apología de los religiosos mendicantes contra el doctor Gerardo de Abbeville que habia abrazado el partido de su primer detractor (1).

Invectivas tan temerarias contra las órdenes mendicantes y tan bien refutadas, no menoscabaron en lo mas mínimo la veneracion con que los miraban los pueblos y los grandes. Nuevo lustre dieron al instituto de San Francisco y la mayor edificacion á todo el reino las virtudes de la venerable Isabel de Francia, hermana de San Luis. Habiendo resuelto desde su primera edad consagrarse á Dios, el matrimonio que le fué propuesto con el rey Conrado, hijo del emperador Federico, no sirvió de otra cosa que de inspirarla mayor alejamiento de las grandezas del siglo y mas interés por la vida angélica cuyo plan se habia delineado. El rey su hermano la aplaudió en ello y vivió desde entonces en la córte como en una comunidad religiosa. Guardaba el mayor silencio, dedicaba una gran parte del tiempo á la oracion; ayunaba frecuentemente, y en todo tiempo tomaba tan poco alimento que parecia vivir como de milagro. A la abstinencia reunia la penitencia y la mortificacion: purificaba mas y mas su conciencia con la confesion cotidiana; repartia todas sus rentas en limosnas, y servia á los pobres con sus propias manos. Deseando fundar una casa religiosa, escojió la órden de San Francisco, y estableció religiosas de Santa Clara en Longchamp, cerca de París (1260). Las constituciones que las prescribió fueron propuestas antes á los doctores de la órden, en especial á San

(1) Wading. *ann.* 1221; Sur. *ad 14 Jul.*

(1) *Opusc. tom.* 2.

Buenaventura. Encerróse la misma princesa en esta abadía, donde permaneció hasta la muerte; mas sin hacer profesion ni tomar el hábito. El Papa Leon X permitió en el siglo diez y seis honrarla en Longchamp como á bienaventurada (1).

Alejandro IV casi siempre fuera de Roma, donde no encontró mas seguridad que su predecesor Inocencio, murió al fin en Viterbo en 25 de mayo de 1261. Entre los varios reglamentos que se le atribuyen (2), es digno de atencion el que ordena á los inquisidores de la fé vender los bienes confiscados á los hereges, y reservar el precio para las necesidades de la Iglesia romana. Al mismo pontificado se refiere el principio de lo que se llama casos privilegiados. En un Concilio celebrado en Montpeller en 1258, se permitió al senescal de Beaucaire poner presos á los eclesiásticos cogidos in fraganti en delitos de rapto, de homicidio, de incendio y de otros crímenes semejantes, con cargo de remitir estos culpables al tribunal del obispo (3). Diez años despues vióse en un Concilio de Lóndres una especie de autorizacion para el deporte, ó derecho de vacante, y la annata: prohibióse en él á los prelados apropiarse las rentas de las iglesias vacantes, á menos de fundarse en privilegio ó costumbre (4).

Aunque el número de los cardenales quedó reducido á nueve, y uno de ellos estaba ausente cuando la muerte del Papa Alejandro, con todo, tuvieron tal dificultad en concordarse sobre la eleccion de un sucesor, que la Santa Sede estuvo tres meses vacante. Por último, el 29 de agosto eligieron, pero fuera de su cuerpo, á Santiago Pantaleon, patriarca de Jerusalen, que se hallaba en Viterbo y que tomó el nombre de Urbano IV. Era natural de Troyes en Champaña, hijo de un simple artesano; mas sus cualidades personales compensaban con ventaja la oscuridad de su cuna. Primero obtuvo el arcedianato de Lieja y despues el obispado de Verdun, y con notable integridad desempeñó muchas legacías en el Norte. Inmediatamente despues de su promocion escribió á los obispos dándoles parte de ella, como asimismo al rey San Luis, de quien habia nacido súbdito. Hallándose los cardenales reducidos á un corto número, pues no habia creado ninguno el Papa Alejandro, Urbano creó siete en el primer año de su pontificado, y otros siete en el mes de mayo siguiente (1).

Adoptó este Pontífice las miras de sus predecesores Alejandro é Inocencio, relativamente á Manfredo, quien á favor de la tutela de su sobrino Conradino, se habia hecho dueño absoluto de los reinos de Nápoles y Sicilia y se hizo por fin declarar rey en lugar del jóven príncipe. Comenzaba ya el Papa Urbano á proceder contra él, cuando otros asuntos mas urgentes llamaron su atencion hácia la Grecia. El imperio de Constantinopla, tan miserable en la realidad como imponente en la imaginacion de los latinos, fué reconquistado de estos con una facilidad muy capaz de desvanecer sus ilusiones (1261). Esta conquista fué obra de Miguel Paleologo, primer emperador de la última dinastía de los griegos en la nueva Roma. Por manera que la misma casa fué la que recuperó á Constantinopla de los latinos, y la que de ella fué luego despojada por los turcos en 1453.

Para hacer recobrar á los griegos la capital de su imperio, Miguel Paleologo pensó primero en usurpar el trono de Nicea,

(1) *Vie par Agn. pag.* 170.
(2) Rain. 1262, *num.* 31.
(3) *Tom.* 11 *Conc. pag.* 778.
(4) Thomass. *Disc. part.* 3, *lib.* 4, *cap.* 32.

(1) Rain. *ann.* 1261.

preparado al intento como una adraja (a), si nos es permitido espresarnos así. Habiendo encontrado medio de obtener, durante la infancia de Juan Láscaris, la regencia de este simulacro de imperio, que tuvo con todo bastante lustre á sus ojos para ser comprado á precio de la inhumanidad y de la perfidia, despojó de él á su pupilo despues de mandarle sacar los ojos; y siendo un obstáculo á su ambicion la multiplicidad de Estados formados de las ruinas del de Constantinopla cuando la invasion de los latinos, envió contra el déspota del Épiro tropas al mando del césar Alejo, con órden de dar de paso alguna alarma á Constantinopla aunque sin emprender cosa alguna séria contra ella. Destrozada como se hallaba la Grecia, habíanse formado en ella cuadrillas de salteadores bastante numerosas para cubrir los campos y molestar indistintamente á los latinos y á los griegos, aunque su inclinacion fué siempre á favor de estos últimos, como que eran compatriotas suyos. Habian partido de Constantinopla para una lejana espedicion las pocas tropas que tenian los franceses en el pais, y los latinos encerrados en la ciudad se veían reducidos al último apuro. Alejo se aconsejó de la coyuntura, y limitando su proyecto á lo que no era mas que lo accesorio de él, atacó tan bruscamente á Constantinopla, y fué tan bien ausiliado de los bandidos propensos á su fortuna, que se hizo dueño de ella la noche del 25 de julio de 1261, cincuenta y siete años despues de la invasion de los occidentales. El emperador Balduino, Justiniano, patriarca de los latinos, y otros muchos señores que no fueron presa del enemigo, se vieron reducidos á huir en unas barcas, y buscar su seguridad en algunas islas distantes y de allí en la tierra de sus padres. Miguel Paleologo, al saber este gran suceso, partió aceleradamente, estableció su habitacion en el gran palacio, y fijó en él, hasta la ruina de su imperio y de su casa, la residencia de esta potencia espirante.

El estado crítico en que la veía hízole recurrir sin cesar á los Papas, ya para obtener ausilios contra el poder otomano, que se hacia mas formidable cada dia, ya mas bien para conjurar la tempestad que las solicitaciones de Balduino y el despecho de todo el Occidente no podia menos de formar contra su propia grandeza. La Italia efectivamente y la parte mas considerable de Europa se hallaron pronto en la mayor fermentacion. Predicóse la cruzada contra los griegos; los legados del Papa se diseminaron por todas las cortes y se impusieron tributos sobre todos los bienes eclesiásticos. Pero la continuacion de estas imposiciones y los grandes y abrumadores reveses que no habian podido precaver, principiaban á resfriar el entusiasmo que hasta entonces animaba á emprender espediciones lejanas. Los prelados de Inglaterra digeron claramente (1) que no darian cosa alguna para un príncipe estrangero, en tanto que ellos apenas podian socorrer las necesidades de la patria en medio de los disturbios y disensiones que la asolaban. Los franceses hicieron una distincion entre los socorros de Tierra Santa contra los infieles y los subsidios pedidos para hacer la guerra á un emperador cristiano (2). Por su parte Miguel Paleologo no cesaba de insistir en esta distincion, afectaba un gran celo por los progresos de la fé cristiana, la confesaba en toda su pureza, y mostraba tanto ahinco por

(a) Adrajas se llama á las piedras salientes que se dejan en las fábricas para enlazar una obra nueva con otra que despues haya de hacerse ó con su propia continuacion. (*N. del E.*)

(1) Mat. Wetsm. *pag.* 382.
(2) Rain. *num.* 19, 20 *et* 21.

la reunion de la Iglesia griega con la latina, que aun se hace difícil decidir acerca de los verdaderos motivos que le guiaron. Le veremos en lo sucesivo proceder de un modo que no permitiria dudar de su sinceridad, á no haber sido tantas veces engañosos parecidos procedimientos en sus antecesores.

En medio de los cuidados y dificultades que estas revoluciones causaban al Papa Urbano, no echaba en olvido las funciones directas y las mas sagradas del pontificado. Cuando este Papa era arcediano de Lieja, fué instituida allí la fiesta del Santísimo Sacramento, y habia sido de los primeros en vencer los obstáculos que la santidad de esta institucion, tan generalmente reconocida despues, no pudo evitar de esperimentar entonces. Una simple religiosa de Monte-Cornillon, cerca de Lieja, llamada Juliana, á quien todas las veces que hacia oracion la parecia ver á la luna en su plenitud, pero con una pequeña mancha, fué la que propuso la celebracion de esa fiesta; pues tuvo luego revelacion de que esta luna figuraba la Iglesia, y la mancha una fiesta que faltaba instituir en honor del Sacramento adorable de nuestros altares (1). Mas Juliana, á pesar de toda su santidad y humildad, fué tratada de visionaria por una multitud de gentes mundanas y aun eclesiásticas. Declamaron diciendo que era novedad y supersticion, ó á lo menos que era inútil una solemnidad nueva para honrar la Eucaristía, de la que todos los dias se hacia memoria en la misa. Sin embargo, Roberto de Torote, obispo de Lieja, y el cardenal Hugo de San Caro, legado en Alemania, despreciaron tales clamores, y la fiesta fué instituida. Seis años despues murió Juliana en 5 de abril de 1258 en tanta reputacion de santidad que aun es honrada en el pais como bienaventurada. El Papa Urbano espidió en el año 1264 una bula espresa para celebrar esta fiesta en toda la Iglesia, y la fijó en el primer jueves despues de la octava de Pentecostés. Encargó á Santo Tomás de Aquino que compusiera á este fin el oficio del Santísimo Sacramento, cuya dignidad y ternura del todo celestial correspondieron á la reputacion del doctor angélico, y aún le rezamos hoy dia. Pero habiendo acaecido en el propio año la muerte de Urbano IV en 2 de octubre, quedó interrumpida por espacio de mas de cuarenta años la celebracion de la nueva fiesta.

Vacó casi cinco meses la Santa Sede despues de la muerte de este Pontífice, y segun la mejor crítica, hasta el 5 de febrero de 1265 no le dieron por sucesor á Guido de Foulques, cardenal obispo de Sabina, nacido de noble familia en San Guilles ó San Gil sobre el Ródano. Era ejemplar su modestia y tan poco equívoca, que hizo todos sus esfuerzos para sustraerse del peso brillante del pontificado, á que le elevaron estando ausente en una legacía. Siendo inútiles sus esfuerzos, escribió en los términos siguientes á uno de sus sobrinos, llamado Pedro el Grueso: «Muchos se complacen de nuestra promocion, pero á nuestros ojos solo se ofrece materia de tristeza y de llanto. A tí mismo te debe inspirar mas humildad: no queremos que tú, ni tu hermano, ni alguien de los nuestros, venga cerca de nuestra persona sin órden especial de nuestra parte; de lo contrario lo despediremos confuso. No proyectes á consecuencia de nuestra elevacion un matrimonio mas ventajoso para tu hermana. Si la casas con el hijo de un simple caballero, nos proponemos darle trescientas tornesas de plata, esto es, unos cincuenta escudos franceses: si la ensalzas sobre su condicion, no esperes de nos un solo dinero. Sucederá lo mismo con todos nuestros deudos, de quienes ninguno debe prevalerse de nuestra elevacion.

(1) Boll, *tom.* 4, *pag.* 459.

Mabila y Cecilia que tomen los maridos que tomarian si nos hallásemos como un simple clérigo. Respecto á Guilli, visítala especialmente de mi parte, y dila que siga guardando todo el recato posible en sus vestidos, y que se abstenga de encargarse de recomendaciones para persona alguna.» Así es como se anunció Clemente IV desde su ingreso al pontificado.

Inmediatamente dedicó todos sus cuidados al negocio del reino de Sicilia, mirado como uno de los mas graves para la Iglesia romana. Habia sido concedida esta corona por sus predecesores Inocencio y Alejandro á Edmundo, hijo segundo del rey de Inglaterra: pero abandonando al parecer este príncipe sus pretensiones, Clemente se la dió al mas jóven de los hermanos de San Luis, Carlos, conde de Anjou y de Provenza, y le instó á que fuera presto á tomar posesion. Carlos no tardó en embarcarse en Marsella, y á pesar de todas las precauciones que habia tomado Manfredo para cerrarle el paso por tierra y por mar, llegó felizmente á Ostia. El Papa que estaba en Perusa envió cuatro cardenales, quienes el dia 20 de mayo le dieron en Roma, en la iglesia de Letran, la investidura del reino de Sicilia, junto con el estandarte. Este príncipe prometió por sí y por sus sucesores que pagaria anualmente á la Santa Sede un censo de ocho mil onzas de oro con una hacanea blanca, y que no aceptaria jamás ni el imperio, ni el reino teutónico, ni el de Lombardía ó de Toscana; condiciones tan religiosamente observadas despues, que Cárlos V, ya rey de España y de las Dos Sicilias, no aceptó la corona imperial sino despues de haberse hecho autorizar para ello por el Papa Leon X por medio de una solemne dispensa. Cárlos de Anjou vióse obligado á esperar bastante tiempo la llegada de su ejército que venia por tierra, y el resto de la campaña se pasó sin hacer ninguna cosa notable. Pero habiendo sido consagrado y coronado rey en la iglesia de San Pedro el dia de la Epifanía del año siguiente 1266, entró al punto en los Estados de Nápoles. Manfredo le propuso una composicion, y como su ejército estaba lleno de sarracenos, Cárlos le dió esta respuesta: «Decid al sultan de la Pulla que no quiero paz ni tregua con él, y que pronto, ó yo le enviaré al infierno, ó él me enviará al cielo.» Inmediatamente avanzaron los dos ejércitos y se encontraron cerca de Benevento. Una sola batalla de las mas sangrientas de que hay memoria decidió la suerte de sus gefes. Consiguieron los franceses una victoria completa: Manfredo quedó entre los muertos, y Cárlos se vió único soberano del reino. Por esta derrota los güelfos recobraron la superioridad sobre los gibelinos: dos facciones inquietas, de las que la primera estaba por los Papas y la segunda vendida á los emperadores: ambas se declararon principalmente en tiempo del Papa Gregorio IX y del emperador Federico II, pero nada hay de cierto acerca de su orígen ni sobre la etimología de sus nombres, que muy verosimilmente provendrian de los nombres propios de sus primeros autores. Se encuentra efectivamente que en tiempo del Papa Gregorio IX y cuando Federico II marchaba contra Roma, Gibel, que habia seguido el partido de este príncipe, escitó la rebelion de muchas ciudades de Italia contra el Papa, y de él sin duda vino el nombre de *gibelinos*. En cuanto al de güelfos parece ser mas anterior; pues se recordará que las tropas de la condesa Matilde fueron constantemente empleadas en defensa de San Gregorio VII, y que ella se casó en segundas nupcias con *Güelfo* ó *Welfo*, duque de Baviera, á cuyo mando estuvieron durante algun tiempo; y de ahí vino probablemente el dar el nombre de güelfos á los defensores de los Papas.

Alemania sufria todos los desórdenes y las calamidades de la anarquía. No obstante, despues de la muerte de Guillermo de Holanda, que pereció en el año de 1256 queriendo reducir á los frisones rebelados, habian elegido en su lugar á dos emperadores. Ricardo, hijo del rey Juan de Inglaterra y conde de Cornualles, que fué elegido el primero y coronado en Aquisgran el dia de la Ascension del año de 1257, no pudo atender á los gastos indispensables para sostener su dignidad, y se vió obligado á volver á Inglaterra, donde murió cuatro años despues. Alfonso X, rey de Castilla, elegido emperador dos meses despues de Ricardo y detenido por las guerras contra los moros, tampoco pudo ir á tomar posesion del imperio. En medio de esta horrible confusion, los príncipes de Alemania acrescentaron mas que nunca su poder con perjuicio del de los emperadores, y muchas ciudades de Italia se erigieron en repúblicas, ó fueron usurpadas por señores que se formaron de ellas unos pequeños Estados.

Nunca se multiplicaron tanto las cruzadas como en estos tiempos de furor y de anarquía. Los partidos que se agitaban en el seno de la Germania se mostraban tan enemigos de la Religion que los obispos se veian precisados á tratarlos como tales. En Italia, el cardenal de Santa Cecilia hacia predicar con tanto ahinco contra los partidarios de Manfredo y particularmente contra los sarracenos de Nocera, siempre adictos á este partido, que dispensó del juramento contraido para el recobro de la Tierra Santa á los que tomaran la cruz para hacerles la guerra. Con igual ardor se predicaban en Francia estas dos cruzadas á un tiempo; esto es, contra Manfredo, en pro de Cárlos de Anjou, y contra Bondochar, sultán de Egipto, que acababa de arruinar á Cesarea y se disponia para el sitio de Acre, única plaza fuerte que quedaba á los cristianos en Palestina. En Inglaterra se predicaba la cruzada contra Simon de Monforte, conde de Lincester, hijo del famoso Simon, llamado el azote de los albigenses, y que solo se adquirió para sí el odioso renombre de Catilina de los ingleses. Estaba á la cabeza de los vasallos rebeldes del rey Enrique III, príncipe naturalmente bueno, pero inconstante y caprichoso, sin entereza ni política, igualmente incapaz de hacerse temer que de hacerse amar. La elevada reputacion de sabiduría y probidad que disfrutaba por do quiera el rey San Luis, le merecieron ser elegido por parte de Enrique y de sus barones por árbitro de sus controversias; pero la inquietud y el ardor intratable del genio británico violaron la sentencia arbitraria, casi al punto de ser proferida, á pesar de haber sido á gusto de los dos partidos. La rebelion no terminó hasta la muerte de Simon que fué derrotado y muerto en la batalla de Evesham en 4 de agosto de 1265, y le privaron de sepultura eclesiástica por haber muerto excomulgado. En España los movimientos de los reyes moros de Granada y de Murcia obligaron á predicar de nuevo la cruzada. Por último, predicóse esta en Hungría contra los tártaros, cuya especie de cristianismo, freno demasiado débil para su ambiciosa ferocidad, no les impedia amenazar con una terrible invasion á los paises cristianos contiguos á este reino y al de Polonia.

Entretanto, el Gefe de la Iglesia no perdia de vista los intereses sagrados. Como permaneciese vacante la iglesia de York al cabo de mas de un año, sin que en tan largo tiempo se pasara á una eleccion mas canónica, Urbano la anuló y dió este arzobispado á San Buenaventura (1). Las necesidades de Inglaterra, donde la desunion y la guerra civil habian dado duros golpes á

(1) *Vading.* 1265, *num.* 146.

la disciplina, no exigian menos que un prelado de este mérito. No solo era venerado Buenaventura por la pureza de sus costumbres, por la austeridad de su vida, por su tierna piedad y sincera modestia, sino que su gravedad, su prudencia, su larga esperiencia en el gobierno de la órden en que se habia grangeado el afecto general manteniendo perfectamente la regular observancia, le hicieron juzgar á propósito para todo. El Papa, habiendo dado su decreto y conociendo la humildad de Buenaventura, le estrechó con precepto de santa obediencia á condescender á la voluntad del Señor aceptando el arzobispado de York. Tales son los términos de la bula espedida á este objeto el 24 de noviembre de 1265, pero que no se puso en ejecucion. Fué tan ingeniosa la humildad de Buenaventura, y tanto pudo con el Santo Padre, que sin embargo de lo inflexible que se mostraba Su Santidad, no le obligó á aceptar el obispado.

Tambien rehusó Santo Tomás de Aquino el arzobispado de Nápoles que el Papa Clemente le habia conferido por una bula, en que le añadia las rentas de San Pedro *ad aram* (1). El santo doctor suplicó para siempre al Sumo Pontífice que no le diera ninguna dignidad eclesiástica, y le dejara acabar sus dias en la pobreza y humildad de su profesion: oscuridad ilustre, en la que sirvió mas esencialmente á la Iglesia que la mayor parte de los prelados ensalzados á las primeras Sillas. Entonces estaba componiendo aquel cuerpo admirable de doctrina, que intituló *Suma de Teología*, y la dividió en tres partes, la primera natural, la segunda moral y la tercera sagrada. Trata en la primera de la naturaleza de Dios y de las criaturas, y en la tercera de la Encarnacion y de los Sacramentos. En la parte segunda, subdividida en otras dos, trata en primer lugar ó como él se espresa, en la primera segunda, de los vicios y de las virtudes. Bástenos indicar lo que todo el arte del análisis no podria menos de debilitar, sacándole de esta mina, tan rica y tan fecunda de las nociones especulativas de la escolástica y de la ciencia práctica de la salvacion. En ella bebieron por espacio de mas de cinco siglos los maestros mas grandes, sin que alguno de ellos, ni aun con el auxilio mismo de un fondo tan ventajoso, y con la facilidad de añadir á la primera invencion, haya dado jamás un cuerpo de teología tan perfecto, ya sea por la solidez de la doctrina, ó ya por el órden y el método. Esta grande obra fué compuesta durante el pontificado de Clemente IV, que duró unos tres años y nueve meses, y en toda la larga vacante que le siguió.

Habiendo muerto en Viterbo este Pontífice el 29 de noviembre de 1268, tuvieron los cardenales tal dificultad en convenirse sobre la eleccion de sucesor, que el podestat ó magistrado superior de la ciudad los encerró en el lugar donde se habian reunido en número de quince y los tuvo así cerca de tres años. En este intervalo, señalado precisamente por Guillermo de Pui-Laurent y por la cronología de Monforte seguida por los críticos modernos mas apreciables, y por consiguiente despues de la muerte de Clemente IV, Cárlos de Anjou hizo quitar la vida al jóven Conrado ó Conradino, nieto del emperador Federico (1). Así es inútil el alegar con algunos apologistas simulados, que al parecer defienden á Clemente de haber contribuido á esta ejecucion bárbara; es mas que inútil, digo, alegar que Cárlos fué reprendido por este Papa y por sus cardenales.

En el año 1269 fué cuando Conradino, refugiado en Alemania, en tanto que su tio

(1) T. Luc. *ap. Echard. p.* 263.

(1) *V.* Spond. *ann.* 1269, *num.* 6.

Manfredo le despojaba del reino de Sicilia, volvió á Italia para hacer valer sus pretensiones contra el vencedor de Manfredo. Habiendo sido derrotado en la Pulla, cayó poco despues en manos de su adversario, que le hizo condenar á muerte, y mandó ejecutar en público la sentencia fulminada contra él y contra otras cabezas augustas adictas á su partido. Este era el postrer príncipe de la casa imperial de Suabia que se habia hecho muy odiosa por el espíritu de cisma y por las repetidas vejaciones contra la Iglesia romana. Pero si estas consideraciones han podido disminuir la culpa del nuevo rey de Sicilia, no le han libertado del borron ndeleble que imprime en su memoria.

Lejos de desmentirse sobre la Santa Sede la virtud de Clemente IV, de quien acababa de verse privada la Iglesia, habia ido en aumento de dia en dia. No solamente su vida era muy pura, sino que tambien hacia admirar su penitencia y la modestia mas severa en el primer puesto del universo. No usaba de lienzo, dormia sobre una cama muy dura, y por espacio de mucho tiempo no comió carne. Fué muy celoso de la frecuencia de los sacramentos, que ya empezaba á olvidarse. A fin de escitar esta devocion autorizó por una bula la cofradía del Gonfanon, establecida en Roma en honor de la Santísima Virgen, imponiendo á los que se alistarán en ella la obligacion de confesar y comulgar tres veces al año. Tomó su nombre de la bandera que llevaba, y repútanla por la mas antigua de esta especie de instituciones, establecidas despues en tanto número segun este primer modelo.

A pesar de lo adicto que era el rey San Luis á los intereses de la Iglesia romana, y en particular á la persona de Clemente IV, habia tenido algunas contestaciones con este Pontífice. Aunque no se trataba mas que de dos arcedianatos, el uno en la catedral de Reims y el otro en la de Sens, quejóse Luis ágriamente á Roma; pero se prestaron por ambas partes á una composicion por lo tocante á la cuestion de Reims: el arcediano, nombrado por Clemente de una manera que se decia atacaba las regalías, hizo muy luego su dimision; procedió el Papa á darle una nueva colacion, segun el deseo del rey, y declaró espresamente que no habia sido su ánimo perjudicar al derecho de regalía (1). Respecto á la eleccion de Sens, el Papa no habia nombrado, ni nombró jamás á nadie para este arcedianato. Pero estando agregado ó adscrito al servicio de la persona del Papa Clemente IV con el título de camarero, Pedro de Charni, arcediano de Sens, cuando fué elegido arzobispo de esta metrópoli y consagrado por el Papa, vino asi á vacar su arcedianato en la córte de Roma; y segun una constitucion que confirmaba el uso establecido desde Inocencio III, la colacion de este título correspondia al Papa. A las representaciones que hizo San Luis, contestó el Papa Clemente que no conferiria este beneficio antes de que el nuevo arzobispo hubiese visto al rey para informarle del derecho que asistia al Papa para la colacion. Luis, sin esperar á Charni, proveyó aquella dignidad en Gerardo de Rampillon, arcediano de Melun. Entonces, dice Fleury, quejóse el Papa al rey de no haberle guardado este los debidos miramientos en esta circunstancia. Prohibióse á Gerardo tomar posesion; pero despues de la muerte del Papa y del rey fué confirmado en el arcedianato por Gregorio X (2). Nótase que San Luis exigió, segun la costumbre, que Gerardo dejase su primer beneficio al pasar al segundo (3). Por el contrario, en Alemania era entonces un abuso muy comun que un mismo sugeto fuese canónigo de muchas

(1) Duboul. *pag.* 372; *Preuv. Lib. Gall. pag.* 368.
(2) Duboul. *p.* 390.
(3) *Lib. Gall. p.* 1071.

catedrales, á fin de llegar con mas facilidad al episcopado.

En el año 1269 promulgó San Luis la famosa ordenanza conocida con el nombre de *Pragmática sancion*, por la cual restituye á las iglesias catedrales y á las abadías la libertad de elegir sus prelados, reprime las empresas de los señores y del clero contra los derechos agenos, y limita á las necesidades urgentes las imposiciones que la Santa Sede podia poner sobre las iglesias de Francia (1). «Luis, por la gracia de Dios rey de los franceses, para perpétua memoria: Queriendo proveer á la tranquilidad de la Iglesia de nuestro reino, al aumento del culto divino y á la salvacion de las almas fieles, y deseando obtener la gracia y el ausilio de Dios Omnipotente (de solo el cual ha dependido siempre nuestro reino y bajo cuya proteccion le ponemos tambien ahora); por el presente edicto maduramente deliberado y que será perpétuo, hemos determinado y mandado lo que sigue: 1.° Que los prelados de las iglesias de nuestro reino, los patronos y colatores ordinarios de los beneficios, gozarán de sus plenos derechos y conservarán cada cual su respectiva jurisdiccion: 2.° Que las iglesias catedrales y las demas iglesias de nuestro reino tendrán sus elecciones libres, y estas elecciones surtirán todo su efecto: 3.° Que la simonía, este crímen tan pernicioso á la Iglesia, quede absolutamente desterrada de nuestro reino: 4.° Queremos y mandamos que las promociones, colaciones, provisiones y disposiciones de las prelaturas y demas beneficios y oficios eclesiásticos cualesquiera, se efectúen segun la disposicion, órden y determinacion del derecho comun, segun los sagrados concilios y las instituciones de los antiguos Padres: 5.° Renovamos, aplaudimos y aprobamos las libertades, franquicias, prerogativas, derechos y privilegios concedidos por los reyes nuestros predecesores y por nosotros á las iglesias, monasterios y demas lugares pios, asi como á las personas religiosas y á los eclesiásticos de nuestro reino. Mandamos etc. (1).» Pero entre esos artículos 4.° y 5.° algunos ejemplares ponen un sesto artículo que Fleury traduce asi; «No queremos de modo alguno que se impongan ó recauden las exacciones pecuniarias y las cargas pesadísimas que la corte de Roma ha impuesto ó pudiera imponer á la iglesia de nuestro reino y por las cuales se ve miserablemente empobrecido; á no ser por una causa razonable y muy urgente ó por una inevitable necesidad y de consentimiento libre y espreso de Nos y de la Iglesia de nuestro reino.» Por solo no hallarse este artículo sino en ciertos ejemplares, se sospecha justamente haber sido interpolado. Por otra parte, cuando se piensa en la piedad de San Luis, que no le habria permitido hablar de la Silla Apostólica en esos términos; cuando, en fin, se recuerdan las circunstancias del reinado de este príncipe, á quien el Soberano Pontífice nunca dió tales motivos de queja, no se vacila un momento en creer que semejante artículo ha sido realmente interpolado. ¿Cómo se conciliaria este estatuto atribuido al santo rey con lo que se lee, dice Sponde (2), «en la Crónica de Normandía, á saber, que desde que se supo que el rey pedia al Papa Clemente el diezmo para el socorro de Tierra Santa, los cabildos de Reims, de Sens y de Rouen elevaron sentidas quejas al Papa para impedir que este accediese á la peticion del rey; y que el rey, muy irritado por esta conducta, habia escrito contra ellos al Papa,

(1) *Tom. 11 Conc. Gall.*; Marca, *de Concord. l. 3. cap. 1.*

(1) Labb. t. 11 *Conc. p.* 907.
(2) Continuation des Annales ecclesiastiques, an. 1268.

el cual habiendo recibido mal á los diputados de ellos concedió al rey el diezmo por tres años?» Añadiremos con el P. Fontenay (1), que el rey no teniendo sino por qué alabar la facilidad con que el Papa accedió á lo que le pidió en punto al diezmo, parece que no daba esto ocasion para hacer un reglamento que contenia quejas tan vivas respecto de la conducta de la corte romana sobre la misma materia. Para completar la apreciacion de la *Pragmática*, réstanos decir que mas tarde habian de desenvolverse ámpliamente las consecuencias directas é indirectas de este acto que ha sido llamado el fundamento de las pretendidas libertades de la iglesia galicana.

La conservacion y el aumento de la fé eran los dos grandes móviles de las acciones de San Luis y el blanco invariable á donde se dirigian todas sus miras. Despues de su primera cruzada jamás se creyó exonerado enteramente del voto que hizo de combatir á los enemigos del nombre cristiano. Las noticias de las ventajas y nuevos escesos de estos en Tierra Santa le determinaron á llevar allá de nuevo sus armas con tanto mas ahinco, cuanto teniendo algun presentimiento del fin de sus dias, queria antes hacer alguna cosa grande para gloria de Dios y dejar un ejemplo memorable á las generaciones venideras. Habiendo penetrado el sultan Bondochar con un poderoso ejército en las tierras de los fieles de Palestina, se apoderó de todo el pais hasta las puertas de Acre. Por un afectado desprecio de nuestros santos misterios hizo demoler la iglesia del monte Tabor y arrasar hasta los fundamentos de la de Nazareth (2). Bondochar tomó despues á Cesarea y la arruinó, forzó el castillo de Arsouf, de donde llevó cerca de mil cautivos, y redujo á composicion el fuerte de Sapheth. A los habitantes de este último lugar mandóles, bajo la pena de ser pasados por las armas, que todos se hiciesen musulmanes. Apostataron tan solo ocho; los otros que eran mas de seiscientos fueron degollados contra la fé del tratado. Bajaba su sangre como un arroyo por la montaña, en cuya cima estaba situada la fortaleza (1). El prior de los templarios y dos frailes menores que exhortaban á los mártires á la constancia, fueron desollados vivos, azotados bárbaramente en este estado, y por último decapitados (1269).

Al relatarle todos estos horrores al piadoso monarca, reanimóse el ardor de sus primeros años, é igual impresion pareció causar en todos sus súbditos y parientes. Todos sus hijos, á escepcion del cuarto que todavía era niño; su hermano Alfonso, conde de Poitiers y de Tolosa; su yerno Teobaldo, rey de Navarra y conde de Champaña; su sobrino Roberto, conde de Artois; Guido, conde de Flandes; Juan, hijo del conde de Bretaña, y otros muchos señores tomaron la cruz con él. Cárlos de Anjou, rey de Sicilia, debia reunírsele tambien con un numeroso ejército. Mas al paso que no omitia ninguno de los medios naturales, este sábio y santo rey en solo Dios ponia toda su confianza (2). A fin de atraer las bendiciones del cielo sobre su empresa, redobló el fervor en los ejercicios ordinarios de su piedad, cuya relacion edificante nos trasmiten los historiadores de su vida. Véase aqui alguna parte, digna de crédito por el testimonio de las personas que le rodeaban mas de cerca; pero que el nombre de Luis IX, tan grande hombre como gran santo, no asegurará tal vez bastante contra los escarnios de la sabiduría impía de nuestro siglo.

(1) *Bibl. Orient. pag.* 204.
(2) *Hist. de l'Eglise gall.*

(1) Sanut. *pag.* 222.
(2) Siffrid. *an.* 1265.

Todos los dias asistia al oficio canónico, aun á las horas de la Vírgen, y en sus viages le rezaba á caballo con su confesor. Tambien rezaba todos los dias el oficio de difuntos con sus nueve lecciones. Habitualmente oia dos misas cada dia, y con frecuencia tres ó cuatro. Con igual asiduidad asistia á la palabra divina, y la oia con tanta atencion, que repetia luego todos los pasages mas interesantes á las personas que le acompañaban. Censurábanse ya en su tiempo estas devociones, pero él respondia sin cambiar ni en un ápice sus ideas: *si diese doble tiempo al juego ó á la caza, nada dirian.* Por espacio de muchos años conservó la costumbre de ir á media noche á maitines en su capilla, y hacer oracion á la vuelta otro tanto tiempo como habian durado los maitines; pero á consecuencia de las instancias que le hicieron manifestándole la delicadeza de su complexion, trasladó el ejercicio de estas devociones á la mañana. Por la tarde, despues de las completas en su capilla, mandaba hacer á un sacerdote la aspersion del agua bendita en toda su habitacion, pero especialmente sobre su cama. En su capilla introdujo la costumbre de arrodillarse al oir en la misa aquellas palabras del Credo, *et homo factus est* (1), y de postrarse cuando en la lectura que se hacia en la Pasion de la Semana Santa se llegaba al punto en que se dice que Jesucristo espiró; de aquí nos vienen estos usos piadosos.

A la piedad reunió la austeridad é hizo resplandecer en el trono ambas cualidades. Todos los viernes ayunaba, y en los miércoles nunca comia carne. En los viernes de Cuaresma y de Adviento no comia pescado ni aun frutas. Ayunaba á pan y agua el Viernes Santo, las vigilias de las cuatro principales fiestas de la Vírgen y otros varios dias del año. Se confesaba todos los viernes; y conforme la devocion de aquel tiempo, despues de la confesion tomaba la disciplina. Siempre temia que la magestad de la persona quitara alguna libertad al ministro de este sacramento y le repetia frecuentemente: *vos sois aquí el padre, y yo no soy sino el hijo.* Si habia que cerrar alguna puerta ó ventana, se levantaba con presteza, sin permitir que el confesor se adelantara. A mas de sus confesores habia suplicado á algunas personas de firmeza y de prudencia que le advirtiesen todo lo que notasen en él digno de reprension, y siempre recibió sus consejos con las disposiciones oportunas. Largo tiempo llevó el cilicio durante el Adviento y Cuaresma y en las vigilias de muchas festividades; pero habiéndole hecho convenir su confesor en que su salud no lo permitia, le dejó con docilidad, desquitándose sin embargo su piedad con un ceñidor de cerdas que no tenia los mismos inconvenientes.

La abundancia de sus limosnas era inconcebible á pesar de ser un rey tan poderoso. Imposible se hace numerarlas; solo podremos referir las particularidades mas propias para darnos alguna idea de las miras superiores de la fé viva que en ellas le dirigian. Todos los dias en cualquier parte donde estuviese daba de comer en su casa á ciento veinte pobres, y este número se aumentaba considerablemente en los dias de su especial devocion. Servíalos á menudo el rey por su mano antes de pasar él propio á comer: en algunos dias servia de este modo hasta doscientos. Admitia cada dia á comer y cenar á su mesa á tres pobres ancianos, haciéndoles servir los mismos manjares que á él le ponian. Todos los sábados lavaba tambien los pies á tres pobres ancianos, despues les daba alguna limosna de dinero y les servia por sí mismo la comida. Daba abundantemente á los hospitales y á todas las comunidades po-

(1) Duchesne *tom.* 5, *pag.* 456 *et seq.*

bres, tanto de religiosos como de religiosas. Fundó una multitud innumerable de monasterios, de casas de piedad y de caridad de toda especie. Ni fué menos liberal con las iglesias. Nacido para el fausto y con un alma grande, queria mas bien, segun decia algunas veces, señalar su magnificencia por la Religion que por el mundo y la vanidad. Hacia brillar tambien la magestad Real con todo el esplendor propio para hacerla respetar, no solo en los dias de ceremonia, sino en el estado habitual de su corte, en la que fué constantemente servido con mas dignidad que lo fueron sus predecesores. La verdadera piedad tiene siempre por guia á la sabiduría, y la virtud, apartada constantemente de los estremos viciosos, no altera nunca el órden de las condiciones.

Dispuesto ya todo para la cruzada, dirigióse el rey como en su primer viage ultramarino, al puerto de Aguas-muertas (1270); y de allí, al cabo de ocho dias de navegacion, llegó á Cagliari en Cerdeña, donde se reunió la flota de los cruzados. Celebraron un consejo para determinar el lugar donde habian de principiar las hostilidades, y giró la cuestion sobre tres puntos diferentes, Acre, Alejandría y Tunez. Opinó el piadoso monarca que era mejor el último. Muchas personas dignas de crédito le habian afirmado que el rey de Tunez se inclinaba á hacerse cristiano; y los embajadores que este mismo príncipe le envió poco despues le confirmaron en esta persuasion. En el ardor de su celo les habló en semejantes términos (1): «Decid al rey vuestro amo que pasaria yo gustoso el resto de mis dias en las cadenas, con tal que él y su pueblo abrazasen de buena fé el cristianismo.» Entre los señores que gozaban su confianza, esclamaba á menudo con entusiasmo: *¡oh! si pudiese yo algun dia verme padrino de tal ahijado!* No fué sin embargo este el único motivo que hizo marchar á este hábil príncipe contra Tunez. Tambien le manifestaron que si aquella ciudad resistia, no fuera dificil reducirla: por otra parte, que en ella abundaba toda clase de riquezas, por no haber sido tomada nunca, y que ofrecia á los cruzados recursos inestimables; y en fin, que el sultan de Egipto sacaba de aquel pais escelente caballeria que constituia la fuerza principal de sus ejércitos. Mas sea lo que fuere de la esactitud de estas med.das, el Señor tenia designios muy uiversos de os designios de los hombres: jamás mostró de un modo tan palpable los movimientos que imprime algunas veces en los pueblos y en los imperios para consumar la santificacion de uno de sus escogidos de cierto órden.

No era la tierra la que habia de ser teatro de los triunfos del celo de San Luis por la propagacion de la fé y de tantas virtudes propias de rey y de cristiano. Habia reunido, por decirlo así, en su primera espedicion contra los infieles todos los materiales preciosos que debian entrar en la corona de su inmortalidad: esta segunda empresa debia servir para purificarlos de lo que pudieran tener de terrenal, sin ser de mas consecuencia que la primera para la reduccion ó conversion de los enemigos de la fé. Habiendo desembarcado en Africa el ejército cristiano á vista de un sin número de sarracenos que al punto huyeron hácia las montañas, el rey de Tunez se creyó en el mayor riesgo, y todas sus ideas de conversion, ya fueran bien fundadas, ó ya presumidas ligeramente, se desvanecieron para no dar lugar mas que á los propósitos insensatos del terror. Mandó decir á los vencedores, que si atacaban la ciudad, haria degollar á todos los cristianos que se

(1) Duchesne, *tom.* 5, *pag.* 461.

hallaran en sus Estados (1). No se detuvieron en tomar á Cartago, vecina de Tunez que se habia arrogado el esplendor y la dignidad de aquella antigua capital del Africa. Pero las enfermedades que habian principiado entre los franceses antes de su desembarco, se aumentaron en gran manera por la fatiga, el mal alimento y los calores escesivos de aquellas regiones durante la canícula. Juan Tristan, conde de Nevers é hijo de Luis, murió el dia 3 de agosto. El legado Radulfo de Chevrieres murió el 7. El conde de la Marca, los señores de Nemours, de Vandoma, de Montmorenci y de Brissac fueron arrebatados en cuatro dias.

El mismo rey se vió acometido de una disentería y de una fiebre ardiente que en breves dias le redujeron al último apuro. Antes de su viaje habia otorgado su testamento, en el que se halla en sustancia toda la caridad y piedad que le habian animado desde que tuvo uso de razon. Al conocer que el Señor le llamaba para sí, dió por escrito á Felipe, su hijo mayor, una instruccion (2) que no es mas que un compendio de los admirables principios que le habian dirigido toda su vida, tanto para la santificacion de su alma, como para la felicidad de sus pueblos: dos objetos que este príncipe, lleno, si alguno lo estuvo jamás, del don de inteligencia y de consejo, no separó nunca y cuya estrecha conexion quiso mostrar en circunstancias tan propias para causar fuertes y duraderas impresiones. Recibió luego los Sacramentos de la Iglesia, y en particular el Santo Viático, con una fé tan viva que escitó la de todos los asistentes. Preguntándole el sagrado ministro si creía firmemente que aquel que tenia en sus manos era el Cuerpo de Jesucristo, esclamó: *no lo creeria mejor, aun cuando lo viera con todo el esplendor con que subió á los cielos.* Declinando cada vez mas sus fuerzas, solo se ocupó en el cuidado de su eternidad, pero sin separarle nunca del amor de sus pueblos. En el mismo dia de su muerte le oyeron aun pronunciar estas palabras: *Señor, tened piedad de este pueblo que dejo en vuestras manos.* Despues de lo cual pronunció este verso del Salmista: *Señor, entraré en vuestra casa, os adoraré en vuestro santo templo y glorificaré vuestro santo nombre.* Cruzando luego los brazos sobre el pecho y levantando los ojos al cielo, espiró dulcemente sobre la ceniza, donde se habia hecho poner, el dia 25 de agosto del año 1270, cincuenta y cinco de su edad.

Apenas hubo entregado su espíritu, cuando llegó su hermano el rey de Sicilia. Cárlos entró lloroso en la tienda del santo rey; pero su dolor se mudó al instante en una veneracion religiosa. Postróse á los pies del Santo, cuyo rostro fresco y agradable como en plena salud, manifestaba ya las señales de la gloria de que su alma gozaba en el cielo. Por espacio de seis semanas continuó el rey Cárlos la guerra con las tropas numerosas de refresco que habia traido, y batió á los sarracenos todas las veces que osaron hacerle frente. Habria podido apoderarse tambien de Tunez; pero no mirando esta conquista con igual interés que su santo hermano, y comenzando la peste á hacer el mismo estrago en ambos ejércitos, ajustó una tregua de diez años, enteramente ventajosa á los cristianos. Entre otras condiciones onerosas, los infieles, por los gastos de la guerra, se sujetaron á una suma mas considerable en un tercio que el rescate pagado en otra ocasion por los franceses en Egipto.

Al acabarse de ajustar esta tregua, llegó Eduardo, hijo mayor del rey de Inglaterra, con un nuevo ejército y gran número de señores ingleses. Mostró gran descontento

(1) *Spicil. pag.* 550.
(2) *Vid.* Joinv. *pag.* 126.

por la tregua, y pasó lleno de ardor á Palestina, donde sin embargo no hizo cosa alguna memorable. Todos los asuntos de los cristianos estaban allí casi enteramente arruinados. Bondochar siguiendo en sus prosperidades y en su crueldad, habia tomado, á mas de una infinidad de castillos, las ciudades de Jaffa y de Antioquía. En esta última hizo dar muerte á mas de diez y siete mil personas, y redujo mas de cien mil á la esclavitud (1268). Tal es la época de la ruina irreparable de esta ilustre ciudad, que por espacio de tanto tiempo fué la tercera del mundo y la primera del Oriente. En el mismo año de la llegada del príncipe Eduardo á Siria tomó el sultan las fortalezas de Carac y de Monforte. Así puede mirarse al fin de San Luís como el término de las cruzadas. Al cabo de un año, Eduardo volvió á Europa, y llegándole en Sicilia la noticia de la muerte del rey Enrique III su padre, se apresuró á ir á tomar posesion del trono.

Los franceses, siguiendo á su nuevo rey Felipe el Atrevido, volvieron tambien por Sicilia despues de haberse obligado á tomar otra vez las armas, dentro de tres años, contra los infieles. Trajeron consigo las reliquias de su santo rey; es decir, los huesos de los cuales habian separado las carnes. El rey de Sicilia habia tomado una parte de los intestinos, y mandó sepultarlos en una iglesia de Palermo, donde no tardaron en hacerse famosos por la multitud de milagros. Así que llegó á Francia el rey Felipe (1271), llevó sobre sus hombros, desde Paris á San Dionisio, las reliquias de su padre, no menos ilustradas por los milagros que las de Sicilia. Muchos de estos milagros se refieren en la bula de Bonifacio VIII, que decretó culto público á este príncipe veinte y siete años despues de su muerte. Pocos dias despues del entierro del Santo se vió llegar tambien á San Dionisio el cuerpo de su hermano Alfonso, conde de Tolosa y de Poitiers, muerto á su regreso de Túnez á Corneto, en Toscana, donde se habia visto obligado á detenerse. Algunos dias despues, habiendo muerto de pena la condesa Juana su esposa sin dejar hijos, fué reunido el condado de Tolosa á la corona de Francia para ya no separarse de ella.

Hasta aquel entonces habia estado sin pastor la Iglesia romana. Los cardenales, que seguian encerrados en Viterbo, dieron en fin por compromiso á seis de ellos los poderes para elegir un Papa. El 1.° de setiembre de este año de 1271 (1) eligieron unánimemente á Thealdo ó Teobaldo, nacido en Plasencia, de la distinguida casa de Visconti, el que hasta entonces no era mas que arcediano de Lieja y habia ido por devocion á los Santos Lugares. El conocimiento que tenia de las necesidades de Tierra Santa y su celo por el remedio, son los mas señalados entre los motivos que los cardenales alegaron en su favor para elegirle, en la carta de aviso que le enviaron con su decreto. En 27 de octubre aceptó, y desde ese dia se principia á contar el tiempo de su pontificado: tomó el nombre de Gregorio X, y partiendo sin tardanza llegó á Italia el primer dia del año 1272. Dedicó los dos meses siguientes casi enteros á los asuntos de Tierra Santa, y ni aun quiso ir en derechura á Roma, temiendo que de ellos le distrajeran la atencion otros cuidados.

Despues de haber sido consagrado y ordenado allí en 27 de marzo, mandó espedir sin dilacion una carta circular á los obispos para la convocacion de un Concilio ecuménico, cuyas causas principales, á mas de los vicios y errores alegados comunmente, eran el cisma de los griegos y el riesgo de los fieles de Palestina. El emperador Miguel Paleólogo, político muy fino y que sabia

(1) Rain. *ann.* 1271.

dominarse á sí mismo, se habia captado la benevolencia de los Papas Urbano y Clemente, reconociéndolos en sus cartas y por sus enviados por gefes de la Iglesia universal, y prometiendo restablecer la antigua union entre todas las iglesias; para lo cual, añadia diestramente, no hallaba óbice alguno desde que los griegos habian vuelto á entrar en Constantinopla. Instruido de que el rey Cárlos de Sicilia habia adquirido los derechos del emperador Balduino y que tomaba sus medidas para hacerlos valer, hizo nuevas instancias y muy eficaces al Papa Gregorio, á fin de contener estas empresas, poniéndose en el mismo rango que los soberanos sumisos en todo tiempo á la autoridad espiritual de la Santa Sede. A consecuencia de esto, el Papa le convidó como á los demas príncipes católicos á concurrir con sus obispos al concilio general que debia tenerse en Lyon.

A fin de celebrarle con mas tranquilidad y con mas fruto, se aplicó cuidadosamente á restablecer la concordia entre los italianos, y á inspirar moderacion á los güelfos que abusaban de la preponderancia que habian recobrado sobre los gibelinos. Al efecto se valió útilmente del beato Ambrosio (1), del órden de frailes predicadores, hombre poderoso en obras y en palabras, y que reconcilió entre sí á todas las familias de Sena su patria. Igualmente trabajó Ambrosio en restablecer la paz entre los príncipes y los pueblos de Alemania, y se adquirió por todas partes la mas elevada veneracion. Ofreciéronle los Papas muchos obispados; pero los renunció constantemente de la misma manera que el de Sena su patria para el que habia sido elegido con todas las formalidades canónicas. Tampoco quiso aceptar en su órden la menor superioridad. Sus virtudes le han merecido ser colocado en el Martirologio romano con el título de bienaventurado.

Juzgó Gregorio X que el medio mas eficaz de pacificar la Alemania, mas agitada aun que la Italia, era el de sacarla de la anarquía que la destrozaba desde Federico II, á pesar de la eleccion de tantos emperadores. Ricardo de Inglaterra habia muerto en el mes de abril de 1271; al rey de Castilla le declaró el Papa Gregorio que sus pretensiones sobre el imperio no le parecian admisibles; é hizo reunir desde luego á los electores en Francfort (*a*). En 1.° de octubre de 1273 eligieron á Rodulfo, conde de Hapsbourg, descendiente de Ethicon de Alsacia, tronco comun de la casa de Lorena y de la segunda de Austria, que tomó este nombre cuando Rodulfo hubo investido á su hijo Alberto de este ducado quitado á Ottocario, rey de Bohemia. En este mismo año pasó Gregorio á Lyon para presidir personalmente el concilio.

En Oriente, Miguel Paleólogo preparaba á sus obispos para concurrir á él por su parte, y trabajó ardorosamente en vencer los obstáculos que preveía para la reunion. José, á la sazon patriarca de Constantinopla, y mas aun Juan Vecco, cartophilax, ó sea inspector de archivos y gran canciller de la iglesia patriarcal, se opusieron fuertemente á su intento. El patriarca, anciano débil, hombre sencillo y sin letras y ciego juguete de cualquiera que se apoderaba de su espíritu, podia poco por sí mismo; mas Vecco era de un genio atrevi-

(1) Boll. *ad* 20 *Mart.*

(*a*) Por tener Alonso X algun derecho á la corona imperial, le eligieron en 1257 varios príncipes alemanes que tal vez aspiraban á enriquecerse con los tesoros que por esta eleccion repartiese entre ellos el monarca español. Desde Castilla ejerció Alfonso algunos actos de soberano de Alemania, entre ellos el de dar la investidura del ducado de Lorena á Federico; pero cuando Rodulfo de Hapsbourg fué elevado al trono imperial, el sábio rey de Castilla se contentó con protestar esta eleccion, y por último á instancias de Gregorio X cedió sus derechos. (*N. del E.*)

do y capaz de todo, elevado, penetrante, profundo en todas las ciencias, las que no cesaba de cultivar; naturalmente elocuente y persuasivo, de aspecto respetable y uno de los hombres mejor formados de todo el imperio, tan hábil en el manejo de los asuntos como en las discusiones de doctrina, é ilustrado ya por otras negociaciones importantes en las que habia correspondido plenamente á las esperanzas de su príncipe (1). Poseia en igual grado todas las buenas cualidades del alma, una virtud ejercitada en el heroismo, un gran fondo de bondad y de rectitud natural, una franqueza, una ingenuidad casi desconocida en su nacion y que sus compatriotas cismáticos, aun los mas obcecados, no han podido menos de confesar (2). Tan apasionadamente amaba la verdad, que luego que la habia conocido le era como imposible el mas pequeño disimulo.

De acuerdo con el patriarca declaróse tan sin rebozo contra la reunion, que el emperador, escitado de un celo que hubo motivo para creer que era mas bien escesivo que fingido, le hizo poner en prision. Mas reflexionando luego acerca del carácter de Vecco, á quien la violencia no haria abandonar lo que habia abrazado reputándolo por bueno, le envió un escrito compuesto por unos sabios teólogos, siendo los principales el arcediano Meliteniote, Jorge Metochita, y Jorge de Chipre. Mandóle decir al propio tiempo que no trataba de tiranizar su conciencia, pero que el amor á la verdad que le distinguia debia al menos inclinarle á ilustrarse por sí propio y á buscarla sin preocupacion alguna. Vecco no era uno de aquellos sectarios que absolutamente y sin mas consideracion se empeñan en que el partido en que se han comprometido sea el mejor. Leyó pues este escrito detenidamente y sin preocupaciones segun habia prometido. Buscaba con sinceridad aquella luz divina, que precede siempre á los que la desean, y su claridad lució al punto á sus ojos. Sorprendióse del gran número de autoridades de Padres griegos y latinos, en particular de San Atanasio, de San Cirilo y de San Máximo, que hacen proceder el Espíritu Santo del Padre y del Hijo, ó del Padre por el Hijo, lo que prueba así la union como la identidad de sustancia de las tres Personas Divinas. Incapaz de detener cautiva la verdad conocida, dijo sin melindres ni dilaciones, que si las copias y estractos que le habian sido presentados estaban conformes con los originales, haria gustoso lo que pedian de él. El emperador, satisfecho con una respuesta tan digna de la reputacion del que la daba, le puso al instante en libertad y le suministró los libros de los PP. que disiparon en breve el resto de sus dudas (1273).

Esta alma íntegra y fuerte una vez persuadida no vaciló ya en el buen partido, al que por su elocuencia y mas aun por su ejemplo volvieron casi todos los griegos y aun los prelados de Oriente que vivian bajo el dominio de los infieles. Sin embargo, el patriarca José ostentó toda la obstinacion de los genios de su esfera: pero el emperador convino con él en que se retiraria al punto á un monasterio con el goce de sus rentas; que si el asunto de la union no se concluia con los latinos, volveria á su Silla; mas que si llegaba á efectuarse, y él persistia en no consentir en ella, renunciaria para siempre el patriarcado; lo cual se verificó tiempo adelante, y Juan Vecco fué sustituido en su puesto. Respecto á los otros cismáticos obstinados, Miguel Paleólogo usó de un rigor mayor aun, y en verdad escesivo, al menos si no se considera

(1) Niceph. Greg. *lib.* 5.
(2) Georg. Pachymer. *lib.* 2, c. 19; *lib.* 3 *cap.* 24; *lib.* 5, *c.* 12 *et* 15.

más que el bien de la union; pues bajo otros puntos de vista no podemos menos de convenir en que sus cábalas, sus conventículos, sus murmuraciones sediciosas, su union rebelde con la princesa Eulogia, hermana del emperador, y con María su hija, muger del príncipe de los búlgaros y cismática todavía mas acérrima que su madre; por último, sus ligas con los enemigos del Estado y con los mismos musulmanes les habian merecido los mas duros tratamientos (1).

Pero todos estos obstáculos no detuvieron en manera alguna el celo de Paleólogo. Despues de haber tomado entre sus súbditos las medidas y precauciones que le dictó su prudencia, no pensó ya sino en consumar su empresa por medio de los embajadores y prelados que hizo marchar para el Concilio de Lyon. Estos representantes del emperador Miguel y de su hijo Andrónico, asociado nuevamente al imperio, eran Jorge Acropolita, gran canciller; Pamareto, guarda-ropa mayor, y el gran intérprete Berrheotes, con algunos de los primeros senadores. El órden eclesiástico estaba representado por German, patriarca de Constantinopla antes que José, y opuesto siempre al cisma; Theóphanes, metropolitano de Nicea, y algunos de los eclesiásticos mas distinguidos del segundo órden, entre quienes Juan Vecco tenia sin contradiccion el primer lugar. Hiciéronse á la vela á principios del mes de marzo de 1274, y el Papa, que habia recibido aviso de ello, hizo en 7 de mayo en la iglesia de San Juan de Lyon la apertura del Concilio, contado generalmente por el catorce ecuménico.

Esta fué una de las mas numerosas y brillantes asambleas que se han visto en la Iglesia. A ella concurrieron quinientos obispos, setenta abades, mas de otros mil prelados, y un número proporcionado de doctores, entre los que se admiraba en particular á San Buenaventura, creado poco tiempo antes cardenal obispo de Albano, y conducido por honor en la misma carroza del Sumo Pontífice. A semejanza del sol cuando llega á su ocaso, esta antorcha de la Iglesia despedia una claridad mas viva en los momentos de descender á las tinieblas del sepulcro. A mas de esta multitud de doctores y de prelados, veíanse junto con los embajadores de Francia, de Alemania, de Inglaterra y de otros muchos Estados católicos, los de los griegos, los de los mismos tártaros, y el rey de Aragon en persona.

Santo Tomás de Aquino fué invitado al Concilio lo mismo que San Buenaventura, y partió con algunas obras que habia compuesto, propias para persuadir ó confundir á los griegos; pero estaba decretado que no habia de llegar á él. Entonces enseñaba la teología en Nápoles, despues que el rey de Sicilia, quien habia disputado con la universidad de Paris la posesion de este doctor incomparable, la obtuvo en indemnizacion de la resistencia de Tomás á aceptar el arzobispado de aquella ciudad (1). Este príncipe le asignó allí una pension de una onza de oro mensual, y el Santo continuó la tercera parte de *Su Suma* hasta el tratado de la penitencia que dejó imperfecto. Apenas hubo salido del reino de Nápoles, cuando cayó enfermo en Campania, y conoció que no se volveria á levantar. Retirándose á la abadía de Fossanova, del órden del Cister, dijo al entrar, en presencia de muchos monges, y aplicándose las palabras del Salmista: *este es el lugar de mi reposo, esta es la morada que he escogido*. En efecto, murió en 7 de marzo de este año de 1274, despues de haber recibido los

(1) Pachym. *lib. 6, cap. 1.*

(1) Echard. *Summ. pag.* 217 *et* 265.

Sacramentos de la Iglesia con una devocion que enterneció á todos los asistentes. Al tiempo de hacer su profesion de fé, antes de espirar, declaró que sometia su doctrina y todos sus escritos al juicio de la Iglesia romana. Era su edad de unos cuarenta y nueve años; vida bien corta si se compara con la multitud y escelencia de sus escritos. Su facilidad era tal, que dictaba sobre diferentes materias á tres amanuenses, y algunas veces á cuatro, á un mismo tiempo. No obstante, en los diez y siete volúmenes en folio, impresos bajo su nombre, se hallan muchas obras que los mejores críticos atribuyen á otros autores. Tuvo un émulo famoso en la persona de un fraile menor llamado Juan Scoto, por sobrenombre el *Doctor sutil*, que se preciaba al parecer de adoptar opiniones contrarias á las del doctor angélico, pero solo en materias indiferentes á la fé. De aquí se originaron las dos escuelas rivales de tomistas y escotistas.

Estudiaba Santo Tomás con tanta aplicacion, que perdia muchas veces de vista todo cuanto le rodeaba. Un dia, hallándose en la mesa de San Luis, el cual tenia á mucha gloria admitir entre sus convidados á los sabios y hombres virtuosos, dió de repente una palmada sobre la mesa, y dijo: «esto es concluyente contra la heregía de Manés.» Su prior, que era tambien de los que estaban á la mesa, le tiró fuertemente del manto, advirtiéndole reflexionara que se hallaba en la mesa del rey. Tomás pidió perdon al príncipe; mas el santo monarca quedó muy edificado de verle tan poco atento á lo que habria envanecido á tantos otros; y haciendo el aprecio mas señalado de todos los pensamientos de este hombre singular, llamó al punto á un secretario y le mandó escribir el argumento contra los maniqueos.

El Concilio de Lyon duró desde el dia 7 de mayo hasta el 17 de julio en que se tuvo la sesta y última sesion (1). Acabada la primera, en que apenas se hizo otra cosa que las ceremonias de costumbre para la apertura de estas augustas asambleas, el Papa Gregorio, que habia tomado muy á pecho los intereses de Tierra Santa, convino separadamente con cada arzobispo y con otros muchos prelados, sobre las imposiciones eclesiásticas y otros medios mas propios para socorrer eficazmente los restos desgraciados de los fieles de Palestina.

Arreglado este primer objeto del Concilio, se ocupó Gregorio principalmente en la reunion de los griegos, que formaba un accesorio tan considerable. Entonces recibió cartas de algunos frailes menores que habia enviado á Constantinopla, los que habiendo llegado á Roma con los embajadores del emperador de Oriente, le anunciaban su partida para el Concilio. Al punto mandó reunir á todos los prelados en el lugar ordinario de las sesiones, donde se leyeron públicamente estas cartas, que causaron una alegría increible; y San Buenaventura pronunció un sermon elocuente sobre estas palabras del Profeta: *levántate Jerusalen, vuelve tus ojos hácia el Oriente, y desde la cumbre de las montañas contempla á tus hijos que se reunen desde el Oriente hasta el Occidente*. Pusieron los griegos el colmo á la alegría pública, llegando en fin á Lyon el dia de San Juan Bautista, 24 de junio.

Todos los prelados del Concilio con su comitiva, el vice-cancelario de la Santa Sede y el camarlengo con los oficiales del Papa y la servidumbre de los cardenales, salieron á recibir á los griegos fuera de la ciudad, y los condujeron con grande honor al palacio del Papa. Este los recibió en pié, acompañado de los cardenales, y les dió el óscu-lo de paz con todas las señales de un afecto

(1) *Tom. 11 Conc. pag. 935 et. seq.*

paternal. Rindiéronle ellos por su parte todos los respetos debidos al Vicario de Jesucristo, presentaron las cartas del emperador y de los obispos de Oriente, y dijeron que venian á prestar toda obediencia á la Iglesia romana y profesar una misma fé con ella. Asistieron el 29 del mismo mes, dia de San Pedro, á la misa que celebró el Papa en la catedral, en presencia de todos los miembros del Concilio. Despues de haberse cantado el Símbolo en latin, el patriarca German y los otros griegos lo repitieron en su lengua, y cantaron por tres veces estas palabras: *que procede del Padre y del Hijo.*

El 4 de julio, una nueva embajada mucho mas sorprendente todavia completó el comun regocijo. Abaca, Gran Kan de los tártaros occidentales, enviaba hasta diez y seis embajadores á la asamblea de la Iglesia cristiana, con intento de contraer con ella una estrecha alianza contra los musulmanes. Despues de la muerte de Mangoucan, habiéndose repartido sus dos hermanos Kublai y Houlagon la inmensa estension del Asia, desde los mares orientales de la China hasta el Mediterráneo, el sultan de Egipto y de Siria habia obtenido ventajas considerables sobre Houlagon, dueño del Asia occidental, y sobre su hijo Abaca. Para reprimir pues al enemigo comun de los cristianos y de los tártaros venian estos al seno de la Europa en busca de la amistad de sus príncipes. Salieron á recibirles con el mismo aparato que á los embajadores de Grecia, y luego el Papa señaló el dia siguiente 6 de julio para la cuarta sesion del concilio.

En ella fueron colocados los embajadores griegos á la derecha del Papa despues de los cardenales, y los tártaros enfrente junto á los patriarcas. Se leyeron en alta voz las cartas del emperador Miguel Paleólogo, y de los prelados súbditos suyos. Contenian una profesion de fé, que habia sido propuesta á los griegos por la Santa Sede durante el pontificado de Clemente IV y que habian adoptado enteramente. Reconocian ellos con la misma docilidad la primacía de la Iglesia romana, prometian no separarse nunca de estos principios, y pedian tan solo la conservacion de aquellos usos que tenian antes del cisma y que en nada dañaban á la fé ni á la unidad católica. Hiciéronse estas declaraciones no solamente de parte del emperador, sino tambien en nombre de veinte y cinco metropolitanos y de nueve arzobispos junto con sus concilios ó los obispos sus sufragáneos; es decir, de casi todos los prelados que reconocian al patriarca de Constantinopla. Tambien prometian deponer al patriarca José, si persistiera negando al Pontífice romano el honor que de antiguo se le habia tributado, y elegir un nuevo patriarca que reconociera la primacía de la Santa Sede. Despues de la lectura de estas cartas, el gran cancelario Jorge Acropolita, en nombre del emperador, abjuró con juramento el cisma, aceptó la profesion de fé de la Iglesia romana, confesó su primacía y prometió perseverar siempre en estos sentimientos. Miguel Paleólogo fué reconocido por legítimo emperador de Constantinopla. Entonó el Papa el *Te-Deum*, y uniendo todos los presentes sus voces, espresaron como á porfía su contento y acciones de gracias.

No tardó esta en ser interrumpida con la muerte de San Buenaventura, la cual causó en todos los corazones honda pena, asi por la doctrina del Santo, su tierna elocuencia y su acendrada virtud, como tambien por la dulzura de su carácter y de sus modales, con los que tenia, digámoslo asi, aprisionados los corazones de cuantos le habian conocido. La córte pontificia y todo el concilio asistieron á sus funerales, que fueron los mas suntuosos y los mas tiernos de cuantos se han hecho jamás, aun á ningun soberano.

Pedro de Tarentesia, que de arzobispo de Lyon acababa de ser nombrado cardenal obispo de Ostia, y que sucedió al Papa Gregorio con el nombre de Inocencio V, pronunció la oracion fúnebre. Siendo de la órden de Santo Domingo, unida por hermandad con la de San Francisco, eligió por tema estas palabras de David: *estoy inconsolable con la pérdida de mi hermano Jonatás*; y espresó su dolor de una manera tan patética, que escitó un torrente de lágrimas en la asamblea, tan penetrada como estaba de la pérdida que la Iglesia acababa de sufrir. San Buenaventura es mirado particularmente entre los doctores de su tiempo como el maestro mas eminente de la vida espiritual y el ascético mas afectuoso. De aquí vino principalmente el renombre que se le ha dado de doctor seráfico, y á él se le atribuye el uso de cantar al fin del oficio canónico la antífona de la Vírgen.

Al dia siguiente de la muerte de este Santo, el 16 de julio, se celebró la quinta sesion del concilio, y tuvieron el dulce consuelo de ver administrar el bautismo á uno de los embajadores tártaros y á dos de sus compañeros. Conducidos estos estranjeros verosímilmente por miras del todo temporales, no pudieron acercarse, si es permitido decirlo asi, hasta las fuentes de la gracia, sin esperimentar su impresion victoriosa. Despues de esta ceremonia se leyeron diversas constituciones relativas á la reforma, que era el tercer objeto del concilio. Se estableció como regla para lo sucesivo el método empleado en la eleccion de Gregorio; esto es, quedó instituido el cónclave perpétuamente y obligado á las reglas siguientes: «Despues de la muerte del Papa se aguardará á los cardenales ausentes por espacio de diez dias, al cabo de los cuales los cardenales presentes se reunirán en el aposento comun, llamado Cónclave, que estará completamente cerrado, á escepcion de una ventana por donde se les pueda pasar el alimento estrictamente necesario. No podrán salir; ninguno podrá ir á verlos; no hablarán á nadie en particular ni recibirán carta alguna. Si tardan mas de tres dias en elegir Papa, en los cinco dias siguientes no se les servirá mas que un plato en la comida y otro en la cena, y pasado este tiempo no se les suministrará ya mas que pan, vino y agua, hasta tanto que se haga la eleccion.» Otro reglamento notable de este concilio es el que anula las colaciones de los curatos hechas en personas que no han llegado á la edad de veinte y cinco años y que obliga á los curas á ordenarse sacerdotes dentro del año de su institucion. Los demas estatutos versan principalmente acerca de las lecciones, órdenes y censuras. La mayor parte de estos decretos, publicados solo en la sesion quinta, habian sido acordados en la tercera.

En la sesta y última se prohibió la multiplicacion de órdenes religiosas, y se ordenó la supresion de las que habian sido instituidas despues del concilio general de Letran, celebrado en 1215. Pero á mas de los dominicanos y franciscanos, de quienes consta, dice el Papa Gregorio, que la Iglesia universal saca grandes ventajas, esceptúanse igualmente los celestinos y los servitas, en atencion á sus santos fundadores. San Pedro Celestino, que tomó el sobrenombre de Moron, montaña vecina á Sulmona, donde eligió su primer retiro, habia ido á Lyon á ver al Papa Gregorio, por el rumor que cundió de que iban á suprimirse las nuevas órdenes religiosas. Sin embargo de su esterior despreciable, obtuvo por sus austeridades, su desapego admirable y su vida enteramente angelical, una bula de confirmacion, en la cual el Papa toma bajo de su proteccion la nueva órden establecida segun la regla de San Benito, le asegura la posesion de sus bienes, y aun le concede varios privilegios particulares.

San Felipe Benicio, que no era mas que el quinto general de la órden dedicada al servicio de la Madre de Dios con el nombre de servitas, pero que es mirado, sino como su fundador, al menos como su principal apoyo, pasó tambien á verse con Gregorio X en el concilio de Lyon. Obtuvo la confirmacion de todo cuanto hicieran sus predecesores para establecer esta congregacion, desde Bonfilio Monaldi que la instituyó en Florencia treinta y cinco años antes y que hacia ya doce que habia muerto en olor de santidad. Vivió Felipe hasta el año 1285 en que murió, dia 28 de agosto, con tan grande reputacion de virtud, que ha sido canonizado por Clemente X.

Despues del despacho de todos estos asuntos, el Papa Gregorio representó á los pastores que las costumbres y la religion de los pueblos se hallaban en sus manos, y que muchos de ellos eran la causa principal de los desórdenes y de la relajacion. Exhortólos fuertemente á corregirse á sí mismos, pues de lo contrario no dejaria él de hacerlo severamente. Asimismo prometió remediar varios abusos particulares, que la multitud de negocios importantes habia impedido tomar en consideracion en el concilio. Recitáronse luego las oraciones de costumbre y el Papa dió su bendicion. De este modo terminó el segundo concilio de Lyon, uno de los mas señalados por el aparato, la singularidad del espectáculo, el número y la calidad de los concurrentes. Dió las mayores esperanzas, en especial con relacion á los orientales, pero cabalmente bajo este concepto fué en lo que produjo menos resultados.

DISERTACION

SEGUN EL CANONIGO MUZZARELLI,

SOBRE

las acusaciones dirigidas contra San Gregorio VII.

El nombre de San Gregorio VII es el que mas irrita la bilis de los filósofos: los enemigos de este gran Pontífice le han atacado principalmente sobre dos puntos: primero, por haber fulminado frecuentemente censuras; segundo, por haber arrojado del trono á los reyes. Tales son las dos acusaciones que se hacen á este Santo. Veamos, pues, si son tan fundadas como reproducidas con complacencia.

§ I.—*Censuras de san Gregorio VII.*

San Gregorio VII ha sido un Papa precipitado en fulminar censuras; así dicen en primer lugar sus enemigos. Oigamos entre otros á Fleury, en su discurso sobre la Historia eclesiástica (*Disc.* 5, *n.* 17): «Gregorio VII llevó el rigor de las censuras á un punto de que hasta entonces no habia ejemplo.» Hé aquí una acusacion de hecho, que muchos católicos dejarian pasar por buena y verdadera, y que, sin embargo, queremos examinar.

En los primeros siglos no se fulminaban las censuras con tanta frecuencia como en tiempo de san Gregorio VII. Paso esta proposicion. Pero habia entonces en la Iglesia un espíritu de rigor universal de que se usaba contínuamente y que en la práctica equivalia á las censuras: ese rigor era el de las penitencias canónicas. Fíjese bien la atencion en dos particularidades respecto á estas penitencias: primera, que ellas eran una especie de excomunion ó separacion de la Iglesia, como Suarez lo hace observar (*de Poen.* q. 90, disp. 49, sect. 2). Hé aquí efectivamente lo que de ellas dice San Basilio en el can. 56: «El que voluntariamente ha muerto á otro y luego se arrepiente, no puede durante veinte años participar de la comunion de los sacramentos. Cuatro años consecutivos orará de pié en el átrio del templo, escitando á los fieles, que entran en el sagrado recinto, á que intercedan por él, y confesándoles su crímen. Pasado este plazo será admitido entre los oyentes, y durante cinco años saldrá con ellos del templo. Despues, en el espacio de otros siete saldrá con los que se hallan en la clase de sustractos. Solo en los últimos cuatro años permanecerá entre los fieles, pero sin participacion del sacrificio: pasado todo este intervalo, se le admitirá por último á la comunion de los sacramentos.» Se ve, pues, bien claro que las penitencias canónicas, en cuanto al foro esterior, casi equivalian á la excomunion, puesto que por espacio de muchos años privaban al penitenciado, no solamente de la Eucaristia, sino hasta de la entrada en la iglesia y de la asistencia á la misa; y puesto que finalmente era tratado esteriormente como un judío, idólatra, herege ó cismático, aun cuando en el foro interno estuviese unido al cuerpo de la Iglesia y como miembro suyo participase del fruto de las buenas obras de los fieles.—La segunda particularidad que en las penitencias canónicas conviene observar, es que no solo estaban sujetos á ellas los apóstatas y los herejes, sino tambien los que habian cometido públicamente algun crímen atroz co-

mo el homicidio; y si rehusaban cumplirlas, eran separados de la Iglesia por medio del anatema. Oigamos á Fleury (*Costumbres de los Christ.* p, 2, cap. 17. *Const. Ap.* l. 5, c. 4): «Los que habian sido vencidos en la persecucion y renunciado á la fé, ya sea por debilidad, ó ya por la violencia de los tormentos, eran castigados con la excomunion si no se sujetaban á una penitencia pública. La excomunion consistia en privarlos no solo de los Sacramentos, sino tambien de la entrada en el templo y de todo comercio con los fieles. Nadie podia comer con ellos ni hablarles: todos evitaban su encuentro y huian de su presencia como de personas atacadas de una enfermedad contagiosa. Asi es que San Pablo manda evitar la compañía de los malos cristianos con mas escrupulosidad que la de los mismos paganos. Y se trataba así no solo á los apóstatas, sino tambien á los herejes, á los cismáticos y á todos los pecadores públicos. Hé ahí cómo eran tratados los que no pedian penitencia.»

De lo dicho se deducen dos consecuencias. Primera, si antiguamente no eran tan frecuentes las censuras, eran muy frecuentes las penitencias canónicas, que casi equivalian á ellas; y digo que eran muy frecuentes, porque se imponian no solamente á los apóstatas y á los herejes, sino tambien á los públicos pecadores, y los apóstatas y los herejes formaban ya por sí solos un número considerable, segun consta de las obras de San Cipriano y San Ireneo. Segunda consecuencia: si las censuras no eran entonces tan frecuentes, debe atribuirse á que por lo general se sometian voluntariamente los pecadores á la penitencia pública, á fin de satisfacer á la Iglesia; mas si ellos hubiesen rehusado someterse á las penas eclesiásticas, es indudable que las censuras habrian sido muy frecuentes, puesto que los contumaces eran irremisiblemente excomulgados.

Volvamos ahora á San Gregorio. Luego no es cierto que este Santo hubiese llevado las censuras á un punto desconocido en la antigüedad. No, no las llevó mas lejos en cuanto á la teoría, puesto que antiguamente hasta los pecadores públicos eran excomulgados si no se sometian á la Iglesia. Tampoco las llevó mas lejos en cuanto á la práctica, puesto que antiguamente se hacia uso de una pena equivalente á las censuras, y esta pena, segun veremos mas adelante, no podia ya ser puesta en práctica en tiempo de San Gregorio. Hé ahí, pues, no solamente debilitada, sino totalmente destruida y aniquilada la primera acusacion de hecho que contra San Gregorio VII se atreven á fulminar sus enemigos.

Acorde con estos Fleury, prosigue diciendo: «Este Papa, dotado de gran valor y educado en la disciplina monástica mas regular, tenia un ardiente celo por purgar la Iglesia de los vicios de que la veia contaminada, y en especial de la simonía é incontinencia del clero.» Hasta aquí estamos conformes; pero pasemos adelante, y observemos: «Mas en un siglo tan poco ilustrado no tenia todas las luces necesarias para regular su celo, y tomando algunas veces por verdades sólidas falaces resplandores, deducia sin titubear las mas peligrosas consecuencias.» ¿Y quién os ha dicho que el siglo de San Gregorio era un siglo poco ilustrado? Así lo asegurais, pero sin fundamento de ninguna especie, y únicamente porque en aquel siglo no se pensaba como pensais vosotros. Seria pues menester que lo probárais. ¿Y quién os ha dicho que San Gregorio tomaba algunas veces por verdades sólidas falaces apariencias? Vosotros lo asegurais; pero sin pruebas, y lo decís solamente porque obraba de un modo diferente del que vosotros hubiérais querido. Luego tambien seria necesario probar este segundo aserto. Por lo que á mí hace, no me cabe duda que San Gregorio, varon muy ilustrado, como lo atestiguan sus Epístolas, muy versado en los negocios, como lo acredita su vida, tuvo toda la prudencia necesaria para gobernar la Iglesia, y contestaré siempre á vuestras objeciones diciendo: «Probadme lo contrario.»

Mas aun dado caso que San Gregorio no hubiera tenido una gran prudencia humana, estaba dotado abundantemente de la prudencia sobrenatural que es uno de los dones del Espíritu Santo y que era muy necesario en aquellos tiempos calamitosos de la Iglesia. ¿Acaso me pedireis pruebas?

voy á darlas. Mis pruebas consistirán en hechos prodigiosos, pero incontestables, porque se hallan atestiguados por el historiador de su vida, escritor muy exacto y digno de fé, Pablo Benriedens, canónigo reglar, cuya exactitud puede conocerse cotejando sus relatos con los de otros autores, con las mismas epístolas del Santo y con los sínodos celebrados en aquel tiempo (Bolland. 25 *maji*; Greg. VII, *p.* 1, *n.* 3). Estos hechos prueban que una luz superior gobernaba y dirigia la prudencia del Santo Pontífice, y que son muy presuntuosos ciertos hombrecillos de gabinete que despues de tantos siglos se atreven á mancillar su reputacion. Mas aun independientemente de estos hechos prodigiosos peculiares á San Gregorio, la naturaleza misma de las divinas funciones que ejèrcia, esto es, el supremo pontificado, ¿no supone por ventura la perpétua asistencia del Espíritu Santo, y por consiguiente una prudencia verdaderamente sobrenatural, en el Vicario del que es la sabiduría por escelencia?

Oigamos otra vez á Fleury y sus partidarios: «El gran principio de Gregorio VII era que el superior está obligado á castigar todos los crímenes que lleguen á su noticia, so pena de hacerse cómplice de ellos, y sin cesar repite en sus Epístolas estas palabras del Profeta: *Maldito sea quien no ensangrienta su espada* (Jer. 48): es decir, quien no ejecuta las órdenes de Dios para castigar á sus enemigos.» Veamos ahora cuántas equivocaciones y falsedades hay en estas pocas líneas. Vosotros decís que habia establecido como máxima cierta, que un superior está obligado á castigar todos los crímenes que llegan á su noticia so pena de incurrir en complicidad. Esta máxima, que referís, era la de San Gregorio; pero la referís truncada y mutilada. San Gregorio no decia absolutamente que fuese preciso obrar de ese modo, sino solo en el caso de que el culpable desoyese la correccion y no quisiera someterse á la penitencia, como os lo haré ver citando algunos pasages de sus Epístolas. Mas esta máxima no era suya, era de Jesucristo: *Si autem Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus* (Mat. XVIII, 17); era la máxima de San Pablo: *Si quis non obedit verbo nostro per epistolam, hunc notate, et ne commisceamini cum illo, ut confundatur* (II. Thess. III, 14); *Haereticum hominem post unam et secundam correptionem devita* (Tit. III, 10); era la máxima de la antigüedad, segun el mismo Fleury lo hace notar, cuando al hablar de la excomunion sigue diciendo: «De esta manera se trataba á los que rehusaban someterse á las penas eclesiásticas.» En segundo lugar, segun lo que dice Fleury, parece que San Gregorio queria que se castigaran indistintamente todos los pecados, y esto es falso. Lo que el Santo queria era que se castigasen los crímenes públicos y mas atroces que eran comunes en su tiempo, como la simonía, la incontinencia del clero, la usurpacion de los bienes eclesiásticos y la heregía. Tales eran los crímenes contra que levantaba muy alto su voz, y por los que, si los delincuentes no reconocian su culpa, fulminaba conta ellos la deposicion y la excomunion. Ni tampoco esta máxima era de San Gregorio, sino de San Pablo y de toda la antigüedad; de San Pablo, que prohibia á los de Corinto toda comunicacion con los cristianos que habian caido en algun atroz crímen (I. Cor. V, 11): *Nunc autem scripsi vobis non commisceri: si is qui frater nominatur, est fornicator, ut avarus, aut idolis serviens, aut maledicus, aut ebriosus, aut rapax, cum ejusmodi nec cibum sumere*. Era máxima de la antigüedad, como lo nota el mismo Fleury al hablar de las antiguas censuras: «Asi es como se trataba, no solo á los apóstatas, sino tambien á los hereges, cismáticos y pecadores públicos.» En tercer lugar, Fleury hace interpretar por San Gregorio este testo de Jeremías: *Maldito sea quien no ensangrienta su espada*; por estas palabras: *es decir, quien no ejecuta las órdenes de Dios para castigar á sus enemigos*. Esta esplicacion suscita la duda de si el Santo se referia á una pena espiritual ó á una corporal; y sin embargo, es positivo que aquel Pontífice solo se referia ordinariamente á la correccion espiritual. En efecto, la primera vez que la hallo, es en una Epístola á los fieles de Lombardía con motivo de la excomunion fulminada contra Godofredo que simoniacamente se habia intrusado en el arzobispado de Milan en vida del legítimo pastor (San Greg. VII, l. 1, ep. 15. Lab.

ed. ven. t. 12, col. 245). Conviene citar el principio de esta epístola, para poner en evidencia la artificiosa calumnia de los enemigos del Santo: *Scire vos volo, fratres carissimi, quod et multi vestrum sciunt, quia in eo loco positi sumus ut, velimus, nolimus, omnibus gentibus, maxime christianis, veritatem et justitiam annuntiare compellamur, dicente Domino* (Is. LVIII): *Clama, ne cesses; quasi tuba exalta vocem tuam et annuntia populo meo scelera eorum: et alibi* (Ezech. XXIII): *Si non annuntiaveris iniquo iniquitatem suam, animam ejus de manu tua requiram. Item propheta* (Jerem. XLVIII): *Maledictus, inquit, homo qui prohibet gladium suum a sanguine, id est, verbum praedicationis a carnalium increpatione.* Decid la verdad: cuando en los enemigos de San Gregorio leiais estas palabras del profeta: *Maldito sea el hombre que aleja su espada de la sangre*, ¿no os parecia estar viendo á un capitan de bandoleros que levantando su espada desnuda instaba á sus compañeros á degollar á todo el que caiga en sus manos? ¿Y por qué? porque esos enemigos refieren las palabras del profeta; pero ordinariamente citan mal la esplicacion que de ellas da San Gregorio, el cual por espada y por sangre entiende la predicacion y la correccion de los hombres sensuales: *Id est, verbum praedicationis a carnalium increpatione;* y en esto claro es que no hay exigencia alguna de asesinatos ó de sangre. Pues asi es como esplica el Santo la mencionada frase, cuando escribiendo á los obispos de Francia les increpa su disimulacion de los enormes crímenes de su soberano (San Greg. l. 2, ep. 5; Lab. t. 12, col. 303). *Maledictus homo qui prohibet gladium suum a sanguine, hoc est, sicut ipsi bene intelligitis, qui verbum praedicationis a carnalium hominum retinet increpatione.* Esto mismo vuelve á repetir al dirigirse á Urastilao, duque de Bohemia (l. 1, ep. 17), en su epístola al obispo Burcard (l. 2, ep. 66; Lab. t. 12, col. 347), en otra al arzobispo Sigefredo (l. 3, ep. 4; ib. col. 561); en la dirigida á todos los cristianos contra la perfidia de Enrique (l. 4, ep. 1; ib. col. 378); y finalmente, en la escrita al rey de Inglaterra (l. 7, ep. 23, ib. col. 474). Si en la epístola á Godofredo inculca la misma máxima del profeta, hablando del rey Enrique, ni aun entonces se refiere á la espada material, sino que declara en general que ningun favor personal le moverá á desviarse del camino recto de la justicia. En cuarto lugar, Fleury dice que el Santo repite *sin cesar* en sus cartas aquel testo del profeta. Yo he recorrido todas sus epístolas, y en sus trescientas epístolas solo he encontrado ocho veces la repeticion de dichas palabras. Suponga-mos que me haya equivocado, y que en vez de ser ocho sean doce: ¿se podrá por eso decir lógicamente que esa máxima está repetida *sin cesar?* Luego probablemente Fleury no ha leido las epístolas de San Gregorio, y se dejó engañar por lo que decia alguno de los enemigos de este Papa. Este es el único camino que tiene para disculparse y para evitar que se le llame impostor.

Mas sigamos oyendo á Fleury: «Fundado en este principio, tan luego como un obispo le era denunciado como culpable de simonía ó de otro crímen, le mandaba comparecer en Roma; y si no se presentaba, por la primera vez le suspendia de sus funciones; y á la segunda, le excomulgaba. Si el obispo persistia en su contumacia, el Pontífice le deponia, prohibia á su clero y feligreses que le prestasen obediencia, bajo pena de excomunion, les mandaba elegir otro obispo, y si no lo hacian, él mismo les daba uno.» Hé aquí nuevas inesactitudes en las acusaciones contra el santo Pontífice. Es muy equívoco decir que San Gregorio procedia de este modo contra los obispos *por simonía ó por cualquier otro delito.* Nadie hallará en casi ninguna de sus cartas que haya castigado obispos por otro delito que la simonía, la usurpacion de bienes eclesiásticos y el cisma; crímenes que son altamente enormes, y están condenados por los antiguos concilios con la deposicion y excomunion. Pero dando asenso á la proposicion de Fleury, podria creerse que San Gregorio deponia y excomulgaba por los mas leves delitos á los pastores de la Iglesia. Esto es lo que á mí me mueve á decir que las acusaciones de este historiador están llenas de equivocaciones é inesactitudes que quitan todo el crédito á su ciencia y doctrina. Mas para patentizar la prudente

conducta de San Gregorio en cuanto al uso de las censuras, estableceré y probaré estas tres proposiciones : primera, que se arregló en todo á las máximas y decretos de la antigüedad : segunda, que usó de la mayor circunspeccion para no equivocarse en el conocimiento de las faltas : y tercera, que su máxima dominante fué perdonar á todo el que se mostraba arrepentido de su culpa. Por consiguiente, no puede atacarse su conducta sin dar al traste con todas las leyes de la prudencia, y sin condenar las prácticas de la antigua Iglesia. Voy á demostrar estas tres proposiciones de hecho con una prueba de hecho, es decir, por las mismas epístolas del Papa.

Digo, pues, en primer lugar, que San Gregorio, en cuanto á la deposicion y censuras de los obispos, no se separó de las máximas y decretos de la antigüedad. Hé aquí lo que escribe á los fieles de Lombardía, acerca de la excomunion del simoniaco Godofredo (l. 1, ep. 15) : *Quam excommunicationem, quod etiam inimici sanctae Ecclesiae negare non possunt, sancti Patres antiquitus censuere, et per omnes sanctas Ecclesias totius orbis catholici viri confirmant et confirmaverunt.* El santo Pontífice declara lo mismo en otras varias epístolas con ocasion de censuras semejantes. ¿Y era este en realidad el estilo de la antigüedad? Sí, por cierto. Un obispo, un clérigo, un diácono intrusado por simonía, era depuesto inmediatamente, y si permanecia tenaz en la dignidad que habia usurpado, se le separaba irremisiblemente de la Iglesia. Aduciré algunas pruebas irrefragables, y cuenta que no son tomadas de las decretales de Isidoro, sino de actos auténticos de las antiguas constituciones eclesiásticas. Los cánones apostólicos, admitidos en cuanto á su fuerza por toda la Iglesia, pronuncian claramente la pena de deposicion y excomunion contra los simoniacos: *Si quis episcopus, vel presbyter, vel diaconus, juste ob manifesta crimina depositus, sibi aliquando creditum ministerium attingere audeat, ab Ecclesia omnino abscindatur* (can. 27). *Si quis episcopus per pecunias hanc sit dignitatem assecutus, vel presbyter, vel diaconus, deponatur, et ipse qui eum ordinavit, et a communione omnino excindatur, ut Simon magus a Petro* (cán. 28; Lab. t. 1, col. 30). El Concilio de Nicea dijo despues : *Ut nullus audeat ordinare episcopum, aut sacerdotem, aut diaconum, pro quavis re data, sive ante ordinationem sive post et, qui secus fecerit deponatur ; et quicumque contradixerit, Synodus eum excommunicat.* (Cán. ar. c. 49 ; Lab. t. 2, col. 515). Las mismas penas impuso el Concilio de Calcedonia contra los simoniacos. (cán. 2; Lab. t. 4, col. 1682), y el Concilio de Constantinopla en 549 (Lab. t. 5, col. 47). Gelasio hace mencion de ellas en su carta á los obispos de Lucania (ep. 9, cap. 24; Lab. t. 5, col. 320); de ellas habla tambien Tarasio en su carta á Adriano leida en el segundo Concilio de Nicea, y cita en ella algunos estatutos de los Padres (Act. 8; Lab. t. 8, col. 1278). Nicolao I dijo : *Simoniaci simoniace ordinati, vel ordinatores, secundum ecclesiasticos canones a proprio gradu decidant* (Dec. de ord. Lab. t. 9, col. 1374). No es mi ánimo acumular autoridades inútiles: con las citadas basta para probar cuáles eran contra los simoniacos las reglas de la antigüedad. Estas reglas se observaban tambien contra los clérigos incontinentes, como se ve por una carta de Siricio á Himerio (Lab. t. 3, col. 13), y por otra de Inocencio I (ep. 3, c. 1), asi como por el cánon 9 del Concilio de Agde. Finalmente, guardábanse tambien las mismas reglas contra los usurpadores de los bienes eclesiásticos, como puede verse en lo que dice Nicolao I en su epístola á Frotario (Lab. t. 9, col. 1531), el Concilio III de Paris, en 557, cán. 1 (Lab. t. 6, col. 492), el V de id., en varios cánones, en 615 (Lab. t. 7, col. 1389), y el de Valencia en 524 (cán. 3; Lab. t. 5, col. 760.)

De estas verdades se infiere que San Gregorio VII, al decretar la deposicion de los simoniacos, incontinentes y usurpadores de bienes eclesiásticos, y al excomulgarlos cuando insistian en sus crímenes, no hizo mas que conformarse con los cánones de la antigüedad. Luego no hay razon para acusar á este santo Pontífice de haber sido escesivamente rígido en el uso de las censuras, contra los sentimientos de la antigua Iglesia. ¿No es esto evidente?

Pero acaso podriais responder: «Si San

Gregorio no se engañó en la teoría, se equivocó en la práctica; porque no tuvo la circunspeccion necesaria, y castigó con sobrada precipitacion.» Pues bien: voy á probaros mi segunda proposicion, esto es, que San Gregorio fué muy circunspecto en el uso de las censuras. Para esto basta consultar sus Epístolas: en ellas se verá cuánto exámen y cuántas dilaciones empleaba antes de intimar la pena eclesiástica, en tanto grado, que algunas veces mas bien se le podria acusar de lentitud que de precipitacion. Citaré solamente algunas, desafiándoos á que me mostreis en las demas un solo hecho que revele esa cólera ó ese celo imprudente que los enemigos de este Santo Pontífice le imputan. San Gregorio declara excomulgado al simoniaco Godofredo (l. 1, ep. 15), que habia usurpado la Iglesia de Milan viviendo el pastor legítimo; pero ¡con qué precaucion lo hace! *Congregato e diversis partibus Concilio, multorum sacerdotum et diversorum ordinum consensu*, escribe San Gregorio. Luego no obraba por capricho, sino despues de haber reunido de diversas partes un numeroso concilio de clérigos, y con el consentimiento de las diferentes categorías de personas eclesiásticas. Pero ¿sabeis quién le habia impelido á dar este paso? El emperador Enrique, que despues de haber confesado sus enormes crímenes de simonía, rogó al Papa que empleára su autoridad apostólica para remediar los males que su culpa habia causado, principiando por la Iglesia de Milan: *Et nunc in primis pro Ecclesia Mediolanensi, quae nostra culpa est in errore, rogamus ut vestra apostolica districtione canonice corrigatur, et exinde ad caeteras corrigendas auctoritatis vestrae sententia progrediatur* (Epístola Henr. post. ep. 29, l. 1, ep. Greg. VII). Tambien conviene observar que San Gregorio reprendia á Geboardo, arzobispo de Praga, porque fulminaba excomuniones sin falta canónica y sin exámen legal (l. 2, ep. 6): *Quod quidem tibi maxime periculosum est, quoniam sicut B. Gregorius dicit, qui insontes ligat, sibi ipsi potestatem ligandi atque solvendi corrumpit. Unde te admonemus ut anathematis gladium nunquam subito neque temere in aliquem vibrare praesumas, sed culpam uniuscujusque diligenti prius examinatione discutias, et si quid est quod inter te et homines saepe fati fratris tui emerserit, cum eo in primis ut suos ad justitiam compellat fraterne et amicabiliter agas.* Y quien sabia prescribir á los demas reglas tan prudentes, ¿no habria sabido practicarlas él mismo? ¿Con qué fundamento diríais lo contrario? En otra parte (l. 2, ep. 18) amenaza San Gregorio con la excomunion á Felipe, rey de Francia. Pero ¿cuándo? Despues de haber sufrido y disimulado largo tiempo sus maldades. Pero ¿por qué? Por haber casi escedido en impiedad, no solo á los príncipes cristianos, sino á los mismos idólatras. Pero ¿cómo? Queriendo que la nobleza del reino le advierta de sus crímenes, y dilatando el castigo hasta ver si sus amonestaciones paternales hacian alguna mella en su corazon. En otra parte manda al obispo de Rennes excomulgar á un tal Euzelino (l. 2, ep. 20); pero es por haber atacado y maltratado al arzobispo Ridolfo, despojado á sus familiares y muerto á su vista á uno de sus parientes; pero antes exige que se adquiera una completa certeza del hecho y procura atraer á Euzelino á una penitencia voluntaria para que no dé lugar á la excomunion. Tambien amenaza con esta pena á Hugon (l. 2, ep. 22); pero es por haber invadido los bienes eclesiásticos del arzobispo de Tours, y le exime de ello, si se obliga á la restitucion, permitiéndole disculparse por medio de un representante en el concilio, en presencia del arzobispo. Confirma contra el obispo de Poitiers el entredicho de su legado, y aleja por cierto tiempo del altar á este prelado; pero ¿por qué? (Lib. 2, ep. 23), por haber despreciado el entredicho del legado; por haber trastornado un concilio por medio de la violencia, y por haberse negado á obedecer al mismo Pontífice. ¿No son estos crímenes bastante enormes y acreedores á los castigos mas graves? Y sin embargo, ¿no trata San Gregorio á sus perpetradores con la mayor circunspeccion antes de lanzar el anatema? El Santo escribe á los habitantes de Plasencia (l. 2, ep. 54) que ha depuesto á su obispo Dionisio, y los absuelve del juramento de fidelidad que le habian prestado; pero San Gregorio le habia esperado antes mucho tiempo á penitencia; pero

era un pastor sacrílego que ya otra vez habia sido privado de toda dignidad, y que reconciliado despues en parte con la Iglesia habia reincidido en la terquedad y desobediencia; y no obstante, el santo Pontífice no pronunció su deposicion hasta haber oido el parecer de un concilio. San Gregorio emplea tambien la pena de deposicion contra los clérigos concubinarios; (l. 2, ep. 62); pero antes de aplicársela les concede tiempo para que abandonen el pecado. Igualmente ordena la deposicion contra los simoniacos; mas lo hace en un concilio. ¿Se ve acaso señal alguna de precipitacion en lo que prescribe al obispo Burcart contra los clérigos incontinentes (l. 2, ep. 66)? *Lubricas et incontinentes aut paterne corrigas, aut incorregibiles a sacris altaribus arceas.* Para obrar de otra manera, hubiera sido preciso disimular, callarse y dejar crecer la cizaña entre el grano hasta que sofocára enteramente la buena semilla. ¿Y habria sido esto prudencia? Tenemos tres epístolas de San Gregorio sobre la deposicion y excomunion de Herman, obispo de Bamberg (l. 5, ep. 1, 2, 3); mas téngase presente que era un obispo simoniaco, resistente á la Santa Sede, y que habiéndose introdusado, á pretesto de arrepentimiento, en aquella iglesia, habia dilapidado y arruinado sus bienes. ¿Qué paciencia no tuvo San Gregorio con Rainier, obispo de Orleans? ¿Cuánto tiempo no sufrió su desobediencia? (l. 5, ep. 8, 9, 20). ¿Cuántos plazos no le concedió para que se disculpara de los grandes crímenes que se le imputaban, á saber: de haberse apoderado de aquella iglesia sin tener la edad requerida y sin el voto de los electores: de haber puesto en venta las promociones del clero, los arcedianatos y abadías: de haber celebrado públicamente, á pesar de la suspension apostólica, y de haber cooperado á que se redujera á prision á un clérigo enviado con letras pontificias? Y no obstante, San Gregorio le tolera, aplaza su castigo, y le señala tiempo y lugar para disculparse. Esta conducta ¿no ofrece mas lentitud que precipitacion? ¿Pero á qué estenderme mas en una defensa que los monumentos citados hacen inespugnable? Leed las cartas del Papa y echareis de ver su mansedumbre y paciencia para con los clérigos de Luca, insurreccionados contra su obispo (l. 7, ep. 2); para con el conde Arnulfo ó Arnoldo, que habia despojado y tratado con violencia al obispo de Lieja (l. 7, ep. 13); para con Huberto, obispo de Teruana, convencido públicamente de heregía, é intrusado por simonía en la Iglesia (l. 7, ep. 16). Nótese tambien cómo manda que sea repuesto en su Sede el obispo de Carnut, depuesto contra las reglas canónicas y acusado falsamente de simonía. Repárese finalmente en su circunspeccion con los soldados de Teruana (l. 9, ep. 30) que habian fracturado las puertas del templo, robado los vasos sagrados, ornamentos y cruces, y con inaudita barbarie cortado la lengua al obispo que estaba orando al pie del altar. Y á pesar de todo esto, San Gregorio, antes de fulminar la excomunion contra ellos, los amonesta, reprende y ofrece la penitencia. No abusaré mas de la paciencia de mis lectores. Mas dígaseme; ¿habrá quien á vista de esto no se convenza de la gran circunspeccion de San Gregorio en el uso de las censuras? ¿Se hubiera empleado tanta lentitud en los seis primeros siglos, cuando se tenia por máxima inviolable separar los lobos de las ovelas y la cizaña del trigo, todas las veces que el lobo y la cizaña apareciesen como tales á los ojos de la Iglesia? Y por ventura, ¿no se encuentran en los pasados siglos tantas deposiciones, excomuniones y amenazas? Pero si asi fuese, deberia añadirse que tampoco se hallan tantos crímenes. ¿Es acaso culpa de San Gregorio haber gobernado la Iglesia en tiempos en que los desórdenes se multiplicaban sin medida, y en que los vicios, elevándose hasta el borde de los diques, no habia mas remedio que dejar que lo inundaran todo ú oponerles toda la severidad eclesiástica? No puede uno menos de llenarse de compasion y sobrecogerse de horror al leer lo que San Gregorio escribia á Hugon, abad de Cluny, acerca de las calamidades de la Iglesia en aquel tiempo (l. 2, ep. 49): *Circumvallat enim me dolor immanis, et tristitia universalis, quia orientalis Ecclesia instinctu diabolico a catholica fide deficit, et per sua membra ipse antiquus hostis christianos passim occidit, ut quos caput spiritualiter, ejus membra carnaliter pu-*

niant, ne quando divina gratia resipiscant. Iterum cum mentis intuitu partes Occidentis sive Meridiei, aut Septentrionis video, vix legales episcopos introitu et vita qui christianum populum Christi amore et non seculari ambitione regant, invenio; et inter omnes seculares principes qui praeponant Dei honorem suo, et justitiam lucro, non cognosco. Eos autem inter quos habito, Romanos videlicet, Longobardos et Normannos, sicut saepe illis dico, Judaeis et Paganis quodammodo pejores esse redarguo. En este estado de cosas, en medio de esta conjuracion general de príncipes, pastores y pueblos contra la Iglesia, ¿no tenia razon San Gregorio en aplicarse á sí mismo aquel aviso de Dios á Ezequiel (33, 7): «Hijo del hombre, yo te he colocado como guardian de la casa de Israel: tú, pues, anunciarás á mi pueblo todo lo que oyeres de mi boca. Si digo al impío: «impío, tú perecerás;» y tú no se lo adviertes para que trate de precaverse de la ruina, el impío morirá en su pecado; pero yo te pediré cuenta de su sangre?» ¿Podia un santo Pontífice conocer los deberes de su cargo, ver tan grandes torrentes de vicios y permanecer callado?

Pero San Gregorio sabia todo esto, y sabia tambien que lo que Dios desea es la conversion del pecador; porque tambien habia leido en Ezequiel: «Díles: A fé mia, dice vuestro Dios y Señor, yo no quiero la muerte del impío, sino que se convierta y viva.» Asi es que, despues de haber empleado tanta circunspeccion antes de fulminar las censuras, empleaba y queria que todos empleasen la mayor dulzura en acoger á los pecadores convertidos á penitencia. Y héme aquí ya en el tercer artículo, que debo demostrar para disculpar completamente la celosa prudencia de San Gregorio. En efecto, despues de haber reprendido á Giraldo, obispo de Ostia, por haber depuesto, excomulgado y entredicho algunos prelados sin notificarles sus delitos, le escribe (l. 1, ep. 16) que él habia dado la absolucion al obispo de Osimo de la culpa de haber comunicado con un excomulgado, y le manda hacer otro tanto con el obispo de Bigorit si no le halla culpable de otra falta: esto prueba que el santo Pontífice era muy indulgente con aquellas transgresiones que no se habian cometido por depravacion ú obstinacion. Los cartagineses habian acusado á su obispo ante los sarracenos (l. 1, ep. 12) y calumniádole de manera que aquellos bárbaros le habian desnudado y azotado como un malhechor. Esta crueldad de los cartagineses cristianos, ¿no merecia todas las censuras eclesiásticas? Pues no obstante, el santo Pontífice abre para ellos el seno de la paternal misericordia á fin de recibirlos á penitencia, y á una distancia tan grande no quiere aventurar ningun castigo sin tener un completo conocimiento de la causa. Ya hemos hecho notar cómo el Santo habia excomulgado á Godofredo, intrusado simoniacamente en la iglesia de Milan: veamos ahora con cuanta clemencia queria que se tratase á los parciales de Godofredo que solicitaban volver al gremio de la Iglesia. Hé aquí lo que sobre este particular escribe á Erlembaldo: *Quicumque autem horum errores sui poenitentes ad vos venire remedii gratia desideraverint, benigne se suscipi atque misericorditer tractari noverint* (l. 1, ep. 26). Cierto es que establece (l. 1, ep. 34), que segun los cánones un homicida no puede volver á servir en el sagrado altar; pero al mismo tiempo, escribe á su obispo diciéndole que use de misericordia con él, y le mantenga con las rentas de la Iglesia si le halla dispuesto á hacer penitencia. Es cierto que confirma la excomunion dada por su legado contra Manion, simoniacamente intruso en el obispado de Osca: pero la revoca si el intruso renuncia á su invasion sacrílega. Amenaza con la excomunion (l. 1, ep. 65) á los habitantes de Ragusa, por haber envenenado á su legítimo obispo y puesto otro en su Silla; pero antes les concede tiempo para hacer penitencia y disculparse. Excomulga á los habitantes de Beauvais por haber maltratado á su obispo Guillermo; pero tan luego como este le escribe solicitando el perdon de su grey, accede el Pontífice á sus instancias y los absuelve (l. 1, ep. 74). ¡Cuán bello es el elogio que el santo Pontífice hace del obispo Guarnerio por haber mostrado arrepentimiento de sus culpas! ¡Con qué satisfaccion acepta su penitencia! (l. 1, ep. 77): *Cum propheta testetur quod omnipotens Deus, quem imitari debemus, cor contritum et humiliatum non*

spernat, nos quidem, qui peccatores sumus, etsi contritionem cordium in aliis non satis plene respicimus, cognitam tamen dissimulare et quasi pro nihilo computare non debemus. ¿Son estos por ventura los sentimientos de un hombre colérico, ó son mas bien los de un pastor indulgente que jamás hubiera castigado, si siempre hubiese visto en el delincuente el arrepentimiento necesario? A Hugon, obispo en Borgoña, le manda (l. 2, ep. 43) aceptar de sus súbditos lo que quieran devolverle, y absolverlos; y nótese bien la razon en que este precepto se funda: *Melius enim nobis placet ut pro pietate interdum reprehendaris, quam pro nimia severitate in odium Ecclesiae tuae venias. Debes quidem filios tuos, quia rudes sunt et indocti, conspicere, et ad meliora paulatim provocare, quia nemo repente fit summus, et alta aedificia paulatim aedificantur.* Quien sentimientos tan llenos de prudencia manifestaba, quien queria perdonar aun sin que se hubiese dado una entera satisfaccion, ¿no demuestra bien claro, que si alguna vez levantó el azote del castigo, fué únicamente impelido por la necesidad y de ningun modo por una inclinacion natural? En otra Epístola (l. 3, ep. 11), manda al obispo Arnaldo absolver al conde Rogero de la excomunion, y volver á colocar en su Silla pastoral al obispo Balduino, porque ambos habian manifestado arrepentimiento de su falta. ¡Con qué dulzura escribe á Guiberto (l. 5, ep. 13), arzobispo de Ravena, y á sus parciales, ofreciéndoles el perdon! «Quoniam »hamanum est peccare, Deique peccantibus »conversis veniam tribuere, ipsa quae ejus»dem Dei et Domini sanguine fundata est »Ecclesia, ad gremium suum redire vos »adhuc ut mater expectat, nequaquam in »vestra grassari desiderat nece, imo vestrae »cupit saluti occurrere... Sciatis enim quod »apud nos nullius unquam odium aut pre»ces, seu turpis jactantia locum obtinere »poterit, quo contra vos in aliquo injusti»tiam exercere posse, imo rigorem justitiae »(prout possimus) temperantes indulgere »vobis, quantum sine detrimento animarum »vestrarum et nostro periculo poterimus, »parati sumus. Desideramus enim potius, »Deo teste, vestrae saluti et populi vobis »crediti consulere, quam nostro seculari »commodo in aliquo providere.» ¿Se podrá llamar fanático ó perjuro á un santo Pontífice que jura (*Deo teste*) que á sus ventajas temporales prefiere la salvacion de sus enemigos? El Santo tuvo noticia de que Roberto, conde de Flandes, habia sido excomulgado contra las reglas canónicas por el obispo Hugon, y manda á otro llamado tambien Hugon (l. 6, ep. 7), que le absuelva, si averigua que no se han observado las formas canónicas, y que aun en el caso de ver que su excomunion haya sido hecha canónicamente, le reconcilie sin dilacion con la Iglesia si le hallare dispuesto á hacer penitencia; ¿y por qué? *Quia ipse summus Pastor ovem perditam propriis humeris voluit ad gregem reportare.* ¿Cuántas dilaciones no concedió, aunque en vano, á Manasés, arzobispo de Reims? Y aun despues de la sentencia de deposicion confirmada en el concilio de Lyon le ofrece tiempo y oportunidad para que pudiera disculparse de las acusaciones de sus adversarios (l. 7, ep. 20). ¡Con qué clemencia manda al obispo de Benevento que no imponga castigo á un hereje, si puede descubrir que vuelve de buena fé al seno de la Iglesia católica (l. 7, ep. 28)! Pero basta ya de documentos; los ya citados nos parecen bastantes para demostrar la benignidad de San Gregorio para con los penitentes. No olvidemos tampoco la órden que dió al obispo de Batavia para que reconciliara con la Iglesia á cuantos abandonando el partido de Enrique pidieran volver á ella (l. 9, ep. 10). En vista de esta demostracion de hecho, ¿qué hombre que no se deje llevar de un espíritu de partido podrá menos de confesar que San Gregorio no fué fanático ni imprudente? Si en tiempos del Santo hubiese sido Pontífice alguno de los que gobernaron la Iglesia en los primeros siglos, ¿habria empleado mas dulzura ni mas circunspeccion en el uso de las censuras?

Al leer la vida de San Juan Crisóstomo, de un sábio, de un santo, de un antiguo patriarca de Constantinopla, no puedo menos de quedar sorprendido viendo que su conducta fué poco mas ó menos la de San Gregorio VII. Al principio de su obispado (Pal. *vit. Chrys.*) pronunció dos discursos contra los clérigos y contra las vírgenes,

que bajo pretesto de necesidad y de caridad habitaban en una misma casa. Estos discursos sublevaron contra él á una parte del clero. Los prudentes del mundo decian: «¿No hubiera sido mejor disimular esos desórdenes que ocasionar escándalos y turbulencias intentando cortarlos con un celo exagerado?» Mas no era ese el sentir de los sabios, de los santos, de los antiguos obispos, que tenian muy presentes en su espíritu las palabras de Ezequiel (c. 3, v. 18) y la gran máxima de San Gregorio. Hé aquí lo que hizo tambien San Crisóstomo con seis obispos de Asia que habian sido acusados ante él, en un sínodo de sesenta obispos, de haber comprado por medio de regalos la dignidad pastoral de Antonino, difunto obispo Éfeso (Pal. *Vit. Chrys.* Conc. Mansi, t. 3, col. 995). Examinóse el hecho, se oyó á los testigos, se recibió la confesion de los acusados, y descubierta la verdad, los obispos simoniacos fueron depuestos y privados del sacerdocio. Es claro que esta conducta, parecida á la de San Gregorio VII, aumentó la animosidad de los descontentos contra Juan; pero este, sabio, santo y antiguo obispo de la Iglesia, continuaba á pesar de todas las contradicciones ejerciendo su vigilancia pastoral. Aun hizo mas. Quejóse altamente en público y en particular de la emperatriz Eudoxia, que habia sobornado á Epifanio contra él: fué injustamente depuesto de su Silla episcopal por las intrigas de Teófilo de Alejandría, y luego se le repuso en ella por órden del emperador. ¿Y qué hizo Juan? no se enfrió por cierto su celo á pesar de las desgracias sufridas: creyó que era injurioso para la Religion el haber levantado una estátua de Eudoxia junto al templo de Santa Sofía: declamó otra vez contra la emperatriz, llamándola, segun dicen, segunda Herodías. Tratóse de deponerle segunda vez; escitáronse partidos, disensiones, riñas, violencias: se puso fuego á una iglesia y el patriarca fué desterrado. ¿Y qué hizo Juan? Juan consideraba con dolor tantos desórdenes ocurridos contra su intencion; mas no por eso desistió de sostener los derechos de la dignidad, libertad y justicia eclesiástica; desde su mismo destierro acudió al Papa Inocencio, solicitando que fulminara censuras contra sus perseguidores ¿Y por qué? porque disimulando habia gran riesgo de que se abriese camin á todo género de abusos y á la violacio de los santos cánones. Nótense bien su palabras (Labb. t. 3, col. 59): «Domini me »maxime venerandi et pii, cum haec ita »se habere didiceritis, studium vestrum »et magnam diligentiam adhibete quo re»tundatur haec quae in Ecclesiam irrupit »iniquitas; quippe si mos hic invaluerit, et »si fas erit cuique in alienam parochiam ir»rumpere, idque ex tantis intervallis, et eji»cere quos voluerit, et auctoritate propria »quaeque pro libidine sua facere: scitote »quod brevi transibunt omnia, et totus or»bus premetur, bello non indicto, omnibus »ab omnibus ejectis, et omnes ejicientibus. »Quapropter, ne tanta confusio hanc omnem »quae sub coelo est nationem invadat, rogo »ut scribatis quod haec tam inique facta et »absentibus nobis, et non declinantibus ju»dicium, non habeant robur, sicut et ex sua »natura nullum habent; illi autem qui inique »egerunt, poenae ecclesiasticarum legum »subjaceant.» Ahora digo yo: Colocad un San Juan Crisóstomo con esas máximas, con ese celo y con esa conducta en el siglo de San Gregorio VII, y decidme si no hubiera obrado todavia con mas firmeza que San Gregorio. Ya comprendo que á trueque de defenderos, no repararéis en acriminar la conducta de San Juan Crisóstomo. Pero teneis la desgracia de que San Juan Crisóstomo era un obispo sabio y santo de la Iglesia antigua, y vosotros probablemente no sois mas que unos discipulillos de alguna nueva iglesia. Pero no es esto todo: aún se quisiera exigir de San Gregorio VII algo que no se atreven á decir abiertamente. En efecto, ¿qué quisieran los enemigos de la Iglesia? ¿Quereis saberlo? Os lo diré en dos palabras. Quisieran el silencio y la disimulacion, porque comprenden muy bien lo muy favorables que son las tinieblas para sus asechanzas y maquinaciones: *Omnis enim qui male agit odit lucem, et non venit ad lucem, ut non arguantur opera ejus* (Joan. III, 20). Aunque, segun hemos visto, fué muy circunspecto para con los delincuentes, y muy benigno para con los arrepentidos; sin embargo jamás calló ni disimuló los desórdenes de su tiempo, y cuando no apeló al castigo,

se creyó siempre obligado á levantar su voz pastoral. Este deber lo habia aprendido de los Profetas, lo veia inherente á la naturaleza misma de su obligacion pastoral, lo leia en la práctica de la Iglesia antigua, y lo exigia, no solamente de sí mismo, sino tambien de los obispos sus hermanos. Nótese lo que escribia á Dietvin, obispo de Lieja (l. 2, ep. 61): «Os mandamos que amonesteis y obligueis á todos los ministros sagrados á vivir castamente, á abandonar absolutamente las concubinas, y á destruir, segun la tradicion de los Padres, este crímen que hoy ha echado raices á causa del silencio de los pastores, á fin de que por vuestro silencio no seais condenado con los malvados é incurrais en la pena de muerte eterna.» Con mas vehemencia habla aún á Sigefredo, arzobispo de Maguncia (l. 3, epístola 4): «En vuestras cartas, hermano mio, alegais muchas escusas, que segun el juicio de los hombres tendrian algun valor, pero que nos parecen enteramente débiles para disculparos ante el juicio de Dios. Parece, en efecto, que hay algunas disculpas legítimas en el trastorno del reino, guerras, sediciones, irrupciones de los enemigos, pérdida de vuestros bienes, temor de la muerte, con que decís amenaza el príncipe á nuestros hermanos; y por último, en el temor de una espantosa matanza, si los enemigos dispersos se llegasen á reunir. Todo eso podria parecer suficiente para escusaros. Pero si consideramos cuán diferentes son los juicios de Dios de los de los hombres, apenas hallamos nada que pueda disculparnos en el tribunal divino, ni la pérdida de los bienes, ni la animosidad de los malvados, ni la ira de los poderosos, ni aun la pérdida de la vida. Pues el mercenario se diferencia del pastor en que aquel, á la vista del lobo, teme, no por sus ovejas, sino por sí mismo: le importa poco la dispersion y matanza del rebaño, y por último lo abandona y huye; en tanto que el otro, el pastor, el que ama sus ovejas, no las abandona en el momento del peligro; antes por el contrario, no vacila en esponerse á la muerte por salvarlas.... Pues si vemos á nuestros hermanos pecar, y nos callamos; si los vemos estraviarse y no procuramos traerlos al buen camino por medio de nuestros avisos, ¿no pecaremos tambien nosotros? ¿no mereceremos ser juzgados culpables?

¡Oh! cierto que sí, vuelvo á repetirlo, San Gregorio era inexorable y jamás creyó que la disimulacion y el silencio pudiesen dar seguridad á su conciencia. Mas aun en eso tomaba por norma las máximas invariables de la antigüedad; pues si los pastores antiguos tuvieron alguna vez por prudencia envainada su espada, por decirlo así, nunca cerraron su boca, y en todas ocasiones hicieron resonar su voz públicamente y con autoridad para detestar y condenar los crímenes del pueblo y de los príncipes, sobre todo, en tratándose de errores dogmáticos ó abusos que propendian á destruir la fé y buenas costumbres. Citaré algunos pasages de la antigüedad que manifestarán no solo la práctica, sino hasta las muy fundadas razones de este modo de obrar. Hé aquí lo que Inocencio I escribia al Concilio de Cartago, acerca de las personas de Pelagio, Celestio y sus secuaces (Lab. t. 3, col. 46. In. ep. 24): «Los que niegan la gracia de Dios no la quitan á los otros, sino que se la quitan á sí mismos. Necesario es alejarlos de la Iglesia, no sea que semejante error se propague y se haga incurable: pues, si se les deja largo tiempo impunes, necesariamente arrastrarán á su pérfido sistema á otros muchos y engañarán á los inocentes, ó mas bien, á los imprudentes que no siguen la fé católica. Separése, pues, la mala paja del buen grano: apártese el soplo pestilente ó el mal contagioso, para conservar mejor lo que aun está intacto y para que el rebaño que está sano se vea libre del contagio de esas ovejas apestadas.» Otro tanto decia al Concilio de Milevi, añadiendo otra razon de mucho peso: *Addo et amplius: plerumque didiscit errare, cui nemo consentit... Prospiciendum est ergo, ne permittendo lupos, mercenarii magis videamur esse quam pastores.* Tambien conviene leer la vigésima carta del mismo Pontífice Inocencio al obispo Lorenzo, que permitia en su diócesis algunas reuniones de discípulos de Fotino, por cuya condescendencia le reprende el Soberano Pontífice. El Papa San Felix manifiesta los mismos sentimientos al hablar

de la necesidad de separar á los impíos de la sociedad de los fieles (Felix, p. 3, »ep. 11, Labb. t. 5, col. 180). Sobre este »particular dice: «Nisi a fidelibus perfidi sint »remoti, rerum discretione sublata, labora»bunt suspicionibus innocentes, ut ad vitia »facilis est hominibus prolapsus. A probato»rum consortio contagia repellenda sunt »perditorum, quoniam mores bonos collo»quia, sicut scriptum est, perversa corrum»punt.» Tambien se hacian á San Felix las mismas objeciones que los prudentes del siglo han hecho despues á San Gregorio VII y á otros Papas. Querian que restableciese absolutamente á Acacio en la comunion de la Iglesia, pues de lo contrario se le decia que por su obstinacion ponia en gran peligro á toda la Iglesia, (Lab. t. 5, col. 196). Pero ¿cómo? respondia el Pontífice Felix: «Si fides com»munioque catholica custoditur, in peri»culum religio venit, vel periclitatur reli»gio? Et si, quod absit, fides communioque »catholica violatur, in periculum religio »non adducitur, vel salva religio est? Absit »ut hoc quisquam catholicus et apostoli»cae fidei filius dicat.» Y sin embargo, le replicaban los políticos, con esa vuestra obstinacion disminuís la dignidad de la Silla apostólica. Pero ¿cómo? respondia el Papa Felix: «Si fides communioque catholica »servetur, dignitas Sedis apostolicae mi»nuitur? Si illa violatur, Sedis apostolicae »dignitas manet? Absit ut hoc christianus »catholicusque depromat. Si fides catho»lica et communio laeditur, respublica juva»tur? Et si illa salva sit, respublica laeditur? »Absit ut hoc christianus catholicusque »profiteatur. Si fides catholica et communio »servetur, imperator laeditur? Et illis vio»latis, imperator non laeditur? Absit ut »hoc christianus et catholicus imperator »dicat, vel aliquis catholicus christianus »dicat bene fiere: hoc est laedi fidem et »communionem catholicam delere, ne im»perator laedatur, quia si servetur fides »catholica atque communio, imperator lae»ditur. Nos imperatorem tantum amamus »ut velimus eum facere quod pro salute »ipsius est, quod pro anima, pro conscien»tia ipsius est.» ¡Qué bellos sentimientos contra el silencio pastoral y contra la falsa paz de la Iglesia se encuentran esparcidos en la Epístola del Papa Gelasio al emperador Anastasio! El nombre de Acacio estaba condenado por la Silla apostólica. Sus fautores querian, á pretesto de paz, entorpecer la censura eclesiástica. El emperador, mal aconsejado, habia caido en el error; pero véase lo que sobre el particular le escribia el Papa Gelasio (ep. 8, Lab. t. 5 col. 309): «Una est christiana fides, quae »est catholica. Catholica autem veraciter »illa est quae ab omnium perfidorum, atque »ab eorum sucessoribus et conssortibus sin»cera, pura, immaculata communione di»visa est, alioquin non erit divinitus man»data discretio, sed miseranda confusio.... »Precor te, cujusmodi debeat esse pax ipsa, »non utcumque, sed veracitur christiana, »mente libremus. Quomodo enim potest esse »pax vera, cui charitas intemerata defuerit? »Charitas autem qualiter esse debeat nobis »evidenter apostolus praedicat, qui ait (I. »Tim. I): Charitas de corde puro, et con»scientia bona, fide non ficta. Quomodo, »quaeso te, de corde erit puro, si contagio »inficiatur externo? Quomodo de conscientia »bona, si pravis fuerit malisque commixta? »Quemadmodum fide non ficta, si maneat »sociata cum perfidis? Quae cum á nobis »saepe jam dicta sint, necesse est tamen »incessabiliter iterari, et tamdiu non taceri »quamdiu nomen pacis obtenditur; ut no»strum non sit, ut invidiose jactatur, facere »pacem, sed talem velle doceamus, qualis »et sola pax esse, et praeterquam nulla esse »monstratur.» Finalmente, todas las Epístolas de Gelasio no tratan mas que de la justicia de la censura de Acacio, y de la necesidad de condenarle juntamente con sus fautores. El emperador Anastasio se habia quejado vivamente y estaba muy irritado contra el Papa Símaco, porque le habia excomulgado únicamente porque comunicaba con Acacio. Pero nótese con qué energía le contesta el santo Papa Símaco (ep. 6; Lab. t. 5, col. 428): «Fortassis dicturus es »scriptum esse omni potestati nos subditos »esse debere. Nos quidem potestates hu»manas suo loco suscipimus, donec contra »Deum suas erigant voluntates. Caeterum »si omnis potestas a Deo est, magis ergo »quae rebus est praestituta divinis. Defer

»Deo in nobis, et nos deferemus Deo in te. »Caeterum si tu Deo non deferas, non po»tes ejus uti privilegio, cujus jura conte»mnis.» Su sucesor Hormisdas, siguiendo las mismas máximas, quiso constantemente que la memoria y el partido de Acacio fuesen públicamente detestados y que se separara de la comunion á todos sus cómplices; y añadia, que si se hubiera obrado asi desde un principio, no se hubiera esparcido tanto el veneno de su herejía en la Iglesia. Hé aquí cómo escribia á Anastasio (Hor. ep. 11; Lab. t. 5, col. 587): «Utinam, »invictissime imperator, inter ipsa, aposto»licae districtionis initia orientales Ecclesiae »Acacii contagia nefanda vitassent; non per »multos error ille noxia venena diffunderet; »ipsa quoque erecta tunc fortassis alexan»drinae Ecclesiae colla cecidissent, dum per»clusam perfidiam suam in damnatione imi»tatoris agnoscerent, et displicere in com»plicibus se viderent. Sed dum male nutriti »foventur errores, et pravorum consensus »inutilis aequitate corrigenda dissimulatur, »per impunitatem sequacium mala dogmata »multiplicavit auctorum... Cogitandum est si »ei apud Deum sufficiat errata culpasse, cui »dedit posse corrigere.» Vigilio habla del mismo modo en su decreto acerca de los tres capítulos; muestra el fraude de los nestorianos que se vendian por discípulos de Teodoro de Mopsuesta, y procurando que la Iglesia disimulara, iban estendiendo sus errores (Lab. t. 6, col. 308). «Quorum ve»nena diuturnis temporibus occulte serpen»tia, nunc aperta professione manantia, »nostros et christianissimi principis omnium»que orthodoxorum animos permoverunt »attendentium non esse ulterius differenda »remedia, ubi patientiam dissimulatione »nutrita tam magni mali videtur crevisse »pernicies.» San Gregorio Magno escribia tambien á Eusebio, arzobispo de Tesalónica, mandándole instruir informacion acerca de dos de sus súbditos, y que en el caso de hallarlos tenazmente rebeldes al sínodo de Calcedonia, los separase de la Iglesia. ¿Y por qué? Primero, porque «providi solli»tudo pastoris est, ut ovem languidam, »quae curationem non recipit, ne alias lan»guoris sui labe contaminet, a sanarum »consortio non differet ejicere; sciens caete»rarum sanitatem se aliter non posse nisi »hujus ejectione servare:» y en segundo lugar, porque «qui non corrigit resecanda, »committit.» Y en efecto, ¿cuál fué el motivo atribuido á la pretendida condenacion de Honorio, en el sesto concilio ecuménico, sino que «flammam haeretici dogmatis, non »ut decuit apostolicam auctoritatem, inci»pientem exstinxit, sed negligendo confo»vit,» imponiendo silencio en la cuestion que se agitaba sobre si habia en Jesucristo una ó dos voluntades? (Leon. Pap. 2, ep. 2, 5; Lab. t. 7, col. 1456, 1462). Porque como dice el quinto concilio general, *alienum est cum recta fide impia suscipere, et non a malis recta discernere.*

Por otra parte, cuando la primera Silla rompe el silencio, los verdaderos católicos son confirmados en la fé, y los demás pastores se alientan á hablar con libertad y confianza, en tanto que de otro modo la timidez les haria guardar silencio. Así es que los obispos de las Galias escribian al Papa San Leon, diciendo que su carta á Flaviano contra los errores de Eutiques les habia llenado de libertad y confianza (Lab. t. 4, col. 578): «Multi itaque in ea gaudentes »pariter et exultantes recognoverunt fidei »suae sensum, et ita se semper ex traditio»ne paterna tenuisse, ut apostolatus ex»posuit, jure laetantur. Nonnulli sollicitiores »facti, Beatitudinis vestrae admonitione »percepta, modis omnibus se gratulantur »instructos, datamque sibi occasionem gau»dent, qua libere ac fiducialiter suffragante »etiam apostolicae Sedis auctoritate, elo»quantur, et asserat unusquisque quod cre»dit.» Por el contrario, san Bernardo, en la persona del arzobispo de Reims (ep. 191), escribia al Papa Inocencio, acerca de la perfidia del hereje Abelardo, el cual se habia envalentonado mucho, porque su libro habia penetrado en Roma: «Jamjam extendit pal»mites suos usque ad mare, et usque ad »Romam propagines ejus. Haec gloriatio »hominis illius, quod liber suus in curia »romana habet ubi caput suum reclinet. »Hinc confirmatus et confortatus est furor »ejus.» En seguida suplica al Papa no tarde en condenarle: «Quia ergo homo ille »multitudinem trahit post se; et populum »qui sibi credat habet, necesse est ut huic

»contagio celeri remedio occurratis. Sero »enim medicina paratur, cum mala per lon»gas invaluere moras.»

Nada mas diré para probar una verdad demostrada por la naturaleza misma del deberpastoral. Esto es lo que San Pablo mandaba espresamente á Tito, no solamente contra los seductores, sino tambien contra los desobedientes (Tit. I, 10): «Sunt enim mul»ti etiam inobedientes, vaniloqui et seducto»res, maxime qui de circumcisione sunt, »quos oportet redargui, qui universas do»mos subvertunt, docentes quae non opor»tet, turpis lucri gratia... Quam ob causam »increpa illos dure, ut sani sint in fide.» Si se desean aun mas autoridades sobre el particular, léanse los libros de san Hilario contra Constancio y contra Auxencio, la apología de San Atanasio, la carta de San Agustin á Januario, las actas de San Máximo, y el Concilio de Letran acerca del Tipo de Constante, que para conseguir la paz, mandaba que los católicos y los monotelitas no tuviesen disputa alguna entre sí (Mansi, t. 10, col. 1031). No ignoro que para probar lo contrario se refiere un pequeño número de hechos y autoridades; pero ninguno de esos hechos, ninguna de esas autoridades aprueba el silencio pastoral en materia de fé, sino cuando mas por un breve espacio de tiempo, y con grandes precauciones; y si San Gregorio el Grande disimuló algunos momentos la cuestion de los tres capítulos, no fué sino con respecto á las personas sencillas como lo era la reina Teodolinda (l. 4, ep. 4 y 38), y aun esto procurando al mismo tiempo instruirla, para que no se dejara seducir de los malvados (l. 4, ep. 2).

Todo eso está bien, me respondereis; pero en tiempo de San Gregorio VII no se trataba de artículos de fé. Respondo: Cierto es que los obispos y clérigos depuestos ó excomulgados por él no atacaban abiertamente los artículos de fé, pero prácticamente combatian la fé con sus malas costumbres, con abusos enlazados con el dogma, ó que tendian á arruinar generalmente la fé, y esto era suficiente para que San Gregorio, segun las máximas de los doctores y de la antigüedad, no debiera ni pudiera disimular ni callar. Tratábase de una simonía casi general, que era causa de que hubiese muy pocos obispos canónicamente ordenados. Pero bien sabido es que antiguamente se miraba la simonía como raiz de las heregías, nacida del herege Simon Mago, y como fundada sobre una heregía, es decir, sobre la pretension de poder vender por dinero la gracia del Espíritu Santo. Oigamos cómo habla acerca de ella el obispo Sofronio en su epístola á Sergio, leida en el acta segunda del tercer concilio de Constantinopla (Lab. t. 7, col. 922): «Anathema... sit »primum quidem Simon Magus, qui primus »pessimis haeresibus pessimus principiavit.» Y sin esto, permitid la simonía en el cristianismo; y decidme: ¿cuál será en breve la suerte de la fé confiada en manos de unos pastores que trafican con la gracia? Tratábase de un público y vergonzoso concubinato muy comun entonces en el clero, y se puede imaginar fácilmente cuánta sería la corrupcion que introducia en las costumbres de los sacerdotes y del pueblo. Se trataba de asesinatos de pastores, de estragos causados en los bienes eclesiásticos y en los templos, y de una manifiesta resistencia á la Cabeza de la Iglesia. Hé ahí lo que hemos visto en las epístolas de San Gregorio. Ahora bien; disimulando estos desórdenes, ¿no es evidente que la Iglesia se hubiera convertido muy pronto en un mercado, en un campo cubierto de espinas y de abrojos? Pero queriéndolos corregir, replicareis, se daba en la Iglesia mucho escándalo. Y no queriendo corregirlos, os responderé yo, resultaban escándalos mucho mayores aún. Escándalo era por cierto ver á pastores rebelados contra el Gefe de la Iglesia, perseguir á los buenos y á los inocentes que se veian obligados á defenderse de sus usurpaciones; pero mayor aun hubiera sido ver á unos pastores simoniacos é incontinentes subir impunemente al trono del santuario, triunfar el vicio delante del altar y á los buenos en el mas inminente peligro de contaminarse á causa del ejemplo, de la autoridad y del temor. La palabra escándalo ha llenado siempre de terror á los espíritus alucinados; pero no á los Santos, que saben que un superior no debe dar con su silencio un escándalo culpable, por evitar el escándalo que algunos tomasen de su resis-

tencia. Oid lo que escribia San Bernardo al abad Sugero (ep. 78, n. 10). El Santo veia con disgusto que los diáconos se habian envilecido hasta el punto de servir á la mesa de los príncipes: no podia pasar en silencio este desórden, pero no se atrevia á hablar, por temor de que se le acusara de dar escándalo. Mas al fin triunfó la verdad en el corazon del Santo, por otra parte tan dulce, siendo bien notables sus palabras: «Quam »sane odiosam admodum novitatem et vereor »proferre in medium, et praetermittere gra»vor. Urget quippe linguam in verba dolor, »sed timor ligat. Timor dumtaxat, ne quem »offendam, si palam fecero, quod me movet; »quoniam veritas nonnumquam odium parit. »Verumtamem de hujusmodi odio, ipsam »quae parit illud, ita me audio consolantem: »*Necesse est*, ait, *ut veniant scandala;* nec »me, ut aestimo, tangit omnino quod se»quitur: *Vae autem homini illi per quem »scandalum venit;* cum enim carpuntur vitia, »et inde scandalum oritur, ipse sibi scan»dali causa est qui fecit quod argui debeat, »non ille qui arguit. Denique nec cautior »sum in verbo, nec circumspectior in sensu, »illo qui ait (Greg. hom. 7, in Ez.): Melius »est ut scandalum oriatur quam veritas re»linquatur. Quamquam nescio quid prosit, »si quod mundus clamat ego tacuero, o»mniumque passim naribus injecto fetore, »solus dissimulo pestem; nec audeo nasum »contra pessimum putorem propria munire »manu.» Podrianse añadir á este pasage de San Bernardo otras autoridades de San Hilario (cont. Const. Aug. et Aux.), de Lucífero de Cagliari (*de non parc. in Deum del.*), de San Cipriano (ep. 55, ad Corn.), de San Ambrosio (ep. 51.), de San Agustin (ep. 185), de San Nilo monge (ep. 309), de Pedro de Blois (ep. 110, 112), y de Gerson (l. 4, cons. theol. pros. 2). Pero no acumularé inútilmente autoridades para probar una cosa que la verdad por sí misma pone en la mayor evidencia. Solo sí para concluir quiero presentar el ejemplo de otro San Gregorio llamado el Grande, y respetado hasta por los protestantes; él nos hará ver que San Gregorio VII no tomó las reglas de su conducta en las falsas decretales, sino en los antiguos documentos de sus mas beneméritos predecesores.

En tiempo de San Gregorio el Grande la simonía se habia introducido tambien en algunos paises; y ¿qué remedio aplicó á este vicio el santo Papa? ¿Acaso el silencio ó el disimulo? No, sino que primero apeló á las amonestaciones, y despues á la severidad de las penas canónicas. Véase lo que escribia al obispo Juan (l. 5, ep. 57): «Si quid »tale deinceps fieri senserimus, jam non »verbis, sed canonica hoc ultione corrige»mus, et de vobis quod oportet aliud inci»piemus habere judicium.» Lo mismo repetia á los obispos de Eladia (l. 5, ep. 58), y á los del Epiro (l. 6, ep. 8). Y ¿por qué? porque tambien miraba á los simoniacos como inficionados de heregía (l. 5, ep. 53): «Cum prima simoniaca haeresis sit contra »sanctam Ecclesiam exorta, cur non per»penditur, cur non videtur quia eum quem »quis cum pretio ordinat, provehendo agit »ut haereticus fiat?» Veamos ahora lo que prescribia contra los clérigos, no diré manifiestamente incontinentes, sino que solamente habitaban con otras mugeres que las que permitian los cánones. Manda terminantemente que sean separados, y si resisten con obstinacion, encarga al obispo de Espoleto que «admonitione sacerdoti »praemissa, et si res ita exegerit, etiam »canonicam adhibens disciplinam, de caetero »emendare festinet.» Pero cuando se trataba de sacerdotes realmente incontinentes, no dudaba apelar al brazo secular para reprimirlos y corregirlos; por lo cual escribia á Brunequilda, reina de Francia (l. 1, ep. 69): «Ardenter ad haec debemus ulciscenda con»surgere, ne paucorum facinus, multorum »possit esse perditio.» ¿Y contra los clérigos criminales? Manda á Crisanto, obispo de Espoleto, que advierta á uno de sus sacerdotes, acusado de violencia: «Qui si te audire no»luerit, a communione eum suspende, ut »vel sic incipiet a pravis se actibus remo»vere.» ¡Desgraciado de San Gregorio VII si hubiese mandado lo que San Gregorio Magno escribia al defensor Sergio! Una virgen noble habia abandonado el hábito religioso para vestir el trage secular. San Gregorio se admira de que Sergio haya tenido noticia de este delito, sin haberle corregido al instante con severidad (l. 8, ep. 9); quiere que esta virgen sea vuelta por fuerza al mo-

nasterio, y amenaza castigar á Sergio severamente si difiere el ejecutar esta órden: «Si homo esses, aut districtionem aliquam »habuisses, ita regularis disciplinae debui»sti custos existere ut ea quae illicite illic »committuntur, ante vindicta corrigeret, »quam ad nos eorum nuntius perveniret.» ¡Desgraciado, vuelvo á decir, de San Gregorio VII si hubiese dado alguna vez semejantes lecciones á uno de sus delegados! Pero San Gregorio Magno, cuando se trataba de tamaños desórdenes, no temia ni aun á las potestades del siglo. El Santo habia sabido que algunas señoras, despues de haber tomado el velo voluntariamente, le habian abandonado para unirse nuevamente á sus maridos, y que eran protegidas por Roman, exarca de Italia; escribió pues á este diciéndole que no podia creer este delito; tan grave le consideraba; y le instó á reprimirlo, para no verse precisado á castigarle: «Nam hujusmodi iniquitatem propter »Deum nullo modo patimur remanere» (l. 5, ep. 24). Hé aquí bastantes ejemplos de la prudente severidad de San Gregorio Magno. Se pueden leer las leyes que prescribió á Felix, obispo de Mesana (l. 14, ep. 17), y se verá hasta qué punto concuerdan con las de San Gregorio VII y de todos los pastores imitadores suyos. «Todos los incestuosos, le escribe, deben ser separados de la Iglesia, hasta que mediante la satisfaccion sean reconciliados por las oraciones de los sacerdotes; porque es preciso separar á los malos de los buenos, para que al menos la vergüenza les haga conocer sus delitos y se conviertan. Si son incorregibles sepáreseles de los fieles hasta que satisfagan segun la sentencia del Salvador (Luc. 27, 3; Mat. 18, 15), Es preciso segregar á los malos para que los justos no perezcan por los injustos. *Periit justus pro impio* (Is. 57, 1). Por otra parte, no basta corregir en secreto, sino que es preciso corregir en público los pecados públicos, para corregir por medio de la reprension pública á los que han pecado imitando su ejemplo; porque corrigiendo á uno solo, se atrae á muchos. Vale mas condenar á uno solo por la salvacion de muchos, que ponerlos en peligro á causa de su vida licenciosa. No debe estrañarse que se siga esta regla entre los hombres, puesto que se separa á los animales enfermos para que no contagien á los sanos. Corregir, pues, públicamente á los perversos, es preferible á permitir que por su culpa perezcan los buenos.»

Suponed ahora que San Gregorio VII no hubiese leido mas que las epístolas de San Gregorio Magno: ¿no habria tenido á la vista un gran modelo de prudencia? Y sin embargo, segun las máximas de su predecesor, habria debido corregir severamente, como lo hizo, los desórdenes de su tiempo. Y aun para decirlo con mas claridad, ¿no se puede deducir muy legítimamente de las cartas de San Gregorio VII, que empleó mas circunspeccion que la que prescribian las máximas de San Gregorio Magno? ¿Cuántos avisos reiterados, cuántas dilaciones, cuánto mas tiempo para arrepentirse no concedia nuestro Gregorio á los culpables? Si San Gregorio Magno hubiese hallado tantos desórdenes como San Gregorio VII, decidme con sinceridad; ¿os parece que, atendidas sus máximas, hubiera procedido con tanta moderacion? Finalmente, puede decirse con razon que San Gregorio VII se vió precisado á ser severo, porque no practicando los pastores las máximas de San Gregorio Magno, habian dejado multiplicar la cizaña entre el trigo. San Gregorio VII debió, pues, aunque tarde, poner en uso, para impedir la pérdida de todo el rebaño, las leyes que, si se hubiesen empleado en tiempo oportuno, segun el parecer del otro Gregorio, hubieran alejado el contagio. Toda la falta de los censores de la conducta de San Gregorio VII procede de que han establecido, como máxima invariable, que la Iglesia debe obrar siempre con disimulo, dulzura y sumision para con los que la turban. Pero aunque esto sea verdad en algunas circunstancias, y haya sido practicado por algunos prelados en ciertas ocasiones, hay otras, sin embargo, en que esto seria muy peligroso, y en que los mismos prelados han observado una conducta diferente. San Gerónimo, escribiendo sobre este versículo del capítulo III de Ezequiel: *Ecce dedi faciem tuam valentiorem faciem eorum, et frontem tuam duriorem frontibus eorum*, añade: «Ex quo discimus interdum gratiae »Dei esse impudentiae resistere, et cum res

»poposcerit frontem fronte concutere. Hoc »autem tribuitur, ne nostra verecundia et »humanus pudor pertimescat insidias malorum.» Pero acabemos este primer punto del exámen de la conducta de San Gregorio. Espero que los que no pertenecen á algun partido, deben quedar ya convencidos de la prudencia de San Gregorio VII en el uso de las censuras eclesiásticas. Ocupémonos ahora de los reyes que depuso.

§ II.— *Deposicion del rey Enrique, hecha por San Gregorio VII.*

Yo sostengo que San Gregorio, al deponer y excomulgar á Enrique, no obró con imprudencia, porque tenia el ejemplo de sus antecesores, fué aprobado por las personas mas respetables de los siglos siguientes, y ha sido imitado hasta por los Concilios de la Iglesia.

Digo, primeramente, que San Gregorio VII, en la deposicion del rey Enrique tuvo por modelos á hombres sábios y prudentes que le habian precedido en el gobierno de la Iglesia. Mas ¿quiénes son estos hombres? En primer lugar San Gregorio II, que ocupó la Silla pontificia en el siglo VIII; pues este santo Papa, habiendo excomulgado al emperador Leon Isaúrico, á causa de su persecucion á las sagradas imágenes, le privó de las rentas de Italia, y por consiguiente de una parte del imperio. El escritor griego J. Zonaras refiere este suceso en la vida de Leon Isaúrico (An. t. 3): «Gregorio, que entonces gobernaba la Iglesia de la antigua Roma, reunió un Sínodo, les excomulgó con el emperador (á los iconoclastas), y habiéndose aliado con los francos, suprimió el tributo que hasta entonces habia pagado la Italia al imperio.» Atestiguan este suceso no solamente Zonaras, sino otros historiadores griegos, Glica, Teóphanes y Cedren, cuando hablan de Leon Isaúrico. Algunos críticos, cuya opinion hemos preferido en el curso de esta *Historia*, niegan absolutamente este hecho, y dicen fué invencion de los griegos, para encender el ódio contra la Iglesia romana. Dicen estos críticos que Gregorio II estaba tan distante de quitar la Italia á Leon, que trabajó por conservarle la ciudad de Ravena. Mas todo esto puede conciliarse, distinguiendo tiempos y ocasiones: el Papa defendió á Leon, mientras que esperó se arrepintiese, y le excomulgó cuando se desengañó de su impenitencia. Otro tanto podemos observar en San Gregorio VII, favoreciendo unas veces y contrariando otras al emperador Enrique. Dicen que Gregorio II era mas bien de la opinion contraria, puesto que escribió al mismo Leon diciéndole que el Papa no tiene derecho de mezclarse en las interioridades de los palacios, ni conferir las dignidades régias: «Pontifex »introspiciendi in palatia potestatem non »habet ac dignitates regias conferendi.» (Lab. t. 8, col. 670). Pero esto no obstante podia creer que tenia derecho de absolver del juramento de fidelidad, y que un rey en el caso de heregía quedaba privado del trono de un pueblo cristiano, así como la Iglesia puede declarar válidos ó nulos los casamientos de los soberanos, aun cuando no se entrometa en los palacios reales para tratar de sus enlaces ó alianzas. Como quiera que sea, no tenemos empeño en dar como cierto este suceso, lo presentamos solamente como dudoso, y decimos que San Gregorio VII podia muy bien arreglar prudentemente su conducta tomando ejemplo de este hecho que los antiguos historiadores le presentaban, y cuya autenticidad por otra parte no se ponia entonces en duda. Hoy este suceso no puede dar ningun fundamento sólido al derecho del Papa sobre el poder temporal de los príncipes, porque es incierto; mas podia inclinar á obrar sin imprudencia, cuando era generalmente considerado como verdadero.

Pasemos á otro hecho atribuido á un predecesor de San Gregorio VII, pues aunque no hayamos admitido su realidad en esta *Historia*, le citamos aquí, porque se halla en los antiguos anales, segun el testimonio de los cuales pudo San Gregorio creerlo verdadero. San Zacarías Papa dicen que depuso á Chilperico, rey de Francia, para elevar en su lugar á Pipino. Suélese responder que el Papa no depuso absolutamente á Chilperico, sino que habiendo sido consultado por los magnates de Francia, sobre si seria mejor dar el título de rey á Pipino, que como prefecto de palacio tenia

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

la autoridad de tal, ó á Chilperico, que aunque tenia el título de rey, no era mas que un vano fantasma de la magestad real, Zacarías respondió que se debia dar el nombre de rey á quien tuviese la autoridad de tal. Si esta respuesta es esacta, confirma la opinion de los que dicen que el Papa tiene solamente autoridad para declarar la legitimidad de un soberano, las obligaciones de conciencia de un pueblo cristiano para con su príncipe, y los límites del juramento de fidelidad. Esta respuesta deja por lo tanto subsistente la autoridad del Papa sobre los reinos, aunque no sea absoluta, sino indirecta, y particularmente en los casos de cisma ó heregía. Por otra parte, lo cierto es que los antiguos anales de los francos dicen (an. 751) que el Papa Zacarías no hizo una simple declaracion en favor de Pipino, sino que mandó á los Francos que lo eligieran: *Data auctoritate sua, jussit Pipinum regem constitui.* Así lo refiere Eginardo al principio de la vida de Carlo-Magno: *Pipinus per auctoritatem romani Pontificis ex praefecto palatii rex constitutus est.* Así lo refiere Aimoin (*de Gest. Franc.* lib. 4, cap. 41. *Regin. Chron.* l. 2, an. 749), Lamberto de Schawembourg (*Hist. Germ.*), Sigeberto (*Chron.*) y otros historiadores. San Gregorio VII pudo, pues, dando crédito á estos autores, considerar prudentemente como verdadera la deposicion de Chilperico, como legítima la autoridad de un Papa tan Santo como Zacarías, y en vista de esto atribuirse sin temeridad el mismo derecho.

Tercer ejemplo. San Gregorio III, Esteban II y San Leon III trasfirieron los Estados de Italia y la dignidad imperial á la corona de Francia. Oigamos la respuesta que acerca de este suceso da M. Pey en su obra *De la autoridad de las dos potestades* (p. 2. cap. 1): «Cierto es, dice, que Roma habiendo implorado inútilmente el socorro de Constantino Coprónimo contra los lombardos, invocó la proteccion de los franceses. Este recurso era de derecho natural. Gregorio III envió á Cárlos Martel un decreto, por el cual los príncipes romanos (*decreto romanorum principum*) declaraban que abandonaban la dominacion del emperador para ponerse bajo la proteccion de los franceses: *Quod sese populus romanus, relicta imperatoris dominatione, ad suam defensionem et invictam clementiam confugeret* (*Sup. Baron.* c. 18; an. 740, pág. 131).» Si yo hubiese querido atacar la autoridad temporal del Papa sobre los reyes, no hubiera dado semejante contestacion. Los que sostienen el poder indirecto del Papa sobre lo temporal de los príncipes, dirán que la deposicion de un soberano hereje y favorecedor de la herejía, es de *derecho natural y humano*, tratándose de un pueblo cristiano que tiene derecho á conservarse en la posesion de la verdadera Religion, y que solo con este pacto ha jurado fidelidad á su soberano; dirán que el Papa, al deponer un rey, no hace mas que declarar que es justo, en tal ó cual caso, que el juramento prestado quede disuelto; y que esto es precisamente lo que Gregorio III hizo al apoyar el decreto del pueblo romano contra los emperadores de Oriente. Por lo tanto, la respuesta del autor citado no destruye ni el hecho de Gregorio III, ni la razon fundamental de la autoridad pontificia: sino que antes bien, confirma el ejemplo de aquel Papa y prueba esta autoridad. Pey dice lo mismo, poco mas ó menos, acerca de la conducta de Esteban II y de San Leon III, que crearon un emperador en Occidente, con esclusion del de Oriente. Añade que esto fué una accion puramente civil del pueblo romano y que el Papa no tuvo en ella la parte principal, sino en razon de la categoría que ocupaba en el órden político. Admitamos que sea una accion civil por parte del pueblo romano; pero el Papa la declaró legítima: ¿y con qué autoridad? Se me dirá que fué por una autoridad civil, porque ocupaba el primer puesto en el pueblo romano. Pero esto no es mas que echarse á adivinar arbitrariamente y sin fundamento. En la creacion del emperador no se ve que el Papa obrase de ese modo. San Leon III, sin haber interpelado antes al pueblo romano, puso en la fiesta de Navidad la corona imperial sobre la cabeza de Carlo-Magno, y el pueblo entonces gritó: «¡Viva el emperador!» (*Anast. Egin. Vit. An. Loisel.*). Esta eleccion fué hecha á fin de crear en Occidente un poderoso auxilio para la Iglesia romana contra los herejes y los sediciosos: el pueblo con-

sintió, pero el Papa obró como Papa ó como jefe del pueblo. Por otra parte, en tiempo de San Gregorio VII el hecho era cierto, y aún no se habia inventado esa interpretacion en el retiro del gabinete. No obró, pues, con imprudencia el Santo Pontífice interpretando estos hechos segun la general opinion de su siglo, mucho mas próximo que el nuestro á este memorable suceso.

Pasemos á otro hecho. Gregorio IV proscribió el decreto de los francos por medio del cual quitaban el imperio á Luis el Piadoso, y se le devolvió al mismo Luis. Asi lo refiere Mariano Scotto (*Chron.* l. 3): «Ludovicus »reginam Aquis obviam ei venientem, ju»bente Papa Gregorio accepit; si quidem »filii Ludovici non solum imperium Patri »abrogaverant; sed etiam Juditham uxo»rem ei ademerant, sed utrumque, juben»te Gregorio, recepit.» Y debe tenerse en cuenta que Mariano Scotto fué contemporáneo de San Gregorio VII y que en su siglo gozó de gran reputacion. Podia pues el santo Pontífice sin imprudencia dar asenso á aquel historiadoracerca de este hecho, aunque no todos le presentan con las mismas circunstancias.

Despues de Gregorio IV vino Adriano II, que habiendo sabido que Cárlos el Calvo intentaba invadir el imperio perteneciente á Luis, le escribió con autoridad, amenazando excomulgarle, si llevaba á cabo esta injusta invasion. Así lo dice Aimoin (l. 5, c. 24). Lo que hay de positivo es que se conservan dos cartas de Adriano, una á los grandes del reino de Lotario, ya difunto, y otra á los de Cárlos el Calvo (Adriano II, ep. 19 y 20), en las que espresa estas amenazas y despliega su autoridad apostólica: dice así el testo (Lab. t. 10, c. 422): «Nam quem ex vobis contraria tentare ni»tentem, atque apostolicae Sedis monitis »in contemptum B. Petri spretis ad aliam »se partem conferre cognoverimus, velut »infidelem a nostri apostolatus communio»ne non solum alienum habebimus, sed »etiam anathematis vinculo jure alligare »curaLimus: et nos secundum Apostolicae »Sedis privilegium dignitatis et potestatis, »ipsum spiritualem filium nostrum dominum »Ludovicum imperatorem augustum, regni »hujus provinciae, scilicet Galliae totius »regem, dominum et imperatorem, sicuti »jam olim a Deo praeordinatum esse con»stat, et ab antecessoribus nostris Pontifici»bus statutum multis videtur indiciis habe»mus.» Otro tanto dijo escribiendo á los obispos del reino de Cárlos el Calvo, y especialmente á Hincmaro, arzobispo de Reims (Ad. ep. 21, 22).

El mas antiguo de todos los documentos es el de San Gregorio Magno, en el privilegio otorgado al hospital y monasterio de Autun á instancias de la reina Brunequilda; privilegio que termina así (l. 11, ep. 10); »Si quis autem regum, antistitum, judicum, »vel quarumcumque secularium personas»rum hanc constitutionis nostrae paginam »agnoscens, contra eam venire tentaverit, »potestatis, honorisque sui dignitate careat, »reumque se divino judicio existere de per»petrata iniquitate cognoscat; et nisi vel »ea quae ab illo male ablata sunt institue»rit, vel digna poenitentia illicite acta defle»verit, a sacratissimo corpore et sanguine »Dei et D. N. J. C. alienus fiat.» El mismo san Gregorio Magno concedió otros dos privilegios semejantes (l. 11, ep. 11 y 12); uno á Tesolia, abadesa de santa María, y otro á Lupo, abad de San Martin. En buena crítica no se puede dudar de la autenticidad del privilegio ni de la cláusula indicada; pues así aparecen uno y otra en todos los manuscritos (*Du Mesn.* l. 30, n. 49). Mas bien pareceria violenta la interpretacion que algunos dan de la referida cláusula, diciendo que el Papa San Gregorio no declara privados de su categoría á los usurpadores de los bienes del monasterio, sino que solamente hace contra ellos una simple imprecacion. Pero á decir verdad, esta interpretacion es enteramente arbitraria. En el mismo lugar y con las mismas fórmulas declara Gregorio á semejantes usurpadores culpables y dignos de castigo ante el tribunal divino, y privados de los sacramentos de la Iglesia: y en seguida la misma fórmula, en el mismo contesto, ¿deberia tener el sentido de una simple imprecacion cuando espresa la destitucion de la dignidad temporal? Mas ¿por qué? Porque San Gregorio estaba muy distante de poner la mano sobre lo temporal de los príncipes por ninguna causa eclesiástica, y mucho menos lo

habria hecho por una causa tan leve. A esto respondo que aquí habia una razon particular. Si San Gregorio hubiese intentado ejercer esa autoridad contra un emperador, él le hubiera resistido, y San Gregorio pudo creer que en aquellos tiempos era mas conveniente ensayar otros medios para defender la Iglesia. Mas aquí era la reina misma de Francia Brunequilda, fundadora de esta obra pia, quien solicitaba el privilegio con aquellas precauciones, como se ve en la carta del Santo á la reina (l. 11, ep. 8): *Privilegia locis ipsis pro quiete ac munitione illic degentium, sicut voluistis, indulsimus.* El Papa podia pues en este caso ejercer libremente y sin contradiccion su poder, lo que no hubiera podido hacer con el emperador; y aunque la cláusula fuese poco importante, sin embargo, con el concurso de la voluntad de la reina, era mas que suficiente para no vulnerar la justicia. Y si se me replicase diciendo: «luego fué Brunequilda quien dió esa autoridad al Papa Gregorio.» Responderé que no: lo que esta reina hizo fué suplicar al Pontífice que hiciera uso de su autoridad legítima: de otro modo, el privilegio y el castigo hubieran carecido de fuerza, puesto que Gregorio obraba en ellos, no como representante de Brunequilda, sino como Papa y por sola la autoridad pontificia. De todos modos, es cierto que la cláusula es auténtica; que en su sentido propio esplica la autoridad del Papa conforme al sentir de San Gregorio VII; que tomarla en otro sentido es una pura arbitrariedad; que hasta el tiempo de San Gregorio VII, y aun mucho despues, á nadie se le habian ocurrido esas cómodas interpretaciones; y por último, que en su siglo se consideraba como auténtico otro privilegio semejante, dado por San Gregorio Magno al abad de San Medardo, cuyo documento desechan como fabuloso los críticos mas modernos. Así San Gregorio VII podia, sin imprudencia, interpretar la cláusula de su predecesor en el sentido literal y genuino, y hubiera demostrado una especie de temeridad si hubiese pensado de otro modo que los hombres mas sabios de su siglo. Interpretando literalmente la cláusula, hé aquí la conclusion fácil y terminante que San Gregorio podia sacar de ella: «El bienaventurado Papa Gregorio decretó que los reyes fuesen depuestos de su dignidad, si osaban violar los decretos de la Silla apostólica (Greg. VII, l. 8, ep. 21; Labb. t. 12, col. 466). Luego si el bienaventurado Gregorio, que seguramente fué un doctor muy benigno, decretó que los reyes que violaran los estatutos fuesen, no solo depuestos, sino hasta excomulgados y condenados al juicio de Dios, ¿quién puede hacernos un cargo por haber depuesto y excomulgado á un Enrique, que no solo ha despreciado las decisiones de la Silla apostólica, sino que ha oprimido cuanto le ha sido posible á su Madre la Iglesia, ha despojado y devastado tiránicamente todo el reino y todos los templos? ¿Quién, no siendo otro Enrique, podrá censurar nuestro modo de obrar?» Así discurria San Gregorio, y lo peor es, que en su tiempo nadie se atrevia á decir una palabra contra este argumento, y este silencio universal confirmaba al Santo en su opinion. «Preciso es confesar, dice el mismo Fleury Disc. 5, n. 18), que habia en aquellos tiempos tal prevencion en favor de estas máximas, que los defensores del rey Enrique se limitaban á decir que un rey no podia ser excomulgado. Mas á Gregorio VII le era facil demostrar que el poder de atar y desatar fué dado en general á los Apóstoles, sin escepcion de personas, y que así comprende á los monarcas como á otro cualquiera.»

Paréceme que hasta aquí mi prueba en favor de la prudencia de San Gregorio VII marcha con órden y claridad. He demostrado que en sus predecesores tenia modelos por los que, segun la ciencia de aquel tiempo, podia prudentemente arreglar su conducta para proceder á la deposicion de Enrique. Mas ahora voy á demostrar que para apoyar este hecho tuvo las mas respetables autoridades que florecieron en su siglo.

Mariano Scotto fué uno de los varones mas apreciados de aquel tiempo, y hablando en su Crónica, año 1075, de la excomunion fulminada por San Gregorio VII contra Enrique, dice que fué muy grata á los buenos católicos, y disgustó profundamente á los simoniacos y parciales del monarca. Lamberto de Schawembourg, que vivia por el

mismo tiempo, dice en su Historia germánica que los prodigios que con frecuencia se obraban por las oraciones del Papa Gregorio, unidos á su ardiente celo por el honor de Dios y por las leyes eclesiásticas, le defendian de los malignos discursos de sus detractores. En seguida refiere la espantosa muerte de Guillermo, obispo de Maestricht, que sobrecogido de un dolor repentino confesó al morir que perdia la vida temporal y la eterna por haber favorecido en todo á Enrique é injuriado al inocente Papa Gregorio.

San Anselmo de Cantorbery debe ser considerado por todos los buenos católicos como un testigo de gran peso. Pues bien; este Santo, al principio de su libro *De fermentato* (pág. 135), dice á Waleram: «Si »certus essem prudentiam vestram non fa»vere successori Julii Caesaris, et Neronis, »et Juliani, contra successorem et vicarium »Petri apostoli, libentissime vos ut amicis»simum et reverendum episcopum saluta»rem.» De manera que San Anselmo no saludaba siquiera al obispo Waleram porque comunicaba con el excomulgado Enrique. El mismo Santo, en la carta que escribió al abad Guillermo (l. 1, ep. 56), defiende la autoridad de la Silla apostólica, y declara abiertamente la justicia de las sentencias de San Gregorio.

Otro San Anselmo, obispo de Luca, escribiendo al antipapa Guiberto, colma de elogios al Papa Gregorio. Tambien hizo una apología en defensa del mismo Papa, en la que destruye lo que decian los enemigos del Santo Pontífice, sobre haber sido causa de las turbulencias y matanzas de Sajonia. El Santo prueba que no se deben atribuir tales desórdenes á San Gregorio, el cual por el contrario, segun su deber pastoral, habia procurado alejar del rebaño á los lobos, sino que se debe imputarlos á la desobediencia y obstinacion de los que, en vez de humillarse como debian, habian tomado ocasion para ensañarse mas furiosamente contra el pastor y contra el rebaño: «Non adversus »nos clamat sanguis Saxonum, sed contra »vos cum universo mundo, qui sceleris ves»tri tabe inhorruit, clamat omnis Ecclesia »justorum, et quae adhuc peregrinatur, et »quae jam cum Christo regnat; clamat Chris»tus, clamat Pater pro Sponsa Fili sui, »clamat Spíritus Sanctus qui quotidie postu»lat pro ea gemitibus inenarrabilibus.»

Gebehardo, arzobispo de Salzbourgo, á quien algunos cuentan en el número de los Santos y que falleció tres años despues de San Gregorio, disputando contra Wecilon, arzobispo de Maguncia, sostuvo abiertamente que Enrique habia sido justamente privado del reino y de la comunion eclesiástica. Su parecer mereció de tal manera la aprobacion de un Concilio, que el sentir contrario fué llamado la heregía de Wecilon, como se puede ver en la Crónica del abad de Usperga (an. 1085). Esteban de Alberstat, en su carta á Walram, referida por Dodechin, continuador de Mariano Scotto (an. 1090), despues de hablar de los crímenes increibles del rey Enrique, que vendia las abadías y los obispados hasta en precio de los pecados mas abominables, concluye diciendo que los católicos de su tiempo no lo reconocian ya por rey por hallarse excomulgado por la Silla apostólica.

Pablo Benriedens, en su Vida de San Gregorio VII (Bolland. 25 maii, c. 10), intenta demostrar la justicia de la sentencia de este Papa contra Enrique, y me ha sorprendido hallar en este autor la opinion de Belarmino acerca del poder indirecto del Papa respecto de los príncipes, cuando quiere probar que los súbditos de Enrique no estaban ya obligados á guardar con él el juramento de fidelidad: de lo cual es fácil inferir que el Papa, en aquel caso, nada mas hizo que declarar el derecho que tenia el pueblo de anular el juramento prestado al emperador. Hé aquí sus palabras: «Prae»terea liberi homines Henricum eo pacto »sibi proposuerunt in regem, ut electores »suos judicare et regali providentia guber»nare satageret; quod pactum ille postea »praevaricari et contemnere non cessavit »videlicet quoslibet innoxios, tyrannica »crudelitate opprimendo, et omnes quos »potuit christianae religioni repugnare con»stringendo. Erga et absque Sedis aposto»licae judicio, principes eum pro rege me»rito refutare possent, cum pactum ad»implere contempserit, quod eis pro electio»ne sua promiserat, quo non adimpleto, nec »rex esse poterat. Nam rex nullatenus esse

»potest qui subditos suos non regere sed »in errorem mittere studuerit. Quid plura? »Nonne quilibet miles domino suo fidelitatis »juramento subjicitur eo pacto, ut et ille »sibi non deneget quod dominus militi de»beat? Si ergo dominus militi debitum red»dere contemnit, numquid non libere miles »eum pro domino deinceps recusat habere? «Liberrime, inquam. Nec hujusmodi mili»tem infidelitatis vel perjurii merito quis »accusabit, cum totum adimpleverit quod »promisit domino suo, inquam, tamdiu »militando, quamdiu fecit sibi quod dominus »militi debebat.» Leon de Ostia (*Chron.* l. 3, c. 53) refiere una vision celestial por la que se aprobaba la conducta de San Gregorio VII. Bertoldo de Constanza cita el castigo de Dios sobre el obispo de Augsbourgo que por medio de una imprecacion pública habia querido defender la causa de Enrique contra Ridolfo.

Todos los autores citados, menos Pablo Benriedens, eran contemporáneos de San Gregorio VII, y entre ellos figuran los dos Anselmos, santos de los mas célebres de su tiempo. Supongamos que San Gregorio no hubiese tenido mas consejeros que estos dos Santos, ¿no hubieran sido acaso, en el concepto del mundo católico, los mas sabios y prudentes de aquel tiempo? Pues sin embargo, ya hemos visto que estos tres santos, los dos Anselmos y San Gregorio VII, opinan de un mismo modo respecto al hecho de Enrique. Luego no se debe llamar imprudente y fanático á un solo santo, á Gregorio VII; seria preciso llamar imprudentes y fanáticos á los tres santos mas ilustrados de aquel siglo. Ahora ruego yo al atento lector examine si los que han querido borrar á Gregorio VII de la lista de los Santos han sido consecuentes; pues para ser filósofos consecuentes y salir airosos en sus miras políticas, debieran borrar tambien á los dos Anselmos.

Mas en donde resplandece mas la prudencia de San Gregorio VII, es en no habedado aquel paso sino con el consejo y la aprobacion de un concilio, y aun de muchos concilios. La primera vez que excomulgó y depuso á Enrique fué en el concilio tercero romano, al cual asistió un *gran número de obispos, abades, clérigos y seglares* (Lab. t. 12, col. 597). La segunda vez fué en el sétimo concilio romano, cuando el reino de Alemania fué trasferido á Rodolfo (Lab. t. 12, col. 635), en cuyo concilio se congregaron *arzobispos y obispos de diferentes ciudades, y además una innumerable multitud de abades, clérigos de diferentes órdenes, y legos ó seglares.* La excomunion de Enrique fué además confirmada en el octavo concilio romano (Lab. t, 12, col. 667), y despues en el décimo (ib. col. 677). Pregunto, pues, ahora, ¿qué otra cosa mejor podia haber hecho San Gregorio VII, para no engañarse, que consultar á un concilio de obispos? Pues asi lo hizo y lo repitió muchas veces, y los concilios opinaron como él (*Vita S. Greg. VII*, c. 7, n. 62; *Bolland.* 25 maii). Luego observó en su conducta todas las reglas de la prudencia, y si se equivocó habria que atribuirlo á los concilios que no supieron ilustrarle. No será, pues, ya San Gregorio VII, sino los concilios los que pecaron de imprudentes, puesto que apoyaron su autoridad y no hubo nadie que presentase una sola objecion contra la autoridad pontificia. Aún diré mas. Supongamos que San Gregorio VII, despues de haber propuesto su resolucion al concilio y de haberla aprobado este, se arrepintiese y digera: «Estos presbíteros y estos obispos son unos ignorantes; yo no puedo fiarme de ellos, no quiero hacer lo que me aconsejan;» si despues de la aprobacion del concilio, San Gregorio VII hubiese variado de parecer, decidme, ¿no se le hubiera entonces llamado inconstante é imprudente porque habia despreciado el parecer unánime de los demas pastores? ¿De qué otro medio podia echar mano para resolver y decidir esta cuestion? Asi, bajo cualquier punto de vista que examineis este hecho, siempre será muy cierto que San Gregorio VII no obró imprudentemente deponiendo á Enrique, y que por el contrario, mas bien se le debiera acusar de imprudencia, si en semejantes circunstancias hubiera obrado de otro modo.

La prudencia de San Gregorio VII brilia aun mucho mas, cuando se considera que su opinion fué aprobada tambien por las personas mas respetables de los siglos posteriores. Comencemos por Santo Tomás de

Aquino, quien seguramente no era un fanático, ni un ignorante, ni un preocupado. La opinion de este Santo era que la Iglesia tenia derecho de privar del reino, por ciertas causas graves, no solo á los príncipes herejes, sino tambien á los infieles (2-2, q. 10, art. 10). «Considerandum est quod dominium vel praelatio introducta sunt jure »humano: distinctio autem fidelium vel infidelium est de jure divino; jus autem divinum, quod est ex gratia, non tollit jus »humanum, quod est ex naturali ratione: »ideo distinctio fidelium et infidelium, secundum se considerata, non tollit dominium et praelationem infidelium supra fideles. Potest tamen juste per sententiam »vel ordinationem Ecclesiae, auctoritatem »Dei habentis, tale jus dominii vel praelationis tolli, quia infideles merito suae infidelitatis merentur potestatem amittere super fideles, qui transferuntur in filios Dei; »sed hoc quidem Ecclesia quandoque facit, »quandoque non facit.» Y vuelve á repetir lo mismo (q. 12, art. 2, y q. 60, art. 6, ad 3); y añade: «Potestas secularis subditur spirituali sicut corpus animae, et »ideo non est usurpatum judicium, si spiritualis praelatus se intromittat de temporalibus.»

A su vez San Buenaventura, varon tan sábio como santo, dice (*de Eccl. hier.* p. 2, c. 1): «Jam vero possunt sacerdotes et pontifices ex causa amovere reges, et deponere imperatores, sicut saepius accidit et »visum est, quando scilicet eorum malitia »sic exigit et reipublicae necessitas sic requirit.» San Antonino, arzobispo de Florencia, dice (*Sum.* p. 3, c. 3 et c. 5): «Potest ipsos reges ex causa rationabili »deponere.» P. Bertrand es tambien de la misma opinion (*de Orig. jurisd.* q. 4, n. 5): «Potestas spiritualis debet dominari omni »humanae creaturae; et quemadmodum Jesus Christus, dum fuit in hoc mundo, et »etiam ab aeterno naturalis Dominus fuit, »et de jure naturali in imperatores et quoscumque alios depositionis et damnationis »sententias ferre potuisset, ita eadem ratione »ejus Vicarius.»

San Raimundo de Peñafort (*Sum.* l. 1, *haer.* p. 7) estiende aun mucho mas la autoridad eclesiástica sobre los príncipes: «Ex »praemissis inter alia collige notabiliter, quod »judex vel potestas secularis, non solum »propter haeresin suam, sed etiam propter »negligentiam contra haeresim extirpandam, »potest non solum excomunicari ab Eccle»siae sed etiam deponi; et extende hanc »poenam et Ecclesiae potestatem quando»cumque princeps aliquis secularis fuerit »inutilis, dissolutus, et negligens circa »regimen et justitiam observandam.»

Dionisio el Cartujo fué tambien célebre por su ciencia y santidad: pues bien, véase lo que dice sobre el particular (*reg. pol.* art. 19): «In Ecclesia Dei est unus Pontifex summus, »videlicet dominus Papa, in quo est utriusque »potestatis et dominii plenitudo et apex, hoc »est, tam spiritualis quam secularis potesta»tis: ideirco jurisdictionem et dispositio»nem habet super omnia regna et princi»patus fidelium, non solum in spiritualibus »sed etiam in temporalibus, dum rationa»bilis causa requirit. Nam et imperatorem »potest deponere, et reges, si vita eorum »id mereatur, regnis suis privare.»

Paso en silencio otros muchos célebres canonistas y teólogos de los siglos posteriores á San Gregorio VII, que han sido de su mismo sentir. (Véanse por ejemplo: Egidio Roman. *pot. eccl.* p. 1, c. 30; Ag. Trionfo, *pot. eccl.* q. 22, art. 3; Cab. Biel, lect. 23; *in can.*; el cardenal T. Cayetano, *ap. de comp. auct. Papae et conc.* p. 2, c. 13; P. Ancarano, *c. can. stat. n.* 6, *de const.*; Sil. Pricrate, *Sum. verb. Papa*, n. 10; Astense, *Sum.* p. 1, l. 2, tit. 64, art. 4; Nicolás, abad de Panorma, *in cap. solitae de maj. et ob.* n. 7; Bartolo, *in l. si imp. leg.* n. 4; Baldo, *proem. ff. vet,*; P. de Palude, *de caus. im. eccl. pot.* art. 4; Durando, obispo de Milan, *l. de orig. jurisd.* q. 3; J. Almain, *de sup. eccl. et temp. pot.* q. 2, c. 5; el cardenal Enrique de Ostia, *Sum. tit. haer. p.* q. n. 11; G. Durand, *spec. l.* 1, *tit. legat.*; Bellamera, *c. alius* 15, q. 6, n. 2; Pel. Alvarez; *planet. eccl.* l. 1, art. 21; el cardenal J. Torquemada, *Sum. eccl.* l. 2, c. 114; D. Soto, *in* 4, *sent. dist.* 25, q. 2, art. 1, concl. 5; A. de Castro. *de just. haer. pun.* c. 7; J. Simancas, *cat. inst.* tit. 45, n. 25; Covarrubias, *de restit.*; M. Navarro, *com. ad c. nov.* n. 99. Si se desean aun mas autoridades, léase á Belarmino, *in temporal.*

adv. Barclaium; Gretser, *def. cont. bel.* l. 4; Bianchi, *pot. eccl.* t. 1, y F. de Englien, *autor. sed. ap. pro S. Greg. VII vind.*)

Lo mas admirable es que Leibnitz, tan apreciado de los genios sublimes del siglo filosófico, observa sobre este particular una moderacion y manifiesta una suspension de juicio, que segun las leyes de lo que yo llamo buena filosofía es del mayor peso (*Nueva coleccion de pensamientos de Leibnitz*, Paris 1803, t. 2, p. 402). Dice que los argumentos de Belarmino sobre la jurisdiccion temporal indirecta del Papa *no parecieron despreciables ni aun al mismo Hobbes*. Leibnitz espone sus razones con poco órden y exactitud; parece querer conceder al Papa una potestad demasiado ilimitada, confundiendo la plenitud del poder espiritual con el temporal. Pero los filósofos se guardarán bien de llamar fanáticos á Hobbes y á Leibnitz mientras que calumniosamente prodigan este título á San Gregorio VII, el cual, si hubiese consultado á estos dos grandes talentos, tan fecundos en conocimientos y luces, los hubiera hallado mas bien favorables que contrarios al poder que ejerció contra Enrique.

Yo os pregunto ahora: ¿reconoceis como verdadera una opinion que durante tantos siglos ha sido seguida por los mas célebres teólogos y canonistas, por los hombres mas santos que han escrito sobre esta materia? Me respondereis que no, y creo escusado replicaros; pero aun cuando intentárais sostener que todos se han dejado arrastrar por falsas razones, ¿os atreveriais por esto á llamar fanáticos á todos? ¡Fanático un San Anselmo de Cantorbery! ¡fanático un San San Anselmo de Luca! ¡fanático un Santo Tomás! ¡fanáticos un San Antonino, un San Buenaventura, un San Raimundo y otros! Por mucha bilis que encierren vuestras entrañas de filósofo, no creo que llegueis hasta semejante esceso, si todavia sois católicos, y si en concepto de tales respetais todavia un poco á los que la Iglesia, asistida del Espíritu Santo, nos propone como modelos de santidad y oráculos de doctrina. Pues ¿por qué habeis de llamar fanático á un San Gregorio VII, que en realidad no pensó de diferente modo que esos otros Santos y que los mayores teólogos de los siglos posteriores? O no se ha de acusar de fanatismo á San Gregorio VII, ó es preciso condenar indistintamente á todos. No hay medio: ó mirad á San Gregorio como un gefe de asesinos, ó como un caudillo de doctores y de santos. Reflexionadlo.

Entretanto, para ayudar á decidiros de un modo mas razonable por uno de estos dos estremos, voy á presentaros algunas reflexiones sobre la opinion de la Iglesia misma acerca del particular. Digo que no se puede llamar á San Gregorio VII fanático, imprudente, temerario, ni ignorante, sin llamar á toda la Iglesia ignorante, temeraria, imprudente y fanática. ¿Y por qué? Porque la Iglesia reunida en numerosos concilios particulares ó en concilios ecuménicos ha ejercido la misma autoridad que San Gregorio VII. Luego ó se debe absolver á San Gregorio VII, ó se debe condenar á la Iglesia con él. Probadnos, me direis, que los concilios han ejercido el mismo poder que San Gregorio. Teneis razon de exigírmelo, y voy á satisfaceros al instante.

En 1119 se celebró en Reims en presencia de Calisto II un sínodo compuesto de 15 arzobispos y mas de 200 obispos, sin contar los abades reunidos de todos los reinos de Occidente. Esson, escolástico, refiere que en este sínodo el Papa excomulgó al rey Enrique V, hijo del otro Enrique, y absolvió á sus vasallos del juramento de fidelidad (Labb. t. 12, col. 1306). «Absolvit etiam dominus Papa, auctoritate apostolica, a fidelitate regis quotquot ei juraverant, nisi forte resipisceret, et Ecclesiae Dei satisfaceret...» ¿Y un concilio tan numeroso no se opuso á Calixto? No, no se opuso; luego el concilio pensaba, como lo habia creido el concilio romano en tiempo de San Gregorio VII, que el Papa tenia esta autoridad: no hay que dudarlo.

En el concilio ecuménico III de Letran, celebrado en 1179, despues de haber excomulgado á varios hereges, llamados Brabanciones, y á otros de su ralea se eximió de todo vínculo de fidelidad á todos los que, por cualquier título que fuese, les estaban adheridos, mientras ellos perseverasen en su iniquidad (cap. 27, *de haer.* Lab. tomo 13, col. 431): «Relaxatos autem se noverint a

»debito fidelitatis, et dominii, ac totius »obsequii, donec in tanta iniquitate per»manserint, quicumque illis aliquo pacto »tenentur annexi.»

El cuarto concilio de Letran, tambien ecuménico, celebrado en 1215 en el pontificado de Inocencio III, se espresa aun mas claramente contra los fautores de los hereges (c. 3, *de haer.* t. 13, col. 934): «Si vero dominus temporalis requisitus et »monitus ab Ecclesia, terram suam pur»gare neglexerit ab hac haeretica faeditate, »per metropolitanum et caeteros compro»vinciales episcopos excommunicationis »vinculo innodetur. Et si satisfacere con»tempserit infra annum, significetur hoc »Summo Pontifici, ut ex tunc ipse vassalos »ab ejus fidelitate denuntiet absolutos, et »terram exponat catholicis occupandam, qui »eam exterminatis haereticis sine ulla con»tradictione possideant, et in fidei puritate »conservent: salvo jure domini principalis »dummodo super hoc ipse nullum praestet »obstaculum, nec aliquod impedimentum »opponat; eadem nihilominus lege servata »circa eos qui non habent dominos princi»pales.» En este mismo concilio el conde de Tolosa fué privado de sus dominios como cómplice de los Albigenses, y se adjudicaron sus bienes á Simon de Monfort. (Lab. t. 13, col. 1017). Una decision parecida á esta se ve en el Concilio de Tolosa en 1237 (Lab. t. 13, col. 1237).

En el Concilio general de Lyon en 1245, Inocencio IV, *sacro praesente Concilio*, pronunció la excomunion y deposicion contra el emperador Federico en esta forma (Lab. t. 14, col. 51): «Nos itaque super praemissis »et compluribus aliis ejus nefandis excessi»bus, cum fratribus nostris et sacro Concilio »deliberatione praehabita diligenti, cum »Jesu Christi vices licet immeriti teneamus »in terris, nobisque in B. Petri Ap. perso»na sit dictum: *Quodcunque ligaveris super* »*terram*, etc., memoratum principem qui »se imperio et regnis omnique honore et »dignitate reddidit tam indignum, quique »propter suas iniquitates a Deo ne regnet »vel imperet est abjectus, suis ligatum »peccatis et abjectum, omnique honore et »dignitate privatum a Domino ostendimus, »ac nihilominus sententiando privamus; »omnes qui ei juramento fidelitatis tenen»tur adstricti, a juramento hujusmodi per»petuo absolventes.» Oigamos ahora el aparato de esta excomunion y deposicion del emperador, descrito por Mateo Paris (Lab. t. 14, col. 73): «Dominus igitur Papa »et praelati assistentes Concilio, candelis »accensis in dictum imperatorem Frideri»cum, qui jamjam imperator non est nomi»nandus, terribiliter, recedentibus et con»fusis ejus procuratoribus, fulgurarunt.»

Julio II, en el quinto concilio de Letran ecuménico, en 1512, sesion 3.ª, trasladó la feria que se acostumbraba celebrar en Lyon, á la ciudad de Ginebra, en castigo de que los franceses de Lyon habian favorecido á los cismáticos y hereges (Lab. t. 19, col. 134); y conviene advertir que el Papa declara que lo hace con la aprobacion del concilio: «Sacro concilio praedicto »de illis plenariam notitiam habente, ac »approbante.» Que este fuese un concilio verdaderamente ecuménico, aunque empezado por Julio II y terminado por Leon X, lo declara este mismo Papa en su Bula á la Iglesia universal, espedida en 1521, sobre la autoridad y autenticidad de este concilio (Lab. t. 19, col. 649.)

Finalmente, el concilio ecuménico de Trento (*sess.* 25, *ref. cap.* 19) estiende la excomunion y deposicion de todo dominio y jurisdiccion al emperador, al rey, á los duques y á los príncipes que permitan el duelo en sus territorios ó ciudades, y priva de sus bienes particulares á los que le cometan: «Imperator, reges, duces, principes, »marchiones, comites, et quocumque alio »nomine domini temporales, qui locum ad »monomachiam in terris suis inter christia»nos concesserint, eo ipso sint excommuni»cati ac jurisdictione et dominio civitatis, »castri aut loci in quo vel apud quem duel»lum fieri permiserint quod ab Ecclesia »obtinent, privati intelligantur; et si feudalia »sint, directis dominis statim acquirantur. »Qui vero pugnam commiserint, et qui »eorum patrini vocantur, excommunicatio»nis ac omnium bonorum suorum proscri»ptionis, ac perpetuae infamiae poenam in»currant.»

Luego he probado que la Iglesia ha creido tambien que podia emplear la misma

autoridad que San Gregorio VII en lo temporal de los príncipes. He indicado cinco concilios generales, posteriores al Santo Pontífice, que opinaron como él. Por consiguiente, si San Gregorio VII se equivocó, cinco concilios generales participaron de su error. ¿Y luego San Gregorio VII no será escusable? ¿Y se le llamará todavia imprudente y fanático? Luego en tal caso habria de llamarse tambien imprudente y fanática toda la Iglesia.

DISERTACION

SEGUN EL CANONIGO MUZZARELLI,

SOBRE

EL TRIBUNAL DE LA INQUISICION.

§ I.—*¿El tribunal de la Inquisicion es lícito? ¿está en armonia con los principios del cristianismo?*

La Inquisicion es un tribunal sagrado, instituido para impedir la propagacion de errores en materia de fé, arrestar y examiminar á los herejes y á sus fautores, y entregarlos al brazo secular para ser castigados. «El fin, dice Fleury (1), para qué fué instituida la Inquisicion, fué para purgar ó librar de herejes los paises en que se estableció.» Su orígen puede referirse á los tiempos de Inocencio III, bajo cuyo pontificado el glorioso Patriarca Santo Domingo ejerció el oficio de inquisidor en la provincia de Narbona, sostenido por la autoridad de Arnaldo, abad del Cister y legado de la Silla Apostólica (2): allí fué, por decirlo así, la cuna del tribunal llamado de la Inquisicion. En el año 1229 (3), el legado del Papa celebró en Tolosa una reunion de todos los obispos de Aquitania y de Narbona en la que se establecieron diez y seis capítulos bastante severos para determinar el medio de descubrir, buscar y castigar á los rebeldes de la Iglesia; empero, débese principalmente el establecimiento de la Inquisicion al concilio de Beziers del año 1246, en el cual, Juan, arzobispo de Narbona, promulgó (1) treinta y siete capítulos ó decretos para reglamento de las causas criminales contra los herejes obstinados. Entonces fué cuando este tribunal tomó una forma, y desde allí se fué introduciendo poco á poco en los diversos reinos y provincias de la cristiandad.

Sentadas estas nociones, oígase lo que os enemigos de la Inquisicion dicen:

«Este tribunal no se contenta con advertir y corregir por medio de la dulzura á los hereges, sino que además procede contra ellos imponiéndoles penas corporales,

(1) Disc. 7 sobre la Hist. eclesiástica, n. 13.
(2) Spondan. año 1206.
(3) Spondan.

(1) Labbe, t. XIV, col. 85.

como los tribunales civiles á los malhechores: pero semejante conducta, ¿no es contraria al espíritu de Jesucristo y al de su Iglesia? Luego el tribunal del Santo Oficio es un verdadero deshonor y una vergonzosa infamia para los paises cristianos en que se ha establecido.» La menor de su argumento la prueban del modo siguiente: «Jesucristo declaró en su santo Evangelio, que no quiere la muerte del pecador, sino antes bien, que se convierta y viva. Para eso aconseja que se ceda la túnica al que quiera arrebatar la capa, y se presente la mejilla derecha á quien nos haya dado un bofeton en la izquierda. En confirmacion de esta santa doctrina, él mismo enmudeció delante de sus perseguidores, hasta dejarse clavar tan cruelmente en un patíbulo. Los Apóstoles, despues de él, y los que mas inmediatamente les sucedieron, llenos de su espíritu y doctrina, no emplearon en defensa del Evangelio mas armas que la de la cruz. Obedientes á Dios, y al mismo tiempo respetuosos para con los enemigos de Dios, jamás se les oyó implorar las armas de los reyes de la tierra para que apoyasen sus predicaciones: por el contrario, inclinaron sus cabezas y presentaron sus gargantas á la cuchilla de los verdugos. Si los primeros propagadores del cristianismo hubiesen estado animados del espíritu del siglo XIII, la Iglesia no leeria en sus fastos un número tan considerable de mártires. Finalmente, el espíritu del Evangelio es un espíritu de paz y mansedumbre, y el de la Inquisicion no lo es mas que de crueldad y suplicio. Luego la Inquisicion se opone al Evangelio y á la Iglesia; luego la Inquisicion es un tribunal ignominioso é infame.»

A esto los defensores de la Inquisicion responden:

«Decís que el tribunal del Santo Oficio es contrario al espíritu de Jesucristo y de su Iglesia. Muy bien. Pero ¿cómo lo sabeis? Por el Evangelio. ¿Y quién es el que tiene autoridad para interpretarle? Si no sois protestantes, por necesidad teneis que responder que solo la Iglesia. Muy bien, vuelvo á decir. ¿Y la Iglesia, único intérprete del Evangelio, ha declarado por ventura alguna vez que el castigar corporalmente á los hereges, se halle en contradiccion con el espíritu del Evangelio? Responded. No, ciertamente. ¿Y la Iglesia ha declarado alguna vez que el castigar corporalmente á los hereges, esté conforme con el espíritu del Evangelio? Tampoco. De manera, que hasta aquí todo es igual; ni vosotros ni nosotros podemos gloriarnos de la victoria.

»Pero sigamos adelante. Si nada ha definido espresamente la Iglesia sobre este particular, ¿no tiene ella otro medio de manifestar su espíritu y su opinion? Ciertamente que sí, responderemos nosotros en vuestro lugar. La Iglesia tiene además la palabra de sus doctores y el oráculo de su conducta para dar á conocer su modo de pensar de una manera bastante sensible y suficientemente segura. Decimos primeramente la palabra de sus doctores, porque se les considera como hombres singularmente inspirados por el Espíritu Santo para interpretar las Escrituras sagradas, como conductos ó canales de la tradicion mas antigua, y como modelos que la Iglesia nos propone para esplicar la doctrina de Jesucristo y el espíritu del cristianismo. Hemos dicho, en segundo lugar, el oráculo de su conducta; porque no puede creerse que la Iglesia universal se haya equivocado en su conducta durante mucho tiempo, y de un modo grave, sin creer que Jesucristo, contra su promesa terminante é indefectible, la haya abandonado al error.

»Veamos, pues, si los doctores de la Iglesia han sido contrarios ó favorables á la correccion y castigo de los hereges. No negamos que al principio se opuso San Agustin á ese castigo, ni podríamos negarlo puesto que él mismo lo asegura en sus dos Epístolas á Vicente (1) y á Bonifacio (2). Empero esas mismas dos Epístolas son el testimonio mas fuerte de su modo de pensar respecto de los hereges; pues diciendo en ellas que anteriormente habia pensado de otro modo, no solamente condena sus antiguas opiniones, sino que apoya su nuevo modo de pensar con razones y autoridades. Escuchad pues algunos pasages, que podrán servir de contestacion á las dificultades que nos habeis propuesto.

(1) Ep. 93.
(2) Ep. 185.

»Criticaban los donatistas en San Agustin las leyes imperiales promulgadas contra su herejía. ¿Dónde se encuentra, decian (1), ni en el Evangelio, ni en las cartas de los Apóstoles, un solo ejemplo de haber implorado el socorro de los reyes de la tierra en favor de la Iglesia contra sus enemigos? Asi es, respondia San Agustin, no se encuentra, ¿quién os lo niega? Pero entonces tampoco se cumplia la profecía que dice: *Et nunc, reges, intelligite; erudimini, qui judicatis terram, servite Domino in timore* (2). Entonces se cumplia lo que se dice un poco mas arriba en el mismo Salmo: *Quare fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania? Astiterunt reges terrae, et principes convenerunt in unum, adversus Dominum et adversus Christum ejus.* Del mismo modo en su Epístola á Bonifacio repetia el Santo doctor: «Los que no quisieran que hubiera »leyes contra su impiedad, dicen que los »Apóstoles jamás pidieron cosas semejantes »á los reyes de la tierra; pero no consideran que aquella era otra época y que cada »cosa debe ser hecha en su tiempo. Porque »¿cuál hubiera sido el emperador que entonces hubiese abrazado la fé de Cristo, »para que por medio de leyes contra los »impíos pudiera servir á la defensa de la »piedad, como la sirvió Ezequias, destruyendo los bosques y templos de los ídolos »y los sitios elevados que habian erigido »contra el precepto de Dios; como la sirvió »Josías del mismo modo; como la sirvió el »rey de los ninivitas, obligando á toda la »ciudad á aplacar al Señor; como la sirvió »Dario, entregando á Daniel un ídolo para »que lo hiciese pedazos, y haciendo esponer sus enemigos á los leones; como la »sirvió Nabucodonosor, prohibiendo por »medio de una severa ley á todos sus súbditos blasfemar contra Dios? Los reyes, »pues, sirven al Señor, cuando hacen por su »servicio aquellas cosas que solo los reyes »pueden hacer.»

»Este modo de pensar del santo doctor se halla tambien confirmado en sus libros contra Petiliano. Este decia (3): «Y qué, ¿acaso el servicio de Dios exige que nos asesineis con vuestras propias manos? Os engañais, os engañais, malvados, si pensais asi, pues Dios no tiene verdugos por ministros.» Agustin respondia: «¿Por qué razon el hombre piadoso no ha de poder valerse del poder establecido y legítimo para espulsar al impío, y el hombre justo al injusto, de los lugares que injustamente han usurpado y retienen contra la voluntad de Dios? Elias, perseguido por un rey perverso, ¿no persiguió él mismo á los falsos profetas? Y porque Jesucristo fué azotado por sus perseguidores, ¿se le podrán acaso comparar aquellos que él arrojó del templo á latigazos? Lo único, pues, que hay que examinar, es si de la comunion universal habeis sido separados justa ó injustamente. Si hallamos que habeis sido separados por impiedad, no os debe sorprender que los ministros no falten á Dios por castigaros, pues en ese caso no sufrís la persecucion de nosotros, sino de vuestras propias obras, segun está escrito.»

»En otro parage de las obras del santo doctor se encuentra tambien que Gaudencio, obispo donatista, criticaba las leyes hechas en favor de la Religion contra los hereges, y decia: «El Dios Todopoderoso (1) envió sus profetas para instruir al pueblo de Israel, y no encargó semejante mision á los reyes. Jesucristo, el salvador de las almas, envió á propagar la fé, no soldados, sino sencillos pescadores.» Agustin le respondia: «Desde el momento en que no conservais esa fé de la Iglesia anunciada por los profetas y plantada por los Apóstoles, los reyes que la conservan, piensan, con justicia, que están obligados á impedir que prosigais impunemente en vuestra rebeldía contra la Iglesia.»

»Pero ¿qué mas quereis? ¿no llegó el santo doctor á enseñar que el emperador Constantino habia obrado con justicia condenando á pena capital á los hereges donatistas á causa de su obstinacion? Oid, pues, un pasage de su libro contra la carta de Parmenion (2). «Parmenion se atreve á

(1) Ep. 93.
(2) Ps. 2.
(3) Cont. litter. Petiliani, l. 2, n. 42, 43.

(1) Aug. cont. Gaudent. Donatist. l. 1, n. 44.
(2) L. 1, c. 7.

quejarse de la órden de Constantino, de conducir al campo, es decir, al suplicio, los donatistas que, convencidos ante los jueces eclesiásticos, no pudiesen probar ante él lo que decian, y que separados de la Iglesia se dejaban arrebatar de un furor sacrílego contra ella: le acusa por esta órden, como de una medida cruel, tomada á instancias de Osio, obispo de España; condenando asi, segun su costumbre, á las partes sin oirlas y por solo simples sospechas; como si no fuese mas probable atribuir á la mediacion de Osio y á la deferencia debida á su dignidad episcopal, que el emperador se hubiese decidido á conmutar en una pena mas suave la sentencia dada contra un delito gravísimo; es decir, contra un cisma sacrílego. Porque, á la verdad, ¿qué injusticia puede haber en las penas que sufren en castigo de sus pecados, y por órden de la autoridad, aquellos á quienes Dios por medio de este juicio presente y por estos castigos avisa que procuren librarse del fuego eterno? Prueben primero que no son hereges ni cismáticos, y en tal caso quéjense luego de que se les castigue injustamente.»

»¿Lo habeis oido? Si el castigar corporalmente á los hereges fuera contra el espíritu del Evangelio y de la Iglesia, un hombre tan versado en las Escrituras y tan venerado en la Iglesia como doctor de ella, ¿hubiera defendido en tantos pasages y con tanta claridad y energía ese derecho y ese uso? ¿No se trata de indagar el espíritu de Jesucristo? ¿Pues en dónde le hemos de buscar? ¿en uno de los que mas han practicado el Evangelio, que han sido sus mas grandes imitadores; en uno de los Padres mas antiguos del cristianismo y mas inmediatos á la tradicion apostólica, ó en los modernos admiradores de Montesquieu y Maquiavelo; en los políticos del siglo, en los despreciadores de la sencillez evangélica, en los hombres, en fin, nacidos en épocas tan corrompidas y en tiempos tan distantes de las máximas mas cristianas y seguras? Decididlo vosotros mismos, enemigos de la Inquisicion. No hay medio: ó declaraos en cuanto á doctrina cristiana mas ilustrados que San Agustin, ó rendíos confesando que de ningun modo se opone al espíritu del Evangelio el castigar corporalmente á los herejes.

Al examinar los pasages citados, se ve además que el tribunal de la Inquisicion no es tan nuevo como vulgarmente se cree. Unicamente puede decirse que lo nuevo es la forma que se le dió en el siglo XIII; pero la idea, es decir, el proyecto y reglas fundamentales de este tribunal son tan antiguas como San Agustin, porque aparece claramente que desde entonces la Iglesia acudia al brazo de los príncipes seculares para sostener la defensa de la fé contra los hereges; que los sacerdotes mismos y los ministros de Dios tomaban parte en algun modo en aquellas condenaciones; y finalmente, que los condenados á la pena capital por delitos de heregía habian sido primero convencidos por jueces eclesiásticos, y entregados despues al brazo secular. No consideremos ya á San Agustin como un doctor, sino como un simple historiador, y podremos razonar del modo siguiente: Es cierto que desde los tiempos de San Agustin se acostumbraba castigar á los hereges hasta con la pena capital: es cierto tambien, que los eclesiásticos intervenian en la formacion de aquellas causas, y que hasta eran en cierto modo sus primeros jueces, aunque no sus ejecutores. Luego ya en tiempo de San Agustin estaban vigentes en la Iglesia las principales leyes que rigen en el tribunal de la Inquisicion, las mismas cabalmente que vosotros juzgais contrarias al espíritu de Jesucristo. Ahora bien, decidnos: Al obrar la Iglesia de este modo, ¿hacia bien ó hacia mal? Si nos respondeis que hacia bien, ¿qué diferencia hallais para decir que ahora hace mal? Si decis que ya obraba mal, entoces arrojais la máscara, pues manifestais un desprecio sacrílego hácia la Iglesia actual y hácia la antigua, así como una presuncion de aventajar vosotros solos á toda la Iglesia en el conocimiento del espíritu del Evangelio.

»Finalmente, el mismo doctor asegura que en su tiempo los mismos obispos se servian frecuentemente de varas para castigar á los culpables. Hé aquí cómo se espresa al escribir al tribuno Marcelino (1),

(1) Epist. 159.

acerca de la correccion de los donatistas: *Tantorum scelerum confessionem... virgarum verberibus eruisti. Qui modus correctionis, et a magistris artium liberalium, et ab ipsis parentibus, et saepe etiam in judiciis solet ab episcopis adhiberi.*

»Veamos tambien cuál fué el espíritu de San Gerónimo, otro gran doctor de la Iglesia. En su tiempo figuraban entre los secuaces de Orígenes los monges de Nitria, los cuales por su union á esta secta la daban grande autoridad. No lo ignoraba Teófilo, obispo de Alejandría; pero confiaba atraerlos al buen camino por medio de la dulzura. Véase ahora lo que el santo doctor le escribe sobre este particular: »Disgusta á muchas personas (1) la paciencia con que os ven soportar tan abominable heregía y esperar corregir por »medio de vuestra dulzura á unos hombres »que se ocupan en desgarrar las entrañas »de la Iglesia: temen que por esperar la »penitencia de unos pocos, fomenteis la audacia de los perversos y robustezcais con »esto su faccion.» Luego que Teófilo dió noticia al Santo (2) de haber arrojado de los conventos de Nitria á los origenistas, recibió de parte del doctor todos los aplausos y elogios debidos á su celo por la fé. «Os hablaré con toda claridad, le decia el »Santo (3); vuestra escesiva paciencia nos »disgustaba, y no comprendiendo la conducta de un piloto como vos, deseábamos la »destruccion de los impíos: mas por lo que »ahora veo habeis tenido vuestra diestra levantada, y si suspendísteis el golpe, fué »para darlo con mas fuerza.» En la misma epístola, un poco mas arriba, le dice: «Os »diremos en pocas palabras que todo el »mundo ensalza vuestras victorias y las »aplaude: el pueblo contempla con placer »el estandarte de la cruz ondeando en medio de Alejandría, á manera de brillante »trofeo opuesto á la heregía. ¡Hombre lleno »de virtud y de celo por la fé! muy bien »habeis probado que vuestro silencio hasta »entonces era mas bien efecto de prudencia »que de asentimiento.»

(1) L. 1, op. select. 47.
(2) Ibid. ep. 48.
(3) Ibid. ep. 49.

»Mas Agustin y Gerónimo no son los únicos Santos que manifiestan esta opinion. ¿Quién fué jamás de un carácter mas dulce ni humano que San Gregorio Papa? Y sin embargo, nótese lo que escribia á Gennadio, patricio y exarca de Africa, acerca de la persecucion y castigo de los herejes: «Así como el Señor (1) ha hecho célebre á »vuestra escelencia en las batallas por el »brillo de las victorias, es preciso que emplees todas las facultades de vuestro espíritu y cuerpo en oponeros á los enemigos »de la Iglesia, á fin de que por medio de »estos triunfos reunidos vaya siempre en »aumento vuestra gloria; es decir, que por »una parte os opongais con valor en las »guerras esteriores á los enemigos de la »Iglesia católica, defendiendo al pueblo cristiano, y por otra parte sostengais con decidida energía los combates de la Iglesia »como soldado del Señor. Pues no hay duda que si los hereges (Dios nos libre de »ellos) tienen libertad de hacer daño, »se sublevarán violentamente contra la fé »católica, para insinuar, si les es posible, »el veneno de su heregía en los miembros »del cuerpo cristiano, y corromperlo. Porque ya hemos conocido que sin respeto á »Dios se levantan contra la Iglesia católica, »y se esfuerzan en debilitar la fé del nombre »cristiano. Mas vuestra Eminencia reprime »sus conatos y encorva sus altivas cervices »bajo el yugo de la justicia... Para daros »además un testimonio de afecto de nuestra »caridad paternal, rogamos al Señor fortifique vuestro brazo en la represion de los »enemigos.»

El mismo Santo Pontífice exhorta tambien á Pantaleon, prefecto de Africa, á que se oponga á la audacia de los donatistas: «Ya sabe vuestra escelencia, le dice por escrito (2), con cuánta solicitud las leyes persiguen la detestable depravacion de los hereges. No será pues una ligera falta por »vuestra parte el consentir que los que se »hallan condenados por la integridad de nuestra fé y por la defensa de las leyes civiles, »hallen bajo vuestro gobierno tolerancia para

(1) L. 1, ep. 74.
(2) L. 4, ep. 34.

»volver nuevamente á circular. Porque la »osadía de los donatistas ha tomado tal incre»mento en vuestras regiones, segun las noti»cias que nos llegan, que no solamente arro»jan por medio de su pestilencial autoridad á »los ministros de la fé católica de sus iglesias, »sino que además no tienen dificultad en vol»ver á bautizar á los que segun la verdadera »confesion habian sido ya regenerados por el »agua. Y verdaderamente nos admira, que »en tanto que vos presidís en esas regiones, »puedan esos hombres perversos cometer li»bremente semejantes atentados. Porque, en »primer lugar, tened en cuenta lo que de vos »podrán pensar los hombres, si ven que los »que estuvieron en otro tiempo tan justa»mente reprimidos, hallan, durante vuestra »administracion, puerta franca para sus ini»quidades; y en segundo lugar, tened bien »presente que nuestro Dios os pedirá cuenta »de las almas perdidas por vuestra culpa, si »cuanto antes no aplicais todos los remedios »posibles á tan enormes delitos. No tome á mal »vuestra escelencia este aviso, y esté per»suadido que le amamos como á hijo, y por »lo tanto os advertimos de lo que pueda »seros útil.»

»Otra epístola de San Gregorio nos da una idea muy clara del celo, y al mismo tiempo de la moderacion de este pontífice. Domingo, obispo de Cartago (1), habia reunido un sínodo contra los donatistas, y obtenido asimismo del emperador edictos contra ellos. Una de las leyes establecidas por él en dicho sínodo, fué la de que se buscase por todas partes á los herejes y se castigara con la privacion de bienes y dignidades á los que fueran omisos en buscarlos. Pues bien: el Santo Pontífice alaba el celo del obispo en oponerse á los herejes y preservar su provincia; pero al mismo tiempo desaprueba la pena impuesta á los omisos en la inquisicion de los herejes, considerándolo como una fácil ocasion de escándalo: «Despues de haber leido vuestras cartas, le »dice, nos hemos complacido en vuestro celo »pastoral, y en ver que los piadosísimos em»peradores rechazan las calumnias de las per»sonas venales que se les presentan bajo capa »de religion; sobre todo nos ha sido grato »que vuestra fraternidad haya procurado »preservar á la provincia de Africa, y no »haya dejado de poner con su fervor sacer»dotal un freno á las sectas errantes de los »herejes... Pero aunque hasta ese punto »hayan llegado las cosas y no obstante »nuestro deseo de que los herejes sean re»primidos con vigor y justicia por los sa»cerdotes católicos, sin embargo, despues »de un maduro exámen, hemos llegado á »temer que lo que habeis hecho llegue á »ser una causa de escándalo (Dios nos »libre de semejante desgracia) para los »primados de los otros concilios, porque al »fin del sínodo habeis pronunciado una sen»tencia por la que ordenais la inquisicion »de los herejes, y añadís el castigo de la »privacion de bienes y dignidades á los »que se descuidan en hacerla. Es pues me»jor, mi querido hermano, en las cosas que »se han de corregir al esterior, observar »primero la caridad interior, y estar sujeto »(esto lo creemos muy conveniente á vues»tra dignidad) á personas de condicion aun »inferior á la nuestra.»

»De estos tres testimonios de San Gregorio nacen estas tres reflexiones: 1.ª, que ya en lo antiguo eran castigados los hereges por causa de la fé; 2.ª, que el clero mismo exhortaba á los príncipes á que ejerciesen semejantes castigos; 3.ª, que se imponia á los fieles la obligacion de denunciar á los hereges, y que San Gregorio, aunque desaprobando el esceso de la pena impuesta á los que se descuidasen en hacerlo, no reprueba ni la órden de denunciarlos, ni la libertad que los obispos se tomaban de imponer tal obligacion. Luego es cierto, repetimos nosotros, que en tiempo de San Gregorio, y segun su propia opinion, no se consideraba como contrario al espíritu del Evangelio el castigar corporalmente á los hereges.

»Sin embargo, tal vez aun no hemos aducido las citas del Santo que mas favorables son á la Inquisicion. Habian dicho al Santo (1) que en el concilio de Numidia se hacian muchas cosas contrarias á la doctri»

(1) L. 5, ep. 5.

(1) L. 4, ep. 7.

na de los Padres y disposiciones de los cánones. Y á pesar de que dichas faltas en nada lastimaban la fé, nótese bien con qué energía y celo se opuso á aquel desórden. Encarga al obispo Colombo que se entere de aquellos escesos, y al mismo tiempo recomienda al patricio Gennadio que, si lo há menester, le preste el socorro de la autoridad secular. «Y no siéndonos posible »tolerar los frecuentes disturbios que causan »semejantes desórdenes, escribia el Santo »Pontífice á Gennadio, hemos encomendado su averiguacion á Colombo, nuestro »hermano y coepíscopo, de cuyo mérito no »podemos dudar atendido el incremento »que toma cada dia su reputacion. Este es »el motivo por que, saludándoos con un »afecto paternal, exhortamos á vuestra escelencia á que le presteis la asistencia de »vuestro socorro en todo lo concerniente á »la correccion eclesiástica; pues si se dejan las faltas sin descubrirlas y castigarlas, van creciendo con el tiempo y llegan »hasta el esceso.»

»¿Quereis otro testimonio aun mas enérgico? Pues oid: habia llegado á noticia de San Gregorio que en Terracina habia personas que cometian diferentes escesos contra la fé hasta el estremo de adorar las plantas insensibles. El Santo, pues, manifiesta al obispo Agnelo lo mucho que estrañaba hubiera dejado impunes tales acciones, y le exhorta á que castigue con severidad semejantes idólatras y hasta que se valga del brazo secular para corregirlos. Oid sus palabras: «Ha llegado á nuestra noticia (1) que »algunos adoran (repugna el decirlo), que »algunos adoran á los árboles, y practican »otra multitud de cosas contrarias á la fé »cristiana. Mucho nos admira que vuestra »fraternidad haya tardado en castigar con »mano fuerte tamaños escesos. Por tanto, »os exhortamos á que con la mayor diligencia hagais buscar á las tales personas; y una vez averiguada la verdad, les »impongais tal castigo, que sirva para aplacar á Dios y para escarmentar á los demas. Escribimos tambien al vizconde Mauro para que apoye á vuestra fraternidad »en este asunto á fin de que no podais alegar escusa para no castigarlos.» Al leer esta Epístola, confieso que se me figura ver en la persona de Agnelo á uno de nuestros inquisidores, enviados y escitados por el Papa contra los enemigos de la fé y sostenidos al efecto con la asistencia del brazo secular. Y á vosotros, decidme, ¿no se os figura lo mismo?

»Voy aun á presentaros otro de estos inquisidores del Papa Gregorio. Este será Genaro, obispo de Cagliari en Cerdeña, á quien el Santo escribe (1) entre otras cosas lo siguiente: «Exhortamos tambien á vuestra »fraternidad á que vele aun con mas calor »contra los adoradores de los ídolos, arúspices y hechiceros; á que hableis públicamente contra ellos, y á que los alejeis de »tan enorme sacrilegio con la persuasion »de vuestros discursos, ya amenazándoles »con el juicio de Dios, ya con los temores »de la vida presente. Si veis, por otra parte, que no quieren corregirse de tamaños »escesos, queremos que vuestro ferviente »celo los haga prender: si son esclavos, »castigadlos con azotes y tormentos que »les hagan variar de conducta; y si son libres, conviene disponerlos á la penitencia »por medio de una larga y severa prision, »para que los que desprecian las palabras »saludables y propias para preservarlos de »la muerte, se vean, al menos, reducidos »por medio de las aflicciones corporales á »recobrar la salud del alma que les deseamos.» Si uno de los Papas que fueron de los primeros en instituir el Santo Oficio, hubiese copiado literalmente este pasage de la Epístola del Papa Gregorio, en sus bulas espedidas á los inquisidores contra los enemigos de la fé, ¿qué hallariais de reprensible en su conducta? No obstante, si los Papas no la han copiado literalmente, ello es cierto que no se han separado de los sentimientos ni de las intenciones de Gregorio el Grande. ¿Cómo quereis, pues, condenar en el Papa Inocencio lo que os veis precisados á respetar en el Papa Gregorio, y aprobar en el Papa Gregorio lo que criticais en el Papa Inocencio?

(1) L. 8, ep. 18.

(1) L. 9, ep. 56.

»¿Qué diriais ahora, si un Pontífice mandase azotar severamente y desterrar á uno de sus clérigos? Pues no obstante, esto es lo que hizo el mismo San Gregorio. Léase la Epístola 71 del libro 11, y en ella se verá la órden que dá de deponer de su cargo á un tal Hilario, subdiácono, y desterrarle despues de haberle azotado públicamente con varas: *Fratrem nostrum Pascasium volumus admoneri, ut eumdem Hilarium prius subdiaconatus, quo indignus fungitur, privet officio, atque verberibus publice castigatum faciat in exilium deportari: ut unius poena multorum possit esse correctio.*

»El diácono Juan, autor de la vida de este ilustre Pontífice, nos dice (1), de qué modo el Santo usó de este medio para alejar á los aldeanos del culto de los ídolos; esto es, procediendo con unos por medio de la predicacion, y con otros mandándolos azotar: *Barbaricinos Sardos, et Campaniae rústicos, tam praedicationibus, quam verberibus emendatos a paganizandi vanitate removerit.*

»Del mismo modo, habiendo convocado para el Sínodo que debia celebrarse en Roma á los obispos cismáticos de Istria, y negándose estos maliciosamente á obedecer, envió unos comisionados y soldados para que los condujeran á dicho Sínodo. Así se vé en la súplica que estos cismáticos presentaron á Mauricio, y en la carta del emperador á San Gregorio, donde dice (2): *In quibus omnes dixerunt, tuam Beatitudinem milites ad illos transmississe cum uno tribuno, et excubitore, necessitatem imponentes praefato reverendissimo Severo, et omnibus episcopis, ut ad tuam Beatitudinem perveniant, propter diversam voluntatem quam habent ad sacra et catholica dogmata sacrosanctae nostrae Ecclesiae.*

»No se debe omitir el ejemplo de San Epifanio, quien habiendo descubierto en Egipto á unos gnósticos, los denunció á los obispos y trabajó en hacerlos desterrar en número de unos ochenta. Él mismo lo refiere en estos términos (3): *Misericors Deus nos ab ipsorum improbitate liberavit... ut etiam episcopis illius loci ipsos ostenderem, et nomina in Ecclesia ocultata deprehenderem, quo iidem civitate exigerentur (erant autem nomina circiter octoginta), et civitas a zizaniosa ac spinosa ipsorum materie purgaretur.*

»En el cuarto concilio de Orleans celebrado el año 541, se mandó en el cánon 49, que las mugeres sorprendidas en adulterio con clérigos, queden sometidas al juicio eclesiástico y sean desterradas de la ciudad por órden del obispo: *Si quae mulieres fuerint in adulterio cum clericis deprehensae, de clericis districtione habita, mulieres ipsae, prout sacerdoti visum fuerit, districtioni subjaceant, et a civitatibus ut sacerdos praeceperit, repellantur.* En el quinto concilio romano celebrado en tiempo del Papa Símaco en 503, los obispos, en número de doscientos diez y seis, impusieron la pena de confiscacion de bienes y destierro á los que maquinaran acusaciones calumniosas y conspiraran contra los obispos; y no hicieron esto como una novedad, sino como una cosa ya establecida (1): *Hi qui adversa eis moliuntur, sicut a sanctis patribus dudum statutum est, et hodie synodali et apostolica auctoritate firmatur, penitus abjiciantur; et exilio, suis omnibus sublatis, tradantur.* Ved ahí el espíritu y la autoridad de la Iglesia sobre los criminales, aun cuando no fuesen hereges.

»Y San Leon, ¿no ha sido un Papa tan ilustre y recomendable por su santidad y su saber como San Gregorio, y no vivió siglo y medio antes que este? Pues véase cómo interpretó el espíritu del Evangelio y el pensamiento de Jesucristo. Notemos en primer lugar, lo que aprobó en la conducta de los príncipes cristianos respecto de los hereges, y observemos despues lo que él mismo practicó particularmente en este punto.

»Desde luego vemos que alaba y encarece las leyes establecidas por los emperadores contra los priscilianistas y los esfuerzos hechos por los ministros de Dios para estirpar esa heregía. «Nuestros padres, dice (2), »que vivian cuando nació esta abominable

(1) L. 3, c. 2.
(2) Apud Baron. ad an. 590, n. 38 et seq.
(3) Adv. Haeres. l. 1, haeres. 20.

(1) Conc. Mansi, t. VII, col. 298.
(2) Ep. 15.

»heregía, se emplearon por todas partes con »un celo admirable en espulsar de toda la »Iglesia este impío furor. Ya desde enton»ces los príncipes del mundo detestaron de »tal modo esta demencia sacrílega, que qui»sieron acabar con el autor asi como con mu»chos de sus discípulos por medio de la es»pada de las leyes públicas, porque recono»cieron que seria desterrar toda idea de »honestidad, y romper todos los lazos con»yugales, y trastornar el derecho divino y »las leyes humanas, el permitir á estos hom»bres vivir en semejante profesion. Esta »severidad sirvió mucho á la lenidad ecle»siástica que, contentándose con el juicio »sacerdotal y evitando el castigo con efu»sion de sangre, encuentra, no obstante, un »verdadero apoyo en la severidad de las le»yes de los príncipes cristianos, cuando al»gunos por el temor de los castigos de la »vida presente recurren alguna vez al re»medio espiritual.»

»Pero veamos lo que este Sumo Pontífice hizo contra los maniqueos, ocultos en Roma, para estirpar su infame secta. Los buscó, los descubrió y los castigó por medio de las censuras eclesiásticas; los convirtió y les obligó á hacer penitencia pública; y por último, entregó al brazo secular los obstinados para que fuesen castigados con arreglo á las leyes públicas. ¿No podria pues decirse que ya habia entonces en Roma un tribunal de la Inquisicion contra los hereges, y que la Iglesia ejercia ya esa severidad que atribuis solamente á la barbarie de algunos siglos? Oid, pues, lo que dice sobre esto el mismo Papa en una de sus cartas escrita á todos los obispos de Italia, exhortándoles á que sigan su ejemplo en la persecucion de esta secta: «Nuestra diligen»cia (1) nos ha hecho descubrir en Roma »muchos doctores y discípulos de la impiedad »maniquea; nuestra vigilancia los ha des»enmascarado y los hemos reprimido por me»dio de nuestra autoridad y de las censuras: »á los que hemos podido atraer, les hemos »obligado á condenar á Manés con su doctri»na y sus reglamentos; y mediante una pú»blica profesion en la Iglesia y un acta firma»da de su propia mano, y concediéndoles la »penitencia despues de esta confesion, les he»mos sacado de su devastadora impiedad. »En seguida algunos de ellos, que se habian »adherido á sus errores de tal manera que »han sido inaccesibles á todo remedio, han »sido sometidos á las leyes con arreglo á »las constituciones de los príncipes cristia»nos; y á fin de que su contagio no inficio»nase á la santa grey, se les condenó en »juicio público á destierro perpétuo... y »por cuanto sabemos que algunos de los »mas culpables por su obstinacion se han »fugado, os remitimos la presente carta por »conducto de nuestro acólito: para que in»formado de ello vuestra santidad, carísi»mos hermanos mios, os digneis obrar con »mas diligencia y precaucion, á fin de »impedir que esos perversos maniqueos »encuentren el medio de atacar á vuestros »pueblos y de formar en ellos maestros de »su sacrílega doctrina. Porque no podemos »gobernar de otro modo el rebaño que nos »ha sido confiado, sino persiguiendo con el »celo de la fé divina á los corruptores y á »los ya corrompidos, y alejando con toda la »posible severidad esta peste de las almas »aun sanas para que no se propague mas. »Por tanto os conjuro, os exhorto y advier»to que vigileis con toda la diligencia con»veniente y posible á estos perversos á fin »de quitarles todo medio de ocultarse.»

»¿Lo habeis oido? ¿No os parece ver en el gran Pontífice San Leon á uno de esos inquisidores que os son tan odiosos, buscando cuidadosamente por todas partes á los sectarios de la heregía, deteniéndolos, examinándolos y conduciéndolos á la Iglesia con la antorcha de la penitencia, para que allí abjuren sus errores á la faz de todo el pueblo, ó entregando al brazo secular los obstinados para que se les castigue? ¿Acaso me direis que tambien San Leon se equivocó obrando de este modo? ¿Luego entonces uno de los mas santos y sábios Pontífices que han ocupado la Silla de San Pedro, entendia menos en el siglo V el espíritu del Evangelio, que vosotros en el siglo XIX, no siendo vosotros ni santos, ni sábios, ni Pontífices, ni ministros de Dios por ningun concepto? La verdad es, que la costumbre de desterrar los hereges estaba en uso en

(1) Ep. 8.

Roma hacia ya tiempo, pues aun se conserva una carta (1) de Inocencio I al obispo Lorenzo, en que le exhorta á espulsar los partidarios del herege Fotino, y añade que el autor de esta heregía habia sido ya desterrado de Roma. Empero será conveniente poneros á la vista esta carta á fin de que conozcais otro inquisidor aun mas antiguo que San Leon (2). «Mucho nos ha sorprendido, dice en ella, el saber por vuestra carta »que los hereges secuaces del veneno de »Fotino, no solamente existen en vuestro »territorio, sino que celebran sus conciliábulos en las posesiones de algunos: de manera que apenas hay en el mundo un lugar que hayan elegido para vivir en mayor »número que cerca de vos. Marcos, el autor de esta inícua doctrina; Marcos, [illegible]pulsado hace ya tiempo de Roma, ha tenido la audacia de declararse caudillo de »la secta. Pero á fin de imposibilitarles el »seguir pervirtiéndose mas, y de arrastrar »en pos de sí al abismo, que les está preparado, á las almas sencillas y á los habitantes del campo, ha sido resuelto contra »ellos por los defensores de nuestra Iglesia, »que sean espulsados, á fin de que los que »niegan que el Cristo Hijo de Dios, y Dios »con él, fué engendrado ante todos los siglos de la sustancia del Padre, sean envueltos en la condenacion de los judíos, »que negaron y niegan todavia su divinidad. A vos, pues, mi querido hermano, »toca ejecutar puntualmente esta órden, »no sea que por un culpable silencio vengais á perder los pueblos que se os confiaron, y á tener que dar á Dios cuenta »de su perdicion.» Y sin duda era esta la costumbre practicada por la Iglesia romana en aquellos siglos; pues tambien del Papa San Hormisdas se lee en el libro pontifical lo siguiente: *Hic invenit manichaeos, quos etiam discussos cum examine plagarum exilio deportavit.*

Hemos visto, pues, ya tres grandes Padres de la Iglesia favorables á la Inquisicion; vamos ahora á presentar otro, y este será San Bernardo, aquel doctor tan dulce y pacífico, que por la suavidad de su espíritu y corazon mereció el sobrenombre de *Melifluo*. Pues no obstante esto, observad con qué calor persiguió al herege Arnaldo de Brescia, que se decia hallarse refugiado en Constanza. El suave doctor escribió al obispo de esta ciudad, y despues de escitar su solicitud pastoral para buscar á los enemigos del rebaño del Señor, se espresa en estos términos: «Hablo de Arnaldo »de Brescia (1), y ¡ojalá su doctrina fuese »tan sana, como rigorosa es la vida que »profesa!... En todas las partes donde hasta »el presente ha habitado, ha dejado en pos »de sí huellas tan inmundas y crueles, que »en donde una vez ha puesto el pie, no se »ha atrevido á volver á ponerlo. En fin, »con sus muchas atrocidades ha conmovido »y puesto en turbacion hasta la misma ciudad en que nació. Esto ha sido causa de »que acusado de abominable cisma ante el »Papa, haya sido desterrado de su patria y obligado además bajo juramento á »no volver á ella sin permiso de Su Santidad. En seguida ha sido igualmente desterrado del reino de Francia como insigne »cismático... y ahora, segun hemos sabido, ejerce su inícua profesion en esa ciudad y devora vuestro pueblo como el »pan... Yo no sé cómo, en vista de esto, »podreis obrar mejor y mas saludablemente en tan grave peligro, que arrojando semejante plaga de vuestro lado, segun el »consejo del Apóstol. Si la Escritura da el »saludable consejo de que se cuide de coger »á los pequeños raposos que estropean las »viñas, ¿con cuánta mas razon no se deberá aprisionar á un lobo grande y feroz »para impedir sea devastado el redil de »Cristo, y que el rebaño sea degollado y »destruido?» Nada hay comparable á la exhortacion que este Santo hizo á los habitantes de Tolosa, á fin de escitarlos á que buscasen á los hereges y los espulsaran de su pais. Escuchad sus enérgicas espresiones: «A la llegada (2) de nuestro muy amado »hermano y co abad Bertran de la Grande-»Selva, nos hemos complacido y consolado

(1) Innoc. ep. 20.
(2) Concil. Mansi, t. 3, col. 1057.

(1) Ep. 195.
(2) Ep. 244.

»oyendo lo que nos ha referido acerca de la »constancia y sinceridad de vuestra fé en »Dios, de la perseverancia de vuestro afecto »y adhesion hácia nosotros, y de vuestro celo »ódio contra los hereges, de manera que cada »cual de vosotros puede con justicia decir: »*¿Nonne qui oderunt* (1) *te, Domine, oderam, »et super inimicos tuos tabescebam? Perfecto »odio oderam illos, et inimici facti sunt mihi.* »Gracias damos á Dios de que nuestra ve- »nida entre vosotros no haya sido en balde, »y de que nuestra permanencia, si bien »corta, tampoco haya sido infructuosa; pues »habiéndose descubierto la verdad, por me- »dio de nuestras palabras y con milagros, »habeis conocido á los lobos que, presen- »tándose á vosotros con la apariencia de »ovejas, devoraban vuestro pueblo, como »pan ó como obejas de la carnicería; se han »hallado raposos que destruian la muy pre- »ciosa viña del Señor, es decir, vuestra »ciudad: ellos han sido descubiertos, pero »no arrestados. Por tanto, mis queridos »hermanos, os ruego que los persigais y »apreseis, á fin de que perezcan enteramente y huyan de todo vuestro pais, »pues no hay seguridad en ponerse á dor- »mir en las inmediaciones de las serpientes.»

Así San Bernardo aconseja á un obispo y á los magistrados que buscaran, detuvieran, encarcelaran y espulsaran á los hereges. Ahora bien; ó San Bernardo fué un cristiano engañado y engañador, ó vosotros sois políticos seducidos y seductores; ó San Bernardo no supo jamás lo que era el espíritu de Jesucristo, ó no lo sabeis vosotros mismos; finalmente, ó la Iglesia hizo mal en admirar y venerar á San Bernardo, ó vosotros sois muy injustamente admirados y venerados del mundo. Es preciso elijais uno de estos dos estremos; elegid pues y responded.

»Pero nosotros queremos evitar deis una respuesta escandalosa, y para conseguirlo, vamos á resumir las cuatro autoridades que acabamos de citar. Los cuatro célebres Padres de la Iglesia, esto es, un San Agustin, un San Gregorio, un San Leon y un San Bernardo, aprobaron, aconsejaron y mandaron perseguir, encarcelar y castigar corporalmente á los hereges. Pues bien: ó estos cuatro ilustres PP. de la Iglesia no entendieron el espíritu del Evangelio, ó lo entendieron. Si lo entendieron, la cuestion está ya decidida: el tribunal del Santo Oficio no es contrario á la doctrina de Jesucristo. Si no le entendieron, será preciso que la autoridad de cuatro célebres PP. de la Iglesia, tan clara y manifiesta en un asunto tan delicado y grave, y en una materia tan interesante para la disciplina, quede totalmente aniquilada por la autoridad de algunos políticos, que en punto al Evangelio saben mucho mas que estos ilustres PP. de la Iglesia! Pero ¡Dios mio! ¿será posible que vosotros prefirais esta última consecuencia y querais mostrar descaradamente á la faz del mundo entero vuestra temeridad? Si tal hiciérais, vuestra conducta seria el argumento mas poderoso en nuestro favor y en favor de la causa cuya defensa hemos emprendido.

»Por último, vosotros deberiais saber que Gerónimo de Praga se vió obligado por el Concilio de Constanza, compuesto de mas de trescientos obispos, á abjurar diversos artículos de Juan Huss, de los cuales el XXVII decia (1): *Doctores ponentes, quod aliquis per censuram ecclesiasticam emendandus, si corrigi noluerit, saeculari judicio est tradendus, pro certo sequuntur in hoc pontifices, scribas, et pharisaeos qui Christum nolentem eis obedire in omnibus dicentes*: Nobis non licet interficere quemquam: *ipsum saeculari judicio tradiderunt: et quod tales sunt homicidae graviores quam Pilatus.* El concilio condenó este artículo con las mismas censuras que los de Viclef, calificados por lo menos de temerarios y seductores.»

Así hablan los defensores del Santo Oficio; y las autoridades que alegan son tan claras y concluyentes, que ninguna interpretacion las puede debilitar. Los enemigos de la Inquisicion no oponen á ellas mas que la autoridad de San Hilario, que desaprobó la persecucion contra los hereges. Léese este pasaje en su libro contra Auxencio de Milan, dirigido á todos los obispos que detestaban la heregía arriana. Dice

(1) Ps. CXXXVIII, 21, 22.

(1) Conc. Const. sess. 19; Labbe, t. XVI, col. 296.

así: «Conviene por de pronto deplorar la »desgracia de nuestro siglo, y las locas opi»niones de los tiempos presentes, en que »se piensa servir á Dios por medios humanos, »y se trata de defender á la Iglesia de Jesu»cristo por ambicion mundana. Obispos »que creeis ser tales, yo os pregunto: ¿de »qué recursos se valieron los Apóstoles para »predicar el Evangelio? ¿De qué poder fue»ron auxiliados para predicar á Jesucristo »y conquistar para el verdadero Dios á casi »todos los pueblos idólatras? ¿Se revistieron »de algunas dignidades de la córte para »conseguirlo? No, sino que despues de ha»ber sido azotados, cantaban en las prisio»nes, y cargados de cadenas, las alabanzas »de Dios. San Pablo, hecho espectáculo »del teatro, ¿empleó acaso edictos de los »reyes para reunir su Iglesia bajo la bande»ra de Jesucristo? ¿O deberé mas bien creer »que fué la proteccion de los Nerones, Ves»pasianos y Decios quien los defendió de »las persecuciones, que tanta fuerza dieron »á la confesion de la palabra divina? Man»teniéndose con el trabajo de sus manos, re»unidos en secretas habitaciones, recorrien»do las aldeas y ciudades, y visitando por »mar y tierra casi todos los pueblos, á pe»sar de los decretos del senado y edictos »de los reyes, ¿no tenian por ventura las »llaves del reino de los cielos? ¿O bien el »poder divino no se dió á conocer bastante »claramente, á despecho del odio de los »hombres, cuando el nombre de Cristo era »tanto mas predicado, cuanto mas cuidado»samente se prohibia que lo fuese? Mas en »la actualidad, ¡oh dolor!, las potestades de »la tierra protegen la fé divina, y Jesucris»to al parecer ha perdido su poder, en »tanto que se procura exaltar su nombre. »Hácese uso del terror con las prisiones y »los destierros, y se trata de someter las »gentes por la fuerza á la fé de esta Igle»sia que no adquirió la fé sino padeciendo »destierros y prisiones. Esta fé, que fué »cimentada por el furor de los perseguido»res, ¿dependerá hoy dia de la dignidad de »sus discípulos? Esta fé, que fué propagada »por sacerdotes fugitivos, ¿hará hoy huir á »los sacerdotes? ¿se gloriará de que el »mundo la ame, ella que no merece el amor »de Jesucristo sino siendo enemiga del »mundo? Hé ahí lo que puedo deciros al »comparar la Iglesia de los tiempos primiti»vos con la nuestra.» Aquí los adversarios de la Inquisicion esclaman: «¿Podrá darse un testimonio mas evidente de algun Santo Padre contra el cruel tribunal de la Inquisicion? ¿No desaprueba en términos esplícitos los destierros y encarcelamientos en la Iglesia de Jesucristo? ¿No quiere que los trabajos y los padecimientos sean el único sosten de la predicacion de la fé? ¿No dice que la violencia y la fuerza son evidentemente contrarias al espíritu de Jesucristo y de los Apóstoles? ¿Qué importa, pues, la autoridad de los Padres con que os apoyais, si esta misma autoridad os es igualmente contraria? Conviene mas bien á unos y á otros dejar á un lado semejantes testimonios; pues son igualmente favorables á nuestras dos encontradas opiniones.

Esto es lo que dicen ellos; oigamos la respuesta de sus adversarios:

«No pretendemos negar que San Hilario se mostrase opuesto á la violencia contra los hereges en materia de fé. Obsérvase mas claramente su opinion acerca de este particular, en su libro dirigido á Constancio Augusto, en el que despues de haber abominado las violencias de los arrianos contra los católicos, añade que las condenaria del mismo modo si fueran empleadas por estos contra aquellos. «Si semejantes violencias, »dice, se emplearan en favor de la verda»dera fé, la doctrina de los obispos se opon»dria á ello y diria: Dios es el Señor uni»versal, y no há menester homenages for»zados, ni quiere confesiones involuntarias. »Conviene servirle con rendida solicitud, »no con hipocresía, y adorarle mas bien »por nosotros que por él. Él no puede acep»tar sino á quien se le entrega de corazon, »ni puede oir sino á quien le ruega, ni »puede imprimir el sello de salvacion sino »en la frente del que ha firmado su profe»sion de fé. Es necesario buscar á Dios con »sencillez, confesarle, conocerle, amarle »con caridad, adorarle con temor y rete»nerle por medio de una sincera voluntad.» Estas son las opiniones de San Hilario; ya veis que ningun artificio empleamos para ocultarlas.

»Mas entretanto, por vuestra parte,

debeis responder á la pregunta siguiente: ¿en qué tiempo escribia San Hilario? Escribia á mediados del siglo IV, es decir, á los pocos años de haber los emperadores principiado á adorar la cruz de Jesucristo, que por primera vez fué venerada en Roma por Constantino, hijo primogénito de la Iglesia, en el año 312. Escribia en tiempo de Constancio, hijo de Constantino, que le habia sucedido en una parte del imperio, y que era fautor de la heregía de los arrianos. Finalmente, escribia en tiempos que la fé, recien entrada en los palacios de los emperadores, se veia casi forzada á huir, perseguida por la heregía: en una época en que el poder de las tinieblas blandía aun su cetro de hierro sobre el espíritu ciego de las naciones insensatas. Necesario era, pues, que la Iglesia prosiguiera con aquel espíritu de paciencia y de dulzura que animó á sus hijos por espacio de tres siglos, puesto que las mismas persecuciones continuaban afligiéndola. Podemos por lo tanto repetir con San Agustin (1), cuyas palabras ya hemos citado, diciendo que entonces no se cumplia aun esta profecía: *Et nunc reges intelligite: erudimini qui judicatis terram, servite Domino in timore;* sino mas bien lo que se dice en el mismo salmo: *Quare fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania? astiterunt reges terrae, et principes convenerunt in unum adversus Dominum, et adversus Christum ejus.* ¿Qué estraño es, pues, que los Padres y los doctores de aquel tiempo inculcáran y repitieran las mismas máximas, el mismo espíritu y la misma tolerancia que en tiempos de los Apóstoles? Ya hemos visto que San Agustin, venido para ilustrar la Iglesia poco despues de la muerte de San Hilario y educado en los mismos principios, era tambien de opinion (1) que no se debia atraer á nadie por fuerza á la unidad de Cristo; que solo se debia combatir discutiendo, y vencer por medio de la razon, y no esponerse á que la Iglesia abrigara falsos católicos en su seno. Pero ¿cuánto no varió de opinion cuando esperimentó los males ocasionados por la impunidad que obtenia la audacia de los hereges (1), y las mejoras que introducia la severidad de las leyes? Luego es muy probable, que si San Agustin hubiese sido contemporáneo de San Hilario, hubiera permanecido tan invariable en su modo de pensar como él, y que si por el contrario San Hilario hubiese vivido en tiempo de San Agustin, hubiera tambien aquel Santo abandonado su primera opinion. Por consiguiente, asi como la autoridad de San Agustin no perjudica á nuestro aserto, por haberse retractado de ella, tampoco debe dañarnos la de San Hilario, que se encuentra asi retractada por la mudanza de los tiempos y circunstancias y por los doctores que le sucedieron. No, repetimos otra vez, no se contradicen San Agustin, San Gregorio, San Leon, San Bernardo, ni San Hilario, porque la diversidad de su parecer no dependió sino de las diferentes situaciones de la Iglesia, y no de haber interpretado de distinto modo el Evangelio. Jesucristo, que cuidó de instruir á su Iglesia para los siglos venideros, la dió ilustres ejemplos de uno y de otro: de tolerancia, cuando soportó en silencio los ultrajes de sus perseguidores; y de severidad, cuando armado de un látigo echó del templo á los que lo profanaban. ¿Qué contradiccion hay pues en que en el Evangelio unos hayan leido la dulzura, y otros la severidad, supuesto que ambas cosas aparecen realmente en sus sagradas páginas, para adaptarlas á los diferentes estados y deferentes edades de la Iglesia? Además, la autoridad de San Hilario prueba que no siempre es permitido emplear la violencia contra los herejes, y que alguna vez la dulzura y la tolerancia pueden ser mas provechosas. La autoridad de los demas doctores prueba que no siempre está prohibido el castigar corporalmente á los herejes, y que alguna vez la severidad y los castigos son mas provechosos. Y una y otra autoridad prueban á un mismo tiempo que ni la dulzura ni la severidad se oponen al espíritu del Evangelio, que de ambas cosas se debe hacer uso segun las diversas circunstancias, y que su prudente

(1) Ep. 93.

(1) Retract. l. 2, c. 5.

distribucion pertenece únicamente á la Iglesia como intérprete del Evangelio y depositaria de la palabra de Jesucristo.

»II. Hemos ya llegado á la segunda parte de la proposicion que tratamos de probar. Hasta el presente hemos establecido, que, segun el parecer de los Santos Padres, no es contrario al espíritu del Evangelio el castigar corporalmente á los herejes; pero además dijimos que, segun la interpretacion practicada por la Iglesia, tampoco se opone esto al Evangelio, y hé aquí lo que nos falta probar.

»Los tres primeros siglos de la Iglesia fueron la época de la dulzura y mansedumbre, y hemos ya convenido en que ellos prueban que no siempre es necesario castigar á los herejes. La Omnipotencia divina, queriendo manifestarse por sí misma y conquistar por medio del esplendor de su gloria hasta la incredulidad mas ciega, rehusó todo apoyo y socorro humano. Por esta razon se ha visto predicada la fé por unos pescadores pobres é ignorantes, combatida por las potestades de las tinieblas y del mundo, sin honor, sin armas, sin dignidad; y esto no obstante, se la vió penetrar en los mas apartados rincones de la tierra, y regada con la sangre de sus mártires estender sus multiplicadas y profundas raices, que abrazan hoy dia todo el universo. Ella combatia en los ejércitos, cubierta con broqueles y corazas, no por su propia defensa sino en defensa de los emperadores, de los gentiles y de sus mismos perseguidores. Lejos pues de solicitar apoyo alguno sobre la tierra, lo rehusaba generosamente, y con repetidos milagros corroboraba su poder y afianzaba sus conquistas. ¿Qué necesidad tenia entonces de reclamar la espada de los príncipes contra los rebeldes de la Iglesia? ¿Se presenta Simon, hereje y mago? ¡Pues bien! Mientras que para dar la última prueba de su impiedad se remontaba este por los aires con el auxilio de los espíritus infernales en presencia de una inmensa turba, San Pedro dirige á Dios su plegaria, y en el mismo instante cae precipitado el impostor, fracturándose ambas piernas (1).

Ananías y Safira ¿son dos sacrílegos? Pues el mismo Apóstol con solo dos palabras (1) los hace caer muertos sobre la tierra, para ejemplo de los recien convertidos. ¿Hay un mago falso profeta, llamado Elymas, que se opone á las predicaciones del Evangelio? Pues un San Pablo (2) le cubre de tinieblas los ojos en castigo de su resistencia. La Omnipotencia divina, triunfando así de sus enemigos por sus propias fuerzas, no dejaba á la Iglesia otras armas que la oracion, la dulzura y la caridad.

»Empero, despues que la Omnipotencia hubo conseguido su objeto, y la fé, robustecida por su brazo, lavó en el baño sagrado la frente de los emperadores, esta Omnipotencia pareció irse retirando poco á poco, y remontarse por segunda vez al cielo con los trofeos de su victoria. Este cambio era efecto de aquella justa economía de providencia, segun la cual Dios no quiere usar de medios estraordinarios sino en necesidades estraordinarias, y emplea mas bien las causas segundas y los instrumentos creados para procurar su gloria y la salvacion de los hombres. Cuando los oradores reemplazaron á los pescadores, el esplendor reemplazó á la pobreza, y la severidad compartió el imperio con la dulzura. Entonces fué cuando se empezó á castigar á los herejes con el destierro (3) ó con multas pecuniarias (4), algunas veces con la confiscacion de todos sus bienes (5), y últimamente, á causa de su temeridad y de su audacia, se llegó hasta imponerles la pena capital (6), que fué decretada contra ellos por los emperadores Valentiniano y Marciano. Es verdad que no era la Iglesia la que hacia estas leyes; pero tambien es verdad, que solo mediante la aprobacion de la Iglesia, eran espedidas por los emperadores. Efectivamente, el concilio de Aquileya, reunido el año 381 contra Paladio y Secundano, obispos arrianos, ¿no imploró el auxilio de los emperadores (7) para es-

(1) Arnob. l. 1, in Gentes; Euseb. Hist. l. 2, c. 14; Sulp. Sev. Hist. l. 2; August. l. de Haer. 1.

(1) Act. V. 4.
(2) Act. XII. 8.
(3) L. Arieni. c. de Hæreticis.
(4) L. Cuncti hæretici.
(5) L. Manichæi.
(6) L. Quicumque.
(7) Ambr. ep. 10.

pulsar de Italia al sacrílego Julian Valente, para sostener los decretos del concilio, y para impedir las reuniones de los hereges, conforme á los decretos eclesiásticos é imperiales? En el concilio de Milan, celebrado en el año 389, ¿no aprobó San Ambrosio la ley de Teodosio contra Joviniano y sus secuaces (1) que desterraba de las ciudades á todos los sectarios de este herege, como grandes corruptores de la fé? El quinto concilio de Cartago ¿no se reunió principalmente (2) para enviar una solemne embajada á los emperadores, á fin de que contribuyeran á la estirpacion de la idolatría y de la heregía y al restablecimiento final de la paz en la Iglesia de Africa? El concilio de Milevi, celebrado en 416, considerando los desórdenes y tropelías de los hereges, encargó (3) á los legados del concilio implorasen el brazo del poder secular. Habiendo sido condenado y depuesto Dióscoro de Alejandría por el sínodo ecuménico de Calcedonia, fué entregado al brazo secular, y en seguida desterrado y conducido por los soldados imperiales á Gangra, ciudad de la Paflagonia. El tercer concilio de Orleans, reunido en 538, mandó á los gobernadores de las ciudades y otros lugares (4), que vigilaran con celo, á fin de que en sus distritos no hubiese hereges, ni rebautizantes, ni incontinentes; y para obligarlos á vivir como católicos, amenazó con las censuras eclesiásticas á los que fueren muy negligentes ó indulgentes. El sesto concilio de Toledo celebró la piedad del rey Suintila (5) por haber prohibido que nadie que no profesara la Religion católica pudiese habitar en su reino, y conjuró á los sucesores de este príncipe á que mantuviesen inviolablemente dicha ley. El concilio de Tolosa celebrado en 1129, estableció (6) la Inquisicion, las sentencias y las penas contra los hereges; y lo mismo hicieron el de Narbona celebrado en 1235 (7), el de Albi en 1254 (1), el de Beziers en 1246 (2), y el de Arlés en 1234. ¿No han aprobado tambien la Inquisicion y escitado su celo contra los hereges dos concilios generales, á saber, el de Viena y el cuarto de Letran? El de Viena lo efectuó delegando á los inquisidores para las causas de fé, encargando á los obispos les presten su cooperacion (3) para estirpar las heregías, recomendando la seguridad de las prisiones para los culpables, la fidelidad de los encargados de su custodia, su vigilancia y secreto, y últimamente, confirmando los antiguos decretos sobre tales asuntos. ¿Y no hizo otro tanto el de Letran, espidiendo la órden de entregar los hereges al brazo secular para que reciban su digno castigo, aplicando los bienes de los legos al fisco y los del clero á la Iglesia? Oíganse sus propias palabras: *Damnati vero* (4) *saecularibus potestatibus praesentibus aut eorum baillivis relinquantur animadversione debita puniendi, clericis prius a suis ordinibus degradatis: ita quod bona hujusmodi damnatorum, si laici fuerint, confiscentur: si vero clerici, applicentur ecclesiis, a quibus stipendia perceperunt... Moneantur autem, et inducantur, et si necesse fuerit, per censuram ecclesiasticam compellantur saeculares potestates, quibuscumque fungantur officiis, ut sicut reputari cupiunt et haberi fideles, ita pro defensione fidei praestent publice juramentum, quod de terris suae jurisdictioni subjectis universos haereticos ab Ecclesia denotatos bona fide pro viribus exterminare studebunt.*

»Mas esto aun no basta. Por lo espuesto hasta aqui, se ve bien cuál ha sido la opinion clara y terminante de la Iglesia; pero ¿ha sido diferente acaso su conducta en la práctica? Véamoslo. Despues de la instalacion del tribunal del Santo Oficio, ¿no se ha visto estenderse esta institucion por la mayor parte de los paises católicos, teniendo leyes, autoridad y privilegios, y sosteniéndose mas de cinco siglos con el poder de muchos príncipes á la faz de toda la

(1) Ambr. ep. 42.
(2) Can. 15 Binio ad concil. V Carthag.
(3) Can. 11.
(4) Ibid.
(5) Ap. Labbe, an. 638, can. 3.
(6) Labbe, Conc. t. XIII.
(7) Ibid.

(1) Labbe, Conc. XIV.
(2) Ibid.
(3) R. In Clem. pr. De Haer.
(4) Conc. Labbe, t. XIII, col. 934, cap. 15 de Haereticis.

Iglesia? Y esta Iglesia, ¿desaprobó ó abandonó jamás este tribunal? Y las constituciones emanadas de Roma en su favor, ¿no fueron adoptadas casi en todos los paises en que ese tribunal se habia establecido? Pues bien; á vista de estos hechos razonemos con un poco de filosofía católica.

»Los Concilios particulares de la Iglesia desde el siglo IV, dos concilios ecuménicos; y una larga práctica de la Iglesia, han aprobado y decretado las penas corporales contra los hereges. Los hechos y los cánones que hemos citado, son de ello una prueba evidente é irrecusable. Mas vosotros decís que el castigar corporalmente á los hereges es una práctica contraria al espíritu de Jesucristo. Luego, segun vosotros, los concilios particulares de la Iglesia, los dos concilios ecuménicos, y la diuturna práctica de la Iglesia, han aprobado y decretado una cosa contraria al espíritu de Jesucristo, Gefe y Fundador de la Iglesia. Voy todavía mas adelante. Si una série de concilios particulares durante tantos siglos, dos concilios ecuménicos, y la práctica de la Iglesia por espacio de tanto tiempo, han podido errar sobre un punto de la moral cristiana, podrán igualmente errar sobre otro cualquier punto de la misma. Luego una larga série de concilios particulares, con dos concilios ecuménicos y la constante práctica de la Iglesia durante muchos siglos no están al abrigo del error en puntos de moral y pueden muy bien ser reputados como erróneos y contrarios al espíritu del Evangelio. Por consiguiente, cualquier cristiano puede á su antojo interpretar el Evangelio; cualquier libertino puede reprender razonablemente á la Iglesia, y Jesucristo habria hecho una promesa falsa al ofrecer que asistiria á su Iglesia hasta el fin de los siglos. ¿Qué me decís de estas consecuencias? ¿Son ó no son legítimas? Para probar que no lo son, os seria preciso negar los hechos y los cánones citados, y que sirven de introduccion á este razonamiento; pero la historia de los concilios y de la Iglesia os desmentiria y llenaria de confusion. Y si estos cánones son legítimos, ¿cómo os atreveis, llamándoos católicos, á sentar proposiciones tan contrarias á vuestro nombre y profesion? Cerrad pues mas bien el Evangelio y avergonzaos de la ignorancia y presuncion con que le interpretais en un sentido contrario al de la Iglesia, vuestra madre y protectora.

»Es en verdad cosa estraña que entre católicos se quiera hacer pasar por nueva una práctica ya tan antigua en la Iglesia. Los arrianos, escribia el Papa Julio á los eusebianos (1), fueron espulsados por Alejandro de su diócesis, y en seguida lo fueron igualmente de todas las ciudades: *Ariani a beatae memoriae Alexandro, quondam Alexandriae episcopo, ob impietatem ejecti, non solum a singulis civitatibus expulsi sunt, sed et ab omnibus pariter, qui ad Nicaenum magnam synodum simul convenerant, anathemate sunt damnati.*— Espíritus tolerantes: ¿veis á ese hombre seguido de una manga de soldados? Pues sabed que es un inquisidor del siglo IV, el celoso San Marcelo, obispo de Apamea, que, autorizado con los edictos de Teodosio contra la supersticion gentílica (2), va derribando en su diócesis todos los templos de los ídolos. Sí, verdaderamente, me respondereis; pero tambien recibió la recompensa que merecian sus escesos. Mientras que al frente de los soldados se encaminaba (3) á demoler un templo pagano, los gentiles se reunieron en defensa de su religion. El inquisidor Marcelo, que era débil, se detuvo fuera del alcance de las flechas enemigas; pero mientras los soldados se ocupaban en el ataque del templo, algunos gentiles, al verle solo, le acometen, le prenden, le arrojan á las llamas y le matan. Pero ¿qué decís de esta muerte? ¿Querreis decir que era justo castigo de su celo temerario? ¿Pero no sabeis que la Iglesia antigua y la moderna han honrado y honran á Marcelo como á un mártir de la fé?— Pero esperad un momento, pues queremos mostraros en el mismo siglo otro inquisidor igualmente resuelto. Este es el célebre Teófilo, obispo de Alejandría, que destruyó en su ciudad el antiguo templo de Baco, y espuso al público para oprobio de la idolatría los ins-

(1) Julii I, ep. ad eusebianos, n. 5, apud Constant. et Theodor. Hist. l. 1, 6. 5.
(2) Theod. Hist. l. 5, c. 21.
(3) Sozom. l. 7, c. 15.

trumentos secretos de la supersticion gentílica. Los filósofos paganos (1), llenos de furor, amotinaron el pueblo é hicieron en todos los cristianos una impía matanza; pero fuéles preciso luego ceder á los edictos imperiales, y los sacerdotes paganos confusos y aterrados abandonaron sus templos al celo invencible de Teófilo. Vióse entonces á este infatigable inquisidor implorar las oraciones de los monges cuando se preparaba á la destruccion universal de la idolatría. Ya el soldado, animado por sus discursos, rompia con redoblados hachazos las cóncavas mandíbulas del gran Serapis: y al caer la cabeza del ídolo á sus pies, un vil ejército de ratones, asustado con el estrépito de su caida, salió precipitadamente de sus entrañas. En todas las ciudades de Egipto, en todas las aldeas, en todos los campos, y hasta en los desiertos, donde quiera que existian templos, ó pequeñas iglesias consagradas á las divinidades profanas, se veia á los soldados, á instancias y por consejo de los obispos, ocupados en demolerlos y destruirlos. El sofista pagano Eunapio deplora la ruina de la idolatría, en tanto que el inquisidor Teófilo da gracias á Dios y celebra la victoria.—Debo indicaros otro hecho no menos notable, y cuyo autor es acaso el que menos imaginais. ¿Habeis oido contar de San Juan Crisóstomo cuánto sobresalió en humildad, modestia y dulzura? Sus obras lo manifiestan bastante. Pues sin embargo, habiéndole anunciado Marcos (2), diácono de San Porfirio, obispo de Gaza, que algunos fenicios se entregaban todavia al culto de los ídolos; ¿qué hizo? Reunió un ejército de monjes y soldados, y lo envió provisto de decretos de los emperadores, como una cruzada para la destruccion de la idolatría. Escuchad aun mas. Como para esta espedicion se necesitaba dinero, y no queria que fuese onerosa al Real Tesoro, invitó á las señoras cristianas mas ricas á que proporcionaran los fondos necesarios, prometiéndoles en recompensa de esta limosna todas las bendiciones del cielo. ¿Qué decís de esto, espíritus tolerantes? ¿No os parece ver en San Juan Crisóstomo á uno de esos rígidos inquisidores, y en su ejército una de esas numerosas cruzadas que tanto detestais? Pues no obstante, un santo obispo, un hombre de carácter dulce, un doctor de la antigua Iglesia, es quien pensó y obró de este modo.

»Os pedimos que hagais aquí, como de paso, una ligera reflexion sobre estos tres hechos: en los tres primeros siglos de la Iglesia, ¿intentaron jamas los obispos espediciones de esta naturaleza? Cierto que no. Pues ¿cómo estos Pastores del siglo IV han emprendido espediciones tan atrevidas sin haber hallado ejemplo de ellas en sus predecesores? Porque creyeron que estos hubieran obrado del mismo modo si hubiesen sido dueños de hacerlo, y que si no lo hicieron, fué porque vivian bajo la dominacion de los emperadores paganos. Si leeis la historia, vereis que el espíritu de la Iglesia ha sido siempre, en primer lugar, procurar atraer á los estraviados por los medios de dulzura; y si estos no bastaban, recurrir á las censuras, y aun á la fuerza, cuando podia hacerlo sin escándalo y sin perder á los buenos; y que cuando no podia lograrlo, se contentaba con tolerar á estos estraviados, con gemir y orar.

»Permitid que añada aquí algunos otros ejemplos del celo de la antigua Inquisicion contra los enemigos de la fé, sin casi salir del siglo VI. Marcos, diácono de Gaza, de quien acabamos de hablar, refiere en la vida de San Porfirio (1), que Juan, obispo de Cesarea en Palestina, y San Porfirio, obispo de Gaza, acudieron personalmente al emperador Arcadio para obtener el rescripto de la destruccion de los templos de los ídolos, como en efecto le obtuvieron. En dicha vida refiere además (2) la demolicion hecha por San Porfirio de los templos idólatras de Gaza, y en particular del de Marna, el mas célebre de todos. Dice (3) que un niño de siete años, poniéndose á hablar milagrosamente en griego sin haberlo apren-

(1) Sozom. l. 8, c. 15; Socrat. l. 5, 6, 16.
(2) Theod. Hist. l. 5, c. 29.

(1) Cap. 7.
(2) Cap. 8 y 9.
(3) Cap. 9, n. 66, y 67.

dido, indicó el medio de quemar el templo. El diácono Marcos añade que despues de la destruccion de dicho templo y de los demas ídolos se fué aumentando todos los años el número de los cristianos. San Partenio, obispo de Lampsaco, en el Helesponto, pidió tambien y obtuvo de Constantino (1) permiso para demoler los templos de los ídolos, como en efecto lo hizo, y edificó en su lugar una iglesia muy bella y adornada. Y Sulpicio Severo en la vida de San Martin (2), nos refiere que este Santo destruyó tambien un templo de los ídolos muy antiguo; que quemó otro (3), y que destruyó además otro con la ayuda de dos ángeles armados contra los habitantes del pais, y que demolió otros muchos, ayudándole Dios tambien milagrosamente por medio de prodigios y por la fuerza de sus predicaciones (4). Vemos, pues, que la ocupacion de destruir los templos de los idólatras era habitual y ordinaria en los santos inquisidores de los primeros siglos. Lo mismo se lee del bienaventurado Abraham, en su vida escrita por San Efren (5); el obispo San Galo, cuando aun no era mas que diácono, quemó uno de los mas famosos de estos templos (6).

»Y San Fulgencio ¿no fué un hombre muy sábio y muy prudente? Pues no obstante, siendo obispo, hacia corregir por medio de azotes á los turbulentos que no habian hecho caso de sus paternales amonestaciones. *Aliquantos inquietos verbis, aliquantos verberibus coërcebat, quos culpa manifesta flagellari coëgerat. Ita vitia cunctorum salubri disputatione mordebat, ut nullius interserens nomen, omnes cogeret metuere, et latentia quoque peccata salubriter timendo deserere* (7).

»Además de San Leon é Inocencio I, á quienes ya hemos visto espulsar de Roma á los herejes, ¿no nos muestra Anastasio el mismo celo en San Siricio, Papa del siglo IV, de quien dice espresamente: *Manichaeos, exilio deportavit* (1)? Asimismo San Hormidas á principios del siglo VI: *Hic invenit Manichaeos, quos etiam discussos cum examinatione plagarum exilio deportavit, quorum codices ante fores Basilicae Constantinianae incendio concremavit.*

»Aun es mas terminante lo que el Papa Pelagio escribia al patricio Narsetes, relativamente á la represion de los cismáticos y herejes, y á la fuerza del poder secular: *Quia regulae Patrum*, le dice (2), *hoc specialiter constuerunt, ut siqua ecclesiastici officii persona, cui subjectus est, restiterit, vel seorsum collegerit, aut aliud altare erexerit, seu schisma fecerit, iste excommunicetur, atque damnetur. Quod si forte, et hoc contempserit, et permanserit divisiones et schisma faciendo, per potestates publicas opprimatur.*

»¿Y San Bonifacio no escribió al Papa Zacarías para que se ocupase en hacer prender á los dos impostores Adalberto y Clemente? *Ut per verbum vestrum isti duo haeretici mittantur in carcerem.... Nemo cum eis loquatur vel communionem habeat, ne forte fermento doctrinae illorum fermentatus aliquis pereat* (3). Este no es un Santo del siglo VI, pero es un Santo muy prudente y que observaba con rigor la antigua disciplina.

»Aunque San Eloy pertenece al siglo VII, no debo sin embargo omitir un ejemplo luminoso de su conducta: hé aquí lo que de él escribe el bienaventurado Auduino en su vida (4): *Sed et alium nihilominus apostatam cum comperisset Eligius evertere plebem Parisiis grandi afficiens dehonestate, exterminavit ab urbe: similiter et alium, qui episcopum se simulans circuibat villas et plateas, decipiendo populum, diu carcere maceratum ejecit e finibus regni Francorum: nec non alios atque alios diversis artibus populum subvertentes grandi semper auctoritate est persequutus. Valde enim oderat omnia haereticorum, vel schismaticorum, cunctorumque praeter catholicam doctrinam figmenta, et jugi instantia eorum insectabatur vesaniam.*»

(1) Bolland. 7 febr. vit. S. Lamps. c. 1, n. 7 et 8.
(2) Cap. 13.
(3) Cap. 14.
(4) Cap. 15.
(5) Inter Opera S. Epphrm, t. 1, col. 144.
(6) Gregor. Turon. in vit. Patr. VI, 6.
(7) Bolland. 1 jan. Vit. S. Fulg. c. 29, n. 66.

(1) Anast.
(2) Conc. Labbe, t. 6, col. 467, ep. 3.
(3) Labbe, Conc. t. 8, col. 392.
(4) Lib. 1, c. 38. Spicil. t. 2, ed. Paris, an. 1723.

Hé ahí, pues, las razones que por una y otra parte se alegan; ahora ya no se trata mas que de decidirse por uno de los dos partidos. Empero la sentencia está ya pronunciada, y decidida la cuestion, puesto que la Iglesia es ciertamente un intérprete fiel y seguro del Evangelio. Tambien es igualmente cierto que la Iglesia, ya por medio de sus doctores, ya por sus concilios, ya por su práctica, no ha creido contrario al espíritu del Evangelio el castigar corporalmente á los herejes, segun las circunstancias. Luego... la consecuencia es tan sencilla y evidente, que para pronunciarla no es menester ni juez ni sentencia, y cualquier católico, por poco filósofo que sea, puede decidir sobre este punto con tanto acierto como el mas profundo pensador del siglo XVIII.

§ II. —*El tribunal de la Inquisicion ¿es útil en los paises católicos?*

«Para proceder con claridad al exámen de la utilidad de la Inquisicion, es preciso observar, dicen sus defensores, cuál es el fin de su institucion. Este fin es impedir las heregías nacientes y estirpar las ya nacidas. Este fin es sin duda alguna el mas provechoso que pueda existir para la sociedad humana, la cual debiendo ocuparse en trabajar para adquirir su salvacion eterna y la paz civil y doméstica, necesita apartar de sí los obstáculos que le arrebatan cualquiera de estos bienes. Es asi que el mayor de los obstáculos es ciertamente la heregía, pues destruye la fé, introduce el cisma, corrompe las costumbres y no respeta las leyes. Luego el fin de la institucion del Santo Oficio es utilísimo á la sociedad humana bajo todos conceptos.

Pero no es suficiente que su fin sea útil: hay que examinar ademas si los medios que emplea son á propósito para obtener este resultado, pues de la honestidad del fin y de la conveniencia de los medios es de lo que resulta la completa utilidad de que se trata. Examinemos, pues, la proporcion de los medios. Si se nos hubiese pedido nuestro parecer antes de la instalacion de semejante tribunal, seguramente hubiéramos tenido que pesar atenta y sériamente toda la relacion intrínseca de esta institucion con su fin, todas las circunstancias y todos los peligros; y solo despues de este exámen hubiéramos dado nuestro dictámen. Mas supuesto que este tribunal ha sido erigido formal ó equivalentemente en la Iglesia desde hace tantos siglos, el exámen será mas corto y mas seguro. No hay mas que fijar la atencion en la Historia, y con la Historia en la mano preguntarse si en realidad con semejantes medios se ha conseguido por lo general el objeto propuesto; y si los resultados son ordinariamente favorables, ¿cómo podrá decirse que la institucion es perjudicial?

Pues bien: vamos á presentar una autoridad irrecusable, San Agustin, el gran doctor de la Iglesia. El fruto de los edictos de los emperadores contra los hereges donatistas fué tal, que el Santo, aunque tan inclinado á la dulzura, considerando las ventajas de la severidad evangélica, mudó de parecer, y se hizo uno de los mas sabios apologistas de las leyes y penas impuestas contra los hijos rebeldes de la Iglesia. Oigámosle á él mismo, en su epístola ya citada á Vicente (1): «Los »donatistas son escesivamente revoltosos, »y no me parece inútil que las autoridades »establecidas por Dios les impongan un fre»no y los sujeten á la correccion; porque »nosotros recogemos ya en la actualidad los »frutos del castigo de una multitud que han »vuelto á abrazar con sinceridad la unidad »de la fé católica, defendiéndola y regocijándose de haberse desprendido de sus pre»cedentes errores: los admiramos con tan»to placer como sorpresa. No sé yo, sin »embargo, por qué fuerza de costumbre »no habrian ellos pensado en mejorar de »conducta, si, conmovidos por el terror, »no se hubieran aplicado atentamente á »considerar que acaso soportando por una »falsa gloria los castigos temporales, no »por la justicia, sino por una perversidad »y presuncion mundana, nada mas hubie»ran hallado luego ante el tribunal de Dios »que las penas debidas á los impíos por ha»ber despreciado sus avisos tan llenos de »dulzura y sus castigos paternales.» Y mas

(1) Ep. 93.

abajo dice: «Si alguno viese que su ene»migo, delirante y frenético con el ardor »de la fiebre, corria hácia un precipicio, »¿por ventura, no seria volverle mal por »mal dejarle correr asi, en vez de dete»nerlo, y aun atarle si fuera preciso; »aun cuando él en su delirio se enoja»ra de lo que en realidad era tan carita»tivo y útil para él? Seguramente, cuan»do el enfermo llegara á recobrar la salud, »daria gracias á su salvador con tanta mas »efusion, cuanto menos indulgente hubiese »sido con él. ¡Ah! ¡si yo pudiera enseñaros »cuántos, hasta circunceliones, convertidos »en decididos católicos, condenan su vida »pasada y el funesto error, por el cual creian »hacer en favor de la Iglesia todo lo que »temerariamente hacian para turbarla! Pues »estos nunca hubieran llegado á este esta»do de salud, si no hubiesen sido atados »como frenéticos por los lazos de esas le»yes que tanto os desagradan. ¿Y qué di»remos de ese otro género de enfermedad »tan grave, de aquellos que, sin ser revol»tosos ni audaces, sino poseidos de una »inveterada pereza, nos respondian: «Ra»zon teneis, nada tenemos que replicar; »pero nos es muy duro abandonar la tradi»cion de nuestros padres?» ¿No se deberia »tambien sacudir saludablemente á estos »por medio de los castigos temporales para »hacerlos salir de esa especie de letar»go y cuidar de la conservacion de su sa»lud eterna en la unidad? ¡Cuántos de es»tos, gozosos en la actualidad al verse en»tre nosotros, condenan el antiguo pe»so de sus obras perniciosas, y confie»san que debimos serles importunos, para »que no pereciesen oprimidos de sus inve»teradas costumbres como de un sueño »mortal!» Proseguid leyendo esta Epístola, y vereis que en toda ella se repiten las mismas ideas, y que una multitud de donatistas de los mas obstinados, temerosos de las leyes imperiales, se habian convertido en buenos y sinceros católicos. ¿Y no es este un testimonio antiguo, auténtico y digno de toda la fé que un verdadero filósofo pueda exigir? Y sin embargo, esto era lo que pasaba en los primeros siglos de la Iglesia, y los que recogian aquel fruto eran los mismos que hasta entonces habian sido educados en la mas apacible tolerancia. ¿Habrá pues nada de estraño en que, andando el tiempo, cuando la Iglesia llegó á ser adulta y se vió protegida por los monarcas católicos, se esperase conservar la fé y desviar el contagio por el temor de los castigos temporales?

»Ya habeis visto anteriormente cuál fué el celo que San Gerónimo inspiró al obispo Teófilo contra los origenistas, celo que determinó á este prelado á espulsar de Nitria á los monjes, prosélitos y defensores de aquellos herejes. ¿Y qué efectos produjo aquel ejemplar castigo? Los efectos, segun el mismo doctor afirma, fueron volver la paz y la fé á la Iglesia y á todos aquellos monasterios. «Cuando hayais abrazado »al monje Teodoro, escribia el Santo doc»tor al obispo Teófilo (1), regocijaos de »la tranquilidad de la Iglesia, él porque ha »visto todos los monasterios de Nitria y pue»de daros cuenta de la continencia y dulzura »de sus monjes, y decir cómo la paz ha si»do devuelta á la Iglesia y conservada la »santa disciplina, desde que los prosélitos »de Orígenes fueron estinguidos y espul»sados.»

«Veamos tambien si otro de los Padres ya citados, el gran Pontífice San Leon, creyó que el temor de los castigos era á propósito para preservar de la heregía á los católicos. Despues de haber alabado la severidad del emperador contra los priscilianistas, hé aqui lo que añade en prueba de la utilidad de sus leyes: «Esta severidad (2) ayuda mu»cho á la mansedumbre eclesiástica, que, »aunque satisfecha con el juicio sacerdotal »y enemiga de venganzas sangrientas, re»cibe no obstante una gran fuerza con las »severas constituciones de los príncipes »cristianos, pues algunas veces los que te»men el suplicio corporal recurren al reme»dio espiritual.»

»Eusebio habla tambien de las ventajas que la ley de Constantino produjo contra los herejes y cismáticos. «De este modo, »dice (3), se descubrieron las tinieblas y ca-

(1) L. 1. ep. select. 51.
(2) Ep. 15.
(3) Euseb. Vit. Const. l. 3, c. ult.

»vernas de los que combatian la doctrina ca»tólica, y los autores de la impiedad fueron »ahuyentados. Es verdad que algunos apa»rentaron un falso arrepentimiento; pero los »Pastores de la Iglesia los descubrieron y los »espulsaron. Otros sin embargo se reunieron »sinceramente al cuerpo de la Iglesia católica, y fueron admitidos en ella despues »de suficientes pruebas. Mas los que no se »habian separado de la Iglesia sino por la »seduccion, regresaron á ella sin necesidad »de mas prueba.» *Hi igitur gregatim tanquam ex colonia revertentes, suam recuperarunt patriam, et matrem Ecclesiam agnoverunt, a qua diu aberrantes cum gaudio et laetitia ad eam redierunt, membraque communis corporis fuere in unum coagmentata, et concordiae quasi compagibus firme copulata; solaque Dei Ecclesia in se coalescens tum resplenduit, cum nusquam gentium vel haereticae, vel schismaticae factionis vestigium reliquum quidem esset.*

Pero ¿deseais oir otra autoridad irrecusable sobre este particular? Pues vamos á presentárosla en la persona de un San Gregorio Nacianceno, que protesta haber aprendido á espensas suyas á usar de mas rigor con los hereges, visto que la dulzura con ellos era por lo general inútil y perjudicial. Al escribir á Olimpo instándole al castigo de los hereges, añade estas memorables palabras: «Algo tienen aún que »aprender las cabezas cubiertas de canas. Y »segun lo que veo, mi vejez no ha llegado »aún á merecer el nombre de prudente y á »ser digna de fé. Cuando conocí plenamente la impiedad de los secuaces de Apolinario, juzgué que su locura era insoportable; pero sin embargo, llegué á creer que »con mi dulzura llegaria á ablandarles. Pero »la esperiencia me ha demostrado que con »mi imprudencia se hicieron peores, y que »con esta mi condescendencia fuera de razon he causado daños á la Iglesia; porque los malos no se dulcifican por la bondad ni se dejan ganar por la dulzura.» ¿Lo habeis oido? San Gregorio Nacianceno considera la severidad no solamente como útil, sino como necesaria, y eso por propia esperiencia. ¿Y habrá quien osadamente se atreva á sostener lo contrario, á pesar de una autoridad tan irrecusable?

»Prosigamos. Voy á presentaros otro testimonio contemporáneo de los sucesos, y digno de toda fé á causa de su probidad y de su ciencia. Es Inocencio III, que atestigua públicamente los frutos que habia sacado de las guerras contra los albigenses en favor de la fé, y para esterminar la herejía. Asi se ve en el decreto por el que aquel Papa dispone del pais que habia estado tiranizado por los herejes, decreto que principia de este modo (1): «Casi todo el »mundo sabe cuánto ha trabajado la Iglesia »por medio de predicadores y de cruzadas »para esterminar los herejes y asesinos de »Narbona y paises inmediatos. Y verdaderamente, por la gracia de Dios y nuestra «solicitud, se ha conseguido un grande »bien; porque despues de la destruccion de »los unos y de por otros, aquel pais se go»bierna en la actualidad saludablemente por »la fé católica y la paz fraternal.» ¿Se puede hablar mas claro?

Juan Villani, que por otra parte no tenia el mayor afecto á la Inquisicion, confiesa sin embargo los buenos resultados que ella produjo en Toscana y Lombardía para la extirpacion de la herejia. Hablando (2) de la secta de los Epicúreos que infestaba á Florencia en el siglo XII, añade: «Esta maldita here»gía duró hasta el tiempo en que aparecieron »las santas religiones de San Francisco y »Santo Domingo, las que estando encarga»das por el Papa de lo relativo á la perver»sidad herética, la estirparon por medio de »sus santos hermanos de Florencia, de Milan »y de otros varios paises de Toscana y Lom»bardía, que se hallaban manchados con »semejante heregía, y el célebre San Pe»dro, mártir de la orden de Santo Domingo, »hizo un grande esterminio de ella. Este »Santo, siendo inquisidor, fué muerto á »puñaladas por un patarino.»

¿Qué mas? Basta fijar la atencion en tantas heregías como han pululado en la Iglesia de Dios: no es menester mas que inquirir su origen, desarrollo y terminacion, para ver que las heregías no se han intro-

(1) Apud Labbe. Conc. t. XIII, ad Conc. Lateran. 4 ex Dacheriani spicilegii, t. VII.
(2) Giov. Villan. Stor. l. 4, c. 29.

ducido, ó por lo menos ha sido muy tarde, en los paises donde han encontrado el obstáculo de la fuerza temporal, y que una vez introducidas, sus progresos en esas regiones han sido tan débiles y lentos que en el breve trascurso de algunos años, ó acaso meses, han desaparecido del todo. Por el contrario, en los paises donde no se les ha opuesto semejante barrera, las heregías han penetrado á banderas desplegadas, han causado repentinamente un vasto incendio, y permanecen aun hoy dia tranquilas, vestidas de oro y púrpura, protejidas por ejércitos, y rodeadas del esplendor de las dignidades. Notable ejemplo de esta verdad puede verse en la historia de las dos últimas heregías que han afligido á la Iglesia; hablo del calvinismo y del luteranismo. En medio de la universal corrupcion, ¿cuáles son las naciones que mas intactas han permanecido de aquel torrente devastador? La España y la Italia, precisamente los dos reinos donde la Inquisicion estaba mejor establecida y era mas formidable. Cierto es que fué indispensable sacrificar algunos millares de personas al fuego, para que las restantes no fuesen víctimas del incendio devorador. Pero ¿puede hacerse un paralelo de su número con el casi infinito de católicos y no católicos que han perecido miserablemente por los guerras de religion en los paises donde no habia sido establecida la Inquisicion ó en donde su autoridad era débil y poco sostenida? Entretanto, la Inglaterra, desprovista de esta defensa, despues de haberse bañado en la sangre de sus mas ilustres ciudadanos, ha permanecido hasta el presente siendo funesta presa de la hidra engendrada por la nueva reforma: la Holanda corrió la misma suerte; la Alemania y la Francia, despues de una larga série de guerras y de desastres, no han podido en el espacio de mas de dos siglos librarse de las bestias feroces y pestilenciales que penetraron entonces en su recinto. Luego negar, á vista de tales pruebas de hecho, la utilidad de la Inquisicion, es negar obstinadamente la luz aun en presencia del brillo que despiden los astros luminosos.»

«Pero poco á poco, nos dicen los adversarios, mucho exagerais el bien producido por ese tribunal, y no nos hablais una palabra del mucho mal que en el órden moral y civil ha causado. Claramente se deduce lo odioso que semejante tribunal ha sido siempre, si se atiende á las dificultades que costó plantearle en Italia y hasta en los mismos Estados Pontificios; y al número de inquisidores que han sido asesinados, como San Pedro de Verona, el beato Pedro de Castelnau y otros. La Inquisicion no era solamente odiosa á los herejes á quienes perseguia, sino á los mismos católicos, á los obispos y á los magistrados, cuya jurisdiccion disminuia, y á los simples particulares que no podian menos de aterrarse por el rigor de sus procedimientos. Si habeis leido la historia, no habreis podido menos de ver las repetidas quejas que contra ella se hacian, y el gran número de constituciones pontificias para moderar su rigor. Finalmente, algunos paises, despues de haber recibido la Inquisicion, la suprimieron despues, como sucedió en Francia, y otras nunca la han admitido, sin que por eso la Religion católica haya sido menos bien practicada ó enseñada que en los paises donde el tribunal estaba en el apogeo de su autoridad. De esto pueden dar testimonio los que han visitado esos diferentes paises.»

«Vuestra objecion, responden los defensores del tribunal, es en buena lógica demasiado defectuosa. No negaremos que en el tribunal ha habido desórdenes; os concederemos que haya habido abusos. Mas estos desórdenes y estos abusos ¿deberán achacarse á la institucion ó á sus ministros? Esto es lo que deberiais examinar antes de meteros á sentar unas calumnias tan atrevidas como peligrosas contra la institucion del Santo Oficio. Porque la utilidad ó el defecto de una institucion no pueden conocerse mejor que en la práctica y observancia de sus leyes. Mas si estas se violan, si se alteran ó destruyen, entonces los defectos que resulten no deben imputarse á ellas, sino á los que las han violado, alterado ó destruido. Por ventura, ¿el poder Real no es útil al buen órden de la sociedad? Sin embargo, bajo la régia púrpura ha habido tiranos y hombres sanguinarios y enemigos jurados del linage humano; pero ¿direis por esto que el poder Real es un poder tira-

nico? Es indudable que me respondereis que no, y que solamente fueron tiranos los que abusaron de una autoridad mal entendida, traspasando el límite de las leyes y los fines de su institucion. Pues bien: examinad ante todo, si cuando las leyes de este tribunal fueron exacta y prudentemente observadas, se consiguió el objeto principal de ellas, esto es, si se impidieron y estirparon las heregías, y entonces vereis que de hecho se consiguió en lo general.

»Por otra parte, si hubo hombres rebeldes á Dios y á su Iglesia, que rechazaron la fuerza con la fuerza y dieron al traste con todas las leyes para sustraerse á las de la Inquisicion, no solamente no se deben imputar tales desórdenes al tribunal, sino que ni aun se puede acusar de ellos á los que lo componian. Por ventura, ¿no hay ejemplos de soldados descontentos y de pueblos furiosos y crueles que han dado muerte á caudillos íntegros y á príncipes justos, y esto solo por odio á su integridad y á su justicia? Si San Pedro de Verona y el beato Pedro de Castelnau perecieron á manos de algunos hereges, su muerte, venerada por la Iglesia, como un dichoso martirio, segun vosotros mismos confesais, ¿no es una prueba clara contra vosotros? Sí; ella prueba en primer lugar, que la institucion del tribunal fué santa é irreprensible, pues no se puede suponer que unos hombres tan santos pudiesen ser ministros tan celosos de un tribunal tiránico é injusto; ella prueba, en segundo lugar, que no siempre se deben imputar á los ministros de ese tribunal los desórdenes que ocurran por ejercer ellos de su ministerio, puesto que vemos que algunos de esos desórdenes acaecieron tambien bajo la direccion de sugetos que por su santidad, unida á la aprobacion de la Iglesia, no pueden ser tachados de reprensibles ni de injustos. Por consiguiente, nuestro desafío subsiste. Mostradnos esos pretendidos desórdenes en el tiempo que los ministros de la Inquisicion usaron prudente y exactamente de sus leyes, sin que semejantes desórdenes se puedan imputar á la malignidad de los hereges y rebeldes, y en ese caso tambien nosotros convendremos en decir que esa institucion no solo fué inútil sino hasta perjudicial.

»Juan Gerson hace una reflexion muy acomodada á nuestro propósito: discurre así: *Facile* (1) *potest esse fallax argumentum: Provenerunt ex istius operatione scandala malaque sine numero; egit ergo talis culpabiliter. Nihil enim tam bonum, quo nequitia perversorum nequeat abuti: exemplum in protestatione fidei per martyres claret... Castigat pater filium, medicus aegrotum, ipsi se perimunt; numquid aget pater super filio, medicus super aegroto poenitentiam, quia mortis occasionem dedisse visi sunt?* En tiempo del emperador Constancio, Marcos de Aretusa destruyó un templo de los ídolos, lo cual fué causa de que en el reinado de Juliano los idólatras le persiguiesen con toda crueldad. ¿Direis por eso que Marcos de Aretusa fué un fanático, cuando San Gregorio Nacianceno (2) le llama anciano enérgico y atleta generoso?

Por manera, que tambien podremos concluir como vosotros y deciros: Exagerais el mal causado por este tribunal, y no nos hablais del bien, mucho mayor, que por sus sentencias se ha conseguido. ¿No son muchas veces los remedios mal aplicados ó mal tomados los que causan las enfermedades? ¿No hay tambien ocasiones en que su virtud es inútil, porque el mal es demasiado inveterado en quien los recibe? Pero ¿se debe despreciar la medicina, dice San Agustin (3), porque la enfermedad de algunos sea incurable? Este mismo Santo, al hablar de los donatistas, os dice: «Vosotros no considerais sino los que son tan obstinados que no se curan con este remedio; pero debeis reparar tambien en los que se regocijan y nos dan gracias por su curacion.»

«¿Y qué? replican los adversarios, ¿se podrá llamar pequeño desórden el querer obligar por medio de la fuerza á que unos hombres libres conserven la fé en que han nacido? La fé exige una obediencia voluntaria, y los que obedecen por fuerza al símbolo de la Inquisicion, no son ni reformados, ni buenos católicos. Nuestro Señor

(1) De Consolat. Theolog. l. 4, prosc. 5.
(2) In Julian. Orat. 1.
(3) Ep. 92.

Jesucristo dejó dicho en su santo Evangelio que nadie va á él si no es atraido por su Padre. ¿Por qué, pues, no permitís que siga cada cual su libre albedrío, ese albedrío dado al hombre por el mismo Dios, que al mismo tiempo le ha señalado el camino de la justicia, á fin de que nadie perezca por ignorancia?»

«Vosotros confundís los términos, les responden los defensores del Santo Oficio: y por consiguiente, argüis como ciegos contra nosotros. Confundís la fé interna con la profesion esterna de la fé. La fé interna es un asentimiento de la inteligencia á las cosas reveladas por Dios, inspirado por una voluntad libre, la cual se determina al asentimiento por medio de la gracia divina que la escita y sostiene. Si la voluntad hiciera eso forzadamente, no habria mérito alguno, y entonces un verdadero creyente no seria de mejor condicion que el mas ciego incrédulo. Mas vosotros os engañais al creer que la Iglesia y la Inquisicion violentan la voluntad á este acto interior amenazando con la severidad de las penas corporales. Ni la Iglesia ni la Inquisicion tienen derecho de quitar al hombre su libre albedrío; y aun cuando quisieran hacerlo no lo conseguirian, porque los actos internos de nuestra voluntad solamente son conocidos de Dios: ni las espadas ni los tormentos pueden quitar al hombre su libre albedrío.

La profesion esterior de la fé es lo único á que la Iglesia y la Inquisicion obligan y pueden obligar á sus hijos y súbditos: esta profesion se manifiesta en las palabras, en el culto, en las ceremonias y en todos los actos esteriores. Impropiamente le dais el nombre de fé; pues no es mas, segun acabamos de decir, que una profesion, un testimonio esterior de nuestra fé, que la Iglesia ordena y exige hasta por medio de la fuerza, y esto por buenas razones y por la utilidad de sus hijos. Porque desde que un párvulo ó un adulto pide por su propia boca, ó por la de otro, las aguas del bautismo á la Iglesia, y esta le recibe en su seno entre sus demas hijos, ¿no queda ya desde entonces sometido al imperio de la Iglesia, á sus leyes y á sus penas? ¿No será, pues, justo, que si despues, arrepintiéndose inconsideradamente de haber sido afiliado en la milicia sagrada, intenta desertar de la Iglesia y arrastrar en pos de sí cómplices de su crímen, la Iglesia ejerza sobre él los derechos de su autoridad y le obligue á profesar esteriormente la fé que anteriormente prometió conservar? Concedamos que haya hipócritas que, espantados por las amenazas, manifiesten con los labios una fé que su corazon está muy distante de abrigar. La violencia que la Iglesia use contra estos rebeldes, no les será útil, por el obstáculo que opondrá su perfidia; pero será provechosa para otros muchos que hubieran sido seducidos por estos corruptores, si se hubiera permitido que hubiesen impunemente derramado entre sus hermanos la hiel de sus perversas doctrinas. ¿Qué hace una madre al ver á alguno de sus hijos atacado de una enfermedad contagiosa, contra la que no le es dado aplicar ningun remedio eficaz? ¿No lo aisla de los otros, al menos para preservar á estos del contagio? Y si esto consigue ¿no sacaria gran fruto de todas sus penalidades?

El emperador Honorio, despues de haber condenado á destierro á los pelagianos, añade en su decreto, referido por Baronio (1): *Decet enim originem vitii a conventu publico sequestrari, nec in communi eos celebritate consistere, qui non solum facto nefario detestandi, verum etiam exemplo venenati spiritus sunt cavendi.* Por el mismo motivo suplicaba San Bonifacio al Papa Zacarías mandase poner en prision á los dos herejes Clemente y Adalberto (2). *Obsecro auctoritatem vestram... ut per verbum vestrum isti duo haeretici mittantur in carcerem, nullusque cum eis communionem habeat ne forte fermento doctrinae illorum fermentatus aliquis pereat, sed segregate vivant, et juxta dictum Apostoli, traditi satanae in interitum carnis, ut spiritus salvus sit in die Domini.*

Por lo demás, el gran doctor San Agustin responde al argumento sacado del Evangelio, retorciéndolo victoriosamente. La objecion que vosotros haceis, es la misma que hacia Petiliano, el cual no podia soportar

(1) Ad an. 418, n. 19.
(2) Vit. S. Bonif. l. 2, c. 4.

sa leyes imperiales espedidas contra los hereges donatistas. No os debeis, pues, admirar que os contestemos con las mismas palabras de un antiguo y un célebre doctor de la Iglesia. «Como puede suceder, decia San »Agustin (1), que los que el Padre ha de»jado dueños de sí mismos, sean atraidos »por él á su Hijo, tambien puede suceder »que las cosas ordenadas por las leyes no »quiten el libre albedrío; pues un hombre »que sufre una adversidad dura y penosa, »tiene libertad para examinar por qué la »sufre, y si reconoce la sufre por la justi»cia, mira su misma pena como un bien. »Si despues advierte que algunas cosas iní»cuas é injustas son la causa de su castigo, »considera que se fatiga y atormenta sin »ningun provecho, cambia en buena la ma»la voluntad que antes tenia, y se des»embaraza, á la vez, tanto de sus estériles »sufrimientos, como de su misma ini»quidad, que es mucho mas peligrosa »y nociva para él.» El mismo San Agustin habia dado á la misma objecion otra respuesta poco diferente. «Es cosa »cierta, dice (2), que no debe atraerse »violentamente á nadie á la fé; pero Dios »acostumbra castigar severamente, ó por »mejor decir, misericordiosamente, la perfi»dia por medio del azote de las tribulacio»nes. ¿Se sigue de aquí acaso que porque »las buenas obras exigen un libre consenti»miento de la voluntad, no se deban casti»gar las malas con todo el rigor de las le»yes? Si se han establecido leyes contra »vosotros, no es para obligaros á practicar »el bien, sino para impediros que practi»queis el mal. Nadie puede obrar el bien, »si no lo quiere y lo ama, lo cual es atribu»cion del libre albedrío; pero aunque el te»mor de los castigos no es el indicio seguro »de una buena conciencia, refrena por lo »menos las pasiones viciosas encerrán»dolas en el interior del alma.»

»Leemos en la vida de San Porfirio, escrita por el diácono Marcos, que este Santo recibia voluntariamente á la fé aun á aquellos que venian á ella impelidos por el temor; y la razon que de esto daba es muy de notar: *Si non conspecti fuerint fide digni, ut qui jam fuerit in malo habitu, qui ex eis nascuntur possunt esse salvi, ut qui cum bono conversantur* (1). Childeberto, rey de Francia, en el edicto en que prohibe en sus Estados la idolatría y el sacrilegio, despues de condenar á los infractores de humilde condicion á cien azotes, y á las personas de categoría á pena de carcel, añade: *Sunt autem hi in poenitentiam redigendi, ut qui salubria et a mortis periculo revocantia audire verba contemnunt, cruciatus saltem corporis eos ad desiderandam mentis valeat reducere sanitatem* (2).

»¿Quereis aún autoridades mas claras y plausibles que esta para destruir vuestros capciosos sofismas?

«Si, sí, dicen de nuevo los adversarios con una osadía que jamás se desmiente; porque no se puede negar la estrema ignorancia que reina en los paises tiranizados por la Inquisicion. El temor de ser denunciado (3), preso y castigado por una simple sospecha, sin mas fundamento que una palabra inconsiderada, impide hablar de lo que atañe á la Religion, proponer las dudas que ocurran, hacer preguntas y procurar instruirse. El camino mas corto y seguro es callar, ó hablar y obrar como los demas, ya se piense ó no como ellos. Un pecador por costumbre que no quiere abandonar su concubina, no por eso deja de ir á cumplir con la Iglesia en la Pascua por temor de ser denunciado á fin de año á la Inquisicion, como sospechoso de heregía. Los paises donde reina la Inquisicion son los mas abundantes en casuistas relajados.»

«Este breve razonamiento, responden los defensores, está lleno de aserciones gratuitas y de proposiciones equívocas. Es verdad que la Inquisicion impide disputar acerca de la Religion; pero ¿dónde y con quién? En público y con personas ignorantes ó viciosas, de quienes no se puede esperar ninguna luz para aclarar vuestras dudas é instruiros, y con quienes debeis mas

(1) Contra litteras Petil. l. 2, n. 193.
(2) Ib. n. 183, 184.

(1) Vit. S. Porphyr. c. 9, n. 73.
(2) Labbe, Concil. t. 6, col. 488.
(3) Fleury, Disc. 7 sobre la Hist. eccl., n. 13.

bien temer que, siendo ciegos y dejándoos conducir por otros ciegos, os precipiteis todos juntos en el abismo. Además de esto, en semejantes lugares y con tales personas os esponeis, sin haber sacado nada provechoso para vosotros mismos, á dejar en las mismas dudas á los sencillos é ignorantes que os escuchan. ¿Quereis disipar vuestras dudas, ilustraros é instruiros? Pues consultad á los teólogos, á quienes el Espíritu Santo ha colocado para dirigir la Iglesia de Dios, y que están siempre prontos á daros razon de nuestra creencia. A ellos debeis recurrir, si habeis concebido un santo deseo de la verdad, y en investigaciones tan justas como prudentes no hallareis obstáculo alguno por parte de la Inquisicion. Si no quereis obrar así, será seguramente mejor que calleis y obreis como los demas, puesto que si quereis permanecer siempre incrédulos, á lo menos no arrastrareis con vuestras palabras y ejemplos á la misma herejía á vuestros hermanos que no están precavidos contra vosotros. Un pecador, decís, no quiere abandonar su concubina, y teme á la Inquisicion si omite el cumplimiento pascual. ¿Qué hace pues? Cumple con la Iglesia y retiene sin embargo su concubina. De este modo comete dos crímenes, y entrambos por su culpa. Si no tuviese el temor de la Inquisicion, prosiguiria en compañía de su concubina y no comulgaria, lo que seria cometer otros dos crímenes, y ambos tambien efecto de su malicia. Pero si este hombre está determinado á obrar mal con la ley ó sin ella, ¿quereis que por culpa de este impio se suprima un precepto tan útil á los buenos, á quienes recuerda su deber, y tan útil tambien á los pecadores no endurecidos, que por este medio entran con bastante frecuencia dentro de sí mismos, y haciendo una sincera confesion, abandonan al menos por algun tiempo y con cierta disminucion de escándalo las pecaminosas costumbres en que habian envejecido? Jesucristo hizo mucho mas que lo que practica la Inquisicion respecto de la Pascua; pues al que no coma su carne le amenazó con la muerte eterna; es decir, con el infierno, lo que en verdad es mucho peor que ser denunciado al Santo Oficio, puesto que se trata de ser declarado anatema, no por algun tiempo, sino irrevocablemente y para siempre. Veamos, pues, si direis que Jesucristo fué peor que el inquisidor mas rígido, y que con sus terribles amenazas solo consigue hacer hipócritas y multiplicar el número de los pecadores. Mas si no os atreveis á decirlo, nosotros no dudamos en deciros que, discurriendo siempre sin lójica, os precipitais inconsideradamente en tales consecuencias que toda vuestra dialéctica no os permite preveer.

»Finalmente, sosteneis que los paises donde reina la Inquisicion son los que mas abundan en casuistas relajados, y nosotros os respondemos terminantemente que eso es falso. ¿Nos pedís que lo probemos? Pues nosotros os respondemos: Probad primero vuestro aserto, porque tan fácil es decir que es verdad, como responder que es falso. Demostradnos primero la verdad de vuestro aserto, y á pruebas responderemos con pruebas.»

Despues de haber oido las acusaciones y defensas de uno y otro partido, me recojo dentro de mí mismo, y distinguiendo las ideas, raciocino asi: Los defensores del tribunal de la Inquisicion estienden la utilidad de esta institucion á una generalidad demasiado ilimitada. Los hechos y los argumentos que presentan, prueban bien su utilidad en ciertos tiempos y circunstancias en que sus felices resultados asi como la autoridad de la Iglesia y de sus doctores se reunen en su favor. Pero es cierto que en los tres primeros siglos la Iglesia no usó de rigor temporal contra los herejes, y que despues de haber empezado á poner en práctica la severidad, no siempre empleó para esta las formas, leyes y rigor que se observa en el tribunal de la Inquisicion. Luego esta no siempre fué considerada como igualmente útil á la Iglesia.

Los adversarios caen luego en otro estremo. Puede ser que en la actualidad la Inquisicion en ciertos paises ó no sea ó no haya sido ventajosa en determinadas épocas, naciones y circunstancias; pero tambien es cierto que en ciertos tiempos, paises y circunstancias, la Inquisicion ha sido muy útil, como lo prueban hasta la evidencia los hechos y las autoridades. Luego, jamás podrá decirse que la Inquisicion, tomada in-

trínsecamente en sí misma, sea perniciosa, ni absoluta y universalmente inútil.

Hallándome colocado entre estos dos estremos, adopto un término medio y decido así: La utilidad de la Inquisicion es relativa á los tiempos, á los pueblos y á las circunstancias. Es un esceso decir que siempre es útil, y seria otro error decir que siempre es perjudicial. Por último, no toca á todos fallar sobre cuando es útil ó no. ¿A quién incumbe esto? Al que está en estado de juzgar con mas exactitud y acierto de los tiempos, pueblos y circunstancias, con relacion al sostenimiento y progresos de la fé y de las buenas costumbres. La autoridad eclesiástica por su instituto y vocacion está destinada á conocer las verdaderas ventajas de la fé y de las buenas costumbres; luego á esta autoridad compete juzgar de la utilidad ó de los inconvenientes de la Inquisicion con referencia á los tiempos, pueblos y circunstancias. El que no apruebe mi decision, muéstreme, ó que la Inquisicion ha sido mirada siempre por la Iglesia como igualmente útil ó que jamás ha producido en la Iglesia los efectos apetecidos; ó finalmente, que hay fuera de la Iglesia una autoridad que está mas al alcance de juzgar lo que concierne á las ventajas de la moral y de la Religion.

§ III.— *El tribunal de la Inquisicion ¿está ó puede estar sujeto á muchos abusos y desórdenes?*

Yo me figuro que existo en el siglo en que fué instituido el tribunal del Santo Oficio, examino sus leyes y ministros, y digo: Este tribunal no es ciertamente contrario al espíritu del Evangelio; en varios sitios, y en ciertas épocas puede ser útil; y sin embargo, no es posible que se halle exento, por lo menos no se hallará, andando el tiempo, de los abusos y desórdenes á que están sujetos todos los demas tribunales confiados á la sabiduría humana.

Si consulto los concilios del tiempo de su institucion, veo que las leyes de este tribunal fueron establecidas con una gran prudencia, y no podian hallarse en mayor armonía con las costumbres de aquella época y de aquel pueblo. Mas al fin son leyes humanas y por lo tanto están sujetas á interpretaciones. ¿Y quiénes serán los intérpretes ordinarios de estas leyes? Los mismos que las hacen ejecutar. Pero entre estos habrá unos que sean instruidos, celosos, prudentes é irreprensibles; pero otros habrá, que con arreglo á la triste condicion humana, serán ó ignorantes ó imprudentes, ó propensos á ilusiones y á vicios. Verdad es que estos ministros serán elegidos de entre el cuerpo de los eclesiásticos; pero esto ¿qué prueba? no prueba mas sino que por su profesion no estarán tan sujetos á los defectos de los seglares; pero no prueba que estarán enteramente exentos de los defectos y escesos de los legos. Por consiguiente, los unos administrarán la justicia con integridad y prudencia y los otros caerán en los defectos siguientes: ó serán ignorantes, y en ese caso, ignorando varias de sus constituciones y no acertando á discernir lo que atañe á la fé de lo que no tiene relacion con ella, quebrantarán muchas de sus leyes y traspasarán los límites de su jurisdiccion. O serán imprudentes, y entonces no sabiendo en la práctica adaptar las leyes á los pueblos, tiempos y circunstancias, convertirán en daño de la paz y de la caridad cristiana un establecimiento tan útil. O estarán sujetos á ilusiones, y en ese caso, impelidos de un falso celo y confiando demasiado en un falso espíritu de Religion, llevarán al esceso el rigor de estas leyes, que debian moderarse por medio de la dulzura y humanidad. O finalmente, serán viciosos, y por lo mismo abusarán de su autoridad sagrada para vengarse, para satisfacer algun compromiso, ó para sostener ventajosamente alguna opinion en que se hayan aferrado. Tales son los desórdenes que por lo regular ocurren en todos los tribunales, pues si se compilara la historia de todos los tribunales civiles y criminales establecidos en los paises mas bien arreglados, no podria menos de verse, al par de la grande integridad de algunos magistrados, el notable desarreglo de otros. No pretendamos que los hombres se esceptúen de la condicion humana: disminuyamos sus defectos en proporcion de sus talentos y de la santidad de su profesion, pero no pensemos poder destruirlos enteramente mientras

subsistan las malas inclinaciones, pena de un antiguo y enorme pecado de rebelion.

Este modo de discurrir, como cualquiera conoce, no admite réplica; porque está entera y radicalmente fundado, como ya lo he dicho y lo vuelvo á repetir, en la incontestable máxima de ser moralmente imposible que una reunion algo considerable de intérpretes, de ministros y ejecutores, no esté sujeta en parte á alguno de los cuatro defectos que acabamos de indicar. La dignidad episcopal ¿no es por ventura respetable por toda clase de motivos, sea por la santidad de su institutor, sea por la escelencia de su ministerio, sea por la piedad y ciencia que se requiere en los que han de ser elevados á ella? Y sin embargo, ¿quién podrá decir, á no negar la luz del sol, que desde el establecimiento del cristianismo hasta nuestros dias no haya habido obispos poco instruidos, otros que hayan prevaricado, y algunos que hayan incurrido á un tiempo en ambas cosas? *Non omnes episcopi sunt*, decia San Gerónimo (1). *Attendis Petrum, sed et Judam considera: Stephanum suspicis, sed et Nicolaum respice, quem Dominus in Apocalypsi sua damnat sententia.* Y siendo así que á proporcion que el cristianismo se ha ido estendiendo, se ha tenido tambien que multiplicar necesariamente el número de pastores, ¿no será asimismo evidente que á proporcion que estos se han multiplicado, habrá crecido tambien el número de los que eran mas ó menos aptos para un empleo tan sublime? Pues esto mismo puede decirse de la Inquisicion. Cuanta mas facilidad halló este tribunal para irse estendiendo por los paises católicos, tanto mayor número debió necesariamente contar de ministros irreprochables y de otros que fuesen reprensibles.

Pero aun diré mas: Si es cierto que en la Inquisicion habrá abusos y desórdenes, no lo será menos que los enemigos de la Inquisicion los exagerarán cuanto les fuere posible. Para probarlo, pregunto quiénes serán los enemigos de la Inquisicion. Para mayor claridad yo los divido en dos clases. Unos serán hombres de conciencia recta; pero que á falta de un buen criterio, se escandalizarán de algunos defectos observados en aquel tribunal, y con una palabra fulminarán tácitamente la sentencia de su supresion. Los otros serán hombres que sufrirán ó temerán sufrir el rigor de las leyes; serán los hereges, que en ese tribunal encontrarán un dique invencible que impedirá la propagacion de sus errores; y finalmente, lo serán los incrédulos, que verán retenidas en las tinieblas del Santo Oficio, quemadas y anatematizadas las obras de la supuesta luz, en las que tanto se enaltecian á sí mismos y ensalzaban su propia libertad y talento.

Ahora bien: los de la primera clase encerrarán por lo regular en el fondo de su corazon el ignorante celo que les anima, advertidos por su propia conciencia del escándalo, de la division y del desprecio que producirian infaliblemente las obras que publicaran contra la Inquisicion, sin que por eso consiguieran la deseada destruccion del tribunal. Si alguno de ellos entra, sin embargo, en el terreno de la polémica, será muy rara vez, como de paso y por ilusion mas bien que por sistema, y aun entonces su conciencia le advertirá que no haga caso sino de hechos ciertos é incontestables; pues no hay cosa que esté mas de acuerdo con la moral cristiana, que preferir esponerse al peligro de callar una verdad que al de afirmar una calumnia.

Así pues, los que ordinariamente y mas de cerca combatirán al tribunal quedan reducidos á sugetos sospechosos en lo concerniente á la fé y costumbres; serán los herejes, ó en fin, los incrédulos. Mas de esta raza de seres tan amigos de la mentira ¿cómo se podrá esperar la verdad desnuda é imparcial? Unos hombres que temerán caer en las manos de sus enemigos, ¿no buscarán cuantos medios puedan de garantizar su reputacion, desacreditando la de sus contrarios? Hombres que se ven contrariados en sus empresas sacrílegas, ¿no han de morder con furor la cadena que detiene el curso de sus errores? Hombres que ven echados por tierra los proyectos de su ambiciosa incredulidad, abrasándose todo el dia con la bilis filosófica, ¿no han de soñar por la noche algunas fábulas, para poner

(1) L. 2, ep 6.

en ridículo á sus enemigos? Preciso seria desconocer enteramente los abismos de un corazon impío y desmoralizado para persuadirse de que se pueda hallar en las obras de tales escritores esa integridad que prometen al género humano. Mientras que el impío sea impío, será siempre demasiado indulgente con sus pasiones, para poder tener el valor de dar alguna señal de amistad á los que se oponen á ellas y contrarían sus designios.

¿Cuál es, pues, la consecuencia que de todo lo dicho debemos inferir? Héla aquí: En el tribunal de la Inquisicion habrá habido probablemente desórdenes y abusos; pero es difícil saber verdadera y exactamente su número y especie, por la oscuridad que sobre esta parte de su historia han debido derramar los enemigos de este tribunal.

Vosotros me direis: «vuestra decision no satisface nuestra esperanza. Nosotros deseábamos saber la historia de este tribunal, y vos, sin referirnos ningun suceso, nos dejais en mayor oscuridad que la que antes teníamos.» Pero ¿es poco acaso el haberos hecho conocer que esta oscuridad es insuperable, el haberos quitado una curiosidad que debia estraviaros inútilmente en mil indagaciones, y el haberos asegurado que ha debido haber abusos en ese tribunal, aunque no tan numerosos como lo refieren algunos libros? Si yo hubiese querido obrar de otro modo, hubiera tenido que compilar una enojosa historia del Santo Oficio. En seguida uno ú otro de los dos partidos, y acaso los dos á un mismo tiempo, aunque por motivos diferentes, hubieran tomado la pluma contra mi historia, y combatiendo hechos con hechos, autoridades con autoridades, y testigos con testigos, habrian acabado de envolveros mas y mas en esa oscuridad que os mueve á desear saber lo cierto. El verdadero filósofo no trata de engañar á nadie; antes bien contentándose con haber hallado una verdad clara, aunque pequeña, abandona á las disputas de escuela las cuestiones indecisas y las dificultades insolubles. Si este método no os agrada, indicad otro que pueda ser mas corto, mas útil y mas luminoso.

§ IV. — *¿Se debe suprimir el tribunal de la Inquisicion por los abusos y desórdenes que en él haya habido?*

Apenas se suscita esta cuestion, cuando los enemigos del Santo Oficio se presentan armados de los libros de Historia compilada por ellos, y señalando con el dedo todas las trágicas ocurrencias que en ellos se describen, gritan á una voz: *¡Fuera la Inquisicion! ¡fuera!* Mas ¿qué se puede decidir en vista de hechos oscuros, y de los que se sospecha, con razon, que son exagerados? Y luego, aun cuando semejantes hechos fuesen verdaderos, y tales desórdenes positivos, no dejarán por eso de ser antiguos unos y otros. O este tribunal se ha corregido de esos abusos, ó no. En el primer caso, ya ha dado una prueba clara de que no es incorregible; y como por otra parte ya se sabe que puede ser útil en muchas circunstancias, resulta que solo con mucha circunspeccion se puede pronunciar una sentencia decisiva contra él. ¡Buena lógica seria por cierto el que no habiéndose suprimido ese tribunal cuando en él reinaba ese gran número de abusos que sus enemigos exageran con tanto furor, se hubiera de suprimir ahora que semejantes abusos han sido del todo, ó por lo menos en gran parte desarraigados. No os queda mas recurso que sostener que aquellos enormes abusos dominan aun en el Santo Oficio. Este es el partido que tomaron los gobiernos revolucionarios de España y Portugal, cuando sin el concurso de la Iglesia han suprimido de hecho la inquisicion. Está bien. Ya hemos llegado al punto que nos manifestará la verdad ó la mentira de vuestros asertos.

El exámen será corto y decisivo; solo dos cosas debemos indagar: 1.° Cuáles son los abusos y desórdenes por los que se puede pedir la destruccion de este tribunal; 2.° Si semejantes abusos y desórdenes reinaban hoy en dia en él. La primera de estas dos cuestiones no exige mas que un breve razonamiento: la segunda, solo una mirada imparcial. Examinemos, pues, atentamente estos dos puntos. El tribunal de la Inquisi-

cion no puede en este exámen diferenciarse de la naturaleza de todos los demas tribunales é instituciones humanas. Para abolir el Santo Oficio, es menester que existan en él los mismos desórdenes que podrian causar la disolucion de otro tribunal si en él existieran.

Pues bien: yo digo que con arreglo al criterio de un filósofo, los desórdenes que pueden exigir la destruccion de una institucion cualquiera, deben ser esenciales, enormes, frecuentes é incorregibles.

Deben primeramente ser esenciales, es decir, de tal naturaleza que corrompan la esencia y objeto de la institucion. Por ejemplo: la esencia y el fin del Santo Oficio son el sostener la fé é impedir la propagacion de las herejías: si pues los desórdenes de este tribunal fuesen tales que en vez de oponerse á la herejía la fomentasen, y que en lugar de sostener la fé la hiciesen odiosa y la imputasen máximas contrarias al espíritu del Evangelio y que tendiesen directa ó indirectamente á desacreditarle y detener sus progresos, ¿quién puede dudar que en tal caso los enemigos del Santo Oficio tendrian razon en pedir su destruccion?

En segundo lugar, esos desórdenes deben ser enormes, es decir, que no basta que se opongan al fin de la institucion, sino que además es preciso que sea de un modo grave y capaz de contrabalancear el bien que produzca por otra parte. Así, por ejemplo, si se obrase alguna vez en el tribunal de la Inquisicion, con parcialidad ó favoreciendo intereses particulares, ¿se deberia destruir por eso esta Institucion que por otra parte era no solo útil sino acaso necesaria? ¿No se ven semejantes desórdenes en todos los demas tribunales civiles, sin que nadie piense por eso en humillarlos y destruirlos?

En tercer lugar, deben ser ordinarios; esto es, que esos desórdenes esenciales y enormes ocurran en todos ó en casi todos los lugares donde este tribunal ejerce su jurisdiccion. Nosotros deploramos la injusticia y barbarie de los turcos que mandan empalar con tanta facilidad por las faltas mas leves. Pero ¿tendremos razon para censurar por esto los tribunales de las demás naciones que no practican las mismas crueldades? Si la Inquisicion de Génova, por ejemplo, se ha dejado llevar á algun esceso de severidad, supongamos que la Inquisicion de Génova deba ser abolida por esto; ¿mas por qué se ha de envolver en esta destruccion á los demas tribunales del Santo Oficio establecidos en otros paises y que no incurren en semejantes escesos?

Finalmente, esos desórdenes deben ser incorregibles, es decir, de tal naturaleza que no se pueda esperar hallar un medio que ataje ó repare probablemente esos abusos esenciales, enormes y frecuentes que se han introducido y son ya inveterados. ¿No será política de un buen gobierno ensayar todas las vías de correccion, de modificacion y prudencia, antes de suprimir una institucion reconocida como útil á la república y á la religion? Si se puede reformar un tribunal sin destruirlo, y si su reforma puede ser ventajosa á la sociedad, ¿será por ventura mejor destruirle que reformarle? ¿Qué político prudente se atreverá á sostener una proposicion semejante?

Lo que he dicho acerca de los abusos y desórdenes del Santo Oficio, ó por mejor decir, de sus ministros, es igualmente aplicable á los desórdenes y abusos á que solamente haya dado ocasion, esto es, que hayan acaecido no por culpa de sus ministros, sino por la naturaleza de los tiempos, de los pueblos, de los lugares y de las circunstancias. El Santo Oficio acaso no hubiera sido provechoso en los primeros siglos de la Iglesia; pero en los siglos siguientes no puede negarse que ha proporcionado grandes ventajas, y así solo la prudencia de la Iglesia es la que ha debido aplicar esta institucion á las diversas circunstancias. Puede, pues, suceder que en algunos paises, donde el Santo Oficio fué útil cuando se instituyó, no sea ya útil su conservacion atendido al cambio ocurrido en los tiempos, en las circunstancias y en los pueblos. Mas ante todo, es preciso indagar si esta inutilidad, ó por mejor decir, ese perjuicio, es real y verdadero, ó si solo es imaginario; si el desórden que se ha introducido en la institucion es mayor que los beneficios que aun puede hacer; y por último, si hay algun medio de poder conservar la parte útil destruyendo lo que sea perjudicial. Todo esto

necesita un exámen profundo, lleno de buena fé y de mucha imparcialidad. Así pues, para decidir la cuestion solo falta aplicar estas reglas á la práctica.

Y esta aplicacion es sumamente fácil. Fijad la atencion sobre los paises en que la Inquisicion se halla mejor establecida y es mas severa. ¿Observais desórdenes esenciales, errores ó malas costumbres en estos tribunales? ¿Veis en ellos la virtud oprimida y favorecido el vicio? ¿Temeis que un esceso de rigor dé al traste con la Religion y la humanidad á un mismo tiempo? Examinad los procesos y ved cuántos inocentes han sido condenados injustamente, notad de qué máximas eran acusados y qué profesion se les exije. Bajad á las prisiones, enumerad los tormentos y leed la lista de los desgraciados que perecieron violentamente. Y luego, tambien es necesario que conteis el número de vuestros conciudadanos que entraron en aquellas cárceles y no volvieron á salir; basta que pregunteis á algunos de los que salieron de ellas. Os lo repito: el exámen es muy fácil, porque se trata de hechos acaecidos á vuestra vista y en vuestro tiempo, de los que todo el mundo habla, y de que casi todos pueden ser testigos.

Si despues de este exámen notais que verdaderamente se han cometido abusos esenciales, os preguntaré si estos han acaecido generalmente en todas partes. ¿Me decis que no? Pues bien, entendámonos: separad lo bueno de lo malo. Y si el mal puede corregirse, si en su lugar puede establecerse el órden y la moderacion, ¿por qué no hacerlo antes de llegar al estremo de una destruccion ciega y precipitada?

Pero como quiera que sea, ¿me preguntareis cuál es mi opinion? ¿Debe suprimirse el tribunal de la Inquisicion, sí ó no? Esta es la decision que hace tiempo esperais con ardor é impaciencia. ¿Y me creeis capaz de decidir esta cuestion? Lo que yo podia hacer era enseñaros el camino que debiais seguir en este exámen; pero la decision solo es propia de un tribunal que me es infinitamente superior en luces y autoridad. No incumbe á un particular conocer la conducta íntima del Santo Oficio, juzgar acerca de la utilidad ó perjuicio que de él puede resultar á la Religion, ni tantear los medios para corregir sus desórdenes. Para todo eso es menester una autoridad que pueda penetrar en lo interior de aquel tribunal, y una luz sobrenatural para apreciar lo que pueda ser ventajoso á la Religion. Un hombre desprovisto de esta autoridad y que no es llamado á ese empleo, está demasiado sujeto al error y al engaño. Es preciso someterse á los que Dios ha colocado para gobernar su Iglesia, y á quienes ha prometido su indefectible asistencia hasta la consumacion de los siglos. Es verdad que vosotros y yo podemos acercarnos á una decision exacta; pero si presumimos que nuestra decision es segura é inapelable, ¡ay! aun no hemos llegado á ser verdaderos filósofos, pues el primer paso en la carrera de la filosofía es el conocimiento de sí mismo y de sus propias fuerzas. El que no tiene este conocimiento primordial y necesario, está lleno de orgullo, de error y de ignorancia, y siendo ciego y convertido en guia de otros ciegos, arrastra temerariamente á sus semejantes al abismo de la presuncion y del error.

ADICIONES

AL LIBRO XXII DE ESTA HISTORIA.

acerca de la entrada y dominacion de los árabes en España (1).

Al narrar nuestro historiador la irrupcion de los árabes en España ofrecimos dar algunos mas pormenores que los que allí referian Berault y Henrion. Bien quisiéramos poder formar una estensa disertacion acerca de este acontecimiento funesto; pero de una parte habriamos de estendernos mucho si hubiéramos de dar cuenta de lo que sobre el particular dicen los historiadores de nuestras cosas, y de otra aparecerian narraciones tan encontradas, opiniones tan diversas que nuestros lectores se quedarian tal vez al concluir la lectura mas confusos que al comenzarla. Parece desgracia que cuanto mas importante es un periodo histórico mas suelen escasear los documentos y datos para formar acerca de él un juicio exacto. Hablando del que ahora nos ocupa dice un escritor de nuestro siglo, que en la turbacion de aquella crisis fatal parece no habia quien tuviese tiempo para anotar y trascribir los pormenores de acaecimientos tan interesantes, y en verdad que nada estraño es que asi sucediese; no estaban los ánimos para ocuparse en escribir. Nos ha parecido pues mas oportuno limitarnos á estractar lo mas notable que acerca de esta terrible catástrofe, una de las mas espantosas revoluciones que ha sufrido España, encontramos en nuestros historiadores; procuraremos evitar la difusion, si bien habremos de estendernos algo mas que lo que hubieran permitido en su lugar oportuno los límites de una nota despues de las que ya llevábamos puestas.

En una de ellas y con referencia al P. Mariana hablamos de los escesos y abusos de que se acusaba á Witiza, del castigo que se dice haber impuesto este á Teodofredo, padre de Rodrigo, y á Favila, padre de Pelayo, y por último de la conjuracion formada contra Witiza que produjo su destronamiento y la elevacion de Rodrigo al trono. No todos los historiadores convienen en acriminar asi á Witiza, y aun el sábio D. Gregorio de Mayans y Ciscar no contento con vindicar su memoria le representa como un monarca justo y benéfico. Oigamos cómo sobre el particular se espresa Masdeu en el tomo primero de su España árabe:

»Proporcion hubieron de tener sin duda los moros y muy favorables circunstancias para emprender la conquista de un reino tan floreciente como era el de los godos. Pero ¿quién podrá decir cuanto se ha mentido en esto, para dar alguna verosimilitud á una empresa que, siendo dificilísima y del mayor empeño, se ejecutó sin embargo con prontitud maravillosa y facilidad increible? Hacen algunos un retrato tan lastimoso de nuestra nacion y de su rey Witiza, que en lugar de causar espanto su ruina, debiera mirarse como una obra de la justicia de Dios, que se valió como otras veces de las manos de sus mayores enemigos para castigar los delitos de su pueblo. No habia, dicen, en España, quien hiciese obra buena; no habia religion ni caridad; no se conocia honestidad ni decencia; el rey entregado á todo des-

(1) Tom. II, pag. 384.

órden; la injusticia sentada en los tribunales; las tropas enflaquecidas en el vicio; los obispos engolfados en la lujuria; los sacerdotes casados con escándalo; las puertas de los templos cerradas; los Sacramentos olvidados; los concilios prohibidos; los sagrados cánones en desuso; la honestidad objeto de irrision; las virtudes tenidas en desprecio; los buenos atropellados; la fé calificada de hipocresía. Aún mas se ensangrientan algunos contra la memoria de Witiza. Cuentan que hizo confirmar en un concilio nacional sus leyes escandalosas acerca de la poligamia y concubinato, y que habiéndole corregido el Papa Constantino, y aun amenazado que le privaria del reino, no solo le negó la obediencia, sino que mandó á todos sus súbditos con pena de muerte que se la negasen y estuviesen dispuestos á tomar las armas, si fuese menester, contra la Cabeza de la Iglesia. Añaden todavía, que para poder gobernar tiránicamente sin peligro de que los pueblos se levantasen, hizo derretir ó quemar todas las armas, derribar todas las fortalezas y castillos, y echar por tierra las murallas de casi todas las ciudades, aunque otros hay que atribuyen este último cargo, no á Witiza, sino á don Rodrigo. Pero es preciso tener en cuenta quiénes son los que pintan con tan negros colores el reinado de Witiza y en qué tiempo escribieron. Los autores mas antiguos que han insinuado algo son dos estranjeros, San Bonifacio, obispo de Maguncia, que escribia á mitad del siglo VIII, y el monge que compuso la Crónica Moissiacense, escritor, segun parece, del siglo IX. El primero, escribiendo al rey de Inglaterra y reprendiéndole por su vida lujuriosa, le hace cargo que los pueblos seguirian fácilmente su mal ejemplo y podrian merecerse el castigo de Dios, como habia sucedido en España, Provenza y Borgoña, donde habian entrado los sarracenos: proposicion general que pudo decir el Santo por solo celo y por la piadosa costumbre que tienen los buenos de atribuir á castigo de Dios todas las desgracias que nos suceden. El monge francés de Moissac estrechó la proposicion general aplicándola á solos los españoles, reduciéndola al reinado de Witiza, y añadiendo que este rey con su vida escandalosa dió mal ejemplo á los eclesiásticos. De estos pequeños principios nació el ruidoso proceso comenzado por Sebastian de Salamanca á fines del siglo IX, casi doscientos años despues del reinado de dicho príncipe, aumentado por el monge de Silos, que compuso su historia á principios del siglo XII, unos cuatrocientos años despues de los tiempos de que habla, y amplificado con nuevas y estrañas adiciones por innumerables escritores modernos hasta nuestros dias. ¿Es posible que de un hecho tan notable y tan universal en toda España, no haya dicho ningun historiador ni una sola palabra en dos siglos, y en cuatro? ¿Es posible que nuestros escritores antiguos, el continuador del Biclarense, Isidoro de Beja, el monge de Albelda y tantos otros, tratando, quién de paso, y quién de propósito, de la ruina del imperio godo, no culpen á tan malvado autor de tan horrenda tragedia? Pero esto aún seria poco. El continuador del Biclarense, que acabó de escribir solos quince años despues de la muerte de Witiza, é Isidoro de Beja, que vió tambien con sus ojos la série de nuestras desgracias, autores uno y otro que no podian gobernarse por espíritu de adulacion, cuando ya no vivian los reyes de que hablan, hacen tantos elogios de Witiza, que son capaces ellos solos de desmentir las calumnias de los demas escritores menos antiguos. «*Este rey*, dice el primero, *entró á gobernar despues de la muerte de su padre con la mayor tranquilidad, y fué amado de todo el pueblo. Este príncipe*, dice Isidoro, *aunque subió al trono con arrogancia, gobernó con la mayor clemencia en todos los quince años de su reinado; no solo levantó el destierro á los que su padre injustamente habia arrojado y oprimido, sino que los abrazó como hijos, los reintegró en sus antiguos honores, les devolvió los bienes confiscados, é hizo quemar en lugar público los instrumentos que el fisco habia mandado hacer contra ellos con mala fé... Esto hizo viviendo todavía su padre. Despues de su muerte continuó Witiza reinando con la mayor prosperidad y con gozo sobrado grande de toda España, que rebosaba de contento... En su tiempo, el obispo de Toledo llamado Félix, prelado gravísimo*

y prudentísimo, celebró en la corte escelentes concilios...; y despues de Félix floreció por virtud y milagros en la misma Silla de Toledo el santo obispo Gunderico.» ¿Cómo pueden componerse con esta relacion tan antigua y autorizada las cualidades que atribuyen á Witiza los escritores modernos; y los escándalos que cuentan de los obispos, del clero y de toda la nacion?

»Otro rumbo han tomado otros historiadores, atribuyendo la ruina de España á los amores del rey D. Rodrigo con la hija del conde Julian, y á la vana curiosidad que tuvo de abrir cierta arca misteriosa. Habia, dicen, en Toledo un palacio antiguo cerrado despues de muchos años, por tradicion pasada de padres á hijos, de que no convenia abrirlo. D. Rodrigo, pensando hallar allí algun tesoro, hizo romper los cerrojos contra la voluntad de todo el pueblo, y levantando la tapa de una arca que dentro habia, no halló otra cosa sino un lienzo en que estaban pintados unos guerreros con el trage y armadura propia de los árabes, y con un letrero en latin, que amenazaba á los que abriesen el arca, con que en pena de su atrevimiento, vendrian luego á apoderarse de toda España los guerreros que allí estaban pintados. Se apesadumbró vivamente el rey don Rodrigo por tan funesta noticia; pero no por esto, prosiguen, dejó sus diversiones y liviandades, antes bien corriendo desenfrenadamente, y como caballo desbocado de un vicio en otro, forzó una dama de la corte, llamada Caba ó Florinda, hija de un cierto don Illan ó don Julian, que era conde de Algeciras, y velaba desde allí sobre toda el Africa, donde tenia, dicen, el rey de España veinte y dos obispados, y una infinidad de príncipes tributarios, así cristianos como gentiles y moros. El conde, resentido de la afrenta, é instigado por cartas de la misma Caba, trató con Muza, virey de Africa, para abrirle las puertas de España y facilitarle alevosamente su conquista. Todos los historiadores modernos, españoles y estrangeros, el monge de Silos, San Pedro Pascual (1), Rodrigo Gimenez, Lucas de Tuy, el autor de la crónica general, Morales, Blancas, Zurita, Mariana, Ferreras, Orleans, Vayrac, Marca, Daniel, Favine, Scheopflin, Sitailo, y otros infinitos de todas las naciones, convienen sustancialmente en esta narracion, que salvo el respeto debido á tantos sábios, miramos como infundada y hasta como inverosímil.» Para esto se apoya Masdeu en sola la reflexion de que de todos estos escritores, el monge de Silos es el primero y mas antiguo que levantó bandera contra don Rodrigo, despues de haber pasado cuatro siglos enteros, sin que nadie hubiese dicho una palabra de la escandalosa aventura que se atribuye á este príncipe, ni de los demas vicios y desórdenes con que se mancilla su memoria. Y así cree que este largo silencio prueba mucho contra un suceso que no pudo menos de ser ruidoso. Tratando pues de investigar las verdaderas causas de la irrupcion sarracénica, prosigue diciendo: «Sin ir á buscar razones fabulosas y vanas de la pérdida de España, las tenemos verdaderas y muy verosímiles en nuestros historiadores antiguos, únicos fiadores autorizados de los acontecimientos de aquellos tiempos. La ambicion de reinar, enfermedad de todas las naciones y de todos los siglos, se apoderó muy en particular de la gente goda, cuyos príncipes por este motivo estuvieron muchas veces sujetos á muertes muy desgraciadas, como se ve en nuestras historias. Esta pasion, que produce los efectos mas lastimosos, encendió el corazon de don Rodrigo tan vivamente, que á fuerza de intrigas y de amaños logró hacerse un partido de gentes muy numerosas que, en vida del legítimo soberano, le reconocieron por rey. El primer efecto de tan grande novedad debia ser una guerra civil entre las dos facciones, que es la que indicó sin duda Isidoro de Beja, cuando insinuó las *matanzas de los émulos, y los furiosos combates intestinos.* A los árabes, que ya tenian puestas las miras sobre España, y alguna otra vez habian tentado la suerte, no podia presentarse mejor ocasion y mucho mas si los parientes ó partidarios de Witiza los llamaron en su ayuda, convidándolos con ofertas y promesas: aunque esta circunstancia no debe tenerse por cier-

(1) Este Santo, por equivocacion, atribuyó á Witiza los amores con la Caba, que los demas modernos atribuyen á don Rodrigo. (*Nota de Masdeu.*)

ta, porque siendo sobrado notable y muy digna de ser referida, no se halla sin embargo, espresada en nuestras historias hasta la edad de Sebastian de Salamanca, y del monge de Albelda, que llegaron á los últimos años del siglo IX; pues el autor de la cronologia Moissiacense de los reyes godos, que refiere lo mismo, es estranjero y de época incierta. Mucho mas todavia debe dudarse de lo que aseguran nuestros historiadores modernos, que viviendo entonces dos hijos del rey Chindasvinto (otros dicen de Recesvinto), el uno llamado Teodofredo, padre del rey don Rodrigo, el otro Favila, padre del rey don Pelayo, Witiza, para que no le hiciesen mala obra, sacó los ojos al primero y dió la muerte al segundo con un baston, y desterró tambien á Pelayo de la ciudad de Toledo: maldades, añaden, de que luego pagó la pena, pues él por órden de don Rodrigo fué cegado como Theodofredo y sus hijos Sisebuto y Ebas, que otros llaman Expulion y Farmario, desterrados como Pelayo..... Lo cierto es que la España estaba revuelta, y dividida la nacion entre dos reyes, uno contrario al otro, y que los árabes, acostumbrados á conquistas, viendo tan bella oportunidad, quisieron disfrutarla, porque consideraron que una de las dos facciones les seria favorable para poder dar contra la otra, y que vencida esta, mas fácilmente podrian revolverse contra la primera y apoderarse de todo el reino.»

Como quiera que sea «caer derrumbada en un solo dia una monarquía de tres siglos, verse de repente invadido un gran pueblo, vencido, subyugado por estrañas gentes, que hablaban otra lengua, que traian otra religion, que vestian otro traje; venir unos hombres desconocidos, de improviso y sin anunciarse, casi sin preparacion, apoderarse de un antiguo imperio, pelear un dia para dominar ocho siglos, desaparecer como por encanto todo lo que existia y sorprender la muerte á una nacion casi tan de repente como puede sorprender á un individuo, es ciertamente un suceso prodijioso, dice el señor Lafuente (1), de los que rarísima vez acontecen en el trascurso de los siglos.» Si «ardia la nacion en discordias, hervian las ambiciones, y las maquinaciones y conjuras traian revuelto el reino é inquieto y desasosegado al rey;» si «ayudaba al desconcierto del Estado la inmoralidad que en los últimos reinados habia cundido;» si «no era ciertamente el nuevo monarca (Rodrigo) el que la curaba con su prudencia ni la corregia con su ejemplo;» si «se habian depravado y corrompido en los últimos reinados las costumbres del pueblo hispano;» si en fin, «el lujo, la sensualidad y los desarreglos de Witiza, su ejemplo y sus leyes, habian contribuido mucho á que corriera desbocado el pueblo hácia la desmoralizacion, y lejos de detenerle en tan funesta carrera Rodrigo, empujábales mas con sus imprudencias, sus liviandades y sus desórdenes, vicios con que oscureció otras prendas que á la naturaleza debia, tales como su liberalidad, su firmeza, resolucion y osadía de ánimo;» si todo esto pasaba, ni es mucho que los godos fueran enervándose, ni es de estrañar se atribuyera la irrupcion á un gran castigo del cielo por los que creyendo en la Providencia ven la mano de Dios en los sucesos favorables ó adversos que acaecen, ni hay en fin á que sacar á cuento, como hace el ilustrado historiador que acabamos de citar y cuyas palabras hemos trascrito, «el espíritu propio del hábito que vestia» el P. Mariana, jesuita, al censurarle por haber recargado el cuadro de los desórdenes de Witiza. Un pueblo asi viciado, estragado y dividido, se comprende muy bien cuán poco podria resistir al empuje de otro pueblo entonces vigoroso y fuerte, al verse invadidos á su vez los que en otro tiempo habian sido invasores. Los parciales de la familia de Witiza y los descontentos de Rodrigo contaban con el apoyo y proteccion del conde Julian, gobernador de Ceuta, plaza litoral de la Mauritania que desde el reinado de Sisebuto (asi lo creen algunos) pertenecia á España. Mirábase al conde Julian como resentido contra el rey Rodrigo, y es tanto mas de presumir cuanto que los historiadores refieren algunos encuentros que tuvo el conde con los moros en que procuró defender contra ellos los dominios españoles, y no es de creer que sin algun resentimien-

(1) Lafuente, *Hist. de España*, t. 2, p. 1, l, 4.

to fuera luego á secundar y aun escitar la codicia de esos mismos árabes contra quienes con tanta prez habia peleado. Cuál fuese el motivo ó pretesto de ese resentimiento es lo que disputan los autores. Cuentan las crónicas, que entre las damas que en su corte tenia el rey Rodrigo, habia una hija de ese conde Julian, que se señalaba por su singular belleza y se llamaba Florinda, á la que se ha dado el nombre de la *Cava*, palabra árabe que significa muger de mala vida; nombre que por cierto no cuadra bien con la virtud de que se supone dotada á Florinda y que se manifestó en la resistencia que opuso á los lascivos deseos del rey. Habia tenido la desgracia de parecer bien á este, el cual, dicen, en ocasion en que Florinda se bañaba ó salia del baño con varias amigas y compañeras suyas, fijó en ella su vista y se detuvo en dar pábulo á los lúbricos deseos que su pasion le inspiraba. Desde entonces la perseguia sin cesar para que cediese á sus solicitaciones; pero manteniéndose ella firme y viendo Rodrigo que por el camino de la seduccion, de los ruegos y de las persuasiones no le era posible vencer la virtud de Florinda, ejecutó por la fuerza lo que por la voluntad no habia podido recabar. Ofendida la jóven, disimuló su enojo hasta que halló ocasion de informar á su padre de la deshonra que el rey la habia hecho, escribiéndole una carta que al menos en la sustancia trascribe Mariana. Encendido por esto en cólera el conde Julian, juró vengar la afrenta de su hija y lavarla con la sangre del malvado forzador.

Tal es, al decir de nuestros antiguos cronistas é historiadores desde el monge de Silos y el arzobispo don Rodrigo hasta Mariana y Ferreras, el tristemente famoso suceso que dió ocasion al conde Julian y á los parientes de Witiza sus amigos para llamar á los árabes y moros de Africa y traerlos á España. Por el contrario, los críticos modernos deshechan la anécdota por apócrifa y fabulosa, segun ya hemos visto hace Masdeu. «Conocemos, dice acerca de esto el señor Lafuente, los fundamentos y razones en que estos últimos apoyan su juicio y creemos haber visto todo lo que se ha escrito, que es mucho, en pró y en contra de la autenticidad de este acaecimiento ruidoso. Es ciertamente notable que ni Isidoro Pacense, único escritor contemporaneo, y el que mejor informado debió hallarse del suceso que se supone, ni otros posteriores cronistas españoles dijeran una sola palabra de aquellos amores funestos, y que no se hallen mencionados hasta el monge de Silos, que escribió cuatro siglos despues de aquella época, el cual parece lo tomó á su vez del árabe Ben-Aleuthya, autor de escaso crédito entre los suyos, muy posterior tambien á los sucesos, y á quien adicionó su discípulo Abulcacim Tarif Abentarique, conocido por lo fabulista, si es que no inventó su historia el español Miguel de Luna, que nos la dió por traduccion. Los autores árabes de Condé tampoco hablan de los amores de Rodrigo con la Cava, y Al Makari, traducido al inglés por Gayangos bajo el título de *History of the Mohammedan dinastyes*, los niega como fabulosos (lib. 4, c. 1). Graves son en verdad estas razones en contra de una de las mas popularizadas tradiciones españolas. Mas no negarán tampoco los mas duros impugnadores de la tradicion que, si la historia no la ha hecho evidente, la razon por lo menos la hace verosímil, y que lejos de repugnar al buen sentido como muchas que se mezclan en las historias de todos los pueblos, el hecho no habria estado en disonancia con la conducta y costumbres que la generalidad de los historiadores atribuye á Rodrigo.»

Mas sea ó no cierta esta anécdota, conviniéndose generalmente en la traicion del conde Julian (si bien la niega el autor de los *Preliminares cronológicos para ilustrar la Historia de la España árabe*), en los esfuerzos de los deudos y amigos de Witiza para resistir al rey Rodrigo, y la escision, partidos é inmoralidad que por desgracia cundian á la sazon en nuestra España, no es mucho que intentaran aprovecharse de todo esto los peligrosos vecinos que tenia y que entonces estaban pujantes y aquejados de sed de conquista; no es mucho que los sectarios de Mahoma que desde el Africa á donde habian ya llegado en sus conquistas estaban viendo las costas de España, creyeran ser entonces la mejor coyuntura de realizar uno de sus mas dorados proyectos.

«Los sectarios de Mahoma, dice Masdeu (t. 12, lib. 1.°), que tuvieron su principio en la Arabia en el año de *seiscientos veinte y dos*, dilataron en breve tiempo sus errores y dominios por los estados de la Siria, Persia y Egipto, y consecutivamente por toda el Africa, con tanta rapidez que ya en el año de *seiscientos noventa y siete* eran dueños de las costas de Berberia, desde donde volvieron luego los ojos al continente de España. Por el nombre de su primera patria se llaman *Arabes*: por el de su malvado maestro, *Mahometanos*; por los de Ismael y Agar, sus progenitores, *Ismaelitas y Agarenos*; y porque viniendo á nuestra Península, salieron de la Mauritania, los apellidamos *Moros*. Del nombre que tienen de *Sarracenos*, no se sabe con certeza el orígen: pues unos, aunque sin fundamento, lo derivan de *Sara*, esposa del patriarca Abraham; otros de *Sárac*, que significa robar; otros de la voz arábiga *Scharc*, sinónima de Oriente; quién del verbo *Scharac*, que es mezclar; quién de *Saraini*, lo mismo que campesinos; quién de *Sahara*, que dicen significa desierto; y quién de *Saraca*, nombre propio de un pequeño lugar de Arabia. A sus soberanos en diferentes tiempos y lugares, han dado varios títulos: el de *Sultan*, el de *Malec*, el de *Emir* y el de *Al Emir-Muslin*, que corresponde al de *príncipe de los fieles*, de donde se originó el nombre corrompido de *Miramamolin*, propio de los reyes de Marruecos y de los de España; pero el título mas respetado y mas antiguo es el de *Califa*, que se dió á los herederos y sucesores de Mahoma, cuya córte estaba en la Siria en la ciudad de Damasco.—El primer desembarco de árabes en nuestras costas, es cierto que fué anterior al reinado de don Rodrigo, pues *ya de mucho tiempo antes talaban la provincia con escursiones* como aseguran Isidoro de Beja y el continuador del Biclarense, escritores de aquella misma edad. Mas no por esto debe abrazarse la opinion de Balucio, que los mete hasta dentro de Cataluña desde el año de *seiscientos noventa y tres*: y mucho menos la de Elmacino y del marqués de Mondejar, que suponen ejecutadas sus primeras escursiones aun *veinte y siete años* antes. El desembarco mas antiguo, de que nos queda noticia, es el que hicieron por testimonio del Pacense en el último ó penúltimo año del siglo VII, cuando fueron derrotados por nuestro general Theudimero, bajo el reinado de Égica y Witiza; y es muy natural que por este tiempo comenzasen, ó muy poco antes, porque no es creible que acometiesen á España, sino despues de tener asegurados sus nuevos dominios de Africa.»

Ya en tiempo del rey Wamba, dice un historiador, habian hecho una séria tentativa sobre las playas españolas los hijos del desierto; tentativa que la energía de aquel monarca godo habia logrado frustrar con la destruccion de la flota sarracena. Mas no por esto renunció á sus proyectos el pueblo mahometano, y tanto mas se estimularia á llevarlos á cabo cuanto que los descontentos españoles fueron á escitar á ello, segun Conde (1), á Muza ben Noseir, gobernador de Africa, á quien á su vez estimulaban tambien los moradores de Tanger y otros africanos, ponderándole el delicioso temperamento de España, su claro y sereno cielo, sus muchas riquezas, la calidad y virtud maravillosa de sus plantas y frutos, la sucesiva bondad del tiempo en todas las estaciones, sus oportunas lluvias, sus rios y copiosas fuentes, los magníficos restos de sus antiguos monumentos, sus vastas provincias, sus muchas y ricas ciudades; en suma, le decian que las amenidades de España no las podia igualar ni espresar el mas elegante discurso, ni en la carrera de sus escelencias habia quien se la adelantase, que en esta competencia aventajaba á todas las regiones de Oriente y Occidente; que España era Siria en bondad del cielo y tierra, Yemen ó Arabia feliz en su temperamento, India en sus aromas y flores, Hegiaz en sus frutos ó producciones, Catay ó China en sus preciosas y abundantes minas, y Adena en las utilidades de sus costas. A estas escitaciones agregábanse probablemente los manejos de los judíos. Ya en el reinado de Egica se averiguó que estos se habian concertado con los de Africa para perder el reino; y asi no es de

(1) Historia de la dominacion de los árabes en España, t. 1, l. 1, c. 8.

estrañar que atendidas las rigorosas medidas que contra ellos se tomaron, y que temerosos de que se revocara por Rodrigo lo que en favor de ellos habia mandado Witiza, instigaran de nuevo á los musulmanes y aun se ofrecieran á ayudarles á derrocar el poder de los godos, siendo una prueba de que obraban ya de acuerdo los sectarios de Mahoma y los llamados secuaces de la ley de Moisés la confianza que de ellos hicieron los sarracenos al tiempo de la conquista.

No necesitaba tanto Muza, y así animado con la esperanza de tan bella conquista escribió al Califa Walid (Al-Valid) que ocupaba el trono de Damasco, el cual entusiasmado con la idea de que se estendiese en lo último del Occidente la ley de su falso profeta, aplaudió el proyecto y envió amplios poderes á Muza para que lo llevase á cabo. Cauto sin embargo Muza envió primero á Tarif, caudillo africano, con quinientos hombres de caballería (cien árabes y cuatrocientos berberiscos) en cuatro grandes barcos, para que esplorasen el terreno. Arribaron estas tropas á la opuesta orilla, desembarcaron en el sitio que del gefe de esta primera espedicion se llamó Tarifa; desembarco que segun Conde se efectuó en la luna de Ramazan, año 91 de la egira, (mes de julio del año 710); recorrieron algunos pueblos del litoral, tomaron ganados y gente sin que nadie se les opusiese, y con esta presa y feliz suceso tornó Tarif (Conde le llama Taric; Tareco, Masdeu) á Tanjer con sus caballeros, y fueron recibidos con general contento de sus compañeros, como es de suponer.

Miró Muza el buen éxito de esta primera tentativa como feliz presagio de la futura prosperidad de sus armas en España, y así con la mayor diligencia y presteza dispuso una nueva y mas numerosa espedicion para la primavera siguiente. Todos los árabes querian formar parte de ella, y así formado un ejército de doce mil berberiscos y algunos centenares de árabes, y aderezadas las naves necesarias para el trasporte, encargó el mando de estas tropas al caudillo africano Taric ó Tarik ben Zeyad, dejando en su lugar en Tanjer á su propio hijo Meruan ben Muza. Dispuesto ya todo, y hay quien dice, que guiados por el conde Julian, atravesaron el estrecho y desembarcaron en una península cubierta de verde que por eso llamaron *Algezirah Alhadra* (isla verde, hoy Algeciras). Pasó Tarik á fortificarse en el monte Calpe, que desde entonces se llamó *Gebal Tarik* (monte de Tarik, hoy Gibraltar). Fué esto el dia de jueves cinco de la luna de regeb del año 92 de la egira (fines de abril de 711).

Ya los cristianos alarmados con la primera invasion vigilaban la costa, mandados por Teodomiro (Tadmir dicen los árabes), gefe superior de Andalucía; pero no teniendo disponibles mas de unos mil doscientos á mil setecientos ginetes, aunque se presentó con arrojo á hacer frente al enemigo, vierónse envueltos y acuchillados por los árabes que eran muchísimos mas en número. Cuéntase que entonces escribió Teodomiro al rey Rodrigo la siguiente carta: «Señor, aquí han llegado de la parte de Africa gentes enemigas, yo no sé si del cielo ó de la tierra; yo me hallé acometido de ellos de improviso: resistí con todas mis fuerzas para impedir su entrada; pero fuéme preciso ceder á la muchedumbre y al ímpetu suyo: ahora á mi pesar acampan en nuestra tierra. Ruégoos, señor, pues tanto os cumple, que vengais á socorrernos con la mayor diligencia y con cuanta gente se pueda allegar: venid vos, señor, en persona, que será lo mejor.»

Esta inesperada nueva llenó de espanto á Rodrigo, que segun Al-Makari se hallaba ocupado en sujetar á los cántabros, y reuniendo sus gentes de consejo y de guerra, hizo levas con ayuda de los condes y prelados á los cuales dícese se agregaron los mismos hijos y parciales de Witiza con el métropolitano Oppas, fingiendo deponer sus rivalidades y querellas interiores para resistir á los invasores estranjeros. Tal vez aquellos sintieron reanimarse en su pecho el amor patrio, ó se imaginarian que derrotado y destronado que fuera Rodrigo, satisfaríanse los árabes con alguna parte del tertorio español ó con algun tributo. Rodrigo envió delante de sí la flor de su caballeria, y tuvo esta varias escaramuzas con los árabes, los cuales al mando de Tarik recorrian las tierras de Algeciras y Sidonia hasta las

márgenes del Guadiana (*Al Uadi Anas*, rio Anas) difundiendo por do quiera terror y espanto. Noticioso Tarik de los preparativos que contra él hacia Rodrigo, pidió refuerzos á Muza, el cual le envió otros cinco mil ginetes africanos, á los cuales se agregaron algunos judíos. Con este refuerzo, y habiendo hecho Tarik quemar las naves que á él y á su gente habian traido, como para persuadir á los suyos de que ya no les quedaba mas partido que vencer ó morir, salió en busca del ejército cristiano mandado por Rodrigo, que se hallaba ya en Andalucía. Componíase de unos noventa mil hombres; pero gente allegadiza en su mayor parte y mal armada, habiéndoseles incorporado Teodomiro con su gente. Los caudillos árabes reunieron sus banderas y se congregaron las tropas de caballería que corrian la tierra. Juntos ya los musulmanes ó muslimes (es decir, creyentes, título que se daban los mahometanos), ordenó Tarik sus escuadrones, los preparó y llenó de confianza para dar batalla á los cristianos. Avistáronse, pues, ambas huestes enemigas á orillas del Guadalete, cerca de donde hoy está Jerez de la Frontera, un domingo, dos dias por andar de la luna del ramazan (fines de julio de 711). «Temblaba bajo sus pies la tierra, dicen los historiadores árabes, y se estremecia, y resonaba el aire con el estruendo de los atambores y añafires, y con el sonido de guerreras trompas, y con el espantoso alarido de ambas huestes.»

Al rayar el dia principió esta tristemente memorable batalla que habia de sujetar la España á la dominacion musulmana. Moros y cristianos se arremetieron con igual brio y saña, y manteniéndose la lucha con igual constancia por ambas partes y sin ventaja alguna, duró la matanza hasta que la noche vino á poner tregua á tan terrible combate. Venido el dia siguiente principió de nuevo la batalla con encarnizado furor, «y el horno del combate, dicen las crónicas árabes, permaneció encendido desde la aurora hasta la noche.» «Como al tercero dia, prosiguen (1), de la sangrienta lid viese el caudillo Tarik que los muslimes decaian de ánimo y cedian campo á los cristianos, se alzó sobre los estribos, y dando aliento á su caballo, les dijo: «¡Oh muslimes! »vencedores de Almagreb! ¿á dónde vais? »¿á dónde vuestra torpe y desordenada fu»ga? El mar teneis á las espaldas y los »enemigos delante; no hay mas remedio »que en vuestro valor y en la ayuda de »Dios; haced caballeros, como me veais »hacer.» Y diciendo esto arremetió con su feroz caballo y atropellando á derecha y á izquierda cuantos se le ponian delante llegó á las banderas de los cristianos y conociendo al rey Ruderic (Rodrigo) por sus insignias y caballo, le acometió y le pasó de una lanzada, y el triste Ruderic cayó muerto... A ejemplo de su caudillo rompieron y desbarataron los muslimes á los cristianos que con la muerte de su rey y de otros de sus principales caudillos se desordenaron y huyeron llenos de terror. Los árabes siguieron al alcance con su caballería, y la espada muslímica se cebó en ellos por mucho espacio y murieron tantos que solo sabe cuántos, Dios que los crió: acabóse la batalla y alcance de Guadalete el dia 5 de la luna de jawal del año 92 de la egira (viernes 31 de julio de 711).» Los árabes añaden que Tarik envió á Muza la cabeza de Rodrigo como trofeo de la victoria. ¿Qué fué lo que infundió tanto ánimo á los árabes cuando iban ya de vencida? ¿Fué solo la arenga de Tarik, ó fué acaso la defeccion de los hijos de Witiza, del prelado Oppas y sus parciales que vieron llegado el caso de consumar su traicion y su venganza, y abandonaron á Rodrigo ó se pasaron á los árabes? Muchas crónicas lo afirman y asi inducen á sospecharlo los antecedentes, aunque otras lo nieguen y algunas de los árabes lo omitan. No desmayó por eso Rodrigo; pero fueron vanos sus esfuerzos; estaba de Dios que España habia de sufrir esta terrible prueba. Murió pues peleando cuerpo á cuerpo con Tarik, á estar á la relacion de los árabes, aunque no faltan historiadores que digan, unos que murió ahogado con su caballo Orelia en las aguas del Guadalete; otros, que se salvó, y huyendo á Lusitania pasó allí el resto de sus dias haciendo penitencia, habiendo

(1) Conde, p. 1, c. 10.

contribuido á apoyar esta opinion el sepulcro que dos siglos despues se halló en Viseo con la siguiente inscripcion: *Hic requiescit Rudericus, ultimus Rex Gothorum.* Como quiera que sea, ello fué que la tierra quedó cubierta de cadáveres y las aguas del rio tintas en sangre noble: por mucho tiempo se vieron en los campos los despojos, las rotas armaduras y los huesos blanquecinos de los godos.

¡Cuánto yelmo quebrado!
¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado (1)!

Asi perecieron las leyes y libertad de España; al impetuoso soplo del viento africano cayó derrumbado el imperio de tres siglos, y el estandarte del falso profeta Mahoma tremolará orgulloso en las basílicas cristianas convertidas en mezquitas, y costará ocho siglos de lucha el abatirle. ¡Oh! ¿y quién podrá espresar el quejido de dolor que resonó en toda España á vista de tan estraordinaria catástrofe? Oigamos cómo cinco siglos despues de esta pintaba el rey Sábio el *Llanto de España* en estos tan tiernos y patéticos sentimientos espresados en el idioma de su tiempo: «Despues que »la batalla fué acabada, desaventuradamen»te fueron muertos los unos é los otros.... »E fincara toda la tierra vacía del pueblo, »bañada de lágrimas, complida de apellido, »huéspeda de los estraños, engañada de los »vecinos, desamparada de los moradores, »viuda é asolada de los sus fijos, confondi»da de los bárbaros, desmedrada por llanto »é por llaga, fallescida de fortaleza, flaca »de fuerza, menguada de conorte, asolada »de los suyos..... España, que en otro »tiempo fué llagada por espada de los ro»manos, despues que guaresciera, é cob»menzara por melezina é bondad de los »godos, estonces era quebrada, pues que »eran muertos é aterrados quantos ella »criára. Olvidados le son sus cantares, le »su lenguage ya tornado es en ageno, ó »en palabra estraña..... España mezquina »cató la su muerte; fué cuitada, que sol»mente non fincó aqui ninguno que la »llantée: llaménla dolorida, é mas muerta »que viva. Suena la su voz asi como »en el otro siglo, é sale la palabra asi »como de so tierra; é diz con la gran »cuita: Los omes que pasades por la car»rera, parad mientes, é ved sy hai cuita »nin dolor que semeje con el mi dolor. E »llantos dolorosos é alaridos España lloró. »Los sus ojos non se pueden conortar, por»que ya non son. Las sus casas, é las sus »moradas todas fincaron yermas é despo»bladas. La su honra, é la su prez tornada »es en confusion, cá los fijos é los sus cria»dos todos murieron á espada. Los nobles »fijodalgos cayeron en captivo. Los princi»pes é los altos omes idos son en deshonra »y en denuesto: los buenos combatientes »perdiéronse en estremo, é los que antes »estaban libres, estonces se tornaron en »siervos.... El que fué fuerte y corajoso »murió en la batalla; el corredor é ligero »de pies non guaresció á las saetas..... ¿E »quién daria á mí agua, con que toda mi »cabeza fuese bañada, é mis ojos fuentes, »que siempre manasen lágrimas, porque »llorasen é plañiesen la pérdida, é la muer»te de los de España, é la mezquindad, é el »terramiento de los godos? Aqui se remató »la santidad é religion de los obispos é de »los sacerdotes; aqui quedó é menguó el »abondamiento de los clérigos que servian »las igresias; aqui pereció el entendimien»to, é el enseñamiento de las leyes de la »santa fé, é los padres é los señores todos »perescieron en uno.... Toda la tierra as»tragaron los enemigos, é las casas herma»ron, los omes mataron, las cibdades roba»ron é tomaron.... Cuanto mal sufrió aque»lla Babilonia, que fué la primera é mayo»ral en todos los reynos del mundo, cuando »fué destroida del rey Ciro é del rey Da»rio.... é cuanto mal sufrió Roma, que era »señora de todas las tierras, cuando la tomó »é la destroyó Alarico, é despues Ataulfo, »rey de los godos, é despues Genserico, »rey de los vándalos; é cuanto mal sufrió »Jerusalen, que segun la profecía de Nues»tro Señor Jesuchristo fué derribada ó que»mada, que non fincó piedra sobre piedra; »é cuanto mal sufrió aquella nombre de »Cartago, cuando la tomó é la quemó Sci»pion, cónsul de Roma; dos tanto mal, é »mas que aquesto sufrió la mezquina de »España, desamparada, cá en ella se ayun-

(1) Fr. Luis de Leon, Oda.

»taron todas estas coitas, é tribulacio-»nes.... (1).»

Gran placer esperimentó Muza al recibir la noticia de la accion del Guadalete y del triunfo de las armas musulmanas, y escuchar la relacion que de todo le hacia el enviado de Tarik. Mostróse complacido y ofreció enviar la cabeza de Rodrigo al califa Walid. Pero envidioso de la gloria que entre los suyos habia alcanzado Tarik, cuya fama corria en Africa de boca en boca, y temeroso de que eclipsara la suya, no solo calló el nombre del vencedor y se atribuia á sí propio toda la gloria del triunfo, al dar al califa el parte de ese gran suceso, sino que resolvió él mismo pasar á España. Mientras organizaba sus huestes y hacia los demas preparativos, envió órden á Tarik para que no pasara adelante, sino que suspendiera todo movimiento hasta que llegara él con refuerzos para que no se malograra lo hasta entonces ganado. Penetró Tarik los designios de Muza; pero á fin de no aparecer desobediente reunió el consejo de oficiales, manifestóles la órden del wali ó gobernador de Africa y les dijo viesen lo que convenia hacer. A todos pareció que no era bien perder tiempo tan precioso. Entre otros, dicen los historiadores árabes, habló Julian el cristiano (el conde Julian) y aconsejó á Tarik, diciéndole: «Puesto que ya venciste al grande ejército de los godos y los principales señores cristianos que asistieron con su rey en la batalla de Guadalete se han esparcido, no debes perder este tiempo en que todavia llevan en sus corazones el terror de tus armas; persíguelos ahora sin darles espacio ni lugar; porque si se recobran, fácil cosa es que se rehagan y alleguen nuevas gentes, y se concierten y animen las atemorizadas tropas: asi que sin tardanza debes penetrar á las provincias y ocupar las principales ciudades, que en siendo dueño de ellas, y en especial de la capital, ya nada hay que temer.» A todos parecieron bien estas razones y las esforzaron tanto que Tarik, que no deseaba otra cosa, ordenó luego las haces y distribuyó las banderas, y mandó pasar alarde de su hueste, y alabando su valor por lo pasado y exhortándolos á nuevas victorias ordenó que las tropas se abstuviesen de ofender á los pueblos pacíficos y desarmados; que solo persiguiesen á los que tuviesen armas, favoreciesen y tomasen parte en la guerra y constante defensa del pais; que no robasen ni apartasen despojos sino en campo de batalla, ó en entrada por fuerza en las ciudades enemigas. Dividió su ejército en tres cuerpos; el primero al mando de Mugueiz el Rumi (el romano), y lo envió á Córdoba; el segundo, al de Zayde ben Kesadi el Sekseki, para tierra de Málaga; y el tercero, al del mismo Tarik, marchó para lo interior del reino por tierra de Jaen á Tolaitola, que asi llamaban los moros á Toledo, sin duda por oir á los cristianos llamarle «urbs toletana,» asi como de Astigi (Écija) hicieron Estija, de Cesaraugusta (Zaragoza) Saracusta, y de Spali (Sevilla) Esbilia. El primer cuerpo al mando de Zayde tomó á Écija despues de alguna resistencia de los cristianos, impúsoles tributo, encargó la guarnicion de la plaza á los judíos y á algunos árabes, tomó luego sin dificultad á Málaga y Elvira, y despues de armar á los judíos y procurar inspirar confianza á los pueblos, marchó á incorporarse en Jaen con la division de Tarik, segun tenian acordado. A su vez Mugueiz el Rumi con su division, acampó delante de Córdoba. Intimóla se rindiese y aceptasen sus moradores las condiciones y seguridades que les ofrecia; que sometiéndose al tributo estarian seguros en sus personas y posesiones; que el tributo era leve y el furor y la saña de las tropas vencedoras seria terrible; que no se obstinasen en su resistencia con vanas esperanzas; que hiciesen como otras muchas ciudades que se habian entregado á la generosidad de los árabes, redimiendo á poca costa el derramamiento de su sangre; que no esperasen socorro, pues todo estaba ya en manos del vencedor. No dieron asenso á estas propuestas los de Córdoba, donde se habian retirado algunas tropas, restos del ejército de Rodrigo. Informado Mugueiz de la poca gente que habia en la plaza y de que la muralla tenia fácil entrada por la parte del rio, aprovechóse de la oscuridad de la noche y

(1) Crónica de España por D. Alfonso el Sábio, pág. 202 y sig.

pasó el rio á nado con mil caballos que llevaban en la grupa otros tantos peones. Con el mayor silencio y presteza se apoderaron de la parte flaca de la muralla, degollaron los guardias que allí habia, y abriendo luego la puerta inmediata entraron los sarracenos antes de rayar el dia, sembrando por do quiera el terror y espanto. El gobernador de la plaza con unos cuatrocientos hombres se acogieron á un templo y se fortificaron en él, y allí se defendieron denodadamente durante muchos dias. Viendo el gefe árabe que no se rendian, mandó prender fuego al templo, y así perecieron cuantos en él estaban encerrados, quedándole desde entonces á aquel lugar el nombre de *iglesia de la Hoguera*. Mugueiz, dueño ya de la plaza, la impuso tributo, cogió rehenes á su arbitrio, confió tambien una parte de su guarnicion á los judíos, dejó el gobierno de la ciudad á los mas principales de ella y salió á recorrer los pueblos de la comarca para mantener en ellos el temor de la invasion y de la victoria, llenando de asombro al pais á vista de tanta actividad y de tan rápidos movimientos.

Mientras esto pasaba en Córdoba, Tarik, á quien ya hemos dicho se habia reunido Zayde, marchó hácia Toledo, corte de los visigodos; y apenas encontró en su marcha tropiezo alguno, pues la derrota del Guadalete habia difundido el temor y esto hacia ponderar el valor y número de las tropas árabes. Los nobles y el clero, al saber se aproximaban los musulmanes, huian despavoridos, andaban dispersos los soldados y las familias abandonaban sus hogares. Así pues, aunque la posicion de Toledo la hacia muy á propósito para la defensa, habia quedado en ella poca gente, y llenos de desaliento y faltos de víveres los toledanos, á los pocos dias del sitio pidieron capitulacion á Tarik. Recibió este con bondad y firmeza los parlamentarios y concertóse la entrega de la plaza con las condiciones siguientes: que habian de entregar todas las armas y caballos que hubiese en la ciudad; que de esta se pudiesen retirar libremente los que no quisieran quedar en ella, pero que perderian sus bienes; que los que permaneciesen en ella serian dueños pacífica é inviolablemente de sus casas y posesiones, si bien sujetos á un moderado tributo, y gozarian del libre ejercicio de su religion y el uso y conservacion de sus iglesias; pero que no podrian edificar otras sin permiso del gobierno, ni hacer procesiones públicas; en fin, que se gobernarian por sus propias leyes y jueces, si bien no impedirian ni castigarian al que se quisiera hacer muslim (musulman). Con estas condiciones se entregó Toledo y entró Tarik en la ciudad, y con su guardia ocupó el palacio del rey, que estaba en una altura sobre el rio, y allí encontró el caudillo moro grandes tesoros y preciosidades, y entre ellas, cuentan las crónicas árabes, halló veinticinco coronas de oro guarnecidas de jacintos y piedras preciosas, pues dicen era costumbre que despues de la muerte de cada rey que reinaba en España se colocaba allí su corona y escribian en ella el nombre de su dueño, su edad y los años que habia reinado, y veinticinco habian sido los reyes godos de España hasta el tiempo de esta conquista. Así dice Conde; pero el señor Lafuente no reputa verosímil fuesen veinticinco las coronas, pues dice que «desde Leovigildo, primer rey godo de quien se sabe que usara corona, hasta Rodrigo apenas pueden contarse diez y siete reyes.»

Al narrar las escursiones de Tarik habíamos dejado al wali Muza preparando una espedicion contra España, así para oscurecer entre los suyos las glorias de Tarik, como para castigar la desobediencia de este y de sus tropas á la órden que les habia dado de no pasar adelante hasta que él llegara con refuerzos. Reunió pues tropas en número de unos diez mil caballos y ocho mil infantes entre árabes y africanos, dejó encargado á su hijo Abdelaziz el gobierno de Africa, y con sus otros dos hijos Abdelola y Meruan, muchos caballeros de la tribu Coraix y otros árabes principales, juntamente con las demas tropas pasó el estrecho y desembarcó en Algeciras, en la luna de regeb del año 93 de la egira (712). Llegado á España y sabedor de los adelantos de Tarik indignóse mucho y resolvió hacer sus escursiones por donde no hubiera ido este caudillo, aprovechándose de algunos cristianos que dicen las historias árabes le sirvieron de guias fieles que nunca le engañaron. Recorrió el condado de Niebla, pre-

sentóse delante de Sevilla, que tardó un mes en rendírsele, y dejando en ella por gobernador á Isa ben Abdila el Towail de Medina y alguna tropa, continuó su marcha y ocupó de paso á Carmona, pasando en seguida á Lusitania donde se apoderó tambien de algunas ciudades sin resistencia alguna. Llegó pues á dar vista á Mérida, y al verla dijo á sus caudillos: «Parece que todos los hombres han reunido su arte y poderío para engrandecer esta ciudad: dichoso el que logre rendirla.» Intimóle Muza la rendicion; pero en vano, pues no solo no la aceptaron los valerosos cristianos que la defendian sino que rechazaron con vigor y esfuerzo los ataques de los moros. Viendo Muza la fortaleza de la plaza y el valor de sus defensores, desesperanzó de rendirla con las fuerzas que tenia y escribió á su hijo Abdelaziz viniese á toda prisa en su auxilio con cuantas tropas pudiese allegar. Cada dia se empeñaba un combate entre sitiados y sitiadores, y notando Muza los descalabros que sufrian sus tropas y que iban pereciendo sus mejores oficiales, discurrió un ardid para ver si así lograba lo que á viva fuerza no podia conseguir. Descubrió una caverna y escondió allí las tropas que pudo, y al rayar el dia segun costumbre envió á atacar la plaza, y los cristianos salieron á defenderla y á perseguir á los sitiadores. Entonces estos hicieron su retirada falsa hácia donde se hallaban emboscados los otros; y los cristianos que cebados en la persecucion no previeron la celada, siguieron trás los fugitivos, hasta que saliendo luego los que estaban ocultos, se vieron aquellos cortados y entre dos fuegos. Defendiéronse sin embargo valerosamente y vendieron caras sus vidas, si bien fueron pocos los que pudieron salvarse. No se desalentaron por este revés los de la ciudad, antes bien habiéndose apoderado de una torre de ella los musulmanes, la asaltaron con tal denuedo los cristianos que no escapó ninguno de los moros que en ella se encerraron y todos perecieron allí, por lo que la llamaron luego Borg-Axuhuda (Torre de los Mártires). Pero á poco llegó de refuerzo Abdelaziz con siete mil caballos africanos y gran caballería de los berberíes. Viendo entonces los de Mérida que se acrecentaban las tropas sitiadoras y que la plaza escaseaba ya de vituallas y no habia esperanza de socorro, tuvieron consejo los principales de la ciudad y acordaron pedir capitulacion. Recibió Muza en su tienda á los mensageros y les propuso las condiciones que aunque duras hubieron de aceptar los meridanos. Cuéntase que acostumbrando Muza teñirse su blanca barba, cuando al dia siguiente volvieron á verle los parlamentarios, quedaron muy sorprendidos al observar que de blanca que era se habia convertido en negra y se figuraron que aquella gente se rejuvenecia. Las condiciones de la rendicion fueron: la entrega de todas las armas y caballos; la de los bienes de los que habian huido, de los que se retirasen de la ciudad y de los muertos en la celada de que arriba hablamos, las alhajas y riquezas de los templos, la mitad de las iglesias para convertirlas en mezquitas y por rehenes las mas ilustres familias que allí se habian refugiado despues de la batalla del Guadalete, entre las cuales se hallaba la reina Egilona, viuda de Rodrigo. Asentadas estas condiciones, y acordada la seguridad de los vecinos en sus personas y bienes, hizo Muza su entrada triunfal en Mérida el dia de Alfitra, ó de la pascua que termina el Ramazan, en principio de jawal, del año 93 de la egira (11 de julio de 712).

Entretanto Tarik no permanecia ocioso; despues de dejar asegurada á Toledo, comenzó á recorrer la tierra y perseguir á los cristianos que le hacian alguna resistencia. Encontró alguna fuerza cristiana en una ciudad que estaba tras los montes; pero la rindió con facilidad, y de su nombre se la llamó entonces la ciudad de Taric. Desde allí envió á Toledo parte de sus tropas y con el resto siguió sus marchas y llegó á Guadalajara. Pasó el rio y tomó el monte, y lo atravesó por un valle que se llamó entonces Feg-Tarik; ocupó luego una pequeña ciudad que estaba tras el monte ó cerca de un monte, y como en ella se hallase una preciosa mesa guarnecida de verdes esmeraldas y jacintos, se llamó *Medina Almeida* ó *Medinat-Almayda* (ciudad de la mesa) que decian la mesa de Salomon. Siguió luego su camino á Medina Maya, ó *Amaya*, donde encontró muchas alhajas,

oro y piedras preciosas, y cargado de ricos despojos regresó á Toledo. Mucho se disputa acerca de cuáles serian esas dos ciudades; unos creen que Medina Almeida seria Alcalá, otros que Medinaceli; y que Amaya era la antigua ciudad de este nombre en Castilla la Vieja; pero tal vez no sea una ni otra, pues si de Guadalajara atravesó el rio, que será el Henares, que pasa al pié, y siguió todavía adelante segun las relaciones árabes de Conde, es fácil fuese alguna ciudad ó pueblo situado á la izquierda de Guadalajara y á la orilla derecha del Henares, y que subiese hasta el pié de la cordillera de cerros donde se halla Tamajon (cuyos moradores dicen se llamó en lo antiguo gran Tamalla, quizá corrompido de Amaya ó Medinat-Almayda), y luego diese la vuelta para Toledo.

Pero dejando esto á un lado sigamos con Tarik á Toledo donde iba á reunirse con él su gefe y su enemigo Muza. Dueño este de Mérida y otras ciudades, y sabedor de que Sevilla se habia sublevado, envió su hijo Abdelaziz á esta ciudad para que la sometiese y la hiciera volver á entrar en la obediencia de los musulmanes, y que pacificada que fuese, como efectivamente lo logró, prosiguiese sus conquistas por la parte meridional de España; y mientras él se dirigió hácia Toledo, tomando al paso algunas ciudades y asegurando á los pueblos no se les haria daño si no oponian resistencia. En esta marcha, dicen los cronistas árabes (1), ofreciéronse á los musulmanes maravillosos puentes, obras de los antiguos jonios, que nunca habian visto edificios de igual magnificencia, pues no parecian obras de hombres; sobre todo les complacia la elegancia y comodidad de los puentes del Tajo y Guadiana: prueba de que ya antes de los moros habia en España no escasa ilustracion y conocimientos, y que no fueron los árabes los que hubieron de sacarla de una crasa ignorancia y singular atraso en las artes y ciencias. Cuando Muza llegó á Medina Talbera (Talavera), salió á recibirle Tarik con ricos presentes para aplacar el enojo que sabia tener contra él. Aceptólos el codicioso Wali; pero desde luego y con la mayor severidad le preguntó por qué no habia ejecutado sus órdenes, á lo cual Tarik respondió que por haberlo así acordado el consejo de oficiales y por haber creido servir mejor la causa del Islam persiguiendo sin tregua á los cristianos para no dejar se recobraran de su derrota del Guadalete. Pasado que hubieron juntos á Toledo, preguntóle Muza en presencia de todos los caudillos dónde estaba la mesa verde de Suleiman (Salomon). Presentósela luego el africano, pero falta de un pie (que él se guardó con el fin que mas adelante veremos) diciendo haberse encontrado con ese defecto. Reprendióle de nuevo Muza por su desobediencia, le separó del mando, le metió preso, diciendo daba parte de todo al califa de Damasco, y puso en su lugar á Mugueiz el Rumi, á pesar de que este salió á la defensa de Tarik.

Mientras esto pasaba en Toledo, el hijo de Muza Abdelaziz luego que pacificó á Sevilla y dejó en ella la competente guarnicion marchó á combatir á los cristianos que al mando de Teodomiro (Tadmir le llaman los árabes) defendian la costa del Mediterráneo. Este Teodomiro era de una de las principales familias de los godos, y Mariana la cuenta como el primer rey despues de la muerte de Rodrigo: era el que intentó rechazar la primera invasion de los árabes segun ya dijimos, y despues de haber hecho proezas en la batalla de Guadalete, se habia retirado allá con el resto de sus tropas que le habian proclamado rey de aquella tierra, que por eso se llamaba aquel pais tierra de Tadmir ó de Teodomiro. Sabedor este de que Abdelaziz se encaminaba á sus tierras salió á defender el paso con las tropas que pudo allegar; y aunque no osaba presentar su gente en campo raso ni venir á batalla con los árabes, temiendo con razon la ventaja de la caballería, con mucha inteligencia ocupaba los montes y pasos difíciles, y acometia en los desfiladeros y en donde con pocos y sueltos incomodaba y hacia grave daño á los escuadrones y tropas numerosas. De esta manera, peleando con varia fortuna fué avezando á los suyos á pelear y contener el ímpetu de los árabes. Abdelaziz y su caudillo Habib procuraban todas las ocasiones de dar bata-

(1) Conde, p. 1, c. 14.

lla; pero Teodomiro, con mucha destreza y conocimiento de la tierra, las evitaba y salia por donde menos se pensaba. En fuerza de su constancia fueron internándose hasta los campos de Lorca, donde lograron los moros dar una sangrienta batalla á los cristianos, rompiéndolos y desbaratándolos y persiguiéndoles duramente la caballería. Los cristianos con su gefe Teodomiro se encerraron en Orihuela, á donde los siguió Abdelaziz. Grande fué la sorpresa de este, cuando sabiendo las pocas tropas con que contaba Teodomiro, vió que esto no obstante estaban coronadas de muchedumbre de guerreros las murallas. Fué un ardid de Teodomiro, pues para que los moros creyesen habia todavía muchas tropas en la ciudad, dispuso que las mugeres se disfrazasen y vistiesen de varones, y subiesen armadas á las torres y muros, y dispuestos sus cabellos de manera que imitasen la larga barba de los godos. Abdelaziz entonces, ignorante de esta estratagema, dispuso con la mayor precaucion el cerco, cuando al prepararse á combatir la plaza, vióse salir de ella un gallardo caballero que se decia enviado de Teodomiro. Pedido y obtenido el competente seguro, presentóse á Abdelaziz, el cual le recibio muy bien, y oidas las proposiciones que le hacia se ajustó un convenio que íntegro publican los historiadores, y que es como sigue: «En el nombre de Dios, clemente y misericordioso: »reseripto de Abdelaziz, hijo de Muza, para »*Tadmir ben Gobdos* (Teodomiro hijo de los »Godos): séale otorgada la paz, y sea para »él una estipulacion y un pacto de Dios y »de su profeta, á saber: que no se le hará »guerra ni á él ni á los suyos: que no se le »desposeerá ni alejará de su reino: que los »fieles (asi se nombraban á sí mismos los »árabes), no matarán, ni cautivarán, ni se»pararán de los cristianos sus hijos ni sus »mugeres; ni les harán violencia en lo que »toca á su ley (su religion); que no serán »incendiados sus templos; sin otras obliga»ciones de su parte que las aqui estipu»ladas. Teodomiro ejercerá pacíficamente »su poder en las siete ciudades siguien»tes: Auriola (Orihuela), Balentila (Va»lencia), Lecant (Alicante), Mula, Bis»caret, Aspis y Lurcat (Lorca): que él no »tomará las nuestras, ni auxiliará ni dará »asilo á nuestros enemigos, ni nos ocultará »sus proyectos: que él y los suyos pagarán »un dinhar ó aureo por cabeza cada año, »cuatro medidas de trigo, cuatro de ceba»da, cuatro de mosto, cuatro de vinagre, »cuatro de miel y cuatro de aceite: los sier»vos ó pecheros pagarán la mitad.—Fecho »el 4 de redjeb del año 94 de la egira (abril »de 713). Signaron el presente rescripto »Otman ben Abi Abdah, Nabib ben Abi »Obeida, Edris ben Maicera y Abulcasin el »Mezeli.»

Despues que terminaron de acordar este tratado, manifestando Abdelaziz deseos de conocer á Teodomiro, el mensagero de los cristianos dijo que él era el mismo Teodomiro; holgose mucho de ello Abdelaziz y los que con él estaban; obsequiaron al caudillo cristiano, dándole un banquete en que comieron juntos los dos caudillos cual si toda su vida hubieran sido amigos. Al rayar el alba del siguiente dia mandó Teodomiro abrir las puertas de la ciudad, y salió á recibir á Abdelaziz el cual hizo su entrada con toda solemnidad; pero notando la poca gente que habia, preguntó á Teodomiro qué se habia hecho de aquella multitud de guerreros que el dia antes se veian coronando los muros de la plaza. Contóle entonces Teodomiro el estratagema; los árabes celebraron tan ingeniosa ocurrencia, se rieron de su mismo engaño, y obsequiándolos Teodomiro se estableció la amistad entre éste y el hijo de Muza.

Abdelaziz sin hacer daño en aquella tierra pasó á Baza, Guadix, Jaen, Granada (Garnathat), colonia judía y arrabal de la antigua Illiberis (Elvira); entró en Antequera, Málaga y otras ciudades sin hallar resistencia.

Por entonces llegaron á Muza órdenes del Califa mandándole restituir á Tarik el mando de las tropas, diciéndole no inutilizase una de las mejores espadas del Islam. Mucho disgustó esta órden á Muza; sin embargo, la obedeció y hasta finjió una reconciliacion sincera. Puso en libertad á Tarik, comieron juntos y volviéndole el mando de las tropas, dispuso que con estas marchase hácia el Oriente de España, mientras él con las suyas se dirigia hácia el

Norte. Tarik recorrió el Sur y el Este de Toledo, la Mancha, la Alcarria, Cuenca, y descendió á las vegas y campos del Ebro hasta Tortosa. Muza tomó hácia Salamanca y Astorga, que se entregaron, y volviendo y remontando el curso del Ebro vino á incorporarse con el ejército de Tarik, que estaba sitiando á Zaragoza (Medina Sirasusta). Habíase reunido en esta ciudad mucha gente de la comarca, y oponia viva resistencia á las tropas de Tarik. La llegada de Muza desalentó á los sitiados, que ya se veian en grande apuro; así que salieron á proponer la entrega de la ciudad bajo las condiciones ordinarias. Pero Muza, que sabia estaban allí depositadas muchas riquezas de todos los pueblos de la parte oriental de España, quiso aprovecharse de la ocasion; y así, además de las condiciones comunes, les impuso una gravísima exaccion que debian pagar el dia de la entrada en la ciudad: esta era la contribucion de sangre, porque con ella se redimian de las violencias de la espada del vencedor. La necesidad les obligó á todo, y allegaron y recogieron todas las alhajas de los vecinos poderosos y de los templos para reunir la crecida suma que les pidió Muza, quien además cogió á su arbitrio rehenes de la juventud noble de la ciudad, en la cual puso una buena guarnicion, dando el mando á Hanax-ben-Abdala-Asenani, que luego edificó allí una suntuosa mezquita y una principal aljama. Siguió el ejército su espedicion, apoderándose de Tarazona, Calahorra, Huesca, Lérida, Gerona, Barcelona, Tarragona, etc., etc., volviendo luego por Astorga á Galicia y Lusitania, al mismo tiempo que Tarik descendió por el Ebro á Tortosa, Murviedro, Valencia, Játiva y Denia, hasta los confines del pequeño reino de Teodomiro. Tarik se entendia directamente con el califa de Damasco, reservándole siempre la quinta parte de los despojos de la guerra, partiendo los demas con los soldados, y procurando no vejar á los pueblos, al decir de los historiadores árabes, y censurando en sus cartas al califa la conducta del wali Muza y su insaciable codicia. A su vez éste censuraba en sus comunicaciones con aquel la conducta absoluta y la prodigalidad de Tarik.

Este pique entre ambos caudillos y sus mútuas quejas, movieron al califa á llamarlos á los dos á Damasco. Tarik obedeció al punto; pero Muza sintió mucho esa órden y retrasó cumplirla. Mas al fin esperando salir triunfante en presencia del califa, se dispuso para la partida. Mandó que su hijo Abdelaziz quedara por gefe ó gobernador de España dejándole en su compañia á Arpeb, hijo de su hermana, y muy estimado de los los musulmanes, para que le ayudase con sus consejos. Con una buena compañía de caballos tornó por Toledo á Córdoba y Sevilla recogiendo al paso los tesoros que tenia allegados, y mandando marchasen con él á Damasco cuatrocientos varones de las mas ilustres familias godas, pasó el estrecho, atravesó Almagreb (tierra de Occidente, Africa), y con este aparato fué costeando el litoral y llegó á Siria el año 95 de la egira (713). Habia llegado antes Tarik, quien fué muy bien recibido del Califa, el cual le manifestó estaba bien informado de su buen proceder; pero que queria oir de su boca la relacion de todo y no dejarle espuesto á las iras de los hijos de Muza. Tarik le manifestó sencillamente todo, y el Califa mostró quedar altamente complacido. Cuando llegaba Muza á Siria ya habia tenido Tarik esa entrevista con Walid, y hallándose este gravemente enfermo, su hermano Suleiman ben Abdelmelic le escribió desde Ramla que se detuviese, pues no siendo regular sanase Walid, queria hiciese la entrada en sus dias, cuando Suleiman sucediese á Walid. No hizo Muza como aquel le prevenia, y llegó á donde este se hallaba antes que muriese. Mandó Walid que él y Tarik se presentasen á un tiempo. Muza para atraérsele le presentó grandes tesoros y la preciosa mesa, y le dijo: «Señor, yo fuí quien halló esa mesa;» pero Tarik repuso; «Emir de los creyentes, esa mesa yo fuí quien la encontré.» «He sido yo replicó Muza, y ese hombre es un impostor,» Entonces dijo Tarik: «veamos si la mesa está falta de alguna pieza, y pregúntese al que la trae dónde está; y el que supla lo que falta, ese dirá la verdad.» Miraron entonces el califa y los presentes la mesa, y en lugar del pié que le faltaba la habia puesto Muza uno de oro. Y dijo Tarik al califa: «pregúntale si la halló así, si es-

taba con ese pié.» Preguntósele y Muza contestó que asi la habia hallado. Entonces Tarik sacó el pié de la mesa (que como dijimos se habia él guardado con este objeto al presentársela á Muza en Toledo) y lo puso en su lugar, y viendo todos que convenia con la labor de los otros, conocieron toda la impostura de Muza. Como ya el califa deseaba castigar severamente á Muza, mandó estuviese todo un dia espuesto á un sol abrasador y que le azotasen y pagase una multa de cien mil dictales, ó segun otros, de doscientos mil pesantes. Cuenta Ali ben Abderrahman que habiendo muerto Walid y sucedídole en el califato su hermano Suleiman, preguntó este á Muza si habia hallado pueblos muy valientes en sus conquistas, á lo cual respondió Muza que habia hallado muchos mas de los que podia acertar á describir. Preguntóle de los cristianos, de España, sin duda, donde Muza habia hecho tantas conquistas, y respondió: «Son leones en sus castillos, águilas en sus caballos, y mugeres en sus escuadrones de á pié; pero si ven la ocasion la saben aprovechar, y cuando quedan vencidos son cabras en escapar á los montes, que no ven la tierra que pisan.»

Mientras esto pasaba en Siria, Abdelaziz, el hijo de Muza, que habia quedado de gobernador en España, fijó su córte en Sevilla, y se dedicó á regularizar la administracion de las ciudades sometidas. Al efecto nombró recaudadores de los impuestos, que por lo general consistian en el quinto de las rentas, si bien le rebajó hasta el décimo á algunas poblaciones y distritos; creó un consejo (divan, de donde viene aduana, que entre los árabes es la casa del senado ó del consejo) con el cual compartia la direccion de los negocios del Estado; estableció magistrados con el nombre de alcaides; dejó á los españoles sus jueces, sus obispos, sus sacerdotes, sus templos y sus ritos; de manera, dice el señor Lafuente, que los vencidos no tanto eran esclavos como tributarios de los vencedores. Los que asi quedaban y vivian denominánronse *mostárabes* ó *mozárabes*, nombre ya de antes usado en otros paises por el pueblo vencedor. Mostrábase bastante indulgente con los cristianos, y hasta el Sr. Faustino Borbon en sus *Cartas para ilustrar la España árabe* intenta probar, aunque con el testimonio de algunos autores árabes, que efectivamente habia Abdelaziz abrazado el cristianismo. Contribuyó mucho á estender esta voz el hecho siguiente: Al hablar de la conquista de Mérida digimos ya que entre los prisioneros alli cogidos se hallaba Egilona (los árabes decian Ayela), viuda del rey Rodrigo. Como era jóven y hermosa, prendóse de ella Abdelaziz, y de amantes se convirtieron en esposos, celebrándose las bodas con mucha ostentacion en Sevilla. No exigió de ella que abrazase el islamismo, sino que la permitió seguir siendo cristiana y la dió el nombre árabe de *Ommalisam*, que quiere decir *la de los lindos collares*. Desde entonces fuese mostrando Abdelaziz mas favorable á los cristianos, y á su vez los moros murmuraban de ello, y todo lo atribuian al influjo de Egilona, de quien decian que todas las mañanas colocaba en la cabeza de Abdelaziz una corona semejante á la que llevaba su primer marido Rodrigo, como para incitarle á que se alzara con el señorío de España. No por esto descuidaba Abdelaziz la conquista, sino que la adelantó hasta los estremos de la Lusitania á la costa del Océano, y sus caudillos corrieron toda la tierra Alguf (Norte) y Pamplona y montes Albaskenses, y allegaron muchas preciosidade-. Entonces dispuso Abdelaziz enviar las rentas de estos pueblos de España al califa en Siria, dándole además parte de los adelantos que se habian hecho. Como el *emir* ó *wali* (que significa *príncipe, gefe ó gobernador*) de España era una dependencia ó vicariato de Africa solian juntarse con las de esta las rentas de aquella. Hízose asi entonces y envió Abdelaziz con ellas diez diputados, y cuéntase que aprovechó Teodomiro esta ocasion para enviarlos tambien por su parte al nuevo califa Suleiman para que confirmase el tratado hecho con Abdelaziz, á lo cual accedió y aun se dice le aminoró el tributo.

Suleiman, sea que llegasen á él los rumores de los musulmanes contra Abdelaziz, sea que temiese que éste y sus hermanos que gobernaban en Africa quisiesen vengar el castigo que su padre Muza habia sufrido en Siria, al despedir para Africa y España á

los diputados, dióles órdenes secretas para que destruyesen y quitasen la vida á los tres hijos de Muza. Cabalmente el primero que abrió y leyó esas órdenes era el amigo de Muza y compañero de su hijo Abdelaziz, el caudillo Habib ben Obeida el Jehri, y lo mismo se prevenia al caudillo Zeyad ben Nabaa. Sorprendidos se quedaron con semejante órden; pero despues de lamentarse de la ingratitud que se mostraba á los hechos de Muza, se creyeron obligados á ejecutar las órdenes del califa (es decir, vicario de Mahoma). Temian sin embargo al pueblo y á los soldados que parece estaban á favor del emir; pero hicieron tomar cuerpo á los rumores de que arriba hablamos, pintaron á Abdelaziz como amigo de los cristianos y seducido por su muger Egilona, y aprovechando la ocasion en que aquel se hallaba en una casa de recreo cerca de Sevilla entró Zeyad con gente armada, y aunque muchos pelearon todavia por defenderle, le acribillaron y acabaron á lanzazos el año 97 de la egira (715 y 716). Cortáronle la cabeza y enterraron su cuerpo en el patio de la casa. La cabeza alcanforada la enviaron al califa de Damasco, siendo portador de ella el ya citado Habid el Fehri. Cuéntase que habiendo llegado Muza al palacio del califa al tiempo que éste examinaba la cabeza de Abdelaziz, tuvo la crueldad de preguntarle: «¿Conoces, Muza, esta cabeza?» Sí, contestó altivamente, la reconozco; la maldicion de Dios caiga sobre el asesino de mi hijo que valia mas que él.» Y salió del palacio, y marchó á Wadilcora, su patria, donde á poco tiempo murió oprimido de pena. Igual suerte que Abdelaziz sufrieron sus dos hermanos en Africa. Justo castigo, dicen los cronistas cristianos, con que Dios hizo expiar á Muza sus crueldades para con los fieles. Tarik tambien murió en la oscuridad y en la desgracia. «Parecia destino de los conquistadores de España, dice un historiador, perecer ingratamente recompensados por sus pueblos. Anibal y Escipion, Muza y Tarik, todos tuvieron un fin poco digno de sus gloriosos hechos,» gloriosos se entiende en concepto de aquellos en cuyo favor eran las conquistas. Nada se sabe de lo que fué de Egilona y casi la misma oscuridad se encuentra acerca de los principales personages godos de la última familia Real y que tanta parte tuvieron en la pérdida de España, como los hijos de Witiza, el conde Julian, el metropolitano de Sevilla Oppas etc., aunque los historiadores que de su fin hablan, le pintan como desastroso.

Como el califa no habia nombrado quien reemplazase á Abdelaziz quedó cerca de un año la España sin gobernador. Reuniéronse por tanto en consejo los principales muslimes y eligieron wali ó gobernador á Ayub ben Habib el Gahmi, primo hermano de Abdelaziz y esperimentado guerrero. Este trasladó la corte á Córdoba como punto mas céntrico; dividió la Península en cuatro grandes partes con los nombres de *al Guf* (Norte), *al Keblah* (Mediodía), *al Sharkya* (Oriente), y *al Garb* (Occidente), conservando aún este último nombre moro (Algarbe) una de las provincias occidentales de la Península, en lo que hoy es Portugal; visitó á Toledo y Zaragoza, oyó las quejas de los pueblos sobre las injusticias de los alcaldes y gobernadores, destituyó á muchos, puso órden en la administracion y parece se captó el afecto de cristianos, judíos y mahometanos. Entre Toledo y Zaragoza y sobre las ruinas de la antigua Bilbilis erigió una fortaleza que de su nombre se llamó *Calat-Ayub* (castillo de Ayub) donde despues se fundó la ciudad que actualmente se llama Calatayud. Pero poco gozó España de las ventajas de la tolerancia de Ayub; sabedor el califa de que era pariente de Muza, le depuso y nombró en su lugar á Alhaur ben Abderrahman, llamado comunmente El Horr ó Alahor en nuestras crónicas. Era violento y duro el nuevo emir y descargó su saña sobre moros y cristianos; y como era á la vez emprendedor y belicoso, fué el primero que se atrevió á pasar los Pirineos, ó al menos el primero que al frente de una espedicion formal franqueó la barrera oriental de aquellas montañas y penetró en la Galia gótica, en aquella Septimania que habia constituido una parte integrante del reino godo-hispano, y que despues de la catástrofe habia tenido que ponerse bajo la tutela de los duques de Aquitania. Habíanse refugiado allí gran número de cristianos

de la Península; pero El Horr difundió el terror y espanto en aquella comarca, y Narbona cayó en poder de los sarracenos; y por espacio de tres años, segun algunos, recorrió por un lado hasta Nimes y el Ródano, y por otro hasta el Garona; pero obligóle á regresar la noticia de una gran victoria de los cristianos del norte de la Península sobre un ejército musulman.

Respiremos un momento; ya el nombre cristiano empieza á detener las correrías de los árabes. Hemos visto con qué rapidez se apoderaron estos de nuestras mas bellas provincias; parecia que nada era capaz de detener el torrente devastador que desde Africa se habia precipitado sobre España. En medio de prodigios de valor todo lo iban arrollando los muslimes; las ciudades principales, aun despues de la mas viva resistencia, se veian precisadas á abrirles las puertas y quedar á merced del vencedor. Los cristianos veian por do quiera triunfante el estandarte del mentido profeta Mahoma, y no les quedaba otro arbitrio que ó sufrir las duras condiciones de los vencedores, ó morir en la pelea, ó huirse de una ciudad á otra, de un pueblo á otro pueblo; donde quiera divisaban ó creian divisar alguna mas seguridad, allí se refugiaban con cuanto tenian y podian llevar de mas valor y con los libros y santas reliquias.

El corazon se contrista al considerar tan repentino y funesto cambio, tan singular y espantosa revolucion que abatió en un momento «aquella soberana gloria de los godos, ensalzada por tantos siglos de contínuas victorias y estendida por toda Europa con grandeza de señorío (1).» «Cayó el reino y gente de los godos, no sin providencia y consejo del cielo, como á mi me parece, dice el P. Mariana (2), para que despues de tal castigo, de las cenizas y de la sepultura de aquella gente naciese y se levantase una nueva y santa España de mayores fuerzas y señorío que antes era.» Parece podria aplicarse aquí aquello de la Escritura Santa: *et cum iratus fueris, misericordiae memor eris.*

Con efecto: en medio de la ira que manifestaba el Señor en el castigo que permitió viniera sobre España mostró tambien su misericordia y bondad reservando un pequeño rincon de este país, entonces tan infortunado, y un hombre valeroso y esforzado que habia de ser el restaurador de la monarquía y de la Religion en nuestra patria. No, no habia muerto la España como nacion; «aun vivia, dice el señor Lafuente (1), aunque desvalida y pobre en un estrecho rincon de este poco há tan vasto y poderoso reino, como un desgraciado á quien han asaltado su casa y robado su hacienda, dejando solo un triste y oscuro albergue en donde los salteadores, con la algazara de recojer su presa, no llegaron á reparar.»

Luego que los cristianos españoles sufrieron el terrible desastre del Guadalete y vieron que cual espantosa inundacion se derramaban por todas partes los árabes; sobrecojidos de pavor y temiendo caer bajo el yugo de los conquistadores, buscaron su salvacion y asilo en las asperezas de los montes y al abrigo de los riscos de las regiones septentrionales, llevándose consigo, segun ya hemos dicho, toda la riqueza moviliaria, las alhajas de sus templos y los objetos mas venerandos de su culto. Obispos, sacerdotes, labradores, artesanos y guerreros, hombres, mugeres y niños huian despavoridos á las fragosidades de las sierras; unos se refugiaron en la Septimania, y otros se cobijaron en las breñas y sinuosidades de la gran cadena de los Pirineos; de la Cantabria y de Asturias; pero esta última comarca, situada á un estremo de la Península, fué el principal receptáculo de los fugitivos. País cortado en todas direcciones por inaccesibles y escarpadas rocas, hondos valles, espesos bosques y estrañas gargantas y desfiladeros, una de las postreras regiones del mundo en que lograron penetrar las águilas romanas, no muy dócil al dominio de los godos, contra el cual apenas cesó de protestar, dice un historiador, por espacio de tres siglos, parecióles á los

(1) Morales, lib. 12 de su Cron.
(2) Hist. de España, lib. 6, cap. 27.

(1) Hist. de España, p. 2, lib. 1.

acosados cristianos el pais mas á propósito para guarecerse con menos probabilidad de ser hostilizados, y con mas proporciones para atrincherarse y defenderse en el caso de ser acometidos. Benévola acogida encontraron en los rústicos é independientes moradores de aquellas montañas, y naturales y refugiados vivian en ellas, si no contentos, resignados al menos con su estrechez y privaciones, prefiriéndolas al goce de sus haciendas, á trueque de no verse sujetos á los enemigos de su fé y de su patria; y allí en medio de aquellos riscos y de entre un puñado de españoles y godos, restos de la monarquía hispano-goda confundidos ya en el infortunio bajo la sola denominacion de cristianos y españoles, allí se concibió el grande, glorioso y salvador pensamiento de recobrar la nacionalidad perdida, de enarbolar el estandarte de la fé, y á la santa voz de Religion y patria sacudir el yugo de las armas sarracenas. Lejos estarian de imaginárselo los musulmanes, pues tan poco se habian cuidado de la conquista de un pais que sobre ser de difícil acceso debió parecerles pobre y miserable cotejándolo con las fértiles campiñas del Oriente y Mediodía que acababan de conquistar; quiza ni aun pensaban siquiera pudiera abrigarse en aquellas montuosas guaridas gente de algun valer. Contentáronse durante el gobierno del cuarto wali Ayub con enviar algunos destacamentos á la parte llana de Asturias, apoderándose fácilmente de las aldeas y puertos de la costa por haberse retirado sus moradores á lo mas fragoso de sus bosques y breñas, y pusieron en Gijon, llamado entonces Gegio ó Gigio, un gobernador que nuestras crónicas llaman Munuza y que sin duda seria el Othman ben Abu Neza.

Faltábales, sin embargo, á los cristianos reunidos en aquellas asperezas un gefe, un caudillo capaz por sus relevantes prendas de guiarlos en la grande y atrevida empresa que concebido habian; pero la Providencia se le deparó en Pelayo, noble godo, hijo de Favila, antiguo duque de Cantábria y de la sangre Real de Rodrigo. Habia sido conde de los espatarios, ó sea de la guardia del último monarca; peleó heróicamente en la batalla de Guadalete, y la fama de sus proezas, y la gallardía de su persona, y la nobleza de su alcurnia, todo contribuyó á que los asturianos y los refugiados en Asturias se agruparan en derredor suyo y le aclamaran unánimemente por gefe y capitan de aquella grey de fervorosos cristianos, mas provistos de entusiasmo y de fé que de armas y materiales medios para la defensa (1). Peligroso era el cargo que se le confiaba, pero á fuer de hombre religioso y de buen patricio y de esforzado ánimo, lo aceptó y dió principio á la obra derramándose aquellas gentes por las comarcas vecinas de Cangas de Onis, llamadas entonces Cánicas.

Disponiéndose estaba para penetrar con sus agarenas huestes en la Galia Gótica el wali El Horr cuando llegó á sus oidos la noticia del levantamiento de Asturias; pero dándole al parecer poca importancia encargó á su lugarteniente Alkamah la empresa de sujetar los astures. Marchó pues Alkamah con un ejército respetable que segun las crónicas constaba de muchos miles de hombres. Súpolo Pelayo, y no juzgando conveniente esperar en Cangas á la hueste sarracena se retiró con todo el pueblo hácia el monte Auseba, cobijándose las mugeres, ancianos y niños en lo mas fragoso de los bosques y sierras, mientras los hombres de armas tomar se situaban en las alturas y colinas desde donde mejor pudieran ofender á los enemigos que se atrevieran á penetrar por aquellos desfiladeros.

Al Oriente de Cangas y al estremo de un valle sombrío y estrecho, que torciendo un poco hácia el Occidente forma una cuenca limitada por tres cerros, levántase una enorme roca de ciento veinte y ocho pies de elevacion, en cuyo centro hay una abertura natural que constituye una caverna ó gruta, ahora como entonces llamada por los naturales la cueva de Covadonga. A ella se retiró Pelayo con cuanta gente de armas podia caber en aquel áspero recinto, colocando la restante en las alturas y bosques que cierran y estrechan el valle regado por el rio Deva, y allí esperó con serenidad al enemigo, contando mas con la proteccion del cielo que

(1) Lafuente, Parte 2, l. 1.

con sus fuerzas. Cuentan muchos de nuestros historiadores que en la caverna de Covadonga se hallaban depositados las alhajas, reliquias y libros santos que los fugitivos españoles habian logrado salvar en su huida de la rapacidad musulmana, y aun añaden que ya era ermita dedicada á la Santísima Vírgen, y que por eso la llama el obispo don Sebastian cueva de Santa María. Es natural que Pelayo alentára á su gente y la animára para acometer la empresa que habian concebido; y así Mariana pone una estensa arenga que dice les hizo, y que en sustancia era la siguiente:

«Conviene (les dijo) obrar con presteza y valor, para que los que tenemos la justicia de nuestra parte sobrepugemos tambien á los contrarios en el esfuerzo. Cada una de las ciudades tiene guarnicion de moros, pero muy escasa en la actualidad; los moradores y ciudadanos son nuestros, y todos los hombres valientes de España desean tomar parte en la grande empresa que acometemos. Seguro estoy de que no habrá alguno que merezca el nombre de cristiano, que no venga luego á nuestro campo. Por nuestra parte, avivemos con corazon atrevido la esperanza de recobrar la libertad en los ánimos de nuestros hermanos. Las fuerzas de los enemigos se hallan derramadas por muchas partes, y su atencion asi como su ejército principal se hallan concentrados en la nacion vecina. Empuñemos pues las armas con esfuerzo y valor, y no desperdiciemos esta buena ocasion para pelear por la antigua gloria de España, por nuestra santa Religion, por nuestros hijos, esposas y parientes, que gimen en una indigna y gravísima servidumbre. Pasada cosa seria referir sus ultrajes, nuestras miserias y trabajos, y cosa muy vana encarecerlas con palabras, derramar lágrimas, despedir suspiros. Lo que hace al caso es aplicar algun remedio á la enfermedad que nos aqueja, dar muestra de nuestra nobleza, y acordarnos de que somos nacidos de la nobilísima sangre de los godos. La prosperidad y regalos nos enflaquecieron é hicieron caer en tantos males; preciso es pues que las adversidades y trabajos nos aviven, y despierte en nuestros corazones el valor de nuestros antepasados. Direis tal vez que es cosa árdua y penosa acometer los peligros de la guerra: mas ¿cuánto mas pesado es que vuestros hijos y mugeres, hechos esclavos, sirvan á la deshonestidad de los enemigos? ¿No es un entrañable dolor, y la suma del infortunio el veros despojados todos los dias de vuestras vidas y haciendas, segun se le antoja á vuestros tiranos? Tal vez el amor á vuestros bienes, y el deseo de la quietud os entretiene; pero os engañais si pensais que los particulares pueden conservar sus fortunas en esta calamidad, destruida y asolada que sea la república: la fuerza de esta llama devoradora, á la manera que el fuego pasa de unas casas á otras, irá consumiéndolo todo sin dejar cosa alguna en pie. ¿Poneis la confianza en la fortaleza y aspereza de esta comarca? A los cobardes y descuidados ni aun los mas fuertes castillos les bastan para defenderse del enemigo. Y aun cuando los sarracenos no os acometiesen, ¿cómo podria esta tierra, pobre y estéril, sustentar tanta gente como se ha acogido á ella? Acaso el corto número de nuestros soldados os hace temer; mas debeis acordaros de los tiempos pasados y de los trances variables de las guerras por los cuales sabeis que la victoria no es de los muchos sino de los esforzados. A Dios, á quien teniamos irritado antes de ahora, y al presente creo habremos aplacado, fácil cosa es y aun muy usada deshacer gruesos ejércitos con las armas de pocos. ¿Teneis por mejor conformaros con el estado de envilecimiento presente, y por acertado servir á un enemigo siempre infiel á sus tratados, como si de gente bárbara pudiera esperarse constancia en sus promesas? ¿Pensais que tratamos con hombres razonables y no con bestias fieras y salvages? Por lo que á mi toca estoy determinado con vuestra ayuda á acometer esta empresa aunque árdua y peligrosa, por el bien comun de mi patria; y tambien, en tanto que viviere, á mostrarme enemigo irreconciliable no solo de estos bárbaros, sí que tambien de cualquiera de los nuestros que rehusase tomar las armas en esta guerra sagrada, resuelto á vencer ó morir como buen español antes que sufrir una vida tan miserable, de tanta afrenta y desventura. El rigor de los castigos hará entender á los cobardes que no son los ene-

migos á los que mas deben temer.»

Grande entusiasmo y lágrimas de ternura, al decir de Mariana, produjeron estas ó semejantes sentidas palabras en aquella pequeña porcion de fervorosos cristianos; pero como quiera que se retiraran á Covadonga, creyó Alkamah que llenos de pavor y miedo huian de su presencia sin ánimo de esperarle y mucho menos de hacerle frente. Orgulloso, pues, y confiado el caudillo árabe, hizo avanzar su ejército encajonado por aquella cañada, no pudiendo presentar sino un frente igual al que oponian los refugiados en la cueva, quedando espuestos sus inmensos flancos á los ataques de los que en las colinas laterales se hallaban emboscados. Entonces comenzó aquel ataque famoso, cuya celebridad durará tanto como dure la memoria de los hombres (1). Las flechas que los árabes arrojaban solian rebotar en la roca y herir de rechazo á los infieles, mezcladas con las que desde la gruta lanzaban los cristianos. Al propio tiempo los que se hallaban apostados entre las breñas hacian rodar á lo hondo del valle enormes peñascos y troncos de árboles que aplastaban bajo su peso á los agarenos y les causaban horrible destrozo. Apoderóse el desaliento de los musulmanes tanto como crecia el ánimo de los cristianos, á quienes vigorizaba la fé y alentaba la idea de que Dios peleaba por ellos. Cuando Alkamah vió sucumbir á su compañero Suleiman, intentó ganar la falda del monte Auseba, y ordenó la retirada; pero unos á otros se estorbaban en aquellas angosturas. Levantose entonces una gran tempestad que vino á aumentar el aspecto y terror en los que ya iban de vencida. El estampido de los truenos, cuyo eco retumbaba con pavoroso estrépito por aquellos montes y riscos, la lluvia que se desgajaba á torrentes, las peñas y troncos que de todas partes caian sobre los árabes, lo movedizo del suelo que con la lluvia se ablandaba y hundia bajo los pies de los que habian logrado ganar alguna pendiente y que caian resbalados por aquellas pequeñas sendas sobre los que se rebullian confusos en el valle y que perecian ahogados en las desbordadas aguas del Deva; todo contribuyó á hacer creer á los soldados de Mahoma que hasta los montes se desplomaban sobre ellos. Déjase conocer seria horrible la mortandad; hay quien afirma no haber quedado un solo musulman que pudiera contar el desastre; Sebastian de Salamanca supone murieron en la primera refriega ciento veinte y cuatro mil moros, y que perecieron aplastados por la colina que se desgajó los sesenta y tres mil restantes; lo mismo dicen el monge de Silos y en nuestros dias el canónigo Ortiz; D. Rodrigo de Toledo dice perecieron en la primera pelea veinte mil moros y despues en la retirada una grandísima muchedumbre, *máxima multitudo*. Como quiera que sea, ello es innegable que la mortandad fue enorme; por mucho tiempo cuando las crecientes del rio descarnaban las faldas de las colinas, se descubrian los huesos y armaduras de los soldados sarracenos (1); el triunfo cristiano fué glorioso y completo. En medio de la vega de Cangas una capilla con la advocacion de la Santa Cruz muestra todavía el sitio en que ya se atrevió Pelayo á atacar en campo raso á sus diezmados enemigos. Aconteció este famoso suceso en el año 99 de la egira, 718 de Jesucristo.

Refieren Morales, Mariana, Ortiz y otros que antes de comenzar la lucha, deseando el gefe moro conseguir su intento sin riesgo ni menoscabo de su gente, y luego quitar á los cristianos cuanto tenian, pues llegó á sus oidos que guardaban alli inmensos tesoros recogidos de toda España, procuró por medio del tristemente célebre Oppas (de quien así como de los hijos de Witiza dicen iban con los moros y que perecieron en la refriega ó fueron muertos por los mismos árabes creyéndolos traidores), venir á trato con Pelayo, y hasta descienden á contar los términos en que Oppas le habló y los en que le respondió aquel. Para no omitir nada notable ó curioso, vamos á transcribirlos aquí, si bien algunos escritores dicen que el dar así esos

(1) Lafuente, p. 2, l. 1.

(1) Lafuente, Hist. p. 2, lib. 1.

historiadores tales discursos y á la letra lleva en sí un sello de falsedad tan evidente que avergüenza hablar de ello.» Pudo sin embargo muy bien haber habido esa especie de parlamento, y es fácil conocer que al dar los historiadores esos discursos ó arengas mas bien que referir literalmente las palabras que se pronunciaron, refieren la sustancia ó lo que fuera mas probable se dijeran. Cuentan pues que Oppas habló de esta manera á Pelayo: «Cuanta haya sido la gloria de nuestra nacion, ni tú lo ignoras, ni hay para qué referirlo al presente. Por gran parte de la tierra estendimos nuestras armas: á los romanos, señores del mundo, quitamos la España: sujetamos y vencimos con nuestro esfuerzo naciones fieras y bárbaras; pero últimamente hemos sido vencidos y avasallados por los moros, y para muestra de la inconstancia de la felicidad humana, de la cumbre de la bienandanza, donde poco há nos hallábamos, hemos caido en el último grado de la desventura. Si cuando tan poderosos y fuertes éramos, no pudimos resistir á sus armas, dime, ¿podremos ahora esperar el vencer? Por ventura esas alturas en que en corto número os hallais parapetados á manera de bandidos, ¿serán fortaleza bastante para libraros de un ejército de sesenta mil hombres? Los pecados sin duda de España, con que tenemos irritado á Dios, que parece no estar aun harto de nuestra sangre, os ciegan los ojos para que no veais lo que os conviene. Si el suceso de la pasada guerra no os lo diera á conocer bastantemente, la presente loca intentona lo mostrara. Apartaos pues de este desvariado propósito, en tanto que hay esperanza de perdon y de clemencia; deponed las armas; y en cambio de las afrentas, ultrajes, servidumbre y muerte, que será el pago de esta locura, si la llevais adelante, estoy autorizado para ofreceros grandes honras y empleos como premio de vuestra obediencia.» —A estas seductoras palabras del obispo de Sevilla dicen contestó Pelayo con tanta energía como enojo: «Oh indigno prelado de la Iglesia: tú y tus parientes los hijos de Witiza, sois los que debeis temer la venganza divina, aun cuando por algun breve espacio de tiempo las cosas fueran á medida de vuestro deseo. Vuestras maldades y perfidias son las que tienen á Dios airado: todos los lugares sagrados se ven por vuestra causa profanados en nuestra patria, y todas las cosas santas en el mayor desprecio y envilecimiento. Vuestra locura y malignidad ha llegado hasta el punto de poneros de parte de esos infieles bárbaros, nuestros opresores y verdugos, que tanta sangre cristiana han derramado. Empero, estas maldades no quedarán impunes ni ante Dios, ni ante los hombres, porque vivos y muertos sereis antes de poco severísimamente castigados: tú empero mas que todos, pues olvidado de tu deber y dignidad, has sido el principal atizador de estos males, y ahora sin pudor te atreves á amonestarnos á bajar nuestras cervices al insoportable yugo de la servidumbre. Nosotros ni creemos que Dios haya cerrado sus oidos á nuestros ruegos, ni que su corazon está tan distante de ayudarnos, para tener necesidad de confiar en tus mentidas promesas; antes tenemos por cierto que el Señor trocará sin dilacion la grandeza del castigo pasado en benignidad y proteccion. Y caso de que no considerándonos bastantemente castigados y afligidos, no quisiera socorrernos, resueltos estamos á buscar en los combates el término de tantos males, y cambiar como esperamos esta vida desgraciada por la eterna felicidad.»

Séase empero lo que fuere de estos discursos, el hecho fué la derrota de la morisma. «Admiremos aqui, diremos con el señor Lafuente, los altos destinos del que rige los pueblos y tiene en su mano los destinos de las naciones. El inmenso poder de aquellos godos á cuyo pujante brazo no habia podido resistir el coloso de Roma, de aquellos godos vencedores de cien pueblos, dominadores de España, de Africa y de la Galia, vióse reducido á un puñado de montañeses guarecidos en un rincon de esta Península, dentro de una cueva, capitaneados por un caudillo, en cuyas venas corria mezclada y confundida la sangre goda y la sangre española. Y del corazon de aquella gruta habia de salir un poder nuevo, que habia de luchar contra otro pueblo gigante, y habia de ser el fundador de un estado que con el tiempo habia de dominar dos mundos. Pelayo, cobijado en la caverna de Covadonga, seméjasenos á la semilla

desprendida de un árbol viejo cortado por el hacha del leñador, que encarcelada dentro del hueso ha de romperle, brotar, desarrollarse, crecer, fructificar y formar con el tiempo un árbol mas lozano, robusto y vigoroso que el que le habia engendrado, y cuyas ramas se han de estender por todo el universo.»

No es mucho pues que á vista de tan asombroso acontecimiento vieran en él nuestros mayores un prodigio del Señor ó contaran mil hechos prodigiosos acaecidos en Covadonga. Acúsase á las veces á nuestros antiguos cronistas de atribuirlo todo á la intervencion de Dios, de la Sma. Virgen y de sus Santos; pero en cambio los que á esto llaman fanatismo pretenden esplicarlo todo por causas naturales y no ven en nada la intervencion del cielo. No pretendemos nosotros sostener como ciertas todas las relaciones que se hacen de hechos que se citan como milagrosos; la Religion no ha menester de mentidos prodigios, y lejos de necesitar que se inventen lo reprueba y condena; pero tampoco podemos menos de censurar á los que, al oir el nombre de milagro, con solo esto y sin mas discernir ni averiguar, todo lo niegan y lo tachan de fanatismo. Viniendo al suceso que nos ocupa, vamos á copiar todavia otro párrafo del señor Lafuente que no podrá ser tenido como sospechoso en este punto. Dice así: «Aunque el memorable triunfo de Covadonga se esplique como lo hemos visto, por sus causas naturales, preciso es no obstante reconocer en aquel conjunto de estraordinarias y portentosas circunstancias algo que parece esceder los límites de lo natural y humano. En pocas ocasiones ha podido ser mas manifiesta para el hombre de creencias religiosas la proteccion del cielo. Por lo mismo no nos maravilla que los escritores de una edad de tanta fé lo dieran todo al milagro y á la mediacion de la Virgen María, cuya imágen habia llevado consigo Pelayo á la cueva. Las historias árabes refieren tambien el suceso con asombro, no disimulan haber sido horrible la matanza, y hacen justicia al valor y á la audacia de *Belay el Rumy* (Pelayo el Romano), como ellos le nombran (1). El gobernador de Gegio, Munuza, sabedor de la derrota de los suyos y de la muerte de Alkamah, no se contempló seguro en Asturias y retiróse hácia la España oriental. Algunos cronistas cristianos afirman haber sido alcanzado y muerto en la vega de Ovalle por el héroe mismo de Covadonga, acaso pudo creerse así entonces; mas este relato lo contradicen los posteriores hechos de Munuza. Quedó no obstante con esto todo el territorio de Asturias, comprendido entre los montes y el mar, libre de soldados sarracenos. En el entusiasmo de la victoria los asturianos apellidaron rey á Pelayo; principio de una nueva monarquía, de la monarquía española, porque la religion y el infortunio han identificado á godos y romano-hispanos, y no forman ya sino un solo pueblo; y Pelayo, godo y español, es el caudillo que une la antigua monarquía goda, que acabó en Guadalete, con la nueva monarquía española que comienza en Covadonga. A la salida de esta célebre cueva hay un campo llamado todavia de *Repelayo* (síncope sin duda de Rey Pelayo), donde es fama tradicional que se hizo la proclamacion levantándole sobre el pavés; y nada mas natural que este acto de recompensa de parte de aquellas gentes hácia el valeroso caudillo que las habia conducido á la victoria en el primer sitio en que pudo hacer alto el ejército vencedor. A una legua junto al pueblo de Soto se halla el *Campo de la Jura*, donde hasta el siglo presente iban los jueces del concejo de Cangas á tomar posesion de la vara de la justicia. Respetables y tiernas prácticas tradicionales de los pueblos, que recuerdan con emocion la humilde y gloriosa cuna en que nació el legítimo principio de la autoridad (1).»

Despues de leido este párrafo no se estrañará ya tanto la siguiente relacion que hace Morales en el libro XIII de su Crónica de España: «...El caer sobre los moros las piedras y saetas cosa natural era, pues habian de resurtir dando en la peña ó en cualquiera otro amparo que los cristianos tu-

(1) Sabido es que los árabes llamaban *romano* á todo el que no fuese árabe, ó acaso godo puro. Tambien significaba el *cristiano*, el *estrangero*.

(1) Lafuente, p. 2, lib. 1, t. 3, pag. 67.

viesen puesto á la boca de la cueva. Mas caer con tanta violencia, que hiriesen y matasen, era milagrosa fuerza del cielo. Asi el obispo Sebastiano atribuye espresamente este milagro á la sacratísima Vírgen María nuestra Señora, cuya iglesia aquellos infieles con tanta violencia profanaban; y aun mas claramente lo dice el obispo de Beja, y el de Astorga sigue al de Salamanca. «Que «cuando Dios es servido amparar los suyos, con las manos de sus enemigos puede, si le place, hacer como entonces la defensa.» Atónitos los moros con su estrago, que ellos mismos en sí hacian, desmayaron de manera que dejando el combate sin ningun concierto se comenzaron á poner en huida. El rey, animado con el milagro, y con el desbarato que obraba, y con esfuerzo que Dios en su corazon ponia, descendió de la santa cueva con los suyos, dando en sus enemigos por las espaldas. Luego se comenzó la pelea á la iguala por la estrechura del lugar; mas Dios era el que verdaderamente daba la gran ventaja á los pocos con la turbacion y miedo que habia puesto en aquella multitud.... Los otros sesenta y tres mil, que huyeron por otra parte....yendo por la montaña que está sobre el rio Deba del pago de tierra llamado Casagadia, con espantoso milagro la montaña se arrancó por sus raices, y acostándose hácia el rio tomó debajo los mas de los moros. Espanta la multitud que el obispo Sebastiano señala, pues dice que fueron sesenta mil los hundidos de esta manera. Y para que no haga el milagro tanta maravilla que parezca increible, pide que traigan los lectores á la memoria los que Dios obró contra los egipcios en el mar Bermejo. Dá tambien otro testimonio del milagro diciendo que cuando el rio Deba crece en el invierno, y arranca alguna parte de aquella ribera, se descubren armas y huesos de los moros que allí perecieron. Al de Salamanca siguen los dos obispos de Beja y Astorga en contar todo esto con sus particularidades, poniendo, como suelen, sus mismas palabras. Y quasi lo mismo hacen los dos mas nuevos de Toledo, y de Tuy, y la general con ellos. Los asturianos cuentan como cosa muy cierta entre ellos que al rey D. Pelayo se le apareció el dia de la batalla una cruz en el cielo; y así con el esfuerzo de tal empresa, tomando una cruz no pequeña de roble por estandarte, siguió la victoria que del cielo se le mostraba; y de la misma cruz usó despues por bandera en toda la guerra con los moros. Esta cruz está agora en la Cámara santa de la iglesia de Oviedo, cubierta riquísimamente de oro y piedras preciosas. Y aunque la adornó así con tan gran riqueza el rey D. Alonso III, llamado el Magno,... la cruz se llama siempre del rey D. Pelayo. Y los de Cangas me lamentaban á mí cómo les llevó el Magno de la iglesia de Santa Cruz, que está cabe su pueblo, aquella cruz, que reverenciaban como gran reliquia! Y cierto se puede bien creer que el alcance de los moros duró hasta aquellas anchuras del valle de Cangas y que allí fué la mayor matanza, y el cumplimiento de la victoria y triunfo de la cruz. Todo parecerá mas cierto, quando luego con gran testimonio se viere cómo el rey D. Favila, hijo de D. Pelayo, edificó aquella iglesia de Santa Cruz en memoria de estas victorias que con el divino estandarte se alcanzaron. Y es bien creible que dió el rey por este milagro la advocacion á la iglesia, y que dejaria puesta dignamente en ella la misma cruz que su padre habia traido en la guerra.»

Viniendo ya á anudar el hilo interrumpido de nuestra historia, el rey Pelayo, despues de estas victorias comenzó á entender en dar muchas gracias á nuestro Señor por ellas y en reparar las iglesias y todo lo del culto divino. La fama del triunfo de Pelayo fué atrayendo á aquel primer asilo de la libertad de la patria á los cristianos de las vecinas comarcas que abandonando sus hogares y haciendas acudian ansiosos de vivir entre aquellos esforzados montañeses que tenian la misma fé y hablaban la misma lengua que ellos. Creció con esto la poblacion, y á medida que esta crecia y la seguridad iba infundiendo aliento á los moradores de las montañas, iban ellos descendiendo á los valles y á los llanos. La necesidad y la conveniencia les prescribia ocuparse en desmontar terrenos incultos, en labrar los campos, en apacentar sus ganados, en edificar templos y casas, en ensanchar el recinto de sus pequeñas aldeas, y en aplicar cada cual su industria para irlas fortaleciendo, debiendo ser la villa de

Cangas, destinada á ser la capital de aquel entonces diminuto reino, una de las que recibieron mas agregaciones. Entretanto era natural que Pelayo se dedicase en aquel período de paz á ejercitar á sus soldados en el manejo de las armas y á dar á su pueblo una organizacion á la vez militar y civil, cual lo es ordinariamente la de los pueblos nacientes que conquistan su existencia por la guerra y tienen que sostenerla con la espada. No nos dicen las historias diese Pelayo nuevas batallas; contentaríase quizá con ligeras escursiones en los puntos mas vecinos, y obraria prudentemente para no esponerse en acciones que habrian sido peligrosas; bastábale formar el núcleo de la nueva monarquía y dedicarse á consolidarla y robustecerla en los diez y nueve años que reinó, al cabo de los cuales falleció pacíficamente en Cangas, en el año 737, siendo sepultados los restos mortales del ilustre restaurador de la independencia española en Santa Eulalia de Abamia (antes Velamia), á una legua de Covadonga, junto con los de su muger Gaudiosa, sucediéndole en el reino su hijo Favila, por consejo y determinacion de los grandes.

Por lo que á los moros hace ó no dieron la importancia que debieron á la derrota que sufrieron en Asturias, ó lo que quizá sea mas probable se hallaban harto ocupados en la empresa de posesionarse de la Septimania gótica y harto divididos entre sí, ó no tendrian tropas para acudir á todas partes. Dijimos que tal vez esta noticia de lo ocurrido en Asturias obligó á El Horr á regresar á la península de su espedicion á la Narbonense; pero la dureza con que á todos trataba y las esacciones que imponia levantaron un clamor general que llegó á oidos del califa el cual le destituyó y mandó salir de España el año 103 de la egira, 721 de Jesucristo (1), y nombró en su reemplazo á Alsamah-ben-Melek, el Zama de nuestras crónicas, el cual murió en el cerco de Tolosa de Francia. Sucedióle Abderrahman el Gafeki y á este Ambisa ben Sehim... Pero suspendamos aqui esta relacion, pues ya en el cuerpo de nuestra historia y en las notas que en varios lugares hemos añadido, tenemos dicho lo bastante para nuestro propósito.

Sin embargo, nos ha parecido conveniente insertar aqui lo mas notable de una disertacion que con el título de digresion publica Ortiz en su Compendio de la historia de España, relativamente al rey Pelayo, y añadir luego dos discursos leidos recientemente en la Academia de la Historia que versan sobre la época de la dominacion de los árabes en España.

Digresion importante contra varias dificultades que algunos modernos hallan en la cronología de los primeros reyes de Asturias. — (*Estracto*).

Don José Pellicer de Ossan, cronista que fué de los reyes Felipe IV y Cárlos II, puede ser llamado el Hardouim de España por su ciega manía de decir cosas nuevas y sostener paradojas. Desde que don Alonso III, y el monge de Albelda escribieron sus inapreciables cronicones hácia el año de 880, ningun historiador osó poner en duda las noticias que ambos venerables autores nos trasmitieron acerca de la eleccion de don Pelayo en rey de Asturias, célebre batalla de Covadonga y principios de la nueva dinastía, con los años en que sucedieron. Esto es precisamente lo que pretendo confutar en esta digresion. En el empeño no produciré cosas nuevas, sino solamente me ceñiré á quitar estorbos y fantasmas visionarias de Pellicer, abultadas y multiplicadas por el P. Masdeu y por don Vicente Noguera, ambos beneméritos en la historia de España. Me ha sido sensible que estos sábios se dejasen arrastrar de los estravíos pellicerianos en este argumento, y mucho mas que

---

(1) Para buscar la relacion entre los años árabes ó de la hegira y los cristianos debe tenerse presente que la hegira comienza en el primer dia de moharren, que es el primer mes del año árabe, que corresponde al 16 de julio de J. C. Así pues hay que comparar los dos calendarios, comenzando á contar el primero de los árabes por el 16 de julio de 622 de Jesucristo, teniendo presente que el año arábigo no es solar como el cristiano, sino lunar de 354 dias, 8 horas y minutos, y que la diferencia de diez ú once dias en un año, viene á ser considerable á la vuelta de un siglo, puesto que 97 años solares equivalen casi á cien años lunares. Masdeu en el tomo IV de la España árabe pone unas tablas muy copiosas y curiosas de la correspondencia entre los años árabes y cristianos.

se empeñasen en sostenerlos á toda costa, singularmente el segundo en su *Ensayo cronológico*, publicado en el tomo 5.° de la Historia de Mariana, en cuyas *ilustraciones* me precedió. Pero la fuerza de la verdad que siguieron nuestros historiadores hasta Pellicer (que hurtó en parte su errado dictámen al autor de la *Historia de Bearne*) no me dá libertad para que deje correr sus errores.

Quien oiga que el Sábio Noguera estuvo á punto de negar la existencia de don Pelayo, no dudaria tendria urgentísimas pruebas y los mas indubitables argumentos para empeño tan árduo. Sin embargo, ninguno produce, ningun testimonio positivo nos presenta; todo su fundamento se reduce al negativo, de que Isidoro Pacense, siendo autor coetáneo á don Pelayo, ni siquiera le nombra en su Cronicon, concluido en el año 754, refiriendo en él no pocas impertinencias.

Saben los eruditos que el argumento negativo y de un autor solo, aun coetáneo, no puede prevalecer contra el afirmativo y positivo de muchos de tanta autoridad y crédito, aunque sean algo posteriores á los sucesos que omite el primero y refieren los otros. Las leyes de la historia lo decretan, y ningun historiador lo niega, aun el mismo autor del *Ensayo*; pues á no ser así, quedaríamos escesivamente mendigos en historia por haber perecido en los siglos oscuros y belicosos innumerables escritos. El fundamento de este cánon crítico es que los historiadores que cuentan hechos anteriores á su siglo, se supone tuvieron á la vista memorias de los tiempos en que sucedieron. Sin estos auxilios, ¿quién ha de tomar la pluma para escribir historia de lo pasado? ¿Y quién, que no sea temerario, negará los tuvieron el Albeldense y don Alonso III en la composicion de sus Cronicones? Bajo de supuesto tan seguro, necesariamente deben ser ambos monumentos en lo positivo y afirmativo de tanta autoridad como el Pacense. Diré mas, que la de don Alonso le es mas preferible, pues como rey de Asturias habia de tener en sus archivos y de Oviedo y Covadonga todo lo historiado hasta sus dias, y aun las relaciones originales. No alcanzo pues yo con qué fundamento ni verosimilitud nos intenta persuadir que don Alonso escribió su Cronicon «sobre noticias »que se conservarian en la memoria de los »ancianos de aquel siglo que debieron oir»las á sus mayores, hijos ó nietos de los »que concurrieron á la eleccion de don Pe»layo.» Recelo que estas palabras, demasiadamente libres, están dichas con cautela y como preparando los ánimos de los lectores para la desconfianza. Confiesa sin embargo su autor mismo que la autoridad de este Cronicon (la del Albeldense, que se escribió al mismo tiempo) y la de varias escrituras ó privilegios, «es tan recomen»dable, que seria temeridad punible negar»les el crédito: asi el silencio del Pacense »no me obliga á negar la existencia de don »Pelayo, ni la victoria de Covadonga: res»peto una tradicion nacional que hallo con»sagrada desde los principios del siglo IX »en los anales de la nacion.»

Por fin, no es malo que este crítico nos deje salva la existencia de don Pelayo (aunque casi de gracia, «y respetando la tradicion nacional») y paréceme puedo decir con mas derecho *que es una temeridad punible* que un erudito llame *tradicion* á una de nuestras mejor fundadas historias y mas indubitables en los anales de la nacion. Vemos que con espresion tan atrevida procura confirmar lo antes prevenido, que don Alonso III compuso su «Cronicon sobre noticias que se conservarian en la memoria de los ancianos de aquel siglo etc.» Arguyámosle por sus mismas razones. Dice con Pellicer «que el levantamiento de don Pelayo en rey y la »batalla de Covadonga no sucedieron has»ta despues del año de 754 en que cerró »su Cronicon Isidoro Pacense.» ¿Cómo habia de indicarlas en él este autor si no habian sucedido?

Estriba, pues, toda la fuerza de estos críticos en el argumento negativo, y no de muchos autores, sino del único Pacense; pero todos saben su debilidad en el caso presente. Para mejor persuadirse de ella, diremos algo de lo que de este Cronicon sintieron hombres muy eruditos; pues para notar todos sus errores y defectos seria menester un exámen demasiadamente prolijo. Era menester anotar sus equivocaciones, sus lacunas, sus incoherencias, sus omisio-

nes, y aun siendo tan breve sus superfluidades y redundancias. Esto aun perdonándole su latin en estremo bárbaro. Haria notable servicio á nuestra historia quien acopiase los mas códices que pudiese de este Cronicon, los compulsase cuidadosamente entre sí, y con los impresos que ya teñemos le pusiese las advertencias que necesita, coordinase las Eras y dislocaciones, y descifrase (si es posible) lo que su autor quiso decir á muchos lugares tenebrosos que necesitan de un nadador como Delio. De este Cronicon decia Vaseo: *Isidorus Pacensis Episcopus etiam scripsit Chronicon Hispaniae, cujus si esset illud quod illius titulo praenotatum vidi, portentum potius dixerim quam Chronicon: adeo prodigiose scribit, et gothice potius quam latine. Certe mihi, tanquam in novo quodam et inaudito idiomate desudandum fuit ut intelligerem.* Andres Resende dice tambien: *Floruit Isidorus, Pacensis cognominatus, cujus opuscula horrido parumve culto sermone, eaque imperfecta, et mendis senticosissimis scatentia circumferuntur.* Aquí parece que Resende vió mas de una obra del Pacense, pues habla en plural *opuscula*. Todavía es mas acre el juicio que de este Cronicon hizo Mariana; ni lo es menos el de Berganza y otros. Ferreras no se atrevió á imprimirle entre los que publicó en su tomo XVI, escusándose con que «necesitaba de un cirujano docto que le curase las heridas envejecidas del tiempo y copiantes.» Florez le ha sanado algunas; pero le han quedado internas, incurables sin el auxilio de muchos códices manuscritos; cosa que meditaba don Manuel Abella, y murió sin haberla comenzado. Aun así seria siempre un escrito informe, como falto de párrafos enteros en algunos de los códices ya descubiertos. Considérese pues de qué momento podrá ser el silencio del Pacense como le tenemos, para que Pellicer, Masdeu y Noguera le tomen por escudo en su empresa. Un opúsculo de tales circunstancias ¿deberá ser tan atendido que creamos que lo que no diga, no ha sucedido en el mundo por mas que lo digan otros mas hábiles y esactos?

Ferreras fué de parecer que, hallándose este Cronicon conocidamente falto en algunos lugares, y en otros verosímilmente con Eras trastornadas, y no pocas lacunas, pudo en alguna de estas el autor hablar de don Pelayo, y si no queria ingerir allí todas las acciones de su vida, por haberlas escrito ya en otros opúsculos, de que luego trataremos, remitirse á ellos. A resolucion tan prudente llama Noguera *vaga* é *infundada*. Basta que Noguera lo diga: pero ¿qué nombre podria Ferreras dar á la suya? Sin duda la pudiera llamar *evidentemente falsa*. Díganos este sábio: ¿por qué entre las Eras 754 y 756 del Chronicon nos falta ó debia estar la 755 y tratar en ella lo que dice Ferreras? A la verdad su proclamacion pudo muy bien haber acontecido el año de 717, y este es mi dictámen, uno antes de la batalla de Covadonga. ¿Por qué despues de la palabra *pompizando* de la era 750, donde hay lacuna en todos los ejemplares y falta de coherencia en el contesto, no pudo referirse la retirada de Pelayo á las Asturias? Lo cierto es que desde allí deja pendiente y cortada la narrativa del viage de Muza á Damasco y su primera audiencia del califa, y se derrama en una importuna digresion acerca de Teudimer y Atanagildo, continuándola desde el año 712 hasta el 742, y despues de tan larga série de años concluye lo de Muza, retrocediendo treinta años. ¿Es pues cosa estraña que un escritor tan poco módico como este deje cosas olvidadas, ó bien que por lo depravado de las copias hayan desaparecido?

Lo pobre y diminuto de su crónica lo conoció el autor mismo aun entonces que no padecia los achaques y quebrantos que ahora padece: pues en lo que no dice en él, se remite á otros opúsculos especiales que de aquellas guerras ya tenia publicados. En el número 65 de la edicion del M. Florez dice: *Sed quia nequaquam ea (praelia) ignorat omnis Hispania, ideo illa minime recenseri tam stragica bella ista decrevit historia, quia jam in alia Epitome qualiter cuncta extiterunt gesta, patenter et paginaliter manent nostro stylo conscripta.* Y en el número 70 repite sobre lo mismo: *Quisquis ergo hujus rei gesta cupit scire, singula in Epitome temporum legat quam dudum collegimus, in qua cuncta reperient enodata; ubi et praelia Maurorum adversus Cultum dimicantium cuncta reperiet scripta, et Hispaniae bella eo-*

tempore imminentia releget annotata. Por último, en el número 78 todavia cita otra obra que tenia publicada con el título de *Verba dierum saeculi* (á semejanza del Paralipomenon, ó sea *praetermissorum* tomando las palabras del tercero de los Reyes, cap. 16). Este escrito debia de ser un diario cronológico de lo sucedido en España desde la entrada de los moros, en el cual escribiria con mas atencion los acontecimientos de aquellos años, que como grandes y estraordinarios no podrian tener lugar en el Cronicon que pensaba componer, que es el que tenemos. *Reliqua vero gesta eorum,* dice, *qualiter pugnando utraeque partes conflictae sunt, vel qualiter Hispaniae bella sub principibus Belgi. Thoaba et Humeya concretae sunt, vel per Abulcatar exempta sunt, atque sub principio Jucif, quo ordine aemuli ejus deleti sunt, nonne haec scripta sunt in libro verborum dierum saeculi, quem Chronicis praeteritis ad singula addere procuravimus?*

Preguntamos aquí al autor del *Ensayo* si este Diario que dice el Pacense haber escrito como apostillas que se debian ir intercalando y añadiendo á los cronicones antecedentes en sus respectivos lugares, con tenia algo, ó nada contenia. Si era algo, necesariamente el Cronicon que del Pacense tenemos no lo dice todo, y carece de lo que en el otro decia; y siendo este Diario obra escrita antes del Cronicon que permanece, no podemos decir le compuso para complemento de este. Si aquel Diario nada era, ni nada contenia, es menester graduar de loco y fátuo al Pacense que se remite á lo que no era nada. ¿Cuántos fueron los escritos del Pacense? Hoy no conocemos mas que el Cronicon que corre bajo su nombre, impreso ya tres ó cuatro veces; pero consta de los mismos testimonios arriba puestos, que escribió otros, *in praeteritis Chronicis.* Por consiguiente, no tiene razon el erudito Noguera en llamar *infundada* y *vaga* la opinion de Ferreras; pues bien pesadas las cosas, es el mayor favor que podemos hacer al Pacense, no cabiendo el Pelliceriano, como probaremos no caberle.

Creo, pues, que el silencio del Pacense, en el Cronicon que nos queda, respecto á Pelayo, no solo no es argumento de haber sido levantado rey y vencido en Covadonga las huestes de Alkamah despues del año 734, sino que por él inferimos lo tenia todo historiado en los escritos anteriores. El autor del *Ensayo* no tiene razon en afirmar que los opúsculos perdidos de nuestro Pacense «solo versaban acerca de las guerras de los »árabes entre sí en Africa y en España con »el general Cultus (en algun manuscrito se »lee *Zultam* entre Belgi y Humeya).» Los escritos históricos del Pacense por lo menos fueron dos, además del Cronicon que nos ha quedado. El uno tenia por título *Epitome temporum,* como queda dicho, y en él afirma su autor hablaba de dichas guerras *patenter et paginaliter,* que parece quiso decir *por años y dias.* El otro, intitulado *Verba dierum saeculi,* versaba no menos acerca de las cosas omitidas en sus Cronicones, y en él debia de tratar y hacer memoria del duque de Córdoba Teodofredo, padre de don Rodrigo, á quien Witiza habia sacado los ojos; del duque de Cantábria don Favila, padre de don Pelayo, á quien Witiza mató en Galicia por usurparle la muger; la haria tambien de don Pelayo y sus cosas, de don Pedro, padre de don Alonso I, y de otros muchos personages y sucesos que no debia omitir, y nombran los demas Cronicones cuyos autores vieron los del Pacense. Con una suposicion tan natural ya se ve que el silencio de estas cosas en el Cronicon que tenemos del Pacense, no es argumento perentorio para negar aconteciesen en su tiempo: mayormente teniendo por contrarios positivamente á todos los otros escritores de aquellos tiempos y debiendo vencer dificultades invencibles.

El autor del *Ensayo* dice resueltamente que hacer el Pacense memoria de no pocas cosas de aquel tiempo mismo, y no chistar de las de Pelayo y Covadonga, «es un enigma »que embaraza y confunde toda la atension »de los escritores que con juiciosa crítica han »averiguado las antigüedades de España.» Perdonándole que los escritores embarazados con aquel silencio no son mas que Pellicer y sus dos secuaces, digo que no me seria difícil disolver enigma tan embarazoso, si aquellos escritores me soltasen el siguiente: ¿cómo es que los cronistas posteriores al Pacense, v. gr., don Alonso III, el monje

de Albelda, el de Silos, Sampiro, Pelayo de Oviedo, don Rodrigo de Toledo, don Lucas de Tuy y demas que luego nombraremos, no se embarazaron con el silencio del Pacense, y sin embargo de que no solo tuvieron á la vista su Cronicon, sino que á cada paso lo copian *patenter et paginaliter*, es decir, á *renglon seguido*, despreciaron (ó suplieron) aquel silencio, dándonos todo lo perteneciente á los acontecimientos de don Pelayo? Por fuerza debemos decir que vieron los otros cronicones del Pacense, que él mismo reclama, en los cuales no pudo menos de tratar de Pelayo.

Otro defecto de este Cronicon es esplayarse en las cosas arabescas del Asia, Africa, Damasco, Constantinopla y otras que poco le importaban, y luego ser escasísimo y avaro de noticias en las cosas de España, en que debia ser abundante como testigo de vista. Por esta y otras razones he sospechado siempre que cuanto el Pacense dice de la irrupcion de los árabes en España lo tomó del continuador del Biclarense, ó de algun autor musulman que haria la descripcion entonces, y el progreso de sus armas, ayudándose en lo anterior de los Cronicones de San Isidoro. La noticia vaga y falsa del número 45 sobre un eclipse de sol en España el año 719 es igualmente prueba de la desconfianza con que este Cronicon debe leerse. Ese año no hubo acá eclipse de sol visible, ni tal que pudieran verse las estrellas, ni lo hubo hasta el año de 720 dia 6 de octubre á las cuatro y media. Los errores, pues, las faltas, las omisiones que se notan en él, debieron de bastar para que Adriano Baillet lo tuviera por sospechoso, falso ó muy adulterado.

He querido adelantar estas cuatro reflexiones acerca del Pacense, no mas para que se vea que el argumento formado de su silencio por Pellicer y devotos ha venido á parar en cero; y lo vamos á probar poniéndole en paralelo con los testimonios positivos de nuestras Crónicas, á cuya vista no se podrá negar sin temeridad, ridiculez y desprecio, que don Pelayo fué el primer rey de Asturias; pues el negarlo ya tocaria en demencia. No solo esto, sino que su elevacion al trono fué cinco años, y no mas, despues de la entrada de los moros, á saber, el de 717. Probarélo por los mas respetables monumentos de nuestra historia; hecho lo cual, daré satisfaccion á los argumentos ó reparos de Pellicer y consortes, en especial Noguera.

El Cronicon *Albeldense* (llamado tambien *Emilianense*, de *Dulcidio*, y con otros nombres), escrito por los años de 880, en el número 50 de la edicion de Florez, dice: *Primus in Asturiis Pelagius regnavit in Canicas annis XIX. Obiit quidem praedictus Pelagius in locum Canicas, Era DCCLXXV.* Aqui tenemos que Pelayo reinó diez y nueve años, y murió en la era de 775, que es el año 737 de Cristo, de donde consta que comenzó su reinado en el año 717 poco antes de la batalla de Covadonga. Los cinco años anteriores creemos estuvo Pelayo recojiendo gentes auxiliado de los obispos, y animándolas á la defensa de sus vidas, libertad, hijos, consortes y religion, antes con lágrimas que con exhortos y adiestrándolas en las armas.

En el mismo tiempo que el Albeldense componia su Cronicon, escribia el suyo el rey D. Alonso III. Hízole rever y corregir en donde lo necesitase, al obispo de Salamanca D. Sebastian. Este gran rey historiador empieza las cosas de D. Pelayo en el número 8, segun la edicion de Florez, y las sigue largamente hasta el número 12. Describe la eleccion de Pelayo, hijo del difunto don Favila, de sangre régia: la célebre batalla de Covadonga; la derrota de Munuza, gobernador de Gijon, con otras acciones de Pelayo, concluyendo el número 11 por estas palabras: *Pelagius post nonum decimum regni sui annum completum, propria morte decessit, et sepultus cum uxore sua Gaudiosa regina territorio Cangas in ecclesia sanctae Eulaliae de Velapnio fuit, Era DCCLXXV.* Por este real y venerable monumento queda confirmada la Era de la muerte de don Pelayo dada por el Albeldense, con los mismos diez y nueve años de reino, y no por guarismos, sino por letras, para que no nos arguyan los novadores con su ordinaria cantinela de que las notas numerales pueden estar erradas, sin probar que lo están.

El Cronicon Complutense publicado por Florez, dice tambien. Era DCCL (año

de 712) *Sarraceni Hispaniam obtinuerunt. Antequam Dominus Pelagius regnaret, Sarraceni regnarunt in Hispania annis V, Pelagius regnavit annis XIX.*

El Cronicon de Coimbra, publicado por Sousa y reproducido por Florez, dice igualmente: *antequam Dominus Pelagius regnaret, sarraceni regnaverunt in Hispania annis V, Dominus Pelagius regnavit annis XIX.*

En otro Cronicon que traen los mismos escritores, leemos: *Era DCCL, sarraceni obtinuerunt Hispaniam. Antequam Dominus Pelagius regnaret, sarraceni regnaverunt in Hispania annis V, Pelagius regnavit annis XIX.*

Otro Cronicon lusitano, reimpreso por Florez en el tomo XIV de la *España Sagrada*, pag. 402, dice: *Era DCCXLIX (alias DCCL) sarraceni Hispaniam adepti sunt regnante Roderico. Antequam Dominus Pelagius regnaret, sarraceni regnaverunt in Hispania annis quinque. Era DCCLIV Pelagius Fabilani Ducis filius regnavit annis XIX.*

El Cronicon Compostelano que publicó Florez en el tomo XXIII, pag. 325, dice lo mismo que los otros: *In Era CD ceperunt gothi regnare in Eram DCCXLVII et insuper trecentos et quinquaginta duos annos et menses quatuor et dies quinque Hispaniam obtinuerunt donec ingressus fuit transmarinus dux sarracenorum, nomine Taric, qui Roderico ultimo rege gothorum, die quinta feria hora sexta, Era DCCXLVIII interfecto, fere totam Hispaniam armis cepit. Et tunc Pelagius in Asturiis (post) annos quinque regnavit.* Este pasaje tiene poca firmeza en los números; y además, no declara desde cuándo comienza el reinado de los godos, puesto que fueron dueños de Italia, Galias y de casi todo el imperio romano antes de venir á España; pero en lo que toca á nuestro argumento va conforme con los otros, poniendo la exaltacion de Pelayo cinco años despues de la venida de los árabes y muerte de Rodrigo. Hemos añadido al testo el adverbio *post*, que conocidamente falta.

En otro Cronicon que trae Florez en el tomo XX, página 608, leemos tambien: *Taric, Roderico, ultimo rege gothorum interfecto, fere totam Hispaniam armis cepit; et tunc sarraceni in Asturiis annos V regnarunt. Postea Pelagius, expulsis inde sarracenis, annos decem et novem regnavit.* De este testimonio no debe desconfiar Noguera, pues en este mismo Cronicon Compostelano descubre Pellicer otro dato para su nueva Cronología de los primeros reyes de Asturias, como es de ver en sus anales, pag. 270.

A vista de tanto número de testimonios uniformes y de la mayor autoridad en el argumento presente, no se necesita citar al monge de Silos, y á sus copiantes don Rodrigo de Toledo, don Lucas de Tuy, con otros, de quienes consta lo mismo, los cuales disfrutaron al Pacense; ni menos un grande número de privilegios reales que lo corroboran. Ninguno de todos hizo el menor caso del silencio del Pacense (si acaso lo guardó) acerca de D. Pelayo.

Conociendo muy bien el autor del *Ensayo* la debilidad y flaqueza del argumento negativo del Pacense contra el asertivo y positivo de tantos historiadores mucho mas autorizados, sale al rebusco de alguna equivocacion ó errata en estos. Una le dió Pellicer en el número 50 del Albeldense, cuyo tenor es como sigue: «Primus in Asturias Pelagius regnat in Canicas annis XIX. Iste a Witizane Rege »de Toleto expulsus, Asturias ingressus, »postquam a sarracenis Spania occupata »est. Iste prius contra eos sumpsit rebellionem in Asturias regnante Juzef in Corduba, et in Legione civitate, sarracenorum jussa super astures procurante Munuza, sicque ab eo hostis Ismaelitarum »cum Alcamane interficitur, et Oppa episcopus capitur. Postremoque Munuza interficitur; sicque ex tunc reddita est libertas populo christiano. Tunc etiam qui »remanserunt gladio de ipso hoste sarracenorum, in Liebana monte ruente, judicio »Dei opprimuntur; et asturorum regnum »Divina Providentia exoritur. Obiit quidem praedictus Pelagius in locum Canicas, Era DCCLXXV.

El argumento se funda en que Juzef ó Juzif Ben Abdelraman no comenzó á gobernar en Córdoba hasta el año 747 segun el Pacense nota, y su gobierno duró hasta el año 756, en que fué derrotado por el Ommiadita Abdelorman, ó Abderramen, primer

rey moro de España. Si Pelayo fué levantado rey en Asturias gobernando Juzif, hubo de suceder despues del dia 11 de setiembre de 747 en que entró la egira 130, que Pacense asigna al gobierno hasta 15 de mayo de 756 y egira 139, en que pretenden fué Juzif vencido. Hasta el año sétimo de Juzif que cayó en el 754 de Cristo, no pudo ser rey Pelayo, porque Pacense lo hubiera dicho cerrando su cronicon á la entrada del mismo año, Era 792. Luego sucedió en los dos años siguientes ó mas adelante.

La solucion del argumento consiste en que la palabra Juzif en este lugar del Albeldense es un error de copiantes ó del autor, tan patente y fácil de conocer, como la de *Legione* en vez de *Gegione* que pone en el número mismo: la de *Veremundus* por *Fafila*, la de *frater* por *filius*, del número 47, y otras muchas en toda la obra. Quiso decir *Ayub*, ó bien algun otro de los gobernadores interinos ó propietarios, de muchos de los cuales ignoramos el nombre. La equivocacion era muy fácil por tener aquellos moros cuatro ó cinco nombres, cognombres y sobrenombres semejantísimos y á veces idénticos, tan difíciles de pronunciar como fáciles de confundir. Asi lo confiesa el autor del *Ensayo* cuando le viene á cuento. Corregido este yerro en el Albeldense, no queda nada que corregir en otro alguno, porque nadie lo comete. Pero para trasladar el reinado de Pelayo al año de 756 ó siguientes, es necesario combatir ó trastornar todos los cronicones, historias y monumentos mas sagrados que de la antigüedad tenemos. Es menester probar que todos mintieron, aun el Albeldense mismo que ahora hace la costa con su error de pluma ó de historia, contra innumerables testimonios que no pueden serlo. No, porque si el Albeldense hubiera dicho que Pelayo fué alzado rey gobernando el Juzif conocido de todos, ¿cómo habia de poner la muerte de Pelayo veinte años antes de ser rey? Hasta los escribientes hubieran advertido la equivocacion y corregido despues la Era de su muerte. Y á la verdad, de los números 79 y 80 no solo consta que sabia cuando gobernó Juzif, sino que lo hace primer rey de Córdoba antes de Abderramen Ommiadita, en cuya analogía de nombres pudo enredarse. Y si esta proposicion fuese cierta, ¿cómo es que la desprecian y suprimen todos los cronicones posteriores y se adhieren al silencio del Pacense? ¿Cómo era esto posible, si los cronicones posteriores ponen las otras palabras del pasage y van admirablemente acordes en los números y Eras?

«Cuando hay testimonios ó pruebas, dice el autor del *Ensayo*, que se acercan á la demostracion, poca fuerza hacen los números de los códices manuscritos que puede viciar ó equivocar la incuria de los copiantes.» Es para alabar á Dios la serenidad y satisfaccion con que llama «testimonios que se acercan á la demostracion,» á la posibilidad de haber algunos guarismos equivocados. Si todos los números, siendo infinitos en muchas crónicas y en tanto número de reyes despues de Pelayo (pues todos sus reinados se han de descoyuntar descoyuntando el de Pelayo), estuvieron viciados en los códices y en los impresos, ¿cómo es que todos andan acordes con los que no ponen guarismos, sino letras? Y decir que «pueden estar equivocados» ¿es decir que lo están? Y si todos, sin escepcion alguna estuviesen errados (cosa absolutamente imposible si no se demuestra, que es otro imposible), ¿no podré yo decir que solo la palabra Juzif está equivocada? ¿No podré decir que el cronicon del Pacense está viciado, corrompido y falto en lo de Pelayo, como lo está ciertamente en otras cosas?

Se conoce que el autor del *Ensayo* vió la invencible dificultad de acomodar los diez y nueve años del reinado de Pelayo despues del año 757, sin haber de descoyuntar una á una todas las épocas de los reyes sucesores. Con este escollo á la vista, va forcejando contra las corrientes, procurando hacer verosimil la salida, y que la batalla de Covadonga pudo ser el año 756, «á »la cual Pelayo sobrevivió poco, respecto »de que ninguno de los antiguos Cronico»nes hace mencion de otra accion poste»rior.» Pero de esta avanzada no da garantía ni razon alguna aun aparentes. ¿Es por ventura una cosa indiferente trastornar tan infundadamente la cronología, las épocas de nuestros reyes antiguos y sus dinas-

tias, con sus gloriosas hazañas? Desearia yo y todo historiador sensato y prudente, que estos novadores produjeran algun testimonio grave, clásico y fidedigno sobre quién apoyar cosa de tanto momento; que si Pelayo no reinó diez y nueve años, diez y ocho Alonso I, y así los siguientes, y no en las Eras que detallan el Albeldense y don Alonso III, (y despues de estos, todos) nos asignasen cuántos fueron y cuándo comenzaron.

Dice el autor del *Ensayo*: «don Pelayo sobrevivió poco al año de 736. ¿Y cuántos años compusieron ese «poco?» No lo sabe el señor Noguera. Si fué proclamado rey despues del año de 755, y reinó diez y nueve años, viviria hasta el de 775 por lo menos. «No señor», responderá este sabio, «la proclamacion de Pelayo parece fué cuando los árabes habian negado la obediencia á los califas y levantado un rey propio que los rigiese, lo cual sucedió en el octavo año del gobierno de Juzef que coincidió en el 736 de Cristo.» Por fin, sacamos brujuleando que al señor Noguera parece que la eleccion de Pelayo y celebérrima victoria de Covadonga sucedieron en ese año de 736. Aun querrá quitar la vida á Pelayo en el año mismo, sin dejarle reinar ó *gobernar* no mas que algunos meses. Digo *gobernar*, pues este sábio niega que Pelayo fuese rey, sin embargo de haberlo confesado en la pag. 415, y de que, segun los Cronicones, su muger Gaudiosa fué reina. ¡A qué absurdos arroja el prurito de producir paradojas y novedades! Conviene advertir que Pellicer, primer autor de esta paradoja, no niega que D. Pelayo fuese levantado rey el año de 718 de Cristo, como es cierto; sino que dice que aquel reinado fué pacífico y que no movió las armas hasta su segunda época, que fué despues del año 736, á que refiere la batalla de Covadonga y de Gijon, con todo lo demas hasta su muerte. Inferimos de aqui que D. Pelayo estaria cerca de cuarenta años sin hacer nada.

Mas aunque pasásemos el absurdo de la poca vida de Pelayo, que desmienten todos nuestros mas apreciables documentos, ¿en dónde colocaremos contra los documentos mismos los dos años de Favila (cuyo número *dos* abraza gustoso por corto, aunque sea de los mismos Cronicones que tienen erradas todas las notas numerales), los diez y ocho de Alonso I y los primeros de Fruela I? No sabe cómo ganar años. Hícesele sobrado largo el reinado de Alonso I, y quisiera matarle presto. Pruébase á ello, y cae por tierra toda la aérea máquina de sus autores, sin que Noguera caiga en la cuenta de sus estravíos.

No es de mejor aspecto la proposicion de que Pelayo no fué rey antes del año 721 por lo menos, pues tampoco le nombra el continuador del Biclarense que concluyó su libro en este año, aunque bien pudieran añadirle tres mas. Yo creo que todo hombre que se tiene por historiador prudente y observante de las leyes de la historia, debiera avergonzarse de producir en su favor documento semejante. No hace memoria de Pelayo: bien. ¿Y de quién la hace ese suplemento desde el año 711 hasta su fin? Si en sus trece años no habla de España poco ni mucho, ¿dónde habia de meter á Pelayo? Además que de Pelayo habria otros historiadores mas dignos en lo venidero que podrian escribir su exaltacion y reinado hasta su muerte. ¿Por ventura esta continuacion hace memoria de Taric, de Abdelaziz, Ayub, Alahor, Alkama, Munuza, Teudimer, Atanagildo? ¿Y concluiremos por esto que ninguno de ellos existió hasta despues del año 721?

No dice bien el autor del *Ensayo*, «que los antiguos Cronicones no hacen mencion de otras acciones de don Pelayo posteriores á la de Covadonga.» El de D. Alonso III describe su batalla y victoria contra Munuza junto á Olalles, y añade persiguió á los sarracenos en tanto grado, que no dejó ninguno á la parte de allá de los montes Legionenses. Así, sacados los árabes de todas las Asturias, y como se esplican todas nuestras crónicas, *ita ut nec unus chaldaeorum intra Pirenaei portus remaneret*, se dedicó Pelayo y la corte á reparar y poblar, con las gentes que de todas partes se iban acogiendo á ellos, los pueblos arruinados; á fundarlos de nuevo, á construir iglesias y monasterios, establecer el órden y leyes godas, y disponer que floreciese la Religion y culto. Como la brevedad de nuestros Cronicones pasan á veces un reinado entero

en cuatro renglones, imagina nuestro crítico que en espacio tan corto puede caber el asiento y plantificacion de una nueva monarquía, tanto mas árdua de fundar, cuanto mas corta y reducida.

Dice no menos este sábio que el Cronicon de don Alonso III va conforme con el Albeldense sobre que Pelayo fué levantado rey en el gobierno de Juzif, aunque con palabras menos espresas. Para la prueba, que realmente es difícil, produce el pasage del número 8 de este Cronicon (impresion de Florez, tomo XIII), donde, referida en el 7 la rota de Rodrigo, dice: «Los árabes, dueños del reino y provincias, dependieron por muchos años del rey de Babilonia por sus presidentes, hasta que eligieron rey que los mandase, y establecieron su córte en Córdoba. Los godos unos perecieron á cuchillo, otros de hambre; pero los de linage Real se salvaron. Algunos huyeron á Francia; pero la mayor parte se retiró á esta tierra de Asturias, donde eligió por su cabeza á Pelayo, descendiente de reyes, hijo de Pedro, que en otro tiempo fué duque.» Esta version del testo latino es del autor del *Ensayo*, y dejo en ella, por no ser de mi propósito, el error de mudar en *Pedro* á *Favila*, padre de Pelayo. Voy á la consecuencia que saca: «Parece que la eleccion de Pelayo fué cuando »los árabes habian negado la obediencia á »los califas y levantado rey propio que los »rigiese, lo cual sucedió en el octavo año »del gobierno de Juzif.»

Yo me confundo viendo sostenida por impreso semejante ilacion en un escritor instruido, y confieso que no me arrojara á tanto, ni aun con el parche de un *parece*. Dice D. Alonso que los moros, ocupada España por la victoria del Guadalete, la gobernaron muchos años por los califas y que este gobierno dependiente duró hasta que los árabes que habia acá levantaron rey propio: «Los godos, prosigue el rey, perecieron unos en la batalla (pues esto se debe entender por la voz *gladio* del testo), y otros de hambre, aunque los de sangre Real se salvaron. Huyeron algunos á la Galia; pero la máxima parte se retiró á las Asturias y eligieron rey á Pelayo.» ¿Es esto decir lo que á Noguera parece? Contar los estragos que habian padecido los godos en la irrupcion de los moros, su refugio en Asturias, los no muertos, la eleccion de Pelayo en rey y demas sucesos, despues de lo que los árabes habian ejecutado ya dueños de España ¿es decir que todo sucedió despues? D. Alonso III escribió un Cronicon español ó de sus progenitores, no arabesco como el del Pacense y su tesorero el continuador del Biclarense. Antes de entrar en la dinastía de Pelayo quiso dar una ojeada al principio de la dominacion de los califas en España, hasta su primer rey propio Abdelraman. De este en adelante nada dice don Alonso sino en cuanto tuvimos guerra con ellos, ó bien por algun acontecimiento notable. Nada pues debe concluirse de este Cronicon de lo que Noguera pretende, pues en este caso estaria en oposicion consigo mismo detallando como detalla el reinado de diez y nueve años de Pelayo y su muerte en el año 737. Sin embargo, si este erudito quiere diga D. Alonso lo que no dice, á saber, que Pelayo fué levantado rey cuando Abderramen ya lo era en Córdoba, cae por el suelo toda la prueba que mendigó del Albeldense, haber acontecido el año ocho de Juzif, 756 de Cristo.

Pero concedamos por cortesía que Pelayo no fuese levantado rey hasta que los cristianos, huyendo de la persecucion de Abderramen, se refugiaron en las Asturias, lo cual no fué hasta 761. ¿Cuántos años de edad tendria Pelayo? Su padre Favila fué muerto violentamente á mano de Witiza en Tuy hácia los años de 700, y cuatro despues huyó de Toledo D. Pelayo por miedo del mismo tirano, retirándose á Cantabria. Destronado Witiza el año 710 y ocupado el trono por Rodrigo, regresó Pelayo y fué *Espatario* (*armiger*) del rey que era su tio (como lo habia sido de Witiza) y se halló con el rey en la rota de Guadalete, de que debió escapar á tiempo con otros innumerables. En estas revueltas es menester suponerle de veinte años á lo menos. Luego en el de 761 tendria mas de setenta. *Edad sin vigor*, como dice el autor del *Ensayo*, *para gobernar ejércitos en tiempos tan dificultosos*.

¿Qué diremos de don Opas? Cuando se dió la batalla del Guadalete á fines del año 711 era metropolitano de Sevilla, y antes habia sido obispo de Tuy. Para ser obispo

necesitaba tener mas de treinta años, y los tenia sin duda, como hijo que fué de Egica, que murió en edad muy avanzada en 702. Para metropolitano de Sevilla le debemos hacer de mas de cuarenta. Pues si en 711 tenia cuarenta años, en el de 761 tendria noventa. Mas, don Opas se halló en el Concilio XIII de Toledo, tenido en el año de 683, y firmó en el número 33 (como que era de los mas jóvenes ó modernos) *Oppa, Tudensis, Episcopus.* Si en 683 tenia treinta, en el de 761 tendria 109. Buena edad para andar en guerra entre los árabes. Decir, como Florez, que este seria otro don Opas, es efugio voluntario. Es menester dar prueba, cosa que nadie ha hecho ni hará en dias del mundo. ¿Qué podia hacer este mal obispo de Tuy, al ver á su padre Egica elevado al trono de España el año 687 en que él tendria treinta y seis? Volaria á la córte, cojeria la sede mas rica que vacase, pondria corepíscopo ó auxiliar, y se iria con el rey. En efecto, los episcopologios de Sevilla muestran por entonces una confusion que apoya esta congetura, y no es de estrañar se calzase poco despues sobre la de Sevilla la mitra de Toledo.

El señor Noguera dice que los godos, perdida España, no huyeron hasta la persecucion de Abderramen acontecida en 761. Yo no creo que este escritor pueda probar su dicho, á no ser que fuese por la mucha benignidad, humanidad y generosidad de Tarik, Muza y demás árabes conquistadores, que segun los documentos de aquel estrago no pudieron ser mas atroces. Y sino ¿á qué propósito los lamentables gemidos de don Rodrigo y del Pacense en la pérdida de España, y las inmensas calamidades padecidas, como dijimos al fin del libro V? ¿Se puede creer que á tanta inhumanidad usada, y mayor temida, nadie huyó, todos se dejaban degollar como corderos? ¿No es esto contra todos los antiguos documentos historiales? ¿No nos asegura el mismo Pacense, don Rodrigo y los otros, que huyó Sinderico, metropolitano de Toledo? ¿No sabemos huyeron el obispo de Zaragoza, el de Coria, el de Coimbra, el de Lamego, el de Viseo, el de Orense, el de Leon, el de Astorga, el de Iria, el de Britonia, el de Braga, el de Tuy, el de Porto, el de Salamanca, el de Calahorra, el de Tarazona, el de Huesca, y casi todos los otros, fuese por haber huido los feligreses, fuese por haber los enemigos abrasado las iglesias y ciudades? Nadie probará que de pronto como los árabes iban tan arrebatadamente asolándolo todo á sangre y fuego, quedase ningun obispo en su Sede; pues nos asegura don Rodrigo de Toledo que no quedó en España catedral que no fuese incendiada y destruida. Mas adelante, reconociendo los moros que sin hacer partidos honestos á los cristianos huirian todos, y faltarian pobladores que mantuviesen el Estado con las artes necesarias al hombre, convidaron á volver y volvieron á sus lares los huidos, acostumbrándose á la servidumbre pueblo, clero y obispos, como habian hecho en la Mauritania. Asi se deben entender las espresiones del abad Sanson, de San Eulogio y de otros escritores de siglo y medio despues, á saber, de que en sus tiempos habia obispos, dignidades, iglesias sujetas á los moros. Pero nadie dice quedasen los obispos en sus Sedes al tiempo de la conquista; pues aun estuvieron muchos años sin ellas, retirados á las Asturias.

«Sí, huyeron algunos al principio, dice el »autor del *Ensayo*; pero como eran pocos, no »tuvieron otro pensamiento que esconderse »del cuchillo de los sarracenos.» Todo esto se avanza sin prueba ni aun verosimilitud. Si nos atenemos á esta, deberemos afirmar que las gentes que azoradas por la crueldad de los moros huyeron á los montes, fueron duplicadas, triplicadas, y aun mas en número que la de los conquistadores. Amedrentadas, indefensas, sin gefe que las gobernase, ¿qué habian de hacer sino retirarse con aquellos pocos bienes movibles que podrian llevarse á los ásperos montes de Asturias que era lo mas apartado del enemigo? Sabemos que aun las ciudades grandes y fortalecidas apenas se defendieron por falta de tropas y armas, como lo leemos de Córdoba, Iliberis, Mérida, Málaga y otras, que luego se rindieron. «Con el tiempo, continúa Noguera, »fué creciendo el número de los retirados á »Asturias, y acordaron nombrar cabeza que »los gobernase, y la eleccion recayó en don »Pelayo.» Pero lo que necesitamos es saber cuándo fué ese tiempo (detallado por uno ó muchos documentos fidedignos) cir-

cuenta años posterior á los cinco años que señalan los Cronicones arriba citados, desde la batalla del Guadalete hasta la eleccion de Pelayo; quién gobernó en tan largo periodo aquellas gentes en el desierto; quiénes fueron sus Aarones y el *toledano Moisés* antes de nombrar rey á Pelayo. Yo discurro todo al contrario que el señor Noguera, y digo que al principio huyeron todos los que pudieron y que despues fueron volviendo á sus casas los que tenian bienes raices, y se compusieron con los moros, de lo que resultó la mezcla *mozarábica*. Lo que resulta de esto es que la paradoja de Pellicer y secuaces es insostenible por los innumerables absurdos que contiene y no previnieron sus patronos. ¿Por ventura con errores, conjeturas y adivinallas se satisface á documentos positivos y del mayor crédito?

«En ese caso estamos,» responde Noguera; «pues yo juzgo que los dos Cronicones »posteriores (querrá entender posteriores al Pacense) no han llegado puros á nuestras »manos, á lo menos el de D. Alonso Magno.» La prueba que dá consiste en la cláusula siguiente del número 13: *Post Fafilani interitum Adefonsus successit in regnum. Vir magnae virtutis, filius Petri ducis, ex semine Leuvigildi et Recaredi regum progenitus. Tempore regum Egicani et Witizani princeps militiae fuit, qui cum gratia divina regni suscepit sceptra.* Lo mismo que de esta cláusula, siente Noguera de las que se refieren á la exhortacion de D. Opas en Covadonga y otras de aquel tiempo que le parecen caballerescas. Yo no sé si es esta cláusula por quien dijo Ferreras creia que el Cronicon de D. Alonso III estaba interpolado; pero sí sé que este es un admirable modo de salir de apuros, y aun de meterse en laberintos sin salida. Parecer caballerescas no es lo mismo que ser intrusas en el Cronicon. ¿Faltan en algun códice? ¿Las omitió algun historiador de los siguientes? ¿Parecieron caballerescas á ninguno sino á estos modernos? ¿Y es lo mismo parecerlo que serlo? Y si lo parecieron y lo fueron, ¿qué cosas de los godos no lo parecen? ¿De qué nacion vinieron las caballerías y retos sino de los árabes y los godos? Pero demos que la cláusula de D. Oppas haya sido intrusa en este Cronicon, aunque es falso: en tal caso, habrá Noguera de condenarla por intrusa tambien en el Cronicon Albeldense, en que es sustancialmente la misma; y estos dos historiadores no se pudieron copiar uno á otro, por haber escrito á un tiempo mismo y sin saberlo. «Tambien es espuria,» me dirá este erudito. Bien: pues siendo así, cayó por tierra el argumento capital del sistema Pelliceriano. Cabalmente en ella están aquellas palabras: *Pelagius primus contra sarracenos sumpsit rebellionem in Asturias regnan te Jucif in Corduba.* Si lo segundo es intruso, tambien lo será lo primero, y no deberá fundarse ningun Pelliceriano en la voz *Juzif* por ser expuria.

La misma suerte que á don Oppas ha cabido al capitan Alkamah en la espedicion de Covadonga; «pues ni en el Pacense, ni »en los fragmentos árabes se encuentra que »hubiese venido á la conquista de España »un general de tal nombre.» Si lo de don Oppas es intruso, lo será tambien lo de Alkama que está en la cláusula misma. La prueba que nos dá el autor del *Ensayo* «es »no hablarse en el Pacense, ni en los frag»mentos árabes que tenemos,» viniese acá un general de este nombre. Pero ¿qué suponen estos pobrísimos documentos, y en argumento negativo, contra los Cronicones citados del Albeldense y de D. Alonso III, los cuales andan acordes en la jornada de D. Oppas y Alkama en Covadonga, donde se halla lo de Juzif? «El fragmento de Rasis, re»pone Noguera, que publicó Casiri, nombra »cuatro personages principales árabes co»raisitas que acompañaron á los conquista»dores Tarik y Muza, entre los cuales no se »halla Alkama.» No se halla Alkama entre ellos, pero sí alguna precipitacion de juicio en Noguera. El citado fragmento de Rasis está en el tomo II de Casiri, pag. 321, y en él dice Rasis (ó quien sea el autor) que los cuatro capitanes allí citados no vinieron con Taric, sino con Muza, que fué un año despues. Alkama vino con Taric, cuyo compañero era, como dice D. Rodrigo, el Silense y otros.

Juzgo haber satisfecho bastante las dudas indicadas contra la época de don Pelayo, movidas solo por el pobre silencio del Cronicon que tenemos de Isidoro Pacense, que casi no hizo mas en él que copiar al

continuador del Biclarense hasta el año de 724. Dejámosla sentada entre los años 717 y 718 de Cristo, hasta el 737, con tanto número de testimonios irrefragables que negarla no carece de temeridad, mientras no se descubran otros que les escedan en autoridad y número. Esto no lo han hecho los citados modernos, ni es cosa esperable. Concluiremos pues este párrafo con quitar al autor del *Ensayo cronológico* un escrúpulo que le incomoda. Dice que «don Opas, »que habia derramado la sangre de los pri»meros señores de la córte, no se tomaria »el trabajo de ir á las Asturias en busca »del desvalido don Pelayo para convidarle »con la paz y ofrecerle bienes y premios.» Pero ahora digo yo que no parecia creible que nadie hiciera reflexion semejante, y sin embargo, la hace el señor Noguera. Es verdad que poco meditaba, pues su mismo Pacense dice que los sarracenos iban ocupando nuestras plazas con paz fingida, *pace fraudifica*; que Muza engañaba á las gentes con capitulaciones honestas y condiciones admisibles y decentes, pero que ninguna cumplia: *atque suadendo et irridendo astu quodam fallit Muza*. Pues siendo así, ¿de qué se maravilla este sábio de que procurase tambien Aikama escusar batallas y seducir á Pelayo por medio de don Opas, su primo, que le hablaria con libertad y en su lengua? Si se dejaba engañar, habia concluido la guerra y conquista, sin mas sangre que la de Pelayo que hubiera derramado luego como rebelde, y ya rey en Asturias.

Insistiendo el cronista Pellicer en hacer vagas y sin firmeza las épocas de los reyes sucesores de Pelayo, á fin de que lo quedase mas la de este, y dar lugar á la disparatada retardacion de su reinado, se arroja ciegamente á combatir cuanto se le opone por venerable que sea. Copia de Morales la inscripcion de don Favila (1), y dice magistralmente: «Discurre Ambrosio de Mora»les cerca de la fecha de ella, y concluye »que acaba con decir que se fundó la Igle»sia el año de la creacion del mundo 6300 »y la Era de 777, y el año de nuestro Re-

(1) Esta inscripcion es la que se puso en la iglesia que con la advocacion de Santa Cruz edificó el rey Favila cerca de Cangas, y de que ya hemos hablado. Hé aquí lo que dice el arriba citado Morales en el capítulo 9 del libro XIII de su Crónica de España:

«Sobre el arco de la Capilla mayor mandó el rey poner una gran piedra con todo lo que se sigue escrito en ella. Yo lo pondré fielmente con los malos latinos y escritura errada que tiene, y porque parece quisieron ser versos, se conservarán los renglones como allí están:

Resurgit a preceptis divinis hec mecina sacra.
Opere suo complum fidelibus votis.
Per spicue clareat hoc templum obtutubus sacris.
Demonstrans figuraliter signaculum alme Crucis
Sit Christo placens hec aula ob Crucis tropheo sacrata.
Quam famulus Fafila sic condidit fide provata.
Cum Froiliuba coniuge ac suorum prolium pigne-
ra nata.
Quibus Christe tuis muneribus sit gratia plena.
Ac post hujus vite decursum preveniat misericordia
longa.
Hic valeas Kirio sacratas ut altaria Christo.
Diei revolutis temporis annis CCC.
Seculi etate porrecta per ordinem sexta.
Discurrente Era DCCLXXVII.

»No es posible trasladarse en castellano esta pieza, por no tener ella en su latin concierto. Lo que dice en substancia es cómo el rey por instinto divino mandó edificar aquella iglesia y la dedicó por trofeo de la Santa Vera Cruz, y puso su imágen en ella. Luego le pide á nuestro Señor le sea agradable aquel templo edificado y ofrecido por el triunfo de la Cruz, de mano de su siervo el rey Favila, y de su muger la reina Froyliuba y de sus hijos. Suplica á nuestro Señor les dé á todos ellos por merced suya aquí gracia cumplida, y despues de esta vida alcancen entera misericordia. Acaba con decir cómo se fundó la iglesia el año de la creacion del mundo 6300 y la Era de 777, y el año de nuestro Redentor 739. Esta es la mas antigua escritura que en piedra ni de pluma hay en España despues de su destruicion. Por esto la leí con gran cuidado, aunque con mucha fatiga por estar muy alta, y la iglesia oscura, y estar las letras mal formadas. Yo subí á leerla con una escalera, y la leí toda, y trasladé algo alumbrándome con dos velas puestas en dos lanzas. Despues, porque yo me cansaba, subió un criado mio y acabó de trasladar bien. Mas no fiándome yo de esto, volví arriba, y recorrí y comprobé muy despacio lo escrito. Todo este trabajo y cuidado era bien se pusiese por lo mucho que de la piedra se entiende.—».... Mucho tambien vale para la averiguacion del tiempo el año que señala esta piedra. Porque ninguna duda hay, sino que dice setenta y siete, pues aunque está quebrada allí la piedra donde mas la quisiéramos entera, todavía hay rastro manifiesto de la V que junta con las dos II que están claras y enteras, quedando entera la mitad postrera della; y aunque no se saca de aquí mas de que aquel año 739 vivia y reinaba este rey, es muy bueno para comprobar con esta piedra la buena cuenta que llevan de conformidad los tres obispos mas antiguos, comenzando el reino de don Pelayo el año ya dicho, y para creer tambien que fué muerto el rey Favila este año de la piedra como ellos escriben.»

»dentor 739. Hizo mal el cómputo aquel »gran varon, porque el año de 6300 de la »creacion del mundo, que es el que señala »conforme la suputacion de los Setenta In»térpretes que sigue el letrero, concurrió »en el año 1100 ó 1101 de Cristo nuestro »Señor; pues desde la creacion hasta su »santísima Natividad pone la calenda de »aquella sagrada noche en el Martirologio »romano cinco mil ciento y noventa y nueve »años, y otros señalan cinco mil y doscientos. »Con que el sesto milenario del mundo co»menzó el año de 799, ó el de 800 de la »divina Encarnacion ó Natividad del Verbo. »Y así el año 300 del siglo VI (quiso decir »milenario) fué el de 1100 de Cristo nues»tro Señor. De forma, que la suputacion »de Morales queda desvanecida. Y es de »admirar que un hombre tan grande pen»sase que el año de 6300 de la Creacion »pudo concurrir con el de 739 de Cristo. »De que se colige que lo final de esta ins»cripcion no está bien trasladado, ni por »ella se pudo deducir el año firme de la »fundacion de aquel templo, ni menos el de »la muerte del rey don Favila: porque ca»ducando las señas principales de los años »del mundo, no puede subsistir la época de »la Era que alli se introduce.»

Son innumerables los desvaríos y paradojas con que Pellicer atestó sus escritos; pero el presente discurso contra Morales escede á todos. Bien pudo Morales equivocarse en aquella cuenta; pero no era Pellicer hombre para demostrar que se equivocó Morales. ¿Ignoraba Pellicer que sobre los años y aun siglos que pasaron desde la creacion del mundo hasta la venida de Cristo, hay un exorbitante número de opiniones opuestas entre sí? La inscripcion de don Favila dá 5561 años (pues este número y el de 739 de Cristo, que corresponde á la Era 777, forman los 6300) de dicho período del mundo hasta el nacimiento del Mesias. Si se le hacen muchos, sepa que otros alargan esta suma á 7158. Don Alonso el Sábio pone 6984 en unos lugares, y en otros, cien años menos. Panvinio dice fueron 6510. San Cipriano dá 6000 redondos. Lactancio, 5801; Nicéforo, 5700; Clemente Alejandrino, 5624; y á este tenor otros innumerables. Los crónólogos que ponen la venida de Cristo al mundo cuando este tenia menos años que los 5561 de la piedra, son acaso mas en número. Reducen gradualmente su venida hasta el año 3754 del mundo. Mas de noventa opiniones, todas célebres y entre sí contrarias, trae el Padre Ricciolo acerca de esto, y el P. Aurelio de Génova añade hasta 150; en el dia pudiéramos aumentarlas hasta doscientas y mas. Siendo esto cosa comun y de hecho ¿cómo decide Pellicer con tanta satisfaccion que de la creacion hasta Cristo solo pasaron 5199 años? Esta opinion es la del Pacense, y de ella se armó Pellicer para su paradoja; pero contra ella es hoy comun (aunque no mia) que solo pasaron cuatro mil años.

Pero la piedra de don Favila, dice Pellicer, sigue el cómputo de los Setenta Intérpretes, que es el de la Calenda. Esto es del todo falso. Segun los Setenta Intérpretes fué mayor aquel período, como todos saben. La Calenda de Natividad sigue la cronología de Eusebio cesariense, que es el primer escritor cristiano que quitó mil quinientos años al período desde la creacion del mundo á Cristo, seguido de todos los Padres hasta su tiempo, principalmente del mas ilustre cronólogo Julio Africano. Pregunto pues: ¿de dónde sabe Pellicer que la lápida de don Favila sigue la cronología de los Setenta? Esta cronología solo se diferencia de los códices hebreos en los años patriarcales desde Adan á Noé que los hebreos cuentan 1656 y los Setenta 2256 siguiendo el cómputo de Josefo. Porque los escritores españoles seguian esa cuenta, responderá Pellicer; y así lo dice en sus *Anales*, en el *Sincelo* y en otros lugares de sus obras. Pero es contra la verdad el que todos los españoles siguiesen la cronología Eusebiana. Si reconocemos sus escritos, hallaremos la misma variedad que en los otros. San Isidoro de Sevilla hace aquel período de 5336 años. Síguele don Lucas de Tuy y otros. San Julian de Toledo, siguiendo á los Setenta, le dá 5200 (lo que no es esacto), y con los códices hebreos, 3834. San Juan de Val Clara pone 5169; el Cronicon de Melito, 5155; y otros, ya mas, ya menos. Don Alonso el Sabio ya vimos cuán apartado anda de la Calenda y de Eusebio. Con que todo el aparato de Pellicer contra Morales ha parado en nada.

«No se pueden dar, dice Riccioli (en su *Chronologia reformata*) al período de Adan hasta Cristo segun los Setenta mas de 5904 años, ni menos de 5054.» Pero dentro de estos dos estremos, en que median 850 años, puede haber otras tantas opiniones probables, sin que ninguna pueda condenarse por falsa. La mas aplaudida es la que dá á dicho período 5634; pero nadie reprueba las que se contienen en los dos estremos indicados.

Yo recelo que Pellicer vió en un opúsculo manuscrito (creido de Morales) la especie general de que los españoles de aquellos tiempos seguian la cronología eusebiana, puesta en latin por San Gerónimo, y porque los PP. griegos eran poco conocidos; pero si aquel opúsculo es de Morales, no examinó bien el punto: por lo menos, no estuvo persuadido, pues no lo usó en nuestro caso. Síguese de aquí que Morales pudo muy bien hacer coincidir el año de 6300 de la creacion del mundo con el 737 de la Era dionisiana ó victoriana que es la que llamamos *Vulgar* de Cristo.

Lo que mas admira en esta materia es ver al autor del *Ensayo* tan abatido secuaz de Pellicer, cuyo genio tenia bien conocido, que sobre el delirio que acabo de combatir, dice con la mayor serenidad «que se»gun Pellicer, no corresponde el año de la »Era española que interpretó Morales, al de »la creacion.» ¿Con un testigo como Pellicer en competencia con Morales se contenta el señor Noguera y cree debemos contentarnos todos en una controversia tan importante? «Las últimas letras numerales, dice, están gastadas, y no podemos saber la Era que contenian.» Los años pasados reconoció la piedra el erudito don Gaspar Melchor de Jovellanos, y nos asegura por cartas y de boca, «que la Era debia de ser la de 775.» Morales opinó podia ser la de 777; pero como quiera que fuese, el sábio señor Noguera hubiera podido mirar mas por su crédito literario en este delicado punto. Morales mismo en su *Viaje Santo*, pag. 68, pone el fin de la inscripcion como se halla en el original, en esta forma: *Era septingentesima septu::: III.* Nadie, sino quien cierra los ojos á la razon, puede dudar de que la espresion de *Septu* terminaba en *agesima*. Luego la duda no puede caer en los años de la década, cuyos guarismos están precisamente en lo quebrado de la piedra, bien que permanecen al fin dos unidades enteras y una dudosa. Tenemos pues por indubitable que la Era no pudo ser menos de 773, ni mas de 779. Si pudo ser la de 777 como sintió Morales (en su *Crónica*, libro XIII, cap. 9), se puso la piedra el año de 739 de Cristo, que fué en el que murió el rey D. Favila; y si pudo ser la de 775 como cree Jovellanos, se puso en el de 737, primero de su reinado. Uno y otro es conforme á los Cronicones del Albeldense, de don Alonso y demas posteriores. Conclúyese pues asertivamente que Favila construyó esta iglesia de Santa Cruz y puso la losa en uno de los dos años de su reinado, que para mí es en el segundo. El autor del *Ensayo* dice «que don Favila reinó dos »años incompletos, segun el Cronicon Al»beldense y el de don Alonso III.» No sé yo cómo tiene ánimo para citarlos en su favor despues de haberlos desacreditado lo mas que ha podido; pero es el caso que este reinado corto le viene bien para dorar el empeño pelliceriano. Alégalos aquí por la razon misma, aunque no con toda felicidad. Primeramente el de D. Alonso no dice «que D. Favila reinase dos años incompletos:» lo que dice es que murió en la Era de 777, año 739 de Cristo. El Albeldense dice: *Fafila filius ejus* (Pelagii) *reg. an. II.* ¿Es esto decir *que reinó dos años incompletos?* Y ¿por qué no fueron dos años y medio, como dicen algunos Cronicones? Preguntemos al señor Noguera: ¿esta cláusula no es intrusa en ambos Cronicones? ¿Estas notas numerales no son de aquellas *que hacen poca fuerza porque las pudieron viciar ó equivocar la incuria de los copiantes?* Y si yo lo dijera que lo están, y que Favila reinó doce años, ¿con qué documentos se me desmentiria, negada la fé á estos preciosos Cronicones?

Acabemos este párrafo quitando otro escrúpulo al autor del *Ensayo cronológico*. Dice que «de la inscripcion referida no »consta que D. Favila fuese rey, y pudo »ponerla antes de serlo.» Mas en esta estéril reflexion adelanta muy poco. Por la Era ya detallada consta la imbecilidad y falsedad del efugio. Podria yo citar aquí un crecido número de documentos indubitables en que

los mismos reyes que los hicieron solo se ponen el dictado de príncipes (y tambien de príncipes que usaron el dictado de reyes); y sé muy bien que el señor Noguera no se atreverá á negarlo, por ser comun y sabido de todos. Aun dándole gusto, seria muy poca la ventaja para ganar años y contrario á los Cronicones cuando dicen que «por lo corto de su reinado no pudo dejar otros monumentos que la iglesia de Santa Cruz.»

Esta permanece hoy dia bien conservada, y su construccion material hace ver que la arquitectura civil, sencilla y noble, duraba todavía y no se conocia el goticismo que se nos apoderó mas adelante de todos los edificios, aunque es cierto que este vicio no nos vino del Norte con los godos, sino del Asia por los árabes. Es de sillería grande bien cortada, cosa que los árabes no practicaron, usando de sillarejos de poco volúmen, aun en sus mayores obras. Debian de temer los pesos grandes y carecer de cábrias operosas y de cabrestantes mayores. Debajo del pavimento de esta iglesia hay otra subterránea, como en otras muchas de España, segun uso de aquellos tiempos; con lo cual tenian enjuto el piso y libre de humedades. En una palabra, la obra se pudo por entonces llamar *admirable* y *hermosa* en cierto modo, como dicen los Cronicones, *miro opere, pulcro opere*.

Discurso leido por el señor don Modesto Lafuente al tomar posesion de la plaza de académico de número en la Real Academia de la Historia el dia 23 de enero de 1853.

Señores: Recibo hoy la primera, pero la mas pura recompensa; el primero, pero el mas glorioso galardon á que pudiera aspirar por premio de mis desvelos y tareas literarias. Con toda la fé, con todo el ardimiento, con toda la santa audacia que necesita un hombre solo y aislado para una noble y grande empresa, acometí un trabajo histórico, ímprobo, difícil, casi gigantesco, la historia general de nuestra nacion. Publicada una buena parte de este trabajo, la Real academia de la Historia ha tenido la dignacion de llamarme á su seno. Esta honra, tributada sin duda, no al escaso merecimiento que haya podido hallar en la ejecucion, sino á la magnitud del pensamiento, á la nobleza del fin, y á la laboriosidad y perseverancia que supone, es la que hoy me hace sentir una satisfaccion profunda y una emocion que se debe traslucir. Reciba la sabia y respetable corporacion á que desde hoy me glorio de pertenecer, el testimonio de mi mas sincero reconocimiento. En los fastos de mi insignificante vida queda notado este dia con la letra del gozo y de la gratitud.

Voy á cumplir hoy tambien con el primer deber de académico, discurriendo sobre un período de nuestra historia. Haré algunas consideraciones sobre un acontecimiento de los que influyeron mas en la condicion y en la vida social de España, á saber, la fundacion, el engrandecimiento y la caida del Califato de Córdoba; indicaré sus causas y apuntaré sus consecuencias.

Señores, en uno de estos grandes movimientos y oscilaciones con que de tiempo en tiempo se vé marchar la masa general de la humanidad impulsada por la mano de Dios, el Oriente y el Mediodía habian sido arrojados sobre el Occidente. Los hombres de Asia y los hombres de Africa se habian lanzado sobre la vanguardia de Europa, y la habian arrollado y ahogado como un torrente. Un quejido de dolor resonó desde la confluencia de los dos mares hasta la cadena de los Pirineos. Era el lamento de la España moribunda, porque las naciones sienten la muerte y se quejan como los individuos. Todos creian que la España habia muerto, inclusos los que se jactaban de haberla ahogado entre sus brazos vencedores. Pero la España vivia, y vivia sin saberlo ella misma, porque quedó aletargada. Era el principio del siglo VIII.

Comenzó á volver en sí, y el primer síntoma de su vitalidad se sintió en el fondo de unos riscos y en la concavidad de una gruta; de una gruta, el último asilo de la Religion perseguida; de unos riscos, el postrer atrincheramiento de la independencia de los pueblos. Religion y patria era lo que hombres estraños habian venido á arrebatar á los españoles; fé y libertad eran los dos principios vitales de España. El primer arranque de vida fué imponente y terrible.

Sucedió el portento de Covadonga, y de la profundidad de un oscuro valle de la antigua Iberia salió una voz avisando al mundo que las soberbias huestes del profeta de la Meca, que los orgullosos dominadores de Asia y de Africa habian dejado de ser invencibles en un rincon de España.

Al poco tiempo una voz semejante á la de Asturias resuena en otros valles y en otras rocas del Pirineo. Los cristianos del occidente, del septentrion y del oriente de España se responden como los centinelas que vigilan los puntos estremos de una ciudadela sitiada. Ha comenzado la lucha, y los oprimidos van rescatando á fuerza de heroismo y de individuales esfuerzos una parte de su patria de poder de los opresores. Pero eran pocos y obraban aislados: no eran bastante ilustrados para conocer las ventajas de la unidad, y eran demasiado altivos para rechazarla aunque las hubieran conocido. Solo los unia el principio religioso.

Por fortuna anduvieron todavia mas desunidos entre sí los conquistadores. Hombres de diversas razas y tribus, de distinto orígen y diferentes costumbres, árabes, sirios, egipcios, persas, berberiscos é israelitas, los unos nobles, cultos y galantes, los otros rudos, groseros y feroces, fanáticos musulmanes los unos, mas tibios creyentes los otros, de mal grado sujetos los africanos á los asiáticos que los habian subyugado, unidos momentáneamente para la conquista, tan pronto como se vieron vencedores, desarrolláronse las rivalidades, las antipatías, los ódios de casta y de tribu; los emires y los walíes, los alcaides y wacires se hicieron entre sí cruda guerra, y todo fué rebeliones, venganzas, turbulencias, desórden y espantosa anarquía. El emirato estuvo á punto de disolverse, y la España sarracena próxima á perecer destruida por la gangrena interior que corroía sus entrañas.

Sensible es que á enemigos de nuestra fé y de nuestra patria se les alcanzára en tal estremidad y angustia tan heróico, tan digno y tan eficaz remedio como el que buscaron, y pienso que se ha reparado poco en la grandeza de un hecho que pasó en nuestro pais.

Si hoy mismo, señores, si hoy, despues de los progresos que ha hecho la civilizacion, se ofreciera á nuestros ojos en cualquiera de las naciones modernas mas cultas, en medio de los estragos de una larga guerra civil y de los horrores de una prolongada anarquía, el espectáculo de una asamblea deliberando pacíficamente, sin acaloramiento, sin pasion y con dignidad sobre los medios de librar de la muerte el cuerpo social; si la viéramos concebir el atrevido pensamiento de fundar un imperio grande en una sociedad ya casi disuelta, ofrecer la diadema del proyectado imperio á un príncipe proscrito, desvalido y errante, resto de una familia recientemente esterminada, buscarle, sentarle en el trono, y constituir un imperio sólido, fuerte, poderoso y estable, creo que no hallaríamos términos con que ensalzar la noble, la patriótica, la elevada conducta de aquellos hombres.

Pues bien, señores, esto lo ejecutaron hace once siglos los agarenos que habian venido á apoderarse de España. Yo no ceso de admirarme cada vez que me represento aquellos ochenta venerables musulmanes con sus largas y blancas barbas, jeques de otras tantas tribus, congregados en asamblea en Córdoba, discurriendo los medios de sacar la España muslímica de la agonía en que se hallaba, y proyectando fundar en ella un grande imperio independiente de Asia y de Africa. Aquellos hombres se acuerdan de un jóven é ilustre príncipe, pero que vagaba errante y prófugo por los desiertos africanos, mendigando la hospitalidad del desvalido y el sustento del menesteroso de aduar en aduar entre aquellas tribus salvages. Este príncipe, único vástago de la preclara estirpe de los Beni-Omeyas que habia dado catorce califas al imperio de Oriente; el único que por una feliz casualidad se habia salvado de la universal matanza de su familia, ejecutada entre los alegres brindis de un festin alevosamente preparado en Damasco por los vengativos Abbassidas, por aquellos feroces Abbassidas que acababan de plantar sobre el trono imperial de Siria el negro pendon de Abul Abbas despues de haber desgarrado el estandarte blanco de los Ommiadas: este príncipe es buscado en los desiertos de Africa por los enviados de los jeques de Córdoba: le encuentran en una cabaña y le brindan

con un trono; le hallan vestido de harapos y le ofrecen un manto de púrpura; le recogen de entre beduinos y le traen á España á regir un imperio que han proyectado para él. El acuerdo de los jeques de Córdoba nos costó setecientos años mas de lucha. Era poco mas de mediado el siglo VIII.

Viene á España el jóven príncipe Abderrahman el Ommiada. «Es digno de un trono este hijo de Moawiah,» esclaman millares de musulmanes andaluces, entusiasmados con su noble y gallarda presencia. Y le erigen un trono en Córdoba, y se funda el imperio mahometano de Occidente, emancipado del califato de Oriente. Rugen todavia desencadenadas las tormentas de las guerras intestinas; pero el jóven Ommiada, brioso, activo y esforzado, empuña su cimitarra, combate, triunfa, castiga, perdona, sofoca las rebeliones, reorganiza la España muslímica y afianza su trono. Es un planeta de poderoso influjo, á cuya aparicion se calman las borrascas. En los periodos de sosiego embellece á Córdoba con alcázares, palacios, fuentes, baños y jardines: son las artes de Oriente que vienen á aclimatarse en el suelo español. En los jardines de la antigua colonia patricia donde nació y creció el célebre plátano de César, planta con su mano una esbelta palmera; símbolo del gusto y de la civilizacion oriental, que reemplaza al gusto y á la civilizacion romana. El mismo califa canta una balada á la reina de las selvas; es el génio poético de la Arabia representado por el gefe del Estado. Erige escuelas ó madrissas para la educacion de la juventud; es la ilustracion arábiga que quiere hacer de Córdoba la Bagdad de los estudios y de las academias. Da principio á la construccion de una gran mezquita que rivalice en esplendor con los mas suntuosos templos de Arabia y de Siria; es el fanatismo mahometano que se propone hacer de la ciudad de Andalucia la Meca de los musulmanes de Occidente.

Bajo el segundo califa (que así los llamamos, aunque ellos al principio se dieran el modesto título de emires) se acaba de levantar la soberbia aljama de Córdoba, el templo maravilloso comenzado por su padre y fabricado en parte con materiales conducidos en hombros de esclavos y traidos de la derruida ciudad de Narbona, de allá, de mas allá de España, donde han llegado las armas sarracenas; monumento insigne del fervor religioso, de la grandeza, de la pompa y de los adelantos artísticos de nuestros dominadores.

Con el califato de los Ommiadas se entroniza y predomina en España la raza árabe pura, noble, ardiente, voluptuosa y galante, sobre las razas berberiscas, groseras, vengativas, traidoras y feroces. El árabe era galante y tierno, porque era culto y voluptuoso. Por eso aquellos califas guerreros y letrados enloquecian con las gracias y las caricias de una linda esclava, y erigian para ella alcázares suntuosos, y le consagraban jardines y versos, cásidas y joyas, y el mas despótico soberano de Oriente se hacia esclavo de la última de sus esclavas. El árabe era generoso y noble. Por eso un califa batallador abrazaba llorando cuando encontraba en el campo de batalla al hermano que aspiraba á derrocarle del trono; por eso eran indulgentes con los cristianos sumisos, y respetaban á un sacerdote de Cristo que se presentaba desarmado y solo á ajustar un tratado de paz, y permitian llevar en procesion por entre poblaciones musulmanas las reliquias de un Santo. Pero el árabe era impetuoso y ardiente. Por eso martirizaban á los que se atrevian á ridiculizar sus ritos ó á mofarse del profeta; por eso cortaban las cabezas de los guerreros cristianos y las clavaban en los adarves de sus muros ó hacian pilas de sus cráneos. El árabe era violento en sus pasiones y cruel en sus venganzas. Por eso degollaban sin piedad á los musulmanes disidentes, y saboreaban con bárbaro placer el espectáculo de trescientos cadáveres de otros tantos jeques revoltosos clavados en estacas festonando las márgenes de un rio. Esta mezcla de cultura y de ferocidad, de generosidad y de fiereza, esplica la conducta de los califas españoles y el carácter de la lucha de los sarraceno entre sí, y de los pueblos cristiano y musulman durante el Califato.

Basta con que algunos grandes príncipes se sucedan sin interrupcion en un trono para dar engrandecimiento y prosperi-

dad á un Estado; y la estirpe de los Beni-Omeyas fué en esto tan privilegiadamente afortunada, que casi todos los soberanos de aquella ilustre dinastía fueron insignes, ó como políticos, ó como sábios, ó como guerreros; casi todos estuvieron dotados de cualidades eminentes. Por eso al través de discordias intestinas y de guerras esteriores, crece el imperio y se engrandece el califato hasta hallarse en un grado de esplendor que que asombra en el siglo X bajo Abderrahman III el Grande. Este esclarecido príncipe encadena con una mano el Africa á España, y con otra sofoca añejas rebeliones y dá al cabo de dos siglos unidad al imperio. La fama de su grandeza vuela por el mundo, y embajadores de los soberanos de Constantinopla, de Alemania, de Esclavonia, de Francia, de Navarra y de Barcelona, vienen á la córte del califa con cartas de amistad en que le tributan homenages de respeto, y vuelven admirados de la magnificencia y agasajo con que han sido recibidos, mientras él dá hospitalidad á un rey cristiano y le repone en el trono de Leon. Era un genio superior el de este califa, y era ya un imperio grande el de Córdoba.

Tipo de la cultura, de la magnificencia y de la galanteria oriental este Abderrahman Al Nassir, construye y dedica á su esclava favorita para su recreo la mansion mas fastuosa que ha podido imaginarse, el célebre y maravilloso palacio de Zahara; el palacio de las quince mil puertas y de las cuatro mil trescientas columnas de preciosos y variados mármoles; el de los techos de cedro y los artesonados de ébano y de marfil; el de las fuentes de jaspe con cisnes de oro y los surtidores de azogue vivo que robaban sus rayos al sol; el de los bosquecillos de jazmines, de mirtos y de laureles con pabellones de mármol blanco y capiteles de oro; el de los arroyuelos, las flores y los perfumes; el de las siete mil esclavas y catorce mil esclavos para el servicio del califa y de la escogida de su harem. La mayor maravilla de aquella mansion de deleites es que parece una creacion fantástica y poética; y fué la realidad de la poesia. Abderrahman debió dar celos al autor del Coran, porque realizó en la tierra el paraiso que el Profeta habia prometido á los creyentes en el cielo, aquel paraiso de materiales placeres que la imaginacion lúbrica de Mahóma habia inventado para halagar la ardiente voluptuosidad de los árabes. Desde el palacio de Zahara solo la poesía ha podido crear tan deliciosas mansiones.

Si Abderrahman III fue como triunfador el César, como espléndido y magnífico el Trajano de los musulmanes, su hijo y sucesor Alhakem II fué como hombre de paz el Octavio, como filósofo el Marco Aurelio del califato de Occidente. Este príncipe, mas dado á las artes y á los goces de la paz que á las glorias y al estruendo de la guerra, convierte las cimitarras y alfanges en arados y azadas, y hace de los soldados ganaderos, labradores, artesanos, comerciantes y mineros: los campos antes regados con sangre humana, se ven cruzados de canales y azequias, y cubiertos de frutales y plantíos, de verde yerba y de doradas mieses. Este príncipe, que vió á su padre circundado siempre de literatos, poetas, médicos, astrónomos, matemáticos, filósofos, historiadores y artistas, que le vió confiar á los hombres de mas saber los primeros cargos del imperio, y gastar inmensas sumas de mitcales de oro en adquirir libros y galardonar el talento, la aplicacion y la ciencia; este príncipe, que habia sido educado entre doctos académicos y que antes de empuñar el cetro habia ganado coronas en certámenes literarios, sube al trono y convierte á Córdoba, la ciudad de las doscientas mil casas y de las seiscientas mezquitas, en una vasta academia; recoge el fruto de la cultura que han ido sembrando los ocho califas que le precedieron, y hace de Córdoba la Atenas del siglo X. La biblioteca del palacio de Meruan llega á encerrar hasta cuatrocientos ó quinientos mil volúmenes; el índice y las biografías de los autores los ha escrito él mismo; el bibliotecario es un príncipe, es el hermano mismo del califa; su palacio es el templo de las letras y el albergue de las Musas. Los amantes de la ilustracion que se lamentaban recordando el horrible incendio de la biblioteca de Alejandría en el siglo VII, pudieron consolarse al verla en el X, como renacida y maravillosamente acrecentada en Córdoba, y el culto Alhaken parecia haber nacido para lavar la afrenta que habia caido

en el pueblo de Ismael con el escándalo del bárbaro Omar. El reinado de Alhaken II es el punto culminante de la civilizacion oriental en España.

Y este es el pueblo, señores, que nos representaron por espacio de siglos nuestros antiguos cronistas é historiadores como un pueblo inculto, bárbaro y grosero, mirándole y haciéndole mirar solo por el prisma de la Religion; idea disculpable por el celo religioso que la inspiraba; pero que se arraigó por centenares de años en nuestro pueblo, hasta que algunos doctos orientalistas pertenecientes á esta misma corporacion, desenterrando los tesoros de la literatura arábiga que yacian ú ocultos ó desconocidos entre nosotros han ido derramando luz y dado á conocer, tales como eran, á nuestros dominadores de Oriente. Gracias sean dadas por tan inmenso servicio á estos ilustrados académicos de la Historia, y no digo mas en su elogio por no ofender la modestia de alguno que me escucha.

En medio de tanta grandeza y tanta prosperidad del pueblo infiel, ¿qué habia sido del pobre pueblo cristiano? Los cristianos no han desmayado por eso en su santa empresa. Con la fé en el corazon, la cruz en el pecho y la lanza en la mano, han hecho atrevidas escursiones y rescatado pueblos y territorios en Galicia, en Lusitania, en los antiguos Campos de los godos, y avanzado por el Norte y por el Este hasta el Duero y el Ebro. Se han erigido las basílicas de Oviedo y Compostela: se han levantado tronos en Leon y Navarra, y han surgido los condados independientes de Barcelona y de Castilla. Los Alfonsos de Asturias, los Ordoños y Ramiros de Leon, los Garcías y Sanchos de Navarra, los condes de Castilla y de Barcelona, han visto derrotados los pendones del cristianismo en Aybar y en Valdejunquera; pero han sacado triunfante y gloriosa la enseña de la fé en Lutos, en Polvararia, en Laturce, en Gormaz, en el foso de Zamora y en los campos de Simancas. Sin embargo, en el flujo y reflujo de la reconquista, bajo los últimos califas que he nombrado y en el último tercio del siglo X, el imperio sarraceno habia alcanzado su unidad y se hallaba en gran prosperidad y pujanza; los reinos cristianos se encontraban abatidos, en decadencia y ardiendo en discordias.

En tal situacion, señores, se levanta como un gigante en el Mediodia de España el mas hazañoso campeon que habian tenido nunca los agarenos, el mas formidable enemigo que habian tenido jamás los cristianos. Este gigante no es el califa, no es el gefe del imperio, es el ministro, es el regente, es el tutor de un califa niño é imbécil, el único inepto que ha nacido de la ilustre estirpe de los Beni-Omeyas. Almanzor, rayo de la guerra, emprendedor como Anibal, guerrero y literato como César, destructor, sin ser bárbaro, como Atila, mientras el imbécil califa vejeta en los salones y jardines de Zahara entretenido con pueriles juegos entre esclavos, eunucos y mugerzuelas, se lanza de improviso como un cometa sangriento de incierto rumbo, ya sobre el Oeste, ya sobre el Norte, ya sobre el Este de la España cristiana, y todo lo destruye, y todo lo arrasa, y todo lo aniquila. Borrell de Barcelona se arroja al mar huyendo de las aterradoras huestes de Almanzor. Garci Fernandez de Castilla sucumbe al filo de los alfanges sarracenos. Los muros de Leon caen desplomados, y Bermudo II se refugia á Asturias llevando consigo las cenizas de los reyes y las reliquias de los santos mártires. El sepulcro del Apóstol Santiago en Compostela es profanado y pisado por las inmundas plantas de los soldados de Mahoma, y las campanas de la Jerusalen de los españoles son trasportadas por órden de Almanzor en hombros de cautivos cristianos, para colgarlas como trofeos, si no como lámparas, en la grande aljama de Córdoba. En veinte y cinco años de periódicas campañas gana el terrible musulman cincuenta victorias. Por todas partes estrago, ruina, desolacion y muerte para el pueblo fiel, que al cabo de dos siglos y medio de combates se ve casi en la misma estrechez que despues del desastre del Guadalete. Los triunfos y las conquistas de Almanzor señalan el apogeo de la grandeza del califato, el mayor poder de la dominacion musulmana en España.

¿Será invencible este coloso? ¿Prevalecerá para siempre en España la ley de Mahoma? No puede ser. Porque la lucha es

entre la usurpacion y la justicia, entre la mentira y la verdad, entre el Coran y el Evangelio, entre la concepcion monstruosa de un hombre y el libro escrito por la mano de Dios, entre el falso fulgor de una doctrina engañosa y la verdadera luz destinada á alumbrar la humanidad. Porque esa civilizacion, al parecer tan brillante, del pueblo de Oriente, es la civilizacion del fanatismo y de la esclavitud. Porque la religion del código musulman es la religion de la espada, es la religion de un paraiso de repugnantes obscenidades, es un dogma que pretende crear un cielo corrompido para sancionar la corrupcion en la tierra. Y el que buscó quien derribara los ídolos del paganismo y el Olimpo de sus dioses inmorales, mejor hallará quien rasgue las páginas del libro de un impostor, y quien venza á los apóstoles armados de su doctrina.

¿Mas cómo se levantará de su postracion el abatido pueblo cristiano? La desunion habia perdido siempre á los españoles, y una secreta y misteriosa inspiracion movió en aquella estremidad á los gefes de los Estados cristianos de Galicia, de Leon, de Castilla y de Navarra, á unirse, á combinar sus débiles y diseminadas fuerzas, y á presentarse á combatir al Goliat de los sarracenos. Las menguadas huestes cristianas encuentran á las numerosas haces agarenas en la Montaña del Aguila, Calat-al-Nósor, en el lenguaje de los árabes, no lejos de la antigua Numancia, de glorioso recuerdo para los españoles. El hombre de las cincuenta victorias creyó llegado el momento de consumar el trágico drama inaugurado hacia cerca de tres siglos por Muza y por Tarik, y se quedó asombrado al encontrar valerosos combatientes, donde solo pensó hallar cobardes fugitivos. Se empeña la lucha... y la mano invisible que sacó á unos pocos cristianos victoriosos de la gruta de Covadonga, los saca tambien triunfantes en la cuesta del Aguila. Almanzor, el terrible, el victorioso, el invicto, siente correr la sangre de su cuerpo vertida por las lanzas cristianas; mira en derredor de sí, y se ve sin capitanes; y el soberbio musulman sucumbe, no tanto por la recrudescencia de sus heridas, como de la rabia y desesperacion de verse una vez vencido. Las lágrimas de sus soldados riegan su tumba en Medinaceli: un hombre misterioso recorre las márgenes del Guadalquivir, anunciando á grandes voces con palabras fatídicas la catástrofe de Calatañazor á los musulmanes: en los templos cristianos resuenan himnos de júbilo; en las mezquitas se reza la azala del dolor; el pueblo repite unos versos de prediccion siniestra hechos por Ibrahim ben Edris, y como Roma despues de la batalla de Canas, así Córdoba viste de luto al recibir la nueva del desastre de Calatañazor. Apuntaba entonces el siglo XI.

Nunca con mas razon se afligió y enlutó un pueblo entero por la muerte de un hombre. Porque Almanzor, guerrero y político, batallador y literato, que compartia las estaciones entre certámenes literarios y combates bélicos, que conquistaba ciudades y fundaba academias, que partia entre los soldados el botin de las victorias, y distribuia entre los doctos los premios del saber; Almanzor, el favorito de la sultana Aurora, único valido que haya empleado su privanza en bien y engrandecimiento del pueblo; Almanzor, que se contentaba con ser rey sin cetro, monarca sin corona, soberano sin trono y califa sin imperio, pudiendo tener imperio, trono, cetro y corona; Almanzor, cuyo nombre era pronunciado despues del de el califa Hixen, desde lo alto de trescientos mil almimbares en Africa y en España, era la columna y el sostén del califato, y rota su cimitarra, el cetro de los califas era una frágil caña en manos de un niño que crecia en años y nunca llegaba al uso de la razon.

En efecto, muerto Almanzor, se vé derrumbarse como desde la cúspide de una gran pendiente el soberbio imperio de los Ommiadas, y desaparecer esta esclarecida estirpe como disipada por el soplo siniestro de un viento mortífero. Las tribus y razas berberiscas, edrisitas, alameríes, slavos, tadjibitas, zeiríes, benihuditas, mazamudas, zanhegas y beni alafthas, cada cual arranca un giron del manto imperial de los Beni-Omeyas; cada walí y cada alcaide erige para sí un estado independiente, para disputarse despues la presa como hambrientos lobos, y sobre las ensangrentadas ruinas del cali-

fato se levantan multitud de pequeños reino, casi en cada comarca, casi en cada ciudad del desmoronado imperio.

¿Cómo tan rápidamente se precipitó el imperio de los califas desde la cumbre de su mayor grandeza al abismo de su ruina? Apuntaré las principales causas de tan súbita transicion.

Aquellas indómitas y rebeldes tribus que se alimentaban en el corazon del imperio y que habian tenido el triste don de conservar su ruda ferocidad en medio de la cultura de Oriente; gente vengativa, en quien los ódios de casta no se estinguian nunca y se trasmitian como una herencia de generacion en generacion; aquellas hordas, que ya con sus rivalidades y enconos habian espuesto el emirato á una disolucion, nunca se sujetaron de buen grado á los hombres de la raza árabe y siria, que eran menos que ellos y constituian como una clase aristocrática y privilegiada. Subyugados por el genio superior de los califas Beni-Omeyas, habian sido súbditos sin dejar de ser enemigos, aborrecian obedeciendo y obedecian odiando al gobierno central. Asi, en el momento que vieron al único califa inepto y flojo, privado del apoyo del gran ministro Almanzor, rompieron sus cadenas los leones de Africa, dishicieron con sus garras el yugo de los Ommiadas, escalaron el trono, se repartieron sus fragmentos, y hollaron con sus salvajes plantas los símbolos de la dominacion, y con ellos los tesoros de la cultura y de la elegancia arábiga, los libros de la biblioteca de Meruan, las flores de los jardines, y el oro y los mármoles de los suntuosos salones del palacio de Zahara.

Almanzor mismo, con ser tan gran político y tan gran guerrero, cometió dos grandes errores como guerrero y como político: el uno con los cristianos, que le acarreó su ruina personal; el otro con los musulmanes, que precipitó la caida del imperio. El primero fué el de sus campañas periódicas: guerreando y venciendo en las primaveras y los otoños, gobernando y presidiendo academias los inviernos y los estíos, conquistador la mitad de cada año y la otra mitad regente, dejaba á los cristianos espacio y hueco, ó para reparar en parte sus desastres, ó para irse recobrando de su estupor y entenderse entre sí: se recobraron, se entendieron, pelearon, y murió vencido. El segundo fué el de los gobiernos perpétuos de provincias, ciudades y fortalezas, con que invistió á los walíes y alcaides que le prestaban algun servicio personal. Mientras el gobierno estuvo en las robustas manos del ministro-regente, aquellos pequeños soberanos feudales conservaron cierta sumision á la cabeza del imperio. Pero seguido el funesto ejemplo de Almanzor por los débiles y combatidos califas que le sucedieron, aquellos walíes, harto propensos ya á la emancipacion, casi impunemente pudieron trocar en dominio lo que la flaqueza y la necesidad les habia otorgado como feudo, y cada régulo se fué proclamando rey en la ciudad ó comarca de su mando: de aqui la multitud de reinecillos que se erigieron, á manera de humildes viviendas fabricadas de los escombros de un soberbio palacio derruido.

Favorecia al espíritu de insumision y de independencia el asiento de la corte del califato. Colocado el gobierno supremo en un punto escéntrico del Mediodía, distante de los puertos marítimos y de las comarcas montuosas del Norte y del Oeste, precisamente donde moraban las rebeldes é indomables tribus berberiscas, cuyo contacto con los cristianos les daba tambien facilidad para aliarse momentáneamente con ellos contra sus señores, la accion del gobierno sobre los disidentes llegaba debilitada, floja y tardía. La distancia aflojaba los lazos de la unidad, la rebelion los rompia, y las mismas causas facilitaron la desmembracion de dos imperios, la del califato de Siria á mediados del siglo VIII, la del califato de Córdoba antes de mediar el siglo XI.

Adolecia además la constitucion del imperio mahometano de un vicio de organizacion que le corroia y mataba. Mahoma, haciendo del Corán un código á la vez religioso, militar y político, creando un magistrado superior, que era á un tiempo sumo sacerdote, rey y general de los ejércitos, formando un pueblo de guerreros y de esclavos, habia hecho una ley á propósito para inspirar el fanatismo, muy conveniente para la unidad de impulsion tan necesaria para la

conquista, muy oportuna para infundir y alimentar el orgullo que se siente en subyugar y dominar estrañas tierras y regiones; pero la mas defectuosa, la mas imperfecta, la mas viciosa para la vida social de un pueblo. Una vez asentados en una region los musulmanes ¿qué mejoras se prometian en su condicion social de sus personales sacrificios y de su ciega sumision al pontífice-rey? Esclavos eran, y esclavos habian de ser perpétuamente: pasarian siglos y siglos, y no pasaria su esclavitud; se sucederian generaciones, y los hombres de las generaciones futuras serian tan esclavos como los de la presente y los de la pasada: porque su ley política prescribe la servidumbre, y su ley política es inalterable, inmodificable, inmutable como su dogma. Mientras fuesen conquistadores, los enardecia el entusiasmo de la conquista: dominadores de una region, el único estímulo de sus esfuerzos era el paraiso; tenian que mirar al cielo, porque nada podian esperar de la tierra. No podia haber patriotismo, porque patriotismo y esclavitud perpétua son incompatibles, se escluyen y se repelen. Para sacrificarse por un soberano que no habia de mejorar su condicion, querian ser soberanos ellos mismos. En tanto que los soberanos fueron hombres tan eminentes como los califas Beni-Omeyas, el prestigio y el ascendiente de su talento, de su nombre y de su poder bastó á hacer, ó auxiliares devotos, ó súbditos sumisos, ó forzosos vasallos. Vino un califa débil é inepto, y se rebelaron todos. Imperio sin pueblo, porque no es pueblo una congregacion de esclavos, se desplomó como un edificio sin base: faltó el gigante que sostenia en sus hombros la inmensa bóveda, y la bóveda cayó al suelo.

Hé aquí las principales causas de la repentina caida del califato de Córdoba.

Las consecuencias fueron inmensas, inmediatas unas, remotas otras, importantes todas. La caida del califa es la linea divisoria que señala la superioridad del pueblo cristiano sobre el sarraceno. Hasta ahora el pueblo español ha pugnado por vivir; desde ahora empieza á pensar en organizarse: cuenta ya con la existencia material, y comienza su vida política y civil. Los pueblos van ganando derechos políticos de la misma manera que han ganado territorios, lenta y parcialmente, y nacen los fueros de Leon, de Castilla, de Navarra, de Aragon y de Cataluña: legislacion parcial, local, imperfecta, pero preciosa; que los alienta á sostener y proseguir la obra de la restauracion, porque al compás que reconquistan, mejora su condicion social.

De tal manera, señores, quedaron quebrantados y dislocados los sarracenos desde la jornada de Calatañazor, que aunque los reyes de Navarra, de Leon, de Aragon y de Castilla, los Sanchos y Ramiros, los Alfonsos y Fernandos, no recogieron al pronto todo el fruto que debieron y pudieron de aquella victoria, porque llevados de ese espíritu de rivalidad local, tan innato y tan funesto á los españoles, gastaron lastimosamente combatiendo entre sí las fuerzas que hubieran debido emplear contra el comun enemigo, todavía desde la Montaña del Aguila pudo divisarse en lontananza el resplandor de la cruz plantada por el sesto Alfonso de Castilla sobre los muros de Toledo, la antigua córte de los godos, el centro y el mas formidable baluarte de la España mahometana.

Perdido este baluarte, los musulmanes andaluces en su nuevo conflicto vuelven los ojos al Africa, é invocan el ausilio de los Almoravides. Estos bárbaros africanos, modernos numidas que cruzan el estrecho como sus progenitores llamados por sus hermanos de España, vuelven como aquellos sus armas contra sus mismos invocadores, los vencen, los encadenan, los trasportan al desierto, se apoderan de la España sarracena, y los Almoravides hacen de España una dependencia de Africa, como antes los Omniadas hicieron de Africa una dependencia de España. Los rudos musulmanes del Mediodia destruyen á los cultos musulmanes de Oriente: acaba la dominacion de los árabes y empieza la de los moros.

Pero el Africa no se cansa de arrojar kabilas sobre la península española; y á la invasion de los terribles Almoravides con Yussuf en el siglo XI, sucede en el XII la irrupcion de los feroces Almohades con Abdelmumen. Estos sectarios de El Mahedi, tan bárbaros que prohibieron con pena de

muerte que se escribiera la historia de su dominacion, arrojan á su vez de España á los hombres de Lamtuna. Pero estos Almohades son despues arrollados y destruidos por los Beni Merines, otros africanos, mas agrestes, si es posible, que ellos. El Mediodia era para España lo que habia sido el Norte para Roma, semillero inagotable de hordas salvages que se iban empujando unas á otras como las olas del mar. Lo que para el imperio romano fueron la Escitia, la Tartaria, la Escandinavia, el Tánais y el Vístula, eran para los reinos españoles Berbería, el Magreb, el Atlas, Sûs, Fez y Marruecos. Pero el imperio de los Césares fué derrocado, porque Roma tenia que expiar los crímenes del Capitolio, y merecia un Alarico y un Odoacro: España no estaba destinada á perecer, y no merecia un Yussuf y un Abdelmumen, porque en lugar de un Capitolio corrompido defendia una Religion pura y santa, y tenia un galardon que recibir en premio de su perseverancia y de su fé.

Eran sin embargo terribles las primeras acometidas de los bárbaros meridionales. Los Almoravides pusieron á punto de sucumbir la causa del cristianismo en Zalaca: los Almohades le dieron un golpe mortal en Alarcos. Mas contra los primeros se levantaron un Campeador castellano y un Batallador aragonés, el Cid Rui Diaz y Alfonso I de Aragon: el uno les arrancó temporalmente á Valencia, el otro les arrebató para siempre á Zaragoza. Para vengar el ultraje de los segundos recuerdan que solo la union los pudo hacer triunfar en Calatañazor, y unen por segunda vez sus banderas, y vencen en la memorable batalla de las Navas, tercer portento de los anales del pueblo español en la edad media. En Calatañazor cayó y se disolvió el imperio ommiada; en las Navas de Tolosa cayó y se disolvió el imperio almohade: el primero representa el triunfo del Evangelio sobre el islamismo culto de Oriente, el segundo simboliza el triunfo de la verdad religiosa sobre el mahometismo bárbaro del Mediodia. La causa cristiana prevalece igualmente contra la culta Arabia que contra el Africa salvaje. Era ya el principio del siglo XIII.

A la sombra de estos triunfos ha ido avanzando la restauracion en medio de reveses y contrariedades; ha ido creciendo la nacionalidad á través de dificultades y obstáculos; ha dado grandes pasos la unidad á vueltas de mil rivalidades y discordias; y al mediar aquel mismo siglo dos monarcas españoles, cada uno de los cuales lleva en su frente dos diademas, el uno las de Cataluña y Aragon, el otro las de Leon y Castilla, santo el uno y héroes ambos, Jaime I y Fernando III, prosiguiendo simultáneamente y con igual ardor la empresa de la reconquista, por Oriente el uno, por Mediodia el otro, el uno planta el pendon de San Jorge en la almudena de Mallorca y en la alcazaba de Valencia, el otro enarbola el estandarte de Santiago en el mas alto alminar de la grande aljama de Córdoba y en la torre de la Giralda de Sevilla.

Recobradas las reinas del Guadalaviar y del Guadalquivir, los restos de todas las razas y de todas las dominaciones musulmanas se refugian, se agrupan, se apiñan en Granada como en el último baluarte de una ciudad asaltada por el enemigo. El estrecho, pero pobladísimo reino de Ben-Alhamar, compendio y como estracto de la grandeza de los imperios muslímicos que le precedieron, diminuta herencia de Damasco, de Bagdad y de Córdoba, se sostiene y vive todavía por mas de dos siglos, merced á las distracciones de los dos grandes reinos cristianos; de Aragon, que gasta sus robustas fuerzas en conquistas esteriores y en empresas lejanas; de Castilla, que consume su vitalidad en disensiones intestinas, entre reyes y príncipes, entre monarcas y magnates, entre señores y vasallos. Granada se sostiene con sus discordias de familia y de casta, merced á los funestos celos y rivalidades entre Castilla y Aragon, hasta que unidos los intereses de ambos reinos por el dichoso enlace de dos príncipes, sujetas ambas monarquías á un mismo cetro (pronunciemos, señores, con veneracion y con orgullo los nombres de Fernando é Isabel!!!), estos dos príncipes marchan acordes y rematan la obra laboriosa de ocho siglos, plantando la sagrada enseña del cristianismo y el pendon nacional en los torreones de la Alhambra de Granada, último monumento y último símbolo de la dominacion mahometana en la Península española. El

triunfo de Calatañazor tiene su complemente en Granada: el fruto de la colina del Aguila se recoge á la orilla del Genil, y la muerte de Almanzor el Grande ha producido la caida de Boabdil el Chico, el Augustulo del imperio mahometano de Occidente.

Contestacion al anterior discurso del señor don Modesto Lafuente por don Antonio Cavanilles, académico de número.

Señores: La academia se complace en contar en el número de sus individuos al señor don Modesto Lafuente, que ha merecido alcanzar grande reputacion literaria, que ha consagrado su vida al estudio, que solo y sin auxilio acometió la árdua empresa de escribir la historia de nuestra nacion. El que ha dado tantas muestras de talento, de recta crítica y de buen gusto, no podia menos de pertenecer á una docta corporacion, que alienta todos los esfuerzos, que premia los merecimientos literarios y que procura mantener viva la llama del saber histórico.

Si necesitásemos otra prueba de los conocimientos y del mérito del nuevo académico, el discurso que acabamos de oir nos la suministraria muy brillante. Con notable elegancia nos ha presentado el cuadro de una época en que dos pueblos, dos civilizaciones se disputaron el dominio de España: paralelo importante, lleno de erudicion y de filosofía; panorama magnífico, que ha ido sucesivamente desplegando á nuestra vista las diferentes escenas de la vida civil, política y militar del pueblo árabe y del pueblo cristiano.

Voy, señores, contando mas que nunca con la indulgencia de la Academia, á suceder al señor Lafuente en el exámen de ese período, y á manifestar el importante servicio que hicieron los árabes á las letras.

Es claro que para conocer una época en que dos pueblos se disputaron el mando, no basta oir á los escritores de una de las naciones; hay que examinar lo que se escribió por ambas partes, y la historia de los árabes, y sus guerras, y sus relaciones con los cristianos deben ser objeto de un estudio llevado paralelamente, olvidándose al hacerlo del interés, del orgullo, de las pasiones de una y otra gente, aplicando el cuchillo del análisis á lo que alumbre la antorcha de la crítica.

Este linaje de estudios se halla por desgracia muy atrasado: el idioma árabe no está aun tan generalizado como fuera de desear, y entre nosotros (mengua es decirlo) se halla casi olvidado cuando debiera ser objeto de culto literario. Los códices desaparecen: el Escorial, ese gran depósito de donde han salido la mayor parte de los que adornan los museos y archivos estranjeros; el Escorial, que custodió los códices pertenecientes á don Diego Hurtado de Mendoza y á Benito Arias Montano, y los cuarenta mil del rey Cidan apresados en 1612 cerca del puerto de la Mámora, vió en 1671 consumirse entre los horrores de un incendio la mayor y mas rica parte de su tesoro literario, y por las vicisitudes de los tiempos vió despues correr varia fortuna á mucho número de sus mas notables documentos.

Para conocer este período importante de la historia de España buscaban los estudiosos las cortas, diminutas y no siempre satisfactorias noticias de los autores españoles coetáneos á las diferentes fases de la dominacion árabe, y examinaban entre otras obras de menor interés, el Cronicon del Pacense, las obras del arzobispo don Rodrigo, las del Tudense, la Crónica latina del Cid, hoy rescatada por la Academia, la Crónica general, los poemas anteriores al siglo XV, y ese rico venero de costumbres, de recuerdos y de glorias que se conserva en nuestros romanceros.

Por desgracia el resto de Europa no sabia mas que nosotros, y Fernando VI, encargando en 1748 al Siro-Maronita Casiri el índice y la ordenada descripcion de los manuscritos árabes del Escorial, y Cárlos III dándolos á luz, hicieron conocer al mundo esta riqueza literaria; y se tuvo noticia de mil ochocientos cincuenta y un códices, escritos la mayor parte por árabes, españoles por orígen, por nacimiento, por domicilio, ó por escuela; códices referentes casi todos á cosas de España, muchos de los cuales pertenecieron á las bibliotecas muslímicas de Granada.

Dado el impulso, el abate Andrés, en su Historia sobre el orígen y estado actual de

la literatura, llamó la atencion de Europa sobre los árabes españoles; y en nuestros dias el erudito Conde publicó la Historia de los árabes de España, obra á que debió acompañar el testo original, porque segun la bella espresion de Mariana, *la historia no pasa partida sino la muestran quitanza*; obra que dejó incompleta, habiéndose publicado los dos últimos tomos despues de su muerte por papeletas mal coordinadas, cuyos defectos no pueden atribuirse al autor sin faltar á la buena fé literaria.

Reivindiquemos, señores, para España la gloria de haber llamado la atencion del mundo sobre este género de estudios, que si no han ilustrado mucho la historia patria, han derramado gran luz sobre otros importantes ramos del saber. Casiri, Andrés, Conde, pueden haberse equivocado en algunos puntos. ¿Para qué negarlo? Caminaban por sendas escabrosas, fueron los primeros, los maestros, la guia. Si hoy se alzasen del sepulcro, al ver la injusticia con que son tratados, ¿cuánto no dirian á los críticos modernos? ¡y cómo protestarian, hombres del siglo XVIII, al verse juzgados por la generacion presente!

Empero de estos puntos de partida proceden las últimas investigaciones. Unos autores se propusieron en el estranjero traducir á Conde, otros utilizaron los datos de Casiri, otros vistieron con la librea de la novela la Historia de los árabes de España, otros gastan sus fuerzas en hallar defectos en nuestros escritores; y no falta quien trata de imponernos magistralmente sus opiniones, pensando que el mundo estaba en el caos y que á él solo fué revelada la luz.

Para juzgar este gran proceso hay que publicar los documentos, como lo hizo un docto académico dando á luz la historia de Almakary; como lo hace Dozy imprimiendo las de los Almohades y Almoravides. De este modo se verá lo que escribieron los árabes, se les comparará entre sí y con los escritores españoles: la arqueología nos mostrará las huellas que dejaron en el pais y el estudio y la recta crítica harán que, mas felices que hasta aqui, veamos levantar parte del velo que oculta los sucesos de aquellas remotas edades.

En tanto, con los datos que hoy poseemos, emplearé los cortos instantes que he de ocupar todavía la atencion de la Academia, en la investigacion del adelantamiento literario que debimos á los árabes, prefiriendo la historia de las ideas á la narracion de los hechos.

Al dirigir la vista á aquellos siglos, al considerar el estado político de Europa, la escentralizacion del poder, la insubordinacion de unos, la abyeccion de otros, la corrupcion de las clases mas respetables, el silencio de las musas, la general ignorancia, ¿quién habia de creer que la invasion sarracena no agravaria los males intelectuales del pais? ¿que en medio de los instintos de ferocidad y de guerra, de las divisiones civiles, de tanta tribu, de tanta raza, de tanta variedad de gentes habian de encontrarse príncipes dignos del trono, unidad en el mando y proteccion á las artes y á las letras? ¿Y que los hijos del desierto, recordando en el perfumado suelo de Córdoba los placeres de Damasco y de Bagdad, habian de ser el conducto por donde volviese á Europa el tesoro del saber que habia desaparecido de ella?

¡Altos secretos de la Providencia que no es dado sondear á la mezquina comprension del hombre! ¿Quién hubiera dado asenso al que tales cosas contára, cuando nuestros padres vencidos y derrotados en Guadalete, precedidos por los obispos, huian del alfange y de la cimitarra, llevando el arca santa con las venerandas reliquias, y corrian á refugiarse á la parte norte de España, al pais mas fragoso, al de mas virtud bélica, donde no penetraron los fenicios ni los cartagineses, y en cuya dominacion tardaron dos siglos los romanos y otros dos siglos los godos?

¿Quién creeria que habiamos de ser deudores del renacimiento de las letras á los árabes, cuando empezó la magnífica epopeya de la reconquista, y resonaron en las montañas de Auseva los gritos de gloria y de venganza, y se peleó por la fé de Recaredo, por la independencia, por la libertad? ¿cuándo se desnudó en Covadonga el acero que despues de ocho siglos debia envainarse en Granada?

Mas la Providencia que hace brotar el

bien del mal, que purifica la atmósfera con las borrascas, que lleva en alas del huracan las semillas á fecundar paises remotos, despues de fatigar á los árabes españoles con guerras intestinas para dejar respirar á los cristianos y prepararlos á descender á la tierra llana; despues de hacer que los africanos amenazasen la tranquilidad de la dominacion árabe, y de darles dos fronteras que guardar, la del estrecho y la del pais conquistado; despues de hacer que, á semejanza de los metales, se fundiesen calientes y se separasen frios, dispuso que llegasen al apogeo de su gloria, y diesen culto á las letras, y honrasen el valor y la hermosura.

Habia el pueblo árabe antes inculto, mísero y disperso, formando pequeños estados y hordas independientes y enemigas, constituido por fin un cuerpo en tiempo de Mahoma y consolidado su nacionalidad en el califato de Omar. Oscuros los árabes porque eran ignorantes, débiles porque estaban divididos, despliegan de pronto carácter bélico, cuando el fanatismo los auna y preocupa su imaginacion, y se hacen conquistadores, y subyugan en pocos años todo el Oriente romano y la Persia y el Egipto. La sed de conquistas es seguida de la fiebre del saber, y vemos mas tarde á Bagdad convertida en otra Atenas en tiempo de Almamon el Augusto de sus reyes. De Bagdad se traslada la ciencia á Córdoba, y sus califas solicitan por medio de embajadas pacíficas las obras del entendimiento humano, y se recogen con entusiasmo y se conservan y se traducen. Se dotan estudios, se fundan bibliotecas, y se busca, se protege, se honra á los sábios de todas las escuelas y de todos los paises. Ya no son las tribus bárbaras y estacionarias, ya no son los conquistadores de territorios, son los conquistadores del saber, son el conducto de que se vale la Providencia para conservar y propagar las luces.

La cadena de los siglos no se ha roto, merced á los árabes. La sucesion, la tradicion de la doctrina, las conquistas del entendimiento humano iban á perderse; morian con sus dioses informes los conocimientos egipcios, desaparecian con sus dioses sensuales las ciencias de Grecia, los hijos del Septentrion desdeñaban las letras y las artes; mas los sectarios de Mahoma recorren el mundo y recogen los restos del saber próximo á extinguirse. Los egipcios les enseñan la química oculta bajo el disfraz de la alquimia; aprenden de los griegos la geometría y la astronomía; de los indios el álgebra, de los chinos las artes, y se declaran deudores á Aristóteles, cuyas obras conservan, traducen y comentan, de la filosofía, de la historia, de la medicina. ¡Magnífico espectáculo, señores, el que presenta *la idea* triunfando de la barbárie: la luz del saber próxima á extinguirse, pero sin llegar á apagarse: la ciencia sobrenadando en el naufragio universal, viajando con las tribus nómadas, ocultándose en las tiendas de los guerreros, hasta que pura y esplendente y vencedora concluye por dominar al mundo civilizando al hombre!

Los árabes no eran inventores; su ley misma se oponia á ello. Mahoma les habia dicho que la ciencia del sábio y la espada del fuerte sostienen la máquina del mundo; pero tambien habia limitado el vuelo de su inteligencia diciéndoles que toda innovacion era un estravío y que todo estravío conduce al fuego eterno. No esperemos, pues, que su principal mérito sea la invencion. El gran servicio que les debe el mundo es el haber recogido los escritos de la antigüedad, haber hospedado las ciencias y las artes, y haberlas trasmitido á la Europa que se hallaba en el caos. Ellos siguieron el largo trayecto que recorrió la ciencia que alumbró sucesivamente á los indios, á los chinos y á los persas, á los caldeos, á los fenicios, á los egipcios, á los griegos, á los romanos. Ellos conservaron con singular aprecio, entre otras, las obras de Euclides, de Tolomeo, de Aristóteles, de Dioscórides, de Hipócrates, de Galeno. No esperemos que el papel, ni la brújula, ni la pólvora, sean invenciones suyas: el mundo moderno se las debe; ellos las trajeron á España, las conservaron, las trasmitieron.

Como en todo pueblo jóven y sencillo, en el pueblo árabe, educado en un clima ardiente, la imaginacion precedió siempre á la reflexion. Vémoslo propenso á lo maravilloso, cultivando su idioma rico y musical, dando mas importancia á la forma que

á la esencia, encantándose con los romances y la fábula. La poesía formaba parte del ambiente que respiraban; sensuales y valientes, cantaban el amor y los combates.

Cuando volvieron la atencion á estudios mas severos, no lograron borrar la huella de su carácter; siempre dominaba la imaginacion y el fuego oriental. Si se consagran á la filosofía del Stagirita, la visten con comentarios que la desfiguran, y prefieren las sutilezas y argucias del entendimiento á la reflexiva investigacion de la verdad. Si se dedican á la historia, no saben formarse sobre los modelos de Grecia y Roma: carecen de órden, de precision, de miras elevadas; se pierden en el intrincado laberinto de sus genealogías; interrumpen la narracion con diálogos, versos y adornos inútiles; y son minuciosos, redundantes, con la exhuberancia de su lozana imaginacion.

Cultivan la medicina de los griegos, la enriquecen aplicando á ella la química y las ciencias naturales; pero se apartan de la sencilla y atenta observacion de sus maestros; no saben generalizar los hechos, condensarlos en aforismos ó axiomas; son polifármacos y amigos de cuestiones sofísticas y de métodos supersticiosos.

Su misma arquitectura, que fué poco á poco separándose de la Bizantina, nos descubre la riqueza de imaginacion de aquel pueblo: se pierde en menudas, prolijas y esquisitas labores ostentando en miles de columnas y en recargados follages el abuso de ornamentacion.

Si continuásemos recorriendo todos los ramos del saber, veríamos igualmente que tenian los defectos propios de su carácter; esa lozanía que acompaña siempre al renacimiento de las letras, que precede á los estudios sérios, que forma parte del fanatismo literario. Empero dieron al mundo el espectáculo que no se volverá á ver, de recoger la ciencia moribunda, de conservarla, de cultivarla, de trasmitirla.

En Córdoba, señores, y bajo el turbante musulman, empezó esta restauracion del saber. El jóven Abdo-r-rahman I, último vástago de los Beni-Omeyas, educado en la adversidad, trocado el regalo de su infancia por la áspera vida de los desiertos de Tahart, depositario del valor, de la cultura, de la ciencia, de la galantería de los suyos, traslada á Córdoba el lujo y las aparatosas fiestas de Damasco y de Medina, erige suntuosos palacios, se rodea de los hombres mas sábios de su tiempo y presta seguro y honroso asilo á las ciencias y las letras miradas con desdén por los godos españoles. ¡Monarca sensible que ama las dulzuras de la paz, que á la sombra de la palma, cuya cima mecieron tal vez las mismas auras de Damasco, recuerda en medio de su prosperidad la patria que ha perdido, los sitios que no volverá á ver, el horrible festin en que fueron sacrificados sus mas próximos parientes, los amigos de que le dividian la distancia y los mares!

Una sucesion de grandes monarcas consolida este mismo espíritu de templanza y de ilustracion, hasta que ocupa por cincuenta años el trono Abdo-r-rahman III, el califa, el sucesor de Mahoma, el príncipe de los creyentes, el centro de unidad de los hijos del profeta, el Emir almumenin. Entonces llegaron los árabes españoles al apogeo de su gloria: las ciencias tuvieron culto, las artes florecieron bajo aquel hombre, que próximo á morir, tras tan largo y tan glorioso reinado, manifestó que apenas contaba en su vida mas que catorce dias de completa felicidad.

Su hijo, heredando las dotes de su padre, mas pacífico, mas agricultor, mas amigo de la prosperidad material del pais, literato, poeta, bibliófilo, fué el príncipe mas amante de las letras, mas favorecedor de los buenos ingenios. Mas estaba escrito que despues de tan larga sucesion de príncipes habia de recaer el trono en Hixém II, niño de diez años, en quien se habia de eclipsar la gloria de sus mayores. En vano Almanzor, el Cid de los árabes, en sus espediciones de primavera y otoño, descubrió el instinto y el genio de la guerra, llevando la desolacion hasta los confines de Galicia, y trayéndose como trofeo las campanas de Compostela, que rescatadas mas tarde por San Fernando, fueron conducidas en hombros de moros á colocarse en las torres de aquella célebre basílica. En vano alternando los deberes de guerrero con los placeres del entendimiento, se constituyó protector de las letras, fundó academias, estableci

escue'as y cultivó todos los ramos del humano saber. ¡Mezcla notable de ilustracion y de ferocidad, de dulzura de carácter y de espantosa barbárie! Sostuvo en las sienes de un monarca imbécil una corona vacilante; pero degradó la institucion de la monarquía, envileciendo al soberano; logró adormecer, pero no estinguir las rivalidades de los súbditos; no supo educar á sus mismos hijos, que le fueron rebeldes; escitó, en vez de apagar, el ardor bélico de los españoles, los irritó con el agravio, los aleccionó en la guerra, y cuando murió en Medinaceli, casi abandonado de sus tropas, se lamentó de no haber comprendido lo que convenia á los intereses de los suyos, estableciendo entre el pueblo musulman y el cristiano un inmenso desierto, valladar y frontera de ambos campos.

¿Mas qué se hizo del saber de los árabes de España despues de la muerte de Almanzor? ¿qué fue de sus bibliotecas? ¿qué de sus escritores y poetas? Todo desapareció instantáneamente.... Tanto en la prosperidad como en la decadencia hay escalas, hay grados, hay transiciones en otros pueblos; en los árabes no. Del mismo modo que fué maravillosa y providencial su cultura, fué prodigiosa y providencial su ruina. Cayó sin dejar reliquia el pueblo árabe que estuvo, por decirlo asi, acampado en España, y en vano se le busca, en vano se tratan de encontrar sus artes y sus ciencias.—Si en otros siglos brillan los musulmanes españoles, son ya hijos de otra civilizacion diferente, no conservan la doctrina de los árabes ni pueden confundirse con ellos. — Muerto Almanzor se desbordaron las ambiciones, levantaron la cabeza las pasiones bastardas, rompieron el yugo los africanos, se despedazó el cetro, faltó la unidad, sucedió el fanatismo grosero á la cortesana galantería, el error á la ciencia, la cimitarra al plectro. Semejantes al relámpago, brillaron, desaparecieron.

Mas los árabes habian llenado su mision: estaba hecho el bien: la semilla germinadora habia caido sobre tierra fecunda y la Europa se habia salvado de la ignorancia. Un monge llamado Gerberto, viene en el siglo X á Barcelona, pasa á Andalucía, estudia allí las matemáticas y la filosofía, y cultiva las ciencias, las letras y las artes. La maledicencia le persigue, la ignorancia le acusa de mágia, y él, rico de ciencia, la lleva á los palacios, la esparce por Italia, y por uno de los mas ocultos designios de la Providencia asciende al pontificado con el nombre de Silvestre II. Sentado en la Silla de San Pedro el hombre que habia estudiado entre los árabes, fomenta el renacimiento de las letras, dota escuelas, y presenta á la Europa, no bien despierta de su letargo, las obras de Aristóteles, el libro que ha reinado hasta nuestros dias, el que esplica las sensaciones, la generacion de las ideas, el criterio de la verdad, las leyes del entendimiento, y el que tanto ha contribuido á los progresos de la ciencia ideológica.

El ejemplo de Gerberto fué seguido, y se dió el espectáculo de una peregrinacion literaria al emporio de las letras y las ciencias. Gerardo de Cremona estudia en las escuelas de Toledo; Campano de Novara recoge las obras de Euclides y se consagra á la astronomía; Athelardo, Daniel Moley, Othon y gran número de ingleses, franceses y alemanes, vuelven á sus respectivas naciones ricos de ciencia, y la propagan fundando escuelas, academias y liceos.

Esta atmósfera no podia menos de ser respirada por los españoles: el benéfico contagio de la ciencia debia infiltrarse en ellos, y vemos á Arnaldo de Villanova instruirse entre los árabes en las ciencias naturales, y á Raimundo Lulio, el omniscio de su siglo, estudiar en sus obras y aleccionarse en sus escritos. Vemos á la poblacion cristiana adoptar en los puntos dominados el lenguage de sus conquistadores, y hallamos con leyendas árabes monedas de nuestros reyes, estendidos en aquel dialecto muchos instrumentos, y contratos, y comentarios á la Biblia, y hasta una coleccion de cánones para uso de las iglesias de España.

No es mi ánimo, señores, entrar en pormenores sobre este punto: llenas están las obras de los críticos modernos de esta parte de la historia literaria. Basta para mi propósito una indicacion, un recuerdo de lo mucho que debió el mundo á los árabes españoles, de la ciencia que conservaron, que propagaron por Europa; de lo que les deben nuestros escritores; de lo que les de-

bió Alfonso el Sábio, tanto en sus obras históricas como en su libro de las Armellas y en sus célebres Tablas. De lo que les debió la poesía provenzal, de las escuelas, de las academias, de los colegios que fundaron; de los elementos de civilizacion que introdujeron en el mundo. Los españoles no podemos volver la vista á ninguna parte sin encontrar el influjo árabe. Esas vegas de Granada y de Valencia, ese admirable sistema de riegos, esas prácticas agrícolas, nuestras artes, nuestra arquitectura, nuestro mismo idioma nos los recuerdan á cada momento.— Mas no vengo, señores, á repetir mal lo que otros han dicho bien, ni á ostentar erudicion, ni á perderme en doctas investigaciones...

Me basta ver en todo esto la mano de la Providencia dirigiendo los destinos del mundo, llamar la atencion de la Academia hácia un punto brillante de la civilizacion oriental, considerando al califato de Córdoba como el período mas grande, mas ilustre de la vida del pueblo árabe que, en tierra estraña, floreció en la prosperidad, que hizo el bien, que desapareció tan pronto como dejó de ser necesario.

El señor Lafuente nos ha dado á conocer bajo otro y muy notable punto de vista el período del califato, y al considerar su decadencia nos ha presentado al pueblo cristiano federándose, ensanchando sus buenos fueros, y hostilizando y venciendo á sus dominadores. ¡Ojalá que no hubiese habido entre nosotros tanto pequeño Estado, tanta falta de homogeneidad en el poder, tanta division, tanta guerra civil! Y no hubiéramos visto esas treguas, esas paces, esas alianzas indecorosas, ni á los soldados españoles combatir en ausilio de los mahometanos contra soldados de España! Entonces la destruccion de Almanzor y la ruina del califato hubieran sido el verdadero triunfo de nuestros padres, y no hubieran mediado cuatro siglos desde que Alfonso VI debeló á Toledo, hasta que los Reyes Católicos conquistaron á Granada.

He dicho.—*Antonio Cavanilles.*

Para completar esta reseña del período de la dominacion de los árabes en España, nos ha parecido oportuno estractar del P. M. Florez los dos siguientes párrafos, tomados del tomo 5, trat. 5, cap. 5, de la *España Sagrada*:

Renovacion del dolor de la esclavitud de los moros, y breve noticia del estado á que se redujeron las iglesias de España.

Ya que llegamos al desgraciado tiempo de la entrada de los sarracenos en España, conviene dar alguna noticia en general del infeliz estado en que quedó la cristiandad bajo el yugo de los mahometanos; porque de aquí adelante cercadas ya las naves de nuestra Iglesia de furiosas ondas, no tanto manejaban los prelados el timon, cuanto el remo; y para conocer el mérito de aquellos venerables pilotos, conviene ver el riesgo de los muchos escollos por donde navegaban.

Habiendo degenerado los reyes godos de la piedad y honestidad que por mas de cien años reinó en ellos desde el Católico Recaredo; como á los pecados de los reyes acompañan los desórdenes del reino, brevemente crecieron tanto los escesos, que llegaron al cielo, moviéndole á una de las mas fuertes venganzas de cuantas se han oido: permitiendo en los hijos de Witiza la execrable traicion de confederarse con los enemigos de la patria y de la fé, para arruinar un reino de que se juzgaban desposeidos. Entraron efectivamente algunos sarracenos en España, y aunque eran pocos en número, como hallaron sin virtud á los godos, y puso Dios en sus manos la espada del castigo de los pecados de estos, fácilmente se apoderaron de la tierra que tenia al cielo contra sí. Fué tanta la celeridad de la conquista que como en una furiosa tempestad se juntó con el trueno de su entrada el rayo de la desolacion de todo el reino, admirado aun el conquistador de la facilidad con que se desvaneció la resistencia.

En el año de setecientos y trece se vió España hecha un funesto teatro y despojo, no tanto del furor de los bárbaros, cuanto de las iras del cielo; y como el alfange estaba en mano tan inhumana, no es fácil referir las desgracias. Isidoro Pa-

cénse, uno de los que vivian en tiempo de tantas calamidades, dice que aunque todos los miembros se conviertan en lenguas no bastan para referir tantos y tales males, pudiéndose sombrear únicamente en general con la espresion de que cuanto se refiere del incendio de Troya, cuanto padeció Jerusalen en la asolacion de los romanos, cuanto Babilonia y cuanto Roma vieron en su ruina y mortandades, tanto y todo junto se epilogó en España hecha esclava del bárbaro africano la que era como delicia de todas las naciones. Corria sangre no solo en el campo de batalla, sino aun dentro de los mismos pueblos: los nobles deshonrados en horcas, los ancianos en cruces, el vulgo y aun los niños de pecho pasados á cuchillo, las casas saqueadas sin resistencia, todo sexo y edad espuesto al ludibrio de las gentes, muertos á fuego ó por hambre los que no eran despojo de la espada. Y en fin, se puede aquí decir lo del divino Oráculo: *Erat ergo videre miseriam*, como se lee en el libro II de los Macabeos, cap. 2, vers. 9. Las riquezas, que se habian amontonado á tanta costa, pasaron en tal abundancia y en tan breve á mano del enemigo, que no menos les escitaban la admiracion que la codicia. Saqueadas las ciudades, despojados los templos, llenas de cadáveres las casas y de sangre las calles, vieras aun de lejos arder las casas y los templos, haciéndolo así el bárbaro de industria, para que dando la rienda al furor en unos pueblos, se rindiesen prontamente los demas; y aun rendidos, sufrian como tales la barbarie de un conquistador infiel, avariento, inhumano, que no tanto venia á conquistar dominios, cuanto á ser azote de las iras del cielo.

El que imprudente intentaba resistir, esperimentaba el estrago de lo que no tenia resistencia, ó cedia á un tratado fraudulento, á que luego se seguia, ó su ruina, ó un duro cautiverio. Los que se hallaban sin corazon para darse y vivir en tal esclavitud, entregaban por sí mismos las casas, heredades y patria, á su enemigo, escogiendo un destierro voluntario, y confiscacion de lo que antes era ídolo de sus gustos, cedido por medio de una fuga dolorosa, que dejaba sin resistencia al bárbaro. Unos se iban á la Galia Narbonense, otros á los montes de España los mas retirados de Africa, viéndose peregrinos en su patria, desterrados por eleccion, esclavos de mil penas al buscar la libertad, pobres voluntarios, mas sin mérito, por ser todos reos de su delito.

Muchos de los pastores que se vieron sin rebaño, huyeron tambien á las montañas, donde si vivian sin ovejas, tampoco les sobresaltaba el susto de los lobos. Los que se mantuvieron en sus pueblos merecen por ahora toda nuestra atencion: pues estos fueron los que, como decia el celestial Maestro á sus discípulos, vivian como ovejas entre lobos, necesitando de una contínua fortaleza del cielo, por estar como el blanco á las saetas; muros de la casa de Dios, atalayas contínuas del dia y de la noche; ya con circunspeccion de serpiente, ya con candidez de paloma, ya con la mansedumbre de corderos; siempre cautos, siempre entre sobresaltos; porque toda esta vigilancia pedia el conservar las ovejas entre lobos. ¿Quién podrá referir lo que en tal cautiverio padecerian aquellos venerables pastores? ¿Qué sueño habria allí? ¿Qué pan sino el de lágrimas? «¡Buen Dios! (dirian) ¿para qué tiempo nos habeis reservado? Los templos profanados, los altares desnudos, los coros lamentables, la Iglesia sin ministros, la esposa en cautiverio, las vírgenes en tributo, todas las alegres cítaras convertidas en lamentables sistros.»

Pero aún fuera menos lamentable la falta de armonía antigua, si no se añadiera el llanto, los lamentos, los gemidos de no poder mantenerse en tal zozobra, sin añadir el funesto tributo de pagar alguna suma por el egercicio de cualquier accion cristiana, fuera de los comunes de la servidumbre en que los rendidos voluntariamente daban la décima parte; los sujetados por fuerza tributaban la quinta; y tal vez les obligaban á dar en cada mes un tan grave tributo, que era mas apetecible morir que vivir con tanta necesidad, como sucedia en tiempo de San Eulogio, y lo refiere el Santo en su libro I: *Nullam opinantes esse molestiam diruptiones Basilicarum, opprobria Sacerdotum, et quod lunariter solvimus cum gravi moerore tributum; adeo ut expedibilius sit compendium mortis, quam egentissimae vitae laboriosum discrimen.*

Tambien fuera tolerable lo que solo fuese perjuicio de la hacienda, y el no tener solemnidad de culto por no poder, si á un dolor no se añadiera otro mayor del riesgo de las almas, por el trato comun con los enemigos de la fé, que no solo hacian guerra con la perversidad de las doctrinas, sino con el peor y mas vivo ejemplar de ser las córtes de otra profesion, lo que para los flacos, para los ambiciosos y para el avariento era mas dura guerra, desertando muchos de ser siervos de Dios para la esclavitud de Satanás. ¿Qué dolor no causaria en las entrañas paternales de un ministro católico ver apostatar á sus ovejas? ¿Y qué seria cuando llegase á tomar el báculo pastoral algun hereje? Ya se vió, no tanto por falta de otros buenos ministros, cuanto por poder de los moros (que siempre la constelacion que reinare en las córtes será presagio del bien ó mal de los inferiores). Así se verá cuando demos á luz el Apologético del Abad *Samson*. Por ahora basta considerar que no es tanto de admirar las luces que se apagaron en medio de tantos huracanes, cuanto las que se mantuvieron luciendo. Solo la mezcla de los árabes realza el mérito de aquellos constantísimos fieles, que ni por la dura servidumbre, ni por el contínuo mal ejemplo, ni por gozar de prosperidades temporales, se apartaron de la humildad cristiana, manteniéndose por dilatados siglos en pureza de fé, y sirviendo á las iglesias, no solo con el sudor de su rostro, sino con la sangre de sus venas, pues muchos la derramaron gloriosísimamente por no mancharse con abominaciones: verificándose aquí de nuestro cautiverio lo que antes decia de su persecucion el Macabeo: que semejante infortunio no fué para consumir, sino para acrisolar nuestra gente: *Ne abhorrescant propter adversos casus, sed reputent ea quae acciderunt, non ad interitum, sed ad correptionem esse generis nostri* (Machab. II, c. 6, v. 12).

Lo que los bárbaros no podian aprobar por religion lo permitian por política, valiéndose del arbitrio de conceder el uso de los ritos cristianos, no solo para entrar en las ciudades, sino para aumentar su erario con los tributos, y tener quien cultivase los campos. De este modo entraron por capitulacion en Toledo, concediendo á los cristianos seis parroquias, donde pudiesen ejercitar sus funciones. Lo mismo sucedió en otras muchas partes; aunque no en todas era igual el número de iglesias, ni de tributos, ni de persecuciones, sino segun la escelencia de las ciudades y calidad de los moros, que aun en una misma poblacion eran unas veces mas bárbaros que otras; y asi las circunstancias penden de conceptos individuales de tal pueblo y tal tiempo; porque en Córdoba, v. g. sabemos que hubo mas persecuciones que en Toledo, y aquella misma tuvo mas ó menos rigor segun el genio y complexion de los príncipes.

La libertad de los cristianos, en cuanto á la Religion, no se entendia únicamente en órden á poder oir misa en sus iglesias, sino tambien en cuanto á gozar de pontífices en las ciudades donde perseveraron cristianos con suficiente número para tener obispo. Sobre esto han errado algunos, juzgando y escribiendo que desde la invasion y entrada de los moros no quedaron obispos, ni santuarios. El arzobispo don Rodrigo dice en el libro III, cap. 21, que en toda España no quedó catedral que no fuese encendida ó arruinada. De aquella generalidad me parece que se deben hacer no pocas escepciones: pues en todas las ciudades que se entregaron por pacto, no hay fundamento para afirmar la ruina ó el incendio de la catedral; antes bien en Toledo nos dicen no pocos escritores con grave fundamento, que los moros escogieron por mezquita á la iglesia mayor, dejando otras inferiores á los cristianos, como era correspondiente entre los vencedores y el vencido; y como el mismo principio urge para las demas ciudades que quedaron en pie, se infiere que no podemos dar por quemadas ó demolidas á todas las catedrales, sino únicamente reconocerlas entregadas en manos del enemigo de la fé, para castigo de los mismos cristianos; y no seria esta la menor afliccion de los obispos.

Que tambien perseveraron Sillas Pontificias es cosa de hecho, testimoniada por documentos firmes, aun en lo que mira á toda la Andalucía, que por confin del Africa era la provincia mas dominada de los mahome-

taños. Asi se verá en el discurso de esta obra por testimonios de Isidoro Pacense, de Elipando, de San Eulogio, de Alvaro, y Samson, cordoveses; en quienes no solo vemos que habia obispos, sino aun que se juntaban á Concilios, como consta por Elipando en el Apéndice 10, §. 3, por San Eulogio (lib. 2, cap. 15) y por Samson (lib. 2, cap. 2), y aun aquí se propondrá cómo al fin del siglo XI perseveraba la Bética con legítima gerarquía eclesiástica.

La opinion contraria anduvo tan recibida en algunos, que Urbano II en la bula de la primacía de Toledo, espresó haber estado casi por 370 años sin alguna dignidad pontificia. El espacio de casi 370 años es puntualmente el que hubo entre la pérdida de España y la restauracion de Toledo: del cual parece que informaron al Pontífice haber carecido aquella iglesia de dignidad episcopal, pues no sabrian otra cosa; pero es indubitable que hubo obispos.

Otros aun de los modernos juzgaron que Toledo careció de prelados al principio del siglo X; pero tambien mostraremos que procedieron faltos de documentos.

De los obispos que no pudieron subsistir en sus ciudades al tiempo del primer furor de los bárbaros, algunos huyeron á las montañas, donde se mantuvieron con solo el título, por hallarse sus diócesis en manos de los bárbaros, como se vió en Etherio, que al fin del siglo IX vivia en las montañas de Liébana, intitulándose obispo de Osma, segun leemos en la carta de Beato y Etherio contra Elipando. Otros de la Lusitania se refugiaron á Iria en los confines de Galicia, como se lee en el privilegio del Rey don Ordoño el II, del año 877, que copiaron de la iglesia compostelana Morales (lib. 12, cap. 76) y otros; cuyas palabras, reducidas al castellano, dicen: «Creciendo los pecados de los hombres fué España poseida de los árabes, y muchos cristianos fueron muertos en la guerra: los que pudieron escapar acogiéndose á la costa del mar, se escondieron en las cuevas para morar en ellas. Y como la iglesia y comarca de la ciudad de Iria era la postrera de todos los obispados de España por lo léjos y apartado de su asiento, casi no fué inquietada de los malditos. Por esto algunos obispos, desamparando sus propias iglesias y dejándolas como viudas llorosas en manos de los malvados, se vinieron á la ciudad de Iria y á su obispo; el cual, por honra y reverencia del glorioso Apóstol Santiago, los recogió con mucha humanidad y señalóles tierras donde tuviesen décimas de que se sustentasen, hasta que nuestro Señor con ojos de piedad mirase la afliccion de España para aliviarla, y les volviese el asiento y hacienda que ellos y sus pasados habian tenido.»

El prelado que entonces presidia en Toledo, aunque era bueno en doctrina y costumbres, era de corazon tan tierno y compasivo que no tuvo entrañas para ver las desgracias, y por tanto se ausentó para Roma; aunque no faltó quien hiciese veces de Pastor.

Del tiempo de la traslacion de las Reliquias.

Tenemos, pues, que algunos prelados se refugiaron con las familias principales á los montes, unos por los fines de Gallicia, otros por las Asturias, y lo mismo por la parte de Aragon y de Navarra. Los de la Bética y la Cartaginense (cuyas ciudades no fueron asoladas) perseveraron con sucesion regular de unos á otros, llevando todo el peso del dia y del estío, y sufriendo las descargas que el furor de algunos bárbaros disparaba, no solo contra los vivos, sino tambien contra los mas venerables tesoros de los cuerpos de los Santos difuntos; lo que aumentaba la zozobra y solicitud de los prelados sobre asegurar las Reliquias, privándose del gozo de su venerable presencia por librarlas de los desacatos. De este modo se vieron los templos mas remotos hechos unos riquísimos santuarios; y otros quedaron como saqueados, con el nuevo dolor de carecer de aquel consuelo. Aquí necesitamos hacer algun exámen sobre el tiempo de la traslacion de las Reliquias, porque aunque es comun sentir reducirla á la entrada de los moros, tengo no poca duda en que esto fuese asi, á lo menos en general, pues insistiendo en Toledo, vemos que el cuerpo de Santa Leocadia se mantenia allí en tiempo del metropolitano Cixila (esto es, por el año de 774; sesenta años despues de la entrada de los moros), como dice espresamen-

te en la Vida de San Ildefonso por estas palabras: *Tumulus in quo sanctum ejus corpusculum* USQUE HODIE *humatum est* etc. A vista de lo cual no queda mas recurso que ó decir que esta cláusula no es de Cixila (lo que será temerario, pues asi se halla en los MSS. y ediciones), ó confesar que cerca del año de 774 se mantenia en Toledo el Santo Cuerpo, y que luego se trasladó en alguna persecucion.

La dificultad está en mostrar el tiempo en que se hizo y autorizar el concepto. Digo que la traslacion del cuerpo de la Santa (y lo mismo del de San Ildefonso) se debe reducir al fin del pontificado de Cixila, en cuyo tiempo reinaba Abderramen (sucesor de Jucef que entró en España en la hegira 138, esto es, á fin del año 755 ó principios del 756 (con quienes concurrió aquella hegira ó año de los árabes). Este Abderramen quitó á Jucef el reino y la vida, como escribe el moro Rasis, bárbaro en nuestras cosas, pero no asi en las de los sarracenos, como testifica Andrés Resende. Vivió y reinó Abderramen treinta y tres años, como dice el Cronicon Emilianense, y añade Rasis que fueron cumplidos, desde la hegira 138 hasta la 171, en que murió á 20 de febrero, dia martes; todo lo cual se verificó puntualmente en el año de 788, porque habiendo empezado la hegira 171 en jueves 21 de junio del año 787, en que era la letra dominical G, ciclo solar XII, y siguiendo aquella hegira hasta martes 10 de junio del 788, se convence que la muerte de Abderramen en la hegira 171 por febrero á 20 y en dia martes fué sin sin duda en el año 788 en el dia y feria señalada.

Entonces presidia en la Silla de Toledo Elipando, habiendo fallecido Cixila unos seis años antes; y en el intermedio que hubo desde que Cixila escribió la vida de San Ildefonso hasta la muerte de Abderramen, se hizo la traslacion del cuerpo de la Santa; de modo que cuando Cixila escribia, estaban las Reliquias en Toledo (como él testifica); y cuando murió Cixila, ya se habian trasladado.

En prueba de esto hemos de suponer que Cixila escribió muy cerca del año en que ascendió á la Silla de Toledo; porque despues de hallarse sucesor de San Ildefonso es cuando tuvo especial incentivo para perpetuar las grandezas de su glorioso antecesor, y si quisieres que escribiese antes de ser obispo, se verificará mejor que, cuando escribió, no reinaba todavia Abderramen ó estaba en sus principios, pues vino á España en el año 756, que fué cerca de 17 años antes del Pontificado de Cixila; y asi, ó escribió antes de aquel reinado, ó muy á sus principios, en que todavia no habia declarado guerra contra los Santos, y por eso gozaba Toledo de sus Reliquias. Cixila murió cerca de seis años antes que Abderramen, segun consta por la muerte de uno y otro, y como la Traslacion de Santa Leocadia no se puede remover del reinado de Abderramen, se infiere que se hizo despues de haber escrito Cixila.

Que la persecucion de las Reliquias se debe contraer al tiempo de Abderramen, consta por dos principios: el primero, por afirmar Cixila que cuando escribia la Vida de San Ildefonso estaba en Toledo el cuerpo de Santa Leocadia; el segundo, porque de Abderramen sabemos que fué el perseguidor de los Santos, afirmando de él Rasis que «dió contra los cristianos (huyéndose á Asturias los que podian) y destruyó las iglesias y cuerpos que habia en ellas, que llamaban *Santos*, é quemábalos. Los cristianos cojian los que podian, é se iban con ellos á sitios defendidos, ó los soterraban. Entre los cuales sacaron de Valencia á uno que llamaban Vicente etc.» El testo latino en que Resende (en la carta á Quevedo § *Æra arabum* 138) dá las palabras de Rasis, dice asi, hablando de Abderramen: *Afflixit mirum in modum Hispaniae christianos. Nec fuit civitas aut oppidum munitum, quod se tueri adversus potentiam ejus posset. Sed habitatores desertis civitatibus confugiebant ad Asturiae montes. Hic omneis Hispaniae Ecclesias, quas adhuc integras invenit, destruxit. Erant autem multae et egregie fabricatae, tam a Graecorum quam a Romanorum temporibus. Hic omnia corpora illorum in quos christiani credunt, quosque venerantur, sanctosque adpellant, rapta de Ecclesiis comburi faciebat. Quo viso, christiani ut quique poterant, cum talibus his rebus fugiebant ad monteis, et tuta atque inaccessa loca. Itaque pleraque etiam omnia quae in Hispania erant, secun-*

dum christianorum fidem religiose culta, ad Asturiae montana sunt deportata. Quum autem adpropinquasset Valentiae, christiani qui ibi habitabant, habebant ibi corpus cujusdam hominis mortui, cui nomen erat Vincentius, etc.

Teniendo, pues, un testimonio tan claro de que Abderramen perseguia los Santos (lo que de ningun otro consta como de este), á solo su reinado debemos reducir la traslacion del cuerpo de Santa Leocadia; porque solo de este modo se verifica el dicho de Cixila, de que perseveraba en Toledo en su tiempo, esto es, reinando Abderramen; pues su pontificado incidió dentro de aquel reinado; y juntando las dos noticias debemos resolver que el cuerpo de Santa Leocadia no salió de Toledo en la entrada de los moros, ni al principio del reinado de Abderramen por los años de 760, ni aun de 770 (en que todavia no era obispo Cixila), sino despues del medio del referido reinado, que fué cerca del 777. Y el que intente reducir esta y otras traslaciones á la entrada de los moros, debe exhibir testimonios fidedignos, en especial que preponderen al que ofrezco de un metropolitano de Toledo que presidia en aquella santa iglesia en el año 777, y dice que estaba allí el cuerpo de Santa Leocadia, cuando escribia (cerca del 774), cuyo testimonio se mantiene en un MS. del siglo XI.

Además de esto alego el del moro Rasis, cuyo escrito acaba en el siglo X y ofrece otra comprobacion (fuera del testimonio alegado) diciendo que Abderramen dió el señorio de Mérida á Issen, y el de Toledo á Zuleman, ambos hijos suyos, los cuales no serian mejores que el padre, y seguirian su genio ó sus mandatos, en órden á perseguir á los cristianos, pues por nadie mejor que por sus hijos podia Abderramen practicar sus ideas; y como hallamos que tenia á uno en Toledo y á otro en Mérida, no se puede señalar tiempo mas oportuno para que los cristianos resguardasen las Reliquias de los Santos que el de un tirano tan inhumano que declaró guerra contra los cuerpos de los Santos difuntos; y mientras no se descubran nuevos documentos, diré que no se trasladaron las Reliquias de Toledo, ni el cuerpo de Santa Eulalia de Mérida (y lo mismo de otros) hasta el reinado de Abderramen cerca del año 777, siendo prelado de Toledo Cixila, y rey D. Silo; lo que viene bien con lo que escribe Pisa, de que el rey D. Alonso el Casto edificó una iglesia ó capilla en Oviedo para Santa Leocadia, como quien estaba recien llegada allí (segun lo que se ha dicho), pues don Alonso el Casto empezó á reinar ocho años despues de la muerte de Silo: y la primera memoria que hallamos de Santa Leocadia en Asturias es la referida, tomada de la interpolacion que el obispo de Oviedo don Pelayo hizo al Cronicon de don Alfonso III ó Sebastian.

Y como la misma razon hay para el cuerpo de Santa Leocadia, que para el de San Ildefonso, y para la Arca Santa de Reliquias que el obispo don Pelayo y don Rodrigo dicen se trasladó desde Toledo á Oviedo, atribuyéndola ambos al tiempo del rey don Pelayo (con la diferencia de que el primero la reduce á Julian, y el segundo á Urbano, prelados de Toledo), diré yo que el Arca Santa no se trasladó en tiempo de ninguno de los dos, sino en el pontificado de Cixila, en que se sacó de allí el cuerpo de Santa Leocadia.

Para esto no solo me fundo en lo alegado, sino en el cotejo de lo que hallo escrito sobre aquella traslacion, que todo me parece propio del tiempo de Cixila; pues este anduvo equivocado con nombre de *Julian*, como prueba el ver que la Vida de San Ildefonso, escrita por Cixila, se halla en muchas partes atribuida á Julian Pomerio, y no debiendo dudarse prudentemente que es obra de Cixila, resulta que Cixila anduvo confundido con el nombre de Julian; y por tanto aplicaron á este nombre lo que es propio de aquel, no solo en cuanto al escrito de la Vida de San Ildefonso, sino en cuanto á la accion de trasladar el Arca. Viendo el arzobispo don Rodrigo que la dicha traslacion andaba atribuida al tiempo de don Pelayo, conoció bien que no podia reducirse al metropolitano San Julian, por haber muerto antes, como queda probado, y en suposicion de que el suceso se aplicaba al reinado de D. Pelayo, corrigió el nombre del obispo Juliano en el de Urbano. Pero si investigamos la raiz de

esta cosa, se hallará fundarse toda en los escritos del obispo de Oviedo D. Pelayo, el cual es tan incapaz de dar ley en este punto, como se mostró en el tomo precedente, pág. 201.

Careciendo, pues, de autoridad el origen de la especie, y fundándose en malas noticias su primera mencion, no debemos adoptar que el Arca de las Reliquias se trasladase á Oviedo por Juliano, ni por Urbano, sino por Cixila ó Cixilano, que es el que estuvo equivocado con Juliano en la historia de San Ildefonso; y solo al tiempo de este corresponde la persecucion de las Reliquias, y necesidad de sacarlas del poder de los moros; tanto que aun el mismo obispo de Oviedo don Pelayo no reconoce la traslacion de Santa Eulalia de Mérida hasta el pontificado de Cixila, esto es, hasta el reinado de *Silo*, en que introdujo en el Cronicon del rey don Alfonso la noticia de que entonces fué á Oviedo el cuerpo de Santa Eulalia: lo que viene bien con lo dicho, pues Silo conreinó con Abderramen y con Cixila; pero no hizo bien en decir que Silo fué á Mérida con un grandísimo ejército, y sacó de allí el cuerpo de la Santa. Esto no fué así, sino por mano de los cristianos de Mérida, que temiendo los rigores de Abderramen y de su hijo Isen, procuraron (como otros) resguardar el sacratísimo tesoro.

Dige que el obispo Don Pelayo introdujo en el Cronicon de don Alonso aquella especie; porque en un códice gótico soriense donde se halló aquel Cronicon, no se incluia semejante cláusula, ni la halló Ferreras en el MS. que publicó, sino solo Sandoval, (y luego Berganza) por ser el original de la santa Iglesia de Oviedo. Lo mismo consta por la materia de la interpolacion, que se opone á la del texto antiguo; pues este dice que Silo tuvo paz con los moros, y el autor de la interpolacion le hace levantar un numerosísimo ejército para ir sobre Mérida, donde vimos que gobernaba el hijo de Abderramen: y esta entrada en tierra de moros con tan grave ejército se opone á aquella paz: por lo que concluyo, que la traslacion del cuerpo de Santa Eulalia no se hizo entrando allí Silo, sino sacándole los cristianos en tiempo del referido rey. El obispo don Pelayo hallaria en algun testo, que Santa Eulalia entró en Oviedo en aquel reinado, como corresponde á lo espuesto; y como era de genio adicionador y nada culto, lo añadió pero mal zurcido.

A vista pues de que aun el cuerpo de Santa Eulalia no se pone trasladado á Oviedo hasta el tiempo de Cixila y de Silo, que era el de Abderramen, lo mismo debemos afirmar del de Santa Leocadia, pues sabemos que al principio del pontificado de Cixila (ó cuando escribió la Vida de San Isidoro) todavia se mantenia en Toledo, sin que conste persecucion contra los Santos hasta el reinado del referido moro Abderramen; y como la misma razon hay para el cuerpo de San Ildefonso, y traslacion del Arca de Reliquias (segun queda notado), diré, que ni unos ni otros se estrageron de Toledo hasta el tiempo de Cixila, que fué equivocado con Julian: ó á lo menos que nos alegue mejores testimonios el que intente reducir estos hechos al tiempo del rey D. Pelayo, en el cual ni habia poblacion, ni iglesia en Oviedo.

Por ahora basta, que sobre la afliccion de los cristianos en el cautiverio de los moros con tributos y persecuciones, se les añadió la del dolor de ver quemar algunos cuerpos santos, y privarse de la presencia de los que podian trasladar.

INDICE

de las materias contenidas en este tercer tomo.

LIBRO VIGESIMO OCTAVO.

	Pág.
Uniformidad de la enseñanza pública	5
Cárlos el Craso hereda el reino de Francia	6
Normandos detenidos en Paris. — Los dos torreones	7
Cárlos el Craso destronado y reducido á la miseria.— El rey Eudon ú Odon.— Desórdenes reprimidos.— Reino de Arles ó de Provenza.	8
Instrucciones y ordenanzas de Riculfo de Soissons	9
Teutboldo y Argrim, competidores para la Silla de Langres.— Muerte del Papa Esteban	10
El Papa Formoso.— Focio es condenado de nuevo	11
Cárlos el Simple.— Carta del Papa Formoso.— Arbitrage de los Papas. — Grimlaico: regla de los reclusos	12
San Geraldo de Aurillac, obispado suprimido: muerte de San Geraldo	13
La emperatriz Ricarda funda el monasterio de Audelau.— Arnulfo, rey de Germania.— Concilio de Tribur	15
Cánon XXX de Tribur.— Arnulfo coronado emperador.— Muerte del Papa Formoso.— Sucesion de Papas.— Desórdenes en Roma y en Italia. — Memoria del Papa Formoso justificada	16
Revolucion en el imperio de Occidente.— Los obispos de Germania al Papa.— Irrupcion de húngaros	18
Oviedo erigido en Arzobispado.— Concilios de Compostela y Oviedo.— Ramiro I, Ordoño I Alfonso III, reyes de España.— Batalla de Clavijo: guerra contra los moros.	20
Piedad del rey Eduardo de Inglaterra. Débele esta la grandeza de su marina	21
Stiliano de Neocesarea.— Patriarcas de Constantinopla.— Cuartas nupcias del emperador Leon: cuestion que hubo con este motivo.	23
Patriarcas jacobitas y melquitas en Alejandría y Antioquía.— Cismas y relajacion entre los musulmanes	
Muerte del Papa Juan IX.— Tumultuosa sucesion de Papas.— Escándalos en la Iglesia romana. — Luitprando y Flodoardo acerca del Papa Sergio	26
Concilio de Trolli	27
Fundacion de Cluny	29
La ciudad de Chartres salvada del furor de los normandos.— Cárlos el Simple cede la Normandía al duque Rollon.	30
Rollon se hace cristiano con sus normandos y toma el nombre de Roberto	31
El Papa Juan X.— Sus relaciones con Teodora. —Es calumniado.— Consulta que se le hace respecto de los normandos.	32
Irrupciones de los húngaros.— Destrozos que causan	33
Santa Vivorada	34
Conrado, duque de Franconia, es elegido rey de Germania. — San Ratbodo, obispo de Utrecht.	35
Sigismundo, obispo de Alberstad.—El emperador Enrique el Pajarero.—Don García y don Ordoño II, reyes de España.—Traslacion de su córte desde Oviedo á Leon.— Fundacion de los monasterios de San Isidoro cerca de Dueñas y de San Pedro de Arlanza y otros. —Don Ordoño convierte su palacio de Leon en catedral.—Erige otras muchas iglesias.— Batallas contra los moros en San Estevan de Gormaz y en la Junquera.—San Sisenando de Compostela.—Martirio del jóven San Pelayo en Córdoba.—San Atilano, obispo de Zamora; San Froilan, obispo de Leon; el bienaventurado Wintila; Santa Eugenia, mártir; San Victor de Cerezo, Santa Orosia y otros santos y célebres varones en España.	36
El Papa Juan X envia un legado en peregrinacion á Santiago.—Se examina en Roma el rito Mozárabe: pormenores acerca de esto.	37
San Genadio, Obispo de Astorga (España).—Estado triste y vergonzoso del imperio de Oriente.	38
Simonia confidencial en Constantinopla.—Teofilacto patriarca.	39
El hijo de Marocia creado Papa con el nombre de Juan XI.—Sucédele Leon VII ó VI que go-	

bierna santamente. 40
Respuesta de Leon VII á los obispos de las Galias.—San Odon, abad de Cluny. 41
San Gerardo de Brogna. 43
A Raulo ó Rollon, duque de Normandía, sucede Guillelmo.—Restablece varios monasterios, entre ellos el de Jumiega.—El bienaventurado Juan de Gorza. 44
Othon I se casa con Santa Adelaida.—Recibe una embajada del rey de los moros de España Abderramen y le envia á su vez otra que desempeña el B. Juan de Gorza. 45
San Udalrico ó Ulrico, obispo de Augsburgo. . . 46
Húngaros derrotados por el rey Othon y los esfuerzos de San Udalrico. 47
Estractos de Atton, obispo de Verceil. 48
Progresos de la fé entre los esclavones. 49

LIBRO VIGÉSIMO NONO.

Multitud de Santos en los tiempos mas malos.—Esteban VIII, Marin II ó Martin III y Agapito II, Papas. 49
El Papa Juan XII.—Berengario ó Berenguer II. 50
San Adalberto, primer arzobispo de Magdeburgo y apóstol de los sclavones.—Ditmaro, primer obispo de Praga. 51
San Adaldago de Bremen.—Sólida conversion de la Dinamarca. 52
Ladrones en tiempo de Edmundo.—San Odon, arzobispo de Cantorbery. 53
San Dunstano: firmeza de su celo. 54
El rey Edgar: sus escesos: su penitencia. . . 57
Leyes de Edgar.—San Ethelvoldo de Winchester y San Osualdo de Worchester. 58
Muerte de San Dunstano.—San Bruno, hermano del rey Othon y arzobispo de Colonia. . . 60
Othon I atribuye gran poder á los obispos á fin de someter á los señores 61
Orígen de la dominacion germánica en Italia.—Conducta escandalosa é imprudente de Juan XII, Papa.—Llama á Adalberto.—Relacion de Luipprando acerca de Juan XII. . . 62
Concilíábulo de Othon I.—Observa diferente conducta que la que observó el Concilio del año 502 con el Papa Símaco. 63
Depone á Juan XII y elige á Leon VIII . . . 65
Virtudes religiosas y políticas de San Bruno de Colonia.—Su muerte.—Cisma en la Iglesia de Reims. 67
Habilidad de Hugo el Grande.—San Mayeul ó Mayol de Cluny. 68
San Lucas el Mozo. 70
San Pablo de Latra. 71
Sudario de Edessa.—Simeon Metafraste. . . . 74
Constantino Porfirogénito hace florecer las ciencias y las artes.—Es envenenado por su hijo Roman el Mozo, el cual murió tambien poco despues. 75
Nicéforo Focas, emperador.—Embajada de Luitprando á Constantinopla. 77
Envilecimiento en que estaban los obispos griegos.—Pretende Nicéforo usurpar los derechos de la Iglesia y hace varias innovaciones considerables.—Sus victorias contra los musulmanes. 78
Juan Zimisques hace matar á Nicéforo y se apodera del trono.—Obras de Luitprando. . . 79
Tratado de las calamidades de la Iglesia, por Atton de Vercelli. 80
Obras de Atton. 81
Crónica de Flodoardo.—Virtudes de la emperatriz Santa Matilde. 82
Adalberon, sobrino y ausiliar de San Udalrico, obispo y libertador de Augsburgo. . . . 83
Muerte de Othon I y de San Udalrico de Augsburgo. 84
Sucesion de Papas y desórdenes en la Iglesia romana.—Observaciones acerca de Benedicto VI y Benedicto VII.—San Mayeul ó Mayolo de Cluny rehusa el pontificado. 85
Reconcilia al emperador Othon II con Santa Adelaida, madre de este príncipe.—San Odilon sucede á Mayolo. 86
San Wolfango, obispo de Ratisbona.—Ligereza é inconstancia de Rathier de Verona.—Sus escritos. 87
San Bernardo de Mentlion; funda el establecimiento del monte San Bernardo. 88
Triunfos y reveses de los cristianos en España.—Fruela II, Alfonso IV ó el Monge, Ramiro II, Ordoño III, y Ramiro III, reyes de España.—Traslacion de las reliquias de San Pelayo, mártir de Córdoba, al monasterio de San Salvador en Leon que al efecto se edifica. . 89
San Rudesindo ó Rosendo, obispo de Mondoñedo. 91
Concilio de Winchester (Inglaterra).—San Turquetul. 92
Asesinato del rey San Eduardo.—Su hermana Santa Editha.—La reina Elfrida.—San Haroldo, rey de Dinamarca. 93
Progresos de la fé en el Norte.—Micislao, duque de Polonia, abraza el cristianismo.—Tambien le abrazan los rusos. 94
Juan XIV, llamado antes Pedro, deja este nombre y toma otro por respeto al Príncipe de los Apóstoles; ejemplo que despues fué seguido por los demas Papas.—El Antipapa Francon.—Hugo Capeto elevado al trono. 95
Competencia con motivo de Gerberto y de Arnulfo de Reims. 96
Ventajas que proporcionó en Francia al Estado y á la Iglesia la mudanza de dinastía. . 97

LIBRO TRIGÉSIMO.

Sucede Sisinio á Nicolás Crisoberga, patriarca de Constantinopla, y renueva el cisma de Focio.—El patriarca Sergio se declara abiertamente contra la Iglesia romana.—Caracteres de los emperadores Constantino y Basilio.—Crueldad de Basilio con los búlgaros. . . 98
San Nicon de Armenia. 99
Gregorio V.—Filagato, antipapa.—San Nilo de Calabria.—Intercede este, pero sin ningun fruto, para conseguir el perdon de Filagato. 100
Muerte del tirano Crescencio.—San Romualdo. 105
Pedro Iseolo, dux de Venecia. 106
Peregrinacion de Othon III al monte Gargano. 107
San Adalberto de Praga, y San Bernuardo de Hildesheim. 108
Gerberto, elegido Papa con el nombre de Silvestre II.—Su asombrosa ciencia. 111
Penitencia del emperador Othon. 112
San Heriberto de Colonia.—Muerte de Othon III.—Penitencia y virtudes del rey Roberto. . . 113
Incontinencia y desgracias de Bermudo, rey de España.—Es derrotado este por el moro Almanzor.—Huye Bermudo de Leon con las santas reliquias y demas cosas preciosas y se retira á Oviedo.—La guarnicion de Leon re-

siste á Almanzor, pero al fin es vencida, y los moros se apoderan de dicha ciudad, de Astorga y otras.—Almanzor pasa á Galicia y quiere robar la iglesia Compostelana; pero el cielo con un suceso prodigioso se lo impidió; llevóse sin embargo algunas campanas ó puertas de dicha iglesia á Córdoba que despues San Fernando hizo volver conducidas en hombros de moros á Santiago. — Gloriosa accion de Calatañazor donde es derrotado Almanzor: muerte de este. —Penitencia de D. Bermudo. 116
San Froilan de Leon y San Atilano de Zamora. — Alfonso V restaura y repuebla á Leon. — Fernando de Castilla. 117
San Esteban, rey de Hungría, establece sólidamente la Religion en sus Estados. . . . 119
Juan XVIII, Papa. — San Abbon de Fleuri, mártir de la disciplina monástica. — Sus escritos. 121
Cita de San Abbon en favor del Papa. . . . 122
Iglesias reedificadas en Francia. — Leutardo y Vilgardo, fanáticos. 123
El rey San Enrique funda el obispado de Bamberg.—San Anfredo de Utrecht.—San Bruno, llamado tambien Bonifacio, misionero en Rusia. 124
Juan XVIII abdica el pontificado por abrazar la vida monástica.—Es arruinada por los musulmanes la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalen.—Judíos muertos por los cristianos. . 125
Se vuelve á reedificar la iglesia del Santo Sepulcro, contribuyendo á ello poderosamente la madre del que la habia destruido y que era cristiana.—Impiedad del califa Haquem.—Cisma entre los musulmanes abasidas y fatimitas. 126
San Elfegio de Cantorbery, martirizado por los piratas dinamarqueses. 127
Benedicto VIII, Papa.—Gregorio, antipapa.—Muerte de San Lievizo, arzobispo de Bremen y Hamburgo.—Furores de los esclavones contra los cristianos. 128
Coronacion del emperador San Enrique.—De la eleccion del emperador. 129
San Odilon, abad de Cluny.—Regalos que hace el emperador á este monasterio. 130
San Meimberco de Paderborn.— Reforma de la nueva Corbia. — Monasterio de San Vannes, el principal de la congregacion, bajo el abad Ricardo. 131
No permite este abad que abrace San Enrique la vida monástica.—Benedicto VIII rechaza á los sarracenos. 132
Primeros normandos establecidos en Italia. . 133
Concilio de Pavía.—Diploma de San Enrique en favor de la Santa Sede. 134
Triunfos de San Enrique contra los griegos de Italia. — Concilio de Seligenstad. 135
Coleccion de cánones por Burcardo de Worms. 136
Maniqueos en Orleans.—Concilio en esta ciudad para reprimirlos. 137
Religion de Guillermo V, duque de Aquitania. 139
Muerte de San Enrique.—La emperatriz Cunegundis se hace religiosa en el monasterio de Kaffungen del cual habia sido fundadora. . 141

LIBRO TRIGÉSIMO-PRIMERO.

Sucede á Benedicto VIII su hermano Juan XIX. 142
No quiere conceder Juan á Eustacio de Constantinopla el título de patriarca ecuménico.—Carta que le escribe con este motivo el beato Guillermo, abad de San Benigno de Dijon. —Exenciones de Cluny examinadas en el concilio de Ansa. 143
Algunos maniqueos se introducen en varias diócesis por la negligencia de los prelados.—Carta de Gerardo de Cambray á uno de estos. —Testimonio en favor de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. . . . 144
Varios establecimientos de San Romualdo. . . 145
Su muerte. 147
Guido de Arezzo inventa el nuevo método de la música.—Canuto se apodera de Inglaterra.—Sus virtudes. 148
San Olaf, rey de Noruega. 149
Estado deplorable del imperio y de la Iglesia de Oriente. 150
Sucesion de emperadores griegos. 151
Santa intrepidez de Fulberto de Chartres.—Sus escritos. 152
Muerte del rey Roberto. 154
Horrible hambre en Francia: caridad que mostró entonces el clero. 155
Alonso V, rey de Leon (España).—Del casamiento de su hermana doña Teresa con Abdala, rey moro de Toledo.—D. Alonso sitia á Viseo y queda herido.—Muere y le sucede en el reino su hijo Bermudo III.—Sus guerras.—Don Fernando y doña Sancha, reyes de Castilla.—D. Sancho el Mayor, rey de Navarra: trae monjes de Cluny.—Privilegio de los monges de Leyre para elegir al obispo de Pamplona.—Concilio en esta ciudad.—D. Sancho reedifica la ciudad de Palencia.—Milagro que se dice ocurrido con él en la capilla de San Antolin.—Muere D. Sancho de Navarra —Muerte de Bermudo III.—Sucédele D. Fernando, llamado el Grande, de Castilla, y quedan asi unidos los reinos de Castilla y de Leon.—Su celo, prudencia y demas bellas cualidades.—Prosperidad de España.—Nuevo camino para Santiago. — Fundacion del monasterio de Oña.—Traslacion del cuerpo de San Millan de la Cogolla.—San Ermengaldo, obispo de Urgel. 156
Paz de Dios. 157
Apostolado de San Marcial. 159
San Simeon, monge del monte Sinaí, se establece en Francia. 160
Muere el Papa Juan XIX y le sucede Benedicto IX de solos doce años de edad.—Escándalos y revoluciones de este pontificado. . . 161
San Poppon, abad de Stavelo. 163
San Gonthier, ermitaño.—San Emerico, hijo del rey San Esteban. — Revoluciones en Hungría.—Los húngaros eligen por rey á Aba: crueldad de este.—San Gerardo, obispo de Chonad y mártir. 164
Anarquía de Polonia.—Deja Casimiro la vida monástica y vuelve á ocupar el trono. . . . 166
Trabajan San Odilon y el beato Ricardo en establecer la tregua de Dios.—Tambien esta se establece en España.—Concilios que en esta se celebraron.—San Gregorio Ostiense.—Santo Domingo de la Calzada. 167
Mal de los ardientes.—Carácter de San Odilon. —Sus escritos.—Conmemoracion de los difuntos. 168
Envenena la emperatriz Zoe á Romano Argirópilo por casarse con Paflagon. 169
Avaricia del patriarca Alejo.—Turbulencias y

desórdenes en el imperio. 170
Sucesion de Pontífices.—Hildebrando y Bruno de Toul.—Eleccion del Santo Papa Leon IX. 172
Viaje de este Pontífice.—Persigue Leon IX á los simoniacos.—Celebra un concilio en Reims. 173
Concilio de Maguncia.—San Bardon, arzobispo de esta ciudad. 176
Sucédele Liupoldo. 177
Restituido el Papa á Roma celebra un concilio en la iglesia de Letran.—Concilio en Coyanza ó Valencia de Don Juan.—Sus cánones.—Santa Casilda.—Conversion de esta y de Zayda. 179
Principios de Lanfranco y de Berengario.—Herluino, fundador de la abadía del Pico. . . 180
Procura Berengario esparcir sus errores. . . . 181
Conferencia de Brionne.—Concilio de Vercelli.—Carta de Berengario al monge Asceli-no 182
Carta de Adelman á Berengario. 183
Concilio de Paris, en que es condenado Berengario y el libro de Juan Scoto.—Viaje de Leon IX á Francia.—San Roberto, primer abad del monasterio de la Casa de Dios. . 184
Canónigos reglares.—Viajes frecuentes de Leon IX 185
Dominacion de los normandos en Italia.—Manda el Papa un ejército contra ellos.—Le hacen prisionero 186
Levanta Miguel Cerulario el estandarte de la rebelion contra la Iglesia romana.—Envía el Papa legados á Constantinopla 187
Muerte de Leon IX. 188
Responde el cardenal Humberto á los escritos de los cismáticos.—Retractacion de Nicetas.—Miguel Cerulario se vale de los medios mas infames para acreditar el cisma. 189

LIBRO TRIGÉSIMO-SEGUNDO.

Circunstancias favorables á los designios cismáticos de Miguel Cerulario. 191
Principios de Hildebrando.—Victor II es elegido Papa. 192
Legacion del subdiácono Hildebrando en Francia.—Deposicion de Hugo de Embrun, obispo simoniaco.—Milagro que sucedió.—Concilio de Tours. 193
De lo ocurrido en este concilio y de las reclamaciones contra Fernando I, rey de Castilla y de Leon, por llamarse emperador.—El Cid.—España independiente de Alemania.—Mauger de Rouen, depuesto por incontinente. . . . 194
Confesion de fé contra la heregía de Berengario.—El Papa Victor en Alemania.—Muerte del emperador Enrique el Negro.—Sucede Esteban IX á Victor II. 196
Pedro Damiano creado cardenal.—Didier, abad de Monte-Casino. 197
Isaac Comneno, emperador de Constantinopla.—Desgracia de Miguel Cerulario.—Isaac Comneno abraza por penitencia la vida monástica. 198
Muere Estevan IX.—Benedicto X, antipapa.—El Papa Nicolao II. 200
Crea cardenal al abad Didier.—Reglamentos para la eleccion de los Papas. 201
Decretos contra los clérigos concubinarios y simoniacos.—Se vé reducido Berengario á confesar claramente la fé católica. 202
Peligrosa legacion de Pedro Damiano en Milan. 203
Tratado de Nicolao II con Ricardo y Roberto Guiscardo. 204
Coronacion de Felipe, hijo del rey de Francia.—Muere el Papa Nicolao II.—Alborotos en Roma.—Eleccion de Alejandro II. 205
El antipapa Cadaloo.—San Annon, arzobispo de Colonia 206
Obras de Pedro Damiano.—Santo Domingo el Lorigado. 207
Penitencias y devociones de aquellos tiempos.—Santo Domingo de Silos.—San Iñigo, abad de Oña.—San Alvito, obispo de Leon; se le revela donde estaba el cuerpo de San Isidoro, y éste es trasladado desde Sevilla á Leon.—San Veremundo, abad de Irache.—Santa Aurea.—Concilios y juntas de obispos en Santiago, Barcelona, San Juan de la Peña, Jaca y Vich. 209
San Rodulfo de Eugubio. 211
Pedro Damiano legado en Francia.—Privilegios de Cluny.—Legacion de Pedro Damiano en Alemania.. 212
San Vulstano, obispo de Worchester.—San Eduardo, rey de Inglaterra. 213
Leyes del rey Eduardo.—San Gotescalco, príncipe de los esclavones. 215
Estado de las iglesias del Norte.—Penitencia de Suenon, rey de Dinamarca. 216
Martirio de San Gotescalco.—Memorables hechos del rey de Castilla y de Leon, Fernando I.—Su edificante muerte.—Virtudes y muerte de su muger doña Sancha. 219
Apostasía y destrozos de los esclavones.—Los Santos Erico y Alfardo, martirizados en Suecia. 221
Exhortaciones del Papa á Haroldo, rey de Noruega.—Pedro, obispo de Florencia, acusado de simonía. 222
San Juan Gualberto, fundador de Valumbrosa.—Primeros hermanos conversos. 223
Institucion de los canónigos reglares.—Persecuciones de Pedro de Florencia contra su clero. 225
San Pedro Igneo. 226
Martirio de San Arialdo. 228
Thibaldo de Provins. 229
Proscripcion de la simonía y de la incontinencia de los clérigos.—Guillermo el Bastardo conquista la Inglaterra. 231
Lanfranco elevado á la silla de Cantorberi.—Progresos de los turcos selyucidas.—Ambicion del patriarca Xifilino. 232
Roman Diógenes, prisionero del sultan Asan. 233
Vicios del emperador Enrique IV.—Retírase la emperatriz Inés. 234

LIBRO TRIGÉSIMO-TERCERO.

Eleccion y carácter elevado de San Gregorio VII. 235
Principios de San Esteban de Grammont.—Persigue San Gregorio con viveza la simonía y el concubinato de los clérigos. 236
Turbulencias é inquietudes en Alemania.—Escribe el Papa acerca de estos obstáculos á los duques de Suavia y Carintia y á otros personages 238
Su carta al rey de Germania.—Carta de San Gregorio VII á los obispos de Francia para la correccion del rey Felipe 239
Peregrinos insultados por los árabes 240
Proyecta San Gregorio VII las cruzadas . . . 241
Severidad del Papa.—Deposicion y penitencia

de Herman de Bamberg 242
Cábala de Guiberto de Ravena y del prefecto Cencio contra San Gregorio VII. — El Papa herido peligrosamente y preso 243
Es libertado por el pueblo. — Conspiracion de Guiberto y de los demas obispos de Lombardía con el cardenal Hugo el Blanco.—Cartas vigorosas del Papa al rey de Germania. . . 244
Asamblea cismática de Worms, en que es depuesto el Papa.—Asamblea de Pavía, secundando á los cismáticos de Worms.—Se intima al Papa que se retire del pontificado. . . . 245
Absuelve del juramento de fidelidad á los vasallos de Enrique IV 246
Escesos y remordimientos de Guillermo, obispo de Utrecht.—Ideas de aquel tiempo acerca de la excomunion y de sus efectos 248
Disminúyese el partido del rey de Germania. . —Estado de la iglesia de Africa.. 250
Controversia de Samuel, judío convertido. . . 251
Asamblea de señores y de obispos en Teuver ó Tribur para deponer al rey Enrique. . . . 252
Logra este que se le conceda cierto término para ir á Roma. 253
La condesa Matilde. 254
Absolucion humillante de Enrique. 256
Vuelven los lombardos á indisponerle con el Papa.—Asamblea de Forcheim 257
Donacion de Matilde.—Los señores de Germania deponen á su rey Enrique IV y eligen á Rodulfo, duque de Suavia.—Perplegidades con motivo de esta eleccion. 258
Sentencia definitiva de San Gregorio VII contra Enrique IV. 260
Eleccion del antipapa Guiberto. 262
Muerte del rey Rodulfo. 263
Causa del obispo de Dol.—Condenacion de Manasés de Reims. 264
Se elige á Hugo para la silla de Die. 265
Principios de San Bruno.—Simon, conde de Crepi, y Hugo, duque de Borgoña, abrazan la vida monástica. 266
San Anselmo, abad del Pico.—Su penetracion y doctrina. 267
San Gregorio VII no intentó que Guillermo el Conquistador le prestase juramento de fidelidad. 269
Cuida San Gregorio de la instruccion de los fieles de Noruega, Suecia y Armenia—San Estanislao de Cracovia, martirizado por mano del duque Boleslao. 270
Revoluciones en el imperio de Oriente.—Celo de San Gregorio VII 271
Tentativas inútiles del rey Enrique contra Roma. —Herman de Luxemburgo elegido rey de Germania. 272
El Antipapa Guiberto entronizado en Roma.—Huyen de Roma los alemanes luego que llega Roberto Guiscardo. 273
La condesa Matilde rechaza á los cismáticos.—San Anselmo de Luca. 274
San Gregorio VII se retira á Salerno, y muere en esta ciudad. 275
Muerte de Roberto Guiscardo.—San Anselmo de Luca, arrojado de su iglesia por los cismáticos, muere en Mántua.—Constancia del abad Didier en no admitir el pontificado. . 276
Es elegido con el nombre de Víctor III.—Reliquias de San Nicolás de Mira en Bari. . . 277
San Arnulfo, obispo de Soissons. 278
San Canuto, rey de Dinamarca y mártir.—Muerte de Guillermo el conquistador. . . 280
Los romanos divididos entre el Papa Víctor III y el Antipapa Guiberto.—El legado Hugo de Leon se declara contra la eleccion de Víctor.—Espedicion de los italianos contra los sarracenos de Africa. 282
Cismáticos excomulgados en el concilio de Benevento.—Muerte de Víctor III. 283

LIBRO TRIGÉSIMO CUARTO.

Oposicion de la enseñanza pública á las relajaciones de la tercera edad 307
Eleccion del Papa Urbano II.—El Papa entra en Roma, de donde se habia echado al antipapa Guiberto.—Concilio celebrado en Melfi por el Papa. 308
Los cismáticos prevalecen en Roma.—Godofredo, abad de Vandoma, ofrece recursos al Papa que se veia falto de dinero.—Sumision del emperador Alejo á la Santa Sede 309
Bernardo, arzobispo de Toledo.—Division de Castilla, Leon, y Galicia y Portugal entre don Sancho, don Alfonso y don García, hijos de Fernando I el Grande.—Guerras que con este motivo tuvieron entre sí.—Doña Urraca es sitiada en Zamora por su hermano don Sancho; pero este es muerto de una lanzada por un tal Vellido Dolfos.—Don Alonso, avisado de esto, sale de Toledo y prende á don García. —Muertos ya don Sancho y don García, queda don Alonso, VI de Leon y I de Castilla, único señor de todos los reinos que dividiera su padre; pero antes de ser proclamado tal, juró en manos del Cid Ruy Diaz, no haber tenido parte en la muerte de su hermano don Sancho.—Memorables hechos y conquistas de don Alonso.—Toma á Toledo, y al año siguiente (1086), se juntó allí un concilio donde Bernardo fué nombrado arzobispo . . . 310
Restablecimiento de la metrópoli de Tarragona. —Duelo por el oficio mozárabe 312
Decadencia del cisma en Alemania. 313
Prelados distinguidos en este país.—Muerte del heresiarca Berengario 315
Hermanos conversos y oblatos.—Fundacion de la Cartuja. 316
San Bruno llamado á Roma por el Papa.—No admite el arzobispado de Reggio, y funda el monasterio de la Torre. 317
Su carta á Rodulfo el Verde.—Su muerte.—San Ulrico de Cluny. 318
Su libro de las prácticas de Cluny. 319
El B. Odon ú Odarto de Tournai. 321
Ivon de Chartres.—Su *Decreto*.—Asunto del rey Felipe y de Bertrada. 322
Concilio de Plasencia.—Embajadores de Alejo Comneno á este concilio.—Quejas de la emperatriz Adelaida. 323
Concilio de Soissons contra los errores de Roscelino.—San Anselmo sucede á Lanfranco en la Silla de Cantorbery. 326
Santa Margarita, reina de Escocia. 329
San Nicolás, el peregrino.—Obras piadosas de Rugerio, conde de Sicilia. 330
Restablecimiento del obispado de Arras.—Rebelion de Conrado contra el emperador su padre. 331
Guillelmo el Rojo reconoce al Papa Urbano.—Se indispone contra San Anselmo. 332
San Anselmo escribe contra Roscelino.—San

Roberto de Arbrissel. 334
Pedro el Ermitaño. 335
Concilio de Clermont. 336
Principio de las Cruzadas. 337
Ceremonias del domingo de Ramos. — El Papa Urbano dedica en Tolosa de Francia la iglesia de San Sernin. 339
Concilio de Nimes.—El cuerpo de San Antonio (vulgo de San Anton) en Francia. — Fuego de San Anton.—Institucion de los antonianos. 340
Fervor de los cruzados. 341
Desgraciado suceso de Gautier el Pobre y de Pedro el Ermitaño. — Judíos perseguidos. . 342
Viage de Godofredo de Bullon. 343
Sitio y toma de Antioquía. — Toma de Nicea. . 344
San Anselmo perseguido va á Italia. 347
Monarquía de Sicilia. 348
San Juan de Teruana. 349
Concilio en Roma. — Muerte de Urbano II. — Toma de Jerusalen. 350
Godofredo de Bullon elegido rey. 351

LIBRO TRIGÉSIMO-QUINTO.

Pascual II sucede al Papa Urbano, y Balduino al rey Godofredo. 352
Muerte repentina de Guillermo el Rojo.—El antipapa Guiberto tiene la misma suerte. . . 353
Conversion del rey Felipe de Francia. . . . 354
Bruno, obispo de Tréveris.—San Oton, obispo de Bamberg. 355
Odon, obispo de Cambray.—El príncipe Enrique, despues de la muerte de Conrado, se rebela contra su padre. 357
Desgracias del emperador Enrique IV. — Su muerte. 358
Empresas de Enrique V contra la Iglesia.—El Papa va á refugiarse en Francia.—Convenio del rey de Inglaterra con San Anselmo. . . 359
Decretos contra el concubinato de los clérigos. 360
Muerte de San Anselmo.—Sus escritos.—Ponce sucede á San Hugo de Cluny.—Asuntos de España.—Entrada de los almoravides en España.—El Cid conquista á Valencia.—Muerte de Alfonso VI de Leon y I de Castilla.—Su hija doña Urraca es proclamada reina de Castilla y de Leon —Guerras que hubo en España. —Alfonso el Batallador, rey de Aragon. . . 361
Escesos de Enrique V contra el Papa. . . . 363
Debilidad del Papa Pascual. 364
Cuestion sobre las investiduras. 365
Religion de Alejo Comneno. 368
Persigue á los bogomilos.—Nuevos paulicianos. 369
Constituciones del emperador Alejo y de la emperatriz Irene. 370
Iglesia de Jerusalen.—Viages del príncipe Boemundo por el Occidente. 371
Infame conducta de Balduino y de Arnulfo. . 372
Desinterés religioso del conde de Bolonia.—Discípulos de Roberto de Arbrisel.—Fundacion de Fonte-vrault. 373
Doctrina de Ivon de Chartres.—San Bernardo de Tiron. 375
San Roberto de Molemo. 376
Principios de San Bernardo. 377
Propagacion del órden del Cister.—San Bernardo en Claraval. 378
Guillermo de Champeaux.—San Godofredo de Amiens. 381
Junta de obispos y señores en Colonia. . . . 382
Concilio de Letran contra las investiduras. . . 383
Roma subleva la contra el Papa. 384
Mauricio Burdino: su venida á España. . . . 385
Muere el Papa Pascual II, y le sucede Gelasio II.—Desórdenes en Roma promovidos por Cencio Frangipan.—Atentado contra el Papa.—El pueblo romano liberta de los frangipanes al Papa. 386
Mauricio Burdino intruso en la Santa Sede.—Nuevos y escandalosos atentados contra el Papa. 387
Retirada de Gelasio á Francia.—Principios de San Norberto. 388
Victorias del rey Alfonso de Aragon contra los moros.—Reseña de los soberanos y sucesos del reino de Aragon.—Pedro Librana, arzobispo de Zaragoza.—Cruzada contra los moros para la conquista de esta ciudad.—Rindese Zaragoza á don Alfonso.—Contiendas de esto con don Alfonso hijo de doña Urraca de Castilla.—Esfuerzos que entonces como en otras ocasiones hacen y no en vano los obispos por apaciguarlas.—Concilio en Palencia en que se adoptan varias disposiciones á favor de la Iglesia y se anatematiza al antipapa Burdino. 391
Muere en Cluny el Papa Gelasio II.—Eleccion de Calisto II. 392
Concilio celebrado en Reims por el Papa.—Se condena á Pedro Bruis. 393
Celo apostólico de San Norberto 394
Fundacion de los premostratenses. 396
Primado de Viena.—El Papa en Italia.—Caida del antipapa Burdino. 397
Reconciliacion de Enrique V con la Santa Sede. 398
Tratado de las investiduras por Godofredo de Vandoma. 399
Primer concilio general de Letran. 400

LIBRO TRIGÉSIMO-SESTO.

Secta de Tanquelmo ó Tanquelino. 401
Escritos de Guiberto, abad de Nogent.—De la fiesta de la Asuncion de Nuestra Señora. . . 403
Muerte y grandes obras de Calisto II. — Lo ocurrido en la eleccion de su sucesor Honorio II. —Muerte del emperador Enrique V. . 404
Mision de san Othon de Bamberg á Pomerania. 405
Hildeberto de Mans. 410
Confirmacion del instituto de los premostratenses.—San Norberto elegido arzobispo de Magdeburgo.—Escesos del abad Ponce en Cluny. 411
Cisma de Monte-Casino. 413
Contiendas entre San Bernardo y Pedro el Venerable. 414
San Bernardo llamado al Concilio de Troyes. — Compone la regla de los templarios. . . . 416
Orden de los hospitalarios de San Juan de Jerusalen. 417
Principio de los caballeros teutónicos. — Asuntos del reino de Jerusalen. 418
Muere el Papa Honorio II.—Ocurrencia en la eleccion de sucesor.—Es elegido Inocencio II. —Cisma de Pedro de Leon llamado Anacleto II. 419
San Hugo de Grenoble se declara por Inocencio II.—Retírase Inocencio á Francia . . . 420
San Bernardo, elegido por árbitro entre los dos Papas (Inocencio y Anacleto), se decide por Inocencio. 421
Santa Genoveva de los Ardenes.—Concilio de Reims para la confirmacion del Papa Inocencio 423
Los Doce Pares de Francia.— Trabajos de San Norberto. 424

El Papa visita á Claraval.—San Norberto y San Bernardo en Italia. 425
Obstinacion y resistencia de Anacleto.—Muerte de San Norberto.—Negociaciones de San Bernardo en Milan. 427
Saca del cisma al duque de Aquitania. . . . 429
Muere D. Alfonso I de Aragon, el Batallador, en la accion de Fraga.—Sus memorables hechos.—Sucédele D. Ramiro, aunque sacerdote, en el reino de Aragon.—Se casa, con dispensa, y luego que tuvo una hija que heredase el trono se retira á la vida eclesiástica.—Hallazgo del cuerpo de San Ildefonso.—Es hecha arzobispal la iglesia de Santiago, trasladando á ella los derechos y prerogativas de la de Mérida.—Othon, obispo de Urgel.—San Ramon, obispo de Barbastro.—San Isidro, labrador, y Santa María de la Cabeza su esposa.—San Olegario, obispo de Barcelona y luego arzobispo de Tarragona.—A peticion de doña Sancha y del rey de Castilla D. Alonso que escribieron á San Bernardo, envia este algunos religiosos del Cister y se fundan varios monasterios de este órden en España. . . . 430
Conversion de Ponce de Laveza. 431
Obstinacion de Gerardo de Angulema en el cisma 433
Escritos de San Bernardo.—Pasa de nuevo á Italia. 434
Conferencia de Salerno.—Pedro de Pisa abandona á los cismáticos convencido por San Bernardo.—Embajada de Anselmo de Havelberg á Constantinopla. 436
El abad Ruperto.—Muerte del emperador Lotario.—Su piedad.—Ultimos ejemplos de virtud de Luis el Gordo. 437
Guillelmo, duque de Aquitania, muere en Santiago de Galicia, á donde habia venido en peregrinacion.—Muerte de Enrique I de Inglaterra. 438
Muere el antipapa Pedro de Leon ó Anacleto.—Fin del cisma de Anacleto.—Bernardo sale de Roma, donde es muy obsequiado.—Segundo concilio general de Letran.—Arnaldo de Brescia. 439
El Papa prisionero del rey de Sicilia. 440
San Malaquías de Irlanda. 441
Pedro Abelardo.—Heloisa, religiosa. 442
Carta de San Bernardo á los canónigos de Lyon. 444
Otros escritos de este Padre.—Hugo de San Victor.—Turbulencias en Francia.—Frialdad de Inocencio II con San Bernardo. 445
Sucesion de Papas.—Cartas de San Bernardo sobre la eleccion de Eugenio III. . . . 447
Turbulencias en Roma.—Sumision de los armenios á la Santa Sede.—El Preste Juan.—Toma de Edesa por los turcos. 448
Daños que estos causaron á los cristianos.—Separacion del obispado de Tournay y de Noyon. 449
Segunda cruzada.—El Papa Eugenio somete á Roma.—Publicacion de la Cruzada.—San Bernardo la predica en Francia. 450
San Bernardo pasa tambien á predicarla en Alemania: milagros que obra. 451
Espedicion de los cruzados en España y en el Norte.—Principios del reino de Portugal. . 452
Súgero, regente de Francia.—Desgracia de los reyes Conrado y Luis el Jóven en Oriente. . 453
El Papa Eugenio en Francia.—Errores de Gilberto de la Poire ó Porretano.—Pedro de Bruis y otros sectarios. 455
Milagros de San Bernardo. 456
Santa Hildegarda. 457
Concilio celebrado en Reims por el Papa Eugenio.—Eon de la Estrella.—Contienda entre el arzobispo de Tarragona y el de Toledo sobre la primacía.—El Papa decide á favor de Toledo.—Cartas del Papa Eugenio á los obispos españoles y al rey de España don Alfonso.—Envia á este por conducto del obispo de Segovia la *Rosa de Oro* que el Papa bendice todos los años en la dominica *Lætare*. . . 458
El Papa en Claraval, y despues en el capítulo del Cister.—Patente de caridad. . . . 459
San Esteban de Obazina.—San Gilberto de Semprigan.—El príncipe Enrique se hace monge en Claraval. 460
Es elevado al episcopado.—Divorcio de Luis el jóven y de Leonor. 461
Eleccion de Federico Barbaroja para el imperio.—Iglesias del Norte. 462
Conversion de la Finlandia.—Martirio del obispo Enrique y del rey Erico.—Regularidad en Irlanda. 463
Tratado de la *Consideracion* por San Bernardo.—Su Apología de la segunda cruzada . . . 464
Muerte del Papa Eugenio.—Sucédele Anastasio IV.—Muerte de San Bernardo. 465

LIBRO TRIGÉSIMO-SÉTIMO.

San Guillelmo de York 466
Enrique, rey de Inglaterra, primero de este nombre y de la familia de los Plantagenetas.—Adriano IV sucede al Papa Anastasio IV. 467
Arnaldo de Brescia puesto en manos del Papa.—Coronacion del emperador Federico. . . . 468
El rey de Sicilia es reconocido por el Papa.—Congregacion de Malavalle.—Santa Isabel de Schenauge ó Bellavista. 469
Muerte de Pedro el Venerable: sus virtudes y doctrina.—Otton de Frisinga: sus escritos: su muerte. 470
Orígen de las discordias de Federico II con los Papas 471
Asamblea de Roncaille. 473
Universidad de Bolonia.—*Decreto* de Graciano. 474
Estado de las ciencias.—El *Libro de las sentencias*. 476
Antigüedad del derecho de regalía.—Principio de la tercera cruzada.—Luis el Jóven de Francia viene en peregrinacion á Santiago.—Obsequio y solemnidad con que se le recibe en España.—Glorioso reinado de Alfonso VII, rey y emperador de Leon, Castilla y Galicia.—Al morir Alfonso deja divididos sus Estados entre sus dos hijos, don Sancho, que fué rey de Castilla, y don Fernando que lo fué de Leon y de Galicia.—Celébranse doce concilios provinciales en España, durante el reinado de don Alonso.—San Isidro Labrador, y su esposa Santa María de la Cabeza.—San Pedro, abad de Moreruela.—San Martin de Sousse.—Santa Radegundi.—San Aston, natural de Badajoz: sus virtudes: sus escritos.—Primera traslacion ó sea traslacion del brazo derecho de San Eugenio I, arzobispo de Toledo, á esta ciudad desde Paris 477
Institucion del órden militar de Calatrava y de la de Alcántara en España.—San Raimundo, abad de Fitero. 478
Discordias de Adriano IV y del emperador Federico. 479

Consejos dados al Papa por Everardo de Bamberg. 480
Muerte de Adriano IV: su celo, su caridad.—Pobreza á que su madre se vé reducida en su vejez despues de la muerte de Adriano.—Sucede á este el Papa Alejandro III.—Cisma de Octaviano, antipapa.—Atentados que los cismáticos cometen contra el Papa.—El pueblo sale á la defensa de este, y aquellos le ponen en libertad. 481
Esfuerzos del emperador para estender el cisma. 482
Buenas relaciones del emperador de Constantinopla Manuel con el Papa Alejandro.—San Anthelmo de Belai.—Pedro de Tarentesia.—Alejandro III en Francia. 483
Beneficiados ausentes en servicio del rey, tenidos como presentes.—Conferencia en San Juan de Losne. 485
Construccion de la iglesia de Nuestra Señora de Paris. 486
El Papa tiene un concilio en Tours.—Principios de Santo Tomás de Cantorbery. 487
Su episcopado.—Mudanza del rey contra el santo arzobispo.—Persecucion que se hace á este. 489
Santo Tomás huye á Francia. 492
Conducta religiosa de Luis el Jóven. . . . 493
Costumbres de Inglaterra. 494
Santo Tomás en Pontigni. 495
San Gilberto de Semprigan. 496
Dieta de Wurzburgo.—El antipapa Pascual.—Regreso de Alejandro III á Roma. . . . 497
Canonizacion de Carlo-Magno.—Manuel Comneno ofrece socorros al Papa. 498
Federico se aproxima á Roma, y en breve se ve precisado á abandonarla.—Santo Tomás es instituido legado de Inglaterra. 499
Carta del Santo á los obispos de este reino. . 501
Se ve precisado á retirarse de Pontigni.—Generosidad religiosa de Luis el Jóven. . . . 502
Tratado de Montmiral. 503
Luis el Jóven, declarado mas fuertemente que nunca á favor de santo Tomás.—San Godrico, recluso. 505
Reconciliacion de Santo Tomás con el rey de Inglaterra 506
Anuncia estar cercana su muerte. 508
Su martirio. — Indignacion que este atentado escita. 509
Arrepentimiento de Enrique.—Canonizacion de Santo Tomás. — Venganza divina sobre los asesinos y sobre el rey de Inglaterra. . . . 511
Penitencia de Enrique II. — Conversion de la Pomerania. 512
Carta del Papa al sultan de Iconio. — Pedro de Blois.—Pedro Comestor.—Libros rabínicos.—El Talmud. 514
Cultura literaria de España. — El Papa escribe al Preste Juan. — Conferencia de Teoriano con los católicos de Armenia. 516
Lamberto el Tartamudo (Begue) instituye las beguinas de Flandes. 517
Orden militar de Santiago en España. — Sucesion de reyes en este pais.—Progresos de las armas cristianas contra los moros. — Obispados y monasterios erigidos en España. . . . 518
El abad de Strum, bajo el nombre de Calisto III, sucede al antipapa Pascual. — Federico es derrotado, y resuelve sujetarse á la Santa Sede. 519
Tratado de Venecia. 521
El antipapa Lando. — Tercer concilio general de Letran. — San Lorenzo de Dublin. . . . 522
Cánones de Letran. 523

LIBRO TRIGÉSIMO-OCTAVO.

Imperfeccion de los estudios.—Recursos del cielo para la conservacion de la Iglesia. . . 525
Muerte del emperador Manuel Comneno.—Sucédele su hijo Alejo.—Furor de los griegos contra los latinos.—Rebelion de Andrónico. 526
Su castigo.—Muerte de Alejo y de Andrónico. 528
Estado del reino de Jerusalen.—Principios de Saladino. 529
Doctrina de los nuevos maniqueos. 530
San Galdino, arzobispo de Milan.—Guerra de los albigenses.—Se introducen estos en Aragon, donde eran conocidos con el nombre de labatarios —Son reprimidos.—Concilio de Gerona contra ellos.—Muere D. Alfonso II de Aragon, y le sucede su hijo D. Pedro.—Martirio de San Bernardo de Alcira y sus dos hermanas.—Hugo de Cervellon, prelado de Tarragona, es asesinado por defender los derechos de la Iglesia.—El presbítero Martin, de Leon. 531
Muerte del Papa Alejandro III.—Le sucede Lucio III.—Muere el rey Luis VII; le sucede Felipe Augusto. 532
Felipe Augusto arroja á los judíos de su reino. 533
Patarenos de Arras. 534
El Papa sale de Roma; se establece en Verona.—Decreto que espide para hacer pesquisa de los hereges. 535
Pobres de Leon.—Pedro Waldo. 536
Estado de los negocios de Palestina.—Conversion de los maronitas. 537
Legado que se dice enviado á España por Lucio III.—Muerte de este Pontífice.—Le sucede Urbano III. 538
Disensiones de Urbano III con el emperador.—Conversion de los livonienses. 539
Victorias de Saladino. 540
Martirio de Reinaldo de Chatillon.—Toma de Jerusalen. 541
Inhumanidad y castigo del conde de Trípoli. . 542
Muere Urbano III y le sucede Gregorio VIII.—Muere á los pocos dias Gregorio VIII y le sucede Clemente III.—Pasa el Papa á Roma, despues de arregladas las desavenencias con los romanos.—Los reyes de Francia y de Inglaterra toman la cruz. 543
Décima Saladina. 544
Ricardo, rey de Inglaterra.—Judíos asesinados en Inglaterra. — Viage del emperador á Oriente. 545
Su muerte. 546
Partida de los reyes Felipe y Ricardo. . . . 547
El abad Joaquin.—El rey Ricardo hace la conquista del reino de Chipre.—Toma de Acre por los cruzados 548
Confirmacion de los caballeros teutónicos.—Regresa Felipe Augusto.—Coronacion de Celestino III, Papa, que sucede á Clemente III. . 549
Coronacion del emperador Enrique VI.—Proezas del rey Ricardo en Palestina. 550
El Viejo de la Montaña 551
El rey Ricardo preso por el duque de Austria.—Es puesto en libertad y llega á Inglaterra.—San Hugo de Lincoln. 552
Conferencia de San Hugo con el rey Ricardo. 554

Asesinato del obispo de Lieja. 555
Muerte de Saladino.—Felipe Augusto toma por esposa á Ingelburga de Dinamarca, y luego la abandona.—Esteban, abad de Santa Genoveva, y despues obispo de Tournai. . . . 556
Obispo guerrero de Beauvais.—Muere el Papa Celestino. 557
Inocencio III Papa.—Muere el emperador Enrique VI.—Division en el imperio. 559
El Papa Inocencio se declara por el duque de Sajonia.—Prosigue la causa de Felipe Augusto y de Ingelburga.—Procura Inocencio restablecer la paz entre Inglaterra y Francia.—Muerte del rey Ricardo 560
Foulques de Neuilli.—Es encargado por el Papa de predicar la cruzada. 561
Entredicho sobre Francia.—Felipe Augusto vuelve á unirse á Ingelburga. 563
Alfonso IX, rey de Leon, excomulgado por su enlace con doña Berenguela.—Recomendables prendas de esta princesa.—De este enlace nació el esclarecido San Fernando, rey de España.—Concilio que se celebra para obedecer al Papa.—D. Alfonso obedece y se separa de Berenguela. 564
San Juan de Mata y San Felix de Valois instituyen la órden de la Santísima Trinidad. . . 565
Fundacion de Val-des-choux. 566
Val ó Valle de los escolares.—Privilegios de las escuelas de Paris. 567
La iglesia de Dol es sujetada definitivamente á la metrópoli de Tours.—San Pedro de Parenzo, mártir. 568
San Homobono. 569
Toma de Zara por los venecianos y cruzados. . 570
El jóven Alejo implora el ausilio de los cruzados.—Estos le someten á Constantinopla. . 571
Rebelion y parricidio de Mursuflo.—Los latinos se apoderan del imperio de Oriente.—Balduino, conde de Flandes, es elegido emperador. 573

LIBRO TRIGÉSIMO-NONO.

Disposiciones de Inocencio III relativas á la conquista de Constantinopla. 574
Division de los cristianos en el principado de Antioquía. 575
Fin desgraciado del emperador Balduino. . 576
Institucion de los carmelitas.—Foulques, arzobispo de Tolosa. 577
Mision del obispo de Osma en el Languedoc.—Principios de Santo Domingo de Guzman. . 578
Martirio del legado Pedro de Castelnau. . . . 580
El Papa escita los príncipes y los pueblos contra los sectarios.—Hazañas de los cruzados de Languedoc. 581
Simon de Monforte instituido jefe de los cruzados. 582
Juan Sin tierra depuesto del reino.—El príncipe Artus asesinado por Juan Sin-tierra. . . . 584
Sumision de Juan Sin-tierra.—Batalla de Bovines. 587
Embajada de Juan Sin-tierra al rey de Marruecos. 588
Agitaciones en el imperio. 589
Eleccion de Federico II.—Sucesos de España.—Fundacion de la ciudad y catedral de Plasencia y del célebre monasterio de las Huelgas en Burgos.—Monasterio de Poblet.—Triunfos y reveses de don Alfonso VIII de Castilla en sus guerras con los moros.—Muere don Alfonso II de Aragon, llamado el Casto.—Cruzados y preparativos para combatir á los moros. 590
Memorable triunfo de los cristianos españoles en las Navas de Tolosa y derrota de los Sarracenos. 592
Liga del rey de Aragon con el conde de Tolosa en favor de los albigenses. 593
Batalla de Muret en la que pereció el rey de Aragon, don Pedro II.—Habia sido este coronado en Roma.—Donacion que hizo á la Santa Sede, reconociendo dependiente de ella á su reino.—Reclamaciones suscitadas con este motivo.—Varios sucesos de este monarca.—Nacimiento de su hijo don Jaime.—Sucédele este en el reino con el nombre de Jaime I. 597
Muerte santa de Balduino de Tolosa. . . . 602
Institucion del Rosario.—Orden militar establecida por Santo Domingo con el título de *Milicia de Jesucristo*. 603
Principios de San Francisco. 604
Su regla es aprobada por el Papa.—Su primer establecimiento.—Sus predicaciones. . . . 606
Retiro de Santa Clara. 607
La B. María de Ognies.—Piedad de los pueblos de Flandes. 608
Reforma establecida en la Universidad de Paris. 609
Cuarto concilio general de Letran. 610
Establece la Inquisicion y forma diferentes cánones. 613
Muerte de Inocencio III.—San Francisco dedica sus discípulos á los trabajos apostólicos. . 616
Fr. Pacífico.—Principio de los cardenales protectores de las órdenes. 617
Franciscanos mártires en Marruecos. 618
Mártires de Ceuta.—San Francisco en el palacio del sultan de Egipto. 619
Fr. Elías humillado por el Santo. 620
Instituto de los frailes predicadores.—Milagros de Santo Domingo.—Los Santos Jacinto y Ceslao. 622
Muerte Santo Domingo. 623
Los cristianos en Oriente quedan con pocas fuerzas.—Cruzada de niños.—Espedicion de los cruzados en Portugal. 624
Damieta tomada por los cruzados. 625
Federico II es coronado por el Papa, y toma la cruz. 626
Cruzada en el Norte.—Imperios multiplicados en la Grecia.—Muerte de Felipe Augusto. . 627
Le sucede su hijo Luis VIII, llamado Leon.—Muerte de Juan Sin-tierra; le sucede en el reino de Inglaterra su hijo Enrique III.—Fin de Simon de Monforte 628
Luis VIII marcha contra los albigenses.—Su muerte.—Muerte de san Francisco 630
Su testamento.—Su modo de pensar sobre los monasterios de monjas de su órden 631
Gregorio IX visita á Santa Clara. 632
El Papa se indispone con el Emperador.—Federico excomulgado. 633
Marcha para la cruzada á pesar del Papa. . . 634
Cruzada en Italia contra el emperador. . . . 635
Juan de Briena pasa al imperio de Constantinopla.—Santa Isabel de Hungría. 636
Tercera órden de San Francisco.—Las Santas Eduvigis y Gertrudis. 637
San Antonio de Padua.—Sostiene la pureza del

Instituto de San Francisco. 638
Sus trabajos apostólicos y su muerte. . . 639
Principios del rey San Luis.—Reduccion del conde de Tolosa. 640
Sucesos de San Luis contra los enemigos del reino.—Cuál fué verdaderamente su conducta para con el Papa. 641
Excomunion del emperador Federico.—Represalias que este pretende tomar. . . . 643
Supuesta oferta que del imperio se dice haber hecho el Papa al príncipe Roberto. . . 644
San Luis adquiere la santa corona. . . . 645
Fundacion de la santa capilla de Paris.—La B. Inés de Bohemia. 646
San Fernando III de Castilla.—Se edifican las catedrales de Burgos y Toledo.—Toma de Sevilla.—Virtudes y gloriosos hechos de San Fernando 647
Conquista de Mallorca. 649
Sucesos del rey de Aragon contra los moros.—San Pedro Nolasco instituye la orden de la Merced.—San Raimundo de Peñafort. . . 650
Su coleccion de las decretales.—El Papa defiende á los judíos contra sus opresores. . . 652
El rey D. Jaime conquista á Valencia.—Milagro de las Santas Formas de Daroca. . . . 653
Establecimiento de los caballeros teutónicos en Prusia.—Progresos del cristianismo en el Norte. 654
San Edmundo de Cantorbery. 657
Muere el Papa Gregorio IX y le sucede Inocencio IV. 658
San Luis vuelve á tomar la cruz. 659
Convocacion del concilio I de Lyon. . . . 660

LIBRO CUADRAGÉSIMO.

Apertura del Concilio de Leon. 661
El emperador rehusa asistir á él. 664
Condenacion del emperador. 667
Dirige sus quejas á los soberanos 669
San Luis procura en vano ablandar al Papa.—Pesquisa de los hereges. 670
Inocencio IV pone entredicho á Portugal.—El landgrave de Turingia es sustituido al emperador 671
Perece en un combate. 672
Conspiracion contra el Papa.—Guillermo de Holanda electo rey de romanos.—Haquin, rey de Noruega. 673
Orden prescrito por San Luis para la cruzada.—Su firmeza en el proyecto de la cruzada. . 674
Condenacion del Talmud.—Marcha San Luis para la cruzada. 676
Embajada de los tártaros al santo rey.—Mision de Plan-Carpin en Tartaria. 677
Otros misioneros en aquellas regiones.—Toma de Damieta. 679
Batalla de Massoura.—Cautiverio de San Luis. 682
Dinastía de los mamelucos. 683
Fidelidad admirable de San Luis en la observancia de los tratados.—Su celo por la redencion de los cautivos. 684
El Viejo de la Montaña. 685
Muerte del emperador Federico.—Jacobo, falso profeta. 686
San Pedro de Verona, mártir. 687
Muerte de Santa Clara. 688
Ricardo de Chichester. — San Luis recibe noticia de la muerte de su madre. 689
Su regreso á Francia.—Muerte del rey Conrado.—Alejandro IV sucede á Inocencio IV. . . 690
Negocios del Norte. 691
Fundacion de la Sorbona.—Universidad de Salamanca.—Inquisicion en Francia. 692
Paz notable entre Francia é Inglaterra.—Orden de agustinos recoletos. 693
Guillermo de San Amor escribe contra los religiosos mendicantes 694
Santo Tomás de Aquino.—Su respuesta á Guillermo de San Amor 696
San Buenaventura.—La Beata Isabel de Francia 697
Muerte de Alejandro IV.—Casos privilegiados.—Eleccion de Urbano IV. — Constantinopla reconquistada por los griegos. 698
Institucion de la fiesta del Santísimo Sacramento.—Clemente IV, Papa, sucede á Urbano. . 700
Cárlos de Anjou hace la conquista del reino de Nápoles. 701
Disturbios en el imperio. — Multiplicacion de Cruzadas.—San Buenaventura rehusa el arzobispado de York. 702
Santo Tomás de Aquino no acepta el de Nápoles.—Su Suma Teológica.—Justa época de la muerte del rey Coradino. 703
Cofradía del Confalon.—Conducta de San Luis con Clemente IV. 704
Pragmática sancion de San Luis 705
Su segunda cruzada.—Su método de vida. . 706
Marcha á Tunez. 708
Su muerte.—Sucesos de Bondocdar en Siria. 709
Reliquias de San Luis en Sicilia y en Francia.—Eleccion de Gregorio X.—Convocacion del segundo concilio de Lyon. 710
El Beato Ambrosio de la órden de Santo Domingo.—Rodulfo de Habsbourg, emperador.—Juan Vecco.—Miguel Paleólogo envia embajadores al concilio de Lyon. 711
Muerte de Santo Tomás de Aquino. . . . 713
Segundo concilio de Lyon.—Arribo de los griegos. 714
Muerte de San Buenaventura. 715
Embajadores tártaros al concilio.—Ordenes de celestinos y de servitas.. 716

Discurso sobre la segunda edad de la Iglesia. 284
Disertacion segun el canónigo Muzzarelli sobre las acusaciones dirigidas contra San Gregorio VII. 719
§. I. Censuras de San Gregorio VII. . . id.
§. II. Deposicion del rey Enrique, hecha por San Gregorio VII. 735
Disertacion segun el canónigo Muzzarelli sobre el tribunal de la Inquisicion. 744
§. I. El tribunal de la Inquisicion ¿es lícito? ¿Está en armonía con los principios del cristianismo?. . . . . id.
§. II. El tribunal de la Inquisicion ¿es útil en los paises católicos?. 762
§. III. El Tribunal de la Inquisicion ¿está ó puede estar sujeto á muchos abusos y desórdenes? 770

Adiciones al libro XXII de esta Historia acerca de la entrada y dominacion de los árabes en España. 775
Digresion importante contra varias dificultades que algunos modernos hallan en la cronología de los primeros reyes de Asturias. . . . 799
Discurso leido por el señor don Modesto Lafuente al tomar posesion de la plaza de académico de número en la Real Academia de la Historia el dia 23 de enero de 1853; discurso que versa sobre la dominacion de los árabes en España. 813
Contestacion al anterior discurso del señor don Modesto Lafuente por don Antonio Cavanilles. 822
Renovacion del dolor de la esclavitud de los moros, y breve noticia del estado á que se redujeron las iglesias de España. . . . 827
Del tiempo de la traslacion de las Reliquias. . 830

TABLA CRONOLOGICA Y CRITICA

desde el año 886 hasta el de 1274.

PAPAS.

111. Esteban V murió en agosto de 891
112. Formoso, elegido en setiembre de 891, y muerto en abril de 896
113. Esteban VI, elegido en agosto de 896, le dieron muerte en 897
114. Romano, elegido en agosto de 897, y muerto en noviembre de 897
115. Teodoro III, consagrado y muerto en el año 898
116. Juan IX, consagrado en julio de 898, y muerto en 30 de noviembre de 900
117. Benedicto IV, elegido en diciembre de 900, y muerto en octubre de 903
118. Leon V, elegido en 28 de octubre de 903, y espulsado en noviembre de 903
119. Cristóbal ó Cristóforo se apodera de la Santa Sede en noviembre de 903, y es espulsado en junio de 904
120. Sergio III, elegido en 904 ó 905, murió en agosto de 911
121. Anastasio III, elegido en agosto de 911, y muerto en octubre de 913
122. Lando ó Landon, elegido en 913 ó 914, y muerto en 26 de abril de. 914
123. Juan X, elegido en abril de 914, fué ahogado en un calabozo en mayo de 928
124. Leon VI, elegido en junio de 928, y muerto en 3 de febrero de 929
125. Esteban VII, elegido en febrero de 929, y muerto en 12 de marzo de 931
126. Juan XI, elegido en 20 de marzo de 931, murió en una prision en enero de 936
127. Leon VII, elegido en enero de 936, y muerto en julio de 939
128. Esteban VIII, elegido en julio de 939, y muerto en noviembre de 942
129. Marin II ó Martin III, elegido en 11 de noviembre de 942 y muerto en enero de 946
130. Agapito II, elegido en marzo de 946, y muerto á últimos de 955
131. Juan XII, elegido en 955 ó 956, muerto en 14 de mayo de 964
132. Benedicto V, elegido en 5 de mayo de 964, muere en el destierro en 5 de julio de 965
Leon VIII, si la dimision de Benedicto fué verdadera, habria ocupado la Santa Sede diez meses, hasta abril de 965
133. Juan XIII, entronizado en 1.° de octubre de 965. murió el 5 ó 6 de setiembre de 972
134. Benedicto VI, elegido en 972, fué ahogado en una prision en 974
135. Dono II, consagrado y muerto en 974
136. Benedicto VII, consagrado á últimos de 974 ó á principios de 975, murió á 10 de julio de 983
137. Juan XIV, consagrado en noviembre de 983 murió en prision á 20 de agosto de 984
A Juan XV se le cuenta en el número de los Papas por no interrumpir la serie de los que tuvieron el mismo nombre.
138. Juan XVI, elegido en julio de 989, muerto en 995
139. Gregorio V, elegido en 3 de mayo de 996, y muerto en 4 de febrero de 999
140. Silvestre II, elegido á 2 de abril de 999, y muerto á 11 de mayo de 1003
141. Juan XVII, elegido á 13 de junio de 1009, y muerto á 31 de octubre de 1003
142. Juan XVIII elegido en 26 de diciembre de 1003, abdicó en el mes de Mayo de 1009
143. Sergio IV, elegido entre el 17 de junio y el 24 de agosto de 1009 y muerto antes del 6 de julio de 1012
144. Benedicto VIII, elegido despues del 6 de julio de 1012, y muerto á fines de julio de 1024
145. Juan XIX, elegido en 1024 ó en 1025, y muerto en mayo de 1033
146. Benedicto IX, muerto en 1044
147. Gregorio VI, elegido en mayo de 1044, se retira en diciembre de 1046
148. Clemente II, elegido en 25 de diciembre, y muerto en 9 de octubre de 1047
149. Dámaso II, elegido en 17 de julio de 1048, y muerto en 8 de agosto de 1048
150. San Leon IX, elegido en Roma en 2 de febrero y entronizado el 12 de 1049, y muerto en 19 de abril de 1054
151. Victor II, entronizado en 13 de abril de 1055, murió en 28 de julio de 1057
152. Esteban IX, elegido en 2 de agosto de 1057, y muerto en 29 de marzo de 1058
153. Nicolao II, elegido en 18 de enero de 1059, y muerto en 21 ó 22 de julio de 1061
154. Alejandro II, elegido en 30 de setiembre de 1061, y muerto en 21 de abril de 1073

155. San Gregorio VII, elegido en 30 de junio de 1073, y muerto en 25 de mayo de 1085
156. Victor III, elegido contra su voluntad en 24 de mayo de 1086, y consagrado con su consentimiento en 9 de mayo de 1087, murió en 16 de setiembre de 1087
157. Urbano II, elegido en 12 de marzo de 1088, muerto en 29 de julio de 1099
158. Pascual II, elegido en 13 de agosto de 1099, y muerto en 18 ó 21 de enero de 1118
159. Gelasio II, elegido en 25 de enero de 1118, y muerto en 29 de enero de 1119
160. Calisto II, elegido en 1.° de febrero de 1119, y muerto á 12 ó 13 de diciembre de 1124
161. Honorio II, entronizado en 21 de diciembre de 1124, murió en 14 de febrero de 1130
162. Inocencio II, elegido en 15 de febrero de 1130, y muerto en 24 de setiembre de 1143
163. Celestino II, elegido en 26 de setiembre de 1143, y muerto en 9 de marzo de 1144
164. Lucio II, elegido en 12 de marzo de 1144, y muerto en 25 de febrero de 1145
165. Eugenio III, elegido en 27 de febrero de 1145, y muerto en 7 ú 8 de julio de 1153
166. Anastasio IV, elegido el 9 de julio de 1153, muerto en 2 de diciembre de 1154
167. Adriano IV, elegido en 3 de diciembre de 1154, y muerto en 1.° de setiembre de 1159
168. Alejandro III, elegido en 7 de setiembre de 1159, y muerto en 30 de agosto de 1181
169. Lucio III, elegido en 1.° de setiembre de 1181, y muerto en 24 de noviembre de 1185
170. Urbano III, elegido en 25 de noviembre de 1185, y muerto en 19 de octubre de 1187
171. Gregorio VIII, elegido en 20 de octubre de 1187, y muerto en 17 de diciembre de 1187
172. Clemente III, elegido en 19 de diciembre de 1187 y muerto en 27 de marzo de 1191
173. Celestino III, elegido en 30 de marzo de 1191, y muerto en 8 de enero de 1198
174. Inocencio III, elegido en 8 de enero de 1198, y muerto en 16 ó 17 de julio de 1216
175. Honorio III, elegido en 18 de julio de 1216, y muerto en 18 de marzo de 1227
176. Gregorio IX, elegido en 19 de marzo de 1227, y muerto en 21 de agosto de 1241
177. Celestino IV, elegido en fines de octubre de 1241, y muerto sin haber sido consagrado, el 17 ó 18 de noviembre del mismo año.
178. Inocencio IV, elegido en 25 de junio de 1243: es contado comunmente por el Papa 177 (1), porque su predecesor Celestino IV no fué consagrado. Murió en 7 de diciembre de 1254
179. Alejandro IV, elegido en 12 de diciembre de 1254, y muerto en 25 de mayo de 1261
180. Urbano IV, elegido en 29 de agosto de 1261, y muerto en 2 de octubre de 1264
181. Clemente IV, elegido en 5 de febrero de 1265, y muerto en 29 de noviembre de 1268
182. Gregorio X, elegido en 1.° de setiembre de 1274

(1) Henrion dice 178, porque ha contado dos veces á San Leon IX, y así desde entonces trae una unidad mas su numeracion.

ANTIPAPAS.

Sergio, opuesto á Formoso en 891
Cristóforo, opuesto á Sergio III en 904
Leon llamado VIII 963
Francon, llamado Bonifacio VII, opuesto á Dono II en 973
Filagato, llamado Juan XVI, opuesto á Gregorio V en 997
Gregorio, opuesto á Benedicto VIII en 1012
Juan, llamado Silvestre III, opuesto á Benedicto IX 1044
Benedicto X, opuesto á Nicolao II 1058
Cadaloo, llamado Honorio II, opuesto á Alejandro II 1060
Guiberto, llamado Clemente III, opuesto á San Gregorio VII 1084
Alberto, opuesto á Pascual II, murió en 1100
Lorenzo en 1100
Teodorico en 1100
Maginulfo, llamado Silvestre IV 1100
Mauricio Burdino, llamado Gregorio VIII, opuesto á Gelasio II 1118
Pedro de Leon, llamado Anacleto II, opuesto á Inocencio II 1130
Gregorio, llamado Victor, se sometió á Inocencio II poco despues de su intrusion, y murió en 1138
Octaviano, llamado Victor IV 1159
Guido de Crema, llamado Pascual III 1164
Juan de Strum, llamado Calisto III 1168
Lando Sisino, llamado Inocencio II (Estos cuatro últimos fueron opuestos á Alejandro III). 1178

EMPERADORES DE OCCIDENTE.

Carlos el Grueso, depuesto en 887
Arnulfo, sobrino del anterior 889
Guido de Spoleto 894
Lamberto, hijo de Guido 898
Luis III, rey de Arlés 905
Vacante del imperio hasta 912
Luis IV, rey de Germania 912
Conrado I, rey de Germania 918
Berengario de Friul 924
Oton I rey de Germania »
Rodulfo, rey de Italia 926
Enrique I, llamado el Pajarero 936
Hugo, rey de Italia 947
Lotario, rey de Italia 950
Berengario II, rey de Italia 961
Adalberto, rey de Italia 961
Oton I, llamado el Grande, coronado emperador en 962, murió en 973
Oton II 983
Oton III 1002
San Enrique II 1024
Conrado II, llamado el Sálico 1039
Enrique III, llamado el Negro 1056
Enrique IV 1106
Enrique V 1125
Lotario II 1137
Conrado III 1152
Federico I, llamado Barbaroja 1190
Enrique VI 1197
Federico II »
Felipe de Suavia 1208
Oton IV 1218
Federico II 1250
Guillermo de Holanda 1256
Conrado IV 1254
Interregno de diez y siete años

EMPERADORES DE ORIENTE.

Leon el Filósofo, murió en 911
Alejandro 912
Constantino Porfirogénito 959
Cristóforo 931

Romano Lecapeno 944
Esteban 945
Constantino VII 945
Romano II el Mozo 963
Nicéforo Focas 969
Juan Zimisques 976
Basilio II 1025
Constantino VIII 1028
Romano Argirópilo 1034
Miguel Paflagon 1041
Miguel Calafate 1042
Zoe id.
Teodora id.
Constantino Monomaco 1054
Teodora sola 1056
Miguel Stratiótico 1057
Isaac Comneno, abdica 1059
Constantino Ducas 1067
Eudoxia, desterrada en 1071
Miguel Parapinacio, depuesto en 1078
Andrónico I 1067
Constantino IX id.
Roman Diógenes 1071
Nicéforo Botoniates 1081
Nicéforo Briene 1088
Alejo Comneno I 1118
Juan Comneno 1143
Manuel Comneno 1180
Alejo II Comneno 1183
Andrónico I Comneno 1185
Isaac Angelo, destronado en 1195
Alejo Angelo 1203
Isaac Angelo, restablecido
Alejo, su hijo
Nicolás Cánabe
Alejo Ducas, llamado Mursuflo 1204
Balduino I 1206
Enrique I 1216
Pedro de Courtenai 1219
Roberto de Courtenai 1228
Juan de Briena 1237
Balduino II, desposeido en 1261

REYES DE ESPAÑA.

Alfonso III, llamado el Grande, abdicó en el año 909
Sus tres hijos mayores se repartieron los dominios de su padre; García tomó para sí las tierras de Leon que desde entonces comenzó á ser la capital del reino de este nombre; tocó á Ordoño la Galicia y la parte de Lusitania que poseian los cristianos; Fruela obtuvo el señorío de Asturias.

DE LEON.

García. 914
Ordoño II. 924
Fruela II. 925
Alfonso IV. 930
Ramiro II. 950
Ordoño III. 955
Sancho I. 967
Ramiro III. 982
Bermudo II. 999
Alfonso V. 1027
Bermudo III. 1037
Doña Sancha.

DE CASTILLA Y DE LEON.

Fernando I 1065
Sancho II 1072
Alfonso VI 1109
Doña Urraca 1126
Alfonso VII, el Emperador. 1157
Con la muerte de Alfonso VII volvieron á separarse las dos coronas de Castilla y de Leon

LEON.

Fernando II 1188
Alfonso IX 1230

CASTILLA.

Sancho III 1158
Alfonso VIII 1214
Enrique I 1217
Doña Berenguela; abdica en su hijo D. Fernando III (el Santo).

UNION DEFINITIVA DE LEON Y CASTILLA.

San Fernando III 1252
Alfonso X, el Sábio.

DE NAVARRA.

García Garcés 905
Sancho García Abarca 925
García Sanchez el Temblon 970
Sancho García II, ó Sancho el Mayor 1035
García Sanchez II 1054
Sancho III Garcés 1076
Sancho IV Ramirez. (Union con Aragon).
Despues de la nueva separacion.
García Ramirez el Restaurador 1150
Sancho V, el Sabio 1194
Sancho VI, Sanchez, el Fuerte 1234
Teobaldo I 1253
Enrique I el Gordo 1274

DE ARAGON.

Ramiro I 1063
Sancho Ramirez 1094
Pedro I 1104
Alfonso I el Batallador 1134
Ramiro II el Monge 1137
Ramon Berenguer IV, príncipe de Aragon y conde de Barcelona 1162
Alfonso II 1196
Pedro II 1213
Jaime I el Conquistador

REYES DE PORTUGAL.

Alfonso I Enriquez (primer rey) 1139
Sancho I 1185
Alfonso II 1211
Sancho II Capelo 1223
Alfonso III 1134

REYES DE FRANCIA.

Eudon ó Eudes, fué elegido en 898
Roberto I, hermano de Eudon ó Eudes 923
Raulo, duque de Borgoña 936
Cárlos el Simple 939
Luis el Ultramarino 954
Roberto II, su hijo, 1031
Enrique II 1060
Felipe I 1108
Luis VI, llamado el Gordo 1137
Luis VII, llamado el Jóven 1180
Felipe II, por sobrenombre Augusto 1223
Luis VIII 1226
San Luis, IX de este nombre 1270
Felipe III el Atrevido ..

REYES DE JERUSALEN.

Godofredo de Bullon, elegido en 1099; murió en 1100
Balduino I 1118
Balduino II 1131
Fulques 1144
Balduino III 1162
Amauri ó Amalarico I 1173
Balduino IV 1185
Balduino V 1186
Guido de Lusiñan, en cuyo tiempo se volvió á perder Jerusalen 1187

REYES DE SICILIA Y DE NÁPOLES.

Rogerio el Jóven 1154
Guillermo I 1166
Guillermo II 1189
Tancredo 1194
Guillermo III 1194
Enrique I 1197
Federico 1250
Conrado I 1254
Conradino 1258
Manfredo 1266

REYES DE INGLATERRA.

Alfredo el Grande, murió en 900
Eduardo I, llamado el Anciano 924
Aldestano 940
Edmundo I 946
Edredo 955
Edui ó Edwi 959
Edgar, llamado el Pacífico 975
San Eduardo, llamado el Mártir 978
Ethelredo II 1016
Edmundo, llamado Espaldas de hierro 1017
Canuto, rey de Dinamarca y de Inglaterra 1036
Canuto I, dinamarqués, llamado el Grande 1036
Haraldo I, su hijo, 1040
Canuto II, ó el Atrevido
Eduardo III, llamado el Confesor 1042
Haraldo II 1066
Guillermo el Conquistador 1066
Guillermo el Rojo 1087
Enrique I, llamado el Leon 1100
Esteban 1135
Enrique II 1154
Ricardo I 1189
Juan Sin-tierra 1199
Enrique III 1216
Eduardo I (IV) 1272

REYES DE DINAMARCA.

Erico III, llamado el Cordero	1147	el Piadoso	1202
Suenon III y Canuto V	1157	Waldemaro II	1241
Waldemaro I, llamado el Grande	1182	Erico IV	1250
Canuto VI, llamado		Abel	1252
		Cristóbal I	1259
		Erico V	

REYES DE SUECIA.

San Erico IX de este nombre, elegido en 1150; murió en	1162	Suercher III	1210
		Erico X	1220
Cárlos VII	1168	Juan I	1223
Canuto, hijo de San Erico.	1192	Erico XI	1250
		Waldemaro I.	

DUQUES Y REYES DE POLONIA.

Boleslao III	1138	Casimiro II	1194
Uladislao II	1146	Lesko V	1227
Boleslao IV	1173	Boleslao V	
Micislao III	1177		

SECTARIOS.

Por una providencia particular y muy digna de admiracion, no se suscitó ninguna nueva heregía en el siglo décimo: la santa unidad apenas fué turbada en él sino por el cisma de los griegos cuyo autor fué espulsado en 886 y que luego renovó Sisinio, patriarca de Constantinopla, en 998

Lutardo y Vilgardo, fanáticos 1001

Maniqueos en Orleans 1018

Otros maniqueos en Arras 1025

Gandulfo desecha los Sacramentos, y todo culto esterno Id.

Berengario impugna la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía 1050

Miguel Cerulario consuma el cisma de los griegos 1054

Heregía de los incestuosos 1065

Roscelino 1092

Basilio, gefe de los bogomilos 1100

Tanquelino 1124

Arnaldo de Brescia 1139

Abelardo 1140

Los albigenses, los henricianos y los secuaces de Pedro de Bruis 1147

Eon de Estrella 1148

Gilberto de Poireé ó Porretano 1148

Demetrio de Lampé, 1166, dogmatizador temerario, quien en la interpretacion de la Escritura se desviaba presuntuosamente del sentido de los Santos Padres.

Publicanos ó Poplicanos, cátaros ó patarenos, especie de maniqueos que aparecieron á fines del siglo XII.

Pedro Waldo, 1184, gefe de los waldenses, llamados tambien pobres de Lyon ó leonistas. Se limitaron al principio á la profesion de una pobreza ociosa, despreciaron despues la autoridad del clero, y tomaron en fin muchos errores de los nuevos maniqueos.

Amalrico de Bene, 1210. Se atrevió á dogmatizar en la universidad de París, pretendiendo persuadir que la salvacion dependia de sola la fé sin el ausilio de las obras. Sus discípulos llegaron hasta cometer adulterios y otros crímenes vergonzosos bajo el nombre de caridad, pretendiendo que por la intencion de egercer esta virtud, el pecado dejaba de serlo.

Stadingos, descubiertos en 1232. Se llamaron así de un pueblo que habitaban en los confines de la Frisia y de la Sajonia, y estaban tan apegados á las estravagancias impías como á las prácticas abominables de los maniqueos mas odiosos.

Jacobo, gefe de los pastores, 1251.

Los Flagelantes, 1259.

PERSECUCIONES.

Si durante el siglo X no hubo persecuciones propiamente dichas en ódio del cristianismo, no por eso dejó de sufrir la Iglesia en el centro mismo de su unidad por los tiranuelos que turbaron las elecciones y le impusieron muchos Pontífices. Teodora, mónstruo de impudicicia, y sus hijas Marocia y Teodora la jóven, asi como los marqueses Adalberto y Alberico, fueron los principales autores de estos desórdenes. Empero Dios, en cumplimiento de su promesa, no permitió que su fé sufriese alteracion alguna.

Violencias y sacrilegios de los húngaros en Alemania, Francia é Italia, por los años 912 y siguientes.

El cristianismo se ve prohibido en Bohemia durante algun tiempo por Dahomira, pagana, madre de San Wenceslao, hácia el año 923.

Persecuciones bárbaras ejercidas por los esclavones apóstatas á principios del siglo undécimo.

El califa fatimita Haquem atormenta á los cristianos de sus Estados y arruina las iglesias, 1021.

Los sarracenos, procediendo de acuerdo con los griegos, asolan la Italia, 1016.

Desórdenes y mártires en Polonia y Hungría. 1034—1038.

Persecuciones y mártires en Esclavonia, 1065.

Furores del emperador Enrique IV contra los Papas y la Iglesia romana.

Vejaciones ejecutadas por el emperador Enrique IV contra los enemigos del cisma durante la mayor parte de su largo reinado de cincuenta años.

Persecucion de Guillelmo el Rojo contra San Anselmo y la gerarquía.

Persecucion del emperador Enrique V contra el Pontífice legítimo y los defensores de la unidad católica.

Furores de los idólatras, y mártires que hubo en Suecia, 1157.

Persecucion del emperador Federico Barba-roja contra los Papas, desde el año 1156 hasta el de 1177.

Violencias de Enrique II y de sus aduladores contra Santo Tomás de Cantorbery, sus deudos y parciales.

Crueldades, profanaciones y desórdenes de toda especie de parte de los albigenses en las provincias Meridionales de Francia á fines del siglo XII y á principios del XIII.

Disensiones violentas entre los Papas y el emperador Federico II, que causaron desórdenes y males deplorables en la Iglesia y en el imperio.

ESCRITORES ECLESIÁSTICOS.

Usuardo, á fines del siglo nono, sábio benedictino, autor de un martirologio justamente estimado.

Alfredo el Grande, rey de Inglaterra, 900. Tradujo en lengua sajona la Pastoral de San Gregorio, el libro de las Consolaciones de Boecio, y la Historia Eclesiástica de Beda. Dícese tambien que tradujo así toda la Biblia; lo cierto es que se puso á tradu-

cir los Salmos. De este príncipe llamado el Grande con mas justicia que otros años, nos queda una coleccion de leyes que él mismo redactó y que es bien diferente de las de nuestros dias; precédela un prefacio compuesto enteramente de frases ó versículos de los Libros Santos.

Leon el Filósofo, emperador de Constantinopla, 911. Le citamos aquí por su tratado de *Táctica* en el que se vé que todos los dias, por mañana y tarde, cantaba el ejército el *Trisagio*; y que la víspera de un combate eran rociadas por un sacerdote con agua bendita todas las tropas.

San Notkero, monge de San-Gal, 912, autor de muchos himnos, de muchas prosas para la misa y de un martirologio.

Guillermo el Piadoso, duque de Aquitania y fundador de Cluny, 927. Su testamento es un monumento que atestigua su gran piedad y su viva fé. *V. Collect. Labb. tom. 9, p. 565.*

Eutiquio de Alejandría. 940. Escribió un compendio de la historia universal desde la creacion del mundo. Se halla en esta obra la série de los patriarcas melquitas de Alejandría hasta él.

San Odon de Cluny, 942. Dejó una historia de la traslacion de las reliquias de San Martin, la escelente vida de San Geraldo de Aurillac y otras obras.

Simeon, ó Simon Metafraste, despues de 942. Es famoso por su coleccion de las Vidas de los Santos, en la que se vé el talento de su nacion para el arte de narrar; pero tambien se advierte que el amor de lo estraordinario y maravilloso le arrastra muchas veces fuera de los límites de la verdad.

Atton de Vercelli, por los años 956. Tenemos de él un tratado de las calamidades de la Iglesia, un capitular ó instruccion ó reglamento y varias cartas sobre diferentes puntos de disciplina.

San Odon de Cantorbery, 961. Se conservan de él unas constituciones eclesiásticas en la coleccion de Concilios (Labb. t. 9, p. 609). Pasa por ser el principal autor de las leyes publicadas por los reyes Eduardo y Edgar.

Flodoardo, canónigo de Reims, 966. Este historiador juicioso escribió una crónica y una historia de la iglesia de Reims, mucho mas importante que lo que indica su título.

Luitprando, obispo de Cremona, despues de 968. Escribió de un modo bastante satírico la historia de su tiempo y de sus embajadas á Grecia; pero su genio naturalmente acre y su inclinacion á la sátira, son causa muchas veces de que exagere las cosas, de que asegure como ciertos varios hechos dudosos, y de que su estilo decline en duro y arrebatado.

San Ulrico ó Udalrico, obispo de Augsburgo, 973. Hay de él algunos sermones y una carta sobre el celibato de los clérigos.

Rathier de Verona, 974. A pesar de la singularidad estravagante de su estilo y carácter, nos ha transmitido preciosos testimonios acerca del dogma y de la disciplina en su tratado de los cánones, y en la carta que escribió acerca del Cuerpo y Sangre del Señor.

Severo egipcio, que vivia en 977. Escribió una historia de los sarracenos y de la Iglesia de Alejandría.

San Dunstano de Cantorbery, 988. Escribió una obra de disciplina intitulada: *la Concordia de las reglas.*

Silvestre II Papa, 1003. Prodigio de doctrina y penetracion para su siglo: muy hábil en las matemáticas y en las ciencias mas abstractas. Tenemos muchos discursos suyos, ciento cuarenta y nueve cartas y otras varias obras.

San Abbon de Fleury, 1004. Nos dejó una coleccion de cánones que contiene las obligaciones recíprocas de los reyes y de los vasallos; la Vida de San Edmundo, rey de Inglaterra; una apología de los monges y muchas cartas. Cuando escribe al Papa usa de los vocablos *Magestad, Santidad, Reverencia, Serenidad.*

Aimonio, discípulo del abad Abbon, además de la Vida de su santo maestro, escribió la historia de Francia y algunas otras obras poco estimadas á causa de la falta de crítica del autor. No se le debe confundir con otro Aimonio, tambien benedictino, y de quien habia sido discípulo San Abbon.

Hertigero, abad de Lobbes, 1007. Escribió la historia de los obispos de Lieja, y un tratado del Cuerpo y Sangre del Señor. Algunos autores le confunden sin motivo con Notgero, obispo de Lieja, á quien atribuyen sus obras. Este abad de Lobbes escribió tambien en verso la vida de San Ursmar, publicada por el P. Henschenio.

Guido de Arezzo, inventor de la solfa, por los años 1009. Escribió sobre su nuevo método una carta en la que dice con razon que con sus preceptos se pueden hacer mas progresos en un año en el arte del canto, que los que se hacian antes en diez.

Ditmaro, obispo de Mersburgo, 1018 ó 1028. Hay de él una crónica de los hechos ocurridos en tiempo de los tres Othones y de Enrique II. Está escrita con sinceridad. La mejor edicion que hay de ella es la que hizo Leibnitz en su coleccion para la historia de Brunswick.

Burcardo, obispo de Worms, 1026. Tenemos una copiosa coleccion de cánones, en la que copió los defectos de las colecciones anteriores, y sin embargo es útil por razon de su esactitud.

Fulberto, sabio y piadoso obispo de Chartres, 1029. La obra mas estimada entre todas las que escribió son las cartas en las cuales se advierte mucho ingenio, delicadeza y un estilo bastante puro, atendida la época en que escribió.

El monge Ademaro, autor de una crónica que empieza en el año 829, y acaba en el de 1029.

Glabero, monge de Cluny, el cual vivia en el año 1045. Hay de él una vida del B. Guillelmo, abad de San Benigno de Dijon, y una Crónica ó Historia que en realidad no contiene otra cosa que la Vida de Hugo Capeto y los acontecimientos que ocurrieron hasta el tiempo de Glaber. Estas dos obras están escritas sin órden y sin método y están plagadas de fábulas. De Marca y Natal Alejandro han notado en ellas muchos errores. V. Marchetti, *Crítica de Fleury.*

Herman, monge erudito de Richenou en Suavia, 1054. Además de su Crónica de las seis edades del mundo, que acaba en el año 1054, se le atribuyen otros muchos libros de historia y de piedad, con las antífonas *Salve Regina* y *Alma Redemptoris* y la prosa *Veni, Sancte Spiritus.* Esta última ha sido atribuida con menos fundamento al rey Roberto y al Papa Inocencio III, segun los benedictinos de Antine, Durand y Clemente, que son sospechosos en este punto.

Alfanio, arzobispo de Florencia, que vivia en el año 1057, escribió poesías sobre algunos asuntos piadosos.

Miguel Cerulario, 1058. Tenemos sus cartas y sus tratados contra la Iglesia romana, en los que se descubre mucho mas artificio que habilidad, y menos fuerza que osadía.

San Pedro Damiano, 1072. Hay de él opúsculos, sermones, cartas y otras obras que forman cuatro tomos en folio. Se advierte en ellas poco gusto, pero

mucha erudicion, y son muy útiles para conocer la historia eclesiástica del siglo XI.

Teofilacto, arzobispo de Acrida en Bulgaria, 1070. Comentó el nuevo Testamento y los cuatro Profetas menores.

Juan Xifilino, patriarca de Constantinopla, 1077. Además de sus decretos, tenemos de él algunas homilías. No se le debe confundir con su sobrino, del cual tenemos un compendio de Dion Cassio.

San Gregorio VII, 1085. Tenemos de este gran Papa nueve libros de cartas que prueban á la vez la energía de su carácter y la estension de sus conocimientos. Los que acusan de ambicion y de ignorancia á este celoso Pontífice deberian comenzar por leer sus cartas, que son 361 en el P. Labbe; y muy luego reconocerian que la ambicion de San Gregorio VII fué la de restablecer la disciplina y hacer revivir las buenas costumbres. Si encontró obstáculos no fué de parte de los pueblos, los cuales antes bien reclamaban su autoridad tutelar contra la injusticia y la tiranía. Entre sus cartas se halla un opúsculo intitulado *Dictatus Papæ*; opúsculo que se le ha atribuido falsamente, como lo prueban Pagi y el P. Alejandro.

San Anselmo de Luca, 1086. Tenemos de él un tratado contra el cisma de Guiberto, una coleccion de cánones, una esplicacion de los salmos y de una lamentacion de Jeremías. Habia escrito una apología de San Gregorio VII, de quien fué discípulo, y uno de sus mas celosos defensores.

Lanfranco de Cantorbery, 1086. De este prelado docto y santo, hombre de juicio esquisito, y de razonamiento sólido y esacto, tenemos un tratado escelente contra Berengario, cartas muy interesantes y otras obras apreciables.

Urbano II, 1099. Hay de este Pontífice cincuenta y nueve cartas en la coleccion de Labbe, y son muy útiles para la historia de aquella época.

San Bruno, fundador de los Cartujos, murió en 1101. Con su nombre circula un volúmen en folio; pero solamente contiene de él dos cartas escritas desde Calabria y un escelente comentario del Salterio y de las Epístolas de San Pablo. Este Santo era uno de los hombres mas sábios de su tiempo. Se ve que entendia el griego y el hebreo y que estaba muy versado en la lectura de los Padres. Las demas obras que andan con su nombre son de San Bruno ó Brunon, obispo de Segni, y de San Bruno ó Brunon, obispo de Wurtzburgo, contemporáneos suyos.

San Anselmo de Cantorbery, 1109. Ha dejado muchas obras metafísicas, morales y dogmáticas: trata en particular y muy á la larga, y de un modo profundo y satisfactorio, de la libertad que permanece en el hombre no obstante la necesidad de la gracia, la presciencia de Dios y la predestinacion. Su tratado del Espíritu Santo no es menos concluyente contra las preocupaciones y errores de los griegos. Sus homilías y sus meditaciones, con un gran número de oraciones, respiran la mas tierna piedad. Tenemos tambien de él mas de cuatrocientas cartas, muchas de ellas instructivas y muy interesantes. Su discípulo Edmero ha escrito su Vida de dos modos, habiéndose casi limitado en el primero á describir sus costumbres y su espíritu, y parándose especialmente en la segunda que intitula nueva en el órden sucesivo y resultados de las desavenencias de San Anselmo con los reyes de Inglaterra.

Sigeberto, monge de Gembloux en el Brabante, 1113, autor de una crónica que acaba en el año de 1110, y de otros varios escritos. Debe desconfiarse de sus juicios y narraciones, porque se habia decidido por el partido del cismático y simoniaco Enrique IV contra San Gregorio VII. Su crónica ha sido continuada por Roberto de Torigni, abad de Monte San Miguel.

El beato Odon ú Odardo, obispo de Cambray, 1113: famoso dialéctico, que siguiendo la doctrina de Boecio sostenia que el objeto de este arte eran las cosas y no las ideas; esto es, defendia el sistema de los realistas contra los nominales; sectas que se preciaban de tener por gefes á Porfirio y á Aristóteles, y que largo tiempo dividieron la escuela con tanto tumulto como inutilidad. Tenemos de Odardo una esposicion del cánon de la misa.

Ivon de Chartres, 1115. Se conserva de él una coleccion de cánones intitulada el *Decreto*, sin contar la que tiene por título Panormia, de que no hay seguridad que sea autor; veinte y cuatro sermones y doscientas ochenta y ocho cartas que son lo mas precioso de sus obras, aunque la mayor parte de estas son muy importantes. Estas cartas contienen muchos hechos curiosos y decisiones interesantes sobre diferentes puntos de la disciplina eclesiástica. Lo que dice en particular el autor contra las pruebas del duelo y del hierro candente, manifiesta un juicio sano, un talento de primer órden, superior á las pequeñeces y á la preocupacion. Su piedad fué por lo menos igual á su capacidad.

Leon de Marsica, cardenal obispo de Ostia, 1115, autor de la Crónica de Monte-Casino.

Guiberto, abad de Nogent junto á Cuci, 1124. Entre sus obras se halla un escelente tratado de predicacion y otros muchos útiles y curiosos, entre los cuales el de *las Reliquias* no es el menos digno de atencion. En él se advierte una sabiduría muy distante de las debilidades de la credulidad y de la supersticion. En él se trata de la creencia establecida desde entonces de que los reyes de Francia curaban los lamparones. Tenemos tambien de Guiberto una Historia de las primeras cruzadas.

Gofredo ó Godofredo, abad de Vandoma y cardenal, que murió por los años 1130. Sus obras, publicadas por el P. Sirmond, se componen de cinco libros de cartas, once sermones y diferentes opúsculos, entre los cuales se halla un escrito sólido contra las investiduras. Godofredo fué un celoso defensor de la Santa Sede. Se dice que fué el primer escritor que se sirvió de la alegoría de las dos espadas.

Alger, monge de Cluny, 1131. Célebre por un tratado de la Eucaristía contra los diversos errores que se habian suscitado hasta entonces sobre esta materia, y que los últimos sectarios no han hecho mas que renovar. Este sábio y modesto autor murió santamente con la reputacion de dialéctico seguro y de teólogo esacto. Su tratado importante se encuentra en la *Biblioteca de los Padres*.

Hildeberto de Labardin, obispo de Mans, despues arzobispo de Tours, 1133. Es célebre por sus escritos que consisten en ciento treinta cartas, ciento cuarenta sermones, las Vidas de Santa Radegunda y de San Hugo de Cluny, algunos tratados morales y teológicos, y muchas poesías. Su estilo es elegante y culto, especialmente en sus cartas, en donde se encuentra talento, erudicion, gusto y sensibilidad. Su siglo hizo tanto aprecio de ellas, que segun el testimonio de Pedro de Blois se las hicieron aprender de memoria en su infancia para que formase el estilo. Hildeberto es el primero que hablando de la Eucaristía se valió del vocablo *transubstanciacion*.

Ruperto, abad de Duits ó Deuthe junto á Colo-

nia, 1135. Su principal obra es la de los Oficios divinos. Tambien tiene un gran tratado sobre la Trinidad, comentarios sobre la Sagrada Escritura, en los que trata de diferentes cuestiones teológicas segun el método escolástico, y otras muchas obras en que manifiesta tanta piedad como doctrina.

Guignes el Venerable, prior de la Cartuja, 1136. Ha dejado por escrito los usos de su órden y la Vida de San Hugo de Grenoble.

Pedro Abelardo, 1142, famoso por su ingenio, y mas aún por sus sutilezas, por su vanidad y por todos los abusos que hizo de su talento.

Hugo, prior de San Victor, 1142, uno de los mayores teólogos de su tiempo, llamado por algunos autores *la lengua de San Agustin*, por haber estudiado con particularidad y con mucho fruto los escritos de este Padre. Su principal obra es el Tratado de los Sacramentos. Tambien ha dejado esplicaciones de la Escritura, tratados de piedad, sermones, compendios de historia universal y de historia natural y uno de geografía.

San Malaquías, arzobispo de Armagh en Irlanda, 1148. Antes del siglo XVII ningun autor ha hablado de las profecías que se le atribuyen acerca de la sucesion de los Papas y que se hallan consignadas, aunque solo á título de noticia curiosa, en la *Historia del Papado* por Henrion (Feijóo tambien las pone en su *Teatro crítico*). Este silencio de 400 años es una fuerte prueba de suposicion segun el P. Menestrier en el tratado que escribió sobre este punto.

Súgero, abad de San Dionisio y ministro de Estado, 1152. Cuando murió le dió la Francia el título de *Padre de la patria*. Tenemos de este grande hombre algunas *cartas*, una *Vida de Luis el Craso* y algunas piezas recogidas por Duchesne y D. Martene.

San Bernardo, primer abad de Claraval, y último Padre de la Iglesia, 1153. Sus obras dogmáticas, morales y ascéticas, igualmente que sus cartas, son escelentes cada una en su género. Refutó y confundió á Pedro de Bruis, Arnaldo de Brescia, Gilberto de la Poirée, Eon de la Estrella, Pedro Abelardo, todos los hereges y dogmatizantes de su tiempo. La erudicion, la profundidad, la claridad de las ideas, la fuerza y la exactitud del raciocinio se manifiestan en todas partes en sus escritos dogmáticos; y los que compuso tambien en gran número para mantener y perfeccionar la piedad, respiran una uncion y una ternura tan santas, que le caracterizan esclusivamente. Se hace dueño primeramente del ánimo por la gracia con que se insinúa, y despues arrastra los corazones con la fuerza y la vehemencia. Esto es porque poseia perfectamente la ciencia de las costumbres, de las conveniencias y aun de los usos del mundo, sin embargo de haberle dejado cuando aun no tenia edad para conocerle, y de no haber tenido por preceptores, segun sus propias espresiones, mas que á los árboles y los arbustos de Claraval; circunstancia que nos debe hacer mirar á este Padre como el mayor ingenio quizá que el Señor ha suscitado en favor de su Iglesia. Su estilo es vivo y ameno, sus pensamientos nobles é ingeniosos, y su imaginacion rica y brillante. Las divinas Escrituras le eran tan familiares, que usa de ellas casi en cada frase, y tal vez con demasiada frecuencia.

Pedro el Venerable, 1156, uno de los doctores mas grandes de su tiempo, como lo acreditan sus escritos contra los secuaces de Pedro de Bruis. Conservamos todavía de él seis libros de cartas, y otras obras interesantes y curiosas. Tales son particularmente sus dos libros de milagros obrados en su tiempo.

Otton, obispo de Frisinga, 1158: dejó una Crónica desde la creacion del mundo hasta el año 1146, y que ha sido continuada por Othon de San Blas hasta 1190. Escribió tambien la historia del emperador Federico, que ha sido continuada por Radevico su discípulo y canónigo de su iglesia.

Graciano, benedictino de Bolonia, 1160, autor de la famosa Concordia de los cánones discordantes, es decir, de la Coleccion de decretos de los Papas y de los concilios.

Pedro Lombardo, 1164. Le dán el sobrenombre de *maestro de las sentencias*, á causa del libro que compuso con este título, y que puede mirarse como orígen de la teología escolástica en la Iglesia latina. Fué comentado por Santo Tomás, por San Buenaventura y por los teólogos mas célebres de los dos siglos siguientes, á los cuales comunicó el método sano de adherirse en la esplicacion de los sagrados dogmas á los testos combinados de los Padres y á la cadena de la tradicion. Conservamos todavía de este doctor juicioso algunos comentarios sobre los Salmos y sobre las Epístolas de San Pablo.

Santa Hildegarda, 1179. La *Biblioteca de los PP.* contiene de esta santa abadesa muchas cartas que ella escribió en contestacion á los que la consultaban. Hay tambien de ella tres libros de Revelaciones, donde reprende los vicios de su tiempo y exhorta fuertemente á la penitencia.

Juan de Sarisbery ó Salisbury, 1180. Sus principales obras son la Policrática, que es como un cuerpo de política y de moral, y la Metalógica, que es una apología de la buena dialéctica y de la verdadera elocuencia. Ha dejado asimismo gran número de cartas. El autor manifiesta una erudicion vasta, pero bastante mal digerida, poca esactitud en el raciocinio y mucha afectacion en el estilo, segun el gusto de aquel tiempo. Su Policrática está llena de reflexiones sábias y verdaderamente filosóficas. Ha sido traducida en francés con el título de *Vanidades de la corte*.

Guillermo de Tiro, hácia el año 1184, *el mejor clérigo que hubo jamás sobre la tierra*, dice su continuador Plagon; era tambien uno de los mas sábios prelados de su siglo. Asistió al tercer concilio general de Letran, y se le encargó redactase sus actas. Habia escrito una Historia oriental que se ha perdido; pérdida tanto mas sensible, cuanto se conoce la que compuso en 23 libros y que le ha adquirido el sobrenombre de príncipe de los historiadores de las Cruzadas. El libro XXIII no está concluido, y termina en 1183. Plagon la ha continuado en el francés antiguo hasta 1275, y Helmodo la volvió á continuar hasta 1321, pero en latin.

Pedro de Celles, sucesor de Juan de Sarisbery en la Silla de Chartres, 1187. Tenemos de él cartas, sermones, un Tratado de la conciencia, de la disciplina del claustro, etc. En su VIII sermon de *Coena Domini* se sirvió del vocablo *transubstanciacion*, y ya antes de él se habian servido del mismo vocablo Hildeberto, obispo de Mans, y Esteban, obispo de Autun.

Pedro, chantre de la iglesia de Paris, 1197. Su libro intitulado *Verbum abbreviatum* es citado frecuentemente con elogio por los escritores de los siglos siguientes.

Pedro Comestor, 1198. Su Historia escolástica comprende la Historia santa, desde el principio del Génesis hasta el fin de los Actos de los Apóstoles, con algunos incidentes de la historia profana. Sus

sermones fueron publicados con el nombre de Pedro de Blois, que fué uno de los mas sábios y mas célebres escritores del mismo tiempo, 1200. De este tenemos cartas, sermones y gran número de tratados; pero la mayor parte de estas obras, escritas segun el gusto de aquel siglo, abundan de lugares comunes y de textos de la Escritura amontonados mas bien que escogidos y aplicados con propiedad.

El abad Joaquin, 1202. Dejó muchos escritos, entre los cuales sus comentarios sobre los profetas, y principalmente sobre el Apocalipsis, han hecho conocer desde luego el peligro de introducirse en la esplicacion de este emblema misterioso por mucha virtud y sagacidad que se tenga.

Rigord, clérigo de la abadía de San Dionisio, despues de 1205. Tenemos de él la Vida de Felipe Augusto, cuyo médico fué. Este libro es bastante estimado, porque el autor fué testigo de la mayor parte de los hechos que refiere; pero lo seria mas si no tuviera tantas alabanzas.

Teodoro Balsamon, 1214. Hizo comentarios sobre todas las partes del derecho canónico de los griegos, y una esposicion del Nomocánon de Focio. En la respuesta á una consulta que se le hizo, nos ha dejado una prueba de la consumacion perfecta del cisma de su nacion, diciendo que el Papa de la antigua Roma ha sido separado de las iglesias.

Inocencio III, 1216. Nos han quedado de este sábio Pontífice cartas escelentes, un tratado lleno de uncion sobre el desprecio del mundo, la bella prosa de Pentecostés: *Veni Sancte Spiritus*, el *Stabat Mater* y algunos otros escritos del mismo género. Dícese, sin embargo, que el *Veni Sancte* es de Herman de Contract, monge de Richenau, en Suiza, y el *Stabat Mater*, de Taio Poné de Todi, en el siglo XIII.

Esteban Langton, canciller de la iglesia de Paris, 1228. Es autor de muchos comentarios acerca de la Santa Escritura, y de un gran número de constituciones sinodales. Él fué quien escribió la relacion de la traslacion del cuerpo de Santo Tomás Becket (de Cantorbery), que está despues de las cartas de este santo arzobispo.

San Antonio de Pádua, 1231. Además de sus sermones, dejó comentarios sobre la Escritura y una concordancia moral. Sus sermones, dígase lo que se quiera en el dia, gustaron tanto en su tiempo, que á menudo se vió obligado á predicar en campo raso.

Santiago de Vitry, cardenal, 1240. Tenemos muchas obras suyas, de las cuales las mas curiosas y esquisitas son la Historia oriental desde Mahoma hasta 1229, y la Historia occidental que pinta el estado de la Iglesia latina en su tiempo.

Alejandro de Hales, franciscano, 1245. Su *Suma* teológica es el cuerpo de obra mas considerable que se publicó hasta su tiempo en este género. Hizo asimismo comentarios sobre toda la Biblia y sobre el Maestro de las sentencias.

Vicente de Beauvais, dominico, lector de San Luis, 1256. Tenemos de él una inmensa coleccion intitulada *Speculum majus*, dividida en cuatro partes, segun que los puntos de que trata pertenecen á la naturaleza, á la doctrina, á la moral ó á la historia. Es tambien autor de una carta á San Luis acerca de la muerte de su hijo mayor, y de un tratado acerca de la educacion de los príncipes.

Mateo Paris, benedictino inglés, 1259. Su principal obra es una Historia en que hay muy de reprensible la inclinacion del autor á la sátira. Tiene dos partes, de las cuales la primera empieza desde la creacion del mundo y acaba en Guillermo el Conquistador. La segunda comprende todo lo pasado desde este príncipe hasta 1259. Algunos sábios dudan que sea autor de la primera.

El cardenal Hugo de San Caro, 1263: autor de una concordancia de todas las palabras de la Biblia.

El cardenal Enrique de Suza, 1271. Autor de la *Suma dorada* que comprende el derecho canónico civil, y de un comentario sobre las decretales. Sus obras son muy estimadas de los canonistas.

Roberto de Sorbona, hácia 1271. En uno de sus escritos, intitulado de la Conciencia, se nota el modo con que en su tiempo examinaba el cancelario á los que habian de recibir el grado de licenciados.

Guillermo de San Amor, 1272, famoso por sus escritos contra los religiosos mendicantes.

Santo Tomás de Aquino, declarado solemnemente Doctor de la Iglesia por el Papa Pio V, y nombrado por la voz pública el Angel de las escuelas, 1274. Sus obras recogidas en diez y ocho volúmenes en folio, y sobre todo su *Suma* y sus *Opúsculos*, anuncian un genio vasto y profundo, un juicio esquisito, mucha solidéz, una claridad admirable y una precision singular. Sea que establezca las verdades de la fé, sea que responda á las dificultades, rara vez se nota que pueda añadirse cosa alguna á lo que él ha dicho. Esto junto con el tiempo en que perfeccionaba su carrera en un campo apenas desmontado, hace se le mire con razon como un espíritu de un órden casi sobrehumano, y suscitado estraordinariamente para ilustrar las escuelas. Conviene observar que en la coleccion de las obras de este santo doctor hay algunos escritos que no son suyos. Por el contrario, hay otros de los cuales fué autor y no se hallan insertos en ellas, pero están impresos separadamente.

San Buenaventura, cardenal y doctor de la Iglesia, 1274. Nos han quedado ocho volúmenes en folio de sus obras. Comprenden comentarios sobre el Maestro de las sentencias, y muchos tratados de piedad que respiran una santa uncion, y han hecho pasar justamente al autor por uno de los mas grandes maestros de la vida interior. Por lo que hace á sus obras teológicas, el célebre Gerson las miraba como lo mejor que habia en este género hasta su tiempo.

San Aston, natural de Badajoz; fué monge de Valleumbrosa, de donde llegó á ser general y luego obispo de Pistoya. Compuso un libro de la traslacion y milagros del Apóstol Santiago, patron de España; otro de la vida y milagros de San Juan Gualberto y muchos sermones y cartas.

San Raimundo de Peñafort, 1275. Este santo y sabio dominico, que hizo dimision del generalato de su órden, es autor de una coleccion de Decretales que forman la segunda parte del *Derecho canónico*, y de una *Suma* de casos de conciencia, que era muy consultada en otro tiempo.

CONCILIOS MAS NOTABLES.

Concilio de Agaune, ó de San Mauricio, en el Valais, 888. En él Rodulfo II, hijo de Conrado, es reconocido y coronado rey de la Borgoña Transjurana.

Concilio de Worms, 890. Fulques de Reims le presidió en calidad de legado de la Santa Sede, á pesar de que este concilio se celebró en presencia del arzobispo de Maguncia, metropolitano de Worms. Se han perdido sus actas.

Concilio de Valencia (Francia), 890. Los obispos de las provincias de Arlés, de Embrun y de Viena eligieron

en él y consagraron rey á Luis, hijo de Boson, de edad de diez años.

Concilio de Forcheim, 890, por el arzobispo de Maguncia. El rey Arnoldo, los obispos y señores legos reconocieron por sucesores de este príncipe á sus dos hijos naturales en defecto de otros herederos legítimos.

Concilio de Meun del Loire, 891, en el que diez y seis obispos y arzobispos prohiben, so pena de anatema, ordenar abad de San Pedro el Vivo en Sens á quien no fuera elegido para este cargo por los monges de este monasterio.

Concilio de Viena, 892, por órden del Papa Formoso, presidiendo en él sus dos legados, y hallándose reunidos allí los obispos del reino de Arlés. Se hicieron cinco cánones contra los usurpadores de los bienes de la Iglesia, los homicidios, las mutilaciones y otros ultrajes que se cometian contra el clero.

Concilio de Reims, 893. En él hizo el arzobispo Fulques proclamar rey de Francia á Cárlos, hijo de Luis el Tartamudo, y le consagró en presencia de los arzobispos de Maguncia, de Colonia y de Tréveris. Se amenazó tambien con la excomunion á Balduino, conde de Flandes, por haber mandado se azotase á un sacerdote y por haberse apoderado de algunos bienes eclesiásticos.

Concilio de Tribur, ó Truver, cerca de Maguncia, 895, al que asistió el rey Arnoldo ó Arnulfo. Tres arzobispos y diez y nueve obispos hicieron en él cincuenta y ocho cánones, encaminados principalmente á reprimir los desórdenes de aquella época y la impunidad de los crímenes. El cánon 30 es muy notable. *V.* en la pág. 16 de este tomo.

Conciliábulo de Roma, celebrado en 896. El Papa Formoso fué condenado en él despues de muerto, por haber pasado de la silla de Porto á la de Roma. Se revistió á su cadáver de las insignias pontificales, luego fué despojado de ellas por órden de Esteban VI, el cual le dirigió la palabra como si estuviese vivo, hizo que le cortasen la cabeza y tres dedos de su mano derecha, y despues arrojaron el cuerpo en el Tiber.

Concilio de Roma, 898, el cual condenó todo lo hecho en el conciliábulo anterior, y restableció la buena memoria de Formoso.

Concilio de Santiago, 900, para la eleccion de un arzobispo en Tarragona. El arzobispo de Narbona y sus sufragáneos reclamaron; pero el electo, que era el abad Cesario, apeló á Roma. (Labbe). Otros ponen este concilio en el año 971.

Concilio de Reims, 900, en el que se anatematizó á los asesinos del arzobispo Fulques. Al pronunciar las maldiciones acostumbradas en estos casos, los obispos apagaron en el suelo las candelas que tenian encendidas; y este se cree fué el primer ejemplo de esta formalidad.

Concilio de Letran, 900, donde Argrim fué restablecido por el Papa en la Silla de Langres, de la que habia sido espulsado por una faccion enemiga.

Concilio de Oviedo, 901, en el que diez y ocho obispos, autorizados por el Papa Juan IX erigieron en metrópoli esta ciudad. (Labbe).

Concilio de Asillan en la diócesis de Narbona, 902, en que se decidió mediante la prueba del fuego y del agua la causa de dos competidores á un mismo curato.

Concilio de Forcheim, 903, contra un conde de Bamberg que saqueaba las tierras de la iglesia. El rey, los obispos y los señores legos que concurrieron á este concilio, privaron de todos sus bienes al conde.

Concilio de Constantinopla, 906, contra las cuartas nupcias del emperador Leon el filósofo.

Concilio de Troli, 909, cuyas actas demuestran el triste estado en que se hallaba entonces la Iglesia.

Concilio de Jonquieres, diócesis de Maguelona, 909, en el cual once obispos levantan solemnemente al conde y á su familia algunas censuras en que habian incurrido.

Concilio y dieta de Altheim, en la Rhetia, 916. El emperador ó rey Conrado asistió con sus señores. En él se pronunció anatema y decreto de proscripcion contra los que no fueran fieles á Conrado.

Concilio de Constantinopla, 920, celebrado con asistencia de los legados del Papa para restituir la paz á aquella iglesia, dividida por las cuartas nupcias del emperador Leon. Usando de indulgencia con los matrimonios de esta clase contraidos anteriormente, se prohibió que volviesen á contraerse en lo sucesivo. Este concilio fué llamado la asamblea de la union.

Concilio de Reims, 923. El arzobispo y sus sufragáneos mandaron en él que hiciesen penitencia particular durante tres Cuaresmas consecutivas los que se hubiesen hallado en la batalla de Soissons entre Roberto y Cárlos. Acostumbrábase entonces imponer una penitencia á los que tomaban parte en algun combate entre franceses.

Concilio de Gratlei en Inglaterra, 928, en el que el rey Ethelstan publica muchas leyes civiles y eclesiásticas (Labbe).

Conciliábulo de Constantinopla, 931, celebrado por Roman Lecapene, donde los griegos comprometieron al patriarca Trifon á poner su nombre al pié de un papel en blanco, en el que despues aquellos embrollones escribieron la fórmula de su abdicacion.

Conciliábulo de Soissons, 941, donde por vanos pretestos fué depuesto Artaldo de Reims y puesto en su lugar Hugo, que entonces no tenia mas de veinte años, y habia sido elegido de edad de cinco. Este Hugo era hijo de Herberto, conde de Vermandois, que fué autor de grandes turbulencias en el reino, y sobre todo en la iglesia de Reims.

Concilio de Ingelheim, cerca de Maguncia, 948. El rey Luis el Ultramarino asistió á él y concurrieron veinte y tres obispos y gran número de abades y de sacerdotes, siendo presidido por el legado Marin. Restableció en la silla de Reims á Artaldo, que siete años antes habia sido desposeido injustamente de ella por la cábala del conde de Vermandois, cuyo hijo, llamado Hugo, habia sido sustituido á Artaldo.

Concilio de Tréveris, 948, presidido por el legado Marin. El conde de Paris, Hugo, fué excomulgado como culpable de rebelion contra el rey Luis, hasta que diese la debida satisfaccion. Tambien excomulgó á dos supuestos obispos ordenados por el arzobispo Hugo de Reims. (*Flodoardo*).

Concilio de Augsburgo, 952. Cuatro arzobispos y veinte obispos de Alemania y de Lombardía hicieron en él once cánones, el primero de los cuales es bastante notable, pues dice que si un obispo, ó sacerdote, ó diácono, ó subdiácono se casa despues de su ordenacion será depuesto, conforme al cánon XXV de Cartago. Como este cánon no declara nulo el matrimonio, algunos autores concluyen de ahí que la prohibicion de casarse que en él se impone á los que

estaban ordenados *in sacris*, no era todavía entonces mas que impedimento impediente, pero no dirimente. Cuando en estos últimos años (1829) se pronunció sentencia contra el presbítero de Paris, Dumonteil, que pretendia casarse legalmente, la jurisprudencia del reino parece haber reconocido la nulidad del matrimonio de los sacerdotes.

Conciliábulo de Roma, 963, en el que el Papa Juan XII fué acusado de un gran número de crímenes y depuesto por contumáz. Pero por mas delincuente que fuese este Papa, y á pesar de la rectitud de intencion que se quiera suponer tanto en los romanos como en el emperador Othon, que hizo se congregase este Concilio, no le correspondia decidir en un punto que interesaba á toda la Iglesia. En el año siguiente se vieron otros dos ejemplares de la misma clase.

Concilio de Ravena, 967, en que el emperador Othon confirmó las donaciones y privilegios que los antiguos emperadores habian concedido á la Santa Sede, y se hizo fuese devuelto á esta todo lo que habia ido á parar á manos estrañas. El Papa Juan XIII, que le presidia, aprobó la eleccion de un arzobispo en lugar del de Salzburgo, á quien sus enemigos habian hecho cegar, y que á pesar de los cánones y de las prohibiciones apostólicas tenia la temeridad de celebrar misa aún solemne.

Concilio de toda Inglaterra, 969, celebrado por San Dunstano, el cual dió las providencias mas eficaces para remediar los desórdenes del clero. El rey Edgar pronunció un largo discurso contra los desórdenes del clero y de los grandes y se sometió á una penitencia de siete años que le fué impuesta por el Concilio por haber violado á una religiosa.

Concilio del Monte Santa María en Ardennes, 972, en el que Adalberon, arzobispo de Reims, leyó la bula de Juan XIII para la introduccion de los monges en la abadía de Mouzon, en lugar de los canónigos que la ocupaban y que habian *decaido de su primera dignidad*. (Flodoardo).

Concilio de Reims, 975, por el diácono Esteban, legado del Papa Benedicto VII, en el que se excomulgó á Tibaldo que habia usurpado la Silla de Amiens.

Concilio de Calne, palacio Real en Inglaterra, en el que se examinó si deberia echarse de los monasterios á los monges y poner en su lugar clero secular. San Dunstano se decidió por los primeros y su dictámen fué seguido por la mayor parte de los demas prelados.

Concilio de Ingelheim, 979, en el que tenemos una prueba de la antigüedad de las iglesias de la primitiva Germania, puesto que el arzobispo de Tréveris dió parte á los Padres del descubrimiento que acababa de hacer del cuerpo de San Celso, predecesor suyo, cuya muerte creian haberse verificado en el año 143.

Concilio de Reims, 987, en el que se excomulgó á Arnulfo, hijo natural de Lotario y entonces canónigo de Laon, como convicto de connivencia con su tio Cárlos de Lorena que asolaba la Francia para apoderarse del trono. Este jóven príncipe, habiendo sido absuelto poco despues, fué elegido al año siguiente para la iglesia de Reims.

Concilio en Roma, 989, en que el Papa rehusa formalmente recibir la abdicacion de San Adalberto, obispo de Praga.

Concilio de Charroux, diócesis de Poitiers, 989, en el que se pronunció anatema contra los que destruyen las iglesias, contra los que roban los bienes de los pobres, y contra los que pegan á los clérigos.

Conciliábulo ó asamblea de San Bale cerca de Reims, 991, en que el arzobispo Arnulfo, de la casa de los Carlovingios, fué depuesto á instancias de Hugo Capeto, y se colocó en su lugar á Gerberto.

Concilio de Letran, 993. En la acta de canonizacion de San Udalrico de Augsburgo se vé el primer ejemplar que nos es conocido de esta ceremonia solemne, y se conserva la bula pontificia.

Concilio de Ansa, cerca de Lyon, 994, en que se prohibió emplearse en trabajos serviles desde el sábado despues de nona, y se estableció que el miércoles fuese dia de abstinencia y el viernes de ayuno. En algunas ediciones de este concilio se pone su fecha equivocadamente en el año 990.

Concilio de Mouzon, en la diócesis de Reims, 995, en el que Gerberto defendió elocuentemente su causa; pero como esta era mala, Leon, legado del Papa y presidente del concilio, le mandó abstenerse del oficio divino hasta el concilio siguiente, que falló en favor de Arnoldo ó Arnulfo, y cuya sentencia se envió á Roma. Aimonio dice que en este concilio el obispo de Verdun pronunció un discurso en francés.

Concilio de Pavía, 997, por Gregorio V, en el que fueron excomulgados el senador Crescencio que tiranizaba á Roma y el antipapa Filagato ó Juan XVII. Solamente en este concilio confirmó el Papa el restablecimiento de Arnulfo en la Silla de Reims.

Concilio de Roma, 998, en presencia del emperador Othon III. Hiciéronse ocho cánones, de los cuales el primero dice que el rey Roberto se separará de Berta, parienta suya, y que ella y él harán la penitencia prescrita por las leyes de la Iglesia so pena de excomunion. El segundo suspende al arzobispo de Tours que habia bendecido el matrimonio de los dos. El tercero depone al obispo de Mersburgo, si por ambicion y sin eleccion canónica ha obtenido la Silla de Magdeburgo. En el quinto depone el Papa á otro obispo ordenado contra los cánones.

Concilio de Ravena, 998, en el que Gerberto, hecho arzobispo de esta ciudad, abolió una mala costumbre introducida en la consagracion de los obispos, y era que un subdiácono les vendia la hostia consagrada que recibian en aquella ceremonia.

Concilio de Gnesne, 999. Othon III, autorizado por el Papa, erige esta ciudad en metrópoli para la Polonia y nombra por primer arzobispo de ella á Gaudencio, hermano de San Adalberto. Esta ereccion es notable por haberse hecho sin el beneplácito ó permiso del arzobispo de Magdeburgo, de quien entonces dependia la Polonia.

Concilio de Poitiers, 1000, para el restablecimiento de la disciplina eclesiástica. Se prohibió en él á los presbíteros y á los diáconos bajo pena de degradacion, tener mugeres en sus casas.

Concilio de Roma, 1001, compuesto de diez y siete obispos de Italia y tres de Alemania, en el que Gerberto ó Silvestre II confirmó á San Bernuardo, obispo de Hildesheim, en la posesion de un monasterio que le disputaba el arzobispo de Maguncia. Seis meses despues, en el concilio de Polden, un legado suspendió de toda funcion episcopal á este arzobispo por no haber querido dar la debida satisfaccion á San Bernuardo.

Concilio de Roma, 1002, en que el Papa Silvestre II confirma la exencion de un monasterio de Perusa contra las pretensiones del obispo. Las actas de este concilio hacen creer á algunos críticos que para la validez del privilegio se reputaba entonces necesa-

rio el consentimiento del obispo diocesano (*V.* Labbe, t. 9, p. 1247, y el Arte de verificar las fechas).

Concilio de Constanza, 1005, en el que se condenaron ciertas cartas que se decian bajadas del cielo, con motivo de una hambre que desolaba la Alemania.

Concilio de Enham en Inglaterra, 1009, presidido por San Wulstano, arzobispo de Yorck. Fué asamblea mista, compuesta de señores temporales y de obispos, para proceder eficazmente á la reforma de las costumbres y de la disciplina. En uno de los treinta y dos cánones que en él se hicieron, se manda á los sacerdotes guarden continencia y que tendrán los privilegios de los nobles. Otro prescribe el ayuno en los viernes á no ser que sean dias de fiesta. El XX prescribe que se reciba la Eucaristía al menos tres veces al año.

Concilio de Nimegues, 1018, en el que se manda que durante la misa se ponga el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo sobre el altar á la izquierda del sacerdote y el cáliz á la derecha. Esta costumbre no se ha conservado, sin duda por menos cómoda que la que actualmente se observa.

Concilio de Leon en España, 1012, compuesto tambien de obispos y de los grandes del reino. Formáronse en él siete cánones de disciplina eclesiástica, y cuarenta y dos leyes para el gobierno civil. Algunos ponen la fecha de este concilio en el año 1020.

Concilio de Pavía, 1022, para corregir la vida licenciosa del clero. El emperador decretó penas temporales contra los que no observasen estos cánones.

Concilio de Selingstad, 1022. En él se prohibió á los sacerdotes celebrar mas de tres misas al dia.

Concilio de Orleans, 1022, contra los nuevos maniqueos.

Concilio de Leire en Navarra, 1022. Se concedió á los monges de la abadía de Leire que eligiesen de entre ellos á los obispos de Pamplona como en premio de haber recibido en su monasterio al prelado de aquella iglesia en las incursiones de los sarracenos. Igual privilegio gozaron en Aragon los monges de San Juan de la Peña; pero estas concesiones estraordinarias fueron revocadas despues.

Concilio de Maguncia, 1023. Fué nacional de Alemania, y se celebró para remediar los desórdenes que reinaban en ella.

Concilio de Pamplona, 1023, sobre la restauracion de la iglesia de aquella ciudad.

Concilio de Ansa, 1027, que obligó al arzobispo de Viena á dar satisfaccion al obispo de Macon por haber ordenado en Cluny unos monges, segun un privilegio que se juzgó contrario á los cánones.

Concilio de Charroux, 1027 ó 1028, contra los maniqueos.

Concilios de Limoges, 1029 y 1031, en favor del apostolado de San Marcial.

Concilios en la Aquitania, en Provenza y en el arzobispado de Lyon, 1034, para la conservacion de la fé, reforma de costumbres y restablecimiento de la paz. Tambien se mandó el ayuno del viernes y la abstinencia del sábado.

Concilio de Roma, 1039 ó 1040, en el que el Papa Benedicto IX condena á Vratislao, duque de Bohemia, á construir á sus espensas un monasterio por haber robado de Gnesne las reliquias de San Adalberto y trasladádolas á Praga: dicho duque habia saqueado tambien la ciudad.

Muchos concilios en Francia, 1041, para establecer la tregua de Dios, reducida á que desde el miércoles por la noche hasta el lunes por la mañana, no se habia de quitar ninguna cosa por fuerza, no habia de vengarse nadie de ninguna injuria, ni se habia de exigir prenda por ninguna fianza.

Concilio de Roma, 1047. Se dispuso en él, segun Pedro Damiano (opuse. 27, c. 56) que no podria elegirse obispo para la iglesia de Roma sin permiso del emperador.

Concilio de Reims, 1049. Mandóle celebrar y lo presidió el santo Papa Leon IX, á pesar de la oposicion de los cortesanos que disuadian de ello al rey. Asistieron veinte obispos y mas de cincuenta abades. Se hizo el exámen de los simoniacos y se depuso á muchos de ellos. Tambien se puso remedio á otros muchos abusos que habia en la iglesia de Francia, y de los cuales el principal era la simonía. En este concilio se cantó por primera vez el himno *Veni Creator*.

Concilio de Maguncia, 1049, en el cual, asi como en el anterior, se condenó la simonía y el matrimonio de los clérigos.

Concilio de Tours, 1050, por un legado del Papa. Es el primer concilio que se celebró contra la entonces naciente heregía de Berengario. *D. Bouquet.*

Concilios de Roma, de Vercelli y de Paris, 1050, contra la heregía de Berengario.

Concilio de Coyanza, hoy Valencia de D. Juan, en el principado de Asturias (España), 1050. Nueve obispos en presencia del rey Fernando I y de la reina doña Sancha, á la que se nombra primero, hicieron trece cánones ó capítulos. En el primero se manda á los obispos que arreglen sus diócesis y desempeñen dignamente con sus clérigos las funciones de su ministerio. En el segundo se encarga que los abades y abadesas gobiernen sus monasterios segun la regla de San Benito y que estén sujetos á los obispos. El tercero manda que las iglesias y los eclesiásticos estén bajo la jurisdiccion del obispo y no de los legos, para cortar el abuso que se habia introducido de dar en encomiendas á los legos las parroquias y monasterios. El cuarto previene que las iglesias estén surtidas de vasos sagrados y ornamentos decentes, de modo que no hayan de usarse cálices de madera ó barro; que el altar sea siempre de piedra y esté decentemente adornado y cubierto de un lienzo blanco, y debajo del cáliz haya un corporal que lo cubra tambien por encima. En el quinto se dispone que los que el arcediano presente al obispo para que los ordene deban saber el Salterio, los himnos, cánticos, epístolas, Evangelios y oraciones, y que los sacerdotes no concurran á los festines de las bodas sino solamente á dar la bendicion, y que si hubieren de asistir á los que se daban en los entierros, se conduzcan con modestia y se llame á los pobres para que oren por el difunto. El sesto manda que todos los cristianos santifiquen el domingo cesando en los trabajos y asistiendo á la iglesia en la tarde del sábado, y en la mañana del domingo á la misa y oficio divino. El cánon once manda que se ayune todos los viernes. El doce prohibe sacar de la iglesia á los que en ella se refugian, declarándolas asi lugares de asilo. Por último, se manda á los obispos y diáconos la residencia y se les prohibe llevar armas, vestidos profanos, barba larga y vivir con mugeres estrañas.

Concilio de Maguncia, 1051, en el que se hizo un decreto contra el matrimonio de los clérigos.

Concilio de Bamberg, 1052, en el que Leon IX confirma los privilegios de esta iglesia en presencia del emperador Enrique III.

Concilio de Mántua, 1053 ó 1052. Los obispos que temian la justa severidad de Leon IX que le pre-

sidia, hicieron inútil esta asamblea por las turbulencias que en ella suscitaron.

Concilio de Roma, 1053, por San Leon IX. No queda de él mas que la carta dirigida á los obispos de Venecia y de Istria, en la que se dice que la iglesia de Grado será reconocida por metrópoli de estas dos provincias, conforme á los privilegios de los Papas.

Conciliábulo de Constantinopla, 1054, en que Miguel Cerulario anatematiza á los legados del Papa y el escrito que estos habian puesto encima del altar de Santa Sofía, antes de su partida.

Concilio de Narbona, 1054, en el que se confirma la tregua de Dios y se pronuncian penas espirituales y temporales contra sus violadores.

Concilio de Tours, 1055, en el cual se redujo á Berengario á confesar con juramento la fé comun de la Iglesia y á firmarla de su puño. Los legados que presidian, creyéndole convertido, le recibieron á la comunion. En fuerza de las quejas del emperador Enrique III, el concilio, despues de haber escrito al Papa, ordenó al rey de Castilla Fernando I, que dejase el título de emperador que habia tomado, á lo cual obedeció. Asi Henrion; veáse lo que sobre esto dijimos en la nota que pusimos en su oportuno lugar.

Concilio de Rouen, 1055, en el que se halla una confesion de fé, la mas clara y terminante acerca del misterio de la presencia real y de la transubstanciacion.

Concilio de Landaff, en el pais de Gales, en 1056, en el que la familia Real fué excomulgada por haber insultado al obispo de esta ciudad.

Concilio de Tolosa de Francia, 1056, en el que diez y ocho obispos hicieron trece cánones para abolir la simonía y mandar el celibato eclesiástico, y para impedir la usurpacion de los bienes de las iglesias y remediar diferentes abusos.

Concilio de Colonia, 1057, en el que el conde de Flandes es reconciliado con el jóven rey Enrique IV, por la mediacion del Papa Victor II. En él se hicieron algunos reglamentos para la reforma del clero.

Concilio de Roma, 1059, en que fué coronado el Papa Nicolao II. El arcediano Hildebrando, que hizo la ceremonia, puso al Pontífice en la cabeza una corona Real, cuyo cerco inferior tenia esta inscripcion: *Corona regni de manu Dei;* y el segundo estotra: *Diadema imperii de manu Petri:* pero esta coronacion es de 18 de enero, y el Concilio no se celebró hasta el 13 de abril. El Papa, al frente de ciento trece obispos, dió en él un decreto célebre, concerniente á la eleccion del romano Pontífice, cuando la Silla estuviese vacante. A este Concilio, que prescribe la vida comun á los clérigos, se atribuye el orígen de los canónigos reglares.

Concilio de Arlés, 1059, por los legados del Papa. El conde de Narbona presentó en él una peticion contra su arzobispo, que le habia excomulgado injustamente.

Concilio de Viena, 1060, por el legado Esteban, para abolir la simonía, y obligar á los eclesiásticos á guardar celibato.

Concilio de Tours, 1060, por el legado, y en él se renuevan los cánones del de Viena. Teniendo este concilio la fecha de 1.° de marzo de 1060, indicion XIII, nos da á entender que á lo menos en aquel pais se contaba ya el principio del año desde el dia 1.° de enero ó desde Navidad.

Concilio de Steswic, 1061, por el arzobispo de Hamburgo. En él se trata de las cualidades que deben tener los obispos que sean ordenados para las nuevas Sillas erigidas en Dinamarca.

Concilio de Chalons sobre el Saona, 1063, por el legado Pedro Damiano. En él se corrigieron muchos abusos, y se confirmaron los privilegios de Cluny, que el obispo de Macon atacaba. Este fué condenado á ayunar ocho dias á pan y agua, aunque estos mismos privilegios habian sido rechazados en el concilio de Ansa en 1025. Habian sido reconocidos y confirmados despues por muchos soberanos Pontífices, de suerte que ya no eran dudosos ó cuestionables, como en 1025.

Concilio de Roma, 1063, que no quiso conceder á los monjes de Valumbrosa la prueba del fuego contra Pedro de Florencia, acusado de simonía.

Concilio de Roma, 1065, sobre los grados de consanguinidad relativamente al matrimonio. A la obstinacion de los que se opusieron á estas decisiones, se dió el nombre de herejía de los incestuosos.

Concilio de Constantinopla, 1066, celebrado por el patriarca Juan Xifilino contra los matrimonios incestuosos.

Concilio de Spalato en Dalmacia, 1067, en que Mainardo, legado de la Santa Sede, prohibió á los dálmatas el uso de la lengua esclavona en el oficio divino. Sin embargo, todavía siguen este uso; pero es necesario advertir que el esclavon de la liturgia es muy diferente del esclavon vulgar.

Concilio de Gerona, 1068, por el legado Hugo el Blanco. En él se hicieron muchos cánones contra los abusos; y fué confirmada la tregua de Dios por la autoridad del Papa, bajo pena de excomunion contra los infractores.

Concilio de Maguncia, 1069, en el que Enrique IV esperaba hacer declarar nulo su matrimonio con Berta, con quien se habia casado hacia tres años; pero el legado Pedro Damiano, que estaba presente, le prohibió de parte del Papa Alejandro II ejecutar su designio. El príncipe, relajado y entregado á cortesanos tan criminales como él, continuó sin embargo despreciando y maltratando á su esposa.

Concilio de Ansa, 1070, cuya fecha demuestra que en el pais de Lyon se empezaba entonces el año, como en otras muchas provincias, desde el dia 1.° de enero, ó desde Navidad.

Concilio de Rouen, 1072. En él se prohibió á los sacerdotes el bautizar sin estar en ayunas, fuera del caso de necesidad; el reservar la Eucaristía y el agua bendita mas de ocho dias; y hacer los matrimonios en secreto ni despues de comer. Otro cánon igualmente notable establece que los presbíteros sean depuestos por seis obispos ó sus apoderados; y los diáconos por tres.

Concilio de Chalons sobre el Saona, 1073, por el legado Girardo. En él se depone al obispo de Die, que era simoniaco, y se le sustituye un presbítero de la iglesia de Lyon.

Concilios de Roma, 1074 y 1075, en que San Gregorio VII dió decretos severos contra la simonía, la incontinencia de los clérigos y las investiduras. Este concilio es el primero tenido en el pontificado de San Gregorio VII.

Concilio de Paris, 1074 ó 1075 (*desechado*). San Gotier, abad de Pontoise, fué en él cubierto de oprobios, abrumado de golpes, y espulsado vergonzosamente, por haber sostenido el decreto de San Gregorio VII que prohibia oir la misa de los sacerdotes concubinarios.

Concilio de Winchester, 1076. Hay quien pretende haberse mandado en él, que los sacerdotes rurales

no estuviesen obligados á despedir las mugeres que tenian en su casa, sino á no recibir otras en lo sucesivo.

Conciliábulo de Worms, 1076, presidido por Hugo el Blanco, á quien San Gregorio VII habia condenado por sus costumbres desarregladas y la proteccion que dispensaba á los simoniacos. Sobre un tejido de crímenes supuestos, Enrique IV hizo pronunciar en él la deposicion del Papa, y envió á Roma un clérigo para notificársela.

Concilio de Roma, 1076, en el que San Gregorio VII despues de haber salvado la vida al clérigo atrevido que vino á leerle su supuesta deposicion en medio de la asamblea, consulta á los Padres; y con su unánime consentimiento, castigando el atentado del rey de Germania, pronuncia y decide que Enrique IV está excomulgado, anatematizado y privado del reino, y absueltos del juramento de fidelidad sus vasallos.

Conciliábulo ó asamblea de Forcheia en Franconia, 1077, en que Rodulfo, duque de Suavia, fué elegido rey en lugar de Enrique IV.

Concilio de Autun, 1077, por el legado Hugo de Die. En él suspendió de sus funciones á Manasés de Reims, á quien San Bruno habia acusado de ser simoniaco y de haber usurpado este arzobispado. Los arzobispos de Tours, de Sens, de Besanzon, y el obispo de Chartres fueron en él entredichos por no haber asistido al concilio. Pero san Gregorio VII, satisfecho con las razones que alegaron, les levantó inmediatamente el entredicho.

Concilio de Roma, 1079. En presencia de ciento y cincuenta obispos y de San Gregorio VII hizo en él Berengario profesion de la fé de la Iglesia acerca de la Eucaristía, contra la cual volvió á escribir luego que regresó á Francia.

Concilio de Roma, 1080. Rodulfo, que acababa de vencer á Enrique, fué declarado verdadero rey, y Enrique fué excomulgado de nuevo y depuesto del reino.

Concilio de Búrgos, 1080. El rey Alfonso VI mandó en él que se sustituyese el oficio romano al gótico ó mozárabe, no obstante del duelo que se habia dispuesto con este motivo, y en que el campeon del oficio gótico habia vencido al del romano.

Concilio de Lillebona en Normandía, 1080. En él se vé que la licencia era tan grande, que el rey Guillermo el Conquistador se vió obligado á suplir á la negligencia de los obispos, y á castigar por sí mismo á los clérigos concubinarios.

Concilio de Saintes, 1081, en que el legado Hugo de Die intima al obispo de Dol, que se hallaba presente, que muestre, así como lo habia prometido á San Gregorio VII, las bulas en que se fundaba para tomar el título de metropolitano: no habiendo contestado el obispo, uno de sus clérigos presentó una falsa bula de Adriano, que fué desechada sin decision final.

Concilio de Roma, 1083. San Gregorio VII habló en él tan elocuentemente sobre los males de la Iglesia, que toda la asamblea prorumpió en copioso llanto. No renovó en él nominalmente la excomunion contra Enrique, pero la pronunció contra todo el que le hubiese apartado ó impedido ir á Roma segun lo habia prometido.

Concilio de Roma, 1084. El Papa, libertado por Roberto Guiscardo, reitera la excomunion contra el antipapa Guiberto, el rey Enrique y sus partidarios.

Concilio de Guedlimburgo en Sajonia, 1085, en presencia de Herman de Luxemburgo, dado de nuevo por rival del emperador Enrique IV. Se ensalzó en este concilio la potestad pontificia; se anatematizó al antipapa Guiberto con otros once prelados, obispos ó cardenales; se declararon nulas, en cuanto á sus efectos, todas las órdenaciones hechas por los excomulgados; se mandó, con penas rigurosas, que guardasen continencia todos los clérigos constituidos en las órdenes mayores, y se prohibió el uso de los huevos y del queso durante la Cuaresma.

Concilio de Benevento, 1087. El Papa Victor III depuso en él á Guiberto y le anatematizó, y de acuerdo de todo el concilio, prohibió las investiduras, bajo la pena de excomunion.

Concilio de Melfi, celebrado en 1089 por el Papa Urbano II, contra la simonía, la incontinencia y el lujo de los clérigos. El duque Rogerio hizo en él homenaje de hacer liga con el Papa.

Concilio de Leon, 1091. Se estableció en él que el oficio divino se celebrase en España segun la regla de San Isidoro, y que en lo sucesivo en todos los actos eclesiásticos se emplease la Escritura galicana en vez de la gótica.

Concilio de Etampes, hácia 1092. Ivo de Chartres, viendo que se queria poner en duda su eleccion por el clero, y su consagracion por el Papa, porque su predecesor depuesto vivia aun, apela de ello á Roma.

Concilio de Soissons, por los años de 1092; en él fueron proscriptos los errores de Roscelino y el autor obligado á abjurar.

Concilio de Hungría, 1092. El clero, de acuerdo con el rey y la nobleza, hizo con él un cuerpo de leyes eclesiásticas y civiles.

Concilio de Cantorbery, 1093, para la consagracion de San Anselmo. Esta iglesia es llamada en él *primacial* (y no metrópoli) de toda la Inglaterra.

Concilio de Constanza, 1094, que prohibió oir el oficio celebrado por los sacerdotes culpables de simonía ó de incontinencia. En él se ordenó tambien que no hubiese mas que tres dias de fiesta de obligacion en las semanas de Pascua y de Pentecostés, pues hasta entonces se observaba la semana entera.

Concilio de Autun, 1094. Treinta y dos obispos y muchos abades, presididos por el legado Hugo de Lyon, renuevan en él la excomunion contra Enrique IV y su antipapa Guiberto. El rey Felipe es excomulgado en él, por haberse casado con Bertrada, viviendo su muger legítima.

Concilio de Plasencia (Italia), 1095, en el que se hallaron con el Papa Urbano II doscientos obispos, cerca de cuatro mil clérigos, y mas de treinta mil legos. Este concilio, que se tuvo en el campo á causa de la multitud de los asistentes, nos enseña el orígen positivo de las Cruzadas. En él fué donde empezó la liga de los griegos y latinos contra los infieles de Oriente, por medio de los embajadores que el emperador de Constantinopla envió para pedir los socorros de los occidentales. Allí se confirmó tambien la fé de la presencia real contra los restos de la secta de Berengário. Los simoniacos y los clérigos incontinentes fueron tambien condenados, y se fijó el ayuno de las cuatro témporas en los mismos dias en que todavia le observamos.

Concilio de Clermont en Auvernia, 1095. Además de haberse confirmado en él todo lo que se habia hecho en los concilios de Melfi, Benevento y Plasencia, el Papa Urbano publicó en él la primera Cruzada. En él se hallaron trece arzobispos y doscientos obispos ó abades; otros llegan á decir que cuatrocientos.

Felipe volvió á ser excomulgado en él por su matrimonio con Bertrada.

Concilio de Northausen en Turingia, 1095, contra la simonia y el matrimonio de los clérigos.

Concilio de Saintes, 1096, en que se mandó ayunar todas las vigilias de las fiestas de los Apóstoles.

Concilio de Nimes, celebrado en 1096, por Urbano II que hizo continuasen á los monjes en el ejercicio de las funciones sacerdotales. Se cree que el rey Felipe fué absuelto en él á consecuencia de la promesa que hizo de separarse de Bertrada.

Concilio de Reims, 1097, en que el abad de San Remigio fué condenado á continuar prestando obediencia al abad de Marmutier, de cuyo monasterio habia sido monge; pero habiendo apelado el abad de San Remigio al Papa, declaró este que un monge sacado de una abadía para gobernar otra, ya no pertenecia á la primera, sino á aquella de que era abad.

Concilio de Bari, 1098, por el Papa Urbano II al frente de ciento ochenta y tres obispos. En él se pronunció el anatema contra todos los que negasen que el Espíritu Santo procedia del Padre y del Hijo. San Anselmo de Cantorbery, que habia llevado la palabra contra los griegos, obtuvo tambien por sus ruegos que no se excomulgase al rey de Inglaterra que le perseguia.

Concilio de Roma, 1099, en el que el Papa Urbano con ciento cincuenta obispos, entre los cuales se hallaba San Anselmo, pronuncia excomunion contra los legos que diesen las investiduras de las iglesias, y contra los eclesiásticos que las recibiesen.

Concilio de Milan, 1103, en que el sacerdote Liprando se ofreció á la prueba del fuego para justificar la acusacion de simonia que hacia contra el arzobispo de aquella ciudad. Los Padres impidieron la prueba; pero obstinándose algun tiempo despues el sacerdote en hacerla, y pasando por entre dos hogueras encendidas, fué herido por el fuego en una mano y un pie, aunque sus vestidos salieron ilesos.

Concilio de Roma, 1104, en que Pascual II reprendió al arzobispo de Tréveris por haber recibido la investidura del emperador Enrique, aunque sin hacerle reconvencion alguna por su adhesion á este príncipe excomulgado y depuesto.

Concilio de Guedlimburgo ó de Northausen, 1105. El rey Enrique V, rebelado contra el emperador su padre, llegó á él repentinamente, y protestó con lágrimas que no habia aceptado el cetro sino á su pesar, y que estaba pronto á volverle á su padre, siempre que se sometiese á la santa Iglesia. Todos los obispos se manifestaron persuadidos de su rectitud.

Concilio, ó mas bien Dieta de Maguncia, 1105, á que asistieron, con los legados del Papa, á lo menos cincuenta y dos señores legos del imperio. En esta asamblea, trasladada despues desde Maguncia á Gilnheim, fué donde se consumó la sustitucion de Enrique V á su padre, mas por maniobras seculares que por las autoridades eclesiásticas.

Concilio de Lóndres, 1107. En él se prohibieron las investiduras por el báculo y el anillo, sin perjuicio del homenage debido al rey.

Concilio de Lóndres, 1108, en que se mandó que los sacerdotes incontinentes, si querian continuar celebrando misa, habian de dejar sus mugeres, sin que las pudiesen volver á hablar, á no ser fuera de sus casas, en presencia de dos testigos.

Concilio de Colonia, 1110, que á instancia del historiador Sigeberto, monge de Gembloux, decretó la canonizacion de San Guiberto, fundador de esta abadía.

Concilio de Letran, 1112. Pascual II revocó en él el privilegio de las investiduras que la violencia de Enrique V le habia arrancado en el año anterior, lo cual fué confirmado por otro concilio de Letran en 1116.

Concilio de Reims, 1119, á que asistió Calisto II, y en donde se prohibió exigir precio alguno por el bautismo, los santos Oleos y la sepultura.

Concilio de Beauvais, 1120, que canonizó á San Arnoldo ó Arnulfo de Soissons.

Concilio de Soissons, 1121, en que Abelardo fué obligado á quemar por su propia mano su libro de la Trinidad, y enviado despues á un monasterio.

Asamblea de Worms, 1122, en que se hizo la reconciliacion del Papa y del emperador. El príncipe renunció las investiduras; y el Pontífice le conservó el derecho de dar las regalías á los prelados y á las iglesias.

Noveno concilio general, primero de Letran, desde 18 de marzo hasta 5 de abril de 1123, sobre la cuestion de las investiduras. Asistieron á él con el Papa Calisto II, mas de trescientos obispos, y mas de seiscientos abades. No nos quedan de este concilio mas que veinte y dos cánones, casi todos repeticion de los cánones de los concilios anteriores.

Concilio de Nantes, hácia 1127. En él se abolió la costumbre bárbara que atribuia al príncipe los restos de los naufragios; y la que concedia al señor los muebles de un marido ó de una mujer, á la muerte de uno de los dos.

Concilio de Troyes, 1128, en que San Bernardo formó la regla de los templarios.

Concilio de Pavía, 1128, en que el arzobispo de Milan fué excomulgado, como fautor de la rebelion del duque de Franconia contra el emperador.

Concilio de Paris, 1129, que quitó el monasterio de Argenteuil á las religiosas que en él se portaban mal, y le dió á los monjes de San Dionisio. Este decreto fué confirmado por el Papa y por el rey.

Concilio de Etampes, 1130. Se comprometieron los Padres al arbitrio de San Bernardo en cuanto á la concurrencia al pontificado entre Anacleto é Inocencio II, y segun el dictámen del Santo doctor fué reconocido Pontífice legítimo Inocencio II.

Concilio de Reims, celebrado en 1131 por Inocencio II, trece arzobispos, doscientos sesenta y tres obispos, y una gran multitud de otros eclesiásticos de todas naciones, en el que unánimemente fué confirmada la eleccion del Papa Inocencio.

Concilio de Pisa, 1134 de todos los obispos del Occidente, á que asistió san Bernardo con Inocencio II. En él fué excomulgado Pedro de Leon con sus fautores, sin esperanza de restablecimtento.

Concilio de Burgos, 1136, para la introduccion de los ritos de la Iglesia romana en España.

Décimo concilio general, segundo de Letran, 1139, compuesto de cerca de mil obispos. Su objeto principal era la reunion de la Iglesia. En él fueron condenados tambien los errores de Arnaldo de Brescia, y se hicieron treinta cánones en confirmacion de los de muchos concilios anteriores.

Concilio de Constantinopla, 1140, en el que se condenaron los escritos de Constantino Chrisomalo, como llenos de novedades peligrosas, y aun infectos de los errores de los bogomilos.

Concilio de Sens, 1140, pedido por Abelardo, á quien San Bernardo, en presencia de Luis el Jóven, confundió desde la primera interpelacion. La doctrina del dogmatizante fué censurada en él, reser-

vándose el juicio de su persona á la Santa Sede á quien habia apelado. El Papa Inocencio le condenó como hereje, y mandó encerrarle, como tambien á Arnaldo de Brescia.

Concilio de Winchester, 1141, en que Enrique, obispo de esta ciudad y legado del Papa, hizo reconocer á Matilde por reina de Inglaterra en perjuicio de Esteban, hermano del prelado. Algunos ponen este concilio en 1143; pero monumentos mas seguros dicen que en el año en que se tuvo, el 14 de las calendas de marzo, ó sea el 16 de febrero, caía en el primer domingo de cuaresma, lo cual no conviene sino al año de 1141.

Concilio de Jerusalen, 1143, á que asistió el patriarca de los armenios, y prometió corregir los artículos de creencia diferentes de la fé romana.

Concilio de Constantinopla, 1143. Nifon, por haber dicho entre otras cosas *anatema al Dios de los hebreos*, fué condenado en él y despues encerrado.

Concilio de Roma, 1144. Lucio II, decidiendo en él contra el obispo de Dol y en favor del arzobispo de Tours, conservó el uso del palio á aquel obispo por toda su vida, lo cual no hizo mas que adormecer la contienda, la que no fué del todo terminada hasta el año de 1199, bajo el pontificado de Inocencio III.

Concilio de Vezelai, 1146, en que Luis el Jóven con un gran número de señores movido por las predicaciones y milagros de San Bernardo se decidió á tomar la cruz.

Concilio de Reims, 1148. Los errores de Gilberto de la Poiré, examinados ya en el concilio de Paris del año precedente, fueron condenados en este sin castigar á la persona, porque se sometió al juicio de los Padres

Concilio de Bamberg, 1150. La doctrina de Gerohus, que sostenia que Jesucristo debe ser adorado en su humanidad como en su divinidad, fué juzgada como irreprensible, y desestimada con desprecio la acusacion de Folmar que la habia denunciado.

Concilio de Lóndres, 1151, en el cual se pretende que empezó el frecuente uso de las apelaciones á la Santa Sede, poco acostumbradas antes en Inglaterra.

Concilio de Londres, 1154. Hiciéronse revivir en él los antiguos privilegios del clero, y las costumbres enunciadas en la carta de San Eduardo.

Concilio de Constantinopla, 1157. Decidióse en él que el sacrificio del altar se ofrece á las tres Personas de la Trinidad.

Concilio de Reims, 1157, por el arzobispo Sanson, contra los Pifres, secta de los Albigenses; manda se les encierre y se les marque con hierro candente, si fueren convictos.

Concilio de Anagni, 1160. Alejandro III, asistido de los cardenales y obispos de su corte, excomulgó en él solemnemente á Federico y absolvió del juramento de fidelidad á todos los vasallos de este príncipe.

Concilio de Oxfort, 1160, en que fueron condenados algunos herejes waldenses ó poplicanos y entregados al brazo secular.

Concilio de Tolosa, 1161, en que los reyes de Francia y de Inglaterra, con cien prelados de ambos reinos reconocieron de nuevo solemnemente á Alejandro III por Papa legítimo.

Concilio de Tours, 1163, por el Papa Alejandro III, asistido de diez y siete cardenales, ciento veinticuatro obispos y cuatrocientos catorce abades. Se renovaron los cánones de muchos concilios anteriores, contra los nuevos maniqueos ó albigenses, contra los legos que habiendo invadido los bienes de algunas iglesias las hacian servir por sacerdotes asalariados á su antojo. Asistió á este concilio Santo Tomás de Cantorbery con sus sufragáneos.

Asamblea de Aquisgran, 1165, tenida por Federico I y sus parciales cismáticos, para la canonizacion de Carlo-Magno, la cual sin embargo no ha sido contradecida por Papa alguno.

Concilio de Armagh en Irlanda, 1171, en el que se declara debe ponerse en libertad á todos los ingleses que en aquella isla fuesen esclavos.

Asamblea de Avranches, 1172, en que el rey Enrique II se sometió á la penitencia ante los legados del Papa, les prestó el juramento que le pedian, anuló todas las costumbres que habian dado lugar á los disturbios, y fué absuelto de la muerte de Santo Tomás de Cantorbery.

Concilio de Londres, 1175, en él cual se advierte que prevalecia entonces el uso de no comulgar bajo de ambas especies. Prohibió dar el Pan Eucarístico mojado en vino.

Concilio de Northampton, 1176, en que la iglesia de Escocia se mantuvo contra el arzobispo de York en la posesion que alegaba tener de no estar sujeta á otro mas que á la Santa Sede.

Concilio de Tarso, de órden de Leon, rey de Armenia, 1177, por el cual se vé que los armenios estaban entonces muy unidos á la Iglesia romana.

Concilio de Venecia, 1177, por Alejandro III, asistido de los cardenales y de un gran número de prelados de Alemania y de Italia. Hallábase presente el emperador que habia renunciado al cisma y jurado la paz. El Papa pronunció excomunion contra todo el que turbára esta paz.

Undécimo Concilio general, tercero de Letran, 1179. Halláronse en él trescientos dos obispos de todos los paises católicos. En él se confirmó en los cardenales el derecho esclusivo de elegir Papa, y se fija en dos terceras partes del Sacro Colegio el número necesario de votos para una eleccion canónica. Se prohibe ordenar obispos antes de la edad de treinta años, y se exige que, además de nacidos de legítimo matrimonio, sean recomendables principalmente por su erudicion y su virtud. Todo clérigo que no haya recibido un título para su subsistencia ó que no tiene patrimonio, debe ser mantenido por el obispo que le ordenó. Se prohibe á los patronos prometer beneficios antes de la muerte de los titulares; tambien se prohibe poseer muchas dignidades ó beneficios eclesiásticos cuyo desempeño exija cuidado ó residencia. Se restablecen escuelas gratuitas en las catedrales; se prohibe á los legos cargar con impuestos las iglesias; se encarga que los leprosos estén separados de los demas fieles y esentos del diezmo; se manda que los usureros públicos sean privados de sepultura eclesiástica etc., etc.

Concilio de Verona, 1184, por el Papa Lucio III. En este concilio concurrieron juntamente las dos potestades para reprimir á los herejes patarinos, cátaros, valdenses, que se entregaban á todo linage de escesos contra el clero, y se usó con ellos de la misma severidad que contra los circuncelliones habian usado los emperadores romanos. Tambien fueron excomulgados los arnaldistas y los romanos rebeldes á la autoridad temporal del Papa.

Concilio de Constantinopla, 1186, por los patriarcas de Constantinopla, de Jerusalen y de Antioquía, con veinte y tres metropolitanos. A consecuencia de las quejas del metropolitano de Cyzico, el emperador Isaac Angelo, que estaba presente, espide

una *Novela* en la cual se declaran nulas las elecciones hechas en Constantinopla sin la participacion del metropolitano particular.

Concilio de Colonia, 1187, en el que el arzobispo delibera con sus comprovinciales acerca de los medios de resistir al emperador Federico, el cual para vengarse del Papa amenazaba apoderarse de la ciudad de Colonia.

Asamblea de Compiegne, 1193, en la que el rey Felipe hace que algunos obispos declaren nulo su matrimonio con Ingelburga; pero esta asamblea mas bien fué parlamento que concilio. La reina apeló á la Santa Sede.

Concilio de Dalmacia, 1199, en que el arzobispo de Dioclea, asistido de dos legados y de seis obispos, publica doce cánones que tienden á reformar los abusos y á establecer en Dalmacia los usos de Roma.

Concilio de Viena en el Delfinado, 1200. En el que se habia celebrado el año anterior en Dijon, el legado Pedro de Cápua habia instruido el espediente de la causa de Ingelburga y de Felipe Augusto; pero no se habia dado sentencia, aunque estaba asistido de cuatro arzobispos y diez y ocho obispos franceses. La pronunció, pues, en Viena, que era del territorio del imperio, y publicó en todas las tierras del rey el famoso entredicho que fué rigorosamente observado y duró ocho meses, y no se levantó hasta que Felipe volvió á unirse con su muger legítima.

Concilio de Arlés, 1205, por el legado Pedro de Castelnau; formáronse en él algunos reglamentos para el gobierno de esta iglesia.

Concilios de Montelimar, de Valencia y de San Gil, 1209, en que se trató de los crímenes y de la absolucion del conde de Tolosa (Francia). En el de San Gil el conde fué absuelto por el legado Milon, que exigió nuevos juramentos y una penitencia pública, pues era relapso y notorios sus crímenes.

Concilio de Northampton, 1214, donde cara á cara excomulgó el legado al rey Juan por haberse negado este príncipe á dar la debida satisfaccion á la Iglesia.

Concilio de Paris, 1213, en el que el legado Roberto de Curzon publica diferentes estatutos para la reforma del clero secular y regular. Tambien se condenó un abuso que consistia en decir muchas misas de diferentes asuntos, una tras otra, que se incluian luego bajo un solo cánon, ó bajo el cánon rezado una sola vez.

Concilio de San Albano, en Inglaterra, 1213, por el arzobispo de Cantorbery, en el cual se reconcilió el rey Juan con los prelados y los barones, jurando observar las leyes de San Eduardo y las de Enrique I.

Concilio de Paris, 1215, en que el legado Pedro de Curzon hizo para la universidad de Paris un reglamento que comprende toda la disciplina de la escuela y que es el mas antiguo monumento de este género.

Concilio de Montpeller, 1215, por el legado Pedro de Benevento, en el cual cinco arzobispos y veinte y ocho obispos rogaron al Papa les diese por señor á Simon de Monforte, en lugar de Raimundo, conde de Tolosa. Hiciéronse además cuarenta y seis cánones de disciplina.

Duodécimo concilio general, cuarto de Letran, en tiempo de Inocencio III, 1215, desde el 11 de noviembre hasta el 30 del mismo mes. Halláronse en él cuatrocientos doce obispos, ochocientos abades ó priores, sin contar los procuradores de los ausentes y los embajadores de casi todos los príncipes católicos. En él se espuso la fé de la Iglesia contra todos los hereges de aquel tiempo; fué sancionado ó consagrado el vocablo *transubstanciacion* para significar la conversion del pan y del vino en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo. La Iglesia ejerció allí su potestad sobre lo temporal de los príncipes, sin que reclamaran los embajadores, los cuales con su silencio reconocian y confesaban implícitamente el derecho de la Iglesia. Este derecho, pues, ejercido de una manera tan positiva y tan solemne, por un concilio ecuménico, no puede ser negado por los críticos de buena fé. En muchos cánones, que son en gran número, se puso esta cláusula que no habia sido empleada hasta entonces sino en el concilio tercero de Letran: Con *aprobacion del Santo Concilio*. Se mandó la confesion anual con el propio párroco, y la comunion pascual en su propia iglesia; y este es el primer decreto conocido, que ordena generalmente la confesion sacramental. El impedimento de parentesco para el matrimonio fué reducido del séptimo grado al cuarto. Los tribunales son deudores á este concilio del órden judicial que se observa aun en el dia en los procedimientos.

Concilio de Melun, 1216. Se declaró en él que Felipe Augusto estaba excomulgado por sus atentados contra el reino de Inglaterra; pero los grandes del reino que se hallaban presentes rehusaron creer que el Papa se hubiese atribuido este derecho para un objeto semejante.

Concilio de Paris, 1223, por el legado Conrado, contra los albigenses. Por este Concilio se vé que estos hereges se habian formado un Papa que segun ellos residia en los confines de la Bulgaria y de la Croacia y que tomaba el título de *Siervo de los siervos de la santa fé*.

Concilio de Bourges, 1225. Desechóse en él la demanda hecha en nombre del Papa de dos prebendas en cada iglesia catedral, y de dos plazas monacales en cada abadía. El clero de Inglaterra hizo lo mismo en un concilio tenido en Lóndres en 1226.

Concilio nacional tenido en Paris en 1226, para confirmar á Luis VIII y á sus herederos, por cesion de Amauri ó Amalarico de Monforte, en la propiedad de los Estados del conde de Tolosa (Francia) condenado como herege.

Concilio de Tolosa, 1229, para estirpar la heregía y restablecer el órden público. Publicáronse en él cuarenta y cinco cánones, de los cuales el XII declara sospechosos de heregía á todos los que no confiesen y comulguen por lo menos tres veces al año. Se prohibe á los legos tener otros libros de la Escritura que el Salterio, el Breviario, y el oficio parvo de la Santísima Virgen, sin duda por el abuso que los hereges hacian de los libros santos. A este Concilio puede referirse el establecimiento fijo y permanente de la Inquisicion.

Concilio de Rouen, 1231. Entre cincuenta y dos reglamentos de disciplina que espidió se manda rapar enteramente á los *clérigos bribones* para que desaparezca de ellos la tonsura, y se prohibe á los diáconos dar la Eucaristía á los enfermos, bautizar y oir confesiones, á no ser á falta de sacerdote. Estas confesiones hechas con los diáconos, y aun con los legos, no eran sacramentales, sino solamente preliminares y señales de penitencia.

Concilios de Laon, de Noyon y de San Quintin, 1233. Habiendo puesto entredicho los obispos de esta provincia en una disputa con San Luis por algun conflicto de jurisdiccion, reclamaron los cabildos

e las catedrales por que no se les habia pedido su consentimiento. El entredicho fué revocado en el segundo de los dos concilios que se tuvieron en San Quintin, declarándose en él que los obispos no podian ordenar tales cosas sin la participacion de sus cabildos. El obispo de Beauvais, particularmente interesado en este negocio, apeló al Papa; pero murió antes de la sentencia, y su sucesor levantó el entredicho. Algunos cronologistas fijan en 1232 los dos primeros de estos concilios tenidos en la Cuaresma, sin atender á que el año no empezaba entonces hasta la Pascua.

Asamblea de Francfort, 1234, compuesta de obispos y de señores. Desechóse en ella la forma de proceder contra los hereges, introducida por el doctor Conrado de Marpourg, que habia dado la cruz, á fin de perseguir á los hereges stadingos.

Concilio de Arlés, 1234, cuyo cánon XXI prohibe á todos, sin escepcion alguna, hacer su testamento sino en presencia de su párroco, porque los fautores de los hereges dejaban legados en favor de estos.

Concilio de Narbona, 1235, acerca de la Inquisicion. En él se arreglaron las penitencias que habian de imponerse á los hereges y á sus fautores. Reuniéronle los prelados para responder en él á las consultas que les habian hecho los dominicos inquisidores.

Concilios de Reims, de Compiegne y de Senlis, 1235. Los prelados habian dirigido al rey San Luis algunas representaciones acerca de varios artículos que creian ofensivos de la libertad de la Iglesia. Los señores temporales eran de contrario parecer; y con este motivo publicó San Luis una ordenanza en que dispuso que sus vasallos y los de los señores no fuesen obligados á responder en materia civil ante los tribunales eclesiásticos: y que si el juez eclesiástico los excomulgase por este motivo, se procederia contra él embargándole las temporalidades para que levantase la excomunion. Esto produjo nuevas reclamaciones y se puso en Senlis entredicho en los dominios del rey en la provincia de Reims; pero el rey detuvo y paró este negocio, dando en el año siguiente una sentencia favorable al metropolitano.

Concilio de Tours, 1236. Prohibióse en él severamente á los cruzados y á los demas cristianos matar, herir y atormentar de cualquier otro modo á los judíos en sus personas ó en sus bienes.

Concilio de Londres, 1237, para hacer poner esactamente la fecha en todos los actos públicos, lo que antes no se practicaba en Inglaterra, á no ser en las cartas Reales.

Concilio de Tréveris, 1238. Abolióse en él el privilegio llamado *Año de gracia*; es decir, el poder que tenian los beneficiados de disponer de la renta de un año de sus beneficios despues de su muerte.

Concilio de Laval, en el Maine, 1240. Se prohibió dar á los religiosos el vestuario en dinero.

Concilio de Vorchester, 1240, en el que se hallan algunos artículos notables. Se manda bautizar bajo condicion en caso de duda, pero siempre con las tres inmersiones. Se previene que los niños, al año de haber nacido sean presentados para que se les confirme. Se prohibe á los sacerdotes celebrar dos misas en un dia, á no ser en Navidad, en la Pascua, por un entierro, ó por una grande necesidad.

Concilio de Tarragona, 1242, acerca de la manera de buscar, castigar y absolver á los hereges. Asistió á este concilio San Raimundo de Peñafort, penitenciario entonces de la iglesia de Roma.

Concilio de Odensea, en Dinamarca, 1245, en el que se hicieron muchos cánones contra los usurpadores de los bienes eclesiásticos y contra los que despreciaban las ceremonias de la Iglesia.

Concilio XIII general, y I de Lyon, 1245, desde el 28 de junio hasta el 17 del mes de julio siguiente. Asistieron á él con el Papa Inocencio IV ciento cuarenta obispos, los diputados de los cabildos, y muchos procuradores de los prelados ausentes. Los patriarcas latinos de Constantinopla, de Antioquía y de Aquileya ó de Venecia, asistieron tambien personalmente. En esta augusta asamblea depuso el Papa al emperador Federico II. Tambien dicen varios autores que en este concilio se determinó que los cardenales llevasen el capelo encarnado.

Concilio de Beziers, 1246. Dióse en él á los inquisidores un reglamento, el cual con el de Narbona, formado ocho ó nueve años antes, es el fundamento de los procedimientos observados despues en los tribunales de la Inquisicion.

Concilio de Tarragona, 1147. Decretóse en él que los sarracenos que pidiesen el bautismo, permaneciesen algunos dias en casa del rector de la iglesia, para probar su conversion. Esta habria sido sin duda una prueba muy ligera como ya malignamente lo han observado algunos; pero debia suponerse, como todo inclina á creerlo, que esto no era mas que la última precaucion, tomada sin duda por razones particulares, á fin de confirmar todas las demas.

Concilio de Breslau, 1248. Permitióse en él á los polacos el uso de la carne hasta el miércoles de quincuagésima: pues hasta entonces acostumbraban abstenerse de ella, desde la septuagésima.

Concilio de Valencia en el Delfinado, 1248, en el que cuatro arzobispos y quince obispos presididos por dos cardenales pronunciaron de nuevo la pena de excomunion contra Federico *ex-emperador* y contra todos aquellos de quienes recibiere favor, socorro ó consejo.

Concilio de Schening en Suecia, 1248 ó 1249. Decretáronse en él algunas penas contra los clérigos concubinarios.

Concilio de Muldorff, 1249. El arzobispo de Salzburgo y otros tres obispos que componian este concilio, quisieron obligar al duque de Baviera á declararse contra el emperador Federico II; pero lo rehusó. No juzgando á propósito estrecharle mas, le concedieron un plazo para deliberar.

Concilio de Sens, 1252, por el arzobispo y seis obispos, quienes dirigieron á Tibaldo, conde de Champagne y rey de Navarra, una monicion canónica para obligarle á que desistiera de apoderarse de los bienes eclesiásticos adquiridos en su condado por espacio de cuarenta años.

Concilio de Saumur, 1253, en que fueron condenados los matrimonios clandestinos.

Concilio de Tarragona, 1253, en el que se determinó que los sacerdotes puedan absolverse recíprocamente de la excomunion menor; que los obispos puedan absolver á los excomulgados en sus diócesis, y los arzobispos en sus respectivas provincias.

Concilio de Chateau-Gonthier, 1254, en el que se manda conformarse con la constitucion de Gregorio IX acerca de los rescriptos de Roma.

Concilio de Albi, celebrado en 1255, aunque su fecha es de 1254: fué posterior á la muerte de Inocencio IV, pues que este Papa es calificado en él de Pontífice de feliz recordacion. Así debe fijarse en la cuaresma de 1255, no obstante su fecha que proviene de la manera antigua de comenzar el año. Formáronse en él setenta y dos cánones para la

estirpacion de la heregía y restablecimiento de la disciplina.

Concilio de París, 1255, por el arzobispo de Sens y otros cinco obispos, en el que se condenó á los asesinos de un canónigo de Chartres á la pena de destierro por cinco años y de perpétua privacion de sus beneficios.

Concilio de Burdeos, 1255. Establece que no se den hostias consagradas á los niños en el dia de Pascua, sino solo el pan bendito. Se mandó esto, porque segun la antigua costumbre que han conservado siempre los griegos, se daba antiguamente la Eucaristía á los niños desde que habian recibido el bautismo.

Concilio de Londres, 1257, en que se formaron cincuenta artículos conformes, dice el Continuador de Mateo Paris, á aquellos por los cuales Santo Tomás de Cantorbery habia combatido.

Concilio de Dinamarca, 1257, en el que se formaron cuatro cánones para contener las violencias que el rey y los señores cometian contra los obispos; cánones que fueron confirmados por el Papa Alejandro IV.

Concilio de Montpeller, 1258. Formó diez cánones para el mantenimiento de la disciplina y de la libertad eclesiástica, y para poner límites á las usuras de los judíos. Permitió al senescal de Beaucaire arrestar á los clérigos cojidos en fragante delito de crímenes punibles por las leyes, con la obligacion de entregarlos al tribunal del obispo.

Concilio de Cognac, 1260. Se observa en él que el pueblo continuaba todavia asistiendo á los oficios de la noche.

Concilio de Arlés, 1260 ó 1261. Ordenóse en él administrar y recibir en ayunas el Sacramento de la Confirmacion, esceptuando los niños de pecho; lo cual manifiesta que se daba todavia á los niños como se practica aun en el dia en diferentes iglesias.

Concilios de Paris, de Lambeth, de Lóndres, de Beverley, de Ravena y de Maguncia, 1261, en los que se encargaron oraciones y se tomaron medidas contra la invasion de los tártaros que asolaban entonces las provincias orientales de Europa.

Concilio de Nantes, 1264, en que se prohibe prometer los beneficios que aun no estén vacantes, y tambien el servir mas de dos platos en las comidas que se dan á los obispos cuando visitan sus diócesis.

Concilio de Paris, 1264, en que San Luis hizo publicar una ordenanza de las mas rigurosas contra las blasfemias y juramentos.

Concilio de Brema, 1266, contra el concubinato de los clérigos y la pluralidad de beneficios.

Concilio de Viena en Austria, 1267, por Guido, cardenal legado. Publicóse en él un decreto contra las injusticias y violencias que se cometian impunemente en las vacantes del imperio.

Concilio de Lóndres, 1268, por el legado Otobono, en presencia de todos los prelados de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda. Publicáronse cincuenta y cuatro artículos para reparar los desórdenes de la guerra civil y restablecer la ejecucion de los cánones. Se prohibe á los obispos atribuirse los frutos de las iglesias vacantes, si no tienen privilegios ó hay costumbre de ello. Parece que este es el principio de la *cuarta* canónica, y de la *annata*.

Concilio de Chateau-Gonthier, 1268. Entre sus cánones hay uno que prohibe á los bailíos y demás jueces seculares ocupar los bienes de la Iglesia y enviar á ella *comedores*, que son los que se han llamado luego comisionados de apremios.

Concilio XIV general, II de Lyon, 1274. Hallánronse en él quinientos obispos, setenta abades, con otros mil prelados. Gregorio X presidió en persona. Los griegos abjuraron el cisma, se reunieron á los latinos, aceptaron la fé de la Iglesia romana, y reconocieron la primacía del Papa. Hiciéronse en seguida catorce constituciones, de las cuales las mas notables son, la primera para el cónclave, y la última para poner término á la institucion de nuevas Ordenes religiosas.

FIN
DEL
TOMO TERCERO.

ERRATAS.

Pág.	*Col.*	*Linea.*	*Dice.*	*Léase.*
6	2	5.	Sde an-	de San-
47	1	30.	a ma.	alma
54	2	38.	dorchusa	rehusado
117	2	signatura	17	16
131	2	20.	Dios.	de Dios.
132	1	20 y 21.	anti-ga	anti-gua
149	2	19.	minarun	minar un
193	2	23.	has-	hasta
199	2	8.	alguna que habia,	alguna habia,
423	2	5.	todos	todas
436	2	23.	decai	decia
444	1	8.	medio	medio de
463	2	29.	allf.	allí
478	1	45 en la cita	el.	la
492	1	1.	Tribunal	al Tribunal
495	1	29.	rey	rey de
497	2	15.	relados	relajados
519	1 en la cita.	60.	des	dades
Pliego 69 última plana página			448	548
597	1 en la cita.	1.	Romero.	Romeu
597	1 id.	7.	aire	arte
721	2.	29.	*ut*	*aut*

ESTANTE 18
Tabla 5.ª
N.º 2

HENRION

HISTORIA

DE LA IGLESIA

3

16.283